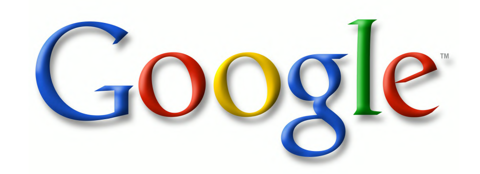
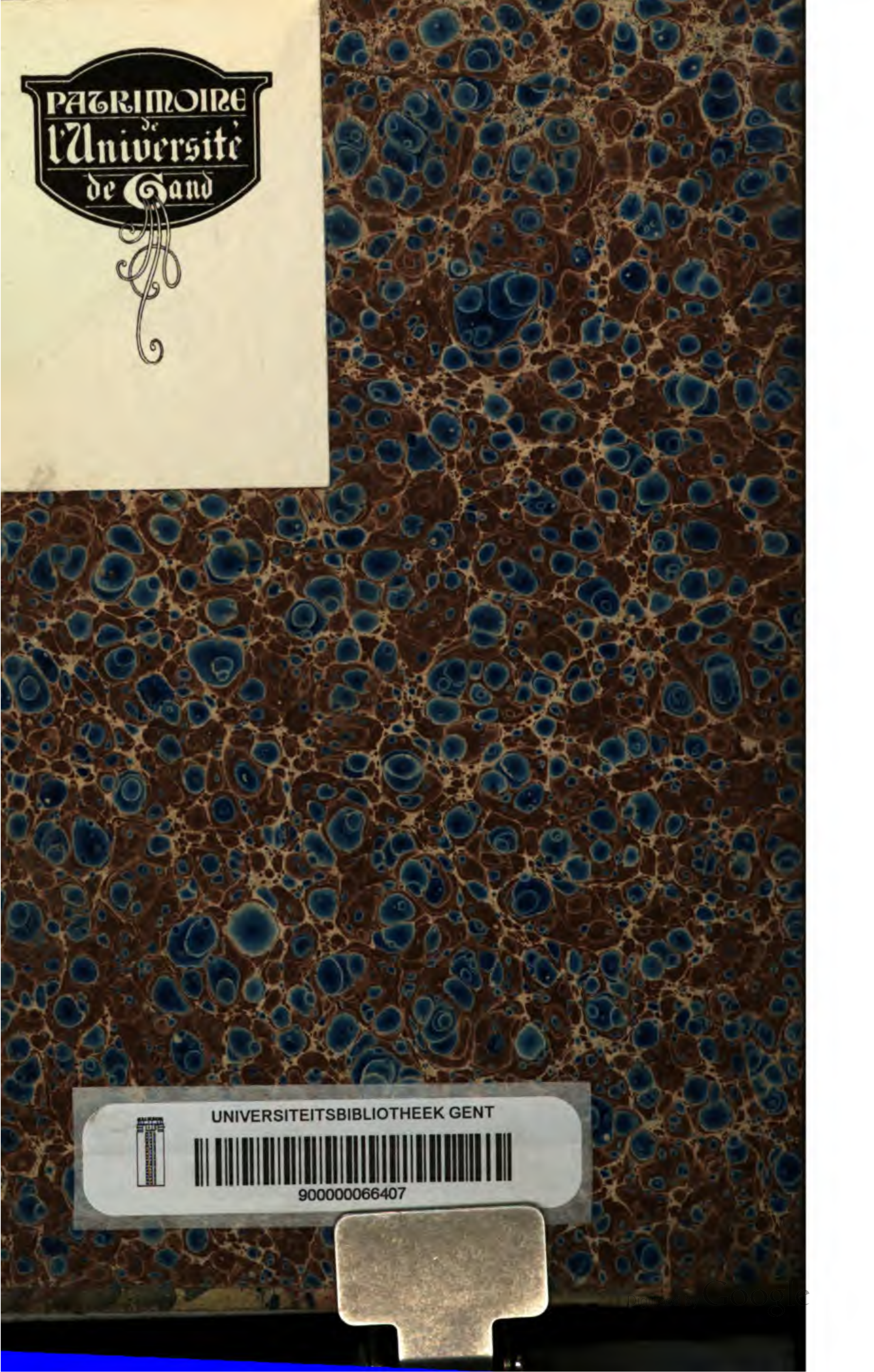
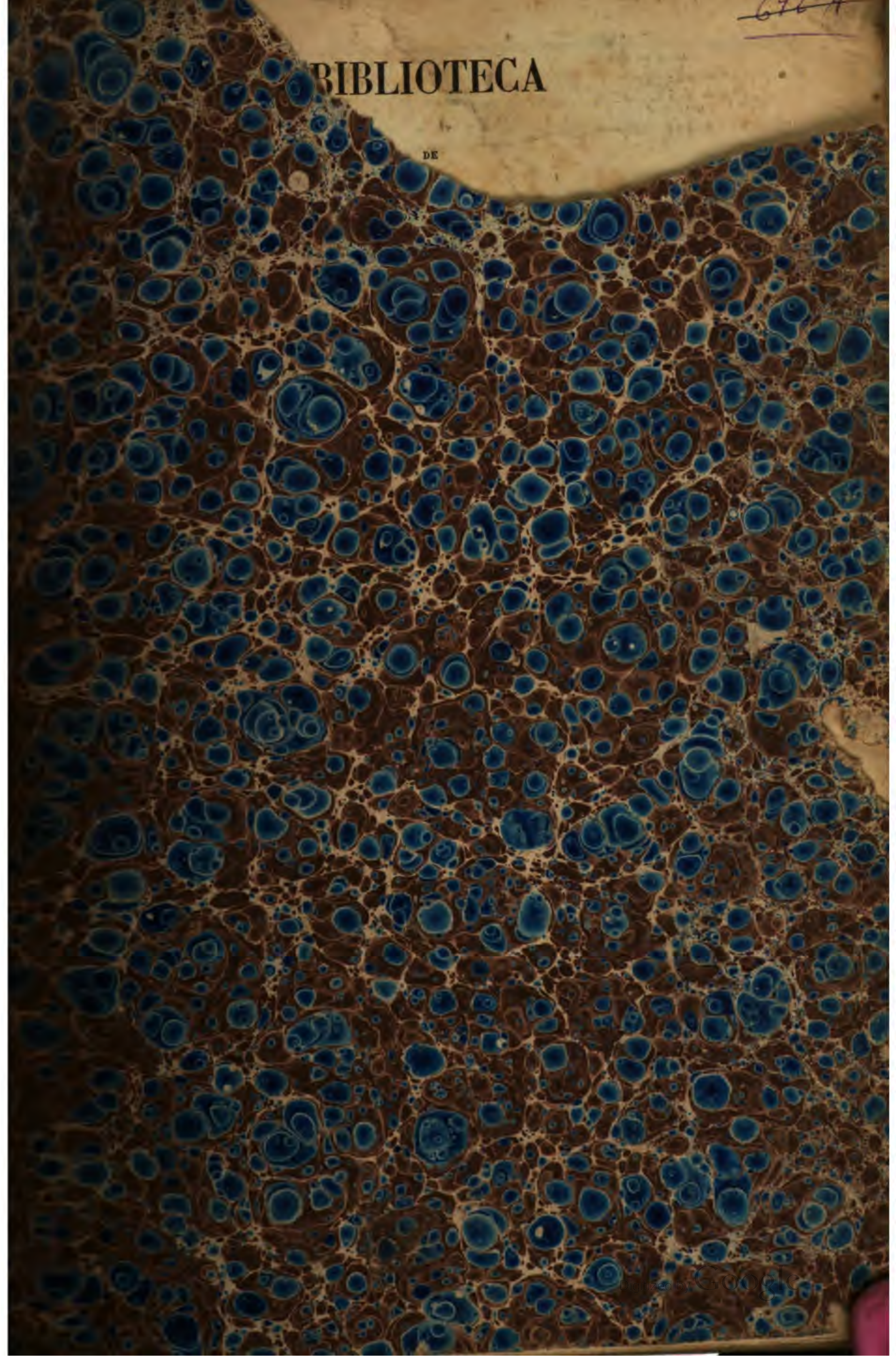





PATRIMOINE
de
l'Université
de Gand


BIBLIOTECA
DE

BIBLIOTECA

DE

AUTORES ESPAÑOLES,

DESDE LA FORMACION DEL LENGUAJE HASTA NUESTROS DIAS.

HISTORIADORES PRIMITIVOS DE INDIAS.

Coleccion dirigida é ilustrada

POR DON ENRIQUE DE VEDIA.

TOMO PRIMERO.



MADRID.
IMPRENTA Y ESTEREOTIPÍA DE M. RIVADENEYRA,
SALON DEL PRADO, 8.

1852.

PRELIMINARES.

Casi pudiéramos dar principio á esta introduccion con la frase expresiva y enérgica de un distinguido escritor, cuyos trabajos han de ocupar un lugar en las páginas siguientes. Francisco Lopez de Gómara, dirigiéndose en 1552 al emperador Cárlos V, le decia en su dedicatoria las siguientes palabras : « La mayor cosa, después de la criacion del mundo, sacando la encarnacion y muerte del que lo crió, es el descubrimiento de las Indias. »

En efecto, difícil, cuando no imposible, es hallar en la historia de la especie humana un acontecimiento comparable al descubrimiento del Nuevo-Mundo, ya en su importancia intrínseca, ya en su influencia sobre las generaciones contemporáneas, ya en la magnitud de los resultados que ofrecia á la posteridad, y que contemplamos ahora con sorpresa y admiracion. Si consideramos este gran suceso bajo los diferentes aspectos que interesan á la humanidad, por todos le verémos tan gigantesco, tan grandioso, que desfallecen las fuerzas necesarias para explicarle debidamente.

Merced á él, la religion cristiana extiende su benéfico dominio á territorios inmensos, abandonados á la ignorancia y al error; la navegacion sale de los andadores que la sujetaban, y abraza mares desconocidos y tormentosos, llevando el pabellon español á los últimos y mas remotos puntos del globo; las ciencias dilatan su imperio con el conocimiento de nuevos productos animales, vegetales y minerales; y por último, hasta la existencia social de los pueblos que habitaban en el antiguo hemisferio sufre importantes modificaciones y alteraciones de resultas del nuevo mundo revelado á la especie humana por el sublime talento de Colon. A vista pues de tales sucesos, no es extraño que la admiracion se apoderase de los hombres mas eminentes, y que Pedro Mártir de Anglería, sobrecogido de gozo y de sorpresa, escribiese, cuando supo el feliz resultado de la empresa de su ilustre compatriota, estas palabras, dando cuenta de sus sensaciones en ocasion tan solemne á su amigo Pomponio Leto : *Prae laetitia prosiluisse te, vixque à lachrymis prae gaudio temperasse quando litteras adspexisti meas, quibus de antipodum orbe latenti hactenus, te certiorem feci, mi suavissime Pomponi, insinuasti. Ex tuis ipse litteris colligo, quid senseris. Sensisti autem, tantique rem fecisti, quanti virum summa doctrina insignitum decuit. Quis namque cibus sublimibus praestari potest ingeniis, isto suavior? Quod condimentum gratius? A me facio conjecturam. Beari sentio spiritus meos, quando accitos alloquor prudentes aliquos ex iis qui ab ea redeunt provintia. Implicent animos pecuniarum cumulis augendis miseri avari, libidinibus obscoeni; nostras nos mentes, postquam Deo pleni aliquando fuerimus contemplando, hujuscemodi rerum noti-*

tia demulceamus. (*Epist.* 152 *Pomponio Laeto.*) « Por tus cartas supe, mi queridísimo Pomponio, que las noticias que te dí del descubrimiento del mundo de los antípodas, hasta ahora oculto, causaron en tí tal gozo, que te embargaron la voz y te arrancaron casi lágrimas de alegría; y bien muestras en tus palabras el efecto que este suceso ha hecho en tí, propio de tu mucho saber y profundos estudios. Porque ciertamente, ¿qué mejor manjar puede presentarse á los grandes ingenios? Qué convite mas agradable? De mí sé decir que cuando hablo con las personas discretas que han viajado por aquellas regiones, siento al oirlas un deleite inefable. Gócense los miserables con la idea de acumular inmensos tesoros; los viciosos con los placeres; mientras nosotros, elevando nuestra mente á la contemplacion divina, admiramos su inagotable poder, y recreamos nuestros ánimos con la noticiá y conocimiento de cosas tan inauditas y singulares. »

Si la relacion de estos hechos, trasmitida por los testigos de vista, causaba tales efectos en los hombres eminentes de aquel tiempo, fácil es presumir que serian mayores en los que con sus mismos ojos contemplaban aquellas maravillas. El espectáculo de una vegetacion nueva y absolutamente desconocida, de frutas, aves y animales nunca vistos, de accidentes de la naturaleza en una escala á la cual nada que se parezca podia presentar el mundo antiguo; aquellas montañas gigantescas coronadas de eternas nieves, aquellos rios que parecen mares, debieron causar honda impresion en los aventureros ilustrados que, encendidos por el deseo de las riquezas ó por la curiosidad, acometian la empresa de cruzar el Atlántico. Por eso sin duda se observa que desde el principio de la historia del descubrimiento aparecen escritores distinguidos que trasmitian al papel las noticias de cuanto veian, por aquel sentimiento tan natural en el hombre, de comunicar á sus semejantes el fruto de sus trabajos, desvelos y fatigas; sentimiento que toma mayor vuelo cuando los conocimientos adquiridos lo han sido á costa de inminentes riesgos y peligros.

Dejando aparte las cartas de Colon, que pueden considerarse como el primer vagido de la historia americana, vemos á Martin Fernandez de Enciso, alguacil mayor de Castilla del Oro, nombre que los primeros descubridores dieron al istmo del Darien, que en 1519 publicó en Sevilla una *Summa de geografía*, en la que figuran las noticias que entonces se tenian de América, y entre ellas el curiosísimo requerimiento ordenado por los casuistas y teólogos españoles, para que nuestra nacion se hiciese dueña de aquellos territorios inmensos, y la no menos curiosa respuesta del Cacique á dicho requerimiento, en que se contempla con placer la lucha de la recta razon y el buen sentido del salvaje con la argucia, el ingenio y la ambicion del hombre civilizado.

Por el mismo tiempo un compañero de Enciso, el famoso Gonzalo Fernandez de Oviedo, nombre que no pueden pronunciar sin respeto los labios de todo amante de la historia patria, escribia su grande obra de la *Historia general de las Indias*, de la que anticipó un breve extracto relativo á la historia natural, que publicó en Toledo en 1527, dando después á luz en Sevilla el primer volúmen en 1535, acogido con tál aceptacion, que se reimprimió en Salamanca en 1547. Suspensa quedó con la muerte de su ilustre autor la publicacion de tan importante trabajo, y los aficionados á estos estudios deploraban esta falta, que el celo de la Academia de la Historia y de algunos particulares dignos de elogio, está llenando, habiendo dado principio á la publicacion íntegra de la obra de Oviedo, hecha con los mejores y mas acreditados códices á la vista, y reproduciendo con el grabado los mapas, bosquejos y diseños de frutas, plantas y otros objetos que aquel benemérito historiador consignó en el original de su obra.

Por los años de 1519 y 20 verificó el inmortal Fernando Cortés la inaudita empresa del descubrimiento y conquista del imperio mejicano; hazaña memorable, donde campean los mas altos talentos militares á la par de los políticos, y que acredita á su autor de uno de los seres mas privilegiados que ha producido la humanidad. Historió él su expedicion, á imitacion de César, justificando que sabia manejar la pluma con el mismo nervio y entereza que la espada; y sus *Cartas al Emperador*, impresas en esta coleccion, son y serán un testimonio imperecedero de su ánimo resuelto, su heróica constancia en los peligros y su sagaz penetracion para llevar á cabo un he-

cho que, si no por la imprenta, calificaria la posteridad de fabuloso, poniéndolo al lado de la expedicion de los argonautas.

No menos digna de atencion es la *Historia general de las Indias* que, por el tiempo de que vamos hablando, escribió en tres gruesos volúmenes el célebre obispo de Chiapa fray Bartolomé de las Casas, y que por razones que penetrará fácilmente el lector ha quedado inédita. Este escritor eminente, objeto de los elogios exagerados de los extranjeros, y de las críticas apasionadas de los propios, es indudablemente uno de los mas notables en su clase, y su obra constituye el mas precioso depósito de noticias relativas á la América en los primeros tiempos de su descubrimiento : sin negar que la vehemencia de su carácter pudo arrastrarle á declaraciones y proyectos poco prudentes y menos meditados; sin desconocer que la violencia de su lenguaje haya podido dar armas á los enemigos de la España para empañar el lustre y las glorias de los memorables hechos de sus hijos, tampoco es justo suscribir á las declamaciones de un falso patriotismo; y la base de las opiniones y conducta de Casas tiene tan noble orígen, que por mucho que se trabaje, no podrá nunca rebajarse del alto puesto que ocupa al apóstol de la religion y la humanidad. Con razon dice un eminente historiador de nuestros dias, que la defensa del hombre de quien hablamos está hecha por el mismo gobierno español, que estableció las inmortales leyes de Indias sobre los principios predicados por Casas, á quien en una ocasion calificó el Consejo de Indias de «piadoso escritor, á quien no se le debia contradecir, sino comentar y defender».

Dos hechos culminantes aparecen entre los descubrimientos y conquistas de los españoles en el continente americano, y que por su importancia y magnitud son los dos principales episodios de aquella magnífica epopeya : hablamos de las conquistas de los imperios de Méjico y del Perú. Ambas encontraron, no uno, sino varios historiadores, que consagraron sus vigilias á trasmitir á la posteridad la narracion de aquellos hechos portentosos. Hemos citado ya como primer autor en la materia al insigne conquistador Hernan Cortés; sigue en el órden cronológico, ó mas bien le acompaña, Bernal Diaz del Castillo, natural de Medina del Campo, y autor de la *Verdadera historia de la conquista de Nueva-España*, en la que tomó una parte activa, como soldado de la expedicion, y que nos dejó en su *Historia* uno de los monumentos mas singulares y curiosos de su especie; libro, como dice Robertson, único y cual no le posee literatura alguna. Fué su principal objeto combatir á Gómara, y esto hace presumir que le escribió después de haber leido su obra y en época bastante posterior á los hechos que refiere. Francisco Lopéz de Gómara, que fué capellan de la casa del primer marqués del Valle, hombre de grandes estudios y de estilo castizo y candoroso, escribió la *Historia general de las Indias*, dando cuenta de su naturaleza física y producciones; y además en obra aparte refirió la conquista de Nueva-España, valiéndose de los materiales que le suministraron varios de los conquistadores; por último, algunos de estos emprendieron tambien breves relaciones de tan importante suceso, que han quedado manuscritas: unas, como los *Comentarios* de Alonso de Ojeda, han desaparecido, sin que pueda hallarse el menor rastro; otras han tenido mejor fortuna, como la escrita por el capitan Andrés de Tapia, amigo y compañero de Cortés, que se ha encontrado en la riquísima coleccion de don Juan Bautista Muñoz, existente en la real Academia de la Historia.

No menos escritores cuenta la conquista del Perú : figura á la cabeza de ellos Francisco de Xerez, secretario del marqués Pizarro, que imprimió su relacion en Sevilla el año de 1534, parte original de aquellos sucesos, extendido, por decirlo así, al otro dia del combate y sobre el mismo campo de batalla, y obra digna de atencion, por ser de un testigo presencial de ellos y revestido de la confianza del hombre singular que los dirigia : reimprimióse en Salamanca el año de 1547, y la reprodujo después con algunas alteraciones el consejero don Andrés Gonzalez de Barcia en sus *Historiadores primitivos de las Indias Occidentales*.

Otro de los conquistadores primitivos del Perú, llamado don Pedro Sancho, escribió tambien una breve relacion, cuyo original castellano desconocemos, pero que insertó Ramusio en su co-

leccion, traducida al latin: estas dos obritas solo alcanzan hasta la muerte de Atahualpa, y son la base principal y las noticias originales de la conquista del Perú, pues tanto Xerez como Sancho se restituyeron á Sevilla en 1534, es decir, muy al principio de los acontecimientos.

Con mas detencion, profundidad y acierto los refirió el contador Agustin de Zárate en su *Historia de la conquista del Perú*, que imprimió en 1554, y que después se reimprimió en Sevilla, ocupando tambien un lugar en el tomo III de la coleccion de Barcia; y ciertamente que era acreedor á estas señaladas muestras del aprecio público este trabajo histórico. Su autor, hombre de cuenta y de instruccion, segun Robertson, presenta un cuadro exacto de la conquista y las guerras civiles que la siguieron: como contador real que era, tuvo relaciones con los principales personajes que figuraron en aquel teatro, y noticias exactísimas de cuanto pasaba: fiel al Emperador en los disturbios de los Pizarros, y aficionado á la historia, tuvo que escribirla con reserva y cautela, pues asegura él mismo que á haberse sabido se ocupaba en esta tarea, quizá le hubiera costado la vida su atrevimiento. Volvió por fin á Europa por los Países-Bajos, y publicó la primera edicion de su libro en Ambéres. Sin temor de exageracion puede decirse que la obra de Zárate es quizá el monumento histórico mas bello y acabado que posee nuestra lengua, porque además de un estilo puro y castizo, de una diccion clara, de lo ameno y variado de la materia, y finalmente, de un profundo conocimiento de ella, ostenta en alto grado la sensatez, cordura y veracidad, prendas las mas principales de un escritor de historia.

Por el mismo tiempo dió á luz en Sevilla la primera parte de su *Crónica del Perú* Pedro Cieza de Leon, escritor poco conocido, pero tal vez el mas digno de atencion de cuantos han tratado del imperio de los Incas: una residencia de veinte y tantos años en aquellas remotas regiones, un conocimiento vasto de sus calidades, producciones y recursos; un estudio concienzudo de las cosas y los hombres de aquel país, le proporcionaron datos que casi puede asegurarse no ha poseido español ninguno de aquellos tiempos; y ciertamente, si hubiese llegado á imprimir las tres partes completas de su obra, difícil seria que compitiese ningun otro escritor con él, ni en la copia de noticias, ni en la suma de hechos importantes, ni en la exacta y completa descripcion de aquella tierra. Por desgracia solo se imprimió un volúmen, que contiene esto último, quedando el resto desconocido ó extraviado; pero tal cual es, la obra de Cieza es la mejor pintura geográfica, natural y física del Perú en aquellos tiempos, y revela sucesos que la timidez ó mala fe de otros historiadores ocultó al público. Esta obra se reimprimió en Ambéres al año siguiente de 1555, y ha tenido la mala suerte de no volver á publicarse después, echándola muy de menos los aficionados á la lectura de las cosas del Nuevo-Mundo.

En 1572 imprimió tambien en Sevilla Diego Fernandez su *Historia del Perú*, dedicada principalmente á referir las guerras intestinas de los Almagros y Pizarros y la pacificacion de la tierra por el licenciado Pedro de la Gasca. El autor estuvo largos años en América ejerciendo un cargo importante de la magistratura, y es por lo mismo probable adquiriese noticias fidedignas de cuanto refiere, haciéndolo en lenguaje claro, sencillo y natural.

Tales son los trabajos históricos mas conocidos, hechos por los españoles para dar cuenta al mundo sabio de sus empresas en aquel continente: muchos pudiéramos citar todavía que han quedado inéditos, y algunos impresos relativos á expediciones de menor importancia; pero fuera una tarea inútil y pesada la de enumerarlos. Terminado el siglo XVI, continuaron con mayor afan estos estudios, y el inca Garcilaso, Herrera, fray Pedro Simon, Torquemada, el obispo Piedrafita, y otra porcion de escritores distinguidos siguieron la senda abierta por Gómara, Bernal Diaz, Zárate y los demás que hemos citado. A proporcion que se extendia la conquista hasta los rincones mas apartados del nuevo continente, aumentaban los viajes, relaciones y noticias, formando un ramo especial de literatura, que ha excitado poderosamente la atencion en los tiempos en que vivimos, y que se cultiva con extraordinario esmero y afan en una y otra orilla del mar Atlántico. El progreso intelectual de los Estados-Unidos se hace sentir, si no con la misma actividad,

con bastante fuerza en nuestras antiguas posesiones ultramarinas; las prensas de Méjico, Colombia, Perú, Buenos-Aires y otras ciudades reproducen nuestros antiguos historiadores, y hasta imprimen relaciones primitivas y curiosas que el sistema político adoptado por nuestra patria respecto á las colonias habia condenado á la oscuridad y al silencio.

Mengua fuera para la nacion cuyos hijos acometieron tan ilustres hechos, y los consagraron después con la pluma para leccion y estudio de la posteridad, quedarse atrás en tan noble tarea: harto tiempo hemos descuidado nuestras glorias, ya arrastrados de una pereza y desidia imperdonables, ya ocupados en cuestiones vitales que nos tocaban mas de cerca y en que se interesaban nuestra seguridad, bienestar é independencia; y estas razones de patriotismo, y hasta de decoro, recomiendan altamente una nueva publicacion de nuestros antiguos monumentos literarios, sobre todo de los relativos al memorable descubrimiento y conquista del continente americano. El benemérito y erudito Navarrete abrió este camino publicando las importantes tareas de los navegantes españoles en los siglos XV y XVI: trabajo lleno de interés y hecho concienzudamente, que llamó la atencion de los sabios; pero suspensa aquella obra, todavía quedaban sumidas en el olvido las primeras relaciones de los escritores de América, que, publicadas en el siglo XVI, solo se habian repetido, y eso inexacta é incompletamente, á mediados del XVIII.

Persuadido de esto el editor de la BIBLIOTECA DE AUTORES ESPAÑOLES, ha creido que debia dar lugar en ella á los historiadores antiguos y primitivos de América, es de r, á los que escribieron durante el siglo XVI, porque los posteriores mas deben considerarse como imitadores de los primeros que como autores originales. Pero por razones obvias se ha reducido á cierto número el de los que ha de abrazar en su plan, dejando algunos otros por voluminosos, por poco importantes, por desconocidos ó por puestos ya bajo otra jurisdiccion. Inaugurada por la Academia real de la Historia la publicacion de la *Historia general*, de OVIEDO, parece haber comenzado una serie de trabajos, que continuará con fray Bartolomé de las Casas y otros autores relegados hasta ahora al polvo de los archivos; pero esta publicacion, hecha por un cuerpo oficial con dispendios autorizados en los fondos públicos y condiciones especiales, nada tiene que ver con la que presentamos á nuestros lectores. Mas modesta en sus formas, redúcese solamente á reproducir y entregar al dominio público libros apreciables, pero poco conocidos, y cuya rareza y escasez los tienen casi del todo apartados de la circulacion literaria.

Fijando los límites en que ha de encerrarse la coleccion que emprendemos, debemos decir que comprenderá el primer volúmen las *Cartas relaciones* de HERNAN CORTÉS, las dos obras de GÓMARA de la *Historia general de Indias* y *Conquista de Méjico*, el *Sumario de la historia natural de las Indias*, de OVIEDO, y los *Naufragios y comentarios* de ALVAR NUÑEZ CABEZA DE VACA; reservando para un segundo la *Conquista de Nueva-España*, de Bernal Diaz del Castillo, y las *Historias del Perú*, de Francisco de Xerez, Pedro Cieza de Leon, y Agustin de Zárate. Con esto quedarán ilustrados los dos hechos principales de la historia del nuevo continente, y cumplido el deseo de los que no quieren ver sepultadas en un eterno olvido estas reliquias de nuestra grandeza política y literaria.

Aquí debiéramos concluir, si no juzgásemos conveniente y aun necesario hacer algunas reflexiones sobre el carácter de nuestras composiciones en prosa relativas á la América, comparándolas con los poemas que nuestros antepasados compusieron sobre el mismo asunto. Desde luego llama la atencion la superioridad reconocida é indudable de nuestros escritores de América á los que trataron la historia de la metrópoli. No pueden en verdad competir en atractivo, amenidad y sencillez Mariana, Morales, Sandoval ni Garibay con GÓMARA, Bernal Diaz y otros, ni se ha escrito ninguna época de la historia patria con la claridad y sustancia que Agustin de Zárate desplegó al referir las guerras del Perú: difícil es explicar este hecho, que ninguno negará; si bien puede tener orígen en la misma naturaleza de sus respectivas tareas: los unos escribian lo que veian delante de sus ojos; los otros encontraban el asunto que debian esclarecer perturbado con las ti-

nieblas de los tiempos y la multitud de falsos cronicones que crearon una devocion indiscreta y una piedad ignorante; de manera que mientras aquellos no tenian mas que copiar la imágen de la verdad, estos se fatigaban en desenvolverla de los falsos ornatos con que la habian ataviado el error y la mentira.

No es menos notable el fenómeno que resulta de la comparacion de nuestros prosadores y poetas de América. Ya el ilustre Humboldt, en su *Cosmos*, ha hécho esta curiosísima observacion, que por poco conocida creemos conveniente repetir, arriesgando, aunque con timidez, alguna explicacion de ella. Al paso que los historiadores descubren alguna vez la impresion que en ellos causaba aquella naturaleza nueva, gigantesca y sublime, apenas se encuentra en ninguno de nuestros poetas el menor vislumbre de este sentimiento, eminentemente poético. La *Araucana*, de Ercilla, el *Cortés valeroso* y la *Mejicana*, de Laso de la Vega, el *Arauco Domado*, del padre Oña, las *Elegías de varones ilustres de Indias*, de Castellanos, la *Argentina*, de Barco Centenera, y otra porcion de escritos métricos, malamente llamados poémas, nada dicen de los efectos que en la imaginacion de sus autores debió causar el espectáculo de un nuevo continente con una vegetacion del todo desconocida; sus inmensos bosques, sus caudalosos rios, sus volcanes, sus cordilleras, cubiertas de eternas nieves, ninguna inspiracion comunicaron á los hombres que, dedicados al culto de las musas, parece deberian mirar con predileccion y cariño las bellezas naturales; y así es que los poemas citados son simplemente relaciones rimadas de los hechos que ocurrian. Si es permitido aventurar alguna conjetura sobre esta circunstancia notable, que invierte, por decirlo así, el carácter é índole de estos dos géneros literarios, parécenos que puede consistir en dos causas: la primera en el sello que imprimió á nuestra poesía la novedad introducida en ella á principios del siglo XVI por los partidarios de la escuela italiana, y la segunda en el modo de ver las cosas los respectivos escritores. Estas indicaciones merecen alguna explicacion, que si bien puede juzgarse ajena del asunto principal que tratamos, no lo es tanto como á primera vista parece, pues conduce en último resultado á demostrar el principal mérito de nuestros historiadores de América.

La alteracion que sufrió la poesía española en la época que hemos citado consistió principalmente en dar toda importancia á las formas, descuidando hasta cierto punto las demás condiciones, y haciéndola de pura imitacion; perdió pues su carácter nativo, su originalidad y frescura, ganando por otra parte en pureza, correccion y elegancia; los ritmos italianos la dieron mayor armonía, y la copia de las ideas y pensamientos clásicos se llevó á tal extremo, que en cualquiera situacion en que se hallase el poeta, su imaginacion le trasladaba á los tiempos mitológicos y á los antiguos imperios de Grecia y Roma. Solo así puede explicarse, por ejemplo, que Ercilla, para entretener á los soldados después de una marcha penosa por las soledades de los Andes, les cuente una noche los amores de Dido y Enéas, en vez de trasmitir á sus lectores los efectos que en su fantasía causaba el grandioso espectáculo que la naturaleza ofrecia á sus ojos; solo así se comprende el olvido de este elemento poderoso de poesía entre los que se dedicaron á celebrar en verso las hazañas de los conquistadores del Nuevo-Mundo.

Si pasamos á los escritores en prosa, hallamos satisfactoriamente explicada la circunstancia de la mayor atencion que prestaron á los objetos naturales: muchas de las relaciones originales son obra de los mismos capitanes y aun soldados: las marchas trabajosísimas que tuvieron que hacer por un país enteramente desconocido, los obstáculos que la naturaleza les oponia, las sierras ásperas y encumbradas que tenian que vencer, los inmensos rios, pantanos y ciénagas que con grandes peligros se vieron obligados á salvar, les hacian forzosamente fijar su atencion en ellos, dándoles algun lugar, y no el menos importante, al referir sus hechos y aventuras. Del mismo modo las diligencias que practicaban para buscar el sustento necesario en ocasiones de escasez y aun hambre, les condujeron como por la mano al exámen y reconocimiento de animales y vegetales, dando principio de este sencillo modo al estudio de las producciones de aquellas tier-

ras; y si á esto se añade el estado de exaltacion de los ánimos, arrastrados unos á tamaña empresa por la codicia, otros por el sentimiento religioso, y otros, finalmente, por el ansia de distincion y de gloria, verémos que este mismo calor y entusiasmo pudo dar muy bien cierto colorido poético á narraciones que hoy leemos con interés muy inferior al de los que las extendian en medio de aquella conmocion que naturalmente excita en el hombre un país nuevo, unos pueblos ignorados y una naturaleza que jamás ha conocido.

Desde que GONZALO FERNANDEZ DE OVIEDO abrió la puerta al estudio de la historia natural de América con su *Sumario breve*, impreso en Toledo el año de 1527, trabajo en que incidentalmente se ocuparon GÓMARA, Cieza y de propósito el famoso Francisco Hernandez, entre otros, fué progresando el conocimiento de aquellas regiones, hasta el punto de que á mediados del siglo XVII el talento perspicaz del jesuita Cobo vislumbró ya el sistema ingenioso y pintoresco de la geografía de las plantas, que el insigne Humbold ha desenvuelto con tanta elegancia como verdad en nuestros tiempos. Hé aquí explicado ligeramente el genio de nuestra historia americana, y el atractivo irresistible que proporciona su lectura, aun comparándola con las obràs que tratan de la misma materia revestidas con los encantos del verso. Largo tiempo ha pasado desde que HERNAN CORTÉS, GÓMARA ý demás autores que nuevamente publicamos cogieron la pluma para comunicar á la posteridad las noticias de aquellos países y sucesos en ellos ocurridos : un aplauso constante y no interrumpido ha galardonado sus tareas; y al darlas á luz después de un olvido casi completo, tenemos fundadas esperanzas de que la generacion actual no les dispensará menos favorable acogida que las pasadas.

NOTICIA

DE LA

VIDA Y ESCRITOS DE FRANCISCO LOPEZ DE GÓMARA.

Son tan escasas las noticias que tenemos de Gómara, que apenas puede decirse pormenor alguno de su vida; recogiendo, sin embargo, algunos datos de sus mismas obras, y aprovechando las ligeras indicaciones esparcidas en nuestros escritores bibliográficos, vamos á referir en breves palabras cuanto nos ha sido dable inquirir sobre tan distinguido escritor.

Francisco Lopez de Gómora ó Gómara, porque de ambos modos le nombran los autores que hablan de él, si bien ha prevalecido el último apellido, nació en Sevilla por los años de 1510, y es extraño por cierto que ninguna mencion haga Ortiz de Zúñiga en sus anales de aquella ciudad, de un hijo suyo tan distinguido, al enumerar en ellos y en el año de 1598, los escritores que ha producido.

Ignoramos absolutamente las circunstancias de los padres de Gómara, así como su infancia, y solo sabemos que su familia era distinguida, y que fué enviado á la universidad de Alcalá, célebre entonces y de importancia por el impulso que habia dado en ella á los estudios el gran cardenal Jimenez de Cisneros, celoso promotor de aquellas enseñanzas : es probable que á su salida de la universidad, donde afirman desempeñó con brillantez la cátedra de retórica, se ordenase de sacerdote, y que entonces, y con este sagrado carácter, pasase á Roma, en donde, segun dice él mismo en los capítulos 3.° y 10 de su *Historia general de las Indias*, trató con intimidad á Saxon Gramático, famoso historiador de Alemania, y al arzobispo de Upsala, Olao Magno, que ilustró las antigüedades y la historia de los pueblos septentrionales, y el cual referia en sus conversaciones á Gómara muchas cosas de aquella tierra y navegacion.

A su vuelta de Roma es cuando debió entrar al servicio de Hernan Cortés, ya marques del Valle, como capellan de su casa y familia, es decir, hácia los años de 1540 en que aquel ilustre guerrero se restituyó á la metrópoli; y no parece errada la conjetura de Robertson, que presume comenzase entonces á escribir su *Historia de las Indias* por complacer á su patrono y favorecedor : para este trabajo se valió de las noticias comunicadas por el mismo Hernan Cortés y por otros conquistadores, de los cuales cita en el capítulo 72 de su *Crónica de la conquista de Nueva-España*, á Andrés de Tapia y Gonzalo de Umbría; y no le serian de menos auxilio los datos que debieron suministrarle personas eminentes y peritas en las cosas del Nuevo-Mundo, entre ellas Pero Ruiz de Villegas y el famoso navegante Sebastian Gaboto, jueces de la comision de demarcacion de los límites que para distribuir los descubrimientos entre España y Portugal se estableció por consejo del papa Alejandro VI; á quienes asegura alcanzó en vida. Sea como fuere, lo cierto es que, consagrado á esta tarea, la dió término y publicó el año de 1552 en Zaragoza, dedicando la primera parte ó *Historia de las Indias* al Emperador, y la segunda ó *Crónica de la conquista de Nueva-España* á don Martin Cortés, hijo y heredero del conquistador. El libro de Gómara fué acogido con aplauso, y lo prueban bien las reimpresiones hechas el año siguiente de 1553 en Medina del Campo, y las de 1554, una en Zaragoza y otra en Ambéres; tampoco dejó de tener aprecio en el extranjero, donde se buscaban con afan noticias de la América, y principalmente por conducto de los españoles, como primeros descubridores de ella. Por esto sin duda se tradujo la obra de Gómara al italiano, al francés, y parte de ella al latin.

En medio de las satisfacciones que naturalmente causaria á Gómara el éxito brillante de su

trabajo, tuvo el disgusto de que lo que á todos agradaba no agradase al Gobierno; y se sabe que, por una cédula del príncipe don Felipe, expedida en Valladolid á 17 de noviembre de 1553, y refrendada del secretario Sámano, se mandó recoger y llevar al Consejo cuantos ejemplares se hallasen de su libro, imponiendo la pena de doscientos mil maravedís de multa á quien en adelante le imprimiese ó vendiese. Pregonada esta providencia, se notificó al año siguiente á once libreros de Sevilla, y se procedió á recoger algunos ejemplares.

Antonio de Leon Pinelo, que menciona este hecho en su *Biblioteca oriental, occidental y náutica*, la califica de «historia libre»; y dice que esta circunstancia produjo la cédula del Consejo de Indias que hemos citado.

Dejamos á Gómara ocupado en su tarea en casa de Fernando Cortés, á quien acompañó á la expedicion de Argel, pues en el capítulo en que trata de ella dice terminantemente: «yo, que estaba allí»; y es de creer que permaneceria en ella hasta la muerte de este insigne conquistador, ocurrida en Castilleja de la Cuesta, pueblo á las inmediaciones de Sevilla, el 2 de diciembre de 1547. Muerto el Marqués, se ignora qué hizo Gómara; pero lo mas natural es que se retirase á su patria, Sevilla, donde tambien es probable falleciese, aunque no sabemos en qué año ni de qué edad: tan pocas son las noticias que se tienen de su persona.

El libro de Gómara sobre América, que en un principio disfrutó tan aventajado concepto, decayó luego con la publicacion de otros, y especialmente con la de la *Verdadera historia de la conquista de Nueva-España*, por Bernal Diaz del Castillo, que fué uno de los individuos que tomaron parte activa en aquella expedicion memorable, y que como testigo de vista acometió la empresa de corregir las inexactitudes y errores de Gómara; su libro no está escrito mas que para este fin; y así, ataca continuamente al primer historiador con un encono y una violencia que degeneran á veces en injusticia; de aquí la notable diferencia entre los dos escritores: Gómara se propuso enaltecer á Cortés atribuyéndole casi exclusivamente la gloria de la conquista, y Bernal Diaz trató de probar que la gloria era de todos, porque el consejo, las resoluciones y la ejecucion eran comunes á todos ellos. Tan distante de la verdad y la justicia consideramos al uno como al otro: los distinguidos capitanes y valientes soldados que acompañaban á Cortés contribuyeron indudablemente con su heróica constancia y aliento al triunfo, y el genio superior de su capitan supo aprovechar estos elementos y los que le proporcionó su sagaz política para llevar á cabo uno de los hechos mas sorprendentes y singulares que menciona la historia. Ni Cortés por sí solo y sin sus compañeros hubiera ganado el imperio mejicano, ni ellos, por animosos y resueltos que fuesen, hubieran conseguido el mismo resultado sin tener al frente un hombre tan extraordinario y privilegiado.

Pero es preciso confesar que en el fondo no le falta razon á Bernal Diaz, particularmente en punto á las noticias y relaciones de que se valió Gómara para formar su libro, porque indudablemente fueron poco fieles. La misma acusacion le hizo el inca Garcilaso de la Vega, que refiriendo en el capítulo 40 del libro 5.° de sus *Comentarios reales*, parte II, el lance que se cuenta de Carbajal, cuando dijo á Diego Centeno, que le fué á visitar estando en capilla, que no le conocia, porque nunca le habia visto sino por la espalda, añade que esta especie es un cuento infundado y ajeno de la dignidad de Diego Centeno, y hasta de la noble franqueza militar de Carbajal; dice luego ser extraño que Gómara diese crédito á esta vulgaridad; y lamentándose de su falta de tino en punto á noticias, menciona el caso que le sucedió en Valladolid con las siguientes palabras: «Es así que un soldado de los mas principales y famosos del Perú, que vino á España poco después que salió la historia de Gómara, topándose con él en Valladolid, entre otras palabras que hablaron sobre el caso, le dijo que ¿por qué habia escrito y hecho imprimir una mentira tan manifiesta, no habiendo pasado tal? A las cuales respondió Gómara que no era suya la culpa, sino de los que daban las relaciones nacidas de sus pasiones. El soldado le dijo que para eso era la discrecion del historiador, para no tomar relacion de los tales, ni escrebir mucho sin mirar mucho, para no disfamar con sus escritos á los que merecen toda honra y loor. Con esto se apartó Gómara muy confuso y pesante de haber escrito lo que levantaron á Carbajal, en decir que no conocia á Diego Centeno.»

Estos errores materiales, y la circunstancia de haber caido en el desagrado del Consejo de Indias, condenaron la obra de Gómara á una especie de olvido injusto, y la prohibicion duró hasta el año de 1727, en que sin duda las diligencias del erudito don Andrés Gonzalez Barcia lograron levantar aquel entredicho, para poder darla lugar en su *Coleccion de historiadores primitivos de las Indias Occidentales*.

Se ignora la fecha de la muerte de Gómara y todo lo relativo á los últimos años de su vida; y hasta careceriamos de la noticia de su estancia en Valladolid hácia 1556 ó 57, sino por las palabras del inca Garcilaso que hemos citado anteriormente.

Segun don Nicolás Antonio, escribió, además de su *Historia general de las Indias* y la *Crónica de la conquista de Nueva-España*, una *Historia de Horruc y Haradin Barbaroja*, *reyes de Argel*, que dedicó á don Pedro de Osorio, marqués de Astorga. En la biblioteca del célebre conde de Villaumbrosa existia tambien un códice manuscrito de nuestro autor, intitulado *Los anales del emperador Cárlos V;* y finalmente, él mismo declara en el capítulo 40 de su *Conquista de Nueva-España*, al referir la guerra de las naves de Cortés, que Horruc Barbaroja hizo la misma hazaña, pues mandó incendiar siete galeotas y fustas para tomar á Bujía, y que contaba este hecho de guerra con todos sus pormenores, en un libro que habia escrito, llamado *Batallas de mar de nuestros tiempos*. La persona que nombra puede hacer presumir que don Nicolás Antonio padeció algun error al citar la historia de los Barbarojas, de Gómara, y que este libro era el de las batallas de mar.

Lo que nadie puede quitar á Gómara es la gloria de haber ilustrado una época importante de nuestra historia nacional de un modo agradable y ameno: su estilo es flúido, natural, elegante y lleno de atractivo, y su lectura descubre los no comunes conocimientos del autor en astronomía, geografía y navegacion. Estas calidades bien pueden compensar alguna falta de exactitud en los hechos, sobre todo cuando se refieren bajo la fe de otras personas, pues Gómara, segun las mejores noticias, nunca pasó el Atlántico, y no sabemos con qué autoridad le hizo residir cuatro años en América monsieur Bocous, autor de su artículo en la *Biografía universal* de Michand.

La obra de Gómara se publicó, segun hemos dicho, por primera vez en 1552 : edicion que hemos tenido presente, hecha en Zaragoza; repitióse en 1553 en Medina del Campo, por Guillermo de Millis, y en 1554 en Zaragoza, por Pedro Bernuz y Agustin Millan; en Ambéres la imprimieron el mismo año Martin Nucio y Juan Steelsio.

Agustin Cravaliz, natural de San Sebastian, la tradujo al italiano y la imprimió en Venecia en 1560 y 1565, y Lucio Mauro hizo una nueva version á la misma lengua, que dió á luz en Roma en 1556. Además se hizo un extracto de su obra, con el título de *Descripcion y traza de todas las Indias*, que se imprimió en Ambéres en 1553.

Martin Fumée, señor de Genille, la tradujo al francés y la imprimió en Paris en 1578, reproduciéndose luego en 1584, 87, 97 y 1605.

Esta multiplicidad de ediciones en la lengua nativa y en las dos principales de la Europa en aquel tiempo, es un testimonio irrecusable del mérito de Gómara y del interés con que el mundo civilizado miraba las empresas de los españoles en América; todavía la volvió á imprimir, aunque con grandes supresiones, don Andrés Gonzalez de Barcia, y tenemos entendido, si bien no hemos conseguido verla, que se publicó años pasados una nueva edicion en Caracas.

Perdidos lastimosamente los demás trabajos históricos de Gómara, se ha salvado por fortuna, del naufragio, este, que es bastante para asegurar á su autor un puesto muy distinguido entre los escritores eminentes de la lengua castellana que con mas éxito han ilustrado la historia patria.

DE CORTÉS Y SUS CARTAS.

Refiriendo Francisco Lopez de Gómara con tanta extension los sucesos de la vida de Hernan Cortés en su *Conquista de Méjico*, parece inútil cansar al lector con noticias biográficas de este ilustre varon; pero no será ocioso decir algo acerca de sus *Cartas ó Relaciones*, que son los primeros y mas preciosos documentos relativos á los hechos de los españoles en Méjico.

La correspondencia de Cortés es numerosa, porque tuvo siempre sumo cuidado de dar cuenta al Emperador de todo lo que hizo y proyectó en aquellas regiones apartadas; pero entre todas sus cartas, se distinguen, ya por su extension, ya por la importancia de los acontecimientos que

refieren, las cinco relaciones así llamadas, en que circunstanciadamente cuenta la conquista del imperio mejicano y la expedicion de las Higueras.

La suerte de estos interesantes documentos ha sido muy varia : el primero en órden cronológico se creyó perdido, y hasta el diligente colector don Andrés Gonzalez de Barcia desesperó de dar con él, creyendo habia sido el recogido por el Consejo de Indias á instancias de Pánfilo de Narvaez, ó que se habia extraviado por ser el que Juan Flores quitó á Alonso de Avila. Robertson, con aquella penetracion y perspicacia que demostró en las indagaciones históricas, fué el primero que indicó la especie de que esta carta se hallaria quizá en Alemania, donde se hallaba el Emperador cuando se recibió : para salir de dudas comunicó su pensamiento á mister Murray Keith, ministro inglés en Viena, y acercándose este al gabinete austriaco, obtuvo la autorizacion competente para copiar la carta si acaso se encontraba en la Biblioteca Imperial. La carta que se deseaba no se halló ni original ni en copia, pero sí un traslado auténtico, legalizado por escribano público, de la dirigida al Emperador por el ayuntamiento de la Veracruz, ciudad recien fundada por CORTÉS ; y escrita á 10 de julio de 1519. Pareció al mismo tiempo la carta quinta, ó sea la de la expedicion á las Higueras, sin fecha alguna, pero que en el códice existente en la Biblioteca Nacional tiene la de Temixtitan á 3 de setiembre de 1526. Robertson extractó al fin de su obra la primera que hemos citado, que se imprimió íntegra por primera vez en la *Coleccion de documentos inéditos para la historia de España*, de los señores Navarrete, Salvá y Baranda ; tomo I, páginas 421-461.

La segunda *Carta-Relacion* se escribió en Segura de la Frontera á 30 de octubre de 1520 : publicóla en Sevilla Juan Cromberger, á 8 de noviembre de 1522, en folio gótico ; y después la reimprimieron Barcia, en el tomo primero de su Coleccion, el año de 1749, y el arzobispo Lorenzana en Méjico, en 1770.

La tercera, escrita en Cuyoacan á 15 de mayo de 1522, se imprimió tambien en Sevilla por el mismo Cromberger á 30 de marzo de 1523, en folio, y se reprodujo igualmente en las colecciones de Barcia y Lorenzana.

La cuarta, que escribió CORTÉS en la ciudad de Temixtitan á 15 de octubre de 1524, se imprimió el año de 1525, segun Panser, citado por Brunet, en Toledo por Gaspar de Avila, tambien en folio, y pasó del mismo modo á ocupar un lugar en las colecciones mencionadas. Parece excusado añadir que estas impresiones primitivas son sumamente raras, y Barcia dice que para repetirlas en su obra las consiguió, después de muchas diligencias, del consejero de órdenes don Miguel Nuñez de Rojas, que las tenia en su librería. Tambien se hallan hoy en la de la Academia de la Historia, segun se nos ha asegurado.

Por último, la quinta, que se halló en el códice CXX de la Biblioteca Imperial de Viena cuando se buscaba la que deseaba Robertson, no tiene fecha ; pero en un códice del siglo XVI, existente en la Biblioteca Nacional, finaliza del modo siguiente : « De la cibdad de Temixtitan desta Nueva-España, á 3 del mes de setiembre, año del nascimiento de nuestro Señor é Salvador Jesucristo de 1526. » Ignoramos si el códice referido es la copia que cita Muñoz, hecha por Alonso Diaz, de la original de HERNAN CORTÉS. Nosotros nos hemos valido de él para la publicacion presente, en que sale por primera vez á la luz pública esta carta.

En la introduccion que antecede hemos explicado el efecto que en la Europa civilizada produjo el descubrimiento del Nuevo-Mundo, y la ansiedad con que se buscaban cuantas noticias y documentos se publicaban relativos á los sucesos que ocurrian en aquellos paises apartados de la comunicacion europea ; y esto mismo explica bien la rapidez con que se tradujeron á las principales lenguas vivas, y aun al latin, que era el idioma vulgar de las personas instruidas de aquella época.

En efecto, en 1522 imprimió Cromberger la segunda *Carta* en Sevilla, y en 1524 la tradujo al latin el doctor Pedro Savorgnani, y la dió á luz en Nuremberg, dedicando su traduccion al papa Clemente VII. Con ella tradujo tambien é imprimió la tercera *Carta*. El doctor Savorgnani era natural de Forli, y á la sazon secretario del ilustrísimo señor don Juan de Rivelles, obispo de Viena, en el Delfinado : estas traducciones se reimprimieron dos veces, la una en el tratado intitulado *De Insulis nuper inventis, etc.*, Colonia, 1532 ; y la otra en el *Novus Orbis*, de Simon Grineo, Basilea, 1555.

Un anónimo aleman las puso, segun asegura don Nicolás Antonio, en su idioma, si bien no dice cuáles, cuántas, ni en qué punto se imprimieron.

Aprovechándose Nicolás Liburno de la version latina de Savorgnani, las tradujo al italiano, y las publicó en Venecia el mismo año de 1524; traduccion que insertó Juan Bautista Ramusio en el tomo III de su *Coleccion de viajes*, añadiendo haber practicado, aunque sin fruto, las mas exquisitas diligencias para conseguir la primera carta. Y M. Juan Rebelles hizo otra traduccion á la misma lengua, impresa tambien en 1524.

En 1588 imprimió en Paris Guillermo Le-Breton su libro *Voyages et conquêtes du capitaine Ferdinand Courtois*, que no es traduccion literal de las *Relaciones* de nuestro héroe, sino un extracto de los sucesos de aquella conquista segun los refirieron Oviedo y Gómara; y finalmente el vizconde de Flavigni, caballero francés aficionado á nuestras cosas, de quien hace mencion don José Nicolás de Azara en una de las cartas que sirven de prólogo á la segunda edicion de la *Introduccion á la historia natural y geografía física de España*, de don Guillermo Bowles, publicó en Paris, sin año de impresion, pero hácia 1778, segun la fecha de la licencia, su *Correspondance de Fernand Cortés avec l'empereur Charles Quint sur la conquête de Mexique*, que es un tomo de 588 páginas, dedicado á la marquesa de Polignac, y contiene la traduccion de las tres relaciones de Cortés publicadas en Méjico por el señor Lorenzana el año de 1770. El traductor francés desconoció, segun se explica, así la edicion primitiva de las *Cartas*, como la reimpresion de Barcia; alteró el órden establecido por el señor Lorenzana, llamándolas primera, segunda y tercera, en vez de segunda, tercera y cuarta; concediendo, sin embargo, la existencia de una primera, escrita en Veracruz en 1519, que supone escasa de interés, atendiendo al contenido de las restantes; é hizo un grandísimo elogio de Hernan Cortés, ponderando las eminentes dotes que le adornaban, y comparándole con Julio César en el hecho de haber sido el cronista de sus propias hazañas con la misma sencillez, claridad y modestia que el ilustre romano. Esta traduccion de monsieur de Flavigni se reimprimió en Suiza en 1779.

Al terminar estos apuntes literarios y bibliográficos cúmplenos decir algunas breves palabras acerca de estas *Cartas-Relaciones*. Cuando se compara su estilo con el de los historiadores que sucesivamente han referido los mismos acontecimientos, se echa de ver al momento la superioridad inmensa del hombre que las escribia. Gómara, en medio de su candor y naturalidad, descubre la pretension de adular y enaltecer al hombre á quien servia; Bernal Diaz del Castillo, con el tono rudo, pero veraz, de un soldado, procura rebajar hasta cierto punto los méritos del capitan, para compartir con él la gloria de los hechos; y arrastrado por una vanidad que tiene algo de pueril, se entretiene al fin de su obra en enumerar uno por uno los combates, batallas y encuentros en que se habia hallado durante una vida agitada y llena de aventuras; Solís, por último, adoptando un lenguaje armonioso, acompasado y elegante, se propone en su obra hacer un panegírico mas bien que una historia.

Superior Cortés á todos ellos, cuenta los hechos sin orgullo ni pretension; refiere con la misma igualdad de espíritu las satisfacciones que los peligros; explica los medios y resortes á que recurrió su poderoso genio para dar cima á empresa tan gigantesca; da cuenta de sus pensamientos, sus proyectos y sus providencias para estudiar y conocer aquel inmenso territorio, á fin de acrecer mas y mas con estos datos el poder y riquezas de su patria; y todo lo hace en un lenguaje flúido, natural, corriente, sin que ni por un momento se descubra el menor asomo de pasion, envidia ni ninguna de aquellas miserias y pequeñeces que afligen siempre á las almas vulgares; tan alto y modesto se manifiesta con la pluma como con la mente y con la espada: ¡tan cierto es que el habla suele ser compañera inseparable del ánimo, y que la verdadera grandeza anda siempre junta con la sencillez y la lisura!

APUNTES

SOBRE

LA VIDA DEL ADELANTADO ALVAR NUÑEZ CABEZA DE VACA.

Nació Alvar Nuñez Cabeza de Vaca en la ciudad de Jerez de la Frontera, y fué nieto del adelantado Pedro de Vera, á quien concedieron los Reyes Católicos de gloriosa memoria, don Fernando y doña Isabel, la conquista de las islas Canarias, haciéndola á costa suya; empresa en que gastó un cuantioso patrimonio; y no alcanzando al intento, empeñó en suma de dineros, y por no dejarle, á un alcaide moro dos hijos que tenia, de los cuales fué el uno padre y el otro tio de nuestro Adelantado, cuya madre se llamó doña Teresa Cabeza de Vaca, segun consta de una probanza en forma que presentó al Consejo de Indias. No han llegado á noticia de nuestros tiempos los particulares de su niñez y juventud, y solo sabemos que al pasar á la conquista de la Florida el gobernador Pánfilo de Narvaez, llevó en su compañía á Alvar Nuñez, avecindado entonces en Sevilla, con el cargo de tesorero del Rey. Fué aquella expedicion tan numerosa y lisonjera en las esperanzas, como desgraciada en sus resultados, pues murieron la mayor parte de españoles, unos de enfermedades y otros á manos de los indios, gente belicosa, feroz y caribe, que devoraba los cadáveres de sus enemigos. Sucedió esto por los años de 1528, y segun las noticias históricas del tiempo, de seiscientos españoles que iban á la empresa, solo lograron salvarse cuatro, que fueron Alvar Nuñez Cabeza de Vaca, Alonso del Castillo Maldonado, Andrés Dorantes, y un negro esclavo de Alvar Nuñez, llamado Estebanico de Azamor; así lo refiere él mismo en sus *Comentarios*. La vida errante y de servidumbre que llevaban estos infelices, la desnudez y el estar flacos, extenuados y devorados de mosquitos, fueron las circunstancias que les salvaron la vida, pues tales se hallaban, que no les parecieron de provecho á los indios para comerlos.

En esta lastimosa situacion es cuando, obligado Alvar Nuñez á asistir á los indios enfermos que reclamaban sus auxilios, comenzó á valerse, por ignorancia de otros medios físicos, de soplos, oraciones y rezos, con los cuales dice halló gracia delante del Señor para hacer, no solo curas verdaderamente maravillosas, sino hasta milagros ciertos, pues asegura que en una ocasion resucitó un indio muerto. La crítica no puede aceptar estos hechos sobrenaturales, hijos probablemente de la casualidad, y en el caso á que aludimos de un error material de Alvar Nuñez; y aunque el marqués de Sorito en una larga disertacion, no menos erudita que indigesta y pesada, defendió con el mayor entusiasmo los milagros de Alvar Nuñez, la razon se niega á admitir semejantes fábulas.

Los resultados inmediatos de estas curas fueron para Alvar Nuñez y sus compañeros una completa seguridad, y el respeto y aprecio de los indígenas, que los miraban como seres de una naturaleza superior y privilegiada. A favor de tal persuasion corrieron la tierra, siendo bien recibidos en toda ella; y de tribu en tribu vinieron á parar á San Miguel de Culhuacan en la costa del mar del Sur, después de una peregrinacion de nueve á diez años; pasó luego á Méjico, y dió la vuelta á España por los años de 1537.

A su llegada pretendió con ahinco la gobernacion del Paraguay: prueba evidente del espíritu y aliento de Alvar Nuñez, que no habian podido quebrantar los trabajos, aflicciones y fatigas de diez años. El Emperador le hizo la merced que solicitaba, con título de adelantado, y ciertas capitulaciones, por las que se obligaba á continuar el descubrimiento, conquista y poblacion de

aquellas tierras. Preparó pues lo conveniente, y en el año de 1540, á 2 de noviembre, salió del puerto de San Lúcar de Barrameda con cinco navíos, en que iban, sin contar la gente de mar, setecientos españoles, y entre ellos un buen número de caballeros é hidalgos; llegó al puerto de Santa Catalina á 29 de marzo de 1541, después de haber reconocido el cabo de San Agustin; y teniendo nuevas de estar casi desierto Buenos-Aires, determinó pasar por tierra á la Asuncion, principal residencia entonces de los conquistadores, mandando que los navíos, con la gente de mar, mujeres y demás, continuasen navegando hasta tomar el rio de la Plata, y dejando los dos navíos mas gruesos en San Gabriel. Entre tanto el Adelantado hizo reconocer á Pedro Dorantes una parte del camino que trataba de hacer, y con estas noticias emprendió su viaje, en que pasó grandísimos trabajos por la aspereza de la tierra, anchura y braveza de los rios, y enfermedades de la gente; tuvo, en medio de esto, la buena suerte de entrar en la Asuncion el dia 11 de marzo de 1542, después de setenta jornadas, en que anduvo cuatrocientas leguas sin haber perdido ni un hombre. El general Domingo de Irala envió tres capitanes á que le besasen la mano, y con esto fué recibido en su nueva gobernacion muy á gusto de todos, por el lugar que se hacia con su afabilidad y buen trato.

Lo primero que el Adelantado hizo fué nombrar á Domingo de Irala su maestre de campo, encargándole proseguir los descubrimientos para ponerse en comunicacion con el Perú; despachó tambien á su sobrino Alonso Riquelme con trescientos hombres al castigo de unos indios rebelados de la provincia del Ipané; y por último, aunque contrapuntado ya algun tanto con los oficiales reales, resolvió salir en persona con una numerosa expedicion á correr tierra y averiguar noticias de minas. Acompañábanle cuatrocientos hombres con sus capitanes prácticos en el país, el contador, veedor y factor; y dejando el mando de la Asuncion en manos del maestre de campo, emprendió la expedicion con su marcha en cuatro bergantines, seis barcas, veinte balsas y mas de docientas canoas. Después de algunos encuentros con los indios, comenzaron las pasiones y discordias con los oficiales reales, que en medio de grandes hambres y trabajos, exigian con imperiosa tiranía el quinto de las cosas mas pequeñas é insignificantes, hasta de la caza y pesca que á costa de mil fatigas adquirian los soldados para satisfacer su necesidad. Opúsose, como era razon, Alvar Nuñez á tan desusadas pretensiones, ofreciendo que él por su parte daria á su majestad, por excusar molestia á los soldados, los cuatro mil ducados al año que se le habian señalado de salario; con lo que se calmó por entonces aquella discordia, y el Adelantado dió la vuelta á la Asuncion llevando consigo mas de tres mil indios de servicio, que aumentaron el pueblo y proporcionaron mas abastecimiento de comida y otras cosas necesarias; pasó luego á reprimir á los indios yapirús, que molestaban con continuas incursiones á los españoles; y conseguido este objeto, se restituyó á su gobierno muy gozoso, si bien molestado de unas cuartanas que le tenian en harto desasosiego.

Hubo por este tiempo necesidad de enviar alguna gente á pacificar los indios de la provincia de Acay, que andaban turbados y alterados, y con este fin mandó Alvar Nuñez apercibir doscientos y cincuenta hombres, que á las órdenes del maestre de campo partieron de la Asuncion. Los oficiales reales, que no aguardaban sino una buena coyuntura para obrar segun su mala voluntad y encono, determinaron aprovechar la que se les ofrecia, atizando principalmente el fuego el contador Felipe de Cáceres, hombre sedicioso, inquieto y amigo de novedades; decia él que convenia al servicio del Rey quitar el mando y prender al Adelantado, que no cuidaba como debia de los intereses de su majestad; y reuniendo á todos sus amigos y parciales, les persuadió el negocio, valiéndose de la ausencia del maestre de campo y de otras personas de cuenta que con él habian ido, y diciendo que ahora debia acometerse la empresa.

Hallábase, como hemos dicho, Alvar Nuñez muy enfermo y en cama; tuvo aviso de que los conjurados caminaban en armas á su posada, y levantándose se echó una cota, calóse la celada, y embrazando su rodela, salió á la sala á recibirlos espada en mano; donde les dijo en alta voz: «Caballeros, ¿qué traicion es esta que cometen contra su adelantado?» Respondieron ellos: «Aquí no hay traidor ninguno, porque todos somos servidores del Rey; y así, conviene que vuesa señoría sea preso y vaya á dar cuenta al real Consejo de sus delitos y tiranías.» Replicó el Adelantado cerrándose con su rodela: «Antes morir que consentir tan gran traicion.» Y entonces le acometieron todos, requiriéndole se rindiese; donde no, que le harian pedazos. Rodeáronle juntos y á un tiempo; pero antes que le hiriese ninguno llegóse un Jaime Resquin con una ballesta armada, y poniéndole un pasador al pecho, le dijo: «Ríndase luego; si no, pasaréle con esta

jara.» A lo cual dió de mano el Adelantado, diciendo con semblante grave: «Apártense vuesas mercedes; que yo me doy por preso.» Y recorriendo con la vista á los que le rodeaban, y viendo entre ellos á don Francisco de Mendoza, le llamó y dijo: «A vuesamerced, señor don Francisco, entrego mis armas, y ahora hagan de mí lo que quisieren»; y dióle su espada. Tomóla Mendoza; y con esto, le echaron mano, le pusieron un par de grillos y le llevaron así á las casas de García Venegas, rodeado de mucho gentío, donde le encerraron en una cuadra muy oscura, poniéndole cincuenta soldados de guardia. Prendieron con él á su sobrino Alonso Riquelme Melgarejo, al alcalde mayor Pedro de Estopiñan, Francisco de Vergara, Abreu y otros capitanes, caballeros y soldados; y quitándoles las armas, se apoderaron del gobierno y jurisdiccion tan á su sabor, que nadie se atrevia á irles á la mano en cuanto se les antojaba, mas ni aun á hablar contra ellos. Los oficiales reales, que eran el alma de todo el negocio y lo manejaban, escribieron lo sucedido al maestre de campo, manifestándole que todo se habia hecho de comun acuerdo y como conveniente al servicio de su majestad, y encargándole la pronta vuelta para disponer lo que cumpliese al buen gobierno y quietud de la tierra. No causó poca novedad esta noticia en el maestre de campo, y sintióla, como era razon; mas no pudo remediarla, por haber intervenido en el hecho tantos capitanes y gente autorizada y noble, y por hallarse á la sazon enfermo de una disentería, en términos que ni aun podia montar á caballo; pero viendo lo grave del negocio, determinó venirse, conducido en una hamaca, á la Asuncion, donde llegó tan al cabo, que le desahuciaron, y estuvo muy á pique de perder la vida. Reunidos ya todos, determinaron nombrar persona que sustituyese al Adelantado y los gobernase en nombre del Rey; y habido su acuerdo, y hecha la votacion por cédulas, segun estaba ordenado por una provision real, resultó elegido el maestre de campo Domingo Martinez de Irala, quien se excusó diciendo que su enfermedad mas le tenia para ir á dar cuenta á Dios que para admitir y ocuparse en cosas temporales, sobre todo habiendo tantos y tan buenos caballeros que podian tomar á su cargo el gobierno, que no debia entregarse á un hombre oleado. Anduvieron en estas demandas y respuestas casi un dia, hasta que interviniendo los capitanes Salazar, Chaves y muchos de los mismos amigos y parciales del Adelantado, hubo de consentir Irala en lo que pretendian; con lo que el dia 15 de diciembre de 1543 le sacaron, enfermo como estaba, sentado en una silla, y fué recibido como capitan general, jurando antes gobernar en paz y justicia y mantener la tierra en nombre del Rey, hasta que su majestad no dispusiese otra cosa. Hízose en seguida proceso de todo para enviarlo á Castilla con el Adelantado en una buena carabela que se determinó construir, y cuya obra caminó con suma lentitud, padeciendo entre tanto ALVAR NUÑEZ muchas vejaciones y mal tratos, por espacio de diez meses, pues ni le permitieron tener recado de escribir ni otro consuelo alguno, dándole de comer hasta pobremente y de lo suyo, para lo cual le embargaron todos sus bienes. Pasaba él estos trabajos con gran resignacion y conformidad; cualidades en que no le imitaron sus partidarios, pues en varias ocasiones, si bien en todas infructuosamente, procuraron sacarle de la prision y volverle á poner en el gobierno. Velaban con gran diligencia sus enemigos para impedirlo, y acordaron por último que antes de consentir en tal cosa darian de puñaladas al Adelantado, y harian lo mismo á Irala si no acudiese á lo que á todos convenia y á la buena guarda y custodia del preso. Evitó esta providencia violenta nuevas tentativas; pero enconó los ánimos á punto de que sucedieran grandes males y discordias, sino por el buen celo y diligencia de Irala.

Acabada por fin la carabela, embarcaron en ella al Adelantado, y resolvieron le acompañasen el veedor Alonso Cabrera y el tesorero García Venegas; los cuales llevaban el proceso fulminado contra el preso, instruido muy á gusto de sus enemigos; se dió el mando de la nave á Gonzalo de Mendoza, portugués, y se nombró procurador de la provincia á Martin de Orue. A pesar de convenir tanto la pronta marcha del Adelantado para calmar los bandos y pasiones que habia entre la gente, y que Irala procuraba templar con esfuerzos inauditos, haciendo mercedes á unos, castigando á otros, y atajando con maña el fuego para que no pasase adelante, todavía pretendió el capitan Salazar usar de un poder secreto que le habia dejado ALVAR NUÑEZ, y disponer lo conveniente para sacarle de la carabela y restituirle en el mando; dió para esto la voz, reunió hasta cien hombres en su casa, y hecho el navío á la vela, manifestó su intento á las claras, obligando al nuevo gobernador á que le aconsejase desistir de su empeño, primero con palabras, y después á viva fuerza; pusiéronse para ello cuatro piezas asestadas á la casa, comenzaron á batirla, y derribado un lienzo, entraron sin resistencia. Abandonado Salazar de sus parciales, y presos Riquelme, Melgarejo y Vergara, dispuso el Gobernador que un bergantin saliese con él para ver si al-

canzaba á la carabela. La alcanzó en efecto, y el capitan Salazar pasó á ella en calidad de preso, en compañía del Adelantado, á quien habia guardado tanta fidelidad. Llegados á Sancti Spiritus, hubo nueva revolucion de humores, y á persuasion de Alonso Cabrera, arrepentido quizá de lo hecho, se trató de volver á la Asuncion y reponer en el mando á Alvar Nuñez; contradíjolo Pedro de Estopiñan, diciendo que este lance podria redundar en gran deservicio de Dios y ruina de los españoles, moviendo grandes discordias y guerras civiles; y vencidos los demás de estas razones, determinaron proseguir su navegacion á España; llegaron á ella después de sesenta dias; y presentados al Consejo de Indias, y dada cuenta de lo sucedido, mandó el Emperador poner presos á Cabrera y á García Venegas; siguióseles el proceso, y estando á punto de sentenciarse, enloqueció el primero, y murió el segundo súbitamente, ambos en la cárcel. Fué tambien condenado Alvar Nuñez á privacion de oficio y á seis años de destierro en Oran, con seis lanzas; apeló, y en revista salió libre, señalándole dos mil ducados de pension en Sevilla. Retiróse á aquella ciudad, en la cual falleció ejerciendo la primacía del consulado con mucha honra y quietud de su persona, ignorándose el año de su muerte.

Es Alvar Nuñez una de las figuras mas bellas, nobles y bondadosas que se encuentran en los anales de la conquista del Nuevo-Mundo; su constancia y resignacion en los trabajos, su valor en los combates, y su resolucion en los mayores peligros le acreditan de ilustre guerrero, al paso que su mansedumbre y dulzura con los indios demuestran que era un hombre excelente y humano. Solo él podia decir estas hermosas palabras: «Por donde claramente se ve que estas gentes todas, para ser atraidas á ser cristianos y á la obediencia de la imperial majestad, han de ser llevados con buen tratamiento, y que este es camino muy cierto, y otro no.» Palabras que en ningun conquistador se encuentran, y que leemos con el mismo placer que el viajero fatigado ve un árbol frondoso en medio de un vasto y árido desierto.

Dos son las obras que quedan de Alvar Nuñez: la primera intitulada *Naufragios*, que es la relacion de su expedicion á la Florida, escrita por él mismo; y la segunda los *Comentarios* de su gobierno en el rio de la Plata, que extendió el escribano Pedro Fernandez. Las imprimió el año de 1555 en Valladolid Francisco Fernandez de Córdoba en un tomo en 4.°, y las reprodujo Barcia en su Coleccion el año de 1740; siendo estas dos ediciones las únicas que existen de este curiosísimo libro.

CARTAS DE RELACION

DE FERNANDO CORTES

SOBRE EL DESCUBRIMIENTO Y CONQUISTA DE LA NUEVA ESPAÑA.

CARTA PRIMERA,

ENVIADA Á LA REINA DOÑA JUANA Y AL EMPERADOR CARLOS V, SU HIJO, POR LA JUSTICIA Y REGIMIENTO DE LA RICA VILLA DE LA VERACRUZ, Á 10 DE JULIO DE 1519.

Muy altos y muy poderosos excelentísimos Príncipes, muy católicos y muy grandes reyes y señores : Bien creemos que vuestras majestades, por letras de Diego Velazquez, teniente de almirante en la isla Fernandina, habrán sido informados de una tierra nueva que puede haber dos años poco mas ó menos que en estas partes fué descubierta, que al principio fué intitulada por nombre Cozumel, y después la nombraron Yucatan, sin ser lo uno ni lo otro, como por esta nuestra relacion vuestras reales altezas podrán ver; porque las relaciones que hasta ahora á vuestras majestades desta tierra se han hecho, así de la manera y riquezas della, como de la forma en que fué descubierta, y otras cosas que della se han dicho, no son ni han podido ser ciertas, porque nadie hasta ahora las ha sabido, como será esta que nosotros á vuestras reales altezas enviamos; y trataré mos aquí desde el principio que fué descubierta esta tierra hasta el estado en que al presente está, porque vuestras majestades sepan la tierra que es, la gente que la posee, y la manera de su vivir, y el rito y ceremonias, seta ó ley que tienen, y el fruto que en ellas vuestras reales altezas podrán hacer y de ella podrán recibir, y de quien en ella vuestras majestades han sido servidos; porque en todo vuestras reales altezas puedan hacer lo que mas servido serán. Y la cierta y muy verdadera relacion es en esta manera :

Puede haber dos años, poco mas ó menos, muy esclarecidos Príncipes, que en la ciudad de Santiago, que es en la isla Fernandina, donde nosotros hemos sido vecinos en los pueblos della, se juntaron tres vecinos de la dicha isla, y el uno de los cuales se dice Francisco Fernandez de Córdoba, y el otro Lope Ochoa de Caicedo, y el otro Cristóbal Morante; y como es costumbre en estas islas que en nombre de vuestras majestades están pobladas de españoles, de ir por indios á las islas que no están pobladas de españoles, para se servir dellos, enviaron los susodichos dos navíos y un bergantin para que de las islas dichas trujesen indios á la dicha isla Fernandina para se servir dellos, y creemos, porque aun no lo sabemos de cierto, que el dicho Diego Velazquez, teniente de almirante, tenia la cuarta parte de la dicha armada; y el uno de los dichos armadores fué por capitan de la armada, llamado Francisco Fernandez de Córdoba, y llevó por piloto á un Anton de Alaminos, vecino de la villa de Palos, y á este Anton Alaminos trujimos nosotros ahora tambien por piloto; lo enviamos á vuestras reales altezas, para que dél vuestras majestades puedan ser informados. Y siguiendo su viaje, fueron á dar á dicha tierra, intitulada de Yucatan, á la punta della, que estará sesenta ó setenta leguas de la dicha isla Fernandina, desta tierra de la rica tierra [1] de la Veracruz, donde nosotros en nombre de vuestras reales altezas estamos; en la cual saltó en un pueblo que se dice Campoche, donde al señor dél pusieron por nombre Lázaro, y allí le dieron dos mazorcas con una tela de oro; y porque los naturales de la dicha tierra no los consintieron estar en el pueblo y tierra, se partieron de allá, y se fueron la costa abajo hasta diez leguas, donde tornó á saltar en tierra junto á otro pueblo que se llama Machocobon, y el señor dél Champoto, y allí fueron bien recibidos de los naturales de la tierra; mas no los consintieron entrar en sus pueblos, y aquella noche durmieron los españoles fuera de las naos en tierra. Y viendo esto los naturales de aquella tierra, pelearon otro dia por la mañana con ellos, en tal manera, que murieron veinte y seis españoles y fueron heridos todos los otros; y finalmente, viendo el capitan Francisco Fernandez de Córdoba esto, escapó con los que le quedaban con acogerse á las naos.

Viendo pues el dicho capitan cómo le habian muerto mas de la cuarta parte de su gente, y que todos los que le quedaban estaban heridos, y que él mismo tenia treinta y tantas heridas, y que estaba cuasi muerto, que no pensaria escaparse, volvió con los dichos navíos y gente á la isla Fernandina, donde hicieron saber al dicho Diego Velazquez cómo habian hallado una tierra muy rica de oro, porque á todos los naturales della lo habian visto traer puesto, ya dellos en las narices, ya dellos en las orejas y en otras partes, y que en la dicha tierra

[1] Así dice el manuscrito, en lugar de *rica villa*.

habia edificios de cal y canto y mucha cantidad de otras cosas que de la dicha tierra publicaron, de mucha administracion [1] y riquezas, y dijéronle que si él podia, enviase navíos á rescatar oro, que habria mucha cantidad della [2].

Sabido esto por el dicho Diego Velazquez, movido mas á codicia que á otro celo, despachó luego un su procurador á la isla Española con cierta relacion que hizo á los referidos [3] padres de San Jerónimo, que en ella residian por gobernadores de estas Indias, para que en nombre de vuestras majestades le diesen licencia por los poderes que de vuestras altezas tenian, para que pudiese enviar á bogar [4] la dicha tierra, diciéndoles que en ello hará gran servicio á vuestra majestad con tal que le diesen licencia para que rescatase con los naturales della oro y perlas y piedras preciosas y otras cosas, lo cual todo fuese suyo pagando el quinto á vuestras majestades; lo cual por los dichos reverendos padres gobernadores jerónimos le fué concedido, ansí porque hizo relacion que él habia descubierto la dicha tierra á su costa, como por saber el secreto della, y á proveer como á servicio de vuestras reales altezas conviniese, y por otra parte, sin lo saber los dichos padres jerónimos, envió á un Gonzalo de Guzman con su poder y con la dicha relacion á vuestras reales altezas, diciendo que él habia descubierto aquella tierra á su costa, en lo cual á vuestras majestades habia hecho servicio, y que la queria conquistar á su costa, y suplicando á vuestras reales altezas lo hiciesen adelantado y gobernador della en ciertas mercedes [5] que allende desto pedia, como vuestras majestades habrán ya visto por su relacion, y por esto no las expresamos aquí.

En este medio tiempo, como le vino la licencia que en nombre de vuestras majestades le dieron los reverendos padres gobernadores de la órden de San Jerónimo, dióse prisa en armar tres navíos y un bergantin, porque si vuestras majestades no fuesen servidos de le conceder lo que con Gonzalo de Guzman les habia enviado á pedir, los hubiese ya enviado con la licencia de los dichos padres gobernadores jerónimos, y armados, envió por capitan dellos á un deudo suyo, que se dice Juan de Grijalba, y con él ciento sesenta hombres de los vecinos de la dicha isla, entre los cuales venimos algunos de nosotros por capitanes, por servir á vuestras reales altezas, y no solo venimos y vinieron los de la dicha armada, aventurando nuestras personas, mas aun casi todos los bastimentos de la dicha armada pusieron y pusimos de nuestras casas, en lo cual gastamos y gastaron asaz parte de sus haciendas; y fué por piloto de la dicha armada el dicho Anton de Alaminos, que primero habia descubierto la dicha tierra cuando fué con Francisco Fernandez de Córdoba, y para hacer este viaje tomaron susodicha derrota, que antes que á la dicha tierra viniesen descubrieron una isla pequeña que bogaba [6] hasta treinta leguas, que está por la parte del sur de la dicha tierra, la cual es llamada Cozumel, y llegaron en la dicha isla á un pueblo que pusieron por nombre San Juan de Porta-latina, y á la dicha isla llamaron Santa Cruz; y el mesmo dia que allí llegaron, salieron á verlos hasta ciento y cincuenta personas de los indios del pueblo, y otro dia siguiente, segun pareció, dejaron el pueblo los dichos indios, y acogiéronse al monte; y como el capitan tuviese necesidad de agua, hízose á la vela para la ir á tomar á otra parte el mismo dia, y yendo su viaje, acordóse de volver al dicho puerto y la isla de Santa Cruz, y surgió en él, y saltando en tierra, halló el pueblo sin gente, como si nunca fuera poblado, y tomada su agua, se tornó á sus naos sin calar la tierra ni saber el secreto della, lo cual no tuvieran [7] hacer, pues era menester que la calara y supiera para hacer verdadera relacion á vuestras reales altezas de lo que era aquella isla; y alzando velas, se fué, y prosiguió su viaje hasta llegar á la tierra que Francisco Fernandez de Córdoba habia descubierto, adonde iba para la bogar [8] y hacer su rescate; y llegados allá, anduvieron por la costa della del sur hácia el poniente, hasta llegar á una bahía, á la cual el dicho capitan Grijalba y piloto mayor Anton de Alaminos pusieron por nombre la bahía de la Ascension, que, segun opinion de pilotos, es muy cerca de la punta de las Veras, que es la tierra que Vicente Yanes descubrió y apuntó, que la parte mide [9] aquella bahía, la cual es muy grande, y se cree que pasa á la mar del Norte; y desde allí se volvieron por la dicha costa por donde habian ido hasta doblar la punta de la dicha tierra, y por la parte del norte della navegaron hasta llegar al dicho puerto Campóche, que el señor dél se llama Lázaro, donde habia llegado el dicho Francisco Fernandez de Córdoba, y [10] así para hacer su rescate, que por el dicho Diego Velazquez les era mandado, como por la mucha necesidad que tenian de tomar agua. Y luego que los vieron venir los naturales de la tierra, se pusieron en manera de batalla cerca de su pueblo para les defender la entrada, y el capitan los llamó con una lengua y intérprete que llevaba, y vinieron ciertos indios, á los cuales hizo entender que él no venia sino á rescatar con ellos de lo que tuviesen, y á tomar agua, y ansí se fué con ellos hasta un paraje de agua que estaba junto á su pueblo, y allí comenzó á tomar su agua, y á les decir con el dicho faraute que les diesen oro y que les darian de las preseas que llevaban, y los indios desque aquello vieron, como no tenian oro que les dar, dijéronles que fuesen [11], y él les rogó que les dejasen tomar su agua, y que luego se irian, y con todo esto no se pudo dellos defender sin que otro dia de mañana á hora de misas los indios no comenzasen á pelear con ellos con sus arcos y flechas y lanzas y rodelas, por manera que mataron á un español y hirieron al dicho capitan Grijalba y á otros muchos, y aquella tarde se embarcaron en las carabelas con su gente sin entrar en el pueblo de los dichos in-

1 Quizá *admiracion*.
2 Así el manuscrito; pero quizá *de ello*, por *de él*.
3 *Referados* dice malamente el original, por *referidos*.
4 Debió decir *bojar*.
5 Quizá *con ciertas mercedes*.
6 Debió decir *bojaba*.
7 Así dice el manuscrito equivocadamente, por *debieran*.
8 Ha de ser *bojar*.
9 Hay aquí algun yerro del copista, pues no se entiende lo que quiere decir *que la parte mide*.
10 Sobra la *y*.
11 Es decir, *que se fuesen*.

dios, y sin saber cosa de que á vuestras reales majestades verdadera relacion se pudiese hacer; y de allí se fueron por la dicha costa hasta llegar á un rio, al cual pusieron por nombre el rio de Grijalba, y surgió en él casi á hora de vísperas, y otro dia de mañana se pusieron de la una y de la otra parte del rio gran número de indios y gente de guerra, con sus arcos y flechas y lanzas y rodelas, para defender la entrada en su tierra; y segun pareció á algunas personas, serian hasta cinco mil indios; y como el capitan esto vió, no saltó á tierra nadie de los navíos, sino desde los navíos les habló con las lenguas y farautes que traia, rogándoles que se llegasen mas cerca para que les pudiese dar la causa de su [1] venida, y entraron veinte indios en una canoa, y vinieron muy recatados, y acercáronse á los navíos, y el capitan Grijalba les dijo y dió á entender por aquel intérprete que llevaba, cómo él no venia sino á rescatar, y que queria ser amigo dellos, y que le trujesen oro de lo que tenian y que él les daria de las preseas que llevaban, y ansí lo hicieron. El dia siguiente, en trayéndole ciertas joyas de oro sotiles, il [2] el dicho capitan les dió de su rescate lo que le pareció, y ellos se volvieron á su pueblo, y el dicho capitan estuvo allí aquel dia, y otro dia siguiente se hizo á la vela, y sin saber mas secreto alguno de aquella tierra, y siguió hasta llegar á una bahía, á la cual pusieron por nombre la bahía de San Juan, y allí saltó el capitan en tierra con cierta gente en unos arenales despoblados, y como los naturales de la tierra habian visto que los navíos venian por la costa, acudieron allí, con los cuales él habló con sus intérpretes, y sacó una mesa en que puso ciertas preseas, haciéndoles entender cómo venian á rescatar y á ser sus amigos; y como esto vieron y entendieron los indios, comenzaron á traer piezas de ropa y algunas joyas de oro, las cuales rescataron con el dicho capitan, y desde aquí despachó y envió el dicho capitan Grijalba á Diego Velazquez la una de las dichas carabelas con todo lo que hasta entonces habian rescatado; y partida la dicha carabela para la isla Fernandina, adonde estaba Diego Velazquez, se fué el dicho capitan Grijalba por la costa abajo con los navíos que le quedaron, y anduvo por ella hasta cuarenta y cinco leguas sin saltar en tierra ni ver cosa alguna, excepto aquello que desde la mar se parecia; y desde allí se comenzó á volver para la isla Fernandina, y nunca mas vió cosa alguna de la tierra que de contar fuese. Por lo cual vuestras reales altezas pueden creer que todas las relaciones que desta tierra se les han hecho no han podido ser ciertas, pues no supieron los secretos della mas de lo que por sus voluntades han querido escribir.

Llegado á la isla Fernandina el dicho navío que el capitan Juan de Grijalba habia despachado de la bahía de San Juan, como Diego Velazquez vió el oro que llegaba [3], y supo por las cartas de Grijalba que le escribia las ropas y preseas que por ello habian dado en rescate, parecióle que se habia rescatado poco, segun las nuevas que le daban los que en la dicha carabela habian ido, y el deseo que él tenia de haber oro, y publicaba que no habia ahorrado la costa que habia hecho en la dicha armada, y que le pesaba, y mostraba sentimiento por lo poco que el capitan Grijalba en esta tierra habia hecho. En la verdad no tenia mucha razon en se quejar el dicho Diego Velazquez, porque los gastos que él hizo en la dicha armada se le ahorraron con ciertas botas y toneles de vino y con ciertas cajas y de camisas [4] de presilla, y con cierto rescate de cuentas que envió en la dicha armada, porque acá se nos vendió el vino á cuatro pesos de oro, que son dos mil maravedís el arroba, y la camisa de presilla se nos vendió á dos pesos de oro, y el mazo de las cuentas verdes á dos pesos, por manera que ahorró con esto todo el gasto de su armada, y aun ganó dineros; y hacemos desto tan particular relacion á vuestras majestades, porque sepan que las armadas que hasta aquí ha hecho el Diego Velazquez han sido tanto de trato de mercaderías como de armador, y con nuestras personas y gastos de nuestras haciendas; y aunque hémos padecido infinitos trabajos, hemos servido á vuestras reales altezas, y servirémos hasta tanto que la vida nos dure.

Estando el dicho Diego Velazquez con este enojo del poco oro que le habia llevado, teniendo deseo de haber mas, acordó, sin lo decir ni hacer saber á los padres gobernadores jerónimos, de hacer una armada veloz, de enviar á buscar al dicho capitan Juan de Grijalba, su pariente, y para la hacer á menos costa suya habló con Fernando Cortés, vecino y alcalde de la ciudad de Santiago por vuestras majestades, y díjole que armasen ambos á dos hasta ocho ó diez navíos, porque á la sazon el dicho Fernando Cortés tenia mejor aparejo que otra persona alguna de la dicha isla, y que con él se creia que querria venir mucha mas gente que con otro cualquiera; y visto el dicho Fernando Cortés lo que Diego Velazquez le decia, movido con celo de servir á vuestras reales altezas, propuso de gastar todo cuanto tenia y hacer aquella armada, casi [5] las dos partes della á su costa, así en navíos como en bastimentos de mas [6], y allende de repartir sus dineros por las personas que habian de ir en la dicha armada, que tenian necesidad para se proveer de cosas necesarias para el viaje; y hecha y ordenada la dicha armada, nombró en nombre de vuestras majestades el dicho Diego Velazquez al dicho Fernando Cortés por capitan della para que viniese á esta tierra á rescatar y hacer lo que Grijalba no habia hecho; y todo el concierto de la dicha armada se hizo á voluntad del dicho Diego Velazquez, aunque no puso ni gastó él mas de la tercia parte della, segun vuestras reales altezas podrán mandar ver por las instrucciones y poder que el dicho Fernando Cortés recibió de Diego Velazquez en nombre de vuestras majestades; las cuales enviamos ahora con estos nuestros procuradores á vuestras altezas. Y sepan vuestras majestades que la mayor parte de la dicha tercia parte que el dicho Diego Velazquez gastó en hacer la dicha armada fué emplear sus dineros en vinos y en ropas y en otras cosas de poco valor, para nos lo vender acá en mucha mas cantidad

[1] En el manuscrito que copiamos falta el *su*.
[2] Se puso sin duda equivocadamente *il* por *y*.
[3] Quizá *llevaba*.

[4] Parece que debió decir *cajas de camisas de presilla*, ó bien *cajas y camisas de presilla*.
[5] El original dice *que si* por *cuasi*.
[6] Quizá *de mar*.



de lo que á él le costó; por manera que podemos decir que entre nosotros los españoles, vasallos de vuestras reales altezas, ha hecho Diego Velazquez su rescate y granjea de sus dineros, cobrándolos muy bien.

Acabado de hacer la dicha armada se partió de la dicha isla Fernandina el dicho capitan de vuestras reales altezas, Fernando Cortés, para seguir su viaje con diez carabelas y cuatrocientos hombres de guerra, entre los cuales vinieron muchos caballeros y fidalgos y diez y seis de caballo, y prosiguiendo el viaje, á la primera tierra que llegaron fué la isla de Cozumel, que ahora se dice de Santa Cruz, como arriba hemos dicho, en el puerto de San Juan de Porta-latina, y saltando en tierra, se halló el pueblo que allí hay despoblado sin gente, como si nunca hubiera sido habitado de persona alguna. Y deseando el dicho capitan Fernando Cortés saber cuál era la causa de estar despoblado aquel lugar, hizo salir la gente de los navíos, y aposentáronse en aquel pueblo, y estando allí con su gente, supo de tres indios que se tomaron en una canoa en la mar que se pasaba á la isla de Yucatan, que los caciques de aquella isla, visto cómo los españoles habian aportado allí, habian dejado los pueblos, y con todos sus indios se habian ido á los montes, por temor de los españoles, por no saber con qué intencion y voluntad venian con aquellas naos; y el dicho Fernando Cortés, hablándoles por medio de una lengua y faraute que llevaba, les dijo que no iban á hacerles mal ni daño alguno, sino para les amonestar y atraer para que viniesen en conocimiento de nuestra santa fe católica, y para que fuesen vasallos de vuestras majestades, y les sirviesen y obedeciesen como lo hacen todos los indios y gente destas partes que están pobladas de españoles, vasallos de vuestras reales altezas; y asegurándolos el dicho capitan por esta manera, perdieron mucha parte del temor que tenian, y dijeron que ellos querian ir á llamar á los caciques, que estaban la tierra adentro en los montes; y luego el dicho capitan les dió una su carta para que los dichos caciques viniesen seguros, y ansí fueron con ella, dándoles el capitan término de cinco dias para volver. Pues como el capitan estuviese aguardando la respuesta que los dichos indios le habian de traer, y hubiesen ya pasado otros tres ó cuatro dias mas de los cinco que llevaron de licencia, y viese que no venian, determinó, porque aquella isla no se despoblase, de enviar por la costa della otra parte, y envió dos capitanes con cada cien hombres, y mandóles que el uno fuese á la una punta de la dicha isla y el otro á la otra, y que hablasen á los caciques que topasen, y les dijesen cómo él los estaba esperando en aquel pueblo y puerto de San Juan de Porta-latina para les hablar de parte de vuestras majestades, y que les rogasen y atrajesen como mejor pudiesen, para que quisiesen venir al dicho puerto de San Juan, y que no les hiciesen mal alguno en sus personas ni casas ni haciendas, porque no se alterasen ni alejasen mas de lo que estaban. Y fueron los dichos dos capitanes como el capitan Fernando Cortés les mandó, y volviendo de allí á cuatro dias, dijeron que todos los pueblos que habian topado estaban vacidos [1], y trujeron consigo hasta diez y doce [2] personas que pudieron haber, entre los cuales venia un indio principal, al cual habló el dicho capitan Fernando Cortés de parte de vuestras altezas, con la lengua y intérprete que traia, y le dijo que fuese á llamar á los caciques, porque él no habia de partir en ninguna manera de la dicha isla sin los ver y hablar; y dijo que ansí lo haria; y así, se partió con su carta para los dichos caciques, y de allí dos dias vino con él el principal, y le dijo que era señor de la isla y que venia á ver lo que queria. El capitan le habló con el intérprete, y le dijo que él no queria ni venia á les hacer mal alguno, sino á les decir que viniesen al conocimiento de nuestra santa fe, y que supiesen que teniamos por señores á los mayores príncipes del mundo, y que estos obedecian á un mayor príncipe de él, y que lo que el dicho capitan Fernando Cortés les dijo que queria dellos no era otra cosa sino que los caciques y indios de aquella isla obedeciesen tambien á vuestras altezas, y que haciéndolo así serian muy favorecidos, y que haciendo esto [3] no habrian quien los enojase; y el dicho cacique respondió que era contento de lo hacer así, y envió luego á llamar á todos los principales de la dicha isla; los cuales vinieron, y venidos, holgaron mucho de todo lo que el dicho capitan Fernando Cortés habia hablado á aquel cacique señor de la isla; y ansí, los mandó volver, y volvieron muy contentos, y en tanta manera se aseguraron, que de allí á pocos dias estaban los pueblos tan llenos de gente y tan poblados como antes, y andaban entre nosotros todos aquellos indios con tan poco temor como si mucho tiempo hubieran tenido conversacion con nosotros. En este medio tiempo supo el capitan que unos españoles estaban siete años habia cautivos en el Yucatan en poder de ciertos caciques, los cuales se habian perdido en una carabela que dió al través en los bajos de Jamáica, la cual venia de Tierra-Firme, y ellos escaparon en una barca de aquella carabela, saliendo á aquella tierra, y desde entonces los tenian allí cautivos y presos los indios; y bien [4] traia aviso el dicho capitan Fernando Cortés cuando partió de la isla Fernandina para saber de sus españoles, y como aquí supo nuevas dellos y la tierra adonde estaban, le pareció que haria mucho servicio á Dios y á vuestra majestad en trabajar que saliesen de la prision y cautiverio en que estaban, y luego quisiera ir con toda la flota con su persona á los redimir, si no fuera porque los pilotos le dijeron que en ninguna manera lo hiciese, porque seria causa que la flota y gente que en ella iba se perdiese, á causa de ser la costa muy brava, como lo es, y no haber en ello [5] puerto ni parte donde pudiesen surgir con los dichos navíos; y por esto lo dejó, y proveyó luego con ciertos indios en una canoa, los cuales le habian dicho que sabian quién era el cacique con quien los dichos españoles estaban, y les escribió cómo si él dejaba de ir en persona con su armada para los librar, no era sino por ser mála y brava la costa para surgir; pero que les rogaba que trabajasen de se soltar y huir en algunas canoas, y que ellos esperarian allí en

[1] Será *vacios*.

[2] Quizá *diez ó doce*.

[3] Sin duda *no habria*.

[4] Quizá *tambien*.

[5] Sin duda *ella*.

la isla de Santa Cruz. Tres dias después que el dicho capitan despachó aquellos indios con sus cartas, no le pareciendo que estaba muy satisfecho, creyendo que aquellos indios no lo sabrian hacer tan bien como él deseaba, acordó de enviar y envió dos bergantines y un batel con cuarenta españoles de su armada á la dicha costa para que tomasen y recogiesen á los españoles cautivos, si allí acudiesen, y envió con ellos otros tres indios para que saltasen en tierra, y fuesen á buscar y llamar á los españoles presos con otra carta suya, y llegados estos dos bergantines y batel á la costa donde iban, echaron á tierra los tres indios, y enviáronlos á buscar á los españoles, como el capitan les habia mandado, y estuviéronlos esperando en la dicha costa seis dias con mucho trabajo; que casi se hubieran perdido y dado al través en la dicha costa, por ser tan brava allí la mar, segun los pilotos habian dicho. Y visto que no venian los españoles cautivos ni los indios que á buscarlos habian ido, acordaron de se volver adonde el dicho capitan Fernando Cortés les estaba aguardando, en la isla de Santa Cruz; y llegados á la isla, como el capitan supo el mal[1] que traian, recibió mucha pena, y luego otro dia propuso de embarcar con toda determinacion de ir y llegar á aquella tierra, aunque toda la flota se perdiese, y tambien por se certificar si era verdad lo que el capitan Juan de Grijalba habia enviado á decir á la isla Fernandina, diciendo que era burla, que nunca á aquella costa habian llegado ni se habian perdido aquellos españoles que se decia estar cautivos. Y estando con este propósito el capitan, embarcada ya toda la gente, que no faltaba de se embarcar salvo su persona con otros veinte españoles que con él estaban en tierra, y haciéndoles el tiempo muy bueno y conforme á su propósito para salir del puerto, se levantó á deshora un viento contrario con unos aguaceros muy contrarios para salir, en tanta manera, que los pilotos dijeron al capitan que no se embarcase, porque el tiempo era muy contrario para salir del puerto. Y visto esto, el capitan mandó desembarcar toda la otra gente de la armada, y otro dia á mediodía vieron una canoa á la vela hácia la dicha isla: llegada donde nosotros estábamos, vimos cómo venia en ella uno de los españoles cautivos, que se llamó Jerónimo de Aguilar, el cual nos contó la manera como se perdió y el tiempo que habia que estaba en aquel cautiverio, que es como arriba á vuestras reales altezas hemos hecho relacion, y túvose entre nosotros aquella contrariedad de tiempo que sucedió de improviso, como es verdad, por muy gran misterio y milagro de Dios, por donde se cree que ninguna cosa se comienza, que en servicio de vuestra majestad sea, que pueda suceder sino en bien. Deste Jerónimo de Aguilar fuimos informados que los otros españoles que con él se perdieron en aquella carabela que dió al través, estaban muy derramados por la tierra; la cual nos dijo que era muy grande, y que era imposible poderlos recoger sin estar y gastar mucho tiempo en ello. Pues como el capitan Fernando Cortés viese que se iban ya acabando los bastimentos de la armada, y que la gente padeceria mucha necesidad de hambre si se dilatase y esperase allí mas tiempo, y que no habria efeto el propósito de su viaje, y[2] determinó, con parecer de los que en su compañía venian, de se partir, y luego se partió dejando aquella isla de Cozumel, que ahora se llama de Santa Cruz, muy pacífica, y en tanta manera, que si fuera para hacer poblador[3] della, pudieran con toda voluntad los indios della comenzar luego á servir; y los caciques quedaron muy contentos y alegres por lo que de parte de vuestras reales altezas les habia dicho el capitan, y por les haber dado muchos atavíos para sus personas; y tengo[4] por cierto que todos los españoles que de aquí adelante á la dicha isla vinieren, serán tan bien recibidos como si á otra tierra de las que há mucho tiempo que estan pobladas llegasen. Es la dicha isla pequeña, y no hay en ella rio alguno ni arroyo, y toda el agua que los indios beben es de pozos, y en ella no hay otra cosa sino peñas y piedras y montes, y la granjería que los indios della tienen es colmenares, y nuestros procuradores llevaban[5] á vuestras altezas la muestra de la miel y tierra de los dichos colmenares para que la manden ver.

Sepan vuestras majestades que, como el capitan respondiese á los caciques de la dicha isla, diciéndoles que no viviesen mas en la seta gentílica que tenian, pidieron que les diese ley en que viviesen de allí adelante, y el dicho capitan los informó lo mejor que él supo en la fe católica, y les dejó una cruz de palo puesta en una casa alta y una imágen de nuestra Señora la Vírgen María, y les dió á entender muy cumplidamente lo que debian hacer para ser buenos cristianos, y ellos mostráronlo que recibian todo de muy buena voluntad; y ansí, quedaron muy alegres y contentos. Partidos desta isla, fuimos á Yucatan, y por la banda del norte corrimos la tierra adelante hasta llegar al rio grande, que se dice de Grijalba, que es, segun relacion á vuestras reales altezas, adonde llegó el capitan de Grijalba, pariente de Diego Velazquez; y es tan baja la entrada de aquel rio, que ningun navío de los grandes pudo en él entrar; mas como el dicho capitan Fernando Cortés esté tan inclinado al servicio de vuestra majestad, y tenga voluntad de les hacer verdadera relacion de lo que en la tierra hay, propuso de no pasar mas adelante hasta saber el secreto de aquel rio y pueblos que en la ribera dél están[6], por la gran fama que de riqueza se decia que tenian; y ansí, sacó toda la gente de su armada en los bergantines pequeños y en las barcas, y subimos por el dicho rio arriba hasta llegar y ver la tierra y pueblos della; y como llegásemos al primer pueblo, hallamos la gente de los indios dél puesta á la orilla del agua, y el dicho capitan les habló con la lengua y faraute que llevábamos y con el dicho Jerónimo de Aguilar, que habia, como dicho es de suso, estado cautivo en Yucatan, que entendia muy bien y hablaba la lengua de aquella tierra, y les hizo entender cómo él no venia á les hacer mal ni daño alguno, sino á les hablar de parte de vuestras majestades, y que para esto

[1] Parece que falta la palabra *recaudo*.

[2] Sobra el *y*.

[3] Quizá *para ser poblador*.

[4] Aquí parece que habla Hernan Cortés.

[5] Quizá *llevan*.

[6] En el manuscrito se lee equivocadamente *está*.

les rogaba y [1] que nos dejasen y tuviesen por bien que saltásemos en tierra, porque no teniamos donde dormir aquella noche sino en la mar en aquellos bergantines y barcas, en las cuales no cabiamos aun de piés, porque para volver á nuestros navíos era muy tarde, porque quedaban en alta mar; y oido esto por los indios, respondiéronle que hablase desde allí lo que quisiese, y que no habíase [2] de saltar él ni su gente en tierra, sino que le defenderian la entrada; y luego en diciendo esto comenzáronse á poner en órden para nos tirar flechas, amenazándonos y diciendo que nos fuésemos de allí, y por ser este dia muy tarde, que casi era, ya que queria poner el sol, acordó el capitan que nos fuésemos á unos arenales que estaban enfrente de aquel pueblo, y allí saltamos en tierra y dormimos aquella noche. Otro dia de mañana luego siguiente vinieron á nosotros ciertos indios en una canoa, y trujeron ciertas gallinas y un poco de maíz que habria para comer hombres [3] en una comida, y dijéronnos que tomásemos aquello y que nos fuésemos de su tierra; y el capitan les habló con los intérpretes que teniamos, y les dió á entender que en ninguna manera él se habia de partir de aquella tierra hasta saber el secreto della, para poder escribir á vuestra majestad verdadera relacion della, y que les tornaba á rogar que no recibiesen pena dello ni le defendiesen la entrada en el dicho pueblo, pues que eran vasallos de vuestras reales altezas; y todavía respondieron diciendo que no atreviésemos de entrar en el dicho pueblo, sino que nos fuésemos de su tierra; y así, se fueron, y después de idos determinó el dicho capitan de ir allá, y mandó á un capitan de los que en su compañía estaban que se fuese con ducientos hombres por un camino que aquella noche que en tierra estuvimos se halló que iba á aquel pueblo, y el dicho capitan Fernando Cortés se embarcó con hasta ochenta hombres en las barcas y bergantines, y se fué á poner frontero del pueblo para saltar en tierra si le dejasen; y como llegó, halló los indios puestos de guerra, armados con sus arcos y flechas y lanzas y rodelas, diciendo que nos fuésemos de su tierra, si no, si queriamos guerra, que comenzásemos luego, porque ellos eran hombres para defender su pueblo. Y después de les haber requerido el dicho capitan tres veces, y pedídolo por testimonio al escribano de vuestras reales altezas que consigo llevaba, diciéndoles que no queria guerra, viendo que la determinada voluntad de los dichos indios era resistirle que no saltase en tierra, y que comenzaban á flechar contra nosotros, mandó soltar los tiros de artillería que llevaba, y que arremetiésemos á ellos; y soltados los tiros, al saltar que la gente saltó en tierra, nos hirieron algunos; pero finalmente, con la prisa que les dimos y con la gente que por las espaldas le [4] dió de la nuestra que por el camino habia ido, huyeron y dejaron el pueblo, y ansí lo tomamos, y nos aposentamos en la parte dél que mas fuerte nos pareció. Y otro dia siguiente vinieron á hora de vísperas dos indios de parte de los caciques, y trujeron ciertas joyas de oro muy delgadas de poco valor, y dijeron al capitan que ellos le traian aquello porque se fuese y les dejase su tierra como antes solian estar, y que no le hiciese [5] mal ni daño; y el dicho capitan le [6] respondió diciendo que á lo que pedian de no les hacer mal ni daño, que él era contento; y de dejarles la tierra, dijo que supiesen que de allí adelante habian de tener por señores á los mayores príncipes del mundo, y que habian de ser vasallos y les habian de servir, y que haciendo esto, vuestras majestades les harian muchas mercedes, y los favores crecerian [7], y ampararian y defenderian de sus enemigos, y ellos respondieron que eran contentos de lo hacer ansí; pero todavía le requerian que les dejase su tierra; y ansí, quedamos todos amigos, y concertada esta amistad, les dijo el capitan que la gente española que allí estábamos con él no teniamos qué comer ni lo habiamos sacado de las naos; que les rogaba que el tiempo que allí en tierra estuviésemos, nos trujesen de comer, y ellos respondian que otro dia traerian; y ansí, se fueron, y tardaron aquel dia y otro, que no vinieron con ninguna comida, y desta causa estábamos todos con mucha necesidad de mantenimientos, y al tercer dia pidieron algunos españoles licencia al capitan para ir por las estancias de alderredor á buscar de comer, y como el capitan viese que los indios no venian como habian quedado, envió cuatro capitanes con mas de ducientos hombres, á buscar á la redonda del pueblo si hallarian algo de comer, y andándolo buscando, toparon con muchos indios, y comenzaron luego á flecharlos en tal manera, que hirieron veinte españoles, y si no fuera fecho de presto saberse el capitan para que los socorriese, como les socorrió, que créese que mataran mas de la mitad de los cristianos; y ansí, nos venimos y retrajimos todos á nuestro real, y fueron curados los heridos y descansaron los que habian peleado. Y viendo el capitan cuán mal los indios lo habian hecho, que en lugar de nos traer de comer, como habian quedado, los flechaban y hacian guerra, mandó sacar diez caballos y yeguas de los que en las naos llevaban, y apercebir toda la gente, porque tenia pensamiento que aquellos indios, con el favor que el dia pasado habian tomado, vendrian á dar sobre nosotros al real con pensamiento de hacer daño; y estando ansí todos bien apercebidos, envió otro dia ciertos capitanes con trecientos hombres adonde el dia pasado habian habido la batalla, á saber si estaban allí los dichos indios, ó qué habia sido dellos, y dende á poco envió otros dos capitanes con la retaguardia con otros cien hombres, y el dicho capitan Fernando Cortés se fué con los diez de á caballo encubiertamente por un lado. Yendo pues en esta órden, los delanteros toparon gran cantidad de indios de guerra que venian todos á dar sobre nosotros en el real, y si por caso aquel dia no hubiéramos salido á recibirlos al camino, pudiera ser que nos pusieran en harto trabajo. Y como el capitan de la artillería, que iba delante, hiciese ciertos requerimientos por ante escribano á los dichos indios de guerra que topó, dándoles á entender por los farautes y lenguas que allí iban con nosotros, que no queriamos guerra, sino paz y amor con ellos, y no se

[1] Sobra la *y*.
[2] Quizá *y que no hablase*.
[3] Aquí falta alguna palabra antes de *hombres*.
[4] Sin duda *les dió*.
[5] Sin duda *no les hiciese*.
[6] Debió decir *les*.
[7] Sin duda *los favorescerian*.

curaron de responder con palabras, sino con flechas muy espesas que comenzaron á tirar; y estando ansí peleando los delanteros con los indios, llegaron los dos capitanes de la retroguardia; y habiendo dos horas que estaban peleando todos con los indios, llegó el capitan Fernando Cortés con los de á caballo por la una parte del monte, por donde los indios comenzaron á cercar á los españoles á la redonda, y allí anduvo peleando con los dichos indios una hora, y tanta era la multitud de indios, que ni los que estaban peleando con la gente de pié de los españoles veian á los de á caballo, ni sabian á qué parte andaban, ni los mismos de á caballo, entrando y saliendo en los indios, se veian unos á otros; mas, desque los españoles sintieron á los de á caballo, arremetieron de golpe á ellos, y luego fueron los indios puestos en huida, y siguiendo media legua el alcance, visto por el capitan cómo los indios iban huyendo, y que no habia mas qué hacer, y que su gente estaba muy cansada, mandó que todos se recogiesen á unas casas de unas estancias que allí habia, y después de recogidos, se hallaron heridos veinte hombres, de los cuales ninguno murió, ni de los que hirieron el dia pasado; y ansí, recogidos y curados los heridos, nos volvimos al real, y trujimos con nosotros dos indios que allí se tomaron, los cuales el dicho capitan mandó soltar, y envió con ellos sus cartas á los caciques, diciéndoles que si quisiesen venir adonde él estaba, que les perdonaria el yerro que habian hecho y que serian sus amigos, y este mesmo dia en la tarde vinieron dos indios que parecian principales, y dijeron que á ellos les pesaba mucho de lo pasado, y que aquellos caciques les rogaban que los perdonase y que no les hiciese mas daño de lo pasado, y que no les matase mas gente de la muerta, que fueron basta ducientos veinte hombres los muertos, y que lo pasado fuese pasado, y que dende en adelante ellos querian ser vasallos de aquellos príncipes que les decian, y que por tales se daban y tenian, y que quedaban y se obligaban de servirles cada vez que en nombre de vuestra majestad algo les mandasen; y así, se asentaron y quedaron hechas las paces, y preguntó el capitan á los dichos indios, por el intérprete que tenia, que qué gente era la que en la batalla se habia hallado, y respondiéronle que de ocho provincias se habian juntado los que allí habian venido, y que segun la cuenta y copia que ellos tenian, serian por todos cuarenta mil hombres, y que hasta aquel número sabian ellos muy bien contar. Crean vuestras reales altezas por cierto que esta batalla fué vencida mas por voluntad de Dios que por nuestras fuerzas, porque para con cuarenta mil hombres de guerra poca defensa fuera cuatrocientos que nosotros éramos. Después de quedar todos muy amigos, y [1] nos dieron en cuatro ó cinco dias que allí estuvimos hasta ciento y cuarenta pesos de oro entre todas piezas, y tan delgadas, y tenidas dellos en tanto, que bien parece su tierra muy pobre de oro, porque de muy cierto se pensó que aquello poco que tenian era traido de otras partes por rescate. La tierra es muy buena y muy abondosa de comida, así de maiz como de fruta, pescado y otras cosas que ellos comen. Está asentado este pueblo en la ribera del susodicho rio, por donde entramos en un llano, en el cual hay muchas estancias y labranzas de las que ellos usan y tienen. Reprendiéoseles el mal que hacian en adorar á los ídolos y dioses que ellos tienen, y hízoseles entender cómo habian de venir en conocimiento de nuestra muy santa fe, y quedóles una cruz de madera grande puesta en alto, y quedaron muy contentos, y dijeron que la tendrian en mucha veneracion y la adorarian, quedando los dichos indios en esta manera por nuestros amigos y por vasallos de vuestras reales altezas. El dicho capitan Fernando Cortés se partió de allí prosiguiendo su viaje, y llegamos al puerto y bahía que se dice San Juan, que es adonde el susodicho capitan Juan de Grijalba hizo el rescate de que arriba á vuestras majestades estrecha relacion se hace. Luego que allí llegamos, los indios naturales de la tierra vinieron á saber qué carabelas eran aquellas que habian venido; y porque el dia que llegamos muy tarde, de casi noche, estúvose quedo el capitan en las carabelas y mandó que nadie saltase á tierra, y otro dia de mañana saltó á tierra el dicho capitan con mucha parte de la gente de su armada, y halló allí dos principales de los indios, á los cuales dió ciertas preseas de vestir de su persona, y les habló con los intérpretes y lenguas que llevábamos, dándoles á entender cómo él venia á estas partes por mandado de vuestras reales altezas á les hablar y decir lo que habian de hacer que á su servicio convenia, y que para esto les rogaba que luego fuesen á su pueblo, y que llamasen al dicho cacique ó caciques que allí hubiesen para que le viniesen hablar; y porque viniesen seguros, les dió para los caciques dos camisas y dos jubones, uno de raso y otro de terciopelo, y sendas gorras de grana y sendos pares de cascabeles; y ansí, se fueron con estas joyas á los dichos caciques, y otro dia siguiente poco antes de mediodía vino un cacique con ellos de aquel pueblo, al cual el dicho capitan habló y le hizo entender con los farautes que no venia á les hacer mal ni daño alguno, sino á les hacer saber cómo habian de ser vasallos de vuestras majestades, y le habian de servir y dar de lo que en su tierra tuviesen, como todos los que son ansí lo hacen; y respondió que él era muy contento de lo ser y obedecer, y que le placia de le servir y tener por señores á tan altos príncipes como el capitan les habia hecho entender que eran vuestras reales altezas; y luego el capitan le dijo que pues tan buena voluntad mostraba á su rey y señor, que él veria las mercedes que vuestras majestades dende en adelante le harian. Diciéndole esto, le hizo vestir una camisa de holanda y un sayon de terciopelo y una cinta de oro, con lo cual el dicho cacique fué muy contento y alegre, diciendo al capitan que él se queria ir á su tierra, y que lo esperásemos allí, y que otro dia volveria y traeria de lo que tuviese, porque mas enteramente conociésemos la voluntad que del servicio de vuestras reales altezas tienen; y así, se despidió y se fué. Y otro dia adelante vino el dicho cacique como habia quedado, y hizo tender una manta blanca delante del capitan, y ofrecióle ciertas preciosas joyas de oro, poniéndolas sobre la manta, de las cuales, y

[1] Sobre la y.

de otras que después se tuvieren, hacemos particular relacion á vuestras majestades en un memorial que nuestros procuradores llevaban [1].

Después de se haber despedido de nosotros el dicho cacique y vuelto á su casa en mucha conformidad, como en esta armada venimos personas nobles, caballeros hijosdalgo celósos del servicio de nuestro Señor y de vuestras reales altezas, y deseosos de ensalzar su corona real, de acrecentar sus señoríos y de aumentar sus rentas, nos juntamos y platicamos con el dicho capitan Fernando Cortés, diciendo que esta tierra era buena, y que segun la muestra de oro que aquel cacique habia traido, se creia que debia de ser muy rica, y que segun las muestras que el dicho cacique habia dado, era de creer que él y todos sus indios nos tenian muy buena voluntad; por tanto, que nos parecia que nos convenia al servicio de vuestras majestades, y que en tal tierra se hiciese [2] lo que Diego Velazquez habia mandado hacer al dicho capitan Fernando Cortés, que era rescatar todo el oro que pudiese, y rescatado, volverse con todo ello á la isla Fernandina, para gozar solamente dello el dicho Diego Velazquez y el dicho capitan, y que lo mejor que á todos nos parecia era que en nombre de vuestras reales altezas se poblase y fundase allí un pueblo en que hubiese justicia, para que en esta tierra tuviesen señorío, como en sus reinos y señoríos lo tienen; porque siendo esta tierra poblada de españoles, demás de acrecentar los reinos y señoríos de vuestras majestades y sus rentas, nos podrian hacer mercedes á nosotros y á los pobladores que de mas allá viniesen adelante. Y acordado esto, nos juntamos todos en concordes de un ánimo y voluntad, y hicimos un requerimiento al dicho capitan, en el cual dijimos que, pues él veia cuánto al servicio de Dios nuestro Señor y al de vuestras majestades convenia que esta tierra estuviese poblada, dándole las causas de que arriba á vuestras altezas se ha hecho relacion, que le requerimos que luego cesase de hacer rescates de la manera que los venia á hacer porque seria destruir la tierra en mucha manera, y vuestras majestades serian en ello muy deservidos, y que ansí mismo le pedimos y requerimos que luego nombrase para aquella villa que se habia por nosotros de hacer y fundar, alcaldes y regidores en nombre de vuestras reales altezas, con ciertas protestaciones en forma que contra él protestamos si ansí no lo hiciese [3]. Y hecho este requerimiento al dicho capitan, dijo que daria su respuesta el dia siguiente; y viendo pues el dicho capitan cómo convenia al servicio de vuestras reales altezas lo que le pediamos, luego otro dia nos respondió diciendo que su voluntad estaba mas inclinada al servicio de vuestras majestades que á otra cosa alguna, y que no mirando al interese que á él se le siguiera si prosiguiera en el rescate que traia presupuesto de rehacer los grandes gastos que de su hacienda habia hecho en aquella armada juntamente con el dicho Velazquez; antes, posponiéndolo todo, le placia y era contento de hacer lo que por nosotros le era pedido, pues que tanto convenia al servicio de vuestras reales altezas, y luego comenzó con gran diligencia á poblar y á fundar una villa, á la cual puso por nombre la rica villa de la Veracruz, y nombrónos á los que la delantes suscribimos [4], por alcaldes y regidores de la dicha villa, y en nombre de vuestras reales altezas recibió de nosotros el juramento y solenidad que en tal caso se acostumbra y suele hacer, después de lo cual, otro dia siguiente entramos en nuestro cabildo y ayuntamiento; y estando así juntos enviamos á llamar al dicho capitan Fernando Cortés y le pedimos en nombre de vuestras reales altezas que nos mostrase los poderes y instrucciones que el dicho Diego Velazquez le habia dado para venir á estas partes; el cual envió luego por ellos y nos los mostró, y vistos y leidos por nosotros, bien examinados, segun lo que pudimos mejor entender, hallamos á nuestro parecer que por los dichos poderes é instrucciones no tenia mas poder el dicho capitan Fernando Cortés, y que por haber ya expirado no podia usar de justicia ni de capitan de allí adelante. Pareciéndonos pues, muy excelentísimos Príncipes, que para la pacificacion y concordia dentre nosotros y para nos gobernar bien convenia poner una persona para su real servicio, que estuviese en nombre de vuestras majestades en la dicha villa, y en estas partes por justicia mayor y capitan y cabeza, á quien todos acatásemos hasta hacer relacion dello á vuestras reales altezas para que en ello proveyese [5] lo que mas servidos fuesen, y visto que á ninguna persona se podria dar mejor el dicho cargo que al dicho Fernando Cortés, porque demás de ser persona tal cual para ello conviene, tiene muy gran celo y deseo del servicio de vuestras majestades, y ansimismo por la mucha experiencia que destas partes y islas tiene, de causa de los cuales ha siempre dado buena cuenta, y por haber gastado todo cuanto tenia, por venir, como vino, con esta armada en servicio de vuestras majestades, y por haber tenido en poco, como hemos hecho relacion, todo lo que podia ganar y interese que se le podia seguir si rescatara como tenia concertado, y [6] le proveimos, en nombre de vuestras reales altezas, de justicia y alcalde mayor, del cual recibimos el juramento que en tal caso se requiere; y hecho como convenia al servicio de vuestra majestad, lo recibimos en su real nombre en nuestro ajuntamiento y cabildo por justicia mayor y capitan de vuestras reales armas, y ansí está y estará hasta tanto que vuestras majestades provean lo que mas á su servicio convenga. Hemos querido hacer de todo esto relacion á vuestras reales altezas, porque sepan lo que acá se ha hecho y el estado y manera en que quedamos.

Después de hecho lo susodicho, estando todos ajuntados en nuestro cabildo, acordamos de escribir á vuestras majestades y les enviar todo el oro y plata y joyas que en esta tierra habemos habido de mas, y allende de la quinta parte que de sus rentas y disposiciones reales les pertenece, y que con todo ello, por ser lo primero,

[1] Quizá *llevan* ó *llevarán*.

[2] Quizá *que no convenia al servicio de vuestras majestades que en tal tierra se hiciese*, etc.

[3] El manuscrito dice equivocadamente *hiciesen*.

[4] Quizá *á los que denantes suscribimos*.

[5] Sin duda *proveyesen*.

[6] Sobra la *y*.



sin quedar cosa alguna en nuestro poder, sirviésemos á vuestras reales altezas, mostrando en esto la mucha voluntad que á su servicio tenemos, como hasta aquí lo habemos hecho con nuestras personas y haciendas; y acordado por nosotros esto, elegimos por nuestros procuradores á Alonso Fernandez Portocarrero y á Francisco de Montejo, los cuales enviamos á vuestra majestad con todo ello, y para que de nuestra parte besen sus reales manos, y en nuestro nombre y desta villa y concejo supliquen á vuestras reales altezas nos hagan merced de algunas cosas cumplideras al servicio de Dios y de vuestras majestades y al bien comun de la villa, segun mas largamente llevan por las instrucciones que les dimos; á los cuales humildemente suplicamos á vuestras majestades con todo el acatamiento que debemos, reciban y den sus reales manos para que de nuestra parte las besen, y todas las mercedes que en nombre deste concejo y nuestro pidieren y suplicaren las concedan; porque, demás de hacer vuestra majestad servicio en ello á nuestro Señor, esta villa y concejo recibirémos muy señalada merced, como de cada dia esperamos que vuestras reales altezas nos han de hacer.

En un capítulo desta carta díjimos de suso que enviamos á vuestras reales altezas relacion para que mejor vuestras majestades fuesen informados de las cosas desta tierra y de la manera y riquezas della, y de la gente que la posee, y de la ley ó seta; ritos y ceremonias en que viven; y esta tierra, muy poderosos Señores, donde ahora en nombre de vuestras majestades estamos, tiene cincuenta leguas de costa de la una parte y de la otra deste pueblo; por la costa de la mar es toda llana, de muchos arenales, que en algunas partes duran dos leguas y mas. La tierra adentro y fuera de los dichos arenales es tierra muy llana y de muy hermosas vegas y riberas en ellas, tales y tan hermosas, que en toda España no pueden ser mejores, ansí de apacibiles á la vista, como de fructíferas de cosas que en ellas siembran, y muy aparejadas y convenibles, y para andar por ellas y se apacentar toda manera de ganados. Hay en esta tierra todo género de caza y animales y aves conforme á los de nuestra naturaleza, ansí como ciervos, corsos, gamos, lobos, zorros, perdices, palomas, tórtolas de dos y de tres maneras, codornices, liebres, conejos; por manera que en aves y animales no hay diferencia desta tierra á España, y hay leones y tigres á cinco leguas de la mar, por unas partes y por otras amenos [1]. A mas va una gran cordillera de sierras muy hermosas, y algunas dellas son en gran manera muy altas, entre las cuales hay una que excede en mucha altura á todas las otras, y della se ve y descubre gran parte de la mar y de la tierra, y es tan alta, que si el dia no es bien claro no se puede divisar ni ver lo alto della, porque de la mitad arriba está todo cubierta de nubes, y algunas veces cuando hace muy claro dia se ve por cima de las dichas nubes lo alto della, y está tan blanco, que lo juzgamos por nieve, y aun los naturales de la tierra nos dicen que es nieve; mas, porque no lo hemos bien visto, aunque hemos llegado muy cerca, y por ser esta region tan cálida, no lo afirmamos ser nieve: trabajarémos de saber y ver aquello y otras cosas de que tenemos noticia para que [2] dellas hacer á vuestras reales altezas verdadera relacion de las riquezas de oro y plata y piedras, y juzgamos lo que vuestras majestades podian mandar juzgar segun la muestra que de todo ello á vuestras reales altezas enviamos. A nuestro parecer se debe creer que hay en esta tierra tanto cuanto en aquella de donde se dice haber llevado Salomon el oro para el templo; mas como há tan poco tiempo que en ella entramos, no hemos podido ver mas de hasta cinco leguas de tierra adentro de la costa de la mar, y hasta diez ó doce leguas de largo de tierra por las costas de una y de otra parte que hemos andado desque saltamos en tierra, aunque desde la mar mucho mas se parece, y mucho mas vimos viniendo navegando.

La gente desta tierra que habita desde la isla de Cozumel y punta de Yucatan hasta donde nosotros estamos, es una gente de mediana estatura, de cuerpos y gestos bien proporcionada, excepto que en cada provincia se diferencian ellos mismos los gestos, unos horadándose las orejas y poniéndose en ellas muy grandes y feas cosas, y otros horadándose las ternillas de las narices hasta la boca, y poniéndose en ellas unas ruedas de piedras muy grandes que parecen espejos, y otros se horadan los besos de la parte de abajo hasta los dientes, y cuelgan dellos unas grandes ruedas de piedras ó de oro, tan pesadas, que les traen [3] los besos caidos y parecen muy diformes, y los vestidos que traen es como de almaizales muy pintados, y los hombres traen tapadas sus vergüenzas, y encima del cuerpo unas mantas muy delgadas y pintadas á manera de alquizales moriscos, y las mujeres y de la gente comun traen unas mantas muy pintadas desde la cintura hasta los piés y otras que les cubren las tetas, y todo lo demás traen descubierto; y las mujeres principales andan vestidas de unas muy delgadas camisas de algodon muy grandes, labradas y hechas á manera de roquetes; y los mantenimientos que tienen es maíz y algunos cuyes, como los de las otras islas, y potu yuca así como la que comen en la isla de Cuba, y cómenla asada, porque no hacen pan della; y tienen sus pesquerías y cazas, crian muchas gallinas como las de Tierra-Firme, que son tan grandes como pavos. Hay algunos pueblos grandes y bien concertados, las casas en las partes que alcanzan piedra son de cal y canto, y los aposentos dellas pequeños y bajos muy amoriscados; y en las partes adonde no alcanzan piedra, hácenlas [4] de adobes y encálanlos por encima, y las coberturas de encima son de paja. Hay casas de algunos principales muy frescas y de muchos aposentos, porque nosotros habemos visto mas de cinco patios dentro de unas solas casas, y sus aposentos muy aconcertados, cada principal servicio que ha de ser por sí [5], y tienen dentro sus pozos y albercas de agua, y aposentos para esclavos y gente de servicio, que tienen mucha; y cada uno destos principales tienen á la entrada de sus casas, fuera della, un patio muy gran-

[1] Parece que antes de *amenos* falta alguna palabra, como *campos* ú otra equivalente.

[2] Sobra el *que*.

[3] El manuscrito dice *traer*.

[4] El manucrito dice *hácenla*.

[5] Querrá decir que cada persona principal tenia casa ó aposento para sí sola.

de, y algunos dos y tres y cuatro muy altos con sus gradas para subir á ellos, y son muy bien hechos, y con estos tienen sus mezquitas y adoratorios y sus andenes, todo á la redonda muy ancho, y allí tienen sus ídolos que adoran, dellos de piedra, y dellos de barro, y dellos de palos; á los cuales honran y sirven en tanta manera y con tantas ceremonias, que en mucho papel no se podria hacer de todo ello á vuestras reales altezas entera y particular relacion; y estas casas y mezquitas donde los tienen son las mayores y menores mas bien obradas y [1] que en los pueblos hay, y tiénenlas muy atumadas [2], con plumajes y paños muy labrados y con toda manera de gentileza; y todos los dias antes que obra alguna comienzan, queman en las dichas mezquitas encienso, y algunas veces sacrifican sus mismas personas, cortándose unos las lenguas, y otros las orejas, y otros acuchillándose el cuerpo con unas navajas, y toda la sangre que dellos corre la ofrecen á aquellos ídolos, echándola [3] por todas las partes de aquellas mezquitas, y otras veces echándola hácia el cielo, y haciendo otras muchas maneras de ceremonias; por manera que ninguna obra comienzan sin que primero hagan allí sacrificio. Y tienen otra cosa horrible y abominable y digna de ser punida, que hasta hoy visto [4] en ninguna parte, y es que todas las veces que alguna cosa quieren pedir á sus ídolos, para que mas aceptacion tenga su peticion toman muchas niñas y niños, y aun hombres y mujeres de mas [5] de mayor edad, y en presencia de aquellos ídolos los abren vivos por los pechos y les sacan el corazon y las entrañas, y queman las dichas entrañas y corazones delante de los ídolos, ofreciéndoles en sacrificio aquel humo. Esto habemos visto algunos de nosotros, y los que lo han visto dicen que es la mas terrible y mas espantosa cosa de ver que jamás han visto. Hacen estos indios [6] tan frecuentemente y tan á menudo, que segun sómos informados, y en parte habemos visto por experiencia en lo poco que há que en esta tierra estamos, no hay año en que no maten y sacrifiquen cincuenta ánimas en cada mezquita, y esto se usa y tienen por costumbre desde la isla de Cozumel hasta esta tierra adonde estamos poblados; y tengan vuestras majestades por muy cierto que, segun la cantidad de la tierra nos parece ser grande y las muchas mezquitas que tienen, no hay año que en lo que hasta ahora hemos descubierto y visto, no maten y sacrifiquen desta manera tres ó cuatro mil ánimas. Vean vuestras reales majestades si deben evitar tan gran mal y daño, y cierto Dios nuestro Señor será servido si por mano de vuestras reales altezas estas gentes fuesen introducidas y instruidas en nuestra muy santa fe católica, y comutada la devocion, fe y esperanza que en estos sus ídolos tienen, en la divina potencia de Dios; porque es cierto que si con tanta fe y fervor y diligencia á Dios sirviesen, ellos harian muchos milagros. Es de creer que no sin causa Dios nuestro Señor ha sido servido que se descubriesen estas partes en nombre de vuestras reales altezas, para que tan gran fruto y merecimiento de Dios alcanzasen vuestras majestades, mandando informar, y siendo por su mano traidas á la fe estas gentes bárbaras, que, segun lo que dellos hemos conocido, creemos que habiendo lenguas y personas que les [7] hiciesen entender la verdad de la fe y el error en que están, muchos dellos y aun todos se apartarian muy brevemente de aquella ironía [8] que tienen, y vendrian al verdadero conocimiento, porque viven mas política y razonablemente que ninguna de las gentes que hasta hoy en estas partes se ha visto. Querer dar á vuestra majestad todas las particularidades desta tierra y gente della podria ser que en algo se errase la relacion, porque muchas dellas no se han visto mas de por informaciones de los naturales della, y por esto no nos entremetemos á dar mas de aquello que por muy cierto y verdadero vuestras reales altezas podrán mandar tener dello. Podrán vuestras majestades, si fueran servidos, hacer por cosa verdadera relacion á nuestro muy santo Padre para que en la conversion desta gente se ponga diligencia y buena órden, pues que dello se espera sacar tan gran fruto y tanto bien, para que su santidad haiga por bien y permita que los malos y rebeldes, siendo primero amonestados, puedan ser punidos y castigados como enemigos de nuestra santa fe católica, y será ocasion de castigo y espanto á los que fueren rebeldes en venir en conocimiento de la verdad, y evitaran tan grandes males y daños como son los que en servicio del demonio hacen; porque aun allende de lo que arriba hemos [9] relacion á vuestras majestades de los niños y hombres y mujeres que matan y ofrecen en sus sacrificios, hemos sabido y sido informados de cierto que todos son sodomitas y usan aquel abominable pecado. En todo [10] suplicamos á vuestras majestades manden proveer como vieren que mas conviene al servicio de Dios y de vuestras reales altezas, y como los que en su servicio aquí estamos, seamos favorecidos y aprovechados.

Con estos nuestros procuradores que á vuestras altezas enviamos, entre otras cosas que en nuestra instruccion llevan, es una que de nuestra parte supliquen á vuestras majestades que en ninguna manera den ni hagan merced en estas partes á Diego Velazquez, teniente de almirante en la isla Fernandina, de adelantamiento ni gobernacion perpetua ni de otra manera, ni de cargos de justicia, y si alguna se tuviere hecha, la manden revocar, porque no conviene al servicio de su corona real que el dicho Diego Velazquez ni otra persona alguna tenga señorío ni merced otra alguna perpetua ni de otra manera salvo, por cuanto fué [11] la voluntad de vuestras majestades en esta tierra de vuestras reales altezas, por ser, como es, á lo que ahora alcanzamos y á lo que se espera, muy rica; y aun allende de convenir [12] al servicio de vuestras majestades que el dicho Diego Velazquez sea proveido de oficio alguno, espera-

1 Quizá *son las mayores y mejores y mas bien obradas.*
2 Quizá *ataviadas.*
3 El manuscrito dice *y echándola.*
4 Sin duda *no se ha visto.*
5 Sobra *de mas.*
6 Tal vez *hacen esto estos indios.*
7 El manuscrito dice *le.*
8 Quizá *erronía.*
9 Tal vez *hacemos ó hemos hecho.*
10 El manuscrito dice *en todos.*
11 Quizá *fuere.*
12 Tal vez *de no convenir.*

mos, si lo fuese; que los vasallos de vuestras reales altezas que en esta tierra hemos comenzado á poblar y vivimos, seriamos muy maltratados por él, porque creemos que lo que ahora se ha hecho en servicio de vuestras majestades en les enviar este servicio de oro y plata y joyas que les enviamos, que en esta tierra hemos podido haber, no será su voluntad que ansí se hiciera, segun ha aparecido claramente por cuatro criados suyos que acá pasaron, los cuales desque vieron la voluntad que teniamos de lo enviar todo, como lo enviamos, á vuestras reales altezas, publicaron y dijeron que fuera mejor enviarlo á Diego Velazquez, y otras cosas que hablaron perturbando que no se llevase á vuestras majestades; por lo cual los mandamos prender, y quedan presos para se hacer dellos justicia, y después de hecha se hará relacion á vuestras majestades de lo que en ello hiciéremos. Y porque lo que hemos visto que el dicho Diego Velazquez ha hecho, y por la experiencia que dello tenemos, tenemos temor que si con cargo á esta tierra viniese, nos trataria mal, como lo ha hecho en la isla Fernandina el tiempo que ha tenido cargo de la gobernacion, no haciendo justicia á nadie mas de por su voluntad y contra quien á él se antojaba por enojo y pasion, y no por justicia ni razon, y desta manera ha destruido á muchos buenos, trayéndolos á mucha pobreza, no les queriendo dar indios, y tomándoselos á todos para sí, y tomando el todo oro [1] que han cogido, sin les dar parte dello, teniendo, como tiene, compañías desaforadas con todos los mas muy á su propósito; y por el hecho como sea gobernador y repartidor, con pensamiento y miedo que los ha de destruir, no osan hacer mas de lo que él quiere; y desto no tienen vuestras majestades noticia ni se les ha hecho jamás relacion dello, porque los procuradores que á su corte han ido de la dicha isla son hechos por su mano y sus criados, y tiénelos [2] bien contentos, dándoles indios á su voluntad, y los procuradores que van al [3] de las villas para negociar lo que toca á las comunidades, cúmpleles hacer lo que él quiere, porque les da indios á su contento, y cuando los tales procuradores vuelven á sus villas y les mandan cuenta de lo que ha hecho, dicen y responden que no envien personas pobres, porque por un cacique que Diego Velazquez les da hacen todo lo que él quiere, y porque los regidores y alcaldes que tienen indios no se los quite el dicho Diego Velazquez, no osan hablar ni reprender á los procuradores que han hecho lo que no debian complaciendo á Diego Velazquez, y para esto y para otras cosas tiene él muy buenas [4], por donde vuestras altezas pueden ver que todas las relaciones que la isla Fernandina por Diego Velazquez hizo y las mercedes que para él piden son por indios que da á los procuradores, y no porque las comunidades son dello contentas ni tal cosa desean; antes querrian que los tales procuradores fuesen castigados; y siendo á todos los vecinos y moradores desta villa de la Veracruz notorio lo susodicho, se juntaron con el procurador deste concejo y nos pidieron y requirieron por su requerimiento firmado de sus nombres, que en su nombre de todos suplicásemos á vuestras majestades que no proveyesen de los dichos cargos ni de alguno dellos al dicho Diego Velazquez; antes le mandasen tomar residencia, y le quitasen el cargo que [5] la isla Fernandina tiene, pues que lo susodicho, tomándole residencia, se sabria que es verdad y muy notorio; por lo cual á vuestra majestad suplicamos manden dar un pesquisidor para que haga la pesquisa de todo esto de que hemos hecho relacion á vuestras reales altezas, ansí para la isla de Cuba como para otras partes, porque le entendemos probar cosas por donde vuestras majestades vean si es justicia ni conciencia que él tenga cargos reales en estas partes ni en las otras donde al presente reside.

Hanos ansimismo pedido el procurador y vecinos y moradores desta villa, en el dicho pedimento, que [6] en su nombre supliquemos á vuestra majestad que provean y manden dar su cédola [7] y provision real para Fernando Cortés, capitan y justicia mayor de vuestras reales altezas, para que él nos tenga en justicia y gobernacion hasta tanto que esta tierra esté conquistada y pacífica y por el tiempo que mas á vuestra majestad le pareciere y fuere servido, por conocer ser tal persona que conviene para ello; el cual pedimento y requerimiento enviamos con estos nuestros procuradores á vuestra majestad, y humildemente suplicamos á vuestras reales altezas que, ansí en esto, como en todas las otras mercedes en nombre [8] deste concejo y villa les fueron [9] suplicadas por parte de los dichos procuradores, nos las hagan y manden conceder, y que nos tengan por sus muy leales vasallos, como lo hemos sido y serémos siempre.

Y el oro y plata y joyas y rodelas y ropa que á vuestras reales altezas enviamos con los procuradores, demás del quinto que á vuestra majestad pertenece, de que suplica [10] Fernando Cortés y este concejo les hacen servicio, va en esta memoria firmada de los dichos procuradores, como por ella vuestras reales altezas podrán ver. De la rica villa de la Veracruz, á 10 de julio de 1519.

[1] Sin duda *todo el oro*.
[2] El manuscrito dice *y tiénenlos*.
[3] Quizá *á él*.
[4] Aquí falta alguna palabra. Quizá *muy buenas mañas*.
[5] Debió decir *que en*.
[6] El manuscrito dice *y que*.
[7] Así el manuscrito.
[8] Sin duda *que en nombre*.
[9] Quizá *fueren*.
[10] En vez de *súplica*, es probable que dijese el original *su capitan*.

CARTA SEGUNDA,

ENVIADA Á SU SACRA MAJESTAD DEL EMPERADOR NUESTRO SEÑOR, POR EL CAPITAN GENERAL DE LA NUESTRA ESPAÑA, LLAMADO DON FERNANDO CORTES.

En la cual hace relacion de las tierras y provincias sin cuento que ha descubierto nuevamente en el Yucatan, del año de 19 á esta parte, y ha sometido á la corona real de su majestad. En especial hace relacion de una grandísima provincia muy rica llamada Culúa [1], en la cual hay muy grandes ciudades, y de maravillosos edificios, y de grandes tratos y riquezas; entre las cuales hay una mas maravillosa y rica que todas, llamada Timixtitan [2], que está por maravillosa arte edificada sobre una grande laguna; de la cual ciudad y provincia es rey un grandísimo señor llamado Muteczuma [3]; donde le acaecieron al capitan y á los españoles espantosas cosas de oir. Cuenta largamente del grandísimo señorío del dicho Muteczuma, y de sus ritos y ceremonias, y de cómo se sirve.

Muy alto y poderoso, y muy católico Príncipe, invictísimo Emperador y señor nuestro: En una nao que de esta Nueva España de vuestra sacra majestad, despaché á 16 de julio del año de 519, envié á vuestra alteza muy larga y particular relacion de las cosas hasta aquella sazon, después que yo á ella vine, en ella sucedidas. La cual relacion llevaron Alonso Hernandez Puertocarrero y Francisco de Montejo, procuradores de la rica villa [4] de la Veracruz, que yo en nombre de vuestra alteza fundé. Y después acá, por no haber oportunidad, así por falta de navíos y estar yo ocupado en la conquista y pacificacion desta tierra, como por no haber sabido de la dicha nao y procuradores, no he tornado á relatar á vuestra majestad lo que después se ha hecho; de que Dios sabe la pena que he tenido. Porque he deseado que vuestra alteza supiese las cosas desta tierra; que son tantas y tales, que, como ya en la otra relacion escribí, se puede intitular de nuevo emperador della y con título, y no menos mérito que el de Alemaña [5], que por la gracia de Dios vuestra sacra majestad posee. E porque querer de todas las cosas destas partes y nuevos reinos de vuestra alteza decir todas las particularidades, y cosas que en ellas hay y decir se debian, seria casi proceder á infinito; si de todo á vuestra alteza no diere tan larga cuenta como debo, á vuestra sacra majestad suplico me mande perdonar; porque ni mi habilidad, ni la oportunidad del tiempo en que á la sazon me hallo, para ello me ayudan. Mas con todo, me esforzaré á decir á vuestra alteza lo menos mal que yo pudiere la verdad y lo que al presente es necesario que vuestra majestad sepa. E asimismo suplico á vuestra alteza me mande perdonar si todo lo necesario no contare, el cuándo y cómo muy cierto, y si no acertare algunos nombres, así de ciudades y villas, como de señoríos dellas, que á vuestra majestad han ofrecido su servicio y dádose por sus súbditos y vasallos [6]. Porque en cierto infortunio agora nuevamente acaecido, de que adelante en el proceso á vuestra alteza daré entera cuenta, se me perdieron todas las escrituras y autos que con los naturales destas tierras yo he hecho, y otras muchas cosas.

En la otra relacion, muy excelentísimo Príncipe, dije á vuestra majestad las ciudades y villas que hasta entonces á su real servicio se habian ofrecido, y yo á él tenia sujetas y conquistadas. Y dije asimesmo que tenia noticia de un gran señor que se llamaba Muteczuma, que los naturales desta tierra me habian dicho que en ella habia, que estaba, segun ellos señalaban las jornadas, hasta noventa ó cien leguas de la costa y puerto donde yo desembarqué. Y que confiando en la grandeza de Dios, y con esfuerzo del real nombre de vuestra alteza, pensaba irle á ver do quiera que estuviese; y aun me acuerdo que me ofrecí, en cuanto á la demanda deste señor, á mucho mas de lo á mí posible. Porque certifiqué á vuestra alteza que lo habria, preso ó muerto, ó súbdito á la corona real de vuestra majestad; y con este propósito y demanda me partí de la ciudad de Cempoal [7], que yo intitulé Sevilla, á 16 de agosto, con quince de caballo y trescientos peones lo mejor aderezados de guerra que yo pude y el tiempo dió á ello lugar; y dejé en la villa de la Veracruz ciento y cincuen-

1 Los primeros mejicanos vinieron de una provincia culúa. Primero hubo rey de Culuacan que de Méjico. La provincia de Culuacan y la lengua culúa era la mejicana, que se hablaba casi en toda Nueva-España, y el rey de Méjico heredó el reino de Culuacan.

2 Tenoxtitlan es Méjico, así llamada en la gentilidad, como se expresa en el prólogo de los Concilios.

3 Muteczuma II, hijo del Primero, segun se puede ver en la serie de los reyes y emperadores en tiempo de la gentilidad; cuando vino Hernan Cortés era emperador Muteczuma el mozo, que murió de una pedrada, y cuando se ganó á Méjico lo era Quatecmotzin, al que quitaron la vida.

4 El nombre de rica villa de Veracruz le puso Hernan Cortés al pueblo que hoy se llama la Veracruz vieja, que dista tres leguas de la Veracruz nueva.

5 El imperio solo de toda Nueva-España, contado desde el istmo de Panamá hasta lo mas remoto de la diócesis de Durango por la parte del norte, pasa de mil y quinientas leguas de longitud, y aun se ignora si confina con la Tartaria y Groelandia; por las Californias con la Tartaria, y por el nuevo Méjico con la Groelandia*.

*Los descubrimientos geográficos posteriores, que han revelado la existencia de los estrechos de Behring y Davis, manifiestan lo errado de esta conjetura.

6 Es cierto que Cortés ignoró los verdaderos nombres de muchos pueblos, por no saber su pronunciacion y modo de escribirlos en castellano.

7 Cempoal conserva hoy su mismo nombre; dista de Veracruz cuatro leguas, y las ruinas dan á entender la grandeza de la ciudad; pero es distinto de otro Zempoal del arzobispado de Méjico, que dista deste doce leguas.

ta hombres con dos de caballo, haciendo una fortaleza, que ya tengo casi acabada, y dejé toda aquella provincia de Cempoal y toda la sierra comarcana [1] á la dicha villa, que serán hasta cincuenta mil hombres de guerra y cincuenta villas y fortalezas, muy seguros y pacíficos, y por ciertos y leales vasallos de vuestra majestad, como hasta agora lo han estado y están; porque ellos eran súbditos de aquel señor Muteczuma, y segun fuí informado, lo eran por fuerza y de poco tiempo acá; y como por mí tuvieron noticia de vuestra alteza y de su muy real y gran poder, dijeron que querian ser vasallos de vuestra majestad y mis amigos, y que me rogaban que los defendiese de aquel gran señor, que los tenia por fuerza y tiranía [2], y que les tomaba sus hijos para los matar y sacrificar á sus ídolos, y me dijeron otras muchas quejas dél; é con esto han estado y están muy ciertos y leales en el servicio de vuestra alteza. E creo lo estarán siempre por ser libres de la tiranía de aquel [3], y porque de mí han sido siempre bien tratados y favorecidos. E para mas seguridad de los que en la villa quedaban, traje conmigo alguņas personas principales dellos, con alguna gente, que no poco provechosos me fueron en mi camino. Y porque, como ya creo, en la primer relacion escribí á vuestra majestad que algunos de los que en mi compañía pasaron, que eran criados y amigos de Diego Velazquez [4], les habia pesado de lo que yo en servicio de vuestra alteza hacia, é aun algunos dellos se me quisieron alzar y írseme de la tierra, en especial cuatro españoles, que se decian Juan Escudero y Diego Cermeño, piloto, y Gonzalo de Ungría, asimismo piloto, y Alonso Peñate; los cuales, segun lo que confesaron espontáneamente, tenian determinado de tomar un bergantin que estaba en el puerto con cierto pan y tocinos, y matar al maestre dél, y irse á la isla Fernandina [5] á hacer saber á Diego Velazquez cómo yo enviaba la nao que á vuestra alteza envié, y lo que en ella iba, y el camino que la dicha nao habia de llevar, para que el dicho Diego Velazquez pusiese navíos en guarda para que la tomasen, como después que lo supo lo puso por obra; que, segun he sido informado, envió tras la dicha nao una carabela, y si no fuera pasada [6], la tomara. E asimismo confesaron que otras personas tenian la misma voluntad de avisar al dicho Diego Velazquez. E vistas las confesiones destos delincuentes, los castigué conforme á justicia y á lo que segun el tiempo me pareció que habia necesidad, y al servicio de vuestra alteza complia. Y porque demás de los que, por ser criados y amigos de Diego Velazquez, tenian voluntad de salir de la tierra, habia otros que, por verla tan grande y de tanta gente, y tal, y ver los pocos españoles que éramos, estaban del mismo propósito; creyendo que si allí los navíos dejase, se me alzarian con ellos, y yéndose todos los que desta voluntad estaban, yo quedaria casi solo; por donde se estorbara el gran servicio que á Dios y á vuestra alteza en esta tierra se ha hecho; tuve manera como, so color que los dichos navíos no estaban para navegar, los eché á la costa; por donde todos perdieron la esperanza de salir de la tierra, y yo hice mi camino mas seguro, y sin sospecha que vueltas las espaldas no habia de faltarme la gente que yo en la villa habia de dejar.

Ocho ó diez dias después de haber dado con los navíos en la costa, y siendo ya salido de la Veracruz hasta la ciudad de Cempoal, que está á cuatro leguas della, para de allí seguir mi camino, me hicieron saber de la dicha villa cómo por la costa della andaban cuatro navíos, y que el capitan que yo allí dejaba habia salido á ellos con una barca, y les habian dicho que eran de Francisco de Garay, teniente y gobernador en la isla de Jamáica [7], y que venian á descubrir. Y que dicho capitan les habia dicho cómo yo en nombre de vuestra alteza tenia poblada esta tierra y hecho una villa allí á una legua de donde los dichos navíos andaban; y que allí podian ir con ellos y me farian saber de su venida; e si alguna necesidad trajesen, se podian reparar della, y que el dicho capitan los guiaria con la barca al puerto; el cual les señaló dónde era; y que ellos le habian respondido que ya habian visto el puerto, porque pasaron por frente dél, y que así lo farian como él se lo decia. E que se habia vuelto con la dicha barca, y los navíos no le habian seguido ni venido al puerto, y que todavía andaban por la costa, y que no sabia qué era su propósito, pues no habian venido al puerto; é visto lo que el dicho capitan me fizo saber, á la hora me partí para la dicha villa, donde supe que los dichos navíos estaban surtos tres leguas la costa abajo y que ninguno no habia saltado en tierra. E de allí me fuí por la costa con alguna gente para saber lengua, y ya que casi llegaba á una legua dellos, encontré tres hombres de los dichos navíos, entre los cuales venia uno que decia ser escribano, y los dos traia, segun me dijo, para que fuesen testigos de cierta notificacion, que dis que el capitan le habia mandado que me hiciese de su parte un requerimiento que allí traia; en el cual se contenia que me hacia saber cómo él habia descubierto aquella tierra y queria poblar en ella; por tanto, que me requeria que partiese con él los términos, porque su asiento queria hacer cinco leguas la costa abajo después de pasada Nautecal [8], que es una ciudad que es doce leguas de la dicha villa que agora se llama Almería. A los cuales yo dije que viniese su capitan y que se fuese con los navíos al puerto de la Veracruz, y que

[1] Es parte de la Sierra Madre, donde están los totonacos.

[2] Antes de subir á la sierra camino de la Huasteca se ve una zanja muy profunda, que hicieron para defenderse de los mejicanos.

[3] Con los tributos los tenia tiranizados, y asombra ver lo que pagaban.

[4] Este Diego Velazquez es el que, por la historia de Solís, Torquemada y Herrera, hizo tanta contradiccion á Cortés, y puso en dudas el crédito y fidelidad deste, enviando al Rey siniestros informes desde la isla de Cuba, donde estaba de gobernador y de que fué conquistador; era natural de Cuéllar y antes criado de don Bartolomé Colon.

[5] A la isla de Cuba la llamaron Fernandina, por el rey don Fernando el Católico, y á la de Santo Domingo, Isabela, por la Reina Católica.

[6] Esto es, si no hubiera pasado el canal de Bahama.

[7] Que poseen hoy los ingleses, y tiene cincuenta leguas de latitud, y muy amena de todos frutos; frontera á la isla de Santiago de Cuba.

[8] Puede ser el pueblo de la diócesi de Puebla que hoy se llama Nauthla.

allí nos hablariamos y sabria de qué manera venia. E si sus navíos y gente trajesen alguna necesidad, les socorreria con lo que yo pudiese. E que pues él decia venir en servicio de vuestra sacra majestad, que yo no deseaba otra cosa sino que se me ofreciese en que sirviese á vuestra alteza, y que en le ayudar creia que lo hacia. Y ellos me respondieron que en ninguna manera el capitan ni otra gente vernia á tierra ni adonde yo estuviese. E creyendo que debian de haber hecho algun daño en la tierra, pues se recelaban de venir ante mí, ya que era noche me puse muy secretamente junto á la costa de la mar, frontero de donde los dichos navíos estaban surtos, y allí estuve encubierto fasta otro dia casi á mediodía, creyendo que el capitan ó piloto saltarian en tierra, para saber dellos lo que habian hecho ó por qué parte habian andado, y si algun daño en la tierra hubiesen hecho, enviárselos á vuestra sacra majestad, y jamás salieron ellos ni otra persona; é visto que no salian, fice quitar los vestidos á aquellos que venian á facerme el requerimiento y se los vistiesen otros españoles de los de mi compañía, los cuales fice ir á la playa y que llamasen á los de los navíos; é visto por ellos, salió á tierra una barca con fasta diez ó doce hombres con ballestas y escopetas, y los españoles que llamaban de la tierra se apartaron de la playa á unas matas que estaban cerca, como que se iban á la sombra dellas. E así saltaron cuatro, los dos ballesteros y los dos escopeteros; los cuales, como estaban cercados de la gente que yo tenia en la playa puesta, fueron tomados. Y el uno dellos era maestre de la una nao, el cual puso fuego á una escopeta, y matara á aquel capitan que yo tenia en la Veracruz, sino que quiso nuestro Señor que la mecha no dió fuego. E los que quedaron en la barca se hicieron á la mar, y antes que llegasen á los navíos ya iban á la vela, sin aguardar ni querer que dellos se supiese cosa alguna. E de los que conmigo quedaron me informé como habian llegado á un rio [1] que está treinta leguas de la costa abajo después de pasar Almería, y que allí habian habido buen acogimiento de los naturales, y que por rescate les habian dado de comer, é que habian visto algun oro que traian los indios, aunque poco. E que habian rescatado fasta tres mil castellanos de oro. E que no habian saltado en tierra, mas de que habian visto ciertos pueblos en la ribera del rio tan cerca, que de los navíos los podian bien ver. E que no habia edificios de piedra, sino que todas las casas eran de paja, excepto que los suelos dellas tenian algo altos y hechos á mano. Lo cual todo después supe mas por entero de aquel gran señor Muteczuma y de ciertas lenguas de aquella tierra [2] que él tenia consigo; á los cuales, y á un indio que en los dichos navíos traian del dicho rio, que tambien yo les tomé, envié con otros mensajeros del dicho Muteczuma para que hablasen al señor de aquel rio, que se dice Panuco, para le atraer al servicio de vuestra sacra majestad. Y él me envió con ellos una persona principal, y aun, segun decian, señor de un pueblo; el cual me dió de su parte cierta ropa y piedras y plumajes. E me dijo que él y toda su tierra eran muy contentos de ser vasallos de vuestra majestad y mis amigos. E yo les dí otras cosas de las de España; con que fué muy contento, y tanto, que cuando los vieron otros navíos del dicho Francisco de Garay (de quien adelante á vuestra alteza faré relacion), me envió á decir el dicho Panuco cómo los dichos navíos estaban en otro rio lejos de allí hasta cinco ó seis jornadas [3]. E que les hiciese saber si eran de mi naturaleza los que en ellos venian, porque les darian lo que hobiesen menester; é que les habian llevado ciertas mujeres y gallinas y otras cosas de comer.

Yo fuí, muy poderoso Señor, por la tierra y señorío de Cempoal tres jornadas, donde de todos los naturales fuí muy bien recibido y hospedado. Y á la cuarta jornada entré en una provincia que se llama Sienchimalen [4], en que hay en ella una villa muy fuerte y puesta en recio lugar, porque está en una ladera de una sierra muy agra, y para la entrada no hay sino un paso de escalera, que es imposible pasar sino gente de pié, y aun con farta dificultad si los naturales quieren defender el paso; y en lo llano hay muchas aldeas y alquerías de á quinientos y á trecientos y á docientos vecinos labradores, que serán por todos hasta cinco ó seis mil hombres de guerra; y esto es del señorío de aquel Muteczuma. E aquí me recibieron muy bien y me dieron muy cumplidamente los bastimentos necesarios para mi camino. E me dijeron que bien sabian que yo iba á ver á Muteczuma, su señor, y que fuese cierto que él era mi amigo, y les habia enviado á mandar que en todo casi me ficiesen muy buen acogimiento, porque en ello le servirian. E yo les satisfice á su buen comedimiento, diciendo que vuestra majestad tenia noticia dél, y me habia mandado que le viese, y que yo no iba á mas de verle; é así pasé un puerto que está al fin desta provincia, que pusimos nombre el puerto del Nombre de Dios [5], por ser el primero que en estas tierras habíamos pasado. El cual es tan agro y alto, que no lo hay en España otro tan dificultoso de pasar. El cual pasé seguramente y sin contradicion alguna; y á la bajada del dicho puerto están otras alquerías de una villa y fortaleza que se dice Ceyconacan [6], que asimismo era del dicho Muteczuma; que no menos que de los de Sienchimalen fuimos bien recibidos, y nos dijeron de la voluntad de Muteczuma lo que los otros nos habian dicho. E yo asimesmo los satisfice.

Desde aquí anduve tres jornadas de despoblado y tierra inhabitable á causa de su esterilidad y falta de agua y muy gran frialdad que en ella hay; donde Dios sabe cuánto trabajo la gente padeció de sed y hambre, en especial de un turbion de piedra y agua que nos tomó en el dicho despoblado, de que pensé que pereciera mucha gente de frio. E así murieron ciertos indios de la isla Fernandina, que iban mal arropados. E á cabo

[1] Es el rio Panuco del arzobispado de Méjico, segun lo que abajo dice.

[2] Que es la huasteca, distinto idioma de la mejicana.

[3] Puede ser el rio que entra en la bahía del nuevo Santander.

[4] Sienchimalen de los totonacos, que le dieron bagaje, acompañado de los principales de Cempoal, que fueron Mamexi, Teuch y Tamalli. Su ruta la dirigió por Xalapa, aunque en un dia no es regular pudiese llegar, por haber quince leguas desde Cempoal á Xalapa: desde Xalapa pasó á Texuthla; después de haber pasado algunos puertos fué á Xocothla, sujeto al rey de Méjico.

[5] Hoy se llama Paso del Obispo.

[6] Ceycoccnacan, hoy Ishuacan de los Reyes.

destas tres jornadas pasamos otro puerto [1], aunque no tan agro como el primero, y en lo alto dél estaba una torre pequeña, casi como humilladero, donde tenian ciertos ídolos [2], y al derredor de la torre mas de mil carretadas de leña cortada muy compuesta, á cuyo respeto le pusimos nombre el puerto de la Leña; y á la abajada del dicho puerto, entre unas sierras muy agras, está un valle muy poblado de gente, que, segun pareció, debia ser gente pobre; y después de haber andado dos leguas por la poblacion sin saber della, llegué á un asiento algo mas llano, donde pareció estar el señor de aquel valle, que tenia las mayores y mas bien labradas casas que hasta entonces en esta tierra habiamos visto, porque eran todas de cantería labradas y muy nuevas, é habia en ellas muchas y muy grandes y hermosas salas, y muchos aposentos muy bien obrados; y este valle y poblacion se llama Caltanmi. Del señor y gente fuí muy bien recibido y aposentado. E después de haberle hablado de parte de vuestra majestad, y le haber dicho la causa de mi venida en estas partes, le pregunté si él era vasallo de Muteczuma ó si era de otra parcialidad alguna. El cual, admirado de lo que le preguntaba, me respondió diciendo que ¿quién no era vasallo de Muteczuma? Queriendo decir que allí era señor del mundo. Yo le torné á aquí á replicar y decir el gran poder y señorío de vuestra majestad, y otros muy muchos y muy mayores señores que no Muteczuma eran vasallos de vuestra alteza, y aun que no lo tenian en pequeña merced, y que así lo habia de ser Muteczuma y todos los naturales destas tierras, y que así lo requeria á él que lo fuese, porque siéndolo, seria muy honrado y favorecido, y por el contrario, no queriendo obedecer, seria punido. E para que tuviese por bien de le mandar recibir á su real servicio, que le rogaba que me diese algun oro que yo enviase á vuestra majestad. Y él me respondió que oro que él lo tenia [3], pero que no me lo queria dar si Muteczuma no lo mandase, y que mandándolo él, que el oro y su persona y cuanto tuviese daria. Por no escandalizarle ni dar algun desman á mi propósito y camino, disimulé con él lo mejor que pude y le dije que muy presto le enviara á mandar Muteczuma que diese el oro y lo demás que tuviese.

Aquí me vinieron á ver otros dos señores que en aquel valle tenian su tierra; el uno cuatro leguas el valle abajo, y el otro dos leguas arriba; y me dieron ciertos collarejos de oro de poco peso y valor, y siete ú ocho esclavas. Y dejándolos así muy contentos, me partí, después de haber estado allí cuatro ó cinco dias, y me pasé al asiento del otro señor, que está las dos leguas que dije el valle arriba, que se dice Iztacmastitan [4]. El señorío deste serán tres ó cuatro leguas de poblacion, sin salir casa de casa, por lo llano del valle, ribera de un rio pequeño que va por él; y en un cerro muy alto está la casa del señor, con la mejor fortaleza que hay en la mitad de España, y mejor cercada de muro y barbacana y cavas; y en lo alto deste cerro terná una poblacion de hasta cinco ó seis mil vecinos, de muy buenas casas, y gente algo mas rica que no la del valle abajo. E aquí asimismo fuí muy bien recibido, y tambien me dijo este señor que era vasallo de Muteczuma; é estuve en este asiento tres dias, así por me reparar de los trabajos que en el despoblado la gente pasó, como por esperar cuatro mensajeros de los naturales de Cempoal que venian conmigo, que yo desde Catalmi habia enviado á una provincia muy grande que se llama Tascalteca [5], que me dijeron que estaba muy cerca de allí, como de verdad pareció, y me habian dicho que los naturales desta provincia eran sus amigos dellos y muy capitales enemigos de Muteczuma, y que me querian confederar con ellos, porque eran muchos y muy fuerte gente, y que confinaba su tierra por todas partes con la del dicho Muteczuma, y que tenian con él muy continuas guerras, y que creia se holgarian conmigo y me favorecerian si el dicho Muteczuma se quisiese poner en algo conmigo. Los cuales dichos mensajeros, en todo el tiempo que yo estuve en el dicho valle, que fueron por todos ocho dias, no vinieron; y yo pregunté á aquellos mensajeros principales de Cempoal que iban conmigo, que cómo no venian los dichos mensajeros E me dijeron que debia de ser lejos, y que no podian venir tan aína. E yo, viendo que se dilataba su venida, y que aquellos principales de Cempoal me certificaban tanto la amistad y seguridad de los desta provincia, me partí para allá. E á la salida del dicho valle fallé una gran cerca de piedra seca, tan alta como estado y medio, que atravesaba todo el valle de la una sierra á la otra, y tan ancha como veinte piés, y por toda ella un petril de pié y medio de ancho, para pelear desde encima, y no mas de una entrada tan ancha como diez pasos, y en esta entrada doblaba la una cerca sobre la otra á manera de rebelin, tan estrecho como cuarenta pasos. De manera que la entrada fuese á vueltas, y no á derechas. E preguntada la causa de aquella cerca, me dijeron que la tenian porque eran fronteros de aquella provincia de Tascalteca, que [6] eran enemigos de Muteczuma y tenia siempre guerra con ellos. Los naturales deste valle me rogaron que, pues iba á ver á Muteczuma, su señor, que no pasase por la tierra destos sus enemigos, porque por ventura serian malos y me farian algun daño; que ellos me llevarian siempre por tierra del dicho Muteczuma, sin salir della, y que en ella seria siempre bien recibido. Y los de Cempoal me decian que no lo hiciese, sino que fuese por allí; que lo que aquellos me decian era por me apartar de la amistad de aquella provincia, y que eran malos y traidores todos los de Muteczuma, y que me llevarian á meter donde no pudiese salir. Y porque yo de los de Cempoal tenia mas concepto que de los otros, tomé su consejo, que fué de seguir el camino de Tascalteca, llevando

[1] Este sitio con fundamento se conjetura ser lo que hoy llaman Sierra del Agua, pasado el Cofre de Perote.

[2] Eran tantos los ídolos y dioses falsos, que para cada mes y cada dia tenian deidades, segun consta del calendario idolátrico, que he visto.

[3] El oro que contribuian los indios á su rey en ciertas medidas, le sacaban en arenas de los rios ó le cogian en la superficie de la tierra, pues el labrar las minas, como hoy, lo introdujeron los españoles.

[4] Hoy se llama Ixtacamaxtitlan.

[5] Haxcala se llama hoy.

[6] Los tlascaltecas no quisieron pagar tributo á los mejicanos, porque se rebelaron y gobernaron como república.

mi gente al mejor recaudo que yo podia. E yo con hasta seis de caballo iba adelante bien media legua y mas, no con pensamiento de lo que después se me ofreció; pero por descubrir la tierra, para que si algo hubiese, yo lo supiese, y tuviese lugar de concertar y apercibir la gente.

Y después de haber andado cuatro leguas, encumbrando un cerro, dos de caballo que iban delante de mi vieron ciertos indios con sus plumajes que acostumbran traer en las guerras, y con sus espadas y rodellas; los cuales indios, como vieron los de caballo, comenzaron á huir. E á la sazon llegaba yo, y fice que los llamasen y que viniesen y no hobiesen miedo; y fué mas hácia donde estaban, que serian fasta quince indios; y ellos se juntaron y comenzaron á tirar cuchilladas y á dar voces á la otra su gente, que estaba en un valle, y pelearon con nosotros de tal manera, que nos mataron dos caballos, y firieron á otros tres y á dos de caballo. Y en esto salió la otra gente, que serian fasta cuatro ó cinco mil indios. E ya se habian llegado conmigo fasta ocho de caballo, sin los muertos, y peleamos con ellos haciendo algunas arremetidas fasta esperar los españoles, que con uno de caballo habia enviado á decir que anduviesen; y en las vueltas les hicimos algun daño, en que matariamos cincuenta ó sesenta dellos, sin que daño alguno recibiésemos, puesto que peleaban con mucho denuedo y ánimo; pero como todos éramos de caballo, arremetiamos á nuestro salvo y saliamos asimismo. E desque sintieron que los nuestros se acercaban, se retiraron, porque eran pocos, y nos dejaron el campo. Y después de se haber ido, vinieron ciertos mensajeros, que dijeron ser de los señores de la dicha provincia, y con ellos dos de los mensajeros que yo habia enviado, los cuales dijeron que los dichos señores no sabian nada de lo que aquellos habian hecho; que eran comunidades [1], y sin su licencia lo habian hecho; y que á ellos les pesaba, y que me pagarian los caballos que me habian muerto, y que querian ser mis amigos, y que fuese enhorabuena, que seria dellos bien recibido. Yo les respondí que gelo agradecia, y que los tenia por amigos, y que yo iria como ellos decian. Aquella noche me fué forzado dormir en un arroyo, una legua adelante donde esto acaeció, así por ser tarde como porque la gente venia cansada. Allí estuve al mejor recaudo que pude, con mis velas y escuchas, así de caballo como de pié, hasta qué fué el dia, que me partí, llevando mi delantera y recuaje bien concertadas, y mis corredores delante. E llegando á un pueblo pequeñuelo, ya que salia el sol, vinieron los otros dos mensajeros llorando, diciendo que los habian atado para los matar, y que ellos se habian escapado aquella noche. E no dos tiros de piedras dellos asomó mucha cantidad de indios muy armados y con muy gran grita, y comenzaron á pelear con nosotros, tirándonos muchas varas y flechas. E yo les comencé á facer mis requerimientos en forma, con los lenguas que conmigo llevaba, por ante escribano. E cuanto mas me paraba á los amonestar y requerir con la paz, tanto mas priesa nos daban ofendiéndonos cuanto ellos podian. E viendo que no aprovechaban requerimientos ni protestaciones, comenzamos á nos defender como podiamos, y así nos llevaron peleando hasta nos meter entre mas de cien mil hombres de pelea, que por todas partes nos tenian cercados, y peleamos con ellos, y ellos con nosotros, todo el dia, hasta una hora antes de puesto el sol, que se retrajeron; en que con media docena de tiros de fuego, y con cinco ó seis escopetas y cuarenta ballesteros, y con los trece de caballo que me quedaron, les fice mucho daño, sin recibir dellos ninguno mas del trabajo y cansancio del pelear y la hambre. Y bien pareció que Dios [2] fué el que por nosotros peleó, pues entre tanta multitud de gente y tan animosa y diestra en el pelear, y con tantos géneros de armas para nos ofender, salimos tan libres. Aquella noche me fice fuerte en una torrecilla de sus ídolos que estaba en un cerrito, y luego, siendo de dia, dejé en el real docientos hombres y toda la artillería. E por ser yo el que acometia, salí á ellos con los de caballo y cien peones, y cuatrocientos indios de los que traje de Cempoal, y trecientos de Iztaemestiran. E antes que hobiesen lugar de se juntar les quemé cinco ó seis lugares pequeños de hasta cien vecinos, é truje cerca de cuatrocientas personas, entre hombres y mujeres, presos, y me recogí al real peleando con ellos, sin que daño ninguno me hiciesen. Otro dia en amaneciendo dan sobre nuestro real mas de ciento y cuarenta y nueve mil hombres, que cubrian toda la tierra, tan determinadamente, que algunos dellos entraron dentro en él y anduvieron á cuchilladas con los españoles, y salimos á ellos; y quiso nuestro Señor en tal manera ayudarnos, que en obra de cuatro horas habiamos fecho lugar para que en nuestro real no nos ofendiesen, puesto que todavía hacian algunas arremetidas. Y así estuvimos peleando hasta que fué tarde, que se retrajeron.

Otro dia torné á salir por otra parte antes que fuese de dia, sin ser sentido dellos, con los de caballo y cien peones y los indios mis amigos, y les quemé mas de diez pueblos, en que hobo pueblo dellos de mas de tres mil casas, é allí pelearon conmigo los del pueblo, que otra gente no debia de estar allí. E como traiamos la bandera de la cruz [3], y puñábamos por nuestra fe y por servicio de vuestra sacra majestad, en su muy real ventura nos dió Dios tanta victoria, que les matamos mucha gente, sin que los nuestros recibiesen daño. Y poco mas de mediodía, ya que la fuerza de la gente se juntaba de todas partes, estábamos en nuestro real con la victoria habida. Otro dia siguiente vinieron mensajeros de los señores, diciendo que ellos querian ser vasallos de vuestra alteza y mis amigos, y que me rogaban les perdonase el yerro pasado. E trajéronme de comer y ciertas cosas de plumajes que ellos usan y tienen en estima. E yo les respondí que ellos lo habian hecho mal, pero que yo era contento de ser su amigo y perdonar-

[1] Otros pueblos tenian su gobierno aristocrático mixto de democrático.

[2] Dice con grande fundamento que Dios, señor de las batallas, hizo la principal conquista, pues se ve hoy que los indios hacen mucho daño con las flechas, y matan muchos españoles á caballo aunque tengan armas de fuego, á lo que se añade que antes los indios eran mas diestros en el arco que hoy son.

[3] Una de las banderas que trajo Cortés está en la secretaría de gobierno, y la otra en San Francisco desta ciudad, la primera es una Nuestra Señora pintada en damasco, y la otra con la cruz.

les lo que habian hecho. Otro dia siguiente vinieron fasta cincuenta indios, que, según pareció, eran hombres de quien se hacia caso entre ellos, diciendo que nos traian de comer, y comienzan á mirar las entradas y salidas del real, y algunas chozuelas donde estábamos aposentados. Y los de Cempoal vinieron á mí y dijéronme que mirase que aquellos eran malos, y que venian á espiar y mirar cómo nos podrian dañar, é que tuviese por cierto que no venian á otra cosa. Yo hice tomar uno dellos disimuladamente, que los otros no lo vieron, y apartéme con él y con las lenguas, y amedrentéle para que me dijese la verdad; el cual confesó que Sintengal, que es el capitan general desta provincia, estaba detrás de unos cerros que estaban frontero del real, con mucha cantidad de gente, para dar aquella noche sobre nosotros, porque decian que ya se habian probado de dia con nosotros, que no les aprovechaba nada, y que querian probar de noche, porque los suyos no temiesen los caballos ni los tiros ni las espadas. Y que los habian enviado á ellos para que viesen nuestro real y las partes por dónde nos podrian entrar, y cómo nos podrian quemar aquellas chozas de paja. Y luego fice tomar otro de los dichos indios, y le pregunté asimismo, y confesó lo que el otro por las mismas palabras, y destos tomé cinco ó seis, que todos conformaron en sus dichos. Y visto esto, los mandé tomar á todos cincuenta y cortarles las manos, y los envié que dijesen á su señor que de noche y de dia, y cada y cuando él viniese, verian quién éramos. E yo fice fortalecer mi real á lo mejor que pude, y poner la gente en las estancias que me pareció que convenia, y así estuve sobre aviso hasta que se puso el sol. E ya que anochecia, comenzó á bajar la gente de los contrarios por dos valles, y ellos pensaban que venian secretos para nos cercar y ponerse mas cerca de nosotros para ejecutar su propósito; y como yo estaba tan avisado, vilos, y parecióme que dejarlos llegar al real que seria mucho daño, porque de noche, como no viesen lo que de mi parte se les hiciese, llegarian mas sin temor; y tambien porque los españoles no los viendo, algunos ternian alguna flaqueza en el pelear, y temí que me pusieran fuego. Lo cual, si acaeciera, fuera tanto daño, que ninguno de nosotros escapara; y determiné de salirles al encuentro con toda la gente de caballo para los esperar ó desbaratar, en manera que ellos no llegasen. E así fué, que como nos sintieron que íbamos con los caballos á dar sobre ellos, sin ningun detener ni grita se metieron por los maizales, de que toda la tierra estaba casi llena, y aliviaron algunos de los mantenimientos que traian para estar sobre nosotros, si de aquella vez del todo nos pudiesen arrancar; é así, se fueron por aquella noche, y quedamos seguros. Después de pasado esto, estuve ciertos dias que no salí de nuestro real mas de el rededor, para defender la entrada de algunos indios que nos venian á gritar y á hacer algunas escaramuzas.

Y después de estar algo descansado, salí una noche, después de rondada la guarda de la prima, con cien peones y con los indios nuestros amigos y con los de caballo, y á una legua del real se me cayeron cinco de los caballos y yeguas que llevaba, que en ninguna manera los pude pasar adelante, y hícelos volver. E aunque todos los de mi compañía decian que me tornase, porque era mala señal, todavía seguí mi camino, considerando que Dios es sobre natura. Y antes que amaneciese dí sobre dos pueblos, en que maté mucha gente. E no quise quemar las casas por no ser sentido, con los fuegos, de las otras poblaciones, que estaban muy juntas. E ya que amanecia dí en otro pueblo tan grande, que se ha hallado en él, por visitacion que yo hice hacer, mas de veinte mil casas. E como los tomé de sobresalto, salian desarmados, y las mujeres y niños desnudos por las calles, é comencé á hacerles algun daño. E viendo que no tenian resistencia, vinieron á mí ciertos principales de dicho pueblo á rogarme que no les hiciese mas mal, porque ellos querian ser vasallos de vuestra alteza y mis amigos, y que bien vian que ellos tenian la culpa en no me haber querido creer; pero que de allí adelante yo veria cómo siempre harian lo que yo en nombre de vuestra majestad les mandase, y que serian muy verdaderos vasallos suyos. Y luego vinieron conmigo mas de cuatro mil dellos de paz, y me sacaron fuera á una fuente muy bien de comer. E así los dejé pacíficos, y volví á nuestro real, donde hallé la gente que en él habia dejado farto temorizada, creyendo que se me hobiera ofrecido algun peligro por lo que la noche antes habian visto en volver los caballos y yeguas. E después de sabida la victoria que Dios nos habia querido dar, y cómo dejaba aquellos pueblos de paz, hobieron mucho placer; porque certifico á vuestra majestad que no habia tal de nosotros que no tuviese mucho temor por nos ver tan dentro en la tierra y entre tanta y tal gente, y tan sin esperanza de socorro de ninguna parte. De tal manera, que ya á mis oidos oia decir por los corrillos y casi público, que habia sido Pedro Carbonero que los habia metido donde nunca podrian salir. E aun mas, oí decir en una choza de ciertos compañeros, estando donde ellos no me vian, que si yo era loco y me metia donde nunca podria salir, que no lo fuesen ellos, sino que se volviesen á la mar, y que si yo quisiese volver con ellos, bien; y si no, que me dejasen. E muchas veces fuí desto por muchas veces requerido, y yo los animaba, diciéndoles que mirasen que eran vasallos de vuestra alteza, y que jamás en los españoles en ninguna parte hubo falta, y que estábamos en disposicion de ganar para vuestra majestad los mayores reinos y señoríos que habia en el mundo. Y que demás de facer lo que cómo cristianos éramos obligados en puñar contra los enemigos de nuestra fe, y por ello en el otro mundo ganábamos la gloria, y en este conseguiamos el mayor prez y honra que hasta nuestros tiempos ninguna generacion ganó. Y que mirasen que teniamos á Dios de nuestra parte, y que á él ninguna cosa es imposible, y que lo viesen por las victorias que habiamos habido, donde tanta gente de los enemigos eran muertos, y de los nuestros ningunos; y les dije otras cosas que me pareció decirles desta calidad; que con ellas y con el real favor de vuestra alteza cobraron mucho ánimo, y los atraje á mi propósito y á facer lo que yo deseaba, que era dar fin en mi demanda comenzada.

Otro dia siguiente, á hora de las diez, vino á mi Sicutengal, el capitan general desta provincia, con hasta

cincuenta personas principales della, y me rogó de su parte y de la de Magiscatzin [1], que es la mas principal persona de toda la provincia, y de otros muchos señores della, que yo los quisiese admitir al real servicio de vuestra alteza y á mi amistad, y les perdonase los yerros pasados, porque ellos no nos conocian ni sabian quién éramos, y que ya habian probado todas sus fuerzas, así de dia como de noche, para excusarse de ser súbditos ni sujetos á nadie; porque en ningun tiempo esta provincia lo habia sido, ni tenian ni habian tenido cierto señor; antes habian vivido exentos y por sí de inmemorial tiempo acá, y que siempre se habian defendido contra el gran poder de Muteczuma y de su padre y abuelos, que toda la tierra tenian sojuzgada, y á ellos jamás habian podido traer á sujecion, teniéndolos, como los tenian, cercados por todas partes, sin tener lugar para por ninguna de su tierra poder salir, é que no comian sal [2] porque no la habia en su tierra ni se la dejaban salir á comprar á otras partes, ni vestian ropas de algodon [3] porque en su tierra, por la frialdad, no se criaba, y otras muchas cosas de que carecian por estar así encerrados, é que lo sofrian y habian por bueno por ser exentos y no sujetos á nadie; y que conmigo que quisieran hacer lo mismo, y para ello, como ya decian, habian probado sus fuerzas, y que veian claro que ni ellas ni las mañas que habian podido tener, les aprovechaban; que querian antes ser vasallos de vuestra alteza que no morir y ser destruidas sus casas y mujeres y hijos. Yo les satisfice, diciendo que conociesen como ellos tenian la culpa del daño que habian recibido, y que yo me venia á su tierra, creyendo que venia á tierra de mis amigos, porque los de Cempoal así me lo habian certificado, que lo eran y querian ser, y que yo les habia enviado mis mensajeros delante para les facer saber como venia, y la voluntad que de su amistad traia, y que sin me responder, veniendo yo seguro, me habian salido á saltar en el camino, y me habian muerto dos caballos y herido otros; y demás desto, después de haber peleado conmigo, me enviaron sus mensajeros, diciendo que aquello que se habia hecho habia sido sin su licencia y consentimiento, y que ciertas comunidades se habian movido á ello sin les dar parte; pero que ellos se lo habian reprendido, y que querian mi amistad. Y yo, creyendo ser así, les habia dicho que me placia, y me vernia otra dia seguramente en sus casas, como en casas de mis amigos, y que asimismo me habian salido al camino y peleado conmigo todo el dia hasta que la noche sobrevino, no obstante que por mí habian sido requeridos con la paz; y trájeles á la memoria todo lo demás que contra mí habian hecho, y otras muchas cosas que, por no dar á vuestra alteza importunidad, dejo. Finalmente, que ellos quedaron y se ofrecieron por súbditos y vasallos de vuestra majestad y para su real servicio, y ofrecieron sus personas y haciendas, y así lo hicieron y han hecho hasta hoy, y creo lo farán para siempre, por lo que adelante vuestra majestad verá.

Y así estuve sin salir de aquel aposento y real que allí tenia seis ó siete dias, porque no me osaba fiar dellos, puesto que me rogaban que me viniese á una ciudad [4] grande que tenian, donde todos los señores desta provincia residian y residen, hasta tanto que todos los señores me vinieron á rogar que me fuese á la ciudad, porque allí seria bien recibido y proveido de las cosas necesarias, que no en el campo. Y porque ellos tenian vergüenza en que yo estuviese tan mal aposentado, pues me tenian por su amigo, y ellos y yo éramos vasallos de vuestra alteza; y por su ruego me vine á la ciudad, que está seis leguas del aposento y real que yo tenia. La cual ciudad es tan grande y de tanta admiracion, que aunque mucho de lo que della podria decir deje, lo poco que diré creo es casi increible, porque es muy mayor que Granada [5] y muy mas fuerte, y de tan buenos edificios y de muy mucha mas gente que Granada tenia al tiempo que se ganó, y muy mejor abastecida de las cosas de la tierra, que es de pan y de aves y caza y pescados de los rios, y de otras legumbres y cosas que ellos comen muy buenas. Hay en esta ciudad un mercado en que cuotidianamente, todos los dias, hay en él de treinta mil ánimas arriba vendiendo y comprando, sin otros muchos mercadillos que hay por la ciudad en partes. En este mercado hay todas cuantas cosas, así de mantenimiento como de vestido y calzado, que ellos tratan y puede haber. Hay joyerías de oro y plata y piedras, y de otras joyas de plumaje, tan bien concertado, como puede ser en todas las plazas y mercados del mundo. Hay mucha loza [6] de todas maneras y muy buena, y tal como la mejor de España. Venden mucha leña y carbon y yerbas de comer y medicinales. Hay casas donde lavan las cabezas como barberos y las rapan; hay baños. Finalmente, que entre ellos hay toda manera de buena órden y policía, y es gente de toda razon y concierto; y tal, que lo mejor de Africa no se le iguala. Es esta provincia de muchos valles llanos y hermosos, y todos labrados y sembrados, sin haber en ella cosa vacua; tiene en torno la provincia noventa leguas y mas; la órden que hasta ahora se ha alcanzado que la gente della tiene en gobernarse, es casi como las señorías de Venecia y Génova ó Pisa, porque no hay señor general de todos. Hay muchos señores y todos residen en esta ciudad, y los pueblos de la tierra son labradores y son vasallos destos señores, y cada uno tiene su tierra por sí; tienen unos mas que otros, é para sus guerras que han de ordenar júntanse todos, y todos juntos las ordenan y conciertan. Créese que deben de tener alguna manera de justicia para castigar los malos, porque uno de los naturales desta provincia

[1] Gobernador y general que era de la república de Tlaxcala.

[2] La sal de que usan los indios la llaman *tequesquit*, que es el salitre que sobre la haz de la tierra se coge hoy para este fin y para sacar el salitre para la pólvora; el comercio grande desta sal le tenian los mejicanos en Ixtapaluca é Ixtapalapa, que quiere decir pueblos donde se coge sal ó ixtatl, y aun hoy tienen este mismo oficio los de Ixtapalapa.

[3] El algodon se coge en tierra caliente, y todos los pueblos de las señorías de Tlaxcala son de temperamento frio y ventoso, por la cercanía del volcan y sierra.

[4] Hoy llamada Tlaxcala.

[5] En las ruinas, que aun hoy se ven en Tlaxcala, se conoce que no es ponderacion. La abundancia de trigo ó de maiz es notoria, y eso quiere decir Tlaxcalli, tierra de pan.

[6] Hoy se hace loza en la Puebla, y es la mas apreciable del reino para el uso comun, y en Guadalajara se fabrican barros tan primorosos, que por especiales se envian á España.

hurtó cierto oro á un español, y yo le dije á aquel Magiscazin, que es el mayor señor de todos, y ficieron su pesquisa, y siguiéronlo fasta una ciudad que está cerca de allí, que se dice Churultecal[1], y de allí lo trajeron preso, y me lo entregaron con el oro, y me dijeron que yo le hiciese castigar: yo les agradecí la diligencia que en ello pusieron, y les dije que, pues estaba en su tierra, que ellos lo castigasen como lo acostumbraban, y que yo no me queria entremeter en castigar á los suyos estando en su tierra; de lo cual me dieron gracias, y lo tomaron, y con pregon público, que manifestaba su delito, le hicieron llevar por aquel gran mercado, y allí le pusieron al pié de uno como teatro que está en medio del dicho mercado,[2] y encima del teatro subió el pregonero, y en altas voces tornó á decir el delito de aquel, é viéndolo todos, le dieron con unas porras en la cabeza hasta que lo mataron. E muchos otros habemos visto en prisiones, que dicen que los tienen por furtos y cosas que han hecho. Hay en esta provincia, por visitacion que yo en ella mandé hacer, quinientos mil vecinos, que con otra provincia pequeña que está junto con esta, que se dice Guazincango[3], que viven á la manera destos, sin señor natural; los cuales no menos están por vasallos de vuestra alteza que estos de Tascalteca.

Estando, muy católico Señor, en aquel real que tenia en el campo, cuando en la guerra desta provincia estaba, vinieron á mí seis señores muy principales vasallos de Muteczuma con fasta docientos hombres para su servicio, y me dijeron que venian de parte del dicho Muteczuma á me decir como él queria ser vasallo de vuestra alteza y mi amigo, y que viese yo qué era lo que queria que él diese por vuestra alteza en cada un año de tributo, así de oro como de plata y piedras, y esclavos y ropa de algodon y otras de las que él tenia, y que todo lo daria con tanto que yo no fuese á su tierra, y que lo hacia porque era muy estéril y falta de todos mantenimientos, y que le pesaria de que yo padeciese necesidad y los que conmigo venian; é con ellos me envió fasta mil pesos de oro y otras tantas piezas de ropa de algodon de la que ellos visten. Y estuvieron conmigo en mucha parte de la guerra hasta el fin della, que vieron bien lo que los españoles podian, y las paces que con los desta provincia se hicieron, y el ofrecimiento que al servicio de vuestra sacra majestad los señores y toda la tierra ficieron, de que segun pareció y ellos mostraban, no hobieron mucho placer, porque trabajaron por muchas vias y formas de me revolver con ellos, diciendo que no era cierto lo que me decian, ni verdadera la amistad que afirmaban, y que lo hacian por me asegurar para hacer á su salvo alguna traicion. Los desta provincia, por consiguiente, me decian y avisaban muchas veces que no me fiase de aquellos vasallos de Muteczuma, porque eran traidores, y sus cosas siempre las hacian á traicion y con mañas, y con estas habian sojuzgado toda la tierra, y que me avisaban dello como verdaderos amigos y como personas que los conocian de mucho tiempo acá. Vista la discordia y desconformidad de los unos y de los otros, no hube poco placer, porque me pareció hacer mucho á mi propósito, y que podria tener manera de mas aína sojuzgarlos, y que se dijese aquel comun decir *de monte*, etc., é aun acordéme de una autoridad evangélica que dice: *Omne regnum in seipsum divisum desolabitur;* y con los unos y con los otros maneaba, y á cada uno en secreto le agradecia el aviso que me daba, y le daba crédito de mas amistad que al otro.

Después de haber estado en esta ciudad veinte dias y mas, me dijeron aquellos señores mensajeros de Muteczuma, que siempre estuvieron conmigo, que me fuese á una ciudad que está seis leguas desta de Tascaltecal, que se dice Churultecal[4], porque los naturales della eran amigos de Muteczuma, su señor, y que allí sabriamos la voluntad del dicho Muteczuma, si era que yo fuese á su tierra, y que algunos dellos irian á hablar con él y á decirle lo que yo les habia dicho, y me volverian con la respuesta. E aunque sabian que allí estaban algunos mensajeros suyos para me hablar, yo les dije que me iria, y que me partiria para un dia cierto, que les señalé. Y sabido por los desta provincia de Tascaltecal lo que aquellas habian concertado conmigo, y como yo habia aceptado de me ir con ellos á aquella ciudad, vinieron á mí con mucha pena los señores, y me dijeron que en ninguna manera fuese, porque me tenian ordenada cierta traicion para me matar en aquella ciudad á mí y á los de mi compañía, é que para ello habia enviado Muteczuma de su tierra (porque alguna parte della confina con esta ciudad) cincuenta mil hombres, y que los tenia en guarnicion á dos leguas de la dicha ciudad, segun señalaron, é que tenian cerrado el camino real por donde solian ir, y hecho otro nuevo de muchos ojos y palos agudos, hincados y encubiertos, para que los caballos cayesen y se mancasen, y que tenian muchas de las calles tapiadas, y por las azoteas de las casas muchas piedras, para que después que entrásemos en la ciudad tomarnos seguramente y aprovecharse de nosotros á su voluntad, y que si yo queria ver como era verdad lo que ellos me decian, que mirase como los señores de aquella ciudad nunca habian venido á me ver ni hablar, estando tan cerca desta, pues habian venido los de Guazincango[5], que estaban mas lejos que ellos; y que los enviase á llamar, y veria como no querian venir. Yo les agradecí su aviso, y les rogué que me diesen ellos personas que de mi parte los fuesen á llamar; y así me las dieron, é yo las envié á rogar que viniesen á verme, porque les queria hablar ciertas cosas de parte de vuestra alteza, y decirles la causa de mi venida á esta tierra. Los cuales mensajeros fueron, y dijeron mi mensaje á los señores de dicha ciudad; y con ellos vinieron dos ó tres personas, no de mucha autoridad, y me dijeron que ellos venian de parte de aquellos señores, porque ellos no podian venir, por estar enfermos; que á ellos les dijese lo que queria. Los desta ciudad me dijeron que era burla, y que aquellos mensajeros eran hombres de poca suerte, y que en ninguna manera me partiese sin que los señores de la ciudad viniesen aquí. Yo les hablé á aquellos mensajeros, y les dije que

[1] Cholula.
[2] Que hoy llaman Tianguiz.
[3] Es Guajozingo.

[4] Cholula.
[5] Guajozingo.



embajada de tan alto príncipe como vuestra sacra majestad, que no se habia de dar á tales personas como ellos, y que aun sus señores eran poco para la oir: por tanto, que dentro de tres dias pareciesen ante mí á dar la obediencia á vuestra alteza y á se ofrecer por sus vasallos, con apercebimiento que pasado el término que les daba, si no viniesen, iria sobre ellos y los destruiria, y procederia contra ellos como contra personas rebeldes y que no se querian someter debajo del dominio de vuestra alteza. E para ello les envié un mandamiento firmado de mi nombre y de un escribano, con relacion larga de la real persona de vuestra sacra majestad y de mi venida, diciéndoles como todas estas partes y otras muy mayores tierras y señoríos eran de vuestra alteza, y que los que quisiesen ser sus vasallos serian honrados y favorecidos, y por el contrario, los que fuesen rebeldes serian castigados conforme á justicia. Y otro dia vinieron algunos de los señores de la dicha ciudad ó casi todos, y me dijeron que si ellos no habian venido antes, la causa era porque los desta provincia eran sus enemigos, y que no osaban entrar por su tierra porque no pensaban venir seguros; é que bien creian que me habian dicho algunas cosas dellos; que no les diese crédito, porque las decian como enemigos, y no porque pasaba así, y que me fuese á su ciudad, y que allí conoceria ser falsedad lo que estos me decian, y verdad lo que ellos me certificaban; é que desde entonces se daban y ofrecian por vasallos de vuestra sacra majestad, y que lo serian para siempre, y servirian y contribuirian en todas las cosas que de parte de vuestra alteza se les mandase; é así lo asentó un escribano por las lenguas que yo tenia; y todavía determiné de me ir con ellos, así por no mostrar flaqueza, como porque desde allí pensaba hacer mis negocios con Muteczuma, porque confina con su tierra, como ya he dicho, y allí usaban venir, y los de allí ir allá, porque en el camino no tenian requesta alguna.

Y como los de Tascaltecal vieron mi determinacion, pesóles mucho y dijéronme muchas veces que lo erraba. Pero, que pues ellos se habian dado por vasallos de vuestra sacra majestad y mis amigos, que querian ir conmigo y ayudarme en todo lo que se ofreciese. E puesto que yo ge lo defendiese, y rogué que no fuesen, porque no habia necesidad, todavía me siguieron hasta cien mil hombres muy bien aderezados de guerra, y llegaron conmigo hasta dos leguas de la ciudad; y desde allí, por mucha importunidad mia, se volvieron, aunque todavía quedaron en mi compañía hasta cinco ó seis mil dellos, é dormí en un arroyo que allí estaba á las dos leguas, por despedir la gente, porque no hiciesen algun escándalo en la ciudad, y tambien porque era ya tarde, y no quise entrar en la ciudad sobre tarde. Otro dia de mañana salieron de la ciudad á me recebir al camino con muchas trompetas [1] y atabales, y muchas personas de las que ellos tienen por religiosas en sus mezquitas, vestidas de las vestiduras que usan y cantando á su manera, como lo hacen en las dichas mezquitas [2]. E con esta solemnidad nos llevaron hasta entrar en la ciudad, y nos metieron en un aposento muy bueno, adonde toda la gente de mi compañía se aposentó á su placer. E allí nos trajeron de comer, aunque no cumplidamente. Y en el camino topamos muchas señales de las que los naturales desta provincia nos habian dicho; porque hallamos el camino real cerrado y hecho otro, y algunos hoyos, aunque no muchos, y algunas calles de la ciudad tapiadas, y muchas piedras en todas las azoteas. Y con esto nos hicieron estar mas sobre aviso y á mayor recaudo.

Allí fallé ciertos mensajeros de Muteczuma que venian á hablar con los que conmigo estaban; y á mí no me dijeron cosa alguna mas que venian á saber de aquellos lo que conmigo habian hecho y concertado, para lo ir á decir á su señor; é así, se fueron después de los haber hablado á ellos, y aun el uno de los que antes conmigo estaban, que era el mas principal. En tres dias que allí estuve proveyeron muy mal, y cada dia peor, y muy pocas veces me venian á ver ni hablar los señores y personas principales de la ciudad. Y estando algo perplejo en esto, á la lengua que yo tengo, que es una india desta tierra [3], que hobe en Putunchan, que es el rio grande que ya en la primera relacion á vuestra majestad hice memoria, le dijo otra, natural desta ciudad, como muy cerquita de allí estaba mucha gente de Muteczuma junta, y que los de la ciudad tenian fuera sus mujeres é hijos y toda su ropa, y que habian de dar sobre nosotros para nos matar á todos; é si ella se queria salvar, que se fuese con ella; que ella la guareceria; la cual lo dijo á aquel Jerónimo de Aguilar, lengua que yo hobe en Yucatan, de que asimismo á vuestra alteza hobe escrito, y me lo hizo saber; é yo tuve uno de los naturales de la dicha ciudad, que por allí andaba, y le aparté secretamente, que nadie lo vió, y le interrogué, y confirmó con lo que la India y los naturales de Tascaltecal me habian dicho; é así por esto como por las señales que para ello habia, acordé de prevenir antes de ser prevenido, é hice llamar á algunos de los señores de la ciudad, diciendo que los queria hablar, y metílos en una sala; é en tanto fice que la gente de los nuestros estuviese apercibida, y que en soltando una escopeta, diesen en mucha cantidad de indios que habia junto á el aposento y muchos dentro en él. E así se hizo, que después que tuve los señores dentro en aquella sala, dejélos atando y cabalgué, é hice soltar el escopeta, y dímosles tal mano, que en dos horas murieron mas de tres mil hombres. Y porque vuestra majestad vea cuán apercibidos estaban, antes que yo saliese de nuestro aposentamiento tenian todas las calles tomadas y toda la gente á punto, aunque como los tomamos de sobresalto, fueron buenos de desbaratar, mayormente que

[1] Los indios hacen de cañas unas trompetas muy sonoras, y de madera unos atabales que resuenan mucho, y en el pueblo de Culuacan he visto uno hueco por dentro, con un palo atravesado en la boca de arriba, y se toca con piedras.

[2] Los templos de los indios tenian muchas gradas para subir; otros eran montes hechos á mano muy altos, como aun se ve uno en Cholula, dos en San Juan Theutihuacan, que quiere decir Lugar de los Dioses y en otros pueblos: á los altares ú adoratorios les llamaban cúes, que tambien estaban en lugares elevados. El templo grande de Méjico, dedicado á la deidad de Huitzilopozthli, que fué el primer caudillo general de los mejicanos, era el mas suntuoso de todos.

[3] Doña Marina de Viluta, segun Gomara, fué natural de Xalisco, llevada cautiva á Tabasco, y de familia muy noble.

les faltaban los caudillos, porque los tenia ya presos; é hice poner fuego á algunas torres y casas fuertes, donde se defendian y nos ofendian. E así anduve por la ciudad peleando, dejando á buen recaudo el aposento, que era muy fuerte, bien cinco horas, hasta que eché toda la gente fuera de la ciudad por muchas partes della, porque me ayudaban bien cinco mil indios de Tascaltecal, y otros cuatrocientos de Cempoal. E vuelto al aposento, hablé con aquellos señores que tenia presos, y les pregunté qué era la causa que me querian matar á traicion. E me respondieron que ellos no tenian la culpa, porque los de Culúa [1], que son los vasallos de Muteczuma, los habian puesto en ello; y que el dicho Muteczuma tenia allí, en tal parte, que segun después pareció, seria legua y media, cincuenta mil hombres de guarnicion para lo hacer. Pero que ya conocian como habian sido engañados; que soltase uno ó dos dellos, y que harian recoger la gente de la ciudad, y tornar á ella todas las mujeres y niños y ropa que tenian fuera; y que me rogaban que aquel yerro les perdonase; que ellos me certificaban que de allí adelante nadie los engañaria, y serian muy ciertos y leales vasallos de vuestra alteza y mis amigos. Y después de les haber hablado muchas cosas acerca de su yerro, solté dos dellos; y otro dia siguiente estaba toda la ciudad poblada y llena de mujeres y niños, muy seguros, como si cosa alguna de lo pasado no hobiera acaecido; é luego solté todos los otros señores que tenia presos; con que me prometieron de servir á vuestra majestad muy lealmente. En obra de quince ó veinte dias que allí estuve quedó la ciudad y tierra tan pacífica y tan poblada, que parecia que nadie faltaba della, y sus mercados y tratos por la ciudad como antes los solian tener; y fice que los desta ciudad de Churultecal [2], y los de Tascaltecal fuesen amigos, porque lo solian ser antes, y muy poco tiempo habia que Muteczuma con dádivas los habia aducido á su amistad, y hechos enemigos de estotros. Esta ciudad de Churultecal está asentada en un llano, y tiene hasta veinte mil casas dentro del cuerpo de la ciudad, é tiene de arrabales otras tantas. Es señorío por sí, y tiene sus términos conocidos; no obedecen á señor ninguno, excepto que se gobiernan como estotros de Tascaltecal. La gente desta ciudad es mas vestida que los de Tascaltecal, en alguna manera; porque los honrados ciudadanos della todos traen albornoces encima de la otra ropa, aunque son diferenciados de los de Africa, porque tienen maneras; pero en la hechura y tela y los rapacejos son muy semejables. Todos estos han sido y son, después deste trance pasado, muy ciertos vasallos de vuestra majestad, y muy obedientes á lo que yo en su real nombre les he requerido y dicho; y creo lo serán de aquí adelante. Esta ciudad es muy fértil de labranzas, porque tiene mucha tierra y se riega la mas parte della, y aun es la ciudad mas hermosa de fuera que hay en España, porque es muy torreada y llana. E certifico á vuestra alteza que yo conté desde una mezquita cuatrocientas y tantas torres en la dicha ciudad, y todas son de mezquitas. Es la ciudad mas á propósito de vivir españoles que yo he visto de los puertos acá, porque tiene algunos baldíos y aguas para criar ganados, lo que no tienen ningunas de cuantas hemos visto; porque es tanta la multitud de la gente que en estas partes mora, que ni un palmo de tierra hay que no esté labrada; y aun con todo en muchas partes padecen necesidad, por falta de pan; y aun hay mucha gente pobre, y que piden entre los ricos por las calles y por las casas y mercados, como hacen los pobres en España, y en otras partes que hay gente de razon.

A aquellos mensajeros de Muteczuma que conmigo estaban, hablé acerca de aquella traicion que en aquella ciudad se me queria hacer, y cómo los señores della afirmaban que por consejo de Muteczuma se habia hecho, y que no me parecia que era hecho de tan gran señor como él era, enviarme sus mensajeros y personas tan honradas, como me habia enviado á me decir que era mi amigo, y por otra parte buscar maneras de me ofender con mano ajena, para se excusar él de culpa si no le sucediese como él pensaba. Y que pues así era, que él no me guardaba su palabra ni me decia verdad, que yo queria mudar mi propósito; que así como iba hasta entonces á su tierra con voluntad de le ver y hablar y tener por amigo, y tener con él mucha conversacion y paz, que agora queria entrar por su tierra, de guerra, haciéndole todo el daño que pudiese como á enemigo, y que me pesaba mucho dello, porque mas le quisiera siempre por amigo, y tomar siempre su parecer en las cosas que en esta tierra hobiera de hacer. Aquellos suyos me respondieron que ellos habia muchos dias que estaban conmigo, y que no sabian nada de aquel concierto mas de lo que allí en aquella ciudad, después que aquello se ofreció, supieron; y que no podian creer que por consejo y mandado de Muteczuma se hiciese, y que me rogaban que antes que me determinase de perder su amistad y hacerle la guerra que decia, me informase bien de la verdad, y que diese licencia á uno dellos para ir á le hablar, que él volveria muy presto. Hay desde esta ciudad adonde Muteczuma residia veinte leguas. Yo les dije que me placia, y dejé ir á el uno dellos, y dende á seis dias volvió él, y el otro que primero se habia ido. E trajéronme diez platos de oro y mil y quinientas piezas de ropa, y mucha provision de gallinas y panicap [3], que es cierto brebaje que ellos beben, y me dijeron que á Muteczuma le habia pesado mucho de aquel desconcierto que en Churultecal se queria hacer; porque yo no creeria ya sino que habia sido por su consejo y mandado, y que él me hacia cierto que no era así, y que la gente que allí estaba en guarnicion era verdad que era suya; pero que ellos se habian movido sin él habérselo mandado, por inducimiento de los de Churultecal, porque eran de dos provincias suyas, que se llamaban la una Acancigo [4] y la otra Izcucan [5], que confina con la tierra de la dicha ciudad de Churultecal, y que entre ellos tienen ciertas alianzas de vecindad para se ayudar los unos á los otros, y que desta manera habian venido allí, y no por su mandado; pero que adelante yo veria en sus obras si era verdad lo que él me habia enviado á decir

[1] Esto es, los mejicanos.
[2] Cholula.

[3] Puede ser pan de maíz, como dice Herrera, ó una especie de bebida que llaman atole, que es masa de maíz, agua y azúcar.
[4] Acazingo.
[5] Izúcar.



ó no, y que todavía me rogaba que no curase de ir á su tierra, porque era estéril, y padeceriamos necesidad, y que de donde quiera que yo estuviese le enviase á pedir lo que yo quisiese, y que lo enviaria muy complidamente. Yo le respondí que la ida á su tierra no se podia excusar; porque habia de enviar dél y della relacion á vuestra majestad, y que yo creia lo que él me enviaba á decir; por tanto, que pues yo no habia de dejar de llegar á verle, que él lo hobiese por bien, y que no se pusiese en otra cosa, porque seria mucho daño suyo, é á mí me pesaria de cualquiera que le viniese. Y desde que ya vido que mi determinada voluntad era de velle á él y á su tierra, me envió á decir que fuese enhorabuena, que él me esperaria en aquella gran ciudad donde estaba, y envióme muchos de los suyos para que fuesen conmigo, porque ya entraba por su tierra; los cuales me querian encaminar por cierto camino[1] donde ellos debian de tener algun concierto para nos ofender, segun después pareció; porque lo vieron muchos españoles que yo enviaba después por la tierra. E habia en aquel camino tantas puentes y pasos malos, que yendo por él, muy á su salvo pudieran ejecutar su propósito. Mas como Dios haya tenido siempre cuidado de encaminar las reales cosas de vuestra sacra majestad desde su niñez, é como yo y los de mi compañía ibamos en su real servicio, nos mostró otro camino, aunque algo agrio[2], no tan peligroso como aquel por donde nos querian llevar, y fué desta manera.

Que á ocho leguas desta ciudad de Churultecal están dos sierras muy altas y muy maravillosas, porque en fin de agosto tienen tanta nieve, que otra cosa de lo alto dellas sino la nieve se parece; y de la una, que es la mas alta[3], sale muchas veces, así de dia como de noche, tan grande bulto de humo como una gran casa[4], y sube encima de la sierra hasta las nubes, tan derecho como una vira, que, segun parece, es tanta la fuerza con que sale, que aunque arriba en la sierra anda siempre muy recio viento, no lo puede torcer; y porque yo siempre he deseado de todas las cosas desta tierra poder hacer á vuestra alteza muy particular relacion, quise desta, que me pareció algo maravillosa, saber el secreto, y envié diez de mis compañeros, tales cuales para semejante negocio eran necesarios, y con algunos naturales de la tierra que los guiasen, y les encomendé mucho procurasen de subir la dicha sierra, y saber el secreto de aquel humo de dónde y cómo salia. Los cuales fueron, y trabajaron lo que fué posible por la subir, y jamás pudieron, á causa de la mucha nieve que en la sierra hay, y de muchos torbellinos que de la ceniza que de allí sale andan por la sierra, y tambien porque no pudieron sofrir la gran frialdad que arriba hacia[5]; pero llegaron muy cerca de lo alto; y tanto, que estando arriba comenzó á salir aquel humo, y dicen que salia con tanto ímpetu y ruido, que parecia que toda la sierra se caia abajo, y así se bajaron, y trujeron mucha nieve y carámbanos para que los viésemos, porque nos parecia cosa muy nueva en estas partes, á causa de estar en parte tan cálida, segun hasta agora ha sido opinion de los pilotos. Especialmente que dicen que esta tierra está en veinte grados[6], que es en el paralelo de la isla Española, donde continuamente hace muy gran calor. E yendo á ver esta sierra toparon un camino, y preguntaron á los naturales de la tierra que iban con ellos, que para dó iban, y dijeron que á Culúa[7], y aquel era buen camino, y que el otro por donde nos querian llevar los de Culúa no era bueno. Y los españoles fueron por él hasta encumbrar las sierras, por medio de las cuales entre la una y la otra va el camino; y descubrieron los llanos de Culúa, y la gran ciudad de Temixtitan, y las lagunas que hay en la dicha provincia, de que adelante haré relacion á vuestra alteza, y vinieron muy alegres por haber descubierto tan buen camino, y Dios sabe cuánto holgué yo dello. Después de venidos estos españoles, que fueron á ver la sierra, y me haber informado bien, así dellos como de los naturales, de aquel camino que hallaron, hablé á aquellos mensajeros de Muteczuma que conmigo estaban para me guiar á su tierra, y les dije que queria ir por aquel camino, y no por el que ellos decian, porque era mas cerca. Y ellos respondieron que yo decia verdad, que era mas cerca y mas llano, y que la causa por que por allí no me encaminaban era porque habiamos de pasar una jornada por tierra de Guasucingo[8], que eran sus enemigos, porque por allí no teniamos las cosas necesarias, como por la tierra del dicho Muteczuma, y pues yo queria ir por allí, procurarian como por la otra parte saliesen bastimentos al camino. E así, nos partimos con harto temor de que aquellos quisiesen perseverar en nos hacer alguna burla; pero como ya habiamos publicado ser allá nuestro camino, no me pareció fuera bien dejarlo ni volver atrás, porque no creyesen que falta de ánimo lo impedia. Aquel dia que de la ciudad de Churultecal me partí, fuí cuatro leguas á unas aldeas de la ciudad de Guasucingo[9], donde de los naturales fuí bien recibido, y me dieron algunas esclavas y ropa y ciertas piecezuelas de oro, que de todo fué muy poco; porque estos no lo tienen, á causa de ser de la liga y parcialidad de los tlascaltecas, y por tenerlos, como el dicho Muteczuma los tiene, cercados con su tierra, en tal manera, que con ningunas provincias tienen contratacion mas que en su tierra, y á esta causa viven muy pobremente. Otro dia siguiente subí al puerto por entre las dos sierras que he dicho, y á la bajada dél, ya que la tierra del dicho Muteczuma descubriamos por una provincia della, que se dice Chalco, dos leguas antes que llegásemos á las poblaciones hallé un muy buen aposento nuevamente hecho, tal y tan grande, que muy cumplidamente todos los de mi compañía y yo nos aposentamos en él, aunque llevaba con-

1 Este camino era por Calpulalpa, y no quiso Cortés ir por él.

2 El de Riofrío por el lado de la Sierra-Nevada.

3 Este es el volcan de Méjico, y en la otra carta se dará mas noticia de los volcanes.

4 El volcan es de fuego, y le ha vomitado algunas veces abrasando el monte y arrojando cenizas á mucha distancia. Los indios llamaban á este volcan Popocatepec ó sierra que humea.

5 A lo alto del volcan ninguno ha llegado, porque la nieve está como espuma, y no sirve para llevar á Méjico, sino la de la otra sierra inmediata, que los gentiles creian era la mujer del Volcan, y por esto la llamaban Zihualtepec.

6 Es cierto que todos colocan este país á veinte grados de latitud.

7 Méjico.

8 Guajozingo.

9 Parece que es Guajozingo.

migo mas de cuatro mil indios de los naturales destas provincias de Tascaltecal, y Guasucingo, y Churultecal, y Cempoal, y para todos muy complidamente de comer, y en todas las posadas muy grandes fuegos y mucha leña, porque hacia muy gran frio, á causa de estar cercado de las dos sierras, y ellas con mucha nieve.

Aquí me vinieron á hablar ciertas personas que parecian principales, entre las cuales venia uno que me dijeron que era hermano de Muteczuma, y me trajeron hasta tres mil pesos[1] de oro, y de parte dél me dijeron que él me enviaba aquello, y me rogaba que me volviese y no curase de ir á su ciudad, porque era tierra muy pobre de comida, y que para ir á ella habia muy mal camino, y que estaba toda en agua[2], y que no podia entrar á ella sino en canoas, y otros muchos inconvenientes que para la ida me pusieron. Y que viese todo lo que queria, que Muteczuma, su señor, me lo mandaria dar; y que asimismo concertarian de me dar en cada año *certum quid*, el cual me llevarian hasta la mar ó donde yo quisiese. Yo les recibí muy bien, y les dí algunas cosas de las de nuestra España, de las que ellos tenian en mucho, en especial al que decian que era hermano de Muteczuma, é á su embajada le respondí que si en mi mano fuera volverme, que yo lo hiciera por facer placer á Muteczuma; pero que yo habia venido en esta tierra por mandado de vuestra majestad, y que de la principal cosa que della me mandó le hiciese relacion, fué del dicho Muteczuma[3] y de aquella su gran ciudad, de la cual y dél habia mucho tiempo que vuestra alteza tenia noticia; y que le dijesen de mi parte que le rogaba que mi ida á le ver tuviese por bien, porque della á su persona ni tierra ningun daño, antes pro, se le habia de seguir, y que después que yo le viese, si fuese su voluntad todavía de no me tener en su compañía, que yo me volveria; y que mejor dariamos entre él y mí órden en la manera que en el servicio de vuestra alteza él habia de tener, que por terceras personas, puesto que ellos eran tales, á quien todo crédito se debia dar; y con esta respuesta se volvieron. En este aposento que he dicho, segun las apariencias que para ello vimos y el aparejo que en él habia, los indios tuvieron pensamiento que nos podrian ofender aquella noche, y como ge lo sentí puse tal recaudo, que conociéndolo ellos, mudaron su pensamiento, y muy secretamente hicieron ir aquella noche mucha gente que en los montes que estaban junto al aposento tenian junta, que por muchas de nuestras velas y escuchas fué vista.

Y luego siendo de dia, me partí á un pueblo que está dos leguas de allí, que se dice Amaqueruca[4], que es de la provincia de Chalco, que terná en la principal poblacion, con las aldeas que hay á dos leguas dél, mas de veinte mil vecinos, y en el dicho pueblo nos aposentaron en unas muy buenas casas del señor del lugar. E muchas personas que parecian principales me vinieron allí á hablar, diciéndome que Muteczuma, su señor, los habia enviado para que me esperasen allí y me hiciesen proveer de todas las cosas necesarias. El señor desta provincia y pueblo me dió hasta cuarenta esclavas[5] y tres mil castellanos; y dos dias que allí estuve, nos proveyó muy cumplidamente de todo lo necesario para nuestra comida. E otro dia, yendo conmigo aquellos principales que de parte de Muteczuma dijeron que me esperaban allí, me partí y fuí á dormir cuatro leguas de allí á un pueblo pequeño que está junto á una gran laguna, y casi la mitad dél sobre el agua della, é por la parte de la tierra tiene una sierra muy áspera de piedras y peñas, donde nos aposentaron muy bien. E asimismo quisieran allí probar sus fuerzas con nosotros, excepto que, segun pareció, quisieran hacerlo muy á su salvo, y tomarnos de noche descuidados. E como yo iba tan sobre aviso, hallábanme delante de sus pensamientos. E aquella noche tuve tal guarda, que así de espías que venian por el agua en canoas, como de otras que por la sierra abajaban á ver si habia aparejo para ejecutar su voluntad, amanecieron casi quince ó veinte que las nuestras las habian tomado y muerto. Por manera que pocas volvieron á dar su respuesta del aviso que venian á tomar; y con hallarnos siempre tan apercebidos, acordaron de mudar el propósito y llevarnos por bien. Otro dia por la mañana, ya que me queria partir de aquel pueblo, llegaron fasta diez ó doce señores muy principales, segun después supe, y entre ellos un gran señor, mancebo de fasta veinte y cinco años, á quien todos mostraban tener mucho acatamiento, y tanto, que después de bajado de unas andas en que venia, todos los otros le venian limpiando las piedras y pajas del suelo delante él[6]; y llegados donde yo estaba, me dijeron que venian de parte de Muteczuma, su señor, y que los enviaba para que fuesen conmigo, y que me rogaba que le perdonase porque no salia su persona á me ver y recibir, que la causa era el estar mal dispuesto; pero que ya su ciudad estaba cerca, y que pues yo todavía determinaba ir á ella, que allá nos veriamos, y conoceria dél la voluntad que al servicio de vuestra alteza tenia; pero que todavía me rogaba que si fuese posible, no fuese allá, porque padeceria mucho trabajo y necesidad, y que él tenia mucha vergüenza de no me poder allá proveer como él deseaba, y en esto ahincaron y porfiaron mucho aquellos señores; y tanto, que no les quedaba sino decir que me defenderian el camino si todavía porfiase ir. Yo les satisfice y aplaqué con las mejores palabras que pude, haciéndoles entender que de mi ida no les podia venir daño, sino mucho provecho. E así se despidieron, después de les haber dado algunas cosas

[1] Quiere decir en el valor, pues los mejicanos no acuñaron moneda, como nosotros.

[2] La situacion de Méjico y de los pueblos de Tlahuac y Misquic es encima del agua, y aunque hoy hay calles y plazuelas de tierra mas que en tiempo de Muteczuma, es por artificio. En Iztacalco hay casitas de indios, y huertas pequeñas con verduras y flores, que se llaman chinampas, y se mueven, porque el fundamento es césped sobre la agua.

[3] El rey de España no podia saber de Muteczuma, pero sí es muy cierto que á Cortés le mandó le hiciese relacion de todo; y así, no mintió.

[4] Amecameca, que está dos leguas de Tlalmanalco.

[5] La servidumbre estaba ya introducida en los mejicanos, y á los hijos de los que cogian en la guerra les trataban con una semejanza de esclavitud.

[6] Aun hoy conservan los indios la costumbre ó cortesanía de ir quitando las piedras del camino cuando van delante de alguna persona de alta dignidad, pues lo he observado saliendo al campo con ellos, y creo lo hacen con otras personas de respeto.

No solo los grandes señores eran llevados en andas, sino tambien los caciques principales, como el de Cempoal.

de las que yo traia. E yo me partí luego tras á ellos, muy acompañado de muchas personas, que parecian de mucha cuenta, como después pareció serlo. E todavía seguia el camino por la costa de aquella gran laguna, é á una legua del aposento donde partí, vi dentro en ella, casi dos tiros de ballesta, una ciudad pequeña que podria ser hasta de mil ó dos mil vecinos, toda armada sobre el agua, sin haber para ella ninguna entrada, y muy torreada, segun lo que de fuera parecia[1]. E otra legua adelante entramos por una calzada tan ancha como una lanza jineta, por la laguna adentro, de dos tercios de legua, y por ella fuimos á dar á una ciudad, la mas hermosa, aunque pequeña, que hasta entonces habiamos visto, así de muy bien obradas casas y torres, como de la buena órden que en el fundamento della habia, por ser armada toda sobre agua. Y en esta ciudad, que será fasta de dos mil vecinos, nos recibieron muy bien y nos dieron muy bien de comer. E allí me vinieron á hablar el señor y las personas principales della, y me rogaron que me quedase allí á dormir. E aquellas personas que conmigo iban de Muteczuma me dijeron que no parase, sino que me fuese á otra ciudad que está tres leguas de allí, que se dice Iztapalapa, que es de un hermano del dicho Muteczuma, y así lo hice. E la salida desta ciudad, donde comimos, cuyo nombre al presente no me ocurre á la memoria, es por otra calzada que tira una legua grande, hasta llegar á la Tierra-Firme. E llegado á esta ciudad de Iztapalapa, me salió á recibir algo fuera della el señor, y otro de una gran ciudad que está cerca della, que será obra de tres leguas, que se llama Calnaalcan[2], y otros muchos señores que allí me estaban esperando, é me dieron hasta tres ó cuatro mil castellanos, y algunas esclavas y ropa, é me hicieron muy buen acogimiento.

Terná esta ciudad de Iztapalapa doce ó quince mil vecinos[3]; la cual está en la costa de una laguna salada grande, la mitad dentro en el agua y la otra mitad en la Tierra-Firme. Tiene el señor della unas casas nuevas que aun no están acabadas, que son tan buenas como las mejores de España, digo de grandes y bien labradas, así de obra de cantería como de carpintería y suelos, y complimientos para todo género de servicio de casa, excepto mazonerías y otras cosas ricas que en España usan en las casas, acá no las tienen. Tiene en muchos cuartos altos y bajos jardines muy frescos, de muchos árboles y flores olorosas; asimismo albercas de agua dulce muy bien labradas, con sus escaleras hasta lo fondo. Tiene una muy grande huerta junto la casa, y sobre ella un mirador de muy hermosos corredores y salas, y dentro de la huerta una muy grande alberca[4] de agua dulce, muy cuadrada, y las paredes della de gentil cantería, é al rededor della un anden de muy buen suelo ladrillado, tan ancho, que pueden ir por él cuatro paseándose, y tiene de cuadra cuatrocientos pasos, que son en torno mil y seiscientos. De la otra parte del anden, hácia la pared de la huerta, va todo labrado de cañas con unas vergas, y detrás dellas todo de arboledas y yerbas olorosas, y dentro del alberca hay mucho pescado y muchas aves, así como lavancos[5] y cercetas y otros géneros de aves de agua; y tantas, que muchas veces casi cubren el agua. Otro dia después que á esta ciudad llegué, me partí, y á media legua andada entré por una calzada que va por medio desta dicha laguna dos leguas, fasta llegar á la gran ciudad de Temixtitan, que está fundada en medio de la dicha laguna; la cual calzada es tan ancha como dos lanzas, y muy bien obrada, que pueden ir por toda ella ocho de caballo á la par, y en estas dos leguas de la una parte y de la otra de la dicha calzada están tres ciudades, y la una dellas, que se dice Mesicalsingo[6], está fundada la mayor parte della dentro de la dicha laguna, y las otras dos, que se llaman la una Niciaca y la otra Huchilohuchico[7], están en la costa della, y muchas casas dellas dentro en el agua. La primera ciudad destas terná tres mil vecinos, y la segunda mas de seis mil, y la tercera otra cuatro ó cinco mil vecinos, y en todas muy buenos edificios de casas y torres, en especial las casas de los señores y personas principales y de las de sus mezquitas ú oratorios donde ellos tienen sus ídolos. En estas ciudades hay mucho trato de sal, que hacen del agua de la dicha laguna y de la superficie que está en la tierra que baña la laguna; la cual cuecen en cierta manera y hacen panes de la dicha sal, que venden para los naturales y para fuera de la comarca. E así seguí la dicha calzada[8], y á media legua antes de llegar al cuerpo de la ciudad de Temixtitan, á la entrada de otra calzada que viene á dar de la Tierra-Firme á esta otra, está un muy fuerte baluarte con dos torres, cercado de muro de dos estados, con su pretil almenado por toda la cerca que toma con ambas calzadas, y no tiene mas de dos puertas, una por do entran y otra por do salen. Aquí me salieron á ver y á hablar fasta mil hombres principales, ciudadanos de la dicha ciudad, todos vestidos de una manera y hábito, y segun su costumbre, bien rico; y llegados á me fablar, cada uno por sí facia, en llegando á mí, una ceremonia que entre ellos se usa mucho, que ponia cada uno la mano en la tierra y la besaba; y así estuve esperando casi una hora fasta que cada uno ficiese su ceremonia[9]. E ya junto á la ciudad está una puente de madera de diez pasos de anchura, y por allí está abierta la calzada, porque tenga lugar el agua de entrar y salir, porque crece y mengua, y tambien por fortaleza de la ciudad, porque quitan y ponen unas vigas muy luen-

[1] Las ciudades de que aquí hace mencion son Iztapaluca la primera, que está después de Chalco camino para Méjico; después Thlahuac, Misquic y Culuacan, que todas están fundadas en el agua.

[2] Culuacan.

[3] Iztapalapa conserva hoy el mismo nombre, y muchos vestigios de las casas que aquí describe Cortés, pues en medio de sacar tierra para adobes, se ven unos terraplenes altos, sobre los que edificaban para defenderse en tiempo de inundacion.

[4] La alberca está hoy ocupada por la laguna de Tezcuco, pero aun se ven restos y fragmentos del edificio.

[5] Son innumerables los lavancos ó patos que hoy se matan en la laguna de varios modos; uno con una escopeta ó fusil muy grande, que llaman los indios esmeril; otro cubriéndose los indios la cabeza con un casco de calabaza, y el cuerpo dentro del agua, les engañan y cogen por las patas; otro con redes, de noche.

[6] Mexicalzingo.

[7] Hoy se llama Churubusco, antes Ocholopozco.

[8] Calzada, que desde Mexicalzingo va á la calzada de San Anton.

[9] El modo que aun hoy tienen los indios é indias de saludarse es besarse las manos con mucho respeto, y para dar un memorial ó besar la mano cubren la suya con un pañuelo ó con la tilma: esto lo hacen con todas las personas de respeto.

gas y anchas, de que la dicha puente está hecha, todas las veces que quieren, y destas hay muchas por toda la ciudad, como adelante, en la relacion que de las cosas della faré, vuestra alteza verá.

Pasada esta puente, nos salió á recebir aquel señor Muteczuma con fasta docientos señores, todos descalzos y vestidos de otra librea ó manera de ropa, asimismo bien rica á su uso, y mas que la de los otros; y venian en dos procesiones, muy arrimados á las paredes de la calle [1], que es muy ancha y muy hermosa y derecha, que de un cabo se parece el otro, y tiene dos tercios de legua, y de la una parte y de la otra muy buenas y grandes casas, así de aposentamientos como de mezquitas; y el dicho Mùteczuma venia por medio de la calle con dos señores, el uno á la mano derecha y el otro á la izquierda; de los cuales el uno era aquel señor grande que dije que me habia salido á fablar en las andas, y el otro era su hermano del dicho Muteczuma, señor de aquella ciudad de Iztapalapa, de donde yo aquel dia habia partido; todos tres vestidos de una manera, excepto el Muteczuma, que iba calzado, y los otros dos señores descalzos [2]: cada uno le llevaba de su brazo; y como nos juntamos, yo me apeé, y le fuí á abrazar solo: é aquellos dos señores que con él iban me detuvieron con las manos para que no le tocase; y ellos y él ficieron asimismo ceremonia de besar la tierra; y hecha, mandó aquel su hermano que venia con él que se quedase conmigo y me llevase por el brazo, y él con el otro se iba adelante de mí poquito trecho; y después de me haber él fablado, vinieron asimismo á me fablar todos los otros señores que iban en las dos procesiones, en órden uno en pos de otro, é luego se tornaban á su procesion. E al tiempo que yo llegué á hablar al dicho Muteczuma, quitéme un collar que llevaba de margaritas [3] y diamantes de vidrio, y se lo eché al cuello; é después de haber andado la calle adelante, vino un servidor suyo con dos collares de camarones, envueltos en un paño, que eran hechos de huesos de caracoles [4] colorados, que ellos tienen en mucho; y de cada collar colgaban ocho camarones de oro, de mucha perfeccion, tan largos casi como un geme; é como se los trujeron, se volvió á mí y me los echó al cuello, y tornó á seguir por la calle en la forma ya dicha, fasta llegar á una muy grande y hermosa casa, que él tenia para nos aposentar, bien aderezada. E allí me tomó por la mano y me llevó á una gran sala, que estaba frontero de un patio por do entramos. E allí me fizo sentar en un estrado muy rico [5], que para él lo tenia mandado hacer, y me dijo que le esperase allí, y él se fué; y dende á poco rato, ya que toda la gente de mi compañía estaba aposentada, volvió con muchas y diversas joyas de oro y plata, y plumajes, y con fasta cinco ó seis mil piezas de ropa de algodon, muy ricas y de diversas maneras tejida y labrada. E después de me la haber dado, se sentó en otro estrado, que luego le ficieron allí junto con el otro donde yo estaba; y sentado, propuso en esta manera:

«Muchos dias há que por nuestras escrituras tenemos de nuestros antepasados noticia que yo ni todos los que en esta tierra habitamos no somos naturales della, sino extranjeros y venidos á ella de partes muy extrañas [6]; é tenemos asimismo que á estas partes trajo nuestra generacion un señor, cuyos vasallos todos eran, el cual se volvió á su naturaleza, y después tornó á venir dende en mucho tiempo, y tanto, que ya estaban casados los que habian quedado con las mujeres naturales de la tierra, y tenian mucha generacion y fechos pueblos donde vivian; é queriéndolos llevar consigo, no quisieron ir, ni menos recibirle por señor; y así, se volvió. E siempre hemos tenido que de los que dél descendiesen habian de venir á sojuzgar esta tierra y á nosotros, como á sus vasallos. E segun de la parte que vos decis que venis, que es á do sale el sol [7], y las cosas que decis deste gran señor ó rey que acá os envió, creemos y tenemos por cierto el ser nuestro señor natural; en especial que nos decis que él há muchos dias que tiene noticia de nosotros. E por tanto vos sed cierto que os obedeceremos y ternémos por señor en lugar de ese gran señor que decis, y que en ello no habia falta ni engaño alguno; é bien podeis en toda la tierra, digo que en la que yo en mi señorío poseo, mandar á vuestra voluntad, porque será obedecido y fecho, y todo lo que nosotros tenemos es para lo que vos dello quisiéredes disponer. E pues estais en vuestra naturaleza y en vuestra casa, holgad y descansad del trabajo del camino y guerras que habeis tenido; que muy bien sé todos los que se vos han ofrecido de Puntunchan [8] acá, é bien sé que de los de Cempoal y de Tlascaltecal os han dicho muchos males de mí: no creais mas de lo que por vuestros ojos verédes, en especial de aquellos que son mis enemigos, y algunos dellos eran mis vasallos, y hánseme rebelado con vuestra venida, y por se favorecer con vos lo dicen; los cuales sé que tambien os han dicho que yo tenia las casas con las paredes de oro, y que las esteras de mis estrados y otras cosas de mi servicio eran asimismo de oro, y que yo que era y me facia dios, y otras muchas cosas. Las casas ya lás veis que son de piedra y cal y tierra.» Y entonces alzó las vestiduras y me mostró el cuerpo, diciendo á mí: «Veisme aquí que so de carne y hueso como vos [9] y como cada uno, y que soy mortal y palpable.» Asiéndose él con sus manos de los brazos y del cuerpo: «Ved cómo os han

1 Por estar hoy en otra forma las calles, no se puede dar idea cabal; pero esta de que habla parece claramente ser la que desde el hospital de San Anton atraviesa la ciudad.

2 Aunque los indios sean caciques andan con zapatos, pero sin medias ni calcetas.

3 Perlas y piedras de vidrio, que para los indios eran del mayor aprecio, y nunca visto piezas de vidrio ó cristal.

4 Así se llaman hoy camarones, que corresponden en algun modo á los collares de coral.

5 Se sentaban tendidos, como los asiáticos, en el suelo ó sobre unas alfombras.

6 Los mejicanos por tradicion vinieron por el norte de la provincia de Quivira, y se saben ciertamente sus mansiones, y en prueba evidente, la conquista del imperio mejicano le hicieron los tultecas ó de Tula, que era la corte.

7 Esto fué equivocada creencia de los indios, porque sus antecesores vinieron por la parte del norte, y aun viniendo de la península de Yucatan, decian con verdad, del oriente respecto de Méjico.

8 Provincia de Potinchan ó Potonchan, en Tabasco; hoy se llama el pueblo la Victoria; en mejicano Pontonchan significa lugar que hiede.

9 Es digna de reparo esta expresion, pues aunque los mejicanos tributaban la mayor veneracion á su emperador, conocian que era hombre de carne y hueso.

mentido; verdad es que yo tengo algunas cosas de oro que me han quedado de mis abuelos : todo lo que yo tuviere teneis cada vez que vos lo quisiéredes. Yo me voy á otras casas, donde vivo; aquí seréis proveido de todas las cosas necesarias para vos y vuestra gente, é no recibais pena alguna, pues estáis en vuestra casa y naturaleza.» Yo le respondí á todo lo que me dijo, satisfaciendo á aquello que me pareció que convenia, en especial en hacerle creer que vuestra majestad era á quien ellos esperaban [1], é con eso se despidió; y ido, fuimos muy bien proveidos de muchas gallinas y pan y frutas y otras cosas necesarias, especialmente para el servicio del aposento. E desta manera estuve seis dias, muy bien proveido de todo lo necesario, y visitado de muchos de aquellos señores.

Ya, muy católico Señor, dije al principio desta, cómo á la sazon que yo me partí de la villa de Veracruz en demanda deste señor Muteczuma, dejé en ella ciento y cincuenta hombres para facer aquella fortaleza que dejaba comenzada; y dije asimismo cómo habia dejado muchas villas y fortalezas de las comarcas á aquella villa puestas debajo del real dominio de vuestra alteza, y á los naturales della muy seguros, y por ciertos vasallos de vuestra majestad; que estando en la ciudad de Churultecal [2], recibí letras del capitan que yo en mi lugar dejé en la dicha villa, por las cuales me fizo saber cómo Qualpopoca, señor de aquella ciudad que se dice Almería [3], le habia enviado á decir por sus mensajeros que él tenia de ser vasallo de vuestra alteza, y que si fasta entonces no habia venido ni venia á dar la obediencia que era obligado y á se ofrecer por tal vasallo de vuestra majestad con todas sus tierras, la causa era que habia de pasar por tierra de sus enemigos, y que temiendo ser dellos ofendido, lo dejaba; pero que le enviase cuatro españoles que viniesen con él, porque aquellos por cuya tierra habia de pasar, sabiendo á lo que venian, no lo enojarian, y que él vernia luego; y que el dicho capitan, creyendo ser cierto lo que el dicho Qualpopoca le enviaba á decir, y que así lo habian hecho otros muchos, le habia enviado los dichos cuatro españoles; y que después que en su casa los tuvo, los mandó matar por cierta manera como que pareciese que él no hacia, y que habia muerto los dos dellos, y los otros dos se habian escapado por unos montes, heridos; y que él habia ido sobre la dicha ciudad de Almería con cincuenta españoles y los dos de caballo, y dos tiros de pólvora, y con hasta ocho ó diez mil indios de los amigos nuestros, y que habia peleado con los naturales de la dicha ciudad y muerto muchos de los naturales della, y los demás echado fuera, y que la habian quemado y destruido; porque los indios que en su compañía llevaban, como eran sus enemigos, habian puesto en ello mucha diligencia. E que el dicho Qualpopoca, señor de la dicha ciudad, con otros señores sus aliados, que en su favor habian venido allí, se habian escapado huyendo, y que de algunos prisioneros que tomó en la dicha ciudad se habian informado cúyos eran los que allí estaban en defensa della, y la causa por qué habia muerto á los españoles que él envió. La cual dis que fué que el dicho Muteczuma habia mandado al dicho Qualpopoca y á los otros que allí habian venido, como á sus vasallos que eran, que saliendo yo de aquella villa de la Veracruz, fuesen sobre aquellos que se le habian alzado y ofrecido al servicio de vuestra alteza, é que tuviesen todas las formas que ser pudiesen para matar los españoles que yo allí dejase, porque no les ayudasen ni favoreciesen, y que á esta causa lo habian hecho.

Pasados, invictísimo Príncipe, seis dias después que en la gran ciudad de Temixtitan entré, é habiendo visto algunas cosas della, aunque pocas, segun las que hay que ver y notar, por aquellas me pareció, y aun por lo que de la tierra habia visto, que convenia al real servicio y á nuestra seguridad que aquel señor estuviese en mi poder, y no en toda su libertad [4], porque no mudase el propósito y voluntad que mostraba en servir á vuestra alteza, mayormente que los españoles somos algo incomportables é importunos, é porque enojándosenos podria hacer mucho daño, y tanto, que no hobiese memoria de nosotros, segun su gran poder; é tambien porque teniéndole conmigo, todas las otras tierras que á él eran súbditas venian mas aína al conocimiento y servicio de vuestra majestad, como después sucedió. Determiné de lo prender y poner en el aposento donde yo estaba, que era bien fuerte; y porque en su prision no hobiese algun escándalo ni alboroto, pensando todas las formas y maneras que para lo hacer sin este debia tener, me acordé de lo que el capitan que en la Veracruz habia dejado, me habia escrito cerca de lo que habia acaecido en la ciudad de Almería, segun que en el capítulo antes deste he dicho, y como se habia sabido que todo lo allí sucedido habia sido por mandado del dicho Muteczuma; y dejando buen recaudo en las encrucijadas de las calles, me fuí á las casas del dicho Muteczuma, como otras veces habia ido á le ver; y después de le haber hablado en burlas y cosas de placer, y de haberme él dado algunas joyas de oro y una hija suya, y otras hijas de señores á algunos de mi compañía, le dije que ya sabia lo que en la ciudad de Nautecal ó Almería habia acaecido, y los españoles que en ella me habian muerto; y que Qualpopoca daba por disculpa que todo lo que habia hecho habia sido por su mandado, y que, como su vasallo, no habia podido hacer otra cosa; y porque yo creia que no era así como el dicho Qualpopoca decia, y que antes era por se excusar de culpa, que me parecia que debia enviar por él y por los otros principales que en la muerte de aquellos españoles se habian hallado, porque la verdad se supiese, y que ellos fuesen castigados, y vuestra majestad supiese su buena voluntad claramente; y en lugar de las mercedes que vuestra alteza le habia de mandar hacer, los dichos de aquellos malos no provocasen á vuestra alteza á ira contra él, por donde le mandase hacer daño,

[1] Pudo sin mentir decir que del oriente vino á todas las gentes su redencion, y que el rey de España fué el instrumento para que lograsen la conversion los indios.

[2] Cholula.

[3] Así llamada por Cortés, y por los mejicanos Nouthla.

[4] Fué grande prudencia y arte militar haber asegurado al Emperador, porque, si no, quedaban expuestos Hernan Cortés y sus soldados á perecer á traicion, y teniendo seguro al Emperador, se aseguraba á sí mismo, pues los españoles no se confian ligeramente.

pues la verdad era al contrario de lo que aquellos decian, y yo estaba dél bien satisfecho. Y luego á la hora mandó llamar ciertas personas de los suyos, á los cuales dió una figura de piedra pequeña, á manera de sello, que él tenia atado en el brazo [1], y les mandó que fuesen á la dicha ciudad de Almería, que está sesenta ó setenta leguas de la de Muxtitan [2], y que trajesen al dicho Qualpopoca, y se informasen en los demás que habian sido en la muerte de aquellos españoles, y que asimismo los trujesen, y si por su voluntad no quisiesen venir, los trujesen presos; é si se pusiesen en resistir la prision, que requiriesen á ciertas comunidades comarcanas á aquella ciudad que allí les señaló, para que fuesen con mano armada para los prender, por manera que no viniesen sin ellos. Los cuales luego se partieron; y así, idos, le dije al dicho Muteczuma que yo le agradecia la diligencia que ponia en la prision de aquellos, porque yo habia de dar cuenta á vuestra alteza de aquellos españoles. E que restaba para yo dalla que él estuviese en mi posada hasta tanto que la verdad mas se aclarase, y se supiese ser sin culpa; y que le rogaba mucho que no recibiese pena dello, porque él no habia de estar como preso, sino en toda su libertad, y que en el servicio y mando de su señorío yo no le ponia ningun impedimento, y que escogiese un cuarto de aquel aposento donde yo estaba, cual él quisiese [3], y que allí estaria muy á su placer; y que fuese cierto que ningun enojo ni pena se le habia de dar, antes, demás de su servicio, los de mi compañía le servirian en todo lo que él mandase. Acerca desto pasamos muchas pláticas y razones que serian largas para las escribir, y aun para dar cuenta dellas á vuestra alteza algo prolijas, y tambien no sustanciales para el caso; y por tanto, no diré mas de que finalmente él dijo que le placia de se ir conmigo; y mandó luego ir á aderezar el aposentamiento donde él quiso estar, el cual fué muy puesto y bien aderezado; y hecho esto, vinieron muchos señores, y quitadas las vestiduras y puestas por bajo de los brazos, y descalzos, traian unas andas no muy bien aderezadas; llorando lo tomaron en ellas con mucho silencio, y así nos fuimos hasta el aposento donde estaba, sin haber alboroto en la ciudad, aunque se comenzó á mover [4]. Pero sabido por el dicho Muteczuma, envió á mandar que no lo hubiese; y así, hubo toda quietud, segun que antes la habia, y la hubo todo el tiempo que yo tuve preso al dicho Muteczuma, porque él estaba muy á su placer y con todo su servicio, segun en su casa lo tenia, que era bien grande y maravilloso, segun adelante diré. E yo y los de mi compañía le haciamos todo el placer que á nosotros era posible.

E habiendo pasado quince ó veinte dias de su prision, vinieron aquellas personas que habia enviado por Qualpopoca, y los otros que habian muerto los españoles, é trajeron al dicho Qualpopoca y á un hijo suyo, y con ellos quince personas, que decian que eran principales y habian sido en la dicha muerte. E al dicho Qualpopoca traian en unas andas y muy á manera de señor, como de hecho lo era. E traidos me los entregaron, y yo les hice poner á buen recaudo con sus prisiones, y después que confesaron haber muerto los españoles, les hice interrogar si ellos eran vasallos de Muteczuma; y el dicho Qualpopoca respondió que si habia otro señor de quien pudiese serlo [5]; casi diciendo que no habia otro, y que sí eran. E asimismo les pregunté si lo que allí se habia hecho habia sido por su mandado, y dijeron que no, aunque después, al tiempo que en ellos se ejecutó la sentencia que fuesen quemados, todos á una voz dijeron que era verdad que el dicho Muteczuma se lo habia enviado á mandar, y que por su mandado lo habian hecho. E así fueron estos quemados públicamente en una plaza, sin haber alboroto alguno, y el dia que se quemaron, porque confesaron que el dicho Muteczuma les habia mandado que matasen á aquellos españoles, le hice echar unos grillos, de que él no recibió poco espanto; aunque después de le haber fablado, aquel dia se los quité y el quedó muy contento, y de allí adelante siempre trabajé de le agradar y contentar en todo lo á mí posible; en especial que siempre publiqué y dije á todos los naturales de la tierra, así señores como á los que á mí venian, que vuestra majestad era servido que el dicho Muteczuma se estuviese en su señorío, reconociendo el que vuestra alteza sobre él tenia, y que servirian mucho á vuestra alteza en le obedecer y tener por señor, como antes que yo á la tierra viniese le tenian. E fué tanto el buen tratamiento que yo le hice, y el contentamiento que de mí tenia, que algunas veces y muchas le acometí con su libertad, rogándole que fuese á su casa, y me dijo, todas las veces que se lo decia, que él estaba bien allí y que no queria irse, porque allí no le faltaba cosa de lo que él queria, como si en su casa estuviese; é podria ser que yéndose y habiendo lugar que los señores de la tierra, sus vasallos, le importunasen ó le induciesen á que hiciese alguna cosa contra su voluntad, que fuese fuera del servicio de vuestra alteza, y que él tenia propuesto de servir á vuestra majestad en todo lo á él posible; y que hasta tanto que los tuviese informados de lo que queria hacer, y que él estaba bien allí; porque aunque alguna cosa le quisiesen decir, que con respondelles que no estaba en su libertad se podria excusar y eximir dellos; y muchas veces me pidió licencia para se ir á holgar y pasar tiempo á ciertas casas de placer que él tenia, así fuera de la ciudad como dentro [6], y ninguna vez se la negué. E fué muchas veces á holgar con cinco ó seis españoles á una y dos leguas fuera de la ciudad, y volvia siempre muy alegre y contento al aposento donde yo le tenia. E siempre que salia hacia muchas mercedes de joyas y ropa, así á los españoles que con él iban, como á sus naturales, de los cuales siempre iba tan acompañado, que cuando menos

[1] En unas naciones sellaban con el anillo, y los mejicanos le traian atado en el brazo.
[2] Tenuxtitlan ó Méjico.
[3] Este palacio estaba donde hoy las casas del marqués del Valle.
[4] Siempre llegó Cortés á comprender que era imposible mantenerse en toda su libertad un emperador tan poderoso como Muteczuma, reconociéndose por vasallo del rey de España, y que habia de costar mucha sangre y haber revoluciones en los indios; porque ya veian que los españoles eran hombres y los caballos bestias.

[5] Destas palabras se infiere que el imperio de Muteczuma era universal, y solo los tlascaltecas rehusaban reconocerle.
[6] Siete palacios tenia Muteczuma en Tlatelulco, en la ciudad y fuera della.

con él iban, pasaban de tres mil hombres, que los mas dellos eran señores y personas principales; é siempre les hacia muchos banquetes y fiestas, que los que con él iban tenian bien que contar.

Después que yo conocí dél muy por entero tener mucho deseo al servicio de vuestra alteza, le rogué que porque mas enteramente yo pudiese hacer relacion á vuestra majestad de las cosas de esta tierra, que me mostrase las minas de donde se sacaba el oro; el cual, con muy alegre voluntad, segun mostró, dijo que le placia. E luego hizo venir ciertos servidores suyos, y de dos en dos repartió para cuatro provincias, donde dijo que se sacaba; é pidióme que le diese españoles que fuesen con ellos, para que lo viesen sacar; é asimismo yo le dí á cada dos de los suyos otros dos españoles. E los unos fueron á una provincia que se dice Cuzula, que es ochenta leguas de la gran ciudad de Temixtitan, é los naturales de aquella provincia son vasallos del dicho Muteczuma; é allí les mostraron tres rios, y de todos me trajeron muestra de oro, y muy buena, aunque sacada con poco aparejo, porque no tenian otros instrumentos mas de aquel con que los indios lo sacan, y en el camino pasaron tres provincias, segun los españoles dijeron, de muy hermosa tierra, y de muchas villas y ciudades, y otras poblaciones en mucha cantidad, y de tales y tan buenos edificios, que dicen que en España no podian ser mejores. En especial me dijeron que habían visto una casa de aposentamiento y fortaleza, que es mayor y mas fuerte y mas bien edificada que el castillo de Búrgos; y la gente de una de estas provincias, que se llama Tamazulapa [1], era mas vestida que estotra que habemos visto, y segun á ellos les pareció, de mucha razon. Los otros fueron á otra provincia que se dice Malinaltebeque [2], que es otras setenta leguas de la dicha gran ciudad, que es mas hácia la costa de la mar. E asimismo me trajeron muestra de oro de un rio grande que por allí pasa. E los otros fueron á una tierra que está este rio arriba, que es de una gente diferente de la lengua de Culúa, á la cual llaman Tenis; y el señor de aquella tierra se llama Coatelicamat [3], y por tener su tierra en unas sierras muy altas y ásperas, no es sujeto al dicho Muteczuma, y tambien porque la gente de aquella provincia es gente muy guerrera y pelean con lanzas de veinte y cinco y treinta palmos, y por no ser estos vasallos del dicho Muteczuma, los mensajeros que con los españoles iban no osaron entrar en la tierra sin lo hacer saber primero al señor della, y pedir para ello licencia, diciéndole que iban con aquellos españoles á ver las minas del oro que tenian en su tierra, y que le rogaban de mi parte y del dicho Muteczuma, su señor, que lo hobiesen por bien. El cual dicho Coatelicamat respondió que los españoles, que él era muy contento que entrasen en su tierra y viesen las minas y todo lo demás que ellos quisiesen; pero que los de Culúa, que son los de Muteczuma, no habian de entrar en su tierra, porque eran sus enemigos. Algo estuvieron los españoles perplejos en si irian solos ó no, porque los que con ellos iban les dijeron que no fuesen, que les matarian, é que por los matar no consentian que los de Culúa entrasen con ellos, y al fin se determinaron á entrar solos, é fueron del dicho señor y de los de su tierra muy bien recibidos, y les mostraron siete ú ocho rios, de donde dijeron que ellos sacaban el oro, y en su presencia lo sacaron los indios, y ellos me trajeron muestra de todo; y con los dichos españoles me envió el dicho Coatelicamat ciertos mensajeros suyos, con los cuales me envió á ofrecer su persona y tierra al servicio de vuestra sacra majestad, y me envió ciertas joyas de oro y ropa de la que ellos tienen. Los otros fueron á otra provincia que se dice Tuchitebeque [4], que es casi en el mismo derecho hácia la mar, doce leguas de la provincia de Malinaltebeque, donde ya he dicho que se halló oro; é allí les mostraron otros dos rios, de donde asimismo sacaron muestra de oro.

E porque allí, segun los españoles que allá fueron me informaron, hay mucho aparejo para hacer estancias y para sacar oro, rogué al dicho Muteczuma que en aquella provincia de Malinaltebeque, porque era para ello mas aparejada, hiciese hacer una estancia para vuestra majestad, y puso en ello tanta diligencia, que dende en dos meses que yo se lo dije, estaban sembradas sesenta hanegas de maíz y diez de frijoles, y dos mil piés de cacap [5], que es una fruta como almendras, que ellos venden molida; y tiénenla en tanto, que se trata por moneda [6] en toda la tierra, y con ella se compran todas las cosas necesárias en los mercados y otras partes. E habia hechas cuatro casas muy buenas, en que en la una, demás de los aposentamientos, hicieron un estanque de agua, y én él pusieron quinientos patos, que acá tienen en mucho, porque se aprovechan de la pluma dellos y los pelan cada año, y hacen sus ropas con ella; y pusieron hasta mil y quinientas gallinas, sin otros aderezos de granjeriás, que muchas veces juzgadas por los españoles que la vieron, la apreciaban en veinte mil pesos de oro. Asimismo le rogué al dicho Muteczuma que me dijese si en la costa de la mar habia algun rio ó ancon en que los navíos que viniesen pudiesen entrar y estar seguros. El cual me respondió que no lo sabia; pero que él me faria pintar toda la costa y ancones y rios della, y que enviase yo españoles á los ver, y que él me daria quien los guiase y fuese con ellos, y así lo hizo. E otro dia me trujeron figurada en un paño toda la costa, y en ella parecia un rio que salia á la mar, mas abierto, segun la figura, que los otros; el cual parecia estar entre las sierras que dicen Sanmin [7], y son tanto en un ancon por donde los pilotos hasta entonces creian que se partia la tierra en una provincia que se dice Mazalmaco [8]; y me dijo que viese yo á quien queria enviar, y que él proveeria cómo se viese y supiese todo; y luego señalé diez hombres, y entre ellos algunos pilotos y per-

1 Tamazulapa está en la diócesis de Oaxaca.
2 Malinaltepec está en la diócesis de Oaxaca.
3 Era señor de Tenich, que está el rio arriba de Maninaltepec.

4 Hoy es de la diócesis de Oaxaca Xuchitepec.
5 Este es el cacao de que se hace el chocolate.
6 Aun hoy se conserva en las tiendas dar granos de cacao en lugar de monedas de cobre, por ser la menor de plata acuñada de valor de diez cuartos y medio de España, y en la América es un medio real.
7 Pueden ser las que hoy se llaman de San Martin, obispado de Oaxaca.
8 Gomara dice Guazacualco, y lo cierto es que es entre las sierras de San Martin y San Anton.

sonas que sabian de la mar. E con el recaudo que él dió se partieron y fueron por toda la costa, desde el puerto de Chalchilmeca [1] que dicen de San Juan, donde yo desembarqué, y anduvieron por ella sesenta y tantas leguas, que en ninguna parte hallaron rio ni ancon donde pudiesen entrar navíos ningunos, puesto que en la dicha costa habia muchos y muy grandes, y todos los sondaron con canoas, y así llegaron á la dicha provincia de Cuacalco [2], donde el dicho rio está; y el señor de aquella provincia, que se dice Tuchintecla, los recibió muy bien y les dió canoas para mirar el rio, é hallaron en la entrada dél dos brazas y media largas en lo mas bajo de bajar, y subieron por el dicho rio arriba doce leguas, y lo mas bajo que en él hallaron fueron cinco ó seis brazas. E segun lo que dél vieron, se cree que sube mas de treinta leguas de aquella hondura, y en la ribera dél hay muchas y grandes poblaciones, y toda la provincia es muy llana y muy fuerte, y abundosa de todas las cosas de la tierra y de mucha y casi innumerable gente. E los desta provincia no son vasallos ni súbditos de Muteczuma, antes sus enemigos. E asimismo el señor della, al tiempo que los españoles llegaron, les envió á decir que los de Culúa no entrasen en su tierra, porque eran sus enemigos. E cuando se volvieron los españoles á mí con esta relacion, envió con ellos ciertos mensajeros, con los cuales me envió ciertas joyas de oro y cueros de tigres, y plumajes y piedras y ropa; y ellos me dijeron de su parte que habia muchos dias, que Tuchintecla, su señor, tenia noticia de mí; porque los de Putunchan, que es el rio de Grijalba [3], que son sus amigos, le habian hecho saber cómo yo habia pasado por allí y habia peleado con ellos porque no me dejaban entrar en su pueblo, y como después quedamos amigos, y ellos por vasallos de vuestra majestad. E que él asimismo se ofrecia á su real servicio con toda su tierra, é me rogaba que le tuviese por amigo, con tal condicion que los de Culúa no entrasen en su tierra, é que yo viese las cosas que en ella habia, de que se quisiese servir vuestra alteza, y que él daria dellas las que yo señalase en cada un año.

Como de los españoles que vinieron desta provincia me informé ser ella aparejada para poblar, y del puerto que en ella habia hallado, holgué mucho; porque después que en esta tierra salté, siempre he trabajado de buscar puerto en la costa della, tal que estuviese á propósito de poblar, y jamás lo habia hallado, ni lo hay en toda la costa, desde el rio San Anton, que es junto al de Grijalba hasta el de Panuco, que es la costa abajo, adonde ciertos españoles, por mandado de Francisco de Garay, fueron á poblar, de que en adelante á vuestra alteza haré relacion. E para mas me certificar de las cosas de aquella provincia y puerto, y de la voluntad de los naturales della, y de las otras cosas necesarias á la poblacion, torné á enviar ciertas personas de las de mi compañía, que tenian alguna experiencia para alcanzar lo susodicho. Los cuales fueron con los mensajeros que aquel señor Tuchintecla me habia enviado, y con algunas cosas que yo les dí para él. E llegados, fueron dél bien recibidos, y tornaron á ver y sondar el puerto y rio, y ver los asientos que habia en él para hacer el pueblo. E de todo me trajeron verdadera y larga relacion, é dijeron que habia todo lo necesario para poblar. E que el señor de la provincia estaba muy contento, y con mucho deseo de servir á vuestra alteza. E venidos con esta relacion, luego despaché un capitan con ciento y cincuenta hombres, para que fuesen á trazar y formar el pueblo y hacer una fortaleza; porque el señor de aquella provincia se me habia ofrecido de la facer, y asimismo todas las cosas que fuesen necesarias y le mandasen, y aun hizo seis en el asiento que para el pueblo señalaron; y dijo que era muy contento que fuésemos allí á poblar y estar en su tierra.

En los capítulos pasados, muy poderoso Señor, dije cómo al tiempo que yo iba á la gran ciudad de Temixtitan me habia salido al camino un gran señor, que venía de parte de Muteczuma; é segun lo que después dél supe, él era muy cercano deudo de Muteczuma, y tenia su señorío junto al del dicho Muteczuma; cuyo nombre era Haculuacan [4]. E la cabeza dél es una muy gran ciudad que está junto á esta laguna salada, que hay desde ella, yendo en canoas por la dicha laguna hasta la dicha ciudad de Temixtitan, seis leguas, y por la tierra diez. E llámase esta ciudad Tezcuco [5], y será de hasta treinta mil vecinos. Tienen, señor, en ella muy maravillosas casas y mezquitas, y oratorios muy grandes y muy bien labrados. Hay muy grandes mercados; y demás desta ciudad, tiene otras dos, la una á tres leguas desta de Tezcuco, que se llama Acuruman [6], y la otra á seis leguas, que se dice Otunpa [7]. Terná cada una destas hasta tres mil ó cuatro mil vecinos. Tiene la dicha provincia y señorío de Haculuacan otras aldeas y alquerías en mucha cantidad, y muy buenas tierras y sus labranzas. E confina este señorío por la una parte con la provincia de Tascaltecal, de que ya á vuestra majestad he dicho. Y este señor, que se dice Cacamazin, después de la prision de Muteczuma se rebeló, así contra el servicio de vuestra alteza, á quien se habia ofrecido, como contra el dicho Muteczuma. Y puesto que por muchas veces fué requerido que viniese á obedecer los reales mandatos de vuestra majestad, nunca quiso, aunque, demás de lo que yo le enviaba á requerir, el dicho Muteczuma se lo enviaba á mandar; antes respondia que si algo le querian, que fuesen á su tierra, y que allá verian para cuánto era, y el servicio que era obligado á hacer. E segun yo me informé, tenia gran copia de gente de guerra junta, y todos para ella bien á punto. Y como por amonestaciones ni requerimientos yo no lo pude atraer, hablé al dicho Muteczuma, y le pedí su parecer de lo que debiamos facer para que aquel no quedase sin castigo de su rebelion. El cual me respondió que quererle tomar por guerra, que se ofrecia mucho peligro; porque él era gran señor, y tenia muchas fuerzas y gente, y que no se podia to-

[1] Este es el puerto de Veracruz.
[2] Hoy rio Guasacoalto, de la diócesis de Oaxaca.
[3] Este rio conserva hoy su nombre, y tiene el de Tabasco, por donde desemboca en el Océano.

[4] El señorío de Culhuacan.
[5] El mismo nombre conserva hoy, y se tarda lo mismo en llegar con canoas.
[6] Acuruman, hoy Oculma.
[7] Esta es Otumba.

mar tan sin peligro, que no muriese mucha gente. Pero que él tenia en su tierra del dicho Cacamazin muchas personas principales que vivian con él y les daba su salario; que él fablaria con ellos para que atrajesen alguna de la gente del dicho Cacamazin á sí, y que traida, y estando seguros, que aquellos favorecerian nuestro partido, y se podria prender seguramente. E así fué, que el dicho Muteczuma hizo sus conciertos de tal manera, que aquellas personas atrajeron al dicho Cacamazin á que se juntase con ellos en la dicha ciudad de Tezcuco, para dar órden en las cosas que convenian á su estado, como personas principales, y que les dolia que él hiciese cosas por donde perdiese. E así se juntaron en una muy gentil casa del dicho Cacamazin que está junto á la costa de la laguna. Y es de tal manera edificada, que por debajo de toda ella[1] navegan las canoas, y salen á la dicha laguna: allí secretamente tenian aderezadas ciertas canoas con mucha gente apercebida para si el dicho Cacamazin quisiese resistir la prision. Y estando en su consulta, lo tomaron todos aquellos principales antes que fuesen sentidos de la gente del dicho Cacamazin, y lo metieron en aquellas canoas, y salieron á la laguna, y pasaron á la gran ciudad, que, como yo dije, está seis leguas de allí. E llegados, lo pusieron en unas andas, como su estado requeria ó lo acostumbraban, y me lo trujeron; al cual yo hice echar unos grillos y poner á mucho recaudo. E tomado el parecer de Muteczuma, puse en nombre de vuestra alteza en aquel señorío á un hijo suyo que se decia Cucuzcacin. Al cual hice que todas las comunidades y señores de la dicha provincia y señorío le obedeciesen por señor hasta tanto que vuestra alteza fuese servido de otra cosa. E así se hizo, que de allí adelante todos lo tuvieron y lo obedecieron por señor, como al dicho Cacamazin; y él fué obediente en todo lo que yo de parte de vuestra majestad le mandaba.

Pasados algunos pocos dias después de la prision deste Cacamazin, el dicho Muteczuma hizo llamamiento y congregacion de todos los señores de las ciudades y tierras allí comarcanas; y juntos, me envió á decir que subiese adonde él estaba con ellos, é llegado yo, les habló en esta manera: «Hermanos y amigos mios, ya sabeis que de mucho tiempo acá vosotros y vuestros padres y abuelos habeis sido y sois súbditos y vasallos de mis antecesores y mios, é siempre dellos y de mí habeis sido muy bien tratados y honrados, é vosotros asimismo habeis hecho lo que buenos y leales vasallos son obligados á sus naturales señores, é tambien creo que de vuestros antecesores ternéis memoria cómo nosotros no somos naturales desta tierra, é que vinieron á ella de otra muy lejos, y los trajo un señor, que en ella los dejó, cuyos vasallos todos eran; el cual volvió dende á mucho tiempo, y halló que nuestros abuelos estaban ya poblados y asentados en esta tierra, y casados con las mujeres desta tierra, y tenian mucha multiplicacion de fijos; por manera que no quisieron volverse con él, ni menos lo quisieron recebir por señor de la tierra; y él se volvió, y dejó dicho que tornaria ó enviaria con tal poder, que los pudiese costreñir y atraer á su servicio[2]. E bien sabeis que siempre lo hemos esperado, y segun las cosas que el Capitan nos ha dicho de aquel rey y señor que le envió acá, y segun la parte de do él dice que viene, tengo por cierto, y así lo debeis vosotros tener, que aqueste es el señor que esperábamos, en especial que nos dice que allá tenia noticia de nosotros. E pues nuestros predecesores no hicieron lo que á su señor eran obligados, hagámoslo nosotros, y demos gracias á nuestros dioses porque en nuestros tiempos vino lo que tanto aquellos esperaban. Y mucho os ruego, pues á todos os es notorio todo esto, que así como hasta aquí á mí me habeis tenido y obedecido por señor vuestro, de aquí adelante tengais y obedezcais á este gran rey, pues él es vuestro natural señor, y en su lugar tengais á este su capitan; y todos los tributos y servicios que fasta aquí á mí me haciades, los haced y dad á él, porque yo asimismo tengo de contribuir y servir con todo lo que me mandare; y demás de facer lo que debeis y sois obligados, á mí me haréis en ello mucho placer.» Lo cual todo les dijo llorando con las mayores lágrimas y suspiros que un hombre podia manifestar, é asimismo todos aquellos señores que le estaban oyendo lloraban tanto, que en gran rato no le pudieron responder. Y certifico á vuestra sacra majestad que no habia tal de los españoles que oyese el razonamiento, que no hobiese mucha compasion. Y después de algo sosegadas sus lágrimas, respondieron que ellos lo tenian por su señor, y habian prometido de hacer todo lo que les mandase; y que por esto y por la razon que para ello les daba, que eran muy contentos de lo hacer; é que desde entonces para siempre se daban ellos por vasallos de vuestra alteza, y desde allí todos juntos, y cada uno por sí, prometian, y prometieron, de hacer y cumplir todo aquello que con el real nombre de vuestra majestad les fuese mandado, como buenos y leales vasallos lo deben hacer, y de acudir con todos los tributos y servicios que antes al dicho Muteczuma hacian y eran obligados, con todo lo demás que les fuese mandado en nombre de vuestra alteza. Lo cual todo pasó ante un escribano público, y lo asentó por auto en forma, y yo lo pedí así por testimonio en presencia de muchos españoles.

Pasado este auto y ofrecimiento que estos señores hicieron al real servicio de vuestra majestad, hablé un dia al dicho Muteczuma, y le dije que vuestra alteza tenia necesidad de oro, por ciertas obras que mandaba hacer, y que le rogaba que enviase algunas personas de los suyos, y que yo enviaria asimismo algunos españoles por las tierras y casas de aquellos señores que allí se habian ofrecido, á les rogar que de lo que ellos tenian sirviesen á vuestra majestad con alguna parte; porque, demás de la necesidad que vuestra alteza tenia, pareceria que ellos comenzaban á servir, y vuestra alteza tendria mas concepto de las voluntades que á su servicio mostraban, y que él asimismo me diese de lo que tenia, porque lo queria enviar, como el oro y como las otras cosas que habia enviado á vuestra majestad con los pasajeros. E luego mandó que le diese los españo-

[1] Al pié ó inmediato á ella, y aun hoy se muestra el conducto subterráneo.

[2] En toda esta plática se aprovechó Cortés de la inteligencia errada en que estaban los indios, pero el razonamiento de Muteczuma en haberles pedido oro y plata les desagradó.

les que queria enviar, y de dos en dos y de cinco en cinco los repartió para muchas provincias y ciudades, de cuyos nombres, por se haber perdido las escrituras, no me acuerdo, porque son muchos y diversos, mas de que algunas dellas estaban á ochenta y á cien leguas de la dicha gran ciudad de Temixtitan; é con ellos envió de los suyos, y les mandó que fuesen á los señores de aquellas provincias y ciudades, y les dijese como yo mandaba que cada uno dellos diese cierta medida de oro, que les dió. E así se hizo, que todos aquellos señores á que él envió dieron muy cumplidamente lo que se les pidió, así en joyas como en tejuelos y hojas de oro y plata, y otras cosas de las que ellos tenian, que fundido todo lo que era para fundir, cupo á vuestra majestad del quinto treinta y dos mil y cuatrocientos y tantos pesos de oro, sin todas las joyas de oro y plata, y plumajes y piedras y otras muchas cosas de valor, que para vuestra sacra majestad yo asigné y aparté, que podrian valer cien mil ducados y mas suma; las cuales, demás de su valor, eran tales y tan maravillosas, que consideradas por su novedad y extrañeza, no tenian precio, ni es de creer que alguno de todos los príncipes del mundo de quien se tiene noticia las pudiese tener tales y de tal calidad[1]. Y no le parezca á vuestra alteza fabuloso lo que digo, pues es verdad que todas las cosas criadas asi en la tierra como en la mar, de que el dicho Muteczuma pudiese tener conocimiento, tenia contrahechas muy al natural, así de oro y plata como de pedrería y de plumas, en tanta perfeccion, que casi ellas mismas parecian; de las cuales todas me dió para vuestra alteza mucha parte, sin otras que yo le dí figuradas, y él las mandó hacer de oro, así como imágenes, crucifijos, medallas, joyeles y collares, y otras muchas cosas de las nuestras que les hice contrafacer. Cupieron asimismo á vuestra alteza, del quinto de la plata que se hobo, ciento y tantos marcos, los cuales hice labrar á los naturales de platos grandes y pequeños y escudillas y tazas y cucharas, y lo labraron tan perfecto como se lo podiamos dar á entender. Demás desto, me dió el dicho Muteczuma mucha ropa de la suya, que era tal, que considerada ser toda de algodon y sin seda, en todo el mundo no se podia hacer ni tejer otra tal, ni de tantas ni tan diversas y naturales colores ni labores; en que habia ropas de hombres y de mujeres muy maravillosas, y habia paramentos para camas, que hechos de seda no se podian comparar; é habia otros paños, como de tapecería, que podian servir en salas y en iglesias; habia colchas y cobertores de camas, así de pluma como de algodon, de diversas colores, asimismo muy maravillosas, y otras muchas cosas, que, por ser tantas y tales, no las sé significar á vuestra majestad. Tambien me dió una docena de cerbatanas[2], de las con que él tiraba, que tampoco no sabré decir á vuestra alteza su perfeccion, porque eran todas pintadas de muy excelentes pinturas y perfectos matices, en que habia figuradas muchas maneras de avecicas y animales y árboles y flores y otras diversas cosas, y tenian los brocales y puntería tan grandes como un geme de oro, y en el medio otro tanto muy labrado. Dióme para con ellas un carniel de red de oro para los bodoques[3], que tambien me dijo que me habia de dar de oro; é dióme unas turquesas de oro y otras muchas cosas, cuyo número es casi infinito.

Porque para dar cuenta, muy poderoso señor, á vuestra real excelencia de la grandeza, extrañas y maravillosas cosas desta gran ciudad de Temixtitan, y del señorío y servicio deste Muteczuma, señor della, y de los ritos y costumbres que esta gente tiene, y de la órden que en la gobernacion, así desta ciudad como de las otras que eran deste señor, hay, seria menester mucho tiempo, y ser muchos relatores y muy expertos: no podré yo decir de cien partes una de las que dellas se podrian decir; mas como pudiere, diré algunas cosas de las que vi, que aunque mal dichas, bien sé que serán de tanta admiracion, que no se podrán creer, porque los que acá con nuestros propios ojos las vemos, no las podemos con el entendimiento comprehender. Pero puede vuestra majestad ser cierto que si alguna falta en mi relacion hobiere, que será antes por corto que por largo, así en esto como en todo lo demás de que diere cuenta á vuestra alteza, porque me parecia justo á mi príncipe y señor decir muy claramente la verdad, sin interponer cosas que la disminuyan ni acrecienten.

Antes que comience á relatar las cosas desta gran ciudad y las otras que en este otro capítulo dije, me parece, para que mejor se puedan entender, que débese decir de la manera de Méjico, que es donde esta ciudad y algunas de las otras que he fecho relacion están fundadas, y donde está el principal señorío deste Muteczuma. La cual dicha provincia es redonda y está toda cercada de muy altas y ásperas sierras, y lo llano della terná en torno fasta setenta leguas[4], y en el dicho llano hay dos lagunas[5] que casi lo ocupan todo, porque tienen canoas en torno mas de cincuenta leguas. E la una destas dos lagunas es de agua dulce, y la otra, que es mayor, es de agua salada. Divídelas por una parte una cuadrillera pequeña de cerros muy altos que están en medio desta llanura, y al cabo se van á juntar[6] las dichas lagunas en un estrecho de llano que entre estos cerros y las sierras altas se hace; el cual estrecho terná un tiro de ballestas, é por entre la una laguna y la otra, é las ciudades y otras poblaciones que están en las dichas lagunas, contratan las unas con las otras en sus canoas por el agua, sin haber necesidad de ir por la tierra. E porque esta laguna salada grande crece y mengua por sus mareas segun hace la mar, todas las crecientes corre el agua della á la otra dulce, tan recio como si fuese caudaloso rio, y por consiguiente á las menguantes va la dulce á la salada.

Esta gran ciudad de Temixtitan está fundada en esta laguna salada[7], y desde la Tierra-Firme hasta el cuer-

[1] Por estas ciertas expresiones se conoce y evidencia el poder del imperio mejicano, y tambien su industria para las artes.

[2] Escopeta de palo, con las que apuntaban y disparaban.

[3] Es el globo pequeño de barro ó de otra materia que se tira con el arco ó ballesta: se tomó del verbo griego ballo, que significa arrojar. (Cobarrub., verbo *bodoque*.)

[4] El circúito de todo el valle tiene mas de noventa leguas.

[5] Una de agua dulce, que es la de Chalco, y la otra salada, que es la de Tezcuco.

[6] Las dos lagunas se juntan en Iztapa, Chimalhuacan, Santa Marta y Culhuacan.

[7] Hoy no es así, pues la agua que entra por Méjico, toda es de

po de la dicha ciudad, por cualquiera parte que quisieren entrar á ella, hay dos leguas. Tiene cuatro entradas, todas de calzada hecha á mano, tan ancha como dos lanzas jinetas. Es tan grande la ciudad como Sevilla y Córdoba. Son las calles della, digo las principales, muy anchas y muy derechas, y algunas destas y todas las demás son la mitad de tierra, y por la otra mitad es agua, por la cual andan en sus canoas, y todas las calles de trecho á trecho están abiertas por do atraviesa el agua de las unas á las otras, é en todas estas aberturas, que algunas son muy anchas, hay sus puentes de muy anchas y muy grandes vigas juntas y recias y bien labradas; y tales, que por muchas dellas pueden pasar diez de caballo juntos á la par. E viendo que si los naturales desta ciudad quisiesen hacer alguna traicion, tenian para ello mucho aparejo, por ser la dicha ciudad edificada de la manera que digo, y que quitadas las puentes de las entradas y salidas, nos podrian dejar morir de hambre sin que pudiésemos salir á la tierra, luego que entré en la dicha ciudad dí mucha priesa á facer cuatro bergantines, y los fice en muy breve tiempo, tales que podian echar trecientos hombres en la tierra y llevar los caballos cada vez que quisiésemos. Tiene esta ciudad muchas plazas, donde hay continuos mercados y trato de comprar y vender. Tiene otra plaza tan grande como dos veces la ciudad de Salamanca, toda cercada de portales al rededor, donde hay cotidianamente arriba de sesenta mil ánimas comprando y vendiendo; donde hay todos los géneros de mercadurías que en todas las tierras se hallan, así de mantenimientos como de vituallas, joyas de oro y de plata, de plomo, de laton, de cobre, de estaño, de piedras, de huesos, de conchas, de caracoles y de plumas; véndese tal piedra labrada y por labrar, adobes, ladrillos, madera labrada y por labrar de diversas maneras. Hay calle de caza donde venden todos los linajes de aves [1] que hay en la tierra, así como gallinas, perdices, codornices, lavancos, dorales, zarcetas, tórtolas, palomas, pajaritos en cañuela, papagayos, búharos, águilas, falcones, gavilanes y cernícalos, y de algunas aves destas de rapiña venden los cueros con su pluma y cabezas y pico y uñas. Venden conejos, liebres, venados y perros pequeños, que crian para comer castrados. Hay calle de harbolarios, donde hay todas las raíces y yerbas medicinales que en la tierra se hallan. Hay casas como de boticarios donde se venden las medicinas hechas, así potables como ungüentos y emplastos. Hay casas como de barberos, donde lavan y rapan las cabezas. Hay casas donde dan de comer y beber por precio. Hay hombres como los que llaman en Castilla ganapanes, para traer cargas. Hay mucha leña, carbon, braseros de barro y esteras de muchas maneras para camas, y otras mas delgadas para asiento y para esterar salas y cámaras. Hay todas las maneras de verduras que se fallan, especialmente cebollas, puerros, ajos, mastuerzo, berros, borrajas, acederas y cardos y tagarninas. Hay frutas de muchas maneras, en que hay cerezas [2] y ciruelas que son semejables á las de España. Venden miel de abejas y cera y miel de cañas de maíz, que son tan melosas y dulces como las de azúcar, y miel de unas plantas que llaman en las otras y estas *maguey* [3], que es muy mejor que arrope; y destas plantas facen azúcar y vino, que asimismo venden. Hay á vender muchas maneras de filado de algodon de todas colores en sus madejicas, que parece propriamente alcaicería de Granada en las sedas, aunque esto otro es en mucha mas cantidad. Venden colores para pintores cuantas se pueden hallar en España, y de tan excelentes matices cuanto pueden ser. Venden cueros de venado con pelo y sin él, teñidos, blancos y de diversas colores [4]. Venden mucha loza, en gran manera muy buena, venden muchas vasijas de tinajas grandes y pequeñas, jarros, ollas, ladrillos y otras infinitas maneras de vasijas, todas de singular barro [5], todas ó las mas vedriadas y pintadas. Venden maíz en grano y en pan, lo cual hace mucha ventaja, así en el grano como en el sabor, á todo lo de las otras islas y Tierra-Firme. Venden pasteles de aves y empanadas de pescado. Venden mucho pescado fresco y salado, crudo y guisado. Venden huevos de gallinas y de ansares y de todas las otras aves que he dicho en gran cantidad, venden tortillas de huevos fechas. Finalmente, que en los dichos mercados se venden todas cuantas cosas se hallan en toda la tierra, que demás de las que he dicho, son tantas y de tantas calidades, que por la prolijidad y por no me ocurrir tantas á la memoria, y aun por no saber poner los nombres, no las expreso [6]. Cada género de mercaduría se vende en su calle, sin que entremetan otra mercaduría ninguna, y en esto tienen mucha órden. Todo lo venden por cuenta y medida, excepto que fasta agora no se ha visto vender cosa alguna por peso. Hay en esta gran plaza una muy buena casa [7] como de audiencia, donde están siempre sentados diez ó doce personas, que son jueces y libran todos los casos y cosas que en el dicho mercado acaecen, y mandan castigar los delincuentes. Hay en la dicha plaza otras personas que andan continuo entre la gente mirando lo que se vende y las medidas con que miden lo que venden, y se ha visto quebrar alguna que estaba falsa.

Hay en esta gran ciudad muchas mezquitas ó casas de sus ídolos, de muy hermosos edificios [8], por las colaciones y barrios della, y en las principales della hay personas religiosas de su secta, que residen continuamente en ellas; para los cuales, demás de las casas donde

la laguna de Chalco; pero antiguamente la de Tezcuco entraba dentro de la ciudad, lo que se ha evitado por las inundaciones, aunque está tan cerca, que crece hasta la garita de San Lázaro.

1 Una de las aves mas maravillosas que hay en la América, es, por lo pequeño, el chupa-mirto, así llamado porque solo se sustenta del jugo de las flores, que chupa sacando una lengüecita muy larga y delgada; sin pararse y volando repasa las flores y las chupa.

En Veracruz hay el rey de los sopilotes, que es de muy hermosos y varios colores, y los demás sopilotes muy feos, pero útiles, como las cigüeñas en España, pues en América no las hay.

2 Las cerezas deste país se llaman capulines, diferentes de las de España; pero hay guindas parecidas á las de allá.

3 Planta del Pulque, que llamaban maguey ó methl, y del maguey pequeño hacen la bebida mescal, que está prohibida.

4 Hoy los soldados de presidio usan las cueras para libertarse de las saetas.

5 El de Guadalajara es apreciado hoy en todas las naciones.

6 Aun hoy es admirable la variedad de cosas que traen los indios á vender, y no es fácil que uno las conozca todas.

7 La llamaban Tecpancalli.

8 Los sacerdotes de los ídolos vivian en la muralla ó cerca del templo.

tienen sus ídolos, hay muy buenos aposentos. Todos estos religiosos visten de negro y nunca cortan el cabello, ni lo peinan desque entran en la religion hasta que salen, y todos los hijos de las personas principales, así señores como ciudadanos honrados, están en aquellas religiones y hábito desde edad de siete ú ocho años fasta que los sacan para los casar, y esto mas acaece en los primogénitos que han de heredar las casas que en los otros. No tienen acceso á mujer [1], ni entra ninguna en las dichas casas de religion. Tienen abstinencia en no comer ciertos manjares, y mas en algunos tiempos del año que no en los otros; y entre estas mezquitas hay una [2], que es la principal, que no hay lengua humana que sepa explicar la grandeza y particularidades della; porque es tan grande, que dentro del circúito della, que es todo cercado de muro muy alto, se podia muy bien facer una villa de quinientos vecinos. Tiene dentro deste circúito, toda á la redonda, muy gentiles aposentos, en que hay muy grandes salas y corredores, donde se aposentan los religiosos que allí están. Hay bien cuarenta torres muy altas y bien obradas, que la mayor tiene cincuenta escalones para subir al cuerpo de la torre; la mas principal es mas alta que la torre de la iglesia mayor de Sevilla. Son tan bien labradas, así de cantería como de madera, que no pueden ser mejor hechas ni labradas en ninguna parte, porque toda la cantería de dentro de las capillas donde tienen los ídolos es de imaginería y zaquizamíes [3], y el maderamiento es todo de mazonería y muy picado de cosas de monstruos y otras figuras y labores. Todas estas torres son enterramiento de señores, y las capillas que en ellas tienen, son dedicadas cada una á su ídolo, á que tienen devocion.

Hay tres salas dentro desta gran mezquita, donde están los principales ídolos, de maravillosa grandeza y altura, y de muchas labores y figuras esculpidas, así en la cantería como en el maderamiento, y dentro destas salas están otras capillas que las puertas por do entran á ellas son muy pequeñas, y ellas asimismo no tienen claridad alguna, y allí no están sino aquellos religiosos, y no todos; y dentro destas están los bultos y figuras de los ídolos, aunque, como he dicho, de fuera hay tambien muchos. Los mas principales destos ídolos, y en quien ellos mas fe y creencia tenian, derroqué de sus sillas y los fice echar por las escaleras abajo, é fice limpiar aquellas capillas donde los tenian, porque todas estaban llenas de sangre, que sacrifican, y puse en ellas imágenes de nuestra Señora y de otros santos, que no poco el dicho Muteczuma y los naturales sintieron; los cuales primero me dijeron que no lo hiciese, porque si se sabia por las comunidades, se levantarian contra mí, porque tenian que aquellos ídolos les daban todos los bienes temporales, y que dejándoles maltratar, se enojarian y no les darian nada, y les sacarian los frutos de la tierra, y moriria la gente de hambre. Yo les hice entender con las lenguas cuán engañados estaban en tener su esperanza en aquellos ídolos, que eran hechos por sus manos, de cosas no limpias [4], é que habian de saber que habia un solo Dios, universal Señor de todos, el cual habia criado el cielo y la tierra y todas las cosas, é hizo á ellos y á nosotros, y que este era sin principio é inmortal, y que á él habian de adorar y creer, y no á otra criatura ni cosa alguna; y les dije todo lo demás que yo en este caso supe, para los desviar de sus idolatrías, y atraer al conocimiento de Dios nuestro Señor; y todos, en especial el dicho Muteczuma, me respondieron que ya me habian dicho que ellos no eran naturales desta tierra, y que habia muchos tiempos que sus predeçesores habian venido á ella, y que bien creian que podrian estar errados en algo de aquello que tenian, por haber tanto tiempo que salieron de su naturaleza, y que yo, como mas nuevamente venido, sabria mejor las cosas que debian tener y creer, que no ellos; que se las dijese y hiciese entender; que ellos harian lo que yo les dijese que era lo mejor. Y el dicho Muteczuma y muchos de los principales de la ciudad estuvieron conmigo hasta quitar los ídolos y limpiar las capillas y poner las imágenes, y todo con alegre semblante, y les defendí que no matasen criaturas á los ídolos, como acostumbraban; porque, demás de ser muy aborrecible á Dios, vuestra sacra majestad por sus leyes lo prohibe y manda que el que matare lo maten. E de ahí adelante se apartaron dello, y en todo el tiempo que yo estuve en la dicha ciudad nunca se vió matar ni sacrificar alguna criatura.

Los bultos y cuerpos de los ídolos en quien estas gentes creen, son de muy mayores estaturas que el cuerpo de un gran hombre. Son hechos de masa de todas las semillas y legumbres que ellos comen, molidas y mezcladas unas con otras, y amásanlas con sangre de corazones de cuerpos humanos, los cuales abren por los pechos vivos y les sacan el corazon, y de aquella sangre que sale dél amasan aquella harina, y así hacen tanta cantidad cuanta basta para facer aquellas estatuas grandes. E tambien después de hechas les ofrecian mas corazones, que asimismo les sacrificaban, y les untan las caras con la sangre. A cada cosa tienen su ídolo dedicado, al uso de los gentiles, que antiguamente honraban sus dioses. Por manera que para pedir favor para la guerra tienen un ídolo, y para sus labranzas otro; y así, para cada cosa de las que ellos quieren ó desean que se hagan bien, tienen sus ídolos, á quien honran y sirven [5].

Hay en esta gran ciudad muchas casas muy buenas y muy grandes, y la causa de haber tantas casas principales es que todos los señores de la tierra vasallos del dicho Muteczuma tienen sus casas en la dicha ciudad, y residen en ella cierto tiempo del año; é demás desto, hay en ella muchos ciudadanos ricos, que tienen asimismo muy buenas casas. Todos ellos, demás de tener muy buenos y grandes aposentamientos, tienen muy gentiles verjeles de flores de diversas maneras, así en los aposentamientos altos como bajos. Por la una calzada que á esta gran ciudad entran, vienen dos caños de argamasa, tan anchos como dos pasos cada uno, y tan altos casi como un estado, y por el uno dellos [6] viene

[1] Véase un principio de religion y voto de castidad.

[2] Esta mezquita mas insigne estaba donde hoy la santa iglesia metropolitana.

[3] Nombre arábigo, que significa techos labrados con yeso.

[4] *Simulacra gentium.... Opera manuum hominum.* (Psalm. 113.)

[5] Y además desto, habia dioses penates ó caseros.

[6] Esta es la que aun hoy se reconoce venia por Churubusco, de la fuente de Amilco.



un golpe de agua dulce muy buena, del gordor de un cuerpo de hombre, que va á dar al cuerpo de la ciudad, de que se sirven y beben todos. El otro, que va vacío, es para cuando quieren limpiar el otro caño, porque echan por allí el agua en tanto que se limpia; y porque el agua ha de pasar por las puentes, á causa de las quebradas, por do atraviesa el agua salada, echan la dulce por unas canales tan gruesas como un buey, que son de la longura de las dichas puentes, y así se sirve toda la ciudad. Traen á vender el agua por canoas por todas las calles, y la manera de como la toman del caño es, que llegan las canoas debajo de las puentes por do están las canales, y de allí hay hombres en lo alto que hinchen las canoas, y les pagan por ello su trabajo. En todas las entradas de la ciudad y en las partes donde descargan las canoas, que es donde viene la mas cantidad de los mantenimientos que entran en la ciudad, hay chozas hechas, donde están personas por guardas y que reciben *certum quid*[1] de cada cosa que entra. Esto no sé si lo lleva el señor ó si es proprio para la ciudad; porque hasta ahora no lo he alcanzado; pero creo que para el señor, porque en otros mercados de otras provincias se ha visto coger aquel derecho para el señor dellas. Hay en todos los mercados y lugares públicos de la dicha ciudad, todos los dias, muchas personas trabajadores y maestros de todos oficios, esperando quien los alquile por sus jornales. La gente desta ciudad es de mas manera y primor en su vestido y servicio que no la otra destas otras provincias y ciudades, porque como allí estaba siempre este señor Muteczuma, y todos los señores sus vasallos ocurrian siempre á la ciudad, habia en ella mas manera y policía en todas las cosas. Y por no ser mas prolijo en la relacion de las cosas desta gran ciudad (aunque no acabaria tan aína) no quiero decir mas sino que en su servicio y trato de la gente della hay la manera[2] casi de vivir que en España, y con tanto concierto y órden como allá, y que considerando esta gente ser bárbara y tan apartada del conocimiento de Dios y de la comunicacion de otras naciones de razon, es cosa admirable ver la que tienen en todas las cosas.

En lo del servicio de Muteczuma y de las cosas de admiracion que tenia por grandeza y estado, hay tanto que escribir, que certifico á vuestra alteza que yo no sé por dó comenzar, que pueda acabar de decir alguna parte dellas; porque, como ya he dicho, ¿qué mas grandeza puede ser, que un señor bárbaro como este tuviese contrahechas de oro y plata y piedras y plumas todas las cosas que debajo del cielo hay en su señorío, tan al natural lo de oro y plata, que no hay platero en el mundo que mejor lo hiciese[3]; y lo de las piedras, que no baste juicio comprehender con qué instrumentos se hiciese tan perfecto[4]; y lo de pluma, que ni de cera ni en ningun broslado se podria hacer tan maravillosamente? El señorío de tierras que este Muteczuma tenia, no se ha podido alcanzar cuánto era, porque á ninguna parte, docientas leguas de un cabo y de otro de aquella su gran ciudad, enviaba sus mensajeros, que no fuese cumplido su mandado, aunque habia algunas provincias en medio destas tierras, con quien él tenia guerra. Pero lo que se alcanzó, y yo dél pude comprehender, era su señorío tanto casi como España, porque hasta sesenta leguas desta parte de Putunchan, que es el rio de Grijalba[5], envió mensajeros á que se diesen por vasallos de vuestra majestad los naturales de una ciudad que se dice Cumatan[6], que habia desde la gran ciudad á ella docientas y treinta leguas; porque las ciento y cincuenta yo he fecho andar á los españoles. Todos los mas de los señores destas tierras y provincias, en especial los comarcanos, residian como ya he dicho, mucho tiempo del año en aquella gran ciudad, é todos ó los mas tenian sus hijos primogénitos en el servicio del dicho Muteczuma. En todos los señoríos destos señores tenia fuerzas hechas, y en ellas gente suya, y sus gobernadores y cogedores del servicio y renta que de cada provincia le daban, y habia cuenta y razon de lo que cada uno era obligado á dar, porque tienen caractéres y figuras escritas en el papel que facen, por donde se entienden. Cada una destas provincias servia con su género de servicio, segun la calidad de la tierra; por manera que á su poder venia toda suerte de cosas que en las dichas provincias habia. Era tan temido de todos, así presentes como ausentes, que nunca príncipe del mundo lo fué mas. Tenia, así fuera de la ciudad como dentro, muchas casas de placer, y cada una de su manera de pasatiempo, tan bien labradas cuanto se podria decir, y cuales requerian ser para un gran príncipe y señor. Tenia dentro de la ciudad sus casas de aposentamiento, tales y tan maravillosas, que me pareceria casi imposible poder decir la bondad y grandeza dellas. E por tanto no me porné en expresar cosa dellas, mas de que en España no hay su semejable[7]. Tenia una casa poco menos buena que esta, donde tenia un muy hermoso jardin con ciertos miradores que salian sobre él, y los mármoles y losas dellos eran de jaspe, muy bien obradas. Habia en esta casa aposentamientos para se aposentar dos muy grandes príncipes con todo su servicio. En esta casa tenia diez estanques de agua, donde tenia todos los linajes de aves de agua que en estas partes se hallan, que son muchos y diversos, todas domésticas; y para las aves que se crian en la mar eran los estanques de agua salada, y para las de rios, lagunas de agua dulce; la cual agua vaciaban de cierto á cierto tiempo por la limpieza, y la tornaban á henchir por sus caños; y á cada género de aves se daba aquel mantenimiento que era proprio á su natural y con que ellas en el campo se mantenian. De forma que á las que comian pescado se lo daban, y las que gusanos, gusanos, y las que maíz, maíz, y las que otras semillas mas menudas, por consiguiente se las daban. E certifico á vuestra alteza que á las aves que solamente comian pescado se les daba cada dia diez arrobas dél, que se toma en la laguna salada. Habia para tener cargo destas aves trecientos hombres, que en ninguna otra cosa entendian. Habia otros hombres que solamente entendian

[1] Una contribucion.
[2] Es muy notable esta expresion, para no hacer tan rudos á los indios como algunos pintaron.
[3] Esto no es exageracion, pues se han visto piezas admirablemente trabajadas.
[4] Tenian cobre y pedernal, con que labraban.
[5] Hoy provincia de Tabasco.
[6] Zumathlan, que está entre la provincia de Oaxaca y Chiapa.
[7] Por el tiempo de la conquista fué verosímil esta expresion.

en curar las aves que adolecian [1]. Sobre cada alberca y estanques de estas aves habia sus corredores y miradores muy gentilmente labrados, donde el dicho Muteczuma se venia á recrear y á las ver. Tenia en esta casa un cuarto en que tenia hombres y mujeres y niños, blancos de su nacimiento en el rostro y cuerpo y cabellos y cejas y pestañas. Tenia otra casa muy hermosa, donde tenia un gran patio losado de muy gentiles losas, todo él hecho á manera de un juego de ajedrez. E las casas eran hondas cuanto estado y medio, y tan grandes como seis pasos en cuadra; é la mitad de cada una destas casas era cubierta el soterrado de losas, y la mitad que quedaba por cubrir tenia encima una red de palo muy bien hecha; y en cada una destas casas habia un ave de rapiña, comenzando de cernícalo hasta águila, todas cuantas se hallan en España, y muchas mas raleas que allá no se han visto. E de cada una destas raleas habia mucha cantidad, y en lo cubierto de cada una destas casas habia un palo, como alcandra, y otro fuera debajo de la red, que en el uno estaban de noche y cuando llovia, y en el otro se podian salir al sol y al aire á curarse. A todas estas aves daban todos los dias de comer gallinas, y no otro mantenimiento. Habia en esta casa ciertas salas grandes, bajas, todas llenas de jaulas grandes, de muy gruesos maderos, muy bien labrados y encajados, y en todas ó en las mas habia leones, tigres, lobos, zorras y gatos de diversas maneras [2], y de todos en cantidad; á las cuales daban de comer gallinas cuantas les bastaban. Y para estos animales y aves habia otros trecientos hombres, que tenian cargo dellos. Tenia otra casa donde tenia muchos hombres y mujeres monstruos, en que habia enanos, corcovados y contrahechos, y otros con otras disformidades, y cada una manera de monstruos en su cuarto por sí; é tambien habia para estos personas dedicadas para tener cargo dellos. E las otras cosas de placer que tenia en su ciudad dejo de decir, por ser muchas y de muchas calidades.

La manera de su servicio era que todos los dias luego en amaneciendo eran en su casa de seiscientos señores y personas principales, los cuales se sentaban, y otros andaban por unas salas y corredores que habian en la dicha casa, y allí estaban hablando y pasando tiempo, sin entrar donde su persona estaba. Y los servidores destos y personas de quien se acompañaban henchian dos ó tres grandes patios y la calle, que era muy grande. Y estos estaban sin salir de allí todo el dia hasta la noche. E al tiempo que traian de comer al dicho Muteczuma, asimismo lo traian á todos aquellos señores tan complidamente cuanto á su persona, y tambien á los servidores y gentes destos les daban sus raciones. Habia cotidianamente la dispensa y botillería abierta para todos aquellos que quisiesen comer y beber. La manera de como les daban de comer, es que venian trecientos ó cuatrocientos mancebos con el manjar, que era sin cuento, porque todas las veces que comia y cenaba le traian de todas las maneras de manjares, así de carnes como de pescados y frutas y yerbas que en toda la tierra se podian haber. Y porque la tierra es fria, traian debajo de cada plato y escudilla de manjar un braserico con brasa, porque no se enfriase [3]. Poníanle todos los manjares juntos en una gran sala en que él comia, que casi toda se henchia, la cual estaba toda muy bien esterada y muy limpia, y él estaba asentado en una almohada de cuero pequeña muy bien hecha. Al tiempo que comian estaban allí desviados dél cinco ó seis señores ancianos, á los cuales él daba de lo que comia. Y estaba en pié uno de aquellos servidores que le ponia y alzaba los manjares, y pedia á los otros que estaban mas afuera lo que era necesario para el servicio. E al principio y fin de la comida y cena siempre le daban agua á manos, y con la toalla que una vez se limpiaba nunca se limpiaba mas, ni tampoco los platos y escudillas en que le traian una vez el manjar se los tornaban á traer, sino siempre nuevos, y así hacian de los brasericos [4]. Vestíase todos los dias cuatro maneras de vestiduras, todas nuevas, y nunca mas se las vestia otra vez. Todos los señores que entraban en su casa no entraban calzados, y cuando iban delante dél algunos que él enviaba á llamar, llevaban la cabeza y ojos inclinados, y el cuerpo muy humillado, y hablando con él no le miraban á la cara; lo cual hacian por mucho acatamiento y reverencia. Y sé que lo hacian por este respeto, porque ciertos señores reprehendian á los españoles, diciendo que cuando hablaban conmigo estaban exentos [5], mirándome la cara, que parecia desacatamiento y poca vergüenza. Cuando salia fuera el dicho Muteczuma, que era pocas veces, todos los que iban con él y los que topaba por las calles le volvian el rostro, y en ninguna manera le miraban, y todos los demás se postraban hasta que él pasaba. Llevaba siempre delante sí un señor de aquellos con tres varas delgadas altas, que creo se hacia porque se supiese que iba allí su persona [6]. Y cuando lo descendian de las andas, tomaba la una en la mano y llevábala hasta donde iba. Eran tantas y tan diversas las maneras y ceremonias que este señor tenia en su servicio, que era necesario mas espacio del que yo al presente tengo para les relatar, y aun mejor memoria para las retener, porque ninguno de los soldanes ni otro ningun señor infiel de los que hasta agora se tiene noticia, no creo que tantas ni tales ceremonias en servicio tengan.

En esta gran ciudad estuve proveyendo las cosas que parecia que convenia al servicio de vuestra sacra majestad, y pacificando y atrayendo á él muchas provincias, y tierras pobladas de muchas y muy grandes ciudades y villas y fortalezas, y descubriendo minas, y sabiendo y inquiriendo muchos secretos de las tierras del señorío de este Muteczuma, como de otras que con él confinaban, y él tenia noticia; que son tantas y tan maravillosas, que son casi increibles, y todo con tanta voluntad y contentamiento del dicho Muteczuma y de todos los naturales de las dichas tierras, como si de *ab initio* hobieran conocido á vuestra sacra majestad por

[1] Esta prolijidad y gasto no es fácil referirlo de otro soberano.

[2] De todos estos animales hay en este país en tierra caliente.

[3] Causa admiracion este primor de las naciones mas cultas.

[4] Esto tampoco se refiere de otro soberano.

[5] Exentos, esto es, sin empacho ni vergüenza. (Covarrubias, verb. *exento*.)

[6] Los romanos llevaban delante los lictores con las varas, en señal de justicia, y lo mismo se practica hoy en España respecto de los alguaciles.

su rey y señor natural; y no con menos voluntad hacian todas las cosas que en su real nombre les mandaba.

En las cuales dichas cosas, y en otras no menos útiles al real servicio de vuestra alteza, gasté desde 8 de noviembre de 1519 hasta entrante el mes de mayo deste presente, que estando en toda quietud y sosiego en esta dicha ciudad, teniendo repartidos muchos de los españoles por muchas y diversas partes, pacificando y poblando esta tierra con mucho deseo que viniesen navíos con la respuesta de la relacion que á vuestra majestad habia hecho desta tierra, para con ellos enviar la que agora envio, y todas las cosas de oro y joyas que en ella habia habido para vuestra alteza; vinieron á mí ciertos naturales desta tierra, vasallos del dicho Muteczuma, de los que en la costa de la mar moran, y me dijeron cómo junto á las sierras de San Martin, que son en la dicha costa, antes del puerto ó bahía de San Juan, habian llegado diez y ocho navíos, y que no sabian quién eran; porque así como los vieron en la mar me lo vinieron á hacer saber; y tras destos dichos indios vino otro natural de la isla Fernandina, el cual me trajo una carta de un español que yo tenia puesto en la costa para que si navíos viniesen, les diese razon de mí y de aquella villa que allí estaba cerca de aquel puerto, porque no se perdiesen. En la cual dicha carta se contenia: «Que »en tal dia habia asomado un navío frontero del dicho »puerto de San Juan, solo; y que habia mirado por toda »la costa de la mar, cuanto su vista podia comprehender, »y que no habia visto otro; y que creia que era la nao »que yo habia enviado á vuestra sacra majestad, por»que ya era tiempo que viniese. Y que para mas certifi»carse él quedaba esperando que la dicha nao llegase »al puerto para se informar della, y que luego vernia á »me traer la relacion.» Vista esta carta, despaché dos españoles, uno por un camino y otro por otro, porque no errasen á algun mensajero si de la nao viniese. A los cuales dije que llegasen hasta el dicho puerto y supiesen cuántos navíos eran llegados, y de dónde eran y lo que traian; y se volviesen á la mas priesa que fuese posible á me lo hacer saber. Y asimismo despaché otro á la villa de la Veracruz á les decir lo que de aquellos navíos habia sabido, para que de allá asimismo se informasen y me lo hiciesen saber; y otro al capitan que con los ciento y cincuenta hombres enviaba á hacer el pueblo de la provincia y puerto de Quacucalco[1]; al cual escribí que do quiera que el dicho mensajero le alcanzase, se estuviese, y no pasase adelante hasta que yo segunda vez le escribiese; porque tenia nueva que eran llegados al puerto ciertos navíos; el cual, segun después pareció, ya cuando llegó mi carta sabia de la venida de los dichos navíos. Y enviados estos dichos mensajeros, se pasaron quince dias que ninguna cosa supe, ni hobe respuesta de ninguno dellos; de que no estaba poco espantado. Y pasados estos quince dias, vinieron otros indios asimismo vasallos del dicho Muteczuma, de los cuales supe que los dichos navíos estaban ya surtos en el dicho puerto de San Juan, y la gente desembarcada, y traian por copia que habia ochenta caballos y ochocientos hombres y diez ó doce tiros de fuego, lo cual todo lo traia figurado en un papel de la tierra para lo mostrar al dicho Muteczuma[2]. E dijéronme cómo el español que yo tenia puesto en la costa, y los otros mensajeros que yo habia enviado, estaban con la dicha gente, y que les habian dicho á estos indios que el capitan de aquella gente no los dejaba venir, y que me lo dijesen. Y sabido esto, acordé de enviar un religioso[3] que yo truje en mi compañía, con una carta mia y otra de alcaldes y regidores de la villa de la Veracruz, que estaban conmigo en la dicha ciudad; las cuales iban dirigidas al capitan y gente que á aquel puerto habia llegado, haciéndole saber muy por extenso lo que en esta tierra me habia sucedido, y cómo tenia muchas ciudades y villas y fortalezas ganadas y conquistadas, y pacíficas, y sujetas al real servicio de vuestra majestad, y preso al señor principal de todas estas partes; y cómo estaba en aquella gran ciudad, y la cualidad della, y el oro y joyas que para vuestra alteza tenia; y cómo habia enviado relacion desta tierra á vuestra majestad. E que les pedia por merced me ficiesen saber quién eran, y si eran vasallos naturales de los reinos y señoríos de vuestra alteza, me escribiesen si venian á esta tierra por su real mandado, ó á poblar y estar en ella, ó si pasaban adelante, ó habian de volver atrás; ó si traian alguna necesidad, que yo les haria proveer de todo lo que á mí posible fuera. E que si eran de fuera de los reinos de vuestra alteza, asimismo me hiciesen saber si traian alguna necesidad, porque tambien lo remediaria pudiendo. Donde no, que les requeria de parte de vuestra majestad que luego se fuesen de sus tierras y no saltasen en ellas; con apercebimiento que si así no lo ficiesen, iria contra ellos con todo el poder que yo tuviese, así de españoles como de naturales de la tierra, y los prenderia ó mataria como extranjeros que se querian entremeter en los reinos y señoríos de mi rey y señor. E partido el dicho religioso con el dicho despacho, dende en cinco dias llegaron á la ciudad de Temixtitan veinte españoles de los que en la villa de la Veracruz tenia; los cuales me traian un clérigo y otros dos legos que habian tomado en la dicha villa; de los cuales supe cómo la armada y gente que en el dicho puerto estaba era de Diego Velazquez, que venia por su mandado, y que venia por capitan della un Pánfilo Narvaez, vecino de la isla Fernandina. E que traian ochenta de caballo y muchos tiros de pólvora y ochocientos peones; entre los cuales dijeron que habia ochenta escopeteros y ciento y veinte ballesteros, y que venia y se nombraba por capitan general y teniente de gobernador de todas estas partes por el dicho Diego Velazquez, y que para ello traia provisiones de vuestra majestad, é que los mensajeros que yo habia enviado, y el hombre que en la costa tenia, estaban con el dicho Pánfilo de Narvaez, y no los dejaban venir; el cual se habia informado dellos de cómo yo tenia allí aquella villa doce leguas del dicho puerto, y de la gente que en ella estaba, y asimismo de la gente que yo enviaba á Qua-

[1] Hoy Guasacualco, obispado de Oaxaca.

[2] Todos los pueblos, sus acciones, guerras y todo lo que querian significar, lo pintaban en un papel ó lienzo con figuras á propósito.

[3] Fray Bartolomé de Olmedo, mercenario, que vino por capellan de la armada de Cortés, con el licenciado Juan Diaz.

cucalco [1]; y cómo estaban en una provincia, treinta leguas del dicho puerto, que se dice Tuchitebeque, y de todas las cosas que yo en la tierra habia hecho en servicio de vuestra alteza, y las ciudades y villas que yo tenia conquistadas y pacíficas, y de aquella gran ciudad de Temixtitan, y del oro y joyas que en la tierra se habian habido; é se habia informado dellos de todas las otras cosas que me habian sucedido; é que á ellos les habia enviado el dicho Narvaez á la dicha villa de la Veracruz, á que si pudiesen, hablasen de su parte á los que en ella estaban, y los atrajesen á su propósito, y se levantasen contra mí; y con ellos me trajeron mas de cien cartas que el dicho Narvaez y los que con él estaban enviaban á los de la dicha villa, diciendo que diesen crédito á lo que aquel clérigo y los otros que iban con él, de su parte les dijesen; y prometiéndoles que si así lo hiciesen, que por parte del dicho Diego Velazquez, y dél en su nombre, les serian hechas muchas mercedes; y los que lo contrario hiciesen, habian de ser muy mal tratados; y otras muchas cosas que en las dichas cartas se contenian, y el dicho clérigo y los que con él venian dijeron. E casi junto con estos vino un español de los que iban á Quacaculco con cartas del capitan, que era un Juan Velazquez de Leon; el cual me facia saber como la gente que habia llegado al puerto era Pánfilo de Narvaez [2], que venia en nombre de Diego Velazquez, con la gente que traian, y me envió una carta que el dicho Narvaez le habia enviado con un indio, como á pariente del dicho Diego Velazquez y cuñado del dicho Narvaez, en que por ella le decia cómo de aquellos mensajeros mios habia sabido que estaba allí con aquella gente, y luego se fuese con ella á él, porque en ello haria lo que cumplia y lo que era obligado á sus deudos, y que bien creia que yo le tenia por fuerza; y otras cosas que el dicho Narvaez le escribia; el cual dicho capitan, cómo mas obligado al servicio de vuestra majestad, no solo dejó de aceptar lo que el dicho Narvaez por su letra le decia, mas aun luego se partió, después de me haber enviado la carta, para se venir á juntar con toda la gente que tenia conmigo. E después de me haber informado de aquel clérigo, y de los otros dos que con él venian, de muchas cosas, y de la intencion de los del dicho Diego Velazquez y Narvaez, y de cómo se habian movido con aquella armada y gente contra mí, porque yo habia enviado la relacion y cosas desta tierra á vuestra majestad, y no al dicho Diego Velazquez, y como venian con dañada voluntad para me matar á mí y á muchos de los de mi compañía, que ya desde allá traian señalados. E supe asimismo cómo el licenciado Figueroa, juez de residencia en la isla Española, y los jueces y oficiales de vuestra alteza que en ella residen, sabido por ellos cómo el dicho Diego Velazquez hacia la dicha armada, y la voluntad con que la hacia, constándoles el daño y deservicio que de su venida á vuestra majestad podia redundar, enviaron al licenciado Lúcas Vazquez de Aylion, uno de los dichos jueces, con su poder, á requerir y mandar al dicho Diego Velazquez no enviase la dicha armada; el cual vino, y halló al dicho Diego Velazquez con toda la gente armada en la punta de la dicha isla Fernandina, ya que queria pasar, y que allí le requirió á él y á todos los que en la dicha armada venian, que no viniesen, porque dello vuestra alteza era muy deservido, y sobre ello les impuso muchas penas, las cuales no obstante, ni todo lo por el dicho licenciado requerido ni mandado, todavía habia enviado la dicha armada; é que el dicho licenciado Ayllon estaba en el dicho puerto, que habia venido juntamente con ella, pensando de evitar el daño que de la venida de la dicha armada se seguia; porque á él y á todos era notorio el mal propósito y voluntad con que la dicha armada venia; envié al dicho clérigo con una carta mia, para el dicho Narvaez, por la cual le decia cómo yo habia sabido del dicho clérigo y de los que con él habian venido, cómo él era capitan de la gente que aquella armada traia, y que holgaba que fuese él, porque tenia otro pensamiento, viendo que los mensajeros que yo habia enviado no venian; pero que pues él sabia que yo estaba en esta tierra en servicio de vuestra alteza, me maravillaba no me escribiese ó enviase mensajero, haciéndome saber de su venida, pues sabia que yo habia de holgar con ella, así por él ser mi amigo mucho tiempo habia, como porque creia que él venia á servir á vuestra alteza, que era lo que yo mas deseaba; y enviar, como habia enviado, sobornadores y carta de inducimiento á las personas que yo tenia en mi compañía, en servicio de vuestra majestad, para que se levantasen contra mí y se pasasen á él, como si fuéramos los unos infieles y los otros cristianos, ó los unos vasallos de vuestra alteza y los otros sus deservidores; é que le pedia por merced que de allí adelante no tuviese aquellas formas; antes me hiciese saber la causa de su venida; y que me habian dicho que se intitulaba capitan general y teniente de gobernador por Diego Velazquez, y que por tal se habia hecho pregonar y publicar en la tierra; é que habia hecho alcaldes y regidores y ejecutado justicia; lo cual era en mucho deservicio de vuestra alteza y contra todas sus leyes; porque siendo esta tierra de vuestra majestad, y estando poblada de sus vasallos, y habiendo en ella justicia y cabildo, que no se debia intitular de los dichos oficios, ni usar dellos sin ser primero á ellos recibido, puesto que para los ejercer trujese provisiones de vuestra majestad. Las cuales si traia, le pedia por merced y le requeria las presentase ante mí y ante el cabildo de la Veracruz, y que dél y de mí serian obedecidas como cartas y provisiones de nuestro rey y señor natural, y cumplidas en cuanto al real servicio de vuestra majestad conviniese; porque yo estaba en aquella ciudad, y en ella tenia preso á aquel señor, y tenia mucha suma de oro y joyas, así de lo de vuestra alteza, como de los de mi compañía y mio; lo cual yo no osaba dejar, con temor que salido yo de la dicha ciudad, la gente se rebelase, y perdiese tanta cantidad de oro y joyas y tal ciudad, mayormente que perdida aquella, era perdida toda la tierra. E asimismo dí al dicho clérigo una carta para el dicho licenciado Ayllon; al cual, segun después yo supe, al tiempo que el dicho clérigo llegó, habia prendido el dicho Narvaez y enviado preso con dos navíos.

[1] Rio de Guasacualco y Tuchitepec, de que arriba se hizo mencion.

[2] Para que fuese mas maravillosa la conquista permitió Dios que el mayor riesgo le viniese á Cortés de otro español enemigo suyo.

El dia que el dicho clérigo se partió, me llegó un mensajero de los que estaban en la villa de la Veracruz, por el cual me hacian saber que toda la gente de los naturales de la tierra estaban levantados y hechos con el dicho Narvaez, en especial los de la ciudad de Cempoal y su partido; y que ninguno dellos queria venir á servir á la dicha villa, así en la fortaleza como en las otras cosas en que solian servir; porque decian que Narvaez les habia dicho que yo era malo, y que me venia á prender á mí y á todos los de compañía, y llevarnos presos y dejar la tierra; y que la gente que el dicho Narvaez traia era mucha, y la que yo tenia poca. E que él traia muchos caballos y muchos tiros, y que yo tenia pocos, y que querian ser á *viva quien vence*. E que tambien me facian saber que eran informados de los dichos indios, que el dicho Narvaez se venia á aposentar á la dicha ciudad de Cempoal, y que ya sabia cuán cerca estaba de aquella villa; y que creian, segun eran informados del mal propósito que el dicho Narvaez contra todos traia, que desde allí venia sobre ellos, y teniendo de su parte los indios de la dicha ciudad, y por tanto me hacian saber que ellos dejaban la villa sola por no pelear con ellos; y por evitar escándalo se subian á la sierra á causa de un señor, vasallo de vuestra alteza y amigo nuestro; y que allí pensaban estar hasta que yo les enviase á decir lo que ficiesen. E como yo vi el gran daño que se comenzaba á revolver, y cómo la tierra se levantaba á causa del dicho Narvaez, parecióme que con ir yo donde él estaba se apaciguaria mucho, porque viéndome los indios presente, no se osarian á levantar. Y tambien porque pensaba dar órden con el dicho Narvaez cómo tan gran mal como se comenzaba cesase. E así, me partí aquel mismo dia, dejando la fortaleza muy bien bastecida de maíz y de agua, y quinientos hombres dentro della y algunos tiros de pólvora. E con la otra gente que allí tenia, que serian hasta setenta hombres, seguí mi camino con algunas personas principales de los del dicho Muteczuma. Al cual yo, antes que me partiese, hice muchos razonamientos, diciéndole que mirase que él era vasallo de vuestra alteza, y que agora habia de recibir mercedes de vuestra majestad por los servicios que le habia hecho; y que aquellos españoles le dejaba encomendados con todo aquel oro y joyas que él me habia dado y mandado dar para vuestra alteza; porque yo iba á aquella gente que allí habia venido, á saber qué gente era, porque hasta entonces no lo habia sabido, y creia que debia ser alguna mala gente, y no vasallos de vuestra alteza. Y él me prometió de los hacer proveer de todo lo necesario, y guardar mucho todo lo que allí le dejaba puesto para vuestra majestad, y que aquellos suyos, que iban conmigo, me llevarian por camino que no saliese de su tierra, y me harian proveer en él de todo lo que hobiesen menester, y que me rogaba, si aquella fuese gente mala, que se lo ficiese saber, porque luego proveeria de mucha gente de guerra, para que fuesen á pelear con ellos y echarlos fuera de la tierra. Lo cual todo yo le agradecí, y certifiqué que por ello vuestra alteza le mandaria hacer muchas mercedes, y le dí muchas joyas y ropas á él y á un hijo suyo, y á muchos señores que estaban con él á la sazon. Y en una ciudad que se dice Chururtecal[1], topé á Juan Velazquez, capitan que, como he dicho, enviaba Quacucalto, que con toda la gente se venia, y sacados algunos que venian mal dispuestos, que envié á la ciudad, con él y con los demás seguí mi camino, y quince leguas adelante de Chururtecal topé aquel padre religioso de mi compañía[2], que yo habia enviado al puerto á saber qué gente era la del armada que allí habia venido. El cual me trujo una carta del dicho Narvaez, en que me decia que el traia ciertas provisiones para tener esta tierra por Diego Velazquez; que luego fuese donde él estaba á las obedecer y cumplir, y que él tenia hecha una villa y alcaldes y regidores. E del dicho religioso supe cómo habian prendido al dicho licenciado Ayllon, y á su escribano y alguacil, y los habian enviado en dos navíos, y cómo allá le habian acometido con partidos, para que él atrajese algunos de los de mi compañía que se pasasen al dicho Narvaez; y cómo habian hecho alarde delante dél y de ciertos indios que con él iban, de toda la gente, así de pié como de caballo, y soltar el artillería que estaba en los navíos y la que tenian en tierra, á fin de los atemorizar; porque le dijeron al dicho religioso: «Mirad cómo os podeis defender de nosotros, si no haceis lo que quisiéremos.» E tambien me dijo cómo habia hallado con el dicho Narvaez á un señor natural desta tierra, vasallo del dicho Muteczuma, y que le tenia por gobernador suyo en toda su tierra de los puertos hácia la costa de la mar; y que supo que al dicho Narvaez le habia hablado de parte del dicho Muteczuma, y dádole ciertas joyas de oro; y el dicho Narvaez le habia dado tambien á él ciertas cosillas; y que supo que habia despachado de allí ciertos mensajeros para el dicho Muteczuma, y enviado á le decir que él le soltaria, y que venia á prenderme á mí y á todos los de mi compañía, é irse luego y dejar la tierra[3]; y que él no queria oro, sino, preso yo y los que conmigo estaban, volverse y dejar la tierra y sus naturales della en plena libertad. Finalmente, que supe que su intencion era de se aposesionar en la tierra por su autoridad, sin pedir que fuese recibido de ninguna persona; y no queriendo yo ni los de mi compañía tenerle por capitan y justicia en nombre del dicho Diego Velazquez, venir contra nosotros y tomarnos por guerra; y que para ello estaba confederado con los naturales de la tierra, en especial con el dicho Muteczuma, por sus mensajeros; y como yo viese tan manifiesto el daño y deservicio que á vuestra majestad de lo susodicho se podia seguir, puesto que me dijeron el gran poder que traia; y aunque traia mandado de Diego Velazquez que á mí y ciertos de los de mi compañía que venian señalados, que luego que nos pudiese haber nos ahorcase, no dejé de me acercar mas á él, creyendo por bien hacelle conocer el gran deservicio que á vuestra alteza hacia, y poderle apartar del mal propósito y dañada voluntad que traia; é así seguí mi camino; y quince leguas antes de llegar á la ciudad de Cempoal,

[1] Cholula.
[2] El padre Olmedo.
[3] De estas expresiones de Narvaez se infiere evidentemente que el haberse movido los indios contra Cortés y apartado de la obediencia á nuestro soberano, la principal causa fué Narvaez, y el orígen de la perdicion de tantas almas.

donde el dicho Narvaez estaba aposentado, llegaron á mí el clérigo dellos, que los de la Veracruz habian enviado, y con quien yo al dicho Narvez y al licenciado Ayllon habia escrito, y otro clérigo y un Andrés de Duero, vecino de la isla Fernandina; que asimismo vino con el dicho Narvaez; los cuales, en respuesta de mi carta me dijeron de parte del dicho Narvaez, que yo todavía le fuese á obedecer y tener por capitan, y le entregase la tierra; porque de otra manera me seria hecho mucho daño, porque el dicho Narvaez traia muy gran poder, y yo tenia poco; y demás de la mucha gente de españoles que traia, que los mas de los naturales eran en su favor; é que si yo le quisiese dar la tierra, que me daria de los navíos y mantenimientos que él traia, los que yo quisiese, y me dejaria ir en ellos á mí y á los que conmigo quisiesen ir, con todo lo que quisiésemos llevar, sin nos poner impedimento en cosa alguna. Y el uno de los dichos clérigos me dijo que así venia càpitulado del dicho Diego Velazquez, que hiciesen conmigo el dicho partido, y para ello habia dado su poder al dicho Narvaez y á los dichos dos clérigos juntamente, é que acerca desto me harian todo el partido que yo quisiese. Yo les respondí que no via provision de vuestra alteza por donde le debiese entregar la tierra, é que si alguna traia, que la presentase ante mí y ante el cabildo de la Veracruz, segun órden y costumbre de España, y que yo estaba presto de la obedecer y cumplir; y que hasta tanto, por ningun interese ni partido haria lo que él decia; antes yo y los que conmigo estaban moririamos en defensa de la tierra, pues la habiamos ganado y tenido por vuestra majestad pacífica y segura, y por no ser traidores y desleales á nuestro rey. Otros muchos partidos me movieron por me atraer á su propósito, y ninguno quise aceptar sin ver provision de vuestra alteza por donde lo debiese hacer, la cual nunca me quisieron mostrar. Y en conclusion, estos clérigos y el dicho Andrés de Duero y yo quedamos concertados que el dicho Narvaez con diez personas, y yo con otras tantas, nos viésemos con seguridad de ambas las partes, y que allí me notificase las provisiones, si algunas traia, y que yo respondiese; y yo de mi parte envié firmado el seguro, y él asimismo me envió otro firmado de su nombre; el cual, segun me pareció, no tenia pensamiento de guardar; antes concertó que en la visita se tuviese forma como de presto me matasen [1], é para ello se señalaron dos de los diez que con él habian de venir, y que los demás peleasen con los que conmigo habian de ir; porque decian que, muerto yo, era su hecho acabado, como de verdad lo fuera, si Dios, que en semejantes casos remedia, no remediara con cierto aviso; y de los mismos que eran en la traicion me vino, juntamente con el seguro que me enviaban. Lo cual sabido, escribí una carta al dicho Narvaez y otra á los terceros, diciéndoles cómo yo habia sabido su mala intencion, y que yo no queria ir de aquella manera que ellos tenian concertado. E luego les envié ciertos requerimientos y mandamientos, por el cual requeria al dicho Narvaez que si algunas provisiones de vuestra alteza traia, me las notificase; y que hasta tanto no se nombrase capitan ni justicia, ni se entrometiese en cosa alguna de los dichos oficios, so cierta pena que para ello le impuse. E asimismo mandaba, y mandé por el dicho mandamiento á todas las personas que con el dicho Narvaez estaban, que no tuviesen ni obedeciesen al dicho Narvaez por tal capitan ni justicia; antes dentro de cierto término, que en el dicho mandamiento señalé, pareciesen ante mí, para que yo les dijese lo que debian hacer en servicio de vuestra alteza, con protestacion que, lo contrario haciendo, procederia contra ellos como contra traidores y aleves y malos vasallos, que se rebelaban contra su rey, y quieren usurpar sus reinos y señoríos, y darlas y aposesionar dellas á quien no pertenecian, ni dellas ha accion, ni derecho compete. E que para la ejecucion desto, no pareciendo ante mí ni haciendo lo contenido en el dicho mi mandamiento, iria contra ellos á los prender y cautivar, conforme á justicia. E la respuesta que desto hube del dicho Narvaez, fué prender al escribano y á la persona que con mi poder les fueron á notificar el dicho mandamiento, y tomarles ciertos indios que llevaban, los cuales estuvieron detenidos hasta que llegó otro mensajero que yo envié á saber dellos, ante los cuales tornaron á hacer alarde de toda la gente, y amenazar á ellos y á mí, si la tierra no les entregásemos. E visto que por ninguna via yo podia excusar tan gran daño y mal, y que la gente de naturales de la tierra se alborotaban y levantaban á mas andar, encomendándome á Dios, y pospuesto todo el temor del daño que se podia seguir, considerando que morir en servicio de mi rey, y por defender y amparar sus tierras, y no las dejar usurpar, á mí y á los de mi compañía se nos seguia farta gloria, dí mi mandamiento á Gonzalo de Sandoval, alguacil mayor, para prender al dicho Narvaez y á los que se llamaban alcaldes y regidores; al cual dí ochenta hombres, y les mandé que fuesen con él á los prender, y yo con otros ciento y setenta, que por todos eramos docientos y cincuenta hombres, sin tiro de pólvora ni caballo, sino á pié, seguí al dicho alguacil mayor, para le ayudar si el dicho Narvaez y los otros quisiesen resistir su prision.

Y el dia que el dicho alguacil mayor y yo con la gente llegamos á la ciudad de Cempoal, donde el dicho Narvaez y gente estaba aposentada, supo de nuestra ida, salió al campo con ochenta de caballo y quinientos peones, sin los demás que dejó en su aposento, que era la mezquita mayor de aquella ciudad, asaz fuerte, y llegó casi una legua de donde yo estaba; y como lo que de mi ida sabia era por lengua de los indios, y no me halló, creyó que le burlaban, y volvióse á su aposento, teniendo apercebida toda su gente, y puso dos espías casi á una legua de la dicha ciudad. E como yo deseaba evitar todo escándalo, parecióme que seria el menos, yo ir de noche, sin ser sentido, si fuese posible, y ir derecho al aposento del dicho Narvaez, que yo y todos los de mi compañía sabíamos muy bien, y prenderlo; porque preso él, creí que no hubiera escándalo, porque los demás querian obedecer á la justicia, en especial que los demás dellos venian por fuerza, que el dicho Diego Velazquez les hizo, y por temor que no les quitase los indios que en la isla Fernandina tenian. E así fué que

[1] En todo se portó Cortés como leal vasallo y con honor y valor.

el dia de pascua de Espíritu Santo, poco mas de media noche, yo dí en el dicho aposento, y antes topé las dichas espías, que el dicho Narvaez tenia puestas, y las que yo delante llevaba prendieron la una dellas, y la otra se escapó, de quien me informé de la manera que estaban; y porque la espía que se habia escapado no llegase antes que yo, y diese mandado de mi venida, me dí la mayor priesa que pude, aunque no pude tanta, que la dicha espía no llegase primero casi media hora. E cuando llegué al dicho Narvaez, ya todos los de su compañía estaban armados y ensillados sus caballos y muy á punto, y velaban cada cuarto docientos hombres; é llegamos tan sin ruido, que cuando fuimos sentidos y ellos tocaron al arma, entraba yo por el patio de su aposento, en el cual estaba toda la gente aposentada y junta, y tenian tomadas tres ó cuatro torres que en él habia, y todos los demás aposentos fuertes. Y en la una de las dichas torres, donde el dicho Narvaez estaba aposentado, tenia á la escalera della hasta diez y nueve tiros de fusilería. E dimos tanta priesa á subir la dicha torre, que no tuvieron lugar de poner fuego mas de un tiro, el cual quiso Dios que no salió ni hizo daño ninguno. E así se subió la torre hasta donde el dicho Narvaez tenia su cama, donde él y hasta cincuenta hombres que con él estaban, pelearon con el dicho alguacil mayor y con los que con él subieron, puesto que muchas veces le requirieron que se diese á prision por vuestra alteza, nunca quisieron, hasta que se les puso fuego, y con él se dieron. Y en tanto que el dicho alguacil mayor prendia al dicho Narvaez, yo con los que conmigo quedaron defendia la subida de la torre á la demás gente que en su socorro venia, y fice tomar toda la artillería, y me fortalecí con ella; por manera que sin muertes de hombres, mas de dos que un tiro mató, en una hora eran presos todos los que se habian de prender, y tomadas las armas á todos los demás[1], y ellos prometido ser obedientes á la justicia de vuestra majestad; diciendo que fasta allí habian sido engañados, porque les habian dicho que traian provisiones de vuestra alteza, y que yo estaba alzado con la tierra y que era traidor á vuestra majestad, é les habian hecho entender otras muchas cosas. E como todos conocieron la verdad, y mala intencion y dañada voluntad del dicho Diego Velazquez y del dicho Narvaez, y como se habian movido con mal propósito, todos fueron muy alegres, porque así Dios lo habia hecho y proveido. Porque certifico á vuestra majestad que si Dios misteriosamente esto no proveyera, y la victoria fuera del dicho Narvaez, fuera el mayor daño que de mucho tiempo acá en españoles tantos por tantos se ha hecho. Porque él ejecutara el propósito que traia y lo que por Diego Velazquez le era mandado, que era ahorcarme á mí y á muchos de los de mi compañía, porque no hubiese quien del fecho diese razon. E segun de los indios yo me informé, tenian acordado que si á mí el dicho Narvaez prendiese, como él les habia dicho, que no podria ser tan sin daño suyo y de su gente, que muchos dellos y de los de mi compañía no muriesen. E que entre tanto ellos matarian á los que yo en la ciudad dejaba, como lo acometieron. E después se juntarian, y darian sobre los que acá quedasen, en manera que ellos y su tierra quedasen libres, y de los españoles no quedase memoria. E puede vuestra alteza ser muy cierto que si así lo ficieran y salieran con su propósito, de hoy en veinte años no se tornara á ganar ni á pacificar la tierra, que estaba ganada y pacífica.

Dos dias después de preso el dicho Narvaez, porque en aquella ciudad no se podia sostener tanta gente junta, mayormente que ya estaba casi destruida, porque los que con el dicho Narvaez en ella estaban la habian robado, y los vecinos della estaban ausentes y sus casas solas, despaché dos capitanes con cada docientos hombres, el uno para que fuese á hacer el pueblo en el puerto de Cucicacalco[2], que, como á vuestra alteza he dicho, antes enviaba á hacer; y el otro á aquel rio que los navíos de Francisco de Garay dijeron que habian visto, porque ya yo le tenia seguro. E asimismo envié otros docientos hombres á la villa de la Veracruz, donde fice que los navíos que el dicho Narvaez traia viniesen. E con la gente demás me quedé en la dicha ciudad para proveer lo que al servicio de vuestra majestad convenia. E despaché un mensajero á la ciudad de Temixtitan, y con él hice saber á los españoles que allí habia dejado, lo que me habia sucedido. El cual dicho mensajero volvió de ahí á doce dias, y me trujo cartas del alcalde que allí habia quedado, en que me hacia saber cómo los indios les habian combatido la fortaleza por todas las partes della, y puéstoles fuego por muchas partes y hecho ciertas minas, y que se habian visto en mucho trabajo y peligro, y todavía los mataran, si el dicho Muteczuma no mandara cesar la guerra; y que aun los tenian cercados, puesto que no los combatian, sin dejar salir ninguno dellos dos pasos fuera de la fortaleza. Y que les habian tomado en el combate mucha parte del bastimento que yo les habia dejado, y que les habian quemado los cuatro bergantines que yo allí tenia, y que estaban en muy extrema necesidad, y que por amor de Dios los socorriese á mucha priesa. E vista la necesidad en que estos españoles estaban, y que si no los socorria, demás de los matar los indios, y perderse todo el oro[3] y plata y joyas que en la tierra se habian habido, así de vuestra alteza como de españoles y mios, se perdia la mejor y mas noble ciudad de todo lo nuevamente descubierto del mundo; y ella perdida, se perdia todo lo que estaba ganado, por ser la cabeza de todo y á quien todos obedecian. Y luego despaché mensajeros á los capitanes que habia enviado con la gente, haciéndoles saber lo que me habian escrito de la gran ciudad, para que luego, donde quiera que los alcanzasen, volviesen, y por el camino mas cercano se fuesen á la provincia de Tlascaltecal, donde yo con la gente estaba en compañía, y con toda la artillería que pude y con setenta de caballo me fuí á juntar con ellos, y allí juntos y hecho alarde, se hallaron los dichos setenta de ca-

[1] En esta accion de Cortés se manifiesta su valor y pericia militar, pues vencia unas dificultades insuperables.

[2] Guasacualco.

[3] Casi todo el oro y joyas que tenia Cortés y los españoles se perdieron, y cuando se ganó á Méjico por fuerza, los indios todo lo arrojaron al agua, porque casi nada pareció; porque Dios mostró en esto que la conquista mas habia sido por ganar las almas que los metales.

ballo y quinientos peones. E con ellos á la mayor priesa que pude me partí para la dicha ciudad, y en todo el camino nunca me salió á recibir ninguna persona del dicho Muteczuma, como antes lo solian facer, y toda la tierra estaba alborotada y casi despoblada; de que concebí mala sospecha, creyendo que los españoles que en la dicha ciudad habian quedado, eran muertos, y que toda la gente de la tierra estaba junta esperándome en algun paso ó parte dondé ellos se pudiesen aprovechar mejor de mí. E con este temor fuí al mejor recaudo que pude, fasta que llegué á la ciudad de Tesnacan[1], que como ya he hecho relacion á vuestra majestad, está en la costa de aquella gran laguna. E allí pregunté á algunos de los naturales della por los españoles que en la gran ciudad habian quedado. Los cuales me dijeron que eran vivos, y yo les dije que me trujesen una canoa, porque queria enviar un español á lo saber; y que en tantò que él iba, habia de quedar conmigo un natural de aquella ciudad, que parecia algo principal, porque los señores y principales della de quien yo tenia noticia, no parecia ninguno. Y él mandó traer la canoa, y envió ciertos indios con el español que yo enviaba, y se quedó conmigo. Y estándose embarcando este español para ir á la dicha ciudad de Temixtitan, vió venir por la mar[2] otra canoa, y esperó á que llegase al puerto, y en ella venia uno de los españoles que habian quedado en la dicha ciudad, de quien supe que eran vivos todos, excepto cinco ó seis que los indios habian muerto, y que los demás estaban todavía cercados, y que no los dejaban salir de la fortaleza, ni los proveian de cosas que habian menester, sino por mucha copia de rescate; aunque después que de mi ida habian sabido, lo hacian algo mejor con ellos; y que el dicho Muteczuma decia que no esperaba, sino yo que fuese, para que luego tornasen á andar por la ciudad, como antes solian. Y con el dicho español me envió el dicho Muteczuma un mensajero suyo, en que me decia que ya creia que debia saber lo que en aquella ciudad habia acaecido, y que él tenia pensamiento que por ello yo venia enojado y traia voluntad de le hacer algun daño; que me rogaba perdiese el enojo, porque á él le habia pesado tanto cuanto á mí, y que ninguna cosa se habia hecho por su voluntad y consentimiento, y me envió á decir otras muchas cosas para me aplacar la ira que él creia que yo traia por lo acaecido; y que me fuese á la ciudad á aposentar, como antes estaba, porque no menos se haria en ella lo que yo mandase, que antes se solia facer. Yo le envié á decir que no traia enojo ninguno dél, porque bien sabia su buena voluntad, y que así como él lo decia, lo haria yo.

E otro dia siguiente, que fué víspera de San Juan Bautista, me partí, y dormí en el camino, á tres leguas de la dicha gran ciudad; y dia de San Juan, después de haber oido misa, me partí y entré en ella casi á mediodía, y vi poca gente por la ciudad, y algunas puertas de las encrucijadas y traviesas de las calles quitadas, que no me pareció bien, aunque pensé que lo hacian de temor de lo que habían hecho, y que entrando yo, los aseguraria. E con esto me fuí á la fortaleza, en la cual y en aquella mezquita mayor que estaba junto á ella[3], se aposentó toda la gente que conmigo venia; é los que estaban en la fortaleza nos recibieron con tanta alegría como si nuevamente les diéramos las vidas, que ya ellos estimaban perdidas; y con mucho placer estuvimos aquel dia y noche, creyendo que ya todo estaba pacífico. E otro dia después de misa enviaba un mensajero á la villa de la Veracruz, por les dar buenas nuevas de cómo los cristianos eran vivos, y yo habia entrado en la ciudad, y estaba segura. El cual mensajero volvió dende á media hora todo descalabrado y herido, dando voces que todos los indios de la ciudad venian de guerra, y que tenian todas las puentes alzadas; é junto tras él da sobre nosotros tanta multitud de gente por todas partes, que ni las calles ni azoteas se parecian con gente; la cual venia con los mayores alaridos y grita mas espantable que en el mundo se puede pensar; y eran tantas las piedras que nos echaban con hondas dentro en la fortaleza, que no parecia sino que el cielo las llovia, é las flechas y tiraderas eran tantas, que todas las paredes y patios estaban llenos, que casi no podiamos andar con ellas. E yo salí fuera á ellos por dos ó tres partes, y pelearon con nosotros muy reciamente, aunque por la una parte un capitan salió con docientos hombres, y antes que se pudiese recoger le mataron cuatro, y hirieron á él y á muchos de los otros; é por la parte que yo andaba me hirieron á mí y á muchos de los españoles. E nosotros matamos pocos dellos, porque se nos acogian de la otra parte de las puentes, y desde las azoteas y terrados nos hacian daño con piedras, de las cuales ganamos algunas y quemamos. Pero eran tantas y tan fuertes, y de tanta gente pobladas, y tan bastecidas de piedras y otros géneros de armas, que no bastábamos para ge las tomar todos, ni defender, que ellos no nos ofendiesen á su placer. En la fortaleza daban tan recio combate, que por muchas partes nos pusieron fuego, y por la una se quemó mucha parte della, sin la poder remediar, hasta que la atajamos cortando las paredes y derrocando un pedazó, que mató el fuego. E si no fuera por la mucha guarda que allí puse de escopeteros y ballesteros y otros tiros de pólvora, nos entraran á escala vista sin los poder resistir. Así estuvimos peleando todo aquel dia, hasta que fué la noche bien cerrada, é aun en ella no nos dejaron sin grita y rebato hasta el dia. E aquella noche hice reparar los portillos de aquello quemado, y todo lo demás que me pareció que en la fortaleza habia flaco; é concerté las estancias y gente que en ellas habia de estar, y la que otro dia habiamos de salir á pelear fuera, é hice curar los heridos, que eran mas de ochenta.

E luego que fué de dia, ya la gente de los enemigos nos comenzaba á combatir muy mas reciamente que el dia pasado, porque estaba tanta cantidad dellos, que los artilleros no tenian necesidad de puntería, sino asestar en los escuadrones de los indios. Y puesto que el artillería hacia mucho daño, porque jugaban trece ar-

[1] Tezcuco.

[2] Por la laguna que llamaban mar, como en la Sagrada Escritura se llama mar la laguna de Tiberias.

[3] Este es el sitio que hoy ocupan la santa iglesia metropolitana, el palacio de los excelentísimos señores vireyes, y casas del estado del señor marqués del Valle.

cabuces, sin las escopetas y ballestas, hacian tan poca mella, que ni se parecia que no lo sentian, porque por donde llevaba el tiro diez ó doce hombres se cerraba luego de gente, que no parecia que hacia daño ninguno. Y dejado en la fortaleza el recaudo que convenia y se podia dejar, yo torné á salir y les gané algunas de las puentes, y quemé algunas casas, y matamos muchos en ellas que las defendian; y eran tantos, que aunque mas daño se hiciera, haciamos muy poquita mella. E á nosotros convenia pelear todo el dia, y ellos peleaban por horas, que se remudaban, y aun les sobraba gente. Tambien hirieron aquel dia otros cincuenta ó sesenta españoles, aunque no murió ninguno, y peleamos hasta que fué noche, que de cansados nos retrujimos á la fortaleza. E viendo el gran daño que los enemigos nos hacian, y cómo nos herian y mataban á su salvo, y que puesto que nosotros haciamos daño en ellos, por ser tantos no se parecia, toda aquella noche y otro dia gastamos en hacer tres ingenios de madera, y cada uno llevaba veinte hombres, los cuales iban dentro, porque con las piedras que nos tiraban desde las azoteas no los pudiesen ofender, porque iban los ingenios cubiertos de tablas, y los que iban dentro eran ballesteros y escopeteros, y los demás llevaban picos y azadones y varas de hierro para horadarles las casas y derrocar las albarradas que tenian hechas en las calles. Y en tanto que estos artificios se hacian, no cesaba el combate de los contrarios; en tanta manera, que como nos saliamos fuera de la fortaleza, se querian ellos entrar dentro; á los cuales resistimos con harto trabajo. Y el dicho Muteczuma [1], que todavía estaba preso, y un hijo suyo, con otros muchos señores que al principio se habian tomado, dijo que le sacasen á las azoteas de la fortaleza, y que él hablaria á los capitanes de aquella gente, y les harian que cesase la guerra. E yo lo hice sacar, y en llegando á un petril que salia fuera de la fortaleza, queriendo hablar á la gente que por allí combatia, le dieron una pedrada los suyos en la cabeza [2], tan grande, que de allí á tres dias murió; é yo le fice sacar así muerto á dos indios de los que estaban presos, é á cuestas lo llevaron á la gente, y no sé lo que dél se hicieron; salvo que no por eso cesó la guerra, y muy mas recia y muy cruda de cada dia.

Y este dia llamaron por aquella parte por donde habian herido al dicho Muteczuma, diciendo que me allegase yo allí, que me querian hablar ciertos capitanes, y así lo hice y pasamos entre ellos y mí muchas razones, rogándoles que no peleasen conmigo, pues ninguna razon para ello tenian, é que mirasen las buenas obras que de mí habian recibido, y como habian sido muy bien tratados de mí. La respuesta suya era que me fuese y que les dejase la tierra, y que luego dejarian la guerra; y que de otra manera, que creyese que habian de morir todos ó dar fin de nosotros. Lo cual, segun pareció, hacian porque yo me saliese de la fortaleza, para me tomar á su placer al salir de la ciudad, entre las puentes. E yo les respondí que no pensasen que les rogaba con la paz por temor que les tenia [3], sino porque me pesaba del daño que les facia y les habia de hacer, é por no destruir tan buena ciudad como aquella era; é todavía respondian que no cesarian de me dar guerra hasta que saliese de la ciudad. Después de acabados aquellos ingenios, luego otro dia salí para les ganar ciertas azoteas y puentes; é yendo los ingenios delante, y tras ellos cuatro tiros de fuego y otra mucha gente de ballesteros y rodeleros, y mas de tres mil indios de los naturales de Tascaltecal, que habian venido conmigo y servian á los españoles; y llegados á una puente, pusimos los ingenios arrimados á las paredes de unas azoteas, y ciertas escalas que llevábamos para las subir; y era tanta la gente que estaba en defensa de la dicha puente y azoteas, y tantas las piedras que de arriba tiraban, y tan grandes, que nos desconcertaron los ingenios y nos mataron un español y hirieron muchos, sin les poder ganar un paso, aunque puñábamos mucho por ello, porque peleamos desde la mañana fasta mediodía, que nos volvimos con harta tristeza á la fortaleza. De donde cobraron tanto ánimo, que casi á las puertas nos llegaban, y tomaron aquella mezquita grande, y en la torre mas alta y mas principal della se subieron fasta quinientos indios, que segun me pareció, eran personas principales. Y en ella subieron mucho mantenimiento de pan y agua y otras cosas de comer, y muchas piedras; é todos los mas tenian lanzas muy largas con unos hierros de pedernal [4] mas anchos que los de las nuestras, y no menos agudos; é de allí hacian mucho daño á la gente de la fortaleza, porque estaba muy cerca della. La cual dicha torre combatieron los españoles dos ó tres veces y la acometieron á subir; y como era muy alta y tenia la subida agra, porque tiene ciento y tantos escalones; y los de arriba estaban bien pertrechados de piedras y otras armas, y favorecidos á causa de no haberles podido ganar las otras azoteas, ninguna vez los españoles comenzaban á subir, que no volvian rodando, y herian mucha gente; y los que de las otras partes los vian, cobraban tanto ánimo, que se nos venian hasta la fortaleza sin ningun temor. E yo, viendo que si aquellos salian con tener aquella torre, demás de nos hacer della mucho daño, cobraban esfuerzo para nos ofender, salí fuera de la fortaleza, aunque manco de la mano izquierda, de una herida que el primer dia me habian dado; y liada la rodela en el brazo, fuí á la torre con algunos españoles que me siguieron, y hícela cercar toda por bajo, porque se podia muy bien hacer; aunque los cercadores no estaban de balde, que por todas partes peleaban con los contrarios, de los cuales, por favorecer á los suyos, se recrecieron muchos; y yo comencé á sobir por la escalera de la dicha torre, y tras mí ciertos españoles. Y puesto que nos defendian la subida muy reciamente, y tanto, que derrocaron tres ó cuatro españoles, con ayuda de

[1] Muteczuma II.

[2] Los indios le mataron por cobarde; pero lo cierto es que Dios le abrió algo el conocimiento para que no estorbase la propagacion de la fe, y fuese causa con la resistencia, de que pereciesen tantos millares de indios, como murieron después por la dureza y terquedad de Cuatecmoctzin, su sucesor.

[3] Esta fortaleza casi no tiene ejemplar; porque un hombre con poca gente, cercado con millones de enemigos, sitiado por agua, sin bastimentos ni armas, mantener esta constancia, solo cabia en Cortés; y los que minoran el mérito de la conquista no han reflexionado sobre estas circunstancias.

[4] En mi librería tengo dos puntas de pedernal destas lanzas, de largo de mas de un palmo, y tan fuertes y penetrantes como hierro.

Dios y de su gloriosa Madre, por cuya casa aquella torre se habia señalado y puesto en ella su imágen [1], les subimos la dicha torre, y arriba peleamos con ellos tanto, que les fué forzado saltar della abajo á unas azoteas que tenia al derredor tan anchas como un paso. E destas tenia la dicha torre tres ó cuatro, tan altas la una de la otra como tres estados. Y algunos cayeron abajo del todo, que demás del daño que recibian de la caida, los españoles que estaban abajo al derredor de la torre los mataban. E los que en aquellas azoteas quedaron, pelearon desde allí tan reciamente, que estuvimos mas de tres horas en los acabar de matar; por manera que murieron todos, que ninguno escapó. Y crea vuestra sacra majestad que fué tanto ganalles esta torre, que si Dios no les quebrara las alas, bastaban veinte dellos para resistir la subida á mil hombres, como quiera que pelearon muy valientemente hasta que murieron; é hice poner fuego á la torre y á las otras que en la mezquita habia; los cuales habian ya quitado y llevado las imágenes que en ellas teniamos.

Algo perdieron del orgullo con haberles tomado esta fuerza; y tanto, que por todas partes aflojaron en mucha manera, é luego torné á aquella azotea y hablé á los capitanes que antes habian hablado conmigo, que estaban algo desmayados por lo que habian visto. Los cuales luego llegaron, y les dije que mirasen que no se podian amparar, y que les haciamos de cada dia mucho daño y morian muchos dellos, y quemábamos y destruiamos su ciudad, é que no habia de parar fasta no dejar della ni dellos cosa alguna. Los cuales me respondieron que bien veian que recibian de nos mucho daño, y que morian muchos dellos; pero que ellos estaban ya determinados de morir todos por nos acabar. Y que mirase yo por todas aquellas calles y plazas y azoteas cuán llenas de gente estaban, y que tenian hecha cuenta que, á morir veinte y cinco mil dellos y uno de los nuestros, nos acabariamos nosotros primero, porque éramos pocos, y ellos muchos, y que me hacian saber que todas las calzadas de las entradas de la ciudad eran deshechas, como de hecho pasaba, que todas las habian deshecho, excepto una. E que ninguna parte teniamos por do salir, sino por el agua; é que bien sabian que teniamos pocos mantenimientos y poca agua dulce, que no podiamos durar mucho que de hambre no nos muriésemos, aunque ellos no nos matasen. Y de verdad que ellos tenian mucha razon; que aunque no tuviéramos otra guerra sino la hambre y necesidad de mantenimientos, bastaba para morir todos en breve tiempo. E pasamos otras muchas razones, favoreciendo cada uno sus partidos. Ya que fué de noche salí con ciertos españoles, y como los tomé descuidados, ganámosles una calle, donde les quemamos mas de trecientas casas. Y luego volví por otra, ya que allí acudia la gente; asimismo quemé muchas casas della, en especial ciertas azoteas que estaban junto á la fortaleza, de donde nos hacian mucho daño. E con lo que aquella noche se les hizo recibieron mucho temor, y en esta misma noche hice tornar á aderezar los ingenios que el dia antes nos habian desconcertado.

Y por seguir la victoria que Dios nos daba, salí en amaneciendo por aquella calle donde el dia antes nos habian desbaratado, donde no menos defensa hallamos que el primero; pero como nos iban las vidas y la honra, porque por aquella calle estaba sana la calzada que iba á la Tierra-Firme [2], aunque hasta llegar á ella habia ocho puentes muy grandes y hondas, y toda la calle de muchas y altas azoteas y torres, pusimos tanta determinacion y ánimo, que ayudándonos nuestro Señor, les ganamos aquel dia las cuatro, y se quemaron todas las azoteas y casas y torres que habia hasta la postrera dellas. Aunque por lo de la noche pasada tenian en todas las puentes hechas muchas y muy fuertes albarradas de adobes y barro, en manera que los tiros y ballestas no les podian facer daño. Las cuales dichas cuatro puentes cegamos con los adobes y tierra de las albarradas y con mucha piedra y madera de las casas quemadas. E aunque todo no fué tan sin peligro que no hiriesen muchos españoles, aquella noche puse mucho recaudo en guardar aquellas puentes, porque no las tornasen á ganar. E otro dia de mañana torné á salir; y Dios nos dió asimismo tan buena dicha y victoria, aunque era innumerable gente que defendia las puentes y muy grandes albarradas y ojos que aquella noche habian hecho, se las ganamos todas y las cegamos. Asimismo fueron ciertos de caballo siguiendo el alcance y victoria hasta la Tierra-Firme; y estando yo reparando aquellas puentes y haciéndolas cegar, viniéronme á llamar á mucha priesa, diciendo que los indios combatian la fortaleza y pedian paces, y me estaban esperando allí ciertos señores capitanes dellos. E dejando allí toda la gente y ciertos tiros, me fuí solo con dos de caballo á ver lo que aquellos principales querian. Los cuales me dijeron que si yo les aseguraba que por lo hecho no serian punidos, que ellos harian alzar el cerco y tornar á poner las puentes y hacer las calzadas, y servirian á vuestra majestad, como antes lo facian. E rogáronme que ficiese traer allí uno, como religioso, de los suyos, que yo tenia preso, el cual era como general de aquella religion [3]. El cual vino y les habló y dió concierto entre ellos y mí; é luego pareció que enviaban mensajeros, segun ellos dijeron, á los capitanes y á la gente que tenian en las estancias, á decir que cesase el combate que daban á la fortaleza, y toda la otra guerra. E con esto nos despedimos, é yo metíme en la fortaleza á comer; y en comenzando vinieron á mucha priesa á me decir que los indios habian tornado á ganar las puentes que aquel dia les habiamos ganado, y habian muerto ciertos españoles; de que Dios sabe cuánta alteracion recibí, porque yo no pensé que habiamos que hacer con tener ganada la salida; y cabalgué á la mayor priesa que pude, y corrí por toda la calle adelante con algunos de caballo que me siguieron, y sin detenerme en alguna parte, torné á romper por los

[1] Por esta razon se consagró allí el templo metropolitano en honor de Santa María: esta imágen de que habla, fué la misma que hoy se venera en el santuario de los Remedios, segun algunos, ó la pintada en un damasco de una bandera que recogió el señor Boturini, y está en la secretaría del vireinato; y lo primero es lo mas fundado.

[2] Esta calle es la de Tacuba, que es la tierra firme que entonces tenian, pues por todas las demás partes era laguna.

[3] Religion verdadera ó falsa, que en griego se llama *Eusebia*, y religiosos como muy atados y adictos al culto.

dichos indios, y les torné á ganar las puentes, é fuí en alcance dellos hasta la Tierra-Firme. Y como los peones estaban cansados y heridos y atemorizados, y vi al presente el grandísimo peligro, ninguno me siguió. A cuya causa, después de pasadas yo las puentes, ya que me quise volver, las hallé tomadas y ahondadas mucho de lo que habiamos cegado. Y por la una parte y por la otra de toda la calzada llena de gente, así en la tierra como en el agua, en canoas; la cual nos garrochaba y pedreaba en tanta manera, que si Dios misteriosamente no nos quisiera salvar, era imposible escapar de allí, é aun ya era público entre los que quedaban en la ciudad, que yo era muerto. Y cuando llegué á la postrera puente de hácia la ciudad, hallé á todos los de caballo que conmigo iban, caidos en ella, y un caballo suelto. Por manera que yo no pude pasar, y me fué forzado de revolver solo contra mis enemigos, y con aquello fice algun tanto de lugar para que los caballos pudiesen pasar; y yo hallé la puente desembarazada, y pasé, aunque con harto trabajo, porque habia de la una parte á la otra casi un estado de saltar con el caballo; los cuales, por ir yo y él bien armados, no nos hirieron, mas de atormentar el cuerpo. E así quedaron aquella noche con victoria y ganadas las dichas cuatro puentes; é yo dejé en las otras cuatro buen recaudo, y fuí á la fortaleza, y hice hacer una puente de madera, que llevaban cuarenta hombres; y viendo el gran peligro en que estábamos y el mucho daño que cada dia los indios nos hacian, y temiendo que tambien deshiciesen aquella calzada como las otras; y deshecha, era forzado morir todos; y porque de todos los de mi compañía fuí requerido muchas veces que me saliese, é porque todos ó los mas estaban heridos, y tan mal, que no podian pelear, acordé de lo hacer aquella noche, é tomé todo el oro y joyas de vuestra majestad que se podian sacar, y púselo en una sala, y allí lo entregué en ciertos lios á los oficiales de vuestra alteza, que yo en su real nombre tenia señalados, y á los alcaldes y regidores, y á toda la gente que allí estaba, les rogué y requerí que me ayudasen á lo sacar y salvar, é dí una yegua mia para ello, en la cual se cargó tanta parte cuanta yo podia llevar; é señalé ciertos españoles, así criados mios como de los otros, que viniesen con el dicho oro y yegua, y lo demás los dichos oficiales y alcaldes y regidores y yo lo dimos y repartimos por los españoles para que lo sacasen. E desamparada la fortaleza, con mucha riqueza, así de vuestra alteza como de los españoles y mia, me salí lo mas secreto que yo pude, sacando conmigo un hijo y dos hijas del dicho Muteczuma, y á Cacamacin, señor de Aculuacan[1], y al otro su hermano, que yo habia puesto en su lugar, y á otros señores de provincias y ciudades que allí tenia presos. E llegando á las puentes, que los indios tenian quitadas, á la primera dellas se echó la puente que yo traia hecha con poco trabajo, porque no hubo quien la resistiese, excepto ciertas velas que en ella estaban, las cuales apellidaban tan recio, que antes de llegar á la segunda estaba infinito número de gente de los contrarios sobre nosotros, combatiéndonos por todas partes, así desde el agua como de la tierra; é yo pasé presto con cinco de caballo y con cien peones, con los cuales pasé á nado todas las puentes[2], y las gané hasta la Tierra-Firme. E dejando aquella gente en la delantera, torné á la rezaga, donde hallé que peleaban reciamente, y que era sin comparacion el daño que los nuestros recibian, así los españoles como los indios de Tascaltecal que con nosotros estaban; y así, á todos los mataron, y á muchos naturales, los españoles; é asimismo habian muerto muchos españoles y caballos, y perdido todo el oro y joyas y ropa y otras muchas cosas que sacábamos, y toda el artillería. Y recogidos los que estaban vivos, echélos delante, y yo, con tres ó cuatro de caballo y hasta veinte peones, que osaron quedar conmigo, me fuí en la rezaga, peleando con los indios hasta llegar á una ciudad que se dice Tacuba, que está fuera de toda la calzada, de que Dios sabe cuánto trabajo y peligro recibí; porque todas las veces que volvia sobre los contrarios, salia lleno de flechas y viras[3], y apedreado; porque como era agua de la una parte y de otra, herian á su salvo sin temor á los que salian á tierra; luego volviamos sobre ellos, y saltaban al agua; así que recibian muy poco daño, sino eran algunos que con los muchos estropezaban unos con otros y caian, y aquellos morian. Y con este trabajo y fatiga llevé toda la gente hasta la dicha ciudad de Tacuba, sin me matar ni herir ningun español ni indio, sino fué uno de los de caballo que iba conmigo en la rezaga, y no menos peleaban, así en la delantera como por los lados, aunque la mayor fuerza era en las espaldas, por do venia la gente de la gran ciudad.

Y llegado á la dicha ciudad de Tacuba, hallé toda la gente remolinada en una plaza, que no sabian dónde ir; á los cuales yo dí priesa que se saliesen al campo antes que se recreciese mas gente en la dicha ciudad, y tomasen las azoteas, porque nos harian desde ellas mucho daño. E los que llevaban la delantera dijeron que no sabian por dónde habian de salir, y yo los hice quedar en la rezaga, y tomé la delantera hasta los sacar fuera de la dicha ciudad, y esperé en unas labranzas; y cuando llegó la rezaga supe que habian recibido algun daño, y que habian muerto algunos españoles y indios, y que se quedaba por el camino mucho oro perdido, lo cual los indios cogian; y allí estuve hasta que pasó toda la gente, peleando con los indios, en tal manera, que los detuve para que los peones tomasen un cerro donde estaba una torre[4] y aposento fuerte, el cual tomaron sin recibir ningun daño, porque no me partí de allí ni dejé pasar los contrarios hasta haber ellos tomado el cerro, en que Dios sabe el trabajo y fatiga que allí se recibió, porque ya no habia caballo, de veinte y cuatro que nos habian quedado, que pudiese correr, ni caballero que pudiese alzar el brazo, ni peon sano que pudiese menearse; y llegados al dicho aposento, nos for-

[1] Culhuacan, junto á Méjico.

[2] Los riesgos á que se expuso Cortés son innumerables y de los mayores; tanto, que con certeza se puede decir : *Dextera Domini fecit virtutem*.

[3] Vira es ballesta mas larga y delgada : se dice de *vis*, por la mucha fuerza con que se arrojaba.

[4] Cerro llamado de Muteczuma. En este cerro está el célebre santuario de Nuestra Señora de los Remedios, de poco cuerpo, traida por los españoles.

talecimos en él, y allí nos cercaron y tuvieron cercados hasta noche, sin nos dejar descansar una hora. En este desbarato se halló por copia, que murieron ciento y cincuenta españoles y cuarenta y cinco yeguas y caballos, y mas de dos mil indios que servian á los españoles, entre los cuales mataron al hijo y hijas de Muteczuma y á todos los otros señores que traiamos presos. Y aquella noche[1], á media noche, creyendo no ser sentidos, salimos del dicho aposento muy calladamente, dejando en él hechos muchos fuegos, sin saber camino ninguno ni para dónde íbamos, mas de que un indio de los de Tascaltecal, que nos guiaba, diciendo que él nos sacaria á su tierra si el camino no nos impedian; y muy cerca estaban guardas que nos sintieron, y asimismo apellidaron muchas poblaciones que habia á la redonda, de las cuales se recogió mucha gente, y nos fueron siguiendo hasta el dia, y ya que amanecia, cinco de caballo, que iban adelante por corredores, dieron en unos escuadrones de gente que estaban en el camino, y mataron algunos dellos; los cuales fueron desbaratados, creyendo que iba mas gente de caballo y de pié. Y porque vi que de todas partes se recrecia gente de los contrarios, concerté allí la de los nuestros, y de la que habia sana para algo hice escuadrones, y puse en delantera y rezaga y lados, y en medio los heridos, é asimismo repartí los de caballo; y así fuimos todo aquel dia, peleando por todas partes, en tanta manera, que en toda la noche y dia no anduvimos mas de tres leguas. E quiso nuestro Señor, ya que la noche sobrevenia, mostrarnos una torre y buen aposento en un cerro, donde asimismo nos hicimos fuertes; é por aquella noche nos dejaron, aunque casi al alba hubo otro cierto rebato, sin haber de qué, mas del temor que ya todos llevábamos de la multitud de la gente que á la continua nos seguia el alcance.

Otro dia me partí á una hora del dia por la órden ya dicha, llevando mi delantera y rezaga á buen recaudo; y siempre nos seguian de una parte y otra los enemigos, gritando y apellidando toda aquella tierra, que es muy poblada. E los de caballo, aunque éramos pocos, arremetiamos, y haciamos poco daño en ellos, porque como por allí era la tierra algo fragosa, se nos acogian á los cerros. Y desta manera fuimos aquel dia por cerca de unas lagunas[2] hasta que llegamos á una poblacion buena, adonde pensamos haber algun reencuentro con los del pueblo. E como llegamos, lo desampararon y se fueron á otras poblaciones que estaban por allí á la redonda; é allí estuve aquel dia y otro, porque la gente, así heridos como los sanos, venian muy cansados y fatigados y con mucha hambre y sed, y los caballos asimismo traiamos bien cansados, é porque allí hallamos algun maíz, que comimos y llevamos para el camino cocido y tostado. Y otro dia nos partimos, y siempre acompañados de gente de los contrarios; é por la delantera y rezaga nos acometian, gritando y haciendo algunas arremetidas. E seguimos nuestro camino por donde el indio de Tascaltecal nos guiaba; por el cual llevábamos mucho trabajo y fatiga, porque nos convenia ir muchas veces fuera de camino; é ya que era tarde, llegamos á un llano donde habia unas casas pequeñas, donde aquella noche nos aposentamos con harta necesidad de comida. E otro dia luego por la mañana comenzamos á andar, é aun no éramos salidos al camino, cuando ya la gente de los enemigos nos seguia por la rezaga, y escaramuzando con ellos, llegamos á un pueblo grande que estaba dos leguas de allí, y á la mano derecha dél estaban algunos indios encima de un cerro pequeño. E creyendo de los tomar, porque estaban muy cerca del camino, y tambien por descubrir si hábia mas gente de la que parecia detrás del cerro, me fuí con cinco de caballo y diez ó doce peones, rodeando el dicho cerro. E detrás dél estaba una gran ciudad de mucha gente, con los cuales peleamos tanto, que por ser la tierra donde estaban algo áspera de piedras, y la gente mucha, y nosotros pocos, nos convino retraer al pueblo donde los nuestros estaban. E de allí salí yo muy mal herido en la cabeza, de dos pedradas; y después de me haber atado las heridas, hice salir los españoles del pueblo, porque me pareció que no era seguro aposento para nosotros. E así caminando, siguiéndonos todavía los indios en harta cantidad, los cuales pelearon con nosotros tan reciamente, que hirieron cuatro ó cinco españoles y otros tantos caballos, y nos mataron un caballo que, aunque Dios sabe cuánta falta nos hizo y cuánta pena recibimos con habérnosle muerto, porque no teniamos, después de Dios, otra seguridad sino la de los caballos, nos consoló su carne, porque la comimos, sin dejar cuero ni otra cosa dél, segun la necesidad que traiamos; porque después que de la gran ciudad salimos, ninguna otra cosa comimos sino maíz tostado y cocido, y esto no todas veces ni abasto, y yerbas que cogiamos del campo. E viendo que de cada dia sobrevenia mas gente y mas récia, y nosotros íbamos enflaqueciendo, hice aquella noche que los heridos y dolientes, que llevábamos á las ancas de los caballos y á cuestas, hiciesen maletas y otras maneras de ayudas como se pudiesen sostener y andar, porque los caballos y españoles sanos estuviesen libres para pelear. Y pareció que el Espíritu Santo me alumbró con este aviso, segun lo que á otro dia siguiente sucedió; que habiendo partido en la mañana deste aposento, y siendo apartados legua y media dél, yendo por mi camino, salieron al encuentro mucha cantidad de indios, y tanta, que por la delantera, lados ni rezaga, ninguna cosa de los campos que se podian ver, habia dellos vacía. Los cuales pelearon con nosotros tan fuertemente por todas partes, que casi no nos conociamos unos á otros: tan juntos y envueltos andaban con nosotros[3]. Y cierto creimos ser aquel el último de nuestros dias, segun el mucho poder de los indios y la poca resistencia que en nosotros hallaban, por ir, comó íbamos, muy cansados, y casi todos heridos y desmayados de hambre. Pero quiso nuestro Señor mostrar su gran poder y misericordia con nosotros; que con toda nuestra flaqueza quebrantamos su gran orgullo y soberbia, en que murieron muchos dellos y muchas personas muy prin-

[1] Aquella noche, que hasta el presente se llama la noche triste y desgraciada.

[2] Estas lagunas son las de Zumpango, Xaltocan y San Cristóbal.

[3] La batalla junto á Otumba.

cipales y señaladas; porque eran tantos, que los unos á los otros se estorbaban, que no podian pelear ni huir. E con este trabajo fuimos mucha parte del dia, hasta que quiso Dios que murió una persona dellos, que debia ser tan principál, que con su muerte cesó toda aquella guerra. Así fuimos algo mas descansados, aunque todavía mordiéndonos, hasta una casa pequeña que estaba en el llano, adonde por aquella noche nos aposentamos, y en el campo. E ya desde allí se percibian ciertas sierras[1] de la provincia de Tascaltecal, de que no poca alegría llegó á nuestro corazon; porque ya conociamos la tierra, y sabiamos por donde habiamos de ir; aunque no estábamos muy satisfechos de hallar los naturales de la dicha provincia seguros y por nuestros amigos; porque creiamos que viéndonos ir tan desbaratados, quisieran ellos dar fin á nuestras vidas por cobrar la libertad que antes tenian. El cual pensamiento y sospecha nos puso en tanta afliccion, cuanta traiamos viniendo peleando con los de Culúa.

El dia siguiente, siendo ya claro, comenzamos á andar por un camino muy llano que iba derecho á la dicha provincia de Tascaltecal, por el cual nos siguió muy poca gente de los contrarios, aunque habia muy cerca dél muchas y grandes poblaciones, puesto que de algunos cerrillos y en la rezaga, aunque lejos, todavía nos gritaban. E así salimos este dia, que fué domingo á 8 de julio, de toda la tierra de Culúa, y llegamos á tierra de la dicha provincia de Tascaltecal, á un pueblo della que se dice Gualipan[2], de hasta tres ó cuatro mil vecinos, donde de los naturales dél fuimos muy bien recibidos, y reparados en algo de la gran hambre y cansancio que traiamos, aunque muchas de las provisiones que nos daban eran por nuestros dineros, y aunque no querian otro sino de oro, y éranos forzado dárselo por la mucha necesidad en que nos viamos. En este pueblo estuve tres dias, donde me vinieron á ver y hablar Magiscacin y Sicutengal y todos los señores de la dicha provincia y algunos de la de Guasucingo[3], los cuales mostraron mucha pena por lo que nos habia acaecido, é trabajaron de me consolar[4], diciéndome que muchas veces ellos me habian dicho que los de Culúa eran traidores y que me guardase dellos, y que no lo habia querido creer. Pero que pues yo habia escapado vivo, que me alegrase; que ellos me ayudarian hasta morir para satisfacerme del daño que aquellos me habian hecho; porque, demás de les obligar á ello ser vasallos de vuestra alteza, se dolian de muchos hijos y hermanos que en mi compañía les habian muerto, y de otras muchas injurias que los tiempos pasados dellos habian recibido; y que tuviese por cierto que me serian muy ciertos y verdaderos amigos hasta la muerte. E que pues yo venia herido, y todos los demás de mi compañía muy trabajados, que nos fuésemos á la ciudad, que está cuatro leguas deste pueblo, é que allí descansariamos, y nos curarian y nos repararian de nuestros trabajos y cansancio. E yo se lo agradecí, y acepté su ruego, y les dí algunas pocas cosas de joyas que se habian escapado, de que fueron muy contentos, y me fuí con ellos á la dicha ciudad, donde asimismo hallamos buen recebimiento; y Magiscacin me trajo una cama de madera encasada[5], con alguna ropa de la que ellos tienen, en que durmiese, porque ninguna trajimos, y á todos hizo reparar de lo que él tuvo y pudo. Aquí en esta ciudad habia dejado ciertos enfermos, cuando pasé á la de Temixtitan, y ciertos criados mios con plata y ropas mias y otras cosas de casa y provisiones que yo llevaba, por ir mas desocupado, si algo se nos ofreciese; y se perdieron todas las escrituras y autos que yo habia hecho con los naturales destas partes, é quedando asimismo toda la ropa de los españoles que conmigo iban, sin llevar otra cosa mas de lo que llevaban vestido, con sus camas; é supe cómo habia venido otro criado mio de la villa de la Veracruz, que traia mantenimientos y cosas para mí, y con él cinco de caballo y cuarenta y cinco peones; el cual habia llevado asimismo consigo á los otros que yo allí habia dejado con toda la plata y ropa y otras cosas, así mias como de mis compañeros, con siete mil pesos de oro fundido que yo habia dejado allí en dos cofres, sin otras joyas, y mas otros catorce mil pesos de oro en piezas que en la provincia de Tuchitebeque se habian dado á aquel capitan que yo enviaba á hacer el pueblo de Quacucalco, y otras muchas cosas, que valian mas de treinta mil pesos de oro; y que los indios de Culúa los habian muerto en el camino á todos, y tomado lo que llevaban; y asimismo supe que habian muerto otros muchos españoles por los caminos, los cuales iban á la dicha ciudad de Temixtitan, creyendo que yo estaba en ella pacífico, y que los caminos estaban, como yo antes los tenia, seguros. De que certifico á vuestra majestad que hubimos todos tanta tristeza, que no pudo ser mas; porque allende de la pérdida destos españoles y de lo demás que se perdió, fué renovarnos las muertes y pérdidas de los españoles que en la ciudad y puentes della y en el camino nos habian muerto; en especial que me puso en mucha sospecha que asimismo hubiesen dado en los de la villa de la Veracruz, y que los que teniamos por amigos, sabiendo nuestro desbarato, se hubiesen rebelado. E luego despaché, para saber la verdad, ciertos mensajeros, con algunos indios que los guiaron; á los cuales les mandé que fuesen fuera de camino hasta llegar á la dicha villa, y que muy brevemente me hiciesen saber lo que allá pasaba. E quiso nuestro Señor que á los españoles hallaron muy buenos y á los naturales de la tierra muy seguros. Lo cual sabido, fué harto reparo de nuestra pérdida y tristeza; aunque para ellos fué muy mala nueva saber nuestro suceso y desbarato. En esta provincia de Tascaltecal estuve veinte dias curándome de las heridas[6] que traia, porque con el camino y mala cura se me habia empeorado mucho, en especial las de la ca-

[1] Los pueblos y campos donde fueron estas batallas están antes de llegar á Puebla y entre Otumba y dicha ciudad, y llaman los llanos de Apan, y allí se descubre la sierra de Tlaxcala.

[2] Hueyothlipan, de la señoría ó república de Tlaxcala.

[3] Huajocingo, otra de las señorías ó repúblicas.

[4] Esta prueba de fidelidad y honradez destas señorías es digna de alabar, y mas viendo á Hernan Cortés herido, deshechos los suyos, pobres y muertos de hambre.

[5] *Encasar* es, segun Covarrubias, volver un hueso á su lugar, y por lo bien hecha, pudo usar Cortés este término para la cama; aunque es natural que dijese encajar, que es usado en obras de tarazea.

[6] Cortés fué herido gravemente una vez en la cabeza, otra en una pierna y otra en una mano.

beza, y haciendo curar asimismo á los de mi compañía que estaban heridos: algunos murieron, así de las heridas como del trabajo pasado, y otros quedaron mancos y cojos, porque traian muy malas heridas, y para se curar habia muy poco refrigerio; é yo asimismo quedé manco de dos dedos de la mano izquierda.

Viendo los de mi compañía que eran muertos muchos, y que los que restaban quedaban flacos y heridos y atemorizados de los peligros y trabajos en que se habian visto, y temiendo los por venir, que estaban á razon muy cercanos, fuí por muchas veces requerido dellos que me fuese á la villa de la Veracruz, y que allí nos hariamos fuertes antes que los naturales de la tierra, que teniamos por amigos, viendo nuestro desbarato y pocas fuerzas, se confederasen con los enemigos, y nos tomasen los puertos que habiamos de pasar, y diesen en nosotros por una parte, y por otra en los de la villa de la Veracruz, y que estando todos juntos, y allí los navíos, estariamos mas fuertes y nos podriamos mejor defender, puesto que nos acometiesen, hasta tanto que enviásemos por socorro á las islas. E yo, viendo que mostrar á los naturales poco ánimo, en especial á nuestros amigos, era causa de mas aína dejarnos y ser contra nosotros, acordándome que siempre á los osados ayuda la fortuna, y que éramos cristianos, y confiando en la grandísima bondad y misericordia de Dios, que no permitiria que del todo pereciésemos, y se perdiese tanta y tan noble tierra como para vuestra majestad estaba pacífica y en punto de se pacificar, ni se dejase de hacer tan gran servicio como se hacia en continuar la guerra, por cuya causa se habia de seguir la pacificacion de la tierra, como antes estaba, me determiné de por ninguna manera bajar los puertos hácia la mar; antes pospuesto todo trabajo y peligros que se nos pudiesen ofrecer, les dije que yo no habia de desamparar esta tierra, porque en ello me parecia que, demás de ser vergonzoso á mi persona, y á todos muy peligroso, á vuestra majestad haciamos muy gran traicion. E que me determinaba de por todas las partes que pudiese, volver sobre los enemigos, y ofenderlos por cuantas vias á mí fuese posible. E habiendo estado en esta provincia veinte dias, aunque ni yo estaba muy sano de mis heridas, y los de mi compañía todavía bien flacos, salí della para otra que se dice Tepeaca, que era de la liga y consorcio de los de Culúa, nuestros enemigos; de donde estaba informado que habian muerto diez ó doce españoles que venian de la Veracruz á la gran ciudad, porque por allí es el camino. La cual dicha provincia de Tepeaca[1] confina y parte términos con la de Tascaltecal y Chururtecal, porque es muy gran provincia. Y en entrando por tierra de la dicha provincia, salió mucha gente de los naturales della á pelear con nosotros, y pelearon y nos defendieron la entrada cuanto á ellos fué posible, poniéndose en los aposentos fuertes y peligrosos. E por no dar cuenta de todas las particularidades que nos acaecieron en esta guerra, que seria prolijidad, no diré sino que, después de hechos los requerimientos que de parte de vuestra majestad se les hacian acerca de la paz, y no los quisieron cumplir, y les hicimos la guerra, y pelearon muchas veces con nosotros. Y con la ayuda de Dios y de la real ventura de vuestra alteza siempre los desbaratamos, y matamos muchos, sin que en toda la dicha guerra me matasen ni hiriesen ni un español. Y aunque, como he dicho, esta dicha provincia es muy grande, en obra de veinte dias hobe pacíficas muchas villas y poblaciones á ella sujetas. E los señores y principales dellas han venido á se ofrecer y dar por vasallos de vuestra majestad, y demás desto, he echado de todas ellas muchos de los de Culúa que habian venido desta dicha provincia á favorecer á los naturales della para nos hacer guerra, é aun estorbarles que por fuerza ni por grado no fuesen nuestros amigos. Por manera que hasta agora he tenido en qué entender en esta guerra, y aun todavía no es acabada, porque aun quedan algunas villas y poblaciones que pacificar. Las cuales, con ayuda de nuestro Señor, presto estarán, como estas otras, sujetas al real dominio de vuestra majestad. En cierta parte desta provincia, que es donde mataron aquellos diez españoles, porque los naturales de allí siempre estuvieron muy de guerra y muy rebeldes, y por fuerza de armas se tomaron, hice ciertos esclavos, de que se dió el quinto á los oficiales de vuestra majestad; porque, demás de haber muerto á los dichos españoles y rebeládose contra el servicio de vuestra alteza, comen todos carne humana, por cuya notoriedad no envio á vuestra majestad probanza dello. Y tambien me movió á facer los dichos esclavos por poner algun espanto á los de Culúa, y porque tambien hay tanta gente, que si no ficiese grande y cruel castigo en ellos, nunca se emendarian jamás. En esta guerra nos anduvimos con ayuda de los naturales de la provincia de Tascaltecal y Chururtecal y Guasucingo, donde han bien confirmado la amistad con nosotros, y tenemos mucho concepto que servirán siempre como leales vasallos de vuestra alteza. Estando en esta provincia de Tepeaca, faciendo esta guerra, recibí cartas de la Veracruz, por las cuales me hacian saber cómo allí al puerto della habian llegado dos navíos de los de Francisco de Garay, desbaratados; que, segun parece, él habia tornado á enviar con mas gente á aquel rio grande de que yo hice relacion á vuestra alteza, y que los naturales della habian peleado con ellos, y les habian muerto diez y siete ó diez y ocho cristianos, y herido otros muchos. Asimismo les habian muerto siete caballos, y que los españoles que quedaron se habian entrado á nado en los navíos, y se habian escapado por buenos piés; é que el capitan y todos ellos venian muy perdidos y heridos, y que el teniente que yo habia dejado en la villa los habia recibido muy bien y hecho curar. E porque mejor pudiesen convalecer, habia enviado cierta parte de los dichos españoles á tierra de un señor, nuestro amigo, que está cerca de allí, donde eran bien proveidos. De lo cual todo nos pesó tanto como de nuestros trabajos pasados; é por ventura no les acaeciera este desbarato si la otra vez ellos vinieran á mí, como ya he hecho relacion á vuestra alteza; porque, como yo estaba muy informado de todas las cosas destas partes, pudieran haber de mí tal aviso por donde no les acaeciera lo que les sucedió; especialmente que el señor de aquel rio y tierra, que se dice Pánuco, se habia dado por vâsallo de vuestra majestad,

[1] Tepeaca es de la diócesis de la Puebla, como tambien Tlaxcala y Cholula.

en cuyo reconocimiento me habia enviado á la ciudad de Temixtitan, con sus mensajeros, ciertas cosas, como ya he dicho. Yo he escrito á la dicha villa que si el capitan del dicho Francisco de Garay y su gente se quisiesen ir, les den favor, y les ayuden para se despachar ellos y sus navíos.

Después de haber pacificado lo que de toda esta provincia de Tepeaca se pacificó y sujetó al real servicio de vuestra alteza, los oficiales de vuestra majestad y yo platicamos muchas veces la órden que se debia de tener en la seguridad desta provincia. E viendo cómo los naturales della, habiéndose dado por vasallos de vuestra alteza, se habian rebelado y muerto los españoles, y como están en el camino y paso por donde la contratacion de todos los puertos de la mar es para la tierra dentro; y considerando que si esta dicha provincia se dejase sola, como de antes, los naturales de la tierra y señorío de Culúa, que están cerca dellos, los tornarian á inducir y atraer á que otra vez se levantasen y rebelasen, de donde se seguiria mucho daño y impedimento á la pacificacion destas partes y al servicio de vuestra alteza, y cesaria la dicha contratacion, mayormente que para el camino de la costa de la mar no hay mas de dos puertos muy agros y ásperos, que confinan con esta dicha provincia, y los naturales della los podrian defender con poco trabajo suyo. E así por esto como por otras razones y causas muy convenientes, nos pareció que, para evitar lo ya dicho, se debia hacer en esta dicha provincia de Tepeaca una villa en la mejor parte della, adonde concurriesen las calidades necesarias para los pobladores della. E poniéndolo en efecto, yo en nombre de vuestra majestad puse nombre á la dicha villa, Segura de la Frontera[1], y nombré alcaldes y regidores y otros oficiales, conforme á lo que se acostumbra. E por mas seguridad de los vecinos desta villa, en el lugar donde la señalé se ha comenzado á traer materiales para facer una fortaleza, porque aquí los hay buenos, y se dará en ella toda la priesa que sea mas posible.

Estando escribiendo esta relacion, vinieron á mí ciertos mensajeros del señor de una ciudad que está cinco leguas desta provincia, que se llama Guacahula[2], y es á la entrada de un puerto que se pasa para entrar á la provincia de Méjico por allí; los cuales de parte del dicho señor me dijeron que, porque ellos pocos dias habia habian venido á mí á dar la obediencia que á vuestra majestad debian, y se habian ofrecido por sus vasallos, y que porque yo no los culpase, creyendo que por su consentimiento era, me hacian saber como en la dicha ciudad estaban aposentados ciertos capitanes de Culúa. E que en ella y á una legua della estaban treinta mil hombres en guarnicion, guardando aquel puerto y paso para que no pudiésemos entrar por él, y tambien para defender que los naturales de la dicha ciudad ni de otras provincias á ellas comarcanas sirviesen á vuestra alteza ni fuesen nuestros amigos. E que algunos hobieran venido á se ofrecer á su real servicio si aquellos no lo impidiesen; é que me lo hacian saber para que lo remediase, porque demás del impedimento que era á los que buena voluntad tenian, los de la dicha ciudad y todos los comarcanos recibian mucho daño. Porque, como estaba mucha gente junta y de guerra, eran muy agraviados y maltratados, y les tomaban sus mujeres y haciendas y otras cosas; y que viese yo qué era lo que mandaba que ellos hiciesen, y que dándoles favor, ellos lo harian. E luego después de los haber agradecido su aviso y ofrecimiento, les dí trece de caballo y docientos peones que con ellos fuesen, y hasta treinta mil indios de nuestros amigos. Y fué el concierto, que los llevarian por parte que no fuesen sentidos, é que después que llegase junto á la ciudad el señor y los naturales della, y los demás sus vasallos y valedores, estarian apercebidos y cercarian los aposentos donde los capitanes estaban aposentados, y los prenderian y matarian antes que la gente los pudiese socorrer; é cuando la gente viniese, ya los españoles estarian dentro la ciudad, y pelearian con ellos y los desbaratarian. E idos ellos y los españoles, fueron por la ciudad de Churultecal y por alguna parte de la provincia de Guasucingo, que confina con la tierra desta ciudad de Guacachula hasta cuatro leguas della; y en un pueblo de la dicha provincia de Guasucingo diz que dijeron á los españoles que los naturales desta provincia estaban confederados con los de Guacachula y con los de Culúa para que debajo de aquella cautela llevasen á los españoles á la dicha ciudad, y que allá todos juntos diesen en los dichos españoles y los matasen. E como aun no del todo era salido el temor que los de Culúa en su ciudad y en su tierra nos pusieron, puso espanto esta informacion á los españoles, y el capitan que yo enviaba con ellos hizo sus pesquisas como lo supo entender, y prendieron todos aquellos señores de Guasucingo que iban con ellos, y á los mensajeros de la ciudad de Guacachula; y presos, con ellos se volvieron á la ciudad de Churultecal, que está cuatro leguas de allí, é desde allí me enviaron todos los presos con cierta gente de caballo y peones, con la confirmacion que habian habido. E demás desto me escribió el capitan que los nuestros estaban atemorizados; que le parecia que aquella jornada era muy dificultosa. E llegados los presos, les hablé con las lenguas que yo tengo; y habiendo puesto toda diligencia para saber la verdad, pareció que no los habia el capitan bien entendido. E luego los mandé soltar y les satisfice con que creia que aquellos eran leales vasallos de vuestra sacra majestad, y que yo queria ir en persona á desbaratar aquellos de Culúa; y por no mostrar flaqueza ni temor á los naturales de la tierra, así á los amigos como á los enemigos, me pareció que no debia cesar la jornada comenzada. E por quitar algun temor del que los españoles tenian, determiné de dejar los negocios y despacho para vuestra majestad, en que entendia, y á la hora me partí á la mayor priesa que pude, é llegué aquel dia á la ciudad de Churultecal, que está ocho leguas desta villa, donde hallé á los españoles, que todavía se afirmaban ser cierta la traicion.

E otro dia fuí á dormir al pueblo de Guasucingo, donde los señores habian sido presos. El dia siguiente, después de haber concertado con los mensajeros de Gua-

[1] No conserva hoy el nombre de Segura, sino el antiguo de Tepeaca.

[2] Huaquechula, otra de las repúblicas.

cachula, el por dónde y cómo habiamos de entrar en la dicha ciudad, me partí para ella una hora antes que amaneciese, y fuí sobre ella casi á las diez del dia. E á media legua me salieron al camino ciertos mensajeros de la dicha ciudad, y me dijeron como estaba todo muy bien proveido y á punto, y que los de Culúa no sabian nada de nuestra venida, porque ciertas espías que ellos tenian en los caminos, los naturales de la dicha ciudad las habian prendido, é asimismo habian hecho á otros que los capitanes de Culúa enviaban á se asomar por las cercas y torres de la ciudad á descubrir el campo, é que á esta causa toda la gente de los contrarios estaba muy descuidada, creyendo que tenian recaudo en sus velas y escuchas; por tanto, que llegase; que no podia ser sentido. E así, me dí mucha prisa por llegar á la ciudad sin ser sentido, porque íbamos por un llano donde desde allá nos podrian bien ver. E segun pareció, como de los de la ciudad fuimos vistos, viendo que tan cerca estábamos, luego cercaron los aposentos donde los dichos capitanes estaban, y comenzaron á pelear con los demás que por la ciudad estaban repartidos. E cuando yo llegué á un tiro de ballesta de la dicha ciudad, ya me traian hasta cuarenta prisioneros, é todavía me dí priesa á entrar dentro. En la ciudad andaba muy gran grita por todas las calles: peleando con los contrarios é guiado por un natural de la dicha ciudad, llegué al aposento donde los capitanes estaban, el cual hallé cercado de mas de tres mil hombres que peleaban por entrarles por la puerta, é les tenian tomados los altos y azoteas; é los capitanes y la gente que con ellos se halló, peleaban tan bien y tan esforzadamente, que no les podian entrar el aposento, puesto que eran pocos; porque, demás de pelear ellos como valientes hombres, el aposento era muy fuerte; y como yo llegué luego, entramos y entró tanta gente de los naturales de la ciudad, que en ninguna manera los podiamos socorrer, que muy brevemente no fuesen muertos; porque yo quisiera tomar algunos á vida, para me informar de las cosas de la gran ciudad, y de quién era señor después de la muerte de Muteczuma, y de otras cosas; y no pude tomar sino á uno mas muerto que vivo, del cual me informé, como adelante diré. Por la ciudad mataron muchos dellos, que en ella estaban aposentados; y los que estaban vivos cuando yo en la ciudad entré, sabiendo mi venida, comenzaron á huir hácia donde estaba la gente que tenian en guarnicion; y en el alcance asimismo murieron muchos. E fué tan presto oido y sabido este tumulto por la dicha gente de guarnicion, porque estaban en un alto que sojuzgaba toda la ciudad y lo llano de al derredor, que casi á una sazon llegaron los que salian huyendo de la dicha ciudad y la gente que venia en socorro y á ver qué cosa era aquella; los cuales eran mas de treinta mil hombres y la mas lucida gente que hemos visto, porque traian muchas joyas de oro y plata y plumajes; y como es grande la ciudad, comenzaron á poner fuego en ella por aquella parte por do entraban; lo cual fué muy presto hecho saber por los naturales, y salí con sola la gente de caballo, porque los peones estaban ya muy cansados, y rompimos por ellos, y retrujéronse á un paso, el cual les ganamos, y salimos tras ellos, alcanzando muchos por una cuesta arriba muy agra; y tal, que cuando acabamos de encumbrar la sierra, ni los enemigos ni nosotros podiamos ir atrás ni adelante; é así, cayeron muchos dellos muertos y ahogados de la calor, sin herida ninguna, y dos caballos se estancaron, y el uno murió; y desta manera hicimos mucho daño, porque ocurrieron muchos indios de los amigos nuestros, y como iban descansados, y los contrarios casi muertos, mataron muchos. Por manera que en poco rato estaba el campo vacío de los vivos, aunque de los muertos algo ocupado; y llegamos á los aposentos y albergues que tenian hechos en el campo nuevamente, que en tres partes que estaban, parecia cada una dellos una razonable villa; porque, demás de la gente de guerra, tenian mucho aparato de servidores y fornecimiento para su real; porque, segun supe después, en ellos habia personas principales; lo cual fué todo despojado y quemado por los indios nuestros amigos, que certifico á vuestra sacra majestad que habia ya juntos de los dichos nuestros amigos mas de cien mil hombres [1]. Y con esta victoria, habiendo echado todos los enemigos de la tierra, hasta los pasar allende unas puentes y malos pasos que ellos tenian, nos volvimos á la ciudad, donde de los naturales fuimos bien recibidos y aposentados; é descansamos en la dicha ciudad tres dias, de que teniamos bien necesidad.

En este tiempo vinieron á se ofrecer al real servicio de vuestra majestad los naturales de una poblacion grande que está encima de aquellas sierras, dos léguas de donde el real de los enemigos estaba, y tambien al pié de la sierra donde he dicho que sale aquel fumo, que se llama esta dicha poblacion Ocupatuyo [2]. E dijeron que el señor que allí tenian se habia ido con los de Culúa al tiempo que por allí los habiamos corrido, creyendo que no paráramos hasta su pueblo. E que muchos dias habia que ellos quisieran mi amistad, y haber venido á se ofrecer por vasallos de vuestra majestad, sino que aquel señor no los dejaba ni habia querido, puesto que ellos muchas veces se lo habian requerido y dicho. Y que agora querian servir á vuestra alteza; é que allí habia quedado un hermano del dicho señor, el cual siempre habia sido de su opinion y propósito, y agora asimismo lo era. E que me rogaban que tuviese por bien que aquel sucediese en el señorío; é que aunque el otro volviese, que no consintiese que por señor fuese recibido, y que ellos tampoco lo recibirian. E yo les dije que por haber sido hasta allí de la liga y parcialidad de los de Culúa, y se haber rebelado contra el servicio de vuestra majestad, eran dignos de mucha pena; y que así tenia pensado de la ejecutar en sus personas y haciendas. Pero que pues habian venido, y decian que la causa de su rebelion y alzamiento habia sido aquel señor que tenian, que yo, en nombre de vuestra majestad, les perdonaba el yerro pasado, y los recibia y admitia á su real servicio. Y que los apercibia que si otra vez semejante yerro cometiesen, serian punidos y castigados. Y que si leales vasallos de vuestra alteza fuesen, serian de mí, en su real nombre, muy favorecidos y ayudados; é así

[1] Por estas acciones de los de Huauquechula se les han concedido muchos privilegios y se les conservan el dia de hoy.

[2] Ocuituco, que está al pié del volcan.

lo prometieron. Esta ciudad de Guacachula está asentada en un llano, arrimada por la una parte á unos muy altos y ásperos cerros, y por la otra todo el llano la cercan dos rios, dos tiros de ballesta el uno del otro, que cada uno tiene muy altas y grandes barrancas. E tanto, que para la ciudad hay por ellos muy pocas entradas, y las que hay son ásperas de bajar y subir, que apenas las pueden bajar y subir cabalgando. Y toda la ciudad está cercada de muy fuerte muro de cal y canto, tan alto como cuatro estados por de fuera de la ciudad, é por de dentro está casi igual con el suelo. Y por toda la muralla va su petril tan alto como medio estado; para pelear tiene cuatro entradas tan anchas como uno puede entrar á caballo, y hay en cada entrada tres ó cuatro vueltas de la cerca, que encabalga el un lienzo en el otro; y hácia á aquellas vueltas hay tambien encima de la muralla su petril para pelear. En toda la cerca tienen mucha cantidad de piedras grandes y pequeñas y de todas maneras, con que pelean. Será esta ciudad de hasta cinco ó seis mil vecinos, é terná, de aldeas á ella sujetas, otros tantas y mas. Tiene muy gran sitio; porque de dentro de ella hay muchas huertas y frutas y olores á su costumbre.

E después de haber reposado en esta dicha ciudad tres dias, fuimos á otra ciudad que se dice Izzucan, que está cuatro leguas de esta de Guacachula, porque fuí informado que en ella asimismo habia mucha gente de los de Culúa en guarnicion, y que los de la dicha ciudad, y otrás villas y lugares sus sufragáneos, eran y se mostraban muy parciales de los de Culúa, porque el señor della era su natural, y aun pariente de Muteczuma. E iba en mi compañía tanta gente de los naturales de la tierra, vasallos de vuestra majestad, que casi cubrian los campos y sierras que podiamos alcanzar á ver. E de verdad habia mas de ciento y veinte mil hombres. Y llegamos sobre la dicha ciudad de Izzucan á hora de las diez, y estaba despoblada de mujeres y de gente menuda, é habia en ella hasta cinco ó seis mil hombres de guerra muy bien aderezados. Y como los españoles llegamos delante, comenzaron algo á defender su ciudad; pero en poco rato la desampararon, porque por la parte que fuimos guiados para entrar en ella estaba razonable entrada. E seguímoslos por toda la ciudad hasta los facer saltar por encima de los adarves[1] á un rio que por la otra parte la cerca toda, del cual tenian quebradas las puentes, y nos detuvimos algo en pasar, y seguimos el alcance hasta legua y media mas; en que creo se escaparon pocos de aquellos que allí quedaron. Y vueltos á la ciudad, envié dos de los naturales della, que estaban presos, á que hablasen á las personas principales de la dicha ciudad, porque el señor della se habia tambien ido con los de Culúa, que estaban allí en guarnicion, para que los hiciese volver á su ciudad; y que yo les prometia en nombre de vuestra majestad, que siendo ellos leales vasallos de vuestra alteza, de allí adelante serian de mí muy bien tratados, y perdonados del rebelion y yerro pasado. E los dichos naturales fueron, y dende á tres dias vinieron algunas personas principales y pidieron perdon de su yerro, diciendo que no habian podido mas, porque habian hecho lo que su señor les mandó; y que ellos prometian de ahí adelante, pues su señor se habia ido y dejádolos, de servir á vuestra majestad muy bien y lealmente. E yo les aseguré y dije que se viniesen á sus casas, y trujesen á sus mujeres y hijos, que estaban en otros lugares y villas de su parcialidad; y les dije que hablasen asimismo á los naturales dellas para que viniesen á mí, y que yo les perdonaba lo pasado; y que no quisiesen que yo hobiese de ir sobre ellos, porque recibirian mucho daño, de lo cual me pesaria mucho. E así fué fecho: de ahí á dos dias se tornó á poblar la dicha ciudad de Izzucan, é todos los sufragáneos á ella vinieron á se ofrecer por vasallos de vuestra alteza, é quedó toda aquella provincia muy segura, y por nuestros amigos y confederados con los de Guacachula. Porque hubo cierta diferencia sobre á quién pertenecia el señorío de aquella ciudad y provincia de Izzucan, por ausencia del que se habia ido á Méjico. E puesto que hubo algunas contradicciones y parcialidades entre un hijo bastardo del señor natural de la tierra, que habia sido muerto por Muteczuma, y puesto el que á la sazon era, y casádole con una sobrina suya; y entre un nieto del dicho señor natural, hijo de su hija legítima, la cual estaba casada con el señor de Guacachula, y habian habido aquel hijo, nieto del dicho señor natural de Izzucan, se acordó entre ellos que heredase el señorío aquel hijo del señor de Guacachula, que venia de legítima línea de los señores de allí. E puesto que el otro fuese hijo, que por ser bastardo[2] no debia de ser señor: así quedó. E obedecieron en mi presencia á aquel muchacho, que es de edad de hasta diez años; é que por no ser de edad para gobernar, que aquel su tio bastardo y otros tres principales, uno de la ciudad de Guacachula y los dos de la de Izzucan, fuesen gobernadores de la tierra y tuviesen el muchacho en su poder hasta tanto que fuese de edad para gobernar. Esta ciudad de Izzucan será de hasta tres ó cuatro mil vecinos; es muy concertada en sus calles y tratos; tenia cien casas de mezquitas y oratorios muy fuertes con sus torres, las cuales todas se quemaron. Está en un llano á la halda de un cerro mediano, donde tiene una muy buena fortaleza; y por la otra parte de hácia el llano, está cercada de un hondo rio que pasa junto á la cerca, y está cercada de la barranca del rio, que es muy alta, y sobre la barranca hecho un petril toda la ciudad en torno, tan alto como un estado; tenia por toda esta cerca muchas piedras. Tiene un valle redondo, muy fértil de frutas y algodon, que en ninguna parte de los puertos arriba se hace, por la gran frialdad; y allí es tierra caliente, y cáusalo que está muy abrigada de sierras: todo este valle se riega por muy buenas acequias, que tienen muy bien sacadas y concertadas.

En esta ciudad estuve hasta la dejar muy poblada y pacífica; é á ella vinieron asimismo á se ofrecer por vasallos de vuestra majestad el señor de una ciudad que se dice Guajocingo y el señor de otra ciudad que está á diez leguas de esta de Izzucan, y son fronteros de la

[1] Adarve es término arábigo, que es el espacio que hay en los muros donde se levantaban las almenas.

[2] Aquí se advierte que reconocian legítimo matrimonio, y excluian á los bastardos de la sucesion, como se manda en las leyes de España.

tierra de Méjico. Tambien vinieron de ocho pueblos de la provincia de Coastoaca [1], que es una de que en los capítulos antes deste hice mencion, que habian visto los españoles que yo envié á buscar oro á la provincia de Zuzula [2]; donde, y en la de Tamazula [3], porque está junto á ella, dije que habia muy grandes poblaciones y casas muy bien obradas, de mejor cantería que en ninguna de estas partes se habia visto; la cual dicha provincia de Coastoaca está cuarenta leguas de allí de Izzucan; é los naturales de los dichos ocho pueblos se ofrecieron asimismo por vasallos de vuestra alteza, é dijeron que otros cuatro que restaban en la dicha provincia vernian muy presto; é me dijeron que les perdonase porque antes no habian venido; que la causa habia sido no osar, por temor de los de Culúa; porque ellos nunca habian tomado armas contra mí, ni habian sido en muerte de ningun español. E que siempre, después que al servicio de vuestra alteza se habian ofrecido, habian sido buenos y leales vasallos suyos en sus voluntades; pero que no las habian osado manifestar por temor de los de Culúa. De manera que puede vuestra alteza ser muy cierto que, siendo nuestro señor servido en su real ventura, en muy breve tiempo se tornará á ganar lo perdido ó mucha parte dello, porque de cada dia se vienen á ofrecer por vasallos de vuestra majestad de muchas provincias y ciudades que antes eran sujetas á Muteczuma, viendo que los que así lo hacen son de mí muy bien recibidos y tratados, y los que al contrario, de cada dia destruidos.

De los que en la ciudad de Guacachula se prendieron, en especial de aquel herido, supe muy por extenso las cosas de la gran ciudad de Temixtitan, é cómo después de la muerte de Muteczuma habia sucedido en el señorío un hermano suyo, señor de la ciudad de Iztapalapa, que se llamaba Cuetravacin [4], el cual sucedió en el señorío porque murió en las puentes el hijo de Muteczuma que heredaba el señorío; y otros dos hijos suyos que quedaron vivos, el uno diz que es loco y el otro perlático, é á esta causa decian aquellos que habia heredado aquel hermano suyo; é tambien porque él nos habia hecho la guerra, y porque lo tenian por valiente, hombre muy prudente. Supe asimismo cómo se fortalecian así en la ciudad como en todas las otras de su señorío, y hacian muchas cercas y cavas y fosados, y muchos géneros de armas. En especial supe que hacian lanzas largas como picas para los caballos, é aun ya habemos visto algunas dellas, é porque en esta provincia de Tepeaca se hallaron algunas con que pelearon, y en los ranchos y aposentos en que la gente de Culúa estaba en Guacachula se hallaron asimismo muchas dellas. Otras muchas cosas supe, que por no dar á vuestra alteza importunidad, dejo.

Yo envio á la isla Española cuatro navíos para que luego vuelvan cargados de caballos y gente para nuestro socorro; é asimismo envio á comprar otros cuatro para que desde la dicha isla Española y ciudad de Santo Domingo traigan caballos y armas y ballestas y pólvora, porque esto es lo que en éstas partes es mas necesario; porque peones rodeleros aprovechan muy poco solos, por ser tanta cantidad de gente y tener tan fuertes y grandes ciudades y fortalezas; y escribo al licenciado Rodrigo de Figueroa y á los oficiales de vuestra alteza que residen en la dicha isla, que dén para ello todo el favor y ayuda que ser pudiere, porque así conviene mucho al servicio de vuestra alteza y á la seguridad de nuestras personas; porque viniendo esta ayuda y socorro, pienso volver sobre aquella gran ciudad y su tierra, é creo, como ya á vuestra majestad he dicho, que en muy breve tornará al estado en que antes yo la tenia, é se restaurarán las pérdidas pasadas. Y en tanto yo quedo haciendo doce bergantines para entrar por la laguna, y estáse labrando ya la tablazon [5] y piezas de ellos; porque así se han de llevar por tierra, porque en llegando se liguen y acaben en breve tiempo; é asimismo se hace clavazon para ellos, y está aparejada pez y estopa, y velas y remos, y las otras cosas para ello necesarias. E certifico á vuestra majestad que hasta conseguir este fin no pienso tener descanso ni cesar para ello todas las formas y maneras á mí posibles, posponiendo para ello todo el trabajo y peligro y costa que se me puede ofrecer.

Habrá dos ó tres dias que por carta del teniente que en mi lugar está en la villa de la Veracruz, supe cómo al puerto de la dicha villa habia llegado una carabela pequeña con hasta treinta hombres de mar y tierra, que diz que venia en busca de la gente que Francisco de Garay habia enviado á esta tierra, de que ya á vuestra alteza he hecho relacion, y cómo habia llegado con mucha necesidad de bastimentos; y tanta, que si no hobieran hallado allí socorro, se murieran de sed y hambre; é supe dellos cómo habia llegado al rio de Pánuco, y estado en él treinta dias surtos, y no habian visto gente en todo el rio ni tierra; de donde se cree que á causa de lo que allí sucedió se ha despoblado aquella tierra. E asimismo dijo la gente de la dicha carabela que luego tras ellos habian de venir otros dos navíos del dicho Francisco de Garay con gente y caballos, y que creian que eran ya pasados la costa ábajo; é parecióme que cumplia al servicio de vuestra alteza, porque aquellos navíos y gente que en ellos iba no se pierda, é yendo desproveidos de aviso de las cosas de la tierra, los naturales no hiciesen en ellos mas daño de lo que en los primeros hicieron, enviar la dicha carabela en busca de los dos navíos para que los avisen de lo pasado, y se viniesen al puerto de la dicha villa, donde el capitan que envió el dicho Francisco de Garay primero estaba esperándolos. Plega á Dios que los halle, y á tiempo que no hayan salido á tierra; porque, segun los naturales ya estaban sobre aviso, y los españoles sin él, temo recibirian mucho daño, y dello Dios nuestro Señor y vuestra alteza serian muy deservidos, porque seria encarnar mas aquellos perros de lo que están encarnados, y darles mas ánimo y osadía para acometer á los que adelante fueren.

En un capítulo antes destos he dicho cómo habia sa-

[1] Es Oaxaca.
[2] Puede ser Zacatula, del obispado de Michoacan.
[3] Tamazula está en la provincia de Sinaloa, á la costa del sur.
[4] Cuithahuatzin.
[5] Esto por constante tradicion se trabajó en un barrio de Hueyothipan, que llaman Cuausimalan, que quiere decir donde labran los palos.

bido que por muerte de Muteczuma habian alzado por señor á su hermano, que se dice Cuetravacin[1], el cual aparejaba muchos géneros de armas y se fortalecia en la gran ciudad y en otras ciudades cerca de la laguna. E ahora de poco acá he asimismo sabido que el dicho Cuetravacin ha enviado sus mensajeros por todas las tierras y provincias y ciudades sujetas á aquel señorío, á decir y certificar á sus vasallos que él les hace gracia por un año de todos los tributos y servicios que son obligados á le hacer, y que no le dén ni le paguen cosa alguna, con tanto que por todas las maneras que pudiesen hiciesen muy cruel guerra á todos los cristianos, hasta los matar ó echar de toda la tierra; é que asimismo la hiciesen á todos los naturales que fuesen nuestros amigos y aliados; y aunque tengo esperanza en nuestro Señor que en ninguna cosa saldrán con su intencion y propósito, hállome en muy extrema necesidad para socorrer y ayudar á los indios nuestros amigos, porque cada dia vienen de muchas ciudades y villas y poblaciones á pedir socorro contra los indios de Culúa, sus enemigos y nuestros, que les hacen guerra cuanta pueden, á causa de tener nuestra amistad y alianza, é yo no puedo socorrer á todas partes, como querria. Pero, como digo, placerá á nuestro Señor, suplirá nuestras pocas fuerzas, y enviará presto el socorro, así el suyo como el que yo envio á pedir á la Española.

Por lo que yo he visto y comprehendido cerca de la similitud que toda esta tierra tiene á España, así en la fertilidad como en la grandeza y frios que en ella hace, y en otras muchas cosas que le equiparan á ella, me pareció que el mas conveniente nombre para esta dicha tierra era llamarse la Nueva España del mar Océano; y así, en nombre de vuestra majestad se le puso aqueste nombre. Humildemente suplico á vuestra alteza lo tenga por bien y mande que se nombre así.

Yo he escrito á vuestra majestad, aunque mal dicho, la verdad de todo lo sucedido en estas partes y aquello que de mas necesidad hay de hacer saber á vuestra alteza; y por otra mia, que va con la presente, envio á suplicar á vuestra real excelencia mande enviar una persona de confianza que haga inquisicion y pesquisa de todo, é informe á vuestra sacra majestad dello; tambien en esta lo torno humildemente á suplicar, porque en tan señalada merced lo terné como en dar entero crédito á lo que escribo.

Muy alto y muy excelentísimo príncipe: Dios nuestro Señor la vida y muy real persona y muy poderoso estado de vuestra sacra majestad conserve y aumente por muy largos tiempos, con acrecentamiento de muy mayores reinos y señoríos, como su real corazon desea. — De la villa Segura de la Frontera desta Nueva España, á 30 de octubre de 1520 años. — De vuestra sacra majestad muy humilde siervo y vasallo, que los muy reales piés y manos de vuestra alteza besa. — *Fernan Cortés.*

Después de esta, en el mes de marzo primero que pasó, vinieron nuevas de la dicha Nueva España, cómo los españoles habian tomado por fuerza la grande ciudad de Temixtitan[2], en la cual murieron mas indios que en Jerusalen judíos en la destruccion que hizo Vespasiano; y en ella asimismo habia mas número de gente que en la dicha Ciudad Santa. Hallaron poco tesoro, á causa que los naturales lo habian echado y sumido en las aguas: solos docientos mil pesos tomaron; y quedaban muy fortalecidos en la dicha ciudad los españoles, de los cuales hay al presente en ella mil y quinientos peones y quinientos de caballo; é tiene mas de cien mil indios de los naturales de la tierra en el campo en su favor. Son cosas grandes y extrañas, y es otro mundo sin duda, que de solo verlo tenemos harta codicia los que á los confines dél estamos. Estas nuevas son hasta principio de abril de 1522 años, las que acá tenemos dignas de fe.

La presente carta de relacion fué impresa en la muy noble y muy leal ciudad de Sevilla por Jacobo Crombreger, aleman, á 8 dias de noviembre, año de 1522.

[1] Cuithahuatzin.

[2] Esta toma fué el dia de san Hipólito martir, 13 de agosto, año de 1521, con todas las fuerzas que tenia pensadas Hernan Cortés, bergantines que navegaron la laguna hasta Méjico, y los aliados de Tlaxcala y sus comarcas; era emperador Quaticmoc ó Quaticmoctzin, pues el *tzin* es reverencial, y este fué después muerto por los españoles; con lo que acabó el imperio mejicano.

CARTA TERCERA,

ENVIADA POR FERNANDO CORTÉS, CAPITAN Y JUSTICIA MAYOR DEL YUCATAN, LLAMADO LA NUEVA ESPAÑA DEL MAR OCÉANO, AL MUY ALTO Y POTENTÍSIMO CÉSAR Y INVICTÍSIMO SEÑOR DON CARLOS, EMPERADOR SEMPER AUGUSTO Y REY DE ESPAÑA, NUESTRO SEÑOR.

De las cosas sucedidas y muy dignas de admiracion en la conquista y recuperacion de la muy grande y maravillosa ciudad de Temixtitan, y de las otras provincias á ella sujetas, que se rebelaron. En la cual ciudad y dichas provincias el dicho capitan y españoles consiguieron grandes y señaladas victorias dignas de perpetua memoria. Asimismo hace relacion cómo han descubierto el mar del Sur, y otras muchas y grandes provincias muy ricas de minas de oro y perlas y piedras preciosas, y aun tiene noticia que hay especería.

Muy alto y potentísimo príncipe, muy católico y invictísimo emperador, rey y señor: Con Alonso de Mendoza[1], natural de Medellin, que despaché de esta Nueva España á 5 de marzo del año pasado de 521, hice segunda relacion á vuestra majestad de todo lo sucedido en ella; la cual yo tenia acabada de hacer á los 30 de octubre del año de 520; y á causa de los tiempos muy contrarios, y de perderse tres navíos que yo tenia para

[1] Este es el que llevó á España la relacion con treinta mil pesos de oro de quintos y de servicio, después de la guerra de Tepeaca.

enviar en el uno á vuestra majestad la dicha relacion, y en los otros dos enviar por socorro á la isla Española: Hubo mucha dilacion en la partida del dicho Mendoza, segun que tambien mas largo con él lo escribí á vuestra majestad, y en lo último de la dicha relacion hice saber á vuestra majestad cómo después que los indios de la ciudad de Temixtitan [1] nos habian echado por fuerza della, yo habia venido sobre la provincia de Tepeaca, que era sujeta á ellos y estaba rebelada, y con los españoles que habian quedado y con los indios nuestros amigos le habia hecho la guerra y reducido al servicio de vuestra majestad; y que como la traicion pasada y el gran daño y muertes de españoles estaban tan recientes en nuestros corazones, mi determinada voluntad era revolver sobre los de aquella gran ciudad, que de todo habia sido la causa; y que para ello comenzaba á hacer trece bergantines para por la laguna hacer con ellos todo el daño que pudiese, si los de la ciudad perseverasen en su mal propósito. Escribí á vuestra majestad que entre tanto que los dichos bergantines se hacian, y yo y los indios nuestros amigos nos aparejábamos para volver sobre los enemigos, enviaba á la dicha Española por socorro de gente y caballos y artillería y armas, y que sobre ello escribia á los oficiales de vuestra majestad que allí residen, y les enviaba dineros para todo el gasto y expensas que para el dicho socorro fuese necesario, y certifiqué á vuestra majestad que hasta conseguir victoria contra los enemigos no pensaba tener descanso ni cesar de poner para ello toda la solicitud posible, posponiendo cuanto peligro, trabajo y costa se me pudiese ofrecer, y que con esta determinacion estaba aderezando de me partir de la dicha provincia de Tepeaca.

Asimismo hice saber á vuestra majestad cómo al puerto de la villa de la Veracruz habia llegado una carabela de Francisco de Garay, teniente de gobernador de la isla de Jamáica, con mucha necesidad; la cual traia hasta treinta hombres, y que habian dicho que otros dos navíos eran partidos para el rio de Pánuco, donde habian desbaratado á un capitan del dicho Francisco de Garay, y que temian que si allá aportasen, habian de recibir daño de los naturales del dicho rio. E asimismo escribí á vuestra majestad que yo habia proveido luego de enviar una carabela en busca de los dichos navíos, para les dar aviso de lo pasado, é después que aquello escribí, plugo á Dios que el uno de los navíos llegó al dicho puerto de la Veracruz, en el cual venia un capitan con obra de ciento y veinte hombres, y allí se informó cómo los de Garay que antes habian venido habian sido desbaratados, y hablaron con el capitan que se halló en el desbarato, y se les certificó que si iba al dicho rio de Pánuco, no podia ser sin recibir mucho daño de los indios. Y estando así en el puerto con determinacion de se ir al dicho rio, comenzó un tiempo y viento muy recio, y hizo la nao salir, quebradas las amarras, y fué á tomar puerto doce leguas la costa arriba de la dicha villa, á un puerto que se dice San Juan; é allí, después de haber desembarcado toda la gente y siete ó ocho caballos y otras tantas yeguas que traian, dieron con el navío á la costa, porque hacia mucha agua; y como esto se me hizo saber, yo escribí luego al capitan dél haciéndole saber cómo á mí me habia pesado mucho de lo que le habia sucedido, y que yo habia enviado á decir al teniente de la dicha villa de la Veracruz, que á él y á la gente que consigo traia hiciese muy buen acogimiento y les diese todo lo que habian menester, y que viesen qué era lo que determinaban, y que si todos ó algunos dellos se quisiesen volver en los navíos que allí estaban, que les diese licencia y les despachase á su placer. Y el dicho capitan y los que con él vinieron determinaron de se quedar y venir adonde yo estaba; y del otro navío no hemos sabido hasta agora; y como há ya tanto tiempo, tenemos harta duda de su salvamento: plega á Dios lo haya llevado á buen puerto.

Estando para me partir de aquella provincia de Tepeaca, supe cómo dos provincias que se dicen Cecatami y Xalazingo [2], que son sujetas al señor de Temixtitan, estaban rebeladas, y que como de la villa de la Veracruz para acá es por allí el camino, habian muerto en ellas algunos españoles, y que los naturales estaban rebelados y de muy mal propósito. E por asegurar aquel camino, y hacer en ellos algun castigo, si no quisiesen venir de paz, despaché un capitan con veinte de caballo y docientos peones y con gente de nuestros amigos; al cual encargué mucho, y mandé de parte de vuestra majestad, que requiriese á los naturales de aquellas provincias que viniesen de paz á se dar por vasallos de vuestra majestad, como antes lo habian hecho, y que tuviese con ellos toda la templanza que fuese posible; y que si no quisiesen recibirle de paz, que les hiciese la guerra; y que hecha, y allanadas aquellas dos provincias, se volviese con toda la gente á la ciudad de Tascaltecal, adonde le estaria esperando. E así se partió entrante el mes de diciembre de 520, y siguió su camino para las dichas provincias, que están de allí veinte leguas.

Acabado esto, muy poderoso Señor, mediado el mes de diciembre del dicho año, me partí de la villa de Segura la Frontera, que es en la provincia de Tepeaca, y dejé en ella un capitan con sesenta hombres, porque los naturales de allí me lo rogaron mucho, y envié toda la gente de pié á la ciudad de Tascaltecal, adonde se hacian los bergantines, que está de Tepeaca nueve ó diez leguas, y yo con veinte de caballo me fuí aquel dia á dormir á la ciudad de Cholula [3], porque los naturales de allí deseaban mi venida; porque á causa de la enfermedad de las viruelas, que tambien comprehendió á los de estas tierras como á los de las islas, eran muertos muchos señores de allí, y querian que por mi mano y con su parecer y el mio se pusiesen otros en su lugar. E llegados allí, fuimos dellos muy bien recibidos; y después de haber dado conclusion á su voluntad en este negocio que he dicho, y haberles dado á entender cómo mi ca-

[1] Temoxtitlan, Méjico.

[2] Cecatami y Xalazingo, hoy llamado Xilonzingo.

[3] Cholula era la principal señoría ó república: fué poblada por los theochichimecas; en su cerro, hecho á mano, se sacrificaban cada año al demonio seis mil niños; estaba repartida en seis barrios, de los que tres, segun Torquemada, lib. 4, cap. 39, t. 1 de la *Monarquía indiana*, obedecian á Muteczuma, emperador de Méjico.

mino era para ir á entrar de guerra por las provincias de Méjico y Temixtitan, les rogué que, pues eran vasallos de vuestra majestad, y ellos, como tales, habian de conservar su amistad con nosotros, y nosotros con ellos, hasta la muerte, que les rogaba que para el tiempo que yo hubiese de hacer la guerra me ayudasen con gente, y que á los españoles que yo enviase á su tierra, y fuesen y viniesen por ella, les hiciesen el tratamiento que como amigos eran obligados. E después de habérmelo prometido así, y haber estado dos ó tres dias en su ciudad, me partí para la de Tascaltecal, que está á seis leguas; y llegado á ella, allí juntos todos los españoles y los de la ciudad, y hubieron mucho placer con mi venida. E otro dia todos los señores desta ciudad y provincia me vinieron á hablar y me decir cómo Magiscacin [1], que era el principal señor de todos ellos, habia fallecido de aquella enfermedad de las viruelas [2]; y bien sabian que por ser tan mi amigo me pesaria mucho; pero que allí quedaba un hijo suyo de hasta doce ó trece años, y que á aquel pertenecia el señorío del padre; que me rogaban que á él, como á heredero, se lo diese; y yo en nombre de vuestra majestad lo hice así, y todos ellos quedaron muy contentos.

Cuando á esta ciudad llegué, hallé que los maestros y carpinteros de los bergantines se daban mucha priesa en hacer la ligazon y tablazon para ellos, y que tenian hecha razonable obra; y luego proveí de enviar á la villa de la Veracruz por todo el hierro y clavazon que hobiese, y velas y jarcia y otras cosas necesarias para ellos; y proveí, porque no habia pez, la hiciesen ciertos españoles en una sierra cerca de allí; por manera que todo el recaudo que fuese necesario para los dichos bergantines estuviese aparejado, para que después que, placiendo á Dios, yo estuviese en las provincias de Méjico y Temixtitan, pudiese enviar por ellos desde allá, que serian diez ó doce leguas hasta la dicha ciudad de Tascaltecal; y en quince dias que en ella estuve no entendí en otra cosa, salvo en dar priesa á los maestros y en aderezar armas para dar órden en nuestro camino.

Dos dias antes de Navidad llegó el capitan con la gente de pié y de caballó que habian ido á las provincias de Cecatami y Xalazingo, y supe cómo algunos naturales dellas habian peleado con ellos; y que al cabo, dellos por voluntad, dellos por fuerza, habian venido de paz, y trujéronme algunos señores de aquellas provincias, á los cuales, no embargante que eran muy dignos de culpa por su alzamiento y muertes de cristianos, porque me prometieron que de ahí adelante serian buenos y leales vasallos de su majestad, yo en su real nombre les perdoné y los envié á su tierra; y así se concluyó aquella jornada, en que vuestra majestad fué muy servido, así por la pacificacion de los naturales de allí, como por la seguridad de los españoles que habian de ir y venir por las dichas provincias á la villa de la Veracruz.

El segundo dia de la dicha pascua de Navidad hice alarde en la dicha ciudad de Tascaltecal, y hallé cuarenta de caballo y quinientos y cincuenta peones, los ochenta dellos ballesteros y escopeteros, y ocho ó nueve tiros de campo, con bien poca pólvora; y hice de los de caballo cuatro cuadrillas, de diez en diez cada una, y de los peones hice nueve capitanías de á sesenta españoles cada una; y á todos juntos en el dicho alarde les hablé, y dije que ya sabian cómo ellos y yo, por servir á vuestra sacra majestad, habiamos poblado en esta tierra, y que ya sabian cómo todos los naturales della se habian dado por vasallos de vuestra majestad y como tales habian perseverado algun tiempo, recibiendo buenas obras de nosotros, y nosotros dellos; y cómo sin causa ninguna todos los naturales de Culúa, que son los de la gran ciudad de Temixtitan y los de todas las otras provincias á ellas sujetas, no solamente se habian rebelado contra vuestra majestad mas aun nos habian muerto muchos hombres, deudos y amigos nuestros, y nos habian echado fuera de toda su tierra; y que se acordasen de cuántos peligros y trabajos habiamos pasado, y viesen cuánto convenia al servicio de Dios y de vuestra católica majestad tornar á cobrar lo perdido, pues para ello teniamos de nuestra parte justas causas y razones; lo uno, por pelear en aumento de nuestra fe y contra gente bárbara [3]; y lo otro, por servir á vuestra majestad; y lo otro, por seguridad de nuestras vidas; y lo otro, porque en nuestra ayuda teniamos muchos de los naturales nuestros amigos, que eran causas potísimas para animar nuestros corazones: por tanto, que les rogaba que se alegrasen y esforzasen, y que porque yo, en nombre de vuestra majestad, habia fecho ciertas ordenanzas para la buena órden y cosas tocantes á la guerra, las cuales luego allí fice pregonàr públicamente, y que tambien les rogaba que las guardasen y cumpliesen, porque dello redundaria mucho servicio á Dios y á vuestra majestad. Y todos prometieron de lo facer y cumplir así, y que de muy buena gana querian morir por nuestra fe y por servicio de vuestra majestad, ó tornar á recobrar lo perdido, y vengar tan gran traicion como nos habian hecho los de Temixtitan y sus aliados. Y yo, en nombre de vuestra majestad, se lo agradecí; y así, con mucho placer nos volvimos á nuestras posadas aquel dia del alarde.

Otro dia siguiente; que fué dia de san Juan Evangelista, hice llamar á todos los señores de la provincia de Tascaltecal; y venidos, díjeles que ya sabian cómo yo me habia de partir otro dia para entrar por la tierra de nuestros enemigos, y que ya veian cómo la ciudad de Temixtitan no se podia ganar sin aquellos bergantines que allí se estaban faciendo; que les rogaba que á los maestros dellos y á los otros españoles que allí dejaba,

[1] Gobernador de Tlaxcala, señor de Ocoteiulco: sirvió mucho á Cortés y le hospedó en su casa, y se llamó Lorenzo en el bautismo.

[2] Las viruelas era un mal no conocido entre los indios, y dicen que le trajo un negro de Narvaez. (Torquem. t. 1, lib. 4, cap. 80.)

[3] Este fué el principal fin que siempre tuvo Cortés; este el que movió á la reina Católica doña Isabel para dar su permiso; este el que persuadió á la misma Reina el gran cardenal don Pedro de Mendoza con estas palabras: «Señora, en dar la licencia y naves y gente poco se va á perder, y si se gana aquella tierra, se va á adelantar mucho.» Esta misma máxima siguió después el gran cardenal don fray Francisco Jimenez de Cisneros, confesor de la misma reina Católica doña Isabel; este promovió el gran Cárlos I, y V del imperio, conforme á una cláusula del testamento de la Reina Católica, enriqueciendo con ornamentos y vasos sagrados á las iglesias de Nueva-España, que hoy se conservan, y edificando muchas con la mayor magnificencia y estructura admirable.

les diesen lo que hobiesen menester, y les ficiesen el buen tratamiento que siempre nos habian fécho, y que estuviesen aparejados para cuando yo, desde la ciudad de Tasaico [1], si Dios nos diese victoria, enviase por la ligazon y tablazon y otros aparejos de los dichos bergantines. Y ellos me prometieron que así lo farian, y que tambien querian ahora enviar gente de guerra conmigo, y que para cuando fuesen con los bergantines, ellos todos irian con toda cuanta gente tenian en su tierra, y que querian morir donde yo muriese, ó vengarse de los de Culúa, sus capitales enemigos. E otro dia, que fueron 28 de diciembre, dia de los Inocentes, me partí con toda la gente puesta en órden, y fuimos á dormir a seis léguas de Tascaltecal, en una poblacion que se dice Tezmoluca, que es de la provincia de Guajocingo, los naturales de la cual han siempre tenido y tienen con nosotros la misma amistad y alianza que los naturales de Tascaltecal; y allí reposamos aquella noche.

En la otra relacion, muy católico Señor, dije cómo habia sabido que los de las provincias de Méjico y Temixtitan aparejaban muchas armas, y hacian por toda su tierra muchas cavas y albarradas y fuerzas para nos resistir la entrada, porque ya ellos sabian que yo tenia voluntad de revolver sobre ellos. E yo, sabiendo esto, y cuán mañosos y ardides son en las cosas de la guerra, habia muchas veces pensado por dónde podriamos entrar para tomarlos con algun descuido. E porque ellos sabian que nosotros teniamos noticia de tres caminos [2] ó entradas, por cada una de las cuales podiamos dar en su tierra, acordé de entrar por este de Tesmoluca, porque como el puerto dél era mas agro y fragoso que los de las otras entradas, tenia creido que por allí no terniamos mucha resistencia ni ellos no estarian tan sobre aviso. E otro dia después de los Inocentes, habiendo oido misa y encomendádonos á Dios, partimos de la dicha poblacion de Tesmoluca, y yo tomé la delantera con diez de caballo y sesenta peones ligeros y hombres diestros en la guerra; é comenzamos á seguir nuestro camino el puerto arriba con toda la órden y concierto que nos era posible, y fuimos á dormir á cuatro leguas de la dicha poblacion en lo alto del puerto, que era ya término de los de Culúa; y aunque hacia grandísimo frio en él, con la mucha leña que habia nos remediamos aquella noche, é otro dia domingo por la mañana comenzamos á seguir nuestro camino por el llano del puerto, y envié cuatro de caballo y tres ó cuatro peones para que descubriesen la tierra; é yendo nuestro camino, comenzamos de abajar el puerto, y yo mandé que los de caballo fuesen delante, y luego los ballesteros y escopeteros; y así en su órden la otra gente; porque, por muy descuidados que tomásemos los enemigos, bien teniamos por cierto que nos habian de salir á recibir al camino, por tenernos ordida alguna celada ó otro ardid para nos ofender. E como los cuatro de caballo y los cuatro peones siguieron su camino, halláronle cerrado de árboles y rama, y cortados y atravesados en él muy grandes y gruesos pinos y cipreses [3], que parecia que entonces se acababan de cortar; y creyendo que el camino adelante no estaria de aquella manera, procuraron de seguir su camino, y cuanto mas iban, mas cerrados de pinos y de rama le hallaban. E como por todo el puerto iba muy espeso de árboles y matas grandes, y el camino hallaban con aquel estorbo, pasaban adelante con mucha dificultad [4]; é viendo que el camino estaba de aquella manera, hobieron muy gran temor, y creian que tras cada árbol estaban los enemigos. E como á causa de las grandes arboledas no se podian aprovechar de los caballos, cuanto mas adelante iban, mas el temor se les aumentaba. E ya que desta manera habian andado gran rato, uno de los cuatro de caballo dijo á los otros: Hermanos, no pasemos mas adelante si os parece, que será bien, y volvamos á decir al capitan el estorbo que hallamos, y el peligro grande en que todos venimos por no nos poder aprovechar de los caballos; y si no, vamos adelante; que ofrecida tengo mi vida á la muerte tan bien como todos, hasta dar fin á esta jornada. E los otros respondieron que bueno era su consejo, pero que nos les parecia bien volver á mí hasta ver alguna gente de los enemigos, ó saber qué tanto duraba aquel camino. E comenzaron á pasar adelante; y como vieron que duraba mucho, detuviéronse, y con uno de los peones ficiéronme saber lo que habian visto; y como yo traia la avanguarda con la gente de caballo, encomendándonos á Dios, seguimos por aquel mal camino [5] adelante, y envié á decir á los de la retroguarda que se diesen mucha priesa y que no tuviesen temor; porque presto saldriamos á lo raso. E como encontré á los cuatro de caballo, comenzamos de pasar adelante, aunque con harto estorbo y dificultad; y al cabo de media legua plugo á Dios que abajamos á lo raso, y allí me reparé á esperar la gente, y llegados, díjeles á todos que diesen gracias á nuestro Señor, pues nos habia traido en salvo hasta allí, de donde comenzamos á ver [6] todas las provincias de Méjico y Temixtitan que están en las lagunas y en torno dellas. Y aunque hobimos mucho placer en las ver, considerando el daño pasado que en ellas habiamos recibido, representósenos alguna tristeza por ello, y prometimos todos de nunca della salir sin victoria, ó dejar allí las vidas. Y con esta determinacion íbamos todos tan alegres como si fuéramos á cosa de mucho placer. Y como ya los enemigos nos sintieron, comenzaron de improviso á hacer muchas y grandes ahumadas por toda la tierra; y yo

1 Tezcuco.

2 Desde Tlaxcala á Méjico podian venir, ó entre el volcan y la sierra, ó al lado desta por Riofrio, ó por Calpulalpa: este no es el que eligió para acometer á la ciudad, sino que pasó entre el volcan y sierra.

3 Hay cipreses en esta América propiamente tales como los de España, y otros que son casi lo mismo y llaman *ahuehuetes*. En Atlisco he visto uno que dentro la concavidad del tronco caben doce ó trece hombres á caballo, y en presencia de los ilustrísimos señores arzobispos de Goatemala y obispo de la Puebla entraron dentro mas de cien muchachos, y aun cabian mas.

4 A doce leguas de Méjico, poco mas, están los dos volcanes, el mas alto es de fuego, el otro es de agua, y le llaman la Sierra; y en alguna ocasion ha arrojado gran copia de aguas, que han asustado á Méjico; el de Orizaba es mas alto, y el de Toluca es muy frio, estos tres principales volcanes de Méjico, Orizaba y Toluca se están viendo desde lo alto.

5 Y tan malo, que es admiracion el que bajasen por él.

6 Desde la falda del volcan se ve á Méjico en un dia claro.

torné á rogar y encomendar mucho á los españoles que hiciesen como siempre habian hecho y como se esperaba de sus personas, y que nadie no se desmandase, y que fuesen con mucho concierto y órden por su camino. E ya los indios comenzaban á darnos grita de unas estancias y poblaciones pequeñas, apellidando á toda la tierra, para que se juntase gente y nos ofendiesen en unas puentes y malos pasos que por allí habia. Pero nosotros nos dimos tanta priesa, que sin que tuviesen lugar de se juntar, ya estábamos abajo en todo lo llano. Y yendo así, pusiéronse adelante en el camino ciertos escuadrones de indios, é yo mandé á quince de caballo que rompiesen por ellos, y así fueron alanceando en ellos y mataron algunos, sin recibir ningun peligro. E comenzamos á seguir nuestro camino para la ciudad de Tesáico [1], que es una de las mayores y mas hermosas que hay en todas estas partes. E como la gente de pié venia algo cansada, y se hacia tarde, dormimos en una poblacion que se dice Coatepeque, que es sujeta á esta ciudad de Tesáico, y está della tres leguas, y hallámosla despoblada. E aquella noche tuvimos pensamiento que, como esta ciudad y su provincia, que se dice Aculuacan, es muy grande y de tanta gente, que se puede bien creer que habia en ella á la sazon mas de ciento y cincuenta mil hombres [2], que quisieran dar sobre nosotros; é yo con diez de caballo comencé la vela y ronda de la prima, y hice que toda la gente estuviese muy apercibida.

E otro dia lúnes, al último de diciembre, seguimos nuestro camino por la órden acostumbrada, y á un cuarto de legua desta poblacion de Coatepeque, yendo todos en harta perplejidad, y razonando con nosotros si saldrian de guerra ó de paz los de aquella ciudad, teniendo por mas cierta la guerra, salieron al camino cuatro indios principales con una bandera de oro en una vara, que pesaba cuatro marcos de oro, é por ella daban á entender que venian de paz [3]; la cual Dios sabe cuánto deseábamos y cuánto la habiamos menester, por ser tan pocos y tan apartados de cualquier socorro, y metidos en las fuerzas de nuestros enemigos. E como vi aquellos cuatro indios, al uno de los cuales yo conocia, hice que la gente se detuviese, y llegué á ellos. E después de nos haber saludado, dijéronme que ellos venian de parte del señor de aquella ciudad y provincia, el cual se decia Guanacacin [4], y que de su parte me rogaban que en su tierra no hiciese ni consintiese hacer daño alguno; porque de los daños pasados que yo habia recibido, los culpantes eran los de Temixtitan, y no ellos, y que ellos querian ser vasallos de vuestra majestad y nuestros amigos, porque siempre guardarian y conservarian nuestra amistad; y que nos fuésemos á la ciudad, y que en sus obras conoceriamos lo que teniamos en ellos. Yo les respondí con las lenguas que fuesen bien venidos; que yo holgaba con toda paz y amistad suya; y que ya que ellos se excusaban de la guerra que me habian dado en la ciudad de Temixtitan, que bien sabian que á cinco ó seis leguas de allí de la ciudad de Tesáico [5], en ciertas poblaciones á ella sujetas, me habian muerto la otra vez cinco de caballo y cuarenta y cinco peones, y mas de trecientos indios de Tascaltecal que venian cargados, y nos habian tomado mucha plata y oro y ropas y otras cosas; que por tanto, pues no se podian excusar desta culpa, que la pena fuese volvernos lo nuestro; é que desta manera, aunque todos eras dignos de muerte por haber muerto tantos cristianos, yo queria paz con ellos, pues me convidaban á ella; pero que de otra manera yo habia de proceder contra ellos por todo rigor. Ellos me respondieron que todo lo que allí se habia tomado lo habian llevado el señor y los principales de Temixtitan; pero que ellos buscarian todo lo que pudiesen, y me lo darian. E preguntáronme si aquel dia iria á la ciudad ó me aposentaria en una de dos poblaciones que son como arrabales de la dicha ciudad, las cuales se dicen Coatinchan y Guaxuta [6], que están á una legua y media della, y siempre va todo poblado; lo cual ellos deseaban por lo que adelante sucedió. Y yo les dije que no me habia de detener hasta llegar á la dicha ciudad de Tesáico; y ellos dijeron que fuese en buen hora, y que se querian ir adelante á aderezar la posada para los españoles y para mí; y así, se fueron; y llegando á estas dos poblaciones, saliéronnos á recibir algunos principales dellas y á darnos de comer; y á hora de mediodía llegamos al cuerpo de la ciudad, donde nos habiamos de aposentar, que era en una casa grande que habia sido de su padre de Guanacacin, señor de la dicha ciudad. Y antes que nos aposentásemos, estando toda la gente junta, mandé apregonar, so pena de muerte, que ninguna persona sin mi licencia saliese de la dicha casa y aposentos; la cual es tan grande, que aunque fuéramos doblados los españoles, nos pudiéramos aposentar bien á placer en ella. Y esto hice porque los naturales de la dicha ciudad se asegurasen y estuviesen en sus casas; porque me parecia que no viamos la décima parte de la gente que solia haber en la dicha ciudad, ni tampoco veiamos mujeres ni niños, que era señal de poco sosiego.

Este dia que entramos en esta ciudad, que fué víspera de año nuevo, después de haber entendido en nos apo-

[1] Tezcuco, atravesando por las faldas de los montes, en que están Huexothla, Coathlinchan y Coatepec, que es el que aquí nombra.

[2] Aun hoy está muy poblada, y hay muchos pueblos en las cercanías de Tezcuco con haciendas muy hermosas.

[3] Los de Tezcuco por esta fidelidad tienen muchos privilegios.

[4] Conozco á unos indios caciques que tienen unos ranchos como descendientes de los señores de Tezcuco, y les llaman de apellido Sanchez, y está así declarado por la Real Audiencia: viven en la doctrina de Coathlinchan.

[5] Tezcuco fué reino separado del de Méjico antes de venir Cortés, que perdió su monarca por la division que hubo cuando quisieron heredarle tres hermanos, y el último rey de Tezcuco fué Nezahualpilli, padre del señor que mandaba cuando entró Hernan Cortés.

[6] Coathlinchan y Huexothla, y todo parece una poblacion desde Chiautla y Tezcuco hasta Coatepec, por la continuacion de pueblos y haciendas. En Tezcuco se reconocen hoy fragmentos de la casa del señor junto á la parroquia, y un grande estanque. En Huexothla se ven mayores, y una cerca ó muralla de admirable estructura, pero muy arruinada: era casa de recreo y al mismo tiempo fortificacion bien hecha, y la muralla mejor que algunas de las ciudades de España, muy alta, de mamposteria, y en el último cuerpo piedra labrada como bollos de chocolate; á la piedra llaman *tesonthle*, y toda es igual, como de un palmo de largo poco mas, metida la punta contra la muralla y á lo exterior solo sale la figura redonda.

sentar, todavía algo espantados de ver poca gente, y esa que viamos muy rebotados, teniamos pensamiento que de temor dejaban de aparecer y andar por su ciudad, y con esto estábamos algo descuidados. E ya que era tarde, ciertos españoles se subieron á algunas azoteas altas, de donde podian sojuzgar toda la ciudad, y vieron cómo todos los naturales della la desamparaban, y unos con sus haciendas se iban á meter en la laguna con sus canoas, que ellos llaman acales, y otros se subieron á las sierras. E aunque yo luego mandé proveer en estorbarles la ida, como era ya tarde, y sobrevino luego la noche, y ellos se dieron mucha priesa, no aprovechó cosa ninguna. E así, el señor de la dicha ciudad, que yo deseaba como á la salvacion haberle á las manos, con muchos de los principales della, se fueron á la ciudad de Temixtitan, que está de allí por la laguna seis leguas, y llevaron consigo cuanto tenian. E á esta causa, por hacer á su salvo lo que querian, salieron á mí los mensajeros que arriba dije, para me detener algo y que no entrase haciendo daño; y por aquella noche nos dejaron, así á nosotros como á su cindad.

Después de haber estado tres dias desta manera en esta ciudad, sin haber recuentro alguno con los indios, porque por entonces ni ellos osaban venirnos á acometer, ni nosotros curábamos de salir lejos á los buscar, porque mi final intencion era, siempre que quisiesen venir de paz, recibirlos, y á todos tiempos requerirles con ella, viniéronme á fablar el señor de Coatinchan y Guaxuta, y el de Autengo[1], que son tres poblaciones bien grandes, y están, como he dicho, incorporadas y juntas á esta ciudad, y dijéronme llorando que los perdonase porque se habian ausentado de su tierra; y que en lo demás, ellos no habian peleado conmigo, á lo menos por su voluntad; y que ellos prometian de hacer de ahí adelante todo lo que en nombre de vuestra majestad les quisiese mandar. Yo les dije por las lenguas que ya ellos habian conocido el buen tratamiento que siempre les hacia, y que en dejar su tierra y en lo demás, que ellos tenian la culpa; y que pues me prometian ser nuestros amigos, que poblasen sus casas y trujesen sus mujeres é hijos, y que como ellos ficiesen las obras, así los trataria; y así, se volvieron, á nuestro parecer no muy contentos.

Como el señor de Méjico y Temixtitan y todos los otros señores de Culúa (que cuando este nombre de Culúa se dice, se ha de entender por todas las tierras y provincias destas partes, sujetas á Temixtitan) supieron que aquellos señores de aquellas poblaciones se habian venido á ofrecer por vasallos de vuestra majestad, enviáronles ciertos mensajeros, á los cuales mandaron que les dijesen que lo habian fecho muy mal; y que si de temor era, que bien sabian que ellos eran muchos, y tenian tanto poder, que á mí y á todos los españoles y á todos los de Tascaltecal nos habian de matar, y muy presto; y que si por no dejar sus tierras lo habian hecho, que las dejasen y se fuesen á Temixtitan, y allá les darian otras mayores y mejores poblaciones donde viviesen. Estos señores de Coatinchan y Guaxuta tomaron á los mensajeros, y atáronlos y trujéronmelos; y luego confesaron que ellos habian venido de parte de los señores de Temixtitan; pero que habia sido para les decir que fuesen allá para como terceros, pues eran mis amigos, á entender en las paces entre ellos y mí; y los de Guaxuta y Coatinchan dijeron que no era así, y que los de Méjico y Temixtitan no querian sino guerra; y aunque yo les dí crédito, y aquella era la verdad, porque deseaba atraer á los de la ciudad á nuestra amistad, porque della dependia la paz ó la guerra de las otras provincias que estaban alzadas, fice desatar aquellos mensajeros, y díjeles que no tuviesen temor, porque yo les queria tornar á enviar á Temixtitan; y que les rogaba que dijesen á los señores que yo no queria guerra con ellos, aunque tenia mucha razon, y que fuésemos amigos, como antes lo habiamos sido; y por mas los asegurar y atraer al servicio de vuestra majestad, les envié á decir que bien sabia que los principales que habian sido en hacerme la guerra pasada eran ya muertos, y que lo pasado fuese pasado, y que no quisiesen dar causa á que destruyese sus tierras y ciudades, porque me pesaba mucho dello; y con esto solté estos mensajeros, y se fueron prometiendo de me traer respuesta. Los señores de Coatinchan y Guaxuta y yo quedamos por esta buena obra mas amigos y confederados, y yo, en nombre de vuestra majestad, les perdoné los yerros pasados; y así, quedaron contentos.

Después de haber estado en esta ciudad de Tesáico[2] siete ó ocho dias sin guerra ni reencuentro alguno, fortaleciendo nuestro aposento y dando órden en otras cosas necesarias para nuestra defension y ofensa de los enemigos, y viendo que ellos no venian contra mí, salí de la dicha ciudad con docientos españoles, en los cuales habia diez y ocho de caballo, y treinta ballesteros y diez escopeteros, y con tres ó cuatro mil indios nuestros amigos, y fuí por la costa de la laguna hasta una ciudad que se dice Iztapalapa[3], que está por el agua dos leguas de la gran ciudad de Temixtitan y seis desta de Tesáico; la cual dicha ciudad será de hasta diez mil vecinos, y la mitad della, y aun las dos tercias partes, puestas en el agua; y el señor della, que era hermano de Muteczuma, á quien los indios después de su muerte habian alzado por señor, habia sido el principal que nos habia hecho la guerra y echado fuera de la ciudad. E así por esto, como porque habia sabido que estaban de muy mal propósito los desta ciudad de Iztapalapa, determiné de ir á ellos. E como fuí sentido de la gente della bien dos leguas antes que llegase, luego parecieron en el campo algunos indios de guerra, y otros por la laguna en sus canoas; y así, fuimos todas aquellas dos leguas revueltos peleando, así con los de la tierra como con los que salian del agua, fasta que llegamos á la dicha ciudad. E antes, casi dos tercios de legua, abrian una calzada, como presa, que está entre la laguna dulce y la salada[4], segun que por la figura de la ciu-

[1] Coathlinchan, Huexothla y Atengo, que hoy es parroquia principal y se llama Tenango Tepopula.

[2] Tezcuco.

[3] Así se llama hoy por la sal ó tequesquite que se coge de la haz de la tierra; hoy tiene corta poblacion como de trecientos vecinos; pero se ven claramente las ruinas de las casas del hermano de Muteczuma cerca de donde está la parroquia, mirando á la laguna de Tezcuco.

[4] Se ha dicho en la otra carta que por un lado del sur llega á

dad de Temixtitan, que yo envié á vuestra majestad, se podrá haber visto. E abierta la dicha calzada ó presa, comenzó con mucho ímpetu á salir agua de la laguna salada y correr hácia la dulce, aunque están las lagunas desviadas la una de la otra mas de media legua, y no mirando en aquel engaño, con la codicia de la victoria que llevábamos, pasamos muy bien, y seguimos nuestro alcance fasta entrar dentro, revueltos con los enemigos, en la dicha ciudad. E como estaban ya sobre el aviso, todas las casas de la Tierra-Firme estaban despobladas, y toda la gente y despojo dellas metidos en las casas de la laguna, y allí se recogieron los que iban huyendo, y pelearon con nosotros muy reciamente; pero quiso nuestro Señor dar tanto esfuerzo á los suyos, que les entramos fasta los meter por el agua, á las veces á los pechos, y otras nadando, y les tomamos muchas casas de las que están en el agua, y murieron dellos mas de seis mil ánimas entre hombres y mujeres y niños; porque los indios nuestros amigos, vista la victoria que Dios nos daba, no entendian en otra cosa sino en matar á diestro y á siniestro. E porque sobrevino la noche, recogí la gente y puse fuego á algunas de aquellas casas; y estándolas quemando, pareció que nuestro Señor me inspiró y trujo á la memoria la calzada ó presa que habia visto rota en el camino, y representóseme el gran daño que era; y á mas andar, con mi gente junta, me torné á salir de la ciudad, ya noche bien obscuro. Cuando llegué á aquella agua, que serian casi las nueve de la noche, habia tanta y corria con tanto ímpetu, que la pasamos á volapié [1], y se ahogaron algunos indios de nuestros amigos, y se perdió todo el despojo que en la ciudad se habia tomado; y certifico á vuestra majestad que si aquella noche no pasáramos el agua, ó aguardáramos tres horas mas, que ninguno de nosotros escapara [2], porque quedábamos cercados de agua, sin tener paso por parte ninguna. E cuando amaneció, vimos cómo el agua de la una laguna estaba en el peso de la otra, y no corria mas, y toda la laguna salada estaba llena de canoas con gente de guerra, creyendo de nos tomar allí. E aquel dia me volví á Tesáico, peleando algunos ratos con los que salian de la mar, aunque poco daño les podíamos hacer, porque se acogian luego á las canoas; y llegando á la ciudad de Tesáico, hallé la gente que habia dejado, muy segura y sin haber habido reencuentro alguno, y hobieron mucho placer con nuestra venida y victoria. E otro dia que llegamos falleció un español que vino herido, y aun fué el primero que en campo los indios me han muerto fasta agora.

Otro dia siguiente vinieron á esta ciudad ciertos mensajeros de la ciudad de Otumba [3] y otras cuatro ciudades que están junto á ella, las cuales están á cuatro y á cinco y á seis leguas de Tesáico; y dijéronme que me rogaban les perdonase la culpa, si alguna tenian por la guerra pasada que me se habia fecho; porque allí en Otumba fué donde se juntó todo el poder de Méjico y Temixtitan cuando saliamos desbaratados della, creyendo que nos acabaran. E bien vian estos de Otumba que no se podian relevar de culpa, aunque se excusaban con decir que habian sido mandados; é para me inclinar mas á benevolencia, dijéronme que los señores de Temixtitan les habian enviado mensajeros á les decir que fuesen de su parcialidad y que no ficiesen ninguna amistad con nosotros; si no, que vernian sobre ellos y los destruirian; y que ellos querian ser antes vasallos de vuestra majestad y facer lo que yo les mandase. E yo les dije que bien sabian ellos cuán culpantes eran en lo pasado, y que para que yo les perdonase y creyese lo que me decian, que me habian de traer atados primero aquellos mensajeros que decian, y á todos los naturales de Méjico y Temixtitan que estuviesen en su tierra, y que de otra manera yo no los habia de perdonar; y que se volviesen á sus casas y las poblasen, y ficiesen obras por donde yo conociese que eran buenos vasallos de vuestra majestad, y aunque pasamos otras razones, no pudieron sacar de mí otra cosa; y así, se volvieron á su tierra, certificándome que ellos harian siempre lo que yo quisiese; é de ahí adelante siempre han sido y son leales y obedientes al servicio de vuestra majestad.

En la otra relacion, muy venturoso y excelentísimo Príncipe, dije á vuestra majestad cómo al tiempo que me desbarataron y echaron de la ciudad de Temixtitan sacaba conmigo un hijo y dos hijas de Muteczuma, y al señor de Tesáico [4], que se decia Cacamacin, y á dos hermanos suyos, y á otros muchos señores que tenia presos, y cómo á todos los habian muerto los enemigos, aunque eran de su propria nacion, y sus señores algunos dellos, excepto á los dos hermanos del dicho Cacamacin, que por gran ventura se pudieron escapar; y el uno destos dos hermanos, que se decia Ipacsuchil, y en otra manera Cucascacin, al cual de antes yo, en nombre de vuestra majestad y con parecer de Muteczuma, habia hecho señor desta ciudad de Tesáico y provincia de Aculuacan, al tiempo que yo llegué á la provincia de Tascaltecal, teniéndolo en son de preso, se soltó y se volvió á la dicha ciudad de Tesáico; y como ya en ella habian alzado por señor á otro hermano suyo, que se dice Guanacacin, de que arriba se ha hecho mencion, dicen que hizo matar al dicho Cucascacin, su hermano, desta manera: que como llegó á la dicha provincia de Tesáico, las guardas lo tomaron, y hiciéronlo saber á Guanacacin, su señor; el cual tambien lo hizo saber al señor de Temixtitan; el cual, como supo que el dicho Cucascacin era venido, creyó que no se pudiera haber soltado, y que debia de ir de nuestra parte para desde allá darnos algun aviso; y luego envió á mandar al dicho Guanacacin que matasen al dicho Cucascacin, su hermano, el cual lo hizo así sin lo dilatar; el otro, que era hermano menor que ellos, se quedó conmigo, y como era muchacho, imprimió

Iztapalapa la laguna de Chalco, que es de agua dulce, y por el norte la de Tezcuco, que es salada.

1 Volapié, esto es, con tanta ligereza, que no hacian pié. (*Diccionario de la lengua española.*)

2 Parte del pueblo de Iztapalapa está en tierra y parte en agua, y los indios soltaron los diques para la comunicacion de las dos lagunas.

3 Así se llama hoy, y cerca della está San Juan Theothihuacan, Axapusco, Quathlanzingo, que antes fué muy grande, y Ostoticpac y Tecpayucan, Xaltepec, Nopaltepec y la hacienda de Ometusco.

4 El señor de Tezcuco Cacamacin era deudo de Muteczuma y su tributario, hijo de Nezahualpilli, en quien cesó la especie de soberanía, y recayó en Muteczuma.

mas en él nuestra conversacion y tornóse cristiano [1], y pusímosle nombre don Fernando; y al tiempo que yo partí de la provincia de Tascaltecal para estas de Méjico y Temixtitan, dejéle allí con ciertos españoles, y de lo que con él después sucedió, adelante haré relacion á vuestra majestad.

El dia siguiente que vine de Iztapalapa á esta ciudad de Tesáico, acordé de enviar á Gonzalo de Sandoval [2], alguacil mayor de vuestra majestad, por capitan, con veinte de caballo y docientos hombres de pié, entre ballesteros y escopeteros y rodeleros, para dos efetos muy necesarios; el uno, para que echasen fuera desta provincia á ciertos mensajeros que yo enviaba á la ciudad de Tascaltecal para saber en qué términos andaban los trece bergantines que allí se hacian, y proveer otras cosas necesarias, así para los de la villa de la Veracruz, como para los de mi compañía; y el otro, para asegurar aquella parte, para que pudiesen ir y venir los españoles seguros; porque por entonces ni nosotros podiamos salir desta provincia de Aculuacan sin pasar por tierra de los enemigos, ni los españoles que estaban en la villa y en otras partes podian venir á nosotros sin mucho peligro de los contrarios. E mandé al dicho alguacil mayor que, después de puestos los mensajeros en salvo, llegase á una provincia que se dice Calco [3], que confina con esta de Aculuacan, porque tenia certificacion que los naturales de aquella provincia, aunque eran de la liga de los de Culúa, se querian dar por vasallos de vuestra majestad, y que no lo osaban hacer á causa de cierta guarnicion de gente que los de Culúa tenian puesta cerca dellos. Y el dicho capitan se partió, y con él iban todos los indios de Tascaltecal que nos habian traido nuestro fardaje, y otros que habian venido á ayudarnos y habian habido algun despojo en la guerra. E como se adelantaron un poco adelante, el dicho capitan, creyendo que en venir en la rezaga los españoles, los enemigos no osarian salir á ellos; como los vieron los contrarios que estaban en los pueblos de la laguna y en la costa della, dieron en la rezaga de los de Tascaltecal, y quitáronles el despojo, y aun mataron algunos dellos. E como el dicho capitan llegó con los de caballo y con los peones, dieron muy reciamente en ellos, y alancearon y mataron muchos, y los que quedaron, desbaratados, se acogieron al agua y á otras poblaciones que están cerca della; y los indios de Tascaltecal se fueron á su tierra con lo que les quedó, y tambien los mensajeros que yo enviaba; y puestos todos en salvo, el dicho Gonzalo de Sandoval siguió su camino para la dicha provincia de Calco, que era bien cerca de allí. E otro dia de mañana juntóse mucha gente de los enemigos para los salir á recibir; y puestos los unos y los otros en el campo, los nuestros arremetieron contra los enemigos, y desbaratáronles dos escuadrones con los de caballo [4], en tal manera, que en poco rato les dejaron el campo, y fueron quemando y matando en ellos. Y fecho esto, y desembarazado aquel camino, los de Calco salieron á recibir á los españoles, y los unos y los otros se holgaron mucho. E los principales dijeron que me querian venir á ver y hablar; y así, se partieron, y vinieron á dormir á Tesáico; y llegados, vinieron ante mí aquellos principales con dos hijos del señor de Calco, y diéronnos obra de trecientos pesos de oro en piezas, y dijéronme cómo su padre era fallecido, y que al tiempo de su muerte les habia dicho que la mayor pena que llevaba era no verme primero que muriese, y que muchos dias me habia estado esperando; y que les habia mandado que, luego como yo á esta provincia viniese, me viniesen á ver y me tuviesen por su padre, y que como ellos habian sabido de mi venida á aquella ciudad de Tesáico, luego quisieran venir á verme, pero que por temor de los de Culúa no habian osado; y que tampoco entonces osaran venir, si aquel capitan que yo habia enviado no hobiera llegado á su tierra, y que cuando se hobiesen de volver á ella, les habia de dar otros tantos españoles para los volver en salvo. E dijéronme que bien sabia yo que nunca en guerra ni fuera della habian sido contra mí, y que tambien sabia cómo al tiempo que los de Culúa combatian la fortaleza y casa de Temixtitan, y los españoles que yo en ella habia dejado cuando me fuí á ver á Cempoal [5] con Narvaez, que estaban en su tierra dos españoles en guarda de cierto maíz que yo les habia mandado recoger en su tierra, y los habian sacado fasta la provincia de Guaxocingo, porque sabian que los de allí eran nuestros amigos; porque los de Culúa no los matasen, como hacian á todos los que fallaban fuera de la dicha casa de Temixtitan. E todo esto y otras cosas me dijeron llorando; y yo les agradecí mucho su voluntad y buenas obras, y les prometí que haria siempre todo lo que ellos quisiesen, y que serian muy bien tratados; y fasta ahora siempre nos han mostrado muy buena voluntad, y están muy obedientes á todo lo que de parte de vuestra majestad se les manda.

Estos hijos del señor de Chalco [6], y los que vinieron con ellos, estuvieron allí un dia conmigo, y dijéronme que porque se querian volver á su tierra, que me rogaban que les diese gente que los pusiese en salvo; y Gonzalo de Sandoval con cierta gente de caballo y de pié se fué con ellos; al cual dije que después de los haber puesto en su tierra, se llegase á la provincia de Tascaltecal, y que trujese consigo á ciertos españoles que allí estaban, y aquel don Hernando, hermano de Cacamacin, de que arriba he fecho mencion. E dende á cuatro ó cinco dias el dicho alguacil mayor volvió con los españoles y trujo al dicho don Fernando conmigo. E dende á pocos dias supe cómo por ser hermano de los señores desta ciudad le pertenecía á él el señorío, aunque habia otros hermanos;

[1] Después del bautismo de los cuatro señores de Tlaxcala, es el mas célebre el de Fernando, señor de Tezcuco.

[2] Gonzalo de Sandoval, natural de Medellin, regidor y alguacil mayor de Villarica ó Veracruz, por Cortés.

[3] Chalco, cuya provincia confina con la de Méjico ó Culhuacan, segun la llama Cortés; y el pueblo de Culhuacan está muy cerca de Méjico como dos leguas, y por agua menos.

[4] Esta batalla fué en el llano que hay en el camino, desde Tezcuco á Chalco.

[5] Este Cempoal es el que está en la diócesis de Puebla, y no el del arzobispado.

[6] Chalco, aunque tuvo señor, era tributario al imperio mejicano.

é así por esto, como porque estaba esta provincia sin señor, á causa que Guanacucin, señor della, su hermano, la habia dejado y ídose á la ciudad de Temixtitan; y así por estas causas, como porque era muy amigo de los cristianos, yo, en nombre de vuestra majestad, fice que lo recibiesen por señor. E los naturales desta ciudad, aunque por entonces habia pocos en ella, lo ficieron así, y dende ahí adelante le obedecieron, y comenzaron á venirse á la dicha ciudad y provincia de Aculuacan muchos de los que estaban ausentes y huidos, y obedecian y servian al dicho don Fernando; y de ahí adelante se comenzó á reformar y poblar muy bien la dicha ciudad.

Dende á dos dias que esto se hizo, vinieron á mí los señores de Coatinchan y Guajuta [1], y dijéronme que supiese de cierto cómo todo el poder de Culúa [2] venia sobre mí y sobre los españoles, y que toda la tierra estaba llena de los enemigos; y que viese si traerian á sus mujeres y hijos adonde yo estaba, ó si los llevarian á la sierra, porque tenian muy gran temor. E yo les animé, y dije que no hobiesen ningun miedo, y que se estuviesen en sus casas, y no hiciesen mudanza; y que no holgaba de cosa mas que de verme con los de Culúa en campo, y que estuviesen apercibidos, y pusiesen sus velas y escuchas por toda la tierra, y en viendo ó sabiendo que venian los contrarios, me lo ficiesen saber; y así, se fueron llevando muy á cargo, lo que les habia mandado. E yo aquella noche apercibí toda la gente, y puse muchas velas y escuchas en todas las partes que era necesario, y en toda la noche nunca dormimos ni entendimos sino en esto. E así estuvimos esperando toda esta noche y dia siguiente, creyendo lo que nos habian dicho los de Guajuta y Coatinchan, y otro dia supe cómo por la costa de la laguna andaban algunos indios de los enemigos faciendo saltos [3], y esperando tomar algunos indios de Tascaltecal que iban y venian por cosas para el servicio del real; y supe cómo se habian confederado con dos pueblos sujetos á Tesáico, que estaban allí junto al agua, para dende allí facer todo el daño que pudiesen. E facian para se fortalecer en ellos albarradas y acequias y otras cosas para su defensa; é como supe esto, otro dia tomé doce de caballo y docientos peones y dos tiros pequeños de campo, y fuí allí adonde andaban los contrarios, que seria legua y media de la ciudad. Y en saliendo della topé con ciertas espías de los enemigos y con otros que estaban en salto, y rompimos por ellos, y alcanzamos y matamos algunos dellos, y los que quedaron se echaron al agua, y quemamos parte de aquellos pueblos; y así, nos volvimos al aposento con mucho placer y victoria. E otro dia tres principales de aquellos pueblos vinieron á pedirme perdon por lo pasado, y rogáronme que no los destruyese mas, y que ellos me prometian de no recibir mas en sus pueblos á ninguno de los de Temixtitan. E porque estas no eran personas de mucho caso, y eran vasallos de don Fernando, yo les perdoné en nombre de vuestra majestad; é luego otro dia ciertos indios desta poblacion vinieron á mí medio descalabrados y maltratados, y dijéronme cómo los de Méjico y Temixtitan habian vuelto á su pueblo, y como en ellos no hallaron el recibimiento que solian, los habian maltratado, y llevado presos algunos dellos, y que si no se defendieran, llevaran á todos; que me rogaban que estuviese sobre aviso, por manera que cuando los de Temixtitan volviesen, yo lo pudiese saber á tiempo que les pudiese ir á socorrer; y así, se partieron para su pueblo.

La gente que habia dejado en la provincia de Tascaltecal haciendo los bergantines, tenian nuevas cómo al puerto de la villa de la Veracruz habia llegado una nao, en que venian, sin los marineros, treinta ó cuarenta españoles y ocho caballos, y algunas ballestas y escopetas y pólvora, y como no habian sabido cómo nos iba en la guerra, ni habia seguridad para pasar á nosotros, tenian mucha pena, y estaban allí detenidos algunos españoles que no osaban venir, aunque deseaban traerme tan buena nueva. E como sintió un criado mio, que habia dejado allí, que algunos se querian atrever á venir donde yo estaba, mandó apregonar, so graves penas, que nadie saliese de allí fasta que yo lo enviase á mandar; y un mozo mio, como vió que con cosa del mundo no habria mas placer que con saber la venida de la nao y del socorro que traia, aunque la tierra no estaba segura, de noche se salió y vino á Tesáico; de que nos espantamos mucho haber llegado vivo, y hobimos mucho placer con las nuevas, porque teniamos extrema necesidad de socorro.

Este mismo dia, muy católico Señor, llegaron allí á Tesáco ciertos hombres de bien, mensajeros de los de Calco; y dijéronme cómo á causa de haberse venido á ofrecer por vasallos de vuestra majestad, todos los de Méjico y Temixtitan venian sobre ellos para los destruir y matar, y que para ello habian convocado y apercibido á todos los cercanos á su tierra, y que me rogaban que los socorriese y ayudase en tan gran necesidad, porque pensaban verse en grandísimo estrecho si así no lo hacia. Y certifico á vuestra majestad que, como en la otra relacion escribí, allende de nuestro trabajo y necesidad, la mayor fatiga que tenia era no poder ayudar y socorrer á los indios nuestros amigos, que por ser vasallos de vuestra majestad eran molestados y trabajados de los de Culúa; aunque en esto yo y los de mi compañía poniamos toda nuestra posibilidad, porque nos parecia que en ninguna cosa podiamos mas servir á vuestra cesárea majestad, que en favorecer y ayudar á sus vasallos, y por la coyuntura en que estos de Calco me tomaron, no pude hacer con ellos lo que yo deseaba; pero díjeles que porque yo á la sazon queria enviar por los bergantines, y para ello tenia apercibidos á todos los de la provincia de Tascaltecal, de donde se habian de traer en piezas, y tenia necesidad de enviar para ello gente de caballo y de pié; que ya sabian que los naturales de las provincias de Guajocingo y de Churultecal y Guacachula eran vasallos de vuestra majestad y amigos nuestros; que fuesen á ellos, y de mi parte les rogasen, pues

[1] Los caciques de Coathlinchan y Huexotla.

[2] De los mejicanos.

[3] La laguna de Texcuco llegaba entonces hasta la misma ciudad, y hoy está retirada una legua; pero se advierte que Cortés hizo llegar el agua hasta la ciudad, abriendo un caz ó acequia para echar los bergantines.

vivian muy cerca de su tierra, que les viniesen á ayudar y socorrer, y enviasen allí gente de guarnicion con que pudiesen estar seguros en tanto que yo les socorria, porque otro remedio al presente yo no les podia dar. E aunque ellos no quedaron tan satisfechos como si les diera algunos españoles, agradeciéronmelo, y rogáronme que porque fuesen creidos les diese una carta mia, y tambien para que con mas seguridad se lo osasen rogar; porque entre estos de Chalco y los de dos provincias de aquellas, como eran de diversas parcialidades, habian siempre diferencias. Y estando así dando órden en esto, llegaron acaso ciertos mensajeros de las dichas provincias de Guajocingo y Guacachula[1], y estando presentes los de Chalco, dijeron cómo los señores de aquellas provincias no habian visto ni sabido de mí después que habia partido de la provincia de Tascaltecal, como quiera que ellos siempre tenian puesto sus velas por las sierras y cerros que confinan con su tierra y sojuzgan las de Méjico y Temixtitan; para que viendo muchas ahumadas, que son las señales de la guerra, me viniesen á ayudar y socorrer con sus vasallos y gente; y porque de poco acá habian visto mas ahumadas que nunca, venian á saber cómo estaba, y si tenia necesidad, para luego proveer de gente de guerra. E yo se lo agradecí mucho, y les dije que, bendito nuestro Señor, los españoles y yo estábamos buenos y siempre habiamos habido victoria contra los enemigos; y que demás de holgar mucho con su voluntad y presencia, que holgaba mas por los confederar y hacer amigos con los de Chalco, que estaban presentes; y que así, les rogaba, pues los unos y los otros eran vasallos de vuestra majestad, que fuesen buenos amigos, y se ayudasen y socorriesen contra los de Culúa, que eran malos y perversos, especialmente ahora, que los de Chalco tenian necesidad de socorro, porque los de Culúa querian venir sobre ellos; y así, quedaron muy amigos y confederados. E después de haber estado dos dias allí conmigo los unos y los otros, se fueron muy alegres y contentos, y se ayudaron y socorrieron los unos á los otros.

Dende á tres dias, porque ya sabiamos que los trece bergantines estarian acabados de labrar, y la gente que los habia de traer apercibida, envié á Gonzalo de Sandoval, alguacil mayor, con quince de caballo y docientos peones para los traer, al cual mandé que destruyese y asolase un pueblo grande, sujeto á esta ciudad de Tesáico, que linda con los términos de la provincia de Tascaltecal, porque los naturales dél me habian muerto cinco de caballo y cuarenta y cinco peones, que venian de la villa de la Veracruz á la ciudad de Temixtitan, cuando yo estaba cercado en ella, no creyendo que tan gran traicion se nos habia de hacer; y como al tiempo que esta vez entramos en Tesáico hallamos en los adoratorios ó mezquitas de la ciudad los cueros de los cinco caballos con sus piés y manos y herraduras cosidos, y tan bien adobados como en todo el mundo lo pudieran hacer, y en señal de victoria, ellos y mucha ropa y cosas de los españoles, ofrecido á sus ídolos, y hallamos la sangre de nuestros compañeros y hermanos derramada y sacrificada por todas aquellas torres y mezquitas, fué cosa de tanta lástima, que nos renovó todas nuestras tribulaciones pasadas. E los traidores de aquel pueblo y de otros á él comarcanos, al tiempo que aquellos cristianos por allí pasaron, hiciéronles buen recibimiento, para los asegurar y hacer en ellos la mayor crueldad que nunca se hizo, porque abajando por una cuesta y mal paso, todos á pié, trayendo los caballos de diestro, de manera que no se podian aprovechar dellos, puestos los enemigos en celada de una parte y de otra del mal paso, los tomaron en medio, y dellos mataron, y dellos tomaron á vida para traer á Tesáico á sacrificar y sacarles los corazones delante de sus ídolos[2]; y esto parece que fué así, porque cuando el dicho alguacil mayor por allí pasó, ciertos españoles[3] que iban con él, en una casa de un pueblo que está entre Tesáico, y aquel donde mataron y prendieron los cristianos, hallaron en una pared blanca escritas con carbon estas palabras: «Aquí estuvo preso el sin ventura de Juan Yuste.» Que era un hidalgo de los cinco de caballo; que sin duda fué cosa para quebrar el corazon á los que lo vieron. Y llegado el dicho alguacil mayor á este pueblo, como los naturales dél conocieron su gran yerro y culpa, comenzaron á ponerse en huida, y los de caballo y los peones españoles y indios nuestros amigos siguieron el alcance, y mataron muchos, y prendió y cautivó muchas mujeres y niños, que se dieron por esclavos; aunque movido á compasion, no quiso matar ni destruir cuanto pudiera, y aun antes que de allí partiese hizo recoger la gente que quedaba, y que se viniesen á su pueblo; y así, está hoy muy poblado y arrepentido de lo pasado. El dicho alguacil mayor pasó adelante cinco ó seis leguas á una poblacion de Tascaltecal, que es la mas junta á los términos de Culúa, y allí halló á los españoles y gente que traian los bergantines. E otro dia que llegó, partieron de allí con la tablazon y ligazon dellos, la cual traian con mucho concierto mas de ocho mil hombres, que era cosa maravillosa de ver, y así me parece que es de oir, llevar trece fustas diez y ocho leguas por tierra; que certifico á vuestra majestad que dende la avanguarda á la retroguarda habia bien dos leguas de distancia. E como comenzaron su camino, llevando en la delantera ocho de caballo y cien españoles, y en ella y en los lados por capitanes de mas de diez mil hombres de guerra á Yutecad y Teutipil[4], que son dos señores de los principales de Tascaltecal; y en la rezaga venian otros ciento y tantos españoles con otros ocho de caballo, y en ella venia por capitan, con otros diez mil hombres de guerra muy bien aderezados, Chichimecatecle, que es de los principales señores de aquella provincia, con otros capitanes que traia consigo; el cual, al tiempo que partieron della, llevaba la delantera con la tablazon, y la rezaga traian los otros dos capitanes con la ligazon; y como entraron en tierra de Culúa, los maestros de los bergantines mandaron llevar en la delantera la ligazon dellos, y que la tablazon se quedase atrás,

[1] Guajocingo y Huaquechula.

[2] Los ídolos se amasaban con sangre humana ó se rociaban con ella.

[3] Es el pueblo de Zultepec, antes del que estaba escrito con carbon: «Aquí estuvo preso el sin ventura de Juan de Yuste,» que es el que aconsejó á Narvaez que prendiese á Juan Velazquez.

[4] Aiutecatl y Teutépil en la vanguardia, y Chichimecatl en la retaguardia: estos eran de los principales de Tlaxcala.

porque era cosa de mas embarazo, si alguno les acaeciese; lo cual, si fuera, habia de ser en la delantera. E Chichimecatecle, que traia la dicha tablazon, como siempre fasta allí con la gente de guerra habia traido la delantera, tomólo por afrenta, y fué cosa recia acabar con él que se quedase en la retroguarda, porque él queria llevar el peligro que se pudiese recibir; y como ya lo concedió, tampoco queria que en la rezaga se quedasen en guarda ningunos españoles, porque es hombre de mucho esfuerzo, y queria él ganar aquella honra [1]. E llevaban estos capitanes dos mil indios cargados con su vitualla. E así, con esta órden y concierto fueron su camino, en el cual se detuvieron tres dias, y al cuarto entraron en esta ciudad con mucho placer y estruendo de atabales, y yo los salí á recebir. E como arriba digo, extendíase tanto la gente, que dende que los primeros comenzaron á entrar hasta que los postreros hobieron acabado, se pasaron mas de seis horas sin quebrar el hilo de la gente. E después de llegados y agradecido á aquellos señores las buenas obras que nos hacian, hícelos aposentar y proveer lo mejor que ser pudo; y ellos me dijeron que traian deseo de se ver con los de Culúa, y que viese lo que mandaba, que ellos y aquella gente venian con deseos y voluntad de se vengar ó morir con nosotros, y yo les dí las gracias, y les dije que reposasen y que presto les daria las manos llenas.

E después que toda esta gente de guerra de Tascaltecal hobo reposado en Tesáico tres ó cuatro dias, que cierto era para la manera de acá muy lucida gente, hice apercebir veinte y cinco de caballo, y trecientos peones, y cincuenta ballesteros y escopeteros, y seis tiros pequeños de campo, y sin decir á persona alguna dónde íbamos, salí desta ciudad á las nueve del dia, y conmigo salieron los capitanes ya dichos, con mas de treinta mil hombres, por sus escuadrones muy bien ordenados, segun la manera dellos. E á cuatro leguas desta ciudad, ya que era tarde, encontramos un escuadron de gente de guerra de los enemigos, y los de caballo rompimos por ellos, y desbaratámoslos. E los de Tascaltecal, como son muy ligeros, siguiéronnos, y matamos muchos de los contrarios, y aquella noche dormimos en el campo muy sobre aviso. E otro dia de mañana seguimos nuestro camino, y yo no habia dicho aun adónde era mi intencion de ir; lo cual hacia porque me recelaba de algunos de los de Tesáico que iban con nosotros, que no diesen aviso de lo que yo queria hacer á los de Méjico y Temixtitan, porque aun no tenia ninguna seguridad dellos; y llegamos á una poblacion que se dice Xaltoca [2], que está asentada en medio de la laguna, y al rededor della hallamos muchas y grandes acequias llenas de agua; y al rededor hacian la dicha poblacion muy fuerte, porque los de caballo no podian entrar á ella, y los contrarios daban muchas gritas, tirándonos muchas varas y flechas; é los peones, aunque con trabajo, entráronles dentro, y echáronlos fuera, y quemaron mucha parte del pueblo. E aquella noche nos fuimos á dormir una legua de allí; y en amaneciendo tomamos nuestro camino, y en él hallamos los enemigos, y de lejos comenzaron á gritar, como lo suelen hacer en la guerra, que cierto es cosa espantosa oillos, y nosotros comenzamos de seguillos; y siguiéndolos, llegamos á una grande y hermosa ciudad que se dice Guaticlan [3], y hallámosla despoblada, y aquella noche nos aposentamos en ella.

Otro dia siguiente pasamos adelante, y llegamos á otra ciudad que se dice Tenainca [4], en la cual no hallamos resistencia alguna, y sin nos detener, pasamos á otra que se dice Acapuzalco [5], que todas estas están al rededor de la laguna, y tampoco nos detuvimos en ella, porque deseaba mucho llegar á otra ciudad que estaba allí cerca, que se dice Tacuba [6], que está muy cerca de Temixtitan; y ya que estábamos junto á ella, fallamos tambien al rededor muchas acequias de agua, y los enemigos muy á punto; y como los vimos, nosotros y nuestros amigos arremetimos á ellos, y entrámosles la ciudad, y matando en ellos, los echamos fuera della; y como era ya tarde, aquella noche no hicimos mas de nos aposentar en una casa, que era tan grande, que cupimos todos bien á placer en ella [7]; y en amaneciendo, los indios nuestros amigos comenzaron á saquear y quemar toda la ciudad, salvo el aposento donde estábamos, y pusieron tanta diligencia, que aun dél se quemó un cuarto; y esto se hizo porque cuando salimos la otra vez desbaratados de Temixtitan, pasando por esta ciudad, los naturales della, juntamente con los de Temixtitan, nos hicieron muy cruel guerra y nos mataron muchos españoles.

En seis dias que estuvimos en esta ciudad de Tacuba, ninguno hobo en que no tuviésemos muchos reencuentros y escaramuzas con los enemigos. E los capitanes de la gente de Tascaltecal y los suyos hacian muchos desafíos con los de Temixtitan, y peleaban los unos con los otros muy hermosamente, y pasaban entre ellos muchas razones, amenazándose los unos con los otros, y diciéndose muchas injurias, que sin duda era cosa para ver, y en todo este tiempo siempre morian muchos de los enemigos, sin peligrar ninguno de los nuestros, porque muchas veces les entrábamos por las calzadas y puentes de la ciudad, aunque como tenian tantas defensas, nos resistian fuertemente. E muchas veces fingian que nos daban lugar para que entrásemos dentro, diciéndonos: «Entrad, entrad á holgaros;» y otras veces nos decian: «¿Pensais que hay agora otro

1 Los indios de Tlaxcala son fuertes y muy honrados, y lo prueba este suceso; y fueron los mas fervorosos en la fe, mereciendo consagrar á Dios las primicias de su conversion con el martirio de los tres niños Cristóbal, Antonio y Juan: Cristóbal fué hijo de Acxotecal, cacique ó señor del pueblo de Atlyhuetza, legua y media de Tlaxcala; que fué apaleado, arrojado en el fuego y muerto por su mismo padre; su cuerpo está en el convento de Tlaxcala. Antonio fué nieto de Xicontecatl, señor principal de Tlaxcala; Juan, criado de Antonio: fueron martirizados en Quautinchan; les sepultaron los religiosos dominicos en Tecalli, distante una legua de Quatinchan.

2 Xaltocan, que está muy cerca de Zumpango y rodeado de una laguna, era antes tributario á Tezcuco.

3 Guautithlan, tres leguas de Méjico.

4 Tizayuca ó Tenayúcan.

5 Escapuzalco, una legua corta de Méjico.

6 Una legua corta de Méjico.

7 El pueblo de Tacuba es del señor don Josef Muteczuma, descendiente de los emperadores, y estas casas que aquí se refieren eran las del Emperador: este pueblo en mejicano se llama Tlacupa, que fué cabeza de reino de los tecpanecas, y después fué sujeto por Ahuit.

Muteczúma, para que haga todo lo que quisiéredes?» Y estando en estas pláticas, yo me llegué una vez cerca de una puente que tenian quitada, y estando ellos de la otra parte, hice señal á los nuestros que estuviesen quedos; y ellos tambien, como vieron que yo les queria hablar, hicieron callar á su gente, y díjeles que ¿por qué eran locos y querian ser destruidos? Y si habia allí entre ellos algun señor principal de los de la ciudad, que se llegase allí, porque le queria hablar. Y ellos me respondieron que toda aquella multitud de gente de guerra que por allí veia, que todos eran señores; por tanto, que dijese lo que queria. Y como yo no respondí cosa alguna, comenzáronme á deshonrar; y no sé quién de los nuestros, díjoles que se morian de hambre, y que no les habiamos de dejar salir de allí á buscar de comer. Y respondieron que ellos no tenian necesidad, y que cuando la tuviesen, que de nosotros y de los de Tascaltecal comerian. E uno dellos tomó unas tortas de pan de maíz, y arrojólas fácia nosotros diciendo: Tomad y comed, si teneis hambre; que nosotros ninguna tenemos. Y comenzaron luego á gritar y pelear con nosotros. E como mi venida á esta ciudad de Tacuba habia sido principalmente para haber plática con los de Temixtitan y saber qué voluntad tenian, y mi estada allí no aprovechaba ninguna cosa, á cabo de los seis dias acordé de me volver á Tesáico para dar priesa en ligar y acabar los bergantines, para por la tierra y por la agua ponerles cerco; y el dia que partimos, venimos á dormir á la ciudad de Goatitan [1], de que arriba se ha hecho mencion, y los enemigos no hacian sino seguirnos; y los de caballo de cuando en cuando revolviamos sobre ellos, y así nos quedaban algunos entre las manos. E otro dia comenzamos á caminar; y como los contrarios vian que nos veniamos, creian que de temor lo haciamos; y juntóse gran número dellos, y comenzáronnos de seguir. E como yo vi esto, mandé á la gente de pié que se fuesen adelante y que no se detuviesen, y que en la rezaga dellos fuesen cinco de caballo, y yo me quedé con veinte, y mandé á seis de caballo que se pusiesen en una cierta parte en celada, y otros seis en otra, y otros cinco en otra, y yo con otros tres en otra; y que como los enemigos pasasen, pensando que todos íbamos juntos adelante, en oyéndome el apellido del Señor Santiago saliesen y les diesen por las espaldas. E como fué tiempo salimos, y comenzamos á lancear en ellos, y duró el alcance cerca de dos leguas todas llanas como la palma, que fué muy hermosa cosa; y así murieron muchos dellos á nuestras manos y de los indios nuestros amigos, y se quedaron, y nunca mas nos siguieron, y nosotros nos volvimos y alcanzamos á la gente; y aquella noche dormimos en una gentil poblacion, que se dice Aculman [2], que está dos leguas de la ciudad de Tesáico, para donde otro dia nos partimos, y á mediodía entramos en ella y fuimos muy bien recibidos del alguacil mayor, que yo habia dejado por capitan y de toda la gente, y holgaron mucho con nuestra venida, porque dende el dia que de allí habiamos partido nunca habian sabido de nosotros y de lo que nos habia sucedido, y estaban con muy grandísimo deseo de lo saber. E otro dia que hobimos llegado, los señores y capitanes de la gente de Tascaltecal me pidieron licencia, y se partieron para su tierra muy contentos y con algun despojo de los enemigos.

Dos dias después de entrados á esta ciudad de Tesáico, llegaron á mí ciertos indios mensajeros de los señores de Calco, y dijéronme cómo les habian mandado que me hiciesen saber de su parte que los de Méjico y Temixtitan iban sobre ellos á los destruir, y que me rogaban les enviase socorro, como otras veces me lo habian pedido. Y yo proveí luego de enviar con Gonzalo de Sandoval veinte de caballo y trecientos peones; al cual encargué mucho que se diese priesa, y llegado, trabajase de dar todo el favor y ayuda que fuese posible á aquellos vasallos de vuestra majestad y nuestros amigos; y llegado á Calco, halló mucha gente junta así de aquella provincia como de las de Guajocingo y Guachula, que estaban esperando; y dado órden en lo que se habia de hacer, partiéronse y tomaron su camino para una poblacion que se dice Guastepeque [3], donde estaba la gente de Culúa en guarnicion, y de donde hacian daño á los de Calco, y á un pueblo que estaba en el camino salió mucha gente de los contrarios; y como nuestros amigos eran muchos y tenian en ventaja á los españoles y á los de caballo, todos juntos rompieron por ellos, y desampararon el campo; y matando en ellos, siguieron á los enemigos, y en aquel pueblo que está antes de Guastepeque reposaron aquella noche, y otro dia se partieron; y ya que llegaban junto á la dicha poblacion de Guastepeque, los de Culúa comenzaron de pelear con los españoles; pero en poco rato los desbarataron, y matando en ellos, los echaron fuera del pueblo, y los de caballo se apearon para dar de comer á sus caballos y aposentarse. Y estando así descuidados de lo que sucedió, llegan los enemigos hasta la plaza del aposento, apellidando y gritando muy fieramente, echando muchas piedras y varas y flechas, y los españoles dieron al arma; y ellos y nuestros amigos, dándose mucha priesa, salieron á ellos y echáronlos fuera otra vez, y siguieron el alcance mas de una legua, y mataron muchos de los contrarios, y volviéronse aquella noche bien cansados á Guastepeque, adonde estuvieron reposando dos dias.

En este tiempo el alguacil mayor supo cómo en un pueblo mas adelante, que se dice Acapichtla [4], habia mucha gente de guerra de los enemigos, y determinó de ir allá á ver si se darian de paz, y á les requerir con ella, y este pueblo era muy fuerte [5] y puesto en una altura, y donde no pudiesen ser ofendidos de los de ca-

[1] Guatitlan.

[2] Oculman; este pueblo está arruinado enteramente á causa de que, por libertar á Méjico de las aguas, se ha hecho una presa y echado una compuerta en los meses de lluvias, y por esto ha quedado sola la iglesia, que es una fábrica admirable, en medio de las aguas.

[3] Huastepec.

[4] Ayacapisthla, camino hácia el sur.

[5] Y aun hoy lo es, porque tiene un foso muy profundo, que le cerca: en tiempo de Cortés se hizo la magnífica iglesia parroquial, tan fuerte, que encima puso artillería, y después se mandó apear y fundir los cañones; he visto donde estaban asentados, y es un castillo muy fuerte la iglesia; en el foso ó barranca habia puentes levadizas, pero hoy son de piedra: este arroyo se tiñó en sangre de los mejicanos.

ballo; y como llegaron los españoles, los del pueblo, sin esperar á cosa alguna, comenzaron á pelear con ellos, y dende lo alto echar muchas piedras; y aunque iba mucha gente de nuestros amigos con el dicho alguacil mayor, viendo la fortaleza de la villa, no osaban acometer ni llegar á los contrarios. E como esto vió el dicho alguacil mayor y los españoles, determinaron de morir ó subilles por fuerza á lo alto del pueblo, y con el apellido de *señor Santiago* [1] comenzaron á subir; y plugo á Dios dalles tanto esfuerzo, que aunque era mucha la ofensa y resistencia que se les hacia, les entraron, aunque hubo muchos heridos. E como los indios nuestros amigos los siguieron, y los enemigos se vieron de vencida, fué tanta la matanza dellos á manos de los nuestros, y dellos despeñados de lo alto, que todos los que allí se hallaron afirman que un rio pequeño que cercaba casi aquel pueblo, por mas de una hora fué teñido en sangre, y les estorbó de beber por entonces, porque como hacia mucha calor, tenian necesidad dello. E dado conclusion á esto, y dejando al fin estas dos poblaciones de paz, aunque bien castigados por haberla al principio negado, el dicho alguacil mayor se volvió con toda la gente á Tesáico; y crea vuestra católica majestad que esta fué una bien señalada victoria, y donde los españoles mostraron bien singularmente su esfuerzo.

Como los de Méjico y Temixtitan supieron que los españoles y los de Calco habian hecho tanto daño en su gente, acordaron de enviar sobre ellos ciertos capitanes con mucha gente; y como los de Calco tuvieron aviso desto, enviaron á rogarme á mucha priesa que les enviase socorro; y yo torné luego á despachar al dicho alguacil mayor con cierta gente de pié y de caballo; pero cuando llegó ya los de Culúa y los de Calco se habian visto en el campo, y habian peleado los unos y los otros muy reciamente; y plugó á Dios que los de Calco fueron vencedores, y mataron muchos de los contrarios, y prendieron bien cuarenta personas dellos, entre los cuales habia un capitan de los de Méjico y otros dos principales, los cuales todos entregaron los de Calco al dicho alguacil mayor para que me los trujese; el cual me envió dellos, y dellos dejó consigo, porque por seguridad de los de Calco estuvo con toda la gente en un pueblo suyo que es frontera de los de Méjico. E después que le pareció que no habia necesidad de su estada, se volvió á Tesáico, y trajo consigo á los otros prisioneros que le habian quedado. En este medio tiempo hubimos otros muchos rebatos y recuentros con los naturales de Culúa; y por evitar prolijidad los dejo de especificar.

Como ya el camino para la villa de la Veracruz dende esta ciudad de Tesáico estaba seguro y podian ir y venir por él, los de la villa tenian cada dia nuevas de nosotros, y nosotros dellos, lo cual antes cesaba. E con un mensajero enviáronme ciertas ballestas y escopetas y pólvora, con que hubimos grandísimo placer; y dende á dos dias me enviaron otro mensajero, con el cual me hicieron saber que al puerto habian llegado tres navíos, y que traian mucha gente y caballos, y que luego los despacharian para acá; y segun la necesidad que teniamos, milagrosamente nos envió Dios este socorro.

Yo buscaba siempre, muy poderoso Señor, todas las maneras y formas que podia, para atraer á nuestra amistad á estos de Temixtitan; lo uno, porque no diesen causa á que fuesen destruidos; y lo otro, por descansar de los trabajos de todas las guerras pasadas, y principalmente porque dello sabia que redundaba servicio á vuestra majestad. E donde quiera que podia haber alguno de la ciudad, gelo tornaba á enviar, para les amonestar y requerir que se diesen de paz. Y el miércoles Santo, que fueron 27 de marzo del año de 521, hice traer ante mí á aquellos principales de Temixtitan que los de Calco habian prendido, y díjeles si querian algunos dellos ir á la ciudad y hablar de mi parte á los señores della, y rogalles que no curasen de tener mas guerra conmigo, y que se diesen por vasallos de vuestra majestad, como antes lo habian, porque yo no les queria destruir, sino ser su amigo. E aunque se les hizo de mal, porque tenian temor que yéndoles con aquel mensaje los matarian, dos de aquellos prisioneros se determinaron de ir, y pidiéronme una carta; y aunque ellos no habian de entender lo que en ella iba, sabian que entre nosotros se acostumbraba, y que llevándola ellos, los de la ciudad les darian crédito. Pero con las lenguas yo les dí á entender lo que en la carta decia, que era lo que yo á ellos les habia dicho. E así se partieron, y yo mandé á cinco de caballo que saliesen con ellos fasta ponerlos en salvo.

El sábado Santo los de Calco y otros sus aliados y amigos me enviaron á decir que los de Méjico venian sobre ellos, y mostráronme en un paño blanco [2] grande la figura de todos los pueblos que contra ellos venian, y los caminos que traian; que me rogaban que en todo caso les enviase socorro, é yo les dije que dende á cuatro ó cinco dias se lo enviaria, y que si entre tanto se vian en necesidad, que me lo hiciesen saber y que yo les socorreria; y el tercer dia de pascua de Resurreccion volviéronme á decir que me rogaban que brevemente fuese el socorro, porque á mas andar se acercaban los enemigos. Yo les dije que yo queria ir á les socorrer, y mandé apregonar que para el viérnes siguiente estuviesen apercibidos veinte y cinco de caballo y trecientos hombres de pié.

El jueves antes vinieron á Tesáico ciertos mensajeros de las provincias de Tazápan [3] y Mascalcingo y Nautan, y de otras ciudades que están en su comarca; y dijéronme que se venian á dar por vasallos de vuestra majestad y á ser nuestros amigos, porque ellos nunca habian muerto ningun español ni se habian alzado contra el servicio de vuestra majestad, y trujeron cierta ropa de algodon: yo se lo agradecí, y les prometí que si fuesen buenos se les haria buen tratamiento; y así, se volvieron contentos.

[1] Este apellidar los españoles á Santiago era muy usado en las batallas contra los moros, y por intercesion del Santo se ganó en la Rioja la insigne de Clavijo por el rey de Leon don Ramiro I; en Simancas por don Ramiro II, en las Navas de Tolosa por Alonso VIII, y otras muy señaladas.

[2] El modo de escribir los mejicanos era figurar los pueblos con aquellas señas ó cosas que significaban sus nombres.

[3] Pueden ser Tizápan, Mexicalzingo y Naucalpan; mas es muy dudoso.

El viérnes siguiente, que fueron 5 de abril del dicho año de 521, salí desta ciudad de Tesáico con los treinta de caballo y los trecientos peones que estaban apercibidos; y dejé en ella otros veinte de caballo y otros trecientos peones, y por capitan á Gonzalo de Sandoval, alguacil mayor. Y salieron conmigo mas de veinte mil hombres de los de Tesáico; y en nuestra ordenanza fuimos á dormir á una poblacion de Calco que se dice Talmanalco [1], donde fuimos bien recibidos y aposentados; y allí, porque está una buena fuerza, después que los de Calco fueron nuestros amigos, siempre tenian gente de guarnicion, porque es frontera de los de Culúa; y otro dia llegamos á Calco á las nueve del dia, que no nos detuvimos mas de hablar á los señores de allí, y decirles mi intencion, que era dar una vuelta en torno de las lagunas, porque creia que, acabada esta jornada, que importaba mucho, fallaria fechos los trece bergantines y aparejados para los echar al agua. Y como hobe hablado á los de Calco, partímonos aquel dia á vísperas, y llegamos á una poblacion suya, donde se juntaron con nosotros mas de cuarenta mil hombres de guerra nuestros amigos, y aquella noche dormimos allí. Y porque los naturales de la dicha poblacion me dijeron que los de Culúa me estaban esperando en el campo, mandé que al cuarto del alba toda la gente estuviese en pié y apercibida; y otro dia, en oyendo misa, comenzamos á caminar, y yo tomé la delantera con veinte de caballo, y en la rezaga quedaron diez, y así pasamos por entre unas sierras muy agras. E á las dos después de mediodía llegamos á un peñol muy alto y agro, y encima dél estaba mucha gente de mujeres y niños, y todas las laderas llenas de gente de guerra; y comenzaron luego á dar muy grandes alaridos, haciendo muchas ahumadas, tirándonos con hondas y sin ellas muchas piedras y flechas y varas; por manera que en llegándonos cerca recibiamos mucho daño. Y aunque habiamos visto que en el campo no nos habian osado esperar, parecíame, aunque era otro nuestro camino, que era poquedad pasar adelante sin hacerles algun mal sabor; y porque no creyesen nuestros amigos que de cobardia lo dejábamos de hacer, comencé á dar una vista en torno del peñol, que habia casi una legua; y cierto era tan fuerte, que parecia locura quererlos poner en ganárselo, é aunque les pudiera poner cerco y hacerles darse de pura necesidad, yo no me podia detener. E así, estando en esta confusion, determiné de le subir el risco por tres partes, que yo habia visto, é mandé á Cristóbal Corral, alférez de sesenta hombres de pié, que yo traia siempre en mi compañía, que con su bandera acometiese y subiese por la parte mas agra, y que ciertos escopeteros y ballesteros le siguiesen. E á Juan Rodriguez de Villafuerte y á Francisco Verdugo, capitanes, que con su gente y con ciertos ballesteros y escopeteros subiesen por la otra parte. E á Pedro Dircio y Andrés de Monjaraz, capitanes, acometiesen por la otra parte con otros pocos ballesteros y escopeteros, y que en oyendo soltar una escopeta, todos determinasen subir y haber la victoria ó morir. E luego, en soltando la escopeta comenzaron á subir, y ganaron á los contrarios dos vueltas del peñol, que no pudieron subir mas, porque con piés y manos no se podian tener, porque era sin comparacion la aspereza y agrura de aquel cerro. Y echaban tantas piedras de lo alto con las manos y rodando, que aun los pedazos que se quebraban y sembraban hacian infinito daño; é fué tan recia la ofensa de los enemigos, que nos mataron dos españoles y hirieron mas de veinte; y en fin, en ninguna manera pudieron pasar de allí. E yo, viendo que era imposible poder mas hacer de lo hecho, y que se juntaban muchos de los contrarios en socorro de los del peñol, que todo el campo estaba lleno dellos, mandé á los capitanes que se volviesen, y abajados los de caballo, arremetimos á los que estaban en lo llano, y echámoslos de todo el campo, alanceando y matando en ellos, é duró el alcance mas de hora y media. E como era mucha la gente, los de caballo derramáronse á una parte y á otra, y después de recogidos, de algunos dellos fuí informado cómo habian llegado obra de una legua de allí y habian visto otro peñol con mucha gente; pero que no era tan fuerte, y que por lo llano cerca dél [2] habia mucha poblacion, y que no faltarian dos cosas que en este otro nos habian faltado; la una era agua, que no la habia acá; y la otra, que por ser tan fuerte el cerro no habria tanta resistencia, y se podia sin peligro tomar la gente. E aunque con harta tristeza de no haber alcanzado victoria, partímonos de allí, y fuimos aquella noche á dormir cerca del otro peñol, adonde pasamos harto trabajo y necesidad, porque tampoco fallamos agua, ni en todo aquel dia la habiamos bebido nosotros ni los caballos; y así, nos estuvimos aquella noche oyendo hacer á los enemigos mucho estruendo de atabales y bocinas y gritas.

Y en siendo el dia claro ciertos capitanes y yo comenzamos á mirar el risco, el cual nos parecia casi tan fuerte como el otro; pero tenia dos padrastros mas altos que no él y no tan agros de subir, y en estos estaba mucha gente de guerra para los defender. E aquellos capitanes y yo, y otros hidalgos que allí estaban, tomamos nuestras rodelas y fuimos á pié hácia allá, porque los caballos los habian llevado á beber una legua de allí; no para mas de ver la fuerza del peñol y por donde se podria combatir; y la gente, como nos vieron ir, aunque no los habiamos dicho cosa alguna, siguiéronnos. Y como llegamos al pié del peñol, los que estaban en los padrastros dél creyeron que yo queria acometer por el medio, y desampáronlos por socorrer á los suyos. Y como yo vi el desconcierto que habian hecho, y que tomados aquellos dos padrastros, se les podia hacer dellos mucho daño, sin hacer mucho bullicio mandé á un capitan que de presto subiese con su gente y tomase el un padrastro de aquellos mas agro, que habian desamparado; y así fué hecho. Y yo con la otra gente comencé á subir el cerro arriba, allí donde estaba la mas fuerza de la gente; y plugo á Dios que les gané una vuelta dél, y pusímosnos en una altura que casi igualaba con lo alto de donde ellos peleaban; lo

[1] Hoy Tlalmanalco, poco mas de legua de Chalco.

[2] Cerca de Méjico hay dos cerros, que llaman el uno peñol de los Baños, porque los hay allí de agua mineral; y el otro mas distante, que llaman del Marqués, y no es este el de que habla aquí Cortés, y que por esto le diesen después el nombre del marqués del Valle, sino los cerros que están antes de Huaxtepec, Yautepec, Jiutepec y Xochitepec.

cual parecia que era cosa imposible podelles ganar, á lo menos sin infinito peligro. E ya un capitan habia puesto su bandera en lo mas alto del cerro, é de allí comenzó á soltar escopetas y ballestas en los enemigos. Y como vieron el daño que recibian, y considerando el porvenir, hicieron señal que se querian dar, y pusieron las armas en el suelo. Y como mi motivo sea siempre dar á entender á esta gente que no les queremos hacer mal ni daño, por mas culpados que sean, especialmente queriendo ellos ser vasallos de vuestra majestad, y es gente de tanta capacidad [1], que todo lo entienden y conocen muy bien, mandé que no se les hiciese mas daño; y llegados á me hablar, los recibí bien. Y como vieron cuán bien con ellos se habia hecho, hiciéronlo saber á los del otro peñol; los cuales, aunque habian quedado con victoria, determinaron de se dar por vasallos de vuestra majestad, y viniéronme á pedir perdon por lo pasado. En esta poblacion de cabe el peñol estuve dos dias, y de allí envié á Tesáico los heridos, y yo me partí, y á las diez del dia llegamos á Guastepeque, de que arriba he hecho mencion, y en la casa de una huerta del señor de allí nos aposentamos todos; la cual huerta es la mayor y mas hermosa y fresca que nunca se vió, porque tiene dos leguas de circúito [2], y por medio della va una muy gentil ribera de agua, y de trecho á trecho, cantidad de dos tiros de ballesta, hay aposentamientos y jardines muy frescos, y infinitos árboles de diversas frutas, y muchas yerbas y flores olorosas [3]; que cierto es cosa de admiracion ver la gentileza y grandeza de toda esta huerta. E aquel dia reposamos en ella, donde los naturales nos hicieron el placer y servicio que pudieron. E otro dia nos partimos, y á las ocho horas del dia llegamos á una buena poblacion que se dice Yautepeque [4], en la cual estaban esperándonos mucha gente de guerra de los enemigos. E como llegamos pareció que quisieron hacernos alguna señal de paz, ó por el temor que tuvieron ó por nos engañar. Pero luego en continente sin mas acuerdo comenzaron á huir, desamparando su pueblo; y yo no curé de detenerme en él, y con los treinta de caballo dimos tras ellos bien dos leguas, hasta los encerrar en otro pueblo que se dice Gilutepeque [5], donde alanceamos y matamos muchos. Y en este pueblo hallamos la gente muy descuidada, porque llegamos primero que sus espías, y murieron algunos, y tomáronse muchas mujeres y muchachos, y todos los demás huyeron; y yo estuve dos dias en este pueblo, creyendo que el señor dél se viniera á dar por vasallo de vuestra majestad; y como nunca vino, cuando partí hice poner fuego al pueblo; y antes que dél saliese, vinieron ciertas personas del pueblo antes, que se dice Yactepeque, y rogáronme que les perdonase, y que ellos se querian dar por vasallos de vuestra majestad. Yo les recibí de buena voluntad, porque en ellos se habia hecho ya buen castigo.

Aquel dia que partí, á las nueve del dia llegué á vista de un pueblo muy fuerte, que se llama Coadnabaced [6], y dentro dél habia mucha gente de guerra; y era tan fuerte el pueblo y cercado de tantos cerros y barrancas, que algunas habia de diez estados de hondura; y no podia entrar ninguna gente de caballo, salvo por dos partes, y estas entonces no las sabiamos, y aun para entrar por aquellas habiamos de rodear mas de legua y media; tambien se podia entrar por puentes de madera; pero teníanlas alzadas, y estaban tan fuertes y tan á su salvo, que aunque fuéramos diez veces mas, no nos tuvieran en nada; y llegándonos hácia ellos, tirábannos á su placer muchas varas y flechas y piedras; y estando así muy revueltos con nosotros, un indio de Tascaltecal pasó de tal manera, que no le vieron, por un paso muy peligroso. E como los enemigos le vieron así de súpito, creyeron que los españoles les entraban por allí; y así, ciegos y espantados, comienzan á ponerse en huida, el indio tras dellos; y tres ó cuatro mancebos criados mios y otros dos de una capitanía, como vieron pasar al indio, siguiéronle y pasaron de la otra parte, y yo con los de caballo comencé á guiar hácia la sierra para buscar entrada al pueblo, y los indios nuestros enemigos no hacian sino tirarnos varas y flechas; porque entre ellos y nosotros no habia mas de una barranca como cava [7]; y como estaban embebecidos en pelear con nosotros, y estos no habian visto los cinco españoles, llegan de improviso por las espaldas y comienzan á darles de cuchilladas; y como los tomaron de tan sobresalto y sin pensamiento, que por las espaldas se les podia hacer ninguna ofensa, porque ellos no sabian que los suyos habian desamparado el paso por donde los españoles y el indio habian pasado, estaban espantados y no osaban pelear, y los españoles mataban en

[1] No son los indios tan rudos como les quieren hacer, y quien les observe reconocerá la capacidad que conoció en ellos Cortés: algunas veces se hacen bobos, y es porque les tiene cuenta.

[2] La casa y huerta de Huaxtepec.

[3] Las frutas de América regularmente no se logran en España, á excepcion de las tunas, que llaman higos de Indias; y las de España todas prenden en la América, solo sí se advierte menos sustancia.

Las particulares de América son piñas, chirimoyas, zapotes prietos y blancos, ahuacates, cocos, guanabanas, anonas, guayabas, plátanos, guineos, mameyes, pitayas, safatas, cuyas ramas arrojan leche; dátiles muy grandes, sapuches, carambullos, cumaros, bachatas, de cuyo árbol la raiz sirve para lavar como el jabon; papayas, texocotes, que tiene el mismo hueso que la acerola, pero es amarillo.

En Toluca hay un árbol muy singular que llaman manitas, porque cada hoja es una flor de figura casi perfecta de una mano de hombre.

Bálsamo blanco, bermejo, verde y negro: el puro, que los herbolarios llaman opobálsamo, es la lágrima que destila un árbol como el granado; el licor que se saca deste árbol hiriendo y sajando la corteza, hojas exprimidas y cocidas al fuego, se llama xilobálsamo: está declarado por la sede apostólica que con el bálsamo de Indias se puede hacer la consagracion del santo Crisma; el mejor deste reino viene de Goatemala y Chiapa, y el blanco es muy apreciado, por mas perfecto.

De las plantas y yerbas, licores y cosas medicinales de Indias, trata largamente el doctor Francisco Hernandez, cuya obra se hizo de órden del Rey, pintando al natural todas las plantas, que pasan de mil y docientas, y se refiere que el coste de la obra pasó de sesenta mil ducados: la extractó el doctor Nardo Antonio, médico italiano, y es razon que los españoles hagan el debido aprecio della, cuando ha dado luz á los extranjeros.

[4] Así se llama hoy, y es camino á la costa del sur.

[5] Xilotepec; este y los pueblos de arriba están antes de Cuernabaca, pero pudo haber equivocacion en el nombre por poner Xiuxtepec ó Xuchitepec.

[6] Cuernabaca, antes *Quaunahuac*, es amenísimo, muy fuerte, y hoy se conservan las casas de Cortés á modo de fortaleza, con otras memorias de la conquista.

[7] Esta barranca permanece, y se observa hoy todo lo que dice Cortés.

ellos; y desque cayeron en la burla comenzaron á huir. Y ya nuestra gente de pié estaba dentro en el pueblo y le comenzaban á quemar, y los enemigos todos á le desamparar; y así huyendo se acogieron á la sierra, aunque murieron muchos dellos, y los de caballo siguieron y mataron muchos. E después que hallamos por dónde entrar al pueblo, que seria mediodía, aposentámonos en las casas de una huerta, porque lo hallamos ya casi todo quemado. E ya bien tarde el señor y algunos otros principales, viendo que en cosa tan fuerte como su pueblo no se habian podido defender, temiendo que allá en la sierra los habiamos de ir á matar, acordaron de se venir á ofrecer por vasallos de vuestra majestad, y yo los recibí por tales, y prometiéronme de ahí adelante ser siempre nuestros amigos. Estos indios y los otros que venian á se dar por vasallos de vuestra majestad, después de los haber quemado y destruido sus casas y haciendas, nos dijeron que la causa por que venian tarde á nuestra amistad era porque pensaban que satisfacian sus culpas en consentir primero hacerles daño, creyendo que hecho no terniamos después tanto enojo dellos.

Aquella noche dormimos en aquel pueblo, y por la mañana seguimos nuestro camino por una tierra de pinales, despoblada y sin ninguna agua, la cual y un puerto pasamos con grandísimo trabajo y sin beber; tanto, que muchos de los indios que iban con nosotros perecieron de sed; é á siete leguas de aquel pueblo en unas estancias paramos aquella noche. Y en amaneciendo tomamos nuestro camino[1] y llegamos á vista de una gran ciudad que se dice Suchimilco, que está edificada en la laguna dulce, é como los naturales della estaban avisados de nuestra venida, tenian hechas muchas albarradas y acequias, y alzadas las puentes de todas las entradas de la ciudad, la cual está de Temixtitan tres ó cuatro leguas, y estaba dentro mucha y muy lucida gente y muy determinados de se defender ó morir. E llegados, y recogida toda la gente y puesta en mucha órden y concierto, yo me apeé de mi caballo y seguí con ciertos peones hácia una albarrada que tenian hecha, y detrás estaba infinita gente de guerra; é como comenzamos á combatir el albarrada, y los ballesteros y escopeteros les hacian daño, desampárronla, y los españoles se echaron al agua y pasaron adelante por donde hallaron tierra firme. Y en media hora que peleamos con ellos les ganamos la principal parte de la ciudad; é retraidos los contrarios por las calles del agua y en sus canoas, pelearon hasta la noche. E unos movian paces, y otros por eso no dejaban de pelear; y moviéronlas tantas veces sin ponerlo por obra, que caimos en la cuenta, porque ellos lo hacian para dos efectos, el uno para alzar sus haciendas en tanto que nos detenian con la paz; el otro por dilatar tiempo en tanto que les venia socorro de Méjico y Temixtitan. E este dia nos mataron dos españoles, porque se desmandaron de los otros á robar, y viéronse con tanta necesidad, que nunca pudieron ser socorridos. E en la tarde pensaron los enemigos cómo nos podrian atajar de manera que no pudiésemos salir de su ciudad con las vidas. E juntos mucha copia dellos, determinaron de venir por la parte que nosotros habiamos entrado; y como los vimos venir tan súpito, espantámonos de ver su ardiz y presteza, y seis de caballo y yo, que estábamos mas á punto que los otros, arremetimos por medio dellos. E ellos, de temor de los caballos, pusiéronse en huida; y así, salimos de la ciudad tras ellos, matando muchos, aunque nos vimos en harto aprieto; porque, como eran tan valientes hombres, muchos dellos osaban esperar á los de caballo con sus espadas y rodelas. E como andábamos revueltos con ellos y habia muy gran priesa, el caballo en que yo iba se dejó caer de cansado; y como algunos de los contrarios me vieron á pié, revolvieron sobre mí, é yo con la lanza comencéme á defender dellos; y un indio de los de Tascaltecal, como me vió en necesidad, llegóse á me ayudar, y él y un mozo mio que luego llegó levantamos el caballo. E ya en esto llegaron los españoles, y los enemigos desampararon todo el campo; y yo con los otros de caballo, que entonces habian llegado, como estábamos muy cansados, nos volvimos á la ciudad. E aunque era ya casi noche y razon de reposar, mandé que todas las puentes alzadas por do iba el agua se cegasen con piedra y adobes que habia allí, porque los de caballo pudiesen entrar y salir sin estorbo ninguno en la ciudad; y no me partí de allí fasta que todos aquellos pasos malos quedaron muy bien aderezados, y con mucho aviso y recaudo de velas pasamos aquella noche.

Otro dia, como todos los naturales de la provincia de Méjico y Temixtitan sabian ya que estábamos en Suchimilco, acordaron de venir con gran poder por el agua y por la tierra á nos cercar, porque creian que no podíamos ya escapar de sus manos, y yo me subí á una torre[2] de sus ídolos para ver cómo venia la gente y por dónde nos podian acometer, para proveer en ello lo que nos conviniese. E ya que en todo habia dado órden, llegamos por el agua á una muy grande flota de canoas, que creo que pasaban de dos mil, y en ellas venian mas de doce mil hombres de guerra, é por la tierra llega tanta multitud de gente, que todos los campos cubrian. E los capitanes dellos, que venian delante, traian sus espadas de las nuestras en las manos, y apellidando sus provincias, decian: «Méjico, Méjico, Temixtitan, Temixtitan;» y deciannos muchas injurias, y amenazándonos que nos habian de matar con aquellas espadas, que nos habian tomado la otra vez en la ciudad de Temixtitan. E como ya habia proveido adonde habia de acudir cada capitan, y porque hácia la Tierra-Firme habia mucha copia de enemigos, salí á ellos con veinte de caballo y con quinientos indios de Tascaltecal, y repartímonos en tres partes, y mandéles que desde que hobiesen rompido, que se recogiesen al pié de un cerro que estaba media legua de allí, porque tambien habia allí mucha gente de los enemigos. E como nos dividimos, cada escuadron siguió á los enemigos por su cabo; y después de desbaratados y alanceados y muertos muchos, recogímonos al pié del cerro, é yo mandé á ciertos peones criados mios, que me habian servido y eran bien

[1] Desde Cuernabaca volvieron hácia Méjico, y pararon en Xochimilco, que está junto á la laguna de Chalco, y hoy hay muchas familias de indios que por agua y tierra comercian en Méjico.

[2] Los ídolos y adoratorios los tenian en lugares elevados.

sueltos, que por lo mas agro del cerro trabajasen de lo subir. E que yo con los de caballo rodearia por detrás, que era mas llano, y los tomariamos en medio; y así fué, que como los enemigos vieron que los españoles les subian por el cerro, volvieron las espaldas, creyendo que huian á su salvo, y topan con nosotros, que seriamos quince de caballo, y comenzamos á dar en ellos, y los de Tascaltecal asimismo. Por manera que en poco espacio murieron mas de quinientos de los enemigos, y todos los otros se salvaron y huyéronse á las sierras. Y los otros seis de caballo acertaron á ir por un camino muy ancho y llano alanceando á los enemigos, y á media legua de Suchimilco dan sobre un escuadron de gente muy lucida, que venia en su socorro, y desbaratáronlos y alancearon algunos; é ya que nos hobimos juntado todos los de caballo, que serian las diez del dia, volvimos á Suchimilco, y á la entrada hallé muchos españoles que deseaban mucho nuestra venida y saber lo que nos habia sucedido, y contáronme cómo se habian visto en mucho aprieto, y habian trabajado todo lo posible por echar fuera los enemigos, de los cuales habian muerto mucha cantidad. E diéronme dos espadas de las nuestras, que les habian tomado, y dijéronme cómo los ballesteros no tenian saetas ni almacen alguno. Y estando en esto, antes que nos apeásemos asomaron por una calzada muy ancha un gran escuadron de los enemigos con muy grandes alaridos. E de presto arremetimos á ellos, y como de la una parte y de la otra de la calzada era todo agua, lanzáronse en ella; y así los desbaratamos; y recogida la gente, volvimos á la ciudad bien cansados, y mandéla quemar toda, excepto aquello donde estábamos aposentados. Y así estuvimos en esta ciudad tres dias, que en ninguno dellos dejamos de pelear; y al cabo, dejándola toda quemada y asolada, nos partimos, y cierto era mucho para ver, porque tenia muchas casas y torres de sus ídolos de cal y canto; y por no me alargar, dejo de particularizar otras cosas bien notables desta ciudad.

El dia que me partí, me salí fuera á una plaza que está en la Tierra-Firme junto á esta ciudad, que es donde los naturales hacen sus mercados; y estaba dando órden cómo diez de caballo fuesen en la delantera, y otros diez en medio de la gente de pié, y yo con otros diez en la rezaga. E los de Suchimilco, como vieron que nos comenzábamos á ir, creyendo que de temor suyo era, llegan por nuestras espaldas con mucha grita, y los diez de caballo y yo volvimos á ellos, y seguímoslos hasta meterlos en el agua; en tal manera, que no curaron mas de nosotros; y así, nos volvimos nuestro camino. E á las diez del dia llegamos á la ciudad de Cuyoacan, que está de Suchimilco dos leguas, y de las ciudades de Temixtitan[1], y Culuacan, y Uchilubuzco, y Iztapalapa, y Cuitaguaca y Mizqueque, que todas estan en el agua, la mas lejos destas está una legua y media; y hallámosla despoblada, y aposentámonos en la casa del señor, y aquí estuvimos el dia que llegamos y otro. E porque en siendo acabados los bergantines habia de poner cerco á Temixtitan, quise primero ver la disposicion desta ciudad y las entradas y salidas, y por dónde los españoles podian ofender ó ser ofendidos. E otro dia que llegué, tomé cinco de caballo y docientos peones, y fuíme hasta la laguna, que estaba muy cerca, por una calzada[2] que entra á la ciudad de Temixtitan, y vimos tanto número de canoas por el agua, y en ellas gente de guerra, que era infinito; y llegamos á una albarrada que tenian hecha en la calzada, y los peones comenzáronla á combatir; y aunque fué muy recia y hubo mucha resistencia y hirieron diez españoles, al fin se la ganaron, y mataron muchos de los enemigos, aunque los ballesteros y escopeteros quedaron sin pólvora y sin saetas. E dende allí vimos cómo iba la calzada derecha por el agua, fasta dar en Temixtitan bien legua y media, y ella y la otra[3] que va á dar á Iztapalapa llenas de gente sin cuento; y como yo hube considerado bien lo que convenia verse, porque aquí en esta ciudad habia de estar una guarnicion de gente de pié y de caballo, hice recoger los nuestros; y así, nos volvimos, quemando las casas y torres de sus ídolos. Y otro dia nos partimos desta ciudad á la de Tacuba, que está dos leguas, y llegamos á las nueve del dia, alanceando por unas partes y por otras, porque los enemigos salian de la laguna por dar en los indios que nos traian el fardaje, y hallábanse burlados; y así, nos dejaron ir en paz. Y porque, como he dicho, mi intencion principal habia sido procurar de dar vuelta á todas las lagunas, por calar y saber mejor la tierra, y tambien por socorrer aquellos nuestros amigos, no curé de pararme en Tacuba. Y como los de Temixtitan, que está allí muy cerca, que casi se extiende la ciudad tanto, que llega cerca de la tierra firme de Tacuba, como vieron que pasábamos adelante, cobraron mucho esfuerzo, y con gran denuedo acometieron á dar en medio de nuestro fardaje; y como los de caballo veniamos bien repartidos, y todo por allí era llano, aprovechábamonos bien de los contrarios, sin recibir los nuestros ningun peligro; y como corriamos á unas partes y á otras, y como unos mancebos, criados mios, me seguian algunas veces, aquella vez dos dellos no lo hicieron, y halláronse en parte donde los enemigos los llevaron, donde creemos que les darian muy cruel muerte, como acostumbran; de que sabe Dios el sentimiento que hube, así por ser cristianos, como porque eran valientes hombres, y le habian servido muy bien en esta guerra á vuestra majestad. Y salidos desta ciudad, comenzamos á seguir nuestro camino por entre otras poblaciones cerca de allí, y alcanzamos á la gente; y allí supe entonces cómo los indios habian llevado aquellos mancebos, y por vengar su muerte, y porque los enemigos nos seguian con el mayor orgullo del mundo, yo con veinte de caballo me puse detrás de unas casas en celada; y como los indios vian á los otros diez con toda la gente y fardaje ir adelante, no hacian sino seguirlos por un camino adelante, que era muy ancho y muy llano; no se temiendo de cosa ninguna. Y como vimos pasar ya algunos, yo apellidé en nombre del apóstol Santiago, y dimos en ellos muy reciamente. Y antes que se nos metiesen en las acequias que

[1] Méjico, Culhuacan, Churubusco, que antes se llamaba Ocholopozco, Iztapalapa, Thlahuac, antes Cilitahuac, y Mizquic, todas están en la laguna de Chalco.

[2] Esta calzada es la que hoy llaman de la Piedad.

[3] La otra calzada que va á Iztapalapa es la que llaman hoy do San Anton.



habia cerca, habiamos muerto dellos mas de cien principales y muy lucidos, y no curaron de mas nos seguir. Este dia fuimos á dormir dos leguas adelante á la ciudad de Coatinchan, bien cansados y mojados, porque habia llovido mucho aquella tarde, y hallámosla despoblada; y otro dia comenzamos de caminar, alanceando de cuando en cuando á algunos indios que nos salian á gritar, y fuimos á dormir á una poblacion que se dice Gilotepeque, y hallámosla despoblada. E otro dia llegamos á las doce horas del dia á una ciudad que se dice Aculman[1], que es del señorío de la ciudad de Tesáico, á donde fuimos aquella noche á dormir, y fuimos de los españoles bien recibidos, y se holgaron con nuestra venida como de la salvacion; porque después que yo me habia partido dellos, no habian sabido de mí fasta aquel dia que llegamos, y habian tenido muchos rebatos en la ciudad. E los naturales della les decian cada dia que los de Méjico y Temixtitan habian de venir sobre ellos, en tanto que yo por allí andaba; y así se concluyó, con la ayuda de Dios, esta jornada, y fué muy gran cosa, y en que vuestra majestad recibió mucho servicio por muchas causas, que adelante se dirán.

Al tiempo que yo, muy poderoso y invictísimo Señor, estaba en la ciudad de Temixtitan, luego á la primera vez que á ella vine, proveí, como en la otra relacion hice saber á vuestra majestad, que en dos ó tres provincias aparejadas para ello se hiciesen para vuestra majestad ciertas casas de granjerías, en que hobiesen labranzas y otras cosas, conforme á la calidad de aquellas provincias. E á una dellas que se dice Chinanta[2], envié para ello dos españoles; y esta provincia no es sujeta á los naturales de Culúa, y en las otras que lo eran al tiempo que me daban guerra en la ciudad de Temixtitan, mataron á los que estaban en aquellas granjerías, y tomaron lo que en ellas habia, que era cosa muy gruesa, segun la manera de la tierra, y destos españoles que estaban en Chinanta se pasó casi un año que no supe dellos; porque, como todas aquellas provincias estaban rebeladas, ni ellos podian saber de nosotros ni nosotros dellos. Y estos naturales de la provincia de Chinanta, como eran vasallos de vuestra majestad y enemigos de los de Culúa, dijeron á aquellos cristianos que en ninguna manera saliesen de su tierra, porque nos habian dado los de Culúa mucha guerra, y creian que pocos ó ningunos de nosotros habia vivos. E así, se estuvieron estos dos españoles en aquella tierra, y al uno dellos, que era mancebo y hombre para guerra, hiciéronle su capitan, y en este tiempo salia con ellos á dar guerra á sus enemigos, y las mas veces él y los de Chinanta eran vencedores; y como después plugo á Dios que nosotros volvimos á nos rehacer y haber alguna victoria contra los enemigos que nos habian desbaratado y echado de Temixtitan, estos de Chinanta dijeron á aquellos cristianos que habian sabido que en la provincia de Tepeaca habia españoles, y que si querian saber la verdad, que ellos querian aventurar dos indios, aunque habian de pasar por mucha tierra de sus enemigos, pero que andarian de noche y fuera del camino hasta llegar á Tepeaca. E con aquellos dos indios el uno de aquellos españoles, que era el mas hombre de bien, escribió una carta, cuyo tenor es el siguiente:

«Nobles señores, dos ó tres cartas he escrito á vuestras mercedes, y no sé si han aportado allá ó no; y pues de aquellas no he habido respuesta, tambien pongo en duda habella desta. Hágoos, señores, saber cómo todos los naturales desta tierra de Culúa andan levantados y de guerra, é muchas veces nos han acometido; pero siempre, loores á nuestro Señor, hemos sido vencedores. Y con los de Tuxtepeque y su parcialidad de Culúa cada dia tenemos guerra: los que están en servicio de sus altezas y por sus vasallos son siete villas de los Tenez[3]; y yo y Nicolás siempre estamos en Chinanta, que es la cabecera. Mucho quisiera saber adónde está el capitan para le poder escribir y hacer saber las cosas de acá. Y si por ventura me escribiéredes de donde él está, y enviáredes veinte ó treinta españoles, irmeía con dos principales de aquí, que tienen deseo de ver y fablar al capitan; y seria bien que viniesen; porque, como es tiempo agora de coger el cacao[4], estorban los de Culúa con las guerras. Nuestro Señor guarde las nobles personas de vuestras mercedes, como desean.—De Chinantla, á no sé cuántos del mes de abril de 1521 años. —A servicio de vuestra mercedes.—*Hernando de Barrientos*[5].»

E como los dos indios llegaron con esta carta á la dicha provincia de Tepeaca, el capitan que yo allí habia dejado con ciertos españoles enviómela luego á Tesáico; y recibida, todos recibimos mucho placer; porque, aunque siempre habiamos confiado en la amistad de los de Chinanta, teniamos pensamiento que si se confederaban con los de Culúa, que habrian muerto aquellos dos españoles; á los cuales yo luego escribí, dándoles cuenta de lo pasado, y que tuviesen esperanza; que, aunque estaban cercados de todas partes de los enemigos, presto, placiendo á Dios, se verian libres, y podrian salir y entrar seguros.

Después de haber dado vueltas á las lagunas, en que tomamos muchos avisos para poner el cerco á Temixtitan por la tierra y por el agua, yo estuve en Tesáico, forneciéndome lo mejor que pude de gente y de armas, y dando priesa en que se acabasen los bergantines y una zanja que se hacia para los llevar por ella fasta la laguna; la cual zanja se comenzó á facer luego que la ligazon y tablazon de los bergantines se trujeron en

[1] Oculman, dos leguas cortas de Tezcuco, en un valle amenísimo, pero inundado á causa de que por libertar á Méjico se hizo en tiempo del ilustrísimo señor don Domingo Trespalacios, de órden del excelentísimo señor Virey, una presa para contener la corriente del rio Teothihuacan, y en los meses de aguas se cierra la compuerta, y es lástima ver anegada la iglesia parroquial, que es una de las mejores fábricas del arzobispado, y aun creo del reino.

[2] Chinantla está hácia Veracruz, mas adelante de la isla de Sacrificios; y á esta provincia fué enviado Hernando Barrientos, y en ella mandó Cortés hacer las lanzas mas largas y fuertes, y por los pedernales negros de que hacian las lanzas se llamó Chinanthla.

[3] Estas villas están en la provincia de Tabasco y parte del obispado de Chiapa, donde se coge mucho cacao.

[4] La mejor cosecha de cacao es en estas provincias, que hoy llamamos Soconusco, Suchitepec, Tabasco, y otras á la costa del sur, excepto la de Tabasco, que está al mar del Norte ó golfo Mejicano.

[5] Este Hernando de Barrientos, es de quien desciende la muy noble familia de los Barrientos de Méjico.

una acequia de agua, que iba por cabe los aposentamientos fasta dar en la laguna[1]. E desde donde los bergantines se ligaron y la zanja se comenzó á hacer hay bien media legua hasta la laguna; y en esta obra anduvieron cincuenta dias mas de ocho mil personas cada dia de los naturales de la provincia de Aculuacan y Tesáico; porque la zanja tenia mas de dos estados de hondura y otros tantos de anchura, y iba toda chapada y estacada; por manera que el agua que por ella iba la pusieron en el peso de la laguna; de forma que las fustas se podian llevar sin peligro y sin trabajo fasta el agua, que cierto que fué obra grandísima y mucho para ver. E acabados los bergantines y puestos en esta zanja, á 28 de abril del dicho año fice alarde de toda la gente, y hallé ochenta y seis de caballo, y ciento y diez y ocho ballesteros y escopeteros, y setecientos y tantos peones de espadas y rodela, y tres tiros gruesos de hierro, y quince tiros pequeños de bronce, y diez quintales de pólvora. Acabado de hacer el dicho alarde, yo encargué y encomendé mucho á todos los españoles que guardasen y cumpliesen las ordenanzas que yo habia hecho para las cosas de la guerra, en todo cuanto les fuese posible, y que se alegrasen y esforzasen mucho, pues que veian que nuestro Señor nos encaminaba para haber victoria de nuestros enemigos; porque bien sabian que cuando habiamos entrado en Tesáico no habiamos traido mas de cuarenta de caballo, y que Dios nos habia socorrido mejor que lo habiamos pensado, y habian venido navíos con los caballos y gente y armas que habian visto; y que esto, y principalmente ver que peleábamos en favor y aumento de nuestra fe, y por reducir al servicio de vuestra majestad tantas tierras y provincias como se le habian rebelado, les habia de poner mucho ánimo y esfuerzo para vencer ó morir. E todos respondieron, y mostraron tener para ello muy buena voluntad y deseo; y aquel dia del alarde pasamos con mucho placer y deseo de nos ver ya sobre el cerco, y dar conclusion á esta guerra, de que dependia toda la paz ó desasosiego destas partes.

Otro dia siguiente fice mensajeros á las provincias de Tascaltecal[2], Guajucingo y Chururtecal á les facer saber cómo los bergantines eran acabados, y que yo y toda la gente estábamos apercibidos y de camino para ir á cercar la gran ciudad de Temixtitan; por tanto, que les rogaba, pues que ya por mí estaban avisados, y tenian su gente apercibida, que con toda la mas y bien armada que pudiesen, se partiesen y viniesen allí á Tesáico, donde yo los esperaria diez dias; y que en ninguna manera excediesen desto, porque seria gran desvío para lo que estaba concertado. Y como llegaron los mensajeros, y los naturales de aquellas provincias estaban apercibidos y con mucho deseo de se ver con los de Culúa, los de Guajucingo y Chururtecal se vinieron á Calco, porque yo se lo habia así mandado, porque junto por allí habia de entrar á poner el cerco. Y los capitanes de Tascaltecal, con toda su gente muy lucida y bien armada, llegaron á Tesáico cinco ó seis dias antes de pascua de Espíritu Santo, que fué el tiempo que yo les asigné; é como aquel dia supe que venian cerca, salílos á recibir con mucho placer; y ellos venian tan alegres y bien ordenados, que no podia ser mejor. Y según la cuenta que los capitanes nos dieron, pasaban de cincuenta mil hombres de guerra; los cuales fueron por nosótros muy bien recibidos y aposentados.

El segundo dia de Pascua mandé salir á toda la gente de pié y de caballo á la plaza desta ciudad de Tesáico, para la ordenar y dar á los capitanes la que habian de llevar para tres guarniciones de gente que se habian de poner en tres ciudades que están en torno de Temixtitan; y de la una guarnicion hice capitan á Pedro de Albarado[3], y dile treinta de caballo, y diez y ocho ballesteros y escopeteros, y ciento y cincuenta peones de espada y rodela, y mas de veinte y cinco mil hombres de guerra de los de Tascaltecal, y estos habian de asentar su real en la ciudad de Tacuba.

De la otra guarnicion fice capitan á Cristóbal Olid[4], al cual dí treinta y tres de caballo, y diez y ocho ballesteros y escopeteros, y ciento y sesenta peones de espada y rodela, y mas de veinte mil hombres de guerra de nuestros amigos, y estos habian de asentar su real en la ciudad de Cuyoacan.

De la otra tercera guarnicion fice capitan á Gonzalo de Sandoval[5], alguacil mayor, y dile veinte y cuatro de caballo, y cuatro escopeteros y trece ballesteros, y ciento y cincuenta peones de espada y rodela; los cincuenta déllos, mancebos escogidos, que yo traia en mi compañía, y toda la gente de Guajucingo y Chururtecal y Calco, que habia mas de treinta mil hombres; y estos habian de ir por la ciudad de Iztapalapa á destruirla, y pasar adelante por una calzada de la laguna, con favor y espaldas de los bergantines, y juntarse con la guarnicion de Cuyoacan, para que después que yo entrase con los bergantines por la laguna, el dicho alguacil mayor asentase su real donde le pareciese que convenia.

Para los trece bergantines con que yo habia de entrar por la laguna, dejé trecientos hombres, todos los mas gente de la mar y bien diestra; de manera que en cada bergantin iban veinte y cinco españoles, y cada fusta llevaba su capitan y veedor y seis ballesteros y escopeteros.

Dada la órden susodicha, los dos capitanes que habian de estar con la gente en las ciudades de Tacuba y Cuyoacan, después de haber recibido las instrucciones de lo que habian de hacer, se partieron de Tesáico á 10 dias del mes de mayo, y fueron á dormir dos leguas y media de allí, á una poblacion buena que se dice Aculman. E aquel dia supe cómo entre los capitanes habia habido cierta diferencia sobre el aposentamien-

[1] Esta acequia, donde se echaron los bergantines, está junto á Tezcuco y se ve hoy como un puente: la acequia fué hecha de órden de Cortés, y la laguna distaba media legua; pero ahora está ciega, y seria muy útil al pueblo que se abriera.

[2] Tlaxcala, Huaxocingo y Cholula.

[3] Este insigne capitan fué el que después ganó á Guatemala.

[4] Este insigne capitan mereció después ser conquistador de otras provincias, fué enviado á las Hibueras ú Honduras; pero se levantó contra Cortés.

[5] Este insigne capitan fué padrino en el bautismo de uno de los señores de Tlaxcala; y de otros dos señores caciques, fueron padrinos Albarado y Olid.

to, y proveí luego esta noche para lo remediar, y poner en paz; y yo envié una persona para ello, que los reprehendió y apaciguó. E otro dia de mañana se partieron de allí, y fueron á dormir á otra poblacion que se dice [1] Gilotepeque, la cual hallaron despoblada, porque era ya tierra de los enemigos. E otro dia siguiente siguieron su camino en su ordenanza, y fueron á dormir á una ciudad que se dice Guatitlan, de que antes desto he hecho relacion á vuestra majestad; la cual asimismo hallaron despoblada; y aquel dia pasaron por otras dos ciudades y poblaciones, que tampoco hallaron gente en ellas. E á hora de vísperas entraron en Tacuba, que tambien estaba despoblada, y aposentáronse en las casas del señor de allí, que son muy hermosas [2] y grandes; y aunque era ya tarde, los naturales de Tascaltecal dieron una vista por la entrada de dos calzadas de la ciudad de Temixtitan, y pelearon dos ó tres horas valientemente con los de la ciudad; y como la noche los despartió, volviéronse sin ningun peligro á Tacuba.

Otro dia de mañana los dos capitanes acordaron, como yo les habia mandado, de ir á quitar el agua dulce que por caños [3] entraba á la ciudad de Temixtitan; y el uno dellos, con veinte de caballo y ciertos ballesteros y escopeteros, fué al nacimiento de la fuente, que estaba un cuarto de legua de allí, y cortó y quebró los caños, que eran de madera y de cal y canto, y peleó reciamente con los de la ciudad, que se le defendian por la mar y por la tierra; y al fin los desbarató, y dió conclusion á lo que iba, que era quitarles el agua dulce que entraba á la ciudad, que fué muy grande ardid.

Este mismo dia los capitanes hicieron aderezar algunos malos pasos y puentes y acequias que estaban por allí al rededor de la laguna, porque los de caballo pudiesen libremente correr por una parte y otra. Y hecho esto, en que se tardaria tres ó cuatro dias, en los cuales se hubieron muchos reencuentros con los de la ciudad, en que fueron heridos algunos españoles y muertos hartos de los enemigos, y les ganaron muchas albarradas y puentes, y hubo hablas y desafíos entre los de la ciudad y los naturales de Tascaltecal, que eran cosas bien notables y para ver. El capitan Cristóbal Dolid [4], con la gente que habia de estar en guarnicion en la ciudad de Cuyoacan, que está dos leguas de Tacuba, se partió; y el capitan Pedro de Albarado se quedó en guarnicion con su gente en Tacuba, adonde cada dia tenia escaramuzas y peleas con los indios. E aquel dia que Cristóbal Dolid se partió para Cuyoacan, él y la gente llegaron á las diez del dia y aposentáronse en las casas del señor de allí, y hallaron despoblada la ciudad. E otro dia de mañana fueron á dar una vista á la calzada que entra en Temixtitan, con hasta veinte de caballo y algunos ballesteros, y con seis ó siete mil indios de Tascaltecal, y hallaron muy apercebidos los contrarios, y rota la calzada y hechas muchas albarradas, y pelearon con ellos, y los ballesteros hirieron y mataron algunos; y esto continuaron seis ó siete dias, que en cada uno dellos hubo muchos recuentros y escaramuzas. En una noche, á media noche, llegaron ciertas velas de los de la ciudad á gritar cerca del real, y las velas de los españoles apellidaron *al arma*, y salió la gente, y no hallaron ninguno de los enemigos, porque dende muy lejos del real habian dado la grita, la cual les habia puesto en algun temor. E como la gente de los nuestros estaba dividida en tantas partes, los de las dos guarniciones deseaban mi llegada con los bergantines, como la salvacion; y con esta esperanza estuvieron aquellos pocos dias hasta que yo llegué, como adelante diré. Y en estos seis dias los del un real y del otro se juntaban cada dia, y los de caballo corrian la tierra, como estaban cerca los unos de los otros, y siempre alanceaban muchos de los enemigos, y de la sierra cogian mucho maíz para sus reales, que es el pan y mantenimiento destas partes, y hace mucha ventaja á lo de las islas.

En los capítulos precedentes dije cómo yo me quedaba en Tesáico con trecientos hombres y los trece bergantines, porque en sabiendo que las guarniciones estaban en los lugares donde habian de asentar sus reales, yo me embarcase y diese una vista á la ciudad y hiciese algun daño en las canoas; y aunque yo deseaba mucho irme por la tierra, por dar órden en los reales, como los capitanes eran personas de quien se podia muy bien fiar lo que tenian entre manos, y lo de los bergantines importaba mucha importancia, y se requeria gran concierto y cuidado, determiné de me meter en ellos, porque la mas aventura y riesgo era el que se esperaba por el agua; aunque por las personas principales de mi compañía me fué requerido en forma que me fuese con las guarniciones, porque ellos pensaban que ellas llevaban lo mas peligroso. E otro dia después de la fiesta de Corpus-Christi, viérnes, al cuarto del alba hice salir de Tesáico á Gonzalo de Sandoval, alguacil mayor, con su gente, y que se fuese derecho á la ciudad de Iztapalapa, que estaba de allí seis leguas pequeñas; y á poco mas de mediodía llegaron á ella y comenzaron á quemarla y á pelear con la gente della; y como vieron el gran poder que el alguacil mayor llevaba, porque iban con él mas de treinta y cinco ó cuarenta mil hombres nuestros amigos, acogiéronse al agua en sus canoas; y el alguacil mayor, con toda la gente que llevaba, se aposentó en aquella ciudad, y estuvo en ella aquel dia, esperando lo que yo le habia de mandar y me sucedia.

Como hube despachado al alguacil mayor, luego me metí en los bergantines, y nos hicimos á la vela y al remo; y al tiempo que el alguacil mayor combatia y quemaba la ciudad de Iztapalapa llegamos á vista de un cerro [5] grande y fuerte que está cerca de la dicha ciudad, y todo en el agua, y estaba muy fuerte, y habia mucha gente en él, así de los pueblos de alrede-

[1] Hay Xiutepec, Xilotepec y Jautepec, todos distintos pueblos, y es preciso advertir que hay muchos pueblos deste nombre, pero del que se habla aquí no está al sur, sino entre el oriente y el norte de Méjico, á una jornada de Guatihlan, y es Xiutepec.

[2] Ya está dicho arriba que aun hoy son señores de Tacuba los Moteczumas, pero la jurisdiccion es del Rey.

[3] Esta cañería está hoy de mejor fábrica, y entra por la Traspana, y es de la que se bebe comunmente en Méjico.

[4] Cristóbal de Olid.

[5] Cerro ó peñol del Marqués, que está dentro de la laguna de Tezcuco.

dor de la laguna, como de Temixtitan; porque ya ellos sabian que el primer reencuentro habia de ser con los de Iztapalapa, y estaban allí para defensa suya y para nos ofender, si pudiesen. E como vieron llegar la flota, comenzaron á apellidar y hacer grandes ahumadas porque las ciudades de las lagunas lo supiesen y estuviesen apercebidas. E aunque mi motivo era ir á combatir la parte de la ciudad de Iztapalapa que está en el agua, revolvimos sobre aquel cerro ó peñol, y salté en él con ciento y cincuenta hombres; aunque era muy agro y alto, con mucha dificultad le comenzamos á subir, y por fuerza les ganamos las albarradas que en lo alto tenian hechas para su defensa. E entrámoslos de tal manera, que ninguno dellos se escapó, excepto las mujeres y niños; y en este combate me hirieron veinte y cinco españoles, pero fué muy hermosa victoria.

Como los de Iztapalapa habian hecho ahumadas desde unas torres de ídolos que estaban en un cerro [1] muy alto junto á su ciudad, los de Temixtitan y de las otras ciudades que están en el agua conocieron que yo entraba ya por la laguna con los bergantines, y de improviso juntóse tan grande flota de canoas para nos venir á acometer y á tentar qué cosa eran los bergantines; y á lo que podimos juzgar, pasaban de quinientas canoas. E como yo vi que traian su derrota derecha á nosotros, yo y la gente que habiamos saltado en aquel cerro grande, nos embarcamos á mucha priesa, y mandé á los capitanes de los bergantines que en ninguna manera se moviesen, porque los de las canoas se determinasen á nos acometer, y creyesen que nosotros de temor no osábamos salir á ellos; y así, comenzaron con mucho ímpetu de encaminar su flota hácia nosotros. Pero á obra de dos tiros de ballesta repaúronse y estuvieron quedos; y como yo deseaba mucho que el primer reencuentro que con ellos hobiésemos fuese de mucha victoria, y se hiciese de manera que ellos cobrasen mucho temor de los bergantines, porque la llave de toda la guerra estaba en ellos, y donde ellos podian recibir mas daño, y aun nosotros tambien, era por el agua, plugo á nuestro Señor que, estándonos mirando los unos á los otros, vino un viento de la tierra muy favorable para embestir con ellos; y luego mandé á los capitanes que rompiesen por la flota de las canoas, y siguiesen tras ellos fasta los encerrar en la ciudad de Temixtitan; y como el viento era muy bueno, aunque ellos huian cuanto podian, embestimos por medio dellos, y quebramos infinitas canoas, y matamos y ahogamos muchos de los enemigos, que era la cosa del mundo mas para ver. Y en este alcance los seguimos bien tres leguas grandes, fasta los encerrar en las casas de la ciudad; é así, plugo á nuestro Señor de nos dar mayor y mejor victoria que nosotros habiamos pedido y deseado.

Los de la guarnicion de Cuyoacan, que podian mejor que los de la ciudad de Tacuba ver cómo veniamos con los bergantines, como vieron todas las trece velas por el agua, y que traiamos tan buen tiempo, y que desbaratábamos todas las canoas de los enemigos, segun después me certificaron, fué la cosa del mundo de que mas placer hobieron y que mas ellos deseaban; porque, como he dicho, ellos y los de Tacuba [2] tenian muy gran deseo de mi venida, y con mucha razon, porque estaba la una guarnicion y la otra entre tanta multitud de enemigos, que milagrosamente los animaba nuestro Señor, y enflaquecia los ánimos de los enemigos para que no se determinasen á los salir á acometer á su real, lo cual si fuera, no pudiera ser menos de recibir los españoles mucho daño, aunque siempre estaban muy apercibidos y determinados de morir ó ser vencedores; como aquellos que se hallaban apartados de toda manera de socorro, salvo de aquel que de Dios esperaban.

Así como los de las guarniciones de Cuyoacan nos vieron seguir las canoas, tomaron su camino, y los mas de caballo y de pié que allí estaban, para la ciudad de Temixtitan, y pelearon muy reciamente con los indios que estaban en la calzada [3], y les ganaron las albarradas que tenian hechas, y les tomaron y pasaron á pié y á caballo muchas puentes que tenian quitadas, y con el favor de los bergantines que iban cerca de la calzada; los indios de Tascaltecal, nuestros amigos, y los españoles seguian á los enemigos, y dellos mataban, y dellos se echaron al agua de la otra parte de la calzada por do no iban bergantines. Así fueron con esta victoria mas de una gran legua por la calzada, hasta llegar donde yo habia parado con los bergantines, como abajo haré relacion.

Con los bergantines fuimos bien tres leguas dando caza á las canoas: las que se nos escaparon allegáronse entre las casas de la ciudad, y como era ya después de vísperas, mandé recoger los bergantines, y llegamos con ellos á la calzada, y allí determiné de saltar en tierra con treinta hombres por les ganar unas dos torres de sus ídolos [4], pequeñas, que estaban cercadas con su cerca baja de cal y canto; y como saltamos, allí pelearon con nosotros muy reciamente por nos las defender; y al fin, con harto peligro y trabajo ganámóselas, é luego hice sacar en tierra tres tiros de hierro grueso que yo traia. E porque lo que restaba de la calzada desde allí á la ciudad, que era media legua, estaba todo lleno de los enemigos, y de la una parte y de la otra de la calzada, que era agua, todo lleno de canoas con gente de guerra, fice asestar el un tiro de aquellos, y tiró por la calzada adelante, y fizo mucho daño en los enemigos; y por descuido del artillero, en aquel mismo punto que tiró se nos quemó la pólvora que allí teniamos, aunque era poca. E luego esa noche proveí un bergantin que fuese á Iztapalapa, adonde estaba el alguacil mayor, que seria dos leguas de allí, y que trujese toda la pólvora que habia. E aunque al principio era mi intencion, luego que entrase con los bergantines, irme á á Cuyoacan, y dejar proveido cómo anduviesen á mucho recaudo, haciendo todo el mas daño que pudiesen; como aquel dia salté allí en la calzada, y les gané aquellas dos torres, determiné de asentar allí el

[1] Este cerro es el inmediato á Iztapalapa, y para desterrar la idolatría está á la falda la imágen devotísima de Jesucristo en el sepulcro, metida en unas cuevas del gentilismo hechas á pico en la peña.

[2] Los españoles y tlascaltecas que estaban en Tacuba.

[3] En la calzada de la Piedad, que va á Cuyoacan, hay ocho ó nueve puentes aun el dia de hoy.

[4] Estas torres de los ídolos estaban donde hoy está la ermita pequeña en el camino, como á la mitad, y media legua de Méjico.

real, y que los bergantines se estuviesen allí junto á las torres, y que la mitad de la gente de Cuyoacan y otros cincuenta peones de los del alguacil mayor se viniesen allí otro dia. E proveido esto, aquella noche estuvimos á mucho recaudo, porque estábamos en gran peligro, y toda la gente de la ciudad acudia allí por la calzada y por el agua; y á media noche llega mucha multitud de gente en canoas[1] y por la calzada á dar sobre nuestro real, y cierto nos pusieron en gran temor y rebato, en especial porque era de noche, y nunca ellos á tal tiempo suelen acometer, ni se ha visto que de noche hayan peleado, salvo con mucha sobra de victoria. E como nosotros estábamos muy apercibidos, comenzamos á pelear con ellos y dende los bergantines, porque cada uno traia un tiro pequeño de campo, comenzaron á soltallos, y los ballesteros y escopeteros á hacer lo mismo; y desta manera no osaron llegar mas adelante, ni llegaron tanto que nos biciesen ningun daño; y así, nos dejaron lo que quedó de la noche sin nos acometer mas.

Otro dia, en amaneciendo, llegaron al real de la calzada donde yo estaba, quince ballesteros y escopeteros, y cincuenta hombres de espada y rodela, y siete ó ocho de caballo de los de la guarnicion de Cuyoacan; é ya, cuando ellos llegaron, los de la ciudad en canoas y por la calzada peleaban con nosotros; y era tanta la multitud, que por el agua y por la tierra no viamos sino gente, y daban tantas gritas y alaridos, que parecia que se hundia el mundo. E nosotros comenzamos á pelear con ellos por la calzada adelante, y ganámosles una puente que tenian quitada, y una albarrada que tenian hecha á la entrada. E con los tiros y con los de caballo hicimos tanto daño en ellos, que casi los encerramos hasta las primeras casas de la ciudad[2]. E porque de la otra parte de la calzada, como los bergantines no podian pasar, andaban muchas canoas y nos hacian daño con flechas y varas que nos tiraban á la calzada, hice romper un pedazo della junto á nuestro real, y hice pasar de la otra parte cuatro bergantines, los cuales, como pasaron, encerraron las canoas todas entre las casas de la ciudad; en tal manera, que no osaban por ninguna via salir á lo largo. E por la otra parte de la calzada los otros ocho bergantines peleaban con las canoas, y las encerraron entre las casas, y entraron por entre ellas, aunque hasta entonces no lo habian osado hacer, porque habia muchos bajos y estacas que les estorbaban. E como hallaron canales por donde entrar seguros, peleaban con los de las canoas, y tomaron algunas dellas, y quemaron muchas casas del arrabal, é aquel dia todo despendimos en pelear de la manera ya dicha.

Otro dia siguiente el alguacil mayor con la gente que tenia en Iztapalapa, así españoles como nuestros amigos, se partió para Cuyoacan, y dende allí hasta la Tierra-Firme viene una calzada que dura obra de legua y media. Y como el Alguacil mayor comenzó á caminar, á obra de un cuarto de legua llegó á una ciudad pequeña, que tambien está en el agua, y por muchas partes della se puede andar á caballo, y los naturales de allí comenzaron á pelear con él, y él los desbarató y mató muchos, y les destruyó y quemó toda la ciudad. Y porque yo habia sabido que los indios habian rompido mucho de la calzada, y la gente no podia pasar bien, enviéle dos bergantines para que les ayudasen á pasar, de los cuales hicieron puente por donde los peones pasaron. E desque hubieron pasado, se fueron á aposentar á Cuyoacan, y el alguacil mayor, con diez de caballo, tomó el camino de la calzada donde teniamos nuestro real, y cuando llegó hallónos peleando; y él y los que venian con él se apearon y comenzaron á pelear con los de la calzada, con quien nosotros andábamos revueltos. E como el dicho alguacil mayor comenzó á pelear, los contrarios le atravesaron un pié con una vara; y aunque á él y á otros algunos nos hirieron aquel dia, con los tiros gruesos, y con las ballestas y escopetas hicimos mucho daño en ellos; en tal manera, que ni los de las canoas ni los de la calzada no osaban llegarse tanto á nosotros, y mostraban mas temor y menos orgullo que solian. E desta manera estuvimos seis dias, en que cada dia teniamos combate con ellos; é los bergantines iban quemando al rededor de la ciudad todas las casas que podian, y descubrieron canal por donde podian entrar al rededor y por los arrabales de la ciudad, y llegar á lo grueso della, que fué cosa muy provechosa, y hizo cesar la venida de las canoas, que ya no osaba usomar ninguna con un cuarto de legua á nuestro real.

Otro dia Pedro de Albarado, que estaba por capitan de la gente que estaba en guarnicion en Tacuba, me hizo saber cómo por la otra parte de la ciudad, por una calzada que va á unas poblaciones de Tierra-Firme, y por otra pequeña que estaba junto á ella, los de Temixtitan entraban y salian cuando querian, y que creia que, viéndose en aprieto, se habian de salir todos por allí, aunque yo deseaba mas su salida que no ellos; porque muy mejor nos pudiéramos aprovechar dellos en la Tierra-Firme que no en la fortaleza grande que tenian en el agua; pero porque estuviesen del todo cercados, y no se pudiesen aprovechar en cosa alguna de la Tierra Firme, aunque el alguacil mayor estaba herido, le mandé que fuese á asentar su real á un pueblo pequeño, á do iba á salir la una de aquellas dos calzadas; el cual se partió con veinte y tres de caballo y cien peones y diez y ocho ballesteros y escopeteros, y me dejó otros cincuenta peones de los que yo traia en mi compañía, y en llegando, que fué otro dia, asentó su real adonde yo le mandé. E dende allí adelante la ciudad de Temixtitan quedó cercada por todas las partes que por calzadas podian salir á la Tierra-Firme.

Yo tenia, muy poderoso Señor, en el real de la calzada docientos peones españoles, en que habia veinte y cinco ballesteros y escopeteros, estos sin la gente de los bergantines, que eran mas de docientos y cincuenta. E como teniamos algo encerrados á los enemigos, y teniamos mucha gente de guerra de nuestros amigos, determiné de entrar por la calzada á la ciudad todo lo mas que pudiese; y que los bergantines al fin de la una parte y de la otra se estuviesen para hacernos espaldas. E mandé que algunos de caballo y peones de los que estaban en Cuyoacan se viniesen al real para que entrasen con nosotros, y que diez de caballo se quedasen á la entrada de la calzada haciendo espaldas á nos-

[1] Hay canoas pequeñas, medianas y grandes, que llaman de trasporte, que igualan algunas á las barcas de España.

[2] Hasta cerca de donde hoy está la garita de los Guardas.

otros, y algunos que quedaban en Cuyoacan, porque los naturales de las ciudades de Suchimilco [1], y Culuacan, y Iztapalapa, y Chilobusco, y Mexicalcingo, y Cuitaguacad, y Mizquique, que están en el agua, estaban rebelados y eran en favor de los de la ciudad; y queriendo estos tomarnos las espaldas, estábamos seguros con los diez ó doce de caballo que yo mandaba andar por la calzada, y otros tantos que siempre estaban en Cuyoacan, y mas de diez mil indios nuestros amigos. Asimismo mandé al alguacil mayor y á Pedro de Albarado que por sus estancias acometiesen aquel dia á los de la ciudad, porque yo queria por mi parte ganalles todo lo que mas pudiese. Así salí por la mañana del real, y seguimos á pié por la calzada adelante, y luego hallamos los enemigos en defensa de una quebradura que tenian hecha en ella, tan ancha como una lanza, y otro tanto de hondura; y en ella tenian hecha una albarrada, y peleamos con ellos, y ellos con nosotros muy valientemente. E al fin se la ganamos, y seguimos por la calzada adelante hasta llegar á la entrada de la ciudad, donde estaba una torre de sus ídolos, y al pié della una puente muy grande alzada, y por ella atravesaba una calle de agua muy ancha con otra muy fuerte albarrada. E como llegamos, comenzaron á pelear con nosotros.

Pero como los bergantines estaban de la una parte y de la otra, ganámosela sin peligro; lo cual fuera imposible sin ayuda dellos. E como comenzaron á desamparar el albarrada, los de los bergantines saltaron en tierra, y nosotros pasamos el agua, y tambien los de Tascaltecal, y Guaxocingo, y Calco, y Tesáico, que eran mas de ochenta mil hombres. Y entre tanto que cegábamos con piedra y adobes aquella puente, los españoles ganaron otra albarrada que estaba en la calle, que es la principal y mas ancha de toda la ciudad; é como aquella no tenia agua, fué muy fácil de ganar, y siguieron el alcance tras los enemigos por la calle adelante hasta llegar á otra puente que tenian alzada, salvo una viga ancha por donde pasaban. E puestos por ella y por el agua en salvo, quitáronla de presto. E de la otra parte de la puente tenian hecha otra grande albarrada de barro y adobes. E como llegamos á ella y no pudimos pasar sin echarnos al agua, y esto era muy peligroso, los enemigos peleaban muy valientemente. E de la una parte y de la otra de la calle habia infinitos dellos peleando con mucho corazon desde las azoteas; é como se llegaron copia de ballesteros y escopeteros, y tirábamos con dos tiros por la calle adelante, hacíamosles mucho daño. E como lo conocimos, ciertos españoles se lanzaron al agua, y pasaron de la otra parte, y duró en ganarse mas de dos horas. E como los enemigos los vieron pasar, desampararon el albarrada y las azoteas, y pónense en huida por la calle adelante, y así pasó toda la gente. E yo hice comenzar á cegar aquella puente y deshacer el albarrada; y en tanto los españoles y los indios nuestros amigos siguieron el alcance por la calle adelante bien dos tiros de ballesta, hasta otra puente [2] que está junto á la plaza de los principales aposentamientos de la ciudad; y esta puente no la tenian quitada ni tenian hecha albarrada en ella; porque ellos no pensaron que aquel dia se les ganara ninguna cosa de lo que se les ganó, ni aun nosotros pensamos que fuera la mitad. E á la entrada de la plaza asestóse un tiro, y con él recibian mucho daño los enemigos, que eran tantos, que no cabian en ella. E los españoles, como vieron que allí no habia agua, de donde se suele recibir peligro, determinaron de les entrar la plaza. E como los de la ciudad vieron su determinacion puesta en obra, y vieron mucha multitud de nuestros amigos, y aunque dellos sin nosotros no tenian ningun temor, vuelven las espaldas, y nuestros amigos dan en pos dellos hasta los encerrar en el circúito de sus ídolos, el cual es cercado de cal y canto [3]; é como en la otra relacion se habrá visto, tiene tan gran circúito como una villa de cuatrocientos vecinos; y este fué luego desamparado dellos, y los españoles y nuestros amigos se lo ganaron, y estuvieron en él y en las torres un buen rato. E como los de la ciudad vieron que no habia gente de caballo, volvieron sobre los españoles, y por fuerza los echaron de las torres y de todo el patio y circúito, en que se vieron en muy grande aprieto y peligro; y como iban mas que retrayéndose, hicieron rostro debajo de los portales del patio. E como los enemigos los aquejaban tan reciamente, los desampararon y se retrujeron á la plaza, y de allí los echaron por fuerza hasta los meter por la calle adelante; en tal manera, que el tiro que allí estaba lo desampararon. E los españoles, como no podian sufrir la fuerza de los enemigos, se retrajeron con mucho peligro; el cual de hecho recibieran, sino que plugo á Dios que en aquel punto llegaron tres de caballo, y entran por la plaza adelante; y como los enemigos los vieron, creyeron que eran mas, y comienzan á huir, y mataron algunos dellos y ganáronles el patio y circúito [4] que arriba dije. Y en la torre mas principal y alta dél, que tiene ciento y tantas gradas hasta llegar á lo alto, hiciéronse fuertes allí diez ó doce indios principales de los de la ciudad, y cuatro ó cinco españoles subiérongela por fuerza; y aunque ellos se defendian bien, ge la ganaron y los mataron á todos. E después vinieron otros cinco ó seis de caballo, y ellos y los otros echaron una celada, en que mataron mas de treinta de los enemigos. E como ya era tarde, yo mandé recoger la gente y que se retrujesen, y al retraer cargaba tanta multitud de los enemigos, que si no fuera por los de caballo, fuera imposible no recibir mucho daño los españoles. Pero como todos aquellos malos pasos de la calle y calzada, donde se esperaba el peligro, al tiempo del retraer yo los tenia muy bien adobados y aderezados, los de caballo podian por ellos muy bien entrar y salir, é como los enemigos venian dando en nuestra retroguarda, los de caballo revolvian sobre ellos, que siempre alanceaban ó mataban algunos; é como la calle era muy larga [5], hubo lugar de hacerse esto cuatro ó cinco veces. E aunque los

[1] Xochimilco, Culhuacan, Iztapalapa, Churubusco, Tlahuac y Mizquic.

[2] Antes de llegar á la plaza de la Universidad hay muchos puentes, y naturalmente habla aquí desta plaza ó mercado, que era muy grande.

[3] Este templo grande estaba donde hoy la iglesia catedral, casas del estado del Valle y palacio de los excelentísimos señores vireyes.

[4] El patio ó atrio en que vivian los sacerdotes de los ídolos.

[5] Es tan larga esta calle, que contando desde la garita de la

enemigos vian que recibian daño, venian, los perros, tan rabiosos, que en ninguna manera los podiamos detener ni que nos dejasen de seguir. E todo el dia se gastara en esto, sino que ya ellos tenian tomadas muchas azoteas que salen á la calle, y los de caballo recibian á esta causa mucho peligro; y así, nos fuimos por la calzada adelante á nuestro real, sin peligrar ningun español, aunque hubo algunos heridos; é dejamos puesto fuego á las mas y mejores casas de aquella calle, porque cuando otra vez entrásemos, dende las azoteas no nos hiciesen daño. Este mismo dia el alguacil mayor y Pedro de Albarado pelearon cada uno por su estancia muy reciamente con los de la ciudad, é al tiempo del combate estariamos los unos de los otros á legua y media[1] y á una legua; porque se extiende tanto la poblacion de la ciudad, que aun diminuyo la distancia que hay, y nuestros amigos que estaban con ellos, que eran infinitos, pelearon muy bien y se retrujeron aquel dia sin recibir ningun daño.

En este comedio don Hernando, señor de la ciudad de Tesáico y provincia de Aculuacan, de que arriba he hecho relacion á vuestra majestad, procuraba de atraer á todos los naturales de su ciudad y provincia, especialmente los principales, á nuestra amistad, porque aun no estában tan confirmados en ella como después lo estuvieron, y cada dia venian al dicho don Hernando muchos señores y hermanos suyos con determinacion de ser en nuestro favor y pelear con los de Méjico y Temixtitan; y como don Hernando era muchacho y tenia mucho amor á los españoles, y conocia la merced que en nombre de vuestra majestad se le habia hecho en darle tan gran señorío habiendo otros que le precedian en el derecho dél, trabajaba cuanto le era posible como todos sus vasallos viniesen á pelear con los de la ciudad y ponerse en los peligros y trabajos que nosotros; é habló con sus hermanos, que eran seis ó siete, todos mancebos bien dispuestos, y díjoles que les rogaba que con toda la gente de su señorío viniesen á me ayudar. E á uno dellos, que se llama Istrisuchil, que es de edad de veinte y tres ó veinte y cuatro años, muy esforzado, amado y temido de todos, envióle por capitan, y llegó al real de la calzada con mas de treinta mil hombres de guerra, muy bien aderezados á su manera, y á los otros dos reales irian otros veinte mil. E yo los recibí alegremente, agradeciéndoles su voluntad y obra. Bien podrá vuestra cesárea majestad considerar si era buen socorro y buena amistad la de don Hernando[2], y lo que sentirian los de Temixtitan en ver venir contra ellos á los que ellos tenian por vasallos y por amigos, y por parientes y hermanos, y aun padres y hijos.

Dende á dos dias el combate de la ciudad se dió, como arriba he dicho; y venida ya esta gente en nuestro socorro, los naturales de la ciudad de Suchimilco, que está en el agua, y ciertos pueblos de Utumies[3], que es gente serrana y de mas copia que los de Suchimilco, y eran esclavos del señor de Temixtitan, se vinieron á ofrecer y dar por vasallos de vuestra majestad, rogándome que les perdonase la tardanza; y yo les recibí muy bien, y holgué mucho con su venida, porque si algun daño podian recibir los de Cuyoacan, era de aquellos.

Como por el real de la calzada, donde yo estaba, habiamos quemado con los bergantines muchas casas de los arrabales de la ciudad, y no osaba asomar canoa ninguna por todo aquello, parecióme que para nuestra seguridad bastaba tener en torno de nuestro real siete bergantines, y por eso acordé de enviar al real del alguacil mayor y al de Pedro de Albarado cada tres bergantines; y encomendé mucho á los capitanes dellos, que porque por la parte de aquellos dos reales se aprovechaban mucho de la tierra en sus canoas, y metian agua y frutas y maíz y otras vituallas, que corriesen de noche y de dia los unos y los otros del un real al otro, y que demás desto aprovecharian mucho para hacer espaldas á la gente de los reales todas las veces que quisiesen entrar á combatir la ciudad. E así, se fueron estos seis bergantines á los otros dos reales, que fué cosa necesaria y provechosa, porque cada dia y cada noche hacian con ellos saltos maravillosos, y tomaban muchas canoas y gente de los enemigos.

Proveido esto, y venida en nuestro socorro y de paz la gente que arriba he fecho mencion, habléles á todos y díjeles cómo yo determinaba de entrar á combatir la ciudad dende á dos dias; por tanto, que todos viniesen para entonces muy á punto de guerra, y que en aquello conoceria si eran nuestros amigos; y ellos prometieron de lo cumplir así. E otro dia fice aderezar y apercibir la gente, y escribí á los reales y bergantines lo que tenia acordado y lo que habian de hacer.

Otro dia por la mañana, después de haber oido misa, é informados los capitanes de lo que habian de facer, yo salí de nuestro real con quince ó veinte de caballo y trecientos españoles, y con todos nuestros amigos, que era infinita gente, y yendo por la calzada adelante, á tres tiros de ballesta del real estaban ya los enemigos esperándonos con muchos alaridos; y como en los tres dias antes no se les habia dado combate, habian desfecho cuanto habiamos cegado del agua, y teníanlo muy mas fuerte y peligroso de ganar que de antes; y los bergantines llegaron por la una parte y por la otra de la calzada; y como con ellos se podian llegar muy bien cerca de los enemigos, con los tiros y escopetas y ballestas hacíanles mucho daño. Y conociéndolo saltan en tierra y ganan el albarrada y puente, y comenzamos á pasar de la otra parte y dar en pos de los enemigos, los cuales luego se fortalecian en las otras puentes y albarradas que tenian hechas; las cuales, aunque con mas trabajo y peligro que la otra vez, les ganamos, y les echamos de toda la calle y de la plaza de los aposentamientos grandes de la ciudad. E de allí mandé que

Piedad hasta la salida de Nuestra Señora de Guadalupe, hay mas de media legua, aunque hoy está en otra disposicion la ciudad.

[1] No exagera cosa alguna en esto, porque desde la garita de San Anton ó de la Piedad se puede ir por calles sin faltar edificios hasta Tacuba, y así cuenta bien legua y media y aun dos leguas.

[2] Don Fernando, señor de Tezcuco, recien bautizado, hizo una accion que ni el mas fervoroso cristiano ni el mas valiente capitan pudo haberla hecho con mas honor, y por estos gloriosos hechos, y no por mentiras, se ha de definir á los indios.

[3] Othomites, que empiezan en los montes que cercan a Méjico por el poniente.

no pasasen los españoles, porque yo, con la gente de nuestros amigos, andaba cegando con piedra y adobes toda el agua, que era tanto de hacer, que aunque para ello ayudaban mas de diez mil indios, cuando se acabó de aderezar era ya hora de vísperas; y en todo este tiempo siempre los españoles y nuestros amigos andaban peleando y escaramuzando con los de la ciudad y echándoles celadas, en que murieron muchos dellos. E yo con los de caballo anduve un rato por la ciudad, y alanceábamos por las calles do no habia agua los que alcanzábamos; de manera que los teniamos retraidos y no osaban llegar á lo firme. Viendo que estos de la ciudad estaban rebeldes y mostraban tanta determinacion de morir ó defenderse, colegí dellos dos cosas: la una, que habiamos de haber poca ó ninguna de la riqueza que nos habian tomado; y la otra, que daban ocasion y nos forzaban á que totalmente les destruyésemos. E desta postrera tenia mas sentimiento y me pesaba en el alma, y pensaba qué forma ternia para los atemorizar de manera que viniesen en conocimiento de su yerro y del daño que podian recibir de nosotros, y no hacia sino quemalles y derrocalles las torres de sus ídolos y sus casas. E porque lo sintiesen mas, este dia fice poner fuego á estas casas grandes [1] de la plaza, donde la otra vez que nos echaron de la ciudad, los españoles y yo estábamos aposentados; que eran tan grandes, que un príncipe con mas de seiscientas personas de su casa y servicio se podian aposentar en ellas; y otras que estaban junto á ellas, que aunque algo menores eran muy mas frescas y gentiles, y tenia en ellas Muteczuma todos los linajes de aves que en estas partes habia [2]; y aunque á mí me pesó mucho dello, porque á ellos les pesaba mucho mas, determiné de las quemar, de que los enemigos mostraron harto pesar, y tambien los otros sus aliados de las ciudades de la laguna, porque estos ni otros nunca pensaron que nuestra fuerza bastara á les entrar tanto en la ciudad; y esto les puso harto desmayo.

Puesto fuego á estas casas, porque ya era tarde recogí la gente para nos volver á nuestro real; y como los de la ciudad veian que nos retraiamos, cargaban infinitos dellos, y venian con mucho ímpetu dándonos en la retroguarda. E como toda la calle estaba buena para correr, los de caballo volviamos sobre ellos y alanceábamos de cada vuelta muchos dellos, y por eso no dejaban de nos venir dando grita á las espaldas. Este dia sintieron y mostraron mucho desmayo, especialmente viendo entrar por su ciudad, quemándola y destruyéndola, y peleando con ellos los de Tesáico y Calco y Suchimilco y los Otumies, y nombrándose cada uno de donde era; y por otra parte los de Tascaltecal, que ellos y los otros les mostraban los de su ciudad hechos pedazos, diciéndoles que los habian de cenar aquella noche y almorzar otro dia, como de hecho lo hacian. E así, nos venimos á nuestro real á descansar, porque aquel dia habiamos trabajado mucho, y los siete bergantines que yo tenia entraron aquel dia por las calles del agua de la ciudad, y quemaron mucha parte della. Los capitanes de los otros reales y los seis bergantines pelearon muy bien aquel dia, y de lo que les acaeció me pudiera muy bien alargar, y por evitar prolijidad, lo dejo, mas de que con victoria se retrujeron á sus reales sin recibir peligro ninguno.

Otro dia siguiente, luego por la mañana, después de haber oido misa, torné á la ciudad por la misma órden con toda la gente, porque los contrarios no tuviesen lugar de descegar las puentes y hacer las albarradas; y por bien que madrugamos, de las tres partes y calles de agua que atraviesan la calle que va del real fasta las casas grandes de la plaza, las dos dellas estaban como los dias antes, que fueron muy recias de ganar; y tanto, que duró el combate desde las ocho horas fasta la una después de mediodía, en que se gastaron casi todas las saetas y almacen y pelotas que los ballesteros y escopeteros llevaban. Y crea vuestra majestad que era sin comparacion el peligro en que nos viamos todas las veces que les ganábamos estas puentes, porque para ganallas era forzado echarse á nado los españoles y pasar de la otra parte; y esto no podian ni osaban hacer muchos, porque á cuchilladas y á botes de lanza resistian los enemigos que no saliesen de la otra parte. Pero como ya por los lados no tenian azoteas de donde nos hiciesen daño, y desta otra parte los asaeteába-

[1] En la plaza Mayor y sitio de Santa Iglesia.

[2] Hay en América muchas aves de Europa, y son muy particulares las siguientes, que no son conocidas sino en Nueva-España:

Pájaro arcotris; es de muy hermosos colores, encarnados, dorados y azules.

Aguila de dos cabezas; se mató por un cazador cerca de Oaxaca, y la llevaron á España año de 1741, y no es sola esta la que se ha visto.

Pito real; es del tamaño de un papagayo, de dos colores, negro y amarillo, así las plumas como el pico, el que es desmesurado, pues tiene mas de medio palmo de largo, aunque corvo, y cuatro dedos de ancho; tiene tambien del mismo largo la lengua y de figura de una pluma delgada.

Chupa-mirtos, á quien otros llaman pájaro mosca, así por ser como un moscardon grande, como por el ruido que mete cuando vuela; tiene él pico muy largo, y delgado como un alfiler, y la lengua muy sútil, con la que chupa volando el jugo de las flores, y aunque algunos dicen que es el verdadero fénix porque se muere en el invierno y renace con el calor, yo aseguro haber visto en los nidos los huevos, los pajaritos pequeños, y en toda la estacion del año andar volando en la casa de campo de Tacubaya; tiene muy vivos, diferentes y hermosísimos colores.

Sopilote rey se cogió en el rio de Guasacualco, y hay algunos en la Huasteca; es de varios y hermosos colores, y tiene corona de plumas en la cabeza; los demás sopilotes son como pavos, aunque mas negros, feos y torpes; en algunas partes se llaman auras y de otros modos.

Cardenales; son del tamaño y figura de un gorrion; llámanse así por su color, que es encarnado.

Alcatraces; tienen un pico y buche muy grande; en Panamá es digno de ver cómo pescan las sardinas, y después otras aves de rapiña se las hacen vomitar, y las cogen en el aire conforme las van arrojando los alcatraces perseguidos.

Sensontles; son poco menores que una tórtola y del mismo color; se llaman así por los varios tonos que aprenden, pues *senzonthli* en mejicano quiere decir cuatrocientos tonos.

Los guacamayos, papagayos, grandes y pequeños, son bien conocidos en todas partes de la Europa, donde viven bastantes años.

De las plumas destos y otros pájaros hacian los indios sus plumajes, y aun imágenes de pluma tan particulares en Pátzquaro, de la diócesis de Mechoacan, que, segun refiere Acosta, se admiró el señor Felipe II de tres estampas que dió al señor Felipe III su maestro; la misma admiracion causó al papa Sixto V un cuadro de san Francisco que enviaron á su santidad hecho de plumas por los indios, quienes, arrancando de un pájaro muerto con unas pinzas las plumas, y pegándolas á la tabla ó lámina, se valen de sus naturales colores para dar las sombras y demás necesarios primores que caben en el arte.

mos, porque estábamos los unos de los otros un tiro de herradura, y los españoles tomaban de cada dia mucho mas ánimo y determinaban de pasar; y tambien porque vian que mi determinacion era aquella, y que cayendo ó levantando no se habia de hacer otra cosa. Parecerá á vuestra majestad que pues tanto peligro recibiamos en el ganar de estas puentes y albarradas, que éramos negligentes, ya que las ganábamos, no las sostener, por no tornar cada dia de nuevo á nos ver en tanto peligro y trabajo, que sin duda era grande; y cierto así parecerá á los ausentes; pero sabrá vuestra majestad que en ninguna manera se podia facer, porque para ponerse así en efecto se requerian dos cosas: ó que el real pasáramos allí á la plaza y circúito de las torres de los ídolos, ó que gente guardara las puentes de noche; y de lo uno y de lo otro se recibiera gran peligro y no habia posibilidad para ello; porque teniendo el real en la ciudad, cada noche y cada hora, como ellos eran muchos y nosotros pocos, nos dieran mil rebatos y pelearan con nosotros, y fuera el trabajo incomportable y podian darnos por muchas partes. Pues guardar las puentes gente de noche, quedaban los españoles tan cansados de pelear el dia, que no se podia sufrir poner gente en guarda dellos, y á esta causa nos era forzado ganarlas de nuevo cada dia que entrábamos en la ciudad [1]. Aquel dia, como se tardó mucho en ganar aquellas puentes y en las tornar á cegar, y no hubo lugar de hacer mas, salvo que por otra calle principal que va á dar la ciudad de Tacuba se ganaron otras dos puentes y se cegaron, y se quemaron muchas y buenas casas de aquella calle, y con esto se llegó la tarde y hora de retraernos, donde recibiamos siempre poco menos peligro que en el ganar de las puentes; porque en viéndonos retraer, era tan cierto cobrar los de la ciudad tanto esfuerzo, que no parecia sino que habian habido toda la victoria del mundo, y que nosotros íbamos huyendo; é para este retraer era necesario estar las puentes bien cegadas, y lo cegado al igual suelo de las calles, de manera que los de caballo pudiesen libremente correr á una parte y á otra; y así, en el retraer, como ellos venian tan golosos tras nosotros, algunas veces fingiamos ir huyendo, y revolviamos los de caballo sobre ellos, y siempre tomábamos doce ó trece de aquellos mas esforzados; y con esto, y con algunas celadas que siempre les echábamos, continuo llevaban lo peor, y cierto verlo era cosa de admiracion; porque por mas notorio que les era el mal y daño que al retraer de nosotros recibian, no dejaban de nos seguir, hasta nos ver salidos de la ciudad [2]. E con esto nos volvimos á nuestro real, y los capitanes de los otros reales me hicieron saber cómo aquel dia les habia sucedido muy bien, y habian muerto mucha gente por la mar y por la tierra; y el capitan Pedro de Albarado, que estaba en Tacuba, me escribió que habia ganado dos ó tres puentes; porque, como era en la calzada que sale del mercado de Temixtitan á Tacuba, y los tres bergantines que yo le habia dado podian llegar por la una parte á zabordar en la misma calzada, no habia tenido tanto peligro como los dias pasados; y por aquella parte de Pedro de Albarado habia mas puentes y mas quebradas en la calzada, aunque habia menos azoteas que por las otras partes [3].

En todo este tiempo los naturales de Iztapalapa, y Oichilobuzco, y Mejicacingo, y Culuacan, y Mizquique, y Cuitaguaca, que, como he hecho relacion, están en la laguna dulce, nunca habian querido venir de paz, ni tampoco en todo este tiempo habiamos recibido ningun daño dellos; y como los de Calco eran muy leales vasallos de vuestra majestad, y veian que nosotros teniamos bien que hacer con los de la gran ciudad, juntárouse con otras poblaciones que están al rededor de las lagunas, y hacian todo el daño que podian á aquellos del agua; y ellos, viendo cómo de cada dia habiamos victoria contra los de Temixtitan, y por el daño que recibian y podrian recibir de nuestros amigos, acordaron de venir, y llegaron á nuestro real, y rogáronme que les perdonase lo pasado, y que mandase á los de Calco y á los otros sus vecinos que no les hiciesen mas daño. Y yo les dije que me placia y que no tenia enojo dellos, salvo de los de la ciudad; y que para que creyesen que su amistad era verdadera, que les rogaba que, porque mi determinacion era de no levantar el real hasta tomar por paz ó por guerra á los de la ciudad, y ellos tenian muchas canoas para me ayudar, que hiciesen apercebir todas las que pudiesen con toda la mas gente de guerra que en sus poblaciones habia, para que por el agua viniesen en nuestra ayuda de allí adelante. Y tambien les rogaba que porque los españoles tenian pocas y ruines chozas, y era tiempo de muchas aguas, que hiciesen en el real todas las mas casas que pudiesen, y que trujesen canoas para traer adobes y madera de las casas de la ciudad que estaban mas cercanas al real. Y ellos dijeron que las canoas y gente de guerra estaban apercebidos para cada dia; y en el hacer de las casas sirvieron tan bien, que de una parte y de la otra de las dos torres de la calzada donde yo estaba aposentado, hicieron tantas, que dende la primera casa hasta la postrera habria mas de tres ó cuatro tiros de ballesta. Y vea vuestra majestad que tan ancha puede ser la calzada que va por lo mas hondo de la laguna, que de la una parte y de la otra iban estas casas, y quedaba en medio hecha calle, que muy á placer, á pié y á caballo, íbamos y veniamos por ella; y habia á la continua en el real, con españoles y indios que les servian, mas de dos mil personas, porque toda la otra gente de guerra nuestros amigos se aposentaban en Cuyoacan, que está legua y media del real, y tambien estos de estas poblaciones nos proveian de algunos mantenimientos, de que teniamos harta necesidad, especialmente de pescado y de cerezas [4], que hay

[1] Aqui se prueba la pericia militar, pues el que vea tantas albarradas y acequias como rodean á Méjico, conocerá que si se hubiera quedado dentro, hubieran perecido de hambre y sitiados por todas partes; lo que no es cordura en un general.

[2] Este es el acertado medio que eligió Cortés, ir debilitando insensiblemente á los enemigos, quemar y arruinar las casas y valerse de su misma ceguedad para aniquilarles, ya que no se querian entregar. Fué otro emperador Tito compasivo de los habitantes de Jerusalen; pero viendo su dureza, se valió deste instrumento para arruinarla y no dejar piedra sobre piedra.

[3] Desde la iglesia mayor sale derecha una calle para Tacuba, y en esto no ha habido variacion.

[4] Capulines se llaman las cerezas, pero de mal sabor y muy inferiores á las de España.

tantas, que pueden bastecer, en cinco ó seis meses del año que duran, á doblada gente de la que en esta tierra hay.

Como dos ó tres dias arreo habiamos entrado por la parte de nuestro real en la ciudad, sin otros tres ó cuatro que habiamos entrado, y siempre habiamos victoria contra los enemigos, y con los tiros y ballestas y escopetas matábamos infinitos, pensábamos que de cada hora se movieran á nos acometer con la paz, la cual deseábamos como á la salvacion; y ninguna cosa nos aprovechaba para los atraer á este propósito; y por los poner en mas necesidad, y ver si los podria constreñir de venir á la paz, propuse de entrar cada dia en la ciudad y combatilles con la gente que llevaba por tres ó cuatro partes, y hice venir toda la gente de aquellas ciudades del agua en sus canoas; y aquel dia por la mañana habia en nuestro real mas de cien mil hombres nuestros amigos. E mandé que los cuatro bergantines, con la mitad de canoas, que serian hasta mil y quinientas, fuesen por la una parte; y que los tres, con otras tantas, que fuesen por otra y corriesen toda la mas de la ciudad en torno, y quemasen y hiciesen todo el mas daño que pudiesen. E yo entré por la calle principal adelante, y fallámosla toda desembarazada fasta las casas grandes de la plaza, que ninguna de las puentes estaba abierta, y pasé adelante á la calle que va á salir á Tacuba, en que habia otras seis ó siete puentes. E de allí proveí que un capitan entrase por otra calle con sesenta ó setenta hombres, y seis de caballo fuesen á las espaldas para los asegurar; y con ellos iban mas de diez ó doce mil indios nuestros amigos; y mandé á otro capitan que por otra calle hiciese lo mismo; y yo con la gente que me quedaba seguí por la calle de Tacuba adelante, y ganamos tres puentes, las cuales se cegaron, y dejamos para otro dia las otras, porque era tarde, y se pudiesen mejor ganar, porque yo deseaba mucho que toda aquella calle se ganase, porque la gente del real de Pedro de Albarado se comunicase con la nuestra y pasasen del un real al otro, y los bergantines ficiesen lo mismo. Y este dia fué de mucha victoria, así por el agua como por la tierra, y hóbose algun despojo de los de la ciudad; en los reales del alguacil mayor y Pedro de Albarado se hobo tambien mucha victoria.

Otro dia siguiente volví á entrar en la ciudad por la órden que el dia pasado, y diónos Dios tanta victoria, que por las partes donde yo entraba con la gente no parecia que habia ninguna resistencia; y los enemigos se retraian tan reciamente, que parecia que les teniamos ganado las tres cuartas partes de la ciudad, y tambien por el real de Pedro de Albarado les daban mucha priesa, y sin duda el dia pasado y aqueste yo tenia por cierto que vinieran de paz, de la cual yo siempre, con victoria y sin ella, hacia todas las muestras que podia. Y nunca por eso en ellos hallábamos alguna señal de paz; y aquel dia nos volvimos al real con mucho placer, aunque no nos dejaba de pesar en el alma, por ver tan determinados de morir á los de la ciudad[1].

En estos dias pasados Pedro de Albarado habia ganado muchas puentes, y por las sustentar y guardar ponia velas de pié y de caballo de noche en ellas, y la otra gente íbase al real, que estaba tres cuartos de legua de allí. E porque este trabajo era incompertable, acordó de pasar el real al cabo de la calzada que va á dar al mercado de Temixtitan, que es una plaza harto mayor que la de Salamanca, y toda cercada de portales á la redonda; é para llegar á ella no le faltaba de ganar sino otras dos ó tres puentes, pero eran muy anchas y peligrosas de ganar; y así, estuvo algunos dias que siempre peleaba y habia victoria. E aquel dia que digo en el capítulo antes deste, como via que los enemigos mostraban flaqueza, y que por donde yo estaba les daba muy continuos y recios combates, cebóse tanto en el sabor de la victoria y de las muchas puentes y albarradas que les habia ganado, que determinó de les pasar y ganar una puente en que habia mas de sesenta pasos desfechos de la calzada, todo de agua, de hondura de estado y medio y dos; é como acometieron aquel mismo dia, y los bergantines ayudaron mucho, pasaron el agua y ganaron la puente, y siguen tras los enemigos, que iban puestos en huida. E Pedro de Albarado daba mucha priesa en que se cegase aquel paso porque pasasen los de caballo, y tambien porque cada dia por escrito y por palabra le amonestaba que no ganase un palmo de tierra sin que quedase muy seguro para entrar y salir los de caballo, porque estos facian la guerra. E como los de la ciudad vieron que no habia mas de cuarenta ó cincuenta españoles de la otra parte, y algunos amigos nuestros, y que los de caballo no podian pasar, revuelven sobre ellos tan de súpito, que los hicieron volver las espaldas y echar al agua; y tomaron vivos tres ó cuatro españoles, que luego fueron á sacrificar, y mataron algunos amigos nuestros. E al fin Pedro de Albarado se retrujo á su real; y como aquel dia yo llegué al nuestro y supe lo que habia acaecido, fué la cosa del mundo que mas me pesó, porque era ocasion de dar esfuerzo á los enemigos y creer que en ninguna manera les osariamos entrar. La causa por que Pedro de Albarado quiso tomar aquel mal paso fué, como digo, ver que habia ganado mucha parte de la fuerza de los indios, y que ellos mostraban alguna flaqueza, é principalmente porque la gente de su real le importunaban que ganasen el mercado, porque aquel ganado, era toda la ciudad casi tomada, y toda su fuerza y esperanza de los indios tenian allí; y como los del dicho real de Albarado veian que yo continuaba mucho los combates de la ciudad, creian que yo habia de ganar primero que ellos el dicho mercado; y como estaban mas cerca dél que nosotros, tenian por caso de honra no le ganar primero. E por esto el dicho Pedro de Albarado era muy importunado, y lo mismo me acaecia á mí en nuestro real; porque todos los españoles me ahincaban muy recio que por una de tres calles que iban á dar al dicho mercado entrásemos, porque no teniamos resistencia, y ganado aquel, terniamos menos trabajo; y yo disimulaba por todas las vias que podia, por no lo hacer, aunque les encubria la causa; y esto era por los inconvenientes y peligros que se me repre-

[1] Cortés se compadeció siempre mucho de la terquedad de los indios, en lo que fué culpado su emperador y caudillo Quatemoc, que primero queria morir que entregarse, por evitar la nota de cobarde que pusieron á Muteczuma, y en verdad fué prudencia.

sentaban; porque para entrar en el mercado habia infinitas azoteas y puentes y calzadas rompidas; y en tal manera, que en cada casa por donde habiamos de ir estaba hecha como isla en medio del agua.

Como aquella tarde que llegué al real supe del desbarato de Pedro de Albarado, otro dia de mañana acordé de ir á su real para le reprehender lo pasado, y para ver lo que habian ganado y en qué parte habia pasado el real, y para le avisar lo que fuese mas necesario para su seguridad y ofensa de los enemigos. E como yo llegué á su real, sin duda me espanté de lo mucho que estaba metido en la ciudad, y de los malos pasos y puentes que les habia ganado; y visto, no les imputé tanta culpa como antes parecia tener, y platicado cerca de lo que habia de hacer, yo me volví á nuestro real aquel dia.

Pasado esto, yo fice algunas entradas en la ciudad por las partes que solia; y combatian los bergantines y canoas por dos partes, y yo por la ciudad por otras cuatro, y siempre habiamos victoria, y se mataba mucha gente de los contrarios, porque cada dia venia gente sin número en nuestro favor. E yo dilataba de me meter mas adentro en la ciudad; lo uno por si revocarian el propósito y dureza que los contrarios tenian, y lo otro, porque nuestra entrada no podia ser sin mucho peligro, porque ellos estaban muy juntos y fuertes y muy determinados de morir. Y como los españoles veian tanta dilacion en esto, y que habia mas de veinte dias que nunca dejaban de pelear, importunábanme en gran manera, como arriba he dicho, que entrásemos y tomásemos el mercado, porque, ganado, á los enemigos les quedaba poco lugar por donde se defender, y que si no se quisiesen dar, que de hambre y sed se moririan, porque no tenian qué beber sino agua salada de la laguna. Y como yo me excusaba, el tesorero de vuestra majestad me dijo que todo el real afirmaba aquello, y que lo debia de hacer; y á él y á otras personas de bien que allí estaban les respondí que su propósito y deseo era muy bueno, y yo lo deseaba mas que nadie; pero que yo lo dejaba de hacer por lo que con importunacion me hacia decir, que era, que aunque él y otras personas lo hiciesen como buenos, como en aquello se ofrecia mucho peligro, habria otros que no lo hiciesen. Y al fin tanto me forzaron, que yo concedí que se haria en este caso lo que yo pudiese; concertándose primero con la gente de los otros reales.

Otro dia me junté con algunas personas principales de nuestro real, y acordamos de hacer saber al alguacil mayor y á Pedro de Albarado cómo otro dia siguiente habiamos de entrar en la ciudad y trabajar de llegar al mercado, y escribíles lo que ellos habian de hacer por la otra parte de Tacuba; y demás de lo escribir, para que mejor fuesen informados, enviéles dos criados mios para que les avisasen de todo el negocio; y la órden que habian de tener era que el alguacil mayor se viniese con diez de caballo y cien peones y quince ballesteros y escopeteros al real de Pedro de Albarado, y que en el suyo quedasen otros diez de caballo, y que dejase concertado con ellos que otro dia, que habia de ser el combate, se pusiesen en celada tras unas casas, y que hiciesen alzar todo su fardaje, como que levantaban el real, porque los de la ciudad saliesen tras dellos, y la celada les diese en las espaldas. Y que el dicho alguacil mayor, con los tres bergantines que tenian y con los otros tres de Pedro de Albarado, ganasen aquel paso malo donde desbarataron á Pedro de Albarado, y diese mucha priesa en lo cegar, y que pasasen adelante, y que en ninguna manera se alejasen ni ganasen un paso sin lo dejar primero ciego y aderezado; y que si pudiesen sin mucho riesgo y peligro ganar hasta el mercado, que lo trabajasen mucho, porque yo habia de hacer lo mismo; que mirasen que, aunque esto les enviaba á decir, no era para los obligar á ganar un paso solo de que les pudiese venir algun desbarato ó desman; y esto les avisaba porque conocia de sus personas que habian de poner el rostro donde yo les dijese, aunque supiesen perder las vidas. Despachados aquellos dos criados mios con este recaudo, fueron al real, y hallaron en él á los dichos alguacil mayor y á Pedro de Albarado, á los cuales significaron todo el caso segun que acá en nuestro real lo teniamos concertado. E porque ellos habian de combatir por sola una parte, y yo por muchas, enviéles á decir que me enviasen setenta ú ochenta hombres de pié para que otro dia entrasen conmigo; los cuales con aquellos dos criados mios vinieron aquella noche á dormir á nuestro real, como yo les habia enviado á mandar.

Dada la órden ya dicha, otro dia, después de haber oido misa [1] salieron de nuestro real los siete bergantines con mas de tres mil canoas de nuestros amigos; y yo con veinte y cinco de caballo y con la gente que tenia y los setenta hombres del real de Tacuba, seguimos nuestro camino, y entramos en la ciudad, á la cual llegados, yo repartí la gente desta manera: habia tres calles dende lo que teníamos ganado, que iban á dar al mercado, al cual los indios llaman Tianguizco [2], y á todo aquel sitio donde está llámanle Tlaltelulco; y la una destas tres calles era la principal, que iba á dicho mercado; y por ella dije al tesorero y contador de vuestra majestad que entrasen con setenta hombres y con mas de quince ó veinte mil amigos nuestros, y que en la retroguarda llevasen siete ú ocho de caballo, y como fuesen ganando las puentes y albarradas las fuesen cegando, y llevaban una docena de hombres con sus azadones y mas nuestros amigos, que eran los que hacian al caso para el cegar de las puentes. Las otras dos calles van dende la calle de Tacuba á dar al mercado, y son mas angostas, y demás calzadas y puentes y calles de agua. Y por la mas ancha dellas mandé á dos capitanes que entrasen con ochenta hombres y mas de diez mil indios nuestros amigos, y al principio de aquella calle de Tacuba, dejé dos tiros gruesos con ocho de caballo en guarda dellos. E yo con otros ocho de caballo y con obra de cien peones, en que habia mas de veinte y cinco ballesteros y escopeteros, y con infinito número de nuestros amigos, seguí mi camino para entrar por la otra calle angosta todo lo mas que pudiese. E á la boca

1 En el campo, en una calzada, entre enemigos, trabajando dia y noche, nunca se omitia la misa para que toda la obra se atribuyese á Dios, y mas en unos meses en que incomodan las aguas del cielo, y encima del agua las habitaciones ó malas tiendas.

2 Tianguiz se llama el mercado, y el mayor era en la plaza de Tlatelulco que es donde está la parroquia de Santiago; mas este hoy no se frecuenta.

della hice detener á los de caballo, y mandéles que en ninguna manera pasasen de allí, ni viniesen tras mí, si no se lo enviase á mandar primero; y yo me apeé, y llegamos á una albarrada que tenian del cabo de una puente, y con un tiro pequeño de campo y con los ballesteros y escopeteros se la ganamos, y pasamos adelante por una calzada que tenian rota por dos ó tres partes. E demás destos tres combates que dábamos á los de la ciudad, era tanta la gente de nuestros amigos que por las azoteas y por otras partes les entraban, que no parecia que habia cosa que nos pudiese ofender. E como les ganamos aquellas dos puentes y albarradas, y la calzada los españoles, nuestros amigos siguieron por la calle adelante sin se les amparar cosa ninguna, y yo me quedé con obra de veinte españoles en una isleta que allí se hacia, porque veia que ciertos amigos nuestros andaban envueltos con los enemigos; y algunas veces los retraian hasta los echar al agua, y con nuestro favor revolvian sobre ellos. E demás desto, guardábamos que por ciertas traviesas de calles los de la ciudad no saliesen á tomar las espaldas á los españoles que habian seguido la calle adelante; los cuales en esta sazon me enviaron á decir que habian ganado mucho, y que no estaban muy léjos de la plaza del mercado; que en todo caso querian pasar adelante, porque ya oian el combate que el alguacil mayor y Pedro de Albarado daban por su estancia. E yo les envié á decir que en ninguna manera diesen paso adelante sin que primero las puentes quedasen muy bien ciegas; de manera que si tuviesen necesidad de se retraer el agua no les ficiese estorbo ni embarazo alguno, pues sabian que en todo aquello estaba el peligro; y ellos me tornaron á decir que todo lo que habian ganado estaba bien reparado; que fuese allá y lo veria si era así. Y yo, con recelo que no se desmandasen y dejasen ruin recaudo en el cegar de las puentes, fuí allá, y hallé que habian pasado una quebrada de la calle que era de diez ó doce pasos de ancho, y el agua que por ella pasaba era de hondura de mas de dos estados, y al tiempo que la pasaron habian echado en ella madera y cañas de carrizo, y como pasaban pocos á pocos y con tiento, no se habia hundido la madera y cañas; y ellos con el placer de la victoria iban tan embebecidos, que pensaban que quedaba muy fijo. E al punto que yo llegué á aquella puente de agua cuitada [1] vi que los españoles y muchos de nuestros amigos venian puestos en muy gran huida, y los enemigos como perros dando en ellos; y como yo vi tan gran desman, comencé á dar voces *tener*, *tener*; y ya que yo estaba junto al agua, halléla toda llena de españoles y indios, y de manera que no parecia que en ella hobiesen echado una paja; é los enemigos cargaron tanto, que matando en los españoles, se echaban al agua tras ellos; y ya por la calle del agua venian canoas de los enemigos y tomaban vivos los españoles. E como el negocio fué tan de súpito [2], y vi que mataban la gente, determiné de me quedar allí y morir peleando; y en lo que mas aprovechábamos yo y los otros que allí estaban conmigo, era en dar las manos á algunos tristes españoles que se ahogaban, para que saliesen afuera; y los unos salian heridos, y los otros medio ahogados, y otros sin armas, y enviábalos que fuesen adelante; y ya en esto cargaba tanta gente de los enemigos, que á mí y á otros doce ó quince que conmigo estaban nos tenian por todas partes cercados. E como yo estaba muy metido en socorrer á los que se ahogaban, no miraba ni me acordaba del daño que podia recibir; y ya me venian á asir ciertos indios de los enemigos, y me llevaran, si no fuera por un capitan de cincuenta hombres, que yo traia siempre conmigo, y por un mancebo de su compañía, el cual, después de Dios, me dió la vida; é por dármela como valiente hombre, perdió allí la suya. En este comedio los españoles que salian desbaratados íbanse por aquella calzada adelante, y como era pequeña y angosta y igual á la agua, que los perros la habian hecho así de industria, y iban por ella tambien desbaratados muchos de los nuestros amigos, iba el camino tan embarazado y tardaban tanto en andar, que los enemigos tenian lugar de llegar por el agua de la una parte y de la otra, y tomar y matar cuantos querian. Y aquel capitan que estaba conmigo, que se dice Antonio de Quiñones, díjome: «Vamos de aquí, y salvemos vuestra persona, pues sabeis que sin ella ninguno de nosotros puede escapar;» y no podia acabar conmigo que me fuese de allí. Y como esto vió, asióme de los brazos para que diésemos la vuelta, y aunque yo holgara mas con la muerte que con la vida [3], por importunacion de aquel capitan y de otros compañeros que allí estaban, nos comenzamos á retraer peleando con nuestras espadas y rodelas con los enemigos, que venian hiriendo en nosotros. Y en esto llega un criado mio á caballo, y hizo algun poquito de lugar; pero luego dende una azotea baja le dieron una lanzada por la garganta, que le hicieron dar la vuelta; y estando en este tan gran conflito, esperando que la gente pasase por aquella calzadilla á ponerse en salvo, y nosotros deteniendo los enemigos, llegó un mozo mio con un caballo para que cabalgase, porque era tanto el lodo que habia en la calzadilla de los que entraban y salian por el agua, que no habia persona que se pudiese tener, mayormente con los empellones que los unos á otros se daban por salvarse. E yo cabalgué, pero no para pelear, porque allí era imposible podello hacer á caballo; porque si pudiera ser, antes de la calzadilla, en una isleta se habian hallado los ocho de caballo que yo habia dejado, y no habian podido hacer menos de se volver por ella; y aun la vuelta era tan peligrosa, que dos yeguas en que iban dos criados mios cayeron de aquella calzadilla en el agua, y la una mataron los indios, y la otra salvaron unos peones; y otro mancebo criado mio, que se decia Cristóbal de Guzman, cabalgó en un caballo que allí en la isleta le dieron para me lo llevar, en que me pudiese salvar, y á él y al caballo antes que á mí llegase mataron los enemigos; la muerte del cual puso á todo el real en tanta tristeza, que hasta hoy está reciente el dolor de los que lo conocian. E ya con todos nuestros trabajos, plugo á

[1] Llama Cortés á la puente cuitada, no al agua, que es lo mismo que decir, puente de afliccion ó miserable por las desgracias ó cuitas que sucedieron.

[2] De súpito es lo mismo que de súbito ó improviso.

[3] Los que minoran el mérito de la conquista reflexionen sobre lo que aquí expresa Cortés, pues fué tan grande el riesgo, que es maravilla que se hubiese libertado dél.

Dios que los que quedamos salimos á la calle de Tacuba, que era muy ancha, y recogida la gente, yo con nueve de caballo, me quedé en la retroguarda; y los enemigos venian con tanta victoria y orgullo, que no parecia sino que ninguno habian de dejar á vida; y retrayéndome lo mejor que pude, envié á decir al tesorero y al contador que se retrujesen á la plaza con mucho concierto; lo mismo envié á decir á los otros dos capitanes que habian entrado por la calle que iba al mercado; y los unos y los otros habian peleado valientemente y ganado muchas albarradas y puentes, que habian muy bien cegado; lo cual fué causa de no recibir daño al retraer. E antes que el tesorero y contador se retrujesen, ya los de la ciudad, por encima de una albarrada donde peleaban, les habian echado dos ó tres cabezas de cristianos, aunque no supieron por entonces si eran de los del real de Pedro de Albarado ó del nuestro. Y recogidos todos á la plaza, cargaba por todas partes tanta gente de los enemigos sobre nosotros, que teniamos bien qué hacer en los desviar, y por lugares y partes donde antes deste desbarato no osaran esperar á tres de caballo y á diez peones; y incontinente, en una torre alta de sus ídolos, que estaba allí junto á la plaza, pusieron muchos perfumes y saumerios de unas gomas que hay en esta tierra, que parece mucho á ánime[1]; lo cual ellos ofrecen á sus ídolos en señal de victoria; y aunque quisiéramos mucho estorbárselo, no se pudo hacer, porque ya la gente á mas andar se iban hácia el real. En este desbarato mataron los contrarios treinta y cinco ó cuarenta españoles y mas de mil indios nuestros amigos, y hirieron mas de veinte cristianos, y yo salí herido en una pierna; perdióse el tiro pequeño de campo que habiamos llevado, y muchas ballestas y escopetas y armas. Los de la ciudad, luego que hubieron la victoria, por hacer desmayar al alguacil mayor y Pedro de Albarado, todos los españoles vivos y muertos que tomaron los llevaron al Tatebulco[2], que es el mercado, y en unas torres altas que allí están, desnudos los sacrificaron y abrieron por los pechos, y les sacaron los corazones para ofrecer á los ídolos; lo cual los españoles del real de Pedro de Albarado pudieron ver bien de donde peleaban, y en los cuerpos desnudos y blancos que vieron sacrificar conocieron que eran cristianos; y aunque por ello hubieron gran tristeza y desmayo, se retrajeron á su real, habiendo peleado aquel dia muy bien, y ganado casi hasta el dicho mercado; el cual aquel dia se acabara de ganar, si Dios, por nuestros pecados, no permitiera tan gran desman: nosotros fuimos á nuestro real con gran tristeza algo mas temprano que los otros dias nos soliamos retraer, y tambien porque nos decian que los bergantines eran perdidos, porque los de la ciudad con las canoas nos tomaban las espaldas, aunque plugo á Dios que no fué así, puesto que los bergantines y las canoas de nuestros amigos se vieron en harto estrecho; y tanto, que un bergantin se erró poco de perder, y hirieron al capitan y maestre dél, y el capitan murió desde á ocho dias. Aquel dia y la noche siguiente los de la ciudad hacian muchos regocijos de bocinas y atabales, que parecia que se hundian, y abrieron todas las calles y puentes del agua, como de antes las tenian, y llegaron á poner sus fuegos y velas de noche á dos tiros de ballesta de nuestro real; y como todos salimos tan desbaratados y heridos y sin armas, habia necesidad de descansar y rehacernos. En este comedio los de la ciudad tuvieron lugar de enviar sus mensajeros á muchas provincias á ellos sujetas, á decir cómo habian habido mucha victoria y muerto muchos cristianos, y que muy presto nos acabarian; que en ninguna manera tratasen paz con nosotros; y la creencia que llevaban eran las dos cabezas de caballos que mataron y otras algunas de los cristianos, las cuales anduvieron mostrando por donde á ellos parecia que convenia, que fué mucha ocasion de poner en mas contumacia á los rebelados que de antes; mas con todo, porque los de la ciudad no tomasen mas orgullo ni sintiesen nuestra flaqueza, cada dia algunos españoles de pié y de caballo, con muchos de nuestros amigos, iban á pelear á la ciudad, aunque nunca podian ganar mas de algunas puentes de la primera calle antes de llegar á la plaza.

Dende á dos dias del desbarato, que ya se sabia por toda la comarca, los naturales de una poblacion que se dice Cuarnaguacar[3], que eran sujetos á la ciudad y se habian dado por nuestros amigos, vinieron al real y dijéronme cómo los de la poblacion de Marinalco[4], que eran sus vecinos, les hacian mucho daño, y les destruian su tierra, y que agora se juntaban con los de la provincia de Cuisco[5], que es grande, y querian venir sobre ellos á los matar porque se habian dado por vasallos de vuestra majestad y nuestros amigos; y que decian que después dellos destruidos, habian de venir sobre nosotros; y aunque lo pasado era de tan poco tiempo acaecido, y teniamos necesidad antes de ser socorridos que de dar socorro, porque ellos me lo pedian con mucha instancia, determiné de se lo dar; y aunque tuve mucha contradicion y decian que me destruia en sacar gente del real, despaché con aquellos que pedian socorro ochenta peones y diez de caballo, con Andrés de Tapia, capitan, al cual encomendé mucho que ficiese lo que mas convenia al servicio de vuestra majestad y nuestra seguridad, pues veia la necesidad en que estábamos, y que en ir y volver no estuviese mas de diez dias; y él se partió, y llegado á una poblacion pequeña que está entre Marinalco y Coadnoacad[6], halló á los enemigos, que le estaban esperando; y él, con la gente de Coadnoacad y con la que llevaba, comenzó su batalla en el campo, y pelearon tan bien los nuestros, que desbarataron los enemigos, y en el alcance los siguieron fasta los meter en Marinalco, que está asentado en un cerro muy alto, y donde los de caballo no podian subir; y viendo esto, destruyeron lo que estaba en el llano, y volviéronse á nuestro real con esta victoria dentro de los diez dias: en lo alto desta poblacion de Marinalco hay muchas fuentes de muy buena agua, y es muy fresca cosa.

[1] Son gomas, liquidámbar y gotas de árboles muy olorosas, y hay tambien ánime ó ánime copal, así dicho del mejicano copalli y xochicopal, que es como estoraque.

[2] Tlatelulco.

[3] Cuernabaca.

[4] Malinalco.

[5] Puede ser Huifuco.

[6] Entre Malinalco y Cuernaba.

En tanto que este capitan fué y vino á este socorro, algunos españoles de pié y de caballo, como he dicho, con nuestros amigos entraban á pelear á la ciudad fasta cerca de las casas grandes que están en la plaza; y de allí no podian pasar porque los de la ciudad tenian abierta la calle de agua que está á la boca de la plaza, y estaba muy honda y ancha, y de la otra parte tenian una muy grande y fuerte albarrada, y allí peleaban los unos con los otros fasta que la noche los despartió.

Un señor de la provincia de Tascaltecal que se dice Chichimecatecle, de que atrás he fecho relacion, que trujo la tablazon que se hizo en aquella provincia para los bergantines, desde el principio de la guerra residia con toda su gente en el real de Pedro de Albarado; y como via que por el desbarato pasado los españoles no peleaban como solian, determinó sin ellos de entrar él con su gente á combatir los de la ciudad, dejando cuatrocientos flecheros de los suyos á una puente quitada de agua, bien peligrosa, que ganó á los de la ciudad; lo cual nunca acaecia sin ayuda nuestra. Pasó adelante con los suyos, y con mucha grita, apellidando y nombrando á su provincia y señor, pelearon aquel dia muy reciamente, y hobo de una parte y otra muchos heridos y muertos; y los de la ciudad bien tenian creido que los tenian asidos; porque como es gente que al retraer, aunque sea sin victoria, sigue con mucha determinacion, pensaron que al pasar del agua, donde suele ser cierto el peligro, se habian de vengar muy bien dellos. E para este efecto y socorro Chichimecatecle habia dejado junto al paso del agua los cuatrocientos flecheros; y como ya se venian retrayendo, los de la ciudad cargaron sobre ellos muy de golpe, y los de Tascaltecal echáronse al agua, y con el favor de los flecheros pasaron; y los enemigos, con la resistencia que en ellos fallaron, se quedaron, y aun bien espantados de la osadía que habia tenido Chichimecatecle [1].

Dende á dos dias que los españoles vinieron de hacer guerra á los de Marinalco, segun que vuestra majestad habrá visto en los capítulos antes deste, llegaron á nuestro real diez indios de los otumíes, que eran esclavos de los de la ciudad; y como he dicho, habiéndose dado por vasallos de vuestra majestad, y cada dia venian en nuestra ayuda á pelear, y dijéronme cómo los señores de la provincia de Matalcingo [2], que son sus vecinos, les facian guerra y les destruian su tierra, y les habian quemado un pueblo y llevádoles alguna gente, y que venian destruyendo cuanto podian, y con intencion de venir á nuestros reales y dar sobre nosotros, porque los de la ciudad saliesen y nos acabasen; y á lo mas desto dimos crédito, porque de pocos dias á aquella parte cada vez que entrábamos á pelear nos amenazaban con los desta provincia de Matalcingo; de la cual, aunque no teniamos mucha noticia, bien sabiamos que era grande y que estaba veinte y dos leguas de nuestros reales; y en la queja que estos otumíes nos daban de aquellos sus vecinos, daban á entender que los diésemos socorro, y aunque lo pedian en muy recio tiempo, confiando en el ayuda de Dios; y por quebrar algo las alas á los de la ciudad, que cada dia nos amenazaban con estos y mostraban tener esperanza de ser dellos socorridos, y este socorro de ninguna parte les podia venir, si destos no, determiné de enviar allá á Gonzalo de Sandoval, alguacil mayor, con diez y ocho de caballo y cien peones, en que habia solo un ballestero, el cual se partió con ellos y con otra gente de los otumíes, nuestros amigos; y Dios sabe el peligro en que todos iban, y aun el en que nosotros quedábamos; pero como nos convenia mostrar mas esfuerzo y ánimo que nunca, y morir peleando, disimulábamos nuestra flaqueza así con los amigos como con los enemigos; pero muchas y muchas veces decian los españoles que pluguiese á Dios que con las vidas los dejasen y se viesen vencedores contra los de la ciudad, aunque en ella ni en toda la tierra no hubiesen otro interés ni provecho; por do se conocerá la aventura y necesidad extrema en que teniamos nuestras personas y vidas. El alguacil mayor fué aquel dia á dormir á un pueblo de los otumíes que está frontero de Marinalco, y otro dia muy de mañana se partió y llegó á unas estancias de los dichos otumíes, las cuales halló sin gente, y mucha parte dellas quemadas; y llegando mas á lo llano, junto á una ribera halló mucha gente de guerra de los enemigos, que habian acabado de quemar otro pueblo; y como le vieron, comenzaron á dar la vuelta, y por el camino que llevaban en pos dellos hallaban muchas cargas de maíz y de niños asados que traian para su provision, las cuales habian dejado como habian sentido ir los españoles; y pasado un rio que allí estaba mas adelante en lo llano, los enemigos comenzaron á reparar, y el alguacil mayor con los de caballo rompió por ellos y desbaratólos, y puestos en huida, tiraron su camino derecho á su pueblo de Matalcingo, que estaba cerca de tres leguas de allí; y en todas duró el alcance de los de caballo fasta los encerrar en el pueblo, y allí esperaron á los españoles y á nuestros amigos, los cuales venian matando en los que los de caballo atajaban y dejaban atrás; y en este alcance murieron mas de dos mil de los enemigos. Llegados los de pié donde estaban los de caballo y nuestros amigos, que pasaban de sesenta mil hombres, comenzaron á huir hácia el pueblo, adonde los enemigos hicieron rostro, en tanto que las mujeres y los niños y sus haciendas se ponian en salvo en una fuerza que estaba en un cerro muy alto que estaba allí junto. Pero como dieron de golpe en ellos, hiciéronlos tambien retraer á la fuerza que tenian en aquella altura, que era muy agra y fuerte, y quemaron y robaron el pueblo en muy breve espacio, y como era tarde, el alguacil mayor no quiso combatir la fuerza, y tambien porque estaban muy cansados, porque todo aquel dia habian peleado: los enemigos toda la mas de la noche despendieron en dar alaridos y hacer mucho estruendo de atabales y bocinas.

Otro dia de mañana el alguacil mayor con toda la gente comenzó á guiar para subirles á los enemigos aquella fuerza, aunque con temor de se ver en trabajo en la resistencia, y llegados, no vieron gente ninguna de los contrarios; é ciertos indios amigos nuestros descendian de lo alto, y dijeron que no habia nadie y que al cuarto del alba se habian ido todos los enemigos. Y estando así vieron por todos aquellos llanos de la redonda mu-

[1] Esta accion prueba que en los indios hay esfuerzo y valor.
[2] Puede ser Temascalcingo.

cha gente, y eran los otumíes; é los de caballo, creyendo que eran los enemigos, corrieron hácia ellos y alancearon tres ó cuatro; y como la lengua de los otumíes es diferente desta otra de Culúa, no los entendian mas de como echaban las armas y se venian para los españoles; y todavía alancearon tres ó cuatro, pero ellos bien entendieron que habia sido por no los conocer. E como los enemigos no esperaron, los españoles acordaron de se volver por otro pueblo suyo que tambien estaba de guerra; pero como vieron venir tanto poder sobre ellos, saliéronle de paz, y el alguacil mayor habló con el señor de aquel pueblo, y díjole que ya sabia que yo recibia con muy buena voluntad á todos los que se venian á ofrecer por vasallos de vuestra majestad, aunque fuesen muy culpados; que le rogaba que fuese á hablar con aquellos de Matalcingo [1] para que se viniesen á mí, y profirióse de lo hacer así y de traer de paz á los de Marinalco; y así, se volvió el alguacil mayor con esta victoria á su real. E aquel dia algunos españoles estaban peleando en la ciudad, y los ciudadanos habian enviado á decir que fuese allá nuestra lengua, porque querian hablar sobre la paz; la cual, segun pareció, ellos no querian sino con condicion que nos fuésemos de toda la tierra; lo cual hicieron á fin que los dejásemos algunos dias descansar y fornecerse de lo que habian menester, aunque nunca dellos alcanzamos dejar de tener voluntad de pelear siempre con nosotros, y estando así platicando con la lengua muy cerca los nuestros de los enemigos, que no habia sino una puente quitada en medio, un viejo dellos allí á vista de todos sacó de su mochila [2], muy despacio, ciertas cosas que comió, por nos dar á entender que no tenian necesidad, porque nosotros les deciamos que allí se habian de morir de hambre, y nuestros amigos decian á los españoles que aquellas paces eran falsas; que peleasen con ellos; y aquel dia no se peleó mas porque los principales dijeron á la lengua que me hablase.

Dende á cuatro dias que el alguacil mayor vino de la provincia de Matalcingo, los señores della y de Marinalco y de la provincia de Cuiscon, que es grande y mucha cosa, y estaban tambien rebelados, vinieron á nuestro real, y pidieron perdon de lo pasado, y ofreciéronse de servir muy bien; y así lo hicieron y han hecho hasta ahora.

En tanto que el alguacil mayor fué á Matalcingo, los de la ciudad acordaron de salir de noche y dar en el real de Albarado; y al cuarto del alba dan de golpe. E como las velas de caballo y de pié lo sintieron, apellidaron de llamar *al arma;* y los que allí estaban arremetieron á ellos; y como los enemigos sintieron los de caballo, echáronse al agua; y en tanto llegan los nuestros y pelearon mas de tres horas con ellos; y nosotros oimos en nuestro real un tiro de campo que tiraba; y como teniamos recelo no los desbaratasen, yo mandé armar la gente para entrar por la ciudad, para que aflojasen en el combate de Albarado; y como los indios hallaron tan recios á los españoles, acordaron de se volver á su ciudad; y nosotros aquel dia fuimos á pelear á la ciudad.

[1] Mathlalcingo.

[2] Mochila, segun Cobarrubias, se llama la taleguilla en que el soldado lleva su refresco ó su ropa.

En esta sazon ya los que habiamos salido heridos del desbarato estábamos buenos, y á la Villarica habia aportado un navío de Juan Ponce de Leon, que habian desbaratado en la tierra ó isla Florida; y los de la villa enviáronme cierta pólvora y ballestas, de que teniamos muy extrema necesidad; y ya, gracías á Dios, por aquí á la redonda no teniamos tierra que no fuese en nuestro favor; y yo, viendo como estos de la ciudad estaban tan rebeldes y con la mayor muestra y determinacion de morir que nunca generacion tuvo, no sabia qué medio tener con ellos para quitarnos á nosotros de tantos peligros y trabajos, y á ellos y á su ciudad no los acabar de destruir, porque era la mas hermosa cosa del mundo; y no nos aprovechaba decirles que no habiamos de levantar los reales, ni los bergantines habian de cesar de les dar guerra por el agua, ni que habiamos destruido á los de Matalcinco y Marinalco, y que no tenian en toda la tierra quien los pudiese socorrer, ni tenian de donde haber maíz, ni carne, ni frutas, ni agua ni otra cosa de mantenimiento. E cuanto mas destas cosas les deciamos, menos muestra viamos en ellos de flaqueza; mas antes en el pelear y en todos sus ardides los hallábamos con mas ánimo que nunca. E yo, viendo que el negocio pasaba desta manera, y que habia ya mas de cuarenta y cinco dias que estábamos en el cerco, acordé de tomar un medio para nuestra seguridad y para poder mas estrechar á los enemigos, y fué que como fuésemos ganando por las calles de la ciudad, que fuesen derrocando todas las casas dellas del un lado y del otro; por manera que no fuésemos un paso adelante sin lo dejar todo asolado, y lo que era agua hacerlo tierra firme, aunque hobiese toda la dilacion que se pudiese seguir. E para esto yo llamé á todos los señores y principales nuestros amigos, y díjeles lo que tenia acordado; por tanto, que hiciesen venir mucha gente de sus labradores, y trujesen sus coas, que son unos palos, de que se aprovechan tanto como los cavadores en España de azada; y ellos me respondieron que así lo harian de muy buena voluntad, y que era muy buen acuerdo; y holgaron mucho con esto, porque les pareció que era manera para que la ciudad se asolase [3]; lo cual todos ellos deseaban mas que cosa del mundo.

Entre tanto que esto se concertaba pasáronse tres ó cuatro dias: los de la ciudad bien pensaron que ordenábamos algunos ardides contra ellos; y ellos tambien, segun después pareció, ordenaban lo que podian para su defensa, segun que tambien lo barruntábamos [4]. E concertado con nuestros amigos que por la tierra y por la mar los habiamos de ir á combatir, otro dia de mañana, después de haber oido misa, tomamos el camino para la ciudad; y en llegando al paso del agua y albarrada que estaba cabe las casas grandes de la plaza, queriéndola combatir, los de la ciudad dijeron que estuviésemos quedos, que querian paz; y yo mandé á la gente que no pelease, y díjeles que viniese allí el señor de la ciudad á me hablar y que se daria órden

[3] Así se ejecutó, porque no se ve hoy en Méjico rastro del gentilismo, y todos sus edificios fueron asolados.

[4] Barruntar es imaginar ó conjeturar, y segun la ley 2, tít. 26, partida II, se llaman barruntes á las espías.

en la paz; y con decirme que ya le habian ido á llamar, me detuvieron mas de una hora; porque en la verdad ellos no habian gana de la paz, y así lo mostraron, porque luego, estando nosotros quedos, nos comenzaron á tirar flechas y varas y piedras. E como yo vi esto, comenzamos á combatir el albarrada y ganámosla; y en entrando en la plaza, hallámosla toda sembrada de piedras grandes porque los caballos no pudiesen correr por ella, porque por lo firme estos son los que les hacen la guerra, y hallamos una calle cerrada con piedra seca y otra tambien llena de piedras, porque los caballos no pudiesen correr por ellas. E dende este dia en adelante cegamos de tal manera aquella calle del agua que salia de la plaza, que nunca después los indios la abrieron; y de allí adelante comenzamos á asolar poco á poco las casas, y cerrar y cegar muy bien lo que teniamos ganado del agua; y como aquel dia llevábamos mas de ciento y cincuenta mil hombres de guerra, hízose mucha cosa; y así, nos volvimos aquel dia al real, y los bergantines y canoas de nuestros amigos hicieron mucho daño en la ciudad, y volviéronse á reposar.

Otro dia siguiente por la misma órden entramos en la ciudad; y llegados á aquel circúito y patio grande[1] donde están las torres de los indios, yo mandé á los capitanes que con su gente no hiciesen sino cegar las calles de agua y allanar los pasos malos que teniamos ganados, y que nuestros amigos, dellos quemasen y allanasen las casas, y otros fuesen á pelear por las partes que soliamos, y que los de caballo guardasen á todos las espaldas. E yo me subí en una torre mas alta de aquellas, porque los indios me conocian y sabia que les pesaba mucho de verme subido en la torre; y de allí animaba á nuestros amigos y haciales socorrer cuando era necesario; porque, como peleaban á la continua, á veces los contrarios se retraian, y á veces los nuestros; los cuales luego eran socorridos con tres ó cuatro de caballo, que les ponian infinito ánimo para revolver sobre los enemigos; y desta manera y por esta órden entramos en la ciudad cinco ó seis dias arreo, y siempre al retraer echábamos á nuestros amigos delante y haciamos á algunos de los españoles se metiesen en celada en unas casas, y los de caballo quedábamos atrás y haciamos que nos retraiamos de golpe, por sacarlos á la plaza. Y con esto, y con las celadas de los peones cada tarde alanceábamos algunos; y un dia destos habia en la plaza siete ú ocho de caballo, y estuvieron esperando que los enemigos saliesen; y como vieron que no salian, hicieron que se volvian; y los enemigos, con recelo que á la vuelta no los alanceasen, como solian, estaban puestos por unas paredes y azoteas, y habia infinito número dellos; y como los de caballo revolvian tras ellos, que eran ocho ó nueve, y ellos les tenian tomada de lo alto una boca de la calle, no pudieron seguir tras los enemigos que iban por ella, y hubiéronse de retraer. E los enemigos, con favor de como los habian hecho retraer, venian muy encarnizados, y ellos estaban tan sobre aviso, que se acogian donde no recibian daño, y los de caballo lo recibian de los que estaban puestos en las paredes, y hubiéronse de retraer, é hirieron dos caballos; lo cual me dió ocasion para les ordenar una buena celada, como adelante haré relacion á vuestra majestad; y aquel dia en la tarde nos volvímos á nuestro real, con dejar bien seguro y llano todo lo ganado, y á los de la ciudad muy ufanos, porque creian que de temor nos retraimos. E aquella tarde hice un mensajero al alguacil mayor para que antes del dia viniese allí á nuestro real con quince de caballo de los suyos y de los de Pedro de Albarado.

Otro dia por la mañana llegó al real el alguacil mayor con los quince de caballo, y yo tenia de los de Cuyoacan allí otros veinte y cinco, que eran cuarenta; y á diez dellos mandé que luego por la mañana saliesen con toda la otra gente, y que ellos y los bergantines fuesen por la órden pasada á combatir y á derrocar y ganar todo lo que pudiesen; porque yo, cuando fuese tiempo de retraerse, iria allá con los otros treinta de caballo, y que pues sabian que teniamos mucha parte de la ciudad allanada, que cuanto pudiesen, siguiesen de tropel á los enemigos hasta los encerrar en sus fuerzas y calles de agua, y que allí se detuviesen con ellos hasta que fuese hora de retraer; é yo y los otros treinta de caballo, sin ser vistos, pudiésemos meternos en la celada en unas casas grandes, que estaban cerca de las otras grandes de la plaza; y los españoles lo hicieron como yo les avisé, y á la una hora después de mediodía tomé el camino para la ciudad con los treinta de caballo; y allegados, dejélos metidos en aquellas casas, y yo me fuí y me subí en la torre alta, como solia; y estando allí unos españoles, abrieron una sepultura y hallaron en ella, en cosas de oro, mas de mil y quinientos castellanos; y venida ya la hora de retraer, mandéles que con mucho concierto se comenzasen de retraer, y que los de caballo, desque estuviesen retraidos en la plaza, hiciesen que acometian y que no osaban llegar; y esto se hiciese cuando viesen mucha copia de gente al rededor de la plaza y en ella, y los de la celada estaban ya deseando que se llegase la hora, porque tenian deseo de hacerlo bien y estaban ya cansados de esperar; y yo metíme con ellos, y ya se venian retrayendo por la plaza los españoles de pié y de caballo y los indios nuestros amigos, que habian entendido ya lo de la celada; y los enemigos venian con tantos alaridos, que parecia que conseguian toda la victoria del mundo, y los nueve de caballo hicieron que arremetian tras ellos por la plaza adelante, y retraíanse de golpe; y como hobieron hecho esto dos veces, los enemigos traian tanto furor, que á las ancas de los caballos les venian dando hasta los meter por la boca de la calle, donde estábamos la celada. E como vimos á los españoles pasar adelante de nosotros, y oimos soltar un tiro de escopeta, que teniamos por señal, conocimos que era tiempo de salir; y con el apellido de señor Santiago damos de súpito sobre ellos, y vamos por la plaza adelante alanceando y derrocando y atajando muchos, que por nuestros amigos que nos seguian eran tomados; de manera que desta celada se mataron mas de quinientos, todos los mas principales y esforzados y valientes hombres; y aquella noche tuvieron bien que cenar nuestros

[1] Este patio grande ó plazuela era tan capaz, que se refiere por los historiadores que en las festividades gentílicas cabian en ella diez mil personas celebrando sus danzas, que llaman mithotes.

amigos, porque todos los que se mataron, tomaron y llevaron hechos piezas para comer. Fué tanto el espanto y admiracion que tomaron en verse tan de súpito así desbaratados, que ni hablaron ni gritaron en toda esa tarde, ni osaron asomar en calle ni en azotea donde no estuviesen muy á su salvo y seguros. E ya que era casi de noche que nos retraimos, parece que los de la ciudad mandaron á ciertos esclavos [1] suyos que mirasen si nos retraiamos, ó qué haciamos. E como se asomaron por una calle, arremetieron diez ó doce de caballo, y siguiéronlos de manera que ninguno se les escapó. Cobraron desta nuestra victoria los enemigos tanto temor, que nunca mas en todo el tiempo de la guerra osaron entrar en la plaza ninguna vez que nos retraiamos, aunque solo uno de caballo no mas viniese, y nunca osaron salir á indio ni á peon de los nuestros, creyendo que de entre los piés se les habia de levantar otra celada. Y esta deste dia, y victoria que Dios nuestro Señor nos dió, fué bien principal causa para que la ciudad mas presto se ganase, porque los naturales della recibieron mucho desmayo y nuestros amigos doblado ánimo; y así, nos fuimos á nuestro real con intencion de dar mucha priesa en hacer la guerra y no dejar de entrar ningun dia hasta la acabar. E aquel dia ningun peligro hubo en los de nuestro real, excepto que al tiempo que salimos de la celada se encontraron unos de caballo, y cayó uno de una yegua, y ella fuése derecha á los enemigos, los cuales la flecharon, y bien herida, como vió la mala obra que recibia, se volvió hácia nosotros [2], y aquella noche se murió; y aunque nos pesó mucho, porque los caballos y yeguas nos daban la vida, no fué tanto el pesar como si muriera en poder de los enemigos, como pensamos que de hecho pasara, porque si así fuera, ellos hubieran mas placer que no pesar por los que les matábamos; los bergantines y las canoas de nuestros amigos hicieron grande estrago en la ciudad aquel dia, sin recibir peligro alguno.

Como ya conocimos que los indios de la ciudad estaban muy amedrentados, supimos de unos dos dellos de poca manera, que de noche se habian salido de la ciudad y se habian venido á nuestro real, que se morian de hambre, que salian de noche á pescar por entre las casas de la ciudad, y andaban por la parte que della les teniamos ganada buscando leña y yerbas y raíces que comer. E porque ya teniamos muchas calles de agua cegadas, y aderezados muchos malos pasos, acordé de entrar al cuarto del alba y hacer todo el daño que pudiésemos. E los bergantines salieron antes del dia, y yo con doce ó quince de caballo y ciertos peones y amigos nuestros entramos de golpe, y primero pusimos ciertas espías; las cuales, siendo de dia, estando nosotros en celada, nos ficieron señal que saliésemos, y dimos sobre infinita gente; pero como eran de aquellos mas miserables y que salian á buscar de comer, los mas venian desarmados, y eran mujeres y muchachos; é ficimos tanto daño en ellos por todo lo que se podia andar de la ciudad, que presos y muertos pasaron de mas de ochocientas personas, é los bergantines tomaron tambien mucha gente y canoas que andaban pescando, y ficieron en ellas mucho estrago. E como los capitanes y principales de la ciudad nos vieron andar por ella á hora no acostumbrada, quedaron tan espantados como de la celada pasada, y ninguno osó salir á pelear con nosotros; y así, nos volvimos á nuestro real con harta presa y manjar para nuestros amigos.

Otro dia de mañana tornamos á entrar en la ciudad, y como ya nuestros amigos veian la buena órden que llevábamos para la destruccion della, era tanta la multitud que de cada dia venian, que no tenian cuento. E aquel dia acabamos de ganar toda la calle de Tacuba y de adobar los malos pasos della, en tal manera que los del real de Pedro de Albarado se podian comunicar con nosotros por la ciudad, é por la calle principal, que iba al mercado, se ganaron otras dos puentes y se cegó bien el agua, y quemamos las casas del señor de la ciudad, que era mancebo de edad de diez y ocho años, que se decia Guatimucin, que era el segundo señor después de la muerte de Muteczuma; y en estas casas tenian los indios mucha fortaleza, porque eran muy grandes y fuertes y cercadas de agua. Tambien se ganaron otras dos puentes de otras calles que van cerca desta del mercado, y se cegaron muchos pasos; de manera que de cuatro partes de la ciudad las tres estaban ya por nosotros, y los indios no hacian sino retraerse hácia lo mas fuerte, que era á las casas que estaban mas metidas en el agua.

Otro dia siguiente, que fué dia del apóstol Santiago, entramos en la ciudad por la órden que antes, y seguimos por la calle grande [3], que iba á dar al mercado, y ganámosles una calle muy ancha de agua, en que ellos pensaban que tenian mucha seguridad, y aunque se tardó gran rato, y fué peligrosa de ganar, y en todo este dia no se pudo, como era muy ancha, de acabar de cegar, por manera que los de caballo pudiesen pasar de la otra parte. E como estábamos todos á pié, y los indios veian que los de caballo no habian pasado, vinieron de refresco sobre nosotros, muchos dellos muy lucidos; y como les ficimos rostro, y teniamos muchos ballesteros, dieron la vuelta á sus albarradas y fuerzas que tenian, aunque fueron hartos asaeteados. E demás desto todos los españoles de pié llevaban sus picas, las cuales yo habia mandado facer después que me desbarataron, que fué cosa muy provechosa. Aquel dia por los lados de la una parte y de la otra de aquella calle principal no se entendió sino en quemar y allanar casas, que era lástima cierto de lo ver; pero como no nos convenia hacer otra cosa, éranos forzado seguir aquella órden. Los de la ciudad, como veian tanto estrago, por esforzarse decian á nuestros amigos que no ficiesen sino quemar y destruir, que ellos se las harian tornar á hacer de nuevo, porque si ellos eran vencedores, ya ellos sabian que

[1] La servidumbre es de derecho de gentes secundario, supuestas las guerras y ambicion de los hombres, y así la introdujeron los mejicanos.

[2] El instinto de los caballos y yeguas es tan grande, que se puede tener por el mas vivo después del de los elefantes, de los que y de los caballos se refieren cosas maravillosas, particularmente en el reconocimiento á sus dueños, y no querer admitir á los extraños.

[3] Esta calle grande que iba al mercado de Tlatelulco es, en mi juicio, la que sigue por San Francisco, junto á la acequia principal hasta la plaza de Santiago Tlatelulco en derechura, y en medio está la parroquia de Nuestra Señora de la Redonda.

habia de ser así, y si no, que las habian de hacer para nosotros; y desto postrero plugo á Dios que salieron verdaderos, aunque ellos son los que las tornan á hacer.

Otro dia luego de mañana entramos en la ciudad por la órden acostumbrada, y llegados á la calle de agua que habiamos cegado el dia antes, fallámosla de la manera que la habiamos dejado; y pasamos adelante dos tiros de ballesta, y ganamos dos acequias grandes de agua que tenian rompidas en lo sano de la misma calle, y llegamos á una torre pequeña de sus ídolos, y en ella hallamos ciertas cabezas de los cristianos que nos habian muerto, que nos pusieron harta lástima. E dende aquella torre iba la calle derecha, que era la misma adonde estábamos, á dar á la calzada del real de Sandoval, é á la mano izquierda iba otra calle á dar al mercado, en la cual ya no habia agua ninguna, excepto una que nos defendian, y aquel dia no pasamos de allí, pero peleamos mucho con los indios. E como Dios nuestro Señor cada dia nos daba victoria, ellos siempre llevaban lo peor; y aquel dia, ya que era tarde, nos volvimos al real.

Otro dia siguiente, estando aderezando para volver á entrar en la ciudad, á las nueve horas del dia vimos de nuestro real salir humo de dos torres muy altas que estaban en el Tatebulco[1] ó mercado de la ciudad, que no podiamos pensar qué fuese, y como parecia que era mas que saumerios, que acostumbran los indios á hacer á sus ídolos, barruntamos que la gente de Pedro de Albarado habia llegado allí, y aunque así era la verdad, no lo podiamos creer. E cierto aquel dia Pedro de Albarado[2] y su gente lo hicieron valientemente, porque teniamos muchas puentes y albarradas de ganar, y siempre acudian á las defender toda la mas parte de la ciudad. Pero como él vió que por nuestra estancia íbamos estrechando á los enemigos, trabajó todo lo posible por entrarles al mercado, porque allí tenian toda su fuerza; pero no pudo mas de llegar á vista dél, y ganalles aquellas torres y otras muchas que están junto al mismo mercado, y es tanto casi como el circúito de las muchas torres de la ciudad; los de caballo se vieron en harto trabajo, y les fué forzado retraerse, y al retraer les hirieron tres caballos; y así, se volvieron Pedro de Albarado y su gente á su real, y nosotros no quisimos ganar aquel dia una puente y calle de agua que quedaba no mas para llegar al mercado, salvo allanar y cegar todos los malos pasos; y al retraernos apretaron reciamente, aunque fué á su costa.

Otro dia entramos luego por la mañana en la ciudad, y como no habia por ganar fasta llegar al mercado sino una traviesa de agua[3] con su albarrada, que estaba junto á la torrecilla que he dicho, comenzámosla á combatir, y un alférez y otros dos ó tres españoles echáronse al agua, y los de la ciudad desampararon luego el paso, y comenzóse á cegar y aderezar para que pudiésemos pasar con los caballos; y estándose aderezando, llegó Pedro de Albarado por la misma calle con cuatro de caballo, que fué sin comparacion el placer que hobo la gente de su real y del nuestro, porque era camino para dar muy breve conclusion á la guerra. Y Pedro de Albarado dejaba recaudo de gente en las espaldas hilados, así para conservar lo ganado como para su defensa; y como luego se aderezó el paso, yo con algunos de caballo me fuí á ver el mercado, y mandé á la gente de nuestro real que no pasasen adelante de aquel paso. E después que anduvimos un rato paseándonos por la plaza, mirando los portales della, los cuales por las azoteas estaban llenos de enemigos, é como la plaza era muy grande y veian por ella andar los de caballo, no osaban llegar; y yo subí en aquella torre grande que está junto al mercado, y en ella tambien y en otras hallamos ofrecidas ante sus ídolos las cabezas de los cristianos que nos habian muerto, y de los indios de Tascaltecal nuestros amigos, entre quien siempre ha habido muy antigua y cruel enemistad. E yo miré dende aquella torre lo que teniamos ganado de la ciudad, que sin duda de ocho partes teniamos ganado las siete; é viendo que tanto número de gente de los enemigos no era posible sufrirse en tanta angostura, mayormente que aquellas casas que les quedaban eran pequeñas y puesta cada una dellas sobre sí en el agua, y sobre todo la grandísima hambre que entre ellos habia, y que por las calles hallábamos roidas las raíces y cortezas de los árboles, acordé de los dejar de combatir por algun dia, y movelles algun partido por donde no pereciese tanta multitud de gente; que cierto me ponia en mucha lástima y dolor el daño que en ellos se hacia, y continuamente les hacia acometer con la paz; y ellos decian que en ninguna manera se habian de dar, y que uno solo que quedase habia de morir peleando, y que de todo lo que tenian no habiamos de haber ninguna cosa, y que lo habian de quemar y echar al agua, donde nunca pareciese; y yo, por no dar mal por mal, disimulaba en no los dar combate.

Como teniamos muy poca pólvora, habiamos puesto en plática, mas habia de quince dias, de hacer un trabuco[4]; y aunque no habia maestros que supiesen hacerle, unos carpinteros se profirieron de hacer uno pequeño, y aunque yo tuve pensamiento que no habiamos de salir con esta obra, consentí que lo siguiesen; y en aquellos dias que teniamos tan arrinconados los indios acabóse de hacer, y llevóse á la plaza del mercado para lo asentar en uno como teatro[5] que está en medio della, fecho de cal y canto, cuadrado, de altura de dos estados y medio, y de esquina á esquina habrá treinta pasos; el cual tenian ellos para cuando hacian algunas fiestas y juegos, que los representadores dellos se ponian allí porque toda gente del mercado y los que estaban en bajo y encima de los portales pudiesen ver lo que se hacia; y traido allí, tardaron en lo asentar tres ó cuatro dias; y los indios nuestros amigos amenazaban con él á los de la ciudad, diciéndoles que

1 En Tlatelulco.

2 Este Pedro de Albarado, de que se ha hablado antes, fué insigne en todas sus acciones, y aun se conserva el nombre del salto de Albarado, que fué á la entrada de la Traspana, donde saltó la acequia muy ancha, estribando sobre la lanza.

3 Pudo ser donde hoy está el puente que llaman de las Guerras.

4 Esta invencion de trabuco de palo no era fácil de conseguir, aunque se conoce la ingeniosidad de Cortés y que habia leido matemáticas.

5 Este teatro pudo estar en el mismo sitio que hoy la ermita junto á Santiago, que tiene un atrio elevado.



con aquel ingenio les habiamos de matar á todos. Y aunque otro fruto no hiciera, como no hizo, sino el temor que con él se ponia, por el cual pensábamos que los enemigos se dieran, era harto; y lo uno y lo otro cesó, porque ni los carpinteros salieron con su intencion, ni los de la ciudad, aunque tenian temor, movieron ningun partido para se dar, y la falta y defecto del trabuco disimulámosla con que, movidos de compasion, no los queriamos acabar de matar.

Otro dia después de asentado el trabuco, volvimos á la ciudad, y como ya habia tres ó cuatro dias que no los combatiamos, hallamos las calles por donde ibamos llenas de mujeres y niños y otra gente miserable que se morian de hambre, y salian traspasados y flacos, que era la mayor lástima del mundo de los ver: y yo mandé á nuestros amigos que no les ficiesen daño alguno; pero de la gente de guerra no salia ninguno adonde pudiese recibir daño, aunque los veiamos estar encima de sus azoteas cubiertos con sus mantas, que usan, y sin armas; y fice este dia que se les requiriese con la paz, y sus respuestas eran disimulaciones; y como lo mas del dia nos tenian en esto, enviéles á decir que les queria combatir; que ficiesen retraer toda su gente, si no, que daria licencia que nuestros amigos los matasen. Y ellos dijeron que querian paz; y yo les repliqué que yo no veia allí el señor con quien se habia de tratar, que venido, para lo cual le daria todo el seguro que quisiese, que hablariamos en la paz. E como vimos que era burla y que todos estaban apercibidos para pelear con nosotros, después de se la haber muchas veces amonestado, por mas los estrechar y poner en mas extrema necesidad, mandé á Pedro de Albarado que con toda su gente entrase por la parte de un gran barrio que los enemigos tenian, en que habria mas de mil casas; y yo por la otra parte entré á pié con la gente de nuestro real, porque á caballo no nos podiamos por allí aprovechar. Y fué tan recio el combate nuestro y de nuestros enemigos, que les ganamos todo aquel barrio[1]; y fué tan grande la mortandad que se hizo en nuestros enemigos, que muertos y presos pasaron de doce mil animas, con los cuales usaban de tanta crueldad nuestros amigos, que por ninguna via á ninguno daban la vida, aunque mas reprendidos y castigados de nosotros eran.

Otro dia siguiente tornamos á la ciudad, y mandé que no peleasen ni ficiesen mal á los enemigos; y como ellos veian tanta multitud de gente sobre ellos, y conocian que los venian á matar sus vasallos y los que ellos solian mandar, y veian su extrema necesidad y como no tenian donde estar sino sobre los cuerpos muertos de los suyos, con deseo de verse fuera de tanta desventura, decian que por qué no los acabábamos ya de matar, y á mucha priesa dijeron que me llamasen, que me querian hablar. E como todos los españoles deseaban que ya esta guerra se concluyese, y habian lástima de tanto mal como se hacia, holgaron mucho, pensando que los indios querian paz; y con mucho placer viniéronme á llamar y importunar que me llegase á una albarrada donde estaban ciertos principales, porque querian hablar conmigo. E aunque yo sabia que habia de aprovechar poco mi ida, determiné de ir, como quiera que bien sabia que el no darse estaba solamente en el señor y otros tres ó cuatro principales de la ciudad, porque la otra gente, muertos ó vivos, deseaban ya verse fuera de allí. Y llegado al albarrada, dijéronme que pues ellos me tenian por hijo del sol, y el sol en tanta brevedad como era en un dia y una noche daba vuelta á todo el mundo, que porque yo así brevemente no los acababa de matar y los quitaba de penar tanto, porque ya ellos tenian deseos de morir y irse al cielo para su Ochilobus[2] que los estaba esperando para descansar; y este ídolo es el que en mas veneracion ellos tienen. Yo les respondí muchas cosas para los atraer á que se diesen, y ninguna cosa aprovechaba, aunque en nosotros veian mas muestras y señales de paz que jamás á ningunos vencidos se mostraron, siendo nosotros, con el ayuda de nuestro Señor, los vencedores.

Puestos los enemigos en el último extremo, como de lo dicho se puede colegir, para los quitar de su mal propósito, como era la determinacion que tenian de morir, hablé con una persona bien principal entre ellos, que teniamos preso, al cual dos ó tres dias habia prendido un tio de don Fernando, señor de Tesáico, peleando en la ciudad, y aunque estaba muy herido, le dije si queria volver á la ciudad, y él me respondió que sí; y como otro dia entramos en ella, enviéle con ciertos españoles, los cuales lo entregaron á los de la ciudad; y á este principal yo le habia hablado largamente para que hablase con el señor y con otros principales sobre la paz; y él me prometió de hacer sobre ello todo lo que pudiese. Los de la ciudad lo recibieron con mucho acatamiento, como á persona principal; y como lo llevaron delante de Guatimucin, su señor, y él le comenzó á hablar sobre la paz, diz que luego lo mandó matar y sacrificar; y la respuesta que estábamos esperando nos dieron con venir con grandísimos alaridos, diciendo que no querian sino morir, y comienzan á nos tirar varas, flechas y piedras, y á pelear reciamente con nosotros; y tanto, que nos mataron un caballo con un dalle[3] que uno traia hecho de una espada de las nuestras, y al fin les costó caro, porque murieron muchos dellos; y así, nos volvimos á nuestros reales aquel dia.

Otro dia tornamos á entrar en la ciudad, y ya estaban los enemigos tales, que de noche osaban quedar en ella de nuestros amigos infinitos dellos. Y llegados á vista de los enemigos, no quisimos pelear con ellos, sino andarnos paseando por su ciudad, porque teniamos pensamiento que cada hora y cada rato se habian de salir á nosotros. E por los inclinar á ello, yo me llegué cabalgando cabe una albarrada suya que tenian, bien fuerte, y llamé á ciertos principales que estaban detrás, á los cuales yo conocia, y díjeles que pues se veian tan perdidos, y conocian que si yo quisiese, en una hora no quedaria ninguno dellos, que porque no venia á me hablar Guatimucin, su señor, que yo le prometia de no hacerle ningun mal; y que-

[1] Cerca de Tlatelolco está el barrio de Sanconpinca.

[2] Huitcilopocthli, primer caudillo de los mejicanos y el dios principal de Méjico y de la guerra; otro Marte de los romanos.

[3] Dalle es especie de daga puesta en una asta.



riendo él y ellos venir de paz, que serian de mí muy bien recibidos y tratados. Y pasé con ellos otras razones, con que los provoqué á muchas lágrimas; y llorando me respondieron que bien conocian su yerro y perdicion, y que ellos querian ir á hablar á su señor, y me volverian presto con la respuesta, y que no me fuese de allí. E ellos se fueron, y volvieron dende á un rato, y dijéronme que porque ya era tarde su señor no habia venido; pero que otro dia á mediodía vendria en todo caso á me hablar, en la plaza del mercado; y así, nos fuimos á nuestro real. Y yo mandé para otro dia que tuviesen aderezado allí en aquel cuadrado alto que está en medio de la plaza, para el señor y principales de la ciudad un estrado, como ellos lo acostumbran, y que tambien les tuviesen aderezado de comer; y así se puso por obra.

Otro dia de mañana fuimos á la ciudad, y yo avisé á la gente que estuviese apercebida, porque si los de la ciudad acometiesen alguna traicion, no nos tomasen descuidados. E á Pedro de Albarado, que estaba allí, le avisé de lo mismo; y como llegamos al mercado, yo envié á decir y hacer saber á Guatimucin cómo le estaba esperando; el cual, segun pareció, acordó de no venir, y envióme cinco de aquellos señores principales de la ciudad, cuyos nombres, porque no hacen mucho al caso, no digo aquí. Los cuales llegados, dijeron que su señor me enviaba á rogar con ellos que le perdonase porque no venia, que tenia mucho miedo de parecer ante mí, y tambien estaba malo, y que ellos estaban allí; que viese lo que mandaba, que ellos lo harian; y aunque el señor no vino, holgamos mucho que aquellos principales viniesen, porque parecia que era camino de dar presto conclusion á todo el negocio. Yo los recibí con semblante alegre, y mandéles dar luego de comer y beber; en lo cual mostraron bien el deseo y necesidad que dello tenian. E después de haber comido, díjeles que hablasen á su señor, y que no tuviese temor ninguno, y que le prometia que aunque ante mí viniese, que no le seria hecho enojo alguno ni seria detenido, porque sin su presencia en ninguna cosa se podia dar buen asiento ni concierto; y mandéles dar algunas cosas de refresco que le llevasen para comer; y prometiéronme de hacer en el caso todo lo que pudiesen; y así, se fueron. E dende á dos horas volvieron, y trajéronme unas mantas de algodon buenas, de las que ellos usan, y dijéronme que en ninguna manera Guatimucin, su señor, vendria ni queria venir, y que era excusado hablar en ello. Y yo les torné á repetir que no sabia la causa por que él se recelaba venir ante mí, pues veia que á ellos, que yo sabia que habian sido los causadores principales de la guerra y que la habian sustentado, les hacia buen tratamiento, que los dejaba ir y venir seguramente sin recibir enojo alguno; que les rogaba que le tornasen á hablar, y mirasen mucho en esto de su venida, pues á él le convenia, y yo lo hacia por su provecho; y ellos respondieron que así lo harian, y que otro dia me volverian con la respuesta; y así, se fueron ellos, y tambien nosotros á nuestros reales.

Otro dia bien de mañana aquellos principales vinieron á nuestro real, y dijéronme que me fuese á la plaza del mercado de la ciudad, porque su señor me queria ir á hablar allí; y yo, creyendo que fuera así, cabalgué y tomamos nuestro camino, y estúvele esperando donde quedaba concertado mas de tres ó cuatro horas, y nunca quiso venir ni parecer ante mí. E como yo vi la burla, y que era ya tarde, y que ni los otros mensajeros ni el señor venian, envié á llamar á los indios nuestros amigos, que habian quedado á la entrada de la ciudad, casi una legua de donde estábamos, á los cuales yo habia mandado que no pasasen de allí, porque los de la ciudad me habian pedido que para hablar en las paces no estuviese ninguno dellos dentro; y ellos no se tardaron, ni tampoco los del real de Pedro de Albarado. E como llegaron, comenzamos á combatir unas albarradas y calles de agua que tenian, que ya no les quedaba otra mayor fuerza; y entrámosles, así nosotros como nuestros amigos, todo lo que quisimos. E al tiempo que yo salí del real habia proveido que Gonzalo de Sandoval entrase con los bergantines por la otra parte de las casas en que los indios estaban fuertes; por manera que los tuviésemos cercados, y que no los combatiese hasta que viese que nosotros combatiamos; por manera que, por estar así cercados y apretados, no tenian paso por donde andar sino por encima de los muertos y por las azoteas que les quedaban; y á esta causa ni tenian ni hallaban flechas ni varas ni piedras con que nos ofender; y andaban con nosotros nuestros amigos á espada y rodela, y era tanta la mortandad que en ellos se hizo por la mar y por la tierra, que aquel dia se mataron y prendieron mas de cuarenta mil ánimas; y era tanta la grita y lloro de los niños y mujeres, que no habia persona á quien no quebrantase el corazon, é ya nosotros teniamos mas que hacer en estorbar á nuestros amigos que no matasen ni hiciesen tanta crueldad, que no en pelear con los indios; la cual crueldad nunca en generacion tan recia se vió, ni tan fuera de toda órden de naturaleza, como en los naturales destas partes. Nuestros amigos hubieron este dia muy gran despojo, el cual en ninguna manera les podiamos resistir, porque nosotros éramos obra de novecientos españoles, y ellos mas de ciento y cincuenta mil hombres, y ningun recaudo ni diligencia bastaba para los estorbar que no robasen, aunque de nuestra parte se hacia todo lo posible. Y una de las cosas por que los dias antes yo rehusaba de no venir en tanta rotura con los de la ciudad, era porque, tomándolos por fuerza, habian de echar lo que tuviesen en el agua, y ya que no lo hiciesen, nuestros amigos habrian de robar todo lo mas que hallasen; y á esta causa temia que se habria para vuestra majestad poca parte de la mucha riqueza que en esta ciudad habia, y segun la que yo antes para vuestra alteza tenia; y porque ya era tarde y no podiamos sufrir el mal olor de los muertos que habia de muchos dias por aquellas calles, que era la cosa del mundo mas pestilencial, nos fuimos á nuestros reales. Y aquella tarde dejé concertado que para otro dia siguiente, que habiamos de volver á entrar, se aparejasen tres tiros gruesos que teniamos para llevarlos á la ciudad, porque yo temia que, como estaban los enemigos tan juntos y que no tenian por dónde se rodear, queriéndolos entrar por fuerza, sin pelear podrian entre sí ahogar los españoles, y queria dende acá hacerles

con los tiros algun daño, porque saliesen de allí para nosotros. E al alguacil mayor mandó que asimismo para otro dia que estuviese apercibido para entrar con los bergantines por un lago de agua grande que se hacia entre unas casas, donde estaban todas las canoas de la ciudad recogidas; y ya tenian tan pocas casas donde poder estar, que el señor de la ciudad andaba metido en una canoa con ciertos principales, que no sabian qué hacer de sí; y desta manera quedó concertado que habiamos de entrar otro dia por la mañana.

Siendo ya de dia hice apercibir toda la gente y llevar los tiros gruesos, y el dia antes habia mandado á Pedro de Albarado que me esperase en la plaza del Mercado, y no diese combate fasta que yo llegase; y estando ya todos juntos y los bergantines apercibidos todos por detrás de las casas del agua, donde estaban los enemigos, mandé que en oyendo soltar una escopeta, que entrasen por una poca parte que estaba por ganar, y echasen á los enemigos al agua hácia donde los bergantines habian de estar á punto; y aviséles mucho que mirasen por Guautimucin, y trabajasen de lo tomar á vida, porque en aquel punto cesaria la guerra. E yo me subí encima de una azotea, y antes del combate hablé con algunos de aquellos principales de la ciudad, que conocia, y les dije qué era la causa por que su señor no queria venir; que pues se veian en tanto extremo, que no diesen causa á que todos pereciesen, y que lo llamasen y no hobiesen ningun temor; y dos de aquellos principales pareció que lo iban á llamar. E dende á poco volvió con ellos uno de los mas principales de todos aquellos, que se llamaba Ciguacoacin, y era el capitan y gobernador de todos ellos, é por su consejo se seguian todas las cosas de la guerra; y yo le mostré buena voluntad, porque se asegurase y no tuviese temor; y al fin me dijo que en ninguna manera el señor vernia ante mí, y antes queria por allá morir, y que á él pesaba mucho desto; que hiciese yo lo que quisiese; y como vi en esto su determinacion, yo le dije que se volviese á los suyos, y que él y ellos se aparejasen, porque los queria combatir y acabar de matar; y así, se fué. Y como en estos conciertos se pasaron mas de cinco horas, y los de la ciudad estaban todos encima de los muertos, y otros en el agua, y otros andaban nadando, y otros ahogándose en aquel lago donde estaban las canoas, que era grande, era tanta la pena que tenian, que no bastaba juicio á pensar cómo lo podian sufrir; y no hacian sino salirse infinito número de hombres y mujeres y niños hácia nosotros. Y por darse priesa al salir, unos á otros se echaban al agua, y se ahogaban entre aquella multitud de muertos; que, segun pareció, del agua salada que bebian, y de la hambre y mal olor, habia dado tanta mortandad en ellos, que murieron mas de cincuenta mil ánimas. Los cuerpos de las cuales, porque nosotros no alcanzásemos su necesidad, ni los echaban al agua, porque los bergantines no topasen con ellos, ni los echaban fuera de su conversacion, porque nosotros por la ciudad no lo viésemos; y salí por aquellas calles en que estaban: hallábamos los montones de los muertos, que no habia persona que en otra cosa pudiese poner los piés; y como la gente de la ciudad se salia á nosotros, yo habia proveido que por todas las calles estuviesen españoles para estorbar que nuestros amigos no matasen á aquellos tristes que salian, que eran sin cuento. Y tambien dije á todos los capitanes de nuestros amigos que en ninguna manera consintiesen matar á los que salian; y no se pudo tanto estorbar, como eran tantos, que aquel dia no mataron y sacrificaron mas de quince mil ánimas; y en esto todavía los principales y gente de guerra de la ciudad se estaban arrinconados y en algunas azoteas y casas y en el agua, donde ni les aprovechaba disimulacion ni otra cosa, porque no viésemos su perdicion y su flaqueza muy á la clara. Viendo que se venia la tarde y que no se querian dar, fice asentar los dos tiros gruesos hácia ellos para ver si se darian, porque mas daño recibieran en dar licencia á nuestros amigos que les entraran, que no de los tiros, los cuales ficieron algun daño. E como tampoco esto aprovechaba, mandé soltar la escopeta, y en soltándola, luego fué tomado aquel rincon que tenian, y echados al agua los que en él estaban; otros que quedaban sin pelear se rindieron; é los bergantines entraron de golpe por aquel lago, y rompieron por medio de la flota de canoas y la gente de guerra que en ellas estaba ya no osaban pelear; y plugo á Dios que un capitan de un bergantin, que se dice Garci Holguin, llegó en pos de una canoa, en la cual le pareció que iba gente de manera; y como llevaba dos ó tres ballesteros en la proa del bergantin, y iban encarando en los de la canoa, ficiéronle señal que estaba allí el señor, que no tirasen, y saltaron de presto, y prendiéronle á él y á aquel Guautimoucin[1], y á aquel señor de Tacuba, y á otros principales que con él estaban; y luego el dicho capitan Garci Holguin me trujo allí á la azotea donde estaba, que era junto al lago, al señor de la ciudad y á los otros principales presos; el cual, como le fice sentar, no mostrándole riguridad ninguna, llegóse á mí, y díjome en su lengua que ya él habia hecho todo lo que de su parte era obligado para defenderse á sí y á los suyos hasta venir en aquel estado, que ahora ficiese dél lo que yo quisiese; y puso la mano en un puñal que yo tenia, diciéndome que le diese de puñaladas y le matase. E yo le animé, y le dije que no tuviese temor ninguno; y así, preso este señor, luego en ese punto cesó la guerra, á la cual plugo á Dios nuestro Señor dar conclusion martes, dia de San Hipólito, que fueron 13 de agosto de 1521 años. De manera que desde el dia que se puso cerco á la ciudad, que fué á 30 de mayo del dicho año, hasta que se ganó, pasaron setenta y cinco dias; en los cuales vuestra majestad verá los trabajos, peligros y desventuras que estos sus vasallos padecieron, en los cuales mostraron tanto sus personas, que las obras dan buen testimonio dello.

Y en todos aquellos setenta y cinco dias del cerco ninguno se pasó que no se tuviese combate con los de la ciudad, poco ó mucho. Aquel dia de la prision de Guautimucin y toma de la ciudad, después de haber recogido el despojo que se pudo haber, nos fuimos al real, dando gracias á nuestro Señor por tan señala-

[1] Este Quatecmotcin fué preso y dió su puñal, como después se dirá, para que le matasen; y es mucho que, como el emperador Othon, no se matase á sí mismo.

du merced y tan deseada victoria como nos habia dado.

Allí en el real estuve tres ó cuatro dias, dando órden en muchas cosas que convenian, y después nos venimos á la ciudad de Cuyoacan, donde hasta ahora he estado entendiendo en la buena órden, gobernacion y pacificacion destas partes.

Recogido el oro y otras cosas, con parecer de los oficiales de vuestra majestad se hizo fundicion dello, y montó lo que se fundió mas de ciento y treinta mil castellanos, de que se dió el quinto al tesorero de vuestra majestad, sin el quinto de otros derechos que á vuestra majestad pertenecieron de esclavos y otras cosas, segun mas largo se verá por la relacion de todo lo que á vuestra majestad perteneció, que irá firmado de nuestros nombres. Y el oro que restó se repartió en mí y en los españoles, segun la manera y servicio y calidad de cada uno: demás del dicho oro se hubieron ciertas piezas y joyas de oro, y de las mejores dellas se dió el quinto al dicho tesorero de vuestra majestad.

Entre el despojo que se hubo en la dicha ciudad, hubimos muchas rodelas de oro [1] y penachos y plumajes, y cosas tan maravillosas, que por escrito no se pueden significar, ni se pueden comprehender si no son vistas; y por ser tales, parecióme que no se debian quintar ni dividir, sino que de todas ellas se hiciese servicio á vuestra majestad; para lo cual yo hice juntar todos los españoles, y les rogué que tuviesen por bien que aquellas cosas se enviasen á vuestra majestad, y que de la parte que á ellos venia y á mí, sirviésemos á vuestra majestad; y ellos holgaron de lo hacer de muy buena voluntad, y con tal, ellos y yo enviamos el dicho servicio á vuestra majestad con los procuradores que los consejos desta Nueva-España envian.

Como la ciudad de Temixtitan era tan principal y nombrada por todas estas partes, parece que vino á noticia de un señor de una muy gran provincia que está setenta leguas de Temixtitan, que se dice Mechuacan [2], cómo la habiamos destruido y asolado, y considerando la grandeza y fortaleza de la dicha ciudad, al señor de aquella provincia le pareció que, pues que aquella no se nos habia defendido, que no habria cosa que se nos amparase; y por temor ó por lo que á él le plugo, envióme ciertos mensajeros, y de su parte me dijeron por los intérpretes de su lengua, que su señor habia sabido que nosotros eramos vasallos de un gran señor; y que, si yo tuviese por bien, él y los suyos lo querian tambien ser y tener mucha amistad con nosotros. Y yo le respondí que era verdad que todos eramos vasallos de aquel gran señor, que era vuestra majestad, y que á todos los que no lo quisiesen ser les habiamos de hacer guerra, y que su señor y ellos lo habian hecho muy bien. Y como yo de poco acá tenia alguna noticia de la mar del Sur, informéme tambien dellos si por su tierra podian ir allá; y ellos me respondieron que sí; y roguéles que, porque pudiese informar á vuestra majestad de la dicha mar y de su provincia, llevasen consigo dos españoles que les daria; y ellos dijeron que les placia de muy buena voluntad; pero que para pasar al mar habia de ser por tierra de un gran señor con quien ellos tenian guerra, y que á esta causa no podian por ahora llegar á la mar. Estos mensajeros de Mechuacan estuvieron aquí conmigo tres ó cuatro dias, y delante dellos hice escaramuzar los de caballo, para que allá lo contasen; y habiéndoles dado ciertas joyas, á ellos y á los dos españoles despaché para la dicha provincia de Mechuacan.

Como en el capítulo antes deste he dicho, yo tenia, muy poderoso Señor, alguna noticia, poco habia, de la otra mar del Sur, y sabia que por dos ó tres partes estaba á doce y á trece y catorce jornadas de aquí; estaba muy ufano, porque me parecia que en la descubrir se hacia á vuestra majestad muy grande y señalado servicio, especialmente que todos los que tienen alguna ciencia y experiencia en la navegacion de las Indias, han tenido por muy cierto que, descubriendo por estas partes la mar del Sur, se habian de hallar muchas islas ricas de oro y perlas y piedras preciosas y especería, y se habian de descubrir y hallar otros muchos secretos y cosas admirables; y esto han afirmado y afirman tambien personas de letras y experimentadas en la ciencia de la cosmografía. E con tal deseo, y con que de mí pudiese vuestra majestad recibir en esto muy singular y memorable servicio, despaché cuatro españoles, los dos por ciertas provincias y los otros dos por otras; y informados de las vias que habian de llevar, y dádoles personas de nuestros amigos que los guiasen y fuesen con ellos, se partieron. E yo les mandé que no parasen hasta llegar á la mar, y que en descubriéndola, tomasen la posesion real y corporalmente en nombre de vuestra majestad, y los unos anduvieron cerca de ciento y treinta leguas por muchas y buenas provincias sin recibir ningun estorbo, y llegaron á la mar y tomaron la posesion, y en señal pusieron cruces en la costa della. Y dende á ciertos dias se volvieron con la relacion del dicho descubrimiento, y me informaron muy particularmente de todo, y me trujeron algunas personas de los naturales de la dicha mar; é tambien me trujeron muy buena muestra de oro de minas [4] que hallaron en algunas de aquellas provincias, por donde pasaron, la cual con otras muestras de oro ahora envio á vuestra majestad. Los otros dos españoles se detuvieron algo mas, porque anduvieron cerca de ciento y cincuenta leguas por otra parte hasta llegar á la dicha mar, donde asimismo to-

[1] Rodelas de oro es prueba evidente de la grandeza y magnificencia de los mejicanos, y se admiraron en toda la Europa las piezas que envió Cortés.

[2] La provincia de Michoacan es la que comprende el obispado de Valladolid y otras distintas; es frontera de los chichimecas: su etimología quiere decir tierra de pescado ó michi; es abundante de todos frutos, y la cosecha de trigo muy grande. La principal ciudad desta provincia era Pátzquaro, donde asistian los reyes gentiles: allí se puso al principio la silla episcopal; á la parte del sur está la costa de Zacatula, de que antes hizo memoria Cortés.

[3] Este alto pensamiento de Cortés fué la causa del descubrimiento de la mar del Sur, de la navegacion que después hizo al golfo de Californias, de la navegacion al otro reino del Perú, á Filipinas é islas de la Especería, por las especias de canela, clavo y pimienta, con que tanto se enriquecen los holandeses, y todo lo descubierto hasta el dia de hoy en Nueva-España se le debe á Cortés. Califíquese su inteligencia en la geografía náutica y otras ciencias, y el deseo eficaz de servir á Dios y á su rey.

[4] Por el trabajo y desvelo de Cortés se puede afirmar que se descubrieron las minas de Zacatecas, las de Potosí, las de Zacatula, las de Tasco y otras, principalmente las de Guanaxuato, que tanto han rendido á la corona, y están en la provincia de Michoacan.

maron la dicha posesion, y me trajeron larga relacion de la costa, y se vinieron con ellos algunos de los naturales della. Y á ellos y á los otros los recibí graciosamente, y con haberlos informado del gran poder de vuestra majestad, y dado algunas cosas, se volvieron muy contentos á sus tierras.

En la otra relacion, muy católico Señor, hice saber á vuestra majestad cómo al tiempo que los indios me desbarataron y echaron la primera vez fuera de la ciudad de Temixtitan, se habian rebelado contra el servicio de vuestra majestad todas las provincias sujetas á la ciudad, y nos habian hecho la guerra, y por esta relacion podrá vuestra majestad mandar ver cómo habemos reducido á su real servicio todas las mas tierras y provincias que estaban rebeladas; é por qué ciertas provincias que están de la costa de la mar del Norte á diez y quince y á treinta leguas [1], dende que la dicha ciudad de Temixtitan se habia alzado, ellas estaban rebeladas, y los naturales dellas habian muerto á traicion y sobre seguro mas de cien españoles, y yo, hasta haber dado conclusion en esta guerra de la ciudad, no habia tenido posibilidad para enviar sobre ellos; acabados de despachar aquellos españoles que vinieron de descubrir la mar del Sur, determiné de enviar á Gonzalo de Sandoval [2], alguacil mayor, con treinta y cinco de caballo y docientos españoles y gente de nuestros amigos, y con algunos principales y naturales de Temixtitan, á aquellas provincias, que se dicen Tatactetelco y Tuxtepeque y Guatuxco y Aulicaba; y dádole instruccion de la órden que habia de tener en esta jornada, se comenzó á aderezar para la hacer.

En esta sazon el teniente que yo habia dejado en la villa de Segura de la Frontera, que es en la provincia de Tepeaca, vino á esta ciudad de Cuyoacan, y hízome saber cómo los naturales de aquella provincia y de otras á ella comarcanas, vasallos de vuestra majestad, recibian daño de los naturales de una provincia que se dice Guaxacaque, que les facian guerra porque eran nuestros amigos; y que demás de ser necesario poner remedio á esto, era muy bien asegurar aquella provincia de Guaxacaque [3], porque estaba en camino de la mar del Sur, y en pacificándose seria cosa muy provechosa, así para lo dicho como para otros efectos de que adelante haré relacion á vuestra majestad; y el dicho teniente me dijo que estaba muy particularmente informado de aquella provincia, y que con poca gente la podria sojuzgar; porque estando yo en el real sobre Temixtitan, él habia ido á ella, porque los de Tepeaca le ahincaban que fuese á hacer guerra á los naturales della; pero como no habia llevado mas de veinte ó treinta españoles, le habian fecho volver, aunque no tanto despacio como él quisiera. E yo, vista su relacion, díle doce de caballo y ochenta españoles; y el dicho alguacil mayor y teniente se partieron con su gente desta ciudad de Cuyoacan á 30 de octubre del año de 521. Y llegados á la provincia de Tepeaca, ficieron allí sus alardes, y cada uno se partió á su conquista; y el alguacil mayor dende á veinte y cinco dias me escribió cómo habia llegado á la provincia de Guatusco; y que aunque llevava harto recelo que se habia de ver en aprieto con los enemigos, porque era gente muy diestra en la guerra y tenian muchas fuerzas en su tierra, que habia placido á nuestro Señor que habian salido de paz; y que aunque no habia llegado á las otras provincias, que tenia por muy cierto que todos los naturales dellas se le vernian á dar por vasallos de vuestra majestad; y dende á quince dias hobe cartas suyas, por las cuales me hizo saber cómo habia pasado mas adelante, y que toda aquella tierra estaba ya de paz y que le parecia que para la tener segura era bien poblar en lo mas á propósito della, como mucho antes lo habiamos puesto en plática; y que viese lo que cerca dello debia hacer. Yo le escribí agradeciéndole mucho lo que habia trabajado en aquella su jornada en servicio de vuestra majestad; y le hice saber que me parecia muy bien lo que decia acerca del poblar; y enviéle á decir que ficiese una villa de españoles en la provincia de Tuxtebeque [4], y que le pusiese nombre Medellin; y enviéle su nombramiento de alcaldes y regidores y otros oficiales; á los cuales todos encargué mirasen todo lo que conviniese al servicio de vuestra majestad y al buen tratamiento de los naturales.

El teniente de la villa de Segura la Frontera se partió con su gente á la provincia de Guaxaca con mucha gente de guerra de aquella comarca, nuestros amigos; y aunque los naturales de la dicha provincia se pusieron en resistirle, y peleó dos ó tres veces con ellos muy reciamente, al fin se dieron de paz, sin recibir ningun daño; y de todo me escribió particularmente, y me informó cómo la tierra era muy buena y rica de minas [5], y me envió una muy singular muestra de oro dellas, que tambien envio á vuestra majestad, y él se quedó en la dicha provincia para hacer de allí lo que le enviase á mandar.

Habiendo dado órden en el despacho destas dos conquistas, y sabiendo el buen suceso dellas, y viendo cómo yo tenia ya pobladas tres villas de españoles, y que conmigo estaban copia dellos en esta ciudad de Cuyoacan, habiendo platicado en qué parte hariamos otra poblacion al rededor de las lagunas, porque desta habia mas necesidad para la seguridad y sosiego de todas es-

[1] Aquí se entiende la Huasteca, la Misteca y otras provincias que están cerca del seno mejicano.

[2] Gonzalo de Sandoval fué natural de Medellin, fué compañero de Cortés en todos sus trabajos y conquistas de Yucatan y Méjico, de que fué gobernador poco tiempo, y con muchas disputas por parte de Estrada. Era alguacil mayor de Villarica ó Veracruz.

[3] La provincia de Guaxacaque, que llama Cortés, es Huaxacac, que hoy es Oaxaca, confinante con la diócesis de la Puebla.

[4] Tuxtepec, en la diócesis de Oaxaca, en que está la provincia de Tututepec, el pueblo de Tuchitepec y otros muy parecidos en el nombre.

[5] Estas minas no están hoy corrientes, y todo el trabajo se emplea en la grana ó cochinilla que se cria en los tunales ó higueras finas deste país, pegándose el gusanillo á las palmas de las hojas, que han de estar muy limpias y sin espinas. Los gusanos ó cochinillas madres se fomentan con el calor del cuerpo, como el gusano de la seda; á su tiempo se esparcen por las hojas del nopal, y allí hacen su cria. Esta cochinilla es de mucho aprecio, pero mas singular es el caracol que se pesca en las costas de Nicaragua y Santiago de Veraguas, que cria dentro una ampollita de licor, que es la verdadera púrpura ó múrice, pues sin mas que pasar un hilo por aquel humor, queda perfectamente teñido, y lavándolo se refina mas. Se coge en la creciente de la luna, y después de aprovechado se arroja en la playa, y en otra creciente vuelve á dar el licor.

tas partes; y asimismo viendo que la ciudad de Temixtitan, que era cosa tan nombrada y de que tanto caso y memoria siempre se ha fecho, pareciónos que en ella era bien poblar, porque estaba toda destruida; y yo repartí los solares á los que se asentaron por vecinos, y hízose nombramiento de alcaldes y regidores en nombre de vuestra majestad, segun en sus reinos se acostumbra; y entre tanto que las casas se hacen, acordamos de estar y residir en esta ciudad de Cuyoacan, donde al presente estamos: de cuatro ó cinco meses acá, que la dicha ciudad de Temixtitan se va reparando, está muy hermosa, y crea vuestra majestad que cada dia se irá ennobleciendo en tal manera, que como antes fué principal y señora de todas estas provincias, que lo será tambien de aquí adelante [1]; y se hace y hará de tal manera, que los españoles estén muy fuertes y seguros, y muy señores de los naturales; y de manera que dellos en ninguna forma puedan ser ofendidos.

En este comedio el señor de la provincia de Tecoantapeque, que es junto á la mar del Sur, y por donde la descubrieron los dos españoles, me envió ciertos principales, y con ellos se envió á ofrecer por vasallo de vuestra majestad, y me envió un presente de ciertas joyas y piezas de oro y plumajes, lo cual todo se entregó al tesorero de vuestra majestad, y yo les agradecí á aquellos mensajeros lo que de parte de su señor me dijeron; y les dí ciertas cosas que le llevasen, y se volvieron muy alegres.

Asimismo vinieron á esta sazon los dos españoles que habian ido á la provincia de Mechuacan, por donde los mensajeros que el señor de allí me habia enviado me habian dicho que tambien por aquella parte se podia ir á la mar del Sur, salvo que habia de ser por tierra de un señor que era su enemigo; y con los dos españoles vino un hermano del señor de Mechuacan, y con él otros principales y servidores, que pasaban de mil personas; á los cuales yo recibí mostrándoles mucho amor; é de parte del señor de la dicha provincia, que se dice Calcucin, me dieron para vuestra majestad un presente de rodelas de plata, que pesaron *tantos* marcos, y otras cosas muchas, que se entregaron al tesorero de vuestra majestad; y porque viesen nuestra manera y lo contasen allá á su señor, hice salir á todos los de caballo á una plaza, y delante dellos corrieron y escaramuzaron; y la gente de pié salió en ordenanza y los escopeteros soltaron las escopetas, y con el artillería fice tirar á una torre, y quedaron todos muy espantados de ver lo que en ella se hizo y de ver correr los caballos; y hícelos llevar á ver la destruccion y asolamiento de la ciudad de Temixtitan, que de la ver, y de ver su fuerza y fortaleza, por estar en el agua, quedaron muy mas espantados. E á cabo de cuatro ó cinco dias, dándoles muchas cosas para su señor de las que ellos tienen en estima, y para ellos, se partieron muy alegres y contentos.

Antes de ahora he hecho relacion á vuestra majestad del rio de Pánuco, que es la costa abajo de la villa de la Veracruz, cincuenta ó sesenta leguas; al cual los navíos de Francisco de Garay [2] habian ido dos ó tres veces, y aun recibido harto daño de los naturales del dicho rio, por la poca manera que se habian dado los capitanes que allí habia enviado en la contratacion que habian querido tener con los indios. E después yo, viendo que en toda la costa de la mar del Norte hay falta de puertos, y ninguno hay tal como aquel del rio, é tambien porque aquellos naturales dél habian de antes venido á mí á se ofrecer por vasallos de vuestra majestad, y ahora han hecho y hacen guerra á los vasallos de vuestra majestad, nuestros amigos, tenia acordado de enviar allá un capitan con cierta gente, y pacificar toda aquella provincia; y si fuese tierra tal para poblar, hacer allí en el rio una villa, porque todo lo de aquella comarca se aseguraria; y aunque éramos pocos, y derramados en tres ó cuatro partes, y tenia por esta causa alguna contradiccion para no sacar mas gente de aquí; empero, así por socorrer á nuestros amigos, como porque después que se habia ganado la ciudad de Temixtitan habian venido navíos, y habian traido alguna gente y caballos, hice aderezar veinte y cinco de caballo y ciento y cincuenta peones, y un capitan con ellos, para que fuesen al dicho rio. Y estando despachando á este capitan me escribieron de la villa de la Veracruz cómo allí al puerto della habia llegado un navío, y que en él venia Cristóbal de Tapia, veedor de las fundiciones de la isla Española, del cual otro dia siguiente recibí una carta por la cual me hacia saber que su venida á esta tierra era para tener la gobernacion della por mandado de vuestra majestad, y que dello traia sus provisiones reales, de las cuales en ninguna parte queria hacer presentacion hasta que nos viésemos; lo cual quisiera que fuera luego; pero que, como traia las bestias fatigadas de la mar, no se habia metido en camino; y que me rogaba que diésemos órden como nos viésemos, ó él viniendo acá, ó yo yendo allá á la costa de la mar. E como recibí su carta, luegó respondí á ella diciéndole que holgaba mucho con su venida, y que no pudiera venir persona proveida por mandado de vuestra majestad á tener la gobernacion destas partes, de quien mas contentamiento tuviera, así por el conocimiento que entre nosotros habia, como por la crianza y vecindad que en la isla Española habiamos tenido. E porque la pacificacion destas partes no estaba aun tan soldada como convenia, y de cualquiera novedad se daria ocasion de alterar á los naturales; é como el padre fray Pedro Melgarejo de Urrea, comisario de la cruzada, se habia hallado en todos nuestros trabajos, y sabia muy bien en qué estado estaban las cosas de acá, y de su venida vuestra majestad habia sido muy servido, y nosotros aprovechados de su doctrina y consejos; yo le rogué con mucha instancia que tomase trabajo de se ver con el dicho Tapia, y viese las provisiones de vuestra majestad, y pues él mejor que nadie sabia lo que convenia á su real servicio y al bien de aquestas partes, que él diese órden con el dicho Tapia en lo que mas conviniese, pues tenia concepto de mí que no excede-

[1] Este pronóstico de Cortés ha salido tan cierto, como que Méjico es una de las ciudades mas hermosas del mundo, y cabe en ella mucha mejora, y con facilidad, por estar situada en medio de un amenísimo valle, abundancia de aguas y benignidad de clima.

[2] Este es el gobernador de la isla de Jamáica, que echó Cortés de Yucatan y fué rechazado de la costa de Tampico y rio de Pánuco.



ria un punto dello; lo cual yo le rogué en presencia del tesorero de vuestra majestad, y él asimismo se lo encargó mucho. Y él se partió para la villa de la Veracruz, donde el dicho Tapia estaba; y para que en la villa ó por donde viniese el dicho veedor se le hiciese todo buen servicio y acogimiento, despaché al dicho padre y á dos ó tres personas de bien de los de mi compañía; y como aquellas personas se partieron, yo quedé esperando su respuesta; y en tanto que aderezaba mi partida, dando órden en algunas cosas que convenian al servicio de vuestra majestad y á la pacificacion y sosiego destas partes, dende á diez ó doce dias la justicia y regimiento de la villa de la Veracruz me escribieron cómo el dicho Tapia habia hecho presentacion de las provisiones que traia de vuestra majestad, y de sus gobernadores en su real nombre, y que las habian obedecido con toda la reverencia que se requeria, y que en cuanto al cumplimiento, habian respondido que porque los mas del regimiento estaban acá conmigo, que se habian hallado en el cerco de la ciudad, ellos se lo harian saber, y todos harian y cumplirian lo que fuese mas servicio de vuestra majestad y bien de la tierra; y que desta respuesta el dicho Tapia habia recibido algun desabrimiento, y aun habia tentado algunas cosas escandalosas. E como quiera que á mí me pesaba dello, les respondí que les rogaba y encargaba mucho que, mirando principalmente el servicio de vuestra majestad, trabajasen de contentar al dicho Tapia, y no dar ninguna ocasion á que hubiese ningun bullicio; y que yo estaba de camino para me ver con él y cumplir lo que vuestra majestad mandaba y mas su servicio fuese. Y estando ya de camino, y impedida la ida del capitan y gente que enviaba al rio de Pánuco, porque convenia que yo salido de aquí, quedase muy buen recaudo, los procuradores de los concejos desta Nueva-España me requirieron con muchas protestaciones que no saliese de aquí, porque como toda esta provincia de Méjico y Temixtitan habia poco que se habia pacificado, con mi ausencia se alborotaria, de que podia seguir mucho deservicio á vuestra majestad y desasosiego en la tierra; y dieron en el dicho su requerimiento otras muchas causas y razones por donde no convenia que yo saliese desta ciudad al presente; y dijéronme que ellos, con poder de los concejos, irian á la villa de la Veracruz, donde el dicho Tapia estaba, y verian las provisiones de vuestra majestad, y harian todo lo que fuese su real servicio; y porque nos pareció ser así necesario, y los dichos procuradores se partian, escribí con ellos al dicho Tapia, haciéndole saber lo que pasaba, y que yo enviaba mi poder á Gonzalo de Sandoval, alguacil mayor, y á Diego de Soto y á Diego de Valdenebro, que estaban allá en la villa de la Veracruz, para que en mi nombre, juntamente con el cabildo della y con los procuradores de los otros cabildos, viesen y hiciesen lo que fuese servicio de vuestra majestad y bien de la tierra, porque eran y son personas que así lo habian de cumplir. Allegados donde el dicho Tapia estaba, que venia ya de camino, y el padre fray Pedro se venia con él, requiriéronle que se volviese; y todos juntos se volvieron á la ciudad de Cempual, y allí el dicho Cristóbal de Tapia presentó las provisiones de vuestra majestad, las cuales todos obedecieron con el acatamiento que á vuestra majestad se debe; y en cuanto al cumplimiento dellas dijeron que suplicaban para ante vuestra majestad, porque así convenia á su real servicio por las causas y razones de la misma suplicacion que hicieron, segun que mas largamente pasó; y los procuradores, que van desta Nueva-España lo llevan signado de escribano público. Y después de haber pasado otros autos y requerimientos entre el dicho veedor y procuradores se embarcó en un navío suyo, porque así le fué requerido; porque de su estada, y haber publicado que él venia por gobernador y capitan destas partes, se alborotaban; y tenian estos de Méjico y Temixtitan ordenado con los naturales destas partes, de se alzar y hacer una gran traicion, que á salir con ella hubiera sido peor que la pasada; y fué que ciertos indios de aquí de Méjico concertaron con algunos de los naturales de aquellas provincias que el alguacil mayor habia ido á pacificar, que viniesen á mí á mucha priesa, y me dijesen cómo por la costa andaban veinte navíos con mucha gente, y que no salian á tierra; y que porque no debia ser buena gente, si yo queria ir allá y ver lo que era, que ellos se aderezarian y irian de guerra conmigo á me ayudar; y para que los creyese trajéronme la figura de los navíos en un papel. Y como secretamente me hicieron saber esto, luego conocí su intencion y que era maldad, y rodeado para verme fuera desta provincia, porque como algunos de los principales della habian sabido que los dias antes yo estaba de partida, y vieron que me estaba quedo, habian buscado esta otra manera; y yo disimulé con ellos, y después prendí á algunos que lo habian ordenado. De manera que la venida del dicho Tapia, y no tener experiencia de la tierra y gente della, causó harto bullicio, y su estada ficiera mucho daño si Dios no lo hobiera remediado; y mas servicio hobiera fecho á vuestra majestad estando en la isla Española, dejar su venida y consultarla primero á vuestra majestad, y facerle saber el estado en que estaban las cosas destas partes, pues lo habia sabido de los navíos que yo habia enviado á la dicha isla por socorro, y sabia claramente haberse remediado el escándalo que se esperaba haber con la venida de la armada de Pánfilo de Narvaez, aquel que principalmente por los gobernadores y consejo real de vuestra majestad habia sido proveido; mayormente que por el almirante y jueces y oficiales de vuestra majestad que residen en la dicha isla Española el dicho Tapia habia sido requerido muchas veces que no curase de venir á estas partes sin que primero vuestra majestad fuese informado de todo lo que en ellas ha sucedido, y para ello le sobreseyeron su venida so ciertas penas; el cual con formas que con ellos tuvo, mirando mas su particular interés que á lo que al servicio de vuestra majestad convenia, trabajó que se le alzase el sobreseimiento de su venida. He fecho relacion de todo ello á vuestra majestad, porque cuando el dicho Tapia se partió, los procuradores y yo no la ficimos porque él no fuera buen portador de nuestras cartas; y tambien porque vuestra majestad vea y crea que en no recibir al dicho Tapia vuestra majestad fué muy servido, segun que mas largamente se probará cada y cuando fuere necesario.

En un capítulo antes deste he fecho saber á vuestra majestad cómo el capitan que habia enviado á conquistar la provincia de Guaxaca la tenia pacífica, y estaba esperando allí para ver lo que le mandaba; y porque de su persona habia necesidad, y era alcalde y teniente en la villa de Segura la Frontera, le escribí que los ochenta hombres y diez de caballo que tenia los diese á Pedro de Albarado, al cual enviaba á conquistar la provincia de Tatutepeque [1], que es cuarenta leguas adelante de la de Guaxaca, junto á la mar del Sur, y hacian mucho daño y guerra á los que se habian dado por vasallos de vuestra majestad, y á los de la provincia de Tecoatepeque, porque nos habian dejado por su tierra entrar á descubrir la mar del Sur; y el dicho Pedro de Albarado se partió desta ciudad al último de enero deste presente año, y con la gente que de aquí llevó y con la que recibió en la provincia de Guaxaca juntó cuarenta de caballo y docientos peones, en que habia cuarenta ballesteros y escopeteros, y dos tiros pequeños de campo; y dende á veinte dias recibí cartas del dicho Pedro de Albarado, cómo estaba de camino para la dicha provincia de Tatutepeque, y que me hacia saber que habia tomado ciertas espías naturales della; y habiéndose informado dellas, le habian dicho que el señor de Tatutepeque con su gente le estaba esperando en el campo, y que él iba con propósito de hacer en aquel camino toda su posibilidad por pacificar aquella provincia, y porque para ello, demás de los españoles, llevaba mucha y buena gente de guerra. Y estando con mucho deseo esperando la sucesion deste negocio, á 4 de marzo deste mismo año recibí cartas del dicho Pedro de Albarado [2], en que me fizo saber cómo él habia entrado en la provincia, y que tres ó cuatro poblaciones della se habian puesto en resistirle, pero que no habian perseverado en ello; y que habian entrado en la poblacion y ciudad de Tatutepeque, y habian sido bien recibidos á lo que habian mostrado; y que el señor, que le habia dicho que se aposentase allí en unas casas grandes suyas que tenian la cobertura de paja, y que porque eran en lugar algo no provechoso para los de caballo, no habian querido sino abajarse á otra parte de la ciudad que era mas llano; y que tambien lo habia fecho porque luego entonces habia sabido que le ordenaban de matar á él y á todos desta manera: que como todos los españoles estuviesen aposentados en las casas, que eran muy grandes, á media noche les pusiesen fuego y los quemasen á todos. Y como Dios le habia descubierto este negocio, habia disimulado y llevado consigo á lo bajo al señor de la provincia y un hijo suyo, y que los habia detenido y tenia en su poder como presos, y le habian dado veinte y cinco mil castellanos; y que creia que segun los vasallos de aquel señor le decian, que tenia mucho tesoro; y que toda la provincia estaba tan pacífica, que no podia ser mas, y que tenian sus mercados y contratacion como antes, y que la tierra era muy rica de oro de minas [3], y que en su presencia le habian sacado una muestra, la cual me envió; y que tres dias antes habia estado en la mar y tomado la posesion della por vuestra majestad, y que en su presencia habian sacado una muestra de perlas [4], que tambien me envió; las cuales, con la muestra del oro de minas, envio á vuestra majestad.

Como Dios nuestro Señor encaminaba bien esta negociacion, y iba cumpliendo el deseo que yo tengo de servir á vuestra majestad en esto de la mar del Sur, por ser cosa de tanta importancia, he proveido con mucha diligencia que en la una de tres partes por do yo he descubierto la mar se hagan dos carabelas medianas y dos bergantines; las carabelas para descubrir, y los bergantines para seguir la costa; y para ello he enviado con una persona de recaudo bien cuarenta españoles, en que van maestros y carpinteros de ribera y aserradores y herreros y hombres de la mar; y he proveido á la villa por clavazón y velas y otros aparejos necesarios para los dichos navíos, y se dará toda la priesa que sea posible para los acabar y echar al agua; lo cual fecho, crea vuestra majestad que será la mayor cosa y en que mas servicio redundará á vuestra majestad después que las Indias se han descubierto.

Estando en la ciudad de Tesáico, antes que de allí saliese á poner cerco á la de Temixtitan, aderezándonos y forneciéndonos de lo necesario para el dicho cerco, bien descuidado de lo que por ciertas personas se ordenaba, vino á mí una de aquellas que era en el concierto, y fízome saber cómo ciertos amigos de Diego Velazquez que estaban en mi compañía me tenian ordenada traicion para me matar, y que entre ellos habian y tenian elegido capitan y alcalde mayor y alguacil y otros oficiales; y que en todo caso lo remediase, pues veia que, demás del escándalo que se seguiria por lo de mi persona, estaba claro que ningun español escaparia viéndonos revueltos á los unos y á los otros; y que para esto no solamente hallariamos á los enemigos apercebidos, pero aun los que teniamos por amigos trabajarian de nos acabar á todos. E como yo vi que se me habia revelado tan gran traicion, dí gracias á nuestro Señor, porque en aquello consistia el remedio. E luego hice prender al uno, que era el principal agresor, el cual espontáneamente confesó que él habia ordenado y concertado con muchas personas que en su confesion declaró, de me prender ó matar, y tomar la gobernacion de la tierra por Diego Velazquez, y que era verdad que tenia ordenado de hacer capitan y alcalde mayor, y que él habia de ser alguacil mayor y me habia de prender ó matar; y que en esto eran muchas personas, que él tenia puestas en una copia, la cual se halló en su posada, aunque hecha pedazos, con algunas de las dichas personas que declaró él habia platicado lo susodicho; y que no solamente esto se habia ordenado allí en Tesáico, pero que tambien lo habia comunicado y puesto en plática estando en la guerra de la provincia de Tepeaca. E vista la confesion deste, el cual se decia Antonio de Villafaña, que era natural de Zamora, y cómo se certificó en ella, un alcalde y yo lo condenamos á muer-

[1] Tuxtepec, en la diócesis de Goatemala.

[2] Natural de Badajoz; al fin fué ingrato á Cortés; murió desgraciadamente, y su mujer é hijos ahogados en una inundacion de Goatemala; su familia ó descendencia en Méjico era la de Salcedo.

[3] Este oro de minas de Goatemala le cogian los indios en los rios, ó eran mantas superficiales, pues al presente no hay minas tan ricas como en otras partes.

[4] Aun hoy hay pesquería de perlas.

te, la cual se ejecutó en su persona. Y caso que en este delito hallamos otros muy culpados, disimulé con ellos, haciéndoles obras de amigos, porque por ser el caso mio, aunque mas propriamente se puede decir de vuestra majestad, no he querido proceder contra ellos rigurosamente; la cual disimulacion no ha hecho mucho provecho, porque después acá algunos desta parcialidad de Diego Velazquez han buscado contra mí muchas asechanzas, y de secreto hecho muchos bullicios y escándalos, en que me ha convenido tener mas aviso de me guardar dellos que de nuestros enemigos. Pero Dios nuestro Señor lo ha siempre guiado en tal manera, que sin hacer en aquellos castigo ha habido y hay toda pacificacion y tranquilidad; y si de aquí adelante sintiere otra cosa, castigarse ha conforme á justicia.

Después que se tomó la ciudad de Temixtitan, estando en esta de Cuyoacan falleció don Fernando, señor de Tesáico, de que á todos nos pesó, porque era muy buen vasallo de vuestra majestad y muy amigo de los cristianos; y con parecer de los señores y principales de aquella ciudad y su provincia, en nombre de vuestra majestad, se dió el señorío á otro hermano suyo menor, el cual se bautizó y se le puso nombre don Cárlos; y segun dél hasta ahora se conoce, lleva las pisadas de su hermano, y aplácele mucho nuestro hábito y conversacion.

En la otra relacion hice saber á vuestra majestad cómo cerca de las provincias de Tascaltecal y Guajocingo habia una sierra redonda y muy alta, de la cual salia casi á la continua mucho humo, que iba como una saeta derecho hácia arriba. E porque los indios nos daban á entender que era cosa muy mala y que morian los que allí subian, yo hice á ciertos españoles que subiesen y viesen de la manera que la sierra estaba arriba. E á la sazon que subieron salió aquel humo con tanto ruido, que ni pudieron ni osaron llegar á la boca; y después acá yo hice ir allá á otros españoles, y subieron dos veces hasta llegar á la boca de la sierra do sale aquel humo [1], y habia de la una parte de la boca á la otra dos tiros de ballesta, porque hay en torno cuasi tres cuartos de legua; y tiene tan gran hondura, que no pudieron ver el cabo; y allí al rededor hallaron algun azufre [2] de lo que el humo expele. Y estando una vez allá oyeron el ruido grande que traia el humo, y ellos diéronse priesa á se bajar; pero antes que llegasen al medio de la sierra ya venian rodando infinitas piedras, de que se vieron en harto peligro; y los indios nos tuvieron á muy gran cosa osar ir adonde fueron los españoles.

Por una carta mia hice saber á vuestra majestad cómo los naturales destas partes eran de mucha mas capacidad que no los de las otras islas, que nos parecian de tanto entendimiento y razon cuanto á uno medianamente basta para ser capaz; y que á esta causa me parecia cosa grave por entonces compelerles á que sirviesen á los españoles de la manera que los de las otras islas; y que tambien, cesando aquesto, los conquistadores y pobladores destas partes no se podian sustentar. E que para no constreñir por entonces á los indios [3], y que los españoles se remediasen, me parecia que vuestra majestad debia mandar que de las rentas que acá pertenecen á vuestra majestad fuesen socorridos para su gasto y sustentacion, y que sobre ello vuestra majestad mandase proveer lo que fuese mas servido, segun que de todo mas largamente hice á vuestra majestad relacion. E después acá, vistos los muchos y continuos gastos de vuestra majestad, y que antes debiamos por todas vias acrecentar sus rentas que dar causa á las gastar; y visto tambien el mucho tiempo que habemos andado en las guerras, y las necesidades y deudas en que á causa dellas todos estábamos puestos, y la dilacion que habia en lo que en aqueste caso vuestra majestad podia mandar; y sobre todo, la mucha importunacion de los oficiales de vuestra majestad y de todos los españoles, y que ninguna manera me podia excusar, fuéme casi forzado depositar los señores y naturales destas partes á los españoles, considerando en ello las personas y los servicios que en estas partes á vuestra majestad han hecho, para que en tanto que otra cosa mande proveer, ó confirmar esto, los dichos señores y naturales sirvan y dén á cada español á quien estuvieren depositados lo que hubieren menester para su sustentacion. Y esta forma fué con parecer de personas que tenian y tienen mucha inteligencia y experiencia de la tierra; y no se pudo ni puede tener otra cosa que sea mejor, que convenga mas, así para la sustentacion de los españoles, como para conservacion y buen tratamiento de los indios, segun que de todo harán mas larga relacion á vuestra majestad los procuradores que ahora van desta Nueva-España: para las haciendas y granjerías de vuestra majestad se señalaron las provincias y ciudades mejores y mas convenientes. Suplico á vuestra majestad lo mande proveer, y responder lo que mas fuere servido.

Muy católico Señor: Dios nuestro Señor la vida y muy real persona y muy poderoso estado de vuestra cesárea majestad conserve y aumente con acrecentamiento de muy mayores reinos y señoríos, como su real corazon desea.—De la ciudad de Cuyoacan desta

[1] De lo que los autores enseñan del Etna de Sicilia, ó Mongibelo, y del Vesubio junto á Nápoles, se conocerá lo mismo acá en la América.

[2] Con este azufre se hizo pólvora, y es digno de notar que desde este tiempo acá no ha habido persona que se haya atrevido á subir á la boca del volcan; en Goatemala hay otros dos volcanes, uno de fuego y otro de agua, y tambien hay volcanes en Nicaragua.

[3] La tierra de los indios se dió en encomienda á los españoles, y por esto se llamaron encomenderos, y tenian los indios á su servicio; después han salido las leyes en favor de la libertad de los indios, y se han señalado tierras á estos; es á saber, á cada pueblo seiscientas varas á cada uno de los cuatro vientos á lo menos, y conservando á otros las posesiones y mercedes que tienen hechas por su majestad y excelentísimos señores vireyes, y con razon, pues son los labradores de la tierra; sin ellos quedaria sin cultivo, y el motivo de enviarse tanta riqueza de Nueva-España es porque hay indios. Nueva-España mantiene con situados á las islas Filipinas, que en lo ameno es un paraíso terrenal; á la isla de Cuba y plaza de la Habana, no obstante que abunda de mucho azúcar y cacao; á la isla de Puerto-Rico, que parece la mas fértil de toda la América, y á otras islas: últimamente, la flota que sale de Veracruz para España es la mas interesada de todo el mundo en crecida suma de moneda, y todo esto, en mi concepto, es porque hay indios, y en Cuba y en Puerto-Rico no; y cuanto mas se cuide de tener arraigados y propagados á los indios, tanto mas crecerá el haber real, el comercio, las minas y todos los estados; porque la tilma del indio á todos cubre.

Nueva-España del mar Océano, á 15 dias de mayo de 1522 años. — Potentísimo Señor. — De vuestra cesárea majestad muy humilde siervo y vasallo, que los muy reales piés y manos de vuestra majestad besa. — *Hernando Cortés.*

Potentísimo Señor: A vuestra cesárea majestad hace relacion Fernando Cortés, su capitan y justicia mayor en esta Nueva-España del mar Océano, segun aquí vuestra majestad podrá mandar ver, y porque los oficiales de vuestra católica majestad somos obligados á le dar cuenta del suceso y estado de las cosas destas partes, y en esta escritura va muy particularmente declarado, y aquello es la verdad y lo que nosotros podriamos escribir, no hay necesidad de mas nos alargar, sino remitirnos á la relacion del dicho capitan.

Invictísimo y muy católico Señor: Dios nuestro Señor la vida y muy real persona y potentísimo estado de vuestra majestad conserve y aumente, con acrecentamiento de muchos mas reinos y señoríos, como su real corazon desea. — De la ciudad de Cuyoacan, á 15 de mayo de 1522 años. — Potentísimo señor. — De vuestra cesárea majestad muy humildes siervos y vasallos, que los muy reales piés y manos de vuestra majestad besan. —*Julian Alderete.— Alonso de Grado. — Bernardino Vazquez de Tapia.*

CARTA CUARTA,

QUE DON FERNANDO CORTÉS, GOBERNADOR Y CAPITAN GENERAL POR SU MAJESTAD EN LA NUEVA-ESPAÑA DEL MAR OCÉANO, ENVIÓ AL MUY ALTO Y MUY POTENTÍSIMO, INVICTÍSIMO SEÑOR DON CARLOS, EMPERADOR SIEMPRE AUGUSTO Y REY DE ESPAÑA, NUESTRO SEÑOR.

Muy alto, muy poderoso y excelentísimo Príncipe, muy católico, invictísimo Emperador, Rey y Señor: En la relacion que envié á vuestra majestad con Juan de Ribera, de las cosas que en estas partes me habian sucedido después de la segunda que dellas á vuestra alteza envié, dije cómo por apaciguar y reducir al real servicio de vuestra majestad las provincias de Guatusco, Tustepeque y Guatasca, y las otras á ellas comarcanas que son en la mar del Norte, que desde el alzamiento desta ciudad estaban rebeladas, habia enviado al alguacil mayor con cierta gente, y lo que en su camino les habia pasado, y cómo le habia mandado que poblase en las dichas provincias, y que pusiese nombre al pueblo la villa de Medellin [1]: resta que vuestra alteza sepa cómo se pobló la dicha villa, y se apaciguó toda aquella tierra y provincias y pacíficó: le envié mas gente, y le mandé que fuese la costa arriba hasta la provincia de Guazacualco, que está de adonde se pobló esta dicha villa cincuenta leguas, y desta ciudad ciento y veinte; porque cuando yo en esta ciudad estaba, siendo vivo Muteczuma, señor della, como siempre trabajé de saber todos los mas secretos destas partes que me fué posible, para hacer dellos entera relacion á vuestra majestad, habia enviado á Diego de Ordas [2], que en esta corte de vuestra majestad reside; y los señores y naturales de la dicha provincia le habian recibido de muy buena voluntad, y se habian ofrecido por vasallos y súbditos de vuestra alteza, y tenia noticia cómo en un muy gran rio que por la dicha provincia pasa y sale á la mar habia muy buen puerto para navíos; porque el dicho Ordas y los que con él fueron lo habian rondado, y la tierra era muy aparejada para poblar en ella; y por la falta que en esta costa hay de puertos, deseaba hallar alguno que fuese bueno, y poblar en él. E mandé al dicho alguacil mayor que antes que entrase en la provincia, desde la raya della enviase ciertos mensajeros, que yo le dí, naturales desta ciudad, á les hacer saber cómo iba por mi mandado, y que supiesen dellos si tenian aquella voluntad al servicio de vuestra majestad y á nuestra amistad que antes habian mostrado y ofrecido; y que les hiciese saber cómo por las guerras que yo habia tenido con el señor desta ciudad y sus tierras no los habia enviado á visitar tanto tiempo habia; pero que yo siempre los habia tenido por amigos y vasallos de vuestra alteza, y como tales, creyesen hallarian en mí buena voluntad para cualquiera cosa que les cumpliese; y que para favorecerlos y ayudarlos en cualquiera necesidad que tuviesen, enviaba allí aquella gente para que poblasen aquella provincia. El dicho alguacil mayor y gente fueron, y se hizo lo que yo le mandé, y no hallaron en ellos la voluntad que antes habian publicado; antes la gente puesta á punto de guerra para no los consentir entrar en su tierra; y él tuvo tan buena órden, que con saltear una noche un pueblo, donde prendió una señora á quien todos en aquellas partes obedecian, se apaciguó, porque ella envió á llamar todos los señores, y les mandó que obedeciesen lo que se les quisiese mandar en nombre de vuestra majestad, porque ella así lo habia de hacer; é así, llegaron hasta el dicho rio [3], y á cuatro leguas de la boca dél, que sale á la mar, porque mas cerca no se halló asiento, se pobló y fundó una villa, á la cual se puso nombre el Espíritu Santo, y allí residió el dicho alguacil mayor algunos dias, hasta que se apaciguaron y trajeron al servicio de vuestra católica majestad otras muchas pro-

[1] Medellin, así llamado por la patria de Cortés, Guazacualco y demás pueblos que aquí expresa, están en la costa del seno mejicano, siguiendo desde Veracruz hasta Tabasco.

[2] Diego de Ordas vino á Nueva-España con Juan de Grijalba, fué nombrado capitan por Cortés; este es el que subió á reconocer el volcan de Méjico que llamaban los indios Popocatepec, y no ha vuelto otro á reconocerle después dél, á excepcion de Francisco Montaño, que sacó dél azufre para la pólvora.

[3] Rio de Guasacualco.



vincias comarcanas, que fueron la de Tabasco, que es en el rio de la Victoria ó de Grijalva que dicen, y la de Chimaclan y Quechula y Quizaltepeque, y otras que por ser pequeñas no expreso; y los naturales dellas se depositaron y encomendaron á los vecinos de la dicha villa, y les han servido y sirven hasta ahora, aunque algunas dellas, digo la de Cimaclan, Tabasco y Quizaltepeque se tornaron á rebelar; y habrá un mes que yo envié un capitan y gente desta ciudad á las reducir al servicio de vuestra majestad y castigar su rebelion; y hasta ahora no he sabido nuevas dél; creo, queriendo nuestro Señor, que harán mucho, porque llevaron buen aderezo de artillería y municion, y ballesteros y gente de á caballo.

Tambien, muy católico Señor, en la relacion que el dicho Juan de Ribera llevó, hice saber á vuestra cesárea y católica majestad cómo una gran provincia que se dice Mechuacan, que el señor della se llama Casulci[1], se habia ofrecido por sus mensajeros, el dicho señor y naturales della, por súbditos y vasallos de vuestra cesárea majestad, y que habian traido cierto presente, el cual envié con los procuradores que desta Nueva España fueron á vuestra alteza, y porque la provincia y señorío de aquel señor Casulci, segun tuve relacion de ciertos españoles que yo allá envié, era grande y se habian visto muestras de haber en ella mucha riqueza; y por ser tan cercana á esta gran ciudad, después que me rehice de alguna mas gente y caballos, envié un capitan con setenta de caballo y docientos peones bien aderezados de sus armas y artillería, para que viesen toda la dicha provincia y secretos della; y si tal fuese, que poblasen en la ciudad principal Huicicila; y idos, fueron bien recibidos del señor y naturales de la dicha provincia, y aposentados en la dicha ciudad; y demás de proverlos de lo que tenian necesidad para su mantenimiento, les dieron hasta tres mil marcos de plata envuelta con cobre, que seria media plata, y hasta cinco mil pesos de oro, asimismo envuelto con plata, que no se le ha dado ley, y ropa de algodon y otras cosillas de las que ellos tienen; lo cual, sacado el quinto de vuestra majestad, se repartió por los españoles que á ella fueron; y como á ellos no les satisficiese mucho la tierra para poblar, mostraron para ello mala voluntad, y aun movieron algunas cosillas, por donde algunos fueron castigados, y por esto los mandé volver á los que volverse quisieron, y á los demás mandé que fuesen con un capitan á la mar del Sur, adonde yo tenia y tengo poblada una villa que se dice Zacatula[2] que hay desde la dicha ciudad de Huicicila[3] cien leguas, y allí tengo en astillero cuatro navíos para descubrir por aquella mar todo lo que á mí fuere posible y Dios nuestro Señor fuere servido. E yendo este dicho capitan y gente á la dicha ciudad de Zacatula, tuvieron noticia de una provincia que se dice Coliman[4], que está apartada del camino que habian de llevar, sobre la mano derecha, que es al poniente, cincuenta leguas; y con la gente que llevaba, y con mucha de los amigos de aquella provincia de Mechuacan, fué allá sin mi licencia, y entró algunas jornadas, donde hubo con los naturales algunos reencuentros; y aunque eran cuarenta de caballo y mas de cien peones, ballesteros y rodeleros, los desbarataron y echaron fuera de la tierra, y les mataron tres españoles y mucha gente de los amigos, y se fueron á la dicha ciudad de Zacatula; é sabido por mí, mandé traer preso al capitan, y le castigué su inobediencia.

Porque en la relacion que á vuestra cesárea majestad hice de cómo habia enviado á Pedro de Albarado á la provincia de Tututepeque[5], que es en la mar del Sur, no hubo mas que decir de cómo habia llegado á ella, y tenia presos al señor y á un hijo suyo; y de cierto oro que le presentaron, y de ciertas muestras de oro de minas y perlas que asimismo hubo; porque hasta aquel tiempo no habia mas que escribir; sabrá vuestra excelsitud que, en respuesta destas nuevas que me envió, le mandé que luego en aquella provincia buscase un sitio conveniente, y poblase en él; y mandé tambien que los vecinos de la villa de Segura la Frontera se pasasen á aquel pueblo, porque ya del que estaba hecho allí no habia necesidad, por ser tan cerca de aquí; y así se hizo, y se llamó el pueblo Segura la Frontera, como el que antes estaba hecho; y los naturales de aquella provincia, y de la de Guaxaca, y Coaclan, y Coasclahuaca, y Tachquiaco, y otras allí comarcanas, se repartieron en los vecinos de aquella villa, y les servian y aprovechaban con toda voluntad; y quedó en ella por justicia y capitan, en mi lugar, el dicho Pedro de Albarado. Y acaeció que, estando yo conquistando la provincia de Pánuco, como adelante á vuestra majestad diré, los alcaldes y regidores de aquella villa le rogaron al dicho Pedro de Albarado que él remitiese con su poder á negociar conmigo ciertas cosas que ellos le encomendaron, lo cual él aceptó; y venido, los dichos alcaldes y regidores hicieron cierta liga y monipodio, convocando la comunidad, y hicieron alcaldes, y contra la voluntad de otro que allí el dicho Pedro de Albarado habia dejado por capitan, despoblaron la dicha villa y se vinieron á la provincia de Guaxaca, que fué causa

[1] Catzolcin, rey de Michoacan, que era señor y soberano de la provincia de Xalisco, diócesis de Durango, cuya ereccion y division de la de Guadalajara la hizo el señor don Pedro de Otalora, presidente de la real audiencia de Guadalajara, por comision que le dió su majestad en real cédula de 14 de junio de 1621.

Don Nuño de Guzman, gobernador que habia sido en Pánuco, y presidente de la real audiencia de Méjico, separado por justas causas deste cargo, emprendió conquistar á Xalisco en el año de 1531, y en Michoacan prendió al rey Catzolcin, le tomó diez mil marcos de plata y mucho oro bajo, y seis mil indios para servicio de carga de su ejército, y quemó al Rey y á muchos indios principales para que no se pudiesen quejar; pero Dios le castigó, pues fué depuesto, preso, enviado á España, y murió de repente, habiendo visto el enojo del Rey, porque fué muy cruel, sin ser necesario, el haber quitado la vida á tantos indios, pues en batalla era lícito, y fuera della, bajeza de ánimo, por el interés.

La provincia de Michoacan es de las mas fértiles de Nueva-España, y abundante en cosechas de trigo, maiz y otros frutos.

[2] Zacatula, junto al mar del Sur, segun queda explicado en las cartas antecedentes.

[3] Gomara, en la *Crónica de Nueva-España*, cap. 150, la llama Chincicilla.

[4] Cortés envió á Cristóbal de Olid á conquistar esta provincia de Coliman, le acompañó después Gonzalo de Sandoval, y al fin se entregaron los pueblos de Colimantlec, Zihuatlan y otros.

[5] Tututepec ya queda dicho en las cartas antecedentes que está en la diócesis de Oaxaca, hácia la mar del Sur, distinto de Tututepec en la diócesis de Puebla.

de mucho desasosiego y alboroto en aquellas partes. E como el que allí quedó por capitan me lo hizo saber, envié á Diego de Ocampo[1], alcalde mayor, para que hobiese la informacion de lo que pasaba, y castigase los culpados. Sabido por ellos, se ausentaron, y anduvieron ausentes algunos dias, hasta que yo los prendí; por manera que el dicho alcalde mayor no pudo haber mas de al uno de los rebeldes, el cual sentenció á muerte natural, y apeló para ante mí; y después que yo prendí los otros, los mandé entregar al dicho alcalde mayor; el cual asimismo procedió contra ellos y los sentenció como al otro, y apelaron tambien. Ya los pleitos están conclusos para los sentenciar en la segunda instancia ante mí, y los he visto. Pienso, aunque fué tan grave su yerro, habiendo respeto al mucho tiempo que há que están presos, comutarles la pena de la muerte, á que fueron sentenciados, en muerte civil, que es desterrarlos destas partes, y mandarles que no entren en ellas sin licencia de vuestra majestad, so pena que incurran en la de la primera sentencia. En este medio tiempo murió el señor de la dicha provincia de Tututepeque; y ella y las otras comarcanas se rebelaron, y envié al dicho Pedro de Albarado con gente y con un hijo del dicho señor que yo tenia en mi poder; y aunque hobieron algunos reencuentros y mataron algunos españoles, las tornó á rendir al servicio de vuestra majestad, y están agora pacíficas, y sirven á los españoles, que están depositadas muy pacíficas y seguramente, aunque no se tornó á poblar la villa, por falta de gente y porque al presente no hay dello necesidad; porque con el castigo pasado quedaron domados de manera, que hasta esta ciudad vienen á lo que les mandan.

Luego como se recobró esta ciudad de Temixtitan y lo á ella sujeto, fueron reducidas á la imperial corona de vuestra cesárea majestad dos provincias que están á cuarenta leguas della al norte, que confinan con la provincia de Pánuco[2], que se llaman Tututepeque y Mezclitan[3], de tierra asaz fuerte, bien usitada en el ejercicio de las armas, por los contrarios que de todas partes tienen, viendo lo que con esta gente se habia hecho; y como á vuestra majestad ninguna cosa le estorbaba, me enviaron sus mensajeros, y se ofrecieron por sus súbditos y vasallos; y yo los recibí en el real nombre de vuestra majestad, y por tales quedaron y estuvieron siempre, hasta después de la venida de Cristóbal de Tapia, que con los bullicios y desasosiegos que en estas otras gentes causó, ellos no solo dejaron de prestar la obediencia que antes habian ofrecido, mas aun hicieron muchos daños en los comarcanos á su tierra que eran vasallos de vuestra católica majestad, quemando muchos pueblos y matando mucha gente; y aunque en aquella coyuntura yo no tenia mucha sobra de gente, por la tener en tantas partes dividida, viendo que dejar de proveer en esto era gran daño, temiendo que aquellas gentes que confinaban con aquellas provincias no se juntasen con aquellos por el temor al daño que recibian; y aun porque yo no estaba satisfecho de su voluntad, envié un capitan con treinta de caballo y cien peones, ballesteros y escopeteros y rodeleros y con mucha gente de los amigos, los cuales fueron, y hobieron con ellos ciertos reencuentros, en que les mataron alguna gente de nuestros amigos y dos españoles; y plugo á nuestro Señor que ellos de su voluntad volvieron de paz y me trujeron los señores, á los cuales yo perdoné, por haberse ellos venido sin haberlos prendido. Después, estando yo en la provincia de Pánuco, los naturales destas partes echaron fama que yo me iba á Castilla, que causó harto alboroto; y una destas dos provincias, que se dice Tututepeque, se tornó á rebelar, y bajó de su tierra el señor con mucha gente, y quemó mas de veinte pueblos de los de nuestros amigos, y mató y prendió mucha gente dellos; y por esto, viniéndome yo de camino de aquella provincia de Pánuco, los torné á conquistar; y aunque á la entrada mataron alguna gente de nuestros amigos que quedaba rezagada, y por las sierras reventaron diez ó doce caballos, por el aspereza dellas, se conquistó toda la provincia, y fué preso el señor y un hermano suyo muchacho, y otro capitan general suyo que tenia la una frontera de la tierra; el cual dicho señor y su capitan fueron luego ahorcados, y todos los que se prendieron en la guerra hechos esclavos, que serian hasta docientas personas; los cuales se herraron y vendieron en almonedas, y pagado el quinto que dello perteneció á vuestra majestad, lo demás se repartió entre los que se hallaron en la guerra, aunque no hubo para pagar el tercio de los caballos que murieron; porque, por ser la tierra pobre, no se hubo otro despojo. La demás gente que en la dicha provincia quedó, vino de paz y lo está, y por señor della aquel muchacho hermano del señor que murió; aunque al presente no sirve ni aprovecha de nada, por ser, como es, la tierra pobre, como dije, mas de tener seguridad della que no nos alborote los que sirven; y aun para mas seguridad, he puesto en ella algunos naturales de los desta tierra. A esta sazon, invictísimo César, llegó al puerto y villa del Espíritu Santo, de que ya en los capítulos antes deste he hecho mencion, un bergantinejo harto pequeño, que venia de Cuba, y en él un Juan Bono de Quejo, que con el armada que Pánfilo de Narvaez trajo, habia venido á esta tierra por maestre de un navío de los que en la dicha armada vinieron; y segun pareció por despachos que traia, venia por mandado de don Juan de Fonseca[4], obispo de Búrgos, creyendo que Cristóbal de Tapia, que él

[1] Diego de Ocampo fué el que con otros quedó nombrado por Cortés para gobernar su estado cuando se ausentó para España, y dicho Ocampo fué depuesto por Salazar: tuvo el mérito de haber descubierto la navegacion al Perú, saliendo de Tehuantepec, en la costa del sur, y llegó al Callao de Lima, todo á su costa. Fué natural de la villa de Cáceres, en los reinos de Castilla, y sugeto de particulares prendas.

[2] Tututepec, en la diócesis de Puebla.

[3] Hoy se llama Metztithlan, del arzobispado de Méjico, camino al norte, y antes de subir á las sierras de Huayacocothla y Tlanchinol, que son las sierras de que luego habla y confinan con las que dividen la diócesis de Puebla del arzobispado, y todas son asperísimas, tanto, que admira el que Cortés aun pudiese caminar con gente de guerra por ellas. Las he pasado, y tiene sobrada razon Cortés, porque necesité el apearme de la mula: mas agrias son las de Tuto ó Tututepec para bajar á Tulauzingo, de que es buen testigo el ilustrísimo señor obispo de Puebla, que las ha pasado.

[4] Don Juan de Fonseca, obispo de Búrgos, presidente del consejo de Indias, en este particular se dejó llevar de siniestros informes, y que acaso, si no fuera el teson de Cortés, hubieran alborotado la América y perdido todo lo conquistado.



habia rodeado que viniese por gobernador á esta tierra, estaba en ella; y para que si en su recibimiento hubiese contradicion, como él temia por la notoria razon, que á temerlo le incitaba; y envióle por la isla de Cuba, para que lo comunicase con Diego Velazquez, como lo hizo, y él le dió el bergantin en que pasase. Traia el dicho Juan Bono hasta cien cartas de un tenor, firmadas del dicho obispo, y aun creo que en blanco, para que diese á las personas que acá estaban, que al dicho Juan Bono le pareciese, diciéndoles que servirian mucho á vuestra cesárea majestad en que el dicho Tapia fuese recibido, y que por ello les prometia muy crecidas mercedes; y que supiesen que en mi compañía estaban contra la voluntad de vuestra excelencia, y otras muchas cosas harto incitadoras á bullicio y desasosiego; y á mí me escribió otra carta diciéndome lo mismo, y que si yo obedeciese al dicho Tapia, que él haria con vuestra majestad señaladas mercedes; donde no, que tuviese por cierto que me habia de ser mortal enemigo. Y la venida deste Juan Bono, y las cartas que trajo, pusieron tanta alteracion en la gente de mi compañía, que certifico á vuestra majestad que si yo no los asegurara diciendo la causa por que el Obispo aquello les escribia, y que no temiesen sus amenazas, y que el mayor servicio que vuestra majestad recibiria, y por donde mas mercedes les mandaria hacer, era por no consentir que el Obispo ni cosa suya se entrometiese en estas partes, porque era con intencion de esconder la verdad dellas á vuestra majestad, y pedir mercedes en ellas sin que vuestra majestad supiese lo que le daba, que hubiera harto que hacer en los apaciguar, en especial que fuí informado, aunque lo disimulé por el tiempo, que algunos habian puesto en plática que, pues en pago de sus servicios se les ponian temores, que era bien, pues habia comunidad en Castilla, que la hiciesen acá, hasta que vuestra majestad fuese informado de la verdad, pues el Obispo tenia tanta mano en esta negociacion, que hacia que sus relaciones no viniesen á noticia de vuestra alteza, y que tenia los oficios de la casa de la contratacion de Sevilla de su mano, y que allí eran maltratados sus mensajeros, y tomadas sus relaciones y cartas y sus dineros, y se les defendia que no les viniese socorro de gente ni armas ni bastimentos; pero con hacerles yo saber lo que arriba digo, y que vuestra majestad de ninguna cosa era sabidor, y que tuviesen por cierto que, sabido por vuestra alteza[1], serian gratificados sus servicios, y hechos por ellos aquellas mercedes que los buenos y leales vasallos que á su rey y señor sirven como ellos han servido merecen, se aseguraron, y con la merced que vuestra excelsitud tuvo por bien de me mandar hacer con sus reales provisiones, han estado y están tan contentos, y sirven con tanta voluntad, cual el fruto de sus servicios da testimonio; y por ellos merecen que vuestra majestad les mandase hacer mercedes, pues tan bien lo han servido y sirven y tienen voluntad de servir; y yo por mi parte muy humildemente á vuestra majestad lo suplico; porque no en menos merced yo recibiré la que á cualquiera dellos mandare hacer, que si á mí se hiciese, pues yo sin ellos no pudiera haber servido á vuestra alteza como lo he hecho. En especial suplico á vuestra alteza muy humildemente les mande escribir, teniéndoles en servicio los trabajos que en su servicio han puesto, y ofreciéndoles por ello mercedes; porque, demás de pagar deuda que en esto vuestra majestad debe, es animarlos para que de aquí adelante con muy mejor voluntad lo hagan.

Por una cédula que vuestra cesárea majestad, á pedimento de Juan de Ribera, mandó proveer en lo que tocaba al adelantado Francisco de Garay, parece que vuestra alteza fué informado cómo yo estaba para ir ó enviar al rio de Pánuco á lo pacificar, á causa que en aquel rio se decia haber buen puerto[2], y porque en él habian muerto muchos españoles, así de los de un capitan que á él envió el dicho Francisco de Garay, como de otra nao que después con tiempo dió en aquella costa, que no dejaron alguno vivo, porque algunos de los naturales de aquellas partes habian venido á mí á disculparse de aquellas muertes, diciéndome que ellos lo habian hecho porque supieron que no eran de mi compañía, y porque habian sido dellos maltratados; y que si yo quisiese allí enviar gente de mi compañía, que ellos los tendrian en mucho y los servirian en todo lo que ellos pudiesen, y que me agradecerian mucho que los enviase, porque temian que aquella gente con quien ellos habian peleado, volverian sobre ellos á se vengar, como porque tenian ciertos comarcanos[3] sus enemigos de quien recibian daño, y que con los españoles que yo les diese se favorecerian; y porque cuando estos vinieron yo tenia falta de gente, no pude cumplir lo que me pedian, pero prometíles que lo haria lo mas brevemente que yo pudiese; y con esto se fueron contentos, quedando ofrecidos por vasallos de vuestra majestad diez ó doce pueblos de los mas comarcanos á la raya de los súbditos á esta ciudad; y dende á pocos dias tornaron á venir, ahincándome mucho que, pues que yo enviaba españoles á poblar á muchas partes, que enviase á poblar allí con ellos; porque recibian mucho daño de aquellos sus contrarios y de los del mismo rio que están á la costa de la mar; que aunque eran todos

[1] Uno de los mayores méritos de Hernan Cortés fué el sufrir con paciencia tantos siniestros informes contra él y sus capitanes, y es la mayor prueba de su lealtad al Soberano, pues en América fue perseguido, infamado, y maltratada su persona y familia; pasó dos veces á España á informar al Rey, y en la segunda estuvo siete años siguiendo la corte, ya con esperanzas, ya con desconsuelos; y últimamente, volviendo á Nueva-España cargado de años, consumido de trabajos, murió en Castilleja de la Cuesta saliendo de Sevilla para embarcarse en Cádiz, á 2 de diciembre de 1547.

[2] Este rio de Pánuco es el que entra en la barra de Tampico, que creyó Cortés que era buen puerto, y en efecto la ensenada es muy á propósito; así se persuadieron otros á su ejemplo, se hizo muelle, y aun llegó una flota de España, y tambien un virey á desembarcar allí; pero actualmente, y de muchos años á esta parte, está tan cerrada la barra, que aun con dificultad puede entrar una barca de Campeche, y lo aseguro haberlo oido yo mismo en Pánuco á unos campechanos que iban por piloncillo de azúcar, con el motivo de haberme embarcado para Tampico en un bote suyo; por esta razon se ha desamparado enteramente el puerto de Tampico, que al principio se reputó por bueno, y aun se compusieron los caminos desde Pánuco hasta Méjico para conducir las flotas, haciendo puentes costosos, que hoy están abandonados.

[3] Los enemigos que decian los de Pánuco, eran los vasallos del rey de Michoacan, con quienes confinaban, y aun hoy divide el arzobispado de Méjico de la diócesis de Michoacan por aquella parte el rio Verde.

unos, por haberse venido á mí les hacian mal tratamiento. Y por cumplir con estos y por poblar aquella tierra, y tambien porque ya tenia alguna mas gente, señalé un capitan con ciertos compañeros para que fuesen al dicho rio; y estando para se partir, supe de un navío que vino de la isla de Cuba, cómo el almirante don Diego Colon[1] y los adelantados Diego Velazquez y Francisco de Garay quedaban juntos en la dicha isla, y muy confederados para entrar por allí como mis enemigos á hacerme todo el daño que pudiesen; y porque su mala voluntad no hobiese efecto, y por excusar que con su venida no se ofreciese semejante alboroto y desconcierto como el que se ofreció con la venida de Narvaez, determinéme, dejando en esta ciudad el mejor recado que yo pude, de ir yo por mi persona, porque si allí ellos ó alguno dellos viniese, se encontrasen conmigo antes que con otro, porque podria yo mejor excusar el daño; y así, me partí con ciento y veinte de caballo, y con trecientos peones y alguna artillería, y hasta cuarenta mil hombres de guerra de los naturales desta ciudad y sus comarcas; y llegado á la raya de su tierra, bien veinte y cinco leguas antes de llegar al puerto, en una gran poblacion que se dice Aintuscotaclan[2], me salieron al camino mucha gente de guerra, y peleamos con ellos; y así por tener yo tanta gente de los amigos como ellos venian, como por ser el lugar llano y aparejado para los caballos, no duró mucho la batalla; aunque me hirieron algunos caballos y españoles, y murieron algunos de nuestros amigos, fué suya la peor parte, porque fueron muertos muchos dellos y desbaratados. Allí en aquel pueblo me estuve dos ó tres dias, así por curar los heridos, como porque vinieron allí á mí los que acá se me habian venido á ofrecer por vasallos de vuestra alteza. Y desde allí me siguieron hasta llegar al puerto, y desde allí adelante sirviendo en todo lo que podian. Yo fuí por mis jornadas hasta llegar al puerto, y en ninguna parte tuve reencuentros con ellos; antes los del camino por donde yo iba salieron á pedir perdon de su yerro y á ofrecerse al real servicio de vuestra alteza. Llegado al dicho puerto y rio, me aposenté en un pueblo, cinco leguas de la mar, que se dice Chila, que estaba despoblado y quemado, porque allí fué donde desbarataron al capitan y gente de Francisco de Garay; y de allí envié mensajeros de la otra parte del rio, y por aquellas lagunas[3], que todas están pobladas de grandes pueblos de gente, á les decir que no temiesen que por lo pasado yo les haria ningun daño; que bien sabia que por el mal tratamiento que habian recibido de aquella gente se habian alzado contra ellos, y que no tenian culpa; y nunca quisieron venir, antes maltrataron los mensajeros, y aun mataron algunos dellos; y porque de la otra parte del rio estaba el agua dulce de donde nos basteciamos, poniánse allí y salteaban á los que iban por ella. Estuve así mas de quince dias, creyendo podria atraerlos por bien; y que viendo que los que venido habian eran bien tratados, ellos asimismo lo harian; mas tenian tanta confianza en la fortaleza de aquellas lagunas donde estaban, que nunca quisieron. E viendo que por bien ninguna cosa me aprovechaba, comencé á buscar remedio, y con unas canoas que al principio allí habiamos habido, se tomaron mas, y con ellas una noche comencé á pasar ciertos caballos de la otra parte del rio, y gente; y cuando amaneció ya habia copia de gente y caballos de la otra parte sin ser sentidos, y yo pasé dejando en mi real buen recaudo; y como nos sintieron de la otra parte, vino mucha copia de gente, y dieron tan reciamente sobre nosotros, que después que yo estoy en estas partes no he visto acometer en el campo tan denodadamente como aquellos nos acometieron, y matáronnos dos caballos y hirieron mas de otros diez caballos tan malamente, que no pudieron ir. En aquella jornada, y con ayuda de nuestro Señor, ellos fueron desbaratados, y se siguió el alcance cerca de una legua, donde murieron muchos dellos; y con hasta treinta de caballo que me quedaron y con cien peones seguí todavía mi camino, y aquel dia dormí en un pueblo, tres leguas del real, que hallé despoblado, y en las mezquitas deste pueblo se hallaron muchas cosas de los españoles que mataron de los de Francisco de Garay. Otro dia comencé á caminar por la costa de una laguna adelante, por buscar paso para pasar á la otra parte della, porque parecia gente y pueblos; y anduve todo el dia sin se hallar cabo ni por dónde pasar, y ya que era hora de vísperas vimos á vista un pueblo muy hermoso y tomamos el camino para allá, que todavía era por la costa de aquella laguna; y llegados cerca, era ya tarde y no parecia en él gente; y para mas asegurar, mandé diez de caballo que entrasen en el pueblo por el camino derecho, y yo con otros diez tomé la halda dél hácia la laguna, porque los otros diez traian la retaguardia y no eran llegados. Y en entrando por el pueblo pareció mucha cantidad de gente que estaban escondidos en celada dentro de las casas para tomarnos descuidados; y pelearon tan reciamente, que nos mataron un caballo y hirieron casi todos los otros y muchos de los españoles; y tuvieron tanto teson en pelear, y duró gran rato, y fueron rompidos tres ó cuatro veces, y tantas se tornaban á rehacer; y fechos una muela, hincaban las rodillas en el suelo, y sin hablar y dar grita, como lo suelen hacer los otros, nos esperaban, y ninguna vez entrábamos por ellos, que no empleaban muchas flechas; y tantas, que si no fuéramos bien armados, se aprovecharan harto de nosotros, y aun creo no escapara ninguno; y quiso nuestro Señor que á un rio que pasaba junto y entraba en aquella laguna que yo habia seguido todo el dia, algunos de los que mas cercanos estaban á él se comenzaron á echar al agua, y tras aquellos comenzaron á huir los otros al mismo rio, y así se desbarataron, aunque no huyeron mas de hasta pasar el rio; y ellos de la una parte, y nosotros de la

[1] Don Diego Colon es el que envió á Diego Velazquez á conquistar la isla de Cuba en el año de 1511, y con él fué Hernan Cortés por oficial de don Miguel de Pasamonte, tesorero, para llevar la cuenta de los quintos y hacienda del Rey: allí se formó Cortés con trabajos, se casó con Catalina Xuarez, tuvo varias mudanzas su amistad con Diego Velazquez; y últimamente, allí formó el gran designio de venir á conquistar la Nueva-España: el dicho don Diego Colon fué después nombrado gobernador de Méjico, con la órden de prender á Cortés; pero se suspendió el efecto de la provision deste empleo y encargo.

[2] Hoy Coscatlan, á la entrada de la Huasteca.

[3] En este sitio y sus cercanías están las lagúnas de Tampico y Tamiagua, que es grande y que pertenece su pueblo á la diócesis de la Puebla.

otra, nos estuvimos hasta que cerró la noche, porque, por ser muy hondo el rio, no podiamos pasar á ellos, y aun tambien no nos pesó cuando ellos le pasaron; y así, nos volvimos al pueblo, que estaria un tiro de honda del rio, y allí con la mejor guarda que pudimos, estuvimos aquella noche, y comimos el caballo que nos mataron, porque no habia otro bastimento. Otro dia siguiente salimos por un camino, porque ya no parecia gente de la del dia pasado, y por él fuimos á dar en tres ó cuatro pueblos, donde no se halló gente ninguna ni otra cosa, sino eran algunas bodegas del vino [1] que ellos hacen, donde hallamos asaz tinajas dello. Aquel dia pasamos sin topar gente ninguna, y dormimos en el campo, porque hallamos unos maizales donde la gente y los caballos tuvieron algun refresco; y desta manera anduve dos dias ó tres sin hallar gente ninguna, aunque pasamos muchos pueblos; y porque la necesidad del bastimento nos aquejaba, que en todo este tiempo entre todos no hubo cincuenta libras de pan [2], nos volvimos al real, y hallé la gente que en él habia dejado, muy buena y sin haber habido reencuentro ninguno; y luego, porque me pareció que toda la gente quedaba de aquella parte de aquella laguna que yo no habia podido pasar, hice una noche echar gente y caballos con las canoas de aquella parte, y que fuese gente de ballesteros y escopeteros por la laguna arriba, y la otra gente por la tierra. Y desta manera dieron sobre un gran pueblo, donde, como los tomaron descuidados, mataron mucha gente; y de aquel salto cobraron tanto temor, de ver que, estando cercados de agua, los habian salteado sin sentirlo, que luego comenzaron á venir de paz; y en casi veinte dias vino toda la tierra de paz y se ofrecieron por vasallos de vuestra majestad.

Ya que la tierra estaba pacífica, envié por todas las partes della personas que la visitasen, y me trujesen relacion de los pueblos y gente; y traida, busqué el mejor asiento que por allí me pareció, y fundé en él una villa, que puse nombre Santistéban del Puerto; y á los que allí quisieron quedar por vecinos les deposité en nombre de vuestra majestad aquellos pueblos, con que se sostuviesen; y hechos alcaldes y regidores, y dejando allí un mi lugarteniente de capitan, quedaron en la dicha villa, de los vecinos [3] treinta de caballo y cien peones, y dejéles un barco y un chinchorro, que me habian traido de la villa de la Veracruz, para bastimento; y asimismo me envió de la dicha villa un criado mio que allí estaba, un navío cargado de bastimentos de carne y pan, y vino y aceite, y vinagre y otras cosas, el cual se perdió con todo, y aun dejó en una isleta en la mar, que está cinco leguas de la tierra, tres hombres; por los cuales yo envié después en un barco, y los hallaron vivos, y manteníanse de muchos lobos marinos que hay en la isleta, y de una fruta que decian que era como higos. Certifico á vuestra majestad que esta ida me costó á mí solo mas de treinta mil pesos de oro, como podrá vuestra majestad mandar ver, si fuere servido, por las cuentas dello; y á los que conmigo fueron, otros tantos de costas de caballos y bastimentos y armas y herraje, porque á la sazon lo pesaban á oro ó dos veces á plata; mas por verse vuestra majestad servido en aquel camino tanto, todos lo tuvimos por bien, aunque mas gasto se nos ofreciera; porque, demás de quedar aquellos indios debajo del imperial yugo de vuestra majestad, hizo mucho fruto nuestra ida, porque luego aportó allí un navío con mucha gente y bastimentos, y dieron allí en tierra, que no pudieron hacer otra cosa; y si la tierra no estuviera de paz, no escapara ninguno, como los del otro que antes habian muerto, y hallamos las caras propias de los españoles desolladas en sus oratorios, digo los cueros dellas, curados en tal manera, que muchos dellos se conocieron, aun cuando el adelantado Francisco de Garay llegó á la dicha tierra, como adelante á vuestra cesárea majestad haré relacion, no quedara él ni ninguno de los que con él venian, á vida, porque con tiempo fueron á dar treinta leguas abajo del dicho rio de Pánuco, y perdieron algunos navíos, y salieron todos á tierra muy destrozados, si la gente no hallaran en paz, que los trajeron á cuestas y los sirvieron hasta ponerlos en el pueblo de los españoles; que sin otra guerra se murieran todos. Así que no fué poco bien estar aquella tierra de paz.

En los capítulos antes deste (excelentísimo Príncipe) dije cómo viniendo de camino, después de haber pacificado la provincia de Pánuco, se conquistó la provincia de Tututepeque [4], que estaba rebelada, y todo lo que en ella se hizo; porque tenia nueva que una provincia que está cerca de la mar del Sur, que se llama Impilcingo, que es de la cualidad desta de Tututepeque en fortaleza de sierras y aspereza de la tierra, y de gente no menos belicosa, los naturales della hacian mucho daño en los vasallos de vuestra cesárea majestad, que confina con su tierra, y dellos se me habian venido á quejar y pedir socorro, aunque la gente que conmigo venia, no estaba muy descansada, porque hay de una mar á otra docientas leguas [5] por aquel camino. Junté luego veinte y cinco de caballo y setenta ó ochenta peones, y con un capitan los mandé ir á la dicha provincia; y en la instruccion que llevaba le mandé que trabajase de los atraer al real servicio de vuestra alteza por bien, y si no quisiesen, les hiciese la guerra; el cual fué y hubo con ellos ciertos reencuentros, y por ser la tierra tan áspera no pudo dejarla del todo conquistada; y porque yo le mandé en la dicha su instruccion que hecho aquello, que se fuese á la ciudad de Zacatula [6], y con la gente que llevaba, y con la que mas de allí pudiese sacar, fuese á la provincia de Coliman, donde en los capítulos pasados dije que habian desbaratado aquel capitan y gente que iba de la provincia de Mechuacan para la dicha ciudad, y que trabajase de los

[1] En la Huasteca y pueblos comarcanos á la laguna de Tamiagua se hace vino de la caña de azúcar, que comunmente llaman aguardiente de la tierra, mas ó menos fuerte, ó vulgarmente chinguirito, que está prohibido.

[2] En toda Nueva-España el pan de los indios se hacia de maíz, y por haber venido el trigo de España, le llaman los indios pan de Castilla, *Castilan tlaxcali*.

[3] Puede ser la villa de Tampico, segun su situacion.

[4] Tututepec, diócesis de Oaxaca.

[5] Y algo mas, y aquí se advierte que todas las mitras y diócesis de Nueva-España tienen su mayor longitud desde el seno mejicano ó mar del Norte hasta el sur.

[6] Zacatula, diócesis de Michoacan ó Valladolid.

traer por bien, y si no, los conquistase. El se fué, y de la gente qué llevaba y de la que allá tomó juntó cincuenta de caballo y ciento y cincuenta peones, y se fué á la dicha provincia, que está de la ciudad de Zacatula, costa del mar del Sur abajo, sesenta leguas; y por el camino pacificó algunos pueblos que no estaban pacíficos, y llegó á la dicha provincia; y en la parte que al otro capitan habian desbaratado halló mucha gente de guerra que le estaban esperando, creyendo haberse con él como con el otro, y así rompieron los unos y los otros; y plugo á nuestro Señor que la victoria fué por los nuestros, sin morir ninguno dellos, aunque á muchos y á los caballos hirieron; y los enemigos pagaron bien el daño que habian hecho, y fué tan bueno este castigo, que sin mas guerra se dió luego toda la tierra de paz, y no solamente esta provincia, mas aun otras muchas cercanas á ellas vinieron á se ofrecer por vasallos de vuestra cesárea majestad, que fueron [1] Aliman, Colimonte y Ceguatan; y de allí me escribió todo lo que le habia sucedido, y le envié á mandar que buscase un asiento que fuese bueno, y en él se fundase una villa, y que le pusiese nombre Coliman, como la dicha provincia, y le envié nombramiento de alcaldes y regidores para ella, y le mandé que hiciese la visitacion de los pueblos y gentes de aquellas provincias, y me la trajese con toda la mas relacion y secretos de la tierra que pudiese saber; el cual vino y la trajo, y cierta muestra de perlas [2] que halló; y yo repartí en nombre de vuestra majestad los pueblos de aquellas provincias á los vecinos que allá quedaron, que fueron veinte y cinco de caballo y ciento y veinte peones. Y entre la relacion que de aquellas provincias hizo, trujo nueva de un muy buen puerto [3] que en aquella costa se habia hallado, de que holgué mucho, porque hay pocos; y asimismo me trujo relacion de los señores de la provincia de Ciguatan, que se afirman mucho haber una isla toda poblada de mujeres [4] sin varon ninguno, y que en ciertos tiempos van de la Tierra-Firme hombres, con los cuales han aceso, y las que quedan preñadas, si paren mujeres las guardan, y si hombres los echan de su compañía; y que esta isla [5] está diez jornadas desta provincia, y que muchos dellos han ido allá y la han visto. Dícenme asimismo que es muy rica de perlas y oro [6]: yo trabajaré, en teniendo aparejo, de saber la verdad y hacer dello larga relacion á vuestra majestad.

Viniendo de la provincia de Pánuco, en una ciudad que se dice Tuzapan [7] llegaron dos hombres españoles que yo habia enviado con algunas personas de los naturales de la ciudad de Temixtitan y con otros de la provincia de Soconusco, que es en la mar del Sur la costa arriba, hácia donde Pedrarias Dávila [8], gobernador de vuestra alteza, docientas leguas desta gran ciudad de Temixtitan, á unas ciudades de que muchos dias habia que yo tengo noticia, que se llaman Uclacan y Guatemala [9], y están desta provincia de Soconusco otras sesenta leguas, con los cuales dichos españoles vinieron hasta cien personas de los naturales de aquellas ciudades, por mandado de los señores dellas, ofreciéndose por vasallos y súbditos de vuestra cesárea majestad, y yo los recibí en su real nombre, y les certifiqué que queriendo ellos y haciendo lo que allí ofrecian, serian de mí y de los de mi compañía, en el real nombre de vuestra alteza, muy bien tratados y favorecidos, y les dí, así á ellos como para que llevasen á sus señores, algunas cosas de las que yo tenia, y ellos en algo estiman y torné á enviar con ellos otros dos españoles para que les proveyesen de las cosas necesarias por los caminos. Despues acá he sido informado de ciertos españoles que yo tengo en la provincia de Soconusco, cómo aquestas ciudades con sus provincias, y otra que se dice de Chiapan [10], que está cerca dellas, no tienen aquella voluntad que primero mostraron y ofrecieron; antes diz que hacen daño en aquellos pueblos de Soconusco, porque son nuestros amigos. Y por otra parte me escriben los cristianos, que envian allí siempre mensajeros, y que se disculpan que ellos no lo hacen, sino otros; y para saber la verdad desto, yo tenia á Pedro de Albarado

1 Coliman y otros pueblos de la diócesis de Michoacan, y tambien tocan en Guadalajara lo que hoy llaman Zacatecas, provincias de Sonora y Sinaloa, de la diócesis de Durango.

2 Desde los puertos de Mazatlan, Sonora y Sinaloa pasan al golfo de Californias á pescar perlas, pues los indios eran muy diestros en el buceo dellas, descubriéndose muchos placeres, y algunas tan exquisitas, que se sabe cierto que, habiendo pasado á Californias Juan Iturbi, capitan nombrado para la expedicion, trajo á la vuelta tanta copia dellas, que admiró á Méjico, y una de tan finos quilates, que por solo ella pagó de quinto al Rey nuevecientos pesos. (Fray Antonio de la Ascension, *Relacion del descubrimiento del capitan Vizcaino;* Torquemada, en su *Extracto*, página 4, apéndice 2.º Venegas, *Noticias de Californias*, tomo I, parte 2, §. 4.) Todas las perlas que en abundancia tienen todas las personas aun de mediana calidad hácia el norte, casi todas son pescadas en el golfo de Californias.

3 En un mapa antiguo que de órden de Cortés hizo Domingo del Castillo, piloto en Méjico, año de 1541, pone toda la costa al mar del Sur desde el golfo de Tehuantepec hasta la desembocadura del rio Colorado en el de Californias; y en la diócesis de Guadalajara y Durango expresa los puertos de Colima, el puerto Escondido, el de Xalisco, el de Chimetla y otros muchos frente de la costa de Californias; de donde se colige evidentemente que Cortés tuvo conocimiento de las provincias de Sinaloa, Sonora, Pimería, Nuevo-Méjico, y de la mayor parte de la península de Californias por la costa del norte hasta el rio Colorado, que llama el piloto rio de Buena-Guia, puerto de Cruz, subiendo hasta veinte y ocho grados de latitud, que comprehende el puerto de Monte-Rey, aunque no lo especifica; y este apreciable y antiguo documento se guarda en Méjico en el archivo del excelentísimo señor marqués del Valle, con los autos originales de la obligacion que hizo con Cortés el señor Cárlos I sobre las tierras que le señaló su majestad y cedió por título de conquistador, y he tenido el mayor gozo de haber visto en los autos firmas originales del esclarecido Hernan Cortés.

4 Este país solo de mujeres, que expresa aquí Cortés, es el que llamaron por entonces de las Amazonas, que creyeron habia, y se descubrió falso.

5 Ya está averiguado que la California no es isla, segun la creyeron algunos, sino península.

6 La riqueza de perlas es evidente, y aun de oro; se han descubierto últimamente minas cuya bonanza se promete, y la relacion desto la ha dado el ilustrísimo señor don Josef Galves, que en el año presente ha venido desta península, y la reconoció á costa de muchas fatigas y desvelos, enviando á nuestro actual excelentísimo señor virey, marqués de Croix, muestras de perlas de excelente oriente, y piedras que se sacaron de una mina de oro, y es de muchos quilates.

7 Puede ser el pueblo de Tuspan, diócesis de Puebla.

8 Pedro Arias Dávila fué al que el señor Cárlos I mandó que desde Veragua á Yucatan buscase estrecho en las Indias para ir á las islas Malucas sin valerse de Portugal para la especería.

9 Ucathlan y Goatemala distan, segun Cortés, de la provincia de Soconusco sesenta leguas, y caen á la mar del Sur.

10 Esta es la diócesis y provincia de Chiapa, antes sufragánea de la metrópoli de Méjico, y hoy de la Goatemala.



con ochenta y tantos de caballo y docientos peones, en que iban muchos ballesteros y escopeteros y cuatro tiros de artillería con mucha municion y pólvora; y asimismo tenia hecha cierta armada de navíos, de que enviaba por capitan un Cristóbal Dolid, que pasó en mi compañía, para le enviar por la costa del norte á poblar la punta ó cabo de Hibueras[1], que está sesenta leguas de la bahía de la Ascension, que es á barlovento de lo que llaman Yucatan, la costa arriba de la Tierra-Firme, hácia el Darien, así porque tengo mucha informacion que aquella tierra es muy rica, como porque hay opinion de muchos pilotos que por aquella bahía sale estrecho á la otra mar[2], que es la cosa que yo en este mundo mas deseo topar, por el gran servicio que se me representa que dello vuestra cesárea majestad recibiria. Y estando estos dos capitanes á punto con todo lo necesario al camino, de cada uno vino un mensajero de Santistéban del Puerto, que yo poblé en el rio de Pánuco, por el cual los alcaldes della me hacian saber cómo el adelantado Francisco de Garay[3] habia llegado al dicho rio con ciento y veinte de caballo y cuatrocientos peones y mucha artillería, y que se intitulaba de gobernador de aquella tierra, y que así hacia decir á los naturales de aquella tierra con una lengua que consigo traia; y que les decia que les vengaria de los daños que en la guerra pasada de mí habian recibido, y que fuesen con él para echar de allí aquellos españoles que yo allí tenia, y á los que mas yo enviase, y que les ayudaria á ello, y otras muchas cosas de escándalo; y que los naturales estaban algo alborotados; y para mas certificarme á mí de la sospecha que yo tenia de la confederacion suya con el Almirante y con Diego Velazquez, dende á pocos dias llegó al dicho rio una carabela de la isla de Cuba, y en ella venian ciertos amigos y criados de Diego Velazquez y un criado del obispo de Búrgos, que diz que venia proveido de factor de Yucatan, y toda la mas compañía eran criados y parientes de Diego Velazquez y criados del Almirante. Sabida por mí esta nueva, aunque estaba manco de un brazo de una caida de un caballo[4], y en la cama, me determiné de ir allá á me ver con él, para excusar aquel alboroto, y luego envié delante al dicho Pedro de Albarado con toda la gente que tenia hecha para su camino, y yo me habia de partir dende á dos dias; y ya que mi cama, y todo era ido camino, y estaba diez leguas desta ciudad, donde yo habia de ir otro dia á dormir, llegó un mensajero de la villa de la Veracruz casi media noche, y me trajo cartas de un navío que era llegado de España, y con ellas una cédula firmada del real nombre de vuestra majestad, y por ella mandaba al dicho adelantado Francisco de Garay que no se entremetiese en el dicho rio ni en ninguna cosa que yo tuviese poblado, porque vuestra majestad era servido que yo lo tuviese en su real nombre; por la cual cien mil veces los reales piés de vuestra cesárea majestad beso. Con la venida desta cédula cesó mi camino, que no me fué poco provechoso á mi salud, porque habia sesenta dias que no dormia, y estaba con mucho trabajo, y á partirme á aquella sazon no habia de mi vida mucha seguridad; mas posponíalo todo, y tenia por mejor morir en esta jornada, que por guardar mi vida ser causa de muchos escándalos y alborotos y otras muertes, que estaban muy notorias; y despaché luego á Diego Docampo, alcalde mayor, con la dicha cédula, para que siguiese á Pedro de Albarado; y yo le dí una carta para él, mandándole que en ninguna manera se acercase adonde la gente del Adelantado estaba, porque no se revolviese; y mandé al dicho alcalde mayor que notificase aquella cédula al Adelantado, y que luego me respondiese lo que decia; el cual se partió á la mas priesa que pudo, y llegó á la provincia de los Guatescas[5], adonde habia estado Pedro de Albarado, el cual se habia ya entrado la provincia adentro; y como supo que iba el alcalde mayor, y yo me quedaba, le hizo saber luego cómo el dicho Pedro de Albarado habia sabido que un capitan de Francisco de Garay, que se llama Gonzalo Dovalle, que andaba con veinte y dos de caballo haciendo daño por algunos pueblos de aquella provincia y alterando la gente della, y que habia sido avisado el dicho Pedro de Albarado cómo el dicho capitan Gonzalo Dovalle tenia puestas ciertas atalayas en el camino por donde habia de pasar; de lo cual se alteró el dicho Albarado, creyendo que le queria ofender el dicho Gonzalo Dovalle, y por esto llevó concertada toda su gente, hasta que llegó á un pueblo que se dice el de las Lajas[6], adonde halló al dicho Gonzalo Dovalle con su gente; y allí llegado, procuró de hablar con el dicho capitan Gonzalo Dovalle, y le dijo lo que habia sabido, y le habian dicho que andaba haciendo, y que se maravillaba dél, porque la intencion del Gobernador y sus capitanes no era ni habia sido de les ofender ni hacer daño alguno; antes habia mandado que les favoreciesen y proveyesen de todo lo que tuviesen necesidad; y que pues aquello así pasaba, que para que ellos estuviesen seguros que no hubiese escándalo ni daño entre la gente de una parte ni otra, que le pedia por merced no tuviese á mal que las armas y caballos de aquella gente que consigo traia estuviese depositada hasta tanto que se diese asiento en aquellas cosas; y el dicho Gonzalo Dovalle se disculpaba, diciendo que no pasaba así como le habian informado, pero que él tenia por bien de hacer lo que le rogaba; y así, estuvieron juntos los unos y los otros comiendo y holgando, los

[1] Punta ó cabo de Hibueras; es en Honduras, cuya provincia antes se llamaba Hibueras.

[2] Habiendo sabido Cortés y otros que la tierra se estrechaba mucho por Panamá, de modo que se avistaban los dos mares Norte y Sur desde unas montañas, se persuadieron, y no con ligereza, que por allí podia haber estrecho, como en Gibraltar, y después se descubrió el de Magallanes, con lo que en gran manera se facilitaría la navegacion por los dos mares; mas no es segun creyeron, porque es isthmo el de Panamá que tiene de ancho diez y ocho leguas, y sigue la Tierra-Firme hasta la otra América meridional, y acaba en el estrecho de Magallanes, media el mar, y después ponen la tierra del Fuego, que se puede llamar incógnita.

[3] Este Francisco de Garay, instrumento de persecucion de Pánfilo Narvaez contra Cortés, hizo cuanto pudo para que el rey de España perdiese todo lo conquistado; pero Dios defendia siempre á Cortés, y parece que le habia puesto muchos ángeles de guarda contra todos sus enemigos.

[4] En una mano ya tenia una herida, en una pierna otra, y ahora dislocado el brazo; mas la diestra de Dios lo vencia todo.

[5] De los Huastecos.

[6] Llaman en la Huasteca lajas á los peñascos lisos y seguidos que se hallan en las sierras.

dichos capitanes y toda la mas gente, sin que entre ellos hubiese enojo ni cuestion ninguna. Luego que esto supo el alcalde mayor, proveyó con un secretario mio que consigo llevaba, que se llama Francisco de Orduña, fuese donde estaban los capitanes Pedro de Albarado y Gonzalo Dovalle, y llevó mandamiento para que se alzase el dicho depósito, y les volviese sus armas y caballos á cada uno, y les hiciese saber que la intencion mia era de les favorecer[1] y ayudar en todo lo que tuviesen necesidad, no se desconcertando ellos en escandalizarnos la tierra; y envió asimismo otro mandamiento al dicho Albarado para que los favoreciese, y no se entrometiese en tocar en cosa alguna dellos, en los enojar; el cual lo cumplió así.

En este mismo tiempo, muy poderoso Señor, acaeció que estando las naos del dicho adelantado dentro en la mar á boca del rio Pánuco, como en ofensa de todos los vecinos de la villa de Santistéban, que yo allí habia fundado, puede haber tres leguas el rio arriba, donde suelen surgir todos los navíos que al dicho puerto arriban, á cuya causa Pedro de Vallejo, teniente mio en la dicha villa, por asegurarla del peligro que esperaba con la alteracion de los dichos navíos, hizo ciertos requerimientos á los capitanes y maestres dellos para que subiesen al puerto y surgiesen en el de paz, sin que la tierra recibiese ningun agravio ni alteracion, requiriéndoles asimismo que si algunas provisiones tenian de vuestra majestad para poblar ó entrar en dicha tierra, ó en cualesquier manera que fuese, las mostrasen, con protestacion que, mostradas, se cumplirian en todo, segun que por las dichas provisiones vuestra majestad lo enviase á mandar. Al cual requerimiento los capitanes y maestres respondieron en cierta forma, en que en efecto concluian que no querian hacer cosa alguna de lo por el teniente mandado y requerido; á cuya causa el teniente dió otro segundo mandamiento, dirigido á los dichos capitanes y maestres con cierta pena, para que todavía se hiciese lo mandado y requerido por el primero requerimiento; al cual mandamiento tornaron á responder lo que respondido tenian; y fué así, que viendo los maestres y capitanes de cómo de su estada con los navíos en la boca del rio por espacio de dos meses y mas tiempo, y que de su estada resultaba escándalo, así entre los españoles que allí residian, como entre los naturales de aquella provincia, un Castromocho, maestre de uno de los dichos navíos, y Martin de San Juan, guipuzcoano, maestre asimismo de otro navío, secretamente enviaron al dicho teniente sus mensajeros, haciéndoles saber que ellos querian paz y estar obedientes á los mandamientos de la justicia; que le requerian que fuese el dicho teniente á los dichos dos navíos, y que le recibirian y cumplirian todo lo que les mandase, añadiendo que tenian forma para que los otros navíos que restaban asimismo se le entregarian de paz, y cumplirian sus mandamientos. A cuya causa el teniente se determinó de ir con solo cinco hombres á los dichos navíos, y llegando á ellos, fué recibido por los dichos maestres; y de allí envió al capitan Juan de Grijalva[2], que era general de aquella armada, que estaba y residia en la nao capitana á la sazon, para que él cumpliese en todo los requerimientos y mandamientos pasados del dicho teniente, que le habia antes mandado notificar; y que el dicho capitan no solamente no quiso obedecer, pero mandó á las naos que estaban presentes se juntasen con la suya en que estaba, y todas juntas, excepto las dos de que arriba se hace mencion; y así juntas al contorno de su nao capitana, mandó á los capitanes dellas tirasen con la artillería que tenian á los dos navíos hasta los echar á fondo; y siendo este mandamiento público, y tal que todos lo oyeron, el dicho teniente en su defensa mandó aprestar el artillería de los dos navíos que le habian obedecido. En este tiempo las naos que estaban al rededor de la capitana, y maestres y capitanes dellas, no quisieron obedecer á lo mandado por el dicho Juan de Grijalva, y entre tanto el dicho capitan Grijalva envió un escribano, que se llama Vicente Lopez, para que hablase al dicho teniente; y habiendo explicado su mensaje, el teniente le respondió justificando esta dicha causa, y que su venida era allí solamente por bien de paz, y por evitar escándalos y otros bullicios que se seguian de estar los dichos navíos fuera del dicho puerto, adonde acostumbraban á surgir, y como cosarios que estaban en lugar sospechoso para hacer algun salto en tierra de su majestad, que sonaba muy mal, con otras razones que acudian á este propósito; las cuales obraron tanto, que el dicho Vicente Lopez, escribano, se volvió con la respuesta al capitan Grijalva, y le informó de todo lo que habia oido al teniente, atrayendo al dicho capitan para que le obedeciese, pues estaba claro que el dicho teniente era justicia en aquella provincia por vuestra majestad, y el dicho capitan Grijalva sabia que hasta entonces por parte del adelantado Francisco de Garay ni por la suya se habian presentado provisiones reales algunas á que el dicho teniente con los otros vecinos de la villa de Santistéban hobiesen de obedecer, y que era cosa muy fea estar de la manera que estaban con los navíos, como cosarios, en tierra de vuestra majestad cesárea. Así, movido por estas razones, el capitan Grijalva con los maestres y capitanes de los otros navíos obedecieron al teniente, y se subieron el rio arriba donde suelen surgir los otros navíos. E así, llegados al puerto, por la desobediencia que el dicho Juan de Grijalva habia mostrado á los mandamientos del dicho teniente, le mandó prender. E sabida esta prision por el mi alcalde mayor, luego otro dia dió su mandamiento para que el dicho Juan de Grijalva fuese suelto y favorecido con todos los demás que venian en los dichos navíos, sin que tocase en cosa alguna dellos; y así se hizo y se cumplió.

Asimismo escribió el dicho alcalde mayor á Francisco de Garay, que estaba en otro puerto diez ó doce leguas de allí, haciéndole saber cómo yo no podia ir á me

[1] Véase cuán justa y de buena fe habia sido siempre la intencion de Cortés, no obstante que debia recelar alguna traicion por parte de Velazquez y los aliados de Narvaez.

[2] El capitan Juan de Grijalva hizo todo el esfuerzo para no obedecer á Cortés; pero Dios movió los corazones de los maestres de los navíos y demás gente con tal eficacia, que obedeció por fuerza, ó por mejor decir, por necesidad; el auxilio de Dios para con Cortés se hacia siempre palpable, y por grandes hazañas que han hecho otros conquistadores, sin agraviarles, se advierte el favor particular del cielo en esta Nueva-España.

ver con él, y que le enviaba á él con poder mio, para que entre ellos se diese asiento en lo que se habia de hacer, y en ver las provisiones de la una parte y de la otra, y dar conclusion en lo que mas servicio fuese de vuestra majestad; y después que el dicho Francisco de Garay vido la carta del dicho alcalde mayor, se vino adonde el alcalde mayor estaba, adonde fué muy bien recibido, y proveido él y toda su gente de lo necesario; y así, juntos entrambos, después de haber platicado y vistas las provisiones, se acordó, después de haber visto la cédula de que vuestra majestad me habia hecho merced, el dicho adelantado, después de ser requerido con ella por el alcalde mayor, la obedeció, y dijo que estaba presto de la cumplir, y en cumplimiento della, que se queria recoger á sus navíos con su gente para ir á poblar á otra tierra fuera de la contenida en la cédula de vuestra majestad; y que pues mi voluntad era de favorecerle, que le rogaba al dicho alcalde mayor que le hiciese recoger toda su gente; porque muchos de los que consigo traia se le querian quedar, y otros se le habian ausentado, y le hiciese de proveer de bastimentos, de que tenia necesidad, para los dichos navíos y gente. E luego el dicho alcalde mayor lo proveyó todo, como él lo pidió, y se apregonó luego en el dicho puerto, adonde estaba la mas gente de la una parte y de la otra, que todas las personas que habian venido en el armada del adelantado Francisco de Garay lo siguiesen y se juntasen con él, so pena que el que así no lo hiciese, si fuese hombre de caballo, que perdiese las armas y caballo, y su persona se le entregase al dicho adelantado presa, y al peon se le diesen cien azotes, y asimismo se lo entregasen.

Asimismo pidió el dicho adelantado al dicho alcalde mayor que, porque algunos de los suyos habian vendido armas y caballos en el puerto de Santistéban y en el puerto donde estaban y en otras partes de aquella comarca, que se los hiciese volver, porque sin las dichas armas y caballos no se podria servir de su gente; y el alcalde mayor proveyó de saber por todas las partes donde estuviesen caballos ó armas de la dicha gente, y á todos los hizo tomar las armas y caballos que habian comprado, y volverlas todas al dicho adelantado.

Asimismo hizo poner el dicho alcalde mayor alguaciles por los caminos y prender todos cuantos se iban huyendo, y se los entregó presos, y le entregaron muchos que así tomaron [1].

Asimismo envió al alguacil mayor á la villa de Santistéban [2], que es el puerto, y á un secretario mio con el dicho alguacil mayor, para que en la dicha villa y puerto hiciesen las mismas diligencias y diesen los mismos pregones, y recogiesen la gente que se le ausentaba, y se le entregase y recogiese todo el bastimento que pudiesen, y proveyesen las naos del dicho adelantado, y dió mandamiento para que tambien tomasen las armas y caballos que hobiesen vendido, y se las diesen al dicho adelantado. Todo lo cual se hizo con mucha diligencia; y el dicho adelantado se partió al puerto para se ir á embarcar, y el alcalde mayor se quedó con su gente por no poner mas en necesidad el puerto de la en que estaba, y porque mejor se pudiesen proveer, y estuvo allí seis ó siete dias para saber cómo se cumplia todo lo que yo habia mandado y lo que él habia proveido; y porque habia falta de bastimentos, el dicho alcalde mayor escribió al adelantado si mandaba alguna cosa, porque él se volvia á la ciudad de Méjico, donde yo resido; y el adelantado le hizo luego mensajero, con el cual le hacia saber cómo él no hallaba aparejo para se ir, por no haber fallado sus navíos perdidos, que se le habian perdido seis navíos, y los que quedaron no estaban para navegar en ellos, y que él quedaba haciendo una informacion para que á mí me constase lo susodicho, cómo él no tenia aparejo para poder salir de la tierra; y que asimismo me hacia saber que su gente se ponia con él en debate y pleitos, diciendo que no eran obligados á le seguir, y que habian apelado de los mandamientos que el mi alcalde mayor habia dado, diciendo que no eran obligados á los cumplir por diez y seis ó diez y siete causas que asignaban; una dellas era que se habian muerto ciertas persónas de hambre de las que en su compañía venian, con otras no muy honestas, que se enderezaban á su persona; é asimismo le hizo saber que no bastaban todas las diligencias que se hacian para detenerle la gente, que anochecian y no amanecian, porque los que un dia le entregaban presos, otro dia se iban en poniéndoles en su libertad, y que le aconteció desde la noche á la mañana faltarle docientos hombres. Que por tanto, que le rogaba muy afectuosamente no se partiesen hasta que él llegase, porque él queria venir á verse conmigo á esta ciudad, porque si allí lo dejaban, pensaria de ahogarse de enojo. Y el alcalde mayor, vista su carta, acordó de aguardallo; y vino dende á dos dias que le escribió, y de allí despacharon mensajero para mí, por el cual el alcalde mayor me hacia saber cómo el adelantado veníase á ver conmigo á esta ciudad, y porque ellos se venian poco á poco hasta un pueblo que se llama Cicoaque [3], que es á la raya destas provincias, y que allí aguardaria mi respuesta; y el dicho adelantado me escribió dándome relacion del mal aparejo que de navíos tenia, y de la mala voluntad que su gente le habia mostrado, y que porque creia que yo ternia aparejo para le poder remediar, así proveyéndole de la gente que yo tenia, como del demás que él hobiese menester, y que porque conocia por mano de otro no podia ser remediado ni ayudado; así, que habia acordado de se venir á ver conmigo, y que me ofrecia á su hijo mayor con todo lo que él tenia, y esperaba dejalle para me le dar por yerno, y que se casase con una hija mia pequeña [4]; y en este medio tiempo, constándole al dicho alcalde mayor, al tiempo que se partian para se venir á esta ciudad, que habian venido en aquella armada de Francisco de Garay algunas personas muy sospechosas, amigos y criados de Diego Velazquez, que se habian mostrado muy contrarios á mis cosas, y viendo que no quedaban bien en la dicha provincia, y

[1] No admiraria que Cortés se quisiese valer de la gente de Garay; mas para su magnánimo corazon todo sobraba, y socorrió aun para la conquista del otro reino del Perú por medio de Albarado.

[2] Esta villa perdió el nombre de Santistéban, y hoy el puerto está junto á la villa de Tampico, que es de corta poblacion y de gente pobre.

[3] El pueblo de Cicoaque de las sierras acá.

[4] Nunca Cortés abatió el ánimo con ofertas semejantes.

que de su conversacion se esperaban algunos bullicios y desasosiegos en la tierra, conforme á cierta provision real que vuestra majestad me mandó enviar para que las tales personas escandalosas salgan de la tierra, los mandó salir della, que fueron Gonzalo de Figueroa, y Alonso de Mendoza, y Antonio de la Cerda, y Juan de Avila, y Lorenzo de Ulloa, y Taborda, y Juan de Grijalva, y Juan de Medina, y otros; y esto hecho, se vinieron hasta el dicho pueblo de Cicoaque, donde les tomó mi respuesta que hacia á las cartas que me habian enviado; por lo cual les hacia saber holgaba mucho de la venida del dicho adelantado, y que llegando á esta ciudad se entenderia con mucha voluntad en todo lo que me habia escrito, y en cómo, conforme á su deseo, él fuese muy bien despachado; y proveí asimismo para que su persona fuese muy proveida por el camino, mandando á los señores de los pueblos le diesen muy cumplidamente todo lo necesario; y llegado el dicho adelantado á esta ciudad, yo le recibí con toda la voluntad y buenas obras que se requerian y que yo pude hacerle, como lo haria con hermano verdadero [1]; porque de verdad me pesó mucho de la pérdida de sus navíos y desvío de su gente, y le ofrecí mi voluntad, como en la verdad yo la tuve de hacer por él todo lo que á mí posible fuese. E como el dicho adelantado tuviese mucho deseo que hubiese efecto lo que me habia escrito cerca de los dichos casamientos [2], tornó con mucha instancia á me importunar á que lo concluyésemos; y yo, por le hacer placer, acordé de hacer en todo lo que me rogaba (y el dicho adelantado tanto deseaba), sobre lo cual se hicieron de consentimiento de ambas partes con mucha certidumbre y juramentos ciertos capítulos que concluian el dicho casamiento, y lo que de ambas partes para se hacer se habia de cumplir (con tanto que ante todas cosas, después que vuestra majestad fuese certificado de lo capitulado, de todo ello fuese muy servido); en manera que, demás de nuestra amistad antigua, quedamos con lo contratado y capitulado entre nosotros, juntamente con el deudo que habiamos tomado con los dichos nuestros hijos, tan conformes y de una voluntad y querer, que no se entendia entre nosotros en mas de lo que á cada uno estaba bien en el despacho, principalmente del dicho adelantado.

En lo pasado, muy poderoso Señor, hice relacion á vuestra católica majestad de lo mucho que mi alcalde mayor trabajó para que la gente del dicho adelantado, que andaba derramada por la tierra, se juntase con el dicho adelantado, y las diligencias que para esto intervinieron (las cuales, aunque fueron muchas, no bastaron para poder quitar el descontento que toda la gente traia con el dicho adelantado Francisco de Garay); antes creyendo que habian de ser compelidos que todo el dia habian de ir con él, conforme lo mandado y apregonado, se metieron la tierra adentro por lugares y partes diversas, de tres en tres, de seis en seis; y en esta manera escondidos, sin que pudiesen ser habidos ni poderse recoger, que fué causa principal que los indios naturales de aquella provincia se alterasen, así por ver á los españoles todos derramados por muchas partes, como por las muchas desórdenes que ellos cometian entre los naturales, tomándoles las mujeres y la comida por fuerza, con otros desasosiegos y bullicios [3], que dieron causa á que toda la tierra se levantase, creyendo que entre los dichos españoles, segun que el dicho adelantado habia publicado, habia division en diversos señores, segun arriba se hizo relacion á vuestra majestad, y de lo que el dicho adelantado publicó al tiempo que en la tierra á los indios della (con lengua que pudieron entender bien), y fué así, que tuvieron tal astucia los dichos indios, siendo primeramente informados dónde y cómo y en qué partes estaban los dichos españoles, que de dia y de noche dieron en ellos por todos los pueblos en que estaban derramados; y á esta causa, como los hallaron desapercebidos y desarmados por los dichos pueblos, mataron mucho número dellos, y creció tanto su osadía, que llegaron á la dicha villa de Santistéban del Puerto, que tenia poblado en nombre de vuestra majestad, donde dieron tan recio combate, que pusieron á los vecinos della en grande necesidad, que pensaron ser perdidos, y se perdieran, si no fuera porque se hallaron apercebidos y juntos, donde pudieron hacerse fuertes y resistir á sus contrarios, hasta en tanto que salieron al campo muchas veces con ellos, y los desbarataron. Estando así las cosas en este estado, tuve nueva de lo sucedido, y fué por un mensajero, hombre de pié, que escapó huyendo de los dichos desbaratos; y me dijo cómo toda la provincia de Pánuco y naturales della se habian rebelado, y habian muerto mucha gente de los españoles que en ella habian quedado de la compañía del dicho adelantado, con algunos otros vecinos de la dicha villa, que yo allí en nombre de vuestra majestad fundé, y creí que, segun el grande desbarato habia habido, que ninguno de los dichos castellanos era vivo; de lo cual Dios nuestro Señor sabe lo que yo sentí; y en ver que ninguna novedad semejante se ofrece en estas partes, que no cuesta mucho y las traiga á punto de se perder; y el dicho adelantado sintió tanto esta nueva, que así por le parecer que habia sido causa dello, como porque tenia en la dicha provincia un hijo suyo, con todo lo que habia traido, que del gran pesar que hubo adoleció, desta enfermedad falleció desta presente vida en espacio y término de tres dias.

Y para que mas en particular vuestra excelsitud se informe de lo que sucedió después de sabida esta primera nueva, fué que después que aquel español trajo la nueva del alzamiento de aquella gente de Pánuco, porque no daba otra razon sino que en un pueblo que se dice Tacetuco [4], viniendo él y otros tres de caballo y un peon, les habian salido al camino los naturales dél, y habian peleado con ellos y muerto los dos de caballo y el peon, y el caballo al otro, y que ellos se habian es-

[1] Hacer bien á un sugeto sospechoso y contrario, como á un hermano, es virtud heróica.

[2] Este casamiento del yerno de Garay con una hija de Cortés débese entender que esta hija seria del primer matrimonio que hizo en Cuba; el segundo, aunque oculto, dicen algunos que fué con doña Marina de Escobar, y otros lo niegan; yo no me meto en juzgar; y el tercero con la señora doña Juana de Zúñiga, hija del conde de Aguilar y sobrina del duque de Béjar.

[3] Cortés padeció de los españoles tanto y aun mas que de los indios: *Foris pugnæ, intus timores.*

[4] Es el que hoy se llama Tanjuco.

capado huyendo porque vino la noche; y que habian visto un aposento del dicho pueblo, donde los habia de esperar el teniente con quince de caballo y cuarenta peones, quemando el dicho aposento, y que creia, por las muestras que allí habian visto, que los habian muerto á todos. Esperé seis ó siete dias, por ver si viniera otra nueva; y en este tiempo llegó otro mensajero del dicho teniente, que quedaba en un pueblo que se dice Tenertequipa [1], que es de los sujetos á esta ciudad, y parte términos con aquella provincia, y por su carta me hacia saber cómo estando en aquel pueblo de Tacetuco con quince de caballo y cuarenta peones, esperando mas gente que se habia de juntar con él, porque iba de la otra parte del rio á apaciguar ciertos pueblos que aun no estaban pacíficos, una noche al cuarto de la alba los habian cercado el aposento mucha copia de gente, y puéstoles fuego á él, y por presto que cabalgaron, como estaban descuidados, por tener la gente tan segura como hasta allí habia estado, les habian dado tanta priesa, que los habian muerto todos, salvo á él y á otros dos de caballo, que huyendo se escaparon; aunque á él le habian muerto su caballo, y otro le sacó á las ancas, y que se habian escapado porque dos leguas de allí hallaron un alcalde de la dicha villa con cierta gente, el cual los amparó, aunque no se detuvieron mucho; que ellos y él salieron huyendo de la provincia; y que de la gente que en la villa habia quedado, ni de la otra del adelantado Francisco de Garay, que estaba en ciertas partes repartida, no tenian nueva ni sabian dellos, y que creian que no habia ninguno vivo; porque, como á vuestra majestad tengo dicho, después que el dicho adelantado allí habia venido con aquella gente, y habia hablado á los naturales de aquella provincia, diciéndoles que yo no habia de tener qué hacer con ellos, porque él era el gobernador y á quien habian de obedecer, y que juntándose ellos con él, echarian todos aquellos españoles que yo tenia, y aquel pueblo, y á los que mas yo enviase, se habian alborotado, y nunca mas quisieron servir bien á ningun español; antes habian muerto algunos que topaban solos por los caminos; y que creia que todos se habian concertado para hacer lo que hicieron; y como habian dado en él y en la gente que con él estaba, así creia que habrian dado en la gente que estaba en el pueblo, y en todos los demás que estaban derramados por los pueblos, porque estaban muy sin sospecha de tal alzamiento, viendo cuán sin ningun resabio hasta allí los habian servido. Habiéndome certificado mas por esta nueva de la rebelion de los naturales de aquella provincia, y sabiendo las muertes de aquellos españoles, á la mayor priesa que yo pude despaché luego cincuenta de caballo y cien peones ballesteros y escopeteros, y cuatro tiros de artillería con mucha pólvora y municion, con un capitan español y otros dos de los naturales desta ciudad con cada quince mil hombres dellos; al cual dicho capitan mandé que con la mas priesa que pudiese, llegase á la dicha provincia, y trabajase de entrar por ella sin detener en ninguna parte, no siendo muy forzosa necesidad, hasta llegar á la villa de Santistéban del Puerto, á saber nuevas de los vecinos y gentes que en ella habian quedado, porque podria ser que estuviesen cercados en alguna parte, y darles ya socorro; y así fué, y el dicho capitan se dió toda la mas priesa que pudo, y entró por la dicha provincia, y en dos partes pelearon con él, y dándole Dios nuestro Señor la victoria, siguió todavía su camino hasta llegar á la dicha villa, adonde halló veinte y dos de caballo y cien peones, que allí los habian tenido cercados, y los habian combatido seis ó siete veces, y con ciertos tiros de artillería que allí tenian, se habian defendido; aunque no bastaba su poder para mas defenderse de allí, y aun no con poco trabajo; y si el capitan que yo envié se tardara tres dias, no quedara ninguno dellos; porque ya se morian todos de hambre, y habian enviado un bergantin de los navíos que el adelantado allí trajo á la villa de la Veracruz, para por allí hacerme saber la nueva, porque por otra parte no podian, y para traer bastimento en él, como después se lo llevaron, aunque ya habian sido socorridos de la gente que yo envié. E allí supieron cómo la gente que el adelantado Francisco de Garay habia dejado en un pueblo, que se dice Tamiquil [2], que serian hasta cien españoles de pié y de caballo, los habian todos muerto, sin escapar mas de un indio de la isla de Jamáica, que escapó huyendo por los montes, del cual se informaron cómo los tomaron de noche; y hallóse por copia que la gente del adelantado eran muertos docientos y diez hombres, y de los vecinos que yo habia dejado en aquella villa, cuarenta y tres, que andaban por sus pueblos que tenian encomendados; y aun créese que fueron mas de los de la gente del adelantado, porque no se acuerdan de todos. Con la gente que el capitan llevó, y con la que el teniente y alcalde tenian, y con la que se halló en la villa, llegaron ochenta de caballo, y repartiéronse en tres partes, y dieron la guerra por ellas en aquella provincia, en tal manera, que señores y personas principales se prendieron hasta cuatrocientos, sin otra gente baja, á los cuales todos, digo á los principales, quemaron por justicia, habiendo confesado ser ellos los movedores de toda aquella guerra, y cada uno dellos haber sido en muerte, ó haber muerto los españoles; y hecho esto, soltaron de los otros que tenian presos, y con ellos recogieron toda la gente en los pueblos; y el capitan, en nombre de vuestra majestad, proveyó de nuevos señores en los dichos pueblos á aquellas personas que les pertenecia por sucesion, segun ellos suelen heredar. A esta sazon tuve cartas del dicho capitan y de otras personas que con él estaban, cómo ya (loado nuestro Señor) estaba toda la provincia muy pacífica y segura, y los naturales sirven muy bien, y creo que será paz para todo el año la rencilla pasada.

Crea vuestra cesárea majestad que son estas gentes [3] tan bulliciosas, que cualquier novedad ó aparejo que vean de bullicio los mueve, porque ellos así lo tenian

[1] Tenezteqnipa: este pueblo, que parte términos con la ciudad de Pánuco, donde residia el teniente, puede ser Tantoyuca, que hoy es alcaldía mayor separada de la de la villa de Valles; mas no me aseguro en esta noticia.

[2] Tamiquil puede ser Tamuy ó Tancanhuichi.

[3] A los indios se les alborota con grande facilidad, porque el genio no es constante y son amigos de la novedad, huyen de la sujecion, y un mulato ó persona de casta infecta es capaz de perder un pueblo de naturales.

por costumbre de rebelarse y alzarse contra sus señores; y ninguna vez verán para esto aparejo, que no lo hagan.

En los capítulos pasados, muy católico Señor, dije cómo al tiempo que supe la nueva de la venida del adelantado Francisco de Garay á aquel rio de Pánuco, tenia á punto cierta armada de navíos y de gente para enviar al cabo ó punta de Hibueras [1], y las causas que para ello me movian; y por la venida del dicho adelantado cesó, creyendo que se quisiera poner en aposesionarse por su autoridad en la tierra, y para se lo resistir, si lo hiciera, hubo necesidad de toda la gente; y después de haber dado fin en las cosas del dicho adelantado, aunque se me siguió asaz costa de sueldos de marineros, y bastimentos de los navíos, y gente que habia de ir en ellos, pareciéndome que dello vuestra majestad era muy servido, seguí todavía mi propósito comenzado, y compré mas navíos de los que antes tenia, que fueron por todos cinco navíos gruesos y un bergantin, y hice cuatrocientos hombres, y bastecidos de artillería, municion y armas, y de otros bastimentos y vituallas y demás de lo que aquí se les proveyó, envié con dos criados ocho mil pesos de oro á la isla de Cuba para que comprasen caballos y bastimentos, así para llevar en este primero viaje, como para que tuviesen á punto para en volviendo los navíos cargarlos, porque por necesidad de cosa alguna no dejasen de hacer aquello para que yo los envio; y tambien para que al principio por falta de bastimentos no fatigasen los naturales de la tierra, y que antes les diesen ellos de lo que llevasen, que tomarles de lo suyo [2]; y con este concierto se partieron del puerto de San Juan de Chalchiqueca [3], á 11 dias del mes de enero de 1524 años, y han de ir á la Habana, que es la punta de la isla de Cuba, adonde se han de bastecer de lo que les faltare, especialmente los caballos, y recoger allí los navíos, y de allí, con la bendicion de Dios, seguir su camino para la dicha tierra; y en llegando en el primero puerto della, saltar en tierra, y echar toda la gente y caballos y bastimentos, y todo lo demás que en los navíos llevan, fuera dellos, y en el mejor asiento que al presente les pareciere, fortalecerse con su artillería, que llevan mucha y buena, y fundar su pueblo; y luego los tres de los navíos mayores que llevan, despacharlos para la isla de Cuba, al puerto de la villa de la Trinidad, porque está en mejor paraje y derrota; porque allí ha de quedar el uno de aquellos criados mios para les tener aparejada la carga de las cosas que fuesen menester y el capitan enviare á pedir. Los otros navíos mas pequeños y el bergantin, con el piloto mayor y un primo mio, que se dice Diego de Hurtado, por capitan dellos, vayan á correr toda la costa de la bahía de la Ascension [4] en demanda de aquel estrecho que se cree que en ella hay, y que estén allá fasta que ninguna cosa dejen por ver, y visto, se vuelvan donde el dicho capitan Cristóbal Dolid estuviere, y de allí con el uno de los navíos me hagan relacion de lo que hallaren, y lo que el dicho Cristóbal Dolid hubiese sabido de la tierra y en ella le hubiese sucedido, para que yo pueda enviar dello larga cuenta y relacion á vuestra católica majestad.

Tambien dije cómo tenia cierta gente para enviar con Pedro de Albarado á aquellas ciudades de Uclacian [5] y Guatemala, de que en los capítulos pasados he hecho mencion, y á otras provincias de que tengo noticia, que están adelante dellas; y cómo tambien habia cesado por la venida del dicho adelantado Francisco de Garay; y porque ya yo tenia mucha costa hecha, así de caballos, armas y artillería y municion, como de dineros, de socorro que se habia dado á la gente; y porque dello tengo creido que Dios nuestro Señor y vuestra sacra majestad han de ser muy servidos, y porque por aquella parte, segun tengo noticia, pienso descubrir muchas y muy ricas [6] y extrañas tierras, y de muchas y de muy diferentes gentes, torné todavía á insistir en mi primero propósito, y demás de lo que antes al dicho camino estaba proveido, le torné á rehacer al dicho Pedro de Albarado, y le despaché desta ciudad á 6 dias del mes de diciembre de 1523 años; y llevó ciento y veinte de caballo, en que, con las dobladuras que lleva, lleva ciento y sesenta caballos y trecientos peones, en que son los ciento y treinta ballesteros y escopeteros; lleva cuatro tiros de artillería con mucha pólvora y municion, y lleva algunas personas principales, así de los naturales desta ciudad, como de otras ciudades desta comarca, y con ellos alguna gente, aunque no mucha, por ser el camino tan largo.

He tenido nuevas dellos, cómo habian llegado á 12 dias del mes de enero, de la provincia de Tecuantepeque, que iban muy buenos; plega á nuestro Señor de los guiar á los unos y á los otros como él se sirva, porque bien creo que yendo enderezadas á su servicio y en el real nombre de vuestra cesárea majestad, no puede carecer de bueno y próspero suceso.

Tambien le encomendé al dicho Pedro de Albarado tuviese siempre especial cuidado de me hacer larga y particular relacion de las cosas, que por allá le aviniesen, para que yo la envie á vuestra alteza.

Y tengo por muy cierto, segun las nuevas y figuras de aquella tierra que yo tengo, que se han de juntar el dicho Pedro de Albarado y Cristóbal Dolid, si estrecho no los parte.

Muchos caminos destos se hubieran hecho en esta tierra, y muchos secretos della tuviera yo sabidos, si estorbos de las armadas que han venido no los hubieran impedido.

Y certifico á vuestra sacra majestad que ha recibido harto deservicio en ello, así en no tener descubiertas muchas tierras, como en haberse dejado de adquirir para su real cámara mucha suma de oro y perlas; pero

[1] A Hibueras ú Honduras envió Cortés á Cristóbal de Olid, de quien ya se ha hecho mencion, y aquí es de notar cómo Cortés luego aprontaba navíos para tres expediciones dificultosas; una en Honduras, otra para descubrir el estrecho que creyó habia junto á Panamá, que gobernaba Diego Hurtado, y otra para Goatemala.

[2] Otra prueba evidente del desinteresado fin de Cortés en la conquista.

[3] Chalchichoeca llamaban los indios á Veracruz.

[4] La bahía de la Ascension, de que aquí habla, está á la desembocadura del rio Grande, y frente de las costas de la antigua diócesis de Verapaz, hoy unida á la de Goatemala.

[5] Ucathlan.

[6] La provincia de Goatemala es sin duda muy rica, y rinde bastante á la corona en tributos, cacao, grana y otros frutos.



de aquí adelante, si otros mas no vienen, yo trabajaré de restaurar lo que se ha perdido; porque por trabajo de mi persona, ni por dejar de gastar mi hacienda, no quedará, porque certifico á vuestra cesárea y sacra majestad, que demás de haber gastado todo cuanto he tenido, debo, que he tomado del oro que tengo de las rentas de vuestra majestad, para gastos, como parecerá por ellos al tiempo que vuestra majestad fuere servido de mandar tomar la cuenta, sesenta y tantos mil pesos de oro, sin mas de otros doce mil que yo he tomado prestados de algunas personas para gastos de mi casa.

De las provincias comarcanas á la villa del Espíritu Santo, y de las que servian á los vecinos della, dije en los capítulos pasados que algunas dellas se habian rebelado, y aun muerto ciertos españoles; y así para reducir estas al real servicio de vuestra majestad, como para traer á él otras sus vecinas, porque la gente que en la villa está no bastaba para sostener lo ganado y conquistar estas, envié un capitan con treinta de caballo y cien peones, algunos dellos ballesteros y escopeteros, y dos tiros de artillería, con recado de municion y pólvora; los cuales partieron á 8 de diciembre de 523 años. Hasta ahora no he sabido nueva dellos; pienso harán mucho fruto, y que deste camino Dios nuestro Señor y vuestra majestad serán muy servidos, y se descubrirán hartos secretos, porque es un pedazo de tierra que queda entre la conquista de Pedro de Albarado y Cristóbal Dolid, lo que hasta ahora estaba pacífico, hácia la mar del Norte, y conquistado esto y pacífico, que es muy poco, tiene vuestra sacra majestad por la parte del norte mas de cuatrocientas leguas de tierra pacífica[1] y sujeta á su real servicio, sin haber cosa en medio, y por la mar del Sur mas de quinientas leguas[2], y todo de la una mar á la otra, que sirve sin ninguna contradiccion, excepto dos provincias que están entre la provincia de Teguantepeque y la de Chinanta y Guaxaca, y la de Guazacualco en medio de todas cuatro, que se llama la gente de la una los zaputecas[3], y la otra los mixes; los cuales, por ser tan ásperas, que aun á pié no se pueden andar, puesto que he enviado dos veces gente á los conquistar, y no lo han podido hacer porque tienen muy recias fuerzas y áspera tierra, y buenas armas, que pelean con lanzas de á veinte y cinco y treinta palmos, y muy gruesas y bien hechas, y las puntas dellas de pedernales; y con esto se han defendido, y muerto algunos de los españoles que allá han ido, y han hecho y hacen mucho daño en los vecinos, que son vasallos de vuestra majestad, salteándolos de noche y quemándoles los pueblos, y matando muchos dellos; tanto, que han hecho que muchos de los pueblos cercanos á ellos se han alzado y confederado con ellos; y porque no llegue á mas, aunque ahora no tenia sobra de gente, por haber salido á tantas partes, junté ciento y cincuenta hombres de pié, porque de caballo no pueden aprovechar, todos los mas ballesteros y escopeteros, y cuatro tiros de artillería con la municion necesaria; los ballesteros y escopeteros proveidos con mucho almacen, y con ellos por capitan Rodrigo Rangel, alcalde desta ciudad, que ahora há un año habia ido otra vez con gente sobre ellos, y por ser en tiempo de muchas aguas[4] no pudo hacer cosa ninguna, y se volvió con haber estado allá dos meses; el cual dicho capitan y gente se partieron desta ciudad á 5 de febrero deste año presente; creo, siendo Dios servido, que por llevar buen aderezo, y por ir en buen tiempo, y porque lleva mucha gente de guerra diestra, de los naturales desta ciudad y sus comarcas, que darán fin á aquella demanda; de que no poco servicio redundará á la imperial corona de vuestra alteza, porque no solo ellos no sirven, mas aun hacen mucho daño á los que tienen buena voluntad; y la tierra es muy rica de minas de oro; estando estos pacíficos, dicen aquellos vecinos que lo irán á sacar allá á estos, por haber sido tan rebeldes, habiendo sido tantas veces requeridos, y una vez ofreciéndose por vasallos de vuestra alteza, y haber muerto españoles, y haber hecho tantos daños, los pronunciar por esclavos; y mandé que los que á vida se pudiesen tomar, los herrasen del hierro de vuestra alteza, y sacada la parte que á vuestra majestad pertenece, se repartiese por aquellos que lo fueron á conquistar. Bien puede, muy excelentísimo Señor, tener vuestra real excelencia por muy cierto que la menor destas entradas que se van á hacer me cuesta de mi casa mas de cinco mil pesos de oro, y que las dos de Pedro de Albarado y Cristóbal Dolid me cuestan mas de cincuenta en dineros, sin otros gastos de mis haciendas que no se cuentan ni asientan por memoria; pero como sea todo para el servicio de vuestra cesárea majestad, si mi persona juntamente con ello se gastase, lo ternia por mayor merced; y ninguna vez se ofrecerá en que en tal caso yo la pueda poner, que no la ponga.

Así por la relacion pasada como por esta he fecho á vuestra alteza mencion de cuatro navíos que tengo comenzados á facer en la mar del Sur, y porque por haber mucho tiempo que se comenzaron, le parecerá á vuestra real alteza que yo he tenido algun descuido en no se haber acabado hasta ahora, doy á vuestra sacra majestad cuenta de la causa; y es que, como la mar del Sur, á lo menos aquella parte donde aquellos navíos hago, está de los puertos de la mar del Norte, donde todas las cosas que á esta Nueva-España vienen se descargan, docientas leguas y aun mas, y en parte de

[1] Contando, como cuenta Cortés, desde Méjico para el norte cuatrocientas leguas de tierra pacificada, se saca evidentemente que hoy no tenemos tanto, porque hay gentiles rebeldes en Tamaolipa, junto al nuevo Santander, y los rebeldes Seris y Pimas no distan mas de cuatrocientas leguas; por lo que es para causar admiracion cómo Cortés y sus soldados en tan poco tiempo andaban tantas tierras de tan ásperos é incógnitos caminos, cuando hoy aun con dificultad las podemos penetrar.

[2] Hácia el sur cuenta quinientas leguas, desde Méjico, de tierra conquistada; á Goatemala hay cuatrocientas, y desde allí mas de ciento hasta Comayagua; pero adviértase que aun en la diócesis de Goatemala se ha hecho fuerte Pichi, inglés, en unas serranías, que no ha habido forma de echarle, y es una vecindad muy perjudicial para lo sucesivo, pues de tener Inglaterra dominios en el centro destas provincias resultará un perjuicio irreparable en adelante, y aun para el comercio resulta al presente; porque por el golfo de Honduras entran géneros de Inglaterra, y mantiene su comercio: á lo menos no se pierda de lo que pacificó Cortés.

[3] Zapotecas y Mixe.

[4] Para caminar hoy á estas provincias es preciso que hayan pasado los meses de aguas, que son junio, julio, agosto y septiembre, pues hay rio que se pasa mas de setenta vueltas.

muy fragosos puertos de sierras, y en otros muy grandes y caudalosos rios; y como todas las cosas que para los dichos navíos son necesarias se hayan de llevar de allí, por no haber de otra parte donde se provean, hase llevado y llévase con mucha dificultad. Y aun sobrevino para esto, que ya que yo tenia en una casa en el puerto donde los dichos navíos se hacen, todo el aderezo que para ellos era menester, de velas, cables, jarcia, clavazon, áncoras, pez, sebo, estopa, betúmen, aceite y otras cosas, una noche se puso fuego y se quemó todo, sin se aprovechar mas de las áncoras, que no pudieron quemarse; y ahora de nuevo lo he tornado á proveer, porque habrá cuatro meses que me llegó una nao de Castilla, en que me trujeron todas las cosas necesarias para los dichos navíos, porque temiendo yo lo que me vino, lo tenia proveido y enviado á pedir; y certifico á vuestra cesárea majestad que me cuestan hoy los navíos, sin haberlos echado al agua, mas de ocho mil pesos de oro, sin otras cosas extraordinarias; pero ya, loado nuestro Señor, están en tal estado, que para la pascua del Espíritu Santo primera, ó para el dia de San Juan de junio, podrán navegar si botámen no me falta; porque, como se quemó lo que tenia, no he tenido de donde proveerme; mas yo espero que para este tiempo me lo traerán desos reinos, porque yo tengo proveido para que se me envien. Tengo en tanto estos navíos, que no lo podria significar; porque tengo por muy cierto que con ellos, siendo Dios nuestro Señor servido, tengo de ser causa que vuestra cesárea majestad sea en estas partes señor de mas reinos y señoríos que los que hasta hoy en nuestra nacion se tiene noticia; á él plega encaminarlo como él se sirva y vuestra cesárea majestad consiga tanto bien, pues creo que con hacer yo esto, no le quedará á vuestra excelsitud mas que hacer para ser monarca del mundo.

Después que Dios nuestro Señor fué servido que esta gran ciudad de Temixtitan se ganase, parecióme por el presente no ser bien residir en ella, por muchos inconvenientes que habia, y paséme con toda la gente á un pueblo que se dice Cuyuacan, que está en la costa desta laguna, de que ya tengo hecha mencion; porque como siempre deseé que esta ciudad se reedificase, por la grandeza y maravilloso asiento della, trabajé de recoger todos los naturales, que por muchas partes estaban ausentados desde la guerra, y aunque siempre he tenido y tengo al señor della preso, hice á un capitan general que en la guerra tenia, y yo conocia del tiempo de Muteczuma, que tomase cargo de la tornar á poblar. Y para que mas autoridad su persona tuviese, tornéle á dar el mismo cargo que en tiempo del señor tenia, que es ciguacoat, que quiere tanto decir como lugarteniente del señor; y á otras personas principales, que yo tambien asimismo de ante conocia, les encargué otros cargos de gobernacion desta ciudad, que entre ellos se solian hacer; y á este ciguagoat y á los demás les dí señorío de tierras y gente, en que se mantuviesen, aunque no tanto como ellos tenian, ni que pudiesen ofender con ellos en algun tiempo; y he trabajado siempre de honrarlos y favorecerlos; y ellos lo han trabajado y hecho tan bien, que hay hoy en la ciudad poblados hasta treinta mil vecinos, y se tiene en ella la órden que solia en sus mercados y contrataciones; y heles dado tantas libertades y exenciones, que de cada dia se puebla en mucha cantidad, porque viven muy á su placer, que los oficiales de artes mecánicas, que hay muchos, viven por sus jornales, entre los españoles; así como carpinteros, albañiles, canteros, plateros y otros oficios; y los mercaderes tienen muy seguramente sus mercaderías, y las venden; y las otras gentes viven dellos de pescadores, que es gran trato en esta ciudad, y otros de agricultura, porque hay ya muchos dellos que tienen sus huertas, y siembran en ellas toda la hortaliza de España de que acá se ha podido haber simiente. Y certifico á vuestra cesárea majestad que si plantas y semillas de las de España[1] tuviesen, y vuestra alteza fuese servido de nos mandar proveer dellas, como en la otra relacion lo envié á suplicar, segun los naturales destas partes son amigos de cultivar las tierras y de traer arboledas, que en poco espacio de tiempo hobiese acá mucha abundancia, de que no poco servicio pienso yo que redundaria á la imperial corona de vuestra alteza, porque seria causa de perpetuarse estas partes, y de tener en ellas vuestra sacra majestad mas rentas y mayor señorío que en lo que agora en el nombre de Dios nuestro Señor vuestra alteza posee; y para esto puede vuestra alteza ser cierto que en mí no habrá falta, y que lo trabajaré por mi parte cuanto las fuerzas y poder me bastare. Puse luego por obra, como esta ciudad se ganó, de hacer en ella una fuerza en el agua, á una parte desta ciudad en que pudiese tener los bergantines seguros[2], y desde ella ofender á toda la ciudad, si en algo se pudiese, y estuviese en mi mano la salida y entrada cada vez que yo quisiese, y hízose. Está hecha tal, que aunque yo he visto algunas casas de atarazanas y fuerzas, no la he visto que la iguale; y muchos que han visto mas, afirman lo que yo; y la manera que tiene esta casa, es que á la parte de la laguna tiene dos torres muy fuertes con sus troneras en las partes necesarias; y la una destas torres sale fuera del lienzo hácia la una parte con troneras, que barre todo el un lienzo, y la otra á la otra parte de la misma manera; y desde estas dos torres va un cuerpo de casa de tres naves, donde están los bergantines, y tienen la puerta para salir y entrar entre estas dos torres hácia el agua; y todo este cuerpo tiene asimismo sus troneras, y al cabo deste dicho cuerpo, hácia la ciudad, está otra muy gran torre, y de muchos aposentos bajos y altos, con sus defensas y ofensas para la ciudad; y porque la enviaré figurada á vuestra sacra majestad como mejor se entienda, no diré mas particularidades della, sino que es tal, que con tenerla, es en nuestra mano la paz y la guerra cuando la quisiéremos, teniendo en ella los navíos y artillería que ahora hay; hecha esta casa, por-

1 De las plantas, árboles y semillas de España ha venido todo, y han probado bien: me parece que hay de todas frutas y legumbres, y en la plaza de Méjico se halla de todo lo de España y del pais, y no sucede así en España, pues allá por la frialdad no arrojan fruto las plantas de tierra caliente, por mas experiencias que se han hecho; y aun los pájaros no se logran, á excepcion de los papagayos, cardènales y algun otro. En Méjico casi todo el año es primavera para las plantas, y he observado repetidas veces en algunas estar á un mismo tiempo con flor, con fruto verde y sazonado, sin ser el azar, que lo tiene por naturaleza.

2 Dicen algunos ser el sitio donde hoy está el matadero.

que me pareció que ya tenia seguridad para cumplir lo que deseaba, que era poblar dentro en esta ciudad, me pasé á ella con toda la gente de mi compañía, y se repartieron los solares por los vecinos, y á cada uno de los que fueron conquistadores, en nombre de vuestra real alteza yo dí un solar por lo que en ella habia trabajado, demás del que se les ha de dar como á vecinos, que han de servir, segun órden destas partes, y hanse dado tanta priesa en hacer las casas de los vecinos, que hay mucha cantidad dellas hechas, y otras que llevan ya buenos principios; y porque hay mucho aparejo de piedra, cal y madera, y de mucho ladrillo, que los naturales hacen, que hacen todos tan buenas y grandes casas, que puede creer vuestra sacra majestad que de hoy en cinco años será la mas noble y populosa ciudad que haya en lo poblado del mundo, y de mejores edificios [1]. Es la poblacion donde los españoles poblamos, distinta de los naturales [2], porque nos parte un brazo de agua, aunque en todas las calles que por ella atraviesan hay puentes de madera, por donde se contrata de la una parte á la otra. Hay dos grandes mercados de los naturales de la tierra, el uno en la parte que ellos habitan, y el otro entre los españoles[3]; en estos hay todas las cosas de bastimentos que en la tierra se pueden hallar, porque de toda ella lo vienen á vender; y en esto no hay falta de lo que antes solia en el tiempo de su prosperidad. Verdad es que joyas de oro [4] ni plata, ni plumajes, ni cosa rica, no hay nada como solia; aunque algunas piececillas de oro y plata salen, pero no como antes.

Por las diferencias que Diego Velazquez ha querido tener conmigo, y por la mala voluntad que á su causa y por su intercesion, don Juan de Fonseca [5], obispo de Búrgos, me ha tenido y por él y por su mandado los oficiales de la casa de la contratacion de la ciudad de Sevilla, en especial Juan Lopez de Recalde, contador della, de quien todo en el tiempo del Obispo solia pender, no he sido proveido de artillería ni armas, como tenia necesidad, aunque yo muchas veces he enviado dineros para ello; y porque no hay cosa que mas los ingenios de los hombres avive que la necesidad, y como yo esta tuviese tan extrema y sin esperanza de remedio, pues aquellos no daban lugar que vuestra sacra majestad la supiese, trabajé de buscar órden para que por ella no se perdiese lo que con tanto trabajo y peligro se habia ganado, y de donde tanto deservicio á Dios nuestro Señor y á vuestra cesárea majestad pudiera venir, y peligro á todos los que acá estábamos, y por algunas provincias de las destas partes me dí mucha priesa á buscar cobre, y dí para ello mucho rescate, para que mas aína se hallase; y como me trajeron cantidad, puse por obra con un maestro que por dicha aquí se halló, de hacer alguna artillería, y hice dos tiros de medias culebrinas, y salieron tan buenas, que de su medida no pueden ser mejores; y porque aunque tenia cobre, faltaba estaño, porque no se pueden hacer sin ello, y para aquellos tiros lo habia habido con mucha dificultad, y me habia costado mucho, de algunos que tenian platos y otras vasijas dello, y aun caro ni barato no lo hallaba, comencé á inquirir por todas partes si en alguna lo habia, y quiso nuestro Señor, que tiene cuidado, y siempre lo ha tenido, de proveer en la mayor priesa, que topé entre los naturales de una provincia que se dice Tachco [6], ciertas piecezuelas dello, á manera de moneda muy delgada, y procediendo por mi pesquisa, hallé que en la dicha provincia, aun en otras, se trataba por moneda; y llegándolo mas al cabo, supe que se sacaba en la dicha provincia de Tachco, que está veinte y seis leguas desta ciudad, y luego supe las minas, y envié herramientas y españoles, y trajéronme muestra dello; y de allí adelante dí órden como sacaron todo lo que fué menester, y se sacará lo que mas hubiere necesidad, aunque con harto trabajo; y aun andando en busca destos metales, se topó vena de fierro en mucha cantidad, segun me informaron los que dicen que lo conocen. Y topado este estaño, he hecho y hago cada dia algunas piezas, y las que hasta ahora están hechas son cinco piezas, las dos medias culebrinas y las dos poco menos en medidas, y un cañon serpentino y dos sacres [7], que yo traje cuando vine á estas partes, y otra media culebrina, que compré de los bienes del adelantado Juan Ponce de Leon. De los navíos que han venido, tendré por todas de metal, piezas chicas y grandes, de falconete arriba, treinta y cinco piezas, y de hierro, entre lombardas y pasavolantes y versos y otras maneras de tiros de hierro colado, hasta setenta piezas. Así que ya, loado nuestro Señor, nos podemos defender; y para la municion no menos proveyó Dios, que hallamos

[1] La formacion de Méjico es de las mejores ciudades del mundo, y cabe en ella tanta perfeccion, que sea el jardin mas hermoso de Italia particularmente en concluyéndose la obra real del desagüe, que con el mayor celo se está haciendo de cargo del comercio desta ciudad, y ya ninguno duda el que tenga cumplido efecto, y yo mismo he cavado en el tajo que se está abriendo para desaguar el rio de Guautitblan, lagunas de Zumpango, Xaltocan y San Cristóbal, y con esto se libertará á Méjico de inundaciones, porque no recibirá tantas aguas la de Tezcuco, y aun para el desagüe desta, ó minorarla, será después muy fácil el arbitrio.

[2] Los españoles fueron edificando hácia donde está hoy la iglesia catedral y los naturales ó indios, que es lo mismo, se quedaron en Tlatelulco, Popothla y sus inmediaciones.

[3] La plaza ó mercado de los naturales era en Santiago Tlatelulco, y la de los españoles en la plazuela del Volador y delante del palacio de los excelentísimos señores vireyes.

[4] Los indios olvidaron sus artes, ó las ocultaron, que es lo mas verosimil, pues tienen habilidad para todas las artes mecánicas y trabajan tan bien como los españoles, aunque no piensan mas que en el dia presente, y no tienen ansia de adquirir. Aquí referiré un caso admirable que no hace muchos años sucedió, y fué la prision de un indio, que era monedero falso y fabricaba la moneda con la mayor perfeccion: después de asegurada su persona, se recogieron los instrumentos de que usaba, y todo se reducia á unos palitos y unas hojas de maguey ó pita: admiráronse los jueces, y el excelentísimo señor virey que entonces era, llegó á ofrecerle perdon de la vida si declaraba el modo y secreto con que fabricaba la moneda; no hubo medio de declararlo, y eligió antes el morir. En Tierra-Caliente hacen las mujeres un tejido de plumas tan maravilloso, que se puede desafiar á la mejor y mas diestra europea á que no le hace igual. En el baratillo de Méjico se ven unas figuritas hechas de plumas y cera por los indios, que ni en Nápoles se hacen mejores.

[5] El señor Fonseca no tenia los informes correspondientes á la fidelidad de Cortés por lo que este padeció tantas contradiciones.

[6] Tazco, en donde después han sido tan abundantes las minas de plata, que solo el minero don Juan de la Borda ha dado al Rey, de quintos, muy crecidas sumas.

[7] Sacres, pasavolantes y versos, son culebrinas menores, de poco calibre, que ya no se usan.

tanto salitre y tan bueno, que podriamos proveer para otras necesidades, teniendo aparejo de calderas en que cocerlo, aunque se gasta acá harto en las muchas entradas que se hacen; y para el azufre, ya á vuestra majestad he hecho mencion de una sierra[1] que está en esta provincia, que sale mucho humo; y de allí, entrando un español[2] setenta ó ochenta brazas, atado, á la boca abajo, se ha sacado, con que hasta ahora nos habemos sostenido; ya de aquí adelante no habrá necesidad de ponernos en este trabajo, porque es peligroso; y yo escribo siempre que nos provean de España, y vuestra majestad ha sido servido que no haya ya obispo que nos lo impida.

Después de haber dejado asentada la villa de Santistéban, que en el rio de Pánuco se pobló, y haber dado fin en la conquista de la provincia de Tututepeque y de haber despachado al capitan que fué á los Impilcingos[3] y á Coliman, que de todo en un capítulo de los pasados hice mencion, antes de venir á esta ciudad, fuí á la villa de la Veracruz y á la de Medellin, para visitarlas y proveer algunas cosas que en aquellos puertos habia que proveer; y porque hallé que á causa de no haber poblacion de españoles mas cerca del puerto de San Juan de Chalchiqueca, que la villa de la Veracruz, iban los navíos á descargar á ella; y por no ser aquel puerto tan seguro como conviene, segun los nortes en aquella costa reinan, se perdian muchos, y fuí al dicho puerto de San Juan, á buscar cerca algun asiento para poblar; aunque al tiempo que yo allí salté, se buscó con harta diligencia, y por ser todo sierras de arena que se mudan cada rato no se halló, y desta vez estuve allí algunos dias buscándolo; y quiso nuestro Señor que dos leguas del dicho puerto se halló muy buen asiento[4] con todas las cualidades que para asentar pueblo se requieren, porque tiene mucha leña y agua y pastos, salvo que madera ni piedra ni para edificar no la hay, sino muy lejos; y hallóse un estero junto al dicho asiento, por el cual yo hice salir con una canoa para ver si salia á la mar, ó por él podrian entrar barcas hasta el pueblo; y hallóse que iba á dar á un rio que sale á la mar; y en la boca del rio se halló una braza de agua y mas; por manera que, limpiándose aquel estero, que está ocupado de mucha madera de árboles, podrá subir las barcas hasta descargar dentro en las casas del pueblo. E viendo este aparejo de asiento, y la necesidad que habia de remedio para los navíos, hice que la villa de Medellin, que estaba veinte leguas la tierra adentro, en la provincia de Tatalptetelco, se pasase allí, y así se ha fecho, que se han pasado ya casi todos los vecinos y tienen hechas sus casas, y se da órden cómo se limpie aquel estero, y se haga en aquella villa una casa de contratacion, porque aunque los navíos se tarden en descargar, porque aunque han de subir dos leguas con las barcas aquel estero arriba, estarán seguros de perderse; y tengo por cierto que aquel pueblo ha de ser, después desta ciudad, el mejor que hobiere en esta Nueva-España, porque después acá han descargado en él algunos navíos, y suben las barcas con las mercaderías hasta las casas del dicho pueblo, y aun asimismo bergantines; y en esto, yo trabajaré de lo tener tan á punto, que muy sin trabajo descarguen, y los navíos desde aquí adelante estarán seguros, porque el puerto es muy bueno. E asimismo se da mucha prisa en hacer los caminos que de aquella villa vienen á esta ciudad; y con esto habrá mejor despacho en las mercaderías que hasta aquí, porque es mejor camino, y se ataja una jornada.

En los capítulos pasados he dicho, muy poderoso Señor, á vuestra excelencia las partes adonde he enviado gente, así por la mar como por la tierra, de que creo, guiándolo nuestro Señor, vuestra majestad ha de ser muy servido; y como tengo continuo cuidado y siempre me ocupo en pensar todas las maneras que se puedan tener para poner en ejecucion y efectuar el deseo que yo al real servicio de vuestra majestad tengo, viendo que otra cosa no me quedaba para esto, sino saber el secreto de la costa que está por descubrir entre el rio de Pánuco y la Florida, que es lo que descubrió el adelantado Juan Ponce de Leon; y de allí la costa de la dicha Florida por la parte del norte, hasta llegar á los bacallaos, porque se tiene cierto que en aquella costa hay estrecho que pasa á la mar del Sur, y se hallase, segun cierta figura qué yo tengo del paraje adonde está aquel archipiélago, que descubrió Magallanes por mandado de vuestra alteza, parece que saldria muy cerca de allí, y siendo Dios nuestro Señor servido que por allí se topase el dicho estrecho, seria la navegacion desde la Especería para esos reinos de vuestra majestad muy buena y muy breve, y tanto, que seria las dos tercias partes menos que por donde agora se navega, y sin ningun riesgo ni peligro de los navíos que fuesen y viniesen, porque irian siempre y vernian por reinos y señoríos de vuestra majestad, que cada vez que alguna necesidad tuviesen, se podrian reparar, sin ningun peligro, en cualquiera parte que quisiesen tomar puerto[5], como en tierra de vuestra alteza, y por representárseme el gran servicio que aquí á vuestra majestad resulta, aunque yo estoy harto gastado y empeñado, por lo mucho que debo, y he gastado

[1] El volcan de Méjico.

[2] Este español creo fué Francisco Montaño, por un privilegio, que he visto, del señor Cárlos I, que así lo expresa, y sin contradicion se compone muy bien, que Diego Ordas fué el primero que reconoció de cerca el volcan, y que después Montaño con otros volvieron á ejecutarlo, y sacar dél azufre para la pólvora; lo que ninguno otro ha hecho después destos sugetos.

[3] Los de Impilcingo estaban en la provincia de Mechuacan, y aun son del obispado de Valladolid los pueblos de Colima y Zacatula.

[4] Por todas las razones que aquí pone Cortés con grande inteligencia, se desamparó el puerto de la antigua Veracruz, y se pasó á San Juan de Ulua ó Veracruz nueva, y él adelantó casi lo mas que hoy se reconoce.

[5] Todas las letras deste párrafo habian de estar grabadas en láminas de oro, pues parece imposible que en una tierra tan incógnita se hallase tan instruido en la geografía; intentaba descubrir dos estrechos, uno por la mar del Norte, siguiendo la Florida, y no le halló; pero se descubrió la isla de Terra-Nova, que la divide el estrecho de Bellisle, y tiene el marqués del Valle el título de duque de Terra-Nova, aunque hoy la poseen los ingleses: llama con propiedad toda la costa tierra de los Bacallaos, por el mucho pescado de bacallao é insigne secadero que hay en Terra-Nova, de donde sacan los ingleses tanta riqueza; y tambien la Virginia, que está después de la Carolina navegando desde Méjico, es muy abundante de bacallao; con que por esta parte del norte ni entonces ni ahora se ha hallado fin á este continente desde Méjico;

en todas las otras armadas que he hecho así por la tierra como por la mar, y en sostener los pertrechos y artillería, que tengo en esta ciudad y envio á todas partes, y otros muchos gastos y costas que de cada dia se ofrecen, porque todo se ha fecho y hace á mi costa, y todas las cosas de que nos hemos de proveer son tan caras y de tan excesivos precios, que aunque la tierra es rica, no basta el interese que yo della puedo haber á las grandes costas y expensas que tengo; pero con todo, habiendo respeto á lo que en este capítulo digo, y posponiendo toda necesidad que se me pueda ofrecer, aunque certifico á vuestra majestad que para ello tomo los dineros prestados, he determinado de enviar tres carabelas y dos bergantines en esta demanda, aunque pienso que me costará mas de diez mil pesos de oro; y juntar este servicio con los demás que he fecho, porque le tengo por el mayor, si, como digo, se halla el estrecho, y ya que no se halle, no es posible que no se descubran muy grandes y ricas tierras, donde vuestra cesárea majestad mucho se sirva, y los reinos y señoríos de su real corona se ensanchen en mucha cantidad; y síguese desto mas utilidad, ya que el dicho estrecho no se hallase, que terná vuestra alteza sabido que no lo hay, y darse ha órden como por otra parte vuestra cesárea majestad se sirva de aquellas tierras de la Especería y de todas las otras que con ellas confinan; y esta yo me ofrezco á vuestra alteza que, siendo servido de me la mandar dar, ya que falte el estrecho, la daré con que vuestra majestad mucho se sirva y á menos costa. Plega nuestro Señor que el armada consiga el fin para que se hace, que es descubrir aquel estrecho, porque seria lo mejor; lo cual tengo muy creido, porque en la real ventura de vuestra majestad ninguna cosa se puede encubrir, y á mí no me faltará diligencia y buen recaudo y voluntad para lo trabajar.

Asimismo pienso enviar los navíos que tengo hechos en la mar del Sur, que, queriendo nuestro Señor, navegarán en fin del mes de julio deste año de 524, por la misma costa abajo, en demanda del dicho estrecho; porque si le hay, no se puede esconder á estos por la mar del Sur, y á los otros por la mar del Norte; porque estos del Sur llevarán la costa hasta hallar el dicho estrecho ó juntar la tierra con la que descubrió Magallanes [1], y los otros del Norte, como he dicho, hasta la juntar con los Bacallaos. Así, por una parte y por otra no se deje de saber el secreto. Certifico á vuestra majestad que, segun tengo informacion de tierras la costa de la mar del Sur arriba, que enviando por ella estos navíos, yo hubiera muy grandes intereses, y aun vuestra majestad se sirviera; mas como yo sea informado del deseo que vuestra majestad tiene de saber el secreto deste estrecho, y el gran servicio que en le descubrir su real corona recibiria, dejo atrás todos los otros provechos y intereses que por acá me estaban muy notorios, por seguir este otro camino: nuestro Señor lo guie como sea mas servido, y vuestra majestad cumpla su deseo, y yo asimismo cumpla mi deseo de servir.

Los oficiales que vuestra majestad mandó venir para entender en sus reales rentas y hacienda, son llegados, y han comenzado á tomar las cuentas á los que antes tenian este cargo, que yo en nombre de vuestra alteza para ello habia señalado; y porque los dichos oficiales harán relacion á vuestra majestad del recado que en todo hasta aquí ha habido, no me detendré en dar dello particular cuenta á vuestra majestad, mas de remitirme á la que ellos enviarán, que creo será tal, que por ella vuestra alteza conozca la solicitud y vigilancia que yo he siempre tenido en lo que toca á su real servicio; y que aunque la ocupacion de las guerras, pacificacion desta tierra, haya sido tanta cuanta el suceso manifiesta, que no por eso me he olvidado de tener especial cuidado de guardar y allegar todo lo que ha sido posible de lo que á vuestra majestad ha pertenecido y yo he podido aplicar. Y porque por la carta-cuenta que los dichos oficiales á vuestra cesárea majestad envian, parece, y verá vuestra alteza, que yo he gastado de sus reales rentas en las cosas que para la pacificacion destas partes y ensanchamiento de los señoríos que en ellas vuestra cesárea majestad tiene, sesenta y dos mil y tantos pesos de oro, es bien que vuestra alteza sepa que no se pudo hacer otra cosa, porque cuando yo comencé á gastar dello fué después de no me haber á mí quedado qué gastar, y aun de estar empeñado en mas de treinta mil pesos de oro, que tomé prestados de algunas personas; y como no se pudiese hacer otra cosa, ni en el real servicio de vuestra alteza se pudiese cumplir lo necesario, y mi deseo, fué forzado gastarlo; y no creo que ha sido tan poco el fruto que dello redunda y redundará, que no sea mas de mil por ciento de ganancia [2]. E porque los oficiales de vuestra majestad, puesto que les consta que de haberlo yo gastado ha sido muy servido, no lo reciben en cuenta, porque dicen que para ello no traen comision ni poder, suplico á vuestra majestad mande que, pareciendo ello haber sido bien gastado, se me reciba, y se me paguen otros cincuenta y tantos mil pesos de oro que yo he gastado de mi hacienda, y que he tomado prestado de mis amigos, porque si esto no se me pagase, yo no podria cumplir con los que me lo han prestado, y quedaria en mucha necesidad, y no tengo yo pensamiento que vuestra católica majestad lo permita, sino que antes, demás de pagárseme, me ha de mandar hacer muchas y grandes mercedes; porque, demás de ser vuestra alteza tan católico y cristianísimo príncipe, mis servicios por su parte no lo desmerecen, y el fruto que han hecho da dello testimonio.

De los dichos oficiales y de otras personas que en su

el otro estrecho á la mar del Sur era por Panamá; pero no le encontro, aunque lo deseaba, como Magallanes le halló en la otra América: no se minora la gloria de Cortés por haber intentado y no conseguido, pues á todas las naciones mas cultas les ha sucedido lo mismo.

1 Ya aquí se hace cargo de lo mismo que sucedió, y fué el saber de cierto que habia el istmo del Panamá, que encadenaba las dos Américas.

2 ¿Qué dice mil por ciento? Millones de millones por uno: cuéntese toda la plata y oro que ha ido á España desde Cortés hasta el dia de hoy, y en caudales para el Rey, comercio y particulares, no es fácil sacar la suma de millones de pesos y valor de alhajas, importe de granas y otros géneros de crecido valor · todo esto lo ganó Cortés, ganando la tierra; y aunque en España se haya seguido alguna despoblacion en alguna parte, se recompensa con la substancia que le entra, y aun con muchas familias que, enriquecidas en la América, hacen florecer la España vieja.

compañía vinieron, y por algunas cartas que desos reinos me han escrito, he sabido que las cosas que yo á vuestra cesárea majestad envié con Antonio de Quiñones y Alonso de Avila, que fueron por procuradores desta Nueva-España, no llegaron ante su real presencia [1], porque fueron tomados de los franceses, á causa del mal recado que los de la casa de la contratacion de Sevilla enviaron para que los acompañase desde la isla de los Azores; y aunque por ser todas las cosas que iban tan ricas y extrañas, que deseaba yo mucho que vuestra majestad las viera; porque, demás del servicio que con ellas vuestra alteza recibia, mis servicios fueran mas manifiestos, me ha pesado mucho; mas tambien he holgado que las llevasen, porque á vuestra majestad harán poca falta, y yo trabajaré de enviar otras muy mas ricas y extrañas, segun tengo nuevas de algunas provincias que ahora he enviado á conquistar, y de otras que enviaré muy presto teniendo gente para ello; y los franceses y los otros príncipes á quien aquellas cosas fueren notorias, conocerán por ellas la razon que tienen de se sujetar á la imperial corona de vuestra cesárea majestad, pues demás de los muchos y grandes reinos y señoríos que en esas partes vuestra alteza tiene, destas tan divisas y apartadas, yo el menor de sus vasallos tantos y tales servicios le puedo hacer; y para principio de mi ofrecimiento, envio ahora con Diego de Soto, criado mio, ciertas cosillas que entonces quedaron por deshecho y por no dignas de acompañar á las otras, y algunas que despues acá yo he hecho, que aunque, como digo, quedaron por desechadas, tienen algun parecer con ellas; envio asimismo una culebrina de plata [2], que entró en la fundicion della veinte y cuatro quintales y dos arrobas, aunque creo entró en la fundicion algo, porque se hizo dos veces, y aunque me fué asaz costosa, porque, demás de lo que me costó el metal, que fueron veinte y cuatro mil y quinientos pesos de oro, á razon de á cinco pesos de oro el marco, con las otras costas de fundidores y grabadores y de los llevar hasta el puerto, me costó mas de otros tres mil pesos de oro; pero por ser una cosa tan rica y tan de ver, y digna de ir ante tan alto y excelentísimo príncipe, me puse á lo trabajar y gastar: suplico á vuestra cesárea majestad reciba mi pequeño servicio, teniéndole en tanto cuanto la grandeza de mi voluntad para le hacer mayor, si pudiera merecer; porque, aunque estaba adeudado, como á vuestra alteza arriba digo, me quise adeudar en mas, deseando que vuestra majestad conozca el deseo que de servir tengo; porque he sido tan mal dichoso, que hasta ahora he tenido tantas contradicciones ante vuestra alteza, que no han dado lugar á que este mi deseo se manifestase.

Asimismo envio á vuestra sacra majestad sesenta mil pesos de oro de lo que ha pertenecido á sus reales rentas, como vuestra alteza verá por la cuenta que dello los oficiales y yo enviamos; y hemos tenido atrevimiento á enviar tanta suma junta, así por la necesidad que acá se nos representa que vuestra majestad debe tener con las guerras [3] y otras cosas, como porque vuestra majestad no tenga en mucho la pérdida de lo pasado, y después desto se enviará cada vez que hubiere aparejo, todo lo mas que yo pudiere; y crea vuestra sacra majestad que, segun las cosas van enhiladas, y por estas partes se ensanchan los reinos y señoríos de vuestra alteza, que tendrá en ellas mas seguras rentas y sin costa que en ninguno de todos sus reinos y señoríos, si no se nos ofrecen algunos embarazos de los que hasta ahora aquí se nos han ofrecido. Digo esto, porque habrá dos dias que Gonzalo de Salazar, factor de vuestra alteza, llegó al puerto de San Juan desta Nueva-España, del cual he sabido que en la isla de Cuba, por donde pasó, le dijeron que Diego Velazquez, teniente de almirante en ella, habia tenido formas con el capitan Cristóbal Dolid, que yo envié á poblar las Hibueras en nombre de vuestra majestad, y que se habian concertado que se alzaria con la tierra por el dicho Diego Velazquez; aunque, por ser el caso tan feo y tan en deservicio de vuestra majestad, yo no lo puedo creer, aunque por otra parte lo creo, conociendo las mañas [4] que el dicho Diego Velazquez siempre ha querido tener para me dañar y estorbar que no sirva; porque cuando otra cosa no puede hacer, trabaja que no pase gente en estas partes; y como manda aquella isla, prende á los que van de acá, que por allí pasan, y les hace muchas opresiones, y tómales mucho de lo que llevan, y después hace probanzas con ellos porque los dé libres, y por verse libres dél hacen y dicen todo lo que quiere: yo me informaré de la verdad, y si hallo ser así, pienso enviar por el dicho Diego Velazquez y prenderle [5], y preso, enviarle á vuestra majestad; porque cortando la raíz de todos males, que es este hombre, todas las otras ramas se secarán, y yo podré mas libremente efectuar mis servicios comenzados y los que pienso comenzar.

Todas las veces que á vuestra sacra majestad he escrito, he dicho á vuestra alteza el aparejo que hay en algunos de los naturales destas partes para se convertir á nuestra santa fe católica y ser cristianos; y he enviado á suplicar á vuestra cesárea majestad, para ello mandase proveer de personas religiosas de buena vida y ejemplo. Y porque hasta agora han venido muy pocos, ó cuasi ningunos, y es cierto que harian grandísimo fruto, lo torno á traer á la memoria á vuestra alteza, y le suplico lo mande proveer con toda brevedad, porque dello Dios nuestro Señor será muy servido, y se cumplirá el deseo que vuestra alteza en este caso, como católico, tiene. E porque con los dichos procuradores An-

[1] Esta fué una pérdida muy considerable, y que si no hubiera sucedido habria tenido nuestra corte el mayor gozo en ver las piezas maravillosas que envió Cortés, y pusieron en codicia á las demás naciones.

[2] Mejor diria una culebrina de oro, por lo mucho que tenia, y deseara yo saber un ejemplar de otro conquistador que tan al principio de la conquista hubiese enviado á su soberano una pieza tan primorosa, de tanto peso y valor.

[3] En las historias del señor Cárlos I se pueden leer las guerras que tuvo en Alemania como emperador; en España á causa del levantamiento de los comuneros, que fueron vencidos en Medina del Campo; en Pavía con Francisco I, rey de Francia, al que hicieron prisionero, y lo estuvo en España, no obstante que fué un soberano de grande valor y pericia militar, y todos le juzgan por digno competidor de Cárlos V.

[4] Los dolos y artificios con que tanto le mortificó, no por servicio de Dios y del Rey, sino por emulacion de la gloria de Cortés.

[5] En nada se detenia Cortés, como juzgase ser del servicio del Soberano, y se resolvia á empresas las mas arduas, venciendo todas las dificultades.

tonio de Quiñones[1] y Alonso Dávila, los concejos de las villas desta Nueva-España y yo enviamos á suplicar á vuestra majestad mandase proveer de obispos ó otros prelados para la administracion de los oficios y culto divino, y entonces pareciónos que así convenia; y agora mirándolo bien, háme parecido que vuestra sacra majestad los debe mandar proveer de otra manera, para que los naturales destas partes mas aína se conviertan, y puedan ser instruidos en las cosas de nuestra santa fe católica; y la manera que á mí en este caso me parece que se debe tener, es que vuestra sacra majestad mande que vengan á estas partes muchas personas religiosas, como ya he dicho, y muy celosas deste fin de la conversion destas gentes, y que destos se hagan casas y monasterios por las provincias que acá nos pareciere que convienen, y que á estas se les dé de los diezmos para hacer sus casas y sostener sus vidas, y lo demás que restare dellos sea para las iglesias y ornamentos de los pueblos donde estuvieren los españoles, y para clérigos que las sirvan; y que estos diezmos los cobren los oficiales de vuestra majestad, y tengan cuenta y razon dellos, y provean dellos á los dichos monasterios y iglesias, que bastará para todo, y aun sobra harto, de que vuestra majestad se puede servir. Y que vuestra alteza suplique á su santidad conceda á vuestra majestad los diezmos destas partes para este efecto, haciéndole entender el servicio que á Dios nuestro Señor se hace en que esta gente se convierta, y que esto no se podria hacer sino por esta via; porque habiendo obispos y otros prelados, no dejarian de seguir la costumbre que por nuestros pecados hoy tienen, en disponer de los bienes de la Iglesia, que es gastarlos en pompas y en otros vicios; en dejar mayorazgos á sus hijos ó parientes, y aun seria otro mayor mal que, como los naturales destas partes tenian en sus tiempos personas religiosas que entendian en sus ritos y ceremonias, y estos eran tan recogidos, así en honestidad como en castidad, que si alguna cosa fuera desto á alguno se le sentia era punido con pena de muerte. E si agora viesen las cosas de la Iglesia y servicio de Dios en poder de canónigos ó otras dignidades, y supiesen que aquellos eran ministros de Dios, y los viesen usar de los vicios y profanidades que agora en nuestros tiempos en esos reinos usan, seria menospreciar nuestra fe y tenerla por cosa de burla; y seria á tan gran daño, que no creo aprovecharia ninguna otra predicacion que se les hiciese; y pues que tanto en esto va, y la principal intencion de vuestra majestad es y debe ser que estas gentes se conviertan, y los que acá en su real nombre residimos la debemos seguir, y como cristianos tener dellos especial cuidado, he querido en esto avisar á vuestra cesárea majestad, y decir en ello mi parecer; el cual suplico á vuestra alteza reciba como de persona súbdita y vasallo suyo, que así como con las fuerzas corporales trabajo y trabajaré que los reinos y señoríos de vuestra majestad por estas partes se ensanchen, y su real fama y gran poder entre estas gentes se publique, que así deseo y trabajaré con el ánima para que vuestra alteza en ellas mande sembrar nuestra santa fe, porque por ello merezca la bienaventuranza de la vida perpetua; y porque para hacer órdenes y bendecir iglesias y ornamentos y óleo y crisma y otras cosas, no habiendo obispos, seria dificultoso irá buscar el remedio dellas á otras partes, asimismo vuestra majestad debe suplicar á su santidad que conceda su poder y sean sus subdelegados en estas partes las dos personas principales de religiosos que á estas partes vinieren, uno de la órden de San Francisco, y otro de la órden de Santo Domingo[2], los cuales tengan los mas largos poderes que vuestra majestad pudiere; porque, por ser estas tierras tan apartadas de la Iglesia romana, y los cristianos que en ellas residimos y residieren, tan lejos de los remedios de nuestras conciencias, y como humanos, tan sujetos á pecado, hay necesidad que en esto su santidad con nosotros se extienda en dar á estas personas muy largos poderes; y los tales poderes sucedan en las personas que siempre residan en estas partes, que sea en el general que fuere en estas tierras, ó en el provincial de cada una destas órdenes.

Los diezmos destas partes se han arrendado de algunas villas, y de las otras andan en pregon, y arriéndase desde el año de 23 á esta parte; porque de los demás no me pareció que se debia hacer, porque ellos en sí fueron pocos, y porque en aquel tiempo los que algunas crianzas tenian, como era en tiempo de guerras, gastaban mas en sostenerlo que el provecho que dello habian: si otra cosa vuestra majestad enviare á mandar, hacerse ha lo que mas fuere su servicio.

[1] Antonio de Quiñones asió de un brazo á Cortés cuando se vió en gran peligro, y le sacó de entre los indios mejicanos: no se logró esta remesa de albajas hecha al rey Cárlos I, porque junto á los Azores apresó las carabelas ó navíos el cosario francés llamado Florin, y fué la mayor lástima, pues llevaba Quiñones cosas admirables, es á saber: muchas piedras finas, en particular una esmeralda como la palma de la mano, cuadrada y que remataba en punta de pirámide; una vajilla de oro y plata en tazas, jarros, escudillas, platos, ollas y otras piezas, vaciadas unas como aves, otras como peces, otras como animales, otras como frutas y flores, y muy al vivo; muchas manillas, zarcillos, sortijas, bezotes ó anillos, que los indios traian pendientes del labio inferior, derivado del término *bezo*, y joyas de hombres y mujeres; algunos ídolos y cerbatanas de oro y plata: todo lo cual valia mas de ciento y cincuenta mil ducados; además desto, llevaban muchas máscaras mosáicas de piedras finas pequeñas, con las orejas de oro, los colmillos de hueso; muchas ropas de sacerdotes gentiles, frontales, palias y otros ornamentos de templo tejidos de plumas, algodon y pelos de conejo; huesos de gigantes, que se hallaron en Culhuacan, y se han visto y hallado otros muchos en la diócesis de Puebla, lo que parece prueba que es cierto que los tlaxcaltecas mataron hombres gigantes, y no aquieta enteramente la razon de que con el suco de la tierra crecen, pues es falso en Culhuacan, donde les halló Cortés. Me hago cargo de lo que dice el reverendísimo Feijóo; pero el hecho es cierto é innegable y muy verosímil, que aun después del diluvio universal quedaran hombres de estatura disforme y gigantesca, y en los Mecos se ven hoy algunos hombres que, como Saul, exceden á los mejicanos del hombro arriba: yo los he visto muy altos, y tambien tengo en mi librería huesos de tal tamaño, que á no haberlos formado así la naturaleza, es preciso confesar que eran de proprios gigantes; mas esta disputa se reserva á los eruditos, que cada uno va por su lado. Tambien envió Cortés tres tigres, y habiéndose soltado uno en la nao, mató dos personas, hirió á otras y saltó á la mar: aun vivian los padres de Cortés, porque Juan de Ribera, su secretario, les llevaba tambien cuatro mil ducados.

[2] Así lo hizo el señor Cárlos I, enviando religiosos de San Francisco, cuya principal cabeza fué el venerable fray Martin de Valencia, y después religiosos dominicos, cuya principal cabeza, y fundador de la provincia, fué el venerable Betanzos, que hizo el primer convento ó doctrina en Tepethlaxtoc, cerca de Tezcuco.

Los diezmos desta ciudad del dicho año de 23 y deste de 24 se remataron en cinco mil y quinientos y cincuenta pesos de oro, y los de las villas de Medellin y la Veracruz andan en precio de mil pesos de oro: por los dichos años no estan rematadas; creo subirán mas. Los de las otras villas no he sabido si están puestos en precio; porque, como están lejos, no he habido respuesta. Destos dineros se gastarán para hacer las iglesias [1] y pagar los curas y sacristanes y ornamentos, y otros gastos que fueren menester para las dichas iglesias; y de todo tendrá cuenta el contador y tesorero de vuestra majestad, porque todo se entregará al dicho tesorero, y lo que se gastare será por libramiento del contador y mio.

Asimismo, muy católico Señor, he sido informado de los navíos que ahora han venido de las islas, que los jueces y oficiales de vuestra majestad que en la isla Española residen han proveido y mandado apregonar en la dicha isla y en todas las otras que no saquen yeguas [2] ni otras cosas que puedan multiplicar para esta Nueva-España, so pena de muerte; y hanlo hecho á fin que siempre tengamos necesidad de comprarles sus ganados y bestias, y ellos nos los vendan por excesivos precios; y no lo debieran hacer así, por estar notorio del mucho deservicio que á vuestra majestad se hace en excusar que esta tierra se pueble y se pacifique, pues saben cuánta necesidad hay desto, que ellos defienden para sostener lo ganado y ganar lo que mas hay, como por las buenas obras y mucho noblecimiento que aquellas islas desta Nueva-España han recibido; y porque en la verdad ellos allá tienen poca necesidad de lo que defienden, suplico á vuestra majestad lo mande proveer, enviando á aquellas islas su provision real para que todas las personas que lo quisieren sacar lo puedan hacer, sin pena alguna, y á ellos, que no lo defiendan; porque, demás de no les hacer á ellos falta, vuestra majestad seria dello muy deservido, porque no podriamos acá hacer nada en conquistar cosa de nuevo ni aun sostener lo conquistado, y yo me hubiera pagado bien desto; de manera que ellos holgaran de reponer sus mandamientos y pregónes; porque con dar yo otro para que ninguna cosa que de aquellas islas se trajese se descargase en esta tierra, si no fuese las que ellos defienden, ellos holgarian de dejar traer lo uno porque se les recibiese lo otro, pues no tienen otro remedio para tener algo sino la contratacion desta tierra; que antes que la tuviesen no habia entre todos los vecinos de las islas mil pesos de oro, y ahora tienen mas que en algun tiempo tuvieron; mas por no dar lugar á que los que han querido mal decir puedan extender sus lenguas, lo he disimulado hasta lo manifestar á vuestra majestad, para que vuestra alteza lo mande proveer como convenga á su real servicio.

Tambien he hecho saber á vuestra cesárea majestad la necesidad que hay que á esta tierra se traigan plantas de todas suertes, y por el aparejo que en esta tierra hay de todo género de agricultura; y porque hasta ahora ninguna cosa se ha proveido, torno á suplicar á vuestra majestad, porque dello será muy servido, mande enviar su provision á la casa de la contratacion de Sevilla para que cada navío traiga cierta cantidad de plantas [3], y que no pueda salir sin ellas, porque será mucha causa para la poblacion y perpetuacion della.

Como á mí me convenga buscar toda la buena órden que sea posible para que estas tierras se pueblen, y los españoles pobladores y los naturales dellas se conserven y perpetúen, y nuestra santa fe en todo se arraigue, pues vuestra majestad me hizo merced de me dar cuidado, y Dios nuestro Señor fué servido de me hacer medio por donde viniese en su conocimiento, y debajo del imperial yugo de vuestra alteza hice ciertas ordenanzas y las mandé pregonar, y porque dellas envio copia á vuestra majestad, no terné que decir sino que á todo lo que acá yo he podido sentir, es cosa muy conveniente que las dichas ordenanzas se cumplan. De algunas dellas los españoles que en estas partes residen no están muy satisfechos, en especial de aquellas que los obligan á arraigarse en la tierra; porque todos, ó los mas, tienen pensamientos de se haber con estas tierras como se han habido con las islas que antes se poblaron, que es esquilmarlas y destruirlas, y después dejarlas; y porque me parece que seria muy gran culpa á los que de lo pasado tenemos experiencia, no remediar lo presente y por venir, proveyendo en aquellas cosas por

[1] Asi se hizo, y de tiempo de Cortés se mantienen unas fábricas de maravillosa estructura, como son las de Tepozthlan, Ayacapisthla, Tula, Mestitlam, Molango, Cuernabaca, Oculman y otras partes, y las pinturas son de insignes maestros.

[2] Vinieron yeguas de las islas y de España, y la cria de caballos es abundantísima en este reino, muy ligeros y de buena talla.

De las demás especies de animales conocidos en Europa, como leones, tigres, osos, gatos, víboras de cascabel, por el ruido que meten, alacranes, etc., hay en esta Nueva-España con abundancia, y estos últimos son muy venenosos en Tierra-Caliente; pero hay algunos particulares y raros, como los castores, que se hallan en el golfo de Californias, á la desembocadura del rio Colorado; mas no tienen la cola tan ancha ni larga como en otras partes.

Los cibolos, que son una especie de bueyes pequeños, mansos y bastante feos, tienen el lomo levantado al modo de los camellos, y el pelo ó lana es fina.

Armadillos; es una especie de tortugas chicas: están cubiertos en todo el cuerpo y cola con unas conchas que abren y cierran como quieren; tienen las uñas largas y corren bastante.

Tlacoachi; es del tamaño y color de zorra, algo mas pardo; anda minando debajo la tierra, y muda sus hijuelos de una á otra parte, llevando á unos encima del lomo y á otros metidos en una especie de bolsa que forma con una membrana en las ingles.

Zorrillo; propriamente es un zorro pequeño manchado, que despide un aire tan fétido, que se percibe y molesta el olfato á grande distancia, y en esto consiste su natural defensa.

Culebras saetillas; se arrojan desde los árboles contra los caminantes, y son muy venenosas.

Tarántulas; son unas arañas grandes, peludas y tan venenosas, que en pisándolas una bestia, luego se le cae el casco.

Niguas; son unos insectos menudísimos, que se meten entre cuero y carne, y allí hacen una bolsita donde crian; causan fuertes dolores, y es preciso sacar con un alfiler toda la bolsa para que no se multipliquen ni quede alguno dentro, pues si se les deja, comen toda aquella parte, como si fuera cáncer.

Luciérnagas; son unos mosquitos que despiden luz solo cuando vuelan, por tenerla debajo de las alas: estos son los que, segun Solís, engañaron á la gente de Narvaez cuando venia contra Cortés, pensando que estas luces eran mechas encendidas de arcabuces.

[3] Me parece que rara planta de Europa falta en el reino: unas prueban mejor que otras; solo falta industria y gana de trabajar, pues hay tierras calientes, como son todas las cercanas á las costas del mar del Sur y del Océano; otras templadas, como Méjico y Puebla; y otras muy frias, como son las que están cerca de los volcanes de Méjico, Orizaba, Toluca y las sierras; y segun esta variedad tan notable de temperamentos, prueban las plantas.

donde nos es notorio haberse perdido las dichas islas, mayormente siendo esta tierra, como yo muchas veces á vuestra majestad he escrito, de tanta grandeza y nobleza [1], y donde tanto Dios nuestro Señor puede ser servido y las reales rentas de vuestra majestad acrecentadas, suplico á vuestra majestad las mande mirar, y de aquello que mas vuestra alteza fuere servido me envie á mandar la órden que debo tener, así en el cumplimiento destas dichas ordenanzas, como en las que mas vuestra majestad fuere servido que se guarden y cumplan; y siempre terné cuidado de añadir lo que mas me pareciere que conviene, porque como por la grandeza y diversidad de las tierras que cada dia se descubren, y por muchos secretos que cada dia de lo descubierto conocemos, hay necesidad que á nuevos acontecimientos haya nuevos pareceres y consejos, y si en algunos de los que he dicho, ó de aquí adelante dijere á vuestra majestad, le pareciere que contradigo algunos de los pasados, crea vuestra excelencia que nuevo caso me hace dar nuevo parecer.

Invictísimo César, Dios nuestro Señor la imperial persona de vuestra majestad guarde, y con acrecentamiento de muy mayores reinos y señoríos, por muy largos tiempos en su santo servicio prospere y conserve, con todo lo demás que por vuestra alteza se desea.—De la gran ciudad de Temixtitan desta Nueva-España, 15 dias del mes de octubre de 1524 años [2].—De vuestra sacra majestad muy humilde siervo y vasallo, que los reales piés y manos de vuestra majestad besa.—*Hernando Cortés.*

Concluyo mi trabajo apropriando las palabras del sabio maestro fray Luis de Leon, escribiendo á unas religiosas carmelitas tocante á la vida de Santa Teresa : yo no conocí ni vi al héroe Hernan Cortés, pero le conozco y veo todos los dias en sus cartas; no le traté, pero en esta capital de Méjico, en las calles y plazas, se me representa á todas horas con la espada en la mano, unas veces alentando á sus soldados, otras cortando acequias, otras pasándolas á nado y salvando á otros; en las iglesias que edificó admiro su piedad y magnificencia; en sus relaciones veo un extremeño el mas verídico, el mas constante, valeroso y religioso, que parece le habia Dios destinado para sufrir todas las incomodidades de la América, como en su glorioso paisano san Pedro Alcántara formó la divina Providencia un hombre que parecia hecho de raíces de árboles para asombro de la penitencia.

Gloríese la Extremadura de tener un alumno de tan elevado mérito, que su historia y conquista ha sido traducida con emulacion por todas las naciones europeas; gloríese mi amada diócesis de Plasencia por tener en su comprehension á la villa de Medellin, esclarecida patria de Cortés, por cuya cuna merecia el que altercasen siete ciudades, como por la de Homero : un extremeño sin segundo es el que dió el ser á esta capital de Méjico; y yo me glorio de haber gobernado, aunque por corto tiempo, la diócesis de Plasencia, para dar muestra á aquella mi santa iglesia de que aprecio á sus naturales, y aunque tan distante, tengo siempre en mi presencia un diocesano tan ilustre como Cortés, un soldado que excedió las reglas del arte militar, un vasallo de nuestro Rey, que vivirá eternamente en los mármo-

[1] Mucho se ha escrito, y doctísimamente, sobre las causas de la despoblacion de nuestra España, y ser una de las principales la poblacion de Indias : el hecho es cierto é innegable, porque tantos millones de criollos, que llaman españoles, como hay en las dos Américas y en todas las islas, descienden de españoles rancios, á los que se agrega el número tan crecido de gachupines ó europeos como hay al presente, y con todo esto, para sosegar los escrúpulos de algunos curiosos pongo las siguientes reflexiones: un rey que tiene vastos dominios debe cuidar de que todos estén poblados, pues todos son sus vasallos y todos le contribuyen; con que, contando los vasallos que nuestro rey tiene en la Vieja-España, en las dos Américas y en tantas islas, tiene mas pobladores, mas vasallos, mas ciudades, mas tributos, mas riqueza, mas poder, mayor seguridad, aunque por casualidad sea menor la poblacion de algunas ciudades de Castilla, que en comparacion de los demás dominios, es una mínima parte.

El dinero en España andaba antes muy escaso, y con los que vienen á Indias se socorren muchas familias de allá, y lo que mas es, hay para los gastos de guerra.

Cuanto mas pobladas de gente estén las Américas, tendrá nuestro rey mas tropa de los nacidos en ellas, y aun para enviar á España y socorrer á otras islas; pasarán mas pobladores á España con tráfico, con haciendas y con familias, y poco á poco se irá reemplazando la falta de gente que al principio de la conquista se experimentó.

Ultimamente, todas las naciones cultas tienen ansia de poseer mas y mas en las Américas, y se despueblan aun mas que nosotros; con que el partido es igual, la causa es indispensable, la utilidad notoria, la defensa destas provincias precisa, la variedad del mundo natural á nuestra condicion, y las razones de estado idénticas, porque en el instante en que un soberano permitiera otro en la América, correrian igual riesgo todas las provincias: esto supuesto, el mandar que todos los españoles ricos en las Indias se volviesen con sus hijos criollos á España, era impracticable, duro y de gran perjuicio para los intereses reales y de particulares; el obligar á todos los españoles á guardar castidad en las Américas, moralmente imposible; con que se pueden interpretar muy bien las razones de los eruditos, que vieron la despoblacion de España en los principios, que dudaron de las riquezas, que no vieron estas provincias americanas, que no trataron á los indios; y finalmente, la propagacion de la fe y la extirpacion del gentilismo son fuertes fundamentos para no llorar tanto la falta de algunas familias en España, á la que, circulando la poblacion por el mundo, irán volviendo insensiblemente.

Yo no vine á esta Nueva-España para volver á mi antiguo reino ni para enviar riquezas, sino para vivir en trabajos y fatigas de mi pastoral ministerio; conservo el amor á mi patria, y no quiero deslucir la vieja España en cosa alguna, y con todo dijo con verdad Hernan Cortés que Méjico y otras provincias de la América tienen disposicion para ser de las mejores del mundo en grandeza, nobleza y riqueza; sin que me mueva á decir esto la adulacion á los naturales deste país, sino únicamente el conocimiento de la verdad, el amor á todos los españoles destos paises, á los indios, por mi oficio y derechos divino, natural y eclesiástico, y la experiencia de que la tierra es fecunda, agradecida al cultivo, y benéfica en mas abundantes cosechas que en nuestra España. No por esto faltan incomodidades, y mayores que en la Europa; porque las pestes son mas frecuentes, los calores é intemperie hácia las costas del mar, sea norte ó sur, insufribles, y aun casi inhabitables algunas; de modo que el que viene á Nueva-España puede esperar sea su sepulcro, no solo el mar, sino tambien los puertos; tenga presente la muerte y la eternidad para no cebarse con la codicia; que las riquezas se desparecen, y lo que queda siempre es la justicia, las virtudes y la buena fama.

[2] El año de 1521 fué la conquista, y á tres años de hecha, ya habla Cortés en esta carta como si hubieran pasado cincuenta de buen gobierno: veneraré siempre á Cortés, y beso su firma como de un héroe político, militar y cristiano sin ejemplo por su término; de un vasallo que sufrió los golpes de la fortuna con la mayor fortaleza y constancia, y de un hombre á quien tenia Dios destinado para poner en manos del Rey Católico otro nuevo y mas grande mundo.

les, en láminas de bronce, y fatigará las prensas la alabanza de sus proezas.

Labró él mismo su fortuna á fuerza de golpes, como el diamante; en su vida ni él mismo llegó á conocer el valor de la herencia que dejaba á su esclarecida familia, mas de honor que de riquezas; y merecia justísimamente que en el convento de San Francisco el Grande desta ciudad, donde está su retrato, se le erigiese estatua para eterna memoria.

CARTA QUINTA,

DIRIGIDA Á LA SACRA CATÓLICA CESAREA MAJESTAD DEL INVICTÍSIMO EMPERADOR DON CÁRLOS V, DESDE LA CIUDAD DE TEMUXTITAN, Á 3 DE SETIEMBRE DE 1526 AÑOS.

Sacra católica cesarea majestad: En 23 dias del mes de otubre del año pasado de 1525 despaché un navío para la isla Española desde la villa de Trujillo, del puerto y cabo de Honduras, y con un criado mio que en él envié, que habia de parar en esos reinos, escrebí á vuestra majestad algunas cosas de las que en aquel que llaman golfo de Higuetas habian pasado, así entre los capitanes que yo envié y el capitan Gil Gonzalez, como después que yo vine, y porque al tiempo que despaché el dicho navío y mensajero no pude dar á vuestra majestad cuenta de mi camino y cosas que en él me acaecieron después que partí desta gran ciudad de Temuxtitan, hasta topar con las gentes de aquellas partes, son cosas que es bien que vuestra alteza las sepa, al menos por no perder yo el estilo que tengo, que es no dejar cosa que á vuestra majestad no manifieste; las relataré en suma lo mejor que yo pudiere, porque decirlas como pasan, ni yo las sabria significar, ni por lo que yo dijese allá se podrian comprender; pero diré las cosas notables y mas principales que en el dicho camino me acaecieron; aunque hartas quedarán por acepsorias, que cada una dellas podrá dar materia de larga escritura.

Dada órden para en lo de Cristóbal de Olid, como de vuestra majestad se creyó, porque me paresció que ya habia mucho tiempo que mi persona estaba ociosa y no hacia cosa nuevamente de que vuestra majestad se sirviese, á causa de la lesion de mi brazo; aunque no mas libre della, me paresció que debia de entender en algo, y salí desta gran ciudad de Temuxtitan á 12 dias del mes de otubre del año 1524 años, con alguna gente de caballo y de pié, que no fueron mas de los de mi casa y algunos deudos y amigos mios, y con ellos á Gonzalo de Salazar y Peralmirez, Chirinofator y veedor de vuestra majestad, y llevé asimismo conmigo todas las personas principales de los naturales de la tierra, y dejé cargo de la justicia y gobernacion al tesorero y contador de vuestra alteza, y al licenciado Alonso de Zuazo, y dejé en esta ciudad todo recaudo de artillería y municion y gente que era necesaria, y las atarazanas asimismo bastecidas de artillería, y los bergantines en ellas muy á punto, un alcaide y toda buena manera para la defensa desta ciudad, y aun para ofender á quien quisiesen, y con este propósito y determinacion, salí desta ciudad de Temuxtitan, y llegado á la villa del Espíritu Santo, que es en la provincia de Guazaco alto, ciento y diez leguas desta ciudad, en tanto que yo daba órden en las cosas de aquella villa, envié á las provincias de Tabasco y Xicalango á hacer saber á los señores dellas mi ida á aquellas partes, y mandándoles que viniesen á hablarme ó enviasen personas á quien yo dijese lo que habian de hacer, que á ellos se lo supiesen bien decir, y así lo hicieron, que los mensajeros que yo envié fueron dellos bien recebidos, y con ellos me enviaron siete ó ocho personas honradas con el crédito que ellos tienen por costumbre de enviar, y hablando con estos en muchas cosas de que yo queria informarme de la tierra, me dijeron que en la costa de la mar, de la otra parte de la tierra que llaman Yucatan, hácia la bahía que llaman de la Asuncion, estaban ciertos españoles, y que los hacian mucho daño; porque, demás de quemarles muchos pueblos y matarles alguna gente, por donde muchos se habian despoblado, y huido la gente dellos á los montes, recebian este mayor daño los mercaderes y tratantes; porque á su causa se habia perdido toda la contratacion de aquella costa, que era mucha, y como testigos de vista, me dieron rázon de casi todos los pueblos de la costa hasta llegar donde está Pedrarias de Avila, gobernador de vuestra majestad, y me hicieron una figura en un paño de toda ella, por la cual me paresció que yo podia andar mucha parte della, en especial hasta allí donde me señalaron que estaban los españoles; y por hallar tan buena nueva del camino para seguir mi propósito y por atraer los naturales de la tierra al conocimiento de nuestra fe y servicio de vuestra majestad, que forzado en tan largo camino habia de pasar muchas y diversas provincias, y de gente de muchas maneras, y por saber si aquellos españoles eran de algunos de los capitanes que yo habia enviado, Diego ó Cristóbal de Olid, ó Pedro de Albarado, ó Francisco de las Casas, para dar órden en lo que debiesen hacer, me paresció que convenia al servicio de vuestra majestad que yo llegase allá, y aun porque forzado se habian de ver y descubrir muchas tierras y provincias no sabidas, y se podrian apaciguar muchas dellas, como después se hizo, y concebido en mi pecho el fruto que de mi ida se seguiria, pospuestos todos trabajos y costas que se me ofrecieron y representaron, y los que mas se me podian ofrescer, me determiné de seguir aquel camino, como antes que saliese desta ciudad lo tenia determinado.

Antes que llegase á la dicha villa del Espíritu Santo, en dos ó tres partes del camino habia rescebido cartas de la otra ciudad, así de los que yo dejé mis lugartenientes como de otras personas, y tambien las rescibieron



los oficiales de vuestra majestad que en mi compañía estaban; como entre el tesorero y contador no habia aquella conformidad que era necesaria para lo que tocaba á sus oficios y al cargo que yo en nombre de vuestra majestad les dejé, y habia sobre ello proveido lo que me paresció que convenia, que era escrebirles muy recias reprensiones de su yerro, y aun apercibiéndoles que si no se conformaban y tenian de allí adelante otra manera que hasta entonces, que lo proveeria como no les pluguiese, y aun que haria dello relacion á vuestra majestad; y estando en esta villa del Espíritu Santo con la determinacion ya dicha, me llegaron otras cartas dellos y de otras personas, en que me hacian saber cómo sus pasiones todavía duraban y aun crecian, y que en cierta consulta habian puesto mano á las espadas el uno contra el otro, en que fué tan grande el escándalo y alboroto desto, que no solo se causó entre los españoles que se armaron de la una parte y de la otra, mas aun los naturales de la ciudad habian estado para tomar armas, diciendo que aquel alboroto era para ir contra ellos; y viendo que ya mis reprehensiones y amenazas no bastaban, porque por no dejar yo mi camino, no podia ir en persona á lo remediar, parescióme que era buen remedio enviar al fator y veedor, que estaban conmigo, con igual poder que el que ellos tenian, para que supiesen quién era el culpado, y lo apaciguasen, y aun les dí otro poder secreto para que, si no bastase con ellos buena razon, les suspendiesen el cargo que yo les habia dejado de la gobernacion, y lo tomasen ellos en sí, juntamente con el licenciado Alonso de Zuazo, y que castigasen á los culpados, y con haber proveido esto se partieron el dicho fator y veedor, y tuve por muy cierto que su ida de los dichos fator y veedor haria mucho fruto y seria total remedio para apaciguar aquellas pasiones, y con este crédito ya fuí harto descansado.

Partido este despacho para esta ciudad, hice alarde de la gente que me quedaba para seguir mi camino, y hallé noventa y tres de caballo, que entre todos habia ciento y cincuenta caballos y treinta y tantos peones, y tomé un carabelon que á la sazon estaba surto en el puerto de la dicha villa, que me habian enviado desde la villa de Medellin con bastimentos, y torné á meter en él los que habia traido y unos cuatro tiros de artillería que yo traia, y ballestas y escopetas y otra municion, y mandéle que se fuese al rio de Tabasco, y que allí esperase lo que yo le enviase á mandar, y escrebí á la villa de Medellin, á un criado mio que en ella reside, que luego me enviase otros dos carabelones que allí estaban y una barca grande, y los cargase de bastimentos; y escrebí á Rodrigo de Paz, á quien yo dejé mi casa y hacienda en esta ciudad, que luego trabajase de enviar cinco ó seis mil pesos de oro para comprar aquellos bastimentos que me habian de enviar, y aun escrebí al tesorero rogándole que él me los prestase, porque yo no habia dejado dineros, y así se hizo, que luego vinieron los carabelones cargados, como yo lo mandé, hasta el dicho rio de Tabasco. Aunque me aprovecharon poco, porque mi camino fué metido la tierra adentro, y para llegar á la mar por los bastimentos y cosas que traia era muy dificultoso, porque habia en medio muy grandes ciénagas.

Proveido esto que por la mar habia de llevar, yo comencé mi camino por la costa della hasta una provincia que se dice Apisco, que está de aquella villa del Espíritu Santo hasta treinta y cinco leguas, y hasta llegar á esta provincia, demás de muchas ciénagas y rios pequeños, que en todos hubo puentes, se pasaron tres muy grandes, que fué el uno en un pueblo que se dice Tunalan, que está nueve leguas de la villa del Espíritu Santo, y el otro y el Aguabulco, que está otras nueve adelante, y estos se pasaron en canoas, y los caballos á nado llevándolos del diestro en las canoas, y el postrero, por ser muy ancho, que no bastaban fuerzas de los caballos para los pasar á nado, hubo necesidad de buscar remedio; media legua arriba de la mar se hizo una puente de madera, por donde pasaron los caballos y gente, que tenia novecientos y treinta y cuatro pasos. Fué una cosa bien maravillosa de ver. Esta provincia de Cupilsco es abundosa desta fruta que llaman cacao y de otros mantenimientos de la tierra y mucha pesquería; hay en ella diez ó doce pueblos buenos, digo cabeceras, sin las aldeas; es tierra muy baja y de muchas ciénagas; tanto, que en tiempo de invierno no se puede andar, ni se sirven sino en canoas, y con pasarla yo en tiempo de seca, desde la entrada hasta la salida della, que puede haber veinte leguas, se hicieron mas de cincuenta puentes, que sin se hacer fuera imposible pasar la gente, que estaba algo pacífica, aunque temerosa por la poca conversacion que habian tenido con españoles. Quedaron con mi venida mas seguros, y sirvieron de buena voluntad así á mí y á los que conmigo iban, como á los españoles á quien quedaron depositados. Desta provinvia de Capilco, segun la figura que los de Tabasco y Xicalango me dieron, habia de ir á otra que se llama Zaguatan; y como ellos no se sirven sino por agua, no sabian el camino que yo debia de llevar por tierra, aunque me señalaban en el derecho que estaba la dicha provincia; y ansí fué forzado dende allí enviar por aquel derecho algunos españoles é indios á descubrir el camino, y descubierto, abrirle por donde pudiésemos pasar, porque era todo montañas muy cerradas; y plugo á nuestro Señor que se halló, aunque trabajoso; porque, demás de las montañas, habia muchas ciénagas muy trabajosas, porque en todas ó en las mas se hicieron puentes; y habiamos de pasar un muy poderoso rio que se llama Guezalapa, que es uno de los brazos que entran en el de Tabasco, y proveí desde allí de enviar dos españoles á los señores de Tabasco y Cunoapa á les rogar que por aquel rio arriba me enviasen quince ó veinte canoas para que me trujesen bastimentos en los carabelones que allí estaban, y me ayudasen á pasar el rio, y después me llevasen los bastimentos hasta la principal poblacion de Zaguatan, que segun paresció, está este dicho rio arriba del paso donde yo pasé doce leguas; y ansí lo hicieron y cumplieron muy bien, como yo se lo envié á rogar.

Yo me partí del postrer pueblo desta provincia de Cupilco, que se llama Anaxuxuca, después de haberse hallado camino hasta el rio de Guezala, por que habiamos de pasar, y dormí aquella noche en unos despoblados entre unas lagunas, y otro dia llegué temprano al dicho rio y no hallé canoa en que pasar, porque no habian llegado las

que yo envié á pedir á los señores de Tabasco; y los descubridores que delante iban, hallé que iban abriendo el camino el rio arriba por la otra parte; porque, como estaban informados que el rio pasaba por medio de la mas principal poblacion de la dicha provincia de Zaguatan, seguian el dicho rio arriba por no errar, y uno dellos se habia ido en una canoa por el agua por llegar mas aína á la dicha poblacion; el cual llegó y halló toda la gente alborotada, y hablóles con una lengua que llevaba, y asegurólos algo, y tornó á enviar luego la canoa el rio abajo con unos indios, con quien me hizo saber lo que habia pasado con los naturales de aquel pueblo, y que él venia con ellos abriendo el camino por donde yo habia de ir, y que se juntaria con los que de acá le iban abriendo; de que holgué mucho, así por haber apaciguado algo aquella gente, como por la certenidad del camino, que la tenia algo por dubdosa, ó á lo menos por trabajosa; y con aquella canoa y con balsas que hicieron de madera comencé á pasar el fardaje por aquel rio, que es asaz caudaloso; y estando así pasando, llegaron los españoles que yo envié á Tabasco, con veinte canoas cargadas de los bastimentos que habia llevado el carabelon que yo envié desde Zoazacoasco, y supe dellos que los otros dos carabelones y la barca no habian llegado al dicho rio; pero que quedaban en Zoazacoasco y vendrian muy presto. Venian en las dichas canoas hasta docientos indios de los naturales de aquella provincia de Tabasco y Canoapa, y con aquellas canoas pasé el rio, no sin haber peligro mas de se ahogar un esclavo negro y perderse dos cargas de herraje, que después nos hizo alguna falta.

Aquella noche dormí de la otra parte del rio con toda la gente, y otro dia seguí tras los que iban abriendo el camino el rio arriba, que no habia otra guia sino la ribera dél, y anduve hasta seis leguas, y dormí aquella noche en un monte con mucha agua que llovió, y siendo ya noche llegó el español que habia ido el rio arriba hasta el pueblo de Zaguatan, con hasta setenta indios de los naturales dél, y me dijo cómo él dejaba abierto el camino por esta parte, y que convenia para tomalle que volviese dos leguas atrás, y así lo hice, aunque mandé que los que iban abriendo por la ribera del rio, que estaban ya bien tres leguas adelante donde yo dormí, que siguiesen todavía, y á legua y media adelante de donde estaban dieron en las estancias del pueblo; así que quedaron dos caminos abiertos donde no habia ninguno.

Yo seguí por el camino que los naturales habian abierto; y aunque con trabajo de algunas ciénagas y de mucha agua que llovió aquel dia, llegué á la dicha poblacion, á un barrio della, que aunque el menor era asaz bueno, y habria en él mas de docientas casas, no pudimos pasar á los otros, porque los partian rios que pasaban entre ellos, que no se podian pasar sino á nado. Estaban todas despobladas; y en llegando, desaparecieron los indios que habian venido con el español á verme, aunque les habia hablado bien y dado algunas cosillas de las que yo tenia. Y agradeciéndoles el trabajo que habian puesto en abrirme el camino, y dicho á lo que yo venia por aquellas partes, que era por mandado de vuestra majestad, á hacerles saber que habian de adorar y creer en un solo Dios, criador y hacedor de todas las cosas, y tener en la tierra á vuestra alteza por superior y señor, y todas las otras cosas que cerca desto se les debian decir. Esperé tres ó cuatro dias creyendo que de miedo se habian alzado, y que vernian á hablarme; y nunca paresció nadie. Y por haber tenido guia dellos, para dejallos pacíficos y en el servicio de vuestra majestad, y para informarme dellos del camino que habia de llevar, porque en toda aquella tierra no se hallaba camino para ninguna parte, ni aun rastro de haber andado por tierra una persona sola, porque todos se sirven por el agua, á causa de los grandes ríos y ciénagas que por la tierra hay, envié dos compañías de gente de españoles, y algunos de los naturales desta ciudad ú tierra que yo conmigo llevaba, para que buscasen la gente por la provincia, y me trujesen alguna para los efectos que arriba he dicho. Y con las canoas que habian venido de Tabasco, que subieron el rio arriba, y con otras que se hallaron del pueblo, anduvieron muchos de aquellos rios y esteros, porque por tierra no se podian andar, y nunca hallaron mas de dos indios y ciertas mujeres, de los cuales trabajé de me informar dónde estaba el señor y la gente de aquella tierra, y nunca me dijeron otra cosa sino que por los montes andaban cada uno por sí, ya por aquellas ciénagas y rios. Preguntéles tambien por el camino para ir á la provincia de Chilapan, que segun la figura que yo traia, habia de llevar aquella derrota, y jamás lo pude saber dellos; porque decian que ellos no andaban por la tierra, sino por los rios y esteros en sus canoas; y que por allí que ellos sabian el camino, y no por otra parte; y lo que mas dellos se pudo alcanzar, fué señalarme una sierra que paresció estar hasta diez leguas de allí, y decirme que allí cerca estaba la principal poblacion de Chilapan, y que pasaba junto con ella un muy grande rio, que abajo se juntaba con aquel de Zaguatan, y entraban juntos en el de Tabasco; y que el rio arriba estaba otro pueblo que se llamaba Ocumba, pero que tampoco sabian camino para allí por tierra.

Estuve en este pueblo veinte dias, que en todos ellos no cesé de buscar camino que fuese para alguna parte, y jamás se halló chico ni grande; antes por cualquier parte que saliamos arrededor del pueblo habia tan grandes y espantosas ciénagas, que parescia cosa imposible pasarlas. Y puestos ya en mucha necesidad por falta de bastimentos, encomendándonos á nuestro Señor, hicimos una puente en una ciénaga que tuvo trecientos pasos, en que entraron muchas vigas de á treinta y cinco y cuarenta piés, y sobre ellas otras atravesadas, y así pasamos y seguimos en demanda de aquella tierra hácia donde nos decian que estaba el pueblo de Chilapan; y envié por otra parte una compañía de caballo, con ciertos ballesteros, en demanda del otro pueblo de Ocumba; y estos toparon aquel dia con él, y pasaron á nado y en dos canoas que allí hallaron, y huyóles luego la gente del pueblo, que no pudieron tomar sino dos hombres y ciertas mujeres, y hallaron mucho bastimento, y salieron á mí al camino, y dormí aquella noche en el campo; y quiso Dios que aquella tierra era algo abierta y enjuta, con hartas menos ciénagas que la pasada; y aquellos indios que se tomaron de aquel pueblo de Ocumba nos guiaron hasta Chilapan, donde llegamos



otro dia bien tarde, y hallamos todo el pueblo quemado y los naturales dél ausentados. Es este pueblo de Chilapan de muy gentil asiento y harto grande. Habia en él muchas arboledas de las frutas de la tierra, y habia muchas labranzas de maizales, aunque no estaban bien granados; pero todavía fué mucho remedio de nuestra necesidad. En este pueblo estuve dos dias proveyéndonos de algun bastimento, y haciendo algunas entradas para buscar la gente dél para la apaciguar, y tambien para informarme della del camino para adelante, y nunca se pudieron hallar mas de dos indios, que al principio se tomaron dentro en el dicho pueblo. Destos me informé del camino que habia de llevar hasta Topetitan, ó Tamacaztepe que se llama por otro nombre; y así, medio á tiento y sin camino nos guiaron hasta el dicho pueblo, al cual llegué en dos dias. Pasóse en el camino un rio muy grande que se llama Chilapan, de donde tomó denominacion el pueblo; pasóse con mucho trabajo, porque era muy ancho y recio y no habia aparejo de canoas, y se pasó todo en balsas. Ahogóse en este rio otro esclavo, y perdióse mucho fardaje de los españoles. Después de pasado este rio, que se pasó legua y media del dicho pueblo de Chilapan, hasta llegar al de Topetitan, se pasaron muchas y grandes ciénagas, que de seis ó siete leguas que habia de camino hasta él no hubo una donde no fuesen los caballos hasta encima de las rodillas, y muchas veces hasta las orejas; en especial se pasó una muy mala, donde se hizo una puente, donde estuvo muy cerca de se ahogar dos ó tres españoles; y con este trabajo, pasados dos dias, llegamos al dicho pueblo, el cual asimismo hallamos quemado y despoblado, que nos fué doblar mas trabajos. Hallamos en él alguna fruta de la de la tierra y algunos maizales verdes, algo mas grandes que en el pueblo de atrás. Tambien se hallaron en algunas de las casas quemadas silos de maíz secos, aunque fué poco; pero fué harto remedio, segun traiamos extrema necesidad. En este pueblo de Topetitan, que está junto á la halda de una gran cordillera de sierras, estuve seis dias, y se hicieron algunas entradas por la tierra, pensando hallar alguna gente para les hablar y dejar seguros en su pueblo, y aun para me informar del camino de adelante, y nunca se pudo tomar sino un hombre y ciertas mujeres. Destos supe que el señor y naturales de aquel pueblo habian quemado sus casas por inducimiento de los naturales de Zaguatan, y se habian ido á los montes. Dijo que no sabia camino para ir á Istapan, que es otro pueblo, adonde segun mi figura, yo lo habia de llevar, porque no lo habia por tierra; pero que poco mas ó menos él guiaria hácia la parte que él sabia que estaba. Con esta guia despaché hasta treinta de caballo y otros treinta peones, y mandéles que fuesen hasta llegar al dicho pueblo, y que luego me escribiesen la relacion del camino, porque yo no saldria de aquel pueblo hasta ver sus cartas. Y así fueron; y pasados dos dias sin haber recebido carta suya ni saber dellos nueva, me fué forzado partirme por la necesidad que allí téniamos, y seguir su rastro, sin otro guia, que era asaz notorio camino, seguir el rastro que llevaban por las ciénagas, que certifico á vuestra majestad que en lo mas alto de los cerros se sumian los caballos hasta las cinchas sin ir nadie encima, sino llevándolos del diestro; y desta manera anduve dos dias por el dicho rastro. Y sin haber nuevas de la gente que habia ido delante, y con harta perplejidad de lo que debia hacer, porque volver atrás tenia por imposible, de lo de adelante ninguna certinidad tenia, y quiso nuestro Señor, que en las mayores necesidades suele socorrer, que estando aposentados en un campo con harta tristeza de la gente, pensando allí todos perecer sin remedio, llegaron dos indios de los naturales desta ciudad con una carta de los españoles que habian ido delante, en que me hacian saber cómo habian llegado al pueblo de Istapan, y que cuando á él llegaron tenian todas las mujeres y haciendas de la otra parte de un gran rio que junto con el dicho pueblo pasaba, y en el pueblo estaban muchos hombres creyendo que no podrian pasar un grande estero que estaba afuera del pueblo; y que como vieron que se habian echado á nado con los caballos por el arzon, comenzando á poner fuego al pueblo, se habian dado tanta priesa, que no les habia dado lugar á que del todo lo quemasen; y que toda la gente se habia echado al rio, y pasándole en muchas canoas que tenian y á nado; y que con la priesa se habian ahogado muchos dellos, y que habian tomado siete ó ocho personas, entre los cuales habia una que parescia principal, y que los tenian hasta que llegase. Fué tanta el alegría que toda la gente tuvo con esta carta, que no lo sabria decir á vuestra majestad; porque, como arriba he dicho, estaban todos casi desesperados de remedio. Y otro dia por la mañana seguí mi camino por el rastro, y guiándome los indios que habian traido la carta, llegué ya tarde al pueblo, donde hallé toda la gente que habia ido delante muy alegre, porque habian hallado muchos maizales, aunque no muy grandes, y yucas y agoe, que es un mantenimiento con que los naturales de las islas se mantienen, asaz bueno. Llegado, hice traer ante mí aquellas personas naturales del pueblo que allí se habian tomado; preguntéles con la lengua que cuál era la causa por que así todos quemaban sus propias casas y pueblos, y se iban y ausentaban dellos, pues yo no les hacia mal ni daño alguno; antes á los que me esperaban les daba de lo que yo tenia. Respondiéronme que el señor de Caguatan habia venido allí en una canoa y les habia puesto mucho temor, y les habia hecho quemar su pueblo y desamparalle. Yo hice traer ante aquel principal todos los indios y indias que se habian tomado en Caguatan y en Chilapan y en Topetican, y les dije que porque viesen cómo aquel malo les habia mentido, que se informasen de aquellos si yo les habia hecho algun daño ó mal, y si en mi compañía habian sido bien tratados; los cuales se informaron, y lloraban diciendo habian sido engañados, y mostrando pesarles de lo hecho, y para mas les asegurar, les dí licencia á todos aquellos indios y indias que traia de aquellos pueblos atrás que se fuesen á sus casas, y les dí algunas cosillas y sendas cartas, las cuales les mandé que tuviesen en sus pueblos y las mostrasen á los españoles que por allí pasasen, porque con ellas estarian seguros; y les dije que dijesen á sus señores el yerro que habian hecho en quemar sus pueblos y casas y ausentarse, y que de allí adelante no lo hiciesen así; antes estuviesen seguros en ellas, porque no les era hecho mal ni daño. Y con esto,

viéndolo estotros de Istapan, se fueron muy seguros y contentos, que fué harta parte de asegurar estotros.

Después de haber hecho esto hablé aquel que parescia mas principal, y le dije que ya veia que no hacia yo mal á nadie, y mi ida por aquellas partes no era á los ofender, antes á les hacer saber muchas cosas que les convenian á ellos, así para la seguridad de sus personas y haciendas, como para la salvacion de sus ánimas. Por tanto que le rogaba mucho que él enviara dos ó tres de aquellos que allí estaban con él, y que yo le daria otros tantos de los naturales de Temuxtitan, para que fuesen á llamar al señor y le dijesen que ningun miedo hoviese, y que tuviese por cierto que en su venida ganaria mucho; el cual me dijo que le placia de buena voluntad; y luego los despaché y fueron con ellos los indios de Méjico. Y otro dia por la mañana vinieron los mensajeros, y con ellos el señor con hasta cuarenta hombres, y me dijo que él se habia ausentado y mandado quemar su pueblo porque el señor de Caguatan le habia dicho que lo quemase y no me esperase, porque los mataria á todos; y que él habia sabido de aquellos suyos que le habian ido á llamar, que habia sido engañado y que no le habian dicho la verdad; y que le pesaba de lo hecho, y me rogaba le perdonase, y que de allí adelante él haria lo que yo le dijese; y rogóme que ciertas mujeres que le habian tomado los españoles al tiempo que allí habian venido, que se las hiciese volver; y luego se recogieron hasta veinte que habia, y se las dí, de que quedó muy contento. Y ofrecióse que un español halló un indio de los que traia en su compañía, natural destas partes de Méjico, comiendo un pedazo de carne de un indio que mataron en aquel pueblo cuando entraron en él, y vínomelo á decir, y en presencia de aquel señor le hice quemar, dándole á entender la causa, que era porque habia muerto aquel indio y comido dél, que era defendido por vuestra majestad, y por mí en su leal nombre les habia sido requerido y mandado que no lo hiciesen; y que así, por le haber muerto y comido dél le mandaba quemar, porque yo no queria que matasen á nadie; antes iba por mandado de vuestra majestad á ampararlos y defenderlos, así sus personas como sus haciendas, y hacerles saber cómo habian de tener y adorar un solo Dios, que está en los cielos, criador y hacedor de todas las cosas, por quien todas las criaturas viven y se gobiernan, y dejar todos sus ídolos y ritus que hasta allí habian tenido, porque eran mentiras y engaños que el diablo, enemigo de la naturaleza humana, les hacia para los engañar y llevarles á condenacion perpetua, donde tengan muy grandes y espantosos tormentos, y por los apartar del conoscimiento de Dios, porque no se salvasen y fuesen á gozar de la gloria y bienaventuranza que Dios prometió y tiene aparejada á los que en él creyeren; la cual el diablo perdió por su malicia y maldad; y que asimismo les venia á hacer saber cómo en la tierra está vuestra majestad, á quien el universo por providencia divina obedesce y sirve; y que ellos ansimismo se habian de someter y estar debajo de su imperial yugo, y hacer lo que en su real nombre los que acá por ministros de vuestra majestad estamos, les mandásemos; y haciéndolo ansí, ellos serian muy bien tratados y mantenidos en justicia, y amparadas sus personas y haciendas; y no lo haciendo ansí, se procederia contra ellos y serian castigados conforme á justicia. Y acerca desto le dije muchas cosas de que á vuestra majestad no hago mencion por ser prolijas y largas, y á todo mostró mucho contentamiento, y proveyó luego de enviar algunos de los que con él trajo para que trajesen bastimentos, y así se hizo. Yo le dí algunas cosillas de las de nuestra España, que tuvo en mucho, y estuvo en mi compañía muy contento todo el tiempo que allí estuve, y mandó abrir el camino hasta otro pueblo que está cinco leguas deste, el rio arriba, que se llama Tatahintalpan; y porque en el camino habia un rio hondo, hizo hacer en él una muy buena puente, por donde pasamos, y adobar otras ciénagas harto malas, y me dió tres canoas, en que envié tres españoles el rio abajo al rio de Tabasco, porque este es el principal rio que en él entra, donde los carabelones habian de esperar la instruccion de lo que habian de hacer; y con estos españoles envié á mandar que siguiesen toda la costa hasta doblar la punta que llaman de Yucatan, y que llegasen hasta la bahía de la Asuncion, porque allí me hallarian ó les enviaria á mandar lo que habian de hacer; y mandé á los españoles que fueron en las canoas, que con ellas y con las que mas pudiesen haber en Tabasco y Xicalango, me llevasen los mas bastimentos que pudiesen por un gran estero arriba, y pasé á la provincia de Ocalan, que está deste pueblo de Istapan cuarenta leguas, y que allí los esperaria. Partidos estos españoles y hecho el camino, rogué al señor de Istapan que me diese otras tres ó cuatro canoas para que fuesen el rio arriba con media docena de españoles y una persona principal de las suyas con alguna gente, para que fuesen adelante apaciguando los pueblos, porque no se ausentasen ni los quemasen, el cual lo hizo con muestras de buena voluntad, y hicieron asaz fructo, porque apaciguaron cuatro ó cinco pueblos el rio arriba, segun adelante haré dellos á vuestra majestad relacion. Este pueblo de Istapan es muy grande cosa y está asentado en la ribera de un muy hermoso rio. Tiene muy buen asiento para poblar en él españoles; tiene muy hermosa ribera, donde hay buenos pastos; tiene muy buenas tierras de labranzas; tiene buena comarca de tierra labrada.

Después de haber estado en este pueblo de Istapan ocho dias, y proveido lo contenido en el capítulo antes deste, me partí y llegué aquel dia al pueblo de Tatahintalpan, que es un pueblo pequeño, y hallélo quemado y sin ninguna gente, y llegué yo primero que las canoas que venian el rio arriba, porque con las corrientes y grandes vueltas que el rio hace no llegaron tan aína, y después de venidas, hice pasar con ellas cierta gente de la otra parte del rio, para que buscasen los naturales del dicho pueblo, para los asegurar como á los de atrás; y obra de media legua de la otra parte del rio hallaron hasta veinte hombres en una casa de sus ídolos, que los tenian muy adornados, los cuales me trajeron, y informados dellos, me dijeron que toda la gente se habia ausentado de miedo, y que ellos habian quedado allí para morir con sus dioses, y no habian querido huir; y estando con ellos en esta plática, pasaron ciertos indios de los nuestros, que tenian ciertas cosas que habian quitado á sus ídolos; y como las vieron

los del pueblo, dijeron que ya eran muertos sus dioses; y á esto les hablé, diciéndoles que mirasen cuán vana y loca creencia era la suya, pues creian que les podian dar bienes quien así no se podia defender y tan ligeramente veian desbaratar; respondiéronme que en aquella seta los dejaron sus padres, y que aquella tenian y ternian hasta que otra cosa supiesen. No pude por la brevedad del tiempo darles á entender mas de lo que dige á los de Istapan, y dos religiosos de la órden de San Francisco, que en mi compañía iban, les dijeron asimismo muchas cosas acerca desto. Roguéles que fuesen algunos dellos á llamar la gente del pueblo y al señor y aseguralla; y aquel principal que truje de Istapan ansimismo les habló y dijo las buenas obras que de mí habian recebido en el pueblo, y señalaron uno dellos, y dijeron que aquel era el señor, y envió dos á que llamasen la gente; los cuales nunca vinieron.

Viendo que no venian, rogué á aquel que habian dicho que era el señor que me mostrase el camino para ir á Signatecpan, porque por allí habia de pasar, segun mi figura, y está en este rio arriba; dijéronme que ellos no sabian camino por tierra, sino por el rio, porque por allí se servian todos; pero que á tino me le darian por aquellos montes, que no sabian si acertarian. Díjeles que me mostrasen desde allí el paraje en que estaba, y marquélo lo mejor que pude, y mandé á los españoles con las canoas con el principal de Istapan que se fuesen el rio arriba hasta el dicho pueblo de Signatecpan y que trabajasen de asegurar la gente dél y de otro que habian de topar antes, que se llamaba Ozumazintlan, y que si yo llegase primero los esperaria, y que si no, que ellos me esperasen; y despachados estos, me partí yo con aquellas guias por la tierra, y en saliendo del pueblo dí en una muy gran ciénaga, que dura mas de media legua, y con mucha rama y yerba que los indios nuestros amigos en ella echaron, pudimos pasar, y luego dimos en un estero hondo, donde fué necesario hacer una puente por donde pasase el fardaje y las sillas, y los caballos pasaron á nado; y pasado este estero, dimos en otra medio ciénaga, que dura bien una legua que nunca abaja á los caballos de la rodilla abajo, y muchas veces de las cinchas; pero con ser algo tierra debajo, pasamos sin peligro hasta llegar al monte; por el cual anduve dos dias abriendo camino por donde señalaban aquellas guias, hasta tanto que dijeron que iban desatinados, que no sabian adónde iban; y era la montaña de tal calidad, que adonde se ponian los piés en el suelo y hácia arriba, la claridad del cielo no se veia otra cosa; tanta era la espesura y alteza de los árboles, que aunque se subian en algunos, no podian descubrir un tiro de cañon.

Como los que iban delante con las guias abriendo el camino me enviaron á decir que andaban desatinados, que no sabian dónde estaban, hice repararla, y pasé yo á pié adelante, hasta llegar á ellos; y como vi el desatino que tenian, hice volver la gente atrás á una cienaguilla que habiamos pasado, adonde por causa del agua habia alguna poca de yerba que comiesen los caballos, que habiá dos dias que no la comian ni otra cosa, y allí estuvimos aquella noche con harto trabajo de hambre, y poníanoslo mayor la poca esperanza que teniamos de acertar á poblado; tanto, que la gente estaba casi fuera de toda esperanza, y mas muertos que vivos. Hice sacar una aguja de marear que traia conmigo, por donde muchas veces me guiaba, aunque nunca nos habiamos visto en tan extrema necesidad como esta; y por ella, acordándome del paraje en que habian señalado los indios que estaba el pueblo, hallé que corriendo al nordeste desde allí saliamos á dar al pueblo y muy cerca dél, y mandé á los que iban delante haciendo el camino que llevasen aquel aguja consigo y siguiesen aquel rumbo, sin se apartar dél, y así lo hicieron; y quiso nuestro Señor que salieron tan ciertos, que á hora de vísperas fueron á dar medio á medio de unas casas de sus ídolos, que estaban en medio del pueblo; de que toda la gente hobo tanta alegría, que casi desatinados corrieron todos al pueblo, y no mirando una gran ciénaga que estaba antes que en él entrasen, se sumieron en ella muchos caballos, que algunos dellos no salieron hasta otro dia, aunque quiso Dios que ninguno peligró; y los que veniamos atrás desechamos la ciénaga por otra parte, aunque no se pasó sin harto trabajo.

Aquel pueblo de Signatecpan hallamos quemado hasta las mezquitas y casas de sus ídolos, y no hallamos en él gente ninguna, ni nueva de las canoas que habian venido el rio arriba. Hallóse en él mucho maíz, mucho mas granado que lo de atrás, y yuca y agro y buenos pastos para los caballos; porque en la ribera del rio, que es muy hermosa, habia muy buena yerba, y con este refrigerio se olvidó algo del trabajo pasado, aunque yo tuve siempre mucha pena por no saber de las canoas que habia enviado el rio arriba; y andando mirando el pueblo, hallé yo una saeta hincada en el suelo, donde conoscí que las canoas habian llegado allí, porque todos los que venian en ellas eran ballesteros; y dióme mas pena creyendo que allí habian peleado con ellos, y habian muerto, pues no parecian; y en unas canoas pequeñas que por allí se hallaron, hice pasar de la otra parte del rio, donde hallaron mucha copia de labranzas, y andando por ellas, fueron á dar á una gran laguna, donde hallaron toda la gente del pueblo en canoas y en isletas; y en viendo á los cristianos, se vinieron á ellos muy seguros y sin entender lo que decian; me trujeron hasta treinta ó cuarenta dellos; los cuales, después de haberlos hablado, me dijeron que ellos habian quemado su pueblo por inducimiento de aquel señor de Caguatan, y se habian ido dél á aquellas lagunas por el temor que él les puso, y que después habian venido por allí ciertos cristianos de los de mi compañía en unas canoas, y con ellos algunos de los naturales de Istapan; de los cuales habian sabido el buen tratamiento que yo á todos hacia, y que por eso se habian asegurado, y que los cristianos habian estado allí dos dias esperándome; y como no venia, se habian ido el rio arriba á otro pueblo que se llama Petenecte, y que con ellos se habia ido un hermano del señor de aquel pueblo, con cuatro canoas cargadas de gente, para que si en el otro pueblo les quisiesen hacer algun daño, ayudarlos, y que los habian dado mucho bastimento y todo lo que hobieron menester; holgué mucho desta nueva y díles crédito, por ver que se habian asegurado tanto y habian venido á mí de tan buena voluntad, y roguéles que luego hiciesen ve-

nir una canoa con gente que fuese en busca de aquellos españoles, y que les llevasen una carta mia para que se volviesen luego allí, los cuales lo hicieron con harta diligencia; y yo les dí una carta mia para los españoles, y otro dia á hora de vísperas vinieron, y con ellos aquella gente del pueblo que habian llevado, y mas otras cuatro canoas cargadas de gente y bastimentos del pueblo de donde venian, y dijéronme lo que habian pasado el rio arriba después que de mí se habian apartado, que fué que llegaron á aquel pueblo que estaba antes deste, que se llama Uzumazintlan, que le habian hallado quemado, y la gente dél ausentada, y que en llegando á ellos los de Istapan que con ellos traian, los habian buscado y llamado, y habian venido muchos dellos muy seguros, y les habian dado bastimentos y todo lo que les pidieron, y así los habian dejado en su pueblo, y después habian llegado á aquel de Ciguatecpan, y que asimesmo le habian hallado despoblado y la gente de la otra parte del rio; y que como los habian hablado los de Istapan, se habian todos alegrado y les habian hecho muy buen acogimiento y dado muy cumplidamente lo que hobieron menester; y me habian esperado allí dos dias, y como no vine, creyeron que habia salido mas alto, pues tanto tardaba, habian seguido adelante, y se habian ido con ellos aquella gente del pueblo y aquel hermano del señor, hasta el otro pueblo de Petenecte, que está de allí seis leguas, y que asi mesmo le habian hallado despoblado, aunque no quemado, y la gente de la otra parte del rio, y que los de Istapan y los de aquel pueblo los habian asegurado, y se vinieron con ellos aquella gente en cuatro canoas á verme, y me traian maíz y miel y cacao y un poco de oro; y que ellos habian enviado mensajeros á otros tres pueblos que les dijeron que están el rio arriba, y se llaman Zoazaevalco y Taltenango y Teutitan, y que creian que otro dia vernian allí á hablarme; y así fué que otro dia vinieron por el rio abajo hasta siete ó ocho canoas, en que venia gente de todos aquellos pueblos, y me trajeron algunas cosas de bastimentos y un poquito de oro. A los unos y á los otros hablé muy largamente por hacerles entender que habian de creer en Dios y servir á vuestra majestad, y todos ellos se ofrecieron por súbditos y vasallos de vuestra alteza, y prometieron en todo tiempo hacer lo que les fuese mandado, y los de aquel pueblo de Signatecpan trujeron luego algunos de sus ídolos, y en mi presencia los quebraron y quemaron, y vino allí el señor principal del pueblo, que hasta entonces no habia venido, y me trujo un poquito de oro, y les dí de lo que tenia á todos; de lo que quedaron muy contentos y seguros.

Entre estos hubo alguna diferencia, preguntándoles yo por el camino que habia de llevar para Acalan; porque los de aquel pueblo de Signatecpan decian que mi camino era por los pueblos que estaban el rio arriba, y aun antes que estotros viniesen habian hecho abrir seis leguas de camino por tierra y hecho una puente en un rio por do pasásemos; y venidos estotros, dijeron que era muy gran rodeo y de muy mala tierra y despoblada, y que el derecho camino que yo habia de llevar para Acalan era pasar el rio por aquel pueblo, y por allí habia una senda que solian traer los mercaderes, por donde ellos me guiarian hasta Acalan. Finalmente, se averiguó entre ellos ser este el mejor camino, y yo habia enviado ante un español con gente de los naturales de aquel pueblo de Signatecpan, en una canoa por el agua, á la provincia de Acalan, á les hacer saber cómo yo iba, y que se asegurasen y no tuviesen temor, y para que supiesen si los españoles que habian de ir con los bastimentos desde los bergantines eran llegados; y después envié otros cuatro españoles por tierra, con guias de aquellos que decian saber el camino, para que le viesen y me informasen si habia algun impedimento ó dificultad en él, y que dello esperaria su respuesta; idos, fuéme forzado partirme antes que me escribiesen, porque no se me acabasen los bastimentos que estaban recogidos para el camino, porque me decian que habia cinco ó seis dias de despoblado; y comencé á pasar el rio con mucho aparejo de canoas que habia, y por ser tan ancho y corriente se pasó con harto trabajo, y se ahogó un caballo y se perdieron algunas cosas del fardaje de los españoles; pasado, envié delante una compañía de peones con las guias para que abriesen el camino, y yo con la otra gente me fuí detrás dellos; y después de haber andado tres dias por unas montañas harto espesas, por una vereda bien angosta fuí á dar á un gran estero, que tenia de ancho mas de quinientos pasos, y trabajé de buscar paso por él abajo y arriba, y nunca le hallé; y las guias me dijeron que era por demás buscarle si no subia veinte dias de camino hasta las sierras.

Púsome en tanto estrecho este estero ó ancon, que seria imposible poderlo significar, porque pasar por él parescia imposible, á causa de ser tan grande y no tener canoas en que pasarlo, y aunque las tuviéramos para el fardaje y gente, los caballos no podian pasar, porque á la entrada y á la salida habia muy grandes ciénagas y raíces de árboles que las rodean, y de otra manera era excusado el pensar de pasar los caballos; pues pensar de volver atrás era muy notorio perescer todos, por los malos caminos que habiamos pasado y las muchas aguas que hacia; que ya teniamos por cierto que las crecientes de los rios se habian robado las puentes que dejamos hechas; pues tornarlas á hacer era muy dificultoso, porque ya toda la gente venia muy fatigada; tambien pensábamos que habiamos comido todos los bastimentos que habia por el camino y que no hallariamos qué comer, porque llevaba mucha gente y caballos, que demás de los españoles venian conmigo mas de tres mil ánimas de los naturales; pues pasar adelante ya he dicho á vuestra majestad la dificultad que habia; así que ningun seso de hombre bastaba para el remedio, si Dios, que es verdadero remedio y acorro de los afligidos y necesitados, no le pusiera; y hallé una canoita pequeña en que habian pasado los españoles que yo envié delante á ver el camino, y con ella hice sondar todo el ancon, y hallóse en todo él cuatro brazas de hondura, y hice atar unas lanzas para ver el suelo qué tal era, y hallóse que demás de la hondura del agua habia otras dos brazas de lanza y cieno; así que eran seis brazas; y tomé por postrer remedio determinarme de hacer una puente en él; y mandé luego repartir la madera por sus medidas, que eran de á nueve y diez brazas por lo que habia de salir fuera del

agua; la cual encargué que cortasen y trajesen aquellos señores de los indios que conmigo iban, á cada uno segun la gente que traia; y los españoles, y yo con ellos, comenzamos á hincar la madera con balsas y con aquella canoilla y otras dos que después se hallaron, y á todos paresció cosa imposible de acabar, y aun lo decian detrás de mí, diciendo que seria mejor dar la vuelta antes que la gente se fatigase, y después de hambre no pudiesen volver; porque al fin aquella obra no se habia de acabar, y forzados nos habiamos de volver; y andaba desto tanto murmullo entre la gente, que casi ya me lo osaban decir á mí; y como los veia tan desmayados, y en la verdad tenian razon, por ser la obra que emprendiamos de tal calidad, y porque ya no comian otra cosa sino raíces de yerbas, mandéles que ellos no entendiesen en la puente, y que yo la haria con los indios; y luego llamé á todos los señores dellos, y les dije que mirasen en cuánta necesidad estábamos, y que forzado habiamos de pasar ó perecer; que les rogaba mucho que ellos esforzasen á sus gentes para que aquella puente se acabase, y que pasada, teniamos luego una muy gran provincia que se decia Acalan, donde habia mucha abundancia de bastimentos, y que allí posariamos y que demás de los bastimentos de la tierra, ya sabian ellos que habia enviado á mandar que me trujesen de los navíos de los bastimentos que llevaban, y que los habian de traer allí en canoas, y que allí ternian mucha abundancia de todo; y que demás desto, yo les prometí que vueltos á esta ciudad, serian de mí en nombre de vuestra majestad muy galardonados; y ellos me prometieron que la trabajarian; y así, comenzaron luego á repartirlo entre sí, y diéronse tan buena priesa y maña en ello, que en cuatro dias la acabaron, de tal manera que pasaron por ella todos los caballos y gente, y tardará mas de diez años que no se deshaga si á mano no la deshacen; y esto ha de ser con quemarla, y de otra manera seria dificultoso de deshacer, porque lleva mas de mil vigas, que la menor es casi tan gorda como un cuerpo de un hombre, y de nueve y de diez brazas de largura, sin otra madera menuda que no tiene cuenta; y certifico á vuestra majestad que no creo habrá nadie que sepa decir en manera que se pueda entender la órden que estos dieron de hacer esta puente, sino que es la cosa mas extraña que nunca se ha visto.

Pasada toda la gente y caballos de la otra parte del ancon, dimos luego en una gran ciénaga, que dura bien dos tiros de ballesta, la cosa mas espantosa que jamás las gentes vieron; donde todos los caballos desensillados se sumian hasta las cinchas, sin parescer otra cosa, y querer forcejar á salir, sumíanse mas, de manera que allí perdimos del todo la esperanza de poder pasar y escapar caballo ninguno; pero todavía comenzamos á trabajar y á ponelles haces de yerba y ramas grandes debajo, sobre que se sostuviesen y no se sumiesen; remediábanse algo; y andando trabajando yendo y viniendo de la una parte á la otra, abrióse por medio un callejon de agua y cieno que los caballos comenzaban algo á nadar, y con esto plugo á nuestro Señor que salieron todos sin peligrar ninguno; aunque salieron tan trabajados y fatigados, que casi no se podian tener en los piés. Dimos todos muchas gracias á nuestro Señor por tan gran merced como nos habia hecho; y estando en esto, llegaron los españoles que yo habia enviado á Acalan, con hasta ochenta indios de los naturales de aquella provincia cargados de mantenimiento de maíz y aves, con que Dios sabe el alegría que todos hubimos, en especial que nos dijeron que toda la gente quedaba muy segura y pacífica, y con voluntad de no se ausentar; y venian con aquellos indios de Acalan dos personas honradas, que dijeron venir de parte del señor de la provincia que se llama Apaspolon, á me decir que él habia holgado mucho con mi venida; que habia muchos dias que habia noticia de mí por parte de mercaderes de Tabasco y Xicalango, y que holgaba de conocerme, y envióme con ellos un poco de oro; yo lo recibí con toda el alegría que pude, agradeciendo á su señor la buena voluntad que mostraba al servicio de vuestra majestad, y les dí algunas cosillas, y los torné á enviar con los españoles que con ellos habian venido muy contentos. Fueron muy admirados de ver el edificio de la puente, y fué harta parte para la seguridad que después en ellos hobo, porque segun su tierra está entre lagunas y esteros, pudiera ser que se ausentaran por ellos; mas con ver aquella obra pensaron que ninguna cosa nos era imposible. Tambien llegó en este tiempo un mensajero de la villa de Santistéban del Puerto, que es en el rio de Pánuco, en que me traia cartas de las justicias della, y con él otros cuatro ó cinco mensajeros indios que me traian cartas desta ciudad y de la villa de Medellin y de la villa del Espíritu Santo, y hube mucho placer al saber que estaban buenos, aunque no supe del fator y veedor, porque aun no eran llegados á esta ciudad. Este dia, después de partidos los indios y españoles que iban delante á Acalan, me partí yo con toda la gente tras ellos, y dormí una noche en el monte, y otro dia poco mas de mediodía allegué á las estancias y labranzas de la provincia de Acalan, y antes de llegar al primer pueblo della, que se llama Tizatepelt, donde hallamos todos los naturales en sus casas muy reposados y seguros, y mucho bastimento así para la gente como para los caballos; tanto, que satisfizo bien á la necesidad pasada. Aquí reposamos seis dias, y me vino á ver un mancebo de buena disposicion y bien acompañado, que dijo ser hijo del señor, y me traia cierto oro, y aves, y ofreció su persona y tierra al servicio de vuestra majestad, y dijo que su padre era ya muerto; yo mostré que me pesaba mucho de la muerte de su padre, aunque vi que no decia verdad, y le dí un collar que yo tenia al cuello, de cuentas de Flándes, que estimó en mucho; y le dije que se fuese con Dios, y él estuvo dos dias allí conmigo de su voluntad.

Uno de los naturales de aquel pueblo, que se dijo ser señor dél, me dijo que muy cerca de allí estaba otro pueblo que tambien era suyo, donde habia mejores aposentos y mas copia de bastimentos, porque era mayor y de mas gente; que me fuera allá aposentar, porque estaria mas á mi placer; yo le dije que me placia, y envió luego á mandar que abriesen el camino y que se aderezasen las posadas; lo cual se hizo todo muy bien, y nos fuimos á aquel pueblo, que está deste primero cinco leguas, donde asimismo hallamos toda la gente segura y en sus casas, y desembarazada cierta parte del pue-

blo, donde nos aposentamos: este es muy hermoso pueblo; llámase Teutiiaccaa, tiene muy hermosas mezquitas, en especial dos, donde nos aposentamos y echamos fuera los ídolos, de que ellos no mostraron mucha pena, porque ya yo les habia hablado y dado á entender el yerro en que estaban, y cómo no habia mas de un solo Dios criador de todas las cosas, y todo lo demás que cerca desto se les pudo decir, aunque después al señor principal y á todos juntos les hablé mas largo. Supe dellos que una destas dos casas ó mezquitas, que era la mas principal dellas, era dedicada á una diosa de que ellos tenian mucha fe y esperanza, y que á esta no le sacrificaban sino doncellas vírgenes y muy hermosas, y que si no eran tales, se irritaba mucho con ellos, y que por esto tenian siempre muy especial cuidado de las buscar tales, que ella se satisfaciese, y las criaban desde niñas las que hallaban de buen gesto para este efecto; sobre esto tambien les dije lo que me paresció que convenia; de que paresció que quedaban algo satisfechos.

El señor deste pueblo se mostró muy mi amigo, y tuvo conmigo mucha conversacion, y me dió muy larga cuenta y relacion de los españoles que yo iba á buscar y del camino que habia de llevar, y me dijo en muy gran secreto, rogándome que nadie supiese que él me habia avisado, que Apaspolon, señor de toda aquella provincia, era vivo y habia mandado decir que era muerto, y que era verdad que aquel que me habia venido á ver era su hijo, y que él mandaba que me desviasen del camino derecho que habia de llevar, porque no viese la tierra y los pueblos dellos, y que me avisaba dello porque me tenia buena voluntad y habia recebido de mí buenas obras; pero que me rogaba que desto se tuviese mucho secreto, porque si se sabia que él me habia avisado, le mandaria matar el señor y quemaria toda su tierra: yo se lo agradescí mucho, y pagué su buena voluntad dándole algunas cosillas, y le prometí el secreto, como él me lo rogaba, y aun le prometí que el tiempo andando seria de mí, en nombre de vuestra majestad, muy gratificado. Luego hice llamar al hijo del señor que me habia venido á ver, y le dije que me maravillaba mucho dél y de su padre haberse querido negar, sabiendo la buena voluntad que traia yo de le ver y hacer mucha honra y darle de lo que yo tenia, porque yo habia recibido en su tierra buenas obras, y deseaba mucho pagárselas; que yo sabia cierto que era vivo; que le rogaba mucho que él le fuese á llamar y trabajase con él que me viniese á ver, porque creyese cierto que él ganaria mucho: el hijo me dijo que era verdad que él era vivo, y que si él me lo habia negado, se lo mandó así, y que él iria y trabajaria mucho de lo traer, y que creia que vernia, porque él tenia ya gana de verme, pues conoscia que no venia á hacerles daño, antes les daba de lo que tenia, y que por haberse negado tenia alguna vergüenza de parescer ante mí. Yo le rogué que fuese y trabajase mucho de lo traer, y ansí lo hizo, que otro dia vinieron ambos y yo les rescibí con mucho placer, y él me dió el descargo de haberse negado, que era de temor hasta saber mi voluntad, y que ya que la sabia, él deseaba mucho verme, y que era verdad que él mandaba que me guiasen por fuera de los pueblos; pero que agora que me rogaba que me fuese al pueblo principal donde él residia, porque allí habia mas aparejo de darme las cosas necesarias, y luego mandó abrir un camino muy ancho para allá, y él se quedó conmigo, y otro dia nos partimos, y le mandé dar un caballo de los mios, y fué muy contento cabalgando en él hasta que llegamos al pueblo que se llama Izancanac, el cual es muy grande y de muchas mezquitas, y está en la ribera de un gran estero que atraviesa hasta el punto de términos de Xicalango y Tabasco; alguna de la gente deste pueblo estaba ausentada, y algunos estaban en sus casas: tuvimos allí mucha copia de bastimentos, y el señor se estuvo conmigo dentro del aposento, aunque tenia su casa ahí cerca y poblada. Todo el tiempo que yo allí estuve dióme muy larga cuenta de los españoles que iba á buscar, y hízome una figura en un paño del camino que habia de llevar, y dióme cierto oro y mujeres, sin le pedir ninguna cosa, porque hasta hoy lo he pedido á los señores destas partes si ellos no me lo quisieron dar. Habiamos de pasar aquel estero, y antes dél estaba una gran ciénaga; hizo hacer en ella una puente, y para este estero nos dió mucho aparejo de canoas, todo el que fué menester, y dióme guias para el camino, y dióme una canoa y guias para que llevasen al español que me habia traido las cartas de la villa de Santistéban del Puerto, y á los otros indios de Méjico á las provincias de Xicalango y Tabasco, y con este español torné á escrebir á las villas y á los tenientes que dejé en esta ciudad, y á los navíos que estaban en Tabasco y á los españoles que habian de venir con los bastimentos, diciendo á todos lo que habian de hacer; y despachado todo esto, le dí al señor ciertas cosillas á que él se aficionó; y quedando muy contento, y toda la gente de su tierra muy segura, me partí de aquella provincia el primer domingo de cuaresma del año de 25, y aqueste dia no se hizo mas jornada de pasar aquel estero, que no se hizo poco. Díle á este señor una nota, porque él me lo rogó, para que si por allí viniesen españoles supiesen que yo habia pasado por allí, y él quedaba por mi amigo.

Aquí en esta provincia acaeció un caso que es bien que vuestra majestad lo sepa, y es que un ciudadano honrado desta ciudad de Temuxtitan, Mesicalcingo, y ahora se llama Cristóbal, vino á mí muy secretamente una noche y me trujo cierta figura en un papel de lo de su tierra, y queriéndome dar á entender lo que significaba, me dijo que Guatalemucin, señor que fué desta ciudad de Temuxtitan, á quien yo después que la gané he tenido preso, teniéndole por hombre bullicioso, y le llevé conmigo aquel camino con todos los demás señores que me paresció que eran parte para la seguridad y revuelta destas partes, el Guatimocin, señor que fué de Tezcuco, y Tetepanquencal, señor que fué de Tacuba, y un Tacitecle, que á la sazon era en esta ciudad de Méjico en la parte de Tatelusco, habian hablado muchas veces y dado cuenta dello á este Mesicalcingo, diciendo cómo estaban desposeidos de sus tierras y señorío, y los mandaban los españoles, y que seria bien que buscasen algun remedio para que ellos las tornasen á señorear y poseer, y que hablando en ello muchas veces en este camino, les habia parescido que era buen remedio tener manera co-

mo me matasen á mí y á los que conmigo iban, y después y apellidando la gente de aquellas partes hasta matar á Cristóbal de Olid y la gente que con él estaba, y enviar sus mensajeros á esta ciudad de Temuxtitan para que matasen todos los españoles que en ella habian quedado, porque les parescia que lo podian hacer muy ligeramente, diciendo que todos los que quedaban aquí eran de los que habian venido nuevamente, y que no sabian las cosas de la guerra, y que acabado de hacer ellos lo que pensaban, irian apellidando y juntando consigo toda la tierra por todas las villas y lugares donde hubiese españoles, hasta los matar y acabar todos, y que hecho, pornian en todos los puertos de la mar recias guarniciones de gente para que ningun navío que viniese se les escapase, de manera que no pudiese volver nueva á Castilla; y que así serian señores como antes lo eran, y que tenian ya hecho repartimiento de las tierras entre sí, y que á este Mesicalcingo le hacian señor de cierta provincia. Informado de su traicion, dí muchas gracias á nuestro Señor por haberla así revelado, y luego en amaneciendo prendí á todos aquellos señores, y los puse apartados el uno del otro, y les fuí á preguntar cómo pasaba el negocio, y á los unos decia que los otros me lo habian dicho, porque no sabian unos de otros; así que hubieron de confesar todos que era verdad que Guatemucin y Tetepunquecal habian movido aquella cosa, y que los otros era verdad que lo habian oido, pero que nunca habian consentido en ello; y desta manera fueron ahorcados estos dos, y á los otros solté, porque no parescia que tenian mas culpa de habelles oido, aunque aquella bastaba para merecer la muerte; pero quedaron procesos abiertos para que cada vez que se vuelvan puedan ser castigados, aunque creo que ellos quedan de tal manera espantados, porque nunca han sabido de quien lo supe, que no creo se tornarán á revolver, porque creen que lo supe por alguna arte, y así piensan que ninguna cosa se me puede esconder; porque, como han visto que para acertar aquel camino muchas veces sacaba una carta de marear y una aguja, en especial cuando se acerca el camino de agua, se creian, han dicho á muchos españoles, que por allí lo saqué, y aun á mí me han dicho algunos dellos, queriéndome hacer cierto que tienen buena voluntad, que para que conozca sus buenas intenciones, que me rogaban mucho que mirase el espejo y la carta, y que allí veria cómo ellos me tenian buena voluntad, pues por allí sabia todas las otras cosas: yo tambien les hice entender que así era la verdad.

Esta provincia de Acalan es muy gran cosa, porque hay en ella muchos pueblos y de mucha gente, y muchos dellos vieron los españoles de mi compañía, y es muy abundosa de mantenimientos y de mucha miel; hay en ella muchos mercaderes y gentes que tratan en muchas partes, y son ricos de esclavos y de las cosas que se tratan en la tierra; está toda cercada de esteros, y todos ellos salen á la bahía ó puerto que llaman de Términos, por donde en canoas tienen gran contratacion en Xicalango y Tabasco, y aun créese, aunque no está sabida del todo la verdad, que atraviesan por allí á estotra mar; de manera que aquella tierra que llaman Yucatan queda hecha isla. Yo trabajaré de saber el secreto de esto, y haré dello á vuestra majestad verdadera relacion. Segun supe, no hay en ella otro señor principal sino el que es el mas caudaloso mercader y que tiene mas trato de sus navíos por la mar, que es este Apaspolon, de quien arriba he nombrado á vuestra majestad por señor principal. Y es la causa ser muy rico y de mucho trato de mercadería, que hasta en el pueblo de Nito, de que adelante diré, donde hallé ciertos españoles de la compañía de Gil Gonzalez de Avila, tenian un barrio poblado de sus fatores, y con ellos un hermano suyo, que trataban sus mercaderías, las que mas por aquellas partes se tratan, entre ellas el cacao, ropa de algodon, colores para teñir, otra cierta manera de tinta con que se tiñen ellos los cuerpos para se defender del calor y del frio, tea para alumbrarse, resina de pino para los sahumerios de sus ídolos, esclavos, otras cuentas coloradas de caracoles, que tienen en mucho para el ornato de sus personas. En sus fiestas y placeres tratan algun oro, aunque todo mezclado con cobre y otras mezclas.

A este Apaspolon y á muchas personas honradas de la provincia que me venian á ver, les dije lo que á todos los otros del camino les habia dicho acerca de sus ídolos, y de lo que debian creer y hacer para salvarse, y tambien lo que eran obligados del servicio de vuestra majestad; de lo uno y de lo otro paresció que recibieron contentamiento, y quemaron muchos de sus ídolos en mi presencia, y dijeron que de allí adelante nò los honrarian mas, y prometieron que siempre serian obedientes á cualquier cosa que en nombre de vuestra majestad les fuese mandado; y ansí me despedí dellos, y me partí, como arriba he dicho.

Tres dias antes que saliese desta provincia de Acalan envié cuatro españoles con dos guias que me dió el señor della, para que fuesen á ver el camino que habia de llevar á la provincia de Mazatcan, que en su lengua dellos se llama Quiatleo, porque me dijeron habia mucho despoblado, y que habia de dormir cuatro dias en los montes antes que llegase á la dicha provincia, para que viesen el camino, y si habia en él rios ó ciénagas que pasar, y mandé á toda la gente se apercibiese de bastimentos para seis dias, porque no nos acaesciese otra necesidad como la pasada; los cuales se bastecieron muy cumplidamente, porque de todo tenian harta copia, y á cinco leguas andadas después de la pasada del estero, topé los españoles que venian de ver el camino con las guias que habian llevado, y me dijeron que habian hallado muy buen camino, aunque cerrado de monte, pero que era llano, sin rio ni ciénaga que nos estorbase, y que habian llegado sin ser sentidos hasta unas labranzas de la dicha provincia, donde habian visto alguna gente; desde allí se habian vuelto sin ser vistos ni sentidos. Holgué mucho de aquella nueva, y de allí adelante mandé que fuesen seis peones sueltos con algunos indios de nuestros amigos, delante una legua de los que iban abriendo el camino, para que, si algun caminante topasen, le asiesen, de manera que pudiésemos llegar á la provincia sin ser sentidos, porque tomásemos la gente antes que se ausentase, ó quemasen los pueblos, como lo habian hecho los de atrás, y aquel dia, cerca de una legua del agua, hallaron dos indios naturales de la provincia de Acalan, que venian de la

de Mazatcan, segun dijeron, de rescatar sal por ropa, y en algo paresció ser así verdad, porque venian cargados de ropa; y trajéronlos ante mí, y yo les pregunté si de mi ida tenian noticia los de aquella provincia, y dijeron que no, antes estaban muy seguros; y yo les dije que se habian de volver conmigo, y que no recibiesen pena dello, porque ninguna cosa de lo que traian se les perderia; antes yo les daria mas, y que en llegando á la provincia ya, que se volviesen, porque yo era muy amigo de todos los del Acalan, porque del señor y todos ellos habia recibido buenas obras, y ellos mostraron buena voluntad de lo hacer, y así, volvieron guiándonos, y aun nos llevaron por otro camino, y no por el que los españoles que yo envié primero habian ido abriendo; que aquel iba á dar á los pueblos, y el otro iba á ciertas labranzas, y aquel dia dormimos asimesmo en el monte, y otro dia los españoles que iban por corredores delante toparon cuatro indios de los naturales de Mazatcan con sus arcos y flechas, que estaban, segun paresció, en el camino por escuchas, y como dieron sobre ellos, desembarazaron sus arcos y hirieron un indio de los mios, y como era el monte espeso, no pudieron prender mas de uno, el cual entregaron á tres indios de los mios, y los españoles siguieron el camino adelante, creyendo que habia mas de aquellos; y como los españoles se apartaron, volvieron los otros que habian huido, y segun paresció, se quedarian allí cerca metidos en el monte, y dan sobre los indios mis amigos, que tenian á su compañero preso, y pelearon con ellos, y quitáronsele, y los nuestros de corridos siguiéronlos por el monte y alcanzáronlos, y tornaron á pelear y hirieron á uno dellos en un brazo de una gran cuchillada, y prendiéronle, y los otros huyeron, porque ya sentian venir gente de la nuestra. Cerca deste indio me informé si sabian de mi ida, y dijo que no; pregúntele que para qué estaban ellos allí por velas, y dijeron que ellos siempre lo acostumbraban así hacer, porque tenian guerra con muchos de los comarcanos, y que para asegurar los labradores que andaban en sus labranzas, el señor mandaba siempre poner sus espías por los caminos, por no ser salteados: seguí mi camino á la mas priesa que pude, porque este indio me dijo que estábamos cerca, y porque sus compañeros no llegasen antes á dar mandado, y mandé á la gente que iba delante, que en llegando á las primeras labranzas se detuviesen en el monte, y no se mostrasen hasta que yo llegase, y cuando llegué era ya tarde, y díme mucha priesa pensando llegar aquella noche al pueblo; y porque el fardaje venia algo derramado, mandé á un capitan que se quedase allí en aquellas labranzas con veinte de caballo, y los recogiese y durmiese allí con ellos, y recogidos todos, que siguiesen mi rastro, y trabajasen de andar por un caminillo algo seguido, aunque de monte muy cerrado, á pié, con el caballo de diestro, y todos los que me seguian de la misma manera, y fuí por él hasta que, cerca la noche, dí en una ciénaga que sin aderezarse no se podia pasar, y mandé que de mano en mano dijesen que se volviesen atrás; y así, nos volvimos á una cabanilla que atrás quedaba, y dormímos aquella noche en ella, sin tener agua que beber nosotros ni los caballos, y otro dia por la mañana hice aderezar la ciénaga con mucha rama, y pasamos los caballos de diestro, aunque con trabajo, y á tres leguas de donde dormimos, vimos un pueblo en un peñol, y pensando que no habiamos sido sentidos, llegamos en mucho concierto hasta él, y estaba tan bien cercado, que no hallábamos por dónde entrar: en fin, se halló entrada, y hallámosle despoblado y muy lleno de bastimentos de maíz y aves y miel y frísoles y de todos los bastimentos de la tierra, en mucha cantidad, y como fueron tomados de improviso, no lo pudieron alzar, y tambien como era frontero, estaba muy bastecido. La manera deste pueblo es que está en un peñol alto, y por la una parte le cerca una gran laguna, y por la otra un arroyo muy hondo que entra en la laguna, y no tiene sino sola una entrada llana, y todo él está cercado de un fosado hondo, y después del fosado un petril de madera hasta los pechos de altura, y después deste pretil de madera una cerca de tablones muy gordos, de hasta dos estados en alto, con sus troneras en toda ella para tirar sus flechas, y á trechos de la cerca unas garitas altas que sobrepujaban sobre ella cerca otro estado y medio, asimismo con sus torreones y muchas piedras encima para pelear dende arriba, y sus troneras tambien en lo alto y de dentro de todas las casas del pueblo; ansimismo sus troneras y traveses á las calles, por tan buena órden y concierto, que no podia ser mejor, digo para propósito de las armas con que ellos pelean. Aquí hice ir alguna gente por la tierra á buscar la del pueblo, y tomaron dos ó tres indios, y con ellos envié al uno de aquellos mercaderes de Acalan, que habia tomado en el camino, para que buscasen al señor, y le dijesen que no hobiese miedo ninguno, sino que se volviese á su pueblo; porque yo no le venia á hacer enojo, antes le ayudaria en aquellas guerras que tenia, y le dejaria su tierra muy pacífica y segura; y desde á dos dias volvieron y trujeron á un tio del señor consigo, el cual gobernaba la tierra, porque el señor era muchacho; y no vino el señor porque diz que tuvo temor, y á este hablé y aseguré, y se fué conmigo hasta otro pueblo de la misma provincia, que está siete leguas deste, que se llama Tiac, y tienen guerra con los deste pueblo, y está tambien cercado, como este otro, y es muy mayor, aunque no es tan fuerte, porque está en llano, pero tiene sus cercas y cavas y garitas mas recias y mas, y cercado cada barrio por sí, que son tres barrios, cada uno dellos cercado por sí, y una cerca que cerca á todos. A este pueblo habia enviado dos capitanías de caballo y una de peones delante, y hallaron el pueblo despoblado, y en él mucho bastimento, y cerca del pueblo tomaron siete ó ocho hombres, de los cuales soltaron algunos, para que fuesen á hablar al señor y asegurar la gente; y hiciéronlo tan bien, que antes que yo llegase habian ya venido mensajeros del señor y traido bastimentos y ropa, y después que yo vine vinieron otras dos veces á nos traer de comer y hablar, así de parte del señor deste pueblo, como de otros cinco ó seis que están en esta provincia, que son cada uno cabecera por sí, y todos ellos se ofrecieron por vasallos de vuestra majestad y nuestros amigos, aunque jamás pude acabar con ellos que los señores me viniesen á ver; y como yo no tenia espacio para detenerme mucho, enviéles á decir que yo los recebia en nombre de vues-

tra alteza, y les rogaba que me diesen guias para mi camino adelante; lo cual hicieron de muy buena voluntad, y me dieron una guia que sabia muy bien hasta el pueblo donde estaban los españoles, y los habia visto; y con esto me partí deste pueblo de Tiac, y fuí á dormir á otro que se llama Yasuncabil, que es el postrero de la provincia, el cual asimismo estaba despoblado y cercado de la manera que los otros. Aquí habia una muy hermosa casa del señor. Aunque de pasada, en este pueblo nos proveimos de todo lo que hobimos menester para el camino, porque nos dijo la guia que teniamos cinco dias de despoblado hasta la provincia de Táica, por donde habiamos de pasar, y así era verdad: desde esta provincia de Mazatcan hasta Guiatha despedí los mercaderes que habia tomado en el camino y las guias que traia de la provincia de Acalan, y les dí de lo que yo tenia, así para ellos como para que llevasen á su señor, y fueron muy contentos; tambien envié á su casa al señor del primer pueblo, que habia venido conmigo, y le dí ciertas mujeres que habian tomado por los montes, de las suyas, y otras cosillas, de que quedó muy contento.

Salido desta provincia de Mazatcan, seguí mi camino para la de Táica, y dormí á cuatro leguas en despoblado, que todo el camino lo era, y de grandes montañas y sierras, y aun hubo en él un mal puerto, que por ser todas las peñas y piedras dél de alabastro muy fino, se puso nombre puerto de Alabastro, y al quinto dia los corredores que llevaba delante con la guia asomaron una muy gran laguna, que parescia brazo de mar, y aun así creo que lo es, aunque es dulce, segun su grandeza y hondura, y en una isleta que hay en ella vieron un pueblo, el cual les dijo la guia ser el principal de aquella provincia de Táica, y que no teniamos remedio para pasar á él si no fuese en canoas, y quedaron allí los españoles corredores puestos en salto, y volvió uno dellos á hacerme saber lo que pasaba: yo hice detener toda la gente, y pasé adelante á pié para ver aquella laguna y la disposicion della, y cuando llegué á los corredores hallé que habian prendido un indio de los del pueblo, que habia venido en una canoa chiquita con sus armas á descubrir el camino y ver si habia alguna gente; y aunque venia descuidado de lo que le acaesció, se les fuera, sino por un perro que tenian, que le alcanzó antes que se echase al agua: deste indio me informé, y me dijo que ninguna cosa se sabia de mi venida; preguntéle si habia paso para el pueblo, y dijo que no; pero dijo que cerca de allí, pasando un brazo pequeño de aquella laguna, habia algunas labranzas y casas pobladas, donde creia, si llegásemos sin ser sentidos, hallariamos algunas canoas; y luego envié á mandar á la gente que se viniesen tras mí, y yo con diez ó doce peones ballesteros seguí á pié por donde el indio nos guió, y pasamos un gran rato de ciénaga y agua hasta la cinta, y otras veces mas arriba, y llegué á unas labranzas, y con el mal camino, y aun porque muchas veces no podiamos ir sino descubiertos, no podiamos dejar de ser sentidos, y llegamos á tiempo que ya la gente se embarcaba en sus canoas, y se hacian al largo de la laguna, y anduve con mucha priesa por la ribera de aquella laguna dos tercios de legua de labranzas, y en todas habiamos sido sentidos, y iban ya huyendo. Ya era tarde y seguia, mas era en vano. Reposé en aquellas labranzas y recogí toda la gente, y aposentéla al mejor recaudo que yo pude, porque me decia la guia de Mazatcan que aquella era mucha gente y muy ejercitada en la guerra, á quien todas aquellas provincias comarcanas temian, y díjome que él queria ir en aquella canoita en que habia venido, que tornaria al pueblo que se parescia en la isleta, y está bien dos leguas de aquí hasta llegar á él, y que hablaria al señor, que él conoscia muy bien, y se llama Canee, y le diria mi intencion y causa de mi venida por aquellas tierras, pues él habia venido conmigo, y la sabia y la habia visto, y creia que se aseguraria mucho y le daria crédito á lo que dijese, porque era dél muy conoscido y habia estado muchas veces en su casa, y luego le dí la canoa y el indio que la habia traido con él, y le agradecí el ofrecimiento que me hacia, y le prometí que si lo hiciese bien, que se lo gratificaria muy á su contento; y así, se fué, y á media noche volvió, y con él dos personas honradas del pueblo, que dijeron ser enviados de su señor á me ver y se informar de lo que aquel mensajero mio les habia dicho, y saber de mí qué era lo que queria; yo les rescibí muy bien y dí algunas cosillas, y les dije que yo venia por aquellas tierras por mandado de vuestra majestad, á verlas y hablar á los señores y naturales dellas algunas cosas cumplideras á su real servicio y bien dellos; que dijesen á su señor que le rogaba que, pospuesto todo temor, viniese adonde yo estaba, y que para mas seguridad yo les queria dar un español que fuese allá con ellos y se quedase en rehenes en tanto que él venia, y con esto se fueron, y con ellos la guia y un español, y otro dia de mañana vino el señor, y hasta treinta hombres con él, en cinco ó seis canoas, y consigo el español que habia enviado para las rehenes, y mostró venir muy alegre. Fué de mí muy bien recebido, y porque cuando llegó era hora de misa, hice que se dijese cantada y con mucha solemnidad, con los ministriles de chirimías y sacabuches que conmigo iban; la cual oyó con mucha atencion y las ceremonias della, y acabada la misa vinieron allí aquellos religiosos que llevaba, y por ellos le fué hecho un sermon con la lengua, en manera que muy bien lo pudo entender, acerca de las cosas de nuestra fe, y dándole á entender por muchas razones cómo no habia mas de un solo Dios, y el yerro de su seta, y segun mostró y dijo, satisfízose mucho, y dijo que él queria luego destruir sus ídolos y creer en aquel Dios que nosotros le deciamos, y que quisiera mucho saber la manera que debia de tener para servirle y honrarle, y que si yo quisiese ir á su pueblo, veria cómo en mi presencia los quemaba, y queria que le dejase en su pueblo aquella cruz que le decian que yo dejaba en todos los pueblos por donde yo habia pasado. Después deste sermon yo le torné á hablar, haciéndole saber la grandeza de vuestra majestad, y que como él y todos los del mundo éramos sus súbditos y vasallos, y le somos obligados á servir, y que á los que asi lo hacian vuestra majestad les mandaria hacer muchas mercedes, y yo en su real nombre lo habia hecho en estas partes así con todos los que á su real servicio se habian ofrecido y puesto debajo de su real yugo, y que así lo prometia á él: él me

respondió que hasta entonces no habia reconoscido á nadie por señor ni habia sabido que nadie lo debiese ser; que verdad era que habia cinco ó seis años que los de Tabasco, viniendo por allí por su tierra, le habian dicho cómo habia pasado por allí un capitan con cierta gente de nuestra nacion, y que los habian vencido tres veces en batalla, y que después les habian dicho que habian de ser vasallos de un gran señor, y todo lo que yo agora le decia; que le dijese si era todo uno. Yo le respondí que el capitan que los de Tabasco le dijeron que habia pasado por su tierra, con quien ellos habian peleado, era yo; y para que creyese ser verdad, que se informase de aquella lengua que con él hablaba, que es Marina, la que yo siempre conmigo he traido, porque allí me la habian dado con otras veinte mujeres; y ella le habló y le certificó dello, y cómo yo habia ganado á Méjico, y le dijo todas las tierras que yo tengo subjetas y puestas debajo del imperio de vuestra majestad, y mostró holgarse mucho en haberlo sabido, y dijo que él queria ser subjeto y vasallo de vuestra majestad, y que se ternia por dichoso de serlo de un tan gran señor como yo le decia que vuestra alteza lo es, y hizo traer aves y miel y un poco de oro y ciertas cuentas de caracoles coloradas, que ellos tienen en mucho, y diómelo, y yo asimesmo le dí algunas cosas de las mias, de que mucho se contentó, y comió conmigo con mucho placer, y después de haber comido, yo le dije cómo iba en busca de aquellos españoles que estaban en la costa de la mar, porque eran de mi compañía y yo los habia enviado, y habia muchos dias que no sabia dellos; y por eso los venia á buscar; que le rogaba que él me dijese alguna nueva si sabia dellos: él me dijo que tenia mucha noticia dellos, porque bien cerca de donde ellos estaban tenia él ciertos vasallos suyos, que le servian de ciertos cacaguatales, porque era aquella tierra muy buena dellos, y que destos y de muchos mercaderes que cada dia iban y venian de su tierra allá sabia siempre nuevas dellos, y que él me daria guia para que me llevasen adonde estaban; pero que me hacia saber que el camino era muy áspero, de sierras muy altas y de muchas peñas; que si habia de ir por la mar, que no me fuera tan trabajoso: yo le dije que ya él via que para tanta gente como yo conmigo traia y para el fardaje y caballos, que no bastarian navíos, que me era forzado ir por tierra; le rogué que me diese órden para pasar aquella laguna, y díjome que yendo por ella arriba hasta tres leguas se desechaba, y por la costa podia tomar al camino frontero de su pueblo, y que me rogaba mucho que ya que la gente se habia de ir por acullá, que yo me fuese con él en las canoas á ver su pueblo y casa, y que veria quemar los ídolos, y le haria hacer una cruz; y yo, por darle placer, aunque contra la voluntad de los de mi compañía, me entré con él en las canoas con hasta veinte hombres, los mas dellos ballesteros, y me fuí á su pueblo con él todo aquel dia holgando, y ya que era casi noche me despedí dél, y me dió una guia, y me entré en las canoas, y me salí á dormir á tierra, donde hallé ya mucha de la gente de mi compañía que habia bajado la laguna, y dormimos allí aquella noche. En este pueblo, digo en aquellas labranzas, quedó un caballo que se hincó un palo por el pié, y no pudo andar; prometióme el señor de lo curar: no sé lo que hará.

Otro dia, después de recogida mi gente, me partí por donde las guias me llevaron, y á obra de media legua del aposento dí en un poco de llano y cabaña, y después torné á dar en otro montecillo, que duró obra de legua y media, y torné á salir á unos muy hermosos llanos, y en saliendo á ellos, envié muy delante ciertos de caballo y algunos peones, porque si alguna gente oviese por el campo la tomasen, porque nos dijeron los guias que aquella noche llegariamos á un pueblo, y en estos llanos se hallaron muchos gamos y alanceamos á caballo diez y ocho dellos, y con el sol y con haber muchos dias que los caballos no corrian, porque nunca habiamos traido tierra para ello, sino montes, murieron dos caballos, y estuvieron muchos en harto peligro. Hecha nuestra montería, seguimos el camino adelante, y á poco rato hallé algunos de los corredores que iban delante parados, y tenian cuatro indios cazadores que habian tomado, y traian muerto un leon y ciertas iguanas, que son unos grandes lagartos que hay en las islas; y destos me informé si sabian de mí en su pueblo, y dijeron que no, y mostráronmele á su vista, que al parescer no podia estar de una legua arriba, y díme mucha priesa por llegar allá, creyendo que no habria embarazo alguno en el camino, y cuando pensé que llegaba á entrar en el pueblo y vi á la gente andar por él, fuí á dar sobre un gran estero de agua muy hondo, y así me detuve y comencélos á llamar, y vinieron dos indios en una canoa y traian hasta una docena de gallinas, y llegaron así cerca de mí, que estaba dentro del agua hasta la cincha del caballo; y detuviéronse, que nunca quisieron llegar afuera; y allí estuve con ellos hablando gran rato asegurándolos, y jamás quisieron llegarse á mí, antes comenzaron á volverse al pueblo en su canoa, y un español que estaba á caballo junto conmigo puso las piernas por el agua y fué á nado tras ellos, y de temor, desampararon la canoa, y llegaron de presto otros peones nadadores y tomáronlos. Ya toda la gente que habiamos visto en el pueblo se habian ido dél, y pregunté á aquellos indios por dónde podiamos pasar, y mostráronme un camino que rodeando una legua arriba, se desechaba; fuímos aquella noche á dormir al pueblo que hay desde donde partimos aquel dia ocho leguas grandes; llámase este pueblo Thecon, y el señor dél Amohan; aquí estuve cuatro dias por bastecerme para seis dias, que me dijeron los guias habia de despoblado, y por esperar se viniera el señor del pueblo, que le envié á llamar y asegurar con aquellos indios que habia tomado, y nunca él ni ellos vinieron; pasados estos dias, y recogido el mas bastimento que por allí se pudo haber, me partí y llevé la primera jornada de muy buena tierra, llana y alegre, sin monte, sino algunos pedazos; y andadas seis leguas, al pié de unas sierras y junto á un rio se halló una gran casa, y junto á ella otras dos ó tres pequeñas, y al rededor algunas labranzas, y dijéronme las guias que aquella casa era de Amohan, señor de Thecon, y que la tenia allí para venta, porque pasaban por allí muchos mercaderes. Allí estuve un dia sin el que llegué, porque era fiesta, y por dar lugar á los que iban delante abriendo el camino, y se hizo en aquel rio una muy hermosa pesquería.

que atajamos en él mucha cantidad de sabogas, y las tomamos todas, sin írsenos una de las que metimos en el atajo; y otro dia me partí, y llevé la jornada de harto áspero camino, de sierras y montes, y así anduve siete leguas ó casi, de harto mal camino, y salí á unos llanos muy hermosos sin monte, sino algunos pinares. Duráronnos estos llanos otras dos leguas, y en ellos matamos siete venados, y comimos en un arroyo muy fresco que se hacia al cabo destos llanos, y después de haber comido comenzamos á subir un portezuelo, aunque pequeño, harto áspero, que de diestro subian los caballos con trabajo, y en la bajada dél hubo hasta media legua de llano, y luego comenzamos á subir otro, que en subida y bajada tuvo bien dos leguas y media, tan áspero y malo, que ningun caballo quedó que no se desherrase, y dormí á la bajada dél en un arroyo, y allí estuve otro dia casi hasta hora de vísperas, esperando que se herrasen los caballos, y aunque habia dos herradores y mas de diez que ayudaban á echar clavos, no se pudieron en aquel dia herrar todos; y yo me fuí aquel dia á dormir tres leguas adelante, y quedaron allí muchos españoles, así por herrar sus caballos como por esperar el fardaje que por haber sido el camino malo y haberle pasado con mucha agua que llovia, no habian podido llegar. Otro dia me partí de allí porque las guias me dijeron que cerca estaba una casería que se llama Asuncapin, que es del señor de Táica, y que llegariamos allí temprano á dormir; y después de haber andado cuatro ó cinco leguas llegamos á la dicha casería y la hallamos sin gente, y allí me aposenté dos dias, por esperar todo el fardaje y por recoger algun bastimento, y después me partí, y fuí á dormir á otra casería que se llama Taxuytel, que está cinco leguas destotra, y es de Amohan, señor de Thecon, donde habia muchos cacaguetales y algun maíz, aunque poco y verde; aquí me dijeron las guias y el principal desta casería, que se hubo él y su mujer y aun su hijo, que habiamos de pasar unas muy altas y agrias sierras, todas despobladas, hasta llegar á otras caserías, que son de Canec, señor de Táica, que se llaman Tenciz, y no reposamos aquí mucho; que luego otro dia nos partimos, y habiendo andado seis leguas de tierra llana, comenzamos á subir el puerto, que fué la cosa del mundo mas maravillosa y que ver; decir la aspereza y fragosidad deste puerto y sierras, ni quien lo dijese lo podria significar, ni quien lo oyese lo podria entender, sino que sepa vuestra majestad que en ocho leguas que tuvo este puerto estuvimos en las andar doce dias, digo en llegar los postreros al cabo dél, en que murieron sesenta y ocho caballos despeñados y dejarretados, y todos los demás vinieron heridos y tan lastimados, que no pensamos aprovecharnos de ninguno, y ansí murieron de las heridas y del trabajo de aquel puerto sesenta y ocho caballos, y los que escaparon estuvieron mas de tres meses en tornar en sí; en todo este tiempo que pasamos este puerto jamás cesó de llover de noche y de dia, y eran las sierras de tal calidad, que no se detenia en ellas agua para poder beber, y padesciamos mucha necesidad de sed, y los mas de los caballos murieron por esta falta, y si no fuera porque de los ranchos y chozas que cada noche haciamos para nos meter, que dellos cogiamos agua en calderas y otras vasijas, que como llovia tanto habia para nosotros y los caballos, fuera imposible escapar ningun hombre ni caballo de aquellas sierras. En este camino cayó un sobrino mio y se quebró una pierna por tres ó cuatro partes, que demás del trabajo que él rescibió, nos acrescentó el de todos, por sacarle de aquellas sierras, que fué harto dificultoso. Para remedio de nuestro trabajo hallamos, una legua antes de llegar á Tenciz, un muy gran rio, que con las muchas aguas iba tan crecido y recio, que era imposible pasarlo, y los españoles que fueron delante habian subido el rio arriba y hallaron un vado, el mas maravilloso que hasta hoy se ha oido decir ni se puede pensar, y es que por aquella parte se tiende el rio mas de dos tercios de legua, porque unas peñas muy grandes que se ponen delante le hacen tender, y hay entre estas peñas angosturas por donde pasa el rio, la cosa mas espantosa, de recia, que puede ser, y destas hay muchas que por otra parte no puede pasar el rio sino por entre aquellas peñas, y allí cortábamos árboles grandes que se atravesaban de una peña á otra, y por allí pasábamos con tanto peligro asidos por unos bejucos que tambien se ataban de una parte á otra, que á resbalar un poquito, era imposible escaparse quien cayese. Habia destos pasos hasta acabar de pasar el rio hasta veinte y tantos, de manera que se estuvo en pasar el rio dos dias por este vado, y los caballos pasaron á nado por abajo, que iba algo mas mansa el agua, y estuvieron tres dias muchos dellos en llegar á Tenciz, que no habia, como digo, mas de una legua, porque venian tan mal tratados de las sierras, que casi los llevaban á cuestas, y no podian ir.

Yo llegué á estas caserías de Tenciz, víspera de pascua de Resurreccion, y mucha de la gente no llegó tres dias adelante, digo, los que tenian caballos, que se detuvieron por ellos, y dos dias antes que yo llegase habian llegado los españoles, que habian llevado la delantera, y hallaron gente en tres ó cuatro casas de aquellas, y tomaron veinte y tantas personas, porque estaban muy descuidadas de mi venida, y á aquellos pregunté si habia algunos bastimentos, y dijeron que no, ni se pudieron hallar por toda la tierra, que nos puso en harta mas necesidad que traiamos, porque habia diez dias que no comiamos sino cuescos de palmas y palmitos, y aun destos se comian pocos, porque no traiamos ya fuerzas para cortarlos; pero díjome un principal de aquellas caserías que á una jornada de allí el rio arriba, que lo habiamos de tornar á pasar por donde lo habiamos pasado, habia mucha poblacion de una provincia que se llama Tahuycal, y que allí habia mucha abundancia de bastimentos de maíz y cacao y gallinas, y que él me daria quien me guiase allá: luego proveí que fuese allá un capitan con treinta peones y mas de mil indios de los que iban conmigo, y quiso nuestro Señor que hallaron mucha abundancia de maíz, y hallaron la tierra despoblada de gente, y de allí nos remediamos, aunque por ser tan lejos, nos proveiamos con trabajo.

Desde estas estancias envié con una guia de los naturales dellas ciertos españoles ballesteros, que fuesen á mirar el camino que habian de llevar hasta una pro-

vincia que se llama Acuculin y que llegaron á una aldea de la dicha provincia, que está diez leguas de donde yo quedé, y seis de la cabecera de la provincia, que se llama, como dije, Acuculin, y el señor della Acahuilguin, y llegaron sin ser sentidos, y de una casa tomaron siete hombres y una mujer, y volviéronse y dijeron que el camino era hasta donde ellos habian llegado algo trabajoso, pero que les habia parescido muy bueno en comparacion de los que habian pasado. Destos indios que trujeron estos españoles me informé de los cristianos que iba á buscar, y entre ellos venia uno natural de la provincia de Acalan, que dijo que era mercader, y tenia su casa de asiento de mercadería en el pueblo donde residian los españoles, que yo iba á buscar, que se llama el pueblo Nito, donde habia mucha contratacion de mercaderes de todas partes, y que los mercaderes naturales de Acalan tenian en él un barrio por sí, y con ellos estaba un hermano de Apaspolon, señor de Acalan, y que los cristianos los habian salteado de noche, y los habian tomado el pueblo y quitádoles las mercaderías que en él tenian, que eran en mucha cantidad, porque habia mercaderes de muchas partes y que desde entonces que podia haber cerca de un año, todos se habian ido por otras provincias, y que él y ciertos mercaderes de Acalan habian pedido licencia á Acahuilguin, señor de Acuculin, para poblar en su tierra, y habian hecho en cierta parte que él les señaló un pueblezuelo donde vivian, y dende allí contrataban, aunque ya el trato estaba muy perdido después que aquellos españoles allí habian venido, porque era por allí el paso y no osaban pasar por ellos, y que él me guiaria hasta donde estaban, pero que habiamos de pasar allá junto á ellos un gran brazo de mar, y antes de llegar allí, muchas sierras y malas, y que habia desde allí diez jornadas; holgué mucho con tener tan buena guia y hícele mucha honra y habláronle las guias que llevaba de Mazatcan y Táica, diciéndole cuán bien tratados habian sido de mí, y cuán amigo era yo de Apaspolon, su señor; y con esto parescia que él se aseguró mas, y fiándome de su seguridad, le mandé soltar á él y á los que con él habian traido, y con su confianza hice que se volviesen de allí las guias que traia y les dí algunas cosillas para ellos y para sus señores, y les agradescí su trabajo, y se fueron muy contentos. Luego envié cuatro de aquellos de Acuculin con otros dos de los de aquellas caserías de Tenciz, para que fuesen á hablar al señor de Acuculin, y le asegurasen porque no se ausentase, y tras ellos envié los que iban abriendo el camino, y yo me partí desde ahí á dos dias por la necesidad de los bastimentos, aunque teniamos harta de reposar, en especial por amor de los caballos; pero llevando los mas dellos de diestro, nos fuimos, y aquella noche amaneció ido el que habia de ser guia y los que con él quedaron, de que Dios sabe lo que sentí, por haber enviado las otras. Seguí mi camino, y fuí á dormir á un monte cinco leguas de allí, donde se pasaron hartos malos pasos y aun se dejarretó otro caballo que habia quedado sano, que hasta ahí lo está, y otro dia anduve seis leguas, y pasé dos rios; el uno se pasó por un árbol que estaba caido, que atravesaba de la una parte á la otra, con que hecimos sobre él con que pasase la gente para que no cayesen, y los caballos lo pasaron á nado, y se ahogaron en él dos yeguas; y el otro se pasó en unas canoas, y los caballos tambien á nado, y fuí á dormir á una poblacion pequeña de hasta quince casas todas nuevas, y supe que aquellas eran donde los mercaderes de Acalan que habian salido deste pueblo, donde los cristianos están, habian poblado. Allí estuve yo un dia esperando recoger la gente y fardaje, y envié delante dos compañías de caballos y una de peones al pueblo de Acuculin, y escribiéronme cómo lo habian hallado despoblado, y en una casa grande que es del señor habian hallado dos hombres, que les dijeron que estaban allí por el mandado del señor, esperando á que yo llegase para se lo ir á hacer saber, porque él habia sabido de mi venida de aquellos mensajeros que yo le habia enviado desde Tenciz, y que él holgaba de verme, y vernia en sabiendo que yo era llegado, y que se habia ido el uno dellos á llamar al señor y á traer algun bastimento, y el otro habia quedado. Dijeron habian hallado cacao en los árboles, pero que no habian hallado maíz; pero que habia un razonable pasto para los caballos. Como yo llegué á Acuculin, pregunté si habia venido el señor ó vuelto el mensajero, y dijéronme que no, y hablé al que habia quedado, preguntándole cómo no habian venido; respondióme que no sabia, y que él tambien estaba esperando dello; pero que podria ser que oviese aguardado á saber que yo fuese venido, y que agora que ya lo saberá. Esperé dos dias, y como no vino, tornéle á hablar, y díjome que él no sabia qué era la causa de no haber venido, pero que le diese algunos españoles que fuesen con él; que él sabia dónde estaba y que lo llamarian; y luego fueron con él diez españoles, y llevólos bien cinco leguas de allí por unos montes, hasta unas chozas que hallaron vacías, donde, segun dijeron los españoles, parescia bien que habia estado gente poco habia, y aquella noche se les fué la guia y se volvieron; quedé del todo sin guia, que fué harta causa de doblarnos los trabajos, y envié cuadrillas de gente, así españoles como indios, por toda la provincia, y anduvieron por todas las partes della mas de ocho dias, y jamás pudieron hallar gente ni rastro della, sino fueron unas mujeres, que hicieron poco fruto á nuestro propósito, porque ni ellas sabian camino ni dar razon del señor ni gente de la provincia, y una dellas dijo que sabia un pueblo dos jornadas de allí, que se llamaba Chianteca, y que allí se hallaria gente que les diese razon de aquellos españoles que buscábamos, porque habia en el dicho pueblo muchos mercaderes y personas que trataban en muchas partes; y ansí, envié luego gente, y á esta mujer por guia, y aunque era el pueblo dos jornadas buenas de donde yo estaba, y todo despoblado y mal camino, los naturales dél estaban ya avisados de mi venida, y no se pudo tomar tampoco guia. Quiso nuestro Señor que estando ya casi sin esperanza, por estar sin guia y porque de la aguja no nos podiamos aprovechar, por estar metidos entre las mas espesas y bravas sierras que jamás se vieron, sin hallar camino que para ninguna parte saliese, mas del que hasta allí habiamos llevado, que se halló por unos montes un muchacho de hasta quince años, que preguntando, dijo que él nos guiaria hasta unas estancias de

Taniha, que es otra provincia que llevaba yo en mi memoria que habia de pasar; las cuales estancias dijo estar dos jornadas de allí, y con esta guia me partí, y en dos dias llegué á aquellas estancias donde los corredores que iban delante tomaron un indio viejo, y este nos guió hasta los pueblos de Taniha, que están otras dos jornadas adelante, y en estos pueblos se tomaron cuatro indios, y luego como les pregunté me dieron muy cierta nueva de los españoles que buscaba, diciendo que los habian visto y que estaban dos jornadas de allí en el mismo pueblo que yo llevaba en mi memoria, que se llama Nito, que por ser pueblo de mucho trato de mercaderes, se tenia dél mucha noticia en muchas partes, y así me la dieron dél en la provincia de Acalan, de que ya á vuestra majestad he hecho mencion, y aun trujéronme dos mujeres de las naturales del dicho pueblo Nito, donde estaban los españoles; las cuales me dieron mas entera noticia, porque dijeron que al tiempo que los cristianos tomaron aquel pueblo ellas estaban en él, y como los saltearon de noche, las habian tomado entre otras muchas que allí tomaron, y que habian servido á ciertos cristianos dellos, los cuales nombraban por sus nombres.

No podré significar á vuestra majestad la mucha alegría que yo y todos los de mi compañía tuvimos con las nuevas que los naturales de Taniha nos dieron, por hallarnos ya tan cerca del fin de tan dudosa jornada como la que tratamos era, que aunque en aquellas cuatro jornadas que desde Acuculin allí trujimos se pasaron innumerables trabajos, porque fueron todas sin camino y de muy ásperas sierras y despeñaderos, donde se despeñaron algunos de los caballos que nos quedaron, y un primo mio que se dice Juan de Avalos rodó él y su caballo una sierra abajo, donde se quebró un brazo, y si no fuera por las platas de un arnés que llevaba vestido, que le defendieron de las piedras, se hiciera pedazos, y fué harto trabajoso de tornar á sacar arriba, y otros muchos trabajos, que serian largos de contar, que aquí se nos ofrecieron, en especial de hambre, porque aunque traia algunos puercos de los que saqué de Méjico, que aun no eran acabados, habia mas de ocho dias, cuando á Ataniha llegamos, que no comiamos pan, sino palmitos cocidos con la carne, y sin sal, porque habia muchos dias que nos habia faltado, y algunos cuescos de palmas; y tampoco hallamos en estos pueblos de Taniha cosa ninguna de comer, porque como estaba tan cerca de los españoles, estaban despoblados mucho habia, creyendo que habian de venir á ellos, aunque desto estaban bien seguros, segun yo hallé á los españoles, y con las nuevas de hallarnos tan cerca, olvidamos todos estos trabajos pasados, y púsonos esfuerzo para sufrir los presentes, que no eran de menos condicion, en especial el de la hambre, que era el mayor, porque aun de aquellos palmitos sin sal no teniamos abasto, porque se cortaban con mucha dificultad de unas palmas muy gordas y altas, que en todo un dia dos hombres tenian que hacer en cortar uno, y cortado, le comian en media hora.

Estos indios que me dieron las nuevas de los españoles, me dijeron que hasta llegar allá habia dos jornadas de mal camino, y que junto con el dicho pueblo de Nito, donde los españoles estaban, estaba un muy gran rio que no se podia pasar sin canoas, porque era tan ancho, que no era posible pasarse á nado. Luego despaché quince españoles de los de mi compañía, á pié, con una de aquellas guias, para que viesen el camino y el rio, y mandéles que trabajasen de haber alguna lengua de aquellos españoles sin ser sentidos, para me informar qué gente era, si era de la que yo habia enviado con Cristóbal de Olid ó Francisco de las Casas, ó de la de Gil Gonzalez de Avila; y así fueron, y el indio los guió hasta el dicho rio, donde tomaron una canoa de unos mercaderes, y tomada, estuvieron allí dos dias escondidos, y á cabo deste tiempo salió del pueblo de los españoles, que estaba de la otra parte del rio, una canoa con cuatro españoles que andaban pescando, á los cuales tomaron sin se les ir ninguno y sin ser sentidos en el pueblo, los cuales me trujeron y me informé dellos y supe que aquella gente que allí estaba eran de los de Gil Gonzalez de Avila, y que estaban todos enfermos y casi muertos de hambre, y luego despaché dos criados mios en la canoa que aquellos españoles traian, para que fuesen al pueblo de los españoles con una carta mia en que los hacia saber de mi venida, y que yo me iba á poner al paso del rio, y que les rogaba mucho allí me enviasen todo el aderezo de barcas y canoas, y que pasase; é yo me fuí luego con toda mi compañía al dicho paso del rio, que estuve tres dias en llegar á él, y allí vino á mí un Diego Nieto, que dijo estar allí por justicia; me trujo una barca y una canoa, en que yo con diez ó doce pasé aquella noche al pueblo, y aun me vi en harto trabajo, porque nos tomó un viento al pasar, y como el rio es muy ancho allí á la boca de la mar, por donde lo pasamos, estuvimos en mucho peligro de perdernos, y plugo á nuestro Señor dé sacarnos á puerto. Otro dia hice aderezar otra barca que allí estaba, y buscar mas canoas y atarlas de dos en dos, y con este aderezo pasó toda la gente y caballos en cinco ó seis dias.

La gente de españoles que yo allí hallé fueron hasta sesenta hombres y veinte mujeres, que el capitan Gil Gonzalez de Avila allí habia dejado; los cuales los hallé tales, que era la mayor compasion del mundo de los ver, y de ver las alegrías que con mi venida hicieron, porque en la verdad, si yo no llegara, fuera imposible escapar ninguno dellos; porque, demás de ser pocos y desarmados y sin caballos, estaban muy enfermos y llagados y muertos de hambre, porque se les acababan los bastimentos que habian traido de las islas y alguno que habian habido en aquel pueblo cuando lo tomaron á los naturales dél; y acabados, no tenian remedio de donde haber otros, porque no estaban para irlos á buscar por la tierra, y ya que trujeron, estaban en tal parte asentados, que por ninguna tenian salida, digo que ellos supiesen ni pudiesen hallar, segun se halló después con dificultad; y la poca posibilidad que en ellos habia para salir á ninguna parte, porque á media legua de donde estaban poblados jamás habian salido por tierra; y vista la gran necesidad de aquella gente, determiné de buscar algun remedio para los sostener en tanto que le hallaba para poderlos enviar á las islas, donde se aviasen; porque de todos ellos no habia ocho para poder quedar en la tierra, ya que se hobiese de poblar; y luego de la gente que yo truje envié por muchas partes por la mar

en dos barcas que allí tenian y en cinco ó seis canoas, y la primera salida que se hizo fué á una boca de un rio que se llama Yasa, que está diez leguas deste pueblo, donde yo hallé estos cristianos hácia el camino por donde habia venido, porque yo tenia noticia que allí habia pueblos y muchos bastimentos; y fué esta gente, y llegaron al dicho rio, y subieron por él seis leguas arriba, y dieron en unas labranzas asaz grandes, y los naturales de la tierra sintiéronlos venir y alzaron todos los bastimentos que tenian por unas caserías que por aquellas estancias habia, y sus mujeres y hijos y haciendas y ellos se abscondieron en los montes; y como los españoles allegaron por aquellas caserías, dicen que les hizo una grande agua, y recogiéronse á una gran casa que allí habia, y como descuidados y mojados, todos se desarmaron, y aun muchos se desarmaron para enjugar sus ropas y calentarse á fuegos que habian hecho; y estando así descuidados, los naturales de la tierra dieron sobre ellos, y como los tomaron desapercibidos, hirieron muchos dellos de tal manera, que les fué forzado tornarse á embarcar y venir de donde yo estaba, sin mas recaudo del que habian llevado y como vinieron. Dios sabe lo que yo sentí, así por verlos heridos y aun algunos dellos peligrosos, y por el favor que á los indios quedaria, como por el poco remedio que trujeron para la gran necesidad en que estábamos.

Luego á la hora en las mesmas barcas y canoas torné á embarcar otro capitan con mas gente, así de españoles como de los naturales de Méjico que conmigo fueron, y porque no pudo ir toda la gente en las dichas barcas, hícelos pasar de la otra parte de aquel gran rio que está cabe este pueblo, y mandé que se fuesen por toda la costa, y que las barcas y canoas se fuesen tierra á tierra junto con ellos para pasar los ancones y rios, que hay muchos, y así fueron y llegaron á la boca del dicho rio, donde primero habian herido los otros españoles, y volviéronse sin hacer cosa ninguna ni traer recaudo de bastimento, mas de tomar cuatro indios que iban en una canoa por la mar; y preguntados cómo se venian ansí, dijeron que con las muchas aguas que hacia, venia el rio tan furioso, que jamás habian podido subir por él arriba una legua, y que creyendo que amansara, habian estado esperando á la baja ocho dias sin ningun bastimento ni fuego, mas de frutas de árboles silvestres, de que algunos vinieron tales, que fué menester harto remedio para escaparlos. Vídeme aquí en harto aprieto y necesidad, que si no fuera por unos pocos de puercos que me habian quedado del camino, que comiamos con harta regla y sin pan ni sal, todos nos quedáramos aislados: pregunté con la lengua á aquellos indios que habian tomado en la canoa, si sabian ellos por allí á alguna parte donde pudiésemos ir á buscar bastimentos, prometiéndoles que si me encaminasen donde los hobiese que los pondria en libertad, y demás les daria muchas cosas; y uno dellos dijo que él era mercader y todos los otros sus esclavos, y que el habia ido por allí de mercaduría muchas veces con sus navíos, y que él sabia un estero que atravesaba desde allí hasta un gran rio, por donde en tiempo que hacia tormentas y no podian navegar por la mar, todos los mercaderes atravesaban, y que en aquel rio habia muy grandes poblaciones y de gente muy rica y abastada de bastimentos, y que él los guiaria á ciertos pueblos donde muy cumplidamente pudiesen cargar de todos los bastimentos que quisiesen; y porque yo fuese cierto que él no mentia, que le llevase atado con una cadena, para que si no fuese así, yo le mandase dar la pena que mereciese, y luego hice aderezar las barcas y canoas, y metí en ellas toda cuanta gente sana en mi compañía habia, y enviélos con aquella guia, y fueron, y á cabo de diez dias volvieron de la manera que habian ido, diciendo que la guia los habia metido por unas ciénagas donde las barcas ni canoas no podian navegar, y que habian hecho todo lo posible por pasar, y que jamás habian hallado remedio. Pregunté á la guia cómo me habia burlado; respondióme que no habia, sino que aquellos españoles con quien yo le envié no habian querido pasar adelante; que ya estaban muy cerca de atravesar á la mar adonde el rio subia, y aun muchos de los españoles confesaron que habian oido muy claro el ruido de la mar, y que no podia estar muy lejos de donde ellos habian llegado. No se puede decir lo que sentí el verme tan sin remedio, que casi estaba sin esperanza dél, y con pensamiento que ninguno podia escapar de cuantos allí estábamos, sino morir de hambre; y estando en esta perplejidad, Dios nuestro Señor, que de remediar semejantes necesidades siempre tiene cargo, en especial á mi inmérito, que tantas veces me ha remediado y socorrido en ellas por andar yo en el real servicio de vuestra majestad, aportó allí un navío que venia de las islas harto sin sospecha de hallarme, el cual traia hasta treinta hombres, sin la gente que navegaba el dicho navío, y trece caballos y setenta y tantos puercos y doce bitas de carne salada, y pan hasta treinta cargas de lo de las islas. Dimos todos muchas gracias á nuestro Señor, que en tanta necesidad nos habia socorrido, y compré todos aquellos bastimentos y el navío, que me costó todo cuatro mil pesos, y ya yo me habia dado priesa á adobar una carabela que aquellos españoles tenian casi perdida y á hacer un bergantin de otros que allí habia quebrados, y cuando este navío vino ya la carabela estaba adobada, aunque al bergantin no creo que pudiéramos dar fin si no viniera aquel navío, porque vino, en él hombre, que aunque no era carpintero, tuvo para ello harta buena manera; y andando por la tierra por unas y otras partes, se halló una vereda por unas muy ásperas sierras que á diez y ocho leguas de allí fué á salir á cierta poblacion que se dice Leguela, donde se hallaron muchos bastimentos; pero como estaba tan lejos y de tan mal camino, era imposible proveernos dellos.

De ciertos indios que se tomaron allí en Leguela se supo que Naco, que es un pueblo donde estuvieron Francisco de las Casas y Cristóbal de Olid y Gil Gonzalez de Avila, y donde el dicho Cristóbal de Olid murió, como ya á vuestra majestad tengo hecha relacion y adelante diré, de que yo tuve noticia de aquellos españoles y hallé en aquel pueblo, y luego hice abrir el camino y envié un capitan con toda la gente y caballos; que en mi compañía no quedaron sino los enfermos y los criados de mi casa y algunas personas que se quisieron quedar conmigo para ir por la mar, y mandé á aquel capitan que se fuese hasta el dicho pueblo de Naco, y que trabajase

apaciguar la gente de aquella provincia, porque quedó algo alborotada del tiempo que allí estuvieron aquellos capitanes, y que llegado luego, enviase diez ó doce de caballo y otros tantos ballesteros á la bahía de Sant Andrés, que está veinte leguas del dicho pueblo; porque yo me partiria por la mar con aquellos navíos, y con ellos todos aquellos enfermos y gente que conmigo quedaron, y me iria á la dicha bahía y puerto de Sant Andrés, y que si yo llegase primero, esperaria allí la gente que él habia de enviar, y que les mandase que si ellos llegasen primero, tambien me esperasen, para que les dijese lo que habian de hacer.

Después de partida esta gente y acabado el bergantin, quise meterme con la gente en los navíos para navegar, y hallé que aunque teniamos algun bastimento de carne, que no lo teniamos de pan, y que era gran inconviniente meterme en la mar con tanta gente enferma; porque si algun dia los tiempos nos detuviesen, seria perecer todos de hambre, en lugar de buscar remedio; y buscando manera para le hallar, me dijo el que estaba por capitan de aquella gente que cuando luego allí habian venido, que vinieron docientos hombres, y que traian un muy buen bergantin y cuatro navíos, que eran todos los que Gil Gonzalez habia traido, y que con el dicho bergantin y con las barcas de los navíos habian subido aquel gran rio arriba, y que habian hallado en él dos golfos grandes, todos de agua dulce, y al rededor dellos muchos pueblos y de muchos bastimentos, y que habian llegado hasta el cabo de aquellos golfos, que era catorce leguas el rio arriba, y que habia tornado á ensangostar el rio, y que venia tan furioso, que en seis dias que quisieron subir por él arriba no habian podido subir sino cuatro leguas, y que todavía iba muy hondable, y que no habian sabido el secreto dél, y que allí creia él que habia bastimentos de maíz hartos; pero que yo tenia poca gente para ir allá, porque cuando ellos habian ido, habian saltado ochenta hombres en un pueblo, y aunque lo habian tomado sin ser sentidos; pero después, que se habian juntado y peleado con ellos, y hécholes embarcar por fuerza, y les habian herido cierta gente.

Yo, viendo la extrema necesidad en que estaba, y que era mas peligro meterme en la mar sin bastimentos que no irlos á buscar por tierra, pospuesto todo, me determiné de subir aquel rio arriba; porque, demás de no poder hacer otra cosa sino buscar de comer para aquella gente, pudiera ser que Dios nuestro Señor fuera servido que de allí se supiera algun secreto en que yo pudiera servir á vuestra majestad; y hice luego contar la gente que tenia para poder ir conmigo, y hallé hasta cuarenta españoles, aunque no todos muy sueltos, pero todos podian servir para quedar en guarda de los navíos cuando yo saltase en tierra; y con esta gente y con hasta cincuenta indios que conmigo habian quedado de los de Méjico, me metí en el bergantin que ya tenia acabado y en dos barcas y cuatro canoas, y dejé en aquel pueblo un despensero mio que tuviese cargo de dar de comer á aquellos enfermos que allí quedaban; y así, seguí mi camino el rio arriba con harto trabajo, por la gran corriente dél, y en dos noches y un dia salí al primero de los dos golfos que arriba se hacen, que está hasta tres leguas de donde partí; el cual cogerá doce leguas, y en todo este golfo no hay poblacion alguna, porque en torno dél es todo anegado; y navegué un dia por este golfo hasta llegar á otra angostura que el rio hizo, y entré por ella, y otro dia por la mañana llegué al otro golfo, que era la cosa mas hermosa del mundo de ver que entre las mas ásperas y agrias sierras que puede ser, estaba una mar tan grande que coja mas de treinta leguas, y fuí por la una costa dél, hasta que ya casi noche se halló una entrada de camino, y á dos tercios de legua fuí á dar en un pueblo, donde, segun paresció, habia sido sentido, y estaba todo despoblado y sin cosa ninguna; hallamos en el campo mucho maíz verde; y así que comimos aquella noche y otro dia de mañana, viendo que de allí no nos podiamos proveer de lo que veniamos á buscar, cargámonos de aquel maíz verde para comer, y volvimos á las barcas, sin haber rencuentro ninguno ni ver gente de los naturales de la tierra; y embarcados, atravesé de la otra parte del golfo, y en el camino nos tomó un poco de tiempo, que atravesamos con trabajo, y se perdió una canoa, aunque la gente fué socorrida con una barca, que no se abogó sino un indio; y tomamos la tierra ya muy tarde cerca de noche, y no podimos saltar en ella hasta otro dia por la mañana, que con las barcas y canoas subimos por un riatillo pequeño que allí entraba, y quedando el bergantin fuera, fuí á dar en un camino, y allí salté con treinta hombres y con todos los indios, y mandé volver las barcas y canoas al bergantin; é yo seguí aquel camino, y luego á un cuarto de legua de donde desembarqué dí en un pueblo que, segun pareció, habia muchos dias que estaba despoblado, porque las casas estaban todas llenas de yerba, aunque tenian muy buenas huertas de caguatales y otros árboles de fruta, y anduve por el pueblo buscando si habia camino que saliese á alguna parte, y hallé uno muy cerrado, que parescia que habia muchos tiempos que no se seguia; y como no hallé otro, seguí por él, y anduve aquel dia cinco leguas por unos montes, que casi todos los subiamos con manos y piés, segun era cerrado, y fuí á dar á una labranza de maizales, adonde, en una casita que en ella habia, se tomaron tres mujeres y un hombre, cuya debia ser aquella labranza; y estas nos guiaron á otras, donde se tomaron otras dos mujeres, y guiáronnos por un camino hasta nos llevar adonde estaba otra gran labranza, y en medio della hasta cuarenta casillas muy pequeñas, que nuevamente parescian ser hechas, y segun paresció, fuimos sentidos antes que llegásemos, y toda la gente era huida por los montes; y como se tomaron así de improviso, no pudieron recoger tanto de lo que tenian, que no nos dejaron algo, en especial gallinas, palomas, perdices y faisanes, que tenian en jaulas, aunque maíz seco y sal no la hallamos. Allí estuve aquella noche, que remediamos alguna necesidad de la hambre que traiamos, porque hallamos maíz verde, con que comimos estas aves; y habiendo mas de dos horas que estábamos dentro en aquel pueblezuelo, vinieron dos indios de los que vivian en él, muy descuidados de hallar tales huéspedes en sus casas, y fueron tomados por las velas que yo tenia; y preguntados si sabian de algun pueblo por allí cerca,

dijeron que sí, y que ellos me llevarian allá otro dia, pero que habiamos de llegar ya casi noche; y otro dia de mañana nos partimos con aquellos guias, y nos llevaron por otro camino mas malo que el del dia pasado; porque, demás de ser tan cerrado como él, á tiro de ballesta pasábamos un rio, que todos iban á dar en aquel golfo, y deste gran ayuntamiento de aguas que bajan de todas aquellas sierras se hacen aquellos golfos y ciénagas, y sale aquel rio tan poderoso á la mar, como á vuestra majestad he dicho; y así, continuando nuestro camino, anduvimos siete leguas sin llegar á poblado, en que se pasaron cuarenta y cinco rios caudales, sin muchos arroyos que no se contaron, y en el camino se tomaron tres mujeres, y venian de aquel pueblo donde nos llevaba la guia, cargadas de maíz; las cuales nos certificaron que la guia nos decia verdad; é ya que el sol se queria poner, ó era puesto, sentimos cierto ruido de gente, y pregunté á aquellas mujeres que qué era aquello, y dijéronme que era cierta fiesta que hacian aquel dia, y hice poner toda la gente en el monte lo mejor y mas secretamente que yo pude, y puse mis escuchas casi junto al pueblo, y otras por el camino, porque si viniese algun indio lo tomasen; y así estuve toda aquella noche con la mayor agua que nunca se vido, y con la mayor pestilencia de mosquitos que se podia pensar, y era tal el monte, y el camino y la noche tan oscura y tempestuosa, que dos ó tres veces quise salir para ir á dar en el pueblo, y jamás acerté á dar en el camino, aunque estariamos tan cerca del pueblo, que casi oiamos hablar la gente dél; y así, fué forzado esperar á que amanesciese, y fuimos tan á buen tiempo, que los tomamos á todos durmiendo, y yo habia mandado que nadie entrase en casa ni diese voz, sino que cercásemos estas casas mas principales, en especial la del señor, y una grande atarazana en que nos habian dicho aquellas guias que dormia toda la gente de guerra; y quiso nuestra dicha que la primera casa con que fuimos á topar fué aquella donde estaba la gente de guerra; y como hacia ya claro, que todo se veia, uno de los de mi compañía, que vido tanta gente y armas, parecióle que era bien, segun nosotros éramos pocos, y á él le parecian los contrarios muchos, aunque estaban durmiendo, que debia de invocar algun auxilio; comenzó á grandes voces á decir «Santiago, Santiago»; á las cuales los indios recordaron, y dellos acertaron á tomar las armas, y dellos no; y como la casa donde estaban no tenia pared ninguna por ninguna parte, sino sobre postes armado el tejado, salian por donde querian, porque no la pudimos cercar toda; y certifico á vuestra majestad que si aquel no diera aquellas voces, todos se prendieran, sin se nos ir uno, que fuera la mas hermosa cabalgada que nunca se vido en estas partes, y aun pudiera ser causa de dejar todo pacífico tornándoles á soltar y diciéndoles la causa de mi venida á aquellas partes, y asegurándolos, y viendo que no los haciamos mal, antes les soltábamos teniéndolos presos, pudiera ser que hiciera mucho fruto; y así fué al revés. Prendimos hasta quince hombres y hasta veinte mujeres, y murieron otros diez ó doce que no se dejaron prender, entre los cuales murió el señor sin ser conocido, hasta que después de muerto me lo mostraron los presos. Tampoco en este pueblo hallamos cosa que nos aprovechase; porque, aunque hallábamos maíz verde, no era para el bastimento que veniamos á buscar. En este pueblo estuve dos dias porque la gente descansase, y pregunté á los indios que allí se prendieron si sabian de algun pueblo adonde hobiese bastimento de maíz seco, y dijéronme que sí, que ellos sabian un pueblo que se llamaba Chacujal, que era muy gran pueblo y muy antiguo, y que era muy abastecido de todo género de bastimentos; y después de haber estado aquí dos dias, partíme guiándome aquellos indios para el pueblo que dijeron, y anduve aquel dia seis leguas grandes, tambien de mal camino y de muchos rios, y llegué á unas muy grandes labranzas, y dijéronme las guias que aquellas eran del pueblo donde íbamos, y fuimos por ellas bien dos leguas por el monte, por no ser sentidos, y tomáronse de leñadores y otros labradores que andaban por aquellos montes á caza ocho hombres, que venian muy seguros á dar sobre nosotros, y como yo llevaba siempre mis corredores delante, tomáronlos sin se ir ninguno; y ya que se queria poner el sol, dijéronme las guias que me detuviese, porque ya estábamos muy cerca del pueblo; y así lo hice, que estuve en un monte hasta que fué tres horas de la noche, y luego comencé á caminar, y fuí á dar en un rio que le pasamos á los pechos, é iba tan recio, que fué harto peligroso de pasar, sino que con ir asidos todos unos á otros pasamos sin que nadie peligrase; y en pasando el rio, me dijeron las guias que el pueblo estaba ya junto, y hice parar toda la gente, y fuí con dos compañías hasta que llegué á ver las casas del pueblo, y aun oirlos hablar, y parescióme que la gente estaba sosegada y que no éramos sentidos, y volvíme á la gente y hícelos que reposasen, y puse seis hombres á vista del pueblo de la una parte y de la otra del camino, y volvíme á reposar donde la gente estaba; é ya que me recostaba sobre unas pajas, vino una de las escuchas que tenia puestas, y díjome que por el camino venia mucha gente con armas, y que venian hablando y como gente descuidada de nuestra venida; é apercebí la gente lo mas paso que yo pude; y como el trecho de allí al pueblo era poco, vinieron á dar sobre las escuchas, y como las sintieron, soltaron una rociada de flechas, y hicieron mandado al pueblo; y así, se fueron retirando y peleando hasta que entramos en el pueblo, y como hacia escuro, luego desparecieron por entre las calles, y yo no consentí desmandar la gente, porque era de noche, y tambien porque creí que habiamos sido sentidos y que tenian alguna celada; y con mi gente junta salí á una gran plaza donde ellos tenian sus mezquitas y oratorios, y como vimos las mezquitas y los aposentos al rededor dellas á la forma y manera de Culúa, púsonos mas espanto del que traiamos, porque hasta allí, después que pasamos de Acalan, no las habiamos visto de aquella manera; é hubo muchos votos de los de mi compañía, en que decian que luego nos tornásemos á salir del pueblo, y pasásemos aquella noche el rio antes que los del pueblo nos sintiesen que éramos pocos, y nos tomasen aquel paso; y en verdad no era muy mal consejo, porque todo era razon de temer, segun lo que habiamos visto del pueblo; y así, estuvimos recogidos en aquella gran plaza gran rato, que nunca

sentimos remor de gente, y á mí me paresció que no debiamos salir del pueblo de aquella manera; porque quizá los indios, viendo que nos deteniamos, ternian mas temor, y que si nos viesen volver conocerian nuestra flaqueza, y nos seria mas peligroso; y así plugo á nuestro Señor que fué, y después de haber estado en aquella plaza muy gran rato, recogíme con la gente á una gran sala de aquellas, y envié algunos que anduviesen por el pueblo, por ver si sentian algo, y nunca sintieron rumor; antes entraron en muchas de las casas dél, porque en todas habia lumbre, donde hallaron mucha copia de bastimentos, y volvieron muy contentos y alegres, y así estuvimos allí aquella noche al mejor recaudo que fué posible; luego que fué de dia se buscó todo el pueblo, que era muy bien trazado, y las casas muy juntas y muy buenas, y hallóse en todas ellas mucho algodon hilado y por hilar y ropa hecha de la que ellos usan, buena, é mucha copia de maíz seco y cacao y frísoles, jaji y sal, y muchas gallinas y faisanes en jaulas, y perdices y perros de los que crian para comer, que son asaz buenos, y todo género de bastimentos; tanto, que si tuviéramos los navíos donde lo pudiéramos meter en ellos, me tuviera yo por harto bien bastecido para muchos dias; pero para nos aprovechar dellos habíamoslos de llevar veinte leguas á cuestas, y estábamos tales, que nosotros sin otra carga tuviéramos bien que hacer en volver al navío si allí no descansáramos algunos dias. Aquel dia envié un indio natural de aquel pueblo, de los que habiamos prendido por aquellas labranzas, que paresció algo principal, segun en el hábito que fué tomado, porque se tomó andando á caza con su arco y flechas, y su persona á su manera bien aderezada, y habléle con una lengua que llevaba, y díjele que fuese á buscar al señor y gente de aquel pueblo, y que les dijese de mi parte que yo no venia á les hacer enojo ninguno, antes á les hablar cosas que á ellos mucho les convenia; y que viniesen el señor ó alguna persona honrada del pueblo, y que sabrian la causa de mi venida, y que fuesen ciertos que si viniesen se les seguiria mucho provecho, y por el contrario mucho daño; y así, le despaché con una carta mia, porque se aseguraban mucho con ellas en estas partes, aunque fué contra la voluntad de algunos de los de mi compañía, diciendo que no era buen consejo enviarle, porque manifestaria la poca gente que éramos, y que aquel pueblo era recio y de mucha gente, segun paresció por las casas dél; y que podia ser que sabido cuán pocos éramos, viniesen sobre nosotros, que juntasen consigo gentes de otros pueblos; é yo bien vi que tenian razon; mas con deseo de hallar alguna manera para nos poder proveer de bastimentos, creyendo que si aquella gente venia de paz me darian manera para llevar algunos, pospuse todo lo que se me pudiese ofrecer, porque en la verdad no era menos peligro el que esperábamos de hambre si no llevábamos bastimentos, que el que se nos podia recrecer de venir los indios sobre nosotros, y por esto todavía despaché el indio, y quedó que volveria otro dia, porque sabia dónde podria estar el señor y toda la gente; y otro dia después que se partió, que era el plazo á que habia de venir, andando dos españoles rodeando el pueblo y descubriendo el campo, hallaron la carta que le habia dado puesta en el camino en un palo, donde teniamos por cierto que no terniamos respuesta, y así fué que nunca vino el indio, él ni otra persona, puesto que estuvimos en aquel pueblo diez y ocho dias descansando y buscando algun remedio para llevar de aquellos bastimentos, y pensando en esto me paresció que seria bien seguir el rio de aquel pueblo abajo para ver si entraba en el otro grande que entra en aquellos golfos dulces, adonde dejé el bergantin y barcas y canoas, y preguntélo á aquellos indios que tenia presos, y dijeron que sí, aunque no los entendíamos bien, ni ellos á nosotros, porque son de lengua diferente de los que hemos visto. Por señas y por algunas palabras que de aquella lengua entendia, les rogué que dos dellos fuesen con diez españoles á mostrarles la salida de aquel rio, y ellos dijeron que era muy cerca y que aquel dia volverian; y así fué que plugo á nuestro Señor que, habiendo andado dos leguas por unas huertas muy hermosas de caguetales y otras frutas, dieron en el rio grande, y dijeron que aquel era el que salia á los golfos donde yo habia dejado el bergantin y barcas y canoas, y nombráronle por su nombre, que se llama Apolochic; y preguntéles en cuántos dias iria desde allí en canoas hasta llegar á los golfos; dijéronme que en cinco dias, y luego despaché dos españoles con una guia de aquellos para que fuesen fuera de camino, porque la guia se me ofresció de los llevar así hasta el bergantin; y mandéles que el bergantin y barcas y canoas llevasen á la boca de aquel gran rio, y que trabajasen con la una canoa y barca de subir el rio arriba hasta donde salia el otro rio; y despachados estos, hice hacer cuatro balsas de madera y cañas muy grandes; cada una llevaba cuarenta anegas de maíz y diez hombres, sin otras muchas cosas de frísoles y ají y cacao, que cada uno de los españoles echaba en ellas; y hechas ya las balsas, que pasaron bien ocho dias en hacellas, y puesto el bastimento para llevar, llegaron los españoles que habia enviado al bergantin; los cuales me dijeron que habia seis dias que comenzaron á subir el rio arriba y que no habian podido llegar la barca arriba, y que la dejaron cinco leguas de allí con diez españoles que la guardasen, y que con la canoa tampoco habian podido llegar, porque venian muy cansados de remar; pero que quedaba una legua de allí escondida; y que viniendo el rio arriba les habian salido algunos indios y peleado con ellos, aunque habian sido pocos; pero que creian que para la vuelta que se habian de juntar á esperallos. Hice ir luego gente que subiese la canoa á do estaban las balsas, y puesto en ella todo el bastimento que habiamos recogido, metí la gente que era menester para guiarnos con unas palancas grandes, para amparar de árboles que habia en el rio asaz peligrosos, y la gente que quedó señalé un capitan y mandé que se fuesen por el camino que habiamos traido, y si llegasen primero que yo, esperasen ellos donde habiamos desembarcado, é que yo iria allí á tomarlos, y que si yo llegase primero, yo los esperaria; é yo metíme en aquella canoa con las balsas con solos dos ballesteros, que no tenia mas. Aunque era el camino peligroso por la gran corriente y ferocidad del rio, como porque se tenia por cierto que los indios habian de esperar al paso, quise yo ir allí porque hubiese mejor recaudo; y encomendándome á Dios me dejé el rio abajo ir, y llevábamos tal andar, que en tres

horas llegamos donde habia quedado la barca, y aun quisimos echar alguna carga en ella por aliviar las balsas. Era tanta la corriente, que jamás pudieron parar, é yo metíme en la barca, y mandé que la canoa bien equipada de remeros fuese siempre delante de las balsas para descubrir si hobiese indios en canoas y para avisar de algunos malos pasos, é yo quedé en la barca atrás de todos, aguardando á que pasasen todas las balsas delante, para que si alguna necesidad se les ofresciese, los pudiese socorrer de arriba para abajo mejor que de abajo para arriba; é ya que queria ponerse el sol, la una de las balsas dió en un palo que estaba debajo del agua y trastornóla un poco, y la furia del agua la sacó, aunque perdió la mitad de la carga; é yendo nuestro camino tres horas ya de la noche, oí adelante gran grita de indios, y por no dejar las balsas atrás no me adelanté á ver qué era, y dende á un poco cesó y no se oyó mas. A otro rato tornéla á oir, y parescióme mas cerca, y cesó, y tampoco pude saber qué cosa era, porque la canoa y las tres balsas iban adelante, é yo quedaba con la balsa que no andaba tanto, é yendo ya algo descuidados, porque habia rato que la grita no sonaba, yo me quité la celada que llevaba, é me recosté sobre la mano, porque iba con gran calentura; é yendo así, tomónos una furia de una vuelta del rio, que por fuerza, sin poderlo resistir, dió con la barca y balsa en tierra, y segun paresció, allí habian sido dadas las gritas que habiamos oido; porque, como los indios sabian el rio, como criados en él, é nos traian espiados, é sabian que forzado la corriente nos habia de echar allí, estaban muchos dellos esperándonos á aquel paso, y como la canoa y balsas que iban delante habian dado donde nosotros después dimos, habiánlos flechado y herido casi á todos, aunque con saber que veniamos atrás no se hobieron con ellos tan reciamente como después con nosotros, y nunca la canoa nos pudo avisar, porque no pudo volver con la corriente; y como nosotros dimos en tierra, alzan muy gran alarido y echan tanta cantidad de flechas é piedras, que nos hirieron á todos, y á mí me hirieron en la cabeza, que no llevaba otra cosa desarmada, y quiso nuestro Señor que allí era una barranca alta y hacia el rio gran hondura, y á esta causa no fuimos tomados, porque algunos que se quisieron arrojar á saltar en la balsa y barca con nosotros, no les fué bien; que como era oscura, cayeron al agua, y creo que escaparon pocos. Fuimos tan presto apartados dellos, con la corriente, que en poco rato casi no los oiamos; y ansí anduvimos casi toda aquella noche, sin hallar mas reencuentro sino algunas gritillas que canoas nos daban de lejos, y otras desde las barrancas del rio; porque está todo de la una parte y de la otra poblado, y de muy hermosas heredades de huertas de cacao y de otras frutas; y cuando amanesció estábamos hasta cinco leguas de la boca del rio que sale del golfon, donde nos estaba esperando el bergantin, y llegamos aquel dia casi á mediodía; de manera que en un dia entero y una noche anduvimos veinte leguas grandes por aquel rio abajo; y queriendo descargar las balsas para echar los bastimentos en el bergantin, hallamos que todo lo mas dello venia mojado; y viendo que si no se enjugaba se perderia todo, y nuestro trabajo seria perdido, y no teniamos donde buscar otro remedio, hice escoger todo lo enjuto, y metílo en el bergantin, y lo mojado echarlo en las dos barcas y dos canoas, y enviélo á mas andar al pueblo para que lo enjugasen, porque en todo aquel golfo no habia donde, por ser todo anegado; y así se fueron, y mandéles que luego volviesen las barcas y canoas á ayudarme á llevar la gente, porque el bergantin y una canoa que quedaba no podia llevar toda la gente; y partidas las barcas y canoas, yo me hice á la vela y me fuí adonde habia de esperar la gente que venia por tierra, y esperéla tres dias, y á cabo destos llegaron muy buenos, excepto un español, que dijeron haber comido en el camino ciertas yerbas, y murió casi súpitamente; trujeron un indio que tomaron en aquel pueblo donde yo los dejé, que venia descuidado, y porque era diferente de los de aquella tierra así en lengua como en hábito, le pregunté casi por señas, y porque entre los indios presos se halló uno que le entendia, y dijo ser natural de Teculutlan; y como yo oí el nombre del pueblo, parescióme que lo habia oido decir otras veces, y desque llegué al pueblo miré ciertas memorias que yo tenia, y hallé ser verdad que le habia oido nombrar, y paresció por allí no haber de traviesa de donde yo llegué á la otra mar del Sur, adonde yo tengo á Pedro de Albarado, sino setenta y ocho leguas. Porque por aquellas memorias me parescia haber estado españoles de la compañía de Pedro Albarado en aquel pueblo de Teculutlan, y aun el indio así lo afirmaba, holgué mucho de saber aquella traviesa.

Venida toda la gente, porque las barcas no venian y allí gastamos aquel poco de bastimento que habia quedado enjuto, metímonos todos en el bergantin con harto trabajo, que no cabiamos, con pensamiento de atravesar al pueblo donde primero habiamos saltado, porque los maizales habiamos dejado muy granados, y habia ya mas de veinte y cinco dias, y de razon habiamos de hallar mucho dello seco para podernos aprovechar; y así fué, y yendo una mañana en mitad del golfo, vimos las barcas que venian, y fuímonos todos juntos; y en saltando en tierra, fué toda la gente, españoles como indios nuestros amigos, y mas de cuarenta indios de los presos, al pueblo, y hallaron muy buenos maizales, y muchos dellos secos, y no hallaron quien se lo defendiese, y cristianos é indios hicieron aquel dia cada tres caminos, porque era muy cerca; con que cargué el bergantin y barcas y fuíme con ello al pueblo, y dejé allí toda la gente acarreando maíz, y enviéles luego las dos barcas, y otra que habia aportado allí de un navío que se habia perdido en la costa viniendo á esta Nueva-España, y cuatro canoas, y en ellas se vino toda la gente y trujeron mucho maíz; y fué este tan gran remedio, que dió bien el fruto del trabajo que costó, porque á faltarnos, todos pereciéramos de hambre, sin tener ningun remedio.

Hice luego meter todos aquellos bastimentos en los navíos, y metíme en ellos con toda la gente que en aquel pueblo habia de la de Gil Gonzalez, que habian quedado conmigo de mi compañía, y me hice á la vela á..... dias del mes de..........., y fuíme al puerto de la bahía de Sant Andrés, echando primero en una punta toda la gente que pudo andar, con dos caballos que yo habia dejado para llevar conmigo en los navíos, para que se

fuesen por tierra al dicho puerto y bahía, adonde habia de hallar ó esperar á la gente que habia de venir de Naco, porque ya se habia andado aquel camino, y en los navíos no podiamos ir sino á mucho peligro, porque íbamos muy avalumados, y envié por la costa una barca para que les pasase ciertos rios que habia en el camino, y yo llegué á dicho puerto, y hallé que la gente que habia de venir de Naco habia dos dias que era llegada; de los cuales supe que todos los demás estaban buenos, y que tenian mucho maíz y ají y muchas frutas de la tierra, excepto que no tenian carne ni sal, que habia dos meses que no sabian qué cosa era; yo estuve en este puerto veinte dias proveyendo de dar órden en lo que aquella gente que estaba en Naco habia de hacer, y buscando algun asiento para poblar en aquel puerto, porque es el mejor que hay en toda la costa descubierta desta Tierra-Firme, digo desde las Perlas hasta la Florida; y quiso Dios que le hallé bueno y á propósito, y hice buscar ciertos arroyos, y aunque con poco aderezo, se encontró á una y á dos leguas del asiento del pueblo buena muestra de oro; y por esto y por ser el puerto tan hermoso y por tener tan buenas comarcas y tan pobladas, parescióme que vuestra majestad seria muy servido en que se poblase, y luego envié á Naco, donde la gente estaba, á saber si habia algunos que allí quisiesen quedar por vecinos; y como la tierra es buena, halláronse hasta cincuenta, y aun algunos y los mas de los vecinos que habian ido en mi compañía; y así, en nombre de vuestra majestad fundé allí una villa, que por ser el dia en que se empezó á talar el asiento, de la Natividad de nuestra Señora, le puse á la villa aquel nombre, y señalé alcaldes y regidores, y dejéles clérigos y ornamentos y todo lo necesario para celebrar, y dejé oficiales mecánicos, así como herrero con muy buena fragua, y carpintero y calafate y barbero y sastre : quedaron entre estos vecinos veinte de caballo y algunos ballesteros; dejéles tambien cierta artillería y pólvora.

Cuando á aquel pueblo llegué, y supe de aquellos españoles que habian venido de Naco, que los naturales de aquel pueblo y de los otros á él comarcanos estaban todos alborotados y fuera de sus casas por las sierras y montes, que no se querian asegurar, aunque habia hablado á algunos dellos, por el temor que tenian de los daños que habian recebido de la gente que Gil Gonzalez y Cristóbal de Olid llevaron, escribí al capitan que allí estaba que trabajase mucho de haber algunos dellos, de cualquier manera que fuese, y me los enviase para que yo los hablase y asegurase; y así lo hizo, que me envió ciertas personas que tomó en una entrada que hizo, é yo les hablé é aseguré mucho, y hice que les hablasen algunas personas principales de los de aquí de Méjico, que yo conmigo llevé, é les hicieron sobre quien yo era, y lo que habia hecho en su tierra y el buen tratamiento que de mí todos recebian después que fueron mis amigos, y cómo eran amparados y mantenidos en justicia ellos y sus haciendas y hijos y mujeres, y los daños que recebian los que eran rebeldes al servicio de vuestra majestad, y otras muchas cosas que les dijeron, de que se aseguraron mucho; aunque todavía me dijeron que tenian temor que no seria verdad lo que les decian, porque aquellos capitanes que antes de mí habian ido les habian dicho aquellas palabras y otras, y que después les habian mentido, y les habian llevado las mujeres que ellos los daban para que les hiciesen pan, y los hombres que les traian para que les llevasen sus cargas, y que así creian que haria yo; pero todavía, con la seguridad que aquellos de Méjico les dieron, y la lengua que yo conmigo traia, y como los vieron á ellos bien tratados y alegres de nuestra compañía, se aseguraron algun tanto, y los envié para que hablasen á los señores y gente de los pueblos, y de ahí á pocos dias me escribió el capitan que ya habian venido de paz algunos de los pueblos comarcanos, en especial los mas principales, que son aquel de Naco, donde están aposentados, y Quimiotlan é Sula y Tholoma, que el que menos destos tiene por mas de dos mil casas, sin otras aldeas que cada uno tiene subjectas á sí, é que habian dicho que luego vernia toda la tierra de paz, porque ya ellos les habian enviado mensajeros, asegurándoles y haciéndoles saber cómo yo estaba en la tierra, y todo lo que yo les habia dicho é habian oido á los naturales de Méjico, y que deseaban mucho que yo fuese allá, porque yendo yo se aseguraria mas la gente; lo cual yo hiciera de buena voluntad, sino que me era muy necesario pasar adelante á dar órden en lo que en este capítulo siguiente á vuestra majestad haré relacion.

Cuando yo, invictísimo César, llegué aquel pueblo Nito, donde hallé aquella gente de Gil Gonzalez perdida, supe dellos que Francisco de las Casas, á quien yo envié á saber de Cristóbal de Olid, como ya á vuestra majestad por otras he hecho saber, habia dejado sesenta leguas de allí la costa abajo, en un puerto que los pilotos llaman de las Honduras, ciertos españoles que cierto estaban allí poblados, y luego que llegué á este pueblo y bahía de Sant Andrés, donde en nombre de vuestra majestad está fundada la villa de la Natividad de nuestra Señora, en tanto que yo me detenia en dar órden en la poblacion y fundamento della, y en dar asimesmo órden al capitan y gente que estaba en Naco de lo que habian de hacer para la pacificacion y seguridad de aquellos pueblos, envié al navío que yo compré, para que fuese al dicho puerto de Honduras á saber de aquella gente, y volviese con la nueva que hallase; é ya que en las cosas de allí yo habia dado órden, llegó el dicho navío de vuelta, y vinieron en él el procurador del pueblo y un regidor, y me rogaron mucho que yo fuese á remediarlos, porque tenian muy extrema necesidad, á causa que el capitan que Francisco de las Casas les habia dejado, y un alcalde, que él asimesmo dejó nombrados, se habian alzado con un navío y llevádoles, de ciento é diez hombres, los cincuenta que eran, é á los que habian quedado les habian llevado las armas y herraje y todo cuanto tenian, é que temian cada dia que los indios los matasen, ó de morirse de hambre por no lo poder buscar, y que un navío que un vecino de la isla Española, que se dice el bachiller Pedro Moreno traia, aportó allí, é le rogaron que les proveyese, é que no habia querido, como sabria mas largamente después que fuese al dicho su pueblo; y por remediar esto me torné á embarcar en los dichos navíos con todos aquellos dolientes, aunque ya algunos eran muertos, para los enviar dende allí,

como después los envié á las islas y á esta Nueva-España, y metí conmigo algunos criados mios, y mandé que por tierra se viniesen veinte de caballo y diez ballesteros, porque supe que habia buen camino, aunque habia algunos rios de pasar, y estuve en llegar nueve dias, porque tuve algunos contrastes de tiempo; y echando el ancla en el dicho puerto de Honduras, salté en una barca con dos frailes de la órden de sant Francisco, que conmigo siempre he traido, y con hasta diez criados mios, y fuí á tierra, é ya toda la gente del pueblo estaba en la plaza esperándome, y como llegué cerca, entraron todos en el agua, y me sacaron de la barca en peso, mostrando mucha alegría con mi venida, y juntos nos fuimos al pueblo y á la iglesia que allí tenian; y después de haber dado gracias á nuestro Señor, me rogaron que me sentase, porque me querian dar cuenta de todas las cosas pasadas, porque creian que yo ternia enojo dellos por alguna mala relacion que me hobiesen hecho, y que querian hacerme saber la verdad antes que por aquella los juzgase; y yo lo hice como me lo rogaron; y comenzada la relacion por un clérigo que allí tenian, á quien dieron la mano que hablase, propuso en la manera que se sigue:

«Señor, ya sabeis cómo desde la Nueva-España enviaron á todos ó los mas de los que aquí estamos con Cristóbal de Olid, vuestro capitan, á poblar en nombre de su majestad estas partes, y á todos nos mandastes que obedesciésemos á el dicho Cristóbal de Olid en todo lo que nos mandase, como á vuestra persona, y así salimos con él para ir á la isla de Cuba á acabar de tomar algunos bastimentos y caballos que nos faltaban, y llegados á la Habana, que es un puerto de la dicha isla, se carteó con Diego Velazquez y con los oficiales de su majestad que en aquella isla residen, y le enviaron alguna gente, y después de bastecidos de todo lo que hobimos menester, que nos lo dió muy cumplidamente Alonso de Contreras, vuestro criado, nos partimos y seguimos nuestro viaje. Dejadas algunas cosas que nos acaecieron en el camino, que serian largas de contar, llegamos á esta costa, catorce leguas abajo del puerto de Caballos, y luego como saltamos en tierra, el dicho capitan Cristóbal de Olid tomó la posesion della por vuestra merced, en nombre de su majestad, y fundó en ella una villa con los alcaides y regidores que de allá venian, y hizo ciertos autos así en la posesion como en la poblacion de la villa, todos en nombre de vuestra merced, y como su capitan y teniente, y de allí á algunos dias juntóse con aquellos criados de Diego Velazquez que con él vinieron, y hizo allá ciertas formas, en que luego se mostró fuera de la obediencia de vuestra merced; y aunque algunos nos paresció mal, ó á los mas, no le osábamos contradecir porque amenazaba con la horca; antes dimos consentimiento á todo lo que él quiso, y aun ciertos criados y parientes de vuestra merced que con él vinieron hicieron lo mesmo, porque no osaron hacer otra cosa ni les cumplia; y hecho esto, porque supo que cierta gente del capitan Gil Gonzalez de Avila habia de ir donde él estaba, que lo supo de seis hombres mensajeros que le prendió, se fué á poner en un paso de un rio por donde habian de pasar, para los prender, y estuvo allí algunos dias esperándolos; y como no venian dejó allí recaudo con un maestro de campo, y él volvió al pueblo, y comenzó á aderezar dos carabelas que allí tenia, y metió en ellas artillería y municion para ir sobre un pueblo de españoles que el dicho capitan Gil Gonzalez tenia poblado, la costa arriba; y estando aderezando su partida, llegó Francisco de las Casas con dos navíos; y como supiera que era él, mandó que le tirasen con el artillería que tenia en las naos; y puesto que el dicho Francisco de las Casas alzó banderas de paz y daba voces diciendo que era de vuestra merced, todavía mandó que no cesasen de tiralle, y surto, le tiraron diez ó doce tiros, en que el uno dió por un costado del navío, que pasó de la otra parte; y como el dicho Francisco de las Casas conoció su mala intencion, y paresció ser verdad la sospecha que dél se tenia, y echó las barcas fuera de los navíos, é gente en ellas, y comenzó á jugar con su artillería, y tomó los dos navíos que estaban en el puerto, con toda el artillería que tenian, y la gente salióse huyendo á tierra, y tomados los navíos, luego el dicho Cristóbal de Olid comenzó á mover partidos con él, no con voluntad de cumplir nada, sino por detenelle hasta que viniese la gente que habia dejado aguardando para prender á los de Gil Gonzalez, creyendo de engañar al dicho Francisco de las Casas; y el dicho Francisco de las Casas con buena voluntad hizo todo lo que él queria; y así, estuvo con él en los tratos, sin concluir cosa, hasta que vino un tiempo muy recio; y como allí no era puerto, sino costa brava, dió con el navío del dicho Francisco de las Casas á la costa, y ahogáronse treinta y tantos hombres, y perdióse cuanto traian. El y todos los demás escaparon en carnes, y tan maltratados de la mar, que no se podian tener, y Cristóbal de Olid los prendió á todos, y antes que entrasen en el pueblo los hizo jurar sobre unos Evangelios que le obedecerian y ternian por su capitan, y nunca serian contra él. Estando en esto, vino la nueva cómo su maestro de campo habia prendido cincuenta y siete hombres que iban con un alcaide mayor del dicho Gil Gonzalez de Avila, y que después los habia tornado á soltar, y ellos se habian ido por una parte y él por otra: desto recibió mucho enojo, y luego se fué la tierra adentro á aquel pueblo de Naco, que ya otra vez él habia estado en él, y llevó consigo al dicho Francisco de las Casas y á algunos de los que con él prendió, y otros dejó allí en aquella villa con un su lugar teniente é un alcaide, é muchas veces el dicho Francisco de las Casas le rogó en presencia de todos que le dejase ir adonde vuestra merced estaba, á darle cuenta de lo que le habia acaescido, ó que pues no le dejaba, que le hobiese á buen recaudo y que no se fiase dél, é nunca jamás le quiso dar licencia. Después de algunos dias supo que el capitan Gil Gonzalez de Avila estaba con poca gente en un puerto que se dice Tholoma, y envió allá cierta gente, y dieron sobre él de noche, y prendiéronle á él y los que con él estaban, y trajéronselos presos, y allí los tuvo á ambos capitanes muchos dias sin los querer soltar, aunque muchas veces se lo rogaron, é hizo jurar á toda la gente del dicho Gil Gonzalez que le ternian por capitan, de la manera que habia hecho á los de Francisco de las Casas; y muchas veces, después de preso el dicho Gil Gonzalez, le tornó á decir el dicho Francisco de las Casas en presencia de todos que

los soltase, sino, que se guardase dellos, que le habian de matar, y nunca jamás quiso; hasta que, viendo ya su tiranía tan conocida, estando una noche hablando en una sala todos tres, y mucha gente con ellos, sobre ciertas cosas, le asió por la barba, y con un cuchillo de escribanías, que otra arma no tenia, con que se andaba cortando las uñas paseándose, le dió una cuchillada, diciendo: «Ya no es tiempo de sufrir mas este tirano.» Y luego saltó con él el dicho Gil Gonzalez y otros criados de vuestra merced, y tomaron las armas á la gente que tenian de su guarda y á él le dieron ciertas heridas, y al capitan de la guarda y al alférez y al maestro de campo y otras gentes que acudieron de su parte, los prendieron luego y tomaron las armas, sin haber ninguna muerte, y el dicho Cristóbal Olid, con el ruido, se escapó huyendo y se escondió, y en dos horas los dos capitanes tenian apaciguada la gente y presos á los principales de sus secuaces, y hicieron dar un pregon que quien supiese de Cristóbal de Olid lo viniese á decir, so pena de muerte; y luego supieron donde estaba, y le prendieron y pusieron á buen recaudo, y otro dia por la mañana, hecho su proceso contra él, ambos los capitanes juntamente le sentenciaron á muerte, la cual ejecutaron en su persona cortándole la cabeza, y luego quedó toda la gente muy contenta viéndose en libertad, y mandaron pregonar que los que quisiesen quedar á poblar la tierra lo dijesen, y los que quisiesen irse fuera della, asimismo; y halláronse ciento y diez hombres que dijeron que querian poblar, y los demás todos dijeron que se querian ir con Francisco de las Casas y Gil Gonzalez, que iban adonde vuestra merced estaba, y habia entre estos veinte de caballo, y desta gente fuimos los que en esta villa estamos, y luego el dicho Francisco de las Casas nos dió todo lo que hobimos menester, y nos señaló un capitan, y nos mandó venir á esta costa y que en ella poblásemos por vuestra merced en nombre de su majestad, y señaló alcaides y regidores y escribano y procurador del concejo de la villa, y alguacil, y mandónos que se nombrase la villa de Trujillo, y prometiónos y dió su fe como caballero que él haria que vuestra merced nos proveyese muy brevemente de mas gente y armas y caballos y bastimentos y todo lo necesario para apaciguar la tierra, é diónos dos lenguas, una india y un cristiano que muy bien la sabian; y así, nos partimos dél para venir á hacer lo que él nos mandó, y para que mas brevemente vuestra merced lo supiese, despachó un bergantin porque por la mar llegaria mas aína la nueva, y vuestra merced nos proveeria mas presto; y llegados al puerto de Sant Andrés ó de Caballos, hallamos allí una carabela que habia venido de las islas, y porque allí en aquel puerto no nos paresció que habia aparejo para poblar, y teniamos noticia deste puerto, fletamos la dicha carabela para traer en ella el fardaje, y metímoslo todo, y metióse con ello el capitan, y con él cuarenta hombres, y quedamos por tierra todos los de caballo y la otra gente, sin traer mas de sendas camisas, por venir mas livianos y desembarazados por si algo nos acaeciese por el camino; y el capitan dió su poder á uno de los alcaides, que es el que aquí está, á quien mandó que obedeciésemos en su ausencia, porque el otro alcaide se iba con él en la carabela; y así, nos partimos los unos de los otros para nos venir á juntar á este puerto, y por el camino se nos ofrescieron algunos reencuentros con los naturales de la tierra, y nos mataron dos españoles y algunos de los indios que traiamos do nuestro servicio. Llegados á este puerto harto destrozados, y desherrados los caballos, pero alegres creyendo hallar al capitan y nuestro fardaje y armas, que habiamos enviado en la carabela, é no hallamos cosa ninguna; que nos fué harta fatiga, por vernos así desnudos y sin armas y sin herraje, que todo nos lo habia llevado el capitan en la carabela, y estuvimos con harta perplejidad, no sabiendo qué nos hacer. En fin acordamos esperar el remedio de vuestra merced, porque le teniamos por muy cierto, y luego asentamos nuestra villa, y se tomó la posesion de la tierra por vuestra merced en nombre de su majestad, y así se asentó por auto, como vuestra merced lo verá, ante el escribano del cabildo, y desde ahí á cinco ó seis dias amanesció en este puerto una carabela surta bien dos leguas de aquí, y luego fué el alguacil en una canoa allá á saber qué carabela era, y trájonos nueva cómo era un bachiller Pedro Moreno, vecino de la isla Española, que venia por mandado de los jueces que en la dicha isla residen, á estas partes á entender en ciertas cosas entre Cristóbal de Olid y Gil Gonzalez, y que traia muchos bastimentos y armas en aquella carabela, y que todo era de su majestad. Fuimos todos muy alegres con esta nueva, y dimos muchas gracias á nuestro Señor, creyendo que éramos remediados de nuestra necesidad, y luego fué allá el alcaide y los regidores y algunos de los vecinos para le rogar que nos proveyese, y contarle nuestra necesidad; y como allá llegaron púsose su gente armada en la carabela, y no consintió que ninguno entrase dentro; y cuando mucho se acabó con él, fué que entrasen cuatro ó cinco y sin armas, y así entraron, y ante todas cosas le dijeron cómo estaban aquí poblados por vuestra merced en nombre de su majestad, y que á causa de habérsenos ido en una carabela el capitan con todo lo que teniamos, estábamos con muy gran necesidad, así de bastimentos, armas, herraje, como de vestidos y otras cosas; y que pues Dios le habia traído allí para nuestro remedio, y lo que traia era de su majestad, que le rogábamos é pediamos nos proveyese, porque en ello se serviria su majestad, y demás nosotros nos obligariamos á pagar todo lo que nos diese; y él nos respondió que él no venia á proveernos, ni nos daba cosa de lo que traia si no se lo pagásemos luego en oro ó le diésemos esclavos de la tierra en precio. Y dos mercaderes que en el navío venian, y un Gaspar Troche, vecino de la isla de San Juan, le dijeron que nos diese todo lo que le pediésemos, y que ellos se obligarian de lo pagar al plazo que quisiese, hasta en cinco ó seis mil castellanos, pues sabia que eran abonados para lo pagar, y que ellos querian hacer esto porque en ello servian á su majestad, y tenian por cierto que vuestra merced se lo pagaria, demás de agradecérselo; é ni por esto nunca jamás quiso darnos la menor cosa del mundo; antes nos dijo que nos fuésemos con Dios, que él se queria ir; y así, nos echó fuera de la carabela, y echó fuera tras nosotros á un Juan Ruano que traia consigo, el cual habia sido el principal movedor de la traicion de Cristóbal de Olid, y este habló secretamente al alcaide

y á los regidores y á alguno de nosotros, y nos dijo que si hiciésemos lo que él nos dijese, que él haria que el bachiller nos diese todo lo que hobiésemos menester, y aun que haria con los jueces que residen en la Española que no pagásemos nada de lo que él nos diese, y que él volveria á la Española y haria á los dichos jueces que nos proveyesen de gente, caballos, armas y bastimentos y de todo lo necesario, y que volveria el dicho bachiller muy presto con todo esto, y con poder de los dichos jueces para ser nuestro capitan; y preguntado qué era lo que habiamos de hacer, dijo que ante todas cosas, reponer los oficios reales que tenian el alcaide y los regidores y tesorero y contador y veedor que habian quedado en nombre de vuestra merced, y pedir al dicho bachiller que nos diese por capitan al dicho Juan Ruano, y que queriamos estar por los jueces, y no por vuestra merced; y que todos formásemos este pedimento, y jurásemos de obedecer y tener al dicho Juan Ruano por nuestro capitan, y que si alguna gente ó mandado de vuestra merced viniese, que no le obedeciésemos; y que si en algo se pusiese, que lo resistiésemos con mano armada. Nosotros le respondimos que no se podia hacer, porque habiamos jurado otra cosa, y que nosotros por su majestad estábamos, y por vuestra merced en su nombre, como su capitan y gobernador, y que no hariamos otra cosa. El dicho Juan Ruano nos tornó á decir que determinásemos de lo hacer ó dejarnos morir; que de otra manera, que el bachiller no nos daria ni un jarro de agua, y que supiésemos cierto que en sabiendo que no lo queriamos hacer, se iria y nos dejaria así perdidos; por eso, que mirásemos bien en ello. Y así nos juntamos, y constreñidos de gran necesidad, acordamos de hacer todo lo que él quisiese, por no morirnos ó que los indios no nos matasen, estando, como estábamos, desarmados; y respondimos al dicho Juan Ruano que nosotros éramos contentos de hacer todo lo que él decia; y con esto se fué á la carabela, y salió el dicho bachiller en tierra con mucha gente armada, y el dicho Juan Ruano ordenó el pedimento para que le pidiésemos por nuestro capitan, y todos ó los mas lo firmamos y le juramos, y el alcaide y regidores, tesorero y contador y veedor dejaron sus oficios, y quitó el nombre á la villa, y le puso la villa de la Ascension, y hizo ciertos autos cómo quedábamos por los jueces, y no por vuestra merced; y luego nos dió todo cuanto le pedimos, y hizo hacer una entrada, y trujimos cierta gente, los cuales se herraron por esclavos, y él se los llevó; y aunque no quiso que se pagase dellos quinto á su majestad, y mandó que para los derechos reales no hobiese tesorero ni contador ni veedor, sino que el dicho Juan Ruano, que nos dejó por capitan, lo tomase todo en sí, sin otro libro ni cuenta ni razon; y así, se fué, dejándonos por capitan al dicho Juan Ruano, y dejándole cierta forma de requerimiento que hiciese si alguna gente de vuestra merced aquí viniese, y prometiónos que muy presto volveria con mucho poder que nadie bastase á resistille; y después dél ido, viendo nosotros que lo hecho no convenia á servicio de su majestad, y que era dar causa á mas escándalos de los pasados, prendimos al dicho Juan Ruano y lo enviamos á las islas, y el alcaide y regidores tornaron á usar sus oficios como de primero; y así, hemos estado y estamos por vuestra merced en nombre de su majestad; y os pedimos, señor, que las cosas pasadas con Cristóbal de Olid nos perdoneis, porque tambien fuimos forzados como estotra.»

Yo les respondí que las cosas pasadas con Cristóbal de Olid yo se las perdonaba en nombre de vuestra majestad; y que en lo que agora habian hecho no tenian culpa, pues por necesidad habian sido costreñidos; y que de aquí adelante no fuesen autores de semejantes novedades ni escándalos, porque dello vuestra majestad se deserviria, y ellos serian castigados por todo. Y porque mas cierto creyesen que las cosas pasadas yo olvidaba, y que jamás ternia memoria dellas, antes en nombre de vuestra majestad los ayudaria y favoresceria en lo que pudiese, haciendo ellos lo que deben como leales vasallos de vuestra majestad; que yo en su real nombre les confirmaba los oficios de alcaldías y regimientos que Francisco de las Casas en mi nombre, como mi teniente, les habia dado; de que ellos quedaron muy contentos, y aun harto sin temor que les serian demandadas sus culpas. Y porque me certificaron que aquel bachiller Moreno vernia muy presto con mucha gente y despachos de aquellos jueces que residen en la isla Española, por entonces no me quise apartar del puerto para entrar la tierra adentro; pero informado de los vecinos, supe de ciertos pueblos de los naturales de la tierra, que están á seis y á siete leguas desta villa, y dijéronme que habian habido con ellos ciertos reencuentros yendo á buscar de comer, y que algunos dellos parescia que si tuvieran lengua con que se entender con ellos, se apaciguaran, porque por señas habian conoscido dellos buena voluntad; aunque ellos no les habian hecho buenas obras, antes salteándoles les habian tomado ciertas mujeres y muchachos, las cuales aquel bachiller Moreno habia herrado por esclavos y llevádolos en su navío; de que Dios sabe cuánto me pesó, porque conoscí el gran daño que de allí se seguiria; y en los navíos que envié allá lo escrebí á aquellos jueces, y les envié muy larga probanza de todo lo que aquel bachiller en esta villa habia hecho, y con ella una carta de justicia, requiriéndoles de parte de vuestra majestad me enviasen aquí aquel bachiller preso y á buen recaudo, y con él á todos los naturales desta tierra que habia llevado por esclavos; pues habia sido de hecho y contra todo derecho, como verian por la probanza que dello les enviaba. No sé lo que harán sobre ello; lo que me respondieren haré saber á vuestra majestad.

Pasados dos dias después que llegué á este puerto y villa de Trujillo, envié un español que entiende la lengua, y con él tres indios de los naturales de Culúa, á aquellos pueblos que los vecinos me habian dicho, é informé bien al español é indios de lo que habian de decir á los señores y naturales de los dichos pueblos, en especial hacerles saber cómo era yo el que era venido á estas partes, porque á causa del mucho trato, en muchas dellas tienen de mí noticia y de las cosas de México por vias de mercaderes; y á los primeros pueblos que fueron fué uno que se dice Chapagua y á otro que se dice Papayeca, que están siete leguas de aquella villa, é dos leguas el uno del otro. Son pueblos muy principales, segun después ha parescido; porque

el de Papayeca tiene diez y ocho pueblos subjectos, y el de Chapagua diez; y quiso nuestro Señor, que tiene especial cuidado, segun cada dia vemos por experiencia, de hacer las cosas de vuestra majestad, que oyeron la embajada con mucha atencion, y enviaron con aquellos mensajeros otros suyos para que viesen mas por entero si era verdad lo que aquellos les habian dicho; y venidos, yo los recebí muy bien y dí algunas cosillas, y los torné á hablar con la lengua que yo conmigo llevé, porque la de Culúa y esta es casi una, excepto que difieren en alguna pronunciacion y en algunos vocablos, y les torné á certificar lo que de mi parte se les habia dicho, y les dije otras cosas que me paresció convenian para su seguracion, y les rogué mucho que dijesen á sus señores que me viniesen á ver; y con esto se despidieron de mí muy contentos. Y dende á cinco dias vino de parte de los de Chapagua una persona principal, que se dice Montamal, señor, segun paresció, de un pueblo de los subjectos á la dicha Chapagua, que se llama Telica; y de parte de los de Papayeca vino otro señor de otro pueblo subjecto que se llama Cecoatl, y algunos naturales le habitan, y trujeron algun bastimento de maíz y aves y algunas frutas; y dijeron que ellos venian de parte de sus señores á que yo les dijese lo que yo queria y la causa de mi venida á aquella su tierra; y que ellos no venian á verme porque tenian mucho temor de que los llevasen en los navíos, como habian hecho á cierta gente que los cristianos que primero allí fueron les habian tomado. Yo les dije cuánto á mí me habia pesado de aquel hecho; pero que fuesen ciertos que de ahí adelante no les seria hecho agravio; antes yo enviaria á buscar aquellos que les habian llevado, y se los haria volver. ¡Plega Dios que aquellos licenciados no me hagan caer en falta, que gran temor tengo que no me los han de enviar! Antes han de tener forma para disculpar al dicho bachiller Moreno, que los llevó; porque no creo yo que él hizo por acá cosa que no fuese por instruccion dellos y por su mandado.

En respuesta de lo que aquellos mensajeros me preguntaron acerca de la causa de mi ida en aquella tierra, les dije que ya yo creia que ellos tenian noticia cómo habia ocho años que yo habia venido á la provincia de Culúa, y como Muteczuma, señor que á la sazon era de la gran ciudad de Temuxtitan y de toda aquella tierra, informado por mí cómo yo era enviado por vuestra majestad, á quien todo el universo es subjecto, para ver y visitar estas partes en el real nombre de vuestra excelencia, luego me habia recebido muy bien y reconoscido lo que á vuestra grandeza debia, y que así lo habian hecho todos los otros señores de la tierra; y todas las otras cosas que hacian al caso que acá me habian acaescido, y que porque yo traje mandado de vuestra majestad que viese y visitase toda la tierra; sin dejar cosa alguna, y hiciese en ella pueblos de cristianos para que les hiciesen entender la órden que habian de tener, así para la conservacion de sus personas y haciendas, como por la salvacion de sus ánimas; y que esta era la causa de mi ida, y que fuesen ciertos que della se les habia de seguir mucho provecho y ningun daño; y que los que fuesen obedientes á los mandamientos reales de vuestra majestad habian de ser muy bien tratados y mantenidos en justicia, y los que fuesen rebeldes serian castigados; y otras muchas cosas que les dije á este propósito. Y por no dar á vuestra majestad importunidad con larga escriptura, y porque no son de mucha calidad, no las relato aquí.

A estos mensajeros dí algunas cosillas que ellos estiman, aunque entre nosotros son de poco prescio, y fueron muy alegres; y luego volvieron con bastimentos y gente para talar el sitio del pueblo, que era una gran montaña, porque yo se lo rogué cuando se fueron. Aunque los señores por entonces no vinieron á verme, yo disimulé con ellos, haciendo que no se me daba nada, y roguéles que ellos enviasen mensajeros á todos los pueblos comarcanos, haciéndoles saber lo que yo les habia dicho; y que les rogasen de mi parte que me viniesen á ayudar á hacer aquel pueblo, é así lo hicieron; que en pocos dias vinieron de quince ó diez y seis pueblos, digo señoríos, por sí, y todos con muestra de buena voluntad se ofrecieron por súbditos y vasallos de vuestra alteza, y trujeron gente para ayudar á talar el pueblo y bastimentos, con que nos mantuvimos hasta que vino socorro de los navíos que yo envié á las islas.

En este tiempo despaché los tres navíos y otro que después vino, que asimismo compré, y con ellos todos aquellos dolientes que habian quedado vivos; el uno vino á los puertos desta Nueva-España, y escrebí en él largo á los oficiales de vuestra majestad que yo dejé en mi lugar, y á todos los concejos, dándoles cuenta de lo que yo por allá habia hecho, y de la necesidad que habia de detenerme yo algun tiempo por aquellas partes; y rogándoles y encargándoles mucho lo que les habia quedado á cargo, y dándoles mi parescer de algunas cosas que convenia; y mandé á este navío que se viniese por la isla de Cozumel, que está en el camino, y trujese de allí ciertos españoles que un Valenzuela, que se habia alzado con un navío y robado el pueblo que primero fundó Cristóbal de Olid, allí habia dejado aislados, que tenia informacion que eran mas de sesenta personas; el otro navío, que á la postre compré en la cala y isla de Cuba, á la villa de la Trinidad á que cargase de carne y caballos y gente, y se viniese con la mas brevedad que fuese posible; el otro envié á la isla de Jamáica á que hiciese lo mismo; el carabelon ó bergantin que yo hice, envié á la isla Española, y en él un criado mio, con quien escrebí á vuestra majestad y á aquellos licenciados que en la dicha villa residen; y segun después paresció, ninguno destos navíos hizo el viaje que llevó mandado, porque el que iba á Cuba, á la Trinidad, aportó á Guaniguanico, y hubo de ir cincuenta leguas por tierra á la villa de la Habana á buscar carga; y cuando este vino, que fué el primero, me trujo nueva cómo el navío que venia á esta Nueva-España habia tomado la gente de Cozumel, y que después habia dado al través en la isla de Cuba, en la punta que se llama de Sant Anton ó de Corrientes, y que se habia perdido cuanto llevaban y se habia ahogado un primo mio que se decia Juan de Avalos, que tenia por capitan dél, y los dos frailes franciscos que habian ido conmigo, que tambien venian dentro, y treinta y tantas personas otras, que me llevó por copia; y las que habian salido á tierra habian andado perdidas por los montes sin saber adónde iban, y de hambre se

habian muerto casi todos; que de ochenta y tantas personas no habian quedado vivos sino quince, que á dicha aportaron á aquel puerto de Guaniguanico, donde estaba surto aquel navío mio; que allí habia una estancia de un vecino de la Habana, donde cargó mi navío, porque habia muchos bastimentos; y allí se remediaron aquellos que quedaron vivos. Dios sabe lo que sentí en esta pérdida; porque, demás de perder deudos y criados, y muchos coseletes, escopetas y ballestas, y otras armas que iban en el dicho navío, sentí mas no haber llegado mis despachos, por lo que adelante vuestra majestad verá.

El otro navío que iba á la Jamáica, y el que iba á la Española, aportaron á la Trinidad, en la isla de Cuba, y allí hallaron el licenciado Alonso de Zuazo, que yo dejé por justicia mayor y por uno de los que dejé en la gobernacion desta Nueva-España, y hallaron un navío en el dicho puerto, que aquellos licenciados que residen en la isla Española enviaban á esta Nueva-España á certificar de la nueva que allá se decia de mi muerte; y como el navío supo de mí, mudó su viaje, porque traia treinta y dos caballos y algunas cosas de la jineta, y otros bastimentos, creyendo venderlos mejor donde yo estaba; y en este navío me escribió el dicho licenciado Alonso de Zuazo cómo en esta Nueva-España habia muy grandes escándalos y alborotos entre los oficiales de vuestra majestad, y que habian echado fama que yo era muerto, y se habian pregonado por gobernadores los dos dellos y hecho que los jurasen por tales, y que habian prendido al dicho licenciado Zuazo; y que los otros dos oficiales y á Rodrigo de Paz, á quien yo dejé mi casa y hacienda, la cual habian saqueado, y quitado las justicias que yo dejé y puesto otras de su mano, y otras muchas cosas que, por ser largas, y porque envio la misma carta original á vuestra majestad, donde las mandará vér, no las expreso aquí.

Ya puede vuestra majestad considerar lo que yo sentí destas nuevas, en especial en saber el pago que aquellos daban á mis servicios, dándome por gualardon saqueárme la casa, aunque fuera verdad que yo fuera muerto; que aunque quieran decir ó dar por color que yo debia á vuestra majestad sesenta y tantos mil pesos de oro, no ignoran ellos que no los debo, antes se me deben mas de ciento y cincuenta mil otros, que he gastado, é no mal gastado, en servicio de vuestra majestad. Luego pensé en el remedio, y parescióme por una parte que yo debia meterme en aquel navío y venir á remediarlo y castigar tan grande atrevimiento; porque ya por acá todos piensan, en viéndose ausentes con un cargo, que si no hacen befa, no portan penacho; que tambien otro capitan que el gobernador Pedro Arias envió allí á Nicaragua, está tambien alzado de su obediencia, como adelante daré á vuestra excelencia mas larga cuenta desto; por otra parte doliame el ánima dejar aquella tierra en el estado y coyuntura que la dejaba, porque era perderse totalmente, y tengo por muy cierto que en ella vuestra majestad ha de ser muy servido y ha de ser otra Culúa; porque tengo noticia de muy grandes y ricas provincias, y de grandes señores en ellas, de mucha manera y servicio, en especial de una que llaman Eneitapalan, y en otra lengua Xucutaco, que há seis años que tengo noticia della, y por todo este camino he venido en su rastro, y tuve por nueva muy cierta que está ocho ó diez jornadas de aquella villa de Trujillo, que puede ser cincuenta ó sesenta leguas, y desta hay tan grandes nuevas, que es cosa de admiracion lo que della se dice, que aunque falten los dos tercios, hace mucha ventaja á esta de Méjico en riqueza, é iguálale en grandeza de pueblos y multitud de gente y policía della; y estando en esta perplejidad, consideré que ninguna cosa puede ser bien hecha ni guiada si no es por mano del Hacedor y Movedor de todas, y hice decir misas y hacer procesiones y otros sacrificios, suplicando á Dios me encaminase en aquello en que él mas se sirviese; y después de hecho esto por algunos dias, parescióme que todavía debia posponer todas las cosas é ir á remediar aquellos daños; y dejé en aquella villa hasta treinta y cinco de caballo y cincuenta peones, y con ellos por mi lugarteniente á un primo mio que se dice Hernando de Saavedra, hermano del Juan de Avalos, que murió en la nao que venia á esta ciudad; y después de dejarle instruccion y la mejor órden que yo pude de lo que habia de hacer, y después de haber hablado á algunos de los señores naturales de aquella tierra, que ya habian venido á verme, me embarqué en el dicho navío con los criados de mi casa, y envié á mandar á la gente que estaba en Naco que se fuesen por tierra por el camino que fué Francisco de las Casas, que es por la costa del sur, á salir adonde está Pedro de Albarado, porque ya estaba el camino muy sabido y seguro, y era gente harta para pasar por donde quisiera; y envié tambien á la otra villa de la Natividad de Nuestra Señora instruccion de lo que habian de hacer, y embarcado con buen tiempo, teniendo ya la postrera ancla á pique, calmó el tiempo de manera que no pude salir, y otro dia por la mañana fuéme nueva al navío que entre la gente que dejaba en aquella villa habia ciertas murmuraciones, de que se esperaban escándalos siendo yo ausente, y por esto, y porque no hacia tiempo para navegar, torné á saltar en tierra y hobe mi informacion, y con castigar algunos movedores, quedó muy pacífico; estuve dos dias en tierra, que no hubo tiempo para salir del puerto, y al tercero dia vino muy buen tiempo, y tornéme á embarcar y hacer á la vela, y yendo dos leguas de donde partí, que doblaba ya una punta que el puerto hace muy larga, quebróseme la entena mayor, y fué forzado volver al puerto á aderezarla; estuve otros tres dias aderezándola, y partíme con muy buen tiempo otra vez, y anduve con él dos noches y un dia, y habiendo andado cincuenta leguas y mas, diónos tan recio tiempo de norte, muy contrario, que nos quebró el mástil del trinquete por los tamboretes, y fué forzado con harto trabajo volver al puerto, donde llegados, dimos todos muchas gracias á Dios, porque pensamos perdernos, é yo y toda la gente veniamos tan maltratados de la mar, que nos fué necesario tomar algun reposo, y en tanto que el tiempo se abonanzaba y el navío se aderezaba, salí en tierra con toda la gente, y viendo que habiendo salido tres veces á la mar con buen tiempo me habia vuelto, pensé que no era Dios servido que aquella tierra se dejase

así, y aun penséle porque algunos de los indios que habian quedado de paz estaban algo alborotados, y torné de nuevo á encomendarlo á Dios y hacer procesiones y decir misas, y asentóseme que con enviar yo aquel navío en que yo habia de venir á esta Nueva-España, y en él mi poder para Francisco de las Casas, mi primo, y escrebir á los concejos y á los oficiales de vuestra majestad reprehendiéndoles su yerro, y enviando algunas personas principales de los indios que conmigo fueron, para que los que acá quedaron creyesen que no era yo muerto, como acá se habia publicado, se apaciguaria todo y daria fin á lo que allá tenia comenzado, y así lo proveí, aunque no proveí muchas cosas que proveyera si supiera á aquella sazon la pérdida del navío que habia enviado primero, y dejélo porque en él lo habia proveido todo muy cumplidamente, y tenia por cierto que ya estaba acá muchos dias habia, en especial el despacho de los navíos de la mar del Sur, que habia despachado en aquel navío como convenia.

Después de haber despachado este navío para esta Nueva-España, porque yo quedé muy malo de la mar, y hasta agora lo estoy, no pude entrar la tierra adentro, y tambien por esperar á los navíos que habian de venir de las islas, y proveer otras cosas que convenia, envié al teniente que allí dejaba, con treinta de caballo y otros tantos peones, que entrasen en la tierra adentro, y fueron hasta treinta y cinco leguas de aquella villa por un muy hermoso valle poblado de muchos y muy grandes pueblos, abundoso de todas las cosas que en la tierra hay; muy aparejado para criar en toda ella todo género de ganado, y plantar todas y cualesquier plantas de nuestra nacion, y sin haber recuentro con los naturales de la tierra, sino hablándoles con la lengua y con los naturales de la tierra, que ya teniamos por amigos, los atrajeron todos de paz, y vinieron ante mí mas de veinte señores de pueblos principales, y con muestra de buena voluntad se ofrescieron por súbditos de vuestra alteza, prometiendo de ser obedientes á sus reales mandamientos, y así lo han hecho y hacen hasta agora; que después acá, hasta que yo me partí, nunca habia faltado gente dellos en mi compañía, y casi cada dia iban unos y venian otros, y traian bastimentos y servian en todo lo que se les mandaba; plega á nuestro Señor de los conservar, y llegar al fin que vuestra majestad desea; é yo así tengo por fe que será; porque de tan buen principio no se puede esperar mal fin, sino por culpa de los que tenemos el cargo.

La provincia de Papayeca y la de Chapagua, que dije que fueron las primeras que se ofrecieron al servicio de vuestra majestad y por nuestros amigos, fueron los que cuando yo me embarqué hallé alborotados, y como yo me volví, tuvieron algun temor, y enviélos mensajeros asegurándoles; y algunos de los de Chapagua vinieron, aunque no los señores, y siempre tuvieron despoblados sus pueblos de mujeres y hijos y haciendas; aunque en ellos habia algunos hombres que venian allí á servir, híceles muchos requerimientos sobre que se viniesen á sus pueblos, y jamás quisieron, diciendo hoy, mas mañana; y tuve manera como hube á las manos los señores, que son tres, que el uno se llama Thicohuytl, y el otro Poto, y el otro Mendereto; y habidos, prendílos y díles cierto término, dentro del cual les mandé que poblasen sus pueblos y no estuviesen en las sierras, con apercebimiento que no lo haciendo serian castigados como rebeldes; y así, los poblaron, y los solté, y están muy pacíficos y seguros, y sirven muy bien. Los de Papayeca jamás quisieron parescer, en especial los señores, y toda la gente tenian en los montes consigo, despoblados sus pueblos; y puesto que muchas veces fueron requeridos, jamás quisieron ser obedientes; envié allá una capitanía de gente de caballo y de pié, y muchos de los indios consigo, naturales de aquella tierra, y saltearon una noche á uno de aquellos señores, que son dos, que se llama Pizacura, y prendiéronle, y preguntado por qué habia sido malo y no queria ser obediente, dijo que ya se hobiera venido, sino que el otro su compañero, que se llama Mazatl, era mas parte con la comunidad, y que este no consentia; pero que le soltasen á él, y que él trabajaria de espialle para que le prendiesen; y que si le ahorcasen, que luego la gente estaria pacífica y se vernian todos á sus pueblos, porque él los recogeria, no teniendo contradiccion; y así, le soltaron, y fué causa de mayor daño, segun ha parescido después. Ciertos indios nuestros amigos, de los naturales de aquella tierra, espiaron al dicho Mazatl, y guiaron á ciertos españoles donde estaba, y fué preso; notificáronle lo que su compañero Pizacura habia dicho dél, y mandósele que dentro de cierto término trujese la gente á poblar en sus pueblos, y no estuviesen por las sierras; jamás se pudo acabar con él. Hízose contra él proceso, y sentencióse á muerte, la cual se ejecutó en su persona. Ha sido gran ejemplo para los demás; porque luego algunos pueblos que estaban así algo levantados, se vinieron á sus casas, y no hay pueblo que no esté muy seguro con sus hijos y mujeres y haciendas, excepto este de Papayeca, que jamás se ha querido asegurar. Después que se soltó aquel Pizacura se hizo proceso contra ellos, y hízoseles guerra y prendiéronse hasta cien personas, que se dieron por esclavos, y entre ellos se prendió el Pizacura, el cual no quise sentenciar á muerte, puesto que por el proceso que contra él estaba hecho se pudiera hacer; antes le traje conmigo á esta ciudad con otros dos señores de otros pueblos que tambien habian andado algo levantados, con intencion que viesen las cosas desta Nueva-España, y tornarlos á enviar para que allá notificasen la manera que se tenia con los naturales de acá, y cómo servian, para que ellos lo hiciesen así; y este Pizacura murió de enfermedad, y los dos están buenos, y los enviaré habiendo oportunidad. Con la prision deste y de otro mancebo que paresció ser el señor natural, y con el castigo de haber hecho esclavos aquellas ciento y tantas personas que se prendieron, se aseguró toda aquella provincia, y cuando yo de allá partí quedaban todos los pueblos della poblados y muy seguros y repartidos en los españoles, y servian de muy buena voluntad al parescer.

A esta sazon llegó á aquella villa de Trujillo un capitan con hasta veinte hombres de los que yo habia dejado en Naco con Gonzalo de Sandoval, y de los de la compañía de Francisco Hernandez, capitan, que Pedro Arias Dávila, gobernador de vuestra majestad, envió á

la provincia de Nicaragua; de los cuales supe cómo al dicho pueblo de Naco habia llegado un capitan del dicho Francisco Hernandez, con hasta cuarenta hombres de pié y de caballo, que venia á aquel puerto de la bahía de Sant Andrés á buscar al bachiller Pedro Moreno, que los jueces que residen en la isla Española habian enviado á aquellas partes, como ya tengo hecha relacion á vuestra majestad; el cual, segun paresce, habia escripto al dicho Francisco Hernandez para que se rebelase de la obediencia de su gobernador, como habia hecho á la gente que dejaron Gil Gonzalez y Francisco de las Casas, y venia aquel capitan á le hablar de parte del dicho Francisco Hernandez, para se concertar con él para se quitar de la obediencia de su gobernador, y darla á los dichos jueces que en la dicha isla Española residen, segun paresció por ciertas cartas que traian; y luego los torné á despachar, y con ellos escrebí al dicho Francisco Hernandez y á toda la gente que con él estaba en general, y particularmente á algunos de los capitanes de su compañía que yo conoscia, reprendiéndoles la fealdad que en aquello hacian, y cómo aquel bachiller los habia engañado, y certificándoles cuánto dello seria vuestra majestad servido, y otras cosas que me paresció convenia escrebirlas para los apartar de aquel camino errado que llevaban, y porque algunas de las causas que daban para abonar su propósito eran decir que estaban tan lejos de donde el dicho Pedro Arias de Dávila estaba, que para ser proveidos de las cosas necesarias, recebian mucho trabajo y costa, y aun no podian ser proveidos, y siempre estaban con mucha necesidad de las cosas y provisiones de España; y que por aquellos puertos que yo tenia poblados en nombre de vuestra majestad, lo podian ser mas fácilmente; é que el dicho bachiller les habia escripto que él dejaba toda aquella tierra poblada por los dichos jueces, é habia de volver luego con mucha gente y bastimentos. Le escrebí que yo dejaria mandado en aquellos pueblos que se les diesen todas las cosas que hobiesen menester por que allí enviasen, y que se tuviese con ellos toda contratacion y buena amistad, pues los unos y los otros éramos y somos vasallos de vuestra majestad y estábamos en su real servicio, y que esto se habia de entender estando ellos en obediencia de su gobernador, como eran obligados, y no de otra manera; y porque me dijeron que de la cosa que al presente mas necesidad tenian era de herraje para los caballos y de herramientas para buscar minas, les dí dos acémilas mias cargadas de herraje y herramientas, é los envié; después que llegaron donde estaba Hernando de Sandoval, les dió otras dos acémilas mias cargadas tambien de herraje, que yo allí tenia.

Y después de partidos estos vinieron á mí ciertos naturales de la provincia de Huilacho, que es sesenta y cinco leguas de aquella villa de Trujillo, de quien dias habia que yo tenia mensajeros, é se habian ofrescido por vasallos de vuestra majestad, é me hicieron saber cómo á su tierra habian llegado veinte de caballo y cuarenta peones, con muchos indios de otras provincias, que traian por amigos; de los cuales habian recebido y recebian muchos agravios y daños, tomándoles sus mujeres y hijos y haciendas, y que me rogaban los remediase, pues ellos se habian ofrescido por mis amigos, é yo les habia prometido que los ampararia y defenderia de quien mal les hiciese; y luego me envió Hernando de Sandoval, mi primo, á quien yo dejé por teniente en aquellas partes, que estaba á la sazon pacificando aquella provincia de Papayeca, dos hombres de aquella gente de que los indios se vinieron á quejar, y venian por mandado de su capitan en busca de aquel pueblo de Trujillo, porque los indios les dijeron que estaba cerca, y que podian venir sin temor, porque toda la tierra estaba de paz; y destos supe que aquella gente era de la del dicho Francisco Hernandez, y que venian en busca de aquel puerto, y que venia por su capitan un Grabiel de Rojas: luego despaché con estos dos hombres y con los indios que se habian venido á quejar, un alguacil con un mandamiento mio para el dicho Grabiel de Rojas, para que luego saliese de la dicha provincia, é volviese á los naturales todos los indios é indias é otras cosas que les hobiese tomado, y demás desto le escrebí una carta para que si alguna cosa hobiese menester, me lo hiciese saber, porque se le proveeria de muy buena voluntad, si yo la tuviese; el cual, visto mi mandamiento y carta, lo hizo luego, y los naturales de la dicha provincia quedaron muy contentos, aunque después me tornaron á decir los dichos indios que venido el alguacil que yo envié, les habian llevado algunos. Con este capitan torné otra vez á escrebir al dicho Francisco Hernandez, ofresciéndole todo lo que yo allí tuviese, de que él y su gente tuviesen necesidad, porque dello creí vuestra majestad era muy servido, y encargándole todavía la obediencia de su gobernador. No sé lo que después acá ha subcedido, aunque supe del alguacil que yo envié y de los que con él fueron, que estando todos juntos, le habia llegado una carta al dicho Grabiel de Rojas de Francisco Hernandez, su capitan, en que le rogaba que á mucha priesa se fuese á juntar con él, porque entre la gente que con él habia quedado habia mucha discordia, y se le habian alzado dos capitanes, el uno que se decia Soto, y el otro Andrés Garabito; los cuales diz que se le habian alzado porque supieron la mudanza que él queria hacer contra su gobernador. Ello quedaba ya de manera, que ya no puede ser sino que resulte mucho daño, así en los españoles como en los naturales de la tierra; de donde vuestra majestad puede considerar el daño que se sigue destos bullicios, y cuánta necesidad hay de castigo en los que los mueven y causan. Yo quise luego ir á Nicaragua, creyendo poner en ello algun remedio, porque vuestra majestad fuera muy servido si se pudiera hacer; y estándolo aderezando, y aun abriendo ya el camino de un puerto que hay algo áspero, llegó al puerto de aquella villa de Trujillo el navío que yo habia enviado á esta Nueva-España, y en él un primo mio, fraile de la órden de Sant Francisco, que se dice fray Diego Altamirano, de quien supe, y de las cartas que me llevó, los muchos desasosiegos, escándalos y alborotos que entre los oficiales de vuestra majestad que yo habia dejado en mi lugar se habian ofrecido y aun habia, y la mucha necesidad que habia de venir yo á los remediar, y á esta causa cesó mi ida á Nicaragua y mi vuelta por la costa del sur, donde creo Dios y vuestra majestad fueran

muy servidos, á causa de las muchas y grandes provincias que en el camino hay; que puesto que algunas dellas están de paz, quedarian mas reformadas en el servicio de vuestra majestad con mi ida por ellas, mayormente aquellas de Utlatan y Guatemala, donde siempre ha residido Pedro de Albarado, que, después que se rebelaron por cierto mal tratamiento, jamás se han apaciguado; antes han hecho y hacen mucho daño en los españoles que allí están y en los amigos sus comarcanos, porque es la tierra áspera y de mucha gente, y muy belicosa y ardid en la guerra, y han inventado muchos géneros de defensas y ofensas, haciendo hoyos y otros muchos ingenios para matar los caballos, donde han muerto muchos; de tal manera, que aunque siempre el dicho Pedro de Albarado les ha hecho y hace guerra con mas de docientos de caballo é quinientos peones, y mas de cinco mil indios amigos, y aun de diez algunas veces, nunca ha podido ni puede atraerlos al servicio de vuestra majestad; antes de cada dia se fortalescen mas y se reforman de gentes que á ellos se llegan, y creo yo, siendo nuestro Señor servido, que si yo por allí viniera, que por amor ó por otra manera los atrajera á lo bueno, porque algunas provincias que se rebelaron por los malos tratamientos que en mi ausencia recibieron, y fueron contra ellos mas de ciento y tantos de caballo y trecientos peones, y por el capitan veedor que aquel tiempo gobernaba, y mucha artillería y mucho número de indios amigos, no pudieron con ellos; antes les mataron diez ó doce hombres españoles y muchos indios, y se quedó como antes; y venido yo con un mensajero que les envié, donde supieron mi venida, sin ninguna dilacion vinieron á mí las personas principales de aquella provincia, que se dice Coatlan, y me dijeron la causa de su alzamiento, que fué harto justa, porque el que los tenia encomendados habia quemado ocho señores principales, que los cinco murieron luego, y los otros dende á pocos dias; y puesto que pidieron justicia, no les fué hecha; é yo les consolé de manera que fueron contentos, y están hoy pacíficos y sirven como antes que yo me fuese, sin guerra ni riesgo alguno; y así creo que hicieran los otros pueblos que estaban desta condicion en la provincia de Coazacoalco; en sabiendo mi venida á la tierra, sin yo les enviar mensajero, se apaciguaran.

Ya, muy católico Señor, hice á vuestra majestad relacion de ciertas isletas que están frontero de aquel puerto de Honduras, que llaman los guanajos, que algunas dellas están despobladas á causa de las armadas que han hecho de las islas, y llevado muchos naturales dellas por esclavos, y en algunas dellas habia quedado alguna gente, y supe que de la isla de Cuba y de la de Jamáica nuevamente habian armado para ellas, para las acabar, asolar y destruir; y para remedio envié una carabela que buscase por las dichas islas el armada, y les requiriese de parte de vuestra majestad que no entrasen en ellas ni hiciesen daño á los naturales, porque yo pensaba apaciguarlos y traerlos al servicio de vuestra majestad; porque por medio de algunos que se habian pasado á vivir á la Tierra-Firme, yo tenia inteligencia con ellos, la cual dicha carabela topó en una de las dichas islas, que se dice Huitila, otra de la dicha armada, de que era un capitan Rodrigo de Merlo, y el capitan de mi carabela le atrajo con la suya y con toda la gente que habia tomado en aquellas islas, allí donde yo estaba; la cual dicha gente yo luego hice llevar á las islas donde los habian tomado, y no procedí contra el capitan porque mostró licencia para ello del gobernador de la isla de Cuba, por virtud de la que ellos tienen de los jueces que residen en la isla Española; y así los envié, sin que recibiesen otro daño mas de tomarles la gente que habian tomado de las dichas islas, y el capitan y los mas que venian en su compañía se quedaron por vecinos en aquellas villas, paresciéndoles bien la tierra.

Conosciendo los señores de aquestas islas la buena obra que de mí habian recebido, é informados de los que en la Tierra-Firme estaban del buen tratamiento que se les hacia, vinieron á mí á me dar las gracias de aquel beneficio, y se ofrecieron por súbditos y vasallos de vuestra alteza, y pidieron que les mandasen en que sirviesen, é yo les mandé en nombre de vuestra majestad que al presente en sus tierras hiciesen muchas labranzas, porque la verdad ellos no pueden servir en otra cosa; y así, se fueron, y llevaron para cada isla un mandamiento mio para que notificasen á las personas que por allí viniesen, por donde les aseguré en nombre de vuestra majestad que no recibirian daño; y pidiéronme que les diese un español que estuviese en cada isla con ellos, y por la brevedad de mi partida no se pudo proveer, pero dejé mandado al teniente Hernando de Saavedra que lo proveyese.

Luego me metí en aquel navío que me trajo la nueva de las cosas desta tierra, y en él y en otros dos que yo allí tenia se metió alguna gente de los que yo habia llevado en mi compañía, que fueron hasta veinte personas con nuestros caballos, porque los demás dellos quedaron por vecinos en aquellas villas, y los otros estaban esperándome en el camino, creyendo que habia de ir por tierra, á los cuales envié á mandar que se viniesen ellos, diciéndoles mi partida y la causa della; hasta agora no son llegados, pero tengo nueva cómo vienen.

Dada órden en aquellas villas que en nombre de vuestra majestad dejé pobladas, con harto dolor y pena de no poder acabar de dejarlas tal cual yo pensaba é convenia, á 25 dias del mes de abril hice mi camino por la mar con aquellos tres navíos, y traje tan buen tiempo, que en cuatro dias llegué hasta ciento y cincuenta leguas del puerto de Chalchicuela, y allí me dió un vendabal muy recio, que no me dejó pasar adelante; y creyendo que amansara, me tuve á la mar un dia y una noche, y fué tanto el tiempo, que me deshacia los navíos, y fué forzado arribar á la isla de Cuba, y en seis dias tomé el puerto de la Habana, donde salté en tierra, y me holgué con los vecinos de aquel pueblo, porque habia entre ellos muchos mis amigos del tiempo que yo viví en aquella isla; y porque los navíos que llevaba recibieron algun detrimento del tiempo que nos tomó en la mar, fué necesario recorrerlos, y á esta causa me detuve allí diez dias, y aun por abreviar mi camino, compré un navío que hallé en el dicho puerto dando carena, y dejé allí el en que yo iba, porque hacia mucha agua; luego otro dia como llegué á aquel

puerto, entró en él un navío que iba desta Nueva-España, y al segundo dia entró otro, y al tercero dia otro; de los cuales supe cómo la tierra estaba muy pacífica y segura y en toda tranquilidad y sosiego después de la muerte del fator y veedor, aunque me dijeron que habia habido algunos bullicios, y que se habian castigado los movedores dellos; de que holgué mucho, porque habia recebido mucha pena de la vuelta que hice del camino, teniendo algun desasosiego; y de allí escrebí á vuestra majestad, aunque breve, y me partí á 16 dias del mes de mayo, y traje conmigo hasta treinta personas de los naturales desta tierra que llevaban aquellos navíos, que de acá fueron abscondidamente, y en ocho dias llegué al puerto de Chalchicuela, y no pude entrar en el puerto, á causa de mudarse el tiempo, y surgí dos leguas dél, ya casi noche, y con un bergantin que topé perdido por la mar, y en la barca de mi navío salí aquella noche á tierra, y fuí á pié á la villa de Medellin, que está cuatro leguas de donde yo desembarqué, sin ser sentido de nadie de los del pueblo, y fuí á la iglesia á dar gracias á nuestro Señor, y luego fué sabido, y los vecinos se regocijaron conmigo, é yo con ellos; é aquella noche despaché mensajeros, así á esta ciudad como á todas las villas de la tierra, haciéndoles saber mi venida y proveyendo algunas cosas que me paresció convenian al servicio de vuestra sacra majestad y al bien de la tierra; y por descansar del trabajo del camino estuve en aquella villa once dias, donde me vinieron á ver muchos señores de pueblos y otras personas naturales de los destas partes, que mostraron holgarse con mi venida; y de allí me partí para esta ciudad, y estuve en el camino quince dias, y por todo él fuí visitado de muchas gentes de los naturales, que hartos dellos venian de mas de ochenta leguas, porque todos tenian sus mensajeros por postas para saber de mi venida, como ya la esperaban; y así, vinieron en poco tiempo muchos y de muchas partes y muy lejos á verme, los cuales todos lloraban conmigo, y me decian palabras tan vivas y lastimeras, contándome sus trabajos que en mi ausencia habian padescido, por los malos tratamientos que se les habian hecho, y que quebraban el corazon á todos los que los oian; y aunque de todas las cosas que me dijeron seria dificultoso dar á vuestra majestad copia, pero algunas harto dignas de notar pudiera escrebir, que dejo por ser de *ore proprio.*

Llegado á esta ciudad, los vecinos españoles y naturales della y de toda la tierra, que aquí se juntaron, me recibieron con tanta alegría y regocijo como si yo fuera su propio padre, y el tesorero y contador de vuestra majestad salieron á me recebir con mucha gente de pié é de caballo en ordenanza, mostrando la misma voluntad que todos, é así me fuí derecho á la casa y monastério de Sant Francisco, á dar gracias á nuestro Señor por me haber sacado de tantos y tan grandes peligros y trabajos, y haberme traido á tanto sosiego y descanso, y por ver la tierra que tan en trabajo estaba, puesta en tanto sosiego y conformidad, y allí estuve seis dias con los frailes, hasta dar cuenta á Dios de mis culpas; y dos dias antes que de allí saliese me llegó un mensajero de la villa de Medellin, que me hizo saber que al puerto della eran llegados ciertos navíos, y que se decia que en ellos venia un pesquisidor ó juez por mandado de vuestra majestad, y que no sabian otra cosa; é yo creí que debia ser que sabiendo vuestra católica majestad los desasosiegos y comunidad en que los oficiales de vuestra alteza, á quien yo dejé la tierra, la habian puesto, y no siendo cierto de mi venida á ella, habia mandado proveer sobre este caso, de que Dios sabe cuánto holgué, porque tenia yo mucha pena de ser juez en esta causa; porque como injuriado y destruido por estos tiranos, me parescia que cualquier cosa que en ello proveyese podia ser juzgada por los malos á pasion, que es la cosa que yo mas aborrezco, puesto que, segun mis obras, no pudiera yo ser con ellos tan apasionado, que no sobrara á todo mucho merescimiento en sus culpas; y con esta nueva despaché á mucha priesa un mensajero al puerto á saber lo cierto, y envié á mandar al teniente y justicias de aquella villa de Medellin que de cualquiera manera que aquel juez viniese, viniendo por mandado de vuestra majestad, fuese muy bien recebido y servido y aposentado en una casa que yo en aquella villa tengo, donde mandé que á él y á todos los suyos se les hiciese todo servicio, aunque después, segun paresció, él no lo quiso recebir.

Otro dia, que fué de Sant Juan, como despaché este mensajero, llegó otro, estando corriendo ciertos toros y en regocijo de cañas y otras fiestas, y me trajo una carta del dicho juez y otra de vuestra sacra majestad, por las cuales supe á lo que venia, y cómo vuestra católica majestad era servido de me mandar tomar residencia del tiempo que vuestra majestad ha sido servido que yo tenga el cargo de la gobernacion desta tierra; y de verdad yo holgué mucho, así por la inmensa merced que vuestra majestad sacra me hizo en querer ser informado de mis servicios y culpas, como por la benignidad con que vuestra alteza en su carta me hacia saber su real intencion y voluntad de me hacer mercedes; y por lo uno y lo otro cient mil veces los reales piés de vuestra católica majestad beso, y plega á nuestro Señor sea servido de me hacer tanto bien, que yo alguna parte desta tan insigne merced pueda servir, y que vuestra majestad católica para esto conozca mi deseo; porque conosciéndolo, no pienso que era chica paga.

En la carta que Luis Ponce, juez de residencia, me escribió me hacia saber que á la hora se partia para esta ciudad, y porque para venir á ella hay dos caminos principales, y en su carta no me hacia saber por cuál dellos habia de venir, luego despaché por ambos, criados mios para que le viniesen sirviendo y acompañando y mostrando la tierra; y fué tanta la priesa que en este camino se dió el dicho Luis Ponce, que, aunque yo proveí esto con harta brevedad, le toparon ya veinte leguas desta ciudad; y puesto que con mis mensajeros diz que mostró holgarse mucho, no quiso recebir dellos ningun servicio; y aunque me pesó de no lo recebir, porque diz que dello traia necesidad, por la priesa de su camino, por otra parte holgué dello, porque paresció de hombre justo y que queria usar de su oficio con toda rectitud, y pues venia á tomarme á mí residencia, no queria dar causa á que dél se tuviese sospecha, y llegó á dos leguas desta ciudad á dormir una

noche, é yo hice aderezar para le recibir otro dia por la mañana, y envióme á decir que no saliese de mañana, porque él se queria estar allí hasta comer; que le enviase un capellan que allí le dijese misa; é yo así lo hice; pero temiendo lo que fué, que era excusarse del recebimiento, estuve sobre aviso; y él madrugó tanto, que aunque yo me dí harta priesa, le tomé ya dentro en la ciudad, y así nos fuímos hasta el monasterio de Sant Francisco, donde oimos misa; y acabada, le dije si queria allí presentar sus provisiones, que lo hiciese, porque allí estaba todo el cabildo de la ciudad conmigo, y el tesorero y contador de vuestra majestad; y no las quiso presentar, diciendo que otro dia las presentaria; é así fué, que otro dia por la mañana nos juntamos en la iglesia mayor de la ciudad el cabildo della é los dichos oficiales é yo; y allí las presentó, é por mí y por todos fueron tomadas, besadas y puestas sobre nuestras cabezas como provisiones de nuestro rey y señor natural, y obedecidas y cumplidas en todo y por todo, segun que vuestra majestad sacra por ellas nos lo enviaba á mandar, y á la hora le fueron entregadas todas las varas de la justicia; y hechos todos los otros cumplimientos necesarios, segun que mas larga é cumplidamente lo envió vuestra majestad católica, por ser del escribano del cabildo ante quien pasó, y luego fué pregonada públicamente en la plaza desta ciudad mi residencia, y estuve en ella diez y siete dias sin que se me pusiese demanda alguna, y en este tiempo el dicho Luis Ponce, juez de residencia, adolesció, y todos cuantos en el armada que él vino vinieron; de la cual enfermedad quiso nuestro Señor que muriese él y mas de treinta otros de los que en la armada vinieron; entre los cuales murieron dos frailes de la órden de Santo Domingo, que con él vinieron, y hasta hoy hay muchas personas enfermas y de mucho peligro de muerte, porque ha parescido casi pestilencia la que trajeron consigo; porque aun á algunos de los que acá estaban se pegó, y murieron dos personas de la misma enfermedad, y hay otros muchos que aun no han convalescido della.

Luego que el dicho Luis Ponce pasó desta vida, hecho su enterramiento con aquella honra y autoridad que á persona enviada por vuestra majestad requeria hacerse, el cabildo desta ciudad y los procuradores de todas las villas que aquí se hallaron me pidieron y requirieron de parte de vuestra majestad católica, que tomase en mí el cargo de la gobernacion y justicia, segun que antes lo tenia por mandado de vuestra majestad y por sus reales provisiones, dándome por ello causas y poniéndome inconvinientes que se siguirian no ol aceptando, segun que vuestra sacra majestad lo mandaba ver, por la copia que de todo envio; é yo les respondí excusándome dello, como asimismo parescerá por la dicha copia, é después se me han hecho otros requerimientos sobre ello, y puesto otros inconvinientes mas recios que se podrian seguir si yo no lo aceptase; y de todo me he defendido hasta agora, y no lo he hecho, aunque se me ha figurado que hay en ello algun inconveniente; pero deseando que vuestra majestad sea muy cierto de mi limpieza y fidelidad en su real servicio; teniéndolo por principal, porque sin tenerse de mí este concepto, no querria bienes en este mundo, mas antes no vivir en él; helo pospuesto todo por este fin, y antes he sostenido con todas mis fuerzas en el cargo á un Márcos de Aguilar, á quien el dicho licenciado Luis Ponce tenia por su alcaide mayor, y le he pedido y requerido proceda en mi residencia hasta el fin della; y no lo ha querido hacer, diciendo que no tiene poder para ello, de que he recebido asaz pena, porque deseo sin comparacion, y no sin causa, que vuestra majestad sacra sea verdaderamente informado de mis servicios y culpas, porque tengo por fe, y no sin mérito, que por ellas me ha de mandar vuestra majestad católica muy grandes y crecidas mercedes, no habiendo respecto á lo poco que mi pequeña vasija puede contener, sino á lo mucho que vuestra celsitud es obligado á dar á quien tan bien y con tanta fidelidad sirve como yo le he servido; á la cual humilmente suplico con toda la instancia á mí posible no permita que esto quede debajo de simulacion, sino que muy clara y manifiestamente se publique lo malo y bueno de mis servicios; porque, como sea caso de honra, que por alcanzalla yo tantos trabajos he padescido y mi persona á tantos peligros he puesto, no quiera Dios, ni vuestra majestad por su reverencia permita ni consienta que basten lenguas de invidiosos, malos y apasionados á me la hacer perder; y no quiero ni suplico á vuestra majestad sacra, en pago de mis servicios, me haga otra merced sino esta, porque nunca plega á Dios que sin ella yo viva.

Segun lo que yo he sentido, muy católico Príncipe, puesto que desde el principio que comencé á entender en esta negociacion yo he tenido muchos, diversos y poderosos émulos y contrarios, no ha podido tanto su maldad y malicia, que la notoriedad de mi fidelidad y servicios no la hayan supeditado; y como ya desesperados de todo remedio, han buscado dos, por los cuales, segun paresce, han puesto alguna niebla ó oscuridad ante los ojos de vuestra grandeza, por donde le han movido del católico y santo propósito que siempre de vuestra excelencia se ha conoscido á me remunerar y pagar mis servicios. El uno es acusarme ante vuestra potencia de *crimine lesae majestatis*, diciendo yo no habia de obedescer sus reales mandamientos, y que yo no tengo esta tierra en su poderoso nombre, sino en tiránica é inefable forma, dando para ello algunas depravadas y diabólicas razones, juzgadas por falsas y no verdaderas conjeturas; los cuales, si las verdaderas obras miraran, y justos jueces fueran, muy á lo contrario lo debieran significar; porque hasta hoy no se ha visto ni verá en cuanto yo viviere, que ante mí ó á mi noticia haya venido carta ó otro mandamiento de vuestra majestad, que no haya sido, es y sea obedecido y cumplido, sin faltar en él cosa alguna, y agora se ha manifestado mas clara y abiertamente su maldad de los que esto han querido decir; porque si así fuera, no me fuera yo seiscientas leguas desta ciudad, por tierra inhabitada y caminos peligrosos, y dejara la tierra á los oficiales de vuestra majestad, como de razon se habia de creer ser las personas que habian de tener mas celo al real servicio de vuestra alteza, aunque sus obras no correspondieron al crédito que yo dellos tuve. El otro es, que han querido decir que yo tengo en esta tierra

mucha parte, ó la mayor, de los naturales della, de que me sirvo y aprovecho, de donde se ha habido mucha suma y cantidad de oro y plata, que tengo atesorado; y que he gastado de las rentas de vuestra majestad católica sesenta y tantos mil pesos de oro, sin haber necesidad de los gastar; y que no he enviado tanta suma de oro á vuestra excelencia cuanta de sus reales rentas se ha habido, y que lo detengo con formas y maneras exquisitas, cuyo efecto yo no puedo alcanzar; pero bien creo que, pues lo han oido decir, que le habrán dado algun color, mas no puede ser tal, segun lo que yo de mí confío, que muy pequeño toque no descubra lo falso; y cuanto á lo que dicen de tener yo mucha parte de la tierra, así lo confièso y que ha cabido harta suma y cantidad de oro; pero digo que no ha sido tanta, que haya bastado para que yo deje de ser pobre y estar adeudado en mas de quinientos mil pesos de oro, sin tener un castellano de que pagarlo, porque si mucho ha habido, muy mucho mas he hastado, y no en comprar mayorazgos ni otras rentas para mí, sino en dilatar por estas partes el señorío y patrimonio real de vuestra alteza, conquistando y ganando con ello y con poner mi persona á muchos trabajos, riesgos y peligros, muchos reinos y señoríos para vuestra excelencia; los cuales no podrán encubrir ni agazapar los malos con sus serpentinas lenguas; que mirándose mis libros, se hallarán en ellos mas de trecientos mil pesos de oro que se han gastado de mi casa y hacienda en estas conquistas; y acabado lo que yo tenia, gasté los sesenta mil pesos de oro de vuestra majestad, y no en comerlos yo, ni entraron en mi poder, sino darlos por mis libramientos para los gastos y expensas desta conquista, y si aprovecharon ó no, vean los casos que están muy manifiestos; pues en lo que dicen de no enviar las rentas á vuestra majestad, muy manifiesto está ser la verdad en contrario, porque en este poco de tiempo que yo estoy en esta tierra, pienso, y así es verdad, que della se ha enviado á vuestra majestad mas servicio é interese que de todas las islas y tierra firme que há treinta y tantos años que están descubiertas y pobladas, las cuales costaron á los Católicos Reyes, vuestros abuelos, muchas expensas y gastos; lo que ha cesado en esta, y no solamente se ha enviado lo que á vuestra majestad de sus reales servicios ha pertenescido, mas aun de lo mio y de los que me han ayudado, sin lo que acá hemos gastado en su real servicio hemos enviado alguna copia; porque luego que envié la primera relacion á vuestra majestad con Alonso Hernandez Portocarrero y Francisco de Montejo, no solamente envié el quinto que á vuestra majestad pertenesció de lo hasta entonces habido, mas aun todo cuanto se hubo, porque me paresció ser así justo, por ser las primicias, pues de todo lo que en esta ciudad se hubo, siendo vivo Moteczuma, señor della, del oro se dió el quinto á vuestra majestad, digo de lo que se fundió, que le pertenescieron treinta y tantos mil castellanos, y aunque las joyas tambien se habian de partir, y dar á la gente sus partes, ellos é yo holgamos que no se diesen, sino que todas se enviasen á vuestra majestad, que fueron en número de mas de quinientos mil pesos de oro; aunque lo uno y lo otro se perdió, porque nos lo tomaron cuando nos echaron desta ciudad por el levantamiento que en ella hubo con la venida de Narvaez á esta tierra; lo cual, aunque fué por mis pecados, no fué por mi negligencia. Cuando después se conquistó y redujo al real servicio de vuestra alteza, no menos se hizo que, sacado el quinto para vuestra majestad del oro que se fundió, yo hice que todas las joyas, mis compañeros tuvieron á bien que sin partir se quedasen para vuestra alteza, que nó fueron de menos valor y precio que las que primero teniamos; y así, con mucha brevedad y recaudo las despaché todas, con treinta y tres mil pesos de oro en barras, y con ellos á Julian Alderete, que á la sazon era tesorero de vuestra majestad, y las tomaron los franceses. Tampoco fué mia la culpa, sino de aquellos que no proveyeron el armada que fué por ello á las islas de las Azores, como debieran para cosa de tanta importancia. Al tiempo que yo me partí desta ciudad para el golfo de las Higueras asimismo se enviaron á vuestra excelencia sesenta mil pesos de oro con Diego de Ocampo y Francisco de Montejo, y no se envió mas aun por parescerme á mí, y aun á los oficiales de vuestra majestad católica, que con enviar tanto junto aun excediamos y pervertiamos la órden que vuestra majestad tiene mandado dar en estas partes en el llevar del oro; pero atrevímonos por la necesidad que supimos que vuestra sacra majestad tenia; y con esto envié yo asimismo á vuestra grandeza con Diego de Soto, criado mio, todo cuanto yo tenia, sin me quedar un peso de oro, que fué un tiro de plata, que me costó la plata y hechura y otros gastos dél mas de treinta y cinco mil pesos de oro; tambien ciertas joyas que yo tenia de oro y piedras, las cuales envié, no por su valor ni precio, aunque no era muy pequeño para mí, sino porque habian llevado los franceses las que primero envié, y pesóme en el ánima que vuestra majestad sacra no las hubiese visto, y para que viese la muestra, y por ello, como desecho, considerase lo que seria lo principal, envié aquello que yo tenia; así que, pues yo con tan limpio celo y voluntad quise servir á vuestra majestad católica con lo que yo tenia, no sé qué razon hay de creer que yo detuviese lo de vuestra alteza. Tambien me han dicho los oficiales que en mi ausencia han enviado cierta cantidad de oro, por manera que nunca se ha cesado de enviar todas las veces que para ello ha habido oportunidad.

Tambien me han dicho, muy poderoso Señor, que á vuestra majestad sacra han informado que yo tengo en esta tierra docientos cuentos de renta de las provincias que yo tengo señaladas para mí; y porque mi deseo no es ni ha sido otro sino que vuestra católica majestad sepa muy de cierto mi voluntad á su real servicio, y se satisfaga muy de hecho de mí que siempre le he dicho y diré verdad, no siendo cosa que yo pudiese hacer con que mejor esto se manifestase que con hacer desta tan crecida renta servicio á vuestra majestad, y hacerse hian á mi propósito muchas cosas, en especial que vuestra alteza perdiese ya esta sospecha, que tan pública por acá está que vuestra majestad de mí tiene; por tanto, á vuestra majestad suplico reciba en servicio todo cuanto yo acá tengo, y en esos reinos me haga merced de los veinte cientos de renta, y quedarle han los ciento y ochenta, é yo serviré en la real presencia de vuestra

majestad, donde nadie pienso me hará ventaja ni tampoco podrá encubrir mis servicios; y aun por lo de acá pienso será vuestra majestad de mí muy servido, porque sabré, como testigo de vista, decir á vuestra celsitud lo que á vuestro real servicio conviene, que acá mandé proveer, y no podrá ser engañado por falsas relaciones; y certifico á vuestra majestad sacra que no sea menos ni de menos calidad el servicio que allá haré en avisar de lo que se debe proveer para que estas partes se conserven, y los naturales dellas vengan en conoscimiento de nuestra fe, y vuestra majestad tenga acá perpetuamente muchas y muy crecidas rentas, y que siempre vayan en crecimiento, y no en diminucion, como han hecho las de las islas y Tierra-Firme por falta de buena gobernacion, y de ser los Católicos Reyes, padres y abuelos de vuestra excelencia, avisados con celo de su servicio, y no de particulares intereses, como siempre lo han hecho los que en las cosas destas partes á sus altezas y á vuestra majestad han informado, ó que fué ganarlas y haberlas sostenido hasta agora, habiendo tenido para ello tantos obstáculos y embarazos, por donde no poco se ha dejado de acrecentar en ellas; y dos cosas me hace desear que vuestra majestad sacra me haga tanta merced, que se sirva de mí en su real presencia; y la una y mas principal el satisfacer á vuestra majestad y á todo el mundo de mi lealtad y fidelidad en su real servicio, porque esto tengo en mas que todos los otros intereses que en este mundo se me pueden seguir, porque por cobrar nombre de servidor de vuestra majestad y de su imperial y real corona, me he puesto á tantos y tan grandes peligros, y he sufrido trabajos tan sin comparacion, y no por cobdicia de tesoros, que si esto me hubiera movido, pues he tenido hartos, digo para un escudero como yo, no los hubiera gastado ni pospuesto por conseguir este otro fin, teniéndolo por mas principal; aunque mis pecados no han querido darme lugar á ello, ni pienso que ya en este caso yo me podria satisfacer si vuestra majestad no me hiciese esta tan inmensa merced que le suplico, y porque no parezca que pido á vuestra excelencia mucho, porque no se me conceda, aunque todo cabria, y aun es poco para yo venir sin afrenta, habiendo yo tenido en estas partes en el real nombre de vuestra majestad el cargo de la gobernacion dellas, y haber en tanta cantidad por estas partes dilatado el patrimonio y señorío real de vuestra majestàd, poniendo debajo de su principal yugo tantas provincias pobladas de tantas y tan nobles villas y ciudades, y quitando tantas idolatrías y ofensas como en ellas á nuestro Criador se han hecho, y traido á muchos de los naturales á su conoscimiento y plantado en ellas nuestra santa fe católica en tal manera, que si estorbo no hay de los que mal sienten destas cosas, y su celo no es enderezado á este fin, en muy breve tiempo se puede tener en estas partes por muy cierto se levantará una nueva iglesia, donde mas que en todas las del mundo Dios nuestro Señor será servido y honrado; digo que siendo vuestra majestad servido de me hacer merced de mandar dar en esos reinos diez cuentos de renta, é que yo en ellos le vaya á servir, no será para mí pequeña merced, con dejar todo cuanto acá tengo, porque desta manera satisficiera mi deseo, que es servir á vuestra majestad en su real presencia, y vuestra celsitud asimismo se satisfaria de mi lealtad y seria de mí muy servido; la otra, tener por muy cierto que, informado vuestra católica majestad de mí de las cosas desta tierra, y aun de las islas, se proveeria en ellas muy mas cierto lo que conviniese al servicio de Dios nuestro Señor y de vuestra majestad; porque se me daria crédito diciéndolo desde allá, lo que no se me dará aunque de acá lo escriba; porque todo se atribuirá, como hasta aquí se ha atribuido, á ser dicho con pasion de mi interese, y no de celo, que como vasallo de vuestra sacra majestad debo á su real servicio, y porque es tanto el deseo de besar los reales piés de vuestra majestad, y servirle en su real presencia, que no lo sabria significar. Si vuestra grandeza no fuere servido ó no tuviere oportunidad de me hacer merced de lo que á vuestra majestad suplico para me mantener en esos reinos, y servirle como yo deseo, sea que vuestra celsitud me haga merced de me dejar en esta tierra lo que yo agora tengo en ella, ó lo que en mi nombre á vuestra majestad se suplicare, haciéndome merced dello de juro y de heredad para mí y mis herederos, con que yo no vaya á esos reinos á pedir por Dios que me dén de comer; y con esto recebiré muy señalada merced. Vuestra majestad me mande enviar licencia para que yo me vaya á cumplir este mi tan crecido deseo; que bien sé y confio en mis servicios y en la católica conciencia de vuestra majestad sacra, que siéndole manifiestos y la limpieza de la intencion con que los he hecho, no permitirá que viva pobre; y harta causa se me habia ofrescido con la venida deste juez de residencia para cumplir este mi deseo, y aun comencélo á poner por obra, sino que dos cosas me lo estorbaron; la una hallarme sin dinero para poder gastar en mi camino, á causa de haberme robado y saqueado mi casa, como vuestra sacra majestad ya creo dello está informado; y lo otro, temiendo con mi ausencia entre los naturales desta tierra no hobiese algun levantamiento ó bullicio, y aun entre los españoles; porque por el ejemplo de lo pasado se podia muy bien juzgar lo porvenir.

Estando, muy católico Señor, haciendo este despacho para vuestra sacra majestad, me llegó un mensajero de la mar del Sur con una carta en que me hacian saber que en aquella costa, cerca de un pueblo que se dice Tecoantepeque, habia llegado un navío, que, segun parescció por otra que se me trajo del capitan del dicho navío, la cual envio á vuestra majestad, es la armada que vuestra majestad sacra mandó ir á las islas de Maluco con el capitan Loaisa; y porque en la carta que escribió el capitan deste navío verá vuestra majestad el suceso de su viaje, no daré dello á vuestra celsitud cuenta, mas de hacer saber á vuestra excelencia lo que sobre ello proveí, y es que á la hora despaché con mucha priesa una persona de recaudo para que fuese adonde el dicho navío llegó, y si el capitan dél luego se quisiese tornar, le diese todas las cosas necesarias á su camino, sin le faltar nada, y se informase dél de su camino y viaje muy cumplidamente, por manera que de todo trajese muy larga y particular relacion, para que yo la enviase á vuestra majestad, porque por esta via vuestra alteza fuese mas brevemente informado; y si el navío trajese alguna necesidad

de reparo, envié tambien un piloto para que lo trajese al puerto de Zacatula, donde yo tengo tres navíos muy á punto para se partir á descubrir por aquellas partes y costas, para que allí se remedie y se haga lo que mas conviniere al servicio de vuestra majestad y bien del dicho viaje; en habiendo la informacion deste navío, la enviaré luego á vuestra majestad, para que de todo sea informado, y envie á mandar lo que fuere su real servicio.

Mis navíos de la mar del Sur están, como á vuestra majestad he dicho, muy á punto para hacer su camino, porque luego como llegué á esta ciudad comencé á dar priesa en su despacho, y ya fueran partidos, sino por esperar á ciertas armas y artillería y municion que me trujeron desos reinos, para lo poner en los dichos navíos, porque vayan á mejor recaudo, é yo espero en nuestro Señor que en ventura de vuestra majestad tengo de hacer en este viaje un muy gran servicio; porque ya que no se descubra estrecho, yo pienso dar por aquí camino para la Especería, que en cada un año vuestra majestad sepa lo que en toda aquella tierra se hiciere; y si vuestra majestad fuere servido de me mandar conceder las mercedes que en cierta capitulacion envié á suplicar se me hiciesen cerca deste descubrimiento, yo me ofrezco á descubrir por aquí toda la Especería y otras islas, si hobiere arca de Maluco y Melaca y la China, y aun de dar tal órden, que vuestra majestad no haya la Especería por via de rescate, como la ha el rey de Portugal, sino que la tenga por cosa propia, y los naturales de aquellas islas le reconozcan y sirvan como á su rey y señor, y señor natural; porque yo me ofrezco, con el dicho aditamento, de enviar á ellas tal armada, ó ir yo con mi persona, por manera que las sojuzgue y pueble y haga en ellas fortalezas, y las bastezca de pertrechos y artillería de tal manera, que á todos los príncipes de aquellas partes, y aun á otros, se puedan defender, y si vuestra majestad fuere servido que yo entienda en esta negociacion, concediéndome lo pedido, creo será dello muy servido, y ofrezco que si como he dicho no fuere, vuestra majestad me mande castigar como á quien á su rey no dice verdad. Tambien después que vine he proveido enviar por tierra y por la mar á poblar el rio de Tabasco, que es el que dicen de Grijalva, y conquistar muchas provincias que están en sus comarcas, de que Dios nuestro Señor y vuestra majestad serán muy servidos, y los navíos que van y vienen á estas partes reciben mucho provecho en poblarse aquel puerto y apaciguarse aquella costa, porque allí han dado muchos navíos al través, y por estar la gente indómita, han muerto todos los españoles que iban en los navíos.

Tambien envio á la provincia de los Zaputecas, de que ya vuestra majestad está informado, tres capitanías de gente que entren en ella por tres partes, para que con mas brevedad dén fin á aquella demanda, que cierto será muy provechosa, por el daño que los naturales de aquella provincia hacen en los otros naturales que están pacíficos, y por tener, como tienen, ocupada la mas rica tierra de minas que hay en esta Nueva-España, de donde, conquistándose, vuestra majestad recebirá mucho servicio.

Tambien tengo enhilado, ya harta parte de gente allegada para ir á poblar el rio de Palmas, que es en la costa del norte abajo del de Pánuco, hácia la Florida, porque tengo informacion que es muy buena tierra y es puerto, no creo que menos allí Dios nuestro Señor y vuestra majestad serán servidos que en todas las otras partes, porque yo tengo muy gran nueva de aquella tierra.

Entre la costa del norte y la provincia de Mechuacan hay cierta gente y poblacion que llaman Chichimecas; son gentes muy bárbaras y no de tanta razon como estas otras provincias; tambien envio agora sesenta de caballo y docientos peones, con muchos de los naturales nuestros amigos, á saber el secreto de aquella provinçia y gentes. Llevan mandado por instruccion que si hallaren en ellos alguna aptitud ó habilidad para vivir como estotros viven, y venir en conoscimiento de nuestra fe, y reconoscer el servicio que á vuestra majestad deben, los apaciguar y traer al yugo de vuestra majestad, y pueblen entre ellos en la parte que mejor les paresciere; y si no lo hallaren como arriba digo, y no quisieren ser obedientes, les hagan guerra y los tomen por esclavos, porque no haya cosa superflua en toda la tierra, ni que deje de servir ni reconoscer á vuestra majestad, y trayendo estos bárbaros por esclavos, que casi son gente salvaje, será vuestra majestad servido, y los españoles aprovéchados, porque sacarán oro en las minas, y aun en nuestra conversacion podrá ser que algunos se salvasen.

Entre estas gentes he sabido que hay cierta parte muy poblada de muchos y muy grandes pueblos, y que la gente dellos viven á la manera de los de acá, y aun algunos destos pueblos se han visto por españoles; tengo por muy cierto que poblarán aquella tierra, porque hay grandes nuevas della de riqueza de plata.

Cuando yo, muy poderoso Señor, partí desta ciudad para el golfo de las Higueras, dos meses antes que partiese despaché un capitan á la villa de Coliman, que está en la mar del Sur ciento y cuatro leguas desta ciudad; al cual mandé que siguiese desde aquella villa la costa del sur abajo, hasta ciento y cincuenta ó docientas leguas, no á mas efecto de saber el secreto de aquella costa, y si en ella habia puertos; el cual dicho capitan fué como yo le mandé hasta ciento y treinta leguas la tierra adentro, y me trajo relacion de muchos puertos que halló en la costa, que no fué poco bien para la falta que dellos hay en todo lo descubierto hasta allí, y de muchos pueblos y muy grandes, y de mucha gente y muy diestra en la guerra, con los cuales hobo ciertos recuentros, y apaciguó muchos dellos, y no pasó mas adelante porque llevaba poca gente y porque halló yerba, y entre la relacion que trajo me dió noticia de un muy gran rio, que los naturales le dijeron que habia diez jornadas de donde él llegó, del cual y de los pobladores dél le dijeron muchas cosas extrañas. Le torno á enviar con mas copia de gente y aparejo de guerra para que vaya á saber el secreto de aquel rio, y segun el anchura y grandeza que dél señalan, no ternia en mucho ser estrecho: en viniendo haré relacion á vuestra majestad de lo que dél supiere.

Todos estos capitanes destas entradas están agora

para partir casi á una. Plega á nuestro Señor de los guiar como él se sirva, que yo, aunque vuestra majestad mas me mande desfavorecer, no tengo de dejar de servir; que no es posible que por tiempo vuestra majestad no conozca mis servicios; y ya que esto no sea, yo me satisfago con hacer lo que debo, y con saber que á todo el mundo tengo satisfecho y le son notorios mis servicios y lealtad con que los hago; y no quiero otro mayorazgo para mis hijos sino este.

Invictísimo César, Dios nuestro Señor la vida y muy poderoso estado de vuestra sacra majestad conserve y augmente por largos tiempos, como vuestra majestad desea.—De la ciudad de Temuxtitan, á 3 de setiembre de 1526 años.

HISPANIA VICTRIX.

PRIMERA Y SEGUNDA PARTE

DE LA HISTORIA GENERAL DE LAS INDIAS,

con todo el descubrimiento, y cosas notables que han acaecido desde que se ganaron hasta el año de 1551; con la conquista de Méjico y de la Nueva-España.

A LOS LEYENTES.

Toda historia, aunque no sea bien escrita, deleita. Por ende no hay que recomendar la nuestra, sino avisar cómo es tan apacible cuanto nueva por la variedad de cosas, y tan notable como deleitosa por sus muchas extrañezas. El romance que lleva es llano y cual agora usan, la órden concertada é igual, los capítulos cortos por ahorrar palabras, las sentencias claras, aunque breves. He trabajado por decir las cosas como pasan. Si algun error ó falta hubiere, suplidlo vos por cortesía, y si aspereza ó blandura, disimulad, considerando las reglas de la historia; que os certifico no ser por malicia. Contar cuándo, dónde y quién hizo una cosa, bien se acierta; empero decir cómo, es dificultoso; y así, siempre suele haber en esto diferencia. Por tanto, se debe contentar quien lee historias de saber lo que desea en summa y verdadero; teniendo por cierto que particularizar las cosas es engañoso y aun muy odioso; lo general ofende poco si es público, aunque toque á cualquiera; la brevedad á todos aplace; solamente descontenta á los curiosos, que son pocos, y á los ociosos, que son pesados. Por lo cual he tenido en esta mi obra dos estilos; ca soy breve en la historia y prolijo en la conquista de Méjico. Cuanto á las entradas y conquistas que muchos han hecho á grandes gastos, é yo no trato dellas, digo que dejo algunas por ser de poca importancia, y porque las mas dellas son de una mesma manera, y algunas por no las saber, que sabiéndolas no las dejaria. En lo demás ningun historiador humano contenta jamás á todos; porque si uno meresce alguna loa, no se contenta con ninguna, y la paga con ingratitud; y el que hizo lo que no querria oir, luego lo reprehende todo; con que se condena de veras.

A LOS TRASLADADORES.

Algunos por ventura querrán trasladar esta historia en otra lengua, para que los de su nacion entiendan las maravillas y grandeza de las Indias, y conozcan que las obras igualan, y aun sobrepujan, á la fama que dellas anda por todo el mundo. Yo ruego mucho á los tales, por el amor que tienen á las historias, que guarden mucho la sentencia, mirando bien la propiedad de nuestro romance, que muchas veces ataja grandes razones con pocas palabras. Y que no quiten ni añadan ni muden letra á los nombres propios de indios, ni á los sobrenombres de españoles, si quieren hacer oficio de fieles traducidores; que desotra manera, es certísimo que se corromperán los apellidos de los linajes. Tambien los aviso cómo compongo estas historias en latin, para que no tomen trabajo en ello.

A DON CARLOS, EMPERADOR DE ROMANOS, REY DE ESPAÑA,

SEÑOR DE LAS INDIAS Y NUEVO-MUNDO;

FRANCISCO LOPEZ DE GOMARA, clérigo.

Muy soberano Señor: La mayor cosa después de la creacion del mundo, sacando la encarnacion y muerte del que lo crió, es el descubrimiento de Indias; y así, las llaman Mundo-Nuevo. Y no tanto le dicen nuevo por ser nuevamente hallado, cuanto por ser grandísimo, y casi tan grande como el viejo, que contiene á Europa, Africa y Asia. Tambien se puede llamar nuevo por ser todas sus cosas diferentísimas de las del nuestro. Los animales en general, aunque son pocos en especie, son de otra manera; los peces del agua, las aves del aire, los árboles, frutas, yerbas y grano de la tierra, que no es pequeña consideracion del Criador, siendo los elementos una misma cosa allá y acá. Empero los hombres son como nosotros, fuera del color; que de otra manera bestias y monstruos serian, y no vernian, como vienen, de Adan. Mas no tienen letras, ni moneda, ni bestias de carga: cosas principalísimas para la policía y vivienda del hombre; que ir desnudos, siendo la tierra caliente y falta de lana y lino, no es novedad. Y como no conoscen al verdadero Dios y Señor, están en grandísimos pecados de idolatría, sacrificios de hombres vivos, comida de carne humana, habla con el diablo, sodomía, muchedumbre de mujeres, y otros así. Aunque todos los indios, que son vuestros subjectos, son ya cristianos por la misericordia y bondad de Dios, y por la vuestra merced y de vuestros padres y abuelos, que habeis procurado su conversion y cristiandad. El trabajo y peligro vuestros españoles lo toman alegremente, así en predicar y convertir como en descubrir y conquistar. Nunca nacion extendió tanto como la española sus costumbres, su lenguaje y armas, ni caminó tan léjos por mar y tierra, las armas á cuestas. Pues mucho mas hubieran descubierto, subjectado y convertido, si vuestra majestad no hubiera estado tan ocupado en otras guerras; aunque para la conquista de Indias no es menester vuestra persona, sino vuestra palabra. Quiso Dios descobrir las Indias en vuestro tiempo y á vuestros vasallos, para que las convirtiésedes á su santa ley, como dicen muchos hombres sabios y cristianos. Comenzaron las conquistas de indios acabada la de moros, porque siempre guerreasen españoles contra infieles; otorgó la conquista y conversion el Papa; tomastes por letra *Plus ultra*, dando á entender el señorío del Nuevo-Mundo. Justo es pues que vuestra majestad favorezca la conquista y los conquistadores, mirando mucho por los conquistados. Y tambien es razon que todos ayuden y ennoblezcan las Indias, unos con santa predicacion, otros con buenos consejos, otros con provechosas granjerías, otros con loables costumbres y policía. Por lo cual he yo escrito la historia: obra, ya lo conozco, para mejor ingenio y lengua que la mia; pero quise ver para cuánto era. Publícola tan presto, porque no tratando del Rey, no hay qué aguardar. Intitúlola á vuestra majestad, no porque no sabe las cosas de Indias mejor que yo, sino porque las vea juntas, con algunas particularidades tan apacibles como nuevas y verdaderas. Y aun porque vaya mas segura y autorizada so el amparo de vuestro imperial nombre; que la gracia y la perpetuidad la mesma historia se la dará ó quitará. Hágola de presente en castellano porque gocen della luego todos nuestros españoles. Quedo haciéndola en latin de mas espacio, y acabaréla presto, Dios mediante, si vuestra majestad lo manda y favoresce. Y allí diré muchas cosas que aquí se callan, pues el lenguaje lo sufre y lo requiere; que así hago en las guerras de mar de nuestro tiempo, que compongo; donde vuestra majestad, á quien Dios nuestro Señor dé mucha vida y victoria contra los enemigos, tiene gran parte.

PRIMERA PARTE

DE LA HISTORIA GENERAL DE LAS INDIAS.

Es el mundo tan grande y hermoso, y tiene tanta diversidad de cosas tan diferentes unas de otras, que pone admiracion á quien bien lo piensa y contempla. Pocos hombres hay, si ya no viven como brutos animales, que no se pongan alguna vez á considerar sus maravillas, porque natural es á cada uno el deseo de saber. Empero unos tienen este deseo mayor que otros, á causa de haber juntado industria y arte á la inclinacion natural; y estos tales alcanzan muy mejor los secretos y causas de las cosas que naturaleza obra; aunque á la verdad, por agudos y curiosos que son, no pueden llegar con su ingenio ni proprio entendimiento á las obras maravillosas que la Sabiduría divina misteriosamente hizo y siempre hace; en lo cual se cumple lo del *Eclesiástico,* que dice: «Puso Dios al mundo en disputa de los hombres, con que ninguno dellos pueda hallar las obras que él mismo obró y obra.» Y aunque esto sea ansí verdad, segun que tambien lo afirma Salomon, diciendo: «Con dificultad juzgamos las cosas de la tierra, y con trabajo hallamos lo que vemos y tenemos delante;» no por eso es el hombre incapaz ó indigno de entender al mundo y sus secretos; ca Dios crió el mundo por causa del hombre, y se lo entregó en su poder, é puso debajo los piés, y, como Esdras dice, los que moran en la tierra pueden entender lo que hay en ella; así que, pues Dios puso el mundo en nuestra disputa, y nos hizo capaces y merecedores de lo poder entender, y nos dió inclinacion voluntaria y natural de saber, no perdamos nuestros previlegios y mercedes.

El mundo es uno, y no muchos, como algunos filósofos pensaron.

Opinion y tema fué de muchos y grandes filósofos, hombres en su tiempo tenidos por muy sabios, que habia muchos mundos. Leucipo, Demócrito, Epicuro, Anaximandro y los otros, porfiados en que todas las cosas se engendran y crian del tamo y átomos, que son unos pedacicos de nada como los que vemos al rayo del sol, dijeron que habia muchos mundos; y que así como de solas veinte y tantas letras se componen infinitos libros, así, ni mas ni menos, de aquellos pocos y chicos átomos y menudencias se hacen muchos y diversos mundos. Esto afirmaban, creyendo que todo era infinito. Y así á Metrodoro le parecia cosa fea y desproporcionada no haber en este infinito mas de un solo mundo, como seria si en una muy gran viña no hubiese sino una cepa, ó en una gran pieza una sola espiga. Orfeo tuvo que cada estrella era un mundo, á lo que Galeno escribe de historia filosófica. Y lo mesmo dijeron Heraclídes y otros pitagóricos, segun refiere Teodorito, *De materia y mundo*. Seleuco, filósofo, segun escribe Plutarco, no se contentó con decir que habia infinitos mundos, sino que tambien dijo ser el mundo infinible, como quien dijese que no puede tener cabo donde fenezca su fin. Creo que de aquí le tomó ansia al gran Alejandre de conquistar el universo; pues claramente, á lo que Plutarco cuenta, lloró oyendo un dia disputar esta quistion á Anaxarco. El cual, preguntada la causa de lágrimas tan fuera de tiempo, respondió que lloraba con justa y gran razon, pues habiendo tantos mundos como Anaxarco decia, no era él aun señor de ninguno. Y así, despućs, cuando emprendió la conquista deste nuestro mundo, imaginaba otros muchos y pretendia señorearlos todos. Mas atajóle la muerte los pasos antes que pudiese sujetar medio. Tambien dice Plinio: «Creer que hay infinitos mundos procedió de querer medir el mundo á piés;» lo cual tiene por atrevimiento; aunque dice llevar tan sotil y buena cuenta, que seria vergüenza no creerlo. De la opinion destos filósofos salió el refran que cuando uno se halla nuevo en alguna cosa dice que le paresce estar en otro mundo. Poco estimáramos el dicho destos gentiles, pues como dice sant Augustin, se revolcaron por infinitos mundos con su vano pensamiento; ni el de los herejes dichos ofios, ni el de los talmudistas, que afirman decinueve mil mundos, pues escriben contra los Evangelios, si no hubiese teólogos que hagan mencion de mas mundos. Baruch habló de siete mundos, como dice Orígenes; y Clemente, discípulo de los apóstoles, dijo en una su epístola, segun Orígenes lo acota en el *Periarcon*: «No es navegable el mar Océano; y aquellos mundos que detrás de él están, se gobiernan por providencia del mesmo Dios.» Tambien sant Jerónimo alega esta misma autoridad sobre la epístola de sant Pablo á los efesios, donde dice: «Todo el mundo está puesto en malignidad.» En muchas partes del Testamento Nuevo está hecha mencion de otro mundo; y Cristo, que es la mesma verdad, dijo que su reino no era deste mundo, y llamó al diablo príncipe deste mundo. Diciendo este, paresce que hay otros, á lo menos otro; y por eso erraron los herejes ofios, que no entendiendo bien la Escritura Sagrada, inferian ser innumerables los mundos; y quien creyese que hay muchos mundos como el nuestro, erraria malamente como ellos. Mundo es todo lo que Dios crió: cielo, tierra,

agua, y las cosas visibles, y que, como dice sant Augustin contra los académicos, nos mantienen; lo cual afirman todos los filósofos cristianos, y aun los gentiles, sino es Aristótiles con sus discípulos, que hace al cielo diferente del mundo, en el tratado que dellos compuso. Este pues es el mundo que Dios hizo, segun lo certifican sant Juan Evangelista, y mas largamente Moisen; que si hubiera mas mundos como él, no los callaran. El reino de Cristo, que no era deste mundo, porque respondamos á ellos, es espiritual, y no material; y así, decimos el otro mundo, como la otra vida y como el otro siglo; lo cual declara muy bien Esdras, diciendo: «Hizo el Altísimo este siglo para muchos; y el otro, que es la gloria, para pocos;» y sant Bernardo llama inferior á este mundo en respecto del cielo. Cuanto á los mundos que pone Clemente detrás del Océano, digo que se han de entender y tomar por orbes y partes de la tierra; que así llama Plinio y otros escritores á Scandinavia, tierra de Godos; y á la isla Taprobana, que agora dicen Zamotra. Y Epicuro, segun Plutarco refiere, tenia por mundos á semejantes orbes y bolas de tierras, apartados de la Tierra-Firme como islas. Y por ventura estos tales pedazos de tierra son el orbe y redondez que la Escritura llama de tierras, y la que llama de tierra ser todo el mundo terrenal. Yo, aunque creo que no hay mas de un solo mundo, nombraré muchas veces dos aquí en esta mi obra, por variar de vocablos en una mesma cosa, y por entenderme mejor llamando nuevo mundo á las Indias, de las cuales escribimos.

Que el mundo es redondo, y no llano.

Muchas razones hay para probar ser el mundo redondo, y no llano. Empero la mas clara y mas á ojos vistas es la vuelta redonda que con increible presteza le da el sol cada dia. Siendo pues redondo todo el cuerpo del mundo, de necesidad han de ser redondas todas sus partes, especial los elementos, que son tierra, agua, aire, fuego. La tierra, que es el centro del mundo, segun lo muestran los equinocios, está fija, fuerte, y tan recia y bien fundada sobre sí mesma, que nunca faltará ni flaqueará; y sin esto, tira y atrae para sí los extremos. La mar, aunque es mas alta que la tierra, y muy mayor, guarda su redondez en medio y sobre la tierra, sin derramarse ni sin cubrilla, por no quebrantar el mandamiento y término que le fué dado; antes ciñe de tal manera, ataja y hiende la tierra por muchas partes, sin mezclarse con ella, que paresce milagro. Muchos pensaron ser como huevo ó piña ó pera, y Demócrito, redondo como plato; empero cóncavo. Mas Anaximandro y Anaximenes y Lactancio, y los que niegan los antípodes afirman ser llano este cuerpo redondo, que hacen agua y tierra. Llaman llano en comparacion de redondo, aunque veian muchas sierras y valles en él. Cualquiera hombre de razon, aunque no tenga letras, caerá luego en cuanto los tales estropezaban en llanura de su mundo; y así, no es menester mas declaracion.

Que no solamente es el mundo habitable, mas que tambien es habitado.

No se harta la curiosidad humana así como quiera, ó que lo hagan los hombres por saber mas, ó por no estar ociosos, ó porque (como dice Salomon) quieren meterse en honduras y trabajos, pudiendo vivir descansados. Bastaríales saber que Dios hizo el mundo redondo y apartó la tierra de las aguas para vivienda de los hombres, sino que tambien quieren saber si se habita ó no toda ella. Thales, Pitágoras, Aristótiles, y tras él casi todas las escuelas griegas y latinas, afirman que la tierra en ninguna manera se puede toda morar, en una parte de muy caliente, y en otras de muy fria. Otros, que reparten la tierra en dos partes, á quien llaman hemisperios, dicen que no hay hombres en la una ni los puede haber, sino que de pura necesidad han de vivir en la otra, que es donde nosotros estamos, y aun della quitan tres tercios, de cinco que le ponen; de suerte que, segun ellos, solas dos partes, de cinco que tiene la tierra, son habitables. Para que mejor entiendan esto los romancistas, que los doctos ya se lo saben, quiero alargar un poco la plática. Queriendo probar cómo la mayor parte de la tierra es inhabitable, fingen cinco fajas, que llaman zonas, en el cielo, por las cuales reglan el orbe de la tierra. Las dos son frias, las dos templadas, y la otra caliente. Si quereis saber cómo son estas cinco zonas, poned vuestra mano izquierda entre la cara y el sol cuando sale, con la palma hácia vos, que así lo enseñó Probo, gramático; tened los dedos abiertos y extendidos, y mirando al sol por entre ellos haced cuenta que cada uno es una zona: el dedo pulgar es la zona fria de hácia el norte, que por su demasiada frialdad es inhabitable; el otro dedo es la zona templada y habitable, do está el trópico de Cancro; el dedo de medio es la tórrida zona, que por tostar y quemar los hombres la llaman así, y es inhabitable; el dedo del corazon es la otra zona templada, donde está el trópico de Capricorno; el dedo menor es la otra zona fria é inhabitable, que cae al sur. Sabiendo pues esta regla, es entendido lo habitable ó inhabitable de la tierra, que dicen estos. Y aun Plinio, desmenuyendo lo habitado, escribe que de cinco partes, que llaman zonas, quita las tres el cielo á la tierra, que son lo señalado por los dedos pulgar y menor y el de medio, y que tambien le hurta algo el Océano; y aun en otro lugar dice que no hay hombres sino en el Zodiaco. La causa que ponen para no poder vivir hombres en las tres zonas y parte de la tierra es el grandísimo frio que con la mucha distancia y ausencia del sol hay en la region de los polos, y el excesivo calor que hay debajo la tórrida zona por la vecindad y continua presencia del sol. Lo mesmo afirman Durando, Scoto y casi todos los teólogos modernos; y Juan Pico de la Mirándula, caballero doctísimo, sustentó en las conclusiones que tuvo en Roma delante el papa Alejandro VI cómo era imposible vivir hombre ninguno debajo la tórrida zona. Pruébase lo contrario con dichos de los mesmos escriptores y con autoridades de sabios antiguos y modernos, con sentencia de la divina Escriptura y con la experiencia. Strabon, Mela y Plinio, que afirman lo de las zonas, dicen cómo hay hombres en Etiopía, en la Aurea Chersoneso y en Taprobana, que son Guinea, Malaca y Zamotra, las cuales caen debajo de su tórrida; y que Scandinavia, los montes hiperbóreos y otras tierras que caen al norte, en lo que señala el dedo pulgar, están pobladas de gente. Estos hiperbóreos están

debajo el norte, segun dicen Herodoto en su *Melpómene*, y Solino en el *Polihistor;* mas Ptolomeo no los pone tan vecinos al polo, sino en algo mas de setenta grados de la Equinocial, y Matías de Micoy los niega; por lo cual se maravillan de Plinio (autor gravísimo) que mostrase contradicion en lo de las zonas, y descuido ó poco saber en geografía y matemática. El primero que afirmó ser habitable la tierra desa parte de las zonas templadas fué Parmenídes, segun cuenta Plutarco. Solino, refiriendo escriptores viejos, pone los hiperbóreos donde un dia dura medio año, y una noche otro medio, por estar de ochenta grados arriba, viviendo muy sanos, y tanto tiempo, que hartos de mucho vivir, se matan ellos mesmos. Tambien dice cómo los arinfeos, que moran en aquellas partes, andan sin cabello ni caperuza. Ablavio, historiador godo, dice cómo los adogitas, que tienen dia de cuarenta dias nuestros, y noche de cuarenta noches, por estar de setenta grados arriba, viven sin morirse de frio. Galeoto de Narni afirma en el libro de *Cosas incógnitas al vulgo*, cómo hay muchas gentes en la tierra que cae cerca y bajo del norte. Sajo, gramático, y Olao, godo, arzobispo de Upsalia (á quien yo conversé mucho tiempo en Bolonia y en Venecia), ponen por tierra muy poblada la Scandinavia, que agora llaman Suecia, la cual es septentrionalísima. Alberto Magno, que tiene por mala vivienda la tierra de cincuenta y seis grados arriba, cree por imposible la habitacion debajo el norte, pues donde la noche dura un mes es incomportable la frialdad. E así dice Antonio Bonfin, en la *Historia de húngaros y bohemios*, que á los lobos se les saltan los ojos de puro frio en las islas del mar Helado. Que la tierra de la tórrida zona esté poblada y se pueda morar, muchos lo dijeron, y aun Abenruiz lo afirma por Aristóteles, en el cuarto libro de *Cielo y mundo*. Avicena, en su *Doctrina segunda*, y Alberto Magno, en el capítulo seis de *La natura de lugares*, quieren probar por razones naturales cómo lo de la tórrida zona es habitable é aun mas templada para vivienda del hombre que las zonas de los trópicos. Heráclides y muchos pitagóricos (segun Teodorito cuenta) pensaron que cada estrella fuese un mundo, con hombres que moraban en ella. Xenofanes (como refiere Lactancio) dijo que moraban hombres en el seno y concavidad de la luna. Anaxágoras y Demócrito dijeron que tenia montes, valles y campos; é los pitagóricos, que tenia árboles y animales quince veces mayores que la tierra; y que era de color de tierra, porque estaba poblada y llena de gente como esta nuestra tierra; de donde nascieron las consejas que tras el fuego cuentan della las viejas. Tambien hubo algunos estóicos (segun dice el mismo Lactancio acotando con Séneca) que dudaron si habia ó no habia gente y pueblos en el sol; porque penseis á cuanto se desmandan los pensamientos y lengua del hombre cuando libremente puede hablar lo que se le antoja. No crió el Señor (dice Isaías á los cuarenta y cinco capítulos) la tierra en balde ni en vacío, sino para que se more y pueble. Y Zacarías dice al principio de su profecía, que anduvieron la tierra, y toda ella estaba poblada y llena de gente. Ni es de creer que la mar esté llena de peces en todos cabos, ansí frios y calientes como templados; y que la tierra esté vacía y valdía, sin tener hombres en las zonas que fingen destempladas, ni tampoco impiden los frios, por mas enemigos que son á la vida humana, que no vivan mucho y se anden la cabeza al aire los hiperbóreos y arinfeos. La costumbre y natural vivienda se conservan en lugares pestíferos, cuanto mas en frios. Mejor vivienda es en la tórrida zona, por ser el calor mas amigable al cuerpo humano; y así, no hay tierra despoblada por mucho calor ni por mucho frio, sino por falta de agua y pan. El hombre tambien, allende lo sobredicho, que fué hecho de tierra, podrá y sé que sabrá vivir en cualquiera parte della, por fria ó calorosa que sea, especialmente mandando Dios á Adan y á Eva que criasen, multiplicasen é hinchesen la tierra. La experiencia, que nos certifica por entero de cuanto hay, es tanta y tan contina en navegar la mar y andar la tierra, que sabemos cómo es habitable toda la tierra y cómo está habitada y llena de gente. Gloria sea de Dios y honra de españoles, que han descubierto las Indias, tierra de los antípodas; los cuales, descubriendo y conquistándolas, corren el gran mar Océano, atraviesan la tórrida zona, y pasan del círculo Arctico, espantajos de los antiguos.

Que hay antípodes, y por qué se dicen así.

Llaman antípodes á los hombres que pisan en la bola y redondez de la tierra al contrario de nosotros, ó al contrario unos de otros. Los cuales, al parecer, aunque no de cierto, tienen las cabezas bajas y los piés altos. Sobre lo cual hay, como dice Plinio, gran batalla de letrados. Unos los niegan, otros los aprueban, y otros, afirmando que los hay, juran que no se pueden ver ni hallar; y así andan ellos vacilando, y hacen titubear á otros. Strabon, y otros antes y después, niegan á piés juntillas los antípodes, diciendo ser imposible que haya hombres en el hemisferio inferior, donde los ponen. Dejando aparte autores gentiles, digo que tambien hay cristianos que niegan haber antípodes. Los que tenian á la tierra por llana los negaron, y Lactancio Firmiano los contradice gentilmente, pensando que no habia hombres que hirmasen los piés en tierra al contrario que nosotros; que si tal fuese andarian contra natura, los piés altos y la cabeza baja: cosa á su juicio fingida y para reir. Y por eso burlaba mucho de los que creian ser el mundo redondo y haber antípodas. Sant Augustin niega tambien los antípodes en el libro décimo sexto de la *Ciudad de Dios*, á los nueve capítulos. Nególos, segun yo pienso, por no hallar hecha memoria de antípodas en toda la Sagrada Escritura; y tambien por quitarse de ruido, á lo que dicen. Ca si confesara que los habia, no pudiera probar que descendian de Adan y Eva, como todos los demás hombres deste nuestro medio mundo y hemisferio, á quien hacia ciudadanos y vecinos de aquella su ciudad de Dios, pues la antigua y comun opinion de filósofos y teólogos de aquel tiempo era que aunque los habia, no se podian comunicar con nosotros, á causa de estar en el otro hemisferio y media bola de la tierra, donde era imposible ir ni venir, por estar entre medio muy grande y no navegable mar, y la tórrida zona, que atajaban el paso. Y nuestro Sant Isidro dijo, en sus *Etimologías*, no haber razon para creer que hubiese antípodes; ca ni lo sufre la

tierra, ni se prueba por historias; sino que poetas, por tener qué hablar, lo fingian. Lactancio é Isidro no tuvieron causa para negarlos. Sant Augustin tuvo las que dije, aunque no haber memoria ni nombre de antípodas en la Biblia no es argumento que obligue para creer que no los hay. Pues en ella está cómo es redonda la tierra, y cómo la rodea el cielo y el sol; y siendo así, todos los hombres del mundo tienen las cabezas derechas al cielo, y los piés al centro de la tierra, en cualquiera parte della que vivan; y son, ó se han en ella como los rayos de la rueda de una carreta. Que si el cubo donde hincados están estuviese quedo, cuando anda la carreta, ninguno dellos estaria mas derecho á la rueda que el otro, ni mas alto, ni al revés. Casi todos los filósofos, antiguos tuvieron por cierto que habia antípodes, segun lo cuenta Plutarco en los libros del parecer de los filósofos, y Macrobio, *Sobre el sueño de Scipion*, y es tan comun este nombre *antípodas*, que debe haber pocos que no lo hayan oido ó leido; y pienso que siempre lo hubo del diluvio acá. Quien primero hizo mencion de antípodes entre teólogos cristianos, á lo que yo sé, fué Clemente, discípulo de sant Pedro, segun Orígenes y sant Jerónimo dicen: así que es cierto que los hay.

Dónde, quién y cuáles son antípodes.

El elemento de la tierra un solo cuerpo es, aunque haya muchas islas en agua; y redondo en proporcion, aunque nos parezca llano, segun atrás queda dicho; y así lo tuvo Thales Milesio, uno de los siete sabios de Grecia, y otros muchos filósofos, como lo escribe Plutarco. Mas Oecetes, otro gran filósofo pitagórico, puso dos tierras, esta nuestra y la de los antípodes. Teopompo historiador dijo, segun Tertuliano contra Hermógenes, que Sileno afirmaba al rey Midas cómo habia otro orbe y bola de tierra, sin esta nuestra; y Macrobio, por acortar de autores, trata largo destos dos hemisperios y tierras. Empero es de saber que, si bien todos ponen dos pedazos de tierra, que no está cada uno dellos por sí, como diferentes tierras, pues no hay mas de un solo elemento della, sino que están atajados con la mar, conforme á lo que Solino dice hablando de los hiperbóreos; y quien mirare la imágen del mundo en un globo ó mapa, verá claramente cómo la mar parte la tierra en dos partes casi iguales, que son los dos hemisperios y orbes arriba dichos. Asia, Africa y Europa son la una parte, y las Indias la otra, en la cual están los que llaman antípodes; y es certísimo que los del Perú, que viven en Lima, en el Cuzco y Ariquipa, son antípodes de los que viven á la boca del rio Indo, Calicut y Zeilan, isla é tierras de Asia. Los Malucos, islas de la Especería, son asimesmo antípodes de la Etiopía, que agora llaman Guinea; y Plinio dijo muy bien que la Taprobana era de antípodes. Ca ciertamente los de aquella isla son antípodes de los etíopes, que están á la ribera del Nilo entre su nacimiento y Meroe. Tambien, aunque no enteramente, son los mejicanos antípodes de los de Arabia Felice, y aun de los que viven en el cabo de Buena Esperanza. Sin los antípodes hay otros que llaman parecos y antecos, Ca en estos tres apellidos se incluyen todos los vecinos del mundo. Antípodes son porque pisan la tierra al contrario por el derecho unos de otros, como los de Guinea y del Perú. Antecos de los españoles y alemanes son los del rio de la Plata, y los patagones, que moran en el estrecho de Magallanes. No tenemos vivienda en tierra contraria como antípodes, sino en diversa. Parecos de nosotros los españoles son los de la Nueva-España que viven en Sibola y por aquellas partes, y los de Chile. No moramos en contraria tierra como antípodes, ni en diversa como antecos, sino en una mesma zona. Empero, aunque propriamente los antecos ni los parecos no son antípodes, se pueden llamar y se llaman, y así se confunden unos con otros; y por tanto señalé por antípodes de los del cabo de Buena Esperanza, que tambien son antecos nuestros, á los de la Nueva-España.

Que hay paso de nosotros á los antípodes, contra la comun opinion de filósofos.

Niegan todos los antiguos filósofos de la gentilidad el paso de nuestro hemisperio al de los antípodes, por razon de estar en medio la tórrida zona y el Océano, que impiden el camino, segun que mas largamente lo trata y porfia Macrobio, *Sobre el sueño de Scipion*, que compuso Tulio. De los filósofos cristianos, Clemente dice que no se puede pasar el Océano de hombre ninguno; y Alberto, que es muy moderno, lo confirma. Bien creo que nunca jamás se supiera el camino por ellos, pues no tenian los indios, á quien llamamos antípodes, navíos bastantes para tan larga y recia navegacion como hacen españoles por el mar Océano. Empero está ya tan andado y sabido, que cada dia van allá nuestros españoles á ojos (como dicen) cerrados; y así, está la experiencia en contrario de la filosofía. Quiero dejar las muchas naos que ordinariamente van de España á las Indias, y decir de una sola, dicha la Victoria, que dió vuelta redonda á toda la redondez de la tierra, y tocando en tierras de unos y otros antípodas, declaró la ignorancia de la sabia antigüedad, y se tornó á España dentro de tres años que partió, segun que muy largamente dirémos cuando tratemos del estrecho de Magallanes.

El sitio de la tierra.

Parecerá vanidad querer situar la grandeza de la tierra, y es fácil cosa, pues su sitio está en medio del mundo. Sus aledaños es la mar que la rodea. No lo sé decir mas breve ni mas verdadero. Mela dice que son oriente y poniente, septentrion y mediodía, y aun David apunta lo mesmo en el salmo ciento y seis. Notabilísimas señales y mojones son estas cuatro para el cielo, donde están, aunque tambien señalan la tierra maravillosamente; y así, regimos la cuenta y caminos della por ellas. Eratóstenes no puso sino los polos norte y sur por aledaños, partiendo la tierra con el camino del sol; y Marco Varron loa mucho esta reparticion, por muy conforme á razon. Ca están aquellos polos fijos y quedos como ejes, donde se mueve y sostiene el cielo; allende que las cuatro señales susodichas, y á todos manifiestas, sirven para saber hácia cuál parte del cielo estamos, aprovecha tambien para entender á cuánto. El estrecho de Gibraltar, poniendo á España por ejemplo,

está hácia el norte y á cincuenta y cuatro grados dél; ó mejor hablando, del punto de la tierra que está ó puede estar debajo del mesmo norte, que son novecientas y ochenta leguas, segun comun cuenta de cosmógrafos y matemáticos, y á treinta y seis grados de la Equinocial, que es nuestra cuenta. Y por ser entendido de quien no sabe qué cosa es grados, quiero decir qué son.

Qué cosa son grados.

Antiguamente contaban y median la tierra y el mundo por estadios y pasos y piés, segun en Plinio, Strabon y otros escritores se lee. Empero después que Ptolomeo inventó los grados á ciento y cincuenta años que Cristo murió, se dejó aquella cuenta. Repartió Ptolomeo todo el cuerpo y bulto que hacen la tierra y la mar en trecientos y sesenta grados de largura y en otros tantos de anchura, que como es redondo, es tan ancho cuanto largo; y dió á cada grado setenta millas, que hacen diez y siete leguas y media castellanas; de manera que boja el orbe de la tierra camino derecho, por cualquiera de las cuatro partes que lo midan, seis mil y docientas leguas. Es tan cierta esta cuenta y medida, que todos lo usan y alaban. Y tanto es mas de loar quien la inventó, cuanto tuvieron por dificultoso Job y el Eclesiástico, que nadie hallase la medida y anchura de la tierra. Llaman grados de longura á los que se cuentan de sol á sol, que es por la Equinocial, que va de oriente á poniente por medio del orbe y bola de la tierra; los cuales no se puede bien tomar, por no haber en el cielo señal estante y fija por aquella parte, á que tener ojo; ca el sol, aunque es clarísima señal, muda cada dia, como dicen, hitos, y nunca jamás va por el camino que otra vez anduvo, segun el parecer de muchos astrólogos; ni hay número de los que se han desvelado y gastado en buscar ingenios y manera de tomar los grados de longitud sin errar, como se toman los de la anchura y altura, empero aun ninguno la ha hallado. Grados de altura ó anchura dicen á los que se toman y cuentan del norte, los cuales salen cierta é puntualmente, por razon de estar quedo el mesmo norte, que es el blanco á quien encaran. Por estos grados pues señalaré yo la tierra, que son verdaderos y que se reparten en cuatro partes iguales. Del norte á la Equinocial hay noventa, de la Equinocial al sur hay otros noventa, del sur á la Equinocial hay otros noventa grados, y della al norte otros tantos. Empero ninguna relacion ni claridad tenemos de las tierras que hay en tan grandísima distancia de mundo y tierra, como debe haber debajo del sur, que es el otro eje del cielo de cuya vista carecemos; ca si hay hiperbóreos, habrá tambien hipernocios, como dijo Herodoto, que serán vecinos del sur, y quizá son los que viven en la tierra del estrecho de Magallanes, que sigue la via del otro polo, la cual aun no se sabe. Y así, digo que hasta que alguno rodee la tierra por bajo de ambos polos, como la rodeó Juan Sebastian del Cano por debajo la Equinocial, no quedará enteramente sabida ni andada su redondez y grandeza.

Quién fué inventor de la aguja de marear.

Antes de comenzar la descripcion y cosmografía, quiero decir algo de la navegacion, porque sin ella no se pudiera saber; que por tierra no se camina tanto, digo tan léjos, como por agua, ni tan presto; y sin naos nunca las Indias se hallaran, y las naos se perderian en el Océano si aguja no llevasen; de suerte que la aguja es principalísima parte del navío para bien navegar. El primero, segun escriben Blondo y Mafeo Girardof, que halló la aguja de marear y la usó, fué Flavio de Malfa, ciudad en el reino de Nápoles, donde aun hoy dia se glorían dello, y tienen mucha razon, pues un vecino suyo inventó cosa de tanto provecho y primor, cuyo secreto no alcanzaron los antiguos, aunque tenian hierro y piedra iman, que son sus materiales. Quien mas á Flavio debe, somos españoles, que navegamos mucho; el cual debió ser ciento y cincuenta años há, ó cuando mucho docientos. Ninguno sabe la causa por la cual el hierro tocado con piedra iman mira siempre al norte. Todos lo atribuyen á propiedad oculta unos del norte, y otros de la mezcla que hacen el hierro y la piedra. Si fuese propiedad del norte, ni la aguja, segun pilotos cuentan, haria mudanza nordesteando y noroestando fuera de la isla Tercera, que es una de los Azores, y doscientas leguas de España hácia poniente leste oeste; ni perderia su oficio, como Olao dice, en pasando de la isla de Magnete, que está debajo ó muy cerca del norte. Mas, como quiera que ello sea, siempre la aguja mira al norte, aunque naveguen cerca del sur. La piedra iman tiene piés y cabeza, y aun dicen que brazos. El hierro que ceban con la cabeza nunca para hasta quedar mirando derechamente al norte; que así hacen los relojes de aguja y sol. La cebadura de los piés sirve para el sur, y así lo demás para los otros cabos del cielo.

Opinion que Asia, Africa y Europa son islas.

Repartian los antiguos este nuestro orbe en Asia y Europa por el Tanais, segun Isócrates refiere en su *Panegírico*. Después dividieron de Asia á Africa por vertientes del Nilo, y fuera mejor por el mar Bermejo, que casi atraviesa la tierra desde el mar Océano hasta el Mediterráneo. Mas el que llaman Beroso dice que Noé puso nombre á Africa, Asia y Europa, y las dió á sus tres hijos, Cam, Sem y Jafet, y que navegó por el mar Mediterráneo diez años. En fin, decimos agora que las sobredichas tres provincias ocupan esta media tierra del mundo. Todos en general dicen que Asia es mayor que ninguna de las otras, y aun que entrambas. Empero Herodoto burla en su *Melpómene* de los que hacen igual de Europa á Asia, diciendo que iguala Europa en largura á Asia y Africa, y las pasa en anchura; que no va fuera de tino. Mas dejando esto aparte, que no es para agora, digo que Homero, escritor antiquísimo, dijo que era isla el orbe que se divide en Asia, Africa y Europa, como relata Pomponio Mela en su tercero libro. Strabon dice en el primero de su *Geografía*, que la tierra que se habita es isla cercada toda del Océano. Higinio y Solino confirman esta sentencia; aunque yerra Solino en poner los nombres de la mar, creyendo que el mar Caspio era parte del Océano, y es Mediterráneo, sin participacion del gran mar. Cuenta Strabon cómo en tiempo del rey Tolomeo Evergete navegó tres ó cuatro veces de Cáliz á la India, que se nombra del rio, un Eudoxo. Y que las guardas del mar arábigo, que es el Bermejo,

trujeron al mesmo rey Tolomeo un indio presentado que habia aportado allí. Comprueba tambien esta navegacion de Cáliz á la India el rey Juba, segun dice Solino, y siempre fué tan celebrada como notable, aunque no tanto como al presente; y como se hace por tierra caliente, no es muy trabajosa. Navegar de la India á Cáliz por la otra parte del norte, que hay grandísimos frios, es el trabajo y peligro. Y así, no hay memoria entre antiguos que haya venido por allí mas de una nave, que, segun Mela y Plinio escriben, refiriendo á Népos Cornelio, vino á parar en Alemaña, y el rey de los suevos, que algunos llaman sajones, presentó ciertos indios della á Quinto Metelo Celer, que á la sazon gobernaba en Francia por el pueblo romano. Si ya no fuesen de Tierra del Labrador y los tuviesen por indianos, engañados en el color; ca tambien dicen cómo en tiempo del emperador Federico Barbaroja aportaron á Lubec ciertos indios en una canoa. El papa Enéas Silvio dice que tan cierto hay mar sarmático y scítico, como germánico y índico. Agora hay mucha noticia y experiencia cómo se navega de Noruega hasta pasar por debajo el mesmo norte, y continuar la costa hácia el sur, la vuelta de la China. Olao Godo me contaba muchas cosas de aquella tierra y navegacion.

Mojones de las Indias por hácia el norte.

La tierra que Indias llamamos es tambien isla como esta nuestra. Comenzaré su sitio por el norte, que es muy cierta señal. Y contaré por grados, que es lo mejor y lo usado. No mido ni costeo la Europa, Africa y Asia, porque lo han hecho muchos. Los mojones ó aledaños que mas cerca y mas señalados tienen por esta parte setentrional, son Islanda y Gruntlandia. Islandia es una isla de casi cien leguas, puesta en setenta y tres grados de altura, y aun, segun quieren algunos, en mas, diciendo durar allí un dia casi dos meses de los nuestros. Islandia suena isla ó tierra helada; y no solamente se hiela el mar al rededor della, empero cargan dentro de la isla tantas heladas y tan recias, que brama el suelo y paresce que gimen hombres; y así, piensan los isleños estar allí el purgatorio ó que atormentan algunas almas. Hay tres montes extraños, que lanzan fuego por el pié, estando siempre nevada la cumbre; y cerca del uno dellos, que se dice Hecla, sale un fuego que no quema la estopa, y arde sobre agua, consumiéndola. Hay tambien dos fuentes notables, una que mana cierto licor como cera, y otra de agua hirviendo, que convierte en piedra lo que dentro echan, quedándose en su propria figura. Son blancos los osos, raposos, liebres, halcones, cuervos, y otras aves y animales así. Cresce tanto la yerba, que la rozan para que pazca bien el ganado, y aun lo sacan del pasto porque no reviente de gordo. La lana es grosera, y la manteca buena y mucha. La cual, y el pescado, son principal mantenimiento de la gente. Andan por allí muchas ballenas, y tan endiabladas, que ponen las naos en rebato. Tienen hecha una iglesia de costillas y huesos dellas y de otros grandes peces. Los islandeses son muy altos y tragones. Algunos piensan que Islandia es la Thile, isla final de lo que romanos supieron, hácia el norte; mas no es, que Islandia há poco tiempo que se descubrió, y es mayor y mas setentrional. Thile propriamente es una isleta que cae entre las Órcades y Fare, algo salida al occidente, y en setenta y siete grados, bien que Tolomeo no la sitúa tan alto. Está Islandia cuarenta leguas de Fare, sesenta de Thile, y mas de ciento de las Órcades. A la parte setentrional de Islandia está Gruntlandia, isla muy grande, la cual está cuarenta leguas de Laponia, y pocas mas de Finmarchia, tierra de Scandinavia, en Europa. Son valientes los grutlandeses, y lindos hombres; navegan con navíos cerrados por arriba, de cuero, por temor del frio y de peces. Está Gruntlandia, segun dicen algunos, cincuenta leguas de las Indias, por la tierra que llaman del Labrador. No se sabe aun si aquella tierra se continúa con Gruntlandia, ó si hay en medio estrecho. Si toda es una tierra, vienen á estar juntos los dos orbes del mundo por cerca del norte ó por bajo, pues no hay mas de cuarenta ó cincuenta leguas de Finmarchia á Gruntlandia; y aunque haya estrecho, son harto vecinos, pues de Tierra del Labrador no hay, segun comun dicho de navegantes, sino cuatrocientas leguas al Fayal, isla de los Azores, y quinientas á Irlanda y seiscientas á España.

El sitio de las Indias.

Lo mas setentrional de las Indias está en par de Gruntlandia y de Islandia. Corre docientas leguas de costa, aun no está bien andada, hasta rio Nevado. De rio Nevado, que cae á sesenta grados, hay otras docientas leguas hasta la bahía de Malvas; y toda esta costa casi está en los mesmos sesenta grados, y es lo que llaman Tierra del Labrador, y tiene al sur la isla de los Demonios. De Malvas á cabo de Marzo, que está en cincuenta y seis grados, hay sesenta leguas. De allí á cabo Delgado hay cincuenta leguas. Desde cabo Delgado, que cae en cincuenta y cuatro grados, sigue la costa docientas leguas por derecho de poniente, hasta un gran rio dicho Sant Lorenzo, que algunos lo tienen por brazo de mar, y lo han navegado mas de docientas leguas arriba; por lo cual muchos lo llamaron el estrecho de los Tres Hermanos. Aquí se hace un golfo como cuadrado, y boja de Sant Lorenzo hasta la punta de Bacallaos harto mas de docientas leguas. Entre aquesta punta y cabo Delgado están muchas islas bien pobladas, que llaman Cortes Reales, y que cierran y encubren el golfo Cuadrado, lugar en esta costa muy notable para señal y descanso. Desde la punta de Bacallaos ponen ochocientas y setenta leguas á la Florida, contando así: de la punta de Bacallaos, que cae á cuarenta y ocho grados y medio, hay setenta leguas de costa á la bahía del rio. De aquesta bahía, que está en algo mas de cuarenta y cinco grados, hay otras setenta leguas á otra bahía que llaman de los Isleos, y que está en menos de cuarenta y cuatro grados. De la bahía de Isleos á rio Fondo hay setenta leguas, y dél á otro rio, que dicen de las Gamas, hay otras setenta leguas, y están ambos rios en cuarenta y tres grados. Del rio de Gamas hay cincuenta leguas al cabo de Santa María, del cual hay cerca de cuarenta leguas al cabo Bajo, y de allí al rio de Sant Anton cuentan otras mas de cien leguas. Del rio de Sant Anton hay ochenta leguas por la costa de una ensenada hasta el cabo de Arenas que está en casi treinta y nueve grados.

De Arenas al puerto del Príncipe hay mas de cien leguas, y dél al rio Jordan setenta, y de allí al cabo de Santa Elena, que cae en treinta y dos grados, hay cuarenta. De Santa Elena á rio Seco hay otras cuarenta. De rio Seco, que está en treinta y un grados, hay veinte leguas á la Cruz; é de allí al Cañaveral cuarenta; é de la punta del Cañaveral, que cae á veinte y ocho grados, hay otras cuarenta hasta la punta de la Florida. Es la Florida una lengua de tierra metida en la mar cien leguas, y derecha al sur. Tiene de cara, y á veinte y cinco leguas, la isla de Cuba y puerto de la Habana, y hácia levante las islas Bahama y Lucaya, é por ser parte muy señalada, descansamos en ella. La punta de la Florida, que cae en veinte y cinco grados, tiene veinte leguas de largo, é della hay cien leguas ó mas hasta el ancon Bajo, que cae cincuenta leguas de rio Seco leste oeste, que son la anchura de la Florida. Del ancon Bajo ponen cien leguas al rio de Nieves, é dél á otro rio de Flores mas de veinte. Del rio de Flores hay setenta leguas á la bahía del Espíritu Santo, á quien llaman por otro nombre la Culata, que boja treinta leguas. Desta bahía, que está en veinte y nueve grados, hay mas de setenta leguas al rio de Pescadores. De Pescadores, que cae á veinte y ocho grados y medio, hay cien leguas hasta el rio de las Palmas, por cerca del cual atraviesa el trópico de Cancro. Del rio de Palmas al rio Pánuco hay mas de treinta leguas, é de allí á la Villarica ó Veracruz setenta leguas. Queda en este espacio Almería. De la Veracruz, que cae en diez y nueve grados, hay mas de treinta leguas al rio de Albarado, que los indios llaman Papaloapan. Del rio de Albarado al de Coazacualco ponen cincuenta leguas; de allí al rio de Grijalva hay mas de cuarenta, y están los dos rios en poco menos de diez y ocho grados. Del rio Grijalva al cabo Redondo hay ochenta leguas de costa, y están en ella Champoton y Lázaro. De cabo Redondo al cabo de Cotoche ó Yucatan cuentan noventa leguas, y está en cerca de veinte y un grados. De manera que hay novecientas leguas de costa desde la Florida á Yucatan, que es otro promontorio que sale de tierra hácia el norte, y cuanto mas se mete al agua, tanto mas ensancha y retuerce. Tiene á sesenta leguas la isla de Cuba, que le cae al oriente, la cual casi cierra el golfo que hay entre la Florida y Yucatan, á quien unos llaman golfo Mejicano, otros Florido, y otros Cortés. Entra la mar en este golfo por entre Yucatan y Cuba con muy gran corriente, é sale por entre Cuba y la Florida, é nunca es al contrario. De Cotoche ó Yucatan hay ciento y diez leguas al rio Grande, y quedan en el camino la punta de las Mujeres y la bahía de la Ascension. De rio Grande, que cae á diez y seis grados y medio, hay cien y cincuenta leguas hasta cabo del Camaron, contadas desta manera: treinta del rio á puerto de Higueras, de Higueras al puerto de Caballos otras treinta, y otras treinta de Caballos al puerto del Triunfo de la Cruz, y dél al puerto de Honduras otras treinta, y de allí al cabo del Camaron veinte, de donde ponen setenta al cabo de Gracias á Dios, que está en catorce grados. Queda en medio desta costa Cartago. De Gracias á Dios hay setenta leguas al desaguadero que viene de la laguna de Nicaragua. De allí á Zorobaro hay cuarenta leguas, é mas de cincuenta de Zorobaro al Nombre de Dios, y está enmedio Veragua. Estas noventa leguas están en nueve grados y medio. Tenemos quinientas menos diez leguas desde Yucatan al Nombre de Dios, que por la poca tierra que hay de allí á la mar del Sur es cosa muy notable. Del Nombre de Dios hay setenta leguas hasta los fallarones del Darien, que cae á ocho grados, y están por la costa Acla y puerto de Misas. El golfo de Urava tiene seis leguas de boca y catorce de largo. Del golfo de Urava cuentan setenta leguas hasta Cartagena. Está en medio el rio de Zenu y Caribana, de donde se nombran los caribes; de Cartagena ponen cincuenta leguas á Santa Marta, que cae en algo mas de once grados, é quedan en la costa puerto de Zambra y rio Grande. Hay cincuenta leguas de Santa Marta al cabo de la Vela, que está en doce grados, é á cien leguas de Santo Domingo. Del cabo de la Vela hay cuarenta leguas hasta Coquibocoa, que es otro cabo de su mesma altura, tras el cual comienza el golfo de Venezuela, que boja ochenta leguas hasta el cabo de Sant Roman. De Sant Roman al golfo Triste hay cincuenta leguas, en que cae Curiana. Del golfo Triste al golfo de Cariari hay cien leguas de costa, puesta en diez grados, é que tiene á puerto de Cañafistola, Chiribichi y rio de Cumaná y punta de Araia. Cuatro leguas de Araia está Cubagua, que llaman isla de Perlas, y ponen de aquella punta á la de Salinas sesenta leguas. De la punta de Salinas á cabo Anegado hay mas de setenta leguas de costa por el golfo de Paria, que hace la tierra con la isla Trenidad. Del Anegado, que cae á ocho grados, hay cincuenta leguas al rio Dulce, que está en seis grados. De rio Dulce al rio de Orellana, que tambien dicen rio de las Amazonas, hay ciento y diez leguas. Así que, cuentan ochocientas leguas de costa desde Nombre de Dios al rio de Orellana, el cual entra en la mar, segun dicen, por cincuenta leguas de boca que tiene debajo de la Equinocial, donde, por caer en tal parte y ser tan grande como dicen, hacemos parada, é otra tal harémos dél al cabo de Sant Augustin. Del rio de Orellana ponen cien leguas al rio Marañon, el cual tiene quince de boca, y está en cuatro grados de la Equinocial al sur. Del Marañon á tierra de Humos, por do pasa la raya de la particion, hay otras cien leguas. De allí al Angla de Sant Lúcas hay otras ciento. De la Angla al cabo primero hay otras ciento, é dél al cabo de Sant Augustin, que cae en casi ocho grados y medio mas allá de la Equinocial, hay setenta leguas. E á esta cuenta son quinientas y veinte y cinco leguas las que hay en este trecho de tierra. El cabo de Sant Augustin es lo mas cerca de Africa y de España por aquella parte de Indias, ca no hay mas de quinientas leguas de cabo Verde allá, segun cuenta comun de mareantes, aunque otros la disminuyen. Del cabo de Sant Augustin hacen cien leguas hasta la bahía de Todos Santos, que está en trece grados, é que va la costa siguiendo al sur. Quedan entre medias el rio de Sant Francisco y el rio Real. De Todos Santos ponen otras cien leguas á cabo de Abre-los-ojos, que cae algo mas de diez y ocho grados. Deste cabo al que llaman Frio cuentan cien leguas: es cabo Frio como isla, é hay cien leguas dél á la punta de Buen-abrigo, por la cual pasa el trópico de Capricorno y la raya de la participacion, que

son dos señalados puntos. De Buen-abrigo hay cincuenta leguas á la bahía de Sant Miguel; é de allí al rio de Sant Francisco, que cae en veinte y seis grados, hay sesenta. De Sant Francisco al rio Tibiquiri hay cien leguas, donde quedan puerto de Patos, puerto del Faraiol y otros. De Tibiquiri al rio de la Plata ponen mas de cincuenta, y así hay seiscientas y setenta leguas del cabo de Sant Augustin al rio de la Plata, donde paramos, el cual cae en treinta y cinco grados mas allá de la Equinocial. Hay dél, con lo que tiene de boca, hasta la punta de Sancta Elena, sesenta y cinco leguas. De Santa Elena á las Arenas-gordas hay treinta, ydella á los Bajos-anegados, cuarenta, é de allí á Tierra-baja cincuenta. De Tierra-baja á la bahía Sin-fondo hay sesenta y cinco leguas. Desta bahía, que cae á cuarenta y un grados, ponen cuarenta leguas á los arracifes. De Lobos, que tiene de altura cuarenta y cuatro grados, hay cuarenta y cinco leguas al cabo de Santo Domingo. Deste cabo á otro que llaman Blanco hacen veinte leguas. De cabo Blanco hay sesenta leguas hasta el rio de Juan Serrano, que cae en cuarenta y nueve grados, y que otros llaman rio de Trabajos, del cual hacen ochenta leguas al promontorio de las Once mil Vírgenes, que está en cincuenta y dos grados y medio, y en el embocadero del estrecho de Magallanes, el cual dura ciento y diez leguas por una misma altura y derecho leste oeste, y mil y docientas leguas de Venezuela sur á norte. De cabo Deseado, que está á la boca del estrecho de Magallanes, en la mar que llaman del Sur y Pacífico, hay setenta leguas á cabo Primero, que cae en cuarenta y nueve grados. De cabo Primero al rio de Salinas, que está en cuarenta y cuatro grados, ponen mas de ciento y cincuenta y cinco leguas. Del rio de Salinas cuentan ciento y diez leguas á cabo Hermoso, que cae cuarenta y cuatro grados y medio de la Equinocial al sur. De cabo Hermoso al rio de Sant Francisco hay sesenta leguas de costa. Del rio de Sant Francisco, que está en cuarenta grados al rio Santo, que está en treinta y tres, hay ciento y veinte leguas. De rio Santo hay poco á Chirinara, que algunos llaman puerto Deseado de Chile. Hay de Chirinara, que cae á treinta y un grado y casi leste oeste con el rio de la Plata, docientas leguas hasta Chincha y rio Despoblado, que está en veinte y dos grados. Del rio Despoblado hay noventa leguas á Ariquipa, que está en diez y ocho grados. De Ariquipa hay ciento y cuarenta leguas á Lima, que cae á doce grados. De Lima cuentan mas de cien leguas hasta el cabo de la Enguila, que cae en seis grados y medio. Están en esta costa Trujillo y otros puertos. Del Enguila hay cuarenta á cabo Blanco, é dél á cabo de Santa Elena sesenta leguas. Están en medio Túmbez y Tumepumpa y la isla Puna. De Santa Elena, que cae á dos grados de la Equinocial, hay setenta leguas á Quegemis, por do atraviesa. Quedan en la costa el cabo de Sant Lorencio y Pasao. Miden dende esta costa hasta el cabo de Sant Augustin mil leguas de tierra, que por caer debajo y cerca de la tórrida zona es riquísima, segun lo han mostrado el Collao y el Quito, como despues dirémos. De Quegemis hay cien leguas al puerto y rio del Perú, del cual tomó nombre la famosa y rica provincia del Perú. Están en este trecho de costa la bahía de Sant Mateo, rio de Santiago y rio de Sant Juan. Del Perú, que cae á dos grados desta parte de la Equinocial, hay mas de setenta leguas al golfo de Sant Miguel, que está seis grados de la Equinocial y que boja cincuenta leguas, y que dista veinte y cinco del golfo de Urava. De Sant Miguel á Panamá ponen cincuenta y cinco leguas. Está Panamá ocho grados y medio de la Equinocial acá; hay diez y siete leguas del Nombre de Dios, por las cuales deja de ser isla el Perú, que como dije, tiene de ancho mil leguas, y mil y docientas de largo, y boja cuatro mil y sesenta y cinco. De Panamá, que tomamos por paradero, hacen seiscientas y cincuenta leguas á Tecoantepec, midiendo setenta leguas de costa desde Panamá á la punta de Guera, que cae á poco mas de seis grados; quedan en aquel espacio Paris y Natan. De Guera á Borica, que es una punta de tierra puesta en ocho grados, hay cien leguas costa á costa. De Borica cuentan otras ciento hasta cabo Blanco, donde está el puerto de la Herradura, del cual hay cien leguas al puerto de la Posesion de Nicaragua, que cae acerca de doce grados de la Equinocial. De la Posesion á la bahía de Fonseca hay quince leguas, de allí á Chorotega veinte, de Chorotega al rio Grande treinta, y dél al rio de Guatimala cuarenta y cinco, de Guatimala á Cirula hay cincuenta leguas, y luego está la laguna de Cortés, que tiene veinte y cinco leguas en largo y ocho en ancho. Hay della cien leguas á puerto Cerrado, y de allí cuarenta á Tecoantepec, que está norte sur con el rio Coazacoalco, y en algo mas de trece grados. Así que se cumplen las seiscientas y cincuenta leguas en que hacemos parada. Todo el trecho desta tierra es angosto de una mar á otra, que paresce que se va comiendo para juntarla; y así, tiene muestra y aparejo para abrir paso de la una á la otra por muchos cabos, segun en otra parte se trata. De Tecoantepec á Colima ponen cien leguas, donde quedan Acapulco y Zacatula. De Colima hacen otras ciento hasta cabo de Corrientes, que está en veinte grados, é queda allí puerto de Navidad. De Corrientes hay sesenta leguas al puerto de Chiametlan, por el cual pasa el trópico de Cancro, y están en esta costa puerto de Xalisco y puerto de Banderas. De Chiametlan hay docientas y cincuenta leguas hasta el estero Hondo ó rio de Miraflores, que cae en treinta y tres grados. Están en estas docientas y cincuenta leguas rio de Sant Miguel, el Guayaval, puerto del Remedio, cabo Bermejo, puerto de Puertos y puerto del Pasaje. De Miraflores hay otras docientas y veinte leguas hasta la punta de Ballenas, que otros llaman California, yendo á puerto Escondido, Belen, puerto de Fuegos, y la bahía de Canoas y la isla de Perlas. Punta de Ballenas está debajo del trópico y ochenta leguas del cabo de Corrientes, por las cuales entra este mar de Cortés, que paresce al Adriático y es algo bermejo, é por ser cosa tan señalada paramos aquí. De la punta de Ballenas hay cien leguas de costa á la bahía del Abad, é della otras tantas al cabo del Engaño, que cae lejos de la Equinocial treinta grados y medio. Algunos ponen mas leguas del Abad al Engaño, empero yo sigo lo comun. Del cabo del Engaño al cabo de Cruz hay casi cincuenta leguas. De cabo de Cruz hay ciento y diez leguas de costa al puerto de Sardinas, que está en treinta y seis grados.

Caen en esta costa el ancon de Sant Miguel, bahía de los Fuegos y costa Blanca. De las Sardinas á Sierras-Nevadas hacen ciento y cincuenta leguas yendo á puerto de Todos Santos, cabo de Galera, cabo Nevado y bahía de los Primeros. Sierras-Nevadas están en cuarenta grados, é son la postrera tierra que por aquella parte está señalada y graduada; aunque la costa todavía sigue al norte para llegar á cerrar la tierra en isla con el Labrador ó con Gruntlandia. Hay en este postrer remate de tierra quinientas y diez leguas, y costean las Indias tierra á tierra, en lo que hay descubierto y aquí va notado, nueve mil y trecientas y mas leguas, las tres mil y trecientas y setenta y cinco por la mar del Sur, y las cinco mil y novecientas y sesenta por nuestra mar, que llaman del Norte; y es de saber que toda la mar del Sur cresce y mengua mucho, y en algunos cabos dos leguas y hasta perder de vista la surgente y descrecencia; y la mar del Norte casi no cresce, si no es de Paria al estrecho de Magallanes y en algunas otras partes. Nadie hasta hoy ha podido alcanzar el secreto ni causas del crescer y menguar la mar, y mucho menos de que crezca en unas partes y en otras no crezca; y así, es superfluo tratar dello. La cuenta que yo llevo en las leguas y grados va segun las cartas de los cosmógrafos del Rey, y ellos no resciben ni asientan relacion de ningun piloto sin juramento y testigos. Quiero decir tambien cómo hay otras muchas islas y tierras en la redondez del mundo, sin las que habemos nombrado; una de las cuales es la tierra del estrecho de Magallanes, que responde á oriente, y que segun su muestra, es grandísima y muy metida al polo Antártico. Piensan que por una parte va hácia el cabo de Buena Esperanza, y por la otra hácia los Malucos. Ca los de las naos del virey don Antonio de Mendoza toparon una tierra de negros que duraba quinientas leguas, y pensaban que se continuaba con aquella del sobredicho estrecho; así que la grandeza de la tierra aun no está del todo sabida; empero las que dicho habemos hacen el cuerpo de la tierra, que llaman mundo.

El descubrimiento primero de las Indias.

Navegando una carabela por nuestro mar Océano tuvo tan forzoso viento de levante y tan continuo, que fué á parar en tierra no sabida ni puesta en el mapa ó carta de marear. Volvió de allá en muchos mas dias que fué; y cuando acá llegó no traia mas de al piloto y á otros tres ó cuatro marineros, que, como venian enfermos de hambre y de trabajo, se murieron dentro de poco tiempo en el puerto. Hé aquí cómo se descubrieron las Indias por desdicha de quien primero las vió, pues acabó la vida sin gozar dellas y sin dejar, á lo menos sin haber memoria de cómo se llamaban, ni de dónde era, ni qué año las halló. Bien que no fué culpa suya, sino malicia de otros ó invidia de la que llaman fortuna. Y no me maravillo de las historias antiguas, que cuenten hechos grandísimos por chicos ó escuros principios, pues no sabemos quién de poco acá halló las Indias, que tan señalada y nueva cosa es. Quedáranos siquiera el nombre de aquel piloto, pues todo lo al con la muerte fenesce. Unos hacen andaluz á este piloto, que trataba en Canaria y en la Madera cuando le acontesció aquella larga y mortal navegacion; otros vizcaíno, que contrataba en Inglaterra y Francia; y otros portugués, que iba ó venia de la Mina ó India, lo cual cuadra mucho con el nombre que tomaron y tienen aquellas nuevas tierras. Tambien hay quien diga que aportó la carabela á Portogal, y quien diga que á la Madera ó á otra de las islas de los Azores; empero ninguno afirma nada. Solamente concuerdan todos en que fallesció aquel piloto en casa de Cristóbal Colon, en cuyo poder quedaron las escripturas de la carabela y la relacion de todo aquel luengo viaje, con la marca y altura de las tierras nuevamente vistas y halladas.

Quién era Cristóbal Colon.

Era Cristóbal Colon natural de Cugureo, ó como algunos quieren, de Nervi, aldea de Génova, ciudad de Italia muy nombrada. Descendia, á lo que algunos dicen, de los Pelestreles de Placencia de Lombardía. Comenzó de pequeño á ser marinero, oficio que usan mucho los de la ribera de Génova; y así, anduvo muchos años en Suria y en otras partes de levante. Después fué maestro de hacer cartas de navegar, por do le nasció el bien. Vino á Portogal por tomar razon de la costa meridional de Africa, y de lo mas que portogueses navegaban para mejor hacer y vender sus cartas. Casóse en aquel reino, ó como dicen muchos, en la isla de la Madera, donde pienso que residia á la sazon que llegó allí la carabela susodicha. Hospedó al patron della en su casa, el cual le dijo el viaje que le habia sucedido y las nuevas tierras que habia visto, para que se las asentase en una carta de marear que le compraba. Fallesció el piloto en este comedio, y dejóle la relacion, traza y altura de las nuevas tierras, y así tuvo Cristóbal Colon noticia de las Indias. Quieren tambien otros, porque todo lo digamos, que Cristóbal Colon fuese buen latino y cosmógrafo, y que se movió á buscar la tierra de los antípodas, y la rica Cipango de Marco Polo, por haber leido á Platon en el *Timeo* y en el *Cricias*, donde habla de la gran isla Atlante y de una tierra encubierta mayor que Asia y Africa; y á Aristóteles ó Teofrasto, en el *Libro de maravillas*, que dice cómo ciertos mercaderes cartagineses, navegando del estrecho de Gibraltar hácia poniente y mediodía, hallaron, al cabo de muchos dias, una grande isla despoblada, empero proveida y con rios navegables; y que leyó algunos de los autores atrás por mí acotados. No era docto Cristóbal Colon, mas era bien entendido. E como tuvo noticia de aquellas nuevas tierras por relacion del piloto muerto, informóse de hombres leidos sobre lo que decian los antiguos acerca de otras tierras y mundos. Con quien mas comunicó esto fué un fray Juan Perez de Marchena, que moraba en el monesterio de la Rábida; y así, creyó por muy cierto lo que dejó dicho y escripto aquel piloto que murió en su casa. Parésceme que si Colon alcanzara por esciencia donde las Indias estaban, que mucho antes, y sin venir á España, tratara con genoveses, que corren todo el mundo por ganar algo, de ir á descubrillas. Empero nunca pensó tal cosa hasta que topó con aquel piloto español que por fortuna de la mar las halló.

Lo que trabajó Cristóbal Colon por ir á las Indias.

Muertos que fueron el piloto y marineros de la carabela española que descubrió las Indias, propuso Cristó-

bal Colon de las ir á buscar. Empero cuanto mas lo deseaba, tanto menos tenia con qué; porque allende de no tener caudal para bastecer un navío, le faltaba favor de rey para que si hallase la riqueza que imaginaba nadie se la quitase. Y viendo al rey de Portogal ocupado en la conquista de Africa y navegacion de Oriente, que urdia entonces, y al de Castilla en la guerra de Granada, envió á su hermano Bartolomé Colon, que tambien sabia el secreto, á negociar con el rey de Inglaterra Enrique VII, que muy rico y sin guerras estaba, le diese navíos y favor para descobrir las Indias, prometiendo traerle dellas muy gran tesoro en poco tiempo. E como trajo mal despacho, comenzó á tratar del negocio con el rey de Portogal don Alonso el Quinto, en quien tampoco halló favor ni dineros para ir por las riquezas que prometia; ca le contradecia el licenciado Calzadilla, obispo que fué de Viseo, y un maestre Rodrigo, hombres de crédito en cosmografía, los cuales porfiaban que ni habia ni podia haber oro ni otra riqueza al occidente, como afirmaba Colon; por lo cual se paró muy triste y pensativo; mas no perdió por eso punto de ánimo ni de la esperanza de su buenaventura que después tuvo. Y así, se embarcó en Lisbona y vino á Pálos de Moguer, donde habló con Martin Alonso Pinzon, piloto muy diestro, y que se le ofreció, y que habia oido decir cómo navegando tras el sol por via templada se hallarian grandes y ricas tierras; y con fray Juan Perez de Marchena, fraile francisco en la Rábida, cosmógrafo y humanista, á quien en puridad descubrió su corazon, el cual fraile lo esforzó mucho en su demanda y empresa, y le aconsejó que tratase su negocio con el duque de Medina-Sidonia, don Enrique de Guzman, gran señor y rico, é luego con don Luis de la Cerda, duque de Medinaceli, que tenia muy buen aparejo en su puerto de Santa María para darle los navíos y gente necesaria. Y como entrambos duques tuvieron aquel negocio y navegacion por sueño y cosa de italiano burlador, que así habian hecho los reyes de Inglaterra y Portugal, animólo á ir á la corte de los Reyes Católicos, que holgaban de semejantes avisos, y escribió con él á fray Fernando de Talavera, confesor de la reina doña Isabel. Entró pues Cristóbal Colon en la corte de Castilla el año de 1486. Dió peticion de su deseo y negocio á los Reyes Católicos don Fernando y doña Isabel, los cuales curaron poco della, como tenian los pensamientos en echar los moros del reino de Granada. Habló con los que le decian privar y valer con los reyes en los negocios; mas como era extranjero y andaba pobremente vestido, y sin otro mayor crédito que el de un fraile menor, ni le creian ni aun escuchaban; de lo cual sentia él gran tormento en la imaginacion. Solamente Alonso de Quintanilla, contador mayor, le daba de comer en su despensa, y le oia de buena gana las cosas que prometia de tierras nunca vistas, que le era un entretenimiento para no perder esperanza de negociar bien algun dia con los Reyes Católicos. Por medio pues de Alonso de Quintanilla tuvo Colon entrada y audiencia con el cardenal don Pero Gonzalez de Mendoza, arzobispo de Toledo, que tenia grandísima cabida y autoridad con la Reina y con el Rey, el cual lo llevó delante dellos después de haberle muy bien examinado y entendido. Los Reyes oyeron á Colon por esta via y leyeron sus memoriales; y aunque al principio tuvieron por vano y falso cuanto prometia, le dieron esperanza de ser bien despachado en acabando la guerra de Granada, que tenian entre manos. Con esta respuesta comenzó Cristóbal Colon á levantar el pensamiento mucho mas que hasta entonces, y á ser estimado y graciosamente oido de los cortesanos, que hasta allí burlaban dél; y no se descuidaba punto en su negociacion cuando hallaba coyuntura. Y así, apretó el negocio tanto, en tomándose Granada, que le dieron lo que pedia para ir á las nuevas tierras que decia, á traer oro, plata, perlas, piedras, especias y otras cosas ricas. Diéronle asimesmo los Reyes la decena parte de las rentas y derechos reales en todas las tierras que descubriese y ganase sin perjuicio del rey de Portugal, como él certificaba. Los capítulos deste concierto se hicieron en Santa Fe, y el privilegio de la merced en Granada y en 30 de abril del año que se ganó aquella ciudad. Y porque los Reyes no tenian dineros para despachar á Colon, les prestó Luis de Sant Angel, su escribano de racion, seis cuentos de maravedís, que son en cuenta mas gruesa diez y seis mil ducados.

Dos cosas notarémos aquí: una, que con tan poco caudal se hayan acrescentado las rentas de la corona real de Castilla en tanto como le valen las Indias; otra, que en acabándose la conquista de los moros, que habia durado mas de ochocientos años, se comenzó la de los indios, para que siempre peleasen los españoles con infieles y enemigos de la santa fe de Jesucristo.

El descubrimiento de las Indias, que hizo Cristóbal Colon.

Armó Cristóbal Colon tres carabelas en Pálos de Moguer á costa de los Católicos Reyes, por virtud de las provisiones que para ello llevaba. Metió en ellas ciento y veinte hombres, entre marineros y soldados. De la una hizo piloto á Martin Alonso Pinzon, de otra á Francisco Martin Pinzon, con su hermano Vicente Yáñes Pinzon; y él fué por capitan y piloto de la flota en la mayor y mejor, y metió consigo á su hermano Bartolomé Colon, que tambien era diestro marinero. Partió de allí viérnes, 3 de agosto: pasó por la Gomera, una isla de las Canarias, donde tomó refresco. Desde allí siguió la derrota que tenia por memoria, y á cabo de muchos dias topó tanta yerba, que parescia prado, y que le puso gran temor, aunque no fué de peligro; y dicen que se volviera, sino por unos celajes que vió muy lejos, teniéndolos por certísima señal de haber tierra cerca de allí. Prosiguió su camino, y luego vió lumbre un marinero de Lepe y un Salcedo. A otro dia siguiente, que fué 11 de octubre del año de 1492, dijo Rodrigo de Triana: «Tierra, tierra;» á cuya tan dulce palabra acudieron todos á ver si decia verdad; y como la vieron, comenzaron el *Te Deum laudamus*, hincados de rodillas y llorando de placer. Hicieron señal á los otros compañeros para que se alegrasen y diesen gracias á Dios, que les habia mostrado lo que tanto deseaban. Allí viérades los extremos de regocijo que suelen hacer marineros: unos besaban las manos á Colon, otros se le ofrecian por criados, y otros le pedian mercedes. La tierra que primero vieron fué Guanahani, una de las islas Lucayos,

que caen entre la Florida y Cuba, en la cual se tomó luego tierra, y la posesion de las Indias y Nuevo-Mundo, que Cristobal Colon descubria, por los Reyes de Castilla.

De Guanahani fueron á Barucoa, puerto de Cuba, donde tomaron ciertos indios; y tornando atrás á la isla de Haiti, echaron áncoras en el puerto que llamó Colon Real. Salieron muy aprisa en tierra, porque la capitana tocó en una peña y se abrió en parte que ningun hombre pereció. Los indios, como los vieron salir á tierra con armas y á gran prisa, huyeron de la costa á los montes, pensando que fuesen como caribes que los iban á comer. Corrieron los nuestros tras ellos, y alcanzaron una sola mujer. Diéronle pan y vino y confites, y una camisa y otros vestidos, que venia desnuda en carnes, y enviáronla á llamar la otra gente. Ella fué y contó á los suyos tantas cosas de los nuevamente llegados, que comenzaron luego á venir á la marina y hablar á los nuestros, sin entender ni ser entendidos mas de por señas, como mudos. Traian aves, pan, fruta, oro y otras cosas, á trocar por cascabeles, cuentas de vidro, agujas, bolsas, y otras cosillas así, que no fué pequeño gozo para Colon. Saludáronse Cristóbal Colon y Guacanagari, rey ó (como allí dicen) cacique de aquella tierra. Diéronse presentes el uno al otro en señal de amistad. Trajeron los indios barcas para sacar la ropa y cosas de la carabela capitana, que se quebró. Andaban tan humildes, tan bien criados y serviciales como si fueran esclavos de los españoles. Adoraban la cruz, dábanse en los pechos, é hincábanse de rodillas al Ave María, como los cristianos. Preguntabán por Cipango; ellos entendian por Cibao, donde habia mucho oro: no cabia de placer Cristóbal Colon oyendo Cibao y viendo gran muestra de oro allí, y ser la gente simple y tratable; ni veia la hora de volver á España á dar nueva y muestra de todo aquello á los Reyes Católicos. Y así, hizo luego un castillejo de tierra y madera, con voluntad del Cacique y con ayuda de sus vasallos, en el cual dejó treinta y ocho españoles con el capitan Rodrigo de Arana, natural de Córdoba, para entender la lengua y secretos de la tierra y gente, entre tanto que él venia y tornaba. Esta fué la primera casa ó pueblo que hicieron españoles en Indias. Tomó diez indios, cuarenta papagayos, muchos gallipavos, conejos (que llaman hutias), batatas, ajíes, maíz, de que hacen pan, y otras cosas extrañas y diferentes de las nuestras, para testimonio de lo que habia descubierto. Metió asimismo todo el oro que rescatado habian, en las carabelas, y despedido de los treinta y ocho compañeros que allí quedaban, y de Guacanagari, que lloraba, se partió con dos carabelas y con todos los demás españoles de aquel puerto Real; y con próspero viento que tuvo llegó á Pálos en cincuenta dias, de la misma manera que dicho habemos halló las Indias.

La honra y mercedes que los Reyes Católicos hicieron á Colon por haber descubierto las Indias.

Estaban los Reyes Católicos en Barcelona cuando Colon desembarcó en Pálos, y hubo de ir allá. Mas aunque el camino era largo, y el embarazo de lo que llevaba mucho, fué muy honrado y famoso, porque salian á verle por los caminos á la fama de haber descubierto otro mundo, y traer dél grandes riquezas y hombres de nueva forma, color y traje. Unos decian que habia hallado la navegacion que cartaginenses vedaron; otros, la que Platon en *Crisias* pone por perdida con la tormenta y mucho cieno que creció en la mar; y otros, que habia cumplido lo que adevinó Séneca en la tragedia *Medea*, do dice: «Vernán tiempos de aquí á mucho que se descubrirán nuevos mundos, y entonces no será Thile la postrera de las tierras.» Finalmente, él entró en la corte, con mucho deseo y concurso de todos, á 3 de abril, un año después que partió della. Presentó á los Reyes el oro y cosas que traia del otro mundo; y ellos y cuantos estaban delante se maravillaron mucho en ver que todo aquello, excepto el oro, era nuevo como la tierra donde nascia. Loaron los papagayos por ser de muy hermosas colores: unos muy verdes, otros muy colorados, otros amarillos, con treinta pintas de diversa color; y pocos dellos parecian á los que de otras partes se traen. Las hutias ó conejos eran pequeñitos, orejas y cola de raton, y el color gris. Probaron el ají, especia de los indios, que les quemó la lengua, y las batatas, que son raíces dulces, y los gallipavos, que son mejores que pavos y gallinas. Maravilláronse que no hubiese trigo allá, sino que todos comiesen pan de aquel maíz. Lo que mas miraron fué los hombres, que traian cercillos de oro en las orejas y en las narices, y que ni fuesen blancos, ni negros, ni loros, sino como tiriciados ó membrillos cochos. Los seis indios se baptizaron, que los otros no llegaron á la corte; y el Rey, la Reina, y el príncipe don Juan, su hijo, fueron los padrinos, por autorizar con sus personas el santo baptismo de Cristo en aquellos primeros cristianos de las Indias y Nuevo-Mundo. Estuvieron los reyes muy atentos á la relacion que de palabra hizo Cristóbal Colon, y maravillándose de oir que los indios no tenian vestidos, ni letras, ni moneda, ni hierro, ni trigo, ni vino, ni animal ninguno mayor que perro; ni navíos grandes, sino canoas, que son como artesas, hechas de una pieza. No pudieron sufrirse cuando oyeron que allá, en aquellas islas y tierra nuevas, se comian unos hombres á otros, y que todos eran idólatras; y prometieron, si Dios les daba vida, de quitar aquella abominable inhumanidad, y desarraigar la idolatría en todas las tierras de Indias que á su mando viniesen: voto de cristianísimos reyes, y que cumplieron su palabra. Hicieron mucha honra á Cristóbal Colon, mandándole sentar delante dellos, que fué gran favor y amor; ca es antigua costumbre de nuestra España estar siempre en pié los vasallos y criados delante el Rey, por acatamiento de la autoridad real. Confirmáronle su privilegio de la decena parte de los derechos reales: diéronle título y oficio de almirante de las Indias, y á Bartolomé Colon de adelantado. Puso Cristóbal Colon, al rededor del escudo de armas que le concedieron, esta letra:

Por Castilla y por Leon
Nuevo mundo halló Colon.

De donde sospecho que la Reina favoreció mas que no el Rey el descubrimiento de las Indias; y tambien porque no consentia pasar á ellas sino á castellanos; y si algun aragonés allá iba, era con su licencia y expreso manda-

miento. Muchos de los que habian acompañado á Colon en este descubrimiento pidieron mercedes, mas los Reyes no las hicieron á todos. Y así, el marinero de Lepe se pasó á Berbería, y allá renegó la fe, porque ni Colon le dió albricias ni el Rey merced ninguna, por haber visto él, primero que otro de la flota, lumbre en las Indias.

Por qué se llamaron Indias.

Antes que mas adelante pasemos quiero decir mi parecer acerca deste nombre Indias, porque algunos tienen creido que se llamaron así por ser los hombres destas nuestras Indias del color que los indios orientales. Mas paréceme que difieren mucho en el color y en las facciones. Es bien verdad que de la India se dijeron las Indias. India propiamente se dice aquella gran provincia de Asia donde Alejandre Magno hizo guerra, la cual tomó nombre del rio Indo, y se divide en muchos reinos á él comarcanos. Desta gran India, que tambien nombran Oriental, salieron grandes compañas de hombres, y vinieron (segun cuenta Herodoto) á poblar en la Etiopia, que está entre la mar Bermeja y el Nilo, y que agora posee el preste Gian. Prevalecieron tanto allí, que mudó aquella tierra sus antiguas costumbres y apellido en el que trajeron ellos; y así, la Etiopia se llamó India; y por eso dijeron muchos, entre los cuales son Aristóteles y Séneca, que la India estaba cerca de la España. De la India pues del preste Gian, donde ya contrataban portogueses, se llamaron nuestras Indias, porque ó iba ó venia de allá la carabela que con tiempo forzoso aportó á ellas; y como el piloto vido aquellas tierras nuevas, llamólas Indias, y así las nombraba siempre Cristóbal Colon. Los que tienen por gran cosmógrafo á Colon piensan que las llamó Indias por la India Oriental, creyendo que cuando descubrió las Indias iba buscando la isla Cipango, que cae á par de la China ó Cataio, y que se movió á ir tras el sol por llegar mas aína que contra él; aunque muchos creen que no hay tal isla. De cualquiera manera, en fin, que fué, ellas se llaman Indias.

La donacion que hizo el Papa á los Reyes Católicos de las Indias.

Luego que los Reyes Católicos oyeron á Cristóbal Colon, despacharon un correo á Roma con la relacion de las tierras nuevamente halladas, que llaman Indias; y sus embajadores, que pocos meses antes habian ido á dar el parabien y obediencia al papa Alejandro VI, segun usanza de todos los príncipes cristianos, le hablaron y dieron las cartas del Rey y Reina, con la relacion de Colon. Nueva fué por cierto de que mucho se holgó el Santo Padre, los cardenales, corte y pueblo romano, y maravilláronse todos de oir cosas de tierra tan aparte, y que nunca los romanos, señores del mundo, las supieron. Y porque las hallaron españoles, hizo el Papa de su propia voluntad y motivo, y con acuerdo de los cardenales, donacion y merced á los reyes de Castilla y Leon de todas las islas y tierra firme que descubriesen al ocidente, con tal que conquistándolas enviasen allá predicadores á convertir los indios que idolatraban. Inseró aquí la bula del Papa, porque todos la lean, y sepan cómo la conquista y conversion de Indias, que los españoles hacemos, es con autoridad del vicario de Cristo.

LA BULLA Y DONACION DEL PAPA.

Alexander episcopus seruus seruorum Dei charissimo in Christo filio Ferdinando regi et charissimae in Christo filiae Elisabeth reginae Castellae, Legionis, Aragonum, Siciliae et Granatae illustribus salutem et apostolicam benedictionem. Inter caetera diuinae maiestati beneplacita opera, et cordis nostri desiderabilia, illud profecto potissimum existit, ut fides catholica et christiana religio, nostris praesertim temporibus exaltetur ac ubilibet amplietur et dilatetur, animarumque salus procuretur, ac barbarae nationes deprimantur et ad fidem ipsam reducantur. Unde cum ad hanc sacram Petri sedem diuina fauente clementia (meritis licet imparibus) euocati fuerimus, cognoscentes vos tanquam veros catholicos reges et principes, quales semper fuisse nouimus, et à vobis praeclare gesta toti penè iam orbi notissima demonstrant, ne dum id exoptare, sed omni conatu, studio et diligentia, nullis laboribus, nullis impensis, nullisque parcendo periculis, etiam proprium sanguinem effundendo efficere, ac omnem animum vestrum, omnes que conatus ad hoc iam dudum dedicasse quemadmodum recuperatio regni Granatae à tyrannide Saracenorum hodiernis temporibus per vos, cum tanta diuini nominis gloria, facta testatur. Digne ducimur non immerito et debemus illa vobis etiam sponte et fauorabiliter concedere per quae huiusmodi sanctum et laudabile ac immortali Deo acceptum propositum in dies feruentiori animo ad ipsius Dei honorem et imperij Christiani propagationem, prosequi valeatis. Sanè accepimus quod vos qui dudum animum proposueratis aliquas insulas et terras firmas remotas et incognitas ac per alios hactenus non repertas quaerere et inuenire vt illarum incolas et habitatores ad colendum Redemptorem nostrum, et fidem catholicam, reduceretis, hactenus in expugnatione et recuperatione ipsius regni Granatae plurimum occupati huiusmodi sanctum et laudabile propositum vestrum ad optatum finem perducere nequiuistis, sed tandem sicut Domino placuit, regno praedicto recuperato, volentes desiderium adimplere vestrum dilectum filium Christophorum Colon, virum vtique dignum et plurimum commendandum ac tanto negotio aptum cum nauigiis et hominibus ad similia instructis non sine maximis laboribus et periculis ac expensis destinatis, vt terras firmas et insulas remotas et incognitas huiusmodi per mare vbi hactenus nauigatum non fuerat, diligenter inquireret. Qui tandem (diuino auxilio facta extrema diligentia in mari Oceano nauigantes certas insulas remotissimas et etiam terras firmas, quae per alios hactenus repertae non fuerant) inuenerunt. In quibus quamplurimae gentes pacifice viuentes et vt asseritur nudi incedentes nec carnibus vescentes inhabitant, et ut praefati Nuncij vestri possunt opinari gentes ipsae in insulis et terris praedictis habitantes credunt vnum Deum creatorem in coelis esse ac ad fidem catholicam amplexandum, et bonis moribus imbuendum satis apti videntur, spesque habetur quod si erudirentur nomen

Saluatoris Domini nostri Jesu Christi in terris et insulis praedictis facile induceretur. Ac praefatus Christophorus in vna ex principalibus insulis praedictis, iam vnam turrim satis munitam, in qua certos christianos, qui secum iuerant, in custodiam et vt alias insulas ac terras firmas remotas et incognitas inquirerent posuit, construi et aedificari fecit. In quibus quidem insulis et terris iam repertis, aurum, aromata et aliae quamplurimae res praetiosae diuersi generis et diuersae qualitatis reperiuntur. Vnde omnibus diligenter et praesertim fidei catholicae exaltatione et dilatatione (prout decet catholicos reges et principes) consideratis, more progenitorum vestrorum clarae memoriae regum, terras firmas et insulas praedictas, illarumque incolas et habitatores vobis diuina fauente clementia subjicere et ad fidem catholicam reducere proposuistis. Nos igitur huiusmodi vestrum sanctum et laudabile propositum plurimum in Domino commendantes ac cupientes vt illud ad debitum finem perducatur, et ipsum nomen Saluatoris nostri in partibus illis inducatur. Hortamur vos quamplurimum in Domino et per sacri lauacri susceptionem, quae mandatis Apostolicis obligati estis, et viscera misericordiae Domini nostri Jesu Christi attente requirimus vt cum expeditionem huiusmodi omnino prosequi et assumere prona mente orthodoxae fidei zelo intendatis populos in huiusmodi insulis et terris de gentes ad christianam religionem suscipiendum inducere velitis et debeatis : nec pericula nec labores vllo vnquam tempore vos deterreant firma spe fiduciaque conceptis quod Deus omnipotens conatus vestros feliciter prosequetur. Et vt tanti negocij prouinciam apostolicae gratiae largitate donati liberius et audacius assumatis. Motu propio non ad vestram vel alterius pro vobis super hoc nobis oblatae petitionis instantiam, sed de nostra mera liberalitate et ex certa scientia ac de apostolicae potestatis plenitudine omnes insulas et terras firmas inuentas et inueniendas detectas et detegendas versus occidentem et meridiem fabricando et construendo vnam lineam à polo arctico scilicet septentrione, ad polum antarcticum scilicet meridiem, siue terrae firmae et insulae inventae et inueniendae sint versus Indiam aut versus aliam quancunque partem. Quae linea distet à qualibet insularum, quae vulgariter nuncupantur *de los Açores y cabo Verde*, centum leucis versus occidentem et meridiem. Itaque omnes insulae et terrae firmae repertae et reperiendae, detectae et detegendae à praefata linea versus occidentem et meridiem per alium regem aut principem christianum non fuerint actualiter possessae vsque ad diem natiuitatis Domini nostri Iesu Christi proximè praeteritum, à quo incipit annus praesens milesimus quadringentesimus nonagesimus tertius quando fuerunt per Nuncios et Capitaneos vestros inuentae aliquae praedictarum insularum. Auctoritate omnipotentis Dei nobis in beato Petro concessa ac vicariatus Iesu Christi, qua fungimur in terris cum omnibus illarum dominijs ciuitatibus, castris, locis et villis, iuribusque et iurisditionibus ac pertinentijs vniuersis, vobis, haeredibusque et successoribus vestris (Castellae et Legionis regibus) in perpetuum tenore praesentium donamus, concedimus, et asignamus, vosque et haeredes ac successores praefatos illarum Dominos cum plena libera et omnimoda potestate, auctoritate, et iurisdictione, facimus, constituimus, et deputamus. Decernentes nihilominus per huiusmodi donationem, concessionem, et assignationem nostram nulli Christiano principi, qui actualiter praefatas insulas et terras firmas possederit vsque ad praedictum diem natiuitatis domini nostri Iesu Christi ius quesitum, sublatum intelligi posse aut auferri debere. Et insuper mandamus vobis in virtute sanctae obedientiae (vt sicut pollicemini et non dubitamus pro vestra maxima deuotione et regia magnanimitate vos esse facturos) ad terras firmas et insulas praedictas viros probos et Deum timentes doctos peritos, et expertos, ad instruendum incolas et habitatores praefatos in fide catholica et bonis moribus imbuendum destinare debeatis, omnem debitam diligentiam in praemissis adhibentes. A quibuscunque personis cuiuscunque dignitatis, etiam imperialis et regalis status, gradus, ordinis vel conditionis sub excommunicationis latae sententiae poenae quam eo ipso si contra fecerint incurrant, districtius inhibemus ne ad insulas et terras firmas inuentas et inueniendas, detectas et detegendas versus occidentem et meridiem, fabricando et construendo lineam à polo arctico ad polum antarcticum siue terrae firmae et insulae inuentae et inueniendae sint, versus aliam quancumque partem, quae linea distet à qualibet insularum quae vulgariter nuncupatur *de los Açores y cabo Verde* centum leucis versus occidentem et meridiem ut praefertur, pro mercibus habendis vel quauis alia de causa accedere praesumant absque vestra ac haeredum et succesorum vestrorum praedictorum licentia speciali. Non obstantibus constitutionibus et ordinationibus apostolicis, caeterisque contrarijs quibuscunque, in illo, à quo imperia et dominationes ac bonae cunctae procedunt, confidentes, quòd dirigente Domino actus vestros si huiusmodi sanctum et laudabile propositum prosequamini breui tempore, cum felicitate et gloria totius populi Christiani, vestri labores et conatus exitum felicissimum consequentur. Verum quia difficile feret praesentes literas ad singula quaeque loca in quibus expediens fuerit deferri : volumus, ac motu et scientia similibus decernimus, quòd illarum transumptis manu publici Notarij inde rogati subscriptis et sigillo alicuius personae in ecclesiastica dignitate constitutae, seu curiae ecclesiasticae munitis, ea prorsus fides in iudicio et extra ac aliàs vbilibet adhibeatur quae praesentibus adhiberetur si essent exhibitae vel ostensae. Nulli ergo omnino hominum liceat hanc paginam nostrae commendationis, hortationis, requisitionis, donationis, concessionis, asignationis, deputationis, decreti, mandati, inhibitionis et voluntatis, infringere vel ei ausu temerario contraire. Si quis autem hoc attentare praesumpserit, indignationem omnipotentis Dei ac beatorum Petri et Pauli apostolorum eius se nouerit incursurum. Datis Romae apud sanctum Petrum. Anno incarnationis dominicae millesimo quadringentesimo nonagesimo tertio, quarto nonas Maij, Pontificatus nostri anno primo.

Vuelta de Cristóbal Colon á las Indias.

Como los Reyes Católicos tuvieron tan buena respuesta del Papa, acordaron que volviese Colon con mucha

gente para poblar en aquella nueva tierra, y para comenzar la conversion de los idólatras, conforme á la voluntad y mandamiento de su santidad. Y así, mandaron á Juan Rodriguez de Fonseca, dean de Sevilla, que juntase y basteciese una buena flota de navíos para las Indias, en que pudiesen ir hasta mil y quinientas personas. El Dean aprestó luego diez y siete ó diez y ocho naos y carabelas, y desde allí entendió siempre en negocios de Indias, y vino á ser presidente dellas. Buscaron doce clérigos de ciencia y conciencia, para que predicasen y convertiesen, juntamente con fray Buil, catalan, de la órden de sant Benito, que iba por vicario del Papa con breve apostólico. A fama de las riquezas de Indias, y por ser buena la armada, y por sentir tanta gana en los Reyes, hubo muchos caballeros y criados de la casa real que se dispusieron á passar allá, y muchos oficiales mecánicos, como decir plateros, carpinteros, sastres, labradores y gente así. Compráronse á costa tambien de los Reyes, muchas yeguas, vacas, ovejas, cabras, puercas y asnas para casta, porque allá no habia semejantes animales. Compróse asimesmo muy gran cantidad de trigo, cebada y legumbres para sembrar; sarmientos, cañas de azúcar y plantas de frutas dulces y agras; ladrillos y cal para edificar; y en conclusion, otras muchas cosas necesarias á fundar y mantener el pueblo ó pueblos que se hiciesen. Gastaron mucho los Reyes en estas cosas y en el sueldo de cerca de mil y quinientos hombres que fueron en esta armada, que sacó de Cáliz Cristóbal Colon á 25 de setiembre de 1493; el cual, llevando su derrota mas cerca de la Equinocial que la primera vez, fué á reconocer tierra en la isla que nombró la Deseada; y sin parar llegó al puerto de Plata de la isla Española, y luego á puerto Real, donde quedaron los treinta y ocho españoles; y como supo que los habian muerto á todos los indios, porque les forzaban sus mujeres y les hacian otras muchas demasías, ó porque no se iban ni se habian de ir, se tornó á poblar en la Isabela, ciudad hecha en memoria de la Reina; y labró una fortaleza en las minas de Cibao, donde puso por alcaide al comendador mosen Pedro Margarite. Despachó luego con las doce naos, porque no se perdiesen, á Antonio de Torres, que trajo la nueva de la muerte del capitan Arana y de sus compañeros, muchos granillos de oro, y entre ellos uno de ocho onzas, que halló Alonso de Hojeda, algunos papagayos muy lindos, y ciertos indios caribes, que comen hombres naturales de Aiay, isla que llamaron Santa Cruz; y él fuése con tres carabelas á descubrir tierra, como le mandaron los Reyes, y descubrió á Cuba por el lado meridional, y á Jamáica y otras menudas islas. Cuando volvió halló muchos españoles muertos de hambre y dolencias, y otros muchos muy enfermos y descoloridos. Usó de rigor con algunos que habian sido desacatados á sus hermanos Bartolomé y Diego Colon, y hecho mal á indios. Ahorcó á Gaspar Ferriz, aragonés, y á otros. Azotó á tantos, que blasfemaban dél los demás; y como parecia recio y malo, aunque fuese justicia, ponia entredicho el vicario fray Buil para estorbar muertes y afrentas de españoles. El Cristóbal Colon quitábale su racion y la de los clérigos. Y ansí, anduvo la cosa muy revuelta mucho tiempo, y el uno y el otro escribieron sobre ello á los Reyes; los cuales enviaron allá á Juan de Aguado, su repostero, que los hizo venir á España como presos, á dar razon de sí delante sus altezas; aunque dicen algunos que primero se vino el fraile y otros quejosos y querellantes, que informaron muy mal al Rey y á la Reina. Llegó Cristóbal Colon á Medina del Campo, donde la corte residia; trajo á los Reyes muchos granos de oro, y algunos de á quince y veinte onzas; grandes pedazos de ámbar cuajado, infinito brasil y nácar, plumas y mantillas de algodon, que vestian los indios. Contóles el descubrimiento que habia hecho; loóles grandemente aquellas islas de ricas y maravillosas, porque en diciembre, y cuando en España es invierno, criaban las aves por los árboles del campo; que por marzo maduraban las uvas silvestres, que granaba el trigo en setenta dias, sembrado en enero; que se sazonaban los melones dentro de cuarenta dias, y se hacian los rábanos y lechugas en menos de veinte dias, y que olia la carne de palomas á almizcle, y la de cocrodilos, de los cuales habia muchos y en cada rio; que cazaban en mar peces grandísimos con uno muy chiquito que llaman *guaican*; y los españoles *reverso*; y que pensaba que habia canela, clavos y otras especias, segun el olor que muchos valles echaban. Y tras esto, dióles los procesos de los españoles que habia justiciado, por desculparse mejor. Los Reyes le agradecieron sus servicios y trabajo; reprehendiéronle los castigos que hizo, y avisáronle se hubiese de allí adelante mansamente con los españoles que los iban á servir tan léjos tierras; y armáronle ocho naves con que tornase á descubrir mas, y llevase gente, armas, vestidos y otras cosas necesarias.

El tercero viaje que Colon hizo á las Indias.

De ocho naos que Cristóbal Colon armaba á costa de los Reyes, envió delante las dos con bastimentos y armas para su hermano Bartolomé, y él se partió con las otras seis de Sanlúcar de Barrameda, en fin de mayo del año de 97 sobre 1400. Y como á fama de las riquezas que de las Indias venian, andaban cosarios franceses, fué á la Madera. Despachó de allí las tres naves á la Española por derecho camino, con trecientos hombres desterrados allá; y él echó con las otras tres á las islas de Cabo Verde, por hacer su viaje por muy junto á la Equinocial. Pasó gran peligro con calmas y calor. En fin llegó á tierra firme de Indias, en lo que llaman Paria. Costeó trecientas y treinta leguas que hay de allí al cabo de la Vela, y luego atravesó la mar, y vino á Santo Domingo, ciudad que su hermano Bartolomé Colon habia fundado á la ribera del rio Ozama; donde fué recebido por gobernador, conforme á las provisiones que llevaba; aunque con gran murmuracion de muchos que tenia descontentos y enojados el Adelantado su hermano y Diego Colon, que administraban la paz y la guerra en su ausencia.

La hambre, dolencias, guerra y victoria que tuvieron los españoles por defender sus personas y pueblos.

Probó la tierra los españoles con muchas maneras de dolencias, de las cuales dos fueron perpetuas: bubas, que hasta entonces no sabian qué mal era, y mu-

danza de su color en amarillo, que parecian azafranados. Esta color piensan que les vino de comer culebras, lagartijas y otras muchas cosas malas y no acostumbradas; y las comieron por no tener otro. Y aun de los indios murieron mas de cincuenta mil por hambre; ca no sembraron maíz, pensando que se irian los españoles no habiendo qué comer, porque luego conoscieron su daño y perdicion, como los vieron fortificados en la Isabela y en la fortaleza de Santo Tomé de Cibao. Desde aquella fortaleza salian á tomar vitualla, y arrebataban mujeres, que les pegaron las bubas. Los ciguaios (que así llaman los de aquella tierra) cercaron la fortaleza por vengar la injuria de sus mujeres é hijos, creyendo matarlos, como habia hecho la gente de Goacanagari á los del capitan Arana. Retiráronse del cerco, un mes después que lo pusieron, por venir al socorro Cristóbal Colon. Salió á ellos Alonso de Hojeda, que fué alcaide allí tras Mosen Margarites, y mató muchos dellos. Envió luego Colon al mesmo Hojeda á tratar de paz con el cacique Coanabo, cuya era aquella tierra. El cual negoció tan bien, que lo trajo á la fortaleza, aunque estaban con él muchos embajadores de otros caciques, ofreciéndole gente y bastimento para matar y echar de la isla los españoles. Cristóbal Colon lo tomó preso, porque habia muerto mas de veinte cristianos. Como fué preso Coanabo juntó un su hermano cinco mil hombres, los mas dellos flecheros, para librallo. Salióle al camino Alonso de Hojeda con cien españoles y algunos caballos que le dió Colon; y aunque venia en gentil concierto, y peleó como valiente capitan, lo desbarató y prendió con otros muchos flecheros. Por esta victoria fueron españoles temidos y servidos en aquella provincia. Algunos dicen que la guerra que Hojeda tuvo con Coanabo, fué estando ausente Cristóbal Colon, y presente Bartolomé, su hermano; el cual venció después desto á Guarionex y á otros catorce caciques juntos, que tenian mas de quince mil hombres en campo, cerca de la villa de Bonao. Acometiólos de noche, tiempo en que ellos no usan pelear; y matando muchos, prendió quince caciques con el Guarionex, y á todos los soltó sobre palabra que le dieron de ser sus amigos, y tributarios de los Reyes Católicos. Con este vencimiento y suelta que dió á los caciques, fueron los españoles tenidos en gran estima, y comenzaron á mandar los indios y á gozar la tierra.

Prision de Cristóbal Colon.

Ensoberbecióse Bartolomé Colon con la victoria de Guarionex, y con el próspero curso que ya llevaban las cosas de su hermano y las suyas; y no usaba de la crianza que primero con los españoles, por lo cual se agraviaba mucho Roldan Jimenez, alcalde mayor del Almirante, y no le dejaba usar de poder absoluto, como queria, contra su cargo y oficio. En fin, que riñeron, y aun dicen que Bartolomé Colon le amagó ó le dió. E así, se apartó dél con hasta setenta compañeros, que tambien ellos estaban sentidos y quejosos de los Colones; empero protestaron todos que no se iban por deservir á sus reyes, sino por no sufrir á ginoveses; y con tanto se fueron á Jaragua, donde residieron muchos años. Y después cuando Cristóbal Colon lo llamó, no quiso ir; y así, lo acusó de inobediente, desleal y amotinador, en las cartas que sobre ello escribió á los Reyes Católicos, diciendo que robaba á los indios, forzaba las indias, acuchillábalos vivos y hacia otros muchos males; y tambien que le habia tomado dos carabelas como iban cargadas de España, y detenido los hombres con engaños. Roldan y sus compañeros escribieron tambien á sus altezas mil males de Cristóbal Colon y de sus hermanos, certificándoles que se querian alzar con la tierra; que no dejaban saber las minas ni sacar oro sino á sus criados y amigos; que maltrataban los españoles sin causa ninguna, y que administraban justicia por antojo mas que por derecho, y que habia el Almirante callado y encubierto el descubrimiento de las perlas que halló en la isla de Cubagua, é que se lo tomaban todo y á nadie daban nada, aunque muy enfermos y valientes fuesen. Enojóse mucho el Rey de que anduviesen las cosas de Indias de tal manera, y la Reina mucho mas; é despacharon luego allá á Francisco de Bobadilla, caballero del hábito de Calatrava, por gobernador de aquellas partes, y con autoridad de castigar y enviar presos á los culpados. El cual fué á la Española con cuatro carabelas el año de 1499. Hizo en Santo Domingo pesquisa sobre la comision que llevaba, y prendió á Cristóbal Colon y á sus hermanos Bartolomé y Diego. Echóles grillos, y envióles en sendas carabelas á España. Como fueron en Cáliz, y los Reyes lo supieron, enviaron un correo que los soltase y que viniesen á la corte. Oyeron piadosamente las disculpas que les dió Cristóbal Colon, revueltas con lágrimas; y en pena de alguna culpa que debia tener, ó por quitar semejante bullicio ó porque no pensasen que se les debia de dar para siempre la gobernacion de aquella tierra á ellos, le quitaron de gobernador, cosa que mucho sintió; y aun cuando le dejaron tornar allá, fué harto, segun sus negocios estaban enconados y desfavorecidos.

El cuarto viaje que á las Indias hizo Cristóbal Colon.

Tres años estuvo Cristóbal Colon desta hecha en España, en fin de los cuales, que fué el de 1502, hubo á costa de los Reyes Católicos cuatro carabelas, en que pasó á la Española; y cuando estuvo cerca del rio Ozama no le dejó entrar en Santo Domingo Nicolás de Ovando, que á la sazon gobernaba la isla. Pesóle dello, y envióle á decir que pues no queria dejarle entrar en la ciudad que habia hecho, que se iria á buscar puerto donde seguro estuviese; y así, se fué á Puerto-Escondido, y de allí, queriendo buscar estrecho para pasar de la otra parte de la Equinocial, como lo habia dado á entender á los Reyes, fuése derecho al poniente hasta dar en el cabo de Higueras. Siguió la costa meridional, y corrióla hasta llegar al Nombre de Dios, de donde volvió á Cuba, y luego á Jamáica, y allí perdió dos carabelas que le quedaban de las cuatro con que fué al descubrimiento, y quedó sin navíos para poder llegar á Santo Domingo. Muchos males se le recrescieron allí, ca le adolescieron muchos españoles, y le hicieron guerra los sanos, y le quitaron los indios los mantenimientos. Francisco de Porras, capitan de una carabela, y su hermano Diego de Porras, contador de la armada, amotinaron la gente, y tomaron cuantas canoas pudieron á los indios para

pasarse á la Española. Como esto vieron los de la isla, no querian dar comida á los de Colon, antes tramaban de matarlos. Cristóbal Colon entonces llamó algunos dellos, reprehendiólos de su poca caridad, rogóles que le vendiesen bastimentos, y amenazólos, si lo contrario hiciesen, que moririan todos de pestilencia; y en señal que seria verdad, les dijo que para tal dia verian la luna sangrienta. Ellos que vieron la luna eclipsada en la mesma hora y dia señalado, creyéronlo; que no sabian astrología. Pidieron perdon con muchas lágrimas, y rogando á Cristóbal Colon que no estuviese enojado con ellos, le traian cuanto les demandaba, y porque los pusiese en gracia con la luna. Con el buen proveimiento y servicio de los isleños convalescieron los enfermos, y estuvieron para pelear con los Porras, que no pudiendo pasar la mar en tan chicas barquillas, volvieron á tomar á Colon algun navío si le hubiese venido. Salió á ellos Bartolomé Colon, y pelearon. Mató algunos, hirió muchos, y prendió al Diego y al Francisco de Porras. Esta fué la primera batalla entre españoles de las Indias, y en memoria de la vitoria, llamó Cristóbal Colon el puerto de Santa Gloria, que es en Sevilla de Jamáica, donde estuvo un año, é hasta que tuvo en qué ir á Santo Domingo.

La muerte de Cristóbal Colon.

Tras esta pelea se vino Cristóbal Colon á España, porque no le achacasen algo, como las otras veces, y á dar razon de lo que de nuevo habia descubierto. Y como no halló estrecho, llegó á Valladolid, y allí murió por mayo de 1506. Llevaron su cuerpo á depositar á las Cuevas de Sevilla, monesterio de cartujos. Era hombre de buena estatura y membrudo, cariluengo, bermejo, pecoso y enojadizo, y crudo y que sufria mucho los trabajos. Fué cuatro veces á las Indias, y volvió otras tantas; descubrió mucha costa de Tierra-Firme, conquistó y pobló buena parte de la isla Española, que comunmente dicen Santo Domingo. Halló las Indias, aunque á costa de los Reyes Católicos; gastó muchos años en buscar con qué ir allá. Aventuróse á navegar en mares y tierras que no sabia, por dicho de un piloto, y si fué de su cabeza, como algunos quieren, meresce mucha mas loa. Como quiera que á ello se movió, hizo cosa de grandísima gloria; y tal, que nunca se olvidará su nombre, ni España le dejará de dar siempre las gracias y alabanza que meresció, y los Reyes Católicos don Fernando y doña Isabel, en cuya ventura, nombre y costa hizo el descubrimiento, le dieron título y oficio de almirante perpetuo de las Indias, y la renta que convenia á tal estado y tal servicio como hecho les habia, y á la honra que ganó. Tuvo Cristóbal Colon sus ciertas adversidades entre tan buena dicha, ca fué dos veces preso, y la una con grillos. Fué malquisto de sus soldados y marineros; y así, se le amotinaron Roldan Jimenez y los Porras y Martin Alonso Pinzon en el primer viaje que hizo; peleó con españoles sus proprios soldados, y mató algunos en la batalla que hubo con Francisco y Diego de Porras. Trujo pleito con el fiscal del Rey, sobre que, si no fuera por los tres hermanos Pinzones, se tornara del camino sin ver tierra de Indias. Dejó dos hijos, don Diego Colon, que casó con doña María de Toledo, hija de don Fernando de Toledo, comendador mayor de Leon, y don Fernando Colon, que vivió soltero y que dejó una librería de doce ó trece mil libros, la cual agora tienen los frailes dominicos de Sant Pablo de Sevilla; que fué cosa de hijo de tal padre.

El sitio de la isla Española, y otras particularidades.

En lengua de los naturales de aquella isla se dice Haiti y Quizqueia. Haiti quiere decir aspereza, y Quizqueia, tierra grande. Cristóbal Colon la nombró Española; agora la llaman muchos Santo Domingo, por la ciudad mas principal que hay en ella. Tiene la isla en largo leste oeste ciento y cincuenta leguas, y de ancho cuarenta, y boja mas de cuatrocientas. Está de la Equinocial al norte en diez y ocho y en veinte grados; ha por aledaños de la parte de levante la isla Boriquen, que llaman Sant Joan, y del poniente á Cuba y Jamáica; al norte las islas de los caníbales, y al sur el cabo de la Vela, que es en Tierra-Firme; hay en ella muchos y buenos puertos, grandes y provechosos rios, como son Hatibanico, Yuna, Ozama, Neiva, Nizao, Nigua, Hayna y Yaques, el que por sí entra en la mar; hay otros menores, como son Macorix, Cibao y Cotuy. Dellos, el primero es rico de pescado, y los otros de oro. Dos lagos hay notables, uno por su bondad y otro por su extrañeza. El que está en las sierras donde nasce el rio Nizao, á nadie aprovecha y á todos asombra, y pocos lo ven. El de Xaragua es salado, aunque rescibe muchos arroyos y rios dulces, á cuya causa cria infinitos peces, y entre ellos grandes tortugas y tiburones; está cerca de la mar, é tiene diez y ocho leguas. Eran sus riberas muy pobladas; sin las salinas de Puerto-Hermoso y del rio Yaques, hay una sierra de sal en Hainoa, que la cavan como en Cardona de Cataluña. Hay mucho color azul y muy fino, infinito brasil y mucho algodon y ámbar; riquísimas minas de oro, y aun lo cogian en lagunas y por los rios; tambien hay plata y otros metales. Es tierra fertilísima; y así, habia en ella un millon de hombres, que todos ó los mas andaban en puras carnes, y si alguna ropa se ponian, era de algodon. Son estos isleños de color castaño claro, que parescen algo tiriciados, de mediana estatura y rehechos; tienen ruines ojos, mala dentadura, muy abiertas las ventanas de las narices, y las frentes demasiado anchas; ca de industria se las dejan así las comadres por gentileza y reciura; ca si les dan cuchillada en ella, antes se quiebra la espada que el casco. Ellos y ellas son lampiños, y aun dicen que por arte; pero todos crian cabello largo, liso y negro.

La religion de la isla Española.

El principal dios que los de aquesta isla tienen es el diablo, que lo pintan en cada cabo como se les aparesce, y aparésceseles muchas veces, y aun les habla. Otros infinitos ídolos tienen, que adoran diferentemente, y á cada uno llaman por su nombre y le piden su cosa. A uno agua, á otro maíz, á otro salud y á otro victoria. Hácenlos de barro, palo, piedra y de algodon relleno; iban en romería á Loaboina, cueva donde honraban mucho dos estatuas de madera, dichas Marobo y Bintatel, y ofrescíanles cuanto podian llevar á cuestas. Traíalos el diablo tan engañados, que le creian cuanto de-

cia; el cual se andaba entre las mujeres como sátiro y como los que llaman incubos; y en tocándoles al ombligo desparecia, y aun dicen que come. Cuentan que un ídolo llamado Corocoto, que adoraba el cacique Guamareto, se iba del oratorio, donde atado estaba, á comer y holgar con las mujeres del pueblo y de la comarca, las cuales parian los hijos con cada dos coronas, en señal que los engendró su dios, y que el mesmo Corocoto salió por encima el fuego, quemándose la casa de aquel cacique. Dicen asimesmo cómo otro ídolo de Guamareto, que llamaban Epilguanita, que tenía cuatro piés, como perro, y se iba á los montes cuando lo enojaban, al cual tornaban en hombros y con procesion á su templo. Tenian por reliquia una calabaza de la cual decian haber salido la mar con todos sus peces; creian que de una cueva salieron el sol y la luna, y de otra el hombre y mujer primera. Largo seria de contar semejantes embaucamientos, y tampoco escribiera estos, sino por dar alguna muestra de sus grandes supersticiones y ceguedad, y para despertar el gusto á la cruel y endiablada religion de los indios de Tierra-Firme, especialísimamente de los mejicanos. Ya podeis pensar qué tales eran los sacerdotes del diablo, á los cuales llaman bohitis; son casados tambien ellos con muchas mujeres, como los demás, sino que andan diferentemente vestidos. Tienen grande auctoridad, por ser médicos y adevinos, con todos, aunque no dan respuestas ni curan sino á gente principal y señores; cuando han de adevinar y responder á lo que les preguntan, comen una yerba que llaman cohoba, molida ó por moler, ó toman el humo della por las narices, y con ello salen de seso y se les representan mil visiones. Acabada la furia y virtud de la yerba, vuelven en sí. Cuenta lo que ha visto y oido en el concejo de los dioses, y dice que será lo que Dios quisiere; empero responde á placer del preguntador, ó por términos que no le puedan coger á palabras, que así es el estilo del padre de mentiras. Para curar algo toman tambien de aquella yerba cohoba que no la hay en Europa: enciérranse con el enfermo, rodéanlo tres ó cuatro veces, echan espumajos por la boca, hacen mil visajes con la cabeza, y soplan luego el paciente y chúpanle por el tozuelo, diciendo que le saca por allí todo el mal. Pásale después muy bien las manos por todo el cuerpo hasta los dedos de los piés, y entonces sale á echar la dolencia fuera de casa, y algunas veces muestra una piedra ó hueso ó carne que lleva en la boca, y dice que luego sanará, pues le sacó lo que causaba el mal; guardan las mujeres aquellas piedras para bien parir, como reliquias santas. Si el doliente muere, no les faltan excusas, que así hacen nuestros médicos; ca no hay muerte sin achaque, como dicen las viejas; mas si hallan que no ayunó ni guardó las ceremonias que se requiere para tal caso, castigan al bohiti. Muchas viejas eran médicas, y echaban las melecinas con la boca por unos cañutos. Hombres y mujeres todos son muy devotos, y guardaban muchas fiestas; cuando el Cacique celebraba la festividad de su devoto y principal ídolo, venian al oficio todos. Ataviaban el dios muy garridamente, poníanse los sacerdotes como en coro, junto al Rey, y el Cacique á la entrada del templo con un atabalejo al lado. Venian los hombres pintados de negro, colorado, azul y otros colores, ó enramados y con guirnaldas de flores ó plumajes, y caracolejos y conchuelas en los brazos y piernas por cascabeles; venian tambien las mujeres con semejantes sonajas, mas desnudas si eran vírgenes y sin pintura ninguna; si casadas, con solamente unas como bragas; entraban bailando y cantando al son de las conchas. Saludábalos el Cacique con el atabal así como llegaban. Entrados en el templo, gomitaban metiéndose un palillo por el garguero, para mostrar al ídolo que no les quedaba cosa mala en el estómago. Sentábanse en cuclillas y rezaban; que parescian avejones; y así, andaba un extraño ruido; llegaban entonces otras muchas mujeres con cestillas de tortas en las cabezas, y muchas rosas, flores y yerbas olorosas encima. Rodeaban los que oraban, y comenzaban á cantar uno como romance viejo en loor de aquel dios. Levantábanse todos á responder; en acabando el romance, mudaban el tono y decian otro en alabanza del Cacique, y así ofrecian el pan al ídolo, hincados de rodillas. Tomábanlo los sacerdotes, bendecíanlo, y repartíanlo como nosotros el pan bendito; y con tanto, cesaba la fiesta. Guardaban aquel pan todo el año, y tenian por desdichada la casa que sin él estaba, y sujeta á muchos peligros.

Costumbres.

Dicho he cómo se andan desnudos con el calor y buena templanza de la tierra, aunque hace frio en las sierras. Casa cada uno con cuantas quiere ó puede; y el cacique Behechio tenia treinta mujeres; una empero es la principal y legítima para las herencias: todas duermen con el marido, como hacen muchas gallinas con un gallo en una pieza; no guardan mas parentesco de con madre, hija y hermana, y esto por temor; ca tenian por cierto que quien las tomaba moria mala muerte. Lavan las criaturas en agua fria porque se les endurezca el cuero; y aun ellas se bañan tambien en fria recien paridas, y no les hace mal. Estando parida y criando es pecado dormir con ella. Heredan los sobrinos, hijos de hermanas, cuando no tienen hijos, diciendo que aquellos son mas ciertos parientes suyos. Poca confianza y castidad debe haber en las mujeres, pues esto dicen y hacen. Facilísimamente se juntan con las mujeres, y aun como cuervos ó víboras, y peor; dejando aparte que son grandísimos sodométicos, holgazanes, mentirosos, ingratos, mudables y ruines. De todas sus leyes esta es la mas notable, que por cualquiera hurto empalaban al ladron. Tambien aborrescian mucho los avarientos. Entierran con los hombres, especial con señores, algunas de sus mas queridas mujeres ó las mas hermosas, ca es gran honra y favor; otras se quieren enterrar con ellos por amor. El enterramiento destos tales es pomposo. Asiéntanlos en la sepultura, y pónenles al rededor pan, agua, sal, fruta y armas. Pocas veces tenian guerra sino era sobre los términos ó por las pesquerías, ó con extranjeros, y entonces no sin respuesta de los ídolos ó sin la de los sacerdotes, que adevinan. Sus armas eran piedras y palos, que sirven de lanza y espada, á quien llaman macanas. Atanse á la frente ídolos chiquitos cuando quieren pelear. Tíñense para la guerra con jagua, que es zumo de cierta fruta, como dormideras, sin

coronilla, que los para mas negros que azabache; y con bija, que tambien es fruta de árbol, cuyos granos se pegan como cera y tiñen como bermellon. Las mujeres se untan con estas colores para danzar sus areitos y porque aprietan las carnes. Areito es como la zambra de moros, que bailan cantando romances en alabanza de sus ídolos y de sus reyes, y en memoria de victorias y acaescimientos notables y antiguos; que no tienen otras historias. Bailan muchos y mucho en estos areitos, y alguna vez todo un dia con su noche. Acaban borrachos de cierto vino de allá, que les dan en el corro. Son muy obedientes á sus caciques; y así, no siembran sin su voluntad, ni cazan ni pescan, que es su principal ejercicio, y la pesca es su ordinario manjar, y por eso vivian orillas de lagunas, que tienen muchas, y riberas de rios, y de aquí venian á ser grandísimos nadadores ellos y ellas. En lugar de trigo comen maíz, que paresce algo al panizo. Tambien hacen pan de yuca, que es una raíz grande y blanca como nabo, la cual rayan y estrujan, porque su zumo es ponzoña. No conocian el licor de las uvas, aunque habia vides; y así, hacian vino del maíz, de frutas y de otras yerbas muy buenas, que acá no las hay, como son caimitos, iaiaguas, higueros, auzubas, guanabanos, guaiabos, iarumas y guazumas. La fruta de cuesco son hobos, hicacos, macaguas, guiabaras y mameis, que es la mejor de todas. No tienen letras ni peso ni moneda, aunque habia mucho oro y plata y otros metales, ni conocian el hierro, que con pedernal cortaban. Por no ser prolijo quiero concluir este capítulo de costumbres, y decir que todas sus cosas son tan diferentes de las nuestras, cuanto la tierra es nueva para nosotros.

Que las bubas vinieron de las Indias.

Los de aquesta isla Española son todos bubosos, y como los españoles dormian con las indias, hinchéronse luego de bubas, enfermedad pegajosísima y que atormenta con recios dolores. Sintiéndose atormentar, y no mejorando, se volvieron muchos dellos á España por sanar, y otros á negocios; los cuales pegaron su encubierta dolencia á muchas mujeres cortesanas, y ellas á muchos hombres, que pasaron á Italia á la guerra de Nápoles en favor del rey don Fernando el Segundo contra franceses, y pegaron allá aquel su mal. En fin, que se les pegó á los franceses; y como fué á un mesmo tiempo, pensaron ellos que se les pegó de italianos, y llamáronle mal napolitano. Los otros llamáronle mal francés, creyendo habérselo pegado franceses. Empero tambien hubo quien lo llamó sarna española. Hacen mencion deste mal Joanes de Vigo, médico, y Antonio Sabelico, historiador, y otros, diciendo que se comenzó á sentir y divulgar en Italia el año de 1494 y 95, y Luis Bertoman, que en Calicut por entonces pegaron á los indios este mal de bubas en viruelas, dolencia que no tenian ellos y que mató infinitos. Asi como vino el mal de las Indias, vino el remedio, que tambien es otra razon para creer que trajo de allá orígen, el cual es el palo y árbol dicho guayacan, de cuyo género hay grandísimos montes. Tambien curan la mesma dolencia con palo de la China, que debe ser el mesmo guayacan ó palo santo, que todo es uno. Era este mal á los principios muy recio, hediondo é infame; agora no tiene tanto rigor ni tanta infamia.

De los cocuyos y niguas, animalejos pequeños, uno bueno y otro malo.

Cocuyos son á manera de escarabajos con alas, ó moscas, y son poco menores que murciélagos. Tienen cada cuatro estrellas, que relucen á maravilla; en los ojos tienen las dos, y las otras debajo las alas; alumbran tanto, que á su claridad, si vuelan, hilan, tejen, cosen, pintan, bailan y hacen otras cosas las noches; cazan de noche con ellos hutias, que son conejuelos ó ratas, y pescan. Caminan llevándolos atados al dedo pulgar de los pies, y en las manos, como con hachas y teda; españoles leian cartas con ellos, que es mas dificultoso. Sirven tambien estos cocuyos de matar los mosquitos, que son fastidiosísimos y no dejan dormir la gente, y aun piensó que para eso los traen á casa mas que para luz. Tómanlos con tizones y llamándolos por su propio nombre, ca vienen á la lumbre, y no al chillido, como algunos piensan. Tambien los toman con enramadas, que les paran, ca en cayendo no se pueden levantar: tan torpes son. Quien se unta las manos ó la cara con aquellas estrellas del cocullo paresce que arde, y así espantan á muchos. Si las destilasen saldria dellas agua maravillosísima. La nigua es como una pequeñita pulga, saltadera y amiga de polvo; no pica sino en los piés; métese entre cuero y carne; pare luego sus liendres en mayor cantidad que cuerpo tiene, las cuales en breve engendran otras, y si las dejan, multiplican tanto, que ni las pueden agotar ni remediar sino con fuego ó con hierro; pero si de presto las sacan, como arador, es poco su daño. El remedio para que no piquen es dormir los piés calzados ó bien cubiertos. Algunos españoles perdieron desto los dedos de los piés, y otros todo el pié.

Del pez que llaman en la Española manati.

Manati es un pez que no le hay en las aguas de nuestro hemisperio; críase en mar y en rios; es de la hechura de odre, con no mas de dos piés, con que nada, y aquellos á los hombros; va estrechando de medio á la cola; la cabeza como de buey, aunque tiene la cara mas sumida y mas carnuda la barba; los ojos pequeñitos, el color pardillo, el cuero muy recio y con algunos pelillos; largo veinte piés, gordo los medios, y tan feo es, que mas ser no puede; los piés que tiene son redondos y con cada cuatro uñas, como elefante; paren las hembras como vacas; y así, tienen dos tetas con que dan de mamar á sus hijos. Comiendo manati paresce carne mas que pescado; fresco sabe á ternera, salado á atun; pero es mejor y consérvase mucho: la manteca que sacan dél es muy buena y no se rancia; adoban con ella su mesmo cuero, y sirve de zapatos y otras cosas; cria ciertas piedras en la cabeza, que aprovechan para la piedra y para la ijada; suélenlos matar pasciendo yerba orillas de los rios, y con redes siendo pequeños, que así tomó uno bien chiquito el cacique Caramateji, y lo crió veinte y seis años en una laguna que llaman Guainabo, donde moraba; salió tan sentido, aunque grande, y tan manso y amigable, que mal año

para los delfines de los antiguos; comia de la mano cuanto le daban; venia llamándole Mato, que suena magnífico; salia fuera del agua á comer en casa; retozaba á la ribera con los muchachos y con los hombres; mostraba deleitarse cuando cantaban; sufria que le subiesen encima, y pásaba los hombres de un cabo á otro de la laguna sin zabullirlos, y llevaba diez de una vez sin pesadumbre ninguna; y así, tenian con él grandísimo pasatiempo los indios. Quiso un español saber si tenia tan duro cuero como decian: llamó Mato, Mato; y en viniendo, arrojóle una lanza, que, aunque no lo hirió, lo lastimó; y de allí adelante no salia del agua si habia hombres vestidos y barbudos como cristianos, por mas que lo llamasen. Creció mucho Hatibonico; entró por Guainabo, y llevóse al buen Mato manatí á la mar donde nasciera, y quedaron muy tristes Caramateji y sus vasallos.

De los gobernadores de la Española.

Gobernó la isla ocho años Cristóbal Colon; en los cuales él y su hermano Bartolomé Colon conquistaron parte della, y poblaron mucho. Repartió la tierra y mas de un millon de indios que mantenia, entre soldados, pobladores y criados de los reyes, que favoridos eran; y entre sus hermanos y sí, para pecheros y tributarios, para traer en las minas y rios, donde habia oro. Señaló tambien la quinta ó cuarta parte dellos para el Rey. De manera que todos trabajaban para españoles, cuando fué allá Francisco de Bobadilla por gobernador, que envió presos á España al Cristóbal Colon y á sus hermanos, año de mil y quinientos menos uno. Estuvo tres años y mas en la gobernacion, y gobernó muy bien. Entregósele Roldan Jimenez, con sus compañeros. Sacóse gran suma de oro aquel tiempo. Sucedióle en el gobierno Nicolás de Ovando, que pasó á la isla el año de 502 con treinta navíos y mucha gente. Francisco de Bobadilla metió en aquellas naves mas de cien mil pesos de buen oro para el Rey y otras personas, que fué la primera gran riqueza que allí se habia visto junta. Metió tambien muchos granos de oro, y uno para la Reina, que pesaba tres mil y trecientos castellanos de oro puro; el cual se halló una india de Miguel Diez, aragonés. Embarcóse con ruin tiempo, y ahogóse luego en la mar con mas de trecientos hombres; entre los cuales fueron Roldan Jimenez y Antonio de Torres, capitan de la flota. No escaparon seis naos, de toda la armada. Perdiéronse los cien mil pesos y el grano de oro, que nunca otro tal se hallará. Nicolás de Ovando gobernó la isla siete años cristianísimamente, y pienso guardó mejor que otro ninguno de cuantos antes y después dél han tenido cargos de justicias y guerra en las Indias, los mandamientos del Rey; y sobre todos, el que veda la ida y vivienda de aquellas partes á hombres sospechosos en la fe y que sean hijos ó nietos de infames por la Inquisicion. Conquistó la provincia de Higuei, Zabana y Guacaiarima, que era de gente bestial; ca ni tenian casas ni pan. Pacificó la de Xaragua con quemar cuarenta indios principales, y ahorcar al cacique Guaorocuya y á su tia Anacaona, mujer que fué de Caonabo, hembra absoluta y disoluta en aquella isla. Hizo muchos pueblos de cristianos, y envió gran dinero á España para el Rey. Y para venirse acá buscó dineros prestados, aunque tenia mas de ocho mil ducados de renta y salario; que fué argumento de su limpieza. Fué comendador de Larez, y volvió comendador mayor de Alcántara. Tras él fué por gobernador don Diego Colon, almirante de las Indias; el cual rigió la isla de Santo Domingo y otras, teniendo por su alcalde mayor al bachiller Márcos de Aguilar seis ó siete años; y por quejas que dél al Rey Católico daban, fué removido del cargo y llamado á España, donde litigó con el fiscal algunos años sobre los privilegios y preeminencias de su almirantazgo y rentas. El cardenal y arzobispo de Toledo fray Francisco Jimenez de Cisneros, que por muerte del rey don Fernando y ausencia de su nieto don Cárlos, gobernaba estos reinos, envió á la Española por gobernadores á fray Luis de Figueroa, prior de la Mejorada, á fray Alonso de Santo Domingo, prior de Sant Juan de Ortega, y á Bernardino de Manzanedo, fraile tambien jerónimo; los cuales tuvieron por asesor al licenciado Alonso Zuazo; y tomaron cuenta á los oficiales del Rey, y residencia á los licenciados Marcelo de Villalobos, Juan Ortiz de Matienzo y Lúcas Vazquez de Aillon, jueces de apelaciones. Estos frailes quitaron los indios á cortesanos y ausentes, porque sus criados los maltrataban, y redujéronlos á pueblos para los doctrinar mejor. Mas fuéles dañoso venir á poblado con españoles, porque les dieron viruelas, mal á ellos nuevo, y que mató infinitos. En tiempo destos frailes creció la granjería del azúcar. Después que los frailes jerónimos volvieron á España hubo audiencia y chancillería con sello real en Santo Domingo, y los primeros oidores della fueron Marcelo de Villalobos, Juan Ortiz de Matienzo, Lúcas Vazquez de Aillon, Cristóbal Lebron. Dende á pocos años fué presidente Sebastian Ramirez de Fuenleal, nascido en Villaescusa; y siempre se rige después acá por presidente y oidores.

Que los de la Española tenian prognóstico de la destruccion de su religion y libertad.

Contaban los caciques y bohitis, en quien está la memoria de sus antigüedades, á Cristóbal Colon y españoles que con él pasaron, cómo el padre del cacique Guarionex y otro reyezuelo preguntaron á su zemi é ídolo del diablo lo que tenia de ser después de sus dias. Ayunaron cinco dias arreo, sin comer ni beber cosa ninguna. Lloraron y disciplináronse terriblemente, y sahumaron mucho sus dioses, como lo requiere la cerimonia de su religion. Finalmente, les fué respondido que, si bien los dioses esconden las cosas venideras á los hombres por su mejoría, les querian manifestar á ellos por ser buenos religiosos; y que supiesen cómo antes de muchos años vernian á la isla unos hombres de barbas largas y vestidos todo el cuerpo, que hendiesen de un golpe un hombre por medio con las espadas relucientes que traerian ceñidas. Los cuales hallarian los antiguos dioses de la tierra, reprochando sus acostumbrados ritos, y vertirian la sangre de sus hijos, ó cativos los llevarian. E que por memoria de tan espantosa respuesta habian compuesto un cantar, que llaman ellos areito, y lo cantaban las fiestas

tristes y llorosas, y que acordándose desto, huian de los caribes y dellos cuando ios vieron. Eche agora cada uno el juicio que quisiere; que yo digo lo que decian. Todas estas cosas pasaron al pié de la letra como aquellos sacerdotes contaban y cantaban; ca los españoles abrieron muchos indios á cuchilladas en las guerras, y aun en las minas, y derribaron los ídolos de sus altares, sin dejar ninguno. Vedaron todos los ritos y cerimonias que hallaron. Hiciéronlos esclavos en la repartícion, por la cual como trabajaban mas de lo que solian, y para otros, se murieron y se mataron todos; que de quince veces cien mil y mas personas que habia en aquella sola isla, no hay agora quinientos. Unos murieron de hambre, otros de trabajo, y muchos de viruelas. Unos se mataban con zumo de yuca, y otros con malas yerbas; otros se ahorcaban de los árboles. Las mujeres hacian tambien ellas como los maridos, que se colgaban á par dellos, y lanzaban las criaturas con arte y bebida por no parir á luz hijos que sirviesen á extranjeros. Azote debió ser que Dios les dió por sus pecados. Empero grandísima culpa tuvieron dello los primeros, por tratallos muy mal, acodiciándose mas al oro que al prójimo.

Milagros de la conversion.

Fray Buil y los doce clérigos que llevó por compañeros, comenzaron la conversion de los indios, aunque podriamos decir que los Reyes Católicos, pues sacaron de pila los seis isleños que rescibieron agua de baptismo en Barcelona; los cuales fueron la primicia de la nueva conversion. Continuáronla Pero Juarez de Deza, que fué el primer obispo de la Vega, y Alejandro Geraldino, romano, que fué segundo obispo de Santo Domingo; ca el primero, que fué fray García de Padilla, de la órden franciscana, murió antes de pasar allá. Otros muchos clérigos y frailes mendicantes entendieron tambien en convertir; y así, baptizaron á todos los de la isla que no se murieron al principio. Quitarles por fuerza los ídolos y ritos cerimoniales que tenian fué causa que escuchasen y creyesen á los predicadores. Escuchados, luego creyeron en Jesucristo y se cristianaron. Hizo muy gran efecto el santísimo cuerpo sacramental de Cristo, que se puso en muchas iglesias, porque con él y con cruces desaparecieron los diablos, y no hablaban como antes á los indios, de que mucho se admiraban ellos. Sanaron muchos enfermos con el palo y devocion de una cruz que puso Cristóbal Colon la segunda vez que pasó, en la vega que llamaron por eso de la Veracruz, cuyo palo tomaban por reliquias. Los indios de guerra probaron de arrancarla, y no pudieron, aunque cavaron mucho. El cacique del valle Caonau, queriendo experimentar la fuerza y santidad de la nueva religion de cristianos, durmió con una su mujer, que estaba haciendo oracion en la iglesia, y que le dijo no ensuciase la casa de Dios, ca mucho se enojaria dello. El no curó de tanta santidad, y respondió con un menosprecio del Sacramento que no se le daba nada de que Dios se enojase. Cumplió su apetito, y luego allí de repente enmudeció y se baldó. Arrepintióse, y fué santero de aquella iglesia mientras vivió, sin dejarla barrer ni aderezar á persona. Tuviéronlo á milagro los indios, y visitaban mucho aquella iglesia. Cuatro isleños se metieron en una cueva porque tronaba y llovia; el uno se encomendó á santa María, con temor de rayo; los otros hicieron burla de tal dios y oracion, y los mató un rayo, no haciendo mal al devoto. Hicieron tambien mucho al caso las letras y carta, que unos españoles á otros se escribian; ca pensaban los indios que tenian espíritu de profecía, pues sin verse ni hablarse se entendian, ó que hablaba el papel, y estuvieron en esto abobados y corridos. Acontesció luego á los principios que un español envió á otro una docena de hutias fiambres porque no se corrompiesen con el calor. El indio que los llevaba durmióse ó cansóse por el camino, y tardó mucho á llegar adonde iba; y así, tuvo hambre ó golosina de las hutias, y por no quedar con dentera ni deseo, comióse tres. La carta que trajo en respuesta decia cómo le tenia en merced las nueve hutias, y la hora del dia que llegaron; el amo riñó al indio. El negaba, como dicen, á pié juntillas; mas como entendió que lo hablaba la carta, confesó la verdad. Quedó corrido y escarmentado, y publicó entre los suyos cómo las cartas hablaban, para que se guardasen dellas. A falta de papel y tinta, escribian en hojas de Guiabara y copey con punzones ó alfiléres. Tambien hacian naipes de hojas del mesmo copey, que sufrian mucho el barajar.

Las cosas de nuestra España que hay agora en la Española.

Todos los pueblos que hay en la isla avecindan españoles y negros, que trabajaban en minas, azúcar, ganados y semejantes haciendas; que, como dije, no hay sino pocos indios, y aquellos viven en libertad, y en el descanso que quieren, por merced del Emperador, para que no se acabe la gente y lenguaje de aquella isla, que tanto ha rentado y renta al patrimonio real de Castilla. El pueblo mas ennoblecido es Santo Domingo, que fundó Bartolomé Colon á la ribera del rio Ozama. Púsole aquel nombre porque llegó allí un domingo fiesta de Santo Domingo; así que concurrieron tres causas para llamarlo así. En esta ciudad están las audiencias real y arzobispal, y grandísimo trato y escala para todas las Indias; por lo cual toda la isla se llama tambien Santo Domingo. El primer obispo fué fray García de Padilla, francisco, y el primer arzobispo Alonso de Fuenmayor, natural de Yanguas, año de 1548. No habia en esta isla animales de tierra con cuatro piés, sino tres maneras de conejos, ó por mejor decir ratas, que llamaban hutias, cori y mohuy; quemis, que eran como liebres y gozquejos, de muchas colores, que ni gañian ni ladraban. Cazaban con ellos, y después de gordos comíanselos. Hay agora toda suerte de bestias que sirven de carga y carne. Han multiplicado tanto las vacas, que dan la carne á quien desuella el cuero, y el dean Rodrigo de Bastidas tuvo de una sola vaca ochocientas reses en veinte y seis años; paria cada año cinco, y los mas dos becerros. A los diez meses conciben las novillas, y aun las potrancas hacen lo mesmo. Los perros que se han ido y criado en los montes y despoblado, son carniceros mas que lobos, y hacen mucho daño en cabras y ovejas. Los gatos, aunque fueron de España, no mean tanto como en ella cuando en celos andan, ni

aguardaban al enero á vocear, sino que á todo tiempo del año se juntan, y sin estruendo ni gritería. Vides había en esta isla, cuyas uvas sazonaban, empero no hacian vino dellas; que me maravillo, siendo la gente amiga de embeodarse. Llevaron sarmientos de acá, que traen maduras las uvas por Navidad. Mas aun no hacen vino, no sé si por flojedad de los hombres ó por fortaleza de la tierra. Trigo da muy bien, aunque se dan poco á él, por ser el maíz fácil y seguro de coger, y pan sustancial y que sirve para vino. Al principio que sembraron trigo se hacian recias cañas y gordas espigas, y que tal dellas producia dos mil granos: multiplicacion semejante jamas se vió. Por la cual se conosce cuán grasa tierra es aquesta de que hablamos, por cuya causa deben ser estériles los olivos y todos árboles que llevan fruta con cuesco; y aun muchos dellos no prenden, como son duraznos y los de su género. Las palmas, empero, maduran sus dátiles, auque no son buenos. El contrario es en los árboles de pepita, que se crian muy bien, ora sean dulces, ora sean agros. Hay muchos cañafístolos naturales, empero vanos ó malos; los que se han hecho de pepitas de boticarios que allá pasaron, son excelentísimos y en grandísimo número, sino que los destruyen las hormigas. Todas las yerbas de hortaliza que llevaron de acá se hacen muy lozanas; y tanto, que no granan las mas, como son rábanos, lechugas, cebollas, perejil, berzas, zanahorias, nabos y cogombros. Lo que mucho ha multiplicado es azúcar, que hay al pié de treinta ingenios y trapiches ricos. Plantó cañas de azúcar primero que otro ningun español, Pedro de Atienza. El primero que lo sacó fué Miguel Ballestero, catalan, y quien primero tuvo trapiche de caballos fué el bachiller Gonzalo de Velosa. Tambien sacan bálsamo bastardo de un árbol dicho goaconar, que huele bien, arde como corazon de pino. El primero que lo sacó fué Anton de Villasanta por industria y aviso de su mujer, que era india. Sácanlo asímesmo de otras cosas, y aunque no es cual lo de Judea, es bueno para llagas y dolores. Infinitas aves hay en esta isla que no las hay en España, y muchas como en ella; empero ni habia pavos ni gallinas; aquellos se crian poco y mal, estas mucho y bien, sin diferenciarse nada de como son acá, salvo que los gallos no cantan á media noche. Las cosas que como mercaderías se traen ordinario, y en cantidad, de aquesta isla á estas partes son azúcar, brasil, bálsamo, cañafístola, cueros y azul. He puesto este capítulo para que todos conozcan cuánta diferencia y ventaja hace la tierra con mudar pobladores. Heme tambien alargado en contar muchas particularidades della porque la tema de la historia es tal, y porque ella fué principio y madre de haberse descubierto las Indias, tierra tan grandísima como visto y entendido habréis por nuestra hidrografía, y porque los mas que á Indias van, entran ó tocan ó miran allí.

Que todas las Indias han descubierto españoles.

Entendiendo cuán grandísimas tierras eran las que Cristóbal Colon descubria, fueron muchos á continuar el descubrimiento de todas, unos á su costa, otros á la del Rey, y todos pensando enriquecer, ganar fama y medrar con los reyes. Pero como los mas dellos no hicieron sino descubrir y gastarse, no quedó memoria de todos, que yo sepa, especialmente de los que navegaron hácia el norte, costeando los bacallaos y tierra del Labrador, que mostraban poca riqueza. Ni aun de todos los que fueron por la otra parte de Paria, desde el año de 1495 hasta el de 1500. Porné los que supiere, sin contemplacion de ninguno, certificando que todas las Indias han sido descubiertas y costeadas por españoles, salvo lo que Colon descubrió; ca luego procuraron los Reyes Católicos de las saber y señalar por suyas, tomando la posesion de todas ellas, con la gracia del Papa.

La tierra del Labrador.

Muchos han ido á costear la tierra del Labrador por ver adónde llegaba y por saber si habia paso de mar por allí, para ir á las Malucas y Especiería, que caen, como en otro lugar dirémos, so la línea Equinocial, creyendo acortar mucho el camino, habiéndole. Castellanos lo buscaron primero, como les pertenecen aquellas islas de las Especias; y por saber y conoscer la tierra por suya. Y portogueses tambien por atajar navegacion, si lo hubiera, y enredar el pleito que sobre ellas traian, para nunca lo acabar; y así, fué allá Gaspar Cortes Reales, el año de 1500, con dos carabelas. No halló el estrecho que buscaba. Dejó su nombre á las islas que están á la boca del golfo Cuadrado y en mas de cincuenta grados. Tomó por esclavos hasta sesenta hombres de aquella tierra, y vino muy espantado de las muchas nieves y heladas; ca se hiela el mar por allá reciamente. Son los de allí hombres dispuestos, aunque morenos, y trabajadores. Píntanse por gala y traen cercillos de plata y cobre; visten martas y pieles de otros muchos animales, el pelo adentro de invierno, y afuera de verano; apriétanse la barriga y muslos con entorchados de algodon y nervios de peces y animales; comen pescado mas que otra cosa, especial salmon, aunque tienen aves y frutas. Hacen sus casas de madera, que hay mucha y buena, y cúbrenlas de cuero de peces y animales, en lugar de tejas. Dicen que hay grifos, y que los osos, con otros muchos animales y aves, son blancos. En esta tierra pues é isla andan y viven bretones, que conforman mucho con su tierra, y está en una mesma altura y temple. Tambien han ido allá hombres de Noruega con el piloto Joan Scolvo, é ingleses con Sebastian Gaboto.

Por qué razon comienza por aquí el descubrimiento.

Comienzo á contar los descubrimientos de las Indias en el cabo del Labrador por seguir la órden que llevé en poner su sitio, pareciéndome que seria mejor así, y mas claro de contar y aun de entender; ca fuera confusion de otra manera, aunque tambien llevará buena órden comenzándolos por el tiempo que se hicieron.

Los Bacallaos.

Es gran trecho de tierra y costa la que llaman Bacallaos, y su mayor altura es cuarenta y ocho grados y medio. Llaman los de allí bacallaos á unos grandes peces, de los cuales hay tantos, que embarazan las naos al navegar, y que los pescan y comen osos dentro la mar. Quien mas noticia trajo desta tierra fué Sebastian

Gaboto, veneciano; el cual armó dos navíos en Inglaterra, do trataba desde pequeño, á costa del rey Enrique VII, que deseaba contratar en la Especiería, como hacia el rey de Portugal. Otros dicen que á su costa, y que prometió al rey Enrique de ir por el norte al Catayo y traer de allá especias en menos tiempo que portogueses por el sur; ibá tambien por saber qué tierra eran las Indias para poblar. Llevó trecientos hombres, y caminó la vuelta de Islandia sobre cabo del Labrador y hasta se poner en cincuenta y ocho grados. Aunque él dice mucho mas, contando cómo habia por el mes de julio tanto frio y pedazos de hielo, que no osó pasar mas adelante; y que los dias eran grandísimos y cuasi sin noche, y las noches muy claras. Es cierto que á sesenta grados son los dias de diez y ocho horas. Viendo pues Gaboto la frialdad y extrañeza de la tierra, dió la vuelta hácia poniente, y rehaciéndose en los Bacallaos, corrió la costa hasta treinta y ocho grados, y tornóse de allí á Inglaterra. Bretones y daneses han ido tambien á los Bacallaos, y Jaques Cartier, francés, fué dos veces con tres galeones, una el año de 34 y otra el de 35, y tanteó la tierra para poblar de cuarenta y cinco grados á cincuenta y uno. Dicen que pueblan allí ó que poblarán, por ser tan buena tierra como Francia, pues á todos es comun, y en especial de quien primero lo ocupa.

Rio de Sant Anton.

Año de 25 anduvo por esta tierra el piloto Estéban Gomez en una carabela que se armó en la Coruña á costa del Emperador. Iba este piloto en demanda de un estrecho[1], que se ofreció de hallar en tierra de Bacallaos, por donde pudiesen ir á la Especiería en mas breve que por otra ninguna parte, y traer clavos y canela y las otras especias y medicinas que de allá se traen. Habia navegado algunas veces á las Indias Estéban Gómez, ido con Magallanes al estrecho, y estado en la junta de Badajoz, que hicieron, como después se dirá, castellanos y portogueses sobre las islas de los Malucos, donde se platicó cuán bueno seria un estrecho por esta parte. Y como Cristóbal Colon, Fernando Cortés, Gil Gonzalez de Avila y otros, no lo habian hallado del golfo de Uraba hasta la Florida, acordó él subir mas arriba; empero tampoco lo halló, ca no lo hay. Anduvo buen pedazo de tierra que aun no estaba por otro vista; bien que dicen cómo Sebastian Gaboto la tenia primero tanteada. Tomó cuantos indios pudieron caber en la carabela y trájoselos, contra la ley y voluntad del Rey. Y con tanto se volvió á la Coruña dentro de diez meses, que partió. Cuando entró dijo que traia esclavos; un vecino de allí entendió clavos, que era una de las especias que prometió traer. Corrió la posta, y vino á pedir albricias al Rey de que traia clavos Estéban Gomez. Desparcióse la nueva por la corte con alegría de todos, que holgaban de tan buen viaje. Mas como dende á poco se supo la necedad del correo, que por esclavos entendió clavos, y el ruin despacho del marinero, que habia prometido lo que no sabia ni habia, rieron mucho las albricias, y perdieron esperanza del estrecho que tanto deseaban; y aun algunos que favorescieron al Estéban Gomez para el viaje quedaron corridos.

Las islas Lucayos.

Las islas Lucayos ó Yucayas caen al norte de Cuba y de Haiti, y son cuatrocientas y mas, segun dicen. Todas son pequeñas, sino es el Lucayo, de quien tomó apellido, el cual está entre diez y y siete y diez ocho grados; Guanahani, que fué la primera tierra por Cristóbal Colon vista, Manigua, Guanima, Zaguareo y otras algunas. La gente destas islas es mas blanca y dispuesta que la de Cuba ni Haiti, especial las mujeres, por cuya hermosura muchos hombres de Tierra-Firme, como es la Florida, Chicora y Yucatan, se iban á vivir á ellas; y así, habia mas policía entre ellos que no en otras islas, y mucha diversidad de lenguas. Y de allí creo que manó el decir cómo por aquella parte habia amazonas y una fuente que remozaba los viejos; ellos andan desnudos, sino es en tiempo de guerra, fiestas y bailes, y entonces pónense unas mantas de algodon y pluma muy labradas, y grandes penachos. Ellas, si son casadas ó conoscidas de varon, cubren sus vergüenzas de la cinta á la rodilla con mantillas; si son vírgines traen unas redecillas de algodon con hojas de yerbas metidas por la malla; esto es después que les viene su purgacion, que antes en carnes vivas se andan; y cuando les viene, convidan los padres á los parientes y amigos, haciendo fiesta como en bodas. Tienen rey ó señor, y él tiene cuidado del pescar, cazar y sembrar, mandando á cada uno lo que ha de hacer. Encierran el grano y raíces que cogen en graneros públicos ó trojes del Rey. De allí reparten á cada uno como tiene la familia; danse mucho al placer; su riqueza es nacarones y conchas bermejas, de que hacen arracadas, y unas pedrecillas como rubís, bermejuelas, que parescen llamas de fuego, las cuales sacan de los sesos de ciertos caracoles muy grandes que pescan en mar y que comen por muy preciado manjar. Usan traer sartales, collares y cosas que se atan al cuello, brazos y piernas, hechas de piedras negras, blancas, coloradas y de poco valor, y que se hallan en la arena. Y á las mujeres que van desnudas todo les paresce bien; en muchas destas islas chiquitas no tienen carne ni la comen. Su pasto es pescado, pan de maíz y otras raíces y frutas; traidos los hombres á Cuba y Santo Domingo, se morian en comiendo carne, y por eso españoles no se la daban ó les daban muy poquita. En algunas dellas hay tantas palomas y otras aves así, que anidan en árboles, que vienen de Tierra-Firme y de Cuba é Haiti á sacarlas, y vuelven con las canoas llenas dellas. Los árboles donde crian son como granados, cuya corteza paresce algo canela en el sabor, jengibre en lo amargo, y clavos en el olor; pero no es especia. Entre muchas frutas que tienen, hay una que paresce gusanos ó lombrices, sabrosa y sana, y dicha jaruma. El árbol es como nogal, y las hojas como de higuera; los cogollos y hojas desta jaruma, majados y puestos con su zumo en cualquiera llaga, aunque sea muy vieja, la sana. Dos españoles riñeron allí, y el uno cortó al otro un brazo con la canilla; vino una vieja lucaya, concertó el hueso, y sanólo con solo zumo y hojas deste árbol. Un lucayo carpintero que cativo estaba en Santo Domingo excavó un tronco de jaruma, que de suyo es hueco á manera de higuera, hinchólo de maíz y de calabazas llenas de agua; atapólo muy bien, y atravesó la mar en él con otros dos parien-

tes suyos, que remaban. Pero fué desdichado, porque á cincuenta leguas de navegacion le tomaron ciertos españoles, y le tornaron á Santo Domingo; destas islas pues de los lucayos, yucayos como algúnos llaman, cativaron españoles en obra de veinte años ó pocos menos, cuarenta mil personas. Engañaban de palabra los isleños diciéndoles cómo iban ellos á llevallos al paraíso; ca los indios de allí creian que muertos purgaban los pecados en tierras frias del norte, y después entraban en el paraíso, que estaba en tierra del mediodía: desta manera acabaron los lucayos, y los mas trayéndolos en minas. Dicen que todos los cristianos que cativaron indios y los mataron trabajando, han muerto malamente, ó no lograron sus vidas, ó lo que con ellos ganaron.

Rio Jordan en tierra de Chicora.

Siete vecinos de Santo Domingo, entre los cuales fué uno el licenciado Lúcas Vazquez de Ayllon, oidor de aquella isla, armaron dos navíos en puerto de Plata, el año de 20, para ir por indios á las islas Lucayos que arriba digo. Fueron, y no hallaron en ellas hombres que rescatar ó saltear para atraer á sus minas, hatos y granjerías. Y así, acordaron de ir mas al norte á buscar tierra donde los hallasen, y no tornarse vacíos. Fueron pues á una tierra que llamaban Chicora y Gualdape, la cual está en treinta y dos grados, y es lo que llaman agora cabo de Santa Elena y rio Jordan; algunos, con todo esto, dicen cómo el tiempo, y no la voluntad, los echó allá; sea de la una ó de la otra manera, es cierto que corrieron á la marina muchos indios á ver las carabelas, como cosa nueva y extraña para ellos, que tienen chiquitas barcas; y aun pensaban que fuesen algun pez monstruo; y como vieron salir á tierra hombres con barbas y vestidos, huyeron á mas correr; desembarcaron los españoles, aguijaron tras ellos, y tomaron un hombre y una mujer. Vistiéronlos á fuer de España, y soltáronlos para que llamasen la gente. El rey de allí, como los vió vestidos de aquella suerte, maravillóse del traje, ca los suyos andan desnudos ó con pieles de fieras, y envió cincuenta hombres con bastimentos á los bajeles; con los cuales fueron muchos españoles al Rey, y él les dió guias para ver la tierra, y á do quier que llegaban les daban de comer y presentillos de aforros, aljófar y plata. Ellos, vista la riqueza y traje de la tierra, considerada la manera de la gente, y habiendo tomado el agua y bastimento necesario, convidaron á ver las naos á muchos. Los indios entraron dentro sin pensar mal ninguno; entonces alzaron los españoles las anclas y vela, y viniéronse con buena presa de chicoranos á Santo Domingo; pero en el camino se perdió el un navío de los dos, y los indios del otro se murieron no mucho después, de tristeza y hambre; ca no querian comer lo que españoles les daban, y por otra parte comian perros, asnos y otras bestias que hallaban muertas y hediondas tras la cerca y por los muladares. Con relacion de tales cosas y de otras que se callan, vino á la corte Lúcas Vazquez de Ayllon, y trujo consigo un indio de allí, que llamaban Francisco Chicora, el cual contaba maravillas de aquesta su tierra. Pidió la conquista y gobernacion de Chicora. El Emperador se la dió y el hábito de Santiago; tornó á Santo Domingo, armó ciertos navíos el año de 24, fué allá con ánimo de poblar y con imaginacion de grandes tesoros; mas ido que fué, perdió su nao capitana en el rio Jordan, y muchos españoles, y en fin perescié él sin hacer cosa digna de memoria.

Los ritos de chicoranos.

Los de Chicora son de color loro ó tiriciado, altos de cuerpo, de muy pocas barbas, traen ellos los cabellos negros y hasta la cinta; ellas, muy mas largos, y todos los trenzan. Los de otra provincia allí cerca, que llaman Duhare, los traen hasta el talon; el rey de los cuales era como gigante y habia nombre Datha, y su mujer y veinte y cinco hijos que tenian tambien eran disformes; preguntados cómo crescian tanto, decian unos que con darles á comer unas como morcillas rellenas de ciertas yerbas hechas por arte de encantamiento, otros, que con estiralles los huesos cuando niños, después de bien ablandados con yerbas cocidas; así lo contaban ciertos chicoranos que se baptizaron, pero creo que decian esto por decir algo; que por aquella costa arriba hombres hay muy altos y que parescen gigantes en comparacion de otros. Los sacerdotes andan vestidos distintamente de los otros y sin cabello, salvo es que dejan dos guedejas á las sienes, que atan por debajo de la barbilla. Estos mascan cierta yerba, y con el zumo rocian los soldados estando para dar batalla, como que los bendicen; curan los heridos, entierran los muertos y no comen carne. Nadie quiere otros médicos que á estos religiosos ó á viejas, ni otra cura que con yerbas, de las cuales conoscen muchas para diversas enfermedades y llagas. Con una que llaman guahi reviesan la cólera y cuanto tienen en el estómago si la comen ó beben, y es muy comun, y tan saludable, que viven mucho tiempo por ella y muy recios y sanos. Son los sacerdotes muy hechiceros y traen la gente embaucada; hay dos idolejos que no los amuestran al vulgo mas de dos veces al año, y la una es al tiempo del sembrar, y aquella con grandísima pompa. Vela el Rey la noche de la vigilia delante aquellas imágines, y la mañana de la fiesta, ya que todo el pueblo está junto, muéstrale sus dos ídolos, macho y hembra, de lugar alto; ellos los adoran de rodillas y á voz en grita, pidiendo misericordia. Baja el Rey, y dalos cubiertos con ricas mantas de algodon y joyas á dos caballeros ancianos, que los lleven al campo donde va la procesion. No queda nadie sin ir con ellos, so pena de malos religiosos; vístense todos lo mejor que tienen; unos se tiznan, otros se cubren de hoja, y otros se ponen máscaras de pieles; hombres y mujeres cantan y bailan; ellos festejan el dia y ellas la noche, con oracion, cantares, danzas, ofrendas, sahumerios y tales cosas. Otro dia siguiente los vuelven á su capilla con el mesmo regocijo, y piensan con aquello de tener buena cogida de pan. En otra fiesta llevan tambien al campo una estatua de madera con la solemnidad y órden que á los ídolos, y pónenla encima de una gran viga que hincan en tierra y que cercan de palos, arças y banquillos. Llegan todos los casados, sin faltar ninguno, á ofrecer; ponen lo que ofrecen sobre las arcas y palos; notan la ofrenda de cada uno los sacerdotes que para ello están diputados, y dicen al cabo quién hizo mas y mejor presente al ídolo, para que venga á noticia de todos,

y aquel es muy honrado por un año entero. Con esta honra hay muchos que ofrecen á porfía; comen los principales y aun los demás del pan, frutas y viandas ofrecidas; lo al reparten los señores y sacerdotes; descuelgan la estatua en anocheciendo, y échanla en el rio, ó en el mar si está cerca, para que se vaya con los dioses del agua, en cuyo honor la fiesta se hizo. Otro dia de sus fiestas desentierran los huesos de un rey ó sacerdote que tuvo gran reputacion, y súbenlos á un cadahalso que hacen en el campo; llóranlo las mujeres solamente, andando á la redonda, y ofrecen lo que pueden. Tornan luego al otro dia aquellos huesos á la sepultura, y ora un sacerdote en alabanza de cuyos son, disputa de la inmortalidad del alma, y trata del infierno ó lugar de penas que los dioses tienen en tierras muy frias, donde se purgan los males, y del paraíso, que está en tierra muy templada, que posee Quejuga, señor grandísimo, manso y cojo, el cual hacia muchos regalos á las ánimas que á su reino iban, y las dejaba bailar, cantar y holgar con sus queridas; y con tanto, quedan canonizados aquellos huesos, y el predicador despide los oyentes, dándoles humo á narices de yerbas y gomas olorosas, y soplándolos como saludador. Creen que viven muchas gentes en el cielo y muchas debajo la tierra, como sus antípodas, y que hay dioses en la mar, y de todo esto tienen coplas los sacerdotes; los cuales cuando mueren los reyes hacen ciertos fuegos como cohetes, y dan á entender que son las almas recien salidas del cuerpo, que suben al cielo; y así, los entierran con grandes llantos. La reverencia ó salutacion que hacen al Cacique es donosa, porque ponen las manos en las narices, chiflan, y pásanlas por la frente al colodrillo. El Rey entonces tuerce la cabeza sobre el hombro izquierdo si quiere dar favor y honra al que le reverencia. La viuda, si su marido muere naturalmente, no se puede casar; si muere por justicia, puede. No admiten las rameras entre las casadas; juegan á la pelota, al trompo y á la ballesta con arcos, y así son certeros. Tienen plata y aljófar y otras piedras; hay muy muchos ciervos, que crian en casa y andan al pasto en el campo con pastores, y vuelven la noche al corral. De su leche hacen queso.

El Boriquen.

La isla Boriquen, dicha entre cristianos Sant Juan, está en diez y siete y diez y ocho grados, y veinte y cinco leguas de la Española, que la tiene al poniente. Es larga leste oeste mas de cincuenta leguas, y ancha diez y ocho; la tierra de hácia el norte es rica de oro, la de hácia el sur es fértil de pan, fruta, yerba y pesca. Dicen que no comian estos boriquenes carne; debia ser de animales, que no los tenian; empero de aves sí comian, y aun morciélagos pelados en agua caliente. En las cosas antiguas y naturales son como los de Haiti, Española, y en lo moderno tambien, sino que son mas valientes y que usan arcos y flechas sin yerba. Hay una goma que llaman tabunuco, blanda y correosa como sebo, con la cual y aceite brean los navíos; y como es amarga, defiéndelos mucho de broma; hay tambien mucho guayacan, que llaman palo santo, para curar de bubas y otras dolencias; Cristóbal Colon descubrió esta isla en su viaje segundo, y Juan Ponce de Leon fué allá el año de 9 con licencia del gobernador Ovando, en un carabelon que tenia en Santo Domingo; ca le dijeron unos indios cómo era muy rica isla. Tomó tierra donde señoreaba Agueibana, el cual lo acogió muy amigablemente, y se tornó cristiano con su madre, hermanos y criados. Dióle una su hermana por amiga, que tal es la costumbre de los señores para honrar á otros grandes hombres que resciben por amigos y huéspedes, y llevólo á la costa del norte á coger oro, como buscaba en dos ó tres rios. Dejó Juan Ponce ciertos españoles con Agucibana, y volvióse á Santo Domingo con la muestra del oro y gente; mas como era ya ido á España Nicolás de Ovando, y gobernaba el almirante don Diego Colon, tornóse al Boriquen, que llamó él mesmo Sant Juan, con su mujer y casa. Escribiólo al comendador mayor de Alcántara Ovando, el cual le recabó y envió la gobernacion de aquella isla, pero con sujecion al virey y almirante de Indias. El entonces hizo gente y guerreó el Boriquen; fundó á Caparra, que se despobló por tener su asiento en ciénagas de mucho acije. Pobló á Guanica, que se desavecindó por los muchos é importunos mosquitos, y entonces se hizo Sotomayor y otras villas. Costó la conquista del Boriquen muchos españoles, ca los isleños eran esforzados, y llamaron caribes en su defensa, que tiraban con yerba pestífera y sin remedio; pensaron al principio que los españoles fuesen inmortales, y por saber la verdad Oraioa, cacique de Jaguaca, tomó cargo dello con acuerdo y consentimiento de todos los otros caciques, y mandó á ciertos criados suyos que ahogasen á un Salcedo que posó en su casa, pasándolo el rio Guarabo; los cuales lo hundieron so el agua, llevándolo en hombros, y como se ahogó, tuvieron á los demás por mortales. Y así, se confederaron y se rebelaron, y mataron mas de cien españoles. Diego de Salazar fué quien mas se señaló en la conquista del Boriquen. Temíanle tanto los indios, que no querian dar batalla donde venia él, y algunas veces lo llevaban en el ejército, estando muy malo de bubas, porque supiesen los indios cómo estaba allí; solian decir aquellos isleños al español que los amenazaba: «No te temo, ca no eres Salazar.» Habien eso mesmo grandísimo miedo á un perro llamado Becerrillo, bermejo, bocinegro y mediano, que ganaba sueldo y parte, como ballestero y medio; el cual peleaba contra los indios animosa y discretamente; conocia los amigos, y no les hacia mal aunque le tocasen. Conocia cuál era caribe y cuál no; traia el huido aunque estuviese en medio del real de los enemigos, ó le despedazaba; en diciéndole «ido es», ó «buscaldo», no paraba hasta tornar por fuerza al indio que se iba. Acometian con él nuestros españoles tan de buena gana como si tuvieran tres de caballo; murió Becerrillo de un flechazo que le dieron con yerba nadando tras un indio caribe. Cristianáronse todos los isleños, y su primer obispo fué Alonso Manso, año de 11; los que tras Juan Ponce de Leon, que fueron muchos, rigieron el Boriquen por el Almirante, atendieron mas á su provecho que al de los isleños.

El descubrimiento de la Florida.

Quitó el Almirante del gobierno del Boriquen á Juan Ponce de Leon, y viéndose sin cargo y rico, armó dos carabelas y fué á buscar la isla Boyuca, donde decian

los indios estar la fuente que tornaba mozos á los viejos. Anduvo perdido y hambriento seis meses por entre muchas islas sin hallar rastro de tal fuente. Entró en Bimini, y descubrió la Florida en Pascua Florida del año de 12, y por eso le puso aquel nombre; y esperando hallar en ella grandes riquezas, vino á España, donde negoció con el rey don Fernando todo lo que pedia, con intercesion de Nicolás de Ovando y de Pero Nuñez de Guzman, ayo del infante don Fernando, cuyo paje habia sido. Así que le dió el Rey título de adelantado de Binimi y de gobernador de la Florida; y con tanto armó en Sevilla tres navíos muy de propósito el año de 15. Tocó en Guacana, que llaman Guadalupe; echó en tierra gente á tomar agua y leña, y algunas mujeres que lavasen los trapos y ropa sucia. Salieron los caribes, que se habian puesto en celada, y flecharon con sus saetas enhervoladas los españoles, mataron los mas que á tierra salieron, y captivaron las lavanderas; con este mal principio y agüero se partió Juan Ponce al Boriquen, y de allí á la Florida. Saltó en tierra con sus soldados para buscar asiento donde fundar un pueblo; vinieron los indios á defenderle la entrada y estada; pelearon con él, desbaratáronlo y aun le mataron hartos españoles, y le hirieron á él con una flecha, de cuya herida hubo de morir en Cuba. Y así, acabó la vida y consumió gran parte de la mucha hacienda que allegara en Sant Juan del Boriquen. Pasó Juan Ponce de Leon á la isla Española con Cristóbal Colon el año de 1493; fué gentil soldado en las guerras de aquella isla, y capitan en la provincia de Higuey por Nicolás de Ovando que la conquistó. Es la Florida una punta de tierra como lengua, cosa muy señalada en Indias, y muy nombrada por los muchos españoles que han muerto sobre ella. Siendo la Florida tierra (segun fama) rica y abastada, aunque valientes los hombres, pidió su conquista y gobernacion Hernando de Soto, que habia sido capitan en el Perú, y enriquecido en la prision de Atabaliba con la parte que le cupo de hombre de caballo y de capitan, y con el cojin de perlas y piedras en que se asentaba aquel rico y poderoso rey. Fué pues allá con mucha y buena gente; anduvo cinco años buscando minas, ca pensaba ser como el Perú. No pobló, y así murió él y destruyó á los que le seguian: nunca harán buen hecho los conquistadores que ante todas cosas no poblaren, en especial aquí, que son los indios valientes flecheros y recios hombres. Por muerte del adelantado Soto demandaron muchos esta conquista el año de 44, estando la corte en Valladolid; entre los cuales fueron Julian de Samano y Pedro de Ahumada, hermanos, hombres bastantes para tal empresa, y el Ahumada muy entendido en muchas cosas y muy virtuoso hidalgo, con quien yo tengo amistad estrecha. Mas ni el Emperador, que estaba en Alemaña, ni el príncipe don Felipe, su hijo, que gobernaba todos estos reinos de Castilla y Aragon, la dieron á ninguno, aconsejados del su consejo de Indias y de otras personas que con buen celo á su parecer contradecian las conquistas de las Indias; empero enviaron allá á fray Luis Cancel de Balvastro con otros frailes dominicos, que se ofreció de allanar aquella tierra y convertir la gente y traerla á servicio y obediencia del Emperador con solas palabras. Fué pues el fraile á costa del Rey el año de 49; salió en tierra con cuatro frailes que llevaba, y con otros seglares marineros sin armas, que así tenian de comenzar la predicacion. Acudieron á la marina muchos de aquellos floridos, y sin escucharle lo aporrearon con otro ó con otros dos compañeros, y se los comieron; y así, padecieron martirio por predicar la fe de Cristo: é os tenga en su gloria. Los otros se acogieron al navío y se guardaron para confesores, como dijeron algunos. Muchos que favorecieron la intencion de aquellos frailes conocen agora que por aquella via mal se pueden atraer los indios á nuestra amistad ni á nuestra santa fe; aunque si pudiese ser, mejor seria. Entonces se vino á la nave uno que fué paje de Hernando de Soto; el cual contaba cómo los indios pusieron los cueros de las cabezas de los frailes con sus coronas en un templo, y que cerca de allí hay hombres que comen carbon.

Rio de Palmas.

Quinientas leguas que hay de costa desde la Florida al rio Pánuco anduvo primero que otro ningun español Francisco de Garay. Empero, porque no hizo entonces mas de correr la costa, dejarémos de hablar de él, y hablarémos de Pánfilo de Narvaez, que fué á poblar y conquistar, con título de adelantado y gobernador, el rio de Palmas, que cae treinta leguas encima de Pánuco hácia el norte y toda la costa hasta la Florida; y así, no pervertirémos la órden que comenzamos. Digo pues cómo el año de 27 partió Pánfilo de Narvaez de Sanlúcar de Barrameda para su adelantamiento del rio de Palmas, con cinco navíos, en que llevaba seiscientos españoles, cien caballos y gran suma de bastimentos, armas y vestidos; ca tenia experiencia de otras armadas. Tuvo trabajo en el camino, y no acertó á ir donde tenia, por ignorancia de Miruelo y de los otros pilotos de la flota, que desconocieron la tierra. Todavía salió en ella Narvaez con trescientos compañeros y casi todos los caballos, aunque con poca comida; y envió los navíos á buscar el rio de Palmas, en cuya demanda se perdieron casi todos los hombres y caballos; lo cual fué por no poblar luego que saltó en tierra con la gente, ó por saltar donde no habia de poblar. Quien no poblare, no hará buena conquista, y no conquistando la tierra, no se convertirá la gente; así que la máxima del conquistar ha de ser poblar. Vió Narvaez oro á unos indios, que preguntados dónde lo sacaban, dijeron en Apalachen. Fué allá: en el camino topó un cacique llamado Dulchanchelin, que, á trueco de cascabeles y sartalejos, le dió un cuero de venado muy pintado que traia cubierto, y venia á cuestas de otro indio y con mucha compañía, que los mas tañian caramillos de caña. Apalachen es de hasta cuarenta casas de paja; tierra pobre de lo que buscaban, mas abundante de otras muchas cosas; llana, aguazosa y arenosa. Hay laureles y casi todos nuestros árboles; empero son muy altos. Hay leones, osos, venados de tres maneras, y unos animales muy extraños que tienen un falso peto, el cual se abre y cierra como bolsa, donde meten sus hijos para correr y huir del peligro. Hay muchas aves de las de acá, como decir garzas y halcones, y las que viven de rapiña; pero con todo esto, es tierra de muchos rayos. Los hombres son muy altos, forzudos y ligeros, que alcanzan un ciervo,

y que corren un dia entero sin descansar. Traen arcos de doce palmos, gordos como el brazo, y que tiran docientos pasos, y pasan unas corazas y un tablon y otra cosa mas recia. Las flechas son por la mayor parte de caña, y en lugar de hierro traen pedernal ó hueso; las cuerdas son de nervios de venados. De Apalachen fueron á Aute, y mas adelante hallaron mejores casas y con esteras y mas polida gente; ca visten de venado, pieles pintadas y martas, y algunas tan finas y olorosas de suyo, que se maravillaban los nuestros. Traen tambien mantas groseras de hilo, y cabellos muy largos y sueltos; dan una saeta en señal de amistad, y bésaula. En una isla que llamaron Malhado, y que boja doce leguas y está de tierra dos, se comieron unos españoles á otros; los cuales se llamaban Pantoja, Sotomayor, Hernando de Esquivel, natural de Badajoz; y en Jambo, tierra firme, allí junto, se comieron asimesmo á Diego Lopez, Gonzalo Ruiz, Corral, Sierra, Palacios y á otros. Andan en aquella isla desnudos; las mujeres casadas cubren algo con un vello de árbol que parece lana; las mozas abríganse con cueros de venado y otras pieles. Agujéranse los hombres la una tetilla, y muchos entrambas, y atraviesan por allí unas cañas de palmo y medio. Horadan tambien el rostro bajero, y meten cañuelas por el agujero. Son hombres de guerra, y las mujeres de trabajo, y la tierra muy desventurada. Casan con sendas mujeres, y los médicos con cada dos, ó mas si quieren. No entra el novio en casa de los suegros ni cuñados el primer año, ni guisa de comer en la suya, ni ellos le hablan ni le miran á la cara; aunque de sus casas le lleva la mujer guisado lo que él caza y pesca. Duermen en cueros sobre esteras y ostiones por cerimonia. Regalan mucho sus hijos, y si se les mueren, tíznanse, y entiérranlos con grandes llantos. Dúrales el luto un año, y lloran tres veces al dia todos los del pueblo, y no se lavan los padres ni parientes en todo aquel tiempo. No lloran á los viejos. Entiérranse todos, salvo los físicos, que por honra los queman, y entre tanto que arden, bailan y cantan. Hacen polvo los huesos, y guardan la ceniza para beberla el cabo del año los parientes y mujeres; los cuales tambien se jasan entonces. Estos médicos curan con botones de fuego y soplando el cauterio y llaga. Jasan donde hay dolor, y chupan la jasadura; sanan con esto, y son bien pagados. Estando allí ciertos españoles murieron algunos indios de dolor de estómago, y pensaban que á su causa; mas ellos se desculparon; y como estaban desperecidos de frio, hambre y mosquitos, que los comian vivos, por andar desnudos, no los mataron, sino mandáronles curar los enfermos. Ellos, con temor de la muerte, comenzaron aquel oficio rezando, soplando y santiguando, y sanaron cuantos á sus manos vinieron; y así, cobraron fama y crédito de sabios médicos. De Malhado, atravesando muchas tierras, fueron á una que llaman de los Jaguaces; los cuales son grandes mentirosos, ladrones, borrachos de su vino, y agoreros, que matan, si mal ensueñan, sus propios hijos; y así, mataron á Esquivel. Siguen los venados hasta que los matan: tan corredores son. Traen la tetilla y bezo horadado; usan contra natura; múdanse como alárabes, y llevan las esteras de que arman sus casillas. Los viejos y mujeres visten y calzan de venado y de vacas, que á cierto tiempo del año vienen de hácia el norte, y que tienen el cuerno corto y el pelo largo, y son gentil carne. Comen arañas, hormigas, gusanos, salamanquesas, lagartijas, culebras, palos, tierra y cagajones y cagarrutas; y siendo tan hambrientos, andan muy contentos y alegres, bailando y cantando. Compran las mujeres á sus enemigos por un arco y dos flechas, ó por una red de pescar, y matan sus hijas por no darlas á parientes ni enemigos. Van desnudos, y tan picados de mosquitos, que parecen de sant Lázaro; con los cuales tienen perpetua guerra. Traen tizones para ojearlos, ó hacen lumbre de leña podrida ó mojada para que huyan del humo; el cual es tan incomportable como ellos, mayormente á españoles, que lloraban con él. En tierra de Avavares curó Alonso de Castillo muchos indios á soplos, como saludador, de mal de cabeza; por lo cual le dieron tunas, que son buena fruta, y carne de venado, arcos y flechas. Santiguó asimesmo cinco tullidos, que sanaron, no sin grande admiracion de los indios y aun de los españoles; ca los adoraban como á personas celestiales. A fama de tales curas acudian á ellos de muchas partes, y los de Susola le rogaron fuese con ellos á sanar un herido. Fué Alvar Nuñez Cabeza de Vaca y Andrés Dorantes, que tambien curaba; mas cuando llegaron allá, era muerto el herido; y confiados en Jesucristo, que obra sanidades, y por conservar sus vidas entre aquellos bárbaros, lo santiguó y sopló tres veces Alvar Nuñez, y revivió, que fué milagro. Así lo cuenta él mesmo. Entre los albardaos estuvieron algun tiempo que son astutos guerreros; pelean de noche y por asechanzas. Tiran bailando y saltando de una parte á otra, porque no les acierten sus contrarios; andan muy abajados en tierra. Acometen si sienten flaqueza, y huyen si ven esfuerzo; no siguen victoria ni van tras el enemigo. Ven y oyen muy mucho. No duermen con preñadas ni con paridas hasta que pasen dos años; dejan las mujeres que son estériles, y casan con otras; maman los niños diez y doce años, y hasta que por sí saben buscar de comer. Ellas hacen las amistades cuando ellos riñen unos con otros. Nadie come lo que guisan las mujeres con su camisa. Cuando cuecen sus vinos, derraman los vasos, pasando cerca la mujer, si no están atapados; emborráchanse mucho, y entonces maltratan á las mujeres. Cásanse unos hombres con otros, que son impotentes ó capados, y que andan como mujeres, y sirven y suplen por tales, y no pueden traer ni tirar arco. Pasaron por ciertos pueblos donde los hombres eran harto blancos, empero eran tuertos ó ciegos de nubes, cuyas mujeres se alcoholaban. Tomaban infinitas liebres á palos, y no comian sin que primero lo santiguasen los cristianos ó lo soplasen. Llegaron á tierra que, ó por costumbre ó por acatamiento dellos, ni lloraban ni reian ni se hablaban; y á una mujer porque lloró la punzaron y rayaron con unos dientes de raton por detrás, de los piés á la cabeza; recibian los españoles las caras á la pared, las cabezas bajas y los cabellos sobre los ojos. En el valle que llamaron de Corazones, por seiscientos que les dieron de venados, hubieron algunas saetas con puntas de esmeraldas harto buenas, y turquesas, y plumajes. Allí traen las mujeres camisas de algodon fino, mangas de

lo mesmo, y faldillas hasta el suelo, de venado adobado, sin pelo y abiertas por delante. Toman los venados emponzoñando las balsas donde beben con ciertas manzanillas, y con ellas y con la leche del mesmo árbol untan las flechas. De allí fueron á Sant Miguel de Culuacan, que, como dicho he, está en la costa de la mar del Sur. De trecientos españoles que salieron en tierra cerca de la Florida con Narvaez, pienso que no escaparon sino Alvar Nuñez Cabeza de Vaca, Alonso del Castillo Maldonado, Andrés Dorantes de Béjar, y Estebanico de Azamor, loro; los cuales anduvieron perdidos, desnudos y hambrientos nueve años y mas por las tierras y gentes aquí nombradas, y por otras muchas, donde sanaron calenturientos, tollidos, mal heridos, y resucitaron un muerto, segun ellos dijeron. Este Pánfilo de Narvaez es á quien venció, prendió y sacó un ojo Fernando Cortés en Zempoallan de la Nueva-España, como mas largo se dirá en su crónica. Una morisca de Hornachos dijo que habria mal fin su flota, y que pocos escaparian de los que saliesen á la tierra donde él iba.

Pánuco.

Por muerte de Juan Ponce de Leon, que descubrió y anduvo la Florida, armó Francisco de Garay tres carabelas en Jamáica el año de 1518, y fué á tentar la Florida, pensando ser isla; ca entonces mas querian poblar en islas, que en tierra firme. Salió á tierra, y desbaratáronle los floridos, hiriendo y matando muchos españoles; y así, no paró hasta Pánuco, que hay quinientas leguas de costa. Vió aquella costa, mas no la anduvo tan por menudo como agora se sabe. Quiso rescatar en Pánuco, mas no le dejaron los de aquel rio, que son valientes y carniceros. Antes le maltrataron en Chila, comiéndose los españoles que mataron, y aun los desollaron, y pusieron los cueros, después de bien curtidos, en los templos por memoria y ufanía. Parecióle bien aquella tierra, aunque le habia ido mal en ella. Volvió á Jamáica, adobó los navíos, rehízose de gente y bastimento, y tornó allá luego el año siguiente de 19, y fuéle peor que la primera vez. Otros dicen que no fué mas de una vez, sino que como estuvo mucho allá, la cuentan por dos. Fuese una ó dos veces, es cierto que vino lastimado de lo mucho que habia gastado, y corrido de lo poco que habia hecho, especialmente por lo que le avino con Fernando Cortés en la Veracruz, segun en otra parte se cuenta. Mas por emendar las faltas y por ganar fama como Cortés, que tan nombrado era, y porque tenia por muy rica tierra la de Pánuco, negoció la gobernacion della en la corte por Juan Lopez de Torralva, su criado, diciendo lo mucho que habia gastado en descubrirla; y como la tuvo con título de adelantado, armó y basteció once navíos el año de 23. Como estaba rico, y como pensaba competir con Fernando Cortés, metió en ellos mas de setecientos españoles, ciento y cincuenta y cuatro caballos y muchos tiros, y fué á Pánuco, donde se perdió con todo ello; ca murió él en Méjico, y mataron los indios cuatrocientos españoles de aquellos; muchos de los cuales fueron sacrificados y comidos, y sus cueros puestos por los templos, curtidos ó embutidos; que tal es la cruel religion de aquellos, ó la religiosa crueldad. Son asimesmo grandísimos putos, y tienen mancebía de hombres públicamente, do se acogen las noches, mil dellos, y mas ó menos, segun es el pueblo. Arríncanse las barbas, agujéranse las narices como las orejas para traer algo allí; límanse los dientes, como sierra, por hermosura y sanidad; no se casan hasta los cuarenta años, aunque á los diez ó doce son ellas dueñas. Nuño de Guzman fué tambien á Pánuco por gobernador el año de 1527, llevó dos ó tres navíos y ochenta hombres; el cual castigó aquellos indios de sus pecados, haciendo muchos esclavos.

La isla Jamáica.

Esta isla de Jamáica, que agora llaman Santiago, entre diez y siete y diez y ocho grados á esta parte de la Equinocial, y veinte y cinco leguas de Cuba por la parte del norte, y otras tantas ó poco mas de la Española por hácia levante, tiene cincuenta leguas en largo y menos de veinte en ancho. Descubrióla Cristóbal Colon en el segundo viaje á Indias, conquistóla su hijo don Diego, gobernando en Santo Domingo por Juan de Esquivel y otros capitanes. El mas rico gobernador della fué Francisco de Garay, y porque armó en ella tantas naos y hombres para ir á Pánuco lo pongo aquí. Es Jamáica como Haiti en todo, y así se acabaron los indios. Cria oro, algodon muy fino; después que la poseen españoles, hay mucho ganado de todas suertes, y los puercos son mejores que no en otros cabos. El principal pueblo se nombra Sevilla; el primer abad que tuvo fué Pedro Mártir de Anglería, milanés, el cual escribió muchas cosas de Indias en latin, como era cronista de los Reyes Católicos: algunos quisieran mas que las escribiera en romance, ó mejor y mas claro. Todavía le debemos y loamos mucho, que fué primero en las poner en estilo.

La Nueva-España.

Luego que Francisco Hernandez de Córdoba llegó á Santiago con las nuevas de aquellas tan ricas tierras de Yucatan, como luego dirémos, se acodició Diego Velazquez, gobernador de Cuba, á enviar allá tantos españoles que, resistiendo á los indios, rescatasen de aquel oro, plata y ropa que tenian. Armó cuatro carabelas y dióles á Juan de Grijalva, sobrino suyo, el cual metió en ellas docientos españoles, y partióse de Cuba el primer dia de mayo del año de 18, y fué á Acuzamil, guiando la flota el piloto Alaminos, que fuera con Francisco Hernandez de Córdoba. De allí, que veian á Yucatan, echaron á mano izquierda para bojarla, pensando que fuese isla, pues ya la habia andado Francisco Hernandez por la derecha; ca lo deseaban por cuanto se podian sopear mejor los isleños que los de tierra firme; así que, costeando la tierra, entraron en un seno de mar que llamaron bahía de la Ascension, por ser tal dia. Entonces se descubrió aquel trecho de tierra que hay de empar de Acuzamil á la susodicha bahía. Mas viendo que siguia mucho la costa, se tornaron atrás, y arrimados á tierra, fueron á Champoton, donde fueron mal recebidos, como Francisco Hernandez; ca sobre tomar agua, que les faltaba, pelearon con los naturales, y quedó muerto Juan de Guetaria, y heridos cincuenta

españoles, y Juan de Grijalva con un diente menos y otro medio, y dos flechazos. Por esto de Grijalva y por lo de Córdoba llaman aquella playa Mala-Pelea. Partió de allí, y buscando puerto seguro, surgió en el que nombró el Deseado. De allí fué al rio que de su nombre se dice Grijalva, en el cual rescató las cosas siguientes: tres máscaras de madera doradas y con pedrezuelas turquesas, que parecia obra mosáica; otra máscara llanamente dorada, una cabeza de perro cubierta de piedras falsas, un casquete de palo dorado, con cabellera y cuernos; cuatro patenas de tabla doradas, y otra que tenia algunas piedras engastadas al rededor de un ídolo; cinco armaduras de piernas hechas de corteza y doradas, dos escarcelones de palo con hojuelas de oro, unas como tijeras de lo mesmo, siete navajas de pedernal, un espejo de dos lumbres con un cerco de oro, ciento y diez cuentas de tierra doradas, siete tirillas de oro delgadas, cuarenta arracadas de oro con cada tres pinjantes, dos ajorcas de oro, anchas y delgadas, un par de cercillos de oro, dos rodelas cubiertas de pluma y con sus chapas de oro en medio, dos penachos muy gentiles, y otro de cuero y oro; una jaqueta de pluma, un paño de algodon de colores, á manera de peinador, é algunas mantas. Dió por ello un jubon de terciopelo verde, una gorra de seda, dos bonetes de frisa, dos camisas, unos zaragüelles, un tocador, un peine, un espejo, unos alpargates, tres cuchillos y unas tijeras; muchas contezuelas de vidro, un cinto con su esquero, y vino, que no lo quiso nadie beber; cosa que hasta allí ningun indio la desechó. De aquel rio fué Grijalva á Sant Juan de Ulhua, donde tomó posesion en nombre del Rey, por Diego Velazquez, como de tierra nueva. Habló con los indios, que venian bien vestidos á su manera, y que se mostraban afables y entendidos; trocó con ellos muchas cosas, que fueron cuatro granos de oro, una cabeza de perro, de piedra como calcedonia, un ídolo de oro con cornezuelos y arracadas y moscador de lo mesmo, y en el ombligo una piedra negra; una medalla de piedra guarnecida de oro, con su corona de lo mesmo, en que habia dos pinjantes y una cresta; cuatro cercillos de turquesas con cada ocho pinjantes; dos arracadas de oro con muchos pinjantes; un collar rico, una trenza de oro, diez sartales de barro dorado, una gargantilla con una rana de oro, seis collaricos de oro, seis granos de oro, cuatro manillas de oro grandes, tres sartas de piedras finas, y cañutillos de oro; cinco máscaras de piedras con oro, á la mosáica; muchos ventalles y plumajes, muchas mantas y camisetas de algodon. En recompensa de lo cual dió Grijalva dos camisas, dos sayos de azul y colorado, dos caperuzas negras, dos zaragüelles, dos tocadores, dos espejos, dos cintas de cuero tachonadas, con sus bolsas; dos tijeras y cuatro cuchillos, que tuvieron en mucho, por haber probado á cortar con ello; dos alpargates, unas servillas de mujer, tres peines, cien alfileres, doce agujetas, tres medallas y docientas cuentas de vidrio, y otras cosillas de menos valor. Al cabo de las ferias trajeron por alboroque cazuelas y pasteles de carne con mucho ají, y cestillas de pan fresco, y una india moza para el capitan, que así lo usan los señores de aquella tierra. Si Juan de Grijalva supiera conocer aquella buena ventura, y poblar allí, como los de su compañía le rogaban, fuera otro Cortés. Mas no era para él tanto bien, ni llevaba comision de poblar. Despachó desde aquel lugar, para Diego Velazquez, á Pedro de Albarado en una carabela con los enfermos y heridos y con muchas cosas de las rescatadas, porque no estuviese con pena, y él siguió la costa hácia el norte, muchas leguas sin salir á tierra. Y pareciéndole que habia descubierto harto, y temiendo las corrientes y el tiempo, que siendo por junio veia sierras nevadas y que le faltarian mantenimientos, dió la vuelta por consejo y requirimientos del piloto Alaminos, y surgió en el puerto de Sant Anton para tomar agua y leña, donde se detuvo seis dias contratando con los naturales, y terióles cosillas de mercería á cuarenta hachuelas de cobre revuelto con oro, que pesaron dos mil castellanos, y á tres tazas ó copas de oro, y un vaso de pedrecicas, y muchas cuentas de oro huecas, y otras cosas menudas que valian poco, aunque bien labradas. Vista la riqueza y mansedumbre de aquellos indios, holgaran muchos españoles de asentar allí; mas no quiso Grijalva, antes se partió luego y vino á la bahía que llamaron de Términos, entre rio de Grijalva y puerto Deseado; donde, saliendo por agua hallaron entre unos árboles un idolillo de oro y muchos de barro; dos hombres de palo cabalgando uno sobre otro á fuer de Sodoma, y otro de tierra cocida, con ambas manos á lo suyo, que lo tenia retajado, como son casi todos los indios de Yucatan. Esto hallazgo y cuerpos de hombres sacrificados no contentaron á los españoles, ca les parecia sucia y cruel cosa. Quitáronse de allí, y tomaron tierra en Champoton, por tomar agua; empero no creo que osaron, por ver á los de aquel pueblo muy armados, y tan atrevidos, que entraban flecharlos en la mar hasta la cinta, y llegaban con barquillas á combatir las carabelas. Y así, dejaron aquella tierra, y se tornaron á Cuba cinco meses después que della salieron. Entregó Juan de Grijalva lo que traia rescatado á su tio Diego Velazquez, y el quinto á los oficiales del Rey. Descubrió desde Champoton hasta Sant Juan de Ulhua y mas adelante, y todo tierra rica y buena.

De Fernando Cortés.

Nunca tanta muestra de riquezas se habia descubierto en Indias, ni rescatado tan brevemente después que se hallaron, como en la tierra que Juan de Grijalva costeó; y así, movió á muchos para ir allá. Mas Fernando Cortés fué el primero con quinientos y cincuenta españoles en once navíos. Estuvo en Acuzamil, tomó á Tabasco, fundó la Veracruz, ganó á Méjico, prendió Moteczuma, conquistó y pobló la Nueva-España y otros muchos reinos. E por cuanto él hizo muchas y grandes hazañas en las guerras que allí tuvo, que sin perjuicio de ningun español de Indias, fueron las mejores de cuantas se han hecho en aquellas partes del Nuevo-Mundo, las escribiré por su parte, á imitacion de Polibio y de Salustio, que sacaron de las historias romanas, que juntas y enteras hacian, este la de Mario y aquel la de Scipion. Tambien lo hago por estar la Nueva-España muy rica y mejorada, muy poblada de españoles, muy llena de naturales, y todos cristianados, y por la cruel

extrañeza de antigua religion, y por otras nuevas costumbres que aplacerán y aun espantarán al lector.

De la isla de Cuba.

A Cuba llamó Cristóbal Colon Fernandina, en honra y memoria del rey don Fernando, en cuyo nombre la descubrió. Comenzóla de conquistar Nicolás de Ovando por Sebastian de Ocampo; y conquistóla del todo, en lugar del almirante don Diego Colon, Diego Velazquez de Cuéllar; el cual la repartió, pobló y gobernó hasta que murió. Es Cuba de la hechura de hoja de salce, trecientas leguas larga, y ancha setenta, no derecho sino en aspa. Va toda leste oeste, y está el medio della en casi veinte y un grado; há por aledaños al oriente la isla de Haiti, Santo Domingo, á quince leguas. Tiene hácia mediodía muchas islas, pero la mayor y mejor es Jamáica. Por la parte ocidental está Yucatan; por hácia el norte mira la Florida y los Lucayos, que son muchas islas. Cuba es tierra áspera, alta y montuosa, y que por muchas partes tiene la mar blanca; los rios no grandes, pero de buenas aguas y ricos de oro y pescado. Hay tambien muchas lagunas y estaños, algunos de los cuales son salados; es tierra templada, aunque algo se siente el frio; en todo son los hombres y la tierra como en la Española, y por tanto no hay para qué lo repetir. En lo siguiente, empero, difieren: la lengua es algo diversa, andan desnudos en vivas carnes hombres y mujeres, en las bodas otro es el novio, que así es costumbre usada y guardada; si el novio es cacique, todos los caciques convidados prueban la novia primero que no él; si mercader, los mercaderes; y si labrador, el señor ó algun sacerdote, y ella entonces queda por muy esforzada: con liviana causa dejan las mujeres, y ellas por ninguna los hombres; pero al regosto de las bodas disponen de sus personas como quieren, ó porque son los maridos sodométicos. Andar la mujer desnuda convida é incita los hombres presto, y mucho usar aquel aborrecible pecado hace á ellas malas. Hay mucho oro, mas no fino; hay buen cobre y mucha rubia y colores; hay una fuente y minero de pasta como pez, con la cual, revuelta con aceite ó sebo, brean los navíos y empegan cualquier cosa. Hay una cantera de piedras redondísimas, que sin las reparar mas de como las sacan, tiran con ellas arcabuces y lombardas. Las culebras son grandísimas, empero mansas y sin ponzoña, torpes, que ligeramente las toman, y sin asco ni temor las comen. Ellas se mantienen de guabiniquinajes, y tal tiene dentro del buche ocho y mas dellos cuando la toman. Guabiniquinaj es animal como liebre, hechura de raposo, sino que tiene piés de conejo, cabeza de huron, cola de zorra, y pelo alto como tejo; la color algo roja, la carne sabrosa y sana. Era Cuba muy poblada de indios; agora no hay sino españoles. Volviéronse todos ellos cristianos. Murieron muchos de trabajo y hambre, muchos de viruelas, y muchos se pasaron á la Nueva-España después que Cortés la ganó, y así no quedó casta dellos. El principal pueblo y puerto es en Santiago. El primer obispo fué Hernando de Mesa, fraile dominico. Algunos milagros hubo al principio que se pacificó esta isla, por donde mas aína se convertieron los indios; y nuestra Señora se apareció muchas veces al Cacique comendador, que la invocaba, y á otros que decian Ave María. He puesto aquí á Cuba por ser conveniente lugar, pues della salieron los que descubrieron y convertieron á la fe de Cristo la Nueva-España.

Yucatan.

Yucatan es una punta de tierra que está en veinte y un grados, de la cual se nombra una gran provincia: algunos la llaman península, porque cuanto mas se mete á la mar, tanto mas se ensancha, aunque por do mas ceñida es, tiene cien leguas; que tanto hay de Xacalanco ó Bahía de Términos á Chetemal, que está en la bahía de la Ascension, y las cartas de marcar que la estrechan mucho, van erradas. Descubrióla, aun no toda, Francisco Hernandez de Córdoba el año de 1517, y fué desta manera: que armaron Francisco Hernandez de Córdoba, Cristóbal Morante y Lope Ochoa de Caicedo el año de susodicho, navíos á su costa en Santiago de Cuba para descobrir y rescatar; otros dicen que para traer esclavos de las islas Guanaxos á sus minas y granjerías, como se apocaban los naturales de aquella isla, y porque se los vedaban echar en minas y á otros duros trabajos. Están los Guanaxas cerca de Honduras, y son hombres mansos, simples y pescadores, que ni usan armas ni tienen guerras. Fué capitan destos tres navíos Francisco Hernandez de Córdoba; llevó en ellos ciento y diez hombres, por piloto á un Anton Alamínos de Palos, y por veedor á Bernaldino Iñiguez de la Calzada; y aun dicen que llevó una barca del gobernador Diego Velazquez, en que llevaba pan y herramienta y otras cosas á sus minas y trabajadores, para que si algo trajesen le cupiese parte. Partióse pues Francisco Hernandez, y con tiempo que no le dejó ir á otro cabo, ó con voluntad que llevaba á descobrir, fué á dar consigo en tierra no sabida ni hollada de los nuestros; do hay unas salinas en una punta que llamó de las Mujeres, por haber allí torres de piedra con gradas, y capillas cubiertas de madera y paja, en que por gentil órden estaban puestos muchos ídolos, que parecian mujeres. Maravilláronse los españoles de ver edificio de piedra, que hasta entonces no se habia visto, y que la gente se vistiese tan rica y lucidamente; ca tenian camisetas y mantas de algodon, blancas y de colores, plumajes, cercillos, bronchas y joyas de oro y plata, y las mujeres cubiertas pecho y cabeza. No paró allí, sino fuése á otra punta que llamó de Cotoche, donde andaban unos pescadores, que de miedo ó espanto se retiraron en tierra, y que respondian *cotohe, cotohe*, que quiere decir casa, pensando que les preguntaban por el lugar para ir allá; de aquí se le quedó este nombre al cabo de aquella tierra. Un poco mas adelante hallaron ciertos hombres, que preguntados cómo se llamaba un gran pueblo allí cerca, dijeron *tectetan, tectetan*, que vale por no te entiendo. Pensaron los españoles que se llamaba así, y corrompiendo el vocablo, llamaron siempre Yucatan, y nunca se le caerá tal nombradía. Allí se hallaron cruces de laton y palo sobre muertos; de donde arguyen algunos que muchos españoles se fueron á esta tierra cuando la destruicion de España hecha por los moros en tiempo del rey don Rodrigo; mas no lo creo, pues no las hay en las islas que nombrado habe-

mos, en alguna de las cuales es necesario, y aun forzoso, tocar antes de llegar allí, yendo de acá. Cuando hablaré de la isla Acuzamil, trataré mas largo esto de las cruces. De Yucatan fué Francisco Hernandez á Campeche, lugar crecido, que lo nombró Lázaro, por llegar allí domingo de Lázaro. Salió á tierra, tomó amistad con el señor, rescató mantas, plumas, conchas de cangrejos y caracoles, engastados en plata y oro. Diéronle perdices, tórtolas, ánades y gallipavos, liebres, ciervos y otros animales de comer, mucho pan de maíz y frutas. Allegábanse á los españoles; unos les tocaban las barbas, otros la ropa, otros tentaban las espadas, y todos se andaban hechos bobos al rededor dellos. Aquí habia un torrejoncillo de piedra cuadrado y gradado, en lo alto del cual estaba un ídolo con dos fieros animales á las ijadas, como que le comian, y una sierpe de cuarenta y siete piés larga, y gorda cuanto un buey, hecha de piedra como el ídolo, que tragaba un leon; estaba todo lleno de sangre de hombres sacrificados, segun usanza de todas aquellas tierras. De Campeche fué Francisco Hernandez de Córdoba á Champoton, pueblo muy grande, cuyo señor se llamaba Mochocoboc, hombre guerrero y esforzado; el cual no dejó rescatar á los españoles, ni les dió presentes ni vitualla como los de Campeche, ni agua, sino á trueco de sangre. Francisco Hernandez por no mostrar cobardía, y por saber qué armas y ánimo y destreza tenian aquellos indios bravosos, sacó sus compañeros lo mejor armados que pudo, y marineros que tomasen agua, y ordenó su escuadron para pelear si no se la consintiesen coger. Mochocoboc, por desviarlos de la mar, que no tuviesen tan cerca la guarida, hizo señas que fuesen detrás de un collado, donde la fuente estaba. Temieron los nuestros de ir allá por ver los indios pintados, cargados de flechas y con semblante de combatir, y mandaron soltar la artillería de los navíos por los espantar. Los indios se maravillaron del fuego y humo, y se atordecieron algo del tronido, mas no huyeron; antes arremetieron con gentil denuedo y concierto, echando gritos, piedras, varas y saetas. Los nuestros movieron á paso contado, y en siendo con ellos, despararon las ballestas, arrancaron las espadas, y á estocadas mataron muchos, y como no hallaban hierro, sino carne, daban la cuchilladaza que los hendian por medio, cuanto mas cortarles piernas y brazos. Los indios, aunque nunca tan fieras heridas habian visto, duraron en la pelea con la presencia y ánimo de su capitan y señor hasta que vencieron en la batalla. Al alcance y al embarcar mataron á flechazos veinte españoles é hirieron mas de cincuenta, y prendieron dos, que después sacrificaron. Quedó Francisco Hernandez con treinta y tres heridas; embarcóse á gran prisa, navegó con tristeza, y llegó á Santiago destruido, aunque con buenas nuevas de la nueva tierra.

Conquista de Yucatan.

Francisco de Montejo, natural de Salamanca, hubo la conquista y gobernacion de Yucatan con título de adelantado. Pidió al Emperador aquel adelantamiento á persuasion de Hierónimo de Aguilar, que habia estado muchos años allí, y que decia ser buena y rica tierra; mas no lo es, á cuanto ha mostrado. Tenia Montejo buen repartimiento en la Nueva-España; y así, llevó á su costa mas de quinientos españoles en tres naos el año de 26. Entró en Acuzamil, isla de su gobernacion; y como no tenia lengua, ni entendia ni era entendido; y así, estaba con pena. Meando un dia tras una pared, se llegó un isleño y le dijo *chuca va*, que quiere decir ¿cómo se llama? Escribió luego aquellas palabras porque no se le olvidasen, y preguntando con ellas por cada cosa, vino á entender los indios, aunque con trabajo, y túvolo por misterio; tomó tierra cerca de Xamanzal. Sacó la gente, caballos, tiros, vestidos, bastimentos, mercería y cosas tales para el rescate ó guerra con los indios, y dió principio á su empresa mansamente. Fué á Pole, á Mochi, y de pueblo en pueblo á Conil, donde vinieron á verle, como querian su amistad, los señores de Chuaca, y le quisieron matar con un alfanje que tomaron á un negrillo, sino que se defendió con otro. Tenian pesar por ver en su tierra gente extranjera y de guerra, y enojo de los frailes que derribaban sus ídolos sin otro comedimiento. De Conil fué á Aque, y encomenzó la conquista de Tabasco, y tardó en ella dos años; ca los naturales no lo querian por bien ni por mal. Pobló allí, y nombróla Santa María de la Victoria. Gastó otros seis ó siete años en pacificar la provincia, en los cuales pasó mucha hambre, trabajo y peligro, especial cuando lo quiso matar en Chetemal Gonzalo Guerrero, que capitaneaba los indios; el cual habia mas de veinte años que estaba casado allí con una india, y traia hendidas las orejas, corona y trenza de cabellos, como los naturales; por lo cual no quiso irse á Cortés con Aguilar, su compañero. Pobló Montejo á Sant Francisco, Campeche, á Mérida, Valladolid, Salamanca y Sevilla, y húbose bien con los indios.

Costumbres de Yucatan.

Son los de Yucatan esforzados, pelean con honda, vara, lanza, arco con dos aljabas de saetas de libiza, pez, rodela, casco de palo y corazas de algodon. Tíñense de colorado ó negro la cara, brazos y cuerpo, si van sin armas ó sin vestidos; y pónense grandes plumajes, que parecen bien. No dan batalla, sino hacen primero grandes cumplimientos y cerimonias; hiéndense las orejas, hácense coronas sobre la frente, que parecen calvos; y trénzanse los cabellos, que traen largos, al colodrillo. Retájanse, aunque no todos, y ni hurtan ni comen carne de hombre, aunque los sacrifican, que no es poco, segun usanza de indios. Usan la caza y pesca, que de todo hay abundancia. Crian muchas colmenas, y así hay harta miel y cera. Mas no sabian alumbrarse con ella, hasta que les mostraron los nuestros hacer velas. Labran de cantería los templos y muchas casas, una piedra con otra, sin instrumento de hierro, que no lo alcanzan, y de argamasa y bóveda. Pocos acostumbran la sodomía; mas todos idolatran, sacrificando algunos hombres; y aparéceles el diablo, especial en Acuzamil y Xicalanco, y aun después que son cristianos los ha engañado hartas veces, y ellos han sido castigados por ello. Eran grandes santuarios Acuzamil y Xicalanco, y cada pueblo tenia allí su templo ó su altar, do iban á adorar sus dioses; y entre ellos muchas

cruces de palo y de laton; de donde arguyen algunos que muchos españoles se fueron á esta tierra cuando la destruicion de España hecha por los moros en tiempo del rey don Rodrigo. Tambien habia grandísima feria en Xicalanco, donde venian mercaderes de muchas y léjos tierras á tratar; y así, era muy mentado lugar. Viven mucho estos yucataneles, y Alquimpech, sacerdote del pueblo do es agora Mérida, vivió mas de ciento y veinte años; el cual, aunque ya era cristiano, lloraba la entrada y amistad de los españoles; y dijo á Montejo cómo habia ochenta años que vino una hinchazon pestilencial á los hombres, que reventaban llenos de gusanos, y luego otra mortandad de increible hedor, y que hubo dos batallas, no cuarenta años antes que fuesen ellos, en que murieron mas de ciento y cincuenta mil hombres; empero que sentian mas el mando y estado de los españoles, porque nunca se irian de allí, que todo lo pasado.

Cabo de Honduras.

Descubrió Cristóbal Colon trecientas y setenta leguas de costa que ponen del rio grande de Higueras al Nombre de Dios, el año de 1502. Dicen algunos que tres años antes lo habian andado Vicente Yañez Pinzon y Juan Diez de Solis, que fueron grandísimos descubridores. Iba entonces Colon en cuatro carabelas con ciento y setenta españoles, á buscar estrecho por esta parte para pasar á la mar del Sur; que así lo pensó y dijo á los Reyes Católicos. No hizo mas que descobrir y perder los navíos, segun en otro cabo lo tengo dicho. Llamó Colon puerto de Caxinas á lo que agora dicen Honduras, y Francisco de las Casas fundó allí á Trujillo el año de 25, en nombre de Fernan Cortés, cuando él y Gil Gonzalez mataron á Cristóbal de Olit, que los tenia presos, y se habia alzado contra Cortés, como lo dirémos muy largo en la conquista de Méjico, hablando del trabajosísimo camino que hizo Cortés á las famosas Higueras. Es tierra fértil de mantenimientos y de mucha cera y miel. No tenian plata ni oro, teniendo riquísimas minas dél; ca no lo sacaban, ni creo que lo preciaban. Comen como en Méjico, visten, como en Castilla de oro, y participaban de las costumbres y religion de Nicaragua, que casi es la mesma mejicana. Son mentirosos, noveleros, haraganes; empero obedientes á sus amos y señor. Son muy lujuriosos, mas no casan comunmente sino con una sola mujer, y los señores con las que quieren. El divorcio es fácil entre ellos. Eran grandes idólatras, y agora son todos cristianos, y es su obispo el licenciado Pedraza. Fué por gobernador á Honduras Diego Lopez de Salceda, al cual mataron los suyos con yerbas en un pastel. Fué luego Vasco de Herrera, y arrastráronle después de haberlo muerto á puñaladas. Entró á gobernar Diego de Albitez, y diéronle yerbas en otro pastel. Como andaban tan revueltos, no poblaron, antes despoblaron y destruyeron pueblos y hombres. Gobernó tras estos Andrés de Cereceda, y por su muerte Francisco de Montejo, adelantado de Yucatan; el cual fué allá el año de 35 con ciento y setenta españoles entre soldados y marineros. Cercó luego el peñol de Cerquin, y ganóle en siete meses, con pérdida de muchos españoles; ca el peñol era fuerte y los indios animosos; los cuales ahorcaron á la vela, porque se durmió en el mayor hervor del combate. Castigo fué de hombres de guerra. Tomó tambien por hambre el peñol de Jamala, ca les quemó quince mil hanegas de maíz Marquillos, negro. Pobló muchos lugares, y entre ellos á Cumayagua y á Sant Jorge, en el valle de Blanco, y reformó algunos otros, como fueron Trujillo y Sant Pedro, cerca del cual hay una laguna, donde se mudan con el viento de una parte á otra los árboles con su tierra, ó mejor diciendo, las isletas con los árboles.

Veragua y Nombre de Dios.

Estaba Veragua en fama de rica tierra desde que la descubrió Cristóbal Colon el año de 2; y así, pidió la gobernacion y conquista della al Rey Católico Diego de Nicuesa, el cual armó en el puerto de la Beata de Santo Domingo siete naos y carabelas y dos bergantines, año de 8. Embarcó mas de setecientos y ochenta españoles, y para ir allá echó á Cartagena, de quien mas noticia se tenia, por seguir la costa y no errar la navegacion. Cuando allí llegó halló destrozados los compañeros de su amigo Alonso de Hojeda, que poco antes habia ido á Uraba. Consolóle de la pena y tristeza que tenia por haberle muerto los indios á Juan de la Cosa y á otros setenta españoles en Caramairi, y concertaron entrambos de vengar aquella pérdida. Así que fueron de noche por tomar descuidados los enemigos, adonde fuera la batalla. Cercaron una aldea de cien casas y pusiéronle fuego. Habia dentro trecientos vecinos y muchas mas mujeres y niños; de los cuales prendieron seis mochachos, y mataron á hierro ó á fuego casi todos los demás, que pocos pudieron huir; escarbaron la ceniza, y hallaron algun oro que repartir. Con este castigo se partió Nicuesa para Veragua. Estuvo en Coiba con el señor Careta, y de allí se adelantó con los dos bergantines y una carabela. Mandó á los otros navíos que le siguiesen hasta Veragua. Esta prisa y apartamiento le sucedió mal; ca se pasó de largo, sin ver á Veragua, con la carabela. Lope de Olano, como iba en un bergantin por capitan, se llegó á tierra y preguntó por Veragua. Dijéronle que atrás quedaba. Volvió la proa, topó á Pedro de Umbria, que traia el otro bergantin, aconsejóse con él, y fueron al rio de Chagre, que llamaron de lagartos, peces crocodillos, que comen hombres. Hallaron allí las naos de la flota, y todos juntos se fueron á Veragua, creyendo que Nicuesa estaria allá. Echaron áncoras á la boca del rio, y Pedro de Umbría fué á buscar dónde salir á tierra con una barca y doce marineros. Andaba la mar alta, y perdióse con todos ellos, excepto uno, que por nadador escapó. Viendo esto, acordaron los capitanes de salir en los bergantines, y no en las barcas. Sacaron luego á tierra caballos, tiros, armas, vino, bizcocho y todos los pertrechos de guerra y belezos que llevaban, y quebraron los navíos en la costa, para desafiuzar los hombres de partida; y eligen por su capitan y gobernador á Lope de Olano hasta que viniese Nicuesa. Olano hizo luego una carabela de la madera de las quebradas ó carcomidas, para si le ocurriesen algunas necesidades. Comenzó un castillo á la ribera del rio Veragua.

Corrió buen pedazo de tierra, y sembró maíz, y trigo tambien, con propósito de poblar y permanecer allí, si Diego de Nicuesa quisiese ó no pareciese. Entendiendo en estas cosas y en haber noticia de la tierra y su riqueza, con inteligencias de indios naturales, llegaron tres españoles con el esquife de la carabela de Nicuesa, que le dijeron cómo el Gobernador quedaba en Zorobaro sin carabela, que con mal tiempo se perdió, porfiando siempre ir adelante por tierra sin camino, sin gente, llena de montes y ciénagas, comiendo tres meses raíces, yerbas y hojas, y cuando mucho frutas, y bebiendo agua no todas veces buena, y que ellos se habian venido sin su licencia. Olano envió luego allá un bergantin con aquellos mesmos tres hombres para sacar de peligro á Nicuesa y traerle al ejército y rio de su gobernacion. Diego de Nicuesa holgó con el bergantin como con la vida, embarcóse y vino; en llegando echó preso á Lope de Olano, en pago de la buena obra que le hizo, culpándole de traicion por haber usurpado aquel oficio y preeminencia, por haber quebrado las naos y porque no le habia ido antes á buscar. Mostró enojo de otros muchos y de lo que todos hicieron, y dende á pocos dias pregonó su partida. Rogáronle todos que se detuviese hasta coger lo sembrado, pues no se tardaria á secar, ca en cuatro meses sazona. El dijo que mas valia perder el pan que no la vida, y que no queria estar en tan mala tierra. Creo que lo hizo por quitar aquella gloria al Lope de Olano. Así que se partió de Veragua con los españoles que cupieron en los bergantines y carabela nueva, y fué á Puerto-Bello, que por su bondad le dió tal nombre Colon, y como todos acabaron de llegar, tentó la tierra, buscando pan y oro. Matáronle veinte compañeros los indios con saetas de yerba. Dejó allí los medios españoles, y con los otros medios fué al cabo del Mármol, donde hizo una fortalecilla para repararse de los indios flecheros, que llamó Nombre de Dios, y este fué su principio de aquel tan famoso pueblo. Mas con el trabajo de la obra y camino, y con la hambre y escaramuzas, no le quedaron cien españoles, de setecientos y ochenta que llevó. Venido pues á tanta disminucion Nicuesa y su ejército, le llamaron los soldados de Alonso de Hojeda para que los gobernase en Uraba, ca en ausencia de Hojeda traian bandos sobre mandar Vasco Nuñez de Balboa y Martin Fernandez de Enciso. Nicuesa dió las gracias que tales nuevas merecian á Rodrigo Enriquez de Colmenares, que vino por él en una carabela y un bergantin, no sin muchas lágrimas y quejas de su desaventura; y sin mas pensar en ello, se fué con él, y llevó sesenta españoles en un bergantin que tenia. En el camino, olvidado de su mal consejo y ventura pasada, comenzó de hablar demasiado contra los que le llamaban por capitan general, diciendo que habia de castigar á unos, quitar los oficios á otros, y tomar á todos el oro, pues no lo podian tener sin voluntad de Hojeda ó suya, que tenian del Rey título de gobernadores. Oyéronlo algunos que les tocaba de la compañía de Colmenares, y dijéronlo en Uraba. Enciso, que tenia la parte de Hojeda como su alcalde mayor, y Balboa, mudaron de propósito, y temieron oyendo semejantes cosas; y no solamente no le recibieron, empero injuriáronle y amenazáronle reciamente, y aun, á lo que algunos dicen, no lo dejaron desembarcar. No plugo desto á muchos de Uraba, hombres de bien; mas no pudieron hacer al, temiendo la apresurada furia del Concejo, que Balboa indignaba. Así que Nicuesa se hubo de tornar con sus sesenta compañeros y bergantin que llevaba, muy corrido y quejoso de Balboa y Enciso. Salió del Darien 1.° de marzo del año de 11, con intencion de ir á Santo Domingo á quejar dellos. Mas ahogóse en el camino, y comiéronle peces; ó por tomar agua y comida, que llevaba poca, saltó en la costa, y comiéronselo indios; ca oí decir cómo en aquella tierra hallaron después escripto en un árbol: «Aquí anduvo perdido el desdichado Diego de Nicuesa.» Pudo ser que lo escribiese andando en Corobaro. Este fin tuvo Diego de Nicuesa y su armada y rica conquista de Veragua. Era Nicuesa de Baeza, pasó con Cristóbal Colon en el segundo viaje. Perdió la honra y hacienda que ganó en la isla Española yendo á Veragua, y descubrió sesenta leguas de tierrra que hay del Nombre de Dios á los Fallarones ó roquedos del Darien, primero que nadie, y nombró Puerto de Misas al rio Pito. De cuantos españoles allá llevó, no quedaron vivos, en menos de tres años, sesenta, y aquellos murieran de hambre si no los pasaran de Puerto-Bello al Darien. Comieron en Veragua cuantos perros tenian, y tal hubo que se compró en veinte castellanos, y aun de allí á dos dias cocieron el cuero y cabeza, sin mirar que tenia sarna y gusanos, y vendieron la escudilla de caldo á castellano. Otro español guisó dos sapos de aquella tierra, que úsan comer los indios, y los vendió con grandes ruegos á un enfermo en seis ducados. Otros españoles se comieron un indio que hallaron muerto en el camino donde iban á buscar pan; del cual hallaban poco por el campo, y los indios no se lo querian dar. Andan ellos desnudos, y llaman ome al hombre; y ellas cubiertas del ombligo abajo, y traen cercillos, manillas y cadenas de oro. Felipe Gutierrez, de Madrid, pidió la gobernacion de Veragua por ser rico rio; y fué allá con mas de cuatrocientos soldados el año de 36, y los mas perecieron de hambre ó yerba. Comieron los caballos y perros que llevaban. Diego Gomez y Juan de Ampudia de Ajofrin se comieron un indio de los que mataron, y luego se juntaron con otros hambrientos, y mataron á Hernan Darias, de Sevilla, que estaba doliente, para comer; y otro dia comieron á un Alonso Gonzalez, pero fueron castigados por esta inhumanidad y pecado. Llegó á tanto la desventura destos compañeros de Felipe Gutierrez, que Diego de Ocampo, por no quedar sin sepultura, se enterró vivo él mesmo en el hoyo que vió para otro español muerto. El almirante don Luis Colon envió á poblar y conquistar á Veragua el año de 46 al capitan Cristóbal de Peña, con buena compañía de gente española. Mas tambien le fué mal, como á los otros. Y así, no se ha podido sujetar aquel rio y tierra. En el concierto que hubo entre el Rey y el Almirante sobre sus privilegios y mercedes, le fué dada Veragua con título de duque, y de marqués de Jamáica.

El Darien.

Rodrigo de Bastidas armó en Cáliz, el año de 2 (con licencia de los Reyes Católicos), dos carabelas á su pro-



pia costa y de Juan de Ledesma y otros amigos suyos. Tomó por piloto á Juan de la Cosa, vecino del puerto de Santa María, experto marinero, á quien, como poco há conté, mataron los indios, y fué á descubrir tierra en Indias. Anduvo mucho por donde Cristóbal Colon, y finalmente descubrió y costeó de nuevo ciento y setenta leguas que hay del cabo de la Vela al golfo de Uraba y Fallarones del Darien. En el cual trecho de tierra están, contando hácia levante, Caribana, Zenu, Cartagena, Zamba y Santa Marta. Como llegó á Santo Domingo perdió las carabelas con broma, y fué preso por Francisco de Bobadilla, á causa que rescatara oro y tomara indios, y enviado á España con Cristóbal Colon. Mas los Reyes Católicos le hicieron merced de docientos ducados de renta en el Darien, en pago del servicio que les habia hecho en aquel descubrimiento. Toda esta costa que descubrió Bastidas y Nicuesa, y la que hay del cabo de la Vela á Paria, es de indios que comen hombres y que tiran con flechas enhervoladas; á los cuales llaman caribes, de Caribana, ó porque son bravos y feroces, conforme al vocablo; y por ser tan inhumanos, crueles, sodomitas, idólatras, fueron dados por esclavos y rebeldes, para que los pudiesen matar, captivar y robar, si no quisiesen dejar aquellos grandes pecados y tomar amistad con los españoles y la fe de Jesucristo. Este decreto y ley hizó el Rey Católico don Fernando con acuerdo de su consejo y de otros letrados, teólogos y canonistas; y así, dieron muchas conquistas con tal licencia. A Diego de Nicuesa y Alonso de Hojeda, que fueron los primeros conquistadores de tierra firme de Indias, dió el Rey una instruccion de diez ó doce capítulos. El primero, que les predicasen los Evangelios. Otro, que les rogasen con la paz. El octavo, que queriendo paz y fe, fuesen libres, bien tratados y muy privilegiados. El nono, que si perseverasen en su idolatría y comida de hombres y en la enemistad, los captivasen y matasen libremente; que hasta entonces no se consentia. Alonso de Hojeda, natural de Cuenca, que fué capitan de Colon contra Caonabo, armó el año de 8, en Santo Domingo, cuatro navíos á su costa y trecientos hombres. Dejó al bachiller Martin Fernandez de Enciso, su alcalde mayor por cédula del Rey, para llevar tras él otra nao con ciento y cincuenta españoles y mucha vitualla, tiros, escopetas, lanzas, ballestas y municion, trigo para sembrar, doce yeguas y un hato de puercos para criar; y el partió de la Beata por diciembre. Llegó á Cartagena, requirió los indios, y hízoles guerra como no quisieron paz. Mató y prendió muchos. Hubo algun oro, mas no puro, en joyas y arreos del cuerpo. Cebóse con ello, y entró la tierra adentro cuatro leguas ó cinco, llevando por guía ciertos de los captivos. Llegó á una aldea de cien casas y trecientos vecinos. Combatióla, y retiróse sin tomarla. Defendiéronse tan bien los indios, que mataron setenta españoles y á Juan de la Cosa, segunda persona después de Hojeda, y se los comieron. Tenian espadas de palo y piedra, flechas con puntas de hueso y pedernal y untadas de yerba mortal. Varas arrojadizas, piedras, rodelas y otras armas ofensivas. Estando allí llegó Diego de Nicuesa con su flota, de que no poco se holgaron Hojeda y los suyos. Concertáronse todos, y fueron una noche al lugar donde murió Cosa y los setenta españoles; cercáronlo, pusiéronle fuego; y como las casas eran de madera y hoja de palmas, ardió bien. Escaparon algunos indios con la escuridad; pero los mas, ó cayeron en el fuego ó en el cuchillo de los nuestros, que no perdonaron sino á seis muchachos. Allí se vengó la muerte de los setenta españoles. Hallóse debajo de la ceniza oro, pero no tanto como quisieran los que la excarvaron. Embarcáronse todos, y Nicuesa tomó la via de Veragua, y Hojeda la de Uraba. Pasando por Isla-Fuerte tomó siete mujeres, dos hombres, y docientas onzas de oro en ajorcas, arracadas y collarejos. Salió á tierra en Caribana, solar de Cariben, como algunos quieren que esté, á la entrada del golfo de Uraba. Desembarcó los soldados, armas, caballos y todos los pertrechos y bastimentos que llevaba. Comenzó luego una fortaleza y pueblo donde se recoger y asegurar, en el mesmo lugar que cuatro años antes la habia comenzado Juan de la Cosa. Este fué el primer pueblo de españoles en la tierra firme de Indias. Quisiera Hojeda atraer de paz aquellos indios por cumplir el mandado real y para poblar y vivir seguro; mas ellos, que son bravos y confiados de sí en la guerra, y enemigos de extranjeros, despreciaron su amistad y contratacion. El entonces fué á Tiripi, tres ó cuatro leguas metido en tierra y tenido por rico. Combatiólo, y no lo tomó; ca los vecinos le hicieron huir con daño y pérdida de gente y reputacion, así entre indios como entre españoles. El señor de Tiripi echaba oro por sobre los adarves, y flechaban los suyos á los españoles que se abajaban á cogerlo, y al que allí herian, moria rabiando. Tal ardid usó conosciendo su codicia. Sentian ya los nuestros falta de mantenimientos, y con la necesidad fueron á combatir á otro lugar, que unos captivos decian estar muy bastecido, y trajeron dél muchas cosas de comer y prisioneros. Hojeda hubo allí una mujer. Vino su marido á tratarle libertad. Prometió de truer el precio que le pidió: fué, y tornó con ocho compañeros flecheros, y en lugar de dar el oro prometido, dieron saetas emponzoñadas. Hirieron al Hojeda en un muslo; mas fueron muertos todos nueve por los españoles que con su capitan estaban. Hecho fué de hombre animoso, y no bárbaro, si le sucediera bien. A esta sazon vino allí Bernaldino de Talavera con una nao cargada de bastimentos y de sesenta hombres, que apañó en Santo Domingo, sin que lo supiese el Almirante ni justicia. Proveyó á Hojeda en gran coyuntura y necesidad. Empero no dejaban por eso los soldados de murmurar y quejarse que los habia traido á la carnicería y los tenia donde no les valiesen sus manos y esfuerzo. Hojeda los entretenia con esperanza del socorro y provision que habia de llevar el bachiller Enciso, y maravillábase de su tardanza. Ciertos españoles se concertaron de tomar dos bergantines de Hojeda, y tornarse á Santo Domingo ó irse con los de Nicuesa. Entendiólo él, y por estorbar aquel motin y desman en su gente y pueblo, se fué en la nao de Talavera, dejando por su teniente á Francisco Pizarro. Prometió de volver dentro de cincuenta dias, y si no, que se fuesen donde les paresciese; ca él les soltaba la palabra. Tanto se fué de Uraba Alonso de Hojeda por curar su herida, cuanto por buscar al ba-

chiller Enciso, y aun porque se le morian todos. Partió pues de Caribana Alonso de Hojeda, y con mal tiempo que tuvo, fué á dar en Cuba, cerca del cabo de Cruz. Anduvo por aquella costa con grandes trabajos y hambre; perdió casi todos los compañeros. A la fin aportó á Santo Domingo muy malo de su herida; por cuyo dolor, ó por no tener aparejo para tornar á su gobernacion y ejército, se quedó allí, ó como dicen, se metió fraile francisco, y en aquel hábito acabó su vida.

Fundacion de la Antigua del Darien.

Pasados que fueron los cincuenta dias, dentro de los cuales debia de tornar Hojeda con nueva gente y comida, segun prometiera, se embarcó Francisco Pizarro y los setenta españoles que habia, en dos bergantines que tenian, ca la grandisima hambre y enfermedades los forzó á dejar aquella tierra comenzada de poblar. Sobrevínoles navegando una tormenta, que se anegó el uno, y fué la causa cierto pece grandísimo, que con andar la mar turbada andaba fuera de agua. Arrimóse al bergantin como á tragárselo, y dióle un zurriagon con la cola, que hizo pedazos el timon; de que muy atónitos fueron considerando que los perseguia el aire, la mar y peces, como la tierra. Francisco Pizarro fué con su bergantin á la isla Fuerte, donde no le consintieron salir á tierra los isleños caribes. Echó hácia Cartagena por tomar agua, que morian de sed, y topó cerca de Cochibocoa con el bachiller Enciso, que traia un bergantin y una nao cargada de gente y bastimentos á Hojeda, y contóle todo el suceso y partida del Gobernador. Enciso no lo creia, sospechando que huia con algun robo ó delito; empero como vió sus juramentos, su desnudez, su color de tiriciados con la ruin vida ó aires de aquella tierra, creyólo. Pesóle, y mandóles volver con él allá. Pizarro y sus treinta y cinco compañeros le daban dos mil onzas de oro que traian, porque los dejase ir á Santo Domingo ó á Nicuesa, y no los llevase á Uraba, tierra de muerte; mas él no quiso sino llevarlos. En Camairi tomó tierra para tomar agua y adobar la barca. Sacó hasta cien hombres, porque supo ser caribes los de allí. Mas como los indios entendieron que no era Nicuesa ni Hojeda, diéronle pan, peces y vino de maíz, y frutas, y dejáronle estar y hacer cuanto menester hubo, de que Pizarro se maravilló. Al entrar en Uraba topó la nave, por culpa del timonero y piloto, en tierra, ahogáronse las yeguas y puercas, perdióse casi toda la ropa y vitualla que llevaba, y harto hicieron de salvarse los hombres. Entonces creyó de veras Enciso los desastres de Hojeda, y temieron todos de morir de hambre ó yerba. No tenian las armas que convenia para pelear contra flechas, ni navíos para irse. Comian yerbas, fruta y palmitos y dátiles, y algun javalí que cazaban. Es chica manera de puerco sin cola, y los piés traseros no hendidos, con uña. Enciso, queriendo ser antes muerto de hombres que de hambre, entró con cien compañeros la tierra adentro á buscar gente y comida. Encontró con tres flecheros, que sin miedo esperaron, descargaron sus carcajes, hirieron algunos cristianos, y fueron á llamar otros muchos, que venidos, representaron batalla, diciendo mil injurias á los nuestros. Enciso y sus cien compañeros se volvieron, maldiciendo la tierra que tan mortal yerba producia, y dejáronles algunos españoles muertos que comiesen. Acordaron de mudar hito por mudar ventura. Informáronse de unos captivos qué tierra era la de allende aquel golfo; y como les dijeron que buena y abundante de rios y labranza, pasáronse allá, y comenzaron á edificar un lugar, que nombró Enciso villa de la Guardia, ca los habia de guardar de los caribes. Los indios comarcanos estuvieron quedos al principio, mirando aquella nueva gente; mas como vieron edificar sin licencia en su propria tierra, enojáronse; y así, Cemaco, señor de allí, sacó de su pueblo el oro, ropa y cosas que valian algo, metiólo en un cañaveral espeso, púsose con hasta quinientos hombres bien armados á su manera en un cerrillo, y de allí amenazaba los extranjeros, encarando las flechas y diciendo que no consintiria advenedizos en su tierra ó los mataria. Enciso ordenó sus cien españoles, tomóles juramento que no huirian, prometió enviar cierta plata y oro á la Antigua de Sevilla si alcanzaba victoria, y hacer un templo á Nuestra Señora de la casa del Cacique, y llamar al pueblo Santa María del Antigua. Hizo oracion con todos de rodillas, arremetieron á los enemigos, pelearon como hombres que lo habian bien menester, y vencieron. Cemaco y los suyos huyeron mucha tierra, no podiendo sufrir los golpes y heridas de las espadas españolas. Entraron los nuestros en el lugar, y mataron la hambre con mucho pan, vino y frutas que habia. Tomaron algunos hombres en cueros, y mujeres vestidas de la cinta al pié. Corrieron otro dia la ribera, y hallaron el rio arriba la ropa y fardaje del lugar en un cañaveral, muchos fardeles de mantas de camas y de vestir, muchos vasos de barro y palo y otras alhajas; dos mil libras de oro en collares, bronchas, manillas y cercillos, y otros joyeles bien labrados que usan traer ellas. Muchas gracias dieron á Cristo y á su gloriosa Madre, Enciso y los compañeros, por la victoria, y por haber hallado rica tierra y buena. Enviaron por los ochenta españoles de Uraba, que dejando aquella punta tan azar para españoles, se fueron á ser vecinos en el Darien, que nombraron Antigua, el año de 9. Enciso usaba de capitan y alcalde mayor, conforme á la cédula del Rey que para serlo tenia; de lo cual murmuraban algunos, agraviados que los capitanease un letrado: y por eso, ó por alguna otra pasioncilla, le contradijo Vasco Nuñez de Balboa, negando la provision real, y alegando que ya ellos no eran de Hojeda. Sobornó muchos atrevidos como él, y vedóle la juridicion y capitanía. Así se dividieron aquellos pocos españoles de la Antigua del Darien en dos parcialidades: Balboa bandeaba la una y Enciso la otra, y anduvieron en esto un año.

Bandos entre los españoles del Darien.

Rodrigo Enriquez de Colmenares salió de la Beata de Santo Domingo con dos carabelas bastecidas de armas y hombres, en socorro de la gente de Hojeda, y de mucha vitualla que comiesen, ca tenian nuevas de su gran hambre. Tuvo dificultosa navegacion. Cuando llegó á Garia echó cincuenta y cinco españoles á tierra con sus armas para coger agua en aquel rio, que llevaba falta; los cuales, ó por no ver indios, ó por deleitarse

echados en la tierra, se descuidaron de sus vidas. Vinieron ochocientos indios flecheros con gana de comer cristianos sacrificados á sus ídolos, y antes que se rebullesen los nuestros flecharon de muerte cuarenta y siete dellos, y prendieron uno. Quebraron el batel y amenazaron las naos. Los siete que huyeron ó escaparon de la refriega se escondieron en un árbol hueco. Cuando á la mañana miraron por las carabelas eran idas, y fueron tambien ellos comidos. Colmenares quiso antes padecer sed que muerte, y no paró hasta Caribana. Entró en el golfo de Uraba; surgió donde Hojeda y Enciso; como no halló mas del rastro y rancho de los que buscaba, temió ser muerto. Hizo muchas ahumadas aquella noche en los altos, y desparó á un tiempo la artillería de ambas carabelas para que les sintiesen. Los de la Antigua, que oyeron los tiros, respondieron con grandes lumbres, á cuya señal fué Colmenares. Nunca españoles se abrazaron con tantas lágrimas de placer como estos; unos por hallar, otros por ser hallados. Recreáronse con la carne, pan y vino que las naos llevaban, y vistiéronse aquellos trabajados españoles, que traian andrajos, y renovaron las armas. Con los sesenta de Colmenares eran casi ciento y cincuenta, é ya no temian mucho á los indios ni á la fortuna, por tener dos naos y otros tantos bergantines; ni aun al Rey, pues traian bandos. Colmenares y muchos españoles de bien querian enviar por Diego de Nicuesa que los gobernase, pues tenia provision del Rey, y quitar las diferencias y enojos que allí habia; Enciso y Balboa, que bandeaban, no querian que otro gozase de su industria y sudor; y decian que, no solo ellos, pero muchos del pueblo, podian ser capitanes y cabeza de todos tan bien y mejor que Nicuesa. Mas aunque pesó á los dos, lo enviaron á llamar con Rodrigo de Colmenares en un bergantin de Enciso y en su nave. Fué pues Colmenares, y halló á Nicuesa en el Nombre de Dios, tal cual la historia os cuenta, flaco, descolorido, medio desnudo, y con hasta sesenta compañeros hambrientos y desarrapados. Todos lloraron cuando se vieron, estos de placer y aquellos de lástima. Colmenares consoló á Nicuesa, y le hizo la embajada que de parte de los hidalgos y hombres buenos del Darien llevaba. Dióle gran esperanza de soldar las quiebras y daños pasados, si á tan buena tierra iba, y rogóle que fuese. Diego de Nicuesa, que nunca tal pensó, le dió las gracias que merescia tal nueva y amigo, y la desventura en que metido estaba. Embarcóse luego con sus sesenta compañeros en un bergantin que tenia, y partióse con Rodrigo de Colmenares. Ensoberbecióse mas de lo que complia; y pensando que ya era caudillo y señor de trecientos españoles y una villa, desmandóse á decir muchas cosas contra Balboa y Enciso y otros; que castigaria unos, que quitaria oficios á otros, y á otros los dineros, pues no los podian tener sin autoridad de Hojeda ó suya. Oyéronlo muchos de los que iban en compañía de Colmenares, á quien aquello tocaba por sí ó por sus amigos, y en llegando á la Antigua dijéronlo en concejo, y quizá con parescer del mismo Colmenares, que nada le parescieron bien las amenazas y palabras locas de Nicuesa. Indignáronse grandemente todos los del Antigua contra Nicuesa, especial Balboa y Enciso, y no le dejaron salir á tierra, ó en saliendo, le hicieron embarcar con sus compañeros, y lo cargaron de villanías, sin que ninguno se lo reprehendiese, cuanto mas estorbase. Así que le fué forzado irse de allí, adonde se perdió. Ido Nicuesa, quedaron aquellos del Antigua tan desconformes como primero, y muy necesitados de comida y de vestidos. Balboa fué mas parte en el pueblo que no Enciso, por juntársele Colmenares. Prendióle ya cusóle que habia usado oficio de juez sin facultad del Rey. Confiscóle los bienes, y aun lo azotara cuando menos, si no fuera por buenos rogadores: mejor merecia él aquella pena y afrenta; ca incurria y pecaba en lo que al otro culpaba, haciéndose juez, capitan y gobernador; aunque tambien Enciso pagó allí la mucha culpa que tuvo en desechar y maltratar á Nicuesa. El bachiller Enciso no podia mostrar la provision real que tuvo, por habérsele perdido cuando su nao encalló y quebró entrando en Uraba; y como era menos poderoso, no bastaba á contrastar ni librarse por fuerza. Y como se vió libre, embarcóse para Santo Domingo, aunque le rogaron de parte de Balboa se quedase por alcalde mayor; y de allí se vino á España, y dió grandes quejas é informaciones de Vasco Nuñez de Balboa al Rey, el año de 12. Los del consejo de Indias pronunciaron una rigorosa sentencia contra él; pero no se ejecutó por los grandes hechos y servicio que al Rey hizo en el descubrimiento de la mar del Sur, y conquista de Castilla de Oro, segun abajo dirémos.

De Panquiaco, que dió nuevas de la mar del Sur.

Luego que Balboa se vió solo en mandar, atendió á bien regir y acaudillar aquellos docientos y cincuenta vecinos de la Antigua. Escogió cient y treinta españoles, y llevando consigo á Colmenares, fué á Coiba á buscar de comer para todos, y oro tambien, que sin él no tenian placer. Pidió al señor Careta ó Chima (como dicen otros) bastimentos, y porque no se los dió llevólo preso al Darien con dos mujeres que tenia y con los hijos y criados. Despojó el lugar, y halló tres españoles dentro, de los de Nicuesa; los cuales sirvieron medianamente de intérpretes, y dijeron el buen tratamiento que Careta les habia hecho en su casa y tierra. Soltóle Balboa por ello, con juramento que hizo de ayudarle contra Ponca, su proprio enemigo, y bastecer el campo. Tras este viaje despacharon á Valdivia, amigo de Balboa, y á Zamudio á Santo Domingo por gente, pan y armas, y con proceso contra Martin Fernandez de Enciso, que llevase uno dellos á España. Entró Balboa mas de veinte leguas por la tierra con favor de Careta. Saqueó un lugar, donde hubo algunas cosas de oro; mas no pudo hallar al señor Ponca, que huyo con tiempo y con lo mas y mejor que pudo. No le paresció bien la guerra tan dentro en tierra, y movióla á los de la costa. Fué á Comagre, é hizo paces con el señor por medio de un caballero de Careta. Tenia Comagre siete hijos de otras tantas mujeres, una casa de maderas grandes bien entretejidas, con una sala de ochenta pasos ancha, y larga cient y cincuenta, y con el techo que parescia de artesones. Tenia una bodega con muchas cubas y tinajas llenas de vino hecho de grano y fruta, blanco, tinto, dulce y agrete, de dátiles y arrope: cosa que satisfizo

á nuestros españoles. Panquiaco, hijo mayor de Comagre, dió á Balboa setenta esclavos hechos á su manera, para servir los españoles, y cuatro mil onzas de oro en joyas y piezas primamente labradas. El juntó aquel oro con lo que antes tenia, fundiólo, y sacando el quinto del Rey, repartiólo entre los soldados. Pesando las suertes á la puerta de palacio, riñieron unos españoles sobre la particion : Panquiaco entonces dió una puñada en el peso, derramó por el suelo el oro de las balanzas, y dijo : «Si yo supiera, cristianos, que sobre mi oro habíades de reñir, no vos lo diera; ca soy amigo de toda paz y concordia. Maravíllome de vuestra ceguera y locura, que deshaceis las joyas bien labradas por hacer dellas palillos, y que siendo tan amigos riñais por cosa vil y poca. Mas os valiera estar en vuestra tierra, que tan lejos de aquí está, si hay allá tan sabia y polida gente como afirmais, que no venir á reñir en la ajena, donde vivimos contentos los groseros y bárbaros hombres que llamais. Mas empero, si tanta gana de oro teneis, que desasosegueis y aun mateis los que lo tienen, yo vos mostraré una tierra donde os harteis dello.» Maravilláronse los españoles de la buena plática y razones de aquel mozo indio, y mas de la libertad con que habló. Preguntáronle aquellos tres españoles de Nicuesa, que sabian algo la lengua, cómo se llamaba la tierra que decia, y cuánto estaba de allí. El respondió que Tumanama, y que era léjos seis soles ó jornadas; pero que habian menester mas compañía para pasar unas sierras de caribes que estaban antes de llegar á la otra mar. Como Balboa oyó la otra mar, abrazólo, agradeciéndole tales nuevas. Rogóle que se volviese cristiano, y llamóle don Cárlos, como el príncipe de Castilla, que fué después emperador don Cárlos. Panquiaco fué siempre amigo de cristianos, y prometió ir con ellos á la mar del Sur bien acompañado de hombres de guerra, pero con tal que fuesen mil españoles; ca le parescia que sin menos no se podria vencer Tumanama ni los otros reyezuelos. Dijo tambien que si dél no fiaban, lo llevasen atado; y si verdad no fuese cuanto habia dicho, que lo colgasen de un árbol; y ciertamente él contó verdad; ca por la via que dijo se halló muy rica tierra y la mar del Sur, tan deseada de muchos descubridores; y Panquiaco fué quien primero dió noticia de aquella mar, aunque quieren algunos decir que diez años antes tuvo nueva de Cristóbal Colon, cuando estuvo en Puerto-Bello y cabo del Mármol, que agora dicen Nombre de Dios.

Guerras del golfo de Uraba, que hizo Vasco Nuñez de Balboa.

Balboa se tornó al Darien lleno de grandísima esperanza que hallando la mar del Sur hallaria muy muchas perlas, piedras y oro. En lo cual pensaba hacer, como hizo, muy crecido servicio al Rey, enriquescer á sí y á sus compañeros, y cobrar un gran renombre. Comunicó su alegría con todos, y dió á los vecinos la parte que les cupo, bien que menor que la de sus compañeros; y envió quince mil pesos al Rey, de su quinto, con Valdivia, que ya era vuelto de Santo Domingo con alguna poca de vitualla, y la relacion de Panquiaco para que su alteza le enviase mil hombres. Mas no llegó á España, ni aun á la Española, mas de la fama; ca se perdió la carabela en las Víboras, islas de Jamáica, ó en Cuba, cerca de cabo de Cruz, con la gente y con el oro del Rey y de otros muchos. Esta fué la primera gran pérdida de oro que hubo de Tierra-Firme. Padecia Balboa y los otros españoles del Darien grandísima necesidad de pan, porque un torbellino de agua se les llevó y anegó casi todo el maíz que tenian sembrado; y para proveer la villa de mantenimiento acordó costear el golfo, y por ver tambien cuán grande y rico era. Así que armó un bergantin y muchas barcas, en que llevó cien españoles, fue á un gran rio que nombró San Juan. Subió por él diez leguas, y halló muchas aldeas sin gente ni comida; ca el señor de allí, que llaman Dabaiba, huyera por el miedo que le puso Cemaco del Darien; el cual se acogió allá cuando lo venció Enciso. Buscó las casas, y topó con grandes montones de redes de pescar, mantas y ajuar de casa, y con muchos rimeros de flechas, arcos, dardos y otras armas, y con hasta siete mil pesos de oro en diversas piezas y joyas, con que se volvió, aunque mal contento por no traer pan. Tomóle tormenta, perdió una barca con gente, y echó á la mar casi todo lo que traia, sino fué el oro. Vinieron mordidos de murciélagos enconados, que los hay en aquel rio tan grandes como tórtolas. Rodrigo de Colmenares fué al mesmo tiempo por otro rio mas al levante con sesenta compañeros, y no halló sino cañafístola. Balboa se juntó con él, que sin maíz no podian pasar, y entrambos entraron por otro rio, que llamaron Negro, cuyo señor se nombraba Abenamaquei, al cual prendieron con otros principales; y un español á quien él hiriera en la escaramuza, le cortó un brazo después de preso, sin que nadie lo pudiese estorbar : cosa fea y no de español. Dejó allí Balboa la metad de los españoles, y con la otra metad fué á otro rio de Abibeiba, donde halló un lugarejo edificado en árboles, de que mucho rieron nuestros españoles, como de cosa nueva y que parescia vecindad de cigüeñas ó picazas. Eran tan altos los árboles, que un buen bracero tenia que pasarlos con una piedra, y tan gordos, que apenas los abarcaban ocho hombres asidos de las manos. Balboa requirió al Abibeiba de paz, sino que le derribaria la casa. El, confiado en la altura y gordor del árbol, respondió ásperamente; mas como vió que con hachas lo cortaban por el pié, temió la caida. Bajó con dos hijos, hizo paces, dijo que ni tenia oro ni lo queria, pues no le era provechoso ni necesario. Pero como le ahincaron por ello, pidió término para ir á buscarlo, y nunca tornó; sino fuése á otro señorcillo, dicho Abraibe, que cerca estaba, con quien lloró su deshonra; y para cobralla acordaron los dos de dar en los cristianos de rio Negro y matarlos. Fueron pues allá con quinientos hombres; mas pensando hacer mal, lo rescibieron. Pelearon y perdieron la batalla. Huyeron ellos, y quedaron muertos y presos casi todos los suyos. No empero escarmentaron desta vez; antes sobornaron muchos vecinos, y se conjuraron con Cemaco, Abibeiba y Abenamaguei, que libre estaba, de ir al rio Darien á quemar el pueblo de cristianos y comerlos á ellos. Así que todos cinco armaron cien barcas y cinco mil hombres por tierra. Señalaron á Tiquiri, un razonable pueblo, para coger las armas y vitualias del ejército. Repartieron entre sí las

cabezas y ropa de los españoles que habian de matar, y concertaron la junta y salto para un cierto dia; mas antes que llegase fué descubierta la conjuracion por esta manera: tenia Vasco Nuñez una india por amiga, la mas hermosa de cuantas habian cativado; á la cual venia muchas veces un su hermano, criado de Cemaco, que sabia toda la trama del negocio. Juramentóla primero; contóle el caso y rogóle que se fuese con él, y no esperase aquel trance, ca podia peligrar en él. Ella puso achaque para no ir entonces, ó por decirlo á Balboa, que lo amaba, ó pensando que hacia antes bien que mal á los indios. Descubrió pues el secreto, porque no muriesen todos. Balboa esperó que viniese, como solia, el hermano de su india. Venido, apremióle, y confesó todo lo susodicho. Así que tomó setenta españoles, y fuése para Cemaco, que á tres leguas estaba. Entró en el lugar, no halló al señor, y trajo presos muchos indios con un pariente de Cemaco. Rodrigo de Colmenares fué á Tiquiri con sesenta compañeros en cuatro barcas, llevando por guia el indio que manifestó su conjuracion. Llegó sin que allá lo sintiesen, saqueó el lugar, prendió muchas personas, ahorcó al que guardaba las armas y bastimentos de un árbol que habia el mesmo plantado, é hízolo asaetear con otros cuatro principales. Con estos dos sacos y castigos se bastecieron muy bien nuestros españoles, y se amedrentaron los enemigos en tanto grado, que no osaron de allí adelante urdir semejante tela. Parescióles á Vasco Nuñez y á los otros vecinos de la Antigua que ya podian escrebir al Rey cómo tenian conquistada la provincia de Uraba, y juntáronse á nombrar procuradores en regimiento. Mas no se concertaron en muchos dias, porque Balboa queria ir, y todos se lo contradecian, unos por miedo de los indios, otros del sucesor. Escogieron finalmente á Juan de Quicedo, hombre viejo, honrado y oficial del Rey, y que tenia allí su mujer, prenda para volver. Mas por si algo le aconteciese en el camino, y para mas autoridad y crédito con el Rey, le dieron acompañado, y fué Rodrigo Enriquez de Colmenares, soldado del Gran Capitan y capitan en Indias. Partieron pues estos dos procuradores del Darien por setiembre del año de 12, en un bergantin, con relacion de todo lo sucedido y con cierto oro y joyas, y á pedir mil hombres al Rey para descubrir y poblar en la mar del Sur, si acaso Valdivia no fuese llegado á la corte.

Descubrimiento de la mar del Sur.

Era Vasco Nuñez de Balboa hombre que no sabia estar parado; y aunque tenia pocos españoles para los muchos que menester eran, segun don Cárlos Panquiaco decia, se determinó ir á descubrir la mar del Sur, porque no se adelantase otro y le hurtase la bendicion de aquella famosa empresa, y por servir y agradar al Rey, que dél estaba enojado. Aderezó un galeoncillo que poco antes llegara de Santo Domingo, y diez barcas de una pieza. Embarcóse con ciento y noventa españoles escogidos, y dejando los demás bien proveidos, se partió del Darien, 1.° de setiembre año de 13. Fué á Careta; dejó allí las barcas y navío y algunos compañeros. Tomó ciertos indios para guia y lengua, y el camino de las sierras que Panquiaco le mostrara. Entró en tierra de Ponca, que huyó como otras veces solia. Siguiéronle dos españoles con otros tantos caretanos, y trajéronle con salvoconduto. Venido, hizo paz y amistad con Balboa y cristianos, y en señal de firmeza dióles ciento y diez pesos de oro en joyuelas, tomando por ellas hachas de hierro, contezuelas de vidrio, cascabeles y cosas de menos valor, empero preciosas para él. Dió tambien muchos hombres de carga y para que abriesen camino; porque como no tienen contratacion con serranos, no hay sino unas sendillas como de ovejas. Con ayuda pues de aquellos hombres hicieron camino los nuestros, á fuerza de brazos y hierro, por montes y sierras, y en los rios puentes, no sin grandísima soledad y hambre. Llegó en fin á Cuareca, do era señor Torecha, que salió con mucha gente no mal armada, á le defender la entrada en su tierra si no le contentasen los extranjeros barbudos. Preguntó quién eran, qué buscaban y á dó iban. Como oyó ser cristianos, que venian de España, y que andaban predicando nueva religion y buscando oro, y que iban á la mar del Sur, díjoles que se tornasen atrás sin tocar á cosa suya, so pena de muerte. Y visto que hacer no lo querian, peleó con ellos animosamente. Mas al cabo murió peleando, con otros seiscientos de los suyos. Los otros huyeron á mas correr, pensando que las escopetas eran truenos, y rayos las pelotas; y espantados de ver tantos muertos en tan poco tiempo; y los cuerpos, unos sin brazos, otros sin piernas, otros hendidos por medio, de fieras cuchilladas. En esta batalla se tomó preso un hermano de Torecha en hábito real de mujer, que no solamente en el traje, pero en todo lo al, salvo en parir, era hembra. Entró Balboa en Cuareca; no halló pan ni oro, que lo habian alzado antes de pelear. Empero halló algunos negros esclavos del señor. Preguntó de dónde los habian, y no le supieron decir ó entender mas de que habia hombres de aquel color cerca de allí, con quien tenian guerra muy ordinaria. Estos fueron los primeros negros qne se vieron en Indias, y aun pienso que no se han visto mas. Aperreó Balboa cincuenta putos que halló allí, y luego quemólos, informado primero de su abominable y sucio pecado. Sabida por la comarca esta victoria y justicia, le traian muchos hombres de sodomía que los matase. Y segun dicen, los señores y cortesanos usan aquel vicio, y no el comun; y regalaban á los alanos, pensando que de justicieros mordian los pecadores; y tenian por mas que hombres á los españoles, pues habian vencido y muerto tan presto á Torecha y á los suyos. Dejó Balboa allí en Cuareca los enfermos y cansados, y con sesenta y siete que recios estaban, subió una gran sierra, de cuya cumbre se parecia la mar austral, segun las guias decian. Un poco antes de llegar arriba mandó parar el escuadron, y corrió á lo alto. Miró hácia mediodía, vió la mar, y en viéndola arrodillóse en tierra y alabó al Señor, que le hacia tal merced. Llamó los compañeros, mostróles la mar, y díjoles: «Veis allí, amigos mios, lo que mucho deseábamos. Demos gracias á Dios, que tanto bien y honra nos ha guardado y dado. Pidámosle por merced nos ayude y guie á conquistar esta tierra y nueva mar que descubrimos y que nunca jamás cristiano la vido, para predicar en ella el santo Evangelio

y baptismo, y vosotros sed los que soleis, y seguidme; que con favor de Cristo seréis los mas ricos españoles que á Indias han pasado, haréis el mayor servicio á vuestro rey que nunca vasallo hizo á señor, y habréis la honra y prez de cuanto por aquí se descubriere, conquistare y convirtiere á nuestra fe católica.» Todos los otros españoles que con él iban hicieron oracion á Dios, dándole muchas gracias. Abrazaron á Balboa, prometiendo de no faltalle. No cabian de gozo por haber hallado aquel mar. Y á la verdad, ellos tenian razon de gozarse mucho, por ser los primeros que lo descubrian y que hacian tan señalado servicio á su príncipe, y por abrir camino para traer á España tanto oro y riquezas cuantas después acá se han traido del Perú. Quedaron maravillados los indios de aquella alegre novedad, y mas cuando vieron los muchos montones de piedras que hacian con su ayuda, en señal de posesion y memoria. Vió Balboa la mar del Sur á los 25 de setiembre del año de 13, antes de mediodía. Bajó la sierra muy en ordenanza; llegó á un lugar de Chiape, cacique rico y guerrero. Rogóle por los farautes que le dejase pasar adonde iba de paz, y le proveyese de comida por sus dineros; y si queria su amistad, que le diria grandes secretos y haria muchas mercedes de parte del poderosísimo rey, su señor, de Castilla. Chiape respondió que ni queria darle pan ni paso ni su amistad. Burlaba oyendo decir que le harian mercedes los que las pedian; y como vió pocos españoles, amenazólos, braveando mucho, si no se volvian. Salió luego con un gran escuadron bien armado y en concierto, á pelear. Balboa soltó los alanos y escopetas, y arremetió á ellos animosamente, y á pocas vueltas los hizo huir. Siguió el alcance y prendió muchos, que, por ganar crédito de piadoso, no los mataba. Huian los indios de miedo de los perros, á lo que dijeron, y principalmente por el trueno, humo y olor de la pólvora, que les daba en las narices. Soltó Balboa casi todos los que prendió en esta escaramuza, y envió con ellos dos españoles y ciertos cuarecanos á llamar á Chiape, diciendo que si venia lo ternia por amigo, y guardaria su persona, tierra y hacienda; y si no venia, que talaria los sembrados y frutales, quemaria los pueblos, mataria los hombres. Chiape, de miedo de aquello, y por lo que le dijeron los de Cuareca acerca de la valentía y humanidad de los españoles, vino y fué su amigo, y se dió al rey de Castilla por vasallo. Dió á Balboa cuatrocientos pesos de oro labrado, y rescibió algunas cosillas de rescate, que tuvo en mucho por serle cosa nueva. Estuvo allí Balboa hasta que llegaron los españoles que dejara enfermos en Cuareca; fué luego á la marina, que aun estaba léjos. Tomó posesion de aquel mar en presencia de Chiape, con testigos y escribano, en el golfo de San Miguel, que nombró así por ser su dia.

Descubrimiento de perlas en el golfo de San Miguel.

Regocijaron nuestros españoles la fiesta de Sant Miguel y auto de posesion como mejor pudieron. Dejó no sé cuántos españoles allí Balboa por asegurar las espaldas. Pasó en nueve barcas, que le buscó Chiape, un gran rio, y fué con ochenta compañeros y con el mismo Chiape por guia, á un pueblo, cuyo señor se decia Coquera, el cual se puso en armas y defensa. Peleó y huyo; empero vino luego á ser amigo de los españoles por consejo y ruego de los chiapeses, que fueron á requerirle con la paz. Dió á Balboa seiscientos y cincuenta castellanos de oro en joyas. Con estas dos victorias cobraron muy gran fama por aquella costa los españoles, y con tener por amigos á Chiape y Coquera pensaban allanar y traer á su devocion toda la comarca. Así que armó Balboa las mesmas nueve barcas, hinchólas de vituallas, y fué con ochenta españoles á costear aquel golfo, por ver qué cosa era la tierra, islas y peñascos que tenia. Chiape le rogó que no entrase allá, por cuanto aquella luna y las dos siguientes solian correr tormentas y vientos recios de travesía, que anegaban todas las barcas. El dijo que no dejaria de entrar por eso, ca otras mayores y mas peligrosas mares habia navegado, y que Dios, cuya fe se tenia de predicar por allí, le ayudaria; y embarcóse. Chiape se metió con él, porque no le tuviesen por cobarde y mal amigo. Apenas se desviaron de tierra, cuando se hallaron dentro en tantas y tan terribles olas, que no podian regir las barcas ni ir atrás ni adelante. Pensaron perecer allí; mas quiso Dios que tomaron una isla, donde albergaron aquella noche. Creció tanto la marea, que casi la cubrió. Maravilláronse los nuestros dello, como en el otro golfo de Uraba ó costa setentrional no cresce nada, ó muy poco. A la mañana quisieron irse con la jusente; mas no pudieron, por hallar las barcas llenas de arena y cascadas; y si miedo tuvieron de morir en agua el dia antes, miedo tuvieron de morir entonces en tierra, ca no les quedo qué comer. Empero con aquel mesmo miedo limpiaron las barcas, remendaron lo quebrado con cortezas de árboles, calafetearon las hendeduras con yerba, y fueron á tomar tierra á un abrigo. Acudió luego á ellos Tumaco, señor de aquella parte, con mucha gente armada, á saber qué hombres eran y qué querian. Balboa le envió á decir con unos criados de Chiape cómo eran españoles, que buscaban pan para comer y oro por su rescate. El, viendo pocos, replicó ferozmente, pensando que ya los tenia presos, y apercibiólos á la batalla. Balboa se la dió y la venció. Huyó Tumaco tan bravamente como habló. Fueron algunos españoles y chiapeses á rogarle que viniese á las barcas á ser amigo del capitan, dándole fe y seguro y aun rehenes. No quiso venir, empero envió un su hijo, al cual vistió Balboa, y le dió muchos dijes, cuentas, tijeras, cascabeles, espejos, y haciéndole mucha cortesía, le rogó que llamase á su padre. El mancebo fué muy alegre y garrido, y trájole al tercero dia. Fué Tumaco bien rescebido, y preguntado por oro y perlas, que las traian algunos de los suyos, él entonces envió por tanto oro, que pesó seiscientos y catorce pesos, y docientas y cuarenta perlas gruesas, y gran suma de menudas; cosa rica y que hizo saltar de placer á muchos españoles. Tumaco, viendo que tanto las loaban, y que tan alegres estaban con ellas, mandó á unos criados suyos ir á pescarlas. Ellos fueron y pescaron doce marcos de perlas en pocos dias, y tambien se las dieron. Estuvieron admirados los españoles de tanta perla, y de que no la estimaban los dueños; ca no tan solamente se las daban á ellos, mas las traian engastadas en los remos,

bien que las debian poner por gentileza ó grandeza; y como después se supo, la principal renta y riqueza de aquellos señores es la pesquería de perlas. Balboa dijo á Tumaco que tenia muy rica tierra, si la supiese granjear, y que le daria grandes secretos della cuando volviese por allí. El entonces, y aun Chiape tambien, le dijo que su riqueza era nada en comparacion del rey de Terarequi, isla abundantísima de perlas, que cerca estaba; el cual tenia perlas mayores que un ojo de hombre, sacadas de ostiones tamaños como sombreros. Los españoles quisieran pasar luego allá; mas temiendo otra tormenta como la pasada, lo dejaron para la vuelta. Despidiéronse de Tumaco, y reposaron en tierra de Chiape; el cual, á ruego de Balboa, hizo que fuesen treinta vasallos suyos á pescar; los cuales, en presencia de siete españoles, que fueron á mirar cómo las pescaban, tomaron seis cargas de conchas pequeñas; que como no era tiempo de aquella pesquería, ni entraron muy dentro en mar, ni muy hondo, donde las grandes están. Y no solamente no pescan el mes de setiembre y los tres siguientes, mas aun tampoco navegan, por ser tempestuosos los aires que andan entonces en aquella mar, y los españoles se guardan de navegar por allí en tal tiempo, aunque usan mayores navíos. Las perlas que sacaron de aquellas conchas eran como arbejas, pero muy finas y blancas; que algunas de las de Tumaco eran negras, otras verdes, otras azules y amarillas, que debia ser por arte.

Lo que Balboa hizo á la vuelta de la mar del Sur.

Vasco Nuñez de Balboa se despidió de Chiape, que vertia muchas lágrimas porque se iba. Dejóle muy encargados ciertos españoles. Partióse muy alegre por lo que habia hecho y hallado, y con propósito de tornar luego en visitando sus compañeros de la Antigua del Darien, y en escribiendo al Rey; pasó un rio en barquillos, y fué á ver á Teoca, señor de aquel rio; el cual rescibió alegremente los españoles por sus proezas y fama. Dióles veinte marcos de oro labrado y docientas perlas bien grandes, aunque no muy blancas, á causa de asar primero las conchas que saquen las perlas, para comer la carne, que la precian mucho, y aun dicen ser tal ó mejor que nuestras ostias. Dióles tambien muchos peces salados, esclavos para el fardaje y un hijo que los guiase hasta llegar á tierra de Pacra, tirano, gran señor y enemigo suyo. Pasaron por el camino grandes montes y sed, y los de Teaco mucho miedo de los tigres y leones que toparon. Pacra huyó con todos los suyos sintiendo venir españoles; ellos entraron en el pueblo, y no hallaron mas de treinta libras de oro en diversas piezas. Requirióle mucho Balboa con las lenguas que se hablasen y fuesen amigos; rehusó infinito, temiendo lo que después le vino. Al fin hubo de venir, confiando que usarian con él de clemencia, como con Tumaco y Chiape. Trajo consigo tres señorcetes y un presente. Era Pacra hombre feo y sucio, si en aquellas partes se habia visto, grandísimo puto, y que tenia muchas mujeres, hijas de señores, por fuerza, con las cuales usaba tambien contra natura; en fin, concordaban sus obras con el gesto. Informado Balboa de todo esto, fué metido en cárcel con los tres caballeros que trajo, ca tambien ellos pecaban aquel pecado. Vinieron luego otros muchos señores y caballeros de la redonda con ricos dones á ver los españoles, que tanta nombradía tenian. Rogaron á su capitan que lo castigase, formando mil quejas dél. Balboa le dió tormento, pues amenazas ni ruegos no bastaban para que confesase su delito y manifestase dónde sacaba y tenia el oro. El confesó el pecado; mas dijo que ya eran muertos los criados de su padre que traian el oro de la sierra, y que él no se curaba dello ni lo habia menester. Echáronlo con tanto á los alanos, que brevemente lo despedazaron, y juntamente con aquel otros tres, y después los quemaron. Este castigo plugo mucho á todos los señores y mujeres comarcanas. Venian los indios á Balboa como á rey de la tierra, y él mandaba libre y osadamente. Bononiama sirvió bien y trajo los españoles que con Chiape quedaron, y les dió veinte marcos de oro. Entrególos de su mano á Balboa, dándole muchas gracias por haber librado la tierra de aquel tirano. Estuvo un mes allí en Pacra, que llamó Balboa Todos Santos, recreando los españoles y ganando hacienda y voluntades de indios; y de solo aquel lugar hubo treinta libras de oro. De Pacra caminó Balboa por tierra estéril y de muchos tremedales; pasó tres dias de trabajo, y llegó con harta falta de pan á un lugar de Buquebuca, que halló desierto y sin vitualla ninguna. Envió las lenguas á buscar el señor y decirle que viniese sin miedo y seria su amigo. Respondió Buquebuca que no huia de temor, sino de vergüenza, por no tener aparejo de hospedar varones tan celestiales; por tanto, que le perdonasen y rescibiesen aquellas piezas de oro en señal de obediencia, que eran muchos vasos muy bien labrados: ellos mas quisieran pan que oro. Caminaron luego por hallar de comer: salieron de través ciertos indios voceando; esperaron á ver qué querian y quién eran. Ellos, como llegaron, saludaron al capitan, y dijeron, segun los intérpretes: «Nuestro rey Corizo, hombres de Dios, os envia á saludar, atento cuán esforzados é invencibles sois, y cómo castigais los malos. Por dichoso se tuviera de teneros y serviros en su casa y reino, ca vos mucho desea ver las barbas y traje; pero pues ser no puede, por quedar atrás, contentarse ha que lo tengais por amigo, que por tal se vos da; y en señal de amor os envia estas treinta bronchas de oro fino, y os ofresce todo lo que en casa le queda, si quisiéredes ir allá. Hácevos tambien saber que tiene por vecino y enemigo un grande y rico señor, que le corre, quema y roba su tierra cada año, contra el cual podréis mostrar vuestra justicia y fuerzas. Si podeis ir á nos ayudar, seréis vosotros ricos y nuestro rey libre.» Mucho se holgaron los españoles de oir aquellos desnudos mensajeros, que tan bien hablado habian, y de ver con cuán alegre semblante presentaron las bronchas al capitan. Balboa respondió que tomaba por amigo á Corizo, para siempre lo tener por tal; que le pesaba mucho no poder ir al presente á verle y remediarle; pero que prometia, dándole Dios salud, de lo hacer muy presto y con mas compañeros. Entre tanto, que perdonase y rescibiese por su amor y remembranza tres hachas de hierro y otras cosillas de vidrio, lana y cuero. Los indios se fueron muy ufanos con tales dádivas á su lugar, y los españoles con sus

patenas de oro, que pesaban catorce libras, al de Pocorosa, donde tuvieron qué comer y qué llevar para el camino. Hizo Balboa amistad con él, y rescatóle hasta quince marcos de oro y ciertos esclavos por algunas cosillas de mercería. Dejó con Pocorosa los españoles dolientes y flacos, porque tenian de pasar por tierra de Tumanama, de cuya riqueza y valentía les dijera don Cárlos Panquiaco. Habló á sesenta que sanos estaban y recios, animándolos al camino y guerra que con él esperaban. Ellos respondieron que fuese, y veria lo que harian. Anduvieron jornada de dos dias en uno, por no ser barruntados, llevando buenas guias, que les dió Pocorosa. Saltearon al primer sueño la casa del Tumanama. Tomáronle preso con dos bardajas y ochenta mujeres de entrambas sillas. Pudieron hacer tal salto por llegar callados y por estar las casas del lugar apartadas unas de otras. Tantas y mas querellas tuvo Balboa de Tumanama como de Pacra, y tan contra natura, aunque no tan públicamente, vivia con hombres y mujeres el uno como el otro. Reprehendióle ásperamente, amenazólo mucho, hizo como que lo queria ahogar en el rio; empero todo era fingido por contentar á los querellantes y sacarle su tesoro; que mas le queria vivo y amigo que muerto. Tumanama estuvo recio, y ni declaró minas ni tesoro, ó porque no las sabia, ó porque no le tomasen su tierra á causa dellas. Estuvo tambien muy halagüeño, haciendo regalos á Balboa y á todos, y dióles cien marcos de oro en muchas joyas y tazas. Estando en esto, llegaron los españoles que con Pocorosa quedaran, y tuvieron todos muy alegre Navidad. Salieron á mirar si verian algun rastro de minas, y hallaron en un collado señales de oro. Cavaron dos palmos, cernieron la tierra, y parescieron unos granillos de oro como neguilla y lentejas. Hicieron la mesma experiencia en otros cabos, y tambien hallaron oro; que no poco ledos fueron en ver que tan somero estaba aquel metal amarillo. En todo salió verdadero Panquiaco, sino que Tumanama estaba desta parte de las sierras, y no de la otra. Dió Tumanama un hijo á Balboa, que se criase entre españoles y aprendiese sus costumbres, lengua y religion; y por perpetuar con ellos amistad, tomáronle, segun dicen algunos, mucha cantidad de oro y mujeres por fuerza, y viniéronse á Comagre. Los indios trajeron en hombros á Balboa, que cayó malo de calenturas, y á otros españoles enfermos. Era ya señor don Cárlos Panquiaco, y proveyólos muy bien, y dióles á la partida veinte libras de oro en joyas de mujer. Pasaron por Ponca y entraron en la Antigua del Darien, á 19 de enero, año de 14.

Balboa hecho adelantado de la mar del Sur.

Fué rescebido Vasco Nuñez de Balboa con procesion y alegrías, por haber descubierto la mar del Sur y traer muchos dineros y perlas. El se holgó infinito por hallarlos buenos, bien proveidos y acrecentados en número; que á la fama acudian allí cada dia de Santo Domingo. Tardó en ir y venir y en hacer cuanto digo, aunque sumariamente, cuatro meses y medio. Pasó muchos trabajos y hambre. Trajo, sin las perlas, mas de cien mil castellanos de buen oro, y esperanza, tornando allá, de haber la mayor riqueza que nunca los nascidos vieron; y con esto estaba tan ufano como animoso. Dejó muchos señores y pueblos en gracia y servicio del Rey, que no fué poco. No le mataron español en batalla que hubiese, y hubo muchas, y todas las venció; que no hizo tal ningun romano. Nunca lo hirieron; que atribuyó él mesmo á milagro y á las muchas rogativas y votos que hacia. La gente que halló andaba en cueros, sino eran señores, cortesanos y mujeres. Comen poco, beben agua, aunque tienen vinos, no de uvas; no usan mesa ni manteles, salvo los reyes. Los otros alímpianse los dedos á la punta del pié ó al muslo y aun á los compañones, y cuando mucho á un trapo de algodon; pero con todo esto andan limpios, porque se bañan muy á menudo cada dia. Son viciosos de la carnalidad, y hay putos. Es la tierra pobre de mantenimientos, y riquísima de oro, por lo cual fué dicha Castilla de Oro. Cogen dos y tres veces al año maíz, y por esto no lo engraneran. Repartió Balboa el oro entre sus compañeros, después de quintado para el Rey; y como era mucho, alcanzó á todos y aun mas de quinientos castellanos á Leoncillo, perro, hijo de Becerrillo el del Boriquen, que ganaba mas que arcabucero para su amo Balboa; pero bien lo merescia, segun peleaba con los indios. Despachó luego para Castilla en una nao á un Arbolancha de Balboa con cartas para el Rey y para los que entendian en el gobierno de las Indias, y con una muy larga y devota relacion de lo que tenia hecho, y con veinte mil castellanos del quinto, y docientas perlas finas y crescidas; y porque viesen en España la grandeza de las conchas donde se crian las perlas, envió algunas muy grandes. Envió asimesmo el cuero de un tigre macho, atestado de paja, para mostrar la fiereza de algun animal de aquella tierra. Tomaron este tigre los del Antigua en una hoya ó barranca, hecha en el camino por do venia, que no tuvieron otra mejor maña. Habia comido muchos puercos dentro el pueblo, ovejas, vacas, yeguas, y aun los perros que las guardaban. Cayó en el hoyo y lazo. Daba unos aullidos terribles. Quebraba con las manos y boca cuantas lanzas y palos le arrojaban. En fin, murió de arcabuz. Desolláronlo cerrado, y comiéronselo, no sé si por necesidad, ni si por deleite. Parecia la carne de vaca y era de buen sabor. Fueron por el rastro al cubil do criaba. No hallaron la hembra, sino dos cachorrillos, que ataron con cadenas de hierro por el pescuezo, para llevar al Rey después de criados. Mas cuando tornaron por ellos no estaban allí, y estaban las cadenas como las dejaron, de que mucho se maravillaron; porque sacar las cabezas sin soltar las argollas parescia imposible, y despedazarlos la madre, increible. Holgó mucho el Rey Católico con la carta, quinto, presente y relacion de la mar Austral, que tanto la deseaban. Revocó la sentencia dada contra Balboa, é hízolo adelantado del mesmo mar del Sur.

Muerte de Balboa.

Hizo el rey don Fernando gobernador de Castilla de Oro á Pedrarias de Avila, el justador, natural de Segovia, por acuerdo del consejo de Indias; ca demandaban los españoles del Darien justicia y capitan que tuviese poder y cédula real, y era tambien necesario para



poblar y convertir aquella tierra. Estaba entonces Balboa infamado y aborrecido por la informacion y quejas del bachiller Enciso, aunque lo abonaba cuanto podia Zamudio, procurador del Darien; y todos en España estaban mal con aquella tierra de Veragua y Uraba, por haber muerto en ella cerca de mil y quinientos españoles que fueron con Diego de Nicuesa, Alonso de Hojeda, Martin Fernandez de Enciso, Rodrigo de Colmenares y otros. Mas empero con la venida y dicho de Juan de Quicedo y del mesmo Colmenares, fué Balboa muy alabado, y la tierra deseada; y hubo muchos principales caballeros que pidieron al Rey aquella gobernacion y conquista; y si no fuera por Juan Rodriguez de Fonseca, obispo de Búrgos, presidente de Indias, la quitaran al Pedrarias, y la dieran á otro. Y certísimo la dieran al Vasco Nuñez de Balboa, si un poco antes llegara á la corte Arbolancha. Dió pues el Rey á Pedrarias muy cumplidos y lleneros poderes; pagó las naos en que llevase mil hombres que pedia Balboa. Mandóle guardar la instruccion de Hojeda y Nicuesa. Entre muchas cosas otras que le encargó, fué la conversion y buen tratamiento de los indios; que no pasase letrados ni consintiese pleitos; que requiriese mucho y solemnemente á los indios con la paz y amistad antes de hacerles guerra; que siempre diese parte de lo que hubiese de hacer al obispo, clérigos y fraíles que llevaba. Iba por obispo de la Antigua del Darien Juan Cabedo, fraile francisco, predicador del Rey, que fué el primer perlado de tierra firme de Indias y Mundo Nuevo. Partió Pedrarias de Sanlúcar de Barrameda á 14 de mayo del año de 14, con diez y siete naves y mil y quinientos españoles, los mil y docientos á costa del Rey. Si pudieran caber en ellas, se fueran con él otros mil: tanta gente acudió al nombre de Castilla de Oro. Llevó á su mujer doña Isabel de Bobadilla, y por piloto á Juan Vespucio, florentino, y á Juan Serrano, que habia estado ya en Cartagena y Uraba. Llegó á salvamento con toda su armada al Darien á 21 de junio. Salió Balboa una legua á rescibirlo con todos los españoles, cantando *Te Deum laudamus*. Hospedóle, contóle cuanto habia hecho y pasado, de que mucho se maravilló y holgó, por hallar buena parte de tierra pacificada, donde poblar á su placer, y después guerrear con los indios; ca llevaba gana de toparse con ellos, que habia estado en Oran y otras tierras de Berbería; pero no lo hizo tan bien como blasonaba. Informóse bien, y comenzó á poblar en Comagre, Tumanama y Pocorosa. Envió á Juan de Ayora con cuatrocientos españoles á Comagre; el cual, por deseo de oro, aperreó muchos indios de don Cárlos Panquiaco, servidor del Rey, amigo de españoles, á quien se debian las albricias del sur. Despojóle tambien á él, y atormentó ciertos caciques, é hizo otras crueldades y demasías, que causaron rebelion de indios y muerte de muchos españoles; de miedo de lo cual huyó con el despojo en una nao, no sin culpa de Pedrarias, que disimuló. Gonzalo de Badajoz fué al Nombre de Dios con ochenta; el cual y Luis de Mercado, que fué allí dende á poco, se fueron á la otra mar, haciendo lo que dirémos, cuando lleguemos á Panamá. Francisco Becerra fué con ciento y cincuenta compañeros al rio de Dabaiba, y volvió las manos en la cabeza. El capitan Vallejo fué á Caribana con setenta españoles; mas presto se tornó, porque le mataron cuarenta y ocho dellos los caribes flecheros. Bartolomé Hurtado, que fué con buena compañía de españoles á poblar á Acla, pidió indios á Careta, que cristiano se llamó don Fernando, y que servia al Rey por industria de Balboa, y vendióselos después por esclavos. Gaspar de Morales llevó ciento y cincuenta españoles á la mar del Sur, como en su proprio lugar dirémos; y dióse buena maña en la isla de Terarequi á rescatar perlas. Sin estos envió Pedrarias á otros, que poblaron en Santa Marta y en muchas partes. Sucedian las cosas del Gobernador no muy bien, y burlaba dello Balboa, y aun creo que rehusaba su mayoría, como tenia el cargo y título de la mar del Sur. Pedrarias lo apocaba, desminuyendo sus hechos; en fin, que riñeron. Hízolos amigos el obispo Cabedo, y desposóse con hija de Pedrarias, por donde pensaban todos que perseverarian en paz, pues á entrambos así cumplia; mas luego descompadraron de veras. Estaba Balboa en la mar de su adelantamiento para descubrir y conquistar con cuatro carabelejas que labró. Llamóle Pedrarias al Darien. Vino, echólo preso, hízole proceso, condenólo y degollóle con otros cinco españoles. La culpa y acusacion fué, segun testigos juraron, que habia dicho á sus trecientos soldados se apartasen de la obediencia y soberbia del Gobernador, y se fuesen donde viviesen libres y señores; y si alguno los quisiese enojar, que se defendiesen. Balboa lo negó y lo juró, y es de creer, ca si temiera, no se dejara prender ni pareciera delante del Gobernador, aunque mas su suegro fuera. Juntósele con esto la muerte de Diego de Nicuesa y sus sesenta compañeros, la prision del bachiller Enciso, y que era bandolero, revoltoso, cruel y malo para indios. Por cierto, si no hubo otras causas en secreto, sino estas públicas, á sinrazon le mató. Así acabó Vasco Nuñez de Balboa, descubridor de la mar del Sur, de donde tantas perlas, oro, plata y otras riquezas se han traido á España; hombre que hizo muy grandes servicios á su rey. Era de Badajoz, y á lo que dicen, rufian ó esgrimidor. En el Darien se hizo cabeza de bando, y por su propria auctoridad; anduvo muy devoto en las guerras; fué amado de soldados, y así, les pesó de su temprana muerte, y aun lo echaron menos. Aborrecian á Pedrarias los soldados viejos, y en Castilla fué reprehendido, y poco á poco removido del gobierno, bien que lo suplicaba él sintiendo disfavor. Pobló Pedrarias el Nombre de Dios y á Panamá. Abrió el camino que van de un lugar á otro, con gran fatiga y maña, por ser de montes muy espesos y peñas. Habia infinitos leones, tigres, osos y onzas, á lo que cuentan, y tanta multitud de monas de diversa hechura y tamaño, que alegres cocaban, y enojadas gritaban de tal manera, que ensordecian los trabajadores. Subian piedras á los árboles y tiraban al que llegaba; y una quebró los dientes á un ballestero, mas cayó muerta; que acertaron á soltar á un tiempo ella la piedra y él la saeta. Santa Marta, de la Antigua del Darien, fué poblada por el bachiller Enciso, alcalde mayor de Hojeda, con voto que hizo dello si venciese á Cemaco, señor de aquel rio. Despoblóse, por ser muy enfermo, húmedo y caliente, tal, que en regando la casa se hacian sapillos;

falto de mantenimientos, subjecto á tigres y á otros animales dañosos y bravos. Poníanse los españoles de color de tericia ó mal amarillo, aunque tambien toman esta color en toda la Tierra-Firme y Perú. Puede ser que del deseo que tienen al oro en el corazon se les haga en la cara y cuerpo aquel color. No es buena tierra para sembrar; que hay aguaceros y vienen muchos diluvios y avenidas, que anegan lo sembrado. Caen muchos rayos y queman las casas y matan los moradores. Envió el emperador don Cárlos sucesor á Pedrarias, y fué Lope de Sosa, de Córdoba, que á la sazon era gobernador en Canaria; el cual murió en llegando al Darien, año de 20. Fué tras él Pedro de los Rios, tambien de Córdoba, y fuése Pedrarias á Nicaragua. El licenciado Antonio de la Gama fué á tomarle residencia. Proveyeron de gobernador á Francisco de Barrionuevo, un caballero de Soria, que fué soldado en el Boriquen y capitan en la Española contra el cacique don Enrique. Luego fué el licenciado Pero Vazquez, y después el doctor Robles, que administró justicia derechamente; que hasta él poca hubo.

Frutas y otras cosas que hay en el Darien.

Hay árboles de fruta muchos y buenos, como son mamais, guanabanos, hobos y guaiabos. Mamai es un hermoso árbol, verde como nogal, alto y copado, pero algo ahusado como ciprés, tiene la hoja mas larga que ancha, y la madera fofa. Su fruta es redonda y grande, sabe como durazno, paresce carne de membrillo, cria tres, cuatro y mas cuescos juntos como pepitas, que amargan mucho. Guanabo es alto y gentil árbol, y la fruta que lleva es como la cabeza de un hombre; señala unas escamas como piñas, pero llanas y lisas y de corteza delgada; lo de dentro es blanco y correoso como manjar blanco, aunque se deshace luego en la boca, como nata; es sabrosa y buena de comer, sino que tiene muchas pepitas leonadas por toda ella, como badeas, que algo enojan al mascar; es fria y por eso la comen mucho en tiempo caloroso. Hobo es tambien árbol grande, fresco, sano, de sombra; y así, duermen los indios y aun españoles debajo dél, antes que de otros ningunos. De los cogollos hacen agua muy olorosa para piernas y para afeitar, y de la corteza aprieta mucho la carne y cuero; por lo cual se bañan con ella; y aun los caminantes se lavan los piés por ello, y aun porque quita el cansancio. Sale de la raíz, si la cortan, mucha agua y buena de beber. La fruta es amarilla, pequeña y de cuesco como ciruela; tiene poquita carne y mucho hueso; es sana y digestible, mas dañosa para los dientes, por hilillos que tiene. Guayabo es árbol pequeño, de buena sombra y madera; envejece presto. Tiene la hoja laurel, pero mas gorda y ancha. La flor paresce algo de naranjo, y huele mejor que la de jazmin. Hay muchas diferencias de guayabos, y por consiguiente de la fruta, que es como camuesa. Unas son redondas, otras largas, mas todas verdes por de fuera, con unas coronillas como níspolas. Dentro son blancas ó rosadas, y de cuatro cuartos, como nuez, con muchos granillos en cada uno. Sazonadas son buenas, aunque agrillas; verdes restriñen como servas; maduras pierden color y sabor; y crian muchos gusanos; hay palmas de ocho ó diez maneras; las mas llevan dátiles como huevos, pero de grandes huesos. Son agretes para comer, mas sacan razonables vinos. Hacen los indios lanzas y flechas de palma, por ser tan recias, que sin hender, ni remachar, ni les poner pedernal, entran mucho. Palmas hay que parescen en el tronco cañas de cebollas, mas gordo en medio que á los extremos, en el cual, como es madera floja, anida el pito picando con el pico. Es un pájaro como zorzal, barreado al través, una barra verde y otra negra, que declina en amarillo. Tiene colorado el cogote y algunas plumas de la cola. Españoles lo llaman carpintero; no es mucho ser el pico de quien Plinio cuenta que cava y anida en lo macizo de los árboles; y que, viendo atapado el agujero de su nido, trae cierta yerba, que puesta sobre la piedra ó cuña, la hace saltar por fuerza de su virtud. Otros dicen que el mesmo pito tiene tal propiedad, que cae luego el cuño ó clavo del agujero en tocándole. Hay muchos papagayos y de muchos tamaños, grandísimos y chicos como pájaros, verdes, azules, negros, colorados y manchados, que parescen remendados. Tienen lindo parescer, gorjean mucho, y son de comer. Hay muchos gallipavos caseros y monteses, que tienen grandes papos ó barbas, como gallos, y las mudan de muchas colores. Morciélagos hay tamaños como gangas, que muerden reciamente á prima noche; matan los gallos, que pican en la cresta, y aun dicen que hombres. El remedio es lavar la llaga con agua de la mar ó darle algun boton de fuego. Hay muchas garrapatas y chinches con alas, lagartos de agua ó crocodillos, que comen hombres, perros y toda cosa viva. Puercos derrabados, gatos rabudos, y los animales que enseñan á sus hijos para correr. Vacas mochas y que siendo patihendidas, parescen mulas, con grandes orejas, y tienen, á lo que dicen, una trompilla como elefante. Son pardas y buena carne. Hay onzas, si lo son las que así llaman españoles, y tigres muy grandes, animal fiero y carnicero si lo enojan; pero de otra manera es medroso y pesado en correr. Los leones no son tan bravos como los pintan, ca muchos españoles los han esperado y muerto en el campo uno á uno, y los indios tenian á sus puertas muchas cabezas y pieles dellos por valentía y grandeza.

Costumbres de los del Darien.

Son los indios del Darien y de toda la costa del golfo de Uraba y Nombre de Dios, de color entre leonado y amarillo, aunque, como dije, se hallaron en Cuareca negros como de Guinea. Tienen buena estatura, pocas barbas y pelos fuera de la cabeza y cejas, en especial las mujeres. Dicen que se los quitan y matan con cierta yerba y polvos de unas como hormigas; andan desnudos en general, principalmente las cabezas. Traen metido lo suyo en un caracol, caña ó cañuto de oro, y los compañeros de fuera. Los señores y principales visten mantas de algodon, á fuer de gitanas, blancas y de color. Las mujeres se cubren de la cinta á la rodilla, y si son nobles hasta el pié. Y estas tales traen por las tetas unas barras de oro, que pesan algunas docientos pesos, y que están primamente labradas de flores, peces, pájaras y otras cosas relevadas. Traen

ellas, y aun ellos, cercillos en las orejas, anillos en las narices y bezotes en los bezos. Casan los señores con cuantas quieren, los otros con una ó con dos, y aquella, no hermana ni madre ni hija. No las quieren extranjeras ni desiguales. Dejan, truecan y aun venden sus mujeres, especial si no paren; empero es el divorcio y apartamiento estando ella con su camisa, por la sospecha del preñado. Son ellos celosos, y ellas buenas de su cuerpo, segun dicen algunos. Tienen mancebías públicas de mujeres, y aun de hombres en muchos cabos, que visten y sirven como hembras sin les ser afrenta, antes se excusan por ello, queriendo, de irá la guerra. Las mozas que yerran, echan la criatura con yerbas que para ello comen, sin castigo ni vergüenza. Múdanse como alárabes, y esta debe de ser la causa de haber chicos pueblos. Andan los señores en mantas á hombros de sus esclavos, como en andas; son muy acatados; ultrajan mucho los vasallos; hacen guerra justa é injustamente sobre acrecentar su señorío. Consultan las guerras los señores y sacerdotes sobre bien borrachos ó encalabriados con humo de cierta yerba. Van muchas veces con los maridos á pelear las mujeres, que tambien saben tirar de un arco, aunque mas deben ir para servicio y deleite. Todos se pintan en la guerra, unos de negro y otros de colorado como carmesí. Los esclavos de la boca arriba, y los libres de allí abajo. Si caminando se cansan, jásanse de las pantorrillas con lancetas de piedra, con cañas ó colmillos de culebras, ó lábanse con agua de la corteza del hobo. Las armas que tienen son arco y flechas, lanzas de veinte palmos, dardos con amiento, cañas con lengua de palo, hueso de animal ó espina de peces, que mucho enconan la herida, porras y rodelas; casquetes no los han menester, que tienen las cabezas tan recias, que se rompe la espada dando en ellas; y por eso ni les tiran cuchilladas ni se dejan topetar. Llevan en ellas grandes penachos por gentileza. Usan atabales para tocar al arma y ordenanza, y unos caracoles que suenan mucho. El herido en la guerra es hidalgo y goza de grandes franquezas. No hay espía que descubra el secreto, por mas tormentos que le dén. Al captivo de guerra señalan en la cara, y le sacan un diente de los delanteros. Son inclinados á juegos y hurtos; son muy haraganes. Algunos tratan yendo é veniendo á ferias. Truecan una cosa por otra, que no tienen moneda. Venden las mujeres y los hijos. Son grandes pescadores de red todos los que alcanzan rio y mar; ca se mantienen así sin trabajo y con abundancia. Nadan mucho y bien, hombres y mujeres. Acostumbran á lavarse dos ó tres veces al dia, especial ellas, que van por agua; ca de otra manera hederian á sobaquina, segun ellas confiesan. Los bailes que usan son areitos, y los juegos pelota. La medicina está en los sacerdotes, como la religion; por lo cual, y porque hablan con el diablo, son en mucho tenidos. Creen que hay un Dios en el cielo, pero que es el sol, y que tiene por mujer á la luna; y así, adoran mucho estos dos planetas. Tienen en mucho al diablo, adóranle y píntanle como se les aparece, y por esto hay muchas figuras suyas. Su ofrenda es pan, humo, frutas y flores, con gran devocion. El mayor delito es hurto, y cada uno puede castigar al ladrón que hurta maíz, cortándole los brazos y echándoselos al cuello. Concluyen los pleitos en tres dias, y hay justicia ejecutoria. Entiérranse generalmente todos, aunque en algunas tierras, como la de Comagre, desecan los cuerpos de los reyes y señores al fuego poco á poco hasta consumir la carne. Asanlos, en fin, después de muertos, y aquello es embalsamar. Dicen que duran así mucho; atavíanlos muy bien de ropa, oro, piedras y pluma; guárdanlos en los oratorios de palacio colgados ó arrimados á las paredes. Hay agora pocos indios, y aquellos son cristianos. La culpa de su muerte cargan á los gobernadores, y la crueldad á los pobladores, soldados, y capitanes.

Cenu.

Cenu es rio, lugar y puerto grande y seguro. El pueblo está diez leguas de la mar; hay en él mucha contratacion de sal y pesca. Gentil platería de indios. Labran de vaciadizo y doran con yerba. Cogen oro en do quieren, y cuando llueve mucho paran redes muy menudas en aquel rio y en otros, y á las veces pescan granos como huevos, de oro puro. Descubriólo Rodrigo de Bastidas, como dije, el año de 2. Juan de la Cosa entró en él dos años después, y en el año de 9 aconteció lo siguiente al bachiller Enciso, yendo tras Alonso de Hojeda; el cual echó gente allí para rescatar con los naturales, y tomar lengua y muestra de la riqueza de aquella tierra. Vinieron luego muchos indios armados con dos capitanes en son de pelear. Enciso hizo señas de paz, y hablóles por una lengua que Francisco Pizarro llevaba de Uraba, diciendo cómo él y aquellos sus compañeros eran cristianos españoles, hombres pacíficos, y que habiendo navegado mucha mar y tiempo, traian necesidad de vituallas y oro. Por tanto, que les rogaba se lo diesen á trueco de otras cosas de mucho precio, y que nunca ellos las habian visto tales. Respondieron que bien podia ser que fuesen hombres de paz, pero que no traian tal aire; que se fuesen luego de su tierra, ca ellos no sufrian cosquillas, ni las demasías que los extranjeros con armas suelen hacer en tierras ajenas. Replicóles entonces él que no se podia ir sin les decir primero á lo que venia. Hízoles un largo sermon, que tocaba su conversion á la fe y baptismo, muy fundado en un solo Dios, criador del cielo y de la tierra y de los hombres; y al cabo dijo cómo el santo padre de Roma, vicario de Jesucristo en toda la redondez de la tierra, que tenia mando absoluto sobre las almas y la religion, habia dado aquellas tierras al muy poderoso rey de Castilla, su señor, y que iba él á tomar la posesion dellas; pero que no les echaria de allí, si querian ser cristianos y vasallos de tan soberano príncipe, con algun tributo de oro que cada un año le diesen. Ellos dijeron á esto, sonriéndose, que les parecía bien lo de un Dios, mas que no querian disputar, ni dejar su religion; que debia ser muy franco de lo ajeno el Padre Santo, ó revoltoso, pues daba lo que no era suyo; y el Rey, que era algun pobre, pues pidia, y algun atrevido, que amenazaba á quien no conocia; y que llegase á tomarles su tierra, y porníanle la cabeza en un palo á par de otros muchos enemigos suyos, que le mostraron con el dedo junto al lugar. Requirióles otra y muchas veces que lo recibiesen con las condiciones sobredichas, si no, que los mataria ó prenderia por escla-

vos para vender. Pelearon por abreviar, y aunque murieron dos españoles con flechas enhervoladas, mataron muchos, saquearon el lugar y captivaron muchas personas. Hallaron por las casas muchas canastas y espuertas de palma llenas de cangrejos, caracoles sin cáscara, cigarras, grillos, langostas de las que destruyen los panes, secas y saladas, para llevar mercaderes la tierra adentro, y traer oro, esclavos y cosas de que carecen.

Cartagena.

Juan de la Cosa, vecino de Santa María del Puerto, piloto de Rodrigo de Bastidas, armó el año de 4 cuatro carabelas con ayuda de Juan de Ledesma, de Sevilla, y de otros, y con licencia del Rey, porque se ofreció á domar los caribes de aquella tierra. Fué pues á desembarcar á Cartagena, y creo que halló allí al capitan Luis Guerra, y entrambos hicieron la guerra y mal que pudieron; saltearon la isla de Codego, que cae á la boca del puerto. Tomaron seiscientas personas, discurrieron por la costa, pensando rescatar oro, entraron en el golfo de Uraba, y en un arenal halló Juan de la Cosa oro, que fué lo primero que de allí se presentó al Rey. Llevaban muy llenos de gente los navíos, dieron vuelta á Santo Domingo, que ni hallaban rescate ni mantenimiento. Alonso de Hojeda fué allá dos veces, y la postrera le mataron setenta españoles; y él, como ya estaban dados los caribes por esclavos, cogió la gente, oro y ropa que pudo. Pedro de Heredia, natural de Madrid, pasó á Cartagena por gobernador, el año de 32, con cien españoles y cuarenta caballos, en tres carabelas bien artilladas y bastecidas. Pobló y conquistó; mató indios y matáronle españoles en el tiempo que gobernó. Tuvo émulos y pecados, por donde vinieron á España él y un su hermano presos; y anduvieron fatigados muchos años tras el consejo de Indias en Valladolid, Madrid y Aranda de Duero. Nombráronla así los primeros descobridores, porque tiene una isla en el puerto como nuestra Cartagena, aunque mayor, y que se dice Codego. Es larga dos leguas, y ancha media. Estaba muy poblada de pescadores cuando los capitanes Cristóbal y Luis Guerra y Juan de la Cosa la saltearon. Los hombres y mujeres desta tierra son mas altos y hermosos que isleños. Andan desnudos como nacen, aunque se cubren ellas la natura con una tira de algodon, y usan cabellos largos. Traen cercillos de oro, y en las muñecas y tobillos cuentas, y un palillo de oro atravesado por las narices, y sobre las tetas bronchas. Ellos se cortan el cabello encima de las orejas, no crian barbas, aunque hay hombres barbados en algunas partes. Son valientes y belicosos. Précianse mucho del arco; tiran siempre con yerba al enemigo y á la caza. Pelea tambien la mujer como el hombre. Una tomó presa el bachiller Enciso, que siendo de veinte años, habia muerto ocho cristianos. En Chimitao van las mujeres á la guerra con huso y rueca; comen los enemigos que matan, y aun hay muchos que compran esclavos para comérselos. Entiérranse con mucho oro, pluma y cosas ricas, sepultura se halló en tiempo de Pedro de Heredia que tuvo veinte y cinco mil pesos de oro. Hay mucho cobre, oro no tanto, ca lo traen de otras partes por rescate y trueco de cosas. Los indios que hay son cristianos, tienen su obispo.

Santa Marta.

Rodrigo de Bastidas, que descubrió á Santa Marta, la gobernó tambien; fué á eso el año de 24, pobló y conquistó buenamente, que le costó la vida; ca se enojaron dél los soldados en Tarbo, pueblo rico, porque no se lo dejó robar. Enojados pues y descontentos, murmuraban dél terriblemente, diciendo que queria mas para los indios que para ellos; entró ambicion en Pedro de Villafuerte, nacido en Ecija, á quien Bastidas honraba mucho y procuraba de levantar, y á quien confiaba sus secretos y hacienda; el cual pensaba que muriendo Bastidas, se quedaria él por gobernador, pues tenia la mano en los negocios, así de guerra como de justicia, por la gota y otros males de Bastidas. Con este pensamiento tentó á ciertos soldados, y como los halló aparejados para seguir su voluntad, propuso de matarlo. Juramentóse con cincuenta españoles, de los cuales eran los principales Montesinos de Librija, Montalvo de Guadalajara y un Porras; fué con ellos una noche á casa del gobernador Bastidas, y dióle cinco puñaladas en su propia cama, estando durmiendo, de que al cabo murió. Después fueron gobernadores los adelantados de Tenerife, don Pedro de Lugo y su hijo don Alonso Luis de Lugo, que se hubo en la provincia como suelen codiciosos. Alonso de Hojeda pacificó al cacique Jabaro mucho antes que fuese á Uraba, al cual robó Cristóbal Guerra, á quien después mataron indios. Yendo Pedrarias de Avila por gobernador al Darien, quiso tomar puerto, tierra y lengua aquí. Juntó los navíos á la costa por asegurar la gente que salia en los bateles, acudieron muchos indios á la marina con armas para defender la tierra escarmentados de semejantes navíos y hombres, ó arregostados á la carne de cristianos. Comenzaron á chiflar y tirar flechas, piedras y varas á las naos; encendidos en ello, entraban en el agua hasta la cinta; muchos descargaron sus carcajes nadando: tanta es su braveza y ánimo. Empavesáronse muy bien los nuestros, por miedo de la yerba, y aun con todo eso fueron heridos dos españoles, que después murieron dello; jugaron en los indios la artillería, con que hicieron mas miedo que daño, ca pensaban que de las naos salian truenos y relámpagos como de nubes. Tuvo Pedrarias consejo si saldrian á tierra ó á la mar; hubo diversos pareceres. Al fin pudo mas la honrada vergüenza que la sabia cobardía; salieron á tierra, echaron de la marina á los indios, y luego ganaron el pueblo y mucha ropa, oro, niños y mujeres. Cerca de Santa Marta es Gaira, donde mataron cincuenta y cinco españoles á Rodrigo de Colmenares. Hay en Santa Marta mucho oro y cobre que doran con cierta yerba majada y esprimida; fregan el cobre con ella y sácanlo al fuego: tanto mas color toma cuanto mas yerba le dan, y es tan fino, que engañó muchos españoles al principio. Hay ámbar, jaspe, calcidonias, zafis, esmeraldas y perlas; la tierra es fértil y de regadío, multiplica mucho el maíz, la yuca, las batatas y ajes. La yuca que en Cuba, Haiti y las otras islas es mortal estando cruda, aquí es sana; cómenla cruda, asada, cocida, en cazuela ó potajes, y como quiera es de buen sabor; es planta, y no simiente; hacen unos montones de tierra grandes y en hila, como cepas de viñas. Hincan en cada uno dellos los palos de yuca que les parece, dejando la

mitad fuera; prenden estos palos, y lo que cubre la tierra hácese como nabo galiciano, y es el fruto lo que no cubre; crece un estado, mas ó menos. La caña es maciza, gorda y ñudosa, pardisca, la hoja es verde y que parece de cáñamo; es trabajosa de sembrar y escardar, pero segura y cierta, por ser raíz; tarda un año á venir, y si la dejan dos es mejor; los ajes y batatas son casi una misma cosa en talle y sabor, aunque las batatas son mas dulces y delicadas. Plántanse las batatas como la yuca, pero no crecen así; ca la rama no se levanta del suelo mas que la de rubia, y echa la hoja á manera de yedra; tardan medio año á sazonarse para ser buenas; saben á castañas con azúcar ó á mazapan; hay muy gran ejercicio de pescar con redes y de tejer algodon y pluma; por causa destos dos oficios se hacian gentiles mercados. Précianse de tener sus casas bien aderezadas con esteras de junco y palma, teñidas ó pintadas; paramentos de algodon y oro y aljófar, de que mucho se maravillaron nuestros españoles; cuelgan en las puntas de las camas sartas de caracoles marinos para que suenen. Los caracoles son de muchas maneras y gentiles, muy grandes y mas resplandecientes y finos que nácar. Van desnudos, pero cubren lo suyo en unos como embudos de calabaza ó canutillos de oro; ellas se ciñen unos delantales; las señoras traen en las cabezas unas como diademas de pluma grandes, de las cuales cuelgan por las espaldas un chia hasta medio cuerpo. Parecen muy bien con ellas, y mayores de lo que son, y por eso dicen que son dispuestas y hermosas; no son menores las indias que las mujeres de acá, sino que como no traen chapines de á palmo ni de palmo y medio como ellas, ni aun zapatos, parecen chicas. La obra de las diademas tiene arte y primor; las plumas son de tantas colores y tan vivas, que atraen mucho la vista; muchos hombres visten camisetas estrechas, cortas y con medias mangas. Ciñen faldillas hasta los tobillos, y atan al pecho unas capitas. Son muy putos y précianse dello; ca en los sartales que traen al cuello ponen por joyel al dios Priapo, y dos hombres uno sobre otro por detrás, relevados de oro: tal pieza de aquestas hay que pesa treinta castellanos. En Zamba, que los indios dicen Nao, y en Gaira, crian los putos cabello y atapan sus vergüenzas como mujeres, que los otros traen coronas como frailes; y así, los llaman coronados; las que guardan virginidad allí siguen mucho la guerra con arco y aljaba; van á caza solas y pueden matar sin pena al que se lo pide. Caponan los niños porque enternezcan para comer; son estos de Santa Marta caribes, comen carne humana, fresca y cecinada, hincan las cabezas de los que matan y sacrifican, á las puertas por memoria, y traen los dientes al cuello (como sacamuelas) por bravosidad, y cierto ellos son bravos, belicosos y crueles; ponen por hierro en las flechas hueso de raya, que de suyo es enconado, y úntanlo con zumo de manzanas ponzoñosas ó con otra yerba, hecha de muchas cosas, que hiriendo mata. Son aquellas manzanas del tamaño y color que nuestras magrillas; si algun hombre, perro ó cualquier otro animal come dellas, se les vuelven gusanos, los cuales en brevísimo tiempo crecen mucho y comen las entrañas sin que haya remedio, á lo menos muy poco; el árbol que las produce es grande, comun, y de tan pestilencial sombra, que luego duele la cabeza al que se pone á ella. Si mucho se detiene allí, hínchasele la cara y túrbasele la vista, y si duerme, ciega; morian, y aun rabiando, los españoles heridos della, como no sabian ningun remedio, aunque algunos sanaban con cauterios de fuego y agua de mar. Los indios tienen otra yerba que con el zumo de su raíz remedia la ponzoña desta fruta y restituye la vista y cura todo mal de ojos. Esta yerba que hay en Cartagena, dicen que es la hipérbaton con que Alejandro sanó á Ptolomeo, y poco há se conoció en Cataluña por industria de un esclavo moro, y la llaman escorzonera.

Descubrimiento de las esmeraldas.

Para ir á la nueva Granada entran por el rio que llaman Grande, diez ó doce leguas de Santa Marta al poniente. Estando en Santa Marta el licenciado Gonzalo Jimenez, teniente por el adelantado don Pedro de Lugo, gobernador de aquella provincia, subió el rio Grande arriba por descubrir y conquistar en una tierra que nombró Sant Gregorio. Diéronle ciertas esmeraldas; preguntó de dónde las habian, y fuése al rastro dellas; subió mas arriba, y en el valle de los alcázares, se topó con el rey Bogotá, hombre avisado, que por echar de su tierra los españoles, viéndolos codiciosos y atrevidos, dió al licenciado Jimenez muchas cosas de oro, y le dijo cómo las esmeraldas que buscaba estaban en tierra y señorío de Tunja. Tenia Bogotá cuatrocientas mujeres, y cada uno de su reino podia tomar cuantas pudiese tener, pero no habian de ser parientas; todas se habian muy bien, que no hacian poco. Era Bogotá muy acatado, ca le volvian las espaldas por no le mirar á la cara, y cuando escupia se hincaban de rodillas los mas principales caballeros á tomar la saliva en unas tohallas de algodon muy blancas, porque no tocase á tierra cosa de tan gran príncipe; allí son mas pacíficos que guerreros, aunque tenian guerra muchas veces con los panches. No tienen yerba ni muchas armas, justifícanse mucho en la guerra que toman, piden respuesta del succeso della á sus ídolos y dioses, pelean de tropel, guardan las cabezas de los que prenden; idolatran reciamente, especial en bosques; adoran el sol sobre todas las cosas; sacrifican aves, queman esmeraldas y sahuman los ídolos con yerbas. Tienen oráculos de dioses, á quien piden consejo y respuesta para las guerras, temporales, dolencias, casamientos y tales cosas; pónense para esto por las coyunturas del cuerpo unas yerbas que llaman *jop* y *osca*, y toman el humo. Tienen dieta dos meses al año, como cuaresma, en los cuales no pueden tocar á mujer ni comer sal; hay unos como monesterios donde muchas mozas y mozos se encierran ciertos años. Castigan recio los pecados públicos, hurtar, matar y sodomía, que no consienten putos; azotan, desorejan, desnarigan, ahorcan, y á los nobles y honrados cortan el cabello por castigo, ó rásganles las mangas de las camisetas; visten sobre las camisetas ropas que ciñen, pintadas de pincel. Traen en las cabezas, ellas guirlandas, y los caballeros cofias de red ó bonetes de algodon; traen cercillos y otras joyas por muchas partes del cuerpo; mas han primero de estar en monesterio. Heredan los hermanos y sobrinos, y no los

hijos; entiérranse los bogotás en ataudes de oro; partió Jimenez de Bogotá, pasó por tierra de Conzota, que llamó valle del Espíritu Santo; fué á Turmeque, y nombróle valle de la Trompeta; de allí á otro valle, dicho Sant Juan, y en su lenguaje Tenesucha. Habló con el señor Somondoco, cuya es la mina ó cantera de las esmeraldas: fué allá, que hay siete leguas, y sacó muchas. El monte donde está el minero de las esmeraldas es alto, raso, pelado, y á cinco grados de la Equinocial á nosotros. Los indios para sacarlas hacen primero ciertos encantes y hechizos por saber cuál es buena veta; vinieron á monton para sacar el quinto y repartir mil y ochocientas esmeraldas, entre grandes y pequeñas, que las comidas y hurtadas no se contaron; riqueza nueva y admirable, y que jamás se vió tanta ni tan fina piedra junta. Otras muy muchas se han hallado después acá por aquella tierra ,empero este fué el principio; cuyo hallazgo y honra se debe á este letrado Jimenez: notaron mucho los españoles que, habiendo tal bendicion de Dios en lo alto de aquel serrejon, fuese tan estéril tierra, y en lo llano que criasen los moradores hormigas para comer, y tan simples los hombres, que no saliesen á trocar aquellas ricas piedras por pan; creo que indios se dan poco por piedras. Tambien hubo el licenciado Jimenez en este viaje, que fué de poco tiempo, trecientos mil ducados en oro; ganó asimesmo muchos señores por amigos, que se ofrecieron al servicio y obediencia del Emperador. Las costumbres, religion, traje y armas de lo que llaman Nueva-Granada son como en Bogotá, aunque algunas gentes se diferencian: los panches, enemigos de bogotás, usan paveses grandes y livianos, tiran flechas como caribes, comen todos los hombres que captivan, después y antes de sacrificados, en venganza; puestos en guerra, nunca quieren paz ni concierto, y si les cumple, sus mujeres la piden, que no pierden ánimo ni honra, como perderian ellos. Llevan sus ídolos á la guerra por devocion ó esfuerzo; cuando se los tomaban españoles, pensaban que lo hacian de devotos, y era por ser de oro y por quebrallos; de que mucho se entristecian. Sepúltanse los de Tunja con mucho oro; y así, habia ricos enterramientos; las palabras del matrimonio es el dote en mueble; que raíces no dan, ni guardan mucho parentesco. Llevan á la guerra hombres muertos que fueron valientes, para animarse con ellos, y por ejemplo que no han de huir mas que ellos, ni dejarlos en poder del enemigo; los tales cuerpos están sin carne, con sola el armadura de los huesos asidos por las coyunturas. Si son vencidos, lloran y piden perdon al sol de la injusta guerra que comenzaron; si vencen, hacen grandes alegrías, sacrifican los niños, captivan las mujeres, matan los hombres aunque se rindan, sacan los ojos al señor ó capitan que prenden, y hácenle mil ultrajes. Adoran muchas cosas, y principalmente al sol y luna; ofrecen tierra, haciendo primero della ciertas cerimonias y vueltas con la mano; los sahumerios son de yerbas, y á revuelta dellas queman oro y esmeraldas, que es su devoto sacrificio; sacrifican tambien aves para rosciar los ídolos con la sangre. Lo santo es sacrificar en tiempo de guerra hombres captivos en ella, ó esclavos comprados y traidos de léjos tierras; atan los malhechores á dos palos por piés, brazos y cabellos; hay guerras sobre caza; dicen que hay tierra donde las mujeres reinan y mandan; no miran al sol, por acato, ni al señor. Reprehendian mucho á los españoles, que miraban de hito á su capitan. Ciento y cincuenta leguas el rio arriba hacen sal de raspaduras de palma y orinas de hombre, y es la gente de Indias que menos sin voces y ruido compran y venden. Es tierra que ni enfada la ropa ni la lumbre, aunque está cerca de la tórrida zona; el año de 47 puso el Emperador chancillería en la Nueva-Granada como está en la vieja, de solos cuatro oidores.

Venezuela.

Todo lo que hay del cabo de la Vela al golfo de la Paria descubrió Cristóbal Colon en el año 1498. Caen en esta costa Venezuela, Curiana, Chiribichi y Cumaná y otros muchos rios é puertos. El primer gobernador que pasó á Venezuela fué Ambrosio de Alfinger, aleman, en nombre de los Belzares, mercaderes riquísimos á quien el Emperador empeñó esta tierra; fué año de 28. Hizo algunas entradas con los que llevó, conquistó muchos indios, y al fin murió de un flechazo con yerba que le dieron caribes por la garganta ,y los suyos vinieron á tanta hambre, que comieron perros y tres indios. Sucedióle Jorge Spira, tambien aleman, y que fué allá el año de 35; la reina doña Isabel no consentia pasar á Indias, sino á gran importunacion, hombre que no fuese su vasallo. El Rey Católico dejó ir allá, después que murió ella, á los suyos de los reinos de Aragon; el Emperador abrió la puerta á los alemanes y extranjeros en el concierto que hizo con la compañía destos Belzares, aunque agora mucho cuidado y rigor se tiene para que no vayan ni vivan en las Indias sino españoles. Venezuela es obispado, y la silla está en Coro; el primer obispo fué Rodrigo de Bastidas ,y no el descubridor. Díjose Venezuela porque está edificada dentro en agua sobre peña llana, y en un lago que llaman Maracaibo, y los españoles, de Nuestra Señora; son las mujeres mas gentiles que sus vecinas, píntanse pecho y brazos, van desnudas, cúbrenselo con un hilo; esles vergüenza si no lo traen, y si alguno se lo quita, las injuria. Las doncellas se conocen en el color y tamaño del cordel, y traello así es señal certísima de virginidad; en el cabo de la Vela traen por la horcajadura una lista de algodon no mas ancha que un jeme; en Tarare usan sayas hasta en piés con capillas; son tejidas en una pieza, que no llevan costura ninguna; ellos en general meten lo suyo en cañutillos, y los enotos atan la capilla por cubrir la cabeza. Hay muchos sodométicos que no les falta para ser del todo mujer, sino tetas y parir; adoran ídolos, pintan al diablo como le hablan y ven, tambien se pintan todos ellos el cuerpo, y el que vence, prende ó mata ó otro, ora sea en guerra, ora en desafío, con que á traicion no sea, se pinta un brazo por la primera vez, la otra los pechos, y la tercera con un verdugo de los ojos á las orejas, y esta es su caballería. Sus armas son flechas con yerba, lanzas de á veinte y cinco palmos, cuchillos de caña, porras, hondas, adargas muy grandes de corteza y cuero. Los sacerdotes son médicos; preguntan al enfermo si cree que lo pueden ellos sanar, traen la mano por el dolor, llaga ó postema, rig-

tan y chupan con una paja; si no sana, echan la culpa al paciente ó á los dioses (que así hacen todos los médicos). Lloran de noche al señor que muere; el lloro es cantar sus proezas : tuéstanlo, muélenlo, y echado en vino, se lo beben, y esto es gran honra; en Zompachai entierran los señores con mucho oro, piedras y perlas, y sobre la sepultura hincan cuatro palos en cuadro, emparaméntanlos, y cuelgan allí dentro armas, plumajes y muchas cosas de comer y beber. En Maracaibo hay casas sobre postes en agua, que pasan barcos por debajo; allí aprendió Francisco Martin á curar con humo, soplos y bramidos.

El descubrimiento de las perlas.

Antes que mas adelante pasemos, pues hay perlas en mas de cuatrocientas leguas de costa que ponen del cabo de la Vela al golfo de Paria, es bien decir quién las descubrió. En el viaje tercero que Cristóbal Colon hizo á Indias, año de 1498, ó (segun algunos) 7, llegó á la isla Cubagua, que llamó de Perlas. Envió un batel con ciertos marineros á tomar una barca de pescadores, para saber qué pescaban y qué gente eran. Los marineros siguieron la barca, que de miedo, habiendo visto aquellos grandes navíos, huia. No la pudieron alcanzar. Llegaron á tierra, donde los indios pararon su barca y aguardaron. No se alteraron ni llamaron gente, antes mostraron alegría de ver hombres barbados y vestidos á la marinesca. Un marinero quebró un plato de Málaga, y salió á rescatar con ellos y á mirar la pesca, porque vió entre ellos una mujer con gargantillas de aljófar al cuello. Hubo á trueco del plato (que otra cosa no sacó) ciertos hilos de aljófar blanco y granado, con que se tornaron á las naos muy alegres. Colon, por certificarse mas y mejor, mandó ir otros con cascabeles, agujas, tijeras y cascos de aquel mesmo barro valenciano, pues lo querian y preciaban. Fueron pues, y trajeron mas de seis marcos de aljófar menudo y grueso con muchas buenas perlas entre ello. «Dígovos que estáis, dijo Colon entonces á los españoles, en la mas rica tierra del mundo : demos gracias al Señor.» Maravillóse de ser tan crecido todo aquel aljófar, ca de ver tanto no cabia de placer. Entendió que los indios no hacian caso de lo muy menudo por tener harto de lo granado, ó por no saber agujerarlo. Dejó Colon la isla y acercóse á tierra, que andaba mucha gente por la marina, para ver si habia tambien allá perlas. Estaba la costa cubierta de hombres, mujeres y niños que salian á mirar los navíos, cosa para ellos extraña. El señor de Cumaná, que ansí llamaban aquella tierra y rio, envió á rogar al capitan de la flota que desembarcase y seria bien recebido. Mas él, aunque hacian gestos de amor los mensajeros, no quiso ir, temiendo alguna zalagarda, ó porque los suyos no se quedasen allí si habia tantas perlas como en Cubagua. Tornaron luego muchos indios á las naos; entraron en ellas, y quedaron espantados de los vestidos, espadas y barbas de los españoles; de los tiros, jarcias y obras muertas de las naos, y aun los nuestros se santiguaron y gozaron en ver que todos aquellos indios traian perlas al cuello y muñecas. Colon les demandaba por señas donde las pescaban. Ellos señalaban con el dedo la isla y la costa. Envió entonces Colon á tierra dos bateles con muchos españoles, para mayor certificacion de aquella nueva riqueza, y porque todos le importunaron. Hubo tanto concurso de gente á ver los extranjeros, que no se podian valer. El señor los llevó al lugar á una casa redonda que parecia templo, donde los sentó en banquillos muy labrados de palma negra. Sentóse tambien él, un hijo suyo, y otros que debian ser caballeros; trajeron luego mucho pan y frutas de diversas suertes, y algunas que aun no las conoscian españoles. Trajeron eso mesmo razonable vino tinto y blanco, hecho de dátiles, grano y raíces; diéronles al cabo perlas en colacion por confites. Lleváronlos después á palacio á ver las mujeres y aparato de casa. No habia ninguna dellas, aunque habia muchas, que no tuviesen ajorcas de oro y gargantillas de perlas. Holgaron, teniendo palacio con ellas, una gran pieza; que eran amorosas, y para ir desnudas, blancas, y para ser indias, discretas. Los que van al campo están negros del sol. Volviéronse los españoles á los navíos, admirados de tantas perlas y oro. Rogaron á Colon que los dejase allí; mas él no quiso, diciendo ser pocos para poblar. Alzó velas, corrió la costa hasta el cabo de la Vela, y de allí se vino á Santo Domingo con propósito de volver á Cubagua en ordenando las cosas de su gobernacion. Disimuló el gozo que sintia de haber hallado tanto bien, y no escribió al Rey el descubrimiento de las perlas, ó á lo menos no lo escribió hasta que ya lo sabian en Castilla; lo cual fué gran parte que los Reyes Católicos se enojasen y lo mandasen traer preso á España, segun ya contamos. Dicen que lo hizo por capitular de nuevo y haber para sí aquella rica isla; que no era tal, que pensase encubrir el descubrimiento al Rey, que tiene muchos ojos. Mas tardó á decir y tratarlo con la ocupacion que tuvo en lo de Roldan Jimenez.

Otro gran rescate de perlas.

Los mas de los marineros que iban con Cristóbal Colon cuando halló las perlas, eran de Palos, los cuales se vinieron á España y dijeron en su tierra lo de las perlas, y aun mostraron muchas y las llevaron á vender á Sevilla, de donde se supo en corte y en palacio. A la mucha fama armaron algunos de allí, como fueron los Pinzones y los Niños. Aquellos se tardaron por llevar cuatro carabelas, y fueron al cabo de Sant Augustin, como despues dirémos. Estos, levantando el pensamiento á la codicia, aprestaron luego un navío, hicieron capitan dél á Peralonso Niño, el cual hubo de los Reyes Católicos licencia de ir á buscar perlas y tierra, con tal que no entrase en lo descubierto por Colon con cincuenta leguas. Embarcóse pues el agosto de 1499 con treinta y tres compañeros, que algunos fueran con Cristóbal Colon. Navegó hasta Paria, visitó la costa de Cumaná, Maracapana, Puerto-Flechado y Curiana, que cae junto á Venezuela. Salió allí en tierra, y un caballero que vino á la marina con cincuenta indios, lo llevó amigablemente á un gran pueblo á tomar el agua, refresco y rescate que buscaba. Comió, y rescató en un momento quince onzas de perlas á trueco de alfileres, sortijas de cuerno y estaño, cuentas de vidro, cascabeles y semejantes cosillas. Otro dia surgió con la nao en par de aquel lugar. Acudió tanta muchedumbre de indios á la

ribera por mirar la nave y por haber quinquillería, que los españoles no osaban salir. Convidábanlos á rescatar á la nao, y ellos á la tierra; salieron en fin, como se metian dentro en ella sin armas, y por verlos mansos, simples y ganosos de llevarlos á su pueblo. Estuvieron en el pueblo veinte dias feriando perlas. Dábanles una paloma por una aguja, una tórtola por una cuenta de vidro, un faisan por dos, un gallipavo por cuatro. Dábanles tambien por aquel precio conejos y cuartos de venado. Preguntaban de que les servirian las agujas, pues andando desnudos no tenian qué coser. Dijéronles que de sacar espinas, pues iban descalzos. No habia cosa en la tienda que mas les agradase que cascabeles y espejos, y así daban mucho por ellos. Traian los hombres anillos de oro y joyeles con perlas, hechos aves, peces y animalejos. Preguntaron del oro; respondieron que lo traian de Caucheto, seis soles de allí : fueron allá, pero no trujeron sino monas y papagayos. Vieron empero cabezas de hombres clavadas á las puertas por ufanía. Tenian aquestos de Curiana toque para el oro y peso para pesarlo, que no se ha visto en otro cabo de las Indias. Andan los hombres desnudos, sino lo que cubren con cuellos de calabaza ó caña ó caracol. Algunos empero hay que se lo atan para dentro. Traen los cabellos largos y son algo crespos; traen muy blancos dientes con traer siempre cierta yerba en la boca, que hiede. Son gentiles olleros : las mujeres labran la tierra, que los hombres atienden á la guerra y caza, y si no, danse al placer; usan vino de dátiles, crian en casa conejos, patos, tórtolas y otras muchas aves. Produce la tierra orchilla y cañafístola. Cargó dello su nao Peralonso Niño, y vino á España en sesenta dias de navegacion. Aportó á Galicia con noventa y seis libras de aljófar, en que habia grandísima cantidad de perlas finas orientales, redondas, y de cinco y seis quilates, y algunas de mas; empero no estaban bien agujeradas, que era mucha falta. Riñeron en el camino sobre la particion, y acusaron ciertos marineros al Peralonso Niño delante Hernando de Vega, señor de Grajales, que á la sazon era gobernador allí en Galicia, diciendo que habia hurtado muchas perlas y engañado al Rey en su quinto, y rescatado en Cumaná y otras partes que habia Colon andado. El Gobernador prendió al Peralonso, mas no le hizo al que tenerlo en la cárcel mucho tiempo; donde se comió hartas perlas, y dijo cómo habia costeado tres mil leguas de tierra hácia poniente, que se queria ir hasta Higueras.

Cumaná y Maracapana.

Cumaná es un rio que da nombre á la provincia, donde ciertos frailes franciscos hicieron un monesterio, siendo vicario fray Juan Garcés, año de 16, cuando los españoles andaban muy dentro en la pesquera de las perlas de Cubagua. Fueron luego tres frailes dominicos que andaban en aquella isla á Piritu de Maracapana, veinte leguas al poniente de Cumaná. Comenzaron á predicar (como los franciscos) y á convertir, mas comiéronselos unos indios. Sabida su muerte y martirio, pasaron allá otros frailes de aquella órden, y fundaron un monesterio en Chiribichi, cerca de Maracapana, que llamaron Santa Fe. Los religiosos que residian en ambos monesterios hicieron grandísimo fruto en la conversion; enseñaron á leer y escrebir y responder á misa á muchos hijos de señores y gente principal. Estaban los indios tan amigos de los españoles, que los dejaban ir solos la tierra adentro y cien leguas de costa. Duró dos años y medio esta conversion y amistad; ca en fin del año de 19 se rebelaron y renegaron todos aquellos indios por su propia malicia, ó porque los echaban al trabajo y pesquería de perlas. Maracapaneses mataron en obra de un mes cien españoles recien llegados al rescate. Fueron capitanes de la rebelion dos caballeros mancebos criados en Santa Fe; y donde mas crueles se mostraron fué en el mesmo monesterio; ca mataron todos los frailes, á uno diciendo misa y á los demás oficiándola. Mataron asimismo cuantos indios dentro estaban, y hasta los gatos; quemaron la casa y la iglesia; los de Cumaná pusieron tambien fuego al monesterio de franciscos; huyeron los frailes con el Sacramento en una barca á Cubagua; asolaron la casa, talaron la huerta, quebraron la campana, despedazaron un crucifijo y pusiéronlo por los caminos como si fuera hombre; cosa que hizo temblar á los españoles de Cubagua. Martirizaron á un fray Dionisio, que turbado, no supo ó no pudo entrar en la barca con los otros sus compañeros. Estuvo seis dias escondido en un carrizal sin comer, esperando que viniesen españoles. Salió con hambre y con esperanza que los indios no le harian mal, pues muchos eran sus hijos en la fe y baptismo. Fué al lugar y encomendóseles; ellos le dieron de comer tres dias sin le decir mal, en los cuales estuvo siempre de rodillas llorando y rezando, segun después confesaron los malhechores. Debatieron mucho sobre su muerte, ca unos lo querian matar y otros salvar; mas á la fin le arrastraron del pescuezo por consejo de uno que cristiano llamaban Ortega. Acoceáronlo é hiciéronle otros vituperios. Estaba de rodillas puesto en oracion cuando le dieron con las porras en la cabeza para matalle, que así lo rogó él. El almirante don Diego Colon, audiencia y oficiales del Rey, que supieron esto, despacharon luego allá á Gonzalo de Ocampo con trecientos españoles, el cual fué año de 20 á Cumaná. Usó de mañoso ardid para tomar los malhechores. Surgió con sus navíos junto á Cumaná, y mandó que ninguno dijese cómo venian de Santo Domingo, porque los indios entrasen á las naos y allí los prendiese sin sangre ni peligro. Preguntaron los indios desde la costa de dónde venian. Respondieron que de Castilla. No lo creian, y decián : «Haiti, Haiti.» «No, Castilla, replicaron, Castilla, Castilla, España»; y convidábanlos á las naos. Ellos enviaron á mirar si era verdad con achaque de llevarles pan y cosas de rescate. Gonzalo de Ocampo metió los soldados so sota disimulo; agradecióles su ida y comida, rogándoles que le trajesen mas. Creyeron los indios que venian de Castilla muy bozales, como no vieron soldados, y tornaron allá muchos de los rebeldes con pensamiento de sacarlos á tierra y matarlos. Gonzalo de Ocampo sacó los soldados y prendió los indios. Tomóles su confesion; confesaron la muerte de los españoles y quema de los monesterios. Ahorcólos de las antenas y fuése á Cubagua. Quedaron los indios que miraban de la marina atónitos y medrosos. Asentó Gonzalo de Ocampo real en Cu-

bagua, y venia á Cumaná á hacer guerra y correrías. Mató muchos indios en veces, y los mas que prendió justició por rigor. Diéronse perdidos los mezquinos si aquella guerra duraba, y pidieron perdon y paz. Ocampo la hizo con ellos y con el cacique don Diego, el cual le ayudó á fabricar la villa de Toledo, que hizo á la ribera del rio, media legua del mar.

La muerte de muchos españoles.

Estaba el licenciado Bartolomé de las Casas, clérigo, en Santo Domingo al tiempo que florecian los monesterios de Cumaná y Chiribichi, y oyó loar la fertilidad de aquella tierra, la mansedumbre de la gente y abundancia de perlas. Vino á España, pidió al Emperador la gobernacion de Cumaná, informóle cómo los que gobernaban las Indias le engañaban, y prometióle de mejorar y acrecentar las rentas reales. Juan Rodriguez de Fonseca, el licenciado Luis Zapata y el secretario Lope de Conchillos, que entendian en las cosas de Indias, le contradijeron con informacion que hicieron sobre él; y lo tenian por incapaz del cargo, por ser clérigo y no bien acreditado, ni sabidor de la tierra y cosas que trataba. Él entonces favorecióse de mosiur de Laxao, camarero del Emperador, y de otros flamencos y borgoñones, y alcanzó su intento por llevar color de buen cristiano en decir que convertiria mas indios que otro ninguno con cierta órden que pornia, y porque prometia enriquecer al Rey y enviarles muchas perlas. Venian entonces muchas perlas, y la mujer de Xebres hubo ciento y sesenta marcos dellas que vinieron del quinto, y cada flamenco las pidia y procuraba. Pidió labradores para llevar, diciendo no harian tanto mal como soldados, desuellacaras, avarientos é inobedientes. Pidió que los armase caballeros de espuela dorada, y una cruz roja, diferente de la de Calatrava, para que fuesen francos y ennoblecidos. Diéronle, á costa del Rey, en Sevilla navíos y matalotaje y lo que mas quiso, y fué á Cumaná el año de 20 con obra de trecientos labradores que llevaban cruces, y llegó al tiempo que Gonzalo de Ocampo hacia á Toledo. Pesóle de hallar allí tantos españoles con aquel caballero, enviados por el Almirante y Audiencia, y de ver la tierra de otra manera que pensaba ni dijera en corte. Presentó sus provisiones, y requirió que le dejasen la tierra libre y desembargada para poblar y gobernar. Gonzalo de Ocampo dijo que las obedecia, pero que no cumplia cumplirlas, ni lo podia hacer sin mandamiento del gobernador é oidores de Santo Domingo, que lo enviaran. Burlaba mucho del clérigo, que lo conocia de allá de la vega por ciertas cosas pasadas, y sabia quién era; burlaba eso mesmo de los nuevos caballeros y de sus cruces, como de Sant Benitos. Corríase mucho desto el licenciado, y pesábale de las verdades que le dijo. No pudo entrar en Toledo, é hizo una casa de barro y palo, junto á do fué el monesterio de franciscos, y metió en ella sus labradores, las armas, rescate y bastimento que llevaba, y fuése á querellar á Santo Domingo. El Gonzalo de Ocampo se fué tambien, no sé si por esto ó por enojo que tenia de algunos de sus compañeros, y tras él se fueron todos; y así, quedó Toledo desierto y los labradores solos. Los indios, que holgaban de aquellas pasiones y discordia de españoles, combatieron la casa y mataron casi todos los caballeros dorados. Los que huir pudieron acogiéronse á una carabela, y no quedó español vivo en toda aquella costa de perlas. Bartolomé de las Casas, como supo la muerte de sus amigos y pérdida de la hacienda del Rey, metióse fraile dominico en Santo Domingo; y así, no acrecentó nada las rentas reales, ni ennobleció los labradores, ni envió perlas á los flamencos.

Conquista de Cumaná y poblacion de Cubagua.

Perdia mucho el Rey en perderse Cumaná, porque cesaba la pesca, trato de las perlas de Cubagua; y para ganarla enviaron allá el Almirante y Audiencia á Jacome Castellon con muchos españoles, armas y artillería. Este capitan emendó las faltas de Gonzalo de Ocampo, Bartolomé de las Casas y otros que habian ido con cargo y gente á Cumaná. Guerreó los indios, recobró la tierra, rehizo la pesquería; hinchó de esclavos á Cubagua, y aun á Santo Domingo; edificó un castillo á la boca del rio, que aseguró la tierra y la agua. Desde allí, que fué año de 23, anda la pesca del aljófar en Cubagua, donde tambien comenzó la Nueva-Cáliz para morar los españoles. A Cubagua llamó Colon isla de Perlas; boja tres leguas; está en casi diez grados y medio de la Equinocial acá; tiene á una legua por hácia el norte la isla Margarita, y á cuatro hácia el sur la punta de Araya, tierra de mucha sal; es muy estéril y seca, aunque llana; solitaria, sin árboles, sin agua; no habia sino conejos y aves marinas; los naturales andaban muy pintados, comian ostias de perlas, traian agua de Tierra-Firme por aljófar. No se sabe que isla tan chica como esta rente tanto y enriquezca sus vecinos. Han valido las perlas que se han pescado en ella, después acá que se descubrió, dos millones; mas cuestan muchos españoles, muchos negros y muchísimos indios. Traen agora leña de la Margarita y agua de Cumaná, que hay siete leguas. Los puercos que llevaron se han diferenciado, ca les crece un jeme las uñas hácia arriba, que los afea. Hay una fuente de licor oloroso y medicinal, que corre sobre la agua del mar tres y mas leguas. En cierto tiempo del año está la mar allí bermeja, y aun en muy gran trecho de la Tierra-Firme, á causa que desovan las ostias ó que les viene su purgacion, como á mujer, segun afirman. Andan asimesmo, porque no falten fábulas, cerca de Cubagua peces que de medio arriba parecen hombres en las barbas y cabello y brazos.

Costumbres de Cumaná.

Los desta tierra son de su color; van desnudos, sino es el miembro, que atan para dentro, ó que cubren con cuellos de calabazas, caracoles, cañas, listas de algodon y cañutillos de oro. En tiempo de guerra se ponen mantas y penachos; en las fiestas y bailes se pintan ó tiznan ó se untan con cierta goma é ungüento pegajoso como liga, y después se empluman de muchas colores, y no parecen mal los tales emplumados. Córtanse los cabellos por empar del oido; si en la barba les nace algun pelo, arráncanselo con espinzas, que no quieren allí ni en medio del cuerpo pelos, aunque de suyo son esbarbados y lampiños. Précianse de tener muy ne-

gros los dientes, y llaman mujer al que los tiene blancos, como en Curiana, y al que sufre barba, como español, animal. Hacen negros los dientes con zumo ó polvo de hojas de árbol, que llaman ahí, las cuales son blandas como de terebinto y hechura de arrayan. A los quince años, cuando comienzan á levantar la cresta, toman estas yerbas en la boca, y tráenlas hasta ennegrecer los dientes como el carbon; dura después la negrura toda la vida, y ni se pudren con ella ni duelen. Mezclan este polvo con otro de cierto palo y con caracoles quemados, que parece cal, y así abrasa la lengua y labrios al principio. Guárdanlo en espuertas y cestas de caña y verga, para vender y contratar en los mercados, que de muy léjos vienen por ello con oro, esclavos, algodon y otras mercaderías. Las doncellas van de todo punto desnudas; traen senogiles muy apretados por debajo y encima de las rodillas para que los muslos y pantorrillas engorden mucho, que lo tienen por hermosura; no se les da nada por la virginidad. Las casadas traen zaragüelles ó delantales, viven honestamente; si cometen adulterio llevan repudio; el cornudo castiga á quien lo hizo. Los señores y ricoshombres toman cuantas mujeres quieren; dan al huésped que á su casa viene, la mas hermosa; los otros toman una ó pocas. Los caballeros encierran sus hijas dos años antes que las casen, y ni salen fuera, ni se cortan el cabello durante aquel encerramiento. Convidan á las bodas sus deudos, vecinos y amigos. De los convidados, ellas traen la comida y ellos la casa. Digo que presentan ellas tantas aves, pescado, frutas, vino y pan á la novia, que basta y sobra para la fiesta; y ellos traen tanta madera y paja, que hacen una casa donde meter los novios. Bailan y cantan á la novia mujeres y al novio hombres; corta uno los cabellos á él y una á ella, por delante solamente; que por detrás no les tocan. Atavíanlos muy bien segun su traje; comen y beben hasta emborrachar. En siendo noche dan al novio su esposa por la mano, y así quedan velados; estas deben ser las mujeres legítimas, pues las demás que su marido tiene, las acatan y reconocen. Con estas no duermen los sacerdotes, que llaman piaches, hombres santos y religiosos, como después diré, á quien dan las novias á desvirgar, que lo tienen por honrosa costumbre. Los reverendos padres toman aquel trabajo por no perder su preminencia y devocion, y los novios se quitan de sospecha, queja y pena. Hombres y mujeres traen ajorcas, collares, arracadas de oro y perlas si las tienen, y si no, de caracoles, huesos y tierra, y muchos se ponen coronas de oro ó guirlandas de flores y conchas. Ellos traen unos anillos en las narices, y ellas bronchas en los pechos, con que á prima vista se diferencian. Corren, saltan, nadan y tiran un arco las mujeres tan bien como los hombres, que son en todo diestros y sueltos. Al parir no hacen aquellos extremos que otras, ni se quejan tanto; aprietan á los niños la cabeza muy blando, pero mucho, entre dos almohadillas de algodon para ensancharles la cara, que lo tienen por hermosura. Ellas labran la tierra y tienen cuidado de la casa; ellos cazan ó pescan cuando no hay guerra, aunque á la verdad son muy holgazanes, vanagloriosos, vengativos y traidores; su principal arma es flecha enhervolada. Aprenden de niños, hombres y mujeres, á tirar al blanco con bodoques de tierra, madera y cera. Comen erizos, comadrejas, morciégalos, langostas, arañas, gusanos, orugas, avejas y piojos crudos, cocidos y fritos. No perdonan á cosa viva por satisfacer á la gula; y tanto mas es de maravillar que coman semejantes sabandijas y animales sucios, cuanto tienen buen pan y vino, frutas, peces y carne. El agua del rio Cumaná engendra nubes en los ojos; y así, ven poco los de aquella ribera, ó que lo haga lo que comen. Cierran los huertos y heredades con un solo hilo de algodon, ó bejuco que llaman, no en mas alto que á la cintura. Es grandísimo pecado entrar en tal cercado por encima ó por debajo de aquella pared, y tienen creido que muere presto quien la quebranta.

La caza y pesca de cumaneses.

Son cumaneses muy continos y certeros cazadores; matan leones, tigres, pardos, venados, javalís, puercoespin, y toda cuatropea, con flecha, red y lazo. Toman un animal que llaman capa, mayor que asno, velloso, negro y bravo, aunque huye del hombre; tiene la pata como zapato francés, aguda por detrás, ancha por delante y algo redonda. Persigue los perros de acá, y una capa mata tres y cuatro dellos juntos. Usan una montería deleitosa con otro animal dicho aranata, que por su gesto y astucia debe ser del género de monas; es del tamaño de galgo, hechura de hombre, en boca, piés y manos, tiene honrado gesto y la barba de cabron, andan en manadas, aullan recio, no comen carne, suben como gatos por los árboles, huyen el cuerpo al montero, toman la flecha y arrójanla al que la tiró graciosamente; paran redes á un animal que se mantiene de hormigas, el cual tiene un hocico de palmo, y un agujero por boca; pónense en los hormigueros ó hueco de árboles donde las hay, saca la lengua y traga las que suben; arman lazos en sendas y bebederos á unos gatos monteses, como monos, cuyos hijos son de gran pasatiempo y recreacion, graciosos y regocijados; andan con ellos las madres abrazadas de árbol en árbol. Cazan otro animal muy feo de rostro, gesto de zorro, pelo de lobo sarnoso, hediondísimo, y que caga culebras delgadas y largas y de poca vida. Los frailes dominicos tuvieron uno dellos en Santa Fe, que por no poder sufrir el hedor le mataron, y vieron ir al campo las culebrillas que cagó, mas luego se murieron; y siendo tal, lo comen los indios. Tambien hay otro animal cruel, de que se mucho espantan; de miedo del cual llevan tizones de noche por el camino do los hay; nunca parece de dia, y pocas veces de noche, y entonces muy temprano; anda por las calles, llora muy recio como un niño para engañar la gente, y si alguno sale á ver quién llora, cómeselo. No es mayor que galgo, segun fray Tomás Ortiz y otros frailes dominicos y franciscos contaban; comen encubertados, que hay muchos. Hay tantas yaguanas, que destruyen la hortaliza y sembrados; son golosas por melones que llevaron de acá; y así, matan muchas en melonares; son mañosos en tomar aves con liga, redes y arco. Es tanta la volatería, especial de papagayos, que pone admiracion; y unos como cuervos, pico de águila, grandor de pato, perezosos en volar como abutardas; mas que viven de rapi-

ña y huelen á almizcle. Los morciélagos son grandes y malos, muerden recio, chupan mucho. En Santa Fe de Chiribichi acaesció á un criado de los frailes que teniendo mal de costado, no le hallaron vena para sangrar, y dejáronlo por muerto: vino un morciélago y mordióle aquella noche del tobillo, que topó descubierto; hartóse, dejó abierta la vena, y salió tanta sangre por allí, que sanó el doliente; caso gracioso, y que los frailes contaban por milagro. Hay cuatro suertes de mosquitos dañosos, y los menores son peores; los indios, porque no los piquen dormiendo en el campo, se entierran ó se cubren de yerba ó rama. Hay dos maneras de abispas; unas malas que andan por el campo, y otras peores que no salen de poblado; tres diferencias de abejas; las dos crian en colmenas buena miel, y la otra es chiquita, negra, silvestre, y saca miel sin cera por los árboles. Las arañas son mucho mayores que las nuestras, de diversas colores y hermosas á la vista; tejen sus telas tan recias, que han menester fuerzas para rompellas. Hay unas salamadras como la mano, que mordiendo matan, y cacarean de noche como pollas. Pescan de muchas maneras, con anzuelos, con redes, con flechas, fuego y ojeo; no pueden pescar todos ni en todas partes, ca en Anoantal, donde anduvo Antonio Sedeño, al que pesca sin licencia del señor es pena que le coman. Júntanse para pescar á ojeo muchos que sean grandes nadadores, y todos lo son por amor desto y de las perlas; y á los tiempos de cada pescado, como de besugos en Vizcaya, ó en Andalucía de atunes, entran en la mar, pónense en hila, nadan, chiflan, apalean el agua, cercan los peces, enciérranlos como en jábega, y poco á poco los sacan á tierra, y en tanta cantidad, que espanta; esta es la mas nueva manera de pescar que he oido. Peligran muchos, porque ó se los comen lagartos, ó los destripan otros peces por huir, ó se ahogan. Otra manera de pescar tienen extraña, empero segura, y como ellos dicen, caballerosa: van de noche en barcas con tizones y tedas ardiendo; encandilan los peces, que, abobados ó ciegos de la vislumbre, se paran y vienen á las barcas, y allí los flechan y harponan; todos los peces desta pesca son muy grandes; sálanlos ó desécanlos al sol, enteros ó en tasajos; unos asan para que se conserven, y otros cuecen y amasan; adóbanlos, en fin, porque no se corrompan, para vender entre año. Toman grandísimas anguilas ó cóngrios, que se suben de noche á las barcas, y aun á los navíos; matan los hombres y cómenselos.

De cómo hacen la yerba ponzoñosa con que tiran.

Las mujeres, como dije, tienen por la mayor parte el cuidado y trabajo de la labranza; siembran maíz, ají, calabazas y otras legumbres; plantan batatas, y muchos árboles que riegan de ordinario; pero el de que mas cuidado tienen es del hay, por amor de los dientes. Crian tunas y otros árboles que, punzados, lloran un licor como leche, que se vuelve goma blanca, muy buena para sahumar los ídolos; otro árbol mana un humor que se pone como cuajadillas, y es bueno de comer; otro árbol hay, que algunos llaman guarcima, cuya fruta parece mora, y aunque dura, es de comer, y hacen della arrope, que sana la ronquera; de la madera, estando seca, sacan lumbre como de pedernal; otro árbol hay muy alto y oloroso que parece cedro, cuya madera es muy buena para cajones y arcas de ropa, por su buen olor; empero si meten pan dentro, no hay quien lo coma de amargo; es eso mesmo buena para naos; que no la come broma ni se carcome. Hay tambien otro árbol que echa liga, con que toman pájaros y con que se untan y empluman; es grande y no pasa de diez años. Lleva de suyo la tierra cañafístolos, mas ni comen la fruta ni conoscen su virtud. Hay tantas rosas, flores y olorosas yerbas, que dañan la cabeza y que vencen al almizcle, aunque lo traigan en las narices; hay tantas langostas, orugas, cocos, arañuelos y otros gusanos, que destruyen los frutales y sembrados, y gorgojo que roe el maíz; hay un manadero de cierto betun, que encendido, arde y dura como fuego de alquitran, del cual se aprovechan para muchas cosas. Tiran con yerba de muchas maneras, simple y compuesta: simples son sangre de las culebras que llaman áspides, una yerba que parece sierra, goma de cierto árbol, las manzanas ponzoñosas que dije, de santa Marta; la mala es hecha de la sangre, goma, yerba y manzanas que digo, y cabezas de hormigas venenosísimas. Para conficionar esta mala yerba encierran alguna vieja, danle los materiales y leña con que lo cueza; ella los cuece dos y tres dias, y hasta que se purifiquen; si la tal vieja muere del tufo ó se desmaya reciamente, loan mucho la fuerza de la yerba; mas si no, derrámanla y castigan la mujer. Esta debe ser con que tiran los caribes y á la que remedio no hallaban españoles; cualquiera hombre que de la herida escapa, vive doloroso; no ha de tocar mujer, que no se refresque la llaga, no ha de beber ni trabajar, que no llore. Las flechas son de palo recio y tostado, de juncos muy duros, y creo que los que traen acá para gotosos y viejos; pónenles por hierro pedernal y huesos de peces duros y enconados. Los instrumentos que tañen en guerra y bailes son flautas de huesos de venados, flautones de palo como la pantorrilla, caramillos de caña, atabales de madera muy pintados y de calabazas grandes, bocinas de caracol, sonajas de conchas, y ostiones grandes. Puestos en guerra son crueles; comen los enemigos que matan y prenden, ó esclavos que compran; si están flacos engórdanlos en caponera, que así hacen en muchos cabos.

Bailes é ídolos que usan.

En dos cosas se deleitan mucho estos hombres, en bailar y beber; suelen gastar ocho dias arreo en bailes y banquetes. Dejo las danzas y corros que hacen ordinariamente, y digo que para hacer un areito á bodas, ó coronacion del Rey ó señor alguno, en fiestas públicas y alegrías se juntan muchos y muy galanes; unos con coronas, otros con penachos, otros con patenas al pecho, y todos con caracoles y conchas á las piernas, para que suenen como cascabeles y hagan ruido. Tíznanse de veinte colores y figuras; quien mas feo va, les parece mejor. Danzan sueltos y trabados de la mano, en arco, en muela, adelante, atrás; pasean, saltan, voltean; callan unos, cantan otros, gritan todos. El tono, el compás, el meneo es muy conforme y á un tiempo,

aunque sean muchos. Su cantar y el son tiran á tristeza cuando comienzan, y paran en locura. Bailan seis horas sin descansar, algunos pierden el aliento; el que mas baila es mas estimado. Otro baile usan harto de ver, y que parece un ensayo de guerra. Alléganse muchos mancebos para festejar á su cacique, limpian el camino, sin dejar una paja ni yerba. Antes un rato que lleguen al pueblo ó á palacio comienzan á cantar bajo, y á tirar los arcos al paso de la ordenanza que traen. Suben poco á poco la voz hasta gañir; canta uno y responden todos; truecan las palabras, diciendo: «Buen señor tenemos, tenemos buen señor, señor tenemos bueno.» Adelántase quien guia la danza, y camina de espaldas hasta la puerta. Entran luego todos haciendo seiscientas momerías: unos hacen del ciego, otros del cojo; cuál pesca, cuál teje, quién rie, quién llora, y uno ora muy en seso las proezas de aquel señor y de sus antepasados. Tras esto siéntanse todos como sastres ó en cuclillas. Comen callando y beben hasta emborrachar. Quien mas bebe es mas valiente y mas honrado del señor que les da la cena. En otras fiestas, como de Baco, que acostumbran emborracharse todos, están las mujeres y aun las hijas para llevar borrachos á casa sus maridos, padres y hermanos, y para escanciár; aunque muchas veces se dan uno á otro de beber por la órden que asentados están, que casi es «yo bebo á vos» de Francia; empero siempre al primero da vino una mujer. Riñen después de beodos. Apuñéanse, desafíanse, trátanse de hidesputas, cornudos, cobardes y semejantes afrentas. No es hombre el que no se embriaga, ni alcanza lo venidero, como piaches dicen. Muchos gomitan para beber de nuevo; beben vinos de palma, yerba, grano y frutas. Para mas abundancia toman humo por las narices, de una yerba que mucho encalabria y quita el sentido; cantan las mujeres cantares tristes cuando los llevan á casa, y tañen unos sones que provocan á llorar. Idolatran reciamente los de Cumaná. Adoran sol y luna; tiénenlos por marido y mujer y por grandes dioses. Temen mucho al sol cuando truena y relampaguea, diciendo que está dellos airado. Ayunan los eclipses, en especial mujeres; que las casadas se mesan y arañan, y las doncellas se sangran de los brazos con espinas de peces; piensan que la luna está del sol herida por algun enojo. En tiempo de algun cometa hacen grandísimo ruido con vocinas y atabales y grita, creyendo que así huye ó se consume; creen que las cometas denotan grandes males. Entre los muchos ídolos y figuras que adoran por dioses, tienen una aspa como la de sant Andrés, y un signo como de escribano, cuadrado, cerrado é atravesado en cruz de esquina á esquina, y muchos frailes y otros españoles decian ser cruz, y que con él se defendian de las fantasmas de noche, y lo ponian á los niños en naciendo.

Sacerdotes, médicos y nigrománticos.

A los sacerdotes llaman piaches: en ellos está la honra de las novias, la sciencia del curar y la de adevinar; invocan al diablo, y, en fin, son magos y nigrománticos. Curan con yerbas y raíces crudas, cocidas y molidas, con sain de aves y peces y animales, con palo, y otras cosas que el vulgo no conoce, y con palabras muy revesadas y que aun el mesmo médico no las entiende; que usanza es de encantadores. Lamen y chupan do hay dolor, para sacar el mal humor que lo causa; no escupen aquello donde el enfermo está, sino fuera de casa. Si el dolor crece, ó la calentura y mal del doliente, dicen los piaches que tiene espíritos, y pasan la mano por todo el cuerpo. Dicen palabras de encante, lamen algunas coyunturas, chupan recio y menudo, dando á entender que llaman y sacan espíritu. Toman luego un palo de cierto árbol, que nadie sino el piache sabe su virtud, friéganse con él la boca y gaznates, hasta que lanzan cuanto en el estómago tienen, y muchas veces echan sangre: tanta fuerza ponen ó tal propiedad es la del palo. Sospira, brama, tiembla, patea y hace mil bascas el piache; suda dos horas hilo á hilo del pecho, y en fin, echa por la boca una como flema muy espesa, y en medio della una pelotilla dura y negra, la cual llevan al campo los de la casa del enfermo, y arrójanla diciendo: «Allá irás, demonio; demonio, allá irás.» Si acierta el doliente á sanar, dan cuanto tienen al médico; si muere, dicen que era llegada su hora. Dan respuesta los piaches si les preguntan; mas en cosas importantes, como decir si habrá guerra ó no, y si la hubiere, qué fin terná; el año si será abundante ó falto, ó enfermo; si habrá mucha pesca, si la venderán bien. Previenen la gente antes que vengan los eclipses, avisan de las cometas, y dicen muchas otras cosas. Los españoles, estando en deseo y necesidad, les preguntaron una vez si vernian presto naos, y les dijeron que para tal dia vernia una carabela con tantos hombres y con tales bastimentos y mercaderías; y fué así como dijeron, que vino el mesmo dia que señalaron, y trajo los hombres puntualmente y cosas que dijeron. Invocan al diablo desta manera. Entra el piache en una cueva ó cámara secreta una noche muy escura; lleva consigo ciertos mancebos animosos, que hagan las preguntas sin temor. Siéntase él en un banquillo, y ellos están en pié. Llama, vocea, reza versos, tañe sonajas ó caracol, y en tono lloroso dicen muchas veces: «Prororure, prororure», que son palabras de ruego. Si el diablo no viene á ellas, vuelve el son; canta versos de amenazas con gesto enojado, hace y dice grandes fieros y meneos. Cuando viene, que por el ruido se conosce, tañe muy recio y apriesa, y luego cae, y muestra estar preso del demonio, segun las vueltas que da y visajes que hace. Llega entonces á él uno de aquellos hombres, y pregunta lo que quiere, y él responde. Fray Pedro de Córdoba, fraile dominico, quiso aclarar este negocio; y cuando el piache estuvo en el suelo arrebatado del espíritu maligno, tomó una cruz, estola y agua bendita; entró con muchos indios y españoles, echó una parte de la estola al piache, santiguóle, conjuróle en latin y en romance. Respondióle el endemoniado en indio muy concertadamente. Preguntóle al cabo dónde iban las almas de los indios, é dijo que al infierno, y con tanto se fenesció la plática, y el fraile quedó satisfecho y espantado, y el piache atormentado y quejoso del diablo, que tanto tiempo lo tuvo así. Esta es la santidad de los piaches. Llevan precio por curar y adevinar, y así son ricos. Van á los banquetes, pero siéntanse aparte y por sí; embriáganse

terriblemente, é dicen que cuanto mas vino tanto mas adevino. Gozan la flor de mujeres, pues les dan que prueben las novias. No curan á parientes, y nadie puede curar si no es piache; aprenden la medecina y mágica desde muchachos, y en dos años que están encerrados en bosques, no comen cosa de sangre, no ven mujer, ni aun á sus madres ni padres; no salen de sus chozas ó cuevas; van á ellos de noche los maestros y piaches viejos á enseñarles. Cuando acaban de aprender, ó es pasado el tiempo del silencio y soledad, toman testimonio dello, y comienzan á curar y dar respuestas como doctores. Tanto como dicho tengo, y mas que callo, afirmaron en consejo de Indias fray Tomás Ortiz y otros frailes dominicos y franciscos; y dióseles crédito, por ser cierto que los diablos entran algunas veces en hombres, y dan respuestas que suelen salir verdaderas. Digamos ya de las sepulturas, donde todos imos á parar, y concluyamos con las costumbres de Cumaná. Endechan los muertos, cantando sus proezas y vida; y ó los sepultan en casa, ó desecados al fuego, los cuelgan y guardan; lloran mucho al cuerpo fresco. Al cabo del año, si es señor el que se enterró, júntanse muchos que para esto son llamados y convidados, con tal que cada uno se traiga su comer, y en anocheciendo desentierran el muerto con muy gran llanto. Trábanse de los piés con las manos, meten las cabezas entre las piernas, y dan vueltas al rededor; deshacen la rueda, patean, miran al cielo y lloran voz en grita. Queman los huesos, y dan la cabeza á la mas noble ó legítima mujer, que la guarde por reliquias en memoria de su marido. Creen, juntamente con esto, que la ánima es inmortal; empero que come y bebe allá en el campo donde anda, y que es el eco que responde al que habla y llama.

Paria.

Armó Cristóbal Colon seis naves á costa de los Reyes Católicos, sin otras dos que delante despachara á su hermano Bartolomé. Partió de Cáliz año de 1497; algunos añaden un año, y otros lo quitan. Dejó el camino de Canaria, por unos cosarios franceses que robaban yentes y vinientes de Indias y de aquellas islas; fué derecho á la Madera, otra isla mas al norte. Envió de allí tres carabelas á la Española, y él tornó la via de Cabo-Verde con otras tres naos. Llevaba propósito de topar la tórrida zona navegando siempre al mediodía, y saber qué tierras ternia. Salió de la isla Buena-Vista, y habiendo corrido mas de docientas leguas al sudueste, hallóse á cinco grados de la Equinocial y sin viento ninguno. Era por junio, y hacia tanto calor, que no lo podian sufrir. Reventaban las pipas, vertíase el agua, ardia el trigo, y por miedo que no se aprendiese fuego en los navíos, echáronlo en la mar con otra mucha ropa, y aun con todo eso cuidaron perescer, y se acordaron de los antiguos, que afirmaban cómo la tórrida tostaba y quemaba los hombres, y se arrepintieron por haber ido allá. Duró la calma y calor ocho dias: el primero fué claro y los otros anublados y lloviosos, con que se avivaba el ardor, como el fuego de la fragua con el hisopo del herrero. Estando en esto, envióles Dios un solano, con que navegaron hasta ver la isla que llamó Colon Trinidad, por devocion ó voto que hizo á su majestad en la tribulacion, y porque á un mesmo tiempo vió tres montes altos. Tomó tierra por tomar agua, que morian de sed, entre unos grandes palmares. Era el rio salobre y malo, por lo cual se llamó Salado. Rodeó la isla, y entró en el golfo de Paria por la boca que llamó del Dragon; halló agua, frutas, flores, muchas aves y animales nuevos. Era la tierra tan fresca y olorosa, que tuvo creido ser allí el paraíso terrenal; y así lo afirmaba cuando á España preso vino. Afirmaba eso mesmo que no era redondo el mundo como pelota, sino como pera, pues en todo aquel viaje habia siempre navegado hácia arriba, y que Paria era el pezon del mundo, pues della no se veia el norte. Tres cosas decia harto notables, si verdaderas. Cierto es que la tierra toda en sí, juntamente con la mar, es redonda, segun al principio lo proveyó Dios; que de otra manera y hechura no la pudiera alumbrar toda el sol, como la alumbra, de una sola vuelta que le da; que Paria esté mas alta que España, ser no puede, pues en figura redonda no hay un punto mas alto que otro revolviéndola. El mundo es redondísimo, luego igual; y así, está nuestra España tan cerca del cielo como su Paria, aunque no tan debajo el sol. De aquesta falsa opinion de Cristóbal Colon debió quedar creido en hombres sin letras que iban de España á las Indias cuesta arriba, y venian cuesta abajo. Tenia tanta gana y necesidad de verse en tierra, que se le antojó Paria paraíso; y ¿quién no tenia por paraíso tal tierra, saliendo de tan trabajoso mar? Ninguno se atreve á señalar lugar cierto á paraíso, aunque sant Augustin, *Sobre el Génesis*, apunta que toda la tierra es paraíso de deleite, y otros, asidos dél, lo creen así; esto es, entendiendo la letra de la Escritura al pié; que alegóricamente unos dicen que el paraíso es la Iglesia, otros que el cielo, y otros que la gloria. Nombró Colon Boca del Drago porque lo paresce aquel embocamiento del golfo, y porque pensó ser tragado al entrar de la grandísima corriente. Allí comienza la mar á crescer hácia el estrecho de Magallanes, que muy poco cresce en lo que habemos costeado. El suelo, temple y abundancia de Paria es como de Cumaná, y aun las costumbres, traje y religion; y así, no hay que repetirlo aquí. Año de 30 fué á Paria por gobernador y adelantado de la Trinidad Antonio Sedeño, con dos carabelas y setenta españoles. Hizo algunas entradas, mas murió malamente. Fué luego el año de 34 á gobernar allí y poblar Hierónimo de Ortal, zaragozano, con ciento y treinta españoles, y pobló en lo de Cumaná á Sant Miguel de Neveri y á otros lugares. Cristóbal Colon costeó de Paria hasta el cabo de Vela, y descubrió á Cubagua, isla de perlas, que lo infamó; y este fué el primer descubrimiento de tierra firme de Indias.

El descubrimiento que hizo Vicente Yañez Pinzon.

Ya dije que con las nuevas de las perlas y grandes tierras que descubriera Colon se acodiciaron algunos ir por lana, y vinieron, como dicen, trasquilados. Estos fueron Vicente Yañez Pinzon, y Arias Pinzon, su sobrino, que armaron cuatro carabelas á su costa en Palos, donde nacieran. Basteciéronlas muy bien de gente, artillería, vituallas y rescate; que ricos estaban, de

los viajes que habian hecho á Indias con Cristóbal Colon. Hubieron licencia de los Reyes Católicos para descubrir y rescatar en donde Colon no hubiese estado. Partieron pues de Palos á 13 de noviembre de año de mil y quinientos menos uno, con pensamiento de traer muchas perlas, oro, piedras y otras grandes riquezas. Llegó á Santiago, isla de Cabo-Verde; llevó de allí su derrota mas al mediodía que Colon, atravesó la corrida, y fué á dar al cabo llamado de Sant Augustin la flota. Estos descobridores salieron á tierra por fin de enero; tomaron agua, leña y la altura del sol; escribieron en árboles y peñas el dia que llegaron, y sus proprios nombres y del Rey y Reina, en señal de posesion, maravillados y pensosos de no hallar gente por allí para tomar léngua y tino de aquella tierra y su riqueza. La segunda noche que allí durmieron, vieron no muy léjos muchos fuegos, y en la mañana quisieran feriar algo con los que al fuego estaban en ranchos; pero ellos no acarearon á ello, antes tenian talante de pelear con muy buenos arcos y lanzas que traian. Los nuestros huyeron dello por ser hombres mayores que grandes alemanes, y de piés muy largos; ca segun después contaban los Pinzones, los tenian por tanto y medio que los suyos. Partieron de allá, y fueron á surgir en un rio poco hondable, porque muchos indios estaban en un cerro cerca de la marina. Salieron á tierra con las barcas, adelantóse un español, y arrojóles un cascabel para cebarlos. Ellos, que armados estaban, echaron un palo dorado, y arremetieron al que se abajó por él á prenderlo. Acudieron los demás españoles, y trabóse una pelea, en que murieron ocho dellos. Los indios siguieron la victoria hasta meterlos en las naos, y aun pelearon en el rio: tan secutivos y bravos eran. Quebraron un esquife; valió Dios que no tenian yerba, si no, pocos escaparan de muchos que heridos quedaron. Vicente Yañez conosció cuán diferente cosa es pelear que timonear. Cativaron treinta y seis indios en otro rio, dicho María Tambal, y corrieron la costa hasta llegar al golfo de Paria. Tocaron en Cabo-Primero, angla de Sant Lúcas, tierra de Humos, rio Marañon, rio de Orellana, rio Dulce y otras partes. Tardaron diez meses en ir, descubrir y tornar. Perdieron dos carabelas, con todos los que dentro iban. Trajeron hasta veinte esclavos, tres mil libras de brasil y sándalo, muchos juncos de los preciados, mucho ánime blanco, cortezas de ciertos árboles que parescia canela, y un cuero de aquel animal que mete los hijos en el pecho; y contaban por gran cosa haber visto árbol que no le abrazaran diez y seis hombres.

Rio de Orellana.

El rio de Orellana, si es como dicen, es el mayor rio de las Indias y de todo el mundo, aunque metamos entre ellos al Nilo. Unos lo llaman mar Dulce, y le ponen de boca cincuenta y mas leguas; otros afirman ser el mesmo que Marañon, diciendo que nasce en Quito, cerca de Mullubamba, y que entra en la mar pocas mas de trecientas leguas de Cubagua. Pero aun no está del todo averiguado, y por eso los diferenciamos. Corre pues este rio, siempre casi por bajo la Equinocial, mil y quinientas leguas, y aun mas, segun Orellana y sus compañeros contaban, á causa de las muchas y grandes vueltas que hace, como una culebra; ca de su nacimiento á la mar, en que cae, no hay setecientas. Tiene muchas islas: crece la marea por él arriba mas de cien leguas, á lo que dicen; con la cual suben trecientas leguas manatís, bufeos y otros pescados de mar. Bien puede ser que crezca en sus tiempos como el Nilo y como el rio de la Plata; pero como aun no está poblado, no está sabido. Nunca jamás, á lo que pienso, hombre ninguno navegó tantas leguas por rio como Francisco de Orellana por este; ni de rio Grande se supo tan presto el fin y principio como deste. Los Pinzones lo descubrieron el año de 1500; Orellana lo anduvo cuarenta y tres años después. Iba Orellana con Gonzalo Pizarro á la conquista que llamaron de la Canela, de la cual adelante dirémos; fué por bastimentos á una isla deste mesmo rio en un bergantin y algunas canoas, con cincuenta españoles, y como se vió léjos de su capitan, fuése por el rio abajo con la ropa, oro y esmeraldas que le confiaron; aunque decia él acá que, constreñido de la gran corriente y caida del agua, no pudo tornar arriba. Hizo de las canoas otro bergantinejo; desistió de la tenencia que de Pizarro llevaba, y eligéronle por capitan. Dijo que queria probar ventura por sí, buscando la riqueza y cabo de aquel rio. Así que bajó por él, y quebráronle un ojo los indios peleando; vino, por abreviar, á España, vendió por suyo el descubrimiento y gasto, presentando en consejo de Indias, que á la sazon estaba en Valladolid, una larga relacion de su viaje; la cual era, segun después paresció, mentirosa. Pidió la conquista de aquel rio, y diéronsela con título de adelantado, creyendo lo que afirmaba. Gastó las esmeraldas y oro que traia, y para volver allá con armada no tenia posibilidad, ca era pobre. Casóse, y tomó dineros prestados de los que con él querian pasar, prometiéndoles cargos y oficios en su casa, gobernacion y guerra. Estuvo algunos años buscando y aparejando cómo ir. Al fin juntó quinientos hombres en Sevilla, y partióse. Murió en la mar, y desbaratóse su gente y navíos; y así, cesó la famosa conquista de las Amazonas. Entre los disparates que dijo, fué afirmar que habia en este rio amazonas, con quien él y sus compañeros pelearan. Que las mujeres anden allí con armas y peleen, no es mucho, pues en Paria, que no es muy lejos, y en otras muchas partes de Indias lo acostumbraban; ni creo que ninguna mujer se corte y queme la teta derecha para tirar el arco, pues con ella lo tiran muy bien, ni creo que maten ó destierren sus proprios hijos, ni que vivan sin maridos, siendo lujuriosísimas. Otros, sin Orellana, han levantado semejante hablilla de amazonas después que se descubrieron las Indias, y nunca tal se ha visto ni se verá tampoco en este rio. Con este testimonio pues escriben y llaman muchos rio de las Amazonas, y se juntaron tantos para ir allá.

Rio Marañon.

Está Marañon tres grados allende la Equinocial; tiene de boca quince leguas, y muchas islas pobladas. Hay en él mucho incienso y bueno, y mas granado y crescido que en Arabia. Amasan el pan, á lo que dicen, con bálsamo ó con licor que les paresce. Hanse visto en él algunas piedras finas, y una esmeralda como la palma,



harto fina. Dicen los indios de aquella ribera, que hay peñas dellas el rio arriba. Tambien hay muestras de oro y señales de otras riquezas. Hacen vino de muchas cosas, y de unos dátiles tan grandes como membrillos, el cual es bueno y durable. Traen los hombres arracadas y tres ó cuatro anillos en los labrios, que tambien se los agujeran por gentileza. Duermen en camas colgadizas, y no en el suelo; que son una manta medio red colgada de las puntas en dos pilares ó árboles, y sin otra ropa ninguna; y esta manera de cama es general en Indias, especial del Nombre de Dios hasta el estrecho de Magallanes. Andan por este rio malos mosquitos y niguas, que suelen mancar á los que pican si no las sacan luego, como en otro cabo está dicho. Algunos, segun poco antes apunté, dicen que todo es un rio el Marañon y el de Orellana, y que nasce allá en el Perú. Muchos españoles han entrado, aunque no poblado, en este rio después que lo descubrió Vicente Yañez Pinzon, año de mil y quinientos menos uno. Y el año de 1531 fué allá por gobernador y adelantado Diego de Ordas, capitan de Fernando Cortés en la conquista de la Nueva-España. Mas no llegó á él; ca primero se murió en la mar, y le echaron en ella. Llevó tres naos con seiscientos españoles y treinta y cinco caballos. Por muerte de Ordas fué allá Hierónimo Ortal de Zaragoza, el año de 34, con ciento y treinta hombres, y tampoco llegó allá, sino que se quedó en Paria, y pobló á Sant Miguel de Neveri y otros lugares, como se dijo.

El cabo de Sant Augustin.

Cae ocho grados y medio mas allá de la Equinocial el cabo de Sant Augustin. Descubriólo Vicente Yañez Pinzon en enero de 1500 años, con cuatro carabelas que sacó de Palos dos meses antes. Fueron los Pinzones grandísimos descubridores, y fueron muchas veces á descubrir, y esta navegaron mucho. Américo Vespucio, florentin, que tambien él se hace descubridor de Indias por Castilla, dice cómo fué al mesmo cabo, y que lo nombró de Sant Augustin, el año de 1, con tres carabelas que dió el rey Manuel de Portogal, para buscar estrecho en aquella costa por do ir á las Malucas, y que navegó desta hecha hasta se poner en cuarenta grados allende la Equinocial. Muchos tachan las navegaciones de Américo ó Albérico Vespucio, como se puede ver en algunos Tolomeos de Leon de Francia. Yo creo que navegó mucho; pero tambien sé que navegaron mas Vicente Yañez Pinzon y Juan Diez de Solís yendo á descubrir las Indias. De Cristóbal Colon y de Fernando Magallanes no hablo, pues todos saben lo mucho que descubrieron; ni de Sebastian Gaboto ni de Gaspar Cortes Reales, ca eran este portogués y aquel italiano, y ninguno fué por nuestros reyes. Unos ponen quinientas leguas, y otros mas, desde el rio Marañon al cabo de Sant Augustin. Están en este estrecho de costa la tierra ó punta de Humos, por do es la raya de la particion de Indias entre Castilla y Portogal; la cual cae grado y medio tras la Equinocial, y Cabo-Primero cinco, que suele parescer siempre el primero á los que van de acá. No han poblado esta tierra por la poca muestra de oro ni plata que da. Pienso que no es tan pobre ni estéril como la hacen, pues está so buen cielo; y aun tambien lo dejan por ser del rey de Portogal, ca le cupo á su parte en la particion, segun mas largo lo cuento en otro lugar.

El rio de la Plata.

Del cabo de Sant Augustin, que cae á ocho grados, ponen setecientas leguas de costa hasta el rio de la Plata. Américo dice que las anduvo el año de 1501 yendo á buscar estrecho para las Malucas y Especiería por mandado del rey don Manuel de Portogal. Juan Diez de Solís, natural de Librija, las costeó legua por legua el año de 12, á su propia costa. Era piloto mayor del Rey; fué con ~~licencia, siguió~~ la derrota de Pinzon, llegó al cabo de Sant Augustin, y de allí tomó la via de mediodía; y costeando la tierra, anduvo hasta ponerse casi en cuarenta grados. Puso cruces en árboles, que los hay por allí muy grandes; topó con un grandísimo rio que los naturales llaman Paranaguazu, que quiere decir rio como mar ó agua grande. Vido en él muestra de plata, y nombrólo della. Parecióle bien la tierra y gente, cargó de brasil y volvióse á España. Dió cuenta de su descubrimiento al Rey, pidió la conquista y gobernacion de aquel rio; y como le fué otorgada, armó tres navíos en Lepe, metió en ellos mucho bastimento, armas, hombres para pelear y poblar. Tornó allá por capitan general en setiembre del año de 15, por el camino que primero. Salió á tierra en un batel con cincuenta españoles, pensando que los indios lo rescibirian de paz como la otra vez, y segun entonces mostraban; pero en saliendo de la barca, dieron sobre él muchos indios que estaban en celada, y lo mataron y comieron todos los españoles que sacó, y aun quebraron el batel. Los otros, que de los navíos miraban, alzaron anclas y velas, sin osar tomar venganza de la muerte de su capitan. Cargaron luego de brasil y ánime blanco, y volviéronse á España corridos y gastados. Año de 26 fué Sebastian Gaboto al rio de la Plata, yendo á los Malucos con cuatro carabelas y docientos y cincuenta españoles. El Emperador le dió los navíos y artillería; mercaderes y hombres que con él fueron, le dieron, segun dicen, hasta diez mil ducados, con que partiese con ellos la ganancia por rata. De aquellos dineros proveyó la flota de vituallas y rescates. Llegó, en fin, al rio de la plata, y en el camino topó una nao francesa que contrataba con los indios del golfo de Todos Santos. Entró por él muchas leguas. En el puerto de San Salvador, que es otro rio cuarenta leguas arriba, que entra en el de la Plata, le mataron los indios dos españoles, y no los quisieron comer, diciendo, como eran soldados, que ya los habian probado en Solís y sus compañeros. Sin hacer cosa buena se tornó Gaboto á España destrozado, y no tanto, á lo que algunos dicen, por su culpa como por la de su gente. Don Pedro de Mendoza, vecino de Guadix, fué tambien al rio de la Plata, el año de 35, con doce naos y dos mil hombres. Este fué el mayor número de gente y mayores naves que nunca pasó capitan á Indias. Iba malo, y volviéndose acá por su dolencia, murió en el camino. Año de 41 fué al mesmo rio de la Plata, por adelantado y gobernador, Alvar Nuñez Cabeza de Vaca, natural de Jerez, el cual, como en otra parte tengo dicho, habia hecho milagros. Llevó cuatrocientos españoles y cua-

renta y seis caballos. No se hubo bien con los españoles de don Pedro que allá estaban, ni aun con los indios, y enviáronlo preso á España con informacion de lo que hiciera. Pidieron gobernador los que le trujeron, y diéronles á Juan de Sanabria, de Medellin; el cual se obligó de llevar trecientos hombres casados á su costa, porque le diese cada uno dellos por sí, y por sus hijos y mujeres, siete ducados y medio. Murió Juan de Sanabria en Sevilla aderezando su partida, y mandaron en consejo de Indias que fuese su hijo. Tienen muchos por buena gobernacion esta, porque hay allí muchos españoles hechos á la tierra, los cuales saben la lengua de los naturales, y han hecho un lugar de dos mil casas, en que hay muchos indios é indias cristianadas, y está cien leguas de la mar á la ribera de mediodía, en tierra de Quirandies, hombres como jayanes, y tan ligeros, que corriendo á pié toman á manos los venados, y que viven cient y cincuenta años. Todos los deste rio comen carne humana, y van casi desnudos. Nuestros españoles visten de venado curtido con sain de peces, después que se les rompieron las camisas y sayos. Comen pescado, que hay mucho y gordo, y es principal vianda de los indios, aunque cazan venados, puercos, javalís, ovejas como del Perú, y otros animales. Son guerreros: usan los deste rio traer en la guerra un pomo con recio y largo cordel, con el cual cogen y arrastran al enemigo para sacrificar y comer. Es tierra fertilísima; ca Sebastian Gaboto sembró cincuenta y dos granos de trigo en setiembre, y cogió cincuenta mil en deciembre. Es sana, aunque á los principios probaba los españoles, y echábanlo al pescado; mas engordaban infinito después con ello mesmo. Hay peces puercos y peces hombres, muy semejables en todo al cuerpo humano. Hay tambien en tierra unas culebras que llaman de cascabel, porque suenan así cuando andan. Hay muestra de plata, perlas y piedras. Llaman á este rio de la Plata y de Solís, en memoria de quien lo descubrió. Tiene de boca veinte y cinco leguas y muchas islas, que tanto hay del cabo de Santa María al cabo Blanco; los cuales están en treinta y cinco grados mas allá de la Equinocial, cual mas, cual menos. Cresce como el Nilo, y pienso que á un mesmo tiempo. Nasce en el Perú, y engruésanlo Abancay, Vilcas, Purina y Jauja, que tiene sus fuentes en Bombon, tierra altísima. Los españoles que moran en el rio de la Plata han subido tanto por él arriba, que muchos dellos llegaron al Perú en rastro y demanda de las minas de Potosí.

Puerto de Patos.

Seria muy largo de contar los rios, puertos y puntas que hay desde cabo de Sant Augustin al rio de la Plata; y así, no porné mas de lo que baste á señalar la costa, trecho á trecho, casi por un igual. Golfo de Todos Santos, Cabo de los Bajos, que cae á diez y ocho grados; Cabo Frio, que es casi isla, y baja setentà leguas, y está en veinte y dos grados y medio; punta de Buen-Abrigo, por do pasa el trópico de Capricorno, y por do atraviesa la raya de la demarcacion; cosa que le hace muy notable. Tiene, segun nuestra cuenta, el rey de Portugal en esta tierra cerca de cuatrocientas leguas norte á sur, ciento y setenta leste oeste, y mas de setecientas de costa. Es tierra de infinito brasil y aun de perlas, á cuanto dicen algunos. Los hombres son grandes, bravos y comen carne humana. Puerto de Patos está en veinte y ocho grados, y tiene frontero una isla que llaman Santa Catalina. Nombráronlo así por haber infinitos patos negros sin pluma, y con el pico cuervo, y gordísimos de comer peces. El año de 38 aportó allí una nao de Alonso Cabrera, que iba por veedor al rio de la Plata, el cual halló tres españoles que hablaban muy bien aquella lengua, como hombres que habian estado allí perdidos desde Sebastian Gaboto. Fray Bernaldo de Armenta, que iba por comisario, y otros cuatro frailes franciscos, comenzaron á predicar la santa fe de Cristo, tomando por farautes aquellos tres españoles, y baptizaron y casaron hartos indios en breve tiempo. Anduvieron muchas leguas convertiendo, y eran bien recibidos donde quiera que llegaban, porque tres ó cuatro años antes habia pasado por allí un indio santo, llamado Otiguara, pregonando cómo presto llegarian cristianos á predicarles; por tanto, que se aparejasen á rescebir su ley y su religion, que santísima era, dejando las muchas mujeres, hermanas y parientas, y todos los otros aborrecibles vicios. Compuso muchos cantares, que cantan por las calles, en alabanza de la inocencia. Aconsejó que tratasen bien á los cristianos, y fuése. Por la amonestacion deste creyeron luego la palabra de Dios, y se baptizaron, y aun antes habian hecho mucha honra á los españoles que vinieron huyendo allí del rio de la Plata, de un reencuentro que con indios hubieron. Barríanles el camino, y ofrecíanles comida, plumajes é incienso como á dioses.

Negociacion de Magallanes sobre la Especiería.

Fernando Magallanes y Ruy Falero vinieron de Portogal á Castilla á tratar en consejo de Indias que descubririan, si buen partido les hiciesen, las Malucas, que producen las especias, por nuevo camino y mas breve que no el de portugueses á Calicut, Malaca y China. El cardenal fray Francisco Jimenez de Cisneros, gobernador de Castilla, y los del consejo de Indias les dieron muchas gracias por el aviso y voluntad, y gran esperanza que venido el rey don Cárlos de Flándes, serian muy bien acogidos y despachados. Ellos esperaron con esta respuesta la venida del nuevo rey, y entre tanto informaron asaz bastantemente al obispo don Juan Rodriguez de Fonseca, presidente de las Indias, y á los oidores, de todo el negocio y viaje. Era Ruy Falero buen cosmógrafo y humanista, y Magallanes gran marinero; el cual afirmaba que por la costa del Brasil y rio de la Plata habia paso á las islas de la Especiería, mucho mas cerca que por el cabo de Buena-Esperanza. A lo menos antes de subir á setenta grados, segun la carta de marear que tenia el rey de Portogal, hecha por Martin de Bohemia, aunque aquella carta no ponia estrecho ninguno, á lo que oí decir, sino el asiento de los Malucos; si ya no puso por estrecho el rio de Plata ó algun otro gran rio de aquella costa. Mostraba una carta de Francisco Serrano, portugués, amigo ó pariente suyo, escripta en los Malucos, en la cual le rogaba que se fuese allá si queria ser presto rico, y le avisaba cómo se habia ido de la India á Java, donde se casara, y después á las

Malucas por el trato de las especias. Tenia la relacion de Luis Berthoman, boloñés, que fué á Bandan, Borney, Bachian, Tidore y otras islas de especias, que caen so la Equinocial, y muy lejos de Malaca, Zamotra, Chantam y costa de la China. Tenia tambien un esclavo que hubo en Malaca, que por ser de aquellas islas lo llamaban Enrique de Malaco, y una esclava de Zamotra, que entendia la lengua de muchas islas; la cual hubiera en Malaca. Otras cosas fingia él por ser creido, como en el viaje lo mostró, presumiendo que aquella tierra volvia hácia poniente, á la manera que á levante la de Buena-Esperanza, pues ya Juan de Solís habia navegado por allá hasta ponerse en cuarenta grados del otro cabo de la Equinocial, llevando la proa algo á la puesta del sol. E ya que por aquella enderecera no hallase paso, que costeando toda la tierra, iria á salir al cabo que responde al de Buena-Esperanza, y descubriria nuevas y muchas tierras, y camino para la Especiería, como prometia. Era larga esta navegacion, difícil y costosa, y muchos no la entendian, y otros no la creian. Empero los mas le daban fe, como á hombre que habia estado siete años en la India y trato de las especias; y porque siendo portogués, decian que Zamotra, Malaca y otras mas orientales tierras, donde se ferian las especias, eran de Castilla, y cabian á su parte bien dentro de la raya que se tenia de echar por trecientas y setenta leguas mas al poniente de las islas de Cabo-Verde ó Azores. Afirmaban asimismo que las Malucas estaban no muy léjos de Panamá y golfo de Sant Miguel, que descubriera Vasco Nuñez de Balboa. Decian cómo en aquellas tierras é islas que pertenecian al rey de Castilla habia minas y arenas de oro, perlas y piedras, allende la mucha canela, clavos, pimienta, nueces muscadas, jengibre, ruibarbo, sándalo, cámfora, ámbar gris, almizcle, y otras infinitas cosas de gran valor y riqueza, así para medicina como para gusto y deleite. Los del consejo de Indias, oidas y bien pensadas todas estas cosas, aconsejaron al rey don Cárlos, que aun no era emperador, en llegando á España, que hiciese lo que le suplicaban aquellos portogueses. El Rey les dió sendos hábitos de Santiago y la gente y navíos que pidian, no obstante que los embajadores del rey don Manuel le dijeron muchos males dellos, como de hombres desleales á su rey, y que le harian mil engaños y trampas. Ellos dieron suficientes desculpas y satisfacion de sí, y aun quejas del rey don Manuel; mas prometieron de no ir á las Malucas por su camino. Y con tanto quedó algo contento el rey don Manuel, pensando que no habian de hallar otro paso ni navegacion para la Especiería, sino la que él hacia. Hiciéronse pues los poderes, libranzas y despachos para su viaje en Barcelona, y fuéronse con ellos á Sevilla, donde se casó Magallanes con hija de Duardo Barbosa, portugués, alcaide de las atarazanas, y enloquesció Ruy Falero, de pensamiento de no poder cumplir con lo prometido, ó como dicen otros, de puro descontento por enojar y deservir á su rey. En fin, él no fué á los Malucos.

El estrecho de Magallanes.

Los de la casa de la Contratacion armaron cinco naos; basteciéronlas muy cumplidamente de bizcocho, harina, vino, aceite, queso, tocino y cosas así de comer, y de muchas armas y rescates; hicieron docientos soldados, y todo á costa del Rey. Partió con tanto Magallanes de Sevilla por agosto, y de Sant Lúcar de Barrameda á 20 de setiembre, año de 1519, y casi tres años después que comenzó á negociar en Castilla esta empresa. Llevó docientos y treinta y siete hombres, entre soldados y marineros, de los cuales algunos eran portogueses; la nao capitana se nombraba Trinidad, y las otras Sant Anton, Vitoria, Concepcion y Santiago; iba por piloto mayor Juan Serrano, experto marinero. De Sant Lúcar fué á Tenerife, una de las Canarias, y de allí á las islas de Cabo-Verde, y dellas al cabo de Sant Augustin por entre mediodía y poniente; ca su intento era seguir aquella costa hasta topar estrecho ó ver dónde paraba, costeando muy bien la tierra. Estuvieron muchos dias en tierra de veinte y dos y veinte y tres grados allende la Equinocial, comiendo cañas de azúcar y antas, que parescen vacas; lo mejor que rescataron fué papagayos. Comen los de allí pan de madera rallada y carne humana; visten de pluma con largas colas, ó van desnudos; agujéranse las mejillas y bezos bajeros, como las orejas, para traer allí piedras y huesos; píntanse todos; ellos no traen barba ni ellas pelos, ca se los quitan con arte y maestría; duermen en hamacas de cinco en cinco, y aun de diez en diez, hombres con sus mujeres, tan grandes son aquellas camas y tal su costumbre y hermandad; usan vender sus hijos; las mujeres siguen á sus maridos cargadas de pan ó flechas, y los hijos de redes. Llegaron postrero de marzo á una bahía que está en cuarenta grados, donde invernaron aquellos cinco meses siguientes de abril, mayo, junio, julio y agosto, que, como el sol entonces anda por acá, reina el frio allí, nevando reciamente. Fueron algunos españoles á mirar qué tierra y gente fuese, y sacaron espejos, cascabeles y otras cosillas de hierro, cuero y vidrio para rescatar. Los indios se llegaron á la marina, maravillados de tan grandes navíos y de tan chicos hombres. Metian y sacábanse por el garguero una flecha para espantar los extranjeros, á lo que mostraban, aunque dicen algunos que lo usan para gomitar estando hartos, y cuando han menester las manos ó los piés. Traian corona como clérigo, y el demás cabello largo y trenzado con un cordel, en que suelen atar las saetas yendo á caza ó guerra; venian con abarcas y vestidos de pellejas, y algunos muy pintados; todo lo cual, especial en jayanes como ellos, ponia temor, cuanto mas admiracion. Comenzaron á entrar en plática por señas, que no aprovechaba hablar; nuestros españoles les convidaban á las naos, y ellos á los nuestros á su casa; en fin, fueron siete arcabuceros dos leguas dentro en tierra á una casilla tejada de cuero y en medio un espeso bosque; la cual estaba repartida en dos cuartos, uno para hombres y otro para mujeres y niños. Vivian en ella cinco gigantes y trece mujeres y muchachos; todos mas negros que requiere la frialdad de aquella tierra. Dieron de cenar á los nuevos huéspedes una anta mal asada, ó asno salvaje, sin beber gota, y sendos zamarrones en que dormir, y echáronse al calor del fuego. Estuvieron todos aquella noche alerta, recatándose unos de otros; en la mañana les rogaron mucho los

nuestros que se fuesen con ellos á ver las naves y capitan; y como rehusaban, asiéronles para llevarlos por fuerza á que los viese Magallanes. Ellos se enojaron mucho desto; entraron al aposento de las mujeres, y dende á poco salieron pintadas las caras muy fea y fieramente con muchos colores, y cubiertos con otras pellejas extrañas hasta media pierna, y muy feroces blandeaban sus arcos y flechas, amenazando los extranjeros si no se iban de su casa. Los españoles despararon por alto un arcabuz para los espantar; los jayanes entonces quisieron paz, asombrados del trueno y fuego, y fuéronse los tres dellos con los siete nuestros. Andaban tanto, que los españoles no podian atener con ellos, y con achaque de ir á matar una fiera que pacia cerca del camino, huyeron los dos; el otro que no pudo descabullirse entró en la nao capitana. Magallanes le trató bien porque le tomase amor; él tomó muchas cosas, aunque con zuño; bebió bien del vino, hubo pavor de verse á un espejo; probaron qué fuerza tenia, y ocho hombres no lo pudieron atar; echáronle unos grillos, como que se los daban para llevar, y entonces bramaba; no quiso comer, de puro coraje, y murióse. Tomaron para traer á España la medida, ya que no podian la persona, y tuvo once palmos de alto; dicen que los hay de trece palmos, estatura grandísima, y que tienen disformes piés, por lo cual los llaman patagones. Hablan de papo, comen conforme al cuerpo y temple de tierra, visten mal para vivir en tanto frio, atan para adentro lo suyo, tíñense los cabellos de blanco, por mejor color, si ya no fuesen canas; alcohólanse los ojos, píntanse de amarillo la cara, señalando un corazon en cada mejilla; van, finalmente, tales, que no semejan hombres. Son grandes flecheros, persiguen mucho la caza, matan avestruces, zorras, cabras monteses muy grandes, y otras fieras. Salió allí en tierra Magallanes, é hizo cabañas para estar; mas, como no habia lugares ni gente, á lo menos no parecia, pasaban triste vida. Padecian frio y hambre, y aun murieron algunos della; ca ponia Magallanes grande regla y tasa en las raciones, porque no faltase pan. Viendo la falta, necesidad y peligro, y que duraban mucho las nieves y mal tiempo, rogaron á Magallanes los capitanes de la flota y otros muchos que se volviese á España, y no los hiciese morir á todos buscando lo que no habia, y que se contentase de haber llegado dónde nunca español llegó. Magallánes dijo que le seria muy gran vergüenza tornarse de allí por aquel poco trabajo de hambre y frio, sin ver el estrecho que buscaba ó el cabo de aquella tierra, y que presto se pasaria el frio, y la hambre se remediaria con la órden y tasa que andaba, y con mucha pesca y caza que hacer podian; que navegasen algunos dias, venida la primera vera, hasta subir á sesenta y cinco grados, pues se navegaban Escocia, Noruega y Islandia; y pues habia llegado cerca de allí Américo Vespucio, y si no hallasen lo que tanto deseaba, que se volveria. Ellos y la mayor parte de la gente, sospirando por volverse, le requirieron una y muchas veces que, sin ir mas adelante, diese vuelta; Magallanes se mucho enojó dello, y mostrándoles dientes, como hombre de ánimo y de honra, prendió y castigó algunos. Revolvióse la heria, diciendo que aquel portogués los llevaba á morir por congraciarse con su rey, y embarcáronse. Embarcóse tambien Magallanes, y de cinco naos no le obedecian las tres, y estaba con gran miedo no le hiciesen alguna afrenta ó mal. Estando en esta cuita, vino hácia su nao una de las otras amotinadas cazando de noche y sin advertencia de los marineros; él, aunque al principio tuvo temor, reconoció lo que era, y tomóla sin escándalo ni sangre, y luego se le rindieron las otras dos. Justició á Luis de Mendoza y á Gaspar Casado y á otros; échó y dejó en tierra á Juan de Cartagena y á un clérigo, que debia revolver el hato, con sendas espadas y una talega de bizcocho, para que allí, ó se muriesen ó los matasen; publicó que lo querian matar. Con este inhumano castigo allanó los demás, y se partió de Sant Julian dia de Sant Bartolomé. Como miraba las ensenadas para ver si eran estrecho, tardaba mucho en cada parte que llegaba. Cuando emparejó con la punta de Santa Cruz, vino un torbellino que llevó en peso la menor nao sobre unas peñas; quebróla, y salvóse la gente, ropa y jarcias. Tuvo entonces Magallanes miedo grandísimo, y anduvo desatinado como quien andaba á tiento; estaba el cielo turbado, el aire tempestuoso, la mar brava y la tierra helada. Navegó empero treinta leguas, y llegó á un cabo que nombró de las Vírgines, por ser dia de Santa Ursula. Tomó el altura del sol, y hallóse en cincuenta y dos grados y medio de la Equinocial, y con hasta seis horas de noche. Parecióle gran cala, y creyendo ser estrecho, envió las naves á mirar, y mandóles que dentro de cinco dias volviesen al puesto. Volvieron las dos, y como tardase la otra, embocóse por el estrecho. La nao Sant Anton, cuyo capitan era Alvaro de Mezquita, y piloto Estéban Gomez, no vió las otras cuando volvió al cabo de las Vírgines; soltó los tiros, hizo ahumadas y esperó algunos dias. Alvaro de Mezquita queria entrar por el estrecho, diciendo que por allí iba su tio Magallanes. Estéban Gomez, con casi los demás, deseaba volverse á España, y sobre ello dió al Alvaro una buena cuchillada, y lo echó preso, acusándole que fué consejero de la crueldad de Cartagena y del clérigo de misa, y de las muertes y afrentas de los otros castellanos; y con tanto, dieron vuelta. Traian dos gigantes que se murieron navegando, y llegaron á España ocho meses después que dejaron á Magallanes; el cual tardó mucho en pasar el estrecho, y cuando se vió del otro cabo, dió infinitas gracias á Dios. No cabia de gozo por haber hallado aquel paso para el otro mar del Sur, por do pensaba llegar presto á las islas del Maluco; teníase por dichoso; imaginaba grandes riquezas; esperaba muchas y muy crecidas mercedes del rey don Cárlos por aquel tan señalado servicio. Tiene este estrecho ciento y diez leguas, y aun algunos le ponen ciento y treinta; va derecho leste oeste; y así, están ambas sus dos bocas en una mesma altura, que cincuenta y dos grados es y medio. Es ancho dos leguas, y mas tambien, y menos en algunas partes; es muy hondable; crece mas que mengua, y corre al sur; hay en él muchas islejas y puertos. Es la costa por entrambos lados muy alta y de grandes peñascos; tierra estéril, que no hay grano; y fria, que dura la nieve casi todo el año, y aun algunos contaban que habia nieve azul en ciertos lugares, lo cual debe ser de vieja, ó por estar sobre cosa

de tal color. Hay grandes árboles y muchos cedros, y ciertos árboles que llevan uñas como guindas. Críanse avestruces y otras grandes aves, muchos y extraños animales; hay sardinas, golondrinos que vuelan y que se comen unos á otros, lobos marinos, de cuyos cueros se visten; ballenas, cuyos huesos sirven de hacer barcas, las cuales tambien hacen de cortezas, y las calafetean con estiércol de antas.

Muerte de Magallanes.

Como acabó Magallanes de pasar el estrecho, volvió las proas á mano derecha, y tiró su camino casi tras el sol para dar en la Equinocial; porque debajo della ó muy cerca tenia de hallar las islas Malucas, que iba buscando. Navegó cuarenta dias ó mas sin ver tierra. Tuvo gran falta de pan y de agua; comian por onzas; bebian el agua atapadas las narices por el hedor, y guisaban arroz con agua del mar. No podian comer, de hinchadas las encías; y así murieron veinte y adolecieron otros tantos. Estaban por esto muy tristes, y tan descontentos como antes de hallar el estrecho. Llegaron con esta cuita al otro trópico, que es imposible, y á unas isletas que los desmayaron, y que las llamaron Desventuradas por no tener gente ni comida. Pasaron la Equinocial y dieron en Invagana, que nombran de Buenas-Señales, donde amansaron la hambre; la cual está en once grados y tiene coral blanco. Toparon luego tantas islas, que les dijeron el Archipiélago, y á las primeras, Ladrones, por hurtar los de allí como gitanos; y aun ellos decian venir de Egipto, segun referia la esclava de Magallanes, que los entendia. Précianse de traer los cabellos hasta el ombligo, y los dientes muy negros, ó colorados de areca, y ellos hasta el tobillo, y se los atan á la cinta; y sombreros de palma muy altos y bragas de lo mesmo. Llegaron en conclusion, de isla en isla, á Zebut, que otros nombran Subo; en las cuales moran sobre árboles, como picazas. Puso Magallanes banderas de paz, desparó algunos tiros en señal de obediencia; surgió allí en Zebut, á diez grados ó poco mas acá de la Equinocial, é hizo sus mensajeros al rey con un presente y cosas de rescate. Hamabar, que así se llamaba el Rey, tuvo placer de su llegada, y respondió que saliese á tierra mucho enhorabuena. Salió pues Magallanes, y sacó muchos hombres y mercería. Armaron una gran casa con velas y ramos en la marina, donde se dijo misa el dia de la Resurreccion de Cristo; la cual oyeron el Rey y otros muchos isleños con atencion y alegría. Armaron luego un hombre de punta en blanco, y diéronle muchos golpes de espada y botes de lanza, para que viesen cómo no habia fierro ni fuerzas que bastasen contra ellos: los de la isla se maravillaron de lo uno y de lo otro; mas no tanto cuanto los nuestros pensaron. Dió Magallanes á Hamabar una ropa larga de seda morada y amarilla, una gorra de grana, dos vidrios y algunas cuentas de lo mesmo. Dió á un sobrino y heredero suyo una gorra, un paño de Holanda y una taza de vidro, que tuvo en mucho, pensando ser cosa fina. Predicóles con Enrique, su esclavo, é hizo amistad, tocando las manos al Rey y bebiendo. Al tanto hizo Hamabar, y dióle arroz, mijo, higos, naranjas, miel, azúcar, jengibre, pan y vino de arroz, cuatro puercos, cabras, gallinas y otras cosas de comer, y muchas frutas que no las hay en España, y certinidad de las Malucas y Especiería, que fué lo principal. Convidólos después á comer, y fué gentil banquete. Fué tal la amistad, plática y conversacion, que se baptizó el Rey con mas de ochecientas personas. Llamóse Hamabar Cárlos, como el Emperador; la reina, Juana; la princesa, Catalina, y el heredero, Fernando. Sanó Magallanes otro sobrino del Rey, que tenia calenturas dos años habia, y aun dicen algunos que era mudo. Por lo cual se baptizaron todos los de Zebut y otros ochocientos de Masana, isla, cuyo señor se llamó Juan; la señora, Isabel, y Cristóbal un moro que iba y venia á Calicut, y que certificó á Hamabar de la grandeza del emperador Cárlos, rey de Castilla, y de lo que era el rey de Portugal. Envió mensajeros Hamabar á las islas comarcanas, á recuesta de Magallanes, rogándoles que viniesen á tomar amistad con tan buenos hombres como los cristianos. Vinieron de algunas pequeñas, por ver el sano y á quien lo sanara con solas palabras y agua; ca lo tuvieron por milagro, y ofresciéronse por del rey de Castilla. Los de Mautan, que es otra isla y pueblo cuatro leguas de allí, no quisieron venir, ó no osaron por amor de Cilapulapo, su señor. Al cual envió Magallanes á rogar y requerir que viniese ó enviase á reconocer al Emperador con algunas especies y vituallas. Respondió Cilapulapo que no obedeceria á quien nunca conoció, ni á Hamabar tampoco; mas, por no ser habido por inhumano, que le daba aquellas pocas cabras y puercos que pidia. Pasó Magallanes allá con cuarenta compañeros, y después de muchas pláticas quemó á Bulaia, lugar pequeño de moros. Afrentados dello aquellos de Mautan, pensaron en la venganza; y Zula, caballero principal, envió, como en gran secreto, ciertas cabras á Magallanes, rogándole que lo perdonase, pues no podia mas por causa de Cilapulapo, que contradecia la paz y contratacion; y que, ó fuese, ó le enviase algunos españoles bien armados que resistiesen á su contrario, y que le daria la isla. Magallanes, no entendiendo el engaño, fué allá de noche con sesenta compañeros bien apercebidos, en tres bateles, y con Cárlos Hamabar, que llevó treinta barcas, dichos juncos, llenas de isleños. Quisiera combatir luego á Mautan; mas por lo que obligado era, envió primero á decir á Cilapulapo con Cristóbal, moro, que fuesen amigos. El respondió bravamente. Sacó tres mil hombres al campo, repartiólos en tres escuadras, púsose cerca del agua, y dejó pasar la priesa de los tiros y arcabuces. Salió Magallanes á tierra con cincuenta españoles, el agua á la rodilla; ca por las piedras no pudieron arribar las barcas. Mandó descargar las piezas de fuego y arcabucería, arremetiendo él á los enemigos. Como los vió quedos y sin daño, se tuvo por perdido, y se tornara si cobardia no le pareciera. Andando en la pelea conosció el daño de los suyos, y mandóles retirar. Peleaban gentilmente los mautaneses; y así, mataron algunos zebutines y ocho españoles con Magallanes, é hirieron veinte, los mas con yerba y en las piernas, ca les tiraban á ellas, viéndolas desarmadas. Cayó Magallanes de un cañazo que le pasó la cara, teniendo ya caida la celada, á golpes de piedras y lanzas y una herida de yerba en la pierna. Tambien le dieron una lanzada, aunque después

de caido, que lo atravesó de parte á parte. Desta mesma manera acabó Magallanes su vida y su demanda, sin gozar de lo que halló, á 27 de abril, año de 21. Muerto que fué Magallanes, eligieron por caudillo á Juan Serrano, piloto mayor de la flota, y con él á Barbosa, segun dicen algunos. El cual procuró mucho de haber el cuerpo de Magallanes, su yerno; pero no lo quisieron darui vender, sino guardarlo por memoria, que fué mala señal, si lo entendieran, para lo que después les avino. Entendieron en rescatar por la isla oro, azúcar, jengibre, carne, pan y otros cosas, para irse á las Malucas entre tanto que sanaban los enfermos, y tramando de conquistar á Mautan; y como para lo uno y para lo otro era menester Enrique, dábanle priesa á levantar. El, como sintia mucho la herida de yerba, no podia, ó no queria segun algunos pensaban; y reñíanle Serrano y Barbosa, amenazándole con doña Beatriz, su ama. Tanto, en fin, que, ó por las injurias ó por haber libertad, habló con Hamabar, y consejóle que matase los españoles si queria ser, como hasta allí, señor de Zebut, diciendo que eran codiciosos en demasía, y que trataban guerra al rey Cilapulapo con su ayuda, é usurparle después á él su isla; que así hacian do quiera que hallaban entrada y ocasion. Hamabar lo creyó, y convidó luego á comer al Juan Serrano y á todos los que quisiesen ir, diciendo les queria dar un presente para el Emperador, pues se querian partir. Fueron pues á casa del Rey Juan Serrano y obra de treinta españoles, sin pensamiento de mal, y al mejor tiempo de la comida los mataron á lanzadas y puñaladas, si no fué á Juan Serrano. Cativaron otros tantos que andaban por la isla, ocho de los cuales vendieron después en la China; y derribaron las cruces é imágenes que Magallanes pusiera, sin mirar al baptismo que rescibieron ni á la palabra que dieron.

Isla de Zebut.

Zebut es grande, rica y abundante isla. Está desviada de la Equinocial á nosotros diez grados. Lleva oro, azúcar y jengibre. Hacen porcelanas blancas y que no sufren yerbas. Recuece el barro cincuenta años, y algunas veces mas. Van desnudos por la mayor parte. Untanse con aceite de coco cuerpo y cabellos, y préciause de tener la boca y dientes rojos, y para los embermejar mascan areca, que es como pera, con hojas de jazmin y de otras yerbas. La Reina traia una ropa larga de lienzo blanco y un sombrero de palma, con su corona papal de lo mesmo; lo cual, y el color de areca que tenia en la boca, no le parecia mal. El rey Hamabar vestia solamente unos pañicos de algodon y una escofia bien labrada. Traia una cadena de oro al cuello y cercillos de lo mesmo, con perlas y piedras muy finas. Tañia vigüela con cuerdas de alambre, y bebia de las porcelanas con una caña; cosa de risa para los nuestros. Teniendo cebada, mijo, panizo y arroz, comen pan de palmas, rallado y frito. Destilan muy gentil vino blanco de arroz, y encalabria reciamente. Tambien barrenan las palmas y otros árboles para beber lo que lloran. Hay en Zebut una fruta que llaman cocos. Es el coco á manera de melon, mas largo que gordo, envuelto en muchas camisillas como palmito, de que hacen hilo como de cáñamo. Tiene la corteza como de calabaza seca, empero muy mas dura; la cual, quemada y hecha polvos, es medicinal. La carne que dentro se hace, paresce mantequilla en lo blanco y blando, y es sabrosa y cordial. Si menean el coco al rededor, y lo dejan así algunos dias, se torna un licor como aceite, suave y saludable, con que se untan á menudo. Si le echan agua, sale azúcar; si lo dejan al sol, vuélvese vinagre. El árbol es casi palma, y lleva los cocos en racimos. Dánles un barreno al pié de una hoja, cogen lo que destilan en cañas como el muslo, y es gentil bebida, sana, y tenida en lo que acá el vino. Hay peces que volan, y unas aves como grajas, que llaman laganes; las cuales se ponen á la boca de las ballenas y se dejan tragar, y como se ven dentro, cómenles los corazones y mátanlas. Tienen dientes en el pico, ó cosa que lo parescen, y son buenos de comer.

De Siripada, rey de Borney.

Los que estaban en las naves alzaron anclas y velas como supieron la crueldad, y fuéronse de allí sin redemir á Juan Serrano, que voceaba de la marina temiendo otra tal traicion; y si triste quedaba el capitan y piloto, llorando su desastre, tristes iban los soldados y marineros, temiendo otro mayor. Eran ciento y quince solamente, y no bastaban á gobernar y defender tres naos. Pararon luego en Cohol, y quemando una nao, rehicieron las otras dos. Acercábanse á la Equinocial, que debajo della les decian estar las Malucas. Tocaron en muchas islas de negros, y en Calegando hicieron amistad con el rey Calavar, sacando sangre de la mano izquierda, y tocando con ella el rostro y lengua, que así se usa en aquellas tierras. Llegaron á Borney, ó segun otros Porney, que está en cinco grados; el lugar, digo, donde desembarcaron, que por otra parte á la Equinocial toca. Hicieron señal de paz, y pidieron licencia para surgir en el puerto y salir al pueblo. Vinieron á las naos ciertos caballeros en barcas que tenian doradas las proas y popas; muchas banderas y plumajes, muchas flautas y atabales, cosa de ver. Abrazaron á los nuestros, y diéronles cuatro cabras, muchas gallinas, seis cántaros de vino de arroz estilado, haces de cañas de azúcar, y una galleta pintada, llena de areca, y flor de jazmin y de azahar para colorar la boca. Vinieron luego otros con huevos, miel, azahar y otras cosas; y dijéronles que holgaria el rey Siripada, su señor, que saliesen á tierra á feriar, y por agua y leña y todo cuanto menester les hiciese. Fueron entonces á besar las manos al Rey ocho españoles, y diéronle una ropa de terciopelo verde, una gorra de grana, cinco varas de paño colorado, una copa de vidrio con sobrecopa, unas escribanías con su herramienta, y cinco manos de papel. Llevaron para la Reina unas servillas valencianas, una copa de vidrio llena de agujas cordobesas, y tres varas de paño amarillo; y para el gobernador una taza de plata, tres varas de paño colorado y una gorra. Otras muchas cosas sacaron, que dieron á muchos; pero esto fué lo principal. Cenaron y durmieron en casa del Gobernador, y en colchones de algodon; ca por ser tarde no pudieron ver al Rey aquella noche. Otro dia los llevaron á palacio doce lacayos en elefantes por unas calles llenas de hombres armados con espadas, lanzas y adargas. Subieron á

la sala, do estaban muchos caballeros vestidos de seda de colores, y tenian anillos de oro con piedras, y puñales con cabos de oro, piedras y perlas. Sentáronse allí sobre una alhombra; habia mas adentro una cuadra entapizada de seda, con las ventanas cubiertas de brocado, en la cual estaban hasta trecientos hombres en pié y con estoques, que debian ser de guarda. En otra pieza comia el Rey con unas mujeres y con su hijo. Servian la mesa damas solamente, y no habia adentro mas de padre é hijo, y otro hombre en pié. Viendo los españoles tanta majestad, tanta riqueza y aparato, no alzaban los ojos del suelo, y hallábanse muy corridos con su vil presente. Hablaban entre sí muy bajo de cuán diferente gente era aquella que la de Indias; y rogaban á Dios que los sacase con bien de allí. Llegóse uno á ellos, á cabo de gran rato que llegaron, á decirles que no podian entrar ni hablar al Rey, y que le dijesen á él lo que querian. Ellos se lo dijeron como mejor sabian, y él lo dijo á otro, y aquel á otro, que con una cebratana lo dijo al que estaba con el Rey, por una reja; el cual finalmente hizo la embajada con gran reverencia; cosa enojosa para español colérico; y los mas de aquellos ocho no podian tener la risa. Siripada mandó que llegasen cerca para verlos. Llegaron por conclusion á una gran reja; hicieron tres reverencias, las manos sobre la cabeza, altas y juntas, que así se lo mandaron. Hicieron su embajada de parte del Emperador por paz, pan y contratacion. Respondió Siripada al que le habló con la cebratana que se hiciese lo que pedian; y maravillóse de la navegacion tan larga que habian hecho aquellos hombres y navíos. Ellos entonces abrieron su presente (con harta vergüenza) por haber visto mucho oro, plata, brocado, sedas y otras grandes riquezas en aquella casa y mesa de rey, y saliéronse con sendos pedazos de telilla de oro, que les pusieron al hombro izquierdo por cerimonia. Diéronles colacion de canela y clavos confitados y por confitar, y volviéronlos en caballos á casa del Gobernador, que los festejó dos noches maravillosísimamente. Trajéronles de palacio doce platos y escudillas de porcelana llenas de fruta y vianda. Sirviéronles á la cena treinta platos y mas, y cada treinta veces de vino de arroz estilado, en pequeñitos vasos. Toda la carne fué asada ó en pasteles, y era ternera, capones y otras aves. Los potajes y platillos eran guisados, unos con especies, otros con vinagre, otros con naranjas, y todos con azúcar. Hubo peces muy buenos que no conoscian los nuestros, y frutas ni mas ni menos, y entre ellas unos higos muy largos. Habia lámparas de aceite y blandones de plata con hachas de cera. El servicio fué todo de oro, plata y porcelanas. Los servidores muchos y bien aderezados á su manera, y el concierto y silencio mucho. En fin, decian aquellos españoles que ningun rey podia tener mejor casa y servicio. Pasearon la ciudad en elefantes, y vieron en ella cosas notables. Dióles el Rey dos cargas de especies, cuanto pudieron llevar dos elefantes, y muchas cosas de comer. Y el Gobernador les dió entera noticia de las Malucas, y les dijo cómo las dejaban muy atrás hácia levante, y con tanto, se despidieron. Borney es isla grande y rica, segun oido habeis. Carece de trigo, vino, asnos y ovejas; abunda de arroz, azúcar, cabras, puercos, camellos, búfalos y elefantes. Lleva canela, jengibre, cánfora, que es goma de copey, mirabolanos y otras medicinas, unos árboles cuyas hojas en cayendo andan como gusanos. Andan casi desnudos, traen todos cofias de algodon. Los moros se retajan, los gentiles mean en cuclillas, que de ambas leyes hay. Báñanse muy á menudo, límpianse con la izquierda el trasero, porque comen con la derecha. Usan letras con papel de cortezas, como tártaros, que hasta allá llegan. Estiman mucho el vidrio, liénzo, lana, fierro para hacer clavazon, y armas y azogue para unciones y medicinas. No hurtan ni matan, Nunca niegan su amistad ni la paz á quien se la pide. Raras veces pelean; aborrescen al rey guerrero; y así, lo ponen el delantero en la batalla. No sale fuera el Rey sino es á caza ó guerra. Nadie le habla, salvo sus hijos y mujer, sino por cebretana ó caña. Piensan los que idolatran que no hay mas de nascer y morir: bestialidad grandísima. La ciudad donde residen los reyes de Borney es grandísima y toda dentro la mar; las casas de madera, con portales, si no es palacio y algunos templos y casas de señores.

La entrada de los nuestros en los Malucos.

Partiéronse de Borney nuestros españoles muy alegres por lo bien que allí les fué, y por estar ya cerca de los Malucos, que con tanto deseo y trabajo iban buscando. Llegaron á Cimbubon, y estuvieron en aquella isla mas de un mes adobando la una nave. Empegáronla con ánime. Hallaron allí crocodilos y unos peces extraños, porque son todos de un hueso, con una como silllica en el espinazo, barrigudos, cuero durísimo y sin escamas, hocico de puerco, dos huesos en la frente, como cuernos derechos, y dos espinas; en fin, paresce monstro. Tomaron tambien y comieron muchas ostias de perlas, algunas de las cuales tuvieron veinte y cinco libras de pulpa, y una tuvo cuarenta y cuatro, pero no tenian perlas. Preguntando qué tamañas perlas criaban tan grandes conchas, les fué dicho que como huevos de paloma y aun de gallina: grandeza increible y nunca vista. En Sarangan tomaron pilotos para las Malucas, y entraron en Tidore, una dellas, á 8 de noviembre del año de 21. Dispararon algunos tiros por salva, echaron áncoras y amarraron las naos. Almanzor, rey de Tidore, vino á ver qué cosa era, en una barca, vestido solamente una camisa labrada de oro maravillosísimamente con aguja, y un paño blanco ceñido hasta tierra, y descalzo, y en la cabeza un velo de seda bien lindo, á manera de mitra. Rodeó las naos, mandó á los marineros que andaban aderezando las boias, entrar en su barca, y díjoles que fuesen bien venidos y otras muchas buenas palabras; entró luego en la una nao, y tapóse las narices por el olor de tocino, como era moro. Los españoles le besaron la mano y le dieron una silla de carmesí, una ropa de terciopelo amarillo, un sayon de tela falsa de oro, cuatro varas de escarlata, un pedazo de damasco amarillo, otro de lienzo, un paño de manos labrado de seda y oro, dos copas de vidro, seis sartales de lo mesmo, tres espejos, doce cuchillos, seis tijeras y otros tantos peines. Dieron asimesmo á un su hijo que consigo llevaba, una gorra, un espejo y dos cuchillos, y muchas cosas á los otros caballeros y criados. Ha-

bláronle de parte del Emperador, pidiendo licencia para negociar en su isla. Almanzor respondió que negociasen mucho en buena hora, haciendo cuenta que estaban en tierra del Emperador; y si alguno los enojase, que lo matasen. Estuvo mirando la bandera que tenía las armas reales, y pidió la figura del Emperador, y que le mostrasen la moneda, el peso y medida que tenian; y desque lo tuvo bien mirado todo, díjoles cómo él sabia por su astrología que habian de venir allí, por mandado del emperador de cristianos, en busca de las especies que nacian en aquellas sus islas; y que pues eran venidos, que las tomasen; ca él era y se daba por amigo del Emperador. Quitóse con tanto la mitra, abrazólos, y fuése. Otros dicen que no lo supo por sciencia, sino por sueño; ca soñara dos años antes que veia venir por mar unas naos y hombres que punto no les mentian á los españoles, á señorear aquellas islas y especias. Nosotros pensamos que fué conjetura, sabiendo el mando y trato de portugueses en Calicut, Malaca, Zamotra y costa de la China. Salieron á tierra los nuestros á feriar especias y á ver los árboles que las producen. Estuvieron mas de cinco meses allí en Tidore, con mucha conversacion de los isleños. Vino á verlos, y á darse al Emperador, Corala, señor de Terrenate, que era sobrino de Almanzor (aunque otros lo llaman Colano); el cual tenia cuatrocientas damas en su casa, gentiles en ley y en persona, y cien corcobadas que lo servian de pajes. Vino tambien Luzfu, rey de Gilolo, amigo de Almanzor, que tenia seiscientos hijos, si ya no se engañan en un cero, pues como dicen, tanto monta ocho que ochenta; aunque como tienen muchísimas mujeres, no era mucho tener tantos hijos. Otros muchos señores de aquellas isletas vinieron á Tidore por ruego de Almanzor, á ofrecerse por amigos y tributarios del rey de Castilla, Cárlos emperador, que no los cuento. Tenia veinte y seis hijos é hijas Almanzor, y docientas mujeres, y cenando, mandaba ir á la cama á la que queria. Era celosísimo, ó lo hacia por amor de los españoles, que luego miran y sospiran y hacen del enamorado; aunque á la verdad todos aquellos isleños son celosos, teniendo muchas mujeres. Traen bragas; lo demás en carnes vivas. Juró Almanzor sobre su alcoran de siempre ser amigo del Emperador y rey de Castilla. Contrató de dar el fardel de clavos, cada y cuando que allá fuesen castellanos, por treinta varas de lienzo, diez de paño colorado y cuatro de amarillo, y las otras especias conforme á este precio. Hay en Tidore y por aquellas islas unas avecicas que llaman mamucos; las cuales son de mucho menor carne que cuerpo muestran; tienen las piernas largas un palmo, la cabeza chica, mas luengo el pico, la pluma de color lindísimo, no tienen alas; y así, no vuelan sino con aire. Jamás tocan en tierra sino muertas, y nunca se corrompen ni pudren. No saben dónde crian ni qué comen; y algunos piensan que anidan en paraíso, como son moros y como creen en el alcoran, que les pone otras semejantes y aun peores cosas en su paraíso. Piensan los nuestros que se mantienen del rocío y flor de las especias. Como quiera que sea, ellos no se corrompen. Los españoles los traen por plumajes, y los malucos por remedio contra heridas y asechanzas.

De los clavos y canela y otras especias.

Muchas islas hay Malucas, empero comunmente llaman Malucos á Tidore, Terrenate, Mate Matil y Machian; las cuales son pequeñas y poco distantes una de otra. Caen debajo y cerca de la Equinocial, y mas de ciento y sesenta grados de nuestra España; y algunos dicen que Zebut está ciento y ochenta, que es el medio camino del mundo, andándolo por la via del sol y como lo anduvieron estos nuestros españoles. Todas estas islas, y aun otras muchas por allí, producen clavos, canela, jengibre y nueces moscadas; empero uno se hace mas que otro en cada una. En Matil hay mucha canela, cuyo árbol es muy semejante al granado; hiende y revienta la corteza con el sol, quítanla y cúranla al sol, sacan agua de la flor (muy mucho mejor que la de azahar). Hay muchos clavos en Tidore, Mate y Terrenate, ó Terrate (como dicen algunos), donde murió Francisco Serrano, amigo de Magallanes, y capitan de Corola, siete meses antes que llegasen allí aquellas dos naos españolas. El árbol de clavos es grande y grueso, hoja de laurel, corteza de oliva. Echa los clavos en racimos como yedra, ó espino, y enebro. Son verdes al principio, y luego blancos; y en madurando colorados, y secos parecen negros, como nos los traen. Mójanlos con agua de mar. Cógense dos veces al año, y guárdanlos en silos. Cógense en unos collados, y allí los cubre cierta niebla una y mas veces al dia; no se hace en los valles y llanos, á lo menos no llevan fruto; y así, es por demás pensar de los traer y plantar acá, como algunos imaginan. Criar en estas partes, que son calientes, el jengibre, que es raíz, como rubia ó azafran, quizá podrian. Parece carrasca el árbol que cria las nueces moscadas; y así, nacen como bellotas, y aquel dedal que tienen es almástiga.

La famosa nao Vitoria.

Como nuestros españoles tuvieron llenas sus dos naos de clavos y otras especias, aparejaron su partida y vuelta para España, tomando las cartas y presentes de Almanzor y de los otros señores al emperador rey de Castilla. Almanzor les rogó que le llevasen muchos españoles para vengar la muerte de su padre, y quien le enseñase las costumbres españolas y la religion cristiana. No pudieron haber mas noticia de aquellas islas, de la que digo, por falta de lengua, aunque anduvieron muchas para las traer á la devocion del Emperador y para saber si aportaban por allí portugueses; y de un Peralfonso que toparon en Bandan entendieron cómo habia estado allí una carabela portuguesa feriando clavos. Partieron pues de Tidore muy alegres, por llevar noticia de las Malucas y gran cantidad de clavos y otras especias á España, y muchas espadas y mamucos para el Emperador; muchos papagayos colorados y blancos, que no hablan bien, y miel de avejas que, por ser pequeñitas, llamaban moscas. Hacia mucha agua la nao capitana, dicha Trinidad, y acordaron que Juan Sebastian del Cano, natural de Guetaria, en Guipúzcoa, se viniese luego á España por la via de portugueses con la nao Vitoria, cuyo piloto era; y que la Trinidad en adobándose fuese á tomar tierra en Panamá ó costa de la Nueva-España, que seria mas corta navegacion, y por tierras del Emperador. Partió de Tidore Juan Sebas-

tian por abril con sesenta compañeros, los trece, isleños de Tidore. Tocó en muchas islas, y en Tímor tomó sándalo blanco. Hubo allí un motin y brega, en que murieron hartos de la nao. En Eude tomaron mas canela; llegaron cerca de Zamotrp, y sin tomar tierra pasaron al cabo de Buena-Esperanza, y arribaron á Santiago, una de las islas de Cabo-Verde. Echó en ella trece compañeros con el esquife á tomar agua, que le faltaba, y á comprar carne, pan y negros para dar á la bomba, como venia la nao haciendo agua, que ya no eran sino treinta y un español, y los mas enfermos. El capitan portugués que allí estaba los echó presos, porque decian que habian de pagar en clavos lo que compraban, para saber de dónde los traian. Y tomó la barca, y aun procuró de coger la nave. Juan Sebastian alzó de presto las áncoras y velas, y en pocos dias llegó á Sant Lúcar de Barrameda, á los 6 de septiembre de 1522 años, con solamente diez y ocho españoles, los mas flacos y destrozados que podia ser. Los trece que prendieron en Santiago fueron luego sueltos por mandado del rey don Juan. Contaban, sin lo que dicho tenemos, muchas cosas de su navegacion, como decir que los cristianos que echaban á la mar andaban de espaldas, y los gentiles de barriga, y que muchas veces les pareció ir el sol y la luna al revés de acá; lo cual era por echarles siempre la sombra al sur, cuando se les antojaba aquello; ca está claro que sube por la mano derecha el sol de los que viven de treinta grados allá de la Equinocial, mirando el sol; y para mirarlo han de volver la cara al norte; y así, parece lo que dicen. Tardaron en ir y venir tres años menos catorce dias; erráronse un dia en la cuenta; y así, comieron carne los viérnes, y celebraron la Pascua en lúnes; trascordáronse ó no contaron el bisiesto, bien que algunos andan filosofando sobre ello, y mas yerran ellos que los marineros. Anduvieron diez mil leguas, y aun catorce mil, segun cuenta. Aunque menos andaria quien fuese camino derecho. Empero ellos anduvieron muchas vueltas y rodeos, como iban á tiento. Atravesaron la tórrida zona seis veces, contra la opinion de los antiguos, sin quemarse. Estuvieron cinco meses en Tidore, donde son antípodes de Guinea; por lo cual se muestra cómo nos podemos comunicar con ellos; y aunque perdieron de vista el norte, siempre se regian por él, porque le miraba tan de hito la aguja, estando en cuarenta grados del sur, como lo mira en el mar Mediterráneo. Bien que algunos dicen que pierde algo la fuerza. Anda siempre cabo el sur ó polo Antártico una nubecilla blanquizca y cuatro estrellas en cruz, y otras tres allí junto, que semejan nuestro septentrion; y estas dan por señales del otro eje del cielo, á quien llamamos sur. Grande fué la navegacion de la flota de Salomon, empero mayor fué la destas naos del emperador y rey don Cárlos. La nave Argos de Jason, que pusieron en las estrellas, navegó muy poquito en comparacion de la nao Vitoria; la cual se debiera guardar en las atarazanas de Sevilla por memoria. Los rodeos, los peligros y trabajos de Ulíses fueron nada en respeto de los de Juan Sebastian; y así, él puso en sus armas el mundo por cimera, y por letra *Primus circundedisti me*, que conforma muy bien con la que navegó; y á la verdad él rodeó todo el mundo.

Diferencias sobre las especias entre castellanos y portugueses.

Muy gran contentamiento tuvo el Emperador con el descubrimiento de las Malucas y islas de especias, y que se pudiese ir á ellas por sus propias tierras sin perjuicio de portugueses, y porque Almanzor, Luzfu, Corala y otros señores de la Especiería se le daban por amigos y tributarios. Hizo algunas mercedes á Juan Sebastian por sus trabajos y servicio, y porque le pidió albricias de que caian aquellas islas de los Malucos y otras mas ricas y muy grandes, en su parte, segun la bulla del Papa; así que se avivó el negocio y debate con portugueses sobre las especias y reparticion de Indias, con la venida y relacion de Juan Sebastian, que tambien afirmaba cómo nunca portugueses entraron en aquellas islas. Los del consejo de Indias pusieron luego al Emperador en que continuase la navegacion y trato de la Especiería, pues era suya y se habia hallado paso por las Indias, como deseaban, y habria dello gran dinero y renta, y enriqueceria sus vasallos y reinos á poca costa. Y como todo esto era verdad, túvose por bien aconsejado, y mandó que se hiciese así. Cuando el rey don Juan de Portugal supo la determinacion del Emperador, la prisa de los de su consejo, y la vuelta y testimonio de Juan Sebastian del Cano, bufaba de coraje y pesar, y todos sus portugueses querian (como dicen) tomar el cielo con las manos, pensando que tenian de perder el trato de las buenas especias si castellanos se pusiesen en ello; y así, suplicó luego el Rey al Emperador que no enviase armada á las Malucas hasta determinar cúyas eran, ni le hiciese tanto daño como quitarle su trato y ganancia, ni diese ocasion á que se matasen allá portugueses y castellanos, topándose una flota con otra. El Emperador, aunque conocia ser dilacion todo aquello, holgó que se viese por justicia, para mayor justificacion de su causa y derecho; y así, fueron entrambos de acuerdo que lo determinasen hombres letrados, cosmógrafos y pilotos, prometiendo de pasar por lo que juzgasen aquellos que sobre el mesmo caso fuesen nombrados y juramentados.

Reparticion de las Indias y Mundo-Nuevo entre castellanos y portugueses.

Era importante negocio este de la Especiería por su riqueza, y muy grave por haberse de rayar el nuevo mundo de Indias; y así, fué necesario y conveniente buscar personas sabias, honradas y expertas, así en navegar como en cosmografía y matemática. El Emperador escogió y nombró para jueces de posesion al licenciado Acuña, del Consejo Real, al licenciado Barrientos, del consejo de Ordenes, y al licenciado Pedro Manuel, oidor de chancillería de Valladolid; y por jueces de propiedad á don Fernando Colon, hijo de Cristóbal, al doctor Sancho Salaya, Pero Ruiz de Villegas, fray Tomas Duran, Simon de Alcazaba y Juan Sebastian del Cano; hizo abogado al licenciado Juan Rodriguez de Pisa, fiscal al doctor Ribera, y secretario á Bartolomé Ruiz de Castañeda. Dijo que fuesen Sebastian Gaboto, Estéban Gomez, Nuño García, Diego Ribero, que eran gentiles pilotos y maestros de hacer cartas de marear, para dar globos, mapas y los instrumentos necesarios á la declaracion del sitio de las islas Malucas, sobre las cuales era

el pleito; mas no habian de votar ni entrar en la congregacion sino cuando los llamasen: fueron pues todos estos y aun otros algunos á Badajoz, y vinieron á Elbes otros tantos portugueses y aun mas, porque traian dos fiscales y dos abogados. El principal era el licenciado Antonio de Acebedo Cotiño, Diego Lopez de Sequeira, almotacen, que habia sido gobernador en la India; Peralfonso de Aguiar, Francisco de Melo, clérigo, Simon de Tavira; que los demás no sé. Antes que se juntasen, estando los unos en Badajoz y los otros en Elbes, hubo hartos graciosos dichos sobre dónde seria la primera junta y quién hablaria primero, ca los portugueses miran mucho en tales puntos; en fin, concluyeron que se viesen y saludasen en Caya, riachuelo que parte término entre Castilla y Portugal, y está en medio el camino de Badajoz á Elbes; y después se juntaban un dia en Badajoz y otro en Elbes; tomáronse juramento unos á otros de tratar verdad y sentenciar justamente. Recusaron los portugueses á Simon de Alcazaba, portugués, y á fray Tomás Duran, que habia sido predicador de su rey, y excluyóse por sentencia el Simon, en cuyo lugar entró el maestro Antonio de Alcaraz. Para echar al fraile no dieron causas: estuvieron muchos dias mirando globos, cartas y relaciones, y alegando cada cual de su derecho y porfiando terribilísimamente. Portugueses decian que las Malucas é islas de especias, sobre las cuales era la junta é disputa, caian en su parte y conquista, y que primero que Juan Sebastian las viese, las tenian ellos andadas y poseidas, y que la raya se habia de echar desde la isla Buena-Vista ó de la Sal, que son las mas orientales de Cabo-Verde, y no por la de Sant Anton que es la ocidental, y que están noventa leguas una de otra. Esto era porfía y lo otro falso; pero quien mal pleito tiene, á voces lo echa. Aquí conocieron entonces el error que habian hecho en pedir que la raya fuese por trecientas y setenta leguas mas al poniente de las islas de Cabo-Verde, y no ciento, como el Papa señaló. Castellanos decian y demostraban cómo no solamente Borney, Gilolo, Zebut é Tidore, con las islas Malucas, empero que tambien Zamatra, Malaca y buena parte de la China eran de Castilla, y caian en su conquista y término; que Magallanes é Juan Sebastian fueron los primeros cristianos que las hollaron y adquirieron por el Emperador, segun las cartas y dones de Almanzor. Y dado caso que hubieran ido primero portugueses allá, habian ido después de la donacion del Papa, y no adquirieron derecho por eso; y que si querian echar la raya por Buena-Vista, que mucho en buen hora, pues así como así, cabrian á Castilla las Malucas y Especiería; empero que habia de ser con aditamento que las islas de Cabo-Verde fuesen de castellanos, pues rayando por Buena-Vista, quedaban dentro en la parte del Emperador. Estuvieron dos meses sin poder tomar resolucion; ca portugueses dilataban el negocio, rehuyendo de la sentencia con achaques y razones frias, por desbaratar aquella junta sin concluir cosa ninguna, que así les cumplia. Los castellanos jueces de la propiedad echaron una raya en el mejor globo, trecientas y setenta leguas de Sant Anton, isla ocidental de Cabo-Verde, conforme á la capitulacion que habia entre los Reyes Católicos y el de Portugal, y pronunciaron sentencia dello, llamada la parte contraria, en postrero de mayo de 1524, y encima de la puente de Caya. No pudieron los portugueses estorbar, ni quisieron aprobar la sentencia, que justa era, diciendo que no estaba el proceso sustanciado para sentenciar; y partiéronse amenazando de muerte á los castellanos que hallasen en las Malucas; ca ellos ya sabian cómo los suyos habian tomado la nao Trinidad y prendido los castellanos en Tidore. Los nuestros se volvieron tambien á la corte, y dieron al Emperador las escripturas y cuenta de lo que habian hecho. Conforme á esta declaracion se marcan y deben marcar todos los globos y mapas que hacen los buenos cosmógrafos y maestros, y ha de pasar poco mas ó menos la raya de la reparticion del nuevo mundo de Indias por las puntas de Humos y de Buen-Abrigo, como ya en otra parte dije. Y así parecerá muy claro que las islas de las especias y aun la de Zamotra caen y pertenecen á Castilla; pero cúpole á él la tierra que llaman del Brasil, donde está el cabo de Sant Augustin, la cual es de punta de Humos á punta de Buen-Abrigo, y tiene de costa ochocientas leguas norte sur, y docientas por algunas partes leste oeste. Aconteció que, paseándose un dia por la ribera de Guadiana Francisco de Melo, Diego Lopez de Sequeira y otros de aquellos portugueses, les preguntó un niño que guardaba los trapos que su madre lavaba, si eran ellos los que repartian el mundo con el Emperador, y como le respondieron que sí, alzó la camisa, mostró las nalguillas, y dijo: «Pues echad la raya por aquí en medio.» Cosa fué pública y muy reida en Badajoz y en la congregacion de los mesmos repartidores; de los cuales unos se corrian y otros se maravillaban. Conversé yo mucho á Pero Ruiz de Villegas, natural de Búrgos; que ya no hay vivos sino él y Gaboto. Es Pero Ruiz noble de sangre y condicion, curioso, llano, devoto, amigo de andar á lo viejo, con barba y cabello largo; es gentil matemático y cosmógrafo, y muy plático en las cosas de nuestra España y tiempo.

La causa y autoridad por donde partieron las Indias.

Habian debatido castellanos y portugueses sobre la mina de oro de Guinea, que fué hallada el año de 1471, reinando en Portugal don Alonso V. Era negocio rico, porque daban los negros oro á puñados á trueco de veneras y otras cosillas, y en tiempo que aquel rey pretendia el reino de Castilla por su mujer doña Juana la Excelente contra los Reyes Católicos Isabel y Fernando, cuyo era; empero cesaron las diferencias como don Fernando venció al don Alonso en Temulos, cerca de Toro, el cual quiso antes guerrear con los moros de Granada que rescatar con los negros de Guinea. Y así, quedaron los portugueses con la conquista de Africa del estrecho afuera, que comenzó ó extendió el infante de Portugal don Enrique, hijo del rey don Juan el Bastardo, y maestre de Avís. Sabiendo pues esto el papa Alejandre VI, que valenciano era, quiso dar las Indias á los reyes de Castilla, sin perjudicar á los de Portugal, que conquistaban las tierras marinas de Africa, y dióselas de su proprio motivo y voluntad, con obligacion y cargo que convertiesen los idólatras á la fe de Cristo, y mandó echar una raya ó meridiano norte sur, desde cien leguas adelante de una de las islas de Cabo-Verde hácia poniente, porque no tocase en Africa, que portugueses

conquistaban, y para que fuese señal y mojones de la conquista de cada uno, y los quitase de reyerta. Hizo gran sentimiento el rey don Juan, segundo de tal nombre en Portugal, cuando leyó la bula y donacion del Papa; quejóse de los Reyes Católicos, que le atajaban el curso de sus descubrimientos y riquezas. Reclamó de la bula, pidiéndoles otras trecientas leguas mas al poniente, sobre las ciento, y envió naves á costear toda Africa; los Reyes Católicos holgaron de complacerle, así por ser generosos de ánimo, como por el deudo que con él tenian y esperaban tener, y diéronle, con acuerdo del Papa, otras trecientas y setenta leguas mas que la bula decia, en Tordesillas, á 7 de junio, año de 1494. Ganaron nuestros reyes las Malucas y otras muchas y ricas islas, pensando que perdian tierra por dar aquellas leguas, y el rey de Portugal se engañó ó le engañaron los suyos, que aun no sabian de las islas de la Especiería, en pedir lo que pidió; ca le valiera mas demandar que aquellas trecientas y setenta leguas fueran antes hácia levante de las islas de Cabo-Verde que hácia poniente, y aun dudo con todo eso que las Malucas entraran en su conquista y parte, segun comun cuenta y medida de pilotos y cosmógrafos. Así que dividieron entre sí las Indias por no reñir, con autoridad del Papa.

Segunda navegacion á las Malucas.

Acabada la junta de Badajoz y declarada la raya de la particion, como dicho habemos, hizo el Emperador dos armadas para enviar á los Malucos, una en pos de otra; envió asimesmo Estéban Gomez con un navío á buscar otro estrecho por la costa de Bacallaos y del Labrador, que aquel piloto prometia, para ir por allí mas brevemente á traer especias de las Malucas, segun en su proprio lugar se contó. Mandó poner casa de contratacion en la Coruña, aunque mas reclamaba Sevilla, por ser muy buen puerto, conveniente para la vuelta de Indias, y cercano á Flándes, para la contratacion de las especias con alemanes y hombres mas setentrionales. Basteciéronse pues en la Coruña á costa del Emperador siete naos traidas de Vizcaya, y metieron dentro en ellas muchas cosas de rescate, como decir, lienzo, paño y bohonería, muchas armas y artillería; nombró el Rey por capitan general dellas á frey Garcijofre de Loaisa, de la órden de Sant Juan y natural de Ciudad-Real, y dióle cuatrocientos y cincuenta españoles, y por capitanes á don Rodrigo de Acuña, don Jorge Manrique de Nájera, Pedro de Vera, Francisco Hoces de Córdoba, Guevara, y Juan Sebastian del Cano, que llevaba el segundo lugar en la flota. Hizo Loaisa pleito homenaje en manos del conde don Hernando de Andrada, gobernador de Galicia; los capitanes lo hicieron en las de Loaisa, y cada soldado en las de su capitan; bendijeron el pendon real del Emperador, y partiéronse con grande alegría y estruendo por setiembre de 1525; pasaron el estrecho de Magallanes, y la nao menor, que llamaban Pataca ó Patax, aportó á la Nueva-España. Desparciéronse las otras con el tiempo, y tuvieron mal fin; murió Loaisa en la mar, y en julio del año adelante; llegó su nao capitana, dicha la Vitoria, á Tidore el 1.º de enero 1527, y el rey Raxamira, que señoreaba entonces, rescibió los españoles para que le ayudasen contra portugueses, que le daban guerra, y Hernando de la Torre, natural de Búrgos, hizo en Gilolo una fortaleza con ciento y veinte españoles. En Bicaia, isla donde aportó don Jorge Manrique, entró el rey Cotoneo en la nao como de paz, y matóle con su hermano don Diego, hiriéndolos con cuchillo de yerba, y prendió á los otros castellanos. En Candiga se perdió otra nao, y en fin vinieron todos á poder de isleños y de portugueses, cuyo capitan era don García Enriquez de Ebora, el cual hacia guerra desde Terrenate, donde tenian un castillo, á Raxamira y á los otros que no querian darse al rey de Portugal ni darle especias. Entonces se supo cómo la nao Trinidad de Magallanes, que quedara en Tidore adobándose, caminó la via de la Nueva-España, yendo por capitan un Espinosa de Espinosa de los Monteros, y que se tornó á Tidore por contrarios vientos que tuvo, cinco meses después que partiera, y que cuando volvió estaban allí cinco naos portuguesas con Antonio de Brito, el cual robó setecientos ó mil quintales de clavos que la nao Trinidad tenia y que habian allegado Gonzalo de Campos, Luis de Molina y otros tres ó cuatro que se quedaron con Almanzor, y envió presos á Malaca cuarenta y ocho castellanos, quedando él á labrar una fortaleza en Terrenate: hecho que merescia castigo en Portogal cuando en Castilla se supo.

De otros españoles que han buscado la Especiería.

Fernando Cortés envió de la Nueva-España, el año de 1528, á Alvaro de Saavedra Ceron con cien hombres en dos navíos á buscar los Malucos y otras islas por allí que tuviesen especias y otras riquezas, por mandado del Emperador, y por hacer camino para ir y venir de aquellas islas á la Nueva-España, y aun pensando hallar en medio ricas islas y tierras. Solia él decir por esto:

De aquí aquí me lo encordonedes,
De aquí aquí me lo encordonad.

Pero aun hasta agora, que sepamos, no se ha descubierto por allí lo que imaginaba. Don Antonio de Mendoza, virey de Méjico, envió al capitan Villalobos con buenas naos y gente, del puerto de la Navidad, que es en la Nueva-España, el año de 42. Platicó Villalobos en muchas islas de coral, que están á diez grados, y en Mindanao, do estuvo Saavedra Ceron, vido artillería. Estuvo en Tidore y en Gilolo, donde los reyes los acogieron muy bien, diciendo que querian mas á castellanos que á portugueses, é le pedian algunos para tenerlos consigo. Perdiéronse las naos y vino la gente á poder de portugueses. Entonces halló Bernaldo de la Torre de Granada, queriendo volver á la Nueva-España, una tierra que duraba quinientas leguas, muy cerca de la Equinocial, de negros, y junto della islas de blancos. Tambien iba Sebastian Gaboto á las Malucas, cuando el año de 26 se volvió del rio de la Plata, como ya dijimos, pensando traer la especiería á Panamá ó Nicaragua. Américo Vespucio fué á buscar las Malucas por el cabo de Sant Augustin, con cuatro carabelas que le dió el rey de Portugal el año de 1; mas no llegó ni aun al rio de la Plata. Simon de Alcazaba iba con docientos y cuarenta españoles á las Malucas el año de 34. No se supo valer ni llevar con la gente; y así, lo mataron á pu-

ñaladas diez ó doce de los suyos en el cabo de Santo Domingo, que es antes de llegar al estrecho de Magallanes. Otro año siguiente envió allá ciertas naos don Gutierre de Vargas, obispo de Plasencia, por amor y consejo del mesmo don Antonio, su cuñado, y pensando enriquecer mas que otros; pero tambien se perdieron sin llegar á ellos; aunque una nao de aquellas pasó el estrecho de Magallanes y aportó en Arequipa, y fué la primera que dió certidumbre de la costa que hay de aquel estrecho hasta Arequipa del Perú. Fueron asimesmo á buscar estas islas por hácia el norte Gaspar Cortes Reales, Sebastian Gaboto y Estéban Gomez, segun al principio contamos.

Del paso que podrian hacer para ir mas breve á las Malucas.

Es tan dificultosa y larga la navegacion á las Malucas de España por el estrecho de Magallanes, que hablando sobre ella muchas veces con hombres pláticos de Indias, y con otros historiales y curiosos, habemos oido un buen paso, aunque costoso; el cual no solamente seria provechoso, empero honroso para el hacedor, si se hiciese. Este paso se habia de hacer en tierra-firme de Indias, abriendo de un mar á otro por una de cuatro partes, ó por el rio de Lagartos, que corre á la costa del Nombre de Dios, nasciendo en Chagre, cuatro leguas de Panamá, que se andan con carreta; ó por el desaguadero de la laguna de Nicaragua, por do suben y bajan grandes barcas, y la laguna no está de la mar sino tres ó cuatro leguas: por cualquiera destos dos rios está guiado y medio hecho el paso. Tambien hay otro rio de la Veracruz á Tecoantepec, por el cual traen y llevan barcas de una mar á otra los de la Nueva-España. Del Nombre de Dios á Panamá hay diez y siete leguas, y del golfo de Uraba al golfo de Sant Miguel veinte y cinco, que son las otras dos partes, y las mas dificultosas de abrir; sierras son, pero manos hay. Dadme quien lo quiera hacer, que hacer se puede; no falte ánimo, que no faltará dinero, y las Indias, donde se ha de hacer, lo dan. Para la contratacion de la especiería, para la riqueza de las Indias, y para un rey de Castilla, poco es lo posible. Imposible parescia, como de verdad era, atajar veinte leguas de mar que hay de Brindez á la Belona; mas Pirro y Marco Varron lo quisieron, y tentaron para ir por tierra de Italia á Grecia. Nicanor comenzó de abrir cien leguas y mas que hay de tierra, sin los rios, para portear especias y otras mercaderías del mar Caspio al Mayor ó Póntico; empero como lo mató Tolomeo Ceranno, no pudo ejecutar su generoso y real pensamiento. Nitocres, Sesostre, Samnietico, Darío, Tolomeo y otros reyes intentaron echar el mar Bermejo en el rio Nilo, abriendo la tierra con hierro, para que sin mudar navíos fuesen y viniesen con las especias, olores y medicinas del Océano al Mediterráneo; mas temiendo que anegaria la mar á Egipto si reventase las acequias ó creciese mucho, lo dejaron, y porque la mar no estragase el rio, pues sin él no valdria nada Egipto. Si este paso que decimos se hiciese, se atajaria la tercia parte de navegacion. Los que fuesen á los Malucos irian siempre de las Canarias allá por el Zodiaco y cielo sin frio, y por tierras de Castilla, sin contraste de enemigos. Aprovecharia eso mismo para nuestras proprias Indias; ca irian al Perú y á otras provincias en las mesmas naves que sacasen de España, y así se excusaria mucho gasto y trabajo.

Empeño de la Especiería.

Como el rey de Portugal don Juan el Tercero supo que los cosmógrafos castellanos habian echado la raya por donde nombramos, y que no podia negar la verdad, temió perder el trato de las especias, y suplicó muy de veras al Emperador que no enviase á Jofre de Loaisa ni á Sebastian Gaboto á las Malucas, porque no se arregostasen los castellanos á las especias, ni viesen los males y fuerzas que á los de Magallanes habian hecho sus capitanes en aquellas islas, lo cual él mucho encubria; y pagaba todo el gasto de aquellas dos armadas, y hacia otros grandes partidos; mas no lo pudo acabar con el Emperador, que bien aconsejado era. Casó el Emperador con doña Isabel, hermana del rey don Juan, y el rey don Juan con doña Catalina, hermana del Emperador, y resfrióse algo el negocio de la Especiería, aunque no dejaba el Rey de hablar en ella, moviendo siempre partido. El Emperador supo de un vizcaíno que fué con Magallanes en su nao capitana, lo que portugueses hicieron en Tidore á castellanos, y enojóse mucho, y confrontó al marinero con los embajadores de Portugal, que lo negaban á pié juntillas, y que uno dellos era capitan mayor y gobernador en la India cuando portugueses prendieron los castellanos en Tidore, y robaron los clavos, canela y cosas que traian en la nao Trinidad para él. Mas como fué grande la negociacion del Rey y nuestra necesidad, vino el Emperador á empeñarle las Malucas y Especiería para ir á Italia á coronarse, año de 1529, por trecientos y cincuenta mil ducados y sin tiempo determinado, quedando el pleito en el estado que lo dejaron en la puente de Caya; y el rey don Juan castigó al licenciado Acebedo porque dió los dineros sin declarar tiempo. Empeño fué ciego, y hecho muy contra la voluntad de los castellanos que consultaba el Emperador sobre ello; hombres que entendian bien el provecho y riqueza de aquel negocio de la Especiería, la cual podia rentar en un año ó en dos, y fueran seis, mas de lo que daba el Rey sobre ella. Pero Ruiz de Villegas, que fué llamado al contrato dos veces, una á Granada y otra á Madrid, decia ser muy mejor empeñar á Extremadura y la Serena, ó mayores tierras y ciudades, que no á los Malucos, Zamatra, Malaca y otras riberas orientalísimas y riquísimas y aun no bien sabidas, por razon que se podria olvidar aquel empeño con el tiempo ó parentesco; y no estotro, que se estaba en casa. En conclusion, no miró el Emperador lo que empeñaba, ni el Rey entendia lo que tomaba. Muchas veces han dicho al Emperador que desempeñe aquellas islas, pues con la ganancia de pocos años se desquitara, y aun el año de 1548 quisieron los procuradores de cortes, estando en Valladolid, pedir al Emperador que diese al reino la Especiería por seis años en arrendamiento, y que pagarian ellos al rey de Portugal sus trecientos y cincuenta mil ducados, y traerian el trato della á la Coruña, como al principio se mandó, y que pasados los seis años, su majestad la continuase y gozase; mas él mandó desde Flándes, donde á la sazon estaba, que ni lo diesen por capítulo de cortes ni hablasen mas en

ello; de lo cual unos se maravillaron, otros se sintieron, y todos callaron.

De cómo hubieron portogueses la contratacion de las especias.

Haciendo guerra los portogueses á los moros de Fez, reino de Berbería, comenzaron á costear y guerrear la tierra de Africa del estrecho afuera, y como les sucedia bien, continuáronlo mucho, especialmente don Enrique, hijo del rey don Juan el Bastardo y Primero. Hallaron la mina de oro en Guinea y contratacion de negros el año de 1471, siendo rey don Alonso V; el cual, como navegaba mucho por allí y sin contradicion casi ninguna, propuso de enviar al mar Bermejo, y haber la contratacion de las especias para sí. Antes de armar envió á Pedro de Covillana y Alonso de Paiba, el año de 1487, á buscar y saber el precio y tierra de la Especiería, y medicinas que de India venian al mar Mediterráneo por el Bermejo. Envió estos porque sabian arábigo, desconfiando de otros que antes enviara, que no lo sabian. Dióles dineros y crédito, y una tabla por do se rigiesen, que sacaron el licenciado Calzadilla, obispo de Viseo, el doctor Rodrigo, maestre Moisen y Pedro de Alcazaba, de un mapa que debia ser de Martin de Bohemia, y de un memorial que quizá era el mesmo de Cristóbal Colon, donde se ponia el camino por poniente. Ellos fueron á Hierusalen y al Cairo, y de allí á Aden, Ormuz, Calicut y otras grandes ciudades y ferias de aquellas mercaderías, en Etiopia, Arabia, Persia é India. Paiba murió luego andando por su cabo, y Covillana, como lo detuvo el Preste Gian, no pudo volver, mas escribió al Rey lo que pasaba sobre la Especiería. Rabí, Abraham y Josepe de Lamego, zapatero, fueron á Persia y dieron nuevas al Rey del trato de las especias. El los tornó á enviar en busca de Covillana, y volvieron con cartas y avisos dél. El rey don Juan el Segundo de Portugal, que rescibió las cartas de Covillana, siendo ya muerto el rey don Alonso, su padre, envió carabelas en busca de la Especiería, año de 1494, pero no pasaron el cabo de Buena-Esperanza hasta el de 97, que don Vasco de Gama lo pasó, y llegó á Calicut, pueblo de grandísimo trato de medicinas y especias, que era lo que buscaban. Trajo muchas dellas á buen precio, y vino maravillado de la grandeza y riqueza de aquella ciudad, y de los muchos navíos, aunque chicos, que habia en el puerto; ca eran cerca de mil y quinientos, y todos ó los mas andaban en el trato de las especias y medicinas. Mas no son buenos para navegar sino es con viento en popa, ni para pelear con nuestras naos, que dió avilanteza á los portugueses de tomar aquella contratacion; ni tienen aguja de marear, ni buenas áncoras, ni velas, en respecto de las nuestras. Año de 1500 envió el rey don Manuel doce carabelas con Pero Alvarez á Calicut, y trajo el trato de las especias á Lisbona, y ganó después á Malaca, extendiendo su navegacion á la China. Don Juan, su hijo, la ha mucho acrecentado. En la manera y tiempo que digo, se trujo á Portugal el trato de la Especiería, y se renovó la navegacion que antiguamente tenian los españoles en Etiopia, Arabia, Persia y otras tierras de Asia, por causa de mercaderías, y principalmente, segun creo, por especias y medicinas.

Los reyes y naciones que han tenido el trato de las especias.

Españoles traian antiquísimamente especias y medicinas del mar Bermejo, Arábigo y Gangético, aunque no en tanta cantidad como agora; que á eso iban allá, segun muchos, con mercaderías y cosas de nuestra España. Los reyes de Egipto tuvieron la contratacion de las especias, olores y medicinas orientales mucho tiempo, comprando de alárabes, persas, indianos y otras gentes de Asia, y vendiéndolas á scitas, alemanes, italianos, franceses, griegos, moros y otros hombres de Europa. Valia el trato de la especiería al rey Tolomeo Auleta, padre de Cleópatra, la de Marco Antonio, doce talentos, segun Estrabon, cada un año, que son siete millones de nuestra moneda. Romanos tomaron aquel trato con el mesmo reino, y dicen que les valia mas; empero fuése disminuyendo con la inclinacion del imperio, y en fin se perdió. Mercaderes que corren mar y tierra por la ganancia, hicieron la contratacion en Cafa y otros lugares de la Tana ó Tanais; pero con grandísimo trabajo y costa, ca subian las especias por el rio Indo al rio Uxo, atravesando á Bater, que es la Batriana, en camellos. Por Uxo, que agora dicen Camu, las metian en el mar Caspio, y de allí las llevaban á muchas partes; mas la principal era Citraca, en el rio Ra, dicho al presente Volga, donde iban por ellas armenios, medos, partos, persianos y otros. De Citraca las subian á Tartaria, que antes era Scitia, por la Volga, y en caballos la ponian en Cafa, que antiguamente se dijo Teodosia, y en otros puertos allí cerca de la Tana. De donde las tomaban alemanes, latinos, griegos, moros y otras gentes de nuestra Europa. Y aun poco há iban allí por ellas venecianos, ginoveses y otros cristianos. Trajeron después las especias y otras mercaderías de la India, que llegaban al mar Caspio, á Trapisonda, bajándolas al mar Mayor ó Póntico, por el Ilásis, que agora nombran Faso. Mas perdióse la contratacion con aquel imperio, que deshicieron los turcos poco há. Entonces las portearon por Eufrates arriba, que cae dentro del mar Pérsico, y por cargas desde aquel rio á Damasco, Alepo, Barut y otros puertos del mar Mediterráneo, y los soldanes del Cairo tornaron el trato de las especias al mar Bermejo y Alejandría por el Nilo, como solia ser, pero no en tanta abundancia. Los reyes de Portugal la tienen al presente, por la via y negociacion que oistes, en Lisbona y Anvers, no sin invidia de muchos codiciosos y ruines, que importunan al Turco y á otros reyes que se lo estorben y quiten; mas con ayuda de Dios no podrán. Pablo Centurion, de Génova, fué á Moscovia, el año de 20, á inducir al rey Basilio que trujese á su reino el trato y mercadería de las especias, prometiéndole grande ganancia con poco gasto; empero el Rey no lo quiso tentar, cuanto mas hacer, entendiendo el grande camino y trabajo que seria; ca las tenian de subir por el Indó á tierra de Bater, y de allí en camellos al Camu, y por aquel rio á Estrava, y luego á Citraca, que están en el Caspio. De Citraca llevarlas por la Volga á Oca, rio grande, y después á Mosco, siempre rio arriba, porque todos tres vienen á ser uno hasta Moscovia, ciudad; y de allí por su tierra al mar Germánico y Venedico, donde son Ribalia, Riga, Danzuic, Rostoc y Lubec, pueblos de Li-

bonia, Polonia, Prusia, Sajonia, provincias de Alemaña que gastan muchas especias. Mas molidas y estragadas vinieran por este camino las especias que nó vienen en las carabelas de Portugal, que no se tocan hasta Lisbona desde que las cargan en la India. Digo esto porque afirmaba este ginovés corromperse las especias en tan larga navegacion. Soliman, turco, ha tambien procurado echar de Arabia y de la India los portugueses para tomar él aquel negocio de las especias, y no ha podido; aunque juntamente con ello pretendia dañar á los persianos, y extender sus armas y nombre por allá. De manera pues que Soleiman, eunuco, Basá, pasó galeras del mar Mediterráneo al Bermejo y al Océano por el Nilo y por tierra. El año de 37 fué á Dio, ciudad é isla cabe el Nilo con flota y ejército; sitióla, combatióla reciamente, y no la pudo ganar, ca los portugueses la defendieron gentilmente, haciendo maravillas por tierra y por agua. Era medroso como capado, y cruel como medroso. Llevó á Constantinopla las narices y orejas de los portugueses que mató, para mostrar su valentía.

Descubrimiento del Perú.

De mil y trecientas leguas de tierra que ponen costa á costa del estrecho de Magallanes al rio Perú, las quinientas que hay del estrecho á Chirinara ó Chile costeó un galeon de don Gutierrez de Vargas, obispo de Plasencia, el año de 44, y las otras descubrieron y conquistaron en diversas veces y años Francisco Pizarro y Diego de Almagro y sus capitanes y gente. Quisiera seguir en este descubrimiento y conquistas la órden que hasta aquí, dando á cada costa su guerra y tiempo, segun continuamos la geografía; mas déjolo por no replicar una cosa muchas veces. Así que, trastrocando nuestra propuesta órden, digo que residiendo Pedrarias de Avila, gobernador de Castilla de Oro, en Panamá, hubo algunos vecinos de aquella ciudad codiciosos de buscar nuevas tierras; empero unos querian ir hácia levante, al rio Perú, á topar con las tierras que debajo la línea Equinocial están, imaginando sus muchas riquezas; y otros querian ir hácia poniente, á lo de Nicaragua, que tenia fama de rica y fresca tierra, con muchos jardines y frutas; que tal informacion y lengua tuvo Vasco Nuñez de Balboa, y aun para ir allá habia hecho y comenzado cuatro navíos. Pedrarias se inclinó mas á Nicaragua que á lo oriental, y envió allá, segun después dirémos, aquellos navíos. Diego de Almagro y Francisco Pizarro, que ricos eran y antiguos en aquellas tierras, hicieron compañía con Hernando Luque, señor de la Taboga, maestre escuela de Panamá, clérigo rico, y que llamaron Hernando loco, por ello. Juraron todos tres de no apartar compañía por gastos ni reveses que les viniesen, y de partir igualmente la ganancia, riquezas y tierras que descubriesen y adquiriesen todos juntos y cada uno por sí. Entró en la capitulacion, á lo que algunos dicen, Pedrarias de Avila; mas salióse antes de tiempo por las ruines nuevas que de las tierras de la línea trajera su capitan Francisco Becerra. Concertada pues y capitulada la compañía, ordenaron que Francisco Pizarro fuese á descubrir, y Hernando Luque quedase á granjear las haciendas de todos, y Diego de Almagro que anduviese á proveer de gente, armas y comida al Pizarro, donde quiera que descubriese y poblase; y aun tambien que conquistase él por su parte, si hallase coyuntura y disposicion en la tierra que llegase. Año pues de 1525 fueron á descobrir y poblar, con licencia del gobernador Pedrarias, segun dicen algunos, Francisco Pizarro é Diego de Almagro. El Pizarro partió primero con ciento y catorce hombres en un navío. Navegó hasta cien leguas, y tomó tierra en parte que los naturales se le defendieron, y le hirieron de flecha siete veces, y aun le mataron algunos españoles; por lo cual se volvió á Chinchama, que cerca es de Panamá, arrepentido de la empresa. Almagro, que por acabar un navío partió algo después, fué con setenta españoles á dar en el rio que llamó de Sant Juan, y como no halló rastro de su compañero, tornó atrás. Salió á tierra, donde vió señales de haber estado allí españoles, y fué al lugar que hirieron á Pizarro, y porque peleando le quebraron los indios un ojo y le maltrataron su gente, quemó el pueblo, y dió vuelta á Panamá, pensando que otro tanto habia hecho Pizarro. Mas como entendió que estaba en Chinchama, fuése luego allá para comunicar con él la vuelta á la tierra que habian descubierto; ca le paresciera bien y con oro. Juntaron allí hasta docientos españoles y algunos indios de servicio. Embarcáronse con ellos en sus dos navíos y en tres grandes canoas que hicieron. Navegaron con muy gran trabajo y peligro de las corrientes que causa el continuo viento sur en aquellas riberas. Mas á la fin tomaron tierra en una costa anegada, llena de rios y manglares, y tan lluviosa, que casi nunca escampaba. Viven allí los hombres sobre árboles, á manera de picazas, y son guerreros y esforzados; y así, defendieron su tierra matando hartos españoles. Acudian tantos á la marina con armas, que la hinchian, y voceaban reciamente á los nuestros, llamándolos hijos de la espuma del mar, sobre que andaban, ó que no tenian padres; hombres desterrados ó haraganes, que no paraban en cabo ninguno á cultivar la tierra para tener qué comer; y decian que no querian en su tierra hombres de cabellos en las caras, ni vagamundos que corrompiesen sus antiguas y santas costumbres; y eran ellos muy grandes putos, por lo cual tratan mal á las mujeres. Son todos muy ajudiados en gesto y habla, ca tienen grandes narices y hablan de papo. Ellas andan tresquiladas y fajadas y con anillos solamente. Ellos visten camisas cortas, que no les cubren sus vergüenzas, y traen coronas como de frailes, sino que cortan todo el cabello por delante y por detrás, y dejan crescer los lados. Traen asimesmo esmeraldas y otras cosas en las narices y orejas; sartales de oro, turquesas, piedras blancas y coloradas. Pizarro y Almagro deseaban conquistar aquella tierra por la muestra de piedras y oro que los naturales tenian; mas como la hambre y la guerra les habia muerto muchos españoles, no podian sin nuevo socorro. E así, fué Almagro á Panamá por ochenta españoles, con los cuales y con la comida y refresco, que tambien trujo, cobraron ánimo los hambrientos que vivos estaban. Habíanse mantenido muchos dias con palmitos amargos, marisco, pesca, aunque poca, y fruta de manglares que es sin zumo ni sabor, y si alguno tiene, es amargo y salado. Nascen estos árboles

ribera de la mar, y aun dentro en ella y en tierras salobres. Llevan muy gran fruta y pequeña hoja, aunque muy verde. Son muy altos, derechos y recios; por lo cual hacen dellos mástiles de naos.

Continuacion del descubrimiento del Perú.

Estaban los españoles tan flacos y desesperados en aquellos manglares, y sentíanse tan desiguales para con los naturales de allí, que, aun con los ochenta compañeros recien venidos no se atrevieron á guerrearlos; antes se fueron luego á Catamez, tierra sin manglares, y de mucho maiz y comida, y que restauró á muchos la vida, y alegró á todos, porque los de allí traian sembradas las caras de muchos clavos de oro; ca se las horadan por muchos lugares, y meten un grano ó clavo de oro por cada agujero, y muchos meten turquesas y finas esmeraldas. Ya pensaban Pizarro y Almagro fenescer allí sus trabajos y enriquecer sobre cuantos españoles en Indias habia, y no cabian de gozo ellos ni los suyos; mas luego se les destempló su placer con la muchedumbre de indios armados que á ellos salieron, y ni osaron pelear con ellos ni estar allí, sino que sobre acuerdo Almagro tornó á Panamá por mas gente, y Pizarro á la isla del Gallo á lo esperar. Andaban los españoles tan medrosos, descontentos y ganosos de Panamá, que renegaban del Perú y de las riquezas de la Equinocial; é quisieran muchos dellos irse con Almagro; mas no los dejaron ir ni aun escrebir, porque no infamasen aquella tierra, y estorbasen el socorro por que Almagro iba. Empero ni pudieron encubrir á los de Panamá los trabajos y muertes que les habian sucedido en aquella mala tierra, ni estorbar las cartas de nuevas y quejas que algunos escribieron; porque un Sarabia, de Trujillo, envió cartas de ciertos amigos suyos, ó como dicen otros, una suya firmada de muchos, á Pascual de Andagoya, envuelta en un gran ovillo de algodon, so color que le hiciesen dél una manta, que andaba desnudo. Contenia la carta todos los males, muertes é trabajos pasados en el descubrimiento; agravios y fuerzas y quejas de los capitanes, que les impedian la vuelta. Era, en fin, peticion para que les diese licencia é mandamiento el Gobernador, que no les forzasen á estar allí, y al pié de la carta puso:

> Pues, señor gobernador,
> Mírelo bien por entero;
> Que allá va el recogedor,
> Y acá queda el carnicero.

Era ya venido á Panamá por gobernador, cuando Almagro llegó, Pedro de los Rios; el cual dió mandamiento, y envió á su criado Tafur, para que cada uno de los que con Pizarro estaban en la isla del Gallo, pudiese libremente volverse á su casa, poniendo grandes penas á quien se lo impidiese. Con este mandamiento de Pedro de los Rios, huyeron de Almagro todos los que querian ir con él, que gran tristeza le fué; é de Pizarro cuantos con él estaban, sino fueron Bartolomé Ruiz de Moguer, su piloto, y otros doce, entre los cuales fué Pedro de Candía, griego y natural de aquella isla. Cuanto pensamiento y pesar cargó desto á Pizarro no se puede contar. Dió muchas gracias y promesas á los que se quedaron con él, loándolos de buenos é constantes amigos, y por ser pocos se pasó á una isla despoblada, seis leguas de tierra, que llamó Gorgona, por sus muchas fuentes y arroyos. En la cual se sustentaron sin pan ninguno, comiendo cangrejos leonados de tierra, cangrejos de mar, culebras grandes, y algo que pescaban, hasta que tornó de Panamá el navío de Almagro; y luego que fué vuelto, navegó Pizarro para Motupe, que cae cerca de Tangarara; de allí volvió al rio Chira, é tomó muchas ovejas cervales para comer, y algunos hombres para lengua, en los pueblos que llamaban Pohechos. Hizo salir á tierra en Túmbez á Pedro de Candía, que volvió espantado de las riquezas de la casa del rey Atabaliba; nuevas que alegraron mucho á todos. Pizarro, que habia hallado la riqueza y tierra tanto por él deseada, se fué luego á Panamá para venir en España á pedir al Emperador la gobernacion del Perú. Dos españoles se quedaron allí, no sé si por mandado de Pizarro, para que aprendiesen la lengua é secretos de aquella tierra, entre tanto que él iba y venia, ó si por codicia del oro y plata que Candía certificaba; mas sé decir que los mataron indios. Anduvo Francisco Pizarro mas de tres años en este descubrimiento, que llamaron del Perú, pasando grandes trabajos, hambre, peligros, temores y dichos agudos

Francisco Pizarro hecho gobernador del Perú.

Como Pizarro llegó á Panamá comunicó con Almagro y Luque la bondad y riqueza de Túmbez y rio Chira. Ellos holgaron mucho con tales nuevas, y le dieron mil pesos de oro, y aun buscaron emprestada buena parte dellos. Porque, aunque todos eran de los mas ricos vecinos de aquella ciudad, estaban pobres con los muchos gastos que habian hecho aquellos tres años en el descubrimiento. Vino pues á España Francisco Pizarro, pidió la gobernacion del Perú, presentando en consejo de Indias la relacion de su descubrimiento y gasto. El Emperador lo hizo por ello adelantado, capitan general é gobernador del Perú y Nueva-Castilla; que tal nombre pusieron á las tierras allí descubiertas. Francisco Pizarro prometió grandes riquezas y reinos por sus mercedes y títulos. Publicó mas riquezas que sabia, aunque no tanta como era, porque fuesen muchos con él, y embarcóse muy alegre y acompañado de cuatro hermanos, que fueron Fernando, Juan y Gonzalo Pizarro, y Francisco Martin de Alcántara, hermano de madre. Fernando Pizarro era solamente legítimo, Gonzalo Pizarro y Juan Pizarro eran hermanos de madre. Entraron los Pizarros en Panamá con gran fausto y pompa; mas no fueron bien recebidos de Almagro, que muy corrido y quejoso estaba de Francisco Pizarro; porque siendo tan amigos, lo habia excluido de los honores é títulos que para sí traia; y porque siendo compañeros en los gastos, queria echarlo de la ganancia como de la honra, pues no le dejaba parte en el mando ni gobierno; y lo que mucho sentia era, que habiendo él puesto mas hacienda y perdido un ojo en el descubrimiento, no lo habia dicho al Emperador. Decia, en fin, que queria mas honra que hacienda. Francisco Pizarro se le desculpaba con que no habia querido el Emperador darle nada para él, aunque se lo habia suplicado. Prometia de negocialle otra gobernacion en la mesma tierra, y renunciarle luego el adelantamiento, y de no apar-

tar compañía; y decia que, siendo compañeros, era tambien él gobernador; y así, podria mandar y disponer de todo como le pluguiese. Mas aun con todo esto no se aplacaba nada Diego de Almagro. Tanto era su odio, ó queja que con razon le parescia tener, y creyendo que todo era palabras de cumplimiento é imposible, y como tenia en su poder la poca hacendilla que habia quedado, hacia padescer mucha necesidad á los Pizarros, que traian grande costa y pocos dineros. Fernando Pizarro, que mayor de todos era, sentia mucho aquello, tomando por afrenta que Almagro los tratase así. Reprehendió al Gobernador, su hermano, porque lo sufria, é indignó á los otros hermanos y á muchos contra él. De donde nació un perpetuo rancor entre Almagro y Fernando Pizarro, que sus hermanos mas blandos y amorosos eran. Francisco Pizarro deseaba mucho tornar en gracia de Almagro, porque sin él no podia ir á su gobernacion tan presto, ni tan honrosa ni provechosamente, y buscó medios para la reconciliacion. Entrevinieron en ella muchos, especial de los nuevamente venidos de España, que ya se habian comido las capas, y concertáronlos en fin con medios de Antonio de la Gama, juez de residencia. Almagro dió setecientos pesos y las armas y vituallas que tenia, y Pizarro se partió con los mas hombres é caballos que pudo, en dos navíos. Tuvo contrario viento para llegar á Túmbez, y desembarcó en la tierra propiamente del Perú; de la cual tomaron nombre las grandes y ricas provincias que se descubrieron y conquistaron, buscando á ella sola. Quien primero tuvo nueva del rio Perú fué Francisco Becerra, capitan de Pedrarias de Avila; que partiendo de Comagre con ciento y cincuenta españoles, llegó á la punta de Piñas; mas volvióse de allí, porque los del rio Jumeto le dijeron que la tierra del Perú era áspera, y la gente belicosa. Algunos dicen que Balboa tuvo relacion de cómo aquella tierra del Perú tenia oro y esmeraldas. Sea así ó no sea, es cierto que habia en Panamá gran fama del Perú cuando Pizarro y Almagro armaron para ir allá. Era tan mala tierra donde Pizarro salió, y llevaba ojo á la de Túmbez, que no paró allí. Siguió la costa por tierra; que, como es áspera, se despeaban en ella hombres é caballos. E como tiene muchos rios, á la sazon crescidos, se ahogaron algunos que no sabian nadar, y aun Francisco Pizarro, segun cuentan, pasaba los enfermos á cuestas; que muchos adolecieron luego con la mudanza de aires y falta de comida. Andando así, llegaron á Coaque, lugar bien proveido y rico, donde se refrescaron asaz cumplidamente, y hubieron mucho oro y esmeraldas; de las cuales quebraron algunas para ver si eran finas, porque hallaban tambien muchas piedras falsas de aquel mesmo color. Apenas habian satisfecho al cansancio y hambre, cuando les sobrevino un nuevo y feo mal, que llamaban berrugas, aunque, segun atormentaban y dolian, eran bubas. Salian aquellas berrugas ó pupas á las cejas, narices, orejas é otras partes de la cara y cuerpo, tan grandes como nueces, y muy sangrientas. Como era nueva enfermedad, no sabian qué hacerse, y renegaban de la tierra y de quien á ella los trajo, viéndose tan feos; pero como no tenian en qué tornarse á Panamá, sufrian. Pizarro, aunque sentia la dolencia y muertes de sus compañeros, no dejó la empresa. Antes envió veinte mil pesos de oro á Diego de Almagro para que le enviase de Panamá y de Nicaragua los mas hombres, caballos, armas y vituallas que pudiese, y para abonar la tierra de su conquista, que tenia ruin fama. Caminó tras este despacho hasta Puerto-Viejo, á veces peleando con los indios y á veces rescatando. Estando allí vinieron Sebastian de Benalcázar y Juan Fernandez, con gente y caballos, de Nicaragua; que no poca alegría y ayuda fueron para pacificar aquella costa de Puerto-Viejo.

La guerra que Francisco Pizarro hizo en la isla Puna.

Dijeron á Francisco Pizarro sus lenguas, que eran Filipe y Francisco, natural de Pohechos, cómo cerca de allí estaba Puna, isla rica, aunque de hombres valientes. Pizarro, que tenia ya muchos españoles, acordó ir allá, y mandó á los indios hacer balsas en que pasar los caballos y aun hombres. Son las balsas hechas de cinco ó siete ó nueve vigas largas y livianas, á manera de la mano de un hombre, porque la madera de medio es mas larga que las otras por entrambas partes, y cada una de las otras es mas corta cuanto mas al cabo está. Van llanas y atadas, y es ordinario navegar en ellas. Al pasar de tierra á la isla quisieron los indios cortar las cuerdas á las balsas y ahogar los cristianos, segun á Pizarro avisaron sus farautes; y ansí, mandó á los españoles que llevasen desenvainadas las espadas, por meter miedo á los indios. Fué Pizarro bien y pacíficamente rescebido del gobernador de Puna; mas no mucho después ordenó de matar los españoles por lo que hacian en las mujeres y ropa. Pizarro lo prendió luego que lo supo, sin alboroto ninguno. Los isleños cercaron otro dia en amaneciendo el real de cristianos, amenazándolos de muerte si no les daban su gobernador y hacienda. Pizarro ordenó su gente para la batalla y envió corriendo ciertos de caballo á socorrer los navíos, que tambien los indios combatian en sus balsas. Pelearon los indios, como esforzados que eran, por cobrar su capitan y ropa; empero fueron vencidos, quedando muchos dellos muertos y heridos. Murieron tambien tres ó cuatro españoles, y quedaron heridos muchos, y peor que ninguno Fernando Pizarro en una rodilla. Con esta victoria hubieron mucho despojo en ropa y oro; la cual repartió luego Pizarro entre los que tenia, porque después no pidiesen parte dello los que venian de Nicaragua con Fernando de Soto. Comenzaron tras esto á enfermar los españoles, como la tierra los probaba, á cuya causa y porque se andaban los isleños con balsas entre los manglares sin hacer paz ni guerra, determinó Pizarro de ir á Túmbez, que cerca estaba; pero antes que digamos lo que le avino allá, es bien decir algo desta isla, pues en ella tuvo Pizarro la primera nueva de Atabaliba. Puna boja doce leguas, y está de Túmbez otras tantas. Estaba llena de gente, de ovejas cervales y de venados. Eran los hombres amigos de pescar y de cazar; eran esforzados, y en la guerra diestros y temidos de sus comarcanos. Peleaban con hondas, porras, varas arrojadizas, hachas de plata y cobre, lanzas con los hierros de oro. Visten algodon de muchas colores. Ellos traen por caperuzas unas made-

jas de color y muchas sortijas, cercillos y joyas de oro y piedras finas, como sus mujeres. Tenian muchas vasijas de oro y plata para su servicio. Una novedad hallaron en Puna harto inhumana, de que usaba el Gobernador como celoso, que cortaba las narices y miembro, y aun los brazos, á los criados que guardaban y servian sus mujeres.

Guerra de Túmbez y poblacion de Sant Miguel de Tangarara.

Halló Pizarro en la Puna mas de seiscientas personas de Túmbez cativas, que, segun pareció, eran de Atabaliba; el cual, guerreando el año atrás aquella tierra contra su hermano Guaxcar, quiso ganar la Puna. Juntó muchas balsas en que pasar á ella con gran ejército. El gobernador que allí estaba por Guaxcar, inga y señor de todos aquellos reinos, armó todos los isleños y una gran flota de balsas. Salióle al encuentro y dióle batalla, y vencióla, como eran los suyos mas diestros en mar que los enemigos, ó porque Atabaliba fué mal herido en un muslo peleando, y convínole retirarse, y luego irse á Caxamalca á curar y á juntar su gente para ir al Cuzco, donde su hermano Guaxcar estaba con gran ejército. El gobernador de Puna, de que supo su ida, fué á Túmbez y saqueólo. No desplugo nada á Pizarro ni á sus españoles la disension y revuelta entre los hermanos y reyes de aquellas tierras; y habiendo de pasar á ellas, quisieron ganar la voluntad y amistad del Atabaliba, que mas á mano les caia, y enviaron á Túmbez los seiscientos cativos, que prometian hacer mucho por ellos; mas como se vieron libres, pospusieron la obligacion de su libertad, diciendo cómo los cristianos se aprovechaban de las mujeres y se tomaban cuanta plata y oro topaban, y lo hacian barrillas; con lo cual indinaron el pueblo contra ellos. Embarcóse pues Pizarro en los navíos para Túmbez; envió delante tres españoles con ciertos naturales en una balsa á pedir paz y entrada. Los de Túmbez rescibieron aquellos tres españoles devotamente, ca luego los entregaron á unos sacerdotes que los sacrificasen á cierto ídolo del sol, llamado Guaca; llorando, y no por compasion, sino por costumbre que tienen de llorar delante la Guaca, y aun guaca es lloro, y guay voz de recien nascidos. Cuando los navíos llegaron á tierra no habia balsas para salir, que las trasportaron los indios como se pusieron en armas. Salió Pizarro á tierra en una balsa con otros seis de caballo, que ni hubo lugar ni tiempo para mas; y no se apearon en toda la noche, aunque venian mojados, como andaba mareta, y se les trastornó la balsa al tomar tierra, no la sabiendo regir. Otro dia salieron los demás á placer, sin que los indios hiciesen mas de mostrarse, y volvieron los navíos por los españoles que habian quedado en Puna, y Francisco Pizarro corrió dos leguas de tierra con cuatro de caballo, que no pudo haber habla con ningun indio. Asentó real sobre Túmbez, é hizo mensajeros al capitan, rogándole con la paz y amistad; el cual no los escuchaba; y hacian burla de los barbudos, como eran pocos; y dábales cada dia mil rebates con los del pueblo, y mataba con los que fuera tenia los indios de servicio, que por yerba y comida salian del real sin rescebir daño ninguno. Pizarro hubo ciertas balsas, en que pasó el rio con cincuenta de caballo una noche, sin que fuese de los enemigos sentido. Anduvo por mal camino y espesura de espinares, y amaneció sobre los enemigos, que descuidados estaban en su suerte. Hizo gran daño y matanza en ellos y en los vecinos por los tres españoles que sacrificaran. El Gobernador entonces vino de paz, y se le dió por amigo, y aun dió un gran presente de oro y plata y ropa de algodon y lana. Pizarro, que tan bien habia acabado esta guerra, pobló á Sant Miguel en Tangarara, riberas de Chira. Buscó puerto para los navíos, que fuese bueno, y halló el de Paita, que es tal. Repartió el oro, y partióse para Caxamalca á buscar á Atabaliba.

Prision de Atabaliba.

Viendo Pizarro tanto oro y plata por allí, creyó la grandísima riqueza que le decian del rey Atabaliba; y concertando las cosas de la nueva ciudad de Sant Miguel y sus pobladores, se partió á Caxamalca. Atrajo de paz en el camino los pueblos que llaman Pohechos, por medio de Filipillo y de su compañero Francisquillo, que eran de allí, y sabian español. Entonces vinieron ciertos criados de Guaxcar á pedir su amistad y favor contra Atabaliba, que tiránicamente se le alzaba con el reino, y le prometieron grandes cosas si lo hacia. Pasaron nuestros españoles un despoblado de veinte leguas sin agua, que los fatigó. En subiendo la sierra toparon un mensajero de Atabaliba, que dijo á Pizarro se volviese con Dios á su tierra en sus navíos, y que no hiciese mal á sus vasallos ni les tomase cosa ninguna, por los dientes y ojos que traia en la cara; y que si ansí lo hiciese, le dejaria ir con el oro robado en tierra ajena, y si no, que lo mataria y despojaria. Pizarro le respondió que no iba á enojar á nadie, cuanto mas á tan grande príncipe, y que luego se volviera á la mar como él lo mandaba, si embajador no fuera del Papa y del Emperador, señores del mundo; y que no podia, sin gran vergüenza suya y de sus compañeros, volverse sin verle y hablarle á lo que venia, que eran cosas de Dios y provechosas á su bien y honra. Atabaliba vió por esta respuesta la determinacion que los españoles llevaban de verse con él por mal ó por bien; pero no hacia caso dellos por ser tan pocos, y porque Maicabelica, señor entre los pohechos, le habia hecho cierto que los extranjeros barbudos no tenian fuerzas ni aliento para caminar á pié ni subir una cuesta sin ir encima ó asidos de unas grandes pacos, que así llamaban á los caballos, y que ceñian unas tablillas relucientes, como las que usaban sus mujeres para tejer. Esto decia Maicabelica, que no habia probado el corte de las espadas, y presumia de gran corredor, ejercicio y prueba de indios nobles y esforzados; empero otra cosa publicaban los heridos de Túmbez que en la corte estaban; así que Atabaliba tornó á enviar otro mensajero á ver si caminaban todavía los barbudos y á decir al capitan que no fuese á Caxamalca si amaba la vida. Respondió Pizarro al mensajero cómo no dejaria de llegar allá. Entonces el indio le dió unos zapatos pintados y unos puñetes de oro, que se pusiese, para que Atabaliba, su señor, lo conociese cuando á él llegase; señal, á lo que se presumió, para le mandar prender ó matar sin tocar en los

demás. El los tomó, é dijo riendo que así lo haria. Llegó Pizarro con su ejército á Caxamalca, y á la entrada le dijo un caballero que no se aposentase hasta que lo mandase Atabaliba; mas él se aposentó sin volverle respuesta, y envió luego al capitan Hernando de Soto con algunos otros de caballo, en que iba Filipillo, á visitar á Atabaliba, que de allí una legua estaba en unos baños, y decirle cómo era ya llegado, que le diese licencia y hora de hablalle. Llegó Soto haciendo corbetas con su caballo, por gentileza ó por admiracion de los indios, hasta junto á la silla de Atabaliba, que no hizo mudanza ninguna, aunque le resolló en la cara el caballo; y mandó matar á muchos de los que huyeron de la carrera y vecindad de los caballos; cosa de que los suyos escarmentaron, y los nuestros se maravillaron. Apeóse Soto, hizo gran reverencia y díjole á lo que iba. Atabaliba estuvo muy grave, y no le respondió dél á él, sino hablaba con un su criado, y aquel con Filipillo, que referia la respuesta al Soto. Decian que se enojó dél porque se llegó tanto con el caballo; caso de gran desacato para la gravedad de tan grandísimo rey. Fué luégo Fernando Pizarro, y hablóle por ser hermano del capitan, respondiendo en pocas palabras á las muchas; y por conclusion dijo que seria buen amigo del Emperador y del capitan, si volviese todo el oro, plata y otras cosas que habia tomado á sus vasallos y amigos, y se fuese luego de su tierra, y que otro dia siguiente seria con él en Caxamalca para dar órden en la vuelta, y á saber quién eran el Papa y el Emperador, que de tan léjos tierras le enviaban embajadores y requirimientos. Fernando Pizarro volvió espantado de la grandeza y auctoridad de Atabaliba, y de la mucha gente, armas y tiendas que habia en su real, y aun de la respuesta, que parecia declaracion de guerra. Pizarro habló á los españoles, porque algunos ciscaban con vér tan cerca tantos indios de guerra; esforzándolos á la batalla con ejemplo de la vitoria de Túmbez y Puna. En esto y en aderezar sus armas y caballos pasaron aquella noche, y en asestar la artillería á la puerta del tambo por do habia de entrar Atabaliba; y como dia fué, puso Francisco Pizarro una escuadra de arcabuceros en una torrecilla de ídolos que señoreaba el patio. Metió en tres casas á los capitanes Fernando de Soto, Sebastian de Benalcázar y Fernando Pizarro, que general era, con cada veinte de caballo; y él se estuvo á la puerta de otra con la infantería, que sin los indios de servicio serian hasta ciento y cincuenta. Mandó que ninguno hablase ni saliese á los de Atabaliba hasta oir un tiro ó ver el estandarte. Atabaliba animó tambien los suyos, que braveaban y tenian en poco los cristianos, y pensaban hacer dellos, si peleasen, un solemnísimo sacrificio al sol. Puso á su capitan Ruminagui con cinco mil soldados por la parte que los españoles les entraron en Caxamalca, por si huyesen, que los prendiese ó matase. Tardó Atabaliba en andar una legua cuatro horas: tan de reposo iba, ó por cansar los enemigos. Venia en litera de oro, chapada y aforrada de plumas de papagayos de muchas colores, que traian hombres en hombros, y sentado en un tablon de oro sobre un rico cojin de lana, guarnescido de muchas piedras. Colgábale una gran borla colorada de lana finísima de la frente, que le cubria las cejas y sienes, insignias de los reyes del Cuzco. Traia trecientos ó mas criados con librea para la litera y para quitar las pajas y piedras del camino, y bailaban y cantaban delante, y muchos señores en andas y hamacas, por majestad de su corte. Entró en el tambo de Caxamalca, y como no vió los de caballo ni menear á los peones, pensó que de miedo. Alzóse en pié, y dijo: «Estos rendidos están.» Respondieron los suyos que sí, teniéndolos en poco. Miró á la torrecilla, y enojado, mandó echar de allí ó matar los cristianos que dentro estaban. Llegó entonces á él fray Vicente de Valverde, dominico, que llevaba una cruz en la mano y su breviario, ó la Biblia como algunos dicen. Hizo reverencia, santiguóle con la cruz, y díjole: «Muy excelente Señor, cumple que sepais cómo Dios trino y uno hizo de nada el mundo y formó al hombre de la tierra, que llamó Adan, del cual traemos orígen y carne todos. Pecó Adan contra su Criador por inobediencia, y en él cuantos después han nacido y nacerán, excepto Jesucristo, que siendo verdadero Dios, bajó del cielo á nascer de María vírgen, por redemir el linaje humano del pecado. Murió en semejante cruz que aquesta, y por eso la adoramos. Resucitó al tercero dia, subió dende á cuarenta dias al cielo, dejando por su vicario en la tierra á sant Pedro y á sus sucesores, que llaman papas; los cuales habian dado al potentísimo rey de España la conquista y conversion de aquellas tierras; y así, viene agora Francisco Pizarro á rogaros seais amigos y tributarios del rey de España, emperador de romanos, monarca del mundo; y obedezcais al Papa, y rescibais la fe de Cristo, si la creyéredes, que es santísima, y la que vos teneis es falsísima. Y sabed que haciendo lo contrario vos darémos guerra y quitarémos los ídolos, para que dejeis la engañosa religion de vuestros muchos y falsos dioses.» Respondió Atabaliba muy enojado que no queria tributar siendo libre, ni oir que hubiese otro mayor señor que él; empero que holgaria de ser amigo del Emperador y conoscerle, ca debia ser gran príncipe, pues enviaba tantos ejércitos como decian, por el mundo; que no obedeceria al Papa, porque daba lo ajeno, y por no dejar á quien nunca vió, el reino que fué de su padre. Y en cuanto á la religion, dijo que muy buena era la suya y que bien se hallaba con ella, y que no queria ni menos debia poner en disputa cosa tan antigua y aprobada; y que Cristo murió, y el sol y la luna nunca murian, y que ¿cómo sabia el fraile que su Dios de los cristianos criara el mundo? Fray Vicente respondió que lo decia aquel libro, y dióle su Breviario. Atabaliba lo abrió, miró, hojeó, y diciendo que á él no le decia nada de aquello, lo arrojó en el suelo. Tomó el fraile su breviario, y fuése á Pizarro voceando: «Los evangelios en tierra; venganza, cristianos; á ellos, á ellos, que no quieren nuestra amistad ni nuestra ley.» Pizarro entonces mandó sacar el pendon y jugar la artillería, pensando que los indios arremeterian. Como la seña se hizo, corrieron los de caballo á toda furia por tres partes á romper la muela de gente que al rededor de Atabaliba estaba, y alancearon muchos. Llegó luego Francisco Pizarro con los de pié que hicieron gran riza en los indios con las espadas á estocadas. Cargaron todos sobre Atabaliba, que toda-

vía estaba en su litera, por prenderle, deseando cada uno el prez y gloria de su prision. Como estaba alto, no alcanzaban, y acuchillaban á los que la tenian; pero no era caido uno, que luego no se pusiesen otros y muchos á sostener las andas, porque no cayese á tierra su gran señor Atabaliba. Viendo esto Pizarro, echóle mano del vestido y derribólo, que fué rematar la pelea. No hubo indio que pelease, aunque todos tenian armas; cosa bien notable, contra sus fieros y costumbre de guerra. No pelearon, porque no les fué mandado, ni se hizo la señal que concertaran para ello, si menester fuese, con el grandísimo rebato y sobresalto que les dieron, ó porque se cortaron todos, de puro miedo y ruido que hicieron á un mesmo tiempo las trompetas, los arcabuces y artillería y los caballos, que llevaban pretales de cascabeles para los espantar. Con este ruido pues y con la priesa y heridas que los nuestros les daban, huyeron sin curar de su rey. Unos derribaban á otros por huir, y tantos cargaron á una parte, que arrimados á la pared, derrocaron un lienzo della, por donde tuvieron salida. Siguiéronlos Fernando Pizarro y los de caballo hasta que anocheció, y mataron muchos dellos en el alcance. Ruminagui huyó tambien cuando sintió los truenos del artillería, que barruntó lo que fué, como vió derribado de la torre al que le tenia de hacer señal. Murieron muchos indios á la prision de Atabaliba, la cual aconteció año de 1533 y en el tambo de Caxamalca, que es un gran patio cercado. Murieron tantos porque no pelearon, y porque andaban los nuestros á estocadas, que así se lo aconsejaba fray Vicente, por no quebrar las espadas hiriendo de tajo y revés. Traian los indios morriones de madera, dorados, con plumajes, que daban lustre al ejército; jubones fuertes embastados, porras doradas, picas muy largas, hondas, arcos, hachas y alabardas de plata y cobre y aun de oro, que á maravilla relumbraban. No quedó muerto ni herido ningun español, sino Francisco Pizarro en la mano, que al tiempo de asir de Atabaliba tiró un soldado una cuchillada para darle y derribarle, por donde algunos dijeron que otro le prendió.

El grandísimo rescate que prometió Atabaliba porque le soltasen.

Harto tuvieron que hacer aquella noche los españoles en alegrarse unos con otros de tan gran vitoria y prisionero, y en descansar del trabajo, ca en todo aquel dia no habian comido, y á la mañana fueron á correr el campo. Hallaron en el baño y real de Atabaliba cinco mil mujeres, que aunque tristes y desamparadas, holgaron con los cristianos; muchas y buenas tiendas, infinita ropa de vestir y de servicio de casa, y lindas piezas y vasijas de plata y oro; una de las cuales pesó, segun dicen, ocho arrobas de oro. Valió en fin la vajilla sola de Atabaliba cien mil ducados. Sintió mucho las cadenas Atabaliba, y rogó á Pizarro que le tratase bien, ya que su ventura así lo queria. E conociendo la codicia de aquellos españoles, dijo que daria por su rescate tanta plata y oro labrado, que cubriese todo el suelo de una muy gran cuadra donde estaba preso. Y como vió torcer el rostro á los españoles que presentes estaban, pensó que no le creian, y afirmó que les daria dentro de cierto tiempo tantas vasijas y otras piezas de oro y plata, que hinchiessen la sala hasta lo que él mesmo alcanzó con la mano en la pared, por donde hizo echar una raya colorada al rededor de toda la sala para señal; pero dijo que habia de ser con tal condicion y promesa que ni le hundiesen ni quebrassen las tinajas, cántaros, y vasos que allí metiesse, hasta llegar á la raya. Pizarro lo conhortó y prometió tratarlo muy bien, y poner en libertad trayendo allí el rescate prometido. Con esta palabra de Pizarro despachó Atabaliba mensajeros por oro y plata á diversas partes, y rogóles que tornasen presto si deseaban su libertad. Comenzaron luego á venir indios cargados de plata y oro; mas como la sala era grande y las cargas chicas, aunque muchas, abultaba poco, y menos hinchian los ojos que la sala, y no por ser poco, sino por tardarse á repartir; y así, decian muchos que Atabaliba usaba de maña, dilatando su rescate por juntar entre tanto gente que matase los cristianos. Otros decian que por soltalle, y algunos que le matasen, y aun dice que lo hicieran, sino por Fernando Pizarro. Atabaliba, que se temia, cayó en ello, y dijo á Pizarro que no tenian razon de andar descontentos ni de acusarle, pues el Quito, Pachacama y Cuzco, de donde principalmente se habia de traer el oro de su rescate, estaban léjos, y que no habia quien mas priesa diese á su libertad que el mesmo preso; y que si querian saber cómo en su reino no se juntaba gente sino á traer oro y plata, que fuesen á verlo y se llegasen algunos dellos al Cuzco á ver y traer el oro. Y como tampoco se confiaban de los indios con quien habian de ir, se rió mucho, diciendo que temian y desconfiaban de su palabra, porque tenia cadena. Entonces dijeron Hernando de Soto y Pedro del Barco que irian, y fueron al Cuzco, que hay docientas leguas, en hamacas, casi por la posta, porque se mudan los hamaqueros de trecho en trecho, y así como van corriendo toman al hombro la hamaca, que no paran un paso, y aquel es caminar de señores. Toparon á pocas jornadas de Caxamalca á Guaxcar, inga, que le traian preso Quizquiz y Calicuchima, capitanes de Atabaliba, y no quisieron volver con él, aunque mucho se lo rogó, por ver el oro del Cuzco. Fué tambien Fernando Pizarro con algunos de caballo á Pachacama, que cien leguas estaba de Caxamalca, por oro y plata. Encontró en el camino, cerca de Guachuco, á Illescas, que traia trecientos mil pesos de oro y grandísima cuantía de plata para el rescate de su hermano Atabaliba. Halló Fernando Pizarro gran tesoro en Pachacama; redujo á paz un ejército de indios que alzados estaban. Descubrió muchos secretos en aquella jornada, aunque con grandes trabajos, y trajo harta plata y oro. Entonces herraron los caballos con plata, y algunos con oro, porque se gastaba menos, y esto á falta de hierro. De la manera que dicho es se juntó grandísima cantidad de oro y plata en Caxamalca para rescate de Atabaliba.

Muerte de Guaxcar por mandado de Atabaliba.

Habian prendido (como después contarémos) Quizquiz y Calicuchama á Guaxcar, soberano señor de todos los reinos del Perú, casi al mismo tiempo que Atabaliba fué preso, ó muy poco antes. Pensó al principio Atabaliba que lo mataran, y por eso no quiso matar entonces á su hermano Guaxcar. Mas como tuvo palabra

de su libertad y vida por el grandísimo rescate que prometió á Pizarro, mudó pensamiento, y ejecutólo cuando supo lo que Guaxcar habia dicho á Soto y Barco; lo cual en suma fué que se tornasen con él á Caxamalca, porque no le matasen aquellos capitanes, sabida la prision de su amo, que hasta allí no lo sabian. Que no solamente cumpliria hasta la raya, empero que hinchiria toda la sala hasta la techumbre, de oro y plata, que era tres tanto mas, de los tesoros de Guaynacapa, su padre; y que Atabaliba, su hermano, dar no podria lo que prometió, sin robar los templos del sol; y finalmente, les dijo cómo él era el derecho señor de todos aquellos reinos, y Atabaliba tirano. Que por tanto, queria informar y ver al capitan de cristianos que deshacia los agravios, y le restituiria su libertad y reinos; ca su padre Guainacapa le mandara al tiempo de su muerte fuese amigo de las gentes blancas y barbudas que viniesen allí, porque habian de ser señores de la tierra. Era gran señor aquel y prudente, y sabiendo lo que habian hecho españoles en Castilla de Oro, adevinó lo que harian allí si viniesen. Atabaliba pues temió mucho estas razones, que verdad eran, y mandóle matar, y dijo á Pizarro que muriera de enojo y pesar. Algunos dicen que Atabaliba estuvo muchos dias mustio, lloroso, sin comer ni decir por qué, para descubrir la voluntad de los españoles y engañar á Pizarro; al cabo de los cuales dijo por muchos ruegos cómo Quizquiz habia muerto á Guaxcar, su señor, y lloró, al parecer de todos, muy de veras. Desculpóse de aquella muerte, y aun de la guerra y prision, diciendo que habia hecho aquello por defenderse de su hermano, que le quiso tomar el reino de Quito y concertarse con él; que para eso le mandaba traer. Pizarro lo consoló y dijo que no tuviese pena, pues era la muerte tan natural á todos, y porque les llevaria poca ventaja, y porque, informado de la verdad, él castigaria los matadores. Como Atabaliba conoció que no se daban nada por la muerte de Guaxcar, hízolo matar. Sea como fuere, que Atabaliba mató á Guaxcar, y tuvieron alguna culpa Hernando de Soto y Pedro del Barco en no lo acompañar y traer á Caxamalca, pues le toparon cerca, y él se lo rogó; pero ellos quisieron mas el oro del Cuzco que la vida de Guaxcar, con excusa de mensajeros, que no podian traspasar la órden y mandamiento de su gobernador. Todos afirman que si ellos le tomaran en su poder, no le matara Atabaliba, ni escondieran los indios la plata, oro, piedras y joyas del Cuzco y otras muchas partes; que, segun la fama de las riquezas de Guaynacapa, era sin comparacion muy mucho mas que lo que hubieron españoles, aunque fué harto, del rescate de Atabaliba. Dijo Guaxcar cuando lo mataban: «Yo he reinado poco, y menos reinará el traidor de mi hermano, ca le matarán como me mata.»

Las guerras y diferencias entre Guaxcar y Atabaliba.

Guaxcar, que soga de oro significa, reinó pacíficamente por muerte de Guaynacapa, cuyo hijo mayor y legítimo era, en el Cuzco y todos los señoríos del padre, que muchos eran y grandes, excepto en el Quito, que de Atabaliba era. Mas no le duró mucho aquella paz, porque Atabaliba ocupó á Tumebamba, provincia rica de minas y al Quito vecina, diciendo que le pertenescia como tierra de su herencia. Guaxcar, que dello fué presto sabidor, envió allá un caballero por la posta á rogar á su hermano que no alterase la tierra, y que le diese los orejones y criados de su padre; y á los cañares, que así se llamaban los de allí, guardasen la fe y obediencia que dada le tenian. El caballero retuvo los cañares en obediencia, y como vió en armas á los de Quito, envió á pedir á Guaxcar dos mil orejones para reprimir y castigar los rebeldes; y en viniendo, se juntaron con él todos los cañares, chaparras y paltas que vecinos eran. Atabaliba, que lo supo, fué luego sobre ellos con ejército, pensando estorbar ó deshacer aquella junta. Requirióles antes de la batalla que le dejasen libre la tierra que por herencia y testamento de su padre poseia; y como ellos respondieron ser de Guaxcar, universal heredero de Guainacapa, dióles batalla. Perdióla, y fué preso en la puente de Tumebamba yendo de huida. Otros dicen que Guaxcar movió la guerra, y que duró la pelea tres dias, en los cuales murieron muchos de ambas partes, y á la fin Atabaliba fué preso; por cuya prision y vitoria hicieron los orejones del Cuzco alegrías y grandes borracherías. Atabaliba entonces, como era de noche, rompió una gruesa pared con una barra de plata y cobre que cierta mujer le dió, y fuése al Quito sin que los enemigos lo sintiesen. Convocó sus vasallos, hízoles un gran razonamiento, persuadiéndolos á su venganza; díjoles que el sol le habia convertido en culebra para salir de prision por un agujeruelo de la cámara donde lo tenian cerrado, y prometido vitoria si guerra diese. Ellos, ó porque les paresció milagro ó porque lo amaban, respondieron que muy prestos estaban á seguirle; y así, allegó un muy buen ejército, con el cual volvió á los enemigos y los venció una y mas veces, con tanta matanza de gentes, que aun hoy dia hay grandes montones de huesos de los que allí murieron. Entonces metió á cuchillo sesenta mil personas de los cañares, y asoló á Tumebamba, pueblo grande, rico y hermoso, que junto á tres caudales rios estaba; con lo cual le cobraron todos miedo, y él ánimo de ser inga en cuantas tierras su padre tuvo. Comenzó luego á guerrear la tierra de su hermano; destruia y mataba á los que se le defendian, y á los que se le rendian daba muchas franquezas y el despojo de los muertos. Por esta libertad lo seguian unos y por la crueldad otros; y así, conquistó hasta Túmbez y Caxamalca, sin mayor contradicion que la de Puna, donde, segun ya conté, fué herido. Envió muy gran ejército con Quizquiz y Calicuchama, sabios, valientes y amigos suyos, contra Guaxcar, que del Cuzco venia con innumerable hueste. Cuando entrambos ejércitos cerca estuvieron, quisieron los capitanes de Atabaliba tomar los enemigos por través, y apartáronse del camino real. Guaxcar, que poco entendia de guerra, se desvió á caza, dejando ir su ejército adelante por hácia donde caminaban los contrarios, sin echar corredores ni pensar en peligro ninguno, y topó con el campo contrario en parte que huir no pudo. Pelearon él y ochocientos hombres que llevaba hasta ser rodeado de los enemigos y presos. Apenas eran rendidos, cuando á mas andar venian á socorrellos; y eran tantos, que ligeramente lo libraran matando á los de Atabaliba, si Calicuchama y Quizquiz no los engaña-

ban diciendo estuviesen quedos, si no, que matarian á Guaxcar; y pusiéronse á ello. Entonces temió él, y mandóles soltar las armas y llegar á consejo veinte señores y capitanes los mas principales de su ejército á dar medio entre él y su hermano, pues lo querian, aunque fingidamente, aquellos dos capitanes; los cuales descabezaron en llegando á los veinte, y dijeron que otro tanto harian á Guaxcar si no se iban cada uno á su casa. Con esta crueldad y amenaza se deshizo el ejército, y quedó Guaxcar preso y solo en poder de Quizquiz y Calicuchama, que lo mataron, como dicho habemos, por mandado de Atabaliba.

Repartimiento de oro y plata de Atabaliba.

Dende á muchos dias que Atabaliba fué preso, dieron prisa los españoles que lo prendieron á la particion de su despojo y rescate, aunque no era tanto cuanto prometiera, queriendo luego cada uno su parte; ca temian no se levantasen los indios y se lo quitasen, y aun los matasen sobrello. No querian asimesmo esperar que cargasen mas españoles antes de repartillo. Francisco Pizarro hizo pesar el oro y plata; después de quilatado, hallaron cincuenta y dos mil marcos de plata y un millon y trecientos y veinte y seis mil y quinientos pesos de oro; suma y riqueza nunca vista en uno. Cupo al Rey, de su quinto, cerquita de cuatrocientos mil pesos. Cupieron á cada español de caballo ocho mil y novecientos pesos de oro y trecientos y setenta marcos de plata; á cada peon cuatro mil y cuatrocientos y cincuenta pesos de oro y ciento y ochenta marcos de plata; á los capitanes á treinta y á cuarenta mil pesos. Francisco Pizarro hubo mas que ninguno, y como capitan general, tomó del monton el tablon de oro que Atabaliba traia en su litera, que pesaba veinte y cinco mil castellanos. Nunca soldados enriquecieron tanto, tan breve ni tan sin peligro, ni jugaron tan largo; ca hubo muchos que perdieron su parte á los dados y dobladilla. Tambien se encarescieron las cosas con el mucho dinero, y llegaron á valer unas calzas de paño treinta pesos, unos borceguís otros tantos, una capa negra ciento, una mano de papel diez, un azumbre de vino veinte, y un caballo tres y cuatro, y aun cinco mil ducados; en el cual precio se anduvieron algunos años después. Tambien dió Pizarro á los que con Almagro vinieron, aunque no era obligado, á quinientos y á mil ducados, porque no se amotinasen; ca, segun se lo habian escripto, él y ellos venian con propósito de conquistar por sí aquella tierra, y hacerle cuanto mal y enojo y afrenta pudiesen; mas Almagro ahorcó al que tal escribió, y sabida la prision y riqueza de Atabaliba, se fué á Caxamalca y se juntó con Pizarro por haber su mitad, conforme á la capitulacion y compañía que tenian hecha, y estuvieron muy amigos y conformes. Envió Pizarro el quinto y relacion de todo al Emperador con Fernando Pizarro, su hermano; con el cual se vinieron á España muchos soldados ricos de veinte, treinta, cuarenta mil ducados; en fin, trajeron casi todo aquel oro de Atabaliba, é hinchieron la contratacion de Sevilla de dinero, y todo el mundo de fama y deseo.

Muerte de Atabaliba.

Urdióse la muerte de Atabaliba por donde menos pensaba; ca Filipillo, lengua, se enamoró y amigó de una de sus mujeres, por casar con ella si él muria. Dijo á Pizarro y á otros que Atabaliba juntaba de secreto gente, para matar los cristianos y librarse. Como esto se comenzó á sonruir entre los españoles, comenzaron ellos á creerlo; y unos decian que lo matasen para seguridad de sus vidas y de aquellos reinos; otros que lo enviasen al Emperador, y no matasen tan gran príncipe, aunque culpa tuviese. Esto fuera mejor; mas hicieron lo otro, á instancia, segun muchos cuentan, de los que Almagro llevó; los cuales pensaban, ó se lo decian, que mientras Atabaliba viviese, no ternian parte en oro ninguno, hasta hinchir la medida de su rescate. Pizarro, en fin, determinó matarlo, por quitarse de cuidado, y pensando que muerto ternian menos que hacer en ganar la tierra. Hízole proceso sobre la muerte de Guaxcar, rey de aquellas tierras, y probósele tambien que procuraba matar los españoles. Mas esto fué maldad de Filipillo, que declaraba los dichos de los indios que por testigos tomaban, como se le antojaba, no habiendo español que lo mirase ni entendiese. Atabaliba negó siempre aquello, diciendo que no cabia en razon tratar él tal cosa, pues no podria salir con ella vivo por las muchas guardas y prisiones que tenia; amenazó á Filipillo, y rogó que no le creyesen. Cuando la sentencia oyó, se quejó mucho de Francisco Pizarro, que habiéndole prometido de soltarlo por rescate, lo mataba; rogóle que lo enviase á España, y que no ensangrentase sus manos y fama en quien jamás le ofendió, y lo habia hecho rico. Cuando le llevaban á justiciar pidió el baptismo por consejo de los que lo iban consolando; que otramente vivo lo quemaran; baptizáronlo, y ahogáronlo á un palo atado; enterráronle á nuestra usanza entre otros cristianos con pompa; puso luto Pizarro, é hízole honradas obsequias. No hay que reprehender á los que le mataron, pues el tiempo y sus pecados los castigaron después; ca todos ellos acabaron mal, como en el proceso de su historia veréis. Murió Atabaliba con esfuerzo, y mandó llevar su cuerpo al Quito, donde los reyes, sus antepasados por su madre, estaban. Si de corazon pidió el baptismo, dichoso él, y si no, pagó las muertes que habia hecho. Era bien dispuesto, sabio, animoso, franco y muy limpio y bien traido; tuvo muchas mujeres, y dejó algunos hijos. Usurpó mucha tierra á su hermano Guaxcar; mas nunca se puso la borla hasta que lo tuvo preso; ni escupia en el suelo, sino en la mano de una señora muy principal, por majestad. Los indios se maravillaron de su temprana muerte, y loaban á Guaxcar por hijo del sol; acordándose cómo adevinara cuán presto habia de ser muerto Atabaliba, que matarlo mandaba.

Linaje de Atabaliba.

Los hombres mas nobles, ricos y poderosos de todas las tierras que llamamos Perú, son los ingas; los cuales siempre andan trasquilados y con grandes cercillos en las orejas, y no los traen colgados, sino engeridos dentro de tal manera, que se les engrandan, y por esto los llaman los nuestros orejones. Su naturaleza fué de Tiquicaca, que es una laguna en el Collao, cuarenta leguas del Cuzco, la cual quiere decir isla de plomo; ca de muchas



isletas que tiene pobladas, alguna lleva plomo, que se llama tiqui. Boja ochenta leguas; rescibe diez ó doce rios grandes y muchos arroyos; despídelos por un solo rio, empero muy ancho y hondo, que va á parar en otra laguna cuarenta leguas hácia el oriente, donde se sume, no sin admiracion de quien la mira. El principal inga que sacó de Tiquicaca los primeros, que los acaudilló, se nombraba Zapalla, que significa solo señor. Tambien dicen algunos indios ancianos que se llamaba Viracocha, que quiere decir grasa del mar, y que trajo su gente por la mar. Zapalla, en conclusion, afirman que pobló y asentó en el Cuzco, de donde comenzaron los ingas á guerrear la comarca, y aun otras tierras muy léjos, y pusieron allí la silla y corte de su imperio. Los que mas fama dejaron por sus excelentes hechos fueron Topa, Opangui y Guaynacapa, padre, agüelo y bisagüelo de Atabaliba. Empero á todos los ingas pasó Guaynacapa, que mozo rico suena; el cual, habiendo conquistado el Quito por fuerza de armas, se casó con la señora de aquel reino, y hubo en ella á Atabaliba y á Illescas. Murió en Quito; dejó aquella tierra á Atabaliba, y el imperio y tesoros del Cuzco á Guaxcar. Tuvo, á lo que dicen, doscientos hijos en diversas mujeres, y ochocientas leguas de señorío.

Corte y riqueza de Guaynacapa.

Residian los señores ingas en el Cuzco, cabeza de su imperio. Guaynacapa, empero, continuó mucho su vivienda en el Quito, tierra muy apacible, por haberla él conquistado. Traia siempre consigo muchos orejones, gente de guerra y armada, por guarda y reputacion; los cuales andaban con zapatos y plumajes y otras señales de hombres nobles y previlegiados por el arte militar. Servíase de los hijos mayores ó herederos de todos los señores de su imperio, que muy muchos eran, y cada uno se vestia á fuer de su tierra, porque todos supiesen de dónde eran; y así, habia tanta diversidad de trajes y colores, que á maravilla honraban y engrandescian su corte. Tenia tambien muchos señores grandes y ancianos en su corte para consejo y estado; estos, aunque traian gran casa y servicio, no eran iguales en los asientos y honras, ca unos precedian á otros; unos andaban en andas, otros en hamacas, y algunos á pié. Unos se sentaban en banquillos altos y grandes, otros en bajos, y otros en el suelo. Empero siempre que cualquiera de todos ellos venia de fuera á la corte, se descalzaba para entrar en el palacio, y se cargaba algo á los hombros, para hablar con Guaynacapa, que paresciese vasallaje. Llegaban á él con mucha humildad, y hablábanle teniendo los ojos bajos, por no lo mirar á la cara: tanto acatamiento le tenian. El estaba con mucha gravedad, y respondia en pocas palabras; escupia, cuando en casa estaba, en la mano de una señora, por majestad. Comia con grandísimo aparato y bullicio de gente; todo el servicio de su casa, mesa y cocina era de oro y de plata, y cuando menos de plata y cobre, por mas recio. Tenia en su recámara estatuas huecas de oro, que parescian gigantes, y las figuras al propio, y tamaño de cuantos animales, aves, árboles y yerbas produce la tierra, y de cuantos peces cria la mar y agua de sus reinos. Tenia asimesmo sogas, costales, cestas y trojes de oro y plata; rimeros de palos de oro que pareciesen leña rajada para quemar; en fin, no habia cosa en su tierra que no la tuviese de oro contrahecha, y aun dicen que tenian los ingas un verjel en una isla cerca de la Puna, donde se iban á holgar cuando querian mar, que tenia la hortaliza, las flores y árboles de oro y plata: invencion y grandeza hasta entonces nunca vista. Allende de todo esto, tenia infinitísima cantidad de plata y oro por labrar en el Cuzco, que se perdió por la muerte de Guaxcar; ca los indios lo escondieron, viendo que los españoles se lo tomaban y enviaban á España. Muchos lo han buscado después acá, y no le hallan: por ventura seria mayor la fama que la cuantía, aunque le llamaban mozo rico, que tal quiere decir Guaynacapa. Todas estas riquezas heredó Guaxcar juntamente con el imperio, y no se habla dél tanto como de Atabaliba, no sin agravio suyo; debe ser porque no vino á poder de nuestros españoles.

Religion y dioses de los ingas y otras gentes.

Hay en esta tierra tantos ídolos como oficios, no quiero decir hombres, porque cada uno adora lo que se le antoja. Empero es ordinario al pescador adorar un tiburon ó algun otro pez; al cazador un leon, ó un oso, ó una raposa y tales animales, con otras muchas aves y sabandijas; el labrador adora el agua y tierra; todos, en fin, tienen por dioses principalísimos al sol y luna y tierra, creyendo ser esta la madre de todas las cosas, y el sol, juntamente con la luna, su mujer, criador de todo; y así, cuando juran, tocan la tierra y miran al sol. Entre sus muchas guacas (así llaman los ídolos) habia muchas con báculos y mitras de obispos; mas la causa dello aun no se sabe; y los indios cuando vieron obispo con mitra, preguntaban si era guaca de los cristianos. Los templos, especialmente del sol, son grandes y suntuosos y muy ricos; el de Pachacama, el del Collao, y del Cuzco y otros, estaban aforrados por dentro, de tablas de oro y plata, y todo su servicio era de lo mesmo, que no fué poca riqueza para los conquistadores. Ofrecian á los ídolos muchas flores, yerbas, frutas, pan, vino y humo, y la figura de lo que pidian hecha de oro y plata; y á esta causa estaban tan ricos los templos. Eran eso mesmo los ídolos de oro y plata, aunque muchos habia de piedra, barro y palo. Los sacerdotes visten de blanco; andan poco entre la gente; no se casan; ayunan mucho, aunque ningun ayuno pasa de ocho dias, y es al tiempo de sembrar y segar, y de coger oro, y hacer guerra ó hablar con el diablo, y aun algunos se quiebran los ojos para semejante habla; y creo que lo hacian de miedo, porque todos ellos se atapan los ojos cuando hablan con él; y hablábanle muchas veces para responder á las preguntas que los señores y otras personas hacen. Entran en los templos llorando y guayando, que guaca eso quiere decir. Van de buces por tierra hasta el ídolo, y hablan con él en lenguaje que los seglares no entienden. No le tocan con las manos sin tener en ellas unas toallas muy blancas y limpias; sotierran dentro el templo las ofrendas de oro y plata. Sacrifican hombres, niños, ovejas, aves, y animales bravos y silvestres que ofrecen cazadores. Catan los corazones, que son muy agoreros, para ver las buenas ó malas señales

del sacrificio, y cobrar reputacion de santos adevinos, engañando la gente. Vocean reciamente á los tales sacrificios, y no callan todo aquel dia y noche, especial si es en el campo, invocando los demonios; untan con la sangre los rostros del diablo y puertas del templo, y aun rocian las sepulturas. Si el corazon y livianos muestran alegre señal, bailan y cantan alegremente, y si triste, tristemente; mas tal cual fuere la señal, no dejan de emborracharse muy bien los que se hallan en la fiesta. Muchas veces sacrifican sus proprios hijos; que pocos indios lo hacen, por mas crueles y bestiales que son todos ellos en su religion; mas no los comen, sino sécanlos y guárdanlos en grandes tinajones de plata. Tienen casas de mujeres, cerradas como monesterios, de donde jamás salen; capan y aun castran los hombres que las guardan, y aun les cortan narices y bezos, porque no los codiciasen ellas; matan á la que se empreña y peca con hombre; mas si jura que la empreñó Pachacama, que es el sol, castíganla de otra manera por amor de la casta; al hombre que á ellas entra, cuelgan de los piés. Algunos españoles dicen que ni eran vírgines ni aun castas; y es cierto que corrompe la guerra muchas buenas costumbres. Hilaban y tejian estas mujeres ropa de algodon y lana para los ídolos, y quemaban la que sobraba con huesos de ovejas blancas, y aventaban los polvos hácia el sol.

La opinion que tienen acerca del diluvio y primeros hombres.

Dicen que al principio del mundo vino por la parte septentrional un hombre que se llamó Con, el cual no tenia huesos. Andaba mucho y ligero, acortaba el camino abajando las sierras y alzando los valles con la voluntad solamente y palabra, como hijo del sol, que decia ser. Hinchó la tierra de hombres y mujeres que crió, y dióles mucha fruta y pan, con lo demás á la vida necesario. Mas empero, por enojo que algunos le hicieron, volvió la buena tierra que les habia dado en arenales secos y estériles, como son los de la costa; y les quitó la lluvia, ca nunca después acá llovió allí. Dejóles solamente los rios, de piadoso, para que se mantuviesen con regadío y trabajo. Sobrevino Pachacama, hijo tambien del sol y de la luna, que significa criador, y desterró á Con, y convertió sus hombres en los gatos, gesto de negros que hay; tras lo cual crió él de nuevo los hombres y mujeres como son agora, y proveyóles de cuantas cosas tienen. Por gratificacion de tales mercedes tomáronle por Dios, y por tal lo tuvieron y honraron en Pachacama, hasta que los cristianos lo echaron de allí, de que muy mucho se maravillaban. Era el templo de Pachacama que cerca de Lima estaba, famosísimo en aquellas tierras y muy visitado de todos por su devocion y oráculos; ca el diablo aparecia y hablaba con los sacerdotes que allí moraban. Los españoles que fueron allá con Fernando Pizarro, tras la prision de Atabaliba, lo despojaron del oro y plata, que fué mucha, y después de sus oráculos y visiones, que cesaron con la cruz y sacramento; cosa para los indios nueva y espantosa. Dicen asimesmo que llovió tanto un tiempo, que anegó todas las tierras bajas y todos los hombres, sino los que cupieron en ciertas cuevas de unas muy altas sierras, cuyas chiquitas puertas taparon de manera que agua no les entrase; metieron dentro muchos bastimentos y animales. Cuando llover no sintieron, echaron fuera dos perros; y como tornaron limpios, aunque mojados, conoscieron no haber menguado las aguas. Echaron después mas perros, y tornando enlodados y enjutos, entendieron que habian cesado, y salieron á poblar la tierra; y el mayor trabajo que para ello tuvieron y estorbo, fueron las muchas y grandes culebras que de la humidad y cieno del diluvio se criaron, y agora las hay tales; mas al fin las mataron y pudieron vivir seguros. Tambien creen la fin del mundo; empero que precederá primero grandísima seca, y se perderán el sol y luna, que adoran; y por aquesto dan grandes alaridos, y lloran cuando hay eclipses, mayormente del sol, temiendo que se van á perder él y ellos y todo el mundo.

La toma del Cuzco, ciudad riquísima.

Informado Francisco Pizarro de la riqueza y ser del Cuzco, cabeza del imperio de los ingas, dejó á Caxamalca y fué allá. Caminó á recado, porque Quizquiz andaba corriendo la tierra con gran ejército que hiciera de la gente de Atabaliba y de otra mucha. Topó con ellos en Jauja, y sin pelear llegó á Vilcas, donde Quizquiz, pensando aprovecharse de los enemigos, por tener la cuesta, dió sobre la avanguarda, que Soto llevaba; mató seis españoles é hirió otros muchos, y aína los desbaratara; mas sobrevino la noche, que los despartió. Quizquiz se subió á lo alto con alegría, y Soto se rehizo con los que Almagro trajo. Apenas era amanescido el dia siguiente, cuando ya peleaban los indios. Almagro, que capitaneaba, se retrajo á lo llano para se aprovechar allí dellos con los caballos. Quizquiz, no entendiendo aquel ardid ni el nuevo socorro, pensó que huian, y comenzó á ir tras ellos, peleando sin órden. Revolvieron los de caballo, alancearon infinitos indios de los de Quizquiz, que con el tropel de los de caballo y espesa niebla que hacia, no sabian de sí, é huyeron. Llegó Pizarro con el oro y resto del ejército; estuvo allí cinco dias, á ver en qué paraba la guerra. Vino Mango, hermano de Atabaliba, á dársele; él lo rescibió muy bien, y lo hizo rey, poniéndole la borla que acostumbran los ingas. Siguió su camino con grandes compañas de indios, que á servir su nuevo inga venian. Llegando cerca del Cuzco, se descubrieron muchos grandes fuegos, y envió corriendo allá la mitad de los caballos á estorbar ó remediar el fuego, creyendo que los vecinos quemaban la ciudad porque no gozasen della los cristianos; empero no era fuego para daño sino para señal y humo. Salieron tantos hombres con armas á ellos, que les hicieron huir á puras pedradas la sierra abajo. Llegó en esto Pizarro, que amparó los huidos, y peleó con los perseguidores tan animosamente, que los puso en huida. Ellos, que se veian huidos y acosados, dejaron las armas y pelea, y á mas correr se metieron en la ciudad. Tomaron su hato, y saliéronse luego aquella mesma noche los que sustentaban la guerra; entraron otro dia los españoles en el Cuzco sin contradicion ninguna, y luego comenzaron unos á desentablar las paredes del templo, que de oro y plata eran; otros á desenterrar las joyas y vasos de oro que con los muertos estaban, otros á tomar ídolos, que de lo mesmo eran; saquearon tambien las ca-

sas y la fortaleza, que aun tenia mucha plata y oro de lo de Guaynacapa. En fin, hubieron allí y á la redonda mas cantidad de oro y plata que con la prision de Atabaliba habian habido en Caxamalca. Empero, como eran muchos mas que no allá, no les cupo á tanto; por lo cual, y por ser segunda vez y sin prision de rey, no se sonó acá mucho. Tal español hubo que halló, andando en un espeso soto, sepulcro entero de plata, que valia cincuenta mil castellanos; otros los hallaron de menos valor, mas hallaron muchos, ca usaban los ricos hombres de aquellas tierras enterrarse así por el campo á par de algun ídolo. Anduvieron asimismo buscando el tesoro de Gaynacapa y reyes antiguos del Cuzco, que tan afamado era; pero ni entonces ni después se halló. Mas ellos, que con lo habido no se contentaban, fatigaban los indios cavando y trastornando cuanto habia, y aun les hicieron hartos malos tratamientos y crueldades porque dijesen dél y mostrasen sepulturas.

Calidades y costumbres del Cuzco.

El Cuzco está mas allá de la Equinocial diez y siete grados. Es áspera tierra y de mucho frio y nieves. Tienen casas de adobes de tierra, cubiertas con esparto, que hay mucho por las sierras; las cuales llevan tambien de suyo nabos y altramuces. Los hombres andan en cabello; mas véndanse las cabezas: visten camisas de lana y pañicos. Las mujeres traen sotanas sin mangas, que fajan mucho con cintas largas, y mantellinas sobre los hombros, prendidas con gordos alfileres de plata ó cobre, que tienen las cabezas anchas y agudas, con que cortan muchas cosas. Comen cruda la carne y el pescado. Aquí son propiamente los orejones, que se abren y engrandan mucho las orejas, y cuelgan dellas unos sortijones de oro. Casan con cuantas quieren, y aun algunos con sus proprias hermanas; mas los tales son soldados. Castigan de muerte los adulterios, sacan los ojos al ladron, que me paresce su proprio castigo. Guardan mucha justicia en todo, y aun dicen que los mesmos señores la ejecutan. Heredan los sobrinos, y no los hijos; solamente heredan los ingas á sus padres, como mayorazgos. El que toma la borla ayuna primero. Todos se entierran: los pobres y oficiales llanamente, aunque les ponen sobre las sepulturas una alabarda ó morrion si es soldado, un martillo si platero, y si cazador un arco y flechas. Para los ingas y señores hacen grandes hoyos ó bóveda, que cubren de mantas, donde cuelgan muchas joyas, armas y plumajes; ponen dentro vasos de plata y oro con agua y vino y cosas de comer. Meten tambien algunas de sus amadas mujeres, pajes y otros criados que los sirvan y acompañen; mas estos no van en carne, sino en madera. Cúbrenlo todo de tierra, y echan de contino por encima de aquellos sus vinos. Cuando españoles abrian estas sepulturas y desparcian los huesos, les rogaban los indios que no lo hiciesen, porque juntos estuviesen al resuscitar; ca bien creen la resurreccion de los cuerpos y la inmortalidad de las almas.

La conquista del Quito.

Ruminagui, que con cinco mil hombres huyó de Caxamalca cuando Atabaliba fué preso, caminó derecho al Quito, y alzóse con él, barruntando la muerte de su rey. Hizo muchas cosas como tirano. Mató á Illescas porque no le impidiese su tiranía, yendo por los hijos de Atabaliba, su hermano de padre y madre, y á rogalle mantuviese lealtad y paz y justicia en aquel reino. Desollóle, y hizo del cuero un atambor, que no hacen mas los diablos. Desenterraron el cuerpo de Atabaliba dos mil indios de guerra, y llevaronlo al Quito, como él mandara. Ruminagui los recibió en Liribamba muy bien, y con la pompa y cerimonias que á los huesos de tan gran príncipe acostumbran. Hízoles un banquete y borrachera, y matólos, diciendo que por haber dejado matar á su buen rey Atabaliba. Tras esto juntó mucha gente de guerra, y corrió la provincia de Tumebamba. Pizarro escribió á Sebastian de Benalcázar, que por su teniente estaba en Sant Miguel, fuese al Quito á castigar á Ruminagui, y remediar á los cañares, que se quejaban y pidian ayuda. Benalcázar se partió luego con docientos peones españoles y ochenta de caballo, y los indios de servicio y carga que le paresció. Acudian al Perú con la fama del oro tantos españoles, que aína se despoblaran Panamá, Nicaragua, Cuauhtemallan, Cartagena y otros pueblos é islas; y á esta jornada fueron de buena gana, porque decian ser el Quito tan rico como el Cuzco, aunque habian de caminar ciento y veinte leguas antes de llegar allá, y pelear con hombres mañosos y esforzados. Ruminagui, que desto aviso tuvo, esperó los españoles á la raya de su tierra con doce mil hombres bien armados á su manera; hizo muchas cavas y albarradas en un mal paso, que guardar propuso: llegaron los españoles allí, acometieron el fuerte los de pié, rodearon los de caballo, y pasaron á las espaldas, y en breve espacio de tiempo rompieron el escuadron y mataron muchos indios. Ellos hirieron muchos españoles y mataron algunos, y tres ó cuatro caballos, con cuyas cabezas hicieron alegrias; ca preciaban mas degollar un animal de aquellos, que tanto los perseguia, que diez hombres, y siempre las ponian después donde las viesen cristianos, con muchas flores y ramos, en señal de vitoria. Rehizo su ejército Ruminagui, y probando ventura, dióles batalla en un llano, en la cual le mataron infinitos, ca los caballos pudieron bien correr y revolverse allí. Empero no perdió por eso ánimo, aunque no osó pelear mas en batalla ni de cerca. Hincó una noche muchas estacas agudas por arriba en un llano, y dió muestra de batalla para que arremetiesen los caballos y se mancasen. Benalcázar lo supo de las espías que traia, y desvióse de la estacada. Los indios entonces se retiraron primero que llegase, y hicieron en otro valle muchos hoyos grandes para que cayesen los caballos, y enramados para que no los viesen. Los españoles pasaron muy léjos dellos, ca fueron avisados, y quisieron pelear, mas no tuvieron lugar. Hicieron luego los indios en el camino mesmo infinitos hoyuelos del tamaño de la pata de caballo, y pusiéronse cerca para que los acometiesen, y mancasen los caballos allí. Mas como ni en aquel ni en los otros sus primeros ardides no pudieron engañar los españoles, se fueron al Quito, diciendo que los barbudos eran tan sabios como valientes. Dijo Ruminagui á sus mujeres: «Alegráos, que ya vienen los cristianos, con quien os podréis holgar.» Riyéronse algunas, como

mujeres, no pensando quizá mal ninguno. El entonces degolló las risueñas, quemó la recámara de Atabaliba con mucha y rica ropa, y desamparó la ciudad. Entró en Quito Benalcázar con su ejército, sin estorbo; empero no halló la riqueza publicada, que mucho desplugo á todos los españoles. Desenterraron muertos, y ganaron para la costa. Ruminagui, ó enojado desto, ó arrepentido por no haber quemado á Quito, ó por matar los cristianos, trasnochó con su gente y puso fuego á la ciudad por muchos cabos, y sin esperar al dia ni á los españoles, se volvió antes que amaneciese.

Lo que aconteció á Pedro de Albarado en el Perú.

Publicada la riqueza del Perú, negoció Pedro de Albarado con el Emperador una licencia para descubrir y poblar en aquella provincia donde no estuviesen españoles; y habida, envió á Garci Holguin con dos navíos á entender lo que allá pasaba; y como volvió loando la tierra, y espantado de las riquezas que con la prision de Atabaliba todos tenian, y diciendo que tambien eran muy ricos Cuzco y el Quito, reino cerca de Puerto-Viejo, determinóse de ir allá él mismo. Armó en su gobernacion, el año de 1535, mas de cuatrocientos españoles y cinco naos, en que metió muchos caballos. Tocó en Nicaragua una noche, y tomó por fuerza dos buenos navíos que se aderezaban para llevar gente, armas y caballos á Pizarro. Los que habian de ir en aquellos navíos holgaron de pasar con él antes que esperar otros; y así, tuvo quinientos españoles y muchos caballos. Desembarcó en Puerto-Viejo con todos ellos, y caminó hácia Quito, preguntando siempre por el camino. Entró en unos llanos de muy espesos montes, donde aína perescieran sus hombres de sed; la cual remediaron acaso, ca toparon unas muy grandes cañas llenas de agua. Mataron la hambre con carne de caballos, que para eso degollaban, aunque valian á mil y mas ducados. Llovióles muchos dias ceniza, que lanzaba el volcan del Quito á mas de ochenta leguas, el cual echa tanta llama y trae tanto ruido cuando hierve, que se ve mas de cien leguas, y segun dicen, espanta mas que truenos y relámpagos. Abrieron á manos buena parte del camino: tales boscajes habia. Pasaron tambien unas muy nevadas sierras, y maravilláronse del mucho nevar que hacia tan debajo la Equinocial. Heláronse allí sesenta personas; y cuando fuera de aquellas nieves se vieron, daban gracias á Dios, que dellas los librara, y daban al diablo la tierra y el oro, tras que iban hambrientos y muriendo. Hallaron muchas esmeraldas y muchos hombres sacrificados; ca son los de allí muy crueles idólatras, viven como sodomitas, hablan como moros, y parescen judíos.

Cómo Almagro fué á buscar á Pedro de Albarado.

Quizquiz, capitan de Atabaliba, viendo enajenarse el imperio de los ingas, procuró restaurarlo cuanto en su mano fué, ca tenia gran autoridad entre los orejones. Dió la borla á Paulo, hijo de Guaynacapa. Recogió mucha gente que andaba descarriada con la pérdida del Cuzco, y púsola en la provincia que llaman Condesuyo, para dañar los cristianos. Pizarro envió allá á Hernando de Soto con cincuenta caballos; mas cuando llegó era partido Quizquiz á Jauja con pensamiento de matar y robar los españoles que allí estaban con el tesorero Alonso Riquelme. Acometiólos, mas defendiéronse. Fué Pizarro avisado desto, y despachó corriendo á Diego de Almagro con muchos de caballo; ca le mucho escocia haber dejado en Jauja gran dinero con chico recado, y tambien para que fuese, después de socorrido Jauja, á saber de Pedro de Albarado, que tenia nueva cómo venia al Perú con mucha gente; y, ó no consentirle desembarcar, ó comprarle la armada. Fué pues Almagro, juntóse con Soto, y corrieron entrambos de Jauja á Quizquiz; y con tanto, se partió para Túmbez á mirar si venia ó andaba por aquella costa Pedro de Albarado con su flota. Supo allí cómo Albarado desembarcara en Puerto Viejo. Volvió á Sant Miguel por mas hombres y caballos, y caminó á Quito. En llegando allá se le sometió Benalcázar. Comenzó á capitanear, conquistó algunos pueblos y palenques de aquel reino que no se habian podido ganar; pasó el rio de Liribamba con mucho peligro, por ir muy crescido y por haber quemado los indios la puente, los cuales estaban á la otra ribera con armas. Peleó con ellos, venció y prendió al capitan, que le dijo cómo á dos jornadas de allí estaban quinientos cristianos combatiendo un peñol del señor Zopozopagui. Almagro envió luego siete de caballo á ver si aquello era verdad para proveer lo que conviniese, siendo Albarado ó alguno otro que quisiese usurpar aquella tierra. Albarado cogió los siete corredores, informóse dellos muy por entero de todo lo que Francisco Pizarro habia hecho y hacia, y del mucho oro y gente que tenia, y cuantos eran los españoles que con Almagro estaban. Soltólos, y acercóse al real de Almagro, con propósito de pelear con él y echarlo de allí. Almagro, que lo supo, temió; y por no arriscar su vida y su honra si á las manos viniesen, ca tenia doblada gente menos, acordó irse al Cuzco y dejar allí á Benalcázar, como primero estaba. Filipillo de Pohechos, que descontento y enojado estaba, se pasó al real de Albarado con un indio cacique, y le dijo la determinacion de Almagro; y si le queria prender, que fuese luego aquella misma noche, y hallaria poca resistencia, y él seria la guia. Ofrecióle asimesmo de acabar con los señores y capitanes de toda aquella tierra que fuesen sus amigos y tributarios, que ya lo habia recabado con los que tenia presos Almagro. Holgó Albarado con tales nuevas; caminó con su gente, y fué á Liribamba con las banderas tendidas y órden de pelear. Almagro, que sin gran vergüenza suya no podia partirse, esforzó sus españoles, hizo dos escuadras dellos, y aguardó los contrarios entre unas paredes, por mas fuerte. Ya estaban á vista unos de otros para romper, cuando comenzaron muchos de ambas partes á decir: «Paz, paz.» Estuvieron todos quedos, y pusieron treguas por aquel dia y noche para qué se viesen y hablasen entrambos capitanes. Tomó la mano del negocio el licenciado Caldera, de Sevilla, y concertólos así: que diese Albarado toda su flota, como la traia, á Pizarro y Almagro por cien mil pesos de buen oro, y que se apartase de aquel descubrimiento y conquista, jurando de nunca volver allá en vida dellos; el cual concierto no se publicó entonces por no alterar los de Albarado, que bravos y deseosos

eran; antes dijeron que habian hecho compañía en todo, con que Albarado prosiguiese el descubrimiento por mar, y ellos las conquistas de tierra; y con esto no hubo escándalo ninguno. Aceptó Albarado este partido, por no ver tan rica tierra como le decian; y Almagro ganó mucho en darle tantos dineros.

La muerte de Quizquiz.

No tuvo Almagro de qué pagar los cien mil pesos de oro á Pedro de Albarado por su armada en cuanto se halló en aquella conquista, aunque hubieran en Caramba un templo chapado de plata; ó no quiso sin Pizarro, ó por llevarlo primero donde no pudiese deshacer la venta; así que se fueron ambos á Sant Miguel de Tangarara. Albarado dejó muchos de su compañía á poblar en Quito con Benalcázar, y llevó consigo los mas y mejores. Benalcázar pasó mucho trabajo en su conquista, así por ser la gente muy guerrera, que tambien pelean con honda las mujeres como sus maridos. Almagro y Albarado supieron en Tumebamba cómo Quizquiz iba huyendo de Soto y de Juan y de Gonzalo Pizarro, que lo perseguian á caballo, y que llevaba una gran presa de hombres y ovejas, y mas de quince mil soldados. Almagro no lo creyó, ni quiso llevar los cañares que se le ofrecian dar en las manos á Quizquiz con todo su ejército y cabalgada. Cuando llegaron á Chaparra toparon á deshora con Sotaurco, que iba con dos mil hombres descubriendo el camino á Quizquiz, y prendiéronle peleando. Sotaurco dijo cómo Quizquiz venia detras una gran jornada con el cuerpo del ejército, y á los lados y espaldas cada dos mil hombres recogiendo vituallas, que así acostumbraba caminar en tiempo de guerra. Aguijaron presto los de caballo, por llegar á Quizquiz antes que la nueva. Era el camino tan pedregoso y cuesta abajo, que se desherraron casi todos los caballos. Herráronse á media noche con lumbre, y aun con miedo no los tomasen los enemigos embarazados. Otro dia en la tarde llegaron á vista del real de Quizquiz; el cual, como los vió, se fué con el oro y mujeres por una parte, y echó por otra que muy agra era toda la gente de guerra con Guaypalcon, hermano de Atabaliba. Guaypalcon se hizo fuerte en unas altas peñas, y echaba galgas, que dañaron mucho á los nuestros. Mas fuése luego aquella noche, porque se vió sin comida y atajado. Corrieron tras él los de caballo, y no lo pudieron desbaratar, aunque le mataron algunos. Quizquiz y Guaypalcon se juntaron y se fueron á Quito, pensando que pocos ó ningunos españoles quedaron allá, pues venian allí tantos. Hubieron un rencuentro con Sebastian de Benalcázar, y fueron perdidosos. Dijeron los capitanes á Quizquiz que pidiese paz á los españoles, pues eran invencibles, y que le guardarian amistad, pues eran hombres de bien, y no tentase mas la fortuna, que tanto los perseguia. El los amenazó porque mostraban cobardía, y mandó que le siguiesen para rehacerse. Replicaron ellos que diese batalla, pues les seria mas honra y descanso morir peleando con los enemigos que de hambre por los despoblados. Quizquiz los deshonró por esto, jurando de castigar los amotinadores. Guaypalcon entonces le tiró un bote de lanza por los pechos; acudieron luego con hachas y porras otros muchos, y matáronlo; y así acabó Quizquiz con sus guerras, que tan famoso capitan fué entre orejones.

Albarado da su armada y recibe cien mil pesos de oro.

A pocas leguas de camino, ya que Quizquiz iba huyendo, toparon nuestros españoles su retaguarda, que como los vido se puso á defender que no pasasen un rio. Eran muchos, y unos guardaron el paso y otros pasaron el rio por muy arriba á pelear, pensando matar y tomar en medio los cristianos. Tomaron una serrezuela muy áspera por ampararse de los caballos. Y allí pelearon con ánimo y ventaja. Mataron algunos caballos, que con la maleza de la tierra no podian revolverse; é hirieron muchos españoles, y entre ellos á Alonso de Albarado, de Búrgos, en un muslo, que se le pasaron, y aína mataran á Diego de Almagro. Quemaron la ropa que no pudieron llevar. Dejaron quince mil ovejas y cuatro mil personas que por fuerza llevaban, y subiéronse á lo alto. Eran las ovejas del sol; ca tenian los templos, cada uno en su tierra, grandes rebaños dellas. Y nadie las podia matar, so pena de sacrilegio, salvo el Rey en tiempo de guerra y caza. Inventaron esto los reyes del Cuzco para tener siempre bastimento de carne en las continuas guerras que hacian. Llegados que fueron los nuestros á Sant Miguel, despachó Albarado á Garci Holguin á Puerto-Viejo, á entregar los navíos de su flota á Diego de Mora, capitan de Almagro; el cual entonces hizo grandes dádivas y socorros en dineros, armas y caballos á los suyos y á los de Albarado. Fundó luego á Trujillo, como Pizarro escribió. Dejó por teniente á Miguel de Astete, y vínose á Pachacama, donde Francisco Pizarro recibió muy bien á Pedro de Albarado, y le pagó de contado los cien mil pesos de oro que Almagro prometió por la flota. No faltaron ruines que dijesen á Pizarro prendiese á Albarado por haber entrado con mano armada en su juridicion, y lo enviase á España, y que no le pagase; é ya que pagar le quisiese, no le diese sino cincuenta mil pesos, pues mas no valian los navíos; dos de los cuales eran suyos. Pizarro no lo quiso hacer, antes le dió otras muchas cosas y lo dejó ir libremente, como supo estar las naos en Sant Miguel y en poder de Diego de Mora. Fuése Albarado á Cuauhtemallan casi solo, y quedaron en el Perú los suyos, que como eran nobles y valientes, y aun bravosos, llegaron á ser después muy principales en aquella tierra.

Nuevas capitulaciones entre Pizarro y Almagro.

Francisco Pizarro pobló tras esto la ciudad de los Reyes, á la ribera de Lima, rio fresco y apacible, cuatro leguas de Pachacama, y cerca de la mar. Pasó á ella los vecinos de Jauja, que no era tan buena vivienda. Envió al Cuzco á Diego de Almagro con muchos españoles, á regir la ciudad. Y él fuése á Trujillo á repartir la tierra é indios entre los pobladores. Tuvo nueva y cartas Almagro, estando en el Cuzco, de cómo el Emperador le habia hecho mariscal del Perú y gobernador de cien leguas de tierra, mas adelante que Pizarro gobernaba; y quiso serlo luego y antes de tener la provision. Y como el Cuzco no entraba en la gobernacion de Pizarro, y habia de caer en la suya, comenzó á repartir la tierra, y mandar y vedar por sí, dejando los poderes del

compañero y amigo; y le faltaron para ello favor y consejo de muchos, entre los cuales era Hernando de Soto. Envió corriendo Pizarro á Verdugo con poder para Juan Pizarro y revocacion de Almagro. Contradijéronle reciamente Juan y Gonzalo Pizarro y los mas del regimiento; y así, no salió con su intento. Llegó Pizarro en esto por la posta, y apaciguólo todo amigablemente. Juraron de nuevo sobre la hostia consagrada Pizarro y Almagro su vieja compañía y amistad, y concertaron que Almagro fuese á descubrir la costa y tierra de hácia el estrecho de Magallanes, porque decian los indios ser muy rica tierra el Chili, que por aquella parte estaba; y que si buena y rica tierra hallase, que pedirian la gobernacion della para él, y si no, que partirian la de Pizarro, como la demás hacienda, entre sí; harto buen concierto era, si engañoso no fuera. Juraron empero entrambos de nunca ser el uno contra el otro, por bien ni mal que les fuese, y aun afirman muchos que dijo Almagro cuando juraba, que Dios le confundiese cuerpo y alma si lo quebrantaba, ni entraba con treinta leguas en el Cuzco, aunque el Emperador se lo diese. Otros, que dijo: «Dios le confunda el cuerpo y alma al que lo quebrantare.»

La entrada que Diego de Almagro hizo al Chili.

Aderezóse Almagro para ir al descubrimiento de Chili, como estaba concertado. Dió y emprestó muchos dineros á los que iban con él, porque llevasen buenas armas y caballos; y así, juntó quinientos y treinta españoles muy lucidos, y que de buena gana querian ir tan léjos por su liberalidad y por la gran fama de oro y plata de aquellas tierras. Muchos tambien hubo que dejaron su casa y repartimientos por ir con él, pensando mejorarlos. Almagro pues dejó allí en el Cuzco á Juan de Rada, criado suyo, haciendo mas gente. Envió delante á Juan de Saavedra, de Sevilla, con ciento, y él partióse luego con los otros cuatrocientos y treinta, y con Paulo y Villaoma, gran sacerdote, Filipillo y otros muchos indios honrados y de servicio y carga. Topó Saavedra en los Charcas ciertos chileses, que traian al Cuzco, no sabiendo lo que pasaba, su tributo en tejuelas de oro fino, que pesaron ciento y cincuenta mil pesos. Fué principio de jornada, si tal fin tuviera. Quiso prender allí al capitan Grabiel de Rojas, que por Pizarro estaba. Mas él se guardó, y se volvió al Cuzco por otro camino con su gente. De los Charcas al Chile pasó Almagro mucho trabajo, hambre y frio; ca peleó con grandes hombres de cuerpo, y diestros flecheros. Heláronsele muchos hombres y caballos, pasando unas grandes sierras nevadas, donde tambien perdió su fardaje. Halló rios que corren de dia, y no de noche, á causa que las nieves se derriten con el sol, y se hielan con la luna. Visten los de Chile cueros de lobos marinos, son altos y hermosos, usan arcos en la guerra y caza; es la tierra bien poblada y del temple que nuestra Andalucía, sino que allá es noche cuando acá dia, y su verano cuando nuestro invierno. En fin, podemos decir que son antípodes nuestros. Hay muchas ovejas, como en el Cuzco, y muchos avestruces. Españoles los mataban á caballo, poniéndose en paradas; que un caballo no corre tanto como trota un avestruz.

Vuelta de Fernando Pizarro al Perú.

Poco después que Almagro se partió á Chili, llegó Fernando Pizarro á Lima, ciudad de los Reyes. Llevó á Francisco Pizarro título de marqués de los Atavillos, y á Diego de Almagro la gobernacion del nuevo reino de Toledo, cien leguas de tierra, contadas de la raya de la Nueva-Castilla, juridicion y distrito de Pizarro, hácia el sur y levante. Pidió servicio á los conquistadores para el Emperador, que decia pertenescerle, como á rey, todo el rescate de Atabaliba, que tambien era rey. Ellos respondieron que ya le habian dado su quinto, que le venia de derecho, y aína hubiera motin, porque los motejaban de villanos en España y corte, y no merecedores de tanta parte y riquezas; y no digo entonces, pero antes y después lo acostumbran decir acá, los que no van á Indias; hombres que por ventura merescen menos lo que tienen, y que no se habian de escuchar. Francisco Pizarro los aplacó, diciendo que merescian aquello por su esfuerzo y virtud, y tantas franquezas y preeminencias como los que ayudaron al rey don Pelayo y á los otros reyes, á ganar á España de los moros. Dijo á su hermano que buscase otra manera para cumplir lo que habia prometido, pues ninguno queria dar nada, ni él les tomaria lo que les dió. Fernando Pizarro entonces tomaba un tanto por ciento de lo que hundian; por lo cual incurrió en gran odio de todos; mas él no alzó la mano de aquello, antes se fué al Cuzco á otro tanto, y trabajó de ganar la voluntad á Mango inga, para sacarle alguna gran cuantía de oro para el Emperador, que muy gastado estaba con las jornadas de su coronacion, del turco en Viena, y de Túnez; y para sí tambien.

La rebelion de Mango, inga, contra españoles.

Mango, hijo de Guaynacapa, á quien Francisco Pizarro dió la borla en Vilcas se mostró bullicioso y hombre de valor, por lo cual fué metido en la fortaleza del Cuzco en prisiones de hierro. Mas desde allí, y aun antes que le prendiesen, tramó de matar los españoles y hacerse rey como su padre fué. Hizo hacer muchas armas de secreto y grandes sementeras para tener el pan abasto en las guerras y cercos que poner esperaba. Concertó con su hermano Paulo, con Villaoma y Filipillo, que matasen á Diego de Almagro con todos los suyos en los Charcas, ó donde mas aparejo hallasen, que así haria él á Pizarro, y á cuantos estaban en Lima, Cuzco y las otras poblaciones. No podia Mango ejecutar su propósito, estando preso; y rogó á Juan Pizarro, que conquistando andaba el Collao, lo soltase antes que viniese Fernando Pizarro, prometiendo ser muy leal y obediente al Gobernador. Como se vió suelto, hízose muy familiar de Fernando Pizarro, que le pidia dineros, para huir del Cuzco á su salvo con su amistad y favor. Así que, pidió licencia á Fernando Pizarro para ir á una solemne fiesta que se hacia en Hincay, y que le traeria de allá una estatua de oro maciza, que al propio y tamaño de su padre estaba labrada. Fuése la semana santa del año de 1536. Cuando en Hincay estuvo, mofaba y blasfemaba de los españoles. Convocó muchos señores y otras personas, y dió conclusion en el alzamiento que pensaba. Hizo matar muchos españoles que andaban

en las minas, y cuantos indios los servian. Envió un capitan con buen ejército al Cuzco; el cual llegó, y entró tan súbito, que tomó la fortaleza, sin que los españoles estorbarlo pudiesen, y la sostuvo seis ó siete dias. En fin de los cuales la recobraron los nuestros, peleando reciamente. Murieron sobre ella algunos, y Juan Pizarro de una pedrada que de noche le dieron en la cabeza. Sobrevino Mango, cercó la ciudad, púsole fuego, y combatíala cada lleno de luna.

Almagro tomó por fuerza el Cuzco á los Pizarros.

Estando Almagro guerreando á Chile, llegó Joan de Rada con las provisiones de su gobernacion, que habia traido Fernando Pizarro; con las cuales, aunque le costaron la vida, se holgó mas que con cuanto oro ni plata habia ganado; ca era codicioso de honra. Entró en consejo con sus capitanes sobre lo que hacer debia, y resumióse, con parecer de los mas, de volver al Cuzco á tomar en él, pues en su juridicion cabia, la posesion de su gobernacion. Bien hubo muchos que le dijeron y rogaron poblase allí ó en los Charcas, tierra riquísima, antes de ir; y enviase á saber entre tanto la voluntad de Francisco Pizarro y del cabildo del Cuzco, porque no era justo descompadrar primero. Quien mas atizó la vuelta fueron Gomez de Albarado, Diego de Albarado y Rodrigo Orgoños, su amigo y privado. Almagro, en fin, determinó de volver al Cuzco á gobernar por fuerza, si de grado los Pizarros no quisiesen, y tambien porque decian estar alzado el Inga; lo cual se publicó por huir del campo Paulo y Villaoma, no hallando gente ni coyuntura para matar los cristianos, como traian urdido. Almagro envió tras Filipillo, que como participante de la conjuracion, tambien huyera; y hízolo cuartos porque no lo avisó y porque se pasó á Pedro de Albarado en Liribamba. Confesó el malvado, al tiempo de su muerte, haber acusado falsamente á su buen rey Atabaliba, por jacer seguro con sus mujeres. Era un mal hombre Filipillo de Puechos; liviano, inconstante, mentiroso, amigo de revueltas y sangre, y poco cristiano, aunque baptizado. Tuvo Almagro muchos trabajos á la vuelta; comió los caballos que se murieron á la ida, cosa bien de notar, porque al cabo de cuatro meses ó mas tiempo, estaban por corromper, y tan frescos, segun dicen, como recien muertos. Estábanse tambien los españoles arrimados á las peñas con las riendas en las manos, que parescian vivos. Proveyó de agua su ejército en los despoblados con ovejas, que llevaban á cuatro y mas arrobas della en odres y zaques de otras ovejas, y aun muchos españoles fueron cabalgando en ellas; aun que no es caballería, para su cólera. Maravilláronse mucho los de Almagro, cuando al Cuzco llegaron, en lo ver cercado de indios; y él trató con el Inga la paz, diciendo, si alzaba el cerco, que le perdonaria lo hecho, como gobernador, y si no, que lo destruiria; que á eso venia. Mango respondió que se viesen, y que holgaba de su venida y gobernacion. Almagro, sin pensar en la malicia, fué á recaudo por otros inconvenientes, dejando en guarda de su real á Juan de Saavedra. Fernando Pizarro, que supo estas vistas, salió á hablar con Saavedra. Dábale cincuenta mil castellanos porque se metiese con él dentro el Cuzco. No le osó enojar, que tenia mucha gente y muy fuerte plaza; y tornóse bien triste y desconfiado. Tampoco pudo Mango prender á Almagro, y perdió esperanza de recobrar el Cuzco. E porque no le tomasen entre puertas los de Almagro y Pizarro, dejó el cerco y fuése á los Andes, que llaman, una gran montaña sobre Guamanga. Llegó Almagro su ejército al Cuzco, las banderas altas. Requirió al regimiento y hermanos de Francisco Pizarro que lo rescibiesen luego pacíficamente por gobernador, conforme á las provisiones reales del Emperador. Fernando Pizarro, que mandaba, respondió que sin voluntad de Francisco Pizarro, gobernador de aquella tierra, por cuyo poder él allí estaba, no podia ni debia, segun honra y consciencia, admitirlo por gobernador. Mas, si entrar queria como privado y particular, que lo aposentaria muy bien con todos los que traia; y entre tanto avisarian á su hermano, si vivo era, que estaba en los Reyes, de su llegada y pedimiento; y que confiaba en su antigua y buena amistad que se conformarian, declarando la raya y mojones de cada gobernacion á dicho de sabios cosmógrafos. Tuvo Almagro por dilacion esta respuesta, y insistió en su demanda; y como hallaba contraste en Fernando Pizarro, entróse dentro una noche de gran niebla y escuridad. Cercó la casa donde los Pizarros y cabildo estaban fuertes, y púsole fuego porque no se daban. Ellos por no quemarse rindiéronse. Echó Almagro presos á Fernando y Gonzalo Pizarro y á otros. El regimiento y vecinos lo rescibieron luego en siendo de dia por gobernador. Dicen unos que Almagro quebró las treguas que habian puesto, para entre tanto esperar la respuesta de Francisco Pizarro; otros, que no las hubo ni las quiso, porque no le habian de rescebir sino por fuerza; otros, que tuvo favor de los vecinos para entrar; y como fueron bandos, cada uno habla en favor del suyo. Y es cierto que por fuerza entró, y que murieron dos españoles, uno de cada parte; y que Almagro matara á Fernando Pizarro, segun voluntad de casi todos, sino por Diego de Albarado. Esto y el alzamiento del Inga, pasó año de 1536, sin que Francisco Pizarro lo supiese.

Los muchos españoles que indios mataron por socorrer el Cuzco.

Bien temió Pizarro cuando supo la rebelion del Inga y el cerco del Cuzco; mas no pensó al principio que tan de veras era, ni con tanta gente como fué; y así, envió luego á Diego Pizarro con setenta españoles, que los mas eran peones. A todos los cuales mataron indios en la cuesta de Parcos, cincuenta leguas del Cuzco; mataron ansimesmo al capitan Morgovejo con muchos españoles que al socorro llevaba, en un mal paso donde los atajaron; hicieron el estrago con galgas, que no se atrevieron venir á las lanzadas. Algunos se escaparon con la escuridad de la noche, mas ni pudieron ir al Cuzco ni tornar á los Reyes; envió tambien Pizarro á Gonzalo de Tapia con otros ochenta españoles, y tambien los mataron indios de puro cansados. Mataron eso mesmo al capitan Gaete con cuarenta españoles en Jauja. Pizarro estaba espantado cómo no le escrebian sus hermanos ni aquellos sus capitanes, y temiendo el mal que fué, despachó cuarenta de caballo con Francisco de Godoy,

para que le trajese nuevas de todo; el cual volvió, como dicen, rabo ante piernas, trayendo consigo dos españoles de Gaete que se habian escapado á uña de caballo, y que dieron á Pizarro las malas nuevas; las cuales lo pusieron en muy gran cuita. Llegó luego á los Reyes huyendo Diego de Agüero, que dijo cómo los indios andaban todos en armas y le habian querido quemar en sus pueblos, y que venia muy cerca un gran ejército dellos. Nueva que atemorizó mucho la ciudad, y tanto mas, cuanto menos españoles habia; Pizarro envió á Pedro de Lerma de Búrgos, con setenta de caballo y muchos indios amigos é cristianos á estorbar que los enemigos no llegasen á los Reyes, y él salió detrás con los demás españoles que allí habia. Peleó Lerma muy bien, y retrajo los enemigos á un peñol, y allí los acabaran de vencer y deshacer si Pizarro á recoger no tañera. Murió aquel dia y batalla un español de caballo, fueron heridos muchos otros, y á Pedro de Lerma quebraron los dientes; los indios dieron muchas gracias al sol, que los escapó de tanto peligro, haciéndole grandes sacrificios y ofrendas, y pasaron su real una sierra cerca de los Reyes, el rio en medio, do estuvieron diez dias haciendo arremetidas y escaramuzas con españoles; que con otros indios no querian, y muchos indios cristianos, mozos de españoles, iban á comer y estar con los contrarios, y aun á pelear contra sus amos, y se tornaban de noche á dormir en la ciudad.

El socorro que vino de muchas partes á Francisco Pizarro.

Como Pizarro se vido cercado, y muertos cerca de cuatrocientos españoles y docientos caballos, temió la furia y muchedumbre de los enemigos, y aun creyó que habian muerto á Diego de Almagro en Chili, y á sus hermanos en el Cuzco. Envió á decir á Alonso de Albarado que dejase la conquista de los cachapoyas y se viniese luego con toda su gente á socorrerle; envió un navío á Trujillo para en que llevasen de allí las mujeres, hijos y hacienda, mandando á los hombres desamparasen el lugar y viniesen á los Reyes; despachó á Diego de Ayala en los otros navíos á Panamá, Nicaragua y Cuauhtemallan por socorro, y escribió á las islas de Santo Domingo y Cuba, y á todos los otros gobernadores de Indias, el estrecho en que quedaba. Alonso de Fuenmayor, presidente y obispo de Santo Domingo, envió con Diego de Fuenmayor, su hermano, natural de Yanguas, muchos españoles arcabuceros que habian llegado entonces con Pedro de Veragua; Fernando Cortés envió, con Rodrigo de Grijalva, en un propio navío suyo, desde la Nueva-España, muchas armas, tiros, jaeces, aderezos, vestidos de seda y una ropa de martas; el licenciado Gaspar de Espinosa llevó de Panamá, Nombre de Dios y Tierra-Firme, buena copia de españoles; Diego de Ayala volvió con harta gente de Nicaragua y Cuauhtemallan. Tambien vinieron otros de otras partes, y así tuvo Pizarro un florido ejército y mas arcabuceros que nunca; y aunque no los hubo mucho menester para contra indios, aprovecháronle infinito para contra Diego de Almagro, como después dirémos; por lo cual acertó á pedir estos socorros, aunque fué notado entonces de pusilanimidad por pedirlos.

Dos batallas con indios, que Alonso de Albarado dió y venció.

A la hora que Alonso de Albarado rescibió las cartas de Pizarro, en que lo llamaba para socorro, dejó la empresa de los cachapoyas, que muy adelante iba, y se fué á Trujillo, que camino era para los Reyes. Hizo quedar los vecinos, que ya tenian fuera su hato y mujeres, y se querian ir á Pizarro, desamparando la ciudad; llegó á los Reyes con alegría de todos, por ser el primero que al socorro venia, y Pizarro lo hizo su capitan general, quitando el cargo á Pedro de Lerma, el cual lo tuvo á deshonra, y como valiente y que lo habia hecho bien, desmandóse de lengua; era de Búrgos, y conoscia al Albarado. Descansó Albarado, y aderezó trecientos españoles á pié y á caballo para echar de allí los indios, y no parar hasta los deshacer y destruir y descercar el Cuzco, no sabiendo lo que allá pasaba entre los españoles; hubo una batalla cerca de Pachacama con Tizoyo, capitan general de Mango, y aun dicen que se halló en ella el mesmo Mango inga, la cual fué muy recia y sangrienta, ca los indios pelearon como vencedores, y los españoles por vencer; en Jauja lo alcanzó Gomez de Tordoya de Barcarota, con docientos españoles que Pizarro le enviaba para engrosar el campo. Albarado caminó sin embarazo hasta Lumichaca, puente de piedra, con todos quinientos españoles; allí cargaron muchísimos indios, pensando matar los cristianos al paso, á lo menos desbaratallos; mas Albarado y sus compañeros, aunque rodeados por todas partes de los enemigos, pelearon de tal manera, que los vencieron, haciendo en ellos muy gran matanza. Costaron estas batallas hartos españoles, y muchos indios amigos, que los servian y ayudaban; de Lumichaca á la puente de Abancay, que habrá veinte leguas, hubo muchas escaramuzas, mas no que de contar sean; supo Albarado allí las revueltas y mudanzas del Cuzco y la prision de Fernando y Gonzalo Pizarro, y paró á esperar lo que Pizarro mandaba sobre aquello, pues ya los indios eran idos del Cuzco; fortificó su real entre tanto que la respuesta é instruccion venia, por amor de muchos indios que bullian por allí con Tizoyo y Mango, y por si viniese Almagro.

Almagro prende al capitan Albarado, y rehusa los partidos de Pizarro.

Como Almagro entendió que Albarado estaba con tanta gente y pujanza en Abancay, pensó que iba contra él, y apercibióse; envióle á requerir con las provisiones, no estuviese con ejército en su gobernacion, ó le obedeciese. Albarado prendió á Diego de Albarado con otros ocho españoles, que fué al requirimiento, y respondió que las habian de notificar á Francisco Pizarro, y no á él; Almagro se volvió del camino, que tambien salió con gente, no tornando sus mensageros, á guardar el Cuzco, ca podia ir Albarado allá por otro cabo. Mas luego tuvo aviso y cartas que Pedro de Lerma se le queria pasar con mas de sesenta compañeros, por enojo que tenia de Pizarro, por haberle quitado el cargo de capitan general y haberlo dado al Alonso de Albarado, y tornó con ejército sobre Albarado, y prendió á Perálvarez Holguin, que andaba corriendo el campo en una celada. Albarado desque lo supo, quiso prender á Pedro de Lerma; empero él se huyó del real aquel

mesmo punto de la noche, con las firmas de sus amigos, que á ellos no pudo llevar por la prisa; llegó Almagro con la escuridad á la puente, sabiendo que le aguardaban Gomez de Tordoya y Villalva y otros, y echó buena parte de los suyos por el vado, á do estaban los que se le habian de pasar. Cuando Albarado sintió los enemigos en el real, comenzó á pelear tocando al arma; pero como tenia muchos guardando los pasos fuera del fuerte, y muchos sin picas, que se las habian echado al rio los amigos de Lerma, no pudo resistir la carga del contrario, y fué roto y preso sin sangre ninguna, aunque de una pedrada quebraron los dientes á Rodrigo de Orgoños. Recogió Almagro el campo, y tornóse al Cuzco, tan ufanos los suyos, que decian que no dejarian pizarra ninguna en todo el Perú en que tropezar, y que se fuese Francisco Pizarro á gobernar los manglares de la costa. Usó Almagro de la victoria piadosamente, aunque dicen que trataba mal los prisioneros. Pizarro, que iba con seiscientos españoles á descercar el Cuzco, supo en Nasca cuanto atrás dicho habemos, é hizo gran sentimiento dello, y volvióse á los Reyes para aderezarse mejor, si guerra hubiese de haber; ca el competidor era recio, y tenia muchos españoles. Entre tanto que se apercebia quiso concertarse de bien á bien, pues era mejor mala concordia que próspera guerra, y envió al licenciado Gaspar de Espinosa á lo negociar; el cual se declaró, porque otros no gozasen sus trabajos las manos enjutas, á que fuesen amigos, y que Almagro soltase á Fernando y Gonzalo Pizarro y á Alfonso de Albarado, y se estuviese en el Cuzco gobernando, sin bajar á los llanos, hasta tener declaracion por el Emperador de lo que cada uno hubiese de gobernar. Murió el licenciado entendiendo en esto, y aun pronosticando la destrucion y muertes de ambos gobernadores. Almagro, con la pujanza y consejeros que tenia, rehusó aquel partido, diciendo que habia de dar, y no tomar, leyes en su juridicion y prosperidad. Dejó á Grabiel de Rojas en guarda del Cuzco y de los presos, y llevando consigo á Fernando Pizarro, bajó con ejército y quinto del Rey á la marina. Hizo un pueblo en término de los Reyes, como en posesion, y asentó el real en Chincha.

Vistas de Almagro y Pizarro en Mala sobre concierto.

Sabiendo esto Pizarro, sonó atambor en los Reyes, dió grandes pagas y ventajas, y juntó mas de sietecientos españoles con muchos caballos y arcabuces, que daban reputacion al ejército; y casi toda esta gente era venida y llamada contra indios en socorro del Cuzco y de los Reyes. Hizo capitanes de arcabucería á Nuño de Castro y á Pedro de Vergara, que la trajera de Flándes, donde casado estaba; hizo capitan de piqueros á Diego de Urbina, y de caballos á Diego de Rojas y á Peranzures y á Alonso de Mercadillo. Puso por maestre de campo á Pedro de Valdivia, y por sargento mayor á Antonio de Villalva; estando en esto, llegaron Gonzalo Pizarro y Alonso de Albarado, é hízolos generales, á su hermano de la infantería, y al otro de la caballería. Estaban presos en el Cuzco, sobornaron hasta cincuenta soldados, y con su ayuda salieron de la prision, quitaron las sogas de las campanas porque no repicasen tras ellos, y huyeron á caballo con aquellos cincuenta y con Grabiel de Rojas, que prendieron; publicaba Pizarro que hacia esta gente para su defensa como hombre acometido, y habló en concierto á consejo de muchos. Almagro vino luego tambien en ello, y envió con poder para tratar del negocio á don Alonso Enriquez, Diego de Mercado, fator, y Juan de Guzman, contador. Hablaron con Pizarro, y él lo comprometió en Francisco de Bobadilla, provincial de la merced, y ellos en fray Francisco Husando; los cuales sentenciaron que Almagro soltase á Fernando Pizarro y restituyese al Cuzco; que deshiciesen entrambos los ejércitos, enviasen la gente á conquistas, escribiesen al Emperador, y se viesen y hablasen en Mala, pueblo entre los Reyes y Chincha, con cada doce caballeros, y que los frailes se hallasen á las pláticas. Almagro dijo que holgaba de verse con Pizarro, aunque tenia por muy grave la sentencia, y cuando se partió á las vistas con doce amigos encomendó á Rodrigo Orgoños, su general, que con el ejército estuviese á punto, por si algo Pizarro hiciese, y matase á Fernando Pizarro, que le dejaba en poder, si á él fuerza le hiciesen. Pizarro fué al puesto con otros doce, y tras él Gonzalo Pizarro con todo el campo; si lo hizo con voluntad de su hermano ó sin ella, nadie creo que lo supo. Es empero cierto que se puso junto á Mala, y que mandó al capitan Nuño de Castro se emboscase con sus cuarenta arcabuceros en un cañaveral junto al camino por donde Almagro tenia de pasar; llegó primero á Mala Pizarro, y en llegando Almagro, se abrazaron alegremente y hablaron en cosas de placer. Acercóse uno de Pizarro, antes que comenzasen negocios, á Diego de Almagro, y díjole al oido que se fuese luego de allí, ca le iba en ello la vida; él cabalgó presto y volvióse sin hablar palabra en aquello ni en el negocio á que viniera. Vió la emboscada de arcabuceros, y creyó; quejóse mucho de Francisco Pizarro y de los frailes, y todos los suyos decian que de Pilátos acá no se habia dado sentencia tan injusta. Pizarro, aunque le consejaban que lo prendiese, lo dejó ir, diciendo que habia venido sobre su palabra, y se disculpó mucho en que ni mandó venir á su hermano, ni sobornó los frailes.

La prision de Almagro.

Aunque las vistas fueron en vano y para mayor odio é indinacion de las partes, no faltó quien tornase á entender muy de veras y sin pasion entre Pizarro y Almagro. Diego de Albarado en fin los concertó, que Almagro soltase á Fernando Pizarro, y que Francisco Pizarro diese navío y puerto seguro á Almagro, que no lo tenia, para que libremente pudiese enviar á España sus despachos y mensajeros; que no fuese ni viniese uno contra otro, hasta tener nuevo mandado del Emperador. Almagro soltó luego á Fernando Pizarro sobre pleitesía que hizo, á ruego y seguro de Diego de Albarado; aunque Orgoños lo contradijo muy mucho, sospechando mal de la condicion áspera de Fernando Pizarro, y el mesmo Almagro se arrepintió y lo quisiera detener. Mas acordó tarde, y todos decian que aquel lo habia de revolver todo, y no erraron; ca suelto él, hubo grandes y nuevos movimientos, y aun Pizarro no anduvo muy llano en los conciertos, porque ya tenia una provision real en que mandaba el Emperador que cada

uno estuviese donde y como la tal provision notificada les fuese, aunque tuviese cualquiera dellos la tierra y jurisdicion del otro. Pizarro pues, que tenia libre y por consejero á su hermano, requirió á Almagro que saliese de la tierra que habia él descubierto y poblado, pues era ya venido nuevo mandamiento del Emperador. Almagro respondió, leida la provision, que la oia y cumplia estándose quedo en el Cuzco, y en los otros pueblos que al presente poseia, segun y como el Emperador mandaba y declaraba por aquella su real cédula y voluntad, y que con ella mesma le requeria y rogaba lo dejase estar en paz y posesion como estaba. Pizarro replicó que teniendo él poblado y pacífico el Cuzco, se lo habia tomado por fuerza, diciendo que caia en su gobernacion del nuevo reino de Toledo; por tanto, que luego se lo dejase, y se fuese; si no, que lo echaria, sin quebrar el pleito homenaje que habia hecho, pues teniendo aquella nueva provision del Rey, era cumplido el plazo de su pleitesía y concierto. Almagro estuvo firme en su respuesta, que concluia llanamente; y Pizarro fué con todo su ejército á Chincha, llevando por capitanes los que primero, y por consejero á Fernando Pizarro, y por color que iba á echar sus contrarios de Chincha que manifiestamente era de su gobernacion. Almagro se fué la via del Cuzco por no pelear; empero como lo siguian, cortó muchos pasos del mal camino, y reparó en Gaitara, sierra alta y áspera. Pizarro fué tras él, que tenia mas y mejor gente; y una noche subió Fernando Pizarro con los arcabuceros aquella sierra, que le ganaron el paso. Almagro entonces, que malo estaba, se fué á gran prisa, y dejó á Orgoños detrás, que se retirase concertadamente y sin pelear. El lo hizo como se lo mandó; aunque, segun Cristóbal de Sotelo y otros decian, mejor hiciera en dar batalla á los pizarristas, que se marearon en la sierra; ca es ordinario á los españoles que de nuevo ó recien salidos de los calorosos llanos suben á las nevadas sierras, marearse. Tanta mudanza hace tan poca distancia de tierra. Así que Almagro, recogida su gente al Cuzco, quebró las puentes, labró armas de plata y cobre, arcabuces, otros tiros de fuego, basteció de comida la ciudad, y reparóla de algunos fosados. Pizarro se volvió á los llanos por el inconveniente que digo, y dende á dos meses á los Reyes; empero solo, porque envió todo su ejército al Cuzco, con achaque de restituir en sus casas y repartimientos á ciertos vecinos que Almagro habia despojado, y para esto hizo justicia mayor á Fernando Pizarro, que gobernaba el campo, siendo general su hermano Gonzalo. Fué pues Fernando Pizarro al Cuzco por otro camino que Almagro, y llegó allá á los 26 de abril de 1538 años. Almagro, que tan determinados los vió venir, metió los aficionados á Pizarro en dos cubos de la fortaleza, donde algunos se ahogaron, de muy apretados. Envió al encuentro á Rodrigo Orgoños con toda su gente, y muchos indios, ca él no podia pelear, de flaco y enfermo. Orgoños se puso en el camino real entre la ciudad y la sierra, orilla de una ciénaga. Puso la artillería en conviniente parte, y los caballos tambien, que llevaban á cargo Francisco de Chaves, Vasco de Guevara y Juan Tello. Por hácia la sierra echó muchos indios con algunos españoles que socorriesen á la mayor necesidad y peligro. Fernando Pizarro, dicha la misa, bajó al llano en ordenanza, con pensamiento de tomar un alto que sobre la ciudad estaba, y que no lo aguardarian los contrarios llevando tanta pujanza. Mas como los vió quedos y con semblante de no rehusar batalla, mandó al capitan Mercadillo que con sus caballos anduviese sobresaliente, ó para contra los indios contrarios, ó para remediar otra cualquier necesidad; y dijo á sus indios, que arremetiesen á los otros, y por allí se comenzó la batalla que llaman de las Salinas, obra de media legua del Cuzco. Entraron en la ciénaga los arcabuceros de Pedro de Vergara, y desbarataron una compañía de caballos contrarios, que fué gran desman para los de Orgoños, que conosciendo el daño, hizo soltar un tiro, el cual mató cinco españoles de Pizarro, y atemorizó los otros; pero Fernando Pizarro los animó bien y á sazon, y dijo á los arcabuceros que tirasen á las picas arboladas, y quebraron mas de cincuenta dellas, que mucha falta hicieron á los de Almagro. Orgoños hizo señal de romper con los enemigos; y como se tardaban algo los suyos, arremetió con su escuadron solamente á Fernando Pizarro, que guiaba el lado izquierdo de su ejército con Alonso de Albarado. Esperó dos españoles con su lanza, tiró una estocada á un criado de Fernando Pizarro, pensando que su amo fuese, y metióle por la boca el estoque. Hacia Orgoños maravillas de su persona; mas duró poco tiempo, porque cuando arremetió le pasaron la frente con un perdigon de arcabuz, de que vino á perder la fuerza y la vista. Fernando Pizarro y Alonso de Albarado encontraron los enemigos de través, y derribaron cincuenta dellos, y los mas juntamente con los caballos. Acudieron luego los de Almagro y Gonzalo Pizarro por su parte, y pelearon todos, como españoles, bravísimamente, mas vencieron los Pizarros y usaron cruelmente de la vitoria, aunque cargaron la culpa dello á los vencidos con Albarado en el puente de Abancay, que no eran muchos y queríanse vengar. Estando Orgoños rendido á dos caballeros, llegó uno que lo derribó y degolló. Llevando tambien uno tendido y á las ancas al capitan Rui Diaz, le dió otro una lanzada que lo mató, y así mataron otros muchos después que sin armas los vieron; Samaniego á Pedro de Lerma á puñaladas en la cama, de noche. Murieron peleando los capitanes Moscoso, Salinas y Hernando de Albarado, y tantos españoles, que si los indios, como lo habian platicado, dieran sobre los pocos y heridos que quedaban, los pudieran fácilmente acabar. Mas ellos se embebieron en despojar los caidos, dejándolos en cueros, y en robar los reales, que nadie los guardaba, porque los vencidos huian, y los vencedores perseguian. Almagro no peleó por su indispusicion; miró la batalla de un recuesto, y metióse en la fortaleza como vió vencidos los suyos. Gonzalo Pizarro y Alonso de Albarado lo siguieron y prendieron, y lo echaron en las prisiones en que los habia tenido.

Muerte de Almagro.

Con la vitoria y prendimiento de Almagro, enriquescieron unos y empobrecieron otros, que usanza es de guerra, y mas de la que llaman civil, por ser hecha entre ciudadanos, vecinos y parientes. Fernando Pi-

zarro se apoderó del Cuzco sin contradicion, aunque no sin murmuracion. Dió algo á muchos, que á todos era imposible; mas como era poco para lo que cada uno que con él se halló en la batalla pretendia, envió los mas á conquistar nuevas tierras donde se aprovechasen; y por no quedar en peligro ni cuidado, enviaba los amigos de Almagro con los suyos. Envió tambien á los Reyes, en son de preso, á don Diego de Almagro, porque los amigos de su padre no se amotinasen con él. Hizo proceso contra Almagro, publicando que para enviarlo juntamente con él preso á los Reyes, y de allí á España; mas como le dijeron que Mesa y otros muchos habian de salir al camino y soltarlo, ó porque lo tenia en voluntad, por quitarse de ruido sentencióle á muerte. Los cargos y culpas fueron que entró en el Cuzco mano armada; que causó muchas muertes de españoles; que se concertó con Mango contra españoles; que dió y quitó repartimientos sin tener facultad del Emperador; que habia quebrado las treguas y juramentos; que habia peleado contra la justicia del Rey en Abancay y en las Salinas. Otras hubo tambien que callo por no ser tan acriminadas. Almagro sintió grandemente aquella sentencia. Dijo muchas lástimas y que hacian llorar á muy duros ojos. Apeló para el Emperador; mas Fernando, aunque muchos se lo rogaron ahincadamente, no quiso otorgar la apelacion. Rogóselo él mesmo, que por amor de Dios no le matase, diciendo que mirase cómo no le habia él muerto, pudiendo, ni derramado sangre de pariente ni amigo suyo, aunque los habia tenido en poder; que mirase cómo él habia sido la mayor parte para subir Francisco Pizarro, su caro hermano, á la cumbre de honra y riqueza que tenia; díjole que mirase cuán viejo, flaco y gotoso estaba, y que revocase la sentencia por apelacion para dejalle vivir en la cárcel siquiera los pocos y tristes dias que le quedaban, para llorar en ellos y allí sus pecados. Fernando Pizarro estuvo muy duro á estas palabras, que ablandaran un corazon de acero, y dijo que se maravillaba que hombre de tal ánimo temiese tanto la muerte. El replicó que pues Cristo la temió, no era mucho temella él; mas que se conhortaria con que, segun su edad, no podia vivir mucho. Estuvo Almagro recio de confesar, pensando librarse por allí, ya que por otra via no podia. Empero confesóse, hizo testamento, y dejó por herederos al Rey y á su hijo don Diego. No queria consentir la sentencia, de miedo de la ejecucion, ni Fernando Pizarro otorgar la apelacion, porque no la revocasen en consejo de Indias, y porque tenia mandamiento de Francisco Pizarro. En fin la consintió. Ahogáronle, por muchos ruegos, en la cárcel, y después lo degollaron públicamente en la plaza del Cuzco, año de 1540. Muchos sintieron mucho la muerte de Almagro y lo echaron menos; y quien mas lo sintió, sacando á su hijo, fué Diego de Albarado, que se obligó al muerto por el matador, y que libró de la muerte y de la cárcel al Fernando Pizarro, del cual nunca pudo sacar virtud sobre aquel caso, por mas que se lo rogó; y así, vino luego á España á querellar de Francisco Pizarro y de sus hermanos, y á demandar la palabra y pleitesía á Fernando Pizarro delante el Emperador, y andando en ello, murió en Valladolid, donde la corte estaba; y porque murió en tres ó cuatro dias, dijeron algunos que fué de yerbas. Era Diego de Almagro natural de Almagro; nunca se supo de cierto quién fué su padre, aunque se procuró. Decian que era clérigo y no sabia leer. Era esforzado, diligente, amigo de honra y fama; franco, mas con vanagloria; ca queria supiesen todos lo que daba. Por las dádivas lo amaban los soldados, que de otra manera muchas veces los maltrataba de lengua y manos. Perdonó mas de cien mil ducados, rompiendo las obligaciones y conoscimientos á los que fueron con él al Chili. Liberalidad de príncipe mas que de soldado; pero cuando murió, no tuvo quien pusiese un paño en su degolladero. Tanto pareció peor su muerte, cuanto él menos cruel fué, ca nunca quiso matar hombre que tocase á Francisco Pizarro. Nunca fué casado, empero tuvo un hijo en una india de Panamá, que se llamó como él, y que se crió y enseñó muy bien; mas acabó mal, como después dirémos.

Las conquistas que se hicieron tras la muerte de Almagro.

Pedro de Valdivia fué con muchos españoles á continuar la conquista de Chili, que Almagro comenzó. Pobló, y comenzó á contratar con los naturales, que lo habian recebido pacíficamente, aunque con engaño; ca luego en cogiendo el grano y cosas de comer, se armaron y dieron tras los cristianos, y mataron catorce españoles que andaban fuera de poblado. Valdivia fué al socorro, dejando en la ciudad la mitad de la gente con Francisco de Villagran y Alonso de Monroy. Entre tanto vinieron hasta ocho mil chileses sobre la ciudad. Salieron á ellos Villagran y Monroy con treinta de caballo y otros algunos de pié, y pelearon desde la mañana hasta que los despartió la noche, y todos holgaron dello, los nuestros de cansados y heridos con flechas, los indios por la carnicería que de los suyos habia y por las fieras lanzadas y cuchilladas que tenian; aunque no por eso dejaron las armas, antes daban guerra siempre á los españoles, y no les dejaban indio de servicio, á cuya falta los nuestros mesmos cavaban, sembraban y hacian las otras cosas que para se mantener son necesarias. Mas con todo este trabajo y miseria, descubrieron mucha tierra por la costa, y oyeron decir que habia un señor, dicho Leuchen Golma, el cual juntaba docientos mil combatientes para contra otro rey vecino suyo y enemigo, que tenia otros tantos, y que Leuchen Golma poseia una isla, no léjos de su tierra, en que habia un grandísimo templo con dos mil sacerdotes; y que mas adelante habia amazonas, la reina de las cuales se llamaba Guanomilla, que suena cielo oro, de donde argüian muchos ser aquella tierra muy rica; mas pues ella está, como dicen, en cuarenta grados de altura, no terná mucho oro; empero ¿qué digo yo, pues aun no han visto las Amazonas, ni el oro, ni á Leuchen Golma, ni la isla de Salomon, que llaman por su gran riqueza? Gomez de Albarado fué á conquistar la provincia de Guanuco; Francisco de Chaves á guerrear los conchucos, que molestaban á Trujillo y á sus vecinos, y que traian un ídolo en su ejército, á quien ofrescian el despojo de los enemigos, y aun sangre de cristianos. Pedro de Vergara fué á los Bracamoros, tierra junto al Quito por el norte, Juan Perez de Vergara fué hácia los Chachapoyas, y Alonso de Mercadillo á Mullubamba, y Pedro de

Candía á encima del Collao; el cual no pudo entrar donde, iba por la maleza de aquella tierra ó por la de su gente, ca se le amotinó mucha della, que amigos eran de Almagro, con Mesa, capitan de la artillería de Pizarro. Fué allá Fernando Pizarro y degolló al Mesa por amotinador y porque habia dicho mal de Pizarros, y tratado de ir á soltar á Diego de Almagro si á los Reyes lo llevasen. Dió los trecientos hombres de Candía á Peranzures, y envióle á la mesma tierra y conquista. Desta manera se desparcieron los españoles, y conquistaron mas de setecientas leguas de tierra en largo, leste ó casi oeste, con admirable presteza, aunque con infinitas muertes. Fernando y Gonzalo Pizarro sujetaron entonces el Collao, tierra rica de oro, que chapan con ello los oratorios y cámaras, y abundante de ovejas, que son algo acamalladas de la cruz adelante, aunque mas parescen ciervos. Las que llaman pacos crian lana muy fina; llevan tres y cuatro arrobas de carga, y aun sufren hombres encima; mas andan muy despacio: cosa contra la impaciente cólera de los españoles. Cansadas, vuelven la cabeza al caballero y échanle una hedionda agua. Si mucho se cansan, cáense, y no se levantan hasta quedar sin peso ninguno, aunque las matasen á palos. Viven en el Collao los hombres cien años y mas, carescen de maíz y comen unas raíces que parescen turmas de tierra, y que llaman ellos papas. Tornóse Fernando Pizarro al Cuzco, donde se vió con Francisco Pizarro, que hasta entonces no se habian visto desde antes que Almagro fuese preso. Hablaron muchos dias sobre lo hecho y en cosas de gobernacion. Determinaron que Fernando viniese á España á dar razon de ambos al Emperador, con el proceso de Almagro, y con los quintos y relaciones de cuantas entradas habian hecho. Muchos de sus amigos, que sabian las verdades, aconsejaron al Fernando Pizarro que no viniese, diciendo que no sabian cómo tomaria el Emperador la muerte de Almagro, especial estando en corte Diego de Albarado, que los acusaba, y que muy mejor negociarian desde allí que allá. Fernando Pizarro decia que le habia de hacer grandes mercedes el Emperador por sus muchos servicios, y por haber allanado aquella tierra, castigando por justicia á quien la revolviera. A la partida rogó á su hermano Francisco que no se fiase de almagrista ninguno, mayormente de los que fueron con él al Chile; porque los habia él hallado muy constantes en el amor del muerto, y avisólo que no los dejase juntar, porque le matarian; ca él sabia cómo en estando juntos cinco dellos, trataban de lo matar. Despidióse con tanto, vino á España y á la corte con gran fausto y riqueza; mas no se tardó mucho que lo llevaron de Valladolid á la Mota de Medina del Campo, de donde aun no ha salido.

La entrada que Gonzalo Pizarro hizo á la tierra de la Canela.

Entre las otras cosas que Fernando Pizarro tenia de negociar con el Emperador, ala gobernacion del Quito para Gonzalo, su hermano, y con tal confianza hizo Francisco Pizarro gobernador de aquella provincia al susodicho Gonzalo Pizarro. El cual, para ir allá y á la tierra que llamaban de la Canela, armó docientos españoles, y á caballo los ciento, y gastó en su persona y compañeros, bien cincuenta mil castellanos de oro, aunque los mas prestó. Tuvo en el camino algunos rencuentros con indios de guerra. Llegó al Quito; reformó algunas cosas del gobierno, proveyó su ejército de indios de carga y servicio, y de otras muchas cosas necesarias á su jornada; y partióse en demanda de la Canela, dejando en Quito por su teniente á Pedro de Puelles, con docientos y mas españoles, con ciento y cincuenta caballos, con cuatro mil indios y tres mil ovejas y puercos. Caminó hasta Quijos, que es al norte de Quito, y la postrera tierra que Guaynacapa señoreó. Saliéronle allí muchos indios como de guerra, mas luego desaparescieron. Estando en aquel lugar tembló la tierra terriblemente, y se hundieron mas de sesenta casas, y se abrió la tierra por muchas partes. Hubo tantos truenos y relámpagos, y cayó tanta agua y rayos, que se maravillaron. Pasó luego unas sierras, donde muchos de sus indios se quedaron helados, y aun allende del frio, tuvieron hambre. Apresuró el paso hasta Cumaco, lugar puesto á las faldas de un volcan, y bien proveido. Allí estuvo dos meses, que un solo dia no dejó de llover, y ansí, se les pudrieron los vestidos. En Cumaco y su comarca, que cae bajo, ó cerca de la Equinocial, hay la canela que buscaban. El árbol es grande, y tiene la hoja como de laurel, y unos capullos como de bellotas de alcornoque. Las hojas, tallos, corteza, raíces y fruta son de sabor de canela, mas los capullos es lo mejor. Hay montes de aquestos árboles, y crian muchos en heredades para vender la especería, que muy gran trato es por allí. Andan los hombres en carnes, y atan lo suyo con cuerdas que ciñen al cuerpo; las mujeres traen solamente pañicos. De Cumaco fueron á Coca, donde reposaron cincuenta dias y tuvieron amistad con el Señor. Siguieron la corriente del rio que por allí pasa, y que muy caudaloso es. Anduvieron cincuenta leguas sin hallar puente ni paso; mas vieron cómo el rio hacia un salto de docientos estados con tanto ruido, que ensordecia; cosa de admiracion para los nuestros. Hallaron una canal de peña tajada, no mas ancha que veinte piés, por do entraba el rio; la cual, á su parescer, era honda otros docientos estados. Los españoles hicieron una puente sobre aquella canal, y pasaron á la otra parte, que les decian ser mejor tierra, aunque algo se lo defendieron los de allí; fueron á Guema, tierra pobre y hambrienta, comiendo frutas, yerbas, y unos como sarmientos, que sabian á ajos. Llegaron, en fin, á tierra de gente de razon, que comian pan y vestian algodon; mas tan lloviosa, que no tenian lugar de enjugar la ropa. Por lo cual, y por las ciénagas y mal camino, hicieron un bergantin; que la necesidad los hizo maestros. La brea fué resina, la estopa camisas viejas y algodon, y de las herraduras de los caballos muertos y comidos labraron la clavazon; y á tanto llegaron, que comieron los perros. Metió Gonzalo Pizarro en el bergantin el oro, joyas, vestidos y otras cosillas de rescate, y diólo á Francisco de Orellana en cargo, con ciertas canoas en que llevase los enfermos y algunos sanos para buscar provision. Caminaron docientas leguas, segun les paresció, Orellana por agua y Pizarro por la ribera, abriendo camino en muchas partes á fuerza de manos y fierro. Pasaba de una ribera á otra por mejor

rar camino; mas siempre paraba el bergantin do él hacia su rancho. Como en tanta tierra no hallase comida ni riqueza ninguna de aquellas del Cuzco, Collado, Jauja y Pachacama, renegaban los suyos. Preguntó si habia el rio abajo algun pueblo abastado, donde reposar y comer pudiesen. Dijéronle que á diez soles habia una buena tierra, y dieron por señal que se juntaba en ella otro gran rio con aquel. Con esto envió á Orellana que le trajese comida de allí, ó le esperase á la junta de los rios; mas ni volvió ni esperó, sino fuése, como en otra parte se dijo, el rio abajo, y él caminó sin parar y con gran trabajo, hambre y peligro de ahogarse en rios que topó. Cuando llegó al puesto, y no halló el bergantin en que llevaba su esperanza y hacienda, cuidaron él y todos perder el seso, ca no tenian piés ni salud para ir adelante, y temian el camino y montañas pasadas, donde habian muerto cincuenta españoles y muchos indios. Dieron finalmente la vuelta para Quito, tomando á la ventura otro camino; el cual, aunque bellaco, no fué tan malo como el que llevaron. Tardaron en ir y volver año y medio. Caminaron cuatrocientas leguas. Tuvieron gran trabajo con las continuas lluvias. No hallaron sal en las mas tierras que anduvieron. No volvieron cien españoles, de docientos y mas que fueron. No volvió indio ninguno de cuantos llevaron, ni caballo, que todos se los comieron, y aun estuvieron por comerse los españoles que se morian, ca se usa en aquel rio. Cuando llegaron donde habia españoles, besaban la tierra. Entraron en Quito desnudos y llagadas las espaldas y piés, porque viesen cuáles venian; aunque los mas traian cueras, caperuzas y abarcas de venado. Venian tan flacos y desfigurados, que no se conoscian; y tan estragados los estómagos del poco comer, que les hacia mal lo mucho y aun lo razonable.

La muerte de Francisco Pizarro.

Vuelto que fué Francisco Pizarro á los reyes, procuró hacer su amigo á don Diego de Almagro; mas él no queria, ni aun mostró serlo; porque de suyo y por consejo de Juan de Rada, á quien el padre le encomendara cuando murió, estaba puesto en tomar venganza dél, matándole. Pizarro le quitó los indios, porque no tuviese qué dar de comer á los de Chile que se llegaban, pensando necesitarlo por allí á que viniese á su casa, y estorbar la junta y monipodio que contra él podian hacer. El y ellos se indignaron mucho mas por esto, y traian, aunque á escondidas, cuantas armas podian á casa de don Diego. Avisaron dello á Pizarro; mas él no hizo caso, diciendo que harta mala ventura tenia sin buscar mas. Ataron una noche tres sogas de la picota; y pusiéronlas, una en derecho de casa de Pizarro, otra del teniente y doctor Juan Velazquez, y otra del secretario Antonio Picado; mas ningun castigo ni pesquisa por ello se hizo, que dió mucha osadía á los almagristas; y así, vinieron de docientas y mas leguas muchos á tratar con don Diego la muerte de Pizarro; que á rio vuelto, ganancia de pescadores. No querian matarle, aunque determinados estaban, hasta ver primero respuesta de Diego de Almagro, que, como dije, habia ido á España á acusar á los Pizarros; mas apresuráronse á ello con la nueva que iba, el licenciado Vaca de Castro, y con que les decian que Pizarro los queria matar; lo cual, si verdad no era, fué malicia de algunos que, deseando la muerte de Pizarro, tiraban la piedra y escondian la mano. Tornaron á decir á Pizarro, como sin duda ninguna le querian matar, que se guardase. El respondió que las cabezas de aquellos guardarian la suya; y que no queria traer guarda, porque no dijese Vaca de Castro que se armaba contra él. Fué Juan de Rada con cuatro compañeros á casa de Pizarro, á descobrir lo que allá pasaba. Preguntóle por qué queria matar á don Diego y á sus criados. Juró Pizarro que tal no queria ni pensaba; mas antes ellos lo querian matar á él, segun muchos le certificaban, y para eso compraban armas. Rada respondió, que no era mucho que comprasen ellos corazas, pues él compraba lanzas. Atrevida y determinada respuesta, y gran descuido y desprecio del Pizarro, que, oyendo aquello y sabiendo lo otro, no lo prendia. Pidióle Rada licencia para irse don Diego de aquella tierra con sus criados y amigos. Pizarro, que no entendia la disimulacion, cogió unas naranjas, ca se paseaba en el jardin, y dióselas, diciendo que eran de las primeras de aquella tierra, y si tenia necesidad, que la remediaria. Con tanto Rada se despidió, y se fué á contar esta plática á los conjurados, que juntos estaban; los cuales determinaron de matar á Pizarro estando en misa el dia de Sant Juan. Uno de los determinados descubrió la conjuracion al cura de la iglesia Mayor; el cual habló luego aquella noche á Picado y al mesmo Pizarro, dándole noticia de la traicion. Pizarro, que cenando estaba con sus hijos, se demudó algo; mas de ahí á un poco dijo que no lo creia, porque no habia mucho que Juan de Rada le habló, y que el descubridor decia aquello por echarle cargo. Envió con todo por Juan Velazquez, su teniente; y como no vino, por estar en la cama malo, fué luego allá con solo Antonio Picado y unos pajes con hachas, y dijo al doctor que remediase aquel monipodio. El respondió que podia estar seguro, teniendo él la vara en la mano. De Picado me maravillo, que no avivó la tibieza del Gobernador, ni del teniente en remediar tan notorio peligro. Pizarro descuidó con su teniente, y no fué á la iglesia, siendo dia de Sant Juan, por los conjurados, que propuesto tenian de matarlo en misa; mas oyóla en casa. El teniente, Francisco de Chaves y otros caballeros se fueron, saliendo de misa mayor, á comer con Pizarro, y cada vecino á su casa. Viendo los conjurados que Pizarro no salió á misa, entendieron cómo eran descubiertos, y aun perdidos, si no hacian presto. Eran muchos los de Chile, que favorescian á don Diego, y pocos los escogidos y ofrecidos al hecho; ca no querian mostrarse hasta ver cómo salia el trato que traia Juan de Rada. Él, que mañoso era y esforzado, tomó luego once compañeros muy bien armados, que fueron Martin de Bilbao, Diego Mendez, Cristóbal de Sosa, Martin Carrillo, Arbolancha, Hinojeros, Narvaez, San Millan, Porras, Velazquez, Francisco Nuñez; y como todos estaban comiendo, fué adonde Pizarro comia, las espadas sacadas, y voceando por medio de la plaza: «Muera el tirano, muera el traidor, que ha hecho matar á Vaca de Castro.» Esto decian por indignar

la gente. Pizarro, sintiendo las voces y ruido, conoció lo que era, cerró la puerta de la sala. Dijo á Francisco de Châves que la guardase con hasta veinte hombres que dentro habia, y entróse á armar. Rada dejó un compañero á la puerta de la calle, que dijese cómo ya era muerto Pizarro, para que acudiesen á lo favorescer todos los de Chile, que serian docientos, y subió con los otros diez. Chaves abrió la puerta, pensando detenerlos y amansarlos con su autoridad y palabras. Ellos, por entrar antes que cerrasen, diéronle una estocada por respuesta. El echó mano á la espada, diciendo: «¡Cómo, señores! ¿y á los amigos tambien?» Y diéronle luego una cuchillada, que le llevó la cabeza á cercen, y rodó el cuerpo las escaleras abajo. Como esto vieron los que dentro estaban, descolgáronse por las ventanas á la huerta, y el doctor Velazquez el primero, con la vara en la boca, porque no le embarazase las manos. Solamente quedaron, y pelearon en la sala siete; los dos quedaron heridos y los cinco muertos, Francisco Martin de Alcántara, medio hermano de Pizarro; Vargas y Escandon, pajes de Pizarro; un negro, y otro español criado de Chaves. Defendieron la puerta de la cámara do se armaba Pizarro, una pieza. Cayeron los pajes muertos. Salió Pizarro bien armado, y como no vió mas de á Francisco Martin, dijo: «¡A ellos, hermano; que nosotros bastamos para estos traidores!» Cayó luego Francisco Martin, y quedó solo Francisco Pizarro, esgrimiendo la espada tan diestro, que ninguno se acercaba, por valiente que fuese. Rempujo Rada á Narvaez, en que se ocupase. Embarazado Pizarro en matar aquel, cargaron todos en él, y retrujéronlo á la cámara, donde cayó de una estocada que por la garganta le dieron. Murió pidiendo confesion, y haciendo la cruz, sin que nadie dijese «Dios te perdone», á 24 de junio, año de 1541. Era hijo bastardo de Gonzalo Pizarro, capitan en Navarra. Nasció en Trujillo, y echáronlo á la puerta de la iglesia. Mamó una puerca ciertos dias, no se hallando quien le quisiese dar leche. Reconoscióle después el padre, y traíalo á guardar los puercos, y así no supo leer. Dióles un dia mosca á sus puercos, y perdiólos. No osó tornar á casa de miedo, y fuése á Sevilla con unos caminantes, y de allí á las Indias. Estuvo en Santo Domingo, pasó á Uraba con Alonso de Hojeda, y con Vasco Nuñez de Balboa á descubrir la mar del Sur, y con Pedrarias á Panamá. Descubrió y conquistó lo que llaman el Perú, á costa de la compañía que tuvieron él y Diego de Almagro y Hernando Luque. Halló y tuvo mas oro y plata que otro ningun español de cuantos han pasado á Indias, ni que ninguno de cuantos capitanes han sido por el mundo. No era franco ni escaso; no pregonaba lo que daba. Procuraba mucho por la hacienda del Rey. Jugaba largo con todos, sin hacer diferencia entre buenos y ruines. No vestia ricamente, aunque muchas veces se ponia una ròpa de martas que Fernando Cortés le envió. Holgaba de traer los zapatos blancos y el sombrero, porque así lo traia el Gran Capitan. No sabia mandar fuera de la guerra, y en ella trataba bien los soldados. Fué grosero, robusto, animoso, valiente y honrado; mas negligente en su salud y vida.

Lo que hizo don Diego de Almagro después de muerto Pizarro.

Al ruido que mataban al gobernador Pizarro acudieron sus amigos, y á las voces que ya era muerto venian los de Almagro; y así, hubo muchas cuchilladas y muertes entre pizarristas y almagristas; mas cesaron presto, porque los matadores hicieron que don Diego cabalgase luego por la ciudad, diciendo que no habia otro gobernador ni aun rey sino él en el Perú. Saquearon la casa de Pizarro, que rica estaba, y la de Antonio Picado y otros muchos y ricos hombres. Tomaron las armas y caballos á cuantos vecinos no querian decir «Viva don Diego de Almagro», aunque pocos osaron contradecir al vencedor. Hicieron tambien que los del regimiento y oficialés del Rey recibiesen y jurasen por gobernador al don Diego hasta mandar otra cosa el Emperador. Todo lo pudieron hacer á su salvo, por estar Fernandò Pizarro en España, y Gonzalo en lo de la canela; que si entrambos ó el uno estuviera allí, quizá no le mataran. Estaba en tanto por enterrar el cuerpo de Francisco Pizarro, y habia muchos llantos de mujeres allí en los Reyes, por los maridos que tenian muertos y heridos; y no osaban tocar á Francisco Pizarro sin voluntad de don Diego y de los que lo mataron. Juan de Barbaran y su mujer hicieron á sus negros llevar los cuerpos de Francisco Pizarro y de Francisco Martin á la iglesia; y con licencia de don Diego los sepultaron, gastando de suyo la cera y ofrenda, y aun escondieron los hijos, porque no los matasen aquellos, que andaban encarnizados. Don Diego quitó y puso las varas de justicia como leplugo, echó preso al doctor Velazquez y Antonio Picado, Diego de Agüero, Guillen Juarez, licenciado Carabajal, Barrios, Herrera y otros. Hizo su capitan general á Juan de Rada, y dió cargos y capitanías á García de Albarado, á Juan Tello, á otro Francisco de Chaves y á otros, en el ejército que juntó, de ochocientos españoles. Tomó los bienes de los defuntos y ausentes, y los quintos del Rey, que fueron muchos, para dar á los soldados y capitanes. Hubo entrellos pasion sobre mandar, y quisieron matar á Juan de Rada, que lo mandaba todo. Y por eso, hizo don Diego dar un garrote á Francisco de Chaves y castigó á muchos otros, y aun degolló á Antonio de Origüela, recien llegado de España, porque dijo en Trujillo que todos aquellos eran tiranos. Escribió don Diego á todos los pueblos que lo admitiesen por gobernador, y muchos dellos lo admitieron por amor de su padre, y algunos por miedo. Alonso de Albarado, que con cien españoles estaba en los Chachapoyas, prendió los mensajeros que tales nuevas y recado llevaban. Don Diego despachó luego que lo supo á García de Albarado por mar á Trujillo y á Sant Miguel para tomar las armas y caballos á los vecinos que favorescian á Alonso de Albarado, con las cuales fuese sobre él. García de Albarado tomó en Piura mucha plata y oro, que los vecinos tenian en Santo Domingo, y lo dió á los soldados, y ahorcó á Montenegro, y prendió á muchos; y en Trujillo quitó el cargo á Diego de Mora, teniente de Pizarro, porque avisaba de todo á Alonso de Albarado, y en Sant Miguel cortó las cabezas á Villegas, á Francisco de Vozmediano y Alonso de Cabrera, mayordomo de Pizarro, que con los españoles de Guanuco huian de don Diego. Diego Men-

dez, que fué á la villa de la Plata con veinte de caballo, tomó en Porco once mil y setenta marcos de plata cendrada, y puso en cabeza de don Diego las minas y haciendas de Francisco, Fernando y Gonzalo Pizarro, que riquísimas eran, y las de Peranzures, Diego de Rojas y otros.

Lo que hicieron en el Cuzco contra don Diego.

Diego de Silva, de Ciudad-Rodrigo, y Francisco de Carabajal, alcaldes del Cuzco, usaron de maña con don Diego, ca le demandaron mas cumplidos poderes que los que habia enviado, para le recebir por gobernador, y entre tanto apellidaron gente de la comarca. Gomez de Tordoya supo, andando á caza, la muerte de Pizarro y el pedimiento de don Diego. Torció la cabeza de su halcon, diciendo que mas tiempo era de pelear que de cazar. Entró en la ciudad de noche, habló con el cabildo de secreto, partió antes del dia para do estaba Nuño de Castro, y avisaron entrambos de todas estas cosas á Peranzures, que residia en los Charcas, y á Perálvarez Holguin, que andaba conquistando en Choquiapo, y á Diego de Rojas, que estaba en la villa de la Plata, y á los de Arequipa, y otros lugares. Trataban esto secretamente, porque habia en el Cuzco muchos almagristas, que procuraban por don Diego, tomando la voz del Rey, y hicieron su capitan y justicia mayor á Perálvarez Holguin, y se obligaron á pagar el dinero del Rey, que tomaban para sustentar la guerra, si el Emperador no lo diese por bien gastado. Perálvarez hizo su maestre de campo á Gomez de Tordoya, capitanes de caballo á Peranzures y á Garcilaso de la Vega, y de infantería á Nuño de Castro y á Martin de Robles, alférez del pendon real. Matriculáronse á la reseña ciento y cincuenta de caballo, noventa arcabuceros y otros docientos y mas peones. Como los que hacian por don Diego vieron esto, ciscábanse de miedo, y saliéronse huyendo más de cincuenta. Fueron tras ellos Nuño de Castro y Hernando Bachicao con muchos arcabuceros, y trajéronlos presos. Perálvarez, que avisado era del intento de don Diego, salió del Cuzco á recoger los que andaban remontados por miedo, y á juntarse con Alonso de Albarado para ir á los Reyes á dar batalla á don Diego, entendiendo que se le pasarian muchos á su parte, de los que con él estaban. Don Diego, que supo esto, envió por García de Albarado, y en viniendo se partió de los Reyes con cien arcabuceros, ciento y cincuenta piqueros y trecientos de caballo y muchos indios de servicio. Y porque con su ausencia no se alzasen, echó de allí los hijos de Francisco Pizarro. Atormentó reciamente á Picado por saber de los dineros de su amo, y matóle. Llegó á Jauja y paró allí, porque adolesció y murió Juan de Rada, que su deseo y seguro era desbaratar á Perálvarez antes que se juntase con Albarado ni con Vaca de Castro, que ya estaba en el Quito, y escrito á Jerónimo de Aliaga, Francisco de Barrionuevo y fray Tomás de San Martin, provincial dominico. De allí se le fueron el provincial, Gomez de Albarado, Guillen Juarez de Carabajal, Diego de Agüero, Juan de Saavedra y otros muchos; y Perálvarez le tomó ciertas espías, que lo informaron de todo. Ahorcó tres dellas, y prometió tres mil castellanos á otra, porque espiase lo que don Diego hacia, diciendo que queria dar en él por un atajo despoblado y nevado; mas era engaño para los descuidar. Don Diego prendió al hombre en llegando, por sospecha de la tardanza; dióle tormento, confesó la verdad, y ahorcólo por espía doble. Fuése luego á poner en aquella traviesa nevada, y estuvo allí tres dias con su campo, sufriendo gran frio. Entre tanto se le pasó Perálvarez y se juntó con Alvarado en Guaraiz, tierra de Guaylas, y escribieron ambos á Vaca de Castro que viniese á tomar el ejército y la tierra por el Emperador. Don Diego siguió diez leguas á Perálvarez, y como no lo podia alcanzar, tiró la via del Cuzco, robando lo que hallaba.

Cómo Vaca de Castro fué al Perú.

Sabidas por el Emperador las revueltas y bandos del Perú y la muerte de Almagro y otros muchos españoles, quiso entender quién tenia la culpa, para castigar los revoltosos; que castigados aquellos, se apaciguarian los demás. Envió allá con bastante poder é instruccion al licenciado Vaca de Castro, natural de Mayorga, que oidor era de Valladolid; y porque fuese le dió el consejo real y el hábito de Santiago y otras mercedes, y todo á intercesion del cardenal fray García de Loaisa, arzobispo de Sevilla y presidente de Indias, que le favoreció mucho por amor del conde de Siruela, su amigo. Fué pues Vaca de Castro al Perú, y con tormenta que tuvo después que salió de Panamá, paró en puerto de Buenaventura, gobernacion de Benalcázar y tierra desesperada, como los manglares de Pizarro. No quiso ó no pudo ir por mar á Lima, y caminó al Quito. Pensó perescer, antes de llegar allá, de hambre, dolencias y otros veinte trabajos. Rescibióle muy bien Pedro de Puelles, que Gonzalo Pizarro aun no era vuelto de la Canela, y avisó de su venida á muchos pueblos. Vaca de Castro descansó en Quito, proveyó algunas cosas y partióse á Trujillo á tomar la gente que tenia Perálvarez y Albarado para resistir á don Diego. Cuando llegó allá llevaba mas de docientos españoles, con Pedro de Puelles, Lorenzo de Aldana, Pedro de Vergara, Gomez de Tordoya, Garcilaso de la Vega y otros principales hombres que acudian al Rey. Presentó sus provisiones al cabildo y ejército, y fué recebido por justicia y gobernador del Perú. Volvió las varas y oficios de regimiento á quien se las entregó, y las banderas y compañías á los mesmos capitanes, reservando para sí el estandarte real. Envió á Jauja con el cuerpo del ejército á Perálvarez, maestro de campo. Dejó allí en Trujillo á Diego de Mora por su teniente, y él fuése á los Reyes, donde hizo armas y gente para engrosar el ejército, y para lo pagar tomó prestados cien mil ducados de los vecinos de allí, los cuales se pagaron después de quintos y haciendas reales. Puso por teniente á Francisco de Barrionuevo, de Soria, y por capitan de los navíos á Juan Perez de Guevara, mandándoles que si don Diego viniese allí, se embarcasen ellos con todos los de la ciudad, y él partió para Jauja con la gente que habia armado y con muchos arcabuces y pólvora. En llegando hizo alarde, y halló seiscientos españoles, de los cuales eran ciento y setenta arcabuceros, y trecientos y cincuenta de caballo. Nombró por capitanes de

caballo á Perálvarez, Alonso de Albarado, Gomez de Albarado, Pedro de Puelles y otros; y á Pedro de Vergara, Nuño de Castro, Juan Velez de Guevara de arcabuceros. Hizo maestre de campo al mesmo Perálvarez Holguin, y alférez mayor á Francisco de Caravajal, por cuya industria y seso se gobernó el ejército. Estando en esto vinieron cartas del Quito cómo era vuelto Gonzalo Pizarro y queria venir á ver á Vaca de Castro, mas él mandó luego que no viniese hasta que se lo escribiese, porque no estorbase los tratos de don Diego, que andaba por concertarse, ó quizá porque le alzasen los del ejército por cabeza y gobernador por respecto de su hermano Francisco Pizarro, cuyo amor y memoria estaban en las entrañas de los mas capitanes y soldados.

Apercebimiento de guerra que hizo don Diego en el Cuzco.

Al tiempo que don Diego llegó al Cuzco andaban revueltos los vecinos, porque fué Cristóbal Sotelo delante con despachos y gente, estando ya dentro Gomez de Rojas, que tenia la posesion por Vaca de Castro; mas estuvieron quedos todos, y él apoderóse de la ciudad y tierra. Hizo luego pólvora y artillería y muchas armas de cobre y plata, y dió cuanto pudo á sus capitanes y soldados. Riñeron en aquel medio tiempo García de Albarado y Cristóbal Sotelo, y el García mató al Cristóbal á estocadas. Intentó matar á don Diego, robar la ciudad, é irse al Chile con sus amigos. Y para lo hacer á su salvo convidólo á comer á su casa. Supo don Diego la traicion, y hízose malo aquel dia, y metió en su recámara secretamente á Juan Balsa, Diego Mendez, Alonso de Sayavedra, Juan Tello y otros amigos de Sotelo. García de Albarado tomó ciertos amigos suyos y fué á llamar y traer á don Diego, y no se quiso tornar del camino, aunque Martin Carrillo y Salado le avisaron de la celada. Rogó á don Diego que se fuese á comer, pues era hora y estaba guisado. Dijo él: «Mal dispuesto me siento, señor Albarado; empero vamos.» Levantóse de sobre la cama y tomó la capa. Comenzaron á salir los de Albarado, y uno de don Diego cerró la puerta, dejando dentro y solo al García de Albarado, y matáronlo, y aun dicen que don Diego lo hirió el primero. Alborotóse mucho la gente por su muerte, que tenia grandes amigos; mas luego don Diego la puso en paz, aunque algunos se le fueron á Jauja. Aderezó su ejército, que serian obra de setecientos españoles; los docientos con arcabuces, otros docientos y cincuenta con caballos, y los demás con picas y alabardas, y todos tenian corazas ó cotas, y muchos de caballo arneses. Gente tan bien armada no la tuvo su padre ni Pizarro. Tenia tambien mucha artillería y buena, en que confiaba, y gran copia de indios, con Paulo, á quien su padre hiciera inga. Salió del Cuzco muy triunfante, y no paró hasta Vilcas, que hay cincuenta leguas. Llevó por su general á Juan Balsa, y por maestro de campo á Pedro de Oñate, que Juan de Rada ya se habia muerto.

La batalla de Chupas entre Vaca de Castro y don Diego.

Fué Vaca de Castro de Jauja á Guamanga con todo su ejército, que hay doce leguas, á gran priesa, por entrar allí primero que don Diego, ca le decian cómo venian los enemigos á meterse dentro. Es fuerte Guamanga por las barrancas que la cercan, é importante para la batalla. Escribió á don Diego con Idiaquez y Diego de Mercado, que le perdonaria cuantas muertes, robos, agravios é insultos habia hecho, si entregaba su ejército, y le daria diez mil indios donde los quisiese, y que no procederia contra ninguno de sus amigos y consejeros. Respondió que lo haria si le daba la gobernacion del nuevo reino de Toledo y las minas y repartimientos de indios que su padre tuvo. Andando en demandas y respuestas llegó á Guaraguaci un clérigo, que dijo á don Diego cómo venia de Panamá, y que lo habia perdonado el Emperador y hecho gobernador del nuevo Toledo; por tanto, que le diese las albricias. Dijo asimesmo que Vaca de Castro tenia pocos españoles, mal armados y descontentos, nuevas que, aunque falsas y no creidas, animaron mucho á sus compañeros. Tomaron tambien los corredores del campo á un Alonso García que iba en hábito de indio con cartas del rey y Vaca de Castro para muchos capitanes y caballeros, en que les prometia grandes repartimientos y otras mercedes. Ahorcólo don Diego por el traje y mensaje, y quejóse mucho de Vaca de Castro, porque tratando con él de conciertos, le sobornaba la gente. Fué gran constancia ó indinacion la del ejército de don Diego, porque ninguno lo desamparó. Escribieron desvergüenzas á los del Rey, y que no fiasen de Vaca de Castro ni del cardenal Loaisa, que lo enviaba, pues no traia provisiones del Emperador; y si las traia, no valian, por ser hechas contra la ley, pues le hacian gobernador si muriese Pizarro. Don Diego, si le dieran un perdon general firmado del Rey, se diera por la renta y gobierno del padre, segun dicen; mas, ó enojado ó confiado, publicó la batalla en presencia de Idiaquez y Mercado. Y prometió á sus soldados las haciendas y mujeres de los contrarios que matasen: palabra de tirano. Movió luego el real y artillería de Vilcas, y fué á ponerse en una loma dos leguas de Guamanga. Vaca de Castro, que supo su determinacion y camino, dejó á Guamanga por ser áspera para los caballos, que tenia muchos mas que don Diego, y púsose en un llano alto, que llamaban Chupas, á 15 de setiembre, año de 1542. Estaban los ejércitos cerquita y los corazones léjos, ca los de don Diego deseaban la batalla, y los otros la temian; y así, decian que Fernando Pizarro estaba preso porque dió la batalla de las Salinas, y que venia él á castigar los demás. Vaca de Castro los animó á la batalla, y porque peleasen condenó á muerte á don Diego de Almagro y á todos los que le seguian. Firmó la sentencia y pregonóla; y así, repartió luego á otro dia con voluntad de todos, los caballos en seis escuadras. Echó delante á Nuño de Castro con cincuenta arcabuceros que trabase una escaramuza, y él subió un gran recuesto á mucho trabajo, donde asentó su artillería Martin de Valencia el capitan. Y si don Diego les defendiera la subida, los desbaratara, segun iban desordenados y cansados. No habia entre los ejércitos mas de una lomilla, y escaramuzaba ligeramente, hablándose unos á otros. Don Diego estaba en aventajado lugar y órden, si no se mudara. Tenia la infantería en medio, y á los lados los de caballo, y delante la artillería en parte rasa y anchurosa para jugar de hito en los enemigos que le acome-

tiesen. Puso tambien á su mano derecha á Paulo, inga, con muchos honderos y que llevaban dardos y picas. Vaca de Castro hizo un largo razonamiento á los suyos, y se puso en la delantera con la lanza en puño para romper de los primeros, pues así lo queria don Diego. Ellos, respondiendo fiel y animosamente, le rogaron y hicieron que fuese detrás; y así, quedó en la retaguarda con treinta de caballo. Puso á la mano derecha los medios caballos con Alonso de Albarado y con el pendon real, que llevaba Cristóbal de Barrientos, y los otros á la izquierda con Perálvarez y los otros capitanes, y en medio á los peones. Mandó á Nuño de Castro que anduviese sobresaliente con cincuenta arcabuceros. Era ya muy tarde cuando esto pasaba, y jugaba tan recio la artillería de don Diego, que hacia temer á muchos; y un mancebo, por guardarse della, se puso tras una gran piedra; dió la pelota en ella, saltó un pedazo y matóle. Quisiera Vaca de Castro dejar la batalla para otro dia, con parescer de algunos capitanes; mas Alonso de Albarado y Nuño de Castro porfiaron que la diese, aunque peleasen de noche, diciendo que si la dilataba se resfriarian los soldados y se pasarian á don Diego, pensando que de miedo la dejaba, por ser mas y mejores los enemigos. Tuvieron otro inconveniente para no pelear, y era que no podian ir derechos sin rescebir mucho daño de los tiros. Francisco de Carabajal y Alonso de Albarado guiaron el ejército por un vallejo ó quebrada que hallaron á la parte izquierda, por donde subieron á la loma de don Diego sin rescebir golpe de artillería, que se pasaba por alto; y aun dejaron la suya por la subida y porque un tiro della mató cinco personas de las que la llevaban. Don Diego caminó hácia los enemigos con la órden que tenia, por no mostrar flaqueza, que así fué aconsejado de sus capitanes; empero fué contra la de Pero Suarez, sargento mayor, que sabia de guerra mas que todos. Y dicen por muy cierto que si quedo estuviera, él venciera esta batalla. Mas vino á ponerse á la punta de la loma, y no pudo aprovecharse de su artillería. Comenzaron los indios de Paulo á descargar sus hondas y varas con mucha grita. Fué á ellos Castro con sus arcabuceros, y retrájolos. Socorrióles Marticote, capitan de arcabucería, y comenzóse la escaramuza. Comenzaron á subir á lo alto y llano los escuadrones de Vaca de Castro al son de sus atambores. Desparó en ellos la artillería y llevó una hilera entera, y los hizo abrir y aun ciar; mas los capitanes los hicieron cerrar y caminar adelante con las espadas desnudas, y por romper fueran rompidos, si Francisco de Carabajal, que regia las haces, no los detuviera hasta que acabase de tirar la artillería. Mataron en esto los arcabuceros de don Diego á Perálvarez Holguin y derribaron á Gomez de Tordoya, por lo cual y por el daño que los tiros hacian en la infantería, dió voces Pedro de Vergara, que tambien herido estaba, á los de caballo que arremetiesen. Sonó la trompeta, y corrieron para los enemigos. Don Diego salió al encuentro con gran furia. Cayeron muchos de cada parte con los primeros golpes de lanza y muchos mas con los de espada y hacha. Estuvo en peso buen rato la batalla sin declarar vitoria por ninguna de las partes, aunque los peones de Vaca de Castro habian ganado la artillería, y los de don Diego habian muerto muchos contrarios y tenian dos banderas enteras. Anochecia ya, y cada uno queria dormir con vitoria; y así, peleaban como leones, y mejor hablando, como españoles; ca el vencido habia de perder la vida, la honra, la hacienda y señorío de la tierra, y el vencedor ganarlo. Vaca de Castro arremetió con sus treinta caballeros al cuerno izquierdo contrario, donde muy enteros y como vencedores estaban los enemigos, y trabóse allí como de nuevo otra pelea; mas al fin venció, aunque le mataron al capitan Jimenez, á Mercado de Medina y otros muchos. Don Diego, viendo los suyos de vencida, se metió en los enemigos, porque le matasen peleando; mas ninguno lo hirió, ó porque no lo conocieron ó porque peleaba animosísimamente. Huyó, en fin, con Diego Mendez, Juan Rodriguez Barragan, Juan de Guzman y otros tres al Cuzco, y llegó allá en cinco dias. Cristóbal de Sosa se nombraba tambien, y Martin de Bilbao, diciendo: «Yo maté á Francisco Pizarro;» y así, los hicieron pedazos combatiendo. Muchos se salvaron por ser de noche, y hartos por tomar á los caidos de Vaca de Castro las bandas coloradas que por señal llevaban. Los indios, que como lobos aguardaban la fin de la batalla, mataron á Juan Balsa, á un comendador de Rodas, su amigo, y muy muchos otros que huyendo iban á otro inga. Murieron trecientos españoles de la parte del Rey, y muchos, aunque no tantos, de la otra; así que fué muy carnicera batalla, y pocos capitanes escaparon vivos: tan bien pelearon. Quedaron heridos mas de cuatrocientos, y aun muchos dellos se helaron aquella noche: tanto frio hizo.

La justicia que hizo Vaca de Castro en don Diego de Almagro y en otros muchos.

Gran parte de la noche gastó Vaca de Castro en hablar y loar sus capitanes y otros caballeros y hombres principales que á él llegaban á darle la norabuena de la vitoria; y á la verdad ellos merescian ser loados y él ensalzado. Saquearon el real de don Diego, que mucha plata y oro tenia, no sin muertes de los que lo guardaban. No dejaron las armas, con recelo de los enemigos, ca no sabian por entero cuán de veras habian huido. Pasaron frio y hambres, y aun lástima por las voces y gemidos y quejas que los heridos daban sintiéndose morir de hielo y desnudar de los indios, ca los achocaban tambien algunos con porras que usan, por despojarlos. Corrieron el campo en amaneciendo, curaron los heridos y enterraron los muertos, y aun llevaron á sepultar en Guamanga á Perálvarez Holguin, á Gomez de Tordoya y otros pocos. Arrastraron y descuartizaron el cuerpo de Martin de Bilbao, que mataron en la batalla, segun dije, porque mató á Francisco Pizarro. Otro tanto hicieron por la mesma causa Martin Carrillo, Arbolancha, Hinojeros, Velazquez y otros; en lo cual gastaron todo aquel dia, y otro siguiente en ir á Guamanga, donde Vaca de Castro comenzó á castigar los almagristas, que presos y heridos estaban; ca bien mas de ciento y sesenta se recogieron allí, y entregaron las armas á los vecinos, que los prendieron. Cometió la causa al licenciado de la Gama, y en pocos dias se hicieron cuartos los capitanes Juan Tello, Diego de Hoces, Francisco Peces, Juan Perez, Juan Dicnte, Marticote, Basilio, Cár-

denas, Pedro de Oñate, maestro de campo, y otros treinta que por brevedad callo. Vaca de Castro desterró tambien algunos y perdonó los demás. Envió á sus casas casi todos los que con él estaban que tenian repartimiento y cargo. Envió á Pedro de Vergara á poblar los Bracamoros, que habia conquistado, y fuése al Cuzco, que lo llaman, porque no les quitasen á don Diego algunos que bien lo querian. Acogióse don Diego con solos cuatro al Cuzco, pensando rehacerse allí. Mas su tiniente Rodrigo de Salazar, de Toledo, y Anton Ruiz de Guevara, alcalde, y otros vecinos, lo echaron preso, como vieron vencido y solo. Vaca de Castro lo degolló en llegando, ahorcó á Juan Rodriguez Barragan y al alférez Enrique y á otros. Diego Mendez Orgoños se soltó y se fué al Inga, que estaba en los Andes, y allá le mazaron después los indios. Con la muerte de don Diego quedó tan llano el Perú como antes que su padre y Pizarro descompadrasen, y pudo muy bien Vaca de Castro regir y mandar los españoles. Loaban muchos el ánimo de don Diego, aunque no la intencion y desvergonza que tuvo contra el Rey; ca siendo tan mozo vengó, á consejo de Juan de Rada, la muerte de su padre, sin querer tomar nada de Pizarro, aunque tuvo necesidad. Supo conservar los amigos y gobernar los pueblos que lo admitieron, aunque usó algun rigor y robos por amor de los soldados. Peleó muy bien y murió cristianamente. Era hijo de india, natural de Panamá, y mas virtuoso que suelen ser mestizos, hijos de indias y españolas, y fué el primero que tomó armas y que peleó contra su rey. Tambien se maravillaban de la constante amistad que los suyos le tuvieron; ca nunca lo dejaron hasta ser vencidos, por mas perdon y mercedes que les daban: tanto puede el amor y bandos una vez tomados. Habia muchos soldados que no tenian hacienda ni qué hacer; y porque no causasen algun bullicio como los pasados, y tambien por conquistar y convertir los indios, envió Vaca de Castro muchos capitanes á diversas partes, como fué á los capitanes Diego de Rojas, Felipe Gutierrez, de Madrid, y Nicolás de Heredia, que llevaron mucha gente. Envió á Monroy en socorro de Valdivia, que tenia gran necesidad en el Chili; y tambien fué á Mullubamba Joan Perez de Guevara, tierra comenzada á conquistar, y rica de minas de oro, y entre los rios Marañon y de la Plata, ó por mejor decir, nacen en ella, y crian unos peces del tamaño y hechura de perros, que muerden al hombre. Anda la gente casi desnuda, usan arco, comen carne humana, y dicen que cerca de allí, hácia el norte, hay camellos, gallipavos de Méjico, y ovejas menores que las del Perú, y amazonas de Orellana. Llamó á Gonzalo Pizarro, y dióle licencia que fuese á sus pueblos y repartimiento de los Charcas. Encomendó los indios que vacos estaban, aunque muchos se quejaban por no les alcanzar parte. Hizo muchas ordenanzas en gran utilidad de los indios; los cuales comenzaron á descansar y cultivar la tierra, ca en las guerras civiles pasadas habian sido muy mal tratados, y aun dicen que murieron y mataron millon y medio dellos en ellas, y mas de mil españoles. Residió Vaca de Castro en el Cuzco año medio, y en aquel tiempo se descubrieron riquísimas minas de oro y de plata.

Visita del consejo de Indias.

De las revueltas del Perú que contado habemos, resultó visita del consejo de Indias, y nuevas leyes para regir aquellas tierras, causadoras de grandes muertes y males, no por ser muy malas, sino por ser rigorosas, como luego dirémos. Hizo la visita el dotor Juan de Figueroa, oidor del consejo y cámara del Rey. Eran oidores de aquel consejo el doctor Beltran, el licenciado Gutierrez Velazquez, el doctor Juan Bernal de Luco, y el licenciado Juan Suarez de Carabajal, obispo de Lugo; fiscal, el licenciado Villalobos; secretario, Juan de Sámano, y presidente, fray García de Loaisa, cardenal y arzobispo de Sevilla. El Emperador, vista la informacion y testigos, quitó de la audiencia al doctor Beltran y obispo de Lugo. El Obispo perseveró en corte, y dende á cuatro ó cinco años lo hizo el Rey comisario general de la Cruzada. El doctor Beltran se fué á Nuestra Señora de Gracia de Medina del Campo, donde tenia casa, y tambien le perdonó el Emperador, y le mandó dar su hacienda y salario acostumbrado en su casa; mas la cédula destas mercedes llegó con la muerte. Daba gracias á Dios, que lo dejó morir sin negocios, sin juegos ni trapazas. Era agudo y resoluto; tuvo muchos y grandes salarios siendo abogado; dejólos por el Consejo Real, y removiéronlo dél. Vile llorar sus desventuras, quejándose de sí mesmo porque dejó la abogacía por la audiencia. Fué muy tahur, y jugaban mucho su mujer é hijos, que lo destruyeron. A toda suerte de hombres está mal el juego, y peor á los que tienen negocios, y negocios de rey y reinos. No faltó quien tachase al Cardenal, pensando suceder en la presidencia; mas él era libre, acepto al Emperador y amigo del secretario Francisco de los Cobos, que tenia la masa de los negocios.

Nuevas leyes y ordenanzas para las Indias.

Sabiendo el Emperador las desórdenes del Perú y malos tratamientos que se hacian á los indios, quiso remediarlo todo, como rey justiciero y celoso del servicio de Dios y provecho de los hombres. Mandó al doctor Figueroa tomar sobre juramento los dichos de muchos gobernadores, conquistadores y religiosos que habian estado en Indias, así para saber la calidad de los indios, como el tratamiento que se les hacia, y aun porque le decian algunos frailes que no podia hacer la conquista de aquellas partes. Así que buscó personas de ciencia y de consciencia que ordenasen algunas leyes para gobernar las Indias buena y cristianamente; las cuales fueron el cardenal fray García de Loaisa, Sebastian Ramirez, obispo de Cuenca y presidente de Valladolid, que habia sido presidente en Santo Domingo y en Méjico; don Juan de Zúñiga, ayo del príncipe don Felipe y comendador mayor de Castilla; el secretario Francisco de los Cobos, comendador mayor de Leon; don García Manrique, conde de Osorno y presidente de Ordenes, que habia entendido en negocios de Indias mucho tiempo, en ausencia del Cardenal; el doctor Hernando de Guevara y el doctor Juan de Figueroa, que eran de la cámara, y el licenciado Mercado, oidor del Consejo Real; el doctor Bernal, el licenciado Gutierre Velazquez, el licenciado Salmeron, el doctor Gregorio Lopez, que oidores eran de las Indias, y el doctor Jacobo

Gonzalez de Artiaga, que á la sazon estaba en consejo de Ordenes. Juntábanse á tratar y disputar con el Cardenal, que posaba en casa de Pero Gonzalez de Leon, y ordenaron, aunque no con voto de todos, obra de cuarenta leyes, que llamaron ordenanzas, y firmólas el Emperador en Barcelona y en 20 de noviembre, año de 1542.

La grande alteracion que hubo en el Perú por las ordenanzas.

Tan presto como fueron hechas las ordenanzas y nuevas leyes para las Indias, las enviaron los que de allá en corte andaban á muchas partes: isleños á Santo Domingo, mejicanos á Méjico, peruleros al Perú. Donde mas se alteraron con ellas fué en el Perú, ca se dió un traslado á cada pueblo, y en muchos repicaron campanas de alboroto, y bramaban leyéndolas. Unos se entristecian, temiendo la ejecucion, otros renegaban, y todos maldecian á fray Bartolomé de las Casas, que las habia procurado. No comian los hombres, lloraban las mujeres y niños, ensoberbescíanse los indios; que no poco temor era. Carteáronse los pueblos para suplicar de aquellas ordenanzas, enviando al Emperador un grandísimo presente de oro para los gastos que habia hecho en la ida de Argel y guerra de Perpiñan. Escribieron unos á Gonzalo Pizarro y otros á Vaca de Castro, que holgaban de la suplicacion, pensando excluir á Blasco Nuñez por aquella via, y quedar ellos con el gobierno de la tierra. No digo entrambos juntos, sino cada uno por sí; que tambien fuera malo, porque hubiera sobre ello grandes revoluciones. Platicaban mucho la fuerza y equidad de las nuevas leyes entre sí y con letrados que habia en los pueblos para lo escrebir al Rey y decirlo al Virey que viniese á ejecutarlas. Letrados hubo que afirmaron cómo no incurrian en deslealtad ni crímen por no las obedescer, cuanto mas por suplicar dellas, diciendo que no las quebrantaban, pues nunca las habian consentido ni guardado; y no eran leyes ni obligaban las que hacian los reyes sin comun consentimiento de los reinos que les daban la autoridad, y que tampoco pudo el Emperador hacer aquellas leyes sin darles primero parte á ellos, que eran el todo de los reinos del Perú: esto cuanto á la equidad. Decian que todas eran injustas, sino la que vedaba cargar los indios, la que mandaba tasar los tributos, la que castiga los malos y crueles tratamientos, la que dice sean enseñados los indios en la fe con mucho cuidado, y otras algunas. Y que ni era ley, ni habian de aconsejar al Emperador que firmase con las otras, la que manda se ocupen ciertas horas cada dia los oidores y oficiales á mirar cómo el Rey sea mas aprovechado, ni la que nombra por presidente al licenciado Maldonado, y otras que mas eran para instruciones que para leyes, y que parescian de frailes. Con esto pues se animaban mucho los conquistadores y soldados á suplicar de las ordenanzas, y aun á contradecirlas, y tambien porque tenian dos cédulas del Emperador, que les daba los repartimientos para sí y á sus hijos y mujeres porque se casasen, mandándoles expresamente casar; y otra, que ninguno fuese despojado de sus indios y repartimientos sin primero ser oido á justicia y condemnado.

De cómo fueron al Perú Blasco Nuñez Vela y cuatro oidores.

Cuando fueron hechas las ordenanzas de Indias, dijeron al Emperador que enviase hombre de barba con ellas al Perú, por cuanto eran recias, y los españoles de allí revoltosos. El, que lo bien conoscia, escogió y envió con título de virey y salario de deciocho mil ducados, á Blasco Nuñez Vela, caballero principal y veedor general de las guardas; hombre recio, que así se requeria para ejecutar aquellas leyes al pié de la letra. Hizo tambien una chancillería en el Perú, que hasta allí á Panamá iban con las apelaciones y pleitos. Nombró por oidores al licenciado Diego de Cepeda, de Tordesillas; al doctor Lison de Tejada, de Logroño; al licenciado Pero Hortiz de Zárate, de Orduña, y al licenciado Juan Alvarez. Y porque nunca se habia tomado cuenta á los oficiales del Rey, después que se descubrió el Perú, envió á tomárselas á Augustin de Zárate, que era secretario del Consejo Real. Partió pues Blasco Nuñez con la audiencia, y llegó al Nombre de Dios á 10 de enero de 1544. Halló allí á Cristóbal de Barrientos y otros peruleros de partida para España, con buena cantidad de oro y plata, y requirió á los alcaldes embarazasen aquel oro hasta que se averiguase de qué lo llevaban; ca le dijeron cómo aquellos hombres habian vendido indios y traídolos en minas; cosa de que mucho se alteraron y quejaron los vecinos y los dueños del oro, así por el daño, como por no ser aquella ciudad de su juridicion y gobierno. Y si por los oidores no fuera, se lo confiscara, conforme á la instrucion y cédula que llevaba contra los que hubiesen traido indios en minas. Fué á Panamá, puso en libertad cuantos indios pudo haber de las provincias del Perú, y envíólos á sus tierras á costa de los amos y del Rey. Algunos hubo que se escondieron por no ir, diciendo que mejor estaban con dueño que sin él. Otros se quedaron en Puerto-Viejo y por allí á ser putos, que se usa mucho, y se cortaron el cabello á la usanza bellaca. Desembargó Blasco Nuñez el oro á los del Nombre de Dios; y porque no se alborotasen mas los españoles de aquellos dos pueblos, dijo que solamente procederia contra Vaca de Castro, que traia y mandaba traer indios á las minas. Comenzaron á diferir él y los oidores en algunas cosas. Estuvieron malos ellos y ocupados, y él partióse sin esperarlos, aunque mucho se lo rogaron y aconsejaron, porque supo la negociacion y escándalo del Perú. Llegó á Tumbez á 4 de marzo, libertó los indios, quitó las indias que por amigas españoles tenian, y mandóles que ni diesen comida sin paga, ni llevasen carga contra su voluntad; lo cual entristeció tanto á los españoles cuanto alegró á los indios. Entrando en Sant Miguel mandó á unos españoles pagar los indios de carga que llevaban, ya que no se podia excusar el cargallos. Pregonó las ordenanzas, despobló los tambos, dió libertad á los indios esclavos y forzados, tasó los tributos, y quitó los indios de repartimiento á Alonso Palomino, porque habia sido allí teniente de gobernador; que así lo disponian las nuevas leyes; por lo cual le quitaban la habla y la comida, como á descomulgado; y á la salida del lugar le dieron gritas las españolas, y lo maldijeron como si llevara consigo la ira de Dios. Y en Piura dijo que ahorcaria á los que suplicaban de sus provisiones, referendadas de un su criado,

que no era escribano del Rey; y los vecinos de allí se escandalizaban mas de sus palabras y aspereza que de las ordenanzas.

Lo que pasó Blasco Nuñez con los de Trujillo.

Entró Blasco Nuñez en Trujillo con gran tristeza de los españoles; hizo pregonar públicamente las ordenanzas, tasar los tributos, ahorrar los indios, y vedar que nadie los cargase por fuerza y sin paga. Quitó los vasallos que por aquellas ordenanzas pudo, y púsolos en cabeza del Rey; suplicó el pueblo y cabildo de las ordenanzas, salvo de la que mandaba tasar los tributos y pechos, y de la que vedaba cargar los indios, aprobándolas por buenas; él no les otorgó la apelacion, antes puso muy graves penas á las justicias que lo contrario hiciesen, diciendo que traia expresísimo mandamiento del Emperador para las ejecutar, sin oir ni conceder apelacion alguna. Díjoles, empero, que tenian razon de agraviarse de las ordenanzas; que fuesen sobre ello al Emperador, y que él le escribiria cuán mal informado habia sido para ordenar aquellas leyes: visto por los vecinos su rigor y dureza, aunque buenas palabras, comenzaron á renegar. Unos decian que dejarian las mujeres, y aun algunos las dejaran si les valiera, ca se habian casado muchos con sus amigas, mujeres de seguida, por mandamiento que les quitaran las haciendas si no lo hicieran. Otros decian que les fuera mucho mejor no tener hijos ni mujer que mantener, si les habian de quitar los esclavos, que los sustentaban trabajando en minas, labranza y otras granjerías; otros pedíanle pagase los esclavos que les tomaba, pues los habian comprado de los quintos del Rey, y tenian su hierro y señal. Otros daban por mal empleados sus trabajos y servicios, si al cabo de su vejez no habian de tener quien los sirviese; estos mostraban los dientes caidos de comer maíz tostado en la conquista del Perú, aquellos, muchas heridas y pedradas, aquellotros grandes bocados de lagartos; los conquistadores se quejaban que habiendo gastado sus haciendas y derramado su sangre en ganar el Perú al Emperador, les quitaban esos pocos vasallos que les habia hecho merced. Los soldados decian que no irian á conquistar otras tierras, pues les quitaban la esperanza de tener vasallos, sino que robarian á diestro y á siniestro cuando pudiesen; los tenientes y oficiales del Rey se agraviaban mucho que los privasen de sus repartimientos sin haber maltratado los indios, pues no los hubieron por el oficio, sino por sus trabajos y servicio. Decian tambien los clérigos y frailes que no podrian sustentarse ni servir las iglesias si les quitaban los pueblos; quien mas se desvergonzó contra el Virey, y aun contra el Rey, fué fray Pedro Muñoz, de la Merced, diciendo cuán mal pago daba su majestad á los que tan bien le habian servido, y que olian mas aquellas leyes á interese que á santidad, pues quitaban los esclavos que vendió sin volver los dineros, y porque tomaban los pueblos para el Rey, quitándolos á monesterios, iglesias, hospitales y conquistadores que los habian ganado, y lo que peor era, que imponian doblado pecho y tributo á los indios que así quitaban y ponian en cabeza del Rey, y aun los mesmos indios lloraban por esto. Estaban mal aquel fraile y el Virey, porque lo acuchilló una noche en Málaga siendo corregidor.

La jura de Blasco Nuñez y prision de Vaca de Castro.

Vaca de Castro, que habia visto las ordenanzas y cartas en el Cuzco, donde residia, se aderezó para ir á los Reyes á recebir á Blasco Nuñez; empero, con muchos españoles en órden de guerra, que dió gran sospecha de su voluntad; ca los vecinos de los Reyes, como supieron que con armas venia, le enviaron á decir que no viniese, pues ya no era gobernador, temiendo algun castigo por no haber admitido los dias atrás un su tiniente, y escribieron á Blasco Nuñez algunos particulares que apresurase el paso para entrar primero que Vaca de Castro, porque si se tardaba, quizá no le recibirian á la gobernacion. Vaca de Castro dejó las armas, y casi todos los que traia, donde supo la voluntad de aquellos; fué requerido de los suyos se volviese al Cuzco y lo tuviese por el Rey, suplicando de las ordenanzas; nunca quiso sino llegar primero á Lima, donde halló diversas intenciones; ca unos querian al Virey y otros no. Gaspar Rodriguez, viendo venir cerca á Blasco Nuñez, dejó á Vaca de Castro, y tornóse al Cuzco, llevando consigo muchos vecinos dél, y las armas que habian quedado en el camino, para levantar la tierra por quien pudiese; Blasco Nuñez partió de Trujillo aprisa, llegó al tambo que dicen de la Barranca, donde no halló qué comer; mas halló un mote que decia: «El que me viniere á quitar mi hacienda, mire por sí, que podrá ser que pierda la vida.» Maravillóse de tal dicho, y preguntando quién lo pudo escrebir, le dijeron ciertos malsines que Xuarez de Carabajal, fator del Rey, que poco antes habia estado allí. En este tambo estuvo Gomez Perez con cartas del inga Mango y de Diego Mendez, y otros seis españoles del bando de don Diego de Almagro, en las cuales pidian licencia y salvoconduto para se venir á Blasco Nuñez con el Inga; él holgó de perdonarlos y que viniesen; mas ellos fueron muertos á cuchillo por ceguedad del Gomez Perez. Solian jugar á la bola él y Mango, y jugaron como llegó; era porfiado el Gomez y mal comedido en medir las bolas, por lo cual dijo Mango á un su criado que lo matase la primera vez que porfiase, abajándose á medir la bola; avisó desto al Gomez una india. El, sin mirar adelante, dió de estocadas al Inga. Como los indios vieron muerto á su señor, matáronle á él y á los otros españoles, y tomaron por inga un hijuelo del muerto, con el cual se han estado en unas asperísimas montañas sin querer mas amistad con cristianos. Antes de llegar á Lima entendia Blasco Nuñez cómo los de aquella ciudad estaban con propósito de no lo recebir dentro si primero no les otorgaba la suplicacion de las ordenanzas, jurando de no las ejecutar, y si no, que lo enviarian preso y atado fuera del Perú; supo asimismo que todos estaban indinados contra él, por ejecutar las ordenanzas tan de hecho, y que decian mil males de su recia condicion. Para deshacer esto y otras veinte cosas que publicaban, envió delante á Diego de Agüero, regidor de los Reyes, el cual aplacó algo la indinacion del pueblo, diciendo cómo Blasco Nuñez traia mudado el rigor en mansedumbre, por ver el daño y descontento que todos recebian con la ejecucion de las ordenanzas. Antes

el entrar en los Reyes Blasco Nuñez, le tomó juramento en nombre del cabildo el fator Guillen Juarez que les guardaria los privilegios, franquezas y mercedes que del Emperador tenian los conquistadores y pobladores del Perú, y que les otorgaria la suplicacion de las nuevas ordenanzas que traia; él juró que haria todo lo que cumpliese al servicio del Emperador y bien de la tierra; los vecinos y españoles que allí estaban dijeron luego que habia jurado con cautela, entendiendo la ejecucion de las ordenanzas ser bien de los indios y servicio del Emperador. Entró en la ciudad con gran silencio y tristeza de todo el pueblo; nunca hombre así fué aborrecido como él, en do quiera que del Perú llegase, por llevar aquellas ordenanzas; pregonó las ordenanzas y comenzó á las ejecutar, aunque muy mucho le rogaron no lo hiciese, diciendo que se alborotarian los españoles, y querian conservar sus repartimientos; mas él se hizo sordo á todo, por cumplir la voluntad y mandado del Emperador. Procuró saber qué intencion era la de Vaca de Castro, qué trataba Gonzalo Pizarro en el Cuzco, quiénes y cuántos se mostraban de veras contra las ordenanzas. Habló á los indios que se amotinaban, y querian alzarse sin hacer las sementeras. Encarceló á Vaca de Castro, diciendo que firmaba cédulas de repartimiento y pleitos como gobernador, estando él allí, y que indinaba la gente hablando mal de las ordenanzas, y porque dejó volver al Cuzco á Gaspar Rodriguez y á los otros. Hubo gran ruido y division sobre la prision de Vaca de Castro, don Luis de Cabrera y de los otros que con el prendió.

Lo que Gonzalo Pizarro hizo en el Cuzco contra las ordenanzas.

Tantas cosas escrebieron á Gonzalo Pizarro muchos conquistadores del Perú, que lo despertaron allá en los Parcas, do estaba, y le hicieron venir al Cuzco después que Vaca de Castro se fué á los Reyes. Acudieron muchos á él como fué venido, que temian ser privados de sus vasallos y esclavos, y otros muchos que deseaban novedades por enriquecer, y todos le rogaron se opusiese á las ordenanzas que Blasco Nuñez traia y ejecutaba sin respecto de ninguno, por via de apelacion, y aun por fuerza, si necesario fuese; que ellos, que por cabeza lo tomaban, lo defenderian y seguirian. El por los probar ó por justificarse, les dijo que no se lo mandasen, pues contradecir las ordenanzas, aunque por via de suplicacion, era contradecir al Emperador, que tan determinadamente ejecutarlas mandaba, y que mirasen bien cuán ligeramente se comenzaban las guerras, que tenian sus medios trabajosos, y dudosos los fines; y no queria complacellos en deservicio del Rey, ni aceptar cargo de procurador ni de capitan. Ellos por persuadirlo le dijeron muchas cosas en justificacion de su empresa: unos decian que siendo justa la conquista de Indias, lícitamente podian tener por esclavos los indios tomados en guerra; otros, que no podia justamente quitarles el Emperador los pueblos y vasallos que una vez les dió durante el tiempo de la donacion, en especial que se los dió á muchos como en dote porque se casasen; otros, que podian defender por armas sus vasallos y privilegios como los hidalgos de Castilla sus libertades; las cuales tenian por haber ayudado á los reyes á ganar sus reinos de poder de moros, como ellos por haber ganado el Perú de manos de idólatras; decian, en fin, todos que no caian en pena por suplicar de las ordenanzas, y muchos, que ni aun por las contradecir, pues no les obligaban antes de consentirlas y recebirlas por leyes. No faltó quien dijese cuán recio y loco consejo era emprender guerra contra su rey so color de defender sus haciendas, y hablar aquellas cosas que no eran de su arte ni de su lealtad; empero aprovecha poco hablar á quien no queria escuchar; ca no solamente decian aquello que algo en su favor era, pero desmandábanse, como soldados, á decir mal del Emperador y Rey, su señor, pensando torcerle el brazo y espantarlo por fieros. Decian eso mesmo que Blasco Nuñez era recio, ejecutivo, enemigo de ricos, almagrista, que habia ahorcado en Túmbez un clérigo y hecho cuartos un criado de Gonzalo Pizarro, porque fué contra Diego de Almagro; que traia expreso mandado para matar á Pizarro y para castigar los que fueron con él en la batalla de las Salinas; y para conclusion de ser mal acondicionado, decian que vedaba beber vino y comer especias y azúcar, y vestir seda y caminar en hamacas. Con estas cosas pues, parte fingidas, parte ciertas, holgó Pizarro ser capitan general y procurador, pensando, como lo deseaba, entrar por la manga y salir por el cabezon. Así que lo eligieron por general procurador el cabildo del Cuzco, cabeza del Perú, y los cabildos de Guamanga y de la Plata y otros lugares, y los soldados por capitan, dándole todos su poder cumplido y llenero. El juró en forma lo que en tal caso se requiria; alzó pendon, tocó atambores, tomó el oro de la arca del Rey, y como habia muchas armas de la batalla de Chupas, armó luego hasta cuatrocientos hombres á caballo y á pié, de que se mucho escandalizaron y arrepintieron los del regimiento de lo que habian hecho, pues Gonzalo Pizarro se tomaba la mano dándole solamente el dedo. Pero no le revocaron los poderes, aunque de secreto protestaron muchos del poder que le habian dado; entre los cuales fueron Altamirano, Maldonado, Garcilaso de la Vega.

La asonada de guerra que hizo Blasco Nuñez Vela.

Como Blasco Nuñez vió alterados á los vecinos y gente que estaban en los Reyes porque no consintió la apelacion, y por la prision de Vaca de Castro y los otros, hizo cincuenta soldados arcabuceros, y diólos al capitan Diego de Urbina, que lo acompañase con ellos. Envió al Cuzco, luego que supo la junta, al provincial dominico fray Tomás de San Martin, y tras él á fray Jerónimo de Loaisa, primer obispo y arzobispo de los Reyes, á certificar á Gonzalo Pizarro que no traia provision ninguna en su daño, sino que antes tenia voluntad el Emperador de gratificalle muy bien su servicio y trabajos, y que le rogaba se dejase de aquello, y se viniese llanamente á ver con él, y hablarian del negocio. Gonzalo Pizarro no dejaba entrar al Obispo ni aun le quiso escuchar después de haber entrado; antes trató que lo proveyesen de gobernador, y envió por veinte piezas de artillería á Guamanga, y aderezó muchas cosas de guerra. Blasco Nuñez, que supo la ruin intencion de Pizarro, que comenzaba la gente á temer, hizo llamamiento de

gente, é juntó cerca de mil hombres, ca luego acudieron á él los almagristas y muchos pueblos, especial los setentrionales á la ciudad de los Reyes, y ordenó ejército y paga con gana de muchos, y con parecer de los oidores y oficiales del Rey, que firmaron la guerra en el libro del acuerdo; hizo general á Vela Nuñez, su hermano; alférez del pendon á Francisco Luis de Alcántara, capitanes de caballo á don Alonso de Montemayor y á Diego Cueto, su cuñado, y capitanes de peones á Pablo de Meneses y á Martin de Robles y á Gonzalo Diez; maestro de campo á Diego de Urbina, que tenia muchos arcabuceros, y á otros; ca tenia docientos caballos y otros tantos arcabuces, y la ciudad fortalecida para defensa. Dió grandes pagas y socorros á los soldados y gente, en que gastó los quintos y oro del Rey que Vaca de Castro tenia para enviar á España, y aun tomó prestados buenos dineros de mercadères para el ejército. Llegaron en esto allí Alonso de Cáceres y Jerónimo de la Serna en dos naos, de Arequipa. El Serna venia del Cuzco, enviado por Gaspar Rodriguez á decir á Blasco Nuñez lo que allá pasaba, y á pedirle un mandamiento para matar ó prender á Gonzalo Pizarro, ca se ofrecian á ello el Rodriguez con ayuda de sus amigos; y de camino persuadió al Cáceres que se viniese al Virey con aquellas dos naos, y no á Pizarro, como queria. Blasco Nuñez holgó con su venida, mas pesóle de que Pizarro tuviese tantas armas y artillería, é la gente tan favorable. Suspendió las ordenanzas por dos años y hasta que otra cosa el Emperador mandase; aunque se dijo luego el protesto que hizo y asentó en el libro del acuerdo, cómo la suspension era por fuerza, y que ejecutaria las ordenanzas en apaciguando la tierra: cosa de odio para todos. Dió mandamiento, y pregonólo, para que pudiesen matar á Pizarro y á los otros que traia, y prometió al que los matase sus repartimientos y hacienda: cosa que indignó mucho á los del Cuzco, y que no agradó á todos los de Lima; y aun dió luego algunos repartimientos de los que se habian pasado á Pizarro. Decia públicamente que todos eran traidores sino los de Chili; y decia á este que era traidor aquel, y á aquel, que este, y que los habia de castigar á todos. Tuvo mandado que matasen á Diego de Urbina y á Martin de Robles cuando á su casa viniesen, si señalaba con el dedo; mas como el Robles le habló sabrosamente, que era gracioso y avisado, no hizo la señal; y así, no murieron; empero díjoles á ellos mismos el concierto, como no sabia tener secreto; por lo cual ellos y aun otros no osaban dormir en sus casas.

La muerte del fator Guillen Xuarez de Carabajal.

Temiendo Blasco Nuñez el suceso de los negocios por la gente de Gonzalo Pizarro, envió á muchas partes por españoles; como decir, á Hernando de Albarado á Trujillo, y á Villegas á Guanuco. Vinieron muchos de diversos pueblos, y entre ellos Gonzalo Diez de Pinera con hartos del Quito, y Pedro de Puelles, de Guanuco, do era corregidor; los cuales, aunque traian poderes de sus pueblos para negociar con el Virey, se pasaron á Pizarro; el Puelles con quince amigos, en que fueron Francisco de Espinosa, de Valladolid, y el Serna, que lo llamara Gonzalo Diez con su compañía, yendo tras Puelles con Vela Nuñez. De los Chachapoyas tambien se fué al Cuzco entonces Gomez de Solís, de Cáceres, con Diego Bonifaz, Villalobos y otros veinte hombres escogidos. Desconfió con esto Blasco Nuñez de dar ni ganar batalla, y tapió las calles de Lima, dejando troneras y traveses, á guisa de hombre cercado; por do acabó de desanimar á los suyos y á los vecinos, y no le tuvieron por tan esforzado como decian. Trujo antes ó á vueltas de esto Luis García, de San Mamés, que por corregidor estaba en Jauja, unas cartas en cifra del licenciado Benito de Carabajal al fator Guillen Xuarez, su hermano; el Virey sospechó mal de la cifra, ca no estaba bien con el Fator, y mostró las cartas á los oidores, preguntando si lo podria matar; dijeron que no, sin saber primero lo que contenian, y para saberlo enviaron por él. Vino el Fator; no se demudó por lo que dijeron, aunque fueron palabras recias, y leyó las cartas, notàndo el licenciado Juan Alvarez. La suma de la cifra era la gente, armas y intencion que traia Pizarro, quién y cuáles estaban mal con él, y que luego se vernia él á servir al señor Virey, en pudiendo descabullirse, como el mismo Fator se lo mandaba. Envió luego por el abecedario, y concertó con lo que leyera; y así, vino á Lima el licenciado Carabajal dos ó tres dias después que Blasco Nuñez fué preso, sin saber la muerte del Fator. Dende á ciertos dias que Gonzalo Diez huyera, se fueron á Pizarro Jerónimo de Carabajal y Escovedo, sobrinos del Fator, con Diego de Carabajal, el Galan, vecino de Plasencia, que posaban en casa del mismo Fator y que tambien fueron causa de su muerte. Fuéronse tambien con ellos don Baltasar de Castilla, hijo del conde de la Gomera, Pedro Carabajal y Rojas, de Antequera, Gaspar Mejía, de Mérida, Pero Martin, de Sicilia, Rodrigo de Salazar el Corcovado, toledano, y otros veinte buenos soldados, que hacian falta en el ejército. Hubo muy gran enojo é ira el Virey con la ida de estos, y mayormente porque se fueron de casa del Fator y con sus sobrinos. Envió tras ellos al capitan don Alonso de Montemayor con cincuenta de caballo, al cual prendieron los huidos por malicia de sus compañeros. Envió á llamar al Fator aquella misma noche, domingo, á 14 de diciembre, y viniendo, díjole: «Señor, ¿qué traicion es esta, pecador de mí?» O segun otros: «En mal hora vengas, traidor.» Respondió el Fator: «Yo soy tan buen criado y servidor del Rey como vuestra señoría;» y otras cosas. El Virey, que tenia cólera, replicó: «Traiciones y bellaquerías son enviar vuestros sobrinos con tanta gente de bien á Pizarro y escribir aquello en el tambo, y no dar mula á Baltasar de Loaisa en que llevase mis despachos al Cuzco, y justificar vuestro hermano el licenciado la causa de Gonzalo Pizarro.» Tras esto, como replicaba el Fator en disculpa de aquellas cosas, dióle dos puñaladas con una daga, voceando: «Mátenle, mátenle.» Llegaron sus criados y acabáronle, aunque algunos otros le echaban ropa encima para què no le matasen. Mandó echarlo por los corredores abajo, y unos negros le sacaron por los piés arrastrando. Alonso de Castro, teniente de alguacil mayor por Vela Nuñez, lo hizo llevar á enterrar en un repostero. De esta manera lo contaban Lorenzo Mejía de Figueroa, Lorenzo de Estopiñan, Rivadeney-

ra y otros caballeros, que se hallaron presentes á todo lo susodicho, aunque Blasco Nuñez juraba que no le hirió ni quisiera que muriera. Causó mucho bullicio la muerte del Fator, que tan principal persona era en aquellas partes, y tanto miedo, que se ausentaban de noche los vecinos de Lima de sus proprias casas; y aun el mismo Blasco Nuñez dijo á los oidores y otros muchos cómo aquella muerte lo habia de acabar, conociendo el yerro que habia hecho.

La prision del virey Blasco Nuñez Vela.

Murmuraban en Lima reciamente la muerte del Fator, diciendo que otro dia mataria el Virey á quien se le antojase, y deseaban á Pizarro. Blasco Nuñez sentia mucho esto, y por no estar donde tan mal le querian, cuando viniese, propuso de irse á Trujillo con toda la audiencia y la contaduría del Rey; y para llevar las mujeres y hacienda armó dos ó tres naos, y hizo capitan de ellas á Jerónimo de Zurbano, vizcaíno, y aun para guardar la costa; que decian cómo armaba Pizarro dos navíos en Arequipa para señorear la mar. Metió en aquellas naos al licenciado Vaca de Castro y á los hijos del marqués Francisco Pizarro con don Antonio de Ribera, de Soria, que los tenia en cargo, juntamente con su mujer doña Inés; y encomendó la guarda de todos ellos á Diego Alvarez Cueto. Habló á los oidores tres dias después de muerto el Fator, persuadiéndoles la ida de Trujillo con llevar sus mujeres y todo el oro y fierro que habia; que llevar las mujeres de los oidores y vecinos de los Reyes, era para obligallos á seguirle, y el oro y plata para sustentar el ejército, y el fierro para que no lo hubiese Pizarro, que tenia falta dello para herraduras y para arcabuces. Contradijéronle los oidores, diciendo que ni debian ni podian salir de aquella ciudad de los Reyes, por cuanto les mandaba el Emperador en las ordenanzas residir allí, y por no mostrar temor á Gonzalo Pizarro, que aun estaba setenta leguas de ellos, y no se sabia que viniese á prenderlos, y por no desanimar á los vecinos y á los que allí estaban para servir y seguir al Rey. Por estas razones y otras que le dijeron, les prometió de no irse; pero en saliendo ellos de su casa, do tenian audiencia, envió por los oficiales del Rey y capitanes del ejército, y vinieron Alonso Riquelme, tesorero; Juan de Cáceres, contador; García de Saucedo, veedor; Diego Alvarez Cueto, Vela Nuñez, don Alonso de Montemayor, Diego de Urbina, Pablo de Meneses, Martin de Robles, Jerónimo de la Serna, que hubo la bandera de Gonzalo Diez, y Pedro de Vergara, que aun no tenia compañía; á los cuales dijo el Virey su intencion y las causas que le movian para dejar á los Reyes y irse á Trujillo; y mandóles estar á punto para otro dia, que sin duda se partirian, él por la mar, y mujeres y Vela Nuñez por tierra con la gente de guerra. Ninguno de ellos le contradijo de pusilánimes, ca si le contradijeran como los oidores, no se determinara á irse tan total y prestamente; y así, ni entonces le prendieran, ni después lo mataran. Fueron empero á decirlo á todos los oidores, los cuales se juntaron en casa de Cepeda, y se resumieron, después de bien pensado el negocio, en no salir de allí, ni dejar ir á los vecinos, creyendo que Pizarro no traia tan dañadas entrañas como después mostró; y ordenaron un requerimiento para el Virey, porque no se fuese, y una provision para que no le dejasen los vecinos embarcar sus mujeres, ya que él se fuese. Pretendian ellos, estando quedos en los Reyes, que se iria Blasco Nuñez á España á dar cuenta al Emperador del negocio, viéndose solo, y que Gonzalo Pizarro desharia su campo, otorgándole la suplicacion de las ordenanzas; y si no quisiese, que fácilmente le prenderian ó le matarian, pues quedarian ellos con el mando y con el palo. Ordenaron esta provision Cepeda y Alvarez; escribióla Acevedo, sellóla Bernaldino de San Pedro, que era chanciller, el cual trujo en blanco dos sellos, con Tejada que fué por ellos; eran amigos y naturales de Logroño. En esto pasaron los oidores aquel dia, y el Virey en cargar los navíos y aderezar cabalgaduras. Cepeda forneció luego aquella noche una torre que habia en su casa, de armas y vitualla, con diez ó doce amigos y criados, para si menester le fuese. Tejada, que tuvo miedo, pidió diez arcabuceros al Virey. En la mañana se juntaron los oidores á casa de Cepeda; y como parecia casa de municion mas que de audiencia, fué corriendo un arcabucero de aquellos de Tejada á decir al Virey que se armaban los oidores contra él. Levantóse luego el Virey á tales nuevas, y mandó tocar arma por la ciudad. Acudieron á su casa Vela Nuñez, Meneses y Serna con sus compañías de infantes, y Francisco Luis de Alcántara con la caballería. De suerte que se juntaron en breve cuatrocientos españoles de los mas principales y bien armados de Lima; algunos de los cuales, que les pesaba con la estada del Virey en el Perú, le rogaron que se metiese dentro en casa, y no se pusiese á peligro. El se metió, que no debiera, con obra de cincuenta caballeros; de lo cual unos se holgaron y otros desmayaron; y cierto, si él no se metiera en casa, que pareció cobardía, no le prendieran; ca su presencia los animara y detuviera. Quedó Vela Nuñez con el escuadron, esperando lo que seria; ca se hundia la ciudad á gritos de las mujeres. Los oidores, que no tenian treinta hombres, se vieron perdidos, y pregonaron la provision que dije. Francisco de Escobar, natural de Sahagun (que llamaban el Tio), les dijo: «Salgamos, cuerpo de Dios, señores, á la calle, y muramos peleando como hombres, y no encerrados como gallinas.» Salieron pues los oidores fuera, y caminaron para la plaza. Martin de Robles y Pedro de Vergara acudieron á los oidores, ó por no ser con el Virey, ó por cumplir la provision real, ó porque, como dicen, estaban de acuerdo con ellos; acudieron asimismo muchos otros á pié y á caballo y aun apellidando *libertad*, á lo que oí decir, para levantar el pueblo. Tiráronse algunos arcabuzazos de la boca de la calle que sale á la plaza, y si Vela Nuñez acometiera, los rompia y prendia. Estando así, salió Ramirez el Galan, alférez de Martin de Robles, y campeó la bandera en la plaza; arremetió delante el capitan Vergara con su espada y adarga, salieron luego todos muy determinadamente. Los capitanes del Virey huyeron á su casa, y los mas soldados se pasaron con los oidores, que estaban asentados en un escaño, á la puerta de la iglesia: no hubo sangre, como se temia. Unos ponen la culpa de huir á los capitanes, que tuvieron poca gana

de pelear; otros á los soldados y vecinos, que volvian las picas y arcabuces hácia tras. Combatieron la casa del Virey, que se defendia bien, y algunos con ánimo de hacerle mal y afrenta, segun la pasion que sobre esto se hizo despues, donde dicen: «Su sangre sobre nos y sobre nuestros hijos;» y otras cosas tan verdaderas como graciosas. Ventura Beltran y otros decian: «¡Al combate!» que se guardaban para aquel dia. Antonio de Robles entró solo dentro la casa, y hizo que abriesen las puertas, diciendo al Virey que se diese. Blasco Nuñez, que al no podia hacer, se entregó á Martin de Robles, Pedro de Vergara, Lorenzo de Aldana y Jerónimo de Aliaga, rogando que lo llevasen á Cepeda. Algunos dicen cómo el Virey queria morir antes que rendirse; mas que se dió á ruegos de frailes y caballeros, que lo aseguraron si se iba del Perú. Algunos de los que llevaban á Blasco Nuñez iban diciendo: «Viva el Rey.» «Pues ¿quién me mata?» preguntaba él; y Pardave, criado del fator Guillen Xuarez, encaró el arcabuz para matarle; y le matara, sino que no soltó ni prendió, aunque ardió el polvorin: otras befas y escarnios hicieron de él por la calle. El Virey, como fué delante los oidores, que muy acompañados estaban, se demudó, y dijo: «Mirad por mí, señor Cepeda, no me maten;» él respondió no tuviese miedo, porque no le tocarian mas que á su vida; y así, lo llevaron á casa de Cepeda, aunque dicen que no le quitaron las armas.

La manera cómo los oidores repartieron los negocios.

Grande arrepentimiento mostraron al Virey los oidores, de su prision, y le decian palabras de tristeza, si ya no eran fingidas, jurando que no habian sido en prendelle ni lo habian mandado, y que á qué árbol se arrimarian faltándoles él, y otras cosas tales; mas no que le soltarian; antes le dijo Cepeda delante Alonso Riquelme, Martin de Robles y otros: «Señor, juro por Dios que mi pensamiento nunca fué de prender á vuestra señoría; pero ya que está preso, entienda que lo tengo de enviar al Emperador con la informacion de lo que se ha hecho; y si tentare de amotinar la gente ó revolverla mas, sepa que le daré de puñaladas, aunque yo me pierda; y si estuviere paciente, servirle y darle su hacienda.» Blasco Nuñez respondió: «Por nuestro Señor, que es vuestra merced hombre, y que siempre le tuve por tal, y no esos otros, que habiéndolo ellos urdido, han llorado conmigo;» y rogóle que vendiese su ropa entre los vecinos, que valia muchos dineros, para gastar por el camino. Diego de Agüero y el licenciado Niño, de Toledo, y otros le dijeron muchas cosas; mas dejando esto por cosa larga y enojosa, digo que los oidores, para despachar negocios con mas brevedad y atender á todo, partieron los oficios desta manera: que Cepeda, como mas entendido y animoso, atendiese á las cosas de la gobernacion y de la guerra, por donde algunos dijeron que se llamaba presidente, gobernador y capitan. Tejada y Zárate, que entendiesen en las cosas de justicia; y que Juan Alvarez ordenase los despachos para España y la informacion contra el Virey. Tras esto, luego aquel mismo dia que fué preso llevó Juan Alvarez al Virey á la mar para meterlo en las naos, y tomarlas y tenerlas á su mandado, porque nadie escribiese á España primero que ellos y porque no las hubiese Pizarro. Llevaron tambien á Vela Nuñez, que como no pudo entrar en casa de su hermano, con la priesa ó con el miedo, se acogiera á Santo Domingo, el cual fué á las naves, y se quedó dentro sin volver con respuesta. Blasco Nuñez dió al licenciado Alvarez por el camino, sabiendo que lo habia de llevar á España, una esmeralda de quinientos castellanos, que pidió y no pagó, á Nicolás de Ribera. Cueto y Zurbano soltaron á los hijos del marqués Francisco Pizarro con todos los otros presos, sino á Vaca de Castro, que no quiso salir; mas no quisieron recebir al Virey ni entregar las naos, por concierto que habia entre ellos. Voceaban de tierra que diese los navíos, si no, que matarian al Virey; y hacian tantas cosas, que vino Zurbano con el batel bien esquifado de hombres y tiros á preguntar qué querian. Y como le respondieron que las naos ó la muerte del Virey, dijo que no se las daria; mas que tomaria al Virey. Reprehendiólos mucho, y soltó un tiro y algunos arcabuces, dando vuelta para los navíos. Ellos entonces le deshonraron, tirándole de arcabuzazos, y aun maltrataron al Virey, diciendo: «Hombre que tales leyes trujo, tal gualardon merece. Si viniera sin ellas, adorado fuera. Ya la patria es libertada, pues está preso el tirano.» E con estos villancicos lo volvieron á Cepeda, que posaba en casa de María de Escobar, donde le tuvieron sin armas y con guarda, que le hacia el licenciado Niño; empero comia con Cepeda y dormia en su mesma cama. Blasco Nuñez, temiéndose de yerbas, dijo á Cepeda la primera vez que comieron juntos, y estando presentes Cristóbal de Barrientos, Martin de Robles, el licenciado Niño y otros hombres principales: «¿Puedo comer seguramente, señor Cepeda? Mirad que sois caballero.» Respondió él: «¡Cómo, señor! ¿tan ruin soy yo que si le quisiese matar no lo haria sin engaño? Vuestra señoría puede comer como con mi señora doña Brianda de Acuña (que era su mujer); y para que lo crea, yo haré la salva de todo». Y así la hizo todo el tiempo que lo tuvo en su casa. Entró un dia fray Gaspar de Carabajal á Blasco Nuñez, y díjole que se confesase, que así lo mandaban los oidores. Preguntóle el Virey si estaba allí Cepeda cuando se lo dijeron, y respondió que no, mas de los otros tres señores. Hizo llamar á Cepeda, y se le quejó. Cepeda lo conhortó y aseguró, diciendo que ninguno tenia poder para tal cosa sino él; lo cual decia por la particion que habian hecho de los negocios. Blasco Nuñez entonces lo abrazó y besó en el carrillo delante el mesmo fraile.

De cómo los oidores embarcaron al Virey para España.

Estaban presos muchos españoles de cuando el Virey. Don Alonso de Montemayor, Pablo de Meneses, Jerónimo de la Serna y otros de aquellos presos ordenaron un motin por salir de la cárcel y librar al Virey, como ellos publicaban. Mas sintiéronlo los oidores y remediáronlo. Tambien hubo muchos de los de Chili que importunaron á los oidores que matasen al Virey. Cepeda prendió los mas culpados para mostrar cómo no queria matarlo, empero luego los soltó porque Pizarro no los matase cuando viniese, que eran grandes enemigos suyos; y aun ayudó para el camino á Juan de Guz-

man, Saavedra y á otros. Andaban las cosas revueltas en los Reyes con la prision de Blasco Nuñez y venida de Gonzalo Pizarro; ca unos querian que llegase Pizarro, otros no querian. Muchos querian matar ó echar de allí al Virey, y muchos soltalle. Quién holgaba con los oidores, é quién no. El Virey temia la muerte y sospiraba por España. Los oidores no sabian qué hacerse, en especial los tres que no se les diera mucho por aquella muerte. Mas al cabo determinaron enviarlo á España, segun al principio pensaron, confiando de sí que se darian tan buena maña en allanar y gobernar la gente, que se tuviese por bien servido el Emperador; y en que el mesmo Virey se tenia la culpa de su prision, segun la informacion que enviaban. Acordaron que lo llevase ó el licenciado Rodrigo Niño ó Antonio de Robles ó Jerónimo de Aliaga, vecinos de los Reyes; pero Cepeda porfió que lo llevase Juan Alvarez, oidor, que lo tenia por mas amigo y por mas letrado, para saber hablar en Castilla é informar al Emperador. Contradijéronlo terriblemente los otros dos oidores; y el licenciado Zárate le dijo delante los oidores y de Alonso Requelme, Juan de Cáceres y García de Saucedo, que estaban en la consulta, que era muy confiado y que no conocia como él á Juan Alvarez; y que los habia de vender. Y quejándose desto el Alvarez, replicó Zárate: «Sí juro á Dios que vos nos teneis de vender; y si vos no quedárades acá, Cepeda lo habia de llevar.» Llegó á Lima en este medio Aguirre, gran amigo del fator Guillen Xuarez, y dijo malas palabras al Virey; el cual, oyéndolas y entendiendo que llegaba el licenciado Benito de Carabajal, temió que le matasen, y rogó á Cepeda, segun dicen, que lo enviase á España. Cepeda, que lo deseaba, lo envió á la isla que está en el puerto de Lima, mandando al licenciado Niño que lo guardase con otros ciertos vecinos de los Reyes. Cuando Blasco Nuñez vió que lo embarcaban, dijo á Simon de Alcate, escribano, que le diese por testimonio cómo lo enviaban sus proprios oidores á una isla despoblada y en una balsilla de juncos para que se ahogase; y que lo echaban de la tierra del Rey para darla á Gonzalo Pizarro. Cepeda mandó al mesmo escribano que asentase cómo llevaban al señor Virey porque así lo pidia su señoría, porque no lo matasen sus enemigos por lo que habia hecho; y que aquellas barcas de paja eran los navíos que usan allí; y que iban con él Juan de Salas, hermano de Fernando Valdés, presidente del consejo real de Castilla, el licenciado Niño y otros muchos vecinos de Lima. Así que, lo llevaron á la isla, y lo tuvieron allí ocho dias ó mas. Estaba Cepeda congojado por no tener navíos para enviar á España á Blasco Nuñez ni para tener la mar libre y segura. Temia no viniesen Zurbano, Cueto y Vela Nuñez á tomar al Virey, de la isla, y juntando gente, le matasen. Encargó al capitan Pedro de Vergara que con cincuenta buenos soldados procurase de coger las naos de Zurbano, que estaban en Guaura, diez y ocho leguas de Lima. Escogió Vergara cincuenta compañeros y comenzó á buscar en qué ir entre los barcos del puerto que quemara Jerónimo Zurbano; y por no hallar ni saber hacer en qué ir, ca era poco ingenioso, ó por ser cinco las naos, volvió diciendo que no hallaba quien quisiese ir con él á tal empresa. Cepeda hizo llevar muchas carretas de tablas y otros materiales á la mar, de casa del veedor García de Saucedo; con las cuales adobó de presto algunos barcos; y mandó á su maestre de campo Antonio de Robles que enviase luego gente para tomar las naos. A la noche dijo Antonio de Robles, cenando, á Cepeda que no hallaba soldados para ir á tan peligroso negocio. Respondió Cepeda que tomar cinco naos con trecientos mil ducados de Vaca de Castro y del Virey y de otros, que guardaban veinte hombres, no era mucho; mas que él hallaria quien fuese, y que no irian sino aquellos á quien él quisiese enriquecer. A la voz de tanto ducado hubo luego mas de cincuenta soldados que se ofrecieron á ir. Cepeda entonces encomendó el negocio á García de Alfaro, que era hombre diestro en mar; el cual fué á Guaura con veinte y cuatro compañeros, ca en los barcos no cupieron mas; y escondióse entre unas peñas, llegando de noche, á esperar los que iban por tierra. Fueron por tierra Ventura Beltran, señor de Guaura, don Juan de Mendoza y otros pocos; capearon á los navíos. Pensaron los de las naos que eran algunos amigos, y salió á recogerlos Vela Nuñez en dos barcos con la mas gente que tenian. Mas en pasando de las peñas, arremetieron á él los de García de Alfaro, y tornóse atrás. Alcanzáronlo, y rendióse por no aventurar la vida, aunque hizo muestra de quererse defender; y un Piniga, vizcaíno, hizo todo su posible por defender el barco en que venia. Con medio de Vela Nuñez tomó Alfaro cuatro naos; que la otra llevara poco antes Zurbano. Llevaron al Virey á Guaura, y metiéronlo en una nave con muy buen recaudo. Fué luego el licenciado Alvarez á guardarlo y llevarlo á España con una larga informacion. Diéronle porque fuese seis mil ducados, repartidos entre vecinos de Lima, y todo el salario de un año; con lo cual, y con otras cosas suyas, que vendió, hizo hasta diez mil castellanos; riqueza que nunca pensó. Dieron tambien á los soldados y marineros de la nao dos mil ducados porque no fuesen descontentos. De la mesma manera que dicho habemos, fué preso y echado el virey Blasco Nuñez Vela, al cabo de siete meses que llegó al Perú.

Lo que Cepeda hizo tras la prision del Virey.

Luego que fué preso el Virey, partieron los oidores, segun ya dije, los negocios, y Cepeda, que gobernaba, deshizo las albarradas de la ciudad, que hizo Blasco Nuñez; dió pagas á los soldados y comida, repartió á cada vecino como tenia, hizo y aderezó arcabuces y otras armas, nombró por capitanes de la infantería á Pablo de Meneses, Martin de Robles, Mateo Ramirez, Manuel Estacio, y á Jerónimo de Aliaga de los caballos; por maestre de campo á Antonio de Robles, y á Ventura Beltran por sargento mayor. Ordenó dos provisiones, con acuerdo de los oidores y oficiales del Rey, para Gonzalo Pizarro, en que le mandaba dejar y deshacer la gente de guerra, so pena de ser traidor, si queria venir á los Reyes; y si no queria venir, que enviase procurador con poderes é instrucciones bastantes á suplicar de las ordenanzas, como publicaba; que la Audiencia le oiria y guardaria justicia, pues el Virey, de quien se temia, no estaba allí; envió la una de aquellas provisiones con Lorenzo de Aldana; el cual se comió la provision sin pre-

sentarla; porque si la presentara en el real de Pizarro ó guardara en el pecho, lo ahorcara Francisco de Carabajal, maestro de campo; y aun así lo quiso ahorcar; mas valióle Gonzalo Pizarro, que fueran amigos y prisioneros de Almagro. La otra envió con Augustin de Zárate, contador mayor de cuentas, dándole por acompañado á don Antonio de Ribera, amigo y cuñado de Pizarro; ca era casado con doña Inés, mujer que fué de Francisco Martin, hermano de madre del marqués Francisco Pizarro. Cuando las provisiones llegaron habia muerto Pizarro á Felipe Gutierrez, Arias Maldonado y Gaspar Rodriguez, y no osó ó no quiso fiarse de los oidores, ni deshacer su gente. Envió á Hierónimo de Villegas, que detuviese y atemorizase al contador Zárate para que cuando llegase al real no osase hacer sino lo que él y sus capitanes quisiesen; y por esto Zárate no pudo hacer otra diligencia ni traer mas recaudo del que ellos mesmos le dieron; la suma del cual fué que hiciesen los oidores gobernador á Gonzalo Pizarro, si no, que los mataria.

De cómo Gonzalo Pizarro se hizo gobernador del Perú.

Al tiempo que pasaba en los Reyes lo que dicho es entre Blasco Nuñez y los oidores, se aderezó Gonzalo Pizarro en el Cuzco de lo que menester hubo para la jornada que comenzaba. Partióse para el Virey, publicando ir á suplicar de las ordenanzas, como procurador general del Perú. Mas otro tenia en el corazon; y aun lo mostraba en la gente y artillería que llevaba, y en que no quiso acetar los partidos del Virey, que le hacia el provincial. Uno de los cuales era que por el otorgamiento de la suplicacion de las ordenanzas hiciesen al Emperador un buen presente, y otro, que pagasen los gastos hechos sobre aquel caso. De Xaquixaguana se le huyeron á Pizarro Grabiel de Rojas, Pedro del Barco, Martin de Florencia, Juan de Saavedra, Rodrigo Nuñez y otros; mas cuando llegaron á los Reyes estaba ya preso el Virey. Grande alboroto causó la ida de aquellos en el real de Pizarro, que eran principales hombres, y aun el Pizarro temió mucho. Volvió al Cuzco, rehízose de mas gente; y para la pagar tomó dineros y caballos á los vecinos que se quedaban. Dejó por su lugarteniente á Diego Maldonado, y caminó para los Reyes. Topó á Pedro de Puelles y á Gomez de Solís, que le dieron grande ánimo y esperanza, con la mucha gente que llevaban. Vió los despachos del Virey, que llevaba Baltasar de Loaisa, clérigo de Madrid, á Gaspar Rodriguez y á otros; ca se los tomaran los Carabajales cuando de los Reyes huyeron. Vino Loaisa por un perdon ó salvoconduto para muchos que se querian pasar al Virey y temian, y á dar aviso del camino, gente y ánimo que Pizarro traia. El Virey se le dió para todos, salvo para Pizarro, Francisco de Carabajal y licenciado Benito de Carabajal, y otros así; de que mucho se enojaron Pizarro y su maestre de campo; y dieron garrote á Gaspar Rodriguez, Felipe Gutierrez y Arias Maldonado, que se carteaban con el Virey. Este fué el comienzo de la tiranía y crueldad de Gonzalo Pizarro. Quemó dos caciques cerca de Párcos, y tomó hasta ocho mil indios para carga y servicio; de los cuales escaparon pocos, con el peso y trabajo. Espantó á Zárate y á Lorenzo de Aldana, segun poco há contamos; y amenazó á los oidores, si no lo hacian gobernador, que era muy contrario al pleito homenaje, que no mucho antes les enviara con el provincial fray Tomas de Sant Martin, y con Diego Martin, su capellan; donde juraba como su voluntad ni la de los suyos era de apelar solamente de las ordenanzas, y obedecer á la Audiencia como á señora, é informar al Emperador de lo que á su majestad cumplia, contándole toda verdad; y que si por sobrecarta mandase guardar y ejecutar sus nuevas leyes, que lo haria llanamente, aunque viese perder la tierra y los españoles; y que de solo el Virey se temia, por ser hombre recio y favorecedor de las cosas de Almagro. Muchos tuvieron este homenaje por engaño. Llegó Pizarro á la ciudad de los Reyes, y asentó real á media legua, como si la hubiera de cercar y combatir. Pidió la gobernacion, amenazando el pueblo; los mas que dentro estaban querian que se diesen, temiendo la muerte ó el saco, y porque deseaban desterrar para siempre las ordenanzas por aquella via. Cepeda quisiera darle batalla, pues ya no le aprovechaban mañas, por estar suelto el Virey; requirió la gente y capitanes; y como le dijeron que no la podian dar, por habérseles ido á Pizarro muchos de sus soldados, ni convenia al servicio del Rey ni á la seguridad de la tierra, por las muertes que haber podia, lo dejó. Entró Francisco Carabajal en la ciudad, sin contradicion ninguna de noche. Prendió á Martin de Florencia, Pedro de Barco y Juan de Saavedra, y ahorcólos, porque dejaron á Pizarro; y aun por tomar sus repartimientos, que muy buenos eran; y dijo que así haria á los que no quisiesen al señor Pizarro por gobernador. Mucho temor puso esta crueldad á muchos, y sospecha en algunos, y en otros deseo de Blasco Nuñez; y todos en fin dijeron que recibiesen por gobernador á Gonzalo Pizarro. Cepeda rehusaba, por quedar él en el gobierno, y por no saber cómo lo trataria Gonzalo Pizarro. Mas empero, como no podia ofender ni resistir al contrario, y temia mas al Virey, que libre andaba, que no á otro ninguno, fué del parescer que todos. Entró pues Gonzalo Pizarro en la ciudad de los Reyes por órden de guerra, con mas de seiscientos españoles bien armados, llevando su artillería delante, y con mas de diez mil indios. Plantó los tiros en la plaza, y hizo alto allí con los soldados. Envió por los oidores, que estaban en audiencia en casa de Zárate, por estar enfermo, y dióles una peticion firmada de Diego Centeno y de todos los procuradores del Perú, que con él venian; en la cual les pedian que hiciesen gobernador á Gonzalo Pizarro, por cuanto así cumplia al servicio del Rey, sosiego de los españoles y bien de los naturales. Ellos entonces le dieron una provision de gobernador con el sello real, y á los cabildos otra para que le obedeciesen por consejo y voto de los oficiales del Rey y de los obispos del Quito, Cuzco y Reyes, y del provincial de los dominicos, y tomáronle pleito homenaje que dejaria el cargo en mandándolo el Emperador, y que ejercitaria el oficio bien y fielmente á servicio de Dios y del Rey, y al provecho de los indios y españoles, conforme á las leyes y fueros reales. Pizarro lo juró así, y dió fianzas dello ante Jerónimo de Aliaga. Protestaron del nombramiento y elecion los oidores Cepeda y Zá-

rate, diciendo cómo lo habian hecho de miedo, y asentáronlo en el libro de acuerdo. Tejada dijo que lo hacia de su voluntad, y no forzado; ca temió que lo matarian si contradecia, aunque sospecharon algunos que se hablaban con Pizarro, y que todo aquello era fingido.

Lo que Gonzalo Pizarro hizo en siendo gobernador.

Proveia oficios Gonzalo Pizarro y despachaba negocios por audiencia, en nombre del Rey; empero recelándose mucho de Cepeda, ca pensó que la prision del Virey fuese trato doble, pues ya estaba suelto, y hacia gente en Túmbez con el oidor Juan Alvarez, y porque Juan de Salas, el licenciado Niño y otros, por congraciarse, le decian cuán mañoso, entendido y animoso era, y que lo prenderia ó mataria cuando menos pensase, ca por eso sustentó la gente de guerra y procuró darle batalla; y así, dicen que entendia mejor que todos los del Perú la guerra y gobernacion. Dicen tambien cómo Francisco de Carabajal, que gobernaba al Gobernador y otros capitanes del ejército, trataron de matar los oidores, y nombradamente á Cepeda, temiendo que, ó los mataria ó desprivaria si tuviese cabida con el gobernador. Pizarro dijo que tenia por amigo á Cepeda, y que los otros no eran para nada; pero que lo tentasen, preguntándole algo en la consulta de lo que á él y á ellos tocase, y si respondiese á su gusto que se fiasen dél, y si no, que le matasen. Fué Cepeda avisado desto por Cristóbal de Vargas, regidor de Lima, y por don Antonio de Ribera, cuñado y alférez de Pizarro; y hablaba en las consultas tan á favor dellos, que luego ganó la gracia del Gobernador, y vino después á mandarlo todo y á tenerlos debajo el pié, y tener ciento y cincuenta mil ducados de renta. No se daba Pizarro buena maña en contentar la gente, y así se le huyeron en un barco Iñigo Cardo, Pero Anton, Pero Vello, Juan de Rosas y otros, y se fueron al Virey, que hacia gente en Túmbez, y hubo sobre ello algun bullicio, y Francisco de Carabajal ahogó al capitan Diego de Gumiel en su casa una noche, y lo sacó después á degollar á la picota, diciendo que con aquello escarmentaria, y lo colgó con un título á los piés, por amotinador. Paresce que habia hablado libremente contra el Gobernador y maestro de campo, y reprehendido á un soldado que entrando en los Reyes matara á un señor indio con arcabuz por su pasatiempo, el cual miraba la entrada de Pizarro en una ventana de Diego de Agüero. Tomó Pizarro cuarenta mil ducados de la caja del Rey, con acuerdo de los oidores, oficiales y capitanes, para pagar los soldados, diciendo que los pagaria de sus rentas, y que lo hacia tambien por tenerlos sujectos, pues metian prendas, votando que los tomase y diese para contra el Rey. Tambien dicen que repartió un empréstido entre los que tenian indios para sustentacion del ejército; proveyó á muchos, de quien se confiaba, por sus tenientes, como fueron Alonso de Toro al Cuzco, Francisco de Almendras á los Charcas, Pedro de Fuentes á Arequipa, Hernando de Albarado á Trujillo, Jerónimo de Villegas á Piura, Gonzalo Diez al Quito, y otros á otras villas; muchos de los cuales hicieron por el camino robos y muertes. Armó el navío do estaba preso Vaca de Castro, para enviar á Túmbez contra el Virey; mas Vaca de Castro se fué con él á Panamá, enviando á decir á Pizarro con un Hurtado, cuán mal lo habia hecho en hacerse gobernador, y en descoyuntar con tormentos á sus criados Bobadilla y Perez, por saber del tesoro que no habia. Sacó tambien Pizarro poderes de todos los cabildos para el doctor Tejada y Francisco Maldonado, que los escogió por sus procuradores para enviar al Emperador sobre la revocacion de las ordenanzas, y por confirmacion del oficio de gobernador, y á informar á su majestad cómo todo lo sucedido en aquellos reinos fuera culpa del Virey.

De cómo Blasco Nuñez se libró de la prision, y lo que tras ello hizo.

El oidor Juan Alvarez, que, como dicho queda, tomó encargo de llevar preso á España al Virey, lo soltó en Guaura, juntamente con Vela Nuñez y Diego de Cueto, por perdon que le dió, por ganar mercedes del Rey y porque ya estaba rico. Pensó ganar con él como con cabeza de lobo, y aun Blasco de Nuñez pensó que lo tenia todo hecho en verse puesto en libertad; mas después se arrepintió muchas veces, diciendo que Juan Alvarez lo habia destruido en soltalle; que si lo llevara á España, el Emperador se tuviera por muy bien servido dél, y el Perú quedara en paz; porque Cepeda se aviniera con Pizarro de otra manera que se avino, si el Virey no se soltara, y Pizarro estuviera por el Rey si el Virey se fuera á España; de manera que á todos hizo mal la libertad del Virey, y mas á él mesmo que á otro.. y luego á Juan Alvarez, que murió por ello. El daño vióse por el suceso; que la intencion y principio buenos fueron. Fuése pues Blasco Nuñez, como estaba suelto, á Túmbez, donde hizo gente y audiencia, llamando los pueblos comarcanos. Tomó todo el dinero del Rey y de mercaderes que pudo, en Túmbez, Puerto-Viejo, Piura, Guayaquil y otros. Envió á Vela Nuñez por dineros á Chira; el cual se hubo mal en el camino, y aborcó un soldado bracamoro dicho Argüello. Envió á Juan de Guzman por su gente y caballos á Panamá; despachó á Diego Alvarez Cueto á España con una muy larga carta para el Emperador, de cuanto le habia sucedido hasta entonces con los oidores y con Gonzalo Pizarro, y con los otros españoles que perseguido le habian. Muchos acudieron á Túmbez á la fama de la libertad y ejército del Virey, y otros á su llamamiento. Vino Diego de Ocampo con muchos de Quito, don Alonso de Montemayor con los que se huyeron de Pizarro, y Gonzalo Pereira con los que estaban en los Bracamoros, al cual saltearon una noche Jerónimo de Villegas, Gonzalo Diez de Pinera y Hernando de Albarado, y lo ahorcaron, tomando los de Bracamoros que venian al Virey, y en Túmbez comenzaron á temer con esto. Sobrevino Hernando Bachicao por mar, y acometiólos con mas ánimo que gente, por lo cual huyó de allí Blasco Nuñez, y aun por desconfiar de los que con él estaban; ca ciertos dellos le hacian y hicieron tratos dobles con Pizarro. Llegó á Quito Blasco Nuñez muy fatigado porque no hallara de comer en mas de cien leguas que hay de Túmbez allá; pero fué bien recebido y proveido de dineros, armas y caballos; por lo cual prometió de no ejecutar

las ordenanzas. Hizo arcabuces y pólvora, envió por Sebastian de Benalcázar y por Juan Cabrera, que trajeron muchos españoles; por manera que allegó en poco tiempo mas de cuatrocientos españoles y muchos caballos. Hizo general á Vela Nuñez, capitanes de caballo á Diego de Ocampo y á don Alonso de Montemayor, y de peones á Juan Perez de Guevara, Jerónimo de la Serna y Francisco Hernandez de Aldana, y maestre de campo á Rodrigo de Ocampo. Llegaron en aquesto á Quito ciertos soldados de Pizarro, que dijeron cómo estaba muy malquisto de todos los de Lima, y que si el Virey fuese allá se le pasarian los mas del ejército; y á la verdad ello fué así al principio que entró en la gobernacion; mas entonces era muy al contrario. Blasco Nuñez lo creyó, y queriendo probar ventura, caminó para los Reyes á grandes jornadas. Supo cómo en la sierra de Piura estaban Jerónimo de Villegas, Hernando de Albarado y Gonzalo Diez, capitanes de Pizarro, con mucha gente, mas no junta. Fué callando, amaneció sobre ellos, y como los tomó á sobresalto, desbaratólos fácilmente. Usó de clemencia con los soldados por cobrar fama y amor, ca les volvió su ropa, armas y caballos, con tal que le ayudasen. Quedó Blasco Nuñez con este vencimiento muy ufano, y los suyos muy soberbios; que así es la guerra. Entró en San Miguel, hizo justicia de algunos pizarristas; que de los suyos no osó, aunque saquearon el lugar; reparó las armas, haciendo algunas de cuero de bueyes, y acrecentó su gente de tal manera que pudiera defenderse del contrario, y aun ofenderle.

Lo que Hernando Bachicao hizo por la mar.

No se hallaba seguro Gonzalo Pizarro con saber que Blasco Nuñez Vela estaba suelto, y juntaba gente y armas en Túmbez, y para se asegurar de la Audiencia, que siempre la temia, pensó cómo la deshacer, y deshízola con enviar á España, so color de su procuracion, al dotor Alison de Tejada, y porque fuese dióle cinco mil y quinientos castellanos en rieles de oro y pedazos de plata, y el repartimiento de Mesa, vecino del Cuzco, que con Blasco Nuñez estaba. Casó á su hermano de madre, Blas de Soto, con doña Ana de Salazar, hija del licenciado Zárate, por tenerlo de su mano; aunque por via de temor poco caso hacia dél, que andaba muy malo. A Cepeda traíale consigo. Quiso tambien Pizarro señorear la mar por asegurar la tierra; y como no tenia naos ni las habia, armó dos bergantines con cincuenta buenos soldados, é hizo capitan dellos á Hernando Bachicao, hombre de gentil denuedo y apariencia, que lo escogieran entre mil para cualquiera afrenta; pero cobarde como libre; y así, solia él decir: «Ladrar, pese á tal, y no morder.» Era hombre bajo, mal acostumbrado, rufian, presuntuoso, renegador, y que se habia encomendado al diablo, segun él mismo decia; gran allegador de gente baja y mayor amotinador; buen ladron por su persona, con otros, así de amigos como de enemigos, y nunca entró en batalla que no huyese. Tal lo pintan á Bachicao; pero él hizo una jornada por mar, de animoso capitan; porque, partiendo de Lima con dos bergantines y cincuenta compañeros, entró en Panamá con veintiocho navíos, cuatrocientos soldados. De Lima fué Bachicao á Trujillo, y allí tomó y robó tres navíos. En Túmbez salió á tierra con cien hombres, y tan denodadamente, que hizo huir al virey Blasco Nuñez Vela, que tenia doblada gente y mejor armada: muchas veces quien acomete, vence. Pensó el Virey que traia Bachicao trecientos soldados, y no se confiaba de algunos que consigo tenia, y que después castigó de muerte. Robó el pueblo y no mató á nadie; pero dicen que llevaba mandamiento de matar al Virey. Tomó luego siete mil y ochocientos pesos de oro á Alonso de Sant Pedro, natural de Medellin. Tomó después una nao, y prendió á Bartolomé Perez, capitan della por el Virey. Hubo en Guayaquil la ropa del licenciado Juan Alvarez, ya que á él no pudo, por huir á uña de caballo. En Puerto-Viejo tomó los navíos que habia, saqueó el lugar, soltó á Joan de Olmos y á sus hermanos, prendió á Santillana, teniente del Virey, afrentaba á quien no le daba obediencia y comida; iba tan soberbio, que temblaban dél do quiera que llegaba. En Panamá hubo gran miedo de Bachicao, porque Juan de Llanes, que fué huyendo dél, contó sus maldades, aunque no las sabia todas. Juan de Guzman, que hacia gente para el Virey, y otros muchos, no lo querian acoger en el puerto. Los vecinos y mercaderes no se querian poner en armas por no perder las mercaderías que allí y en el Perú tenian. Estando en esto, envióles á decir Bachicao que no iba mas de á poner allí los procuradores del Perú que pasaban al Emperador, y que luego se volveria sin les hacer daño ni enojo. Pedro de Casaos, que gobernaba la ciudad, dijo que no debian impedir el paso á los embajadores ni dar ocasion que hubiese guerra ni muertes de hombres; y así, se salieron Juan de Guzman en un bergantin, y Juan de Llanes en su nao, viendo cerca á Bachicao, el cual entró en el puerto con seis ó siete naos, llevando colgado de una antena á Pedro Gallego, de Sevilla, porque no amainó las velas de su nao á *viva Pizarro*, y aun mató dos hombres combatiendo aquella nao. Apoderóse de mas de veinte navíos que alli estaban; huyeron muchos vecinos viendo tales principios; echó en tierra sus soldados, y entró en Panamá en ordenanza con son de atambores, pífaros y chirimías, y tirando arcabuces por alto, y aun uno pasó el brazo á Francisco de Torres, que los miraba de su ventana. Apañó luego la artillería, y atrajo los soldados que Juan de Guzman hacia, dándoles de comer á costa del pueblo, y ofreciéndoles pasaje franco al Perú, y así tuvo en breve mas de cuatrocientos soldados y veinte y ocho navíos. Tomaba los dineros y ropa que se le antojaba á los vecinos y mercaderes; vendia licencias para ir al Perú, comia á discrecion; en fin, hacia como capitan de tiranía. El dotor Tejada, que á todo esto fué presente, y Francisco Maldonado, se fueron al Nombre de Dios, y luego á España; mas el dotor se murió antes de llegar á ella. Visto cuán disoluto y dañoso andaba Bachicao, trataron muchos de matarle. Adelantóse Bartolomé Perez por ganar la honra, ó porque lo habia querido ahorcar en Túmbez, y conjuróse con el capitan Antonio Hernandez y con el alférez Cajero, los cuales, no se atreviendo, requirieron á un Marmolejo, que descubrió el secreto. Bachicao, desque lo supo, degollólos á todos tres el mesmo dia que matarlo querian, y degollara á Luis de Torres, á don Pedro de Cabrera, á Cristóbal de Peña, á Her-

nando Mejía y á otros que los hallaba culpados, si no huyeran. Con tanto se volvió Bachicao para el Perú en cabo de cuatro meses, que á costa y daño de los vecinos estuvo en Panamá. Desembarcó en Guayaquil con cuatrocientos hombres, por carta que de Pizarro tuvo para ir contra el Virey.

De cómo Gonzalo Pizarro corrió á Blasco Nuñez Vela.

Determinó Gonzalo Pizarro, después de partido Bachicao, de ir contra el Virey; ca le iba su vida en la muerte ó destierro de Blasco Núñez. Puso tenientes en todos los pueblos que tuviesen la tierra por él; dijo á los mas principales de cada lugar que le siguiesen, por meterlos en la culpa; y así, fueron con él Pedro de Hinojosa, Cristóbal Pizarro, Juan de Acosta, Pablo de Meneses, Orellana y otros vecinos de los Charcas. De Guamanga, Vasco Xuarez, Garci Martinez, Garay y Sosa. De Arequipa, Lúcas Martinez con otros. Del Cuzco, Diego Maldonado el Rico, Pedro de los Rios, Francisco de Carabajal, que era maestre de campo, Garcilaso de la Vega, Martin de Robles, Juan de Silvera, Benito de Carabajal, García Herrezuelo, Juan Diez, Antonio de Quiñones, Porras, y otros muchos. De Lima, Guanuco, Chachapoyas y otros pueblos fueron los mas vecinos. Vino á los Reyes Pedro Nuñez, un fraile buen arcabucero, de quien ya en otra parte hablamos, que solicitaba el bando de Pizarro, con la nueva del desbarato que habian hecho Hernando de Albarado, Gonzalo Diez, Hierónimo de Villegas, de la gente de los Bracamoros que llevaba Gonzalo Pereira al Virey; por lo cual se partió luego Pizarro, dejando en Lima por su lugarteniente á Lorenzo de Aldana. Fué por mar hasta Santa Marta en un bergantin con los licenciados Cepeda, Niño, Leon, Carabajal y bachiller Guevara, y con Pedro de Hinojosa, Blasco de Soto y otros criados suyos. El mesmo dia que llegó á Trujillo llegó tambien Diego Vazquez, natural de Avila, con la nueva que Blasco Nuñez desbaratara á Gonzalo Diez, Hernando de Albarado y Hierónimo de Villegas cerca de Piura, y se tomara la mas gente, y que habian muerto Gonzalo Diez de hambre por huir, y Albarado á manos de indios. Pesóle mucho desto á Pizarro, por las fuerzas que iba cobrando el Virey. Llamó á consejo sus letrados y capitanes sobre lo que hacer debia, y determinaron ir al Virey, que estaba en Sant Miguel, con los pocos que eran, y porque no fuesen sentidos, enviaron al capitan Juan Alonso Palomino con doce buenos soldados á tomar el camino. Hubo muchos hombres ricos que de miedo dijeron cómo era locura ir sobre Blasco Nuñez con tan poca gente, y que enviasen primero por Bachicao; mas como llegase á otro dia Francisco de Carabajal, y confirmase lo acordado, salieron de Trujillo. En Colbique se les juntaron Gomez de Albarado y Juan de Saavedra con los que traian de Guanuco, Levanto y Chachapoyas; de Motupe envió Pizarro á Juan de Acosta con veinte y cuatro de caballo, hombres de confianza, por el camino de los Xuagueyes, que es el real, pero sin agua; y él con todo el campo fué por Cerran, que es otro camino para ir á Piura, mas á la sierra, á fin que Blasco Nuñez acudiese á Joan de Acosta, pensando que iba por allí todo el ejército; mas deshízole su ardid un yanacona de Joan Rubio que iba con Joan de Acosta; ca fué preso de los contrarios yéndose á Piura, su naturaleza, y dijo lo que hacia Pizarro. Blasco Nuñez tuvo miedo de que lo supo, y huyó al Quito por el camino de Caxas. Salieron á él los de Sant Miguel, que andaban por los montes, y tomáronle gran parte del bagaje, diciendo que se pagaban del saco. Pizarro dijo luego aquella tarde á Francisco de Carabajal, delante Hinojosa y Cepeda, cómo queria enviar á Joan de Acosta con ochenta buenos arcabuceros tras el Virey, que le dijese su parecer. El respondió que le parescia tan bien, que lo habia querido hacer él; y preguntado cómo lo pensaba hacer, dijo: «¿A mí me lo dice vuestra señoría? (que era su manera de hablar). Yo los tomaré á todos como en red barredera.» Díjole Pizarro entonces que tenia ganado el juego si lo alcanzaba; por tanto, que caminase toda la noche; ca si hallaba sin centinelas á los enemigos, podia matar cuantos quisiese; y si en la sierra, que los entretuviese por aquellos estrechos pasos hasta el dia, que todo el campo seria con él. Fué pues Carabajal con mas de cincuenta de caballo, y alcanzó los enemigos, tres horas de noche, durmiendo tan descuidadamente, que certísimo los mataba y prendia si quisiera. Mas él no queria acabar la guerra, sino sustentarla, por tener mando y señorío. Tocó arma con un trompeta que llevaba, contra el parecer de los suyos, que alancearlos querian viéndolos adormidos. Blasco Nuñez sintió el negocio, diciendo que Carabajal usaba de maña, y como valiente hombre, se puso á la defensa, tomando, á par de sí, á su primo Sancho Sanchez de Avila y á Figueroa de Zamora, que eran muy esforzados; mas viendo ciar los contrarios, se fué á su paso y órden. Carabajal, que lo vió ido, prendió ciertos del Virey, ahorcó algunos, y esperó al ejército. Estuvieron tan mal con él porque no peleó con Blasco Nuñez, Pizarro y todos, que le mandaban cortar la cabeza; y se la cortaran, sino por Cepeda y Benito de Carabajal, que se les encomendó. Pizarro mandó seguir el Virey al licenciado Carabajal con docientos hombres, por serle tan enemigo, que haria el deber. El licenciado fué muy alegre dello, así por tornar en gracia de Pizarro, como por ir á vengar la muerte del fator su hermano, ca le quitara el repartimiento de indios, y le pusiera la soga á la garganta, mandándole confesar. Pidió á Francisco de Carabajal un escogido puñal que tenia, juró si alcanzaba al Virey de matarlo con él. Caminó mucho, y antes de Atabaca, que son catorce leguas desde Caxas y de áspero camino, tomó mucha gente del Virey, y él se le escapó con hasta setenta, muchos de los cuales le siguieron por miedo de Pizarro, y no por amor del Rey; siendo de los de Chili y de los renegados que llamaban. El maestre de campo Carabajal, que iba con el licenciado, ahorcó en Ayabaca á Montoya, que traia cartas del Virey á Pizarro; á Rafael Vela, mulato, pariente de Blasco Nuñez, y á otros tres vecinos de Puerto-Viejo y de allí. Leyó Pizarro las cartas del Virey públicamente, y contenian que le pagase lo que habia gastado suyo y del Rey y de particulares en las guerras, y que se iria á España; de lo cual, ó por otras cosas que dirian, se enojó, y mandó matar al Montoya, y envió tras Blasco Nuñez á Juan de Acosta, con sesenta compañeros de

caballo á la ligera, porque aguijasen. El Virey anduvo lo posible hasta Tumebamba con tanto trabajo y hambre cuanto miedo; alanceó á Jerónimo de la Serna y á Gaspar Gil, sus capitanes, sospechando que se carteaban con Pizarro, y diz que no hacian; á lo menos Pizarro nunca recibió carta dellos entonces. Hizo tambien matar á estocadas, por la mesma sospecha, á Rodrigo de Ocampo, su maestre de campo, que no le tenia culpa, segun todos decian, y que no se lo merecia, habiéndole sustentado y seguido. Llegado á Quito, mandó al licenciado Alvarez que ahorcase á Gomez Estacio y Alvaro de Carabajal, vecinos de Guayaquil, porque conjuraron de matarle, y de hecho lo mataran, que eran valientes y osados y no les faltaba favor, sino que manifestó la traicion Sarmiento, cuñado del Gomez, y sin esto, merecia cualquiera castigo, ca en Túmbez se fué á Bachicao, y viendo la poca y ruin gente que traia, se volvió al Virey con achaque que iba por sus caballos. Supo luego el Virey cómo Bachicao se habia juntado con Pizarro en Muliambato, y que caminaban al Quito á perseguirle, y fuése á Pasto, cuarenta ó mas leguas de Quito, que es en la provincia de Popayan, pensando que no irian mas tras él. Pizarro fué tambien á Pasto con su ejército; mas cuando llegó era ido Blasco Nuñez á Pompayan casi sin gente. Envió en seguimiento dél al licenciado Carabajal, aunque deseó ir Francisco de Carabajal por enmendar lo de la otra vez; mas el licenciado se volvió presto con algunos hombres y ganado, que tomó al Virey; y con tanto se volvió Pizarro al Quito, habiendo corrido á Blasco Nuñez de todo el Perú. Quiso tambien matar entonces el Virey un Olivera, que habia sido su paje, y aun por mandado de Pizarro (segun la fama); el cual no siendo cuerdo ni aun valiente, se descubrió á Diego de Ocampo para que le ayudase, con decir que así vengaria la muerte de su tio Rodrigo de Ocampo. El Virey lo mandó matar, por mas que prometia de matar él á Gonzalo Pizarro.

Lo que hizo Pedro de Hinojosa con el armada.

Eran tantas las quejas que daban á Pizarro sobre los agravios y robos de Bachicao, que se determinó en consejo que fuese otro capitan hombre de bien á pagarlos, ó en la mesma ropa ó en dineros del mesmo Pizarro. Llamaban de Pizarro todo lo que tenia entonces. Hubo dificultad y negociacion sobre quién iria; ca Pizarro y los mas querian que fuese Pedro de Hinojosa, hombre de bien y valiente; Francisco de Carabajal y Guevara, capitan de arcabuceros, Bachicao, que tenia las voluntades de la mayor parte de ejército, y otras principales personas querian que volviese el mesmo Bachicao; así que, Pizarro no todas veces hacia lo que queria, sino lo que podia. Habló á Martin de Robles y á Pedro de Puelles, que mal estaban con Carabajal y Bachicao porque llevaban tras sí los mas soldados, para que hiciesen, juntamente con Cepeda, en la consulta, que Bachicao no fuese. Cepeda, teniendo palabra dellos que serian con él, dijo muchas razones por do no cumplia que volviese Bachicao, sino Hinojosa; y así, lo eligieron. Bachicao, que á todo fué presente, calló; Carabajal replicó, pero no prevaleció. Tomó Pedro de Hinojosa la armada para ir á Panamá y pagar buenamente lo que Bachicao tomara, y para no dejar juntar un navío con otro en toda aquella costa; ya tenian por cierto, como era, que siendo señor del mar, señorearia la tierra. Llegando á Buenaventura, prendió á Vela Nuñez, que hacia gente para su hermano, y á otros muchos, y cobró un hijo de Gonzalo Pizarro que allí tenian, y veinte mil castellanos, con que compraban caballos y armas para el Virey. Antes de llegar á Panamá escribió al cabildo con Rodrigo de Carabajal la intencion que llevaba; mas no le creyeron, y Joan de Llanes, Joan Fernandez de Rebolledo, Joan Vendrell, catalan; Baltasar Diez, Arias de Acebedo y Muñoz de Ávila, vecinos de la ciudad, llamaron á Pedro de Casaos que trajese gente del Nombre de Dios, donde estaba; el cual vino y se puso á la defensa con los que trajo y con los que allí habia; y respondieron que, hostigados de Bachicao, no le querian recebir con toda la gente y flota; mas que, dejando los navíos en Taboga, isla, y viniendo con solos cuarenta hombres que bastaban para compañía, lo recibirian y hospedarian en tanto que pagaba los robos de Bachicao. El, no aceptando tal condicion, tomó los navíos del puerto, y requirió á los de la ciudad con un fraile, que lo acogiesen de paz, pues no venia á les hacer mal, sino bien. Ellos, no fiándose del fraile, pidieron caballeros y hombres honrados con quien tratar el negocio: él les envió á Pablo de Meneses y al mesmo Rodrigo de Carabajal; mas antojándosele que tardaban, caminó para la ciudad, topólos; y como le dijeron que los de Panamá en armas estaban, desembarcó una legua de la ciudad, sacó la gente á tierra, caminó con ella en escuadron, llevando cerca las barcas con artillería. Pedro de Casaos, Juan de Llanes y otros capitanes sacaron su gente y artillería hácia Hinojosa. Como á vista unos de otros llegaron, se ordenaron todos á la batalla; los de Panamá eran mas personas; los de la flota mas arcabuceros, y tenian ventaja en el sitio y barcas: ya los escuadrones querian arremeter, cuando don Pedro de Cabrera y Andrés de Areiza, diciendo: «Paz, paz,» fueron á demandar treguas al Hinojosa para entre tanto dar un buen corte en aquel negocio, y concertaron con él que enviase toda la flota y gente á Taboga, y entrase con cincuenta compañeros en la ciudad. El lo hizo así, y otro dia entró, con placer de todos, y comenzó á entender á lo que iba: envió á Lima presos á Vela Nuñez, Rodrigo Mejía, Lerma, Saavedra, que después degolló Pizarro; hacia ó decia cosas por donde los soldados de la ciudad se fueron á Taboga. Llanes se le quejó dello; y viendo que todos acostaban al bando de Pizarro, entregó las armas, municion y artillería que tenia, al cabildo y al dotor Ribera, juez de residencia, y fuése á Santa Marta con algunos que seguirle quisieron. Estaba entonces en Nicaragua Melchor Verdugo haciendo gente para Blasco Nuñez, el cual habia tomado dineros y un navío á los de Trujillo, con mandamiento del Virey; é ido allí Hinojosa, por ser contra Pizarro, envió allá á Joan Alonso Palomino con una nao bien armada de hombres y tiros, para echar á fondo los navíos de Nicaragua, si no quisiesen dársele. Palomino fué y tomó los navíos que halló, y volvióse; Verdugo metió en ciertas barcas ochenta españoles, y fuése por el desaguadero

de la laguna al Nombre de Dios, con propósito de dañar por allí el partido de Pizarro y de Francisco de Carabajal, que mal queria; entró casi sin que lo viesen, cercó y puso fuego á las casas de Hernando Mejía y de su suegro don Pedro de Cabrera, que allí estaban con gente por Hinojosa y Pizarro : ellos huyeron á Panamá, y él se apoderó del lugar y hizo lo que quiso con trecientos soldados que juntó. Quejáronse los vecinos del Nombre de Dios al dotor Ribera de los daños, costa y agravios que Verdugo les hacia en su jurisdicion : él pidió favor á Hinojosa para lo castigar; Hinojosa le dió ciento é cuarenta arcabuceros, y se fué con él : tomaron las escuchas de Verdugo, y sabiendo cuán pujante y fuerte estaba, lo requirió el dotor que se fuese de allí, haciendo primero enmienda de los daños y gastos hechos; y como le respondió soberbiamente, arremetieron á ellos arcabuceros de Hinojosa, y retrajéronlo á la mar, donde tenia una nao y barcos á tierra pegados, hiriendo y matando. Verdugo, aunque peleó bien con sus trecientos hombres, se metió en la nao é huyó; Hinojosa dejó allí á don Pedro de Cabrera y á Hernan Mejía como antes los tenia, y volvióse á Panamá.

Robos y crueldades de Francisco de Carabajal con los del bando del Rey.

Lope de Mendoza, enojado porque le habian quitado su repartimiento, empuso á Diego Centeno, de Ciudad-Rodrigo, alcalde de la villa de la Plata, en que matasen á Francisco de Almendras, teniente de Pizarro, y se alzasen por el Rey. Centeno, que muy contento se estaba, vino en ello por no ser notado de traidor y cobarde; ca era valiente hombre, y juntó en su casa secretamente á Lope de Mendoza, Luis de Leon, Diego de Rivadeneyra, Alonso Perez de Esquivel, Luis Perdomo, Francisco Negral, y otros cuatro ó cinco, y díjoles que queria matar á Francisco de Almendras, que habia quitado los repartimientos á muchos y muerto á don Gomez de Luna, y alzarse por el Rey con aquella villa y tierra : ellos, loando la determinacion, respondieron que le ayudarian; él entonces se fué con Lope de Mendoza, que le habia puesto en aquello, á casa del Francisco de Almendras, su vecino y amigo; díjole que habia sabido cómo el Virey tenia preso á Gonzalo Pizarro en el Quito; y como se turbó con la nueva, abrazóse con él diciendo : «Sed preso.» Sobrevinieron sus diez compañeros, é degolláronlo, con un criado suyo y con otros que loaran la prision del Virey; pusieron la justicia y bandera por el Emperador, é hicieron capitan general á Diego Centeno; el cual convocó gente de guerra, dióle paga de su hacienda y de la del Rey, tomó por maestro de campo á Lope de Mendoza y por sargento á Hernan Nuñez de Segura; pregonó guerra contra Pizarro, y caminó para el Cuzco con docientos españoles á caballo y á pié, pensando hacer allí otro tanto; mas como salió á él Alonso de Toro, teniente del Cuzco por Pizarro, con trecientos hombres, dió la vuelta, y como le dejaron por ella los soldados, metióse á las montañas, no osando parar en los Charcas. Alonso de Toro lo siguió, robó los Charcas, puso en la Plata con gente á Alonso de Mendoza, y tornóse al Cuzco, donde ahorcó á Luis Alvarez y degolló á Martin de Candía porque hablaban mal de Pizarro. Diego Centeno, des que lo supo, volvió sobre la Plata, rogó á Alonso de Mendoza que, pues era caballero, siguiese al Rey; y como no lo quiso escuchar, ganó la villa, reformó el pueblo, rehizo el ejército, púsose en campo. Alonso de Mendoza se retiró con treinta hombres casi cien leguas sin perder un hombre. Es Alonso de Mendoza uno de los señalados hombres de guerra que hay en el Perú, con quien ninguna comparacion tenia Centeno ni Carabajal. Sabiendo Gonzalo Pizarro la muerte de Francisco de Almendras y alzamiento de Centeno, por carta de Alonso de Toro, que trujo Machin de Vergara, envió del Quito á la Plata, que hay quinientas leguas, á Francisco de Carabajal con gente á castigar á Centeno y á los otros que contra él se habian mostrado. Carabajal fué robando la tierra so color de pagar su gente y los gastos de Pizarro hechos contra Blasco Nuñez; ahorcó en Guamanga cuatro españoles sin culpa, y en el Cuzco cinco, entre los cuales fueron Diego de Narvaez, Hernando de Aldana y Gregorio Setiel, hombres riquísimos y honrados; tomóles sus repartimientos, diólos á sus soldados, y caminó para Centeno, publicando que no le queria hacer mal, sino reducirlo en gracia de Pizarro. Centeno rehusó su vista y habla; dejó en Chaian, donde tenia el real, á Lope de Mendoza con la infantería, y salióle al camino con ciento de caballo; dió sobre Carabajal una noche apellidando al Rey, ca pensaba que se le pasarian muchos oyendo aquella voz, entre tanto que decian : «¡Arma, arma!» empero ninguno se le pasó. Trabó una escaramuza, como fué salido el sol, por el mesmo efeto; mas como los vió tan firmes, tornóse á Chaian, desconfiado de poder guardar la tierra por el Rey. Carabajal corrió tras él, desbaratóle y siguióle hasta Arequipa, que hay ochenta leguas, ahorcó en el alcance doce españoles, y los mas sin confesion. Diego Centeno, aunque iba huyendo, levantaba la tierra contra Pizarro, diciendo que se guardasen del cruel Carabajal; hizo escrebir á don Martin de Utrera una carta para el Cuzco, en que decia cómo Diego Centeno habia muerto á Francisco de Carabajal, y que iba sobre ellos. Alonso de Toro creyó la carta, por ser vecino de aquella ciudad el don Martin, y huyó dende con los mas que pudo; pero luego tornó, sabida la verdad, y ahorcó á Martin de Salas, que alzó banderas por el Rey, y á Martin Manzano, Hernando Diez, Martin Fernandez, Baptista el Galan, y Sotomayor, y otros que mostrado se habian contra Pizarro. De que Centeno tan perseguido se vió de Carabajal, y con no mas de cincuenta compañeros, envió los quince con Diego de Rivadeneyra por un navío en que salvarse; mas no le dió tanto vagar su enemigo; y como se vido perdido y casi en las manos de Carabajal, lloró con sus treinta compañeros la desventura del tiempo; abrazólos, y rogándoles que se guardasen del tirano, se partió dellos, y se fué á esconder con un su criado y con Luis de Ribera á unos lugares de indios que tenia Cornejo, vecino de Arequipa : cada uno echó por do mejor le pareció, temiendo morir presto á cuchillo ó hambre. Lope de Mendoza se fué con doce ó quince dellos á unos pueblos suyos, juntó hasta cuarenta españoles; y que-

riendo meterse con ellos en los Andes, que son asperísimas sierras, supo de Nicolás de Heredia, que venia con ciento y cuarenta hombres, de la entrada que hicieron Diego de Rojas y Felipe Gutierrez el rio de la Plata abajo en tiempo de Vaca de Castro, y juntóse con él, y entrambos se hicieron fuertes y á una contra los pizarristas. Carabajal fué con sus cuatrocientos soldados en sabiéndolo, y púsose á vista como en cerco. Lope de Mendoza, confiando en muchos caballos que tenia, dejó el lugar fuerte, por ser áspero ó porque no le cercasen y tomasen por hambre, y asentó real en un llano. Carabajal, con un ardid que hizo, se metió en la fortaleza, escarnesciendo la ignorancia de los enemigos. Lope de Mendoza, queriendo enmendar aquel error, con osadía acometió la fortaleza luego aquella noche con los peones por una puerta, y Heredia por otra con los caballos: los de pié entraron gentilmente y pelearon matando y muriendo; los de caballo no atinaron á la puerta con la gran escuridad de la noche, y convinoles retirar y huir. Carabajal fué herido de arcabuz en una nalga malamente; mas ni lo dijo ni se quejó hasta vencer y echar fuera los enemigos: curóse y corrió tras ellos; alcanzólos á cinco leguas, orillas de un gran rio; y como estaban cansados y adormidos, desbaratólos fácilmente; prendió muchos, ahorcó hartos, y degolló al Lope de Mendoza y á Nicolás de Heredia; despojó los Charcas, saqueó la Plata, ahorcando y descuartizando en ella nueve ó diez españoles de Lope de Mendoza que halló allí; fué á Arequipa, robóla y ahorcó otros cuatro; caminó luego al Cuzco, y ahorcó otros tantos. Hacia tantas crueldades y bellaquerías, que nadie osaba contradecirle ni parecer delante.

La batalla en que murió Blasco Nuñez Vela.

Después de lanzado el Virey, y despachados Hinojosa á Panamá y Carabajal contra Centeno, se estuvo Gonzalo Pizarro en Quito, festejando damas y cazando, y aun dijeron que matara un español por gozar de su mujer; y Francisco de Carabajal le dijo, á la que se partia, que se hiciese y llamase rey si queria bien librar, ó porque siempre fué deste consejo, ó por soldar la quiebra de no acabar al Virey en Caxas: tomó aviso de lo que Blasco Nuñez hacia en Popayan, y procuró de engañarlo, y engañólo desta manera: tomó los caminos para que nadie pasase á él sino por su mano, publicó que se volvia á Lima, y porque lo creyesen en Popayan, hizo á unas mujeres de Quito escrebir á sus maridos, que allá estaban, cómo era vuelto. Esto negoció Puelles, que por ausencia de Carabajal era maestre de campo. Lo mesmo escribió una espía del Virey, que tomaron por dádivas y por miedo. Blasco Nuñez creyó, por las muchas cartas, que Pizarro era vuelto á lo de Centeno, considerando la razon que habia para no dejar la riqueza y grandeza del Perú en aquellas alteraciones, por guardar la frontera de Quito. Habia llegado Blasco Nuñez á Popayan muy destrozado, y aun en el camino se comiera ciertas yeguas por hambre. Maldijo la hora que al Perú viniera y los hombres que halló en él, tan corajudos y desleales. Queria vengar su saña, y no tenia posibilidad; sintia mucho la prision de su hermano Vela Nuñez, y pérdida de los veinte mil castellanos que Hinojosa tomara. No confiaba de todos los que tenia; pero no perdia esperanza de prevalecer en el Perú, entrando en Quito y después en Trujillo; y así, como creyó que Pizarro se habia tornado á los Reyes, se aderezó para entrar al Quito con hasta cuatrocientos españoles, que bastaban para trecientos que habia allá, segun decian; y por mucho que algunos se lo contradijeron, no quiso otra mayor certidumbre, ca el tiempo descubre los secretos. Estaba Joan Marqués en un su lugarejo con ciertos soldados, veinte y cuatro leguas de Quito; espiaba con sus indios á Blasco Nuñez, y avisaba á Pizarro cada dia. Nunca Blasco Nuñez supo de Pizarro, que fué grandísimo descuido, hasta Otavalo, nueve leguas de Quito, ó mas cerca, que se lo dijo Andrés Gomez, espía. Pizarro, dejando á Quito, se fué á poner real cuatro leguas de la ciudad, á par del rio Guailabamba, en lugar fortísimo, por seguridad, y por impedir ó vencer allí al enemigo. Blasco Nuñez entendió el intento, reconoció el sitio, hizo muestra de subir, mandando bajar al rio alguna gente; encendió muchos fuegos para desmentir los enemigos, y fuése á prima noche por lugares asperísimos y sin camino; anduvo toda la noche con gran diligencia, y á mediodía entró en Quito, que sin guarnicion estaba. Informado de la gente y fortaleza de Pizarro, temió él y su ejército. Aconsejábanle el adelantado Sebastian de Benalcázar, el oidor Juan Alvarez, y otros, que se entregase á Pizarro con ciertos buenos partidos. Blasco Nuñez, respondiendo que mas queria morir, y animando á los soldados, fué contra Pizarro con mas ánimo que prudencia; ca si en Quito se fortificara, se defendiera, á lo que dicen; pero él no queria que le cercasen, por no ser preso y muerto, sino pelear en campo, por salvarse si vencido fuese; ordenó desta manera su gente: puso todos los peones en un escuadron, dejando algunos arcabuceros sobresalientes, que trabasen la escaramuza; y encomendólos á Juan Cabrera, su maestre de campo, y á los capitanes Sancho Sanchez de Avila, Francisco Hernandez de Cáceres, Pedro de Heredia, Rodrigo Nuñez de Bonilla, tesorero. Hizo de los caballos dos escuadrones: el mayor y mejor tomó él, y dió el otro á Cepeda de Plasencia, y á Benalcázar y á Bazan. Pizarro siguió aquella mesma órden, porque la reconoció primero. Tenia setecientos españoles; los docientos eran arcabuceros, y los ciento y cuarenta de caballo: puso á la mano izquierda, delante, á Guevara con sus arcabuceros, y luego los piqueros, tras quien iba el licenciado Cepeda, Gomez de Albarado y Martin de Robles con hasta ciento de caballo, los mas principales de la hueste. Llevaron la mano derecha Juan de Acosta, con arcabuces, y tras él los piqueros, y al cabo el licenciado Carabajal, Diego de Urbina, Pedro de Puelles, que capitaneaban cada trece ó cada quince de caballo. Cubrió Pizarro por esta forma la caballería con las picas, que fué ardid, y estúvose quedo. Blasco Nuñez, que traia cólera, comenzó la pelea. Jugaron sus arcabuces los pizarristas, y mataron muchos contrarios, y entrellos á Juan de Cabrera, á Sancho Sanchez y al capitan Cepeda. Desatinaron con esto los de caballo, y juntáronse todos con el Virey, y juntos arremetieron al escuadron del licenciado Carabajal, y rompiéronlo, derribando algunos; y Blasco

Nuñez derrocó á Alonso de Montalvo, zamorano. Viendo esto arremetió á ellos el escuadron de Cepeda por detrás de su infanteria, y como los tomó de través, fácilmente los desbarató. Huyeron, viéndose perdidos; siguiéronlos Cepeda, Albarado y Robles, y no se les fué hombre dellos, si no fueron Iñigo Cardo y un Castellanos; mas después trajeron de Pasto al Castellanos y lo ahorcaron, y al Iñigo Cardo mató el licenciado Polo en los Charcas. Húbose Pizarro con los vencidos piadosamente; no mató sino á Pedro de Heredia, Pero Bello, Pero Anton, Iñigo Cardo, que lo dejaron por el Virey; fué tambien fama que dieron yerbas al oidor Juan Alvarez, con que murió. Desterró á cuantos pensaba que le serian contrarios, por no matarlos, como algunos se lo aconsejaron; y después se arrepintió. Soltó á los demás, y ayudó con armas y dineros á muchos, como fué Sebastian de Benalcázar, para volver á su gobernacion de Popayan, no mirando á lo que habia hecho contra su hermano Francisco Pizarro, que se le alzó; así que ni la batalla ni la vitoria fué cruel, ni murieron mas de cinco ó seis de los de Pizarro. Hernando de Torres, vecino de Arequipa, encontró y derrocó á Blasco Nuñez, y aun en el alcance, segun algunos, sin conocerlo; ca llevaba una camisa india sobre las armas. Llególe á confesar Herrera, confesor de Pizarro, como lo vió caido: preguntóle quién era, que tan poco lo conocia; díjole Blasco Núñez: «No os va en eso nada; haced vuestro oficio.» Temíase alguna crueldad. El caballo en que peleó tenia catorce clavos en cada herradura, por do pensaron muchos que quisiera huir viéndose desbaratado. Un soldado que fuera suyo lo conoció y lo dijo á Pedro de Puelles, y Puelles al licenciado Carabajal, para que se vengase. Carabajal mandó á un negro que le cortase la cabeza; porque Puelles no le dejó apear, diciendo ser bajeza; y el mesmo Puelles tomó la cabeza, y la llevó á la picota, mostrándola á todos. Dicen que le pelaron las barbas algunos capitanes, y las guardaron y trajeron por empresa. Pizarro mandó llevar á casa de Vasco Xuarez, que era de Avila, el cuerpo y la cabeza, como supo que estaba en la picota, y otro dia lo enterraron honradamente; y trajo luto Pizarro. Tambien pagaron después en dinero la muerte del Virey á sus hijos los que le mataron.

Lo que Blasco Nuñez dijo y escribió á los oidores.

Decia muchas veces Blasco Nuñez que le habian dado el Emperador y su consejo de Indias un mozo, un loco, un necio, un tonto por oidores, y que así lo habian hecho, como ellos eran. Mozo era Cepeda, y llamaba loco á Joan Alvarez, y necio á Tejada, que no sabia latin. Desde Panamá comenzaron á estar mal los oidores y el Virey sobre si era su superior ó no, y sobre la manera del proveer cosas de justicia y gobernacion, á causa que unas provisiones hablaban con presidente y oidores, y otras con solo el Virey. Trajo Joan Alvarez su amiga, que de Castilla llevaba, del Nombre de Dios á Panamá en hamaca, y enojóse del Virey porque se lo afeó. Libraron pleitos, soltaron y prendieron hombres, sin ser recebidos por oidores; y Joan Alvarez tuvo en Trujillo á un caballero sobre un asno, y le diera cien azotes, sino por buenos rogadores. Cargaban indios de su ropa sin pagarlos, contra las ordenanzas. Porque Alonso Palomino, alcalde ordinario de Sant Miguel, no se apeó y acompañó á Joan Alvarez, fué reprehendido y aun afrentado de palabra. Comieron muchos dias á costa de sus huéspedes, hombres ricos y que se habian de reformar, por sus excesivos repartimientos, como era Cristóbal de Búrgos; y aun echar del Perú los cristianos nuevos, conforme á una provision del Emperador. Decian por el camino que no eran justas las ordenanzas, y que no las pudo hacer el Rey con derecho, ni ejecutar el Virey, y que no valia nada cuanto sin ellos hacia, por mas que lo autorizase con el nombre del Emperador. Salíanse al campo á tratar contra el Virey, como que iban á pasearse, porque no les impidiese él la congregacion. Nunca holgaron que hubiese concordia entre Blasco Nuñez y Gonzalo Pizarro, ni firmaron de buena gana el perdon y seguro, que llevó el provincial dominico, para los que se pasasen al Rey; ni el que pidió Baltasar de Loaisa, porque exceptaba á Pizarro y al licenciado Carabajal y á otros pocos, diciendo que semejantes delitos solo el Rey perdonarlos podia. Loaban á don Diego de Almagro, porque se habia puesto en otro tanto como Gonzalo Pizarro, cuyo partido justificaban. Dejáronse sobornar de Benito Martin, capellan de Pizarro, y pidieron cada seis mil castellanos de salario por año, si no, que no harian mas audiencia de cuanto durase el de 44. Oian pleitos sobre indios antes y después de haber prendido al Virey, contra la cédula, ordenanza y voluntad del Emperador; diciendo que no podian negar justicia á quien la pedia. Tomaron á Blasco Nuñez todas sus escripturas, por se aprovechar de las que hablaban con presidente y oidores. Pidió Blasco Nuñez el guion, estando preso, porque no lo podia traer sino virey y capitan general, y Cepeda dijo que lo habia él menester, pues era gobernador presidente y capitan general. Estas y otras cosas escribió al Emperador Blasco Nuñez, y ellos mesmos confirmaron muchas dellas con los desatinos que hicieron, segun la historia cuenta. Aunque tambien decian ellos que no podian sufrir la recia condicion de Blasco Nuñez, que los apocaba y ultrajaba de palabra, y que no le mandaron prender; y que no lo soltaron, pensando acertar á servir mejor al Emperador, y que no pudieron hacer al con Gonzalo Pizarro, que los matara. Pero no fueron tan creidos, con el fin que tuvieron los negocios, como fué Blasco Nuñez en la carta que escribió al Emperador con Diego Alvarez Cueto, su cuñado, desde Túmbez.

Que Gonzalo Pizarro se quiso llamar rey.

Nunca Pizarro, en ausencia de Francisco de Carabajal, su maestre de campo, mató ni consintió matar español sin que todos ó los mas de su consejo lo aprobasen, y entonces con proceso en forma de derecho, y confesados primero. Mandó con prisiones que no cargasen indios, que era una de las ordenanzas, ni ranchеasen, que es tomar á los indios su hacienda por fuerza y sin dineros, so pena de muerte. Mandó asimismo que todos los encomenderos tuviesen clérigos en sus pueblos para enseñar á los indios la dotrina cristiana,

so pena de privacion del repartimiento. Procuró mucho el quinto y hacienda del Rey, diciendo que así lo hacia su hermano Francisco Pizarro. Mandó que de diez se pagase uno solamente, y que pues ya no habia guerra, muerto Blasco Nuñez, que sirviesen todos al Rey, porque revocase las ordenanzas, confirmase los repartimientos y les perdonase lo pasado. Todos entonces loaban su gobernacion, y aun Gasca dijo después que vió los mandamientos, que gobernaba bien, para ser tirano. Este buen gobierno duró, como al principio dije, hasta que Pedro de Hinojosa entregó la armada á Gasca, que fué poco tiempo; que después muy al revés anduvieron las cosas; ca escribieron á Pizarro, Francisco de Carabajal y Pedro de Puelles, que se llamase rey, pues lo era, y no curase de enviar procuradores al Emperador, sino tener muchos caballos, cosoletes, tiros y arcabuces, que eran los verdaderos procuradores; y que se aplicase á sí los quintos, pueblos y rentas reales, y los derechos que Cobos, sin merecellos, llevaba. No le pesó desto á Pizarro, ca todos querrian ser reyes; mas no osó declarse por rey, aunque muchos otros lo acosaban por ello, á causa de algunos grandes amigos suyos que se lo afeaban; ó por esperar que viniesen Carabajal de los Charcas, y Puelles de Quito, que eran los que lo habian de hacer. Entonces no salia nadie del Perú sin su licencia, ni sacaba oro ni plata sin perder la vida. Mataban sin justicia ni confesion; quitaban las vidas por las haciendas; quitaron los derechos de la escobilla á Cobos, que valian treinta mil castellanos. Unos decian que no darian al Rey la tierra si no les daba repartimientos perpetuos; otros que harian rey á quien les pareciese, que así habian hecho en España á Pelayo y Garci Jimenez; otros que llamarian turcos, si no daban á Pizarro la gobernacion del Perú, y soltaban á su hermano Fernando Pizarro; y todos, en fin, decian cómo aquella tierra era suya, y la podian repartir entre sí, pues la habian ganado á su costa, derramando en la conquista su propia sangre.

De cómo Pizarro degolló á Vela Nuñez.

Hizo Pizarro justicias de tres vecinos de Quito, que seis meses habia estaban condenados por el licenciado Leon; cuyos repartimientos y mujeres dió luego á otros, segun dicen algunos. Otros que loan su clemencia, lo niegan. Ordenó las cosas de aquella ciudad y territorio, y fuése á los Reyes como cabeza del Perú, para residir allí y gobernar todo lo demás. Tres leguas antes de llegar á Lima, donde le hiciera grandes fiestas don Antonio de Ribera, lo alcanzó Diego Velazquez, mayordomo de Hernando Pizarro, con cartas de Pedro de Hinojosa, y de otros capitanes que estaban en Panamá; en las cuales le avisaban el vencimiento de Verdugo y la venida de Gasca. Alababa mucho Hinojosa á Gasca en dos cartas, y ofrecíase á sacarle lo que traia, por mas callado ni astuto que fuese, con buenos medios que ternia; y si no trujese lo que les cumplia, que lo mataria de presto. Estas cartas destruyeron á Pizarro, que se confió y descuidó, teniendo su negocio por hecho, ó con firmeza de Hinojosa, ó con partido que hiciera; ca ciertamente, si Hinojosa le escribiera que obedeciera á Gasca, lo hiciera; porque ya él estaba determinado á ello por consejo de sus capitanes y letrados, que podian mucho con él, en ausencia de Francisco Carabajal; así que, confiado de Hinojosa, no temia revés ninguno de la fortuna ni hacia caso de Gasca; sino que todo era fiestas, juegos de cañas y pasatiempos, aunque con atencion al gobierno. Acusaron en este tiempo á Vela Nuñez, hermano del Virey, y cortáronle la cabeza. El trato salió de Juan de la Torre. Tenia Joan de la Torre mas de cien mil castellanos en barrillas y tejuelos de oro limpio, y un cofre de esmeraldas finas que habia habido de los indios por su gentil astucia, sin les hacer mal; ca les halló una riquísima sepultura y tesoro. Deseaba venirse á España con ello, y no se atrevia por Pizarro, ó por no confiarse de nadie. Trató el negoció con Vela Nuñez, para que se fuesen ambos en un navío de Pizarro. Sobrevino en esto la nueva que iba Pero Hernandez Paniagua con despachos de Gasca, en que hacia gobernador á Pizarro, y acordó de vender á Vela Nuñez por ganar la gracia de Pizarro; y para mas engañarle, puso en poder del guardian de Sant Francisco veinte y cinco mil castellanos, y juróle sobre una hostia consagrada, delante el mesmo fraile, de no lo descobrir; ca Vela Nuñez se recelaba mucho de lo que fué; y dende á tres ó cuatro dias lo dijo á Pizarro. El le mandó que continuase el trato para saber quiénes eran con Vela Nuñez. Prendieron algunos, que con tormento confesaron el negocio, y degollaron á Vela Nuñez sin darle tormento, que lo tuvo en mucho, y mas aína que muchos querian, á persuasion del licenciado Carabajal, que le temia por haber usado de crueldad con su hermano Blasco Nuñez.

Ida del licenciado Pedro Gasca al Perú.

Como el Emperador entendió las revueltas del Perú sobre las nuevas ordenanzas y la prision del virey Blasco Nuñez, tuvo á mal el desacato y atrevimiento de los oidores que lo prendieron, y á deservicio la empresa de Gonzalo Pizarro; mas templó la saña por ser con apelacion de las ordenanzas, y por ver que las cartas y Francisco Maldonado, que Tejada muriera en la mar, echaban la culpa al Virey, que rigorosamente ejecutaba las nuevas leyes sin admitir suplicacion, y tambien porque le habia él mesmo mandado ejecutarlas, sin embargo de apelacion, informado ó engañado que así cumplia al servicio de Dios, al bien y conservacion de los indios, al saneamiento de su conciencia y augmentacion de sus rentas. Sintió, eso mesmo, pena con tales nuevas y negocios, por estar metido y engolfado en la guerra de Alemania y cosas de luteranos, que mucho lo congojaban; mas conociendo cuánto le iba en remediar sus vasallos y reinos del Perú, que tan ricos y provechosos eran, pensó de enviar allá hombre manso, callado y negociador, que remediase los males sucedidos, por ser Blasco Nuñez bravo, sin secreto, y de pocos negocios; finalmente, quiso enviar una raposa, pues un leon no aprovechó; y así, escogió al licenciado Pedro Gasca, clérigo de Navaregadilla, del consejo de la Inquisicion, hombre de muy mejor entendimiento que dispusicion, y que se habia mostrado prudente en las alteraciones y negocios de los moriscos de Valencia.

Dióle los poderes que pidió, y las cartas y firmas en blanco que quiso. Revocó las ordenanzas, y escribió á Gonzalo Pizarro, desde Venlo, en Alemaña, por hebrero de 1546 años. Partió pues Gasca con poca gente y fausto, aunque con título de presidente, mas con mucha esperanza y reputacion. Gastó poco en su flete y matalotaje, por no echar en costa al Emperador, y por mostrar llaneza á los que del Perú con él iban. Llevó consigo por oidores á los licenciados Andrés de Cianca, y Rentería, hombres de quien se confiaba. Llegó al Nombre de Dios, y sin decir á lo que iba, respondia á quien en su ida le hablaba, conforme á lo que dél sentia; y con esta sagacidad los engañaba, y con decir que si no le recibiese Pizarro, se volveria al Emperador; ca él no iba á guerrear, que no era de su hábito, sino á poner paz, revocando las ordenanzas y presidiendo en la Audiencia. Envió á decir á Melchior Verdugo, que venia con ciertos compañeros á servirle, no viniese, sino que se estuviese á la mira. Ordenó algunas otras cosas, y fuése á Panamá, dejando allí por capitan á García de Paredes con la gente que le dieron Hernando Mejía y don Pedro de Cabrera, capitanes de Pizarro, porque se sonaba cómo franceses andaban robando aquella costa y querian dar sobre aquel pueblo; mas no vinieron, ca los mató el gobernador de Santa Marta en un banquete.

Lo que Gasca escribió á Gonzalo Pizarro.

Como Gasca llegó á Panamá, entendió mejor el estado en que la armada estaba, y lo que se decia de Pizarro. Negociaba de callada cuanto podia, y viendo las fuerzas de Pizarro, que, ó se tenian de deshacer con otras mayores ó con maña, escribió á Quito, á Nicaragua, á Méjico, á Santo Domingo y á otras partes por hombres, caballos y armas; y envió al Perú á Pedro Fernandez Paniagua, de Plasencia, con cartas para los cabildos, haciéndoles saber su llegada con revocacion de las ordenanzas; y dióle una carta del Emperador para Gonzalo Pizarro, de creencia, en que disimulaba sus cosas, y otra suya muy larga y llena de razones y ejemplos, para que dejando las armas y gobernacion, se pusiese en manos del Emperador; cuya suma era que traia revocacion de las ordenanzas, perdon de todo lo pasado, comision de ordenar los pueblos con parecer de los regimientos, en provecho de los españoles é indios; licencia de hacer conquistas, donde los que no tenian, tuviesen repartimientos, oficios y de comer, y que no confiase en los que hasta allí le habian seguido y amado, por cuanto lo dejarian, con el perdon que les daba el Rey, ó le matarian por servir á su alteza; y tambien le apuntó guerra, si la paz despreciaba.

El consejo que Pizarro tuvo sobre las cartas de Gasca.

Entró Paniagua en los Reyes, y dió á Pizarro los despachos de Gasca á tiempo que solo estaba. Pizarro lo trató mal de palabra y no le mandó sentar, de que Paniagua se afrentó. Envió á llamar á Cepeda, que Francisco de Carabajal aun no era venido de los Charcas, para comunicalle las cartas. Cepeda, hallando enojado al uno y corrido al otro, hizo sentar á Paniagua y reprehendió á Pizarro; el cual le respondió, riendo: «Por nuestra Señora que me enojé porque me dijo que no podria salir con lo que habia empezado.» Cepeda se salió, de que hubieron platicado un buen rato sobre muchos negocios, llevó consigo á Paniagua, y aposentóle en casa de Ribera el viejo, donde fué muy regalado, y le dió caballos en que anduviese, que era amigo de correr una carrera y parecer bien á caballo. Hubo muchos corrillos con la venida de Paniagua, y cada uno decia lo que deseaba. Pizarro no dió crédito á las cartas de Gasca ni á las palabras de Paniagua, creyendo muy cierto que todas eran para engañarlo. Llamó todas las personas principales, leyóles las cartas, pidióles sus pareceres, juró sobre una imagen de nuestra Señora que cada uno podia decir libremente su parecer, y propuso el caso. No se confiaron todos; y así, no hablaron muchos dellos con libertad; que si osaran, ó si hubiera cartas de Hinojosa que se dieran, Pizarro se ponia sin duda ninguna en manos de Gasca, porque no estaba allí Francisco de Carabajal para estorbarlo; que era quien le aconsejaba se hiciese rey sin curar del Rey. Lo que mas altercaron fué si dejarian llegar á Gasca ó no, y donde lo matarian, ó allí después de venido, no haciendo lo que quisiesen ellos, ó en Panamá. El parecer mas comun fué que no le dejasen llegar, por ser así la voluntad de Pizarro, que tenia su esperanza en Hinojosa, y aun su fuerza. Algunos dijeron que tambien seria bueno despoblar á Panamá y Nombre de Dios, con otros muchos lugares, para que los reales no tuviesen comida ni servicio, y apoderarse de cuantos navíos hubiese en toda la mar del Sur, para que nadie pudiese entrar en el Perú, y echar quinientos ó mas arcabuceros en Nicaragua, Guatimala, Tecoantepec y Xalisco, que levantasen por Pizarro la Nueva-España y todas aquellas provincias, confiando hallar favor en muchos pobres y descontentos; y si no lo hallasen, robar y quemar los pueblos de la marina, para que tuviesen harto en sus duelos sin curar de los ajenos; empresa peor que la comenzada. Estando pues todos conformes, respondieron juntos en una carta, que así lo quiso Pizarro por autorizar su negocio, y que viese Gasca cómo toda la tierra era con él; y por estar mas seguro dellos, pues metian prendas firmando la respuesta. Firmaron la carta sesenta ó mas hombres principalísimos, y Cepeda el primero, como teniente general de Pizarro en guerra y en justicia.

«Muy magnífico Señor: Por cartas del capitan de la »flota Pedro de Hinojosa supimos la venida de vuestra merced, y el buen celo que trae al servicio de Dios »nuestro señor y del Emperador, y al bien desta tierra. »Si fuera en tiempo que no hubieran acontecido tantas »cosas en esta tierra como han, después que á ella vino »Blasco Nuñez Vela, fuera bien, y todos holgáramos. »Mas, empero, habiendo habido tantas muertes y batallas entre los que vivos somos y los que murieron, no »solamente no seria segura la entrada de vuestra merced en estos reinos, pero seria total causa que del todo se asolasen. Ninguno hay de parecer que vuestra »merced entre en ellos, ni aun sabemos si podriamos »escapar la vida al que otro dijese, ni seria parte para »ello el señor gobernador Pizarro, segun en lo que todos están puestos. Todos estos reinos envian procuradores al Emperador y rey nuestro señor, con entera in-

»formacion de cuanto en ellos ha pasado hasta hoy, des»de que Blasco Nuñez (que Dios perdone) vino; donde »claramente muestran y prueban su inocencia y justifi»cacion, y la culpa y braveza de Blasco Nuñez, que no »les quiso conceder la suplicacion de las ordenanzas, si»no ejecutarlas con todo rigor, haciendo guerra y fuerza »en lugar de justicia. Suplican al Emperador confirme »al señor Gonzalo Pizarro en la gobernacion del Perú, »como al presente la tiene, pues él es por sus virtudes »y servicios merecedor dello, amado de todos y tenido »por padre de la patria; mantiene la tierra en paz y »justicia, guarda los quintos y derechos del Rey, en»tiende las cosas de acá muy bien, con la larga expe»riencia que tiene; lo que otro no entenderia sin pri»mero haber recebido la tierra y gente muy grandes »daños. Confiamos en el Emperador que nos hará esta »merced, porque no hemos faltado á su real servicio »con cuantos desconciertos y guerras furiosas nos han »hecho sus jueces y gobernadores, que han robado y »destruido las haciendas y rentas reales; y que aprobará »todo lo que hecho habemos en defensa nuestra y en »prosecucion de la apelacion de las ordenanzas. Perdon, »ninguno de nosotros le pide, porque no hemos errado, »sino servido á nuestro rey, conservando nuestro dere»cho como sus leyes permiten; y certifican á vuestra »merced que si Fernando Pizarro, á quien mucho que»remos, viniera como vuestra merced viene, no le con»sintiéramos entrar acá, ó antes muriéramos todos sin »faltar uno; ca no estimamos en esta tierra aventurar »la vida por la honra en cosas aun no de mucho peso, »cuanto mas en esta, que nos va la hacienda, honra y »vida. A vuestra merced suplicamos, por el celo y amor »que siempre ha tenido y tiene al servicio de Dios y del »Rey, se vuelva á España, é informe al Emperador de »lo que á esta tierra conviene, como de su prudencia se »espera, y no dé ocasion que muramos en guerra y ma»temos los indios que de las pasadas han que dado, »pues de la determinacion de todos otro fruto salir no »puede. El capitan Lorenzo de Aldana va á negociar por »estos reinos. Vuestra merced le dé todo crédito. Nues»tro Señor la muy magnífica persona de vuestra mer»ced guarde é ponga en el descanso que desea. Desta »ciudad de los Reyes, y de octubre á 14 del año de 46.»

Hinojosa entrega la flota de Pizarro á Gasca.

Habia muchos dias que Pizarro andaba por enviar procuradores á España, y estaban hechos los poderes de todos los cabildos para Lorenzo de Aldana. Mas nunca lo despachaba, por estorbarlo Francisco de Carabajal, que no queria paz ni España; y despachólo entonces con esta carta para Gasca, dándole por compañero á Gomez de Solís. Envió tambien con él á Pero Lopez, ante quien habian pasado todos ó los mas autos. Rogó á fray Hierónimo de Loaisa, obispo de los Reyes, y á fray Tomás de Sant Martin, provincial de los predicadores, que fuesen con él, porque abonasen su partido con Gasca y con el Emperador, ó por echallos del Perú. Ofrecia Pizarro muchos dineros al Emperador, y pedia que le diese la gobernacion, y que no llevase quinto, sino diezmo por ciertos años. Esto iba con las otras cosas de la embajada. Escribió á Hinojosa, y dijo á Lorenzo de Aldana, que diesen cincuenta ó mas millares de castellanos á Gasca, porque se volviese á España, ó le matasen como mejor pudiesen; y con tanto los despidió. Ellos fueron á Panamá, dieron la carta á Gasca, y avisáronle cómo lo querian matar, para que se guardase. Certificáronle que Pizarro no lo recibiria, y cómo habia muchos en el Perú que lo deseaban ver allá, para pasarse á él en servicio de su rey. Gasca, que antes tambien se temia no le matasen, temió reciamente. E con la carta de los de Pizarro y nuevas que le daban, se declaró en todo lo que llevaba y en todo lo que hacer pensaba. Hinojosa entonces dióle las naos de su voluntad, que fuerza nadie se la podia hacer, y por grandísima negociacion de Gasca y promesas. Por aquí comenzó la destruicion de Gonzalo Pizarro. Gasca tomó la flota, é hizo general della al mesmo Pedro de Hinojosa, y volvió las naos y banderas á los capitanes que las tenian por Pizarro, que fué hacerse fieles, de traidores. No cabia de gozo en verse con la armada, creyendo haber ya negociado muy bien; y á la verdad sin ella tarde ó nunca saliera con la empresa, ca no pudiera ir por mar al Perú; é yendo por tierra, como al principio pensara, pasara muchos trabajos, hambre y frio y otros peligros antes de llegar allá. Luego pues que Gasca se apoderó de la flota, envió por la artillería que habia en el Nombre de Dios al oidor Cianca, para mejor artillar las naos y para tener algunos tiros en el ejército. Puso en las islas á Pablo de Meneses, Juan de Llanes y Joan Alonso Palomino, con ciertos navíos que guardasen la costa, porque no fuese aviso á Pizarro de la entrega de la flota y aparato de guerra que se hacia contra él; los cuales tomaron á Gomez de Solís, que iba tras Aldana, y que declaró mas por entero la intencion de Pizarro. Envió tambien Gasca por gente y comida á Nicaragua, Nueva-España, nuevo reino de Granada, Santo Domingo y otras partes de Indias, avisando cómo tenia ya en su poder la armada de Pizarro, principalísima fuerza del tirano; ordenó un hespital (á fuer de corte) con su médico y boticario, que fué gran remedio para los enfermos que allí y en la guerra hubo; y dió el cargo dél á Francisco de la Rocha, de Badajoz, fraile de la Trinidad. Buscó dineros para pagar los soldados y socorrer los caballeros; y tan afable, tan cortés, franco y animoso se mostró, que lo tuvieron en harto mas que hasta allí los pizarristas, cotejando especialmente su prudencia con la presencia de hombre. Despachó asimesmo á Lorenzo de Aldana, Joan Alonso Palomino, Juan de Llanes y Hernan Mejía en cuatro naos con cartas para los del Perú, y mandó á Lorenzo de Aldana, que iba por general, que no tocasen en tierra hasta llegar á Lima; y que dando allí las cartas de perdon general y revocacion de las ordenanzas, apellidasen al Rey y corriesen la costa, yendo unos á Arequipa y volviendo otros á Trujillo. Dicen que para tener color á mover primero la guerra hizo una informacion contra Pizarro y sus consortes de cómo habian prendido á Paniagua, y de su dañada intencion y rebeldía; de suerte que se entendian los dos, y no se llevaban mas de los barriles.

Los muchos que se alzaron contra Pizarro, sabiendo que Gasca tenia la flota.

Hubo gran mudanza en los del Perú cuando supieron la negociacion de Gasca y la buena manera que tenia y usaba, y mayor con los despachos que llevó Paniagua; y así, se levantaron muchos luego que supieron cómo Hinojosa habia entregado á Gasca la armada; entre los cuales fué Diego de Mora en Trujillo, que se fué á Caxamalca, donde recogió gran compaña de hombres que huyeron de Pizarro; y envió cartas de Gasca y de otros, que Aldana le dió, á muchos pueblos, para que tuviesen por el Rey. Gomez de Albarado, de Zafra, se alzó en Levanto de Chachapoyas, y Juan de Saavedra, que estaba en Guanuco, y Juan Porcel, que de los Chiquimayos iba á los Reyes, los de Guamanga con otros, y todos se juntaron con Diego de Mora en Caxamalca. Tambien se alzaron Alonso Mercadillo en Zarza, y Francisco de Olmos en Guayaquil, matando á Manuel de Estacio, que por Pizarro estaba, y Rodrigo de Salazar en Quito, dando de puñaladas á Pedro de Puelles, que pensaba declararse otro dia por el Rey, segun dijera Diego de Urbina. Diego Alvarez de Almendral se alzó con hasta veinte compañeros cerca de Arequipa, y llamó á Diego Centeno, que aun se estaba escondido en ciertos pueblos de Cornejo, como en otra parte se dijo. Centeno se fué alegremente con Luis de Ribera á Diego Alvarez, y en breve se le juntaron mas de cuarenta españoles, y entrellos algunos de caballo que andaban remontados, holgando que Centeno fuese parecido. Fueron todos al Cuzco para levantarlo por el Rey; Antonio de Robles desque lo supo se puso en la plaza con trecientos hombres que tenia para llevar á Pizarro, pensando que traia muchos Centeno, pues osaba tal cosa. Centeno entró de noche secretamente, y salteó los enemigos. Murieron seis ó siete peleando, y él quedó herido. Entrepuso su autoridad el obispo fray Joan Solano, y diéronse los que al Rey querian; cortó en amaneciendo la cabeza al Antonio de Robles, y hubo los demás. Dejó por el Rey la ciudad, y fué á los Charcas sobre Alonso de Mendoza é Joan de Silvera, que con cuatrocientos hombres estaban en la Plata, de camino para Gonzalo Pizarro; el Mendoza y Silvera se fueron para él, por lo que les escribió, y por ver que llevaba cerca de quinientos españoles. Como Diego Centeno los tuvo en su ejército, fué á poner real en el desaguadero de Tiquicaca, para esperar lo que Gasca hacer le mandase.

Cómo Pizarro desamparaba el Perú.

No hay para qué decir la tristeza y pena que Pizarro y los suyos sintieron sabiendo cómo su armada estaba en poder de Gasca. Quejábanse de la confianza y amistad de Pedro de Hinojosa, arrepintiéndose por no haber enviado con la flota á Bachicao; y aun él decia burlando que la bondad y esfuerzo de Hinojosa tenian de parar en aquello, y que eran buenos los perros que ladraban y no mordian, porque nadie se les llegaba. Todavía mostraban buen corazon, como estaban enseñoreados en la tierra y como no venian por mar contra ellos. Envió Pizarro al Quito por la gente que tenia Pedro de Puelles, á Trujillo por la de Diego de Mora, al Cuzco por la de Antonio de Robles, á Arequipa por la de Lúcas Martin, á los Charcas por la de Joan de Silvera, á Levanto de Chachapoyas por la de Gomez de Albarado, á Guanuco por la de Joan de Saavedra, y á otras partes tambien. Mandó á Juan de Acosta ir con treinta de caballo á correr la costa, el cual fué hasta Trujillo; y lo tomó, que se habia rebelado. Empero estaba sin casi gente, ca se habia ido á la sierra con Diego de Mora; y si tuviera docientos, fuera allá y lo deshiciera. En Santa prendió cerca de treinta hombres de Aldana, engañando la celada que le tenian puesta, y llevólos á Lima. Dicen algunos que no eran soldados de Aldana, sino marineros que cogian agua. Pizarro se informó dellos, particularmente del aparato y ánimo de Gasca. Tornó á enviar al mesmo Acosta con mas de docientos sobre Aldana y sobre Mora. Mas acordó tarde, porque ya Diego de Mora estaba muy pujante, y las voluntades muy declaradas de los que llevaba por el Rey, y se le huyeron Diego de Soria, Raodona y otros, y él degolló á Rodrigo Mejía porque se queria ir con otros á Caxamalca. Llamó del camino Pizarro á Joan de Acosta, reforzólo de mas gente, y envióle contra Centeno, que, tomando el Cuzco, iba sobre la Plata. Llegó luego al puerto Lorenzo de Aldana con cuatro naos, y causó turbacion en la ciudad, y novedades entre soldados y amigos de Pizarro; ca envió al capitan Peña con los despachos de Gasca y traslados de las provisiones del Emperador. Pizarro quiso sobornar á Aldana con un Fernandez, y no pudo. Leyó las cartas, y aconsejóse qué se haria. Halló rebotados á muchos y desfalleció algo; aunque siempre dijo que con diez amigos que le quedasen habia de conservarse y conquistar de nuevo el Perú: tanta era su saña ó su soberbia. Fuéronsele, con tanto, Alonso Maldonado, el rico, Vasco é Joan Perez de Guevara, Grabiel y Gomez de Rojas, el licenciado Niño, Francisco de Ampuero, Hierónimo Aliaga, de Segovia; Francisco Luis de Alcántara, Martin de Robles, Alonso de Cáceres, Ventura Beltran, Francisco de Retamoso y otros muchos; pero estos eran los principales. Entonces cantaba Francisco de Carabajal:

> Estos mis cabellicos, madre,
> Dos á dos se los lleva el aire.

Estuvo Pizarro en grandísimo afan y desesperacion viendo sus amigos por enemigos, unos en el puerto, otros en casa. No sabia de quién confiarse, temiéndose de todos, segun maldicion de tiranos. No sabia dónde ir, estando en Caxamalca Diego de Mora, y Diego Centeno en el Cuzco, y todos los pueblos contra él. Así que, dejando á Lima, se fué á Arequipa, teniendo siempre gran cuidado que ninguno se le huyese. Mas todavía se le huyó el licenciado Carabajal con sus parientes y amigos. Envió por Joan de Acosta para tener copia de gente, el cual se volvió, vista la carta y necesidad de Pizarro, desde Guamanga. Dejáronlo en el camino Paez de Sotomayor, su maestre de campo, y el capitan Martin de Olmos con buena parte de su compañía; Garci Gutierrez de Escobar, Gaspar de Toledo y otros muchos, por sonruirse que huia Pizarro. Desta manera desamparó Pizarro á Lima, cabeza del Perú, y llegó en Arequipa con propósito de irse fuera de lo conquistado. Aldana se metió en Lima, é Joan Alonso Palomino y Her-

man Mejía se fueron á Jauja para recoger la gente, y esperar á Gasca y su ejército.

Vitoria de Pizarro contra Centeno.

Llegado que Joan de Acosta fué á Arequipa, consultó Pizarro lo que hacer debian para guardar las vidas y dineros, ya que la tierra no podian; ca no eran mas de cuatrocientos y ochenta, y todos los del Perú eran contra ellos. Determinados pues de irse á Chili, donde nunca hubiesen ido españoles, ó para conquistar nuevas tierras, ó para rehacerse contra Gasca, quisieron abrir camino por do estaba Centeno, que por fuerza tenian de pasar por entre sus contrarios; y tambien queria Pizarro ponerse en salvo, y saber cuántos y cuáles permanecerian con él, y tratar desde allí en concierto con Gasca, segun Cepeda le aconsejaba. De Cabaña envió á Francisco de Espinosa con treinta de caballo por el camino del desaguadero de la laguna de Tiquicaca, que mandase á los indios proveer de comida para que Centeno pensase que iban por allí, y él echó con toda su gente por Orcosuyo, camino mas allegado á los Andes. Tomó algunos que andaban desmandados, y un clérigo que venia con respuesta de Centeno para Aldana, y ahorcólos su maestre de campo Carabajal. Tuvo Centeno aviso del intento de Pizarro por criados de Paulo, inga, que andaba con él, y porque por el capitan Olea, que se pasó por consejo de algunos mancebos, dejó y cortó la puente del Desaguadero, donde muy fuerte y seguro estaba, é fuese á Pucaran del Collao á esperar y dar batalla, creyendo tener la vitoria en la mano, y ganar el prez de matar ó vencer á Pizarro. Reparó y ordenó allí su gente como tenia de pelear; y por acercarse al enemigo, que estaba en Guarina, cinco leguas de Puracan, y por tomar y tener á su parte la agua, se fué á poner su real á medio el camino, en un llano, aunque en lugar fuerte. Y otro dia, que fué de las once mil vírgines, año de 47, repartió mil y docientos y doce hombres que tenia, de aquesta manera: hizo dos escuadrones de la caballería, que serian docientos y sesenta: del mayor, que puso al lado derecho, dió cargo á Luis de Ribera, su maestre de campo, y á Alonso de Mendoza y Hierónimo de Villegas; del otro á Pedro de los Rios, de Córdoba; Antonio de Ulloa, de Cáceres, y Diego Alvarez, del Almendral. La infantería estuvo junta, y eran capitanes Juan de Silvera, Diego Lopez de Zúñiga, Rodrigo de Pantoja, Francisco de Retamoso, y Juan de Vargas, hermano de Garcilaso de la Vega, que estaba con Pizarro. Centeno, que estaba con dolor de costado y sangrado á lo que dicen, se puso á mirar la batalla con el obispo del Cuzco fray Joan Solano, encomendando la hueste y la vitoria á Joan de Silvera y á Alonso de Mendoza. Pizarro, que sabia cuán á punto estaban por sus espías, salió de Guarina con cuatrocientos y ochenta españoles. Dió cargo de ochenta de caballo, que solamente tenia, á Cepeda y á Joan de Acosta; aunque Acosta trocó su lugar con Guevara, capitan de arcabuceros, que estaba cojo. De los peones fueron capitanes, sin Joan de Acosta, Diego Guillen, Joan de la Torre y Hernando Bachicao, que huyó al tiempo de arremeter. Estando para encontrarse, huyeron los mas de Pizarro que á caballo estaban. Cepeda y Guevara pusieron entonces obra de veinte arcabuceros entre los caballeros de las primeras hileras, y estuviéronse quedos, é lo mesmo hizo su infantería. Alonso de Mendoza y los de su escuadron corrieron hácia los caballos de Pizarro, y fueron desordenados por los veinte arcabuceros y rompidos por Cepeda. El otro escuadron acometió los peones; mas como los arcabuceros derribaron á Pedro de los Rios y á otros que iban delante, dejáronlos y fueron á ayudar á sus compañeros, y todos juntos desbarataron la caballería de Pizarro, no dejando casi hombre de ellos sin matar y herir, ó que no se rindiesen. Los de Centeno calaron sus picas algo léjos; aguijaron mucho, con la priesa que les daba un clérigo vizcaíno, pensando vencer así mas aína. Descargaron de golpe los arcabuces y sin tiempo, sintiendo tirar á los contrarios; así que al tiempo de la afrenta estaban cansados y medio desordenados. Los de Pizarro jugaron á pié quedo sus arcabuces dos ó tres veces, aunque Joan de Acosta se adelantara con treinta dellos por mas los desordenar, y lo derribaron á picazos é hirieron malamente. Fué Joan de la Torre á valerle con setenta arcabuceros, y valióle matando á Joan de Silvera con otros muchos. Llegó por otra parte Diego Guillen, y brevemente mataron cuatrocientos contrarios y desbarataron los demás. Visto que sus caballeros eran vencidos, fué á socorrellos Joan de la Torre con muchos arcabuceros. Tiró á bulto, que así se lo aconsejó Carabajal, porque andaban mezclados unos con otros, y á dos cargas los desbarató; aunque mató algunos amigos con los enemigos. Desta manera vencieron los que pensaron ser vencidos, aunque pelearon bien los de Centeno. Murieron ciento de Pizarro, y entre ellos Gomez de Leon y Pedro de Fuentes, capitanes. Quedaron heridos Cepeda, Acosta, Diego Guillen y otros. Pizarro corriera peligro si Garcilaso no le diera un caballo. Murieron cuatrocientos y cincuenta de Centeno con los capitanes Luis de Ribera, Joan de Silvera, Pedro de los Rios, Diego Lopez de Zúñiga, Joan de Vargas y Francisco Negral. Huyó Diego Centeno, sin esperar al Obispo, y todos los que quisieron; ca no siguieron el alcance los vencedores: tan deshechos quedaron.

En lo que Pizarro entendió tras esta vitoria.

Otro dia después de la vitoria envió Pizarro á Joan de la Torre con treinta arcabuceros de caballo al Cuzco tras los vencidos, y á Diego de Carabajal el Galan con otros tantos á Arequipa, y á Dionisio de Bobadilla con otros treinta á los Charcas para recoger la gente y tener los caminos; y él, tomando el despojo, caminó para el Cuzco por el Desaguadero con todo el ejército. Mas primero hizo matar al capitan Olea porque se pasó á Centeno. Justiciaron tambien otros cuatro ó cinco, y Francisco de Carabajal se alabó haber muerto por su contentamiento, el dia de la batalla, cien hombres, y entre ellos un fraile de misa; crueldad suya propia, si ya no lo decia por gloria de la vitoria, que se atribuya el vencimiento á sí; todo es de creer, pues era batalla civil y peleaban unos hermanos contra otros. En Pucaran hubieron enojo Pizarro y Cepeda sobre tratar del concierto con Gasca, diciendo Cepeda ser entonces tiempo, y trayéndole á la memoria que se lo habia prometido en Arequipa. Pizarro, siguiendo el parecer de otros y su for-

tuna, dijo que no convenía, porque tratando en ello se lo ternian á flaqueza, y se le irian los que allí tenia, y le faltarian los muchos amigos que con Gasca estaban. Garcilaso de la Vega con algunos fueron del parecer de Cepeda. En Juli, lugar del Rey, mataron á Bachicao, y Francisco de Carabajal se fué á Arequipa por el camino de la mar, entendiendo que huyera por allí Diego Centeno, y para traer las mujeres al Cuzco, porque no avisasen con indios á sus maridos que andaban con Gasca, é porque se viniesen ellos á ellas. Entró Pizarro en el Cuzco con gran admiracion del pueblo; ahorcó á Herrezuelo, al licenciado Martel, á Joan Vazquez y otros, con acuerdo de sus letrados. Puso mucha guarda en todo, y aun quiso enviar á Joan de Acosta con docientos de caballo, arcabuceros, á dar en Gasca, publicando que iban todos contra él para que no se le fuese nadie. Hizo muchos arcabuceros y seis piezas de artillería, muchas armas de fierro y muchas picas. En fin, él atendió mas á labrar armas que á ganar voluntades. Trajo Carabajal las mujeres de Arequipa y otros muchos, y todo el oro, plata y piedras que pudo sacar; ca tan amigo era de robar como de matar; y así, dicen que despojó toda aquella tierra sin que Pizarro hablase. Mas el lobo y la vulpeja todos eran de una conseja.

Lo que hizo Gasca en llegando al Perú.

Gasca se partió de Panamá mucho después que Aldana, con todos los navíos y hombres que pudo; y por ser verano tiempo contrario para navegar de allí á Túmbez, tuvo ruin navegacion, y fué á Gorgona contra la gran corriente de la mar. En fin, llegó á Túmbez con mucho trabajo, aunque con buenas nuevas, porque supiera en el camino cómo ciertos soldados de Blasco Nuñez habian tomado á Puerto-Viejo, matando al capitan Morales, que Bachicao allí dejó, y prendiendo á Lope de Ayala, teniente de Pizarro; y cómo estaban por el rey, Francisco de Olmos en Guayaquil, y Rodrigo de Salazar, el corcovado de Toledo, en Quito. Luego pues que llegó, tuvo mensajeros de Diego de Mora, Joan Porcel, Joan de Saavedra y Gomez de Albarado, que con mucha gente estaban en Caxamalca, de la cual era maestre de campo Joan Gonzalez. El les respondió loando mucho su fidelidad y ánimo. Supo tambien la pujanza de Centeno y la huida de Pizarro, de que holgó infinito, creyendo estar el juego entablado de suerte que no le podria perder. Escribió á Centeno que no diese batalla hasta juntarse con él. Aderezó las armas y arcabuces, que venian tomados y perdidos. Envió á don Joan de Sandoval á recoger en Sant Miguel los que de Pizarro y otros cabos acudian. Llamó á Mercadillo, que trajese la gente de Bracamoros, y á otros capitanes, á cuyo mandado y fama vinieron muchos de muchas partes, Sebastian de Benalcázar, Francisco de Olmos, Rodrigo de Salazar y otros capitanes. Viendo pues que todos venian y estaban por el Emperador, envió Gasca un mensajero á la Nueva-España, que no enviase el Virey á don Francisco, su hijo, con los seiscientos hombres que á punto tenia, pues no eran menester. No vino por esto don Francisco de Mendoza, mas vino Gomez Arias y el oidor Ramirez con los de Nicaragua y Cuauhtemallan. Así que de Túmbez fué Gasca á Trujillo con parte de los que tenia, y envió los demás á Caxamalca por la sierra con el adelantado Pascual de Andagoya y Pedro de Hinojosa, su general, para llevar los que allí estaban á Jauja, donde se juntaron todos, por ser tierra proveida de mantenimientos. Pasaron gran trabajo los unos y los otros con las nieves y sierras, hasta llegar allí. Llegó primero él; y como supo el vencimiento y perdicion de Centeno, recelóse algo, y envió al mariscal Alonso de Albarado á los Reyes por los españoles que Aldana tenia, con dineros emprestados para socorrer y pagar los soldados. Recorrió las armas, aderezó los arcabuces y tiros, hizo pelotas y pólvora, cosoletes, picas, lanzas jinetas y de armas con una solicitud admirable. Envió á correr y espiar el camino del Cuzco á Alonso Mercadillo, y tras él á Lope Martin, portugués, que se adelantó y fué á tierra de Andagoalas, é dió de noche sobre cierta gente de Pizarro que habia venido por bastimentos y por los caciques. Peleó y venciólos, aunque eran muchos mas; ahorcó algunos, y trajo hartos que informaron á Gasca del estado, ánimo y pensamientos de Gonzalo Pizarro; y por su informacion, envió allá á Mercadillo y á Palomino con sus arcabuceros que ocupasen y defendiesen aquel valle de Andagoalas, que por ser proveido era importante para la guerra. Llegaron en aquella sazon Alonso de Mendoza, Hierónimo de Villegas, Antonio de Ulloa y otros que se habian escapado de la de Guarina, con el obispo del Cuzco, y dende á poco Hinojosa y Andagoya con toda la gente de Caxamalca, y luego Albarado con la de los Reyes. Así que Gasca, como tuvo junta toda la gente, nombró capitanes á los que ya lo eran, general á Hinojosa, maestro de campo al mariscal Albarado, y alférez del estandarte real al licenciado Benito Xuarez de Carabajal, y dió la artillería á Grabiel de Rojas. Pagó á muchos soldados que descontentos andaban, y aun solevantados con la gran vitoria de Pizarro, que lo tenian por invencible en el Perú y por señor de todo él. Y porque habia novedades ahorcaron al capitan Pedro de Bustinca y otros noveleros y pizarristas. Pasaron alarde mas de dos mil españoles, harto lucida gente. Algunos desminuyen y otros acrecientan este número. Habia quinientos caballos y novecientos y cincuenta arcabuceros, y muchos cosoletes y arneses. De Jauja fueron á Guamanga, donde comenzaron á sentir falta de vituallas; y en Bilcas repartió la comida el oidor Cianca. Llegados en Andogoalas, comieron mejor; mas como el maíz era verde, adoleció la cuarta parte del ejército, y entonces se conoció el provecho del hospital que Gasca ordenara. Llovió tanto sin descampar, treinta noches y dias que allí estuvieron, que se pudrian las tiendas de campo, y se hinchaban y tollian los hombres con la humedad y frio. Llegaron allí Diego Centeno y Pedro de Valdivia, que venia de Chili á pedir gente de socorro; con los cuales se holgó Gasca y todo el campo, y corrieron cañas y sortija de placer. Hizo Gasca á Valdivia coronel de la infantería. Estaban todos ganosos de pelear, y Gasca de concluir la guerra; y así, caminaron á buscar los enemigos en comenzando las aguas de avadar.

Cómo Gasca pasó el rio Apurima sin contraste.

Partió Gasca de Andagoalas por marzo, y pasó la puente de Abancay con increible alegría de todo su

ejército. Llevaba buen concierto y consejo de guerra, y mucha reputacion con los obispos del Perú, y grandes espías, que dijeron cómo los enemigos habian quebrado las puentes de Apurima, que á veinte leguas está del Cuzco. Llegó pues al rio, y mandó traer madera y rama para hacer puentes; lo cual trajeron los indios con presteza y voluntad, aunque lloviendo. Era el rio trecientos piés de ancho, y no bastaban vigas; era hondo, y no habia manera de hincar postes; y por eso hicieron muchas criznejas de vergaza, que son unas largas y gordas maromas como sogas de á noria; las cuales atravesadas sirven de puente. Parecióles que seria bien para encobrir su intencion comenzar tres puentes: una en el camino real, otra en Cotabamba, doce leguas el rio arriba; otra mas arriba, en ciertos pueblos de don Pedro Puertocarrero. Fueron á Cotabamba para pasar por allí, y cegaron algunos en la sierra, que nevada estaba. Contradijeron aquel paso algunos capitanes, especialmente Lope Martin, dando razones cómo era mejor pasar el rio mas arriba. Fueron á verlo Pedro de Valdivia, Diego de Mora, Grabiel de Rojas y Francisco Hernandez Aldana; y como dijeron ser mejor, hiciéronlo. Lope Martin, que guardaba la ribera y criznejas, como supo que llegaba el campo, echó las maromas sin que se lo mandasen. E ya que atadas tenia tres dellas á la otra parte, cargaron los indios y velas de Pizarro, y cortaron ó quemaron las dos sin mucha contradicion; y avisaron dello á Pizarro, llevándole treinta cabezas de españoles que habian muerto, segun dicen. Gasca y todos recibieron gran pesar con tal nueva. Aguijaron con la infantería para remediar aquel error, y en llegando hizo Gasca pasar en balsas á los capitanes de arcabuceros, y luego piqueros y algunos caballos. Hartos pasaron á nado por sí y en sus caballos. Como iban pasando iban atando criznejas; y como nadie los estorbaba, hicieron la puente aquella noche y el dia siguiente, por la cual pasó después á salvo todo el resto del ejército. Muchos pasaron á gatas aquella noche por las criznejas : tanta gana lo tenian, ó tanta prisa Gasca les daba; y fué maravilla no caer, que hacia escuro, aunque la escuridad les valia para no desvanecer mirando el agua. Era muy agra la ribera por ambas partes, y mucha la prisa de pasar; y así, cayeron algunos rempujándose unos á otros, de los cuales se ahogaron hartos que no sabian ni podian nadar con la gran corriente del rio; y tambien se ahogaron muchos caballos, que todo fué gran pérdida para tal tiempo. Mas pasar fué vencer. No se puede decir el alegría que todos tenian en haber ganado el rio, muralla de los enemigos, y en no ver gente de Pizarro por allí. Fué don Joan de Sandoval á reconocer un gran cerro que á vista era y áspero de subir; y como vacío estaba, ocupáronlo á la hora Hinojosa y Valdivia con buen golpe de gente; donde, si Joan de Acosta, que venia con cincuenta de caballo arcabuceros, llegara mas aína y trajera mayor compañía, los pudiera fácilmente deshacer, segun iban cansados de subir legua y media de cuesta. Mas como trajese pocos, tornó por mas, y entre tanto casi pasaron todos y doce piezas de artillería, y se pusieron en lo alto del cerro.

La batalla de Xaquixaguana, donde fué preso Gonzalo Pizarro.

Pizarro, entendiendo que Gasca venia á pasar el rio de Apurima por Cotabamba, salió del Cuzco. Andaba en la ciudad dias habia la fama de la pujanza y venida de Gasca con gran ejército, y desmandábanse muchos en hablar. Y doña María Calderon, mujer de Hierónimo de Villegas, dijo que tarde ó temprano se habian de acabar los tiranos. Fué allá Carabajal y dióle un garrote, y ahogóla estando en la cama; por lo cual chitaron todos. Salió pues Pizarro con mil españoles y mas, de los cuales los docientos llevaban caballos, y los quinientos y cincuenta arcabuces. Mas no tenian confianza de todos, por ser los cuatrocientos de aquellos de Centeno; y así, tenia mucha guarda en que no se le fuesen, y alanceaba á los que se iban. Envió Pizarro dos clérigos, uno tras otro, á requerir á Gasca por escripto que le mostrase si tenia provision del Emperador en que le mandase dejar la gobernacion; porque mostrándosela originalmente, él estaba presto de la obedecer, y dejar el cargo y aun la tierra; pero si no la mostrase, que protestaba darle batalla, y que fuese á su culpa, y no á la suya. Gasca prendió los clérigos, avisado que sobornaban á Hinojosa y otros, y respondió que se diese, enviándole perdon para él y para todos sus secuaces, y diciéndole cuánta honra ganado habria en hacer al Emperador revocar las ordenanzas, si servidor y en gracia quedaba de su majestad, como solia; é cuánta obligacion le ternian todos dándose sin batalla, unos por quedar perdonados, otros por quedar ricos, otros por quedar vivos, ca peleando suelen morir. Mas era predicar en el desierto, por su gran obstinacion y de los que le aconsejaban; ca, ó estaban como desesperados, ó se tenian por invencibles; y á la verdad ellos estaban en muy fuerte sitio, y tenian gran servicio de indios y comida. Asentara Pizarro su real donde por un cabo lo cercaba una gran barranca, por otro una peña tajada, que no se podia subir á pié ni á caballo. La entrada era angosta, fuerte y artillada; de suerte que no podia ser tomado por fuerza, ni menos por hambre, ca tenia cierta, como dije, la comida con los indios. Salió Pizarro fuera entonces, y dió una pavonada en gentil ordenanza, disparando sus tiros y arcabuces, y aun escaramuzaron los unos corredores con los otros, y se deshonraban. Los nuestros decian traidores, desleales, crueles; y ellos esclavos, abatidos, pobres, irregulares, porque Gasca y los obispos y frailes predicadores batallaban. Empero no se conocian con la mucha niebla que hizo aquella tarde. Gasca y otros querian excusar batalla, por no matar ni morir, y pensaban que todos ó los mas de Pizarro se les pasarian; y así, le seria forzado darse. Mas entrando aquella noche en consejo acordaron de darla, porque no tenian buen recado de agua ni pan ni leña, helando mucho, y porque no se pasasen de los suyos á Pizarro, que de todas aquellas cosas tenia gran abundancia. Así que todos estuvieron armados y en vela toda la noche y sin parar las tiendas, é con el gran frio se les cayeron á muchos las lanzas de las manos. Quiso Joan de Acosta ir con seiscientos hombres encamisados aquella noche, que fué domingo, á desbaratar á Gasca, teniendo por averiguado que lo desbaratara segun el frio y miedo de los suyos. Mas Pizarro se lo estorbó, diciendo:

«Joan, pues lo tenemos ganado, no lo querais aventurar;» que fué soberbia ó ceguera para perderse. Cuando el alba vino comenzaron á sonar los atambores y trompetas de Gasca: arma, arma, cabalga, cabalga, que los enemigos vienen. Iban ciertos de Pizarro con arcabuces subiendo el cerro arriba. Saliéronles al encuentro Joan Alonso Palomino y Hernando Mejía con sus trecientos arcabuceros, y escaramuzando con ellos, les hicieron volver á su puesto. Enviaron Valdivia y Albarado por el artillería; bajó luego todo el ejército al llano del valle de Xaquixaguana, por detrás de aquella mesma cuesta, y tan agra bajada tuvieron, que llevaban los caballos de rienda; y como abajaban, se ponian en hilera con sus banderas, segun Diego de Villavicencio, de Jerez de la Frontera, sargento mayor, disponia. Hiciéronse dos escuadrones de la infantería, cuyos capitanes eran el licenciado Ramirez, don Baltasar de Castilla, Pablo de Meneses, Diego de Urbina, Gomez de Solís, don Fernando de Cárdenas, Cristóbal Mosquera, Hierónimo de Aliaga, Francisco de Olmos, Miguel de la Serna, Martin de Robles, Gomez de Arias y otros. Hiciéronse otros dos batallones de la caballería, que tomaron en medio de los peones. Del que iba al lado izquierdo eran capitanes Sebastian de Benalcázar, Rodrigo de Salazar, Diego de Mora, Joan de Saavedra y Francisco Hernandez de Aldana. Del que iba al derecho con el pendon real, que llevaba el licenciado Carabajal, eran don Pedro de Cabrera, Gomez de Albarado, Alonso Mercadillo, el oidor Cianca y Pedro de Hinojosa, que de todos era general. Iban tambien por aquel cabo, algo apartados y delanteros, Alonso de Mendoza y Diego Centeno por sobresalientes para las necesidades. Gasca y los obispos y frailes bajaron con Pardabe tras la artillería que llevaban Grabiel de Rojas, Albarado, Valdivia, con Mejía y Palomino; los cuales dos capitanes se pusieron por mangas de la batalla con cada ciento y cincuenta arcabuceros; Hernando Mejía y Pardabe á la diestra por hácia el rio, y á la siniestra por hácia la montaña Joan Alonso Palomino. Ordenadas pues las haces como dicho es para la batalla, caminó Hinojosa paso á paso hasta poner el ejército á tiro de arcabuz del enemigo, en un bajo donde no lo podia coger el artillería contraria. Pizarro dijo á Cepeda que ordenase la batalla. Cepeda, que deseaba pasarse á Gasca sin que le matasen, vió ser entonces su hora, y dándole á entender cómo no era bueno aquel lugar, por jugar de lleno en él la artillería de Gasca, pasó la barranca como que á tomar otro asiento bajo donde no les dañase la artillería, y en viéndose allá puso las piernas á su caballo para irse á Gasca. Cayó luego, como iba alterado y medroso, en un aguacero, y si no le sacaran unos negros que enviara delante, lo alancearan los de Pizarro, que le seguian. Desmayaron mucho en el real de Pizarro con la ida de Cepeda, y con que tras él se fueron Garcilaso de la Vega y otros principales. Gasca abrazó y besó en el carrillo á Cepeda, aunque lo llevaba encenagado, teniendo por vencido á Pizarro con su falta; ca segum pareció, Cepeda le hubo avisado con fray Antonio de Castro, prior de santo Domingo en Arequipa, que si Pizarro no quisiese concierto ninguno, él se pasaria al servicio del Emperador á tiempo que le deshiciese. Pesóle mucho á Pizarro la ida de los unos y el desmayo de los otros, mas con buen esfuerzo se estaba quedo. Pizarro viendo los enemigos cerca, envió muchos arcabuceros á picarlos; puso los indios, que muchos eran, en una ladera; dió cargo del artillería á Pedro de Soria, ordenó dos haces de su gente; una de los peones, que encomendó á Francisco de Carabajal, cuyos capitanes eran Joan Velez de Guevara, Francisco Maldonado, Joan de la Torre, Sebastian de Vergara y Diego Guillen; otra de los caballeros, que quiso él regir, de la cual estaban por capitanes el oidor Cepeda y Juan de Acosta. Estando pues así todos con semblante de pelear, jugaba el artillería de ambas partes; la de Pizarro se pasaba por alto, y la de Gasca tiraba como al hito; y así acertó de los primeros tiros una pelota al toldo de Pizarro y matóle un paje; por lo cual abatieron las tiendas los indios con mandamiento de Carabajal; el cual, que iba con los arcabuceros á escaramuzar, envió á decir á Pizarro que se apercibiese á la batalla, pensando que le acometerian los de Gasca con la furia y desórden que los de Centeno y Blasco Nuñez; pero Hinojosa estuvo tambien quedo, porque se lo aconsejaban los que de Pizarro se le pasaban, afirmando que sin pelear vencerian. Estaban los ejércitos á tiro de arcabuz, y recogian Mendoza y Centeno, que á ese propósito se adelantaron un poco, los que se pasaban, entre tanto que los unos y los otros arcabuceros escaramuzaban. Pedro Martin de Cecilia y otros alanceaban los que se iban de Pizarro; mas no podian detenerlos, ca se pasaron de un tropel treinta y tres arcabuceros, y luego arrojaron las armas en el suelo muchos, diciendo que no pelearian; y en breve se deshicieron los escuadrones. Y así embelesaron Pizarro y sus capitanes, que ni pudieron pelear ni quisieron huir, y fueron tomados á manos, como dicen. Preguntó Pizarro á Joan de Acosta qué harian; y respondiendo se fuesen á Gasca, «vamos, dijo, pues, á morir como cristianos;» palabra de cristiano y ánimo de esforzado. Quiso rendirse antes que huir; ca nunca sus enemigos le vieron las espaldas. Viendo cerca á Villavicencio, le preguntó quién era; y como respondió que sargento mayor del campo imperial, dijo: «Pues yo soy el sin ventura Gonzalo Pizarro;» y entrególe su estoque. Iba muy galan y gentilhombre, sobre un poderoso caballo castaño, armado de cota y coracinas ricas, con una sobreropa de raso bien golpeada, y un capacete de oro en la cabeza, con su barbote de lo mesmo. Villavicencio, alegre con tal prisionero, lo llevó luego, así como estaba, á Gasca; el cual, entre otras cosas, le dijo si le parecia bien haberse alzado con la tierra contra el Emperador. Pizarro dijo: «Señor, yo y mis hermanos la ganamos á nuestra costa, y en quererla gobernar como su majestad lo habia dicho, no pensé que erraba.» Gasca entonces dijo dos veces que le quitasen de allí, con enojo. Diólo en guarda á Diego Centeno, que se lo suplicó. De la manera que dicho es venció y prendió Gasca á Gonzalo Pizarro. Murieron diez ó doce de Pizarro y uno de Gasca. Nunca batalla se dió en que tantos capitanes fuesen letrados, ca fueron cinco licenciados, Cianca, Ramirez, Carabajal, Cepeda, y Gasca, caudillo mayor, el cual iba en los delanteros con su zamarra, ordenaba la artillería y animaba los de caballo que corriesen tras los que huian. Fray Rocha

lo acompañaba con una alabarda en las manos, y los obispos andaban entre los arcabuces, esforzando los arcabuceros contra los tiranos y desleales. Saquearon al real de Pizarro, y muchos soldados hubo que tomaron á cinco y á seis mil pesos de oro, y mulas y caballos. Uno de Pizarro topó una acémila cargada de oro; derribó la carga, y fuése con la bestia, no mirando el necio los líos.

La muerte de Gonzalo Pizarro por justicia.

Envió Gasca luego al Cuzco á Martin de Robles con su compañía, que prendiese los huidos, y guardase la ciudad de saco y fuego. Cometió la causa de Pizarro y de los otros presos al licenciado Cianca y mariscal Albarado; los cuales, haciendo su proceso, sentenciaron trece dellos á muerte por traidores, y ejecutaron la sentencia otro dia de la batalla. Sacaron á Gonzalo Pizarro á degollar en una mula ensillada, atadas las manos y cubierto con una capa. Murió como cristiano, sin hablar, con gran autoridad y semblante. Fué llevada su cabeza, y puesta en la plaza de los Reyes, sobre un pilar de mármol, rodeado de una red de hierro, y escripto así: «Esta es la cabeza del traidor de Gonzalo Pizarro, que dió batalla campal en el valle de Xaquixaguana contra el estandarte real del Emperador, lúnes 9 de abril del año de 1548.» Así acabó Gonzalo Pizarro, hombre que nunca fué vencido en batalla que diese, é dió muchas. Diego Centeno pagó al verdugo las ropas, que ricas eran, porque no lo desnudase, y lo enterró con ellas en el Cuzco. Ahorcaron y descuartizaron á Francisco de Carabajal, de Ragama; á Joan de Acosta, Francisco Maldonado, Joan Vélez de Guevara, Dionisio de Bobadilla, Gonzalo Morales de Almajano, Joan de la Torre, Pedro de Soria, de Calatañazor; Gonzalo de los Nidos, que le sacaron la lengua por el colodrillo, y otros tres ó cuatro. Azotaron y desterraron muchos á las galeras y al Chili. Francisco de Carabajal estuvo duro de confesar. Cuando le leyeron la sentencia que lo mandaban ahorcar, hacer cuartos, y poner la cabeza con la de Pizarro, dijo: «Basta matar.» Fué Centeno á verle la noche antes que lo matasen, y él hizo que no le conocia; y como le dijeron quién era, respondió que, como siempre lo habia visto por las espaldas, no lo conocia; dando á entender que siempre le huyó. Largo seria de contar sus dichos y hechos crueles; los contados bastan para declaracion de su agudeza, avaricia é inhumanidad. Habia ochenta y cuatro años, fué alférez en la batalla de Ravena, y soldado del Gran Capitan, y era el mas famoso guerrero de cuantos españoles han á Indias pasado, aunque no muy valiente ni diestro. Dicen por encarecimiento: «Tan cruel como Carabajal;» porque de cuatrocientos españoles que Pizarro mató fuera de batallas, después que Blasco Nuñez entró en el Perú, él los mató casi todos con unos negros que para eso traia siempre consigo. Murieron casi otros mil sobre las ordenanzas, y mas de veinte mil indios, llevando cargas, é huyendo á los yermos por no las llevar, do perecian de hambre y sed. Porque no huyesen, ataban muchos dellos juntos y por los pescuezos, y cortaban la cabeza al que se cansaba ó adolecia, por no pararse ni detenerse; cosa que los buenos podian mirar, y no castigar.

El repartimiento de indios qué Gasca hizo entre los españoles.

En siendo degollado Pizarro, se fué Gasca al Cuzco con todo el ejército para dar asiento en los negocios tocantes al sosiego y contento de los españoles, al bien y descanso de los indios y al servicio del Rey y de Dios, que lo mas principal era. Como llegó, derribaron las casas de Pizarro y de otros traidores, y sembráronlas de sal, y pusieron otra piedra con letras que dicen: «Estas casas eran del traidor de Gonzalo Pizarro.» Envió Gasca al capitan Alonso de Mendoza con gente á los Charcas á prender los pizarristas que allí huido habian, y traer los quintos y tributos del Rey. Envió eso mesmo á Grabiel de Rojas, á Diego de Mora y á otros, por toda la tierra, á recoger las rentas y quinto real. Hizo un pueblo entre el Cuzco y el Collao, que llaman Nuevo. Despachó al Chili á Pedro de Valdivia con la gente que seguirle quiso, y al capitan Benavente á su conquista, tierra hácia Quito, y rica de ganado y minas de oro. Proveyó á Diego Centeno para las minas de Potosí, que caen en los Charcas y que son las mejores del Perú, y aun del mundo; ca de un quintal de minero sale medio de plata y mucho mas; y una cuesta hay allí toda veteada de plata, que tiene media legua de alto y una de circúito. Dió licencia que se fuesen á sus casas y pueblos todos los que tenian vecindad, vasallos y hacienda. Era todo esto para desecharlos de sí, que lo fatigaban pidiéndole repartimientos y en qué vivir. Salióse pues á Apurima, doce leguas del Cuzco, y allí consultó el repartimiento con el arzobispo de los Reyes, Loaisa, y con el secretario Pero Lopez, y dió millon y medio de renta, y aun mas, á diversas personas, y ciento y cincuenta mil castellanos en oro, que sacó á los encomenderos. Casó muchas viudas ricas con hombres que habian bien servido al Rey. Mejoró á muchos que ya tenian repartimientos, y tal hubo que llevó cien mil ducados por año; renta de un príncipe, si no se acabara con la vida; mas el Emperador no la da por herencia. Quien mas llevó fué Hinojosa. Fuése Gasca á los Reyes por no oir quejas, reniegos y maldiciones de soldados, y aun de temor, enviando al Cuzco al Arzobispo á publicar el repartimiento, y á cumplir de palabra con los que sin dineros y vasallos quedaban, prometiéndoles grandes mercedes para después. No pudo el Arzobispo, por bien que les habló, aplacar la saña de los soldados á quien no les alcanzó parte del repartimiento, ni la de muchos que poco les cupo. Unos se quejaban de Gasca porque no les dió nada; otros, porque poco, y otros, porque lo habia dado á quien desirviera al Rey, y á confesos, jurando que lo tenian de acusar en consejo de Indias; y así, hubo algunos, como el mariscal Alonso de Albarado y Melchior Verdugo, que después escribieron mal dél al fiscal, por via de acusacion. Finalmente, platicaron de amotinarse, prendiendo al Arzobispo, al oidor Cianca, á Hinojosa, á Centeno y Albarado, y rogar al presidente Gasca reconociese los repartimientos, y diese parte á todos, dividiendo aquellos grandes repartimientos ó echándoles pensiones, y si no, que se los tomarian ellos. Descubrióse luego esto, y Cianca prendió y castigó las cabezas del motin; con que todo se apaciguó.

La tasa que de los tributos hizo Gasca.

Asentó Gasca en los Reyes audiencia real, y presidió como presidente á todas las causas y negocios de gobernacion. Eran oidores los licenciados Andrés de Cianca, Pedro Maldonado Santillan y el dotor Melchior Bravo de Saravia, natural de Soria, caballero de ciencia y conciencia, que tenia la segunda silla y audiencia. Procuró Gasca la conversion de los indios que aun no eran baptizados, é que continuasen la predicacion y doctrina cristiana los obispos, frailes y clérigos; porque con las guerras habian aflojado. Vedó, so grandísimas penas, que no cargasen indios contra su voluntad ni los tuviesen por esclavos, que así lo mandaban el Papa y el Emperador; mas por la gran falta de bestias de carga, proveyó en muchas partes que se cargasen, como lo hacian en tiempo de idolatría, sirviendo á sus ingas y señores, que fué un pecho personal, por el cual les quitaron la tercia parte del tributo. Empero mandóse que no los sacasen de su natural, porque no se destemplasen y muriesen; sino que los criados en los llanos, tierra caliente, sirviesen allí; é los serranos, hechos al frio, no bajasen al llano; y que los remudasen á tiempos, porque no llevasen siempre unos la carga. Tambien dejó muchos que llaman matimaes, y que son como esclavos, segun y de la manera que Guainacapa los tenia, y mandó á los demás ir á sus tierras; pero muchos dellos no quisieron, sino estarse con sus amos, diciendo que se hallaban bien con ellos, y aprendian cristiandad con oir misa y sermones, y ganaban dineros con vender, comprar y servir. Dicen que faltan los medios de lo conquistado en el Perú, por cargarlos mucho y á menudo; que los encomenderos no lo podian ni osaban contradecir á los soldados, que sin piedad ninguna los llevaban, ó mataban si no iban; y aun en presencia de Gasca, durante la guerra y camino, lo hacian. Escogió Gasca muchas personas de bien que visitasen la tierra. Dióles ciertas instrucciones, encargóles la conciencia, y tomóles juramento en manos del sacerdote, que les dijo una misa del Espíritu Santo, que harian bien y fielmente su oficio. Aquellos visitadores anduvieron todos los pueblos del Perú que sujetos están al Emperador, unos por un cabo y otros por otro. Tomaron juramento á los encomenderos ó sus personeros, aunque fuesen del Rey, que declarasen cuántos indios, sin viejos y niños, habia en sus lugares y repartimientos, y qué y cuánto pechaban. Echábanlos fuera de su tierra, y examinaban los caciques é indios sobre las vejaciones y demasías que sus dueños les hacian, y sobre qué cosas se criaban y cogian en su territorio; qué solian tributar á los ingas, donde llevaban los tributos; ca tributaban á sus ingas lagartijas, ranas y tales cosas, si al no tenian; y lo que al presente pagaban, pagar podrian en adelante, dándoles á entender la merced que les hacia el Emperador en moderar el tributo y dejarlos casi francos y señores de sus propias haciendas y granjerías; ca muchos indios del llano, que viven sin casas ni poblacion, como entendieron la visita y tasa, huyeron, pensando que cuanto menos personas hallasen los visitadores, menos pechos pornian; é así, quedarian libres en la hacienda, como en la persona. Vueltos pues que fueron los visitadores, encomendó Gasca la tasacion al arzobispo Loaisa, y á Tomás Sant Martin y Domingo de Santo Tomás, frailes dominicos. Los cuales, tomando el parecer de los visitadores, y cotejando los dichos de los señores y de los vasallos, tasaron los tributos mucho menos que los mesmos indios decian que podrian buenamente pagar. Gasca lo mandó así, y que cada pueblo pagase su pecho en aquello que su tierra producia, si oro en oro, si plata en plata, si coca en coca, si algodon, sal y ganado, en ello mesmo; aunque mandó á muchos pagar en oro y plata no teniendo minas, por razon que se diesen al trabajo y trato para haber aquel oro, criando aves, seda, cabras, puercos y ovejas; é llevándolo á vender á los pueblos y mercados, juntamente con leña, yerba, grano y tales cosas; y porque se vezasen á ganar jornal trabajando y sirviendo en las casas y haciendas de los españoles, é aprendiesen sus costumbres y vida política cristiana, perdiendo la idolatría y borracherías á que con la gran ociosidad mucho se dan. Publicóse pues la tasa; y quedaron muy alegres los indios y contentos, que de antes no descansaban ni dormian, pensando en los cogedores; y si dormian, los soñaban. Quedóles puesta pena si dentro de cierto tiempo de cada un año, en veinte dias después, no pagasen sus tributos y pechos. E al encomendero que llevase mas de la tasa, el cuatro tanto por la primera vez, y por la segunda, que perdiese la encomienda y repartimiento.

Los gastos que Gasca hizo, y el tesoro que juntó.

No entró Gasca en el Nombre de Dios con mas de cuatrocientos ducados; empero buscó prestados y á cambio cuantos dineros menester hubo para la guerra, cuando Pizarro se puso en resistencia; con los cuales compró armas, artillería, caballos y matalotaje; pagó el sueldo y dió socorros, é hizo otros muchos gastos; en que, echada cuenta por pluma, gastó novecientos mil pesos de oro desde que llegó hasta que salió del Perú; ca fué necesario gastar largo con los españoles, y valian carísimo las cosas de Castilla, no solamente las de comer y vestir, pero las de guerrear, como eran caballos, arcabuces y coseletes; y es de notar que, siendo aquella tierra tan cara y léjos, hay tantas y tan buenas armas y caballos; mas allá van mercaderías do quieren dineros. Recogió Gasca las rentas y quintos del Rey, y el oro y plata de los traidores y condenados, y allegó tanto tesoro, que pagó los novecientos mil pesos, y le quedaron para traer al Emperador un millon y trecientos mil castellanos en plata y oro; cosa de que mucho se maravillaron todos, y no por el dinero, sino por la manera con que lo juntó. Nunca procuró ni tomó para sí un real; y así, digo que nunca pasó al Perú español con cargo ni sin él, que no tomase algo, sino Gasca, que no le conocieron, aunque lo miraron, señal de avaricia; por la cual se perdieron, y mataron cuantos habemos contado en las guerras del Perú. Saco empero á Blasco Nuñez Vela, que realísimamente fué servidor del Emperador y libre de tal vicio; aunque porfió algo los negocios por sus diez y ocho mil ducados de salario. Grabiel de Rojas sacó demasiado á los indios vacos en cabeza del Rey, é á los españoles que favorecieron á Pizarro y á los que no le favorecieron, dicien-

do que se habian estado á la mira; todo lo cual pasó de un millon; y como murió en el camino casi súbitamente, dijeron que por juicio de Dios, y que se aparecia espantosamente á ciertos frailes de santo Domingo de Lima. E pues hablamos de tesoro, bien es decir la riqueza del Perú, que hasta aquí nuestros españoles han habido, ansí en lo que hallaron en poder de los indios, como en lo que sacaron de minas, que mucho es. Augustin de Zárate, que tomó las cuentas, halló cargados á los oficiales del Rey, en los libros de cuentas, un millon y ochocientos mil pesos de oro, y seiscientos mil marcos de plata del quinto y rentas reales; y toda esta plata y oro ha venido en España de una ó de otra manera; porque allá no la quieren para mas de traerla, y danse tanta prisa á traerla como á sacarla y haberla. Aunque don Diego de Almagro, Vaca de Castro, Blasco Nuñez, Gonzalo Pizarro, Gasca y otros capitanes gastaron mucho de lo del Rey en las guerras; mas todo al fin, como dije, es venido á España, y es una cuantidad increible, pero cierta.

Consideraciones.

De cuantos españoles han gobernado el Perú no ha escapado ninguno, sino es Gasca, de ser por ello muerto ó preso; que no se debe poner en olvido. Francisco Pizarro, que lo descubrió, y sus hermanos, ahogaron á Diego de Almagro; don Diego de Almagro, su hijo, hizo matar á Francisco Pizarro; el licenciado Vaca de Castro degolló á don Diego; Blasco Nuñez Vela prendió á Vaca de Castro, el cual aun no está fuera de prision; Gonzalo Pizarro mató en batalla á Blasco Nuñez; Gasca justició á Gonzalo Pizarro y echó preso al oidor Cepeda, que los otros sus compañeros ya eran muertos; los Contreras, como luego declararémos, quisieron matar á Gasca. Tambien hallaréis que han muerto mas de ciento y cincuenta capitanes y hombres con cargo de justicia, unos á manos de indios, otros peleando entre sí, y los mas ahorcados. Atribuyen los indios, y aun muchos españoles, estas muertes y guerras á la constelacion de la tierra y riqueza; yo lo echo á la malicia y avaricia de los hombres. Dicen ellos que nunca después que se acuerdan (algunos han cien años), faltó guerra en el Perú; porque Guainacapa y Opangui, su padre, tuvieron continuamente guerras con sus comarcanos por señorear solos aquella tierra. Guaxcar y Atabaliba pelearon sobre cuál seria inga y monarca, y Atabaliba mató á Guaxcar, su hermano mayor, y Francisco Pizarro mató y privó del reino al Atabaliba por traidor, é cuantos su muerte procuraron y consintieron han acabado desastradamente, que tambien es otra consideracion. Ya leístes la fin de Diego de Almagro, Francisco y Gonzalo Pizarro. A Joan Pizarro, que de todos sus hermanos era el mas valiente, mataron indios en el Cuzco, y Joan de Rada y sus consortes á Francisco Martin de Alcántara. Los isleños de Puna mataron á palos al obispo fray Vicente de Valverde, que huia de don Diego de Almagro, y al dotor Velazquez, su cuñado, y al capitan Joan de Valduneso, con otros muchos. Almagro ahorcó á Felipillo allá en Chili, Hernando de Soto pereció en la Florida, y otros en otras partes. Algunos viven de aquellos, como es Fernando Pizarro, que si bien no se halló en la muerte de Atabaliba, está en la Mora de Medina del Campo por la muerte de Almagro y batalla de las Salinas y otras muchas cosas.

Otras consideraciones.

Comenzaron los bandos entre Pizarro y Almagro por ambicion y sobre quién gobernaria el Cuzco; empero crecieron por avaricia y llegaron á mucha crueldad por ira é invidia; é plega á Dios que no duren como en Italia güelfos y gebelinos. Siguieron á Diego de Almagro porque daba, y á Francisco Pizarro porque podia dar. Después de ambos muertos, han seguido siempre el que pensaban que les daria mas y presto. Muchos han dejado al Rey porque no les tenia de dar, y pocos son los que fueron siempre reales; ca el oro ciega el sentido, y es tanto lo del Perú, que pone admiracion. Pues así como han seguido diferentes partes, han tenido doblados corazones y aun lenguas; por lo cual nunca decian verdad sino cuando hallaban malicia. Corrompian los hombres con dineros para jurar falsedades; acusaban unos á otros maliciosamente por mandar, por haber, por venganza, por envidia y aun por su pasatiempo; mataban por justicia sin justicia, y todo por ser ricos. Así que, muchas cosas se encubrieron que convenia publicar, y que no se pueden averiguar en tela de juicio, probando cada uno su intencion. Muchos hay tambien que han servido al Rey, de los cuales no se cuenta mucho, por ser hombres particulares y sin cargos; que aquí solamente se trata de los gobernadores, capitanes y personas señaladas, y porque seria imposible decir de todos, y porque les vale mas quedar en el tintero. Quien se sintiere, calle, pues está libre y rico; no hurgue por su mal. Si bien hizo, y no es loado, eche la culpa á sus compañeros; y si mal hizo, y es mentado, échela á sí mesmo.

El robo que los Contreras hicieron á Gasca volviendo á España.

Dióse Gasca muy gran prisa y maña, después que castigó á Pizarro y á los otros revoltosos y bandoleros, á poner en concierto la justicia, á gratificar los soldados, á tasar los tributos, á recoger dineros, y á dejar la gente y tierra llana, pacífica y mejorada para volverse á España: cosa que mucho deseaba. Embarcó millon y medio para el Rey, y otro tanto, y mas, de particulares, y fuése á Panamá; dejó allí seiscientos mil pesos por no tener en que llevarlos, y caminó al Nombre de Dios. Llegaron luego á Panamá con docientos soldados españoles dos hijos de Rodrigo de Contreras, gobernador de Nicaragua, y tomaron aquellos seiscientos mil castellanos que Gasca dejó, y cuanto mas dineros y ropa pudieron, entrando por fuerza en la ciudad y en las casas. El uno dellos se fué con la presa en dos ó tres naos, y el otro echó tras Gasca por quitarle todo el oro y plata que llevaba, y la vida: tan ciego y soberbio estaba. Habian estos Contreras muerto al obispo de Nicaragua, fray Antonio de Valdivieso, porque escribió mal de su padre á Castilla, donde andaba en negocios. Andaban homicianos, pobres é huidos; recogieron los pizarristas que iban huyendo de Gasca y otros perdidos, y acordaron de hacer aquel salto por enriquecer, diciendo que aquel tèsoro y todo el Perú era suyo y les pertenecia

como á nietos de Pedrarias de Avila, que tuvo compañía con Pizarro, Almagro y Luque, y los envió y se alzaron: color malo, empero bastante para traer á ruines á su propósito. En fin, ellos hicieron un salto y hurto calificado si con él se contentaran, aunque no escaparan de las manos del Rey, que alcanzan mucho. Supo Gasca lo uno y lo otro de vecinos de Panamá, puso en cobro el tesoro y volvió con gente. Peleó con los de Contreras y venciólos, prendió y justició cuantos quiso. Huyó el Contreras, y ahogóse cerca de allí pasando un rio. Despachó Gasca naos tras el otro Contreras bien armadas de tiros y arcabuceros; los cuales se dieron tan buena diligencia y cobro, que lo alcanzaron. Tomáronle las naos y los dineros peleando, mataron cuantos con él iban, sino fueron diez ó doce, en el combate é justicia que luego hicieron, y así cobró Gasca su hurto y castigó los ladrones: cosas tan señaladas como dichosas para su honra y memoria. Embarcóse con tanto en el Nombre de Dios, y llegó á España por julio del año de 1550, con grandísima riqueza para otros y reputacion para sí. Tardó en ir y venir y hacer lo que habeis oido poco mas de cuatro años. Hízolo el Emperador obispo de Palencia, y llamólo á Augusta de Alemaña para que le informase á boca y entera y ciertamente de aquella tierra y gente del Perú.

La calidad y temple del Perú.

Llaman Perú todas aquellas tierras que hay del mesmo rio al Chili, y que nombrado habemos muchas veces en su conquista y guerras civiles, como son Quito, Cuzco, Charcas, Puerto-Viejo, Túmbez, Arequipa, Lima y Chili. Divídenlo en tres partes: en llano, sierras y Andes. Lo llano, que arenoso es y muy caliente, cae orillas del mar; entra poco en la tierra, pero extiéndese grandemente por junto al agua. De Túmbez allá no llueve ni truena ni echa rayos, en mas de quinientas leguas de costa y diez ó veinte de tierra que duran los llanos. Viven aquí los hombres riberas de los rios que vienen de las sierras, por muchos valles, los cuales tienen llenos de frutales y otros árboles, so cuya sombra y frescura duermen y moran; ca no hacen otras casas ni camas. Críanse allí cañas, juncos, espadañas y semejantes yerbas de mucha verdura para tomar por cama, y unos arbolejos cuyas hojas se secan en tocándolas con la mano. Siembran algodon, que de suyo es azul, verde, amarillo, leonado y de otras colores; siembran maíz y batatas y otras semillas y raíces, que comen, y riegan las plantas y sembrados por acequias que sacan de los rios, y cae tambien algun rocío. Siembran asimesmo una yerba dicha coca, que la precian mas que oro ni pan; la cual requiere tierra muy caliente, y tráenla en la boca todos y siempre diciendo que mata la sed y la hambre: cosa admirable, si verdadera. Siembran y cogen todo el año; no hay lagartos ó crocodillos en los rios ni costa destos llanos de Lima allá; y así, pescan sin miedo y mucho. Comen crudo el pescado, que así hacen la carne por la mayor parte; toman muchos lobos marinos, que los hallan buenos de comer, y límpianse los dientes con sus barbas, por ser buenas para la dentadura, y aun dicen que quitan el dolor de muelas los dientes de aquellos lobos, si los calientan y los tocan. Comen estos lobos piedras, puede ser que por lástre; los buitres matan tambien estos lobos cuando salen á tierra, que mucho es de ver, é se los comen. Acometen á un lobo marino muchos buitres, y aun dos solamente se atreven; unos lo pican de la cola y piés, que todo parece uno, y otros de los ojos hasta que se los quiebran, y así lo matan, después de ciego y cansado. Son grandes los buitres, y algunos tienen doce y quince, y aun diez y ocho palmos, de una punta de ala á otra. Hay garzas blancas y pardas, papagayos, mochuelos, pitos, ruiseñores, codornices, tórtolas, patos, palomas, perdices, y otras aves que nosotros comemos, excepto gallipavos, que no crian de Chira ó Túmbez adelante. Hay águilas, halcones y otras aves de rapiña, y de muy extraña y hermosa color; hay un pajarico del tamaño de cigarra, con linda pluma entre colores, que admira la gente; hay otras aves sin pluma, tan grandes como ansarones, que nunca salen del mar; tienen empero un blando y delgado vello por todo el cuerpo. Hay conejos, raposas, ovejas, ciervos y otros animales, que cazan con redes y arcos y á ojeo de hombres, trayéndolos á ciertos corrales que para ello hacen. La gente que habita en estos llanos es grosera, sucia, no esforzada ni hábil; viste poco y malo, cria cabello, y no barba; y como es gran tierra, hablan muchas lenguas. En la sierra, que es una cordillera de montes bien altos, y que corre setecientas y mas leguas, y que no se aparta de la mar quince, ó cuando mucho veinte, llueve y nieva reciamente, y así es muy fria. Los que viven entre aquel frio y calor son por la mayor parte tuertos ó ciegos; que por maravilla se hallan dos personas juntas que la una no sea tuerta. Andan rebozados y tocados por esto, y no por cobrir, como algunos decian, unos rabillos que les nacian al colodrillo. En muchas partes desta fria sierra no hay árboles, y hacen fuego de cierta tierra y céspedes que arden muy bien. Hay sierras de colores, como es Parnionga, Guarimei; unas coloradas, otras negras, de que sin otra mezcla hacen tinta; otras amarillas, verdes, moradas, azules, que se devisan de léjos y parecen muy bien. Hay venados, lobos, osos negros, y unos gatos que parecen hombres negros. Hay dos suertes de pacos, que llaman los españoles ovejas, y son, como en otro cabo dijimos, unas domésticas y otras silvestres. La lana de las unas es grosera y de las otras fina, de la cual hacen vestidos, calzado, colchones, mantas, paramentos, sogas, hilo y la borla que traen los ingas. Tienen grandes hatos y granjería dellas en Chincha, Caxamalca y otras muchas tierras, y las llevan y traen de un extremo á otro como los de Soria y Extremadura. Críanse nabos, altramuces, acederas y otras yerbas de comer, y una como apio de flor amarilla que sana toda llaga podrida, y si la ponen donde no hay mal, come la carne hasta el hueso; y así, es buena para lo malo, y mala para lo bueno. No tengo que decir del oro ni de la plata, pues do quiera se halla. En los valles de la sierra, que son muy hondos, hay calor y se hace la coca y otras cosas que no quieren tierra fria. Los hombres traen camisas de lana y hondas ceñidas por la cabeza sobre el cabello; tienen mas fuerza, esfuerzo, cuerpo, razon y policía que los del llano arenoso. Las mujeres visten largo

y sin mangas, fájanse mucho, y usan mantellinas sobre los hombros, prendidas con alfileres cabezudos de oro y plata, á fuer del Cuzco. Son grandes trabajadoras y ayudan mucho á sus maridos; hacen casas de adobes y madera, que cubren de uno como esparto. Estas son asperísimas montañas, si las hay en el mundo, y vienen de la Nueva-España, y aun de mas allá, por entre Panamá y el Nombre de Dios, y llegan al estrecho de Magallanes. De aquestos pues nascen grandísimos rios, que caen en la mar del Sur, y otros mayores en la del Norte, como son el rio de la Plata, el Marañon y el de Orellana, que aun no está averiguado si es el mesmo que Marañon. Los Andes son valles muy poblados y ricos de minas y ganado; pero aun no hay dellos tanta noticia como de las otras tierras.

Cosas notables que hay y que no hay en el Perú.

Oro y plata hay donde quiera, mas no tanto como en el Perú, y húndenlo en hornillos con estiércol de ovejas, y al aire, peñas y cerros de colores; no sé dó los hay como aquí; aves hay diferentes de otras partes, como la que no tiene pluma y la que pequeñísima es, segun poco antes contamos. Los osos, las ovejas y gatos, gesto de negros, son propios animales desta tierra. Gigantes dicen que hubo en tiempos antiguos, cuyas estatuas halló Francisco Pizarro en Puerto-Viejo, y diez ó doce años después se hallaron no muy lejos de Trujillo grandísimos huesos y calabernas con dientes de tres dedos en gordo y cuatro en largo, que tenian un verdugo por de fuera y estaban negros; lo cual confirmó la memoria que dellos anda entre los hombres de la costa. En Colli, cerca de Trujillo, hay una laguna dulce que tiene el suelo de sal blanca y cuajada. En los Andes, detrás de Jauja, hay un rio que, siendo sus piedras de sal, es dulce. Una fuente está en Chinca, cuya agua convierte la tierra en piedra, y la piedra y barro en peña. En la costa de San Miguel hay grandes piedras de sal en la mar, cubiertas de ovas. Otras fuentes ó mineros hay en la punta de Santa Elena, que corren un licor, el cual sirve por alquitran y por pez. No habia caballos ni bueyes ni mulos, asnos, cabras, ovejas, perros, á cuya causa no hay rabia allí ni en todas las Indias. Tampoco habia ratones hasta en tiempo de Blasco Nuñez: remanescieron tantos de improviso en San Miguel y otras tierras, que royeron todos los árboles, cañas de azúcar, maizales, hortaliza y ropa sin remedio ninguno, y no dejaban dormir los españoles y espantaban los indios. Vino tambien langosta muy menuda en aquel mesmo tiempo, nunca vista en el Perú, y comió los sembrados. Dió asimesmo una cierta sarna en las ovejas y otros animales del campo, que mató como pestilencia las mas dellas en los llanos, que ni las aves carniceras las querian comer. De todo esto vino gran daño á los naturales y extranjeros, que tuvieron poco pan y mucha guerra. Dicen tambien que no hay pestilencia, argumento de ser los aires sanísimos, ni piojos, que lo tengo á mucho; mas los nuestros bien los crian. No usaban moneda, teniendo tanta plata, oro y otros metales, ni letras, que mayor falta y rudeza era; pero ya las saben y aprenden de nosotros, que vale mas que sus desaprovechadas riquezas. No es de callar la manera que tienen en hacer sus templos, fortalezas y puentes: traen la piedra rastrando á fuerza de brazos, que bestias no hay, y piedras de diez piés en cuadro, y aun mayores. Asiéntanlas con cal y otro betun, arriman tierra á la pared por do suben la piedra, y cuanto el edificio cresce, tanto levantan la tierra; ca no tienen ingenios de gruas y tornos de cantería; y así, tardan mucho en semejantes fábricas, y andan infinitas personas: tal edificio era la fortaleza del Cuzco, la cual era fuerte, hermosa y magnífica. Las puentes son para reir y aun para caer; en los rios hondos y raudos que no pueden hincar postes echan una soga de lana ó verga de un cabo á otro por parte alta, cuelgan della un cesto como de vendimiar, que tiene las asas de palo, por mas recio; meten allí dentro el hombre, tiran de otra soga, y pásanlo. En otros rios hacen una puente sobre piés de solo un tablon, como las que hacen en Tajo para las ovejas; pasan por allí los indios sin caer ni turbarse, que lo continúan mucho; mas peligran los españoles, desvanesciendo con la vista del agua y altura y temblor de la tabla; y así, los mas pasan á gatas. Tambien hacen buenas puentes de maromas sobre pilares que cubren de trenzas, por las cuales pasan caballos, aunque se bambalean. La primera que pasaron fué entre Iminga y Guaillasmarca, no sin miedo; la cual era de dos pedazos: por el uno pasaban los ingas, orejones y soldados, y por el otro los demás, y pagaban pontazgos, como pecheros, para sustentar y reparar la puente, aunque los pueblos mas vecinos eran obligados á tener en pié las puentes. Donde no habia puente de ninguna suerte, hacian balsas y artesas, mas la reciura de los rios se las llevaba; y así, les convenia pasar á nado, que todos son grandes nadadores. Otros pasan sobre una red de calabazas, guiándola uno y rempujándola otro, y el español ó indio y ropa que va encima se cubre de agua. Por defecto pues y maleza de puentes se han ahogado muchos españoles, caballos, oro y plata; que los indios á nado pasan. Tenian dos caminos reales del Quito al Cuzco, obras costosas y notables; uno por la sierra y otro por los llanos, que duran mas de seiscientas leguas; el que iba por llano era tapiado por ambos lados, y ancho veinte y cinco piés; tiene sus acequias de agua, en que hay muchos árboles, dichos molli. El que iba por lo alto era de la mesma anchura, cortado en vivas peñas y hecho de cal y canto; ca ó abajaban los cerros ó alzaban los valles para igualar el camino; edificio, al dicho de todos, que vence las pirámides de Egipto y calzadas romanas y todas obras antiguas. Guainacapa lo alargó y restauró, y no lo hizo, como algunos dicen; que cosa vieja es, y que no la pudiera acabar en su vida. Van muy derechos estos caminos, sin arrodear cuesta ni laguna, y tienen por sus jornadas y trechos de tierra unos grandes palacios, que llaman tambos, donde se albergan la corte y ejército de los ingas; los cuales están bastecidos de armas y comida, y de vestidos y zapatos para los soldados; que los pueblos comarcanos los proveian de obligacion. Nuestros españoles con sus guerras ceviles han destruido estos caminos, cortando la calzada por muchos lugares para impedir el paso unos á otros, y aun los indios deshicieron su parte cuando la guerra y cerco del Cuzco.

Remate de las cosas del Perú.

Las armas que los del Perú comunmente usan son hondas, flechas, picas de palma, dardos, porras, hachas, alabardas, que tienen los hierros de cobre, plata y oro. Usan tambien cascos de metal y de madera, y jubones embastados de algodon. Cuentan uno, diez, ciento, mil, diez cientos, diez cientos de miles, y así van multiplicando. Traen la cuenta por piedras, y por ñudos en cuerdas de color; y es tan cierta y concertada, que los nuestros se maravillan. Juegan con un solo dado de cinco puntos, que no tienen mayor suerte. El pan es de maíz, el vino tambien, y emborracha reciamente. Otras bebidas hacen de frutas é yerbas, como decir de molles, árboles fructíferos, de cuya fructa hacen tambien una cierta miel que aprovecha en los golpes y mataduras de bestias, y las hojas para dolor y llagas de hombres, y para aguapiernas y de barberos. Su vianda es fruta, raíces, pescado y carne, especialmente de oveja-ciervos, que tienen muchas en poblado y despoblado, proprias y comunes, y santas ó sagradas, que son del sol; ca los ingas inventaron un cierto diezmo, hato y pegujal de Pachacama y otras guacas, para tener carne los tiempos de guerra, vedando que nadie las matase ni corriese. Son muy borrachos; tanto, que pierden el juicio. No guardan mucho el parentesco en casamientos, ni ellas lealtad en matrimonio. Casan con cuantas se les antojan, y algunos orejones con sus hermanas. Heredan sobrinos, y no hijos, sino es entre ingas y señores; pero ¿qué han de heredar, pues el vulgo ni tiene, ni quiere, ó no le dejan hacienda? Son mintrosos, ladrones, crueles, sométicos, ingratos, sin honra, sin vergüenza, sin caridad ni virtud. Sepúltanse debajo la tierra, y algunos embalsaman echándoles un licor de árboles olorísimo por la garganta, ó untándolos con gomas; en la sierra se conservan infinito tiempo con el frio; y así, hay mucha carne momia. Hartos hombres viven cien años en el Collao y en otras partes del Perú que son frias. Las tierras de pan llevar son fertilísimas; un grano de cebada echó trecientas espigas, y otro de trigo docientas; que pienso fueron de los que primero sembraron. En San Joan, gobernacion de Pascual de Andagoya, sembraron una escudilla de trigo, y cogieron novecientas; en muchas partes han cogido docientas y mas hanegas de una que sembraron, y así multiplicaban al principio las otras semillas de acá. Los rábanos se hacian tan gordos como un muslo, y aun como un cuerpo de hombre; pero luego disminuyeron sembrados de su mesma simiente; que así hicieron todas las cosas de grano que llevaron de Castilla. Ha multiplicado mucho la fruta de zumo y agro, como decir naranjas y las cañas de azúcar; multiplican eso mesmo los ganados, ca una cabra pare cinco cabritos, y cuando menos dos; y si no hubiese sido por las guerras ceviles, habria ya infinitas yeguas, ovejas, vacas, asnas y mulas, que los relevasen de carga; mas presto, placiendo á Dios, habrá todas estas cosas y vivirán políticamente con la paz y predicacion que tienen, en la cual entienden con gran hervor y caridad nuestros españoles, así eclesiásticos como seglares, que tienen vasallos; y la solicitan los oidores, y la procura el virey don Antonio de Mendoza, hecho á la conversion de los indios de Nueva-España, de donde vino á gobernar al Perú. Hasta aquí han estado porfiados en su idolatría y vicios abominables, por ocuparse los obispos, clérigos y frailes en las guerras ceviles; y los convertidos fácilmente renegaban la religion cristiana, viendo cómo iban las cosas, y aun muchos por malicia, y por persuasion del diablo; y así, muchos dellos no se querian enterrar en las iglesias á fuer de cristianos, sino en sus templos y osares; y aun hartas veces hallaron nuestros sacerdotes bultos de paja y algodon en las andas, queriendo echar el defunto en la fuesa; y otros decian, cuando les predicaban á Jesucristo bendito y su santísima fe y doctrina, que aquello era para Castilla, y no para ellos, que adoraban á Pachacama, criador y alumbrador del mundo. No los apremian á mas diezmo de cuanto ellos quieren dar, porque no se resabien, ni sientan mal de la ley, que aun no entienden bien. Fray Jerónimo de Loaisa es arzobispo de los Reyes, y hay otros tres obispados en el Perú: el Cuzco, que tiene fray Joan Solano, y el Quito, que tiene García Diez, y el de los Charcas, que tiene fray Tomás de San Martin.

Panamá.

Del rio Perú al Cabo-Blanco, que por otro nombre se dice puerto de la Herradura, ponen de tierra, costa á costa, cuatrocientas menos diez leguas, contando así: De Perú, que cae dos grados acá de la Equinocial, hay sesenta leguas al golfo de San Miguel, que está en seis grados, y veinte y cinco leguas del otro golfo de Urabá ó Darien, y boja cincuenta. Descubrióle Vasco Nuñez de Balboa el año de 13, buscando la mar del Sur, como en su tiempo dijimos, y halló en él muchas perlas. Deste golfo á Panamá hay mas de cincuenta, que descubrió Gaspar de Morales, capitan de Pedrarias de Avila; de Panamá á la punta de Guera, yendo por Paris y Natan, ponen setenta leguas; de Guera, que cae á poco mas de seis grados, hay cien leguas á Borica, que es una punta de tierra puesta en ocho grados, de la cual hay otras ciento hasta Cabo-Blanco, que paresce uña de águila, y que está en ocho grados y medio á esta parte de la Equinocial. Estas docientas y setenta leguas descubrió el licenciado Gaspar de Espinosa, de Medina del Campo, alcalde mayor de Pedrarias, año de 15 ó 16 juntamente con Diegarias de Avila, hijo del Gobernador, aunque poco antes habian corrido por tierra Gonzalo de Badajoz y Luis de Mercado la costa de Paris y Natan por cincuenta leguas, y fué desta manera: Pedrarias de Avila envió muchos capitanes á descubrir y poblar en diversas partes, segun en otro cabo conté, y entrellos fué Gonzalo de Badajoz, el cual partió del Darien por marzo del año de 1515 con ochenta compañeros, y fué al Nombre de Dios, donde estuvo algunos dias atrayendo de paz á los naturales; mas como el Cacique no queria su amistad ni contratacion, no pudo. Llegó tambien allí entonces Luis de Mercado con otros cincuenta españoles del mesmo Pedrarias, y acordaron entrambos de irse á la costa del Sur, que tenia fama de mas rica tierra; así, que tomaron indios para guia y servicio, y subieron las sierras, en la cumbre de las cuales estaba Yuana, señor de Goiba, que llamaron la rica, por hallar oro do quiera que cavaban. Huyó el Cacique, de miedo

de aquellos nuevos y barbudos hombres, y no quiso venir, por mensajeros que le hicieron; y así, saquearon y quemaron el pueblo, y pasaron adelante con buena presa de esclavos; no digo que los hicieron, sino que ya lo eran. Usan mucho por allí tener esclavos para sembrar, coger oro, y hacer otros servicios y provechos. Tráenlos herrados, las caras de negro y colorado, púnchanles los carrillos con hueso y espinas de peces, y échanles ciertos polvos, negros ó colorados, tan fuertes, que por algunos dias no les dejan mascar, y que nunca pierden la color. De Coiba fueron cinco dias por el camino del agua, que otro no sabian, sin ver poblado ninguno. Al postrero toparon dos hombres con sendas talegas de pan, que los guiaron á su cacique, dicho Totonaga, que ciego era; el cual los hospedó amorosamente y les dió seis mil pesos de oro en granos, vasos y joyas; dióles tambien noticia de la costa y riqueza que buscaban. Ellos se despidieron dél alegres y contentos, y caminando hácia poniente, llegaron á un lugar de Taracuru, reyezuelo rico, que les dió hasta ocho mil pesos de oro. Destruyeron á Pananome porque no los recebió el señor, aunque era hermano de Taracuru. Pasaron por Tavor, y fueron bien recebidos de Cheru, que les hizo un presente de cuatro mil pesos de oro; era rico por el trato de unas muy buenas salinas que tenia. Otro dia entraron en un pueblo, y el señor Natan les dió quince mil pesos de oro. Reposaron allí por el buen acogimiento y amor de los vecinos. Habia mucha comida, y buenas casas con chapiteles y cubiertas de paja; los varales, de que son, entretejidos por gran concierto, y parescen harto bien. Tenian ya Badajoz y Mercado ochenta mil pesos de oro en granos, collares, bronchas, cercillos, cascos, vasos y otras piezas que les habian dado y ellos habian tomado y rescatado. Tenian tambien cuatrocientos esclavos para llevar el oro, ropa y españoles enfermos. Caminaron sin concierto ni cuidado, como no habian hallado hasta allí resistencia, en busca del rey Pariza, ó Paris, como dicen otros, que tenia fama del mas rico señor de aquella costa. El Pariza tuvo sentimiento y espías de su venida; armó gente, púsose al paso, paróles una celada, dió sobrellos, y antes que se pudiesen revolver, hirió y mató hasta ochenta españoles, que los demás huyeron; y tomó los ochenta mil pesos de oro y los cuatrocientos esclavos, con toda la ropa que llevaban. No gozó mucho Pariza el despojo, aunque goza de la fama; ca después lo despojaron á él y á su tierra en diversas veces aquel oro y dos tanto. No pudo ir Pedrarias á vengar la muerte de sus españoles, por enfermedad, y envió á Gaspar de Espinosa, su alcalde mayor, el cual conquistó aquella tierra, descubrió la costa que dije, y pobló á Panamá. Es Panamá chico pueblo, mal asentado, mal sano, aunque muy nombrado por el pasaje del Perú y Nicaragua, y porque fué un tiempo chancillería; es cabeza de obispado, y lugar de mucho trato. Los aires son buenos cuando son de mar; y cuando de tierra, malos; y los buenos de allí son malos en el Nombre de Dios, y al contrario. Es la tierra fértil y abundante; tiene oro, hay mucha caza y volatería, y por la costa perlas, ballenas y lagartos, los cuales no pasan de Túmbez, aunque allí cerca los han muerto de mas de cien piés en largo y con muchos guijarros en el buche: si los digeren, gran propriedad y calor es. Visten, hablan y andan en Panamá como en Darien y tierra de Culúa, que llaman Castilla de Oro. Los bailes, ritos y religion son algo diferentes, y parescen mucho á lo de Haiti y Cuba. Entallan, pintan y visten á su Tavira, que es el diablo, como le ven y hablan, y aun lo hacen de oro vaciadizo. Son muy dados al juego, á la carnalidad, al hurto y ociosidad. Hay muchos hechiceros y brujos que de noche chupan los niños por el ombligo; hay muchos que no piensan que hay mas de nacer y morir, y aquellos tales no se entierran con pan y vino ni con mujeres ni mozos. Los que creen inmortalidad del alma se entierran, si son señores, con oro, armas, plumas; si no lo son, con maíz, vino y mantas. Secan al fuego los cuerpos de los caciques, que es su embalsamar; meten con ellos en las sepulturas algunos de sus criados, para servirlos en el infierno, y algunas de sus muchas mujeres que los amaban; bailan al enterramiento, cuecen ponzoña, y beben della los que han de acompañar al defunto, que á las veces son cincuenta. Tambien se salen muchos á morir al campo, donde los coman aves, tigres y otras animalías. Besan los piés al hijo ó sobrino que hereda, estando en la cama, que vale tanto como juramento y coronacion. Todo esto ha cesado con la conversion; y viven cristianamente, aunque faltan muchos indios, con las primeras guerras y poca justicia que hubo al principio.

Tararequi, isla de Perlas.

Gaspar de Morales fué, año de 15, al golfo de Sant Miguel con ciento y cincuenta españoles, por mandado de Pedrarias, en demanda de la isla Tararequi, que tan abundante de perlas decian ser los de Balboa, é tan cerca la costa. Juntó muchas canoas y gente que le dieron Chiape y Tamuco, amigos de Vasco, y pasó á la isla con sesenta españoles. Salió el señor della á estorbarle la entrada con mucha gente y grita; peleó tres veces, igualmente que los nuestros, y á la cuarta fué desbaratado, y quisiera rehacerse para defender su isla; empero dejó las armas, y hizo paz con Morales por consejo y ruego de los indios del golfo, que le dijeron ser invencibles los barbudos, amorosos con los amigos y ásperos con los enemigos, segun lo habian mostrado á Ponca, Pocorosa, Cuareca, Chiape, Tumaco y á otros grandes caciques que se tomaron con ellos. Hechas pues las amistades, llevó el señor los españoles á su casa, que grande y buena era, dióles bien de comer, y una cesta de perlas, que pesaron ciento y diez marcos. Recibió por ellas algunos espejos, sartales, cascabeles, tijeras, hachas y cosillas de rescate, que las tuvo en mas que tenia las perlas. Subiólos á una torrecilla y mostróles otras islas, tierras ricas de perlas y no faltas de oro, diciendo que todas las tenian á su mandar siempre que sus amigos fuesen. Baptizóse, y llamóse Pedrarias por tener el nombre del Gobernador, y prometió de dar tributo al Emperador, en cuya tutela se ponia, cien marcos de perlas en cada un año; y con tanto, se volvieron al golfo de Sant Miguel, y de allí al Darien. Está Tararequi en cinco grados de la Equinocial á nosotros. Abunda de mantenimientos, de pesca, aves y conejos;

de los cuales hay tantos en poblado y despoblado, que á manos los toman. Hay unos árboles olorosos que tiran á especias; por lo cual creyeron estar cerca de allí la Especiería; y así, hubo quien pidiese el descubrimiento della para ir á su costa por allí á buscarla. Habia gran pesquería de perlas, y eran las mayores y mejores del Mundo-Nuevo. Muchas de las perlas que dió el Cacique eran como avellanas, otras como nueces moscadas, y una hubo de veinte y seis quilates, y otra de treinta y uno, hechura de cermeña, muy oriental y perfectísima, que compró Pedro del Puerto, mercader, á Gaspar de Morales en mil y docientos castellanos; el cual no pudo dormir la noche que la tuvo, de pensamiento y pesar por haber dado tanto dinero por una piedra; y así, la vendió luego el siguiente dia á Pedrarias de Avila para su mujer doña Isabel de Bobadilla, en lo mesmo que le costó; y después la vendió la Bobadilla á la emperatriz doña Isabel.

De las perlas.

El cacique Pedrarias hizo pescar perlas á sus nadadores delante los españoles, que se lo rogaron, y que se holgaron de tal pesca. Los que á pescar entraron eran grandes hombres de nadar á somorgujo, y criados toda la vida en aquel oficio. Fueron en barquillas estando mansa la mar, que de otra manera no entran. Echaron una piedra por ancla á cada canoa, atada con bejucos, que son recios y correosos como varas de avellano. Zabulléronse á buscar hostiones con sendas talegas y saquillos al cuello, y salieron una y muchas veces cargados dellos. Entran cuatro, seis, y aun diez estados de agua, porque cuanto mayor es la concha, tanto mas hondo anda y está; y si alguna vez suben arriba las grandes, es con tormenta; aunque andan de un cabo á otro buscando de comer. Pero hallando su pasto, están quedas hasta que se les acaba ó sienten que las buscan. Péganse tanto á las peñas y suelo, y unas con otras, que mucha fuerza es menester para las despegar, y hartas veces no pueden, y otras las dejan, pensando que son piedras. Tambien se ahogan hartos pescándolas, ó porque les falta el aliento forcejando por arrancarlas, ó porque se les traba y entrica la soguilla, ó los desbarrigan y comen peces carniceros que hay, como son los tiburones. Las talegas que meten al cuello son para echar las conchas; las soguillas para atarse á sí, echándoselas por el lomo con dos cantos asidos dellas por pesga contra la fuerza del agua, que no los levante y mude. Desta manera pescan las perlas en todas las Indias; y porque morian muchos pescándolas con los peligros susodichos, y con los grandes y continuos trabajos, poca comida y mal tratamiento que tenian, ordenó el Emperador una ley, entre las que Blasco Nuñez Vela llevó, que pone pena de muerte al que trajere por fuerza indio ninguno libre á pescar perlas, estimando en mucho mas la vida de los hombres que no el interés de las perlas, si han de morir por ellas, aunque vale mucho. Ley digna de tal príncipe, y de perpetua memoria. Escriben los antiguos por gran cosa tener una concha cuatro ó cinco perlas; pues yo digo que se han tomado en las Indias y Nuevo-Mundo, por nuestros españoles, muchas dellas con diez, veinte y treinta perlas, y aun algunas con mas de ciento, empero menudas. Cuando no hay mas de una, es mayor y mucho mejor. Dicen que las muchas están como huevos chiquiticos en la madre de las gallinas, y que paren las conchas, lo cual no creo; porque si pariesen, no serian tan grandes, si ya no van preñadas siempre jamás. Bien es verdad que á cierto tiempo del año se tiñe algo la mar en Cubagua, donde mas perlas se han pescado, y de allí arguyen que desovan, y que les viene su purgacion como á mujeres. Las perlas amarillas, azules, verdes, y de otros colores que hay, debe ser artificial; aunque puede natura diferenciallas, así como las otras piedras y como á los hombres, que siendo una mesma carne, son de diversa color. Cuando asan las conchas para comer, dicen que las perlas se tornan negras; y así, entonces no vale cosa el nácar y berrueco; con lo cual suelen muchas veces engañar los bobos y locos. Los indios no las sabian horadar como nosotros, y por eso valian mucho menos aquellas que traian ellos sobre sus personas. La mejor y mas preciada hechura y talle de perla es redonda, y no es mala la que paresce pera ó bellota, ni desechan la hueca como media avellana, ni la tuerta ni chiquita. E ya todos traen perlas y aljófar, hombres y mujeres, ricos y pobres; pero nunca en provincia del mundo entró tanta perlería como en España; y lo que mas es, en poco tiempo. En fin, colman las perlas la riqueza de oro y plata y esmeraldas que habemos traido de las Indias. Mas considero yo, qué razon hallaron los antiguos y modernos para estimar en tanto las perlas, pues no tienen virtud medicinal, y se envejecen mucho, como lo muestran, perdiendo su blancura; y no alcanzo sino que por ser blancas, color muy diferente de todas las otras piedras preciosas; y así desprecian las perlas de cualquier otro color, siendo todas unas. Quizá es porque se traen del otro mundo, y se traian, antes que se descubriese, de muy léjos, ó porque cuestan hombres.

Nicaragua.

Del Cabo-Blanco á Chorotega cuentan ciento y treinta leguas de costa, que descubrió y anduvo Gil Gonzalez, de Avila, el año de 1522. Están en aquel trecho, golfo de Papagayos, Nicaragua, la posesion y la bahía de Fonseca; y antes de Cabo-Blanco está el golfo de Ortiña, que tambien llaman de Guetares; el cual vió y no tocó Gaspar de Espinosa, y por eso decian él y Pedrarias que Gil Gonzalez les habia usurpado aquella tierra. Armó pues Gil Gonzalez en Tararequi cuatro carabelas, basteciólas de pan, armas y mercería, metió algunos caballos y muchos indios é españoles, llevó por piloto á Andrés Niño, y partió de allí á 26 de enero del año sobredicho. Costeó la tierra que digo, y aun algo mas, buscando estrecho por allí que viniese á estotro mar del Norte, ca llevaba instruccion y mandado para ello del consejo de Indias. Andaba entonces el pleito y negocio de la especiería caliente, y deseaban hallar por aquella parte paso para ir á los Malucos sin contraste de portugueses, y muchos decian al Rey que habia por allí estrecho, segun el dicho de pilotos. Así que buscó con gran diligencia, hasta que comió los bastimentos, y se le comieron los navíos de broma. Tomó posesion de aquella tierra por el rey de Castilla, en el rio que llamó de la Posesion; y en gracia

del obispo de Búrgos, que le favorecia, como presidente de Indias, nombróla bahía de Fonseca; y á una isla que allí dentro está, Petronila, por causa de su sobrina. Del puerto de Sant Vicente fué á descubrir Andrés Niño, y entró Gil Gonzalez por la tierra adentro con cien españoles y cuatro caballos, y topó con Nicoian, hombre rico y poderoso; requirióle con la paz, y fué bien recebido. Predicóle y convertiólo; y así el Nicoian se baptizó con toda su casa, y por su ejemplo se convertieron y cristianaron en diez y siete dias casi todos sus vasallos. Dió Nicoian á Gil Gonzalez catorce mil pesos de oro de trece quilates, y seis ídolos de lo mesmo, no mayores que palmo, diciendo que se los llevase, pues nunca mas los tenia de hablar ni rogar como solia. Gil Gonzalez le dió ciertas bujerías. Informóse de la tierra y de un gran rey llamado Nicaragua, que á cincuenta leguas estaba, y caminó allá. Envióle una embajada, que sumariamente contenia fuese su amigo, pues no iba por le hacer mal; servidor del Emperador, que monarca del mundo era, y cristiano, que mucho le cumplia, é si no, que le haria guerra. Nicaragua, entendiendo la manera de aquellos nuevos hombres, su resoluta demanda, la fuerza de las espadas y braveza de los caballos, respondió por cuatro caballeros de su corte, que aceptaba la amistad por el bien de la paz, y aceptaria la fe si tan buena le pareciese como se la loaban. Y así, acogió pacíficamente los españoles en su pueblo y casa, y les dió veinte y cinco mil pesos de oro bajo, y mucha ropa y plumajes. Gil Gonzalez le recompensó aquel presente con una camisa de lienzo, un sayo de seda, una gorra de grana, y otras cosas de rescate que le contentaron, y le predicó, juntamente con un fraile de la Merced, de la fe de Cristo, reprobando la idolatría, borrachez, bailes, sodomía, sacrificio y comer de hombres; por lo cual se baptizó con toda su casa y corte, y con otras nueve mil personas de su reino, que fué una gran conversion, aunque algunos dijeron no ser bien hecha; pero bastábales creer de corazon. De cuantas cosas Gil Gonzalez dijo, holgaron Nicaragua y sus caballeros, sino de dos, que fué una no hiciesen guerra, y otra que no bailasen con borrachera; ca mucho sentian dejar las armas y el placer. Dijeron que no perjudicaban á nadie en bailar ni tomar placer, y que no querian poner al rincon sus banderas, sus arcos, sus cascos y penachos, ni dejar tratar la guerra y armas á sus mujeres, para hilar ellos, tejer y cavar como mujeres y esclavos. No les replicó á esto Gil Gonzalez, ca los vió alterados; mas hizo quitar del templo grande todos los ídolos, y poner una cruz. Hizo fuera del lugar un humilladero de ladrillos con gradas, salió en procesion, hincó allí otra cruz con muchas lágrimas y música, adoróla subiendo de rodillas las gradas, y lo mesmo hicieron Nicaragua y todos los españoles é indios; que fué una devocion harto de ver.

Las preguntas de Nicaragua.

Pasó grandes pláticas y disputas con Gil Gonzalez y religiosos Nicaragua, que agudo era, y sabio en sus ritos y antigüedades. Preguntó si tenian noticia los cristianos del gran diluvio que anegó la tierra, hombres y animales, é si habia de haber otro; si la tierra se habia de trastornar ó caer el cielo; cuándo ó cómo perderian su claridad y curso el sol, la luna y estrellas; qué tan grandes eran; quién las movia y tenia. Preguntó la causa de la escuridad de las noches y del frio, tachando la natura, que no hacia siempre claro y calor, pues era mejor; qué honra y gracias se debian al Dios trino de cristianos, que hizo los cielos y sol, á quien adoraban por Dios en aquellas tierras, la mar, la tierra, el hombre, que señorea las aves que volan y peces que nadan, y todo lo al del mundo. Dónde tenian de estar las almas, y qué habian de hacer salidas del cuerpo, pues vivian tan poco, siendo inmortales. Preguntó asimesmo si moria el santo padre de Roma, vicario de Cristo, Dios de cristianos; y cómo Jesu, siendo Dios, es hombre, y su madre, vírgen pariendo; y si el emperador y rey de Castilla, de quien tantas proezas, virtudes y poderío contaban, era mortal; y para qué tan pocos hombres querian tanto oro como buscaban. Gil Gonzalez y todos los suyos estuvieron atentos y maravillados oyendo tales preguntas y palabras á un hombre medio desnudo, bárbaro y sin letras, y ciertamente fué un admirable razonamiento el de Nicaragua, y nunca indio, á lo que alcanzo, habló como él á nuestros españoles. Respondióle Gil Gonzalez como cristiano, y lo mas filosóficamente que supo, y satisfízole á cuanto preguntó harto bien. No pongo las razones, que seria fastidioso, pues cada uno que fuere cristiano las sabe y las puede considerar, y con la respuesta lo convertió. Nicaragua, que atentísimo estuvo al sermon y diálogo, preguntó á oido al faraute si aquella tan sotil y avisada gente de España venia del cielo, y si bajó en nubes ó volando, y pidió luego el baptismo, consintiendo derribar los ídolos.

Lo que mas hizo Gil Gonzalez en aquellas tierras.

Viendo Gil Gonzalez que lo recibian amorosamente, quiso calar los secretos y riquezas de la tierra, y ver si confinaban con lo que Cortés conquistaba, pues en muchas cosas los de allí semejaban á los de Méjico, segun las nuevas que de allá tenian. Así que, fué y halló muchos lugares no muy grandes, mas buenos y bien poblados. No cabian los caminos de los muchos indios que salian á ver los españoles, y maravillábanse de su traje y barbas, y de los caballos, animal nuevo para ellos. El principal de todos fué Diriangen, cacique guerrero y valiente, que vino acompañado de quinientos hombres y veinte mujeres, todos en ordenanza de guerra, aunque sin armas, y con diez banderas y cinco vocinas. Cuando llegó cerca, tañeron los músicos y desplegaron las banderas. Tocó la mano á Gil Gonzalez, y lo mesmo hicieron todos quinientos, ofreciéndole sendos gallipavos, y muchos cada dos. Las veinte mujeres le dieron cada veinte hachas de oro, que pesaban á deciocho pesos, y algunas mas. Fué mas vistoso que rico aquel presente, porque no era el oro sino de catorce quilates, é aun menos. Usan aquellas hachas en la guerra y edificios. Dijo Diriangen que venia por mirar tan nueva y extraña gente, que tal fama tenia. Gil Gonzalez se lo agradeció mucho, dióle algunas cosas de quinquillería, y rogóle que se tornase cristiano. El dijo que le placia, pidiendo tres dias de término para comunicarlo con sus mujeres y sacerdotes, y era para juntar

gente y robar los cristianos, despreciando su pequeño escuadron, y diciendo que no eran mas hombres que él. Fué pues, y volvió muy armado y orgulloso, aunque muy callando, y dió sobre los nuestros una gran grita y arma de improviso, pensando espantarlos y romperlos, y aun comérselos. Gil Gonzalez estaba muy á punto, siendo avisado por sus corredores, que sintieron los enemigos. Diriangen acometió, y peleó animosamente todo casi un dia. Tornóse la noche por do vino con pérdida de muchos suyos, teniendo los barbudos por mas que hombres, y comenzó á llamar amigos y comarcanos, injuriado que no venció. Gil Gonzalez dió muchas gracias al Señor de los ejércitos, que libró tan pocos españoles de tantos indios. Y de miedo, ó por guardar el oro que ya tenia, desvióse de aquel cacique, é volvióse á la mar por otro camino; en el cual pasó grandes trabajos, hambre y peligro de morir ahogado ó comido. Caminó mas de docientas leguas andando de pueblo en pueblo. Baptizó treinta y dos mil personas, é hubo docientos mil pesos de oro bajo, dado y tomado. Otros dicen mas, é algunos menos. Empero fué mucha riqueza cual nunca él pensara, y que lo ensoberbeció. Halló en Sant Vicente á Andrés Niño, que segun afirmaba, habia navegado trecientas leguas de costa hácia poniente sin hallar estrecho, é volvióse á Panamá; y de allí fué á Santo Domingo á dar cuenta de su viaje, y á concertar otras naos para tornar á Nicaragua por Honduras, y saber en qué parte de aquella costa era el desaguadero de la laguna. Mas ya en otros cabos está dicho cuándo y en qué fué, y cómo se perdió y le prendió Cristóbal de Olid.

Conquista y poblacion de Nicaragua.

Volvieron tan contentos los españoles que fueron con Gil Gonzalez, de la frescura, bondad y riqueza de aquella tierra de Nicaragua, que Pedrarias de Avila pospuso el descubrimiento del Perú en compañía de Pizarro y Almagro, por poblarla; y así, envió allá con gente á Francisco Hernandez, el cual conquistó mucha tierra, hubo hartos dineros, y pobló orilla de la laguna á Granada y á Leon, do está el obispado y chancillería. Otros lugáres fundó, pero estos son los principales. El puerto y trato es en la Posesion. Supo Gil Gonzalez esto en Honduras ó en cabo de Higueras, y fué contra Francisco Hernandez. Tomóle algun oro y peleó con él tres veces; mas al cabo se quedó el otro allí, y se volvió él á sus navíos, donde Cristóbal de Olid lo prendió. Pedrarias, como lo removieron de Castilla de Oro, fuése á Nicaragua, que la tenia en gobernacion, y degolló al Francisco Hernandez, diciendo que trataba de alzársele con la tierra y gobierno, por tratos que traia con Fernando Cortés; pero fué achaque que tomó. Es cosa notable la laguna de Nicaragua por la grandeza, poblaciones é islas que tiene. Crece y mengua, y estando á tres ó cuatro leguas de aquella mar del Sur, vacia su agua en estotra del Norte, cien leguas della, por lo que llaman Desaguadero, segun en otro lugar dije, por el cual Melchior Verdugo bajó de Nicaragua al Nombre de Dios en barcas.

El volcan de Nicaragua, que llaman Masaya.

Tres leguas de Granada y diez de Leon está un serrejon raso y redondo, que llaman Masaya, que echa fuego, y es muy de notar, si hay en el mundo. Tiene la boca media legua en redondo, por la cual bajan docientas y cincuenta brazas, y ni dentro ni fuera hay árboles ni yerba. Crian empero allí pájaros y otras aves sin estorbo del fuego, que no es poco. Hay otro boqueron como brocal de pozo, ancho cuanto un tiro de arco, del cual hasta el fuego y brasa suele haber ciento y cincuenta estados mas ó menos, segun hierve. Muchas veces se levanta aquella masa de fuego, y lanza fuera tanto resplandor, que se devisa veinte leguas y aun treinta. Anda de una parte á otra, y da tan grandes bramidos de cuando en cuando, que pone miedo; mas nunca rebosa ascuas ni ceniza, sino es algun humo y llamas, que causa la claridad susodicha; cosa que no hacen otros volcanes; por lo cual, y porque jamás falta el licor ni cesa de bullir, piensan muchos ser oro derretido. Y así, entraron dentro el primer hueco fray Blas de Iñesta, dominico, y otros dos españoles, guindados en sendos cestos. Metieron un servidor de tiro con una larga cadena de hierro para coger de aquella brasa y saber qué metal fuese. Corrió la soga y cadena ciento y cuarenta brazas, y como llegó al fuego, se derritió el caldero con algunos eslabones de la cadena en tan breve, que se maravillaron; y así, no supieron lo que era. Durmieron aquella noche allá sin necesidad de lumbre ni candela. Salieron en sus cestos con harto temor y trabajo, espantados de tal hondura y extrañeza de volcan. Año de 1551 se dió licencia al licenciado y dean Joan Alvarez para abrir este volcan de Masaya y sacar el metal.

Calidad de la tierra de Nicaragua.

La provincia de Nicaragua es grande, y mas sana y fértil que rica, aunque tiene algunas perlas y oro de poca ley. Era de muchos jardines y arboledas. Agora no hay tantos. Crescen muchos árboles, y el que llaman ceiba engorda tanto, que quince hombres asidos de las manos no lo pueden abarcar. Hay otros hechura de cruz, é unos que se les seca la hoja si algun hombre la toca, y una yerba con que revientan las bestias, de la cual hay mucha en el Nombre de Dios y por allí. Hay muchos árboles que llevan, como ciruelas coloradas, de que hacen vino. Tambien lo hacen de otras frutas y de maíz. Los nuestros lo hacen de miel, que hay mucha, é que los conserva en su buena color. Las calabazas vienen á madurazon en cuarenta dias, y es una gruesa mercadería, ca los caminantes no dan paso sin ellas por la falta de aguas; y no llueve mucho. Hay grandes culebras, é tómanse por la boca, como dicen de las víboras. En todas las Indias se han visto y muerto muchas y muy grandes sierpes; empero las mayores son en el Perú, é no eran tan bravas ni ponzoñosas como las nuestras y las africanas. Hay unos puercos con el ombligo en el espinazo, que luego hieden en matándolos, si no se lo cortan. Por la costa de Nicaragua suelen andar ballenas y unos monstruosos peces, que sacando el medio cuerpo fuera del agua, sobrepujan los mástiles de naos: tan grandes son. Tienen la cabeza como un tonel, y los brazos como vigas, de veinte y cinco piés, con

que patea y escarba. Hace tanto estruendó y hoyo en la agua, que asombra los mareantes, y no hay quien no tema su fiereza, pensando que ha de hundir ó trastornar el navío. Hay tambien unos peces con escamas, no mayores que bogas, los cuales gruñen como puercos, en la sarten, y roncan en la mar, y por eso los llaman roncadores. A Francisco Bravo y á Diego Daza, soldados de Francisco Hernandez, les medio comieron lo suyo cangrejos, andando perdidos en una balsilla, en la cual navegaron, ó mejor diciendo, nadaron nueve dias ó diez sin beber y sin comer otro que cangrejos, que tomaban en las ingles; y segun ellos contaban en Tuenque, do aportaron, no comian ni mordian sino del miembro y sus compañeros.

Costumbre de Nicaragua.

No son grandes los pueblos, como hay muchos; empero tienen policía en el sitio y edificio, y mucha diferencia en las casas de los señores á las de vasallos. En lugares de behetría, que hay muchos, son iguales. Los palacios y templos tienen grandes plazas, y las plazas están cerradas de las casas de nobles, y tienen en medio della una casa para los plateros, que á maravilla labran y vacian oro. En algunas islas y rios hacen casas sobre árboles como picazas, donde duermen y guisan de comer. Son de buena estatura, mas blancos que loros, las cabezas á tolondrones, con un hoyo en medio por hermosura y por asiento para carga. Rápanse de medio adelante, y los valientes y bravosos todo, salvo la coronilla. Agujéranse narices, labrios y orejas, y visten casi á la manera de mejicanos, sino que se precian mas de peinar el cabello. Ellas traen gorgueras, sartales, zapatos, y van á las ferias y mercados. Ellos barren la casa, hacen el fuego y lo demás, y aun en Duraca y en Cobiores hilan los hombres. Mean todos do les toma la gana, ellos en cuclillas y ellas en pié. En Orotiña andan los hombres desnudos y pintados en los brazos. Unos atan el cabello al cocote, otros á la coronilla, y todos lo suyo adentro por mejoría del engendrar y por honestidad, diciendo que las bestias lo traen suelto. Ellos traen solamente bragas, y el cabello largo, trenzado á dos partes. Todos toman muchas mujeres, empero una es la legítima, y aquella con la cerimonia siguiente : ase un sacerdote los novios por los dedos meñiques, mételos en una camarilla que tiene fuego, háceles ciertas amonestaciones, y en muriéndose la lumbre quedan casados. Si la tomó por vírgen y la halla corrompida, deséchala, mas no de otra manera. Muchos las daban á los caciques que las rompiesen, por honrarse mas ó por quitarse de sospechas y afan. No duermen con ellas estando con su costumbre, ni en tiempo de las sementeras y ayunos, ni comen entonces sal ni ají, ni beben cosa que los embriague, ni ellas entran, teniendo su camisa, en algunos templos. Destierran al que casa dos veces cerimonialmente, y dan la hacienda á la primera mujer. Si cometen adulterio, repúdianlas, volviéndoles su dote y herencia, y no se pueden mas casar. Dan palos, y no muerte, al adúltero. Los parientes dellas son los afrentados y los que vengan los cuernos. A la mujer que se va con otro no la busca su marido, si no la quiere mucho, ni recibe dello pena ni afrenta. Consiéntenlas echar con otros en ciertas fiestas del año. Antes de casar son comunmente malas, y casadas buenas. Pueblos de behetría hay donde las doncellas escogen marido entre muchos jóvenes que cenan juntos en fiestas. Quien fuerza vírgen, si quejan, es esclavo ó paga el dote. Al esclavo y mozo que duerme con hija de su amo, entierran vivo con ellas. Hay rameras públicas á diez cacaos, que son como avellanas; y donde las hay, apedrean los putos. No dormian con sus mujeres porque no pariesen esclavos de españoles. Y Pedrarias, como en dos años no nacian niños, les prometió buen tratamiento; y así, parian, ó no los mataban. Preguntaron á sus ídolos cómo echarian los españoles, é díjoles el diablo que él se los echaria con echarles encima la mar, pero que tambien los anegaria á ellos; y por eso cesó. Los pobres no piden por Dios ni á todos, sino á los ricos y diciendo «hágolo por necesidad ó dolencia». El que á vivir se va de un pueblo á otro no puede vender las tierras ni casas, sino dejarlas al pariente mas cercano. Guardan justicia en muchas cosas, y traen los ministros della moscadores y varas. Cortan los cabellos al ladron, y queda esclavo del dueño del hurto hasta que pague. Puédense vender y jugar, mas no rescatar sin voluntad del Cacique ó regimiento; y si mucho tarda, muere sacrificado. No hay pena para quien mata cacique, diciendo que no puede acontecer. Tampoco hay pena para los que matan esclavo. Mas el que mata hombre libre paga un tanto á los hijos ó parientes. No puede haber junta ni consulta ninguna, especialmente de guerra, sin el Cacique ó sin el capitan de la república y behetría. Emprenden guerra sobre los términos y mojones, sobre la caza y sobre quién es mejor y podrá mas, que así es do quiera, é aun por captivar hombres para sacrificios. Cada cacique tiene para su gente propia señal en la guerra y aun en casa. Eligen los pueblos libres capitan general al mas diestro y esperto que hallan, el cual manda y castiga asolutamente y sin apelacion á la señoría. La pena del cobarde es quitarle las armas y echarle del ejército. Cada soldado se tiene lo que á los enemigos toma, salvo que ha de sacrificar en público los que prende, y no darlos por ningun rescate, so pena que lo sacrifiquen á él. Son animosos, astutos y falsos en la guerra, por coger contrarios para sacrificar; son grandes hechiceros y brujos, que segun ellos mesmos decian, se hacen perros, puercos y gimias. Curan viejas los enfermos, que así es en muchas islas y tierra firme de Indias, y echan melecinas con un cañuto, tomando la decocion en la boca y soplando. Los nuestros les hacian mil burlas, desventeando al tiempo que querian ellas soplar, ó riyendo del artificio.

Religion de Nicaragua.

Hay en Nicaragua cinco lenguajes muy diferentes : coribici, que loan mucho; chortega, que es la natural y antigua; y así, están en los que lo hablan los heredamientos y el cacao, que es la moneda y riqueza de la tierra, los cuales son hombres valerosos, aunque crueles y muy sujetos á sus mujeres; lo que no son los otros. Chondal es grosero y serrano; orotiña, que dice mama por lo que nosotros; mejicano, que es principal;

y aunque están á trecientas y cincuenta leguas, conforman mucho en lengua, traje y religion; é dicen que habiendo grandes tiempos há una general seca en Anauac, que llaman Nueva-España, se salieron infinitos mejicanos de su tierra, y vinieron por aquella mar Austral á poblar á Nicaragua. Sea como fuere, que cierto es que tienen estos que hablan mejicano por letras las figuras que los de Culúa, y libros de papel y pergamino, un palmo anchos y doce largos, y doblados como fuelles, donde señalan por ambas partes de azul, púrpura y otros colores las cosas memorables que acontecen; é allí están pintadas sus leyes y ritos, que semejan mucho á los mejicanos, como lo puede ver quien cotejare lo de aquí con lo de Méjico. Empero no usan ni tienen esto todos los de Nicaragua, ca los chorotegas tan diferentemente sacrifican á sus ídolos, cuanto hablan, y así hacen los otros. Contemos algunas particularidades que no hay en otras partes. Los sacerdotes se casan todos, sino los que oyen pecados ajenos, los cuales dan penitencia segun la culpa, y no revelan la confesion sin castigo. Echan las fiestas, que son deciocho, como los meses, subidos en el gradario y sacrificadero, que tienen delante los patios de los dioses; y teniendo en la mano el cuchillo de pedernal con que abren al sacrificado, dicen cuántos hombres han de sacrificar, y si han de ser mujeres ó esclavos, presos en batalla ó no, para que todo el pueblo sepa cómo tiene de celebrar la fiesta y qué oraciones y ofrendas debe hacer. El sacerdote que administra el oficio da tres vueltas al rededor del cativo, cantando en tono lloroso, y luego ábrelo por el pecho; rocíale la cara con sangre, sácale el corazon y desmiembra el cuerpo. Da el corazon al perlado, piés y manos al Rey, los muslos al que lo prendió, las tripas á los trompetas, y el resto al pueblo para que todos lo coman. Pone la cabeza en ciertos árboles que allí cerca crian para colgarlas. Cada un árbol de aquellos tiene figurado el nombre de la provincia con quien hacen guerra, para hincar en él las cabezas que toman en ella. Si el que sacrifican es comprado, sepultan sus entrañas con las manos y piés, metidos en una calabaza, y queman el corazon y lo demás, excepto la cabeza, entre aquellos árboles. Muchas veces sacrifican hombres y muchachos del pueblo y propria tierra, por ser comprados, ca lícito es al padre vender los hijos, y cada uno venderse á sí mesmo, y por esta causa no comen la carne de los tales. Cuando comen la carne de los sacrificados hacen grandísimos bailes y borracheras con vino y humo. Los sacerdotes y religiosos beben entonces vino de ciruelas. Al tiempo que unta el sacerdote los carrillos y boca del ídolo con la sangre del sacrificado, cantan los otros y ora el pueblo con mucha devocion y lágrimas, y andan después la procesion, aunque no en todas fiestas. Van los religiosos con unas como sobrepellices de algodon blanco y muchas chias colgando de los hombros hasta los talones, con ciertas bolsas por borlas, en que llevan navajas de azabache, puntas de metal, papeles, carbon molido y ciertas yerbas. Los legos, banderillas con el ídolo que mas precian, y taleguillas con polvos y punzones. Los mancebos, arcos y flechas, ó dardos y rodelas. El pendon y guia es la imágen del diablo puesta en una lanza, y llévala el mas honrado y anciano sacerdote. Van en órden y cantando los religiosos hasta el lugar de la idolatría. Llegados, tienden mantas por el suelo ó echan rosas y flores, porque no toque el diablo en tierra. Para el pendon, cesa el canto y anda la oracion. Da una palmada el perlado, y sángranse todos; estos de la lengua, aquellos de las orejas, los otros del miembro, y finalmente, cada uno de donde mas devocion tiene. Toman la sangre en papel ó en el dedo, y como en ofrenda, fregan con ella la cara del diablo. Mientras dura esto, escaramuzan y bailan los mozos por honra de la fiesta. Curan las heridas con polvo de yerbas ó carbon, que para eso llevan. En algunas destas procesiones bendicen maíz, y rociado con sangre de sus propias vergüenzas, lo reparten como pan bendito y lo comen.

Cuauhtemallan.

Entre tanto que Gil Gonzalez de Avila estuvo rescatando y convertiendo en tierra de Nicaragua, segun se dijo de suso, corrió el piloto Andrés Niño la costa hasta Tecoantepec, á lo que contaba, buscando estrecho, el año de 1522. Fernando Cortés la pobló y conquistó luego por capitanes que desde Méjico envió; el cual, como tuvo en su poder á Motezuma, procuró de saber de la mar del Sur para poblar en ella, pensando haber por allí grandes riquezas, así en especias como en oro, plata, perlas; mas no pudo poblar tan presto por la guerra y cerco de Méjico. Empero, como ganó aquella ciudad y otras, lo hizo, ca envió á buscarla cuatro españoles con guias de indios por dos caminos; los cuales llegaron á ella, tomaron posesion y volvieron con hombres de aquella costa y con muestra de oro, plata y otras riquezas. Cortés trató muy bien aquellos indios, dióles cosillas de rescate, rogóles que hiciesen con los señores de su tierra fuesen amigos de cristianos, que habrian por ellos mucho bien, y ó viniesen á Méjico ó recibiesen allá españoles. El señor de Tecoantepec aceptó la embajada y amistad. Envió docientos caballeros y criados con un presente á Cortés, y dende á poco envió á pedirle socorro contra los de Tututepec, diciendo que le hacian guerra por haberse dado por amigo de cristianos. Cortés entonces envió allá á Pedro de Albarado con docientos españoles á pié y cuarenta de caballo, y con dos tirillos de campo. Entró Albarado en Tututepec por marzo del año de 1523. Halló alguna resistencia; mas luego fué recebido en la ciudad, donde hubo algun oro, plata, perlas y ropa y un hijo del señor. Envió á Cuauhtemallan dos españoles que hablasen con el señor y le ofresciesen su amistad y religion; el cual preguntó si eran de Malinge, que así llamaban á Cortés, dios caido del cielo, de quien ya tenia noticia; si venian por mar ó por tierra, y si dirian verdad en todo lo que hablasen. Ellos respondieron que siempre hablaban verdad, y que iban á pié por tierra, y que eran de Cortés, capitan invencible del emperador del mundo; hombre mortal, y no Dios; pero que venia á mostrar el camino de la inmortalidad. Preguntóles si traia su capitan unos grandes monstros marinos que habian pasado por aquella costa el año antes; y decialo por las naos de Andrés Niño. Ellos dijeron que sí, y aun mayores; y el uno, que se llamaba Treviño y era carpintero de naos, dibujó una

carraca con seis mástiles en un gran patio. Los indios se maravillaron mucho de la grandeza, velas, jarcia, gavias y aparato de tal navío. Preguntóles asimesmo cómo eran los españoles tan valientes, que nadie los vencia, no siendo mayores que otros hombres. Respondieron que vencian con ayuda de Dios del cielo, cuya santísima ley publicaban por aquellas partes, y con unos animales en que cabalgaban; y pintaron luego allí un caballo grandísimo con un hombre armado encima, que puso espanto en todos los indios que á verlo venian. El señor entonces dijo que queria ser amigo de tales hombres, y darles cincuenta mil soldados para que conquistasen unos sus vecinos que le destruian la tierra. A esto dijeron los dos españoles que lo harian saber á Pedro de Albarado, capitan de Cortés, para que viniese. Y con tanto se despidieron, y él les dió cinco mil hombres cargados de ropa, cacao, maíz, ají, aves y otras cosas de comer, y veinte mil pesos de oro en vasos y joyas, que fué alegría para entrambos, aunque mala para el uno, porque hurtó no sé cuántas piezas de oro, y fué por ello azotado y desterrado de la Nueva-España. Esta fué la primera entrada y noticia de Cuauhtemallan. Entendiendo Cortés cuán poblada y rica tierra era aquella, y la mar muy á propósito para descubrir nuevas tierras é islas, envió cuarenta españoles, los mas carpenteros y hombres de mar, á labrar navíos en Zacatula, que está cerca de Tututepec, ó Tuantepec como dicen otros; y envió luego tras ellos á conquistar y poblar á Colima, riberas de aquel mar. Envió tambien dos españoles con algunos de Méjico y de Xochnuxco, que ya estaba poblado, á Cuauhtemallan á convidar con su amistad al Rey y vecinos; los cuales recibieron bien la embajada, y enviaron docientos hombres á confirmarla con un razonable presente. Tenian entonces guerra con los de Xochnuxco, y arreciáronla mas, pensando que los cristianos, ó les ayudarian, ó no les contradirian con la nueva amistad. Hicieron sus mensajeros á los españoles que poblaban en Xochnuxco, en desculpa de aquella guerra, diciendo que no eran ellos los que la hacian, sino ciertos bandoleros. Quejáronse los de Xochnuxco á Cortés, y él envió allá á Pedro de Albarado con cuatrocientos y veinte españoles, que llevaban ciento y setenta caballos, cuatro tiros, mucho rescate, y muchos caballeros y mucha gente mejicana. Partió de Méjico Pedro de Albarado por deciembre del año de 1523. Anduvo mucho camino, ganó por fuerza á Utlatlan, y entró en Cuauhtemallan pacíficamente á 12 de abril del año siguiente. Salió á conquistar la tierra y costa por hácia Nicaragua, y en volviendo edificó allí la ciudad de Santiago, y después otros lugares, y conquistó mucha tierra; ca siempre Cortés le enviaba españoles, caballos, hierro, ropa, bohonería y cosas semejantes; y le favorescia, porque le habia prometido de casarse con Cicilia Vazquez, su prima hermana, y le hizo su teniente en aquella provincia. Pedro de Albarado vino á España con voluntad de Cortés. Casóse con doña Francisca de la Cueva, de Ubeda, por donde tuvo favor de Cobos, y negoció la gobernacion de Cuauhtemallan. Volvió á la Nueva-España con muchos parientes y personas de guerra. Juntó mas gente en Méjico, y fuése á Cuauhtemallan, y comenzó á conquistar y á poblar por sí como gobernador y adelantado; y hizo muchas cosas con los indios y aun con españoles, que á otro costaran caro.

Declaracion de este nombre Cuauhtemallan.

Cuauhtemallan, que comunmente llaman Guatimala, quiere decir árbol podrido, porque cuauh es árbol, y temali podre. Tambien podrá decir lugar de árboles, porque temi, de donde asimismo se puede componer, es lugar. Está Cuauhtemallan entre dos montes de fuego, que llaman vulcanes. El uno está cerca, y el otro dos leguas; el cual es un serrejon redondo, alto y con una boca en la cumbre, por do suele rebosar humo, llama, ceniza y piedras grandísimas ardiendo. Tiembla mucho y á menudo, á causa de aquellas sierras; y sin esto, truena y relampaguea por allí demasiadamente. La tierra es sana, fértil, rica y de mucho pasto; y así, hay agora mucho ganado. De una hanega de maíz se cogen ciento y docientas, y aun quinientas en la vega que riegan; la cual es muy vistosa y apacible por los muchos árboles que tiene de fruta y sin ella. El maíz de allí es de muy gran caña, mazorca y grano. Hay mucho cacao, que es grandísima riqueza, y moneda corriente por toda la Nueva-España y por otras muchas tierras. Hay tambien mucho algodon y muy buen bálsamo, que llaman; sierras de betun, y un cierto licor como aceite, y de alumbre y de azufre, que, sin afinar, vale por pólvora. Las mujeres son grandes hilanderas y buenas hembras; ellos muy guerreros y diestros flecheros. Comen carne humana, é idolatran á fuer de Méjico. Estuvo esta provincia muy próspera en vida de Pedro de Albarado, y agora está destruida y con pocos españoles, á causa, segun muchos dicen, de haber mudado la gobernacion.

La desastrada muerte de Pedro de Albarado.

Estando Pedro de Albarado muy pacífico y muy próspero en su gobernacion de Cuauhtemallan y de Chiapa, la cual hubo de Francisco de Montejo por la de Honduras, procuró licencia del Emperador para ir á descubrir y poblar en el Quito del Perú, á fama de sus riquezas, donde no hubiese otros españoles; así que, armó el año de 1535 unas cinco naves, en las cuales, y en otras dos que tomó en Nicaragua, llevó quinientos españoles y muchos caballos. Desembarcó en Puerto-Viejo, fué al Quito; pasó en el camino grandísimo frio, sed y hambre. Puso en cuidado y aun en miedo á Francisco Pizarro y á Diego de Almagro. Vendióles los navíos y artillería en cien mil castellanos, segun muy largo se dijo en las cosas del Perú; y volvióse rico y ufano á Cuauhtemallan. Hizo después diez ó doce navíos, una galera y otras fustas de remo, con aquel dinero, para ir á la Especiería ó descubrir por la punta de Ballenas, que otros llaman California. Entraron fray Márcos de Niza y otros frailes franciscos por tierra de Culhuacan año de 38. Anduvieron trecientas leguas hácia poniente, mas allá de lo que ya tenian descubierto los españoles de Xalixco, y volvieron con grandes nuevas de aquellas tierras, encaresciendo la riqueza y bondad de Sibola y otras ciudades. Por relacion de aquellos frailes, quisieron ir ó enviar allá, con armada de mar y tierra, don Antonio

Mendoza, virey de la Nueva-España, y don Fernando Cortés, marqués del Valle, capitan general de la mesma Nueva-España y descubridor de la costa del sur; mas no se concertaron, antes riñeron sobre ello; y Cortés se vino á España, y el Virey envió por Pedro de Albarado, que tenia los navíos arriba dichos, para concertarse con él. Fué Albarado con su armada al puerto, creo, de Navidad, y de allí á Méjico por tierra. Concertóse con el virey para ir á Sibola, sin respecto del perjuicio é ingratitud que usaba contra Cortés, á quien debia cuanto era. A la vuelta de Méjico fuése por Xalixco para remediar y reducir algunos pueblos de aquel reino, que andaban alzados y á las puñadas con los españoles. Llegó á Ezatlan, do estaba Diego Lopez de Zúñiga haciendo guerra á los rebeldes; fuése con él á un peñol donde estaban fuertes muchos indios. Combatieron los nuestros el peñol, y rebatiéronlos aquellos indios de tal manera, que mataron treinta, y les hicieron huir; y como estaban en alto y agro, cayeron muchos caballos la cuesta abajo. Pedro de Albarado se apeó para mejor desviarse de un caballo que venia rodando derecho al suyo, y púsose en parte que le paresció estar seguro; mas, como el caballo venia tumbando de muy alto, traia mucha furia y presteza. Dió un gran golpe en una peña, y resurtió adonde Pedro de Albarado estaba, y llevóle tras sí la cuesta abajo, dia de San Juan del año de 41, y dende á pocos dias murió en Ezatlan, trecientas leguas de Cuauhtemallan, con buen sentido y juicio de cristiano. Preguntado qué le dolia, respondia siempre que la alma. Era hombre suelto, alegre y muy hablador; vicio de mentirosos. Tenia poca fe con sus amigos; y así, le notaron de ingrato, y aun de cruel con indios. Pasó muy mozo á las Indias; y porque llevaba un sayo y capa que le dió en Badajoz un su tio, del hábito de Santiago, le llamaban muchos el Comendádor; y así, cuando vino á España procuró y hubo el hábito de aquella órden, porque de veras se lo llamasen. Estuvo en Cuba; fué con Juan de Grijalva, y después con Fernando Cortés, á la Nueva-España, en cuya conquista y guerras tuvo los cargos que la historia mejicana cuenta. Fué mejor soldado que gobernador. Casó por dispensacion con dos hermanas, habiendo conoscido la primera, que fueron doña Francisca y doña Beatriz de la Cueva, y de ninguna tuvo hijos. Dejó por ellas á Cecilia Vazquez, honradísima mujer, para ganar, como ganó, el favor de Francisco de los Cobos, secretario privado del Emperador. Pocas veces suceden bien tales casamientos. No quedó hacienda ni memoria dél, sino esta y una hija que hubo en una india; la cual casó con don Francisco de la Cueva.

La espantosa tormenta que hubo en Cuauhtemallan, donde murió doña Beatriz de la Cueva.

Hizo doña Beatriz de la Cueva grandes extremos, y aun dijo cosas de loca, cuando supo la muerte de su marido. Tiñó de negro su casa por dentro y fuera. Lloraba mucho; no comia, no dormia, no queria consuelo ninguno; y así, diz que respondia á quien la consolaba, que ya Dios no tenia mas mal que hacerle; palabra de blasfemia, y creo que dicha sin corazon ni sentido; mas paresció muy mal á todos, como era razon. Hizo las honras pomposamente y con grandes llantos y lutos. Empero, en medio de aquella tristeza y extremos entró en regimiento, y se hizo jurar por gobernadora: desvarío y presuncion de mujer, y cosa nueva entre los españoles de Indias. Comenzó á llover dia de Nuestra Señora de Setiembre, y llovió reciamente aquel y otros dos dias siguientes; después de los cuales bajó del volcan, á dos horas de media noche, una avenida de agua tan grande y furiosa, que derribó muchas casas de la ciudad, y la del Adelantado la primera. Levantóse al ruido la doña Beatriz, y por devocion y miedo entróse á un oratorio suyo con once criadas. Subióse encima del altar, y abrazóse con una imágen, encomendándose á Dios. Cargó la fuerza del agua, y derrocó aquella cámara y capilla, como á otras muchas de la casa, y ahogólas: fué muy gran desdicha; porque si ella estuviera queda en la cámara donde dormia, no muriera; ca no se hundió, por tener mejores cimientos que las otras; y en quedar en pié aquello, se tuvo á milagro por lo que habia dicho y hecho. Todos son secretos de nuestro gran Dios, y dicen nuestras lenguas lo que sienten nuestros juicios. Unos escapan por huir del peligro, y otros mueren, como hizo esta señora. Murieron seiscientas personas en la ciudad, de aquella tormenta, y casa hubo en que se ahogaron cuarenta, y muchas que muy gran trecho se las llevaba enteras y en peso la corriente. Llevó tambien algunas personas de una casa á otra, y como venia muy crescida y con ímpetu, traia piedras y peñas tamañas como grandes cubas y como carabelas, que derribaban cuanto encontraban; las cuales quedaron allí para testimonio de tanto estrago. Vieron andar en la plaza y calles una vaca por medio el agua, con un cuerno quebrado y en el otro una soga rastrando, que arremétia á los que iban á socorrer la casa de doña Beatriz, y á un español que porfiaba lo atropelló dos veces, y no pensó escapar de sus piés y del cieno. Estaba otro español caido en tierra con su mujer y encima una gran viga: pasó por allí un negro no conoscido; rogáronle que les quitase la viga y ayudase á levantar. El negro preguntó si era Morales el caido, y como le dijo que sí, alzó la viga, sacó al marido, dejó ahogar la mujer y fuése corriendo por el agua y lodo. Tambien cuentan que vieron por el aire y oyeron cosas de gran espanto. Pudo ser; empero con el miedo, todo se mira y piensa al revés. Tuvieron creido muchos que aquel negro era diablo y la vaca una Augustina, mujer del capitan Francisco Cava, hija de una que por alcahueta y hechicera azotaron en Córdoba; la cual habia hechizado y muerto allí en Cuauhtemallan á don Pedro Portocarrero, porque la dejaba, siendo su amiga; y el don Pedro traia siempre á cuestas ó en ancas, cuando iba cabalgando, una mujer, y decia que no se podia valer de aquella carga y fantasma; y estando malo para morir, porfiaba que sanaria si Augustina lo viese; mas nunca ella lo quiso hacer, por enojo que del tenia ó por deshacer aquella ruin fama.

Xalixco.

De Tecoantepec miden novecientas y treinta leguas hasta el cabo del Engaño, costeando el mar Bermejo; las cuales descubrieron Cortés y sus capitanes en di-

versos tiempos y navíos, salvo ciento y cincuenta leguas que descubrió Nuño de Guzman en la costa de Xalixco. Fué Nuño de Guzman gobernador en Pánuco y presidente de Méjico; de donde, porque le quitaban del cargo por querellas que dél hubo, salió á conquistar á Xalixco, año de 31, con docientos y cincuenta caballos y quinientos españoles, muchos de los cuales llevó apremiados. Pasó por Mechuacan, do tomó al rey Cazoncin diez mil marcos de plata y mucho oro bajo, y otros seis mil indios para carga y servicio de su ejército y viaje, y aun lo quemó con otros muchos indios principales, porque no se pudiese quejar. Entró luego en la provincia de Xalixco, y conquistó á Centliquipac, Chiametlan, Tonalla, Cuixco, Chamola, Culhuacan y otras tierras, en que le mataron hartos españoles; ca son valientes y muchos allí. Dia le vino de pelear con veinte mil; mató tambien él y cativó asaz indios. Llamó á Centliquipac la Mayor-España, á Xalixco la Nueva-Galicia, por ser region áspera y de gente recia. Pobló allí á Compostella, porque conformase el nombre con la de España; pobló en Tonalla á Guadalajara, por ser él natural de la nuestra; pobló las villas del Espíritu Santo, Concepcion y Sant Miguel, que cae á treinta y cuatro grados. En Chiametlan visten las mujeres hasta en piés. Los hombres van con mantas cortas, y traen zapatos de cuero, y llevan la carga en palos sobre los hombros, y una vez se rebelaron porque los cargaban en las espaldas, teniéndolo por afrenta. Ellas casi en todo este reino son grandes y hermosas; ellos recios y belicosos: sus armas son como en Méjico; empero no traen los señores y capitanes arma ninguna en la guerra, sino unos bastones con que sacuden al que no pelea ó se desmanda ó no guarda órden. Cuando no tienen guerra, siguen la caza; que son gentiles flecheros. Es la tierra fértil y rica de plata, y de cera y miel. Adoran ídolos, comen hombres y usan otros malos pecados. Prendieron á Nuño de Guzman por quejas y agravios, y pusieron una audiencia de cuatro alcaldes, á la manera de nuestra Galicia. El primer obispo de Xalixco fué Pero Gomez de Malaver.

Sibola.

Ponen trecientas y veinte leguas del cabo del Engaño á Sierras-Nevadas, que son lo postrero por allí que hasta agora sabemos; las cuales descubrieron capitanes y pilotos del virey don Antonio el año de 42; y aun dicen algunos, que corrieron la costa hasta se poner en cuarenta y cinco grados; y muchos piensan que se junta por allí la tierra con la China, donde han navegado portugueses hasta los mesmos cuarenta grados, y aun mas; y puede haber del un cabo al otro, á la cuenta de marineros, mil leguas. Seria bueno para el trato y porte de la especiería, si la costa de la Nueva-España fuese á juntarse con la China; y por eso se debria costear aquello que falta por saber, aunque fuese á costa de nuestro rey, pues le va en ello muy mucho, y quien lo continuase medraria. Mas no se juntarán, por ser isla Asia, Africa y Europa, segun al principio dijimos. Estas sierras nevadas están mil leguas leste oeste del rio de Sant Anton, que descubrió Estéban Gomez, y mil y setecientas del cabo del Labrador, por donde comencé á costear, medir y graduar las Indias. Por cuya distancia se puede conocer cuán grandísima tierra es la Nueva-España por hácia el norte. Siendo pues aquella tierra tan grande, y estando ya convertida toda la Nueva-España y Nueva-Galicia, salieron frailes por muchas partes á predicar y convertir indios aun no conquistados; y fray Márcos de Niza é otro fraile francisco entraron por Culhuacan el año de 38. Fray Márcos solamente, ca enfermó su compañero, siguió con guias y lenguas el camino del sol, por mas calor y por no alejarse de la mar, y anduvo en muchos dias trecientas leguas de tierra, hasta llegar á Sibola. Volvió diciendo maravillas de siete ciudades de Sibola, y que no tenia cabo aquella tierra, y que cuanto mas al poniente se extendia, tanto mas poblada y rica de oro, turquesas y ganados de lana era. Fernando Cortés y don Antonio de Mendoza deseaban hacer la entrada y conquista de aquella tierra de Sibola, cada uno por sí y para sí; don Antonio como virey de la Nueva-España, y Cortés como capitan general y descubridor de la mar del Sur. Trataron de juntarse para lo hacer ambos; y no se confiando el uno del otro, riñeron, y Cortés se vino á España, y don Antonio envió allá á Francisco Vazquez de Coronado, natural de Salamanca, con buen ejército de españoles é indios, y cuatrocientos caballos. De Méjico á Culhuacan, que hay mas de docientas leguas, fueron bien proveidos. De allí á Sibola, que ponen trecientas, pasaron necesidad, y se murieron de hambre por el camino muchos indios y algunos caballos. Toparon con mujeres muy hermosas y desnudas, aunque hay lino por allí. Padescieron gran frio, ca nieva mucho por aquellas sierras. Llegando á Sibola, requirieron á los del pueblo que los rescibiesen de paz, ca no iban á les facer mal, sino muy gran bien y provecho; y que les diesen comida, ca llevaban falta de ella. Ellos respondieron que no querian, pues iban armados y en son de les dar guerra; que tal semblante mostraban; así que combatieron el pueblo los nuestros. Defendiéronlo gran rato ochocientos hombres que dentro estaban. Descalabraron á Francisco Vazquez y á otros muchos españoles; mas al cabo se salieron huyendo. Entraron los nuestros, y nombráronla Granada, por amor del Virey, que es natural de la de España. Es Sibola de hasta docientas casas de tierra y madera tosca; altas cuatro y cinco sobrados, y las puertas como escotillones de nao. Suben á ellas con escaleras de palo, que quitan de noche y en tiempos de guerra. Tiene delante cada casa una cueva, donde, como en estufa, se recogen los inviernos, que son largos y de muchas nieves, aunque no está mas de treinta grados y medio de la Equinocial; que si no fuese por las montañas, seria del temple de Sevilla. Los famosas siete ciudades de fray Márcos de Niza, que están en espacio de seis leguas, ternán obra de cuatro mil hombres. Las riquezas de su reino es no tener qué comer ni qué vestir, durando la nieve siete meses. Hacen con todo eso unas mantillas de pieles de conejos y liebres y de venados; que algodon muy poco alcanzan. Calzan zapatos de cuero, y de invierno unas como botas hasta las rodillas. Las mujeres van vestidas de metal hasta en piés. Andan ceñidas, trenzan los cabellos y rodéanselos á la cabeza por sobre las orejas. La tierra

es arenosa y de poco fruto; creo que por pereza dellos; pues donde siembran, lleva maíz, frisoles, calabazas y frutas; y aun se crian en ella gallipavoś, que no se hacen en todos cabos.

Quivira.

Viendo la poca gente y muestra de riqueza, dieron los soldados muy pocas gracias á los frailes que con ellos iban, y que loaban aquella tierra de Sibola; y por no volver á Méjico sin hacer algo ni las manos vacías, acordaron de pasar adelante, que les decian ser mejor tierra. Así que fueron á Acuco, lugar sobre un fortísimo peñol, y desde allí fué don Garci Lopez de Cárdenas con su compañía de caballos á la mar, y Francisco Vazquez con los demás á Tiguex que está ribera de un gran rio. Allí tuvieron nueva de Axa y Quivira, donde decian que estaba un rey dicho por nombre Tatarrax, barbudo, cano y rico; que ceñia un bracamarte, que rezaba en horas, que adoraba una cruz de oro y una imágen de mujer, señora del cielo. Mucho alegró y sostuvo esta nueva el ejército, aunque algunos la tuvieron por falsa, y echadiza de frailes. Determinaron ir allá, con intencion de invernar en tierra tan rica como se sonaba. Fuéronse los indios una noche, y amanecieron muertos treinta caballos, que puso temor al ejército. Caminando, quemaron un lugar, y en otro que acometieron les mataron ciertos españoles y hirieron cincuenta caballos, y metieron dentro los vecinos á Francisco de Ovando, herido ó muerto, para comer y sacrificar, á lo que pensaron, ó quizá para mejor ver qué hombres eran los españoles; ca no se halló por allí rastro de sacrificio humano. Pusieron cerco los nuestros al lugar; pero no lo pudieron tomar en mas de cuarenta y cinco dias. Bebian nieve los cercados por falta de agua; y viéndose perdidos, hicieron una hoguera : echaron en ella sus mantas, plumajes, turquesas y cosas preciadas, porque no las gozasen aquellos extranjeros. Salieron en escuadron, con los niños y mujeres en medio, para abrir camino por fuerza y salvarse. Mas pocos escaparon de las espadas y caballos, y de un rio que cerca estaba. Murieron en la pelea siete españoles, y quedaron heridos ochenta, y muchos caballos; porque veais cuánto vale la determinacion en la necesidad. Muchos indios se volvieron al pueblo con la gente menuda, y se defendieron hasta que se les puso fuego. Helóse tanto aquel rio estando en treinta y seis grados de la Equinocial, que sufria pasar encima hombres á caballo y caballos con carga. Dura la nieve medio año. Hay en aquella ribera melones, y algodon blanco y colorado, de que hacen muy mas anchas mantas que en otras partes de Indias. De Tiguex fueron en cuatro jornadas á Cicuic, lugar pequeño, y á cuatro leguas dél toparon un nuevo género de vacas fieras y bravas, de las cuales mataron el primer dia ochenta, que bastecieron el ejército de carne. Fueron de Cicuic á Quivira, que á su cuenta hay casi trecientas leguas, por grandísimos llanos, y arenales tan rasos y pelados, que hicieron mojones de boñigas, á falta de piedras y de árboles, para no perderse á la vuelta; ca se les perdieron en aquella llanura tres caballos y un español que se desvió á caza. Todo aquel camino y llanos están llenos de vacas corcovadas como la Serena de ovejas; pero no hay mas gente de la que las guardan. Fueron gran remedio para la hambre y falta de pan que llevaban. Cayóles un dia por aquel llano mucha piedra como naranjas, y hubo hartas lágrimas, flaqueza y votos. Llegaron, en fin, á Quivira, y hallaron al Tatarrax, que buscaban, hombre ya cano, desnudo y con una joya de cobre al cuello, que era toda su riqueza. Vista por los españoles la burla de tan famosa riqueza, se volvieron á Tiguex sin ver cruz ni rastro de cristiandad, y de allí á Méjico, en fin de marzo del año de 42. Cayó en Tiguex del caballo Francisco Vazquez, y con el golpe salió de sentido y devaneaba; lo cual unos tuvieron por dolor y otros por fingido; ca estaban mal con él porque no poblaba. Está Quivira en cuarenta grados : es tierra templada, de buenas aguas, de muchas yerbas, ciruelas, moras, nueces, melones y uvas, que maduran bien. No hay algodon, y visten cueros de vacas y venados. Vieron por la costa naos que traian arcatraces de oro y plata en las proas, con mercaderías, y pensaron ser del Catayo y China, porque señalaban haber navegado treinta dias. Fray Juan de Padilla se quedó en Tiguex con otro fraile francisco, y tornó á Quivira con hasta doce indios de Mechuacan, y con Andrés Docampo, portugués, hortelano de Francisco de Solís. Llevó cabalgaduras y acémilas con provision; llevó ovejas y gallinas de Castilla, y ornamentos para decir misa. Los de Quivira mataron á los frailes, y escapóse el portugués con algunos mechuacanes; el cual, aunque se libró entonces de la muerte, no se libró de cativerio, porque luego le prendieron. Mas de allí á diez meses que fué esclavo, huyó con dos perros. Santiguaba por el camino con una cruz, á que le ofrecian mucho; y do quiera que llegaba le daban limosna, albergue y de comer. Vino á tierra de Chichimecas, y aportó á Pánuco. Cuando llegó á Méjico traia el cabello muy largo y la barba trenzada, y contaba extrañezas de las tierras, rios y montañas que atravesó. Muchó pesó á don Antonio de Mendoza que se volviesen, porque habia gastado mas de sesenta mil pesos de oro en la empresa, y aun debia muchos dellos, y no traian cosa ninguna de allá, ni muestra de plata ni de oro ni de otra riqueza. Muchos quisieron quedarse allá; mas Francisco Vazquez de Coronado, que rico y recien casado era con hermosa mujer, no quiso, diciendo no se podrian sustentar ni defender en tan pobre tierra y tan léjos del socorro. Caminaron mas de novecientas leguas de largo esta jornada.

De las vacas corcovadas que hay en Quivira.

Todo lo que hay de Cicuic á Quivira es tierra llanísima, sin árboles ni piedras, y de pocos y chicos pueblos. Los hombres visten y calzan de cuero, y las mujeres, que se precian de largos cabellos, cubren sus cabezas y vergüenzas con lo mesmo. No tienen pan de ningun grano, segun dicen; que lo tengo á mucho. Su principal vianda es carne, y aquella muchas veces cruda por costumbre ó por falta de leña. Comen el sebo así como lo sacan del buey, y beben la sangre caliente, y no mueren, aunque dicen los antiguos que mata, como hizo á Empedócles y á otros. Tambien la beben fria, desatada en agua. No cuecen la carne por falta de ollas, sino ásanla, ó por mejor decir, caliéntanla á lumbre de boñigas. Comiendo, mascan poco, y tragan mucho; y te-

niendo la carne con los dientes, la parten con navajones de pedernal, que paresce bestialidad. Mas tal es su vivienda y traje. Andan en compañías, y múdanse como alárabes, de una parte á otra, siguiendo el tiempo y el pasto tras sus bueyes. Son aquellos bueyes del tamaño y color que nuestros toros; pero no de tan grandes cuernos. Tienen una gran jiba sobre la cruz, y mas pelo de medio adelante que de medio atrás, y es lana. Tienen como clines sobre el espinazo, y mucho pelo y muy largo de las rodillas abajo. Cuélganles por la frente grandes guedejas, y paresce que tienen barbas, segun los muchos pelos del garguero y varillas. Tienen la cola muy larga los machos, y con un flueco grande al cabo; así que algo tienen de leon y algo de camello. Hieren con los cuernos, corren, alcanzan y matan un caballo cuando ellos se embravescen y enojan. Finalmente, es animal feo y fiero de rostro y cuerpo; huyen dellos los caballos por su mala catadura ó por nunca los haber visto. No tienen sus dueños otra riqueza ni hacienda. Dellos comen, beben, visten, calzan y hacen muchas cosas; de los cueros, casas, calzado, vestido y sogas; de los huesos, punzones; de los nervios y pelos, hilo; de los cuernos, buches y vejigas, vasos; de las boñigas, lumbre, y de las terneras, odres, en que traen y tienen agua; hacen, en fin, tantas cosas dellos, cuantas han menester ó cuantas les bastan para su vivienda. Hay tambien otros animales, tan grandes como caballos, que por tener cuernos y lana fina los llaman carneros, y dicen que cada cuerno pesa dos arrobas. Hay tambien grandes perros que lidian con un toro, y que llevan dos arrobas de carga sobre salmas cuando van á caza ó cuando se mudan con el ganado y hato.

Del pan de los indios.

El comun mantenimiento de todos los hombres del mundo es pan; y no es comun por ser mejor mantenimiento, sino por ser mayor y mas fácil de haber y guardar; aunque otros tienen opinion contraria viendo que con pan y agua pasan los hombres; y es cierto que tambien pasarian con sola carne si lo acostumbrasen, ó con solas yerbas ó frutas; que nuestro estómago y naturaleza con muy poco se contenta si lo avezamos; y comiendo por necesidad, y no por gula, cualquier manjar sustenta y aun deleita. Llaman pan lo que se amasa y cuece después de ser molido el grano, aunque tambien dicen pan lo que hacen de raíces, ralladuras de madera y de peces cocidos. En Europa comen generalmente pan de trigo, aunque tambien hacen pan de centeno en algunas partes, y de mio, y aun de castañas. La mas gente de Africa come pan de arroz y cebada. En Asia usan mucho el pan de arroz; por lo cual paresce claramente que muy muchos hombres viven sin comer trigo. Tampoco tenian trigo en todas las Indias, que son otro mundo; falta grandísima segun la usanza de acá. Mas empero los naturales de aquellas partes no sintian ni sienten tal falta, comiendo pan de maíz, y cómenlo todos. Cavan á manos la tierra con palas de madera, ca no tienen bestias con que arar. Siembran el maíz como nosotros las habas, remojado; pero echan cuatro granos por lo menos en cada agujero. De un grano nasce una caña solamente; empero muchas veces una caña lleva dos y tres espigas, y una espiga cien granos y docientos, y aun cuatrocientos, y tal hay que seiscientos. Cresce la caña un estado y mas, engorda mucho, y echa las hojas como nuestras cañas; pero mas anchas, mas largas, mas verdes y mas blandas. La espiga es como piña en la hechura y tamaño; el grano es grande, mas ni es redondo como garbanzo, ni largo como trigo, ni cuadrado. Viene á sazon en cuatro meses, y en algunas tierras en tres, y á mes y medio en regadío, mas no es tan bueno. Siémbranlo dos y tres veces por año en muchos cabos, y en algunos rinde trecientas y aun quinientas por una. Comen cocida la espiga en leche por fruta ó regalo. Cómenla tambien, después de granada, cruda y cocida y asada, que es mejor. Comen eso mesmo el grano seco, crudo y tostado; mas de cualquiera manera es duro de mascar, y atormenta las encías y dientes. Para comer pan cuecen el grano en agua, estrujan, muelen y amásanlo; y, ó lo cuecen en el rescoldo, envuelto en sus hojas, que no tienen hornos, ó lo asan sobre las brasas; otros lo muelen el grano entre dos piedras como mostaza, ca no tienen molinos; pero es muy gran trabajo, así por la dureza como por la continuacion, que no se tiene como el pan de trigo; y así, las mujeres pasan trabajo en cocer cada dia; duro pierde el sabor y enduréscese presto, y á tres dias se mohesce y aun pudre. Ensucia y daña mucho la dentadura, y por eso traen gran cuidado de alimpiarse los dientes. La harina del maíz adoba la agua corrompida, quitándole aquel mal sabor y olor, y por eso es buena para la mar. Es de mucha sustancia este pan, y aun dicen que harta y mantiene mejor que pan de trigo; pues con maíz y ají están gordos los hombres, y tambien los caballos, y no enflaquecen como acá, aunque caminen, comiendo maíz verde. Hacen asimesmo del maíz vino, y es muy ordinario y provechoso. Es, en fin, el maíz cosa muy buena, y que no lo dejaran los indios por el trigo, segun tengo entendido. Las causas que dan son grandes, y son estas: que están hechos á este pan, y se hallan bien con él; que les sirve el maíz de pan y vino; que multiplica mas que trigo, que se cria con menos peligros que trigo, así de agua y sol como de aves y bestias; que se hace mas sin trabajo, pues un hombre solo siembra y coge mas maíz que un hombre y dos bestias trigo. Tambien usan los indios otro pan que hacen de unas raíces, dichas en lengua de Santo Domingo yuca y ajes, de los cuales traté en otro parte.

Del color de los indios.

Una de las maravillas que Dios usó en la composicion del hombre es el color; y así, pone muy grande admiracion y gana de contemplarlo, viendo un hombre blanco y otro negro, que son del todo contrarios colores; pues ¿si meten un bermejo entre el negro y el blanco? ¡qué divisada librea paresce! Cuanto es de maravillar por estos colores tan diferentes, tanto es de considerar cómo se van diferenciando unos de otros, casi por grados; porque hay hombres blancos de muchas maneras de blancura, y bermejos de muchas maneras de bermejura, y negros de muchas maneras de negrura; y de blanco va á bermejo por descolorido y rubio, y á negro por cenizoso, moreno, loro y leonado, como nues-

tros indios, los cuales son todos en general como leonados ó membrillos cochos, ó tiriciados ó castaños, y este color es por naturaleza, y no por desnudez, como pensaban muchos, aunque algo les ayuda para ello ir desnudos; de suerte que así como en Europa son comunmente blancos y en Africa negros, así tambien son leonados en nuestras Indias, donde tanto se maravillan de ver hombres blancos como negros. Es tambien de considerar que son blancos en Sevilla, negros en el cabo de Buena-Esperanza, y castaños en el rio de la Plata, estando en iguales grados de la Equinocial; y que los hombres de Africa y de Asia que viven so la tórrida zona sean negros, y no lo sean los que viven debajo la mesma zona en Méjico, Yucatan, Cuauhtemallan, Nicaragua, Panamá, Santo Domingo, Paria, cabo de Sant Augustin, Lima, Quito, y otras tierras del Perú que tocan en la mesma Equinocial. Solamente se hallaron ciertos negros en Cuareca cuando Vasco Nuñez de Balboa descubrió la mar del Sur, por lo cual es opinion que va en los hombres, y no en la tierra; que bien puede ser, aunque todos seamos nascidos de Adan y Eva; bien que no sabemos la causa por qué Dios así lo ordenó y diferenció, mas de pensar que por mostrar su omnipotencia y sabiduría en tan diversa variedad de colores que tienen los hombres. Tambien dicen que no hay crespos, que es otro notable, y pocos calvos, que dará cuidado á los filósofos para rastrear los secretos de natura y novedades del Mundo-Nuevo, y las complisiones del hombre.

De la libertad de los indios.

Libres dejaban á los indios al principio los Reyes Católicos, aunque los soldados y pobladores se servian dellos como de cativos en las minas, labranza, cargas y conquistas que la guerra lo llevaba. Mas el año de 1504 se dieron por esclavos los caribes, por el pecado de sodomía y de idolatría y de comer hombres, aunque no comprehendia esta licencia y mandamiento á todos los indios. Después que los caribes mataron los españoles en Cumaná y asolaron dos monesterios que allí habia, uno de franciscos y otro de dominicos, segun ya contamos, se hicieron muchos esclavos en todas partes sin pena ni castigo, porque Tomás Ortiz, fraile dominico, y otros frailes de su hábito y de san Francisco, aconsejaron la servidumbre de los indios, y para persuadir que no merecian libertad presentó cartas y testigos en consejo de Indias, siendo presidente fray García de Loaisa, confesor del Emperador, y hizo un razonamiento del tenor siguiente: «Los hombres de tierra firme de Indias comen carne humana, y son sodométicos mas que generacion alguna. Ninguna justicia hay entre ellos, andan desnudos, no tienen amor ni vergüenza, son como asnos, abobados, alocados, insensatos; no tienen en nada matarse ni matar; no guardan verdad sino es en su provecho; son inconstantes, no saben qué cosa sea consejo; son ingratísimos y amigos de novedades; précianse de borrachos, ca tienen vinos de diversas yerbas, frutas, raíces y grano; emborráchanse tambien con humo y con ciertas yerbas que los saca de seso; son bestiales en los vicios; ninguna obediencia ni cortesía tienen mozos á viejos ni hijos á padres; no son capaces de doctrina ni castigo; son traidores, crueles y vengativos, que nunca perdonan; inimicísimos de religion, haraganes, ladrones, mintrosos, y de juicios bajos y apocados; no guardan fe ni órden, no se guardan lealtad maridos á mujeres ni mujeres á maridos; son hechiceros, agoreros, nigrománticos; son cobardes como liebres, sucios como puercos; comen piojos, arañas y gusanos crudos do quiera que los hallan; no tienen arte ni maña de hombres; cuando se olvidan de las cosas de la fe que aprendieron, dicen que son aquellas cosas para Castilla, y no para ellos, y que no quieren mudar costumbres ni dioses; son sin barbas, y si algunas les nascen, se las arrancan; con los enfermos no usan piedad ninguna, y aunque sean vecinos y parientes los desamparan al tiempo de la muerte, ó los llevan á los montes á morir con sendos pocos de pan y agua; cuanto mas crescen se hacen peores; hasta diez ó doce años paresce que han de salir con alguna crianza y virtud; de allí adelante se tornan como brutos animales; en fin, digo que nunca crió Dios tan cocida gente en vicios y bestialidades, sin mezcla de bondad ó policía. Juzguen agora las gentes para qué puede ser cepa de tan malas mañas y artes. Los que los habemos tratado, esto habemos conoscido dellos por experiencia, mayormente el padre fray Pedro de Córdova, de cuya mano yo tengo escripto todo esto, y lo platicamos en uno muchas veces con otras cosas que callo.» Fray García de Loaisa dió grandísimo crédito á fray Tomás Ortiz y á los otros frailes de su órden; por lo cual el Emperador, con acuerdo del consejo de Indias, declaró que fuesen esclavos, estando en Madrid, el año de 25. Mudaron de parescer los frailes dominicos. Reprehendian mucho la servidumbre de indios en los púlpitos y escuelas, por donde se tomó otra informacion sobre esta materia el año de 31, y fray Rodrigo Minaya procuró mucho la libertad de los indios, y sacó una bula del papa Paulo III, en declaracion que los indios eran hombres, y no bestias, libres, y no esclavos. Insistió después en esto fray Bartolomé de las Casas, y mandó el Emperador al doctor Figueroa tomar otras informaciones de religiosos, letrados y gobernadores de Indias que habia en corte, por los cuales, y por otras muchas buenas razones que dieron los trece que ordenaron las ordenanzas, de las cuales ya en otra parte se dijo, libertó el Emperador los indios, mandando, so gravísimas penas, que nadie los haga esclavos, y así se guarda y cumple. Ley fué santísima cual convenia á emperador clementísimo. Mayor gloria es de un rey hacer buenas leyes que vencer grandes huestes. Justo es que los hombres que nascen libres no sean esclavos de otros hombres, especialmente saliendo de la servidumbre del diablo por el santo baptismo, y aunque la servidumbre y captiverio, por culpa y por pena, es del pecado, segun declaran los santos doctores Augustin y Crisóstomo, y Dios quizá permitió la servidumbre y trabajo destas gentes de pecados para su castigo, ca menos pecó Can contra su padre Noé que estos indios contra Dios, y fueron sus hijos y descendientes esclavos por maldicion.

Del consejo de Indias.

Luego que se hallaron las Indias, y que comenzaron á descubrir tierra firme, se conoció ser grandísimo nego-

cio, aunque no cuanto agora es, y procuraron los reyes de gran memoria, don Fernando y doña Isabel, que eran sabios en la gobernacion, de cometer los pleitos y negocios de aquellas nuevas tierras á personas de confianza, que despachasen con brevedad lo que ocurriese. Mas no hicieron chancillería dello en forma por sí. El que lo gobernaba todo era Juan Rodriguez de Fonseca, que comenzó á entender en ello siendo dean de Sevilla, y acabó obispo de Búrgos, y aun acabara arzobispo de Toledo si no fuera escaso. Fernando de Vega, señor de Grajales y comendador mayor de Castilla, que trataba todos los negocios del reino, entendió mucho tiempo en las cosas de Indias, y aun Mercurino Gatinara, gran chanciller, entendió tambien en ellas, y mosiur de Lassao, que era de la cámara del Emperador, y el licenciado Francisco de Vargas, tesorero general de Castilla, y otros grandes letrados. Mas como no habia personas ciertas, sino que se nombraban los que el Rey ó sus gobernadores querian, y era necesario estar estantes á tanta negociacion y tan importante, ordenó el emperador don Cárlos nuestro señor, el año de 24, un consejo real de Indias, que despachase las causas, mercedes, y todas las otras cosas de aquellas partes, por sello y registro, conforme al estilo de los otros consejos de Castilla. Hizo presidente dél á fray García de Loaisa, natural de Talavera, que siendo general de la órden de santo Domingo, le tomó por su confesor, el cual murió cardenal y arzobispo de Sevilla, inquisidor general, comisario general de la Cruzada y presidente de Indias, aunque cuando fué visitado, quisieran que dejara el cargo. Fueron oidores, el obispo de Canaria, el doctor Beltran, el licenciado Maldonado y Pedro Mártir. Por absencia del Cardenal, presidió tres ó cuatro años en este consejo don García Manrique, conde de Osorno, que era presidente de consejo de Ordenes. El secretario Francisco de los Cobos, que fué comendador mayor de Leon, tuvo la secretaría de Indias con grandísimos provechos. Largo sería contar todos los oidores y personas que han entendido en los negocios y consejo de Indias. Solamente digo que han sido muy singulares hombres, y de la calidad que habeis oido. Por muerte del cardenal Loaisa, entró en la presidencia deste consejo don Luis Hurtado de Mendoza, marqués de Mondéjar, que habia sido virey de Granada y de Navarra, caballero de grandes partes y virtudes, y que trata cuerdamente los negocios de guerra y estado. Son al presente oidores el doctor Gregorio Lopez, el licenciado Francisco Tello de Sandoval, el doctor Hernan Perez Belon, el doctor Gonzalo Perez de Rivadeneyra, el licenciado García de Birbiesca, el licenciado don Joan Sarmiento. Es fiscal el licenciado Martin de Agreda; varones gravísimos y que merescidamente tienen el oficio y cargo de gobernar las Indias, y las gobiernan con mucho juicio y prudencia. Es secretario Joan de Sámano, caballero de Santiago, hombre muy cuerdo y de negocios. Hay tambien allá en las Indias muchas audiencias y gobernaciones, pero de todas vienen al Consejo como á supremo juicio. En Santo Domingo hay chancillería y en Cuba gobernador, que son las mayores é principales islas. En Méjico reside la chancillería de la Nueva-España, y preside don Luis de Velasco, virey de aquella provincia. En la Nueva-Galicia está otra audiencia de cuatro alcaldes mayores. Guatimala y Nicaragua tienen asimesmo una chancillería, y la Nueva-Granada otra. En la ciudad de los Reyes hay otra chancillería para todas las provincias del Perú, donde preside el virey don Antonio de Mendoza, que tambien fué virey de Méjico. Hay tambien gobernadores en muchas partes, como en el Boriquen, Panamá, Cartagena y Venezuela, y adelantados que gobiernan, como Francisco de Montejo en Yucatan. Hay sin esto alcaldes ordinarios en cada pueblo y corregidores en los grandes, que proveen los vireyes en su jurisdicion. Los obispos administran justicia en lo eclesiástico, y son muchos. Santo Domingo es arzobispado y tiene por sufraganos á los obispos de Cuba, Boriquen, Honduras, Panamá, Cartagena y Santa Marta. Méjico es arzobispado, y acuden á él los obispos de Xalisco, Mechuacan, Guaxaca, Tascala, Guatimala, Chiapa y Nicaragua. La ciudad de los Reyes en el Perú es arzobispado, cuyos sufraganos son los obispados del Cuzco, Quito y Charcas. Es patron de todos los obispados, dignidades y beneficios, el rey de Castilla; y así, los provee y presenta; por manera que es señor absoluto de las Indias, que son tanta tierra como habemos mostrado; por lo cual podemos afirmar ser el rey de España el mayor rey del mundo.

Un dicho de Séneca acerca del Nuevo-Mundo, que paresce adevinanza.

Decir lo que ha de sér mucho antes que sea, es adevinar, y adevino llaman al que acierta lo porvenir, y muchas veces aciertan los que hablan por conjetura y por instinto y razon natural; que los que hablan por revelacion y por espíritu de Dios, profetas son, de los cuales creo enteramente cuanto escribieron. A los demás no creo, ni se han de creer, por mas apariencia, semejanza, razones ni demonstracion que tengan, aunque mucho es de maravillar cómo aciertan alguna vez; pero, como dicen, quien mucho habla, en algo acierta. Todo esto digo, considerando lo que dijo Séneca el poeta, en la tragedia *Medea*, acerca del Nuevo-Mundo, que llaman Indias; ca me paresce cuadrar puntualmente con el descubrimiento de las Indias, y que nuestros españoles y Cristóbal Colon lo han sacado verdadero. Dice pues:

«Vernán siglos de aquí á muchos años que afloje las ataduras de cosas el Océano, y que aparezca gran tierra, y descubra Tifis, que es la navegacion, nuevos mundos, y no será Tile la postrera de las tierras.» Y en latin:

Venient annis
Seacula seris, quibus Oceanus,
Vincula rerum laxet, è ingens
Pateat tellus, Tiphisque novos
Detegat orbes.
Nec sit terris ultima Thile.

De la isla que Platon llama Atlántide.

Platon cuenta en los diálogos *Timeo* y *Cricia*, que hubo antiguísimamente en el mar Atlántico y Océano grandes tierras, y una isla dicha Atlántide, mayor que Africa y Asia, afirmando ser aquellas tierras de allí verdaderamente firmes y grandes, y que los reyes de aquella isla señorearon mucha parte de Africa y de Europa.

Emperó que con un gran terremoto y lluvia se hundió la isla, sorbiendo los hombres; y quedó tanto cieno, que no se pudo navegar mas aquel mar Atlántico. Algunos tienen esto por fábula, y muchos por historia verdadera; y Próculo, segun Marsilio dice, alega ciertas historias de los de Etiopía, que hizo un Marcelo, donde se confirma. Pero no hay para qué disputar ni dudar de la isla Atlántide, pues el descubrimiento y conquistas de las Indias aclaran llanamente lo que Platon escribió de aquellas tierras, y en Méjico llaman á la agua atl, vocablo que parece, ya que no sea, al de la isla. Así que podemos decir cómo las Indias son la isla y tierra firme de Platon, y no las Hespérides, ni Ofir y Társis, como muchos modernos dicen; ca las Hespérides son las islas de Cabo-Verde y las Gorgonas, que de allí trujo Hanon monas. Aunque con lo de Solino hay alguna duda, por la navegacion de cuarenta dias que pone. Tambien puede ser que Cuba, ó Haiti, ó algunas otras islas de las Indias, sean las que hallaron cartagineses, cuya ida y poblacion vedaron á sus ciudadanos, segun cuenta Aristóteles ó Teofrasto, en las maravillas de natura no oidas. Ofir y Társis no se sabe dónde ni cuáles son, aunque muchos hombres doctos, como dice Sant Augustin, buscaron qué ciudad ó tierra fuese Társis. Sant Jerónimo, que sabia la lengua hebrea muy bien, dice sobre los profetas, en muchos lugares, que Társis quiere decir mar; y así, Jonás echó á huir á Társis, como quien dice á la mar, que tiene muchos caminos para huir sin dejar rastro. Tampoco fueron á nuestras Indias las armadas de Salomon, porque para ir á ellas habian de navegar hácia poniente, saliendo del mar Bermejo, y no hácia levante, como navegaron; y porque no hay en nuestras Indias unicornios ni elefantes, ni diamantes, ni otras cosas que traian de la navegacion y trato que llevaban.

El camino para las Indias.

Pues habemos puesto el sitio de las Indias, conveniente cosa es poner el camino por donde van á ellas, para cumplimiento de la obra y para contentamiento de los leyentes, especial extranjeros, que tienen poca noticia dél. Parten los que navegan á Indias, de San Lúcar de Barrameda, do entra Guadalquivir en la mar, que está de la línea Equinocial treinta y siete grados, y en ocho dias ó doce van á una de las islas de Canaria, que caen á veinte y siete grados, y á docientas y cincuenta leguas de España, contando hasta el Hierro, que es la mas ocidental. De allí hasta Santo Domingo, que hay al pié de mil leguas, suelen por la mayor parte ir en treinta dias. Tocan ó ven primero á la Deseada, ó alguna otra isla de muchas que hay en aquel paraje. De Santo Domingo, escala general para la ida, navegan seiscientas leguas los que van á la Nueva-España, y trecientas y cincuenta los que van á Yucatan y á Honduras; docientas y cuarenta los que van al Nombre de Dios, y ciento y cincuenta los que á Santa Marta, por do entran al nuevo reino de Granada. Los que van á Cubagua, donde sacan perlas, toman su camino desde la Deseada á mano izquierda; para ir al rio Marañon y al de la Plata, y al estrecho de Magallanes, que es cuatro mil leguas de España, se va por Canaria á las islas de Cabo-Verde, que están en catorce y quince grados, y cerca de quinientas leguas del estrecho de Gibraltar, y reconoscen tierra firme de Indias en el Cabo-Primero ó en el cabo de Sant Augustin, ó no muy léjos, que segun cuenta de mareantes, estará casi otras quinientas leguas de Cabo-Verde. Quien va al Perú ha de ir al Nombre de Dios, y de allí á Panamá por tierra, decisiete leguas que hay. En Panamá toman otros navíos, y esperan tiempo, ca no se navega siempre aquel mar del Sur. A la vuelta vienen todos, si no quieren perderse, á la Habana de Cuba, que cae debajo el trópico de Cancro, y desde allí, echando al norte por tener viento, suelen tomar la Bermuda, isla despoblada, aunque no de sátiros, segun mienten, y puesta en treinta y tres grados. Tocan luego en alguna isla de los Azores, y en fin, aportan á España, de donde salieron. Desvíanse á la venida, de la derrota que llevaron, trecientas leguas, y aun por ventura cuatrocientas. Hacen tan diferente camino á la vuelta por seguridad y presteza. Segura navegacion es toda, por ser la mar larga, aunque pocos navegan que no cuenten de tormentas; lo peor de pasar á la ida es el golfo de las Yeguas, entre Canaria y España, y á la venida, la canal de Bahama, que es junto á la Florida. Ningun hombre que no sea español puede pasar á las Indias sin licencia del Rey, y todos los españoles que pasan se tienen de registrar en la casa de la Contratacion de Sevilla, con toda la ropa y mercaderías que llevan, so pena de perderlas, y tambien se han de manifestar á la vuelta en la mesma casa, so la dicha pena, aunque con tiempo forzoso desembarquen en otro cualquier puerto de España, que así lo manda la ley.

Conquista de las islas de Canaria.

Por ser las islas de Canaria camino para las Indias, y nuevamente conquistadas, escribo aquí su conquista. Muy sabidas y loadas fueron siempre las islas de Canaria, segun autores griegos, latinos, africanos y otros gentiles escriben. Mas no sé que hayan sido de cristianos hasta que fueron de españoles. Cuenta el rey don Pedro el Cuarto de Aragon, en su historia, cómo el año de 1344 le vino á pedir ayuda para conquistar las islas perdidas de Canaria, don Luis, nieto de don Joan de la Cerda, que se llamaba príncipe de la Fortunia, por merced, creo, del papa Clemente VI, francés. Puede ser que fuesen entonces á Canaria los mallorquines, á quien los canarios se loan haber vencido, matando muchos dellos, y que hubiesen allí una imágen antigua que tienen. Lós primeros españoles que comenzaron á conquistarlas fueron allá el año de 1393, y fué así que muchos sevillanos, vizcaínos y lipuzcoanos fueron á las Canarias con armada, en que llevaron caballos para la guerra, el año sobredicho, que fué el tercero del rey don Enrique III, segun su historia cuenta. No sabria decir á cúya costa fueron, aunque paresce que á la suya propria, ni si por mandado del Rey ó por su motivo. Empero sé que hubieron batalla con los de Lanzarote, y gran despojo y presa en la vitoria, y que trujeron presos á España al rey y reina de aquella isla, con otras ciento y setenta personas, y muchos cueros de cabras, cera y otras cosas de riqueza y estima para en aquellos

tiempos. Después el rey don Enrique dió á ciertos caballeros las Canarias para que las conquistasen, reservando para sí el feudo y vasallaje; entre los cuales fué Juan de Betancurt, caballero francés; el cual, á intercesion de Rubin de Bracamonte, almirante de Francia, su pariente, hubo tambien el año de 1417 la conquista de aquellas islas, con título de rey. Vendió una villa que tenia en Francia, armó ciertos navíos, pasó á las Canarias con españoles, y llevó á fray Mendo por obispo de lo que conquistase, para doctrinar y convertir aquellos gentiles; que así lo mandó el papa Martin V. Ganó á Lanzarote, Fuerteventura, Gomera y Hierro, que son las menores, y aun la Palma, á lo que algunos dicen. De Canaria lo echaron diez mil isleños que habia de pelea; y así, hizo un castillo de piedra y lodo en Lanzarote, donde asentó y pobló. Señoreaba y regia desde allí las otras islas que subjetara, y enviaba á España y Francia esclavos, cera, cueros, sebo, orchilla, sangre de drago, higos y otras cosas, de que hubo mucho dinero. A la fama de la riqueza, ó por ganar honra conquistando á Tenerife, que llaman isla del Infierno, y á la gran Canaria, que se defendia valientemente, pidió el infante de Portugal don Enrique al rey don Juan el Segundo de Castilla, aquella conquista, mas no se la dió; y el rey don Juan, su padre, la procuró de haber del Papa, y envió el año de 1425 con armada á don Fernando de Castro. Pero los canarios se defendieron gentilmente. Todavía insistieron en aquella demanda, como les habia sucedido bien la guerra de la isla de la Madera y de otras, los reyes don Juan y don Duarte, y el infante don Enrique, que era guerrero, y llegó el negócio á disputa de derecho delante el papa Eugenio IV, veneciano, estando sobrello en Roma el doctor Luis Alvarez de Paz, y el Papa dió la conquista y conversion de aquellas islas al rey de Castilla don Juan el Segundo, año de 1431; y así, cesó la contienda sobre las Canarias entre los reyes de Castilla y Portugal. Tornando pues á Juan de Betancurt, digo que cuando murió, dejó el señorío de aquellas cuatro islas que conquistara á un su pariente llamado Menaute, el cual, continuando la gobernacion y trato como el mesmo Juan de Betancurt, tuvo diferencias y enojo con el obispo fray Mendo, que convertia aquellos gentiles. El Obispo entonces escribió al Rey cómo los isleños estaban muy mal con Menaute por muchos malos tratamientos que les hacia, y tenian grandísimo deseo y aparejo de ser de su alteza. El Rey, por aquellas cartas del Obispo, envió allá con tres naos, y con poderes para tomar y tener las islas y personas, á Pero Barba de Campos, hombre rico; el cual como llegó, tuvo que dar y que tomar con el Menaute de palabras y aun de manos. Mas á la fin se concertaron, dejando y vendiendo el Menaute las islas al Pero Barba, y Pero Barba las vendió después á Fernan Peraza, caballero sevillano. Otros dicen cómo el mesmo Juan de Betancurt las vendió al conde de Niebla don Juan Alonso, y cómo después las trocó el conde á Fernan Peraza, criado suyo, por ciertos lugares que tenia. De la una manera ó de la otra que pasó, es cierto que las hubo Fernan Peraza, y que dió guerra á las otras islas por conquistar, y en la Palma le mataron á su único hijo Guillen Peraza. Llamábase rey de Canaria, y casó á su hija mayor doña Inés con Diego de Herrera, hermano del mariscal de Empudia. Muerto Fernan Peraza, heredaron Diego de Herrera y doña Inés Peraza, llamándose reyes, que no debieran. Trabajaron mucho por ganar á Canaria, Tenerife y la Palma; pero nunca pudieron. Tuvieron estos hijos á Pero García de Herrera, Fernan Peraza, Sancho de Herrera, doña María de Ayala, que casó en Portugal con don Diego de Silva, conde de Portalegre, y otra que casó con Pero Fernandez de Saavedra, hijo del mariscal de Zaharia. Entendieron el rey don Fernando y la reina doña Isabel, recien herederos, cómo Diego de Herrera no podia conquistar á Canaria; y como fueron á Sevilla el año de 1478, enviaron á Juan de Rejon y á Pedro del Algaba con gente y armada á conquistarla. Riñeron estos capitanes andando en la conquista, y mató Rejon á Pedro del Algaba, cuya venganza no se dilató mucho; ca luego mató Fernan Peraza, hijo de Diego de Herrera, al Juan de Rejon, cuya muerte dañó después sus propios negocios; ca prosiguiendo los reyes aquella guerra, estuvieron mal con Diego de Herrera, que se nombraba rey sin serlo. El Diego de Herrera puso pleito á la conquista, porque, ó la dejasen ó lo dejasen, diciendo pertenescerle á él y á su mujer, por la merced del señor rey don Juan que hizo á Juan de Betancurt, cuyos sucesores ellos eran; y alegando estar en posesion y acto de la conquista, en la cual habian gastado muchos dineros y derramado mucha sangre de hermanos, parientes y amigos. Hubo sobresto demandas y respuestas con parescer de letrados, y tras ellas concierto, y los reyes dieron al Diego de Herrera cinco cuentos de maravedís en contado por los gastos, y el título de conde de la Gomera con el Hierro, y él y su mujer doña Inés Peraza renunciaron todo el derecho y acion que tenia á las otras islas. Tras este concierto despacharon allá con armada á Pedro de Vera, natural de Jerez, año de 1480, segun pienso. Pedro de Vera gastó tres años en ganar á Canaria, que se defendian reciamente los isleños; y tardara mas, y aun quizá no la ganara, si no fuera con ayuda de Guanarteme, rey natural de Galdar, que le favoreció por deshacer á Doramas, hombre bajo que por su valentía é industria se habia hecho rey de Telde; por do entrambos se perdieron. Señaláronse muchos canarios en aquella guerra, como fué Juan Delgado, que así se llamó desde cristiano, y un Maninigra, que fué valentísimo sobre todos, el cual dijo á otro que le motejaba de medroso una vez: «Tiemblan las carnes temiendo el peligro donde las ha de poner el corazon.» Alonso de Lugo, que fué muy gentil soldado y capitan en la guerra de Canaria, conquistó el año de 1494 la Palma y Tenerife, de la cual hubo título de adelantado. Desde entonces son todas aquellas islas de Canaria del rey de Castilla muy pacíficamente, y el papa Innocencio VIII le dió el patronazgo dellas el año de 1486.

Costumbres de los canarios.

Las islas de Canaria son siete: Lanzarote, Fuerteventura, Canaria, Tenerife, Gomera, Palma, Hierro. Están en rengle una tras otra, leste oeste, y en veinte y siete grados y medio, y á decisiete leguas de Africa por el cabo del Bojador, y docientas de España, contando has-

ta Lanzarote, que es la primera. Los escriptores antiguos las llamaron Afortunadas y Beatas, teniéndolas por tan sanas y tan abundantes de todas las cosas necesarias á la vida humana, que sin trabajo ni cuidado vivian los hombres en ellas mucho tiempo. Aunque Solino cuando habla dellas, mucho disminuye la fama de su bondad y abundancia, que conforma mucho mas con lo que al presente son. Otra isla diz que paresce á tiempos á la parte setentrional, que debe ser la Inacesible de Tolomeo, la cual muchos han buscado con diligencia, llevando en ala cuatro y aun siete carabelas hácia ella. Mas nunca ninguno la topa, ni sabe qué puede ser aquello. Canaria es redonda y la mejor; do es fértil, es fertilísima, y do estéril, esterilísima; así que lo bueno es poco y de regadío. No halló Pedro de Vera los canes que dijo el rey Juba, aunque dicen que tomó dellos el nombre. Piensan algunos que los llamaron canarios por comer como canes, mucho y crudo; ca se comia un canario veinte conejos de una comida, ó un gran cabron, que es harto mas. Tenerife, que debe ser la Nivaria, es triangulada y la mayor y mas abundante de trigo; tiene una sierra que llaman el pico de Teida, la cosa mas alta que navegantes saben; la cual es verde al pié, nevada siempre al medio, rasa y humosa en lo alto. El Hierro, segun opinion de muchos, es la Pluitina, donde no hay otra agua sino la que destilla un árbol cuando está cubierto de niebla, y cúbrese cada dia por las mañanas; extrañeza de natura admirable. Vivian todos los de aquellas islas en cuevas y chozas, y la cueva de los reyes de Galdar estaba cavada en vivas peñas, y toda chapada de tablones del corazon de pino, que dicen teda, madera perpetua. Andaban desnudos, ó cuando mucho, con cada dos cueros de cabras, peludos. Ensebábanse mucho para endurescer el cuero, majando el sebo de cabras con zumo de yerbas; comian cebada como trigo, que no lo tenian; comian cruda la carne por falta de lumbre, á lo que dicen; mas yo no creo que caresciesen de lumbre, cosa tan necesaria para la vida, y tan fácil de haber y conservar. No tenian hierro, que tambien era gran falta; y así, labraban la tierra con cuernos: cada isla hablaba su lenguaje, y así no se entendian unos á otros; eran en la guerra esforzados y cuidadosos; en la paz, flojos y desolutos; usában ballestas de palo, dardos y lanzones con cuernos por yerros; tiraban una piedra con la mano tan cierta como una saeta con la ballesta; escaramuzaban de noche, por engañar los enemigos; pintábanse de muchas colores para la guerra y para bailar las fiestas; casaban con muchas mujeres, y los señores y capitanes rompian las novias por honra ó por tiranía; adoraban ídolos, cada unó al que queria; aparescíaseles mucho el diablo, padre de la idolatría; algunos se despeñaban en vida á la elecion del señor, con gran pompa y atencion del pueblo, por ganar fama y hacienda para los suyos, de un gran peñasco, que llaman Ayatirma; bañaban los muertos en la mar, y secábanlos á la sombra, y liábanlos después con correas pequeñitas de cabras, y asi duraban mucho sin corromperse. Es mucho de maravillar que estando tan cerca de Africa, fuesen de diferentes costumbres, traje, color y religion que los de aquella tierra; no sé si en lengua, porque Gomera, Telde y otros vocablos así hay en el reino de Fez y de Benamarin, y que carescie sen de fuego, hierro, letras y bestias de cargo; lo cual todo es señal de no haber entrado allí cristianos hasta que nuestros españoles y Betancurt fueron allá; después que son de Castilla, son cristianos y visten como en España, donde vienen con las apelaciones y tributos; tienen mucho azúcar, que antes no tenian, y que les enriquesce la tierra; entre otras cosas que después acá tienen, son peras, de las cuales se hacen en la Palma tan grandes, que pesan á libra, y alguna pesa dos libras. Dos cosas andan por el mundo que ennoblescen estas islas: los pájaros canarios, tan estimados por su canto, que no hay en otra ninguna parte, á cuanto afirman, y el canario, baile gentil y artificioso.

Loor de españoles.

Tanta tierra como dicho tengo, han descubierto, andado y convertido nuestros españoles en sesenta años de conquista. Nunca jamás rey ni gente anduvo y sujetó tanto en tan breve tiempo como la nuestra, ni ha hecho ni merescido lo que ella, así en armas y navegacion, como en la predicacion del santo Evangelio y conversacion de idólatras; por lo cual son españoles dignísimos de alabanza en todas las partes del mundo. ¡Bendito Dios, que les dió tal gracia y poder! Buena loa y gloria es de nuestros reyes y hombres de España, que hayan hecho á los indios tomar y tener un Dios, una fe y un baptismo, y quitádoles la idolatría, los sacrificios de hombres, el comer carne humana, la sodomía y otros grandes y malos pecados, que nuestro buen Dios mucho aborresce y castiga. Hanles tambien quitado la muchedumbre de mujeres, envejecida costumbre y deleite entre todos aquellos hombres carnales; hanles mostrado letras, que sin ellas son los hombres como animales, y el uso del hierro, que tan necesario es á hombre; asimismo les han mostrado muchas buenas costumbres, artes y policía para mejor pasar la vida; lo cual todo, y aun cada cosa por sí, vale, sin duda ninguna, mucho mas que la pluma ni las perlas ni la plata ni el oro que les han tomado, mayormente que no se servian destos metales en moneda, que es su proprio uso y provecho, aunque fuera mejor no les haber tomado nada, sino contentarse con lo que sacaban de las minas y rios y sepulturas. No tiene cuenta el oro y plata, ca pasan de sesenta millones, ni las perlas y esmeraldas que han sacado de so la tierra y agua; en comparacion de lo cual, es muy poco el oro y plata que los indios tenian. El mal que hay en ello es haber hecho trabajar demasiadamente á los indios en las minas, en la pesquería de perlas y en las cargas. Oso decir sobresto que todos cuantos han hecho morir indios así, que han sido muchos, y casi todos han acabado mal. En lo al, parésceme que Dios ha castigado sus gravísimos pecados por aquella via. Yo escribo sola y brevemente la conquista de Indias; quien quisiere ver la justificacion della, lea al doctor Sepúlveda, coronista del Emperador, que la escribió en latin doctísimamente; y así quedará satisfecho del todo.

CONQUISTA DE MÉJICO.

SEGUNDA PARTE

DE LA CRÓNICA GENERAL DE LAS INDIAS.

AL MUY ILUSTRE SEÑOR DON MARTIN CORTÉS, MARQUÉS DEL VALLE,

FRANCISCO LOPEZ DE GOMARA.

A ninguno debo intitular, muy ilustre Señor, la *Conquista de Méjico*, sino á vuestra señoría, que es hijo del que lo conquistó, para que, así como heredó el mayorazgo, herede tambien la historia. En lo uno consiste la riqueza, y en lo otro la fama; de manera que andarán juntos honra y provecho. Mas empero esta herencia os obliga á seguir mucho lo que vuestro padre Fernando Cortés hizo, como á gastar bien lo que os dejó. No es menor loa ni virtud, ni quizá trabajo, guardar lo ganado, que ganar de nuevo, pues así se conserva la hacienda, que sostiene la honra, para conservacion y perpetuidad de lo cual se inventaron los mayorazgos; ca es cierto que con las muchas particiones se disminuyen las haciendas, y con la diminucion dellas se apoca y aun acaba la nobleza y memoria; aunque tambien se han de acabar tarde ó temprano los mayorazgos y reinos, como cosa que tuvo principio, ó por falta de casta ó por caso de guerra, donde siempre suele haber mudanza de señoríos. La historia dura mucho mas que la hacienda, ca nunca le faltan amigos que la renueven, ni le empecen guerras; y cuanto mas se añeja, mas se precia. Acabáronse los reinos y linajes de Nino, Darío y Ciro, que comenzaron los imperios de asirios, medos y persianos; mas duran sus nombres y fama en las historias. Los reyes godos de nuestra España, con Rodrigo fenecieron, mas sus gloriosos hechos en las corónicas viven. No debriamos poner en esta cuenta los reyes de los judíos, cuyas vidas y mudanza contienen grandes misterios; empero no permanecieron mucho en el estado de David, varon segun el corazon de Dios. Son de Dios los reinos y señoríos : él los muda, quita y da á quien y como le place; que así lo dijo él mesmo por el Profeta; y tambien quiere que se escriban las guerras, hechos y vidas de reyes y capitanes, para memoria, aviso y ejemplo de los otros mortales; y así lo hicieron Moisen, Esdras y otros santos. La conquista de Méjico y conversion de los de la Nueva España, justamente se puede y debe poner entre las historias del mundo, así porque fué bien hecha, como porque fué muy grande. Por ser buena la escribo aparte de las otras, para muestra de todas. Fué grande, no en el tiempo, sino en el hecho; ca se conquistaron muchos y grandes reinos con poco daño y sangre de los naturales; y se baptizaron muchos millones de personas, las cuales viven, á Dios gracias, cristianamente. Dejaron los hombres las muchas mujeres que tenian, casando con una sola; perdieron la sodomía, enseñados cuán sucio pecado y contra natura era; desecharon sus infinitísimos ídolos, creyendo en nuestro Señor Dios; olvidaron el sacrificio de hombres vivos, aborrescieron la comida de carne humana, soliendo matar y comer hombres cada dia; ca estaban tan cautivos del diablo, que sacrificaban y comian mil hombres algun dia en solo Méjico, y otros tantos en Tlaxcallan; y por consiguiente en cada gran ciudad cabeza de provincia; crueldad jamás oida, y que desatina el entendimiento. Permanezca pues el nombre y memoria de quien conquistó tanta tierra, convertió tantas personas, derribó tantos dioses, excusó tanto sacrificio y comida de hombres. No encubra el olvido la prision de Moteczuma, rey poderosísimo; la toma de Méjico, ciudad fortísima, ni su reedificacion, que fué grandísima. Esto basta por memorial de la conquista : no parezca loar mi propria obra si todo lo trato, pues quien la considerare, sentirá mas de lo que yo puedo encarescer en una carta. Solamente digo que vuestra señoría, cuya vida y estado nuestro Señor prospere, se puede preciar tanto de los hechos de su padre como de los bienes, pues tan cristiana y honradamente los ganó.

SEGUNDA PARTE

DE LA CRÓNICA GENERAL DE LAS INDIAS,

QUE TRATA DE LA CONQUISTA DE MÉJICO.

Nascimiento de Fernando Cortés.

Año de 1485, siendo reyes de Castilla y Aragon los católicos don Fernando y doña Isabel, nasció Fernando Cortés en Medellin. Su padre se llamó Martin Cortés de Monroy, y su madre doña Catalina Pizarro Altamirano: entrambos eran hidalgos, ca todos estos cuatro linajes Cortés, Monroy, Pizarro y Altamirano son muy antiguos, nobles y honrados. Tenian poca hacienda, empero mucha honra; que raras veces acontesce sino en personas de buena vida, y no solamente los honraban sus vecinos por la bondad y cristiandad que conoscian en ellos, mas aun ellos mesmos se preciaban de ser honrados en todas sus palabras y obras, por donde vinieron á ser muy bienquistos y amados de todos. Ella fué muy honesta, religiosa, recia y escasa; él fué devoto y caritativo. Siguió la guerra cuando mancebo, siendo teniente de una compañía de jinetes por su pariente Alonso de Hermosa, capitan de Alonso de Monroy, clavero de Alcántara; el cual se quiso hacer maestre de su órden contra la voluntad de la Reina, á cuya causa le hizo guerra don Alonso de Cárdenas, maestre de Santiago. Crióse tan enfermo Fernando Cortés, que llegó muchas veces á punto de muerte; mas con una devocion que le hizo María de Estében, su ama de leche, vecina de Oliva, sanó. La devocion fué echar en suerte los doce apóstoles, y darle por abogado el postrero que saliese, y salió sant Pedro, en cuyo nombre se dijeron ciertas misas y oraciones, con las cuales plugo á Dios que sanase. De allí tuvo siempre Cortés por su especial abogado y devoto al glorioso apóstol de Jesucristo sant Pedro, y regocijaba cada un año su dia en la iglesia y en su casa, donde quiera que se hallase. A los catorce años de su edad lo enviaron sus padres á estudiar á Salamanca, do estudió dos años, aprendiendo gramática en casa de Francisco Nuñez de Valera, que estaba casado con Inés de Paz, hermana de su padre. Volvióse á Medellin harto ó arrepentido de estudiar, ó quizá falto de dineros. Mucho pesó á los padres con su ida, y se enojaron con él porque dejaba el estudio; ca deseaban que aprendiese leyes, facultad rica y de honra entre todas las otras, pues era muy buen ingenio y hábil para toda cosa. Daba y tomaba enojos y ruido en casa de sus padres, ca era bullicioso, altivo, travieso, amigo de armas; por lo cual determinó de irse por ahí adelante. Ofrecíansele dos caminos á la sazon harto á su propósito y á su inclinacion: uno era á Nápoles con Gonzalo Hernandez de Córdoba, que llamaron el Gran Capitan; el otro á las Indias con Nicolás de Ovando, comendador de Larez, que iba por gobernador. Pensó cuál de los dos viajes le estaria mejor, y al cabo acordó de pasar á Indias, porque le conoscia Ovando y lo llevaria encargado, y porque tambien se le acodiciaba aquel viaje mas que el de Nápoles, á causa del mucho oro que de allá traia. Mas entre tanto que Ovando aderezaba su partida y se aprestaba la flota que tenia de llevar, entró Fernando Cortés una noche á una casa por hablar á una mujer, y andando por una pared de un trascorral mal cimentada, cayó con ella. Al ruido que hizo la pared y las armas y broquel que llevaba, salió un recien casado, que, como le vió caido cerca de su puerta, lo quiso matar, sospechando algo de su mujer; empero una vieja, suegra suya, se lo estorbó. Quedó malo de la caida, recresciéronle cuartanas, que le duraron mucho tiempo; y así, no pudo ir con el gobernador Ovando. Cuando fué sano, determinó de pasar á Italia, segun ya lo habia primero pensado, y para ir allá echó camino de Valencia; mas no pasó á Italia, sino andúvose á la flor del berro, aunque no sin trabajos y necesidades, cerca de un año. Tornóse á Medellin con determinacion de pasar á las Indias; diéronle sus padres la bendicion y dineros para ir.

La edad que tenia Cortés cuando pasó á las Indias.

Tenia Fernando Cortés diez y nueve años cuando el año de 1504 que Cristo nasció, pasó á las Indias, y de tan poca edad se atrevió á ir por sí tan lejos. Hizo su flete y matalotaje en una nao de Alonso Quintero, vecino de Palos de Moguer, que iba en conserva de otras cuatro, con mercadería; las cuales tuvieron próspera navegacion de Sant Lúcar de Barrameda hasta la Gomera, isla de Canaria, donde se proveyeron de refresco y comida suficiente á tan largo camino como llevaban. Alonso Quintero se partió, de codicioso, una noche sin hablar á los compañeros, por llegar antes á Santo Domingo y vender mas aína ó mas caro sus mercadurías que ellos; pero luego que hizo vela, cargó tanto el tiempo, que le quebró el mástil de la nave; por lo cual le fué forzado tornar á la Gomera, y rogar á los otros lo esperasen, que aun no eran partidos, mientras él adobaba su mástil. Ellos lo esperaron, y se partieron todos juntos, y caminaron á vista unas de otras gran pedazo de mar. Quintero, que vió el tiempo hecho, se adelantó otra vez de

la compañía, poniendo, como de primero, la esperanza de la ganancia en la presteza del camino; y como Francisco Niño de Guelva, que era el piloto, no sabia guiar la nao, llegaron á cabo y á tiempo que no sabian de sí, cuanto mas dónde estaban. Maravillábanse los marineros, estaba triste el piloto, lloraban los pasajeros, y ni sabian el camino hecho ni por hacer. El patron echaba la culpa al piloto, y el piloto al patron; ca, segun paresció, iban reñidos. Ya en esto se apocaban las viandas y faltaba el agua, ca no bebian sino de la que llovia, y todos se confesaron. Unos maldecian su ventura, otros pedian misericordia, esperando la muerte, que algunos tenian tragada, ó ir á tierra de caribes, donde se comen los hombres. Estando pues en esta tribulacion, vino á la nao una paloma el viérnes Santo, ya que se queria poner el sol, y sentóse en la gabia. Todos la tuvieron por buena señal; y como les paresciese milagro, lloraban de placer: unos decian que venia á consolarlos, otros que la tierra estaba cerca; y así, daban gracias á Dios, y enderezaban la nave hácia donde volaba la ave. Desapareció la paloma, y entristescieron mucho; pero no perdieron esperanza de ver presto tierra; y así, luego la mesma Pascua descubrieron la isla Española; y Cristóbal Zorzo, que guardaba, dijo: «Tierra, tierra;» voz que alegra y consuela los mareantes. Miró el piloto y conosció ser la punta de Samana, y dende á tres ó cuatro dias entraron en Santo Domingo, que tan deseado tenian; donde ya estaban muchos dias habia las otras cuatro naos.

El tiempo que residió Cortés en Santo Domingo.

No estaba el gobernador Ovando en la ciudad cuando llegó Cortés á Santo Domingo; mas un secretario suyo, que se llamaba Medina, lo hospedó, é informó del estado de la isla y de lo que debia hacer. Aconsejóle que avecindase allí, y que le darian una caballería, que es un solar para casa, y ciertas tierras para labrar. Cortés, que pensaba llegar y cargar de oro, tuvo en poco aquello, diciendo que mas queria ir á recoger oro. Medina le dijo que lo pensase mejor; ca el hallar oro era dicha y trabajo. Volvió el Gobernador, y fué Cortés á besarle las manos y á darle cuenta de su venida y de las cosas de Extremadura, y quedóse allí por lo que Ovando le dijo; y dende á poco se fué á la guerra que hacia Diego Velazquez en Aniguaiagua, Buacaiarima y otras provincias que aun no estaban pacíficas, con el alzamiento de Anacoana, una viuda, grande señora. Dióle Ovando ciertos indios en tierra del Daiguao, y la escribanía del ayuntamiento de Azúa, una villa que fundara, donde vivió Cortés cinco ó seis años, y se dió á granjerías. Quiso en este medio tiempo pasar á Veragua, que tenia fama de riquísima, con Diego de Nicuesa, y no pudo, por una postema que se le hizo en la corva derecha, la cual le dió la vida, ó á lo menos le quitó de muchos trabajos y peligros que pasaron los que allá fueron, segun en la historia contamos.

Algunas cosas que acontescieron en Cuba á Fernando Cortés.

Envió el almirante don Diego Colon, que gobernaba las Indias, á Diego Velazquez que conquistase á Cuba, el año de 11, y dióle la gente, armas y cosas necesarias. Fernando Cortés fué á la conquista por oficial del tesorero Miguel de Pasamonte, para tener cuenta con los quintos y hacienda del Rey; y aun el mesmo Diego Velazquez se lo rogó, por ser hábil y diligente. En la reparticion que hizo Diego Velazquez después de conquistada la isla, dió á Cortés los indios de Manicarao, en compañía de su cuñado Joan Xuarez. Vivió Cortés en Santiago de Barucoa, que fué la primera poblacion de aquella isla. Crió vacas, ovejas é yeguas; y así, fué el primero que allí tuvo hato y cabaña. Sacó gran cantidad de oro con sus indios, y en breve llegó á ser rico, y puso dos mil castellanos en compañía de Andrés de Duero, que trataba. Tuvo gracia y autoridad con Diego Velazquez para despachar negocios y entender en edificios, como fueron la casa de la fundicion y un hospital. Llevó á Cuba Juan Xuarez, natural de Granada, tres ó cuatro hermanas suyas y á su madre, que habian ido á Santo Domingo con la vireina doña María de Toledo, el año de 9, con pensamiento de casarse allá con hombres ricos, ca ellas eran pobres; y aun la una dellas, que habia nombre Catalina, solia decir muy de veras cómo tenia de ser gran señora, ó que lo soñase, ó que se lo dijese algun astrólogo, aunque diz que su madre sabia muchas cosas. Eran las Xuarez bonicas; por lo cual, y por haber allí pocas españolas, las festejaban muchos, y Cortés á la Catalina, y en fin se casó con ella, aunque primero tuvo sobre ello algunas pendencias y estuvo preso; ca no la queria él por mujer, y ella le demandaba la palabra. Diego Velazquez favorescíala por amor de otra su hermana, que tenia ruin fama, y aun él era demasiado mujeril. Acusábanle Baltasar Bermudez, Joan Xuarez, dos Antonios Velazquez y un Villegas para que se casase con ella; y como le querian mal, dijeron muchos males dél á Diego Velazquez acerca de los negocios que le encargaban, y que trataba con algunas personas cosas nuevas en secreto. Lo cual, aunque no era verdad, llevaba color dello; porque muchos iban á su casa, y se quejaban del Diego Velazquez, porque ó no les daba repartimiento de indios, ó se lo diera pequeño. Diego Velazquez creyó esto, con el enojo que dél tenia porque no se casaba con la Catalina Xuarez, y le trató mal de palabras en presencia de muchos, y aun lo echó preso. Cortés, que se vió en el cepo, temió algun proceso con testigos falsos, como suele acontescer en aquellas partes. Quebró el pestillo del candado del cepo, tomó la espada y rodela del alcaide, abrió una ventana, descolgóse por ella, y fuése á la iglesia. Diego Velazquez riñó á Cristóbal de Lagos, diciendo que soltara á Cortés por dineros y soborno, y procuró de sacarlo por engaño de sagrado, y aun por fuerza; mas Cortés entendia las palabras y resistia la fuerza; empero descuidóse un dia, y cogiéronle paseando delante la puerta de la iglesia, Joan Escudero, alguacil, y otros, y metiéronlo en una nave so sota. Entonces favorescian muchos á Cortés, sintiendo pasion en el Gobernador. Cortés, como se vió en la nave, desconfió de su libertad, y tuvo por cierto que lo enviarian á Santo Domingo ó á España. Probó muchas veces á sacar el pié de la cadena, y tanto hizo, que lo sacó, aunque con grandísimo dolor. Trocó luego aquella mesma noche sus vestidos con el mozo que lo servia; salió por la bomba sin ser sentido; colóse de

presto por un lado del navío al esquife, y fuése con él; mas porque no le siguiesen, soltó el barco de otro navío que allí junto estaba. Era tanta la corriente de Macaguanigua, rio de Barucoa, que no pudo entrar con el esquife, como remaba solo y cansado, ni aun supo tomar tierra, temiendo ahogarse si trabucaba el barco. Desnudóse, y atóse con un tocador sobre la cabeza ciertas escripturas que tenia, como escribano de ayuntamiento y oficial del tesorero, y que hacian contra Diego Velazquez; echóse á la mar, y salió nadando á tierra. Fué á su casa, habló á Joan Xuarez, y metióse otra vez en la iglesia con armas. Diego Velazquez envió á decir entonces á Cortés que lo pasado fuese pasado, y fuesen amigos como primero, para ir sobre ciertos isleños que andaban alzados. Cortés se casó con la Catalina Xuarez, porque lo habia prometido y por vivir en paz, y no quiso hablar á Diego Velazquez en muchos dias. Salió Diego Velazquez con mucha gente contra los alzados, y dijo Cortés á su cuñado Joan Xuarez que le sacase fuera de la ciudad una lanza y ballesta, y él salió de la iglesia en anocheciendo, y tomando la ballesta, se fué con el cuñado á una granja do estaba Diego Velazquez con solos sus criados, que los demás estaban aposentados en un lugar allí cerca, y aun no habian venido todos, como era la primera jornada. Llegó tarde, y á tiempo que miraba Diego Velazquez el libro de la despensa; llamó á la puerta, que abierta estaba, y dijo al que respondió cómo era Cortés, que quéria hablar al señor Gobernador, y tras esto entróse dentro. Diego Velazquez temió, por verle armado y á tal hora; rogóle que cenase y descansase sin recelo. El dijo que no venia sino á saber las quejas que dél tenia, y á satisfacerle y á ser su amigo y servidor. Tocáronse las manos por amigos, y después de muchas pláticas se acostaron juntos en una cama; donde los halló á la mañana Diego de Orellana, que fué á ver al Gobernador y á decirle cómo se habia ido Cortés. Desta manera tornó Cortés á la amistad que primero con Diego Velazquez, y se fué con él á la guerra, y después que volvió se pensó ahogar en la mar; ca veniendo de las bocas de Bani, de ver unos pastores é indios que traia en las minas á Barucoa, donde vivia, se le trastornó la canoa de noche y media legua de tierra y con tempestad; mas salió á nado, y á tino de una lumbre de pastores que cenaban junto á la mar : por semejantes peligros y rodeos corren su camino los muy excelentes varones, hasta llegar do les está guardada su buena dicha.

Descubrimiento de la Nueva-España.

Francisco Hernandez de Córdoba descubrió á Yucatan, segun ya contamos en la otra parte, yendo por indios ó á rescatar, en tres navíos que armaron él y Cristóbal Morante y Lope Ochoa de Caicedo, el año de 17. El cual, aunque no trujo sino heridas del descubrimiento, trajo relacion cómo aquella tierra era rica de oro y plata, y la gente vestida. Diego Velazquez, que gobernaba la isla de Cuba, envió luego el año siguiente á Joan de Grijalva, su sobrino, con docientos españoles en cuatro navíos, pensando ganar mucha plata y oro, para las cosas de rescate que enviaba, donde Francisco Hernandez decia. Fué pues Juan de Grijalva á Yucatan, peleó con los de Champoton, y salió herido. Entró en el rio de Tabasco, que nombran por eso Grijalva, en el cual rescató por cosas de poco valor mucho oro, ropa de algodon y lindas cosas de pluma. Estuvo en Sant Joan de Ulúa; tomó posesion de aquella tierra por el Rey en nombre de Diego Velazquez, y trocó su mercería por piezas de oro, mantas de algodon y plumajes; y si conosciera su bondad dicha, poblara en tan rica tierra, como le rogaban sus compañeros, y fuera lo que fué Cortés; mas no era tanto bien para quien no lo conoscia; aunque se excusaba él que no iba á poblar, sino á rescatar y descubrir si aquella tierra de Yucatan era isla. Tambien lo dejó por miedo de la mucha gente y gran tierra, viendo que no era isla; ca entonces huian de entrar en Tierra-Firme. Habia eso mismo muchos que deseaban á Cuba, como era Pedro de Albarado, que se perdia por una isleña; y allí, procuró de volver con la relacion de lo hasta allí succedido á Diego Velazquez. Corrió la costa Juan de Grijalva hasta Pánuco, y tornóse á Cuba, rescatando con los naturales oro, pluma y algodon, á pesar de todos los mas, y aun lloraba porque no querian tornar con él: tan de poco era. Tardó cinco meses desde que salió hasta que tornó á la mesma isla, y ocho desde que salió de Santiago hasta que volvió á la ciudad, y cuando llegó no lo quiso ver Diego Velazquez; que fué su merescido.

El rescate que hubo Joan de Grijalva.

Rescató Juan de Grijalva con los indios de Potonchan, de Sant Joan de Ulúa y de otros lugares de aquella costa tantas y tales cosas, que amaran los de su compañía de quedarse allí, y por tan poco precio, que holgaran de feriar con ellos cuanto llevaban. Valia mas la obra de muchas dellas que no el material. Hubo, en fin, lo siguiente :

Un idolico de oro, hueco.

Otro idolejo de lo mesmo, con cuernos y cabellera, que tenia un sartal al cuello, un moscador en la mano, y una pedrecica por ombligo.

Una como patena de oro delgada, y con algunas piedras engastadas.

Un casquete de oro, con dos cuernos y cabellera negra.

Veinte y dos arracadas de oro, con cada tres pinjantes de lo mesmo.

Otras tantas arracadas de oro, y mas chicas.

Cuatro ajorcas de oro muy anchas.

Un escarcelon delgado de oro.

Una sarta de cuentas de oro huecas, y con una rana dello bien hecha.

Otra sarta de lo mesmo con un leoncico de oro.

Un par de cercillos de oro grandes.

Dos aguilicas de oro bien vaciadas.

Un salerillo de oro.

Dos cercillos de oro, y turquesas, con cada ocho pinjantes.

Una gargantilla para mujer, de doce piezas, con veinte y cuatro pinjantes de piedras.

Un collar de oro grande.

Seis collaricos de oro delgados.

Otros siete collares de oro con piedras.

Cuatro cercillos de hoja de oro.

Veinte anzuelos de oro, con que pescaban.
Doce granos de oro, que pesaron cincuenta ducados.
Una trenza de oro.
Planchuelas delgadas de oro.
Una olla de oro.
Un ídolo de oro, hueco y delgado.
Algunas bronchas delgadas de oro.
Nueve cuentas de oro huecas, con su extremo.
Dos sartas de cuentas doradas.
Otra sarta de palo dorado, con cañutillos de oro.
Una tacica de oro, con ocho piedras moradas y veinte y tres de otras colores.
Un espejo de dos haces, guarnecido de oro.
Cuatro cascabeles de oro.
Una salserilla delgada de oro.
Un botecico de oro.
Ciertos collarejos de oro, que valian poco, y algunas arracadillas de oro pobres.
Una como manzana de oro hueca.
Cuarenta hachas de oro con mezcla de cobre, que valian hasta dos mil y quinientos ducados.
Todas las piezas que son menester para armar un hombre, de oro delgado.
Una armadura de palo, con hoja de oro y pedrecicas negras.
Un penachuelo de cuero y oro.
Cuatro armaduras de palo para las rodillas, cubiertas de hoja de oro.
Dos escarcelones de madera, con hojas de oro.
Dos rodelas, cubiertas de plumas de muchos y finos colores.
Otras rodelas de oro y pluma.
Un plumaje grande de colores, con una avecica en medio al natural.
Un ventalle de oro y pluma.
Dos moscadores de pluma.
Dos cantarillos de alabastro, llenos de diversas piedras algo finas, y entre ellas una que valió dos mil ducados.
Ciertas cuentas de estaño.
Cinco sartas de cuentas de barro, redondas y cubiertas de hoja de oro muy delgada.
Ciento y treinta cuentas huecas de oro.
Otros muchos sartales de palo y barro dorado.
Otras muchas cuentas doradas.
Unas tijeras de palo dorado.
Dos máscaras doradas.
Una máscara de musáico con oro.
Cuatro máscaras de madera doradas, de las cuales una tenia dos varas derechas de musáico con turquesillas, y otra las orejas de lo mesmo, aunque con mas oro.
Otra era musáica de lo mesmo de la nariz arriba, y la otra de los ojos arriba.
Cuatro platos de palo, cubiertos de hoja de oro.
Una cabeza de perro, cubierta de pedrecicas.
Otra cabeza de animal y de piedra, guarnescida de oro, con su corona y cresta y dos pinjantes, que todo era de oro, mas delgado.
Cinco pares de zapatos como esparteñas.
Tres cueros colorados.
Siete navajas de pedernal, para sacrificar.
Dos escudillas pintadas de palo, y un jarro.
Una ropeta con medias mangas de pluma de colores, muy gentil.
Uno como peinador de algodon fino.
Una manta de pluma grande y fina.
Muchas mantas de algodon delgadas.
Otras muchas mantas de algodon groseras.
Dos tocas ó almaizales de buen algodon.
Muchos pinetes de suave olor.
Mucho ají y otras frutas.

Trujo sin esto una mujer que le dieron, y ciertos hombres que tomó; por uno de los cuales le daban lo que pesase de oro, y no lo quiso dar.

Trujo tambien nuevas que habia amazonas en ciertas islas, y muchos lo creyeron, espantados de las cosas que traia rescatadas por vilísimo precio; ca no le habian costado todas ellas sino seis camisas de lienzo basto.

Cinco tocadores.
Tres zaragüelles.
Cinco servillas de mujer.
Cinco cintas anchas de cuero, labradas de hiladizo de colores, con sus bolsas y esqueros.
Muchas bolsillas de badana.
Muchas agujetas de un herrete y de dos.
Seis espejos doradillos.
Cuatro medallas de vidrio.
Dos mil cuentas verdes de vidro, que tuvieron por finas.
Cien sartas de cuentas de muchos colores.
Veinte peines, que preciaron mucho.
Seis tijeras, que les agradaron.
Quince cuchillos, grandes y chicos.
Mil agujas de coser y dos mil alfileres.
Ocho alpargatas.
Unas tenazas y martillo.
Siete caperuzas de color.
Tres sayos de colores gironados.
Un sayo de frisa con su caperuza.
Un sayo de terciopelo verde traido, con una gorra negra de terciopelo.

La diligencia y gasto que hizo Cortés en armar la flota.

Como tardaba Joan de Grijalva mas que tardó Francisco Hernandez á volver, ó enviar aviso de lo que hacia, despachó Diego Velazquez á Cristóbal de Olid en una carabela, en socorro y á saber dél, encargándole que tornase luego con cartas de Grijalva; empero el Cristóbal de Olid anduvo poco por Yucatan, y sin hallar á Joan de Grijalva se volvió á Cuba, que fué un gran daño para Diego Velazquez y para Grijalva; porque si fuera á San Juan de Ulúa ó mas adelante, hiciera por ventura poblar allí á Grijalva; mas él dijo que le convino dar la vuelta, por haber perdido las áncoras. Llegó Pedro de Albarado, después de partido Cristóbal de Olid, con la relacion del descubrimiento y con muchas cosas de oro y pluma y algodon, que se habian rescatado; con las cuales, y con lo que dijo de palabra, se holgó y maravilló Diego Velazquez con todos los españoles de Cuba; mas temió la vuelta de Grijalva, porque le de-

cian los enfermos que de allá vinieron, cómo no tenia gana de poblar, y que la tierra y gente era mucha y guerrera, y aun porque desconfiaba de la prudencia y ánimo de su pariente. Así que determinó enviar allá algunas naos con gente y armas y mucha quinquillería, pensando enriquescer por rescates y poblar por fuerza. Rogó á Baltasar Bermudez que fuese; y como le pidió tres mil ducados para ir bien armado y proveido, dejóle, diciendo que seria mas el gasto, de aquella manera, que no el provecho. Tenia poco estómago para gastar, siendo codicioso, y queria enviar armada á costa ajena, que así habia hecho casi la de Grijalva; porque Francisco de Montejo puso un navío y mucho bastimento. Y Alonso Hernandez Portocarrero, Alonso de Avila, Diego de Ordas y otros muchos fueron á la costa con Joan de Grijalva. Habló á Fernando Cortés para que armasen ambos á medias; porque tenia dos mil castellanos de oro en compañía de Andrés de Duero, mercader; y porque era hombre diligente, discreto y esforzado, rogóle que fuese con la flota, encaresciendo el viaje y negocio. Fernando Cortés, que tenia grande ánimo y deseos, aceptó la compañía y el gasto y la ida, creyendo que no seria mucha la costa; así que se concertaron presto. Enviaron á Joan de Saucedo, que habia venido con Albarado, á sacar una licencia de los frailes jerónimos, que gobernaban entonces, de poder ir á rescatar para los gastos, y á buscar á Joan de Grijalva, que sin ella no podia nadie rescatar, que es feriar mercería por oro y plata. Fray Luis de Figueroa, fray Alonso de Santo Domingo y fray Bernaldino Manzanedo, que eran los gobernadores, dieron la licencia para Fernando Cortés, como capitan y armador, con Diego Velazquez, mandando que fuesen con él un tesorero y un veedor para procurar y tener el quinto del Rey, como era de costumbre. Entre tanto que venia la licencia de los gobernadores, comenzó Fernando Cortés de aderezarse para la jornada. Habló á sus amigos y á otros muchos para ver si querian ir con él; y como halló trecientos que fuesen, compró una carabela y un bergantin para con la carabela que trajo Pedro de Albarado y otro bergantin de Diego Velazquez, y proveyólos de armas, artillería y municion. Compró vino, aceite, habas, garbanzos y otras cosillas. Tomó fiada de Diego Sanz, tendero, una tienda de bohonería en setecientos pesos de oro. Diego Velazquez le dió mil castellanos de la hacienda de Pánfilo de Narvaez, que tenia en poder por su absencia, diciendo que no tenia blanca suya; y dió á muchos soldados que iban en la flota dineros, con obligacion de mancomun ó fianzas. Y capitularon ambos lo que cada uno habia de hacer, ante Alonso de Escalante, escribano público y real, y 23 dias de octubre del año de 18. Volvió á Cuba Joan de Grijalva en aquella mesma sazon, y hubo con su venida mudanza en Diego Velazquez, ca ni quiso gastar mas en la flota que armaba Cortés, ni quisiera que la acabara de armar. Las causas porque lo hizo, fueron querer enviar por sí á solas aquellas mesmas naos de Grijalva; ver el gasto de Cortés y el ánimo con que gastaba; pensar que se le alzaria, como habia él hecho al almirante don Diego; oir y creer á Bermudez y á los Velazquez, que le decian no fiase dél, que era extremeño, mañoso, altivo, amador de honras, y hombre que se vengaria en aquello de lo pasado. El Bermudez estaba muy arrepentido por no haber tomado aquella empresa cuando le rogaron, sabiendo entonces el grande y hermoso rescate que Grijalva traia, y cuán rica tierra era la nuevamente descubierta. Los Velazquez quisieran, como parientes, ser los capitanes y cabezas de la armada, aunque no eran para ello, segun dicen. Pensó tambien Diego Velazquez que aflojando él, cesaria Cortés; y como procedia en el negocio, echóle á Amador de Larez, persona muy principal, para que dejase la ida, pues Grijalva era vuelto, y que le pagarian lo gastado. Cortés, entendiendo los pensamientos de Diego Velazquez, dijo á Larez que no dejaria de ir, siquiera por la vergüenza, ni apartaria compañía. Y si Diego Velazquez queria enviar á otro, armando por sí, que lo hiciese; ca él ya tenia licencia de los padres gobernadores; y así, habló con sus amigos y personas principales, que se aparejaban para la jornada, á ver si le siguirian y favorescerian. Y como sintiese toda amistad y ayuda en ellos, comenzó á buscar dineros; y tomó fiados cuatro mil pesos de oro de Andrés de Duero, Pedro de Jerez, Antonio de Santa Clara, mercaderes, y de otros; con los cuales compró dos naos, seis caballos y muchos vestidos. Socorrió á muchos, tomó casa, hizo mesa, y comenzó á ir con armas y mucha compañía; de que muchos murmuraban, diciendo que tenia estado sin señorío. Llegó en esto á Santiago Joan de Grijalva, y no le quiso ver Diego Velazquez, porque se vino de aquella rica tierra; y pesábale que Cortés fuese allá tan pujante; mas no le pudo estorbar la ida, porque todos le siguian, los que allí estaban, como los que venian con Grijalva; ca si lo tentara con rigor, hubiera revuelta en la ciudad, y aun muertes; y como no era parte, disimuló. Todavía mandó que no le diesen vitualllas, segun muchos dicen. Cortés procuró de salir luego de allí. Publicó que iba por sí, pues era vuelto Grijalva, diciendo á los soldados que no habian de tener qué hacer con Diego Velazquez. Díjoles que se embarcasen con la comida que pudiesen. Tomó á Fernando Alfonso los puercos y carneros que tenia para pesar otro dia en la carnicería, dándole una cadena de oro, hechura de abrojos, en pago y para la pena de no dar carne á la ciudad. Y partióse de Santiago de Barucoa á 18 de noviembre, con mas de trecientos españoles, en seis navíos.

Los hombres y navíos que Cortés llevó á la conquista.

Salió Cortés de Santiago con muy poco bastimento para los muchos que llevaba y para la navegacion, que aun era incierta; y envió luego en saliendo á Pero Xuarez Gallinato de Porra, natural de Sevilla, en una carabela por bastimentos á Jamáica, mandándole ir con los que comprase al cabo de Corrientes ó punta de Sant Anton, que es lo postrero de la isla hácia poniente; y él fuése con los demás á Macaca. Compró allí trecientas cargas de pan y algunos puercos á Tamayo, que tenia la hacienda del Rey. Fué á la Trinidad, y compró un navío de Alonso Guillen, y de particulares tres caballos y quinientas cargas de grano. Estando allí tuvo aviso que Joan Nuñez Sedeño pasaba con un navío cargado de vituallas de vender á unas minas. Envió á Diego de Ordas

en una carabela bien armada, para que lo tomase y llevase á la punta de Sant Anton. Ordás fué á él y lo tomó en la canal de Jardines, y llevó á do le fué mandado. Y Sedeño y otros se vinieron á la Trinidad con el registro de lo que llevaban, que era cuatro mil arrobas de pan, mil y quinientos tocinos y muchas gallinas. Cortés les dió unas lazadas y otras piezas de oro en pago, y un conoscimiento, por el cual fué Sedeño á la conquista. Recogió Cortés en la Trinidad cerca de docientos hombres de los de Grijalva, que estaban y vivian allí y en Matanzas, Carenas y otros lugares. Y enviando los navíos delante, se fué con la gente por tierra á la Habana, que estaba poblada entonces á la parte del sur en la boca del rio Onicaxinal. No le quisieron vender allí ningun mantenimiento, por amor de Diego Velazquez, los vecinos; mas Cristóbal de Quesada, que recaudaba los diezmos del Obispo, y un receptor de bulas, le vendieron dos mil tocinos y otras tantas cargas de maíz, yuca y ajes. Basteció con esto la flota razonablemente, y comenzó á repartir la gente y comida por los navíos. Llegaron entonces con una carabela Pedro de Albarado, Cristóbal de Olid, Alonso de Avila, Francisco de Montejo y otros muchos de la compañía de Grijalva, que fueran á hablar con Diego Velazquez. Iba entrellos un Garnica, con cartas de Diego Velazquez para Cortés, en que le rogaba esperase un poco, que ó iria él ó enviaria á comunicarle algunas cosas que convenian á entrambos; y otras para Diego de Ordás y para otros, donde les rogaba que prendiesen á Cortés. Ordás convidó á Cortés á un banquete en la carabela que llevaba en cargo, pensando llevarle con ella á Santiago; mas Cortés, entendida la trama, fingió al tiempo de la comida que le dolia el estómago, y no fué al convito; y porque no aconteciese algun motin, se entró en su nao. Hizo señal de recoger, como es de costumbre. Mandó que todos fuesen tras él á Sant Anton, donde todos llegaron presto y con bien. Hizo luego Cortés alarde en Guaniguanigo, y halló quinientos y cincuenta españoles; de los cuales eran marineros los cincuenta. Repartiólos en once compañías, y diólas á los capitanes Alonso de Avila, Alonso Fernandez Portocarrero, Diego de Ordás, Francisco de Montejo, Francisco de Morla, Francisco de Salceda, Joan de Escalante, Joan Velazquez de Leon, Cristóbal de Olid y un Escobar. El, como general, tomó tambien una. Hizo tantos capitanes, porque los navíos eran otros once, para que tuviese cada uno dellos cargo de la gente y del navío. Nombró tambien por piloto mayor á Anton de Alaminos, que habia ido con Francisco Hernandez de Córdoba y con Joan de Grijalva. Habia tambien docientos isleños de Cuba para carga y servicio, ciertos negros y algunas indias, y deciseis caballos y yeguas. Halló eso mesmo cinco mil tocinos y seis mil cargas de maíz, yuca y ajes. Es cada carga dos arrobas, peso que lleva un indio caminando. Muchas gallinas, azúcar, vino, aceite, garbanzos y otras legumbres; gran cantidad de quinquillería, como decir cascabeles, espejos, sartales y cuentas de vidrio, agujas, alfileres, bolsas, agujetas, cintas, corchetes, hebillas, cuchillos, tijeras, tenazas, martillos, hachas de hierro, camisas, tocadores, cofias, gorgueras, zaragüelles y pañizuelos de lienzo; sayos, capotes, calzones, caperuzas de paño; todo lo cual repartió en las naos. Era la nao capitana de cien toneles; otras tres de ochenta y setenta; las demás pequeñas y sin cubierta, y bergantines. La bandera que puso y llevó Cortés esta jornada era de fuegos blancos y azules con una cruz colorada en medio, y al rededor un letrero en latin, que romanzado dice: «Amigos, sigamos la cruz; y nos, si fe tuviéremos en esta señal, vencerémos.» Este fué el aparato que Cortés hizo para su jornada. Con tan poco caudal ganó tan gran reino. Tal, y no mayor ni mejor, fué la flota que llevó á tierras extrañas que aun no sabia. Con tan poca compañía venció innumerables indios. Nunca jamás hizo capitan con tan chico ejército tales hazañas, ni alcanzó tantas vitorias ni sujectó tamaño imperio. Ningun dinero llevó para pagar aquella gente, antes fué muy adeudado. Y no es menester paga para los españoles que andan en la guerra y conquista de Indias; que si por el sueldo lo hubiesen, á otras partes mas cerca irian. En las Indias cada uno pretende un estado ó grandes riquezas. Concertada pues y repartida (como habeis oido) toda la armada, hizo Cortés una breve plática á su gente, que fué de la substancia siguiente.

Oracion de Cortés á los soldados.

«Cierto está, amigos y compañeros mios, que todo hombre de bien y animoso quiere y procura igualarse por proprias obras con los excelentes varones de su tiempo y aun de los pasados. Así que yo acometo una grande y hermosa hazaña, que será después muy famosa; ca el corazon me da que tenemos de ganar grandes y ricas tierras, muchas gentes nunca vistas, y mayores reinos que los de nuestros reyes. Y cierto, mas se extiende el deseo de gloria, que alcanza la vida mortal; al cual apenas basta el mundo todo, cuanto menos uno ni pocos reinos. Aparejado he naves, armas, caballos y los demás pertrechos de guerra; y sin esto hartas vituallas y todo lo al que suele ser necesario y provechoso en las conquistas. Grandes gastos he yo hecho, en que tengo puesta mi hacienda y la de mis amigos. Mas parésceme que cuanto della tengo menos, he acrescentado en honra. Hanse de dejar las cosas chicas cuando las grandes se ofrescen. Mucho mayor provecho, segun en Dios espero, verná á nuestro rey y nacion desta nuestra armada que de todas las de los otros. Callo cuán agradable será á Dios nuestro Señor, por cuyo amor he de muy buena gana puesto el trabajo y los dineros. Dejaré aparte el peligro de vida y honra que he pasado haciendo esta flota; porque no creais que pretendo della tanto la ganancia cuanto el honor; que los buenos mas quieren honra que riqueza. Comenzamos guerra justa y buena y de gran fama. Dios poderoso, en cuyo nombre y fe se hace, nos dará vitoria; y el tiempo traerá el fin, que de contino sigue á todo lo que se hace y guia con razon y consejo. Por tanto, otra forma, otro discurso, otra maña hemos de tener que Córdoba y Grijalva; de la cual no quiero disputar por la estrechura del tiempo, que nos da priesa. Empero allá harémos así como viéremos; y aquí yo vos propongo grandes premios, mas envueltos en grandes trabajos. Pero la virtud no quiere ociosidad; por tanto, si quisiéredes

llevar la esperanza por virtud ó la virtud por esperanza; y si no me dejais, como no dejaré yo á vosotros ni á la ocasion, yo os haré en muy breve espacio de tiempo los mas ricos hombres de cuantos jamás acá pasaron, ni cuantos en estas partidas siguieron la guerra. Pocos sois, ya lo veo; mas tales de ánimo, que ningun esfuerzo ni fuerza de indios podrá ofenderos; que experiencia tenemos cómo siempre Dios ha favorecido en estas tierras á la nacion española; y nunca le faltó ni faltará virtud y esfuerzo. Así que id contentos y alegres, y haced igual el succeso que el comienzo.»

La entrada de Cortés en Acuzamil.

Con este razonamiento puso Fernando Cortés en sus compañeros gran esperanza de cosas y admiracion de su persona. Y tanta gana les tomó de pasar con él á aquellas tierras apenas vistas, que les parescia ir, no á guerra, sino á vitoria y presa cierta. Holgó mucho Cortés de ver la gente tan contenta y ganosa de ir con él en aquella jornada; y así, entró luego en su nao capitana, y mandó que todos se embarcasen de presto; y como vió tiempo, hízose á la vela, habiendo primero oido misa y rogado á Dios le guiase aquella mañana, que fué á 18 del mes de hebrero del año de 1519 de la navidad de Jesucristo, redemptor del mundo. Estando en la mar, dió nombre á todos los capitanes y pilotos, como se usa; el cual fué de san Pedro apóstol, su abogado. Avisólos que siempre tuviesen ojo á la capitana en que él iba; porque llevaba en ella un gran farol para señal y guia del camino que tenian de hacer; el cual era casi leste oeste de la punta de Sant Anton, que es lo postrero de Cuba, para el cabo de Cotoche, que es la primera punta de Yucatan, donde habian de ir á dar derechos, para después seguir la tierra costa á costa entre norte y poniente. La primera noche que se partió Fernando Cortés y que comenzó de atravesar el golfo que hay de Cuba á Yucatan, y que ternia pocas mas de sesenta leguas, se levantó nordeste con recio temporal; el cual desrotó la flota; y así, se derramaron los navíos y corrió cada uno como mejor pudo. Y por la instruccion que llevaban los pilotos de la via que habian de hacer, navegaron, y fueron todos, salvo uno, á la isla de Acuzamil, aunque no fueron juntos ni á un tiempo. Las que mas tardaron fueron la capitana y otra en que iba por capitan Francisco de Morla, que ó por descuido y flojedad del timonero, ó por la fuerza del agua mezclada con viento, se llevó un golpe de mar el gobernalle al navío de Morla; el cual, para dar á entender su necesidad, hizó un farol desparramado. Cortés, como lo vió, arribó sobre él con la capitana; y entendida la necesidad y peligro, amainó y esperó hasta ser de dia, para conhortar los de aquel navío y para remediar la falta. Quiso Dios que cuando amanesció, ya la mar abonanzaba, y no andaba tan brava cómo la noche; y en siendo de dia miraron por el gobernalle, que andaba al rededor entre las dos naves. El capitan Morla se echó á la mar atado de una soga, y á nado tomó el timon, y lo subieron y asentaron en su lugar como habia de estar; y luego alzaron velas. Navegaron aquel dia y otro sin llegar á tierra ni sin ver vela ninguna de la flota; mas luego á otro llegaron á la punta de las Mujeres, donde hallaron algunos navíos. Mandóles Cortés que le siguiesen, y él enderezó la proa de su nao capitana á buscar los navíos que le faltaban hácia do el tiempo y viento los habia podido echar; y así, fué á dar en Acuzamil. Halló allí los navíos que le faltaban, excepto uno, del cual no supieron en muchos dias. Los de la isla hobieron miedo; alzaron su hatillo y metiéronse al monte. Cortés hizo salir en tierra, á un pueblo que estaba cerca de donde habian surgido, cierto número de españoles; los cuales fueron al lugar, que era de cantería y buenos edificios, y no hallaron persona en él; mas hallaron en algunas casas ropa de algodon y ciertas joyas de oro. Entraron asimesmo en una torre alta y de piedra, y junto á la mar, pensando que hallarian dentro hombres y hacienda; mas ella no tenia sino dioses de barro y canto. Vueltos que fueron, dijeron á Cortés cómo habian visto muchos maizales y praderías, grandes colmenares y arboledas y frutales; y diéronle aquellas cosillas de oro y algodon que traian. Alegróse Cortés con aquellas nuevas, aunque por otra parte se maravilló que hubiesen huido los de aquel pueblo, pues no lo habian hecho cuando allí vino Juan de Grijalva; y sospechó que por ser mas sus navíos que los del otro tenian mas miedo. Temió tambien no fuese ardid para tomalle en alguna zalagarda, y mandó sacar á tierra los caballos á dos efetos: para descubrir el campo con ellos, y pelear, si necesario fuese; y si no, para que paciesen y se refrescasen, pues habia donde. Tambien hizo desembarcar la gente, y envió muchos á buscar la isla; y ciertos dellos hallaron en lo muy espeso de un monte cuatro ó cinco mujeres con tres criaturas, que le trajeron. No entendia ni las entendian; pero por los ademanes y cosas que hacian conoscieron cómo la una dellas era señora de las otras, y madre de los niños. Cortés la halagó entonces; que lloraba su captiverio y el de sus hijos. Vistióla, como mejor pudo, á la manera de acá; dió á las criadas espejos y tijeras, y á los niños sendos dijes con que se holgasen. En lo demás tratóla honestamente. Tras esto, ya que queria enviar una de aquellas mozas á llamar al marido y señor para hablarle y que viese cuán bien tratados estaban sus hijos y mujer, llegaron ciertos isleños á ver lo que pasaba, por mandado del Calachuni, y á saber de la mujer. Dióles Cortés algunas cosillas de rescate para sí, y otras para el Calachuni, su señor. Tornólos á enviar para que le rogasen de su parte y de la mujer que viniese á verse con aquella gente, de quien sin causa huia; que él le prometia que ni persona ni casa de la isla recibiria daño ni enojo de aquellos sus compañeros. El Calichuni, como entendió esto, y con el amor de los hijos y mujer, se vino luego otro dia con todos los hombres del lugar, en el cual estaban ya muchos españoles aposentados; mas no consintió que se saliesen de las casas, antes mandó que los repartiesen entre sí, y los proveyesen muy bien de allí adelante de mucho pescado, pan, miel y frutas. El Calachuni habló á Cortés con grande humildad y cerimonias; y así, fué muy bien recebido y amorosamente tratado; y no solo le mostró Cortés por señas y palabras la buena obra que españoles le querian hacer, mas aun por dádivas; y así, le dió á él y á otros muchos de aquellos suyos cosas de rescate; las cuales, aunque entre nosotros son



de poco valor, ellos las estiman mucho y tienen en mas que al oro, tras que todos andaban. Allende desto, mandó Cortés que todo el oro y ropa que se habia tomado en el pueblo lo trujesen ante sí; y allí conosció cada isleño lo que suyo era, y se le volvió; de que no poco quedaron contentos y maravillados. Aquellos indios fueron, muy alegres y ricos con las cosillas de España, por toda la isla á mostrarlas á los otros, y á mandarles de parte del Calachuni que se tornasen á sus casas con sus hijos y mujeres seguramente y sin miedo, por cuanto aquella gente extranjera era buena y amorosa. Con estas nuevas y mandamiento se volvió cada uno á su casa y pueblo, que tambien otros se habian ido como los deste, y poco á poco perdieron el miedo que á los españoles tenian. Y por esta manera estuvieron seguros y amigos, y proveyeron abundantemente nuestro ejército todo el tiempo que en la isla estuvo, de miel y cera, de pan, pescado y fruta.

Que los de Acuzamil dieron nuevas á Cortés de Jerónimo de Aguilar.

Como Cortés vió que estaban asegurados de su venida, y muy domésticos y serviciales, acordó de quitarles los ídolos, y darles la cruz de Jesucristo nuestro Señor, y la imágen de su gloriosa Madre y vírgen santa María; y para esto hablóles un dia por la lengua que llevaba, la cual era un Melchior que llevara Francisco Hernandez de Córdoba. Mas como era pescador, era rudo, ó mas de veras simple, y parescia que no sabia hablar ni responder. Todavía les dijo que les queria dar mejor ley y Dios de los que tenian. Respondieron que mucho enhorabuena. Y así los llamó al templo, hizo decir misa, quebró los dioses, y puso cruces y imágenes de nuestra Señora, lo cual adoraron con devocion; y mientras allí estuvo no sacrificaron como solian. No se hartaban de mirar aquellos isleños nuestros caballos ni naos; y así, nunca paraban, sino ir y venir; y aun tanto se maravillaron de las barbas y color de los nuestros, que llegaban á tentarlos, y hacian señas con las manos hácia Yucatan, que estaban allá cinco ó seis hombres barbudos, muchos soles habia. Fernando Cortés, considerando cuánto le importaria tener buen faraute para entender y ser entendido, rogó al Calachuni le diese alguno que llevase una carta á los barbudos que decian. Mas él no halló quien quisiese ir allá con semejante recaudo, de miedo del que los tenia, que era gran señor y cruel; y tal, que sabiendo la embajada mandaria matar y comer al que la llevase. Viendo esto Cortés, halagó tres isleños que andaban muy serviciales en su posada. Dióles algunas cosillas, y rogóles que fuesen con la carta. Los indios se excusaron mucho dello, que tenian por cierto que los matarian. Mas en fin, tanto pudieron ruegos y dádivas, que prometieron de ir. Y así, escribió luego una carta que en summa decia:

«Nobles señores: yo partí de Cuba con once navíos »de armada y con quinientos y cincuenta españoles, y »llegué aquí á Acuzamil, de donde os escribo esta carta. »Los desta isla me han certificado que hay en esa tier»ra cinco ó seis hombres barbudos y en todo á nosotros »muy semejables. No me saben dar ni decir otras señas; »mas por estas conjeturo y tengo por cierto que sois »españoles. Yo y estos hidalgos que conmigo vienen á »descubrir y poblar estas tierras, os rogamós mucho que »dentro de seis dias que recibiéredes esta, os vengais »para nosotros, sin poner otra dilacion ni excusa. Si »viniéredes todos, conosceremos y gratificarémos la »buena obra que de vosotros recebirá esta armada. Un »bergantin envio para en que vengais, y dos naos para »seguridad. — *Fernando Cortés.*»

Escrita ya la carta, hallóse otro inconveniente para que no la llevasen; y era, que no sabian cómo llevarla encubiertamente para no ser vistos ni barruntados por espías, de que los indios temian. Entonces Cortés acordóse que iria bien, envuelta en los cabellos de uno; y así, tomó al que parescia mas avisado y para mas que los otros, y atóle la carta entre los cabellos, que de costumbre los traen largos, á la manera que se los atan ellos en la guerra ó fiestas, que es como trenzado en la frente. Del bergantin en que fueron estos indios iba capitan Joan de Escalante; de las naves Diego de Ordás, con cincuenta hombres para si menester fuese. Fueron estos navíos, y Escalante echó los indios en tierra en la parte que le dijeron. Esperaron ocho dias, aunque les avisaron que no los esperarian sino seis, y como tardaban, cuidaron que los habrian muerto ó cativado, y tornáronse á Acuzamil sin ellos; de que mucho pesó á todos los españoles, en especial á Cortés, creyendo que no era verdad aquello de los de las barbas, y que ternian falta de lengua. Entre tanto que todas estas cosas pasaban, se repararon los navíos del daño que habian recebido con el temporal pasado, y se pusieron á pique; y así, se partió la flota en llegando el bergantin y las dos naos.

Venida de Jerónimo de Aguilar á Fernando Cortés.

Mucho les pesaba, á lo que mostraron, la partida de los cristianos á los isleños, especial al Calachuni; y cierto á ellos se les hizo buen tratamiento y amistad. De Acuzamil fué la flota á tomar la costa de Yucatan, á do es la punta de las Mujeres, con buen tiempo, y surgió allí Cortés para ver la dispusicion de la tierra y la manera de la gente. Mas no le contentó. Otro dia siguiente, que fué Carnestolendas, oyeron misa en tierra, hablaron á los que vinieron á verlos, y embarcados, quisieron doblar la punta para ir á Cotoche, y tentar qué cosa era. Pero ante que la doblasen, tiró la nao en que iba el capitan Pedro de Albarado, en señal que corria peligro. Acudieron allá todos á ver qué cosa era; y como Cortés entendió que era un agua que con dos bombas no podian agotar, y que si no fuese tomando puerto, que no se podia remediar, tornóse á Acuzamil con toda la armada. Los de la isla acudieron luego á la mar muy alegres á saber qué querian ó qué se habian olvidado; y los nuestros les contaron su necesidad, y se desembarcaron, y remediaron el navío. El sábado luego siguiente se embarcó la gente toda, salvo Fernando Cortés y otros cincuenta. Revolvió entonces el tiempo con grande viento y contrario; y así, no se partieron aquel dia. Duró aquella noche la furia del aire; mas amansó con el sol, y quedó la mar para poder embarcar y navegar; pero por ser el primer domingo de cuaresma, acordaron de oir misa y comer primero. Estando Cortés comiendo,

le dijeron cómo atravesaba una canoa á la vela, de Yucatan para la isla, y que venia derecha hácia do las naves estaban surtas. Salió él á mirar adónde iba; y como vió que se desviaba algo de la flota, dijo á Andrés de Tapia que fuese con algunos compañeros á ella, orilla del agua, encubiertos, hasta ver si salian los hombres á tierra; y si saliesen, que se los trajesen. La canoa tomó tierra tras una punta ó abrigo, y salieron della cuatro hombres desnudos en carnes, sino era sus vergüenzas, los cabellos trenzados y enroscados sobre la frente como mujeres, y con muchas flechas y arcos en las manos; tres de los cuales hubieron miedo cuando vieron cerca de sí á los españoles, que habian arremetido á ellos para tomarlos, las espadas sacadas; y querian huir á la canoa. El otro se adelantó, hablando á sus compañeros en lengua que los españoles no entendieron, que no huyesen ni temiesen; y dijo luego en castellano: «Señores, ¿sois cristianos?» Respondieron que sí, y que eran españoles. Alegróse tanto con tal respuesta, que lloró de placer. Preguntó si era miércoles, ca tenia unas horas en que rezaba cada dia. Rogóles que diesen gracias á Dios; y él hincóse de rodillas en el suelo, alzó las manos y ojos al cielo, y con muchas lágrimas hizo oracion á Dios, dándole gracias infinitas por la merced que le hacia en sacarlo de entre infieles y hombres infernales, y ponerle entre cristianos y hombres de su nacion. Andrés de Tapia se allegó á él y le ayudó á levantar, y le abrazó, y lo mismo hicieron los otros españoles. Él dijo á los tres indios que le siguiesen, y vínose con aquellos españoles hablando y preguntando cosas hasta donde Cortés estaba; el cual le recibió muy bien, y le hizo vestir luego y dar lo que hubo menester; y con placer de tenerle en su poder, le preguntó su desdicha y cómo se llamaba. Él respondió alegremente delante de todos: «Señor, yo me llamo Jerónimo de Aguilar, y soy de Écija, y perdíme desta manera: Que estando en la guerra del Darien, y en las pasiones y desventuras de Diego de Nicuesa y Vasco Nuñez Balboa, acompañé á Valdivia, que vino en una pequeña carabela á Santo Domingo, á dar cuenta de lo que allí pasaba al Almirante y Gobernador, y por gente y vitualla, y á traer veinte mil ducados del Rey, el año de 1511; y ya que llegamos á Jamáica se perdió la carabela en los bajos que llaman de las Víboras, y con dificultad entramos en el batel hasta veinte hombres, sin vela, sin agua, sin pan, y con ruin aparejo de remos; y así anduvimos trece ó cuatorce dias, y al cabo echónos la corriente, que allí es muy grande y recia, y siempre va tras el sol á esta tierra, á una provincia que dicen Maia. En el camino se murieron de hambre siete, y aun creo que ocho. A Valdivia y otros cuatro sacrificó á sus ídolos un malvado cacique, á cuyo poder venimos, y después se los comió, haciendo fiesta y plato dellos á otros indios. Yo y otros seis quedamos en caponera á engordar para otro banquete y ofrenda; y por huir de tan abominable muerte, rompimos la prision y echamos á huir por unos montes; y quiso Dios que topamos con otro cacique enemigo de aquel, y hombre humano, que se dice Aquincuz, señor de Xamanzana; el cual nos amparó y dejó las vidas con servidumbre, y no tardó á morirse. Despues acá he yo estado con Taxmar, que le sucedió. Poco á poco se murieron los otros cinco españoles nuestros compañeros, y no hay sino yo y un Gonzalo Guerrero, marinero, que está con Nachancan, señor de Chetemal, el cual se casó con una rica señora de aquella tierra, en quien tiene hijos, y es capitan de Nachancan, y muy estimado por las vitorias que le gana en las guerras que tiene con sus comarcanos. Yo le envié la carta de vuestra merced, y á rogar que se viniese, pues habia tan buena coyuntura y aparejo. Mas él no quiso, creo que de vergüenza, por tener horadadas las narices, picadas las orejas, pintado el rostro y manos á fuer de aquella tierra y gente, ó por vicio de la mujer y amor de los hijos.» Gran temor y admiracion puso en los oyentes este cuento de Jerónimo de Aguilar, con decir que allí en aquella tierra comian y sacrificaban hombres, y por la desventura que él y sus compañeros habian pasado; pero daban gracias á Dios por verle libre de gente tan inhumana y bárbara, y por tenerle por faraute cierto y verdadero. Y certísimo les paresció milagro haber hecho agua la nao de Albarado, para que con aquella necesidad tornasen á la isla, donde, sobreviniendo contrario viento, fuesen constreñidos á estar hasta que este Aguilar viniese; que sin duda él fué la lengua y medio para hablar, entender y tener cierta noticia de la tierra por do entró y fué Fernando Cortés. Y por tanto, he yo querido ser tan largo en contar de la manera que se hubo, como punto notable desta historia. No dejaré de decir cómo enloquesció su madre de Jerónimo de Aguilar, cuando oyó que su hijo estaba captivo en poder de gente que comian hombres; y siempre de allí adelante daba voces en viendo carne asada ó espetada, gritando: «¡Desventurada de mí! este es mi hijo y mi bien.»

Cómo derribó Cortés los ídolos en Acuzamil.

Luego á otro dia que Aguilar fué venido, tornó Cortés á hablar á los acuzamilanos para informarse mejor de las cosas de la isla, pues serian bien entendidas con tan fiel intérprete; y para confirmarlos en la veneracion de la cruz y apartarlos de la de los ídolos, considerando que aquel era el verdadero camino para mas aína dejar la gentilidad y tornarse cristianos; y á la verdad, la guerra y la gente con armas es para quitar á estos indios los ídolos, los ritos bestiales y sacrificios abominables que tienen de sangre y comida de hombres, que derechamente es contra Dios y natura; porque con esto mas fácilmente y mas presto y mejor reciben, oyen y creen á los predicadores, y toman el Evangelio y el baptismo de su propio grado y voluntad; en que consiste la cristiandad y la fe. Así que Jerónimo de Aguilar les predicó aconsejándoles su salvacion; y con lo que les dijo, ó porque ya ellos habian comenzado, holgaron que les acabasen de derribar sus ídolos y dioses, y aun ellos mesmos ayudaron á ello, quebrando y desmenuzando lo que poco antes adoraban. Y de presto no dejaron ídolo sano ni en pié nuestros españoles, y en cada capilla y altar ponian una cruz ó la imágen de nuestra Señora, á quien todos aquellos isleños adoraban con gran devocion y oraciones, y ponian su incienso, y ofrescian codornices y maíz y frutas, y las otras cosas que solian traer al templo por ofrenda. Y tanta devocion tomaron con la

imágen de nuestra Señora santa María, que salian después con ella á los navíos españoles que tocaban en la isla, diciendo «Cortés, Cortés», y cantando «María, María»; como hicieron á Alonso de Parada y á Pánfilo de Narvaez y á Cristóbal de Olid cuando pasaron por allí. Y aun allende desto, rogaron á Cortés que les dejase quien les enseñase cómo habian de creer y servir al Dios de los cristianos. Mas él no osó, de miedo no los matasen, y porque llevaba pocos clérigos y frailes; en lo cual no acertó, pues de tan buena gana lo querian y pedian.

Acuzamil, isla.

Llaman los naturales Acuzamil, y corruptamente Cozumel. Joan de Grijalva, que fué el primer español que entró en ella, la nombró Santa Cruz, porque á 3 de mayo la vió. Tiene hasta diez leguas en largo y tres en ancho, aunque hay quien diga mas y quien diga menos. Está en veinte grados á esta parte de la Equinocial, ó poco menos, y cinco ó seis leguas de la punta de las Mujeres. Tiene hasta dos mil hombres en tres lugares que hay. Las casas son de piedra y ladrillo, con la cubierta de paja ó rama, y aun alguna de lanchas de piedra. Los templos y torres de cal y canto, muy bien edificados. Tiene poca agua, y aquella de pozos y llovediza. Calachuni es como decir cacique ó rey. Son morenos, andan desnudos. Si algun vestido traen, es de algodon y para tapar lo vergonzoso. Crian largo cabello, y trénzanselo muy bien sobre la frente. Son grandes pescadores; y así, el pescado es casi su principal manjar; bien que tienen mucho maíz para pan, y muchas frutas y buenas. Tienen tambien mucha miel, aunque agra un poco, y colmenares de á mil y mas colmenas, algo chicas. No sabian alumbrarse con la cera. Mostráronselo los nuestros, y quedaron espantados y contentos. Hay unos perros, rostro de raposo, que castran y ceban para comer; no ladran. Con pocos dellos hacen casta las hembras. Como hay sierras, y en lo bajo montes y pastos, críanse muchos venados, puercos monteses, conejos y liebres, aunque pequeñas; de lo cual todo mataron en cantidad nuestros españoles con ballestas y escopetas, y con los perros y lebreles que llevaban; y sin la que comieron fresca, cecinaron y curaron al sol mucha carne. Retájanse, son idólatras, sacrifican niños, mas pocos, y muchas veces perros en su lugar. En lo demás, gente pobre es, pero caritativa y muy religiosa en aquella su falsa creencia.

La religion de Acuzamil.

El templo es como torre cuadrada, ancha del pié y con gradas al derredor; derecha de medio arriba, y en lo alto hueca y cubierta de paja, con cuatro puertas ó ventanas con sus antepechos ó corredores. En aquello hueco que paresce capilla, asientan ó pintan sus dioses. Tal era el que estaba á la marina, en el cual habia un extraño ídolo y muy diverso de los demás, aunque ellos son muchos y muy diferentes. Era el bulto de aquel ídolo grande, hueco, hecho de barro y cocido, pegado á la pared con cal, á las espaldas de la cual habia una como sacristía, donde estaba el servicio del templo, del ídolo y de sus ministros. Los sacerdotes tenian una puerta secreta y chica, hecha en la pared en par del ídolo. Por allí entraba uno dellos, embistíase en el bulto, hablaba y respondia á los que venian en devocion y con demandas. Con este engaño creian los simples hombres cuanto su dios les decia; al cual honraban mucho mas que á los otros, con sahumerios muy buenos, hechos como pibetes ó de copal, que es como incienso; con ofrendas de pan y frutas, con sacrificios de sangre de codornices y otras aves, y de perros, y aun á las veces de hombres. A causa de este oráculo é ídolo, venian á esta isla de Acuzamil muchos peregrinos y gente devota y agorera, de léjos tierras, y por eso habia tantos templos y capillas. Al pié de aquella mesma torre estaba un cercado de piedra y cal, muy bien lucido y almenado, en medio del cual habia una cruz de cal tan alta como diez palmos, á la cual tenian y adoraban por dios de la lluvia, porque cuando no llovia y habia falta de agua, iban á ella en procesion y muy devotos; ofrescíanle codornices sacrificadas por aplacarle la ira y enojo que con ellos tenia ó mostraba tener, con la sangre de aquella simple avecica. Quemaban tambien cierta resina á manera de incienso, y rociábanla con agua. Tras esto tenian por cierto que luego llovia. Tal era la religion destos acuzamilanos, y no se pudo saber dónde ni cómo tomaron devocion con aquel dios de cruz; porque no hay rastro ni señal en aquella isla, ni aun en otra ninguna parte de Indias, que se haya en ella predicado el Evangelio, como mas largamente se dirá en otro lugar, hasta nuestros tiempos y nuestros españoles. Estos de Acuzamil acataron mucho de allí adelante la cruz, como quien estaba hecho á tal señal.

Del pece tiburon.

Mes y medio gastó Cortés en lo que tenemos dicho hasta agora, después que dejó á Cuba. Partióse Cortés desta isla, dejando á los naturales della muy amigos de españoles; y tomando mucha cera y miel que le dieron, pasó á Yucatan, y fuése pegado á tierra para buscar el navío que le faltaba, y cuando llegó á la punta de las Mujeres calmó el tiempo, y estúvose allí dos dias esperando viento; en los cuales tomaron sal, que hay allí muchas salinas, y un tiburon con anzuelo y lazos. No le pudieron subir al navío porque daba mucho lado, que era chico y el pez muy grande. Desde el batel le mataron en la agua y le hicieron pedazos, y así le metieron dentro en el batel, y de allí en el navío, con los aparejos de guindar. Halláronle dentro mas de quinientas raciones de tocino, en que, á lo que dicen, habia diez tocinos que estaban á desalar colgados al rededor de los navíos; y como el tiburon es tragon, que por eso algunos le llaman liguron, y como halló aquel aparejo, pudo engullir á su placer. Tambien se halló dentro de su buche un plato de estaño que cayó de la nao de Pedro de Albarado, y tres zapatos desechados, y mas un queso. Esto afirman de aquel tiburon; y cierto él traga tan desaforadamente, que paresce increible; porque yo he oido jurar á Dios á personas de bien, que han visto muchas veces estos tiburones muertos y abiertos, que se han hallado dentro dellos cosas, que si no las vieran, las tuvieran por imposibles; como decir que un tiburon se traga uno, y dos, y mas pellejos de carneros con la cabe-

za y cuernos enteros, como los arrojan á la mar, por no pelarlos. Es el tiburon un pece largo y gordo, y alguno de ocho palmos de cinta y de doce piés en luengo. Muchos dellos tienen dos órdenes de dientes, una junto á otra, que parescen sierra ó almenas; la boca es á proporcion del cuerpo, el buche disforme de grande. Tiene el cuero como tollo. El macho tiene dos miembros para engendrar, y la hembra no mas de uno, la cual pare de una vez veinte y treinta tiburoncillos, y aun cuarenta. Es pescado que acomete á una vaca y á un caballo cuando pace ó bebe orillas de los rios, y se come un hombre, como quiso hacer uno al calachuni de Acuzamil, que le cortó los dedos de un pié cuando no lo pudo llevar entero, como le socorrieron. Es tan goloso, que se va tras una nao, por comer lo que della echan y cae, quinientas y aun mil leguas; y es tan ligero, que anda mas que ella aunque lleve mas próspero tiempo, y dicen que tres tanto mas, porque al mayor correr de la nave le da él dos y tres vueltas al rededor, y tan somero, que se paresce y ve cómo lo anda. No es muy bueno de comer por ser duro y desabrido, aunque bastesce mucho un navío hecho tasajos en sal ó al aire. Cuentan aquellos de la armada de Cortés que comieron del tocino que sacaron al tiburon del cuerpo, que sabia mejor que lo otro, y que muchos conoscieron sus raciones por las ataduras y cuerdas.

Que la mar crece mucho en Campeche, no creciendo por allí cerca.

Con el buen tiempo que hizo luego se partió de allí la flota en busca del navío perdido, y hacia Cortés entrar con los bergantines y barcas de naos en los rios y calas á lo buscar, y aun estando en par de Campeche surtos los navíos en la playa, atendiendo los bergantines y barcos que andaban entre ciertas caletas á descobrir el que faltaba, aína se quedaran en seco, aunque estaban casi una legua dentro en mar: tanta es la menguante y cresciente que hace allí. No crece sino allí la mar, del Labrador á Paria; nadie sabe la causa dello, aunque dan muchas, pero ninguna satisface; y dicen que si no fuera por esto, que saltaran en tierra á vengar á Francisco Hernandez de Córdoba del daño que allí recibió. Navegando pues apegados siempre á tierra, emparejaron con una gran cala que agora llaman Puerto-Escondido, en la cual se hacen algunas isletas, y en una dellas estaba el navío que buscaban. Cortés y todos holgaron infinito de hallarle sano, y á toda la gente salva y buena, y otro tanto hicieron ellos por ser hallados; ca tenian temor de sí por estar solos y no bien proveidos, y que la flota no fuese perdida ó adelante pasada; y sin duda no se hubieran podido sufrir allí de hambre tanto tiempo, si no fuera por una lebrela; mas como ella los proveia, y era por allí la derrota y camino de la armada, esperaron el capitan, y aun con harto miedo no le hubiese acontescido alguna como á Grijalva ó á Francisco Hernandez de Córdoba. Como surgieron todos allí donde aquel navío estaba, y se holgaron unos con otros, como era razon, preguntados de qué tenian por las jarcias tantos pellejos de liebres y conejos y de venados, dijeron cómo luego que allí llegaron vieran andar por la costa un perro ladrando y escarvando de cara del navío, y que el capitan y otros salieron en tierra y hallaron una lebrela de buen talle que se vino para ellos. Halagólos con la cola saltando de uno en otro con las manos, y luego fuése al monte que estaba cerca, y dende á poco volvió cargada de liebres y conejos. El otro dia de adelante hizo lo mesmo, y así conoscieron que habia mucha caza por aquella tierra, y comenzaron á irse tras ella con no sé cuántas ballestas que venian en el navío, y diéronse tan buena diligencia á cazar, que no solamente se habian mantenido de carne fresca los dias que allí habian estado, aunque era cuaresma, pero que se habian tambien bastecido de cecina de venados y conejos para largos dias, y en memoria de aquello pegaban por la jarcia las pellejas de los conejos y liebres, y tendian al sol los cueros de los ciervos para secarlos. No supieron si la lebrela fué de Córdoba ó de Grijalva.

Combate y toma de Potonchan.

No se detuvo allí la flota; antes se partió luego, y muy alegres todos en haber hallado los que tenian por perdidos, y sin parar, fueron hasta el rio de Grijalva, que en aquella lengua se dice Tabasco. No entraron dentro, porque paresció ser la barra muy baja para los navíos mayores; y así, echaron áncoras á la boca. Acudieron luego á mirar los navíos y gente muchos indios, y algunos con armas y plumajes, que á lo que desde la mar parescia, eran hombres lucidos y de buen parescer, y no se maravillaban casi de ver nuestra gente y velas, por haberlas visto al tiempo que Juan de Grijalva entró por aquel mesmo rio. A Cortés le paresció bien la manera de aquella gente y el asiento de la tierra, y dejando buena guarda en los navíos grandes, metió la demás gente española en los bergantines y bateles que venian por popa de las naos, y ciertas piezas de artillería, y entróse con ello el rio arriba contra la corriente, que era muy grande. A poco mas de media legua que subian por él, vieron un gran pueblo con las casas de adobes y los tejados de paja, el cual estaba cercado de madera con bien gruesa pared y almenas y troneras para flechar y tirar piedras y varas. Antes un poco que los nuestros llegasen al lugar, salieron á ellos muchos barquillos, que allí llaman tahucup, llenos de hombres armados, mostrándose muy feroces y ganosos de pelear. Cortés se adelantó haciendo señas de paz, y les habló por Jerónimo de Aguilar, rogándoles los recibiesen bien, pues no venian á les hacer mal, sino á tomar agua dulce y á comprar de comer, como hombres que andando por la mar, tenian necesidad dello; por tanto, que se lo diesen, que ellos se lo pagarian muy cortesmente. Los de las barquillas dijeron que irian con aquel mensaje al pueblo y les traerian respuesta y comida. Fueron, tornaron luego y trajeron en cinco ó seis barquillos pan, fruta y ocho gallipavos, y diéronselo todo dado. Cortés les mandó decir que aquella era muy poca provision para la necesidad grande que traian y para tantas personas como venian en aquellos grandes bajeles, que ellos aun no habian visto, por estar cerrados, y que les rogaba mucho le trajesen harto, ó le consintiesen entrar en el pueblo á abastecerse. Los indios pidieron aquella noche de término para hacer lo uno ó lo otro de aquello que les rogaba, y con esto se fueron al lugar, y Cortés á una islica que el rio hace, á esperar la

respuesta para otro dia de mañana. Cada uno dellos pensó de engañar al otro; porque los indios tomaron aquel plazo para tener espacio de alzar aquella noche su ropilla, y poner en cobro sus hijos y mujeres por los montes y espesuras, y llamar gente á la defensa del pueblo; y Cortés mandó salir luego á la isleta todos los escopeteros y ballesteros, y otros muchos españoles que aun se estaban en los navíos, y hizo ir el rio arriba á buscar vado. Entrambas cosas se hicieron aquella noche, sin que los contrarios, ocupados en solo sus cosas, las sintiesen; porque todos los de las naos se vinieron á do Cortés estaba, y los que fueron á buscar vado anduvieron tanto la ribera arriba tentando las corrientes, que á menos de media legua hallaron por do pasar, aunque hasta la cinta, y aun tambien hallaron tanta espesura y tan cubiertos los montes por una y otra ribera, que pudieron llegar hasta el lugar sin ser sentidos ni vistos. Con estas nuevas señaló Cortés dos capitanes con cada cient y cincuenta españoles, que fueron Alonso de Avila y Pedro de Albarado, y envió esa mesma noche con guia á meterse en aquellos bosques que estaban entre el rio y el lugar, por dos efetos; uno, porque los indios viesen que no habia mas gente en la isleta que el dia antes; y otro, para que oyendo la señal que concertó, diesen en el lugar por la otra parte de tierra. Como fué de dia, luego vinieron con el sol hasta ocho barcas de indios armados mas que primero, á do los nuestros estaban. Trajeron alguna poca comida, y dijeron que no podian haber mas, como los vecinos del pueblo habian echado á huir, de miedo dellos y de sus disformes navíos; por tanto, que les rogaban mucho tomasen aquello y se tornasen á la mar, y no curasen de desasosegar la gente de la tierra ni alborotalla mas. A esto respondió la lengua, diciendo que era inhumanidad dejarlos perescer de hambre, y que si le escuchasen la razon por qué habian venido allí, que verian cuánto bien y provecho se les siguiria dello. Replicaron los indios que no querian consejo de gente que no conoscian, ni menos acogerlos en sus casas, porque les parescian hombres terribles y mandones, y que si agua querian, que la cogiesen del rio ó hiciesen pozos en tierra; que así hacian ellos cuando menester la tenian. Entonces Cortés, viendo que eran por demás palabras, díjoles que en ninguna manera él podia dejar de entrar en el lugar y ver aquella tierra, para tomar y dar relacion della al mayor señor del mundo, que allí le enviaba; por eso, que lo tuviesen por bueno, pues él lo deseaba hacer por bien, y si no, que se encomendaria á su Dios y á sus manos y á las de sus compañeros. Los indios no decian mas de que se fuesen, y no curasen de bravear en tierra ajena, porque en ninguna manera le consintirian salir á ella ni entrar en su pueblo; antes le avisaban que si luego no se iba de allí, que le matarian á él y cuantos con él iban. No quiso Cortés no hacer con aquellos bárbaros todo cumplimiento, segun razon, y conforme á lo que los reyes de Castilla mandan en sus instrucciones, que es requerir una y dos y muchas veces con la paz á los indios antes de hacelles guerra ni entrar por fuerza en sus tierras y lugares; y así, les tornó á requerir con la paz y buena amistad, prometiéndoles buen tratamiento y libertad, y ofresciéndoles la noticia de cosas tan provechosas para sus cuerpos y almas, que se ternian por bienaventurados después de sabidas, y que si todavía porfiaban en no le acoger ni admitir, que los apercibia y emplazaba para la tarde antes del sol puesto, porque pensaba, con ayuda de su Dios, dormir en el pueblo aquella noche, á pesar y daño de los moradores, que rehusaban su buena amistad y conversacion y la paz. Desto se rieron mucho, y mofando se fueron al lugar á contar las soberbias y locuras que les parescia haber oido. En yéndose los indios, comieron los españoles, y dende á poco se armaron y se metieron en las barcas y bergantines, y aguardaron así á ver si los indios tornaban con alguna buena respuesta; pero como declinaba ya el sol y no venian, avisó Cortés á los españoles, que estaban puestos en celada, y él embrazó su rodela; y llamando á Dios y á Santiago y á san Pedro, su abogado, arremetió al lugar con los españoles que allí estaban, que serian obra de docientos, y en llegando á la cerca que tocaba en agua, y los bergantines en tierra, soltaron los tiros y saltaron al agua hasta el muslo todos, y comenzaron á combatir la cerca y baluartes, y á pelear con los enemigos, que habia rato que les tiraban saetas y varas y piedras con hondas y á manos, y que entonces, viendo cabe sí los enemigos, peleaban reciamente de las almenas á lanzadas, y flechando muy á menudo por las saeteras y traviesas del muro, en que hirieron cuasi veinte españoles; y aunque el humo y el fuego y trueno de los tiros los espantó, embarazó y derribó en el suelo, de temor en oir y ver cosa tan temerosa y por ellos jamás vista, no desampararon la cerca ni la defensa sino los muertos; antes resistian gentilmente la fuerza y golpes de sus contrarios, y no les dejaran por allí entrar si por detrás no fueran salteados. Mas como los trecientos españoles oyeron la artillería allá do estaban emboscados, que era la señal para acometer ellos tambien, arremetieron al pueblo; y como toda la gente dél estaba intenta y embebescida peleando con los que tenian delante, y les querian entrar por el rio, halláronlo solo y sin resistencia por aquella parte que ellos habian de entrar, y entraron con grandes voces, hiriendo al que topaban. Entonces los del lugar conoscieron su descuido, y quisieron socorrer aquel peligro; y así, aflojaron por do Cortés estaba peleando. Con esto pudo entrar por allí él y los que á par dél combatian, sin otro peligro ni contradicion; y así, unos por una parte y los otros por otra, llegaron á un tiempo á la plaza, yendo siempre peleando con los vecinos, de los cuales no quedó ninguno en el pueblo, sino los muertos y presos; que los otros desampparáronlo, y fuéronse á meter al monte que cerca estaba, con las mujeres, que ya estaban allá. Los españoles escudriñaron las casas, y no hallaron sino maíz y gallipavos y algunas cosas de algodon, y poco rastro de oro, ca no estaban dentro mas de cuatrocientos hombres de guerra á defender el lugar. Derramóse mucha sangre de indios en la toma deste lugar, por pelear desnudos; heridos fueron muchos, y cativos quedaron pocos; no se contaron los muertos. Cortés se aposentó en el templo de los ídolos con todos los españoles, y cupieron muy á placer, porque tiene un patio y unas salas muy buenas y grandes. Durmieron allí aquella noche á

buena guarda, como en casa de enemigos; mas los indios no osaron nada. Desta manera se tomó Potonchan, que fué la primera ciudad que Fernando Cortés ganó por fuerza en lo que descubrió y conquistó.

Demandas y respuestas entre Cortés y los potonchanos.

Otro dia de mañana hizo Cortés venir ante sí los indios heridos y presos, y mandóles por su faraute ir adonde estaba el señor con los demás vecinos del lugar, á decirles que del daño hecho, ellos se tenian la culpa, y no los cristianos, que les habian rogado con la paz tantas veces; y que si querian volverse á sus casas y pueblo, que lo podian hacer seguramente; que él les prometia por su Dios que no les seria hecho el menor enojo desta vida, sino todo placer y buen tratamiento; y al señor, que si no se confiaba de la palabra y fe que le daba, que le daria rehenes; porque deseaba mucho hablarle y conoscerle, y informarse dél de algunas cosas que le mucho cumplian saber, y aun darle noticia de otras con que muy mucho se holgase y aprovechase; y que si no queria venir, que supiese por cierto que él lo iria á buscar, y á proveerse de bastimentos por sus dineros. Despidiólos con esto, y enviólos contentos y libres, que ellos no pensaban. Los indios fueron bien alegres, y dijeron á los otros sus vecinos lo que les fué mandado. Pero no vino hombre dellos; antes se juntaron para dar en los nuestros de sobresalto, creyendo tomarlos descuidados y encerrados, do les pudiesen pegar fuego, si de otra manera no pudiesen vengarse. Envió tambien sin estos indios á ciertos españoles por tres caminos que parescian, y que todos iban á dar, segun después paresció, á las labranzas y maizales del pueblo; y así, los llevó el camino donde estaban muchos indios; con los cuales escaramuzaron, por traer alguno al capitan que lo examinase en el lugar, y ellos dijeron cómo todos los de aquella tierra y sus comarcas se andaban llegando para pelear con todo su poder y fuerzas, y dar batalla á aquellos pocos hombres forasteros, y matarlos y comérselos, como á enemigos y salteadores. Dijeron mas, que tenian concertado entre sí que si fuesen vencidos á mala dicha suya, de servir en adelante como esclavos á señores. Cortés los envió libres como á los otros, y á decir á la junta y capitanes que no se pusiesen en aquello, que era locura, y por demás pensar vencer ni matar aquellos pocos hombres que allí veian; y que si no peleaban y dejaban las armas, él les prometia tenerlos y tratarlos como á hermanos y buenos amigos; y si perseveraban en la enemiga y guerra, que él los castigaria de tal manera, que dende en adelante jamás tomasen armas para semejante gente que él y los sus españoles. Con lo que estos mensajeros dijeron allá, ó por espiar algo, vinieron luego otro dia veinte personas de autoridad y principales entre los suyos, al pueblo. Tocaron la tierra con los dedos, y alzáronlos al cielo, que es la salva y reverencia que acostumbran hacer; y dijeron al capitan Cortés que el señor de aquel pueblo y otros señores vecinos y amigos suyos le enviaban á rogar que no quemase el lugar, y que le traerian mantenimientos. Cortés les dijo que no eran hombres los suyos que se enojaban con las paredes, ni aun tampoco con los otros hombres, sino con muy grande y justa razon, ni eran allí venidos para hacer mal, sino para hacer bien; y que si su señor viniese, conosceria presto cuánta verdad le decia en todo aquello, y cuán en breve él y todos los suyos sabrian grandes misterios y secretos de cosas jamás llegadas á su noticia; con que mucho se holgasen. Con esto se volvieron aquellos veinte embajadores ó espías, diciendo que tornarian con la respuesta; y así lo hicieron; porque á otro dia trujeron algunas vituallas, y excusáronse que no traian mas á causa de estar la gente derramada y emboscada de temor; por las cuales no quisieron paga, sino ciertos cascabeles y otras bujerías así. Dijeron asimesmo que su señor en ninguna manera vernia, porque se habia ido, de miedo y vergüenza, á un lugar fuerte y léjos de allí; mas que enviaria personas de crédito y confianza con quien pudiese comunicar lo que quisiese; y que en cuanto á las cosas de comer, que él enviase enhorabuena á las buscar y comprar. Cortés holgó mucho con esta respuesta, por tener ocasion y justa causa de entrar por la tierra y saber el secreto della. Despidiólos pues, y avisólos que otro dia iria con su gente por bastimentos para su ejército; por eso, que lo publicasen entre los naturales, para que tuviesen todo recaudo de comida, pues habian de ser bien pagados. Lo uno y lo otro era cautela; porque Cortés no lo hacia tanto por el comer cuanto por descubrir oro, que hasta allí habia visto poco; y los indios andaban temporizando, hasta haberse juntado todos con muchas armas. Luego otro dia por la mañana ordenó Cortés tres compañías, de á ochenta españoles cada una, y dióles por capitanes á Pedro de Albarado, Alonso de Avila y Gonzalo de Sandoval, y algunos indios de Cuba para servicio y carga, si hallasen maíz ó aves que traer. Enviólos por diferentes caminos, y mandó que no tomasen nada sin pagar ni por fuerza, y que no pasasen adelante de legua y media, ó cuando mucho, dos, porque con tiempo pudiesen tornarse al pueblo á dormir; y él quedóse con los otros españoles á guardar el lugar y la artillería. El un capitan de aquellos acertó á ir con su bandera á una aldea do estaban infinitos tabascanos en armas, guardando sus maizales. Rogóles que le diesen ó trocasen á cosas de rescate, de aquel maíz. Ellos dijeron que no querian; que para sí se lo habian menester. Sobre esto echaron mano á las armas los unos y los otros, y comenzaron una brava cuestion; pero como los indios eran muchos mas que los españoles, y descargaban en ellos innumerables saetas, con que malamente los herian, retrajéronlos á una casa. Allí se defendieron los nuestros muy bien, aunque con manifiesto temor y peligro de fuego. Y cierto perescieran allí todos ó los mas, si los otros caminos por do echaron las otras dos compañías, no respondieran allí á aquellas rozas y labranzas. Pero plugo á Dios que llegaron casi á una los otros dos capitanes á la mesma aldea, al mayor hervor y grita que los indios tenian en combatir la casa donde estaban cercados los ochenta españoles, y con su venida dejaron los indios el combate, y arremolináronse á una parte; y así, los cercados salieron, y se juntaron con los otros españoles, y echaron hácia el lugar, escaramuzando todavía con los enemigos, que los venian flechando. Cortés iba ya con cien compañeros y con la artillería á socorrer-

los, porque dos indios de Cuba vinieron á decirle el peligro en que quedaban aquellos ochenta españoles. Topólos á una milla del pueblo, y porque aun venian los enemigos, dañando en los traseros, hízoles tirar dos falconetes, con que se quedaron y no pasaron de allí, y él se metió con todos los suyos en el pueblo. Murieron en este dia algunos indios, y fueron heridos muchos españoles malamente.

La batalla de Cintla.

No se durmió aquella noche Cortés; antes hizo llevar á las naos todos los heridos y ropa y otros embarazos, y sacar los que guardaban la flota, y trece caballos; lo cual se hizo antes que amaneciese, mas no sin lo sentir los tabascanos. Cuando el sol salió, ya habia oido misa, y tenia en el campo cerca de quinientos españoles, trece caballos y seis tiros de fuego. Estos caballos fueron los primeros que entraron en aquella tierra, que agora llaman Nueva-España. Ordenó la gente, puso en concierto la artillería, y caminó hácia Cintla, donde el dia antes fué la riña, creyendo que allí hallaria los indios. Ya tambien ellos, cuando los nuestros llegaron, comenzaban á entrar en camino muy en ordenanza, y venian en cinco escuadrones de ocho mil cada uno; y como donde se toparon era barbechos y tierra labrada, y entre muchas acequias y rios hondos y malos de pasar, embarazáronse los nuestros y desordenáronse; y Fernando Cortés se fué con los de caballo á buscar mejor paso sobre la mano izquierda, y á encubrirse con unos árboles, y dar por allí, como de emboscada, en los enemigos por las espaldas ó lado. Los de pié siguieron su camino derecho, pasando á cada paso acequias, y escudándose, que los contrarios les tiraban; y así, entraron en unas grandes rozas labradas y de mucha agua, donde los indios, como hombres que sabian los pasos, que estaban diestros y sueltos en saltar las acequias, llegaban á flechar, y aun á tirar varas y piedras con honda. De manera que, aunque los nuestros hacian daño en ellos y mataban algunos con ballestas y escopetas y con la artillería, cuando podia jugar, no los podian desechar de sobre sí, porque tenian amparo en árboles y valladares; y si de industria los de Potonchan esperaron en aquel mal lugar, como es de creer, no eran bárbaros ni mal entendidos en guerra. Salieron pues de aquel mal paso, y entraron en otro algo mejor, porque era espacioso y llano y con menos rios, y allí aprovecháronse mas de las armas de tiro, que daban siempre en lleno, y de las espadas, que llegaban á pelear cuerpo á cuerpo. Pero como eran infinitos los indios, cargaron tanto sobre ellos, que los arremolinaron en tan poco estrecho de tierra, que les fué forzado, para defenderse, pelear vueltas las espaldas unos á otros, y aun así, estaban en muy grande aprieto y peligro, porque ni tenian lugar de tirar su artillería, ni gente de caballo que les apartase los enemigos. Estando pues así caidos y para huir, aparesció Francisco Morla en un caballo rucio picado, que arremetió á los indios y hízoles arredrar algun tanto. Entonces los españoles, pensando que era Cortés, y con tener espacio, arremetieron á los enemigos, y mataron algunos dellos. Con esto el de caballo no paresció mas, y con su ausencia volvieron los indios sobre los españoles, y pusiéronlos en el estrecho que antes. Tornó luego el de caballo, púsose cabe los nuestros, corrió á los enemigos y hízoles dar espacio. Entonces ellos, sintiendo favor de hombre á caballo, van con ímpeto á los indios, y matan y hieren muchos dellos; pero al mejor tiempo los dejó el caballero, y no le pudieron ver. Como los indios no vieron tampoco al de caballo, de cuyo miedo y espanto huian, pensando que era centauro, revuelven sobre los cristianos con gentil denuedo, y trátanlos peor que antes. Tornó entonces el de caballo tercera vez, y hizo huir los indios con daño y miedo, y los peones arremetieron asimesmo, hiriendo y matando. A esta sazon llegó Cortés con los otros compañeros á caballo, harto de arrodear, y de pasar arroyos y montes, que no habia otra por todo aquello. Dijéronle lo que habian visto hacer á uno de caballo, y preguntaron si era de su compañía; y como dijo que no, porque ninguno dellos habia podido venir antes, creyeron que era el apóstol Santiago, patron de España. Entonces dijo Cortés: «Adelante, compañeros; que Dios es con nosotros y el glorioso sant Pedro.» Y en diciendo esto, arremetió á mas correr con los de caballo por medio de los enemigos, y lanzólos fuera de las acequias, á parte que muy á su talante los pudo alancear, y alanceando, desbaratar. Los indios dejaron luego el campo raso, y se metieron por los bosques y espesuras, no parando hombre con hombre. Acudieron luego los de pié, y siguieron el alcance; en el cual mataron bien mas de trecientos indios, sin otros muchos que hirieron de escopeta y de ballesta. Quedaron heridos este dia mas de setenta españoles de flechas y aun de pedradas. Con el trabajo de la batalla, ó con el gran calor y excesivo que allí hace, ó por las aguas que bebieron nuestros españoles por aquellos arroyos y balsas, les dió un dolor súbito de lomos, que cayeron en tierra mas de ciento dellos; á los cuales fué menester llevar á cuestas ó arrimados; pero quiso Dios que se les quitó del todo aquella noche, y á la mañana ya estaban todos buenos. No pocas gracias dieron nuestros españoles cuando se vieron libres de las flechas y muchedumbre de indios, con quien habian peleado, á nuestro Señor, que milagrosamente los quiso librar; y todos dijeron que vieron por tres veces al del caballo rucio picado pelear en su favor contra los indios, segun arriba queda dicho; y que era Santiago, nuestro patron. Fernando Cortés mas queria que fuese sant Pedro, su especial abogado; pero cualquiera que dellos fué, se tuvo á milagro, como de veras paresció; porque no solamente lo vieron los españoles, mas aun tambien los indios lo notaron por el estrago que en ellos hacia cada vez que arremetia á su escuadron, y porque les paresciа que los cegaba y entorpescia. De los prisioneros que se tomaron se supo esto.

Tabasco se da por amigo de cristianos.

Cortés soltó algunos, y envió á decir con ellos al señor y á todos los otros, que le pesaba del daño hecho á entrambas partes por culpa y dureza suya dellos; que de su inocencia y comedimiento Dios le era buen testigo. Mas no obstante todo esto, él los perdonaba de su error si venian luego ó dentro de dos dias á dar justo descargo y satisfacion de su malicia, y á tratar con él paz

y amistad, y los otros misterios que le queria declarar; apercibiéndolos que si dentro de aquel plazo no viniesen, de entrar por su tierra dentro, destruyéndola, quemando, talando y matando cuantos hombres topase, chicos y grandes, armados y sin armas. Despachados aquellos hombres con este mensaje, se fué con todos sus españoles al pueblo á descansar y á curar todos los heridos. Los mensajeros hicieron bien su oficio; y así, otro dia vinieron mas de cincuenta indios honrados á pedir perdon de lo pasado, licencia para enterrar los muertos y salvoconduto para venir los señores y personas principales al pueblo seguramente. Cortés les concedió lo que pedian; y les dijo que no le engañasen ni mintiesen mas, ni hiciesen otra junta, que seria para mayor mal suyo y de la tierra; y que si el señor del lugar y los otros sus amigos y vecinos no viniesen en persona, que no los oiria mas por terceros. Con tan bravo y riguroso mandamiento y protesto como este y el pasado, fueron, ó por sentirse de flacas fuerzas y de armas desiguales para pelear ni resistir aquellos pocos españoles, que tenian por invencibles, acordaron los señores y personas mas principales de ir á ver y hablar á aquella gente y á su capitan. Así que, pasado el término que llevaron, vino á Cortés el señor de aquel pueblo y otros cuatro ó cinco, sus comarcanos, con buena compañía de indios, y le trujeron pan, gallipavos, frutas y cosas así de bastimento para el real, y hasta cuatrocientos pesos de oro en joyuelas, y ciertas piedras turquesas de poco valor, y hasta veinte mujeres de sus esclavas para que les cociesen pan y guisasen de comer al ejército; con las cuales pensaban hacerle gran servicio, como los veian sin mujeres, y porque cada dia es menester moler y cocer el pan de maíz, en que se ocupan mucho tiempo las mujeres. Demandaron perdon de todo lo pasado. Rogaron que los recibiese por amigos, y entregáronse en su poder y de los españoles, ofresciéndoles la tierra, la hacienda y las personas. Cortés los recibió y trató muy bien, y les dió cosas de rescate, con que se holgaron mucho, y repartió aquellas veinte mujeres esclavas entre los españoles por camaradas. Relinchaban los caballos é yeguas que tenian atados en el patio del templo, do pasaban, á unos árboles que habia. Preguntaron los indios qué decian. Respondiéronles que reñian porque no los castigaban por haber peleado. Ellos entonces dábanles rosas y gallipavos que comiesen, rogándoles que los perdonasen.

Preguntas que Cortés hizo á Tabasco.

Muchas cosas pasaron entre los nuestros y estos indios, que como no se entendian, eran mucho para reir. Y luego que conversaron y vieron que no les hacian mal, trajeron al lugar sus hijos y mujeres; que no fué así chiquito número, ni mas aseado què de gitanos. Entre lo que Fernando Cortés trató y platicó con Tabasco por lengua y medio de Jerónimo de Aguilar, fueron cinco cosas. La primera, si habia minas en aquella tierra de oro ó plata, y cómo tenian y de dónde aquello poco que traian. La segunda, qué fué la causa por que á él le negaron su amistad, y no al otro capitan que vino allí el año antes con armada. La tercera, por qué razon, siendo ellos tantos, huian de tan poquitos. La cuarta, para darles á entender la grandeza y poderío del Emperador y rey de Castilla. Y la otra fué una predicacion y declaracion de la fe de Cristo. Cuanto á lo del oro y riquezas de la tierra, le respondió que ellos no curaban mucho de vivir ricos, sino contentos y á placer; y que por eso no sabia decir qué cosa era mina, ni buscaban oro mas de lo que se hallaban, y que aquello era poco; pero que en la tierra mas adentro, y hácia donde el sol se cubria, se hallaba mucho dello; y los de allá se daban mas á ello que no ellos. A lo del capitan pasado, dijo que como eran aquellos hombres que traia, y los navíos, los primeros que de aquel talle y forma habian aportado á su tierra, que les habló y preguntó qué querian; y como le dijeron que trocar oro, y no mas, que lo hicieron de grado; empero que agora viendo mas y mayores naos, que pensó que tornaban á le tomar lo que les quedaba, y aun tambien porque estaba afrentado de que nadie le hobiese burlado así; lo que no habian hecho á otros menores señores que él. En lo demás que tocaba á la guerra, dijo que ellos se tenian por esforzados, y para con los de cabe su tierra valientes, porque nadie les llevaba su ropa por fuerza, ni las mujeres, ni aun los hijos para sacrificar; y que ansí pensó de aquellos pocos extranjeros; pero que se habia hallado engañado en su corazon después que se habian probado con ellos, pues ninguno pudieron matar. Y que los cegaba el resplandor de las espadas, cuyo golpe y herida era grande y mortal y sin cura; y qué el estruendo y fuego de la artillería los asombraba mas que los truenos y relámpagos ni que los rayos del cielo, por el destrozo y muertes que hacia donde daba; y que los caballos les pusieron grande admiracion y miedo, así con la boca, que parescia que los iba á tragar, como con la presteza que los alcanzaba, siendo ellos ligeros y corredores; y que como era animal que nunca ellos vieron, les habia puesto grandísimo temor el primero que con ellos peleó, aunque no era sino uno; y como dende á poco rato eran muchos, no pudieron sufrir el espanto ni la fuerza ni furia de su correr, y pensábamos que hombre y caballo todo era uno.

Cómo los de Potonchan quebraron sus ídolos y adoraron la cruz.

Con esta relacion vió Cortés que no era tierra aquella para españoles, ni le cumplia asentar allí, no habiendo oro ni plata ni otra riqueza; y así, propuso de pasar adelante para descobrir mejor dónde era aquella tierra hácia poniente que tenia oro. Pero primero les dijo cómo el señor en cuyo nombre iban él y aquellos sus compañeros, era rey de España, emperador de cristianos, y el mayor príncipe del mundo, á quien mas reinos y provincias servian y obedescian que á otro vasallos, y cuyo mando y gobernacion de justicia era de Dios, justo, santo, pacífico, suave, y á quien le pertenescia la monarquía del universo; por lo cual ellos debian darse por sus vasallos y conoscidos; y que si lo hacian ansí, se les seguirian muchos y muy grandes provechos de leyes y policía y en costumbres. Y en cuanto á lo que tocaba á la religion, les dijo la ceguedad y vanidad grandísima que tenian en adorar muchos dioses, en hacerles sacrificios de sangre humana, en pensar que aquellas estatuas les hacian el bien ó mal que les venia, siendo mudas, sin

ánima, y hechura de sus mesmas manos. Dióles á entender un Dios, criador del cielo y de la tierra y de los hombres, que los cristianos adoraban y servian, y que todos lo debian adorar y servir. En fin, tanto les predicó, que quebraron sus ídolos y recibieron la cruz, habiéndoles declarado primero los grandes misterios que en ella hizo y pasó el Hijo del mesmo Dios. Y así, con gran devocion y concurso de indios, y con muchas lágrimas de españoles, se puso una cruz en el templo mayor de Potonchan, y de rodillas la besaron y adoraron los nuestros primero, y tras ellos los indios. Despidiólos así, y fuéronse todos á comer. Rogóles Cortés que viniesen de allí á dos dias á ver la fiesta de ramos. Ellos, como hombres religiosos y que podian venir seguramente, no solo vinieron los vecinos, mas aun los comarcanos del lugar, en tanta multitud, que puso admiracion de dónde tan presto se pudo juntar allí tanto millar de millares de hombres y mujeres, los cuales todos juntos dieron la obediencia y vasallaje al rey de España en manos de Fernando Cortés, y se declararon por amigos de españoles; y estos fueron los primeros vasallos que el Emperador tuvo en la Nueva-España. Luego que fué hora el domingo, mandó Cortés cortar muy muchos ramos y ponerlos en un rimero, como en mesa, mas en el campo, por la mucha gente, y decir el oficio con los mejores ornamentos que habia, al cual se hallaron los indios, y estuvieron atentos á las cerimonias y pompa con que se anduvo la procesion, y se celebró la misa y fiesta; con que los indios quedaron contentos, y los nuestros se embarcaron con los ramos en las manos. No menor alabanza meresció en esto Cortés que en la vitoria, porque en todo se hubo cuerda y esforzadamente. Dejó aquellos indios á su devocion, y al pueblo libre y sin daño. No tomó esclavos ni saqueó, ni tampoco rescató, aunque estuvo allí mas de veinte dias. Al pueblo llaman los vecinos Potonchan, que quiero decir lugar que hiede, y los nuestros la Vitoria. El señor se decia Tabasco, y por eso le pusieron nombre los primeros españoles al rio, el rio de Tabasco; y Juan de Grijalva le nombró como á sí, que no se perderá su apellido ni memoria con esto tan aína; y así habian de hacer los que descubren y pueblan, perpetuar sus nombres. Es gran pueblo, mas no tiene veinte y cinco mil casas, como algunos dicen; aunque, como cada casa está por sí como isla, paresce mas de lo que es. Son las casas grandes, buenas, de cal y ladrillo ó piedra; otras hay de adobes y palos, mas la cubierta es paja ó plancha. La vivienda en alto, por la niebla y humidad del rio. Por el fuego tienen apartadas las casas. Mejores edificios tienen fuera que dentro del lugar, para su recreacion. Son morenos, andan casi desnudos, y comen carne humana de la sacrificada. Las armas que tienen son arco, flecha, honda, vara, lanza. Las otras con que se defienden son rodelas, cascos y unos como escarcelones: todo esto de palo ó corteza, y alguno de oro, pero muy delgado. Traen tambien cierta manera de corazas, que son unos listones estofados de algodon, revueltos á lo hueco del cuerpo.

Del rio de Albarado, que los indios llaman Papaloapan.

Después que salió Cortés de Potonchan, entró en un rio que llaman de Albarado, por haber entrado primero que todos en él aquel capitan. Mas los que moran en sus riberas le dicen Papaloapan, y nasce en Aticpan, cerca de la sierra de Culhuacan. La fuente mana al pié de unos serrejones. Tiene encima un hermoso peñol redondo, ahusado, y alto cien estados, y cubierto de árboles, donde hacian los indios muchos sacrificios de sangre. Es muy honda, clara, llena de buenos peces, ancha mas de cien pasadas. Entran en este rio Quiyotepec, Vivilla, Chimantlan, Cuauhcuezpaltepec, Tuztlan, Teyuciyocan, y otros menores rios, que todos llevan oro. Cae á la mar por tres canales, uno de arena, otro de lama, otro de peña. Corre por buena tierra, tiene gentil ribera, y hace grandes esteros con sus muchas y ordinarias crescidas. Uno dellos está entre Otlatitlan y Cuauhcuezpaltepec, dos buenos pueblos. Bulle de peces aquel estero ó laguna. Hay muchos sábalos del tamaño de toñinas, muchas sierpes, que llaman en las islas iguanas, y en esta tierra cuauhcuezpaltepec. Paresce lagarto de los muy pintados, tiene la cabeza chica y redonda, el cuerpo gordo, el cerro erizado con cerdas, la cola larga, delgada, y que la tuerce y arrolla como galgo; cuatro pedazuelos de á cuatro dedos, y con uñas de ave; los dientes agudos, mas no muerde, aunque hace ruido con ellos; el color es pardo, sufre mucho la hambre, pone huevos como gallina, que tienen yema y clara y cáscara; son pequeños y redondos, y buenos de comer. La carne sabe á conejo, y es mejor. Cómenla en cuaresma por pescado, y en carnal por carne, diciendo ser de dos elementos, y por consiguiente, de entrambos tiempos. Es dañosa para bubosos. Salen estos animales del agua, y suben á los árboles y andan por tierra. Asombran á quien los mira, aunque los conozca: tan fiera catadura tienen. Engordan mucho fregándoles la barriga en arena, que es nuevo secreto. Hay tambien manatís, tortugas, y otros peces muy grandes que acá no conoscemos; tiburones y lobos marinos, que salen á tierra á dormir y roncan muy recio. Paren las hembras cada dos lobos y crianlos con leche, ca tienen dos tetas al pecho entre los brazos. Hay perpetua enemiga entre los tiburones y lobos marinos, y pelean reciamente, el tiburon por comer y el lobo por no ser comido. Empero siempre son muchos tiburones para un lobo. Hay muchas aves pequeñas y grandes, de nueva color y talle para nosotros. Patos negros con alas blancas, que se precian mucho para pluma, y que se vende cada uno, en la tierra donde no los hay, por un esclavo. Garcetas blancas, muy estimadas para plumajes. Otras aves que llaman teuquechul ó avedios, como gallos, de que hacen ricas cosas con oro; y si la obra desta pluma fuese durable, no habia mas que pedir. Hay unas aves como torcazas, blancas y pardas, que parescen ánades en el pico, y que tienen un pié de pata y otro de uñas como gavilan; y así, pescan nadando y cazan volando. Andan tambien por allí muchas aves de rapiña, como decir gavilanes, azores y halcones de diversas maneras, que se ceban y mantienen de las mansas. Cuervos marinos que pescan á maravilla, y unas que parescen cigüeñas en el cuello y pico, sino que lo tienen mucho mas largo y extraño. Hay muchos alcatraces y de muchas colores, que se sustentan de peces: son como

ansarones en el tamaño, y en el pico, que será dos palmos; y no mandan el de arriba, sino el bajero. Tienen un papo desde el pico al pecho, en que meten y engullen diez libras de peces y un cántaro de agua. Tornan fácilmente lo que comen. Oí decir que se tragó uno destos pájaros un negrillo de pocos meses nacido; mas no pudo volar con él; y así, lo tomaron. Al rededor de aquella laguna se crian infinitas liebres, conejos, monillos ó gatillos de muchos tamaños; puercos, venados, leones y tigres, y un animal dicho aiotochtli, no mayor que el gato; el cual tiene rostro de anadon, pies de puerco espin ó erizo, y cola larga. Está cubierto de conchas, que se encogen como escarcelas, donde se mete como galápago, y que parescen mucho cubiertas de caballo. Tiene cubierta la cola de conchuelas, y la cabeza de una testera de lo mesmo, quedando fuera las orejas. Es, en fin, ni mas ni menos que caballo encubertado, y por eso lo llaman españoles el encubertado ó el armado, y los indios aiotochtli, que suena conejo de calabaza.

El buen recogimiento que Cortés halló en Sant Juan de Ulúa.

Embarcados que fueron, hicieron vela y navegaron al poniente lo mas junto á tierra que pudieron; tanto, que veian muy bien la gente que andaba por la costa; la cual, como es sin puertos, no hallaron donde poder surgir seguramente con navíos gruesos hasta el juéves Santo, que llegaron á Sant Juan de Ulúa, que les paresció puerto, al cual los naturales de allí llaman Chalchicoeca. Allí paró la flota y echó anclas. Apenas fueron surtos, cuando luego vinieron dos acalles, que son como las canoas, en busca del capitan de aquellos navíos; y como vieron las banderas y estandarte de la nao capitana, siguieron á ella. Preguntaron por el capitan, y como les fué mostrado, hicieron su reverencia, y dijeron que Teudilli, gobernador de aquella provincia, enviaba á saber qué gente y de dónde era aquella, á qué venia, qué buscaba, si queria parar allí ó pasar adelante. Cortés, aunque Aguilar no los entendió bien, les hizo entrar en la nao, agradescióles su trabajo y venida, dióles colacion con vino y conservas, y díjoles que luego al otro dia saldria á tierra á ver y hablar al Gobernador; al cual rogaba no se alborotase de su salida, que ningun daño haria con ella, sino mucho provecho y placer. Aquellos hombres tomaron ciertas cosillas de rescate, comieron y bebieron con tiento, sospechando mal, aunque les supo bien el vino; y por eso pidieron dello y de las conservas para el Gobernador; y con tanto, se volvieron. Otro dia, que fué viérnes Santo, saltó Cortés en tierra con los bateles llenos de españoles, y luego hizo sacar la artillería y caballos, y poco á poco toda la gente de guerra y de servicio, que eran hasta docientos hombres de Cuba. Tomó el mejor sitio que les paresció entre aquellos arenales de la marina; y así, asentó real y se hizo fuerte; y los de Cuba, como hay por allí muchos árboles, hicieron de presto las chozas que menester fueron para todos, de rama. Luego vinieron muchos indios de un lugarejo allí cerca y de otros, al real de los españoles, á ver lo que nunca vieron, y traian oro para trocar por semejantes cosillas que habian llevado los de los acalles, y mucho pan y viandas guisadas á su modo con ají, para dar ó vender á los nuestros; por lo cual les dieron los españoles contezuelas de vidrio, espejos, tijeras, cuchillos, alfileres y otras cosas tales; con que no poco alegres, se tornaron á sus casas y las mostraron á sus vecinos. Fué tanto el gozo y contento que todos aquellos simples hombres tomaron con aquellas cosillas qué de rescate llevaron y vieron, que tambien volvieron luego al otro dia, ellos y otros muchos, cargados de joyas de oro, de gallipavos, de pan, de fruta, de comida guisada, que bastescieron el ejército español; y llevaron por todo ello no muchos sartales ni agujas ni cintas; pero quedaron con ello tan pagados y ricos, que no se veian de placer y regocijo, y aun creian que habian engañado á los forasteros pensando que era el vidrio piedras finas. Visto por Cortés la mucha cantidad de oro que aquella gente traia y trocaba tan bobamente por dijes y niñerías, mandó pregonar en el real que ninguno tomase oro, so graves penas, sino que todos hiciesen que no lo conoscian ó que no lo querian, porque no paresciese que era codicia, ni su intencion y venida á solo aquello encaminada; y así, disimulaba para ver qué cosa era aquella gran muestra de oro, y si lo hacian aquellos indios por probar si lo habian por ello. El domingo de Pascua luego por la mañana vino al real Teudilli, ó Quintaluor, como dicen algunos, de Cotosta, ocho leguas de allí, donde residia. Trajo consigo bien mas de cuatro mil hombres sin armas, empero los mas bien vestidos, y algunos con ropas de algodon, ricas á su costumbre; los otros casi desnudos, y cargados de cosas de comer, que fué una abundancia grande y extraña. Hizo su acatamiento al capitan Cortés, como ellos usan, quemando incienso y pajuelas tocadas en sangre de su mismo cuerpo. Presentóle aquellas vituallas, dióle ciertas joyas de oro, ricas y bien labradas, y otras cosas hechas de pluma, que no eran de menor artificio y extrañeza. Cortés lo abrazó y recibió muy alegremente; y saludando á los demás, le dió un sayo de seda, una medalla y collar de vidrio, muchos sartales, espejos, tijeras, aguejetas, ceñideros, camisas y tocadores, y otras quinquillerías de cuero, lana y fierro, que son entre nosotros de muy poco valor, pero estímanlo aquellos en mucho.

Lo que habló Cortés á Teudilli, criado de Moteczuma.

Todo esto se habia hecho sin lengua, porque Jerónimo de Aguilar no entendia á estos indios, que eran de otro muy diverso lenguaje que no el que él sabia; de lo cual Cortés estaba con cuidado y pena, por faltarle faraute para entenderse con aquel gobernador y saber las cosas de aquella tierra; pero luego salió della, porque una de aquellas veinte mujeres que le dieron en Potonchan hablaba con los de aquel gobernador y los entendia muy bien, como á hombres de su propria lengua; así que Cortés la tomó aparte con Aguilar, y le prometió mas que libertad si le trataba verdad entre él y aquellos de su tierra, pues los entendia, y él la queria tener por su faraute y secretaria; y allende desto, le preguntó quién era y de dónde. Marina, que así se llamaba después de cristiana, dijo que era de hácia Xalixco, de un lugar dicho Viluta, hija de ricos padres, y parientes del señor de aquella tierra; y que siendo mochacha la

habian hurtado ciertos mercaderes en tiempo de guerra, y traido á vender á la feria de Xicalanco, que es un gran pueblo sobre Coazacualco, no muy aparte de Tabasco; y de allí era venida á poder del señor de Potonchan. Esta Marina y sus compañeras fueron los primeros cristianos baptizados de toda la Nueva-España, y ella sola, con Aguilar, el verdadero intérprete entre los nuestros y los de aquella tierra. Certificado Cortés que tenia cierto y leal faraute en aquella esclava con Aguilar, oyó misa en el campo, puso cabe sí á Teudilli, y después comieron juntos; y en comiendo quedáronse entrambos en su tienda con las lenguas y otros muchos españoles é indios; y díjoles Cortés cómo era vasallo de don Cárlos de Austria, emperador de cristianos, rey de España y señor de la mayor parte del mundo, á quien muchos y muy grandes reyes y señores servian y obedescian, y los demás príncipes holgaban de ser sus amigos, por su bondad y poderío; el cual, teniendo noticia de aquella tierra y del señor della, lo enviaba allí para visitarle de su parte, y decirle algunas cosas en secreto, que traia por escrito, y que holgaria de saber; por eso que lo hiciese saber luego á su señor, para ver dónde mandaba oir la embajada. Respondió Teudilli que holgaba mucho de oir la grandeza y bondad del señor Emperador; pero que le hacia saber cómo su señor Moteczuma no era menor rey ni menos bueno; antes se maravillaba que hobiese otro tan gran príncipe en el mundo; y que pues así era, él se lo haria saber para entender qué mandaba hacer del embajador y su embajada; ca él confiaba en la clemencia de su señor, que no solo se holgaria con aquellas nuevas, mas que aun haria mercedes al que las traia. Tras esta plática hizo Cortés que los españoles saliesen con sus armas en ordenanza al paso y son del pífaro y atambor y escaramuzasen, y que los de caballo corriesen, y se tirase la artillería; y todo á fin que aquel gobernador lo dijese á su rey. Los indios contemplaron mucho el traje, gesto y barbas de los españoles. Maravillábanse de ver comer y correr á los caballos. Temian del resplandor de las espadas. Caíanse en el suelo del golpe y estruendo que hacia la artillería, y pensaban que se hundia el cielo á truenos y rayos; y de las naos decian que venia el dios Quezalcobatl con sus templos á cuestas; que era dios del aire, que se habia ido, y le esperaban. Hecho que fué todo esto, Teudilli despachó á Méjico á Moteczuma con lo que habia visto y oido, é pidiéndole oro para dar al capitan de aquella nueva gente, y era porque Cortés le preguntó si Moteczuma tenia oro. E como respondió que sí, «envíeme, dice, dello; ca tenemos yo y mis compañeros mal de corazon, enfermedad que sana con ello.» Estas mensajerías fueron en un dia y una noche del real de Cortés á Méjico, que hay setenta leguas y mas de camino, y llevaron pintada la hechura de los caballos y del caballo y hombre encima, la manera de las armas, qué y cuántos eran los tiros de fuego, y qué número habia de hombres barbudos. De los navíos ya avisó así como los vió, diciendo qué tantos, y qué tan grandes eran. Todo esto hizo Teudilli pintar al natural en algodon tejido para que Moteczuma lo viese. Llegó tan presto esta mensajería tan léjos, porque estaban puestos de trecho á trecho hombres, como postas de caballo, que de mano en mano daba uno á otro el lienzo y el recado, y así volaba el aviso. Mas se corre así que por la posta de caballos, y es mas antigua costumbre que la de los caballos. Tambien envió este gobernador á Moteczuma los vestidos y muchas de las otras cosas que Cortés le dió, las cuales se hallaron después en su recámara.

El presente y respuesta que Moteczuma envió á Cortés.

Despachados que fueron los mensajeros y prometida la respuesta dentro de pocos dias, se despidió Teudilli, y á dos ó tres tiros de ballesta del real de nuestros españoles hizo hacer mas de mil chozas de rama. Dejó allí dos hombres principales, como capitanes, con hasta dos mil personas, entre mujeres y hombres, de servicio; y fuése á Cotasta, lugar de su residencia y morada. Aquellos dos capitanes tenian cargo de proveer los españoles. Las mujeres amasaban y molian pan de centli, que es maíz. Guisaban frísoles, carne, pescado y otras cosas de comer. Los hombres traian la comida al real, y ni mas ni menos la leña y agua que era menester, y cuanta yerba podian comer los caballos, de la cual por toda aquella tierra están llenos los campos á todo tiempo del año. Y estos indios iban la tierra adentro á los pueblos vecinos y traian tantos bastimentos para todos, que era cosa de ver. Así pasaron siete y ocho dias con muchas visitas de indios, y esperando al Gobernador, y la respuesta de aquel tan gran señor como todos decian; el cual luego vino con un muy gentil presente y rico, que era de muchas mantas y ropetas de algodon blancas y de color y labradas, como ellos usan; muchos penachos y otras lindas plumas, y algunas cosas hechas de oro y pluma, rica y primamente obradas; cantidad de joyas y piezas de plata y oro, y dos ruedas delgadas, una de plata, que pesaba cincuenta y dos marcos, con la figura de la luna, y otra de oro, que pesaba cien marcos, hecha como sol, y con muchos follajes y animales de relieve; obra primísima. Tienen en aquella tierra á estas dos cosas por dioses, y danles el color de los metales que les semejan. Cada una dellas tenia hasta diez palmos de ancho y treinta de ruedo. Podia valer este presente veinte mil ducados ó pocos mas; el cual presente tenian para dar á Grijalva si no se fuera, segun decian los indios. Díjole por respuesta que Moteczumacin, su señor, holgaba mucho de saber y ser amigo de tan poderoso príncipe como le decian que era el rey de España, y que en su tiempo aportasen á su tierra gentes nuevas, buenas, extrañas y nunca vistas, para hacerles todo placer y honra. Por tanto, que viese lo que habia menester, el tiempo que allí pensaba estar, para sí y para su enfermedad, y para su gente y navíos; que lo mandaria proveer todo muy cumplidamente; y aun si en su tierra habia alguna cosa que le agradase para llevar á aquel su gran emperador de cristianos, que se le daria muy de buena voluntad; y que en cuanto á que se viesen y hablasen, que lo hallaba por imposible, á causa que como él estaba doliente, no podia venir á la mar, y que pensar de ir adonde él estaba era muy difícil y trabajosísimo, ansí por las muchas y ásperas sierras que habia en el camino, como por los despoblados grandes y estériles que tenia de pasar, donde forzado le era padescer hambre, sed y otras necesidades des-

tas. Y allende desto, mucha parte de la tierra por do habia de pasar era de enemigos suyos, gente cruel y mala, que lo matarian sabiendo que iba como su amigo. Todos estos inconvenientes ó excusas le ponia Moteczuma y su gobernador á Cortés para que no fuese adelante con su gente, pensando engañarle así y estorballe el viaje, y espantalle con tales y tantas dificultades y peligros, ó esperando algun mal tiempo para la flota, que le constriñese á irse de allí. Pero cuanto mas le contradecian, mas gana le ponian de ver á Moteczuma, que tan gran rey era en aquella tierra, y descobrir por entero la riqueza que imaginaba; y así como rescibió el presente y respuesta, dió á Teudilli un vestido entero de su persona y otras muchas cosas de las mejores que llevaba para rescatar, que enviase al señor Moteczuma, de cuya liberalidad y magnificencia tan grandes loores le decia. Y díjole que aun por solamente ver un tan bueno y poderoso rey era justo ir á do estaba, cuanto mas que le era forzado por hacer la embajada que llevaba del emperador de cristianos, que era el mayor rey del mundo. Y si no iba, no hacia bien su oficio ni lo que era obligado á ley de bondad y caballería, é incurriria en desgracia y odio de su rey y señor. Por tanto, que le rogaba mucho avisase de nuevo esta determinacion que tenia, porque supiese Moteczuma que no la mudaria por aquellos inconvenientes que le ponian, ni por otros muy mayores que le pudiesen recrescer. Que quien venia por agua dos mil leguas, bien podia ir por tierra setenta. Importunábale con esto, que enviase luego, para que volviesen presto los mensajeros, pues veia que tenia mucha gente de mantener, y poco que dalle á comer, y los navíos á peligro, y el tiempo se pasaba en palabras. Teudilli decia que ya despachaba cada dia á Moteczuma con lo que se ofrescia, y que entre tanto no se congojase, sino que holgase y hubiese placer; que no tardaria el despacho y resolucion á venir de Méjico, bien que estaba léjos. Y que del comer no tuviese cuidado, que allí le proveerian abundantísimamente; y con esto le rogó mucho que, pues estaba mal aposentado en el campo y arenales, se fuese con él á unos lugares seis ó siete leguas de allí. Y como Cortés no quiso ir, fuése él, y estuvo allá diez dias esperando lo que Moteczuma mandaba.

De cómo supo Cortés que habia bandos en aquella tierra.

En este comedio andaban ciertos hombres en un cerrillo ó médano de arena, de los cuales hay allí al rededor muchos; y como no se juntaban ni hablaban con los que estaban serviendo los españoles, preguntó Cortés qué gente era aquella, que se extrañaba de llegar donde él y ellos estaban. Aquellos dos capitanes le dijeron que eran algunos labradores que se paraban á mirar. No satisfecho de la respuesta, sospechó Cortés que le mentian, ca le paresció que traian gana de llegar á los españoles, y que no osaban por aquellos del Gobernador, y era ello ansí; que como toda la costa y aun la tierra dentro hasta Méjico estaba llena de las nuevas y extrañezas y cosas que los nuestros habian hecho en Pontonchan, todos deseaban verlos y hablalles; mas no se atrevian, por miedo de los de Culúa, que son los de Moteczuma. Así que envió á ellos cinco españoles que, haciendo señas de paz, los llamasen, ó por fuerza tomasen alguno y se le trajesen al real. Aquellos hombres, que serian cerca de veinte, holgaron de ver ir para ellos á los cinco extranjeros; y ganosos de mirar tan nueva y extraña gente y navíos, se vinieron al ejército y á la tienda del capitan muy de grado. Eran estos indios muy diferentes de cuantos hasta allí habian visto; porque eran mas altos de cuerpo que los otros, y porque traian las ternillas de entre las narices tan abiertas, que casi llegaban á la boca, donde colgaban unas sortijas de azabache ó ámbar cuajado ó de otra cosa así preciada. Traian asimismo horadados los labrios bajeros, y en los agujeros unos sortijones de oro con muchas turquesas no finas; mas pesaban tanto, que derribaban los bezos sobre las barbillas y dejaban los dientes de fuera; lo cual, aunque ellos lo hacian por gentileza y bien parescer, los afeaba mucho en ojos de nuestros españoles, que nunca habian visto semejante fealdad, aunque los de Moteczuma tambien traian agujerados los bezos y las orejas, pero de chicos agujeros y con pequeñas rodezuelas. Algunos no tenian hendidas las narices, sino con grandes agujeros; mas empero todos tenian hechos tan grandes agujeros en las orejas, que podia muy bien caber por ellos cualquiera dedo de la mano, y de allí prendian cercillos de oro y piedras. Esta fealdad y diferencia de rostro puso admiracion á los nuestros. Cortés les hizo hablar con Marina, y ellos dijeron que eran de Cempoallan, una ciudad léjos de allí casi un sol: así cuentan ellos sus jornadas. Y que el término de su tierra estaba á medio camino en un gran rio que parte mojones con tierras del señor Moteczumacin; y que su cacique los habia enviado á ver qué gente ó dioses venian en aquellos teucallis, que es como decir templos; y que no habian osado venir antes ni solos, no sabiendo á qué gente iban. Cortés les hizo buena cara y trató halagüeñamente, porque le parecieron bestiales, mostrando que se habia holgado mucho en verlos, y en oirles la buena voluntad de su señor. Dióles algunas cosillas de rescate que llevasen, y mostróles las armas y caballos; cosa que nunca ellos vieron ni oyeron; y ansí, se andaban por el real hechos bobos mirando unas y otras cosas; y en todo esto no se trataban ni comunicaban ellos ni los otros indios. Y preguntada la india que servia de faraute, dijo á Cortés que no solamente eran de lenguaje diferente, mas que tambien eran de otro señor, no sujeto á Moteczuma sino en cierta manera y por fuerza. Mucho le plugo á Cortés con tal nueva, que ya él barruntaba por las pláticas de Teudilli que Moteczuma tenia por allí guerra y contrarios; y así, apartó luego en su tienda tres ó cuatro de aquellos que mas entendidos ó principales le parecieron, y preguntóles con Marina por los señores que habia por aquella tierra. Ellos respondieron que toda era del gran señor Moteczuma, aunque en cada provincia ó ciudad habia señor por sí, pero que todos ellos le pechaban y servian como vasallos y aun como esclavos; mas que muchos dellos, de poco tiempo á esta parte, le reconocian por fuerza de armas, y daban parias y tributo, que antes no solian, como era el suyo de Cempoallan y otros sus comarcanos; los cuales siempre andaban en guerras con él por librarse de su tiranía; pero

no podian, que eran sus huestes grandes y de muy esforzada gente. Cortés, muy alegre de hallar en aquella tierra unos señores enemigos de otros y con guerra, para poder efetuar mejor su propósito y pensamientos, les agradeció la noticia que le daban del estado y ser de la tierra. Ofrecióles su amistad y ayuda, rogóles que viniesen muchas veces á su ejército, y despidiólos con muchas encomiendas y dones para su señor, y que presto le iria á ver y servir.

Cómo entró Cortés á ver la tierra con cuatrocientos compañeros.

Volvió Teudilli á cabo de diez dias, y trujo mucha ropa de algodon, y ciertas cosas de pluma bien hechas, en cámbio de lo que enviara á Méjico, y dijo que se fuese Cortés con su armada, porque era excusado por entonces verse con Moteczuma, y que mirase qué era lo que queria de la tierra, y que se le daria; y que siempre que por allí pasase harian lo mesmo. Cortés le dijo que no haria tal, y que no se iria sin hablar á Moteczuma. El Gobernador replicó que no porfiase mas en ello, y con tanto se despidió; y luego aquella noche se fué con todos sus indios é indias que servian y proveian el real; y cuando amaneció estaban las chozas vacías. Cortés se receló de aquello, y se apercibió á batalla; mas como no vino gente, atendió á proveer de puerto para sus naos, y á buscar buen asiento para poblar; ca su intento era permanescer allí y conquistar aquella tierra, pues habia visto grandes muestras y señales de oro y plata y otras riquezas en ella; mas no halló aparejo ninguno en una gran legua á la redonda, por ser todo aquello arenales, que con el tiempo se mudan á una parte y á otra, y tierra anegadiza y húmeda, y por consiguiente de mala vivienda. Por lo cual despachó á Francisco de Montejo en dos bergantines, con cincuenta compañeros y con Anton de Alaminos, piloto, á que siguiese la costa, hasta topar con algun razonable puerto y buen sitio de poblar. Montejo corrió la costa sin hallar puerto hasta Pánuco, si no fué el abrigo de un peñol que estaba salido en mar. Volvióse al cabo de tres semanas, que gastó en aquel poco camino, huyendo de tan mala mar como habia navegado; porque dió en unas corrientes tan temibles, que, yendo á vela y á remo, tornaban atrás los bergantines; pero dijo cómo le salian los de la costa, y se sacaban sangre, y se la ofrecian en pajuelas por amistad ó deidad; cosa amigable. Harto le pesó á Cortés la poca relacion de Montejo; pero todavía propuso de ir al abrigo que decia, por estar cerca dél dos buenos rios para agua y trato, y grandes montes para leña y madera, muchas piedras para edificar, y muchos pastos y tierra llana para labranzas. Aunque no era bastante puerto para poner en ella contratacion y escala de las naves, si poblaban, por estar muy descubierto y travesía del norte, que es el viento que por allí mas corre y daña. De manera pues que como se fueron Teudilli y los otros de Moteczuma, dejándolo en blanco, no quiso que, ó le faltasen vituallas allí, ó diese las naos al través; y así, hizo meter en los navíos toda su ropa, y él, con hasta cuatrocientos y con todos los caballos, siguió por donde iban y venian aquellos que le proveian; y á tres leguas que anduvo, llegó á un muy hermoso rio, aunque no muy hondo, porque se pudo vadear á pié. Halló luego, en pasando el rio, una aldea despoblada, que la gente con miedo de su ida habia echado á huir. Entró en una casa grande, que debia ser del señor, hecha de adobes y maderos, los suelos sacados á mano mas de un estado encima de la tierra, los tejados cubiertos de paja, mas de hermosa y extraña manera; por debajo tenia muchas y grandes piezas, unas llenas de cántaros de miel, de centli, frísoles y otras semillas, que comen, y guardan para provision de todo el año; y otras llenas de ropa de algodon y plumajes, con oro y plata en ellos. Mucho desto se halló en las otras casas, que tambien eran casi de aquella mesma hechura. Cortés mandó con público pregon que nadie tocase cosa ninguna de aquellas, so pena de muerte, excepto á los bastimentos, por cobrar buena fama y gracia con los de la tierra. Habia en aquella aldea un templo, que parecia casa en los aposentos, y tenia una torrecilla maciza con una como capilla en lo alto, adonde subian por veinte gradas, y donde estaban algunos ídolos de bulto. Halláronse allí muchos papeles, del que ellos usan, ensangrentados, y mucha otra sangre de hombres sacrificados, á lo que Marina dijo, y tambien se hallaron el tajon sobre que ponian los del sacrificio, y los navajones de pedernal con que los abrian por los pechos, y les sacaban los corazones en vida, y los arrojaban al cielo como en ofrenda. Con cuya sangre untaban los ídolos y papeles que ofrecian y quemaban. Grandísima compasion y aun espanto puso aquella vista á nuestros españoles. Deste lugarejo fué á otros tres ó cuatro, que ninguno pasaba de docientas casas, y todos los halló desiertos, aunque poblados de bastimentos y sangre como el primero. Tornóse de allí, porque no hacia fruto ninguno, y porque era tiempo de descargar los navíos y de enviarlos por mas gente, y porque deseaba asentar ya: detúvose en esto obra de diez dias.

Cómo dejó Cortés el cargo que llevaba.

Como Cortés fué vuelto adonde los navíos estaban con los demás españoles, hablóles á todos juntos, diciendo que ya veian cuánta merced Dios les habia hecho en guiarlos y traerlos sanos y con bien á una tierra tan buena y tan rica, segun las muestras y aparencias habian visto en así breve espacio de tiempo, y cuán abundosa de comida, poblada de gente, mas vestida, mas polida y de razon, y que mejores edificios y labranzas tenian de cuantas hasta entonces se habian visto ni descubierto en Indias; y que era de creer ser mucho mas lo que no veian que lo que parescia, por tanto que debian dar muchas gracias á Dios y poblar allí, y entrar la tierra adentro á gozar la gracia y mercedes del Señor; y que para lo poder mejor hacer, le parescia asentar al presente allí, ó en el mejor sitio y puerto que hallar pudiesen, y hacerse muy bien fuertes con cerca y fortaleza para defenderse de aquellas gentes de la tierra, que no holgaban mucho con su venida y estada; y aun tambien para desde allí poder con mas facilidad tener amistad y contratacion con algunos indios y pueblos comarcanos, como era Cempoallan y otros que habia contrarios y enemigos de la gente de Moteczuma, y que asentando y poblando, podian descargar

los navíos, y enviarlos luego á Cuba, Santo Domingo, Jamáica, Boriquen y otras islas, ó á España por mas gente, armas y caballos, y por mas vestidos y bastimentos; y además desto, era razon de enviar relacion y noticia de lo que pasaba á España, al Emperador rey, su señor, con la muestra de oro y plata y cosas ricas de pluma que tenian; y para que todo esto se hiciese con mayor autoridad y consejo, él queria, como su capitan, nombrar cabildo, sacar alcaldes y regidores, y señalar todos los otros oficiales que eran menester para el regimiento y buena gobernacion de la villa que habian de hacer; los cuales rigiesen, vedasen y mandasen hasta tanto que el Emperador proveyese y mandase lo que mas á su servicio conviniese; y tras esto, tomó la posesion de toda aquella tierra con la demás por descubrir, en nombre del emperador don Cárlos, rey de Castilla. Hizo los otros autos y diligencias que en tal caso se requerian, é pidiólo ansí por testimonio á Francisco Fernandez, escribano real, que presente estaba. Todos respondieron que les parescia muy bien lo que habia dicho, y loaban y aprobaban lo que queria hacer; por tanto, que lo hiciese así como lo decia, pues ellos habian venido con él para le seguir y obedescer. Cortés entonces nombró alcaldes, regidores, procurador, alguacil, escribano y todos los demás oficios á cumplimiento de cabildo entero, en nombre del Emperador, su natural señor; y les entregó luego allí las varas, y puso nombre al concejo la villa rica de la Veracruz, porque el viérnes de la Cruz habian entrado en aquella tierra. Tras estos autos, hizo luego Cortés otro ante el mesmo escribano y ante los alcaldes nuevos, que eran Alonso Fernandez Portocarrero y Francisco de Montejo, en que dejó, disistió y cedió en manos y poder dellos, y como justicia real y ordinaria, el mando y cargo de capitan y descobridor que le dieron los frailes jerónimos, que residian y gobernaban en la isla Española por su majestad; y que no queria usar del poder que tenia de Diego Velazquez, lugarteniente de gobernador en Cuba por el almirante de las Indias, para rescatar y descubrir, buscando á Juan de Grijalva, por cuanto ninguno de todos ellos tenia mando ni jurisdicion en aquella tierra, que él y ellos acababan de descubrir, y comenzaban á poblar en nombre del rey de Castilla, como sus naturales y leales vasallos; y ansí lo pidió por testimonio, y se lo dieron.

Cómo los soldados hicieron á Cortés capitan y alcalde mayor.

Los alcaldes y oficiales nuevos tomaron las varas y posesion de sus oficios, y se juntaron luego á cabildo, segun y como en las villas y lugares de Castilla se suele y acostumbra juntar el concejo, y hablaron y trataron en él muchas cosas tocantes al provecho comun y bien de la república, y al regimiento de la nueva villa y poblacion que hacian; y entre ellas acordaron hacer su capitan y justicia mayor al mesmo Fernando Cortés, y darle poder y autoridad para lo que tocase á la guerra y conquista, entre tanto que el Emperador otra cosa acordase y mandase; y así, que con este acuerdo, voluntad y determinacion, fueron luego otro dia á Cortés, todo junto el regimiento y concejo, y le dijeron cómo ellos tenian necesidad, entre tanto que el Emperador otra cosa proveia ó mandaba, de tener un caudillo para la guerra, y que siguiese la conquista y entrada por aquella tierra, é que fuese su capitan, su cabeza, su justicia mayor, á quien acudiesen en las cosas arduas y dificultosas, y en las diferencias que ocurriesen; y que pues esto era necesario y cumplidero, así al pueblo como al ejército, que le mucho rogaban y encargaban que lo fuese él, pues en él concurrian mas partes y calidades que en otro ninguno, para los regir y mandar y gobernar, por la noticia y experiencia que tenia de las cosas, después y antes que le conociesen en aquella jornada y flota; y que ansí se lo requerian, y si menester era, se lo mandaban, porque tenian por muy cierto que Dios y el Rey serian muy servidos que él aceptase y tuviese aquel cargo y mando; y ellos recibirian buena obra, y quedarian contentos y satisfechos que serian regidos con justicia, tratados con humildad, acaudillados con diligencia y esfuerzo, y que para ello todos ellos le eligian, nombraban y tomaban por su capitan general é justicia mayor, dándole la autoridad posible y necesaria, y sometiéndose debajo de su mano, juridicion y amparo. Cortés aceptó el cargo de capitan general y justicia mayor á pocos ruegos, porque no deseaba otra cosa mas por entonces. Elegido pues que fué Cortés por capitan, le dijo el cabildo que bien sabia cómo hasta estar de asiento y conoscidos en la tierra, no tenian de qué se mantener sino de los bastimentos que él traia en los navíos; que tomase para sí y para sus criados lo que hubiese menester ó le pareciese, y lo demás se tasase en justo precio; é se lo mandase entregar para repartir entre la gente, que á la paga todos se obligarian, ó lo sacarian de monton, después de quitado el quinto del Rey; y aun tambien le rogaron que se apreciasen los navíos con su artillería en un honesto valor, para que de comun se pagasen, y de comun sirviesen en acarrear de las islas pan, vino, vestidos, armas, caballos, y las otras cosas que fuesen menester para el ejército y para la villa; porque así les saldria mas barato que trayéndolo mercaderes, que siempre quieren llevar demasiados y excesivos precios; y si esto hacia, les haria muy gran placer y buena obra. Cortés les respondió que cuando en Cuba hizo su matalotaje y basteció la flota de comida, que no lo habia hecho para revendérselo, como acostumbran otros, sino para dárselo, aunque en ello habia gastado su hacienda y empeñádose; por tanto, que lo tomasen luego todo; que él mandaria y mandaba á los maestres y escribanos de las naos que acudiesen con todos los bastimentos que en ellas habia, al cabildo; y que el regimiento lo repartiese igualmente por cabezas á raciones, sin mejorar ni aun á él mesmo; porque en semejante tiempo y de tal comida, que no es para mas de sustentar las vidas, tanto ha menester el chico como el grande, el viejo como el mozo. De manera que, aunque debia mas de siete mil ducados, se lo daba gracioso; y cuanto á lo de los navíos, dijo que se haria lo que mas conviniese á todos, porque no dispornia dellos sin primero hacérselo saber. Todo esto hacia Cortés por ganarles siempre mas las voluntades y bocas, que habia muchos que no le querian bien; aunque á la verdad, él era de suyo largo en estos gastos de guerra con sus compañeros.

El recibimiento que hicieron á Cortés en Cempoallan.

No les pareciendo buen asiento aquel donde estaban, para fundar la villa, acordaron de pasarse á Aquiahuiztlan, que era el abrigo del peñon que decia Montejo; y así, mandó luego Cortés meter en los navíos gente que los guardase, y la artillería y lo demás todo que estaba en tierra, y que se fuesen allá, y él que iria por tierra aquellas ocho ó diez leguas que habia del un cabo al otro, con los caballos, y con cuatrocientos compañeros, y dos medios falconetes, y algunos indios de Cuba. Los navíos se fueron costa á costa, y él echó hácia do le habian dicho que estaba Cempoallan, que era derecho á do el sol se pone, aunque arrodeaba algo para ir al peñol; y á tres leguas andadas, llegó al rio que parte término con tierras de Moteczuma. No halló paso, y bajóse á la mar por vadearle mejor en la reventazon que hace al entrar en ella, y aun allí tuvo trabajo, porque pasaron á volapié. Pasados, siguieron la orilla del rio arriba, porque no pudieron la del mar, por ser tierra anegadiza. Toparon cabañas de pescadores y casillas pobres, y algunas labranzas pequeñuelas; mas á legua y media salieron de aquellos lagunajos, y entraron en unas muy buenas y muy hermosas vegas, y por ellas andaban muchos venados. Prosiguiendo siempre su camino por el rio, y creyendo hallar á la ribera dél algun buen pueblo, vieron en un cerrito hasta veinte personas. Cortés entonces envió allá cuatro de caballo, y mandóles que si haciéndoles señal de paz, huyesen, corriesen tras ellos, y le trujesen los que pudiesen, porque era menester para lengua, y para guia del camino y pueblo; que iban ciegos y á tino, sin saber por dó echar á poblado. Los de caballo fueron, y ya que llegaban junto al cerrillo, y los voceaban y señalaban que iban de paz, huyeron aquellos hombres, medrosos y espantados de ver cosa tan grande y alta, que les parecia mostro, y que caballo y hombre era toda una cosa; mas como la tierra era llana y sin árboles, luego los alcanzaron, y ellos se rendieron como no traian armas; y así, los trajeron todos á Cortés. Tenian las orejas, narices y rostros con ansí grandes y feos agujeros y cercillos, como los otros que dijeron ser de Cempoallan; y así lo dijeron ellos, y que estaba cerca la ciudad. Preguntados á qué venian, respondieron que á mirar; y por qué huian, que de miedo de gente no conoscida. Cortés los aseguró entonces, y les dijo cómo él iba con aquellos pocos compañeros á su lugar, á ver y hablar á su señor como amigos, con mucho deseo de conoscelle, pues no habia querido venir, ni salir del pueblo; por eso que le guiasen. Los indios dijeron que ya era tarde para llegar á Cempoallan; mas que le llevarian á una aldea que estaba de la otra parte del rio y se parescia, donde, aunque era pequeña, ternia buena posada y comida por aquella noche para toda su compañía. Cuando llegaron allá, algunos de aquellos veinte indios se fueron, con licencia de Cortés, á decir á su señor cómo quedaban en aquel lugarejo, y que otro dia tornarian con la respuesta. Los demás se quedaron allí para servir y proveer los españoles y nuevos huéspedes; y así, los hospedaron y dieron bien de cenar. Cortés se recogió aquella noche lo mejor y mas fuerte que pudo. La mañana siguiente, bien de mañana, vinieron á él hasta cien hombres, todos cargados de gallinas como pavos, y le dijeron que su señor se habia holgado mucho con su venida, y que por ser muy gordo y pesado para caminar, no venia; mas que le quedaba esperando en la ciudad. Cortés almorzó aquellas aves con sus españoles, y se fué luego por do le guiaron muy presto en ordenanza, y con los dos tirillos á punto, por si algo acontesciese. Desde que pasaron aquel rio hasta llegar á otro caminaron por muy gentil camino; pasáronle tambien á vado, y luego vieron á Cempoallan, que estaria lejos una milla, toda de jardines y frescura y muy buenas huertas de regadío. Salieron de la ciudad muchos hombres y mujeres, como en recibimiento, á ver aquellos nuevos y mas que hombres. Y dábanles con alegre semblante muchas flores y frutas muy diversas de las que los nuestros conoscian; y aun entraban sin miedo entre la ordenanza del escuadron; y desta manera, y con este regocijo y fiesta, entraron en la ciudad, que toda era un verjel, y con tan grandes y altos árboles, que apenas se parescian las casas. A la puerta salieron muchas personas de lustre, á manera de cabildo, á los recebir, hablar y ofrescer. Seis españoles de caballo, que iban adelante un buen pedazo, como descubridores, tornaron atrás muy maravillados, ya que el escuadron entraba por la puerta de la ciudad, y dijeron á Cortés que habian visto un patio de una gran casa chapado todo de plata. El les mandó volver, y que no hiciesen muestra ni milagros por ello, ni de cosa que viesen. Toda la calle por donde iban estaba llena de gente, abobada de ver caballos, tiros y hombres tan extraños. Pasando por una muy gran plaza, vieron á mano derecha un gran cercado de cal y canto, con sus almenas, y muy blanqueado de yeso de espejuelo y muy bien bruñido; que con el sol relucia mucho y parescia plata; y esto era lo que aquellos españoles pensaron que era plata chapada por las paredes. Creo que con la imaginacion que llevaban y buenos deseos, todo se les antojaba plata y oro lo que relucia. Y á la verdad, como ello fué imaginacion, así fue imágen sin el cuerpo y alma que deseaban ellos. Habia dentro de aquel patio ó cercado una buena hilera de aposentos, é al otro lado seis ó siete torres, por sí cada una, la una dellas mucho mas alta que las otras. Pasaron pues por allí callando muy disimulados, aunque engañados, y sin preguntar nada, siguiendo todavía á los que guiaban, hasta llegar á las casas y palacio del señor. El cual entonces salió muy bien acompañado de personas ancianas y mejor ataviadas que los demás, y á par de sí dos caballeros, segun su hábito y manera, que le traian del brazo. Como se juntaron él y Cortés, hizo cada uno su mesura y cortesía al otro, á fuer de su tierra, y con los farautes se saludaron en breves palabras; y así, se tornó luego á entrar en palacio, y señaló personas de aquellas principales que aposentasen y acompañasen al capitan y á la gente; los cuales llevaron á Cortés al patio cercado que estaba en la plaza; donde cupieron todos los españoles, por ser de grandes aposentos y buenos. Como fueron dentro se desengañaron, y aun se corrieron los que pensaron que las paredes estaban cubiertas de plata. Cortés hizo repartir las salas, curar los caballos, asentar los tiros á la puerta, y en fin, fortalescerle allí como en real y cabe los enemigos,

y mandó que ninguno saliese fuera, por necesidad que tuviese, sin expresa licencia suya, so pena de muerte. Los criados del señor y oficiales del regimiento proveyeron largamente de cena y camas á su usanza.

Lo que dijo á Cortés el señor de Cemporal.

Otro dia por la mañana vino el señor á ver á Cortés con una honrada compañía, y trájole muchas mantas de algodon que ellos visten y añudan al hombro, como las que cubren y traen las gitanas, y ciertas joyas de oro que podian valer dos mil ducados. Díjole que descansase y tomase placer él y los suyos, que por eso no queria darle pesadumbre ni hablalle en negocios; y así, se despidió entonces como habia hecho el dia de antes, diciendo que pidiesen lo que hubiesen menester ó quisiesen. Como él se fué, entraron con mucha comida guisada mas indios que españoles eran, y con grande abundancia de frutas y ramilletes; y así, desta manera estuvieron allí quince dias, proveidos abundantísimamente. Otro dia envió Cortés al señor algunas ropas y vestidos de España, y muchas cosillas de rescate, y á rogarle que le dejase ir á su casa á le ver y hablar allá, pues era mala crianza sufrir que su merced viniese, y él que no le fuese á visitar. Respondió que le placia y que holgaba dello, y con esto tomó hasta cincuenta españoles con sus armas que le acompañasen, y dejando los demás en el patio y aposento con un capitan, y apercebidos muy bien, se fué á palacio. El señor salió á la calle, y entráronse en una sala baja; que allí, como tierra calorosa, no fabrican en alto, mas de que por sanidad levantan á tierra llena y maciza el suelo obra de un estado, á do suben por escalones, y sobre aquello arman la casa é cimientan las paredes, que ó son de piedra ó adobes, pero lucidas de yeso ó con cal, y la cubierta es de paja ó hoja tan bien y extrañamente puesta, que hermosea, y defiende las lluvias como si fuese teja. Sentáronse en unos banquillos como tajoncillos, labrados y hechos de una pieza piés y todo. El señor mandó á los suyos que se desviasen ó se fuesen, y luego comenzaron á hablar de negocios por intérpretes, y estuvieron muy gran rato en demandas y respuestas, porque Cortés deseaba mucho informarse muy bien de las cosas de aquella tierra y de aquel gran rey Moteczuma, y el señor no era nada nescio, aunque gordo, en demandar puntos y preguntas. La suma del razonamiento de Cortés fué darle cuenta y razon de su venida, y de quién y á qué le enviaba, segun y como la habia dado en Tabasco y á Teudilli y á otros. Aquel cacique, después de haber oido con atencion á Cortés, comenzó muy de raíz una luenga plática, diciendo cómo sus antepasados habian vivido en gran quietud, paz y libertad; mas que de algunos años acá estaba aquel su pueblo y tierra tiranizado y perdido, porque los señores de Méjico, Tenuchtulan, con su gente de Culúa, habian usurpado, no solamente aquella ciudad, pero aun toda la tierra, por fuerza de armas, sin que nadie se lo hubiese podido estorbar ni defender, mayormente que á los principios entraban por via de religion, con la cual juntaban después las armas; y así, se apoderaban de todo antes que se catasen dello; y agora, que han caido en tan gran error, no pueden prevalescer contra ellos ni desechar el yugo de su servidumbre y tiranía, por mas que lo han intentado tomando armas; antes cuanto mas las toman, tanto mayores daños les vienen, porque á los que se les ofrescen y dan, con ponerles cierto tributo y pecho, ó reconosciéndolos por señores con algunas parias, los reciben y ampáranlos, tienen como amigos y aliados; mas empero si les contradicen ó resisten y toman armas contra ellos, ó se revelan después de una vez subjectos y entregados, castíganlos terriblemente, matando muchos, y comiéndoselos después de haberlos sacrificado á sus dioses de la guerra Tezcatlipuca y Vitcilopuchtli, y sirviéndose de los demás que quieren por esclavos, haciendo trabajar al padre y al hijo y á la mujer, desde que el sol sale hasta que se pone; y sin esto, les toman y tienen por suyo todo lo que á la sazon poseen; y aun allende de todos estos vituperios y males, les enviaban á casa los alguaciles y recaudadores, y les llevaban lo que hallaban, sin haber misericordia ni compasion de dejarlos morir de hambre; siendo pues, dijo, desta manera tratados de Moteczuma, que hoy reina en Méjico, ¿quién no holgará ser vasallo, cuanto mas amigo, de tan bueno y justo príncipe, como le decian que era el Emperador, siquiera por salir destas vejaciones, robos, agravios y fuerzas de cada dia, aunque no fuese por recebir ni gozar otras mercedes y beneficios, que un tan gran señor querrá y podrá hacer? Paró aquí, enterneciéndosele los ojos y corazon, mas tornando en sí, encaresció la fortaleza y asiento de Méjico sobre agua, y engrandesció las riquezas, corte, grandeza, huestes y poderío de Moteczuma. Dijo asimesmo como Tlaxcallan, Huexocinco y otras provincias por allí, con mas la serranía de los totonaques, eran de opinion contraria á mejicanos, y tenian ya alguna noticia de lo que habia pasado en Tabasco, que si Cortés queria, que trataria con ellos una liga de todos que no bastase Moteczuma contra ella. Cortés, holgándose con lo que oyera, que hacia mucho á su propósito, dijo que le pesaba de aquel ruin tratamiento que se le hacia en sus tierras y súbditos, mas que tuviese por cierto que él se lo quitaria y aun se lo vengaria, porque no venia sino á deshacer agravios y favorescer los presos, ayudar á los mezquinos y quitar tiranías, y fuera desto, él y los suyos habian recebido en su casa tan buen recogimiento y obras, que quedaba en obligacion de hacerle todo placer y espaldas contra sus enemigos, y lo mesmo haria con aquellos sus amigos; y que les dijese aquello á que venia, y que por ser de su parcialidad seria su amigo y les ayudaria en lo que mandasen. Despidióse con tanto Cortés, diciendo que habia muchos dias estado allí, y tenia necesidad de ver la otra su gente y navíos que le aguardaban en Aquiahuiztlan, donde pensaba tomar asiento por algun tiempo, y donde se podrian comunicar. El señor de Cempoallan dijo que si queria estar allí, mucho en buen hora, y si no, que cerca estaban los navíos para tratar sin mucho trabajo ni tiempo lo que acordasen. Hizo llamar ocho doncellas muy bien vestidas á su manera y que parescian moriscas, una de las cuales traia mejores ropas de algodon y mas labradas, y algunas piezas y joyas de oro encima; y dijo que todas aquellas mujeres eran ricas y nobles, y que la del oro era señora de vasallos y sobrina suya; la cual dió á

Cortés, con las demás, para que la tomase por mujer, y las diese á los caballeros de su compañía que mandase, en prenda de amor y amistad perpetua y verdadera. Cortés recibió el don con mucho contentamiento, por no enojar al dador; y así, se partió, y con él aquellas mujeres en andas de hombres, con muchas otras que las sirviesen, y otros muchos indios que le acompañasen á él y le guiasen hasta la mar, y le proveyesen de lo necesario.

Lo que avino á Cortés en Chiauiztlan.

El dia que partieron de Cempoallan llegaron á Aquiahuiztlan, y aun no eran los navíos llegados, de que mucho se maravilló Cortés, por haber tardado tanto tiempo en tan poco camino. Estaba un lugar á tiro de arcabuz ó poco mas del peñon en un repecho que se llamaba Chiauiztlan; y como Cortés estaba ocioso, fué allá con los suyos en órden y con los de Cempoallan, que le dijeron que era de un señor de los opresos de Moteczuma. Llegó al pié del cerro sin ver hombre del pueblo, sino dos, que no los entendió Marina. Comenzaron á subir por aquella cuesta arriba, y los de caballo quisiéranse apear, porque la subida era muy agra y áspera; Cortés les mandó que no, porque los indios no sintiesen que habia ni podia haber lugar, por alto y malo que fuese, donde el caballo no subiese; mas subieron poco á poco y llegaron hasta las casas, y como no vieron á nadie, temian algun engaño; mas por no mostrar flaqueza entraron por el pueblo, hasta que toparon una docena de hombres honrados que traian un faraute que sabia la lengua de Culúa y la de allí, que es la que se usa y habla en toda aquella serranía, que llaman Totonac; los cuales dijeron que gente de tal forma como los españoles, ellos no habian visto jamás, ni oido que hobiesen venido por aquellas partes, y que por esto se escondian; pero que como el señor de Cempoallan les habia hecho saber quién eran, y certificado ser gente pacífica, buena, y no dañosa, se habian asegurado y perdido el miedo que cobraran viéndolos ir hácia su pueblo; y así, venian á recebirlos de parte de su señor y á guiarlos adonde habian de ser aposentados. Cortés los siguió hasta una plaza donde estaba el señor del lugar muy acompañado; el cual hizo gran muestra de placer en ver aquellos extranjeros con tan luengas barbas. Tomó un braserillo de barro con ascuas, echó una cierta resina que paresce ánime blanco y que huele á incienso, y saludó á Cortés incensando, que es cerimonia que usan con los señores y con los dioses. Cortés y aquel señor se sentaron debajo unos portales de aquella plaza, y entre tanto que aposentaban la gente, le dió cuenta Cortés de su venida en aquella tierra, como hizo á todos los demás por donde habia pasado. El señor le dijo casi lo mesmo que el de Cempoallan, y aun con harto temor de Moteczuma, no se enojase por le haber recebido y hospedado sin su licencia y mandado. Estando en esto, asomaron veinte hombres por la otra parte frontera de la plaza, con unas varas en las manos, como alguaciles, gordas y cortas, y con sendos moscadores grandes de pluma. El señor y los otros suyos temblaban de miedo en verlos. Cortés preguntó que por qué, y dijéronle que porque venian aquellos recaudadores de las rentas de Moteczuma, y temian que dijesen cómo habian hallado allí aquellos españoles, y que fuesen castigados por ello y maltratados. Cortés les esforzó, diciendo que Moteczuma era su amigo, y haria con él que no les dijese ni hiciese mal ninguno por aquello, y aun que holgaria que le hubiesen recebido en su tierra; donde no, que él los defenderia, porque cada uno de los que consigo traia, bastaba para pelear con mil de Méjico, como ya muy bien sabia el mesmo Moteczuma por la guerra de Potonchan. No se aseguraban nada el señor ni los suyos por lo que Cortés les decia; antes se queria levantar para recebir y aposentarlos : tanto era el miedo que á Moteczuma tenian. Cortés detuvo al señor, y díjole : «Porque veais lo que podemos yo y los mios, mandad á los vuestros que prendan y tengan á buen recaudo aquellos cogedores de Méjico; que yo estaré aquí con vos, y no bastará Moteczuma á os enojar, ni aun él querrá, por mi respecto.» Con el ánimo que destas palabras cobró, hizo prender aquellos mejicanos, y porque se defendian les dieron buenos palos. Pusieron á cada uno por sí en prision en un pié de-amigo, que es un palo largo en que les atan los piés al un cabo y la garganta al otro y las manos en medio, y han por fuerza de estar tendidos en el suelo. Como los tuvieron atados, preguntaron si los matarian; Cortés les rogó que no, sino que los tuviesen así y los velasen no se les fuesen. Ellos los metieron en una sala del aposento de los nuestros, en medio de la cual encendieron un gran fuego, y pusiéronlos á la redonda dél con muchas guardas. Cortés puso ciertos españoles tambien por guardia á la puerta de la sala, y fuése á cenar á su aposento, donde tuvo harto para sí y para todos los suyos de lo que el señor les envió.

Mensajería de Cortés á Moteczuma.

Cuando le paresció tiempo que ya reposaban los indios, por ser muy noche, envió á decir á los españoles que guardaban los presos que procurasen de soltar un par dellos, sin que las otras guardas lo sintiesen, y se los trujesen. Los españoles se dieron tal maña, que, sin ser sentidos, cortaron las cuerdas, que eran cierta suerte de mimbres, y soltaron dos dellos, y los trujeron á la cámara do Cortés estaba; el cual hizo como que no los conoscia, y preguntóles con Aguilar y Marina que le dijesen quién eran, qué querian, y por qué estaban presos. Ellos dijeron que eran vasallos de Moteczumacin, y que tenian cargo de cobrar ciertos tributos que los de aquel pueblo y provincia pagaban á su señor, y que no sabian la causa por que los habian prendido y maltratado; antes se maravillaban de ver aquella novedad y desatino, porque los salian otras veces á recebir al camino con no poco acatamiento, y hacer todo servicio y placer; mas que creian que por estar él allí con los otros compañeros, que diz que son inmortales, se les habian atrevido aquellos serranos, y aun que temian no matasen á los que presos quedaban, segun eran aquellos de allí bárbara gente, antes que Moteczuma lo supiese; contra el cual holgarian de rebelarse, por darle costa y enojo, si hallasen aparejo; que otras veces lo solian hacer. Por tanto, que le suplicaban hiciese cómo ellos y los otros sus compañeros no mu-

riesen ni quedasen en manos de aquellos sus enemigos; que recibiria Moteczuma, su señor, mucho pesar si aquellos sus criados viejos y honrados padescian mal por servirle bien. Cortés les dijo que le pesaba mucho que el señor Moteczuma fuese deservido, siendo su amigo, donde él estaba, ni sus criados maltratados; que habia de mirar por ellos como por los suyos; pero que diesen gracias á Dios del cielo, y á él, que los mandó soltar en gracia y amistad de Moteczuma, para los despachar luego á Méjico con cierto recado. Por eso, que comiesen y se esforzasen á caminar, encomendándose á sus piés; no los cogiesen otra vez, que seria peor que la pasada. Ellos comieron presto, que no se les cocia el pan, por irse de allí. Cortés los despidió luego, y los hizo sacar del pueblo por do ellos guiaron, y darles algo que llevasen de comer; y les encargó, por la libertad y buena obra que dél habian recebido, que dijesen á Moteczuma, su señor, cómo él lo tenia por amigo y deseaba hacerle todo servicio, después que oyó su fama, bondad y poder; y que habia holgado hallarse allí á tal tiempo, para mostrar esta voluntad, soltándolos á ellos, y pugnando por guardar y conservar la honra y autoridad de tan gran príncipe como él era, y por favorescer y amparar los suyos, y mirar por todas sus cosas como por las proprias; y que aunque su alteza no arrostraba á su amistad ni á la de los españoles, segun lo mostró Teudilli, dejándole sin decir adios, y ausentándole la gente de la costa de sus tierras, no dejaria él de servirle siempre que hobiesen ocasion, y procurar por todas las vias á él posibles y manifiestas, su gracia, su favor y amistad; y que bien creido tenia, pues no habia razon para ello, sino antes toda buena obra y señal de amor de una parte á otra, que su alteza no huia ni rehusaba la amistad, ni mandaba que nadie de los suyos le viese ni hablase, ni proveyese por sus dineros de lo que necesario era á la sustentacion de la vida, sino que sus vasallos lo hacian pensando servirle; mas que por acertar, erraban, no conosciendo que Dios los venia á ver en topar con criados del Emperador, de quien podian él y ellos todos recebir beneficios grandísimos y saber secretos y cosas santísimas; y que si por él quedaba, que fuese á su culpa; pero que confiaba en su prudencia que, mirándolo bien, holgaria de verle y hablarle y de ser amigo y hermano del rey de España, en cuyo felicísimo nombre eran allí venidos él y los otros sus compañeros; y en cuanto á sus criados que quedaban presos, que él ternia tal forma, que no peligrasen; y así, prometia de los librar y libertar, por solo su servicio, y que luego lo hiciera, como á los dos que enviaba con este mensaje, sino por no enojar á los de aquel lugar, que le habian hospedado y hecho mucha cortesía y todo buen tratamiento, y no paresciese que se lo pagaba ni agradecia mal en irles á la mano en cosa que hacian en su casa. Los mejicanos se fueron muy alegres, y prometieron de hacer lealmente lo que les mandaba.

Rebelion y liga contra Moteczuma por industria de Cortés.

Cuando otro dia amaneció y echaron menos los dos presos, riñó el señor á las guardas, y quiso matar los que guardaban; sino que con el rumor que hobo, y con estar esperando qué dirian ó harian los del pueblo, salió Cortés, y rogó que no los matasen, pues eran mandados de su señor, y personas públicas, que, segun derecho natural, ni merescian pena ni tenian culpa de lo que hacian sirviendo á su rey; mas, porque no se les fuesen aquellos, como habian hecho los otros, que se los confiasen y entregasen á él, y á su cargo si se le soltasen. Diéronselos, y envióles á las naos amenazándolos y diciendo que les echasen cadenas. Tras esto juntáronse á consejo con el señor, ciscados todos de miedo, y platicaron lo que harian sobre aquel caso, pues estaba cierto que los huidos habian de decir en Méjico la afrenta y mal tratamiento que les fuera hecho. Unos decian que era bien y cumplidero á todos enviar el pecho á Moteczuma y otros dones, con embajadores, para aplacalle la ira y enojo, y á desculparse, culpando los españoles, que los mandaron prender, y suplicarle les perdonase aquel yerro y dislate que habian hecho, como locos y atrevidos, en desacato de la majestad mejicana. Otros decian que muy mejor era desechar el yugo que tenian de esclavos, y no reconoscer mas á los de Méjico, que eran malos y tiranos, pues tenian en su favor aquellos medio dioses y invencibles caballeros españoles, y ternian otros muchos vecinos que les ayudarian. Resolviéronse á la postre que se rebelasen y no perdiesen aquella ocasion, y rogaron á Fernando Cortés que lo tuviese por bien, y que fuese su capitan y defensor, pues por él se habian puesto en aquello; que, ó enviase Moteczuma ó no ejército sobre ellos, estaban ya determinados romper con él y hacelle guerra. Dios sabe cuánto Cortés se holgaba con aquellas cosas; ca le parescia que por allí iban allá. Respondióles que mirasen muy bien lo que hacian, que Moteczuma, á lo que tenia entendido, era poderosísimo rey; mas que si así lo querian, que él los capitanearia y defenderia seguramente; que mas queria su amistad que la del otro, que le despreciaba; pero que con todo eso queria saber qué tanta gente podrian juntar. Ellos dijeron que cien mil hombres entre toda la liga que se haria. Cortés entonces dijo que enviasen luego á todos los de su parcialidad y enemigos de Moteczuma á los avisar y apercebir de aquello, y á certificarles de la ayuda que tenian de los españoles. No porque él tuviese necesidad dellos ni de sus huestes, que él solo con los suyos bastaba para todos los de Culúa, y aunque fuesen otros tantos, sino porque estuviesen á recado y sobre aviso, no recibiesen daño si por caso Moteczuma enviase ejército sobre algunas tierras de los confederados, tomándolos á sobresalto y descuido; y porque tambien si tuviesen necesidad de socorro y gente de aquella suya que los defendiese, se la enviase con tiempo. Con esta esperanza y ánimo que Cortés les ponia, y con ser ellos de suyo orgullosos y no bien considerados, despacharon luego sus mensajeros por todos aquellos pueblos que les paresció, á les hacer saber lo que tenian acordado, poniendo los españoles encima las nubes. Por aquellos ruegos y medios se rebelaron muchos lugares y señores y aquella serranía entera, y no dejaron cogedor de Méjico en parte ninguna de todo aquello, publicando guerra abierta contra Moteczuma. Quiso Cortés revolver á estos, para ganar las voluntades á todos y aun las tierras, viendo que de otra guisa mal podia. Hizo prender los

alguaciles, soltólos; congracióse de nuevo con Moteczuma; alteró aquel pueblo y la comarca; ofresciósele á la defensa, y dejó los rebelados para que tuviesen necesidad dél.

Fundacion de la villa rica de la Veracruz.

A esta sazon estaban ya los navíos detrás del peñol; fué á verlos Cortés, y llevó muchos indios de aquel pueblo rebelado y de otros allí cerca, y los que traia consigo de Cempoallan, con los cuales se cortó mucha rama y madera, y se trajo, con alguna piedra, para hacer casas en el lugar que trazó; á quien llamó la villa rica de la Veracruz, como habian acordado cuando se nombró el cabildo de Sant Juan de Ulúa. Repartiéronse los solares á los vecinos y regimiento, y señaláronse la iglesia, la plaza, las casas de cabildo, cárcel, atarazanas, descargadero, carnicería, y otros lugares públicos y necesarios al buen gobierno y policía de la villa. Trazóse asimesmo una fortaleza sobre el puerto, en sitio que paresció conviniente, y comenzóse luego ella y los demás edificios á labrar de tapiería, que es la tierra de allí buena para ello. Estando muy metidos en fabricar, vinieron de Méjico dos mancebos, sobrinos de Moteczuma, con cuatro hombres ancianos, bien tratados, por consejeros, y muchos otros por criados y para servicio de sus personas. Llegaron á Cortés como embajadores, y presentáronle mucha ropa de algodon, bien llena y tejida, y algunos plumajes gentiles y extrañamente obrados, y ciertas piezas de oro y plata bien labradas, y un casquete de oro menudo sin fundir, sino en grano, como lo sacan de la tierra. Pesó todo esto dos mil y noventa castellanos, y dijéronle que Moteczuma, su señor, le enviaba el oro de aquel casco para su dolencia, y que le hiciese saber della. Diéronle las gracias de haber soltado aquellos dos criados de su casa, y defendido que no matasen á los otros; que fuese cierto que lo mesmo haria él en cosas suyas, y que le rogaba hiciese soltar los que aun estaban presos, y que perdonaba el castigo de aquel desacato y atrevimiento, porque le queria bien, y por los servicios y acogimiento bueno que le habian hecho en su casa y pueblo; pero que ellos eran tales, que presto harian otro exceso y delito, por donde lo pagasen todo junto, como el perro los palos. En cuanto á lo demás, dijeron que como estaba malo, y ocupado en otras guerras y negocios importantísimos, no podia declararse al presente dónde ó cómo se viesen; mas que andando el tiempo no faltaria manera. Cortés los recibió muy alegremente, y los aposentó lo mejor que pudo, ribera del rio, en chozas y en unas tendezuelas de campo, y envió luego á llamar al señor de aquel pueblo rebelado, dicho Chiauiztlan. Vino, y díjole cuanta verdad le habia tratado, y cómo Moteczuma no osaria enviar ejército ni hacer enojo donde él estuviese. Por tanto, que él y todos los confederados podian de allí adelante quedar libres y exentos de la servidumbre mejicana, y no acudir con los tributos que solian; mas que le rogaba no le tuviese á malo si soltaba los presos y los daba á los embajadores. El le respondió que hiciese á su voluntad, que, pues della colgaban, no excederian un punto de lo que mandase. Bien podia Cortés tener estos tratos entre gente que no entendia por dó iba el hilo de la trama. Tornóse aquel señor á su pueblo, y los embajadores á Méjico, y todos muy contentos; porque él desparció luego aquellas nuevas y el miedo que Moteczuma tenia á los españoles, por toda la sierra de los Totonaques, y hizo tomar armas á todos, y quitar á Méjico los tributos y obediencia; y ellos tomaron sus presos y muchas cosas que les dió Cortés, de lino, lana, cuero, vidrio y fierro; y fuéronse maravillados de ver los españoles y todas sus cosas.

Cómo tomó Cortés á Tizapancinca por fuerza.

No mucho después que pasó todo esto, enviaron los de Cempoallan á pedir á Cortés españoles y ayuda para contra la gente de guarnicion de Culúa, que tenia Moteczuma en Tizapancinca, que les hacia muchos daños, quemas y talas en sus tierras y labranzas, prendiendo y matando los que las labraban. Confina Tizapancinca con los Totonaques y con tierras de Cempoallan, y es en un buen lugar y fuerte; ca tiene su asiento á par de un rio, y la fortaleza en un peñasco alto; y por ser así fuerte, y estar entre aquellos que á cada paso se le rebelaban, tenia Moteczuma puesta allí gran copia de hombres de guarnicion; los cuales, como vieron revueltos y con armas á los rebeldes, y que se les venian á guarecer allí huyendo, los recaudadores y tesoreros de aquellas comarcas, salian á remediar la rebelion, y en castigo, quemaban y destruian cuanto hallaban, y aun habian prendido muchas personas. Cortés fué á Cempoallan, y de allí en dos jornadas, con un gran ejército de aquellos sus indios amigos, á Tizapancinca, que estaba ocho leguas ó mas de la ciudad. Salieron al campo los de Culúa, pensando de lo haber con solos los cempoallaneses; mas como vieron los de á caballo y á los barbudos, pasmaron y echaron á huir á mas correr. Estaba cerca la guarida, y acogiéronse presto; quisieron meterse en la fortaleza, mas no pudieron tan aína, que los de caballo no llegasen con ellos hasta el lugar; y como no podian subir al peñasco, apeáronse Cortés y otros cuatro, y entráronse dentro la fuerza á revueltas de los del pueblo, sin contraste. Entrados, tuvieron la puerta, hasta que llegaron los demás españoles y otros muchos de los amigos, á los cuales entregó la fortaleza y el pueblo, y rogó que no hiciesen mal á los vecinos, y que dejasen ir libres, mas sin armas ni banderas, á los soldados que lo guardaban, y fué cosa nueva para los indios. Ellos lo hicieron así, y él volvióse á la mar por el camino que fué. Con este hecho y victoria, que fué la primera que Cortés hubo de la gente de Moteczuma, quedó aquella serranía libre del miedo y vejaciones de los de Méjico, y los nuestros en grandísima fama y reputacion para con amigos y no amigos. Tanto, que después, cuando algo se les ofrescia, enviaban á pedir á Cortés un español de aquellos de su compañía, diciendo que aquel solo bastaba para capitan y seguridad. No era malo este principio para lo que Cortés pretendia. Cuando Cortés llegó á la Veracruz, muy ufanos los suyos por aquella victoria, halló que era ya venido Francisco de Salceda, con la carabela que él habia comprado á Alonso Caballero, vecino de Santiago de Cuba, y que la habia dejado dando carena; el cual traia

setenta españoles y nueve caballos y yeguas, que no poco esfuerzo y alegría le pusieron.

El presente que Cortés envió al Emperador por su quinto.

Daba priesa Cortés que trabajasen en las casas de la Veracruz y en la fortaleza, para que tuviesen los vecinos y soldados comodidad de vivienda y resistencia alguna contra las lluvias y enemigos, porque entendia él irse presto la tierra adelante, camino de Méjico, en demanda de Moteczuma, y por dejarlo todo asentado y como debia estar, para llevar menos cuidado. Comenzó á dar órden y concierto en muchas cosas tocantes así á la guerra como á la paz. Mandó sacar á tierra todas las armas y pertrechos de guerra, y cosas de rescate de los navíos, y las vituallas y provisiones que habia; y entregóselas al cabildo, como lo tenia prometido. Habló asimismo á todos, diciendo que ya era bien y tiempo de enviar al Rey la relacion de lo sucedido y hecho en aquella tierra hasta entonces, con las nuevas y muestras de oro, plata y riquezas que hay en ella; y que para eso era necesario repartir lo que habian habido por cabezas, como era costumbre en la guerra de aquellas partes, y sacar de allí primero el quinto; y porque mejor se hiciese, él nombraba, y nombró por tesorero del Rey, á Alonso de Avila, y del ejército á Gonzalo Mejía. Los alcaldes y regimiento, con todos los demás, dijeron que les parescia bien todo lo que habia dicho, y que se hiciese luego; y que no solo holgaban que aquellos fuesen tesoreros, mas que ellos los confirmaban, y rogaban que lo quisiesen ser. Hizo luego tras esto, sacar y traer á la plaza, que todos lo viesen, la ropa de algodon que tenian allegada, las cosas de pluma, que eran mucho de ver, y todo el oro y plata que habia, y que pesó veinte y siete mil ducados; y entregóse así por peso y cuenta á los tesoreros, y dijo al cabildo que lo repartiesen ellos. Empero todos dijeron y respondieron que no tenian que repartir, porque sacando el quinto que al Rey pertenescia, era lo demás menester para le pagar á él los bastimentos que les daba, y la artillería y navíos que sirvian de comun á todos. Por eso, que se lo tomase todo, y enviase al Rey sus derechos muy cumplidamente y lo mejor. Cortés les dijo que tiempo habia para tomar él aquello que le daban para sus muchos gastos y deudas, y que de presente no queria mas parte de lo que le tocaba como á su capitan general, y lo demás fuese para que aquellos hidalgos comenzasen á pagar las deudillas que traian por venir con él en esta empresa; y porque lo que él tenia ojo á enviar al Rey, valia mas que lo que le venia del quinto, rogóles no se lo tuviesen á mal, pues era lo primero que enviaban, y cosas que no se sufrian partir ni fundir, si excediese de lo acostumbrado, no curando de quintar á peso ni suertes; y como halló en todos ellos buena voluntad, apartó del monton lo siguiente:

Las dos ruedas de oro y plata que dió Teudilli de parte de Moteczuma.

Un collar de oro de ocho piezas, en que habia ciento y ochenta y tres esmeraldas pequeñas engastadas, y docientas y treinta y dos pedrezuelas, como rubíes, de no mucho valor; colgaban dél veinte y siete campanillas de oro y unas cabezas de perlas ó berruecos.

Otro collar de cuatro trozos torcidos, con ciento y dos rubinejos, y con ciento y setenta y dos esmeraldejas; diez perlas buenas no mal engastadas, y por orla veinte y seis campanillas de oro. Entrambos collares eran de ver, y tenian otros cosas primas sin las dichas.

Muchos granos de oro, ninguno mayor que garbanzo, así como se hallan en el suelo.

Un casquete de granos de oro sin fundir, sino así groseros, llano y no cargado.

Un morrion de madera chapado de oro, y por defuera mucha pedrería, y por bebederos veinte y cinco campanillas de oro, y por cimera una ave verde, con los ojos, pico y piés de oro.

Un capacete de planchuelas de oro y campanillas al rededor, y por la cubierta piedras.

Un brazalete de oro muy delgado.

Una vara, como ceptro real, con dos anillos de oro por remates, y guarnecidos de perlas.

Cuatro arrejaques de tres ganchos, cubiertos de pluma de muchos colores, y las puntas de berrueco atado con hilo de oro.

Muchos zapatos como esparteñas, de venado, cosidas con hilo de oro, que tenian la suela de cierta piedra blanca y azul, y muy delgada y trasparente.

Otros seis pares de zapatos de cuero de diverso color, guarnescidos de oro ó plata ó perlas.

Una rodela de palo y cuero, y á la redonda campanillas de laton morisco, y la copa de una plancha de oro, esculpida en ella Vitcilopuchtli, dios de las batallas, y en aspa cuatro cabezas con su pluma ó pelo, al vivo y desollado, que eran de leon, de tigre, de águila y de un buarro.

Muchos cueros de aves y animales, adobados con su mesma pluma y pelo.

Veinte y cuatro rodelas de oro y pluma y aljófar, vistosas y de mucho primor.

Cinco rodelas de pluma y plata.

Cuatro peces de oro, dos ánades y otras aves, huecas y vaciadas de oro.

Dos grandes caracoles de oro, que acá no los hay, y un espantoso crocodillo, con muchos hilos de oro gordo al rededor.

Una barra de laton, y de lo mesmo ciertas hachas y unas como azadas.

Un espejo grande guarnescido de oro, y otros chicos.

Muchas mitras y coronas de pluma y oro labradas, y con mil colores y perlas y piedras.

Muchas plumas muy gentiles y de todas colores, no teñidas, sino naturales.

Muchos plumajes y penachos, grandes, lindos y ricos, con argentería de oro y aljófar.

Muchos ventalles y moscadores de oro y pluma, y de sola pluma, chicos y grandes y de toda suerte; pero todos muy hermosos.

Una manta, como capa de algodon tejido, de muchas colores y de pluma, con una rueda negra en medio, con sus rayos, y por de dentro rasa.

Muchos sobrepellices y vestimentas de sacerdotes, palias, frontales y ornamentos de templos y altares.

Muchas otras destas mantas de algodon, ó blancas solamente, ó blancas y negras escacadas, ó coloradas,

verdes, amarillas, azules, y otros colores así. Mas del envés sin pelo ni color, y de fuera vellosas como felpa.

Muchas camisetas, jaquetas, tocadores de algodon; cosas de hombre.

Muchas mantas de cama, paramentos y alombras de algodon.

Eran estas cosas mas lindas que ricas; aunque las ruedas cosa rica era, y valia mas la obra que las mesmas cosas, porque las colores del lienzo de algodon eran finísimas, y las de pluma naturales. Las obras de vaciadizo excedian el juicio de nuestros plateros; de los cuales hablarémos después en conviniente lugar. Pusieron tambien con estas cosas algunos libros de figuras por letras, que usan los mejicanos, cogidos como paños, escritos de todas partes. Unos eran de algodon y engrudo, y otros de hojas de metl, que sirven de papel; cosa harto de ver. Pero como no los entendieron, no les estimaron. Tenian á la sazon los de Cempoallan muchos hombres para sacrificar. Pidióselos Cortés para enviar al Emperador con el presente, porque no los sacrificasen. Mas ellos no quisieron, diciendo que se enojarian sus dioses y les quitarian el maíz, los hijos y la vida, si se los daban. Todavía les tomó cuatro dellos y dos mujeres; los cuales eran mancebos dispuestos. Andaban muy emplumajados, y bailando por la ciudad, y pidiendo limosna para su sacrificio y muerte. Era cosa grande cuanto les ofrecian y miraban. Traian á las orejas arracadas de oro con turquesas, y unos gordos sortijones de lo mesmo á los bezos bajeros, que les descubrian los dientes, cosa fea para España, mas hermosa para aquella tierra.

Cartas del cabildo y ejército para el Emperador por la gobernacion para Cortés.

Como el presente y quinto para el Rey estuviese apartado, dijo Cortés al cabildo que nombrasen dos procuradores que lo llevasen; que á los mesmos daria él tambien su poder y su nao capitana para llevarlo. En regimiento señalaron á Alonso Hernandez Portocarrero, y á Francisco de Montejo, alcaldes, y Cortés holgó dello; y dióles por piloto á Anton de Alaminos; y como iban en nombre de todos, tomaron del monton tanto oro que les pareció bastar para venir y negociar y volverse. Y lo mesmo fué del matalotaje para la mar. Cortés les dió su poder para sus negocios muy complido y llenero, y una instruccion de lo que habian de pedir en su nombre, y hacer en corte y en Sevilla y en su tierra; que era dar á su padre Martin Cortés y á su madre ciertos castellanos, y las nuevas de su prosperidad. Envió con ellos la relacion y autos que tenia de lo pasado, y escribió una muy larga carta al Emperador. Llamólo así, aunque allá no sabian; en la cual le daba cuenta y razon sumariamente de todo lo sucedido hasta allí desde que salió de Santiago de Cuba; de las pasiones y diferencias entre él y Diego Velazquez; de las cosquillas que andaban en el real, de los trabajos que todos habian padecido, de la voluntad que tenian á su real servicio, de la grandeza y riquezas de aquella tierra, de la esperanza que tenia de subjetarla á su corona real de Castilla; y ofrecióse á ganarle á Méjico, y á haber á las manos al gran rey Moteczuma vivo ó muerto; y al fin de todo le suplicaba se acordase de hacerle mercedes en los cargos y provisiones que habia de enviar en aquella tierra, descubierta á costa suya, para remuneracion de los trabajos y gastos hechos. El cabildo de la Veracruz escribió asimesmo al Emperador dos letras. Una en razon de lo que hasta entonces habian hecho en su real servicio aquellos pocos hidalgos españoles por aquella tierra nuevamente descubierta; y en ella no firmaron sino alcaldes y regidores. La otra fué acordada y firmada del cabildo y de todos los mas principales que habia en el ejército. La cual en sustancia contenia cómo todos ellos tenian y guardarian aquella villa y tierra, en su real nombre ganada; ó moririan por ello y sobre ello, si otra cosa su majestad no mandase. Y suplicáronle humildemente diese la gobernacion dello y de lo que mas conquistasen, á Fernando Cortés, su caudillo y capitan general, y justicia mayor por ellos propios electo, que era merescedor de todo; y que mas habia hecho y gastado que todos en aquella flota y jornada, confirmándolo en el cargo que ellos mesmos le dieron de su propria voluntad, para mejoría y seguridad suya, en nombre empero de su majestad; y si por ventura habia ya dado y hecho merced de aquel cargo y gobernacion á otra persona, que lo revocase, por cuanto así convenia á su servicio, y al bien y acrecentamiento dellos y de aquellas partes, y tambien por evitar ruidos, escándalos, peligros y muertes, que se siguirian si otro los gobernase y mandase, y entrase por su capitan. Allende desto, le suplicaron por respuesta con brevedad y buen despacho de los procuradores de aquella su villa, en cosas que tocaban al concejo della. Partieron pues Alonso Hernandez Portocarrero y Francisco de Montejo y Anton de Alaminos, de Aquiahuiztlan y Villarica, en una razonable nave, á 26 dias del mes de julio del año de 1519, con poderes de Fernando Cortés y del concejo de la villa de la Veracruz, y con las cartas, autos, testimonios y relacion que dicho tengo. Tocaron de camino en el Marien de Cuba; y diciendo que iban á la Habana, pasaron sin detenerse por la canal de Bahama; y navegaron con harto próspero tiempo hasta llegar á España. Escribieron esta carta los de aquel concejo y ejército, receládose de Diego Velazquez, que tenia muchísimo favor en la corte y consejo de Indias; y porque andaba ya la nueva en el real, con la venida de Francisco de Salceda, que Diego Velazquez habia habido la merced de la gobernacion de aquella tierra del Emperador, con la ida á España de Benito Martin. Lo cual aunque ellos no lo sabian de cierto, era muy gran verdad, segun en otra parte se dice.

El motin que hobo contra Cortés, y el castigo.

Hubo muchos en el real que murmuraron de la eleccion de Cortés, porque con ella excluian de aquella tierra á Diego Velazquez, cuyas partes tenian, unos como criados, otros como deudores, y algunos como amigos; y decian que habia sido por astucia, halagos y soborno; y que la disimulacion de Cortés en hacerse de rogar que aceptase aquel cargo, fué fingida, y que no pudo ser hecha ni debia valer la tal eleccion de capitan y alcalde mayor, sin autoridad de los frailes jerónimos que gobernaban las Indias, y de Diego Ve-

lazquez, que ya tenia la gobernacion de aquella tierra de Yucatan, segun fama. Cortés entendió esto; informóse quién levantaba la murmuracion; prendió los principales y metióles en una nao; mas luego los soltó por complacer á todos, que fué causa de peor, por cuanto aquellos mesmos quisieron después alzarse con un bergantin, matando al maestre, é irse á Cuba con él, á avisar á Diego Velazquez de lo que pasaba, y del gran presente que Cortés enviaba al Emperador, para que se lo quitase á los procuradores al pasar por la Habana, juntamente con las cartas y relacion, porque no las viese el Emperador, y se tuviese por bien servido de Cortés y de todos los demás. Cortés entonces se enojó de veras. Prendió muchos dellos; tomóles sus dichos, en que confesaron ser verdad aquello. Por lo cual condenó los mas culpados, segun el proceso y tiempo. Ahorcó á Joan Escudero y á Diego Cermeño, piloto. Azotó á Gonzalo de Umbría, que tambien era piloto, y á Alonso Peñate. A los demás no tocó. Con este castigo se hizo Cortés temer y tener en mas que hasta allí; y á la verdad, si fuera blando, nunca los señoreara, y si se descuidara, se perdia; porque aquellos avisaran con tiempo á Diego Velazquez, y él tomara la nao con el presente, cartas y relaciones; que aun después la procuró tomar, enviando tras ella una carabela de armada; ca no pasaron tan secretos Montejo y Portocarrero por la isla de Cuba, que no entendiese Diego Velazquez á lo que iban.

Cortés da con los navíos al través.

Propuso Cortés de ir á Méjico, y encubríalo á los soldados, porque no rehusasen la ida con los inconvenientes que Teudilli con otros ponia, especialmente por estar sobre agua, que lo imaginaban por fortísimo, como en efecto lo era. Y para que le siguiesen todos aunque no quisiesen, acordó quebrar los navíos; cosa recia y peligrosa y de gran pérdida; á cuya causa tuvo bien que pensar, y no porque le doliesen los navíos; sino porque no se lo estorbasen los compañeros; ca sin duda se lo estorbaran y aun se amotinaran de veras si lo entendieran. Determinado pues de quebrarlos, negoció con algunos maestros que secretamente barrenasen sus navíos, de suerte que se hundiesen, sin los poder agotar ni atapar; y rogó á otros pilotos que echasen fama cómo los navíos no estaban para mas navegar de cascados y roídos de broma, y que llegasen todos á él, estando con muchos, á se lo decir así, como que le daban cuenta dello, para que después no les echase culpa. Ellos lo hicieron así como él ordenó, y le dijeron delante de todos cómo los navíos no podian mas navegar por hacer mucha agua y estar muy abromados; por eso, que viese lo que mandaba. Todos lo creyeron, por haber estado allí mas de tres meses, tiempo para estar comidos de la broma. Y después de haber platicado mucho en ello, mandó Cortés que aprovechasen dellos lo que mas pudiesen, y los dejasen hundir ó dar al través, haciendo sentimiento de tanta pérdida y falta. Y así, dieron luego al través en la costa con los mejores cinco navíos, sacando primero los tiros, armas, vituallas, velas, sogas, áncoras, y todas las otras jarcias que podian aprovechar. Dende á poco quebraron otros cuatro; pero ya entonces se hizo con alguna dificultad, porque la gente entendió el trato y el propósito de Cortés, y decian que los queria meter en el matadero. Él los aplacó diciendo que los que no quisiesen seguir la guerra en tan rica tierra ni su compañía, se podian volver á Cuba en el navío que para eso quedaba; lo cual fué para saber cuántos y cuáles eran los cobardes y contrarios, y no les fiar ni confiarse dellos. Muchos le pidieron licencia descaradamente para tornarse á Cuba; mas eran marineros los medios, y querian antes marinear que guerrear. Otros muchos hubo con el mesmo deseo, viendo la grandeza de la tierra y muchedumbre de la gente; pero tuvieron vergüenza de mostrar cobardía en público. Cortés, que supo esto, mandó quebrar aquel navío, y así quedaron todos sin esperanza de salir de allí por entonces, ensalzando mucho á Cortés por tal hecho; hazaña por cierto necesaria para el tiempo, y hecha con juicio de animoso capitan, pero de muy confiado, y cual convenia para su propósito, aunque perdia mucho en los navíos, y quedába sin la fuerza y servicio de mar. Pocos ejemplos destos hay, y aquellos son de grandes hombres, como fué Omich Barbaroja, del brazo cortado, que pocos años antes desto quebró siete galeotas y fustas por tomar á Bujía, segun largamente yo lo escribo en las batallas de mar de nuestros tiempos.

Que los de Cempaollan derrocaron sus ídolos por amonestacion de Cortés.

No veia Cortés la hora de ser con Moteczuma. Publicó su partida; sacó del cuerpo del ejército ciento y cincuenta españoles, que le parescieron bastaban para vecindad y guarda de aquella villa y fortaleza, que ya estaba casi acabada. Dióles por capitan á Pedro de Hircio, y dejólos en ella con dos caballos y otros dos mosquetes, y con hartos indios que los sirviesen, y con cincuenta pueblos á la redonda, amigos y aliados, de los cuales podian sacar cincuenta mil combatientes y mas, siempre que algo se les recreciese y los hobiesen menester; y él fuése con los demás españoles á Cempoallan, que está cuatro leguas de allí, donde apenas habia llegado, cuando le fueron á decir que andaban por la costa cuatro navíos de Francisco de Garay. Tornóse luego, por aquellas nuevas, con los españoles á la Veracruz, sospechando mal de aquellos navíos. Como llegó, supo que Pedro de Hircio habia ido á ellos á informarse quiénes eran y qué querian, y á convidarlos á su pueblo para si algo habian menester. Supo asimesmo que estaban surtos tres leguas de allí, y fué allá con Pedro de Hircio y con una escuadra de su compañía, á ver si alguno de aquellos navíos salia á tierra para tomar lengua, y informarse qué buscaban, temiendo mal dellos, pues no habian querido surgir allí cerca ni entrar en el puerto y lugar, pues los convidaban á ello. E ya que habia andado hasta una legua, encontró tres españoles de los navíos, de los cuales uno dijo ser escribano, y los dos testigos, que venian á le notificar ciertas escrituras que no mostraron, y á hacerle requirimiento que partiese con el capitan Garay, de aquella tierra, echando mojones por parte conveniente, por cuanto pretendia tambien él aquella conquista por primero descubridor, y porque queria asentar y poblar en

aquella costa, veinte leguas de allí, hácia poniente, cerca de Nahutlan, que agora se dice Almería. Cortés les dijo que tornasen primero á los navíos, á decir á su capitan que se viniese á la Veracruz con su armada, y que allí hablarian, y se sabria de qué manera venia; y si traia alguna necesidad, que se la remediaria como mejor pudiese; y si venia, como ellos decian, en servicio del Rey, que no deseaba él cosa mas que guiar y favorescer á los semejantes, pues estaba allí por su alteza, y eran todos españoles. Ellos respondieron que por ninguna manera el capitan Garay ni hombre de los suyos saldria á tierra ni vernia donde estaba. Cortés, vista la respuesta, entendió el negocio. Prendiólos y púsose tras un médano de arena alto, y frontero de las naos, ya que casi era de noche, donde cenó y durmié, y estuvo hasta bien tarde del dia siguiente, esperando si el Garay ó algun piloto, ó cualquiera otra persona saltaria en tierra, para tomarlos y informarse de lo que habian navegado, y del daño que dejaban hecho, que por lo uno los enviara presos á España, y por lo otro supiera si habian hablado con gente de Moteczuma. Conosciendo, en fin, que se recelaban mucho, creyó que por algun mal recaudo ó despacho; hizo á tres de los suyos que trocasen vestidos con aquellos mensajeros, y que llegasen á la lengua del agua, llamando y capeando á los de las naos; de las cuales, ó porque conoscieron los vestidos, ó porque los llamaban, vinieron hasta una docena de hombres en un esquife con ballestas y escopetas. Los de Cortés, que tenian los vestidos ajenos, se apartaron á unas matas como que á la sombra, que hacia recio sol y era mediodía, por no ser conoscidos, y los del esquife echaron en tierra dos escopeteros y dos ballesteros y un indio, los cuales caminaron derecho á las matas, pensando que los que estaban debajo eran sus compañeros. Arremetió luego Cortés con otros muchos, y tomáronlos antes que pudiesen meterse en el barco, aunque tambien se quisieron defender; y el uno dellos, que era piloto y traia escopeta, encaró al capitan Hircio, y si trajera buena mecha y pólvora le matara. Como los de las naves vieron el engaño y burla, no aguardaron mas, y hicieron vela antes que su esquife llegase. Déstos siete que hubo á las manos se informó Cortés cómo Garay habia corrido mucha costa en demanda de la Florida, y tocado en un rio y tierra cuyo rey se llamaba Pánuco, donde vieron oro, aunque poco, y que sin salir de las naves habian rescatado hasta tres mill pesos de oro, y habido mucha comida á trueco de cosillas de rescate; pero que nada de lo andado ni visto habia contentado al Francisco de Garay, por descubrir poco oro y no bueno. Tornóse Cortés sin otra relacion ni recaudo á Cempoallan con los mesmos cien españoles que trajera, y primero que de allí saliese, acabó con los de la ciudad que derribasen los ídolos y sepulcros de los caciques, que tambien reverenciaban como á dioses, y adorasen á Dios del cielo, y la cruz que les dejaba, y hizo amistad y confederacion con ellos y con otros lugares vecinos, contra Moteczuma, y ellos le dieron rehenes para que estuviese mas cierto y seguro que le serian siempre leales y no faltarian de la fe y palabra dada, y que bastescerian los españoles que dejaba de guarnicion en la Veracruz, y ofreciéronle cuanta gente mandase de guerra y servicio. Cortés tomó los rehenes, que fueron hartos, mas los principales eran Mamexi, Teuch y Tamalli, y para servicio al ejército de agua y leña y para carga pidió mill tamemes. Tamemes son bastajes, hombres de carga y recua, que llevan á cuestas dos arrobas de peso por do quiera que los traen. Estos tiraban la artillería y llevaban el hato y comida.

El encarescimiento que Olintlec hizo del poderío de Moteczuma.

Partió pues Cortés de Cempoallan, que llamó Sevilla, para Méjico, á 16 dias de agosto del mesmo año, con cuatrocientos españoles, con quince caballos y con seis tirillos, y con mill y trecientos indios entre todos, así nobles y de guerra como tamemes, en que cuento los de Cuba. Ya cuando Cortés partió de Cempoallan no habia vasallo de Moteczuma en su ejército que los guiase camino derecho de Méjico; que todos eran idos, ó por miedo, como vieron la liga, ó por mandado de sus pueblos y señores, y aquellos de Cempoallan no lo sabian bien. Las tres primeras jornadas que el ejército caminó por tierras de aquellos sus amigos, fué muy bien recebido y hospedado, en especial en Xalapan. El cuarto dia llegó á Sicuchimatl, que es un fuerte lugar, puesto ladera de una muy agra sierra, y tiene hechos á manos dos pasos como escaleras para entrar en él, y si los vecinos quisieran defenderles la entrada, con dificultad subieran por allí los peones, cuanto mas los caballeros. Pero, segun después paresció, tenian mandado de Moteczuma que hospedasen, honrasen y proveyesen á los españoles, y aun dijeron que pues iban á ver á su señor Moteczuma, que supiese de cierto que les era amigo. Este pueblo tiene muchas y buenas aldeas y alquerías en lo llano. Sacaba de allí Moteczuma, cuando habia menester, cinco mill hombres de pelea. Cortés agradesció mucho al señor el hospedaje y buen tratamiento, y la buena voluntad de Moteczuma; y despedido dél, fué á pasar una sierra bien alta por el puerto que llamó del Nombre de Dios, por ser el primero que pasaba; el cual es tan sin camino, tan áspero y alto, que no lo hay tanto en España, ca tiene tres leguas de subida. Hay en ella muchas parras con uvas, y árboles con miel; en bajando aquel puerto, entró en Theuhixuacàn, que es otra fortaleza y villa, amiga de Moteczuma, donde acogieron á los nuestros como en el pueblo atrás. Desde allí anduvo tres dias por tierra despoblada, inhabitable, salitral. Pasaron alguna necesidad de hambre, y mucha mas de sed, á causa de ser toda la agua que toparon salada, y muchos españoles que á falta de agua dulce bebieron della, enfermaron. Sobrevínoles asimismo un turbion de piedra, y con ella un frio que los puso en harto trabajo y aprieto, ca los españoles pasaron muy mala noche de frio, sobre la indispusicion que llevaban, y los indios cuidaron perescer; y así, murieron algunos de los de Cuba que iban mal arropados, y no hechos á semejante frialdad como la de aquellas montañas. A la cuarta jornada de mala tierra tornaron á subir otra sierra no muy agra, y porque hallaron en la cumbre della mil carretadas, á lo que juzgaron, de leña cortada y compuesta, junto de una torrecilla, en que habia algunos ídolos, le llamaron el puerto de la Leña.

Dos leguas pasado el puerto, era la tierra estéril y pobre, mas luego dió el ejército en un lugar que dijeron Castilblanco, por las casas del señor, que eran de piedra, nuevas, blancas, y las mejores que hasta entonces habian visto en aquella tierra, y muy bien labradas; de que no poco se maravillaron todos. Llámase en su lenguaje Zaclotan aquel lugar, y el valle Zacatami y el señor Olintlec; el cual recibió á Cortés muy bien, y aposentó y proveyó á toda su gente muy cumplidamente, porque tenia mandamiento de Moteczuma que lo honrase, segun después él mesmo dijo, y aun por aquella nueva y mandamiento ó favor sacrificó cincuenta hombres por alegrías, cuya sangre vieron fresca y limpia, y muchos hubo del pueblo que llevaron á los españoles en hombros y hamacas, que es casi en andas. Cortés les habló con sus farautes, que eran Marina y Aguilar, y les dijo la causa de su ida por aquellas partes, y lo demás que á los de hasta allí decia siempre, y al cabo le preguntó si conoscia ó reconoscia á Moteczuma. El, como maravillado de la pregunta, respondió: «Pues ¿quién hay que no sea esclavo ó vasallo de Moteczumacin?» Entonces Cortés le dijo quien era el Emperador, rey de España, y le rogó que fuese su amigo, y servidor de aquel tan grandísimo rey que le decia, y si tenia oro, que le diese un poco para enviarle. A esto respondió que no saldria de la voluntad de Moteczuma, su señor, ni daria, sin que él se lo mandase, oro ninguno, aunque tenia harto. Cortés calló á esto y disimuló, que le paresció hombre de corazon, y los suyos gente de manera y de guerra; pero rogóle que le dijese la grandeza de aquel su rey Moteczuma, y respondió que era señor del mundo, que tenia treinta vasallos con cada cien mill combatientes, que sacrificaba veinte mill personas cada año; que residia en la mas linda y fuerte ciudad de todo lo poblado; que su casa y corte era grandísima, noble, generosa; su riqueza increible, su gasto excesivo; y por cierto que él dijo la verdad en todo, salvo que se alargó algo en lo del sacrificio, aunque á la verdad era grandísima carnicería la suya de hombres muertos en sacrificios por cada templo, y algunos españoles dicen que sacrificaban, años habia, cincuenta mill. Estando así en estas pláticas, llegaron dos señores en el mesmo valle á ver los españoles, y presentaron á Cortés cada cuatro esclavas, y sendos collares de oro de no mucha valía. Olintlec, aunque tributario de Moteczuma, era gran señor y de veinte mill vasallos. Tenia treinta mujeres todas juntas y en su propia casa, con mas de cien otras que las servian. Tenia dos mill criados para su servicio y guarda; el pueblo era grande, y habia en él trece templos, con cada muchos ídolos de piedra y diferentes, ante quien sacrificaban hombres, palomas, codornices y otras cosas, con sahumerios y mucha veneracion. Aquí, y por su territorio, tenia Moteczuma cinco mill soldados en guarnicion y frontera, y postas de hombres en parada hasta Méjico. Nunca Cortés hasta aquí habia entendido tan entera y particularmente la riqueza y poderío de Moteczuma; y aunque se le representaban delante muchos inconvenientes, dificultades, temores y cosas otras en su ida á Méjico, oyendo aquello, que á muchos valientes por ventura desmayara, no mostró punto de cobardía, sino que cuantas mas maravillas le decian de aquel gran señor, tanto mayores espuelas le ponian de ir á verlo; y porque tenia de pasar para ir allá por Tlaxcallan, que todos le afirmaban ser grande ciudad aquella, y de mucha fuerza y bellicosísima generacion, despachó cuatro cempoallaneses para los señores y capitanes de allí, que de su parte y de la de Cempoallan y confederados, les ofresciesen su amistad y paz, y les hiciesen saber cómo iban á su pueblo aquellos pocos españoles á los ver y servir; por tanto, que les rogasen lo tuviesen por bueno. Pensaba Cortés que los de Tlaxcallan harian otro tanto con él, como los de Cempoallan, que eran buenos y leales, y que como hasta allí le habian siempre dicho verdad, que tambien entonces los podria creer; que aquellos tlaxcaltecas eran sus amigos, y holgarian serlo asimesmo dél y de sus compañeros, pues eran inimicísimos de Moteczuma, y aun que irian de buena gana con él á Méjico, si hubiese de haber guerra, por el deseo que tenian de librarse y vengarse de las injurias y daños que habian recebido de muchos años á esta parte, de la gente de Culúa. Holgó Cortés en Zaclotan cinco dias, que tiene fresca ribera y es apacible gente. Puso muchas cruces en los templos, derrocando los ídolos, como lo hacia en cada lugar que llegaba y por los caminos. Dejó muy contento á Olintlec, y fuése á un lugar que está dos leguas rio arriba, y que era de Iztacmixtlitan, uno de aquellos señores que le dieron las esclavas y collares. Este pueblo tiene en lo llano y ribera, dos leguas á la redonda, tantas caserías, que casi toca una con otra, á lo menos por do pasó nuestro ejército; y él será de mas de cinco mill vecinos, y puesto en un cerro alto, y á una parte dél está la casa del señor con la mejor fortaleza de aquellas partes, y tan buena como en España, cercada de muy buena piedra con barbacanas y honda cava. Reposó allí tres dias para repararse del camino y trabajo pasado, y por esperar los cuatro mensajeros que envió de Zaclotan, á ver qué respuesta traerian.

El primer rencuentro que Cortés hobo con los de Tlaxcallan.

Como tardaban los mensajeros, se partió Cortés de Zaclotan sin otra inteligencia de Tlaxcallan. No anduvo mucho nuestro campo después que salió de aquel lugar, cuando á la salida del valle por donde iba, topó una gran cerca de piedra seca, y de estado y medio alta, y ancha veinte piés, y con un petril de dos palmos por toda ella para pelear de encima, la cual atravesaba todo aquel valle de una sierra á la otra, y no tenia mas de una sola entrada de diez pasos, y en aquella doblaba la una cerca sobre la otra á manera de rebellin, por trecho y estrecho de cuarenta pasos; de suerte que era fuerte, y mala de pasar habiendo quien la defendiese. Preguntando Cortés la causa de estar allí aquella cerca, y quién la habia hecho, le dijo Iztacmixtlitan, que le acompañó hasta ella, que estaba para atajar, como mojon, sus tierras de las de Tlaxcallan, y que sus antecesores la habian hecho para impidir la entrada á los tlaxcaltecas en tiempo de guerra, que venian á los robar y matar por amigos y vasallos de Moteczuma. Grandeza les paresció á nuestros españoles aquella pared allí tan costosa y panfarrona, mas inútil y superflua, pues

habia cerca otros pasos para llegar al lugar, arrodeando un poco; pero no dejaron con todo eso de sospechar que los de Tlaxcallan debian ser bravos y valientes guerreros, pues tales amparos les ponian delante. Como el ejército paró para mirar aquella magnífica obra, pensó Iztacmixtlitan que ciaba y temia de ir adelante, y dijo y rogó al capitan que no fuese por allí, pues era su amigo y iba á ver á su señor, ni curase de atravesar por tierra de los de Tlaxcallan, que por ventura por quedar su amigo, le harian algun daño y le serian malos, como con otros solian, y que él le guiaria y llevaria siempre por tierras de Moteczuma, donde seria bien recebido y proveido, hasta llegar á Méjico. Mamexi y los otros de Cempoallan le decian que tomase su consejo, y en ninguna manera fuese por do Iztacmixtlitan le queria encaminar, que era por le desviar de la amistad de aquella provincia, cuya gente era honrada, buena y valiente, y no queria que se juntase con él para contra Moteczuma, y que no le creyese; que eran él y los suyos, unos malos, traidores y falsos, y le meterian donde no pudiese salir, y allí los comerian y matarian. Cortés estuvo suspenso una pieza con lo que unos y otros le decian; pero á la postre arrimóse al consejo de Mamexi, porque tenia mas concepto de los de Cempoallan y aliados, que no de los otros, y por no mostrar miedo; y así, prosiguió el camino de Tlaxcallan, que comenzó. Despidióse de Iztacmixtlitan, tomó dél trecientos soldados, y entró por aquella puerta de la cerca, y luego con mucha órden y buen recaudo en todo, caminó, llevando á punto los tiros, y siempre yendo él de los primeros que se adelantaban media y una legua á descubrir el campo, para si algo hobiese, que con tiempo volviese á concertar su gente, y á escoger buen lugar para batalla ó para real; así que, andadas mas de tres leguas desde la cerca, mandó decir á la infantería que caminase apriesa, que era tarde, y él fuése con los de caballo cuasi una legua adelante, donde en encumbrando una cuesta, dieron los dos de caballo que iban delanteros en unos quince hombres con espadas y rodelas, y con unos penachos que acostumbran traer en la guerra; los cuales eran escuchas, y como vieron los de caballo, echaron á huir de miedo ó por dar aviso. Llegó Cortés entonces con otros tres compañeros á caballo, y por mas que voceó ni señas hizo, no quisieron esperar; y porque no se les fuesen sin tomar lengua, corrió tras ellos con seis caballos, y alcanzólos ya que estaban juntos y remolinados con determinacion de morir antes que rendirse; y señalándoles que estuviesen quedos, se juntó á ellos, pensando tomarlos á manos y á vida; pero ellos no curaron sino de esgrimir; y así, hubieron de pelear con ellos. Defendiéronse tan bien un rato de los seis, que hirieron dos dellos, y les mataron dos caballos de dos cuchilladas, y segun algunos que lo vieron, cortaron cercen de un golpe cada pescuezo con riendas y todo. En esto llegaron otros cuatro de caballo, y luego los demás, con uno de los cuales envió Cortés á llamar corriendo la infantería, porque allegaban ya bien cinco mil indios en un ordenado escuadron, á socorrer y remediar los suyos, que los habian visto pelear; mas llegaron tarde para ello, porque ya eran todos muertos y alanceados, con enojo que mataron aquellos dos caballos, y no se quisieron rendir. Todavía pelearon con los de caballo, de muy gentil ánimo y denuedo, hasta que vieron cerca los peones y artillería y el otro cuerpo del ejército contrario, y retiráronse entonces, dejando el campo á los nuestros. Los de caballo salian y entraban en los enemigos, arremetiendo á su salvo por mas que eran, sin recebir daño, y mataron hasta setenta dellos. Luego que se fueron, enviaron á nuestro ejército á decir al capitan con dos de los mensajeros que allá tenian dias habia, y con otros suyos, cómo los de Tlaxcallan decian que ellos no sabian de lo que habian hecho aquellos, que eran de otras comunidades y sin su licencia; pero que les pesaba, y que pagarian los caballos por ser en su tierra, y que fuesen mucho enhorabuena á su pueblo, que holgarian de acogerlos y ser sus amigos, porque les parescian valientes hombres. Todo era recado falso. Cortés se lo creyó, y les agradesció su buen comedimiento y voluntad, diciendo que iria, como ellos querian, á ser su amigo, y que no tenia necesidad de paga por sus caballos, porque presto le vernian muchos dellos. Mas Dios sabe cuánto le pesaba de la falta que le hacian, y de que supiesen los indios que los caballos morian y se podian matar. Pasó Cortés casi una legua mas adelante de do fué la muerte de los caballos, aunque era casi puesta del sol, y venia su gente cansada de haber caminado mucho aquel dia, por poner su real en lugar fuerte y de agua; y así, lo asentó cabe un arroyo, donde estuvo esta noche con miedo y con recado de centinelas á pié y á caballo, mas ningun sobresalto le dieron los enemigos; y así, pudieron los suyos reposar mas descansados que pensaban.

Que se juntaron ciento y cuarenta mil hombres contra Cortés.

Otro dia con el sol partió Cortés de allí con su escuadron bien concertado, y en medio del fardaje y artillería, é ya que llegaban á un pequeño pueblo allí cerquita, toparon con los otros dos mensajeros de Cempoallan que fueron de Zaclotan, que venian llorando, y dijeron cómo los capitanes del ejército de Tlaxcallan los habian atado y guardado, mas que se habian ellos soltado y escapado aquella noche, porque los querian sacrificar luego en siendo de dia, al dios de la victoria, y comérselos para dar buen comienzo á la guerra, y en señal que así tenian de hacer á los barbudos y á cuantos venian con ellos. Apenas acabaron de contar esto, cuando á menos de tiro de ballesta asomaron por detrás un cerrillo basta mil indios muy bien armados, y llegaron con un alarido que subia hasta el cielo, á tirar dardos, piedras y saetas á los nuestros. Cortés les hizo muchas señas de paz para que no peleasen, y les habló con los farautes, rogando y requiriéndoselo en forma por ante escribano y testigos, como si hubiera de aprovechar ó entendieran lo que era; y como cuanto mas les decian, tanta mas prisa ellos se daban á combatir, pensando desbaratallos, ó meterlos en juego para que los siguiesen hasta llevarlos á una celada de mas de ochenta mil hombres, que les tenian parada entre unas grandes quebradas de arroyos que atravesaban el camino y hacian mal paso. Tomaron los nuestros las armas y dejaron las palabras; trabóse una gentil contienda, porque aquellos mil eran tantos como los que de nuestra

parte combatian, y diestros y valientes hombres, y en mejor lugar puestos para pelear. Duró muchas horas la batalla, y al cabo, ó por cansados, ó por meter los enemigos en el garlito do pensaban tomarlos á bragas enjutas, comenzaron de aflojar y á retirarse hacia los suyos, no desbaratados, sino cogidos. Los nuestros, encendidos en la pelea y matanza; que no fué chica, siguiéronlos con toda la gente y fardaje, y cuando menos se cataron, entraban en las acequias y quebradas, y entre infinitísimos indios armados que los aguardaban en ellas. No se pararon por no desordenarse, y pasáronlos con harto temor y trabajo, por la mucha prisa y guerra que los contrarios les daban; de los cuales hubo muchos que arremetieron á los de caballo en aquellos malos pasos á les quitar las lanzas: tan osados eran. Muchos españoles quedaran allí perdidos si no les ayudaran los indios amigos. Ayudóles tambien mucho el esfuerzo y consuelo de Cortés, que aunque iba en la delantera con los caballos peleando y haciendo lugar, volvia de cuando en cuando á concertar el escuadron y animar su gente. Salieron en fin de aquellas quebradas á campo llano y raso, donde pudieron correr los caballos é jugar la artillería; dos cosas que hicieron harto daño en los enemigos, y que mucho los maravilló por su novedad; y así, luego huyeron todos. Quedaron este dia en el un rencuentro y en el otro muchos indios muertos y heridos, y de los españoles fueron algunos heridos, pero ninguno muerto, y todos dieron gracias á Dios, que los libró de tanta multitud de enemigos; y muy alegres con la vitoria, se subieron á poner real en Teocacinco, aldea de pocas casas, que tenia una torrecilla y templo, donde se hicieron fuertes, y muchas chozas de paja y rama, que trajeron después los tamemes. Hiciéronlo tan bien aquellos indios que iban en nuestro ejército de los de Cempoallan y de Iztamixtlitan, que les dió Cortés muy cumplidas gracias, ora fuese por miedo de ser comidos, ora por vergüenza y amistad. Durmieron aquella noche, que fué la primera de setiembre, los nuestros mal sueño, con recelo no les sobresalteasen los enemigos; pero ellos no vinieron; que no acostumbran pelear de noche; y luego en siendo dia envió Cortés á rogar y requerir á los capitanes de Tlaxcallan con la paz y amistad, y á que le dejasen pasar con Dios por su tierra á Méjico; que no iba á les hacer enojo ni mal ninguno. Dejó docientos españoles y la artillería y tamemes en el real, tomó otros docientos, y los trecientos de Iztacmixtlitan y hasta cuatrocientos cempoallaneses, y salió á correr el campo con ellos y con los caballos antes que los de la tierra se hubiesen de juntar. Fué, quemó cinco ó seis lugares, y volvióse con hasta cuatrocientas personas presas, sin rescebir daño, aunque le siguieron peleando hasta la torre y real, donde halló la respuesta de los capitanes contrarios, la cual era que otro dia vernian á verle y á responderle, como veria. Cortés estuvo aquella noche muy á recaudo, ca le paresció brava respuesta y determinada para hacer lo que decian, mayormente que le certificaban los prisioneros que se juntaban ciento y cincuenta mil hombres para venir sobre él otro dia, y tragarse vivos los españoles, á quien querian muy mal, creyendo ser muy grandes amigos de Moteczuma, al cual deseaban la muerte y todo mal; y era así verdad, porque los de Tlaxcallan juntaron toda la gente posible para tomar los españoles, y hacer dellos los mas solenes sacrificios y ofrendas á sus dioses, que jamás se hubiesen hecho, y un banquete general de aquella carne, que llamaban celestial. Repártese Tlaxcallan en cuatro cuarteles ó apellidos, que son Tepeticpac, Ocotelulco, Tizatlan, Cuyahuiztlan, que es como decir en romance los Serranos, los del Pinar, los del Yeso, los del Agua. Cada apellido destos tiene su cabeza y señor, á quien todos acuden y obedescen, y estos así juntos hacen el cuerpo de la república y ciudad. Mandan y gobiernan en paz, y en guerra tambien; y así, aquí en esta hubo cuatro capitanes, de cada cuartel el suyo; mas el general de todo el ejército fué uno dellos mesmos que se llamaba Cicotencált, y era de los del Yeso, y llevaba el estandarte de la ciudad, que es una grua de oro con las alas tendidas, y muchos esmaltes y argentería. Traíala detrás de toda la gente, como es su costumbre estando en guerra; que si no, delante va. El segundo capitan era Maxixcaoin. El número de todo el ejército era casi cient y cincuenta mil combatientes. Tanta junta y aparato hicieron contra cuatrocientos españoles, y al cabo fueron vencidos y rendidos, aunque después amigos grandísimos. Vinieron pues estos cuatro capitanes con todo su ejército, que cubria el campo, á ponerse cerca de los españoles, una gran barranca no mas en medio, el otro dia siguiente, como prometieron, é antes que amaneciese. Era gente muy lucida y bien armada, segun ellos usan, aunque venian pintados con bija y jagua, que mirados al gesto parescian demonios. Traian grandes penachos, y campeaban á maravilla; traian hondas, varas, lanzas, espadas, que acá llaman bisarmas; arcos y flechas sin yerbas; traian asimismo cascos, brazaletes y grevas de madera, mas doradas ó cubiertas de pluma ó cuero. Las corazas eran de algodon, las rodelas y broqueles muy galanos, y no mal fuertes, ca eran de recio palo y cuero, y con laton y pluma, las espadas de palo y pedernal engastado en él, que cortan bien y hacen mala herida. El campo estaba repartido por sus escuadrones, é con cada muchas bocinas, caracoles y atabales; que cierto era bien de mirar, y nunca españoles vieron junto mejor ni mayor ejército en Indias después que las descubrieron.

Los fieros que hacian á nuestros españoles aquellos de Tlaxcallan.

Estaban feroces aquellos y habladores, y diciendo entre sí mesmos: «¿Qué gente poca y loca es esta que nos amenaza sin conoscernos, y se atreve á entrar en nuestra tierra sin licencia y contra nuestra voluntad? No vamos á ellos tan presto; dejémoslos descansar, que tiempo tenemos de los tomar y atar. Enviémosles de comer, que vienen hambrientos, no digan después que los tomamos por hambre y de cansados.» E ansí, les enviaron luego trecientos gallipavos y docientas cestas de bollos de Centli, que es su pan ordinario, que pesaban mas de cien arrobas; lo cual fué gran refrigerio y socorro para la necesidad que tenian. Dende á poco dijeron: «Vamos á ellos que ya habrán comido, y comerémonoslos, y pagaránnos nuestros gallipavos y nuestras tortas, é sabrémos quién les mandó entrar acá; é si es Moteczuma, venga y líbrelos; é si es su atrevimiento,

lleven el pago. «Estos y semejantes fieros y liviandades hablaban entre sí unos con otros, viendo tan poquitos españoles delante, y no conosciendo aun sus fuerzas y coraje. Aquellos cuatro capitanes enviaron luego hasta dos mil de sus muy esforzados hombres y soldados viejos al real, á tomar los españoles sin les hacer mal; é si armas tomasen y se les defendiesen, que los atasen y trujesen por fuerza, ó los matasen; mas ellos no quisieran, diciendo que ganarian poca honra en tomarse todos con tan poca gente. Los dos mil pasaron la barranca, y llegaron á la torre osadamente. Salieron los de caballo, y tras ellos de pié; é á la primera arremetida les hicieron conoscer cuánto cortaban las espadas de fierro; é á la segunda les mostraron para cuánto eran aquellos pocos españoles que poco antes ultrajaban; é á la otra les hicieron huir gentilmente los que ellos venian á prender. No escapó hombre dellos, sino los que acertaron el paso de la barranca. Corrió entonces la demás gente con grandísima gritería hasta llegar al real de los nuestros, é sin que les pudiesen resistir, entraron dentro muchos dellos, é anduvieron á las cuchilladas y brazos con los españoles; los cuales tardaron un buen rato á matar y echar fuera aquellos que entraron, saltando el valladar; y estuvieron peleando mas de cuatro horas con los enemigos, antes que pudiesen hacer plaza entre el valladar y los que lo combatian, y al cabo de aquel tiempo aflojaron reciamente, veyendo los muchos muertos de su parte y las grandes heridas, y que no mataban á nadie de los contrarios; aunque no dejaron de hacer algunas arremetidas hasta que fué tarde y se retiraron; de lo que mucho plugo á Cortés y á los suyos, que tenian los brazos cansados de matar indios. Mas alegría tuvieron aquella noche los nuestros que miedo, por saber que con lo escuro no pelean los indios; é así, descansaron y durmieron mas á placer que hasta allí; aunque con buen recaudo en las estancias, y muchas velas y escuchas por todo. Los indios, aunque echaron menos muchos de los suyos, no se tuvieron por vencidos, segun lo que después mostraron. No se pudo saber cuántos fueron los muertos; que ni los nuestros tuvieron ese vagar, ni los indios cuenta. El otro dia por la mañana salió Cortés á talar el campo, como la otra vez, dejando los medios de los suyos á guardar el real; é por no ser sentido primero que hiciese el daño, partió antes del dia. Quemó mas de diez pueblos, y saqueó uno de tres mil casas, én el cual habia poca gente de pelea, como estaban en la junta. Todavía pelearon los que dentro estaban, y mató muchos dellos. Púsole fuego, y tornóse á su fuerte sin mucho daño y con mucha presa, á mediodía, cuando ya los enemigos cargaban á mas andar para despojarle y dar en el real; los cuales luego vinieron como el dia antes, trayendo comida y braveando. Pero, aunque combatieron el real y pelearon cinco horas, no pudieron matar español, muriendo de los suyos infinitos, que como estaban apretados, hacia riza en ellos la artillería. Quedó por ellos el pelear, y por los nuestros la victoria. Pensaban que eran encantados, pues no les empecian sus flechas. Luego al otro dia enviaron aquellos señores y capitanes tres suertes de cosas en presente á Cortés; y los que las trujeron le decian: «Señor, veis aquí cinco esclavos: si sois dios bravo, que comeis carne y sangre, coméos estos, y traerémos mas; si sois dios bueno, hé aquí incienso y pluma; si sois hombre, tomad aves y pan y cerezas.» Cortés les dijo cómo él y sus compañeros eran hombres mortales, ni mas ni menos que ellos; y que pues siempre les decia verdad, que por qué trataban con él mentira y lisonjas; y que deseaba ser su amigo; y que no fuesen locos ni porfiados en pelear, que rescibirian siempre muy gran daño, y que ya veian cuántos mataban dellos sin morir ninguno de los españoles. Con esto los despidió; mas no por eso dejaron de venir luego mas de treinta mil á tentar las corazas á los nuestros á su proprio real, como los dias antes; pero tornáronse descalabrados como siempre. Es aquí de saber que aunque llegaron el primer dia todos los de aquel gran ejército á combatir nuestro real y á pelear juntos, que los otros siguientes no llegaron así, sino cada cuartel por sí, para repartir mejor el trabajo y mal por todos, y porque no se embarazasen unos á otros con tanta multitud, pues no habian de pelear sino pocos y en lugar pequeño, y aun por esto eran mas recios los combates y batallas; que cada apellido de aquellos pugnaba por hacerlo mas valientemente, para ganar mas honra si matasen ó prendiesen algun español; ca les parescia que todo su mal y vergüenza recompensaba la muerte ó prision de un solo español; y tambien es de considerar sus convites y peleas, porque no solo estos dias hasta aquí, pero ordinariamente todos los quince ó mas dias que estuvieron allí los españoles, ora peleasen, ora no, les llevaban unas tortillas de pan, y gallipavos y cerezas; mas empero no lo hacian por darles de comer, sino por saber qué daño habian ellos hecho, y qué animo tenian los nuestros ó qué miedo; y esto no entendian los españoles, y siempre decian que los de Tlaxcallan, cuyos ellos eran, no peleaban, sino ciertos bellacos otomíes que andaban por allí desmandados, que no reconoscian superior, por ser de unas behetrías que estaban detras de las sierras, que mostraban con el dedo.

Cómo Cortés cortó las manos á cincuenta espías.

Al siguiente dia, tras los presentes como á dioses, que fué el 6 de setiembre, vinieron al real hasta cincuenta indios de los de Tlaxcallan, honrados segun su manera, y dieron á Cortés mucho pan, cerezas y gallipavos, que traian de comida ordinaria; y preguntáronle cómo estaban los españoles, y qué querian hacer, y si habian menester alguna cosa; y tras esto anduviéronse por el real, mirando los vestidos y armas de España, y los caballos y artillería, y hacian de los bobos y maravillados; aunque á la verdad tambien se maravillaban de veras; pero todo su motivo era andar espiando. Entonces llegó á Cortés Teuch, de Cempoallan, hombre experto y criado de niño en la guerra, y díjole que no le parescian bien aquellos tlaxcaltecas, porque miraban mucho las entradas y salidas y lo flaco y fuerte del real. Por eso, que supiese si eran espías aquellos bellacos. Cortés le agradesció el buen aviso, y se maravilló cómo él ni español ninguno no habian dado en aquello, en tantos dias que entraban y salian indios de los enemigos en su real con comida, y habia caido en ello aquel

cempoallanés; y no fué por ser aquel indio mas agudo y sabio que los españoles, sino porque vió y oyó á los otros cómo andaban y hablaban con los de Iztacmixtlitan, para sacar dellos por puntillos lo que querian saber. Así que Cortés conoció cómo no venian por hacerle bien, sino á espiar; y luego mandó tomar al que mas á mano y apartado estaba de la compañía, y meter secretamente donde no lo viesen; y allí lo examinó con Marina y Aguilar; el cual á la hora confesó cómo era espion, y que venia á ver y notar los pasos y cabos por do mejor le pudiesen dañar y ofender, y quemar aquellas sus chozuelas; y que por cuanto ellos habian probado la fortuna á todas las horas del dia, y no les sucedia nada á su propósito, ni á la fama y antigua gloria que de guerreros tenian, acordaban venir de noche, y quizá ternian mejor ventura; y aun tambien porque no temiesen los suyos de noche y con la escuridad á los caballos, ni las cuchilladas y estrago de los tiros de fuego; y que Xicotencatl, su capitan general, estaba ya para tal efecto con muchos millares de soldados detrás de ciertos cerros, en un valle frontero y cerca del real. Como Cortés vió la confesion deste, hizo luego tomar á otros cuatro ó cinco, cada uno aparte, y confesaron asimismo cómo ellos y todos los que en su compañía venian, eran espías, y dijeron lo mesmo que el primero, casi por los mesmos términos. Así que por los dichos destos los prendió á todos cincuenta, y allí luego les hizo cortar á todos las manos, y envióles á su ejército, amenazando que otro tanto haria á todos los espiones que tomase; y que dijesen á quien los envió que, de dia y de noche, y cada y cuando que viniesen, verian quién eran los españoles. Grandísimo pavor tomaron los indios de ver cortadas las manos á sus espías; cosa nueva para ellos; y creian que tenian los nuestros algun familiar que les decia lo que ellos tenian allá en su pensamiento; y así, se fueron todos, cada uno por do mejor pudo, porque no les cortasen las suyas, y alejaron las vituallas que traian para la hueste, porque no se aprovechasen dellas los adversarios.

La embajada que Moteczuma envió á Cortés.

En yéndose las espías, vieron de nuestro real cómo atravesaba por un cerro grandísima muchedumbre de gente, y era la que traia Xicotencatl; y como era ya casi noche, determinó Cortés salir á ellos, y no aguardallos que llegasen, porque del primer ímpetu no pegasen fuego, como tenian pensado, á las chozas; ca si lo hicieran, pudiera ser no escapar español del fuego ó manos de los enemigos, y aun tambien porque temiesen mas las heridas viéndolas, que sintiéndolas solamente. Así que luego puso casi toda su gente en órden, y mandó que echasen á los caballos pretales de cascabeles, y fuése hácia do habian visto pasar los enemigos. Mas ellos no osaron esperalle, con haber visto cortadas las manos de los suyos, y con el nuevo ruido de los cascabeles. Los nuestros los siguieron dos horas de noche por entre muchas sembradas de centli, y mataron hartos en el alcance, y volviérense á su real muy victoriosos. Ya á esta sazon eran venidos al real seis señores mejicanos, personas muy principales, con hasta docientos hombres de servicio, á traer á Cortés un presente, en que habia mil ropas de algodon, algunas piezas de pluma y mil castellanos de oro; y á decirle de parte de Moteczuma cómo él queria ser amigo del Emperador y suyo y de los españoles, y que viese cuánto queria de tributo cada un año, en oro, plata, perlas, piedras ó esclavos, y ropa y cosas de las que en sus reinos habia, y que lo daria sin falta y pagaria siempre, con tanto que aquellos que allí estaban con él no fuesen á Méjico; y que esto era, no tanto porque no entrasen en su tierra, cuanto porque ella era muy estéril y fragosa; y le pesaria que hombres tan valientes y honrados padesciesen trabajo y necesidad en su señorío, y que él no lo pudiese remediar. Cortés les agradesció su venida y el ofrecimiento para el Emperador y rey de Castilla, y con ruegos los detuvo que no se partiesen hasta ver el fin de aquella guerra, para que llevasen á Méjico la nueva de la victoria y matanza que él y sus compañeros harian de aquellos mortales enemigos de su señor Moteczuma. Luego tuvo Cortés unas calenturas, por las cuales no salia á correr al campo ni á hacer talas, quemas y otros daños á los enemigos. Solamente proveia que guardasen su fuerte de algunos montones y tropeles de indios que llegaban á gritar y á escaramuzar; que tan ordinario era como las cerezas y comida que cada dia traian, excusándose siempre que los de Tlaxcallan no les daban enojo, sino ciertos bellacos otomíes, que no querian hacer lo que les rogaban ellos; pero ni las escaramuzas ni la furia de los indios era tanta como al principio. Quiso Cortés purgarse con una masa de píldoras que sacó de Cuba; partió cinco pedazos, y tragóselos á la hora, que de noche se suelen tomar, y acesció que luego el otro dia, antes que obraśe, vinieron tres muy grandes escuadrones á dar en el real, ó porque sabian cómo estaba malo, ó pensando que de miedo no habian osado salir aquellos dias. Dijéronselo á Cortés, y él, sin mirar que estaba purgado, cabalgó y salió con los suyos al encuentro, y peleó con los enemigos todo el dia hasta la tarde. Retrújolos un grandísimo trecho, y tornóse al real, y al otro dia purgó como si entonces tomara la purga. No lo cuento por milagro, sino por decir lo que pasó, y que Cortés era muy sufridor de trabajos y males, y siempre el primero que se hallaba á las puñadas con los enemigos; y no solamente era, que raro acontesce, buen hombre por las manos, pero aun tenia gran consejo en lo que hacia. Habiendo pues purgado y descansado aquellos dias, velaba de noche el tiempo que le cabia, como cualquier compañero, y como siempre acostumbraba; y no era peor por eso, ni menos amado de los que con él andaban.

Cómo ganó Cortés á Cimpancinco, ciudad muy grande.

Subió Cortés una noche encima de la torre, y mirando á una parte y á otra, vió á cuatro leguas de allí, cabe unos peñascos de la sierra y entre un monte, cantidad de humos, y creyó estar mucha gente por allí. No dió parte á nadie; mandó que le siguiesen docientos españoles y algunos amigos indios, y los demás que guardasen el real, y á tres ó cuatro horas de la noche caminó hácia la sierra á tino, que hacia muy escuro. No hubo andado una legua, cuando dió de súbito á los caballos

una manera de torozon que los derribaba en el suelo, sin que se pudiesen menear. Como cayó el primero, y se lo dijesen, respondió : «Pues vuélvase su dueño con él al real.» Cayó luego otro, y dijo lo mesmo. Como cayeron tres ó cuatro, comenzaron los compañeros á ciar, y dijéronle que mirase que era malá señal aquella, y que era mejor que se volviesen, ó esperar que amanesciese para ver á dó, ó por dó iban. El decíales que no mirasen en agüeros, y que Dios, cuya causa trataban, era sobre natura, y que no dejaria aquella jornada, ca se le figuraba que della se les habia de seguir mucho bien aquella noche, y que era el diablo, que por lo estorbar ponia delante aquellos inconvenientes; y diciendo esto se cayó el suyo. Entonces hicieron alto, y consultáronlo mejor; y fué que tornasen aquellos caballos caidos al real, y que los demás llevasen de diestro, y prosiguiesen su camino. Presto estuvieron buenos los caballos, mas no se supo de qué cayeron. Anduvieron pues hasta perder el tino de las peñas. Dieron en unos pedregales y barrancos, que aína nunca salieran de allí. Al cabo, después de haber pasado mal rato, con los cabellos erizados de miedo, vieron una lumbrecilla; fueron á tiento hácia ella, y estaba en una casa, do hallaron dos mujeres; las cuales, y otros dos hombres que acaso toparon luego, los guiaron y llevaron á las peñas donde habian visto los humos, y antes que amaneciese dieron en unos lugarejos. Mataron mucha gente, pero no los quemaron por no ser sentidos con el fuego, y por no detenerse; que le decian cómo estaban allí junto grandes poblaciones. De allí entró luego en Cimpancinco, un lugar de veinte mil casas, segun después paresció por la visitacion que dellas hizo Cortés; y como estaban descuidados de cosa semejante, y los tomaron de sobresalto y antes que se levantasen, salian en carnes por las calles, á ver qué era tan grandes llantos. Murieron muchos dellos al principio; mas, porque no hacian resistencia, mandó Cortés que no los matasen, ni tomasen mujeres ni ropa ninguna. Era tanto el miedo de los vecinos, que huian á mas no poder, sin curar el padre del hijo, ni el marido de la mujer ni casa ni hacienda. Hiciéronles señas de paz, y que no huyesen, y dijéronles que no temiesen; y así, cesó la huida y el mal. Salido ya el sol y pacificado el pueblo, se puso Cortés en un alto á descubrir tierra, y vió una grandísima poblacion, que preguntando cúya era, le dijeron que Tlaxcallan con sus aldeas. Llamó entonces á los españoles, y dijo: «Ved qué hiciera al caso matar los de aquí, habiendo tantos enemigos allí.» Y con esto, sin hacer otro daño en el pueblo, se salió fuera á una gentil fuente que tenia; y allí vinieron los principales y que gobernaban el pueblo, y otros mas de cuatro mil, sin armas y con mucha comida. Rogaron á Cortés que no les hiciesen mas mal, y que le agradescian el poco que habia hecho, y que querian servirle, obedescerle y ser sus amigos, y no solamente guardar de allí adelante muy bien su amistad, mas trabajar tambien con los señores de Tlaxcallan y con otros, que hiciesen otro tanto. El les dijo cómo era cierto que ellos habian peleado con él muchas veces, aunque entonces le traian de comer; pero que los perdonaba, y recibia en su amistad y al servicio del Emperador. Con tanto, los dejó, y se volvió á su real muy alegre con tan buen suceso, de tan mal principio como fué lo de los caballos, diciendo: «No digais mal del dia hasta que sea pasado;» y llevando una cierta confianza que aquellos de Cimpancinco harian con los de Tlaxcallan que dejasen las armas y fuesen sus amigos, y por eso mandó que de allí en adelante nadie hiciese mal ni enojo á indio ninguno; y aun dijo á los suyos que creia, con ayuda de Dios, que habian acabado aquel dia la guerra de aquella provincia.

El deseo que algunos españoles tenian de dejar la guerra.

Cuando Cortés llegó al real tan alegre como dije, halló á sus compañeros algo despavoridos por lo de los caballos que les enviara, pensando no le hubiese acontescido algun desastre. Pero como lo vieron venir bueno y victorioso, no cabian de placer; bien sea verdad que múchos de la compañía andaban mustios y de mala gana, y que deseaban volverse á la costa, como ya se lo tenian rogado algunos muchas veces; pero mucho mas quisieran ir de allí viendo tan gran tierra muy poblada, muy cuajada de gente, y toda con muchas armas y ánimo de no consentirlos en ella, y hallándose tan pocos, tan dentro en ella, tan sin esperanza de socorro; cosas ciertamente para temer cualquiera, y por eso platicaban algunos entrellos mesmos, que seria bueno y necesario hablar á Cortés, y aun requerírselo, que no pasase mas adelante, sino que se tornase á la Veracruz, de donde poco á poco se ternia inteligencia con los indios, y harian segun el tiempo dijese, y podria llamar y recoger mas españoles y caballos, que eran los que hacian la guerra. No curaba mucho dello Cortés, aunque algunos se lo decian en secreto para que proveyese y remediase aquello que pasaba, hasta que una noche saliendo de la torre donde posaba, á requerir las velas, oyó hablar recio en una de las chozas que al rededor estaban, y púsose á escuchar lo que hablaban; y era que ciertos compañeros decian : «Si el capitan quiere ser loco é irse donde lo maten, váyase solo; no le sigamos.» Entonces llamó á dos amigos suyos, como por testigos, y díjoles que mirasen lo que estaban aquellos hablando; que quien lo osaba decir, lo osaria hacer; y asimesmo oyó decir á otros por los corrales y corrillos, que habia de ser lo de Pedro Carbonerote, que por entrar á tierra de moros á hacer salto, se habia quedado allá muerto con todos los que con él fueron; por eso, que no le siguiesen, sino que volviesen con tiempo. Mucho sentia Cortés oir estas cosas, y quisiera reprehender y aun castigar á los que las trataban; pero viendo que no estaba en tiempo, acordó de llevarlos por bien, y hablóles á todos juntos de la manera siguiente :

Oracion de Cortés á los soldados.

«Señores y amigos: Yo os escogí por mis compañeros, y vosotros á mí por vuestro capitan, y todo para en servicio de Dios y acrescentamiento de su santa fe, y para servir tambien á nuestro rey, y aun pensando hacer de nuestro provecho. Yo, como habeis visto, no os he faltado ni enojado, ni por cierto vosotros á mí hasta aquí; mas empero agora siento flaqueza en algunos, y poca gana de acabar la guerra que traemos entre manos; y si á Dios place, acabada es ya, á lo menos entendido hasta dó puede llegar el daño que nos pue-

de hacer. El bien que della consiguirémos, en parte lo habeis visto, aunque lo que teneis de ver y haber es sin comparacion mucho mas, y excede su grandeza á nuestro pensamiento y palabras. No temais, mis compañeros, de ir y estar comigo, pues ni españoles jamás temieron en estas nuevas tierras, que por su propria virtud, esfuerzo é industria han conquistado y descubierto, ni tal concepto de vosotros tengo. Nunca Dios quiera que ni yo piense, ni nadie diga que miedo caiga en mis españoles, ni desobediencia á su capitan. No hay volver la cara al enemigo, que no parezca huida; no hay huida, ó si la quereis colorar, retirada, que no cause á quien la hace infinitos males: vergüenza, hambre, pérdida de amigos, de hacienda y armas, y la muerte, que es lo peor, aunque no lo postrero, porque para siempre queda la infamia. Si dejamos esta tierra, esta guerra, este camino comenzado, y nos tornamos, como alguno desea, ¿hemos por ventura de estar jugando, ociosos y perdidos? No por cierto, diréis; que nuestra nacion española no es de esa condicion cuando hay guerra y va la honra. Pues ¿adónde irá el buey que no are? ¿Pensais quizá que habeis de hallar en otra parte menos gente, peor armada, no tan léjos de mar? Yo os certifico que andais buscando cinco piés al gato, y que no vamos á cabo ninguno, que no hallemos tres leguas de mal camino, como dicen, peor mucho que este que llevamos; porque, á Dios gracias, nunca después que en esta tierra entramos nos ha faltado el comer, ni amigos ni dineros ni honra; que ya veis que os tienen por mas que hombres los de aquí, y por inmortales, y aun por dioses, si decirse puede, pues siendo ellos tantos, que ellos mesmos no se pueden contar, y tan armados como vosotros decis, no han podido matar siquiera uno de nosotros; y en cuanto á las armas, ¿qué mayor bien quereis dellas que no traer yerba, como los de Cartagena, Veragua, los caribes, y otros que han muerto con ella muy muchos españoles rabiando? Pues aun por solo esto, no debríades buscar otros con quien guerrear. La mar aparte está, yo lo confieso, y ningun español hasta nosotros se alejó della tanto en Indias; porque la dejamos atrás cincuenta leguas; pero tampoco ninguno ha hecho ni merescido tanto como vosotros. Hasta Méjico, donde reside Moteczuma, de quien tantas riquezas y mensajerías habeis oido, no hay mas de veinte leguas; lo mas, andado está, como veis, para llegar allá. Si llegamos, como espero en Dios nuestro Señor, no solo ganarémos para nuestro emperador y rey natural rica tierra, grandes reinos, infinitos vasallos, mas aun tambien para nosotros propios muchas riquezas, oro, plata, piedras, perlas y otros haberes; y sin esto, la mayor honra y prez que hasta nuestros tiempos, no digo nuestra nascion, mas ninguna otra ganó; porque cuanto mayor rey es este tras que andamos, cuanto mas ancha tierra, cuanto mas enemigos, tanto es mas gloria nuestra, y ¿no habeis oido decir que cuanto mas moros, mas ganancia? Allende de todo esto, somos obligados á ensalzar y ensanchar nuestra santa fe católica, como comenzamos y como buenos cristianos, desarraigando la idolatría, blasfemia tan grande de nuestro Dios; quitando los sacrificios y comida de carne de hombres, tan contra natura y tan usada, y excusando otros pecados, que por su torpedad no los nombro. Asíque pues, ni temais ni dubdeis de la vitoria; que lo mas hecho está ya. Vencistes los de Tabasco y ciento y cincuenta mil el otro dia de aquestos de Tlaxcallan, que tienen fama de descarrilla-leones; venceréis tambien, con ayuda de Dios y con vuestro esfuerzo, los que destos mas quedan, que no pueden ser muchos, y los de Culúa, que no son mejores, si no desmayais y si me seguis.» Todos quedaron contentos del razonamiento de Cortés. Los que flaqueaban, esforzaron; los esforzados cobraron doblado ánimo; los que algun mal le querian, comenzaron á honrarlo; y en conclusion, él fué de allí adelante muy amado de todos aquellos españoles de su compañía. No fué poco necesario tantas palabras en este caso; porque, segun algunos andaban ganosos de dar la vuelta, movieran un motin que le forzara tornar á la mar; y fuera tanto como nada cuanto habian hecho hasta entonces.

Cómo vino Xicotencatl por embajador de Tlaxcallan al real de Cortés.

No habian bien acabado de despartirse platicando sobre lo arriba tratado, que entró por el real Xicotencatl, capitan general de aquella guerra, con cincuenta personas principales y honradas que le acompañaban. Llegó á Cortés, y saludáronse cada uno á fuer de su tierra; y sentados, le dijo cómo venia de su parte y de la de Maxixca, que es el otro señor mas principal de toda aquella provincia, y de otros muchos que nombró, y en fin, por toda la república de Tlaxcallan, á rogarle los admitiese á su amistad, y á darse á su rey, y á que les perdonase por haber tomado armas y peleado contra él y sus compañeros, no sabiendo quién fuesen ni qué buscasen en sus tierras; y que si le habian defendido la entrada, era como á extranjeros y hombres de otra facion muy diferente de la suya, y tal, que jamás vieron su igual; y temiendo no fuesen de Moteczuma, antiguo y perpetuo enemigo suyo, pues venian con él sus criados y vasallos; ó fuesen personas que quisiesen enojarlos y usurparles su libertad, que de tiempo inmemorial tenian y guardaban; y que por conservarla, como habian hecho todos sus antepasados, tenian derramada mucha sangre, perdida mucha gente y hacienda, y padecido muchos males y desventuras, en especial desnudez, porque como aquella su tierra era fria, no llevaba algodon; y así, les era forzado andarse como nacieron, ó vestir de hojas de metl; y asimesmo no comian sal, cosa sin la cual ningun manjar tiene gusto ni buen sabor, como allí no se hacia; y que de estas dos cosas, sal y algodon, tan necesarias á la vida humana, carecian, y las tenian Moteczuma y otros enemigos suyos, de que estaban cercados; y como no alcanzaban oro ni piedras, ni las otras cosas preciadas á que trocarlas, tenian necesidad muchas veces de venderse para comprarlas. Las cuales faltas no ternian si quisiesen ser sujetos y vasallos de Moteczuma; pero que antes moririan todos que cometer tal deshonra y maldad, pues eran tan buenos para defenderse de su poderío, como habian sido sus padres y abuelos defendiéndose del suyo y de su abuelo, que fueron tan grandes señores como él, y los que sojuzgaron y tiranizaron toda la tierra; y que tam-

bien agora quisieran defenderse de los españoles, mas que no podian, aunque habian probado y echado todas sus fuerzas y gente, así de noche como de dia, y hallábanlos fuertes é invencibles, y ninguna dicha contra ellos. Por tanto, pues que su suerte era tal, querian antes estar sujetos á ellos que á otro ninguno; porque, segun les decian los de Cempoallan, eran buenos, poderosos, y no venian á mal hacer; y segun ellos habian conocido, en la guerra y batallas eran valentísimos y venturosos. Por las cuales dos razones confiaban dellos que su libertad seria menos quebrada, sus personas, sus mujeres mas miradas, y no destruidas sus casas ni labranzas; y si alguno los quisiese ofender, defendidos. Al cabo, en fin, de todo, le rogó mucho, y aun con los ojos arrasados, que mirase cómo nunca jamás Tlaxcallan reconoció rey ni tuvo señor, ni entró hombre nacido en ella á mandar, sino el que le llamaban y rogaban. No se podria decir cuánto se holgó Cortés con tal embajador y embajada; porque, allende de tanta honra como venir á su tienda tan gran capitan y señor á humillarse, era grandísimo negocio para su demanda, tener amiga y sujeta aquella ciudad y provincia, y haber acabado la guerra á mucho contentamiento de los suyos, y con gran fama y reputacion para con los indios. Así que le respondió alegre y graciosamente, aunque cargándole la culpa del daño que habia recebido su tierra y ejército, por no lo querer escuchar ni dejar entrar en paz, como se lo rogaba y requeria con los mensajeros de Cempoallan, que les envió de Zaclotan; pero que él les perdonaba dos caballos que le mataron, el saltear que hicieron, las mentiras que le dijeron, peleando ellos y echando la culpa á otros; el haberle llamado á su pueblo para matarle en el camino sobre seguro y en celada, y no desafiándole primero, de valientes hombres como eran. Recibió el ofrecimiento que le hizo al servicio y sujecion del Emperador, y despidióle con que presto seria con él en Tlaxcallan, y que no iba luego por amor de aquellos criados de Moteczuma.

El recibimiento y servicio que hicieron en Tlaxcallan á los nuestros.

Mucho pesó en grande manera á los embajadores mejicanos la venida de Xicotencatl al real de los españoles, y el ofrecimiento que á Cortés hizo para su rey de las personas, pueblo y hacienda. E dijéronle que no creyese nada de aquello, ni se confiase en palabras; que todo era fingido, mentira y traicion, para cogerlo en la ciudad á puerta cerrada y á su salvo. Cortés les decia que aunque todo aquello fuese verdad, determinaba ir allá, porque menos los temia en poblado que en el campo. Ellos, como vieron esta respuesta y determinacion, rogáronle que diese licencia á uno dellos para ir á Méjico á decir á Moteczuma lo que pasaba, y la respuesta de su principal recado, que dentro de seis dias tornaria sin falta ninguna; y que hasta tanto no se partiese del real. El se la dió, y esperó allí á ver qué traíria de nuevo, y porque á la verdad, no se osaba fiar de aquellos sin mayor certinidad. En este medio tiempo iban y venian al real muchos de Tlaxcallan, unos con gallipavos, otros con pan, cuál con cerezas, cuál con ají, y todos lo daban de balde y con alegre semblante, rogando que se fuesen con ellos á sus casas. Vino pues el mejicano, como prometió, al sexto dia, y trajo á Cortés diez piezas é joyas de oro muy bien labradas y ricas, y mil y quinientas ropas de algodon, hechas á mil maravillas, é muy mejores que las otras mil primeras. Y rogóle muy ahincadamente de parte de Moteczuma que no se pusiese en aquel peligro, confiándose de aquellos de Tlaxcallan, que eran pobres, y le robarian lo que él le habia enviado, y le matarian por solo saber que trataba con él. Vinieron asimismo todas las cabeceras y señores de Tlaxcallan á rogarle les hiciese tanto placer de irse con ellos á la ciudad, donde seria servido, proveido y aposentado; ca era vergüenza suya que tales personas estuviesen en tan ruines chozas; y que si no se fiaba dellos, que viese cualquiera otra seguridad ó rehenes, y dárselas hian; pero que le prometian é juraban que podia ir y estar segurísimamente en su pueblo, porque no quebrantarian su juramento, ni faltarian la fe de la república, ni la palabra de tantos señores y capitanes, por todo el mundo. Así que, viendo Cortés tanta voluntad en aquellos caballeros y nuevos amigos, y que los de Cempoallan, de quien tenia muy buen crédito, le importunaban y aseguraban que fuese, hizo cargar su fardaje á los bastajes, y llevar la artillería, y partióse para Tlaxcallan, que estaba á seis leguas, con tanta órden y recado como para una batalla. Dejó en la torre y real, y donde habia vencido, cruces y mojones de piedra. Salió tanta gente á rescebirle al camino y por las calles, que no cabian de piés. Entró en Tlaxcallan á 18 de setiembre; aposentóse en el templo mayor, que tenia muchos y buenos aposentos para todos los españoles, y puso en otros á los indios amigos que iban con él; puso tambien ciertos límites y señales para hasta do saliesen los de su compañía, y no pasasen de allí, so graves penas, y mandó que no tomasen sino lo que les diesen; lo cual muy bien cumplieron, porque aun para ir á un arroyo, tiro de piedra del templo, le pedian licencia. Mil placeres hacian aquellos señores á los españoles, y mucha cortesía á Cortés, y les proveian de cuanto menester habian para su comida; y muchos les dieron sus hijas en señal de verdadera amistad, y porque nasciesen hombres esforzados de tan valientes varones, y les quedase casta para la guerra; ó quizá se las daban por ser su costumbre ó por complacellos. Parescióles bien á los nuestros aquel lugar y la conversacion de la gente, y holgáronse allí veinte dias, en los cuales procuraron saber particularidades de la república y secretos de la tierra, y tomaron la mejor informacion y noticia que pudieron del hecho de Moteczuma.

De Tlaxcallan.

Tlaxcallan quiere decir pan cocido ó casa de pan; ca se coge allí mas centli que por los alrededores. De la ciudad se nombra la provincia, ó al revés. Dicen que primero se nombró Texcallan, que quiere decir casa de barranco: es grandísimo pueblo; está á orillas de un rio que nasce en Atlancatepec y que riega mucha parte de aquella provincia, y después entra en el mar del Sur por Zacatulian. Tiene cuatro barrios, que se llaman Tepeticpac, Ocotelulco, Tizatlan, Quiyahuiztlan. El primero está en un cerro alto, y léjos del rio mas de

media legua; y porque está en sierra se dice Tepeticpac, que es Somosierra; el cual fué la primera poblacion que allí hobo, y fué en alto á causa de las guerras. El otro está aquella ladera abajo hasta el rio; y porque allí habia pinos cuando se pobló, lo llamaron Ocotelulco, que es pinar. Era la mejor, y mas poblada parte de la ciudad; en donde estaba la plaza mayor, en que hacian su mercado, que llaman tianquiztli, y do tiene sus casas Maxixcacin. El rio arriba en lo llano estaba otra puebla, que dicen Tizatlan por haber allí mucho yeso, en la cual residia Xicotencatl, capitan general de la república. El otro barrio está tambien en llano mas rio abajo; que por ser aguazal se dijo Quiyahuiztlan. Después que españoles la tienen, se ha desvuelto casi toda y hecho de nuevo, y con muy mejores calles, y casas de piedra, y en llano á par del rio. Es república como Venecia, que gobiernan los nobles y ricos. Mas no hay uno solo que mande, porque huyen dello como de tiranía. En la guerra hay, segun arriba dije, cuatro capitanes ó coroneles, uno por cada barrio de aquellos cuatro; de los cuales sacan el general. Otros señores hay que tambien son capitanes, pero de menor cuantía. En la guerra el pendon va detrás. Acabada la batalla ó alcance, híncanle donde todo los vean. Al que no se recoge, pénanle. Tienen dos saetas, como reliquias de los primeros fundadores, que llevan á la guerra dos principales capitanes, valientes soldados, en las cuales agüeran la victoria ó la pérdida; ca tiran una dellas á los enemigos que primero topan. Si mata ó fiere, es señal que vencerán, y si no, que perderán. Así lo decian ellos; y por ninguna manera dejan de cobrarla. Tiene esta provincia veinte y ocho lugares, en que hay ciento y cincuenta mil vecinos. Son bien dispuestos, muy guerreros, que no tienen par. Son pobres, que no tienen otra riqueza ni granjería sino centli, que es su pan; del cual, allende de lo que comen, sacan para vestidos y tributos y para las otras necesidades de la vida. Tienen muchos cabos para mercados; pero el mayor, y que muchas veces en semana se hace, y en la plaza de Ocotelulco, es tal, que se llegan en él treinta mil personas y mas en un dia á vender y comprar, ó por mejor decir, á trocar; que no saben qué cosa es moneda batida de metal ninguno. Véndese en él, como acá, lo que han menester para vestir, calzar, comer, beber y fabricar. Hay toda manera de buena policía en él; porque hay plateros, plumajeros, barberos y baños; y olleros, que hacen vasos muy buenos, y es tan buena loza y barro como lo hay en España. Es la tierra muy grasa para pan, para frutas y de pastos; ca en los pinares nasce tanta y tal yerba, que ya los nuestros apascientan en ellos su ganado y herbajan sus ovejas; lo que acá no pueden. A dos leguas de la ciudad está una sierra redonda, que tiene de subida otras dos, y de cerco quince. Suele cuajar en ella la nieve. Llámase agora de San Bartolomé, y antes de Matlalcuejé, que era su diosa del agua. Tambien tenian dios del vino, que llamaban Ometochtli, por sus muchas borracheras á su usanza. El ídolo mayor, y Dios principal suyo, es Comaxle, ó por otro nombre Mixcouatlh; cuyo templo estaba en el barrio Ocotelulco; en el cual sacrificaban año habia ochocientos y mas hombres. Hablan en Tlaxcallan tres lenguas, nahuatlh, que es la cortesana; y la mayor de toda tierra de Méjico; la otra es de otomix, y esta mas se usa fuera que dentro de la ciudad. Un solo barrio hay que habla pinomex, y es grosera. Habia cárcel pública, donde estaban los malhechores con prisiones. Castigaban lo que tenian por pecado. Avino entonces que un vecino hurtó á un español un poco de oro. Cortés lo dijo á Maxixca; el cual hizo su informacion y pesquisa con tanta diligencia, que le fueron á hallar á Cholollá, que es otra ciudad cinco leguas de allí, y le trajeron preso y lo entregaron con el mesmo oro, para que Cortés híciese justicia dél como en España. Pero él no quiso, sino agradesciólos la diligencia. Y ellos con pregon público que manifestaba su delito le pasaron por ciertas calles, y en el mercado, en uno como teatro, lo descocotaron con una porra; de que no poco se maravillaron los españoles.

La respuesta que dieron á Cortés los de Tlaxcallan sobre dejar sus ídolos.

Viendo pues que guardaban justicia y vivian en religion, aunque diabólica, siempre que Cortés les hablaba, les predicaba con los farautes, rogándoles que dejasen los ídolos y aquella cruel vanidad que tenian matando y comiendo hombres sacrificados, pues ninguno de todos ellos queria ser muerto así ni comido, por mas religioso ni santo que fuese; y que tomasen y creyesen el verdadero Dios de cristianos que los españoles adoraban; que era el criador del cielo y de la tierra, y el que llovia y criaba todas las cosas que la tierra produce, para solo el uso y provecho de los mortales. Unos les respondian que de grado lo hicieran, siquiera por complacerle, sino que temian ser apedreados del pueblo. Otros, que era recio descreer lo que ellos y sus antepasados tantos siglos habian creido, y seria condenarlos á todos y á sí mismos. Otros, que podria ser que andando el tiempo lo harian, viendo la manera de su religion, entendiendo bien las razones para que debian hacerse cristianos, y conosciendo mejor y por entero el vivir de los españoles, las leyes, las costumbres y las condiciones; porque cuanto á la guerra, ya tenian conoscido que eran invencibles hombres, y que su dios les ayudaba bien. Cortés á esto les prometió que presto les daria quien les enseñase y dotrinase, y entonces verian la mejoría, y el grandísimo fruto y gozo que sentirian si tomasen su consejo, que como amigo les daba; y pues al presente no podia hacerlo, por la prisa de llegar á Méjico, que tuviesen por bueno que en aquel templo donde tenia su aposento, hiciese iglesia para en que él y suyos orasen, é hiciesen sus devociones y sacrificio, y que podian tambien ellos venir á verlo. Diéronle la licencia, y aun vinieron muchos á oir la misa que se decia cada dia de los que allí estuvo, y á ver las cruces y otras imágines que se pusieron allí y en otros templos y torres. Hubo asimesmo algunos que se vinieron á vivir con los españoles, y todos los de Tlaxcallan les mostraban amistad; pero el que mas de veras y como señor se mostró ser amigo, fué Maxixca, que no se partia de Cortés, ni se hartaba de ver ni oir á los españoles.

La enemistad entre mejicanos y tlascaltecas.

Conosciendo pues cuán de buena gana hablaban y conversaban, les preguntaron por Moteczuma, y cuán gran rico y señor era. Ellos lo encarescieron grandemente y como hombres que lo habian probado, y que, segun afirmaban, habia noventa ó cien años que tenian guerra con él y con su padre Axaxaca y con otros sus tios y abuelo; y decian que el oro y plata y las otras riquezas y tesoros que aquel rey tenia eran mas que ellos podian decir, segun todos contaban. El señorío que tenia era de toda la tierra que ellos sabian. La gente innumerable, ca juntaban docientos y trecientos mil hombres para una batalla; y si quisiese, que juntaria doblados; y que deso eran ellos buenos testigos, por haber muchas veces peleado con ellos. Engrandescian tanto las cosas de Moteczuma, especialmente Maxixcacin, que deseaba que no se metiesen en peligro entre los de Culúa, que no acababan, y que muchos españoles sospechaban mal. Cortés les dijo que estaba determinado, con todo aquello que oia, de llegar á Méjico á ver á Moteczuma; por tanto, que viesen lo que mandaban que negociase con el de su parte y provecho, que lo haria, como les era en obligacion, porque tenia por cierto que Moteczuma haria por él lo que le rogase. Ellos le rogaron por licencia para sacar algodon y sal, que habia que no la comian á derechas aquellos años que las guerras duraran, sino era alguno dellos, que ó la compraba á escondidas ó de algunos vecinos amigos, á peso de oro; porque Moteczuma mataba al que la vendia y sacaba fuera de sus reinos para se la vender á ellos. Preguntando qué fuese la causa de aquellas guerras y ruin vecindad que Moteczuma les hacia, dijeron que enemistades viejas y amor de la libertad y exencion. Mas, segun los embajadores afirmaban, y á lo que después Moteczuma dijo, y otros muchos en Méjico, no era ansí, sino por otras razones muy diversas, si ya no decimos que cada uno alegaba de su derecho, justificando su partido; y eran las razones, porque los mancebos mejicanos y de Culúa ejercitasen las personas en la guerra allí cerca, sin ir léjos á Pánuco y Tecoantepec, que eran fronteras muy aparte; y tambien por tener allí siempre gente que sacrificar á sus dioses, tomada en guerra; y así, para hacer fiesta y sacrificio enviaba luego á Tlaxcallan ejército á cativar hombres cuantos habia menester para aquel año; que averiguado está que si Moteczuma quisiera, en un dia los sujetara y matara todos, haciendo la guerra de veras; pero como no queria sino cazar hombres para sus dioses y bocas, no enviaba sobre ellos sino pocos; y así, algunas veces los vencian los de Tlaxcallan. Gran placer tomaba Cortés en ver la discordia, las guerras y contradiccion tan grande entre aquellos sus nuevos amigos y Moteczuma, que era muy á su propósito, creyendo por aquella via sojuzgar mas aína á todos; y así, trataba con los unos y con los otros en secreto, por llevar el negocio bien de raíz. A todas estas cosas estaban muchos de Huexocinco que habian sido en la guerra contra los nuestros. Iban y venian á su ciudad, que asimesmo es república, á la manera de Tlaxcallan, y tan amiga y unida con ella, que son una misma cosa para contra Moteczuma, que los tenia opresos tambien, y para las carnecerías de sus templos de Méjico; y diéronse á Cortés para el servicio y vasallaje del Emperador.

El solemne rescibimiento que hicieron á los españoles en Cholólla.

Los embajadores de Moteczuma dijeron á Cortés que pues todavía determinaba ir á Méjico, que se fuese por Cholólla, cinco leguas de Tlaxcallan; que eran los de aquella ciudad amigos suyos, y allí esperaria mejor la resolucion de la voluntad del señor, si era que entrase en Méjico ó no; lo cual decian por sacarle de allí, que certísimamente pesaba mucho á Moteczuma ver la paz y amistad tan grande entre tlaxcaltecas y españoles, temiendo que de allí habia de resurtir cualque mal golpe que lo lastimase; y para que lo hiciese dábanle siempre alguna cosa; que era cebarlo para ir mas presto allá. Los de Tlaxcallan deshacíanse de enojo, viendo que queria ir á Cholólla, y diciendo que Moteczuma era un engañador, tirano, fementido, y Cholólla amiga suya, aunque desleal; y que podria ser que le enojasen cuando allá dentro lo tuviesen, y le hiciesen guerra. Por eso, que lo mirase bien; y que si acordaba de ir, que le daria cincuenta mil personas que le acompañasen. Aquellas mujeres que dieron á los españoles cuando entraron, entendieron una trama que se hacia para matarlos en Cholólla con medio de uno de aquellos cuatro capitanes; una hermana del cual lo descubrió á Pedro de Albarado, que la tenia. Cortés luego habló con aquel capitan, y con palabras le sacó fuera de su casa, y le hizo ahogar sin ser sentido, ni sin otra alteracion ni movimiento; y así no hubo escándalo ninguno, y se atajó la trama. Fué maravilla no revolverse Tlaxcallan siendo muerto así aquel tan principal caballero en la república. Pesquisóse la casa después, y averiguóse que era verdad cómo habia enviado á Cholólla Moteczuma mas de treinta mil soldados, y que estaban á dos leguas en guarnicion para el efecto, y que tenian tapadas las calles, en las azoteas muchas piedras, el camino real cerrado, y hecho otro de nuevo con grandes hoyos, y por él hincados muchos palos agudos en que se mancasen los caballos y no pudiesen correr; y que los tenian cubiertos de arena porque no los viesen aunque fuesen á descobrir delante. Creyólo tambien porque no habian venido ni enviado los de allí á verle ni á ofrecerse á nada, como habian hecho los de Huexocinco, que allí cerca estaban. Entonces, á consejo de los de Tlaxcallan, envió á Cholólla ciertos mensajeros á llamar á los señores y capitanes. Mas no vinieron, sino enviaron tres ó cuatro á excusarse por estar enfermos, y á ver lo que queria. Los de Tlaxcallan dijeron cómo aquellos eran hombres de poca suerte, y tal parescian ellos; y que no se partiese sin que primero viniesen allí los capitanes. Tornó á enviar los mesmos mensajeros con mandamiento por escrito que si no venian dentro de tercero dia, que los ternia por rebeldes y enemigos, y como á tales los castigaria rigurosamente. A otro dia vinieron muchos señores y capitanes de Cholólla á desculparse, por ser los de Tlaxcallan sus enemigos, y no poder estar seguros en su pueblo y porque sabian el mal que dellos le habian dicho; pero que no los creyese, que eran unos

falsos y crueles; y que se fuesen con ellos á su lugar, y veria cuán burla era todo lo que le decian aquellos, y ellos cuán buenos y leales. Y tras esto, diéronsele para servirle y contribuir como súbditos. Y todo esto hizo Cortés que pasase por ante escribano é intérpretes. Despidióse Cortés de los de Tlaxcallan. Lloraba Maxixca de verlo ir. Salieron con él cien mil hombres de guerra. Fueron tambien con él muchos mercaderes á rescatar sal y mantas. Mandó Cortés que siempre fuesen aquellos cien mil por sí, aparte de los suyos. No llegó aquel dia á Chololla, sino quedóse en un arroyo, donde vinieron muchas personas de la ciudad á rogarle con mucha instancia que no consintiese á los de Tlaxcallan hacerles daño en su tierra ni mal en las personas. Y por esto Cortés les hizo volver á sus casas á todos, sino fueron cinco ó seis mil, aunque muy contra su voluntad; y avisándole que se guardase de aquella mala gente, que no era de guerra, sino mercaderes y hombres que mostraban un corazon y tenian otro; y que no le quisieran dejar en peligro, pues ya se le dieron por amigos. Otro dia por la mañana llegaron nuestros españoles á Chololla. Saliéronlos á rescebir en escuadrones mas de diez mil ciudadanos, muchos de los cuales traian pan, aves ó rosas. Llegaba cada escuadron, como venia á dar á Cortés la norabuena de la venida, y apartábase para que llegase otro. Entrando por la ciudad, salió la demás gente saludando á los españoles, como iban en hila, maravillados de ver tal figura de hombres y de caballos. Tras estos salieron luego todos los religiosos, sacerdotes y ministros de los ídolos, que eran muchos y de ver, vestidos de blanco como con sobrepellices, y algunas cerradas por delante, los brazos defuera, y por orlas madejas de algodon hilado. Unos traian cornetas, otros huesos, otros atabales; quién traia braseros con fuego, quién ídolos cubiertos, y todos cantando á su manera. Llegaron á Cortés y á los otros españoles; echaban cierta resina y copalli, que huele como incienso, é incensábanlos con ello. Con esta pompa y solemnidad, que por cierto fué grande, los metieron en la ciudad, y los aposentaron en una casa, do cupieron á placer, y les dieron aquella noche á cada uno un gallipavo, y á los de Tlaxcallan, Cempoallan, Iztacmixtlitan pusieron por su cabo y proveyeron.

Cómo los de Chololla trataron de matar los españoles.

Pasó la noche Cortés muy sobre aviso y á recaudo, porque por el camino y en el pueblo hallaron algunas señales de lo que en Tlaxcallan le dijeran; y mas que, aunque la primera noche les proveyeron á gallina por barba, los otros tres dias siguientes no les dieron casi nada de comida, y muy pocas veces venian aquellos capitanes á ver los españoles; de que tomaba mala espina. En aquel tiempo le hallaron no sé cuántas veces aquellos embajadores de Moteczuma para estorbarle la ida á Méjico; unas veces diciendo que no fuese allá, que el gran señor se moriria de miedo si le viese, otras que no habia camino para ir, otras que á qué iba, pues no tenia de qué mantenerse; y aun tambien, como viesen que á todo esto les satisfacia con buenas palabras y razones, echáronle de manga á los del pueblo, que le dijesen cómo do Moteczuma estaba habia lagartos, tigres, leones y otras muy bravas fieras. Que siempre que el señor las soltase, bastaban para despedazar y comerse á los españoles, que eran poquitos. Y visto que tampoco esto aprovechaba nada con él, tramaron con los capitanes y principales de matar los cristianos. E porque lo hiciesen prometiéronles grandes partidos por Moteczuma. E dieron al Capitan General un atambor de oro, é que traerian los treinta mil soldados que á dos leguas estaban. Los chololtecas prometieron de atarlos y entregárselos. Pero no consintieron que entrasen aquellos soldados de Culúa en su pueblo, temiendo que con aquel achaque no se alzasen con él, que solian ser mañas de mejicanos; é dicen que pensaban de un tiro matar dos pájaros, ca tenian creido tomar durmiendo á los españoles y quedarse con Chololla; é que si no pudiesen atarlos dentro de la ciudad, que los llevasen por otro camino, que no el real para Méjico, sobre la mano izquierda; en el cual habia muchos malos pasos, que se hacian en él por ser tierra arenisca, y que tenia tal barranco comido de las aguas, que era de veinte y de treinta y aun de mas estados en hondo, y que allí las atajarian y llevarian atados á Moteczuma. Concluido pues el concierto, comienzan de alzar el hato, y sacar fuera á la sierra los hijos y mujeres. Estando ya los nuestros para partirse de allí, por el ruin tratamiento que les hacian y mal talante que les mostraban, avino que una mujer de un principal, que de piadosa, ó por parescerle bien aquellos barbudos, dijo á Marina de Viluta que se quedase allí con ella, que la queria mucho, y le pesaria que la matasen con sus amos. Ella disimuló la mala nueva, y sacóle quién y cómo la tramaban. Corrió luego á buscar á Jerónimo de Aguilar, é juntos dijéronselo á Cortés. El no se durmió, sino hizo de presto tomar un par de vecinos, que examinados, le confesaron la verdad de lo que pasaba, como aquella señora dijera. Difirió por esto la partida dos dias para enfriar el negocio y para desviar á los de allí de aquel mal propósito, ó castigarlos. Llamó á los que gobernaban, y díjoles que no estaba satisfecho dellos; y rogóles que ni le mintiesen ni anduviesen con él en mañas, que le pesaba dello mucho mas que si le desafiasen para batalla; porque de hombres de bien era pelear, y no mentir. Ellos respondieron que eran sus amigos y servidores, y que lo serian siempre; y que ni le mentian ni mentirian, sino que antes les dijese cuándo queria partir, para irle á servir y acompañar armados. El les dijo que otro dia, y que no queria mas de algunos esclavos para llevar el fardaje, que venian ya cansados sus tamemes, y alguna cosa de comer. Desto postrero se sonreian, diciendo entre dientes. «¿Para qué quieren comer estos, pues presto les tienen de comer á ellos en ají cocidos, y si Moteczuma no se enojase, que los quiere para su plato, aquí los habríamos comido ya?»

El castigo que se hizo en los de Chololla por su traicion.

Así que, otro dia de mañana, muy alegres, pensando que tenian bien entablado su juego, hicieron venir muchos para llevar el hato, y otros con hamacas para llevar los españoles, como en andas, creyendo tomarlos en ellas. Vinieron eso mesmo cantidad de hombres armados, de los muy valientes, para matar al que se re-

bullese; y los sacerdotes sacrificaron á su Quezalcouatlh diez niños de á tres años, las cinco hembras; costumbre que tenian comenzando alguna guerra. Los capitanes se pusieron disimuladamente á las cuatro puertas del patio y aposento de los españoles, con algunos que traian armas. Cortés muy calladamente apercibió de mañanica á los de Tlaxcallan y Cempoallan y los otros amigos. Hizo estar á caballo los suyos, y dijo á los demás españoles que meneasen las manos sintiendo una escopeta, que les iba la vida en ello; y como vió que los del pueblo se iban llegando, mandó que llamasen á su cámara los capitanes y señores; que se queria despedir dellos. Vinieron muchos, pero no dejó entrar sino hasta treinta, que le paresció, por lo que antes habia visto, ser los principales, y díjoles que siempre les habia dicho verdad, y que ellos á él mentira, con habérselo rogado y avisado; y que porque le rogaron, aunque con dañada intencion, que no entrasen los de Tlaxcallan en su pueblo, lo hiciera de grado, y aun tambien mandara á los de su compañía que no les hiciesen mal ninguno, y maguer que no le habian dado de comer, como razon fuera, no habia consentido que los suyos les tomasen ni aun una gallina, y que en pago de aquellas buenas obras tenian concertado de matarle con todos los suyos. E ya que dentro en casa no podian, allá fuera en el camino, á los malos pasos por do le querian guiar, ayudándose de los treinta mill hombres de las guarniciones de Moteczuma, que estaban á dos leguas. Pues por esta maldad, dijo, moriréis todos; y en señal de traidores, se asolaria la ciudad, á no quedar memoria; y pues ya lo sabia, no tenian para qué le negar la verdad. Ellos se maravillaron terriblemente: mirábanse unos á otros, mas encendidos que las brasas, y decian: «Este es como nuestros dioses, que todo lo sabe; no hay para qué negárselo.» Y así, confesaron luego que era verdad delante los embajadores, que estaban tambien allí. Apartó sin esto cuatro ó cinco por sí, que no los oyesen aquellos mejicanos, y contaron todo el hecho de la traicion desde su principio, y entonces dijo á los embajadores cómo aquellos de Cholollа le querian matar, á inducimiento suyo, por parte de Moteczuma; mas que no lo creia, porque Moteczuma era su amigo y gran señor, y los grandes señores no solian mentir ni hacer traiciones, y que queria castigar aquellos bellacos traidores y fementidos. Pero que ellos no temiesen, que eran inviolables, como personas públicas y enviados de rey, á quien tenia de servir, y no enojar; y que era tal y tan bueno, que no mandaria así fea é infame cosa. Todo esto decia por no descompadrar con él hasta verse dentro en Méjico. Mandó matar algunos de aquellos capitanes, y los demás dejó atados. Hizo desparar la escopeta, que era la seña, y arremetieron con gran ímpetu y enojo todos los españoles y sus amigos á los del pueblo. Hicieron como en el estrecho en que estaban, y en dos horas mataron seis mil y mas. Mandó Cortés que no matasen niños ni mujeres. Pelearon cinco horas, porque, como estaban armados los del pueblo y las calles con barreras, tuvieron defensa. Quemaron todas las casas y torres que hacian resistencia. Echaron fuera toda la vecindad; quedaron tintos en sangre. No pisaban sino cuerpos muertos. Subiéronse á la torre mayor, que tiene ciento y veinte gradas, hasta veinte caballeros, con muchos sacerdotes del mesmo templo; los cuales con flechas y cantos hicieron mucho daño, fueron requeridos, y no rendidos; y así, se quemaron con el fuego que les pusieron, quejándose de sus dioses cuán mal lo hacian en no ayudarlos, ni defendiendo su ciudad y santuario. Saqueóse la ciudad. Los nuestros tomaron el despojo de oro, plata y pluma, y los indios amigos mucha ropa y sal, que era lo que mas deseaban, y destruyeron cuanto posible les fué, hasta que Cortés mandó que cesasen. Aquellos capitanes que presos estaban, viendo la destruccion y matanza de su ciudad, vecinos y parientes, rogaron con muchas lágrimas á Cortés que soltase algunos dellos para ver qué habian hecho sus dioses de la gente menuda; y que perdonase á los que vivos quedaban, para tornarse á sus casas, pues no tenian tanta culpa de su daño cuanta Moteczuma, que los sobornó. El soltó dos, y al otro siguiente dia estaba la ciudad que no parescia que faltaba hombre; y luego, á ruegos de los de Tlaxcallan, que tomaron por intercesores, los perdonó á todos y soltó los presos, y dijo que otro tal castigo y daño haria donde le mostrasen mala voluntad, y le mintiesen y urdiesen aquellas traiciones; de que no pequeño miedo les quedó á todos. Hizo amigos á estos de Cholollа, con los de Tlaxcallan, como ya en tiempo pasado solian ser, sino que Moteczuma y los otros reyes antes dél los habian enemistado con dádivas y palabras, y aun por miedo. Los de la ciudad, como era muerto su general, criaron otro de licencia de Cortés.

Cholollа, santuario de indios.

Es Cholollа república como Tlaxcallan, y tiene uno que es capitan general ó gobernador, que todos eligen. Es lugar de veinte mill casas dentro de los muros, y fuera, por los arrabales, de otras tantas. Por defuera es de las mas hermosas que puedan ser á la vista. Muy torreada, porque hay tantos templos, á lo que dicen, como dias en el año; y cada uno tiene su torre, y algunos mas; y así, contaron cuatrocientas torres. Hombres y mujeres son de gentil dispusicion y gestos, y muy ingeniosos; ellas grandes plateras, entalladoras y cosas así. Ellos muy sueltos, bellicosos y buenos maestros de cualquiera cosa. Andan mejor vestidos que los de hasta allí, ca traen, sobre otras ropas, unos como albornoces moriscos, sino que tienen maneras. El término que alcanzan en llano es graso y de gentiles labranzas, que se riegan, y tan lleno de gente, que no hay un palmo vacío; á cuya causa hay pobres que piden por las puertas; que no lo habian visto hasta entonces por aquella tierra. El pueblo de mayor religion de todas aquellas comarcas es Cholollа, y el santuario de los indios, donde todos iban en romería y á devociones, y así tenia tantos templos. El principal era el mejor y mas alto de toda la Nueva-España, que subian á la capilla por ciento y veinte gradas. El ídolo mayor de sus dioses llaman Quezalcouatlh, dios del aire, que fué el fundador de la ciudad; vírgen, como ellos dicen, y de grandísima penitencia; instituidor del ayuno, del sacar sangre de lengua y orejas, y de que no sacrificasen sino codornices, palomas y cosas de caza. Nunca se vistió sino una

ropa de algodon blanca, estrecha y larga, y encima una manta sembrada de cruces coloradas. Tienen ciertas piedras verdes, que fueron suyas, como por reliquias. Una dellas es una cabeza de mona muy al proprio. Esto se puede entender en poco mas de veinte dias que allí estuvieron nuestros españoles. Iban y venian en ese tiempo tantos á contratar, que ponian admiracion, y una de las cosas de ver que en los mercados habia, era la loza, hecha de mill maneras y colores.

Del monte que llaman Popocatepec.

Está un monte ocho leguas de Cholollа, que llaman Popocatepec, que quiere decir sierra de humo, porque rebosa muchas veces humo y fuego. Cortés envió allá diez españoles, con muchos vecinos que los guiasen y llevasen de comer. Era la subida áspera y embarazosa. Llegaron hasta oir el ruido; mas no osaron subir á lo alto á verlo, porque temblaba la tierra, y habia tanta ceniza, que empidia el camino; y así, se querian tornar. Pero los dos que debian ser mas animosos ó curiosos, determinaron de ver el cabo y misterio de tan admirable y espantoso fuego, y por dar alguna razon á quien los enviaba, no los tuviese por medrosos y ruines; y así, aunque los demás no quisieran, y las guias los atemorizaban, diciendo que nunca jamás lo habian hollado piés ni visto ojos humanos, subieron allá por medio de la ceniza, y llegaron á lo postrero por debajo de un espeso humo. Miraron un rato, y figuróseles que tenia media legua de boca aquella concavidad, en que retumbaba el ruido, que estremecia la sierra, y poco hondo, mas como un horno de vidrio cuando mas hierve. Era tanto el calor y humo, que se tornaron presto por las mesmas pisadas que fueron, por no perder el rastro y perderse. Apenas se hubieron desviado y andado un pedazo, que comenzó á lanzar ceniza y llama, y luego ascuas; y al cabo muy grandes piedras de fuego ardientes; y si no hallaran do meterse debajo de una peña, perescieran allí abrasados; y como trajeron buenas señas, y volvieron vivos y sanos, vinieron muchos indios á besarles la ropa y á verlos, como por milagro ó como á dioses, dándoles muchos presentillos: tanto se maravillaron de aquel hecho. Piensan aquellos simples que es una boca de infierno, adonde los señores que mal gobiernan ó tiranizan van, después de muertos, á purgar sus pecados, y de allí al descanso. Esta sierra, que llaman Vulcan, por la semejanza que tiene con el de Sicilia, es alta y redonda, y que jamás le falta nieve. Paresce de muy léjos, las noches, que echa llama. Hay cerca dél muchas ciudades, pero la mas cercana es Huexocinco. Estuvo diez años y mas que no echó humo, y el año de 1540 tornó como primero, y antes trajo tanto ruido, que puso espanto á los vecinos que estaban á cuatro leguas y mas aparte. Salió mucho humo, y tan espeso, que no se acordaban su igual. Lanzó tanto y tan recio fuego, que llegó la ceniza á Huexocinco, Quetlaxcoapan, Tepejacac, Cuauhquecholla, Cholollа y Tlaxcallan, que está diez leguas, y aun dicen que llegó á quince. Cubrió el campo, y quemó la hortaliza y los árboles, y aun los vestidos.

La consulta que Moteczuma tuvo para dejar á Cortés ir á Méjico.

No quisiera Cortés reñir con Moteczuma antes de entrar en Méjico; mas tampoco queria tantas palabras, excusas y niñerías como le decian. Quejóse reciamente á sus embajadores que un tan gran príncipe, y que con tantos y tales caballeros le habia dicho que era su amigo, buscase maneras de le matar ó dañar con mano ajena, por se excusar si no le sucedia; y pues no guardaba su palabra ni mantenia verdad, que, como queria ir antes amigo y de paz, determinaba ya ir como enemigo y de guerra; que ó seria con bien ó con mal. Ellos dijeron sus desculpas, y rogaron que perdiese la saña y enojo, y que diese licencia á uno para ir á Méjico, y volver con respuesta presto, pues habia poco camino. El dijo que fuese mucho enhorabuena. Fué uno, y á los seis dias tornó con otro compañero que fuera poco antes, y trajéronle diez platos de oro, mill y quinientas mantas de algodon, mucha suma de gallipavos, de pan y cacao, y cierto vino que ellos confícionan de aquellos cacaos y centli, y negaron que no habia entrado en la conjuracion de Cholollа, ni habia sido por su mandado ni consejo, sino que aquella gente de guarnicion que allí estaba era de Acacinco y Azacan, dos provincias suyas, y vecinas de Cholollа, con quien tenian alianza y comparanzas de vecindad; los cuales, á inducimiento de aquellos bellacos, urdirian aquella maldad; y que adelante seria buen amigo, como veria y como lo habia sido; y que fuese, que en Méjico le esperaria: palabra que plugo mucho á Cortés. Moteczuma hubo temor cuando supo la matanza y quema de Cholollа, y dijo: «Esta es la gente que nuestro dios me dijo que habia de venir y señorear esta tierra;» y fuése luego á visitar los templos, y encerróse en uno, donde estuvo en oracion y ayuno ocho dias. Sacrificó muchos hombres para aplacar la ira de sus dioses, que estarian enojados. Allí le habló el diablo, esforzándole que no temiese los españoles, que eran pocos, y que venidos, haria dellos á su voluntad, y que no cesase en los sacrificios, no le acontesciese algun desastre; y tuviese favorables á Vitzcilopuchtli y Tezcatlipuca para guardarle; porque Quetzalcouatlh, dios de Cholollа, estaba enojado porque le sacrificaban pocos y mal, y no fué contra los españoles. Por lo cual, y porque Cortés le habia enviado á decir que iria de guerra, pues de paz no queria, otorgó que fuese á Méjico y á verle. Ya Cortés cuando llegó á Cholollа iba grande y poderoso; pero allí se hizo mucho mas, ca luego voló la nueva y fama por toda aquella tierra y señorío del rey Moteczuma, y de como hasta entonces se maravillaban, comenzaron dende en adelante á temerle; y así, de miedo, mas que por amor, le abrian las puertas á do quiera que llegase. Queria Moteczuma al principio hacer con Cortés que no fuese á Méjico, poniéndole muchos temores y espantos; ca pensaba que temeria los peligros del camino, la fortaleza de Méjico, la muchedumbre de hombres y su voluntad, que era mas fuerte cosa, pues cuantos señores habia en aquella tierra, la temian y obedescian, y para esto tuvo gran negociacion; mas viendo que no aprovechaba, lo quiso vencer con dádivas, pues pidia y tomaba oro. Empero como siempre porfiaba á verle y llegar á Méjico, preguntó al diablo

lo que hacer debia sobre tal caso, después de haber tomado consejo con sus capitanes y sacerdotes; ca no le paresció de hacerle guerra, que le seria deshonra tomarse con tan pocos extranjeros, y que decian ser embajadores, y por no incitar la gente contra sí, que es lo mas cierto; pues estaba claro que luego serian con él los otomíes y tlaxcaltecas, y otras muchas gentes, para destruir los mejicanos. Así que se declaró á dejarlo entrar en Méjico llanamente, creyendo poder hacer de los españoles, que tan pocos eran, lo que quisiese, y almorzárselos una mañana, si lo enojasen.

Lo que avino á Cortés, de Chololla hasta llegar á Méjico.

Habida tan buena respuesta como le dieron los embajadores de Méjico, dió Cortés licencia á los indios amigos que se quisiesen volver á sus casas, y partióse de Chololla con algunos vecinos que seguirle quisieron, y no quiso echar por el camino que le mostraban los de Moteczuma, porque era malo y peligroso, segun lo vieron los españoles que fueron al Vulcan, y porque le querian saltear en él, á lo que chalollanos decian; sino por otro mas llano y mas cerca. Reprehendidos por ello, respondieron que lo guiaban por allí, aunque no era buen camino, porque no pasase por tierra de Huexocinco, que eran sus enemigos. No caminó aquel dia sino cuatro leguas, por dormir en unas aldeas de Huexocinco, donde fué bien recibido y mantenido, y aun le dieron algunos esclavos, ropa y oro, aunque poco; que poco tienen y son pobres, á causa de tenerlos acorralados Moteczuma, por ser de la parcialidad de Tlaxcallan. Otro dia, antes de comer, subió un puerto entre dos sierras nevadas, de dos leguas de subida. Donde, si los treinta mill soldados que habian venido para tomar los españoles en Chololla esperaran, los tomaban á manos, segun la nieve y frio les hizo en el camino. Dende aquel puerto se descubria tierra de Méjico, y la laguna con sus pueblos al rededor, que es la mejor vista del mundo. Cuanto Cortés holgó de verla, tanto temieron algunos de sus compañeros, y aun hubo entrellos diversos paresceres si llegarian allá ó no, y dieron muestra de motin; pero él, por su prudencia y disimulacion, se lo deshizo, y con esfuerzo, esperanza y buenas palabras que les dió, y con ver que era el primero en los trabajos y peligros, temieron menos lo que imaginaban. En bajando á lo llano, de la otra parte halló una casa de placer en el campo, harto grande y buena; y tal, que cupieron todos los españoles holgadamente, y hasta seis mil indios que llevaba de Cempoallan, Tlaxcallan, Huexocinco y Chololla, aunque para los tamemes hicieron los de Moteczuma chozas de paja. Tuvieron buena cena y grandes fuegos para todos, que criados de Moteczuma proveian copiosamente, y aun les tenian mujeres. Allí le vinieron á hablar muchos principales señores de Méjico, y entre ellos un pariente de Moteczuma. Dieron á Cortés tres mil pesos de oro, y rogáronle que se volviese por la pobreza, hambre y ruin camino, que se anda por barquillos, y que allende del peligro de se ahogar, no ternia qué comer, y que le daria mucho, y mas el tributo que le pareciese, para el emperador que le enviaba, puesto cada un año en la mar ó do quisiese. Cortés los recibió como era razon, y les dió cosillas de España, especial al pariente del gran señor; y díjoles que de buena gana holgaria servir á tan poderoso príncipe, si pudiera sin enojar al Rey, y que de su ida no le vernia sino mucho bien y honra; y que pues no habia de hacer mas de hablalle y volverse, que de lo que tenian para sí, habria para todos qué comer, y que aquella agua no era nada en comparacion de dos mil leguas que habia venido por mar para solamente verlo y comunicarle ciertos negocios de mucha importancia. Con todas estas pláticas, si lo hallaran descuidado, lo acometieran, que venian muchos para tal efecto, como dicen algunos. Pero él hizo saber á los capitanes y embajadores cómo los españoles no dormian de noche, ni se desnudaban armas ni vestidos; y que si alguno veian en pié ó andar entrellos, le mataban luego, y él no se lo resistia; por tanto, que lo dijesen así á sus hombres, para que se guardasen; que le pesaria si alguno dellos muriese allí; y con esto pasó lo noche. En amaneciendo otro dia se partió, y fué á Amaquemacan, dos leguas, que cae en la provincia de Chalco; lugar que, con las aldeas, tiene veinte mil vecinos. El señor de allí le dió cuarenta esclavas, tres mil pesos de oro, y de comer dos dias abundantemente, y aun de secreto muchas quejas de Moteczuma. De Amaquemacan fué cuatro leguas otro dia á un pequeño lugar, poblado la metad en agua de laguna y la otra metad en tierra, al pié de una sierra áspera y pedregosa. Acompañáronle muy muchos de Moteczuma, que le proveyeron; los cuales con los del pueblo quisieron pegar con los españoles, y enviaron sus espías á ver qué hacian la noche. Pero las que Cortés puso, que eran españoles, mataron dellas hasta veinte, y allí paró la cosa, y cesaron los tratos de matar los españoles, y es cosa para reir que á cada triquete quisiesen y tentasen matarlos, y no fuesen para ello. Luego á otro dia, bien de mañana, viendo que se partia el ejército, llegaron allí doce señores mejicanos, pero el principal era Cacamacin, sobrino de Moteczuma, señor de Tezcuco, mancebo de veinte y cinco años, á quien todos acataban mucho. Venia en andas á hombros, y como le abajaron dellas, le limpiaban las piedras y pajas del suelo que pisaba. Estos venian á irse acompañando á Cortés, y desculparon á Moteczuma, que por enfermo no venia él mesmo á lo recebir allí. Todavía porfiaron que se tornasen los españoles y no llegasen á Méjico, y dieron á entender que les ofenderian allá, y aun defenderian el paso y entrada; cosa que facilísimamente podian hacer; mas empero andaban ciegos, ó no se atrevieron á quebrar la calzada. Cortés les habló y trató como quien eran, y aun les dió cosas de rescate. Salió de aquel lugar muy acompañado de personas de cuenta, á quien seguian infinitísimos otros, que no cabian por los caminos, y tambien venian muchos de aquellos mejicanos á ver hombres tan nuevos, tan afamados; y maravillados de las barbas, vestidos, armas, caballos y tiros, decian: «Estos son dioses.» Cortés les avisaba siempre que no atravesasen por entre los españoles, ni caballos, si no querian ser muertos. Lo uno, porque no se desvergonzasen con las armas á pelear, y lo al, porque dejasen abierto camino para ir adelante, que los traian rodeados. Así pues fué á un lugar de dos mil fuegos, fundado todo dentro en

agua, y que hasta llegar á él anduvo mas de media legua por una muy gentil calzada, y ancha mas de veinte piés. Tenia muy buenas casas y muchas torres. El señor dél recibió muy bien á los españoles, y los proveyó honradamente, y rogó que se quedasen á dormir allí, y aun secretamente se quejó á Cortés de Moteczuma por muchos agravios y pechos no debidos, y le certificó que habia camino, y bueno, hasta Méjico, aunque por calzada como la que pasara. Con esto descansó Cortés, ca iba con determinacion de parar allí y hacer barcas ó fustas; mas todavía quedó con miedo no le rompiesen las calzadas, y por eso llevó grandísima advertencia. Cacama y los otros señores le importunaron que no se quedase allí, sino que se fuese á Iztacpalapan, que no estaba sino dos leguas adelante, y era de otro sobrino del gran señor. El hubo de hacer lo que tanto le rogaban aquellos señores, y porque no le quedaban sino dos leguas de allí á Méjico, que podria entrar al otro dia con tiempo y á su placer. Fué pues á dormir á Iztacpalapan, y allende que de dos en dos horas iban y venian mensajeros de Moteczuma, le salieron á recebir buen trecho Cuetlauac, señor de Iztacpalapan, y el señor de Culuacan, tambien pariente suyo. Presentáronle esclavas, ropa, plumajes y hasta cuatro mil pesos de oro. Cuetlauac hospedó todos los españoles en su casa, que son unos grandísimos palacios, de cantería todos y carpintería, muy bien labrados, con patios y cuartos bajos y altos, y todo servicio muy cumplido. En los aposentos muchos paramentos de algodon, ricos á su manera. Tenian frescos jardines de flores y árboles olorosos, con muchos andenes de red de cañas, cubiertas de rosas y yerbecitas, y con estanques de agua dulce. Tenian tambien una huerta muy hermosa de frutales y hortaliza, con una grande alberca de cal y canto, que era de cuatrocientos pasos en cuadro, y mil y seiscientos en torno, y sus escalones hasta el agua, y aun hasta el suelo, por muchas partes; en la cual habia de todas suertes de peces; y acuden á ella muchas garcetas, labancos, paviotas y otras aves, que cubren en veces la agua. Es Iztacpalapan de hasta diez mill casas, y está en la laguna salada, medio en agua, medio en tierra.

Cómo salió Moteczuma á recebir á Cortés.

De Iztacpalapan á Méjico hay dos leguas por una calzada muy ancha, que holgadamente van ocho caballos por ella á la par, y tan derecha como hecha por nivel, y quien buena vista tenia, alcanzaba á ver las puertas de Méjico. A los lados della están Mixicalcinco, que es de cerca de cuatro mil casas, toda dentro en agua; Coioacan; de seis mil, y Vicilopuchtli, de cinco. Tienen estas ciudades muchos templos, con tantas torres, que las hermosean, y gran trato de sal, porque allí la hacen y venden, ó llevan fuera á ferias y mercados. Sacan agua de la laguna, que es salada, por arroyuelos á hoyos de tierra, y en ellos se cuaja; y así, hacen pelotas y panes de sal, y tambien la cuecen, y es mejor, pero mas embarazosa. Era gran renta para Moteczuma. En esta calzada hay, de trecho á trecho, puentes levadizas sobre los ojos por do corre la agua de la una laguna á la otra. Por esta calzada fué Cortés con sus cuatrocientos compañeros, y otros seis mil indios amigos, de los pueblos atrás que pacificó. Apenas podia andar, con la pretura de la mucha gente que á ver los españoles salia. Llegó acerca de la ciudad, donde se junta otra calzada con esta, y donde está un baluarte fuerte y grande, de piedra, dos estados alto, con dos torres á los lados, y en medio un potril almenado y dos puertas; fuerza harto fuerte. Aquí salieron cuatro mil caballeros cortesanos y ciudadanos á recebirle, vestidos ricamente á su usanza, y todos de una misma manera. Cada uno, como á Cortés llegaba, tocaba su mano derecha en tierra, besábala, humillábase, y pasaba adelante por la órden que venian. Tardaron una hora en esto, y fué cosa mucho de mirar. Desde el baluarte sigue todavía la calzada, y tiene, antes de entrar en la calle, una puente de madera levadiza y diez pasos ancha, por el ojo de la cual corre la agua y entra de la una en la otra. Hasta esta puente salió Moteczuma á recebir á Cortés, debajo de un palio de pluma verde y oro, con mucha argentería colgando, que lo llevaban cuatro señores sobre sus cabezas. Traíanle de los brazos Cueltlauac y Cacama, sobrinos suyos y grandes príncipes. Venian todos tres á una manera riquísimamente ataviados, salvo que el señor traia unos zapatos de oro y piedras engastonadas, que solamente eran las suelas prendidas con correas, como se pintan á lo antiguo. Andaban criados suyos de dos en dos, poniendo y quitando mantas por el suelo; no pisase en la tierra. Seguian luego docientos señores como en procesion, todos descalzos, y con ropas de otra mas rica librea que los tres mil primeros. Moteczuma venia por medio de la calle, y estos detrás y arrimados cuanto podian á las paredes, los ojos en tierra, por no miralle á la cara, que es desacato. Cortés se apeó del caballo, y como se juntaron, fuéle á abrazar á nuestra costumbre. Los que le traian de brazo le detuvieron, que no llegasé á él, que era pecado tocarle; saludáronse empero, y Cortés le echó entonces al cuello un collar de margaritas y diamantes y otras piedras de vidrio. Moteczuma se fué delante con el un sobrino, y mandó al otro que llevase por la mano á Cortés luego tras él y por medio de la calle. En comenzando á ir, llegaron los de la librea uno á uno á hablar y darle el parabien de su llegada, y tocando la tierra con la mano, pasaban, y tornábanse á su órden y lugar. No acabaran aquel dia si todos los de la ciudad hubieran, como querian, de saludarle; mas, como el Rey iba delante, volvian todos las caras á la pared, y no osaban llegar á Cortés. A Moteczuma plugo el collar de vidrio, y por no tomar sin dar mejor, como gran príncipe, mandó luego traer dos collares de camarones colorados, gruesos como caracoles, y que allí estiman en mucho, y que de cada uno dellos colgaban ocho camarones de oro, de labor perfectísima, y de á jeme cada uno; y púsoselos al pescuezo con sus proprias manos, que lo tuvieron á favor grandísimo, y se maravillaron dello. Ya en esto acababan de pasar la calle, que es un tercio de legua, ancha, derecha y muy hermosa, y llena de casas por entrambas aceras; en cuyas puertas, ventanas y azoteas habia tanta gente para ver los españoles, que no sé quién se maravillase mas, ó los nuestros de tanta muchedumbre de hombres y mujeres que aquella ciudad

tenia, ó ellos de la artillería, caballos, barbas y traje de hombres que nunca vieran. Llegaron pues á un patio grande, recámara de ídolos, que fué casas de Axaiaca. A la puerta tomó Moteczuma de la mano á Cortés, y metiólo dentro á una gran sala; púsolo en un rico estrado, y díjole: «En vuestra casa estáis; comed, descansad, y habed placer; que luego torno.» Tal como habeis oido fué el recebimiento que á Fernando Cortés hizo Moteczumacin, rey poderosísimo, en su gran ciudad de Méjico, á 8 dias del mes de noviembre, año de 1519 que Cristo nasció.

La oracion de Moteczuma á los españoles.

Era esta casa en que los españoles estaban aposentados muy grande y hermosa, con salas asaz largas y otras muchas cámaras, donde muy bien cupieron ellos y todos casi los indios amigos que los servian y acompañaban armados; y estaba toda ella muy limpia, lucida, esterada y entapizada con paramentos de algodon y pluma de muchas colores; que habia bien que mirar en todo. Como Moteczuma se fué, repartió Cortés el aposento, y puso la artillería de cara de la puerta, y luego comieron una buena comida; en fin, como de tan gran rey á tal capitan. Moteczuma, luego que comió, y supo que los españoles habian comido y reposado, volvió á Cortés, saludóle, sentóse junto en otro estrado que le pusieron, dióle muchas y diversas joyas de oro, plata, pluma, y seis mil ropas de algodon ricas, labradas y tejidas de maravillosas colores; cosa que manifestó su grandeza, y confirmó lo que traian imaginado por los presentes pasados. Todo esto hizo con mucha gravedad, y con la mesma dijo, segun Marina y Aguilar declaraban: «Señor y caballeros mios, mucho huelgo de tener tales hombres como vosotros en mi casa y reino, para les poder hacer alguna cortesía y bien, segun vuestro merescimiento y estado; y si hasta aquí os rogaba que no entrásedes acá, era porque los mios tenian grandísimo miedo de veros; ca espantábades la gente con estas vuestras barbas fieras, y que traíades unos animales que tragaban los hombres, y que como veníades del cielo, abajábades de allá rayos, relámpagos y truenos, con que hacíades temblar la tierra, y feríades al que os enojaba ó al que os antojaba; mas empero como ya agora conozco que sois hombres mortales, mas de bien, y no haceis daño alguno, y he visto los caballos, que son como ciervos, y los tiros, que parescen cebratanas, tengo por burla y mentira lo que me decian, y aun á vosotros por parientes; ca, segun mi padre me dijo, que lo oyó tambien al suyo, nuestros pasados y reyes, de quien yo desciendo, no fueron naturales desta tierra, sino advenedizos; los cuales vinieron con un gran señor, y que dende á poco se fué á su naturaleza, y que al cabo de muchos años tornó por ellos; mas no quisieron ir, por haber poblado aquí, y tener ya hijos y mujeres y mucho mando en la tierra. El se volvió muy descontento dellos, y les dijo á la partida que enviaria sus hijos á que los gobernasen y mantuviesen en paz y justicia, y en las antiguas leyes y religion de sus padres. A esta causa pues hemos siempre esperado y creido que algun dia vernian los de aquellas partes á nos subjectar y mandar, y pienso yo que sois vosotros, segun de donde venis, y la noticia que decis que ese vuestro gran rey emperador que os envia, ya de nos tenia. Así que, señor capitan, sed cierto que os obedesceremos, si ya no traeis algun engaño ó cautela, y partirémos con vos y los vuestros lo que tuviéremos. E ya que esto que digo no fuese, por sola vuestra virtud y fama y obras de esforzados caballeros, lo haria muy de buena gana; que bien sé lo que hecistes en Tabasco, Teoacacinco y Cholollа y otras partes, venciendo tan pocos á tantos; y si traeis creido que soy dios, y que las paredes y tejados de mi casa, con todo el demás servicio, son de oro fino, como sé que os han parlado los de Cempoallan, Tlaxcallan y Huexocinco y otros, os quiero desengañar, aunque os tengo por gente que no lo creeis, y que conosceis que con vuestra venida se me han rebelado, y de vasallos tornado enemigos mortales; pero esas alas yo se las quebraré. Tocad pues mi cuerpo, que carne y hueso es; hombre soy como los otros, mortal, no dios, no; bien que, como rey, me tengo en mas, por la dignidad y preeminencia. Las casas ya las veis, que son de barro y palo, y cuando mucho de canto: ¿veis cómo os mintieron? En cuanto á lo demás, es verdad que tengo plata, oro, pluma, armas, y otras joyas y riquezas en el tesoro de mis padres y abuelos, guardados de grandes tiempos á esta parte, como es costumbre de reyes. Lo cual todo vos y vuestros compañeros ternéis siempre que lo quisiéredes; entre tanto holgad, que vernéis cansados.» Cortés le hizo una gran mesura, y con alegre semblante, porque le saltaban algunas lágrimas, le respondió que, confiado de su clemencia y bondad, habia insistido en verle y hablalle, y que conoscia ser todo mentira y maldad lo que dél le habian dicho aquellos que le deseaban mal, como él tambien veia por sus mesmos ojos las burlerías y consejas que de los españoles le contaran; y que tuviese por certísimo que el Emperador, rey de España, era aquel su natural señor á quien esperaba, cabeza del mundo y mayorazgo del linaje y tierra de sus antepasados; y en lo que tocaba al tesoro, que se lo tenia en muy gran merced. Tras esto preguntó Moteczuma á Cortés si aquellos de las barbas eran todos vasallos ó esclavos suyos, para tratar á cada uno como quien era. El le dijo que todos eran sus hermanos, amigos y compañeros, sino algunos, que eran criados; y con tanto, se fué á Tecpan, que es palacio, y allá se informó particularmente de las lenguas, cuáles eran ó no caballeros, y segun le informaron, así les envió el don; si era hidalgo y buen soldado, bueno y con mayordomo, y si no, y marinero, no tal y con lacayo.

De la limpieza y majestad con que se servia Moteczuma.

Era Moteczuma hombre mediano, de pocas carnes, de color muy bazo, como loro, segun son todos los indios. Traia cabello largo, tenia hasta seis pelillos de barba, negros, largos de un jeme. Era bien acondicionado, aunque justiciero, afable, bien hablado, gracioso, pero cuerdo y grave, y que se hacia temer y acatar. Moteczuma quiere decir hombre sañudo y grave. A los nombres proprios de reyes, de señores y mujeres, añaden esta sílaba *cin*, que es por cortesía ó dignidad, como nosotros el don, turcos sultan, y moros mulei; y

así, dicen Moteczumacin. Tenia con los suyos tanta majestad, que no les dejaba sentar delante de sí, ni traer zapatos ni mirarle á la cara, sino era á poquísimos y grandes señores. Con los españoles, que se holgaba de su conversacion, ó porque los tenia en mucho, no los consentia estar en pié. Trocaba con ellos sus vestidos si le parescian bien los de España; mudaba cuatro vestidos al dia, y ninguno tornaba á vestir segunda vez. Estas ropas se guardaban para dar albricias, para hacer presentes, para dar á criados y mensajeros, y á soldados que pelean y prenden algun enemigo, que es gran merced y como un previlegio; y destas eran aquellas muchas y lindas mantas que por tantas veces envió á Fernando Cortés. Andaba Moteczuma muy polido y limpio á maravilla; y así, se bañaba dos veces cada dia; pocas veces salia fuera de la cámara, sino era á comer; comia siempre solo, mas solemnemente y en grandísima abundancia; la mesa era una almohada ó un par de cueros de color; la silla un banquillo bajo, de cuatro piés, hecho de una pieza, cavado el asiento, labrado muy bien y pintado; los manteles, pañizuelos y toballas, de algodon, muy blancas, nuevas, flamantes, que no se ponian mas de aquella vez. Traian la comida cuatrocientos pajes, caballeros, hijos de señores, y poníanla toda junta en la sala; salia él, miraba las viandas, y señalaba las que mas le agradaban. Luego ponian debajo dellas braseros con ascuas, porque ni se enfriasen ni perdiesen el sabor; y pocas veces comía de otras, sino fuese algun buen guisado que le loasen los mayordomos. Antes que se asentase venian hasta veinte mujeres suyas de las mas hermosas ó favoridas ó semaneras, y servíanle las fuentes con grande humildad; tras esto se sentaba, y luego llegaba el maestresala, y echaba una red de palo, que atajaba la mesa de la gente, que no cargase encima; y él solo ponia y quitaba los platos; que los pajes no llegaban á la mesa ni hablaban palabra, ni aun hombre de cuantos allí estaban, entre tanto que el señor comia, sino fuese truhan, ó alguno que le preguntase algo, y todos estaban y servian descalzos. El beber no era con tanta cerimonia ni pompa; asistian á la contina al lado del Rey, aunque algo desviados, seis señores ancianos, á los cuales daba algunos platos del manjar que le sabia bien. Ellós los tomaban con gran reverencia, y los comian luego allí con mayor respecto, sin le mirar á la cara, que era la mayor humildad que podian mostrar delante dél. Tenia música, comiendo, de zampoña, flauta, caracol, hueso y atabales y otros instrumentos así; que mejores no los alcanzan, ni voces, digo, que no sabian canto, ni eran buenas. Habia siempre al tiempo de la comida enanos, jibados, contrechos y otros así, y todos por grandeza ó por risa; á los cuales daban de comer con los truhanes y chocarreros al cabo de la sala, de los relieves. Lo demás que sobraba comian tres mil de guarda ordinaria, que estaban en los patios y plaza; y por esto dicen que se traian siempre tres mil platos de manjar y tres mil jarros de bebida y vino que ellos usan, y que nunca se cerraba la botillería ni despensa, que era cosa de ver lo qué en ellas habia. No dejaban de guisar ni tener cada dia de cuanto en la plaza se vendia, que era, segun después dirémos, infinito, y mas lo que traian cazadores, renteros y tributarios. Los platos, escudillas, tazas, jarros, ollas y el demás servicio era todo de barro y muy bueno, si lo hay en España, y no servia al Rey mas de una comida. Tambien tenia bajilla de oro y plata grandísima, pero poco se servia della: dicen que por no servirse dos veces con ella, que parescia bajeza. Lo que algunos cuentan, que guisaban niños y los comia Moteczuma, era solamente de hombres sacrificados, que de otra manera no comia carne humana; y esto no era de ordinario. Alzados los manteles, llegaban aquellas mujeres, que aun todavía se estaban allí en pié, como los hombres, á darle otra vez agua manos con el acatamiento que primero, é íbanse á su aposento á comer con las demás; y así hacian todos, salvo los caballeros y pajes que les tocaba la guarda.

De los jugadores de piés.

Quitada la mesa, ida la gente, y estándose aun Moteczuma sentado, entraban los negociantes descalzos, que todos se descalzaban para entrar en palacio los que traian zapatos, sino eran los muy grandes señores, como los de Tezcuco y Tlacopan, y otros pocos sus parientes y amigos. Venian pobremente vestidos; si eran señores ó ricoshombres, y hacia frio, poníanse mantas viejas ó groseras y ruines sobre las finas y nuevas; pero todos hacian tres ó cuatro reverencias. No le miraban al rostro, hablaban humillados y andando para tras. El les respondia muy mesurado, muy bajo y en poquitas palabras, y aun no todas veces ni á todos; que otros sus secretarios ó consejeros, que para esto estaban allí, respondian; y con tanto se tornaban á salir sin volver las espaldas al Rey. Tras esto tomaba algun pasatiempo, oyendo música y romances, ó truhanes, de que mucho holgaba, ó mirando unos jugadores que hay allá de piés, como acá de manos; los cuales traen con los piés un palo como un cuarton, rollizo, parejo y liso, que arrojan en alto y lo recogen, y le dan dos mil vueltas en el aire tan bien y presto, que apenas se ve cómo; y hacen otros juegos, monerías y gentilezas por gentil concierto y arte, que pone admiracion. A España vinieron después algunos con Cortés que jugaban así de piés, y muchos los vieron en corte. Tambien hacian matachines; ca se subian tres hombres uno sobre otro de piés llanos en los hombros, y el postrero hacia maravillas. Algunas veces miraba Moteczuma como jugaban al patoliztli, que parece mucho al juego de las tablas, y que se juega con habas ó frísoles rajados, como dados de harinillas, que dicen patolli; los cuales menean entrambas manos, y los echan sobre una estera ó en el suelo, donde hay ciertas rayas como alquerque, en que señalan con piedras el punto que cayó arriba, quitando ó poniendo china. A esto juegan cuanto tienen, y aun muchas veces los cuerpos para esclavos, los tahures y hombres bajos.

Del juego de la pelota.

Otras veces iba Moteczuma al tlachtli, que es trinquete para pelota. A la pelota llaman ullamaliztli; la cual se hace de la goma de ulli, que es un árbol que nasce en tierras calientes, y que punzado llora unas gotas gordas y muy blancas, y que muy presto son cua-

jadas; las cuales juntas, mezcladas y tratadas, se vuelven negras mas que la pez, y no tiznan. De aquello redondean y hacen pelotas, que, aunque pesadas, y por consiguiente duras para la mano, botan y saltan muy bien, y mejor que nuestras pelotas de viento. No juegan á chazas, sino al vencer, como al balon ó á la chueca, que es dar con la pelota en la pared que los contrarios tienen en el puesto, ó pasarla por encima. Pueden darle con cualquier parte del cuerpo que mejor les viene, pero hay postura que pierde el que lo toca sino con la nalga ó cuadril, que es la gentileza, y por eso se ponen un cuero sobre las nalgas; mas puédele dar siempre que haga bote, y hace muchos, uno en pos de otro. Juegan en partida, tantos á tantos y á tantas rayas, una carga de mantas, ó mas ó menos, como quien son los jugadores. Tambien juegan cosas de oro y pluma, y aun veces hay á sí mesmos, como hacen al patollí, que les es permitido, como el venderse. Es este tlachtli ó tlachco, una sala baja, larga, estrecha y alta, pero mas ancha de arriba que abajo, y mas alta á los lados que á las fronteras; que así lo hacen de industria, para su jugar. Tiénenlo siempre muy encalado y liso; ponen en las paredes de los lados unas piedras como de molino, con su agujero en medio que pasa á la otra parte, por do á mala vez cabe la pelota. El que emboca por allí la pelota, que por maravilla acontesce, porque aun con la mano hay bien que hacer, gana el juego, y son suyas, por costumbre antigua y ley entre jugadores, las capas de cuantos miran cómo juegan en aquella pared por cuya piedra y agujero entró la pelota, y en otra, que serian las capas de los medios, que presentes estaban. Mas era obligado hacer ciertos sacrificios al ídolo del trinquete y piedra por cuyo agujero metió la pelota. Decian los miradores que aquel tal debia ser ladron ó adúltero, ó que moriria presto. Cada trinquete es templo, porque ponian dos imágines del dios del juego de la pelota encima de las dos paredes mas bajas, á la media noche de un dia de buen signo, con ciertas cerimonias y hechicerías, y en medio del suelo hacian otras tales, cantando romances y canciones que para ello tenian, y luego venia un sacerdote del templo mayor, con otros religiosos, á lo bendecir. Decia ciertas palabras, echaba cuatro veces la pelota por el juego, y con tanto quedaba consagrado, y podian jugar en él, que hasta entonces no en ninguna manera; y aun el dueño del trinquete, que siempre era señor, no jugara pelota sin hacer primero no sé qué cerimonias y ofrendas al ídolo: tanto eran supersticiosos. A este juego llevaba Moteczuma los españoles, y mostraba holgarse mucho en verlo jugar, y ni mas ni menos de mirarlos á ellos jugar á los naipes y dados.

Los bailes de Méjico.

Moteczuma tenia otro pasatiempo, que regocijaba á los de palacio y aun á toda la ciudad; ca es muy bueno y largo, y público; el cual, ó lo mandaba él hacer, ó venian los del pueblo á le hacer en palacio aquel servicio y solaz, y era desta manera: que sobre la comida comenzaban un baile, que llaman netoteliztli, danza de regocijo y placer. Mucho antes de comenzarlo, tendian una gran estera en el patio de palacio, y encima della ponian dos atabales; uno chico, que llaman teponaztli, y que es todo de una pieza, de palo muy bien labrado por defuera, hueco, y sin cuero ni pergamino; mas táñese con palillos como los nuestros. El otro es muy grande, alto, redondo y grueso como un atambor de los de acá, hueco, entallado por fuera, y pintado. Sobre la boca ponen un parche de venado curtido y bien estirado, y que apretado sube, y flojo abaja el tono. Táñese con las manos sin palos, y es contrabajo. Estos dos atabales concertados con voces, aunque allá no las hay buenas, suenan mucho, y no mal; cantan cantares alegres, regocijados y graciosos, ó algún romance en loor de los reyes pasados, recontando en ellos guerras, victorias, hazañas, y cosas tales; y esto va todo en copla por sus consonantes, que suenan bien y aplacen. Cuando ya es tiempo de comenzar, silvan ocho ó diez hombres muy recio, y luego tocan los atabales muy bajo, y no tardan á venir los bailadores con ricas mantas blancas, coloradas, verdes, amarillas, y tejidas de diversísimos colores; y traen en las manos ramilletes de rosas, ó ventalles de pluma, ó pluma y oro; y muchos vienen con sus guirlandas de flores, que huelen por excelencia, y muchos con papahigos de pluma ó carátulas, hechas como cabezas de águila, tigre, caiman y animales fieros. Júntanse á este baile mil bailadores muchas veces, y cuando menos cuatrocientos, y son todos personas principales, nobles y aun señores; y cuanto mayor y mejor es cada uno, tanto mas junto anda á los atabales. Bailan en corro trabados de las manos, una órden tras otra; guian dos que son sueltos y diestros danzantes; todos hacen y dicen lo que aquellos dos guiadores; que si cantan ellos, responde todo el corro, unas veces mucho, otras veces poco, segun el cantar ó romance requiere; que así es acá y donde quiera. El compás que los dos llevan, siguen todos, sino los de las postreras rengles, que por estar lejos y ser muchos, hacen dos entre tanto que ellos uno, y cúmpleles meter mas obra; pero á un mesmo punto alzan ó abajan los brazos ó el cuerpo, ó la cabeza sola, y todo con no poca gracia, y con tanto concierto y sentido, que no discrepa uno de otro; tanto, que se embebescen allí los hombres. A los principios cantan romances y van despacio; tañen, cantan y bailan quedo, que parece todo gravedad; mas cuando se encienden, cantan villancicos y cantares alegres; avívase la danza, y andan recio y apriesa; y como dura mucho, beben, que escancianos están allí con tazas y jarros. Tambien algunas veces andan sobresalientes unos truhanes, contrahaciendo á otras naciones en traje y en lenguaje, y haciendo del borracho, loco ó vieja, que hacen reir y placer á la gente. Todos los que han visto este baile, dicen que es cosa mucho para ver, y mejor que la zambra de los moros, que es la mejor danza que por acá sabemos; y si mujeres la hacen, es muy mejor que la de hombres. Mas en Méjico no bailaban ellas tal baile públicamente.

Las muchas mujeres que tenia Moteczuma en palacio.

Moteczuma tenia muchas casas dentro y fuera de Méjico, así para recreacion y grandeza, como para morada: no dirémos de todas, que será muy largo. Donde él moraba y residia á la contina, llaman Tepac, que es

como decir palacio; el cual tenia veinte puertas que responden á la plaza y calles públicas.. Tres patios muy grandes, y en el uno una muy hermosa fuente; habia en él muchas salas, cien aposentos de á veinte y cinco y treinta piés de largo y hueco; cien baños. El edificio, aunque sin clavazon, todo muy bueno; las paredes de canto, mármol, jaspe, pórfido, piedra negra, con unas vetas coloradas como rubí, piedra blanca, y otra que se trasluce; los techos de madera bien labrada y entallada de cedros, palmas, cipreses, pinos y otros árboles; las cámaras pintadas, esteradas, y muchas con paramentos de algodon, de pelo de conejo, de pluma; las camas pobres y malas, porque, ó eran de mantas sobre esteras ó sobre heno, ó esteras solas; pocos hombres dormian dentro en estas casas; mas habia mill mujeres, y algunos afirman que tres mill entre señoras y criadas y esclavas; de las señoras, hijas de señores, que eran muy muchas, tomaba para si Moteczuma las que bien le parescia; las otras daba por mujeres á sus criados y á otros caballeros y señores; y así, dicen que hubo vez que tuvo ciento y cincuenta preñadas á un tiempo; las cuales, á persuasion del diablo, movian, tomando cosas para lanzar las criaturas, ó quizá porque sus hijos no habian de heredar; tenian estas mujeres muchas viejas por guarda, que ni aun mirarlas no dejaban á hombre; querian los reyes toda honestidad en palacio. El escudo de armas que estaba por las puertas de palacio, y que traen las banderas de Moteczuma y las de sus antecesores, es una águila abatida á un tigre, las manos y uñas puestas como para hacer presa. Algunos dicen que es grifo, y no águila, afirmando que en las sierras de Teoacan hay grifos, y que despoblaron el valle de Auacatlan, comiéndose los hombres, y traen por argumento que se llaman aquellas sierras Cuitlachtepetl, de cuitlachtli, que es grifo como leon. Agora creo que no los hay, porque no los han españoles aun visto. Los indios muestran estos grifos, que llaman quezalcuitlactli, por sus antiguas figuras, y tienen vello, y no pluma, y dicen que quebraban con las uñas y dientes los huesos de hombres y venados; tiran mucho á leon, y parescen águila, porque los pintan con cuatro piés, con dientes y con vello, que mas aína es lana que pluma; con pico, con uñas, y alas con que vuela; y en todas estas cosas responde la pintura á nuestra escritura y pinturas; de manera que ni bien es ave ni bien bestia. Plinio, por mentira tiene esto de los grifos, aunque hay muchos cuentos dellos. Tambien hay otros señores que tienen por armas este grifo, que va volando con un ciervo en las uñas.

Casa de aves para pluma.

Otra casa tiene Moteczuma de muchos y buenos aposentos, y con unos gentiles corredores levantados sobre pilares de jaspe, todos de una pieza, que cae á una muy grande huerta, en la cual hay diez estanques ó mas, unos de agua salada para las aves de mar, y otros de dulce para las de rio y laguna, que muchas veces vacian, é hinchen por la limpieza de la pluma. Andan en ellos tantas de aves, que ni caben dentro ni fuera; y de tan diversas maneras, plumas y hechura, que ponian admiracion á los españoles mirándolas; ca las mas dellas no conoscian ni habian visto hasta entonces. A cada suerte de aves daban el cebo y pasto con que se mantenian en el campo; si con yerbas, dábanles yerba; si con grano, dábanles centli, frísoles, habas y otras simientes; si con pescado, peces, de los cuales era el ordinario de cada dia diez arrobas, que pescaban y tomaban en las lagunas de Méjico; y aun á algunas daban moscas y tales sabandijas, que era su comida. Habia para servicio destas aves trecientas personas: unos limpian los estanques, otros pescan, otros les dan de comer; unos son para espulgallas, otros para guardar los huevos, otros para echarlas cuando encloquescen, otros las curan enfermando, otros las pelan, que esto era lo principal, por la pluma, de que hacen ricas mantas, tapices, rodelas, plumajes, moscadores y otras muchas cosas, con oro y plata; obra perfectísima.

Casa de aves para caza.

Tiene otra casa con muy cumplidos cuartos y aposento, que llaman casa de aves, no porque hay en ello mas que en la otra, sino porque las hay mayores, ó porque, con ser para caza y de rapiña, las tienen por mejores y mas nobles. Hay en estas casas muchas salas altas, en que están hombres, mujeres y niños, blancos de nascimiento por todo su cuerpo y pelo, que pocas veces nascen así, y aquellos los tienen como por milagro. Habia tambien enanos, corcovados, quebrados, contrechos y monstros en gran cantidad, que los tenia por pasatiempo, y aun dicen que de niños los quebraban y enjibaban, como por una grandeza de rey. Cada manera destos hombrecillos estaba por sí en su sala y cuarto. Habia en las salas bajas muchas jaulas de vigas recias; en unas estaban leones, en otras tigres, en otras onzas, en otras lobos; en fin, no habia fiera ni animal de cuatro piés que allí no estuviese, á solo efecto de decir que los tenia en su casa el gran señor Moteczumacin, aunque mas bravos eran. Dábanles de comer por sus raciones, gallipavos, venados, perros, y cosas de caza; habia asimismo en otras piezas, en grandes tinajas, cántaros y semejantes vasijas con agua ó con tierra, culebras como el muslo, víboras, crocodillos, que llaman caimanes ó lagartos de agua; lagartos destotros, lagartijas, y otras tales sabandijas y serpientes de tierra y agua, así bravas, ponzoñosas, y que espantan con sola la vista y su mala catadura; habia tambien á otro cuarto, y por el patio, en jaulas de palos rollizos y alcándaras, toda suerte y ralea de aves de rapiña; alcotanes, gavilanes, milanos, buitres, azores, nueve ó diez maneras de halcones, muchos géneros de águilas, entre las cuales habia cincuenta mayores harto que las nuestras caudales, y que de un pasto se come una dellas un gallipavo de aquellos de allá, que son mayores que nuestros pavones; de cada ralea habia muchas, y estaban por su cabo, y tenia de racion para cada dia quinientos gallipavos y trecientos hombres de servicio, sin los cazadores, que son infinitos; otras muchas aves estaban allí que los españoles no conoscieron; pero decíanles ser todas muy buenas para caza, y así lo mostraban ellas en el semblante, tallo, uñas y presa que tenian. Daban á las culebras y á sus compañeras la sangre de personas muertas en sacrificio, que chupasen y lamie-

sen; y aun, como algunos cuentan, les echaban de la carne; ca muy gentilmente la comen los unos lagartos y los otros. Españoles no vieron esto, mas vieron el suelo cuajado de sangre como en matadero, que hedia terriblemente, y que temblaba si metian un palo; era mucho de ver el bullicio de los hombres que entraban y salian en esta casa, y que andaban curando de las aves, animales y sierpes; y nuestros españoles se holgaban de mirar tanta diversidad de aves, tanta braveza de bestias fieras, y el enconamiento de las ponzoñosas serpientes; mas empero no podian oir de buena gana los espantosos silbos de las culebras, los temerosos bramidos de los leones, los aullidos tristes del lobo, ni los fieros gañidos de las onzas y tigres, ni los gemidos de los otros animales, que daban teniendo hambre ó acordándose que estaban acorralados, y no libres para ejecutar su saña. Y certísimamente era de noche un traslado del infierno y morada del diablo; y así era ello, porque en una sala de ciento y cincuenta piés larga, y ancha cincuenta, estaba una capilla chapada de oro y plata de gruesas planchas, con muchísima cantidad de perlas y piedras, ágatas, cornerinas, esmeraldas, rubíes, topacios, y otras así; adonde Moteczuma entraba en oracion muchas noches, y el diablo venia á le hablar, y se le aparescia, y aconsejaba segun la peticion y ruegos que oia. Tenia casa para solamente graneros, y donde poner la pluma y mantas de las rentas y tributos, que era cosa mucho de ver. Sobre las puertas tenian por armas ó señal un conejo. Aquí moraban los mayordomos, tesoreros, contadores, receptores, y todos los que tenian cargo y oficios en la hacienda real. Y no habia casa destas del Rey donde no hubiese capillas y oratorios del demonio, que adoraban por amor de lo que allí estaba; y por tanto, todas eran grandes y de mucha gente.

Casas de armas.

Moteczuma tenia algunas casas de armas, cuyo blason es un arco y dos aljabas por cada puerta. De toda suerte de armas que ellos usan habia muchas, y eran arcos, flechas, hondas, lanzas, lanzones, dardos, porras y espadas; broqueles y rodelas mas galanas que fuertes; cascos, grevas y brazaletes, pero no en tanta abundancia, y de palo dorado ó cubierto de cuero. El palo de que hacen estas armas es muy recio. Tuéstanlo, y á las puntas hincan pedernal ó huesos del pece libiza, que es enconado, ó de otros huesos, que como se quedan en la herida, la hacen casi incurable y enconan. Las espadas son de palo, con agudos pedernales engeridos en él y encolados. El engrudo es de cierta raíz, que llaman zacotl, y de teujalli, que es una arena recia y como de vena de diamantes, que mezclan y amasan con sangre de morciélagos y no sé qué otras aves; el cual pega, traba y dura por extremo; tanto, que dando grandes golpes no se desase. Desto mesmo hacen punzones, que barrenan cualquier madera y piedra, aunque sea un diamante. Y las espadas cortan lanzas y un pescuezo de caballo cercen; y aun entran en el fierro y mellan, que paresce imposible. En la ciudad nadie trae armas; solamente las llevan á la guerra ó á la caza ó en la guarda.

Jardines de Moteczuma.

Sin las ya dichas casas, tenia tambien otras muchas de placer, con muy buenos jardines de solas yerbas medicinales y olorosas, de flores, de rosas, de árboles de olor, que son infinitos. Era para alabar al Criador tanta diversidad, tanta frescura y olores. El artificio y delicadeza con que están hechos mil personajes de hojas y flores. No consintia Moteczuma que en estos verjeles hobiese hortaliza ni fruta, diciendo que no era de reyes tener granjerías ni provechos en lugares de sus deleites; que las huertas eran para esclavos ó mercaderes, aunque con todo esto, tenia huertos con frutales, pero léjos, y donde poquitas veces iba. Tenia asimismo fuera de Méjico casas en bosques de gran circúito y cercados de agua, dentro de las cuales habia fuentes, rios, albercas con peces, conejeras, vivares, riscos y peñoles, en que andaban ciervos, corzos, liebres, zorras, lobos y otros semejantes animales para caza, en que mucho y á menudo se ejercitaban los señores mejicanos. Tantas y tales eran las casas de Moteczumacin, en que pocos reyes se le igualaban.

Corte y guarda de Moteczuma.

Cada dia tenian seiscientos señores y caballeros á hacer guarda á Moteczuma, con cada tres ó cuatro criados con armas; y alguno traia veinte ó mas, segun era y lo que tenia; y así, eran tres mill hombres, y aun dicen que muchos mas, los que estaban en palacio guardando al Rey. Y todos comian allí de lo que sobraba del plato, como ya dije, ó sus raciones. Los criados ni subian arriba, ni se iban hasta la noche después de haber cenado. Eran tantos los de la guarda, que aunque eran grandes los patios y plazas y calles, lo hinchian todo. Pudo ser que entonces por amor de los españoles pusiesen tanta guarda é hiciesen aquella aparencia y majestad, y que la ordinaria fuese menos; aunque á la verdad es certísimo que todos los señores que están debajo el imperio mejicano, que, como dicen, son treinta de á cien mil vasallos, y tres mill señores de lugares y muchos vasallos, residian en Méjico por obligacion y reconoscimiento, en la corte del gran señor Moteczumacin, cierto tiempo del año. Y cuando iban fuera á sus tierras y señoríos, era con licencia y voluntad del Rey. Y dejaban algun hijo ó hermano por seguridad y porque no se alzasen; y á esta causa tenian todos casas en la ciudad de Méjico Tenuchtlitan. Tanto fué el estado y casa de Moteczuma; su corte tan grande, tan generosa, tan noble.

Que todos pechan al rey de Méjico.

No hay quien no peche algo al señor de Méjico en todos sus reinos y señoríos; porque los señores y nobles pechan con tributo personal, los labradores, que llaman macehaltin, con persona y bienes; y esto en dos maneras: ó son renteros ó herederos. Los que tienen heredades proprias pagan por año uno de tres que cogen ó crian. Perros, gallinas, aves de pluma, conejos, oro, plata, piedras, salcera y miel, mantas, plumajes, algodon, cacao, centlí, ají, camatli, habas, frísoles y todas frutas, hortaliza y semillas, de que principalmente se mantienen. Los renteros pagan por meses ó por

años lo que se obligan; y porque es mucho, los llaman esclavos; que aun cuando comen huevos, les paresce que el Rey les hace merced. Oí decir que les tasaban lo que habian de comer, y lo demás les tomaban. Visten á esta causa pobrísimamente. Y en fin, no alcanzan ni tienen sino una olla para cocer yerbas, y una piedra ó un par para moler su trigo, y una estera para dormir. Y no solamente daban este pecho los renteros y los herederos, pero aun servian con las personas todas las veces que el gran señor queria, aunque no queria sino en tiempos de guerras y caza. Era tanto el señorío que los reyes de Méjico tenian sobre ellos, que callaban aunque les tomasen las hijas para lo que quisiesen, y los hijos; y por esto dicen algunos que de tres hijos que cada labrador y no labrador tenia, daba uno para sacrificar, lo cual es falso; que si así fuera, no parara hombre en la tierra, y no estuviera tan poblada como estaba, y porque los señores no comian hombres sino de los sacrificados, y los sacrificados, por maravilla eran personas libres, sino esclavos y presos en guerra. Crueles carniceros eran, y mataban entre año muchos hombres y mujeres y algunos niños; empero no tantos como dicen, y los que eran después los contarémos por dias y cabezas. Todas estas rentas traian á Méjico á cuestas los que no podian en barcas, á lo menos las que menester eran para mantener la casa de Moteczuma. Las demás gastaban con soldados ó trocábanse á oro, plata, piedras, joyas y otras cosas ricas, que los reyes estiman y guardan en sus recámaras y tesoros. En Méjico habia trojes, graneros, y, como ya dije, casas en que encerrar el pan, y un mayordomo mayor con otros menores, que lo rescibian y gastaban por concierto y cuenta en libros de pintura; y en cada pueblo estaba su cogedor, que eran como alguaciles, y traian varas y ventalles en las manos; los cuales acudian, y daban cuenta con paga de la cogida y gente, por padron que tenian del lugar y provincia de su partido, á los de Méjico. Si erraban ó engañaban, morian por ello, y aun penaban á los de su linaje, como parientes de traidor al Rey. A los labradores, cuando no pagaban, prenden; y si están pobres por enfermedades, espéranlos; si por holgazanes, aprémianlos. En fin, si no cumplen y pagan á ciertos plazos que les dan, pueden á los unos y á los otros tomar por esclavos y venderlos para la deuda y tributo, ó sacrificallos. Tambien tenia muchas provincias que le tributaban cierta cantidad y reconoscian en algunas cosas de mayoría; pero esto mas era honra que provecho. De suerte pues que por esta via tenia Moteczuma, y aun le sobraba, para mantener su casa y gente de guerra, y para tener tanta riqueza y aparato, tanta corte y servicio; y mas, que de todo esto no gastaba nada en labrar cuantas casas queria; porque ya de gran tiempo están diputados muchos pueblos allí cerca, que no pechan ni contribuyen en otra cosa mas de en hacerle casas, repararlas y tenerlas siempre en pié á costa suya propria; que ponian su trabajo, pagaban los oficiales y traian á cuestas ó rastrando el canto, la cal, la madera y agua y todos los otros materiales necesarios á las obras. Y ni mas ni menos proveian, y muy abastadamente, de cuanta leña se quemaba en las cocinas, cámaras y braseros de palacio, que eran muchos, y habian menester, á lo que cuentan, quinientas cargas de tamemes, que son mil arrobas; y muchos dias de invierno, aunque no es recio, muchas mas. Y para los braseros y chimineas del Rey traian cortezas de encina y otros árboles, porque era mejor fuego, ó por diferenciar la lumbre, que son grandes aduladores, ó porque mas fatiga pasasen. Tenia Moteczuma cien ciudades grandes con sus provincias, de las cuales llevaba las rentas, tributos, parias y vasallaje que dije, y donde tenia fuerzas, guarnicion y tesoreros del servicio y pechos, á que eran obligadas. Extendíase su señorío y mando de la mar del Norte á la del Sur, y docientas leguas por la tierra adentro; bien es verdad que habia en medio algunas provincias y grandes pueblos, como Tlaxcallan, Mechuacan, Pánuco, Tecoantepec, que eran sus enemigos, y no le pagaban pecho ni servicio; mas valíale mucho el rescate y trueque que habia con ellos cuando queria. Habia asimesmo otros muchos señores y reyes, como los de Tezcuco y Tlacopan, que no le debian nada, sino la obediencia y homenaje; los cuales eran de su mesmo linaje, y con quien casaban los reyes de Méjico sus hijas.

De Méjico Tenuchtitlan.

Era Méjico cuando Cortés entró, pueblo de sesenta mil casas. Las del Rey y de los señores y cortesanos son grandes y buenas. Las de los otros chicas y ruines, sin puertas, sin ventanas; mas por pequeñas que son, pocas veces dejan de tener dos, tres y diez moradores; y así, hay en ella infinitísima gente. Está fundada sobre agua, ni mas ni menos que Venecia. Todo el cuerpo de la ciudad está en agua. Tiene tres maneras de calles anchas y gentiles. Las unas son de agua sola, con muchísimas puentes, las otras de sola tierra, y las otras de tierra y agua, digo, la metad de tierra, por donde andan los hombres á pié, y la metad agua, por do andan los barcos. Las calles de agua, de suyo son limpias; las de tierra barren á menudo. Casi todas las casas tienen dos puertas; una sobre la calzada, y otra sobre la agua, por donde se mandan con las barcas; y aunque está sobre agua edificada, no se aprovecha della para beber, sino que traen una fuente desde Chapultepec, que está una legua de allí, de una serrezuela, al pié de la cual están dos estatuas de bulto entalladas en la peña, con sus rodelas y lanzas, de Moteczuma y Axaiaca, su padre, segun dicen. Tráenla por dos caños tan gordos como un buey cada uno. Cuando está el uno sucio, échanla por el otro hasta que se ensucia. Desta fuente se bastece la ciudad y se proveen los estanques y fuentes que hay por muchas casas, y en canoas van vendiendo de aquella agua, de que pagan ciertos derechos. Está la ciudad repartida en dos barrios: al uno llaman Tlatelulco, que quiere decir isleta; y al otro Méjico, donde mora Moteczuma, que quiere decir manadero, y es el mas principal, por ser mayor barrio y morar en él los reyes: se quedó la ciudad con este nombre, aunque su proprio y antiguo nombre es Tenuchtitlan, que significa fruta de piedra; ca está compuesto de tetl, que es piedra, y de nuchtli, que es la fruta que en Cuba y Haiti llaman tunas. El árbol, ó mas propriamente cardo, que lleva esta fruta nuchtli se llama entre los indios de Culúa mejica-

nos, nopal; el cual es casi todo hojas algo redondas, un palmo anchas, un pié largas, un dedo gordas y dos, ó mas ó menos, segun donde nascen. Tiene muchas espinas dañosas y enconadas. El color de la hoja es verde, el de la espina pardo. Plántase, y va cresciendo de una hoja en otra, y engordando tanto por el pié, que viene á ser como árbol. Y no solamente produce una hoja á otra por la punta, mas echa tambien otras por los lados; mas pues acá los hay, no hay qué decir. En algunas partes, como de los teuchichimecas, donde es tierra estéril y falta de aguas, beben el zumo destas hojas de nopal. La fruta nuchtli es á manera de higos, que así tiene los granillos y el hollejo delgado. Pero son mas largos y coronados, como níspolas. Es de muchos colores. Hay nuchtli verde por defuera que dentro es encarnada, y sabe bien; hay nuchtli que es amarilla, otra que es blanca, y otra que llaman picadilla, por la mezcla que de colores tiene. Buenas son las picadillas, mejores las amarillas, pero las perfetas y sabrosas son las blancas, de las cuales á su tiempo hay muchas. Duran mucho. Unas saben á peras, otras á uvas. Son muy frescas; y así, las comen en verano por camino y con calor los españoles, que se dan mas por ellas que los indios. Cuanto esta fruta es mas cultivada es mejor; y así, ninguno, si no es muy pobre, come de las que llaman montesinas ó magrillas. Hay tambien otra suerte de nuchtli, que es colorada, la cual no es preciada, aunque gustosa. Si algunos la comen, es porque vienen temprano y las primeras de todas las tunas. No las dejan de comer por ser malas ni desabridas, sino porque tiñen mucho los dedos y labrios y los vestidos, y es muy mala de quitar la mancha, y sin esto, porque tiñen la orina en tanta manera, que paresce pura sangre. Muchos españoles nuevos en la tierra han desmayado por comer destos higos colorados, pensando que con la orina se les iba toda la sangre del cuerpo, en que hacian reir los compañeros. Ansimesmo han picado muchos médicos recien llegados de acá, viendo las orinas de quien habia comido esta fruta colorada; porque engañados por el color, y no sabiendo el secreto, daban remedios para restañar la sangre del hombre sano, á gran risa de los oyentes y sabidores de la burla. De aquella fruta nuchtli, y de tetl, que es piedra, se compone el nombre de Tenuchtitlan, y cuando se comenzó á poblar fué cerca de una piedra que estaba dentro de la laguna; de la cual nascia un nopal muy grande, y por eso tiene Méjico por armas y devisa un pié de nopal nascido entre una piedra, que es muy conforme al nombre. Tambien dicen algunos que tuvo esta ciudad nombre de su primer fundador, que fué Tenuch, hijo segundo de Iztacmixcoatl, cuyos hijos y descendientes poblaron, como después dije, esta tierra de Anauac, que agora se dice Nueva-España. Tampoco falta quien piense que se dijo de la grana, que llaman nuchiztli, la cual sale del mesmo cardon nopal y fruta nuchtli, de que toma el nombre. Los españoles la llaman carmesí por ser color muy subido, y es de mucho precio. Como quiera pues que ello fue, es cierto que el lugar y sitio se llama Tenuchtitlan, y el natural y vecino tenuchca. Méjico, segun ya dije arriba, no es toda la ciudad, sino la media y un barrio, aunque bien suelen decir los indios Méjico Tenuchtitlan todo junto. Y creo que lo intitulan así en las provisiones reales. Quiere Méjico decir manadero ó fuente, segun la propriedad del vocablo y lengua; y así, dicen que hay al rededor dél muchas fontecillas y ojos de agua, de donde le nombraron los que primero poblaron así. Tambien afirman otros que se llama Méjico de los primeros fundadores, que se dijeron mejiti; que aun agora se nombran méjica los de aquel barrio y poblacion; los cuales mejiti tomaron nombre de su principal dios é ídolo, dicho Mejitli, que es el mesmo que Vitcilopuchtli. Primero que se poblase este barrio Méjico, estaba ya poblado el de Tlatelulco, que por comenzarlo en una parte alta y enjuta de la laguna le llamaron así, que quiere decir isleta, y viene de tlatelli, que es isla. Está Méjico Tenuchtitlan todo cercado de agua dulce, como está en la laguna. No tiene mas de tres entradas por tres calzadas: la una viene de poniente trecho de media legua, la otra del norte por espacio de una legua. Hácia levante no hay calzada, sino barcas para entrar. Al mediodía está la otra calzada dos leguas larga, por la cual entraron Cortés y sus compañeros, segun ya dije. La laguna en que está Méjico asentada, aunque paresce toda una, es dos, y muy diferentes una de otra; porque la una es de agua salitral, amarga, pestífera, y que no consiente ninguna suerte de pesces, y la otra de agua dulce y buena, y que cria pesces, aunque pequeños. La salada cresce y mengua; mas segun el aire que corre, corre ella. La dulce está mas alta; y así, cae la agua buena en la mala, y no al revés, como algunos pensaron, por seis ó siete ojos bien grandes que tiene la calzada, que las ataja por medio, sobre los cuales hay puentes de madera muy gentiles. Tiene cinco leguas de ancho la laguna salada, y ocho ó diez de largo, y mas de quince de ruedo. Otro tanto terná la dulce en cada cosa; y así, bojará toda la laguna mas de treinta leguas, y terná dentro y á la orilla mas de cincuenta pueblos, y muchos dellos de á cinco mil casas, algunos de diez mil, y pueblo, que es Tezcuco, tan grande como Méjico. La agua que se recoge á esto hondo que llaman laguna, viene de una corona de sierras que están á vista de la ciudad y á la redonda de la laguna, la cual para en tierra salitral, y por eso es salada; que el suelo y sitio lo causan, y no otra cosa, como piensan muchos. Hácese en ella mucha sal, de que hay gran trato. Andan en estas lagunas docientas mil barquillas, que los naturales llaman acalles, que quiere decir casas de agua; porque atl es agua, y calli casa, de que está el vocablo compuesto. Los españoles las dicen canoas, avezados á la lengua de Cuba y Santo Domingo. Son á manera de artesa, y de una pieza hechas, grandes ó chicas, segun el tronco del árbol. Antes me acorto que alargo en el número destas acalles, para segun lo que otros dicen; ca en solo Méjico hay ordinariamente cincuenta mil dellas para acarrear bastimentos y portear gente; y así, las calles están cubiertas dellas, y muy gran trecho al rededor de la ciudad, especial dia de mercado.

Los mercados de Méjico.

Llaman tianquiztli al mercado. Cada barrio y parrocha tiene su plaza para contratar el mercado. Mas Mé-

jico y Tlatelulco, que son los mayores, las tienen grandísimas. Especial lo es una dellas, donde se hace mercado los mas dias de la semana; pero de cinco en cinco dias es lo ordinario, y creo que la órden y costumbre de todo el reino y tierras de Moteczuma. La plaza es ancha, larga, cercada de portales, y tal, en fin, que caben en ella sesenta y aun cien mil personas, que andan vendiendo y comprando; porque como es la cabeza de toda la tierra, acuden allí de toda la comarca, y aun léjos. Y mas todos los pueblos de la laguna, á cuya causa hay siempre tantos barcos y tantas personas como digo, y aun mas. Cada oficio y cada mercadería tiene su lugar señalado, que nadie se lo puede quitar ni ocupar, que no es poca policía; y porque tanta gente y mercaderías no caben en la plaza grande, repártenla por las calles mas cerca, principalmente las cosas engorrosas y de embarazo, como son piedra, madera, cal, ladrillos, adobes y toda cosa para edificio, tosca y labrada. Esteras finas, groseras y de muchas maneras; carbon, leña y hornija; loza y toda suerte de barro pintado, vidriado y muy lindo, de que hacen todo género de vasijas, desde tinajas hasta saleros; cueros de venados, crudos y curtidos, con su pelo y sin él, y de muchos colores teñidos para zapatos, broqueles, rodelas, cueras, aforros de armas de palo. Y con esto tenian cueros de otros animales, y aves con su pluma, adobados y llenos de yerba, unas grandes, otras chicas; cosa para mirar, por las colores y extrañeza. La mas rica mercadería es sal y mantas de algodon, blancas, negras y de todas colores, unas grandes, otras pequeñas; unas para cama, otras para capa, otras para colgar, para bragas, camisas, tocas, manteles, pañizuelos y otras muchas cosas. Tambien hay mantas de hoja de metl y de palma y de pelo de conejos, que son buenas, preciadas y calientes; pero mejores son las de pluma. Venden hilado de pelos de conejo, telas de algodon, hilaza y madejas blancas y teñidas. La cosa mas de ver es la volatería que viene al mercado; ca, allende que destas aves comen la carne, visten la pluma, y cazan á otras con ellas, son tantas, que no tienen número, y de tantas raleas y colores, que no lo sé decir; mansas, bravas, de rapiña, de aire, de agua, de tierra. Lo mas lindo de la plaza es las obras de oro y pluma, de que contrahacen cualquier cosa y color. Y son los indios tan oficiales desto, que hacen de pluma una mariposa, un animal, un árbol, una rosa, las flores, las yerbas y peñas tan al proprio, que paresce lo mismo que ó está vivo ó natural. Y acontésceles no comer en todo un dia, poniendo, quitando y asentando la pluma y mirando á una parte y á otra, al sol, á la sombra, á la vislumbre, por ver si dice mejor á pelo ó contrapelo ó al través, de la haz ó del envés; y en fin, no la dejan de las manos hasta ponerla en toda perficion. Tanto sufrimiento pocas naciones le tienen, mayormente donde hay cólera, como en la nuestra. El oficio mas primo y artificioso es platero; y así, sacan al mercado cosas bien labradas con piedra y hundidas con fuego. Un plato ochavado, el un cuarto de oro, y el otro de plata, no soldado, sino fundido y en la fundicion pegado; una calderica, que sacan con su asa, como acá una campana, pero suelta; un pesce con una escama de plata y otra de oro, aunque tenga muchas. Vacian un papagayo que se le ande la lengua, que se le menee la cabeza y las alas. Funden una mona que juegue piés y cabeza y tenga en las manos un huso, que parezca que hila, ó una manzana, que parezca que come. Y lo tuvieron á mucho nuestros españoles, y los plateros de acá no alcanzan el primor. Esmaltan asimesmo, engastan y labran esmeraldas, turquesas y otras piedras, y agujeran perlas; pero no tan bien como por acá. Pues tornando al mercado, hay en él mucha pluma, que vale mucho; oro, plata, cobre, plomo, laton y estaño, aunque de los tres metales postreros es poco; perlas y piedras, muchas. Mil maneras de conchas y caracoles pequeños y grandes. Huesos, chinas, esponjas y menudencias otras. Y cierto que son muchas y muy diferentes y para reir las bujerías, los melindres y dijes destos indios de Méjico. Hay que mirar en las yerbas y raíces, hojas y simientes que se venden, así para comida como para medicina; ca los hombres y mujeres y niños conoscen mucho en yerbas, porque con la pobreza y necesidad las buscan para comer y guarescer de sus dolencias, que poco gastan en médicos, aunque los hay, y muchos boticarios, que sacan á la plaza ungüentos, jarabes, aguas y otras cosillas de enfermos. Casi todos sus males curan con yerbas; que aun hasta para matar los piojos tienen yerba propria y conoscida. Las cosas que para comer venden no tienen cuento. Pocas cosas vivas dejan de comer. Culebras sin cola ni cabeza, perrillos que no gañen, castrados y cebados; topos, lirones, ratones, lombrices, piojos y aun tierra; porque con redes de malla muy menuda abarren en cierto tiempo del año una cosa molida que se cria sobre la agua de las lagunas de Méjico, y se cuaja, que ni es yerba ni tierra, sino como cieno. Hay dello mucho y cogen mucho; y en eras, como quien hace sal, lo vacian, y allí se cuaja y seca. Hácenlo tortas como ladrillos, y no solo las venden en el mercado, mas llévanlas tambien á otros fuera de la ciudad y léjos. Comen esto como nosotros el queso, y así tiene un saborcillo de sal, que con chilmolli es sabroso. Y dicen que á este cebo vienen tantas aves á la laguna, que muchas veces por invierno la cubren por algunas partes. Venden venados enteros y á cuartos; gamas, liebres, conejos, tuzas, que son menores que no ellos; perros, y otros, que gañen como ellos y que llaman cuzatli. En fin, muchos animales destos así, que crian y cazan. Hay tanto del bodegon y casillas de mal cocinado, que espanta dónde se hunde y gasta tanta comida guisada y por guisar como habia en ellas. Carne y pescado asado, cocido en pan, pasteles, tortillas de huevos de diferentísimas aves. No hay número en el mucho pan cocido y en grano y espiga que se vende, juntamente con habas, frísoles y otras muchas legumbres. No se pueden contar las muchas y diferentes frutas de las nuestras que aquí se venden cada mercado, verdes y secas. Pero la mas principal y que sirve de moneda son unas como almendras, que ellos llaman cacauatl, y los nuestros cacao, como en las islas Cuba y Haiti. No es de olvidar la mucha cantidad y diferencias que venden de colores que acá tenemos y de otros muchos y buenos que carescemos, y ellos hacen de hojas de rosas, flores, frutas, raíces, cortezas, piedras, madera y otras cosas que no se pue-

den tener en la memoria. Hay miel de abejas, de centli, que es su trigo, de metl y otros árboles y cosas, que vale mas que arrope. Hay aceite de chian, simiente que unós la comparan á mostaza, y otros á zaragatona, con que untan las pinturas porque no las dañe el agua. Tambien lo hacen de otras cosas. Guisan con él y untan, aunque mas usan manteca, sain y sebo. Las muchas maneras que de vino hacen y venden, en otro cabo se dirán. No acabaria si hubiese de contar todas las cosas que tienen para vender, y los oficiales que hay en el mercado, como son estuferos, barberos, cuchilleros y otros, que muchos piensan que no los habia entre estos hombres de nueva manera. Todas estas cosas que digo, y muchas que no sé, y otras que callo, se venden en cada mercado destos de Méjico. Los que venden pagan algo del asiento al Rey, ó por alcabala ó porque los guarden de ladrones; y así, andan siempre por la plaza y entre la gente unos como alguaciles. Y en una casa, que todos los ven, están doce hombres ancianos, como en judicatura, librando pleitos. La venta y compra es trocando una cosa por otra; este da un gallipavo por un hace de maíz; el otro da mantas por sal ó á dinero, que es almendras de cacauatl, y que corre por tal por toda la tierra; y desta guisa pasa la baratería. Tienen cuenta, porque por una manta ó gallina dan tantos cacaos. Tienen medida de cuerda para cosas como centli y pluma, y de barro para otras como miel y vino. Si las falsan, penan al falsario y quiebran las medidas.

El templo de Méjico.

Al templo llaman teucalli, que quiere decir casa de Dios, y está compuesto de teult, que es Dios, y de calli, que es casa; vocablo harto proprio, si fuera Dios verdadero. Los españoles que no saben esta lengua llaman cues á los templos, y á Vitcilopuctli Uchilobos. Muchos templos hay en Méjico, por sus perrochias y barrios, con torres, en que hay capillas con altares, donde están los ídolos é imágines de sus dioses; las cuales sirven de enterramientos para los señores cuyas son, que los demás en el suelo se entierran al rededor y en los patios. Todos son de una hechura, ó casi; y por tanto, con decir del mayor bastará para entenderse; y así como es general en toda esta tierra, así es nueva manera de templos, y creo que ni vista ni oida sino aquí. Tiene este templo su sitio cuadrado. De esquina á esquina hay un tiro de ballesta. La cerca de piedra con cuatro puertas, que responden á las calles principales que vienen de tierra por las tres calzadas que dije, y por otra parte de la ciudad que no tiene calzada, sino muy buena calle. En medio deste espacio está una cepa de tierra y piedra maciza, esquinada como el patio, ancha de un canton á otro cincuenta brazas. Como sale de tierra y comienza á crescer el monton, tiene unos grandes relejes. Cuanto mas la obra cresce, tanto mas se estrecha la cepa y disminuyen los relejes; de manera que paresce pirámide como las de Egipto, sino que no se remata en punta, sino en llano y en un cuadro de hasta ocho ó diez brazas. Por la parte de hácia poniente no lleva relejes, sino gradas para subir arriba á lo alto, que cada una dellas alza la subida un buen palmo. Y eran todas ellas ciento y trece ó ciento y catorce gradas, que como eran muchas y altas y de gentil piedra, paresciа muy bien. Y era cosa de mirar ver subir y bajar por allí los sacerdotes con alguna cerimonia ó con algun hombre para sacrificar. En aquello alto hay dos muy grandes altares, desviado uno de otro, y tan juntos á la orilla y bordo de la pared, que no quedaba mas espacio de cuanto un hombre pudiese holgadamente andar por detrás. El uno destos altares está á la mano derecha, y el otro á la izquierda. No eran mas altos que cinco palmos. Cada uno dellos tenia sus paredes de piedra por sí pintadas de cosas feas y monstruosas. Y su capilla muy linda y bien labrada de masonería de madera. Y tenia cada capilla tres sobrados, uno encima de otro, y cada cual bien alto y hecho de artesones; á cuya causa se empinaba mucho el edificio sobre la pirámide, y quedaba hecha una muy grande torre y muy vistosa, que se paresciа de muy léjos. Y della se miraba y contemplaba muy á placer toda la ciudad y laguna con sus pueblos, que era la mejor y mas hermosa vista del mundo. Y porque la viesen Cortés y los otros españoles, los subió arriba Moteczuma cuando les mostró el templo. Del remate de las gradas hasta los altares quedaba una placeta, que hacia anchura harta á los sacerdotes para celebrar los oficios muy á placer y sin embarazo. Todo el pueblo miraba y oraba hácia do sale el sol, que por eso hacen sus templos mayores así. Y en cada altar de aquellos dos habia un ídolo muy grande. Sin esta torre que se hace con las capillas sobre la pirámide, habia otras cuarenta ó mas torres pequeñas y grandes en otros teucallis chicos, que están en el mesmo circúito del mayor; los cuales, aunque eran de la mesma hechura, no miran al oriente, sino á otras partes del cielo, por diferenciar al templo mayor. Unos eran mayores que otros, y cada uno de diferente dios. Y entre ellos habia uno redondo, dedicado al dios del aire, dicho Quezalcouatlh; porque así como el aire anda al rededor del cielo, ansí le hacian el templo redondo; la entrada del cual era por una puerta hecha como boca de serpiente, y pintada endiabladamente. Tenia los colmillos y dientes de bulto relevados, que asombraba á los que allá entraban, en especial á los cristianos, que se les representaba el infierno en verla delante. Otros teucallis ó cues habia en la ciudad, que tenian las gradas y subida por tres partes, y algunos que tenian otros pequeños en cada esquina. Todos estos templos tenian casas por sí con todo servicio, y sacerdotes aparte, y particulares dioses. A cada puerta de las cuatro del patio del templo mayor hay una sala grande con sus buenos aposentos al rededor, altos y bajos. Estaban llenos de armas, ca eran casas públicas y comunes; que las fortalezas y fuerzas de cada pueblo son los templos, y por eso tienen en ellos la municion y almacen. Habia otras tres salas á la par con sus azoteas encima, altas, grandes, las paredes de piedras pintadas, el teguillo de madera é imaginería, con muchas capillas ó cámaras de muy chicas puertas y escuras allá dentro, donde están infinitísimos ídolos grandes y pequeños, y de muchos metales y materiales. Están todos bañados en sangre y negros, de como los untan y rocían con ella cuando sacrifican algun hombre. Y aun las paredes tienen una costra de sangre dos dedos en alto, y los suelos un pal-

mo. Hieden pestilencialmente, y con todo esto entran en ellas cada dia los sacerdotes; y no dejan entrar allá sino á grandes personas, y aun han de ofrescer algun hombre que maten allí. Para lavarse los sayones y ministros del demonio de la sangre de los sacrificados, y para regar y para servicio de las cocinas y gallinas, hay un gran estanque, el cual se hinche de un caño que viene de la fuente principal que beben. Todo lo al del sitio grande y cuadrado, que está vacío y descubierto, es corrales para criar aves, é jardines de yerbas, árboles olorosos, rosales y flores para los altares. Tal y tan grande y tan extraño templo como dicho es era este de Méjico, que para sus falsos dioses tenian los engañados hombres. Residen en él á la contina cinco mil personas, y todas duermen dentro, y comen á su costa dél, que es riquísimo; porque tiene muchos pueblos para su fábrica y reparos, que son obligados á tenerlo siempre en pié; y que de concejo siembran, cogen y mantienen toda esta gente de pan y frutas y de carne y pescado, y de leña cuanta es menester, y es menester mucha, y harta mas que en palacio. Y aun con toda esta carga, vivian mas descansados, y en fin, como vasallos de los dioses, segun ellos decian. Moteczuma llevó á Cortés á este templo para que los españoles lo viesen, y por mostrarles su religion y santidad, de la cual hablarémos en otra parte muy largo, que es la mas extraña y cruel que jamás oistes.

De los ídolos de Méjico.

Los dioses de Méjico eran dos mil, á lo que dicen. Pero los principalísimos se llaman Vitcilopuchtli y Tezcatlipuca; cuyos ídolos estaban en lo alto del teucalli sobre los dos altares. Eran de piedra, y del gordor, altura y tamaño de gigante. Estaban cubiertos de nácar, y encima muchas perlas, piedras y piezas de oro engastadas con engrudo de zacotl, y aves, sierpes, animales, pesces y flores, hechas á lo musáico, de turquesas, esmeraldas, calcidonias, amatistas y otras pedrecicas finas que hacian gentiles labores, descubriendo el nácar. Tenian por cinta sendas culebras de oro gordas, y por collares cada diez corazones de hombres de oro, y sendas máscaras de oro con ojos de espejo, y al colodrillo gestos de muerto; todo lo cual tenia sus consideraciones y entendimiento. Ambos eran hermanos: Tezcatlipuca, dios de la providencia, y Vitcilopuchtli, de la guerra, que era mas adorado y tenido que todos los otros. Otro ídolo grandísimo estaba sobre la capilla de aquellos ídolos susodichos, que, segun algunos dicen, era el mayor y mejor de sus dioses, y era hecho de cuantos géneros de semillas se hallan en la tierra, y que se comen, y aprovechan de algo, molidas y amasadas con sangre de niños inocentes y de niñas vírgines sacrificadas, y abiertas por los pechos para ofrecer los corazones por primicia al ídolo. Consagrábanlo con grandísima pompa y cerimonias los sacerdotes y ministros del templo. Toda la ciudad y tierra se hallaba presente á la consagracion, con regocijo y devocion increible, y muchas personas devotas llegaban á tocar el ídolo después de bendecido con la mano, y á meter en la masa piedras preciosas, tejuelos de oro y otras joyas y arreos de sus cuerpos. Después desto ningun seglar podia, ni aun le dejaban tocar, ni entrar á su capilla, ni tampoco los religiosos, si no eran tlamacaztli, que es sacerdote. Renovábanlo de tiempo á tiempo, y desmenuzaban el viejo; y beato el que podia haber un pedazo dél para reliquias y devociones, especial soldados. Tambien bendecian entonces, juntamente con el ídolo, cierta vasija de agua con otras muchas cerimonias y palabras, y guardábanla al pié del altar muy religiosamente para consagrar al Rey cuando se coronaba, y para bendecir al capitan general cuando lo elegian para alguna guerra, dándole á beber della.

El osario que los mejicanos tenian para remembranza de la muerte.

Fuera del templo, y en frente de la puerta principal, aunque mas de un grande tiro de piedra, estaba un osar de cabezas de hombres presos en guerra y sacrificados á cuchillo; el cual era á manera de teatro, mas largo que ancho, de cal y canto, con sus gradas, en que estaban engeridas entre piedra y piedra calavernas con los dientes hácia fuera. A la cabeza y pié del teatro habia dos torres hechas solamente de cal y cabezas los dientes afuera; que como no llevaban piedra ni otra materia, á lo menos que se viese, estaban las paredes extrañas y vistosas. En lo alto del teatro habia setenta ó mas vigas altas, apartadas unas de otras cuatro palmos ó cinco, y llenas de palos cuanto cabian de alto abajo, dejando cierto espacio entre palo y palo. Estos palos hacian muchas aspas por las vigas, y cada tercio de aspa ó palo tenia cinco cabezas ensartadas por las sienes. Andrés de Tapia, que me lo dijo, y Gonzalo de Umbria, las contaron un dia, y hallaron ciento y treinta y seis mil calavernas en las vigas y gradas. Las de las torres no pudieron contar. Cruel costumbre, por ser de cabezas de hombres degollados en sacrificio, aunque tiene aparencia de humanidad por la memoria que pone de la muerte. Tambien hay personas diputadas para que, en cayéndose una calaverna, pongan otra en su lugar, y así nunca faltase aquel número.

Prision de Moteczuma.

Seis dias que Fernando Cortés y los españoles estuvieron mirando la ciudad y los secretos della, y cosas notables que dicho habemos, y otras que después dirémos, fueron muy visitados de Moteczuma y de su corte y caballería, y otras gentes, y muy cumplidamente proveidos, como el primer dia, y ni mas ni menos los indios compañeros y los caballos, que les daban alcacer é yerba fresca, que la hay todo el año; harina, grano, rosas, y cuanto mas sus dueños pedian; y aun les hacian las camas de flores. Mas empero, aunque eran ansí regalados y se tenian por muy ufanos con estar en tan rica tierra, donde podian henchir las manos, no estaban contentos ni alegres todos, sino algunos con miedo y muy cuidadosos. Especial Cortés, á quien, como á caudillo y cabeza, tocaba velar y guardar sus compañeros; el cual andaba muy pensativo, viendo el sitio, gente y grandeza de Méjico y algunas congojas de muchos españoles que le venian con nuevas de la fortaleza y red en que metidos estaban, pareciéndoles ser imposible escapar hombre dellos el dia que á Moteczuma se le antojase, ó se revolviese la ciudad, con no mas de ti-

rarles cada vecino su piedra, ó rompiendo las puentes de la calzada, ó no les dando de comer; cosas harto fáciles para los indios. Así que, pues con el cuidado que tenia de guardar sus españoles, de remediar aquellos peligros y atajar inconvinientes para sus deseos, acordó prender á Moteczuma y hacer cuatro fustas para sojuzgar la laguna y barcas, si algo fuese, como ya traia pensado, á lo que yo creo, antes de entrar, considerando que los hombres en agua son como peces en tierra, y que sin prender al Rey no tomarian el reino, y bien quisiera hacer luego las fustas, que era fácil cosa; mas por no alargar la prision, que era lo principal y el toque del negocio todo, las dejó para después, y determinó, sin dar parte á nadie, prenderlo luego. La ocasion ó achaque que para ello tuvo fué la muerte de nueve españoles que Cualpopoca mató, y la osadía, haber escrito al Emperador que lo prenderia, y querer apoderarse de Méjico y de su imperio. Tomó pues las cartas de Pedro de Hircio, que contaban la culpa de Cualpopoca en la muerte de los nueve españoles, para las mostrar á Moteczuma. Leyólas, y metióselas en la faltriquera, y paseóse un gran rato solo, y cuidadoso de aquel gran hecho que emprendia, y que aun á él mesmo le parecia temerario, pero necesario para su intento. Andando así paseando, vió una pared de la sala mas blanca que las otras; llegóse á ella, y conosció que estaba recien encalada, y que era una puerta de poco tiempo con piedra y cal. Llamó dos criados, que los demás ya, como era gran noche, dormian. Hízola abrir, entró, halló muchas cámaras, y en algunas mucha cantidad de ídolos, plumajes, joyas, piedras, plata, y tanto oro, que lo espantó, y tantas gentilezas, que se maravilló. Cerró la puerta lo mejor que pudo, y fuése sin tocar á cosa ninguna de todo ello, por no escandalizar á Moteczuma, no se estorbase por eso su prision, y porque aquello en casa se estaba. Otro dia por la mañana vinieron á él ciertos españoles, con muchos indios de Tlaxcallan, á decirle cómo los de la ciudad tramaban de los matar, y querian quebrar las puentes de las calzadas para mejor hacerlo. Así que con estas nuevas, falsas ó verdaderas, deja para recaudo y guarda de su aposento la mitad de los españoles, pone por las encrucijadas de las calles muchos otros, y á los demás dice que de dos en dos, y tres á cuatro, ó como mejor les paresciere, se vayan á palacio muy disimuladamente, que quiere hablar á Moteczuma sobre cosas que les va las vidas. Ellos lo hicieron así, y él fuése derecho á Moteczuma con armas secretas, que ansí iban los que las tenian. Moteczuma lo salió á recebir, y metiólo en una sala, donde tenia su estrada. Entraron con él allá hasta treinta españoles; los demás quedaron á la puerta y en el patio. Saludóle Cortés segun acostumbraba, y luego comenzó á burlar y tener palacio, como otras veces solia. Moteczuma, que muy descuidado, y sin pensamiento de lo que fortuna ordenado tenia, estaba, y muy alegre y contento de aquella conversacion, dió á Cortés muchas joyas de oro y una hija suya, y otras hijas de señores para otros españoles. Él las tomó por no descontentarle, que le fuera afrenta á Moteczuma si no lo hiciera así; mas díjole que era casádo y no la podia tomar por mujer; ca su ley de cristianos no permitia que nadie tuviese mas de una sola mujer, so pena de infamia y señal en la frente por ello. Después de todo esto, mostróle las cartas de Pedro de Hircio, que llevaba, y hizóselas declarar, quejándose de Cualpopoca, que habia muerto tantos españoles, y dél mesmo, que lo habia mandado, y de que los suyos publicasen que querian matar los españoles y romper las puentes. Moteczuma se desculpó reciamente de lo uno y de lo otro, diciendo que era mentira lo de sus vasallos, y falsedad muy grande que aquel malo de Cualpopoca le levantaba; y porque viese que era así, llamó luego á la hora, con la saña que tenia, ciertos criados suyos, mandóles que fuesen á llamar á Cualpopoca, y dióles una piedra, como sello, que traia al brazo y que tenia la figura de Vitcilopuchtli. Los mensajeros se partieron luego al momento, y Cortés le dijo: «Mi señor, conviene que vuestra alteza se vaya conmigo á mi aposento, y esté allá hasta que los mensajeros tornen, y traigan á Cualpopoca y la claridad de la muerte de mis españoles; que allá seréis tratado y servido y mandaréis como aquí. No tengais pena; que yo miraré por vuestra honra y persona como por la propria mia ó por la de mi rey; y perdonadme que lo haga así, ca no puedo hacer al; que si disimulase con vos, estos que conmigo vienen se enojarian de mí, que no los amparo y defiendo. Así que mandad á los vuestros que no se alteren ni rebullan, y sabed que cualquiera mal que nos viniere lo pagará vuestra persona con la vida, pues está en vuestra boca ir callando y sin alborotar la gente.»

Mucho se turbó Moteczuma, y dijo con toda gravedad: «No es persona la mia para estar presa, é ya que lo quisiese yo, no lo sufririan los mios.» Cortés replicó, y él tambien, y así estuvieron ambos mas de cuatro horas sobre esto, y al cabo dijo que iria, pues habia de mandar y gobernar. Mandó que le aderezasen muy bien un cuarto en el patio y casa de los españoles, y fuése allá con Cortés. Vinieron muchos señores, quitáronse las ropas, pusiéronlas so el brazo, y descalzos y llorando lo llevaron en unas ricas andas. Como se dijo por la ciudad que el Rey iba preso en poder de los españoles, comenzóse de alborotar toda. Mas él consoló á los que lloraban, y mandó á los otros cesar, diciendo que ni estaba preso ni contra su voluntad, sino muy á su placer. Cortés le puso guarda española con un capitan, que la quitaba y ponia cada dia, y nunca faltaban de con él españoles que lo entretenian y regocijaban, y él se holgaba mucho de aquella conversacion, y les daba siempre algo. Era servido allí, como en palacio, de los suyos mesmos, y de los españoles tambien, que no veian placer que le no diesen, ni Cortés regalo que no le hiciese, suplicándole de contino no tuviese pena, y dejándole librar pleitos, despachar negocios y entender en la gobernacion de sus reinos como antes, y hablar público y secretamente con todos cuantos querian de los suyos; que era cebo con que picasen en el anzuelo él y todos sus indios. Nunca griego ni romano ni de otra nacion, después que hay reyes, hizo cosa igual que Fernando Cortés en prender á Moteczuma, rey poderosísimo, en su propria casa, en lugar fortísimo, entre infinidad de gente, no teniendo sino cuatrocientos y cincuenta compañeros.

La casa de Moteczuma.

No solo tenia Moteczuma toda la libertad que digo, estando así preso en casa y poder de los españoles, mas tambien le dejaba Cortés salir siempre que queria á caza ó al templo, que era hombre devotísimo y cazador. Cuando salia á cazar, iba en andas á hombros de hombres; llevaba ocho ó diez españoles en guarda de la persona, y tres mil mejicanos entre señores, caballeros, criados y cazadores, de que tenia grandísimo número; unos para montear, otros para ojeos, otros para altanería. Los monteros esperaban liebres, conejos y guanas; tiraban á venados, corzos, lobos, zorros y otros animales, así como coyutles, con arcos, de que diestros son y certeros, especial si eran teuchichimecas, que tienen pena errando el tiro de ochenta pasos abajo. Cuando mandaba cazar á ojeo, era maravilla de ver la gente que se juntaba para ello, y la caza y matanza que á manos, palos, redes y arcos hacian de animales mansos, bravos y espantosos, como leones, tigres, y unas como onzas, que semejan como gatos. Mucho es tomar un leon, así por ser peligrosa presa y tener pocas armas y defensa los que lo hacen, aunque mas vale maña que fuerza; empero mucho mas es tomar las aves que van volando por el aire, á ojeo, como hacen los cazadores de Moteczuma; los cuales tienen tal arte y destreza, que toman cualquiera ave, por brava y voladora que sea, en el aire, si el señor lo manda, segun aconteció un dia destos, que estando con Moteczuma los españoles que lo guardaban, en un corredor, vieron un gavilan, y dijó uno dellos: «¡Oh qué buen gavilan! ¡Quién lo tuviese!» Entonces llamó ciertos criados, que decian ser cazadores mayores, y mandóles que siguiesen aquel gavilan y se le trajesen. Ellos fueron, y pusieron tanta diligencia y maña, que se lo trujeron, y él lo dió á los españoles; cosa que sobra de crédito, mas certificada de muchos por palabras y escrituras. Locura fuera de un tal rey como era Moteczuma, mandar tal cosa, y necedad de los otros obedescerle, si no lo pudieran ó supieran hacer; si ya no decimos que lo hizo por demostracion de grandeza y vanagloria, y los cazadores mostrasen otro gavilan bravo, y jurasen ser aquel mesmo que tomarles mandara. Si ello es verdad, como afirman, antes loaria yo á quién lo tomó que no al que lo mandó. El mayor pasatiempo destas salidas era la caza de altanería, que hacian de garzas, milanos, cuervos, picazas y otras aves, recias y flojas, grandes y chicas, con águilas, buitres y otras aves de rapiña, suyas y nuestras, que volaban á las nubes, y algunas que matan liebres y lobos, y como dicen, ciervos. Otros andaban á volatería con redes, losas, lazos, señuelos y otros ingenios, y Moteczuma tiraba bien con arco á fieras, y con cebratana, de que era muy gran tirador y certero, á pájaros. Las casas á do iba eran de placer, y los bosques que dije, y fuera de la ciudad dos leguas por lo menos; y aunque algunas veces hacia fiesta y banquete allá á los españoles y señores que con él iban, nunca dejaba de tornar la noche á dormir á casa de Cortés, ni de dar algo á los españoles que le habian acompañado aquel dia; y como Cortés viese con cuánta franqueza y alegría hacia mercedes, díjole que los españoles eran traviesos, y habian escudriñado la casa, y tomado cierto oro y otras cosas que hallaron en unas cámaras; que viese lo que mandaba hacer dello; y era lo que él descubrió. El dijo liberalmente: «Eso es de los dioses de la ciudad; mas dejad las plumas y cosas que no son de oro ni plata, y lo al tomaldo para vos y para ellos; y si mas quereis, mas os daré.»

Cómo Cortés comenzó á derrocar los ídolos de Méjico.

Cuando Moteczuma iba al templo, era las mas veces á pié, arrimado á uno, ó entre dos, que lo llevaban de los brazos, y un señor delante con tres varas en la mano, delgadas y altas, como que mostraban ir allí la persona del Rey, ó en señal de justicia y castigo. Si iba en andas, tomaba una de aquellas varas en su mano en abajando dellas; y si á pié, creo que la llevaba siempre, como ceptro. Era muy cerimonioso en todas sus cosas y servicio; pero lo mas substancial ya está dicho desde que Cortés entró en Méjico hasta aquí. Los primeros dias que los españoles llegaron, y siempre que Moteczuma iba al templo, mataban hombres en el sacrificio, y porque no hiciesen tal crueldad y pecado en presencia de españoles que tenian de ir allá con él, avisó Cortés á Moteczuma que mandase á los sacerdotes no sacrificasen cuerpo humano, si queria que no le asolase el templo y la ciudad; y aun le previno cómo queria derribar los ídolos delante dél y de todo el pueblo. Mas él le dijo que no curase dello; que se alborotarian y tomarian armas en defensa y guarda de su antigua religion y dioses buenos, que les daban agua, pan, salud y claridad, y todo lo necesario. Fueron pues Cortés y los españoles con Moteczuma la primera vez que después de preso salió al templo; y él por una parte y ellos por otra, comenzaron en entrando á derrocar los ídolos de las sillas y altares en que estaban, por las capillas y cámaras. Moteczuma se turbó reciamente, y se azoraron los suyos muy mucho, con ánimo de tomar armas y matarlos allí. Mas empero Moteczuma les mandó estar quedos, y rogó á Cortés que se dejase de aquel atrevimiento. El lo dejó, ca le paresció que aun no era sazon ni tenia el aparejo necesario para salir con lo intentado; pero díjoles así con los intérpretes:

La plática que hizo Cortés á los de Méjico sobre los ídolos.

«Todos los hombres del mundo, muy soberano Rey, y nobles caballeros y religiosos, ora vosotros aquí, ora nosotros allá en España, ora en cualquiera otra parte, que vivan dél, tienen un mismo principio y fin de vida, y traen su comienzo y linaje de Dios, casi con el mesmo Dios. Todos somos hechos de una manera de cuerpo, de una igualidad de ánima y de sentidos; y así, todos sin duda ninguna somos, no solo semejantes en el cuerpo y alma, mas aun tambien parientes en sangre; empero acontesce, por la providencia de aquel mesmo Dios, que unos nazcan hermosos y otros feos; unos sean sabios y discretos, otros necios, sin entendimiento, sin juicio ni virtud; por donde es justo, santo y muy conforme á razon y á la voluntad de Dios, que los prudentes y virtuosos enseñen y doctrinen á los ignorantes, y guien á los ciegos y que andan errados, y los metan en el camino de salvacion por la vereda de la verdadera religion. Yo pues, y mis compañeros, vos

deseamos y procuramos tanto bien y mejoría, cuanto mas el parentesco, amistad y el ser vuestros huéspedes; cosas que á quien quiera y donde quiera, obligan, nos fuerzan y constriñen. En tres cosas, como ya sabréis, consiste el hombre y su vida: en cuerpo, alma y bienes. De vuestra hacienda, que es lo menos, ni queremos nada, ni hemos tomado sino lo que nos habeis dado. A vuestras personas ni á las de vuestros hijos ni mujeres, no habemos tocado, ni aun queremos; el alma solamente buscamos para su salvacion; á la cual agora pretendemos aquí mostrar y dar noticia entera del verdadero Dios. Ninguno que natural juicio tenga, negará que hay Dios; mas empero por ignorancia dirá que hay muchos dioses, ó no atinará al que verdaderamente es Dios. Mas yo digo y certifico que no hay otro Dios sino el nuestro de cristianos; el cual es uno, eterno, sin principio, sin fin, criador y gobernador de lo criado. El solo hizo el cielo, el sol, la luna y estrellas, que vosotros adorais; él mesmo crió la mar con los peces, y la tierra con los animales, aves, plantas, piedras, metales, y cosas semejantes, que ciegamente vosotros teneis por dioses. El asimesmo, con sus proprias manos, ya después de todas las cosas criadas, formó un hombre y una mujer; y formado, le puso el alma con el soplo, y le entregó el mundo, y le mostró el paraíso, la gloria y á sí mesmo. De aquel hombre pues y de aquella mujer venimos todos, como al principio dije; y así, somos parientes, y hechura de Dios, y aun hijos; y si queremos tornar al Padre, es menester que seamos buenos, humanos, piadosos, innocentes y corregibles; lo que no podeis vosotros ser si adorais estatuas y matais hombres. ¿Hay hombre de vosotros que querria le matasen? No por cierto. Pues ¿por qué matais á otros tan cruelmente? Donde no podeis meter alma, ¿para qué la sacais? Nadie hay de vosotros que pueda hacer ánimas ni sepa forjar cuerpos de carne y hueso; que si pudiese, no estaria ninguno sin hijos, y todos ternian cuantos quisiesen y como los quisiesen, grandes, hermosos, buenos y virtuosos; empero, como los da este nuestro Dios del cielo que digo, dalos como quiere y á quien quiere; que por eso es Dios, y por eso le habeis de tomar, tener y adorar por tal, y porque llueve, serena y hace sol, con que la tierra produzca pan, fruta, yerbas, aves y animales para vuestro mantenimiento. No os dan estas cosas, no las duras piedras, no los maderos secos, no los frios metales ni las menudas semillas de que vuestros mozos y esclavos hacen con sus manos sucias estas imágines y estatuas feas y espantosas, que vanamente adorais. ¡Oh qué gentiles dioses, y qué donosos religiosos! Adorais lo que hacen manos que no comeréis lo que guisan ó tocan. ¿Creeis que son dioses lo que se pudre, carcome, envejece y sentido ninguno tiene? ¿Lo que ni sana ni mata? Así que no hay para qué tener mas aquí estos ídolos, ni se hagan mas muertes ni oraciones delante dellos, que son sordos, mudos y ciegos. ¿Quereis conoscer quién es Dios, y saber dónde está? Alzad los ojos al cielo, y luego entenderéis que está allá arriba alguna deidad que mueve el cielo, que rige el curso del sol, que gobierna la tierra, que bastece la mar, que provee al hombre y aun á los animales de agua y pan. A este Dios pues, que agora imaginais allá dentro en vuestros corazones, á ese servid y adorad, no con muerte de hombres ni con sangre ni sacrificios abominables, sino con sola devocion y palabras, como los cristianos hacemos; y sabed que para enseñaros esto venimos acá.»

Con este razonamiento aplacó Cortés la ira de los sacerdotes y ciudadanos; y con haber ya derribado los ídolos, antuviándose, acabó con ellos; otorgando Moteczuma que no tornasen á los poner, y que barriesen y limpiasen la sangre hedionda de las capillas, y que no sacrificasen mas hombres, y que le consintiesen poner un crucifijo y una imágen de santa María en los altares de la capilla mayor, adonde suben por las ciento y catorce gradas que dije. Moteczuma y los suyos prometieron de no matar á nadie en sacrificio, y de tener la cruz é imágen de nuestra Señora, si les dejaban los ídolos de sus dioses que aun derribados no estaban, en pié; y así lo hizo él, y lo cumplieron ellos, porque nunca después sacrificaron hombre, á lo menos en público ni de manera que españoles lo supiesen; y pusieron cruces é imágines de nuestra Señora y de otros santos entre sus ídolos. Pero quedóles un odio y rencor mortal con ellos por esto, que no pudieron disimular mucho tiempo. Mas honra y prez ganó Cortés con esta hazaña cristiana que si los venciera en batalla.

Quema del señor Cualpopoca y de otros caballeros.

Veinte dias andados después que Moteczuma fué preso, volvieron aquellos sus criados que habian ido con su mandado y sello, y trajeron á Cualpopoca y á un hijo suyo, y otras quince principales personas, que, segun hallaron por pesquisa, eran culpados y participantes en consejo y muerte de los españoles. Entró Cualpopoca en Méjico acompañado como gran señor que era, y en unas ricas andas que traian á hombros criados y vasallos suyos; y luego que habló á Moteczuma, fué entregado á Cortés con el hijo y los quince caballeros. El los apartó y examinó estando con prisiones, y ellos confesaron que habian muerto los españoles en batalla. Preguntado Cualpopoca si era vasallo de Moteczuma, respondió: «¿Pues hay otro señor de quien poderlo ser?» Casi diciendo de no. Cortés le dijo: «Muy mayor es el rey de los españoles que vos matastes sobre seguro y á traicion; y aquí lo pagaréis.» Examináronse otra vez con mas rigor, y entonces todos á una voz confesaron cómo ellos habian muerto dos españoles, tanto por aviso é inducimiento del gran señor Moteczuma, como por su motivo; y á los otros en la guerra que le fueron á dar en su casa y tierra, donde lícitamente les pudieron matar. Cortés, por la confesion que de la culpa hicieron con su propria boca, los sentenció y condenó á quemar; y así, se quemaron públicamente en la plaza Mayor, delante todo el pueblo, sin haber ningun escándalo, sino todo silencio y espanto de la nueva manera de justicia que veian ejecutar en señor tan principal y en reino de Moteczuma, á hombres extranjeros y huéspedes.

La causa de quemar á Cualpopoca.

Mandó Cortés á Pedro de Hircio que procurase de poblar donde agora es Almería, porque Francisco de

Garay no entrase allí, pues ya lo habian echado una vez de aquella costa. Hircio requirió los indios á su amistad, para que se diesen al Emperador. Cualpopoca, señor de Nahutlan, ó cinco villas que agora llaman Almería, envió á decir á Pedro de Hircio cómo él no iba á darle obediencia por tener enemigos en el camino; mas qué iria si le enviase algun español para le asegurar el camino, pues nadie osaria enojarle. Envióle cuatro, creyendo ser verdad, y porque tenia gana de poblar allí. Entrando los cuatro españoles en tierra de Nahutlan, les salieron muchos hombres con armas al encuentro, y mataron los dos, haciendo grande alegría; los otros dos escaparon heridos á dar la nueva en la Veracruz. Pedro de Hircio, creyendo haberlo hecho Cualpopoca, fué contra él con cincuenta españoles y con diez mil de Cempoallan, y llevó dos caballos que tenia y dos tirillos. Cualpopoca, desque lo supo, salió con gran ejército á echarlos de su tierra. Peleó con ellos tan bien, que mató siete españoles y muchos cempoallaneses; mas al cabo fué vencido, su tierra talada, su pueblo saqueado, y muchos suyos muertos y cativos. Estos dijeron cómo por mandado del gran señor Moteczuma habia hecho todo aquello Cualpopoca. Pudo ser, que tambien lo confesaron al tiempo de la muerte; mas otros dijeron que por excusarse echaban la culpa á los de Méjico. Esto escribió Pedro de Hircio á Cortés á Chololla, y por estas cartas entró Cortés para prender á Moteczuma, segun ya se dijo.

Cómo Cortés echó grillos á Moteczuma.

Antes que los llevasen á la hoguera, dijo Cortés á Moteczuma cómo Cualpopoca y los otros habian dicho y jurado que por su aviso y mandado mataron los dos españoles; y que lo habia hecho muy mal, siéndole tan amigos y sus huéspedes; y que si no tuviera respecto al amor que le tenia, que de otra suerte pasara el negocio; y echóle unos grillos, diciendo: «Quien mata, meresce que muera, segun ley de Diòs.» Esto hizo por ocuparle el pensamiento en sus duelos y dejase los ajenos. Moteczuma se puso como muerto, y recibió grandísimo espanto y alteracion con los grillos, cosa nueva para rey, y dijo que no tenia culpa ni sabia nada de aquello. Y así, luego aquel dia mesmo, ya que la quema fue hecha, le quitó Cortés los grillos, y le acometió con libertad para que se fuese á palacio. Él quedó muy gozoso en verse sin prisiones, y agradesció el comedimiento, y no quiso irse, ó porque le paresció, como ello debia ser, todo palabras y cumplimiento, ó porque no osaba, de miedo que los suyos no le matasen en viéndole fuera de españoles, por haberse dejado prender y tener así; y decia que si se iba de allí le harian rebelar, y matar á él y á sus españoles. Hombre sin corazon y de poco debia ser Moteczuma, pues se dejó prender, y preso, nunca procuró soltura, convidándole con ella Cortés y rogándoselo los suyos; y siendo tal, era tan obedescido, que nadie osaba en Méjico enojar á los españoles por no enojarle; y que Cualpopoca vino de setenta leguas con solo decirle que el señor le llamaba, y con mostralle la figura de su sello, y que muchas leguas aparte hacian todos todo lo que queria y mandaba.

De cómo envió Cortés á buscar oro en muchas partes.

Tenia Cortés mucha gana de saber cuán léjos llegaba el señorío y mando de Moteczuma, y cómo se habian con él los reyes y señores comarcanos, y allegar alguna buena suma de oro para enviar á España del quinto al Emperador, con entera relacion de la tierra y gente y cosas hechas; y por tanto, rogó á Moteczuma le dijese y mostrase las minas de donde él y los suyos habian el oro y plata. Él dijo que le placia, y luego nombró ocho indios, los cuatro plateros y conoscedores del minero, y los cuatro que sabian la tierra á do los queria enviar; y mandóles que de dos en dos fuesen á cuatro provincias, que son Zuzolla, Malinaltepec, Tenich, Tututepec, con otros ocho españoles que Cortés dió, á saber los rios y mineros de oro y traer muestra dello. Partiéronse aquellos ocho españoles y ocho indios con señas de Moteczuma. A los que fueron á Zuzolla, que está ochenta leguas de Méjico y son vasallos suyos, les mostraron tres rios con oro, y de todos les dieron muestra dello, mas poca, porque sacan poco, á falta de aparejos é industria ó codicia. Estos, para ir y volver, pasaron por tres provincias muy pobladas y de buenos edificios y tierra fértil; y la gente de la una, que se llama Tlamacolapan, es de mucha razon y mas bien vestida que la mejicana. Los que fueron á Malinaltepec, setenta leguas léjos, trajeron tambien muestra de oro que los naturales sacan de un gran rio que atraviesa por aquella provincia. A los que fueron á Tenich, que está el rio arriba de Malinaltepec, y es de otro diferente lenguaje, no dejaba entrar ni tomar razon de lo que buscaban, el señor della, que dicen Coatelicamatl, porque ni reconosce á Moteczuma ni es su amigo, y pensaba que iban por espías. Mas como le informaron quién eran los españoles, dijo que se fuesen los mejicanos fuera de su tierra, y los españoles que hiciesen el mandado á que venian, para que llevasen recado á su capitan. Como esto vieron los de Méjico, pusieron mal corazon á los españoles, diciendo que era malo aquel señor y cruel, y que los mataria. Algo dudaron los nuestros de hablar á Coatelicamatl, aunque ya tenian licencia, con lo que sus compañeros decian, y porque andaban los de la tierra armados y con unas lanzas de veinte y cinco palmos, y aun algunos con de á treinta. Mas al cabo entraron, porque fuera cobardía no lo hacer y dar que sospechar de sí, y que los mataran. Coatelicamatl los recibió muy bien, hízoles mostrar luego siete ó ocho rios, de los cuales sacaron oro en su presencia y les dieron la muestra para traer, y envió embajadores á Cortés ofresciéndole su tierra y persona, y ciertas mantas y algunas joyas de oro. Cortés se holgó mas de la embajada que del presente, por ver que los contrarios de Moteczuma deseaban su amistad. A Moteczuma y los suyos no les placia mucho, porque Coatelicamatl, aunque no es gran señor, tiene gente guerrera y tierra áspera de sierras. Los otros que fueron á Tututepec, que está cerca del mar y doce leguas de Malinaltepec, volvieron con la muestra del oro de dos rios que anduvieron, y con nuevas de ser aquella tierra aparejada para hacer en ella estancias y sacarlo; por lo cual rogó Cortés á Moteczuma que le hiciese allí una á nombre del Emperador. Él

mandó luego ir allá oficiales y trabajadores, y dentro de dos meses estaba hecha una casa grande, con otras tres chicas al rededor, para servicio, y en ella un estanque de peces con quinientos patos para pluma, que pelan muchas veces por año para mantas; mil y quinientos gallipavos, y tanto ajuar y aderezos de entre casa en todas ellas, que valia veinte mil castellanos. Habia asimismo sesenta hanegas de centli sembradas, diez de frísoles, y dos mil piés de cacauath ó cacao, que nasce por allí muy bien. Comenzóse esta granjería, mas no se acabó, con la venida de Pánfilo de Narvaez y con la revuelta de Méjico, que se siguieron luego. Rogóle tambien que le dijese si en la costa de su tierra, que está á esta mar, habia algun buen puerto en que las naves de España pudiesen estar seguras. Dijo que no lo sabia, mas que lo preguntaria ó lo enviaria á saber. Y así, hizo luego pintar en lienzo de algodon toda aquella costa, con cuantos rios, bahías, ancones y cabos habia en lo que suyo era; y en todo lo pintado y trazado no parescia puerto ni cala, ni cosa segura, sino un grande ancon que está entre las sierras que agora llaman de Sant Martin y Sant Anton, en la provincia de Coazacoalco, y aun los pilotos españoles pensaron que era estrecho para ir á los Malucos y Especería. Mas empero estaban muy engañados, y creian lo que deseaban. Cortés nombró diez españoles, todos pilotos y gente de mar, que fuesen con los que Moteczuma daba, pues hacia tan bien la costa del camino. Partiéronse pues los diez españoles con los criados de Moteczuma, y fueron á dar á Chalchicocca, donde habian desembarcado, que ahora se dice Sant Juan de Ulúa. Anduvieron setenta leguas de costa sin hallar ancon ni rio, aunque toparon muchos, que fuese hondable y bueno para naos. Llegaron á Coazacoalco, y el señor de aquel rio y provincia, llamado Tuchintlec, aunque enemigo de Moteczuma, recibió los españoles porque ya sabia dellos desde cuando estuvieron en Potonchan, y dióles barcas para mirar y sondar el rio. Ellos lo midieron, y hallaron seis brazas donde mas hondo. Subieron por él arriba doce leguas. Es la ribera dél de grandes poblaciones, y fértil á lo que parescia. Sin esto, Tuchintlec envió á Cortés con aquellos españoles algunas cosas de oro, piedras, ropas de algodon, de pluma, de cuero, y trigues, y á decir que queria ser su amigo y tributario del Emperador de un tanto cada año, con tal que los de Culúa no entrasen en su tierra. Mucho placer hubo Cortés con esta mensajería y de que se hobiese hallado aquel rio; ca decian marineros que del rio de Grijalva hasta el de Pánuco no habia rio bueno; mas creo que tambien se engañaron. Tornó á enviar allá de aquellos españoles con cosas de España para el Tuchintlec, y á que supiesen mejor su voluntad, y la comodidad de la tierra y del puerto bien por entero. Fueron y volvieron muy contentos y ciertos de todo; y así, despachó luego Cortés allá á Juan Velazquez de Leon por capitan de ciento y cincuenta españoles, para que poblase y hiciese una fortaleza.

La prision de Cacama, rey de Tezcuco.

La poquedad de Moteczuma, ó amor que á Cortés y á los otros españoles tenia, causaba que los suyos no solamente murmurasen, pero que tramasen novedades y rebelion, especial su sobrino Cacamacin, señor de Tezcuco, mancebo feroz, de ánimo y honra; el cual sintió mucho la prision del tio, y como vió que iba muy á la larga, rogóle que se soltase y fuese señor, y no esclavo. Y viendo que no queria, amotinóse, amenazando de muerte á los españoles; unos decian que por vengar la deshonra del Rey, su tio; otros que por se hacer el señor de Méjico, otros que por matar los españoles; sea por lo uno ó sea por lo otro, ó por todo, él se puso luego en armas, juntó mucha gente suya y de amigos, que no le faltaban entonces, con estar Moteczuma preso, y para contra españoles, y publica que quiere ir á sacar de captiverio á Moteczuma y á echar de la tierra los españoles, ó matarlos é comérselos. Terrible nueva para los nuestros; pero ni aun por aquellas bravuras no se acobardó Cortés; antes le quiso hacer luego guerra y cercarlo en su propria casa y pueblo, sino que Moteczuma se lo estorbó, diciendo que Tezcuco era lugar muy fuerte y dentro en agua, y que Cacama era orgulloso, bullicioso, y tenia todos los de Culúa, como señor de Culuacan y Otumpa, que eran muy fuertes fuerzas, y que le parescia mejor llevarlo por otra via; y así, guió Cortés el negocio todo á consejo de Moteczuma, y envió á decir á Cacama que le rogaba mucho se acordase de la amistad que habia entre los dos desde que lo salió á recebir y meter en Méjico, y que siempre era mejor paz que guerra para hombre que tiene vasallos; y dejase las armas, que al tomar eran sabrosas al que no las ha probado, porque en esto haria gran placer y servicio al rey de España. Respondió Cacama que no tenia él amistad con quien le quitaba la honra y reino, y que la guerra que hacer queria era en provecho de sus vasallos y defensa de sus tierras y religion; y primero que dejase las armas, vengaria á su tio y á sus dioses; y que él no sabia quién era el rey de los españoles, ni lo queria oir, cuanto mas saber. Cortés tornó á le amonestar y requerir otras muchas veces; y como escuchar no le quisiese, hizo con Moteczuma que le mandase lo que él le rogaba. Moteczuma le envió á decir que se llegase á Méjico para dar un corte á las diferencias y enojos entre él y los españoles, y á ser amigo de Cortés. Cacama le respondió muy agramente, diciendo que si él tuviera sangre en el ojo, ni estaria preso ni cativo de cuatro extranjeros, que con sus buenas palabras le tenian hechizado y usurpado el reino; ni la religion mejicana y dioses de Culúa abatidos y hollados de piés de salteadores y embaidores, ni la gloria y fama de sus antepasados infamada y perdida por su cobardía y apocamiento; y que para reparar la religion, restituir los dioses, guardar el reino, cobrar la fama y libertad á él y á Méjico, iria de muy buena gana; mas no las manos en el seno, sino en la espada, para matar los españoles, que tanta mengua y afrenta habian hecho á la nacion de Culúa. En grandísimo peligro estaban los nuestros, así de perder á Méjico como las vidas, si no se atajara esta guerra y motin; porque Cacama era animoso, guerrero, porfiado, y tenia mucha y buena gente de guerra; y porque tambien andaban en Méjico ganosos de revuelta para cobrar á Moteczuma, y matar los españoles ó echarlos de la ciudad. Mas remediólo muy bien Mo-

teczuma, que conosciendo cómo no aprovechaba guerra ni fuerza, y que al cabo se habia de ensolver todo en él, trató con ciertos capitanes y señores que estaban en Tezcuco con Cacama, que le prendiesen y se lo entregasen. Ellos, ó por ser Moteczuma su rey y estar aun vivo, ó porque le habian siempre servido en las guerras, ó por dádivas y promesas, prendieron al Cacama un dia estando con él ellos y otros muchos en consejo para consultar las cosas de la guerra; y en acalles que para ello tenian á punto y armadas, le metieron, y trajeron á Méjico, sin otras muertes ni escándalos, aunque fué dentro en su propria casa y palacio, que toca en la laguna; y antes que le diesen á Moteczuma, le pusieron en unas ricas andas, como acostumbran los reyes de Tezcuco, que son los mayores y principales señores de toda esta tierra, después de Méjico. Moteczuma no le quiso ver, y entrególo á Cortés, que luego le echó grillos y esposas, y puso á recado y guarda. Y á voluntad y consejo de Moteczuma hizo señor de Tezcuco y Culuacan á Cucuzca, su hermano menor, que estaba en Méjico con el tio y huido del hermano. Moteczuma le intituló y hizo las cerimonias que suelen á los nuevos señores, como en otra parte dirémos; y en Tezcuco le obedescieron luego por mandado suyo, y porque era mas bienquisto que no Cacama, que era recio y cabezudo. Desta manera se remedió aquel peligro; mas si hubiera muchos Cacamas no sé cómo fuera; y Cortés hacia reyes y mandaba con tanta autoridad como si hubiera ganado el imperio mejicano. Y á la verdad, siempre tuvo esto desde que entró en la tierra; ca luego se le encajó que habia de ganar á Méjico y señorear el estado de Moteczuma.

La oracion que Moteczuma hizo á sus caballeros dándose al rey de Castilla.

Moteczuma hizo llamamiento y cortes tras la prision de Cacama, á las cuales vinieron todos los señores comarcanos que fuera estaban de Méjico. Y de su albedrío, ó por el de Cortés, les hizo delante los españoles el infrascripto razonamiento.

«Parientes, amigos y criados mios: bien sabeis que há deciocho años que soy vuestro rey, como lo fueron mis padres y abuelos, y que siempre vos he sido buen señor, y vosotros á mí buenos vasallos y obedientes; y así, confio que lo seréis agora y todo el tiempo de mi vida. Memoria debeis tener, que ó vos lo dijeron vuestros padres, ó lo habréis oido á nuestros sabios adevinos y sacerdotes, cómo ni somos naturales desta tierra, ni nuestro reino no es duradero; porque nuestros antepasados vinieron de léjos tierras, y su rey ó caudillo que traian, se volvió á su naturaleza, diciendo que enviaria quien los rigiese y mandase si él no viniese. Creed por cierto que el rey que esperamos tantos años há, es el que agora envia estos españoles que aquí veis, pues dicen que somos parientes, y tienen de gran tiempo noticia de nos. Demos gracias á los dioses, que han venido en nuestros dias los que tanto deseábamos. Haréisme placer que os deis á este capitan por vasallos del Emperador y rey de España, nuestro señor, pues ya yo me he dado por su servidor y amigo; y ruégoos mucho que dende en adelante le obedezcais bien y ansí como hasta aquí habeis hecho á mí, y le deis y pagueis los tributos, pechos y servicios que me soleis dar, ca no me podeis dar mayor contentamiento.»

No les pudo mas hablar, de lágrimas y sollozos. Lloraba tanto toda la gente, que por una buena pieza no le pudo responder. Dieron grandes sospiros, dijeron muchas lástimas, que aun á los nuestros enternescieron el corazon. En fin, respondieron que harian lo que les mandaba. Y Moteczuma primero, y luego tras él todos, se dieron por vasallos del rey de Castilla y prometieron lealtad; y así, se tomó por testimonio con escribano y testigos, y cada cual se fué á su casa con el corazon que Dios sabe y vosotros podeis pensar. Fué cosa harto de ver llorar Moteczuma y tantos señores y caballeros, y ver cómo se mataba cada uno por lo que pasaba. Mas no pudieron al hacer, así porque Moteczuma lo queria y mandaba, como porque tenian prognósticos y señales, segun que los sacerdotes publicaban, de la venida de gente extranjera, blanca, barbuda y oriental, á señorear á aquella tierra; y tambien porque entre ellos se platicaba que en Moteczuma se acababa, no solamente el linaje de los de Culúa, mas tambien el señorío; y por eso decian algunos no fuera él ni se llamara Moteczuma, que significa enojado, por su desdicha. Dicen tambien que el mesmo Moteczuma tenia del oráculo de sus dioses respuesta muchas veces que se acabarian en él los emperadores mejicanos, y que no le suLederia en el reino hijo ninguno suyo, y que perderia la silla á los ocho años de su reinado, y que por esto nunca quiso hacer guerra á los españoles, creyendo que le habian ellos de suceder; bien que por otro cabo lo tenia por burla, pues habia mas de decisiete años que era rey. Fuese pues por esto, ó por la voluntad de Dios, que da y quita los reinos, Moteczuma hizo aquello, y amaba mucho á Cortés y españoles, y no sabia enojarlos. Cortés dió á Moteczuma las gracias cuan mas cumplidamente pudo, de parte del Emperador y suya, y consolólo, que quedó triste de la plática, y prometió que siempre seria rey y señor, y mandaria como hasta allí y mejor; y no solo en sus reinos, mas aun tambien en los que él mas ganase y atrajese al servicio del Emperador.

El oro y joyas que Moteczuma dió á Cortés.

Pasados algunos dias después que Moteczuma y los suyos dieron la obediencia, le dijo Cortés los muchos gastos que el Emperador tenia en guerras y obras que hacia, y que seria bien contribuyesen todos y comenzasen á servir en algo; por ende que convenia enviar por todos sus reinos á cobrar los tributos en oro, y á ver qué hacian y daban los nuevos vasallos, y que diese tambien él algo si tenia. Moteczuma dijo que le placia, y que fuesen algunos españoles con unos criados suyos á la casa de las aves. Fueron allá muchos, vieron asaz oro en planchas, tejuelos, joyas y piezas labradas, que estaban en una sala y dos cámaras que les abrieron; y espantados de tanta riqueza, no quisieron ó no osaron tocarla sin que primero Cortés la viese; y así, lo llamaron, y él fué allá, tomólo, y llevólo todo á su aposento. Dió asimesmo, sin esto, muchas y ricas ropas de algodon y pluma, tejidas á maravilla; no tenian par en colores y figuras, y nunca los españoles tan buenas las ha-

bian visto; dió mas doce cebratanas de fusta y plata con que solia él tirar; las unas pintadas y matizadas de aves, animales, rosas, flores y árboles. Y todo tan perfeta y menudamente, que bien tenian qué mirar los ojos y qué notar el ingenio. Las otras eran vaciadas y cinceladas con mas primor y sotileza que la pintura. La red para bodoques y turquesas eran de oro, y algunas de plata. Envió tambien criados de dos en dos y de cinco en cinco, con un español por compañía á sus provincias, y á tierras de señores, ochenta, y cien leguas de Méjico, á coger oro por los tributos acostumbrados, ó por nuevo servicio para el Emperador. Cada señor y provincia dió la medida y cantidad que Moteczuma señaló y pidió, en hojas de oro y plata, en tejuelos y joyas, y en piedras y perlas. Vinieron todos los mensajeros, aunque tardaron hartos dias, y recogió Cortés y los tesoreros todo lo que trajeron; fundiéronlo, y sacaron de oro fino y puro ciento y sesenta mil pesos, y aun mas, y de plata mas de quinientos marcos; repartióse por cabezas entre los españoles; no se dió todo, sino señalóse á cada uno segun era. Al de caballo, doblado que al peon, y á los oficiales y personas de cargo ó cuenta se dió ventaja; pagósele á Cortés de monton lo que le prometieron en la Veracruz; cupo al Rey de su quinto mas de treinta y dos mil pesos de oro, y cien marcos de plata; de la cual se labraron platos, tazas, jarros, salserillas y otras piezas, á la manera que indios usan, para enviar al Emperador. Valia allende desto cien mil ducados lo que Cortés apartó de toda la gruesa, antes de la fundicion, para enviar por presente con el quinto, en perlas, piedras, ropa, pluma, oro y pluma, piedras y pluma, pluma y plata, y otras muchas joyas, como las cebratanas, que, fuera del valor, eran extrañas y lindas, porque eran pesces, aves, sierpes, animales, árboles y cosas así, contrahechas muy al natural de oro ó plata, ó piedras con pluma, que no tenian par; mas no se envió, y todo ó lo mas se perdió, con lo de todos, cuando el desbarate de Méjico, segun que después muy por entero dirémos.

Cómo rogó Moteczuma á Cortés que se fuese de Méjico.

En tres cosas empleaba Cortés el pensamiento, como se veia rico y pujante. Una era enviar á Santo Domingo y otras islas, dineros y nuevas de la tierra y su prosperidad, para traer gente, armas y caballos; que los suyos eran pocos para tan gran reino. La otra era tomar todo el estado de Moteczuma, pues lo tenia á él preso, y tenia á su devocion á los de Tlaxcallan, á Coatelicamatlh y Tuchintlec, y sabia que los de Pánuco y Tecoantepec y los de Mechuacan eran enemicísimos de mejicanos, y le ayudarian si menester los hubiese. Era la tercera hacer cristianos todos aquellos indios; lo cual comenzó luego como mejor y mas principal. Que maguer no asoló los ídolos por las ya dichas causas, vedó matar hombres sacrificándolos, puso cruces é imágines de nuestra Señora y de otros santos por los templos, y hacia á los clérigos y frailes que dijesen misa cada dia, y bautizasen; aunque pocos se bautizaron, ó porque los indios tenian recio en su envejescida religion, ó porque los nuestros atendian á otras cosas, esperando tiempo para esto que mejor fuese. El oia misa todos los dias, y mandaba que todos los españoles la oyesen tambien, pues siempre se celebraba en casa. Mas regaláronsele por entonces estos sus pensamientos, porque Moteczuma volvia la hoja, ó á lo menos quiso, y porque vino Pánfilo de Narvaez contra él, y porque tras esto le echaron los indios de Méjico. Todas estas tres cosas, que son muy notables, contarémos por su órden. La vuelta de Moteczuma, como algunos quieren, fué decir á Cortés que se fuese de su tierra si queria que no le matasen con los demás españoles. Tres razones ó causas le movieron á ello, de las cuales las dos eran públicas. Una fué el combate grande y contino que los suyos siempre le daban á que saliese de prision, y echase de allí los españoles ó los matase, diciendo cómo era grande afrenta y mengua suya y de todos ellos, estar así preso y abatido, y que los mandasen á coces aquellos poquitos extranjeros, que les quitaban la honra y robaban la hacienda, cohechando todo el oro y riqueza de los pueblos y señores para sí y para su rey, que debia ser pobre; y que si él queria, bien; si no, aunque no quisiese; que pues no queria ser su señor, tampoco ellos sus vasallos; y que no esperase mejor fin que Cualpopoca y Cacama, su sobrino, aunque mejores palabras y halagos le hiciesen. Otra fué que el diablo, como se le aparescia, puso muchas veces en corazon á Moteczuma que matase los españoles ó los echase de allí, diciendo que si no lo hacia, se iria, y no le hablaria mas, por cuanto le atormentaban y daban enojo las misas, el evangelio, la cruz y el bautismo de los cristianos. El le decia que no era bueno matarlos siendo sus amigos y hombres de bien; pero que les rogaria que se fuesen, y cuando no quisiesen, que entonces los mataria. A esto replicó el diablo que lo hiciese así, y que le haria grandísimo placer; que, ó se tenia de ir él ó los españoles, pues sembraban la fe cristiana, muy contraria religion á la suya, ca no se compadescian juntas entrambas. La tercera razon, y que no se publicaba, era, segun sospecha de muchos, que como son los hombres mudables y nunca permanescen en un ser y voluntad, así Moteczuma se arrepintió de lo que habia hecho, y le pesaba de la prision de Cacamacin, que algun tiempo quiso mucho, y que á falta de sus hijos, le habia de heredar, y porque conoscia ser como le decian los suyos, y porque le dijo el diablo que no podia hacer mayor servicio, ni sacrificio mas acepto á los dioses, que matar y echar de su tierra los cristianos; y echándolos, que ni se acabaria en él la casta de los reyes de Culúa, antes se alargaria, ni dejarian de reinar sus hijos tras él; y que no creyese en agüeros, pues era ya pasado el octavo año, y andaba en el deciocheno de su reinado. Por estas causas pues, ó por ventura por otras que no sabemos, Moteczuma apercibió cien mil hombres tan secretamente, que Cortés no lo supo, para que si los españoles no se fuesen diciéndoselo, los prendiesen y matasen. Así que, con esto, determinó hablar á Cortés. Y un dia salióse disimuladamente al patio con muchos de sus caballeros, á quien debia dar parte, y envió llamar á Cortés. Cortés dijo: «No me agrada esta novedad; plega á Dios sea por bien.» Tomó doce españoles, que mas á mano halló, y fué á ver qué le queria ó para qué le llamaba, que no lo solia hacer. Moteczuma se levantó á él, to-

mólo de la mano, metiólo en una sala, mandó traer asientos para entrambos, y díjole: «Ruégovos que os vais desta mi ciudad y tierra, ca mis dioses están de mí mal enojados porque os tengo aquí; pedidme lo que quisiéredes, y dar vos lo he, porque os mucho amo; y no penseis que os digo esto burlando, sino muy de veras. Por ende cumple que así se haga en todo caso.» Cortés cayó luego en la cuenta, ca no lo paresció que le recebia con el talante que otras veces, puesto que usó con él todas aquellas cerimonias y buena crianza; y antes que el faraute acabase de le declarar la voluntad de Moteczuma, dijo á un español de los doce que fuese á avisar á los compañeros que se aparejasen, por cuanto se trataba con él de sus vidas. Entonces se acordaron los nuestros de lo que les habian dicho en Tlaxcallan, y todos vieron que era menester gracia de Dios y buen corazon para salir de aquella afrenta. Como acabó el intérprete, respondió Cortés: «Entendido he lo que decis, y agradézcovoslo mucho; ved cuándo mandais que nos vamos, y así se hará.» Replicó Moteczuma: «No quiero que os vais sino cuando quisiéredes, y tomad el término que os parezca; que para entonces os daré á vos dos cargas de oro, y una á cada uno de los vuestros.» Entonces le dijo Cortés: «Ya, Señor, sabeis cómo eché al través mis naos luego que á vuestra tierra llegamos; y así, tenemos agora necesidad de otras para nos volver á la nuestra; por tanto, querria que llamásedes vuestros carpinteros para cortar y labrar madera; que yo tengo quien haga naos; y hechas, nos irémos si nos dais lo que prometido habeis, y decidlo así á vuestros dioses y á vuestros vasallos. Contentamiento grande mostró desto Moteczuma, y dijo: «Sea así.» Y luego hizo llamar muchos carpinteros. Cortés proveyó de maestros á ciertos españoles marineros; fueron á unos pinares, cortaron muchos y grandes árboles, y comenzaron á labrarlos. Moteczuma, que no debia ser muy malicioso, creyólo; empero Cortés hablo con sus españoles, y dijo á los que enviaba: «Moteczuma quiere que nos vamos de aquí porque sus vasallos y el diablo le andan al oido; cumple que se hagan navíos; id con estos indios por vuestra fe, y córtese madera harta; que entre tanto Dios nuestro Señor, cuyo negocio tratamos, proveerá de gente y socorro y remedio, que no perdamos esta buena tierra; y conviene mucho que pongais toda dilacion, paresciendo que haceis algo, no sospechen esos mal, para que los engañemos así, y hagamos acá lo que nos cumple. Vais con Dios, y avisadme siempre cómo estais allá, y qué hacen ó dicen esos.»

El miedo de ser sacrificados que tuvieron Cortés y los suyos.

Ocho dias después que fueron á cortar madera, llegaron á la costa de Chalchicoeca quince navíos. Las personas que por allí estaban en gobernacion y atalaya avisaron á Moteczuma dello con mensajeros, que en cuatro dias caminaron ochenta leguas. Temió Moteczuma, de que lo supo, y llamó á Cortés, que no temia menos, recelándose siempre de algun furor del pueblo y antojo del Rey. Cuando le dijeron á Cortés que Moteczuma salia al palacio, creyó, si daba en los españoles, que todos eran perdidos, y díjoles: «Señores y amigos, Moteczuma me llama; no es buena señal, habiendo pasado lo del otro dia; yo voy á ver qué quiere; estad alerta, y la barba en la cebadera, por si algo intentaren estos indios; encomendáos mucho á Dios, acordáos quien sois, y quien son estos infieles hombres, aborrescidos de Dios, amigos del diablo, con pocas armas y no buen uso de guerra; si hubiéremos de pelear, las manos de cada uno de nosotros han de mostrar con obra y por la propria espada el valor de su ánimo; y así, aunque muramos quedarémos vencedores, pues habrémos cumplido con el oficio que traemos, y con lo que debemos al servicio de Dios como cristianos, y al de nuestro rey como españoles, y en honra de nuestra España y defensa de nuestras vidas.» Respondiéronle: «Harémos nuestro deber hasta morir, sin que temor ni peligro lo estorben; ca menos estimamos la muerte que nuestro honor.» Con esto se fué Cortés á Moteczuma, el cual le dijo: «Señor capitan, sabed que ya teneis naves en que poderos ir; por eso, de aquí adelante cuando mandáredes.» Respondióle Cortés: «Señor muy poderoso, en teniéndolos hechos yo me iré.» «Once navíos, dice Moteczuma, están en la playa á par de Cempoallan, y presto terné aviso si los que en ellos vienen han salido á tierra, y entonces sabrémos qué gente es y cuánta.» «¡Bendito sea Jesucristo, dijo Cortés, y doy muchas gracias á Dios por las mercedes que nos hace á mí y á todos estos hidalgos de mi compañía!» Un español saltó á decirlo á los compañeros, y todos ellos cobraron esfuerzo. Alabaron á Dios, y abrazáronse unos á otros con muy gran placer de aquella nueva. Estando así Cortés y Moteczuma, llegó otro correo de á pié, y dijo cómo estaban ya en tierra ochenta de caballo y ochocientos infantes y doce tiros de fuego; de todo lo cual mostró la figura, en que venian pintados hombres, caballos, tiros y naos. Levantóse Moteczuma entonces, abrazó á Cortés, y díjole: «Agora os amo mas que nunca, y quiérome ir á comer con vos.» Cortés le dió las gracias por lo uno y por lo otro. Tomáronse por las manos, y fuéronse al aposento de Cortés, el cual dijo á los españoles no mostrasen alteracion, sino que todos estuviesen juntos y sobre aviso, y diesen gracias al Señor con tales nuevas. Moteczuma y Cortés comieron solos, con gran regocijo de todos; unos pensando quedar y sojuzgar el reino y gente, otros creyendo que se irian los que no podian ver en su tierra. A Moteczuma le pesaba, segun dicen, aunque no lo mostraba; y un su capitan, viendo esto, le aconsejaba que matase los españoles de Cortés, pues eran pocos, y así ternia menos que matar en los que venian, y no dejase juntar unos con otros; y porque aquellos no osarian llegar, muertos estos. Con esto llamó Moteczuma á consejo muchos señores y capitanes; propuso el caso, y el parescer de aquel capitan. Diversos votos hubo en ello; pero al cabo concluyóse que dejasen llegar á los españoles que venian, pensando que cuantos mas moros mas ganancia, y que así matarian mas y á todos juntos, diciendo que si mataban los que estaban en la ciudad, se tornarian los otros á las naos, y no podrian hacer el sacrificio dellos que sus dioses querian. Con esta determinacion pasaba Moteczuma cada dia con quinientos caballeros y señores á ver á Cortés, y mandaba servir y regalar á los españoles mejor que hasta entonces, pues habia de durar poco.

De cómo Diego Velazquez envió contra Cortés á Pánfilo de Narvaez con mucha gente.

Estaba Diego Velazquez muy enojado de Fernando Cortés, no tanto por el gasto, que poco ó ninguno habia hecho, cuanto por el interés de lo presente y por la honra, formando muy recias quejas dél porque no le habia dado cuenta ni parte, como á teniente de gobernador de Cuba, de lo que habia hecho y descubierto, sino enviádola á España al Rey, como si aquello fuera mal hecho ó traicion; y donde primero mostró la saña, fué en sabiendo que Cortés enviaba el quinto y presente, y las relaciones de lo que tenia descubierto y hecho, al Rey y á su consejo, con Francisco de Montejo y con Alonso Fernandez Portocarrero en una nao; ca luego armó una ó dos carabelas, y las despachó corriendo á tomar la de Cortés y lo que llevaba; y en una dellas fué Gonzalo de Guzman, que después fué teniente de gobernador en Cuba por su muerte; mas como se detuvieron mucho en aprestarla, ni la tomaron ni vieron, y después, como cuanto mas prósperas nuevas y hazañas oyese de Cortés, tanto mas le cresciese la saña y mal querencia, no hacia sino pensar cómo deshacer y destruírle. Estando pues en aqueste pensamiento, avino que llegó á Santiago de Cuba Benito Martin, su capellan, que le trajo cartas del Emperador y el título de adelantado, y cédula de la gobernacion de todo lo que hubiese descubierto, poblado y conquistado en tierra y costa de Yucatan, con lo cual se holgó mucho, y tanto por echar de Méjico á Cortés, cuanto por el ditado y favores que el Rey le daba; y así, trajo luego esta armada, que fué de once naos y siete bergantines, y de novecientos españoles, con ochenta caballos, y se concertó con Pánfilo de Narvaez que viniese capitan general della y su teniente de gobernador; y porque mas aína partiese, anduvo él mesmo por la isla, y llegó á Guaniguanico, que es lo postrero della al poniente, donde estando ya para partirse Diego Velazquez á Santiago y Pánfilo de Narvaez á Méjico, llegó el licenciado Lúcas Vazquez de Ayllon, oidor de Santo Domingo, en nombre de aquella chancillería y de los frailes jerónimos que gobernaban, y del licenciado Rodrigo de Figueroa, juez de residencia y visitador de la audiencia, á requerir, so graves penas, á Diego Velazquez que no enviase, y Pánfilo que no fuese contra Cortés, ca seria causa de muertes, guerras ceviles, y otros muchos males entre españoles, y se perderia Méjico, con todo lo demás que estaba ganado y pacífico para el Rey. Díjoles que si enojo tenia con él y diferencia sobre hacienda ó sobre puntos de honra, que al Emperador pertenescia conoscer y sentenciar la causa, y no que él mesmo hiciese justicia en su proprio pleito, haciendo fuerza al contrario. Rogóles, si querian servir al Rey y á Dios primeramente, y ganar honra y provecho, que fuesen á conquistar nuevas tierras, pues habia hartas descubiertas sin la de Cortés, y tenian tan buena gente y armada. No bastó este requirimiento ni la autoridad y persona del licenciado Ayllon, para que Diego Velazquez y Narvaez dejasen de proseguir su viaje contra Cortés. Viendo pues tanta obstinacion en ellos y tan poca reverencia á la justicia, acordó irse con Narvaez en la nao que vino desde Santo Domingo, para estorbar daños, pensando que lo acabaria mejor allá con él solo que no estando presente Diego Velazquez, y tambien por tratar entre Cortés y Narvaez si rompiesen. Embarcóse con tanto Pánfilo en Guaniguanico, y fué á surgir con su flota acerca de la Veracruz, y como supo que estaban allí ciento y cincuenta españoles de los de Cortés, envió allá á un clérigo, á Juan Ruiz de Guevara y Alonso de Vergara á los requerir que le tuviesen por capitan y gobernador; pero no quisieron escucharle los de dentro, antes los prendieron y los enviaron á Méjico á Cortés para que se informase dellos. Sacó luego á tierra la gente, caballos, armas y artillería, y fuése á Cempoallan. Los indios comarcanos, así amigos de Cortés como vasallos de Moteczuma, le dieron oro, mantas y comida, pensando que era de Cortés.

Lo que Cortés escribió á Narvaez.

Mas que nadie piensa dió qué pensar esta nueva y grande armada á Cortés, antes que supiese cúya era. Por una parte holgaba que viniesen españoles, por otra le pesaba de tantos. Si venian á le ayudar, tenia por ganada la tierra; si contra él, por perdida. Si venian de España, creia que le traian buen despacho; si de Cuba, temia guerra civil con ellos. Parescíale que de España no podian venir tanta gente, y sospechaba que era de las islas, y que debia de venir allí Diego Velazquez, y después de sabido, tuvo otro tanto que pensar, porque le cortaban el hilo de su prosperidad y le atajaban los pasos que traia en calar los secretos de la tierra, las minas, la riqueza, las fuerzas, los que eran amigos de Moteczuma ó enemigos; estorbábanle de poblar los lugares que comenzado tenia, de ganar amigos, de cristianar los indios, que era y debia ser lo principal, y cesaban otras muchas cosas tocantes al servicio de Dios y del Rey y á provecho de nuestra nacion. Temia que por desviar un inconveniente se le podian seguir muchos; si dejaba llegar á Méjico á Pánfilo de Narvaez, capitan que venia de aquella flota por Diego Velazquez, estaba cierta su perdicion; si salia contra él, la revuelta de la ciudad y la libertad de Moteczuma, y ponia en condicion su vida, su honra, sus trabajos, y por no venir á estos extremos, arrimóse á los medios. Lo primero que hizo fué despachar dos hombres, uno á Juan Velazquez de Leon, que iba á poblar á Coazacoalco, para que luego, en viendo su carta, se tornase á Méjico, y dióle noticia de la venida de Narvaez, y de la necesidad que habia dél y de los cient y cincuenta españoles que consigo llevaba. El otro á la Veracruz á traelle razon enteramente y cierta de la llegada de Pánfilo, y qué buscaba y qué decia. El Juan Velazquez hizo lo que Cortés le escribió, y no lo que Narvaez, que como á cuñado suyo, y deudo de Diego Velazquez, le rogaba se pasase á él, por lo cual Cortés lo honró mucho de allí adelante. De la Veracruz fueron á Méjico veinte españoles con aviso de lo que Narvaez publicaba, y llevaron presos un clérigo y á Alonso de Guevara y á Juan Ruiz de Vergara, que habian ido á la villa por amotinar la gente de Cortés, so color que iban á requerirla con cédula del Rey. Lo segundo fué, que envió á fray Bartolomé de Olmedo, de la Merced, con otros dos españoles, á ofrescer su amistad á Narvaez, y si no la queria, á

requerirle de parte del Rey, y en nombre suyo, como justicia mayor de aquella tierra y de la de los alcaldes y regidores de la Veracruz, que estaban en Méjico, que entrase callado si traia provisiones del Rey ó su consejo, y sin hacer daño en la tierra; no escandalizase ni causase males, ni estorbase la buena ventura que allí tenian los españoles, ni el servicio del Emperador, ni la conversion de los indios; y si no las traia, que se tornase y dejase en paz la tierra y la gente. Mas poco aprovechó este requerimiento ni las cartas de Cortés y regimiento. Soltó al clérigo que trajeron preso los de la Veracruz, y envióle luego tras el fraile á Narvaez con ciertos collares de oro muy ricos y otras joyas, y una carta que en suma contenia cómo se holgaba mucho que viniese él en aquella flota antes que otro ninguno, por el conoscimiento viejo que entre ellos habia, y que se viesen solos si mandaba, para dar órden cómo no hubiese guerra ni muertes ni enojo entre españoles y hermanos, porque si traia provisiones del Rey y se las mostraba á él ó al cabildo de la Veracruz, que se obedescerian, como era justo, y si no, que tomarian otro buen asiento. Narvaez, como venia tan pujante, nada ó muy poco curaba de aquellas cartas ni ofertas ni requerimientos de Cortés, y porque Diego Velazquez, que le enviaba, estaba mal enojado é indignado.

Lo que Pánfilo de Narvaez dijo á los indios y respondió á Cortés.

Pánfilo de Narvaez dijo á los indios que estaban engañados, por cuanto él era el capitan y señor; que Cortés no, sino un malo, y los que con él estaban en Méjico, que eran sus mozos, y que él venia á cortarle la cabeza y á castigarlos y echarlos de la tierra, y luego irse y dejársela libre. Ellos se lo creyeron con verle con tantos barbudos y caballos, creo que de ligeros ó medrosos; con esto le servian y acompañaban, y dejaban á los de la Veracruz. Tambien se congració con Moteczuma, diciéndole que Cortés estaba allí contra la voluntad de su rey; que era hombre bandolero y codicioso, que le robaba su tierra y le queria matar para alzarse con el reino, y que él iba á soltarle y á le restituir cuanto aquellos malos le habian tomado; y porque á otros no hiciesen semejantes daños y mal tratamiento, que los prenderia y mataria ó echaria en prision; por eso, que estuviese alegre, pues presto se verian, y no habia de hacer mas de restituirle en su reino y tornarse á su tierra. Eran estos tratos tan malos y tan feos, é injuriosas las palabras y cosas que Pánfilo decia públicamente de Cortés y los españoles de su compañía, que parescian muy mal á los de su ejército; y muchos no las pudieron sufrir sin afeárselas, especial Bernaldino de Santa Clara, que viendo la tierra tan pacífica y tan bien contenta de Cortés, le dio una buena reprehension, y asimismo le hizo uno y muchos requirimientos el licenciado Ayllon, y le mandó, so gravísimas penas de muerte y perdimiento de bienes, que no dijese aquello ni fuese á Méjico; que seria grandísimo escándalo para los indios y desasosiego para los españoles, deservicio del Emperador y estorbo del bautismo. Enojado dello Pánfilo, prendió al licenciado Ayllon, oidor del Rey, y á un secretario de la Audiencia y á un alguacil. Metiólos en otra nao, y enviólos á Diego Velazquez; mas él se supo dar tan buena maña, que, ó sobornando los marineros ó atemorizándolos con la justicia del Rey, se volvió libremente á su chancillería, donde contó cuanto le aviniera con Narvaez á sus compañeros y gobernadores, que no poco daño los negocios de Diego Velazquez y mejoró los de Cortés. Como prendió Narvaez al licenciado, luego pregonó guerra á fuego, como dicen, y á sangre contra Cortés; prometió ciertos marcos de oro al que prendiese ó matase á Cortés y á Pedro de Albarado y á Gonzalo de Sandoval, y á otras principales personas de su compañía, y repartió los dineros y ropa á los suyos, haciendo mercedes de lo ajeno. Tres cosas fueron estas harto livianas y panfarronas. Muchos españoles de Narvaez se amotinaban por los mandamientos del licenciado Ayllon, ó por la fama de la riqueza y franqueza de Cortés; y así, Pedro de Villalobos y un portugués y otros seis ó siete se pasaron al Cortés, y otros le escribieron, á lo que algunos dicen, ofresciéndosele si venia para ellos; y que Cortés leyó las cartas, callando la firma y nombres de cuyas eran, á los suyos; en las cuales los llamaba sus mozos, traidores, salteadores, y los amenazaba de muerte y á quitarles la hacienda y tierra. Unos cuentan que ellos se amotinaron, y otros que Cortés los sobornó con cartas, ofertas y una carga de collares y tejuelos de oro que envió de secreto al real de Pánfilo de Narvaez con un su criado, y que publicaba tener en Cempoallan docientos españoles. Todo pudo ser, ca el uno era tibio y descuidado y el otro era cuidadoso y ardia en los negocios. Narvaez respondió á Cortés con el fraile de la Merced, y lo substancial de la carta era, que fuese luego, vista la presente, adonde él estaba, que traia y le queria mostrar unas provisiones del Emperador para tomar y tener aquella tierra por Diego Velazquez, y que ya tenia hecha una villa de hombres solamente con alcaldes y regidores. Tras esta carta envió á Bernaldino de Quesada y á Alonso de Mata á le requerir que saliese de la tierra, so pena de muerte, y notificarle las provisiones; mas no se las notificaron, ó porque no las llevaban, que fuera poco sabio si de nadie las confiara, ó porque no les dieran lugar; antes Cortés hizo prender al Pedro de Mata porque se llamaba escribano del Rey no siéndolo ó no mostrando el título.

Lo que dijo Cortés á los suyos.

Viendo pues Cortés que hacian poco fruto las cartas y mensajeros, aunque cada dia iban y venian de Narvaez á él, y dél á Narvaez, y que nunca se habian visto ni mostrado las provisiones del Rey, acordó verse con él, que barba á barba, como dicen, honra se cata, y por llevar el negocio por bien y buenos medios, si posible fuese; y para esto despachó á Rodrigo Alvarez Chico, veedor, y á Juan Velazquez y Juan del Rio, que tratasen con Narvaez muchas cosas. Pero tres fueron las principales: que se viesen solos ó tantos á tantos; que Narvaez dejase á Cortés en Méjico, y él se fuese con los que traia, á conquistar á Pánuco, que estaba de paz, con personas de allá muy principales que tenia, ó á otros reinos; y Cortés, que pagaria los gastos y socorreria los españoles que traia, ó que se estuviese Narvaez en Méjico, y diese á Cortés cuatrocientos españoles de la armada, para que con ellos y con los suyos él

se pasase adelante á conquistar otras tierras. La otra era que le mostrase las provisiones que del Rey traia, y las obedeceria. Narvaez no vino á ningun partido, solamente al concierto de que se viesen con cada diez hidalgos sobre seguro y con juramento, y firmáronlo de sus nombres; mas no se efectuó, porque Rodrigo Alvarez Chico avisó á Cortés de la trama que Narvaez urdia para le prender ó matar en las vistas. Como entendia en el negocio, entendió la maña y engaño, ó quizá se lo dijo alguno que no queria mal á Cortés. Deshechos los conciertos, determina Cortés ir á él con decir: «Algo será.» Primero que se fuese habló con sus españoles, trayéndoles á la memoria cuanto él por ellos y ellos por él habian hecho desde que comenzó aquella jornada hasta entonces; dijo cómo Diego Velazquez, en lugar de les dar las gracias, los enviaba á destruir y matar con Pánfilo de Narvaez, que era hombre recio y cabezudo, por lo que habian hecho en servicio de Dios y del Emperador, y porque acudieron al Rey, como buenos vasallos, y no á él, no siendo obligados, y que Narvaez les tenia ya confiscados sus bienes, y hechas mercedes dellos á otros, y los cuerpos condenados á horca y las famas puestas al tablero, no sin muchas injurias y befas que de todos hacia; cosas ciertamente no de cristiano, ni que ellos, siendo tales y tan buenos, querrian disimular y dejar sin el castigo que merescian, y aunque la venganza él y ellos la debian dejar á Dios, que da el pago á los soberbios é invidiosos, que le parescia no dejasen á lo menos gozar de sus trabajos y sudores á otros, que con sus manos lavadas venian á comer la sangre del prójimo, y que descaradamente iban contra otros españoles, levantando los indios que los servian como amigos, y urdiendo guerras muy peores que las civiles de Mario y Silla, ni que las de César y Pompeyo, que turbaron el imperio romano; y que él determinaba salirle al camino y no dejarle llegar á Méjico, pues era mejor Dios os salve que no quien está allá; y que si eran muchos, que valia mas á quien Dios ayuda que no quien mucho madruga, y que buen corazon quebranta mala ventura, como el suyo dellos, que estaba pasado por el crisol, después que con él siguian las armas y guerra; asimesmo que de los de Narvaez habia muchos que se pasarian á él, por eso que les daba cuenta de lo que pensaba y hacia, para que los que quisiesen ir con él, que se apercibiesen, y los que no, que quedasen mucho en buen hora á guardar á Méjico y á Moteczuma, que tanto montaba. Hízoles tambien muchos ofrescimientos si con victoria tornaba. Los españoles dijeron que como él ordenase ansí lo harian. Mucho les indinó con esta plática, y á la verdad temian la soberbia y ceguedad de Pánfilo de Narvaez, y por otra parte á los indios, que ya tomaban alas con ver disension entre españoles, y que los de la costa estaban con los otros.

Ruegos de Cortés á Moteczuma.

Tras esto, como los halló amigos y ganosos de lo que él mesmo, habló á Moteczuma, por ir sin menos cuidado y por saber lo que habia en él, y díjole semejantes razones que estas:

«Señor, conoscido terneis el amor que os tengo y el deseo de serviros, y la esperanza de que á mí y á mis compañeros haréis, cuando nos vamos, muy crescidas mercedes. Pues ahora os suplico me las hagais en estaros siempre aquí, é mireis por estos españoles que con vos dejo, y que os encomiendo, con el oro é joyas que les queda y que vos nos distes; ca yo me parto á decir á aquellos que poco há llegaron en la flota, cómo vuestra alteza manda que yo me vaya, y que no hagan daño ni enojo á vuestros súbditos y vasallos, ni entren en vuestras tierras, sino que se estén en la costa hasta que nosotros estemos para poder embarcar y nos ir, como es la vuestra voluntad y merced; é si entre tanto que voy y vuelvo, algun vuestro, de mal criado ó necio ó atrevido, quisiere enojar á los mios que en vuestra guarda quedan, mandaréisles que estén quedos.»

Moteczuma prometió de hacerlo así; y le dijo que si aquellos eran malos y no hacian lo que les mandase, que se lo avisase, y él le enviaria gente de guerra para que los castigase y echase fuera de su tierra; y si queria, le daria guias que le llevasen hasta la mar siempre por sus tierras, y mandaria que le sirviesen por el camino y mantuviesen. Cortés le besó las manos por ello. Agradecióselo mucho, y dió un vestido de España y ciertas joyas á un hijo suyo, y muchas cosas de rescate á otros señores que estaban allí á la plática. Mas no conoció de lo que entendia, ó porque aun no le habian dicho nada de parte de Narvaez, ó porque disimuló gentilmente, holgando que unos cristianos á otros se matasen, y creyendo que por allí ternia mas cierta su libertad, y se aplacarian sus dioses.

La prision de Pánfilo de Narvaez.

Estaba tan bienquisto de aquellos sus españoles Cortés, que todos querian ir con él; y así, pudo escoger á los que quiso llevar, que fueron docientos y cincuenta, con los que tomó en el camino á Joan Velazquez de Leon. Dejó á los demás, que serian otros docientos, en guarda de Moteczuma y de la ciudad. Dióles por capitan á Pedro de Albarado. Dejóles la artillería y cuatro fustas que habia hecho para señorear la laguna, y rogóles que atendiesen solamente á que Moteczuma no se les fuese á Narvaez, y á no salir del real y casa fuerte. Partióse pues con aquellos pocos españoles y con ocho ó nueve caballos que tenia, y muchos indios de servicio. Pasando por Cholollа y Tlaxcallan fué bien recebido y hospedado. Quince leguas, ó poco menos, antes de llegar á Cempoallan, donde Narvaez estaba, topó dos clérigos y á Andrés de Duero, su conocido y amigo, á quien debia dineros, que le prestó para acabar de fornir la flota, que venian á decirle fuese á obedecer al general y teniente de gobernador Pánfilo de Narvaez, y á entregarle la tierra y fuerzas della; donde no, que procederia contra él como contra enemigo y rebelde, hasta ejecucion de muerte; y si lo hacia, que le daria sus naos para irse, y le dejaria ir libre y seguramente con las personas que quisiese. A esto respondió Cortés que antes moriria que dejarle la tierra que habia él ganado y pacificado por sus puños é industria, sin mandamiento del Emperador; y si á gran tuerto le queria hacer guerra, que se sabria defender; y si vencia, como esperaba en Dios y en su razon, que no habia menester sus naves, y si moria, mucho menos. Por eso, que le mostrase las

provisiones y recaudo que del Rey traia; porque, hasta primero verlas y leerlas no aceptaria partido ninguno; y pues no se las habia mostrado ni mostraba, que era señal como no las traia ni tenia; y siendo así, que le rogaba, requería y mandaba se tornase con Dios á Cuba, si no, que le prenderia y enviaria á España con grillos, al Emperador, que lo castigase como merecian sus deservicios y alborotos; y ansí, con esto despidió al Andrés de Duero, y envió un escribano y otros muchos con poder y mandamiento suyo, á requerirle que se embarcase y no escandalizase mas los hombres y tierra, que á mas andar se le levantaban, y se fuese antes que mas muertes ó males se recreciesen; donde no, que para el dia de pascua de Espíritu Santo, que era de allí á tres dias, seria con él. Pánfilo hizo burla de aquel mandamiento, prendió al que llevaba el poder, y mofó reciamente de Cortés, que con tan poca gente venia haciendo fieros. Hizo alarde de su gente delante de Joan Velazquez de Leon, y Joan de Rio y los otros de Cortés que andaban y estaban con él en los tratos y conciertos. Halló ochenta escopeteros, ciento y veinte ballesteros, seiscientos infantes, ochenta de caballo; y aun díjoles: «¿Cómo os defenderéis de nosotros, si no haceis lo que queremos?» Prometió dineros á quien le trajese preso ó muerto á Cortés, y lo mesmo hizo Cortés contra Pánfilo. Hizo un caracol con los infantes, escaramuzó con los caballos, y jugó la artillería, para atemorizar los indios; por el cual temor el gobernador que allí cerca tenia Moteczuma le dió un presente de mantas y joyas de oro, en nombre del gran señor, y se le ofreció mucho. Narvaez envió, como dicen, de nuevo otro mensaje á Moteczuma y á los caballeros de Méjico, con los indios que llevaban el alarde pintado; y porque le decian que Cortés venia cerca, salia á correr el campo, y el dia de Pascua sacó todos sus ochenta caballos y quinientos peones, y fué una legua de donde ya Cortés llegaba. Mas, como no lo halló, pensó que las lenguas que por espías traia, le burlaban, y tornóse á su real casi ya de noche, y durmióse. Mas, por si los enemigos viniesen, puso por centinelas en el camino, casi una legua de Cempoallan, á Gonzalo de Carrasco, Alonso Hurtado. Cortés anduvo el dia de Pascua mas de diez leguas á gran trabajo de los suyos. Poco antes de llegar dió su mandamiento por escrito á Gonzalo de Sandoval, su alguacil mayor, para que prendiese á Narvaez, ó matase si se defendiese, y á los alcaldes y regidores, y dióle ochenta españoles de compañía con que lo hiciese. Los corredores de Cortés, que iban siempre buen rato delante, dieron en las escuchas de Narvaez. Tomaron al Gonzalo de Carrasco, que les dijo cómo tenia repartido Pánfilo de Narvaez el aposento, gente y artillería. El Alonso Hurtado escapóseles, y fué á mas correr, y entró por el patio del aposento de Narvaez, diciendo á voces: «Arma, arma, que viene Cortés.» A este ruido despertaron los dormidos, y muchos no lo creian. Cortés dejó los caballos en el monte, hizo algunas picas que faltaban para que todos los suyos llevasen sendas, y entró él delantero en la ciudad y en el real de los contrarios á media noche, que, por descuidarlos y no ser visto, aguardó aquella hora. Mas, por bien que caminó, ya se sabia su venida por la centinela, que llegó media hora primero, y estaban ya todos los caballos ensillados, y muchos enfrenados, y los hombres armados. Entró tan sin ruido, que primero dijo, «Cierra y á ellos,» que fuese visto, aunque tocaban al arma. Andaban muchos cocuyos, y pensaron que eran mechas de arcabuz. Si un tiro soltaran, huyeran. Dijeron á Narvaez, estándose poniendo una cota: «Catad, Señor, que entra Cortés.» Respondió: «Dejadle venir; que me viene á ver.» Tenia Narvaez su gente en cuatro torrecillas con sus salas y aposentos, y él estaba en la una con hasta cien españoles, y á la puerta trece tiros, ó segun otros dicen, decisiete, todos de fruslera. Hizo Cortés subir arriba á Gonzalo de Sandoval con cuarenta ó cincuenta compañeros, y él quedóse á la puerta para defender la entrada con veinte; los demás cercaron las torres; y así, no se pudieron socorrer los unos á los otros. Narvaez, como sintió el ruido cabe sí, quiso pelear, por mas que le fué requerido y rogado; y al salir de su cámara le dieron un picazo los de Cortés, que le sacaron un ojo. Echáronle luego mano, y rastrando le llevaron las escaleras abajo. Cuando se vió delante de Cortés dijo:

«Señor Cortés, tened en mucho la ventura de tener mi persona presa.» El le respondió: «Lo menos que yo he hecho en esta tierra es haberos prendido.» Luego le hizo aprisionar y llevar á la Villarica, y le tuvo algunos años preso. Duró el combate asaz poco, ca dentro de una hora estaba preso Pánfilo y los mas principales de su hueste, y quitadas las armas á los demás. Murieron deciseis de la parte de Narvaez, y de la de Cortés dos solamente, que mató un tiro. No tuvieron tiempo ni lugar de poner fuego á la artillería, con la priesa que Cortés les dió, si no fué un tiro, con que mataron aquellos dos. Teníanlos atapados con cera por la mucha agua. De aquí tomaron ocasion los vencidos para decir que Cortés tenia sobornado el artillero y á otros. Mucha templanza tuvo aquí Cortés, que aun de palabra no injurió á ninguno de los presos y rendidos, ni á Narvaez, que tanto mal habia dicho dél, estando muchos de los suyos con gana de vengarse; y Pedro de Malvenda, criado de Diego Velazquez, que venia por mayordomo de Narvaez, recogió y guardó los navíos y toda la ropa y hacienda de entrambos, sin que Cortés se lo impidiese. ¿Cuánta ventaja hace un hombre á otro? ¿Qué hizo, dijo, pensó cada capitan de estos dos? Pocas veces, ó nunca por ventura, tan pocos vencieron á tantos de una misma nacion; especial estando los muchos en lugar fuerte, descansados y bien armados.

Mortandad por viruelas.

Costó esta guerra muchos dineros á Diego Velazquez, la honra y un ojo á Pánfilo de Narvaez, y muchas vidas de indios que murieron, no á fierro, sino de dolencia; y fué que, como la gente de Narvaez salió á tierra, salió tambien un negro con viruelas; el cual las pegó en la casa que lo tenian en Cempoallan, y luego un indio á otro; y como eran muchos, y dormian y comian juntos, cundieron tanto en breve, que por toda aquella tierra anduvieron matando. En las mas casas morian todos, y en muchos pueblos la mitad, que como era nueva enfermedad para ellos, y acostumbraban bañarse á todos

males, bañábanse con ellas, y tollíanse; y aun tienen por costumbre ó vicio entrar en baños frios saliendo de calientes, y por maravilla escapaba hombre que las tuviese; y los que vivos quedaron, quedaban de tal suerte, por haberse rascado, que espantaban á los otros con los muchos y grandes hoyos que se les hicieron en las caras, manos y cuerpo. Sobrevínoles hambre, y no tanto de pan como de harina; porque, como ni tienen molinos ni atahonas, no hacen otro las mujeres sino moler su grano de centli entre dos piedras, y cocer. Cayeron pues malas de las viruelas, y faltó el pan, y perescieron muchos de hambre. Hedian tanto los cuerpos muertos, que nadie los queria enterrar, y con esto estaban llenas las calles; y porque no los echasen en ellas, diz que derribaba la justicia las casas sobre los muertos. Llamaron los indios á este mal huizauatl, que suena la gran lepra. De la cual, como de cosa muy señalada, contaban después ellos sus años. Parésceme que pagaron aquí las bubas que pegaron á los nuestros, segun en otro capítulo tengo dicho.

Rebelion de Méjico contra los españoles.

Conoscia Cortés casi á todos aquellos que venian con Narvaez. Hablóles cortesmente. Rogóles que olvidasen lo pasado, que así haria él, y que tuviesen por bien de ser sus amigos, é irse con él á Méjico, que era el mas rico pueblo de Indias. Volvióles sus armas, que las habian perdido muchos, y á muy pocos dejó presos con Narvaez. Los de caballo se salieron al campo con ánimo de pelear, mas luego se dieron por lo que les dijo y prometió. En fin, todos ellos, que no venian sino á gozar la tierra, holgaron dello, y lo siguieron y sirvieron. Rehizó la guarnicion de la Veracruz, y envió allí los navíos de la flota. Despachó docientos españoles al rio de Garay, y tornó á enviar á Juan Velazquez de Leon con otros docientos á poblar en Coazacoalco. Envió delante un español con la nueva de la victoria, y él partióse luego á Méjico, no sin cuidado de los suyos que allá estaban, á causa de los mensajeros de Narvaez á Moteczuma. El español que fué con las nuevas, en lugar de albricias, hubo heridas que le dieron los indios alzados. Mas, aunque llagado, tornó á decir á Cortés cómo los indios estaban rebelados é con armas, é que habian quemado las cuatro fustas, combatido la casa y fuerte de los españoles, derribado una pared, minado otra, puesto fuego á las municiones, quitádoles las vituallas, y llegado á tanto aprieto, que mataran ó prendieran los españoles si Moteczuma no les mandara dejar el combate, y aun con todo eso, no dejaron las armas ni el cerco; solamente aflojaron por complacer á su señor. Estas nuevas fueron muy tristes para Cortés, ca le volvieron su gozo en cuidado, y le hicieron apresurar el camino para socorrer á sus amigos y compañeros; y si un poco mas tardara, no los hallará vivos, sino muertos ó para sacrificar. La mayor esperanza que tuvo de no perderlos y perderse, fué no haberse ido Moteczuma. Hizo reseña en Tlaxcallan de los españoles que llevaba, y eran mil peones y ciento de caballo, ca llamó á los que enviara á poblar. No paró hasta Tezcuco, donde no vió los caballeros que conoscia, ni le recibieron como otras veces, ni por el camino tampoco; antes halló la tierra, ó despoblada ó alborotada. A Tezcuco le vino un español que Albarado enviaba á le llamar y certificar de lo arriba dicho, y que entrase presto, porque con su ida aflojaria la ira. Vino asimesmo con el español un indio de parte de Moteczuma, que le dijo cómo de lo pasado él estaba sin culpa, y que si traia enojo dél, que lo perdiese, y se fuese al aposento de primero, donde él se estaba, y los españoles tambien vivos y sanos, como se los dejó. Con esto descansaron él y los demás españoles aquella noche, y otro dia, que fué Sant Juan Bautista, entró por Méjico á hora de comer, con ciento de caballo y mil españoles, y muchedumbre de los amigos de Tlaxcallan, Huexocinco y Cholollа. Vió poca gente por las calles, no rescibimiento, algunas puentes desbaratadas y otras ruines señales. Llegó á su aposento, y los que no cupieron en él, fuéronse al templo mayor. Moteczuma salió al patio á recebirle, penado, á lo que mostraba, de lo que los suyos habian hecho. Desculpóse, y entróse cada uno en su cámara. Pedro de Albarado y los otros españoles no se veian de placer con su llegada y la de tantos, que les daban las vidas, que tenian medio perdidas. Saludáronse unos á otros, y preguntáronse cómo estaban y venian, y cuanto los unos contaban de bueno, tanto los otros de malo.

Las causas de la rebelion.

Quisó Cortés por entero saber la causa del levantamiento de los indios mejicanos. Preguntólo á todos juntos. Unos decian que por lo que Narvaez les enviara á decir, otros que por echarlos de Méjico para que se fuesen, como estaba concertado, en teniendo navíos, pues peleando les voceaban: «Íos, íos de aquí;» otros que por libertar á Moteczuma, que en los combates decian: «Soltad nuestro dios y rey si no quereis ser muertos;» quien decia que por robarles el oro, plata y joyas que tenian, y que valian mas de setecientos mil ducados; pues oian á los que llegaban cerca: «Aquí dejaréis el oro que nos habeis tomado;» quien que por no ver allí á los tlazcaltecas y otros que sus enemigos mortales eran; muchos, en fin, creian que por haberles derribado los ídolos de sus dioses, y por decírselo el diablo. Cada cual destas causas era bastante á que se rebelasen, cuanto mas todas juntas. Pero la principal fué porque pocos dias después de ido Cortés á Narvaez, vino cierta fiesta solemne que los mejicanos celebraban, y quisiéronla celebrar como solian, y para ello pidieron licencia á Pedro de Albarado, que quedó alcaide y teniente por Cortés, porque no pensase, á lo que ellos decian, que se juntaban para matar los españoles. Albarado se la dió, con tal que en el sacrificio no interviniese muerte de hombres ni llevasen armas. Juntáronse mas de seiscientos caballeros y principales personas, y aun algunos señores, en el templo mayor; otros dicen mas de mil. Hicieron grandísimo ruido aquella noche con atabales, caracoles, cornetas, huesos hendidos, con que silvan muy recio. Hicieron su fiesta, é desnudos, empero cubiertos de piedras y perlas, collares, cintas, brazaletes y otras muchas joyas de oro, plata y aljófar, y con muy ricos penachos en las cabezas, bailaron el baile que llaman mazeualiztli, que quiere decir merescimiento con trabajo, y así dicen mazauali por labrador.

Este baile es como el netoteliztli, que dije; ca ponen esteras en los patios de los templos, y encima dellas los atabales. Danzan en corro, trabados de las manos y por renglera; bailan al son de los que cantan, y responden bailando. Los cantares son santos, y no profanos, en alabanza del dios cuya es la fiesta, porque les dé agua ó grano, salud, victoria, ó porque les dió paz, hijos, sanidad y otras cosas así, y dicen los pláticos desta lengua y ritos cerimoniales, que cuando bailan ansí en los templos, que hacen otras muy diferentes mudanzas que al netoteliztli, ansí con la voz como con meneos del cuerpo, cabeza, brazos y piés, en que manifestaban sus conceptos, malos ó buenos, sucios ó loables. A este baile llaman españoles areito, que es vocablo de las islas de Cuba y Santo Domingo. Estando pues bailando aquellos caballeros mejicanos en el patio del templo de Vitcilopuchtli, fué allá Pedro de Albarado. Si fué de su cabeza ó por acuerdo de todos no lo sabria decir; mas de que unos dicen que fué avisado que aquellos indios, como principales de la ciudad, se habian juntado allí á concertar el motin y rebelion que después hicieron; otros, que al principio fueron á verlos bailar baile tan loado y famoso, y viéndolos tan ricos, que se acodiciaron al oro que traian á cuestas, y así tomó las puertas con cada diez ó doce españoles, y entró él dentro con mas de cincuenta, y sin duelo ni piedad cristiana los acuchilló y mató, y quitó lo que tenian encima. Cortés, aunque le debió pesar, disimuló por no enojar á los que lo hicieron; ca estaba en tiempo que los habia bien menester, ó para contra los indios ó porque no hubiese novedad entre los suyos.

Las amenazas que hacian los de Méjico á los españoles.

Sabida la causa de la rebelion, preguntóles Cortés cómo peleaban los enemigos. Ellos dijeron que luego como tomaron armas cargaron con furia muy grande, pelearon y combatieron la casa diez dias arreo, en los cuales habian hecho los daños que ya sabia, y que por no dar lugar que Moteczuma se saliese y se fuese á Narvaez, como algunos decian, no habian ellos osado salir de casa á pelear por las calles, sino defenderse solamente y guardar á Moteczuma, como se lo dejara encargado; y que como eran pocos, y los indios muchos, y que de credo á credo se remudaban, que no solo se cansaban, mas que desmayaban, y si á los mayores rebatos no subia Moteczuma á una azotea y mandaba á los suyos que estuviesen quedos, si lo querian vivo, ya estuvieran todos muertos; ca luego en viéndole cesaban. Dijeron tambien que como vino la nueva de la victoria contra Pánfilo, Moteczuma les mandó, y ellos quisieron aflojar y no pelear; no, segun era fama, de miedo, sino porque llegado él, los matasen á todos juntos; mas empero que arrepentidos, y conosciendo que venido Cortés con tantos españoles, ternian mas que hacer, volvieron á las armas y batería como de primero, y aun con mas gana y denuedo; de donde coligieron algunos que no era con voluntad de Moteczuma. Contaron asimesmo muchos milagros: que como les faltase agua de beber, cavaron en el patio de su aposento hasta la rodilla ó poco mas, y salió agua dulce, siendo el suelo salobral; que muchas veces se ensayaron los indios á quitar la imágen de nuestra Señora gloriosísima del altar donde Cortés la puso, y en tocándola se les pegaba la mano á lo que tocaban, y en buen rato no se les despegaba, y despegada, quedaba con señal; y así, la dejaron estar; que cargaron un dia de recio combate el mayor tiro, y cuando le pusieron fuego para arredrar los enemigos no quiso salir; los cuales, como vieron esto, arremetieron muy denodadamente con terrible grita, con palos, flechas, lanzas y piedras, que cubrian la casa y calle, diciendo ahora redimirémos nuestro rey, libertarémos nuestras casas y nos vengarémos; mas al mejor hervor del combate soltó el tiro, sin lo cebar mas ni ponerle de nuevo fuego, con espantoso sonido; y como era grande y tenia perdigones con la pelota, escupió muy recio, mató muchos y asombrólos á todos; y así, atónitos se retiraron; que andaban peleando por los españoles santa María y Santiago en un caballo blanco, y decian los indios que el caballo heria y mataba tantos con la boca y con los piés y manos como el caballero con la espada, y que la mujer del altar les echaba polvo por las caras y los cegaba; y así, no viendo á pelear, se iban á sus casas pensando estar ciegos, y allá se hallaron buenos; y cuando volvian á combatir la casa, decian: «Si no tuviésemos miedo á una mujer y al del caballo blanco, ya estaria derribada vuestra casa, vosotros cocidos, aunque no comidos, ca no sois buenos de comer; que el otro dia lo probamos y amargais; mas echarvos hemos á las águilas, leones, tigres y culebras, que os traguen por nosotros; pero con todo esto, si no soltais á Moteczumacin y os vais luego, presto seréis muertos santamente, cocidos con chilmolli y comidos de brutos animales, pues no sois buenos para estómagos de hombres; porque siendo Moteczumacin nuestro señor y el dios que nos da mantenimiento, le osastes prender y tocar con vuestras robadoras manos, y á vosotros, que tomais lo ajeno, ¿cómo os sufre la tierra, que no os traga vivos? Pero andar; que nuestros dioses, cuya religion profanastes, os darán vuestro merescido; y si no lo hacen presto, nosotros vos matarémos y despojarémos luego, y á esos hi de ruines y apocados de Tlazcallan, vuestros esclavos, que no se irán sin castigo ni alabando que toman las mujeres de sus señores y piden tributo á quien pechaban.» Estas y tales cosas braveaban y baladreaban aquellos mejicanos; y los nuestros, que de puro miedo estaban ciscados, los reprehendian de semejantes boberías que se dejaban decir cerca de Moteczuma, diciéndoles que era hombre mortal, y no mejor ni diferente dellos; que sus dioses eran vanos y su religion falsa, y la nuestra cierta y buena; nuestro Dios justo, verdadero criador de todas las cosas, y la mujer que peleaba era madre de Cristo, dios de los cristianos, y el del caballo blanco era apóstol del mesmo Cristo, venido del cielo á defender aquellos poquitos españoles y á matar tantos indios.

El estrecho en que los mejicanos pusieron á los españoles.

En oir esto, en mirar la casa y proveer lo necesario se pasó aquella noche, y luego por la mañana, para saber de qué intencion estaban los indios con su llegada, dijo Cortés que hiciesen mercado, como solian, de todas las cosas, y ellos estar quedos. Entonces le dijo Albarado

que hiciese del enojado con él, y como que le queria prender y castigar por lo que hizo, ca le remordia la conciencia, pensando que así Moteczuma y los suyos se aplacarian y aun rogarian por él. Cortés no curó de aquello, antes muy enojado, dijo, á lo que dicen, que eran unos perros, y que con ellos no habia necesidad de cumplimiento, y mandó luego á un principal caballero mejicano que allí estaba que en todas maneras hiciesen mercado. El indio conosció que hablaban mal dellos, teniéndolos en poco mas que bestias, y enojóse tambien él, y desdeñado, fué como que á cumplir lo que Cortés mandaba, y no fué sino á apellidar libertad y á publicar las palabras injuriosas que oyera, y en poco tiempo revolvió la feria, porque unos quebraban las puentes, otros llamaban los vecinos, y todos á una dieron sobre los españoles y cercáronles la casa con tanta grita, que no se oian. Tiraban tantas piedras, que parescia pedrisco; tantas flechas y dardos, que hinchian paredes y patio á no poder andar por él. Salió Cortés por una parte y otro capitan por otra, con cada doscientos españoles, y pelearon con ellos los indios reciamente, y les mataron cuatro españoles, hirieron á otros muchos de los nuestros, y no murieron dellos sino pocos, por tener la guarida cerca ó en las casas, ó tras las puentes y albarradas. Si arremetian los nuestros por las calles, luego les atajaban las puentes; si á las casas, rescebian mucho daño de las azoteas, con los cantos y piedras que dellas arrojaban. Al retirar los persiguieron terriblemente. Pusieron fuego á la casa por muchas partes, y por una se quemó un buen pedazo sin lo poder amatar, hasta derribar sobre él unas cámaras y paredes, por donde entraran á escala vista, si no fuera por la artillería, ballestas y escopetas que se pusieron allí. Duró la pelea y combate todo el dia, hasta ser de noche, y aun entonces no los dejaban, con grita y rebates. No durmieron mucho aquella noche, sino reparar los portillos de lo quemado y flaco, curar los heridos, que eran mas de ochenta, concertar las estancias, ordenar la gente para pelear otro dia, si menester fuese. Como fué dia, fueron sobre ellos mas indios y mas recio que el dia antes; tanto, que los artilleros sin asestar jugaban con los tiros. Ninguna mella hacian en ellos ballestas ni escopetas, ni trece falconetes que siempre desparaban, porque aunque llevaba el tiro diez y quince y aun veinte indios, luego cerraban por allí, que parescia no haber hecho daño. Salió Cortés con otros tantos, como el dia de atrás; ganó algunas puentes, quemó algunas casas, y mató en ellas muchos que dentro se defendian; mas eran tantos los indios, que ni se descubria el daño ni se sentia; y eran tan pocos los nuestros, que con pelear todos todas las horas del dia, no bastaban á defenderse, cuanto mas á ofender. No fué muerto español ninguno; mas quedaron heridos sesenta, de piedra ó saeta, que tuvieron bien qué curar aquella noche. Para remediar que de las casas y azoteas no rescibiesen daño ni heridas, como hasta allí, hicieron tres ingenios de madera, cuadrados, cubiertos y con sus ruedas, para llevarlos mejor. Cabia cada uno veinte hombres con picas, escopetas y ballestas, y un tiro. Detrás dellos habian de ir azadoneros para derrocar casar y albarradas, ó para regir y ayudar á ir el ingenio.

La muerte de Moteczuma.

Entre tanto que se hacian estos ingenios no salian los nuestros á pelear, ocupados en la obra; solamente resistian; mas los enemigos, pensando que todos estaban muy mal heridos, combatíanlos á mas no poder, y aun les decian denuestos y palabras injuriosas, y amenazábanlos que si no les daban á Moteczuma, que les darian la mas cruda muerte que jamás hombres llevaron. Cargaban tanto y porfiaban á entrar la casa, que rogó Cortés á Moteczuma se subiese á una azotea alta y mandase á los suyos cesar é irse. Subió, púsose al petril para hablallos, y en comenzando, tiraron tantas piedras de abajo y de las casas fronteras, que de una que le acertó en las sienes le derribaron y mataron sus propios vasallos. Y no lo quisieran hacer mas que sacarse los ojos; ni lo vieron, como le tenia un español cubierto y amparado con una rodela, no le diesen en la cara alguna pedrada, que tiraban muchas; ni creyeron que estaba allí, por mas señas y voces que les daban. Luego Cortés publicó la herida y peligro de Moteczuma; mas unos lo creian, y otros no; empero todos peleaban á porfía. Tres dias estuvo Moteczuma con dolor de cabeza, y al cabo murióse. Cortés, porque los indios viesen que moria de la pedrada que ellos le habian dado, y no de mal que él le hubiese hecho, lo hizo sacar á cuestas á dos caballeros mejicanos y presos, que dijeron la verdad á los ciudadanos; los cuales á la sazon estaban combatiendo la casa; mas ni por eso no dejaron el combate ni la guerra, como muchos de los nuestros pensaban; antes la hicieron mayor y sin ningun respeto. Al retirar hicieron muy gran llanto para enterrar al Rey en Chapultepec. Desta manera murió Moteczumacin, que de los indios era por dios tenido, y que tan gran rey como dicho es era. Pidió el bautismo, segun dice, por Carnestoliendas; y no se lo dieron entonces por dárselo la Pascua con la solenidad que requeria tan alto sacramento y tan poderoso príncipe, aunque mejor fuera no alargarlo; mas como vino primero Pánfilo de Narvaez, no se pudo hacer, y después de herido olvidóse, con la priesa del pelear. Afirman que nunca Moteczuma, aunque de muchos fué requerido, consintió en muerte de español ni en daño de Cortés, á quien mucho amaba. Tambien hay quien lo contrario diga. Todos dan buenas razones; mas empero no pudieron saber la verdad nuestros españoles, porque ni entonces entendian el lenguaje, ni después hallaron vivo á ninguno con quien Moteczuma hubiese comunicado esta puridad. Una cosa sé decir, que nunca dijo mal de españoles, que no poco enojo y descontento era para los suyos. Dicen los indios que fué el mejor de su linaje y el mejor rey de Méjico. Y es gran cosa que cuando los reinos mas florecen y mas encumbrados están, entonces se caen y pierden ó truecan señor, segun historias cuentan, y como lo habemos visto en este Moteczuma y en Atabaliba. Mas perdieron nuestros españoles con la muerte de Moteczuma que los indios, si bien consideráredes las muertes y destrozo que luego se siguió á los unos, y el contentamiento y descanso de los otros; ca muerto él, se quedaron en sus casas y tomaron nuevo rey. Fué Moteczuma reglado en el comer; no vicioso, como otros

indios, aunque tenia muchas mujeres. Fué dadivoso y muy franco con españoles, y creo que tambien con los suyos; ca si fuera por arte, y no por natura, fácilmente se le conociera al dar en el semblante; que los que dan de mala gana mucho descubren el corazon. Cuentan que fué sabio: á mi parecer, ó fué muy sabio, pues pasaba por las cosas así, ó muy necio, que no las sentia. Fué tan religioso como belicoso, aunque tuvo muchas guerras, en que se halló presente. Dicen que venció nueve batallas y otros nueve campos en desafío, uno á uno. Reinó decisiete años y algunos meses.

Los combates que unos á otros se daban.

Muerto que fué Moteczuma, envió á decir Cortés á sus sobrinos y á los otros señores y capitanes que sustentaban la guerra, que les queria hablar. Vinieron, y él les dijo desde aquella mesma azotea que le mataran, que pues era muerto Moteczuma, dejasen las armas y atendiesen á elegir otro rey y á enterrar el defunto; que se queria hallar á las honras como amigo. Y que supiesen cómo por amor de Moteczuma, que se lo rogaba, no les habia ya derribado y asolado la ciudad, como á rebelde y obstinada. Mas pues ya no tenia á quien tener respeto, les quemaria las casas y los castigaria si no cesaba la guerra y eran sus amigos. Ellos respondieron que no dejarian las armas hasta verse libres y vengados; y que sin su consejo sabrian tomar el rey que por derecho les venia, pues los dioses les habian llevado á su querido Moteczuma. Que del cuerpo harian lo que de otros reyes muertos. Y si él queria ir á morar con los dioses y tener compañía á su amigo, que saliese, y matarlo hian. Y que mas querian guerra que paz, si habia de estar en la ciudad. Y si se enojaba, que ternia dos males; ca ellos no eran como otros, que se rendian á palabras. Que tambien ellos, pues muriera su señor, por cuya reverencia no les tenian quemadas las casas y á ellos asados y comidos, le matarian si no se iba. Y una vez por una que saliese fuera, y que después tratarian de amistad. Cortés, como los halló duros, conoció que iba malo su partido, y que le decian que se fuese para tomallo entre puentes. Tanto les rogaba por el daño que recebia como por el que hacia. Así que, viendo cómo las vidas y el mandar consistian en los puños y tener buen corazon, salió una mañana con los tres ingenios, con cuatro tiros, con mas de quinientos españoles y con tres mil tlaxcaltecas, á pelear con los enemigos, á derribar y quemar las casas. Arrimaron los ingenios á unas grandes casas que cabe una puente estaban. Echaron escalas para subir á las azoteas, que estaban llenas de gente, y comenzaron á combatirlas; mas presto se tornaron al fuerte sin hacer cosa que dañase mucho los contrarios, y con un español muerto y otros muchos heridos, y con los ingenios quebrados. Fueron tantos los indios que al ruido cargaron, y apretaron en tanta manera á los nuestros, que no les dieron lugar ni vagar de soltar los tiros. Y los de aquella casa tiraron tantas piedras y tan grandes de las azoteas, que desbarataron los ingenios y los ingenieros. Y los hicieron volver mas de á paso en poco tiempo. Como los hubieron encerrado, cobraron todas las casas y calles perdidas y el templo mayor, en cuya torre se encastillaron quinientos principales hombres. Metieron mucho bastimentos, muchas piedras, muchas lanzas largas y con fierros de pedernal, anchos y agudos. Y á la verdad con ninguna arma hacian tanto daño como con piedras, ni tan á su salvo. Era fuerte aquella torre y alta, segun ya dije, y estaba tan cerca del fuerte de los nuestros, que les hacia muy gran daño. Cortés, aunque con harta tristeza, animaba siempre los suyos, y siempre iba delante á las afrentas y peligros. Y por no estar acorralado, que no lo sufria su corazon, toma trecientos españoles, y va á combatir aquella torre. Acometióla tres ó cuatro veces y otros tantos dias; mas nunca la pudo subir, como era alta y habia muchos defensores con buenas piedras y armas, con que por detrás le fatigaban mucho. Antes siempre venian rodando las gradas abajo heridos y huyendo, de que orgullosos los indios, siguian los nuestros hasta las puertas del real. Y los españoles iban de cada hora desmayando mas, y muchos murmurando. Estaba su corazon con estas cosas cual pensar podeis. Y porque los indios, con tener la torre y victorias, andaban mas bravos que nunca, así por obras como de palabras, determina Cortés salir, y no tornar sin ganarla. Atóse la rodela al brazo que tenia herido; fué, cercó y combatió la torre con muchos españoles, tlaxcaltecas y amigos; y aunque los de arriba la defendieron recio y mucho, y derribaron tres ó cuatro españoles por las escaleras, y vinieron muchos á la socorrer, la subió y ganó. Pelearon allá arriba con los indios hasta que los hicieron saltar á unos petriles ó andenes que tenia la torre al rededor, un paso anchos ó mas; los cuales eran tres, y uno mas alto que otro dos estados, ó conforme á los sobrados de las capillas. Algunos indios cayeron al suelo por saltar de uno en otro, que allende del golpe llevaban muchas estocadas de los nuestros, que abajo quedaron. Españoles hubo que, abrazados con los enemigos, se arrojaban á los petriles y aun de uno en otro, por los matar ó echar al suelo; y así, no dejaron á ninguno vivo. Pelearon tres horas allá arriba; que como eran muchos indios, ni los podian vencer ni acabar de matar. En fin, murieron todos quinientos indios como valientes hombres. Y si tuvieran armas iguales, mas mataran que murieran, segun el lugar y corazon tenian. No se halló la imágen de nuestra Señora, que al principio de la rebelion no podian quitar; y Cortés puso fuego á las capillas y otras tres torres, en que se quemaron muchos ídolos. No perdieron coraje aunque perdieron la torre; con el cual, y por la quema de sus dioses, que al alma les llegó, hacian muchas arremetidas á la casa fuerte de los nuestros.

Rehusan los de Méjico las treguas que Cortés pidió.

Cortés, considerando la multitud de los enemigos, el ánimo, la porfía, y que ya los suyos estaban hartos de pelear, y aun ganosos de irse, si los indios los dejaran, tornó á requerir con la paz y á rogar á los mejicanos por treguas, diciéndoles que morian muchos y no mataban ninguno, y que las demandaba para que conosciesen su daño y mal consejo. Ellos, mas endurecidos que nunca, le respondieron que no querian paz con quien tanto mal les habia hecho, matándoles sus hom-

bres y quemándoles sus dioses, ni menos querian treguas, pues no tenia agua ni pan ni salud; y que si morian, que tambien mataban y herian; ca no eran dioses ni hombres inmortales, para no morir como ellos; y que mirase cuánta gente parecia por las azoteas, torres y calles, sin tres tanta que estaba en las casas, y hallaria que mas aína se acabarian sus españoles muriendo uno á uno, que los vecinos de mil en mil ni de diez en diez mil; porque, acabados aquellos que veia, vernian luego otros tantos, y tras aquellos, otros y otros; mas, acabado él y los suyos, que no vernian mas españoles, y ya que ellos no los matasen con armas, se moririan de heridas y de sed y de hambre; y aunque ya quisiesen irse, no podrian, por estar deshechas las puentes, rompidas las calzadas, no teniendo barcas para ir por agua. En estas razones, que le dieron bien qué pensar y temer, les tomó la noche; y cierto la hambre sola, el trabajo y cuidado, los consumia, y consumiera sin otra guerra. Aquella noche se armaron los medios españoles, y muy tarde salieron, y como los contrarios no peleaban á tales horas, quemaron fácilmente trecientas casas en una calle. Entraron en algunas, y mataron los que dentro hallaron: quemáronse entre ellas tres azoteas cerca del fuerte, que les hacian daño. Los otros medios españoles adobaban los ingenios y reparaban la casa. Como les sucedió bien la salida, tornaron en amaneciendo á la calle y puente, do les desbarataron los ingenios; y aunque hallaron muy gran resistencia, como les iba la vida, que de la honra ya no hacian tanto caudal, ganaron muchas casas con azoteas y torres, que quemaron; ganaron asimesmo, de ocho puentes que tiene, las cuatro, aunque estaban tan fuertes con albarradas de lodo y adobes, que apenas los tiros derribarlas podian. Cegáronlas con los mesmos adobes y con la tierra, piedras y madera de lo derrocado; quedó guarda en lo ganado, y volviéronse al real con hartas heridas, cansancio y tristeza, porque mas sangre y ánimo perdian que tierra ganaban. Luego otro dia, por tener paso á tierra, salieron, ganaron y cegaron las otras cuatro puentes de aquella mesma calle, y fueron veinte de caballo corriendo hasta tierra firme, tras los enemigos que huian; y estando Cortés cegando y allanando las puentes y malos pasos para los caballos, llegaron á le decir cómo estaban esperando muchos señores y capitanes que querian paz; por eso que fuese allá, y llevase un tlamacazque, que era de los sacerdotes principales, y estaba preso, para entender en los conciertos della. Cortés fué y lo llevó; tratóse de la paz, y el tlamacazque fué á que dejasen las armas y el cerco del real; empero no tornó. Todo era fingido y por ver qué ánimo tenian los nuestros, ó por cobrar el religioso, ó por descuidarlos. Con tanto, se fueron todos á comer, que era ya hora; mas no fué bien sentado Cortés á la mesa, cuando entraron ciertos de Tlaxcallan dando voces que los enemigos andaban con armas por la calle, y habian cobrado las puentes perdidas, y muerto los mas españoles que las guardaban. Salió luego á la hora con los de caballo que mas á punto estaban, y algunos de á pié; rompió el cuerpo de los adversarios, que muchos eran, y siguiólos hasta tierra. A la vuelta, como los españoles de pié estaban heridos y cansados de pelear y guardar la calle, no pudieron sostener el ímpetu y golpe de los muchos contrarios que sobre ellos cargaron, y que hincheron tanto la calle, que aína no pudiera tornar á su aposento; y no solo estaba llena la calle de gente, mas aun habia por agua muchas canoas, y los unos y otros apedrearon y agarrocharon los nuestros bravísimamente, é hirieron á Cortés muy mal en la rodilla, de dos pedradas, y luego anduvo la fama por toda la ciudad que le habian muerto, que no poco entresteció á los nuestros y alegró á los indios; mas él, aunque herido, animaba los suyos y daba en los enemigos. A la postrera puente cayeron dos caballos, y el uno se soltó, y embarazaron el paso á los que venian detrás. Revolvió Cortés sobre los indios, é hizo al tanto de lugar; y así, pasaron todos los de caballo, y el que fué postrero hubo de saltar con su caballo á muy gran trabajo y peligro, é fué maravilla que no le prendieron; diéronle con todo de pedradas; con que se recogió al real ya bien tarde. En cenando, envió algunos españoles á guardar la calle y ciertas puentes della, porque no las recobrasen los indios ni le fatigasen en casa la noche, que quedaban muy ufanos con el buen suceso del dia; aunque no acostumbran ellos, segun de suso dije, pelear la noche.

Cómo huyó Cortés de Méjico.

Cortés, viendo perdido el negocio, habló á los españoles para que se fuesen, y todos ellos holgaron mucho de oirlo; ca no habia casi ninguno que herido no fuese. Tenian miedo de morir, aunque ánimo para morir; porque eran tantos indios, que aunque no hicieran sino degollarlos como á carneros, no bastaban. No tenian tanto pan, que se osasen hartar; no tenian pólvora ni pelotas ni almacen ninguno; estaba aportillada la casa, que no pocos se ocupaban en la guardar. Todas eran bastantes estas causas para desamparar á Méjico y amparar sus vidas; aunque, por otra parte, les parecia mal caso volver la cara al enemigo; que las piedras se levantan contra el que huye. Especialmente temian el pasar los ojos de la calzada por do entraron, que tenian quitadas las puentes; así que por un cabo los cercaban duelos y por otros quebrantos. Acordóse pues entre todos que se fuesen, y luego, aquella noche, que era la de Botello; el cual presumia de astrólogo, ó, como lo llamaban, de nigromántico, y que dijera muchos dias antes que si se salian de Méjico á cierta hora señalada de noche, que era esta, se salvarian, y si no, que no. Hora lo creyesen, hora no, todos, en fin, acordaron de irse aquella noche; y para pasar los ojos de la calzada hicieron una puente de madera, que pusiesen y quitasen. Esto es muy de creer, que todos se concertasen, y no lo que algunos dicen, que Cortés se partió los cencerros atapados, y que se quedaron mas de docientos españoles en el mesmo patio y real, sin saber de la partida; á quien después mataron, sacrificaron y comieron los de Méjico; pues de la ciudad no se podiera salir, cuanto mas de una misma casa. Cortés dice que se lo requirieron. Llamó Cortés á Juan de Guzman, su camarero, que abriese una sala do tenia el oro, plata, joyas, piedras, plumas y mantas ricas, para que delante los alcaldes y regidores tomasen el quinto del Rey sus tesoreros y oficiales, y dióles una yegua suya y

hombres que lo llevasen y guardasen; dijo asimismo que cada uno tomase lo que quisiese ó pudiese del tesoro, que él se lo daba. Los de Narvaez, hambrientos de aquello, cargaron de cuanto pudieron; mas caro les costó, porque á la salida, con la carga, no podian pelear ni andar; y así, los indios mataron muchos dellos, arrastraron y comieron. Tambien los de caballo tomaron dello á las ancas; y en fin, todos llevaron algo, que mas habia de setecientos mil ducados; sino que, como estaban en joyas y piezas grandes, hacian gran volúmen. El que menos tomó, libró mejor, ca fué sin embarazo y salvóse; y aunque algunos digan que se quedó allí mucha cantidad de oro y cosas, creo que no, porque los tlaxcaltecas y los otros indios dieron saco y se lo tomaron todo. Dió cargo Cortés á ciertos españoles que llevasen á recado á un hijo y dos hijas de Moteczuma á Cacama, y otro su hermano y á otros muchos señores grandes que tenia presos. Mandó á otros cuarenta que llevasen el ponton, y á los indios amigos la artillería y un poco de centli que habia; puso delante á Gonzalo de Sandoval y Antonio de Quiñones; dió la rezaga á Pedro de Albarado, y él acudia á todas partes con hasta cien españoles; y así, con esta órden salieron de casa á media noche en punto, y con gran niebla, y muy callandito, por no ser sentidos, y encomendándose á Dios que los sacase con vida de aquel peligro y de la ciudad. Echó Cortés por la calzada de Tlacopan, que habian entrado, y todos le siguieron; pasaron el primer ojo con la puente que llevaban echiza. Las centinelas de los enemigos y las guardas del templo y ciudad sonaron luego sus caracoles, y dieron voces que se iban los cristianos; y en un salto, como no tienen armas ni vestidos que echar encima y los impidan, salió toda la gente tras ellos á los mayores gritos del mundo, diciendo: «¡Mueran los malos, muera quien tanto mal nos ha hecho!» Y ansí, cuando Cortés llegó á echar el ponton sobre el ojo segundo de la calzada, llegaron muchos indios que se lo defendian peleando; pero, en fin, hizo tanto, que lo echó y pasó con cinco de caballo y cien peones españoles, y con ellos aguijó hasta la tierra, pasando á nado las canales y quebradas de la calzada, que su puente de madera ya era perdida. Dejó los peones en tierra con Juan Jaramillo, y tornó con los cinco de caballo á llevar los demás, y á darles priesa que caminasen; pero cuando llegó á ellos, aunque algunos peleaban reciamente, halló muchos muertos. Perdió el oro, el fardaje, los tiros, los prisioneros; y en fin, no halló hombre con hombre ni cosa con cosa de como lo dejó y sacó del real. Recogió los que pudo, echólos delante, siguió tras ellos, y dejó á Pedro de Albarado á esforzar y recoger los que quedaban; mas Albarado no pudiendo resistir ni sufrir la carga que los enemigos daban, y mirando la mortandad de sus compañeros, vió que no podia él escapar si atendia, y siguió tras Cortés con la lanza en la mano, pasando sobre españoles muertos y caidos, y oyendo muchas lástimas. Llegó á la puente cabera, y saltó de la otra parte sobre la lanza; deste salto quedaron los indios espantados y aun españoles, ca era grandísimo, y que otros no pudieron hacer, aunque lo probaron, y se ahogaron. Cortés á esto se paró, y aun se sentó, y no á descansar, sino á hacer duelo sobre los muertos y que vivos quedaban, y pensar y decir el baque que la fortuna le daba con perder tantos amigos, tanto tesoro, tanto mando, tan grande ciudad y reino; y no solamente lloraba la desventura presente, mas temia la venidera, por estar todos heridos, por no saber adónde ir, y por no tener cierta la guarida y amistad en Tlaxcallan; y ¿quién no llorara viendo la muerte y estrago de aquellos que con tanto triunfo, pompa y regocijo entrado habian? Empero, porque no acabasen de perecer allí los que quedaban, caminando y peleando llegó á Tlacopan, que está en tierra, fuera ya de la calzada. Murieron en el desbarate desta triste noche, que fué á 10 de julio del año de 20 sobre 1500, cuatrocientos y cincuenta españoles, cuatro mil indios amigos, cuarenta y seis caballos, y creo que todos los prisioneros. Quien dice mas, quien menos; pero esto es lo mas cierto. Si esta cosa fuera de dia, por ventura no murieran tantos ni hobiera tanto ruido; mas, como pasó de noche escura y con niebla, fué de muchos gritos, llantos, alaridos y espanto; ca los indios, como vencedores, voceaban victoria, invocaban sus dioses, ultrajaban los caidos y mataban los que en pié se defendian. Los nuestros, como vencidos, maldecian su desastrada suerte, la hora y quien allí los trujo. Unos llamaban á Dios, otros á santa María, otros decian: «Ayuda, ayuda; que me ahogo.» No sabria decir si murieron tantos en agua como en tierra, por querer echarse á nado ó saltar las quebradas y ojos de la calzada, y porque los arrojaban á ella los indios, no pudiendo apear con ellos de otra manera; y dicen que en cayendo el español en agua, era con él el indio, y como nadan bien, los llevaban á las barcas y donde querian, ó los desbarrigaban. Tambien andaban muchas acalles á raíz de la calzada, peleando, que, como tiraban á bulto, daban á todos, aunque algo devisaban el vestido de los suyos, que parescia encamisada, y eran tantos los de la calzada, que se derribaban unos á otros en agua y á la tierra; y así, ellos se hicieron á sí mismos mas daño que los nuestros, y si no se detuvieran en despojar los españoles caidos, pocos ó ninguno dejaran vivos. De los nuestros tanto mas morian, cuanto mas cargados iban de ropa y de oro y joyas; ca no se salvaron sino los que menos oro llevaban y los que fueron delante ó sin miedo; por manera que los mató el oro y murieron ricos. Acabada que fué de pasar la calzada, no siguieron los indios nuestros españoles, ó porque se contentaron con lo hecho, ó porque no osaron pelear en lugar anchuroso, ó por se poner á llorar los hijos de Moteczuma, que aun hasta entonces nunca los habian conoscido ni sabido que fuesen muertos. Grandes llantos y plañidos hicieron sobre ellos, mesándose las cabezas por los haber ellos muerto.

La batalla de Otumpan.

No sabian en Tlacopan, cuando los españoles llegaron, cuán rotos y huyendo iban, y los nuestros se remolinaron en la plaza por no saber qué hacer ni adónde ir. Cortés, que venia detrás para llevar todos los suyos delante, les dió priesa que saliesen al campo á lo llano, antes que los del pueblo se armasen y juntasen con mas de cuarenta mil mejicanos que, acabado el llanto, ve-

nian ya picándole. Tomó la delantera, echó delante los indios amigos que le quedaron, y caminó por unas labradas. Peleó hasta llegar á un cerro alto, donde estaba una torre y templo, que agora llaman por eso Nuestra Señora de los Remedios. Matáronle algunos españoles rezagados y muchos indios primero que arriba subiese; perdió mucho oro de lo que habia quedado, y fué harto librarse de la muchedumbre de enemigos, porque ni los veinte y cuatro caballos que le quedaron podian correr, de cansados y hambrientos, ni los españoles alzar los brazos ni piés del suelo, de sed, hambre, cansancio y pelear, ca en todo el dia y la noche no habian parado ni comido. En aquel templo, que tenia razonable aposento, se fortalesció. Bebieron, pero no cenaron nada ó muy poco, y estuvieron á ver qué harian tantos indios que por al rededor estaban como en cerco, gritando y arremetiendo, y porque no tenian de comer; guerra peor que la de los enemigos. Hicieron muchos fuegos de la leña del sacrificio, y hácia la media noche, que sentidos no fuesen, se partieron. Mas como no sabian el camino, iban á tiento, sino que un tlaxcalteca los guió, y dijo que llevaria á su tierra si no lo impidian los de Méjico; y con tanto, comenzaron á caminar. Cortés ordenó su gente, puso los heridos y ropa que habia, en medio; los sanos y caballos repartió en vanguardia y retaguardia. No pudieron ir tan quedos, que no los sintieron las escuchas que cerca estaban; las cuales apellidaron luego y vino mucha gente, que los siguió solamente hasta el dia. Cinco de caballo, que iban delante á descubrir, dieron en ciertos escuadrones de indios que los aguardaban para robar, y que en viéndolos cuidaron venir allí todos los españoles, y huyeron. Mas reconociendo el poco número, pararon y juntáronse con los que atrás venian, y peleando los siguieron tres leguas, hasta que tomaron los nuestros una cuesta en que estaba otro templo con una buena torre y aposiento, do se pudieron albergar aquella noche, mas no cenar. Al alba les dieron los indios un mal rebato; empero fué mas el temor que el daño. Partieron de allí, y fueron á un pueblo grande por fragoso camino, por el cual hicieron poco mal los caballos en los enemigos, y ellos no mucho en los nuestros. Los del lugar huyeron á otro, de miedo; y así, pudieron estar allí aquella y otra noche siguiente, descansar y curar los hombres y bestias; mataron la hambre, y llevaron provision, aunque no mucha, ca no habia quien. Partidos dende, los persiguieron infinidad de contrarios, que los acometian recio y fatigaban. Y como el indio de Tlaxcallan que guiaba no sabia bien el camino, iban fuera dél. Al cabo llegaron á una aldea de pocas casas, donde aquella noche durmieron. A la mañana prosiguieron su camino, y tras ellos siempre los enemigos, que los fatigaron todo el dia. Hirieron á Cortés con honda tan mal, que se le pasmó la cabeza, ó porque no le curaron bien sacándole cascos, ó por el demasiado trabajo que pasó. Entróse á curar en un lugar yermo, y luego, porque no le cercasen, sacó dél su gente; y caminando, cargó tanta muchedumbre sobre él, y peleó tan recio, que hirièron cinco españoles y cuatro caballos, uno de los cuales se murió, y le comieron sin dejar, como dicen, pelo ni hueso. Tuviéronla por buena cena, aunque no tuvieron harto para entre tantos. No habia español que de hambre no pereciese. Dejo aparte el trabajo y heridas; cosas que cada una bastaba para los acabar; empero la nacion nuestra española sufre mas hambre que otra ninguna, y estos de Cortés mas que todos, que tiempo aun no tenian para coger yerbas de que comer basto. Luego otro dia con la mañana se partieron de aquellas casas; y porque tenia temor de la mucha gente que parecia, mandó Cortés que los de caballo tomasen á las ancas los mas dolientes y heridos, y los no tanto, que de las colas y estribos se asiesen, ó hiciesen muletas y otros remedios para ayudarse y poder andar si no querian quedarse á dar buena cena á los enemigos. Valió mucho este aviso para lo que les avino, y aun tal español hubo que llevó á otro á cuestas, y lo salvó así. A una legua andada, en un llano salieron tantos indios á ellos, que cubrian el campo y que los cercaron á la redonda. Acosaron reciamente, y pelearon de tal suerte, que creyeron los nuestros ser aquel dia el último de su vida; ca muchos indios hubo que osaron tomarse con los españoles brazo á brazo y pié con pié; y aunque gentilmente se los llevaban rastrando, ora fuese por sobra de ánimo suyo, ora por falta en los nuestros, con los muchos trabajos, hambre y heridas, lástima era muy grande ver de aquella manera llevar á los españoles y oir las cosas que iban diciendo. Cortés, que andaba á una y otra parte conffortando los suyos, y que muy bien veia lo que pasaba, encomendóse á Dios, llamó á san Pedro, su abogado, arremetió con su caballo por medio los enemigos, rompiólos, llegó al que traia el estandarte real de Méjico, que era capitan general, y dióle dos lanzadas, de que cayó y murió. En cayendo el hombre y pendon, abatieron las banderas en tierra, y no quedó indio con indio, sino que luego se derramaron cada uno por do mejor pudo, y huyeron, que tal costumbre en guerra tienen, muerto su general y abatido el pendon. Cobraron los nuestros coraje, siguiéronlos á caballo, y mataron infinitos dellos; tantos dicen, que no los oso contar. Los indios eran docientos mil, segun afirman, y el campo do esta batalla fué se dice de Otumpan. No ha habido mas notable hazaña ni vitoria en Indias después que se descubrieron; y cuantos españoles vieron pelear este dia Fernando Cortés afirman que nunca hombre peleó como él, ni los suyos así acaudilló, y que él solo por su persona los libró á todos.

El acogimiento que hallaron los españoles en Tlaxcallan.

Habida la vitoria, y cansados de matar indios, se fueron Cortés y sus españoles á dormir á una casa puesta en llano, de la cual se parecian ciertas sierras de Tlaxcallan, que no poco los alegraron, aunque por parte les puso en cuidado si les serian amigos en tal tiempo hombres tan guerreros como los de allí; porque el desdichado, el vencido y que huye, ninguna cosa halla en su favor; todo le sale mal ó al revés lo que piensa y ha menester. Cortés aquella noche fué atalaya de los suyos; y no tanto por estar mas sano ó descansado que los compañeros, sino porque siempre queria que fuese igual el trabajo á todos, como era comun el daño y pérdida. Siendo de dia caminaron por tierra llana derecho

á las sierras y provincia de Tlaxcallan. Pasaron por una fuente muy buena, do se refrescáron, que segun los indios amigos dijeron, partia términos entre mejicanos y tlaxcaltecas. Fueron á Huacilipan, lugar de Tlaxcallan y de cuatro mil vecinos, donde muy bien recebidos fueron, y proveidos tres dias que en él estuvieron descansando y curándose. Algunos del pueblo no quisieron darles nada sin que se lo pagasen; empero los mas muy bien lo hicieron con ellos. Aquí vinieron Maxixca, Xicotencatlh, Acxotecatlh, y otros muchos señores de Tlaxcallán y Huexocinco, con cincuenta mil hombres de guerra, los cuales iban á Méjico á socorrer los españoles, sabiendo las revueltas, y no la salida, daño y pérdida que llevaban. Otros dicen que sabiendo cómo venian destrozados y huyendo, los salieron á consolar y á convidar á su pueblo, de parte de la república. En fin, ellos mostraron pena de verlos así, y placer por hallarlos allí. Lloraban y decian: «Bien vos lo dijimos y avisamos, que mejicanos eran malos y traidores, y no lo creistes; pésanos de vuestro mal y desastre. Si quereis, vamos allá, y venguemos esta injuria y las pasadas, y las muertes de vuestros cristianos y de nuestros ciudadanos; y si no, id vos con nosotros, que en nuestras casas os curarémos.» Cortés se alegró grandemente de hallar aquel amparo y amistad en tan buenos hombres de guerra; lo que venia dudando. Agradecióles, como era razon, su venida y voluntad; dióles de las joyas que quedaron, algunas; díjoles que tiempo habria para empleallos contra los de Méjico, y que al presente era necesario curar los enfermos. Aquellos señores le rogaron que, pues no queria tornar á Méjico, les dejase salir á combatirse con los de Culúa, que aun andaban muchos por allí, dicen que mas por robar que por otra cosa. Él les dió algunos españoles que sanos ó poco heridos estaban; con que fueron, pelearon, y mataron muchos dellos, y de ahí adelante no parecieron mas los enemigos. Luego se partieron muy alegres y vitoriosos á su ciudad, y tras ellos los nuestros. Sacáronles al camino de comer, á lo que dicen, veinte mil hombres y mujeres; pienso que los mas salieron por verlos; tanto era el amor y aficion que les tenian; ó por saber de los suyos que habian ido á Méjico, mas pocos tornaban. En Tlaxcallan fueron bien recebidos y tratados; ca Maxixca dió su casa y cama á Cortés, y á los demás españoles hospedaron los caballeros y principales personas de la ciudad, y les hicieron mil regalos; de los cuales tanto mas gozaron, cuanto mas destrozados venian; y creo que no habian dormido en camas quince dias atrás. Mucho se debe á los de Tlaxcallan por su lealtad y ayuda, especialmente á Maxixca, que arrojó por las gradas abajo del templo mayor á Xicotencatl, porque aconsejó al pueblo que matasen los españoles para reconciliarse con mejicanos; é hizo dos oraciones, una á los hombres y otra á las mujeres, en favor de los españoles, diciendo que no habian comido sal ni vestido algodon en muchos años, sino después que ellos eran sus amigos. Tambien se preciaban mucho ellos mesmos de aquesto, y de la resistencia y batalla que dieron á Cortés en Teoacacinco; y así, cuando hacen fiestas ó reciben algun virey, salen al campo sesenta ó setenta mil dellos á escaramuzar, y pelean como pelearon con él.

El requerimiento que los soldados hicieron á Cortés.

Habia Cortés dejado allí en Tlaxcallan, al tiempo que se partió á Méjico á verse con Moteczuma, veinte mil pesos de oro, y aun mas que, después de sacado y enviado el quinto al Rey con Montejo y Portocarrero, se quedaron sin repartir, con las cortesías que hubo entre él y los compañeros. Dejó tambien las mantas y cosas de pluma, por no llevar aquel embarazo y carga adonde no era menester, y dejólo allí por ver cuán amigos y buenos hombres eran aquellos; y á efeto que, si en Méjico no le faltasen dineros, de enviarlos á la Veracruz á repartir entre los españoles que allí quedaban por guarda y pobladores, pues era razon darles parte de lo que hubiesen. Cuando después tornó con la vitoria de Narvaez, escribió al capitan que enviase por aquella ropa y oro, y lo repartiese entre sus vecinos, á cada uno como merecia. El capitan envió por ello cincuenta españoles con cinco caballos, los cuales á la vuelta fueron presos con todo el oro y ropa, y muertos á manos de gente de Culúa, que con la venida y palabras del Pánfilo anduvieron levantados y robando muchos dias. Mucho sintió Cortés, cuando lo supo, tanta pérdida de españoles y de oro. Y temiendo no les hubiese entrevenido algun semejante mal ó guerra á los españoles de Veracruz, envió luego allá un mensajero; el cual, como volvió, dijo que todos estaban sanos y buenos, y los comarcanos seguros y pacíficos; de que muy gran contentamiento tuvo Cortés, y aun los demás, que deseaban ir allá, y él no les dejaba; por lo cual todos bramaban y murmuraban dél diciendo: «¿Qué piensa Cortés? Qué quiere hacer de nosotros? ¿Por qué nos quiere tener aquí, donde muramos mala muerte? ¿Qué le merecemos para que no nos deje ir? Estamos descalabrados, tenemos los cuerpos llenos de heridas, podridos, con llagas, sin sangre, sin fuerza, sin vestidos; vémonos en tierra ajena, pobres, flacos, enfermos, cercados de enemigos, y sin esperanza ninguna de subir donde caimos. Harto locos sandios seriamos si nos dejásemos meter en otro semejante peligro como el pasado. No queremos morir locamente como él, que con la insaciable sed que de gloria y mando tiene, no estima su muerte, cuanto mas la nuestra, y no mira que le faltan hombres, artillería, armas y caballos, que hacen la guerra en esta tierra, y que le faltará la comida, que es lo principal. Yerra, y de verdad mucho lo yerra, en confiarse destos de Tlaxcallan, gente, como todos los indios son, liviana, mudable, de novedades amiga, y que querrá mas á los de Culúa que á los de España; y que si bien agora disimulan y temporizan con él, en viendo ejército de mejicanos, sobre sí, nos entregarán vivos á que nos coman y sacrifiquen; ca cierto es que nunca pega bien ni dura amistad entre personas de diferente religion, traje y lenguaje.» Tras estas quejas, hicieron un requerimiento á Cortés en forma, de parte del Rey y en nombre de todos, que sin poner excusa ni dilacion saliese luego de allí, y se fuese á la Veracruz antes que los enemigos atajasen los caminos, tomasen los puertos, alzasen las vituallas, y se quedasen ellos allí aislados y vendidos; pues que muy mejor aparejo podia tener allá para rehacerse si queria tornar sobre Méjico, ó para embarcarse

si necesario fuese. Algo turbado y confuso se halló Cortés con este requirimiento, y con la determinacion que tenian, conoció que todo era por sacarlo de allí, y después hacer dél lo que quisiesen; y como iba muy fuera de su propósito, respondióles así.

Oracion de Cortés en respuesta del requerimiento.

«Yo, señores, haria lo que me rogais y mandais, si os cumpliese; ca no hay ninguno de vosotros, cuanto mas todos juntos, por quien no ponga mi hacienda y vida si lo ha menester, pues á ello me obligan cosas que, si no soy ingrato, jamás las olvidaré. Y no penseis que no haciendo esto que ahincadamente pedis desminuyo ó desprecio vuestra autoridad, pues muy cierto es que con hacer al contrario la engrandezco y le doy mayor reputacion; porque yéndonos se acabaria, y quedando, no solo se conserva, mas se acrecienta. ¿Qué nacion de las que mandaron el mundo no fué vencida alguna vez? Qué capitan, de los famosos digo, se volvió á su casa porque perdiese una batalla ó le echasen de algun lugar? Ninguno ciertamente; ca si no perseverara no saliera vencedor ni triunfara. El que se retira, huyendo parece que va, y todos le chiflan y persiguen; al que hace rostro, muestra ánimo y está quedo, todos le favorecen ó temen. Si nos salimos de aquí pensarán estos nuestros amigos que de cobardes lo hacemos, y no querrán mas nuestra amistad; y nuestros enemigos, que de medrosos; y ansí, no nos temerán, que seria harto menoscabo de nuestra estimacion. ¿Hay alguno de nosotros que no tuviese por afrenta si le dijesen que huyó? Pues cuantos mas somos tanto mayor vergüenza seria. Maravíllome de la grandeza de vuestro invincible corazon en batallar, que soleis ser codiciosos de guerra cuando no la teneis, y bulliciosos teniéndola; y agora que se vos ofrece tal y tan justa y tan loable, la rehusais y temeis: cosa muy ajena de españoles y muy fuera de vuestra condicion. ¿Por ventura la dejais porque á ella os llama y convida quien mucho blasona del arnés y nunca se le viste? Nunca hasta aquí se vió en estas Indias y Nuevo-Mundo, que españoles atrás un pié tornasen por miedo, ni aun por hambre ni heridas que tuviesen, y ¿quereis que digan: «Cortés y los suyos se tornaron estando seguros, hartos y sin peligro»? Nunca Dios tal permita. Las guerras mucho consisten en la fama; pues ¿qué mayor que estar aquí en Tlaxcallan, á despecho de vuestros enemigos, y publicando guerra contra ellos, y que no osen venir á enojaros? Por donde podeis conocer cómo estáis aquí mas seguros y fuertes que fuera de aquí. Por manera que en Tlaxcallan teneis seguridad, fortaleza y honra; y sin esto, todo buen aparejo de medecinas necesarias y convenientes á vuestra cura y salud, y otros muchos regalos con que cada dia is de mejoría, que callo, y que donde nacistes no los terníades tales. Yo llamaré á los de Coazacoalco y Almería, y así serémos muchos españoles; y aunque no viniesen, somos hartos; que menos éramos cuando por esta tierra entramos, y ningun amigo teniamos; y como bien sabeis, no pelea el número, sino el ánimo; no vencen los muchos, sino los valientes. E yo he visto que uno desta compañía ha desbaratado un ejército, como hizo Jonatás, y muchos, que cada uno por sí ha vencido mil y diez mil indios, segun David contra los filisteos. Caballos presto me vernán de las islas; armas y artillería luego traerémos de la Veracruz, que hay harta y está cerca. De las vituallas perded temor y cuidado, que yo proveeré abundantísimamente; cuanto mas que siempre siguen ellas al vencedor y que señorea el campo, como harémos nosotros con los caballos. Por los desta ciudad, yo fiador que os sean leales, buenos y perpetuos amigos, que ansí me lo prometen y juran. Y si otra cosa quisiesen, ¿cuándo mejor tiempo ternán que han tenido estos dias, que yaciamos dolientes en sus camas y propias casas, solos, mancos y, como decis, podridos; los cuales no solamente os ayudarán como amigos, empero tambien os servirán como criados; que mas quieren ser vuestros esclavos que súbditos de mejicanos: tanto odio les tienen, y á vosotros tanto amor. Y porque veais ser esto y todo lo que dicho tengo, así quiero probarlos y probaros contra los de Tepeacac, que mataron los otros dias doce españoles; y si mal nos sucediere la ida, haré lo que pedis; y si bien, haréis lo que os ruego.»

Con esta plática y respuesta perdieron el antojo que de irse de Tlaxcallan á la Veracruz tenian, y dijeron que harian cuanto mandase. La causa dello debió ser aquella esperanza que les puso para después de la guerra de Tepeacac; ó mejor diciendo, porque nunca el español dice á la guerra de no, que lo tiene por deshonra y caso de menos valer.

La guerra de Tepeacac.

Quedó Cortés muy descansado con esto, y libre de aquel cuidado que tanto le fatigaba; y verdaderamente, si él hiciera lo que los compañeros querian, nunca recobrara á Méjico, y ellos fueran muertos por el camino, ca tenian malos pasos de pasar, é ya que pasaran, tampoco repararan en la Veracruz, sino fuéranse, como tenian la intencion, á las islas; y así, Méjico se perdiera de veras, y Cortés quedara destruido y con poca reputacion. Mas él, que muy bien lo entendió, tuvo el esfuerzo y cordura que contado habemos. Cortés curó de sus heridas y los compañeros tambien de las suyas. Algunos españoles murieron por no haber curado á los principios las llagas, dejándolas sucias ó sin atar, y de flaqueza y trabajo, segun cirujanos decian. Otros quedaron cojos, otros mancos, que no chica lástima y pérdida era. Los mas, en fin, guarecieron y sanaron muy bien; y así, pasados veinte dias que allí llegaron, ordenó Cortés de hacer guerra á los de Tepeaca ó Tepeacac, pueblo grande y no léjos, porque habian muerto doce españoles que venian de la Veracruz á Méjico, y porque siendo de la liga de Culúa, les ayudaban mejicanos, y hacian daño en tierra de Tlaxcallan, como decia Xicotencatl. Rogó á Maxixca y á otros señores de aquellos, que se fuesen con él. Ellos lo comunicaron con la república, y á consejo y voluntad de todos, le dieron mas de cuarenta mil hombres de pelea, y muchos tamemes para cargar, y con bastimentos y otras provisiones. Fué pues con aquel ejército y con los caballos y españoles que pudieron caminar. Requirióles que, en satisfacion de los doce españoles, fuesen sus amigos, obedeciesen al Emperador, y no

acogiesen mas en sus casas y tierra mejicano ninguno ni hombre de Culúa. Ellos respondieron que si mataron españoles fué con justa razon, pues en tiempo de guerra quisieron pasar por su tierra por fuerza y sin demandar licencia, y que los de Culúa y Méjico eran sus amigos y señores, y no dejarian de tenerlos en sus casas siempre que á ellas venir quisiesen, y que no querian su amistad ni obedecer á quien no conocian; por tanto, que se tornase luego á Tlaxcallan si no deseaba la muerte. Cortés les convidó con la paz otras muchas veces, y como no la quisieron, dióles guerra muy de veras. Los de Tepeacac, con los de Culúa, que tenian en su favor, estaban muy bravos. Tomaron los pasos fuertes y defendieron la entrada, y como eran muchos, y entre ellos habia de valientes hombres, pelearon muy bien y muchas veces. Mas al cabo fueron vencidos y muertos sin matar español, aunque mataron muchos tlaxcaltecas. Los señores y república de Tepeacac, viendo que sus fuerzas ni las de mejicanos no bastaban á resistir los españoles, se dieron á Cortés por vasallos del Emperador, á partido que echarian de toda su tierra á los de Culúa, y le dejarian castigar como quisiese á los que mataron los españoles; por lo cual Cortés, y porque estuvieron muy rebeldes, hizo esclavos á los pueblos que se hallaron en la muerte de aquellos doce españoles, y dellos sacó el quinto para el Rey. Otros dicen que sin partido los tomó á todos, y castigó así aquellos en venganza, y por no haber obedecido sus requerimientos, por putos, por idólatras, porque comen carne humana, por rebeldía que tuvieron, porque temiesen otros, y porque eran muchos, y porque, si así no los trataba, luego se rebelaran. Como quiera que ello fué, él los tomó por esclavos, y á poco mas de veinte dias que la guerra duró, domó y pacificó aquella provincia, que es muy grande. Echó de ella á los de Culúa, derribó los ídolos, obedeciéronle los señores, y por mayor seguridad fundó una villa, que llamó Segura de la Frontera, y nombró cabildo que la guardase, para que, pues el camino de la Veracruz á Méjico es por allí, fuesen y viniesen seguros los españoles é indios. Ayudaron en esta guerra como amigos verdaderos los de Tlaxcallan, Huexocinco y Chololla, y dijeron que así harian contra Méjico, é aun mejor. Con esta vitoria cobraron ánimo los españoles y muy gran fama por toda aquella comarca, que los tenia por muertos.

Cómo se dieron á Cortés los de Huacacholla, matando á los de Culúa.

Estando Cortés en Segura, le vinieron unos mensajeros del señor de Huacacholla secretamente á decirle que se le daria con todos sus vasallos si los libraba de la servidumbre de los de Culúa, que no solo les comian sus haciendas, mas les tomaban sus mujeres, y les hacian otras fuerzas y demasías; y que en la ciudad estaban aposentados los capitanes con muchos otros soldados, y por las aldeas y comarca. Y en Mexinca, que cerca era, habia otros treinta mil para le defender la entrada á tierra de Méjico, y si mandaba que fuese ó enviase españoles, y podria con su ayuda tomar á manos aquellos capitanes. Muy mucho se alegró Cortés con tal mensajería; y cierto, era cosa de alegrar, porque comenzaban á ganar tierra y reputacion mas de lo que pensaban poco antes los suyos. Loó al Señor, honró los mensajeros, dióles mas de trecientos españoles, trece de caballo, treinta mil tlaxcaltecas y de los otros indios amigos que tenia en su ejército, y envióIos. Ellos fueron á Chololla, que está ocho leguas de Segura, y luego, caminando por tierra de Huexocinco, dijo uno de allí á los españoles que iban vendidos; porque era trato doble entre Huacacholla y Huexocinco, llevarlos así para matarlos allá en su lugar, que era fuerte, por contentar á los de Culúa, con quien estaban recien confederados y amigos. Andrés de Tapia, Diego de Ordás y Cristobal de Olid, que eran los capitanes, ó por miedo, ó por mejor entender el caso, prendieron los mensajeros de Huacacholla y los capitanes y personas principales de Huexocinco que iban con él, y volviéronse á Chololla, y de allí enviaron los presos á Cortés con Domingo García de Alburquerque, y una carta en que le avisaban del negocio, de cuán atemorizados quedaban todos. Cortés, como leyó la carta, habló y examinó los prisioneros, y averiguó que sus capitanes habian mal entendido; porque, como era de concierto que aquellos mensajeros tenian de meter los nuestros sin ser sentidos en Huacacholla y matar á los de Culúa, entendieron que querian matar á los españoles, ó aquel les engañó que se lo dijo. Soltó y satisfizo los capitanes y mensajeros que estaban quejosos, y fuése con ellos, porque no acontesciese algun desastre en sus compañeros, y porque se lo rogaron. El primer dia fué á Chololla, y el segundo á Huexocinco. Allí concertó con los mensajeros el cómo y el por dónde habia de entrar en Huacacholla, y que los de la ciudad cerrasen las puertas del aposento de los capitanes, para que mejor y mas presto los prendiesen ó matasen. Ellos se partieron aquella noche, é hicieron lo prometido, ca engañaron las centinelas, cercaron á los capitanes y pelearon con los demás. Cortés se partió una hora primero que amaneciese, y á las diez del dia ya estaba sobre los enemigos, y poco antes de entrar en la ciudad salieron á él muchos vecinos con mas de cuarenta prisioneros de Culúa, en señal que habian cumplido su palabra, y lleváronlo á una gran casa donde estaban cerrados los capitanes, y peleando con tres mil del pueblo que los tenian cercados y en aprieto. Con su llegada cargaron unos y otros sobre ellos con tanta furia y muchedumbre, que ni él ni los españoles estorbar pudieron que no los matasen casi todos. De los otros murieron muchos antes que Cortés llegase, y llegado, huyeron hácia los otros de su guarnicion, que ya venian treinta mil dellos á socorrer sus capitanes; los cuales llegaron á poner fuego á la ciudad al tiempo que los vecinos estaban ocupados y embebecidos en combatir y matar enemigos. Como Cortés lo supo, salió á ellos con los españoles. Rompiólos con los caballos, y retrájolos á una bien alta y grande cuesta; en la cual, cuando de subir acabaron, ni ellos ni los nuestros se podian rodear; y así, estancaron dos caballos, y el uno murió, y muchos de los enemigos cayeron en el suelo, de puro cansados y sin herida ninguna, y se ahogaron de calor; y como luego sobrevinieron nuestros amigos, y comenzaron de refresco á pelear, en chico rato estaba el campo vacío de vivos y lleno de muertos.

Tras esta matanza, los de Culúa desampararon sus estancias, y los nuestros fueron allá y las quemaron y saquearon. Fué de ver el aparato y vituallas que en ellas tenian, y cuán aderezados ellos andaban de oro, plata y plumajes. Traian lanzas mayores que picas, pensando con ellas matar los caballos; y á la verdad, si lo supieran hacer, bien pudieran. Tuvo Cortés este dia en campo mas de cien mil hombres con armas, y tanto era de maravillar la brevedad con que se juntaron, cuanto la muchedumbre. Huacacholla es lugar de cinco mil y mas vecinos. Está en llano y entre dos rios, que, con las muchas y hondas barrancas que tienen, hacen pocas entradas al lugar, y aquellas tan malas, que apenas se puede subir á caballo. La cerca es de cal y canto, ancha, alta cuatro estados, con su petril para pelear, y con solas cuatro puertas estrechas, largas y de tres vueltas de pared. Muchas piedras por todo para tirar; así que con poca defensa la guardaran los de Culúa, si aviso tuvieran. A la una parte tiene muchos cerros harto ásperos, y á la otra gran llanura y labranza. En el término y jurisdiccion habrá otra tanta vecindad. Tres dias estuvo Cortés en Huacacholla, y allí le enviaron ciertos mensajeros de Ocopaxuin, que está á cuatro leguas y junto al volcan, que llaman Popocatepec, á dárseles, y á decir cómo su señor se habia ido con los de Culúa, y le rogaban que tuviese por bien lo fuese un su hermano que le era muy aficionado, y amigo de españoles. El los recibió en nombre del Emperador, y les dejó tomar al que pidian por señor, y partióse.

La toma de Izcuzan.

Estando en Huacacholla Cortés, le dijeron cómo en Izcuzan, cuatro leguas de allí, habia gente de Culúa que lo amenazaba y que hacia daño á sus amigos; fué allá, entró por fuerza, lanzó fuera los enemigos, unos por las puertas, otros saltando por los adarves. Siguiólos legua y media; prendió muchos, y en fin, de seis mil que eran los que guardaban el pueblo, pocos escaparon de sus manos y de un rio que cerca de la ciudad pasa, en el cual se ahogaron muchos, por haberle cortado la puente para su seguridad y fortaleza. De los nuestros, los de caballo pasaron presto, mas los otros mucho se detuvieron. Ya Cortés entonces tenia ciento y veinte mil combatientes, y mas gente, que con la fama y victoria concurrian á su ejército de muchas ciudades y provincias. Izcuzan es lugar de trato, especial de fruta y algodon. Tiene tres mil casas, buenas calles, cien templos con cien torres, y una fortaleza en un cerrillo; lo demás está en llano. Pasa por allí un rio que la cerca de grandes barrancos; en los cuales, y al rededor, hay una pared de piedra con su petril, en que tenian muchos ruejos. Está cerca un buen valle, redondo, fértil y que se riega con acequias hechas á mano. El pueblo quedó desierto de gente y ropa, que pensando defenderlo, se habian ido todos á lo alto y espeso de la sierra que junto está. Los indios amigos de Cortés tomaron lo que hallaron, y él quemó los ídolos y aun las torres. Soltó dos presos que fuesen á llamar al señor y vecinos, dándoles su fe de no les hacer mal. Por este seguro y porque todos deseaban volver á sus casas, pues españoles no hacian enojo á quien se les daba, vinieron al tercer dia ciertos principales del pueblo á darse y á pedir perdon por todos. Cortés los perdonó y recibió; y así, dentro de dos dias estaba Izcuzan tan poblada como antes, y los presos sueltos; salvo es que el señor no quiso venir, de temor, ó por ser pariente del señor de Méjico; y á esta causa hubo debate entre los de Izcuzan y de Huacacholla sobre quién seria señor, que los de Izcuzan querian que lo fuese un hijo bastardo de un su señor que Moteczuma matara. Los otros decian que fuese un nieto del ausentado, porque era hijo del señor de Huacacholla. En fin, Cortés interpuso su autoridad, y acordaron que fuese este, y no el bastardo, por ser legítimo y pariente muy cercano de Moteczuma por via de mujer; que, como en otro lugar se dirá, es de costumbre en esta tierra que hereden al padre los hijos que tiene en parientas de los reyes de Méjico, aunque tenga otros mayores; y como era niño de diez años, mandó Cortés que lo tuviesen y criasen y gobernasen dos caballeros de Izcuzan y uno de Huacacholla. Estando apaciguando esta diferencia y tierra, vinieron embajadores de ocho pueblos de la provincia de Claoxtomacan, que está lejos de allí cuarenta leguas, á ofrecer gente á Cortés y á dársele, diciendo que no habian muerto español ninguno, ni tomado armas contra él. Era tanta su nombradía, que corria por muchas tierras, y todos lo tenian por mas que hombre; y así, le venian á porfía de muchas partidas embajadas; mas, porque no fueron de tan aparte como esta, no se cuentan.

La mucha autoridad que Cortés tenia entre los indios.

Hechas todas estas cosas, se tornó Cortés á Segura, y cada indio á su casa, sino los que sacó de Tlaxcallan; y de allí, por no perder tiempo para la guerra de Méjico ni ocasion en las demás, pues le sucedian tan prósperamente, despachó un criado suyo á la Veracruz, que con cuatro navíos que allí estaban de la flota de Pánfilo, fuese á Santo Domingo por gente, caballos, espadas, ballestas, artillería, pólvora y municion; por paño, lienzo, zapatos y otras muchas cosas. Escribió al licenciado Rodrigo de Figueroa sobrello y á la Audiencia, dándole cuenta de sí y de lo que habia hecho después que echado fué de Méjico, y pidiéndole favor y ayuda para que aquel su criado trajese buen recado y presto. Envió asimesmo veinte de caballo y docientos españoles y mucha gente de amigos á Zacatami y Xalacinco, tierras sujetas á mejicanos, y en camino para venir de la Veracruz, que estaban dias habia en armas, y habian muerto ciertos españoles pasando por allí. Ellos fueron allá, hicieron sus protestos y amonestaciones, pelearon, y aunque se templaron, hubo muertes, fuego y saco. Algunos señores y muchos principales hombres de aquellos pueblos vinieron á Cortés, tanto por fuerza como por ruegos, á dársele, pidiendo perdon, y prometiendo de no tomar otra vez armas contra españoles. El los perdonó y envió amigos; y así, se volvió el ejército. Cortés, por tener la Navidad, que era de ahí á doce dias, en Tlaxcallan, dejó un capitan con sesenta españoles en aquella nueva villa de Segura de la Frontera, á guardar el paso. Y por amedrentar los pueblos comarcanos envió delante todo su ejército, y él fuése con veinte de caballo á dormir á Colunan, ciudad amiga y

que tenia deseo de verlo y hacer con su autoridad muchos señores y capitanes en lugar de los que habian muerto de viruelas. Estuvo en ella tres dias, en los cuales se declararon los nuevos señores, que después le fueron muy amigos. Al otro dia llegó á Tlaxcallan, que hay seis leguas, donde fué triunfalmente recebido. Y cierto él hizo entonces una jornada dignísima de triunfo. Era ya fallecido su gran amigo Maxixca con las viruelas del negro de Pánfilo de Narvaez, de que hizo sentimiento con luto, á fuer de España. Dejó hijos, y al mayor, que seria de doce años, nombró por señor del estado del padre, á ruego tambien de la república, que dijo pertenecerle. No pequeña gloria es suya dar y quitar señoríos, y que tanto respeto le tuviesen ó temor, que nadie osase sin su licencia y voluntad aceptar la herencia y estado de los padres. Entendió Cortés en que las armas de todos se aderezasen muy bien. Dió priesa en hacer bergantines, que ya la madera estaba cortada de antes que fuese á Tepeacac. Envió á la Veracruz por velas, jarcia, clavazon, sogas y las otras cosas necesarias que allá habia de los navíos que echó al través. Y porque faltaba pez, y en aquella tierra ni la conocen ni usan, mandó á ciertos españoles marineros que la hiciesen en una sierra que cerca de la ciudad está.

Los bergantines que hizo labrar Cortés, y los españoles que juntó contra Méjico.

Era tanta la fama de la prosperidad y riqueza de Cortés al tiempo que tenia en su poder á Moteczuma, y con la vitoria de Pánfilo de Narvaez, que todos los españoles de Cuba, Santo Domingo y las otras islas se iban á él de veinte en veinte y como podian, aunque muchos fueron que les costó la vida; ca en el camino los mataron hombres de Tepeacac y Xalacinco, segun dicho queda, y otros, que por verlos venir en pequeñas cuadrillas y estar Cortés lanzado de Méjico, se les atrevian. Todavía llegaron á Tlaxcallan tantos, que se rehizo mucho su ejército, y que le dieron ánimo de apresurar la guerra. No podia Cortés tener espías en Méjico, que luego conocian allá á los tlaxcaltecas en los bezos y orejas y en otras señales; y tenian mucha guarda y pesquisa sobre ello; y ansí no sabia las cosas de aquella ciudad tan por entero como deseaba para proveerse de lo necesario. Solamente le habia dicho un capitan de Culúa, que fué preso en Huacacholla, cómo por muerte de Moteczuma, era señor de Méjico su sobrino Cuetlauac, señor de Iztacpalapan, hombre astuto y valiente, y el que le habia hecho la guerra y echado de Méjico; el cual se fortalecia con cavas y albarradas y de muchas maneras de armas, especial de lanzas muy largas como las que se hallaron en los ranchos de la guarnicion de Culúa, que estaba en lo de Huacacholla y Tepeacac, para ofensa de los caballos; y que soltaba los tributos y todo pecho por un año, y por mas el tiempo que la guerra durase, á todos los señores y pueblos á él sujetos, si matasen los españoles ó los echasen de sus tierras; cosa con que ganó mucho crédito entre sus vasallos, y que les puso ánimo de resistir y aun ofender á los españoles. Y no fué mal aviso el de las lanzas, si los que las habian de traer en la guerra tuvieran destreza para esperar y herir con ellas á los caballos. Todo era verdad lo que el captivo dijo, sino que Cuetlauac era ya fallecido de viruelas, y reinaba Cuahutimoecin, sobrino, y no hermano, como algunos dicen, de Moteczuma; hombre muy valiente y guerrero, segun después dirémos, y que envió sus mensajeros por toda la tierra, unos á quitar los tributos á sus vasallos, y otros á dar y prometer grandes cosas á los que no lo eran, diciendo cuán mas justo era seguir y favorecerle á él que no á Cortés, ayudar á los naturales que á los extranjeros, y defender su antigua religion que acoger la de los cristianos, hombres que se querian hacer señores de lo ajeno; y tales, que si no les defendian luego la tierra, no se contentarian con la ganar toda, mas que tomarian la gente por esclavos, y la matarian; que así le estaba certificado. Mucho animó Cuahutimoccin los indios contra españoles con estas mensajerías; y así, unos le enviaron ayuda, y otros se pusieron en armas; empero muchos dellos no curaron de aquello; y ó acostaban á los nuestros y á Tlaxcallan, ó estaban quedos, por miedo ó por fama de Cortés, ó por odio que á mejicanos tenian. Viendo pues esto, acuerda Cortés de comenzar luego la guerra y camino de Méjico, antes que se resfriasen los indios que le siguian, ó los españoles, que con el buen suceso en las guerras pasadas de Tepeacac y las otras provincias no se acordaban de las islas : tanto puede una buenandanza. Hizo alarde de los suyos segundo dia de Navidad. Halló cuarenta de caballo y quinientos y cuarenta de á pié, los ochenta con ballestas ó escopetas, y nueve tiros con no mucha pólvora. De los caballos hizo cuatro escuadras, á diez cada una, y de los peones nueve cuadrillas, á sesenta compañeros por una. Nombró capitanes y oficiales del ejército, y á todos juntos les habló así.

Cortés á los suyos.

«Muchas gracias doy á Jesucristo, hermanos mios, que os veo ya sanos de vuestras heridas y libres de enfermedad. Pláceme mucho de veros así armados y ganosos de revolver sobre Méjico á vengar la muerte de nuestros compañeros y á cobrar aquella gran ciudad; lo cual espero en Dios haréis en breve tiempo, por ser de nuestra parte Tlaxcallan y otras muchas provincias, por ser vosotros quien sois, y los enemigos los que suelen, y por la fe cristiana que imos á publicar. Los de Tlaxcallan y los otros que nos han siempre seguido están prestos y armados para esta guerra, y con tanta gana de vencer y sujetar á los mejicanos como nosotros; ca en ello no solo les va la honra, mas la libertad y aun la vida tambien; porque si no venciésemos, ellos quedaban perdidos y esclavos; que los de Culúa peor los quieren que á nosotros, por nos haber recogido en su tierra, á cuya causa jamás nos desampararán, y con tino procurarán de servirnos y proveernos, y aun de atraer sus vecinos á nuestro favor. Y ciertamente lo hacen tan bien y cumplido como al principio me lo prometieron é yo vos lo certifiqué; ca tienen á punto de guerra cien mil hombres para enviar con nosotros, y gran número de tamemes, que nos lleven de comer, la artillería y fardaje. Vosotros pues los mesmos sois que siempre fuistes; y que siendo yo vuestro capitan, habeis vencido muchas batallas, peleando con ciento y

con docientos mil enemigos, ganado por fuerza muchas y fuertes ciudades, y sujetado grandes provincias, no siendo tantos como agora estáis. Y aun cuando en esta tierra entramos no éramos mas, ni al presente somos mas menester por los muchos amigos que tenemos; é ya que los no tuviésemos, sois tales, que sin ellos conquistaríades toda esta tierra, dándoos Dios salud; que los españoles al mayor temor osan; pelear tienen por gloria, y vencer por costumbre. Vuestros enemigos ni son mas ni mejores que hasta aquí, segun lo mostraron en Tepeacac y Huacacholla, Izcuzan y Xalacinco, aunque tienen otro señor y capitan; el cual, por mas que ha hecho, no ha podido quitarnos la parte y pueblos desta tierra que le tenemos; antes allá en Méjico, donde está, teme nuestra ida y nuestra ventura; que, como todos los suyos piensan, hemos de ser señores de aquella gran ciudad de Tenuchtitlan. Y mal contada nos seria la muerte de Moteczuma si Cuahutimoc quedase con el reino. Y poco nos haria al caso, para lo que pretendemos, todo lo al si á Méjico no ganamos; y nuestras vitorias serian tristes si no vengamos á nuestros compañeros y amigos. La causa principal á que venimos á estas partes es por ensalzar y predicar la fe de Cristo, aunque juntamente con ella se nos sigue honra y provecho, que pocas veces caben en un saco. Derrocamos los ídolos, estorbamos que no sacrificasen ni comiesen hombres, y comenzamos á convertir indios aquellos pocos dias que estuvimos en Méjico. No es razon que dejemos tanto bien comenzado, sino que vamos á do nos llama la fe y los pecados de nuestros enemigos, que merecen un gran azote y castigo; que si bien os acordais, los de aquella ciudad, no contentos de matar infinidad de hombres, mujeres y niños delante las estatuas en sus sacrificios por honra de sus dioses, y mejor hablando, diablos, se los comen sacrificados; cosa inhumana y que mucho Dios aborrece y castiga, y que todos los hombres de bien, especialmente cristianos, abominan, defienden y castigan. Allende desto, cometen sin pena ni vergüenza el maldito pecado por que fueron quemadas y asoladas aquellas cinco ciudades con Sodoma. Pues ¿qué mayor ni mejor premio desearia nadie acá en el suelo que arrancar estos males y plantar entre estos crueles hombres la fe, publicando el santo Evangelio? Ca pues vamos ya, sirvamos á Dios, honremos nuestra nacion, engrandezcamos nuestro rey, y enriquezcamos nosotros; que para todo es la empresa de Méjico. Mañana, Dios mediante, comenzarémos.»

Todos los españoles respondieron á una con muy grande alegría que fuese mucho en buen hora; que ellos no le faltarian. Y tanto hervor tenian, que luego se quisieran partir, ó porque son españoles de tal condicion, ó arregostados al mando y riquezas de aquella ciudad, de que gozaron ocho meses.

Hizo luego tras esto pregonar ciertas ordenanzas de guerra, tocantes á la buena gobernacion y órden del ejército, que tenia escritas, entre las cuales eran estas:

Que ninguno blasfemase el santo nombre de Dios.

Que no riñese un español con otro.

Que no jugasen armas ni caballo.

Que no forzasen mujeres.

Que nadie tomase ropa ni cativase indios, ni hiciese correrías, ni saquease sin licencia suya y acuerdo del cabildo.

Que no injuriasen á los indios de guerra amigos, ni diesen á los de carga.

Puso, sin esto, tasa en el herraje y vestidos, por los excesivos precios en que estaban.

Cortés á los de Tlaxcallan.

Otro dia siguiente llamó Cortés á todos los señores, capitanes y personas principales de Tlaxcallan, Huexocinco, Cholollà, Chalco, y de otros pueblos que allí estaban, y por sus farautes les dijo:

«Señores y amigos mios, ya sabeis la jornada y camino que hago. Mañana, placiendo á Dios, me tengo de partir á la guerra y cerco de Méjico, y entrar por tierra de mis enemigos y vuestros. Lo que vos ruego delante todos es que estéis ciertos y constantes en la amistad y concierto que entre nosotros está hecho, como hasta aquí habeis estado, y como de vosotros publico y confio; y porque no podria yo acabar tan presto esta guerra, segun mis deseños ni segun vuestro deseo, sin tener estos bergantines que aquí se están haciendo, puestos sobre la laguna de Méjico, os pido por merced que trateis á los españoles que dejo labrándolos, con el amor que soleis, dándoles todo lo que para sí y para la obra pidieren; que yo prometo quitar de sobre vuestras cervices el yugo de servidumbre que vos tienen puesto los de Culúa, y hacer con el Emperador que os haga muchas y muy crecidas mercedes.»

Todos los indios que presentes estaban hicieron semblante y señas que les placia, y en pocas palabras respondieron los señores que no solo harian lo que les rogaba, pero que acabados los bergantines, los llevarian á Méjico y se irian todos con él á la guerra.

Cómo se apoderó de Tezcuco Cortés.

Dia de los Innocentes partió Cortés de Tlaxcallan con sus españoles muy en ordenanza. Fué la salida muy de ver, porque salieron con él mas de ochenta mil hombres, y los mas dellos con armas y plumajes, que daban gran lustre al ejército; pero él no quiso llevarlos consigo todos, sino que esperasen hasta ser hechos los bergantines y estar cercado Méjico, y aun tambien por amor de las vituallas; que tenia por dificultoso mantener tanta muchedumbre de gente por camino y en tierras de enemigos. Todavía llevó veinte mil dellos, y mas los que fueron menester para tirar la artillería y para llevar la comida y fardaje, y aquella noche fué á dormir á Tezmoluca, que está seis leguas, y es lugar de Huexocinco, donde los señores de aquella provincia le acogieron muy bien. Otro dia durmió á cuatro leguas de allí, en tierra de Méjico, y en una sierra que, si no fuera por la mucha leña, perecerian de frio los indios; y aun con ella, pasaron trabajo ellos y los españoles. En siendo de dia comenzó á subir el puerto, y envió delante cuatro peones y cuatro de caballo á descubrir; los cuales hallaron el camino lleno de árboles recien cortados y atravesados. Mas pensando que adelante no estaria así, y por traer buena relacion, anduvieron hasta que no pudieron pasar, y volvieron á decir cómo estaba el camino atajado con muchos y gruesos pinos, cipreses y

otros árboles, y que en ninguna manera podrian pasar los caballos por él. Cortés les preguntó si habian visto gente, y como dijeron que no, adelantóse con todos los de caballo y con algunos españoles de pié, y mandó á los demás que con todo el ejército y artillería caminasen apriesa, y que le siguiesen mil indios, con los cuales comenzó á quitar los árboles del camino; y como iban viniendo los otros, iban apartando las ramas y troncos; y así limpiaron y desembarazaron el camino, y pasó la artillería y caballos sin peligro ni daño, aunque con trabajo de todos, y cierto si los enemigos estuvieran allí no pasaran, y si pasaran, fuera con mucha pérdida de gente y caballos, por ser aquello fragoso, de muy espeso monte. Mas ellos, pensando que no iria por aquella parte nuestro ejército, contentáronse con cegar el camino y pusiéronse en otros pasos mas llanos; que tres caminos hay para ir de Tlaxcallan á Méjico, y Cortés escogió el mas áspero, pensando lo que fué, ó porque alguno le avisó que los enemigos no estaban en él. En pasando aquel mal paso, descubrieron las lagunas; dieron gracias á Dios, prometieron de no tornar atrás sin ganar primero á Méjico ó perder las vidas. Repararon un rato para que todos fuesen juntos al bajar á lo llano y raso, porque ya los enemigos hacian muchas ahumadas, y comenzaban á darles grita y apellidar toda la tierra, y habian llamado á los que guardaban los otros caminos, y querian tomarlos entre unas puentes que por allí hay; y así, se puso en ellas un buen escuadron; mas Cortés les echó veinte de caballo, que los alancearon y rompieron. Llegaron luego los demás españoles, y mataron algunos, desocuparon el camino, y sin recibir daño llegaron á Cuahutepec, que es juridicion de Tezcuco, do aquella noche durmieron. En el lugar no habia persona, pero cerca dél estaban mas de cien mil hombres de guerra, y aun mas, de los de Culúa, que enviaban los señores de Méjico y Tezcuco contra los nuestros; por lo cual Cortés hizo ronda y vela de prima con diez de caballo. Apercibió su gente y estuvo alerta; pero los contrarios estuvieron quedos. Otro dia por la mañana salió de allí para Tezcuco, que está á tres leguas, y no anduvo mucho, cuando vinieron á él cuatro indios del pueblo, hombres principales, con una banderilla en una barra de oro de hasta cuatro marcos, que es señal de paz, y le dijeron cómo Coacnacoyocin, su señor, los enviaba á rogarle que no hiciese daño en su tierra, y á ofrecérsele, y á que se fuese con todo su ejército á se aposentar á la ciudad; que allá seria muy bien hospedado. Cortés holgó con la embajada, aunque le pareció fingida. Saludó al uno dellos, que lo conocia, y respondióles que no venia para hacer mal, sino bien, y que él recebiria y ternia por amigo al señor y á todos ellos con tal que le volviesen lo que habian tomado á cuarenta y cinco españoles y trecientos tlaxcaltecas que mataran dias habia, y que las muertes, pues no tenian remedio, les perdonaba. Ellos dijeron que Moteczuma los mandara matar, y se habia tomado el despojo, y que la ciudad no era culpante de aquello; y con esto se tornaron. Cortés se fué á Cuahutichan y Huaxuta, que son como arrabales de Tezcuco, donde fueron él y todos los suyos bien proveidos. Derribó los ídolos; fuése luego á la ciudad, y posó en unas grandes casas, en que cupieron todos los españoles y muchos de sus amigos; y porque al entrar no habia visto mujeres ni muchachos, sospechóse de traicion. Apercibióse, y mandó pregonar que nadie, so pena de la vida, saliese fuera. Comenzaron los españoles á repartir y aderezar sus aposentos, y á la tarde subieron ciertos dellos á las azoteas á mirar la ciudad, que es tan grande como Méjico, y vieron cómo la desamparaban los vecinos y se iban con sus hatos, unos camino de los montes, y otros por agua, que era cosa harto de ver el bullicio de veinte mil ó mas barquillas que andaban sacando gente y ropa. Quiso Cortés remediarlo; pero sobrevino la noche y no pudo, y aun quisiera prender al señor; mas él fué el primero que se salió á Méjico. Cortés entonces llamó á muchos de Tezcuco, y díjoles cómo don Fernando era hijo de Nezaualpilcintli, su amado señor, y que le hacia su rey, pues Coacnacoyocin estaba con los enemigos, y habia muerto malamente á Cucuzca, su hermano y señor, por codicia de reinar y á persuasion de Cuahutimoccin, enemigo mortal de españoles. Los de Tezcuco comenzaron de venir á ver su nuevo señor y á poblar la ciudad, y en breve estuvo tan poblada como antes; y como no recebian daño de los españoles, servian en cuanto les era mandado, y el don Fernando fué siempre amigo de españoles. Aprendió nuestra lengua; tomó aquel nombre por Cortés, que fué su padrino de pila. De allí á pocos dias vinieron los de Cuahutichan, Huaxuta y Autenco á se dar, pidiendo perdon si en algo habian errado. Cortés los recibió, perdonó, y acabó con ellos que se tornasen á sus casas con hijos, mujeres y haciendas; que tambien ellos se eran idos á la sierra y á Méjico. Cuahutimoc, Coachacoyo y los otros señores de Culúa enviaron á reñir y reprehender á estos tres pueblos porque se habian dado á los cristianos. Ellos prendieron y trajeron los mensajeros á Cortés, y él se informó dellos de las cosas de Méjico, y los envió á rogar á sus señores con la paz y amistad; mas poco le aprovechó, ca estaban muy determinados en la guerra. Anduvieron entonces ciertos amigos de Diego Velazquez por amotinar la gente para volverse á Cuba y deshacer á Cortés. Él lo supo, y los prendió y tomó sus dichos. Por la confesion que hicieron condenó á muerte á Antonio de Villasaña, natural de Zamora, por amotinador, y ejecutó la sentencia. Con lo cual cesó el castigo y el motin.

El combate de Iztacpalapan.

Ocho dias estuvo Cortés sin salir de Tezcuco, fortaleciendo la casa en que posaba; que toda la ciudad, por ser grandísima, no podia, y basteciéndose por si le cercasen los enemigos, y después, como no lo acometian, tomó quince de caballo, docientos españoles, en que habia diez escopetas y treinta ballestas, y hasta cinco mil amigos, y fuése la orilla adelante de la laguna á Iztacpalapan derecho, que está cinco leguas de allí. Los de la ciudad fueron avisados por los de la guarnicion de Culúa, con humos que hicieron de las atalayas, cómo iban sobre ellos españoles, y metieron su ropa y las mujeres y niños en las casas que están dentro en la agua; enviaron gran flota de acalles, y salieron al camino dos leguas muchos, y á su manera bien armados

y hechos escuadrones. No pelearon á hecho, sino tornáronse al pueblo escaramuzando, con pensamiento de meter y matar allá los enemigos. Los españoles se metieron á revueltas dentro, que era lo que querian, y pelearon reciamente hasta echar los vecinos á la agua, donde muchos dellos se ahogaron; mas como son nadadores, y no les daba sino á los pechos, y tenian muchas barcas que los recogian, no murieron tantos como se pensaba. Todavía mataron los de Tlaxcallan mas de seis mil, y si la noche no los despartiera, mataran hartos mas. Los españoles hobieron algun despojo, pusieron fuego á muchas casas y comenzáronse de aposentar; mas Cortés les mandó salir fuera á mas andar, aunque era muy noche, porque no se ahogasen; que los de la ciudad habian abierto la calzada, y entraba tanta agua, que lo cubria todo; y cierto si aquella noche se quedaran allí, no escapaba hombre de su compañía, y aun con toda la priesa que se dió, eran las nueve de la noche cuando acabaron de salir. Pasaron el agua á volapié; perdióse todo el despojo, y ahogáronse algunos de Tlaxcallan. Tras este peligro tuvieron muy mala noche de frio, como estaban mojados, y de comida, como no pudieron sacarla. Los de Méjico, que todo esto sabian, dieron sobre ellos á la mañana, y fuéles forzado irse á Tezcuco, peleando con los enemigos que los apretaban recio por tierra, y con otros que salian del agua; y ni podian dañar á estos, que se acogian luego á sus barquillos, ni osaban meterse entre los otros, que eran muchos; y así, llegaron á Tezcuco con grandísimo trabajo y hambre. Murieron muchos indios de nuestros amigos y un español, que creo fué el primero que murió peleando en el campo. Cortés estuvo triste aquella noche, pensando que con la jornada pasada dejaba mucho ánimo á los enemigos, y miedo á otros, que no se le diesen; mas luego á la mañana vinieron mensajeros de Otompan, donde fué la nombrada batalla que Cortés venció, segun atrás se dijo, y de otras cuatro ciudades, que están cinco ó seis leguas de Tezcuco, á pedir perdon por las guerras pasadas y ofrecerse á su servicio, y á rogarle los amparase de los de Culúa, que los amenazaban y maltrataban, como hacian á todos los que se le daban. Cortés, aunque les loó y agradeció aquello, dijo que si no le traian atados los mensajeros de Méjico, ni los perdonaria ni recibiria. Tras estos de Otompan, avisaron á Cortés cómo querian los de la provincia de Chalco ser sus amigo, y venir á dársele, sino que no les dejaba la guarnicion de Culúa, que estaba allí en su tierra. Él despachó luego á Gonzalo de Sandoval con veinte caballos y docientos peones españoles, que fuese á tomar á los de Chalco y echar á los de Culúa. Envió tambien á la Veracruz cartas; que habia mucho que no sabia de los españoles que allá estaban, por tener los enemigos atajado el camino. Fué pues Sandoval con su compañía. Lo primero procuró de poner en salvo las cartas y mensajeros de Cortés, y encaminar á muchos tlaxcaltecas que fuesen seguros á sus casas con la ropa que llevaban ganada, y luego juntarse con los de Chalco; mas como dellos se apartó, los acometieron enemigos, mataron algunos, y robáronles buena parte del despojo. Tuvo aviso dello Sandoval, acudió presto allá, y remedió mucho daño, desbaratando y siguiendo los contrarios, y así pudieron ir á Tlaxcallan y á la Veracruz. Juntóse luego con los de Chalco, que, sabiendo su venida, estaban en armas y aguardándole. Dieron todos juntos sobre los de Culúa, que pelearon mucho y muy bien; mas al cabo fueron vencidos, y muchos dellos muertos. Quemáronles los ranchos y saqueáronselos. Volvióse con tanto Sandoval á Tezcuco; vinieron con él unos hijos del señor de Chalco; trajeron á Cortés hasta cuatrocientos pesos de oro en piezas, y llorando se desculparon, y dijeron cómo su padre cuando murió les mandó que se diesen á él. Cortés los consoló, agradecióles su deseo, confirmóles el estado, y dióles al mesmo Sandoval, que los acompañase hasta su casa.

Los españoles que sacrificaron en Tezcuco.

Iba Cortés ganando de cada dia fuerzas y reputacion, y acudian á él todos los que no eran de la parcialidad de Culúa y muchos que lo eran; y así, á dos dias de como hizo señor de Tezcuco á don Fernando, vinieron los señores de Huaxuta y Cuahutichan, que ya eran amigos, á decirle que venia sobrellos todo el poder de mejicanos; que si llevarian sus hijos y hacienda á la sierra, ó los traerian á do él estaba: tanto era su temor. El los esforzó, y rogó que se estuviesen quedos en sus casas, y no tuviesen miedo, sino apercebimiento y espías; que de que los enemigos viniesen holgaba él; por eso, que le avisasen, y verian cómo los castigaba. Los enemigos no fueron á Huaxuta, como se pensaba, sino á los tamemes de Tlaxcallan, que andaban proveyendo á los españoles. Salió á ellos Cortés con dos tiros, con doce de caballo y docientos infantes y muchos tlaxcaltecas. Peleó y mató pocos, porque se acogian á la agua; quemó algunos pueblos do se recogian los de Méjico, y tornóse á Tezcuco. Al otro dia vinieron tres pueblos de los mas principales de aquella comarca á le pedir perdon, y á rogarle no los destruyese, y que no acogerian mas á hombre de Culúa. Por esta embajada hicieron castigo en ellos los de Méjico, y muchos parecieron después descalabrados delante de Cortés para que los vengase. Tambien enviaron los de Chalco por socorro, que los destruian mejicanos; mas él, como queria enviar por los bergantines, no se lo podia dar de españoles, sino remitirlos á los de Tlaxcallan, Huexocinco, Cholollа, Huacachollа y á otros amigos, y darles esperanza que presto iria él. No estaban ellos nada contentos con la ayuda de aquellas provincias, sin españoles; pero todavía pidieron cartas para que lo hiciesen. Estando en esto, llegaron hombres de Tlaxcallan á decir á Cortés cómo estaban acabados los bergantines, y si habia menester gente, porque de poco acá habian visto mas ahumadas y señales de guerra que nunca. El entonces los puso con los de Chalco, y les rogó dijesen de su parte á los señores y capitanes que olvidasen lo pasado y fuesen sus amigos, y les ayudasen contra mejicanos, que en ello le harian muy gran placer; y de allí adelante fueron muy buenos amigos, y se ayudaron unos á otros. Vino asimesmo de la Veracruz un español con nueva que habian desembarcado treinta españoles, sin los marineros de la nao, y ocho caballos, y que traian mucha pólvora y ballestas y escopetas. Por lo cual hicieron alegrías los nues-

tros, y luego envió Cortés á Tlaxcallan por los bergantines á Sandoval con docientos españoles y con quince de caballo. Mandóle que de camino destruyese el lugar que prendió trecientos tlaxcaltecas y cuarenta y cinco españoles con cinco caballos, cuando estaba Méjico cercado; el cual lugar es de Tezcuco y alinda con tierra de Tlaxcallan. Bien quisiera castigar sobre el mesmo caso á los de Tezcuco, sino que no estaba en tiempo ni convenia por entonces; ca mayor pena merecian que los otros, porque los sacrificaron y comieron, y derramaron la sangre por las paredes, haciendo señales con ella mesma cómo era de españoles. Desollaron tambien los caballos, curtieron los cueros con sus pelos, y colgáronlos con las herraduras que tenian, en el templo mayor, y cabe ellos los vestidos de España por memoria. Sandoval fué allá determinado de combatir y asolar aquel lugar, así porque se lo mandó Cortés, como porque halló antes un poco de llegar á él, escrito de carbon en una casa : « Aquí estuvo preso el sin ventura de Juan Juste;» que era un hidalgo de los cinco de caballo. Los de aquel lugar, aunque eran muchos, lo dejaron, y huyeron en viendo españoles sobre sí. Ellos les fueron detrás siguiendo; mataron y prendieron muchos, especial niños y mujeres, que no podian andar, y que se daban por esclavos y á misericordia. Viendo pues tan poca resistencia, y que lloraban las mujeres por sus maridos, y los hijos por sus padres, hubieron compasion los españoles, y ni mataron la gente ni destruyeron el pueblo; antes llamaron los hombres y perdonáronlos, con juramento que hicieron de servirlos y serles leales; y ansí se vengó la muerte de aquellos cuarenta y cinco españoles. Preguntados cómo tomaron tantos cristianos sin que se defendiesen ni escapase hombre de todos ellos, dijeron que se habian puesto en celada muchos delante un mal paso una cuesta arriba, que tenia estrecho el camino, donde por detrás los acometieron; y como iban uno á uno y los caballos de diestro, y no se podian rodear ni aprovechar de las espadas, los prendieron ligeramente á todos, y los enviaron á Tezcuco, donde, como arriba dije, fueron sacrificados en venganza de la prision de Cacama.

Cómo trajeron los bergantines á Tezcuco los de Tlaxcallan.

Reducidos y castigados los que prendieron á los españoles, caminó Sandoval para Tlaxcallan, y á la raya de aquella provincia topó con los bergantines; la tablazon y clavazon de los cuales traian ocho mil hombres á cuestas. Venian en su guarda veinte mil soldados, y otros dos mil con vituallas y para servicio de todos. Como Sandoval llegó, dijeron los carpinteros españoles que pues entraban ya en tierra de enemigos, y no sabian lo que les podria acontescer, que fuese delante la ligazon y atrás la tablazon, por ser cosa de mas peso y embarazo. Todos dijeron que era bien, y que se hiciese así, salvo es Chichimecatetl, señor muy principal, hombre esforzado, y capitan de diez mil que llevaban la delantera y cargo de la tablazon; el cual tenia por afrenta que le echasen atrás, yendo él delantero. Sobre esto dijo buenas cosas; mas en fin se hubo de mudar y quedar en retaguarda. Teutipil y Teutecatl y los otros capitanes, señores tambien principales, tomaron la vanguarda con otros diez mil. Pusiéronse en medio los tamemes y los que llevaban la fusta y aparejo de los bergantines. Delante destos dos capitanes iban cien españoles y ocho de caballo, y tras de toda la gente Sandoval con los otros españoles y siete caballos; y si Chichimecatetl estuvo recio de primero, mas lo estuvo porque no quedasen con él los españoles, diciendo que ó no le tenian por valiente ó por leal. Concertados pues los escuadrones de la manera que oistes, caminaron para Tezcuco á las mayores voces, chiflos y relinchos del mundo, y gritando: «¡Cristianos, cristianos, Tlaxcallan, Tlaxcallan y España!» Al cuarto dia entraron en Tezcuco por ordenanza al son de muchos atabales, caracoles y otros tales instrumentos de música. Pusiéronse para entrar penachos y mantas limpias, y ciertamente fué gentil entrada; que como era lucida gente, paresció bien, y como eran muchos, tardaron seis horas á entrar, sin quebrar el hilo; tomaban dos leguas de camino. Cortés les salió á recebir, dió las gracias á los señores, y aposentó toda la gente muy bien.

La vista que dió Cortés á Méjico.

Reposaron cuatro dias, y luego mandó Cortés á los maestros que armasen y clavasen los bergantines apriesa, y que se hiciese una zanja entre tanto para los echar por ella á la laguna sin peligro de quebrarse primero; y porque traian gran gana de toparse con los de Méjico, salió con ellos y con veinte y cinco caballos y trecientos españoles, en que habia cincuenta escopeteros y ballesteros : llevó tambien seis tiros. A cuatro leguas de allí topó con un gran escuadron de enemigos, en el cual rompieron los de caballo; acudieron luego los de pié y desbaratáronlo; fueron en el alcance los tlaxcaltecas y mataron cuantos pudieron. Los españoles, como era tarde, no fueron, sino asentaron su real en el campo, y durmieron aquella noche con cuidado y aviso, porque habia por allí muchos de Culúa. Como fué de dia echaron camino de Xaltoca; y Cortés no dijo dónde iba, que se recelaba de muchos de Tezcuco que venian con él, no avisasen á los enemigos. Llegaron á Xaltoca, lugar puesto en la laguna, y que por la tierra tiene muchas acequias anchas, hondas y llenas de agua, á no poder pasar los caballos. Los del pueblo les daban grita, y se burlaban de verlos andar por aquellos arroyos; tirábanles flechas y piedras. Los españoles de pié, saltando y como mejor pudieron, pasaron las acequias, combatieron el lugar, entraron, aunque con mucho trabajo, echaron fuera los vecinos á cuchilladas, y quemaron buena parte de las casas. No pararon allí, sino fuéronse á dormir una legua adelante : tiene Xaltoca por armas un sapo. Otra noche durmieron en Huatullan, lugar grande, mas despoblado, de miedo. Pasaron otro dia por Tenanioacan y Accapuzalco sin resistencia, y llegaron á Tlacopan, que estaba fuerte de gente y de fosos con agua; mas, aunque algo se defendió, entraron dentro, mataron muchos y lanzaron fuera á todos; y como sobrevino la noche, recogiéronse con tiempo á una muy gran casa, y en amaneciendo se saqueó el lugar y se quemó casi todo, en pago del daño y muerte de algunos españoles que hicieron cuando salian huyen-

do de Méjico. Seis dias estuvieron los nuestros allí, que ninguno pasó sin escaramuzar con los enemigos, y muchos con gran rebato; y con tanta grita, segun lo han de costumbre, que espantaba oirlos. Los de Tlaxcallan, que se querian mejorar con los de Culúa, hacian maravillas peleando, y como los contrarios eran valientes, habia qué ver; especial cuando se desafiaban uno á uno ó tantos á tantos. Pasaban entre ellos grandes razones, amenazas é injurias, que quien los entendia moria de risa. Salian de Méjico por la calzada á pelear, y por coger en ella los españoles, fingian huir. Otras veces los convidaban á la ciudad, diciendo: «Entrad, hombres, á holgaros.» Unos decian: «Aquí moriréis como antaño;» otros, «Íos á vuestra tierra; que no hay otro Moteczuma que haga á vuestro sabor.» Llegóse Cortés un dia entre semejantes pláticas á una puente que estaba alzada; hizo señas de habla, y dijo: «Si está ahí el señor, quiérole hablar.» Respondieron: «Todos los que veis son señores; decid lo que quereis;» y como no estaba, calló, y ellos lo deshonraron. Tras esto, les dijo un español que los tenian cercados y se moririan de hambre; que se diesen. Replicaron que no tenian falta de pan; pero que cuando la tuviesen, comerian de los españoles y tlaxcaltecas que matasen; y arrojaron luego ciertas tortas de centli, diciendo: «Comed vosotros si teneis hambre; que nosotros ninguna, gracias á nuestros dioses; y tiráos de ahí, si no, moriréis;» y luego comenzaron á gritar y á pelear. Cortés, como no pudo hablar con Guahutimoccin, y porque todos los lugares estaban sin gente, tornóse para Tezcuco casi por el camino que vino. Los enemigos, que le vieron volver así, creyeron que de miedo, y juntáronse infinitos dellos á darle carga, y diéronsela bien complidamente. El quiso un dia castigar su locura, y envió delante todo el ejército y la infantería española, con cinco de caballo; hizo á otros seis de á caballo ponerse en celada al un lado del camino y cinco al otro, y tres en otra parte, y él escondióse con los demás entre unos árboles. Los enemigos, como no vieron caballos, arremeten desmandados á nuestro escuadron. Salió Cortés, y en pasando y diciendo: «Santiago y á ellos, Sant Pedro y á ellos;» que era la señal para los de caballo, y como los tomaron de través y por las espaldas, alanceáronlos á placer. Desbaratáronlos á los primeros golpes, siguiéronlos dos leguas por un buen llano, y mataron muy muchos; y con tal victoria entraron y durmieron en Alcolman, dos leguas de Tezcuco. Los enemigos quedaron tan hostigados de aquella emboscada, que no parescieron en hartos dias; y aquellos señores de Tlaxcallan tomaron licencia para tornarse, y fuéronse muy ufanos y victoriosos, y los suyos ricos cargados de sal y ropa, que habian habido en la vuelta de la laguna.

La guerra de Accapichtlan.

Viendo mejicanos que les iba mal con españoles, habíanlas con los de Chalco, que era tierra muy importante; y en el camino para Tlaxcallan y á la Veracruz. Los de Chalco llamaron á los de Huexocinco y Huacachoila que les ayudasen; y pidieron á Cortés españoles. El les envió trecientos, y quince caballos, con Gonzalo de Sandoval; el cual fué, y en llegando concertó de ir á Huaztepec, donde estaba la guarnicion de Culúa, que hacia el mal. Antes que allá llegasen les salieron al encuentro aquellos de la guarnicion, y pelearon. Mas no pudiendo resistir la furia de los caballos ni las cuchilladas, se metieron en el lugar, y los nuestros tras ellos; los cuales mataron allá dentro muchos, y á los demás vecinos echaron fuera, que como no tenian allí mujeres ni hacienda que defender, no reparaban. Los españoles comieron, y dieron de comer á los caballos, y los amigos buscaban ropa por las casas. Estando así oyeron el ruido y grita que traian los contrarios por las calles y plaza del pueblo. Salieron á ellos, pelearon y á puras lanzadas los echaron otra vez fuera y los siguieron una gran legua, donde hicieron gran matanza. Dos dias estuvieron allí los nuestros, y luego fueron á Accapichtlan, do tambien habia gente de Méjico. Requiriéronles con la paz; mas ellos, como estaban en lugar alto y fuerte, y malo para caballos, no escucharon; antes tiraban piedras y saetas, amenazando á los de Chalco. Los indios nuestros amigos, aunque eran muchos, no osaban acometer. Los españoles arremetieron llamando Santiago, y subieron al lugar y tomáronlo, por mas fuerte y defendido que fué. Es verdad que quedaron muchos dellos heridos de piedras y varas. Entraron tras ellos los de Chalco y sus aliados, y hicieron grandísima carnecería de los de Culúa y vecinos. Otros muchos se despeñaron á un rio que por allí pasa. En fin, pocos escaparon de la muerte; y así, fué señalada victoria esta de Accapichtlan. Los nuestros padescieron este dia muy gran sed, así del calor y trabajo del pelear, como porque aquel rio estuvo tinto en sangre; y no pudieron beber dél por un buen espacio de tiempo, y no habia otra agua. Sandoval se volvió á Tezcuco, y los otros cada uno á su casa. Mucho sintieron en Méjico la pérdida de tantos hombres y tan fuerte lugar, y tornaron á enviar sobre Chalco nuevo ejército, mandándole diese batalla antes que españoles lo supiesen. Aquél ejército se dió tanta priesa en hacer lo que Cuahutimoccin le mandara, que no dió lugar á sus enemigos de esperar socorro de Cortés, como lo pedian y esperaban. Mas los de Chalco se juntaron todos, aguardaron la batalla, y gentilmente la vencieron con ayuda de vecinos. Mataron muchos mejicanos, y prendieron cuarenta, entre los cuales fué un capitan, y alanzaron de su tierra los enemigos. Tanto por mayor se tuvo esta victoria, cuanto menos se pensaba. Gonzalo de Sandoval tornó con los mesmos españoles que primero á Chalco. Dióse priesa por llegar antes que la batalla se diese; mas cuando llegó, ya era dada y vencida; y así, se volvió luego con los cuarenta prisioneros. Con estas victorias de Chalco quedó libre y seguro el camino de Méjico á la Veracruz, y luego vinieron á Tezcuco los españoles y caballos que arriba dije; y trujeron muchas ballestas, escopetas, pólvora y pelotas, y otras cosas de España; de que nuestro ejército recibió tanto placer, cuanta necesidad tenia; y dijeron cómo habian llegado otras tres naos con alguna gente y caballos.

El peligro que los nuestros pasaron en tomar dos peñoles.

Cortés se informó de aquellos cuarenta presos que trajo Sandoval, de las cosas de Méjico y de Cuahuti-

moc, y entendió dellos la determinacion que tenian para defenderse y no ser amigos de cristianos; y pareciéndole larga y dificultosa guerra, quisiera con ellos antes paz que enemistad; y por descansar, y no andar cada dia en peligro, rogóles que fuesen á Méjico á tratar paces con Cuahutimoc, pues él no los queria matar ni destruir, pudiéndolo hacer. Ellos no osaban ir con tal mensaje, sabiendo la enemiga que su señor le tenia. Mas tanto les dijo, que acabó con dos que fuesen; los cuales le pidieron cartas, no porque allá las habian de entender, sino para crédito y seguro. El se las dió, y cinco de caballo que los pusieron en salvo. Mas poco aprovechó, ca nunca tuvo respuesta; antes cuanto él mas pedia paz, mas la rehusaban ellos, pensando que de flaqueza lo hacia; y por tomarle las espaldas fueron mas de cincuenta mil á Chalco. Los de aquella provincia avisaron dello á Cortés pidiéndole socorro de españoles, y enviáronle un paño de algodon pintado de los pueblos y gente que sobre ellos venia, y los caminos que traian. El les dijo que iria en persona de allí á diez dias; que antes no podia, por ser viérnes Santo y luego la Pascua de su Dios. Desta respuesta quedaron tristes, pero aguardaron. Al tercero dia de Pascua vinieron otros mensajeros á dar priesa por socorro, que entraban ya por su tierra los enemigos. En este medio tiempo se dieron los pueblos de Accapan, Mixcalcinco, Nautlan, y otros sus vecinos. Dijeron que nunca habian muerto español, y trajeron por presente ropa de algodon. Cortés los recibió, trató y despidió alegremente y en breve, porque estaba de partida para Chalco, y luego se partió con treinta de caballo y trecientos compañeros, de que hizo capitan á Gonzalo de Sandoval. Llevó asimesmo veinte mil amigos de Tlaxcallan y Tezcuco. Fué á dormir á Tlamanalco, donde, por ser frontera de Méjico, tenian su guarnicion los de Chalco. Al otro dia se le juntaron mas de otros cuarenta mil, y al siguiente supo cómo los enemigos le esperaban en el campo. Oyó misa, fué para ellos, y dos horas después de mediodía llegó á un peñol muy alto y agro, en cuya cumbre estaban infinitas mujeres y niños, y á las haldas mucha gente de guerra, que en descubriendo el ejército de españoles, hicieron de lo alto ahumadas, y dieron tantos alaridos las mujeres, que fué cosa maravillosa, y los hombres, que mas á lo bajo estaban, comenzaron á tirar varas, piedras y flechas, con que luego hicieron daño en los que cerca llegaron, y que, descalabrados, se hicieron atrás. Combatir tan fuerte cosa era locura, retirarse parescia cobardía; y por no mostrar poco ánimo, y por ver si de miedo ó hambre se darian, acometieron el peñol por tres partes. Cristóbal del Corral, alférez de setenta españoles de la guarda de Cortés, subió por lo mas agro. Juan Rodriguez de Villafuerte con cincuenta por otra, y Francisco Verdugo con otros cincuenta por otra. Todos estos llevaban espadas y ballestas ó escopetas. Dende á un rato hizo señal una trompeta, y siguieron á los primeros Andrés de Mojaraz y Martin de Hircio, con cada cuarenta españoles, de que tambien eran capitanes, y Cortés con los demás. Ganaron dos vueltas del peñon, y bajáronse hechos pedazos, ca no se podian tener con las manos y piés, cuanto mas pelear y subir: tanto era de áspera la subida. Murieron dos españoles y quedaron heridos mas de veinte; y todo fué con piedras y pedazos de los cantos que de arriba arrojaban y se quebraban; y aun si los indios tuvieran algun ingenio, no dejaran español sano. Ya cuando los nuestros dejaron el peñol y se remolinaron para hacerse fuertes, habian venido tantos indios en socorro de los cercados, que cubrian el campo, y tenian semblante de pelear; por lo cual Cortés y los de caballo, que estaban á pié, cabalgaron y arremetieron á ellos en lo llano, y á lanzadas los echaron dél. Mataron allí y en el alcance, que duró hora y media, muchos. Los de caballo, que mas los siguieron, vieron otro peñol no tan fuerte ni con tanta gente, aunque con muchos lugares al rededor. Cortés se fué con todos los suyos á dormir allá aquella noche, pensando cobrar la reputacion que al dia perdió, y por beber; que no habian hallado agua aquella jornada. Los del peñol hicieron la noche muy gran ruido con bocinas, atabales y gritería. A la mañana miraron los españoles lo flaco y fuerte del peñol, y era todo él harto recio de combatir y tomar; pero tenia dos padrastros cerca, en que estaban hombres con armas. Cortés dijo que le siguiesen todos, que queria tentar los padrastros; y comenzó á subir á la sierra. Los que los guardaban los dejaron, y se fueron al peñol, pensando que los españoles iban á combatirlo, por socorrerlo; y como él vió el desconcierto, mandó á un capitan que fuese con cincuenta compañeros y tomasen el mas agro y cercano padrastro; y él con los demás arremetió al peñol; ganóle una vuelta, y subió bien alto; y un capitan puso su bandera en lo mas alto del cerro y desparó las ballestas y escopetas que llevaba, con que hizo mas miedo que daño; ca los indios se maravillaron, y soltaron luego las armas en el suelo, que es señal de rendirse, y diéronse. Cortés les mostró alegre rostro, y mandó que no se les hiciese mal ni enojo. Ellos, viendo tanta humanidad, enviaron á decir á los del otro peñol que se diesen á los españoles, que eran buenos, y tenian alas para subir donde querian. Por estas razones, ó por la falta que de agua tenian, ó por irse seguros á sus casas, vinieron luego á darse á Cortés y á pedir perdon por los dos españoles que mataran. El los perdonó de grado, y holgó mucho que se le diesen aquellos que con victoria estaban, porque era ganar mucha fama con los de aquella tierra.

La batalla de Xochmilco.

Estuvo allí dos dias, envió los heridos á Tezcuco, y él partióse para Huaxtepec, que tenia mucha gente de Culúa en guarnicion. Durmió con todo su ejército en una casa de placer y huerta que tiene una legua, y está de piedra muy bien cercada, y que la atraviesa por medio un gentil rio. Los del lugar huyeron como fué dia, y los nuestros corrieron tras ellos hasta Xilotepec, que estaba descuidado de aquel sobresalto. Entraron, mataron algunos y tomaron muchas mujeres, mochachos y viejos que huir no pudieron. Esperó Cortés dos dias á ver si vernia el señor; y como no vino, puso fuego al lugar; estando allí se le dieron los de Yautepec; de Xilotepec fué á Coahunauac, lugar fuerte y grande, cercado de barrancas hondas; no tiene entrada para

caballos sino por dos partes, y aquellas con puentes levadizas; por el camino que los nuestros fueron, no podian entrar á caballo sin arrodear legua y media, que era muy gran trabajo y peligro. Estaban tan cerca, que hablaban con los del lugar, y tirábanse unos á otros piedras y saetas. Cortés les requirió de paz; ellos respondieron de guerra. Entre estas pláticas pasó el barranco un tlaxcalteca sin ser visto, por un paso muy peligroso, pero muy secreto; pasaron tras él cuatro españoles, y luego otros muchos, siguiendo todos las pisadas del primero; entraron en el lugar, llegaron adonde estaban los vecinos peleando con Cortés, y á cuchilladas los hicieron huir. Atónitos de ver que les habian entrado, que lo tenian por imposible, huyeron con esto á la sierra, y ya cuando el ejército entró estaba quemado lo mas del lugar. A la tarde vino el señor con algunos principales á darse, ofresciendo su persona y hacienda contra mejicanos. De Coahunauac fué Cortés á dormir, siete leguas, á unas estancias por tierra despoblada y sin agua. Pasó mal dia el ejército, de sed y trabajo; al otro dia llegó á Xochmilco, ciudad muy gentil y sobre la laguna Dulce; los vecinos y otra mucha gente de Méjico alzaron las puentes, rompieron las acequias, y pusiéronse á defenderla, creyendo que podrian, por ser ellos muchos y el lugar fuerte. Cortés ordenó su hueste, hizo apear los de caballo, llegó con ciertos compañeros á probar si ganaria la primera albarrada; y tanta priesa dió á los enemigos con escopetas y ballestas, que aunque muchos eran, la desampararon y se fueron mal heridos. Como ellos la dejaron, se arrojaron españoles al agua; pasaron, y en media hora que pelearon, habian ganado la principal y mas fuerte puente de la ciudad. Los que la defendian se recogieron al agua en barcas, y pelearon hasta la noche, unos demandando paz, otros guerra, y todo era ardid para entre tanto alzar su ropilla y que les viniese socorro de Méjico, que no estaba de allí mas de cuatro leguas, y quebrar la calzada por do los nuestros entraron. Cortés no podia pensar al principio por qué unos pedian paz y otros no, pero luego cayó en la cuenta; y con los caballos dió en los que rompian la calzada, desbaratólos, huyeron, salió tras ellos al campo, y alanceó muchos. Eran tan valientes, que pusieron en aprieto á los nuestros; porque muchos dellos esperaban un caballo con sola espada y rodela, y peleaban con el caballero; y si no por un tlaxcalteca, prendian aquel dia á Cortés, que cayó su caballo, de cansado, como habia gran pieza que peleaba. Llegó en esto la infantería española, y huyeron los enemigos. En la ciudad mataron dos españoles que se desmandaron solos á robar. No siguieron el alcance, sino tornáronse luego al lugar á descansar y cerrar lo roto de la calzada con piedras y adobes. Como en Méjico se supo esto, envió Cuahutimoc un gran batallon de gente por tierra, y dos mil barcas por agua, con doce mil hombres dentro, pensando tomar los españoles á manos en Xochmilco. Cortés se subió á una torre para ver la gente, y con qué órden venia, y por dónde combatirian la ciudad; maravillóse de tanto barco y gente, que cubrian agua y tierra. Repartió los españoles á la guarda y defensa del pueblo y calzada, y él salió á los enemigos con la caballería y con seiscientos tlaxcaltecas, que partió en tres partes, á los cuales mandó que, rompido el escuadron de los contrarios, se recogiesen á un cerro que les mostró, media legua léjos. Venian los capitanes de Méjico delante con espadas de fierro, esgrimiendo por el aire, y diciendo: «Aquí os mataremos, españoles, con vuestras propias armas.» Otros decian: «Ya murió Moteczuma; no tenemos á quién temer para no comeros vivos.» Otros amenazaban á los de Tlaxcallan; y en fin, todos decian muchas injurias á los nuestros, y apellidando, «Méjico, Méjico, Tenuchtitlan, Tenuchtitlan,» andaban apriesa. Cortés arremetió á ellos con sus caballos, y cada cuadrilla de los de Tlaxcallan por su parte, y á puras lanzadas los desbarató; mas luego se ordenaron. Como vió su concierto y ánimo, y que eran muchos, rompió por ellos otra vez, mató algunos, y recogióse hácia el cerro que concertó; mas porque lo tenian ya tomado los contrarios, mandó á parte de los suyos que subiesen por detrás, y él rodeó lo llano. Los que arriba estaban huyeron de los que subian, y dieron en los caballos, á cuyos piés murieron en chico rato quinientos dellos. Descansó Cortés allí un poco, envió por cien españoles, y como vinieron, peleó con otro gran escuadron de mejicanos que venia detrás; desbaratólo tambien, y metióse en el lugar, porque lo combatian por tierra y agua reciamente, y con su llegada se retiraron. Los españoles que lo defendian mataron muchos contrarios, y tomaron dos espadas de las nuestras; viéronse en peligro, porque los apretaron mucho aquellos capitanes mejicanos, y porque se les acabaron las saetas y almacen. A penas se habian estos ido, cuando entraron otros por la calzada con los mayores gritos del mundo. Fueron á ellos los nuestros, y como hallaron muchos indios y mucho miedo, entraron por medio dellos con los caballos, y echaron infinitos al agua, y á los demás fuera de la calzada, y así se pasó aquel dia. Cortés hizo quemar la ciudad, excepto donde posaban los suyos; estuvo allí tres dias que ninguno dejó de pelear; partióse al cuarto, y fué á Culuacan, que está dos leguas; saliéronle al camino los de Xochmilco, mas él los castigó. Estaba Culuacan despoblada, como otros muchos lugares de la laguna; mas porque pensaba poner por allí cerco á Méjico, que hay legua y media de calzada, se estuvo dos dias derrocando ídolos, y mirando el sitio para el real, y donde poner los bergantines, que tuviesen buena guarida; dió vista á Méjico con docientos españoles y cinco de caballo; combatió una albarrada, y aunque se la defendieron reciamente, la ganó; mas hiriéronle muchos españoles. Tornóse, con tanto, para Tezcuco, porque ya habia dado vuelta á la laguna y visto la disposicion de la tierra. Otros encuentros tuvo con los de Culúa, donde murieron muchos indios de una y de otra parte; pero lo dicho es lo principal.

De la zanja que Cortés hizo para echar los bergantines al agua.

Cuando Cortés á Tezcuco llegó, halló muchos españoles nuevamente venidos á seguirle en aquella guerra, que con grandísima fama comenzaba; los cuales habian traido muchas armas y caballos, y decian cómo todos los otros que en las islas estaban, morian por venir á serville, mas que Diego Velazquez lo impidia á

muchos. Cortés les hacia todo placer, y les daba de lo que tenia. Venian asimesmo de muchos pueblos á ofrescerse, unos por miedo de no ser destruidos, otros por odio que á mejicanos tenian; y desta manera tenia Cortés buen número de españoles y grandísima abundancia de indios. El capitan de Segura de la Frontera envió á Cortés una carta que habia recebido de un español; la cual en suma contenia:

«Nobles señores, dos ó tres veces os he escripto, y »no he habido respuesta, creo ni desta la terné. Los »de Culúa andan por esta tierra haciendo guerra y mal; »hannos acometido, hémoslos vencido; esta provincia »desea ver á Cortés y dársele; tiene necesidad de es»pañoles; enviadle treinta.»

No le envió Cortés los treinta españoles que pedia, porque luego queria poner cerco á Méjico; mas respondió dándole gracias y esperanza que presto se verian. Era aquel español uno de los que Cortés enviara á Chinanta desde Méjico un año habia, á calar los secretos de la tierra, y á descubrir oro y hacer granjerías; á quien el señor de aquella provincia hiciera capitan contra los de Culúa, sus enemigos, que le daban guerra por tener españoles consigo, desde que Moteczuma murió; empero él quedaba siempre vencedor por industria y esfuerzo deste español; el cual, como supo que habia españoles en Tepeacac, escribió las veces que la carta dice, mas ninguna se dió sino esta. Mucho se alegraron los nuestros por estar vivos aquellos españoles, y Chinanta de su parte, y alababan á Dios de las mercedes que les hacia; no hablaban sino en cómo habian escapado estos españoles, pues cuando fueron echados de Méjico por fuerza, habian matado indios á todos los otros que en granjerías y minas estaban. Apresuraba Cortés el cerco, forneciéndose de lo necesario para él, haciendo pertrechos para escalar y combatir, y acarreando vituallas; dió muy gran priesa en clavar y acabar los bergantines, y una zanja para los echar á la laguna. Era la zanja larga cuanto media legua, ancha doce piés y mas, y dos estados honda donde menos; que tanto fondo era menester para igualar con el peso del agua de la laguna, y tanto ancho para caber los bergantines. Iba toda ella chapada de estacas, y encima su valladar. Guióse por una acequia de regadío que los indios tenian; tardóse en hacer cincuenta dias; hiciéronla cuatrocientos mil hombres, que cada dia destos cincuenta, trabajaban en ella ocho mil indios de Tezcuco y su tierra; obra digna de memoria. Los bergantines se calafetearon con estopa y algodon, y á falta de sebo y saín aceite, que pez ya dije cómo la hicieron, los brearon, segun algunos, con saín de hombre; no que para esto los matasen, sino de los que en tiempo de guerra mataran; inhumana cosa y ajena de españoles. Indios, que acostumbrados de sus sacrificios, son crueles, abrian el cuerpo muerto y le sacaban el saín. Como los bergantines estuvieron en agua, hizo Cortés alarde, y halló novecientos españoles, los ochenta y seis con caballos, los ciento y deciocho con ballestas y escopetas, y los demás con picas y rodelas ó alabardas, sin las espadas y puñales que cada uno traia. Tambien llevaban algunos coseletes, y muchos corazas y jacos. Halló asimismo tres tiros gruesos de fierro colado, y quince pequeños de bronce, con diez quintales de pólvora y muchas pelotas. Tanta fué la gente, armas y municion de España con que Cortés cercó á Méjico, el mas grande y fuerte lugar de las Indias y Nuevo-Mundo. Puso en cada bergantin un tirillo, y los otros fueron para el ejército. Hizo pregonar de nuevo las ordenanzas de guerra, rogando á todos que las guardasen y cumpliesen, y díjoles, mostrando con el dedo los bergantines que estaban en la zanja metidos:

«Hermanos y compañeros mios, ya veis acabados y puestos á punto aquellos bergantines, y bien sabeis cuánto trabajo nos cuesta, y cuánta costa y sudor á nuestros amigos hasta haberlos puesto allí; muy gran parte de la esperanza que tengo de tomar en breve á Méjico está en ellos; porque con ellos, ó quemarémos presto todas las barcas de la ciudad, ó las acorralarémos allá dentro en las calles; con lo cual harémos tanto daño á los enemigos, cuanto con el ejército de tierra; ca menos pueden vivir sin ellas que sin comer; cien mil amigos tengo para sitiar á Méjico, que son, segun ya conosceis, los mas diestros y valientes hombres destas partes; para que no vos falte la comida está proveido cumplidísimamente. Lo que á vosotros toca es pelear como soleis, y rogar á Dios por salud y vitoria, pues es suya la guerra.»

El ejército de Cortés para cercar á Méjico.

Hizo luego al siguiente dia mensajeros á las provincias de Tlaxcallan, Huexocinco, Chololla, Chalco y otros pueblos, para que todos viniesen dentro de diez dias á Tezcuco con sus armas y los otros aparejos necesarios al cerco de Méjico, pues los bergantines eran acabados ya, y estaba todo lo al á punto, y los españoles tan ganosos de verse sobre aquella ciudad, que no esperaban una hora mas de aquel tiempo que de plazo les daba. Ellos, porque no se pusiese el cerco en su ausencia, vinieron luego como les fué mandado, y entraron por ordenanza mas de sesenta mil hombres, la mas lucida y armada gente que podia ser, segun el uso de aquellas partes. Cortés les salió á ver y recebir, y los aposentó muy bien. El segundo dia de pascua de Espíritu Santo salieron todos los españoles á la plaza, y Cortés hizo tres capitanes como maestres de campo, entre los cuales repartió todo el ejército. A Pedro de Albarado, que fué uno, dió treinta de caballo, ciento y setenta peones, dos tiros de artillería y mas de treinta mil indios, con los cuales pusiese real en Tlacopan. Dió á Cristóbal de Olid, que era el otro capitan, treinta y tres españoles á caballo, ciento y ochenta peones, dos tiros y cerca de treinta mil indios, con que estuviese en Culuacan. A Gonzalo de Sandoval, que fué el otro maestre de campo, dió veinte y tres caballos, ciento y sesenta peones, dos tiros y mas de cuarenta mil hombres de Chalco, Chololla, Huexocinco y otras partes, con que fuese á destruir á Iztacpalapan, y luego á tomar asiento do mejor le parescia para real. En cada bergantin puso un tiro, seis escopetas ó ballestas, y veinte y tres españoles, hombres casi los mas diestros en mar. Nombró capitanes y veedores dellos, y él quiso ser el general de la flota; de lo cual algunos principales de su compañía que iban por tierra, murmuraron, pen-

sando que corrian ellos mayor peligro; y así, le requirieron que se fuese con el ejército, y no en la armada. No curó Cortés de tal requerimiento; porque, allende de ser mas peligroso pelear por agua, convenia poner mayor cuidado en los bergantines y batalla naval, que no habian visto, que en la de tierra, pues se habian hallado en muchas; y así, se partieron Albarado y Cristóbal de Olid á 10 de mayo, y fueron á dormir á Acolman, donde tuvieron entrambos gran diferencia sobre el aposento; y si Cortés no enviara luego aquella noche una persona que los apaciguó, hubiera mucho escándalo y aun muertes. Durmieron el otro dia en Xilotepec, que estaba despoblada. Al tercero entraron bien temprano en Tlacopan, que tambien estaba, como todos los pueblos de la costa de la laguna, desierto. Aposentáronse en las casas del señor, y los de Tlaxcallan dieron vista á Méjico por la calzada, y pelearon con los enemigos hasta que la noche los despartió. Otro dia, que se contaron 13 de mayo, fué Cristóbal de Olid á Chapultepec, quebró los caños de la fuente, y quitó el agua á Méjico, como Cortés se lo mandara, á pesar de los contrarios que reciamente se lo defendian peleando por agua y tierra. Muy gran daño recibieron en quitarles esta fuente, que, como en otro lugar dije, bastecia la ciudad. Pedro de Albarado entendió en adobar los malos pasos para caballos, aderezando puentes y atapando acequias; y como habia mucho que hacer en esto, gastaron allí tres dias, y como peleaban con muchos, quedaron heridos algunos españoles y muertos hartos indios amigos, aunque ganaron ciertas puentes y albarradas. Quedóse Albarado allí en Tlacopan con su guarnicion, y Cristóbal de Olid fuése á Culuacan con la suya, conforme á la instruccion que de Cortés llevaban. Hiciéronse fuertes en las casas de los señores de aquellas ciudades, y cada dia, ó escaramuzaban con los enemigos, ó se juntaban á correr el campo y á traer á sus reales centli, fruta y otras provisiones de los pueblos de la sierra, y en esto pasaron toda una semana.

La batalla y victoria de los bergantines contra los acalles.

El rey Cuahutimoc, luego que supo cómo Cortés tenia ya sus bergantines en agua y tan gran ejército para sitiarle á Méjico, juntó los señores y capitanes de su reino á tratar del remedio. Unos le incitaban á la guerra, confiados en la mucha gente y fortaleza de la ciudad; otros, que deseaban la salud y bien público, y que fueron de parecer que no sacrificasen los españoles cativos, sino que los guardasen para hacer las amistades, aconsejaban la paz. Otros dijeron que preguntasen á los dioses lo que querian. El Rey, que se inclinaba mas á la paz que á la guerra, dijo que habria su acuerdo y plática con sus ídolos, y les avisaria de lo que consultase con ellos; y á la verdad él quisiera tomar algun buen asiento con Cortés, temiendo lo que después le vino; empero, como vió los suyos tan determinados, sacrificó cuatro españoles que aun tenian vivos y enjaudados á los dioses de la guerra, y cuatro mil personas, segun dicen algunos: yo bien creo que fueron muchas, mas no tantas. Habló con el diablo en figura de Vitcilopuchtli; el cual le dijo que no temiese á los españoles, pues eran pocos, ni á los otros que con ellos venian, por cuanto no perseverarian en el cerco; y que saliese á ellos y los esperase sin miedo ninguno; ca él ayudaria y mataria sus enemigos. Con esta palabra que del diablo tuvo, mandó Cuahutimoccin quitar luego las puentes, hacer baluartes, velar la ciudad y armar cinco mil barcas; y con esta determinacion y aparejo estaba, cuando llegaron Cristóbal de Olid y Pedro de Albarado á combatir las puentes y á quitar el agua á Méjico; y no los temia mucho, antes los amenazaban de la ciudad, diciendo que contentarian los dioses con su sacrificio, y hartarian con la sangre las culebras, y con la carne los tigres, que ya estaban cebados con cristianos. Decian tambien á los de Tlaxcallan: «¡Ah cornudos, ah esclavos, oh traidores á vuestros dioses y rey: no vos quereis arrepentir de lo que haceis contra vuestros señores; pues aquí moriréis mala muerte; ca ó vos matará la hambre ó nuestros cuchillos, ó vos prenderémos y comerémos, haciendo de vosotros el mayor sacrificio y banquete que jamás en esta tierra se hizo; en señal y voto de lo cual os arrojamos allá esos brazos y piernas de hombres propios vuestros, que por alcanzar victoria sacrificamos; y después irémos á vuestra tierra, asolarémos vuestras casas, y no dejarémos casta de vuestro linaje.» Los tlaxcaltecas burlaban mucho de tales fieros, y respondian que les valdria mas darse que resistir á Cortés, pelear que bravear, callar que injuriar á otros mejores; y si querian algo, que saliesen al campo; y que tuviesen por muy cierto ser llegado el fin de sus bellaquerías y señorío, y aun de sus vidas. Era mucho de ver estas y semejantes hablas y desafíos que pasaban entre los unos indios y los otros. Cortés, que tenia aviso desto y de lo que mas cada dia pasaba, envió delante á Gonzalo de Sandoval á tomar á Iztacpalapan, y él embarcóse para ir tambien allá. Sandoval comenzó á combatir aquel lugar por una parte, y los vecinos, con temor ó por meterse en Méjico, á salirse por otra y á recogerse á las barcas. Entraron los nuestros y pusiéronle fuego. Llegó Cortés á la sazon á un peñol grande, fuerte, metido en agua, y con mucha gente de Culúa, que en viendo venir los bergantines á la vela hizo ahumadas; y que en teniéndolos cerca les dió grita y les tiró muchas flechas y piedras. Saltó Cortés en él con hasta ciento y cincuenta compañeros; combatiólo, ganóle las albarradas, que para mejor defensa tenian hechas. Subió á lo alto, pero con mucha dificultad, y peleó arriba de tal suerte, que no dejó hombre á vida, excepto mujeres y niños. Fué una muy hermosa victoria, aunque fueron heridos veinte y cinco españoles, por la matanza que hubo, por el espanto que á los enemigos puso y por la fortaleza del lugar. Ya en esto habia tantos humos y fuegos al rededor de la laguna y por la sierra, que parescia arderse todo. Y los de Méjico, entendiendo que los bergantines venian, salieron en sus barcas, y ciertos caballeros tomaron quinientas de las mejores, y adelantáronse para pelear con ellos, pensando vencer, y si no, tentar á lo menos qué cosa eran navíos de tanta fama. Cortés se embarcó con el despojo, y mandó á los suyos estar quedos y juntos, por mejor resistir, y porque los contrarios pensasen que de miedo, para que sin órden ni concierto acometiesen y se perdiesen. Los de las quinientas barcas caminaron á mucha priesa; mas re-

pararon á tiro de arcabuz de los bergantines á esperar la flota; que les paresció no dar batalla con tan pocas y cansadas. Llegáronse poco á poco tantas canoas, que henchian la laguna. Daban tantas voces, hacian tanto ruido con atabales, caracoles y otras bocinas, que no se entendian unos á otros; y decian tantas villanías y amenazas, como dicho habian á los otros españoles y tlaxcaltecas. Estando pues así, cada cual armada con semblante de pelear, sobrevino un viento terral por popa de los bergantines, tan favorable y á tiempo, que paresció milagro. Cortés entonces, alabando á Dios, dijo á los capitanes que arremetiesen juntos y á una, y no parasen hasta encerrar los enemigos en Méjico, pues era nuestro Señor servido darles aquel viento para haber victoria; y que mirasen cuánto les iba en que la primera vez ganasen la batalla, y las barcas cobrasen miedo á los bergantines del primer encuentro. En diciendo esto embistieron en las canoas, que con el tiempo contrario ya comenzaban de huir. Con el ímpetu que llevaban, á unas quebraban, á otras echaban á fondo; y á los que alzaban y se defendian, mataban. No hallaron tanta resistencia como al principio pensaban; y así, las desbarataron presto. Siguiéronlas dos leguas, y acorraláronlas dentro la ciudad. Prendieron algunos señores, muchos caballeros y otra gente. No se pudo saber cuántos fueron los muertos, mas de que la laguna parescia de sangre. Fué señalada victoria, y estuvo en ella la llave de aquella guerra, porque los nuestros quedaron señores de la laguna, y los enemigos con gran miedo y pérdida. No se perdieran así, sino por ser tantas, que se estorbaban unas á otras; ni tan presto, sino por el tiempo. Albarado y Cristóbal de Olid, como vieron la rota, estrago y alcance que Cortés hacia con los bergantines en las barcas, entraron por la calzada con sus haces. Combatieron y tomaron ciertas puentes y albarradas, por mas recio que se defendian; y con el favor de los bergantines que les llegó corrieron los enemigos una legua, haciéndolos saltar en la laguna á la otra parte, que no habia fustas. Tornáronse con esto, mas Cortés pasó adelante; y como no parescian canoas, saltó en la calzada que va de Iztacpalapan, con treinta españoles, combatió dos torres pequeñas de ídolos con sus cercas bajas de cal y canto, á do le recibió Moteczuma. Ganólas, aunque con harto peligro y trabajo; ca los que dentro estaban eran muchos y las defendian bien. Hizo luego sacar tres tiros para ojear los enemigos, que cubrian la calzada y que estaban muy rehacios y recios de echar. Tiraron una vez, y hicieron mucho daño; mas como se quemó la pólvora por descuido del artillero, y por ya la puesta del sol, cesaron de pelear los unos y los otros. Cortés aunque otra cosa tenia pensada y acordada con sus capitanes, se quedó allí aquella noche. Envió luego por pólvora al real de Gonzalo de Sandoval, y por cincuenta peones de su guarda, y por la mitad de la gente de Culhuacan.

Cómo puso Cortés cerco á Méjico.

Estuvo Cortés aquella noche á tan gran peligro como temor, porque no tenia mas de cien compañeros, ca los otros en los bergantines eran menester, y porque hácia la media noche cargaron sobre él mucha cantidad de enemigos en barcas y por la calzada, con terrible grita y flechería; pero mas fué el ruido que las nueces, aunque fué novedad, porque no acostumbran pelear á tal hora. Dicen algunos que por el daño que recebian con los tiros de los bergantines se volvieron; á la que amanecia llegaron á Cortés ocho de caballo, y hasta ochenta peones de los de Cristóbal de Olid, y los de Méjico comenzaron luego á combatir las torres por agua y tierra, con tantos gritos y alaridos como suelen; salió Cortés á ellos, corriólos la calzada adelante, y ganóles una puente con su baluarte, y hízoles tanto daño con los tiros y caballos, que los encerró y siguió hasta las primeras casas de la ciudad; y porque recebia daño y le herian muchos desde las canoas, rompió un pedazo de la calzada por junto á su real para que pasasen cuatro bergantines de la otra parte; los cuales, á pocas arremetidas, acorralaron las canoas á las casas, y así quedó señor de ambas lagunas. Otro dia partió Gonzalo de Sandoval de Iztacpalapan para Culuacan, y de camino tomó y destruyó una pequeña ciudad que está en la laguna, porque salieron á pelear con él. Cortés le envió dos bergantines para que por ellos, como por puente, pasase el ojo de la calzada, que habian rompido los enemigos; dejó Sandoval su gente con Cristóbal de Olid, y fuése para Cortés con diez de caballo; hallóle revuelto con los de Méjico, apeóse á pelear, y atravesáronle un pié con una vara. Otros muchos españoles quedaron aquel dia heridos, mas bien se lo pagaron sus enemigos; ca de tal manera los trataron, que de allí adelante mostraban mas miedo y menos orgullo que solian. Con lo que hasta aquí habia hecho, pudo Cortés muy á su placer asentar y ordenar su gente y real en los lugares que mejor le paresció, y proveerse de pan y de otras muchas cosas necesarias; tardó en ellos seis dias, que ninguno pasó sin escaramuza, y los bergantines hallaron canales para navegar al rededor de la ciudad, que fué cosa muy provechosa; entraron muy adentro de Méjico, y quemaron muchas casas por los arrabales. Cercóse Méjico por cuatro partes, aunque al principio se determinó por tres; Cortés estuvo entre dos torres de la calzada que ataja las lagunas. Pedro de Albarado en Tlacopan, Cristóbal de Olid en Culuacan, y Gonzalo de Sandoval creo que en Xaltoca, porque Albarado y otros dijeron que por aquel cabo se saldrian los de Méjico viéndose en aprieto, si no guardaban una calzadilla que iba por allí. No le pesara á Cortés dejar salida al enemigo, en especial de lugar tan fuerte, sino porque no se aprovechase de la tierra, metiendo por allí pan, armas y gente; ca pensaba él aprovecharse mejor de los contrarios en tierra que en agua, y en cualquiera otro pueblo que no en aquel, y porque dicen: «A tu enemigo, si huye, hazle la puente de plata.»

La primera escaramuza dentro en Méjico.

Quiso Cortés un dia entrar en Méjico por la calzada y ganar cuanto pudiese de la ciudad, y ver qué ánimo ponian los vecinos; mandó decir á Pedro de Albarado y á Gonzalo de Sandoval que cada uno acometiese por su estancia, y á Cristóbal de Olid que le enviase ciertos peones y algunos de caballo, y que con los demás guardase la entrada de la calzada de Culuacan de los de

Xochmilco, Culuacan, Iztacpalapan, Vitcilopuchtli, Mexicalcinco, Cuitlabac, y otras ciudades allí al rededor, aliadas y sujectas; no le entregasen por detrás; mandó asimesmo que los bergantines fuesen á raíz de la calzada, haciéndole espaldas por entrambos lados. Salió pues de su real muy de mañana con mas de docientos españoles y hasta ochenta mil amigos, y á poco trecho halló los enemigos bien armados y puestos en defensa de lo que tenian quebrado de la calzada, que seria cuanto una lanza en largo y otra en hondo. Peleó con ellos, y defendiéronse muy gran pieza detrás de un baluarte; al fin les ganó aquello y los siguió hasta la entrada de la ciudad, donde habia una torre, y al pié della una puente muy grande alzada, con muy buena albarrada; por debajo de la cual corria gran cantidad de agua. Era tan fuerte de combatir y tan temeroso de pasar, que la vista sola espantaba, y tiraban tantas piedras y flechas, que no dejaban llegar á los nuestros; todavía lo combatió, y como hizo llegar junto los bergantines por la una parte y por la otra, lo ganó con menor trabajo y peligro que pensaba; lo cual fuera imposible sin ayuda dellos; como los contrarios comenzaron á dejar la albarrada, saltaron en tierra los de los bergantines, y luego pasó por ellos y á nado el ejército. Los de Tlaxcallan, Huexocinco, Cholollа y Tezcuco cegaron con piedra y adobes aquella puente. Los españoles pasaron adelante y ganaron otra albarrada que estaba en la principal y mas ancha calle de la ciudad; y como no tenia agua, pasaron fácilmente, y siguieron los enemigos hasta otra puente, la cual estaba alzada y no tenia mas de una sola viga; los contrarios, no pudiendo pasar todos por ella, pasaron por el agua á mas andar, por ponerse en salvo. Quitaron la viga y pusiéronse á la defensa; llegaron los maestros y estancaron, como no podian pasar sin echarse al agua, lo cual era muy peligroso sin tener bergantines; y como desde la calle y baluarte, y de las azoteas peleaban con mucho corazon y les hacian daño, hizo Cortés asestar dos tiros á la calle, y que tirasen á menudo las ballestas y escopetas. Recebian con esto mucho daño los de la ciudad, y aflojaban algo de la valentía que al principio tenian; los nuestros lo conoscieron, y arrojáronse ciertos españoles al agua, y pasáronla; como los enemigos vieron que pasaban, desampararon las azoteas y la albarrada, que habian defendido dos horas, y huyeron. Pasó el ejército, y luego hizo Cortés á sus indios cegar aquella puente con los materiales de la albarrada y con otras cosas; los españoles con algunos amigos prosiguieron el alcance, y á dos tiros de ballesta hallaron otra puente, pero sin albarrada, que estaba junto á una de las principales plazas de la ciudad; asentaron allí un tiro con que hacian mucho mal á los de la plaza; no osaban entrar dentro, por los muchos que en ellas habia; mas al cabo, como no tenian agua que pasar, determinaron de entrar; viendo los enemigos la determinacion puesta en obra, vuelven las espaldas, y cada uno echó por su parte, aunque los mas fueron al templo mayor; los españoles y sus amigos corrieron en pos dellos. Entraron dentro, y á pocas vueltas los lanzaron fuera, que con el miedo no sabian de sí. Subieron á las torres, derribaron muchos ídolos, y anduvieron un rato por el patio. Cuahutimoc reprehendió mucho á los suyos porque así huyeron; ellos tornaron en sí, reconoscieron su cobardía; y como no habia caballos, revolvieron sobre los españoles, y por fuerza los echaron de las torres y de todo el circúito del templo, y les hicieron huir gentilmente. Cortés y otros capitanes los detuvieron y les hicieron hacer rostro debajo los portales del patio, diciendo cuánta vergüenza les era huir. Mas en fin, no pudieron esperar viendo el peligro y aprieto en que estaban, ca los aquejaban reciamente. Retiráronse á la plaza, donde quisieran rehacerse; mas tambien fueron echados de allí; desampararon el tiro que poco antes dije, no pudiendo sufrir la furia y fuerza del enemigo. Llegaron á esta sazon tres de caballo, y entraron por la plaza alanceando indios; como los vecinos viesen caballos, comenzaron á huir y los nuestros á cobrar ánimo, y á revolver sobre ellos con tanto ímpetu, que les tornaron á ganar el templo grande, y cinco españoles subieron las gradas y entraron en las capillas, y mataron diez ó doce mejicanos que se hacian fuertes allí, y tornáronse á salir. Vinieron luego otros seis de caballo, juntáronse con los tres, y ordenaron todos una celada, en que mataron mas de treinta mejicanos. Cortés entonces, como era tarde y estaban los suyos cansados, hizo señal de recoger. Cargó tanta multitud de contrarios á la retirada, que si por los de caballo no fuera, peligraran hartos españoles, porque arremetian como perros rabiosos sin temor ninguno, y los caballos no aprovecharan si Cortés no tuviera aviso de allanar los malos pasos de la calle y calzada. Todos huyeron y pelearon muy bien; que la guerra lo lleva. Los nuestros quemaron algunas casas de aquella calle, porque cuando otra vez entrasen no recibiesen tanto daño con piedras, que de las azoteas les tiraban. Gonzalo de Sandoval y Pedro de Albarado pelearon muy bien por sus cuarteles.

El daño y fuego de casas.

Andaba en este tiempo don Fernando de Tezcuco por su tierra visitando y atrayendo sus vasallos al servicio y amistad de Cortés, que para esto se quedó; y con su maña, ó porque á los españoles les iba prósperamente, atrajo casi toda la provincia de Culuacan, que señorea Tezcuco, y seis ó siete hermanos suyos, que mas no pudo, aunque tenia mas de ciento, segun después se dirá; y á uno dellos que llamaban Iztlixuchilli, mancebo esforzado y de hasta veinte y cuatro años, hizo capitan, y envióle al cerco con obra de cincuenta mil combatientes muy bien aderezados y armados. Cortés lo recibió alegremente, agradesciéndole su voluntad y obra. Tomó para su real treinta mil dellos, y repartió los otros por las guarniciones. Mucho sintieron en Méjico este socorro y favor que don Fernando enviaba á Cortés, porque lo quitaba á ellos, y porque venian allí parientes y hermanos, y aun padres de muchos que dentro en la ciudad estaban con Cuahutimoccin. Dos dias después que Iztlixuchilli llegó, vinieron los de Xochmilco y ciertos serranos de la lengua que llaman otomitlh, á darse á Cortés, rogando que les perdonase la tardanza, y ofresciendo gente y vitualla para el cerco. El holgó mucho con su venida y ofrescimiento, porque siendo aquellos sus amigos, estaban seguros los

del real de Culuacan. Trató muy bien los embajadores, díjoles cómo dende á tres dias queria combatir la ciudad; por tanto, que todos viniesen para entonces con armas, y que en aquello conosceria si eran sus amigos; y así los despidió. Ellos prometieron de venir y cumpliéronlo. Envió tras esto tres bergantines á Sandoval y otros tres á Pedro de Albarado, para estorbar que los de Méjico no se aprovechasen de la tierra, metiendo en canoas agua, frutas, centli y otras vituallas por aquella parte, y para hacer espaldas y socorrer á los españoles todas las veces que entrasen por la calzada á combatir la ciudad; ca él tenia muy bien conoscido de cuánto provecho eran aquellos navíos estando cerca de las puentes. Los capitanes dellos corrian noche y dia toda la costa y pueblos de la laguna por allí; hacian grandes saltos, tomaban muchas barcas á los enemigos, cargadas de gente y mantenimiento, y no dejaban á ninguna entrar ni salir. El dia que aplazó los enemigos al combate oyó Cortés misa, informó los capitanes de lo que habian de hacer, y salió de su real con veinte caballos y trecientos españoles, y gran muchedumbre de amigos, y dos ó tres piezas de artillería. Encontró luego con los enemigos, que, como en tres ó cuatro dias atrás no habian tenido combates, habian abierto muy á su placer lo que los nuestros cegaron, y hecho mejores baluartes que primero, y estaban esperando con los alaridos acostumbrados. Mas como vieron bergantines por la una parte y por la otra de la calzada, aflojaron la defensa. Conoscieron luego los nuestros el daño que hacian: saltan de los bergantines en tierra y ganan el albarrada y puente; pasó luego el ejército, y dió en pos de los enemigos, los cuales á poco trecho se guarescieron en otra puente. Mas presto, aunque con harto trabajo, se la ganaron los nuestros, y los siguieron hasta otra; y así, peleando de puente en puente, los echaron de la calzada y de la calle, y aun de la plaza. Cortés anduvo con hasta diez mil indios, cegando con adobes, piedra y madera todos los caños de agua, y allanando los malos pasos; y fué tanto de hacer, que se ocuparon en ello todos aquellos diez mil indios hasta hora de vísperas. Los españoles y amigos escaramuzaron todo este tiempo con los de la ciudad, de los cuales mataron muchos en las celadas que les echaron. Tambien anduvieron un rato por las calles que no tenian agua ni puentes los de caballo alanceando ciudadanos, y desta manera los tuvieron cerrados en las casas y templos. Era cosa notable lo que nuestros indios hacian y decian aquel dia á los de la ciudad: unas veces los desafiaban, otras los convidaban á cena, mostrándoles piernas y brazos y otros pedazos de hombres, y decian: «Esta carne es de la vuestra, y esta noche la cenarémos y mañana la almorzarémos, y después vernémos por mas: por eso no huyais, que sois valientes, y mas os vale morir peleando que de hambre;» y luego tras esto apellidaron cada uno su ciudad y ponian fuego á las casas. Mucho pesar tomaban mejicanos de verse así afligidos por españoles; empero mas les pesaba en verse ultrajar de sus vasallos, y en oir á sus puertas, victoria, victoria, Tlaxcallan, Chalco, Tezcuco, Xochmilco y otros pueblos así; ca del comer carne no hacian caso, porque tambien ellos se comian los que mataban. Cortés viendo los de Méjico tan endurescidos y porfiados en defenderse ó morir, coligió dos cosas: una, que habria poca ó ninguna de las riquezas que en vida de Moteczuma vió y tuvo; otra, que le daban ocasion y le forzaban á los destruir totalmente. De entrambas le pesaba, pero mas de la postrera, y pensaba qué forma ternia por atemorizallos y hacerles venir en conoscimiento de su yerro y del mal que podian recebir; y por eso derribó muchas torres y quemó los ídolos; quemó asimesmo las casas grandes en que la otra vez posó, y la casa de las aves, que cerca estaba. No habia español, mayormente de los que antes las vieron, que no sintiese pena de ver arder tan magníficos edificios; mas porque á los ciudadanos les pesaba mucho, las dejaron quemar. Y nunca mejicanos ni hombre de aquella tierra pensó que fuerza humana, cuanto mas de aquellos pocos españoles, bastara entrar en Méjico á su pesar, y poner fuego á lo principal de la ciudad. Entre tanto que ardia el fuego recogió Cortés su gente y volvióse para su real. Los enemigos quisieran remediar aquella quema, mas no pudieron; y como vieron ir á los contrarios, diéronles grandísima carga y grita, y mataron algunos que, de cargados con el despojo, iban rezagados. Los de caballo, que podian muy bien correr por la calle y calzada, los detenian á lanzadas; y así, antes que anocheciese estaban los nuestros en su fuerte y los enemigos en sus casas, los unos tristes y los otros cansados. Mucha fué la matanza deste dia, pero mas fué la quema que de casas se hizo; porque sin las ya dichas, quemaron otras muchas los bergantines por las calles donde entraron. Tambien entraron por su parte los otros capitanes; mas como era solamente para divertir los enemigos, no hay mucho que contar.

La diligencia de Cuahutimoc y de Cortés.

Otro dia siguiente muy de mañana, y después de haber oido misa, tornó Cortés á la ciudad con la mesma gente y órden, porque los contrarios no tuviesen lugar de limpiar las puentes ni hacer baluartes. Mas por bien que madrugó, fué tarde, ca no se durmieron en la ciudad; sino luego que tuvieron fuera al enemigo tomaron palas y picos y abrieron lo cegado, y con lo que sacaban hacian albarradas; y así se fortificaron como estaban primero. Muchos desmayaban, y hartos perescian en la obra, del sueño y hambre que, sobre cansados, pasaban. Mas no podian al hacer, porque Cuahutimoc andaba presente. Cortés combatió dos puentes con sus albarradas; y aunque fueron recias de tomar, las ganó. Duró el combate dellas de las ocho á la una después de mediodía; y como habia grandísimo calor y mucho trabajo, padescieron infinito. Gastóse toda la pólvora y pelotas de las escopetas, y todas las saetas y almacen que los ballesteros llevaban. Harto tuvieron que hacer en ganar y cegar estas dos puentes aquel dia. Al retirar recibieron algun daño, porque cargaron los enemigos como si los nuestros fueran huyendo. Venian tan ciegos y engolosinados, que no advertian á las celadas que les ponian de los de caballo, en las cuales morian muchos, y los delanteros, que debian ser mas esforzados, y aun con todo este daño, no cesaban hasta verlos fuera de la ciudad. Pedro de Albarado ganó tambien este dia dos puentes de su calzada, y quemó algunas casas con ayuda

de los tres bergantines, y mató hartos enemigos. Algunos españoles culpaban á Cortés porque no iba mudando su real como iba ganando tierra; y las causas que para ello habia eran grandes, porque cada dia tenia un mesmo trabajo, y aun siempre mayor, en ganar de nuevo y cegar otra vez las puentes y caños de agua. El peligro que pasaban en ello era grande y notorio, porque les era forzado echarse á nado todas las veces que ganaban puente; y unos no sabian nadar, otros no osaban, y otros no querian, porque los enemigos no les dejaban salir, á cuchilladas y botes de lanza; y así, se tornaban heridos ó se ahogaban. Otros decian que ya que no pasaba el real adelante, debia sostener las puentes, poniendo en ellas gente que las guardase. Mas él, aunque muy bien conoscia esto, no lo queria hacer por mejor; que cierto estaba, si pasara el real á la plaza, que les podian cercar los contrarios, por ser grande la ciudad y muchos los vecinos; y así el cercador quedara cercado, y cada hora del dia y de la noche tuviera rebates y fuera reciamente combatido, y ni pudiera resistir ni tuviera qué comer si la calzada perdia; pues sustentar las puentes era imposible, á lo menos dudoso, por dos razones: la una, porque eran pocos españoles, y quedando cansados el dia, no podian pelear la noche; la otra, que si las encomendaba á indios era incierta la defensa y cierta la pérdida ó desbarate, de que se podria seguir gran mal. Así que por esto, como porque se confiaba en el buen corazon de sus españoles, que cayendo ó levantando habian de hacer como él, seguia su parecer, y no el ajeno.

Cómo tuvo Cortés docientos mil hombres sobre Méjico.

Eran los de Chalco tan leales amigos de españoles, ó tan enemigos de mejicanos, que convocaron muchos pueblos y hicieron guerra á los de Iztacpalapan, Mexicalcinco, Cluitlauac, Vitcilopuchtli, Culuacan y otros lugares de la laguna Dulce, que no estaban declarados por amigos de Cortés, aunque nunca después que sitió á Méjico le habian enojado. A esta causa, y por ver que españoles llevaban de vencida á los mejicanos, vinieron embajadores de todos aquellos pueblos á encomendarse á Cortés, y á rogarle los perdonase de lo pasado, y que mandase á los de Chalco no les hiciesen mas daño. El los recibió en su amparo, y les dijo que no les seria hecho mas mal; y que nunca dellos tuvo enojo, sino de los de Méjico, y que por ver si era cierta ó fingida su embajada, les hacia saber cómo no levantaria el cerco hasta tomar aquella ciudad de paz ó de guerra. Por eso, que les rogaba le ayudasen con acalles, pues tenian muchos, y con la mas gente que pudiesen armar en ellos, y le diesen algunos hombres que hiciesen casas á los españoles que no las tenian, y era tiempo de las recias aguas. Ellos prometieron de lo cumplir; y así, vinieron muchos hombres de aquellos lugares, y hicieron tantas casillas en la calzada, de torre á torre, donde era el real, que muy á placer cabian en ellas los españoles y otros dos mil indios que los servian; que los demás en Culuacan dormian siempre, que no estaba mas de legua y media. Tambien proveyeron estos el real de algun pan y pescado y de infinitas cerezas; de las cuales hay tantas por allí, que pueden bastecer doblada gente que entonces habia en toda aquella tierra. Duran seis meses del año y son algo diferentes de las nuestras. No quedaba ya pueblo que algo montase en toda aquella comarca por darse á Cortés, y entraban y salian libremente entre españoles. Veníanse todos á sus reales, unos por ayudar, otros por comer, otros por robar, y muchos por mirar; y así, pienso que habia sobre Méjico docientos mil hombres; y aunque es mucho de ser capitan de tan grande ejército, fué mucho mas la destreza y gracia de Cortés en tratar y regirlo tanto tiempo sin motin ni riña. Deseaba Cortés ganar y allanar la calle y calzada que va de Tlacopan, que es muy principal y tiene siete puentes, para que libremente se comunicase con Pedro de Albarado, que con esto pensaba tener hecho lo mas; y para hacerlo llamó la gente y barcos de Iztacpalapan y de los otros pueblos de la laguna Dulce, y luego vinieron tres mil; mil y quinientos de los cuales echó con cuatro bergantines en la una laguna, y los otros mil y quinientos en la otra con los tres bergantines, para que corriesen la ciudad, quemasen casas, y hiciesen todo el mas daño que pudiesen. Mandó á cada guarnicion que entrase por su cuartel y calle matando, prendiendo y destruyendo lo posible, y el metióse por la calle de Tlacopan con ochenta mil hombres. Ganó tres puentes della, y cególas; las otras dejó para otro dia, y volvióse á su puesto. Tornó luego al siguiente dia por la mesma calle con la gente y órden pasada. Ganó muy gran parte de la ciudad, y nunca que Cuahutimoc diese señal de paz; de que mucho se maravillaba Cortés, y aun le pesaba, así por el mal que recebia, como por el que hacia.

Lo que hizo Pedro de Albarado por aventajarse.

Quiso Pedro de Albarado pasar su real á la plaza del Tlatelulco, porque pasaba trabajo y peligro en sustentar las puentes que ganaba con españoles á pié y á caballo, teniendo su fuerte léjos dellos tres cuartos de legua, y por aventajarse tanto como su capitan, y porque le importunaban los de su compañía diciendo que les seria afrenta si Cortés ni otro alguno ganase aquella plaza antes que ellos, pues la tenian mas cerca que ninguno; y así, determinó ganar las puentes de su calzada que le faltaban y pasarse á la plaza. Fué pues con toda la gente de su guarnicion, llegó á una puente quebrada, que tenia de largo sesenta pasos; ca porque los nuestros no pasasen la habian alargado y ahondado dos estados en agua. Combatióla, y con ayuda de los tres bergantines pasó el agua y la ganó. Dejó dicho á unos que la cegasen, y siguió el alcance con hasta cincuenta españoles. Como los de la ciudad no vieron mas de aquellos pocos, que no podian pasar los de caballo, revolvieron sobre él tan de súbito y con tanto denuedo, que le hicieron volver las espaldas y echarse al agua, sin ver cómo. Mataron muchos de nuestros indios y prendieron cuatro españoles, que luego allí, para que todos los viesen, los sacrificaron y comieron. Albarado cayó de su locura por no creer á Cortés, que siempre le decia no pasase adelante sin dejar primero el camino llano. Los que le aconsejaron pagaron con las vidas, y Cortés sintió la pena; y otro tanto le pudiera entrevenir á él si creyera á los que decian que se pasase al mesmo mercado; mas él lo consideraba mejor, porque ca-

da casa estaba ya hecha isla, las calzadas por muchas partes rompidas, y las azoteas llenas de cantos; que destos y otros tales ardides muchos tuvo Cuahutimoc. Cortés fué á ver dónde habia mudado su real Pedro de Albarado, y á le reprehender por lo sucedido, y avisarle de lo que tenia de hacer. Y como le halló tan metido dentro la ciudad, y consideró los muchos y malos pasos que habia ganado, no solo no le culpó, mas loóle. Platicó con él muchas cosas tocantes á la conclusion del cerco, y volvióse á su real.

Las alegrías y sacrificios que hacian mejicanos por una victoria.

Dilataba Cortés de poner su real en la plaza, aunque cada dia entraba ó mandaba entrar á la ciudad á pelear con los vecinos, por las razones poco antes dichas, y por ver si Cuahutimoc se daria, y aun tambien porque no podia ser la entrada sin mucho peligro y daño, por cuanto los enemigos estaban ya muy juntos y muy fuertes. Todos los españoles, juntamente con el tesorero del Rey, viendo su determinacion y el daño pasado, le rogaron y requirieron que se metiese en la plaza. El les dijo que hablaban como valientes, pero que convenia primero mirallo muy bien; ca los enemigos estaban fuertes y determinadísimos de morir defendiéndose. Tanto replicaron, que al cabo otorgó lo que pedian, y publicó la entrada para el dia siguiente. Escribió con dos criados suyos á Gonzalo de Sandoval y á Pedro de Albarado la instrucion de lo que hacer debian; la cual en suma era que Sandoval hiciese alzar todo el fardaje de su guarnicion, como que levantaba real, y que pusiese diez de caballo en la calzada, tras unas casas, porque si de la ciudad saliesen creyendo que huian, los alanceasen, y él que se viniese adonde Pedro de Albarado estaba, con diez á caballo y cien peones y con los bergantines; y dejando allí la gente, tomase los otros tres bergantines, y fuese á ganar el paso do fueron desbaratados de Albarado; y si lo ganaba, que lo cegase muy bien antes de ir mas adelante; y que si fuese, no se alejase, ni ganase paso que no lo dejase ciego y bien aderezado; y Albarado, que entrase cuanto pudiese á la ciudad, y que le enviasen ochenta españoles. Ordenó asimismo que los otros siete bergantines guiasen las tres mil barcas, como la otra vez, por entrambas lagunas. Repartió la gente de su real en tres compañías, porque para ir á la plaza habia tres calles. Por la una entraron el tesorero y contador con setenta españoles, veinte mil indios, ocho caballos, doce azadoneros y muchos gastadores para cegar los caños de agua, allanar las puentes y derribar casas. Por la otra calle envió á Jorge de Albarado y Andrés de Tapia con ochenta españoles y mas de diez mil indios. Quedaron á la boca desta calle dos tiros y ocho de caballo. Cortés fué por la otra con gran número de amigos y con cien españoles á pié, de los cuales eran veinte y cinco ballesteros y escopeteros. Mandó á ocho de caballo que llevaba, quedarse, y que no fuesen tras él sin se lo enviar á decir. Desta manera entraron todos á un tiempo y cada cuadrilla por su cabo, y hicieron maravillas, derrocando hombres y albarradas y ganando puentes. Llegaron cerca del Tianquiztli; cargaron tantos indios de nuestros amigos, que entraron por las casas á escala vista y las robaron; y segun iba la cosa, parescia que todo se ganaba aquel dia. Cortés les decia que no pasasen mas adelante, que bastaba lo hecho, no recibiesen algun revés, y que mirasen si dejaban bien cegadas las puentes ganadas, en que estaba todo el peligro ó victoria. Los que iban con el tesorero siguiendo victoria y alcance dejaron una quebrada falsamente ciega, que seria doce pasos en anchura y dos estados en hondura. Fué allá Cortés, como se lo dijeron, á remediar aquel mal recado; mas tan presto como llegó vió venir huyendo los suyos y arrojarse al agua por miedo de los muchos y asecutivos enemigos que venian detrás, los cuales se echaban tras ellos por matarlos. Venian tambien por agua barcas, que tomaban vivos muchos de nuestros amigos y aun españoles. No sirvió entonces Cortés y otros quince que allí estaban sino de dar las manos á los caidos; unos salian heridos, otros medio ahogados, y muchos sin armas. Cargó tanta gente enemiga, que los cercó. Cortés y sus quince compañeros, embebescidos en socorrer á los del agua, y ocupados con los socorridos, no se dieron cata del peligro en que estaban; y así, echaron mano dél ciertos mejicanos, y lleváranselo sino por Francisco de Olea, criado suyo, que cortó las manos al que le tenia asido, de una cuchillada; al cual mataron luego allí los contrarios; y así, murió por dar la vida á su amo. Llegó en esto Antonio de Quiñones, capitan de la guarda; trabó del brazo á Cortés, y sacóle por fuerza de entre los enemigos, con quien fuertemente peleaba. Ya entonces, á la fama que Cortés era preso, acudian españoles á la brega, y uno de caballo hizo algun tanto de lugar; mas luego le dieron una lanzada por la garganta, que le hicieron dar la vuelta. Estancó un poco la pelea, y Cortés cabalgó en un caballo que le trajeron; y porque no se podia pelear allí bien á caballo, recogió los españoles, dejó aquel mal paso, y salióse á la calle del Tlacopan, que es ancha y buena. Murió allí Guzman, camarero de Cortés, por querer darle un caballo; cuya muerte dió mucha tristeza á todos, ca era honrado y valiente. Anduvo tan revuelta la cosa, que cayeron al agua dos yeguas; la una se remedió, la otra mataron indios, como hicieron al caballo de Guzman. Estando combatiendo una albarrada el tesorero y sus compañeros, les echaron de una casa tres cabezas de españoles, diciendo que otro tanto harian dellos si no alzaban el cerco. Viendo esto y entendiendo el estrago que digo, se retrajeron poco á poco. Los sacerdotes se subieron á unas torres del Tratelulco, encendieron braseros, pusieron sahumerios de copalli en señal de victoria. Desnudaron los españoles cativos, que serian hasta cuarenta, abriéronlos por el pecho, sacáronles los corazones para ofrescer á sus ídolos, y rociaron el aire con la sangre. Quisieran los nuestros ir allá y vengar aquella crueldad, ya que estorbar no la podian; mas bien tuvieron qué hacer en ponerse en cobro, segun la carga y priesa que les dieron los enemigos, no temiendo á caballos ni á espadas. Fueron este dia cuarenta españoles presos y sacrificados. Quedó herido Cortés en una pierna, y mas de otros treinta. Perdióse un tiro y tres ó cuatro caballos. Murieron cerca de dos mil indios amigos nuestros. Muchas de nuestras canoas se perdieron, y los bergantines es-

tuvieron para ello. El capitan y maestro de uno dellos salieron heridos, y el capitan murió de la herida dende á ocho dias. Tambien murieron peleando este mesmo dia cuatro españoles del real de Albarado. Fué aciago el dia, y la noche triste y llorosa para nuestros españoles y amigos. Regocijaron aquella tarde y noche los de Méjico con grandes fuegos, con muchas bocinas y atabales, con bailes, banquetes y borracheras. Abrieron las calles y puentes como antes las tenian. Pusieron velas en las torres, y centinelas cerca de los reales; y luego por la mañana envió el Rey dos cabezas de cristianos y otras dos de caballos por toda la comarca, en señal de la victoria habida, rogándoles que dejasen la amistad de españoles, y prometiendo que presto acabaria los que quedaban, y libraria toda la tierra de guerra; lo cual fué causa que algunas provincias tomasen ánimo y armas contra los amigos y aliados de Cortés, como hicieron Malinalco y Cuixco contra Coahunauac. Sonóse luego esto por muchas partes, y temian los nuestros rebelion en los pueblos amigos y motin en el ejército; mas quiso Dios que no lo hubiese. Cortés salió con su gente otro dia á pelear, por no mostrar flaqueza, y tornóse de la primera puente.

La conquista de Malinalco y Matalcinco y otros pueblos.

A dos dias del desbarato vinieron al real de Cortés los de Coahunauac, que ya de muchos dias eran sus amigos, á decirle cómo los de Malinalco y Cuixco les daban guerra y les destruian los panes y frutas, y le amenazaban á él para después que los hubiesen á ellos vencido; por tanto, que les diese alguna ayuda de españoles. Cortés, aunque tenia mas necesidad de ser socorrido que de socorrer, les prometió españoles, tanto por no perder crédito, cuanto por la instancia con que los pedian; lo cual contradijeron algunos españoles, que no les parescia bien sacar gente del ejército. Dióles ochenta peones españoles y diez de caballo, y por capitan á Andrés de Tapia, á quien encargó mucho la guerra y la brevedad. Dióle diez dias de plazo para ir y venir. Andrés de Tapia fué allá, juntóse con los de Coahunauac, halló los enemigos en una aldea cerca de Malinalco, peleó con ellos en campo raso, desbaratólos y siguiólos hasta la ciudad, que es un pueblo grande, abundante de agua, y asentado en un cerro muy alto, donde los caballos no podian subir. Taló lo llano, y tornóse. Hizo tanto fruto esta salida, que libró los amigos y atemorizó los enemigos, que tomaban alas pensando que iban muy de caida los españoles. Al segundo dia que Andrés de Tapia llegó de Coahunauac vinieron diez y seis mensajeros de lengua otomitlh, quejándose de los señores de la provincia de Matalcinco, sus vecinos, que les hacian cruda guerra y que les habian destruido la tierra, quemado un lugar y llevado la gente; y que venian hácia Méjico con propósito de pelear con los españoles, para que saliesen entonces los de la ciudad y los matasen ó echasen del cerco; y que proveyese presto de remedio, porque no estaban de allí mas de doce leguas, y eran muchos. Cortés creyó ser así, porque los dias atrás, cuando andaban peleando, le amenazaban mejicanos con Matalcinco. Envia allá á Gonzalo de Sandoval con deciocho caballos y cien peones y con muchos de aquella serranía que estaban dias habia en el cerco. Tanto hizo Cortés esto por no mostrar flaqueza á los amigos y enemigos, como por socorrer aquellos; que bien sabia en cuánto peligro andaban los que iban y los que quedaban, y que se quejaban los suyos. Sandoval se partió, durmió dos noches en tierra de Otomitlh, que estaba destruida; llegó después á un rio que pasaban los enemigos, los cuales llevaban gran presa de un lugar que acababan de quemar; y como vieron españoles y hombres á caballo, huyeron, dejando buena parte del despojo. Pasaron otro rio y repararon en un llano. Sandoval los siguió. Halló en el camino fardeles de ropa, cargas de centli y niños asados. Arremetió á ellos con los caballos. Llegaron luego los de pié, y desbaratólos. Huyeron. Siguiólos hasta cerrallos en Matalcinco, que estaba á tres leguas. Murieron en el alcance dos mil. La ciudad se puso en defensa para que entre tanto se fuesen mujeres y mochachos, y llevasen la ropa á un cerro muy alto, do habia una como fortaleza. Acabaron en esto de llegar nuestros amigos, que serian hasta setenta mil. Entraron dentro, echaron fuera los vecinos, saquearon el pueblo y luego quemáronlo, y en esto se pasó la noche. Los vencidos se recogieron al cerro que digo. Tuvieron grandes llantos y alaridos y un estruendo increible de atabales y bocinas hasta media noche; que después todos se fueron de allí. Sandoval sacó todo su ejército luego por la mañana. Fué al cerro, y no halló nadie ni rastro de los enemigos. Dió sobre un lugar que estaba de guerra; mas el señor dejó las armas, abrió las puertas, dióse, y prometió de traer de paz á los de Matalcinco, Malinalco y Cuixco. Y cumpliólo, porque luego les habló y los llevó á Cortés. El los perdonó, y ellos le sirvieron muy bien en el cerco, de que mucho pesó al rey Cuahutimoc.

Determinacion de Cortés en asolar á Méjico.

Chichimecatl, señor tlaxcalteca, que trajo la tablazon de los bergantines, y que estaba con Pedro de Albarado del principio de la guerra, viendo que ya no peleaban españoles como solian antes, entró con solos los de su provincia, cosa que no se habia hecho, á combatir la ciudad. Acometió una puente con mucha grita, y apellidando su linaje y ciudad, la ganó. Dejó allí cuatrocientos flecheros, y siguió los enemigos, que de industria para cogerle á la vuelta huian. Revolvieron sobre él, y trabóse una muy gentil escaramuza; ca unos y otros pelearon reciamente y á la igual. Pasaron grandes razones. Muchos heridos y muertos de una y otra parte, con que todos cenaron muy bien. Diéronle carga, y pensaron asirle al paso del agua; mas él lo pasó seguramente con el favor de los cuatrocientos flecheros, que detuvieron los contrarios y les hicieron perder la soberbia. Quedaron los de Méjico corridos de aquella entrada y espantados de la osadía de tlaxcaltecas, y aun los españoles se maravillaron del ardid y destreza. Como no combatian los nuestros segun solian, pensaban en Méjico que de cobardes ó enfermos, ó por ventura de hambrientos; y un dia al cuarto del alba dieron en el real de Albarado un buen rebato. Sintiéronlo las velas, tocaron al arma, salieron los de

dentro á pié y á caballo, y á lanzadas les hicieron huir. Muchos dellos se ahogaron, muchos fueron heridos, y todos escarmentaron. Dijeron tras esto los de Méjico que querian hablar á Cortés. El se llegó á una puente alzada á ver qué decian. Ellos una vez pedian treguas y otra paces, y siempre ahincaban que los españoles se fuesen de toda su tierra. Era todo esto para descubrir qué corazon tenian los nuestros y para tomar algunos dias de treguas á fin de se bastecer; que su voluntad siempre fué de morir defendiendo su patria y religion. Cortés les respondió que las treguas ni á él ni á ellos convenian; mas que la paz, pues en todo tiempo era buena, no se perderia por él, aunque era el cercador y tenia mucho qué comer. Que mirasen ellos cómo la querian, antes que se les acabase el pan; no se muriesen de hambre. Estando así platicando con el faraute, se puso en el baluarte un viejo anciano, y á vista de todos sacó muy de su espacio de una mochila pan y otras cosas, que comió, dando á entender que no tenian necesidad; y con tanto se fenesció la plática. Muy largo se le hacia á Cortés el cerco, porque en cerca de cincuenta dias no habia podido ganar á Méjico; y maravillábase que los enemigos durasen tanto tiempo en las escaramuzas y combates, y de que no quisiesen paz ni concordia, sabiendo cuántos millares dellos eran muertos á manos de los contrarios, y cuántos de hambre y dolencia. Rogábales fuesen sus amigos; si no, que los mataria á todos y los ternia cercados por agua y tierra, para que no les entrasen fruta ni pan ni agua, y se comiesen unos á otros. Ellos decian que primero se moririan los españoles; y cuanto mas miedo les ponian, mas esfuerzo mostraban, y mas reparos y ardides hacian; ca hincheron la plaza y muchas calles de piedras grandes, para que no pudiesen correr los caballos; y atajaron otras calles á piedra seca, para que no entrasen españoles. Cortés, aunque no quisiera destruir tan hermosa ciudad, determinó derribar por el suelo todas las casas de las calles que ganase, y con ellas cegaron muy bien las canales de agua. Comunicólo con sus capitanes, y á todos les paresció bueno, aunque trabajoso y largo. Díjolo tambien á los señores indios del ejército, los cuales se holgaron con aquella nueva, y luego hicieron venir muchos labradores con huictles de palo, que sirven de pala y azada. En esto se pasaron cuatro dias. Cortés, como tuvo gastadores, apercibió su gente y comenzó á combatir la calle que va á la plaza Mayor. Los de la ciudad demandaron paz fingidamente. Cortés se detuvo y preguntó por el Rey. Respondieron que le habian ido á llamar. Esperó una hora, y al cabo tiráronle muchas piedras, flechas y varas, deshonrándole. Arremetieron entonces los españoles, ganaron una gran albarrada y entraron en la plaza. Quitaron las piedras que daban estorbo á los caballos, cegaron la agua de aquella calle de tal manera, que nunca mas se abrió; derrocaron todas las casas, y dejando la entrada llana y abierta, se volvieron al real. Seis dias á la contina hicieron los nuestros otro tanto como aquel, sin recebir mucho daño, salvo que al postrero les hirieron dos caballos. Cortés les hizo luego al siguiente dia una emboscada. Llamó á Gonzalo de Sandoval que viniese con treinta caballos suyos y de Albarado para juntar con otros veinte y cinco que él tenia. Envió los bergantines delante y toda la gente, y él metióse con treinta caballos en unas casas grandes de la plaza. Pelearon en muchas partes con los de la ciudad, y retiráronse. Al pasar de aquella casa soltaron una escopeta, que era la señal de salir la celada. Venian con tanto hervor y grita los contrarios ejecutando el alcance, que pasaron bien adelante de la zalagarda. Salió Cortés con sus treinta caballeros, diciendo: «Sant Pedro y á ellos, Santiago y á ellos;» y hizo gran estrago, matando á unos, derrocando á otros, y atajando á muchos, que luego allí prendian los indios amigos. En esta celada, sin los de los combates, murieron quinientos mejicanos y quedaron presos otros muchos. Tuvieron bien qué cenar aquella noche los indios nuestros amigos. No se les podia quitar el comer carne de hombres. Ciertos españoles subieron á una torre de ídolos, abrieron una sepultura, y hallaron hasta mil y quinientos castellanos en cosas de oro. Desta hecha cobraron en Méjico tanto temor, que ni gritaban ni amenazaban como antes, ni osaron de allí adelante esperar en la plaza vez que los nuestros se retirasen, por miedo de otra. Y en fin, esto fué causa para mas aína ganarse Méjico.

La hambre y dolencias que mejicanos pasaban con grande ánimo.

Dos mejicanos, hombres de poca manera, se salieron de noche, de puros hambrientos, y se vinieron al real de Cortés; los cuales dijeron cómo sus vecinos estaban muy amedrentados, muertos de hambre y dolencias, y que amontonaban los muertos en las casas por encobrillos, y que salian las noches á pescar entre las casas y adonde no los tomasen los bergantines, y á buscar leña y coger yerbas y raíces que comer. Cortés quiso saber aquello mas por entero. Hizo que los bergantines rodeasen la ciudad, y él con hasta quince de caballo y cien peones españoles, y muchos otros amigos, fué allá antes que amaneciese, metióse tras unas casas, y puso espías que le avisasen con cierta señal cuando hubiese gente. Como fué dia, comenzó de salir mucha gente á buscar de comer. Salió Cortés, por la seña que tuvo, y hizo gran matanza en ellos, como los mas eran mujeres y muchachos, y los hombres iban casi desarmados. Murieron allí ochocientos. Los bergantines tomaron tambien muchos hombres y barcos pescando. Sintieron el ruido las velas de la ciudad; mas los vecinos, espantados de ver andar por allí españoles á hora desacostumbrada, temiéronse de otra zalagarda, y no pelearon. El dia siguiente, que fué víspera de Santiago, patron de España, entró Cortés á combatir como solia la ciudad. Acabó de ganar la calle de Tlacopan, y quemó las casas de Cuahutimoc, que eran grandes y fuertes y cercadas de agua. Ya con esto estaban, de cuatro partes de Méjico, ganadas las tres, y se podia ir seguramente del real de Cortés al de Albarado. Como se derribaban ó quemaban todas las casas de lo ganado, decian aquellos mejicanos á los de Tlaxcallan y de los otros pueblos: «Así, así, dáos priesa; quemad y asolad bien esas casas; que vosotros las tornaréis á hacer, mal que os pese, á vuestra costa y trabajo; porque si somos vencedores, haréislas para nosotros, y si vencidos, para españoles.» Dende á cuatro dias entró Cortés

por su parte y Albarado por la suya; el cual trabajó lo posible por ganar dos torres del Tlatelulco, para estrechar los enemigos por su estancia, como hacia su capitan; hizo, en fin, tanto, que las ganó, aunque perdió tres caballos. Al otro dia se paseaban los de caballo por la plaza, y los enemigos mirando de las azoteas. Andando por la ciudad hallaron montones de cuerpos muertos por las casas y calles y en agua, y muchas cortezas y raíces de árboles roidos, y los hombres tan flacos y amarillos, que hicieron lástima á nuestros españoles. Cortés les movió partido. Ellos, aunque flacos de cuerpo, estaban recios de corazon, y respondiéronle que no hablase en amistad ni esperase despojo ninguno dellos, porque habian de quemar todo lo que tenian, ó echarlo al agua, do nunca pareciese, y que uno solo que dellos quedase, habia de morir peleando. Faltaba ya la pólvora, bien que sobraban las saetas y picas, como se hacian cada dia; y para dañar, ó á lo menos espantar los enemigos, se hizo un trabuco y se puso en el teatro de la plaza, con el cual nuestros indios amenazaban mucho á los de la ciudad. No lo acertaron hacer los carpinteros, y así no aprovechó. Los españoles disimularon con que no querian hacer mas daño de lo hecho. Como habian estado cuatro dias ocupados en hacer el trabuco, no habian entrado á combatir la ciudad, y cuando después entraron, hallaron llenas las calles de mujeres, niños, viejos y otros hombres mezquinos que se traspasaban de hambre y enfermedad. Mandó Cortés á los suyos no hiciesen mal á personas tan miserables. La gente principal y sana estaba en las azoteas sin armas y con mantas, cosa nueva y que puso admiracion. Creo que guardaban fiesta. Requirióles con la paz; respondieron con disimulacion. Otro dia dijo Cortés á Pedro de Albarado que combatiese un barrio de hasta mil casas, que estaba por ganar, y que él le ayudaria por la otra parte. Los vecinos se defendieron muy bien un gran rato; mas al cabo huyeron, no pudiendo sufrir la furia y priesa de los contrarios. Los nuestros ganaron todo aquel barrio, y mataron doce mil ciudadanos. Hubo tanta mortandad porque anduvieron tan crueles y encarnizados los indios nuestros amigos, que á ningun mejicano daban vida, por mas reprehendidos que fueron. Quedaron tan arrinconados en perdiendo este barrio, que apenas cabian de piés en las casas que tenian, y estaban las calles tan llenas de muertos y enfermos, que no podian pisar sino en cuerpos. Cortés quiso ver lo que tenia por ganar de la ciudad; subióse á una torre, miró, y parescióle que una parte de ocho. Otro dia siguiente tornó á combatir lo que quedaba. Mandó á todos los suyos que no matasen sino al que se defendiese. Los de Méjico, llorando su desventura, rogaban á los españoles que los acabasen de matar, y ciertos caballeros llamaron á Cortés á mucha priesa. Él fué corriendo allá, con pensar que era para tratar de algun concierto. Púsose orilla de una puente, y dijéronle: «¡Ah capitan Cortés! pues eres hijo del sol, ¿por qué no acabas con él que nos acabe? ¡Oh sol! que puedes dar vuelta al mundo en tan breve espacio de tiempo como es un dia con su noche, mátanos ya, y sácanos de tanto y tan largo penar; que deseamos la muerte por ir á descansar con Cuetzalcouatlh, que nos está esperando.» Tras esto lloraban y llamaban sus dioses á grandes voces. Cortés les respondió lo que le pareció, mas no pudo convencellos. Gran compasion les tenian nuestros españoles.

La prision de Cuahutimoc.

Cortés, que los vió en tanto estrecho y males, quiso probar si se darian. Habló con un tio de don Fernando de Tezcuco, que tres dias antes habia tomado preso, y aun estaba herido, y rogóle que fuese á tratar de paz con su rey. El caballero rehusó al principio, sabiendo la determinacion de Cuahutimoc; pero al fin dijo que iria, por ser cosa de honra y bondad. Así que Cortés entró otro dia con su gente y envió aquel caballero delante con ciertos españoles; los que guardaban la calle lo recibieron y saludaron con el acatamiento que tal persona merescia; fué luego al Rey, y díjole su embajada. Cuahutimoc se enojó y le mandó sacrificar. La respuesta que dió fueron flechazos, pedradas, lanzadas y alaridos, y que querian morir, y no paz. Pelearon recio aquel dia; hirieron y mataron muchos hombres, y un caballo con un dalle que traia un mejicano hecho de una espada española; pero si muchos mataron, muchos murieron. Otro dia entró tambien Cortés, mas no peleó, esperando que se rendirian. Empero ellos no tenian tal pensamiento. Llegóse á una albarrada, habló á caballo con ciertos señores que conoscia, diciendo que los podia muy bien acabar en chico rato, mas que de lástima lo dejaba, y porque los queria mucho; que hiciesen con el señor se diesen, y serian bien recebidos y tratados, y ternian qué comer. Con estas y otras razones así les hizo llorar. Respondieron que bien conocian su error y sentian su daño y perdicion; pero que habian de obedescer á su rey y á sus dioses, que así lo querian; mas que se esperase allí, que iban á decirlo á su señor Cuahutimoccin. Fueron, y dende á un rato volvieron, diciendo cómo por ser ya tarde no venia el señor, mas que luego al otro dia vernia sin duda ninguna, á hora de comer, á le hablar en la plaza. Con tanto, se tornó Cortés á su real muy alegre, pensando que en las vistas se concertarian. Mandó aderezar el teatro de la plaza con estrado, á la usanza de los señores mejicanos, y de comer para otro dia. Fué con muchos españoles muy apercebidos. No vino el Rey, sino envió cinco señores muy principales que tratasen en conciertos, y que le desculpasen por enfermo. Pesó á Cortés que el Rey no viniese; empero holgóse mucho con aquellos señores, creyendo por su medio acabar la paz. Comieron y bebieron como hombres que tenian necesidad; llevaron algun refresco, y prometieron de tornar, porque Cortés se lo rogó, y les dijo que sin la presencia del Rey no se podia dar ni tomar asiento ninguno. Volvieron dende á dos horas; trajeron de presente unas mantas de algodon muy buenas, y dijeron cómo en ninguna manera el Rey vernia, ca tenia vergüenza y miedo; fuéronse, que ya era noche. Volvieron otro dia aquellos mesmos á decir á Cortés que se fuese al mercado, que le haria hablar Cuahutimoc. Fué, y esperó mas de cuatro horas, y nunca el Rey vino. Viendo la burla, envió Cortés á Sandoval con los bergantines por una parte, y él por otra, combatió las calles y

albarradas en que estaban fuertes los enemigos; y como halló poca resistencia, ca no tenian piedras ni flechas, entró y hizo lo que quiso. Pasaron de cuarenta mil personas las que fueron aquel dia muertas y presas, y mas tuvieron que hacer los españoles en estorbar que sus amigos no matasen que en pelear. El saco no se lo estorbaron. Era tanto el llanto de las mujeres y niños, que quebraba los corazones á los españoles; y tan grande la hediondez de los cuerpos que ya estaban muertos, que se retiraron luego. Propusieron aquella noche, Cortés de acabar otro dia la guerra, y Cuahutimoc de huir, que para eso se metió en una canoa de veinte remos. Luego pues por la mañana tomó Cortés su gente y cuatro tiros, y fuése al rincon do los enemigos estaban acorralados. Dijo á Pedro de Albarado que se estuviese quedo hasta oir una escopeta, y á Sandoval que entrase con los bergantines á un lago de entre las casas, donde estaban recogidas todas las barcas de Méjico, y que mirase por el Rey y no le matase. Mandó á los demás que echasen al enemigo hácia los bergantines; subióse á una torre, y preguntó por el Rey. Vino Xihuacoa, gobernador y capitan general. Hablóle, y no pudo acabar con él que se diesen. Todavía se salieron muchos, y los mas eran viejos y muchachos y mujeres; y como eran tantos y traian priesa, unos á otros se rempujaban, y se echaban al agua y se ahogaban. Rogó Cortés á los señores indios que mandasen á los suyos no matasen aquella mezquina gente, pues se daba. Empero no pudieron tanto, que no matasen y sacrificasen mas de quince mil dellos. Tras esto hubo grandísimo rumor entre la gente menuda de la ciudad, porque el señor queria huir, y ellos ni tenian ni sabian adónde ir; y así, procuraron todos de meterse en barcas, y como no cabian, caian al agua y ahogábanse. Muchos hubo que se escaparon nadando. La gente de guerra se estaba arrimada á las paredes de las azoteas, disimulando su perdicion. La nobleza mejicana y otros muchos estaban en canoas con el Rey. Cortés hizo soltar la escopeta para que Pedro de Albarado acometiese por su parte, y luego se tiró la artillería al rincon, donde estaban los enemigos. Diéronles tanta priesa, que en chico rato lo ganaron, sin dejar cosa por tomar. Los bergantines rompieron la flota de las barcas, sin que ninguna se defendiese. Antes echaron todas á huir por do mejor pudieron, y abatieron el estandarte real. Garci Holguin, que era capitan de un bergantin, dió tras una canoa grande de veinte remos y muy cargada de gente. Díjole un prisionero que llevaba consigo cómo eran aquellos del Rey, y que podia ser ir él allí. Dióle entonces caza, y alcanzóla. No quiso embestir con ella, sino encaróle tres ballestas que tenia. Cuahutimoc se puso en pié en la popa de su canoa para pelear; mas como vió ballestas armadas, espadas desnudas y mucha ventaja en el navío, hizo señal que iba allí el señor, y rindióse. Garci Holguin, muy alegre con tal presa, lo llevó á Cortés, el cual le recibió como á Rey, hízole buen semblante, y llególe á sí. Cuahutimoc entonces echó mano al puñal de Cortés, y díjole: «Ya yo he hecho todo mi poder para me defender á mí y á los mios, y lo que obligado era para no venir á tal estado y lugar como estoy; y pues vos podeis agora hacer de mí lo que quisierdes, matadme, que es lo mejor.» Cortés lo consoló y le dió buenas palabras y esperanza de vida y señorío. Subióle á una azotea, rogóle mandase á los suyos que se diesen; él lo hizo, y ellos, que serian obra de setenta mil, dejaron las armas en viéndole.

De la toma de Méjico.

De la manera que dicho queda ganó Fernando Cortés á Méjico Tenuchtitlan, mártes á 13 de agosto, dia de Sant Hipólito, año de 1521. En remembranza de tan gran hecho y victoria hacen cada año, semejante dia, los de la ciudad fiesta y procesion, en que llevan el pendon con que se ganó. Duró el cerco tres meses. Tuvo en él docientos mil hombres, novecientos españoles, ochenta caballos, decisiete tiros de artillería, y trece bergantines y seis mil barcas. Murieron de su parte hasta cincuenta españoles y seis caballos, y no muchos indios. Murieron de los enemigos cien mil, y á lo que otros dicen, muy muchos mas; pero yo no cuento los que mató la hambre y pestilencia. Estaban á la defensa todos los señores, caballeros y hombres principales; y así, murieron muchos nobles. Eran muchos, comian poco, bebian agua salada. Dormian entre los muertos, y estaban en perpetua hedentina. Por estas cosas enfermaron y les vino pestilencia, en que murieron infinitos. De las cuales tambien se colige la firmeza y esfuerzo que tuvieron en su propósito; porque llegando á extremo de comer ramas y cortezas, y á beber agua salobre, jamás quisieron paz. Ellos bien la quisieran á la postre; mas Cuahutimoc no la quiso, porque al principio la rehusaron contra su voluntad y consejo, y porque muriéndose todos, no dieron señal de flaqueza; ca se tenian los muertos en casa porque sus enemigos no los viesen. De aquí tambien se conosce cómo mejicanos, aunque comen carne de hombre, no comen la de los suyos, como algunos piensan; que si la comieran, no murieran ansí de hambre. Alaban mucho las mujeres mejicanas, y no porque se estuvieron con sus maridos y padres, sino por lo mucho que trabajaron en servir los enfermos, en curar los heridos, en hacer hondas y labrar piedras para tirar, y aun en pelear desde las azoteas; que tan buena pedrada daban ellas como ellos. Dióse Méjico á saco, y españoles tomaron el oro, plata, pluma, y los indios la otra ropa y despojo. Cortés hizo hacer muchos y grandes fuegos en las calles, por alegrías y por quitar el mal hedor que los encalabriaba. Enterró los muertos como mejor pudo. Herró muchos hombres y mujeres por esclavos con el hierro del Rey; los demás dejó libres. Baró los bergantines en tierra; dejó en guarda dellos á Villafuerte con ochenta españoles, porque no los quemasen indios. Estuvo en esto cuatro dias, y luego pasó el real á Culuacan, donde dió las gracias á los señores y pueblos amigos que le habian ayudado. Prometióles de se lo gratificar, y dijo que se fuesen con Dios los que quisiesen, pues al presente no tenia mas guerra, y que los llamaria si la hobiese. Con tanto, se fueron casi todos ricos, y muy contentos en haber destruido á Méjico, y por ir amigos de españoles y en gracia de Cortés.

Señales y prognósticos de la destruicion de Méjico.

Poco antes que Fernando Cortés llegase á la Nueva-España, apareció muchas noches un gran resplandor sobre la mar por do entró; el cual parescia dos horas antes del dia, subíase en alto y deshacíase luego. Los de Méjico vieron entonces llamas de fuego hácia oriente, que es la Veracruz, y un humo grande y espeso que parescia llegar al cielo, y que mucho los espantó. Vieron eso mesmo pelear por el aire gentes armadas, unas con otras; cosa nueva y maravillosa para ellos, y que les dió qué pensar y qué temer, por cuanto se platicaba entre ellos cómo habia de ir gente blanca y barbuda á señorear la tierra en tiempo de Moteczuma. Entonces se alteraron mucho los señores de Tezcuco y Tlacopan, diciendo que la espada que Moteczuma tenia era las armas de aquellas gentes del aire, y los vestidos el traje; y tuvo él harto que aplacarlos, fingiendo que aquellas ropas y armas fueron de sus antepasados, y porque lo creyesen hizo que probasen á quebrar la espada; y como no pudieron ó no supieron, quedaron maravillados y pacíficos. Paresce ser que ciertos hombres de la costa habian poco antes llevado á Moteczuma una caja de vestidos con aquella espada y ciertos anillos de oro y otras cosas de las nuestras, que hallaron orillas del agua, traidas con tormenta. Otros dicen que fué la alteracion de aquellos señores cuando vieron los vestidos y el espada que Cortés envió á Moteczuma con Teudilli, mirando cómo se parecia al vestido y armas de los que peleaban en el aire. Como quiera que fuese, ellos cayeron en que se habian de perder entrando en su tierra los hombres de aquellas armas y vestidos. El mesmo año que Cortés entró en Méjico apareció una vision á un malli ó cativo de guerra para sacrificar, que lloraba mucho su desventura y muerte de sacrificio, llamando á Dios del cielo; la cual le dijo que no temiese tanto la muerte, y que Dios, á quien se encomendaba, habria merced dél; y que dijese á los sacerdotes y ministros de los ídolos que muy presto cesaria su sacrificio y derramamiento de sangre humana, por cuanto ya venian cerca los que lo habian de vedar, y mandar la tierra. Sacrificáronlo en medio del Tlatelulco, donde agora está la horca de Méjico. Notaron mucho sus palabras y la vision, que llamaban aire del cielo, y que cuando después vieron ángeles pintados con alas y diademas, decian parescer al que habló con el malil. Tambien reventó la tierra el año de 20 cerca de Méjico, y salian grandes peces con el agua, que lo miraron por novedad. Contaban mejicanos cómo viniendo Moteczuma con la victoria de Xochnuxco muy ufano, dijera al señor de Culuacan que quedaba Méjico seguro y fuerte, pues habia vencido aquella y otras provincias, y que ya no habria quien contra él pudiese. «No confies tanto, buen rey, respondió aquel señor; que una fuerza fuerza otra.» De la cual respuesta se mucho enojó Moteczuma, y lo miraba de mal ojo. Mas después, cuando Cortés los prendió á entrambos, se acordó muchas veces de aquellas pláticas, que fueron profecía.

Cómo dieron tormento á Cuahutimoc para saber del tesoro.

No se halló todo el oro en Méjico que primero tuvieron los nuestros, ni rastro del tesoro de Moteczuma, que tenia gran fama; de que mucho se dolian los españoles, ca pensaban, cuando acabaron de ganar á Méjico, hallar un gran tesoro, á lo menos que hallaran cuanto perdieran al huir de Méjico. Cortés se maravillaba cómo ningun indio le descubria oro ni plata. Los soldados aquejaban á los vecinos por sacarles dineros. Los oficiales del Rey querian descubrir el oro, plata, perlas, piedras y joyas, para juntar mucho quinto; empero nunca pudieron con mejicano ninguno que dijese nada, aunque todos decian cómo era grande el tesoro de los dioses y de los reyes; así que acordaron dar tormento á Cuahutimoc y á otro caballero y su privado. El caballero tuvo tanto sufrimiento, que, aunque murió en el tormento de fuego, no confesó cosa de cuantas le preguntaron sobre tal caso, ó porque no lo sabia, ó porque guardan el secreto que su señor les confia constantísimamente. Cuando lo quemaban miraba mucho al Rey, para que, habiendo compasion dél, le diese licencia, como dicen, de manifestar lo que sabia, ó lo dijese él. Cuahutimoc le miró con ira y lo trató vilísimamente, como muelle y de poco, diciendo si estaba él en algun deleite ó baño. Cortés quitó del tormento á Cuahutimoc, paresciéndole afrenta y crueldad, ó porque dijo cómo echara en la laguna, diez dias antes de su prision, las piezas de artillería, el oro y plata, las piedras, perlas y ricas joyas que tenia, por haberle dicho el diablo que seria vencido. Acusaron esta muerte á Cortés en su residencia como cosa fea é indigna de tan gran rey, y que lo hizo de avaro y cruel; mas él se defendia con que se hizo á pedimento de Julian de Alderete, tesorero del Rey, y porque paresciese la verdad; ca decian todos que se tenia él tóda la riqueza de Moteczuma, y no queria atormentalle porque no se supiese. Muchos buscaron este tesoro en la laguna y en tierra, por lo que dijo Cuahutimoc, mas nunca se halló; y es cosa notable haber escondido tanta cantidad de oro y plata, y no decirlo.

El servicio y quinto para el Rey, de los despojos de Méjico.

Hicieron fundicion de los despojos de Méjico. Hubo ciento y treinta mil castellanos, que se repartieron segun el servicio y méritos de cada uno. Cupo al quinto del Rey veinte y seis mil castellanos. Cupiéronle tambien muchos esclavos, plumajes, ventalles, mantas de algodon y mantas de pluma; rodelas de vimbre aforradas en pieles de tigres y cubiertas de pluma, con la copa y cerco de oro; muchas perlas, algunas como avellanas, pero algo negras las mas, de como queman las conchas para sacarlas y aun para comer la carne. Sirvieron al Emperador con muchas piedras, y entre ellas, con una esmeralda fina, como la palma, pero cuadrada, y que se remataba en punta como pirámide, y con una gran vajilla de oro y plata, en tazas, jarros, platos, escudillas, ollas y otras piezas de vaciadizo, unas como aves, otras como peces, otras como animales, otras como frutas y flores; y todas tan al vivo, que habia mucho de ver. Diéronle asimesmo muchas manillas, cercillos, sortijas, bezotes y otras joyas de hombres y de mujeres, y algunos ídolos y cebratanas de oro y de plata; todo lo cual valia ciento y cincuenta mil ducados, aunque otros

dicen dos tanto. Enviáronle, sin esto, muchas máscaras musáicas de pedrecitas finas, con las orejas de oro y con los colmillos de hueso fuera de los labios. Muchas ropas de sacerdotes, bragas, frontales, palias y otros ornamentos de templos; lo cual era de pluma, algodon y pelos de conejo. Enviaron tambien algunos huesos de gigantes que se hallaron allí en Culuacan, y tres tigres, uno de los cuales se soltó en la nao, y arañó seis ó siete hombres, y aun mató dos, y echóse á la mar. Mataron la otra porque no hiciese otro tanto mal. Otras cosas enviaron, pero esto es lo substancial; y muchos enviaron dineros á sus parientes, y Cortés envió cuatro mil ducados á sus padres cón Juan de Ribera, su secretario. Trujeron esta riqueza Alonso de Avila y Antonio de Quiñones, procuradores de Méjico, en tres carabelas. Pero tomó las dos carabelas que traian el oro Florin, cosario francés, mas acá de los Azores, y aun tambien tomó entonces otra nao que venia de las islas, con setenta y dos mil ducados, seiscientos marcos de aljófar y perlas, y dos mil arrobas de azúcar. Escribió el cabildo al Emperador en alabanza de Cortés, y él le suplicaba por los conquistadores, para que les confirmase los repartimientos, y que enviase una persona docta y curiosa á ver la mucha y maravillosa tierra que habia conquistado, y que tuviese por bien que se llamase Nueva-España. Que enviase obispos, clérigos y frailes para entender en la conversion de los indios; y labradores con ganados, plantas y simientes, y que no permitiese pasar allá tornadizos, médicos ni letrados.

Cómo Cazoncin, rey de Mechuacan, se dió á Cortés.

Puso muy gran miedo y admiracion en todos la destruicion de Méjico, que era la mayor y mas fuerte ciudad de todas aquellas partes, y mas poderosa en reino y riqueza. Por lo cual no solamente se dieron á Cortés los súbditos de mejicanos, pero los enemigos tambien, por desechar de sí la guerra; no les aconteciese como á Cuahutimoc; y así, venian á Culuacan embajadores de grandes y diversas provincias y de muy léjos; ca, segun cuentan, eran algunos de mas de trecientas leguas de allí. El rey de Mechuacan, por nombre dicho Cazon, antiguo y natural enemigo de los reyes mejicanos y muy gran señor, envió sus embajadores á Cortés, alegrándose de la victoria y dándosele por amigo. El los recibió muy bien, túvolos consigo cuatro dias. Hizo escaramuzar delante dellos á los de caballo para que lo contasen en su tierra. Dióles algunas cosillas y dos españoles que fuesen á ver aquel reino y tomar lengua de la mar del Sur, y despidiólos. Tantas cosas dijeron de los españoles aquellos embajadores á su rey, que estuvo por venir á verlos; mas estorbáronselo sus consejeros; y así, envió allí un hermano suyo con mil personas de servicio y muchos caballeros. Cortés lo recibió y trató conforme á la persona que era. Llevóle á ver los bergantines, el asiento y destruicion de Méjico. Anduvieron los españoles el caracol en ordenanza, y soltaron las escopetas y ballestas. Jugó la artillería al blanco, que se puso en una torre. Corrieron los de caballo, y escaramuzaron con lanzas. Quedó maravillado aquel caballero destas cosas y de las barbas y trajes. Fuése dende á cuatro dias que llegó, y tuvo bien qué contar al Rey su hermano. Viendo Cortés la voluntad del rey Cazoncin, envió á poblar en Chincicila de Michuacan á Cristóbal de Olid con cuarenta de caballo y cien infantes españoles, y Cazoncin holgó que poblasen, y les dió mucha ropa de pluma y algodon, cinco mil pesos de oro sin ley, por tener mucha mezcla de plata, y mil marcos de plata revuelta con cobre; todo esto en piezas de aparador y joyas de cuerpo, y ofresció su persona y reino al rey de Castilla, como se lo rogaba Cortés. La cabeza principal y ciudad de Michuacan llaman Chincicila, y está de Méjico poco mas de cuarenta leguas, y en una ladera de sierras, sobre una laguna dulce, tan grande como la de Méjico, y de muchos y buenos peces. Sin esta laguna hay en aquel reino otros muchos lagos, en que hay grandes pesquerías; á cuya causa se llama Michuacan, que quiere decir lugar de pescado. Hay tambien muchas fuentes, y algunas tan calientes, que no las sufre la mano, las cuales sirven de baños. Es tierra muy templada, de buenos aires, y tan sana, que muchos enfermos de otras partes se van á sanar á ella. Es fértil de pan, fruta y verdura. Es abundante de caza, tiene mucha cera y algodon. Son los hombres mas hermosos que sus vecinos, recios y para mucho trabajo. Grandes tiradores de arco y muy certeros, en especial los que llaman teuchichimecas, que están debajo ó cerca de aquel señorío; á los cuales, si yerran la caza, les ponen una vestidura de mujer, que dicen cucitl, por afrenta. Son guerreros y diestros hombres, y siempre tenian guerra con los de Méjico, y nunca ó por maravilla perdian batalla. Hay en este reino muchas minas de plata y oro bajo, y el año de 1525 se descubrió en él la mas rica mina de plata que se habia visto en la Nueva-España; y por ser tal, la tomaron para el Rey sus oficiales, no sin agravió de quien la halló. Mas quiso Dios que luego se perdiese ó acabase; y así, la perdió su dueño, y el Rey su quinto, y ellos la fama. Hay buenas salinas, mucha piedra negra, de que hacen sus navajas, y finísimo azabache. Críase grana de la buena. Españoles han puesto morales para seda, sembrado trigo y criado ganados, y todo se da muy bien; que Francisco de Terrazas cogió seiscientas hanegas, de cuatro que sembró.

La conquista de Tochtepec y Coazacoalco, que hizo Gonzalo de Sandoval.

Al tiempo que Méjico se rebeló y echó fuera los españoles, se rebelaron tambien todos los pueblos de su bando, y mataron los españoles que andaban por la tierra descubriendo minas y otros secretos. Mas la guerra de Méjico no habia dado lugar al castigo; y porque los mas culpantes eran Huatuxco, Tochtepec y otros lugares de la costa, envió allá desde Culuacan, por fin de octubre del año de 21, á Gonzalo de Sandoval con docientos españoles á pié, con treinta y cinco de caballo y con razonable ejército de amigos, en que iban algunos señores mejicanos. En llegando á Huatuxco se le rindió toda aquella tierra. Pobló en Tochtepec, que está de Méjico ciento y veinte leguas, y llamóle Medellin por mandado de Cortés y en gracia, que así se llama donde nació. De Tochtepec fué después Sandoval á poblar en Coazacoalco, pensando que los de aquel rio estaban amigos de Cortés, como lo habian prometido á Diego

de Ordás cuando fué allá en vida de Moteczuma. No halló en ellos buen acogimiento ni aun voluntad de su amistad. Díjoles que los iba á visitar de parte de Cortés, y á saber si habian menester algo. Ellos le respondieron que no tenian necesidad de su gente ni amistad; que se volviese con Dios. El les pidió la palabra, y les rogó con la paz y religion cristiana, mas no la quisieron; antes se armaron, amenazándole con la muerte. Sandoval no quisiera guerra; pero, como no podia al hacer, salteó de noche un lugar, donde prendió una señora, que fué parte para que llegasen los nuestros al rio sin contraste, y se apoderasen de Coazacoalco y sus riberas. A cuatro leguas de la mar pobló Sandoval la villa del Espíritu Santo; ca no se halló antes buen asiento. Atrajo á su amistad á Quechollan, Ciuatlan, Quezaltepec, Tabasco, que luego se rebelaron, y otros muchos pueblos, que se encomendaron á los pobladores del Espíritu Santo por cédula de Cortés. En este mesmo tiempo se conquistó Huaxacac, con mucha parte de la provincia de Mixtecapan, porque daban guerra á los de Tepeacac y á sus aliados. Hubo tres encuentros, en que murió mucha gente, primero que se diesen y consintiesen á los nuestros poblar en su tierra.

La conquista de Tututepec.

Deseaba Cortés tener tierra y puertos en la mar del Sur para descubrir por allí la costa de la Nueva-España, y algunas islas ricas de oro, piedras, perlas, especias, y otras cosas y secretos admirables, y aun traer por allí la especería de los Malucos á menos trabajo y peligro; y como tenia noticia de aquella mar de tiempo de Moteczuma, y entonces se le ofrescian á ello los de Mechuocan, envió allá cuatro españoles por dos caminos con buenas guias; los cuales fueron á Tecoantepec, Zacatollan y otros pueblos. Tomaron posesion de aquel mar y tierra, poniendo cruces. Dijeron á los naturales su embajada; pidieron oro, perlas y hombres para la vuelta y para mostrar á su capitan, y tornáronse á Méjico. Cortés trató muy bien aquellos indios; dióles algunas cosas, y muchas encomiendas y ofrescimientos para su rey, con que se fueron alegres. Envió luego el señor de Tecoantepec un presente de oro, algodon, pluma y armas, ofresciendo su persona y estado al Emperador; y no mucho después pidió españoles y caballos contra los de Tututepec, que le hacian guerra por haberse dado á cristianos, mostrándoles la mar. Cortés le envió á Pedro de Albarado, el año de 22, y no 23, con docientos españoles y cuarenta de caballo y dos tirillos de campo. Albarado fué por Huaxacac, que ya estaba pacífica; tardó un mes en llegar á Tututepec; halló en algunos pueblos resistencia, mas no perseverancia. Recibióle bien el señor de aquella provincia, y quiso aposentarle dentro en Tututepec, que es gran ciudad, en unas casas suyas muy buenas, aunque cubiertas de paja, con pensamiento de quemar los españoles aquella noche; mas Albarado, que lo sospechó ó le avisaron, no quiso quedar allí, diciendo que no era bueno para sus caballos, y aposentóse á lo bajo de la ciudad, y detuvo al señor y á un su hijo; los cuales se rescataron en veinte y cinco mil castellanos de oro; que la tierra es rica de minas y ferias y en algunas perlas. Pobló Albarado en Tututepec; llamóla Segura. Pasó allá los vecinos de la otra Segura de la Frontera, que ya no tenian enemigos, y encomendóles las provincias de Coaztlauac, Tachquianco y otras, con cédulas de Cortés. Vino Albarado á negociar cosas del nuevo pueblo con Cortés; y los vecinos en su ausencia dejaron el lugar, por las pasiones que hubieron, y metiéronse en Huaxacac; por lo cual envió Cortés allá á Diego de Ocampo, su alcalde mayor, por pesquisidor, que condenó á uno á muerte; mas Cortés se la mudó en destierro, en grado de apelacion. Murió en esto el señor de Tututepec; tras cuya muerte se rebelaron algunos pueblos de la comarca. Tornó allá Pedro de Albarado; peleó, y aunque le mataron ciertos españoles y otros amigos, los redujo como antes estaban; pero no se pobló mas Segura.

La guerra de Coliman.

Como tuvo Cortés entrada y amistad en la costa de la mar del Sur, envió cuarenta españoles carpinteros y marineros á labrar en Zacatullan, ó Zacatula, como dicen ya, dos bergantines para descubrir aquella costa y el estrecho que pensaban entonces, y otras dos carabelas para buscar islas que tuviesen especias y piedras, é ir á los Malucos; y tras ellos envió hierro, áncoras, velas, maromas, y otras muchas jarcias y aparejos de naos que tenia en la Veracruz, con muchos hombres y mujeres; que fué un gasto y camino muy grande. Mandó Cortés ir después allá á Cristóbal de Olid á ver los navíos, y costear aquella tierra en siendo acabados. Cristóbal de Olid caminó luego para Zacatullan desde Chincicila, con mas de cien españoles y cuarenta de caballo, y mechuacaneses. Supo en el camino cómo los pueblos de Coliman andaban en armas, y que eran ricos. Fué á ellos, peleó muchos dias; al cabo quedó vencido y corrido, por haberle muerto aquellos de Coliman tres españoles y gran número de sus amigos. Despachó Cortés luego á Gonzalo de Sandoval con veinte y cinco de caballo y setenta peones y muchos indios amigos de guerra y carga, que fuese á vengar esto, y á castigar los de Impilcinco, que hacian guerra á sus vecinos por ser amigos de cristianos. Sandoval fué á Impilcinco, peleó con los de allí algunas veces, y no los pudo conquistar, por ser tierra áspera para los caballos. Fué de allí á Zacatullan, miró los navíos, tomó mas españoles, pasó á Coliman, que estaba sesenta leguas, y pacificó de camino algunos lugares. Salieron á él los de Coliman al mesmo paso que desbarataran á Olid, pensando desbaratarlo tambien á él. Pelearon reciamente los unos y los otros; mas vencieron los nuestros, aunque con muchas heridas, pero con ningun muerto, sino indios; quedaron heridos muchos caballos. Hago siempre mencion de los caballos muertos ó heridos, porque importaban muy mucho en aquellas guerras; ca por ellos se alcanzaba victoria las mas veces, y porque valian muchos dineros. Recibieron tanto daño los impilcincos con esta batalla, que, sin aguardar otra, se dieron por vasallos del Emperador, y hicieron darse á Colimantlec, Ciuatlan y otros pueblos. Poblaron en Coliman veinte y cinco de caballo y ciento y veinte peones, á los cuales repartió Cortés aquella tierra. Trajeron entendido Sandoval y sus compañeros que á diez soles de allí habia

una isla de amazonas, tierra rica; mas nunca se han hallado tales mujeres: creo que nació aquel error del nombre Ciuatlan, que quiere decir tierra ó lugar de mujeres.

De Cristóbal de Tapia, que fué por gobernador á Méjico.

Poco después que Méjico se ganó, fué Cristóbal de Tapia, veedor de Santo Domingo, por gobernador de la Nueva-España. Entró en la Veracruz, presentó las provisiones que llevaba, pensando hallar valedores por amor del obispo de Búrgos, que lo enviaba, y amigos de Diego Velazquez que le favoreciesen. Respondiéronle que las obedescian; mas, cuanto al cumplimiento, que vernian los vecinos y regidores de aquella villa, que andaban en la reedificacion de Méjico y conquistas de la tierra, y harian lo que mas conviniese al servicio del Emperador y Rey, su señor. El tuvo enojo y desconfianza de aquella respuesta; escribió á Cortés, y partióse dende á poco para Méjico. Cortés le respondió que holgaba de su venida, por la buena conversacion y amistad que habian tenido en tiempos pasados, y que enviaba á fray Pedro Melgarejo de Urrea, comisario de la Cruzada, para informarle del estado en que la tierra y españoles estaban, como persona que se habia hallado en el cerco de Méjico, y le acompañase. Informó al fraile de lo que habia de hacer, y proveyó cómo Tapia fuese bien proveido por el camino; mas, porque no llegase á Méjico, determinó salirle al camino, dejando el de Pánuco, que tenia á punto. Los capitanes y procuradores de todas las villas que allí estaban, no le dejaron ir; por lo cual envió poderes á Gonzalo de Sandoval, Pedro de Albarado, Diego de Soto, Diego de Valdenebro y fray Pedro Melgarejo, que ya estaban en la Veracruz, para negociar con Tapia; y todos ellos juntos le hicieron volver á Cempoallan, y allí, presentando sus provisiones otra vez, suplicaron dellas para el Emperador, diciendo que así cumplia á su real servicio, al bien de los conquistadores y paz de la tierra, y aun le dijeron que las provisiones eran favorables y falsas, y él incapaz é indigno de tan grande gobernacion. Viendo pues Cristóbal de Tapia tanta contradicion y otras amenazas, se volvió por donde fué, con grande afrenta, no sé si con moneda; y aun en Santo Domingo le quisieron quitar el oficio la Audiencia y Gobernador, porque fuera á revolver la Nueva-España, habiéndole mandado que no fuese so gravísimas penas. Tambien fué luego Juan Bono de Quexo, que habia ido con Narvaez por maestro de nao, con despachos del obispo de Búrgos para Cristóbal de Tapia. Llevaba cien cartas de un tenor, y otras en blanco, firmadas del mesmo obispo, y llenas de ofrescimientos para los que recibiesen por gobernador á Tapia, diciendo cómo el Emperador era deservido de Cortés; y una para el mesmo Cortés con muchas mercedes si dejaba la tierra á Cristóbal de Tapia, y si no, que le seria contrario. Muchos se alteraron con estas cartas, que eran ricas; y si Tapia no fuera ido, hubiera novedades; y algunos dijeron que no era mucho haber comunidad en Méjico, pues la habia en Toledo; mas Cortés lo atajó sabia y halagüeñamente. Los indios asimesmo se trocaron con esto; y se rebelaron los cuixtecas y los de Coazacoalco y Tabasco y otros, que les costó caro.

La guerra de Pánuco.

Antes que Moteczuma muriese, y luego que Méjico fué destruido, se habia ofrescido el señor de Pánuco al servicio del Emperador y amistad de cristianos; por lo cual queria ir Cortés á poblar en aquel rio cuando llegó Cristóbal de Tapia, y aun porque le decian ser bueno para navíos, y tener oro y plata. Movíale tambien deseo de vengar los españoles de Francisco de Garay que allí mataran, y anticiparse á poblar y conquistar aquel rio y costa primero que llegase el mesmo Garay; ca era fama cómo procuraba la gobernacion de Pánuco, y que armaba para ir allá. Así que, habiendo escrito mucho antes á Castilla por la juridicion de Pánuco, y pidiéndole agora gente algunos de allí para contra sus enemigos, desculpándose de las muertes de ciertos soldados de Garay y de otros que yendo á la Veracruz dieran allí al través, fué con trecientos españoles de pié y ciento y cincuenta de caballo y cuarenta mil mejicanos. Peleó con los enemigos en Ayotuxtetlatlan; y como era campo raso y llano, donde se aprovechó muy bien de los caballos, concluyó presto la batalla y la victoria, haciendo gran matanza en ellos. Murieron muchos mejicanos y quedaron heridos cincuenta españoles y algunos caballos. Estuvo allí Cortés cuatro dias por los heridos; en los cuales vinieron á darle obediencia y dones muchos lugares de aquella liga. Fué á Chila, cinco leguas de la mar, donde fué desbaratado Francisco Garay. Envió desde allí mensajeros por toda la comarca allende el rio, rogándoles con la paz y predicacion. Ellos, ó por ser muchos y estar fuertes en sus lagunas, ó pensando matar y comer los de Cortés, como habian hecho á los de Garay, no curaron de tales ruegos ni requerimientos ni amistades; antes mataron algunos mensajeros, amenazando reciamente á quien los enviaba. Cortés esperó quince dias, por atraerlos por bien. Después dióles guerra; pero, como no les podia dañar por tierra, que se estaban en sus lagunas, mudó la guerra, buscó barcas, y en ellas pasó de noche, por no ser sentido, á la otra parte del rio con cien peones y cuarenta de caballo. Fué luego visto con el dia, cargaron sobre él tantos y tan recio, que nunca los españoles vieran en aquellas partes acometer en campo tan denodadamente á indios ningunos. Mataron dos caballos y hirieron diez mil mal; pero con todo eso, fueron desbaratados y seguidos una legua, y muertos en gran cantidad. Los nuestros durmieron aquella noche en un lugar sin gente; en cuyos templos hallaron colgados los vestidos y armas de los españoles de Garay, y las caras con sus barbas desolladas, curtidas y pegadas por las paredes. Algunas conoscieron y lloraron, que ciertamente ponia gran lástima; y bien parescia ser los de Pánuco tan bravos y crueles como mejicanos decian; que como tenian guerra ordinaria con ellos, habian probado semejantes crueldades. Fué Cortés de allí á un hermoso lugar donde todos estaban con armas, como en celada, para tomarle manos en las casas. Los de caballo que iban delante los descubrieron. Ellos, como fueron vistos, salieron, y pelearon tan fuertemente, que mataron un caballo y hirieron otros veinte, y muchos españoles. Tuvieron gran teson, por

el cual duró buen rato la pelea. Fueron vencidos tres ó cuatro veces', y tantas se rehicieron con gentil concierto. Hacíanse muelas, hincaban las rodillas en el suelo, tiraban sus varas, flechas y piedras sin hablar palabra; cosa que pocos indios acostumbran; y ya que todos estaban cansados, echáronse á un rio que por allí pasa, y poco á poco lo pasaron; de lo cual no pesó á Cortés. Repararon á la orilla, y estuviéronse allí con grande ánimo hasta que cerró la noche. Los nuestros se tornaron al lugar, cenaron el caballo muerto, y durmieron con buena guarda. Otro dia siguiente fueron corriendo el campo á cuatro pueblos despoblados, donde hallaron muchas tinajas del vino que usan, puestas en bodegas por gentil órden. Durmieron en unos maizales por causa de los caballos. Anduvieron otros dos dias; y como no hallaban gente, volvieron á Chila, do estaba el real. No venia hombre á ver los españoles de cuantos estaban allende el rio, ni les hacian guerra. Tenia Cortés pena de lo uno y de lo otro, y por traerlos á una de las dos cosas, echó de la otra parte del rio los mas caballos y españoles y amigos, que salteasen un gran pueblo, orilla de una laguna. Acometiéronlo de noche por agua y tierra y hicieron gran estrago. Espantáronse los indios de ver que de noche y en agua los acometian, y comenzaron luego á rendirse, y en veinte y cinco dias se dió toda aquella comarca y vecinos del rio. Fundó Cortés á Santistéban del Puerto, junto á Chila. Puso en él cien infantes y treinta de caballo. Repartióles aquellas provincias. Nombró alcaldes, regidores y los otros oficiales de concejo, y dejó por su teniente á Pedro de Vallejo. Asoló á Pánuco y Chila y otros grandes lugares, por su rebeldía y por la crueldad que tuvieron con los de Garay; y dió la vuelta para Méjico, que se edificaba. Costóles setenta mil pesos esta ida, porque no hubo despojo. Vendíanse las herraduras á peso de oro ó por doblada plata. Dió al través un navío entonces, que venia con bastimento y municion para el ejército desde la Veracruz, que no se salvó sino tres españoles en una islica, cinco leguas de tierra; los cuales se mantuvieron muchos dias con lobos marinos, que salian á dormir en tierra, y con unos como higos. Rebelóse á esta sazon Tututepec del norte con otros muchos pueblos que están á raya de Pánuco; cuyos señores quemaron y destruyeron mas de veinte lugares amigos de cristianos. Fué á ellos Cortés, y conquistólos guerreando. Matáronle muchos indios rezagados, y reventaron doce caballos por aquellas sierras, que hicieron gran falta. Fueron ahorcados el señor de Tututepec y el capitan general de aquella guerra, que se prendieron en batalla, porque habiéndose dado por amigos, y rebelado y perdonado otra vez, no guardaron su palabra y juramento. Vendiéronse por esclavos en almoneda docientos hombres de aquellos, para rehacer la pérdida de los caballos. Con este castigo y con darles por señor otro hermano del muerto, estuvieron quedos y sujectos.

Cómo fué Francisco de Garay á Pánuco con grande armada.

Francisco de Garay fué á Pánuco el año de 18, y los de Chila lo desbarataron, y se comieron los españoles que mataron, y aun pusieron los cueros en sus templos por memoria ó voto, segun ya está dicho. Tornó allá con mas gente al otro año siguiente, á lo que algunos dicen, y tambien lo echaron por fuerza de aquel rio. El entonces, por la reputacion, y por haber la riqueza de Pánuco, procuró el gobierno de allí. Envió á Castilla á Juan Lopez de Torralba con informacion del gasto y descubrimiento que habia hecho; el cual le hubo el adelantamiento y gobernacion de Pánuco. Armó en virtud dello, el año de 23, nueve naves y dos bergantines, en que metió ciento y cuarenta y cuatro caballos y ochocientos y cincuenta españoles, y algunos isleños de Jamáica, donde forneció la flota; muchos tiros, docientas escopetas y trecientas ballestas; y como era rico, bastecia la armada muy bien de carne y pan y mercería. Hizo un pueblo en Aire, que llamó Garay. Nombró por alcaldes á Alonso de Mendoza y Fernando de Figueroa; por regidores á Gonzalo de Ovalle, Diego de Cifuentes y un Villagran. Puso alguacil, escribano, fiel, procurador y todos los otros oficios que tiene una villa en Castilla. Tomóles juramento, y tambien á los capitanes del ejército, que no le dejarian ni serian contra él. Y con tanto, se partió de Jamáica por Sant Juan. Fué á Xagua, puerto de Cuba muy bueno, donde supo que Cortés tenia poblado á Pánuco y conquistada aquella tierra; cosa que mucho le pesó y temió; y porque no le aconteciese como á Pánfilo de Narvaez, pensó de tratar de concierto con Fernando Cortés. Escribió á Diego Velazquez y al licenciado Alonso Zuazo sobre ello, rogando al Zuazo que fuese á Méjico á entender por él con Cortés. Zuazo holgó dello, vino á Xagua, habló con Garay, y partiéronse cada uno á su negocio. Zuazo corrió fortuna y pasó grandes trabajos antes de llegar á la Nueva-España. Garay tuvo tambien recio temporal, y llegó al rio de Palmas dia de Santiago. Surgió allí con todos sus navíos, que no pudo al hacer. Envió el rio arriba á Gonzalo de Ocampo, su pariente, con un bergantin, á mirar la disposicion, gente y lugares de aquella ribera. Ocampo subió quince leguas, vió cómo entraban muchos rios en aquel, y volvió al cuarto dia, diciendo que la tierra era ruin y desierta. Fué creido, aunque no supo lo que dijo. Sacó Garay con esto á tierra cuatrocientos compañeros y los caballos. Mandó que los navíos fuesen costa á costa con Juan de Grijalva, y el camino ribera del mar á Pánuco, en órden de guerra. Anduvo tres dias por despoblado y por unas malas ciénagas. Pasó un rio que llamó Montalto, por correr de grandes sierras, á nado y en balsas. Entró en un gran lugar vacío de gente, mas lleno de maíz y de guayabos. Arrodeó una gran laguna, y luego hizo mensajeros con unos de Chila que prendiera, y sabian castellano, á un pueblo para que lo recibiesen de paz. Allí le hospedaron, y bastecieron á Garay de pan, fruta y aves, que toman en lagunas. Los soldados se medio amotinaron porque no les dejaba saquear. Pasaron otro rio crecido, donde se ahogaron ocho caballos. Metiéronse luego por unos lagunajos, que no cuidaron salir; y si hubiera por allí gente de guerra, no escapara hombre dellos. Aportaron, en fin, á buena tierra, después de haber sufrido mucha hambre, mucho trabajo, muchos mosquitos, chinches y morciélagos, que se los comian vivos; y llegaron á Pánuco, que tanto deseaban. Mas no hallaron qué comer, á causa de las guerras pasadas que

tuvo allí Cortés, ó como ellos pensaban, por haber alzado las vituallas los contrarios, que estaban de la otra parte del rio. Por lo cual, y como no parescian los navíos que traian los bastimentos, se derramaron los soldados á buscar de comer y ropa; y Garay envió á Gonzalo de Ocampo á saber qué voluntad le tenian los de Cortés que estaban en Santistéban del Puerto. El cual volvió diciendo que buena, y que podia ir allá; mas empero él se engañó ó lo engañaron; y así, engañó á Garay, que se acercó á los contrarios mas de lo que debiera; y decia á los indios, porque les favoresciesen, cómo venia á castigar aquellos soldados de Cortés que les habian hecho enojo y daño. Salieron los de Santistéban á escondidas, que sabian la tierra, y dieron en los de caballo de Garay, que estaban en Nachapalan, pueblo muy grande, y prendieron al capitan Albarado con otros cuarenta, por usurpadores de la tierra y ropa ajena. De lo cual recibió Garay mucho daño y enojo; y como se le perdieron cuatro naos, aunque las otras surgieran á la boca de Pánuco, comenzó á temer la fortuna de Cortés. Envió á decir á Pedro de Vallejo, teniente de Cortés, que venia á poblar con poderes y licencia del Emperador, que le volviese sus hombres y caballos. Vallejo le respondió que le mostrase las provisiones para lo creer, y requirió á los maestres de las naos que entrasen al puerto; no recibiesen el daño que las otras veces pasadas, viniendo tormenta; y si no lo hacian, que los ternia por cosarios. Mas él y ellos replicaron que no lo querian hacer por decirlo él, y que harian lo que les conviniese.

La muerte del adelantado Francisco Garay.

Pedro de Vallejo avisó á Cortés de la ida y armada de Garay en viéndola, y luego de lo que con él habia pasado, para que proveyese con tiempo de mas compañeros, municiones y consejo. Cortés, como lo supo, dejó las armadas que hacia para Higueras, Chiapanac, Cuahutemallan, y aderezóse para ir á Pánuco, aunque malo de un brazo. E ya que partir queria, llegaron á Méjico Francisco de las Casas y Rodrigo de Paz, con cartas del Emperador y con las provisiones de la gobernacion de la Nueva-España y todo lo que hobiese conquistado, y nombradamente á Pánuco. Por las cuales no fué; mas envió á Diego de Ocampo, su alcalde mayor, con aquella provision, y á Pedro de Albarado con mucha gente. Anduvieron en demandas y respuestas Garay y Ovando: uno decia que la tierra era suya, pues el Rey se la daba; otro que no, pues el Rey mandaba que no entrase en ella teniéndola poblada Cortés, y tal era la costumbre en Indias; de suerte que la gente de Garay padescia entre tanto, y deseaba la riqueza y abundancia de los contrarios, y aun perescia á manos de indios, y los navíos se comian de broma y estaban á peligro de fortuna; por lo cual, ó por negociacion, Martin de Sant Juan, guipuzcuano, y un Castromocho, maestres de naos, llamaron á Pedro de Vallejo secretamente, y le dieron las suyas; él, como las tuvo, requirió á Grijalva que surgiese dentro el puerto, segun usanza de marineros, ó se fuese de allí; Grijalva respondió con tiros de artillería; mas como tornó Vicente Lopez, escribano, á requerirle otra vez, y vió que las otras naves se entraban por el rio, surgió en el puerto con la capitana; prendiólo Vallejo, mas luego lo soltó Ovando, y se apoderó de los navíos; que fué desarmar y deshacer á Garay; el cual pidió sus navíos y gente, mostrando su provision real, y requiriendo con ella, y diciendo que se queria ir á poblar en el rio de Palmas, y se quejaba de Gonzalo de Ocampo, que le dijo mal del rio de Palmas, y de los capitanes del ejército y oficiales de concejo, que no le dejaron poblar allí en desembarcando, como él queria, por no trabar mas pasion con Cortés, que estaba próspero y bienquisto. Diego de Ocampo, Pedro de Vallejo y Pedro de Albarado le persuadieron que escribiese á Cortés en concierto, ó se fuese á poblar en el rio de las Palmas, pues era tan buena tierra como la de Pánuco, que ellos le volverian los navíos y hombres, y le bastecerian de vituallas y armas. Garay escribió y aceptó aquel partido; y así, se pregonó luego que todos se embarcasen en los navíos que fueron, so pena de azotes al peon y los otros de las armas y caballo, y que los que habian comprado armas, se las volviesen. Los soldados, como esto vieron, comenzaron á murmurar y á rehusar; unos se metieron la tierra adentro, que los mataron indios, otros se escondieron; y así, se desminuyó mucho aquel ejército; los otros echaron por achaque que los navíos estaban podridos y abromados, y dijeron que no eran obligados á le seguir mas de hasta llegar á Pánuco, ni querian ir á morir de hambre, como habian hecho algunos de la compañía. Garay les rogaba no le desamparasen, prometíales grandes cosas, acusábales el juramento. Ellos hacerse sordos; anochescian y no amanescian, y tal noche hubo que se le fueron cincuenta. Garay, desesperado con esto, envió á Pedro Cano y á Juan Ochoa con cartas á Cortés, en que le encomendaba su vida, su honra y remedio, y en teniendo respuesta se fué á Méjico. Cortés mandó que le proveyesen por el camino, y le hospedó muy bien. Capitularon después de haber dado y tomado muchas quejas y desculpas, que casase el hijo mayor de Garay con doña Catalina Pizarro, hija de Cortés, niña y bastarda; que Garay poblase en las Palmas, y Cortés le proveyese y ayudase; y reconciliáronse en grande amistad. Fueron ambos á maitines noche de Navidad del año de 1523; almorzaron tras la misa con mucho regocijo. Garay sintió luego dolor de costado con el aire que le dió saliendo de la iglesia; hizo testamento, dejó por albacea á Cortés, y murió quince dias después; otros dicen que cuatro. No faltó quien dijese que le habian ayudado á morir, porque posaba con Alonso de Villanueva; pero fué falso, ca murió de mal de costado, y ansí lo juraron el doctor Ojeda y el licenciado Pero Lopez, médicos que lo curaron. Así acabó el adelantado Francisco de Garay, pobre, descontento, en casa ajena, en tierra de su adversario, pudiendo, si se contentara, morir rico, alegre, en su casa, á par de sus hijos y mujer.

La pacificacion de Pánuco.

Como Francisco de Garay se fué á Méjico, hizo Diego de Ocampo salir de Santistéban con público pregon los capitanes y hombres principales del ejército de Garay, porque no revolviesen la tierra y la gente; ca muchos dellos eran grandes amigos de Diego Velazquez, como decir Juan de Grijalva, Gonzalo de Figueroa, Alonso de

Mendoza, Lorencio de Ulloa, Juan de Medina, Juan de Avila, Antonio de la Cerda, Taborda y otros muchos; por lo cual, y por verse sin cabeza, bien que estaba allí un hijo de Garay, comenzó la hueste á desmandarse sin rienda ninguna; íbanse á los lugares, tomaban la ropa y mujeres que podian; en fin, andaban sin órden ni concierto. Enojados los indios dello, se concertaron de matarlos, y en breve tiempo mataron y comieron cuatrocientos españoles; en solo Tamiquitl degollaron los ciento; de lo cual tanto enojo tomó Garay, que apresuró su muerte, y los indios tanta osadía, que combatieron á Santistéban, y la pusieron en punto de perderse; mas como los de dentro tuvieron lugar de salir al campo, los desbarataron, después de haber peleado muchas veces. En Tucetuco quemaron una noche cuarenta españoles y quince caballos de Fernando Cortés; el cual, como lo supo, envió luego allá á Gonzalo de Sandoval con cuatro tiros, cincuenta de caballo, cien infantes españoles, y dos señores mejicanos con cada quince mil indios é indias. Nombro indias, porque siempre que Cortés ó sus capitanes iban á la guerra, llevaban en el ejército muchas mujeres para panaderas y para otros servicios, y muchos indios no querian ir sin sus mujeres ó amigas. Caminó Sandoval á grandes jornadas, peleó dos veces con los de aquella provincia de Pánuco; rompiólos, y entró en Santistéban, do ya no habia mas de veinte y dos caballos y cien españoles, y si un poco tardara no los hallara vivos, tanto por no tener qué comer, como por ser mucho y recio combatidos. Hizo luego Sandoval tres compañías de los españoles, que entrasen por tres partes la tierra adelante, matando, robando y quemando cuanto hallasen. En poco tiempo se hizo mucho daño, porque se abrasaron muchos lugares, y se mataron infinitas personas; prendieron sesenta señores de vasallos y cuatrocientos hombres ricos y principales, sin otra mucha gente baja. Hízose proceso contra todos ellos, por el cual, y por sus propias confesiones, los condenó á muerte de fuego. Consultólo con Cortés, soltó la gente menuda, quemó los cuatrocientos cativos y los sesenta señores; llamó á sus hijos y herederos que lo viesen para que escarmentasen, y luego dióles los señoríos en nombre del Emperador, con palabra que dieron de siempre ser amigos de cristianos y españoles, aunque ellos poco la guardan, tanto son de mudables y bulliciosos; pero en fin, se allanó Pánuco.

Los trabajos del licenciado Alonso Zuazo.

Partiendo el licenciado Zuazo del cabo de Sant Anton, en Cuba, para la Nueva-España, le dió temporal que desatinó al piloto de la carabela, y se perdió en las Víboras, donde algunos fueron comidos de tiburones y lobos marinos, y el licenciado y otros de su compañía se mantuvieron de tortugas, peces como adargas, y que se llevaba una seis hombres sobre la concha andando, y que ponen en tierra quinientos huevos pequeños; pero comíanlo todo crudo, á falta de lumbre. En otra isleta estuvo muchos dias, que se mantuvo de aves crudas, y de la sangre por bebida, donde con la sed y calor grandísimo aína peresciera, mas sacó lumbre con palos, segun indios sacan, que le aprovechó mucho. En otra isleta sacó agua con grandísimo trabajo, y quemó leña cubierta de piedra, cosa nueva; hizo una barquilla de la madera de la carabela quebrada, en la cual envió aviso de su desventura á Cortés con Francisco Ballester, Juan de Arenas, Gonzalo Gomez, que prometieran castidad perpetua en la tormenta, y un indio que agotase la barquilla; los cuales fueron á dar cerca de Aquiahuistlan, y luego á la Veracruz, y después á Medellin, donde aparejó Diego de Ocampo un navío, y se lo dió, para ir por Zuazo, y lo mesmo mandó Cortés en sabiéndolo, y que si allí viniese Zuazo, le proveyesen muy bien; y tras esto, envió un criado á esperarle en Medellin; que cuando llegó Zuazo le dió diez mil castellanos, vestidos y cabalgaduras, con que se fuese á Méjico; y fué bien recebido y aposentado de Fernando Cortés, de manera que su desdicha paró en alegría.

La conquista de Utlatlan que hizo Pedro de Albarado.

Habíanse dado por amigos, tras la destruicion de Méjico, los de Cuahutemallan, Utlatlan, Chiapa, Xochnuxco, y otros pueblos á la costa del Sur, enviando y aceptando presentes y embajadores; mas como son mudables, no perseveraron en la amistad, antes hicieron guerra á otros porque perseveraban; por lo cual, y pensando hallar por allí ricas tierras y extrañas gentes, envió Cortés contra ellos á Pedro de Albarado; dióle trecientos españoles con cien escopetas, ciento y setenta caballos, cuatro tiros, y ciertos señores de Méjico con alguna gente de guerra y de servicio, por ser el camino largo. Partió pues Albarado de Méjico á 6 dias del mes de deciembre, año de 1523. Fué por Tecoantepec á Xochnuxco, por allanar ciertos pueblos que se habian rebelado. Castigó muchos rebeldes, dándolos por esclavos, después de haberlos muy bien requerido y aconsejado; peleó muchos dias con los de Zapatullan, que es un muy grande y fuerte pueblo, donde fueron heridos muchos españoles y algunos caballos, y muertos infinitos indios de entrambas partes. De Zapatullan fué á Quezaltenanco en tres dias; el primero pasó dos rios con mucho trabajo; el segundo, un puerto muy agro y alto, que duró cinco leguas; en un reventon del cual halló una mujer y un perro sacrificados, que segun los intérpretes y guias dijeron, era desafío. Peleó en una barranca con hasta cuatro mil enemigos, y mas adelante en llano con treinta mil, y á todos los desbarató. No paraba hombre con hombre en viendo cabe sí algun caballo, animal que jamás habian visto. Tornaron luego á pelear con él junto á unas fuentes, y tornólos á romper. Rehiciéronse á la falda de una sierra, y revolvieron sobre los españoles con gran grita, ánimo y osadía; ca muchos dellos hubo que esperaban á uno y aun á dos caballos, y otros que por herir al caballero se asian á la cola del caballo; mas en fin, hicieron tal estrago en ellos los caballos y escopetas, que huyeron lindamente. Albarado los siguió gran rato, y mató muchos en el alcance. Murió un señor, de cuatro que son en Utlatlan, que venia por capitan general de aquel ejército. Murieron algunos españoles, y quedaron heridos muchos, y muchos caballos. Otro dia entró en Quezaltenanco, y no halló persona dentro; refrescóse allí, y corrió la tierra; al sexto vino un gran ejército de Quezaltenanco, muy en concierto, á pelear con españoles. Albarado sa-

lió á ellos con noventa de caballo y con docientos de pié, y un buen escuadron de amigos; púsose en un llano muy grande á tiro de arcabuz del real, por si fuese menester socorro. Ordenó cada capitan su gente, segun la disposicion del lugar, y luego arremetieron entrambas haces, y la nuestra venció á la otra. Los de caballo siguieron el alcance mas de dos leguas, y los peones hicieron una increible matanza al pasar un arroyo. Los señores y capitanes y otras muchas personas señaladas se recogieron á un cerro peleando, y allí fueron presos y muertos. De que los señores de Utlatlan y Quezaltenanco vieron la destruicion, convocaron sus vecinos y amigos, y dieron parias á sus enemigos porque les ayudasen, y así tornaron á juntar otro muy grueso campo; enviaron á decir á Pedro de Albarado que querian ser sus amigos y dar de nuevo obediencia al Emperador, y que se fuese á Utlatlan. Todo era cautela para tomar dentro los españoles, y quemarlos una noche; ca ciudad es fuerte á demasía, las calles angostas, las casas espesas, y no tiene sino dos puertas; la una, con treinta escalones de subida, y la otra con una calzada, que ya tenian cortada por muchas partes, para que los caballos no pudiesen correr ni servir. Albarado creyó, y fué allá; mas como vió deshecha la calzada y la gran fortaleza del lugar, y no mujeres, sospechó la ruindad, y salióse fuera; pero no tan presto, que no recibiese mucho daño. Disimuló el engaño, trató con los señores, y fué, como dicen, á un traidor dos alevosos; ca por buenas palabras y con dádivas los aseguró y prendió; pero no por eso cesaba la guerra, antes andaba mas recia, porque tenian á los españoles como cercados, que no podian ir por yerba ni leña sin escaramuzar, y mataban cada dia indios y aun españoles. Los nuestros no podian correr la tierra para quemar y talar los panes y huertas, por las muchas y hondas barrancas que al rededor de su fuerte habia; así que Albarado, paresciéndole mas corta via para ganar la tierra, quemó los señores que tenia presos, y publicó que quemaria la ciudad; y para esto y para saber qué voluntad le tenian los de Cuahutemallan, les envió á pedir ayuda, y ellos se la dieron de cuatro mil hombres, con los cuales, y con los demás que él se tenia, dió tal priesa á los enemigos, que los lanzó de su propria tierra. Vinieron luego los principales de la ciudad y comun á pedir perdon y á darse; echaron la culpa de la guerra á los señores quemados; la cual ellos habian tambien confesado antes que los quemasen. Albarado los recibió con juramento que hicieron de lealtad; soltó dos hijos de los señores muertos, que tenia presos, y dióles el estado y mando de los padres, y así se sujetó aquella tierra, y se pobló Utlatlan como primero estaba. Otros muchos prisioneros se herraron y se vendieron por esclavos, y dellos se dió el quinto al Rey, y lo cobró el tesorero de aquel viaje, Baltasar de Mendoza. Es aquella tierra rica, de mucha gente, de grandes pueblos, abundante de mantenimientos; hay sierras de alumbre y de un licor que paresce aceite, y de azufre tan excelente, que sin refinar ni otra mezcla hicieron nuestros arcabuceros muy buena pólvora. Esta guerra de Utlatlan se acabó á principio de abril del año de 1524. Vendióse en ella la docena de herraduras en ciento y cincuenta castellanos.

La conquista de Cuahutemallan.

De Utlatlan fué Albarado á Cuahutemallan, donde fué recebido muy bien y hospedado. Estaba siete leguas de allí una ciudad muy grande, y orilla de una laguna, que hacia guerra á Cuahutemallan y Utlatlan y á otros pueblos. Albarado envió allá dos hombres de Cuahutemallan á rogarles que no hiciesen mal á sus vecinos, que los tenia por amigos, y á requerirles con su amistad y paz. Ellos, confiados en la fuerza del agua y multitud de canoas que tenian, mataron los mensajeros sin temor ni vergüenza. Él entonces fué allá con ciento y cincuenta españoles y otros sesenta de caballo y muchos indios de Cuahutemallan, y ni le quisieron recebir ni aun hablar. Caminó cuanto pudo con treinta caballos la orilla de la laguna hácia un peñol, poblado dentro en agua. Vió luego un escuadron de hombres armados; acometiólo, rompiólo y siguiólo por una estrecha calzada, donde no se podia ir á caballo. Apeáronse todos, y á vueltas de los contrarios entraron en el peñol. Llegó luego la otra gente, y en breve tiempo lo ganaron, y mataron mucha gente. Los otros se echaron al agua, y á nado se pasaron á una isleta. Saquearon las casas, y saliéronse á un llano lleno de maizales, donde asentaron real y durmieron aquella noche. Otro dia entraron en la ciudad, que estaba sin gente. Maravilláronse cómo la habian desamparado siendo tan fuerte, y fué la causa perder el peñol, que era su fortaleza, y ver que do quiera entraban los españoles. Corrió Albarado la tierra, prendió ciertos hombres della, y envió tres dellos á los señores á rogarles que viniesen de paz, y serian bien tratados; donde no, que los persiguiria y les talaria sus huertas y labranzas. Respondieron que jamás su tierra habia sido hasta entonces sujectada de nadie por fuerza de armas; pero que pues él lo habia hecho tan de valiente, ellos querian ser sus amigos; y así, vinieron y le tocaron las manos, y quedaron pacíficos y servidores de españoles. Albarado se tornó á Cuahutemallan, y dende á tres dias vinieron á él todos los pueblos de aquella laguna con presentes, y ofrescerle sus personas y haciendas, diciendo que por amor suyo, y por quitarse de guerra y enojos con sus vecinos, querian paz con todos. Vinieron asimismo otros muchos pueblos de la costa del sur á darse, porque les favoreciese; y dijéronle cómo los de la provincia de Izcuintepec no dejaban pasar á nadie por su tierra, que fuese amigo de cristianos. Albarado fué á ellos con toda su gente; durmió tres noches en despoblado, y luego entró en el término de aquella ciudad; y como ninguno tiene contratacion con ella, no habia camino abierto mayor que senda de ganados, y aquel todo cerrado de espesas arboledas. Llegó al lugar sin ser visto, tomólos en las casas, que por la gran agua que caia no andaba ninguno por las calles; mató y prendió algunos; los vecinos no se pudieron juntar ni armar, como fueron salteados así. Huyeron los mas; los otros, que esperaron y se hicieron fuertes en ciertas casas, mataron muchos de nuestros indios y hirieron algunos españoles. Quemó el pueblo, avisó al señor que haria otro tanto á los panes, y aun á ellos, si no daban obediencia. El señor y todos vinieron luego y diéronsele. En esto se detuvo allí ocho dias, y acudieron á él todos

los pueblos de la redonda, ofresciéndole su amistad y servicio. De Izcuintepec fué Albarado á Caetipar, que es de lengua diferente, y de allí á Tatixco, y luego á Necendelan. Mataron en este camino muchos de nuestros indios rezagados; tomaron mucho fardaje, y todo el herraje y filado para las ballestas; que no fué chica pérdida. Envió tras ellos á Jorge de Albarado, su hermano, con cuarenta de caballo; mas no lo pudo cobrar, por mas que corrió. Todos estos de Necendelan traian sendas campanillas en las manos peleando. Estuvo en aquel pueblo mas de ocho dias, que no pudo atraer los moradores á su amistad, y fuése á Pazuco, que le rogaban, pero con traicion, para matarle seguro. Topó en el camino muchas flechas hincadas por el suelo, y á la entrada del lugar ciertos hombres que hacian cuartos un perro; y lo uno y lo otro era señal de guerra y enemistad. Vió luego gente armada, peleó con ella hasta sacarla del pueblo; siguióla, mató mucha. Fué á Mopicalanco, y de allí á Acayucatl, donde bate la mar del Sur; y antes de entrar dentro, halló el campo lleno de hombres armados, que sabiendo su venida, le atendian para pelear con gentil semblante. Pasó por cerca dellos; y aunque llevaba docientos y cincuenta españoles á pié y ciento de caballo, y seis mil indios, no se atrevió á romper en ellos, porque los vió fuertes y bien ordenados. Mas ellos, en pasando él, arremetieron hasta trabar de los estribos y colas de los caballos. Revolvieron los de caballo, y luego todo el cuerpo del ejército, y casi no dejaron ninguno dellos vivo, ansí porque pelearon bravamente sin tornar un paso atrás, como por llevar pesadas armas, ca en cayendo no se podian levantar, y huir con ellas era por demás. Eran aquellas armas unos sacos con mangas hasta en piés, de algodon torcido, duro, y tres dedos gordo. Parescian bien con los sacos, como eran blancos y de colores, con muy buenos penachos que llevaban en las cabezas. Traian grandes flechas, y lanzas de treinta palmos. Este dia quedaron muchos españoles heridos, y Pedro de Albarado cojo, que de un flechazo que le dieron en la pierna le quedó mas corta que la otra cuatro dedos. Peleó después con otro ejército mayor y peor, porque traian larguísimas lanzas y enherboladas; mas tambien lo venció y destruyó. Fué á Mahuatlan, y de allí á Athlechuan, donde vinieron á dársele de Cuitlachan; pero con mentiras, por descuidarle; que su intencion era matar los españoles; porque, como eran tan pocos, pensaban todos poderlos fácilmente sacrificar. Albarado supo su mal propósito, y rogóles con la paz. Ellos se ausentaron de la ciudad, y estuvieron muy rebeldes haciéndole la guerra; en la cual le mataron once caballos, que se pagaron con los cativos que se vendieron por esclavos. Estuvo allí cerca de veinte dias sin los poder atraer, y tornóse á Cuahutemallan. Anduvo Pedro Albarado deste viaje cuatrocientas leguas de trecho, y casi no hubo despojo ninguno; pero pacificó y redujo á su amistad muchas provincias. Padesció mucha hambre, pasó grandes trabajos, y rios tan calientes, que no se dejaban vadear. Parescióle tan bien á Pedro de Albarado la disposicion de aquella tierra de Cuahutemallan y la manera de la gente, que acordó quedarse allí y poblar, segun la órden é instruccion que de Cortés llevaba. Así que fundó una ciudad y llamóla Santiago de Cuahutemallan. Eligió dos alcaldes, cuatro regidores, y todos los oficios necesarios á la buena gobernacion de un pueblo. Hizo una iglesia del mesmo nombre, do agora está la silla del obispado de Cuahutemallan. Encomendó muchos pueblos á los vecinos y conquistadores, y dió cuenta á Cortés de todo su viaje y pensamiento, y él le envió otros docientos españoles y confirmó los repartimientos, y ayudó á pedir aquella gobernacion.

La guerra de Chamolla.

A 8 de deciembre del año de 23 envió Fernando Cortés á Diego de Godoy con treinta de caballo y cien españoles á pié, dos tiros y mucha gente de amigos, á la villa del Espíritu Santo, contra ciertas provincias de allí cerca, que estaban rebeladas. No le dió mas gente por estar aquella tierra entre Chiapa y Cuahutemallan, donde iba Pedro de Albarado, y entre Higueras, á do luego habia de partir Cristóbal de Olid. Diego de Godoy fué y hizo su camino muy bien, y con el teniente de aquella nueva villa hizo algunas entradas y correrías. Llegó á Chamolla, que es un buen pueblo, cabecera de provincia, fuerte y puesto en un cerro, donde los caballos subir no podian, y tiene una cerca de tres estados en alto; la media de tierra y piedra, y la media de tablones. Combatióla dos dias arreo á muy gran peligro y trabajo de sus compañeros. Tomóla en fin, porque los vecinos alzaron su ropa y huyeron, viendo que no podian resistir. Al principio que fueron combatidos echaron un pedazo de oro por encima el adarbe á los españoles, burlando de su codicia y locura; y dijeron que entrasen por de aquello, que tenian mucho. Para irse arrimaron muchas lanzas á la cerca, porque los de fuera pensasen que no se iban; pero ni aun con todo esto lo pudieron hacer sin que primero lo supiesen los nuestros; los cuales entraron, mataron y prendieron muchos dellos, especial mujeres y muchachos. No fué grande el despojo, pero fué mucho el bastimento que allí se tomó. La principal arma eran lanzas, y unos paveses rodados de algodon hilado, con que se cubrian todo el cuerpo, y que para caminar arrollan y para pelear extienden. Chiapa, Huehueiztlan y otras provincias y ciudades se visitaron y hollaron en esta jornada de Godoy; pero no hubo cosas notables.

El armada que Cortés envió á Higueras con Cristóbal de Olid.

Cortés deseaba poblar á Higueras y Honduras, que tenian fama de mucho oro y buena tierra, aunque eran léjos de Méjico; mas como tenia de ir la gente por mar, era fácil la jornada, quiso enviar allá antes que Francisco de Garay llegase á Pánuco; pero no pudo, por no perder aquel rio y tierra que tenia poblada. Como se vió libre de tan poderoso competidor, y tuvo cartas del Emperador, dadas en Valladolid á 6 de junio del año de 23, en que le mandaba buscar por ambas costas de mar el estrecho que decian, armó de propósito. Dió siete mil castellanos de oro á Alonso de Contreras para que fuese á comprar en Cuba caballos, armas y bastimentos, y hacer gente; y despachó luego á Cristóbal de Olid con cinco naves y un bergantin, bien artilladas y pertrechadas, y con cuatrocientos españoles y treinta caballos.

Mandóle ir á la Habana á tomar los hombres, caballos y vituallas que Contreras tuviese, y que poblase en el cabo de Higueras, y enviase á Diego Hurtado de Mendoza, su primo, á costear desde allí al Darien, para descubrir el estrecho que todos decian, como el Emperador mandaba. Dióle, sin esto, instruccion de lo que mas hacer debia; y con tanto, se partió Cristóbal de Olid de Chalchicoeca á 11 de enero, año de 24, segun unos; y Cortés envió dos navíos á buscar estrecho de Pánuco á la Florida, y mandó que tambien fuesen los bergantines de Zacatullan hasta Panamá, buscando muy bien el estrecho por aquella costa; mas habíanse quemado cuando el mandado llegó; y así, cesó aquella demanda.

La conquista de Zapotecas.

Los zapotecas y mixtecas, que son grandes provincias y guerreras, se apartaron de la obediencia que dieron á Cortés, como fué Méjico destruido, y atrajeron otros muchos pueblos contra los españoles, de que se les siguieron muertes y daños. Cortés envió allá á Rodrigo Rangel, el cual, por no llevar caballos, y por las aguas, ó por ser aquellas gentes valientes, no las pudo domar; antes pidió en la jornada algunos españoles, y les dejó mayor ánimo que antes tenian, por el cual talaron y robaron muchos pueblos amigos y sujectos de Cortés, que se le quejaron mucho pidiendo remedio y castigo. Cortés tornó á enviar contra ellos al mesmo Rangel con ciento y cincuenta españoles, que caballos no los sufre aquella tierra para pelear, y con muchos de Tlaxcallan y Méjico. Fué pues Rodrigo Rangel á 5 de hebrero, año de 24, y llevó cuatro tirillos. Hízoles muchos requerimientos, y, como no escuchaban, mucha guerra, en que mató y cativó gran número dellos, y los herró y vendió por esclavos. Hallóles mucha ropa y oro, que trajo á Méjico; dejólos tan castigados y llanos, que nunca mas se rebelaron. Otras entradas y conquistas hizo Cortés por sí y por capitanes; empero estas que contado habemos fueron las principales, y que sujectaron todo el imperio mejicano, y otros muchos y grandes reinos que se incluyen en lo que llaman Nueva-España, Guatimala, Pánuco, Xalixco y Honduras, que son gobernaciones por sí.

La reedificacion de Méjico.

Quiso Cortés reedificar á Méjico, no tanto por el sitio y majestad del pueblo, cuanto por el nombre y fama, y por hacer lo que deshizo; y así, trabajó que fuese mayor y mejor y mas poblado. Nombró alcaldes, regidores, almotacenes, procurador, escribanos, alguaciles, y los demás oficios que ha menester un concejo. Trazó el lugar, repartió los solares entre los conquistadores, habiendo señalado suelo para iglesias, plazas, atarazanas, y otros edificios públicos y comunes. Mandó que el barrio de españoles fuese apartado del barrio de los indios, y así los ataja el agua. Procuró traer muchos indios para edificar á menos costa; lo cual tuvo al principio dificultad por andar muchos señores, parientes de Cuahutimoc y de otros prisioneros, amotinados, y procurando de matarle con todos los capitanes, por librar á su rey. Buscó maneras cómo prender y castigarlos; los demás holgaron de ir con el tiempo. Hizo señor de Tezcuco á don Cárlos Iztlixuchitl con voluntad y pedimiento de la ciudad, por muerte de don Hernando, su hermano, y mandóle traer en la obra los mas de sus vasallos, por ser carpinteros, canteros y obreros de casas. Dió y prometió solares y heredamientos, franquezas y otras mercedes á los naturales de Méjico, y á todos cuantos viniesen á poblar y morar allí; que convidó muchos á venir. Soltó á Xihuacoa, capitan general; dióle cargo de la gente y edificio, y el señorío de un barrio. Dió tambien otro barrio á don Pedro Moteczuma, por ganar las voluntades á los mejicanos, que era hijo del rey Moteczuma. Hizo señores á otros caballeros de islas y calles para que las poblasen, y así les repartió el sitio; y ellos se repartieron los solares y tierras á su placer, y comenzaron á edificar con gran diligencia y alegría. Cargó tanta gente á la fama que Méjico Tenuchtitlan se rehacia, y que habian de ser francos los vecinos, que no cabian de piés en una legua á la redonda. Trabajaban mucho, comian poco, y enfermaron. Sobrevínoles pestilencia, y murieron infinitos. El trabajo fué grande, ca traian á cuestas ó arrastrando la piedra, la tierra, la madera, cal, ladrillos y todos los materiales. Pero era mucho de ver los cantares y música que tenian, el apellidar su pueblo y señor, y el motejarse unos á otros. De la falta de comer fué causa el cerco y guerra pasada, que no sembraron, como solian; aunque la muchedumbre causaba hambre, y causó pestilencia y mortandad. Todavía, y poco á poco, rehicieron á Méjico de cien mil casas mejores que las de antes, y los españoles labraron muchas y buenas casas á nuestra costumbre; y Cortés una, en otra de Moteczuma, que renta cuatro mil ducados ó mas, y que es un lugar. Pánfilo de Narvaez lo acusó por ella, diciendo que taló para hacerla los montes, y que le puso siete mil vigas de cedro. Acá parece mucho mas; allí que los montes son de cedro, no es nada. Huerto hay en Tezcuco que tiene mil cedros por tapias y cerca. No es de callar que una viga de cedro tenga ciento y veinte piés de largo y doce de gordo de cabo á cabo, y no redonda, sino cuadrada; la cual estaba en Tezcuco en casa de Cacama. Labráronse unas muy buenas atarazanas para seguridad de los bergantines y fortaleza de los hombres, parte en tierra y parte en agua, y de tres naves, donde por memoria están hoy dia los trece bergantines. No abrieron las calles de agua, como antes eran, sino edificaron en suelo seco; y en esto no es Méjico el que solia, y aun la laguna va descreciendo del año de 24 acá, y algunas veces hay hedor; pero en lo demás sanísima vivienda es, templada por las sierras que tiene al rededor, y abastescida por la fertilidad de la tierra y comodidad de la laguna; y así, es aquello lo mas poblado que se sabe, y Méjico la mayor ciudad del mundo y la mas ennoblescida de las Indias, así en armas como en policía, porque hay dos mil vecinos españoles, que tienen otros tantos caballos en caballerizas, con ricos jaeces y armas, y porque hay mucho trato y oficiales de seda y paño, vidrio, molde y moneda, y estudio, que llevó el virey don Antonio de Mendoza. Por lo cual tienen razon de preciarse los vecinos de Méjico, aunque hay gran diferencia de ser vecino conquistador á ser vecino solamente. Pues como fué Méjico hecho, aunque no acabado, se pasó Cortés á

morar en él desde Culuacan, ó como dicen otros, Coyoacan, y los que vecinos eran y los soldados tambien. Corrió la fama de Cortés y grandeza de Méjico, y en poco tiempo hubo tantos indios como dicho habemos, y tantos españoles, que pudieron conquistar cuatrocientas y mas leguas de tierra, y cuantas provincias nombramos, gobernándolo todo desde allí Fernando Cortés.

De cómo atendió Cortés á enriquescer la Nueva-España.

No le parescia á Cortés que la gloria y fáma de haber conquistado la Nueva-España con los otros reinos fuese cumplida si no la polia y fortificaba; para lo cual llevó á Méjico á doña Catalina Xuarez con gran fausto y compañía, que se habia estado en Santiago de Cuba todo el tiempo de las guerras. Hizo enviar por mujeres á muchos vecinos de Méjico y de las otras villas que poblara. Dió dineros para llevar de España doncellas, hijasdalgo y cristianas viejas; y así, fueron muchos hombres casados con sus hijas á costa dél, como fué el comendador Leonel de Cervantes, que llevó siete hijas, y se casaron rica y honradamente. Envió por vacas, puercas, ovejas, cabras, asnas y yeguas á las islas de Cuba, Santo Domingo, Sant Juan del Boriquen y Jamáica, para casta. Entonces, y aun antes, vedaron la saca de caballos en aquellas islas, especial en Cuba, por venderlos mas caros, sabiendo la riqueza, necesidad y deseo de Cortés; para carne, leche, lana y colambre, y para carga, guerra y labor. Envió por cañas de azúcar, moreras para seda, sarmientos y otras plantas á las mesmas islas, y á España por armas, hierro, artillería, pólvora, herramientas y fraguas, para sacar hierro, y por cuescos, pepitas y simientes, que salen vanas en las islas. Labró cinco piezas de artillería, que las dos eran culebrinas, á mucha costa, por haber poco estaño y muy caro. Compró los platos dello á peso de plata, y lo sacó con gran trabajo en Tachco, veinte y seis leguas de Méjico, donde habia unas piececitas dello como de moneda, y aun sacándolo se halló vena de hierro, que le plugo mucho. Con estas cinco y con las que comprara en el almoneda de Juan Ponce de Leon y de Pánfilo de Narvaez, tuvo treinta y cinco tiros de bronce y setenta de fierro colado, con que fortalesció á Méjico, y después le fueron mas de España, con arcabuces y cosoletes. Hizo eso mesmo buscar oro y plata por todo lo conquistado, y halláronse muchas y ricas minas, que hincheron aquella tierra y esta, aunque costó las vidas de muchos indios que trajeron en las minas por fuerza y como esclavos. Pasó el puerto y descargadero que hacian los naos en la Veracruz, á dos leguas de Sant Juan de Ulúa, en un estero que tiene una ria para barcas y es mas seguro, y mudó allí á Medellin, donde ahora se hace un gran muelle por seguro de los navíos, y puso casa de contratacion, y allanó el camino de allí á Méjico para la recua que lleva y trae las mercaderías.

Cómo fué recusado el obispo de Búrgos en las cosas de Cortés.

Tenia el obispo de Búrgos, Juan Rodriguez de Fonseca, que gobernaba las Indias, tanta enemiga y odio á Fernando Cortés, ó tanto amor y amistad á Diego Velazquez, que desfavorescia y encubria sus hechos y servicios; por donde fué Cortés disfamado cuando merescia mas fama, y no pudieron Martin Cortés, su padre, ni Francisco de Montejo, ni el licenciado Francisco Nuñez, su primo, y otros sus procuradores, haber respuesta ni despacho ninguno del Obispo para lo que cumplia á la conquista de la Nueva-España y contentamiento de los conquistadores. Colgaban del Obispo todos los negocios de las Indias; estaba el rey en Alemaña como emperador, y no tenian remedio ni aun esperanza de bien negociar. Así que acordaron de recusarle, aunque mas recio y feo paresciese. Hablaron al papa Adriano, que gobernaba estos reinos antes que á Italia pasase, y al Emperador luego que fué venido. El Papa quiso entender aquel negocio muy de raíz, por ser el Obispo tan principalísima persona, á suplicacion de mosiur de Lasao, que era de la cámara del Emperador, y habia venido á darle el parabien del pontificado; el cual favorecia á Cortés por la fama; y oidas las partes y vistas las relaciones, mandó al Obispo, estando en Zaragoza, que no entendiese mas en negocios de Cortés ni de Indias, á lo que paresció, y el Emperador mandó lo mesmo, siguiendo la declaracion del Papa. Las causas que dieron y probaron fueron el odio que tuvo siempre á Cortés y á sus cosas, llamándole públicamente traidor; que encubria sus relaciones y torcia sus servicios porque no lo supiese el Rey; que mandaba á Juan Lopez de Recalde, contador de la casa de la contratacion de Sevilla, que no dejase pasar á la Nueva-España hombres, ni armas, ni vestidos, ni hierro, ni otras cosas; que proveia los oficios y cargos á hombres que no los merescian, como fué Cristobal de Tapia; que se apasionó por Diego Velazquez, por casarle con doña Petronila de Fonseca, su sobrina; que consentia y aprobaba las falsas relaciones de Diego Velazquez, que ordenaron Andrés de Duero, Manuel de Rojas y otros contra las de Cortés, y esto fué lo que le dañó y afrentó, ca sonó muy mal condemnar las relaciones verdaderas y aprobar las falsas. Esta recusacion fué causa para que el Obispo se saliese de la corte descontento y enojado, y Diego Velazquez fuese condemnado y aun removido de la gobernacion de Cuba, sino que se murió luego, y Cortés se declarase por gobernador de la Nueva-España con grande honra. Entendió en las cosas de las Indias Juan Rodriguez de Fonseca cerca de treinta años, y mandólas mucho absolutamente. Comenzó siendo dean de Sevilla, y acabó obispo de Búrgos, arzobispo de Rosano y comisario general de la Cruzada, y fuera arzobispo de Toledo si tuviera ánimo; mas como era riquísimo clérigo y habia servido tanto tiempo, y le favorescia su hermano Antonio de Fonseca, confióse mucho; y hurtóle, como dicen, la bendicion don Alonso de Fonseca, sobrino suyo, arzobispo de Santiago, que prestó dineros para lo de Fuenterrabía, por lo cual no se hablaban.

Cómo fué Cortés hecho gobernador.

El obispo de Búrgos después que fué habido por recusado, mandó el Emperador que viesen y determinasen las diferencias y pleito de Fernando Cortés y Diego Velazquez, Mercurino Gatinara, gran chanciller, que era italiano; Mosiur de Lasao, y el doctor de la Rocha, flamenco; Fernando de Vega, señor de Grajales y co-

mendador mayor de Castilla; el doctor Lorenzo Galindez de Caravajal y el licenciado Francisco de Vargas, tesorero general de Castilla; los cuales se juntaron muchos dias en las casas de Alonso de Arguello, donde posaba el gran Chanciller. Oyeron á Martin Cortés, Francisco de Montejo, Francisco Nuñez y otros procuradores de Cortés, y á Manuel de Rojas, Andrés de Duero y otros procuradores de Diego Velazquez. Llevaron lo procesado, y después sentenciaron en favor de Cortés, mas por derecho y rigor de justicia que por admiracion de virtud; loando sus hazañas y servicios y aprobando su fidelidad. Pusieron silencio á Diego Velazquez en la gobernacion de la Nueva-España, dejándole su derecho á su salvo, si algo le debia Cortés, y aun pienso que le quitaron el gobierno de Cuba porque envió con armada á Pánfilo de Narvaez. Los descargos, razon y justicia que tuvo Cortés para librarlo de aquel pleito y darle la gobernacion de la nueva España y tierras que habia conquistado, la historia las cuenta. Los cargos de la acusacion y culpa eran que habia ido con dineros y poder de Diego Velazquez á descubrir, rescatar y conquistar; que no le acudió con la ganancia y obediencia; que sacó un ojo á Narvaez; que no recibió á Cristóbal de Tapia; que no obedescia las provisiones reales; que no pagaba el quinto real; que tiranizaba los españoles y maltrataba los indios. Por la sentencia que dieron estos señores, y porque se lo aconsejaron así, hizo el Emperador á Fernando Cortés adelantado, repartidor y gobernador de la Nueva-España y cuantas tierras ganase, loando y confirmando todo lo que habia hecho en servicio de Dios y suyo. Firmó las provisiones en Valladolid, á 22 de octubre, año de 1522. Señalólas el licenciado don García de Padilla, y referendólas el secretario Francisco de los Cobos. Dióle tambien cédulas para echar de la Nueva-España los tornadizos y letrados; estos porque hubiese menos pleitos, y aquellos porque no estragasen la conversion. Escribióle tambien el Emperador, agradesciéndole los trabajos que habia pasado en aquella conquista, y el servicio de Dios en quitar los ídolos. Prometióle grandes mercedes, animándole á semejantes empresas. Dijo que le enviaria obispos, clérigos y frailes para la conversion, como los pedia, y haria llevar todas las otras cosas que demandaba para fortalecer, cultivar y ennoblecer la tierra. Caminaron luego con estos buenos despachos de su majestad Francisco de las Casas y Rodrigo de Paz. Notificaron la sentencia y provision á Diego Velazquez con público pregon, en Santiago de Barucoa de Cuba, el mayo adelante de 23 años. De lo cual sintió tanto pesar Diego Velazquez, que vino á morir dello. Murió triste y pobre, habiendo sido riquísimo, y nunca después de muerto pidieron nada á Cortés sus herederos.

De los conquistadores.

Repartia siempre Cortés la tierra entre los que la conquistaban, segun la costumbre de las Indias, y por confianza que tuvo de ser repartidor general en lo que conquistase, ó por hacer bien á sus amigos, que los tuvo grandes; y como tuvo cédula del Emperador de poder encomendar y repartir la Nueva-España á los conquistadores y pobladores della, hizo grandes y muchos repartimientos, mandando á los encomenderos tener un clérigo ó fraile en cada pueblo ó cabecera de pueblos, para enseñar la doctrina cristiana á los indios encomendados, y entender en la conversion, porque muchos dellos pedian el bautismo. No dió á todos repartimiento, que fuera imposible y demasiado, ni tal como ellos deseaban y pretendian; por lo cual algunos se corrieron y otros se quejaron. Ninguna cosa indigna y mueve mas á los conquistadores que los repartimientos, y por ninguna otra cosa han caido tanto en odio y enemistades los capitanes y gobernadores cuanto por esta; de suerte que, siendo el mas necesario y honrado cargo, es el mas dañoso y envidioso. Todos los reyes y repúblicas que señorearon muchas tierras, las repartieron entre sus capitanes y soldados ó ciudadanos, haciendo pueblas para conservacion y perpetuidad de su estado, y para galardonar los trabajos y servicios de los suyos, y en España se ha siempre usado y guardado después que hay reyes, y así lo hicieron los Reyes Católicos don Fernando y doña Isabel, y aun el Emperador, hasta que le aconsejaron al revés; ca en Madrid el año de 25 mandó dar los repartimientos perpetuos, que es mucho mas, sobre acuerdo y parescer de su consejo de Indias y de muchos frailes dominicos y franciscos, y otros letrados que para ello juntaron, segun muchos afirman. Trabajan y gastan mucho los que van á conquistas, y por eso los honran y enriquescen; y así, quedan nobles y afamados, y es buen privilegio ser caballero de conquista. Si la historia lo sufriese, todos los conquistadores se habian de nombrar; mas, pues no puede ser, hágalo cada uno en su casa.

De cómo trató Cortés la conversion de los indios.

Siempre que Cortés entraba en algun pueblo, derrocaba los ídolos y vedaba el sacrificio de hombres, por quitar la ofensa de Dios é injuria del prójimo, y con las primeras cartas y dineros que envió al Emperador después que ganó á Méjico, pidió obispos, clérigos y frailes para predicar y convertir los indios á su majestad y consejo de Indias. Después escribió á fray Francisco de los Angeles, del linaje de Quiñones, general de los franciscos, que le enviase frailes para la conversion, y que les haria dar los diezmos de aquella tierra; y él le envió doce frailes con fray Martin de Valencia de Don Juan, provincial de Sant Gabriel, varon muy santo y que hizo milagros. Escribió lo mismo á fray García de Loaisa, general de los dominicos; el cual no se los envió hasta el año de 26, que fué fray Tomás Ortiz con doce compañeros. Tardaban á ir obispos, é iban pocos clérigos; por lo cual, y porque le parescia mas expediente, tornó á suplicar al Emperador le enviase muchos frailes, que hiciesen monesterios y atendiesen á la conversion y llevasen los diezmos; empero su majestad no quiso, siendo mejor aconsejado, pedirlo al Papa, que ni lo hiciera ni convenia hacerlo. Llegó á Méjico en el año de 24 fray Martin de Valencia con doce compañeros, por vicario del Papa. Hízoles Cortés grandes regalos, servicios y acatamiento. No les hablaba vez sino con la gorra en la mano y la rodilla en el suelo, y besábales el hábito, por dar ejemplo á los indios que se habian de volver cristianos, y porque de suyo les era devoto y humilde. Ma-

ravilláronse mucho los indios de que se humillase tanto el que adoraban ellos; y así, les tuvieron siempre en gran reverencia. Dijo á los españoles que honrasen mucho á los frailes, especialmente los que tenian indios de cristianar, lo cual hicieron con grandes limosnas, para redemir sus pecados; bien que algunos le dijeron cómo hacia por quien los destruyese cuando se viesen en su reino; palabras que después se le acordaron hartas veces. Llegados pues que fueron aquellos frailes, se avivó la conversion, derribando los ídolos; y como habia muchos clérigos y otros frailes en los pueblos encomendados, segun que Cortés mandara, hacíase grandísimo fruto en predicar, bautizar y casar. Hobo dificultad en saber con cuál de las mujeres que cada uno tenia se debian de velar los que, bautizados, se casaban á puertas de iglesia, segun ha de costumbre la madre santa Iglesia; ca, ó no lo sabian ellos decir, ó los nuestros entender; y así, juntó Cortés aquel mesmo año de 24 una sínodo, que fué la primera de Indias, á tratar de aquel y otros casos. Hubo en ella treinta hombres; los seis eran letrados, mas legos, y entre ellos Cortés; los cinco clérigos, y los diez y nueve frailes. Presidió fray Martin, como vicario del Papa. Declararon que por entonces casasen con la que quisiesen, pues no se sabian los ritos de sus matrimonios.

Del tiro de plata que Cortés envió al Emperador.

Escribió tras esto Cortés al Emperador, besando los piés de su majestad por las mercedes y favor que le habia hecho, desde Méjico á 15 de octubre del año de 24. Suplicóle por los conquistadores; pidió franquezas y previlegios para las villas que él tenia pobladas, y para Tlaxcallan, Tezcuco y los otros pueblos que le habian ayudado y servido en las guerras. Envióle setenta mil castellanos de oro con Diego de Soto, y una culebrina de plata, que valia veinte y cuatro mil pesos de oro; pieza hermosa, y mas de ver que de valor. Pesaba mucho, pero era de la plata de Mechuacan. Tenia de relieve una ave fénix, con una letra al Emperador, que decia:

Aquesta nació sin par;
Yo en serviros sin segundo;
Vos sin igual en el mundo.

No quiero contar las cosas de pluma, pelo y algodon que envió entonces, pues las deshacia el tiro; ni las perlas, ni los tigres, ni las otras cosas buenas de aquella tierra, y extrañas acá en España. Mas contaré que este tiro le causó envidia y malquerencia con algunos de corte, por amor del letrero; aunque el vulgo lo ponian en las nubes, y creo que jamás se hizo tiro de plata sino este de Cortés. La copla él mesmo se la hizo, que cuando queria no trovaba mal. Muchos probaron sus ingenios y vena de coplear, pero no acertaron. Por lo cual dijo Andrés de Tapia:

Aqueste tiro á mi ver
Muchos necios ha de hacer.

Y quizá porque costó de hacer mas de tres mil castellanos. Envió veinte y cinco mil castellanos en oro y mil y quinientos y cincuenta marcos de plata á Martin Cortés, su padre, para llevarle su mujer, y para que le enviase armas, artillería, hierro, naos con muchas velas, sogas, áncoras, vestidos, plantas, legumbres y semejantes cosas, para mejorar la buena tierra que conquistara; pero tomólo todo el Rey con lo demás que vino entonces de las Indias. Con estos dineros que Cortés envió al Emperador, quedaba la tesorería del Rey vacía y él sin blanca, por lo mucho que habia gastado en los ejércitos y armadas que, como la historia vos ha contado, habia hecho. Llegaron al mesmo tiempo á Méjico muchos criados y oficiales del Rey, y de Ciudad Real Alonso de Estrada por tesorero; Gonzalo de Salazar, de Granada, por fator; Rodrigo de Albornoz, de Paradinas, por contador, y Peralmindez Cherino por veedor; que fueron los primeros de la Nueva-España, y aun muchos conquistadores que pretendian aquellos cargos, se agraviaron, quejándose de Cortés. Entraron en cuentas con Julian de Alderete y con los otros que Cortés y el cabildo tenian puestos para cobrar y tener el quinto, rentas y hacienda del Rey, y no les pasaban ciertas partidas que habian dado á Cortés, que serian sesenta mil castellanos; mas, como él mostró haberlos gastado en servicio del Emperador, y pedia mas de otros cincuenta mil que tenia puestos de suyo, se fenesció la cuenta. Todavía quedaron aquellos oficiales en que Cortés tenia grandes tesoros, ansí por lo que en España oyeran sobre ello, y porque Juan de Ribera ofresció en su nombre al Emperador docientos mil ducados, como porque no faltaba quien les decia al oido que cada dia le traian los indios oro, plata, cacao, perlas, plumajes y otras cosas ricas; y que tenia escondido el tesoro de Moteczuma, y robado el del Emperador y conquistadores, con indios que de secreto lo sacaban de noche por el postigo de su casa; y así, no considerando lo que habia enviado á Castilla y gastado en las guerras, escribieron á España, especial Rodrigo de Albornoz, que llevó cifras para avisar secretamente de lo que le pareciese, muchas cosas contra él acerca de su avaricia y tirannía; que, como no lo conoscian y venian mal informados, y hallaban allí personas que no le querian bien, porque no les daba los repartimientos, ó tantos repartimientos como ellos pedian, creian cuanto oian.

Del estrecho que muchos buscaron en las Indias.

Deseaban en Castilla hallar estrecho en las Indias para ir á los Malucos, por quitarse de pleito con Portugal sobre la Especería; y así, mandó el Emperador que lo buscasen, desde Veragua á Yucatan, á Pedrarias de Avila, á Cortés, á Gil Gonzalez de Avila y otros; ca era opinion que lo habia, desde que Cristobal de Colon descubrió tierra firme; y mas de cuando Vasco Nuñez de Balboa halló la otra mar, viendo cuán poco trecho de tierra hay del Nombre de Dios á Panamá. Así que lo buscaron, y acertaron á buscarle casi á un mesmo tiempo; aunque Pedrarias mas envió á Francisco Hernandez á conquistar y poblar que á buscar estrecho. El cual Francisco Hernandez pobló á Nicaragua y llegó á Honduras. Fernando Cortés envió á Cristóbal de Olid, segun ya contamos. Gil Gonzalez fué muy de propósito el año de 23. Pobló á San Gil de Buena-Vista, destruyó y despojó á Francisco Hernandez, y comenzó á conquistar aquella tierra.

De cómo se alzó Cristóbal de Olid contra Fernando Cortés.

Fué Cristóbal de Olid á Cuba, segun Cortés le mandara, y tomó en la Habana los caballos y vituallas que Contreras tenia compradas, que costaron bien caras. Costaba entonces la hanega de maíz dós pesos de oro, la de frísoles cuatro, la de garbanzos nueve, una arroba de aceite tres pesos, otra de vinagre cuatro, otra de candelas de sebo nueve, y la de jabon otros nueve, un quintal de estopa cuatro pesos, otro de hierro seis, dos pesos una riestra de ajos, una lanza un peso, un puñal tres, una espada ocho, una ballesta veinte, y el ovillo uno, una escopeta ciento, un par de zapatos otro peso de oro, un cuero de vaca doce. Ganaba un maestre de nao ochocientos pesos cada mes; y con esta carestía hizo Cortés esta y otras armadas, y en aquesta gastó treinta mil castellanos. Entre tanto que se cargaban y proveian las naos destos bastimentos y de agua y leña, se escribió y concertó con Diego Velazquez para alzarse contra Cortés, con aquella gente armada y tierra que á cargo llevaba. Entrevinieron al concierto Juan Ruano, Andrés de Duero, el bachiller Parada, el provisor Moreno, y otros que, después de muertos Velazquez y Olid, se descubrieron. Tomó pues lo que Contreras y Diego Velazquez le dieron, y fuése á desembarcar quince leguas antes del puerto de Caballos, habiendo corrido mal tiempo y peligro; y porque llegó á 3 de mayo, llamó al pueblo que trazó Triunfo de la Cruz. Nombró por alcaldes, regidores y oficiales á los que Cortés señalara en Méjico, tomó la posesion, é hizo otros autos en nombre del Emperador y de Fernando Cortés, cuyo poder llevaba. Todo esto era, á lo que después pareció, para asegurar los parientes y criados de Cortés, y para fortalescerse muy bien y para reconocer aquella tierra; mas luego mostró odio y enemiga á Cortés y á sus cosas, y amenazaba con la horca al que algo le contradecia ó murmuraba. Prometió oficios, obispados y audiencias á muchos; y así, no habia hombre que le fuese á la mano. Dejó de enviar á descubrir el estrecho, y púsose á echar de aquella tierra y costa á Gil Gonzalez de Avila, que, como poco antes dije, estaba en ella, y tenia poblado á San Gil de Buena-Vista. Mató muchos españoles por hacerlo, y entre ellos á Gil de Avila, su sobrino, y prendió al mesmo Gil Gonzalez de Avila con otros muchos, por quedarse solo en aquella tierra, que no era pobre. Cortés, como supo lo que Cristóbal de Olid habia hecho, envió á gran priesa á Francisco de las Casas con nuevos poderes y mandamientos de prendelle, en dos naves muy buenas, y bien acompañado. Cristóbal de Olid, cuando vió aquellas naos, sospechó lo que traian; metióse en dos carabelas que tenia con mucha gente para no dejarles tomar tierra, y tirábales. Francisco de las Casas alzó una bandera de paz; mas no fué creido. Echó á la mar los bateles con muchos hombres armados para pelear y tomar tierra si hallasen entrada, y comenzó á jugar su artillería; y como en no escucharle se manifestaba la malicia y rebelion que se decia, dióse tal maña, que echó á fondo una carabela del contrario. No se ahogó la gente ni él osó arribar al puerto, sino estúvose con sus naos sobre las anclas, esperando lo que acordaba hacer Cristóbal de Olid, que luego movió partido, y era por esperar una compañía de su gente que habia ido contra los de Gil Gonzalez. Entre tanto sobrevino un recio tiempo y viento, que dió con los navíos de Francisco de las Casas al través en parte que muy presto fueron presos los que venian en ellos, sin derramamiento de sangre. Estuvieron tres dias sin comer y con muchas aguas y frios; murieron cerca de cuarenta españoles. Hízoles Cristóbal de Olid jurar sobre los Evangelios, como á los de Gil Gonzalez, que le obedecerian en todo y por todo; que nunca serian contra él ni seguirian mas á Cortés; y con tanto, los soltó á todos, excepto al Francisco de las Casas, que llevó consigo á Naco, buen pueblo, que destruyeron Albitez y Cereceda. De la manera susodicha prendió Cristóbal de Olid á Francisco de las Casas, y antes, ó como dicen otros, después, á Gil Gonzalez de Avila. Como quiera que fuese, está cierto que los tuvo presos á entrambos á un mesmo tiempo y en su propia casa, y que estaba muy ufano con tan buenos prisioneros, ansí por la reputacion y fama, como pensando haber por ellos aquella tierra libremente, y que se concertaria con Fernando Cortés. Mas avínole muy al contrario; porque Francisco de las Casas le rogó muchas veces delante todos los españoles que le soltase para ir á dar razon de sí á Cortés, pues su persona y prision le hacia poco al caso; y como siempre le respondia que no lo haria, díjole que le tuviese á recado, porque de otra manera le mataria; palabra muy recia y atrevida para hombre preso. Cristóbal de Olid, que presumia de valiente, y que le tenia sin armas y entre sus criados, no hizo caudal de aquellas amenazas. Concertáronse pues ambos prisioneros de matarle; y cenando todos tres á una mesa, otros dicen que paseándose por la sala, tomaron sendos cuchillos de servicio ó de escribanías; echóle mano por la barba Francisco de las Casas, y sin que se pudiese rebullir, le dieron muchas heridas, diciendo: «No es tiempo de sufrir mas este tirano.» Escapóseles al fin, y fuése al campo á esconder en unas chozas de indios, con pensamiento de que, venidos los suyos de cenar, ca entonces solo estaba, matarian al Francisco de las Casas y al Gil Gonzalez; pero ellos dijeron luego: «Aquí los de Cortés;» y dende á poco tuvieron sin sangre ni mucha contradicion las armas y personas de todos los españoles á su mandado, y presos algunos favorecedores de Cristóbal de Olid. Pregonáronlo, y súpose dónde estaba; prendieron y hiciéronle proceso, y por sentencia que entrambos á dos dieron, fué degollado públicamente en Naco, dentro de pocos dias que preso estuvo; y así, feneció su vida, por tener en poco su contrario y no tomar el consejo de su enemigo. Tras la muerte de Cristóbal de Olid gobernó la gente y tierra Francisco de las Casas y Gil Gonzalez, sin apartarse ninguno con la suya; y el Francisco de las Casas pobló la villa de Trujillo á 18 de mayo año de 25; ordenó muchas cosas cumplideras á Cortés, y volvióse á Méjico por tierra, llevando consigo á Gil Gonzalez de Avila. Tenia la audiencia de Santo Domingo autoridad del Emperador para castigar al que se descomediese y moviese guerra entre españoles en aquella tierra de las Higueras, y envió allá lo mas presto que pudo al bachiller Pedro Moreno, su fiscal, con cartas y poder; mas ya cuando llegó era muerto Cristóbal de Olid, y los matadores idos á Méji-

co, y no pudo ni supo hacer nada; antes dicen que fué mejor mercader que juez.

De cómo salió Cortés de Méjico contra Cristóbal de Olid.

No descansaba Cortés ni cesaba de mostrar con palabras el enojo que dentro el pecho tenia de Cristóbal de Olid, por haberse alzado siendo su hechura y amigo, ni se confiaba de la diligencia de Francisco de las Casas, porque Olid tenia muchos amigos; así que determinó ir allá. Apercibe sus amigos, adereza su partida y publica su determinacion. Los oficiales del Rey le rogaron que dejase aquel viaje, pues importaba mas la seguridad de Méjico que la de Higueras, y no diese ocasion que con su ausencia se rebelasen los indios, y matasen los pocos españoles que quedaban; ca, segun entendian, no estaban muy fuera dello, porque siempre andaban llorando la muerte de sus padres, la prision de sus señores y su captiverio; y que perdiéndose Méjico, se perdia toda la tierra; y que mas le temian y acataban á él solo que á todos juntos; y que á Cristóbal de Olid, ó el tiempo ó Francisco de las Casas ó el Emperador lo castigaria. Allende desto, le dijeron que era un camino muy largo, trabajoso y sin provecho, y que ir era mover guerra civil entre españoles. Cortés respondia que dejar sin castigo aquel era dar á otros ruines causa de hacer otro tanto; lo cual él temia mucho, por haber muchos capitanes por la Nueva-España derramados, que por ventura se le desacatarian, tomando ejemplo de Cristóbal de Olid, y que harian excesos en la tierra, por do se rebelase todo, y no bastase después él ni ellos ni nadie á cobralla. Ellos entonces le requirieron de parte del Emperador que no fuese, y el prometió que no iria sino á Coazacoalco y otras provincias por allí rebeladas; y con tanto, se eximió de los ruegos y requerimientos, y aprestó su partida, aunque con mucho seso; porque, como dél colgaban todos los negocios y el bien ó mal de la tierra, tuvo bien qué pensar y qué proveer. Ordenó muchas cosas tocantes á su gobernacion; mandó que la conversion de los indios se continuase con todo el calor posible y necesario; escribió á los concejos y encomenderos que derribasen todos los ídolos; dió repartimientos á los oficiales del Rey y á otros muchos, por no dejar á nadie descontento; dejó por sus tenientes de gobernadores á Alonso de Estrada, tesorero, y al contador Rodrigo de Albornoz, que le parescieron hombres para ello; y al licenciado Alonso Zuazo para en las cosas de justicia; y porque Gonzalo de Salazar y Peralmindez Chirino no se sintiesen de aquello, llevólos consigo. Dejó á Francisco de Solís por capitan de la artillería y alcaide de las atarazanas, y muy bien proveidos los bergantines, y muchas armas y municion, por si algo aconteciese. Acordó llevar con él todos los señores y principales de Méjico y Culúa que podian alterar la tierra y causar algun bullicio en su ausencia, y entre ellos fueron el rey Cuahutimoc, Couanacochcin, señor que fué de Tezcuco; Tetepanque Zatl, señor de Tlacopan; Oquici, señor de Azcapuzalco, Xihuacoa, Tlacatlec, Mexicalcinco, hombres muy poderosos para cualquiera revolucion, estando presentes. Ordenado pues todo esto, se partió Cortés de Méjico por octubre de 1524 años, pensando que todo se haria bien; pero todo se hizo mal, sino fué la conversion de indios, que fué grandísima y bien hecha, segun después largamente dirémos.

De cómo se alzaron contra Cortés en Méjico sus tenientes.

Alonso de Estrada y Rodrigo de Albornoz comenzaron luego en saliendo Cortés de la ciudad á tener puntillos y resabios sobre la precedencia y mando; y un dia, estando en ayuntamiento, llegaron á echar mano á las espadas sobre poner un alguacil, y poco á poco vinieron á no hacer como debian su oficio. El cabildo lo escribió á Cortés por dos ó tres veces; y como las cartas le tomaban por el camino, no proveia de remedio, mas de escrebirles reprehendiéndoles su yerro y desatino, y apercibiéndolos que si no se enmendaban y conformaban, que les quitaria el cargo y los castigaria. Ellos ni aun por eso no perdian sus pasiones, antes crecian las rencillas y el odio; ca Estrada, que presumia de hijo de rey, despreciaba al Albornoz, y Albornoz, como era, presumia de tan honrado, no se dejaba hollar. Perseverando pues ellos en su discordia, y avisando á Cortés la ciudad muy apriesa para que tornase á poner remedio en aquello y á apaciguar á los vecinos, así indios como españoles, que con el alboroto de aquellos dos estaban desasosegados, acordó, por no dejar su camino y empresa, de dar al fator Gonzalo de Salazar y al veedor Peralmíndez Chirino de Úbeda igual poder que los otros tenian, para que, no afrentando á ninguno, gobernasen todos cuatro. Dióles asimismo otro poder secreto para que ellos dos solos, juntamente con el licenciado Zuazo, fuesen gobernadores, revocando y suspendiendo al Alonso de Estrada y Rodrigo de Albornoz, si les parescia que convenia, y los castigasen si tenian culpa. Deste poder secreto que Cortés les dió á buena fin, resultó gran odio y revueltas entre los oficiales del Rey, y nació una guerra civil, en que murieron hartos españoles, y estuvo Méjico para perderse. Salazar y Chirino tomaron los poderes y ciertas instrucciones; despidiéronse de Cortés en la villa del Espíritu Santo, aunque no en la gracia, y volviéronse á Méjico. No curaron de gobernar juntamente con los otros, sino solos; hicieron su pesquisa é informacion contra ellos, y prendiéronlos. Enviaron preso al licenciado Alonso Zuazo, encima de una acémila y con grillos y cadena á la Veracruz, para que allí le metiesen en una nao y le llevasen á Cuba á dar cuenta de cierta residencia; y tras esto, hicieron otras cosas peores que Estrada y Albornoz; y como si no hubiera rey ni Dios, ansí se habian con todos los que no andaban á su sabor; y pensando que Cortés no volviera jamás á Méjico, y por demasiada codicia, aunque publicaban ellos ser para servicio del Emperador, prendieron á Rodrigo de Paz, primo y mayordomo mayor de Cortés, y alguacil mayor de Méjico. Diéronle tormento cruelísimamente para que dijese del tesoro, y como no confesaba, ca no sabia dél ni lo habia, ahorcáronle, y tomáronse las casas de Cortés, con la artillería, armas, ropa, y todas las otras cosas que dentro estaban: cosa que paresció muy mal á toda la ciudad. Por lo cual fueron después condenados á muerte, aunque no ejecutados, de los oidores y licenciados Juan de Salmeron, Quiroga, Ceinos y Maldona-

do, estando por presidente Sebastian Ramirez de Fuenleal, obispo de Santo Domingo, y por el consejo de Indias en España; y mucho después los condenó la mesma audiencia de Méjico, siendo virey don Antonio de Mendoza, á pagar la artillería y todo lo al que tomaron de casa de Cortés. Quedaron los buenos gobernadores con esto tan disolutos como asolutos; y estando las cosas así, se rebelaron los de Huaxacac y Zoatlan, y mataron cincuenta españoles y ocho ó diez mil indios esclavos que cavaban en las minas. Fué allá Peralmindez con docientos españoles y ciento á caballo; y por la guerra que les dió, se acogieron en cinco ó seis peñoles, y al cabo se recogieron á uno muy fuerte y grande, con toda su ropa y oro. Chirino los cercó, y estuvo sobrellos cuarenta dias; porque los del peñol tenian una gran sierpe de oro, muchas rodelas, collares, moscadores, piedras y otras ricas joyas; mas ellos una noche, sin que él los sintiese, se fueron con todo su tesoro. Gonzalo de Salazar se hizo pregonar en Méjico públicamente y con trompetas por gobernador y capitan general de aquellas tierras de la Nueva-España. Andando la cosa tal, avisaron á Cortés para que viniese con el capitan Francisco de Medina, al cual mataron los de Xicalanco cruelísimamente; ca le hincaron muchas rajuelas de teda por el cuerpo, y lo quemaron poco á poco, haciéndole andar al rededor de un hoyo, que es cerimonia de hombre sacrificado; y mataron con él otros españoles é indios que le guiaban y servian. Fué tras Medina Diego de Ordás con gran priesa, por Cortés, y como supo la muerte que le dieron, volvióse; y porque no le tuviesen por cobarde, ó pensando que fuese muerto tambien á manos de indios, dijo que Cortés era muerto; que causó gran parte del mal. Con lo cual, y por malas nuevas que venian de los muchos trabajos y peligros en que Cortés y los de su compañía andaban, lo creia casi toda la ciudad; y así, muchas mujeres hicieron obsequias á sus maridos, y al mesmo Cortés le hicieron tambien ciertos parientes, amigos y criados suyos, las honras como á muerto. Juana de Mansilla, mujer de Juan Valiente, dijo que Cortés era vivo: vino á oidos de Gonzalo de Salazar, y mandóla azotar por las calles públicas y acostumbradas de la ciudad; dislate que no lo hiciera un modorro; mas Cortés cuando vino restituyó á esta mujer en su honra, llevándola á las ancas por Méjico y llamándola doña Juana; y en unas coplas que después hicieron, á imitacion de las del Provincial, dijeron por allá que le habian sacado el don de las espaldas, como narices del brazo. Estaban á la sazon seis ó siete naos de mercaderes en Medellin, que, á fama de las riquezas de Méjico, eran idas á vender sus mercaderías. Gonzalo de Salazar y todos los otros oficiales del Rey querian enviar en ellas dineros al Emperador, que era el toque de su negocio, y escrebir al consejo y á Cobos en derecho de su dedo; pero no faltó quien se lo contradijese, diciendo que no era bien aquello sin voluntad y cartas del gobernador Fernando Cortés. Llegó en esto Francisco de las Casas con Gil Gonzalez de Avila; y como era caballero, hombre altivo, animoso, y cuñado de Cortés, opúsose muy recio contra ellos, y aun atropellólos un dia, maltratando á Rodrigo de Albornoz, y envió luego á quitar las áncoras y velas á las naos que estaban en Medellin, porque no tuviesen en qué enviar á España relaciones, como él decia, falsas, mentirosas y perjudiciales; pero el fator Salazar, que era mañoso, lo prendió, juntamente con Gil Gonzalez; procedió contra ellos por la muerte de Cristóbal de Olid, por la inobediencia y desacato que le tuvo por lo de las naos, y porque era gran contraste para sus pensamientos. Condenólos á muerte, y si no fuera por buenos rogadores, los degollara, aunque habian apelado para el Emperador. Todavía los envió presos á España, con el proceso y sentencia, en una nao de Juan Bono de Quexo. Envió asimesmo doce mil castellanos en barras y joyas de oro con Juan de la Peña, criado suyo; pero quiso la fortuna que se hundiese aquella carabela en la isla del Fayal, que es de los Azores una; y así se perdieron las cartas, procesos y escrituras, y se salvaron los hombres y el oro.

La prision del fator y veedor.

Estando pues Gonzalo de Salazar trunfando desta manera en Méjico, y Peralmindez Chirino sobre el peñol que dije de Zoatlan, llegó á la ciudad Martin Dorantes, mozo de espuelas de Cortés, con muchas cartas y con poderes del Gobernador, para que gobernasen Francisco de las Casas y Pedro de Albarado, y removiesen del cargo y castigasen al fator y veedor. Entróse en Sant Francisco, sin ser de nadie visto; y como supo de los frailes que Francisco de las Casas era llevado preso á España, llamó secretamente á Rodrigo de Albornoz y Alonso de Estrada, y dióles las cartas de Cortés. Ellos, en leyéndolas, llamaron todos los de la parcialidad de Cortés, los cuales eligieron luego al Alonso de Estrada por lugarteniente de Cortés, en nombre del Emperador, por no estar allí tampoco Pedro de Albarado ni Francisco de las Casas, á quien los poderes venian. Divulgóse luego por toda la ciudad que Cortés era vivo, y hubo grande alegría; y todos salian de sus casas por ver y hablar al Dorantes. Con el regocijo de tan buenas nuevas parecia Méjico otro del que hasta allí. Gonzalo de Salazar temió valientemente el furor del pueblo. Habló á muchos, segun la necesidad que tenia, para que no le desamparasen. Asestó la artillería á la puerta de las casas de Cortés, donde residia, después que ahorcó á Rodrigo de Paz, y hízose fuerte con hasta docientos españoles. Alonso de Estrada con todo su bando fué á combatirle la casa. Como aquellos docientos españoles les vieron venir á toda la ciudad sobre sí, y que era mejor acostarse á la parte de Cortés, pues era vivo, que no tener con el fator, y por no morir, comenzaron á dejarle y descolgarse por las ventanas á unos corredores de la casa; y de los primeros que se descolgaron fué don Luis de Guzman; y no le quedaron sino doce ó quince, que debian ser sus criados. El fator no por eso perdió el ánimo; antes, de que vido que todos se le iban, esforzó á los que le quedaban, y púsose á resistir, y él mesmo pegó fuego con un tizon á un tiro; pero no hizo mal, porque los contrarios se abrieron al pasar de la pelota. Arremetió tras esto Estrada y su gente, y entraron y prendieron al fator en una cámara, donde se retiró. Echáronle una cadena, lleváronlo por la plaza y otras calles, no sin vituperio é injuria, para que todos lo vie-

sen; metiéronlo en una red, y pusiéronle muy buena guarda, y después se pasaron á la mesma casa el Estrada y Albornoz. Estrada derechamente le fué contrario, mas Albornoz anduvo doblado, porque afirman que se salió de Sant Francisco, y habló al fator, prometiéndole que ni seria contra él ni con él, sino en poner paz. Y á la vuelta topó al Estrada, que venia á combatir la casa, y hizo que le apeasen de la mula y le diesen caballo y armas para sí y para sus criados, porque paresciese fuerza si el fator vencia. Peralmindez Chirino dejó la guerra que hacia, de que supo cómo Cortés era vivo, y revocado su poder de gobernador; y caminó para Méjico cuanto mas pudo por ayudar con su gente á su amigo Gonzalo de Salazar; mas antes que llegase supo cómo ya estaba preso y enjaulado, y fuése á Tlaxcallan, y metióse en Sant Francisco, monesterio de frailes, pensando guarecer allí y escapar de las manos de Alonso de Estrada y bando de Cortés; empero luego que se supo en Méjico enviaron por él, y le trajeron y metieron en otra jaula cabe su compañero, sin que le valiese la iglesia. Con la prision destos dos cesó todo el escándalo, y gobernaban Estrada y Albornoz en nombre del Rey y del pueblo muy en paz, aunque aconteció que ciertos amigos y criados de Gonzalo de Salazar y Peralmindez se hermanaron y concertaron de matar un dia señalado al Rodrigo de Albornoz y Alonso de Estrada, y que las guardas soltasen entre tanto los presos. Mas como tenian las llaves los mesmos gobernadores, no se podia efectuar su concierto sin hacer otras; porque romper las jaulas, que eran de vigas muy gruesas, era imposible sin ser sentidos y presos. Así que dan parte del secreto, prometiéndole grandes cosas, á un Guzman, hijo de un cerrajero de Sevilla que hacia vergas de ballesta. El Guzman, que era buen hombre y allegado de Cortés, se informó muy bien quiénes y cuántos eran los conjurados, para denunciarlos y ser creido. Prometióles llaves, limas y ganzúas para cuando las pedian, y rogóles que cada dia le viesen y avisasen de lo que pasaba, porque se queria hallar en librar los presos; no los matasen. Aquellos se lo creyeron, de necios y poco recatados, é iban y venian á su tienda muchas veces. El Guzman descubrió el negocio á los gobernadores, declarando por nombre á los concertados, los cuales luego pusieron espías, y hallaron ser verdad. Dieron mandamiento para prender los del monipodio. Presos confesaron ser verdad que querian soltar á sus amos y matar á ellos; y así, fueron sentenciados. Ahorcaron á un Escobar y á otros, que era la cabeza. A unos cortaron las manos, á otros los piés, á otros azotaron, á muchos desterraron, y en fin, todos fueron bien castigados; y con tanto, no hubo de allí adelante quien revolviese la ciudad ni perturbase la gobernacion de Alonso de Estrada. Así como digo pasó esta guerra civil de Méjico entre españoles, estando ausente Fernando Cortés; y levantáronla oficiales del Rey, que son mas de culpar. Y nunca Cortés salió fuera que soldado suyo saliese de su mandado y comision, ni hubiese la menor alteracion de las pasadas. Fué maravilla no alzarse los indios entonces, que tenian aparejo para ello, y aun armas, bien que dieron muestra de hacerlo; mas esperaban que Cuahutimoc se lo enviase á decir cuando él hubiese muerto á Cortés, como lo trataba por el camino, segun después se dirá.

La gente que Cortés llevó á las Higueras.

Luego que Cortés despachó á Gonzalo de Salazar y á Peralmindez desde la villa del Espíritu Santo con poderes para gobernar en Méjico, hizo saber á los señores de Tabasco y Xicalanco cómo estaba allí y queria ir cierto camino; que le enviasen algunos hombres pláticos de la costa y de la tierra. Luego aquellos señores le enviaron diez personas de las mas honradas de sus pueblos, y mercaderes, con el crédito que de costumbre tienen; los cuales, después de haber muy bien entendido el intento de Cortés, le dieron un debujo de algodon tejido, en que pintaron todo el camino que hay de Xicalanco hasta Naco y Nito, donde estaban españoles, y aun hasta Nicaragua, que es á la mar del Sur, y hasta donde residia Pedrarias, gobernador de Tierra-Firme; cosa bien de mirar, porque tenia todos los rios y sierras que se pasan y todos los grandes lugares y las ventas á do hacen jornada cuando van á las ferias; y le dijeron cómo, por haber quemado muchos pueblos los españoles que andaban por aquella tierra, se habian huido los naturales á los montes; y así, no se hacian las ferias como solian en aquellas ciudades. Cortés se lo agradesció, y les dió algunas cosillas por el trabajo y por las nuevas de lo que buscaba, y se maravilló de la noticia que tenian de tierra tan léjos. Teniendo pues guia y lengua, hizo alarde, y halló ciento y cincuenta caballos y otros tantos españoles á pié muy en órden de guerra, para servicio de los cuales iban tres mil indios y mujeres. Llevó una piara de puercos, animales para mucho camino y trabajo, y que multiplican en gran manera. Metió en tres carabelas cuatro piezas de artillería que sacó de Méjico, mucho maíz, frísoles, pescados y otros mantenimientos, muchas armas y pertrechos y todo el vino, aceite, vinagre y cecinas que tenia traidas de la Veracruz y de Medellin. Envió los navíos que fuesen costa á costa hasta el rio de Tabasco, y él tomó el camino por tierra, con pensamiento de no desviarse mucho de la mar. A nueve leguas de la villa del Espíritu Santo pasó un gran rio en barcas, y entró en Tunalan; y otras tantas leguas mas adelante pasó otro rio, que llaman Aquiauilco, y los caballos á nado. Topó después otro tan ancho, que porque no se le ahogasen los caballos hizo una puente de madera, no media legua de la mar, que tuvo novecientos y treinta y cuatro pasos. Fué obra que maravilló los indios, y aun que los cansó. Llegó á Copilco, cabeza de la provincia; y en treinta y cinco leguas que anduvo atravesó cincuenta rios y desaguaderos de ciénagas y otras casi tantas puentes que hizo; ca no pudiera pasar de otra manera la gente. Es aquella tierra muy poblada, aunque muy baja y de muchas ciénagas y lagunajos, á causa de ser muy alta la costa y ribera; y así, tienen muchas canoas. Es rica de cacao, abundante de pan, fruta y pesca. Sirvió muy bien este camino, y quedó amiga y depositada á los españoles, vecinos de la villa del Espíritu Santo. De Anaxaxuca, que es el postrer lugar de Copilco para ir á Ciuatlan, atravesó unas muy cerradas montañas y un rio, dicho Quezatlapan, bien grande, el cual entra

en el de Tabasco, que llaman Grijalva; y por él se proveyó de comida de los carabelones con veinte barquillas de Tabasco, que trajeron docientos hombres de aquella ciudad; con las cuales pasó el rio. Ahogósele un negro, y perdióse hasta cuatro arrobas de herraje, que hicieron harta falta. Creo que aquí se casó Juan Jaramillo con Marina, estando borracho. Culparon á Córtés, que lo consintió teniendo hijos en ella. Huyeron; y en veinte dias que estuvo allí Cortés ni vinieron ni halló quien le mostrase camino, sino fueron dos hombres y unas mujeres que le dijeron cómo el señor y todos estaban por los montes y esteros, y que ellos no sabian andar sino en barcas. Preguntados si sabian á Chilapan, que estaba en el debujo, señalaron con el dedo una sierra hasta diez leguas de allí. Cortés hizo una puente de trecientos pasos, en que entraron muchas vigas de treinta y de cuarenta piés, y pasó una gran ciénaga; que sin pasar agua no se podia salir de aquel pueblo. Durmió en el campo alto y enjuto, y otro dia entró en Chilapan, gran lugar y bien asentado; mas estaba quemado y destruido. No halló en él mas de dos hombres, que lo guiaron á Tamaztepec, que por otro nombre llaman Tecpetlican. Antes de llegar allá pasó un rio, dicho por nombre Chilapan, como el lugar atrás. Ahogóse allí otro esclavo, y perdióse mucho fardaje. Tardó dos dias en andar seis leguas, y casi siempre fueron los caballos por agua y cieno hasta las rodillas, y aun hasta la barriga por muchas partes. El trabajo y peligro que pasaron los hombres fué excesivo, y aína se ahogaran tres españoles. Tamaztepec estaba sin gente y desolado. Todavía reposaron en él los nuestros seis dias. Hallaron fruta, maíz verde en lo labrado, y maíz en grano en silos, que fué harto remedio y refrigerio, segun iban hombres y caballos; y aun cómo pudieron llegar los puercos fué maravilla. De allí fué á Iztapan en dos jornadas por ciénagas y tremedales espantosos, donde se hundian los caballos hasta la cincha. Los de aquel pueblo, como vieron hombres á caballo, huyeron, y tambien porque les habia dicho el señor de Ciuatlan que los españoles mataban cuantos topaban; y aun pusieron fuego á muchas casas. Llevaron su ropilla y mujeres de la otra parte del rio que pasa por el pueblo, y muchos dellos por pasar apriesa se ahogaron. Prendiéronse algunos, que dijeron cómo por el miedo que les habia metido el señor de Ciuatlan habian hecho aquello. Cortés entonces llamó los que traia de Ciuatlan, Chilapan y Tamaztepec, para que le dijesen el buen tratamiento que se les hacia; y dióles luego en presencia de aquel preso algunas cosillas, y licencia que se tornasen á sus casas, y cartas para que mostrasen á los cristianos que por sus pueblos viniesen, porque con ellas estarian seguros. Con esto se alegraron y aseguraron los de Iztapan, y llamaron al señor, el cual vino con cuarenta hombres, y dióse por vasallo del Emperador; y dió largamente de comer á nuestro ejército aquellos ocho dias que allí estuvo. Pidió veinte mujeres, que fueron presas en el rio, y luego se las dieron. Acaesció estando allí que un mejicano se comió una pierna de otro indio de aquel pueblo, que fué muerto á cuchilladas. Súpolo Cortés, y mandólo luego quemar en presencia del señor; el cual quiso entender la causa, y fuéle dicha, y aun le hizo Cortés un largo razonamiento y sermon, por intérprete, dándole á entender cómo era venido en aquellas partes en nombre del mas bueno y poderoso príncipe del mundo, á quien toda la tierra reconoscia como á monarca, y que así debia hacer él; y que tambien venia á castigar los malos que comián carne de otros hombres, como hacia aquel de Méjico, y á enseñar la ley de Cristo, que mandaba creer y adorar un solo Dios, y no tantos ídolos; y notificar á los hombres el engaño que les hacia el diablo para llevarlos al infierno, donde los atormentase con terrible y perdurable fuego. Declaróle asimesmo muchos misterios de nuestra santa fe católica. Cebóle con el paraíso, y dejóle muy contento y maravillado de las cosas que le dijo. Este señor dió á Cortés tres canoas para enviar á Tabasco por el rio abajo con tres españoles y la instruccion de lo que habian de hacer los carabelones, y de cómo tenian de ir á esperarle á la bahía de la Ascension, y para llevar con ellas y con otras carne y pan de los navíos á Acalan por un estero. Dióle asimesmo otras tres canoas y hombres, que fueron con unos españoles el rio arriba á apaciguar y allanar la tierra y camino, que no fué poca amistad. De aquí comenzaron á ir ruines nuevas á Méjico, y que nunca mas volvería Cortés, por lo cual mostraron luego sus dañadas intenciones Gonzalo de Salazar y Peralmindez.

De los sacerdotes de Tatahuitlapan.

De Iztapan fué Cortés á Tatahuitlapan, donde no halló gente ninguna, salvo veinte hombres, que debian ser sacerdotes, en un templo de la otra parte del rio, muy grande y bien adornado; los cuales dijeron haberse quedado allí para morir con sus dioses, que les decian que los mataban aquellos barbudos, y era que Cortés quebraba siempre los ídolos ó ponia cruces; y como vieron á los indios de Méjico con unos aderezos de los ídolos, dijeron llorando que ya no querian vivir, pues sus dioses eran muertos. Cortés entonces y los dos frailes franciscos les hablaron con las lenguas que llevaban, otro tanto como al señor de Iztapan, y que dejasen aquella su loca y mala creencia. Ellos respondieron que querian morir en la ley que sus padres y abuelos. Uno de aquellos veinte, que era el principal, mostró dó estaba Huatipan, que venia figurado en el paño, diciendo que no sabia andar por tierra. Simpleza harto grande; pero con ella vivian contentos y descansados. Poco después de salido el ejército de allí, pasó una ciénaga de media legua, y luego un estero hondo, donde fué necesario hacer puente, y mas adelante otra ciénaga de una legua; pero como era algo tiesta debajo, pasaron los caballos con menos fatiga, aunque les daba á las cinchas, y donde menos, encima de la rodilla. Entraron en una montaña tan espesa, que no veian sino el cielo y lo que pisaban, y los árboles tan altos, que no se podian subir en ellos, para atalayar la tierra. Anduvieron dos dias por ella desatinados; repararon orilla de una balsa que tenia yerba, porque paciesen los caballos; durmieron y comieron aquella noche poco, y algunos pensaban que antes de acertar á poblado habian de morir. Cortés tomó una aguja y carta de marear que llevaba para semejantes necesidades, y acordándose del paraje

que le habian señalado en Tahuitlapan, miró, y halló que corriendo al nordeste iban á salir á Guatecpan ó muy cerca. Abrieron pues el camino á brazos, siguiendo aquel rumbo, y quiso Dios que fueron derechos á dar en el mesmo lugar, después de muy trabajados; mas refrescáronse luego en él con frutas y otra mucha comida, y ni mas ni menos los caballos con maíz verde y con yerba de la ribera, que es muy hermosa. Estaba el lugar despoblado, y no podia Cortés saber rastro de las tres barcas y españoles que habia enviado el rio arriba, y andando por el pueblo, vio una saeta de ballesta hincada en el suelo, por la cual conoció que eran pasados adelante, si ya no los habian muerto los de allí. Pasaron el rio algunos españoles en unas barquillas; anduvieron buscando gente por las huertas y labranzas, y al cabo vieron una gran laguna, donde todos los de aquel pueblo estaban metidos en barcas é isletas; muchos de los cuales salieron luego á ellos con mucha risa y alegría, y vinieron al lugar hasta cuarenta, que dijeron á Cortés cómo por el señor de Ciuatlan habian dejado el pueblo, y cómo eran pasados ciertos barbudos el rio adelante con hombres de Iztapan, que les dieron certinidad del buen tratamiento que los extranjeros hacian á los naturales, y cómo se habia ido con ellos un hermano de su señor en cuatro canoas de gente armada, para que no les hiciesen mal en el otro pueblo mas arriba. Cortés envió por los españoles, y vinieron luego al otro dia con muchas canoas cargadas de miel, maíz, cacao y un poco de oro, que alegró el ojo á todos. Tambien vinieron de otros cuatro ó cinco lugares á traer á los españoles bastimento, y á verlos, por lo mucho que dellos se decia, y en señal de amistad les dieron un poquito de oro, y todos quisieran que fuera mas. Cortés les hizo mucha cortesía, y rogó que fuesen amigos de cristianos. Todos ellos se lo prometieron. Tornáronse á sus casas, quemaron muchos de sus ídolos por lo que les fué predicado, y el señor dió del oro que tenia.

De la puente que hizo Cortés.

De Huatecpan tomó Cortés el camino para la provincia de Acalan, por una senda que llevan mercaderes; que otras personas poco andan de un pueblo á otro, segun ellos decian. Pasó el rio con barcas; ahogóse un caballo, y perdiéronse algunos fardeles. Anduvo tres dias por unas montañas muy ásperas con gran fatiga del ejército, y luego dió sobre un estero de quinientos pasos ancho, el cual puso en gran estrecho los nuestros, por no tener barcas ni hallar fondo. De manera que con lágrimas pedian á Dios misericordia, ca si no era volando, parescia imposible pasarlo, y tornar atrás, como todos los mas querian, era perescer; porque, como habia llovido mucho, se habian llevado las crecientes todas las puentes que hicieron. Cortés se metió en una barquilla con dos españoles hombres de mar, los cuales sondaron todo el ancon y estero, y por do quiera hallaban cuatro brazas de agua. Tentaron con picas, atadas una á otra, el suelo, y estaba otras dos brazadas de lama y cieno; de suerte que eran seis brazas de hondura, y quitaban la esperanza de fabricar puente. Todavía quiso él probar de hacerla. Rogó á los señores mejicanos que consigo llevaba hiciesen con los indios que cortasen árboles, labrasen y trajesen vigas grandes, para hacer allí una puente por do escapasen de aquel peligro. Ellos lo hicieron, y los españoles iban hincando aquellas maderas por el cieno, puestos sobre balsas, y con tres canoas, que mas no tenian; pero érales tanto trabajo y mohina, que renegaban de la puente y aun del capitan, y murmuraban terriblemente dél por los haber metido locamente adonde no los podria sacar, con toda su agudeza y saber, y decian que la puente no se acabaria, y cuando se acabase serian ellos acabados; por tanto, que diesen vuelta antes de acabar las vituallas que tenian, pues así como así se habia de volver sin llegar á Higueras. Nunca Cortés se vió tan confuso; mas por no enojarlos, no les quiso contradecir, y rogóles que se holgasen y esperasen cinco dias solamente, y si en ellos no tuviese hecha la puente, que les prometia de volverse. Ellos á esto respondieron que esperarian aquel tiempo aunque comiesen cantos. Cortés entonces habló á los indios que mirasen en cuánta necesidad estaban todos, pues forzado habian de pasar ó perecer. Animólos al trabajo, diciendo que luego en pasando aquel estero estaba Acalan, tierra abundantísima y de amigos, y donde estaban los navíos con muchos bastimentos y refresco. Prometióles grandes cosas para en volviendo á Méjico si hacian aquella puente. Todos ellos, y los señores principalmente, respondieron que les placia, y luego se repartieron por cuadrillas. Unos para coger raíces, yerbas y frutas de monte que comer, otros para cortar árboles, otros para labrallos, otros para traellos, y otros para hincallos en el estero. Cortés era el maestro mayor de la obra, el cual puso tanta diligencia y ellos tanto trabajo, que dentro de seis dias fué hecha la puente, y al séptimo pasaron por encima della todo el ejército y caballos; cosa que paresció no sin ayuda de Dios obrada, y los españoles se maravillaron muy mucho y aun trabajaron su parte, que aunque hablan mal, obran bien. La hechura era comun, mas la maña que los indios tuvieron fué extraña. Entraron en ella mil vigas de ocho brazas en largo y cinco y seis palmos de gordor y otras muchas maderas menores y menudas para cubierta. La atadura fué de bejucos, que clavazon no hubo, sino de clavos de ferrar y clavijas de palo por algunos barrenos. No duró la alegría que todos llevaban por haber pasado á salvo aquel estero, ca luego toparon una ciénaga muy espantosa, aunque no muy ancha, donde los caballos, quitadas las sillas, se sumian hasta las orejas, y cuanto mas forcejaban, mas se hundian, de manera que allí se perdió del todo la esperanza de escapar caballo ninguno. Todavía les metian debajo los pechos y barrigas haces de rama y de yerba en que se sostuviesen, lo cual aunque aprovechaba algo, no bastaba. Estando así, abrióse por medio un callejon por do acanaló la agua, y por allí salieron á nado los caballos, pero tan fatigados, que no se podian tener en piés. Dieron gracias á nuestro Señor por tan grandes mercedes como les habia hecho; que sin caballos quedaban perdidos. Estando en esto llegaron cuatro españoles que habian ido delante, con ochenta indios de aquella provincia de Acalan, cargados de aves, fruta y pan, con que Dios sabe cuánto se holgaron todos, mayormente cuando dijeron que Apoxpalon, señor de

aquella provincia y toda la demás gente quedaba esperando el ejército de paz, y con muy buena voluntad de verle y aposentarlo en sus casas; y ciertos de aquellos indios dieron á Cortés cosillas de oro de parte del señor, y dijeron cómo tenia gran contentamiento de su venida por aquella tierra, ca muchos años habia que tenia noticia dél por los mercaderes de Xicalanco y Tabasco. Cortés le agradesció tan buena voluntad; dióles ciertas cosillas de España para el señor; hízolos ir á ver la puente, y tornólos á enviar con los mesmos españoles. Fueron admirados del edificio de la puente, ansí porque no las hay por allí, como por ser tan grande, y porque pensaban que ninguna cosa era imposible á los españoles. Otro dia llegaron á Tizapetl, donde los vecinos tenian mucha comida aderezada para los hombres, y mucho grano y yerba y rosas para los caballos. Reposaron allí seis dias, satisfaciendo al trabajo y hambre pasada. Vino á ver á Cortés un mancebo de buena dispusicion y muy bien acompañado, que dijo ser hijo de Apoxpalon. Trájole muchas gallinas y cierto oro; ofrecióle su persona y tierra, fingiendo que su padre era muerto. Él lo consoló y mostró tener tristeza, aunque barruntaba no decir verdad, porque cuatro dias antes estaba vivo y le habia enviado un presente. Dióle un collar de cuentas de Flandes que traia al cuello, y que fué muy estimado del mancebo, y rogóle que no se fuese tan presto.

De Apoxpalon, señor de Izancanac.

De Tizapetl fueron á Teuticaccac, que estaba seis leguas, donde el señor les hizo muy buen tratamiento. Aposentáronse en dos templos, que los hay muchos y muy hermosos, uno de los cuales era el mayor y dedicado á una diosa á quien sacrificaban doncellas vírgines y hermosas, que si no eran, diz que se enojaba mucho con ellos, y á esta causa las buscaban desde niñas y las criaban regaladamente. Sobre esto les dijo Cortés como mejor pudo lo que convenia á cristiano y lo que el Rey mandaba, y derribó los ídolos; de que no mostraron mucha pena los del pueblo. Aquel señor de Teuticaccac trabó grandes pláticas y conversacion con españoles, y tomó mucha amistad y amor con Cortés. Dióle mas entera razon de los españoles que iba buscando y del camino que habia de llevar. Díjole en muy gran poridad cómo Apoxpalon era vivo, y que le queria guiar por un rodeo, aunque no mal camino, porque no viese sus pueblos y riqueza. Rogóle que tuviese secreto si le queria ver vivo y con su hacienda y estado. Cortés se lo agradesció mucho, y no solamente le prometió secreto, pero buenas obras de amigo. Llamó luego al mancebo que dije, y examinóle; el cual, como no pudo negar la verdad, dijo cómo su padre era vivo, y á ruego de Cortés le fué á llamar y le trajo luego al segundo dia. Apoxpalon se excusó con mucha vergüenza, diciendo que de miedo de tan extraños hombres y animales lo hacia, hasta ver si eran buenos, porque no le destruyesen sus pueblos; pero que agora, pues veia cómo no hacian mal á nadie, le rogaba se fuese con él á Izancanac, ciudad populosa, donde él residia. Cortés se partió otro dia, y dió un caballo á Apoxpalon en que fuese, de lo cual mostró gran placer, aunque al principio pensó caer. Entraron con gran recebimiento en aquella ciudad. Cortés y Apoxpalon posaron en una casa donde cupieron los españoles con sus caballos. A los de Méjico repartieron por casas. Aquel señor dió largamente de comer á todos el tiempo que allí estuvieron, y á Cortés cierto oro y veinte mujeres. Dióle una canoa y hombres que llevasen por el rio abajo hasta la mar, á do estaban los carabelones, un español que poco antes llegara de Santistéban de Pánuco con letras, y cuatro indios que habian traido cartas de Medellin, de la villa del Espíritu Santo y de Méjico, hechas antes que Gonzalo de Salazar y Peralmindez llegasen; con los cuales respondia que iba bueno, aunque con muchos trabajos, y tambien escribió á los españoles que estaban en los carabelones lo que habian de hacer y adonde tenian de ir á esperalle. Acostumbran, á lo que dicen, en aquella tierra de Acalan hacer señor al mas caudaloso mercader, y por eso lo era Apoxpalon, que tenia grandísimo trato por tierra de algodon, cacao, esclavos, sal, oro, aunque poco, y mezclado con cobre y con otras cosas; de caracoles colorados, con que atavian sus personas y sus ídolos; de resina y otros sahumerios para los templos, de teda para alumbrarse, de colores y tintas con que se pintan para las guerras y fiestas, y se tiñen para defensa del calor y frio, y de otras muchas mercaderías que ellos estiman y han menester; y ansí, tenia en muchos pueblos de ferias, como era Nito, fator y barrio por sí, poblado de sus vasallos y criados tratantes. Mostróse Apoxpalon muy amigo de españoles, hizo una puente para que pasasen una ciénaga, tuvo canoas para pasar un estero; envió muchas guias con ellos, pláticas del camino, y por todo esto no pidió sino una carta de Cortés para sí algunos españoles viniesen por allí, que supiesen cómo era su amigo. Acalan es muy poblada y rica. Izancanac grande ciudad.

La muerte de Cuahutimoc.

Llevaba Cortés consigo á Cuahutimoc y otros muchos señores mejicanos, porque no revolviesen la ciudad y tierra, y tres mil indios de servicio y carga. Cuahutimoc, afligido de tener guarda, y como tenia alientos de rey, y veia los españoles alejados de socorro, flacos del camino, metidos en tierra que no sabian, pensó matarlos por vengarse, especial á Cortés, y volverse á Méjico apellidando libertad, y alzarse por rey, como solia ser. Dió parte á los otros señores, y avisó á los de Méjico, para que á un mesmo dia matasen tambien ellos á los españoles que allí habia, pues no eran sino docientos y no tenian mas de cincuenta caballos, y estaban reñidos y en bandos; y si lo supiera hacer como pensar, no pensara mal; porque Cortés llevaba pocos, y pocos eran los de Méjico, y aquellos mal avenidos. Habia tan pocos entonces por haber ido con Albarado á Cuahutemallan, con Casas á Higueras y á las minas de Michuacan. Los de Méjico se concertaron para en viendo descuidados ó asidos los españoles, y para el segundo mandamiento de Cuahutimoc. Hacian de noche gran ruido con sus atabales, huesos, caracoles y bocinas, y como era mas y mas ordinario que antes, tomaron sospecha los españoles y preguntaron la causa. Recatáronse

dellos, no sé si por indicios ó por certificacion, y salian siempre armados, y aun en las procesiones que hacian por Cortés llevaban los caballos á par de sí, ensillados y enfrenados. Mexicalcinco, que después se llamó Cristóbal, descubrió á Cortés la conjuracion y trato de Cuahutimoc, mostrándole un papel con las figuras y nombres de los señores que le urdian la muerte. Cortés loó mucho á Mexicalcinco, prometióle grandes mercedes, y prendió diez de aquellos que estaban pintados en el papel sin que uno supiese de otro: preguntóles cuántos eran en aquella liga, diciendo al que examinaba cómo se lo habian dicho ya otros. Era tan cierto, segun Córtes, que no podian negarlo; y así, confesaron todos que Cuahutimoc, Couanacochcin y Tetepanquezatl habian movido aquella plática; que los demás, aunque holgaban dello, que no habian consentido de veras ni se habian hallado en la consulta; y que obedescer á su señor y desear cada uno su libertad y señorío, no era mal hecho ni pecado, y que les parecia que nunca podrian tener mejor tiempo ni lugar que allí para matarle, por tener pocos compañeros y ningun amigo, y que no temian mucho los españoles que estaban en Méjico, por ser nuevos en la tierra y no usados á las armas, y muy metidos en bandos y guerra, de que Cortés tomó mala espina; mas empero, pues los dioses no lo querian, que los matase. Tras esta confesion les hizo proceso, y dentro de breve tiempo se ahorcaron por justicia Cuahutimoc, Tlacatlec y Tetepanquezatl. Para castigo de los otros bastó el miedo y espanto; ca ciertamente pensaron todos ser muertos y quemados, pues ahorcaron los reyes, y creian que la aguja y carta de marear se lo habian dicho, y no hombre ninguno; y tenian por muy cierto que no se le podian esconder los pensamientos, pues habia acertado aquello y el camino de Huatepan; y así, vinieron muchos á decirle que mirase en el espejo, que así llaman ellos al aguja, y veria cómo le tenian muy buena voluntad y ningunas intenciones malas. El y todos los españoles les hacian encreyente ser así verdad porque temiesen. Hízose esta justicia por Carnestollendas del año de 1525 en Izancanac. Fué Cuahutimoc valiente hombre, segun de la historia se colige, y en todas sus adversidades tuvo ánimo y corazon real, tanto al principio de la guerra para la paz, cuanto en la perseverancia del cerco, y ansí cuando le prendieron, como cuando le ahorcaron, y como cuando, porque dijese del tesoro de Moteczuma, le dieron tormento, el cual fué untándole muchas veces los piés con aceite y poniéndoselos luego al fuego; pero mas infamia sacaron que no oro, y Cortés debiera guardarlo vivo como oro en paño, que era el triunfo y gloria de sus victorias. Mas no quiso tener que guardar en tierra y tiempo tan trabajoso; es verdad que se preciaba mucho dél, ca los indios le honraban mucho por su amor y respecto, y le hacian aquella mesma reverencia y cerimonias que á Moteczuma, y creo que por eso le llevaba siempre consigo por la ciudad á caballo, si cabalgaba, y si no, á pié como él iba. Apoxpalon quedó espantado de aquel castigo de tan grandísimo rey; y de temor, ó por lo que Cortés le habia dicho acerca de los muchos dioses, quemó infinitos ídolos en presencia de los españoles, prometiéndoles de no honrar mas las estatuas de allí adelante, y de ser su amigo y vasallo de su rey.

De cómo Canec quemó los ídolos.

De Izancanac, que es cabecera de Acalan, habian de ir nuestros españoles á Mazatlan, pueblo que tambien se llama de otra manera en otro lenguaje, mas no sé cómo se tiene de escrebir; y aunque he procurado mucho informarme muy bien de los propios vocablos y nombres de los lugares que nuestro ejército pasó este viaje de las Higueras, no estoy satisfecho del todo. Por tanto, si algunos no se pronuncian como deben, nadie se maraville, pues aquel camino no se huella. Cortés, porque no le faltase provision, hizo mochila para seis dias, aunque no habia de estar en el camino sino tres, ó cuando mucho cuatro, escarmentado de la necesidad pasada. Envió delante cuatro españoles con dos guias que le dió Apoxpalon. Pasó la ciénaga y estero con la puente y canoas que aderezó aquel señor, y á cinco leguas que anduvo, volvieron los cuatro españoles diciendo que habia buen camino y mucho pasto y labranzas; que fué buena nueva para todos, que iban hostigados de los malos caminos pasados. Envió otros corredores mas sueltos á tomar algunos de la tierra para saber cómo tomaban la ida de españoles; los cuales trajeron presos dos hombres de Acalan, mercaderes, segun iban cargados de ropa para vender, y ellos dijeron cómo en Mazatlan no habia memoria de tales hombres, y que el lugar estaba lleno de gente. Cortés dejó volver á los que traia de Izancanac, y llevó por guia aquellos dos mercaderes. Durmió aquella noche, como la pasada, en un monte. Otro dia los españoles que descubrian toparon cuatro hombres de Mazatlan, que estaban por escuchas, y tenian arcos y flechas, y que, como los vieron, desembrazaron sus arcos, hirieron un indio nuestro y acogiéronse á un monte. Corrieron tras ellos los españoles, y no pudieron tomar sino al uno. Entregáronle á los indios, y prosiguieron el camino por ver si habia mas. Aquellos tres que se metieron en el monte, como vieron idos los españoles, dieron sobre nuestros indios, que eran otros tantos, y por fuerza les quitaron el preso. Ellos, corridos del afrenta, corrieron tras los otros, tornaron á pelear, hirieron á uno de Mazatlan, en un brazo, de una gran cuchillada, y prendiéronle; los demás huyeron porque llegaba cerca el ejército. Este herido dijo que no sabian nada en su lugar de aquella gente barbada, y que estaban allí por velas, como es su costumbre, para que sus enemigos, que tenian muchos por la comarca, no llegasen sin ser sentidos á saltear al pueblo ni labranzas, y que no estaba lejos el lugar. Cortés aguijó por llegar allá aquella noche, mas no pudo. Durmió cerca de una ciénaga en una cabañuela sin tener agua que beber. En amanesciendo se aderezó la ciénaga con rama y mucha broza, y pasaron los caballos de diestro no con mucho trabajo, y á tres leguas andadas llegaron á un lugar puesto sobre un peñol en mucha ordenanza, pensando hallar resistencia, mas no la hubo, porque los moradores habian huido de miedo. Hallaron muchos gallipavos, miel, frísoles, maíz, y otros bastimentos en gran cantidad. Aquel lugar es fuerte por estar en gran risco; no tiene mas de una puerta, pero llana la entra-

da; está rodeado por una parte de una laguna y por otra de un arroyo muy hondo que tambien entra en la laguna; tiene un foso bien fondo, y luego un petril de madera hasta los pechos, y después una cerca de tablones y vigas, dos estados en alto, por la cual hay muchas troneras para flechar, y á trechos garitas que sobrepujan la cerca otro estado y medio, con muchas piedras y saetas, y aun las casas son fuertes y tienen sus travesías y saeteras para tirar, que responden á las calles. Todo, en fin, era recio y bien ordenado para las armas que usan en aquella tierra, y tanto mas se holgaron los nuestros, cuanto mas fuerte era el lugar, porque lo desampararon, mayormente que era frontera y tenia guarnicion de soldados. Cortés envió uno de aquellos de Acalan á llamar al señor y á la gente. Vino el Gobernador; dijo que el señor era niño y tenia mucho miedo, y fuése con él hasta Tiac, que está seis leguas de allí; pero ya cuando llegaron eran idos los vecinos al monte, huyendo de temor. Era Tiac mayor pueblo, mas no tan fuerte, por estar en llano. Tiene tres barrios cercados cada uno por sí, y otra cerca que los cerca á todos juntos. No pudo Cortés acabar con los de allí que viniesen estando dentro su ejército, aunque le dieron vituallas y alguna ropa y un hombre que lo guiase, el cual dijo que habia visto otros hombres barbados y otros ciervos; ansí llaman por allá á los caballos. Como tuvo Cortés tan buena guia, dió licencia y paga á los de Acalan, que se fuesen á su tierra, y muchas encomiendas para Apoxpalon. De Tiac fué á dormir á Xuncahuitl, que tambien era lugar fuerte y cercado como los otros, y estaba yermo de gente, pero lleno de mantenimiento. Allí se proveyó el ejército para cinco dias que habia de camino y despoblado, hasta Taica, segun la nueva guia. Cuatro noches hicieron en sierras; pasaron un mal puerto que se llamó de Alabastro, por ser todas las peñas y piedras dello. Al quinto dia llegaron á una muy gran laguna, en una isleta en la cual estaba un gran pueblo, que segun la guia dijo, era cabecera de aquella provincia de Taica, y no se podia entrar en él sino por barca. Los corredores tomaron un hombre de aquel lugar en una canoa, y aun no le tomaron ellos, sino un perro de ayuda que llevaban; el cual dijo cómo en la ciudad no se sabia nada de semejantes hombres, y que si querian entrar allá, que fuesen á unas labranzas que estaban cerca de un brazo de la laguna, y podrian tomar muchas barcas de los labradores. Cortés tomó doce ballesteros, y á pié siguió por do le llevaba aquel hombre. Pasó un gran rato de aguacero hasta la rodilla y mas arriba. Como tardó mucho en el mal camino, y no podia ir encubierto, viéronle los labradores y metiéronse en sus canoas por la laguna adelante. Asentóse real entre aquellos panes, y fortificóse lo mejor que pudo, porque le dijo la guia cómo los de aquella ciudad eran muy ejercitados en la guerra, y hombres á quien toda la comarca temia; y si queria, que él iria en aquella su canoita á la isleta, y entraria en el lugar y hablaria con Canec, señor de Taica, que ya de otras veces le conocia, y le diria su intencion y venida. Cortés le dejó ir y llevar al dueño de la barquilla. Fué pues, y volvió á media noche; que, como hay dos leguas de trecho de la costa al pueblo y malos remos, no pudo antes. Trujo dos personas, á lo que mostraban honradas, las cuales dijeron venir de parte de Canec, su señor, á visitar al capitan de aquel ejército y á saber lo que queria. Cortés les habló alegremente; Dióles un español que quedase en rehenes, porque viniese Canec al real. Ellos holgaron infinito de mirar los caballos, el traje y barbas de nuestros españoles, y fuéronse. Otro dia de mañana vino el señor con treinta personas en seis canoas; trajo consigo el español, y ninguna demostracion de miedo ni de guerra. Cortés lo recibió con mucho placer, y por hacerle fiesta y mostralle cómo honraban los cristianos á su Dios, hizo cantar la misa con solenidad, y tañer los menestriles, sacabuches y chirimías que llevaba. Canec oyó la música y canto con mucha atencion, y miró muy bien en las cerimonias y servicio del altar, y á lo que mostraba y holgó mucho, loó grandemente aquella música, cosa que nunca oyera. Los clérigos y frailes en acabando el oficio divino se llegaron á él; hiciéronle acatamiento, y luego con el faraute le predicaron. Respondió que de grado desharia sus ídolos, y que quisiera mucho saber y tener la manera cómo debia honrar y servir al Dios que le declaraban. Pidió una cruz para poner en su pueblo; replicaron que la cruz luego se la darian, como hacian en cada parte que llegaban, y que presto le enviarian religiosos que lo dotrinasen en la ley de Cristo, pues por entonces no podia ser. Cortés, tras este sermon, le hizo otra breve plática sobre la grandeza del Emperador, y rogándole que fuese su vasallo, como lo eran los de Méjico Tenuchtitlan. El dijo que desde allí se daba por tal, y que habia algunos años que los de Tabasco, como pasan por su tierra á las ferias, le habian dicho que llegaron á su pueblo ciertos extranjeros como ellos, y que peleaban mucho porque los habian vencido en tres batallas. Cortés entonces le dijo cómo era él mesmo el capitan de aquellos hombres que los de Tabasco decian, y porque creyese ser así verdad, que se informase de los de allí. Con tanto, se acabaron las pláticas y se sentaron á comer. Canec hizo sacar de las canoas aves, peces, tortas, miel, fruta y oro, aunque poca cantidad, y unos sartales de caracoles coloradillos que precian mucho. Cortés le dió una camisa, una gorra de terciopelo negro, y otras cosillas de fierro, como decir tijeras y cuchillos; y preguntóle si sabia algo de ciertos españoles suyos que habian destar no muy aparte de allí, en la costa de mar. El dijo que tenia mucha noticia dellos, porque bien cerca de donde andaban estaban unos vasallos suyos, y si queria, que le daria persona que lo llevase allá sin errar el camino, pero que era áspero y malo de pasar, por las grandes montañas, y que si iba por mar, que no seria tan trabajoso. Cortés le agradeció las nuevas y guia, y le dijo que no eran buenas aquellas barquillas para llevar caballos ni lios ni tanta gente, y por eso le era forzado ir por tierra; que le diese manera cómo pasar aquella laguna. Canec dijo que á tres leguas de allí la desecharia, y entre tanto que el ejército la andaba, se fuese con él á la ciudad á ver su casa, y veria quemar los ídolos. Cortés se fué con él muy contra la voluntad de los compañeros, y llevó consigo veinte ballesteros. Osadía fué demasiada. Estuvo en aquel lugar con muy gran regocijo de los vecinos, hasta la tarde. Vió arder muchos

ídolos; tomó guia, encomendó que curasen un caballo que dejaba en el real, cojo de una estaca que se metió por el pié, y salióse á dormir con el campo que ya habia bojado la laguna.

Un trabajoso camino que los nuestros pasaron.

Otro dia que partió de allí caminó por buena tierra llana, donde alancearon los de caballo deciocho gamos: tantos habia. Murieron dos caballos, que como iban flacos, no pudieron sufrir la caza. Tomaron cuatro cazadores que traian muerto un leon, de que se maravillaron los nuestros, ca les pareció gran cosa matar á un leon cuatro hombrecillos con solas flechas. Llegaron á un estero de agua, grande y hondo, á vista del cual estaba el lugar do pensaban ir; no tenian en qué pasar; capearon á los del pueblo, que andaban muy revueltos por coger su ropilla y meterse al monte. Vinieron dos hombres en una canoa, con hasta una docena de gallipavos; mas no quisieron juntarse á tierra, aunque hablaban, por mas que se lo rogaba, y era por entretener allí el ejército, hasta que los suyos acabasen de alzar el hato y esconderse. Estando pues así, puso un español las piernas á su caballo, metióse por el agua, y á nado fué tras los indios; ellos, de miedo, turbáronse, y no supieron remar. Acudieron luego otros españoles buenos nadadores, y tomaron la canoa. Aquellos dos indios guiaron el campo por rodeo de obra de una legua, con el cual se desechó el estero, y ansí llegaron al lugar bien cansados, porque habian caminado ocho leguas; no hallaron gente, mas hallaron bien qué comer. Llámase aquel lugar Tleccan, y el señor, Ainohan. Estuvo allí nuestro campo cuatro dias esperando si vernia el señor ó los vecinos; como no vinieron, basteciése para seis dias, que, segun las guias decian, tantos tenian de caminar por despoblado. Partióse, y llegó á dormir seis leguas de allí á una venta grande, que era de Ainohan, donde hacian jornada los mercaderes. Allí reposaron un dia, por ser fiesta de la Madre de Dios; pescaron en el rio, atajaron una gran cantidad de sabogas, y tomáronlas todas, que, allende de ser provechosa, fué hermosa pesquería. Otro dia anduvieron nueve leguas; en lo llano mataron siete venados; en el puerto, que fué malo y duró dos leguas de subida y bajada, se desherraron los caballos, y para ferrallos fué necesario estar allí un dia entero. La otra jornada que hicieron fué á una casería de Canec, que se llamaba Axuncapuin, donde estuvieron dos dias; de Axuncapuin fueron á dormir á Taxaitetl, que es otra casería de Ainohan; allí hallaron mucha fruta y maíz verde, y hombres que los encaminaron. A dos leguas que al otro dia tenian andadas de buen camino, comenzaron á subir una asperísima sierra, que duró ocho leguas, y tardaron en andarlas ocho dias, y murieron sesenta y ocho caballos despeñados y dejarretados, y los que escaparon no tornaron en sí aquellos tres meses: tan lastimados quedaron. No cesó de llover noche ni dia de todo aquel tiempo; fué maravilla la sed que pasaron, lloviendo tanto. Quebróse la pierna un sobrino de Cortés por tres ó cuatro partes, de una caída que dió; fué harto dificultoso sacarlo de aquellas montañas. No se acabaron allí los duelos; que luego dieron en un rio muy grande, y con las lluvias pasadas muy crescido y recio; tanto, que desmayaban los españoles porque no habia barcas, é ya que las hubiera, no aprovecharan; hacer puente era imposible, tornar atrás era la muerte. Cortés envió unos españoles el rio arriba á mirar si se estrechaba ó se podria vadear, los cuales volvieron muy alegres por haber hallado paso. No vos podria contar cuántas lágrimas echaron nuestros españoles, de placer con tan buena nueva, abrazándose unos á otros; dieron muchas gracias á Dios nuestro Señor, que los socorria á tal angustia, y cantaron el *Te Deum laudamus* y *Letanía;* y como era Semana Santa, todos se confesaron. Era aquel paso una losa ó peña llana, lisa, y larga cuanto el rio ancho, con mas de veinte grietas por do caia la agua sin cubrilla; cosa que paresce fábula ó encantamiento como los de Amadís de Gaula, pero es certísima. Otros lo cuentan por milagro, mas ello es obra de natura, que dejó aquellas pasaderas para el agua, ó la mesma agua con su continuo curso comió la peña de aquella manera. Cortaron pues madera, que bien cerca habia muchos árboles, y trajeron mas de docientas vigas, y muchos bejucos, que como en otro lugar tengo dicho, sirven de sogas, y nadie entonces haraganeaba; atravesaban las canales con aquellas vigas, atábanlas con bejucos, y así hicieron puente; tardaron en hacerla y en pasar dos dias; hacia tanto ruido la agua entre aquellos ojos de la peña, que ensordescia los hombres; los caballos y puercos pasaron á nado por bajo de aquel lugar, que con la profundidad iba la agua mansa; fueron á dormir aquella noche á Teucix, una legua de allí, que son unas buenas caserías y granja, donde se tomaron veinte personas ó mas; pero no se halló comida que bastase para todos, que fué harto desconsuelo, porque iban muy hambrientos, como no habian comido en ocho dias sino palmitos y sus dátiles magrillos, é yerbas cocidas sin sal. Aquellos hombres de Teucix dijeron que á una jornada el rio arriba estaba un buen pueblo de la provincia de Tauican, que tenia muchas gallinas, cacao, maíz y otros mantenimientos; pero que era menester tornar á pasar el rio, y ellos no sabian cómo, por venir tan crescido y furioso. Cortés les dijo que bien se podia pasar, que le diesen una guia, y envió treinta españoles y mil indios; los cuales fueron y vinieron muchas veces, y proveyeron el campo, aunque con mucho trabajo. Estando allí en Teucix, envió Cortés ciertos españoles con un natural por guia, á descubrir el camino que habian de llevar para Azuzulin, cuyo señor se llamaba Aquiahuilquin; los cuales, á diez leguas, tomaron siete hombres y una mujer en una casilla, que debia ser venta, y volviéronse diciendo que era muy buen camino en comparacion del pasado. Entre aquellos siete venia uno de Acalan, mercader, y que habia morado mucho tiempo en Nito, donde estaban españoles, y que dijo cómo habia un año que entraron en aquella ciudad muchos barbudos á pié y á caballo, y que la saquearon, maltratando los vecinos y mercaderes, y que entonces se salió un hermano de Apoxpalon, que tenia la fatoría, y todos los tratantes; muchos de los cuales pidieron licencia á Aquiahuilquin para poblar y contratar en su tierra, y así estaba él contratando; pero que ya las ferias se habian perdido, y los mercaderes destruido, después que aque-

llos extranjeros vinieron. Cortés le rogó que le guiase allá, y que se lo gratificaria muy bien; y como le prometió, de sí soltó los presos, y pagó las otras guias que traia, y envióles con Dios; despachó luego cuatro de aquellos siete con dos de Teucix, que fuesen á rogar á Aquiahuilquin que no se ausentase, porque deseaba hablalle, y no le hacer mal. Cuando otro dia amanesció era ido el acalanés y los otros tres; y así, quedó sin guias. Partióse en fin, y fué á dormir á un monte cinco leguas de allí. Dejarretóse un caballo en un mal paso del camino; otro dia anduvo el ejército seis leguas; pasáronse dos rios, y el uno con canoas, en el cual se ahogaron dos yeguas. Aquella noche tuvieron en una aldea de hasta veinte casas todas nuevas, que era de los mercaderes de Acalan, mas habíanse ido ellos; de allí fueron á Azuzulin que estaba desierta y sin ninguna cosa de comer; que fué doblar la pena. Estuvieron buscando por aquella tierra hombres de que tomar lengua para ir á Nito, y en ocho dias no hallaron sino unas mujercillas, que hicieron poco al propósito; antes dañaron, porque una dellas dijo que los llevaria á un pueblo dos jornadas léjos, donde les darian nuevas de lo que buscaban; fueron con ella ciertos españoles, mas no hallaron á nadie en el lugar; y así, se volvieron muy tristes, y Cortés estaba desesperado, ca no podia atinar por dó tenia de ir, por mas que miraba en la aguja: tan altas montañas habia delante y tan sin rastro de hombres. Acaso atravesó un mochacho por aquellos montes, y fué tomado; el cual los guió á unas estancias de tierra de Tuniha, que era una provincia de las que por memoria llevaban en el debujo. Llegó en dos dias á ellas, y después los guió un vejecico, que no pudo huir, otras dos jornadas hasta un pueblo, donde se tomaron cuatro hombres, que los demás habian huido de miedo, y estos dijeron cómo á dos soles de allí estaba Nito y los españoles; y porque mejor los creyesen, fué uno y trujo dos mujeres naturales de Nito, las cuales nombraron los españoles á quien habian servido, que fué harto descanso para quien lo oia, segun iban, porque cuidaron perecer de hambre en aquella tierra de Tuniha, como no comian sino palmitos verdes ó cocidos con puerco fresco, sin sal, y aun de aquellos no se hartaban, y tardaban un dia dos hombres á cortar una palma, y media hora á comerse el palmito ó pimpollo que tenia encima. Juan de Abalos, primo de Cortés, rodó con su caballo por una sierra abajo, las postreras jornadas, y se quebró un brazo.

Lo que hizo Cortés en Nito.

Cortés despachó luego que supo cuán cerca estaba de Nito, quince españoles con uno de aquellos cuatro hombres, que fuesen á buscar si toparian algun español ó indio del pueblo, que mas particularmente le declarasen cúyos y cuántos eran. Los quince españoles anduvieron hasta llegar á un rio grande; tomaron una canoa de indios mercaderes, esperaron allí dos dias, y al cabo salió una barca con cuatro españoles que pescaban, y tomáronlos sin ser sentidos del pueblo; los cuales dijeron cómo estaban allí sesenta españoles y veinte mujeres, y los mas enfermos, y que eran de Gil Gonzalez, y tenian por capitan á Diego Nieto, y que Cristóbal de Olid era muerto, y Francisco de las Casas y Gil Gonzalez, que le mataron, idos á Méjico por tierra y gobernacion de Pedro de Albarado. Dios sabe cuánto Cortés de tales nuevas se holgó; escribió á Diego Nieto cómo estaba allí y queria ir á verle, que tuviese algunas barcas para pasar el rio, y luego partióse. Tardó en llegar tres dias, y en pasar el rio con todo su ejército cinco, porque no tenian mas de un esquife y una ó un par de canoas. Muy gran consolacion fué para todos llegar allí Cortés, porque los que iban no podian mas andar, y los que estaban no tenian salud ni qué comer. Erale pues forzado á Cortés proveer de comida para tanta gente. Envió por muchas partes á la buscar; pero de ninguna la trajeron, sino las cabezas rotas. Tornó á enviar otra vez, y tampoco trujeron sino á un principal mercader con cuatro esclavos, que toparon en la mar en unas canoas. Así que, pues eran tantos los comedores, y tan poca la vianda que habia, que perescian de hambre, y verdaderamente perescieran sino por unos pocos puercos que aun duraban, y por las yerbas y raíces que cogian los mejicanos. Mas quiso Dios, que á nadie olvida, que aportase allí á tal tiempo un navío que traia treinta españoles, sin los marineros, trece caballos, setenta y cinco puercos, doce botas de carne salada y muchas cargas de maíz. Dieron todos muchas gracias á Jesucristo, y comenzaron á sacar el vientre de mal año. Cortés compró aquel navío con todo el bastimento; que los caballos dueños traian; adobó luego una carabela que aquellos españoles tenian casi perdida, y labró un bergantin de la madera de otros navíos quebrados, y así tuvo presto aparejo para navegar si le conviniese. Espanta la diligencia que en todas sus cosas Cortés ponia, y cuán vivo estaba siempre. Salian desde Nito á correr la tierra después que Cortés allí llegó, que antes ni osaban ni podian, y andando por unas partes y otras, se halló una vereda entre unas muy ásperas sierras, que iba á dar á Lequela, buen lugar y abastado; pero como estaba deciocho leguas, y casi todas de mal camino, era imposible proveerse de allí. Vista por Cortés la ruin disposicion y manera de poblar allí, y por tener otro la posesion, apareja sus tres navíos para irse á la bahía de Sant Andrés; envia á Gonzalo de Sandoval con casi toda su gente y caballos, sino fueron dos, á Naco, que estaba á veinte leguas, para apaciguar los españoles, que con las revueltas pasadas estaban algo alborotados. No quiso embarcarse sin llevar mas copia de bastimentos, por si se detenia mucho en navegar; tomó cuarenta españoles y cincuenta indios, metióse con ellos en el bergantin y en dos barcas y cuatro canoas; entró por el rio, topó un golfo ó estero hasta doce leguas de circúito, sin poblacion ninguna, por ser las orillas anegadas. De aquel fué á otro golfo que boja mas de treinta leguas, y que por estar en asperísimas sierras era notable cosa. Saltó en tierra con obra de treinta españoles y otros tantos indios; fué á un pueblo, donde ni halló gente ni pan; tornóse á las barcas con el maíz y ají que pudo coger y llevar; atravesó el golfo, hubo tormenta, perdióse una canoa, y ahogóse un indio. Otro dia entró por un riatillo, dejó allí las barcas y el bergantin, con algunos españoles en guarda, y él con todos los demás metióse á la tierra. A media legua topó

un pueblo yermo y caido, que muchos estaban ansí con la buena vecindad de los españoles; anduvo aquel dia cinco leguas por unos montes, casi siempre á gatas; salió á unas hazas, halló tres mujeres en una casilla, y un hombre, cuya debia ser aquella labranza, el cual lo guió á otra, donde se tomaron otras dos mujeres. Llegó á una aldea de cuarenta casillas ruines, aunque nuevas; habia en ellas gallinas sueltas, muchas palomas, perdices y faisanes en jaulas; maíz seco, ni sal, que era lo que buscaban, no lo habia, ni hombres tampoco; mas vinieron á la sazon dos vecinos, muy descuidados de hallar tales huéspedes en sus casas, y fueron presos; los cuales llevaron á Cortés por otro camino peor que el pasado; porque, demás de ser tan espeso y cerrado, se pasaron en espacio de siete leguas cuarenta y cinco rios, sin otros muchos arroyos que no contaron, que todos iban á vaciar en el estero. A puesta del sol sintieron los nuestros gran ruido, y temieron; preguntó Marina qué era, y respondieron que fiesta y bailes. No osó Cortés entrar en el lugar; estuvo con mucha guarda y cuidado; que dormir era imposible, segun picaban los mosquitos, y por la mucha agua, truenos y relámpagos que aquella noche hacia. En amaneciendo entraron en el pueblo, tomaron durmiendo los vecinos, y si no fuera por un español que de miedo, ó maravillado de ver tantos hombres juntos en una casa y armados, comenzó á decir á grandes voces: «Santiago, Santiago,» se hiciera una hermosa cabalgada, y quizá sin sangre. Todavía se prendieron quince hombres y veinte mujeres, y se mataron otros tantos, y entrellos el señor; estaban echados debajo un gran tejado sin paredes, donde como á casa de concejo se juntan á danzar. Tampoco se halló allí grano de maíz; y dos dias después que llegaron, se partieron para otro lugar mas grande, que decian los presos ser muy proveido de todo género de bastimentos; anduvieron ocho leguas, tomaron ciertos leñadores y ocho cazadores; pasaron un rio hasta los pechos; iba tan recio, que si no se asieran de las manos unos á otros, peligraran muchos. Durmieron en el campo; mas porque hubo una recia arma, entraron peleando de noche en el pueblo; remolináronse en la plaza, y los vecinos huyeron. En la mañana miraron las casas, y hallaron mucho algodon hilado y por hilar, mantas y otra ropa, mucho maíz seco y en grano, mucha sal, que era lo que andaban buscando, ca muchos dias habia que no la comian. Hallaron mucho cacao, ají, frísoles, fruta y otras cosas de comer; gallipavos y muchos faisanes y perdices en jaulas, y perros en caponera. Si estuvieran cerca las barcas, bien las cargaran, y aun las naos; pero como estaban veinte leguas, y ellos muy cansados, no podian llevar casi nada. Este pueblo tiene los templos á la manera de Méjico, y es lenguaje muy diferente; pasa por él un rio que cae en el golfo, y por eso envió Cortés dos españoles con uno de aquellos ocho cazadores por guia, á traer el bergantin y barcas por el mesmo rio, para las cargar de vituallas; y entre tanto hizo él cuatro balsas grandes, que cogian á cincuenta cargas de grano, con diez hombres. Volvieron los dos españoles, dejando las barcas muy abajo, por la gran corriente del rio. Cargáronse las balsas; envió Cortés la gente por tierra, y él fuése por agua. Harto peligro corrieron hasta llegar al bergantin, y mucha grita y flechas desde la orilla; pero aunque Cortés y otros muchos fueron heridos, no murió ninguno. De los que venian por tierra, murió un español casi súbitamente, de ciertas yerbas que comió por el camino. Vino con ellos un indio de la mar del Sur, que dijo cómo no habia mas de sesenta leguas de Nito hasta su tierra, donde estaba Pedro de Albarado; que fué alegre nueva. Estaba aquella ribera de una parte y otra llena de árboles de cacao y otros muchos frutales; tenia muy gentiles huertas y heredamientos; y en fin, era de las mejores cosas que hay en aquellas partes. En un dia y una noche anduvieron las balsas veinte leguas: tan corriente va el rio; y no solamente hubo Cortés este maíz y vituallas que arriba digo, sino que aun tomó mucho mas de otros pueblos; con que basteció medianamente sus navíos. Tardó á tornar á Nito treinta y cinco dias.

Cómo llegó Cortés á Noco.

Embarcó Cortés luego que fué llegado cuantos españoles allí estaban, así suyos como de Gil Gonzalez, y fuése á la bahía de Sant Andrés, donde ya le esperaban los suyos que enviara á Noco. Estuvo allí veinte dias, y por ser buen puerto, y hallarse alguna muestra de oro en aquella comarca y rios, pobló un lugar con cincuenta españoles, entre los cuales habia veinte de caballo. Llamóle Natividad de nuestra Señora. Hizo cabildo é iglesia. Dejó clérigo y aparejo para decir misa, y unos tirillos de artillería, y fuése á puerto de Honduras, que por otro se dice Trujillo, en sus naos, y envió por tierra, que habia buen camino, aunque algunos rios de pasar, veinte de caballo y diez ballesteros. Estuvo nueve dias en la mar, por algunos contrastes de tiempo que tuvo. Llegó en fin allá, y en peso le sacaron del batel los españoles de allí, que se metieron en agua mostrando mucha alegría. Fué luego á la iglesia á dar gracias á Dios, que le habia traido adonde deseaba, y dentro en ella le dieron muy larga cuenta de todas las cosas que habian pasado Gil Gonzalez de Avila y Francisco Hernandez, Cristóbal de Olid, Francisco de las Casas y el bachiller Moreno, segun ya tengo relatado. Pidiéronle perdon por haber seguido algun tiempo á Cristóbal de Olid, no pudiendo hacer mas, y rogáronle los remediase, que estaban perdidos. El los perdonó, y restituyó los oficios á los que primero los tenian, y nombró de nuevo los otros, y comenzó á edificar casas; y á dos dias que llegó, envió un español de aquellos, que entendia la lengua, y dos mejicanos, á unos pueblos siete leguas de allí, que se llaman Chapaxina y Papaica, y que son cabezas de provincias, á decirles cómo el capitan Cortés, que estaba en Méjico Tenuchtitlan, era venido allí. Oyeron aquellos pueblos la embajada con atencion, y enviaron ciertos hombres con el español, á saber mas por entero si era así verdad. Cortés los recibió muy bien, y les dió cosillas de rescate. Hablóles con Marina, rogándoles mucho que viniesen sus señores á verle; ca lo deseaba en gran manera; y que no iba allá, porque no huyesen. Aquellos mensajeros holgaron mucho de hablar con Marina, porque su lengua y la mejicana no difieren mucho, excepto en el pronunciar; y prometieron á Cortés de hacer su posibilidad, y

fuéronse. Dende á cinco dias vinieron dos personas principales. Trajeron aves, frutas, maíz y otras cosas de comer; y dijeron al capitan que tomase aquello de parte de sus señores, y les dijese lo que queria dellos, ó buscaba por aquella tierra, y que no venian ellos á verle, porque tenian temor de que los llevasen en los navíos, como habian hecho á otros poco tiempo antes, que, segun se supo, era el bachiller Moreno y Juan Ruano. Cortés respondió que no era su venida para mal, sino para mucho bien y provecho de la tierra y de la gente, si le escuchaban y creian; y á castigar los que hurtaban hombres, y que él trabajaria de cobrar aquellos sus vecinos y restituirlos; y que no tuviesen miedo de venir ante él los señores, y sabrian muy por entero lo que buscaba; porque no se lo sabrian decir ellos, aunque lo oyesen; y que solamente les dijesen cómo venia para la conservacion de sus personas y haciendas, y para salvacion de sus ánimas. Con tanto, los despidió, y rogó le trajesen gastadores para talar un monte. No tardaron á venir muchos hombres de mas de quince pueblos, señoríos por sí, con bastimentos, y á trabajar donde les mandase. En este tiempo despachó Cortés cuatro navíos; tres que él traia, y otro carabelon de los que arriba nombramos. Con uno envió á la Nueva-España los dolientes, escribió á Méjico y á todos los concejos su viaje, y cómo cumplia al servicio del Emperador detenerse por aquellas partes algunos dias. Encargóles mucho el gobierno y quietud de todos. Mandó á Juan de Avalos, su primo, que iba por capitan de aquel navío, que tomase de camino sesenta españoles que estaban en Acuzamil, que dejó allí aislados un Valenzuela, cuando robó el Triunfo de la Cruz, que fundó Cristóbal de Olid. Este navío tomó los españoles de Acuzamil, y dió al través en Cuba, en la punta que llaman de Sant Anton. Ahogáronse Juan de Avalos, dos frailes franciscos y mas de otras treinta personas. De los que escaparon la fortuna y se metieron la tierra adentro, no quedaron vivos sino quince, que aportaron á Cuaniguanigo, y aquellos con comer yerba. De suerte que murieron ochenta españoles, sin algunos indios, en este viaje. Al bergantin envió á la isla Española con cartas para los oidores, sobre su venida allí y sobre lo de Cristóbal de Olid, y para que mandase al bachiller Moreno volver los indios que llevó por esclavos de Papaica y Chapacina. Los otros envió á Jamáica y á la Trinidad de Cuba por carne y ropa y pan; pero tampoco hubieron buen viaje, aunque no se perdieron.

Lo que hizo Cortés cuando supo las revueltas de Méjico.

Dos oidores de Santo Domingo, teniendo cada dia nueva sorda que Cortés era muerto, enviaron á saber si era cierto, en un navío que venia á la Nueva-España, de mercaderes, con treinta y dos caballos, muchos aderezos de la jineta, y otras muchas cosas para vender. El cual navío, sabiendo que era vivo y estaba en Honduras, que así se lo dijeran los del bergantin en la Trinidad de Cuba, dejó la derrota de Medellin, y vínose á Trujillo, creyendo vender mejor su mercadería. Con este navío escribió el licenciado Alonso Zuazo á Cortés cómo en Méjico habia muy grandes males, y bandos y guerra entre los mesmos españoles y oficiales del Rey que dejó por sus tenientes, y cómo Gonzalo de Salazar y Peralmindez se habian hecho pregonar por gobernadores, y echado fama que él era muerto; y otros le habian hecho las honras por tal. Que habian prendido al tesorero Alonso de Estrada y al contador Rodrigo de Albornoz, ahorcado á Rodrigo de Paz, y que habian puesto otros alcaldes y alguaciles; y que le enviaban preso á Cuba, á tener residencia del tiempo que allí fué juez, y que los indios estaban para levantarse; en fin, le relató cuanto en aquella ciudad pasaba. Cuando estas cartas leia Cortés, reventaba de pesar y dolor, y dijo: «Al ruin ponelde en mando, y veréis quién es; yo me lo merezco, que hice honra á desconocidos, y no á los mios, que me siguieron toda su vida.» Retrájose á su cámara á pensar, y aun á llorar aquel triste caso, y no se determinaba si era mejor ir ó enviar, por no dejar perder aquella buena tierra. Hizo hacer tres dias procesion y decir misas del Espíritu Santo, para que le encaminase lo mejor y que mas servicio de Dios fuese. A la fin pospuso todo lo otro por ir á Méjico á remediar aquel mal tan grande; que muy enojado estaba de los que lo habian revuelto. Dejó allí en Trujillo á Hernando de Saavedra, primo suyo, con cincuenta peones españoles y treinta y cinco de caballo. Envió á decir á Gonzalo de Sandoval que se fuese de Naco á Méjico por tierra, con los de su compañía, por el camino que llevó Francisco de las Casas, que era, yendo á la mar del Sur á Cuahutemallan, camino hecho, llano y seguro; y embarcóse él en aquel navío que le trujo tan tristes nuevas, para ir á Medellin. Estando sobre una ancla no mas, muy á pique de partir, no hizo tiempo. Volvió al pueblo por apaciguar cierta revolucion entre los vecinos. Allanólos con castigar los revoltosos, y pasados dos dias, tornóse á la nao. Alzó áncoras y velas, y navegando con buen tiempo, quebróse la entena mayor, no dos leguas del puerto; fuéle forzado tornar donde partió. Estuvo tres dias en adobarla. Salió del puerto con viento muy próspero. Anduvo cincuenta leguas en dos noches y un dia. Recreció un norte tan recio y contra rio, que rompió el mástil del trinquete por los tamboretes. Convínole, aunque pasó trabajo y peligro, volver al mesmo puerto. Tornó á decir misas y hacer procesiones, y asentósele que Dios no queria que dejase aquella tierra ni que fuese á Méjico, pues tantas veces, saliendo con buen tiempo, se habia vuelto al puerto. Así que determinó de quedarse, y enviar á Martin Dorantes, su lacayo, en aquel mesmo navío, que habia de ir á Pánuco con cartas para los que le pareció, y muy bastantes poderes para Francisco de las Casas, con revocacion de todos cuantos poderes hasta allí habia dado y hecho de la gobernacion. Envió asimismo algunos caballeros y otras personas principales de Méjico, para crédito que no era muerto, como publicaban. El Martin Dorantes, como en otro lugar dije, llegó á Méjico, aunque por muchos peligros, y á tiempo que Francisco de las Casas era ido preso á España; pero bastó su llegada á que los de la ciudad creyesen que Cortés estaba vivo.

La guerra de Papaica.

Despachado y partido aquel navío, mandó Cortés á Hernando de Saavedra que entrase por la tierra á ver

qué cosa era, con treinta compañeros á pié y otros tantos á caballo. El cual fué, y anduvo hasta treinta y cinco leguas por un valle de muy buena tierra y pueblos abundosos de toda cosa de comer y pastos; y sin reñir con nadie, atrajo muchos lugares á la amistad de cristianos, y vinieron veinte señores ante Cortés á ofrecérsele por amigos, y cada dia traian á Trujillo mantenimientos, dados y trocados. Los señores de Papaica y Chapaxina estaban rebelados, aunque enviaban algunos de sus pueblos. Cortés los requirió muchas veces, asegurándoles las vidas y haciendas. No quisieron escuchar. Hubo á las manos por buenas maneras que tuvo, tres señores de Chapaxina; echóles grillos. Dióles cierto término, dentro del cual poblasen sus pueblos, con apercebimiento que no lo haciendo serian bien castigados. Ellos mandaron luego venir toda la gente y ropa, y él los soltó. Llamábanse Chicueilt, Potlo y Mendereto. Los de Papaica ni sus señores no quisieron venir ni obedecer. Envió allá una compañía de españoles á pié y á caballo, y muchos indios, que saltearon una noche á Pizacura, uno de los dos señores de aquella ciudad, y prendiéronle; el cual, preguntado por qué habia sido malo é inobediente, dijo que ya se hobiera él venido á dar, sino que Mazatl era mas parte con la comunidad, y no consentia en la paz, ni amistad de cristianos; pero que lo soltasen, y espiarlo hia, para que le prendiesen y ahorcasen; y que si lo hacian luego, la tierra estaria pacífica y poblada; mas no fué así, aunque le soltaron y se prendió Mazatl; á quien fué dicho lo que Pizacura decia, y mandado que dentro de un cierto plazo hiciese venir de la sierra sus vasallos á poblar á Papaica; y como no se pudiese acabar con él, trajéronlo á Trujillo. Procesaron contra él, y sentencióse á muerte, lo cual se ejecutó en su propia persona, que fué gran miedo para los otros señores y pueblos; porque luego dejaron los montes, y se vinieron á sus casas con sus hijos, mujeres y haciendas, sino fué Papaica, que jamás quiso asegurarse después que Pizacura estuvo suelto; contra el cual se hizo proceso, porque estorbaba la paz, y contra ellos porque no volvian á su ciudad; y así, se les hizo guerra, habiéndolos primero requerido con paz y protestado justicia. Prendieron en ella obra de cien personas, que fueron dados por esclavos. Prendióse Pizacura, y aunque estaba condenado á muerte, no le mataron, sino tuviéronle preso con otros dos señorcetes y con un mancebo que, segun paresció, era el señor verdadero, y no Mazatl ni Pizacura, que, con nombre de curadores, eran usurpadores. A esta sazon vinieron á Trujillo veinte españoles de Naco, de los de Gonzalo de Sandoval y de Francisco Hernandez, y dijeron cómo habia llegado allí un capitan con cuarenta compañeros, de parte del Francisco Hernandez, teniente de Pedrarias, y que venia al puerto ó bahía de Sant Andrés, do estaba la villa de la Natividad de nuestra Señora, en busca del bachiller Moreno, que escribiera á Francisco Hernandez que tuviese la gente, tierra y gobierno por la chancillería, y no por Pedrarias; y á esta causa hubo motines entre aquellos españoles, y pensaban que Francisco Hernandez se alzaba contra el gobernador Pedrarias; aunque todo pudo ser, que muy ordinario es en Indias los tenientes quedarse por propios. Cortés escribió á Francisco Hernandez rogándole tuviese aquella tierra y gente que le fué encomendada, por Pedrarias, y no por otro; con tanto, que tuviese por el Rey, y envióle cuatro acémilas cargadas de herraje, y algunas herramientas para trabajar en minas; lo cual fué una de las causas por que Pedrarias degolló después al Francisco Hernandez. Idos estos, vinieron unos de la provincia de Huictlato, que es sesenta y cinco leguas de Trujillo, á quejarse á Cortés de que ciertos españoles les tomaban sus mujeres, hacienda y hombres de trabajo, y les hacian otras muchas demasías; por tanto, que le suplicaban los remediase, pues remediaba á todos en semejantes males. Cortés, que ya desto tenia aviso de Hernando de Saavedra, que estaba pacificando la provincia de Papaica, despachó un alguacil y dos indios de aquellos querellantes á Grabiel de Rojas, que así se llamaba el capitan de Francisco Hernandez, con mandamiento y cartas que dejase aquella tierra de Huictlato en paz, y volviese las personas que habia tomado. El Rojas, ó porque estaba cerca Fernando Cortés, ó porque le llamaba Francisco Hernandez, se volvió luego adonde vino; que, segun paresció, Francisco Hernandez estaba en aprieto con un motin que hacian contra él los capitanes Sosa y Andrés Garabito, porque se queria quitar de Pedrarias. Considerando pues estas disensiones y bollicios entre españoles, y que aquella provincia de Nicaragua era muy rica y estaba cerca, queria ir allá Fernando Cortés, y comenzó de aderezarse y aderezar el camino por una sierra muy áspera.

Lo que avino á Cortés volviendo á la Nueva-España.

Estando en esto llegó fray Diego Altamirano, primo de Cortés, fraile francisco, hombre de negocios y honra; el cual dijo á Cortés cómo venia á llevarle á Méjico para remediar el fuego que andaba entre españoles; por tanto, que luego á la hora se partiese. Contóle la muerte de Rodrigo de Paz, la prision de Francisco de las Casas, los azotes de Juana de Mansilla, el saco de su casa, la nigromancia del fator Salazar, la ida de Juan de la Peña á España con dineros para el Rey y cartas para Cobos; y en fin, le dijo todo lo que pasaba, y le hizo llamar señoría, y poner estrado, dosel y salva, que hasta allí no lo habia hecho, diciendo que por no tratarse como gobernador, sino llanamente, le tenian muchos en poco. Cortés recibió grandísima pena y tristeza con aquellas nuevas tan ciertas; pero descansaba platicando con fray Diego, que lo queria mucho, y era cuerdo y aun animoso. Y como tenia muchos indios trabajadores para aderezar el camino de Nicaragua, hizo que fuesen con algunos españoles á adobar el de Cuahutemallan, proponiendo de ir por allí la via que hizo Francisco de las Casas. Envió mensajeros por todas las ciudades que están en el camino, haciéndoles saber cómo iba, y rogándoles tuviesen qué comer y abiertos los caminos. Todas ellas se holgaron mucho que por su tierra pasase Malinxe, que así le llamaban, ca le tenian en grandísima estimacion por haber ganado á Méjico Tenuchtitlan; y ansí, aderezaron los caminos hasta el valle de Ulancho y las sierras de Chindon, que son muy fragosas, y todos los caciques estaban aparejados y proveidos para le hospedar y festejar en sus pueblos y

tierras. Mas empero á importunacion de fray Diego Altamirano dejó aquel largo viaje, y aun por estar escarmentado del que hizo desde la villa del Espíritu Santo hasta la villa de Trujillo, donde estaba, y acordó de ir por mar á la Nueva-España. Y luego comenzó á bastecer dos navíos, y á proveer lo que convenia á los nuevos pueblos de Trujillo y de la Natividad. En este medio tiempo llegaron allí ciertos hombres de Huitila y otras islas, que llaman Guanajos, y que están entre puerto de Caballos y puerto de Honduras, aunque bien desviadas de la costa, á dar las gracias á Cortés de una buena obra que les habia hecho, y á pedirle un español para cada isla, diciendo que así estarian seguros. El les dió sendas cartas de amparo; y porque no podia detenerse, ni tenia los españoles que demandaban, encargó á Hernando de Saavedra, que dejaba por su teniente en Trujillo, que se los enviase cuando hubiese acabado la guerra de Papaica. La causa desto fué que en Cuba y Jamáica armaron y fueron á cativar de aquellos isleños para trabajar en minas, azúcar y labranza, y para pastores. Cortés lo supo, y envió allá una carabela con mucha gente, por si fuesen menester las manos, á rogar al capitan de aquella nao, que se llamaba Rodrigo de Merlo, no hiciese presa de aquellos mezquinos; y si la hubiese hecho, que la dejase. Rodrigo de Merlo, por lo que Cortés le prometió, se vino á Trujillo á vivir, y los indios fueron restituidos á sus islas. Tornando pues á Cortés, digo que como tuvo los navíos á punto, metió en ellos veinte españoles y otros tantos caballos, muchos mejicanos, y á Pizacura con los otros señores sus comarcanos, porque viesen á Méjico y la obediencia que tenian á los españoles, para que vueltos, hiciesen ellos así; mas el Pizacura se murió antes de volver. Partió Cortés del puerto de Trujillo á 25 de abril de 1526. Trajo buen tiempo hasta casi doblar toda la punta de Yucatan y pasar los Alacranes. Dióle luego un muy recio vendabal, amainó por no tornar atrás; pero reforzaba cada hora, como suele hacer; tanto, que deshacia los navíos; y así, le fué forzado ir á la Habana de Cuba, donde estuvo diez dias holgándose con los del pueblo, que eran sus conoscidos del tiempo que él moró en aquella isla, y recorriendo las naves, que traian alguna necesidad. Allí supo, de unos navíos que venian de la Nueva-España, cómo Méjico estaba mas en paz después de la prision del fator Salazar y de Peralmindez; que no fué para él poco contentamiento. Partido de la Habana, llegó en ocho dias á Chalchicoeca con muy buen viento que tuvo. No pudo entrar en el puerto á causa de mudarse el tiempo, ó por correr mucho viento terral. Surgió dos leguas en la mar; salió luego á tierra en los bateles; fué á pié á Medellin, que estaba cinco leguas; entróse en la iglesia á hacer oracion, dando gracias á Dios, que le habia tornado vivo á la Nueva-España. Luego lo supieron los de la villa, que estaban durmiendo; levantáronse por verle, á gran priesa y placer, que no lo creian, y muchos lo desconocieron, como iba enfermo de calenturas y maltratado de la mar; y á la verdad él habia trabajado y padescido mucho, ansí en el cuerpo como en el espíritu. Caminó sin camino mas de quinientas leguas, aunque no hay sino cuatrocientas de Trujillo á Méjico por Cuahutemallan y Tecoantepec, que es el derecho y usado camino. Comió muchos meses yerbas solas cocidas sin sal, bebió malas aguas; y así, murieron muchos españoles, y aun indios, entre los cuales fué Couanacochcin. Podrá ser que á muchos no aplacerá la letura deste viaje de Cortés, porque no tiene novedades que deleiten, sino trabajos que espanten.

Las alegrías que hicieron en Méjico por Cortés.

Luego que Cortés llegó á Medellin despachó mensajeros á todos los pueblos, y á Méjico principalmente, haciéndoles saber su llegada; y en todos, cuando se supo, hicieron alegrías. Los indios de aquella costa y comarca vinieron luego á verle cargados de gallipavos, frutas y cacao, que comiese, y le traian plumajes, mantas, plata y oro, ofreciéndole su ayuda si queria matar los que le habian enojado. Él les agradecia los presentes y amor, y les decia que no habia de matar á nadie, porque el Emperador los castigaría. Estuvo en Medellin once ó doce dias, y tardó á llegar á Méjico quince. En Cempoallan le recibieron muy bien. A do quiera que llegaba, aunque era despoblado lo mas, hallaba bien qué comer y beber. Saliéronle al camino indios de mas de ochenta leguas léjos, con presentes, ofrescimientos, y aun quejas, mostrando grandísimo contento que fuese venido, y limpiábanle el camino, echando flores: tan querido era; y muchos le lloraban los males que les habian hecho en su ausencia, como fueron los de Huaxacac, pidiendo venganza. Rodrigo de Albornoz, que estaba en Tezcuco, fué una jornada á recebirle con muchos españoles, y en aquella ciudad fué alegrísimamente recebido. Entró en Méjico con el mayor regocijo y alegría que podia ser, porque al recebimiento salieron todos los españoles con Alonso de Estrada fuera de la ciudad, en ordenanza de guerra; y todos los indios, como si él fuera Moteczuma, salieron á verle. No cabian por las calles. Hicieron alegrías grandísimas y muchas danzas y bailes; tañian atabales, vocinas de caracol, trompetas y muchas flautas, y no cesaron aquel dia ni la noche de andar por el pueblo y hacer hogueras é illuminarias. Cortés no cabia de placer viendo el contento de los indios, el triunfo que le hacian, y el sosiego y paz de la ciudad. Fuése derecho á Sant Francisco á posar y á dar gracias á Dios, que de tantos trabajos y peligros lo habia traido á tanto descanso y seguridad.

De cómo envió el Emperador á tomar residencia á Cortés.

Era Cortés el mas nombrado entonces de nuestra nacion; pero infamábanle muchos, en especial Pánfilo de Narvaez, que andaba en corte acusándole; y como habia mucho que no tenian los del Consejo cartas suyas, sospechaban, y aun creian, cualquier mal; y así, proveyeron de gobernador de Méjico al almirante don Diego Colon, que pleiteaba con el Rey, y pretendia aquel gobierno y otros muchos, con que llevase ó enviase mil hombres á su costa para prender á Cortés. Proveyeron asimesmo por gobernador de Pánuco á Nuño de Guzman, y de Honduras á Simon de Alcazaba, portugués. Ayudó mucho á esto Juan de Ribera, secretario y procurador de Cortés, que como riñó con Martin Cortés sobre los cuatro mil ducados que le trajo, y no se los da-

ba, decia mil males de su amo, y era muy creido. Mas comió una noche un torrezno en Cadahalso, y murió dello andando en aquellos tratos. No pudieron ser hechas tan secretas las provisiones, ni los proveidos supieron guardar el secreto cual convenia, que no se rugese por la corte, que á la sazon estaba en Toledo; y á muchos que sentian bien de Cortés les parecia mal. Y el comendador Pedro de Pina lo dijo al licenciado Nuñez, y fray Pedro Melgarejo lo descubrió tambien posando en casa de Gonzalo Hurtado, á la Trinidad; así que luego reclamaron de las provisiones, suplicando que aguardasen algunos dias á ver qué vernia de Méjico. El duque de Béjar, don Alvaro de Zúñiga, favoreció mucho el partido de Fernando Cortés, porque ya le tenia casado con doña Juana de Zúñiga, su sobrina. Abonóle, fióle y aplacó al Emperador. Llegó á Sevilla, estando en esto, Diego de Soto con setenta mil castellanos, y con el tiro de plata, que, como cosa nueva y rica, hinchió toda España y otros reinos de fama. Este oro fué, para decir verdad, quien hizo que no le quitasen la gobernacion, sino que le enviasen un juez de residencia. Llegado, como digo, aquel presente tan rico, y acordado de enviar juez que tomase residencia á Cortés, buscaron una persona de letras y linaje, que supiese hacer el mandado y que le tuviesen respeto, porque soldados son atrevidos; y como estaban en Toledo, tuvieron noticia y crédito del licenciado Luis Ponce de Leon, teniente y pariente de don Martin de Córdoba, conde de Alcaudete y corregidor de aquella ciudad; el cual, aunque mancebo, tenia muy buena fama, y enviáronle á la Nueva-España con bastantes poderes y confianza. Él, por no errar, y acertarlo todo mejor, llevó consigo al bachiller Márcos de Aguilar, que habia estado algunos años en la isla de Santo Domingo, alcalde mayor por el almirante don Diego. Partióse pues el licenciado Luis Ponce, y con buena navegacion que tuvo, llegó á la Villarica poco después que Cortés partiera de Medellin. Simon de Cuenca, teniente de aquella villa, avisó luego á Cortés de cómo eran llegados allí ciertos pesquisidores y jueces del Rey á tomalle residencia; y fué con tan buena diligencia, que llegaron las cartas á Méjico en dos dias, por postas que habia puestas de hombres. Cortés estaba en Sant Francisco confesado y comulgado cuando recibió este despacho, y ya habia hecho otros alcaldes, y prendido á Gonzalo de Ocampo y á otros bandoleros y valedores del fator, y hacia pesquisa secretamente de todo lo pasado. Dos ó tres dias después, que fué Sant Juan, estando corriendo toros en Méjico, le llegó otro mensajero con cartas del licenciado Luis Ponce, y con una del Emperador, por las cuales supo á qué venia. Despachó luego con respuesta, y para saber por cuál camino queria ir á Méjico, por el poblado, ó por el otro, que era mas corto. El licenciado no replicó, y queria reposar allí algunos dias, que venia muy fatigado de la mar, como hombre que hasta entonces no la habia pasado. Mas porque le dieron á entender que Cortés haria justicia del fator Salazar y de Peralmindez y de los otros que presos tenia, si se tardaba, y que no lo receberia, sino que saldria á le prender en el camino, que para eso queria saber por dónde habia de ir, tomó la posta con algunos de los caballeros y frailes que con él iban, y el camino de los pueblos, aunque era mas largo, porque no le hiciesen alguna fuerza ó afrenta: tanto pueden las chismerías. Anduvo tan bien, que llegó en cinco dias á Iztacpalapan, y que no dió lugar á los criados de Cortés, que habian ido por entrambos caminos, que le tuviesen buen recaudo y aparejo de mesa y posada. En Iztacpalapan se le hizo un banquete con gran fiesta y alegrías. Tras la comida, revesó el licenciado y casi todos los que con él iban, cuanto tenia en el cuerpo; y juntamente con el vómito tuvieron cámaras. Pensaron que fuesen yerbas, y así lo decia fray Tomás Ortiz, de la órden de Santo Domingo, afirmando que las yerbas iban en unas natas, y que el licenciado le daba el plato dellas; y Andrés de Tapia, que servia de maestresala, dijera: «Otras traerán para vuestra reverencia;» y respondió el fraile: «Ni desas ni de otras.» Tambien se tocó esta malicia en las coplas del Provincial, de que ya hice mencion, y se acusó en residencia; pero á la verdad ello fué mentira, segun después dirémos; porque el comendador Proaño, que iba por alguacil mayor, comió de cuanto comió el licenciado, y en el mesmo plato de las natas ó requesones, y ni revesó ni le hizo mal. Creo que como venian calorosos, cansados y hambrientos, que comiéron demasiado y bebieron asaz frio, que les revolvió el estómago y les causó aquellas cámaras y vómito. Daban allí al licenciado Ponce un buen presente de ricas cosas por parte de Cortés; mas él no lo quiso tomar. Salió Cortés á recebirle con Pedro de Albarado, Gonzalo de Sandoval, Alonso de Estrada, Rodrigo de Albornoz, y con todo el regimiento y caballería de Méjico. Tomóle á la man derecha hasta Sant Francisco, donde oyeron misa; que fué la entrada de mañana. Díjole que presentase las provisiones que llevaba, y como respondió que otro dia, llevóle á su casa y aposentóle muy bien. Otro dia siguiente se juntaron en la iglesia mayor el cabildo y todos los vecinos, y por auto de escribano presentó Luis Ponce las provisiones, tomó las varas á los alcaldes y alguaciles; y luego se las tornó á todos; y dijo con mucha crianza: «Esta del señor Gobernador quiero yo para mí.» Cortés y todos los del cabildo besaron las letras del Emperador, pusiéronlas sobre sus cabezas, y dijeron que cumplirian lo en ellas contenido, como mandamiento de su rey y señor, y tomáronlo por testimonio. Luego tras esto se pregonó la residencía de Cortés, para que viniese querellando quien estuviese agraviado y quejoso dél. Entonces viérades el bullir y negociar de todos y de cada uno por sí, unos temiendo, otros esperando, y otros cizañando.

La muerte de Luis Ponce.

Fué un dia el licenciado Ponce á oir misa á Sant Francisco, y volvió á la posada con una gran calentura, que realmente fué modorra. Echóse en la cama, estuvo tres dias fuera de seso, y siempre le erescia el calor y el sueño. Murió al septeno; recibió los sacramentos, hizo testamento, y dejó por sustituto al bachiller Márcos de Aguilar. Cortés hizo tan gran llanto como si fuera su padre. Enterróle en Sant Francisco con mucha pompa, luto y cera. Los que no querian bien á Cortés publicaban que murió de ponzoña. Mas el licenciado Pero Lopez y el doctor Ojeda, que lo curaron, llevaron los tér-

minos y cura de la modorra; y así, juraron que habia muerto della, y trajeron por consecuencia cómo la tarde antes que muriese hizo que le tañesen una baja; y él así, echado como estaba en la cama, la anduvo con los piés señalando los compases y contrapases, cosa que muchos la vieron; y que luego perdió la habla; y aquella noche espiró antes del alba. Pocos mueren bailando como este letrado. De cien personas que embarcaron con el licenciado Luis Ponce de Leon, las mas murieron en la mar y en el camino, y á muy pocos dias que llegaron á la tierra; y de doce frailes dominicos, los dos. Sospecha se tuvo que fuese pestilencia, ca pegaron el mal á otros que allí estaban; del cual murieron. Fueron con él muchos hidalgos y caballeros, y con cargo del Rey, Proaño, que arriba nombré, y el capitan Salazar de la Pedrada por alcaide de Méjico. Pasó fray Tomás Ortiz con doce frailes dominicos por provincial, que habia estado en la Boca del Drago siete años; el cual para religioso era escandaloso, porque dijo dos cosas harto malas: la una fué afirmar que Cortés dió yerbas al licenciado Luis Ponce, y la otra, decir que el Luis Ponce llevaba mandamiento expreso del Emperador para cortar á Cortés la cabeza en tomándole la vara; y desto avisó al mesmo Cortés antes de llegar á Méjico con Juan Xuarez, con Francisco de Orduña y con Alonso Valiente; y llegado, se lo dijo en Sant Francisco en presencia de fray Martin de Valencia y fray Toribio y otros muchos religiosos; pero Cortés fué muy cuerdo en no lo creer. Queria el fraile con esto ganar con el uno gracias y con el otro blancas. Mas Ponce se murió y Cortés no le dió nada.

Cómo Alonso de Estrada desterró de Méjico á Cortés.

Muerto que fué Luis Ponce de Leon, comenzó el bachiller Márcos de Aguilar á gobernar y proceder en la residencia de Cortés; unos holgaban dello, otros no; aquellos por destruir á Cortés, estos por conservalle, diciendo que no valian nada los poderes, y por consiguiente lo que hiciese, pues que Luis Ponce no los pudo dar; y así, el cabildo de Méjico y los procuradores de las otras villas que allí estaban, apelaron y contradijeron aquella gobernacion, y requirieron á Cortés en forma de derecho, ante escribano, que tomase el gobierno y justicia como antes lo tenia, hasta que su majestad otra cosa mandase. Mas él no lo quiso hacer, confiado en su limpieza, y porque el Emperador entendiese de veras sus servicios y lealtad; antes defendia y sostuvo al Márcos de Aguilar en el cargo; y le requirió procediese la residencia contra él. Pero el bachiller, aunque hacia justicia, llevaba las cosas del Gobernador al amor del agua. El cabildo, ya que mas no pudo, le dió por acompañado á Gonzalo de Sandoval, porque mirase las cosas de Cortés, que era su muy gran amigo. Mas de Sandoval no quiso serlo, con acuerdo del mesmo Cortés. Gobernó Márcos de Aguilar con muchos trabajos y pesadumbre, no sé si fué por sus dolencias, ó malicias de otros, ó por hallarse engolfado en muy alta mar de negocios. Púsose muy flaco, sobrevínole calentura, y como tenia las bubas, mal suyo viejo, murió dos meses después, ó poco mas, que Luis Ponce de Leon; y dos antes que no él, murió tambien un hijo suyo, que llegó malo del camino. Nombró y sostituyó por gobernador y justicia mayor al tesorero Alonso de Estrada; que Albornoz era ido á España, y los otros dos oficiales del Rey presos estaban; y entonces el cabildo y casi todos reprobaron la sustitucion, que les parecía juego de entre compadres; y diéronle por acompañado á Gonzalo de Sandoval, y que Cortés tuviese cargo de los indios y de las guerras. Duró esto algunos meses. El Emperador, con parecer de su consejo de Indias, y por relacion de Rodrigo de Albornoz, que partió de Méjico, muerto Luis Ponce y enfermo Márcos de Aguilar, mandó y proveyó que gobernase quien hubiese nombrado el bachiller Aguilar, hasta que su voluntad otra fuese; y así, gobernando solo Alonso de Estrada, no tuvo aquel respeto que se debia á la persona de Cortés por haber ganado aquella ciudad y conquistado tantas tierras, ni el que él le debia por haberle hecho gobernador al principio; ca pensaba que por ser regidor de Méjico, tesorero del Rey, y tener aquel oficio, aunque de prestado, era su igual y le podia preceder y mandar, administrando justicia derechamente; y así, usaba con él muchos descomedimientos, palabras y cosas que ni al uno ni al otro estaban bien. De manera pues, que hubo entre ellos muchas cosquillas, y se enconaron á que hubiera de ser peor que la pasada. El Alonso de Estrada, conosciendo que si se tomaba con Fernando Cortés habia de poder menos, hízose amigo de Gonzalo de Salazar y de Peralmindez, dándoles esperanza de soltallos; y con esto era mas parte que primero, aunque con bandos, que no convienen al buen juez, y con fealdad de la persona, que tanto se preciaba, del Rey Católico. Sucedió que ciertos criados de Cortés acuchillaron un capitan sobre palabras. Prendióse uno dellos, y luego aquel mesmo le hizo Estrada cortar la mano derecha, y tornar á la cárcel á purgar las costas, ó por hacer aquella befa de Cortés, su amo. Desterró asimesmo á Cortés porque no le quitase el preso; cosa escandalosa, y que estuvo Méjico para ensangrentarse aquel dia, y aun perderse. Mas Cortés lo remedió todo con salir de la ciudad á cumplir su destierro; y si tuviera ánimo de tiranno, como le achacaban, ¿qué mejor ocasion ni tiempo queria para serlo que entonces, pues casi todos los españoles y todos los indios tomaban armas en su favor y defensa? Y no digo aquella vez, mas otras muchas pudiera alzarse con la tierra; empero ni quiso, ni creo que lo pensó, segun por obra lo mostró; y cierto se puede preciar de muy leal á su rey; que si no lo fuera, castigáranlo. Puesto caso que sus muchos y grandes émulos le acusaban siempre de desleal, y por otras mas infames palabras, de tiranno y de traidor, para indignar al Emperador contra él; y pensaban ser creidos, con tener favor en corte y aun en consejo, segun en otros lugares he dicho, y con que cada dia perdian muchos españoles de Indias la vergüenza á su rey. Empero Fernando Cortés siempre traia en la boca estos dos refranes viejos: «El Rey sea mi gallo», y «Por tu ley y por tu rey morirás». El mesmo dia que cortaron la mano al español, llegó á Tezcuco fray Julian Garcés, de la órden dominica, que iba hecho obispo de Tlaxcallan, cuya diócese se dijo Carolense, por honra del Emperador Cárlos, nuestro señor el Rey. Supo el fuego que se

encendia entre españoles, metióse en una canoa con su compañero fray Diego de Loaisa, y en cuatro horas llegó á Méjico; donde le salieron á recebir todos los clérigos y fraíles de la ciudad, con muchas cruces, ca era el primer obispo que allí entraba. Entrevino luego entre Cortés y Estrada, y con su autoridad y prudencia los hizo amigos, y así cesaron los bandos. Poco después vinieron cédulas del Emperador para que soltasen al fator Salazar y al veedor Peralmindez, y les volviesen sus oficios y hacienda; de que no poco se afligió Cortés, que quisiera alguna enmienda de la muerte de su primo Rodrigo de Paz, y que le restituyeran lo que le habian tomado de su casa. Pero quien á su enemigo popa, á sus manos muere, y no miró que perro muerto no muerde. El pudiera, antes que llegara el licenciado Luis Ponce de Leon, degollarlos, como algunos se lo aconsejaron; que en su mano fué; mas dejólo por evitar el decir, por no ser juez en su proprio caso, por ser hombre de ánimo, por estar clarísima la culpa que aquelles tenian de haber muerto á sin razon á Rodrigo de Paz: confiado que cualquiera juez ó gobernador que viniese los castigaria de muerte, por la guerra civil que movieron é injusticias que hicieron, y aun porque tenian, como dicen, el alcalde por suegro; que eran criados del secretario Cobos, y no lo queria enojar porque no le dañase en otros sus negocios que le importaban mucho mas.

Cómo envió Cortés naos á buscar la Especiería.

Mandaba el Emperador á Cortés por la carta hecha en Granada á 2t de junio de 1526, que enviase los navíos que tenia en Zacatula á buscar la nao Trinidad y á frey García de Loaisa, comendador de Sant Juan, que era ido al Maluco y á Gaboxo, y á descubrir camino para ir á las islas de la Especiería desde la Nueva-España por el mar del Sur, segun él se lo habia prometido por sus cartas, diciendo que enviaria ó iria, si su majestad fuese servido, con tal armada que compitiese con cualquiera potencia de príncipe, aunque fuese del rey de Portugal, que en aquellas islas hubiese, y que las ganaria, no solo para resatar en ellas las especias y otras mercaderías ricas que tenen, mas aun para cogellas y traellas por propias suyas; y que haria fortalezas y pueblos de cristianos qu sojuzgasen todas aquellas islas y tierras que caen en su real conquista, conforme á la demarcacion, como son Gilolo, Borney, entrambas Jabas, Zamotra, Malaca y toda la costa de la China; con tanto, que le concediese ciertos capítulos y mercedes. Así que, habiendo Cortés ofrescídose á esto, y queriéndolo el Emperador, y no teniendo otra guerra ni cosa en que entender, determina enviar tres navíos á los Malucos, y hacer camino allá una vez para cumplir después su palabra, y tambien porque aportó á Ciuatlan Hortunio de Alango, e Portogalete, con un patache que fué con la armada ol dicho Loaisa, estando malo Márcos de Aguilar, por obra de muchos vientos, ó por falta de no saber la navegcion del Tidore. Echó pues al agua tres navíos. En la nao capitana, dicha Florida, metió cincuenta españoles en otra, que nombraron Santiago, cuarenta y cinco con el capitan Luis de Cárdenas, de Córdoba; y en un bergantin, quince, con el capitan Pedro de Fuentes, de Jerez de la Frontera. Armólas de treinta tiros. Basteciólas de provision en abundancia, como para tan largo y no sabido viaje se requeria, y de muchas cosas de rescate. Hizo capitan dellas á Alvaro de Saavedra Ceron, su pariente, el cual se partió del puerto de Ciuatlanejo, dia ó víspera de Todos Sanctos del año de 1527. Anduvo dos mil leguas, segun la cuenta de los pilotos, aunque por derecha navegacion hay mil y quinientas. Llegó con sola su nao capitana; que las otras el viento las desparció de la conserva, á unas muchas islas, que por ser tal dia cuando llegaron, les dijeron de los Reyes; las cuales están poco mas ó menos en once grados á este cabo de la Equinocial. Son los hombres crescidos de cuerpo, cariluengos, morenos, muy bien barbados. Traen cabellos largos, usan cañas por lanzas, hacen esteras muy primas de palma, que de léjos parescen oro, cobijan sus vergüenzas con bragas de aquello, en lo al desnudos andan; tienen navíos grandes. De aquellas islas de los Reyes fué á Mindanao y Bizaya, otras islas que están ocho grados, y que son ricas de oro, puercos, gallinas y pan de arroz. Las mujeres hermosas, ellos blancos. Andan todos en cabello largo. Tienen alfanjes de fierro, tiros de pólvora, flechas muy largas y cebratanas, en que tiran con yerba; cosoletes de algodon, corazas de escamas de peces. Son guerreros, confirman la paz con beber sangre del nuevo amigo, y aun sacrifican hombres á su dios Anito. Traen los reyes coronas en la cabeza, como acá; y el que entonces allí reinaba se decia Catonao; el cual mató á don Jorge Manrique y á su hermano don Diego y á otros. De allí se huyó á la nave de Alvaro de Saavedra, Sebastian del Puerto, portugués, casado en la Coruña, que fuera con Loaisa. Sirvió de faraute, y dijo cómo su amo le llevó á Cebut, donde supo cómo llevaran de allí ocho castellanos de Magallanes á vender á la China, y que aun habia otros. En fin, contó todo aquel viaje. Tambien rescató Saavedra otros dos españoles del mesmo Loaisa, en otra isla que llaman Candiga, por setenta castellanos en oro; en la cual hizo paces con el señor, bebiendo y dando á beber sangre del brazo, que tal es la costumbre de por allí, cual entre scitas. Pasó por Terrenate, donde portugueses tenian una fortaleza, y llegó á Gilolo, do estaba Fernando de la Torre, natural de Búrgos, por capitan de ciento y veinte españoles de Loaisa, y alcaide de un castillo. Allí aderezó Alvaro de Saavedra su nao, tomó vituallas y todo matalotaje, que le faltaba, y veinte quintales de clavo de lo del Emperador, que le dió Fernando de la Torre. Y partióse á 3 de junio de 1528. Anduvo mucho tiempo de acá para allá. Tocó en las islas de los Ladrones, y en unas con gente negra y crespa, y otras con gente blanca, barbada y los brazos pintados, en tan poca distancia de lugar, que se mucho maravilló. Fuéle forzado volver á Tidore, donde estuvo muchos dias. Partióse de allí para la Nueva-España á 8 dias de mayo 1529, y murió navegando, 19 de otubre de aquel mesmo año. Por cuya muerte, y por falta de hombres y aires, se tornó la nave á Tidore con solas decicho personas, de cincuenta que sacó de Ciuatlanejo; y porque ya Fernando de la Torre habia perdido su castillo, se fueron aquellos deciocho espa-

ñoles á Malaca, donde los prendió don Jorge de Castro, y los tuvo presos dos años, y allí se murieron los diez; que así tratan portugueses á los castellanos. De manera que no quedaron mas de ocho. En esto paró la armada de Fernando Cortés que envió á la Especiería.

Cómo vino Cortés á España.

Como Alonso de Estrada gobernaba por la sustitucion de Márcos de Aguilar, segun el Emperador mandó, parescióle á Cortés que no habria órden de tornar él al cargo, pues su majestad aquello proveyó, si no iba él á negociarlo, y estaba muy afligido; y aunque pensaba estar sin culpa, no se le cocia el pan, porque tenia muchos adversarios en España, y de malas lenguas y poco favor, que en ausencia era como nada. Así que acuerda de venir á Castilla á muchas cosas muy importantes á sí principalmente, y al Emperador y á la Nueva-España. Ellas eran muchas, y diré de algunas. A casarse por haber hijos y mucha edad; á parescer delante el Rey su cara descubierta, y á darle cuenta y razon de la mucha tierra y gente que habia conquistado y en parte convertido, é informarle á boca de la guerra y disensiones entre españoles de Méjico, temiéndose que no le habrian dicho verdad; á que le hiciese mercedes conforme á sus servicios y méritos, y le diese algun título para que no se le igualasen todos; á dar ciertos capítulos al Rey, que tenia pensados y escritos sobre la buena gobernacion de aquella tierra, que eran muchos y provechosos. Estando en este pensamiento le fué una carta de fray García de Loaisa, confesor del Emperador y presidente de Indias, que después fué cardenal, en la cual le convidaba por muchos ruegos y consejos á venir á España á que le viese y conociese su majestad, prometiéndole su amistad é intercesion. Con esta carta apresuró la partida, y dejó de enviar á poblar el rio de las Palmas, que está mas allá de Pánuco, aunque tenia enhilado ya el camino, y despachó primero docientos españoles y sesenta de caballo con muchos mejicanos á tierra de los chichimecas, para si era buena, como le decian, y rica de minas de plata, poblasen en ella; y si no los recibian de paz, hiciesen guerra y cativasen para esclavos; que son gente bárbara. Escribió á la Veracruz que le aprestasen dos buenas naos, y envió delante á ello á Pero Ruiz de Esquivel, un hidalgo de Sevilla; mas no llegó allá, que al cabo de un mes le hallaron enterrado en una isleja de la laguna, con una mano de fuera de tierra, comida de perros ó aves; estaba en calzas y jubon, tenia una sola cuchillada en la frente; nunca pareció un negro que llevaba, ni dos barras de oro, ni la barca, ni los indios, ni se supo quién le mató ni por qué. Hizo Cortés inventario de su hacienda mueble, que la valiaron en docientos mil pesos de oro; dejó por gobernadores de su estado y mayordomos al licenciado Juan Altamirano, pariente suyo, á Diego Docampo, y á un Santa Cruz. Basteció muy bien dos navíos, dió pasaje y matalotaje franco á cuantos entonces pasaron; embarcó mil y quinientos marcos de plata, y veinte mil pesos de buen oro, y otros diez mil de oro sin ley, y muchas joyas riquísimas. Trajo consigo á Gonzalo de Sandoval, Andrés de Tapia, y otros conquistadores de los mas principales y honrados. Trajo un hijo de Moteczuma, y otro de Maxixca, ya cristiano, y don Lorencio por nombre, y muchos caballeros y señores de Méjico, Tlaxcallan y otras ciudades. Trajo ocho volteadores del palo, doce jugadores de pelota, y ciertos indios é indias muy blancos, y otros enanos, y otros contrechos. Y sin todo esto, traia para ver, tigres, alcatraces, un aiotochtli, otro tlacuaci, animal que ensena ó embolsa sus hijos para comer; cuya cola, segun las indias, ayuda mucho á parir las mujeres, y para dar, gran suma de mantas de pluma y pelo, ventalles, rodelas, plumajes, espejos de piedra, y cosas así. Llegó á España en fin del año de 1528, estando la corte en Toledo. Hinchó todo el reino de su nombre y llegada, y todos le querian ver.

Las mercedes que hizo el Emperador á Fernando Cortés.

Hizo el Emperador muy buen acogimiento á Fernando Cortés, y aun le fué á visitar á su posada, por mas le honrar, estando enfermo y desafiuciado de los médicos. El dijo á su majestad cuanto traia pensado, y le dió los memoriales que tenia escritos, y le acompañó hasta Zaragoza, que se iba á embarcar para Italia por coronarse. El Emperador, conociendo sus servicios y valor de persona, le hizo marqués del valle de Huaxacac, como se lo pidió, á 6 de julio de 1528 años, y capitan general de la Nueva-España, de las provincias y costa de la mar del Sur, y descobridor y poblador de aquella mesma costa é islas, con la docena parte de lo que conquistase, en juro de heredad para sí y para sus descendientes: dábale el hábito de Santiago, y no lo quiso sin encomienda. Pidió la gobernacion de Méjico, y no se la dió, porque no piense ningun conquistador que se le debe; que así lo hizo el rey don Fernando con Cristóbal Colon, que descubrió las Indias, y con Gonzalo Hernandez de Córdoba, Gran Capitan, que conquistó á Nápoles. Mucho merecia Cortés, que tanta tierra ganó, y mucho le dió el Emperador por le honrar y engrandecer, como gratísimo príncipe, y que nunca quita lo que una vez da. Dábale todo el reino de Michuacan, que fué de Cazoncin, y él quiso mas á Cuahunauac, Huaxacac, Tecoantepec, Coyoacan, Matalcinco, Atlacupaia, Toluca, Huaxtepec, Utlatepec, Etlan, Xalapan, Teuquilaiacoan, Calimaia, Autepec, Tepuztlan, Cuitlapan, Accapiztlan, Cuetlaxca, Tuztla, Tepecan, Atloixtan, Izcalpan, con todas sus aldeas, términos, vecinos, juridicion civil y criminal, pechos, tributos y derechos. Todos estos son grandes pueblos y tierra gruesa. Otros favores y mercedes le hizo tambien; mas las nombradas fueron las mayores y mejores.

De cómo se casó Cortés.

Murió doña Catalina Xuarez sin hijos; y como en Castilla se supo, trataron muchos de casar á Cortés, que tenia mucha fama y hacienda. Don Alvaro de Zúñiga, duque de Béjar, trató con mucho calor de casarle; y así, le casó con doña Juana de Zúñiga, sobrina suya é hija del conde de Aguilar, don Cárlos Arellano, por los poderes que tuvo Martin Cortés. Era doña Juana hermosa mujer, y el conde don Alonso y sus hermanos muy valerosos y favorescidos del Emperador; por lo cual, que colmaba la nobleza y antigüedad de aquel linaje,

se tuvo por bien casado y emparentado. Traia Cortés cinco esmeraldas, entre otras que hubo de los indios, finísimas, y que las apodaron en cien mil ducados. La una era labrada como rosa, la otra como corneta, y otra un pece con los ojos de oro, obra de indios maravillosa; otra era como campanilla, con una rica perla por badajo, y guarnecida de oro, con «Bendito quien te crió» por letra; la otra era una tacica con el pié de oro, y con cuatro cadenicas para tenerla, asidas en una perla larga por boton; tenia el bebedero de oro, y por letrero, *Inter natos mulierum non surrexit major*. Por esta sola pieza, que era la mejor, le daban unos genoveses, en la Rábida, cuarenta mil ducados, para revender al Gran Turco; pero no las diera él entonces por ningun precio; aunque después las perdió en Argel, cuando fué allá el Emperador, segun lo contamos en las guerras de mar de nuestro tiempo. Dijéronle cómo la Emperatriz deseaba ver aquellas piezas, y que se las pidiria y pagaria el Emperador; por lo cual las envió á su esposa con otras muchas cosas, antes de entrar en la corte, y así se excusó cuando le preguntaron por ellas. Diólas á su esposa por joyas, que fueron las mejores que nunca en España tuvo mujer. Casóse pues con doña Juana de Zúñiga, y volvióse á Méjico con ella y con título de marqués.

De cómo puso el Emperador audiencia en Méjico.

Estaba en España Pánfilo de Narvaez, negociaba la conquista del rio de las Palmas y la Florida, donde al fin murió; y á vueltas no hacia otro que dar quejas de Cortés en corte, y aun al mesmo Emperador dió un memorial que contenia muchos capítulos, y entre ellos uno que afirmaba cómo Cortés tenia tantas barras de oro y plata como Vizcaya de fierro, y ofrecióse á proballo; y aunque no era cierto, era sospecha. Insistia en que le castigasen, diciendo que le sacó un ojo, y que mató con yerbas al licenciado Luis Ponce de Leon, como habia hecho á Francisco de Garay; y por sus muchas peticiones se trataba de enviar á Méjico á don Pedro de la Cueva, hombre feroz y severo, y que era mayordomo del Rey, y después fué general de la artillería y comendador mayor de Alcántara, para que si aquello era verdad le degollase. Pero como llegaron á la sazon cartas de Cortés, hechas en Méjico á 3 de setiembre de 1526, y los testimonios del doctor Ojeda y licenciado Pero Lopez, médicos, que curaron á Luis Ponce, no se efetuó; y cuando Cortés vino á Castilla, se reia mucho con don Pedro de la Cueva sobre esto, diciendo: «A luengas vias luengas mentiras.» El Emperador y todo su consejo de Indias hizo chancillería en Méjico, adonde recorriesen con pleitos y negocios todos los de la Nueva-España; y por quitar y castigar los bandos entre españoles, y para tomar residencia á Cortés, que se queria satisfacer de sus servicios y culpas, y tambien para visitar los oficiales y tesorería real. Mandó á Nuño de Guzman, gobernador de Pánuco, ir por presidente y gobernador, con cuatro licenciados por oidores. Nuño de Guzman fué á Méjico luego el año de 29. Comenzó luego á entender en negocios con el licenciado Juan Ortiz de Matienzo, y Delgadillo; que los otros murieron. E hizo una terrible residencia y condenacion contra Córtés; y como estaba ausente, metíale la lanza hasta el regaton. Hicieron almoneda de todos sus bienes á menos precio, llamáronle por pregones, encartáronle, y si allí estuviera, corriera riesgo de la vida; aunque barba á barba honra se cata, y ordinario es embravecerse los jueces contra el ausente. Pero aquellos creo que le fatigaran, porque persiguieron tanto á sus amigos, que aun andar por las calles no osaban; y así, prendieron á Pedro de Albarado, recien llegado de España, solamente porque hablaba en favor de Cortés, y achacándole la rebelion de Méjico cuando vino Narvaez. Prendió tambien á Alonso de Estrada y á otros muchos, haciéndoles manifiestos agravios. En breve tiempo tuvo el Emperador mas quejas de Nuño de Guzman y sus oidores que de todos los pasados; y así, le quitó el cargo, año de 30. Y no solo se probó su injusticia y pasion en Méjico, mas aun en la corte, y en muchos lugares de España lo probó el licenciado Francisco Nuñez con personas que de allá entonces vinieron. Y después pronunciaron los oidores y presidente que fueron tras ellos, por parciales y enemigos de Cortés al Nuño de Guzman y licenciados Matienzo y Delgadillo, y los condenó la Audiencia á que le pagasen lo que le mal vendieron. Entendiendo Nuño de Guzman que le quitaban de la presidencia, temió y fuése contra los teuchichimecas en demanda de Culuacan, que segun algunos, es de donde vinieron los mejicanos. Llevó quinientos españoles, los mas dellos á caballo. Unos presos, otros contra su voluntad; y los que iban de grado eran novicios en la tierra, y casi todos los que con él pasaron. En Mechuacan prendió al rey Cazoncin, amigo de Cortés, servidor de españoles y vasallo del Emperador, y que estaba en paz. Y sacóle, segun fama, diez mil marcos de plata y mucho oro. Y después quemóle con otros muchos caballeros y hombres principales de aquel reino, porque no se quejasen; que perro muerto no muerde. Tomó seis mil indios para carga y servicio de su ejército. Comenzó la guerra, y conquistó á Xalixco, que llaman Nueva-Galicia, como en otro cabo dije. Estuvo Nuño de Guzman en Xalixco hasta que el virey don Antonio de Mendoza y la chancillería de Méjico le hizo prender y traer á España á dar cuenta de sí; y nunca mas le dejaron volver allá. Si Nuño de Guzman fuera tan gobernador como caballero, habia tenido el mejor lugar de Indias; empero húbose mal con indios y con españoles. El mesmo año de 1530, que salió de Méjico Nuño de Guzman, fué allá por presidente y á visitar y reformar la Audiencia, ciudad y tierra, Sebastian Ramirez de Fuenleal, natural de Villaescusa, que era obispo y presidente de la isla de Santo Domingo. Diéronle por oidores á los licenciados Juan de Salmeron, de Madrid; Vascò Quiroga, de Madrigal; Francisco Reinos, de Zamora, y Alonso Maldonado, de Salamanca; los cuales rigieron con justicia la tierra. Poblaron la ciudad de los Angeles, que los indios llaman Cuetlaxcoapan, que quiere decir culebra en agua, y por otro nombre Vicilapan, que significa pájaro en agua. Y esto á causa de dos fuentes que tiene, una de agua mala y otra de buena. Está veinte leguas de Méjico, y en el camino para la Veracruz. El Obispo comenzó á poner los indios en libertad, y por

eso muchos españoles de los pobladores dejaban la tierra, y se iban á buscar las vidas á Xalixco, Honduras, Cuahutemallan y otras partes que habia guerras y entradas.

Vuelta de Cortés á Méjico.

En esto llegó Cortés á la Veracruz. De que se dijo su llegada, y que iba hecho marqués y llevaba su mujer, comenzaron á irle á ver muchedumbre de indios y casi todos los españoles de Méjico, con achaque de salir á recebirle. En pocos dias se le juntaron mas de mil españoles, y se le quejaban que no tenian qué comer, y decian que los licenciados Matienzo y Delgadillo los habian destruido á ellos y á él, y que viese si queria que los matasen con los demás. Cortés, conosciendo cuán feo caso era, reprehendiólos recio. Dióles esperanza de sacarlos presto de laceria con las armadas que habia de hacer, y porque no hiciesen algun motin ó saco, entreteníalos con regocijos. El Presidente y oidores mandaron á todos los españoles que luego volviesen á Méjico, y cada vecino á su pueblo, so pena de muerte, por quitallos de Cortés; y estuvieron por enviar á prenderle y enviarle á España por alborotador de la tierra. Mas visto por él cuán de ligero se movian los letrados, se hizo pregonar públicamente en la Veracruz por capitan general de la Nueva-España, leyendo las provisiones, que hicieron torcer las narices á los de Méjico. Tras esto partióse derecho allá con un gran escuadron de españoles é indios, en que habia gran copia de caballos. Cuando llegó á Tezcuco mandáronle que no entrase en Méjico, so pena de perdimiento de bienes, y la persona á merced del Rey. Obedesció y cumplió con toda la prudencia que convenia al servicio del Emperador y bien de aquella tierra, que con muchos trabajos él ganara. Estaba allí en Tezcuco muy acompañado, y con tanta corte y mas que habia en Méjico. Escrebia al Presidente y oidores que mirasen mejor su buena intencion, y no diesen asilla á los indios de rebelarse; que de los españoles seguros podian estar. Los indios, viendo estas cosas, mataban cuantos españoles cogian en descampado; y no en muchos dias faltaban mas de docientos, todos muertos á manos suyas, ansí en pueblos como en caminos, é ya estaban hablados, y concertaban de alzarse; pero vinieron algunos á decirlo al Obispo, el cual tuvo miedo; y luego, con acuerdo y parescer de los oidores y de los demás vecinos que en la ciudad estaban, viendo que no tenian mejor remedio ni mas cierta defensa que la persona, nombre, valor y autoridad de Cortés, le envió á llamar y rogar que entrase en Méjico. El fué luego, muy acompañado de gente de guerra, y de veras parescia capitan general. Salieron todos á recebirle, que entraba tambien la marquesa, y fué aquel un dia de mucha alegría. Trataron la Audiencia y él cómo remediarian tanto mal. Tomó Cortés la mano, prendió á muchos indios, quemó algunos, aperreó otros, y castigó tantos, que en muy breve tiempo allanó toda la tierra y aseguró los caminos; cosa que merescia galardon romano.

De cómo envió Cortés á descubrir la costa de la Nueva-España por la mar del Sur.

Como Cortés estuvo algo de reposo, le requirieron Presidente y oidores que dentro de un año enviase armada á descubrir por la mar del Sur, conforme á la instruccion y conveniencia que traia del Emperador, hecha en Madrid á 27 de octubre y de 29, y firmada de la emperatriz doña Isabel; donde no, que su majestad contrataria con otra persona. Tanto hicieron esto por alejarlo de Méjico, como porque cumpliese lo que habia capitulado con el Emperador; que bien sabia cómo tenia siempre muchos carpinteros y navíos en el astillero; pero querian que él mesmo fuese allá. Cortés respondió que así lo haria. Dió pues muy gran priesa á dos naos que se estaban labrando en Acapulco. Entre tanto anduvo un sarampion, que llamaron zauatltepiton, que quiere decir lepra chica, á respecto de las viruelas que les pegó el negro de Pánfilo de Narvaez, según ya se dijo; y murieron con él muy muchos indios. Fué tambien enfermedad nueva y nunca vista en aquella tierra. Como las naos se acabaron, las armó Cortés muy bien de gente y artillería; hinchólas de vituallas, armas y rescates. Envió por capitan dellas á Diego Hurtado de Mendoza, primo suyo. Llamábanse las naos, una de Sant Miguel y otra de Sant Márcos. Fueron, por tesorero Juan de Mazuela, por veedor Alonso de Molina, maestre de campo Miguel Marroquino, alguacil mayor Juan Ortiz de Cabex, y por piloto Melchior Fernandez. Salió Diego Hurtado del puerto de Acapulco dia de Corpus Christi, año de 1532. Siguió la costa hácia el poniente; que así era el concierto. Llegó al puerto de Xalixco, y quiso tomar agua, no por necesidad, sino por henchir las vasijas que hasta allí habian vencido. Nuño de Guzman, que gobernaba aquella tierra, envió gente que les defendiese la entrada, ó por ser de Cortés, ó porque nadie entrase en su juridicion sin su licencia. Diego Hurtado dejó el agua, y pasó adelante bien docientas leguas costeando lo mas y mejor que pudo. Amotináronsele muchos de su compañía; metiólos en el un navío, y envióles á la Nueva-España por ir descansado y seguro. Con el otro navío prosiguió su derrota; pero no hizo cosa que de contar sea, que yo sepa, aunque navegó y estuvo mucho sin que dél se supiese. La nave de los amotinados tuvo á la vuelta tiempo contrario y falta de agua; y así, le fué forzado, aunque no quisieran los que dentro venian, surgir en una bahía que llaman de Banderas, donde los naturales estaban en armas por algunos tratamientos no buenos que los de Nuño de Guzman les habian hecho. Tomaron los nuestros tierra, y sobre tomar agua riñeron. Los contrarios eran muchos, y mataron todos los españoles de la nao; que no escaparon sino solos dos. Cortés desque lo supo fuése á Tecoantepec, villa suya, que está de Méjico ciento y veinte leguas. Aderezó dos navíos que sus oficiales acababan de hacer, basteciólos muy complidamente, y envió por capitan de uno á Diego Becerra de Mendoza, natural de Mérida, y por piloto á Fortun Jimenez, vizcaíno; y del otro á Hernando de Grijalva, y piloto á un portugués que se decia Acosta : creo que partieron año y medio después que Diego Hurtado. Iban á tres efectos : á vengar los muertos, á bus-

car y socorrer los vivos, y á saber el secreto y cabo de aquella costa. Estas dos naos se desrotaron una de otra la primera noche que se hicieron á la vela, y nunca mas se vieron. Fortun Jimenez se concertó con muchos vizcaínos, así marineros como hombres de tierra, y mató á Diego Becerra estando durmiendo. Debió ser que riñeron, y hirió malamente á otros algunos. Arribó con la nao á Motin, y echó en tierra á los heridos y á dos frailes franciscos. Tomó agua, y fué de allí á dar en la bahía de Santa Cruz. Saltó á tierra, y matáronle los indios con otros veinte españoles. Con estas nuevas fueron dos marineros á Chiametlan de Xalixco en el batel, y dijeron á Nuño de Guzman cómo habian hallado mucha muestra de perlas. El fué allá, aderezó aquella nao, y envió gente en ella á buscar las perlas. Hernando de Grijalva anduvo trecientas leguas por el norueste sin ver tierra; y por eso echó luego á la mar á ver si hallaria islas, y topó con una, que llamó Sancto Tomás porque tal dia la descubrió. Estaba, segun él dijo, despoblada y sin agua por la parte que entró. Está en veinte grados. Tiene muy hermosas arboledas y frescuras, muchas palomas, perdices, halcones y otras aves. En esto pararon aquellas cuatro naos que Cortés envió á descubrir.

Lo que padesció Cortés continuando el descubrimiento del Sur.

Cortés, entre tanto que todo esto pasaba, tuvo hechos otros tres navíos muy buenos, ca siempre labraba con diligencia y mucha gente naos en Tecoantepec, para cumplir lo capitulado con el Emperador, y pensando descubrir riquísimas islas y tierra. Y como tuvo nueva de todo ello, quejóse al Presidente y oidores, de Nuño Guzman, y pidióles justicia para que le fuese vuelta su nave. Ellos le dieron provision, y luego sobrecarta; mas poco aprovecharon. El entonces, que estaba amostazado con Nuño de Guzman sobre la residencia que le hizo, y hacienda que le deshizo, despachó los tres navíos para Chiametlan, que se llamaba Santa Agueda, Sant Lázaro y Santo Tomás, y él fuese por tierra desde Méjico muy bien acompañado. Cuando llegó allá halló la nao al través, y robado cuanto en ella iba, que con el casco del navío, valia todo quince mil ducados. Llegaron tambien los tres navíos, embarcóse en ellos con la gente y caballos que cupieron; dejó con los que quedaban á Andrés de Tapia por capitan, ca tenia trecientos españoles y treinta y siete mujeres y ciento y treinta caballos. Pasó adonde mataron á Fortun Jimenez. Tomó tierra primero dia de Mayo del año de 1536, y por ser tal dia nombró aquella punta, que es alta, sierras de Sant Felipe, y á una isla que está tres leguas de allí llamó de Santiago. A tres dias entró en un muy buen puerto, grande, seguro de todos aires, y llamóle bahía de Santa Cruz. Allí mataron á Fortun Jimenez con los otros veinte españoles. En desembarcando envió por Andrés de Tapia. Dióles después de embarcados un viento que los llevó hasta dos rios, que agora llaman Sant Pedro y Sant Pablo. Salidos de allí, se tornaron á desrotar todos tres navíos. El menor vino á Santa Cruz, otro fué al Guayabal, y el que llamaban Sant Lázaro dió al través, ó por mejor decir, encalló cerca de Xalixco; la gente del cual se volvió á Méjico. Cortés esperó muchos dias sus naos, y como no venian, llegó á mucha necesidad, porque en ellos tenia los bastimentos; y en aquella tierra no cogen maíz, sino viven de frutas y yerbas, de caza y pesca, y aun diz que pescan con flechas y con varas de punta, andando por el agua en unas balsas de cinco maderas, hechas á manera de la mano; y así, determinó ir con aquel navío á buscar los otros, y á traer qué comer si no los hallaba. Embarcóse pues con hasta setenta hombres, muchos de los cuales eran herreros y carpinteros. Llevó fragua y aparejos para labrar un bergantin, si fuese necesario. Atravesó la mar, que es como el Adriático; corrió la costa por cincuenta leguas, y una mañana hallóse metido entre unos arracifes ó bajos, que ni sabia por dónde salir ni por dónde entrar. Andando con la sonda buscando salida, arrimóse á la tierra y vió una nao surta dos leguas dentro un ancon. Quiso ir allá, y no hallaba entrada; que por todas partes quebraba la mar sobre los bajos. Los de la nao vieron tambien al navío, y enviáronle su batel con Anton Cordero, piloto, sospechando que era él. Arribó al navío, saludó á Cortés, entróse dentro para guiarle. Dijo que habia harta hondura por encima de una reventazon, que por ella pasó su nao. En diciendo esto, encalló á dos leguas de tierra, donde quedó el navío muerto y trastornado. Allí viérades llorar al mas esforzado, y maldecir al piloto Cordero. Encomendábanse á Dios, y desnudábanse, pensando guarescer á nado ó en tablas; é ya estaban para hacerlo cuando dos golpes de mar echaron la nao en la canal que decia el piloto, mas abierta por medio. Llegaron, en fin, al otro navío surto, vaciando el agua con la bomba y calderas. Salieron, y sacaron todo lo que dentro iba, y con los cabestrantes de ambas naos la tiraron fuera. Asentaron luego la fragua, hicieron carbon. Trabajaban de noche con hachas y velas de cera, que hay por allí mucha; y así, fué presto remediada. Compró en Sant Miguel, decisiete leguas del Guayabal, que cae en lo de Culuacan, mucho refresco y grano. Costóle cada novillo treinta castellanos de buen oro, cada puerco diez, cada oveja y cada fanega de maíz cuatro. Salió de allí Cortés, y topó la nao Sant Lázaro en la barra con la patilla, y desgobernóse el gobernalle. Fué menester hacer otra vez carbon, y fraguar de nuevo los fierros. Partióse Cortés en aquella nave mayor, y dejó á Hernando de Grijalva por capitan de la otra, que no pudo salir tan presto. A dos dias que navegaba con buen tiempo se quebró la atadura de la antena de la mesena, que estaba con la vela cogida, y dado el chafardete. Cayó la antena, y mató al piloto Anton Cordero, que dormia al pié del árbol. Cortés hubo de guiar la navegacion; que no habia quien mejor la hiciese. Llegó cerca de las islas de Santiago, que poco antes nombré, y allí le dió un norueste muy recio, que no le dejó tomar la bahía de Santa Cruz. Corrió aquella costa al sueste, llevando casi siempre el costado de la nao en tierra y sondando. Halló un placel de arena, donde dió fondo. Salió por agua, y como no la halló, hizo pozos por aquel arenal, en que cogió ocho pipas de agua. Cesó entre tanto el norueste, y navegó con buen tiempo hasta la isla de Perlas, que así creo la llamó Fortun Jimenez, que está junto á la de Santia-

go. Calmóle el viento, pero luego tornó á refrescar; y así, entró en el puerto de Santa Cruz, aunque con peligro, por ser estrecha la canal y menguar mucho la mar. Los españoles que allí habia dejado estaban trashijados de hambre, y aun se habian muerto mas de cinco, y no podian buscar marisco, de flacos, ni pescar, que era lo que los sostenia. Comian yerbas de las que hacen vidrio, sin sal, y frutas silvestres, y no cuantas querian. Cortés les dió la comida por mucha regla, porque mal no les hiciese, que tenian los estómagos muy debilitados; mas ellos, con la hambre, comieron tanto, que se murieron otros muchos. Visto pues que se tardaba Hernando de Grijalva, y que era llegado á Méjico don Antonio de Mendoza por virey, segun los de Sant Miguel le dijeran, acordó dejar allí en Santa Cruz á Francisco de Ulloa por capitan de aquella gente, é irse él á Tecoantepec con aquella nave, para enviarle navíos y mas hombres con que fuese á descobrir la costa, y para buscar de camino á Hernando de Grijalva. Estandò en esto llegó una carabela suya de la Nueva-España, que le venia á buscar, y que le dijo cómo venian atrás otras dos naos grandes con mucha gente, armas, artillería y bastimentos. Esperóles dos dias, y no viniendo, fuése con el un navío, y topólas surtas cerca de la costa de Xalixco, y llevólas al mesmo puerto, donde halló la nao en que iba Hernando de Grijalva atollada en la arena, y los bastimentos dentro y podridos. Hízola alimpiar y lavar. Los que sacaron la carne y anduvieron en aquello se hincharon las caras del hedor y bafo, y los ojos, que no podian ver. Levantó el navío, púsolo en hondura, y estaba sano y sin agujero ninguno; cortó antenas y mástiles, que cerca habia buenos árboles, y aderezólo muy bien; y luego se fué con todos cuatro navíos á Santiago de Buena-Esperanza, que es en lo de Coliman; donde, antes que del puerto saliese, vinieron otras dos naves suyas, que como tardaba tanto, y la Marquesa tenia grandísima pena, iban á saber dél. Con aquellos seis navíos entró en Acapulco, tierra de la Nueva-España. Muchas cosas cuentan desta navegacion de Cortés, que á unos parecerian milagro y á otros sueño. Yo no he dicho sino la verdad y lo creedero. Estando Cortés en Acapulco, á Méjico de partida, le vino un mensajero de don Antonio de Mendoza, con aviso de su ida por virey en aquellas tierras, y con el traslado de una carta de Francisco Pizarro, que habia escrito á Pedro de Albarado, adelantado y gobernador de Cuahutemallan, que así habia hecho á otros gobernadores, en que le hacia saber cómo estaba cercado en la ciudad de los Reyes con muy gran gente, y puesto en tanta estrechura, que si no era por mar, no podia salir, y que le combatian cada dia, y que si no le socorrian presto, se perderia. Cortés dejó de enviar recaudo entonces á Francisco de Ulloa, y envió dos naos á Francisco Pizarro con Hernando de Grijalva, y en ellas muchas vituallas y armas, vestidos de seda para su persona, una ropa de martas, dos sitiales, almohadas de terciopelo, jaeces de caballos y algunos aderezos de entre casa, que él tenia para sí áquella jornada, é ya que estaba en su tierra, no los habia mucho menester. Hernando de Grijalva fué, y llegó á buen tiempo, y tornó á enviar la nave á Acapulco, y Cortés hizo en Cuaunauac sesenta hombres, y enviólos al Perú, juntamente con once piezas de artillería, decisiete caballos, sesenta cotas de malla, muchas ballestas y arcabuces, mucho herraje y otras cosas, que nunca dellas hubo recompensa, como mataron no mucho después al Francisco Pizarro, aunque Pizarro tambien envió muchas y ricas cosas á la marquesa doña Juana de Zúñiga; pero huyó con ellas el Grijalva.

De la mar de Cortés, que tambien llaman Bermejo.

Por el mes de mayo del mesmo año de 1539 envió Cortés otros tres navíos muy bien armados y bastecidos, con Francisco de Ulloa, que ya era vuelto con todos los demás, para seguir la costa de Culuacan, que vuelve al norte. Llamáronse aquellos navíos Santa Agueda, la Trinidad y Santo Tomás. Partieron de Acapulco; tocaron en Santiago de Buena-Esperanza por tomar ciertas vituallas; del Guayabal atravesaron á la California en busca del un navío, y de allí tornaron á pasar aquel mar de Cortés, que otros dicen Bermejo, y siguieron la costa mas de docientas leguas hasta do fenesce, que llamaron ancon de Sant Andrés, por llegar allí su dia. Tomó Francisco de Ulloa posesion de aquella tierra por el rey de Castilla, en nombre de Fernando Cortés. Está aquel ancon en treinta y dos grados de altura, y aun algo mas; es allí la mar bermeja, cresce y mengua muy por concierto. Hay por aquella costa muchos vulcanejos, y están los cerros helados; es tierra pobre. Hallóse rastro de carneros, digo cuernos grandes, pesados y muy retuertos. Andan muchas ballenas por este mar; pescan en él con anzuelos de espinas de árboles y de huesos de tortugas, que las hay muchas y muy grandes. Andan los hombres desnudos y tresquilados, como los otomíes de la Nueva-España; traen á los pechos unas conchas relucientes como de nácar. Los vasos de tener agua son buches de lobos marinos, aunque tambien las tienen de barro muy bueno. Del ancon de Sant Andrés, siguiendo la otra costa, llegaron á la California, doblaron la punta, metiéronse por entre la tierra y unas islas, y anduvieron hasta emparejar con el ancon de Sant Andrés. Nombraron aquella punta el cabo del Engaño, y dieron vuelta para la Nueva-España, por hallar vientos muy contrarios y acabárseles los bastimentos. Estuvieron en este viaje un año entero, y no trujeron nueva de ninguna tierra buena: mas fué el ruido que las nueces. Pensaba Fernando Cortés hallar por aquella costa y mar otra Nueva-España; pero no hizo mas de lo que dicho tengo, tanta nao como armó, aunque fué allá él mesmo. Créese que hay grandes islas y muy ricas entre la Nueva-España y la Especiería. Gastó docientos mil ducados, á la cuenta que daba, en estos descubrimientos; ca envió muchas mas naos y gente de lo que al principio pensó, y fueron causa, como después dirémos, que hubiese de tornar á España, tomar enemistad con el virey don Antonio, y tener pleito con el Rey sobre sus vasallos; pero nunca nadie gastó con tanto ánimo en semejantes empresas.

De las letras de Méjico.

No se han hallado letras hasta hoy en las Indias, que no es pequeña consideracion; solamente hay en la Nue-

va-España unas ciertas figuras que sirven por letras, con las cuales notan y entienden toda cualquier cosa, y conservan la memoria y antigüedades. Semejan mucho á los jeraglifos de Egipto, mas no encubren tanto el sentido, á lo que oigo; aunque ni debe ni puede ser menos. Estas figuras que usan los mejicanos por letras son grandes; y así, ocupan mucho; entállanlas en piedra y madera; píntanlas en paredes, en papel que hacen de algodon y hojas de metl. Los libros son grandes, cogidos como pieza de paño, y escritos por ambas haces; haylos tambien arrollados como pieza de jerga. No pronuncian *b, g, r, s;* y así, usan mucho de *p, c, l, x;* esto es la lengua mejicana y nahuatl, que es la mejor, mas copiosa y mas extendida que hay en la Nueva-España, y que usa por figuras. Tambien se hablan y entienden algunos de Méjico por silbos, especialmente ladrones y enamorados: cosa que no alcanzan los nuestros, y que es muy notable.

Los nombres de contar.

Ce.	Uno.
Ome.	Dos.
Ei.	Tres.
Naui.	Cuatro.
Macuil.	Cinco.
Chicoace.	Seis.
Chicome.	Siete.
Chicuei.	Ocho.
Chiconaui.	Nueve.
Matlac.	Diez.
Matlactlioce.	Once.
Matlactliome.	Doce.
Matlactlomei.	Trece.
Matlactlinaui.	Catorce.
Matlactlimacuil.	Quince.
Matlactlichicoace.	Deciseis.
Matlactlichicome.	Decisiete.
Matlactlichicuei.	Deciocho.
Matlachtchiconaui.	Decinueve.
Cempoalli	Veinte.

Hasta seis cada número es simple y solo; después dicen seis uno, seis dos, seis tres.

Diez es número por sí; y luego dicen diez y uno, diez y dos, diez y tres, diez y cuatro, diez y cinco.

Dicen diez cinquiuno, y diez seis uno, diez seis dos, diez seis tres.

Veinte va por sí, y todos los números mayores.

Del año mejicano.

El año de aquestos mejicanos es de trecientos y sesenta dias, porque tienen deciocho meses de á veinte dias cada uno; los cuales hacen trecientos y sesenta. Tiene mas otros cinco dias que andan sueltos y por sí, á manera de intercalares, en que se celebran grandes fiestas de crueles sacrificios, pero con mucha devocion. No podian dejar de andar errados con esta cuenta, que no llegaba á igualar con el curso puntual del sol, que aun el año de los cristianos, que tan astrólogos son, anda errado en muchos dias; empero harto atinaban á lo cierto, y conformaban con las otras naciones.

Los nombres de los meses.

Tlacaxipeualiztli.	
Tozçuztli.	
Huei tozçuztli.	
Toxcalt.	Tepupochuiliztli.
Eçalcoaliztli.	
Tecuil huicintli.	
Huei tecuilhuitl.	
Miccailhuicintli.	
Vei miccailhuitl.	
Uchpaniztli.	Tenauatiliztli.
Pachtli.	Heçoztli.
Huei pachtli.	Pachtli.
Quecholli.	
Panqueçaliztli.	
Hatemuztli.	
Tititlh.	
Izcalli.	
Coauitleuac.	Ciuaihuilt.

En algunos pueblos truecan los meses, y en otros los diferencian, segun quedan señalados por sí; mas la órden que llevan es la comun.

Nombres de los dias.

Cipactli.	Espadarte.
Hecatl.	Aire y viento.
Calli.	Casa.
Cuezpali.	Lagarto.
Coualt.	Culebra.
Mizquintli.	Muerte.
Maçatl.	Ciervo.
Tochtli.	Conejo.
Atl.	Agua.
Izcuyntli.	Perro.
Oçumatli.	Mona.
Malinalli.	Escoba.
Acatlh.	Caña.
Ocelotl.	Tigre.
Coautli.	Aguila.
Cozcaquahutli.	Buharro.
Olin.	Temple.
Tecpatlh.	Cuchillo.
Quiauitl.	Lluvia.
Xuchitl.	Rosa.

Aunque estos veinte nombres sirven para todo el año, y no son mas que dias tiene cada mes, no empero cada mes comienza por cipactli, que es el primer nombre, sino como les viene. La causa dello es los cinco dias intercalares, que andan por sí, y tambien porque tienen semana de trece dias, que remuda los nombres; la cual, pongo caso que comience de ce cipatli, no puede correr mas de hasta matltalomei acatl, que es trece; y luego comienza otra semana, y no dice matlactlinaui ocelotl, que es catorceno dia, sino ce ocelotl, que es uno, y tras él cuentan los otros seis nombres que quedan hasta los veinte; y como son acabados todos los veinte dias, comienzan de nuevo á contar del primer nombre de aquellos veinte; mas no como de uno, sino como de ocho; y porque mejor se pueda entender, es desta manera:

Ce cipactli.
Ome hecatl.
Ei calli.
Naui cuezpali.
Macuil couatl.
Chiocoacen mizquintli.
Chicome maçatl.
Chicoey tochtli.
Chiconaui atl.
Matlacizcuintli.
Matlactlioce oçumatli.
Matlactliome malinalli.
Matlactlomei acatlh.

La semana siguiente tras esta comienza sus dias de uno; mas aquel uno és catorceno, nombre del mes y de los dias, y dicen :

Ce ocelotl.
Ome coautli.
Ei cozcaquahutli.
Naui olin.
Macuil tecpatl.
Chicoacen quiauitl.
Chicome xuchitl.
Chicoci cipactli.

En esta segunda semana vino cipactli á ser octavo dia, habiendo sido en la primera primero.

Ce maçatl.
Ome tochtli.
Ei atl.
Naui izcuintli.
Macuil oçumatli.

Así comienza la tercera semana, en la cual no entra este nombre cipactli; mas maçatl, que fué séptimo dia en la primera semana, y no tuvo lugar en la segunda, es el dia primero desta tercera semana. No es mas escura cuenta esta que la nuestra que tenemos, por solas estas siete letras *a*, *b*, *c*, *d*, *e*, *f*, *g*; porque tambien ellos se mudan y andan de tal manera que la *a*, que fué primer dia de un mes, viene á ser el quinto dia del otro mes adelante, y al tercer mes es tercero dia; y así hacen todas las otras seis letras.

Cuenta de los años.

Otra manera muy diversa de la dicha tienen para contar los años, la cual no pasa de cuatro; pero con uno, dos, tres y cuatro cuentan ciento, y quinientos, y mil, y en fin, todo cuanto es menester y quieren. Las figuras y nombres son tochtli, acatlh, tecpatli, calli, que son conejo, caña, cuchillo, casa; y dicen :

Ce tochtli.	Es un año.
Ome acatlh.	Dos años.
Ei tecpatlh.	Tres años.
Naui calli.	Cuatro años.
Macuil tochtli.	Cinco años.
Chicoacen acatlh.	Seis años.
Chicome tecpatlh.	Siete años.
Chicuei calli.	Ocho años.
Chiconaui tochtli.	Nueve años.
Matlactli acatlh.	Diez años.
Matlactlioce tecpatlh.	Once años.
Matlactliome calli.	Doce años.
Matlactlomei tochtli.	Trece años.

Tampoco sube la cuenta mas de á trece, que es semana de año, y acaba donde comenzó.

Otra semana.

Ce acatlh.	Un año.
Ome tecpatlh.	Dos años.
Ei calli.	Tres años.
Naui tochtlf.	Cuatro años.
Macuil acatlh.	Cinco años.
Chicoacen tecpatlh.	Seis años.
Chicome calli.	Siete años.
Chicuei tochtli.	Ocho años.
Chiconaui acatlh.	Nueve años.
Matlactli tecpatlh.	Diez años.
Matlactlioce calli.	Once años.
Matlactliome tochtli.	Doce años.
Matlactliomei acatlh	Trece años.

La tercera semana de años.

Ce tecpatlh.	Un año.
Ome calli.	Dos años.
Ei tochtli.	Tres años.
Naui acatlh.	Cuatro años.
Macuil tecpatlh.	Cinco años.
Chicoacen calli.	Seis años.
Chicome tochtli.	Siete años.
Chicuei acatlh.	Ocho años.
Chiconaui tecpatlh.	Nueve años.
Matlactli calli.	Diez años.
Matlactliome tochtli.	Once años.
Matlactliome acatlh.	Doce años.
Matlactlomei tecpatlh.	Trece años.

La cuarta semana.

Ce calli.	Un año.
Ome tochtli.	Dos años.
Ei acatlh.	Tres años.
Naui tecpatlh.	Cuatro años.
Macuil calli.	Cinco años.
Chicoacen tochtli.	Seis años.
Chicome acatlh.	Siete años.
Chicuei tecpatlh.	Ocho años.
Chiconaui calli.	Nueve años.
Matlactli tochtli.	Diez años.
Matlactlioce acatlh.	Once años.
Matlactliome tecpatlh.	Doce años.
Matlactlomei calli.	Trece años.

Cada semana destas, que los nuestros llaman indicion, tiene trece años, y todas cuatro hacen cincuenta y dos años, que es número perfecto en la cuenta; y es como decir el jubileo, porque de cincuenta y dos en cincuenta y dos años tienen muy solemnes fiestas, con grandísimas cerimonias, segun después trataremos. Contados estos cincuenta y dos años, tornan á contar de nuevo por la órden arriba puesta, otros tantos, comenzando de ce tochtli, y luego otros y otros; pero

siempre comienzan del conejo. Así que con esta manera de contar tienen memoria de ochocientos y cincuenta años, y saben muy bien cada cosa en que año aconteció, qué rey murió y qué hijos tuvo, y todo lo al que atañe á la historia.

Cinco soles, que son edades.

Bien alcanzan estos de Culúa que los dioses criaron el mundo, mas no saben cómo; empero, segun ellos fingen y creen por las figuras ó fábulas que dello tienen, afirman que han pasado, después acá de la creacion del mundo, cuatro soles, sin este que agora los alumbra. Dicen pues cómo el primer sol se perdió por agua, con que se ahogaron todos los hombres y perescieron todas las cosas criadas; el segundo sol perescid cayendo el cielo sobre la tierra, cuya caida mató la gente y toda cosa viva; y dicen que habia entonces gigantes, y que son dellos los huesos que nuestros españoles han hallado cavando minas y sepulturas, de cuya medida y proporcion paresce como eran aquellos hombres de veinte palmos en alto; estatura es grandísima, pero certísima; el sol tercero faltó y se consumió por fuego; porque ardió muchos dias todo el mundo, y murió abrasada toda la gente y animales; el cuarto sol fenesció con aire; fué tanto y tan recio el viento que hizo entonces, que derrocó todos los edificios y árboles, y aun deshizo las peñas; mas no perescieron los hombres, sino convertiéronse en monas. Del quinto sol, que al presente tienen, no dicen de qué manera se ha de perder; pero cuentan cómo, acabado el cuarto sol, se escureció todo el mundo, y estuvieron en tiniebla veinte y cinco años continuos; y que á los quince años de aquella espantosa escuridad los dioses formaron un hombre y una mujer, que luego tuvieron hijos, y dende á diez años apareció el sol recien criado, y nacido en dia de conejo; y por eso traen la cuenta de sus años desde aquel dia y figura. Así que, contando de entonces hasta el año de 1552, ha su sol ochocientos y cincuenta y ocho años; por manera que há muchos años que usan de escritura pintada; y no solamente la tienen desde ce tochtli, que es comienzo del primer año, mes y dia del quinto sol, mas tambien la usaban en vida de los otros cuatro soles perdidos y pasados; pero dejábanlas olvidar, diciendo que, con el nuevo sol, nuevas debian ser todas las otras cosas. Tambien cuentan que, tres dias después que apareció este quinto sol, se murieron los dioses; porque veais cuáles eran; y que andando el tiempo nacieron los que al presente tienen y adoran; y por aquí los convencían los religiosos que los convertian á nuestra santa fe.

Chichimecas.

Hay en esta tierra, que llaman Nueva-España, muchas y muy diversas generaciones; dicen que la mas antigua es los chichimecas, y que vinieron de Aculuacan, que es mas allá de Xalixco, cerca de los años de 720 que Cristo nació, reduciendo su cuenta á la nuestra; y que muchos dellos poblaron al rededor de la laguna de Tenuchtitlan; pero que se acabaron ó se perdió su nombre, mezclándose con otros. No tenian rey cuando entraron aquí; no hacian lugar, ni aun casa; moraban en cuevas y por los montes, andaban desnudos, no sembraban, no comian maíz ni otras semillas, ni pan de ninguna suerte, manteníanse de raíces, yerbas y frutas del campo; y como eran muy diestros de tirar un arco, mataban muchos venados, liebres, conejos, y otros animales y aves, y comian toda esta caza, no guisada, sino cruda y seca al sol; tambien comian culebras, lagartos y otras sabandijas así, sucias, asquerosas y bravas, y aun hoy dia hay muchos dellos allá en su naturaleza que viven así. Siendo, empero, tan bárbaros y viviendo vida tan bestial, eran hombres religiosos y devotos; adoraban al sol, ofrecíanle culebras, lagartijas y semejantes animalejos; ofrecíanle asimesmo todo género de aves, desde águilas hasta mariposas; no hacian sacrificio con sangre, no tenian ídolos, ni aun del sol, á quien tenian por uno y solo dios; casaban con una sola mujer, y aquella no parienta en grado ninguno; eran feroces y belicosos, á cuya causa señorearon la tierra.

Aculuaques.

Setecientos y setenta ó mas años há que vinieron á esta tierra de la laguna unas gentes muy guerreras, pero de mucha policía y razon, que se llamaron los de Aculúa. Estos comenzaron luego en viniendo, á poblar lugares y sembrar maíz y otras legumbres, y usaban de figuras por letras. Era gente de lustre, y habia entrellos algunos señores. Fundaron sobre la laguna á Tullancinco, que fué su primera puebla; y porque venian de Tulla, poblaron luego á Tullan, y después á Tezcuco, y de allí á Couatlichan, de donde fueron á Culuacan, que otros dicen Coyoacan, y en él asentaron y residieron muchos años. Estando allí hicieron unas casillas y chozuelas en una isleta alta y enjuta de la laguna, al rededor de la cual habia ciertas charcas y manantiales, que creo llamaban Méjico; las cuales casas pajizas fueron el comienzo de la gran ciudad Méjico Tenuchtitlan. Habia cerca de docientos años que estaban allí estos de Aculúa, cuando comenzaron los chichimecas á desechar la rudez y bárbaras costumbres que tenian, y á comunicar con ellos por matrimonio y contrataciones; que antes ó no habian querido ó no osaban.

Mejicanos.

En este medio tiempo llegaron á esta tierra los mejicanos, nacion tambien extranjera y en aquellos reinos nueva, aunque algunos quieren sentir que son de los mesmos de Aculúa, por cuanto la lengua de los unos y de los otros es toda una; y dicen que no trajeron señores, sino capitanes. Entraron tambien ellos por Tullan, y caminaron hácia la laguna; poblaron á Azcapuzalco, y luego á Tlacopan y Chapultepec, y de allí edificaron á Méjico, cabecera de su señorío, por oráculo del diablo. Crescieron tanto en hacienda y reputacion, que en muy breve fueron mayores señores en la tierra que los de Aculúa ni que los chichimecas. Dieron guerra á sus vecinos, vencieron muchas batallas; tuvieron esto, que á los que se les daban, ponian ciertos tributos ó parias, y á los que les resistian, robaban y servíanse dellos y de sus hijos y mujeres por esclavos. Comenzaron por via de religion. Añadiéronle luego las armas y fuerza, y después codicia, y así se quedaron señores de todo, y

pusieron la silla de su imperio en Méjico. Traian cuenta y razon con el tiempo por escrito de figuras, si ya no la tomaron de aquellos otros de Aculuacan después que trabaron con ellos amistad y parentesco.

Segun los libros desta gente, y comun opinion de sus hombres sabios y leidos, salieron estos mejicanos de un pueblo llamado Chicomuztotlh, y todos nacieron de un padre, dicho por nombre Iztacmixcoatlh, el cual tuvo dos mujeres. En Ilancueitl, que fué la una, hubo seis hijos. El primero se llamó Xelhúa, el segundo Tenuch, el tercero Ulmecatlh, el cuarto Xicalancatlh, el quinto Mixtecatlh, el sexto Otomitlh. En Chimalmath, que fué la otra mujer, hubo á Quezalcoatlh.

Xelhúa, que era el primogénito y mayorazgo, fundó y pobló á Cuahuquechulan, Izcuzan, Epatlan, Teupantlan, Teouacan, Cuzcatlan, Teutitlan y otros muchos lugares.

Tenuch pobló á Tenuchtitlan, y dél se dijeron al principio Tenuchca, segun algunos cuentan, y después se llamaron Méjica. Deste Tenuch salieron muchas personas muy excelentes, y sus descendientes vinieron á mandar toda la tierra y á ser señores de todo su linaje y de otras muchas gentes.

Ulmecatlh pobló tambien muchos lugares en aquella parte á do agora está la ciudad de los Angeles, y nombrólos Totomiuacan, Vicilapan, Cuetlaxcoapan, y otros así.

Xicalancatlh anduvo mas tierra, llegó á la mar del Norte, y en la costa hizo muchos pueblos; pero á los dos mas principales llamó de su mesmo nombre. El un Xicalanco está en la provincia de Maxcalcinco, que es cerca de la Veracruz, y el otro Xicalanco está cerca de Tabasco. Este es gran pueblo y de mucho trato, donde se hacen grandes ferias, á las cuales van muchos mercaderes de léjos tierras; y los de allí andan por toda la tierra contratando. Hay gran distancia del un pueblo destos al otro.

Mixtecatlh echó por la otra parte y corrió hasta la mar del Sur, donde pobló á Tututepec; edificó á Acatlan, que hay del uno al otro cerca de ochenta leguas; y todo aquel trecho de tierra se llama Mixtecapan. Es un gran reino, rico, abundante, de mucha gente y buenos pueblos.

Otomitlh subió á las montañas que están á la redonda de Méjico. Pobló muchos lugares. Los mejores y el riñon de todos ellos es Xilotepec, Tullan y Otompan. Esta es la mayor generacion de toda la tierra de Anauac, la cual, allende de ser muy diferente en la habla, andan los hombres chamorros. Tambien hay quien dice que los chichimecas vienen deste Otomitlh, por ser entrambas naciones de baja suerte y la mas suez y servil gente que hay en toda esta tierra.

Quezalcoatlh edificó, ó como dicen algunos, reedificó á Tlaxcallan, Huexocinco, Cholotla y otras muchas ciudades. Fué aqueste Quezalcoatlh hombre honesto, templado, religioso, santo, y, como ellos tienen, dios. No fué casado ni conoció mujer. Vivió castísimamente, haciendo muy áspera penitencia con ayunos y disciplinas. Predicó, segun se dice, la ley natural, y enseñóla con obra, dando ejemplo de buenas costumbres. Instituyó el ayuno, que antes no lo usaban, y fué el primero que en esta tierra hizo sacrificio de sangre; mas no como agora lo usan estos indios con muerte de infinitos hombres, sino sacando sangre de las orejas y lenguas, por penitencia, por castigo y por remedio contra el vicio del mentir y del escuchar la mentira, que no son pequeños vicios entre esta gente. Creen que no murió, sino que se desapareció en la provincia de Coazacoalco, junto al mar. Tal lo pintan cual yo cuento, á Quezalcoatlh; y porque no saben, ó porque encubren su muerte, lo tienen por el dios del aire, y lo adoran en toda esta tierra, y principalmente en Tlaxcallan y Chololla, y en los demás pueblos que fundó; y así le hacen en ellos extraños ritos y sacrificios.

Tanto como dicho es poblaron y anduvieron estos siete hermanos, ó conquistaron; que tambien se cuenta de ellos haber sido hombres muy guerreros. Va todo ello muy en suma, ansí porque basta pará declaracion del linaje y tierra de estos mejicanos, como por acortar muchos cuentos que sobre esto tienen los indios, que presumen de sangre, y de leidos en sus antigüedades. Los españoles, aunque han procurado saber muy de raíz la orígen de los reyes mejicanos, no se determinan á certificar las opiniones; solamente afirman que así como todos los de Méjico y Tezcuco se precian de llamar Aculuaques, así los que son de aquel linaje y lenguaje son hombres de mas cualidad y estofa que los otros, y así tambien, son mas estimados y temidos, y su lengua, costumbres y religion es lo mejor y lo que mas se usa.

Por qué se dicen aculuaques.

Los señores de Tezcuco, que verdaderamente son señores de Aculuacan, y mas antiguos que mejicanos, se jatan decender de un caballero que era mas alto que ninguno de todos los de aquella tierra, de los hombros arriba, por lo cual le llamaron Aculli, como si dijésemos el hombrudo ó el alto de hombros, que aculli es hombro, aunque tambien quiere decir el hueso que baja del hombro al codo. Allende que este Aculli fué hombre de gran estatura, fué asimesmo grande en todas sus cosas, especialmente en las guerras, que venció de animoso y valiente.

Los señores de Méjico, que son los mayores y los grandes, y en fin los reyes de los reyes, se precian de ser y de se llamar de Culúa, diciendo que decienden de un Chichimecatlh, caballero muy esforzado, el cual ató una correa al brazo de Quezalcoatlh por junto al hombro, cuando andaba y conversaba entre los hombres. Lo que tuvieron por un gran hecho, y decian: «Hombre que ató á un dios, atará á todos los mortales;» y así, de allí adelante le llamaron Aculhuatli, que como poco há dije, aculli es el hueso del codo al hombro, y el mesmo hombro. Valió, y pudo mucho después aquel Aculhuatli, y dió comienzo á sus hijos de tal manera, que vinieron sus descendientes á ser reyes de Méjico en aquella grandeza que Moteczuma estaba cuando Fernando Cortés le prendió. Así que parece que vienen de Chichimecatlh, aunque por diversos efetos, y dicen que por diferenciarse tienen aquel cuento los de Tezcuco, y este los de Méjico.

De los reyes de Méjico.

Cuenta su historia que vinieron á esta tierra los chichimecas el año, segun nuestra cuenta, de 721 después que Cristo nació. El primer señor y hombre principal que nombran y señalan en la órden y sucesion de su reino y linaje, es Totepeuch, y es de pensar que ó se estuvieron sin rey, como ya en otra parte dije, ó que no declaran el capitan que traian, ó que Totepeuch vivió muy mucho tiempo; que pudo ser, pues murió mas de cien años después que entraron en esta tierra. Muerto que fué Totepeuch, se juntó toda la nacion en Tullan, é hicieron señor á Topil, hijo de Totepeuch y de edad de veinte y dos años. Fué rey cincuenta años, ó casi.

Estuvieron sin señor, después que Topil murió, mas de ciento y diez años; pero no cuentan la causa, ó quizá se olvidan el nombre del rey ó reyes que fueron en aquel espacio de tiempo. Al cabo del cual, estando allí en Tullan, sobre ciertas diferencias y pasiones que los advenedizos tuvieron con los naturales, se hicieron dos señores. Piensan algunos que entre los mesmos chichimecas hubo bandos sobre quién mandaria; que como de Topil no quedaban hijos, habia muchos deseosos de mandar. Empero de cualquier manera que fué, se tiene por cierto que eligieron dos señores, y que cada uno de ellos echó por su camino con los de su parcialidad ó linaje. Uemac fué un señor, y salió de Tullan por una parte. Nauhiocin, que fué el otro señor, y natural chichimeca, se salió tambien del pueblo, y se vino hácia la laguna con los de su valía; fué rey mas de setenta años, y acaece vivir los hombres mucho tiempo.

Por muerte de Nauhiocin reinó Cuauhtexpetlatl.

Tras Cuauhtexpetlatl fué rey Uecin.

Nonoualcatl sucedió á Uecin.

Reinó después dél Achitometl.

Tras Achitometl heredó Cuauhtonal, y á los diez años de su reinado llegaron los mejicanos á Chapultepec. Esto es segun la cuenta de algunos; por ende parece que no tienen mucha antigüedad.

Sucedió en el señorío á este Achitometl Mazazin.

A Mazazin heredó Queza.

Tras Queza fué rey Chalchinhtona.

Por muerte de Chalchinhtona vino á reinar Cuauhtlix.

A Cuauhtlix sucedió Johuallatonac.

Reinó tras Johuallatonac Ciuhtetl.

Al tercer año que reinaba se metieron los mejicanos á do es agora Méjico.

Muerto Ciuhtetl, fué rey Xiuiltemoc.

Cuxcux sucedió á Xiuiltemoc.

Murió Cuxcux, y heredóle Acamapichtli. Al sexto año de su reinado se levantó Achitometl, hombre muy principal, y con deseo y ambicion de reinar le mató, y tiranizó aquel señorío de Aculuacan cerca de doce años, y no solamente mató al Rey, sino tambien á seis hijos y herederos. Illancueitl, que era la reina, ó segun algunos, ama, huyó con Acamapichcin, hijo ó sobrino, pero heredero forzoso de Cauatlichan. Doce años después que Achitometl señoreaba, se fué á los montes desesperado, y por miedo no le matasen los suyos, que andaban muy revueltos. Con su ida, ó con las crueldades, muertes, agravios y otros malos tratamientos que habia hecho á los vecinos, se despobló aquella ciudad de Culuacan, y por falta del rey comenzaron á gobernar la tierra los señores de Azcapuzalco, Cuauhnauac, Chalco, Couatlichan y Huexocinco.

Después que Acamapich se crió algunos años en Couatlichan, le llevaron á Méjico, donde le tuvieron en mucho, por ser de tan alto linaje y legítimo heredero y señor de la casa y estado de Culúa; y como habia de ser tan gran príncipe, luego que fué de edad para se casar, procuraron muchos caballeros de Méjico darle sus hijas por mujeres. Acamapich tomó hasta veinte mujeres de aquellas mas nobles y principales, y de los hijos que tuvo en ellas vienen los mas y mayores señores de toda esta tierra; y porque no se perdiese la memoria de Culuacan, poblóla, y puso en ella por señor á su hijo Nauhiocin, que fué segundo de tal nombre. Y él asentó y residió en Méjico; fué un excelente príncipe y un gran varon, y cuantas cosas quiso se le hicieron á su sabor, que, como ellos dicen, tenia la fortuna en la mano. Tornó á ser señor de Culuacan, como su padre lo fué; fué asimesmo rey de Méjico, y en él se comenzó á extender el imperio y nombre mejicano; y en cuarenta y seis años que reinó se enobleció muy mucho aquella ciudad Mexicotenuchtitlan. Dejó Acamapich tres hijos, que todos tres reinaron tras él, uno en pos de otro.

Muerto Acamapich, sucedió en el señorío de Méjico su hijo mayor Viciliuitl, el cual casó con heredera del señorío de Cuauhnauac, y con ella señoreó aquel estado.

A Viciliuitl sucedió su hermano Chimapopoca.

A Chimapopoca sucedió el otro su hermano, dicho Izcona. Este Izcona señoreó á Azcapuzalco, Cuauhnauac, Chalco, Couatlichan y Huexocinco. Mas tuvo por acompañados en el gobierno á Nezaualcoyocin, señor de Tezcuco, y al señor de Tlacopan, y de aquí adelante mandaron y gobernaron estos tres señores cuantos reinos y pueblos obedecian y tributaban á los de Culúa; bien que el principal y el mayor dellos era el rey de Méjico, el segundo el de Tezcuco, y el menor el de Tlacopan.

Por muerte de Izcoua reinó Moteczuma, hijo de Viciliuitl, que tal costumbre tenian en las herencias, de no suceder en el señorío los hijos á los padres que tenian hermanos, hasta ser muertos los tios; mas en muriendo, heredaban los hijos del hermano mayor, como hizo este Moteczuma.

Tras este Moteczuma vino á suceder en el reino una su hija, ca no habia otro heredero mas cercano; la cual casó con un su pariente, y parió dél muchos hijos, de los cuales fueron reyes de Méjico tres, uno tras otro, como habian sido los hijos de Acamapich.

Axayaca fué rey después de su madre, y dejó un hijo, que llamó Moteczuma por amor de su agüelo.

Por muerte de Axayaca reinó su hermano Tizocica.

A Tizocica sucedió Auhizo, que tambien era su hermano.

Como fué muerto Auhizo, entró á reinar Moteczuma, y comenzó el año de 1503. Este fué á quien prendió Cortés. Quedaron muchos hijos deste Moteczuma, á lo que dicen algunos. Cortés dice que dejó tres hijos varones con muchas hijas. El mayor dellos murió entre muchos españoles al huir de Méjico. De los otros dos,

era uno loco y otro perlático. Don Pedro Moteczuma, que aun vive, es su hijo, y señor de un barrio de Méjico; el cual, porque se da mucho por vino, no le han hecho mayor señor. De las hijas, una fué casada con Alonso de Grado y otra con Pedro Gallego, y después con Juan Cano, de Cáceres; y primero que con ellos, casó con Cuetlauac. Fué bautizada, y llamóse doña Isabel. Parió de Pedro Gallego un hijo, que llamaron Juan Gallego Moteczuma, y de Juan Cano parió muchos. Otros dicen que no tuvo Moteczuma mas de dos hijos legítimos: á Axayaca, varon, y á esta doña Isabel; aunque bien hay que averiguar cuáles hijos y cuáles mujeres de Moteczuma eran legítimos.

Muerto que fué Moteczuma, y echados de Méjico los españoles, fué rey Cuetlauac, señor de Iztacpalapan, su sobrino, ó como algunos quieren, hermano. No vivió mas de sesenta dias, aunque otros dicen muchos menos. Murió de las viruelas que pegó el negro de Narvaez.

Por muerte de Cuetlauac reinó Cuahutimoc, sobrino de Moteczuma y sacerdote mayor; el cual, por reinar descansado, mató á Axayaca, á quien pertenecia el reino, y tomó por mujer á la doña Isabel que arriba dije. Este Cuahutimoc perdió á Méjico, aunque la defendió esforzadamente.

La manera comun de heredar.

Muchas maneras hay de heredar entre los de la Nueva-España, y mucha diferencia entre nobles y villanos, por lo cual porné aquí algo dello. Es costumbre de pecheros que el hijo mayor herede al padre en toda la hacienda raíz y mueble, y que tenga y mantenga todos los hermanos y sobrinos, con tal que hagan ellos lo que él les mandare. A esta causa hay siempre en cada casa muchas personas. La razon por donde no parten la hacienda es por no la desminuir con la particion y particiones que una tras otra se harian; lo cual, aunque es muy bueno, trae grandes inconvinientes. El que así hereda paga al señor los tributos y pechos que su casa y heredad es obligada, y no mas; y si está en lugar que pagan al señor por cabezas, da entonces aquel hermano mayor tantos cacaos por cada hermano y sobrino que tiene en casa, ó tantas plumas ó mantas ó cargas de maíz, ó las otras cosas que suelen pechar; y así, pecha mucho, y parece á quien no lo sabe que es un desaforado pecho. Y á la verdad, muchas veces no lo pueden pagar, y los venden ó toman por esclavos. Cuando no hay hermanos ni sobrinos que hereden forzosamente, vuelven las haciendas al señor ó al pueblo, y entonces las da el señor ó el pueblo á quien bien les place, con la carga de tributo y servicio que tiene, y no mas; bien que siempre hay respecto á darlas á parientes de los que las tuvieron. Y aunque los pueblos hereden á los vecinos, no es para concejo la renta, sino para el señor, del cual tienen tomado á renta, ó como decimos acá, á censo perpetuo, todo el término. Repártenlo por suertes, y contribuyen por rata. En otros lugares heredan al padre todos los hijos, y reparten entre sí la hacienda, que paresce mas justo y mas libertad. Algunos señoríos hay que, aunque hereda el hijo mayor, no entra en posesion sin decreto y voluntad del pueblo, ó sin licencia del Rey, á quien debe y reconosce vasallaje, á cuya causa muchas veces venian á heredar los otros hijos; y de aquí debe ser que en semejantes estados los padres nombran cuál hijo les heredará; y dicen que en muchos lugares dejaba mandado el padre qué hijo tenia de sucederle en el señorío. En los pueblos de república, que se gobernaban en comun, tenian diferentes maneras de heredar los estados, pero siempre se miraba el linaje. La general costumbre entre reyes y grandes señores mejicanos es heredar primero los hermanos que los hijos, y luego los hijos del hermano mayor, y tras ellos los hijos del primer heredero; y si no habia hijos ni nietos, heredaban los parientes mas propincos. Los reyes de Méjico, Tezcuco y otros sacaban del Estado lugares para dar á hijos y para dotar las hijas; y aun como eran poderosos, querian que siempre los hijos de las mujeres mejicanas, hijas y sobrinas del Rey heredasen el señorío de los padres, si bien no fuesen los mayores ni á los que pertenecia el Estado.

La jura y coronacion del Rey.

Aunque heredaban unos hermanos á otros, y tras ellos el hijo del primer hermano, no usaban del mando ni creo que del nombre de rey hasta ser ungidos y coronados públicamente. Luego pues que el rey de Méjico era muerto y sepultado, llamaban á cortes al señor de Tezcuco y al de Tlacopan, que eran los mayores y mejores, y á todos los otros señores súbditos y sufraganos al imperio mejicano, los cuales venian muy presto. Si habia dubda ó diferencia quién debia de ser rey, averiguábase lo mas aína que podian, y si no, poco tenian que hacer. En fin, llevaban al que pertenescia el reino, desnudo todo, excepto lo vergonzoso, al templo grande de Vitcilopuchtli. Iban todos muy callando y sin regocijo ninguno. Subíanlo de brazo las gradas arriba dos caballeros de la ciudad, que para esto nombraban, y delante dél iban los señores de Tezcuco y de Tlacopan, sin entremeterse nadie en medio; los cuales llevaban sobre sus mantas ciertas enseñas de sus ditados y oficios en la coronacion y ungimiento. No subian á las capillas y altar sino pocos seglares, y aquellos para vestir al nuevo rey y para hacer algunas cerimonias; que todos los demás miraban de las gradas y del suelo, y aun de los tejados, y todo se henchia: tanta gente cargaba á la fiesta. Llegaban pues con mucho acatamiento, hincábanse de rodillas al ídolo de Vitcilopuchtli, tocaban el dedo en tierra y besábanlo. Venia luego el gran sacerdote vestido de pontifical, con otros muchos revestidos tambien de las sobrepellices que, segun en otra parte dije, ellos usan; y sin hablalle palabra, le tiñia todo el cuerpo con una tinta muy negra, hecha para aquel efecto; y tras esto, saludando ó bendiciendo al ungido, rociábale cuatro veces de aquella agua bendita y á su modo consagrada, que dije guardaban en la consagracion del dios de masa, con un hisopo de ramas y hojas de caña, cedro y saz, que hacian por algun significado ó propiedad. Poníale después sobre la cabeza una manta toda pintada y sembrada de huesos y calavernas de muerto, encima de la cual le vestia otra manta negra, y luego otra azul, y ambas estaban con cabezas y huesos de

muerto, muy al natural pintados. Echábale al cuello unas correas coloradas, largas y de muchos ramales, de cuyos cabos colgaban ciertas insignias de rey, como pinjantes. Cargábale tambien á las espaldas una calabacita llena de ciertos polvos, en cuya virtud no le tocase pestilencia, ni le cayese dolor ni enfermedad ninguna, y para que no le aojasen viejas, ni encantasen hechiceros, ni engañasen malos hombres, y en fin, para que ninguna cosa mala le empeciese ni dañase. Poníale asimesmo en el brazo izquierdo una taleguilla con el enciensо que ellos usan, y dábale un braserico con ascuas de corteza de encina. El Rey se levantaba entonces, echaba de aquel enciensо en las brasas, y con gran mesura y reverencia sahumaba á Vitcilopuchtli, y sentábase. Llegaba luego el gran sacerdote, y tomábale juramento de palabra, y conjurábale que ternia la religion de sus dioses, que guardaria los fueros y leyes de sus antecesores, que manternia justicia, que á ningun vasallo ni amigo agraviaria, que seria valiente en la guerra, que haria andar al sol con su claridad, llover las nubes, correr los rios, y producir la tierra todo género de mantenimientos. Estas y otras cosas imposibles prometia y juraba el nuevo rey. Daba las gracias al gran sacerdote, encomendábase á los dioses y á los miradores, y con tanto le abajaban los mesmos que lo subieron, por la órden que primero. Comenzaba luego la gente á decir á voces que fuese para bien su reinado, y que le gozase muchos años con salud de todo el pueblo. Entonces viérades bailar á unos, tañer á otros, y á todos que mostraban sus corazones con las muchas alegrías que hacian. Antes de abajar las gradas llegaban todos los señores que estaban en las Cortes y en corte á darle obediencia. Y en señal del señorío que sobre ellos tenia, le presentaban plumajes, sartas de caracoles, collares y otras joyas de oro y plata, y mantas pintadas con la muerte. Acompañábanle hasta una gran sala, é íbanse. El Rey se asentaba en uno como estrado, que llaman tlacatecco. No salia del patio y templo en cuatro dias, los cuales gastaba en oracion, sacrificios y penitencia. No comia mas de una vez al dia, y aunque comia carne, sal, ají y todo manjar de señor, ayunaba. Bañábase una vez al dia y otra la noche en una gran alberca, donde se sangraba de las orejas, é incensaba al dios del agua Tlaloc. Tambien incensaba los otros ídolos del patio y templo, ofreciéndoles pan, fruta, flores, papeles y cañuelas tintas en sangre de su propia lengua, narices, manos y otras partes que se sacrificaba. Pasados aquellos cuatro dias, venian todos los señores á llevarlo á palacio con grandísima fiesta y placer del pueblo; mas pocos le miraban á la cara después de la consagracion. Con haber dicho estas cerimonias y solemnidad que Méjico tenia en coronar su rey, no hay qué decir de los otros reyes, porque todos ó los mas siguen esta costumbre, salvo que no suben en alto, sino al pié de las gradas. Venian luego á Méjico por la confirmacion del estado, y vueltos á sus tierras, hacian grandes fiestas y convites, no sin borracheras ni sin carne humana.

La caballería del Tecuitli.

Para ser tecuitli, que es el mayor ditado y dignidad tras los reyes, no se admiten sino hijos de señores. Tres años y mas tiempo antes de recebir el hábito desta caballería, convidaba á la fiesta á todos sus parientes y amigos, y á los señores y tecuitles de la comarca. Venian, y juntos miraban que el dia de la fiesta fuese de buen signo, por no comenzarla con escrúpulo. Acompañaban al caballero novel todos los del pueblo hasta el templo grande del dios Camaxtle, que era el mayor ídolo de las repúblicas. Los señores, los amigos y parientes que convidados estaban, lo subian por las gradas al altar, hincábanse todos de rodillas delante el ídolo, y el caballero estaba muy devoto, humilde y paciente. Salia luego el sacerdote mayor, y con un aguzado hueso de tigre, ó con una uña de águila, le horadaba las narices, entre cuero y ternillas, de pequeños agujeros, y metíale en ellos unas pedrezuelas de azabache negro, y no de otra color; hacíale tras esto un gran vejámen, injuriándole mucho de palabras y obras, hasta desnudarlo en carnes, salvo lo deshonesto. El caballero se iba entonces así desnudo á una sala del templo, y comenzaba á velar las armas, asentábase en el suelo, y allí se estaba rezando. Comian los convidados muy de regocijo; pero en acabando, se iban sin hablarle. Como anochecia, le traian ciertos sacerdotes unas mantas groseras y viles que vistiese; una estera y un tajoncillo por almohada, en que se recostase, y otro por silla para sentarse; traíanle tinta con que se tiznase, puas de metl con que se punzase las orejas, brazos y piernas; un brasero y resina para incensar los ídolos; y si habia gente con él, echábanla fuera, y no le dejaban mas de tres hombres, soldados viejos y diestros en la guerra, que le industriasen y tuviesen en vela. No dormia en cuatro dias sino algunos ratillos, y aquellos asentado; que los soldados le despertaban picándole con puas de metl. Cada media noche sahumaba los ídolos, y ofrecíales gotas de sangre que de su cuerpo sacaba. Andaba todo el patio y templo una vuelta al rededor, cavaba en cuatro partes iguales, y allí soterraba papel, copalli, y cañas con sangre de sus orejas, manos, piés y lengua. Tras esto comia; que hasta entonces no se desayunaba. Era la comida cuatro bollicos ó buñuelos de maíz, y una copa de agua. Alguno destos tales caballeros no comia bocado en cuatro dias. Acabados estos cuatro dias, pedia licencia á los sacerdotes para ir á cumplir su profesion á otros templos; que á su casa no podia, ni llegar á su mujer, aunque la tuviese, durante el tiempo de la penitencia. Al cabo del año, y de allí adelante, cuando queria salir, aguardaba á un dia de buen signo para que saliese en buen pié, como habia entrado. El dia que habia de salir venian todos los que primero le honraron, y luego por la mañana le lavaban y limpiaban muy bien, y le tornaban al templo de Camaxtle con mucha música, danzas y regocijo. Subíanle á cerca del altar, desnudábanle las mantillas que traia, atábanle los cabellos con una tira de cuero colorado al colodrillo, de la cual colgaban algunas plumas, cobríanlo de una fina manta, y encima della le echaban otra manta riquísima, que era el hábito é insignia de tecuitli. Poníanle en la mano izquierda un arco, y en la derecha unas flechas. Luego el sacerdote le hacia un razonamiento, del cual era la summa que mirase la órden de caballería que habia tomado, y ansí como se diferenciaba en el hábito, traje

y nombre, ansí se aventajase en condicion, nobleza, liberalidad, y otras virtudes y obras buenas; que sustentase la religion, que defendiese la patria, que amparase los suyos, que destruyese los enemigos, que no fuese cobarde, y en la guerra que fuese como águila ó tigre, pues por eso le agujeraba con sus uñas y huesos la nariz, que es lo mas alto y señalado de la cara, donde está la vergüenza del hombre. Dábale tras esto otro nombre, y despedíale con bendicion. Los señores y convidados forasteros y naturales se sentaban á comer en el patio, y los ciudadanos tañian y cantaban conforme á la fiesta, y bailaban el netoteliztli. La comida era muy abastada de toda suerte de viandas, mucha caza y volatería; ca de solos gallipavos se comian á yantar mil, y mil y quinientos. No hay número de las codornices que allí se gastaban, ni de los conejos, liebres, venados, perrillos capados y cebones. Tambien servian culebras, víboras y otras serpientes guisadas con mucho ají; cosa que paresce increible, pero es cierta. No quiero decir las muchas frutas, las guirnaldas de flores, los mazos de rosas y cañutos de perfumes que ponian en las mesas; pero digo que gentilmente se embeodaban con aquellos sus vinos. En fin, en semejantes fiestas no habia pariente pobre. Daban á los señores tecuitles y principales convidados plumajes, mantas, tocas, zapatos, bezotes, y orejeras de oro ó plata ó piedras de precio. Esto era mas ó menos, segun la riqueza y ánimo del nuevo tecuitli, y conforme á las personas que se daba. Tambien hacia grandes ofrendas al templo y á los sacerdotes. El tecuitli se ponia en los agujeros de la nariz que le hizo el sacerdote, granillos de oro, perlezuelas, turquesas, esmeraldas y otras piedras preciosas; ca en aquello se conoscian y diferenciaban de los otros los tales caballeros. Atábanse los cabellos en la guerra á la coronilla. Era primero en los votos, en los asientos y presentes; era el principal en los banquetes y fiestas, en la guerra y en la paz, y podia traer tras de sí un banquillo para sentarse doquiera que le pluguiese. Este ditado tenian Xicotencatl y Maxixca, que fué gran amigo de Cortés, y por eso eran capitanes, y tan preeminentes personas en Tlaxcallan y su tierra.

Lo que sienten del ánima.

Bien pensaban estos mejicanos que las ánimas eran inmortales, y que penaban ó gozaban segun vivieron, y toda su religion á esto se encaminaba; pero donde mas claramente lo mostraban, era en los mortuorios. Tenian que habia nueve lugares en la tierra donde iban á morar los defuntos: uno junto al sol, y que los hombres buenos, los muertos en batalla y sacrificados iban á la casa del sol, y que los malos se quedaban acá en la tierra, y repartíanse desta manera: los niños y mal paridos iban á un lugar, los que morian de vejez ó enfermedad iban á otro, los que morian súbita y arrebatadamente iban á otro, los muertos de heridas y mal pegajoso iban á otro, los ahogados á otro, los justiciados por delitos, como eran hurto y adulterio, á otro; los que mataban á sus padres, hijos y mujeres, tenian casa por sí. Tambien estaban por su cabo los que mataban al señor y á sacerdote alguno. La gente menuda comunmente se enterraba. Los señores y ricos hombres se quemaban, y quemados, los sepultaban. En las mortajas habia gran diferencia, y mas vestidos iban muertos que anduvieron vivos. Amortajaban las mujeres de otra manera que á los hombres, ni que á los niños. Al que moria por adúltero vestian como al dios de la lujuria, dicho Tlazolteutl; al ahogado, como á Tlaloc, dios del agua; al borracho, como á Ometochtli, dios del vino; al soldado, como á Vitcilopuchtli; y finalmente, á cada oficial daban el traje del ídolo de aquel oficio.

Enterramiento de los reyes.

Cuando enferma el rey de Méjico ponen máscaras á Tezcatlipuca ó Vitcilopuchtli, ó á otro ídolo, y no se la quitan hasta que ó sana ó muere. Cuando espiraba enviábanlo á decir á todos los pueblos de su reino para que lo llorasen, y á llamar los señores que le eran parientes y amigos, y que podian venir á las honras dentro de cuatro dias; que los vasallos ya estaban allí. Ponian el cuerpo sobre una estera, velábanlo cuatro noches gimiendo y plañiendo. Lavábanlo, cortábanle una guedeja de cabellos de la coronilla, y guardábanlos, diciendo que en ellos quedaba la memoria de su ánima. Metíanle en la boca una fina esmeralda; amortajábanle con decisiete mantas muy ricas y muy labradas de colores, y sobre todas ellas iba la devisa de Vitcilopuchtli ó Tezcatlipuca, ó la de algun otro ídolo su devoto, ó la del dios en cuyo templo se mandaba enterrar. Poníanle una máscara muy pintada de diablos, y muchas joyas, piedras y perlas. Mataban luego allí el esclavo lamparero, que tenia cargo de hacer lumbre y sahumerios á los dioses de palacio, y con tanto llevaban el cuerpo al templo. Unos iban llorando y otros cantando la muerte del Rey; que tal era su costumbre. Los señores, los caballeros y criados del defunto llevaban rodelas, flechas, mazas, banderas, penachos y otras cosas así, para echar en la hoguera. Recebíalos el gran sacerdote con toda su clerecía á la puerta del patio, en tono triste; decia ciertas palabras, y hacíale echar en un gran fuego que para lo quemar estaba hecho, con todas las joyas que tenia. Echaban tambien á quemar todas las armas, plumajes y banderas con que le honraban, y un perro que lo guiase adonde habia de ir, muerto primero con una flecha que le atravesase el pescuezo. Entre tanto que ardia la hoguera, y quemaban al Rey y el perro, sacrificaban los sacerdotes docientas personas, aunque en esto no habia tasa ni ordinario. Abríanlos por el pecho, sacábanles los corazones, y arrojábanlos en el fuego del señor, y luego echaban los cuerpos en un carnero. Estos, así muertos por honra y para servicio de su amo, como ellos dicen, en el otro siglo, eran por la mayor parte esclavos del muerto y de algunos señores que se los ofrescian; otros eran enanos, otros contrechos, otros monstruosos, y algunas eran mujeres. Ponian al defunto en casa, y en el templo muchas rosas y flores, y muchas cosas de comer y de beber, y nadie las tocaba sino sacerdotes, ca debia ser ofrenda. Otro dia cogian la ceniza del quemado, y los dientes, que nunca se queman, y la esmeralda que llevaba á la boca; todo lo cual metian en una arca pintada por dentro de figuras endiabladas, con la guedeja de cabellos, y con otros pocos cabellos que cuando nació le cortaron, y tenian guar-

dados para esto. Cerrábanla muy bien, y ponian encima della una imágen de palo, hecha y ataviada al proprio como el defunto. Duraban las obsequias cuatro dias, en los cuales llevaban grandes ofrendas las hijas y mujeres del muerto, y otras personas, y poníanlas donde fué quemado y delante la arca y figura. Al cuarto dia mataban por su alma quince esclavos, ó mas ó menos, segun que les parescia; á los veinte dias mataban cinco; á los sesenta, tres; á los ochenta, que era como cabo de año, nueve.

De cómo queman para enterrar los reyes de Michuacan.

El rey de Michuacan, que era grandísimo señor, y que competia con el de Méjico, cuando estaba muy á la muerte y desafiuzado de los médicos, nombraba al hijo que queria por rey; el cual luego llamaba todos los señores del reino, gobernadores, capitanes y valientes soldados que tenian cargos de su padre, para enterralle; al que no venia castigábale como á traidor. Todos venian, y le traian presentes, que era como aprobacion del reinado. Si el Rey estaba enfermo en artículo de muerte, cerraban las puertas de la sala porque ninguno entrase allá. Ponian la devisa, silla y armas reales en un portal del patio de palacio, para que allí se recogiesen los señores y los otros caballeros. En muriendo alzaban todos ellos y los demás un gran llanto, entraban do estaba su rey muerto, tocábanle con las manos, bañábanlo con agua olorosa, vestíanle una camisa muy delgada, calzábanle unos zapatos de venado, que es el calzado de aquellos reyes; atábanle cascabeles de oro á los tobillos, poníanle ajorcas de turquesas en las muñecas, en los brazos braceletes de oro, en la garganta gargantillas de turquesas y otras piedras, en las orejas cercillos de oro, en el bezo un bezote de turquesas, y á las espaldas un gran trenzado de muy linda pluma verde. Echábanle en unas anchas andas, que tenian una muy buena cama; poníanle al un lado un arco y un carcax de piel de tigre, con muchas flechas; y al otro un bulto tamaño como él, hecho de mantas finas, á manera de muñeca, que llevaba un grande plumaje de plumas verdes, largas y de precio. Llevaba su trenzado, zapatos, braceletes y collar de oro. Entre tanto que unos hacian esto, lavaban otros á las mujeres y hombres que habian de ser muertos para acompañar el Rey al infierno. Dábanles muy bien de comer, y emborrachábanlos para que no sintiesen mucho la muerte. El nuevo señor señalaba las personas que habian de ir á servir al Rey su padre, porque muchos no holgaban de tanta honra y favor; aunque algunos habia tan simples ó engañados, que tenian por gloriosa muerte aquella. Eran principalmente siete mujeres nobles y señoras: una para que llevase todos los bezotes, arracadas, manillas, collares y otras joyas así ricas, que solia ponerse el muerto; otra era para copera, otra que le sirviese aguamanos, otra que le diese el orinal, otra por cocinera, y la otra por lavandera. Tambien mataban otras muchas esclavas, y mozas de servicio, que eran libres. No lleva cuenta los hombres esclavos y libres que mataban el dia del enterrorio del Rey, ca mataban uno y aun mas de cada oficio. Limpios pues estos escogidos, hartos y beodos, se teñian los rostros de amarillo, y se ponian en las cabezas sendas guirnaldas de flores, é iban como en procesion delante del cuerpo muerto, unos tañendo caracoles, otros huesos, otros en conchas de tortugas, otros chiflando, y creo que todos llorando. Los hijos del muerto y los señores principales tomaban en hombros las andas, y caminaban paso á paso al templo de su dios Curicaneri; los parientes rodeaban las andas y cantaban ciertos cantares tristes y revesados; los criados, los hombres valientes, y de cargos de justicia ó guerra, llevaban ventalles, pendones y diversas armas. Salian de palacio á media noche con grandes tizones de teda y con grandísimo ruido de trompetas y atabales. Los vecinos de las calles por do pasaban, barrian y regaban muy bien el suelo. En llegando al templo daban cuatro vueltas á una hacina de leña de pino, que tenian hecha para quemar el cuerpo; echaban las andas encima del monton de leña, y poníanle fuego por debajo; y como era seca, presto ardia. Achocaban entre tanto los enguirnaldados con porras, y enterrábanlos de cuatro en cuatro con los vestidos y cosas que llevaban, detrás del templo, á raíz de las paredes. En amaneciendo, que ya el fuego era muerto, cogian la ceniza, huesos, piedras y oro derretido en una rica manta, é iban con ello á la puerta del templo; salian los sacerdotes, bendecian las endemoniadas reliquias, envolvíanlas en aquella y en otras mantas, hacian una muñeca, vestíanla muy bien como hombre, poníanle máscara, plumaje, cercillos, sartales, sortijas, bezotes y cascabeles de oro; arco, flechas, y una rodela de oro y pluma á las espaldas, que parecia un ídolo muy compuesto. Abrian luego una sepultura al pié de las gradas, ancha y cuadrada, y honda dos estados; emparamentábanla de esteras nuevas y buenas por todas cuatro paredes y el suelo; armaban dentro una cama, entraba cargado de la muñeca un religioso, cuyo oficio era tomar á cuestas los dioses, y tendíala en la cama con los ojos háeia levante. Colgaba muchas rodelas de oro y plata sobre las esteras, y muchos penachos, saetas y algun arco. Arrimaba tinajas, ollas, jarros y platos. En fin, él hinchia la huesa de arcas encoradas, con ropa y joyas, de comida y de armas. Salíanse, y cerraban el hoyo con vigas y tablas, echábanle por encima un suelo de barro, y con tanto se iban. Lavábanse mucho todos aquellos señores y personas que habian llegado al sepultado, y hecho algo en el enterramiento, y luego comian en el patio de palacio, asentados, pero sin mesa. Alimpiábanse con sendos copos de algodon. Tenian las cabezas bajas, estaban mustios, y no hablaban sino «Dame á beber». Esto les duraba cinco dias, y en todos ellos no se encendia fuego en casa ninguna de aquella ciudad Chincicila, si no era en palacio y en templos; ni se molia maíz sobre piedra, ni se hacia mercado, ni andaban por las calles; y en fin, hacian todo el sentimiento posible por la muerte de su señor.

De los niños.

Es costumbre en esta tierra saludar al niño recien nascido, diciendo: «¡Oh criatura! ¡Ah chiquito! Venido eres al mundo á padescer; sufre, padesce y calla.» Pónenle luego un poco de cal viva en las rodillas, como quien dice: «Vivo eres, pero morir tienes, ó por muchos

trabajos has de ser tornado polvo como esta cal, que piedra era.» Regocijan aquel dia con bailes y cantares y colacion.

Era general costumbre no dar leche las madres á sus hijos el primer dia todo entero que nacian, porque con la hambre tomasen después la teta de mejor gana y apetito; pero mamaban ordinariamente cuatro años arreo, y tierras habia que doce. Las cunas son de cañas ó palillos muy livianos, por no hacer pesada la carga. Tambien se los echan las madres y amas al cuello sobre las espaldas, con una mantilla que les toma todo el cuerpo, y que se la atan ellas á los pechos por las puntas, y de aquella manera los llevan camino, y les dan la teta por el hombro; huyen de empreñarse criando, y la viuda no se casa hasta destetar el hijo; que mal contado les era lo contrario haciendo.

En algunas partes zabullen los niños en albercas ó fuentes ó rios ó en tinajas el primer dia que nacen, por les endurecer el cuero y carne, ó quizá por lavarles la sangre, hedor y suciedad que sacan del vientre de las madres; la cual costumbre algunas naciones de por acá la tuvieron. Hecho esto, les ponen, si es varon, una saeta en la mano derecha, y si hembra, un huso ó una lanzadera, denotando que se habian de valer, él por las armas, y ella por la rueca.

En otros pueblos bañaban las criaturas á los siete dias, y en otros á los diez que nacieron; y allí ponian al hombre una rodela en la izquierda y una flecha en la derecha. A la mujer ponian una escoba, para entender que el uno ha de mandar y el otro obedescer. En este lavatorio les ponian nombre, no como querian, sino el del mesmo dia en que nacieron; y dende á tres meses suyos, que son de los nuestros dos, los llevaban al templo, donde un sacerdote que tenia la cuenta y ciencia del calendario y signos, les daba otro sobrenombre, haciendo muchas cerimonias, y declaraba las gracias y virtudes del ídolo cuyo nombre les ponia, pronosticándoles buenos hados. Comian estos tales dias muy bien, bebian mejor, y no era buen convidado el que no salia borracho. Sin estos nombres de los dias siete y sesenta, tomaban algunos señores otro, como era de Tecuitli y Pilli; mas esto acontescia raras veces.

El castigo de los hijos toca á los padres, y el de las hijas á las madres. Azótanlos con hortigas, dánles humo á narices, estando colgados de los piés; atan á las mochachas de los tobillos, porque no salgan fuera de casa; hiérenlas en el labio y pico de la lengua, por la mentira; son muy apasionados por mentir todos estos indios, y por enmienda y por quitarlos deste vicio ordenó Quezalcoatl el sacrificio de la lengua. Caro les costó á muchos el mentir al principio que nuestros españoles ganaron la tierra; porque, preguntados dónde habia oro y sepulturas ricas, decian que en tal y tal cabo; y como no se hallase por mas que cavaban, descoyuntábanlos á tormentos y golpes, y aun los aperreaban.

Los pobres enseñaban á sus hijos sus oficios, no porque no tuviesen libertad para mostralles otro, sino porque los aprendiesen sin gastar con ellos. Los ricos, en especial caballeros y señores, enviaban á los templos sus hijos como habian cinco años, y á esta causa habia tantos hombres en cada templo, cuantos en otra parte dije. Allí habia un maestro para doctrinallos; tenia esta congregacion de mancebos tierras propias en que coger pan y fruta; tenia sus estatutos, como decir, ayunar tantos dias de cada mes, sangrarse las fiestas, rezar, y no salir sin licencia.

Encerramiento de mujeres.

A las espaldas de los templos grandes de cada ciudad habia una muy gran sala y aposento por sí, donde comian, dormian y hacian su vida muchas mujeres; y aunque las tales salas no tenian puerta, porque no las usan, están seguras. Bien que nuestros españoles hablaban lo que pensaban de aquella abertura y libertad, sabiendo que aun do hay puertas saltan los hombres paredes. Diversas intenciones y fines tenian las que dormian en casas de los dioses; pero ninguna dellas entraba para estar allí toda su vida, aunque habia entrellas mujeres viejas. Unas entraban allí por enfermedades, otras por necesidad, y otras por ser buenas. Algunas porque los dioses les diesen riquezas, muchas porque les diesen larga vida, y todas porque les diesen buenos maridos y muchos hijos. Prometian de servir y estar en el templo un año, y dos, y tres, ó mas tiempo, y después casábanse. Lo primero que hacian luego en entrando era tresquilarse, á diferencia de las otras, ó porque los ministros del mesmo templo traian cabellos. Su oficio era hilar algodon y pluma, y tejer mantas para sí y para los ídolos, barrer el patio y salas del templo; que las gradas y capillas altas los ministros las barrian. Tenian sus ciertas sangrías del cuerpo con que aplacer al diablo; iban las fiestas solemnes, ó siendo menester, en procesion con los sacerdotes, ellos por una hilera y ellas por otra; pero no subian las gradas ni cantaban; vivian de por amor de Dios, que sus parientes, y los ricos y devotos, las sustentaban, y les daban carne cocida y pan caliente, que ofreciesen á los ídolos, ca siempre se ofrecia así porque subiese el olor y vaho en alto, y gustasen los dioses; comian en comunidad, y dormian juntas en una sala, como monjas, ó por mejor hablar, como ovejas; no se desnudaban, dicen por honestidad, y por levantarse mas presto á servir los dioses y á trabajar; aunque no sé qué se habian de desnudar las que andaban casi en carnes; bailaban las fiestas ante los dioses, segun el dia. La que hablaba ó se reia con algun hombre seglar ó religioso era reprehendida, y la que pecaba con alguno mataban, juntamente con el hombre; tenian que se les habian de podrir las carnes á las que perdian allí su virginidad, y por el miedo del castigo é infamia eran buenas mujeres estando allí; y las que hacian aquel mal recado de su persona, hacian grandísima penitencia y permanecian en la religion.

De las muchas mujeres.

Casan especialmente los hombres ricos, y soldados, y los señores, con muchas mujeres; unos con cinco, otros con treinta, quién con ciento, quién con ciento y cincuenta, y tal rey habia que con muchas mas. Por do no es de maravillar que haya en aquella tierra muchos hermanos, todos hijos de un mesmo padre, pero no de madre, y así Nezaualpilcintli y su padre Nezaualcoyo,

que fueron señores de Tezcuco, tuvieron cada cien hijos, y cada otras tantas hijas. Algunas provincias y generaciones hay, como son chichimecas, mazatecas, otomís y pinoles, que no toman mas de una sola mujer, y aquella no parienta, aunque tambien es verdad que los señores y caballeros toman cuantas quieren, á fuer de Méjico. En unas partes compran las mujeres, en otras las roban, y generalmente las piden á los padres, y esto en dos maneras, ó para mujeres, ó por amigas. Cuatro causas dan para tener tantas mujeres: la primera es el vicio de la carne, en que mucho se deleitan; la segunda es por tener muchos hijos; la tercera por reputacion y servicio; la cuarta es por granjería; y esta postrera usan mas que otros, los hombres de guerra, los de palacio, los holgazanes y tahures; hácenlas trabajar como esclavas, hilando, tejiendo mantas para vender, con que se mantengan y jueguen; casan ellos á los veinte años y aun antes, y ellas á diez. No casan con su madre ni con su hija ni con su hermana; en lo demás poco parentesco guardan; aunque algunos se hallaron casados con sus propias hermanas, cuando venidos al santo bautismo, dejaban las muchas mujeres, y quedaban con sola una; casaban con cuñadas, con las madrastras en quien sus padres no tuvieron hijos; pero dicen que no era lícito. Nezaualcoyo, señor de Tezcuco, mató cuatro de sus hijos porque durmieron con sus madrastras. En Michuacan tomaban por mujer á la suegra, estando casados primero con la hija, y desta manera tenian á hija y á madre. Aunque toman muchas mujeres, á unas tienen por legítimas, á otras por amigas, y á otras por mancebas. Amiga llaman á la que después de casados demandaban, y manceba á la que ellos se tomaban. Los hijos de las mujeres que traen dote heredan al padre, y entre grandes señores heredaban los hijos de las del linaje del rey de Méjico, aunque tuviesen otros hijos mayores en mujeres dotadas.

Los ritos del matrimonio.

Siempre va la mujer á velarse á casa del marido, y ordinariamente va á pié, aunque en algunas partes traian la novia á cuestas, y si es señora, en andas sobre hombros. Sale á recebirla al umbral de la puerta el desposado, é inciénsala con un braserillo de ascuas y resina olorosa; danle á ella otro, y sahúmale tambien á él; tómala por la mano y métela al tálamo, y asiéntanse ambos á dos junto al fuego en una estera nueva; llegan entonces unos como padrinos, y átanle las mantas una con otra. Estando así atados, da el novio á la novia unos vestidos de mujer, y ella á él vestidos de hombre. Traen luego la comida, y el esposo da de comer á la esposa de su mano, y tambien la desposada da de comer al desposado. Entre tanto que pasaban todas estas cosas y ritos de desposorio, bailaban y cantaban los convidados, y en alzando la mesa, hacíanles presentes porque los habian honrado, y no mucho después cenaban largamente, y con el regocijo y calor de las viandas, guisadas con mucho ají, bebian de tal suerte, que cuando venia la noche pocos faltaban de borrachos. Los novios solamente estaban en seso, por haber comido muy poco, que bien se mostraban en aquello novios, y casi no comen en los cuatro dias primeros; que todo su hecho era rezar, y sangrarse para ofrecer la sangre al dios de las bodas. No consumen matrimonio en todo aquel tiempo, ni salen de la cámara sino para la necesidad natural que nadie puede excusar, ó para el oratorio de casa, á sahumar los ídolos; creian que saliendo de otra manera fuera de la cámara, en especial ella, que habia de ser mala de su cuerpo; sahuman la cama cuando quieren dormir, y entonces, y cuando visitaban los altares, se vestian de la devisa del dios de las bodas. A la cuarta noche venian ciertos sacerdotes ancianos, y hacian la cama á los novios. Juntaban dos esteras nuevas flamantes, que nadie las hubiese estrenado; ponian en medio dellas unas plumas, una piedra chalchihuitl, que es como esmeralda, y un pedazo de cuero de tigre; tendian luego encima de todo ello las mejores mantas de algodon que habia en casa, ponian asimesmo á las esquinas de la cama hojas de cañas y puas de metl, decian ciertas palabras, é íbanse. Los novios sahumaban la cama y acostábanse. Esta era la propia noche de novios. Otro dia luego por la mañana llevaban la cama con cuantas cosas tenia, y la sangre que el novio habia sacado á la novia, y la que entrambos se sangraron, sobre las hojas de caña, á ofrecer al templo; volvian los sacerdotes, y estándose bañando los novios sobre unas esteras verdes de espadañas, les echaba uno dellos con la mano cuatro veces agua, á manera de bendicion, en reverencia de Tlaloc, dios del agua, y otras cuatro á reverencia de Ometochtli, dios del vino. Empero si eran señores los novios, echábanles agua con un plumaje; vestian tras esto los novios de ropa nueva ó limpia; daban al novio un incensario bendito con que sahumase los ídolos de su casa, y ponian á la novia pluma blanca sobre la cabeza, y en las manos y piés pluma colorada; y en estando así emplumada, cantaban y bailaban los convidados, y bebian mejor que la otra vez; no hacian estas cerimonias los pobres ni esclavos; pero hacian algunas, y aquellas eran las que ligaban; ni tampoco guardaban estos ritos los que se casaban con sus mancebas; y dicen que si la madre ó padre de la amancebada requerian al que la tenia se casase con ella, pues tenia hijos, que el tal hombre, ó la tomaba por mujer, ó nunca mas á ella tornaba.

En Tlaxcallan y en otras muchas ciudades y repúblicas, por principal cerimonia y señal de casados se trasquilan los novios, por dejar los cabellos y lozanía de mozos, y criar de allí adelante otra manera de cabello. La esencial cerimonia que tienen en Michuacan es mirarse mucho y en hito los novios al tiempo que los velan, ca de otra manera no es matrimonio, pues paresce que dicen no.

En Mixtecapan, que es una gran provincia, llevaban cierto trecho á cuestas al desposado cuando se casa, como quien dice: «Por fuerza te has de casar, aunque no quieras, para haber hijos.» Danse las manos los novios en fe y señal que se han de ayudar el uno al otro. Atanles asimesmo las mantas con un gran ñudo, para que sepan cómo no se han de apartar.

Los mazatecas no se acuestan juntos la noche que los casan, ni consumen matrimonio en aquellos veinte dias; antes están todo aquel tiempo en ayuno y oracion, y como ellos dicen, en penitencia, sacrificándose los

cuerpos, y untando los bocicos de los ídolos con su propia sangre.

En Pánuco compran los hombres las mujeres por un arco y dos flechas y una red. No hablan los suegros con los yernos el primer año que se casan. No duermen con las mujeres después de paridas en dos años, porque no se tornen á empreñar antes de haber criado los hijos, aunque maman doce años; á esta causa tienen muchas mujeres. Nadie come de lo que tocan y guisan las que están con su camisa, sino son ellas mismas.

El divorcio no se hacia sin muy justas causas ni sin autoridad de justicia. Esto era en las mujeres legítimas, y públicamente casadas; que las otras con tanta facilidad se dejaban como se tomaban. En Michuacan se podian apartar jurando que no se miraban. En Méjico probando que era mala, sucia y estéril; mas, empero, si las dejaban sin causa ni mandamiento de los jueces, chamuscábanles los cabellos en la plaza, por afrenta y señal que no tenia seso. La pena del adulterio era muerte natural; moria tambien ella como él. Si el adúltero era hidalgo, emplúmanle, después de ahorcado, la cabeza. Pónenle un penacho verde, y quémanlo. Castigan tanto este delito, que no excusa la ley al borracho, ni á la mujer, aunque la perdone su marido. Por evitar adulterios consienten cantoneras, pero no hay mancebías públicas.

Costumbres de los hombres.

Hablando de mejicanos, es hablar en general de toda la Nueva-España. Son los hombres de mediana estatura, mas rehechos, leonados en color, los ojos grandes, las frentes anchas, las narices muy abiertas, los cabellos gordos, negros, largos, mas con garceta. Hay muy pocos crespos ni bien barbados, porque se arrancan y untan los pelos para que no nazcan. Algunos blancos hay, que se tienen por maravilla. Píntanse mucho y feo en guerra y bailes. Cúbrense de pluma la cabeza, brazos y piernas, ó con escamas de peces ó pieles de tigres y otros animales. Hácense grandes agujeros en las orejas y narices, y aun en la barbilla, en que ponen piedras, oro y huesos. Unos se meten allí uñas ó picos de águila, otros colmillos de animales, otros espinas de peces. Los señores, caballeros y ricos traian esto de oro ó piedras finas, hecho al propio; con lo cual andan galanes y bravos, á su pensar. Calzan unos zapatos como alpargates, pañicos por bragas. Visten una manta cuadrada, añudada al hombro derecho como gitanas. Los ricos, ó en fiestas, usan traer muchas mantas y de colores; en lo demás desnudos van. Casan á los veinte años, aunque los de Pánuco primero habian cuarenta. Toman muchas mujeres con ritos de matrimonio y muchas sin él. Puédenlas dejar, mas no sin causa, mayormente las legítimas. Son celosísimos; y así, las aporrean mucho. No traen armas sino en la guerra, y allí averiguan sus pendencias por desafíos. Los chichimecas no admiten mercaderes de fuera, que los demás hombres mucho tratan; empero sin verdad ninguna, y por eso compran y venden á daca y toma. Son muy ladrones, mentirosos y holgazanes. La fertilidad de la tierra debe causar tanta pereza, ó por no ser ellos codiciosos. Tienen ingenio, habilidad y sufrimiento en lo que hacen; y así, han aprendido muy bien todos nuestros oficios, y los mas sin maestros y con la vista solamente. Son mansos, lisonjeros y obedientes, especial con los señores y reyes. Religiosísimos sobremanera, aunque cruelmente, segun luego dirémos. Danse muy mucho á la carnalidad, así con hombres como con mujeres, sin pena ni vergüenza. Agüeran mucho y á menudo; y así, tienen libros y doctores de los agüeros.

Costumbres de las mujeres.

Son las mujeres del color y gesto que sus maridos. Van descalzas, traen camisas de medias mangas, lo al descubierto anda. Crian largo el cabello, hácenlo negro con tierra por gentileza y porque les mate los piojos. Las casadas se lo rodean á la cabeza con ñudo á la frente; las vírgines y por casar lo traen suelto y echado atrás y adelante. Pélanse y úntanse todas, para no tener pelo sino en la cabeza y cejas; y así, tienen por hermosura tener chica frente y llena de cabello, y no tener colodrillo. Casan de diez años, y son lujuriosísimas. Paren presto y mucho. Presumen de grandes y largas tetas; y así, dan leche á sus hijos por las espaldas. Entre otras cosas con que se adoban el rostro, es leche de las pepitas de tezonzapotl ó mamei, aunque mas lo hacen para no ser picadas de mosquitos, que huyen de aquella leche amarga. Cúranse unas á otras con yerbas, no sin hechicerías; y así, abortan muchas de secreto. Las parteras hacen que las criaturas no tengan colodrillo, y las madres las tienen echadas en cunas de tal suerte que no les crezca, porque se precian sin él. En lo demás, recias cabezas tienen, á causa de ir destocadas. Lávanse mucho, y entran en baños frios en saliendo de baños calientes, que parece dañoso. Son trabajadoras, de miedo, y obedientes. No bailan en público, aunque escancian y acompañan á sus maridos en las danzas, si no se lo manda el Rey. Hilan teniendo el copo en una mano y el huso en la otra. Tuercen al revés que acá, estando el huso en una escudilla. No tiene hueca el huso, mas hilan apriesa y no mal.

De la vivienda.

Viven muchos casados en una casa, ó por estar juntos los hermanos y parientes, que no parten las heredades, ó por la estrechura del pueblo, aunque son los pueblos grandes, y aun las casas. Pican, alisan y amoldan la piedra con piedra. La mejor y mas fuerte piedra con que labran y cortan es pedernal verdinegro. Tambien tienen hachas, barrenas y escoplos de cobre mezclado con oro ó plata ó estaño. Con palo sacan piedra de las canteras, y con palo hacen navajas de azabache y de otra mas dura piedra; que es cosa notable. Labran pues con estas herramientas tan bien y primo, que hay mucho que mirar. Pintan las paredes por alegría. Los señores y ricos usan paramentos de algodon con muchas figuras y colores de pluma, que es lo mas rico y vistoso, y esteras de palma sotilísimas, que es lo comun. No hay puertas ni ventanas que cerrar, todo es abierto; y por eso castigan tanto á los adúlteros y ladrones. Alúmbranse con tea y otros palos, teniendo cera; que no es poco de maravillar. Así estiman y loan mucho ellos agora las candelas de cera y sebo, y los candiles que arden

con aceite. Sacan aceites de chiya y otras cosas, para pinturas y medicinas, y saín de aves, peces y animales; mas no saben alumbrarse con ello. Duermen en pajas ó esteras, ó cuando mucho, mantas y pluma. Arriman la cabeza á un palo ó piedra, ó cuando mas, á un tajoncillo de hoja de palmas, en que tambien se sientan. Tienen unas silletas bajas, con espaldas de hojas de palma, para sentarse, aunque comunmente se asientan en tierra. Comen en el suelo y suciamente, ca se limpian á los vestidos, y aun agora parten los huevos en un cabello, que se arrancan, diciendo que así lo hacian antes, y que les basta. Comen poca carne, creo que por tener poca, pues comen bien tocino y puerco fresco. No quieren carnero ni cabron, porque les hiede; cosa de notar, comiendo cuantas cosas vivas hay, y aun sus mesmos piojos, que es grandísimo asco. Unos dicen que los comen por sanidad, otros que por gula, otros que por limpieza, creyendo ser mas limpio comerlos que matarlos entre las uñas. Comen toda yerba que mal no les huela; y así, saben mucho en ellas para medicinas; que sus curas simples son. Su principal mantenimiento es centli y chilli, su bebida ordinaria agua ó atulli.

De los vinos y borrachez.

No tienen vino de uvas, aunque se hallaron vides en muchas partes, y es de maravillar que habiendo cepas con uvas, y siendo ellos tan amigos de beber mas que agua, cómo no plantaban viñas y sacaban vino dellas. La mejor, mas delicada y cara bebida que tienen, es de harina de cacao y agua. Algunas veces le mezclan miel y harina de otras legumbres; esto no emborracha, antes refresca mucho, y por eso lo beben con calor y sudando. Hacen vino de maíz, que es su trigo, con agua y miel. Llámase atulli, y es muy comun bebraje en cada parte, y lo mesmo es de todas las otras sus semillas; pero no emborracha si no lo cuecen ó confeccionan con algunas yerbas ó raíces. En las comidas ordinarias conténtanse con ello, y aun con agua, que basta para sustentacion de la vida; mas en partos, bodas y fiestas de sacrificios quieren bebida que los embeode y desatine; y entonces mezclan ciertas yerbas que, ó con su mal zumo ó con el olor pestífero que tienen, encalabrian y desatinan al hombre muy peor que vino puro de San Martin, y no hay quien les pueda sufrir el hedor que les sale de la boca, ni la gana que tienen de reñir, y matar al compañero. Cuando se quieren embriagar de veras, comen unas setillas crudas, que llaman teunanacatlh, ó carne de Dios, y con el amargor que les ponen, beben mucha aguamiel ó su comun vino, y en chico rato quedan fuera de sentido; ca se les antoja ver culebras, tigres, caimanes y peces que los tragan, y otras muchas visiones que los espantan. Parésceles que se comen vivos de gusanos, y como rabiosos, buscan quien los mate, ó ahórcanse. Cuecen tambien ajenjos con agua y harina de chiyan, que es como zaragatona, y hacen un vino amarguillo, que muchos lo beben sin que les amargue. Barrenan palmas y otros árboles, para beber lo que lloran. Beben el licor que destila un árbol, llamado metl, cocido con ocpatli, que es una raíz á quien, por su bondad, llaman medicina del vino. Poco es saludable, mucho es dañoso y emborracha gentilmente. No hay perros muertos ni bomba que así hiedan como el aliento del borracho deste vino. A los que se emborrachan fuera de las fiestas públicas y convites que hacian, con licencia del señor ó jueces, trasquilan en medio de la plaza y le derriban la casa, porque quien pierde el seso por su culpa no merece tener morada entre hombres de razon. Bebian para enloquecer, y locos, matábanse ó mataban á otros. Echábanse con sus hijas, madres y hermanas sin diferencia, y para tanto mal chica pena era. Tambien se toman de vino después que son cristianos, ca les sabe mejor que los suyos; y para quitarles la embriaguez, á que tanto se dan, los hacian por justicia esclavos, y los vendian á cuatro ó cinco reales por un mes.

De los esclavos.

Quiero contar la manera que mejicanos tienen en hacer esclavos, porque es muy diferente de la nuestra. Los cativos en guerra no servian de esclavos, sino de sacrificados, y no hacian mas de comer para ser comidos. Los padres podian vender por esclavos á sus hijos, y cada hombre y mujer á sí mesmo. Cuando alguno se vendia, habia de pasar la venta delante á lo menos de cuatro testigos.

El que hurtaba maíz, ropa ó gallinas era hecho esclavo, no teniendo de qué pagar, y entregado á la persona á quien primero hurtó. Si después de esclavo tornaba á hurtar, ó lo ahorcaban ó lo sacrificaban.

El hombre que vendia al libre por esclavo, era dado por esclavo á quien él queria vender; y esta ley se guardaba mucho, porque no vendiesen ni comiesen niños.

Tomaban por esclavos á los hijos, parientes y sabidores del traidor.

El hombre libre que dormia con esclava y la empreñaba, era esclavo del dueño de la tal esclava; aunque algunos contradicen esto, por cuanto muchas veces acontecia casarse los esclavos con sus amas, y las esclavas con sus señores; mas debia ser lícito en caso de casamiento, y no en deshonra del señor de la esclava.

Los hombres necesitados y haraganes se vendian, y los tahures se jugaban; pero no iban á servir hasta ser pasado un año de como hicieron la venta.

Las malas mujeres de su cuerpo, que lo daban de balde si no las querian pagar, se vendian por esclavas por traerse bien, ó cuando ninguno las queria, por viejas ó feas ó enfermas; que nadie pide por las puertas.

Los padres vendian ó empeñaban un hijo que sirviese de esclavo; pero podian sacar aquel dando otro hijo, y aun habia linajes encensados á substentar un esclavo; pero era grande el precio que se daba por el tal esclavo.

Cuando uno moria con deudas, tomaba el acreedor, si no habia hacienda, al hijo ó á la mujer por esclavo; pero muchos dicen que no era así, y pudo ser que se obligasen con tal condicion, pues era permitido que se pudiesen vender los hombres libres á sí mesmos, y los padres á los hijos.

Ningun hijo del esclavo ni esclava, que es mucho mas, quedaba hecho esclavo, ni aunque fuese hijo de padre y madre esclavos.

Nadie podia vender su esclavo sin echarle primero argolla, y no se la echaban sin tener causa, y licencia de

la justicia. Era la argolla una collera de palo delgada, como arzon, que ceñia la garganta y salia al colodrillo, con unas puntas tan largas, que sobrepujaban la cabeza, ó que no se las pudiese desatar el argollado. A estos esclavos de argolla podian sacrificar, y á los que compraban de otras naciones, y ellos ser libres si podian acogerse á palacio en ciertas fiestas del año, y aun dicen que no se lo podian estorbar sino los amos ó sus hijos; que si otros los detenian, tenian pena de ser esclavos, y el esclavo era todavía libre.

Cada esclavo podia tener mujer y pegujal, del cual muchas veces se redemian; aunque pocos se rescataban, como ellos no trabajaban mucho y los mantenian los amos.

De los jueces y leyes.

Los jueces eran doce, todos hombres ancianos y nobles; tienen renta y lugares, que son proprios de la justicia; determinan las causas sentados. Las apelaciones iban á otros dos jueces mayores, que llaman tecuitlato, y que siempre solian ser parientes del señor, y están con él, y llevan racion de su despensa y plato. Consultan con los señores cada mes una vez todos los negocios, y en cada ochenta dias vienen los jueces de la provincia á comunicar con los de la ciudad y con el rey ó señor los casos arduos y cosas ocurrientes, para que proveyese y mandase lo que mas convenia. Habia pintores, como escribanos, que notaban los puntos y términos del litigio; pero ningun pleito dicen que pasaba de ochenta dias. Los alguaciles eran otros doce, cuyo oficio era prender y llamar á juicio, y su traje mantas pintadas, que de léjos se conosciesen. Los recaudadores del pecho y tributos traian ventalles, y en algunas partes unas varas cortas y gordas. Las cárceles eran bajas, húmedas y escuras, para que temiesen de entrar allí. Juraban los testigos poniendo el dedo en tierra, y luego en la lengua, y este era el juramento de todos; y es como decir que dirán verdad con la lengua por la tierra que los mantiene; otros lo declaran así: «Si no dijéremos verdad, lleguemos á tal extremo que comamos tierra.» Algunas veces nombran, cuando ansí juran, el dios del crímen y cosa sobre que es el pleito ó negocio que se trata. Tresquilan al juez que cohecha ó toma presentes, y quítanle el cargo, que era grandísima mengua. Cuentan de Nezaualpilcintli que ahorcó en Tezcuco un juez por una injusta sentencia que dió, sabiendo lo contrario, y hizo ver á otros el pleito.

Matan al matador sin excepcion ninguna.

La mujer preñada que lanzaba la criatura, moria por ello: era este un vicio muy comun entre las mujeres que sus hijos no habian de heredar.

La pena del adulterio era muerte.

El ladron era esclavo por el primer hurto, y ahorcado por el segundo.

Muere por justicia con grandes tormentos el traidor al Rey ó república.

Matan la mujer que anda como hombre, y al hombre que anda como mujer.

El que desafía á otro, sino estando en la guerra, tiene pena de muerte.

En Tezcuco, segun algunos dicen, mataban á los putos. Debieron establecer esta pena Nezaualpilcintli y Nezaualcoyo, que fueron justicieros, y libres de aquel pecado; y tanto mas son de loar, cuanto no se castiga en otros pueblos que lo usan públicamente, habiendo mancebía, como en Pánuco.

De las guerras.

Los reyes de Méjico tenian continua guerra con los de Tlaxcallan, Pánuco, Michuacan, Tecoantepec y otros para ejercitarse en las armas, y para, como ellos dicen, haber esclavos que sacrificar á los dioses y cebar á los soldados; pero la causa mas cierta era porque ni les querian obedescer, ni recebir sus dioses; ca el estilo por do crescieron tanto los mejicanos en señorío fué por dar á otros sus dioses y religion, y si no los recebian rogándoles con ellos, dábanles guerra hasta subjectarlos y introducir su religion y ritos. Movian tambien guerra cuando les mataban sus embajadores y mercaderes; pero no la hacian sin primero dar parte al pueblo, y aun dicen que entraban en la consulta mujeres viejas, que, como vivian mas que los hombres, se acordaban de cómo se habian hecho las guerras pasadas. Determinada pues la guerra, enviaba el Rey mensajeros á los enemigos á pedir las cosas robadas, y tomar alguna satisfacion de los muertos, ó requerir que pusiesen entre sus dioses al de Méjico, y tambien porque no dijesen que los tomaban desapercebidos y á traicion. Entonces los enemigos, que se sentian poderosos á resistir, respondian que aguardarian en el campo con las armas en mano; y si no, allegaban muy buenos plumajes, tejuelos de oro y plata, piedras y otras cosas de precio, y enviábanselas, y demandaban perdon, y á Vitcilopuchtli, para lo poner y tener igual de sus dioses provinciales. Tomaban á los que hacian esto por amigos, y poníanles algunos tributos; á los que se defendian, si los vencian, tenian por esclavos, que llaman ellos, y éranles muy pecheros. Al soldado que revelaba lo que su señor ó capitan queria hacer, castigaban como á traidor, y crudelísimamente; ca le cortaban entrambos bezos, las narices, las orejas, las manos por junto al cobdo, y los piés por los tobillos; en fin, lo mataban y repartian por barrios, ó por escuadrones si era en los ejércitos, para que viniese á noticia de todos; y hacian esclavos á los hijos y parientes, y á los que habian sido sabidores de la traicion. No bebian vino que emborrachase los que andaban en guerra, sino el que hacian de cacao, maíz y semillas. Emplazábanse los unos enemigos á los otros para la batalla, la cual siempre era campal, y se daba entre términos. Llaman quiahtlale al espacio y lugar que dejan yermo entre raya y raya de cada provincia para pelear, y es como sagrado. Juntas las huestes, hacia señal el rey de Méjico de arremeter al enemigo, con un caracol que suena como corneta; el señor de Tezcuco con un atabalejo que llevaba echado al hombro, y otros señores con huesos de pescados que chiflan mucho como caramillos; al recoger hacian otro tanto. Si el estandarte real caia en tierra, todos huian. Los tlaxcaltecas tiraban una saeta; si sacaban sangre al enemigo, tenian por muy cierto que vencerian la batalla, y si no, creian que les iria muy mal; aunque, como eran valientes, no dejaban de pelear. Tenian como por reliquias

unas dos flechas que diz que fueron de los primeros pobladores de aquella ciudad, que habian sido hombres victoriosos. Llévanlas siempre á la guerra los capitanes generales, y tiraban con ellas ó con la una á los enemigos para tomar agüero, ó para encender los suyos á la batalla; unos dicen que las echaban con trailla, porque no se perdiese; otros que sin ella, para que su gente, en arremetiendo luego, no diese vagar á los contrarios que la tomasen y quebrasen. Daban gritos, que los ponian en el cielo cuando acometian; otros aullaban, y otros silbaban de tal suerte, que ponian espanto á quien no estaba hecho á semejante vocería. Los de tierra de Teouacan de una vez tiraban dos y tres y cuatro flechas; todos en general traian fiadas al brazo las espadas; huian para revolver de nuevo y con mayor ímpetu; antes querian cativar que matar enemigos; jamás soltaban á ninguno, ni tampoco lo rescataban, aunque fuese capitan. El que prendia señor ó capitan contrario, era muy galardonado y estimado; quien soltaba ó daba á otro el cativo que prendia en batalla, moria por justicia, por ser ley que cada uno sacrificase sus prisioneros; el que hurtaba ó quitaba por fuerza algun preso en guerra, moria tambien, porque robaban cosa sagrada y la honra, y, como ellos dicen, el esfuerzo ajeno. Mataban á los que hurtaban las armas del señor y capitan general ó los atavíos de guerra; porque lo tenian por señal de ser vencidos. No querian, ó no podian, los hijos de señores, siendo mancebos, traer plumajes, vestidos ricos, ni ponerse collares ni joyas de oro, hasta haber hecho alguna valentía ó hazaña en la guerra, muerto ó prendido algun enemigo. Saludaban primero al cativo que á quien le cativó, y toda la tierra le daba el parabien al tal caballero, como si trunfara. Dende en adelante se ataviaba ricamente de oro, pluma y mantas de color ó pintadas; poníase en la cabeza ricos y vistosos plumajes, atados á los cabellos de la coronilla con correas coloradas de tigre; que todo era señal de valiente.

De los sacerdotes.

A los sacerdotes de Méjico y toda esta tierra llamaron nuestros españoles papas, y fué que, preguntados por qué traian así los cabellos, respondian papa, que es cabello; y así, les llamaban papas; ca entre ellos tlamacazque se dicen los sacerdotes, ó tlenamacaque, y el mayor de todos, que es su perlado, achcauhtli, y es grandísima dignidad. Aprenden y enseñan los misterios de su religion á boca y por figuras; mas no los comunican ni descubren á legos, so gravísima pena. Hay entre ellos muchos que no se casan, por la dignidad, y que son muy notados y castigados si llegan á mujer. Dejan crecer todos estos sacerdotes el cabello sin jamás lo cortar ni peinar ni lavar, á cuya causa tenian la cabeza sucia y llena de piojos y liendres; pero los que hacian esto eran santones; que los otros lavábanse las cabezas cuando se bañaban, y bañábanse muy á menudo; y ansí, aunque traian los cabellos muy largos, traíanlos muy limpios; bien que criar cabellos, de suyo es sucio. El hábito de los sacerdotes es una ropa de algodon blanca, estrecha y larga, y encima una manta por capa, añudada al hombro derecho, con madejas de algodon hilado por orlas y rapacejos. Tiznábanse los dias festivales, y cuando su regla mandaba, de negro las piernas, brazos, manos y cara, que parescian diablos. Habia en el templo de Vitcitlopuchtli de Méjico cinco mil personas al servicio de los ídolos y casa, segun en otra parte dije; pero no todos llegaban á los altares. Las herramientas, vasos y cosas que tenian para hacer los sacrificios, eran los siguientes: muchos braseros grandes y pequeños, unos de oro, otros de plata, y los mas de tierra; unos para incensar las estatuas, y otros en que tener lumbre; la cual nunca se habia de matar, ca era ruin señal morirse, y castigaban reciamente á los que tenian cargo de hacer y atizar el fuego. Gastábanse ordinariamente quinientas cargas de leña, que son mil arrobas de nuestro peso, y muchos dias habia de entre año, de quemar mil y quinientas arrobas. Tambien incensaban con los brasericos á los señores; que así hicieron á Cortés y á los españoles cuando entró en el templo y derrocó los ídolos; incensaban asimesmo los novios, los consagrados, las ofrendas, y otras mil cosas. Perfuman los ídolos con yerbas, flores, polvos y resinas; pero el mejor humo y lo comun es el que llaman copalli, el cual paresce incienso, y es de dos maneras: uno era arrugado, que llaman xolochcopalli; en Méjico está muy blando, en tierra fria estaria duro; quiere nacer en tierras calientes, y gastarse en frias. El otro es una goma de Copalquahuitltan, buena, que muchos españoles la tienen por mirra. Punzan el árbol, y sin punzarlo, sale y destila gota á gota un licor blanco que luego se cuaja, y dello hacen unos panecillos como de jabon que se traslucen; este era su perfecto olor en sacrificios, y preciada ofrenda de dioses. Desta goma, mezclada con aceite de olivas, se hace muy buena trementina, y los indios hacen della sus pelotas. Tienen lancetas de azabache negro, y unas navajas de á jeme, hechas como puñal, mas gordas en medio que á los filos, con que se jasan y sangran de la lengua, brazos, piernas, y de lo que tienen en devocion ó voto. Es aquella piedra dura en grandísima manera, y hay otras de la mesma suerte y metal de piedra, pero de muchos colores. Cortan las navajas por entrambas partes, y cortan bien y dulcemente; y si aquella piedra no fuese tan vidriosa, es como hierro, pero luego salta y se mella. Destas navajas hay infinitas en el templo, y cada uno las tiene en su casa para sus sacrificios y para cortar otras cosas. Tienen asimesmo los sacerdotes puas de metl, con que se pican; y para tomar la sangre que se sacan, tienen papel, hojas de caña y metl; tienen pajuelas, cañas y sogas para tocar y pasar por las heridas y agujeros que se hacen en las orejas, lenguas, manos, y otros miembros que no son para decir. Hay en cada espacio de los templos que está de las gradas al altar, una piedra como tajon, hincada en el suelo y alta una vara de medir; sobre la cual recuestan á los que han de ser sacrificados. Tienen un cuchillo de pedernal, que llaman ellos tecpactl; con estos cuchillos abren los hombres que sacrifican, por las ternillas del pecho. Para coger la sangre tienen escudillas de calabazas, y para rociar con ella los ídolos unos hisopillos de pluma colorada; para barrer las capillas y placeta donde está el tajon tienen escobas de plumas, y el que barre

nunca vuelve las nalgas á los dioses, sino va siempre barriendo cara tras. Con tan pocos ornamentos y aparejo hacian la carnicería que después oiréis.

De los dioses mejicanos.

Ya puse la hechura y grandeza de los templos, cuando conté la magnificencia de Méjico; aquí diré solamente que los tenian siempre muy limpios, blancos y bruñidos, y los altares muy adornados y ricos. Colgaban de las paredes cueros de hombres sacrificados, embutidos de algodon, en memoria de la ofrenda y cativerio que dellos habia hecho el Rey; mas cuanto los templos eran limpios, tanto estaban sucios los ídolos, de la mucha sangre que continuamente les echaban y de la goma que les pegaban. No habia número de los ídolos de Méjico, por haber muchos templos, y muchas capillas en las casas de cada vecino, aunque los nombres de los dioses no eran tantos; mas empero afirman pasar de dos mil dioses, que cada uno tenia su proprio nombre, oficio y señal; como decir Ometochtli, dios del vino, que preside á los convites, ó causa que haya vino; tiene sobre la cabeza uno como mortero, donde le echan vino cuando celebran su devota fiesta, y celébranla muy á menudo y como el santo lo manda. A la diosa del agua, que dicen Matlalcuie, visten camisa azul, que es el color de agua. A Tezcatlipuca ponian antojos, porque siendo la providencia, debia de mirarlo todo. En Acapulco habia ídolos con gorras como las nuestras; adoran el sol, el fuego, la agua y la tierra, por el bien que les hacen; adoran los truenos, los relámpagos y rayos, por miedo; adoran á unos animales por mansos y á otros por bravos, aunque no sé para qué tenian ídolos de mariposas; adoraban la langosta porque no les comiese los panes; las pulgas y mosquitos porque no los picasen de noche, y las ranas porque les diesé peces. Y acontesció á unos españoles que iban á Méjico, en un pueblo de la laguna, que pidiendo de comer otra cosa que pan, les dijeron que no tenian peces después que su capitan Cortés les llevó su dios del pescado; y era porque entre los ídolos que les derribó, como hacia en cada lugar, estaba el de la rana; á la cual tenian por diosa del pescado, que cantando los convidaba á ello. Si la respuesta fué de lo creer así, simples eran; mas si fué de maliciosos, gentilmente se excusaron de darles á comer. Quizá adoraban la rana porque, siendo todos los otros peces mudos, ella sola paresce que habla.

Cómo el diablo se aparesce.

Hablaba el diablo con los sacerdotes, con los señores y con otros, pero no á todos. Ofrecian cuanto tenian al que se le aparescia; aparescíaseles de mil maneras, y finalmente, conversaba con todos ellos muy á menudo y muy familiar, y los bobos tenian á mucho que los dioses conversasen con los hombres; y como no sabian que fuesen demonios, y oian de su boca muchas cosas antes que aconteciesen, creian cuanto les decian; y porque él se lo mandaba, le sacrificaban tantos hombres, y le traian pintado consigo de tal figura, cual se les mostró la primera vez; pintábanle á las puertas, en los bancos y en cada parte de la casa; y como se les aparecia de mil trajes y formas, así lo pintaban de infinitas maneras, y algunas tan feas y espantosas, que se maravillaban nuestros españoles; pero ellos no lo tenian por feo. Creyendo pues estos indios al diablo, habian llegado á la cumbre de crueldad, so color de religiosos y devotos; y éranlo tanto, que antes de comenzar á comer, tomaban un poquillo, y lo ofrecian á la tierra ó al sol; de lo que bebian, derramaban alguna gota para dios, como quien hace salva; si cogian grano, fruta ó rosas, quitábanle alguna hojuela antes de olerla, para ofrenda; el que no guardaba estas y semejantes cosillas, no tenia á dios en su corazon, y como ellos dicen, era mal criado con los dioses.

Desollamiento de hombres.

De veinte en veinte dias es fiesta festival y de guardar, que llaman tonalli, y siempre cae el dia postrero de cada mes. Pero la mayor fiesta del año, y donde mas hombres se matan y comen, es de cincuenta y dos en cincuenta y dos años. Los de Tlaxcallan y otras repúblicas celebran estas fiestas, y otras muy solemnes, de cuatro en cuatro años.

El postrer dia del mes primero, que llaman tlacaxipeualiztli, matan en sacrificio cien esclavos, los mas cativos de guerra, y se los comen. Juntábase todo el pueblo al templo. Los sacerdotes, después de haber hecho muchas cerimonias, ponian los sacrificados uno á uno, de espaldas sobre la piedra, y vivos los abrian por los pechos con un cuchillo de pedernal; arrojaban el corazon al pié del altar como por ofrenda, untaban los rostros al Vitcilopuchtli, ó á otro con la sangre caliente, y luego desollaban quince ó veinte dellos, ó menos, segun era el pueblo y los sacrificados; revestíanse los otros tantos hombres honrados, así sangrientos como estaban; ca eran abiertos los cueros por las espaldas y hombros; cosíanse los que viniesen justos, y después bailaban con todos los que querian. En Méjico se vestia el rey un cuero destos, que fuese de principal cativo, y regocijaba la fiesta bailando con los otros desfrazados. Toda la gente se andaba tras él por verle tan fiero, ó como ellos dicen, tan devoto. Los dueños de los esclavos se llevaban sus cuerpos sacrificados, con que hacian plato á todos sus amigos; quedaban las cabezas y corazones para los sacerdotes; embutian los cueros de algodon ó paja, y ó los colgaban en el templo, ó en palacio, por memoria; mas esto era habiéndolo prendido el Rey, ó algun tecuitli; iban al sacrificadero los esclavos y cativos de guerra con los vestidos ó divisa del ídolo á quien se ofrescian; y sin esto, llevaban plumajes, guirnaldas y otras rosas, y las mas veces los pintaban ó emplumaban, ó cubrian de flores é yerba. Muchos dellos, que mueren alegres, andan bailando, y pidiendo limosna para su sacrificio por la ciudad; cogen mucho, y todo es de los sacerdotes. Cuando ya los panes estaban un palmo altos, iban á un monte que para tal devocion tenian diputado, y sacrificaban un niño y una niña de cada tres años, á honra de Tlaloc, dios del agua, suplicándole devotamente por ella si les faltaba, ó que no les faltase. Estos niños eran hijos de hombres libres y vecinos del pueblo; no les sacaban los corazones, sino

degollábanlos. Envolvíanlos en mantas nuevas, y enterrábanlos en una caja de piedra.

La fiesta de Tozoztli, que ya los maizales estaban crescidos hasta la rodilla, repartian cierto pecho entre los vecinos, de que compraban cuatro esclavitos, niños de cinco hasta siete años, y de otra nacion. Sacrificábanlos á Tlaloc porque lloviese á menudo; cerrábanlos en una cueva que para esto tenian hecha, y no la abrian hasta otro año. Tuvo principio el sacrificio destos cuatro mochachos, de cuando no llovió en cuatro años, ni aun cinco, á lo que algunos cuentan; en el cual tiempo se secaron los árboles y las fuentes, y se despobló mucha parte desta tierra, y se fueron á Nicaragua.

El mes y fiesta de Hueitozotli, estando ya los panes criados, cogia cada uno un manojo de maíz, y venian todos á los templos á ofrecerlo con mucha bebida, que llaman atulli, y que se hace del mesmo maíz; y con mucho copalli para sahumar los dioses que crian el pan. Bailaban toda aquella noche, y ni sacrificaban hombres ni hacian borracheras.

Al principio del verano y de las aguas celebran una fiesta que llaman Tlaxuchimaco, con todas las maneras de rosas y flores que pueden; ofrécenlas en el templo, enguirnaldando los ídolos con ellas. Gastan todo aquel dia bailando. Para celebrar la fiesta de Tecuilhuitlh se juntaban todos los caballeros y principales personas de cada provincia, á la ciudad que era la cabeza; la vigilia en la noche vestian una mujer de la ropa é insignias de la diosa de la sal, y bailaban con ella todos. En la mañana sacrificábanla con las cerimonias y solemnidad acostumbrada, y estaban el dia en mucha devocion, echando incienso en los braseros del templo. Ofrecian y comian grandes comidas en el templo el dia de Teutleco, diciendo: «Ya viene nuestro dios, ya viene.» Debia ser que llamaban al diablo á comer con ellos.

Los mercaderes, que tenian templo por sí, dedicado al dios de la ganancia, hacian su fiesta en Miccailhuitl, matando muchos esclavos comprados; guardaban fiesta, comian carne sacrificada, y bailaban.

Solemnizaban la fiesta de Ezalcoaliztli, que tambien era consagrada á los dioses del agua, con matar una esclava y un esclavo, no de guerra, sino de venta. Treinta dias ó mas antes de la fiesta ponian dos esclavos, hombre y mujer, en una casa, que comiesen y durmiesen juntos como casados, y llegado el dia festival, vestian á él las ropas y divisa de Tlaloc, y á ella las de Matlalcuie, y hacíanles bailar todo el dia, hasta la media noche, que los sacrificaban; no los comian como á otros, sino echábanlos en un hoyo que para esto tenia cada templo.

La fiesta Uchpaniztli sacrificaban una mujer; desollábanla, y vestian el cuero á uno; el cual bailaba con todos los del pueblo dos dias arreo, y ellos ataviábanse muy bien de mantas y plumajes.

Para la fiesta de Quecholli salia el señor de cada pueblo con los sacerdotes y caballeros á caza, para ofrecer y matar todo lo que cazasen, en los templos del campo. Llevaba gran repuesto y cosas que dar á los que mas fieras tomasen, ó mas bravas fuesen, como decir leones, tigres, águilas, víboras y otras grandes sierpes; toman las culebras á manos, y mejor hablando, á piés; porque se atan los cazadores la yerba picietlh á los piés, con la cual adormecen las culebras; no son tan enconadas ni ponzoñosas como las nuestras, sino son las de Almería. Toman eso mesmo las culebras del cascabel, que son grandes, tocándoles con cierto palo. Sacrificaban este dia todas las aves que tomaban, desde águilas hasta mariposas; toda suerte de animalías, de leon á raton, y de las que andan arrastrando, de culebra hasta gusanos y arañas; bailaban, y volvíanse al pueblo.

El dia de Hatamuztli guardaban la fiesta en Méjico entrando en la laguna con muchas barcas, y anegando un niño y una niña metidos en una acalli, que nunca mas paresciesen, sino que estuviesen en compañía de los dioses de la laguna. Comian en los templos, ofrecian muchos papeles pintados; untaban los carrillos á los ídolos con ulli, y tal estatua habia que le quedaba la costra de dos dedos de aquella goma.

Cuando hacian la fiesta de Tititlh bailaban todos los hombres y mujeres tres dias con sus noches, y bebian hasta caer; mataban muchos cativos de los presos en las guerras deléjos tierras.

Sacrificios de hombres.

Por honra y servicio del ídolo de fuego regocijaban la fiesta que llaman Xocothueci, quemando hombres vivos. En Tlacopan, Coyouacan, Azcapuzalco, y otros muchos pueblos, levantaban la víspera de la fiesta un gran palo rollizo como mástil; hincábanlo en medio del patio ó á la puerta del templo; hacian aquella noche un ídolo de toda suerte de semillas, envolvíanlo en mantas benditas, y liábanlo porque no se deshiciese, y á la mañana poníanlo encima del palo. Traian luego muchos esclavos de guerra ó comprados, atados de piés y manos; echábanlos en una muy grande hoguera que para tal efecto tenian ardiendo; y medio asados, los sacaban del fuego, y los abrian, y sacaban los corazones, para hacer las otras solemnidades; bailaban tras esto el dia todo al rededor del palo, y á la tarde derribaban el mástil con su dios en tierra; cargaba luego tanta gente por tomar algun granillo ó migaja del ídolo, que muchos se ahogaban. Creían que comiendo de aquello los hacia valientes hombres.

En la fiesta de Izcalli sacrificaban muy muchos hombres, y todos esclavos y cativos, á reverencia del dios del fuego. La principal cerimonia era vestir á un prisionero los vestidos del dios del fuego, y bailar mucho con él, y cuando andaba cansado matábanlo tambien como á sus compañeros.

Donde mas cruelmente solemnizan esta fiesta, es en Cuahutitlan; aunque no la celebran cada año, sino de cuatro en cuatro años. A las vísperas desta fiesta hincaban seis árboles muy altos en el patio, que todos los viesen, y los sacerdotes degollaban dos mujeres esclavas delante los ídolos en lo alto de las gradas; desollábanlas enteras y con sus caras, hendíanles los muslos y sacábanles las canillas. Otro dia luego de mañana tornaban todos al templo á los oficios; subian dos hombres principales del pueblo á lo alto, y vestíanse los cueros de aquellas desolladas; cubrian sus caras con las dellas, como máscaras; tomaban sendas canillas en

cada mano, y muy paso á paso bajaban las gradas, pero bramando. Estaba la gente como atónita de verlos abajar así, y todos á voz en grita decian: «Ya vienen nuestros dioses, ya vienen nuestros dioses, ya vienen.» En llegando al suelo tañian los atabales, huesos y bocinas, y ataban á los enmascarados cada sendas codornices sacrificadas, por unos agujeros que les hacian en los cueros del brazo de las muertas; y muchos pliegos de papel pintados, y pegados uno con otro á la fila, y prendidos de las espaldas. Iban estos dos hombres bailando por todo el pueblo, y á cada puerta y canton les echaban codornices, como en ofrenda, sacrificándolas; cogian las codornices, que infinitas eran, cenábanselas los dos revestidos, y los sacerdotes y hombres principales del pueblo con el señor; la razon por que habia tanta codorniz era porque venian á la fiesta con mucha devocion los de la comarca, y aun de diez y mas leguas aparte. Aspaban tambien el mesmo dia seis presos en guerra; empicotábanlos en lo mas alto de los seis árboles que habian puesto el dia antes; asaeteábanlos luego muchos flecheros, derribaban los árboles, y hacíanse mil pedazos los huesos, y así como estaban los sacrificaban, sacándoles el corazon y haciendo las otras cerimonias que suelen; arrastrábanlos después, y en fin los degollaban. De la manera que mataban estos, mataban otros ochenta y aun ciento aquel mesmo dia, y todos de seis en seis; jamás se oyó semejante crueldad. Dejaban á los sacerdotes las cabezas y corazones que comiesen ó enterrasen, y llevábanse los cuerpos á casa de los señores, y otro dia tenian banquete con ellos, y grandes borracheras. Tambien sacrificaban mas allá de Xalixco hombres á un ídolo como culebra enroscada, y quemándolos vivos, que es lo mas cruel de todo, y se los comian medio asados.

Otros sacrificios de hombres.

La mayor solemnidad que hacian por año en Méjico era al fin de su catorceno mes, á quien llaman panquezaliztli; y no solo allí, pero en toda su tierra la celebraban pomposamente, ca estaba consagrada á Tezcatlipuca y á Vitcilopuchtli, los mayores y mejores dioses de todas aquellas partes; dentro del cual tiempo se sangran muchas veces de noche, y aun entre dia, unos de la lengua, por donde metian pajuelas; otros de las orejas, otros de las pantorrillas, y finalmente, cada uno de donde queria y mas en devocion tenia. Ofrescian la sangre y oraciones con mucho incienso á los ídolos, y después sahumábanlos. Eran obligados de ayunar todos los legos ocho dias, y muchos entraban al patio como penitentes para ayunar todo un año entero y para sacrificarse de los miembros que mas pecaban. Entraban asimesmo algunas mujeres devotas á guisar de comer para los ayunadores. Todos estos tomaban su sangre en papeles, y con el dedo rociaban ó pintaban los ídolos de Vitcilopuchtli y Tezcatlipuca y otros sus abogados. Antes que amanesciese el dia de la fiesta venian al templo todos los religiosos de la ciudad y criados de dioses, el Rey, los caballeros y otra infinita gente; en fin, pocos hombres sanos dejaban de ir. Salia del templo el gran Achcahutli con una imágen pequeña de Vitcilopuchtli muy arreada y galana, poníanse todos en rengle, y caminaban en procesion. Los religiosos iban con las sobrepellices que usan, unos cantando, otros incensando; pasaban por el Tlatelulco; iban á una ermita de Acolman, donde sacrificaban cuatro cativos. De allí entraban en Azcapuzalco, en Tlacopan, en Chapultepec y Vicilopuchco, y en un templo de aquel lugar, que estaba fuera en el camino, hacian oracion, y mataban otros cuatro cativos con tantas cerimonias y devocion, que lloraban todos. Volvíanse con tanto á Méjico, después de haber andado cinco leguas en ayunas, á comer. A la tarde sacrificaban cien esclavos y cativos, y algunos años docientos. Un año mataban menos, otro mas, según la maña que se daban en las guerras á cativar enemigos. Echaban á rodar los cuerpos de cativos las gradas abajo. A los otros, que eran de esclavos, llevaban á cuestas. Comian los sacerdotes las cabezas de los esclavos y los corazones de los cativos. Enterraban los corazones de los esclavos, y descarnaban los de los cativos para poner en el hosar. Daban con los corazones destos en el suelo, y echaban los de aquellos hácia el sol, que tambien en esto los diferenciaban, ó tirábanlos al ídolo cuya era la fiesta; y si le acertaban en la cara era buena señal. Por festejar la carne de hombres que comian, hacian grandes bailes y se emborrachaban.

Por el mes de noviembre, cuando ya habian cogido el maíz y las otras legumbres de que se mantienen, celebran una fiesta á honor de Tezcatlipuca, ídolo á quien mas divinidad atribuyen. Hacian unos bollos de masa de maíz y simiente de ajenjos, aunque son de otra suerte que los de acá, y echábanlos á cocer en ollas con agua sola. Entre tanto que hervian y se cocian los bollos, tañian los mochachos un atabal, y cantaban sus ciertos cantares al rededor de las ollas; y en fin decian: «Estos bollos de pan ya se tornan carne de nuestro dios Tezcatlipuca;» y después comíanselos con gran devocion.

En los cinco dias que no entran en ningun mes del año, sino que se andan por sí para igualar el tiempo con el curso del sol, tenian muy gran fiesta, y regocijábanla con danzas y canciones y comidas y borracheras, con ofrendas y sacrificios que hacian de su propia sangre á las estatuas que tenian en los templos y tras cada rincon de sus casas; pero lo sustancial y principalísimo della era ofrecer hombres, matar hombres y comer hombres; que sin muerte no habia alegría ni placer.

Los hombres que sacrificaban vivos al sol y á la luna porque no se muriesen, como habian hecho otras cuatro veces, eran infinitos, porque no les sacrificaban un dia solamente, sino muchos entre año; y al lucero que tienen por la mejor estrella mataban un esclavo del Rey el dia que primero se les demostraba, y descúbrenlo en otoño, y venle docientos y sesenta dias. Atribúyenle los hados; y así, agüeran por unos signos que pintan para cada dia de aquellos docientos y sesenta. Creen que Topilcin, su rey primero, se convertió en aquella estrella. Otras cosas y poesías razonaban sobre este planeta; mas porque para la historia bastan las dichas, no las cuento; y no solo matan un hombre al nacimiento desta estrella, mas hacen otras ofrendas y sangrías, y

los sacerdotes le adoran cada mañana de aquellas, y sahuman con inciensos y sangre propia, que sacan de diversas partes del cuerpo.

Cuando mas se sangraban estos indios, antes cuando nadie quedaba sin sangrías ni lancetadas, era habiendo eclipse del sol, que de luna no tanto, ca pensaban que se queria morir. Unos se punzaban la frente, otros las orejas, otros la lengua; quién se jasaba los brazos, quién las piernas, quién los pechos; porque tal era la devocion de cada uno, aunque tambien iban aquellas sangrías segun usanza de cada villa; ca unos se picaban en el pecho y otros en el muslo, y los mas en la cara; y entre los mesmos vecinos de un pueblo era mas devoto el que mas señales tenia de haberse sangrado, y muchos andaban agujeradas las caras como harnero.

De una fiesta grandísima.

La fiesta que con mas sacrificados solemnizaban en Méjico era de cincuenta y dos en cincuenta y dos años; y como á dia de grandísima santidad, venian á ella de diez y de veinte leguas aparte los que no la celebraban en sus pueblos. Mandaba el achcahutli mayor que matasen con agua todos los fuegos de los templos y casas, sin quedar una sola brizna, y tambien aquel gran brasero del dios de masa, que nunca se moria; que si moria, mataban al religioso que tenia cargo de atizarlo, sobre el mesmo brasero. Este matar de fuegos hacian la postrera tarde de los cincuenta y dos años. Iban muchos tlamacazques de Vitcilopuchtli á Iztacpalapan, dos leguas de Méjico. Subian á un templo que está en el serrejon Vixachtla, á quien Moteczuma tuvo grandísima devocion; y después de media noche, ya que comenzaba dia, año y tiempo nuevo, sacaban lumbre de tlecuahuitl, que es palo de fuego, y sacábanla con un palillo como jugadera, metido de punta por entre dos leños secos, atados juntos y echados en el suelo, y traido á la redonda muy apriesa como taladro. Aquel mucho mecer y frotar causa tanto calor, que se encienden los leños. Sacada pues la nueva lumbre, y hechas todas las otras cerimonias que se requieren y usan, tornaban aquellos sacerdotes á Méjico muy corriendo con los tizones ó ascuas; ponianlas delante el altar de Vitcilopuchtli con mucha reverencia, hacian gran fuego, sacrificaban un cativo en guerra, con cuya sangre rociaba el sacerdote mayor el nuevo fuego, á manera de bendicion. Tras esto llegaban todos, y cada uno llevaba lumbre á su casa, y los forasteros á sus pueblos. Luego en siendo dia sacrificaban en el lugar acostumbrado y con los ritos que suelen, cuatrocientos esclavos y cativos, si los habia de guerra, y comíanselos.

La gran fiesta de Tlaxcallan.

Casi las mesmas fiestas de Méjico y ritos de sacrificar hombres tenian en Tlaxcallan, Huexocinco, Chololla, Tepeacac, Zacatlan y otras ciudades y repúblicas, sino que variaban los nombres á los mas dias y dioses. Es verdad que mataban mas niños por año para los dioses del agua Tlaloc, Matlalcuie y Xuchiquezatl, y que en una fiesta asaeteaban un hombre puesto en una cruz, y en otra acañavereaban otro en una cruz baja, y en otra desollaban dos mujeres muertas en sacrificio; vestíanse los cueros dos sacerdotes mozos y ligeros; corrian por el patio y por las calles de la ciudad tras los caballeros y bien vestidos; y al que alcanzaban quitábanle las mantas, plumajes y joyas que para honrar la fiesta se habian puesto. Empero la gran fiesta suya era de cuatro en cuatro años, que llaman Teuxiuitl, y que quiere decir año de Dios, y que cae al principio de un mes correspondiente á marzo. Al dios en cuyo honor se hacia dicen Camaxtle, y por otro nombre Mixcouath. Trae la fiesta ciento y sesenta dias de ayuno para los sacerdotes, y para los legos ochenta. Antes de comenzar el ayuno predicaba el achcahutli mayor á sus hermanos, esforzándolos al trabajo venidero, amonestándoles fuesen los criados de Dios que debian, pues habian entrado allí á servílle; y en fin, les decia cómo era llegado el año de su dios para hacer penitencia; por tanto, el que se sintiese flaco ó indevoto saliese del patio de Dios dentro de cinco dias, y no seria culpado ni amenguado por ello; mas que si después se salia, habiendo comenzado el ayuno y penitencia, seria tenido por indigno del servicio de los dioses y de la compañía de sus siervos, y privado del oficio y honra clerical, y sus bienes confiscados. Pasado el quinto dia de plazo, preguntábales si estaban todos, y si querian ir con él. Respondian que sí; y con tanto iban con el Achcahutli docientos y trecientos y mas clérigos á una sierra, cuatro leguas de Tlaxcallan, muy áspera y alta. Quedábanse todos los tlenamacaques, antes de acabarla de subir, orando, y el Achcahutli subia solo. Entraba en un templo de Matlalcuie, y ofrecia al ídolo con grandísima reverencia esmeraldas, plumas verdes, incienso y papel. Tornábase á la ciudad. Ya para entonces estaban en el templo todos los servidores de ídolos que habia en el pueblo, con muchos haces de palos. Comian todos muy bien y bebian no poco; que aun el ayuno estaba por entrar. Llamaban luego muchos carpinteros, que tambien hubiesen ayunado y rezado cinco dias, para alisar y aguzar aquellos palos. Ibanse estos después de haber hecho su oficio, y venian los navajeros, ayunos asimesmo. Sacaban y afilaban muchas navajas y lancetas de azabache, y poníanlas sobre mantas limpias y nuevas. Si alguna dellas se quebraba primero que se acabase, vituperaban al maestro, diciendo que no habia ayunado. Los sacerdotes perfumaban aquellas nuevas navajas, y poníanlas al sol en las mesmas mantas. Cantaban unos cantares regocijados al son de ciertos atabalejos. Callaban los atabales, y cantaban otro cantar triste, y luego lloraban muy recio. Iban entonces todos, unos tras otros, como quien toma ceniza, á un sacerdote que estaba en la mas alta grada; el cual horadaba, como hombre diestro en el oficio, la lengua de cada uno por medio con su navaja, que para eso hacian tantas. Arrodillábanse á Camaxtle, y comenzaban á pasar palos por las lenguas. Cada uno pasaba segun su estado, ó tiempo que servia al ídolo; quién ciento, quién docientos; pero el Achcahutli y los viejos metian aquel dia cada cuatrocientos y cinco palos de aquellos mas gordos por el agujero de las lenguas. Cuando acababan este sacrificio era mas de media noche. Cantaba luego el Achcahutli, y respondian los otros barbullando; que la sangre y dolor no les dejaba libre la voz. Ayu-

naban veinte dias, comiendo muy poquito, y hacian de manera que no se les cerrase el agujero de la lengua, porque á los veinte dias, y cuarenta, y á los sesenta, y á los ochenta habian de sacar por él otras cada tantas varas cuantas el primero. Así que se sacrificaban cinco veces desta mesma manera en ochenta dias, y montaban las varas, que solo el Achcahutli ensangrentaba dos mil y veinte. Al cabo de los ochenta dias ponian un ramo en el patio, que todos lo viesen, para que todos ayunasen los otros ochenta dias que quedaban hasta la Pascua. Y no dejaba nadie de ayunar, como era su costumbre, comiendo poco y bebiendo agua. No podian comer chili, que es manjar caliente, ni bañarse, ni tocar á mujer, ni apagar el fuego; y en casa de los señores, como Maxixcacin y Xicotencatl, si el fuego se moria, mataban al esclavo que lo atizaba, y derramaban la sangre en el hogar. Aquel mesmo dia que ponian el ramo hincaban ocho varales grandes en el patio, como virlos, y echaban en medio dellos todas sus varas ensangrentadas para quemar después; pero primero las presentaban á Camaxtle como ofrenda. En los segundos ochenta dias se metian eso mesmo pajas aquellos sacerdotes por las lenguas; mas no tantas como antes, ni tan gordas, sino como cañones. Cantaban siempre, y respondian con voz lastimera. Salian á pedir por las aldeas con ramos en las manos, y dábanles como en limosna mantas, plumas y cacao. Encalaban y lucian muy bien todas las paredes del templo, patio y salas; y tres dias antes de la fiesta se pintaban los sacerdotes, unos de blanco, otros de negro, otros de verde, otros de azul, otros de colorado, otros de amarillo, y otros de otro color; en fin, ellos parescian extrañamente, porque allende de las muchas colores, se hacian mil figuras por el cuerpo, de diablos, sierpes, tigres, lagartos y semejantes cosas. Bailaban todo el dia de la víspera sin parar; venian algunos clérigos de Cholollla con las vestiduras de Cuezalcoatlh, vestian á Camaxtle y otro diosecillo á par dél. Camaxtle era tres estados alto, y el otro ídolo parescia niño; pero teníanle tanto respecto, que no le miraban á la cara. Ponian á Camaxtle muchas mantillas, y sobrellas una tecuxicoalli grande, y abierta por delante, á manera de loba, con aberturas para los brazos, y con un ruedo muy bien labrado, de hilo de pelos de conejo, que llaman tochomitl, y luego una capa sin capilla, como allá usan. Una máscara que diz que trajeron de Puyahutla, veinte y ocho leguas de allí, los primeros pobladores; de donde fué natural el mesmo Camaxtle. Poníanle un grandísimo penacho verde y colorado, una muy gentil rodela de oro y pluma en el brazo izquierdo, y en la mano derecha una gran saeta con la punta de pedernal. Ofrescíanle muchas flores, rosas é incienso. Sacrificábanle muchos conejos, codornices, culebras, langostas, mariposas y otras cazas. A media noche se revestia un sacerdote, y sacaba lumbre nueva, y santificábala con la sangre de un cativo principal, que degollaba, á quien decian hijo del sol, por haber muerto en tan bendito dia. Ibanse los sacerdotes cada uno á su templo con de aquella nueva lumbre, y allá sacrificaban hombres á sus ídolos. En el templo de Camaxtle, que está en el barrio de Ocolelulco, mataban cuatrocientos y cinco presos de guerra, que tantas varas se pasó por la lengua el gran Achcahutli. En el barrio de Tepetiepac mataban ciento, y casi cada otros tantos en los barrios de Tizatlan y Quiahuyztlan; y no habia pueblo, de veinte y ocho que tiene, donde no matasen algunos. En fin, dicen que mataban y comian los de Tlaxcallan y su provincia aquel dia y fiesta de Camaxtle, que celebran de cuatro en cuatro años, novecientos y aun mil hombres. Los sacerdotes se desayunaban con aquella bendita carne, y los legos hacian grandes banquetes y borracheras. Eran grandísimos carniceros estos de Tlaxcallan, y muy valientes en la guerra. Tenian por valentía y honra haber prendido y sacrificado muchos enemigos, como quien dice haber vencido muchos campos, ó tener muchas heridas por la cara, recebidas en batalla. Tal tlaxcalteca habia cuando Cortés entró allí, que tenia muertos en sacrificio cien hombres, presos con sus propias manos.

La fiesta de Quezalcoatl.

Cholollа es el santuario desta tierra, donde iban en romería de cincuenta, y cien leguas; y dicen que tenia trecientos templos entre chicos y grandes, y aun para cada dia del año el suyo. El templo que comenzaron para Quezalcoatl era el mayor de toda la Nueva-España, que segun cuentan, lo querian igualar con el serrejon que llaman ellos Popocatepec, y con otro que por tener siempre nieve, dicen Sierra-Blanca. Querian ponelle su altar y estatua en la region del aire, pues le adoraban por dios de aquel elemento; empero no lo acabaron, á causa, á lo que ellos mesmos afirmaban, que edificando á la mayor priesa vino grandísima tempestad de agua, truenos, relámpagos, y una piedra con figura de sapo. Parescióles que los otros dioses no consentian que aquel se aventajase en casa; y así, cesaron. Todavía quedó muy alto. Tuvieron de allí adelante al sapo por dios, aunque lo comen: aquella piedra que dicen, tenian por rayo; porque muchas veces, después que son cristianos, han caido terribles rayos allí. Celebran la fiesta del año de Dios, que cae de cuatro en cuatro años, en nombre de Quezalcoatl; ayuna el gran Achcahutli cuatro dias, sin comer mas de una vez al dia, y aquella un poco de pan y un jarro de agua; gasta todo aquel tiempo en oraciones y sangrías. Tras aquellos cuatro dias comienzan el ayuno de ochenta dias arreo, antes de la fiesta. Enciérranse los tlamacazques en las salas del patio con sendos braseros de barro, mucho incienso, puas y hojas de metl, y tizne ó tinta de bija. Siéntanse por órden en unas esteras á raíz de las paredes; no se levantan sino para hacer sus necesidades; no comen sal ni ají, ni ven mujeres; no duermen en los primeros sesenta dias mas de dos horas á prima noche y otras tantas á primo dia. Su oficio era rezar, quemar incienso, sangrarse muchas veces al dia de muchas partes de su cuerpo, y cada media noche bañarse y teñirse de negro. Los postreros veinte dias, ni ayunaban tanto ni comian tan poco. Ataviaban la imágen de Quezalcoatl riquísimamente con muchas joyas de oro, plata, piedras y plumas, y para esto venian algunos sacerdotes de Tlaxcallan, con las vestimentas de Camaxtle; ofrecíanle la noche postrera muchos sartales

y guirnaldas de maíz y otras yerbas; mucho papel, muchas codornices y conejos. Para celebrar la fiesta vestíanse todos luego por la mañana muy galanes; no mataban muchos hombres, porque Quezalcoatl vedó el tal sacrificio, aunque todavía sacrificaban algunos.

Los ayunos de Teouacan.

Otra manera de ayuno tenian en la provincia de Teouacan, muy grande y muy diversa de todas las dichas. De cuatro en cuatro años, que es, como dicen ellos, el año de Dios, entraban cuatro mancebos á servir en el templo; no vestian mas de una sola manta de algodon, y aquella de año en año, y unas bragas; la cama era el suelo, la cabecera un canto. Comian á mediodía sendas tortillas de pan y una escudilla de atulli, brebaje que hacen de maíz y miel. De veinte en veinte dias, que comienza mes, y es fiesta ordinaria, podian comer y beber de todo. Una noche velaban los dos, y otra los otros dos; pero no dormian en toda la noche de la vela, y sangrábanse cuatro veces para ofrecer la sangre con oraciones. Cada veinte dias se metian por un agujero que se hacian en lo alto de las orejas, cada sesenta cañas largas. Al cabo de los cuatro años tenia cada uno cuatro mil y trecientas y veinte cañas metidas por sus orejas. Montaban las de todos cuatro ayunadores diez y siete mil y docientas y ochenta cañas. Quemábanlas en acabando su ayuno con mucho incienso, para que los dioses gustasen de aquella suavidad. Si alguno dellos moria durante los cuatro años, entraba otro en su lugar; pero tenian que seria mortandad de señores. Si participaba con mujer, matábanlo á palos de noche, y á furia de pueblo, y delante los ídolos; quemábanlo y esparcian los polvos por el aire para que no quedase memoria de tal hombre, pues no pudo pasar cuatro años sin llegar á mujer, habiendo pasado toda la vida Quezalcoatl, por cuya remembranza comenzó el ayuno. Con estos ayunadores se holgaba mucho Moteczuma, y los tenia por santos. Cuentan dellos que conversaban siempre con el diablo, que adevinaban grandes cosas y que veian maravillosas visiones; pero la mas contina era una cabeza con muy largos cabellos, por lo cual debian de criar cabello largo todos los sacerdotes desta tierra.

No dejaré de contar otro sacrificio de moradores, aunque feo, por ser extrañísimo. Habia muchos mancebos por casar de Teouacan, Teutitlan, Cuzcatlan y otras ciudades, que ó por devotos ó por animosos ayunaban muchos dias, y después hendíanse con agudas navajas el miembro por entre cuero y carne cuanto podian, y por aquella abertura pasaban muchos bejucos, que son como sarmientos ó mimbres, gordos y largos, segun la devocion del penitente; unos diez brazas, otros quince, y algunos veinte; quemábanlos luego, ofresciendo el humo á los dioses. Si alguno desmayaba en aquel paso no le tenian por virgen ni por bueno, y quedaba infamado y por fementido.

Tal cual veis era la religion mejicana. Nunca hubo, á lo que parece, gente mas, ni aun tan idólatra como esta; tan matahombres, tan comehombres; no les faltaba para llegar á la cumbre de crueldad sino beber sangre humana, y no se sabe que la bebiesen.

De la conversion.

¡Oh, cuántas gracias deben dar estos hombres á nuestro buen Dios, que tuvo por bien alumbrarlos para salir de tanta ceguedad y pecados, y darles gracia que conosciendo y dejando su error y crueldades, se volviesen cristianos! Oh, cuánto deben á Fernando Cortés, que los conquistó! Oh, qué gloria de españoles, haber arrancado tamaños males, y plantado la fe de Cristo! ¡Dichosos los conquistadores y dichosísimos los predicadores; aquellos en allanar la tierra, estos en cristianar la gente! ¡Felicidad grandísima de nuestros reyes, en cuyo nombre tanto bien se hizo! ¡Qué fama, qué loa será de Cortés! El quitó los ídolos, él predicó, él vedó los sacrificios y tragazon de hombres. Quiero callar; no me achaquen de aficion ó lisonja. Empero si yo no fuera español, loara los españoles, no cuanto ellos merecen, sino cuanto mi ruda lengua é ingenio supieran. Tantos en fin han convertido cuantos conquistado. Unos dicen que se han bautizado en la Nueva-España seis millones de personas, otros ocho, y algunos diez. Mejor acertarian diciendo cómo no hay por cristianar persona en cuatrocientas leguas de tierra, muy poblada de gente: loado nuestro Señor, en cuyo nombre se bautizan; así que son españoles dignísimos de alabar, ó mejor hablando, alaben ellos á Jesucristo, que los puso en ello. Comenzóse la conversion con la conquista, pero convertíanse pocos, por atender los nuestros á la guerra y al despojo, y porque habia pocos clérigos. El año de 24 se comenzó de veras con la ida de fray Martin de Valencia y sus compañeros; y el de 27, que fueron allá fray Julian Garcés, dominico, por obispo de Tlaxcallan, y fray Juan Zumarraga, francisco, por obispo de Méjico, se llevó á hecho; ca hubo muchos frailes y clérigos. Fué trabajosa la conversion al principio por no entender ni ser entendidos; y así, procuraron de mostrar el castellano á los mas nobles mochachos de cada ciudad, y de aprender el mejicano para predicar. Tuvo eso mesmo dificultad grandísima en quitar del todo los ídolos, porque muchos no los querian dejar habiéndolos tenido por dioses tanto tiempo, y diciendo que bien bastaba poner con ellos la cruz y á María, que así llamaban entonces á todos los santos y aun á Dios; y que tambien podian tener ellos muchos ídolos, como los cristianos muchas imágines; por lo cual los escondian y soterraban, y para encobrirlo ponian una cruz encima, y porque si los tomasen orando paresciese que adoraban la cruz; mas como eran por esto aperreados y perseguidos, y porque habiéndoles quebrado los ídolos y destruido los templos, les hacian ir á las iglesias, dejaron la idolatría. Sosteníalos mucho el diablo en aquello, diciéndoles que si le dejaban no lloveria, y que se levantasen contra los cristianos; que les ayudaria él á matarlos. Algunos hubo que tomaron su consejo, y libraron mal. Dejar las muchas mujeres fué lo que mas sintieron, diciendo que ternian pocos hijos en sendas, y así habria menos gente, y que hacian injuria á las que tenian, pues se amaban mucho, y que no querian atarse con una para siempre si fuese fea ó estéril, y que les mandaban lo que ellos no hacian, pues cada cristiano tenia cuantas queria, y que fuese lo de las mujeres como lo de los ídolos, que ya que les quitaban unas imá-

gines, les daban otras. Hablaban finalmente como carnalísimos hombres; y así, dispensó con ellos el papa Pablo en tercer grado para siempre. Fácilmente, á lo que se alcanza, dejaron la sodomía, aunque fué con grandes amenazas y castigo. Dejaron asimesmo de comer hombres, aunque pudiendo, no lo dejan, segun dicen algunos; mas como anda sobre ellos la justicia con mucho rigor y cuidado, no cometen ya tales pecados, y Dios les alumbra, y ayuda á vivir cristianamente. Hay en esta tierra que Fernando Cortés conquistó, ocho obispados. Méjico fué obispado veinte años, y el año de 47 lo hizo arzobispado Pablo, papa tercio; Cuahutemallan y Tlaxcallan tienen obispos; Huaxacac es obispado, y túvolo Juan Lopez de Zárate; Michuacan, que posee el licenciado Vasco Quiroga; Xalixco, que tuvo Pero Gomez Malaber; Honduras, donde está el licenciado Pedraza; Chiapa, que resignó fray Bartolomé de las Casas con cierta pension. Tienen los reyes de Castilla, por bula del Papa, el patronazgo de todos los obispados y beneficios de las Indias, que engrandesce mucho el señorío; y así, los dan ellos y sus consejeros de Indias. Hay tambien muchos monesterios de frailes mendigantes, mayormente franciscos, aunque no hay carmelitas; los cuales pueden en aquella tierra cuanto quieren, y quieren mucho. No hay lugar, á lo menos no puede estar, sin clérigo ó fraile que administre los sacramentos, predique y convierta.

La priesa que tuvieron á bautizarse.

Fué principal causa y medio para que los indios se convertiesen, deshacer los ídolos y los templos en cada lugar. Dicen que les dolia mucho la destruicion de sus templos grandes, perdiendo esperanza de poderlos rehacer, y como eran religiosísimos y oraban mucho en el templo, no se hallaban sin casa de oracion y sacrificios; y así, visitaban las iglesias á menudo. Oian de gana los predicadores, miraban las cerimonias de la misa, deseando saber sus misterios, como novedad grandísima; por manera que, con la gracia del Espíritu Santo, y con la solicitud de los predicadores, y con su mansedumbre, cargaban tantos á bautizarse, que ni cabian en las iglesias ni bastaban á bautizarlos; y así, bautizaron dos sacerdotes en Xochmilco quince mil personas en un dia; y tal fraile francisco hubo, que bautizó él solo, aunque en muchos años, cuatrocientos mil hombres; y á la verdad los frailes franciscos han bautizado, á lo que dicen ellos mesmos, mas que nadie. Tambien acontesció en muchas ciudades velarse mil novios en un solo dia; priesa grandísima. Dicen que un Calisto, de Huexocinco, criado en la dotrina, fué el primero que se veló á puerta de iglesia. La confesion, como cosa espaciosa, tuvo mas que hacer. Todavía la procuraron muchos; y así, cuentan por cosa grande cómo hubo en Teouacan el año de 40, doce diferencias de naciones y lenguajes á oir los oficios de la Semana Santa y á confesarse, y algunos vinieron de sesenta leguas. Quien primero se comulgó fué Juan de Cuauhquecholla, caballero, y comulgáronle con gran recelo. La disciplina y penitencia de azotes tomaron presto y mucho, con la costumbre que tenian de sangrarse á menudo por devocion, para ofrecer su sangre á los ídolos; y así, acontesce ir en una procesion diez mil, y cincuenta mil, y aun cien mil disciplinantes. Todos en fin se disciplinan de buena gana, y mueren por ello, como les come y crece la sangre cada año por aquel mesmo tiempo que se suelen azotar en las espaldas, que natural cosa es; bien es que se disciplinen en remembranza de los muchos azotes que dieron á nuestro buen Jesus, pero no que parezca recaer en sus viejas sangrías, y por eso algunos se lo querrian quitar, á lo menos templar.

De cómo algunos murieron por quebrar los ídolos.

Metian en la doctrina cristiana los hijos de señores y principales hombres, para ejemplo á los demás. No contradecian sus padres, por amor de Cortés, aunque algunos los escondian hasta ver en qué paraba la nueva religion, ó enviaban otros por ellos. Acxotencatl, señor principal en Tlaxcallan, tenia cuatro hijos y aun sesenta mujeres. Dió los tres á la doctrina, y retúvose al mayor, que seria de doce años ó trece, mas al cabo lo dió, porque se supo; no le tuviesen por falso. Aprendió muy bien el mochacho la doctrina y el romance; bautizóse, y llamáronle Cristóbal; derramaba el vino que tenia su padre, reprendiendo la borrachez; acusábale la multitud de mujeres, quebraba los ídolos de casa y pueblos que podia coger. Acxotencatl tenia enojo dello, pero pasábalo por quererlo bien y ser su mayorazgo. Entró el diablo en él, y á persuasion de Xochipapaloacin, una de sus mujeres, lo apaleó, acuchilló y echó en el fuego, que se quemase; de lo cual murió al otro dia siguiente. Enterróle secretamente en una su casa de Atlihuezan, pueblo suyo, dos leguas de Tlaxcallan. Hizo matar, porque no lo dijese, á Tlapalxilocin, madre del Cristóbal, y su mujer, en Quimichuca, que está cerca de la venta de Tecouac. Esto fué año de 27, y estuvo mucho que no se supo. Maltrató después á un español porque hizo ciertas demasías pasando por unos pueblos suyos. Fué sobre ello Martin de Calahorra desde Méjico por pesquisidor, y averiguó las muertes de Cristóbal y de Tlapalxilo, y ahorcólo. Tambien mataron otros de la doctrina que iban por ídolos á los lugares, hasta que la justicia puso remedio con grandes castigos. En Exatlan, que andaban levantados, mataron el año de 41 á fray Juan Calero, que llamaban de Esperanza, fraile francisco, porque les hacia abatir un ídolo que habian alzado y adoraban; y en Ameca mataron á fray Antonio de Cuellar, francisco, porque les predicaba. En Quivira mataron á fray Juan de Padilla y á su compañero, que se quedaron á predicar. En la Florida mataron á fray Luis Cancel, dominico, que fué á convertir; en fin, matan á cuantos predicadores pueden coger, si no hay soldados que temer.

De cómo cesaron las visiones del diablo.

Aparescia y hablaba el diablo á estos indios muchas veces, segun se ha contado, especialmente al principio de la conversion, sabiendo que se habian de convertir. Persuadíalos á sustentar los ídolos y sacrificios en aquella religiosa costumbre que tuvieron sus padres, abuelos y antepasados. Aconsejábales que no dejasen su buena conversacion y amistad por quien nunca vieron. Amenazábales que no lloveria, ni les daria sol ni salud

ni hijos. Reprehendíales de cobardes, porque no mataban aquellos pocos españoles que predicaban. Ellos, engañados con las dulces palabras, ó con las sabrosas comidas de carne humana, ó con la costumbre, que como otra naturaleza los tiranizaba, deseaban complacerle y estarse en su religion antigua; así que mataron algunos por esto, y defendian los ídolos ó los escondian, diciendo que Vitcilopuchtli ni los otros dioses no buscó oro. Ponian cruces sobre los ídolos escondidos para engañar los españoles, y el diablo huia dellas; cosa de que los indios se maravillaban; y así, comenzaban á creer la virtud del Crucificado, que les predicaban. Pusieron los nuestros el Santísimo Sacramento en muchos lugares, que ahuyentó del todo al diablo, como él mesmo lo confesó á los sacerdotes que le preguntaron la causa de su ausencia y esquiveza. De manera que no se llegaba el diablo, como solia, á los indios que, bautizados, tenian el Sacramento y cruces, y poco á poco se desapareció. Aprovechaba mucho el agua bendita contra las visiones y supersticion de la idolatría. Dieron á la marquesa doña Juana de Zúñiga en Teoacualco una pilica de buena piedra, en que solia haber ídolos, ceniza y otras hechicerías. Ella, por haber servido de aquello, mandó que bebiese allí un gatillo muy regalado; el cual nunca jamás quiso beber en la pilica hasta que le echaron agua bendita; cosa notable, y que se publicó entre los indios para la devocion. Muchas veces ha faltado agua para los panes, y en haciendo rogarias y procesiones llovia. Llovia tanto el año de 28, que se perdian los panes y ganados, y aun las casas. Hicieron procesion y oraciones en Méjico, Tezcuco y otros pueblos, y cesaron las lluvias; que fué gran confirmacion de la fe. Llovia pues, y serenaba, y habia salud, contra las amenazas del diablo, aunque se quebraban los ídolos y se derribaban los templos.

Que libraron bien los indios en ser conquistados.

Por la historia se puede sacar cuán subjectos y despechados eran estos indios; y por tanto, no hay mucho que contar aquí; mas para cotejar aquel tiempo con este, replicaré algunas cosas. Los villanos pechaban, de tres que cogian, uno, y aun les tasaban á muchos la comida. Si no pagaban la renta y tributo que debian, quedaban por esclavos hasta pagar; y en fin, los sacrificaban cuando no se podian redemir. Tomábanles muchas veces los hijos para sacrificios y banquetes, que era lo tirano y lo cruel. Servíanse dellos como de bestias en las cargas, caminos y edificios. No osaban vestir buena manta ni mirar á su señor. Los nobles y señores tributaban tambien al rey de Méjico en hacienda y en persona. Las repúblicas no podian librarse de la servidumbre, por causa de la sal y otras mercaderías; por manera que vivian muy trabajados, y como lo merescian en la idolatría, y no habia año que no muriesen veinte mil personas sacrificadas, y aun cincuenta mil, segun la cuenta que otros hacen, en lo que Cortés conquistó; pero, que fuesen diez mil, era gran carnicería, y uno solo gran inhumanidad. Agora, que por la misericordia de Dios son cristianos, no hay tal sacrificio ni comida de hombres. No hay ídolos ni borracheras que saquen de seso. No hay sodomía, pecado aborrescible, por todo lo cual deben mucho á los españoles que los conquistaron y convertieron. Agora son señores de lo que tienen con tanta libertad, que les daña. Pagan tan pocos tributos, que viven holgando; ca el Emperador se los tasa. Tienen hacienda propia, y granjerías de seda, ganados, azúcar, trigo y otras cosas. Saben oficios y venden bien y mucho las obras y las manos. No les fuerza nadie, que no le castiguen, á llevar cargas ni trabajar; si algo hacen, son bien pagados. No hacen nada sin mandárselo el señor que tienen indio, aunque lo mande el señor español á quien están encomendados, ni aunque lo mande el virey; y esta es grandísima exencion. Todos los pueblos, aunque sean del Rey, tienen señor indio que manda y veda, y muchos pueblos dos, y tres, y mas señores; los cuales son del linaje que eran cuando fueron conquistados; y así, no se les ha quitado el señorío ni mando. Si faltan hombres de aquella casta, escogen ellos al que quieren, y confírmalo el Rey. Obedéscenlos en grandísima manera y como á Moteczuma; así que nadie piense que les quitan los señoríos, las haciendas y libertad, sino que Dios les hizo merced en ser de españoles, que los cristianaron, y que los tratan y que los tienen ni mas ni menos que digo. Diéronles bestias de carga para que no se carguen, y de lana para que se vistan, no por necesidad, sino por honestidad, si quisieren, y de carne para que coman, ca les faltaba. Mostráronles el uso del hierro y del candil, con que mejoran la vida. Hanles dado moneda para que sepan lo que compran y venden, lo que deben y tienen. Hanles enseñado latin y sciencias, que vale mas que cuanta plata y oro les tomaron; porque con letras son verdaderamente hombres, y de la plata no se aprovechaban mucho ni todos. Así que libraron bien en ser conquistados, y mejor en ser cristianos.

Cosas notables que les faltan.

No tenian peso, que yo sepa, los mejicanos; falta grandísima para la contratacion. Quién dice que no lo usaban por excusar los engaños; quién, porque no lo habian menester; quién, por ignorancia, que es lo cierto. Por donde paresce que no habian oido cómo hizo Dios todas las cosas en cuenta, peso y medida. Así que carescen de peso todos los indios; aunque se halló cierta manera de peso en la costa de Cartagena, y en Túmbez halló Francisco Pizarro una romana con que pesaban el oro, la cual tuvo en mucho.

No tenian moneda, teniendo mucha plata, oro y cobre, y sabiéndolo hundir y labrar, y contratando mucho en ferias y mercados. Su moneda usual y corriente es cacauatl ó cacao, el cual es una manera de avellanas largas y amelonadas; hacen dellas vino, y es el mejor, y no emborracha. El árbol no fructifica sin compañero, como las palmas; pero en llevando fruta, se le puede quitar sin daño; echa la fruta en racimos como dátiles, requiere tierra caliente, pero no demasiado.

Carecian del uso de hierro, habiendo grandísimas minas dello, y esto por rudeza.

No tenian otra candela para se alumbrar de noche que tizones; barbaría grandísima, y tanto mas grande cuanto mas cera tenian; que aceite no alcanzaban; y

así, cuando los nuestros les mostraron el uso y el provecho de la cera, confesaron su simpleza, teniéndolos por nuevos dioses.

No hacian navíos sino de una sola pieza, aunque buscaban grandes árboles: la causa era falta de hierro, pez y ingenios para calafatearlos.

Que no hiciesen vino teniendo vides y procurando beber otro que agua, es de maravillar: ya lo van haciendo los nuestros, y presto habrá mucho, mayormente si los indios se dan á plantar viñas.

Carecian de bestias de carga y leche; cosas tan provechosas como necesarias á la vida; y así, estimaron mucho el queso, maravillados que la leche se cuajase. De la lana no se maravillaron tanto, pareciéndoles algodon. Espantáronse de los caballos y toros; quieren mucho los puercos, por la carne; bendicen las bestias, porque los relievan de carga, y ciertamente les viene dellas gran bien y descanso, porque antes ellos eran las bestias.

No tenian letras mas de las figuras, y aquellas pocas en respeto de todas las Indias; por donde algunos dicen no haber llegado en estas tierras hasta nuestro tiempo la predicacion del santo Evangelio.

Otras muchas cosas les faltaban de las que son menester á la vivienda política del hombre, pero las dichas son las de gran falta, y que á muchos espantan; mas quien considerare que pueden vivir sin ellas los hombres, como ellos vivian, no se espantará, en especial si considera que, así como es nueva tierra para nosotros, así son diferentes todas las cosas que produce, de las nuestras, y que produce cuantas le bastan á mantener y aun á regalar á los hombres.

Muchas cosas les faltaban tambien de las que acá preciamos, que son mas deleitosas que necesarias, como decir, seda, azúcar, lienzo y cáñamo; hay ya tanta abundancia como en España.

No tenian pastel, y agora sí; mas tenian linda grana y finos colores de flores, que no quemaban lo que teñian; y aun su pintura no la gasta ni daña el agua, si la untan con olio de chiyan.

Del trigo y del molino.

En la historia tratamos del pan de los indios que comen ordinaria y generalmente; en esta tierra multiplica mucho, y algun grano echa seiscientos; cómenlo verde, crudo, cocido y asado; en grano y amasado. Es ligero de criar, y sirve tambien de vino; y así, nunca lo dejarán, aunque mas trigo haya. Del meollo de las cañas del centli ó tlaulli, que otros dicen maíz, hacen imágines, que siendo grandes, pesan poco. Un negro de Cortés, que se llamaba, segun pienso, Juan Garrido, sembró en un huerto tres granos de trigo que halló en un saco de arroz; nacieron los dos, y uno de ellos tuvo ciento y ochenta granos. Tornaron luego á sembrar aquellos granos, y poco á poco hay infinito trigo: da uno ciento, y trecientos, y aun mas lo de regadío y puesto á mano; siembran uno, siegan otro, y otro está verde, y todo á un mesmo tiempo; y así, hay muchas cogidas por año. A un negro y esclavo se debe tanto bien. No se da, ni da tanto la cebada, que yo sepa. Cuando en Méjico hicieron molino de agua, que antes no lo había, tuvieron gran fiesta los españoles y aun los indios, especial mujeres, que les era principio de mucho descanso; mas empero un mejicano hizo mucha burla de tal ingenio, diciendo que haria holgazanes los hombres é iguales, pues no se sabria quién fuese amo ni quién mozo, y aun dijo que los necios nacian para servir, y los sabios para mandar y holgar.

Del pajarito vicicilin.

La mejor ave para carne que hay en la Nueva-España son los gallipavos: quíselos llamar así por cuanto tienen mucho de pavon y mucho de gallo. Tienen grandes barbas ó paperas, que se mudan de muchas colores; tómanse aunque los tengan en las manos; mansedumbre ó apetito grande; todos las conocen, no hay qué decir. No habia de nuestras gallinas; hay agora tantas, que traen á un solo mercado ocho mil dellas á vender. El año de 39 les dió un mal que se murieron súbitamente casi todas; casa hubo donde murieron mil, sin docientos capones. El mas extraño pájaro es vicicilin, el cual no tiene mas cuerpo que abejon, pico largo y delgado. Mantiénese del rocío, miel y licor de flores, sin sentarse sobre la rosa; la pluma es menuda, linda y entrecolores; précianla mucho para labrar con oro, especialmente la del pecho y pescuezo; muere ó adormécese por octubre, asido de una ramita con los piés, en lugar abrigado; despierta ó revive por abril, cuando hay muchas flores, y por eso lo llaman el resucitado y por ser tan maravilloso hablo dél.

Del árbol metl.

Arboles hay en las sierras de Méjico muy olorosos, y que los nuestros pensaron luego en viéndolos, tener especias; empero la corteza es bastardísima, y el grano flojo. Habia cañafístolos, mas ruines y no estimados; españoles los crian muy buenos. Hay árboles que llevan hojas coloradas y verdes, que parecen bien; otros que llaman de los vasos, por la fruta; y otros cuyas espinas sirven de alfileres. Elo es grande árbol, y lleva las hojas como nogal, mas como el brazo de largo; no echa fruta, sino una flor blanca, verde y clara; tiene pena de muerte quien la trae si no es señor ó si no ha licencia; la mesma pena tiene el que trae la iolo, rosa de gran árbol, hechura de corazon, color blanquisca, olor de camuesa. Es buena con cacauatl para las calenturas, aunque sean de frio; conforta el corazon, segun el nombre y hechura. Quien come la iolo que tiene las vetas moradas, enloquece. De aquestos árboles y otros así eran los huertos de Moteczuma, que tenia para recreacion. Vacalxuchitl es una rosa de muchos colores, que adoba el agua, y la encarnada se escalienta las tardes; propiedad rarísima. Ocozotles es árbol grande y hermoso, las hojas como yedra; cuyo licor, que llaman liquidámbar, cura heridas, y mezclado con polvos de su mesma corteza, es gentil perfume y olor suave. Xilo es otro árbol, de que sacaban indios el licor que los nuestros llaman bálsamo. Pero ¿qué voy contando, pues son cosas naturales que piden mas tiempo? Solamente quiero poner el metl, por ser provechosísimo. Metl es un árbol que unos llaman maguey y otros cardon; crece de altor mas de dos estados, y en gordo cuanto un muslo

de hombre. Es mas ancho de bajo que de arriba, como ciprés. Tiene hasta cuarenta hojas, cuya hechura parece de teja, ca son anchas y acanaladas, gruesas al cimiento, y fenecen en punta. Tienen uno como espinazo, gordo en la comba, y van adelgazando la halda. Hay tantos árboles destos, que son allá como acá las viñas. Plántanlo, echa espiga, flor y simiente. Hacen lumbre, y muy buena ceniza para lejía. El tronco sirve de madera, y la hoja de tejas. Córtanlo antes que mucho crezca; y engorda mucho la cepa. Excávanla por de dentro, donde se recoge lo que llora y destila, y aquel licor es luego como arrope. Si lo cuecen algo, es miel; si lo purifican, es azúcar; si lo destemplan, es vinagre, y si le echan la ocpatli, es vino. De los cogollos y hojas tiernas hacen conserva. El zumo de las pencas asadas, caliente, y exprimido sobre llaga ó herida fresca, sana y encorece presto. El zumo de los cogollitos y raíces, revuelto con jugo de ajenjos de aquella tierra, guarece la picadura de víbora. De las hojas deste metl hacen papel, que corre por todas partes para sacrificios y pintores. Hacen asimesmo alpargates, esteras, mantas de vestir, cinchas, jáquimas, cabestros, y finalmente son cáñamo y se hilan. Las puas son tan recias, que las hincan en otra madera; y tan agudas, que cosen con ellas como con agujas cualquier cuero, y para coser sacan con la pua la veta, ó hacen como con lesna ó punzon. Con estas puas se punzan los que se sacrifican, segun muchas veces tengo dicho, porque no se quiebran y despuntan en la carne, y porque, sin hacer gran agujero, entran cuanto es menester. ¡Buena planta, que de tantas cosas sirve y aprovecha al hombre!

Del temple de Méjico.

Todo lo que conquistó Fernando Cortés está de doce hasta veinte y cinco grados de altura; y así, es mas caliente que frio, aunque dura la nieve todo el año en algunas sierras, y se queman los árboles y maizales, como acontesció el año de 40. Está Méjico en decinueve grados de la línea Equinocial y ciento de Canaria, por do echó Ptolomeo la raya meridional, á la cuenta de muchos; y así, hay ocho horas de diferencia en el sol de Méjico á Toledo, segun se prueba y conoce por los eclipses; lo cual es que sale antes el sol aquellas ocho horas en Toledo que en Méjico. Pasa el sol á 8 de mayo por sobre Méjico hácia el norte, y vuelve á 15 de julio. Echa las sombras todo aquel tiempo al mediodía. No angustia en él la ropa ni escuece la desnudez. Es sana vivienda y apacible, y hay mucho deporte en las sierras que lo rodean y laguna que lo baña.

Que ha venido tanta riqueza de la Nueva-España como del Perú.

Muy poca plata y oro fué lo que Cortés y sus compañeros hallaron y hubieron en las conquistas de la Nueva-España, en comparacion de lo que después acá se ha sacado de minas. Todo lo cual, ó muy poco menos, se ha traido á España; y aunque las minas no han sido tan ricas, ni las partidas traidas tan gruesas como las del Perú, han sido continas y grandes, y el tiempo doblado; y aun si sacan los años de las guerras civiles, que no vino nada, tres tanto. No se puede afirmar esto sin la casa de la contratacion de Sevilla, pero es opinion de muchos. Sin oro y plata, se ha tambien traido muchísimo azúcar y grana, dos mercaderías bien ricas. La pluma y algodon y otras muchas cosas algo valen. Pocas naves van, que no vuelvan cargadas; lo cual no es en el Perú, que aun no está lleno de semejantes granjerías y provechos; así que tan rica ha sido la Nueva-España para Castilla como el Perú, aunque tiene la fama él. Es verdad que no han venido tan ricos mejicanos como peruleros, pero así no han muerto tantos. En la cristiandad y conservacion de los naturales lleva grandísima ventaja la Nueva-España al Perú, y está mas poblada y mas llena de gentes. Lo mesmo es en los ganados y granjerías; ca llevan de allí al Perú caballos, azúcar, carne y otras veinte cosas. Podrá ser que se hincha el Perú y enriquezca de nuestras cosas como la Nueva-España, que buena tierra es si lloviese para ello; mas el regadío es mucho. He dicho esto por la competencia de los unos conquistadores y de los otros.

De los vireyes de Méjico.

La grandeza de la Nueva-España, la majestad de Méjico y la calidad de los conquistadores requerian persona de sangre y valor para la gobernacion; y así, envió allá el Emperador á don Antonio de Mendoza, hermano del marqués de Mondéjar, por virey, y se vino Sebastian Ramirez, que gobernaba bien; el cual fué luego presidente de la chancillería de Valladolid y obispo de Cuenca. Fué proveido don Antonio de Mendoza el año, pienso, de 34. Llevó muchos maestros de oficios primos para ennoblecer su provincia, y á Méjico principalmente; como decir, molde y emprenta de libros y letras; vidrio, que los indios no conocian; cuños de batir moneda. Engrandeció la granjería de seda, mandándola traer y labrar toda en Méjico; y así, hay muchos telares é infinitos morales, aunque los indios la procuran mal y poco, diciendo que es trabajosa; y es por ser ellos perezosos, con la mucha libertad y franqueza que tienen. Juntó los obispos, clérigos, frailes y otros letrados, sobre cosas eclesiásticas y que tocaban á la enseñanza de los indios; donde se ordenó que no se les mostrase mas de latin, el cual aprendian bien, y aun el español; mas no lo quieren hablar sino poco. La música toman bien, especial flautas. Tienen malas voces para cantar por punto. Podrian ser clérigos, mas aun no los dejan. Pobló don Antonio algunos lugares á usanza de las colonias romanas, en honra del Emperador, entallando su nombre y el año en mármol. Comenzó el muelle para el puerto en Medellin, cosa costosa y necesaria. Redujo los chichimecas á vida política, dándoles propio, que no lo tenian ni querian, ni creo lo habian menester. Gastó mucho en la entrada de Sibola, como ya contamos, sin haber provecho ninguno, y quedó enemigo de Cortés. Descubrió gran trecho de tierra en la costa del sur, por Xalisco; envió naos á la Especiería, que tambien se le perdieron. Húbose prudentemente con las ordenanzas de las Indias cuando se revolvió el Perú; por cuanto habia muchos pobres y descontentos que deseaban revuelta y guerra. Mandóle ir el Emperador al Perú con el mesmo cargo de virey, porque se vino el licenciado Gasca, entendiendo su buena gober-

nacion, aunque algunas quejas le dieron dél los de la Nueva-España. No quisiera dejar á Méjico, que lo conocia, ni á los indios, que se hallaba bien con ellos, y le habian sanado con baños de yerbas, estando tollido, ni á sus haciendas, ganados y otras granjerías ricas; ni deseaba conocer nuevos hombres y condiciones, sabiendo que los peruleros son recios; mas, en fin, hubo de ir, y fué por tierra desde Méjico á Panamá, que hay mas de quinientas leguas, el año de 1551. Fué aquel mesmo año á Méjico por virey don Luis de Velasco, que era veedor general de las guardas y caballero de mucho gobierno. Es este vireinado muy gran cargo en honra, mando y provecho.

Muerte de Fernando Cortés.

Riñeron malamente Cortés y don Antonio de Mendoza sobre la entrada de Síbola, pretendiendo cada uno ser suya por merced del Emperador; don Antonio como virey, y Cortés como capitan general. Pasaron tales palabras entre los dos, que nunca tornaron en gracia, sobre haber sido muy grandes amigos; y así, dijeron y escribieron mil males el uno del otro; cosa que á entrambos dañó y desautorizó. Tenia pleito Cortés sobre la cantidad de sus vasallos, con el licenciado Villalobos, fiscal de Indias, que le pusiera mala voz al privilegio; y el Virey comenzóselos á contar, que era mal hacerle, aunque con cédula del Emperador; por lo cual hubo Cortés de venir á España el año de 40. Trajo á don Martin, el mayorazgo, que habria ocho años, y á don Luis para servir al Príncipe. Vino rico y acompañado, mas no tanto como la otra vez. Trabó grande amistad con el cardenal Loaisa y con el secretario Cobos, que no le aprovechó nada para con el Emperador, que habia ido á Flándes sobre lo de Gante, por Francia. Fué luego, el año de 41, el Emperador sobre Argel, con grande armada y caballería. Pasó allá Cortés con sus hijos don Martin y don Luis, y con muchos criados y caballos para la guerra. Tomóle la tormenta, con que se perdió la flota, en mar, y en la galera Esperanza, de don Enrique Enriquez. Por el miedo de no perder los dineros y joyas que llevaba, dando al través, se ciñó un paño con las riquísimas cinco esmeraldas que dije valer cien mil ducados; las cuales se le cayeron por descuido ó necesidades, y se le perdieron entre los grandes lodos y muchos hombres; y así, le costó á él aquella guerra mas que á ninguno, sacando á su majestad, aunque perdió Andrea de Oria once galeras. Mucho sintió Cortés la pérdida de sus joyas; empero mas sintió que no le llamasen á consejo de guerra, metiendo en él otros de menos edad y saber; que dió que murmurar en el ejército. Como se determinó en consejo de guerra de levantar el cerco é irse, pesó mucho á muchos; é yo, que me hallé allí, me maravillé. Cortés entonces se ofrecia de tomar á Argel con los soldados españoles que habia, y con los medios tudescos é italianos, siendo dello servido el Emperador. Los hombres de guerra amaban aquello, é loábanle mucho. Los hombres de mar y otros no lo escuchaban; y así, pienso que no lo supo su majestad, y se vino. Anduvo Cortés muchos años congojado en la corte tras el pleito de sus vasallos y privilegio, y aun fatigado con la residencia que le tomaron Nuño de Guzman y los licenciados Matienzo y Delgadillo, y que se veia en consejo de Indias; pero nunca se declaró; que fué gran contentamiento para él. Fué á Sevilla con voluntad de pasar á la Nueva-España y morir en Méjico, y á recebir á doña María Cortés, su hija mayor, que la tenia prometida y concertada de casar con don Alvar Perez Osorio, hijo heredero del marqués de Astorga don Perálvarez Osorio, con cien mil ducados y vestidos. Mas no se casaron por culpa de don Alvaro y de su padre. Iba malo de cámaras é indigestion, que le duraron mucho tiempo. Empeoró allá, y murió en Castilleja de la Cuesta, á 2 de deciembre del año de 1547, siendo de sesenta y tres años. Fué depositado su cuerpo con los duques de Medina Sidonia. Dejó Cortés en doña Juana de Zúñiga un hijo y tres hijas: el hijo se llama don Martin Cortés, que heredó el estado, y casó con doña Ana de Arellano, prima suya, y hija del conde de Aguilar don Pedro Ramirez de Arellano, por concierto que dejó su padre. Las hijas se llaman doña María Cortés, doña Catalina, y doña Juana, que es la menor, prometida por el mesmo concierto á don Felipe de Arellano, con setenta mil ducados de dote. Dejó tambien otro don Martin Cortés, que hubo en una india, y á don Luis Cortés, que tuvo en una española, y tres hijas, cada una de su madre, y todas indias. Hizo Cortés un hospital en Méjico, mandó hacer un colegio allí, y monesterio para mujeres en Coyoacan, donde mandó por testamento que llevasen sus huesos á costa del mayorazgo. Situó cuatro mil ducados de renta, que valen sus casas de Méjico cada año, para estas tres obras, y los dos mil son para los colegiales.

DON MARTIN CORTÉS Á LA SEPULTURA DE SU PADRE.

Padre, cuya suerte impropriamente
Aqueste bajo mundo poseia;
Valor que nuestra edad enriquecia,
Descansa agora en paz eternamente.

Condicion de Cortés.

Era Fernando Cortés de buena estatura, rehecho y de gran pecho; el color ceniciento, la barba clara, el cabello largo. Tenia gran fuerza, mucho ánimo, destreza en las armas. Fué travieso cuando muchacho, y cuando hombre fué asentado; y así, tuvo en la guerra buen lugar, y en paz fué alcalde de Santiago de Barucoa, que era y es la mayor honra de la ciudad entre vecinos. Allí cobró reputacion para lo que después fué. Fué muy dado á mujeres, y dióse siempre. Lo mesmo hizo al juego, y jugaba á los dados á maravilla bien y alegremente. Fué muy gran comedor, y templado en el beber, teniendo abundancia. Sufria mucho la hambre con necesidad, segun lo mostró en el camino de Higueras y en la mar que llamó de su nombre. Era recio porfiando, y así tuvo mas pleitos que convenia á su estado. Gastaba liberalísimamente en la guerra, en mujeres, por amigos y en antojos, mostrando escaseza en algunas cosas; por donde le llamaban rio de avenida. Vestia mas polido que rico, y así era hombre limpísimo. Deleitábase de tener mucha casa y familia, mucha plata de servicio y de respeto. Tratábase muy de señor, y con tanta gravedad y cordura, que no daba pesadumbre ni parecia nuevo. Cuentan que le dijeron, siendo mucha-

cho, cómo habia de ganar muchas tierras y ser grandísimo señor. Era celoso en su casa, siendo atrevido en las ajenas; condicion de putañeros. Era devoto, rezador, y sabia muchas oraciones y salmos de coro; grandísimo limosnero; y así, encargó mucho á su hijo, cuando se moria, la limosna. Daba cada un año mil ducados por Dios de ordinario; y algunas veces tomó á cambio dineros para limosna, diciendo que con aquel interese rescataba sus pecados. Puso en sus reposteros y armas: *Judicium Domini aprehendit eos, et fortitudo ejus corroboravit brachium meum:* letra muy á propósito de la conquista. Tal fué, como habeis oido, Cortés, conquistador de la Nueva-España; y por haber yo comenzado la conquista de Méjico en su nacimiento, la fenezco en su muerte.

RELACION

HECHA

POR PEDRO DE ALBARADO A HERNANDO CORTÉS,

EN QUE SE REFIEREN LAS GUERRAS Y BATALLAS PARA PACIFICAR LAS PROVINCIAS DE CHAPOTULAN, CHECIALTENENGO Y UTLATAN, LA QUEMA DE SU CACIQUE, Y NOMBRAMIENTO DE SUS HIJOS PARA SUCEDERLE, Y DE TRES SIERRAS DE ACIJE, AZUFRE Y ALUMBRE.

SEÑOR: de Soncomisco escribí á vuestra merced todo lo que hasta allí me habia sucedido, y aun algo de lo que se esperaba ver adelante; y después de haber enviado mis mensajeros á esta tierra, haciéndoles saber cómo yo venia á ella á conquistar y pacificar las provincias que so el dominio de su majestad no se quisiesen meter, y de ellos como á sus vasallos, pues por tales se habian ofrecido á vuestra merced, les pedia favor y ayuda por su tierra, que haciéndolo así, que harian como buenos y leales vasallos de su majestad, y que de mí y de los españoles de mi compañía serian muy favorecidos y mantenidos en toda justicia; y donde no, que protestaba de hacerles la guerra como á traidores rebelados y alzados contra el servicio del Emperador nuestro señor, y que por tales los daba; y demás de esto, daba por esclavos á todos los que á vida se tomasen en la guerra; y después de hecho todo esto y despachados los mensajeros de sus naturales propios, yo hice alarde de toda mi gente de pié y de caballo; y otro dia, sábado de mañana, me partí en demanda de su tierra, y anduve tres dias por un monte despoblado, y estando asentado real, la gente de velas, que yo tenia puestas, tomaron tres espías de un pueblo de su tierra llamado Zapotulan; á los cuales pregunté que á qué venian, y me dijeron que á coger miel, aunque notorio fué que eran espías, segun adelante paresció, y no obstante todo esto, yo no los quise apremiar, antes los halagué y les dí otro mandamiento y requirimiento como el de arriba, y los envié á los señores del dicho pueblo, y nunca á ello ni á nada me quisieron responder; y después de llegado á este pueblo, hallé todos los caminos abiertos y muy anchos, así el real como los que atravesaban, y los caminos que iban á las calles principales tapados; luego juzgué su mal propósito, y que aquello estaba hecho para pelear, y allí salieron algunos dellos á mí enviados, y me decian dende léjos que me entrase en el pueblo á posentar para mas á su placer darnos la guerra, como la tenian ordenada, y aquel dia asenté real allí junto al pueblo hasta calar la tierra, á ver el pensamiento que tenian; y luego aquella tarde no pudieron encubrir su mal propósito, y me mataron y hirieron gente de los indios de mi compañía; y como me vino el mandado, yo envié gente de caballo á correr el campo, y dieron en mucha gente de guerra, la cual peleó con ellos, y aquella tarde hirieron ciertos caballos. E otro dia fuí á ver el camino por donde habia de ir, y vi, como digo, tambien gente de guerra, y la tierra era tan montosa de cacaguatales y arboleda, que era mas fuerte para ellos que no para nosotros, y yo me retraje al real; y otro dia siguiente me partí con toda la gente á entrar en el pueblo, y en el camino estaba un rio de mal paso, y teníanlo los indios tomado, y allí peleando con ellos se lo ganamos; y sobre una barranca del rio, en un llano, esperé la rezaga, porque era peligroso el paso y traia mucho peligro, aunque yo traia todo el mejor recado que podia. Y estando, como digo, en la barranca, vinieron por muchas partes por los montes y me tornaron á acometer, y allí los resistimos hasta tanto que pasó todo el fardaje; y después de entrados en las casas dimos en la gente, y siguióse el alcance hasta pasar el mercado y media legua adelante, y después volvimos á asentar real en el mercado, y aquí estuve dos dias corriendo la tierra, y á cabo de ellos me partí para otro pueblo llamado Quezaltenago, y aqueste dia pasé dos rios muy malos, de peña tajada, y allí hicimos paso con mucho trabajo, y comencé á subir un puerto que tiene seis leguas de largo, y en la mitad del camino asenté real aquella noche; y el puerto era tan agro, que apenas podiamos subir los caballos; é otro dia de mañana seguí mi camino, y encima de un reventon hallé una mujer sacrificada y un perro, y segun supe de la lengua, era desafío; é yéndonos adelante, hallé en un paso muy estrecho una albarrada de palizada fuerte, y en ella no habia gente ninguna, y acabado de subir el puerto llevaba todos los ballesteros y peones delante de mí, porque los caballos no se podian mandar, por ser fragoso el camino. Salieron obra de tres ó cuatro mil hombres de guerra sobre una barranca, y dieron en la gente de los amigos y retrajéronla abajo, y luego los ganamos; y estando arriba recogiendo la gente para rehacerme, vi mas de

treinta mil hombres que venian á nosotros, y plugo á Dios que allí hallamos unos llanos, y aunque los caballos iban cansados y fatigados del puerto, los esperamos, hasta tanto que llegaron á echarnos flechas y rompimos en ellos; y como nunca habian visto caballos, cobraron mucho temor, y hicimos un alcance muy bueno, y los derramamos, y murieron muchos de ellos, y allí esperé toda la gente, y nos recogimos, y fuíme á aposentar una legua de allí á unas fuentes de agua, porque allí no la teniamos, y la sed nos aquejaba mucho; que segun íbamos cansados, donde quiera tomáramos por buen asiento; y como eran llanos, yo tomé la delantera con treinta de caballo, y muchos de nosotros llevábamos caballos de refresco, y toda la gente demás venia hecha un cuerpo, y luego bajé á tomar el agua. Estando apeados bebiendo, vimos venir mucha gente de guerra á nosotros, y dejámosla llegar, que venian por unos llanos muy grandes, y rompimos en ellos, y aquí hicimos otro alcance muy grande, donde hallamos gente que esperaba uno de ellos á dos de caballo, y seguimos el alcance bien una legua, y llegábansenos ya á una sierra, y allí hicieron rostro, y yo me puse en huida con ciertos de caballo, por sacarlos al campo, y salieron con nosotros hasta llegar á las colas de los caballos, y después que me rehice con los de caballo, dí vuelta sobre ellos, y aquí se hizo un alcance y castigo muy grande: en esta murió uno de los cuatro señores de esta ciudad de Vilatan, que venia por capitan general de toda la tierra, y yo me retraje á las fuentes, y allí asenté real aquella noche, harto fatigados, y españoles heridos, y caballos; é otro dia de mañana me partí para el pueblo de Quezaltenago, que estaba una legua, y con el castigo de antes le hallé despoblado, y no persona ninguna en él, y allí me aposenté y estuve reformándome y corriendo la tierra, que es tan gran poblacion como Tascalteque, y en las labranzas ni más ni menos, y friísima en demasía; y al cabo de seis dias que habia que estaba allí, un juéves á mediodía asomó mucha multitud de gente en muchos cabos, que segun supe de ellos mismos, eran de dentro de esta ciudad doce mil, y de los pueblos comarcanos, y de los demás dicen que no se pudo contar; y desque los vi, puse la gente en órden, y yo salí á darles la batalla en la mitad de un llano que tenia tres leguas de largo, con noventa de caballo, y dejé gente en el real que le guardase, que podria ser un tiro de ballesta del real no mas, y allí comenzamos á romper por ellos, y los desbaratamos por muchas partes, y les seguí el alcance dos leguas y media, hasta tanto que toda la gente habia rompido, que no llevaba ya nada por delante, y después volvimos sobre ellos, y nuestros amigos y los peones hacian una destruicion la mayor del mundo, en un arroyo, y cercaron una sierra rasa, donde se acogieron, y subiéronles arriba y tomaron todos los que allí se habian subido. Aqueste dia se mató y prendió mucha gente, muchos de los cuales eran capitanes y señores y personas señaladas, é desque los señores desta ciudad supieron que su gente era desbaratada, acordaron ellos y toda la tierra, y convocaron muchas otras provincias para ello, y á sus enemigos dieron parias y los atrajeron, para que todos se juntasen y nos matasen, y concertaron de enviarnos á decir que querian ser buenos, y que de nuevo daban la obediencia al Emperador nuestro señor, y que me viniese dentro á esta ciudad de Vilatan, como después me trajeron, y pensaron que me aposentarian dentro, y que después de aposentados, una noche darian fuego á la ciudad, y que allí nos quemarian á todos, sin podérselo resistir, como de hecho llegaran á poner en efecto su mal propósito, sino que Dios nuestro Señor no consiente que estos infieles hayan victoria contra nosotros, porque la ciudad es muy fuerte en demasía, y no tiene sino dos entradas, la una de treinta y tantos escalones de piedra muy alta, y por la otra parte una calzada hecha á mano, y mucha parte della ya cortada, para aquella noche acabarla de cortar, porque ningun caballo pudiera salir á la tierra; y como la ciudad es muy junta y las calles muy angostas, en ninguna manera nos pudiéramos sufrir sin ahogarnos, ó por huir del fuego despeñarnos. E como subimos, que yo me vi dentro, y la fortaleza tan grande, y que dentro de ella no nos podiamos aprovechar de los caballos, por ser las calles tan angostas y encaladas, determiné luego de salirme de ella á lo llano, aunque para ello los señores de la ciudad me lo contradecian, y me decian que me asentase á comer, y que luego me iria, por tener lugar de llegar á efecto su propósito; y como conoscí el peligro en que estábamos, envié luego gente delante á tomar la calzada y puente para tomar la tierra llana, y estaba ya la calzada en tales términos, que apenas podia subir un caballo, y al derredor de la ciudad habia mucha gente de guerra; y como me vieron pasado á lo llano, se arredraron no tanto, que yo no recebí mucho daño de ellos, y yo lo disimulaba todo, por prender á los señores, que ya andaban ausentados; y por mañas que tuve con ellos, y con dádivas que les dí para mas asegurarme, yo los prendí, y presos los tenia en mi posada, y no por eso los suyos dejaban de me dar guerra por los alderredores, y me herian y mataban muchos de los indios que iban por yerba; y un español cogiendo yerba á un tiro de ballesta del real, de encima de una barranca le echaron una galga y lo mataron; y es la tierra tan fuerte de quebradas, que hay quebradas que entran docientos estados de hondo, y por estas quebradas no pudimos hacerles la guerra, ni castigarlos como ellos merecian; y viendo que con correrles la tierra y quemársela yo los podria traer al servicio de su majestad, determiné de quemar á los señores, los cuales dijeron al tiempo que los queria quemar, como parescerá por sus confesiones, que ellos eran los que me habian mandado dar la guerra y los que la hacian, y de la manera que habian de tener para me quemar en la ciudad, y con ese pensamiento me habian traido á ella, y que ellos habian mandado á sus vasallos que no viniesen á dar la obediencia al Emperador nuestro señor, ni sirviesen, ni hiciesen otra buena obra. E como conoscí de ellos tener tan mala voluntad al servicio de su majestad, y para el bien y sosiego de esta tierra, yo los quemé, y mandé quemar la ciudad y poner por los cimientos; porque es tan peligrosa y tan fuerte, que mas parece casa de ladrones que no de pobladores; y para buscarlos, envié á la ciudad de Guatemala, que está diez leguas de esta, á decirles y requerirles de parte de su majestad que me enviasen gente de guerra, así para

saber de ellos la voluntad que tenian, como para atemorizar la tierra; y ella fué buena y dijo que la placia, y para esto me envió cuatro mil hombres, con los cuales y con los demás que yo tenia, hice una entrada, y los corrí y eché de toda su tierra. E viendo el daño que se les hacia, me enviaron sus mensajeros, haciéndome saber cómo ya querian ser buenos, y si habian errado, que habia sido por mandado de sus señores, y que siendo ellos vivos no osaban hacer otra cosa; y que pues ya ellos eran muertos, que me rogaban que los perdonase, y yo les aseguré las vidas, y les mandé que se viniesen á sus casas y poblasen la tierra como antes; los cuales lo han hecho así, y los tengo al presente en el estado que antes solian estar, en servicio de su majestad; y para mas asegurar la tierra, solté dos hijos de los señores, á los cuales puse en la posesion de sus padres, y creo harán bien todo lo que convenga al servicio de su majestad y al bien de esta tierra. E cuanto toca á esto de la guerra, no hay mas que decir al presente, sino que todos los que en la guerra se tomaron, se herraron y se hicieron esclavos, de los cuales se dió el quinto de su majestad al tesorero Baltasar de Mendoza; el cual quinto se vendió en almoneda, para que mas segura esté la renta de su majestad.

De la tierra hago saber á vuestra merced que es templada y sana, y muy poblada de pueblos muy recios, y esta ciudad es bien obrada y fuerte á maravilla, y tiene muy grandes tierras de panes, y mucha gente sujeta á ella, la cual, con todos los pueblos á ella sujetos y comarcanos, dejo so el yugo y en servicio de la corona real de su majestad. En esta tierra hay una sierra de alumbre y otra de acije, y otra de azufre el mejor que hasta hoy se ha visto, que con un pedazo que me trajeron sin afinar ni sin otra cosa, hice media arroba de pólvora muy buena; y por enviar á Argueta y no querer esperar, no envio á vuestra merced cincuenta cargas de ello; pero su tiempo se tiene para cada y cuando fuere mensajero.

Yo me parto para la ciudad de Guatemala, lúnes 11 de abril, donde pienso detenerme poco, á causa que un pueblo que está asentado en el agua, que se dice Aticlan, está de guerra, y me ha muerto cuatro mensajeros; y pienso, con el ayuda de nuestro Señor, presto lo atraerémos al servicio de su majestad; porque, segun estoy informado, tengo mucho que hacer adelante, y á esta causa me daré priesa por invernar cincuenta ó cien leguas adelante de Guatemala, donde me dicen, y tengo nueva de los naturales de esta tierra, de maravillosos y grandes edificios y grandeza de ciudades que adelante hay. Tambien me han dicho que cinco jornadas adelante de una ciudad muy grande, que está veinte jornadas de aquí, se acaba esta tierra, y affirmase en ello; si así es, certísimo tengo que es el estrecho: plegue á nuestro Señor me dé victoria contra estos infieles, para que yo los traiga á su servicio ó al de su majestad. No quisiera hacer en pedazos esta relacion, sino desde el cabo de todo, porque mas hobiera que decir. La gente de españoles de mi compañía de pié y de caballo lo han fecho tan bien en la guerra que se ha ofrecido, que son dignos de muchas mercedes. Al presente no tengo mas que decir que de substancia sea, sino que estamos metidos en la mas recia tierra de gente que se ha visto; y para que nuestro Señor nos dé victoria, suplico á vuestra merced mande hacer una procesion en esa ciudad de todos los clérigos y frailes, para que nuestra Señora nos ayude, pues estamos tan apartados de socorro si de allá no nos viene. Tambien tenga vuestra merced cuidado de hacer saber á su majestad cómo le servimos con nuestras personas y haciendas y á nuestra costa; lo uno para descargo de la conciencia de vuestra merced, y lo otro para que su majestad nos haga mercedes. Nuestro Señor guarde el muy magnífico estado de vuestra merced por largo tiempo, como deseo. Desta ciudad de Utlatan, á 11 de abril.

Y segun llevo el viaje largo, pienso me faltará el herraje: si para este verano que viene, vuestra merced me pudiere proveer de herraje, será gran bien, y su majestad será muy servido en ello; que agora vale entre nosotros ciento y noventa pesos la docena, y así la mercamos y pagamos ahora. — Beso las manos de vuestra merced. — *Pedro de Albarado.*

OTRA RELACION

HECHA

POR PEDRO DE ALBARADO Á HERNANDO CORTÉS,

EN QUE SE REFIERE LA CONQUISTA DE MUCHAS CIUDADES, LAS GUERRAS, BATALLAS, TRAICIONES Y REBELIONES QUE SUCEDIERON, Y LA POBLACION QUE HIZO DE UNA CIUDAD; DE DOS VOLCANES, UNO QUE EXHALABA FUEGO, Y OTRO HUMO; DE UN RIO HIRVIENDO, Y OTRO FRIO; Y CÓMO QUEDÓ ALBARADO HERIDO DE UN FLECHAZO.

Señor: De las cosas que hasta Utlatan me habian sucedido, así en la guerra como en lo demás, hice larga relacion á vuestra merced, y agora le quiero hacer relacion de todas las tierras que he andado y conquistado, y de todo lo que me ha sucedido, y es:

Que yo, Señor, partí de la ciudad de Utlatan, y vine en dos dias á esta ciudad de Guatemala, donde fuí muy bien recebido de los señores de ella, que no pudiera ser mas en casa de nuestros padres; y fuimos tan proveidos de todo lo necesario, que ninguna cosa hobo falta; y dende á ocho dias que estaba en esta ciudad, supe de los señores de ella, cómo á siete leguas de aquí estaba otra ciudad sobre una laguna muy grande, y que aquella hacia guerra á esta y á Utlatan y á todas las demás á ella comarcanas, por las fuerzas del agua y canoas que tenian, y que de allí salian á facer salto de noche en la tierra de estos; y como los de esta ciudad viesen el daño que de allí recebian, me dijeron cómo ellos eran buenos, y que estaban en el servicio de su majestad, y que no querian hacerle guerra, ni darla sin mi licencia, y rogándome que los remediase; y yo les respondí que yo los enviaria á llamar de parte del Emperador nuestro señor; y que si viniesen, que yo les mandaria que no les diesen guerra ni le hiciesen mal en su tierra, como hasta entonces lo habian hecho; donde no, que yo iria juntamente con ellos á facerles la guerra y castigarlos. Por manera que luego les envié dos mensajeros naturales de esta ciudad, á los cuales mataron sin temor ninguno. E como yo lo supe, viendo su mal propósito, me partí de esta ciudad contra ellos con sesenta de caballo y ciento y cincuenta peones, y con los señores y naturales de esta tierra, y anduve tanto, que aquel dia llegué á su tierra, y no me salió á recebir gente ninguna de paz ni de otra manera; y como esto vi, me metí con treinta de caballo, por la tierra, á la costa de la laguna. Ya que llegamos cerca de un peñol poblado, que estaba en el agua, vimos un escuadron de gente muy cerca de nosotros, y yo les acometí con aquellos de caballo que llevaba, y siguiendo el alcance de ellos, se metieron por una calzada angosta que entraba al dicho peñol, por donde no podian andar de caballo; y allí me apeé con mis compañeros, y á pié juntamente y á las vueltas de los indios nos entramos en el peñol, de manera que no tuvieron lugar de romper puentes; que á quitarlas, no pudiéramos entrar. En este medio tiempo llegó mucha gente de la mia, que venia atrás, y ganamos el dicho peñol, que estaba muy poblado, y toda la gente de él se nos echó á nado á otra isla, y se escapó mucha gente de ella, por causa de no llegar tan presto trecientas canoas de amigos que traian por el agua; y yo me salí aquella tarde fuera del peñol con toda mi gente, y asenté real en un llano de maizales, donde dormí aquella noche; y otro dia de mañana nos encomendamos á nuestro Señor, y fuimos por la poblacion adelante, que estaba muy fuerte, á causa de muchas peñas y cebérucos que tenia, y hallámosla despoblada; que como perdieron la fuerza que en el agua tenian, no osaron esperar en la tierra, aunque todavía esperó alguna poca de gente allá al cabo del pueblo; y por la mucha agrura de la tierra, como digo, no se mató mas gente; y allí asenté real á mediodía, y les comencé á correr la tierra, y tomamos ciertos indios naturales de ella, á tres de los cuales yo envié por mensajeros á los señores de ella, amonestándoles que viniesen á dar la obediencia á sus majestades y á someterse so su corona imperial, y á mí en su nombre; y dende no, que todavía seguiria la guerra, y los correria y buscaria por los montes; los cuales me respondieron que hasta entonces que nunca su tierra habia sido rompida, ni gentes por fuerza de armas les habian entrado en ella; y que pues yo habia entrado, que ellos holgaban de servir á su majestad, así como yo se lo mandaba; y luego vinieron y se pusieron en mi poder; y yo les hice saber la grandeza y poderío del Emperador nuestro señor, y que mirasen que por lo pasado yo en su real nombre lo perdonaba, y que de allí adelante fuesen buenos, y que no hiciesen guerra á nadie de los comarcanos, pues que eran todos ya vasallos de su majestad; y los envié, y dejé seguros y pacíficos, y me volví á esta ciudad; y dende á tres dias que llegué á ella, vinieron todos los señores y prin-

cipales y capitanes de la dicha laguna á mí con presente, y me dijeron que ya ellos eran nuestros amigos y se hallaban dichosos de ser vasallos de su majestad, por quitarse de trabajos y guerras y diferencias que entre ellos habian; y yo les hice muy buen recebimiento, y les dí de mis joyas, y los torné á enviar á su tierra con mucho amor, y son los mas pacíficos que en esta tierra hay.

Estando en esta ciudad vinieron muchos señores de otras provincias de la costa del sur á dar la obediencia á sus majestades, y diciendo que ellos querian ser sus vasallos, y no querian guerra con nadie; y que para esto yo los recebiese por tales, y los favoresciese y mantuviese en justicia. E yo los recebí muy bien, como era razon; y les dije que de mí, en nombre de su majestad, serian muy favorecidos y ayudados, y me hicieron saber de una provincia, que se dice Iscuintepeque, que estaba algo mas la tierra adentro, cómo no les dejaba venir á dar la obediencia á su majestad; y aun no solamente esto, pero que otras provincias que están de aquella parte de ella, estaban otras con buen propósito y querian venir de paz, y que aquesta no les dejaba pasar, diciéndoles que adónde iban, y que eran locos; sino que me dejasen á mí ir allá, y que todos me darian guerra. E como fuí certificado ser así, así por las dichas provincias como por los señores de esta ciudad de Guatemala, me partí con toda mi gente de pié y de caballo, y dormí tres dias en un despoblado; y otro dia de mañana, ya que entraba en los términos del dicho pueblo, que es todo arboledas muy espesas, hallé todos los caminos cerrados y muy angostos, que no eran sino sendas, porque con nadie tenia contratacion ni camino abierto, y eché los ballesteros delante, porque los de caballo allí no podian pelear, por las muchas ciénagas y espesura de monte; y llovia tanto, que con la mucha agua las velas y espías sujetas se retrajeron al pueblo, y como no pensaron que aquel dia llegara á ellos, descuidáronse algo, y no supieron de mi ida hasta que estaba con ellos en el pueblo, y como entré, toda la gente de guerra estaba en los cauces, por amor del agua, metidos; y cuando se quisieron juntar, no tuvieron lugar, aunque todavía esperaron algunos de ellos, y me hirieron españoles y muchos de los indios amigos que llevaba, y con la mucha arboleda y agua que llovia se metieron por los montes, que no tuve lugar de les hacer daño ninguno mas de quemarles el pueblo, y luego les hice mensajeros á los señores, diciéndoles que viniesen á dar la obediencia á sus majestades, y á mí en su nombre; si no, que les haria mucho daño en la tierra y les talaria sus maizales; los cuales vinieron, y se dieron por vasallos de su majestad, y yo los recebí, y mandé que fuesen de ahí adelante buenos, y estuve ocho dias en este pueblo, y aquí vinieron otros muchos pueblos y provincias de paz, los cuales se ofrecieron vasallos del Emperador nuestro señor.

Y deseando calar la tierra y saber los secretos de ella, para que su majestad fuese mas servido, y tuviese y señorease mas tierras, determiné de partir de allí, y fuí á un pueblo que se dice Atiepar, donde fuí recebido de los señores y naturales de él, y este es otra lengua y gente por sí; y á puesta del sol, sin propósito ninguno remanesció despoblado y alzado, y no se halló hombre en todo él. Y porque el riñon del invierno no me tomase y me impidiese mi camino, dejélos así, y paséme de largo, llevando todo recado en mi gente y fardaje, porque mi propósito era de calar cien leguas adelante, y de camino ponerme á lo que me viniese hasta calar á ellas, y después dar la vuelta sobre ellos, y venir pacificándolos. E otro dia siguiente me partí, y fuí á otro pueblo que se dice Tacuilula, y aquí hicieron lo mismo que los de Atiepar, que me rescibieron de paz, y se alzaron dende á una hora. Y de aquí me partí y fuí á otro pueblo que se dice Taxisco, que es muy recio y de mucha gente, y fuí recebido como de los otros de atrás, y dormí en él aquella noche; y otro dia me partí para otro pueblo, que se dice Nacendelan, muy grande; y temiéndome de aquella gente, que no la entendia, dejé diez de caballo en la rezaga, y otros diez en el medio del fardaje, y seguí mi camino; y podria ir dos ó tres leguas del dicho pueblo de Taxisco, cuando supe que habia salido gente de guerra, y que habian dado en la rezaga, en que me mataron muchos indios de los amigos, y me tomaron mucha parte del fardaje y todo el hilado de las ballestas, y el herraje que para la guerra llevaba, que no se les pudo resistir. E luego envié á Jorge de Albarado, mi hermano, con cuarenta ó cincuenta de caballo, á buscar aquello que nos habian tomado, y halló mucha gente armada en el campo, y él peleó con ellos y los desbarató, y ninguna cosa de lo perdido se pudo cobrar, porque la ropa ya la habian hecho pedazos, y cada uno traia en la guerra su pampanilla de ella; y llegado á este pueblo de Nacendelan, Jorge de Albarado se volvió, porque todos los indios se habian alzado á la sierra; y desde aquí torné á enviar á don Pedro con gente de pié, que los fuese á buscar á las sierras, por ver si los pudiéramos atraer al servicio de su majestad, y nunca pudo hacer nada por la grande espesura de los montes; y así, se volvió; y yo les envié mensajeros indios de sus mesmos naturales, con requerimientos y mandamientos, y apercibiéndolos que si no venian, los haria esclavos; y con todo esto no quisieron venir ni los mensajeros ni ellos. E al cabo de ocho dias que habia que estaba en este pueblo de Nacendelan, vino un pueblo que se dice Pazaco, de paz, que estaba en el camino por donde habiamos de ir, y yo lo recebí y le dí de lo que tenia, y les rogué que fuesen buenos. E otro dia de mañana me partí para este pueblo, y hallé á la entrada de él los caminos cerrados y muchas flechas hincadas; y ya que entraba por el pueblo, vi que ciertos indios estaban haciendo cuartos un perro, á manera de sacrificio; y dentro en el dicho pueblo dieron una grita, y vimos mucha multitud de gente de tierra, y entramos por ellos, rompiendo en ellos, hasta que los echamos del pueblo, y seguimos el alcance todo lo que se pudo seguir; y de allí me partí á otro pueblo que se dice Mopicalco, y fuí recebido ni mas ni menos que de los otros; y cuando llegué al pueblo no hallé persona viva, y de aquí me partí para otro pueblo llamado Acatepeque, adonde no hallé á nadie, antes estaba todo despoblado. E siguiendo mi propósito, que era de calar las dichas cien leguas, me partí á otro pueblo que

se dice Acaxual, donde bate la mar del Sur en él, y ya que llegaba á media legua del dicho pueblo, vi los campos llenos de gente de guerra de él, con sus plumajes y divisas, y con sus armas ofensivas y defensivas, en mitad de un llano, que me estaban esperando, y llegué de ellos hasta un tiro de ballesta, y allí me estuve quedo hasta que acabó de llegar mi gente; y desque la tuve junta, me fuí obra de medio tiro de ballesta hasta la gente de guerra, y en ellos no hobo ningun movimiento ni alteracion, á lo que yo conoscí; y parescióme que estaban algo cerca de un monte, donde se me podrian acoger; y mandé que se retrajese toda mi gente, que éramos ciento de caballo, y ciento y cincuenta peones, y obra de cinco ó seis mil indios amigos nuestros; y así, nos íbamos retrayendo; y yo me quedé en la rezaga, haciendo retraer la gente; y fué tan grande el placer que hobieron, siguiendo hasta llegar á las colas de los caballos, las flechas que echaban pasaban en los delanteros; y todo aquesto era en un llano que para ellos ni para nosotros no habia donde estropezar. Ya cuando me vi retraido un cuarto de legua, adonde á cada uno le habian de valer las manos, y no el huir, dí vuelta sobre ellos con toda la gente, y rompimos por ellos; y fué tan grande el destrozo que en ellos hicimos, que en poco tiempo no habia ninguno de todos los que salieron vivos; porque venian tan armados, que el que caia en el suelo no se podia levantar; y son sus armas coseletes de tres dedos de algodon, y hasta en los piés, y flechas y lanzas largas; y en cayendo, la gente de pié los mataba todos. Aquí en este reencuentro me hirieron muchos españoles, y á mí con ellos, que me dieron un flechazo que me pasaron la pierna, y entró la flecha por la silla, de la cual herida quedo lisiado, que me quedó la una pierna mas corta que la otra bien cuatro dedos; y en este pueblo me fué forzado estar cinco dias por curarnos, y al cabo de ellos me partí para otro pueblo llamado Tacuxcalco, adonde envié por corredores del campo á don Pedro y á otros compañeros, los cuales prendieron dos espías, que dijeron cómo adelante estaba mucha gente de guerra del dicho pueblo y de otros sus comarcanos, esperándonos; y para mas certificar, llegaron hasta ver la dicha gente, y vieron mucha multitud de ella. A la sazon llegó Gonzalo de Albarado con cuarenta de caballo, que llevaba la delantera, porque yo venia, como he dicho, malo de la herida, y hizo cuerpo hasta tanto que llegamos todos; y llegados, y recogida toda la gente, cabalgué en un caballo como pude, por mejor poder dar órden cómo se acometiesen; y vi que habia un cuerpo de gente de guerra, toda hecha una batalla de enemigos, y envié á Gomez de Albarado que acometiese por la mano izquierda con veinte de caballo, y Gonzalo de Albarado por la mano derecha con treinta de caballo, y Jorge de Albarado rompiese con todos los demás por la gente, que verla de léjos era para espantar, porque tenian todos los mas lanzas de treinta palmos, todas en arboledas; y yo me puse en un cerro por ver bien cómo se hacia, y vi que llegaron todos los españoles hasta un juego de herron de los indios, y que ni los indios huian ni los españoles acometian; que yo estuve espantado de los indios que así osaron esperar. Los españoles no los habian acometido porque pensaban que un prado que se hacia en medio de los unos y de los otros era ciénaga; y después que vieron que estaba teso y bueno, rompieron por los indios, y desbaratáronlos, y fueron siguiendo el alcance por el pueblo mas de una legua, y aquí se hizo muy gran matanza y castigo; y como los pueblos de adelante vieron que en campo los desbaratábamos, determinaron de alzarse y dejarnos los pueblos, y en este pueblo holgué dos dias, y al cabo de ellos me partí para un pueblo que se dice Miaguaclan, y tambien se fueron al monte como los otros. E de aquí me partí para otro pueblo que se dice Atehuan, y de allí me enviaron los señores de Cuxcaclan sus mensajeros, para que diesen la obediencia á sus majestades, y á decir que ellos querian ser sus vasallos y ser buenos; y así, la dieron á mí en su nombre; y yo los recebí, pensando que no me mentirian como los otros; y llegando que llegué á esta ciudad de Cuxcaclan, hallé muchos indios de ella, que me recibieron, y todo el pueblo alzado; y mientras nos aposentamos, no quedó hombre de ellos en el pueblo, que todos se fueron á las sierras. E como vi esto, yo envié mis mensajeros á los señores de allí á decirles que no fuesen malos, y que mirasen que habian dado la obediencia á su majestad, y á mí en su nombre, asegurándoles que viniesen, que yo no les iba á facer guerra ni á tomarles lo suyo, sino á traerlos al servicio de Dios nuestro Señor y de su majestad. Enviáronme á decir que no conoscian á nadie, que no querian venir, que si algo les queria, que allí estaban esperando con sus armas. E desque vi su mal propósito, les envié un mandamiento y requerimiento de parte del Emperador nuestro señor, en que les requeria y mandaba que no quebrantasen las paces ni se rebelasen, pues ya se habian dado por sus vasallos; donde no, que procederia contra ellos como contra traidores alzados y rebelados contra el servicio de su majestad, y que les haria la guerra, y todos los que en ella fuesen tomados á vida serian esclavos y los herrarian; y que si fuesen leales, de mí serian favorecidos y amparados, como vasallos de su majestad. E á esto, ni volvieron los mensajeros ni respuesta de ellos; y como vi su dañada intencion, y porque aquella tierra no quedase sin castigo, envié gente á buscarlos á los montes y sierras; los cuales hallaron de guerra, y pelearon con ellos, y hirieron españoles y indios mis amigos; y después de todo esto fué preso un principal de esta ciudad; y para mas justificacion se le torné á enviar con otro mi mandamiento, y respondieron lo mismo que antes, é luego como vi esto, yo hice proceso contra ellos y contra los otros que me habian dado la guerra, y los llamé por pregones, y tampoco quisieron venir; é como vi su rebeldía y el proceso cerrado, lo sentencié, y dí por traidores y á pena de muerte á los señores de estas provincias, y á todos los demás que se hobiesen tomado durante la guerra y se tomasen después, hasta en tanto que diesen la obediencia á su majestad, fuesen esclavos, se herrasen, y de ellos ó de su valor se pagasen once caballos que en la conquista de ellos fueron muertos, y los que de aquí adelante matasen, y mas las otras cosas de armas y otras cosas necesarias á la dicha conquista. Sobre estos indios de esta dicha ciudad de Cuxcaclan, que estuve

diez y siete dias, que nunca por entradas que mandé hacer, ni por mensajeros que les hice, como he dicho, les pude atraer, por la mucha espesura de montes y grandes sierras y quebradas, y otras muchas fuerzas que tenian.

Aquí supe de muy grandes tierras, la tierra adentro, ciudades de cal y canto, y supe de los naturales cómo esta tierra no tiene cabo, y para conquistarse, segun es grande y de muy grandísimas poblaciones, es menester mucho espacio de tiempo, y por el recio invierno que entra no paso mas adelante á conquistar; antes acordé me volver á esta ciudad de Guatemala, y de pacificar de vuelta la tierra que atrás dejaba, y por cuanto hice y en ello trabajé, nunca los pude atraer al servicio de su majestad; porque toda esta costa del sur, por donde fuí, es muy montosa, y las sierras cerca, donde tienen el acogida; así que yo soy venido á esta ciudad por las muchas aguas, adonde, para mejor conquistar y pacificar esta tierra tan grande y tan recia de gente, hice y edifiqué en nombre de su majestad una ciudad de españoles, que se dice la ciudad del Señor Santiago, porque desde aquí está en el riñon de toda la tierra, y hay mas y mejor aparejo para la dicha conquista y pacificacion, y para poblarlo de adelante; y elegí dos alcaldes ordinarios y cuatro regidores, segun vuestra merced allá verá por la eleccion.

Pasados estos dos meses de invierno que quedan, que son los mas recios de todo, saldré de esta ciudad en demanda de la provincia de Tapalan, que está quince jornadas de aquí, la tierra adentro, que, segun soy informado, es la ciudad tan grande como esa de Méjico, y de grandes edificios, y de cal y canto, y azoteas; y sin esta, hay otras muchas, y cuatro ó cinco de ellas han venido aquí á mí á dar la obediencia á su majestad, y dicen que la una de ellas tiene treinta mil vecinos; no me maravillo, porque, segun son grandes los pueblos de esta costa, que la tierra adentro haya lo que dicen; este verano que viene, placiendo á nuestro Señor, pienso pasar docientas leguas adelante, donde pienso su majestad será muy servido y su estado aumentado, y vuestra merced terná noticia de otras cosas nuevas. Desde esa ciudad de Méjico hasta lo que yo he andado y conquistado hay cuatrocientas leguas; y crea vuestra merced que es mas poblada esta tierra y de mas gente que toda la que vuestra merced hasta agora ha gobernado.

En esta tierra habemos hallado una sierra do está un volcan, que es la mas espantable cosa que se ha visto, que echa por la boca piedras tan grandes como una casa, ardiendo en vivas llamas, y cuando caen, se hacen pedazos y cubren toda la sierra de fuego.

Adelante de esta, sesenta leguas, vimos otro volcan que echa humo muy espantable, que sube al cielo, y de anchor de compás de media legua el bulto del humo. Todos los rios que de allí decienden, no hay quien beba el agua, porque sabe á azufre, y especialmente viene de allí un rio caudal muy hermoso, tan ardiendo, que no le podia pasar cierta gente de mi compañía que iba á hacer una entrada; y andando á buscar vado, hallaron otro rio frio que entraba en este, y allí donde se juntaba hallaron vado templado que lo pudieron pasar. De las cosas de estas partes no hay mas que hacer saber á vuestra merced sino que me dicen los indios que de esta mar del Sur á la del Norte hay un invierno y un verano de andadura.

Vuestra merced me hizo merced de la tenencia de esa ciudad, y yo la ayudé á ganar y la defendí cuando estaba dentro con el peligro y trabajo que vuestra merced sabe; y si hobiera ido en España, por lo que yo á su majestad he servido, me la confirmara y me hiciera mas mercedes; hanme dicho que su majestad ha proveido; no me maravillo, pues que de mí no tiene noticia, y de esto nadie tiene la culpa sino vuestra merced, por no haber hecho relacion á su majestad de lo que yo le he servido, pues me envió acá: suplico á vuestra merced le haga relacion de quién yo soy, y lo que á su majestad he servido en estas partes, y donde ando, y lo que nuevamente le he conquistado, y la voluntad que tengo de le servir en lo que adelante, y cómo en su servicio me han lisiado de una pierna, y cuán poco sueldo hasta agora he ganado yo y estos hidalgos que en mi compañía andan, y el poco provecho que hasta agora se nos ha seguido.—Nuestro Señor prósperamente crezca la vida y muy magnífico estado de vuestra merced por largos tiempos.—De esta ciudad de Santiago, á 28 de julio de 1524 años.—*Pedro de Albarado.*

RELACION

HECHA

POR DIEGO GODOY A HERNANDO CORTÉS,

EN QUE TRATA DEL DESCUBRIMIENTO DE DIVERSAS CIUDADES Y PROVINCIAS, Y GUERRA QUE TUVO CON LOS INDIOS, Y SU MODO DE PELEAR; DE LA PROVINCIA DE CHAMULA, DE LOS CAMINOS DIFÍCILES Y PELIGROSOS, Y REPARTIMIENTO QUE HIZO DE LOS PUEBLOS.

Muy magnífico Señor: Desde el pueblo de Cenacantean escribí á vuestra merced todo lo que hasta entonces me paresció que habia que hacer saber á vuestra merced, y esta será para hacer saber á vuestra merced todo lo demás que después ha sucedido, de que me pareció que es bien á vuestra merced hacer relacion; y sabrá vuestra merced que en mártes, tercero dia de pascua de Resurreccion, que fueron 29 dias de marzo, por la mañana el teniente se partió con la gente para ir á un pueblo que se dice Huegueyztean, que de allí á Cenacantean habia venido de paz á Francisco de Medina, antes que el teniente allí viniese, que le habia enviado desde Chiapa, y tambien habia ido de paz al teniente á Chiapa; y á mí, con seis de caballo y siete ballesteros, envió por otro camino, para ir á visitar otra provincia que se dice Chamula, que asimismo me habia ido de paz al teniente á Chiapa, y para desde allí ir después donde iba el teniente, porque no es muy léjos lo uno de lo otro; y por el camino que me guiaron, habia, hasta llegar á cinco pueblos pequeños de la dicha provincia, que todos están á vista unos de otros, tres leguas de muy perverso camino, que muy poco de él podimos ir cabalgando; y como llegamos al primer pueblo, hallamos que estaba todo despoblado, que en todo él no habia la menor cosa del mundo que comer, ni una olla ni piedra; y este pueblo estaba en un alto, y bajamos de él á una cañada que se hacia para subir á los otros pueblos, que desde este que digo muy bien se veian; los cuales estaban en una ladera muy alta, muy cerca unos de otros, y para subir á ellos se hacia una cuesta muy alta y agra, que de diestro los caballos con gran pena podian subir; y comenzando á subir, vimos en lo alto en el mismo camino un escuadron de gente de guerra y las lanzas enhiestas, que son tan largas como lanzas jinetas; y yendo así por la cuesta arriba, vimos cómo por la loma de la dicha ladera venian, á trechos unos de otros, muchos indios corriendo con sus armas á se juntar con los que estaban sobre el camino, y apellidándose y llamándose unos á otros; y viendo esto, y cómo la tierra que atrás quedaba para volver peleando era tan peligrosa, que poniéndose con nosotros en contienda, corriamos mucho riesgo, y corriéndolo nosotros, lo corrian todos los demás españoles que con el teniente estaban, acordé que era mejor dejar la subida y tornarnos al pueblo que atrás quedaba, que digo que estaba despoblado; y de allí enviéles á hablar, y les envié á decir con un indio de Cenacantean que por qué lo habian hecho mal, que no habian aderezado el camino para que fuésemos; que los caballos no podian subir arriba; que viniesen allí donde estábamos, los señores ó algunos principales, para les hablar lo que el teniente nos habia mandado que les dijésemos y hiciésemos saber; y nos enviaron á decir que no querian venir, ni que fuésemos allá; que qué los queriamos; que nos volviésemos; si no, que allí estaban con sus armas apercebidos para recebirnos. E viendo esto, y acordándoseme de la de Almería, que me paresció semejante á ella, porque no nos acaesciese algun desman, como se puede creer, segun lo que después sucedió, que fuera milagro escapar ninguno de nosotros, por no poder pelear á caballo ni retraernos, nos volvimos; porque volviendo el teniente con toda la gente sobre ellos, se podia bien castigar; y volviendo la guia, nos llevó por un camino de atajo, por el cual fuimos á salir á puesta de sol adonde el teniente estaba aposentado, que era en el camino, en una muy buena vega muy grande, á par de un rio, y cercado de muy hermosos pinales, á vista de tres pueblos de Cenacantean, que estaban en una sierra que allí junto se hacia, que habrá hasta esta vega de Cenacantean dos leguas y media; y allí llegados, le hice saber al teniente lo que habiamos visto, y que me parescia que era bien que aquellos no quedasen sin castigo; y á él así le paresció.

Otro dia por la mañana, 30 de marzo, miércoles, partimos para ir sobre el dicho pueblo de Chamula, y quedando en la dicha vega todo el farduje y algunos dolientes, y con ellos Francisco de Ledesma, regidor, con diez de caballo para guarda del real; y nos guiaron por otro camino, que iba á la dicha cabecera de la dicha provincia, y llegamos á ella á hora de las diez del

dia, y antes de llegar á ella se hace una muy gran cuesta hácia bajo, muy peligrosa, en la cual á la vuelta algunos caballos cayeron en harta hondura, aunque no peligraron, por no ser de piedras y haber en ella algunas matas.

Bajado, Señor, abajo de la cuesta, al rededor del pueblo, que está en un cerro muy alto, se hace una cañada; y creyendo que luego se pudiera tomar, los de caballo nos partimos en tres cuadrillas, para cercar el dicho pueblo y dar en la gente que hubiese con parte de nuestros amigos; y el teniente con los peones y los demás de los amigos, porque caballo en ninguna manera podia subir, si no era con mucho peligro y de diestro, comenzó á subir por una ladera, por do iba el camino muy angosto y á partes de peña tajada. E llegados ya arriba, antes de llegar al pueblo, á par de unas casas le recibieron con muchas piedras y flechas y con muchas lanzas como las que tengo dichas, que son las armas con que ellos mas pelean, y con unas pavesinas que les cubre todo el cuerpo desde la cabeza hasta los piés, las cuales cuando quieren huir ligeramente, arrollan y toman debajo del sobaco, y muy presto, cuando quieren esperar, las tornan á extender; y aquí peleó un rato con ellos, hasta que los retrajo y metió por una muy fuerte albarrada de esta manera, que tenia de alto dos buenos estados, y tan gruesa como cuatro piés, y mas, toda de piedra y tierra, entretejida con árboles y hecha de mucho tiempo, y por la parte mas áspera tenia una escalera de gradas muy angosta, que subia hácia arriba, por donde entraban adentro; y encima de la dicha albarrada todo del luengo puestas tablas muy gruesas, tan altas como otro estado, y muy reciamente atadas con muy buenos maderos por fuera y por de dentro, y muy fuertes bejucos y cuerdas. E antes de llegar á la dicha albarrada, al pié de ella estaba hecha una palizada de madera, metida en el suelo y cruzada una con otra, y atada tan fuertemente, que todos estábamos muy espantados; y desde la dicha albarrada de piedra, y por de dentro, desde un cerrillo que se hacia, todo lleno de monte, peleaban tan fuertemente y tiraban tanta piedra, que no habia medio de poderle entrar por ninguna parte; y estando así, arremetieron ciertos españoles á la dicha escalera, creyendo entrarles; y no fueron llegados arriba, cuando los levantaron en peso con las lanzas, y los hicieron volver rodando por ella; y lo mismo hicieron por dos ó tres veces que acometieron por entrarles; lo cual era imposible, porque de dentro era hondo, y de esta manera se defendian, y hirieron muchos españoles y de nuestros amigos; aunque con la artillería y ballestas se les hacia harto daño, porque ellos se descubrian tambien para pelear, que no podia ser menos, y muy pocos tiros se echaban perdidos, que no se empleasen.

Viendo, Señor, que no querian huir, los de caballo, que abajo los estábamos esperando, acordamos de dejar los caballos y hacernos peones, y subimos arriba, y peleamos todo aquel dia hasta que fué de noche, que todo aquel dia se gastó en deshacer la estacada de madera que estaba delante de la dicha albarrada, y el teniente envió al real por hachas y azadones y barretas para derribar el albarrada de piedra; porque de otra manera no habia medio para les poder entrar; que no se asomaba hombre, cuando veinte lanzas le tenian puestas en los ojos. E como anocheció allí en las dichas casas, que eran dos ó tres, desde donde peleamos, tuvimos la noche velando con mucho recado, y no menos de dentro hicieron; que toda la noche hicieron muy grandes areitos y gritas, y tañendo atabales, y muchas veces nos tiraban piedras y algunas flechas, y se oia cómo arrancaban piedras para tirar, porque sonaba al tiempo que la descargaban en el suelo.

Luego, Señor, como fué de dia, comenzamos á combatir el albarrada; y ya que el sol salia, vinieron las hachas y azadones y barretas por que se habia enviado; y venido, se comenzó á deshacer el albarrada; y como comenzamos á los apartar, nuestros amigos trajeron haces de paja y fuegos, y pusiéronlo encima de la albarrada á las tablas para las quemar; y tan presto como comenzó á arder el fuego, socorrieron con muchas ollas de agua para lo matar. Antes de esto habian hecho un ardil, que nos echaban mucha agua caliente, envuelta en ceniza y cal; y estando así peleando, echaron un poco de oro desde dentro, diciendo que dos petacas tenian de aquello, que entrásemos á las tomar, como gente que nos mostraba tener en poco. E ya que era mas de mediodía, cuasi á hora de vísperas, teniamos hechos dos portillos, por los cuales nos juntábamos tanto con ellos, que pié á pié peleábamos; y ellos como de cabe tener quedo tanto, que los ballesteros, sin encarar, á manteniente les ponian las ballestas á los pechos, y no hacian sino apretar las llaves y derribar; y estando de esta manera, vino una grandísima agua y una niebla tan escura, que apenas unos á otros nos podiamos ver; fué forzado desviarnos del albarrada á las casas, y duró el agua una hora, y pasada, y esparcida la niebla, tornamos al combate, y hallámonos burlados; que, segun parece, la noche antes, como se vieron apretar, y aquel dia no habian hecho sino alzar el hato y mujeres y cuanto tenian, y subiendo el albarrada, no habia hombre dentro; y porque paresciese que estaban allí, dejaron las lanzas arrimadas al albarrada, que se parescian por de fuera; y entramos por el pueblo adelante, el cual era muy trabajoso de andar, porque cada cinco ó seis casas era una fortaleza en ser fuertes; y los arroyos del agua que habia llovido eran tan grandes, que no podiamos andar sin dar muchas caidas, y los amigos siguieron hasta abajo, y tomaron muchas mujeres y mochachos y algunos hombres; tenian asimismo las lanzas arrimadas á las puertas de las casas, porque pensásemos que estaban dentro, y aquí estuvimos todo este dia y la noche, donde hallamos harto de comer, que bien lo habiamos menester, á causa que los dos dias no habiamos comido ni teniamos qué, ni aun los caballos, y no hallamos otra cosa. Supimos de los presos que el dia antes se habian muerto docientos hombres, y que aquel dia, que habian muerto tantos, que no los contaron; y nos dijeron cómo habian estado allí gente de la otra provincia de Huegueyztean. Viérnes, 1.º dia del mes de abril, nos tornamos al real; y porque descansasen los españoles, que todos los mas estaban heridos, y se hiciese almacen, que mucho se habia gastado, estuvimos allí, y el sábado adelante.

Domingo, 3 dias del mes de abril, después de haber oido misa, partimos de aquí para el dicho pueblo y provincia de Huegueyztean; y el camino hasta llegar á vista de esta, cabecera de esta provincia, es todo muy bueno y llano, de buenos pinales y monte raso; y antes de llegar á esta provincia está una gran cuesta, que se abaja hácia abajo, y el pueblo está sobre otra cuesta; y vimos cómo de otro pueblo por una loma iba corriendo mucha gente, con sus armas, á se meter en la dicha cabecera; y llegados allá, luego parecieron las albarradas que tenian muy grandes, mas no eran tan fuertes como las de Chamula; y como hobiesen gustado y visto lo que en Chamula se habia hecho, desampararon el pueblo y albarradas, y se pusieron en huida muchos de ellos por una ladera de unos cerros, y toda la mas gente por un valle que abajo se hacia de maizales; y por no llevar buen concierto, no se mataron ó prendieron mas de quinientas personas, todos hombres; porque el teniente no quiso aguardar que la gente fuese toda junta, y adelantóse con cinco ó seis de caballo, que con él fuimos, y tiramos por el camino adelante tras los que iban por la ladera, porque nos hallamos en lo alto; y como era mal camino, no podíamos alcanzar sino muy pocos, que se mataron, y algunas mujeres, que se tomaron; y los de abajo iba todo lleno el valle, que era lástima ir así, porque tardó mucho la gente, que ya todos eran idos; todos dejaron las armas que llevaban, como hombres que iban perdidos; y los cinco ó seis de caballo que iban con el teniente seguimos hasta llegar á otro pueblo pequeño, media legua adelante, bien fuerte, y allí esperamos la gente, y el teniente asentó allí el real.

Otro dia lúnes el teniente envió á Alonso de Grado á un pueblo con cierta gente, que se parescia, desde allí de una casa blanca que habia, hasta él, dos buenas leguas, segun los que allá fueron decian, porque decian haberse acogido allí la gente, y paresció estar muy fuerte, porque era en lo mas alto de la sierra, y volvió el mismo dia en la noche, y dijo no haber hallado nada. Parécense desde esta cabecera de Huegueyztean diez ó doce pueblos al derredor de ella, todos en la sierra, y le son sujetos; el valle que pasa por abajo es muy hermoso de labranzas, y pasa por él un rio pequeño.

Todos los pueblos de esta tierra son de esta manera, que tienen guerra unos con otros. Desde aquí envió el teniente un indio de los que se hobieron, á hablar á los señores, que viniesen de paz, y los esperó el dicho dia lúnes, y mártes todo el dia, que no vino ninguno.

Miércoles, 6 dias del mes de abril, nos partimos de estos dichos pueblos, de vuelta para Cenacantean, y seguimos camino para Cematan, porque viendo que los pueblos que se daban de paz, tan presto se rebelaban, todos los españoles perdieron esperanza, aunque la llevamos buena; viendo que se descobrian muchas poblaciones, y todos venian de paz, iban codiciosos para pedir por allí repartimientos: con esto luego se les trocaron las voluntades, diciendo que era bien pasar adelante, porque aquella tierra no era para que ninguno osase en ella tomar indios. E viendo esto el teniente, pareciéndole lo mismo, que no hobo ninguno que no paresciese, nos tornamos, como digo, la vuelta de Cenacantean, y desde aquí fué Alonso de Grado á Chiapa, y le recibieron muy bien, y á otros españoles que fueron á ver otros pueblos que allí el teniente les habia depositado.

Estando, Señor, aquí en este dicho pueblo de Cenacantean, supe cómo Francisco de Medina habia sido causa que estas dichas dos provincias se alzasen; hice contra él informacion y le prendí, y le tomé su confesion; y porque aunque allí se castigara, los indios no lo podian saber, porque nunca mas volvieron de paz, y porque estábamos de camino, le dí al tiempo de la partida sobre fianzas, para en llegando á esta villa proceder contra él; y yo, Señor, le tengo en la cárcel á buen recado, y se hará justicia; y porque vuestra merced sepa de qué manera los hizo alzar, envio á vuestra merced traslado del proceso, porque por él vuestra merced lo verá, y por esto sobre este caso no me alargo mas.

Lúnes, 11 dias del mes de abril, nos partimos de este pueblo de Cenacantean, y fué el señor con el teniente y con algunos indios; el cual siempre fué con nosotros hasta Cematan, y después hasta llegar á la tierra de paz con muy buena voluntad; y este dia que digo, fuimos á dormir, tres leguas, en unos pinales de frente de un pueblo sujeto á Cenacantean, donde nos tenian hechos muy buenos ranchos, y abierto y deservado el camino, y aquí nos proveyeron los indios muy bien de comida, y el mártes adelante fuimos á otros ranchos otras tres leguas, donde vinieron ciertos pueblos con comida, de los cuales el teniente tomó relacion, como hacia de todos los que ante él venian; y por esto de ello yo no haré relacion á vuestra merced, porque yo no la puedo tomar.

Miércoles, Señor, adelante fuimos á otros ranchos á tres leguas y media; aquí vinieron ciertos naguatutos de una provincia que se dice Anapanasclan, que ya otras veces habian venido de paz, y con ellos ciertos indios de Michampa, y con los dichos naguatutos el teniente habia enviado, y trajeron un poco de oro, y una javilla con casquillos para saetas, que dijeron que el español que está en Soncomisco se las habia mandado hacer para Pedro de Albarado. Esta provincia ó pueblos, segun yo supe, de cerca de Soncomisco y sus amigos, no sé si se le son sujetos los indios que vinieron; eran de muy buena voluntad para con los españoles, que debe ser buena cosa, á lo que todos creimos; dijéronnos cómo Pedro de Albarado habia entrado en Uclatan, y habia tenido guerra, y habia muerto mucha gente. Dijeron que desde su tierra á Uclatan no habia mas de siete jornadas, y desde Chiapa á su tierra de estos, tres jornadas; de manera que por lo que los indios decian, puede haber de esta villa á Uclatan cien leguas, ó poco mas, cuando mucho. Aquí, Señor, vinieron otros indios de otros pueblos, de paz al teniente, y de un pueblo que se dice Hueyteupan y de otr que se dice Tesistebeque, y trajeron un poco de oro; envió el teniente con ellos dos españoles á ver estos pueblos.

Juéves adelante nos partimos de estos ranchos, y fuimos á dormir otras tres leguas, donde habian hecho

muchos ranchos y muy buenos, y el camino muy abierto y deservado; allí paresció una persona, en que dijo ser señor de Clatipilula, de buena presencia, que les habia mandado hacer, y trajo abastadamente de comer; y dijo que él tenia abierto el camino hasta su tierra; que viese lo que mandaba; y el teniente le dió las gracias.

Viérnes adelante partimos de estos ranchos para el pueblo de Clatipilula, que habrá hasta él tres leguas, y es el camino el peor que jamás se ha visto en la Nueva-España; tal, que si los indios no le tuvieran bien aderezado, era imposible pasar adelante, y cierto de allí nos volviéramos, porque es todo de muy altas sierras y muy ásperas, y legua y media de bajada tan agra, que mas peligrosa no podia ser, porque á la una parte era de una ladera de mucha hondura, y á partes de peña, como tosca, que no habia adonde los caballos pusiesen los piés; y teníanlo tan bien aderezado, con muchas estacas hincadas á la parte de la ladera, y maderos muy fuertes atados muy bien, y echada mucha tierra, y cavado todo lo que habian podido cavar, y aun en partes de la misma peña quebrada, y árboles infinitos cortados para abrir el camino, en que habia árbol que se midió, de nueve palmos de grueso, medido por medio, y otros muy gruesos; que bien parescia haberlo fecho con buena voluntad, y haber andado á lo hacer gente harta; y de verdad, aunque españoles hobieran andado con los indios hartos dias á los hacer, no estuviera mejor aderezado. E abajado este puerto, nos llevaron á aposentar fuera del pueblo, á muchos ranchos que nos tenian fechos; donde vino el señor con presente de oro, aunque poco, y plumas, y unos pájaros muertos de los que las crian, y trajeron harta abundancia de comida mucha gente que andaba sirviendo y trayendo agua y yerba. Está este pueblo, con otros que le son sujetos, en un hermoso valle á par de un rio, sierras de un cabo y de otro, y aquí vinieron otros pueblos de paz al teniente, con comida y con oro, poca cosa. E por esperar los españoles que el teniente habia enviado á Huteupan, estuvimos aquí cuatro dias, hasta que vinieron ciertos indios con un bonete de ellos, á nos decir cómo iban por otro camino á salir á otro pueblo do habiamos de ir. Aquí, Señor, vinieron ciertos indios de los zapotecas, que de Chiapa á Quichula se habian ido á vivir, porque es cerca de este pueblo, y venian á traer de comer á Grado, y ver qué les mandaba.

Miércoles adelante, 20 de abril, partimos de este pueblo de Apilula para seguir nuestro camino, y á dos leguas de él llegamos á otro pueblo que está junto á la ribera del mismo rio de Chapilula, entre unas sierras, sujeto á otro que está adelante, Silusinchiapa, que habrá hasta él dos leguas, donde fuimos aquel dia. En estas dos leguas están otros pueblezuelos que le son sujetos todos, en la misma ribera del dicho rio entre sierras; y es el camino hasta llegar á este Silusinchiapa tan malo, que no sé cómo lo pueda comprehender para lo decir, aunque en la verdad, los naturales de estos pueblos lo tenian harto bien aderezado, como mejor habian podido, segun la disposicion, y aunque con gran trabajo, pasamos; de los naturales fuimos muy bien recebidos, y nos proveyeron al presente de mucha comida; y estando allí aposentados la misma noche que llegamos, juéves y viérnes, nunca hizo otra cosa sino llover muy grande agua; de suerte que creció el rio de tal manera, que como este pueblo está entre sierras y el rio va siguiendo por donde va el camino, y como sea muy furioso, no podimos ir atrás ni adelante; y mediante este dicho tiempo, los indios de este pueblo todos se fueron, que ninguno volvió ni paresció; mas no sé por qué causa lo pudiesen hacer, habiéndonos recibido tan bien, y puesto tanto trabajo en aderezar el camino.

Domingo adelante, el teniente, ya que habia cesado el agua, envió los peones á entrar por ver si podria hallar alguna gente, y se volvieron sin hallar nada.

Y estos dias que aquí estuvimos, los que no llovió catamos este rio, porque parescia tener disposicion de oro, y hallaron unas punticas muy sotiles, que no eran nada; mas catóse como cosa de burla, y no habia aparejo, é desde aquí el teniente envió un mandamiento á los de un pueblo que se dice Clapa, adelante de estos, que se dice ser sujeto á Cematan.

Lúnes adelante partimos de este dicho pueblo, y fuimos á obra de dos leguas y media adelante, á otro pueblo que se dice ser sujeto á Cematan, que se dice Estapaguajoya, que terná quinientas casas, y todo el camino es por el dicho rio lo mas de él, y se pasa muchas veces, y al pasar recibimos mucho trabajo, y algunos españoles harto peligro; que es el camino todo riscos, y el rio de piedras muy grandes, y va muy recio, que de verdad no creo que en el mundo, caballos peor camino han andado, é porque partimos en siendo de dia, y tuvimos harto que llegar á puesta de sol sin parar, y todos los caballos desherrados y fatigados del mucho trabajo, y algunos cayeron de los riscos en el agua, que corrieron harto peligro.

Este pueblo es muy bueno y apacible, de muy buenas plazas y casas y hermosos aposentos, y muy fermoso valle de labranzas á par del dicho rio, sierras de un cabo y de otro, aunque no tan altas como las de atrás: estaba despoblado otro dia mártes, que cuando piensa el hombre que está que no hay mas que pedir, entonces procura morder y hacer mal; de manera que por mucho que sobre el aviso esté, cualquiera que con él contratare le ha de hacer errar una vez ó otra; no sé que mala ventura es la de este hombre, porque cuando habla es fingido y solapado, y parece que lo echa á buena parte, y cuando le parece que tiene al hombre seguro y asido, luego procura de hacerle errar, con unas mañas, que ni sabe el hombre si las atribuya á buena parte ó mala, y en la verdad, que donde él estuviere, no creo ninguno puede estar en paz. Así que este hombre no habia de estar sino donde vuestra merced estuviese, que no osaria rebullirse, y todos tenemos que no estando en esta villa, viviriamos en paz, y así lo hobiéramos estado si él acá no viniera. E crea vuestra merced que aunque el hombre quiera apartarse dél, no es en su mano; é porque todo esto es así la verdad, lo escribo á vuestra merced, aunque ya vuestra merced le conoce. Señor, después de este pueblo de la Cabecera de Compilco, yo me vine adelante, así porque venia muy malo, como por visitar unos pueblezuelos sujetos á Compilco, que vuestra merced nos hizo merced á Pe-

dro de Castelar y á mí; en los dos no hallamos persona ninguna, y en los otros dos, en cada uno obra de treinta hombres indios, y nos dieron obra de cien mil almendras de cacao, y hasta cuarenta pesos de oro y de cobre; que dijeron que toda la gente era muerta; y así, me pasé de largo, y me vine á esta villa, y á par de una ala se me cayó muerta una yegua, de dos, y un caballo que habia llevado para servir en la guerra, y el caballo, que era uno de los buenos de toda la tierra cuando de esta villa salió, cuasi á la muerte, de enfermedad que por el camino le dió del mucho trabajo. E sabrá vuestra merced que cuando de esta villa salimos ante el teniente y alcalde y regidores, todos los de caballo nos obligamos que no habiendo en la entrada de qué pagarse, si alguna bestia muriese ó se lisiase, que la pagariamos entre todos; y como ya el teniente habia partido el oro, y no habia de qué, pedí que me la hiciesen pagar ó de lo que se habia habido ó entre todos, como se habian obligado; y aunque me habia costado docientos y treinta pesos y me daban por ella docientos y cincuenta, me la tasaron en docientos; y comenzaron algunos á decir que si la mandaban pagar, que decian que se habian de ir de la villa; y yo dije que nunca Dios quisiese que por la paga de mi yegua se fuesen; que no queria pedirla; que vuestra merced mandaria que se me pagase, si fuese justicia; suplico á vuestra merced que, habiendo respeto al deseo con que yo fuí á servir, y al menoscabo de mi caballo, que traje cuasi perdido, y á un potro que en la entrada se me despeñó y lisió en una anca, y á otra potranca que aquí se me murió, pues que la ganancia de los indios no la compadecen, vuestra merced sea servido, del oro que se hobo, ó de lo que se obligaron, que se me pague; y esto escríbolo á vuestra merced al presente para que lo sepa, que yo enviaré de ello á vuestra merced informacion, en cómo todos se obligaron, con una persona con mi poder, para que vuestra merced me haga merced de un mandamiento para ello.

Señor, venimos todos á esta villa; á mí me pareció que seria bien que fuese ante vuestra merced un procurador que llevase á vuestra merced relacion de todo lo sucedido, y informase á vuestra merced acerca del repartimiento, lo que es cada cosa, y quién tiene, y quién no, para suplicar y pedir á vuestra merced nos hiciese merced de las cosas que esta villa tiene necesidad, y hablé al teniente y á los regidores sobre ello, y todos vinieron que era bien, y quedó para otro dia, que nos juntásemos para ello, y nos juntamos, y hallamos á Juan de Limpias y Bustamante tan desviados de querer que vuestra merced sea informado de lo que conviene, que todo no aprovechó nada; y querian que esperásemos á Mormolejo, que se dice acá que es ido do está Pedro de Albarado; no sé á qué lo atribuya, sino es al poco cuidado que tienen de mirar lo que conviene á la república, y aquellos que mas llenos de indios están en esta villa son ellos; porque Juan de Limpias y su hermano tienen la cabecera de Quenchula, que es la mejor cosa que hay acá, y otra cabecera que se dice Anauclanxiquipila, tan buena como Quichula, y con otros pueblos sujetos á ellas, y par de esta villa el pueblo de Catecleliguataxabion, que se dice Anazanclan, que es tan buena cosa como Caltinpa. E á Bustamante vuestra merced le hizo merced, por su cédula, de la mitad de Ultatepeque y sus sujetos, en compañía de Tapia, y la mitad de Vilcecoapa, á par de esta villa; es muy buena cosa, y tiene á par de Quechula y á par de Teapa, y encima con otros ocho ó diez pueblos, de que vuestra merced no es sabidor; porque cuando vuestra merced le hizo merced de los de Ultatepeque y Tilcecoapan, fué porque le dijeron á vuestra merced que no tenia indios ningunos; y con estos que él tiene sin que vuestra merced lo sepa, pueden cumplir con dos vecinos, segun todos dicen. E como esto vi, conocí de ellos que tampoco venian en que se escribiese á vuestra merced lo que era razon, y acordé de escribirlo por mí lo que me paresciese: suplico á vuestra merced resciba de mí en todo mi sana y buena voluntad, que es muy aparejada para lo que tocare al servicio de sus majestades y de vuestra merced, y bien de la república; y en lo de los indios y repartimientos, sabrá vuestra merced que muchos vecinos en esta villa tienen indios, muchos dias há, sin tener título de vuestra merced, y aun creo que tampoco depositados por el alguacil mayor en nombre de vuestra merced, y unos tienen manadas de pueblos, y otros por no tener indios se van de esta villa. E digo manadas de pueblos porque es así verdad, y los que los tienen, hay otros que cabrian tan bien y aun mejor en ellos que no en los que los tienen; digo lo que tienen demasiado, segun que otros que mejor que ellos lo merecen y han servido: así que, Señor, yo no entiendo cómo están estos indios, ni de qué manera algunos de ellos se sirven. Bien veo yo que todos no son de mucho provecho; mas menos lo tenian los que nada no tenian, y se van por no los tener; lo que no harian si se cumpliese con ellos con lo que en algunos de ellos hay demasiado, que conforme á los repartimientos que tienen las personas á quien vuestra merced tiene voluntad de los mejorar, les sobra algunos de los demás, y es bien que todos tengan, pues se puede hacer y contentarlos; y para esto, que vuestra merced sepa lo que cada uno tiene, no se puede ver por la visitacion ni depósito que él tiene ó vuestra merced puede enviar, si no envia vuestra merced á mandar que sepa muy bien y con mucha clareza lo que cada uno tiene, y en qué parte y por cuyo título; y de otra manera, nunca vuestra merced será bien informado para lo dar á todos, segun el deseo de vuestra merced, y lo que á cada uno es razon, segun lo que hay, se le dé; y en esto vuestra merced mande lo que mas fuere servido; y á mi parecer, esto conviene mucho hacerse para lo que toca al bien general de toda esta villa, antes que vuestra merced confirme y haga el repartimiento; porque de otra manera, muchos que están mal proveidos se irian de esta villa, como vuestra merced por la obra lo verá, que allá comienzan de irse.

Por no decir, Señor, mal de nadie, quiero dejar de escribir á vuestra merced lo que en este capítulo; pero porque mucho me pesa que ninguno á vuestra merced sea ingrato de las mercedes que les hace, y por lo que toca á todos los de esta villa, sepa vuestra merced quién conoce las mercedes de vuestra merced recebidas, ó quién no. Sabrá vuestra merced que por estos cami-

nos que hemos andado, el regidor Bustamante, muchas veces dicen que ha dicho que mas queria ser chinche que no regidor de esta villa; y esto no crea vuestra merced que si yo se lo oyera, que así lo dejara pasar, ni tampoco oyéndolo; mas déjolo porque supe que delante del teniente lo habia dicho, y por su acatamiento lo dejé, y tengo que es verdad que lo ha dicho, porque Juan de Salamanca un dia se lo estaba riñendo; y diciendo cuán mal hablado era; decia el dicho Bustamante que lo habia dicho por conoscer voluntades; vea vuestra merced qué se dará á este tal por el regimiento, para hacer lo que á este oficio pertenece, además de otras malas calidades que tiene, de que podrá vuestra merced informarse de cuantos vienen de allá; aviso esto porque sé cuán mal informado y engañado está vuestra merced de él, y de las astucias y artes de que se vale.

No niego el que sea caballero, y que merezca que vuestra merced le haga beneficios; pero digo que, dándole semejante cargo, cargara mucho vuestra merced su conciencia, por no estar bien informado de él. No crea vuestra merced que escribo esto porque le tenga algun odio, antes le deseo mucho bien; sino porque me duele el ver que no salga bien lo que es del servicio de vuestra merced, me he movido á escribir lo que es pura verdad, y todavía paso otras cosas que sobre esto mismo se podian escribir.

A los cuatro dias que llegamos á esta villa vino el señor de Uluisponal y el de Tititepaque, y me dieron una carta de vuestra merced, en la que me mandaba que de cualquiera manera le hiciese su casa, en la que no se ha trabajado porque no he estado aquí, y parecerme que el señor á quien encargué buscase el maderaje, no lo ha encontrado, y se escusó con haber estado gravemente enfermo, y verdaderamente yo lo dejé enfermo, como creo que lo he escrito á vuestra merced. El estuvo aquí cinco dias, é hizo llamar los principales de la villa de Pedro de Castellar y mia, y andando con ellos, estuvieron dos dias buscando madera por las villas á lo largo del rio arriba; y habiendo vuelto, me dijeron cómo habian hallado toda cuanta era menester, y que me enviaria la gente cuando yo quisiese; yo le dije que vinieran después de San Juan; y así, haré que cuanto antes se dé principio á la obra lo mejor que pueda, porque los pavimentos en que se ha de edificar están en buen término y sobre el rio.

Igualmente me escribia vuestra merced, como antes, si habia ocurrido un indiano, y le habia dicho cómo yo le habia pedido oro á Luis Marin, vuestra merced me mandó que no se lo pidiese, y así lo he dicho á él mismo. Dije al Cacique cuanto se contenia en la carta, el cual se espantó, y respondió que el indiano no sabia lo que se decia. El señor me dijo que habia recogido moneda de metales mezclados para dar á vuestra merced; pero que no queria enviarla hasta que yo la viese, y por servir á vuestra merced no excusé el pasar mas allá del rio para verla y prepararla. El dia después de San Juan iré allá, y la enviaré á Florida de Tustebeque, y la mayor copia de hachetas que pudiere. Los indianos tienen algunas, y las han trasportado desde sus villas á Uluta y Titiquipaque. Yo pedí de ellas al Cacique y á Cristóbal, y me dijeron no tenian. Y es general opinion que las hubiesen tomado de este año, que Juan Limpias dijo públicamente cómo sus indianos decian que Marin cuando vino habia puesto un tributo ó gabela á todas las villas de los españoles, y á cada casa, de cuarenta mandorlas al dia, y que le habia dicho que no nos diesen oro ni metal mezclado, sino solamente de comer, porque estábamos aquí solamente para guardar este rio, porque el oro era para vuestra merced, y el metal mezclado para Marin; y es cierto que Juan de Limpias dijo esto muchas veces estando yo presente, el teniente y otros muchos.

Los esclavos que yo traje de vuestra merced, que son treinta y cuatro, mediante á ser mujeres y muchachos, si se llevasen á la ciudad moririan todos en el camino; por cuya razon me pareció que al presente estarian mejor en Oluta, hasta que avisase vuestra merced si le pareciese mejor el conducirlos á Corusca ó á Villarica, puesto que allí tiene vuestra merced casas y demás provision donde pueden estar, y ser aquel paraje caliente, con lo que pueden estar sanos; y si á vuestra merced parece que se vendan, me avise de lo que sea mas de su agrado, para que se ponga en ejecucion; si vuestra merced mandare que se vendan, le suplico sea al fiado, porque no hay en esta villa hombre que tenga un maravedí. No tengo mas que escribir á vuestra merced al presente; pero sí le suplico que suspenda la division de los lugares hasta que vuestra merced sea informado de todo lo que llevo dicho, porque de esta forma se ayudará este villaje; de otra forma la division será como de hurto; y así, cada dia irán personas de aquí á enfadar á vuestra merced, como siempre por esta causa lo han hecho.—Dios nuestro Señor conserve la magnífica persona de vuestra merced, y le aumente su estado como desea.

SUMARIO

DE LA

NATURAL HISTORIA DE LAS INDIAS,

POR

GONZALO HERNANDEZ DE OVIEDO Y VALDÉS;

DIRIGIDO

Á LA SACRA, CATÓLICA, CESAREA Y REAL MAJESTAD DEL EMPERADOR NUESTRO SEÑOR.

Sacra, católica, cesárea, real, Majestad: La cosa que mas conserva y sostiene las obras de natura en la memoria de los mortales, son las historias y libros en que se hallan escritas; y aquellas por mas verdaderas y auténticas se estiman, que por vista de ojos el comedido entendimiento del hombre que por el mundo ha andado se ocupó en escrebirlas, y dijo lo que pudo ver y entendió de semejantes materias. Esta fué la opinion de Plinio, el cual, mejor que otro autor en lo que toca á la natural historia, en treinta y siete libros, en un volúmen dirigido á Vespasiano, emperador, escribió; y como prudente historial, lo que oyó, dijo á quién, y lo que leyó, atribuye á los autores que antes que él lo notaron; y lo que él vido, como testigo de vista, acumuló en la sobredicha su historia. Imitando al mismo, quiero yo, en esta breve suma, traer á la real memoria de vuestra majestad lo que he visto en vuestro imperio occidental de las Indias, islas y tierra-firme del mar Océano, donde há doce años que pasé por veedor de las fundiciones del oro, por mandado del Católico rey don Fernando, quinto de tal nombre, que en gloria está, abuelo de vuestra majestad, y después de sus dias he servido, y espero servir lo que de la vida me quedare, en aquellas partes á vuestra majestad. Todo lo cual, y otras muchas cosas de esta calidad, muy mas copiosamente yo tengo escrito, y está en los originales y crónica que yo escribo desde que tuve edad para ocuparme en semejante materia, así de lo que pasó en España desde el año de 1490 años hasta aquí, como fuera de ella, en las partes y reinos que yo he estado; distinguiendo la crónica y vidas de los Católicos reyes don Fernando y doña Isabel, de gloriosa memoria, hasta el fin de sus dias, de lo que después de vuestra bienaventurada sucesion se ha ofrecido. Demás de esto, tengo aparte escrito todo lo que he podido comprehender y notar de las cosas de Indias; y porque todo aquello está en la cibdad de Santo Domingo, de la isla Española, donde tengo mi casa y asiento y mujer y hijos, y aquí no truje ni hay de esta escritura mas de lo que en la memoria está y puedo de ella aquí recoger, determino, para dar á vuestra majestad alguna recreacion, de resumir en aqueste reportorio algo de lo que me paresce; que aunque acá se haya escrito y testigos de vista lo hayan dicho, no será tan apuntadamente en todas estas cosas como aquí se dirá; aunque en algunas de ellas, ó en todas, hayan hablado la verdad los que á estas partes vienen á negociar ó entender en otras cosas que de mas interese les pueden ser; los cuales quitan de la memoria las cosas de esta calidad, porque con menos atencion las miran y consideran que el que por natural inclinacion, como yo, ha deseado saberlas, y por la obra ha puesto los ojos en ellas. Aqueste sumario no contradirá lo que, como he dicho, mas extensamente tengo escrito; pero será solamente para el efecto que he dicho, en tanto que Dios me lleva á mi casa, para enviar desde allí todo lo que tengo penetrado y entendido de esta verdadera historia; á la cual dando principio, digo así: Que, como es notorio, don Cristóbal Colon, primero almirante de estas Indias, las descubrió en tiempo de los

Católicos reyes don Fernando y doña Isabel, abuelos de vuestra majestad, en el año de 1491 años, y vino á Barcelona en el de 1492, con los primeros indios y muestras de las riquezas, y noticias de este imperio occidental; el cual servicio hasta hoy es uno de los mayores que ningun vasallo pudo hacer á su príncipe, y tan útil á sus reinos como es notorio; y digo tan útil, porque hablando la verdad, yo no tengo por castellano ni buen español al hombre que esto desconociese. Pero porque aquesto está mas particularmente dicho y escrito por mí donde he dicho, no quiero decir en esta materia otra cosa, sino, abreviando lo que de suso prometí, especificar algunas cosas, las cuales serán muy pocas, á respeto de los millares que de esta calidad se pueden decir. E primeramente trataré del camino y navegacion, y tras aquesto diré de la manera de gente que en aquellas partes habitan; y tras esto, de los animales terrestres y de las aves y de los rios y fuentes y mares y pescados, y de las plantas y yerbas y cosas que produce la tierra, y de algunos ritos y ceremonias de aquellas gentes salvajes. Pero porque ya yo estoy despachado para volver á aquella tierra y ir á servir á vuestra majestad en ella, si no fuere tan ordenado lo que aquí será contenido, ni por tanta regla dicho como me ofrezco que estará en el tratado que he dicho que tengo copioso de todo ello, no mire vuestra majestad en esto, sino en la novedad de lo que quiero decir, que es el fin con que á esto me muevo; lo cual digo y escribo por tanta verdad como ello es, como lo podrán decir muchos testigos fidedignos que en aquellas partes han estado, que viven en estos reinos, y otros que al presente en esta corte de vuestra majestad hoy están y aquí andan, que en aquellas partes viven.

SUMARIO

DE LA

NATURAL HISTORIA DE LAS INDIAS.

CAPITULO PRIMERO.

De la navegacion.

La navegacion desde España que comunmente se hace para las Indias, es desde Sevilla, donde vuestra majestad tiene su casa real de contratacion para aquellas partes, y sus oficiales, de los cuales toman licencia los capitanes y maestres de las naos que aquel viaje hacen, y se embarcan en Sant Lúcar de Barrameda, donde el rio de Guadalquevir entra en el mar Océano, y de allí siguen su derrota para las islas de Canaria, y comunmente tocan en una de dos de aquellas siete, que son y es en Gran Canaria ó en la Gomera; y allí los navíos toman refresco de agua y leña, y quesos y carnes frescas, y otras cosas, las que les parece que deben añadir sobre el principal bastimento, que ya desde España llevan. A estas islas, desde España, tardan comunmente ocho dias, poco mas ó menos; y llegados allí, han andado docientas y cincuenta leguas. De las dichas islas, tornando á proseguir el camino, tardan los navíos veinte y cinco dias, poco mas ó menos, hasta ver la primera tierra de las islas que están antes de la que llamamos Española; y la tierra que comunmente se suele ver primero es una de las islas que llaman Todos Santos, Marigalante, la Deseada, Matitino, la Dominica, Guadalupe, Sant Cristóbal, etc., ó alguna de las otras muchas que están con las susodichas. Pero algunas veces acaesce que los navíos pasan sin ver ninguna de las dichas islas ni de cuantas en aquel paraje hay, hasta que ven la isla de San Juan, ó la Española, ó la de Jamáica, ó la de Cuba, que están mas adelante, ó por ventura ninguna de todas ellas, hasta dar en la Tierra-Firme; pero aquesto acaesce cuando el piloto no es diestro en la navegacion. Pero haciéndose el viaje con marineros diestros, de los cuales ya hay muchos, siempre se reconosce una de las primeras islas que es dicho, y hasta allí se navegan nuevecientas leguas desde las islas de Canaria, ó mas; y de allí hasta llegar á la cibdad de Santo Domingo, que es en la isla Española, hay ciento y cincuenta leguas; así que desde España hasta allí hay mil y trecientas leguas; pero como se navegan bien, se andan mil y quinientas y mas. Tárdase en el viaje comunmente treinta y cinco ó cuarenta dias; esto lo mas continuadamente, no tomando los extremos de los que tardan mucho mas ó llegan muy mas presto; porque aquí no se ha de entender sino lo que las mas veces acaesce. La vuelta desde aquellas partes á estas suele ser de algo mas tiempo, así como hasta cincuenta dias, poco mas ó menos. No obstante lo cual, en este presente año de 1525 han venido cuatro naos desde Santo Domingo á Sant Lúcar de España en veinte y cinco dias; pero, como dicho es, no habemos de juzgar lo que raras veces se hace, sino lo que es mas ordinario. Es la navegacion muy segura y muy usada hasta la dicha isla; y desde ella á Tierra-Firme atraviesan las naos en cinco, y seis, y siete dias, y mas, segun á la parte donde van guiadas; porque la dicha Tierra-Firme es muy grande, y hay diversas navegaciones y derrotas para ella. Pero la tierra que está mas cerca de esta isla y está enfrente de Santo Domingo es aquesta. Todo esto es mejor remitirlo á las cartas de navegar y cosmografía nueva, la cual ignorada por Tolomeo y los antiguos, ninguna cosa de ella hablaron; pero porque aquesto no es menester para aquí, iré á las otras particularidades, donde me deterné mas que en aquesto, que es mas para la general historia que destas Indias yo escribo, que no para este lugar.

CAPITULO II.

De la isla Española.

La isla Española tiene de longitud, desde la punta de Higuey hasta el cabo del Tiburon, mas de ciento y cincuenta leguas; y de latitud, desde la costa ó playa de Navidad, que es al norte, hasta cabo de Lobos, que es de la banda del sur, cincuenta leguas. Está la propria cibdad en diez y nueve grados á la parte del mediodía. Hay en esta isla muy hermosos rios y fuentes, y algunos de ellos muy caudales, así como el de la Ozama, que es el que entra en la mar, en la cibdad de Santo Domingo; y otro, que se llama Reiva, que pasa cerca de la villa de Sant Juan de la Maguana; y otro que se dice Batibonico, y otro que se dice Bayna, y otro Nizao, y otros menores, que no curo de expresar. Hay en esta isla un lagó que comienza á dos leguas de la mar, cerca de la villa de la Yaguana, que tura quince leguas ó mas hácia el Oriente, y en algunas partes es ancho una, y dos, y tres leguas, y en las otras partes todas es mas angosto mucho, y es salado en la mayor parte de él, y en algunas es dulce, en especial donde entran en él algunos rios y fuentes. Pero la verdad es que es ojo de mar, la cual está muy cerca de él; y hay muchos pescados de diversas maneras en el dicho lago, en especial grandes tiburones,

que de la mar entran en él por debajo de tierra, ó por aquel lugar ó partes que por debajo de ella la mar espira y procrea el dicho lago, y esto es la mayor opinion de los que el dicho lago han visto. Aquesta isla fué muy poblada de indios, y hubo en ella dos reyes grandes, que fueron Caonabo y Guarionex, y después sucedió en el señorío Anacoana. Pero porque tampoco quiero decir la manera de la conquista, ni la causa de haberse apocado los indios, por no me detener ni decir lo que larga y verdaderamente tengo en otra parte escrito, y porque no es esto de lo que he de tratar, sino de otras particularidades de que vuestra majestad no debe tener tanta noticia, ó se le pueden haber olvidado, resolviéndome en lo que de aquesta isla aquí pensé decir, digo que los indios que al presente hay son pocos, y los cristianos no son tantos cuantos debria haber, por causa que muchos de los que en aquella isla habia se han pasado á las otras islas y Tierra-Firme; porque, demás de ser los hombres amigos de novedades, los que á aquellas partes van, por la mayor parte son mancebos, y no obligados por matrimonio á residir en parte alguna; y porque como se han descubierto y descubren cada dia otras tierras nuevas, parésceles que en las otras hinchirian mas aína la bolsa; y aunque así haya acaescido á algunos, los mas se han engañado, en especial los que ya tenian casas y asientos en esta isla; porque sin ninguna duda yo creo, conformándome con el parescer de muchos, que si un príncipe no toviese mas señorío de aquesta isla sola, en breve tiempo seria tal, que ni le haria ventaja Sicilia ni Inglaterra, ni al presente hay de qué pueda tener envidia á ninguna de las que es dicho; antes lo que en la isla Española sobra podria hacer ricas á muchas provincias y reinos; porque, demás de haber mas ricas minas y de mejor oro que hasta hoy en parte del mundo en tanta cantidad se ha hallado ni descubierto, allí hay tanto algodon producido de la natura, que si se diese á lo labrar y curar de ello, mas y mejor que en parte del mundo se haria. Allí hay tanta cañafístola y tan excelente, que ya se trae á España en mucha cantidad, y desde ella se lleva y reparte por muchas partes del mundo; y vase aumentando tanto, que es cosa de admiracion. En aquella isla hay muchos y muy ricos ingenios de azúcar, la cual es muy perfecta y buena; y tanta, que las naos vienen cargadas de ella cada un año. Allí todas las cosas que se siembran y cultivan de las que hay en España, se hacen muy mejor y en mas cantidad que en parte de nuestra Europa; y aquellas se dejan de hacer y multiplicar, de las cuales los hombres se descuidan ó no curan, porque quieren el tiempo que las han de esperar para le ocupar en otras ganancias y cosas que mas presto hinchan la medida de los cobdiciosos, que no han gana de perseverar en aquellas partes. De esta causa no se dan á hacer pan ni á poner viñas, porque en aquel tiempo que estas cosas tardaran en dar fruto, las hallan en buenos precios y se las llevan las naos desde España; y labrando minas, ó ejercitándose en la mercadería, ó en pesquerías de perlas, ó en otros ejercicios, como he dicho, mas presto allegan hacienda de lo que la juntarian por la via del sembrar el pan ó poner viñas; cuanto mas que ya algunos, en especial quien piensa perseverar en la tierra, se dan á ponerlas. Asimismo hay muchas frutas naturales de la misma tierra, y de las que de España se han llevado, todas las que se han puesto se hacen muy bien. E porque particularmente se tratará adelante de estas cosas que por su orígen la misma isla y las otras partes de las Indias se tenian, y hallaron en ellas los cristianos, digo que de las que llevaron de España hay en aquella isla, en todos los tiempos del año, mucha y buena hortaliza de todas maneras, muchos ganados y buenos, muchos naranjos dulces y agros, y muy hermosos limones y cidros, y de todos estos agros muy gran cantidad; hay muchos higos todo el año, y muchas palmas de dátiles, y otros árboles y plantas que de España se han llevado. En esta isla ningun animal de cuatro piés habia, sino dos maneras de animales muy pequeñicos, que se llaman hutia y cori, que son cuasi á manera de conejos. Todos los de demás que hay al presente se han llevado de España, de los cuales no me paresce que hay que hablar, pues de acá se llevaron, ni que se deba notar mas principalmente que la mucha cantidad en que se han aumentado así el ganado vacuno como los otros; pero en especial las vacas, de las cuales hay tantas, que son muchos los señores de ganados que pasan de mil, y dos mil cabezas, y hartos que pasan de tres, y cuatro mil cabezas, y tal que llega á mas de ocho mil. De quinientas y algunas mas, ó poco menos, son muchos los que las alcanzan; y la verdad es que la tierra es de los mejores pastos del mundo para semejante ganado, y de muy lindas aguas y templados aires; y así, las reses son mayores y mas hermosas mucho que todas las que hay en España; y como el tiempo en aquellas partes es suave y de ningun frio, nunca están flacas ni de mal sabor. Asimismo hay mucho ganado ovejuno, y puercos en gran cantidad, de los cuales y de las vacas muchos se han hecho salvajes; y asimismo muchos perros y gatos de los que se llevaron de España para servicio de los pobladores que allá han pasado, se fueron al monte, y hay muchos de ellos y muy malos, en especial perros, que se comen ya algunas reses por descuido de los pastores, que mal las guardan. Hay muchas yeguas y caballos, y todos los otros animales de que los hombres se sirven en España, que se han aumentado de los que desde ella se han llevado. Hay algunos pueblos, aunque pequeños, en la dicha isla, de los cuales no curaré de decir otra cosa sino que todos están en sitios y provincias que andando el tiempo crescerán y se ennoblescerán, en virtud de la fertilidad y abundancia de la tierra; pero del principal de ellos, que es la cibdad de Santo Domingo, mas particularmente hablando, digo que cuanto á los edificios, ningun pueblo de España, tanto por tanto, aunque sea Barcelona, la cual yo he muy bien visto muchas veces, le hace ventaja generalmente; porque todas las casas de Santo Domingo son de piedra como las de Barcelona, por la mayor parte, ó de tan hermosas tapias y tan fuertes, que es muy singular argamasa, y el asiento muy mejor que el de Barcelona, porque las calles son tanto y mas llanas y muy mas anchas, y sin comparacion mas derechas; porque como se ha fundado en nuestros tiempos, demás de la oportunidad y aparejo de la disposicion para su fundamento, fué trazada con regla y compás, y á una medida las calles to-

das, en lo cual tiene mucha ventaja á todas las poblaciones que he visto. Tiene tan cerca la mar, que por la una parte no hay entre ella y la cibdad mas espacio de la ronda, y aquesta es de hasta cincuenta pasos de ancho donde mas espacio se aparta, y por aquella parte baten las ondas en viva peña y costa brava; y por otra parte, al costado y pié de las casas pasa el rio Ozama, que es maravilloso puerto, y surgen las naos cargadas junto á tierra y debajo de las ventanas, y no mas léjos de la boca por donde el rio entra en la mar, de lo que hay desde el pié del cerro de Monjuich al monasterio de Sant Francisco ó á la lonja de Barcelona; y en medio de este espacio está en la dicha cibdad la fortaleza y castillo, debajo del cual, y á veinte pasos de él, pasan las naos á surgir algo mas adelante en el mismo rio; y desde que las naos entran en él hasta que echan el áncora no se desvian de las casas de la cibdad treinta ó cuarenta pasos, sino al luengo de ella, porque de aquella parte la poblacion está junto al agua del rio. Digo que de tal manera tan hermoso puerto ni de tal descargazon no se halla en mucha parte del mundo. Los vecinos que en esta cibdad puede haber, serán en número de setecientos, y de casas tales como he dicho, y algunas de particulares tan buenas, que cualquiera de los grandes de Castilla se podrian muy bien aposentar en ellas, y señaladamente la que el almirante don Diego Colon, visorey de vuestra majestad, allí tiene, es tal, que ninguna sé yo en España de un cuarto que tal le tenga, atentas las calidades de ella, así el asiento, que es sobre el dicho puerto, como en ser toda de piedra, y muy buenas piezas y muchas, y de la mas hermosa vista de mar y tierra que ser puede; y para los otros cuartos que están por labrar de esta casa, tiene la disposicion conforme á lo que está acabado, que es tanto, que, como he dicho, vuestra majestad podria estar tan bien aposentado como en una de las mas cumplidas casas de Castilla. Hay asimismo una iglesia catedral, que agora se labra, donde así el obispo como las dignidades y canónigos de ella están muy bien dotados; y segun el aparejo que hay de materiales y la continuacion de la labor, espérase que muy presto será acabada y asaz suntuosa, y de buena proporcion y gentil edificio por lo que yo vi ya hecho de ella. Hay asimismo tres monesterios, que son Santo Domingo y Sant Francisco y Santa María de la Merced; asimismo de muy gentiles edificios, pero moderados, y no tan curiosos como los de España. Pero hablando sin perjuicio de ninguna casa de religiosos, puede vuestra majestad tener por cierto que en estas tres casas se sirve Dios mucho, porque verdaderamente hay en ellas santos religiosos y de grande ejemplo. Hay asimismo un muy gentil hospital, donde los pobres son recogidos y bien tratados, que el tesorero de vuestra majestad, Miguel de Pasamonte, fundó. Vase cada dia aumentando y enoblesciendo esta cibdad, y siempre será mejor, así porque en ella reside el dicho almirante visorey, y la audiencia y chancillería real que vuestra majestad en aquellas partes tiene, como porque de los que en aquella isla viven, los mas de los que mas tienen, son vecinos de la dicha cibdad de Santo Domingo.

CAPITULO III.

De la gente natural de esta isla, y de otras particularidades de ella.

La gente de esta isla es de estatura algo menor que la de España comunmente, y de color loros claros. Tienen mujeres proprias, y ninguno de ellos toma por mujer á su hija propria ni hermana, ni se echa con su madre; y en todos los otros grados usan con ellas seyendo ó no siendo sus mujeres. Tienen las frentes anchas y los cabellos negros y muy llanos, y ninguna barba ni pelos en ninguna parte de la persona, así los hombres como las mujeres; y cuando alguno ó alguna tiene algo de esto, es entre mil uno y rarísimo: andan desnudos como nascieron, salvo que en las partes que menos se deben mostrar traen delante una pampanilla, que es un pedazo de lienzo ó otra tela, tamaño como una mano; pero no con tanto aviso puesto, que se deje de ver cuanto tienen. Mas parésceme conveniente cosa, antes que adelante se proceda, decir la manera del pan y mantenimiento que estos indios de esta isla tienen, porque menos nos quede que decir en lo de Tierra-Firme; porque cuanto á esta parte los unos y los otros cuasi tienen un mantenimiento.

CAPITULO IV.

Del pan de los indios, que hacen del maíz.

En la dicha isla Española tienen los indios y los cristianos, que después usan comer el pan de estos indios, dos maneras de ello. La una es maíz, que es grano, y la otra cazabi, que es raíz. El maíz se siembra y coge de esta manera: esto es un grano que nace en unas mazorcas de un geme, y mas y menos longueza, llenas de granos cuasi tan gruesos como garbanzos; y para los sembrar, lo que se hace primero es talar los cañaverales y monte donde lo quieren sembrar, porque la tierra donde nace yerba, y no árboles y cañas, no es tan fértil, y después que se ha hecho aquella tala ó roza, quémase; y después de quemada la tierra que así se taló, queda de aquella ceniza un temple á la tierra, mejor que si se estercolara; y toma el indio un palo en la mano, tan alto como él, y da un golpe de punta en tierra y sácale luego, y en aquel agujero que hizo echa con la otra mano siete ó ocho granos poco mas ó menos del dicho maíz, y da luego otro paso adelante y hace lo mismo, y de esta manera á compás prosigue hasta que llega al cabo de la tierra que siembra, y va poniendo la dicha simiente; y á los costados del tal indio van otros en ala haciendo lo mismo, y de esta manera tornan á dar al contrario la vuelta sembrando, y así continuándolo hasta que acaban. Este maíz desde á pocos dias nace, porque en cuatro meses se coge, y alguno hay mas temprano, que viene desde á tres; pero así como va nasciendo tienen cuidado de lo desherbar, hasta que está tan alto, que va ya el maíz señoreando la yerba; y como está ya bien crescido y comienza á granar, es menester ponerle guarda, en lo cual los indios ocupan los muchachos, que á este respecto hacen estar encima de árboles y cadahalsos que ellos hacen de cañas y de maderas, cubiertos por el agua y el sol de suso, y desde allí dan grita y voces, ojeando los papagayos, que vienen muchos á comer los dichos maizales. Este pan tiene la caña ó hasta en que

nace, tan gruesa como el dedo menor de la mano, y algo menos, y alguno algo mas, y cresce mas alto comunmente que la estatura del hombre, y la hoja es como la de la caña comun de acá, salvo que es mas luenga y mas domable, y no tan áspera, pero no menos angosta. Echa cada caña una mazorca, en que hay docientos, y trecientos, y quinientos, y muchos mas y menos granos, segun la grandeza de la mazorca, y algunas cañas echan dos y tres mazorcas, y cada mazorca está envuelta en tres ó cuatro, ó á lo menos en dos hojas ó cáscaras juntas, y justas á ella, ásperas algo, y cuasi de la tez ó género de las hojas de la caña en que nace, y está el grano envuelto de manera, que está muy guardado del sol y del aire, y allí dentro se sazona, y como está seco se coge. Pero los papagayos y los monos gatos mucho daño hacen en ello, si no se guarda de los monos: en la isla seguros están, porque (como primero se dijo) ninguna cosa de cuatro piés, mas de coris y hutias, no habia en ella, y estos dos animales no lo comen; pero los puercos agora hacen daño, y en la Tierra-Firme mas, porque siempre los hubo salvajes, y muchos ciervos y gatos monos que comen los maizales. E por tanto, así por las aves como por los animales, conviene haber vigilante y continua guarda en tanto que en el campo está el maíz; y esto se aprendió todo de los indios, y de la misma manera lo hacen los cristianos que en aquella tierra viven. Suele dar una hanega de sembradura veinte, y treinta, y cincuenta, y ochenta, y en algunas partes mas de cien hanegas. Cogido este pan y puesto en casa, se come de esta manera: en las islas comíanlo en grano tostado, ó estando tierno cuasi en leche; y después que los cristianos allí poblaron, dase á los caballos y bestias de que se sirven, y esles muy grande mantenimiento; pero en Tierra-Firme tienen otro uso de este pan los indios, y es de esta manera: las indias especialmente lo muelen en una piedra algo concavada con otra redonda que en las manos traen á fuerza de brazos, como suelen los pintores moler las colores, y echando de poco en poco poca agua, la cual así moliendo se mezcla con el maíz, y sale de allí una manera de pasta como masa, y toman un poco de aquello y envuélvenlo en una hoja de yerba, que ya ellos tienen para esto, ó en una hoja de la caña del proprio maíz ó otra semejante, y échanlo en las brasas, y ásase, y enduréscese, y tórnase como pan blanco y hace su corteza por desuso, y de dentro de este bollo está la miga algo mas tierna que la corteza; y hase de comer caliente, porque estando frio, ni tiene tan buen sabor ni es tan bueno de mascar, porque está mas seco y áspero. Tambien estos bollos se cuecen, pero no tienen tan buen gusto; y este pan, después de cocido ó asado, no se sostiene sino muy pocos dias, y luego, desde á cuatro ó cinco dias, se mohece y no está de comer.

CAPITULO V.

Otra manera de pan que hacen los indios, de una planta que llaman yuca.

Hay otra manera de pan que se llama cazabi, que se hace de unas raíces de una planta que los indios llaman yuca; esto no es grano, sino planta, la cual es unas plantas que hacen unas varas mas altas que un hombre, y tiene la hoja de la misma manera que el cáñamo, como una palma de una mano de un hombre, abiertos y tendidos los dedos; salvo que aquesta hoja es mayor y mas gruesa que la del cáñamo, y toman para la sembrar esta rama de esta planta, y hácenla trozos tan grandes como dos palmos, y algunos hombres hacen montones de tierra á trechos y por linderos en órden, como en este reino de Toledo ponen las cepas de las viñas á compás, y en cada monton ponen cinco ó seis ó mas de aquellos palos desta planta; otros no curan de hacer montones, sino llana la tierra, hincan á trechos estos plantones, pero primero han rozado ó talado y quemado el monte para sembrar la dicha yuca, segun se dijo en el capítulo del maíz, escrito antes de este, y desde á pocos dias nasce, porque luego prende; y así como va cresciendo la yuca, así van alimpiando el terreno de la yerba, hasta que esta planta señorea la dicha yerba; y esta no tiene peligro de las aves, pero tiénele mucho de los puercos, si no es de la que mata, que ellos no osan comer, porque reventarian comiéndola; pero hay otra que no mata, que es menester guardarla á causa del hozar, porque el fruto desto nasce en las raíces de las dichas plantas, entre las cuales se hacen unas mazorcas como zanahorias gruesas y muy mayores comunmente, y tienen una corteza áspera y cuasi la color como leonada, entre parda, y de dentro está muy blanca, y para hacer pan de ella, que llaman cazabi, rállanla, y después aquello rallado, estrújanlo en un cibucan, que es una manera de talega, de diez palmos ó mas de luengo, y gruesa como la pierna, que los indios hacen de palmas, como estera tejido, y con aquel dicho cibucan torciéndole mucho, como se suele hacer cuando de las almendras majadas se quiere sacar la leche, y aquel zumo que salió desta yuca, y es mortífero y potentísimo veneno, porque con un trago súbito mata; pero aquello que quedó después de sacado el dicho zumo ó agua de la yuca, y que queda como un salvado liento, tómanlo, y ponen al fuego una cazuela de barro llana, del tamaño que quieren hacer el pan, y está muy caliente, y no hacen sino desparcir de aquella cibera expremida muy bien, sin que quede ningun zumo en ella, y luego se cuaja y se hace una torta del gordor que quieren, y del tamaño de la dicha cazuela en que la cuecen, y como está cuajada, sácanla y cúranla, poniéndola algunas veces al sol, y después la comen, y es buen pan; pero es de saber que aquella agua que primero se dijo que habia salido de la dicha yuca, dándole ciertos hervores y poniéndola al sereno ciertos dias, se torna dulce, y se sirven y aprovechan de ella como de miel ó otro licor dulce, para lo mezclar con otros manjares; y después tambien tornándola á hervir y serenar, se torna agro aquel zumo, y sirve de vinagre en lo que le quieren usar y comer, sin peligro alguno. Este pan de cazabi se sostiene un año y mas, y lo llevan de unas partes á otras muy léjos, sin se corromper ni dañar, y aun tambien por la mar es buen mantenimiento, y se navega con él por todas aquellas partes y islas y Tierra-Firme, sin que se dañe si no se moja. Esta yuca de este género, que el zumo della mata, como es dicho, la hay en gran cantidad en las islas de Sant Juan y Cuba y Jamáica y la Es-

pañola; pero tambien hay otra que se llama boniata, que no mata el zumo de ella, antes se come la yuca asada, como zanahorias, y en vino y sin él, y es buen manjar; y en Tierra-Firme toda la yuca es de esta boniata, y yo la he comido muchas veces, como he dicho, porque en aquella tierra no curan de hacer cazabi de ella todos, sino algunos, y comunmente la comen de la manera que he dicho, asada en el rescoldo de la brasa, y es muy buena. Pero la del zumo que mata es en las islas donde ha acaescido estar algun cacique ó principal indio, y otros muchos con él, y por su voluntad matarse muchos juntos; y después que el principal, por exhortacion del demonio, decia á todos los que se querian matar con él, las causas que le parescia para los atraer á su diabólico fin, tomaban sendos tragos del agua ó zumo de la yuca, y súbitamente morian todos, sin remedio alguno. Esta yuca no llega á su perfeccion ni está de coger hasta que pasan diez meses ó un año que está sembrada, y cuando está de esta edad la comienzan de gastar ó aprovecharse de ella.

CAPITULO VI.

De los mantenimientos de los indios, allende del pan que es dicho.

Pues se ha dicho del pan de los indios, dígase de los otros mantenimientos que en la dicha isla usaban, con que se sostenian, demás de las frutas y pescados; que esto está remitido adelante, por ser comun en todas las Indias; pero allende de aquello, comian los indios aquellos cories y hutias de que atrás se hizo mencion, y las hutias son cuasi como ratones, ó tienen con ellos algun deudo ó proximidad; y los cories son como conejos ó gazapos chicos, y no hacen mal, y son muy lindos, y haylos blancos del todo, y algunos blancos y bermejos y de otras colores. Comian asimismo una manera de sierpes que en la vista son muy fieras y espantables, pero no hacen mal, ni está averiguado si son animal ó pescado, porque ellas andan en el agua y en los árboles y por tierra, y tienen cuatro piés, y son mayores que conejos, y tienen la cola como lagarto, y la piel toda pintada, y de aquella manera de pellejo, aunque diverso y apartado en la pintura, y por el cerro ó espinazo unas espinas levantadas, y agudos dientes y colmillos, y un papo muy largo y ancho, que le cuelga desde la barba al pecho, de la misma tez ó suerte del otro cuero y callada, que ni gime ni grita ni suena, y estase atada á un pié de un arca, ó donde quiera que la aten, sin hacer mal alguno ni ruido, diez, y quince, y veinte dias, sin comer ni beber cosa alguna; pero tambien les dan de comer algun poco cazabi ó de otra cosa semejante, y lo comen, y es de cuatro piés, y tiene las manos largas, y complidos los dedos, y uñas largas como de ave, pero flacas, y no de presa, y es muy mejor de comer que de ver; porque pocos hombres habrá que la osen comer, si la ven viva (excepto aquellos que ya en aquella tierra son usados á pasar por ese temor y otros mayores en efecto; que aqueste no lo es sino en la apariencia). La carne della es tan buena ó mejor que la del conejo, y es sana, pero no para los que han tenido el mal de las buas, porque aquellos que han seido tocados de esta enfermedad (aunque haya mucho tiempo que están sanos) les hace daño, y se quejan deste pasto los que lo han probado, segun á muchos (que en sus personas lo podian con verdad experimentar) lo he yo muchas veces oido.

CAPITULO VII.

De las aves de la isla Española.

De las aves que en esta isla hay no he hablado, pero digo que he andado mas de ochenta leguas por tierra, que hay desde la villa de la Yaguana á la cibdad de Santo Domingo, y he hecho este camino mas de una vez, y en ninguna parte vi menos aves que en aquella isla; pero porque todas las que en ella vi, las hay en Tierra-Firme, yo diré en su lugar adelante mas largamente lo que en este artículo ó parte se debe especificar; solamente digo que gallinas de las de España hay muchas, y muy buenos capones. E tampoco en lo que toca á las frutas naturales de la tierra y á otras plantas y yerbas, y á los pescados de mar y de agua dulce, no curaré de ponerlo aquí en esta relacion de la Española, porque todo lo hay en la Tierra-Firme mas copiosamente, y otras muchas mas cosas que adelante en su lugar se dirán.

CAPITULO VIII.

De la isla de Cuba y otras.

De la isla de Cuba y de otras, que son San Juan y Jamáica, todas estas cosas que se han dicho de la gente y otras particularidades de la isla Española, se pueden decir, aunque no tan copiosamente, porque son menores; pero en todas ellas hay lo mismo, así en mineros de oro y cobre, y ganados y árboles y plantas, y pescados y todo lo que es dicho; pero tampoco en ninguna de estotras islas habia animal de cuatro piés, como en la Española, hasta que los cristianos los llevaron á ellas, y al presente en cada una hay mucha cantidad, y asímismo mucho azúcar y cañafístola, y todo lo demás que es dicho; pero hay en la dicha isla de Cuba una manera de perdices que son pequeñas, y son cuasi de especie de tórtolas en la pluma, pero muy mejores en el sabor, y tómanse en grandísimo número; y traidas vivas á casa y bravas, en tres ó cuatro dias andan tan domésticas como si en casa nascieran, y engordan en mucha manera; y sin duda es un manjar muy delicado en el sabor, y que yo le tengo por mejor que las perdices de España, porque no son de tan recia digestion. Pero dejado aparte todo lo que es dicho, dos cosas admirables hay en la dicha isla de Cuba, que á mi parecer jamás se oyeron ni escribieron. La una es, que hay un valle que tura dos ó tres leguas entre dos sierras ó montes, el cual está lleno de pelotas de lombardas guijeñas, y de género de piedra muy fuerte, y redondísimas, en tanta manera, que con ningun artificio se podrian hacer mas iguales ó redondas cada una, en el ser que tiene; y hay de ellas desde tan pequeñas como pelotas de escopeta, y de ahí adelante de mas en mas grosor cresciendo; las hay tan gruesas como las quisieren para cualquier artillería, aunque sea para tiros que las demanden de un quintal, y de dos y mas cantidad, y groseza cual la quisieren. E hallan estas piedras en todo aquel valle, como minero de ellas, y ca-

vando las sacan segun que las quieren ó han menester. La otra cosa es, que en la dicha isla, y no muy desviado de la mar, sale de una montaña un licor ó betun á manera de pez ó brea, y muy suficiente y tal cual conviene para brear los navíos; de la cual materia, entrada en la mar continuamente mucha copia della, se andan sobre el agua grandes balsas ó manchas, ó cantidades encima de las ondas, de unas partes á otras, segun las mueven los vientos, ó como se menean y corren las aguas de la mar de aquella costa donde este betun ó materia que es dicha anda.

Quinto Curcio, en su libro quinto, dice que Alejandre allegó á la cibdad de Memi, donde hay una gran caverna ó cueva, en la cual está una fuente que mirabilmente desparce gran copia de betun; de manera que fácil cosa es creer que los muros de Babilonia pudiesen ser murados de betun, segun el dicho autor dice, etc. No es solamente en la dicha isla de Cuba visto este minero de betun, porque otro tal hay en la Nueva-España, que há muy poco que se halló en la provincia que llaman Pánuco; el cual betun es muy mejor que el de Cuba, como se ha visto por experiencia, breando algunos navíos. Pero dejado aquesto aparte, y siguiendo el fin que me movió á escribir este reportorio, por reducir á la memoria algunas cosas notables de aquellas partes, y representarlas á vuestra majestad aunque no se me acordase de ellas por la órden, y tan copiosamente como las tengo escritas; antes que pase á hablar en Tierra-Firme, quiero decir aquí una manera de pescar que los indios de Cuba y Jamáica usan en la mar, y otra manera de caza y pesquería que tambien en estas dos islas los dichos indios de ellas hacen cuando cazan y pescan las ansares bravas, y es de esta manera: hay unos pescados tan grandes como un palmo, ó algo mas, que se llama pexe reverso, feo al parecer, pero de grandísimo ánimo y entendimiento; el cual acaesce que algunas veces, entre otros pescados, los toman en redes (de los cuales yo he comido muchos). E los indios, cuando quieren guardar y criar algunos de estos, tiénenlo en agua de la mar, y allí dánle á comer, y cuando quieren pescar con él, llévanle á la mar en su canoa ó barca, y tiénenlo allí en agua, y átanle una cuerda delgada, pero recia, y cuando ven algun pescado grande, así como tortuga ó sábalo, que los hay grandes en aquellas mares, ó otro cualquier que sea, que acaesce andar sobre aguados ó de manera que se pueden ver, el indio toma en la mano este pescado reverso y halágalo con la otra, diciéndole en su lengua que sea animoso y de buen corazon y diligente, y otras palabras exhortatorias á esfuerzo, y que mire que sea osado y afierre con el pescado mayor y mejor que allí viere; y cuando le paresce, le suelta y lanza hácia donde los pescados andan, y el dicho reverso va como una saeta, y afierra por un costado con una tortuga, ó en el vientre, ó donde puede, y pégase con ella ó con otro pescado grande, ó con el que quiere. El cual, como siente estar asido de aquel pequeño pescado, huye por la mar á una parte y á otra, y en tanto el indio no hace sino dar y alargar la cuerda de todo punto, la cual es de muchas brazas, y en el fin de ella va atado un corcho ó un palo, ó cosa ligera, por señal y que esté sobre el agua, y en poco proceso de tiempo, el pescado ó tortuga grande con quien el dicho reverso se aferró, cansado, viene hácia la costa de tierra, y el indio comienza á coger su cordel en su canoa ó barca, y cuando tiene pocas brazas por coger, comienza á tirar con tiento poco á poco, y tirar guiando el reverso y el pescado con quien está asido, hasta que se lleguen á la tierra, y como está á medio estado ó uno; las ondas mismas de la mar lo echan para fuera, y el indio asimismo le afierra y saca hasta lo poner en seco; y cuando ya está fuera del agua el pescado preso, con mucho tiento, poco á poco, y dando por muchas palabras las gracias al reverso de lo que ha hecho y trabajado, lo despega del otro pescado grande que así tomó, y viene tan apretado y fijo con él, que si con fuerza lo despegase, lo romperia ó despedazaria el dicho reverso; y es una tortuga de estas tan grande de las que así se toman, que dos indios y aun seis tienen harto que hacer en la llevar á cuestas hasta el pueblo, ó otro pescado que tamaño ó mayor sea, de los cuales el dicho reverso es verdugo ó huron para los tomar por la forma que es dicha. Este pescado reverso tiene unas escamas hechas á manera de gradas, ó como es el paladar ó mandíbula alta por de dentro de la boca del hombre ó de un caballo, y por allí unas espinicas delgadísimas y ásperas y recias, con que se afierra con los pescados que él quiere, y estas escamas de espinicas tiene en la mayor parte del cuerpo por de fuera. Pasando á lo segundo, que de suso se tocó en el tomar de las ansares bravas, sabrá vuestra majestad que al tiempo del paso de estas aves, pasan por aquellas islas muy grandes bandas de ellas, y son muy hermosas, porque son todas negras y los pechos y vientre blanco, y al rededor de los ojos unas berrugas redondas muy coloradas, que parescen muy verdaderos y finos corales, las cuales se juntan en el lagrimal y asimismo en el cabo del ojo, hácia el cuello, y de allí descienden por medio del pescuezo, por una línea ó en derecho, unas de otras estas berrugas, hasta en número de seis ó siete de ellas, ó pocas mas. Estas ansares en mucha cantidad se asientan á par de unas grandes lagunas que en aquellas islas hay, y los indios que por allí cerca viven echan allí unas grandes calabazas vacías y redondas, que se andan por encima del agua, y el viento las lleva de unas partes á otras, y las trae hasta las orillas, y las ansares al principio se escandalizan y levantan, y se apartan de allí, mirando las calabazas; pero como ven que no les hacen mal, poco á poco piérdenles el miedo, y de dia en dia, domesticándose con las calabazas, descuídanse tanto, que se atreven á subir muchas de las dichas ansares encima de ellas, y así se andan á una parte y á otra, segun el aire las mueve; de forma que cuando ya el indio conosce que las dichas ansares estan muy aseguradas y domésticas de la vista y movimiento y uso de las calabazas, pónese una de ellas en la cabeza hasta los hombros, y todo lo demás va debajo del agua y por un agujero pequeño mira adonde están las ansares, y pónese junto á ellas, y luego alguna salta encima, y como él lo siente, apártase muy paso, si quiere, nadando, sin ser entendido ni sentido de la que lleva sobre sí ni de otra; porque ha de creer vuestra majestad que en este caso

del nadar tienen la mayor habilidad los indios, que se puede pensar; y cuando está algo desviado de las otras ansares, y le parece que es tiempo, saca la mano y ásela por las piernas y métela debajo del agua, y ahógala y pónesela en la cinta, y torna de la misma manera á tomar otra y otras; y de esta forma y arte toman los dichos indios mucha cantidad de ellas. Tambien sin se desviar de allí, así como se le asienta encima, la toma como es dicho, y la mete debajo del agua, y se la pone en la cinta, y las otras no se van ni espantan, porque piensan que aquellas tales, ellas mismas se hayan zabullido por tomar algun pescado. E aquesto baste, cuanto á lo que toca á las islas, pues que en el trato y riquezas de ellas, no aquí, sino en la historia que escribo general de ellas, ninguna cosa está por escribir de lo que hasta hoy se sabe. E pasemos á lo que de Tierra-Firme puede colegir ó acordarse mi memoria; pero primero me ocurre una plaga que hay en la Española y esotras islas que están pobladas de cristianos; la cual ya no es tan ordinaria como fué en los principios que aquellas islas se conquistaron; y es que á los hombres se les hace en los piés entre cuero y carne, por industria de una pulga, ó cosa mucho menor que la mas pequeña pulga, que allí se entra, una bolsilla tan grande como un garbanzo, y se hinche de liendres, que es la labor que aquella cosa hace, y cuando no se saca con tiempo, labra de manera y auméntase aquella generacion de niguas (porque así se llama, nigua, este animalito), de forma que se pierden los hombres, de tollidos, y quedan mancos de los piés para siempre; que no es provecho de ellos.

CAPITULO IX.

De las cosas de la Tierra-Firme.

Los indios de Tierra-Firme, cuanto á la disposicion de las personas, son mayores algo y mas hombres y mejor hechos que los de las islas. En algunas partes son belicosos, y en otras no tanto. Pelean con diversas armas y maneras, segun en aquellas provincias ó partes donde las usan. Cuanto á lo que toca á sus casamientos, es de la manera que se dijo que se casan en las islas, porque en Tierra-Firme tampoco se casan con sus hijas ni hermanas ni con su madre; y no quiero aquí decir ni hablar en la Nueva-España, puesto que es parte de esta Tierra-Firme, porque aquello Hernando Cortés lo ha escrito segun á él le ha parescido, y hecho relacion por sus *Cartas* y mas copiosamente. Yo lo tengo asimismo acumulado en mis *Memoriales* por informacion de muchos testigos de vista, como hombre que he deseado inquerir y saber lo cierto, desde que el capitan que primero envió el adelantado Diego Velazquez desde Cuba, llamado Francisco Hernandez de Córdoba, descubrió, ó mejor diciendo, tocó primero en aquella tierra (porque descobridor, hablando verdad, ninguno se puede decir, sino el almirante primero de las Indias don Cristóbal Colon, padre del almirante don Diego Colon, que hoy es, por cuyo aviso y causa los otros han ido ó navegado por aquellas partes). E tras el dicho capitan Francisco Hernandez envió el dicho adelantado al capitan Juan de Grijalva, que vido mas de aquella tierra y costa; del cual fueron aquellas muestras que á vuestra majestad envió á Barcelona el año de 1519 años el dicho adelantado Diego Velazquez; y el tercero que por mandado del dicho adelantado á aquella tierra pasó fué el dicho capitan Hernando Cortés. Esto todo y lo demás se hallará copiosamente en mi *Tratado*, ó *General historia de Indias*, cuando vuestra majestad fuere servido que salga á luz. Así que, dejada la Nueva-España aparte, diré aquí algo de lo que en esotras provincias, ó á lo menos en aquellas de la gobernacion de Castilla del Oro, se ha visto, y por aquellas costas de la mar del Norte y algo de la mar del Sur. Pero porque no es cosa para dejarse de notar una singular y admirable cosa que yo he colegido de la mar Océana, y de que hasta hoy ningun cosmógrafo ni piloto ni marinero ni algun natural me ha satisfecho, digo así, que como á vuestra majestad es notorio y á todos los que han noticia de las cosas de la mar, y han bien considerado alguna parte de sus operaciones, aqueste grande mar Océano echa de sí por la boca del estrecho de Gibraltar el Mediterráneo mar, en el cual las aguas, desde la boca del dicho estrecho hasta el fin del dicho mar del Levante, en ninguna costa ni parte de este mar Mediterráneo la mar mengua ni crece, para se guardar mareas ó grandes menguantes ó crecientes, sino en muy poquito espacio; y desde el dicho estrecho para fuera el dicho mar Océano crece y mengua en mucha manera y espacio de tierra, de seis en seis horas, la costa toda de España y Bretaña y Flándes y Alemania y costas de Inglaterra; y el mismo mar Océano en la Tierra-Firme á la costa que mira al norte, en mas de tres mil leguas ni creco ni mengua, ni en las islas Española y Cuba y todas las otras que en el dicho mar y parte que mira al norte están opuestas, sino de la manera que lo hace en Italia el dicho Mediterráneo, que es casi ninguna cosa á respecto de lo que el dicho mismo mar hace en las dichas costas de España y Flándes. E no obstante esto, el mismo mar Océano en la costa del mediodía ó austral de la dicha Tierra-Firme, en Panamá y en la costa de ella opuesta á la parte de levante y de poniente de esta cibdad, y de la isla de las Perlas (que los indios llaman Terarequi), y en la de Taboga y en la de Otoque, y todas las otras de la dicha mar del Sur, crece y mengua tanto, que cuando se retrae cuasi se pierde de vista; lo cual yo he visto muchos millares de veces.

Note vuestra majestad otra cosa, que desde la mar del Norte hasta la mar del Sur, que tan diferente es la una de la otra, como es dicho en estas mareas, crescer y menguar, no hay de costa á costa por tierra mas de diez y ocho ó veinte leguas de través. Así que, pues todo es un mismo mar, cosa es para contemplar y especular los que á esto tuvieren inclinacion y desearen saber este secreto; que yo, pues personas de abundantes letras no me han satisfecho ni sabido dar á entender la causa, bástame saber y creer que el que lo hace sabe eso y otras cosas muchas que no se conceden al entendimiento de los mortales, en especial á tan bajo ingenio como el mio. Los que le tienen mejor piensen por mí y por ellos lo que puede ser el verdadero entendimiento; que yo, en términos verdaderos y como testigo de vista, he puesto aquí la cuestion; y entre tanto que se absuelve, tornando al propósito, digo que el rio que los cristia-

nos llaman Sant Juan, en Tierra-Firme, entra en el golfo de Urabá, donde llaman la Culata, por siete bocas; y cuando la mar se retrae aquello poco que he dicho que en esta costa del norte mengua por causa del dicho rio, todo el dicho golfo de Urabá, que es doce leguas y mas de luengo, y seis, y siete, y ocho de ancho, se torna dulce toda aquella mar, y está todo lo que es dicho, de agua para se poder beber. (Yo lo he probado estando surgido en una nave en siete brazas de agua, y mas de una legua apartado de la costa.) Así que se puede bien creer que la grandeza del dicho rio es muy grande. Pero este ni otro de los que yo he visto ni oido ni leido hasta agora, no se iguala con el rio Marañon, que es á la parte del levante, en la misma costa; el cual tiene en la boca, cuando entra en la mar, cuarenta leguas, y mas de otras tantas dentro en ella se coge agua dulce del dicho rio. Esto oí yo muchas veces decir al piloto Vicente Yañez Pinzon, que fué el primero de los cristianos que vido este rio Marañon, y entró por él con una carabela mas de veinte leguas, y halló en él muchas islas y gentes, y por llevar poca gente no osó saltar en tierra, y se tornó á salir del dicho rio, y bien cuarenta leguas dentro en mar cogió agua dulce del dicho rio; otros navíos le han visto, pero el que mas supo de él es el que he dicho. Toda aquella costa es tierra de mucho brasil, y la gente frecheros. Tornando al golfo de Urabá, desde él al poniente y á la parte del levante, es la costa alta, pero de diferentes lenguas y armas. Al poniente por esta costa los indios pelean con varas y macanas; las varas son arrojadizas, algunas de palmas y otras maderas recias, y agudas las puntas, y estas tiran á pura fuerza de brazo; otras hay de carrizos ó cañas derechas y ligeras, á las cuales ponen en las puntas un pedernal ó una punta de otro palo recio ingerido, y estas tales tiran con amientos, que los indios llaman estorica. La macana es un palo algo mas estrecho que cuatro dedos, y grueso, y con dos hilos, y alto como un hombre, ó poco mas ó menos, segun á cada uno place ó á la medida de su fuerza, y son de palma ó de otras maderas que hay fuertes, y con estas macanas pelean á dos manos y dan grandes golpes y heridas, á manera de palo machucado; y son tales, que aunque dén sobre un yelmo harán desatinar á cualquiera hombre recio. Estas gentes que aquestas armas usan, la mas parte de ellas, aunque son belicosas, no lo son con mucha parte ni proporcion, segun los indios que usan el arco y las frechas; y estos que son frecheros viven desde el dicho golfo de Urabá ó punta que llaman de Caribana, á la parte del levante, y es tambien costa alta, y comen carne humana, y son abominables, sodomitas y crueles, y tiran sus frechas emponzoñadas de tal yerba, que por maravilla escapa hombre de los que hieren, antes mueren rabiando, comiéndose á pedazos y mordiendo la tierra. Desde esta Caribana, todo lo que costea la provincia del Cenú y de Cartagena y los Coronados y Santa Marta y la Sierra-Nevada, y hasta el golfo de Cumaná y la Boca del Drago, y todas las islas que cerca de esta costa están, en mas espacio de seiscientas leguas, todas ó la mayor parte de los indios son frecheros y con yerba; y hasta agora el remedio contra esta yerba no se sabe, aunque muchos cristianos han muerto con ella; pero porque dije Coronados, es bien que se diga por qué se llaman coronados, y es porque de hecho en cierta parte de la dicha costa todos los indios andan tresquilados y el cabello tan alto como le suelen tener los que há tres meses que se raparon la cabeza, y en el medio de lo que así está crescido el cabello, una gran corona, como fraile de Sant Agostin que estoviese tresquilado, muy redonda. Todos estos indios coronados son recia gente y frecheros, y tienen hasta treinta leguas de costa, desde la punta de la Canoa arriba hasta el rio Grande, que llaman Gudalquivir, cerca de Santa Marta; en el cual rio, atravesando yo por aquella costa, cogí una pipa de agua dulce en el mismo rio, después que estaba el rio entrado en la mar mas de seis leguas. La yerba de que aquestos indios usan la hacen, segun algunos indios me han dicho, de unas manzanillas olorosas y de ciertas hormigas grandes, de que adelante se hará mencion, y de víboras y alacranes y otras ponzoñas que ellos mezclan, y la hacen negra que paresce cera-pez muy negra; de la cual yerba yo hice quemar en Santa Marta, en un lugar dos leguas ó mas la tierra adentro, con muchas saetas de municion, gran cantidad, el año de 1514, con toda la casa ó buhío en que estaba la dicha municion, al tiempo que allí tocó la armada que con Pedrarias de Avila envió á la dicha Tierra-Firme el Católico rey don Fernando, que en gloria está. Pero porque atrás se dijo que en la manera del comer y bastimentos cuasi los indios de las islas y de Tierra-Firme se sustentaban de una manera, digo que cuanto al pan así es la verdad, y cuanto á la mayor parte de las frutas y pescados; pero comunmente en Tierra-Firme hay mas frutas y creo que mas diferencias de pescados, y hay muchos y muy extraños animales y aves; pero antes que á esas particularidades se proceda me paresce que será bien decir alguna cosa de las poblaciones y moradas y casas y ceremonias y costumbres de los indios, y de ahí iré discurriendo por las otras cosas que se me acordaren de aquella gente y tierra.

CAPITULO X.

De los indios de Tierra-Firme y de sus costumbres y ritos y ceremonias.

Estos indios de Tierra-Firme son de la misma estatura y color que los de las islas, y si alguna diferencia hay es antes declinando á mayores que no á menores, en especial los que atrás dije que eran coronados, que son recios y grandes sin dubda mas que los otros todos que por aquellas partes he visto, excepto los de las islas de los Gigantes, que están puestos á la parte del mediodía de la isla Española, cerca de la costa de Tierra-Firme. E asimismo otros que llaman los yucayos, que están puestos á la banda del norte, y los unos y los otros de estas dos partes señaladamente, aunque no son gigantes, sin duda son la mayor gente de los indios que hasta agora se sabe, y son mayores que los alemanes comunmente, y en especial muchos de ellos, así hombres como mujeres, son muy altos, y ellos y ellas frecheros, pero no tiran con yerba.

En Tierra-Firme el principal señor se llama en algu-

nas partes quevi, y en otras cacique, y en otras tiva, y en otras guajiro, y en otras de otra manera, porque hay muy diversas y apartadas lenguas entre aquellas gentes. Pero en una gran provincia de Castilla del Oro, que se llama Cueva, hablan y tienen mejor lengua mucho que en otras partes, y en aquella es donde los cristianos están mas enseñoreados; y toda la dicha lengua de Cueva, ó la mayor, parte la tienen sojuzgada. En la cual provincia llaman al que es hombre principal, que tiene vasallos y es inferior del cacique, saco; y aqueste saco tiene otros muchos indios á él sujetos, que tienen tierra y lugares, que se llaman cabra, que son como caballeros ó hombres hijosdalgo, separados de la gente comun, y mas principales que los otros del vulgo, y mandan á los otros; pero el cacique y el saco y el cabra tienen sus nombres proprios, y asimismo las provincias y rios y valles ó asientos do viven tienen sus nombres particulares. Pero la manera de cómo un indio que es de la gente comun sube á ser cabra y alcanza este nombre ó hidalguía es, que cuando quier que en alguna batalla de un cacique ó señor contra otro se señala algun indio y sale herido, luego el señor principal le llama cabra, y le da gente que mande, y le da tierra ó mujer, ó le hace otra merced señalada por lo que obró aquel dia, y dende en adelante es mas honrado que los otros, y es separado y apartado del vulgo y gente comun, y sus hijos de este, varones, suceden en la hidalguía y se llaman cabras, y son obligados á usar la milicia y arte de la guerra, y á la mujer del tal, demás de su nombre proprio, la llaman espave, que quiere decir señora; y asimismo á las mujeres de los caciques y principales las llaman espaves. Estos indios tienen sus asientos, algunos cerca de la mar, y otros cerca de rio ó quebrada de agua, donde haya arroyos y pesquerías, porque comunmente su principal mantenimiento y mas ordinario es el pescado, así porque son muy inclinados á ello, como porque mas fácilmente lo pueden haber en abundancia, mejor que las salvajinas de puercos y ciervos, que tambien matan y comen. La forma de como pescan es con redes, porque las tienen y saben hacer muy buenas de algodon, de lo cual natura los proveyó largamente, y hay muchos bosques y montes llenos; pero lo que ellos quieren hacer mas blanco y mejor, cúranlo y plántanlo en sus asientos y junto á sus casas ó lugares donde viven. E los venados y puercos ármanlos con cepos y otros armadijos de redes, donde caen, y á veces montean y ojéanlos, y con cantidad de gente los atajan y reducen á lugar que los pueden, con saetas y varas arrojadas, matar; y después de muertos, como no tienen cuchillos para los desollar, cuartéanlos y hácenlos partes con piedras y pedernales, y ásanlos sobre unos palos que ponen, á manera de parrillas ó trévedes, en hueco, que ellos llaman barbacoas, y la lumbre debajo, y de aquesta misma manera asan el pescado; porque, como la tierra está en clima que naturalmente es calurosa, aunque es templada por la Providencia divina, presto se daña el pescado ó la carne que no se asa el dia que muere.

Dije que es la tierra naturalmente calurosa y por la providencia de Dios templada; es de aquesta manera: no sin causa los antiguos tovieron que la tórrida zona, por donde pasa la línea Equinocial, era inhabitable, por tener el sol mas dominio allí que en otra parte de la esfera y estar justamente entre ambos trópicos de Cáncer y Capricornio; y así, por vista de ojos se ve que la superficie de la tierra hasta un estado de un hombre está templada, y en aquella cantidad los árboles y plantas prenden, y de allí adelante no pasan sus raíces; antes en aquel espacio se tienden y encepan y desparcen y hacen tamaña ó mayor ocupacion con las raíces de lo que de suso ocupan con las ramas, y no entran á lo hondo ni mas adelante las dichas raíces, porque de aquella cantidad ó espacio para abajo está la tierra calidísima, y esta superficie está templada y húmeda mucho, así por las muchas aguas que en aquella tierra caen del cielo (en sus tiempos ordenados y entre el año), como por la mucha cantidad de rios grandísimos y arroyos y fuentes y paludes, de que proveyó aquella tierra aquel soberano Señor que la formó, y con muchas sierras y montañas altas, y muy lindos y templados aires y suaves serenos las noches; de las cuales particularidades, ignorantes del todo los antiguos, decian ser inhabitable naturalmente la dicha tórrida zona y Equinocial línea. Todo esto depongo y afirmo como testigo de vista, y se me puede mejor creer que á los que por conjeturas, sin lo ver, tenian contraria opinion.

Está la costa del norte en el dicho golfo de Urabá y en el puerto del Darien, adonde desde España van los navíos, en siete grados y medio, y en siete y aun en menos, y desde seis y medio hasta ocho, si no fuese alguna punta que entrase en la mar hácia septentrion, y de estas hay pocas. E lo que de esta tierra y nueva parte del mundo está puesto mas al oriente es el cabo de Santo Agostin, el cual está en ocho grados.

Así que el dicho golfo de Urabá está apartado de la dicha línea Equinocial desde ciento y veinte hasta ciento y treinta leguas y tres cuartos de legua, á razon de diez y siete leguas y media que se cuentan por grado de polo á polo, y así poco mas ó menos toda la costa. De la cual causa en la cibdad de Santa María del Antigua del Darien y en todo aquel paraje del sobredicho golfo de Urabá, todo el tiempo del mundo son los dias y las noches cuasi del todo iguales, y aquesta diferencia ó poco que queda hasta la Equinocial es tan poco espacio en veinte y cuatro horas, que es un dia natural, que no se conosce ni lo pueden alcanzar sino los especulativos y personas que entienden el esfera; y está allí el norte muy abajo, y cuando las guardas están en el pié, no se pueden ver, porque están debajo del horizonte; pero porque aquesto no es para mas de decir el sitio de la tierra, vamos á las otras particularidades de mi intencion y deseo con que esta relacion se comenzó. Dije de suso que en sus tiempos ordenados en aquella tierra llovia, y así es la verdad, porque hay invierno y verano al contrario que en España, porque aquí es de lo mas recio del invierno diciembre y enero, así en hielos como en lluvias, y el verano es (ó el tiempo de mas calor) por Sant Juan y el mes de julio; así al opósito en Castilla del Oro es el verano y tiempo mas enjuto y sin aguas por Navidad y un mes antes y otro después, y el tiempo que allá cargan las aguas es por Sant Juan y un mes antes y otro después, y aquello se llama allá invierno,

no porque entonces haya mas frio ni por Navidad mas calor (pues en esta parte siempre es el tiempo de una manera), pero porque en aquella sazon de las aguas no se ve el sol así ordinariamente, y paresce que aquel tiempo de las aguas encoge la gente y les pone frio sin que le haya.

Los caciques y señores que son de esta gente tienen y toman cuantas mujeres quieren, y si las pueden haber que les contenten y bien dispuestas, seyendo mujeres de linaje, hijas de hombres principales de su nacion y lengua, porque de extraños no las toman ni quieren, aquellas escogen y tienen; pero cuando de las tales no hay, toman las que mejor les parescen, y el primero hijo que han, seyendo varon, aquel sucede en el estado, y faltándole hijos, heredan las hijas mayores, y aquellas casan ellos con sus principales vasallos. Pero si del hijo mayor quedaron hijas, y no hijos, no heredan aquellas, sino los hijos varones de la segunda hija, porque aquella ya saben que es forzosamente de su generacion. Así que el hijo de mi hermana indubitadamente es mi sobrino, y el hijo ó hija de mi hermano puédese poner en dubda. Las otras gentes toman sendas mujeres no mas, y aquellas algunas veces las dejan, y toman otras, pero acaesce pocas veces; ni tampoco para esto es menester mucha ocasion, sino la voluntad del uno ó de entrambos, en especial cuando no paren; y comunmente son buenas de su persona; pero tambien hay muchas que de grado se conceden á quien las quiere, en especial las que son principales, las cuales ellas mismas dicen que las mujeres nobles y señoras no han de negar ninguna cosa que se les pida, sino las villanas. Pero asimismo tienen respeto las tales á no se mezclar con gente comun, excepto si es cristiano, porque como los conoscen por muy hombres, á todos los tienen por nobles comunmente, aunque no dejan de conocer la diferencia y ventaja que hay entre los cristianos de unos á otros, en especial á los gobernadores y personas que ellas ven que mandan á los otros hombres, mucho los acatan, y por honradas se tienen mucho cuando alguno de los tales las quieren bien; y muchas de ellas, después que conoscen algun cristiano carnalmente, le guardan lealtad si no está mucho tiempo apartado ó ausente, porque ellas no tienen fin á ser viudas, ni religiosas que guarden castidad. Tienen muchas de ellas por costumbre que cuando se empreñan toman una yerba con que luego mueven y lanzan la preñez, porque dicen que las viejas han de parir, que ellas no quieren estar ocupadas para dejar sus placeres, ni empreñarse, para que pariendo se les aflojen las tetas, de las cuales mucho se precian, y las tienen muy buenas; pero cuando paren se van al rio y se lavan, y la sangre y purgacion luego les cesa, y pocos dias dejan de hacer ejercicio por causa de haber parido, antes se cierran de manera, que segun dicen los que á ellas se dan, son tan estrechas mujeres, que con pena de los varones consuman sus apetitos, y las que no han parido están que parecen cuasi vírgines. En algunas partes ellas traen unas mantillas desde la cinta hasta la rodilla rodeadas, que cubren sus partes menos honestas, y todo lo demás en cueros, segun nascieron; y los hombres traen un cantiño de oro los principales, y los otros hombres sendos caracoles, en que traen metido el miembro viril, y lo demás descubierto, porque los testigos próximos á tal lugar les paresce á los indios que son cosa de que no se deben avergonzar; y en muchas provincias ni ellos ni ellas traen cosa alguna en aquellos lugares ni en parte otra de toda la persona. Llaman á la mujer ira en la provincia de Cueva, y al hombre chui. Este vocablo ira, dado allí á la mujer, parésceme que no le es muy desconveniente á la mujer, ni fuera de propósito á muchas de ellas acullá, ni á algunas acá. Las diferencias sobre que los indios riñen y vienen á batalla son sobre cuál terná mas tierra y señorío, y á los que pueden matar matan, y algunas veces prenden y los hierran, y se sirven de ellos por esclavos, y cada señor tiene su hierro conoscido; y así, hierran á los dichos esclavos, y algunos señores sacan un diente de los delanteros al que toman por esclavo, y aquello es su señal. Los caribes frecheros, que son los de Cartagena y la mayor parte de aquella costa, comen carne humana, y no toman esclavos ni quieren á vida ninguno de sus contrarios ó extraños, y todos los que matan se los comen, y las mujeres que toman sírvense de ellas, y los hijos que paren (si por caso algun caribe se echa con las tales) cómenselos después; y los muchachos que toman de los extraños, cápanlos y engórdanlos y cómenselos. Para pelear ó para ser gentiles hombres píntanse con jangua, que es un árbol de que adelante se dirá, de que hacen una tinta negra, y con bija, que es una cosa colorada, de que hacen pelotas como de almagre; pero la bija es de mas fina color; y páranse muy feos y de diferentes pinturas la cara y todas las partes que quieren de sus personas; y esta bija es muy mala de quitar hasta que pasan muchos dias, y aprieta mucho las carnes, y hállanse bien con ella, demás de parescerles á los indios que es una muy hermosa pintura.

Para comenzar sus batallas, ó para pelear, y para otras cosas muchas que los indios quieren hacer, tienen unos hombres señalados, y que ellos mucho acatan, y al que es de estos tales llámanle tequina; no obstante que á cualquiera que es señalado en cualquiera arte, así como en ser mejor montero ó pescador, ó hacer mejor una red ó un arco ó otra cosa, le llaman tequina; y quiere decir tequina tanto como maestro. Así que el que es maestro de sus responsiones y inteligencias con el diablo, llámanle tequina; y este tequina habla con el diablo y ha de él sus respuestas, y les dice lo que han de hacer, y lo que será mañana ó desde á muchos dias; porque como el diablo sea tan antiguo astrólogo, conosce el tiempo y mira adónde van las cosas encaminadas, y las guia la natura; y así, por el efecto que naturalmente se espera, les da noticia de lo que será adelante, y les da á entender que por su deidad, ó que como señor de todos y movedor de todo lo que es y será, sabe las cosas por venir y que están por pasar; y que él atruena, y hace sol, y llueve, y guia los tiempos, y les quita ó les da los mantenimientos; los cuales dichos indios, engañados por él de haber visto que en efecto les ha dicho muchas cosas que estaban por pasar y salieron ciertas, créenle en todo lo demás, y témenle y acátanle, y hácenle sacrificios en muchas partes de sangre y vidas humanas, y en otras de sahumerios aromá-

ticos y de buen olor, y de malos tambien; y cuando Dios dispone lo contrario de lo que el diablo les ha dicho y les miente, dales á entender que él ha mudado la sentencia por algun enojo, ó por otro achaque ó mentira, cual á él le parece, como quiera que es suficientísimo maestro para las ordenar, y engañar las gentes, en especial á los que tan pobres de defensa están con tan grande adversario. Claramente dicen que el tuyra los habla, porque así llaman al demonio; y á los cristianos en algunas partes asimismo los llaman tuyras, creyendo que por aquel nombre los honran mas y loan mucho; y en la verdad buen nombre, ó mejor diciendo, conveniente, dan á algunos, y bien les está tal apellido, porque han pasado á aquellas partes personas que, pospuestas sus conciencias y el temor de la justicia divina y humana, han hecho cosas, no de hombres, sino de dragones y de infieles, pues sin advertir ni tener respeto alguno humano, han seido causa que muchos indios que se pudieran convertir y salvarse, muriesen por diversas formas y maneras; y en caso que no se convirtieran los tales que así murieron, pudieran ser útiles, viviendo, para el servicio de vuestra majestad, y provecho y utilidad de los cristianos, y no se despoblara totalmente alguna parte de la tierra, que de esta causa está cuasi yerma de gente, y los que han seido causa de aqueste daño llaman pacificado á lo despoblado; y yo, mas que pacífico, lo llamo destruido; pero en esta parte satisfecho está Dios y el mundo de la santa intencion y obra de vuestra majestad en lo de hasta aquí, pues con acuerdo de muchos teólogos y juristas y personas de altos entendimientos, ha proveido y remediado con su justicia todo lo que ha seido posible, y mucho mas con la nueva reformacion de su real consejo de Indias, donde tales perlados y de tales letras, y con ellos, tan doctos varones, canonistas y legistas, y que en sciencia y consciencia los unos y los otros tanta parte tienen, espero en Jesucristo que todo lo que hasta aquí ha habido errado por los que á aquellas partes han pasado, se enmendará con su prudencia, y lo por venir se acertará de manera que nuestro Señor sea muy servido, y vuestra majestad por el semejante, y aquestos sus reinos de España muy enriquecidos y aumentados por respecto de aquella tierra, pues tan riquísima la hizo Dios, y os la tuvo guardada desde que la formó, para hacer á vuestra majestad universal y único monarca en el mundo.

Tornando al propósito del tequina que los indios tienen, y está para hablar con el diablo, y por cuya mano y consejo se hacen aquellos diabólicos sacrificios y ritos y ceremonias de los indios, digo que los antiguos romanos, ni los griegos, ni los troyanos, ni Alejandre, ni Darío, ni otros príncipes antiguos, por no católicos estovieron fuera de estos errores y supersticiones, pues tan gobernados eran de aquellos arúspices ó adevinos, y tan sujetos á los errores y vanidades y conjeturas de sus locos sacrificios, en los cuales interviniendo el diablo algunas veces, acertaban y decian algo de lo que sucedia después, sin saber de ello ninguna cosa ni certinidad mas de lo que aquel comun adversario de natura humana les enseñaba, para los traer y allegar á su perdicion y muerte; y así por consiguiente, cuando el sacrificio faltaba, se excusaban ó ponian cautelosas y equívocas respuestas, diciendo que los dioses (vanos) que adoraban estaban indignados, etc.

Después que vuestra majestad está en esta cibdad de Toledo, llegó aquí en el mes de noviembre el piloto Estéban Gomez, el cual, en el año pasado de 1524, por mandado de vuestra majestad, fué á la parte del norte, y halló mucha tierra continuada con la que se llama de los Bacallaos, discurriendo al occidente, y puesta en cuarenta grados y cuarenta y uno, y así, algo mas y algo menos, de donde trujo algunos indios, y los hay de ellos al presente en esta cibdad, los cuales son de mayor estatura que los de la Tierra-Firme, segun lo que de ellos paresce comun, y porque el dicho piloto dice que vido muchos de ellos y que son así todos; la color es así como los de Tierra-Firme, y son grandes frecheros, y andan cubiertos de cueros de venados y otros animales, y hay en aquella tierra excelentes martas cebellinas y otros ricos enforros, y de estas pieles trujo algunas el dicho piloto. Tienen plata y cobre, segun estos indios dicen y lo dan á entender por señas, y adoran el sol y la luna; y así, ternán otras idolatrías y errores como los de Tierra-Firme, etc.

Dejado esto, y tornando á continuar en las costumbres y errores de los indios, es de saber que en muchas partes de la Tierra-Firme, cuando algun cacique ó señor principal se muere, todos los mas familiares y domésticos criados y mujeres de su casa que continuo le servian, se matan; porque tienen por opinion, y así se lo tiene dado á entender el tuyra, que el que se mata cuando el Cacique muere, que va con él al cielo, y allá le sirve de darle de comer ó á beber, ó está allá arriba para siempre ejercitando aquel mismo oficio que acá, viviendo, tenia en casa del tal cacique; y que el que aquesto no hace, que cuando muere por otra causa ó de su muerte natural, que tambien muere su ánima como su cuerpo; y que todos los otros indios y vasallos del dicho cacique, cuando se mueren, que tambien, segun es dicho, mueren sus ánimas con el cuerpo; y así, se acaban y conviertenten en aire, ó en no ser alguna cosa, como el puerco, ó el ave, ó el pescado, ó otra cualquier cosa animada; y que aquesta preeminencia tienen y gozan solamente los criados y familiares que servian al señor y cacique principal en su casa ó en algun servicio; y de aquesta falsa opinion viene que tambien los que entendian en le sembrar el pan y cogerlo, que por gozar de aquella prerogativa se matan, y hacen enterrar consigo un poco de maiz y una macana pequeña; y dicen los indios que aquello se lleva para que si en el cielo faltare simiente, que no le falte aquello poco para principio de su ejercicio, hasta que el tuyra, que todas estas maldades les da á entender, los proveyese de mas cantidad de simiente. Esto experimenté yo bien, porque encima de las sierras de Guaturo, teniendo preso al cacique de aquella provincia, que se habia rebelado del servicio de vuestra majestad, le pregunté que ciertas sepolturas que estaban dentro de una casa suya, cúyas eran; y dijo que de unos indios que se habian muerto cuando el cacique su padre murió; y porque muchas veces suelen enterrarse con mucha cantidad de oro labrado, hice abrir dos sepolturas, y hallóse dentro de ellas el maiz y macana que de suso se dijo; y preguntada [illegible]usa, el dicho cacique

y otros sus indios dijeron que aquellos que allí habian seido enterrados eran labradores, personas que sabian sembrar y coger muy bien el pan, y eran sus criados y de su padre, y que porque no muriesen sus ánimas con los cuerpos, se habian muerto cuando murió su padre, y tenian aquel maíz y macanas para lo sembrar en el cielo, etc. A lo cual yo le repliqué que mirase cómo el tuyra los engañaba, y todo lo que les daba á entender era mentira, pues que á cabo de mucho tiempo que aquellos eran muertos nunca habian llevado el maíz ni la macana, y se estaba allí podrido, y que ya no valia nada, ni habian sembrado nada en el cielo. A esto dijo el Cacique que si no lo habian llevado seria porque, por haber hallado mucho en el cielo, no habria seido necesario aquello. A este error se le dijeron muchas cosas, las cuales aprovechan poco para sacarlos de sus errores, en especial cuando ya son hombres de edad, segun el diablo los tiene ya enlazados; al cual, así como les suele aparescer cuando les habla, de aquella misma manera lo pintan, de colores y de muchas maneras; asimismo lo hacen de oro de relieve y entallado en madera, y muy espantable siempre y feo, y tan diverso como le suelen acá pintar los pintores á los piés de sant Miguel Arcángel ó de sant Bartolomé, ó en otra parte donde mas temeroso le quieran figurar. Asimismo, cuando el demonio los quiere espantar, promételes el huracan, que quiere decir tempestad; la cual hace tan grande, que derriba casas y arranca muchos y muy grandes árboles; y yo he visto en montes muy espesos y de grandísimos árboles, en espacio de media legua, y de un cuarto de legua continuado, estar todo el monte trastornado, y derribados todos los árboles chicos y grandes, y las raíces de muchos de ellos para arriba, y tan espantosa cosa de ver, que sin dubda parescia cosa del diablo, y no de poderse mirar sin mucho espanto. En este caso deben contemplar los cristianos con mucha razon que en todas las partes donde el Santo Sacramento se ha puesto, nunca ha habido los dichos huracanes y tempestades grandes con grandísima cantidad, ni que sean peligrosas como solia. Asimismo en la dicha Tierra-Firme acostumbran entre los caciques, en algunas partes de ella, que cuando mueren, toman el cuerpo del Cacique y asiéntanle en una piedra ó leño, y en torno de él, muy cerca, sin que la brasa ni la llama toque en la carne del defunto, tiene muy gran fuego y muy continuo hasta tanto que toda la grasa y humedad se sale por las uñas de los piés y de las manos, y se va en sudor y se enjuga de manera, que el cuero se junta con los huesos, y toda la pulpa y carne se consume; y desque así enjuto está, sin lo abrir (ni es menester) lo ponen en una parte que en su casa tienen apartada, junto al cuerpo de su padre del tal cacique, que de la misma manera está puesto; y así, viendo la cantidad y número de los muertos, se conoce qué tantos señores ha habido en aquel estado, y cuál fué hijo del otro, que están puestos así por órden. Bueno es de creer que el que de estos caciques murió en alguna batalla de mar ó de tierra, y que quedó en parte que los suyos no pudieron tomar su cuerpo y llevarlo á su tierra para lo poner con los otros caciques, que faltará del número; y para esto y suplir la memoria y falta de las letras (pues no las tienen), luego hacen que sus hijos aprendan y sepan muy de coro la manera de la muerte de los que murieron de forma que no pudieron ser allí puestos, y así lo cantan en sus cantares, que ellos llaman areitos. Pero pues dije de suso que no tenian letras, antes que se me olvide de decir lo que de ellas se espantan, digo que cuando algun cristiano escribe con algun indio á alguna persona que esté en otra parte ó léjos de donde se escribe la carta, ellos están admirados en mucha manera de ver que la carta dice acullá, lo que el cristiano que la envia quiere, y llévanla con tanto respeto ó guarda, que les paresce que tambien sabrá decir la carta lo que por el camino le acaesce al que la lleva; y algunas veces piensan algunos de los menos entendidos de ellos, que tiene ánima.

Tornando al areito, digo que el areito es de esta manera: cuando quieren haber placer y cantar, júntase mucha compañía de hombres y mujeres, y tómanse de las manos mezclados, y guia uno, y dícenle que sea él el tequina, *id est*, el maestro; y este que ha de guiar, ora sea hombre, ora sea mujer, da ciertos pasos adelante y ciertos atrás, á manera propria de contrapás, y andan en torno de esta manera, y dice cantando en voz baja ó algo moderada lo que se le antoja, y concierta la medida de lo que dice con los pasos que anda dando; y como él lo dice, respóndele la multitud de todos los que en el contrapás ó areito andan lo mismo, y con los mismos pasos y órden juntamente en tono mas alto; y túrales tres y cuatro y mas horas, y aun desde un dia hasta otro, y en este medio tiempo andan otras personas detrás de ellos dándoles á beber un vino que ellos llaman chicha, del cual adelante será hecha mencion; y beben tanto, que muchas veces se tornan tan beodos, que quedan sin sentido; y en aquellas borracheras dicen cómo murieron los caciques, segun de suso se tocó, y tambien otras cosas como se les antoja; y ordenan muchas veces sus traiciones contra quien ellos quieren, y algunas veces se remudan los tequinas ó maestro que guia la danza, y aquel que de nuevo guia la danza muda el tono y el contrapás y las palabras. Esta manera de baile cantando, segun es dicho, paresce mucho á la forma de los cantares que usan los labradores y gentes de pueblos cuando en el verano se juntan con los panderos, hombres y mujeres, á sus solaces; y en Flándes he visto tambien esta forma ó modo de cantar báilando; y porque no se pase de la memoria qué cosa es aquella chicha ó vino que beben, y cómo se hace, digo que toman el grano del maíz segun en la cantidad que quieren hacer la chicha, y pónenlo en remojo, y está así hasta que comienza á brotar, y se hincha, y nascen unos cogollicos por aquella parte que el grano estuvo pegado en la mazorca que se crió, y desque está así sazonado, cuécenlo en agua, y después que ha dado ciertos hervores, sacan la caldera ó la olla en que se cuece, del fuego, y repósase, y aquel dia no está para beber; pero el segundo se comienza á asentar y á beber, y el tercero está bueno, porque está de todo punto asentado, y el cuarto dia muy mejor, y pasado el quinto dia se comienza á acedar, y el sexto mas, y el sétimo no está para beber; y de esta causa siempre hacen la cantidad que baste hasta que se dañe; pero en el tiempo que ello está bueno, digo que es de muy mejor sabor que la cidra ó vino

de manzanas, y á mi gusto y al de muchos, que la cerbeza, y es muy sano y templado; y los indios tienen por muy principal mantenimiento aqueste brebaje, y es la cosa del mundo que mas sanos y gordos los tiene.

Las casas en que estos indios viven son de diversas maneras, porque algunas son redondas como un pabellon, y esta manera de casa se llama caney. En la isla Española hay otra manera de casas, que son fechas á dos aguas, y á estas llaman en Tierra-Firme buhío; y las unas y las otras son de muy buenas maderas, y las paredes de cañas atadas con bejucos, que son unas venas ó correas redondas, que nascen colgadas de grandes árboles y abrazadas con ellos, y las hay tan gruesas y delgadas como las quieren, y algunas veces las hienden y hacen tales como las han menester para atar las maderas y ligazones de la casa; y las paredes son de cañas, juntas unas con otras, hincadas en tierra cuatro ó cinco dedos en hondo, y alcanzan arriba, y hácese una pared de ellas buena y de buena vista, y encima son las dichas casas cubiertas de paja ó yerba larga, y muy buena y bien puesta, y dura mucho, y no se llueven las casas, antes es tan buen cobrir para seguridad del agua como la teja. Este bejuco con que se atan es muy bueno majado, y sacado y colado el zumo; y bebido, se purgan con él los indios, y aun algunos cristianos he visto yo que la toman esta purga, y se hallan muy bien con ella, y los sana, y no es peligrosa ni violenta. Esta manera de cobrir las casas es de la misma manera y semejanza del cobrir las casas de los villajes y aldeas de Flándes. E si lo uno es mejor y mas bien puesto que lo otro, creo que la ventaja la tiene el cobrir de las Indias, porque la paja ó yerba es mejor mucho que la de Flándes. Los cristianos hacen ya estas casas con sobrados y ventanas porque tienen clavazon, y se hacen tablas muy buenas, y tales, que cualquier señor se puede aposentar largamente á su voluntad en algunas de ellas; y entre las que habia en la cibdad de Santa María del Antigua del Darien, yo hice una que me costó mas de mil y quinientos castellanos, y tal, que á un gran señor pudiera acoger en ella y muy bien aposentarle, y que me quedara muy bien en qué vivir, con muchos aposentos altos y bajos, y con un huerto de muchos naranjos dulces y agros, y cidros y limones, de lo cual todo ya hay mucha cantidad en los asientos de los cristianos, y por la una parte del dicho huerto un hermoso rio y el sitio muy gracioso y sano, y de lindos aires y vista sobre aquella ribera. Pero por desdicha de los vecinos que allí nos habiamos heredado, se ha despoblado el dicho pueblo, por medio y malicia de quien á ello dió causa, lo cual aquí no expreso porque vuestra majestad ha proveido y mandado á su real consejo de Indias que se haga justicia y sean satisfechos los agraviados. El tiempo dirá adelante lo que en esto se hará, y Dios lo guiará todo segun la santa intencion de vuestra majestad.

Prosiguiendo en la otra tercera manera de casas, digo que en la provincia de Abrayme, que es en la dicha Castilla del Oro, y por allí cerca, hay muchos pueblos de indios puestos sobre árboles, y encima de ellos tienen sus casas y moradas, y hechas sendas cámaras, en que viven con sus mujeres y hijos, y por el árbol arriba sube una mujer con su hijo en brazos como si fuese por tierra llana, por ciertos escalones que tienen atados con bejucos, ó ataduras de cuerdas de bejuco, y debajo todo el terreno es paludes de agua baja, de menos de estado, y algunas partes de estos lagos son hondos, y allí tienen canoas, que son cierta manera de barcas que son hechas de un árbol concavado, del tamaño que las quieren hacer. E de allí salen á la tierra rasa y enjuta, á sembrar sus maizales, y yuca, y batatas, y ajes, y las otras sus cosas de que usan para sus mantenimientos, y aquesta manera tienen estos indios en estos asientos ó pueblos que hay de esta forma, por estar mas seguros de los animales y bestias fieras y de sus enemigos, y mas fuertes y sin sospecha del fuego. Estos indios no son frecheros, pero pelean con varas, de las que les tienen hecha mucha cantidad, y para su respeto y defension puestas en sus cámaras ó casas, para desde allí se defender, y ofender á sus adversarios. Hay otra manera de casas, en especial en el rio grande de Sant Juan (que atrás se dijo que entra en el golfo de Urabá), en el medio del cual hay muchas palmas juntas nascidas, y sobre ellas están en lo alto las casas armadas, segun atrás se dijo de Abrayme, y asaz mayores, y donde están muchos vecinos juntos, y tienen sus canoas atadas al pié de las dichas palmas para se servir de la tierra, y salir y entrar cuando les conviene; y son tan duras y malas de cortar estas palmas, de muy recias, que con muy gran dificultad se les podria hacer daño. Estos que están en estas casas, en el dicho rio, pelean asimismo con varas; y los cristianos que allí llegaron con el adelantado Vasco Nuñez de Balboa y otros capitanes, recebieron mucho daño, y ninguno les pudieron hacer á los indios, y se tornaron con pérdida y muertes de mucha parte de la gente. E aquesto baste cuanto á la manera de las casas; pero en las habitaciones de los pueblos son diferentes, porque unos son mayores que otros en algunas provincias, y comunmente en la mayor parte pueblan desparcidos por los valles y en las laderas y en otras partes y alturas, y en otras cerca de rios, y á veces apartados de ellos, y sembrados á la manera que están en Vizcaya y en las montañas, unas casas desviadas de otras; pero muchas de ellas y mucho territorio debajo de la obediencia de un cacique, el cual es en gran manera obedescido y acatado de su gente, y muy servido; el cual cuando come en el campo, y comunmente en el pueblo ó asiento, todo lo que hay de comer se le pone delante, y él lo reparte á todos, y da á cada uno lo que le place. E continuamente tiene hombres diputados que le siembran, y otros que le montean, y otros que le pescan; y él algunas veces se ocupa en estas cosas, ó en lo que mas placer le da, en tanto que no está en guerra.

Las camas en que duermen se llaman hamacas, que son unas mantas de algodon muy bien tejidas y de buenas y lindas telas, y delgadas algunas de ellas, de dos varas y de tres en luengo, y algo mas angostas que luengas, y en los cabos están llenas de cordeles luengos de cabuya y de henequen (la cual manera de este hilo y su diferencia adelante se dirá), y estos hilos son luengos, y vanse á juntar y concluir juntamente, y hácenles al cabo un trancahilo, como á una empulguera de una cuerda de ballesta, y así la guarnescen, y aquella atan á un árbol, y la del otro al otro cabo, con

cuerdas ó sogas de algodon, que llaman hicos, y queda la cama en el aire, cuatro ó cinco palmos levantada de tierra, en manera de honda ó columpio; y es muy buen dormir en tales camas, y son muy limpias; y como la tierra es templada, no hay necesidad de otra ropa ninguna encima. Verdad es que dormiendo en alguna sierra donde hace algun frio, ó llegando hombre mojado, suelen poner brasa debajo de las hamacas para se calentar. Aquellas cuerdas con que se atan las empulgueras ó fines de las dichas hamacas son unas sogas torcidas y bien hechas y de la groseza que conviene, de muy buen algodon; y cuando no duermen en el campo, para se atar de árbol á árbol, átanse en casa de un poste á otro, y siempre hay lugar para las colgar.

Son muy grandes nadadores todos los indios comunmente, así los hombres como las mujeres, porque desde que nascen continúan andar en el agua; pero para entender cuán hábiles son los indios en el nadar, basta lo que es dicho en el lugar donde se dijo de la manera que en las islas de Cuba y de Jamáica toman los indios las ansares, etc.

Lo que toqué de suso en los hilos de la cabuya y del henequen, que me ofrescí de especificar adelante, es así: de ciertas hojas de una yerba, que es de la manera de los lirios ó espadaña, hacen estos hilos de cabuya ó henequen, que todo es una cosa, excepto que el henequen es bien delgado y se hace de lo mejor de la materia, y es como el lino, y lo al es mas basto, ó en la diferencia es como de cáñamo de cerro á lo otro mas tosco, y la color es como rubio, y alguno hay cuasi blanco.

Con el henequen, que es lo mas delgado de este hilo, cortan, si les dan lugar á los indios, unos grillos ó una barra de hierro, en esta manera: como quien siega ó asierra, mueven sobre el hierro que ha de ser cortado el hilo del henequen, tirando y aflojando, yendo y viniendo de una mano hácia otra, y echando arena muy menuda sobre el hilo en el lugar ó parte que lo mueven, ludiendo en el hierro, y como se va rozando el hilo, así lo van mejorando y poniendo del hilo que está sano lo que está por rozar; y de esta forma siegan un hierro, por grueso que sea, y lo cortan como si fuese una cosa tierna ó muy apta para cortarse.

Tambien me ocurre una cosa que he mirado muchas veces en estos indios, y es que tienen el casco de la cabeza mas grueso cuatro veces que los cristianos. E así, cuando se les hace guerra y vienen con ellos á las manos, han de estar muy sobre aviso de no les dar cuchillada en la cabeza, porque se han visto quebrar muchas espadas, á causa de lo que es dicho, y porque demás de ser grueso el casco, es muy fuerte.

Asimismo he notado que los indios, cuando conoscen que les sobra la sangre, se sajan por las pantorrillas y en los brazos, de los codos hácia las manos, en lo que es mas ancho encima de las muñecas, con unos pedernales muy delgados que ellos tienen para esto, y algunas veces con unos colmillos de víboras muy delgados ó con unas cañuelas.

Todos los indios comunmente son sin barbas, y por maravilla ó rarísimo es aquel que tiene bozo ó algunos pelos en la barba ó en alguna parte de su persona, ellos ni ellas, puesto que el cacique de la provincia de Catarapa yo le vi que las tenia, y tambien en las otras partes que los hombres acá las tienen, y á su mujer en el lugar y partes que las mujeres las suelen tener; y así, en aquella provincia diz que hay algunos, pero pocos, que esto tengan, segun el mismo cacique me dijo, y decia que á él que le venia de linaje; el cual cacique tenia mucha parte de la persona pintada, y estas pinturas son negras y perpetuas, segun las que los moros en Berbería por gentileza traen, en especial las moras, en los rostros y gargantas y otras partes; y así, entre los indios, los principales usan estas pinturas en los brazos y en los pechos, pero no en la cara, sino los esclavos.

Cuando van á las batallas los indios en algunas provincias, en especial los caribes frecheros, llevan caracoles grandes, que suenan mucho, á manera de bocinas, y tambien atambores y muchos penachos muy lindos y algunas armaduras de oro, en especial unas piezas redondas grandes, en los pechos y brazales, y otras piezas en las cabezas y en otras partes de las personas, y de ninguna manera tanto como en la guerra se precian de parescer gentiles hombres y ir lo mas bien aderezados que ellos pueden de joyas de oro y plumajes; y de aquellos caracoles hacen unas contecicas blancas de muchas maneras, y otras coloradas, y otras negras, y otras moradas, y cañutos de lo mismo, y hacen brazaletes, mezclados con olivetas y cuentas de oro, que se ponen en las muñecas y encima de los tobillos y debajo de las rodillas por gentileza, en especial las mujeres que se precian de sí y son principales traen todas estas cosas en las partes que es dicho y á las gargantas; y llaman á estos sartales y cosas de esta manera, chaquira. Demás de esto, traen zarcillos de oro en las orejas y en las narices, hecho un agujero de ventana á ventana, colgado sobre el bozo. Algunos indios se tresquilan, aunque comunmente ellos y ellas se prescian mucho del cabello, y lo traen ellas mas largo hasta media espalda, y cercenado igualmente y cortado muy bien por encima de las cejas, lo cual cortan con pedernales muy justa y igualmente. A las mujeres principales que se les van cayendo las tetas, ellas las levantan con una barra de oro, de palmo y medio de luengo y bien labrada, y que pesan algunas mas de docientos castellanos, horadadas en los cabos, y por allí atados sendos cordones de algodon; el un cabo va sobre el hombro, y el otro debajo del sobaco, donde lo añudan en ambas partes; y algunas mujeres principales van á las batallas con sus maridos, ó cuando son señoras de la tierra, y mandan y capitanean su gente, y de camino llévanlas como agora diré.

Siempre el cacique principal tiene una docena de indios de los mas recios, diputados para llevarle de camino, echado en una hamaca puesta en un palo largo, que de su natura es ligero, y aquellos van corriendo ó medio trotando con él á cuestas sobre los hombros, y cuando se cansan los dos que lo llevan, sin se parar, luego se ponen otros dos, y continúan el camino, y en un dia, si es en tierra llana, andan de esta manera quince y veinte leguas. Estos indios que aqueste oficio tienen, por la mayor parte son esclavos ó naborias.

Naboria es un indio que no es esclavo, pero está obligado á servir aunque no quiera.

Y pues ya paresce que aunque no tan larga ni suficientemente he dicho lo que hasta aquí está escrito, como estas cosas y otras muchas mas sin comparacion están copiosamente apuntadas en mi *General historia de Indias*, quiero pasar á las otras partes y cosas de que en el proemio se hizo mencion, y primeramente diré de algunos animales terrestres, en especial de aquellos que mas certificada se hallare mi memoria.

CAPITULO XI.

De los animales, y primeramente del tigre.

El tigre es animal que, segun los antiguos escribieron, es el mas velocísimo de los animales terrestres; y *tiguer* en griego quiere decir saeta; y así, por la velocidad del rio Tígris se le dió este nombre. Los primeros españoles que vieron estos tigres en Tierra-Firme llamaron así á estos animales, los cuales son segun y de la manera del que en esta cibdad de Toledo dió á vuestra majestad el almirante don Diego Colon, que le trajeron de la Nueva-España. Tiene la hechura de la cabeza como leon ó onza, pero gruesa, y ella y todo el cuerpo y brazos pintado de manchas negras y juntas unas con otras, perfiladas de color bermeja, que hacen una hermosa labor ó concierto de pintura; en el lomo y á par de él mayores estas manchas, y diminuyéndose hácia el vientre y brazos y cabeza; este que aquí se trujo era pequeño y nuevo, y á mi parescer podria ser de tres años; pero haylos muy mayores en Tierra-Firme, y yo le he visto mas alto bien que tres palmos y de mas de cinco de luengo; y son muy doblados y recios de brazos y piernas, y muy armados de dientes y colmillos y uñas, y en tanta manera fiero, que á mi parescer ningun leon real de los muy grandes no es tan fiero ni tan fuerte. De aquestos animales hay muchos en la Tierra-Firme, y se comen muchos indios, y son muy dañosos; pero yo no me determino si son tigres, viendo lo que se escribe de la ligereza del tigre y lo que se ve de la torpeza de aquestos que tigres llamamos en las Indias. Verdad es que, segun las maravillas del mundo y los extremos que las criaturas, mas en unas partes que en otras, tienen, segun las diversidades de las provincias y constelaciones donde se crian, ya vemos que las plantas que son nocivas en unas partes, son sanas y provechosas en otras, y las aves que en una provincia son de buen sabor, en otras partes no curan de ellas ni las comen; los hombres, que en una parte son negros, en otras provincias son blanquísimos, y los unos y los otros son hombres: ya podria ser que los tigres asimismo fuesen en una parte ligeros, como escriben, y que en la India de vuestra majestad, de donde aquí se habla, fuesen torpes y pesados. Animosos son los hombres y de mucho atrevimiento en algunos reinos, y tímidos y cobardes naturalmente en otros. Todas estas cosas, y otras muchas que se podrian decir á este propósito, son fáciles de probar y muy dinas de creer de todos aquellos que han leido ó andado por el mundo, á quien la propria vista habrá enseñado la experiencia de lo que es dicho. Notorio es que la yuca, de que hacen pan en la isla Española, que matan con el zumo de ella, y que no se osa comer en fruta; pero en Tierra-Firme no tiene tal propriedad; que yo la he comido muchas veces, y es muy buena fruta. Los murciélagos en España aunque piquen no matan ni son ponzoñosos, pero en Tierra-Firme muchos hombres murieron de picaduras de ellos, como en su lugar se dirá. E así de aquesta forma se podrian decir tantas cosas, que no nos bastase tiempo para leerlas. Mi fin es decir que este animal podria ser tigre, y no de la ligereza de los tigres de quien Plinio y otros autores hablan. Aquestos de Tierra-Firme se matan muchas veces fácilmente por los ballesteros en esta manera: así como el ballestero ha conoscimiento y sabe dónde anda algun tigre de estos, vale á buscar con su ballesta y con un can pequeño ventor ó sabueso (y no con perro de presa, porque al perro que con él se afierra le mata luego, porque es animal muy armado y de grandísima fuerza); el cual perro ventor, así como da de él y lo halla, anda al rededor ladrándole y pellizcando y huyendo; y tanto le molesta, que le hace subir y encaramar en el primero árbol que por allí está, y el dicho tigre, de importunado del dicho ventor, se sube á lo alto y se está allí, y el perro al pié del árbol ladrándole, y él regañando mostrando los dientes; llega el ballestero, y desde á doce ó quince pasos le tira con un rallon y le da por los pechos, y echa á huir, y el dicho tigre queda con su trabajo y herida mordiendo la tierra y árboles, y desde á espacio de dos ó tres horas ó otro dia el montero torna allí, y con el perro luego le halla donde está muerto. El año de 1522 años yo y otros regidores de la cibdad de Santa María del Antigua del Darien hicimos en nuestro cabildo y ayuntamiento una ordenanza, en la cual prometimos cuatro ó cinco pesos de oro al que matase cualquiera tigre de estos, y por este premio se mataron muchos de ellos en breve tiempo, de la manera que es dicho, y con cepos asimismo. Para mi opinion, ni tengo ni dejo de tener por tigres estos tales animales, ó por panteras ó otro de aquellos que se escriben del número de los que se nótan de piel maculada, ó por ventura otro nuevo animal que asimismo la tiene y no está en el número de los que están escriptos; porque de muchos animales que hay en aquellas partes, y entre ellos aquestos que yo aquí porné, ó los mas de ellos, ningun escriptor supo de los antiguos, como quiera que están en parte y tierra que hasta nuestros tiempos era incógnita, y de quien ninguna mencion hacia la *Cosmografía* del Tolomeo ni otra, hasta que el almirante don Cristóbal Colon nos la enseñó; cosa por cierto mas digna y sin comparacion hazañosa y grande que no fué dar Ercoles entrada al mar Mediterráneo en el Océano, pues los griegos hasta él nunca le supieron; y de aquí viene aquella fábula que dice que los montes Calpe y Avila (que son los que en el estrecho de Gibraltar, el uno en España y el otro en Africa, están enfrente el uno del otro) eran juntos, y que el Ercoles que los abrió, dió por allí la entrada al mar Océano y puso sus colunas en Cáliz y Sevilla, que vuestra majestad trae por divisa, con aquella su letra de *Plus ultra;* palabras en verdad dignas de tan grandísimo y universal emperador, y no convinientes á otro príncipe alguno; pues en partes tan extrañas y tantos millares de leguas adelante de donde Ercoles y todos los príncipes universos han llegado, las ha puesto vuestra sacra católica majestad. Así que, pues que Ercoles fué el que

aquello poco navegó, y por eso dicen los poetas que dió la puerta al Océano, etc., por cierto, Señor, aunque á Colon se hiciera una estatua de oro, no pensaran los antiguos que le pagaban si en su tiempo él fuera.

Tornando á la materia comenzada, digo que de la manera y facion de este animal, pues vuestra majestad le ha visto, y al presente está vivo en esta cibdad de Toledo, no hay qué se diga de él mas de lo dicho; pero este leonero de vuestra majestad, que ha tomado cargo de le amansar, podria entender en otra cosa que mas útil y provechosa le fuese para su vida, porque este tigre es nuevo, y cada dia será mas recio y fiero y se le doblará la malicia. A este animal llaman los indios ochi, en especial en Tierra-Firme, en la provincia que el Católico rey don Fernando mandó llamar Castilla del Oro. Después de esto escrito muchos dias, sucedió que este tigre de que de suso se hizo mencion, quiso matar al que tenia cargo de él, el cual lo habia ya sacado de la jaola, y muy doméstico le tenia y atado con muy delgada cuerda, y tan familiar, que yo estaba espantado de verle, pero no desconfiado que esta amistad habia de durar poco; en fin, que un dia hobiera de matar al que tenia cargo de él; y desde á poco tiempo se murió el dicho tigre ó le ayudaron á morir, porque en la verdad estos animales no son para entre gentes, segun son feroces y de su propria natura indomables.

CAPITULO XII.

Del beori.

Los cristianos que en Tierra-Firme andan llaman danta á un animal que los indios le nombran beori, á causa que los cueros de estos animales son muy gruesos, pero no son dantas. E así han dado este nombre de danta al beori tan impropriamente como al ochi el de tigre. Estos animales beories son del tamaño de una mula mediana, y el pelo es pardo, muy escuro y mas espeso que el del búfano, y no tiene cuernos, aunque algunos los llaman vacas. Son muy buena carne, aunque es algo mas mollicia que la de la vaca de España; los piés de este animal son muy buen manjar y muy sabrosos, salvo que es menester que cuezan veinte y cuatro horas; pero pasadas estas, es manjar para le dar á cualquiera que huelgue de comer una cosa de muy buen sabor y digestion; matan estos beoris con perros, y después que están asidos ha de socorrer el montero con mucha diligencia á alancear este animal antes que se entre en el agua, si por allí cerca la hay, porque después que se entra en el agua, se aprovecha de los perros y los mata á grandes bocados, y acaesce levar un brazo con media espalda cercen de un bocado á un lebrel, y á otro quitarle un palmo ó dos del pellejo, así como si lo desollasen; y yo he visto lo uno y lo otro, lo cual no hacen tan á su salvo fuera del agua. Hasta agora los cueros de estos animales no los saben adobar, ni se aprovechan de ellos los cristianos, porque no los saben tratar; pero son tan gruesos ó mas que los del búfano.

CAPITULO XIII.

Del gato cerval.

El gato cerval es muy fiero animal y es de la manera y hechura y color que los gatos pardillos pequeños mansos que tenemos en casa; pero es tan grande ó mayor que los tigres de que de suso se ha hecho mencion, y es el mas feroz animal que hay en aquellas partes, y de que los cristianos mas temen, y muy mas ligero que todos los que por allá hay ni se han visto.

CAPITULO XIV.

Leones reales.

En Tierra-Firme hay leones reales, ni mas ni menos que los de Africa; pero son algo menores y no tan denodados, antes son cobardes y huyen; mas aquesto es comun á los leones, que no hacen mal si no los persiguen ó acometen.

CAPITULO XV.

Leones pardos.

Hay asimismo leones pardos en Tierra-Firme, y son de la forma y manera misma que en estas partes se han visto, ó los hay en Africa, y son veloces y fieros; pero ni estos ni los leones reales, hasta agora, no han hecho mal á cristianos, ni comen los indios, como los tigres.

CAPITULO XVI.

Raposas.

Hay raposas, las cuales son ni mas ni menos que las de España en la faccion, pero no en la color, porque son tanto ó mas negras que un terciopelo muy negro; son muy ligeras y algo menores que las de acá.

CAPITULO XVII.

Ciervos.

Ciervos hay muchos en Tierra-Firme ni mas ni menos que los hay en España, en color y grandeza y lo demás; pero no son tan ligeros, lo cual yo puedo muy bien testificar, porque los he corrido y muerto con los perros en aquellas partes algunas veces, y tambien los he muerto con la ballesta.

CAPITULO XVIII.

Gamos.

Gamos hay asimismo, y muchos, en especial en la provincia de Santa Marta, y son de la forma y tamaño que los de España; y en el sabor, así los gamos como los ciervos, son tan buenos ó mejores que los de España.

CAPITULO XIX.

Puercos.

Puercos monteses se han hecho muchos en las islas que están pobladas de cristianos, así como en Santo Domingo, y Cuba, y Sant Joan, y Jamáica, de los que de España se llevaron; pero aunque de los puercos que se han llevado á Tierra-Firme se hayan ido algunos al monte, no viven, porque los animales así como tigres y gatos cervales y leones se los comen luego; pero de los naturales puercos de la Tierra-Firme hay muchos salvajes, de los cuales muchas veces se ven grandes piaras ó cantidad junta, y como andan en manadas juntos, no osan acometerlos los otros animales, puesto que no tienen colmillos como los de España, pero muerden muy reciamente, y matan los perros á bocados. Estos puercos son algo menores que los nuestros, y mas pe-

ludos ó cubiertos de lana, y tienen el ombligo en medio del espinazo, y de las pesuñas de los piés traseros no tienen dos, sino una en cada pié; en todo lo demás son como los nuestros. Mátanlos con cepos los indios, y con varas tiradas, y llaman al puerco chuche. Cuando los cristianos topan una manada de ellos, procuran subirse sobre alguna piedra ó tronco de árbol, aunque no sea mas alto que tres ó cuatro palmos, y desde allí, como pasan siempre, con un lanzon hiere dos ó tres, ó mas, ó los que pueden, y socorriendo los perros, quedan algunos de ellos de esta manera; pero son muy peligrosos cuando así se hallan en compañía, si no hay lugar desde donde el montero pueda herirlos, como es dicho. Algunas veces se hallan, cuando las puercas se apartan á parir, y se toman algunos lechones de ellos; tienen muy buen sabor, y hay gran muchedumbre de ellos.

CAPITULO XX.

Oso hormiguero.

El oso hormiguero es cuasi á manera de oso en el pelo, y no tiene cola; es menor que los osos de España, y cuasi de aquella faccion, excepto que el hocico tiene muy mas largo, y es de muy poca vista. Tómanlos muchas veces á palos, y no son nocivos, y fácilmente los toman con los perros, y conviene que con diligencia los socorran antes que los perros los maten, porque no se saben defender, aunque muerden algo. E hállanse lo mas continuamente cerca de los hormigueros de torronteros, que hacen cierta generacion de hormigas muy menudas y negras en las campañas y vegas rasas que no hay árboles, donde por estinto natural ellas se apartan á criar fuera de los bosques, por recelo de este animal; el cual, como es cobarde y desarmado, siempre anda entre arboledas y espesuras, hasta que la hambre y necesidad, ó el deseo de apacentarse de estas hormigas, le hace salir á los rasos á buscarlas. Estas hormigas hacen un torrontero tan alto como un hombre y poco mas, y algunas veces menos, y grueso como una arca cortesana, y á veces como una pipa, y durísimo como piedra, y parescen estos tales torronteros cotos ó mojones de términos; y debajo de aquella tierra durísima de que están fabricados hay inumerables ó cuasi infinitas hormigas muy chiquitas, que se pueden coger á celemines quebrando el dicho torrontero; el cual, de haberse mojado con la lluvia, y tras el agua sobrevenir la calor del sol, algunas veces se resquiebra, y se hacen en él algunas hendeduras, pero muy delgadísimas, y en tanta delgadez, que un filo de un cuchillo no puede ser mas delgado; y paresce que la natura les da entendimiento ó saber para hallar tal materia de barro estas hormigas, que pueden hacer aquel torrontero que es dicho tan durísimo, que no parece sino una muy fuerte argamasa; lo cual yo he experimentado y los he hecho romper; y no pudiera creer sin verlo la dureza que tienen, porque con picos y barretas de hierro son muy dificultosos de deshacer, y por entender mejor este secreto, en mi presencia lo he hecho derribar; lo cual, como es dicho, hacen las dichas hormigas para se guardar de aqueste su adversario ó oso hormiguero, que es el que principalmente se debe cebar y sustentar de ellas, ó les es dado por su émulo, á tal que se cumpla aquel comun proverbio que dice que no hay criatura tan libre á quien falte su alguacil. Este que la natura le dió á tan pequeño animal, tiene esta forma para usar su oficio en las escondidas hormigas, ejecutando su muerte, que se va al hormiguero que es dicho, y por una hendedura ó resquebrajo tan sotil como un filo de espada, comienza á poner la lengua, y lamiendo, humedesce aquella hendedura por delgada que sea; y son de tal propriedad sus babas, y tan continua su perseverancia en el lamer, que poco á poco hace lugar, y ensancha de manera aquella hendedura, que muy descansada ó anchamente y á su voluntad, mete y saca la dicha lengua en el hormiguero, la cual tiene longuísima y desproporcionada segun el cuerpo, y muy delgada; y después que la entrada y salida tiene á su propósito, mete la lengua todo lo que puede por aquel agujero que ha hecho, y estáse así quedo grande espacio; y como las hormigas son muchas y amigas de la humedad, cárganse sobre la lengua grandísima cantidad de ellas, y tantas, que se podrian coger á almuerzas ó puños; y cuando le paresce que tiene hartas, saca presto la lengua, resolviéndola en su boca, y cómeselas, y torna por mas. E desta forma come todas las que él quiere y se le ponen sobre la lengua. La carne de este animal es sucia y de mal sabor; pero como las desaventuras y nescesidades de los cristianos en aquellas partes, en los principios fueron muchas y muy extremadas, no se ha dejado de probar á comer; pero hase aborrescido tan presto como se probó por algunos cristianos. Estos hormigueros tienen por debajo á par del suelo la entrada á ellos, y tan pequeña, que con dificultad mucha se hallaria si no fuese viendo entrar y salir algunas hormigas; pero por allí no las podria dañar el oso, ni es tan á su propósito ofenderlas como por lo alto en aquellas hendeduricas, segun que está dicho.

CAPITULO XXI.

Conejos y liebres.

Hay en Tierra-Firme conejos y liebres, y llámanlos así porque el lomo le tienen, en cuanto á la color, así como de liebre, y lo de demás es blanco, así como el vientre y las ijadas; y los brazos y piernas son algo pardicos; pero en la verdad, á lo que yo pude comprehender, mas conformidad tienen con liebres que no con conejos, y son menores que los conejos de España. Tómanse las mas veces cuando se queman los montes, y algunas veces con lazos por mano de los indios.

CAPITULO XXII.

Encubertados.

Los encubertados son animales mucho de ver, y muy extraños á la vista de los cristianos, y muy diferentes de todos los que se han dicho ó visto en España ni en otras partes. Estos animales son de cuatro piés, y la cola y todo él es de tez, la piel como cobertura ó pellejo de lagarto, pero es entre blanco y pardo, tirando mas á la color blanca, y es de la facion y hechura ni mas ni menos que un caballo encubertado, con sus costaneras y coplon, y en todo y por todo, y por debajo de lo que muestran las costaneras y cubiertas, sale la cola, y los brazos en su lugar, y el cuello y las orejas por su par-

te. Finalmente, es de la misma manera que un corsier con bardas; é es del tamaño de un perrillo ó gozque de estos comunes, y no hace mal, y es cobarde, y hacen su habitacion en torronteras, y cavando con las manos ahondan sus cuevas y madrigueras de la forma que los conejos las suelen hacer. Son excelente manjar, y tómanlos con redes, y algunos matan ballesteros, y las mas veces se toman cuando se queman los campos para sembrar ó por renovar los herbajes para las vacas y ganados; yo los he comido algunas veces, y son mejores que cabritos en el sabor, y es manjar sano. No podria dejar de sospecharse si aqueste animal se hobiera visto donde los primeros caballos encubertados hobieron orígen, sino que de la vista de estos animales se habia aprehendido la forma de las cubiertas para los caballos de armas.

CAPITULO XXIII.

Perico ligero.

Perico ligero es un animal el mas torpe que se puede ver en el mundo, y tan pesadísimo y tan espacioso en su movimiento, que para andar el espacio que tomarán cincuenta pasos, ha menester un dia entero. Los primeros cristianos que este animal vieron, acordándose que en España suelen llamar al negro Juan Blanco porque se entienda al revés, así como toparon este animal le pusieron el nombre al revés de su ser, pues seyendo espaciosísimo, le llamaron ligero. Este es un animal de los extraños, y que es mucho de ver en Tierra-Firme, por la desconformidad que tiene con todos los otros animales. Será tan luengo como dos palmos cuando ha crecido todo lo que ha de crecer, y muy poco mas desta mesura será si algo fuere mayor; menores muchos se hallan, porque serán nuevos; tienen de ancho poco menos que de luengo, y tienen cuatro piés, y delgados, y en cada mano y pié cuatro uñas largas como de ave, y juntas; pero ni las uñas ni manos no son de manera que se pueda sostener sobre ellas, y de esta causa, y por la delgadez de los brazos y piernas y pesadumbre del cuerpo, trae la barriga cuasi arrastrando por tierra; el cuello de él es alto y derecho, y todo igual como una mano de almirez, que sea de una igualdad hasta el cabo, sin hacer en la cabeza proporcion ó diferencia alguna fuera del pescuezo; y al cabo de aquel cuello tiene una cara cuasi redonda, semejante mucho á la de la lechuza, y el pelo proprio hace un perfil de sí mismo como rostro en circúito, poco mas prolongado que ancho, y los ojos son pequeños y redondos y la nariz como de un monico, y la boca muy chiquita, y mueve aquel su pescuezo á una parte y á otra, como atontado, y su intencion ó lo que parece que mas procura y apetece es asirse de árbol ó de cosa por donde se pueda subir en alto; y así, las mas veces que los hallan á estos animales, los toman en los árboles, por los cuales, trepando muy espaciosamente, se andan colgando y asiendo con aquellas luengas uñas. El pelo de él es entre pardo y blanco, cuasi de la propria color y pelo del tejon, y no tiene cola. Su voz es muy diferente de todas las de todos los animales del mundo, porque de noche solamente suena, y toda ella en continuado canto, de rato en rato, cantando seis puntos, uno mas alto que otro, siempre bajando, así que el mas alto punto es el primero, y de aquel baja diminuyendo la voz, ó menos sonando, como quien dijese, *la, sol, fa, mi, re, ut;* así este animal dice, *ah, ah, ah, ah, ah, ah*. Sin dubda me parece que así como dije en el capítulo de los encubertados, que semejantes animales pudieran ser el orígen ó aviso para hacer las cubiertas á los caballos, así oyendo á aqueste animal el primero inventor de la música, pudiera mejor fundarse para le dar principio, que por causa del mundo; porque el dicho perico ligero nos enseña por sus seis puntos lo mismo que por *la, sol, fa, mi, re, ut* se puede entender.

Tornando á la historia, digo que despqés que este animal ha cantado, desde á muy poco de intervalo ó espacio torna á cantar lo mismo. Esto hace de noche, y jamás se oye cantar de dia; y así por esto como porque es de poca vista, me paresce que es animal noturno y amigo de escuridad ó tinieblas. Algunas veces que los cristianos toman este animal y lo traen á casa, se anda por ahí de su espacio, y por amenaza ó golpe ó aguijon no se mueve con mas presteza de lo que sin fatigarle él acostumbra moverse; y si topa árbol, luego se va á él y se sube á la cumbre mas alta de las ramas, y se está en el árbol ocho y diez y veinte dias, y no se puede saber ni entender lo que come; yo le he tenido en mi casa, y lo que supe comprehender de este animal, es que se debe mantener del aire; y de esta opinion mia hallé muchos en aquella tierra, porque nunca se le vido comer cosa alguna, sino volver continuamente la cabeza ó boca hácia la parte que el viento viene, mas á menudo que á otra parte alguna, por donde se conoce que el aire le es muy grato. No muerde, ni puede, segun tiene pequeñísima la boca, ni es ponzoñoso, ni he visto hasta agora animal tan feo ni que parezca ser mas inútil que aqueste.

CAPITULO XXIV.

Zorrillos.

Hay unos animales pequeños como chiquitos gozques pardos, y el hocico y los medios brazos y piernas negros, y cuasi del talle y manera de zorrillos de España, y no son menos maliciosos, y muerden mucho; pero tambien los hay domésticos, y son muy burlones y traviesos, cuasi como los monicos, y su principal manjar, y de que con mejor voluntad comen, son cangrejos, de los cuales se cree que principalmente se deben sostener estos animales; yo he tenido uno de ellos, que una carabela mia me trujo de la costa de Cartagena, que lo dieron los indios frecheros á trueco de dos anzuelos para pescar, y lo tuve mucho tiempo atado á una cadenilla, y son animales muy placenteros, y no tan sucios como los gatos monillos.

CAPITULO XXV.

De los gatos monillos.

En aquella tierra hay gatos de tantas maneras y diferencias, que no se podria decir en poca escritura, narrando sus diferentes formas y sus inumerables travesuras, y porque cada dia se traen á España, no me ocuparé en decir de ellos sino pocas cosas. Algunos de estos gatos son tan astutos, que muchas cosas de las

que ven hacer á los hombres, las imitan y hacen. En especial hay muchos que así como ven partir una almendra ó piñon con una piedra, lo hacen de la misma manera, y parten todos los que les dan, poniéndole una piedra donde el gato la pueda tomar. Asimismo tiran una piedra pequeña, del tamaño y peso que su fuerza basta, como la tiraria un hombre. Demás de esto, cuando los cristianos van por la tierra adentro, á entrar ó hacer guerra á alguna provincia, y pasan por algun bosque donde haya de unos gatos grandes y negros que hay en Tierra-Firme, no hacen sino romper troncos y ramas de los árboles, y arrojar sobre los cristianos, por los descalabrar, y les conviene cobrirse bien con las rodelas, y ir muy sobre aviso, para que no reciban daño, y les hieran algunos compañeros. Acaesce tirarles piedras, y quedarse ellas allá en lo alto de los árboles, y tornarlas los gatos á lanzar contra los cristianos; y de esta manera un gato arrojó una que le habia seido tirada, y dió una pedrada á un Francisco de Villacastur, criado del gobernador Pedrarias de Avila, que le derribó cuatro ó cinco dientes de la boca; al cual yo conozco, y le vi antes de la pedrada que le dió el gato, con ellos, y después muchas veces le vi sin dientes, porque los perdió, segun es dicho. E cuando algunas saetas les tiran, ó hieren á algun gato, ellos se las sacan, y algunas veces las tornan á echar abajo, y otras veces, así como se las sacan, las ponen ellos mismos de su mano allá en lo alto en las ramas de los árboles, de manera que no puedan caer abajo para que los tornen á herir con ellas, y otros las quiebran y hacen muchos pedazos. Finalmente, hay tanto que decir de sus travesuras y diferentes maneras de estos gatos, que sin verlo es dificultoso de creer. Haylos tan pequeñitos como la mano de un hombre, y menores; otros tan grandes como un mediano mastin. E entre estos dos extremos los hay de muchas maneras y de diversas colores y figuras, y muy variables, y apartados los unos de los otros.

CAPITULO XXVI.

Perros.

En Tierra-Firme, en poder de los indios caribes frecheros, hay unos perrillos pequeños, gozques, que tienen en casa, de todas las colores de pelo que en España los hay; algunos bedijudos y algunos rasos, y son mudos, porque nunca jamás ladran ni gañen, ni aullan, ni hacen señal de gritar ó gemir aunque los maten á golpes, y tienen mucho aire de lobillos, pero no lo son, sino perros naturales. E yo los he visto matar, y no quejarse ni gemir, y los he visto en el Darien, traidos de la costa de Cartagena, de tierra de caribes, por rescates, dando algun anzuelo en trueco de ellos, y jamás ladran ni hacen cosa alguna, mas que comer y beber, y son harto mas esquivos que los nuestros, excepto con los de la casa donde están, que muestran amor á los que les dan de comer, en el halagar con la cola y saltar regocijados, mostrando querer complacer á quien les da de comer y tienen por señor.

CAPITULO XXVII.

De la churcha.

La churcha es un animal pequeño, del tamaño de un pequeño conejo, y de color leonado y el pelo muy delgado, el hocico muy agudo, y los colmillos y dientes asimismo, y la cola luenga, de la manera que la tiene el raton, y las orejas á él muy semejantes. Aquestas churchas en Tierra-Firme (como en Castilla las garduñas) se vienen de noche á las casas á comerse las gallinas, ó á lo menos á degollarlas y chuparse la sangre; y por tanto son mas dañosas, porque si matasen una, y de aquella se hartasen, menos daño harian; pero acaesce degollar quince, y veinte, y muchas mas, si no son socorridas. Pero la novedad y admiracion que se puede notar de aqueste animal es, que si al tiempo que anda en estos pasos de matar las gallinas cria sus hijos, los trae consigo metidos en el seno, de aquesta manera: por medio de la barriga, al luengo, abre un seno, que hace de su misma piel, de la manera que se haria juntando dos dobleces de una capa, haciendo una bolsa, y aquella hendidura en que el un pliegue junta con el otro, aprieta tanto, que ninguno de los hijos se le cae aunque corra; y cuando quiere, abre aquella bolsa y suelta los hijos, y andan por el suelo, ayudando á la madre á chupar la sangre de las gallinas que mata; y como siente que es sentida, y alguno socorre y va con lumbre á ver de qué causa las gallinas se escandalizan, luego encontinente la dicha churcha mete en aquella bolsa ó seno los hijos, y se va si halla lugar por donde irse, y si le toman el paso, súbese á lo alto de la casa ó gallinero á se esconder; y como muchas veces la toman viva, y algunas la matan, hase visto muy bien lo que es dicho, y hállanle los hijos metidos en aquella bolsa, dentro de la cual tiene las tetas y pueden los hijos estar mamando. Yo he visto algunas de estas churchas y todo lo que es dicho, y aun me han muerto las gallinas en mi casa de la manera susodicha. Es animal esta churcha que huele mal, y el pelo y la cola y las orejas tiene como raton, pero es mayor mucho.

Pues se ha dicho de algunos animales particularmente, quiero asimismo traer á la memoria de vuestra majestad lo que se me acuerda de algunas aves que he visto y hay en aquellas partes; las cuales son muchas y de muchas maneras, y primeramente de aquellas que tienen semejanza á las de estas partes ó son como ellas, y después se prosoguirá en particular lo que me ocurriere de las otras que son diferentes á aquellas de que acá tienen noticia ó se conoscen.

CAPITULO XXVIII.

Aves conoscidas y semejantes á las que hay en España.

Hay en las Indias águilas reales y de las negras, y aguililllas y de las rubias; hay gavilanes y alcotanes, y halcones neblíes ó peregrinos, salvo que son mas negros que los de acá. Hay unos milanos que andan á comer los pollos, y tienen el plumaje y similitud de alfaneques. Hay otras aves mayores que grandes girifaltes, y de muy grandes presas, y los ojos colorados en mucha manera, y la pluma muy hermosa y pintada á la manera de los azores mudados muy lindos, y andan pareados de dos en dos. Yo derribé uno una vez de un árbol muy alto, de una saetada que le dí en los pechos, y caido abajo, era cuasi como una águila real, y estaba tan armado, que era cosa mucho de ver sus presas y

pico, y aun vivió todo aquel dia. Yo no le supe dar el nombre, ni alguno de cuantos españoles le vieron; pero á quien esta ave mas parece, es á los azores muy grandes, y esta es muy mayor que ellos; y así, los cristianos los llaman allá azores. Hay palomas torcaces, y zoritas, y golondrinas, y codornices, y aviones, y garzas reales, y garzotas, y flamencos, salvo que lo colorado de los pechos es mas vivo y de mas lindo plumaje. Hay cuervos marinos, hay ánades, y lavancos reales, y ansares bravas, salvo que son negras, segun se dijo atrás. Todas estas aves son de paso, y no se ven en todos tiempos, sino á cierto tiempo. Hay asimismo lechuzas y gaviotas.

CAPITULO XXIX.

De otras aves diferentes de las que es dicho.

Papagayos hay muchos, y de tantas maneras y diversidades, que seria muy larga cosa decirlo, y cosa mas apropiada al pincel para darlo á entender, que no á la lengua; pero porque de todas las maneras que los hay, los traen á España, no hay para qué se pierda tiempo hablando en ellos. Pocos dias antes que el Católico rey don Fernando pasase de esta vida, le truje yo á Placencia seis indios caribes de los frecheros que comen carne humana, y seis indias mozas, y muy bien dispuestos ellos y ellas, y truje la muestra del azúcar que se comenzaba á hacer en aquella sazon en la isla Española, y ciertos cañutos de cañafístola, de la primera que en aquellas partes por la industria de los cristianos se comenzó á hacer; y truje asimismo á su alteza treinta papagayos, ó mas, en que habia diez ó doce diferencias entre ellos, y los mas de ellos hablaban muy bien. Estos papagayos, aunque acá parecen torpes, son todos muy grandes voladores, y siempre andan de dos en dos pareados, macho y hembra, y son muy dañosos para el pan y cosas que se siembran para mantenimiento de los indios.

CAPITULO XXX.

Rabihorcados.

Hay unas aves grandes, y vuelan mucho, y lo mas continuamente andan muy altos, y son negros y cuasi de rapiña, y tienen muy largos y delgados vuelos, y los codos de las alas muy agudos, y la cola abierta como la del milano, y por esto le llaman rabihorcado; son mayores que los milanos, y tienen tanta seguridad en sus vuelos, que muchas veces las naos que van á aquellas partes, los ven veinte, y treinta leguas, y mas, dentro en la mar, volando muy altos.

CAPITULO XXXI.

Rabo de junco.

Unas aves hay blancas y muy grandes voladoras, y son mayores que palomas torcaces, y tienen la cola luenga y muy delgada; por lo cual se le dió el nombre que es dicho de rabo de junco, y vese muchas veces muy adentro en la mar, pero ave es de tierra.

CAPITULO XXXII.

Pájaros bobos.

Hay unas aves que llaman pájaros bobos, y son menores que gavinas, y tienen los piés como los anadones, y pósanse en el agua alguna vez, y cuando las naves van á la vela cerca de las islas, á cincuenta ó cien leguas de ellas, y estas aves ven los navíos, se vienen á ellos, y cansados de volar, se sientan en las entenas y árboles ó gavias de la nao, y son tan bobos y esperan tanto, que fácilmente los toman á manos, y de esta causa los navegantes los llaman pájaros bobos: son negros, y sobre negro, tienen la cabeza y espaldas de un plumaje pardo escuro, y no son buenos de comer, y tienen mucho bulto en la pluma, á respecto de la poca carne; pero tambien los marineros se los comen algunas veces.

CAPITULO XXXIII.

Patines.

Otros pájaros hay menores que tordos, y son muy negros, y creo que es una de las aves del mundo que mas velocidad traen en su volar, y andan á raíz del agua, por altas ó bajas que anden las ondas de la mar, y tan diestros en el subir ó bajar el vuelo en la órden que la mar anda, y pegado al agua, que no se podria creer sin verse. Estos se asientan cuando quieren en el agua, y cuasi la mayor parte de todo el camino de las Indias los vemos en el grande mar Océano, y tienen los piés como los patos ó ánades.

CAPITULO XXXIV.

Pájaros noturnos.

En Tierra-Firme hay unas aves que los cristianos llaman pájaros noturnos, que salen al tiempo que el sol se pone, cuando salen los murciélagos, y es grande la enemistad de estas aves con los dichos murciélagos, y luego andan volándolos y persiguiendo á los dichos murciélagos, golpeándolos; lo cual no se puede ver sin mucho placer de quien los mira. Hay de estas aves muchas en el Darien, y son algo mayores que vencejos, y tienen aquella manera de alas, y tanta ó mas ligereza en el volar; y por medio de cada ala, al través, tienen una banda de plumas blancas, y todo lo demás de su plumaje es pardo cuasi negro; las cuales aves toda la noche no paran, y cuando esclaresce el dia se tornan á esconder, y no parescen hasta que es puesto el sol, que tornan á su acostumbrada pelea, contrastando con los dichos murciélagos.

CAPITULO XXXV.

Murciélagos.

Pues en el capítulo de suso escrito se dijo de la contencion de los pájaros noturnos y murciélagos, quiero concluir con los dichos murciélagos. E digo que en Tierra-Firme hay muchos de ellos, que fueron muy peligrosos á los cristianos á los principios que á aquella tierra pasaron con el adelantado Vasco Nuñez de Balboa y con el bachiller Enciso, cuando se ganó el Darien; porque, por no saberse entonces el fácil y seguro remedio que hay contra la mordedura del murciélago, algunos cristianos murieron entonces, y otros estovieron en peligro de morir, hasta que de los indios se supo la manera de cómo se habia de curar el que fuese picado de ellos. Estos murciélagos son ni mas ni menos que los de acá,

y acostumbran picar de noche, y comunmente por la mayor parte pican del pico de la nariz, ó de las yemas de las cabezas de los dedos de las manos ó de los piés, y sacan tanta sangre de la mordedura, que es cosa para no se poder creer sin verlo. Tienen otra propriedad, y es, que si entre cien personas pican á un hombre una noche, después la siguiente ó otra no pica el murciélago sino al mismo que ya hobo picado, aunque esté entre muchos hombres. El remedio de esta mordedura es tomar un poco de rescoldo de la brasa, cuanto se pueda sufrir, y ponerlo en el bocado. Hay asimismo otro remedio, y es tomar agua caliente, y cuanto se pueda sufrir la calor de ella, lavar la mordedura, y luego cesa la sangre y el peligro, y se cura muy presto la llaga de la picadura, la cual es pequeña, y saca el murciélago un bocadico redondo de la carne. A mí me han mordido, y me he curado con el agua de la manera que he dicho. Otros murciélagos hay en la isla de Sant Juan, que los comen, y están muy gordos, y en agua muy caliente se desuellan fácilmente, y quedan de la manera de los pajaritos de cañuela, y muy blancos y muy gordos y de buen sabor, segun dicen los indios, y aun algunos cristianos, que los comen tambien, en especial aquellos que son amigos de probar lo que ven hacer á otros.

CAPITULO XXXVI.

Pavos.

Hay unos pavos rubios y otros negros, y las colas tiénenlas de la hechura de las pavas de España; pero en el plumaje y en el color, los unos son todos rubios, y la barriga con un poco del pecho blanco, y los otros todos negros, y así la barriga y parte del pecho blancos; y los unos y los otros tienen sobre la cabeza una hermosa cresta ó penacho, de plumas bermejas el que es bermejo, y negras el que es negro, y son de mejor comer que los de España. Estos pavos son salvajes, y algunos hay domésticos en las casas, que los toman pequeños. Los ballesteros matan muchos de ellos, porque los hay en mucha cantidad. Dicen algunos que el pavo es bermejo y la pava negra; otros son de parescer contrario, y dicen que el pavo es negro y la pava rubia; otros dicen que son de dos géneros, y que hay macho y hembra de ambas colores y de cualquiera de ellas. Si el ballestero no le da en la cabeza ó en parte que caiga muerto el dicho pavo, aunque le dén en una ala ó otra parte, se va por tierra á peon y corre mucho; y como es muy espesa de árboles, conviene que el ballestero tenga buen perro y presto, para que el cazador no pierda su trabajo y la caza. Vale un pavo de estos un ducado, y á veces un castellano ó peso de oro, que es tanto como en España un real para lo gastar. Otros pavos mayores y mejores de sabor y mas hermosos se han hallado en la Nueva-España, de los cuales han pasado muchos á las islas y á Castilla del Oro, y se crian domésticamente en poder de los cristianos; de aquestos las hembras son feas y los machos hermosos, y muy á menudo hacen la rueda, aunque no tienen tan gran cola ni tan hermosa como los de España; pero en todo lo al de su plumaje son muy hermosos. Tienen el cuello y cabeza cubierto de una carnosidad sin pluma, la cual á menudo mudan de diversas colores, cuando se les antoja, en especial cuando hacen la rueda la tornan muy bermeja, y cuando la dejan de hacer la vuelven como amarilla y de otras colores, y como denegrido, hácia color parda y blanca, algunas veces; y en la frente sobre el pico tiene el pavo un pezon corto, el cual cuando hace la rueda le alarga ó le cresce mas de un palmo; y de la mitad de los pechos le nasce y tiene una vedija de cerdas tan gruesa como un dedo, y aquellas cerdas ni mas ni menos que las de la cola de un caballo, muy negras, y luengas mas de un palmo. La carne de estos pavos es muy buena, y sin comparacion, mejor y mas tierna que la de los pavos de España.

CAPITULO XXXVII.

Alcatraz.

Unas aves hay en aquellas partes que llaman alcatraces, y son muy mayores que ansarones, y la mayor parte del plumaje es pardo y algo en parte abutardado, y el pico es de dos palmos, poco mas ó menos, muy ancho cerca de la cabeza, y vase diminuyendo hasta la punta, y tiene un muy grueso y grande papo, y son cuasi de la hechura y manera de una ave que yo vi en Flándes, en la villa de Bruselas, en el palacio de vuestra majestad, que la llamaban bayna. Acuérdome que estando un dia comiendo vuestra majestad en la gran sala, le vi traer allí en su real presencia una caldera de agua con ciertos pescados vivos, y los comió así enteros; la cual ave yo tengo que debia de ser marítima, y tales tenia los piés como las aves de agua ó los ansarones suelen tenerlos, y así los tienen los alcatraces, los cuales asimismo son aves marítimas, y tamañas, que yo vi meterle á un alcatraz un sayo entero de un hombre en el papo, en Panamá el año de 1521 años. Y porque en aquella playa y costa de Panamá pasa cierta volatería de estos alcatraces, que es cosa de notar y mucho de ver, quiero aquí decirla, pues que sin mí, al presente en esta corte de vuestra majestad hay personas que lo han visto muchas veces, y es esta: sabrá vuestra majestad que allí, como atrás se dijo, cresce y mengua aquella mar del Sur dos leguas y mas, de seis en seis horas, y cuando cresce, llega el agua de la mar tan junto de las casas de Panamá, como en Barcelona ó en Nápoles lo hace el mar Mediterráneo. E cuando viene la dicha cresciente, viene con ella tanta sardina, que es cosa maravillosa y para no se poder creer la abundancia de ella sin lo ver; y el cacique de aquella tierra, en el tiempo que yo en ella estuve, cada un dia era obligado, y le estaba mandado por el gobernador de vuestra majestad que trujese ordinariamente tres canoas ó barcas llenas de la dicha sardina, y las vaciase en la plaza, y así se hacia continuamente, y un regidor de aquella cibdad la repartia entre todos los cristianos, sin que les costase cosa alguna, y si mucha mas gente hobiera, aunque fuera cuanta al presente hay en Toledo ó mas, que de otra cosa no se hobiera de mantener, se pudiera asimismo matar cada dia toda la sardina que fuera menester, y que sobrara mucha mas, y cuanta quisieran.

Tornando á los alcatraces, así como viene la marea, y sardina con ella, ellos tambien vienen con la marea, volando sobre ella, y tanta multitud de ellos, que paresce

que cubren el aire, y continuamente no hacen sino caer de alto en el agua, y tomar las sardinas que pueden, y súbito tornarse á levantar volando; y comiéndoselas muy presto, luego tornan á caer, y se tornan á levantar de la misma manera, sin cesar; y así, cuando la mar se retrae, se van en su seguimiento los alcatraces, continuando su pesquería, como es dicho. Juntamente andan con estas aves otras que se llaman rabihorcados, de que atrás se hizo mencion; y así como el alcatraz se levanta con la presa que hace de las sardinas, el dicho rabihorcado le da tantos golpes, y lo persigue hasta que le hace lanzar las sardinas que ha tragado; y así como las echa, antes que ellas toquen ó lleguen al agua, los rabihorcados las toman, y de esta manera es una gran deletacion verlo todos los dias del mundo. Hay tantos de los dichos alcatraces, que los cristianos envian á ciertas islas y escollos que están cerca de la dicha Panamá, en barcas y canoas, por los alcatraces, cuando son nuevos que aun no pueden volar, y á palos matan cuantos quieren, hasta cargar las canoas ó barcas de ellos; y están tan gordos y bien mantenidos, que de gruesos no se pueden comer, ni los quieren sino para hacer de la grosura de ellos olio para quemar de noche en los candiles, el cual es muy bueno para esto, y de dulce lumbre y que muy de grado arde. En esta manera y para este efecto se matan tantos, que no tienen número, y siempre paresce que son muchos mas los que andan en la pesquería de las sardinas, como es dicho.

CAPITULO XXXVIII.

Cuervos marinos.

Atrás se dijo que hay cuervos marinos, de la misma manera que los hay acá. No torné aquí á hablar en ellos sino para decir la muchedumbre de ellos que hay en la mar del Sur, en aquella costa de Panamá, donde puede vuestra majestad creer que algunas veces vienen tantos juntos en demanda de aquestas sardinas que dije en el capítulo antes de este, que, asentados en el agua, cubren gran parte de la mar, que están las manchas de ellos tamañas, cuasi como esta vega, que está al pié de esta cibdad de Toledo; y estos escuadrones ó multitudes de estos cuervos, en muchas partes y muy á menudo, cada dia se ven en la dicha costa del Sur, allí donde he dicho, y no paresce todo aquello que toman y ocupan del agua, sino un terciopelo ó paño muy negro, sin intervalo, segun están juntos estos cuervos, los unos á par de los otros, y así como los alcatraces, se van y vienen con las mareas secutando la pesquería de estas sardinas; las cuales á algunos saben bien, y á mí no, porque son tan dulces, que á tres veces que comí de ellas las aborrescí, y nunca pescado de cuantos allá ni acá he visto, yo comeria de tan mala voluntad; pero otros hombres se hallan bien con ellas.

CAPITULO XXXIX.

Gallinas olorosas.

De las gallinas de España hay muchas y auméntanse mucho, porque no dejan de sacar cuantos huevos pueden cobrir con las alas; las cuales han procedido de las que de acá en los principios se llevaron; pero sin estas, hay unas gallinas bravas, que son tan grandes como pavos, y son negras, y la cabeza y parte del pescuezo algo pardo, ó no tan negro como lo demás de ellas, y aquello pardo ó menos negro no es pluma, sino el cuero. Son de muy mala carne y peor sabor, y muy golosas, y comen muchas suciedades y indios y animales muertos; pero huelen como almizcle y muy bien en tanto que están vivas, y como las matan pierden aquel olor, y á ninguna cosa son buenas, salvo sus plumas para emplumar saetas y virotes; y sufren muy gran golpe, y ha de ser muy recia la ballesta que la mate, si no le dan en la cabeza ó le quiebran alguna de las alas, y son muy importunas, y amigas de estar en el pueblo y cerca de él, por comer las inmundicias.

CAPITULO XL.

Perdices.

Perdices hay en Tierra-Firme muy buenas, y de tan buen sabor como las de España, y son tan grandes como las gallinas de Castilla, y tienen unas tetillas sobre otras. Así que tienen dos pares de ellas, y tanta carne, que ha de ser muy comedor el que á una comida ó pasto de una vez la acabare. La pluma es parda, así en el pecho como en las alas y cuello, y todo lo demás de aquella misma color y plumaje que las perdices de acá tienen los hombros, y ninguna pluma tienen de otra color. Los huevos que estas perdices ponen son cuasi tan grandes como los grandes de estas gallinas comunes de España, y son cuasi redondos, y no prolongados tanto como los de las gallinas, y son azules, de la color de una muy finísima turquesa. Toman estas perdices los indios con reclamos, armándoles lazos, y yo las he tenido vivas, y las he comido algunas veces en Tierra-Firme. La manera del reclamo es, que se ase el indio de una vedija de cabellos de encima de la frente, cuasi de á par de la coronilla, ó mas cerca de lo alto de la cabeza, y tira y afloja, meneando la cabeza, y con la boca hace un cierto son, que es cuasi silbando, de la misma manera que aquellas perdices cantan; y vienen á este reclamo, y caen en los lazos que les tienen puestos de hilo de henequen, del cual hilo se dijo largamente en el capítulo diez; y así las toman, y son muy excelente manjar asadas, perdigándolas primero, y así de esta manera como cocidas ó de cualquier forma que se coman. Quieren parescer mucho en el sabor á las perdices de España, y la carne de ellas es así tiesta, y son mejores de comer el segundo dia que las matan, porque estén algo manidas ó mas tiernas. Otras perdices hay menores que las susodichas, que son como estarnas ó perdices de las que acá dicen pardillas, que son asaz buenas; pero aunque en el sabor quieren parescer á las de acá, no son tales, con mucho, como las grandes; y estas pequeñas tienen la pluma asimismo pardilla, pero tiran algo á rubio aquel plumaje sobre pardillo, y tómanse mas á menudo que las grandes, y son mejores para los dolientes, porque no son tan recias de digestion.

CAPITULO XLI.

Faisanes.

Los faisanes de Tierra-Firme no tienen la pluma que

los faisanes de España, ni son tan lindos en la vista; pero son muy buenos y excelentes en el sabor, y parescen mucho en el gusto á las perdices grandes, de quien se trató en el capítulo antes de este; el plumaje de estas aves son pardos, así como las perdices, y no tan grandes; pero son mas altos de piés, y tienen las colas luengas y anchas, y mátanse de ellas muchas con las ballestas, y hacen cierto canto, á manera de silbos, muy diferente del canto de las perdices y mucho mas alto, porque de bien léjos se oyen, y esperan mucho; y así, los ballesteros los matan muy á menudo.

CAPITULO XLII.

Picudos.

Una ave hay en Tierra-Firme, que los cristianos llaman picudo, y tiene un pico muy grande, segun la pequeñez del cuerpo, el cual pico pesa mucho mas que todo el cuerpo. Este pájaro no es mayor que una codorniz ó poco mas, pero el bulto es muy mayor, porque tiene mucha mas pluma que carne. Su plumaje es muy lindo y de muchas colores, y el pico es tan grande como un geme ó mas, revuelto para abajo, y al principio, á par de la cabeza, tan ancho como tres dedos ó cuasi; y la lengua que tiene es una pluma, y da grandes silbos, y hace agujeros con el pico en los árboles, por donde se mete, y cria allí dentro; y cierto es ave muy extraña y para ver, porque es muy diferente de todas cuantas aves yo he visto, así por la lengua, que, como es dicho, es una pluma, como por su vista y desproporcion del gran pico, á respeto del cuerpo. Ninguna ave hay que cuando cria esté mas segura y sin temor de los gatos, así porque ellos no pueden entrar á tomarles los huevos ó los hijos, por la manera del nido, como porque en sintiendo que hay gatos se meten en su nido y tienen el pico hácia fuera, y dan tales picadas, que el gato ha por bien de no curar de ellos.

CAPITULO XLIII.

Del pájaro loco.

Unos pájaros hay, que los cristianos llaman locos por les dar el nombre al revés de sus efectos, como suelen nombrar otras cosas, segun atrás queda dicho, porque en la verdad ninguna ave de las que en aquellas partes yo he visto muestra ser mas sabia y astuta ni de tal distinto natural para criar sus hijos sin peligro. Aquestas aves son pequeñas y cuasi negras, y son poco mayores que los tordos de acá; tienen algunas plumas blancas en el cuello, y traen la diligencia de las picazas; pero muy pocas veces se posan en tierra, y hacen sus nidos en árboles desocupados ó apartados de otros, porque los gatos monillos acostumbran irse de árbol en árbol y saltar de unos á otros, y no bajar á tierra, por temor de otros animales, sino es cuando han sed, que bajan á beber, en tiempo que no puedan ser molestados. E por eso estas aves no quieren ni suelen criar sino en árbol que esté algo léjos de otros, y hacen un nido tan luengo ó mas que el brazo de un hombre, á manera de talega, y en lo bajo es ancho, y hácia arriba de donde está colgado, se va estrechando y hace un agujero por donde entran en aquella talega, no mayor de cuanto el dicho pájaro puede caber; y porque, en caso que los gatos suban á los árboles donde aquestos nidos están, no les coman los hijos, tienen otra astucia grande, y es que aquellas ramas y pajas ó cosas de que hacen estos nidos son muy ásperas y espinosas, y no las puede tomar el gato en las manos sin se lastimar; y están tan entretejidos y fuertes, que ningun hombre los sabria hacer de aquella manera; y si el gato quiere meter la mano por el agujero del dicho nido para sacar los huevos ó los hijos pequeños de estas aves, no los puede alcanzar ni llegar al cabo, porque, como es dicho, son luengos mas de tres palmos ó cuatro, y no puede el brazo del gato alcanzar al suelo del nido. Hacen otra cosa, y es que en un árbol hay muchos nidos de estos. E la causa por qué hacen muchos de estos pájaros sus nidos en un mismo árbol debe ser por una de dos cosas, ó porque de su natura sean sociables y amigos de compañía de su misma ralea ó casta, como los aviones, ó porque si por caso los gatos subieren al árbol donde crian haya diversos ó muchos nidos en que se determine la ventura del que ha de ser molestado del gato, y haya mas cantidad de pájaros de los mayores de ellos que hagan la vela por todos, los cuales, en viendo los gatos, dan grandes gritos.

CAPITULO XLIV.

Picazas.

Hay en Tierra-Firme y tambien en las islas unas picazas que son menores que las de España, y tienen su diligencia y andar á saltos; pero son todas negras, y tienen los picos de la hechura que los tienen los papagayos, y asimismo negros, y las colas luengas, y son poco mayores que tordos.

CAPITULO XLV.

Pintadillos.

Unos pájaros hay que se llaman pintadillos, y son muy pequeños, como los que acá llaman pinchicos ó de siete colores, y estos pajaricos, de temor de los gatos, siempre crian sobre las riberas de los rios ó de la mar, donde las ramas de los árboles alcancen con los nidos al agua con poco peso que encima de ellas se cargue, y hacen los dichos nidos cuasi en las puntas de las dichas ramas, y cuando el gato va por la rama adelante ella se abaja y pende al agua, y el gato, de temor, se torna y no cura de los nidos, por temor de caer; porque de todos los animales del mundo, no obstante que ninguno le sobra en malicia, y que naturalmente la mayor parte de los animales saben nadar, estos gatos no lo saben, y muy presto se ahogan. Estos pajaricos hacen sus nidos de manera que aunque se mojen y hinchan de agua, luego se sale, y aunque los pajaricos nuevos con el nido estén debajo del agua, por pequeños que sean, no se ahogan por eso.

CAPITULO XLVI.

Ruiseñores y otros pájaros que cantan.

Hay muchos ruiseñores y otras muchas aves pequeñas, que cantan maravillosamente y con mucha melodía y diferentes maneras de cantar, y son muy diversos en colores los unos de los otros. Algunos hay que son todos amarillos, y otros que todos son colorados, de una color

tan fina y excelente, que no se puede creer ni ver otra cosa mas subida en color, como si fuese un rubí, y otros de todas colores y diferencias, algunos mezcladas aquellas colores, y otros de pocas, y algunos de una sola, y tan hermosos, que en lindeza exceden y hacen mucha ventaja á todos los que en España y Italia y en otros reinos y provincias muchas yo he visto. E tómanse muchos de ellos con armanzas y liga y costillas, y de muchas maneras.

CAPITULO XLVII.

Pájaro mosquito.

Hay unos pajaritos tan chiquitos, que el bulto todo de unos de ellos es menor que la cabeza del dedo pulgar de la mano, y pelado es mas de la mitad menor de lo que es dicho; es una avecica que, demás de su pequeñez, tiene tanta velocidad y presteza en el volar, que viéndola en el aire no se le pueden considerar las alas de otra manera que las de los escarabajos ó abejones, y no hay persona que le vea volar que piense que es otra cosa sino abejon. Los nidos son segun la proporcion ó grandeza suya. Yo he visto uno de estos pajaricos que él y el nido puestos en un peso de pesar oro pesó todo dos tomines, que son veinte y cuatro granos, con la pluma, la cual si no toviera, fuera el peso mucho menos. Sin dubda parescia en la sotileza de sus piernas y manos á las avecicas que en las márgenes de las horas de rezar suelen poner los iluminadores; y es de muy hermosas colores su pluma, dorada y verde y de otras colores, y el pico luengo segun el cuerpo, y tan delgado como un alfilel. Son muy osados, y cuando ven que algun hombre sube en el árbol en que cria, se le va á meter por los ojos, y con tanta presteza va y huye y torna, que no se puede creer sin verlo; cierto es cosa la pequeñez de este pajarico, que no osara hablar en él sino porque sin mí hay en esta corte de vuestra majestad otros testigos de vista. De lo que hacen el nido es del flueco ó pelos de algodon, del cual hay mucho y les es mucho al propósito.

CAPITULO XLVIII.

Paso de aves.

Visto he algunos años en el mes de marzo, por espacio de quince y veinte dias, y algunos años mas, y desde la mañana hasta ser de noche, ir el cielo cubierto de infinitas aves y muy altas, y tanto enlevadas, que muchas de ellas se pierden de vista, y otras van muy bajas, á respecto de las mas altas, pero harto altas, á respecto de las cumbres y montes de la tierra, y van continuadamente en seguimiento ó al luengo desde la parte del norte septentrional á la del mediodía ó via del polo Austral. Así que vienen de la parte de la mar hácia la parte de la tierra, y así atraviesan todo lo que del cielo se puede ver en la longueza ó viaje que hacen estas aves, y de ancho ocupan muy gran parte de lo que se ve del cielo. E la mayor parte de estas aves son, al parescer, águilas negras, y otras de muchas maneras y muy grandes, y otras aves de rapiña. Las diferencias y plumajes de las cuales no se pueden bien comprehender, porque no bajan tanto que esto se pueda entender, ni discernerlo la vista; pero en la manera del volar y en la grandeza y diferencias de los tamaños se conosce que son de muchos y diversos géneros. Este paso de estas aves es sobre la cibdad y provincia de Santa María del Antigua del Darien, en Tierra-Firme, en aquella parte que se llama Castilla del Oro. Otras muchas maneras de aves hay en Tierra-Firme, que seria muy larga cosa de escribirlo extensamente, así porque de todas, aunque se ven muchas, seria imposible especificarlo, como porque de otras muchas mas que yo tengo escrito en mi *General historia de Indias*, no ocurre al presente á mi memoria mas de lo que en el presente sumario está dicho.

CAPITULO XLIX.

De las moscas y mosquitos y abejas y avispas y hormigas, y sus semejantes.

En las Indias y Tierra-Firme hay muy poquitas moscas, y á comparacion de las que hay en Europa se puede decir que acullá no hay algunas, porque raras veces se ven algunas.

Mosquitos hay muchos y muy enojosos y de muchas maneras, en especial en algunas partes de las costas de la mar y de los rios, y tambien en muchas partes de la tierra no los hay.

Hay muchas avispas y muy peligrosas y ponzoñosas, y su picadura es sin comparacion mas dolorosa que la de las avispas de España, y tienen cuasi la misma color, pero son mayores y mas rubio el amarillo de ellas, y con ello en las alas mucha parte de color negra, y las puntas de ellas rubias de color tostado. Hacen muy grandes avisperos, y los racimos de ellos llenos de vasillos del tamaño de los panales que en España hacen las abejas, pero secos y blancos sobre pardos, y no tienen en ellos ningun licor, sino sus crianzas ó aquello de que se forman, y hay muchas en los árboles, y tambien se hacen muchas en las techumbres y maderas de las casas.

CAPITULO L.

Abejas.

Hay muchas abejas, que crian en las hoquedades de los árboles, y son pequeñas, del tamaño de las moscas, ó poco mas, y las puntas de las alas tienen cortadas al través, de la facion ó manera de las puntas de los machetes victorianos, y por medio del ala una señal al través, blanca, y no pican ni hacen mal, ni tienen aguijon, y hacen grandes panales, y los agujerillos de ellos hay en uno mas que en cuatro de los de acá, aunque ellas son menores abejas que las de España, y la miel es muy buena y sana, pero es morena cuasi como arrope.

CAPITULO LI.

Hormigas.

Las diferencias de las hormigas son muchas, y la cantidad de ellas tanta, y tan perjudiciales algunas de ellas, que no se podria creer sin haberlo visto, porque han hecho mucho daño, así en árboles como en azúcares y en otras cosas necesarias al mantenimiento de los hombres; pero por no me detener en esto, digo que aquellas que los osos hormigueros comen son de una manera y son pequeñas y negras, y otras hay rubias, y

otras hay que llaman comixen, que la mitad son hormigas, y la otra mitad es un gusanico que traen metido en una cosilla ó cáscara blanca que llevan arrastrando, y son muy dañosas, y penetran las maderas y casas, y hacen mucho daño estas que son comixen; las cuales, si suben por un árbol ó por una pared, ó por do quiera que hagan su camino, llevan una bóveda de tierra, cubierta toda, tan gruesa como un dedo y como la mitad, y mas y menos, y debajo de aquel artificio ó camino cubierto van hasta donde quieren asentar, y allí donde paran ensanchan mucho aquella bóveda, y hacen una casa de barro, cubierta y tan grande como tres y cuatro palmos, y mas y menos, y tan ancha como es luenga ó como la quieren hacer, y allí crian, y por aquel lugar podrescen y comen la madera, y asimismo las paredes hasta dejarlas tan huecas como un panar, y es menester tener aviso para que así como comienzan á hacer aquellas bóvedas ó senderos cubiertos se les rompan antes que tengan lugar de hacer daño en las casas, porque para la casa es aqueste animal no otra cosa que la polilla para el paño.

Hay otras hormigas mayores que las susodichas, y con muchas diferencias; pero entre todas tienen el principado de malas unas que hay negras y tan grandes cuasi como abejas de acá, y estas son tan pestíferas, que con ellas y otros materiales ponzoñosos los indios hacen la yerba que tiran con sus frechas, la cual yerba es sin remedio, y todos los que con ella son heridos mueren, que entre ciento no escapan cuatro; de estas hormigas se ha visto muchas veces por experiencia en muchos cristianos picados de ellas que así como pican dan luego calentura grandísima, y nasce un encordio al que han picado. Otras hay que son del tamaño de las hormigas comunes de España, pero aquellas son bermejas, y estas y todas las mas de las otras que de suso tengo dicho que hay en Tierra-Firme son de paso.

CAPITULO LII.

Tábanos.

En Tierra-Firme hay muchos tábanos y muy enojosos, y pican mucho, y hay muchas diferencias de ellos, y tantas, que seria largo y enojoso proceso de escrebir, y no apacible á los lectores.

CAPITULO LIII.

Aludas.

En aquellas partes hay aludas, de la misma manera que las hay en España; y así, se hacen cuando á las hormigas les nascen las alas, y son algo menores que las aludas de acá.

CAPITULO LIV.

De las víboras y culebras y sierpes y lagartos y sapos y otras cosas semejantes.

Víboras.

Hay en Tierra-Firme, en Castilla del Oro, muchas víboras, segun y de la misma manera que las hay en España, y los que son picados de ellas muy presto mueren, porque pocos hombres pasan del cuarto dia si presto no son socorridos; pero entre ellas hay una especie de víboras menores que las otras, y de las colas son algo romas, y saltan en el aire á picar al hombre. E por esto algunos llaman tiro á esta manera de víbora, y la mordedura de estas tales es mas veninosa, y incurable las mas veces. Una de estas me picó una india de las que en mi casa me servian, en un heredamiento, y fué muy presto socorrida con muchas cosas, y asimismo con la sangrar ó dar lancetadas en un pié en que fué picada, y se hizo en ella todo lo que los cirujanos ordenaron; pero ninguna cosa aprovechó, ni le pudieron sacar gota de sangre, sino una agua amarilla, y antes del tercero dia espiró, que ningun remedio tuvo, y lo mismo acaesció á otras personas; esta misma india que así he dicho que murió era de edad de hasta catorce años ó menos, y muy ladina, porque hablaba castellano como si nasciera y se criara toda su vida en Castilla, y decia que aquella víbora que le habia picado en la garganta de un pié seria de dos palmos ó poco mas, y que saltó en el aire para la picar desde á mas de seis pasos. E con aquesto concordaban muchas personas que tenian conoscimiento de las dichas víboras ó tiros, y que habian visto morir á otras personas de semejantes picaduras, y estas son las mas ponzoñosas que allá hay.

CAPITULO LV.

Culebras ó sierpes.

Unas culebras delgadas, y luengas de siete ó ocho piés, he visto yo en Tierra-Firme; las cuales son tan coloradas, que de noche parescen una brasa viva, y de dia son cuasi tan coloradas como sangre. Estas son asaz ponzoñosas, pero no tanto como las víboras.

Hay otras mas delgadas y cortas y negras, y estas salen de los rios, y andan en ellos y por tierra cuando quieren, y son asimismo harto ponzoñosas.

Otras culebras son pardas, y son poco mayores que las víboras, y son nocivas y ponzoñosas.

Hay otras culebras pintadas y muy luengas. E yo vi una de estas el año de 1515 en la isla Española, cerca de la costa de la mar, al pié de la sierra que llaman de los Pedernales, y la medí, y tenia mas de veinte piés de luengo, y lo mas grueso de ella era mucho mas que un puño cerrado, y debiera de haber seido muerta aquel dia, porque no hedia y estaba la sangre fresca, y tenia tres ó cuatro cuchilladas. Estas culebras tales son de menos ponzoña que todas las susodichas, salvo que por ser tan grandes pone mucho temor el verlas. Acuérdome que estando en el Darien, en Tierra-Firme, el año de 1522 años, vino del campo muy espantado un Pedro de la Calleja, montañés, natural de Colindres, una legua de Laredo, hombre de crédito y hidalgo, el cual dijo que habia visto en una senda dentro de un maizal solamente la cabeza con poca parte del cuello de una culebra ó serpiente, y que no pudo ver lo demás de ella á causa de la espesura del maíz, y que la cabeza era muy mayor que la rodilla doblada de una pierna de un hombre mediano, y allí lo juraba, y que los ojos no le habian parescido menores que los de un becerro grande; y como la vido desde algo apartado, no osó pasar, y se tornó; lo cual el susodicho contó á muchos y á mí, y todos lo creimos por otras muchas que en aquellas partes habian visto algunos de los que al dicho Pedro de la Calleja le escuchaban lo que es dicho; y en aque-

lla sazon, pocos dias después de esto, en el mismo año, mató una culebra un criado mio, que desde la boca hasta la punta de la cola tenia de luengo veinte y dos piés, y en lo mas grueso de ella era mas gorda que dos puños juntos de las manos de un hombre mediano, y la cabeza mas gruesa que un puño, y la mayor parte del pueblo la vido; y el que la mató se llama Francisco Rao y es natural de la villa de Madrid.

CAPITULO LV.

Yu-ana.

Yu-ana es una manera de sierpe de cuatro piés, muy espantosa de ver y muy buena de comer, de la cual en el capítulo seis, atrás, se dijo suficientemente lo que convenia de este animal ó sierpe; hay muchas de ellas en las islas y en Tierra-Firme.

CAPITULO LVII.

Lagartos ó dragones.

Hay muchos lagartos y lagartijas de la manera de los de España, y no mayores, pero no son ponzoñosos; otros hay grandes, de doce y quince piés, y mucho mas de luengo, y mas gruesos que una arca ó caja; y algunos de los mas grandes son tan gordos cuasi como una pipa, y la cabeza y lo demás á proporcion, y el hocico tiénenle muy luengo, y el labio de alto horadado en derecho de los colmillos, por los cuales agujeros salen los colmillos que tiene en la parte mas baja de la boca; los cuales y los dientes tienen muy fieros; y en el agua es velocísimo, y en tierra algo pesado y torpe, á respecto de la habilidad que en el agua tiene. Muchos de ellos andan en las costas y playas de la mar, y entran y salen de ella por los rios y esteros que entran en ella, y son de cuatro piés, y tienen muy recias conchas, y por medio del espinazo está lleno de luengo á luengo de puntas ó huesos altos, y son tan recios de pasar sus cueros, que ninguna espada ó lanza los puede ofender, si no les dan debajo de aquella piel durísima por las ijadas ó la tripa, porque por allí es flaca y vencible la piel de estos lagartos ó dragones, los cuales cuando quieren desovar, es en el tiempo mas seco del año, en el mes de diciembre, que los rios no salen de su curso, y en aquella sazon, faltando las lluvias, no les pueden llevar los huevos las crescientes; y hacen de esta manera: sálense á los arenales y playas por la costa ó ribera de los rios, y hacen un hoyo en la arena, y ponen allí docientos ó trecientos huevos, ó mas, y cúbrenlos con la dicha arena, y *ad putrefactionem*, con el sol se animan y toman vida, y salen de debajo del arena y vanse al rio que está junto, seyendo no mayores que un geme, ó poco menos grandes, y después crescen hasta ser tan gruesos y tamaños como atrás se dijo, y en algunas partes hay tantos de ellos, que es cosa para espantar; y lo mas continuamente se andan en los remansos y hondo de los rios, y cuando salen fuera de ellos por la tierra y playas, todo aquel contorno vecino huele á almizcle, y sálense á dormir muchas veces á los arenales cerca del agua, y cuando se desvian algo mas y los topan los cristianos, luego huyen al agua; y no saben correr haciendo vueltas ó á un costado ó á otro declinando, sino derecho; y así, aunque vaya tras un hombre no le alcanzará si el tal hombre es avisado de lo que es dicho y tuerce el correr al través; antes muchas veces por esta causa ha acaescido irle dando de palos y cachilladas hasta lo matar ó hacer entrar en el agua; pero lo mejor es desde léjos de ellos tirarles con ballestas y escopetas, porque con las otras armas, así como espadas ó dardos y lanzas, poco daño le pueden hacer, excepto si le aciertan á dar por la barriga y ijadas, porque aquello tiene muy delgado; y cuando corren por tierra llevan la cola levantada sobre el lomo, enarcada como las plumas de la cola del gallo, y la barriga no arrastrando, sino alta de tierra un palmo, ó mas ó menos, al respecto de la grandeza ó altura de los brazos, y tienen manos y piés en fin de los dichos brazos y piernas; y los tales piés y manos muy hendidos, y los dedos luengos y las uñas luengas. Finalmente, que estos lagartos son muy espantosos dragones en la vista: quieren algunos decir que son cocatrices, pero no es así; porque la cocatriz no tiene espiradero alguno mas de la boca, y aquestos lagartos ó dragones sí; y la cocatriz tiene dos mandíbulas, así alta como baja, y así menea la superior tan bien como la inferior, y aquestos lagartos que digo no tienen mas de la mandíbula baja. Son en el agua muy velocísimos y muy peligrosos, porque se comen muchas veces los hombres y los perros y los caballos y las vacas al pasar de los vados; y por esto se tiene aqueste aviso, que cuando alguna gente pasa por algun rio en que los hay, siempre se toma el vado por los raudales y donde el agua va mas baja y corriente mucho, porque los dichos lagartos siempre se apartan de los raudales y de donde está bajo el rio. Muchas veces acaesce, matándolos, que les hallan en el vientre una y dos espuertas de guijarros pelados, que el lagarto come por su pasatiempo y los degiste. Mátanlos muchas veces arméndolos con anzuelos gruesos de cadena, y de otras maneras, y algunas veces hallándolos fuera del agua, con las escopetas. Estos animales mas los tengo yo por bestias marinas y de agua que no terrestres, puesto que, como es dicho, nascen en tierra, de aquellos huevos que entierran en los arenales, los cualés son tan grandes ó mas que los de las ansares, y son tan anchos en el un cabo ó punta como de la otra parte ó cabo; y si dan en el suelo con ellos, no se quiebran para se salir, pero quiébrase la cáscara primera, que es como la de los huevos de las ansares; y entre aquella y la clara tiene una tela delgada que paresce valdrés, que no se rompe sino con alguna punta de herramienta ó de palo agudo; y dando en el suelo con un huevo de estos, salta para arriba y hace un bote, como si fuese pelota de viento. No tienen yema, y todos son clara, y guisados en tortillas son buenos y de buen sabor; yo he comido algunas veces de estos huevos, pero no he comido de los lagartos, puesto que muchos cristianos los comian cuando los podian haber, en especial los pequeños, al principio que la tierra se conquistó, y decian que eran buenos. E cuando estos lagartos dejaban los huevos cubiertos en el arena, y algun cristiano los hallaba, cogia aquella nidada, y traíales á la cibdad del Darien, y dábanle cinco ó seis castellanos, y mas, segun los que traia, á razon de un real de plata por cada huevo; yo los pagué en este precio, y los comí algunas veces en el

año de 1514 años; pero después que hobo mantenimientos y ganados, se dejaron de buscar, pero no porque si con ellos topan acaso, dejen de comerlos de buena voluntad algunos.

CAPITULO LVIII.

Escurpiones.

Hay en muchas partes escurpiones veninosos en la Tierra-Firme, y yo los hallé en Santa Marta, dentro en tierra, bien tres leguas apartado de la costa y puerto de mar, donde el año de 1514 tocó el armada que por mandado del rey Católico don Fernando V, de gloriosa memoria, pasó á la Tierra-Firme. Son cuasi negros sobre rubios; y en Panamá, en la costa del mar del Sur, los he visto asimismo algunas veces.

CAPITULO LIX.

Arañas.

Hay arañas grandes, y yo las he visto mayores que la mano extendida, con piernas y todo; pero dejados los brazos, sino solamente el cuerpo, digo que aquello de en medio de una araña que vi una vez, era tamaño como un gorrion ó pájaros de estos pardales, y llena de vello, y la color era pardo escuro, y los ojos mayores que de un pájaro de los que he dicho; son ponzoñosas, pero de aquestas grandes hállanse raras veces, y muchas comunmente mayores que las de estas partes.

CAPITULO LX.

Cangrejos.

Cangrejos son unos animales terrestres que salen de unos agujeros que ellos hacen en tierra, y la cabeza y cuerpo es todo una cosa redonda que quiere mucho parescer capirote de halcon, y del un costado le salen cuatro piés, y otros tantos del otro lado, y dos bocas como pincetas, la una mayor que la otra, con que muerden, pero su bocado no duele mucho ni es ponzoñoso; su cáscara ó cuerpo y lo demás es liso y delgado como la cáscara del huevo, salvo que es mas dura. La color es parda ó blanca ó morada que tira á azul, y andan de lado y son buenos de comer, y los indios se dan mucho á este manjar, y aun tambien en Tierra-Firme muchos cristianos, porque se hallan muchos, y no son manjar costoso ni de mal sabor; y cuando los cristianos van por la tierra adentro, es manjar presto y que no desplace, y cómense asados en las brasas. Finalmente, la hechura de ellos es de la misma manera que se pinta el signo de Cáncer; en el Andalucía, á la costa de la mar y del rio de Guadalquivir, donde entra en ella, en Sant Lúcar, y en otras partes muchas, hay cangrejos, pero son de agua, y los que he dicho de suso son de tierra. Algunas veces son dañosos y mueren los que los comen, en especial cuando los dichos cangrejos han comido algunas cosas ponzoñosas ó manzanillas de aquellas de que se hace la yerba con que tiran los indios caribes frecheros, de la cual se dirá adelante; pero por esto se guardan los cristianos de comer de ellos cuando los hallan cerca de donde hay los dichos árboles de las manzanillas; aunque se coman muchos de aquellos que son buenos, no hacen mal ni es vianda que empacha.

CAPITULO LXI.

De los sapos.

Hay muchos sapos en la Tierra-Firme y muy enojosos por la grande cantidad de ellos; pero no son ponzoñosos: donde mas de ellos se han visto es en la cibdad del Darien, muy grandes; tanto, que cuando se mueren en tiempo de la seca, quedan tan grandes huesos de algunos, en especial algunas costillas, que parecen de gato ó de otro animal tamaño; pero como cesan las aguas, poco á poco se consumen y se acaban, hasta que el año siguiente, al tiempo de las lluvias, los torna á haber; pero ya no hay con mucha cantidad tantos como solia; y la causa es que, como la tierra se va desabahando y tratándose de los cristianos, y cortándose muchos árboles y montes, y con el hálito de las vacas y yeguas y ganados, así parece que visible y palpablemente se va desenconando y deshumedeciéndose, y cada dia es mas sana y apacible. Estos sapos cantan de tres ó cuatro maneras, y ninguna de ellas es apacible; algunos como los de acá, y otros silbando, y otros de otra forma; unos hay verdes y otros pardos, otros cuasi negros; pero todos, los unos y otros, muy feos y grandes y enojosos, porque hay muchos; pero como es dicho, no son ponzoñosos; y donde se pone recabdo para que no haya agua encharcada y que corra ó se consuma, luego no hay sapos; que ellos se van á buscar los pantanos, etc.

De los árboles y plantas y yerbas que hay en las dichas Indias, islas y Tierra-Firme.

Primeramente pues que está dicho de los árboles que de España se han llevado, y cómo todos se hacen bien en aquellas partes, quiero decir de los otros naturales de ellas; y porque todos los que hay en las islas (y muchos mas) los hay en la Tierra-Firme, diré de los que se me acordare, todavía ocurriendo á la protestacion que al principio hice, y es que está todo lo que aquí diré, con lo demás que se me olvidare, copiosamente escrito en mi *General historia de Indias;* y comenzando del mamey, digo así.

CAPITULO LXII.

Mamey.

Las principales plantas y mantenimiento de los indios son la yuca y maíz, de que hacen pan, y tambien vino del maíz, como atrás se dijo; hay otras frutas muy buenas, sin aquello. Hay una fruta que se llama mamey, el cual es un árbol grande y de hermosas y frescas hojas. Hace una graciosa y excelente fruta, y de muy suave sabor, tan gruesa por la mayor parte como dos puños cerrados y juntos; la color es como de la peraza, leonada la corteza, pero mas dura algo y espesa, y el cuesco está hecho tres partes, junta la una á par de la otra, en el medio de lo macizo, á manera de pepitas, y de la color y tez de las castañas ingertas mondadas, y así proprio que ninguna cosa le faltaria para ser las mismas castañas si aquel sabor toviese; pero aqueste cuesco así dividido ó pepita es amarguísimo su sabor como la hiel; pero sobre aquello está una telica muy delgada, entre la cual y la corteza está una carnosidad

como leonada, y sabe á melocotones y duraznos, ó mejor, y huele muy bien, y es mas espesa esta fruta y de mas suave gusto que él melocoton, y esta carnosidad que hay desde el dicho cuesco hasta la corteza es tan gruesa como un dedo, ó poco menos, y no se puede mejorar ni ver otra mejor fruta.

CAPITULO LXIII.

Guanabano.

El guanabano es un árbol muy grande y hermoso en la vista, y alto, y las ramas de él derechas, y la hoja de él de larga y ancha facion y fresco verdor, y hace unas piñas, ó fruta que lo parescen, tan grandes como melones, pero prolongadas, y por encima tiene unas labores sutiles que paresce que señalan escamas, pero no lo son ni se abren; antes cerrada en torno, está toda cubierta de una corteza del gordor de cáscara de melon, ó algo menos, y de dentro está llena de una pasta como manjar blanco, salvo que aunque es tan espesa, es aguanosa y de lindo sabor templado, con un agro suave y apacible, y entre aquella carnosidad tiene unas pepitas mayores que las de la cañafístola, y de aquella color y cuasi tan duras; y aunque un hombre se coma una guanabana de estas que pese dos ó tres libras y mas, no le hace daño ni empacho en el estómago, y es muy templada y de hermosa vista; solamente se deja de comer de ella aquella corteza delgada que tiene y las pepitas; y hay algunas que son de cuatro libras y mas, y si la tienen empezada, aunque esté algunos dias no se torna de mal sabor, salvo que se va enjugando y consumiendo en parte, destilándose la humedad y agua de ella estando descentada, y las hormigas luego vienen á la que está partida, y por esto nunca la comienzan sino para acabarla; y hay muchas de estas guanabanas, así en las islas como en la Tierra-Firme.

CAPITULO LXIV.

Guayaba.

El guayabo es un árbol de buena vista, y la hoja de él cuasi como la del moral, sino que es menor, y cuando está en flor huele muy bien, en especial la flor de cierto género de estos guayabos; echa unas manzanas mas macizas que las manzanas de acá, y de mayor peso aunque fuesen de igual tamaño, y tienen muchas pepitas, ó mejor diciendo, están llenas de granitos muy chicos y duros, pero solamente son enojosas de comer á los que nuevamente las conoscen, por causa de aquellos granillos; pero á quien ya las conoce es muy linda fruta y apetitosa, y por de dentro son algunas coloradas y otras blancas; y donde mejores yo las he visto es en el Darien y por aquella tierra, que en parte de cuantas yo he estado de Tierra-Firme; las de las islas no son tales, y para quien la tiene en costumbre es muy buena fruta, y mucho mejor que manzanas.

CAPITULO LXV.

Cocos.

El coco es género de palma, y la grandeza y hoja de la misma manera de las palmas reales de los dátiles, excepto que difieren en el nascimiento de las hojas, porque las de los cocos nascen en la vara de la palma de la manera que están los dedos de la mano cuando con la otra mano se entretejen, y así están después mas desparcidas las hojas. Estas palmas ó cocos son altos árboles, y hay muchos de ellos en la costa de la mar del Sur, en la provincia del cacique Chiman, al cual dicho cacique yo tuve cierto tiempo en encomienda con docientos indios. Estos árboles ó palmas echan una fruta que se llama coco, que es de esta manera: toda junta, como está en el árbol, tiene el bulto mayor mucho que una gran cabeza de un hombre, y desde encima hasta lo de en medio, que es la fruta, está rodeada y cubierta de muchas telas, de la manera que aquella estopa con que están cubiertos los palmitos de tierra en el Andalucía; digo de tierra, que no son palmitos de palmas altas; y de aquella estopa y telas en levante hacen los indios telas muy buenas y jarcias, y las telas las hacen de tres ó cuatro maneras, así para velas de los navíos como para vestirse, y las cuerdas delgadas y mas gruesas, y hasta cables y jarcias de navíos; pero en estas Indias de vuestra majestad no curan los indios de estas cuerdas y telas que se pueden hacer de la lana de estos dichos cocos, como se hacen en Levante, porque tienen mucho algodon y muy hermoso sobrado. Esta fruta que está en medio de la dicha estopa, como es dicho, es tan grande como un puño cerrado, y algunos como dos, y mas y menos, y es una manera de nuez ó cosa redonda, algo mas prolongada que ancha y dura, y el casco de ella del grosor de un letrero de un real, y de dentro, pegado al casco de aquella nuez, una carnosidad de la anchura de la mitad de la groseza del menor dedo de la mano, la cual es blanca como una almendra mondada, y de mejor sabor que almendras y de muy suave gusto. Cómese así como se comerian almendras mondadas, y después de mascada esta fruta, queda alguna cibera como de la almendra, pero si la quisieren tragar, no es despacible, aunque ido el zumo por la garganta abajo antes que esta cibera se trague, paresce que queda aquello mascado algo áspero, pero no mucho ni para que se deba desechar cuando el coco es fresco y ha poco que se quitó del árbol. Esta carnosidad ó fruta, no comiéndola y majándola mucho, y después colándola, se saca leche de ella, muy mejor y mas suave que las de los ganados, y de mucha substancia, la cual los cristianos echan en las mazamorras que hacen del maiz ó del pan, á manera de puches ó poleadas; y por causa de esta leche de los cocos son las dichas mazamorras excelente manjar, y sin dar empacho en el estómago, dejan tanto contentamiento en el gusto y tan satisfecha la hambre, como si muchos manjares y muy buenos hobiesen comido; pero procediendo adelante, es de saber que por tuétano ó cuesco de esta fruta está en el medio de ella, circundado de la dicha carnosidad, un lugar vacuo, pero lleno de una agua clarísima y excelente, y tanta cantidad, cuanta cabria dentro de un huevo, ó mas ó menos, segun el tamaño del coco; la cual agua bebida es la mas substancial, la mas excelente y la mas preciosa cosa que se puede pensar ni beber, y en el momento paresce que así como es pasada del paladar (*de planta pedis usque ad verticem*) ninguna cosa ni parte queda en el hombre que deje de sentir consolacion y maravilloso contentamiento. Cierto pa-

resce cosa de mas excelencia que todo lo que sobre la tierra se puede gustar, y en tanta manera, que no lo sé encarescer ni decir. Adelante prosiguiendo, digo que aquel vaso de esta fruta, después de quitado de él el manjar, queda muy liso, y le limpian y pulen sotilmente, y queda por de fuera de muy buen lustre, que declina á color negro, y de dentro de muy buena tez; los que acostumbran beber en aquellos vasos, y son dolientes de la ijada, dicen que hallan maravilloso y conoscido remedio contra tal enfermedad, y rómpeseles la piedra á los que la tienen, y hácela echar por la orina. Todas estas cosas que he dicho sumariamente aquí á vuestra majestad, tiene aquesta fruta de estos cocos. El nombre de coco se les dijo porque aquel lugar donde está asida en el árbol aquesta fruta, quitado el pezon, deja allí un hoyo, y encima de aquel tiene otros dos hoyos naturalmente, y todos tres vienen á hacerse como un gesto ó figura de un monillo que coca, y por eso se dijo coco; pero en la verdad, como primero se dijo, este árbol es especie de palma, y segun Plinio y otros naturales lo escriben, todas las palmas son útiles y provechosas para esta enfermedad de la ijada; y de aquí viene que los cocos, como fruto de palma, sean útiles á semejante dolencia.

CAPITULO LXVI.

Palmas.

En el capítulo de suso se dijo que los cocos son género de palmas; y por esto, antes que se diga de otros árboles, es bien que de las palmas se diga un poco. Las que llevan dátiles, hasta agora no se han hallado en aquellas partes; pero por industria de los cristianos ya hay muchas en las islas de Santo Domingo ó Española, y en la de Cuba y San Juan y Jamáica, así en las casas de morada como en las huertas y jardines; que de los cuescos de los dátiles que se llevaron de acá fué su orígen ó principio; y en la cibdad de Santo Domingo en muchas casas las hay muy hermosas, y en una casa en que yo vivo y tengo en aquella cibdad hay una palma que cada un año lleva mucha fruta, y es muy grande y de las mas hermosas que hay en aquella tierra toda.

Pero de las palmas naturales de las islas y Tierra-Firme hay siete ó ocho maneras y diferencias de ellas. Hay unas que tienen la hoja como la de los palmitos terreros del Andalucía, que es como una palma ó mano de un hombre, abiertos los dedos, y estas llevan por fruta unas cuentas pequeñas y redondas.

Hay otras palmas que echan la hoja como las de los dátiles, y aquestas echan otra forma de cuentas mayores, pero no tan duras como las que se dijo de suso.

Hay otras palmas de la misma manera de hojas, y son muy excelentes los palmitos para comer, y muy grandes y tiernos, y tambien llevan cuentas.

Hay otras palmas que tambien son muy buenos los palmitos para comer, y son algo mas bajas y mas gruesas que las susodichas, y llevan asimismo cuentas.

Hay otras palmas altas y de buenos palmitos, y llevan por fruta unos cocos, no mayores que las aceitunas cordobesas, y son como el coco sin la estopa, sino solo el cuesco, con los tres agujerillos que le hacen parescer mono cocando; pero son aquestos cocos menudos y macizos, y no sirven de nada.

Hay otras palmas altas y muy espinosas, las cuales son de la mas excelente madera que puede ser, y es muy negra la madera y muy pesada y de lindo lustre, y no se tiene sobre agua esta madera, que luego se va á lo hondo; hácense de ella muy buenas saetas y virotes, y cualesquiera astas de lanzas ó picas, y digo picas porque en la costa del sur, delante de Esquegna y Urraca, traen los indios picas de aquestas palmas, muy hermosas y luengas; y donde pelean los indios con tiraderas, las hacen de esta madera, tan luengas como dardos, y aguzadas las puntas, con que tiran y pasan un hombre y una rodela; asimismo hacen macanas para pelear, y cualquiera asta ó cosa que se haga de esta madera es muy hermosa, y para hacer címbalos ó vihuelas ó cualquier instrumento de música que se requiera madera, es muy gentil, porque, demás de ser muy durísima, es tan negra como un buen azabache.

CAPITULO LXVII.

Pinos.

Hay en la isla Española pinos naturales como los de España, que no llevan piñones, y de la misma manera son aquellos, y en otra parte de las islas y Tierra-Firme yo no he oido que los haya, á lo que se me puede acordar al presente.

CAPITULO LXVIII.

Encinas.

En la costa de la mar de la Sur, al ocidente, partiendo de Panamá y delante de la provincia de Esquegna, se han hallado muchas encinas, y llevan bellotas, y son buenas de comer; lo cual en Tierra-Firme yo oí, y me informé de los mismos cristianos que lo vieron y comieron de las dichas bellotas.

CAPITULO LXIX.

Parras y uvas.

En aquellas partes de Tierra-Firme por los montes y bosques de arboledas se hallan muchas veces muy buenas parras salvajes y muy cargadas de uvas y racimos de ellas, no muy menudas, sino mas gruesas que las que en España nacen en los sotos, y no tan agras, sino mejores y de mejor sabor, y yo las he comido muchas veces y en mucha cantidad; de que quiero inferir que se harán muy bien las viñas y parrales en aquellas partes queriéndose dar á ellas; y todas las que yo he visto y comido de estas uvas son negras. En Santo Domingo he comido yo muy buenas uvas de las que se han hecho en parras, llevados los sarmientos de España, blancas y gruesas, y de tan buen sabor como acá.

CAPITULO LXX.

De los higos del mastuerzo.

En la costa del poniente, partiendo de la villa de Acla, y pasando adelante del golfo de Sant Blas y del puerto del Nombre de Dios, la costa abajo, en tierra de Veragua y en las islas de Corobaro, hay unas higueras altas, y tienen las hojas trepadas y mas anchas que las higueras de España, y llevan unos higos tan gran-

des como melones pequeños, los cuales nascen pegados en el tronco principal de la higuera en lo alto de ella, y muchos de ellos en las ramas y en cantidad, y tienen la corteza ó cuero delgado, y todo lo demás es de una carnosidad espesa como la del melon, y de buen sabor, y córtase á rebanadas como el melon; y en el medio del dicho higo ó fruto tienen las pepitas, las cuales son menudas y negras, y envueltas en una manera de materia y humor, de la forma que lo están las de los membrillos, y son tanta cantidad como un huevo de gallina, poco mas ó menos, segun la cantidad del higo ó fruta de suso expresada, y aquellas pepitas se comen y son sanas, pero del mismo sabor, ni mas ni menos, que el mastuerzo. E por esto los que por aquellas partes andamos sirviendo á vuestra majestad llamamos esta fruta los higos del mastuerzo, de la cual simiente se ha puesto en el Darien, y se hicieron estas higueras muy bien, y yo comí muchos higos de estos, y son de la manera que lo he dicho.

CAPITULO LXXI.

Membrillos.

Hay unas frutas que en Tierra-Firme los cristianos las llaman membrillos, pero no lo son, mas son de aquel tamaño, y redondos y amarillos, y la corteza tiénenla verde y amarga, y quítansela, y hácenlos cuartos y sácanles ciertas pepitas que tienen amargas, y lo demás échanlo en la olla á cocer con la carne ó sin ella, con otras cosas que quieren guisar, y son muy buenos y substanciales y de buen sabor y mantenimiento, y los árboles en que nacen son no grandes, y tienen mas semejanza de plantas que de árboles, y hay mucha cantidad de ellos, y la hoja es cuasi de la manera de la hoja de los membrillos de España.

CAPITULO LXXII.

Perales.

En Tierra-Firme hay unos árboles que se llaman perales, pero no son perales como los de España, mas son otros de no menos estimacion; antes son de tal fruta, que hacen mucha ventaja á las peras de acá. Estos son unos árboles grandes, y la hoja ancha y algo semejante á la del laurel, pero es mayor y mas verde. Echa este árbol unas peras de peso de una libra y muy mayores, y algunas de menos; pero comunmente son de á libra, poco mas ó menos, y la color y talle es de verdaderas peras, y la corteza algo mas gruesa, pero mas blanda, y en el medio tiene una pepita como castaña ingerta, mondada; pero es amarguísima, segun atrás se dijo del mamey, salvo que esta es de una pieza, y la del mamey de tres, pero es así amarga y de la misma forma, y encima de esta pepita hay una telica delgadísima, y entre ella y la corteza primera está lo que es de comer, que es harto, y de un licor ó pasta que es muy semejante á manteca y muy buen manjar y de buen sabor, y tal, que los que las pueden haber las guardan y precian; y son árboles salvajes así este como todos los que son dichos, porque el principal hortolano es Dios, y los indios no ponen en estos árboles trabajo ninguno. Con queso saben muy bien estas peras, y cógense temprano, antes que maduren, y guárdanlas, y después de cogidas, se sazonan y ponen en toda perfecion para las comer; pero después que están cuales conviene para comerse, piérdense si las dilatan y dejan pasar aquella sazon en que están buenas para comerlas.

CAPITULO LXXIII.

Higuero.

El higuero es un árbol mediano, y algunos grandes, segun donde nascen, y echan unas calabazas redondas que se llaman higueras, de las cuales hacen vasos para beber, como tazas, y en algunas partes de Tierra-Firme las hacen tan gentiles y tan bien labradas y de tan lindo lustre, que puede beber con ellas cualquier gran príncipe; y les ponen sus asideros de oro, y son muy limpias, y sabe muy bien en ellas el agua, y son muy necesarias y útiles para beber, porque los indios en la mayor parte de Tierra-Firme no tienen otros vasos.

CAPITULO LXXIV.

Hobos.

Los hobos son árboles muy grandes y muy hermosos y de muy lindo aire, y sombra muy sana; hay mucha cantidad de ellos, y la fruta es muy buena y de buen sabor y olor, y es como unas ciruelas pequeñas amarillas, pero el cuesco es muy grande, y tienen poco que comer, y son dañosos para los dientes cuando se usan mucho, por causa de ciertas briznas que tienen pegadas al cuesco, por las cuales pasan las encías, cuando quiere hombre despegar de ellas lo que se come de esta fruta. Los cogollos de ellos echados en el agua, cociéndola con ellos, es muy buena para hacer la barba y lavar las piernas, y de muy buen olor; y las cáscaras ó cortezas de este árbol, cocidas, y lavando las piernas con el agua, aprietan mucho y quitan el cansancio, y maravillosa y palpablemente es un muy excelente y salutífero baño; y es el mejor árbol que en aquellas partes hay para dormir debajo de él, y no causa ninguna pesadumbre á la cabeza, como otros árboles; y como en aquella tierra los cristianos acostumbran andar mucho al campo, está esto muy probado, y luego que hallan hobos cuelgan debajo de ellos sus hamacas ó camas para dormir.

CAPITULO LXXV.

Del palo santo, al cual los indios llaman guayacan.

Así en las Indias como en estos reinos de España y fuera de ellos es muy notorio el palo santo, que los indios llaman guayacan, y por esto diré de él alguna cosa con brevedad; este es un árbol poco menos que nogal, y hay muchos de estos árboles, y muchos bosques llenos de ellos, así en la isla Española como en otras islas de aquellas mares; pero en Tierra-Firme yo no le he visto ni he oido decir que haya estos árboles. Este árbol tiene toda la corteza toda manchada de verde, y mas verde y pardillo, como suele estar un caballo muy overo ó muy manchado; la hoja de él es como de madroño, pero es algo menor y mas verde, y echa unas cosas amarillas pequeñas por fruto, que parescen dos altramuces, junto el uno al otro por los cantos. Es madero muy fortísimo y pesado, y tiene el corazon casi negro, sobre pardo; y porque la principal virtud de este madero es

sanar el mal de las buas, y es cosa tan notoria, no me detengo mucho en ello, salvo que del palo de él toman astillas delgadas, y algunos lo hacen limar, y aquellas limaduras cuécenlas en cierta cantidad de agua, y segun el peso ó parte que echan de este leño á cocer; y desque ha desmenguado el agua en el cocimiento las dos partes ó mas, quítanla del fuego y repósase, y bébenla los dolientes ciertos dias por las mañanas en ayunas, y guardan mucha dieta, y entre dia han de beber de otra agua, cocida con el dicho guayacan; y sanan sin ninguna duda muchos enfermos de aqueste mal; pero porque yo no digo aquí tan particularmente esta manera de como se toma este palo ó agua de él, sino como se hace en la India, donde es mas fresco, el que toviere nescesidad de este remedio, no se cure por lo que yo aquí escribo, porque acá es otra tierra y temple de aires y es mas fria region, y conviene guardarse los dolientes mas y usar de otros términos; pero es tan usado, y saben ya muchos cómo acá se ha de hacer, y de aquellos tales se informe quien tuviere necesidad de curarse; solamente sabré yo aprovechar en consejar al que quisiere escoger el mejor guayacan, que lo procure de la isla Beata. Puede vuestra majestad tener por cierto que aquesta enfermedad vino de las Indias, y es muy comun á los indios, pero no peligrosa tanto en aquellas partes como en estas; antes muy fácilmente los indios se curan en las islas con este palo, y en Tierra-Firme con otras yerbas ó cosas que ellos saben, porque son muy grandes herbolarios. La primera vez que aquesta enfermedad en España se vido fué después que el almirante don Cristóbal Colon descubrió las Indias y tornó á estas partes, y algunos cristianos de los que con él vinieron que se hallaron en aquel descubrimiento, y los que el segundo viaje hicieron, que fueron mas, trujeron esta plaga, y de ellos se pegó á otras personas; y después, el año de 1495, que el gran capitan don Gonzalo Fernandez de Córdoba pasó á Italia con gente en favor del rey don Fernando jóven de Nápoles, contra el rey Charles de Francia, el de la cabeza gruesa, por mandado de los Católicos reyes don Fernando y doña Isabel, de inmortal memoria, abuelos de vuestra sacra majestad, pasó esta enfermedad con algunos de aquellos españoles, y fué la primera vez que en Italia se vido; y como era en la sazon que los franceses pasaron con el dicho rey Charles, llamaron á este mal los italianos el mal francés, y los franceses le llaman el mal de Nápoles, porque tampoco le habian visto ellos basta aquella guerra, y de ahí se esparció por toda la cristiandad, y pasó en África por medio de algunas mujeres y hombres tocados de esta enfermedad; porque de ninguna manera se pega tanto como del ayuntamiento de hombre á mujer, como se ha visto muchas veces, y asimismo de comer en los platos y beber en las copas y tazas que los enfermos de este mal usan, y mucho mas en dormir en las sábanas y ropa do los tales hayan dormido; y es tan grave y trabajoso mal, que ningun hombre que tenga ojos puede dejar de haber visto mucha gente podrida y tornada de san Lázaro á causa de esta dolencia, y asimismo han muerto muchos de ella; y los cristianos que se dan á la conversacion y ayuntamiento de las indias, pocos hay que escapen de este peligro; pero, como he dicho, no es tan peligroso allá como acá, así porque allá este árbol es mas provechoso y fresco, hace mas operacion, como porque el temple de la tierra es sin frio y ayuda mas á los tales enfermos que no el aire y constelaciones de acá. Donde mas excelente es este árbol para este mal, y por experiencia mas provechoso, es que se trae de una isla que se llama la Beata, que es cerca de la isla de Santo Domingo de la Española, á la banda del mediodía.

CAPITULO LXXVI.

Xagua.

Entre los otros árboles que hay en las Indias, así en las islas como en la Tierra-Firme, hay una natura de árbol que se dice xagua, del cual género hay mucha cantidad de árboles. Son muy altos y derechos y hermosos en la vista, y hácense de ellos muy buenas astas de lanzas, tan luengas y gruesas como las quieren, y son de linda tez y color entre pardo y blanco. Este árbol echa una fruta tan grande como dormideras, y que les quiere mucho parescer, y es buena de comer cuando está sazonada; de la cual fruta sacan agua muy clara, con la cual los indios se lavan las piernas, y á veces toda la persona, cuando sienten las carnes relajadas ó flojas, y tambien por su placer se pintan con esta agua; la cual, demás de ser su propria virtud apretar y restringir, poco á poco se torna tan negro todo lo que la dicha agua ha tocado como un muy fino azabache, ó mas negro, la cual color no se quita sin que pasen doce ó quince dias, ó mas, y lo que toca en las uñas, basta que se mudan, ó cortándolas poco á poco como fueren creciendo, si una vez se deja parar bien negro; lo cual yo he muy bien probado, porque tambien á los que por aquellas partes andamos, á causa de los muchos rios que se pasan, es muy provechosa la dicha xagua para las piernas desde las rodillas abajo; suélense hacer muchas burlas á mujeres rociándolas descuidadamente con agua de esta xagua, mezclada con otras aguas olorosas, y sálenles mas lunares de los que querrian; y la que no sabe de qué causa, pónenla en congoja de buscar remedios, todos los cuales son dañosos, ó aparejados mas para se quemar ó desollar el rostro que no para guarecerle, basta que haga su curso, y poco á poco por sí misma se vaya deshaciendo aquella tinta. Cuando los indios han de ir á pelear se pintan con esta xagua y con bixa, que es una cosa á manera de almagre, pero mas colorada, y tambien las indias usan mucho de esta pintura.

CAPITULO LXXVII.

Manzanas de la yerba.

Las manzanillas de que los indios caribes frecheros hacen la yerba que tiran con sus frechas nacen en unos árboles copados, de muchas ramas y hojas, y espesos y muy verdes, y cargan mucho de esta mala fruta, y son las hojas semejantes á las del peral, excepto que son menores y mas redondas. La fruta es de la manera de las peras moscarelas de Secilia ó de Nápoles al parecer, y el talle y tamaño segun las cermeñas, de talle de peras pequeñas, y en algunas partes están manchadas de rojo, y son de muy suave olor; estos árboles por

la mayor parte siempre nacen y están en las costas de la mar y junto al agua de ella, y ningun hombre hay que los vea, que no codicie comer muchas peras ó manzanillas de estas. De aquesta fruta, y de las hormigas grandes que causan los encordios de que atrás se dijo, y de víboras y otras cosas ponzoñosas, hacen los indios caribes frecheros la yerba con que matan con sus saetas ó frechas; y nacen, como he dicho, estos manzanos cerca del agua de la mar; y todos los cristianos que en aquellas partes sirven á vuestra majestad piensan que ningun remedio hay tal para el herido de esta yerba como el agua de la mar, y lavar mucho la herida con ella, y de esta manera han escapado algunos, pero muy pocos; porque en la verdad, aunque esta agua de la mar sea la contrayerba, si por caso lo es, no se sabe aun usar del remedio, ni hasta agora los cristianos le alcanzan, y de cincuenta que hieran, no escapan tres; pero para que mejor pueda vuestra majestad considerar la fuerza de la ponzoña de estos árboles, digo que solamente echarse un hombre poco espacio de hora á dormir á la sombra de un manzano de estos, cuando se levanta tiene la cabeza y ojos tan hinchados, que se le juntan las cejas con las mejillas, y si por acaso cae una gota ó mas del rocío de estos árboles en los ojos, los quiebra, ó á lo menos los ciega. No se podria decir la pestilencial natura de estos árboles, de los cuales hay asaz copia desde el golfo de Urabá, en la costa del norte, á la banda del poniente ó del levante, y tantos, que son sin número; y la leña de ellos cuando arde no hay quien la pueda sofrir, porque encontinente da muy grandísimo dolor de cabeza.

CAPITULO LXXVIII.

Arboles grandes.

En Tierra-Firme hay tan grandes árboles, que si yo hablase en parte que no hubiese tantos testigos de vista, con temor lo osaria decir. Digo que á una legua del Darien, ó cibdad de Santa María del Antigua, pasa un rio harto ancho y muy hondo, que se llama el Cuti, y los indios tenian un árbol grueso, atravesado de parte á parte, que tomaba todo el dicho rio, por el cual pasaron muchas veces algunos que en aquellas partes han estado, que agora están en esta corte, y yo asimismo; el cual era muy grueso y muy luengo; y como dias habia que estaba allí, íbase abajando en el medio de él; y aunque pasaban por encima, era en un trecho de él dando el agua cerca de la rodilla. Por lo cual agora tres años, en el año de 1522, seyendo yo justicia por vuestra majestad en aquella cibdad, hice echar otro árbol poco mas bajo del susodicho, que atravesó todo el dicho rio y sobró de la otra parte mas de cincuenta piés, y mas grueso, y quedó encima del agua mas de dos codos, y al caer que cayó, derribó otros árboles y ramas de los que estaban del otro cabo, y descubrió ciertas parras de las que atrás se hizo mencion, de muy buenas uvas negras, de las cuales comimos muchas mas de cincuenta hombres que allí estábamos. Tenia este árbol, por lo mas grueso de él, mas de diez y seis palmos; pero á respecto de otros muchos que en aquella tierra hay, era muy delgado, porque los indios de la costa y provincia de Cartagena hacen canoas, que son las barcas en que ellos navegan, tan grandes, que en algunas van ciento, y ciento y treinta hombres, y son de una pieza y árbol solo; y de través, al ancho de ellas, cabe muy holgadamente una pipa ó bota, quedando á cada lado de ella lugar por do pueda muy bien pasar la gente de la canoa. E algunas son tan anchas, que tienen diez y doce palmos de ancho, y las traen y navegan con dos velas, que son la maestra y del trinquete; las cuales velas ellos hacen de muy buen algodon.

El mayor árbol que yo he visto en aquellas partes ni en otras, fué en la provincia de Guaturo; el cacique de la cual, estando rebelado de la obediencia y servicio de vuestra majestad, yo fuí á buscarle y le prendí; y pasando, con la gente que conmigo iba, por una sierra muy alta y muy llena de árboles, en lo alto de ella topamos un árbol, entre los otros, que tenia tres raíces ó partes de él en triángulo, á manera de trévedes, y dejaba entre cada uno de estos tres piés abierto mas espacio de veinte piés, y tan alto, que una muy ancha carreta y envarada, de la manera que en este reino de Toledo las envaran al tiempo que cogen el pan, cupiera muy holgadamente por cualquiera de todas tres lumbres ó espacio que quedaba de pié á pié, y en lo alto de tierra, mas espacio que la altura de una lanza de armas, se juntaban todos tres palos ó piés, y se resolvian en un árbol ó tronco, el cual subia muy mas alto en una pieza sola, antes que desparciese ramas, qué no es la torre de San Roman de aquesta cibdad de Toledo; y de aquella altura arriba echaba muchas ramas grandes. Algunos españoles subieron por el dicho árbol, y yo fuí uno de ellos, y desde adonde llegué por él, que fué hasta cerca de donde comenzaba á echar brazos ó las ramas, era cosa de maravilla ver la mucha tierra que desde allí se parescia hácia la parte de la provincia de Abrayme. Tenia muy buen subidero el dicho árbol, porque estaban muchos bejucos rodeados al dicho árbol, que hacian en él muy seguros escalones. Seria cada pié de estos tres sobre que dije que nascia ó estaba fundado este árbol, mas gruesos que veinte palmos; y después que todos tres piés en lo alto se juntaban en uno, aquel principal era de mas de cuarenta y cinco palmos en redondo. Yo le puse nombre á aquella montaña, la sierra del Arbol de las Trévedes. Esto que he dicho vidó toda la gente que conmigo iba cuando, como dicho es, yo prendí al dicho cacique de Guaturo el año de 1522. Muchas cosas se podrian decir en esta materia, y muy excelentes maderas hay, y de muchas maneras y diferencias, así como cedros de muy buen olor, y palmas negras, y mangles, y de otras muchas suertes, y muchos de ellos tan pesados, que no se sostienen sobre el agua, y se van á lo hondo de ella; y otros tan ligeros, que el corcho no lo es mas. Solamente lo que á esta parte toca no se podria acabar de escrebir en muchas mas hojas que todo lo que de esta relacion ó sumario está escrito.

Y porque la materia es de árboles, antes que pase á otras cosas quiero decir la manera de como los indios con palos encienden fuego donde quiera que ellos lo quieren hacer, y es de aquesta manera: toman un palo tan luengo como dos palmos y tan grueso como el mas delgado dedo de la mano, ó como es una saeta, y muy bien labrado y liso, de una madera muy fuerte que ya ellos

tienen para aquello; y donde se paran para encender la lumbre toman dos palos de los secos y mas livianos que hallan por tierra, y muy juntos el uno á par del otro, como los dedos apretados, y entre medias de los dos ponen de punta aquel palillo recio, y entre las palmas tuercen recio, frotando muy continuadamente; y como lo bajo de este palillo está ludiendo á la redonda en los dos palos bajos que están tendidos en tierra, se encienden aquellos en poco espacio de tiempo, y de esta manera hacen lumbre.

Asimismo es bien que se diga lo que á la memoria ocurre de ciertos leños que hay en aquella tierra, y aun en España algunas veces se hallan, y estos son unos troncos podridos de los que há mucho tiempo que están caidos por tierra, que están ligerísimos y blancos, y relucen de noche propriamente como brasas vivas; y cuando los españoles hallan de estos palos y van de noche á entrar á hacer la guerra en alguna provincia, y les es necesario andar alguna vez de noche por parte que no se sabe el camino, toma el delantero cristiano que guia y va junto al indio que les enseña el camino, una astilla de este palo y pónesela en el bonete, detrás sobre las espaldas, y el que va tras aquel síguele atinando y viendo la dicha astilla que así reluce, y aquel segundo lleva otra, tras el cual va al tercero, y de esta manera todos las llevan, y así ninguno se pierde ni aparta del camino que llevan los delanteros. E como quiera que esta lumbre ó resplandor no paresce del muy léjos, es un aviso muy bueno, y que por él no son descubiertos ni sentidos los cristianos, ni los pueden ver desde muy léjos.

Una muy gran particularidad se me ofresce de que Plinio, en su natural historia, hace expresa mencion, y es que dice qué árboles son aquellos que siempre están verdes y no pierden jamás la hoja, así como el laurel, y el cidro, y naranjo, y olivo, y otros, en que por todos dice hasta cinco ó seis. A este propósito digo que en las islas y Tierra-Firme seria cosa muy difícil hallar dos árboles que pierdan la hoja en algun tiempo; porque aunque he mirado mucho en ello, ninguno he visto ni me acuerdo que la pierda, ni de aquellos que se han llevado de España, así como naranjos, y limones, y cidros, y palmas, y granados, y todos los de demás, de cualquier género que sean, excepto el cañafístolo, que este la pierde, y tiene otro extremo mas, en lo cual es solo, que así como todos los árboles y plantas en las Indias echan sus raíces en obra ó cantidad de un estado en hondo, y algo menos ó muy poquito mas, de la superficie de la tierra, y de allí adelante no pasan, por la calor ó disposicion contraria que en lo mas hondo de lo que es dicho hallan, el cañafístolo no deja de entrar mas abajo, y no para hasta tocar en el agua. Esto no lo hace otro árbol alguno ni planta en aquellas partes; y esto baste cuanto á lo que toca á los árboles, porque, como dicho es, es cosa para se poder extender la pluma y escrebir una muy larguísima historia.

CAPITULO LXXIX.

De las cañas.

No he querido poner en el capítulo antes de este lo que aquí se dirá de las cañas, ni las quiero mezclar con las plantas, porque es cosa mucho de notar y mirar particularmente. En Tierra-Firme hay muchas maneras de cañas, y en muchas partes hacen casas y las cubren con los cogollos de ellas, y hacen las paredes de las mismas, como atrás se dijo; pero entre muchas maneras de cañas, hay una de unas que son grosísimas y de tan grandes cañutos como un muslo de un hombre grueso, y de tres palmos y mucho mas de luengo, y que pueden caber mas de un cántaro de agua cada cañuto; y hay otras de menos groseza y del tamaño que los quieren, y hacen muy buenos carcajes para traer las saetas en los cañutos de ellas. Pero una manera de cañas hay en Tierra-Firme, que son cosa de mucha admiracion, las cuales son tan gruesas ó algo mas que astas de lanzas jinetas, y los cañutos mas luengos que dos palmos, y nascen léjos unas de otras, y acaece hallar una ó dos de ellas desviadas la una de la otra veinte y dos y treinta pasos, y mas y menos, y no hallar otra á veces en dos ó tres ó mas leguas, y no nascen en todas provincias, y siempre nascen cerca de árboles muy altos, á los cuales se arriman, y suben por encima de las ramas de ellos, y tornan para abajo hasta el suelo; y todos los cañutos de estas tales cañas están llenos de muy buena y excelente y clara agua, sin ningun resabio de mal sabor de la caña ni de otra cosa, mas que si se cogiese de la mejor fuente del mundo, y no se halla haber hecho daño á ninguno que la bebiese. Antes muchas veces, andando por aquellas partes los cristianos, en lugares secos, que faltándoles el agua, se ven en mucha necesidad de ella y á punto de perescer de sed, topando estas cañas son socorridos en su trabajo, y por mucha que de ella beban, ningun daño les hace; y como las hallan, hácenlas trozos, y cada compañero lleva dos ó tres cañutos, ó los que puede ó quiere, en que para seguir su jornada lleva una ó dos azumbres de agua, y aunque la lleven algunas jornadas y luengo camino, va fresca y muy buena.

CAPITULO LXXX.

De las plantas y yerbas.

Pues la brevedad de mi memoria ha dado conclusion á lo que de los árboles me he acordado, pasemos á las plantas y yerbas que en aquellas partes hay. De las que tienen semejanza á las de España en la faccion ó en el sabor, ó en alguna particularidad, se dirá con pocas palabras en lo que tocare á Tierra-Firme; porque en lo de las islas Española y las otras que están conquistadas, así de árboles como de plantas y yerbas de las que se llevaron de España, atrás queda dicho, y de todas aquellas ó las mas de ellas hay asimismo en Tierra-Firme, así como naranjos agros y dulces, y limones y cidros, y todas hortalizas, y melones muy buenos todo el año, y albahaca, la cual, no llevada de España, pero natural de aquella tierra, por los montes y en muchas partes la hallan, y asimismo yerba mora y verdolagas: estas tres cosas hay allá y son naturales de aquella tierra, y en facion, y tamaño, y sabor, y olor, y fruto son como en Castilla. Pero demás de estas, hay mucho mastuerzo salvaje, que en el sabor es ni mas ni menos que el de España; pero la rama es gruesa y mayor, y las hojas grandes. E asimismo hay culantro muy bueno, y como el de acá en el sabor; pero muy diferente en la hoja, la cual es muy ancha, y por ella algunas espinas muy sútiles y enojosas;

pero no tanto, que se deje de comer. E hay asimismo trébol del mismo olor que el de España, pero de muchas hojas y mas hermosa rama, y la flor blanca, y las hojas luengas y mayores que las del laurel, ó tamañas.

Hay otra yerba cuasi del arte de la correhuela, salvo que es mas sútil en rama, y mas ancha comunmente la hoja, y llámase Y. Hácese á montones, ó amontonada á muchas, la cual es para los puercos muy apetitosa y deseada, y engordan mucho con ella; y los cristianos se purgan con ella, y es muy excelente, y se puede dar esta purgacion á un niño ó á una mujer preñada, porque no es para mas de tres ó cuatro veces retraerse el que la toma; la cual majan mucho, y aquel zumo de ella cuélanlo, y porque pierda algo de aquel verdor échanle un poco de azúcar y beben una pequeña escudilla de ella en ayunas; pero no amarga, y aunque no le echen azúcar ó miel se puede muy bien beber; ni todas las veces los cristianos tienen azúcar para se la echar, y á todos los que la toman aprovecha y la loan; lo cual algunos no hacen. Las avellanas, en las cuales pues, á consecuencia del purgar, me acordé de ellas, no debe tener todo hombre seguridad, porque á algunas personas he visto á quien ningun provecho han hecho ni les ha hecho purgar, y á otros estómagos hacen tanta corrupcion, que los ponen en extremo ó matan, y por su violencia ha de haber mucha consideracion y tiento en las tomar. Aquestas nacen en la Española y otras islas, y en Tierra-Firme yo no las he visto ni he oido hasta agora que las haya. Son unas plantas que parecen cuasi árboles, y hacen unos fluecos colorados amontonados, ó que salen de un principio como los granos del hinojo, y en aquellas se hacen las avellanas, á las cuales saben y parecen en el sabor, y aun mejor. En España hay mucha noticia de ellas, y muchos las buscan y se hallan bien con ellas.

Hay otras plantas que se llaman ajes, y otras que se llaman batatas, y las unas y las otras se siembran de la propia rama, la cual y las hojas tienen cuasi como correhuela ó yedra tendidas por tierra, y no tan gruesa como la yedra la hoja, y debajo de tierra nascen unas mazorcas como nabos ó zanahorias; las ajes tiran á un color como entre morado azul, y las batatas mas pardas, y asadas son excelente y cordial fruta, así los ajes como las batatas, pero las batatas son mejores.

Hay asimismo melones que siembran los indios, y se hacen tan grandes, que comunmente son de media arroba, y de una, y mas; tan grandes algunos, que un indio tiene qué hacer en llevar una á cuestas; y son macizos, y por de dentro blancos, y algunos amarillos, y tienen gentiles pepitas cuasi de la manera de las calabazas, y guárdanlos para entre el año; y lo tienen por muy principal mantenimiento y son muy sanos, y cómense cocidos á manera de cachos de calabazas, y son mejores que ellas.

Calabazas y berengenas de España hay muchas, que se han hecho de la simiente de las que se llevaron de España; pero las berengenas acertaron en su tierra, y esles tan natural como á los negros Guinea, porque un pié de una berengena muchas veces se hace tan grande como un estado, y mucho mas, y comunmente son las matas de ellas mas altas que hasta la cinta, y dan berengenas todo el año en un mismo pié ó planton de ella, sin la mudar, y las que están pequeñas hoy, cógenlas adelante, y nascen otras, y así prosiguiendo de continuo, dan fruto, y lo mismo hacen en aquella tierra los naranjos y higueras.

Hay una fruta que se llaman piñas, que nasce en unas plantas como cardos á manera de las zaviras, de muchas pencas, pero mas delgadas que las de la zavira, y mayores y espinosas; y de en medio de la mata nace un tallo tan alto como medio estado, poco mas ó menos, y grueso como dos dedos, y encima de él una piña gruesa poco menos que la cabeza de un niño algunas; pero por la mayor parte menores, y llena de escamas por encima, mas altas unas que otras, como las tienen las de los piñones; pero no se dividen ni abren, sino estánse enteras estas escamas en una corteza del grosor de la del melon; y cuando están amarillas, que es dende á un año que se sembraron, están maduras y para comer, y algunas antes; y en el pezon de ellas algunas veces les nascen á estas piñas uno ó dos cogollos, y continuamente uno encima en la cabeza de la dicha piña; el cual cogollo no hacen sino ponerle debajo de tierra, y luego prende, y en el espacio de otro año hácese de aquel cogollo otra piña, así como es dicho, y aquel cardo en que la piña nace, después que es cogida, no vale nada ni da mas fruto; y estas piñas ponen los indios y los cristianos cuando las siembran, á carreras y en órden como cepas de viñas, y huele esta fruta mejor que melocotones, y toda la casa huele por una ó dos de ellas, y es tan suave fruta, que creo que es una de las mejores del mundo, y de mas lindo y suave sabor y vista, y parescen en el gusto como melocotones, que mucho sabor tengan de duraznos, y es carnosa como el durazno, salvo que tiene briznas como el cardo, pero muy sotiles, mas es dañosa cuando se continúa á comer para los dientes, y es muy zumosa, y en algunas partes los indios hacen vino de ellas, y es bueno; y son tan sanas, que se dan á dolientes, y les abre mucho el apetito á los que tienen hastío y perdida la gana del comer.

Unos árboles hay en la isla Española espinosos, que al parecer ningun árbol ni planta se podria ver de mas salvajez ni tan feo, y segun la manera de ellos, yo no me sabria determinar ni decir si son árboles ó plantas; hacen unas ramas llenas de unas pencas anchas y disformes, ó de muy mal parescer, las cuales ramas primero fué cada una una penca como las otras, y de aquellas, enduresciéndose y alongándose, salen las otras pencas; finalmente, es de manera que es dificultoso de escribir su forma, y para darse á entender seria necesario pintarse, para que por medio de la vista se comprehendiese lo que la lengua falta en esta parte. Para lo que es bueno este árbol ó planta es, que majando las dichas pencas mucho, y tendido aquello á manera de emplasto en un paño, y ligando una pierna ó brazo con ello aunque esté quebrada en muchos pedazos, en espacio de quince dias lo suelda y junta como si nunca se quebrara, y hasta que haya hecho su operacion está tan aferrada y asida esta medicina con la carne, que es muy dificultosa de la despegar; pero así como ha curado el mal y hecho su operacion, luego ella por sí misma se aparta y despega de aquel lugar donde la habian pues-

to; y de este efecto y remedio que es dicho, hay mucha experiencia por los muchos que lo han probado.

Hay asimismo unas plantas que los cristianos llaman plátanos, los cuales son altos como árboles y se hacen gruesos en el tronco como un grueso muslo de un hombre, ó algo mas, y desde abajo arriba echa unas hojas longuísimas y muy anchas, y tanto, que tres palmos ó mas son anchas, y mas de diez ó doce palmos de longura; las cuales hojas después el aire rompe, quedando entero el lomo de ellas. En el medio de este cogollo, en lo alto, nasce un racimo con cuarenta ó cincuenta plátanos, y mas y menos, y cada plátano es tan luengo como palmo y medio, y de la groseza de la muñeca de un brazo, poco mas ó menos, segun la fertilidad de la tierra donde nascen, porque en algunas partes son muy menores; tienen una corteza no muy gruesa, y fácil de romper, y de dentro todo es médula, que desollado ó quitada la dicha corteza, parece un tuétano de una caña de vaca: hase de cortar este racimo así como uno de los plátanos de él, se para amarillo, y después cuélganlo en casa, y allí se madura todo el racimo con sus plátanos. Esta es una muy buena fruta, y cuando los abren y curan al sol, como higos, son después una muy cordial y suave fruta, y muy mejor que los higos pasos muy buenos, y en el horno asados sobre una teja ó cosa semejante son muy buena y sabrosa fruta, y parece una conserva melosa y de excelente gusto. Llévanse por la mar y duran algunos dias, y hanse de coger para esto algo verdes, y lo que turan, que son quinçe dias, ó algo mas, son muy mejores en la mar que en la tierra, no porque navegados se les aumente la bondad, sino porque en el mar faltan las otras cosas que en la tierra sobran, y cualquiera fruta es allí mas preciada ó da mas contentamiento al gusto. Este tronco (ó cogollo, que se puede decir mas cierto) que dió el dicho racimo tarda un año en llevar ó hacer esta fruta, y en este tiempo ha echado en torno de sí diez ó doce, y mas y menos cogollos ó hijos, tales como el principal, que hacen lo mismo que el padre hizo, así en el dar sendos racimos de esta fruta á su tiempo, como en procrear y engendrar otros tantos hijos, segun es dicho. Después que se corta el racimo del fruto, luego se comienza á secar esta planta, y le cortan cuando quieren, porque no sirven de otra cosa sino de ocupar en balde la tierra sin provecho; y hay tantos, y multiplican tanto, que es cosa para no se creer sin verlo: son humidísimos, y cuando alguna vez los quieren arrancar ó quitar de raíz de algun lugar donde están, sale mucha cantidad de agua de ellos y del asiento en que estaban, que parece que toda la humedad de la tierra y agua de debajo de ella tenian atraida á su cepa y asiento. Las hormigas son muy amigas de estos plátanos, y se ven siempre en ellos gran muchedumbre de ellas por el tronco y ramas de los dichos plátanos, y en algunas partes han seido tantas las hormigas, que por respeto de ellas han arrancado muchos de estos plátanos y echádolos fuera de las poblaciones, porque no se podian valer de las dichas hormigas. Estos plátanos los hay en todo tiempo del año; pero no son por su orígen naturales de aquellas partes, porque de España fueron llevados los primeros, y hanse multiplicado tanto, que es cosa de maravilla ver la abundancia que hay de ellos en las islas y en Tierra-Firme, donde hay poblaciones de cristianos, y son muy mayores y mejores, y de mejor sabor en aquellas partes que en aquestas.

Hay unas plantas salvajes que se nacen por los campos, y yo no las he visto sino en la isla Española, aunque en otras islas y partes de las Indias las hay. Llámanse tunas, y nascen de unos cardos muy espinosos, y echan esta fruta que llaman tunas, que parescen brevas ó higos de los largos, y tienen unas coronillas como las níspolas, y de dentro son muy coloradas, y tienen granillos de la manera que los higos; y así, es la corteza de ellas como la del higo, y son de buen gusto, y hay los campos llenos en muchas partes; y después que se comen tres ó cuatro de ellas (y mejor comiendo mas cantidad), si el que las ha comido se para á orinar, echa la orina ni mas ni menos que verdadera sangre, y en tal manera, que á mí me ha acaescido la primera vez que las comí, y desde á una hora quise hacer aguas (á lo cual esta fruta mucho incita), que como vi la color de la orina, me puso en tanta sospecha de mi salud, que quedé como atónito y espantado, pensando que de otra causa intrínseca ó nueva dolencia me hobiese recrescido; y sin duda la imaginacion me pudiera causar mucha pena, sino que fuí avisado de los que conmigo iban, y me dijeron la causa, porque eran personas mas experimentadas y antiguas en la tierra.

Hay unos tallos, que llaman bihaos, que nascen en tierra y echan unas varas derechas y hojas muy anchas, de que los indios se sirven mucho, de esta manera: de las hojas cubren las casas algunas veçes, y es muy buena manera de cubrir la casa; algunas veces cuando llueve se las ponen sobre las cabezas y se defienden del agua. Hacen asimismo ciertas cestas, que ellos llaman habas, para meter la ropa y lo que quieren, muy bien tejidas, y en ellas entretejen estos bihaos, por lo cual, aunque llueva sobre ellas ó se mojen en un rio, no se moja lo que dentro de las dichas habas está metido; y las dichas cestas hacen de las cortezas de los tallos de los dichos bihaos, y otras hacen de los mismos para poner sal y otras cosas, y son muy gentiles y bien hechas; y demás de esto, cuando en el campo se hallan los indios y les falta mantenimiento, arrancan los bihaos nuevos y comen la raíz ó parte de lo que está debajo de tierra, que es tierno y no de mal sabor, salvo de la manera de lo que los juncos tienen tierno y blanco debajo de tierra.

Y pues ya estoy al fin en esta relacion de lo que se me acuerda de esta materia, quiero decir otra cosa que me ocurre, y no es fuera de ella; lo que los indios hacen de ciertas cáscaras y cortezas y hojas de árboles que ya ellos conoscen y tienen para teñir y dar colores á las mantas de algodon, que ellos pintan de negro y leonado y verde y azul y amarillo y colorado ó rojo, tan vivas y subidas cada una, que no puede ser mas en perficion, y en una olla, después que las han cocido, sin mudar la tinta, hacen distincion y diferencia de todas las colores que es dicho, y esto creo que está en la disposicion de la color con que entra lo que se quiere teñir, ora sea en hilo hilado, como pintando en las dichas mantas y cosas donde quieren poner las dichas colores ó cualquier de ellas.

CAPITULO LXXXI.

Diversas particularidades de cosas.

Muchas cosas se podrian decir y muy diferentes de las que están dichas, y de algunas que se van allegando á la memoria, porque no tan enteramente como son y se debrian decir se me acuerda, dejo de ponerlas aquí; pero de las que mas puntualmente puedo hablar diré, así como de algunos cojijos que para molestia de los hombres produce la natura, para darles á entender cuán pequeñas y viles cosas son bastantes para los ofender y inquietar, y que no se descuiden del oficio principal para que el hombre fué formado, que es conocer á su Hacedor y procurar cómo se salven, pues tan abierta y clara está la via á los cristianos y á todos los que quisieren abrir los ojos del entendimiento; y aunque sean algunas de estas cosas asquerosas ó no tan limpias para oir como las que están escritas, no son menos dignas de notar para sentir las diferencias y varias operaciones de humana natura, y digo así:

En muchas partes de la Tierra-Firme, así como pasan los cristianos ó los indios por los campos, así como hay muchas aguas, siempre andan con zarahuelles arremangados ó sueltos, y de las yerbas se les pegan tantas garrapatas, que la sal molida es poco mas menuda, y se cuajan ó hinchen las piernas de ellas, y por ninguna manera se las pueden quitar ni despegar de las carnes, sino de una forma, que es untándose con aceite; y después que un rato están untadas las piernas ó partes donde las tienen, ráenlas con un cuchillo, y así las quitan; y los indios que no tienen aceite chamúscanlas con fuego, y sufren mucha pena en se las quitar.

De los animales pequeños y importunos que se crian en las cabezas y cuerpos de los hombres, digo que los cristianos muy pocas veces los tienen, idos á aquellas partes, sino es alguno uno ó dos, y aquesto rarísimas veces; porque después que pasamos por la línia del diámetro, donde las agujas hacen la diferencia del nordestear ó noroestear, que es el paraje de las islas de los Azores, muy poco camino mas adelante, siguiendo nuestro viaje y navegacion para el poniente, todos los piojos que los cristianos llevan ó suelen criar en las cabezas y cuerpos, se mueren y alimpian, que, como dicho es, ni se ven ni parescen, y poco á poco se despiden, y en las Indias no los crian, excepto algunos niños de los que nacen en aquellas partes, hijos de los cristianos; y comunmente en las cabezas los indios naturales todos los tienen, y aun en algunas partes, en especial en la provincia de Cueva, que dura mas de cien leguas y comprehende la una y otra costa del norte y del sur; los indios se espulgan unos á otros (y en especial las mujeres son las espulgaderas), y todos los que toman se los comen, y aun con dificultad se lo podemos excusar y evitar á los indios que en casa nos sirven, que son de la dicha provincia; pero es de notar una cosa grande, que así como los cristianos estamos limpios de esta suciedad en las Indias, así en las cabezas como en las personas, cuando á estas partes de Europa volvemos, así como llegamos por el mar Océano al dicho paraje donde aquesta plaga cesó, segun es dicho, como si nos estoviesen esperando, no los podemos por algunos dias agotar, aunque se mude hombre dos ó tres ó mas camisas al dia, y tan menudísimos cuasi como liendres, y aunque poco á poco se vayan agotando, en fin tornan los hombres á quedar con algunos, segun que antes en estas partes los solian tener, ó segun la limpieza y diligencia de cada uno en este caso; pero no para mas ni menos que antes se hacia. Esto he yo muy bien probado, pues ya cuatro veces he pasado el mar Océano y andado este camino.

Entre los indios en muchas partes es muy comun el pecado nefando contra natura, y públicamente los indios que son señores y principales que en esto pecan tienen mozos con quien usan este maldito pecado; y los tales mozos pacientes, así como caen en esta culpa, luego se ponen naguas, como mujeres, que son unas mantas cortas de algodon, con que las indias andan cubiertas desde la cinta hasta las rodillas, y se ponen sartales y puñetes de cuentas y las otras cosas que por arreo usan las mujeres, y no se ocupan en el uso de las armas, ni hacen cosa que los hombres ejerciten, sino luego se ocupan en el servicio comun de las casas, así como barrer y fregar y las otras cosas á mujeres acostumbradas: son aborrecidos estos tales de las mujeres en extremo grado; pero como son muy sujetas á sus maridos, no osan hablar en ello sino pocas veces, ó con los cristianos. Llaman en aquella lengua de Cueva á estos tales pacientes camayoa; y así, entre ellos, cuando un indio á otro quiere injuriar ó decirle por vituperio que es afeminado y para poco, le llama camayoa.

Los indios en algunas provincias, segun ellos mismos dicen, truecan las mujeres con otros, y siempre les parece que gana en el trueco el que la toma mas vieja, porque las viejas los sirven mejor.

Son muy grandes maestros de hacer sal de agua salada de la mar, y en esto ninguna ventaja les hacen los que en el dique de Gelanda, cerca de la villa de Medioburgue, la hacen, porque la de los indios es tan blanca ó mas, y es mucho mas fuerte ó no se deshâce tan presto; yo he visto muy bien la una y la otra, y la he visto hacer á los unos y á los otros.

Es opinion de muchos que en aquellas partes debe haber piedras preciosas (no hablo en la Nueva-España, porque ya de allí algunas se han visto y traido á España, y en Valladolid, el año pasado de 1524, estando allí vuestra majestad, vi una esmeralda traida de Yucatan ó Nueva-España, entallado en ella de relieve un rostro redondo, á manera de luna de Plasma, la cual se vendió en mas de cuatrocientos ducados de buen oro). Pero en Tierra-Firme, en Santa Marta, al tiempo que allí tocó el armada que el Católico rey don Fernando envió á Castilla del Oro, yo salté en tierra con otros, y se tomaron hasta mil y tantos pesos de oro y ciertas mantas y cosas de indios, en que se vieron plasmas de esmeraldas y corniolas y jaspes y calcidonias y zafires blancos y ámbar de roca; todas estas cosas se hallaron donde he dicho, y se cree que de la tierra adentro les debia venir por trato y comercio que con otras gentes de aquellas partes deben tener; porque naturalmente todos los indios generalmente, mas que todas las gentes del mundo, son inclinados á tratar y á trocar y baratar unas cosas con otras; y así, de unas partes á

otras van en canoas, y de donde hay sal la llevan adonde carescen de ella, y les dan oro ó mantas ó algodon hilado, ó esclavos ó pescado, ó otras cosas; y en el Cenú, que es una provincia de indios frecheros caribes, que confina con la provincia de Cartagena, y está entre ella y la punta de Caribana, cierta gente que allí envió una vez Pedrarias de Avila, gobernador de Castilla del Oro por vuestra majestad, fueron desbaratados, y mataron al capitan Diego de Bustamante y á otros cristianos, y estos hallaron allí muchos cestos, del tamaño de estos banastos que se traen de la montaña y Vizcaya con besugos; los cuales estaban llenos de cigarras y langostas y grillos; y decian los indios que allí fueron presos que los tenian para los llevar á otras tierras adentro, apartadas de la costa de la mar, donde no tienen pescado, y estiman mucho aquel manjar para lo comer, en precio del cual decian que les daban y traian de allá otras cosas de que estotros tenian necesidad y las estimaban en mucho, y los de acullá tenian mucha cantidad de las cosas que les daban á trueco ó en precio de las dichas cigarras y grillos.

CAPITULO LXXXII.

De las minas del oro.

Aquesta particularidad de minas es cosa mucho para notar, y puedo yo hablar en ellas mejor que otro, porque há doce años que en la Tierra-Firme sirvo de veedor de las fundiciones del oro y de veedor de minas, al Católico rey don Fernando, que en gloria está, y á vuestra majestad, y de esta causa he visto muy bien cómo se saca el oro y se labran las minas, y sé muy bien cuán riquísima es aquella tierra, y he fecho sacar oro para mí con mis indios y esclavos; y puedo afirmar como testigo de vista que en ninguna parte de Castilla del Oro, que es en Tierra-Firme, me pedirá minas de oro, que yo deje de ofrescerme á las dar descubiertas dentro de diez leguas de donde se me pidieren y muy ricas, pagándome la costa del andarlas á buscar, porque aunque por todas partes se halla oro, no es en toda parte de seguirlo, por ser poco, y haber mucho mas en un cabo que en otro, y la mina ó venero que se ha de seguir ha de ser en parte que, segun la costa se pusiere de gente y otras cosas necesarias en la buscar, que se pueda sacar la costa, y demás de eso, se saque alguna ganancia, porque de hallar oro en las mas partes, poco ó mucho, no hay dubda. El oro que se saca en la dicha Castilla del Oro es muy bueno y de veinte y dos quilates y dende arriba; y demás de lo que de las minas se saca, que es en mucha cantidad, se han habido y cada dia se han muchos tesoros de oro, labrados, en poder de los indios que se han conquistado y de los que de grado ó por rescate y como amigos de los cristianos lo han dado, alguno de ello muy bueno; pero la mayor parte de este oro labrado que los indios tienen es encobrado, y hacen de ello muchas cosas y joyas, que ellos y ellas traen sobre sus personas, y es la cosa del mundo que comunmente mas estiman y precian. La manera de como el oro se saca es de esta forma, que ó lo hallan en zabana ó en el rio. Zabana se llaman los llanos y vegas y cerros que están sin árboles, y toda tierra rasa, con yerba ó sin ella; pero tambien algunas veces se halla el oro en la tierra fuera del rio en lugares que hay árboles, y para lo sacar cortan muchos y grandes árboles; pero en cualquiera de estas dos maneras que ello se halle, ora sea en el rio ó quebrada de agua ó en tierra, diré en ambas maneras lo que pasa y se hace en esto. Cuando alguna vez se descubre la mina ó venero de oro es buscando y dando catas en las partes que á los hombres mineros y expertos en sacar oro les parece que lo puede haber; y si lo hallan, siguen la mina y lábranlo en rio ó zabana, como dicho es; y seyendo en zabana, limpian primero todo lo que está sobre la tierra, y cavan ocho ó diez piés en luengo, y otros tantos, ó mas ó menos, en ancho, segun al minero le paresce, hasta un palmo ó dos de hondo, y igualmente sin ahondar mas lavan todo aquel lecho de tierra que hay en el espacio que es dicho; y si en aquel peso que es dicho hallan oro, síguenlo; y si no, ahondan mas otro palmo y lávanlo, y si tampoco lo hallan, ahondan mas y mas hasta que poco á poco, lavando la tierra, llegan á la peña viva; y si hasta ella no topan oro, no curan de seguirlo ni buscarlo mas allí, y vanlo á buscar á otra parte; pero donde lo hallan, en aquella altura ó peso, sin ahondar mas, en aquella igualdad que se topa siguen el ejercicio de lo sacar hasta labrar toda la mina que tiene el que la halla, si la mina le parece que es rica; y esta mina ha de ser de ciertos piés ó pasos en luengo, segun límite que en esto y en el anchura que ha de tener la mina ya está determinado y ordenado que haya de terreno; y en aquella cantidad ningun otro puede sacar oro, y donde se acaba la mina del que primero halló el oro, luego á par de aquel puede hincar estacas y señalar mina para sí el que quisiere. Estas minas de zabana ó halladas en tierra siempre han de buscarse cerca de un rio ó arroyo ó quebrada de agua ó balsa ó fuente, donde se pueda labrar el oro, y ponen ciertos indios á cavar la tierra, que llaman escopetar; y cavada, hinchen bateas de tierra, y otros indios tienen cargo de llevar las dichas bateas hasta donde está el agua do se ha de lavar esta tierra; pero los que las bateas de tierra llevan no las lavan, sino tornan por mas tierra, y aquella que han traido dejan en otras bateas que tienen en las manos los lavadores, los cuales son por la mayor parte indias, porque el oficio es de menos trabajo que lo demás; y estos lavadores están asentados orilla del agua, y tienen los piés hasta cerca de las rodillas ó menos, segun la disposicion de donde se asientan metidos en el agua, y tienen en las manos la batea, tomada por dos asas ó puntas para la asir (que la batea tiene), y moviéndola, y tomando agua, y poniéndola á la corriente con cierta maña, que no entra del agua mas cantidad en la batea de la que el lavador ha menester, y con la misma maña echándola fuera, el agua que sale de la batea roba poco á poco y lleva tras sí la tierra de la batea, y el oro se abaja á lo hondo de la batea, que es cóncava y del tamaño de un bacin de barbero, y cuasi tan honda; y desque toda la tierra es echada fuera, queda en el suelo de la batea el oro, y aquel pone aparte, y torna á tomar mas tierra y lavarla, etc. E así de esta manera continuando cada lavador, saca al dia lo que Dios es servido que saque,

segun le place que sea la ventura del dueño de los indios y gente que en este ejercicio se ocupan; y hase de notar que para un par de indios que laven son menester dos personas que sirvan de tierra á cada uno de ellos, y dos otros que escopeten y rompan y caven, y hinchan las dichas bateas de servicio, porque así se llaman, de servicio, las bateas en que se lleva la tierra hasta los lavadores; y sin esto, es menester que haya otra gente en la estancia donde los indios habitan y van á reposar la noche, la cual gente labre pan y haga los otros mantenimientos con que los unos y los otros se han de sostener. De manera que una batea es, á lo menos en todo lo que es dicho, cinco personas ordinariamente. La otra manera de labrar mina en rio ó arroyo de agua se hace de otra manera, y es que echando el agua de su curso en medio de la madre, después que está en seco y la han xamurado (que en lengua de los que son mineros quiere decir agotado, porque xamurar es agotar) hallan oro entre las peñas y hoquedades y resquicios de las peñas y en aquello que estaba en la canal de la dicha madre del agua y por donde su curso natural hacia; y á las veces, cuando una madre de estas es buena y acierta, se halla mucha cantidad de oro en ella. Porque ha de tener vuestra majestad por máxima, y así parece por el efecto, que todo el oro nasce en las cumbres y mas alto de los montes, y que las aguas de las lluvias poco á poco con el tiempo lo trae y abaja á los rios y quebradas de arroyos que nacen de las sierras, no obstante que muchas veces se halla en llanos que están desviados de los montes; y cuando esto acaece, mucha cantidad se halla por todo aquello, pero por la mayor parte y mas continuadamente se halla en las haldas de los cerros y en los rios mismos y quebradas; así que de una de estas dos maneras se saca el oro.

Para consecuencia del nascer el oro en lo alto y bajarse á lo bajo se ve un indicio grande que lo hace creer, y es aqueste. El carbon nunca se pudresce debajo de tierra cuando es de madera recia, y acaesce que labrando la tierra en la halda del cerro ó en el comedio ó otra parte de él, y rompiendo una mina en tierra virgen, y habiendo ahondado uno, y dos, y tres estados, ó mas, se hallan allá debajo en el peso que hallan el oro, y antes que le topen tambien; pero en tierra que se juzga por virgen y lo está, así para se romper y cavar algunos carbones de leña, los cuales no pudieron allí entrar, segun natura, sino en el tiempo que la superficie de la tierra era en el peso que los dichos carbones hallan, y derribándolos el agua de lo alto, quedaron allí; y como después llovió otras inumerables veces, como es de creer, cayó de lo alto mas y mas tierra, hasta tanto que por discurso de años fué cresciendo la tierra sobre los carbones aquellos estados ó cantidad que hay al presente, que se labran las minas desde la superficie hasta donde se topan con los dichos carbones.

Digo mas, que cuanto mas ha corrido el oro desde su nacimiento hasta donde se halló, tanto mas está liso y purificado y de mejor quilate y subido, y cuanto mas cerca está de la mina ó vena donde nasció, tanto mas crespo y áspero le hallan y de menos quilates, y tanto mas parte de él se menoscaba ó mengua al tiempo del fundirlo y mas agro está. Algunas veces se hallan granos grandes y de mucho peso sobre la tierra, y á veces debajo de ella.

El mayor de todos los que hasta hoy en aquestas Indias se ha visto fué el que se perdió en la mar, cerca de la isla de la Beata, que pesaba tres mil docientos castellanos, que son una arroba y siete libras, ó treinta y dos libras de diez y seis onzas, que son sesenta y cuatro marcos de oro; pero otros muchos se han hallado, aunque no de tanto peso.

Yo vi el año de 1515 en poder del tesorero de vuestra majestad, Miguel de Pasamonte, dos granos, que el uno pesaba siete libras, que son catorce marcos, y el otro de diez marcos, que son cinco libras, y de muy buen oro de veinte y dos quilates ó mas.

Y pues aquí se trata del oro, parésceme que antes de pasar adelante y que se hable en otra cosa, se diga cómo los indios saben muy bien dorar las piezas de cobre ó de oro muy bajo; lo cual ellos hacen, y les dan tan excelente color y tan subida, que parece que toda la pieza que así doran es de tan buen oro como si toviese veinte y dos quilates ó mas. La cual color ellos le dan con ciertas yerbas, y tal, que cualquiera platero de los de España ó Italia, ó donde mas expertos los hay, se ternia el que así lo supiese hacer, por muy rico con este secreto ó manera de dorar. Y pues de las minas se ha dicho asaz por menudo la verdad, y particular manera que se tiene en sacar el oro, en lo que toca al cobre, digo que en muchas partes de las dichas islas y tierra-firme de estas Indias, se ha hallado, y cada dia lo hallan, en gran cantidad y muy rico; pero no se curan hasta agora de ello, ni lo sacan, puesto que en otras partes seria muy grande tesoro la utilidad y provecho que del cobre se podria haber; pero como hay oro, lo mas priva á lo menos, y no se curan de esotro metal. Plata, y muy buena y mucha, se halla en la Nueva-España; pero, como al principio de este reportorio dije, yo no hablo en cosa alguna de aquella provincia al presente; pero todo está puesto y escrito por mí en la *General historia de las Indias*.

CAPITULO LXXXIII.

De los pescados y pesquerías.

En Tierra-Firme los pescados que hay, y yo he visto, son muchos y muy diferentes; y pues de todos no será posible decirse aquí, diré de algunos; y primeramente digo que hay unas sardinas anchas y las colas bermejas, excelente pescado y de los mejores que allá hay. Mozarras, diahacas, jureles, dahaos, rajas, salmonados; todos estos, y otros muchos cuyos nombres no tengo en memoria, se toman en los rios en grandísima abundancia, y asimismo camarones muy buenos; pero en la mar asimismo se toman algunos de los de suso nombrados, y palometas, y acedias, y pargos, y lizas, y pulpos, y doradas, y sábalos muy grandes, y langostas, y xaibas, y ostias, y tortugas grandísimas, y muy grandes tiburones, y manatíes, y morenas, y otros muchos pescados, y de tanta diversidad y cantidad de ellos, que no se podria expresar sin mucha escritura y tiempo para lo escrebir; pero solamente especificaré aquí, y diré algo mas largo, lo que toca á tres pescados que de suso se nombraron, que son: tortuga, tiburon y el

manatí. E comenzando del primero, digo que en la isla de Cuba se hallan tan grandes tortugas, que diez y quince hombres son necesarios para sacar del agua una de ellas; esto he oido yo decir en la misma isla á tantas personas de crédito, que lo tengo por mucha verdad; pero lo que yo puedo testificar de vista de las que en Tierra-Firme se matan, yo la he visto en la villa de Acla, que seis hombres tenian bien qué llevar en una, y comunmente las menores es harta carga una de ellas para dos hombres; y aquella que he dicho que vi llevar á seis, tenia la concha de ella por la mitad del lomo, siete palmos de vara de luengo, y mas de cinco en ancho ó por el través de ella. Tómanlas de esta manera: á veces acaesce que caen en las grandes redes barrederas algunas tortugas, pero de la manera que se toman en cantidad es cuando las tortugas se salen de la mar á desovar ó á pascer fuera por las playas; y así como los cristianos ó los indios topan el rastro de ellas en el arena, van por él; y en topándola, ella echa á huir para el agua; pero como es pesada, alcánzanla luego con poca fatiga, y pónenles un palo entre los brazos, debajo, y trastórnanlas de espaldas así como van corriendo, y la tortuga se queda así, que no se puede tornar á enderezar; y dejada así, si hay otro rastro de otra ó otras, van á hacer lo mismo, y de esta forma toman muchas donde salen, como es dicho. Es muy excelente pescado y de muy buen sabor y sano.

El segundo pescado de los tres que de suso se dijo, se llama tiburon; este es grande pescado y muy suelto en el agua, y muy carnicero, y tómanse muchos de ellos, así caminando las naves á la vela por el mar Océano, como surgidas y de otras maneras, en especial los pequeños; pero los mayores se toman navegando los navíos, en esta forma: que como el tiburon ve las naos, las sigue y se va tras ellas, comiendo la basura y inmundicias que de la nao se echan fuera, y por cargada de velas que vaya la nao, y por próspero tiempo que lleve, cual ella lo debe desear, le va siempre el tiburon á la par, y le da en torno muchas vueltas, y acaesce seguir á la nao ciento y cincuenta leguas, y mas; y así, podria todo lo que quisiese; y cuando lo quieren matar, echan por popa de la nao un anzuelo de cadena tan grueso como el dedo pulgar, y tan luengo como tres palmos, encorvado, como suelen estar los anzuelos, y las orejas de él á proporcion de la groseza, y al cabo del asta del dicho anzuelo, cuatro ó cinco eslabones de hierro gruesos, y del último atado un cabo de una cuerda, grueso como dos veces ó tres el dicho anzuelo, y ponen en él una pieza de pescado ó tocino, ó carne cualquiera, ó parte del asadura de otro tiburon si le han muerto porque en un dia yo he visto tomar nueve, y si se quisieran tomar mas, tambien se pudiera hacer; y el dicho tiburon, por mucho que la nao corra, la sigue, como es dicho, y trágase todo el dicho anzuelo, y de la sacudida de la fuerza de él mismo, y con la furia que va la nao, así como traga el cebo y se quiere desviar, luego el anzuelo se atraviesa, y le pasa y sale por una quijada la punta de él, y prendido, son algunos de ellos tan grandes, que doce, y quince hombres, ó mas, son necesarios para lo guindar y subir en el navío, y metido en él, un marinero le da con el cotillo de una hacha en la cabeza grandes golpes, y lo acaba de matar; son tan grandes, que algunos pasan de diez, y doce piés, y mas, y en la groseza, por lo mas ancho tiene cinco, y seis, y siete palmos, y tienen muy gran boca, á proporcion del cuerpo, y en ella dos órdenes de dientes en torno, la una distinta de la otra algo, y muy espesos y fieros los dientes; y muerto, hácenlo lonjas delgadas, y pónenlas á enjugar dos ó tres ó mas dias, colgadas por las jarcias del navío al aire, y después se las comen. Es buen pescado, y gran bastimento para muchos dias en la nao, por su grandeza; pero los mejores son los pequeños, y mas sanos y tiernos; es pescado de cuero, como los cazones y tollos; los cuales, y el dicho tiburon, paren otros sus semejantes, vivos; y esto digo porque el Plinio ninguno de aquestos tres puso en el número de los pescados que dice en su *Historia natural* que paren. Estos tiburones salen de la mar, y súbense por los rios, y en ellos no son menos peligrosos que los lagartos grandes de que atrás se dijo largamente; porque tambien los tiburones se comen los hombres y las vacas y yeguas, y son muy peligrosos en los vados ó partes de los rios donde una vez se ceban. Otros pescados, muchos, y muy grandes y pequeños, y de muchas suertes, se toman desde los navíos corriendo á la vela, de lo cual diré tras el manatí, que es el tercero de los tres que dije de suso que expresaria.

El manatí es un pescado de mar, de los grandes, y mucho mayor que el tiburon en groseza y de luengo, y feo mucho, que paresce una de aquellas odrinas grandes en que se lleva mosto en Medina del Campo y Arévalo; y la cabeza de este pescado es como de una vaca, y los ojos por semejante, y tiene unos tocones gruesos en lugar de brazos, con que nada, y es animal muy mansueto, y sale hasta la orilla del agua, y si desde ella puede alcanzar algunas yerbas que estén en la costa en tierra, páscelas; mátanlos los ballesteros, y asimismo á otros muchos y muy buenos pescados, con la ballesta, desde una barca ó canoa, porque andan someros de la superficie del agua; y como lo ven, dánle una saetada con un arpon, y el tiro ó arpon con que le dan, lleva una cuerda delgada ó trailla de hilo muy sotil y recio, alquitranado; y vase huyendo, y en tanto el ballestero da cordel, y echa muchas brazas de él fuera, y en el fin del hilo un corcho ó palo, y desque ha andado bañando la mar de sangre, y está cansado, y vecino á la fin de la vida, llégase él mismo hácia la playa ó costa, y el ballestero va cogiendo su cuerda, y desque le quedan siete ó diez brazas, ó poco mas ó menos, tira del cordel hácia tierra, y el manatí se allega hasta tanto que toca en tierra, y las ondas del agua le ayudan á encallarse mas, y entonces el dicho ballestero y los que le ayudan acábanle de echar en tierra; y para lo llevar á la cibdad ó adonde lo han de pesar, es menester una carreta y un par de bueyes, y á las veces dos pares, segun son grandes estos pescados. Asimismo, sin que se llegue á la tierra, lo meten en la canoa, porque como se acaba de morir, se sube sobre el agua: creo que es uno de los mejores pescados del mundo en sabor, y el que mas paresce carne; y en tanta manera en la vista es próximo á la vaca, que quien no le hobiere visto entero, mirando una pieza de él cortada, no se sabrá de-

terminar si es vaca ó ternera, y de hecho lo ternán por carne, y se engañarán en esto todos los hombres del mundo; y asimismo el sabor es de muy excelente ternera propriamente, y la cecina de él muy especial, y se tiene mucho; ninguna igualdad tiene, ni es tal, con gran parte, el sollo de estas partes.

Estos manatíes tienen una cierta piedra ó hueso en la cabeza, entre los sesos ó meollo, la cual es muy útil para el mal de la ijada, y muélenla después de haberla muy bien quemado, y aquel polvo molido tómase cuando el dolor se siente, por la mañana en ayunas, tanta parte como se podrá coger con una blanca de á maravedí, en un trago de muy buen vino blanco; y bebiéndolo así tres ó cuatro mañanas, quítase el dolor, segun algunos que lo han probado me han dicho; y como testigo de vista, digo que he visto buscar esta piedra con gran diligencia á muchos para el efecto que he dicho.

Otros pescados hay cuasi tan grandes como los manatíes, que se llaman pexe vihuela, que traen en la parte alta ó hocico una espada, que por ambos lados está llena de dientes muy fieros, y es esta espada de una cosa propria suya, durísima y muy recia, y de cuatro y cinco palmos de luengo, y así á proporcion de la longüeza, es la anchura; y hay estos pescados desde tamaños como una sardina ó menos, hasta que dos pares de bueyes tienen harta carga en uno de ellos en una carreta.

Mas, pues me ofrecí de suso de decir de otros pescados que se matan asimismo por la mar navegando los navíos, no se olviden las toñinas, que son grandes y buenos pescados, las cuales se matan con fisgas y arpones arrojados cuando ellas pasan cerca de los navíos; y asimismo de la misma manera matan muchas doradas, que es un pescado de los buenos que hay en la mar. Noté en aquel grande mar Océano una cosa, que afirmarán todos los que á las Indias han ido; y es, que así como en la tierra hay provincias fértiles y otras estériles, de la misma manera en la mar acaesce, que algunas veces corren los navíos cincuenta, y ciento, y doscientas, y mas leguas, sin poder tomar un pescado ó verle, y en otras partes de aquel mar Océano se ve la mar hirviendo de pescados, y se matan muchos de ellos.

Quédame de decir de una volatería de pescados, que es cosa de oir, y es así: cuando los navíos van en aquel grande mar Océano siguiendo su camino, levántanse de una parte y otra muchas manadas de unos pescados, como sardinas el mayor, y de aquesta grandeza para abajo, disminuyendo hasta ser muy pequeños algunos de ellos, que se llaman pexes voladores, y levántanse á manadas en bandas ó lechigadas, y en tanta muchedumbre, que es cosa de admiracion, y á veces se levantan pocos; y como acaesce, de un vuelo van á caer cient pasos, y á veces algo mas y menos, y algunas veces caen dentro de los navíos. Yo me acuerdo que una noche, estando la gente toda del navío cantando la Salve, hincados de rodillas en la mas alta cubierta de la nao, en la popa, atravesó cierta banda de estos pescados voladores, y íbamos con mucho tiempo corriendo, y quedaron muchos de ellos por la nao, y dos ó tres cayeron á par de mí, que yo tove en las manos vivos, y los pude muy bien ver, y eran luengos del tamaño de sardinas, y de aquella groseza, y de las quijadas les salian sendas cosas, como aquellas con que nadan los pescados acá en los rios, tan luengas como era todo el pescado, y estas son sus alas; y en tanto que estas tardan de se enjugar con el aire cuando saltan del agua á hacer aquel vuelo, tanto se puede sostener en el aire; pero aquellas enjutas, que es á lo mas en el espacio ó trecho que es dicho, caen en el agua, y tórnanse á levantar y hacer lo mismo, ó se quedan y lo dejan; pero en el año de 1515 años, cuando la primera vez yo vine á informar á vuestra majestad de las cosas de Indias, y fuí en Flándes, luego el año siguiente, al tiempo de su bienaventurada subcesion en estos sus reinos de Castilla y Aragon, en aquel camino corriendo yo con la nao, cerca de la isla Bermuda que por otro nombre se llama la Garza, y es la mas léjos isla de todas las que hoy se saben en el mundo, que mas léjos está de otra ninguna isla ó tierra-firme, y llegué de ella hasta estar en ocho brazas de agua, y á tiro de lombarda de ella; y determinado de hacer saltar en tierra alguna gente á saber lo que hay allí, y aun para hacer dejar en aquella isla algunos puercos vivos de los que yo traia en la nao para el camino, porque se multiplicasen allí; pero el tiempo saltó luego al contrario, y hizo que no pudiésemos tomar la dicha isla, la cual puede ser de longitud doce leguas, y de latitud seis, y terná hasta treinta leguas de circúito, y está en treinta y tres grados de la banda de Santo Domingo, hácia la parte de septentrion; y estando por allí cerca, vi un contraste de estos pexes voladores y de las doradas y de las gaviotas, que en verdad me paresce que era la cosa de mayor placer que en mar se podia ver de semejantes cosas. Las doradas iban sobreaguadas, y á veces mostrando los lomos, y levantaban estos pescadillos voladores, á los cuales seguian por los comer, lo cual huian con el vuelo suyo, y las doradas proseguian corriendo tras ellos á do caian; por otra parte, las gaviotas ó gavinas en el aire tomaban muchos de los pexes voladores; de manera que ni arriba ni abajo no tenian seguridad; y este mismo peligro tienen los hombres en las cosas de esta vida mortal, que ningun seguro hay para el alto ni bajo estado de la tierra; y esto solo debria bastar para que los hombres se acuerden de aquella segura folganza que tiene Dios aparejada para quien le ama, y quitar los pensamientos del mundo, en que tan aparejados están los peligros, y los poner en la vida eterna, en que está la perpetua seguridad.

Tornando á mi historia, estas aves eran de la isla Bermuda que he dicho, y cerca de ella vi esta volatería extraña, porque aquestas aves no se apartan mucho de tierra, ni podian ser de otra tierra alguna.

CAPITULO LXXXIV.

De la pesquería de las perlas.

Pues que se ha dicho de algunas cosas que no son de tanta estimacion ó prescio como las perlas, justo me parece que diga la manera de cómo se pescan, y es así: en la costa del norte, en Cubagua y Cumaná, que es donde aquesto mas se ejercita, segun plenariamente yo fuí informado de indios y cristianos, dicen que salen de aquella isla de Cubagua muchos indios, que allí

están en cuadrillas de señores particulares, vecinos de Santo Domingo y San Juan, y en una canoa ó barca vanse por la mañana cuatro ó cinco ó seis, ó mas, y donde les parece ó saben ya que es la cantidad de las perlas, allí se paran en el agua, y échanse para abajo á nado los dichos indios, hasta que llegan al suelo, y queda en la barca uno, la cual tiene queda todo lo que él puede, atendiendo que salgan los que han entrado debajo del agua, y después que gran espacio ha estado el indio así debajo, sale fuera encima del agua, y nadando se recoge á su barca, y presenta y pone en ella las ostias que saca, porque en ostias se hallan las dichas perlas, y descansa un poco, y come algun bocado, y después torna á entrar en el agua y está allá lo que puede, y torna á salir con las ostias que ha tornado á hallar, y hace lo que primero, y de esta manera todos los demás que son nadadores para este ejercicio, hacen lo mismo; y cuando viene la noche, y les paresce tiempo de descansar, vanse á la isla á su casa, y entregan las dichas ostias al mayordomo de su señor, que de los dichos indios tiene cargo; y aquel háceles dar de cenar, y pone en cobro las dichas ostias; y cuando tiene copia, hace que las abran, y en cada una hallan las perlas ó aljófar, dos, y tres, y cuatro, y cinco, y seis, y muchos mas granos, segun natura allí los puso, y guárdanse las perlas y aljófar que en las dichas ostias se hallan, y cómense las ostias si quieren, ó échanlas á mal, porque hay tantas, que aborrecen, y todo lo que sobra de semejantes pescados enoja, cuanto mas que ellas son muy duras, y no tan buenas para comer como las de España. Esta isla de Cubagua, donde aquesta pesquería está, es en la costa del norte, y no es mayor de lo que es Gelanda, pero es tamaña. Algunas veces que la mar anda mas alta de lo que los pescadores y ministros de esta pesquería de perlas querrian, y tambien porque naturalmente cuando un hombre está en mucha hondura debajo del agua (como lo he yo muy bien probado), los piés se levantan para arriba, y con dificultad pueden estar en tierra debajo del agua luengo espacio: en esto proveen los indios, con echarse sobre los lomos dos piedras, una al un costado, y otra al otro, asidas de una cuerda, y él en medio, y déjase ir para abajo, y como las piedras son pesadas, hácenle estar debajo en el suelo quedo, pero cuando le paresce y quiere subirse, fácilmente puede desechar las piedras y salirse; pero no es aquesto que está dicho lo que puede maravillar de la habilidad que los indios tienen para este ejercicio, sino que muchos de ellos se están debajo del agua una hora, y algunos mas tiempo, y menos, segun que cada uno es apto y suficiente para esta hacienda. Otra cosa grande me ocurre, y es, que preguntando yo muchas veces á algunos señores de los indios que andan en esta pesquería, si se acaban las pesquerías de estas perlas, pues que es pequeño el sitio donde se toman, todos me respondieron que se acababan en una parte y se iban á pescar á otra, al otro costado ó viento contrario, y que después que tambien acullá se acababan, se tornan al primero lugar ó á alguna de aquellas partes donde primero habian pescado, y dejádolo por agotado de perlas, y que lo hallaban tan lleno como si nunca allí hobieran sacado cosa alguna; de que se infiere y puede sospechar que, ó son de paso estas ostias, como lo son otros pescados, ó nacen y se aumentan y producen en lugar señalado. Aquesta Cumaná y Cubagua, donde aquesta pesquería de perlas que he dicho se hace, está en doce grados de la parte que la dicha costa mira al norte ó septentrion.

Asimismo se toman y hallan muchas perlas en la mar austral del Sur, y muy mayores en la isla de las Perlas, que los indios llaman Terarequi, que es en el golfo de Sant Miguel, y allí han parescido mayores perlas mucho, y de mas prescio que en estotra costa del norte, en Cumaná, ni en otra parte de ella: digo esto como testigo de vista, porque en aquella mar del Sur yo he estado, y me he informado muy particularmente de lo que toca á estas perlas.

De esta isla de Terarequi es una perla pera, de treinta y un quilates, que hobo Pedrarias en mil y tantos pesos, la cual se hobo cuando el capitan Gaspar de Morales, primo del dicho Pedrarias, pasó á la dicha isla en el año de 1515 años; la cual perla vale muchos mas dineros.

De aquella isla tambien es una perla redondísima que yo truje de aquella mar, tamaña como un bodoque pequeño, y pesa veinte y seis quilates; y en la cibdad de Panamá, en la mar del Sur, dí por esta perla seiscientos y cincuenta pesos de buen oro, y la tuve tres años en mi poder, y después que estoy en España la vendí al conde Nansao, marqués del Cenete, gran camarlengo de vuestra majestad; el cual la dió á la marquesa del Cenete, doña Mencía de Mendoza, su mujer; la cual perla creo yo que es una de las mayores, ó la mayor de todas las que en estas partes se han visto, redonda; porque ha de saber vuestra majestad que en aquella costa del sur antes se hallarán cient perlas grandes de talle de pera que una redonda grande. Está esta dicha isla de Terarequi, que los cristianos la llaman la isla de las Perlas, y otros la dicen isla de Flores, en ocho grados, puesta á la banda ó parte austral ó del sur de la Tierra-Firme, en la provincia de Castilla del Oro. En estas dos partes que he dicho de la una costa y otra de Tierra-Firme, es donde hasta agora se pescan las perlas; pero tambien he sabido que en la provincia y islas de Cartagena hay perlas; y pues vuestra majestad manda que vaya á le servir allí de su gobernador y capitan, yo me tengo cuidado de las hacer buscar, y no me maravillo que allí se hallen asimismo, porque los que aquesto me han dicho no hablan sino por oidas de los mismos indios de aquella tierra, que se las han enseñado dentro en el pueblo y puerto del cacique Carex, que es el principal de la isla de Codego, que está en la boca del puerto de la dicha Cartagena, la cual en lengua de los indios se llama Coro; la cual isla y puerto están á la banda del norte de la costa de Tierra-Firme en diez grados.

CAPITULO LXXXV.

Del estrecho y camino que hay desde la mar del Norte á la mar Austral, que dicen del Sur.

Opinion ha seido entre los cosmógrafos y pilotos modernos, y personas que de la mar tienen algun conoscimiento, que hay estrecho de agua desde la mar del

Sur á la del Norte, en la Tierra-Firme, pero no se ha hallado ni visto hasta agora; y el estrecho que hay, los que en aquellas partes habemos andado, mas creemos que debe ser de tierra que no de agua; porque en algunas partes es muy estrecha, y tanto, que los indios dicen que desde las montañas de la provincia de Esquegua y de Urraca, que están entre la una y la otra mar, puesto el hombre en las cumbres de ellas, si mira á la parte septentrional se ve el agua y mares del Norte, de la provincia de Veragua, y que mirando al opósito, á la parte austral ó del mediodía, se ve la mar y costa del Sur, y provincias que tocan en ella, de aquestos dos caciques ó señores de las dichas provincias de Urraca y Esquegna. Bien creo que si esto es así como los indios dicen, que de lo que hasta el presente se sabe, esto es lo mas estrecho de tierra; pero, segun dicen que es doblada de sierras y áspero, no lo tengo yo por el mejor camino ni tan breve como el que hay desde el puerto del Nombre de Dios, que está en la mar del Norte, hasta la nueva cibdad de Panamá, que está en la costa y á par del agua de la mar del Sur; el cual camino asimismo es muy áspero y de muchas sierras y cumbres muy dobladas, y de muchos valles y rios, y bravas montañas y espesísimas arboledas, y tan dificultoso de andar, que sin mucho trabajo no se puede hacer; y algunos ponen por esta parte, de mar á mar, diez y ocho leguas, y yo las pongo por veinte buenas, no porque el camino pueda ser mas de lo que es dicho, pero porque es muy malo, segun de suso dije; el cual he yo andado dos veces á pié. E yo pongo desde el dicho puerto y villa del Nombre de Dios siete leguas hasta el cacique de Juanaga (que tambien se llama de Capira), y aun cuasi ocho leguas, y desde allí otro tanto hasta el rio de Chagre, y aun es mas camino el de aquesta segunda jornada; así que hasta allí las hago diez y seis leguas, y allí se acaba el mal camino; y desde allí á la puente Admirable hay dos leguas, y desde la dicha puente hay otras dos leguas hasta el puerto de Panamá. Así que son veinte por todas á mi parescer; y pues tantas leguas he andado peregrinando por el mundo, y tanto he visto de él, no es mucho que yo acierte en la tasa de tan corto camino, como el que he dicho que hay desde la mar del Norte á la del Sur.

Si, como en nuestro Señor se espera, para la Especería se halla navegacion para la traer al dicho puerto de Panamá, como es muy posible, *Deo volente*, desde allí se puede muy fácilmente pasar y traer á estotra mar del Norte, no obstante las dificultades que de suso dije de este camino, como hombre que muy bien le ha visto, y por sus piés dos veces andado el año de 1521 años; pero hay maravillosa disposicion y facilidad para se andar y pasar la dicha Especería por la forma que agora diré: desde Panamá hasta el dicho rio de Chagre hay cuatro leguas de muy buen camino, y que muy á placer le pueden andar carretas cargadas, porque aunque hay algunas subidas, son pequeñas, y tierra desocupada de arboleda, y llanos, y todo lo mas de estas cuatro leguas es raso; y llegadas las dichas carretas al dicho rio, allí se podria embarcar la dicha especería en barcas y pinazas; el cual rio sale á la mar del Norte, á cinco ó seis leguas debajo del dicho puerto del Nombre de Dios, y entra la mar á par de una isla pequeña, que se llama isla de Bastimentos, donde hay muy buen puerto. Mire vuestra majestad qué maravillosa cosa y grande disposicion hay para lo que es dicho, que aqueste rio Chagre, naciendo á dos leguas de la mar del Sur, viene á meterse en la mar del Norte. Este rio corre muy recio, y es muy ancho y poderoso y hondable, y tan apropriado para lo que es dicho, que no se podria decir ni imaginar ni desear cosa semejante tan al propósito para el efecto que he dicho.

La puente Admirable ó Natural, que está á dos leguas del dicho rio y otras dos del dicho puerto de Panamá, y en la mitad del camino, es de esta manera: que al tiempo que á ella llegamos, sin sospecha de tal edificio ni la ver hasta que está el hombre encima de ella, yendo hácia la dicha Panamá, así como comienza la puente, mirando á la man derecha ve debajo de sí un rio, que desde donde el hombre tiene los piés hasta el agua hay dos lanzas de armas, ó mas, en hondo ó altura, y es pequeña agua, ó hasta la rodilla, la que puede llevar, y de treinta ó cuarenta pasos en ancho; el cual rio se va á meter en el otro rio de Chagre, que primero se dijo; y estando asimismo sobre la dicha puente, y mirando á la parte siniestra, está lleno de árboles y no se ve el agua; pero la puente está, en lo que se pasa, tan ancha como quince pasos, y es luenga hasta setenta ó ochenta; y mirando á la parte por donde debajo de ella pasa el agua, está hecho un arco de piedra y peña viva natural, que es cosa mucho de ver, y para maravillarse todos los hombres del mundo de este edificio hecho por la mano de aquel soberano Hacedor del universo. Así que, tornando al propósito de la dicha especería, digo que cuando á nuestro Señor le plega que en ventura de vuestra majestad se halle por aquella parte y se navegue hasta la conducir á la dicha costa y puerto de Panamá, y de allí se traya, segun es dicho, por tierra y en carros hasta el rio de Chagre, y desde allí, por él se ponga en estotra mar del Norte, donde es dicho, y de allí en España, mas de siete mil leguas de navegacion se ganarán, y con mucho menos peligro de como al presente se navega por la via que el comendador fray García de Loaisa, capitan de vuestra majestad, que este presente año partió para la dicha Especería, lo ha de navegar; y de tres partes del tiempo, mas de las dos se abreviarán y ganarán por estotro camino; y si algunos de los que lo podrian haber hecho desde la dicha mar del Sur se hobiesen ocupado en buscar desde ella la dicha Especería, yo soy de opinion que habria muchos dias que la hobiesen hallado, y hase de hallar sin ninguna dubda queriéndola buscar por aquella parte ó mar, segun la razon de la cosmografía.

CAPITULO LXXXVI.

Conclusion.

Dos cosas muy de notar se pueden colegir de este imperio occidental de estas Indias de vuestra majestad, demás de las otras particularidades dichas y de todo lo que mas se puede decir, que son de grandísima calidad cada una de ellas. Lo uno es la brevedad del camino y aparejo que hay desde la mar del Sur para la contratacion de la Especería, y de las inumerables riquezas de los reinos y señoríos que con ella confinan, y hay diver-

sas lenguas y naciones extrañas. Lo otro es considerar qué inumerables tesoros han entrado en Castilla por causa de estas Indias, y qué es lo que cada dia entra, y lo que se espera que entrará, así en oro y perlas como en otras cosas y mercaderías que de aquellas partes continuamente se traen y vienen á vuestros reinos, antes que de ninguna generacion extraña sean tratados ni vistos, sino de los vasallos de vuestra majestad, españoles; lo cual, no solamente hace riquísimos estos reinos, y cada dia lo serán mas, pero aun á los circunstantes redunda tanto provecho y utilidad, que no se podria decir sin muchos renglones y mas desocupacion de la que yo tengo. Testigos son estos ducados dobles que vuestra majestad por el mundo desparce, y que de estos reinos salen y nunca á ellos tornan; porque como sea la mejor moneda que hoy por el mundo corre, así como entra en poder de algunos extranjeros, jamás sale; y si á España torna es en hábito disimulado, y bajados los quilates, y mudadas vuestras reales insignias; la cual moneda, si este peligro no toviese, y no se deshiciese en otros reinos para lo que es dicho, de ningun príncipe del mundo no se hallaria mas cantidad de oro en moneda, ni que pudiese ser tanta, con grandísima cantidad y millones de oro como la de vuestra majestad. De todo esto es la causa las dichas Indias, de quien brevemente he dicho lo que me acuerdo.

Sacra, católica, cesárea, real majestad: Yo he escrito en este breve sumario ó relacion lo que de aquesta natural historia he podido reducir á la memoria, y he dejado de hablar en otras cosas muchas de que enteramente no me acuerdo, ni tan al propio como son se pudieran escrebir, ni expresarse tan largamente como están en la general y natural historia de Indias, que de mi mano tengo escrita, segun en el proemio y principio de este reportorio dije; la cual tengo en la cibdad de Santo Domingo de la isla Española. A vuestra majestad humilmente suplico reciba por su clemencia la voluntad con que me muevo á dar esta particular informacion de lo que aquí he dicho, hasta tanto que en mayor volúmen y mas plenariamente vea todo esto y lo que de esta calidad tengo notado, si servido fuere, que lo haga escrebir en limpio para que llegue á su real acatamiento, y desde allí con la misma licencia se pueda divulgar; porque en verdad es una de las cosas muy dignas de ser sabidas y tener en gran veneracion, por tan verdaderas y nuevas á los hombres de este primero mundo que Ptolomeo tenia en su cosmografía; y tan apartadas y diferentes de todas las otras historias de esta calidad, que por ser sin comparacion esta materia, y tan peregrina, tengo por muy bien empleadas mis vigilias, y el tiempo y trabajos que me ha costado ver y notar estas cosas, y mucho mas si con esto vuestra majestad se tiene por servido de tan pequeño servicio, respecto del deseo con que la hace el menor de los criados de la casa real de vuestra sacra, católica, cesárea majestad; que sus reales piés besa.—*Gonzalo Fernandez de Oviedo,* aliàs *de Valdés.*

NAUFRAGIOS

DE

ALVAR NUÑEZ CABEZA DE VACA,

Y

RELACION DE LA JORNADA QUE HIZO A LA FLORIDA

CON

EL ADELANTADO PÁNFILO DE NARVAEZ.

CAPITULO PRIMERO.

En que cuenta cuándo partió el armada, y los oficiales y gente que iba en ella.

A 17 dias del mes de junio de 1527 partió del puerto de Sant Lúcar de Barrameda el gobernador Pánfilo de Narvaez, con poder y mandado de vuestra majestad para conquistar y gobernar las provincias que están desde el rio de las Palmas hasta el cabo de la Florida, las cuales son en Tierra-Firme; y la armada que llevaba eran cinco navíos, en los cuales, poco mas ó menos, irian seiscientos hombres. Los oficiales que llevaba (porque de ellos se ha de hacer mencion) eran estos que aquí se nombran: Cabeza de Vaca, por tesorero y por alguacil mayor; Alonso Enriquez, contador; Alonso de Solís, por factor de vuestra majestad y por veedor; iba un fraile de la órden de Sant Francisco por comisario, que se llamaba fray Juan Suarez, con otros cuatro frailes de la misma órden. Llegamos á la isla de Santo Domingo, donde estuvimos casi cuarenta y cinco dias, proveyéndonos de algunas cosas necesarias, señaladamente de caballos. Aquí nos faltaron de nuestra armada mas de ciento y cuarenta hombres, que se quisieron quedar allí, por los partidos y promesas que los de la tierra les hicieron. De allí partimos, y llegamos á Santiago (que es puerto en la isla de Cuba), donde en algunos dias que estuvimos, el Gobernador se rehizo de gente, de armas y de caballos. Suscedió allí que un gentil-hombre que se llamaba Vasco Porcalle, vecino de la Trinidad (que es en la misma isla), ofresció de dar al Gobernador ciertos bastimentos que tenia en la Trinidad, que es cien leguas del dicho puerto de Santiago. El Gobernador, con toda la armada, partió para allá; mas llegados á un puerto que se dice Cabo de Santa Cruz, que es mitad del camino, paresciole, que era bien esperar allí, y enviar un navío que trujese aquellos bastimentos; y para esto mandó á un capitan Pantoja que fuese allá con su navío, y que yo, para mas seguridad, fuese con él, y él quedó con cuatro navíos, porque en la isla de Santo Domingo habia comprado un otro navío. Llegados con estos dos navíos al puerto de la Trinidad, el capitan Pantoja fué con Vasco Porcalle á la villa, que es una legua de allí, para rescebir los bastimentos: yo quedé en la mar con los pilotos, los cuales nos dijeron que con la mayor presteza que pudiésemos nos despachásemos de allí, porque aquel era un muy mal puerto, y se solian perder muchos navíos en él; y porque lo que allí nos sucedió fué cosa muy señalada, me paresció que no seria fuera del propósito y fin con que yo quise escrebir este camino, contarla aquí. Otro dia de mañana comenzó el tiempo á dar no buena señal, porque comenzó á llover, y el mar iba arreciando tanto, que aunque yo dí licencia á la gente que saliese á tierra, como ellos vieron el tiempo que hacia y que la villa estaba de allí una legua, por no estar al agua y frio que hacia, muchos se volvieron al navío. En esto vino una canoa de la villa, en que me traian una carta de un vecino de la villa, rogándome que me fuese allá, y que me darian los bastimentos que hobiese y necesarios fuesen; de lo cual yo me excusé diciendo que no podia dejar los navíos. A mediodía volvió la canoa con otra carta, en que con mucha importunidad pedian lo mismo, y traian un caballo en que fuese; yo dí la misma respuesta que primero habia dado, diciendo que no dejaria los navíos; mas los pilotos y la gente me rogaron mucho que fuese, porque diese priesa que los bastimentos se trujesen lo mas presto que pudiese ser, porque nos partiésemos luego de allí, donde ellos estaban con gran temor que los navíos se habian de perder si allí estuviesen mucho. Por esta razon yo determiné de ir á la villa, aunque primero que fuese, dejé proveido y mandado á los pilotos que si el sur, con que allí suelen perderse muchas veces los na-

víos, ventase, y se viesen en mucho peligro, diesen con los navíos al través, y en parte que se salvase la gente y los caballos; y con esto, yo salí, aunque quise sacar algunos conmigo, por ir en compañía; los cuales no quisieron salir, diciendo que hacia mucha agua y frio, y la villa estaba muy léjos; que otro dia, que era domingo, saldrian, con el ayuda de Dios, á oir misa. A una hora después de yo salido, la mar comenzó á venir muy brava, y el norte fué tan recio, que ni los bateles osaron salir á tierra, ni pudieron dar en ninguna manera con los navíos al través, por ser el viento por la proa; de suerte que con muy gran trabajo, con dos tiempos contrarios, y mucha agua que hacia, estuvieron aquel dia y el domingo hasta la noche. A esta hora el agua y la tempestad comenzó á crescer tanto, que no menos tormenta habia en el pueblo que en la mar, porque todas las casas y iglesias se cayeron, y era necesario que anduviésemos siete ó ocho hombres abrazados unos con otros, para podernos amparar que el viento no nos llevase; y andando entre los árboles, no menos temor teniamos de ellos que de las casas, porque como ellos tambien caian, no nos matasen debajo. En esta tempestad y peligro anduvimos toda la noche, sin hallar parte ni lugar donde media hora pudiésemos estar seguros.

Andando en esto, oimos toda la noche, especialmente desde el medio de ella, mucho estruendo y grande ruido de voces, y gran sonido de cascabeles y de flautas y tamborinos y otros instrumentos, que duraron hasta la mañana, que la tormenta cesó. En estas partes nunca otra cosa tan medrosa se vió; yo hice una probanza de ello, cuyo testimonio envié á vuestra majestad. El lúnes por la mañana bajamos al puerto, y no hallamos los navíos; vimos las boyas de ellos en el agua, á donde conoscimos ser perdidos, y anduvimos por la costa por ver si hallariamos alguna cosa de ellos; y como ninguno hallásemos, metímonos por los montes; y andando por ellos, un cuarto de legua de agua hallamos la barquilla de un navío puesta sobre unos árboles, y diez leguas de allí por la costa se hallaron dos personas de mi navío, y ciertas tapas de cajas, y las personas tan desfiguradas de los golpes de las peñas, que no se podian conoscer; halláronse tambien una capa y una colcha hecha pedazos, y ninguna otra cosa paresció. Perdiéronse en los navíos sesenta personas y veinte caballos. Los que habian salido á tierra el dia que los navíos allí llegaron, que serian hasta treinta, quedaron de los que en ambos navíos habia. Así estuvimos algunos dias con mucho trabajo y necesidad, porque la provision y mantenimientos que el pueblo tenia se perdieron, y algunos ganados; la tierra quedó tal, que era gran lástima verla: caidos los árboles, quemados los montes, todos sin hojas ni yerba. Así pasamos hasta 5 dias del mes de noviembre, que llegó el Gobernador con sus cuatro navíos, que tambien habian pasado gran tormenta, y tambien habian escapado por haberse metido con tiempo en parte segura. La gente que en ellos traia, y la que allí halló, estaban tan atemorizados de lo pasado, que temian mucho tornarse á embarcar en invierno, y rogaron al Gobernador que lo pasase allí; y él, vista su voluntad y la de los vecinos, invernó allí. Dióme á mí cargo de los navíos y de la gente, para que me fuese con ellos á invernar al puerto de Xagua, que es doce leguas de allí, donde estuve hasta 20 dias del mes de hebrero.

CAPITULO II.

Cómo el Gobernador vino al puerto de Xagua, y trujo consigo á un piloto.

En este tiempo llegó allí el Gobernador con un bergantin que en la Trinidad compró, y traia consigo un piloto que se llamaba Miruelo; habíalo tomado porque decia que sabia y habia estado en el rio de las Palmas, y era muy buen piloto de toda la costa del norte. Dejaba tambien comprado otro navío en la costa de la Habana, en el cual quedaba por capitan Alvaro de la Cerda, con cuarenta hombres y doce de caballo; y dos dias después que llegó el Gobernador, se embarcó, y la gente que llevaba eran cuatrocientos hombres y ochenta caballos en cuatro navíos y un bergantin. El piloto que de nuevo habiamos tomado metió los navíos por los bajíos que dicen de Canarreo, de manera que otro dia dimos en seco, y así estuvimos quince dias, tocando muchas veces las quillas de los navíos en seco; al cabo de los cuales, una tormenta del sur metió tanta agua en los bajíos, que podimos salir, aunque no sin mucho peligro. Partidos de aquí, y llegados á Guaniguanico, nos tomó otra tormenta, que estuvimos á tiempo de perdernos. A cabo de Corrientes tuvimos otra, donde estuvimos tres dias; pasados estos, doblamos el cabo de Sant Anton, y anduvimos con tiempo contrario hasta llegar á doce leguas de la Habana; y estando otro dia para entrar en ella, nos tomó un tiempo de sur, que nos apartó de la tierra, y atravesamos por la costa de la Florida, y llegamos á la tierra mártes 12 dias del mes de abril, y fuímos costeando la via de la Florida; y Juéves Santo surgimos en la misma costa, en la boca de una bahía, al cabo de la cual vimos ciertas casas y habitaciones de indios.

CAPITULO III.

Cómo llegamos á la Florida.

En este mismo dia salió el contador Alonso Enriquez, y se puso en una isla que está en la misma bahía, y llamó á los indios, los cuales vinieron y estuvieron con él buen pedazo de tiempo, y por via de rescate le dieron pescado y algunos pedazos de carne de venado. Otro dia siguiente, que era Viérnes Santo, el Gobernador se desembarcó con la mas gente que en los bateles que traia pudo sacar; y como llegamos á los buhíos ó casas que habiamos visto de los indios, hallámoslas desamparadas y solas, porque la gente se habia ido aquella noche en sus canoas. El uno de aquellos buhíos era muy grande, que cabrian en él mas de trecientas personas; los otros eran mas pequeños, y hallamos allí una sonaja de oro entre las redes. Otro dia el Gobernador levantó pendones por vuestra majestad, y tomó la posesion de la tierra en su real nombre, presentó sus provisiones, y fué obedescido por gobernador, como vuestra majestad lo mandaba. Asimismo presentamos nosotros las nuestras ante él, y él las obedesció como en ellas se contenia. Luego mandó que toda la otra gente desembarcase, y los caballos que habian quedado, que no eran mas de cuarenta y dos, porque los demás, con

las grandes tormentas y mucho tiempo que habian andadó por la mar, eran muertos; y estos pocos que quedaron estaban tan flacos y fatigados, que por el presente poco provecho podiamos tener de ellos. Otro dia los indios de aquel pueblo vinieron á nosotros, y aunque nos hablaron, como nosotros no teniamos lengua, no los entendiamos; mas hacíannos muchas señas y amenazas, y nos paresció que nos decian que nos fuésemos de la tierra; y con esto nos dejaron, sin que nos hiciesen ningun impedimento, y ellos se fueron.

CAPITULO IV.

Cómo entramos por la tierra.

Otro dia adelante el Gobernador acordó de entrar por la tierra, por descubrirla y ver lo que en ella habia. Fuímonos con él el comisario y el veedor y yo, con cuarenta hombres, y entre ellos seis de caballo, de los cuales poco nos podiamos aprovechar. Llevamos la via del norte, hasta que á hora de vísperas llegamos á una bahía muy grande, que nos paresció que entraba mucho por la tierra; quedamos allí aquella noche, y otro dia nos volvimos donde los navíos y gente estaban. El Gobernador mandó que el bergantin fuese costeando la via de la Florida, y buscase el puerto que Miruelo el piloto habia dicho que sabia; mas ya él lo habia errado, y no sabia en qué parte estábamos, ni adónde era el puerto; y fuéle mandado al bergantin que si no lo hallase, travesase á la Habana, y buscase el navío que Alvaro de la Cerda tenia, y tomados algunos bastimentos, nos viniesen á buscar. Partido el bergantin, tornamos á entrar en la tierra los mismos que primero, con alguna gente mas, y costeamos la bahía que habiamos hallado; y andadas cuatro leguas, tomamos cuatro indios, y mostrámosles maíz para ver si lo conoscian; porque hasta entonces no habiamos visto señal de él. Ellos nos dijeron que nos llevarian donde lo habia; y así, nos llevaron á su pueblo, que es al cabo de la bahía, cerca de allí, y en él nos mostraron un poco de maiz, que aun no estaba para cogerse. Allí hallamos muchas cajas de mercaderes de Castilla, y en cada una de ellas estaba un cuerpo de hombre muerto, y los cuerpos cubiertos con unos cueros de venados pintados. Al comisario le paresció que esto era especie de idolatría, y quemó las cajas con los cuerpos. Hallamos tambien pedazos de lienzo y de paño, y penachos que parecian de la Nueva-España; hallamos tambien muestras de oro. Por señas preguntamos á los indios de adónde habian habido aquellas cosas; señaláronnos que muy léjos de allí habia una provincia que se decia Apalache, en la cual habia mucho oro, y hacian seña de haber muy gran cantidad de todo lo que nosotros estimamos en algo. Decian que en Apalache habia mucho, y tomando aquellos indios por guia, partimos de allí; y andadas diez ó doce leguas, hallamos otro pueblo de quince casas, donde habia buen pedazo de maíz sembrado, que ya estaba para cogerse, y tambien hallamos alguno que estaba ya seco; y después de dos dias que allí estuvimos, nos volvimos donde el contador y la gente y navíos estaban, y contamos al contador y pilotos lo que habiamos visto, y las nuevas que los indios nos habian dado. Y otro dia, que fué 1.° de mayo, el Gobernador llamó aparte al comisario y al contador y al veedor y á mí, y á un marinero que se llamaba Bartolomé Fernandez, y á un escribano que se decia Jerónimo de Alaniz, y así juntos, nos dijo que tenia en voluntad de entrar por la tierra adentro, y los navíos se fuesen costeando hasta que llegasen al puerto, y que los pilotos decian y creian que yendo la via de las Palmas, estaban muy cerca de allí, y sobre esto nos rogó le diésemos nuestro parescer. Yo respondia que me parescia que por ninguna manera debia dejar los navíos sin que primero quedasen en puerto seguro y poblado, y que mirase que los pilotos no andaban ciertos, ni se afirmaban en una misma cosa, ni sabian á qué parte estaban; y que allende de estó, los caballos no estaban para que en ninguna necesidad que se ofresciese nos pudiésemos aprovechar de ellos; y que sobre todo esto, íbamos mudos y sin lengua, por donde mal nos podiamos entender con los indios, ni saber lo que de la tierra queriamos, y que entrábamos por tierra de que ninguna relacion teniamos, ni sabiamos de qué suerte era, ni lo que en ella habia, ni de qué gente estaba poblada, ni á qué parte de ella estábamos; y que sobre todo esto, no teniamos bastimentos para entrar adonde no sabiamos; porque, visto lo que en los navíos habia, no se podia dar á cada hombre de racion para entrar por la tierra, mas de una libra de bizcocho y otra de tocino, y que mi parescer era que se debia embarcar y ir á buscar puerto y tierra que fuese mejor para poblar, pues la que habiamos visto, en sí era tan despoblada y tan pobre, cuanto nunca en aquellas partes se habia hallado. Al comisario le paresció todo lo contrario, diciendo que no se habia de embarcar, sino que, yendo siempre hácia la costa, fuesen en busca del puerto, pues los pilotos decian que no estaria sino diez ó quince leguas de allí la via de Pánuco, y que no era posible, yendo siempre á la costa, que no topásemos con él, porque decian que entraba doce leguas adentro por la tierra, y que los primeros que lo hallasen, esperasen allí á los otros, y que embarcarse era tentar á Dios, pues desque partimos de Castilla tantos trabajos habiamos pasado, tantas tormentas, tantas pérdidas de navíos y de gente habíamos tenido hasta llegar allí; y que por estas razones él se debia de ir por luengo de costa hasta llegar al puerto, y que los otros navíos, con la otra gente, se irian la misma via hasta llegar al mismo puerto. A todos los que allí estaban paresció bien que esto se hiciese así, salvo al escribano, que dijo que primero que desamparase los navíos, los debia de dejar en puerto conoscido y seguro, y en parte que fuese poblada; que esto hecho, podria entrar por la tierra adentro y hacer lo que le pareciese. El Gobernador siguió su parescer y lo que los otros le aconsejaban. Yo, vista su determinacion, requerile de parte de vuestra majestad que no dejase los navíos sin que quedasen en puerto y seguros, y así lo pedí por testimonio al escribano que allí teniamos. El respondió que, pues él se conformaba con el parescer de los mas de los otros oficiales y comisario, que yo no era parte para hacerle estos requerimientos, y pidió al escribano le diese por testimonio cómo por no haber en aquella tierra mantenimientos para poder poblar, ni puerto para los navíos, levantaba el pueblo que allí habia asen-

tado, y iba con él en busca del puerto, y de tierra que fuese mejor; y luego mandó apercibir la gente que habia de ir con él, que se proveyesen de lo que era menester para la jornada; y después de esto proveido, en presencia de los que allí estaban, me dijo que, pues yo tanto estorbaba y temia la entrada por la tierra, que me quedase y tomase cargo de los navíos y la gente que en ellos quedaba, y poblase si yo llegase primero que él. Yo me excusé de esto, y después de salidos de allí aquella misma tarde, diciendo que no le parescia que de nadie se podia fiar aquello, me envió á decir que me rogaba que tomase cargo de ello; y viendo que importunándome tanto, yo todavía me excusaba, me preguntó qué era la causa por que huia de aceptallo; á lo cual respondí que yo huia de encargarme de aquello porque tenia por cierto y sabia que él no habia de ver mas los navíos, ni los navíos á él, y que esto entendia viendo que tan sin aparejo se entraban por la tierra adentro, y que yo queria mas aventurarme al peligro que él y los otros se aventuraban, y pasar por lo que él y ellos pasasen, que no encargarme de los navíos, y dar ocasion que se dijese que, como habia contradicho la entrada, me quedaba por temor, y mi honra anduviese en disputa; y que yo queria mas aventurar la vida que poner mi honra en esta condicion. El, viendo que conmigo no aprovechaba, rogó á otros muchos que me hablasen en ello y me lo rogasen; á los cuales respondí lo mismo que á él; y así, proveyó por su teniente, para que quedase en los navíos, á un alcalde que traia, que se llamaba Caravallo.

CAPITULO V.

Cómo dejó los navíos el Gobernador.

Sábado 1.° de mayo, el mismo dia que esto habia pasado, mandó dar á cada uno de los que habian de ir con él dos libras de bizcocho y media libra de tocino, y ansí nos partimos para entrar en la tierra. La suma de toda la gente que llevábamos era trecientos hombres: en ellos iba el comisario fray Juan Suarez, y otro fraile que se decia fray Juan de Palos, y tres clérigos y los oficiales. La gente de caballo que con estos íbamos, éramos cuarenta de caballo; y ansí anduvimos con aquel bastimento que llevábamos, quince dias, sin hallar otra cosa que comer, salvo palmitos de la manera de los de Andalucía. En todo este tiempo no hallamos indio ninguno, ni vimos casa ni poblado, y al cabo llegamos á un rio que lo pasamos con muy gran trabajo á nado y en balsas: detuvímonos un dia en pasarlo; que traia muy gran corriente. Pasados á la otra parte, salieron á nosotros hasta docientos indios, poco mas ó menos; el Gobernador salió á ellos, y después de haberlos hablado por señas, ellos nos señalaron de suerte, que nos hobimos de revolver con ellos, y prendimos cinco ó seis, y estos nos llevaron á sus casas, que estaban hasta media legua de allí, en las cuales hallamos gran cantidad de maíz que estaba ya para cogerse, y dimos infinitas gracias á nuestro Señor por habernos socorrido en tan gran necesidad, porque ciertamente, como éramos nuevos en los trabajos, allende del cansancio que traiamos, veniamos muy fatigados de hambre, y á tercero dia que allí llegamos, nos juntamos el contador y veedor y comisario y yo, y rogamos al Gobernador que enviase á buscar la mar, por ver si hallariamos puerto, porque los indios decian que la mar no estaba muy léjos de allí. El nos respondió que no curásemos de hablar en aquello, porque estaba muy léjos de allí; y como yo era el que mas le importunaba, díjome que me fuese yo á descubrirla y que buscase puerto, y que habia de ir á pié con cuarenta hombres; y ansí, otro dia yo me partí con el capitan Alonso del Castillo y con cuarenta hombres de su compañía, y así anduvimos hasta hora de mediodía, que llegamos á unos placeles de la mar que parescia que entraban mucho por la tierra: anduvimos por ellos hasta legua y media con el agua hasta la mitad de la pierna, pisando por encima de ostiones, de los cuales rescibimos muchas cuchilladas en los piés, y nos fueron causa de mucho trabajo, hasta que llegamos en el rio que primero habiamos atravesado, que entraba por aquel mismo ancon, y como no lo podimos pasar, por el mal aparejo que para ello teniamos, volvimos al real, y contamos al Gobernador lo que habiamos hallado, y cómo era menester otra vez pasar por el rio por el mismo lugar que primero lo habiamos pasado, para que aquel ancon se descubriese bien, y viésemos si por allí habia puerto; y otro dia mandó á un capitan que se llamaba Valenzuela, que con sesenta hombres y seis de caballo pasase el rio y fuese por él abajo hasta llegar á la mar, y buscar si habia puerto; el cual, después de dos dias que allá estuvo, volvió y dijo que él habia descubierto el ancon, y que todo era bahía baja hasta la rodilla, y que no se hallaba puerto; y que habia visto cinco ó seis canoas de indios que pasaban de una parte á otra, y que llevaban puestos muchos penachos. Sabido esto, otro dia partimos de allí, yendo siempre en demanda de aquella provincia que los indios nos habian dicho Apalache, llevando por guia los que de ellos habiamos tomado, y así anduvimos hasta 17 de junio, que no hallamos indios que nos osasen esperar; y allí salió á nosotros un señor que le traia un indio á cuestas, cubierto de un cuero de venado pintado: traia consigo mucha gente, y delante de él venian tañendo unas flautas de caña; y así, llegó do estaba el Gobernador, y estuvo una hora con él, y por señas le dimos á entender que íbamos á Apalache, y por las que él hizo nos paresció que era enemigo de los de Apalache, y que nos iria á ayudar contra él. Nosotros le dimos cuentas y cascabeles y otros rescates, y él dió al Gobernador el cuero que traia cubierto; y así, se volvió, y nosotros le fuimos siguiendo por la via que él iba. Aquella noche llegamos á un rio, el cual era muy hondo y muy ancho, y la corriente muy recia, y por no atrevernos á pasar, con balsas hecimos una canoa para ello, y estuvimos en pasarlo un dia; y si los indios nos quisieran ofender, bien nos pudieran estorbar el paso, y aun con ayudarnos ellos, tuvimos mucho trabajo. Uno de caballo, que se decia Juan Velazquez, natural de Cuéllar, por no esperar entró en el rio, y la corriente, como era recia, lo derribó del caballo, y se asió á las riendas, y ahogó á sí y al caballo; y aquellos indios de aquel señor, que se llamaba Dulchanchellin, hallaron el caballo, y nos dijeron dónde hallariamos á él por el rio abajo; y así, fueron por él, y su muerte nos dió mucha pena, por-

que hasta entonces ninguno nos habia faltado. El caballo dió de cenar á muchos aquella noche. Pasados de allí, otro dia llegamos al pueblo de aquel señor, y allí nos envió maíz. Aquella noche, donde iban á tomar agua nos flecharon un cristiano, y quiso Dios que no lo hirieron. Otro dia nos partimos de allí sin que indio ninguno de los naturales paresciese, porque todos habian huido; mas yendo nuestro camino, parescieron indios, los cuales venian de guerra, y aunque nosotros los llamamos, no quisieron volver ni esperar; mas antes se retiraron, siguiéndonos por el mismo camino que llevábamos. El Gobernador dejó una celada de algunos de caballo en el camino, que como pasaron, salieron á ellos, y tomaron tres ó cuatro indios, y estos llevamos por guias de allí adelante; los cuales nos llevaron por tierra muy trabajosa de andar y maravillosa de ver, porque en ella hay muy grandes montes y los árboles á maravilla altos, y son tantos los que están caidos en el suelo, que nos embarazaban el camino de suerte, que no podiamos pasar sin rodear mucho y con muy gran trabajo; de los que no estaban caidos, muchos estaban hendidos desde arriba hasta abajo, de rayos que en aquella tierra caen, donde siempre hay muy grandes tormentas y tempestades. Con este trabajo caminamos hasta un dia después de San Juan, que llegamos á vista de Apalache sin que los indios de la tierra nos sintiesen. Dimos muchas gracias á Dios por vernos tan cerca de él, creyendo que era verdad lo que de aquella tierra nos habian dicho, que allí se acabarian los grandes trabajos que habiamos pasado, así por el malo y largo camino para andar, como por la mucha hambre que habiamos padescido; porque aunque algunas veces hallábamos maíz, las mas andábamos siete y ocho leguas sin toparlo; y muchos habia entre nosotros que, allende del mucho cansancio y hambre, llevaban hechas llagas en las espaldas, de llevar las armas á cuestas, sin otras cosas que se ofrescian. Mas con vernos llegados donde deseábamos, y donde tanto mantenimiento y oro nos habian dicho que habia, paresciónos que se nos habia quitado gran parte del trabajo y cansancio.

CAPITULO VI.

Cómo llegamos á Apalache.

Llegados que fuimos á vista de Apalache, el Gobernador mandó que yo tomase nueve de caballo y cincuenta peones, y entrase en el pueblo, y así lo acometimos el veedor y yo; y entrados, no hallamos sino mujeres y muchachos; que los hombres á la sazon no estaban en el pueblo; mas de ahí á poco, andando nosotros por él, acudieron, y comenzaron á pelear, flechándonos, y mataron el caballo del veedor; mas al fin huyeron y nos dejaron. Allí hallamos mucha cantidad de maíz que estaba ya para cogerse, y mucho seco que tenian encerrado. Hallámosles muchos cueros de venados, y entre ellos algunas mantas de hilo pequeñas, y no buenas, con que las mujeres cubren algo de sus personas. Tenian muchos vasos para moler maíz. En el pueblo habia cuarenta casas pequeñas y edificadas, bajas y en lugares abrigados, por temor de las grandes tempestades que continuamente en aquella tierra suele haber. El edificio es de paja, y están cercados de muy espeso monte y grandes arboledas y muchos piélagos de agua, donde hay tantos y tan grandes árboles caidos, que embarazan, y son causa que no se puede por allí andar sin mucho trabajo y peligro.

CAPITULO VII.

De la manera que es la tierra.

La tierra, por la mayor parte, desde donde desembarcamos hasta este pueblo y tierra de Apalache, es llana; el suelo de arena y tierra firme; por toda ella hay muy grandes árboles y montes claros, donde hay nogales y laureles, y otros que se llaman liquidámbares, cedros, sabinas y encinas y pinos y robles, palmitos bajos, de la manera de los de Castilla. Por toda ella hay muchas lagunas, grandes y pequeñas, algunas muy trabajosas de pasar, parte por la mucha hondura, parte por tantos árboles como por ellas están caidos. El suelo de ellas es arena, y las que en la comarca de Apalache hallamos son muy mayores que las de hasta allí. Hay en esta provincia muchos maizales, y las casas están tan esparcidas por el campo, de la manera que están las de los Gelves. Los animales que en ellas vimos, son: venados de tres maneras, conejos y liebres, osos y leones, y otras salvajinas; entre los cuales vimos un animal que trae los hijos en una bolsa que en la barriga tiene; y todo el tiempo que son pequeños los trae allí, hasta que saben buscar de comer; y si acaso están fuera buscando de comer, y acude gente, la madre no huye hasta que los ha recogido en su bolsa. Por allí la tierra es muy fria; tiene muy buenos pastos para ganados; hay aves de muchas maneras, ansares en gran cantidad, patos, ánades, patos reales, dorales y garzotas y garzas, perdices; vimos muchos halcones, neblís, gavilanes, esmerejones, y otras muchas aves. Dos horas después que llegamos á Apalache, los indios que de allí habian huido vinieron á nosotros de paz, pidiéndonos á sus mujeres y hijos, y nosotros se los dimos; salvo que el Gobernador detuvo un cacique de ellos consigo, que fué causa por donde ellos fueron escandalizados; y luego otro dia volvieron de guerra, y con tanto denuedo y presteza nos acometieron, que llegaron á nos poner fuego á las casas en que estábamos; mas como salimos, huyeron, y acogiéronse á las lagunas, que tenian muy cerca; y por esto, y por los grandes maizales que habia, no les podimos hacer daño, salvo á uno que matamos. Otro dia siguiente, otros indios de otro pueblo que estaba de la otra parte vinieron á nosotros y acometiéronnos de la misma arte que los primeros, y de la misma manera se escaparon, y tambien murió uno de ellos. Estuvimos en este pueblo veinte y cinco dias, en que hecimos tres entradas por la tierra, y hallámosla muy pobre de gente y muy mala de andar, por los malos pasos y montes y lagunas que tenia. Preguntamos al cacique que les habiamos detenido, y á los otros indios que traiamos con nosotros, que eran vecinos y enemigos de ellos, por la manera y poblacion de la tierra, y la calidad de la gente, y por los bastimentos y todas las otras cosas de ella. Respondiéronnos cada uno por sí, que el mayor pueblo de toda aquella tierra era aquel Apalache, y que adelante habia menos gente y muy mas pobre que ellos, y que la tierra era mal po-

blada y los moradores de ella muy repartidos; y que yendo adelante, habia grandes lagunas y espesura de montes y grandes desiertos y despoblados. Preguntámosles luego por la tierra que estaba hácia el sur, qué pueblos y mantenimientos tenia. Dijeron que por aquella via, yendo á la mar nueve jornadas, habia un pueblo que llamaban Aute, y los indios de él tenian mucho maíz, y que tenian frísoles y calabazas, y que por estar tan cerca de la mar alcanzaban pescados, y que estos eran amigos suyos. Nosotros, vista la pobreza de la tierra, y las malas nuevas que de la poblacion y de todo lo demás nos daban, y cómo los indios nos hacian continua guerra hiriéndonos la gente y los caballos en los lugares donde íbamos á tomar agua, y esto desde las lagunas, y tan á su salvo, que no los podiamos ofender, porque metidos en ellas nos flechaban, y mataron un señor de Tezcuco que se llamaba don Pedro, que el comisario llevaba consigo, acordamos de partir de allí, y ir á buscar la mar y aquel pueblo de Aute que nos habian dicho; y así, nos partimos á cabo de veinte y cinco dias que allí habiamos llegado. El primero dia pasamos aquellas lagunas y pasos sin ver indio ninguno; mas al segundo dia llegamos á una laguna de muy mal paso, porque daba el agua á los pechos y habia en ella muchos árboles caidos. Ya que estábamos en medio de ella, nos acometieron muchos indios que estaban abscondidos detrás de los árboles porque no los viésemos; otros estaban sobre los caidos, y comenzáronnos á flechar de manera, que nos hirieron muchos hombres y caballos, y nos tomaron la guia que llevábamos, antes que de la laguna saliésemos, y después de salidos de ella, nos tornaron á seguir, queriéndonos estorbar el paso; de manera que no nos aprovechaba salirnos afuera ni hacernos mas fuertes, y querer pelear con ellos, que se metian luego en la laguna, y desde allí nos herian la gente y caballos. Visto esto, el Gobernador mandó á los de caballo que se apeasen y les acometiesen á pié. El contador se apeó con ellos, y así los acometieron, y todos entraron á vueltas en una laguna, y así les ganamos el paso. En esta revuelta hubo algunos de los nuestros heridos, que no les valieron buenas armas que llevaban; y hubo hombres este dia que juraron que habian visto dos robles, cada uno de ellos tan grueso como la pierna por bajo, pasados de parte á parte de las flechas de los indios; y esto no es tanto de maravillar, vista la fuerza y maña con que las echan; porque yo mismo vi una flecha en un pié de un álamo, que entraba por él un geme. Cuantos indios vimos desde la Florida aquí, todos son flecheros; y como son tan crescidos de cuerpo y andan desnudos, desde léjos parescen gigantes. Es gente á maravilla bien dispuesta, muy enjutos y de muy grandes fuerzas y ligereza. Los arcos que usan son gruesos como el brazo, de once ó doce palmos de largo, que flechan á docientos pasos con tan gran tiento, que ninguna cosa yerran. Pasados que fuimos de este paso, de ahí á una legua llegamos á otro de la misma manera, salvo que por ser tan largá, que duraba media legua, era muy peor: este pasamos libremente y sin estorbo de indios; que, como habian gastado en el primero toda la municion que de flechas tenian, no quedó con que osarnos acometer. Otro dia siguiente, pasando otro semejante paso, yo hallé rastro de gente que iba delante, y dí aviso de ello al Gobernador que venia en la retaguarda; y ansí, aunque los indios salieron á nosotros, como íbamos apercebidos, no nos pudieron ofender; y salidos á lo llano, fuéronnos todavía siguiendo; volvimos á ellos por dos partes, y matámosles dos indios, y hiriéronme á mí y dos ó tres cristianos; y por acogérsenos al monte no les podimos hacer mas mal ni daño. De esta suerte caminamos ocho dias, y desde este paso que he contado, no salieron mas indios á nosotros hasta una legua adelante, que es lugar donde he dicho que íbamos. Allí, yendo nosotros por nuestro camino, salieron indios, y sin ser sentidos, dieron en la retaguarda, y á los gritos que dió un muchacho de un hidalgo de los que allí iban, que se llamaba Avellaneda, el Avellaneda volvió, y fué á socorrerlos, y los indios le acertaron con una flecha por el canto de las corazas, y fué tal la herida, que pasó casi toda la flecha por el pescuezo, y luego allí murió y lo llevamos hasta Aute. En nueve dias de camino, desde Apalache hasta allí, llegamos. Y cuando fuimos llegados, hallamos toda la gente de él ida, y las casas quemadas, y mucho maíz y calabazas y frísoles, que ya todo estaba para empezarse á coger. Descansamos allí dos dias, y estos pasados, el Gobernador me rogó que fuese á descubrir la mar, pues los indios decian que estaba tan cerca de allí; ya en este camino la habiamos descubierto por un rio muy grande que en él hallamos, á quien habiamos puesto por nombre el rio de la Magdalena. Visto esto, otro dia siguiente yo me partí á descubrirla, juntamente con el comisario y el capitan Castillo y Andrés Dorantes y otros siete de caballo y cincuenta peones, y caminamos hasta hora de vísperas, que llegamos á un ancon ó entrada de la mar, donde hallamos muchos ostiones, con que la gente holgó; y dimos muchas gracias á Dios por habernos traido allí. Otro dia de mañana envié veinte hombres á que conosciesen la costa y mirasen la disposicion de ella; los cuales volvieron otro dia en la noche, diciendo que aquellos ancones y bahías eran muy grandes y entraban tanto por la tierra adentro, que estorbaban mucho para descubrir lo que queriamos, y que la costa estaba muy léjos de allí. Sabidas estas nuevas, y vista la mala disposicion y aparejo que para descubrir la costa por allí habia, yo me volví al Gobernador, y cuando llegamos, hallámosle enfermo con otros muchos, y la noche pasada los indios habian dado en ellos y puéstolos en grandísimo trabajo, por la razon de la enfermedad que les habia sobrevenido; tambien les habian muerto un caballo. Yo dí cuenta de lo que habia hecho y de la mala disposicion de la tierra. Aquel dia nos detuvimos allí.

CAPITULO VIII.

Cómo partimos de Aute.

Otro dia siguiente partimos de Aute, y caminamos todo el dia hasta llegar donde yo habia estado. Fué el camino en extremo trabajoso, porque ni los caballos bastaban á llevar los enfermos, ni sabiamos qué remedio poner, porque cada dia adolescian; que fué cosa de muy gran lástima y dolor ver la necesidad y trabajo en que estábamos. Llegados que fuimos, visto el poco re-

medio que para ir adelante habia, porque no habia dónde, ni aunque lo hubiera, la gente pudiera pasar adelante, por estar los mas enfermos, y tales, que pocos habia de quien se pudiese haber algun provecho. Dejo aquí de contar esto mas largo, porque cada uno puede pensar lo que se pasaría en tierra tan extraña y tan mala, y tan sin ningun remedio de ninguna cosa, ni para estar ni para salir de ella. Mas como el mas cierto remedio sea Dios nuestro Señor, y de este nunca desconfiamos, suscedió otra cosa que agravaba mas que todo esto, que entre la gente de caballo se comenzó la mayor parte de ellos á ir secretamente, pensando hallar ellos por sí remedio, y desamparar al Gobernador y á los enfermos, los cuales estaban sin algunas fuerzas y poder. Mas, como entre ellos habia muchos hijosdalgo y hombres de buena suerte, no quisieron que esto pasase sin dar parte al Gobernador y á los oficiales de vuestra majestad; y como les afeamos su propósito, y les pusimos delante el tiempo en que desamparaban á su capitan y los que estaban enfermos y sin poder, y apartarse sobre todo del servicio de vuestra majestad, acordaron de quedar, y que lo que fuese de uno fuese de todos, sin que ninguno desamparase á otro. Visto esto por el Gobernador, los llamó á todos y á cada uno por sí, pidiendo parescer de tan mala tierra, para poder salir de ella y buscar algun remedio, pues allí no lo habia, estando la tercia parte de la gente con gran enfermedad, y cresciendo esto cada hora, que teniamos por cierto todos lo estariamos así; de donde no se podia seguir sino la muerte, que por ser en tal parte se nos hacia mas grave; y vistos estos y otros muchos inconvenientes, y tentados muchos remedios, acordamos en uno harto difícil de poner en obra, que era hacer navíos en que nos fuésemos. A todos parescia imposible, porque nosotros no los sabiamos hacer, ni habia herramientas, ni hierro, ni fragua, ni estopa, ni pez, ni jarcias, finalmente, ni cosa ninguna de tantas como son menester, ni quien supiese nada para dar industria en ello, y sobre todo, no haber qué comer entre tanto que se hiciesen, y los que habian de trabajar del arte que habiamos dicho; y considerando todo esto, acordamos de pensar en ello mas de espacio, y cesó la plática aquel dia, y cada uno se fué, encomendándolo á Dios nuestro Señor, que lo encaminase por donde él fuese mas servido. Otro dia quiso Dios que uno de la compañía vino diciendo que él haria unos cañones de palo, y con unos cueros de venado se harian unos fuelles, y como estábamos en tiempo que cualquiera cosa que tuviese alguna sobrehaz de remedio, nos parescia bien, dijimos que se pusiese por obra; y acordamos de hacer de los estribos y espuelas y ballestas, y de las otras cosas que habia, los clavos y sierras y hachas, y otras herramientas, de que tanta necesidad habia para ello; y dimos por remedio que para haber algun mantenimiento en el tiempo que esto se hiciese, se hiciesen cuatro entradas en Aute con todos los caballos y gente que pudiesen ir, y que á tercero dia se matase un caballo, el cual se repartiese entre los que trabajaban en la obra de las barcas y los que estaban enfermos; las entradas se hicieron con la gente y caballos que fué posible, y en ellas se trajeron hasta cuatrocientas hanegas de maíz, aunque no sin contiendas y pendencias con los indios. Hecimos coger muchos palmitos para aprovecharnos de la lana y cobertura de ellos, torciéndola y aderezándola para usar en lugar de estopa para las barcas; las cuales se comenzaron á hacer con un solo carpintero que en la compañía habia, y tanta diligencia pusimos, que, comenzándolas á 4 dias de agosto, á 20 dias del mes de setiembre eran acabadas cinco barcas, de á veinte y dos codos cada una, calafeteadas con las estopas de los palmitos, y breámoslas con cierta pez de alquitran que hizo un griego, llamado don Teodoro, de unos pinos; y de la misma ropa de los palmitos, y de las colas y crines de los caballos, hecimos cuerdas y jarcias, y de las nuestras camisas velas, y de las sabinas que allí habia, hecimos los remos que nos paresció que era menester; y tal era la tierra en que nuestros pecados nos habian puesto, que con muy gran trabajo podiamos hallar piedras para lastre y anclas de las barcas, ni en toda ella habiamos visto ninguna. Desollamos tambien las piernas de los caballos enteras, y curtimos los cueros de ellas para hacer botas en que llevásemos agua. En este tiempo algunos andaban cogiendo marisco por los rincones y entradas de la mar, en que los indios, en dos veces que dieron en ellos, nos mataron diez hombres á vista del real, sin que los pudiésemos socorrer, los cuales hallamos de parte á parte pasados con flechas; que, aunque algunos tenian buenas armas, no bastaron á resistir para que esto no se hiciese, por flechar con tanta destreza y fuerza como arriba he dicho, y á dicho y juramento de nuestros pilotos, desde la bahía, que pusimos nombre de la Cruz, hasta aquí anduvimos docientas y ochenta leguas, poco mas ó menos. En toda esta tierra no vimos sierra ni tuvimos noticia de ella en ninguna manera; y antes que nos embarcásemos, sin los que los indios nos mataron, se murieron mas de cuarenta hombres de enfermedad y hambre. A 22 dias del mes de septiembre se acabaron de comer los caballos, que solo uno quedó, y este dia nos embarcamos por esta órden: que en la barca del Gobernador iban cuarenta y nueve hombres; en otra que dió al contador y comisario iban otros tantos; la tercera dió al capitan Alonso del Castillo y Andrés Dorantes, con cuarenta y ocho hombres, y otra dió á dos capitanes, que se llamaban Tellez y Peñalosa, con cuarenta y siete hombres. La otra dió al veedor y á mí con cuarenta y nueve hombres, y después de embarcados los bastimentos y ropa, no quedó á las barcas mas de un geme de bordo fuera del agua, y allende de esto, íbamos tan apretados, que no nos podiamos menear; y tanto puede la necesidad, que nos hizo aventurar á ir de esta manera, y meternos en una mar tan trabajosa, y sin tener noticia de la arte del marear ninguno de los que allí iban.

CAPITULO IX.

Cómo partimos de bahía de Caballos.

Aquella bahía de donde partimos ha por nombre la bahía de Caballos, y anduvimos siete dias por aquellos ancones, entrados en el agua hasta la cinta, sin señal de ver ninguna cosa de costa, y al cabo de ellos llegamos á una isla que estaba cerca de la tierra. Mi barca iba delante, y de ella vimos venir cinco canoas

de indios, los cuales las desampararon y nos las dejaron en las manos, viendo que íbamos á ellas; las otras barcas pasaron adelante, y dieron en unas casas de la misma isla, donde hallamos muchas lizas y huevos de ellas, que estaban secas; que fué muy gran remedio para la necesidad que llevábamos. Despuésde tomadas, pasamos adelante, y dos leguas de allí pasamos un estrecho que la isla con la tierra hacia, al cual llamamos de Sant Miguel por haber salido en su dia por él; y salidos, llegamos á la costa, donde, con las cinco canoas que yo habia tomado á los indios, remediamos algo de las barcas, haciendo falcas de ellas, y añadiéndolas; de manera que subieron dos palmos de bordo sobre el agua; y con esto tornamos á caminar por luengo de costa la via del rio de Palmas, cresciendo cada dia la sed y la hambre, porque los bastimentos eran muy pocos y iban muy al cabo, y el agua se nos acabó, porque las botas que hecimos de las piernas de los caballos luego fueron podridas y sin ningun provecho; algunas veces entramos por ancones y bahías que entraban mucho por la tierra adentro; todas las hallamos bajas y peligrosas; y así anduvimos por ellas treinta dias, donde algunas veces hallábamos indios pescadores, gente pobre y miserable. Al cabo ya de estos treinta dias, que la necesidad del agua era en extremo, yendo cerca de costa, una noche sentimos venir una canoa, y como la vimos, esperamos que llegase, y ella no quiso hacer cara; y aunque la llamamos, no quiso volver ni aguardarnos, y por ser de noche no la seguimos, y fuímonos nuestra via; cuando amanesció vimos una isla pequeña, y fuimos á ella por ver si hallariamos agua, mas nuestro trabajo fué en balde, porque no la habia. Estando allí surtos, nos tomó una tormenta muy grande, porque nos detuvimos seis dias sin que osásemos salir á la mar; y como habia cinco dias que no bebiamos, la sed fué tanta, que nos puso en necesidad de beber agua salada, y algunos se desatentaron tanto en ello, que súpitamente se nos murieron cinco hombres. Cuento esto así brevemente, porque no creo que hay necesidad de particularmente contar las miserias y trabajos en que nos vimos; pues considerando el lugar donde estábamos y la poca esperanza de remedio que teniamos, cada uno puede pensar mucho de lo que allí pasaria; y como vimos que la sed crescia y el agua nos mataba, aunque la tormenta no era cesada, acordamos de encomendarnos á Dios nuestro Señor, y aventurarnos antes al peligro de la mar que esperar la certinidad de la muerte que la sed nos daba; y así, salimos la via donde habiamos visto la canoa la noche que por allí veniamos; y en este dia nos vimos muchas veces anegados, y tan perdidos, que ninguno hubo que no tuviese por cierta la muerte. Plugo á nuestro Señor, que en las mayores necesidades suele mostrar su favor, que á puesta del sol volvimos una punta que la tierra hace, adonde hallamos mucha bonanza y abrigo. Salieron á nosotros muchas canoas, y los indios que en ellas venian nos hablaron, y sin querernos aguardar, se volvieron. Era gente grande y bien dispuesta, y no traian flechas ni arcos. Nosotros les fuimos siguiendo hasta sus casas, que estaban cerca de allí á la lengua del agua, y saltamos en tierra, y delante de las casas hallamos muchos cántaros de agua y mucha cantidad de pescado guisado, y el señor de aquellas tierras ofresció todo aquello al Gobernador, y tomándolo consigo, lo llevó á su casa. Las casas de estos eran de esteras, que á lo que paresció eran estantes; y después que entramos en casa del Cacique, nos dió mucho pescado, y nosotros le dimos del maíz que traiamos, y lo comieron en nuestra presencia, y nos pidieron mas, y se lo dimos, y el Gobernador le dió muchos rescates; el cual, estando con el Cacique en su casa, á media hora de la noche súpitamente los indios dieron en nosotros y en los que estaban muy malos echados en la costa, y acometieron tambien la casa del Cacique, donde el Gobernador estaba, y lo hirieron de una piedra en el rostro. Los que allí se hallaron prendieron al Cacique; mas como los suyos estaban tan cerca, soltóseles y dejóles en las manos una manta de martas cebelinas, que son las mejores que creo yo que en el mundo se podrian hallar, y tienen un olor que no paresce sino de ámbar y almizcle, y alcanza tan léjos, que de mucha cantidad se siente; otras vimos allí, mas ningunas eran tales como estas. Los que allí se hallaron, viendo al Gobernador herido, lo metimos en la barca, y hecimos que con él se recogiese toda la mas gente á sus barcas, y quedamos hasta cincuenta en tierra para contra los indios, que nos acometieron tres veces aquella noche, y con tanto ímpetu, que cada vez nos hacian retraer mas de un tiro de piedra. Ninguno hubo de nosotros que no quedase herido, y yo lo fuí en la cara; y si, como se hallaron pocas flechas, estuvieran mas proveidos de ellas, sin dubda nos hicieran mucho daño. La última vez se pusieron en celada los capitanes Dorantes y Peñalosa y Tellez con quince hombres, y dieron en ellos por las espaldas, y de tal manera les hicieron huir, que nos dejaron. Otro dia de mañana yo les rompí mas de treinta canoas, que nos aprovecharon para un norte que hacia, que por todo el dia hubimos de estar allí con mucho frio, sin osar entrar en la mar, por la mucha tormenta que en ella habia. Esto pasado, nos tornamos á embarcar, y navegamos tres dias; y como habiamos tomado poca agua, y los vasos que teniamos para llevar asimismo eran muy pocos, tornamos á caer en la primera necesidad; y siguiendo nuestra via, entramos por un estero, y estando en él, vimos venir una canoa de indios. Como los llamamos, vinieron á nosotros, y el Gobernador, á cuya barca habian llegado, pidióles agua, y ellos la ofrescieron con que les diesen en que la trajesen; y un cristiano griego, llamado Doroteo Teodoro (de quien arriba se hizo mencion), dijo que queria ir con ellos; el Gobernador y otros se lo procuraron estorbar mucho, y nunca lo pudieron, sino que en todo caso queria ir con ellos; así se fué, y llevó consigo un negro, y los indios dejaron en rehenes dos de su compañía; y á la noche volvieron los indios y trajéronnos muchos vasos sin agua, y no trajeron los cristianos que habian llevado; y los que habian dejado por rehenes, como los otros los hablaron, quisiéronse echar al agua. Mas los que en la barca estaban los detuvieron; y así, se fueron huyendo los indios de la canoa, y nos dejaron muy confusos y tristes por haber perdido aquellos dos cristianos.

CAPITULO X.

De la refriega que nos dieron los indios.

Venida la mañana, vinieron á nosotros muchas canoas de indios, pidiéndonos los dos compañeros que en la barca habian quedado por rehenes. El Gobernador dijo que se los daria con que trajesen los dos cristianos que habian llevado. Con esta gente venian cinco ó seis señores, y nos paresció ser la gente mas bien dispuesta y de mas autoridad y concierto que hasta allí habiamos visto, aunque no tan grandes como los otros de quien habemos contado. Traian los cabellos sueltos y muy largos, y cubiertos con mantas de martas, de la suerte de las que atrás habiamos tomado, y algunas de ellas hechas por muy extraña manera, porque en ellas habia unos lazos de labores de unas pieles leonadas, que parescian muy bien. Rogábannos que nos fuésemos con ellos, y que nos darian los cristianos y agua y otras muchas cosas; y contino acudian sobre nosotros muchas canoas, procurando de tomar la boca de aquella entrada; y así por esto como porque la tierra era muy peligrosa para estar en ella, nos salimos á la mar, donde estuvimos hasta mediodía con ellos. Y como no nos quisiesen dar los cristianos, y por este respeto nosotros no les diésemos los indios, comenzáronnos á tirar piedras con hondas y varas, con muestras de flecharnos, aunque en todos ellos no vimos sino tres ó cuatro arcos.

Estando en esta contienda, el viento refrescó, y ellos se volvieron y nos dejaron; y así, navegamos aquel dia hasta hora de vísperas, que mi barca, que iba delante, descubrió una punta que la tierra hacia, y del otro cabo se via un rio muy grande, y en una isleta que hacia la punta hice yo surgir por esperar las otras barcas. El Gobernador no quiso llegar, antes se metió por una bahía muy cerca de allí, en que habia muchas isletas, y allí nos juntamos, y desde la mar tomamos agua dulce, porque el rio entraba en la mar de avenida, y por tostar algun maíz de lo que traiamos, porque ya habia dos dias que lo comiamos crudo, saltamos en aquella isla; mas como no hallamos leña, acordamos de ir al rio que estaba detrás de la punta, una legua de allí; y yendo, era tanta la corriente, que no nos dejaba en ninguna manera llegar, antes nos apartaba de la tierra, y nosotros trabajando y porfiando por tomarla. El norte que venia de la tierra comenzó á crescer tanto, que nos metió en la mar, sin que nosotros pudiésemos hacer otra cosa; y á media legua que fuimos metidos en ella, sondamos, y hallamos que con treinta brazas no podimos tomar hondo, y no podiamos entender si la corriente era causa que no lo pudiésemos tomar; y así, navegamos dos dias todavía, trabajando por tomar tierra; y al cabo de ellos, un poco antes que el sol saliese, vimos muchos humeros por la costa; y trabajando por llegar allá, nos hallamos en tres brazas de agua, y por ser de noche no osamos tomar tierra; porque como habiamos visto tantos humeros, creiamos que se nos podria recrescer algun peligro, sin nosotros poder ver, por la mucha obscuridad, lo que habiamos de hacer, y por esto determinamos de esperar á la mañana; y como amanesció, cada barca se halló por sí perdida de las otras; yo me hallé en treinta brazas, y siguiendo mi viaje, á hora de vísperas vi dos barcas, y como fuí á ellas, vi que la primera á que llegué era la del Gobernador, el cual me preguntó qué me parescia que debiamos hacer. Yo le dije que debia recobrar aquella barca que iba delante, y que en ninguna manera la dejase, y que juntas todas tres barcas, siguiésemos nuestro camino donde Dios nos quisiese llevar. El me respondió que aquello no se podia hacer, porque la barca iba muy metida en la mar, y él queria tomar la tierra, y que si la queria yo seguir, que hiciese que los de mi barca tomasen los remos y trabajasen, porque con fuerza de brazos se habia de tomar la tierra, y esto le aconsejaba un capitan que consigo llevaba, que se llamaba Pantoja, diciéndole que si aquel dia no tomaba la tierra, que en otros seis no la tomaria, y en este tiempo era necesario morir de hambre. Yo, vista su voluntad, tomé mi remo, y lo mismo hicieron todos los que en mi barca estaban para ello, y bogamos hasta casi puesto el sol; mas como el Gobernador llevaba la mas sana y recia gente que entre toda habia, en ninguna manera lo podimos seguir ni tener con ella. Yo, como vi esto, pedíle que, para poderle seguir, me diese un cabo de su barca; y el me respondió que no harian ellos poco si solos aquella noche pudiesen llegar á tierra. Yo le dije que, pues via la poca posibilidad que en nosotros habia para poder seguirle y hacer lo que habia mandado, que me dijese qué era lo que mandaba que yo hiciese. El me respondió que ya no era tiempo de mandar unos á otros; que cada uno hiciese lo que mejor le paresciese que era para salvar la vida; que él así lo entendia de hacer; y diciendo esto, se alargó con su barca; y como no le pude seguir, arribé sobre la otra barca que iba metida en la mar, la cual me esperó; y llegado á ella, hallé que era la que llevaban los capitanes Peñalosa y Tellez; y ansí, navegamos cuatro dias en compañía, comiendo por tasa cada dia medio puño de maíz crudo. A cabo de estos cuatro dias nos tomó una tormenta, que hizo perder la otra barca, y por gran misericordia que Dios tuvo de nosotros, no nos hundimos del todo, segun el tiempo hacia; y con ser invierno, y el frio muy grande, y tantos dias que padesciamos hambre, con los golpes que de la mar habiamos recebido, otro dia la gente comenzó mucho á desmayar, de tal manera, que cuando el sol se puso, todos los que en mi barca venian estaban caidos en ella, unos sobre otros, tan cerca de la muerte, que pocos habia que tuviesen sentido, y entre todos ellos á esta hora no habia cinco hombres en pié; y cuando vino la noche no quedamos sino el maestre y yo que pudiésemos marear la barca, y á dos horas de la noche el maestre me dijo que yo tuviese cargo de ella, porque él estaba tal, que creia aquella noche morir; y así, yo tomé el leme, y pasada media noche, yo llegué por ver si era muerto el maestre, y él me respondió que él antes estaba mejor, y que él gobernaria hasta el dia. Yo cierto aquella hora de muy mejor voluntad tomara la muerte, que no ver tanta gente delante de mí de tal manera. Y después que el maestre tomó cargo de la barca, yo reposé un poco muy sin reposo, ni habia cosa mas léjos de mí entonces que el sueño. Y acerca del alba parescióme que oia el tumbo de la mar, porque,

como la costa era baja, sonaba mucho, y con este sobresalto llamé al maestre; el cual me respondió que creia que éramos cerca de tierra, y tentamos, y hallámonos en siete brazas, y paresciόle que nos debiamos tener á la mar hasta que amanesciese; y así, yo tomé un remo, y bogué de la banda de la tierra, que nos hallamos una legua de ella, y dimos la popa á la mar; y cerca de tierra nos tomó una ola, que echó la barca fuera del agua un juego de herradura, y con el gran golpe que dió, casi toda la gente que en ella estaba como muerta, tornó en sí, y como se vieron cerca de la tierra, se comenzaron á descolgar, y con manos y piés andando; y como salieron á tierra á unos barrancos, hecimos lumbre y tostamos del maíz que traiamos, y hallamos agua de la que habia llovido, y con el calor del fuego la gente tornó en sí, y comenzaron algo á esforzarse. El dia que aquí llegamos era 6 del mes de noviembre.

CAPITULO XI.

De lo que acaesció á Lope de Oviedo con unos indios.

Desque la gente hubo comido, mandé á Lope de Oviedo, que tenia mas fuerza y estaba mas recio que todos, se llegase á unos árboles que cerca de allí estaban, y subido en uno de ellos, descubriese la tierra en que estábamos, y procurase de haber alguna noticia de ella. El lo hizo así, y entendió que estábamos en isla, y vió que la tierra estaba cavada á la manera que suele estar tierra donde anda ganado, y paresciόle por esto que debia ser tierra de cristianos, y ansí nos lo dijo. Yo le mandé que la tornase á mirar muy mas particularmente, y viese si en ella habia algunos caminos que fuesen seguidos, y esto sin alargarse mucho, por el peligro que podia haber. El fué, y topando con una vereda, se fué por ella adelante hasta espacio de media legua, y halló unas chozas de unos indios que estaban solas, porque los indios eran idos al campo, y tomó una olla de ellos, y un perrillo pequeño y unas pocas de lizas, y así se volvió á nosotros; y paresciéndonos que se tardaba, envié otros dos cristianos para que le buscasen y viesen qué le habia suscedido; y ellos le toparon cerca de allí, y vieron que tres indios, con arcos y flechas, venian tras de él llamándole, y él asimismo llamaba á ellos por señas; y así llegó donde estábamos, y los indios se quedaron un poco atrás asentados en la misma ribera; y dende á media hora acudieron otros cien indios flecheros, que, agora ellos fuesen grandes ó no, nuestro miedo les hacia parescer gigantes, y pararon cerca de nosotros, donde los tres primeros estaban. Entre nosotros excusado era pensar que habria quien se defendiese, porque difícilmente se hallaron seis que del suelo se pudiesen levantar. El veedor y yo salimos á ellos, y llamámosles, y ellos se llegaron á nosotros; y lo mejor que podimos, procuramos de asegurarlos y asegurarnos, y dímosles cuentas y cascabeles, y cada uno de ellos me dió una flecha, que es señal de amistad, y por señas nos dijeron que á la mañana volverian y nos traerian de comer, porque entonces no lo tenian.

CAPITULO XII.

Cómo los indios nos trajeron de comer.

Otro dia, saliendo el sol, que era la hora que los indios nos habian dicho, vinieron á nosotros, como lo habian prometido, y nos trajeron mucho pescado y de unas raíces que ellos comen, y son como nueces, algunas mayores ó menores; la mayor parte de ellas se sacan de bajo del agua y con mucho trabajo. A la tarde volvieron, y nos trajeron mas pescado y de las mismas raíces, y hicieron venir sus mujeres y hijos para que nos viesen; y ansí, se volvieron ricos de cascabeles y cuentas que les dimos, y otros dias nos tornaron á visitar con lo mismo que estotras veces. Como nosotros viamos que estábamos proveidos de pescado y de raíces y de agua y de las otras cosas que pedimos, acordamos de tornarnos á embarcar y seguir nuestro camino, y desenterramos la barca de la arena en que estaba metida, y fué menester que nos desnudásemos todos y pasásemos gran trabajo para echarla al agua, porque nosotros estábamos tales, que otras cosas muy mas livianas bastaban para ponernos en él; y así embarcados, á dos tiros de ballesta dentro en la mar nos dió tal golpe de agua, que nos mojó á todos; y como íbamos desnudos, y el frio que hacia era muy grande, soltamos los remos de las manos, y á otro golpe que la mar nos dió, trastornó la barca; el veedor y otros dos se asieron de ella para escaparse; mas suscedió muy al revés, que la barca los tomó debajo y se ahogaron. Como la costa es muy brava, el mar de un tumbo echó á todos los otros, envueltos en las olas y medio ahogados, en la costa de la misma isla, sin que faltasen mas de los tres que la barca habia tomado debajo. Los que quedamos escapados, desnudos como nascimos, y perdido todo lo que traiamos; y aunque todo valia poco, para entonces valia mucho. Y como entonces era por noviembre, y el frio muy grande, y nosotros tales, que con poca dificultad nos podian contar los huesos, estábamos hechos propria figura de la muerte. De mí sé decir que desde el mes de mayo pasado yo no habia comido otra cosa sino maíz tostado, y algunas veces me vi en necesidad de comerlo crudo; porque, aunque se mataron los caballos entre tanto que las barcas se hacian, yo nunca pude comer de ellos, y no fueron diez veces las que comí pescado. Esto digo por excusar razones, porque pueda cada uno ver qué tales estariamos. Y sobre todo lo dicho, habia sobrevenido viento norte, de suerte que mas estábamos cerca de la muerte que de la vida. Plugo á nuestro Señor que, buscando los tizones del fuego que allí habiamos hecho, hallamos lumbre, con que hicimos grandes fuegos; y ansí, estuvimos pidiendo á nuestro Señor misericordia y perdon de nuestros pecados, derramando muchas lágrimas, habiendo cada uno lástima, no solo de sí, mas de todos los otros, que en el mismo estado vian. Y á hora de puesto el sol, los indios, creyendo que no nos habiamos ido, nos volvieron á buscar y á traernos de comer; mas, cuando ellos nos vieron ansí en tan diferente hábito del primero, y en manera tan extraña, espantáronse tanto, que se volvieron atrás. Yo salí á ellos y llamélos, y vinieron muy espantados; hícelos entender por

señas cómo se nos habia hundido una barca, y se habian ahogado tres de nosotros; y allí en su presencia ellos mismos vieron dos muertos, y los que quedábamos íbamos aquel camino. Los indios, de ver el desastre que nos habia venido y el desastre en que estábamos, con tanta desventura y miseria, se sentaron entre nosotros, y con el gran dolor y lástima que hobieron de vernos en tanta fortuna, comenzaron todos á llorar recio, y tan de verdad, que léjos de allí se podia oir, y esto les duró mas de media hora; y cierto ver que estos hombres tan sin razon y tan crudos, á manera de brutos, se dolian tanto de nosotros, hizo que en mí y en otros de la compañía cresciese mas la pasion y la consideracion de nuestra desdicha. Sosegado ya este llanto, yo pregunté á los cristianos, y dije que, si á ellos parescia, rogaria á aquellos indios que nos llevasen á sus casas; y algunos de ellos que habian estado en la Nueva-España respondieron que no se debia hablar en ello, porque si á sus casas nos llevaban, nos sacrificarian á sus ídolos; mas, visto que otro remedio no habia, y que por cualquier otro camino estaba mas cerca y mas cierta la muerte, no curé de lo que decian, antes rogué á los indios que nos llevasen á sus casas, y ellos mostraron que habian gran placer de ello, y que esperásemos un poco, que ellos harian lo que queriamos; y luego treinta de ellos se cargaron de leña, y se fueron á sus casas, que estaban lejos de allí, y quedamos con los otros hasta cerca de la noche, que nos tomaron, y llevándonos asidos y con mucha priesa, fuimos á sus casas; y por el gran frio que hacia, y temiendo que en el camino alguno no muriese ó desmayase, proveyeron que hobiese cuatro ó cinco fuegos muy grandes puestos á trechos, y en cada uno de ellos nos escalentaban; y desque vian que habiamos tomado alguna fuerza y calor, nos llevaban hasta el otro tan apriesa, que cási los piés no nos dejaban poner en el suelo, y de esta manera fuimos hasta sus casas, donde hallamos que tenian hecha una casa para nosotros, y muchos fuegos en ella; y desde á un hora que habiamos llegado, comenzaron á bailar y hacer grande fiesta (que duró toda la noche), aunque para nosotros no habia placer, fiesta ni sueño, esperando cuando nos habian de sacrificar; y la mañana nos tornaron á dar pescado y raíces, y hacer tan buen tratamiento, que nos aseguramos algo, y perdimos algo el miedo del sacrificio.

CAPITULO XIII.

Cómo supimos de otros cristianos.

Este mismo dia yo vi á un indio de aquellos un rescate, y conoscí que no era de los que nosotros les habiamos dado; y preguntando dónde le habian habido, ellos por señas me respondieron que se lo habian dado otros hombres como nosotros, que estaban atrás. Yo, viendo esto, envié dos cristianos, y dos indios que les mostrasen aquella gente, y muy cerca de allí toparon con ellos, que tambien venian á buscarnos, porque los indios que allá quedaban les habian dicho de nosotros, y estos eran los capitanes Andrés Dorantes y Alonso del Castillo, con toda la gente de su barca. Y llegados á nosotros, se espantaron mucho de vernos de la manera que estábamos, y rescibieron muy gran pena por no tener qué darnos; que ninguna otra cosa traian sino la que tenian vestida. Y estuvieron allí con nosotros, y nos contaron cómo á 5 de aquel mismo mes su barca habia dado al través, legua y media de allí, y ellos habian escapado sin perderse ninguna cosa; y todos juntos acordamos de adobar su barca, y irnos en ella los que tuviesen fuerza y disposicion para ello; los otros quedarse allí hasta que convaleciesen, para irse como pudiesen por luengo de costa, y que esperasen allí hasta que Dios los llevase con nosotros á tierra de cristianos; y cómo lo pensamos, así nos pusimos en ello, y antes que echásemos la barca al agua, Tavera, un caballero de nuestra compañía, murió, y la barca que nosotros pensábamos llevar hizo su fin, y no se pudo sostener á sí misma, que luego fué hundida; y como quedamos del arte que he dicho, y los mas desnudos, y el tiempo tan recio para caminar y pasar rios y ancones á nado, ni tener bastimento alguno ni manera para llevarlo, determinamos de hacer lo que la necesidad pedia, que era invernar allí; y acordamos tambien que cuatro hombres, que mas recios estaban, fuesen á Pánuco, creyendo que estábamos cerca de allí; y que si Dios nuestro Señor fuese servido de llevarlos allá, diesen aviso de cómo quedábamos en aquella isla, y de nuestra necesidad y trabajo. Estos eran muy grandes nadadores, y al uno llamaban Alvaro Fernandez, portugués, carpintero y marinero; el segundo se llamaba Mendez, y el tercero Figueroa, que era natural de Toledo; el cuarto Astudillo, natural de Zafra: llevaban consigo un indio que era de la isla.

CAPITULO XIV.

Cómo se partieron los cuatro cristianos.

Partidos estos cuatro cristianos, dende á pocos dias suscedió tal tiempo de frios y tempestades, que los indios no podian arrancar las raíces, y de los cañales en que pescaban ya no habia provecho ninguno, y como las casas eran tan desabrigadas, comenzóse á morir la gente; y cinco cristianos que estaban en rancho en la costa llegaron á tal extremo, que se comieron los unos á los otros, hasta que quedó uno solo, que por ser solo no hubo quien lo comiese. Los nombres de ellos son estos: Sierra, Diego Lopez, Corral, Palacios, Gonzalo Ruiz. De este caso se alteraron tanto los indios, y hobo entre ellos tan gran escándalo, que sin duda si al principio ellos lo vieran, los mataran, y todos nos viéramos en grande trabajo. Finalmente, en muy poco tiempo, de ochenta hombres que de ambas partes allí llegamos, quedaron vivos solos quince; y después de muertos estos, dió á los indios de la tierra una enfermedad de estómago, de que murió la mitad de la gente de ellos, y creyeron que nosotros éramos los que los matábamos; y teniéndolo por muy cierto, concertaron entre sí de matar á los que habiamos quedado. Ya que lo venian á poner en efecto, un indio que á mí me tenia les dijo que no creyesen que nosotros éramos los que los matábamos, porque si nosotros tal poder tuviéramos, excusáramos que no murieran tantos de nosotros como ellos vian que habian muerto sin que les pudiéramos poner remedio; y que ya no quedábamos sino muy pocos, y que ninguno hacia daño ni perjuicio; que lo me-

jor era que nos dejasen. Y quiso nuestro Señor que los otros siguieron este consejo y parescer, y ansí se estorbó su propósito. A esta isla pusimos por nombre isla de Mal-Hado. La gente que allí hallamos son grandes y bien dispuestos; no tienen otras armas sino flechas y arcos, en que son por extremo diestros. Tienen los hombres la una teta horadada de una parte á otra, y algunos hay que las tienen ambas, y por el agujero que hacen, traen una caña atravesada, tan larga como dos palmos y medio, y tan gruesa como dos dedos; traen tambien horadado el labio de abajo, y puesto en él un pedazo de la caña delgada como medio dedo. Las mujeres son para mucho trabajo. La habitacion que en esta isla hacen es desde octubre hasta en fin de hebrero. El su mantenimiento es las raíces que he dicho, sacadas de bajo el agua por noviembre y diciembre. Tienen cañales, y no tienen mas peces de para este tiempo; de ahí adelante comen las raíces. En fin de hebrero van á otras partes á buscar con qué mantenerse, porque entonces las raíces comienzan á nascer y no son buenas. Es la gente del mundo que mas aman á sus hijos y mejor tratamiento les hacen; y cuando acaesce que á alguno se le muere el hijo, llóranle los padres y los parientes, y todo el pueblo, y el llanto dura un año cumplido, que cada dia por la mañana antes que amanezca comienzan primero á llorar los padres, y tras esto todo el pueblo; y esto mismo hacen al mediodía y cuando amanesce; y pasado un año que los han llorado, hácenle las honras del muerto, y lávanse y límpianse del tizne que traen. A todos los defuntos lloran de esta manera, salvo á los viejos, de quien no hacen caso, porque dicen que ya han pasado su tiempo, y de ellos ningun provecho hay; antes ocupan la tierra y quitan el mantenimiento á los niños. Tienen por costumbre de enterrar los muertos, sino son los que entre ellos son físicos, que á estos quémanlos; y mientras el fuego arde, todos están bailando y haciendo muy gran fiesta, y hacen polvo los huesos; y pasado un año, cuando se hacen sus honras todos se jasan en ellas; y á los parientes dan aquellos polvos á beber, de los huesos, en agua. Cada uno tiene una mujer conoscida. Los físicos son los hombres mas libertados; pueden tener dos, y tres, y entre estas hay muy gran amistad y conformidad. Cuando viene que alguno casa su hija, el que la toma por mujer, desde el dia que con ella se casa, todo lo que matare cazando ó pescando, todo lo trae la mujer á la casa de su padre, sin osar tomar ni comer alguna cosa de ello, y de casa del suegro le llevan á él de comer; y en todo este tiempo el suegro ni la suegra no entran en su casa, ni él ha de entrar en casa de los suegros ni cuñados; y si acaso se toparen por alguna parte, se desvian un tiro de ballesta el uno del otro, y entre tanto que así van apartándose, llevan la cabeza baja y los ojos en tierra puestos; porque tienen por cosa mala verse ni hablarse. Las mujeres tienen libertad para comunicar y conversar con los suegros y parientes, y esta costumbre se tiene desde la isla hasta mas de cincuenta leguas por la tierra adentro.

Otra costumbre hay, y es que cuando algun hijo ó hermano muere, en la casa donde muriere, tres meses no buscan de comer, antes se dejan morir de hambre, y los parientes y los vecinos les proveen de lo que han de comer. Y como en el tiempo que aquí estuvimos murió tanta gente de ellos, en las mas casas habia muy gran hambre, por guardar tambien su costumbre y cerimonia; y los que lo buscaban, por mucho que trabajaban, por ser el tiempo tan recio, no podian haber sino muy poco; y por esta causa los indios que á mí me tenian se salieron de la isla, y en unas canoas se pasaron á Tierra-Firme, á unas bahías adonde tenian muchos ostiones, y tres meses del año no comen otra cosa, y beben muy mala agua. Tienen gran falta de leña, y de mosquitos muy grande abundancia. Sus casas son edificadas de esteras sobre muchas cáscaras de ostiones, y sobre ellos duermen en cueros, y no los tienen sino es acaso; y así estuvimos hasta en fin de abril, que fuimos á la costa de la mar, á do comimos moras de zarzas todo el mes, en el cual no cesan de hacer su areitos y fiestas.

CAPITULO XV.

De lo que nos acaesció en la isla de Mal-Hado.

En aquella isla que he contado nos quisieron hacer físicos sin examinárnos ni pedirnos los títulos, porque ellos curan las enfermedades soplando al enfermo, y con aquel soplo y las manos echan de él la enfermedad, y mandárommos que hiciésemos lo mismo y sirviésemos en algo; nosotros nos reiamos de ello, diciendo que era burla y que no sabiamos curar; y por esto nos quitaban la comida hasta que hiciésemos lo que nos decian. Y viendo nuestra porfía, un indio me dijo á mí que yo no sabia lo que decia en decir que no aprovecharia nada aquello que él sabia, ca las piedras y otras cosas que se crian por los campos tienen virtud; y que él con una piedra caliente, trayéndola por el estómago, sanaba y quitaba el dolor, y que nosotros, que éramos hombres, cierto era que teniamos mayor virtud y poder. En fin, nos vimos en tanta necesidad, que lo hobimos de hacer, sin temer que nadie nos llevase por ello la pena. La manera que ellos tienen en curarse es esta: que en viéndose enfermos, llaman un médico, y después de curado, no solo le dan todo lo que poseen, mas entre sus parientes buscan cosas para darle. Lo que el médico hace es dalle unas sajas adonde tiene el dolor, y chúpanles al derredor de ellas. Dan cauterios de fuego, que es cosa entre ellos tenida por muy provechosa, y yo lo he experimentado, y me suscedió bien de ello; y después de esto, soplan aquel lugar que les duele, y con esto creen ellos que se les quita el mal. La manera con que nosotros curamos era santiguándolos y soplarlos, y rezar un *Pater noster* y un *Ave Maria*, y rogar lo mejor que podiamos á Dios nuestro Señor que les diese salud, y espirase en ellos que nos hiciesen algun buen tratamiento. Quiso Dios nuestro Señor y su misericordia que todos aquellos por quien suplicamos, luego que los santiguamos decian á los otros que estaban sanos y buenos; y por este respecto nos hacian buen tratamiento, y dejaban ellos de comer por dárnoslo á nosotros, y nos daban cueros y otras cosillas. Fué tan extremada la hambre que allí se pasó, que muchas veces estuve tres dias sin comer ninguna cosa, y ellos tambien le

estaban, y paresciame ser cosa imposible durar la vida, aunque en otras mayores hambres y necesidades me vi después, como adelante diré. Los indios que tenian á Alonso del Castillo y Andrés Dorantes, y á los demás que habian quedado vivos, como eran de otra lengua y de otra parentela, se pasaron á otra parte de la Tierra-Firme á comer ostiones, y allí estuvieron hasta el 1.° dia del mes de abril, y luego volvieron á la isla, que estaba de allí hasta dos leguas por lo mas ancho del agua, y la isla tiene media legua de través y cinco en largo.

Toda la gente de esta tierra anda desnuda; solas las mujeres traen de sus cuerpos algo cubierto con una lana que en los árboles se cria. Las mozas se cubren con unos cueros de venados. Es gente muy partida de lo que tienen unos con otros. No hay entre ellos señor. Todos los que son de un linaje andan juntos. Habitan en ella dos maneras de lenguas; á los unos llaman de Capoques, y á los otros de Han: tienen por costumbre cuando se conocen y de tiempo á tiempo se ven, primero que se hablen estar media hora llorando; y acabado esto, aquel que es visitado se levanta primero y da al otro todo cuanto posee, y el otro lo rescibe, y de ahí á un poco se va con ello, y aun algunas veces después de rescebido se van sin que hablen palabra. Otras extrañas costumbres tienen; mas yo he contado las mas principales y mas señaladas por pasar adelante y contar lo que mas nos suscedió.

CAPITULO XVI.

Cómo se partieron los cristianos de la isla de Malhado.

Después que Dorantes y Castillo volvieron á la isla recogieron consigo todos los cristianos, que estaban algo esparcidos, y halláronse por todos catorce. Yo, como he dicho, estaba en la otra parte, en Tierra-Firme, donde mis indios me habian llevado y donde me habia dado tan gran enfermedad, que ya que alguna otra cosa me diera esperanza de vida, aquella bastaba para del todo quitármela. Y como los cristianos esto supieron, dieron á un indio la manta de martas que del Cacique habiamos tomado, como arriba dijimos, porque los pasase donde yo estaba, para verme; y así, vinieron doce, porque los dos quedaron tan flacos, que no se atrevieron á traerlos consigo. Los nombres de los que entonces vinieron son: Alonso del Castillo, Andrés Dorantes y Diego Dorantes, Valdivieso, Estrada, Tostado, Chaves, Gutierrez, asturiano, clérigo; Diego de Huelva, Estebanico el negro, Benitez; y como fueron venidos á Tierra-Firme, hallaron otro, que era de los nuestros, que se llamaba Francisco de Leon; y todos trece por luengo de costa. Y luego que fueron pasados, los indios que me tenian me avisaron de ello, y cómo quedaban en la isla Hierónimo de Alaniz y Lope de Oviedo. Mi enfermedad estorbó que no les pude seguir ni los vi. Yo hube de quedar con estos mismos indios de la isla mas de un año, y por el mucho trabajo que me daban y mal tratamiento que me hacian, determiné de huir de ellos y irme á los que moran en los montes y Tierra-Firme, que se llaman los de Charruco, porque yo no podia sufrir la vida que con estos otros tenia; porque, entre otros trabajos muchos, habia de sacar las raíces para comer de bajo del agua y entre las cañas donde estaban metidas en la tierra; y de esto traia yo los dedos tan gastados, que una paja que me tocase me hacia sangre de ellos, y las cañas me rompian por muchas partes, porque muchas de ellas estaban quebradas, y habia de entrar por medio de ellas con la ropa que he dicho que traia. Y por esto yo puse en obra de pasarme á los otros, y con ellos me suscedió algo mejor; y porque yo me hice mercader, procuré de usar el oficio lo mejor que supe, y por esto ellos me daban de comer y me hacian buen tratamiento y rogábanme que me fuese de unas partes á otras por cosas que ellos habian menester; porque por razon de la guerra que contino traen, la tierra no se anda ni se contrata tanto. E ya con mis tratos y mercaderías entraba la tierra adentro todo lo que queria, y por luengo de costa me alargaba cuarenta ó cincuenta leguas. Lo principal de mi trato era pedazos de caracoles de la mar, y corazones de ellos y conchas, con que ellos cortan una fruta que es como frísoles, con que se curan y hacen sus bailes y fiestas; y esta es la cosa de mayor prescio que entre ellos hay, y cuentas de la mar y otras cosas. Así, esto era lo que yo llevaba la tierra adentro; y en cambio y trueco de ello traia cueros y almagra, con que ellos se untan y tiñen las caras y cabellos; pedernales para puntas de flechas, engrudo y cañas duras para hacerlas, y unas borlas que se hacen de pelos de venados, que las tiñen y paran coloradas; y este oficio me estaba á mí bien, porque andando en él tenia libertad para ir donde queria, y no era obligado á cosa alguna, y no era esclavo, y donde quiera que iba me hacian buen tratamiento y me daban de comer, por respeto de mis mercaderías, y lo mas principal porque andando en ello, yo buscaba por dónde me habia de ir adelante, y entre ellos era muy conoscido: holgaban mucho cuando me vian y les traia lo que habian menester, y los que no me conoscian me procuraban y deseaban ver, por mi fama. Los trabajos que en esto pasé seria largo contarlos, así de peligros y hambres, como de tempestades y frios, que muchos de ellos me tomaron en el campo y solo, donde por gran misericordia de Dios nuestro Señor escapé; y por esta causa yo no trataba el oficio en invierno, por ser tiempo que ellos mismos en sus chozas y ranchos metidos no podian valerse ni ampararse. Fueron casi seis años el tiempo que yo estuve en esta tierra solo entre ellos y desnudo, como todos andaban. La razon por que tanto me detuve fué por llevar conmigo un cristiano que estaba en la isla, llamado Lope de Oviedo. El otro compañero de Alaniz, que con él habia quedado cuando Alonso del Castillo y Andrés Dorantes con todos los otros se fueron, murió luego; y por sacarlo de allí yo pasaba á la isla cada año y le rogaba que nos fuésemos á la mejor maña que pudiésemos en busca de cristianos, y cada año me detenia diciendo que el otro siguiente nos iriamos. En fin, al cabo lo saqué y le pasé el ancon y cuatro rios que hay por la costa, porque él no sabia nadar, y ansí fuimos con algunos indios adelante hasta que llegamos á un ancon que tiene una legua de través y es por todas partes hondo; y por lo que de él nos paresció y vimos, es el que llaman del Espíritu Santo, y de la otra parte de él vimos unos indios, que vinieron á ver los nuestros, y nos dijeron cómo mas

adelante habia tres hombres como nosotros, y nos dijeron los nombres de ellos; y preguntándoles por los demás, nos respondieron que todos eran muertos de frio y de hambre, y que aquellos indios de adelante ellos mismos por su pasatiempo habian muerto á Diego Dorantes y á Valdivieso y á Diego de Huelva, porque se habian pasado de una casa á otra; y que los otros indios sus vecinos, con quien agora estaba el capitan Dorantes, por razon de un sueño que habian soñado, habian muerto á Esquivel y á Mendez. Preguntámosles qué tales estaban los vivos; dijéronnos que muy maltratados, porque los mochachos y otros indios, que entre ellos son muy holgazanes y de mal trato, les daban muchas coces y bofetones y palos, y que esta era la vida que con ellos tenian. Quesímonos informar de la tierra adelante y de los mantenimientos que en ella habia; respondieron que era muy pobre de gente, y que en ella no habia qué comer, y que morian de frio, porque no tenian cueros ni con qué cubrirse. Dijéronnos tambien si queriamos ver aquellos tres cristianos, que de ahí á dos dias los indios que los tenian venian á comer nueces, una legua de allí, á la vera de aquel rio; y porque viésemos que lo que nos habian dicho del mal tratamiento de los otros era verdad, estando con ellos dieron al compañero mio de bofetones y palos, y yo no quedé sin mi parte y de muchos pellazos de lodo que nos tiraban, y nos ponian cada dia las flechas al corazon, diciendo que nos querian matar como á los otros nuestros compañeros. Y temiendo esto Lope de Oviedo, mi compañero, dijo que queria volverse con unas mujeres de aquellos indios, con quien habiamos pasado el ancon, que quedaban algo atrás. Yo porfié mucho con él que no lo hiciese, y pasé muchas cosas, y por ninguna via lo pude detener; y así, se volvió, y yo quedé solo con aquellos indios, los cuales se llamaban quevenes, y los otros con quien él se fué llaman deaguanes.

CAPITULO XVII.

Cómo vinieron los indios y trujeron á Andrés Dorantes y á Castillo y á Estebanico.

Desde á dos dias que Lope de Oviedo se habia ido, los indios que tenian á Alonso del Castillo y Andrés Dorantes vinieron al mesmo lugar que nos habian dicho, á comer de aquellas nueces de que se mantienen, moliendo unos granillos con ellas, dos meses del año, sin comer otra cosa, y aun esto no lo tienen todos los años, porque acuden uno, y otro no; son del tamaño de las de Galicia, y los árboles son muy grandes, y hay gran número de ellos. Un indio me avisó cómo los cristianos eran llegados, y que si yo queria verlos me hurtase y huyese á un canto de un monte que él me señaló; porque él y otros parientes suyos habian de venir á ver aquellos indios, y que me llevarian consigo adonde los cristianos estaban. Yo me confié de ellos, y determiné de hacerlo, porque tenian otra lengua distinta de la de mis indios; y puesto por obra, otro dia fueron y me hallaron en el lugar que estaba señalado; y así, me llevaron consigo. Ya que llegué cerca de donde tenian su aposento, Andrés Dorantes salió á ver quién era, porque los indios le habian tambien dicho cómo venia un cristiano; y cuando me vió fué muy espantado, porque habia muchos dias que me tenian por muerto, y los indios así lo habian dicho. Dimos muchas gracias á Dios de vernos juntos, y este dia fué uno de los de mayor placer que en nuestros dias habemos tenido; y llegado donde Castillo estaba, me preguntaron que dónde iba. Yo le dije que mi propósito era de pasar á tierra de cristianos, y que en este rastro y busca iba. Andrés Dorantes respondió que muchos dias habia que él rogaba á Castillo y á Estebanico que se fuesen adelante, y que no lo osaban hacer porque no sabian nadar, y que temian mucho los rios y ancones por donde habian de pasar; que en aquella tierra hay muchos. Y pues Dios nuestro Señor habia sido servido de guardarme entre tantos trabajos y enfermedades, y al cabo traerme en su compañía, que ellos determinaban de huir, que yo los pasaria de los rios y ancones que topásemos; y avisáronme que en ninguna manera diese á entender á los indios ni conosciesen de mí que yo queria pasar adelante, porque luego me matarian; y que para esto era menester que yo me detuviese con ellos seis meses, que era tiempo en que aquellos indios iban á otra tierra á comer tunas. Esta es una fruta que es del tamaño de huevos, y son bermejas y negras y de muy buen gusto. Cómenlas tres meses del año, en los cuales no comen otra cosa alguna; porque al tiempo que ellos las cogian venian á ellos otros indios de adelante, que traian arcos para contratar y cambiar con ellos; y que cuando aquellos se volviesen nos huiriamos de los nuestros, y nos volveriamos con ellos. Con este concierto yo quedé allí, y me dieron por esclavo á un indio con quien Dorantes estaba, el cual era tuerto, y su mujer y un hijo que tenia y otro que estaba en su compañía; de manera que todos eran tuertos. Estos se llaman mariames, y Castillo estaba con otros sus vecinos, llamados iguaces. Y estando aquí ellos me contaron que después que salieron de la isla de Mal-Hado, en la costa de la mar hallaron la barca en que iba el contador y los frailes al través; y que yendo pasando aquellos rios, que son cuatro muy grandes y de muchas corrientes, les llevó las barcas en que pasaban á la mar, donde se ahogaron cuatro de ellos, y que así fueron adelante hasta que pasaron el ancon, y lo pasaron con mucho trabajo, y á quince leguas adelante hallaron otro; y que cuando allí llegaron ya se les habian muerto dos compañeros en sesenta leguas que habian andado; y que todos los que quedaban estaban para lo mismo, y que en todo el camino no habian comido sino cangrejos y yerba pedrera; y llegados á este último ancon, decian que hallaron en él indios que estaban comiendo moras; y como vieron á los cristianos, se fueron de allí á otro cabo; y que estando procurando y buscando manera para pasar el ancon, pasaron á ellos un indio y un cristiano, y que llegado, conoscieron que era Figueroa, uno de los cuatro que habiamos enviado adelante en la isla de Mal-Hado, y allí les contó cómo él y sus compañeros habian llegado hasta aquel lugar, donde se habian muerto dos de ellos y un indio, todos tres de frio y de hambre, porque habian venido y estado en el mas recio tiempo del mundo, y que á él y á Mendez habian tomado los indios, y que estando con ellos, Mendez ha-

bia huido yendo la via lo mejor que pudo de Pánuco, y que los indios habian ido tras él y que lo habian muerto; y que estando él con estos indios supo de ellos cómo con los marianes estaba un cristiano que habia pasado de la otra parte, y lo habia hallado con los que llamaban quevenes; y que este cristiano era Hernando de Esquivel, natural de Badajoz, el cual venia en compañía del comisario, y que él supo de Esquivel el fin en que habian parado el Gobernador y contador y los demás, y le dijo que el contador y los frailes habian echado al través su barca entre los rios, y viniéndose por luengo de costa, llegó la barca del Gobernador con su gente en tierra, y él se fué con su barca hasta que llegaron á aquel ancon grande, y que allí tornó á tomar la gente y la pasó del otro cabo, y volvió por el contador y los frailes y todos los otros; y contó cómo estando desembarcados, el Gobernador habia revocado el poder que el contador tenia de lugarteniente suyo, y dió el cargo á un capitan que traia consigo, que se decia Pantoja, y que el Gobernador se quedó en su barca, y no quiso aquella noche salir á tierra, y quedaron con él un maestre y un paje que estaba malo, y en la barca no tenian agua ni cosa ninguna que comer; y que á media noche el norte vino tan recio, que sacó la barca á la mar, sin que ninguno la viese, porque no tenia por reson sino una piedra, y que nunca mas supieron de él; y que visto esto, la gente que en tierra quedaron se fueron por luengo de costa, y que como hallaron tanto estorbo de agua, hicieron balsas con mucho trabajo, en que pasaron de la otra parte; y que yendo adelante, llegaron á una punta de un monte orilla del agua, y que hallaron indios, que como los vieron venir metieron sus casas en sus canoas y se pasaron de la otra parte á la costa; y los cristianos, viendo el tiempo que era, porque era por el mes de noviembre, pararon en este monte, porque hallaron agua y leña y algunos cangrejos y mariscos, donde de frio y de hambre se comenzaron poco á poco á morir. Allende de esto, Pantoja, que por teniente habia quedado, les hacia mal tratamiento, y no lo pudiendo sufrir Sotomayor, hermano de Vasco Porcallo, el de la isla de Cuba, que en el armada habia venido por maestre de campo, se revolvió con él y le dió un palo, de que Pantoja quedó muerto, y así se fueron acabando; y los que morian, los otros los hacian tasajos; y el último que murió fué Sotomayor, y Esquivel lo hizo tasajos, y comiendo de él se mantuvo hasta 1.° de marzo, que un indio de los que allí habian huido vino á ver si eran muertos, y llevó á Esquivel consigo; y estando en poder de este indio, el Figueroa lo habló, y supo de él todo lo que habemos contado, y le rogó que se viniese con él, para irse ambos la via del Pánuco; lo cual Esquivel no quiso hacer, diciendo que él habia sabido de los frailes que Pánuco habia quedado atrás; y así, se quedó allí, y Figueroa se fué á la costa adonde solia estar.

CAPITULO XVIII.

De la relacion que dió de Esquivel.

Esta cuenta toda dió Figueroa por la relacion que de Esquivel habia sabido; y así, de mano en mano llegó á mí, por donde se puede ver y saber el fin que toda aquella armada hobo y los particulares casos que á cada uno de los demás acontescieron. Y dijo mas, que si los cristianos algun tiempo andaban por allí, podria ser que viesen á Esquivel, porque sabia que se habia huido de aquel indio con quien estaba, á otros, que se decian los mareames, que eran allí vecinos. Y como acabo de decir, él y el asturiano se quisieran ir á otros indios que adelante estaban; mas como los indios que lo tenian lo sintieron, salieron á ellos, y diéronles muchos palos, y desnudaron al asturiano, y pasáronle un brazo con una flecha; y en fin, se escaparon huyendo, y los cristianos se quedaron con aquellos indios, y acabaron con ellos que los tomasen por esclavos, aunque estando sirviéndoles fueron tan maltratados de ellos, como nunca esclavos ni hombres de ninguna suerte lo fueron; porque, de seis que eran, no contentos con darles muchas bofetadas y apalearlos y pelarles las barbas por su pasatiempo, por solo pasar de una casa á otra mataron tres, que son los que arriba dije, Diego Dorantes y Valdivieso y Diego de Huelva, y los otros tres que quedaban esperaban parar en esto mismo; y por no sufrir esta vida, Andrés Dorantes se huyó y se pasó á los mareames, que eran aquellos adonde Esquivel habia parado, y ellos le contaron cómo habian tenido allí á Esquivel, y cómo estando allí se quiso huir porque una mujer habia soñado que le habia de matar un hijo, y los indios fueron tras él y lo mataron, y mostraron á Andrés Dorantes su espada y sus cuentas y libro y otras cosas que tenia. Esto hacen estos por una costumbre que tienen, y es que matan sus mismos hijos por sueños, y á las hijas en nasciendo las dejan comer á perros, y las echan por ahí. La razon por que ellos lo hacen es, segun ellos dicen, porque todos los de la tierra son sus enemigos y con ellos tienen continua guerra; y que si acaso casasen sus hijas, multiplicarian tanto sus enemigos, que los sujetarian y tomarian por esclavos; y por esta causa querian mas matallas que no que de ellas mismas nasciese quien fuese su enemigo. Nosotros les dijimos que por qué no las casaban con ellos mismos. Y tambien entre ellos dijeron que era fea cosa casarlas con sus parientes, y que era muy mejor matarlas que darlas á sus parientes ni á sus enemigos; y esta costumbre usan estos y otros sus vecinos, que se llaman los iguaces, solamente, sin que ningunos otros de la tierra la guarden. Y cuando estos se han de casar, compran las mujeres á sus enemigos, y el precio que cada uno da por la suya es un arco, el mejor que puede haber, con dos flechas; y si acaso no tiene arco, una red hasta una braza en ancho y otra en largo. Matan sus hijos, y mercan los ajenos; no dura el casamiento mas de cuanto están contentos, y con una higa deshacen el casamiento. Dorantes estuvo con estos, y desde á pocos dias se huyó. Castillo y Estebanico se vinieron dentro á la Tierra-Firme á los iguaces. Toda esta gente son flechèros y bien dispuestos, aunque no tan grandes como los que atrás dejamos, y traen la teta y el labio horadados. Su mantenimiento principalmente es raíces de dos ó tres maneras, y búscanlas por toda la tierra; son muy malas, y hinchan los hombres que las comen. Tardan dos dias en asarse, y muchas de ellas son muy amargas, y con todo esto se sacan con mucho

trabajo. Es tanta la hambre que aquellas gentes tienen, que no se pueden pasar sin ellas, y andan dos ó tres leguas buscándolas. Algunas veces matan algunos venados, y á tiempos toman algun pescado; mas esto es tan poco, y su hambre tan grande, que comen arañas y huevos de hormigas, y gusanos y lagartijas y salamanquesas y culebras y víboras, que matan los hombres que muerden, y comen tierra y madera y todo lo que pueden haber, y estiércol de venados, y otras cosas que dejo de contar; y creo averiguadamente que si en aquella tierra hubiese piedras las comerian. Guardan las espinas del pescado que comen, y de las culebras y otras cosas, para molerlo después todo y comer el polvo de ello. Entre estos no se cargan los hombres ni llevan cosa de peso; mas llévanlo las mujeres y los viejos, que es la gente que ellos en menos tienen. No tienen tanto amor á sus hijos como los que arriba dijimos. Hay algunos entre ellos que usan pecado contra natura. Las mujeres son muy trabajadas y para mucho, porque de veinte y cuatro horas que hay entre dia y noche no tienen sino seis horas de descanso, y todo lo mas de la noche pasan en atizar sus hornos para secar aquellas raíces que comen; y desque amanesce comienzan á cavar y á traer leña y agua á sus casas y dar órden en las otras cosas de que tienen necesidad. Los mas de estos son grandes ladrones, porque aunque entre sí son bien partidos, en volviendo uno la cabeza, su hijo mismo ó su padre le toma lo que puede. Mienten muy mucho, y son grandes borrachos, y para esto beben ellos una cierta cosa. Están tan usados á correr, que sin descansar ni cansar corren desde la mañana hasta la noche, y siguen un venado; y de esta manera matan muchos de ellos, porque los siguen hasta que los cansan, y algunas veces los toman vivos. Las casas de ellos son de esteras, puestas sobre cuatro arcos; llévanlas á cuestas, y múdanse cada dos ó tres dias para buscar de comer; ninguna cosa siembran que se puedan aprovechar; es gente muy alegre; por mucha hambre que tengan, por eso no dejan de bailar ni de hacer sus fiestas y areitos. Para ellos el mejor tiempo que estos tienen es cuando comen las tunas, porque entonces no tienen hambre, y todo el tiempo se les pasa en bailar, y comen de ellas de noche y de dia; todo el tiempo que les duran exprímenlas y ábrenlas y pónenlas á secar, y después de secas pónenlas en unas seras, como higos, y guárdanlas para comer por el camino cuando se vuelven, y las cáscaras de ellas muélenlas y hácenlas polvo. Muchas veces, estando con estos, nos acontesció tres ó cuatro dias estar sin comer porque no lo habia; ellos, por alegrarnos, nos decian que no estuviésemos tristes; que presto habria tunas y comeriamos muchas, y beberiamos del zumo de ellas, y terniamos las barrigas muy grandes y estariamos muy contentos y alegres y sin hambre alguna; y desde el tiempo que esto nos decian hasta que las tunas se hubiesen de comer habia cinco ó seis meses; y en fin, hubimos de esperar aquestos seis meses, y cuando fué tiempo fuimos á comer las tunas; hallamos por la tierra muy gran cantidad de mosquitos de tres maneras, que son muy malos y enojosos, y todo lo mas del verano nos daban mucha fatiga; y para defendernos de ellos haciamos al derredor de la gente muchos fuegos de leña podrida y mojada, para que no ardiesen y hiciesen humo; y esta defension nos daba otro trabajo, porque en toda la noche no haciamos sino llorar, del humo que en los ojos nos daba, y sobre eso, gran calor que nos causaban los muchos fuegos, y saliamos á dormir á la costa; y si alguna vez podiamos dormir, recordábannos á palos, para que tornásemos á encender los fuegos. Los de la tierra adentro para esto usan otro remedio tan incomportable y mas que este que he dicho, y es andar con tizones en las manos quemando los campos y montes que topan, para que los mosquitos huyan y tambien para sacar debajo de tierra lagartijas y otras semejantes cosas para comerlas; y tambien suelen matar venados, cercándolos con muchos fuegos; y usan tambien esto por quitar á los animales el pasto, que la necesidad les haga ir á buscarlo adonde ellos quieren, porque nunca hacen asiento con sus casas sino donde hay agua y leña, y alguna vez se cargan todos de esta provision y van á buscar los venados, que muy ordinariamente están donde no hay agua ni leña; y el dia que llegan matan venados y algunas otras cosas que pueden, y gastan todo el agua y leña en guisar de comer y en los fuegos que hacen para defenderse de los mosquitos, y esperan otro dia para tomar algo que lleven para el camino; y cuando parten, tales van de los mosquitos, que paresce que tienen enfermedad de sant Lázaro; y de esta manera satisfacen su hambre dos ó tres veces en el año, á tan grande costa como he dicho; y por haber pasado por ello, puedo afirmar que ningun trabajo que se sufra en el mundo iguala con este. Por la tierra hay muchos venados y otras aves y animales de las que atrás he contado. Alcanzan aquí vacas, y yo las he visto tres veces y comido de ellas, y parésceme que serán del tamaño de las de España; tienen los cuernos pequeños, como moriscas, y el pelo muy largo, merino, como una bernia; unas son pardillas, y otras negras, y á mi parescer tienen mejor y mas gruesa carne que las de acá. De las que no son grandes hacen los indios mantas para cubrirse, y de las mayores hacen zapatos y rodelas; estas vienen de hácia el norte por la tierra adelante hasta la costa de la Florida, y tiéndense por toda la tierra mas de cuatrocientas leguas; y en todo este camino, por los valles por donde ellas vienen, bajan las gentes que por allí habitan y se mantienen de ellas, y meten en la tierra grande cantidad de cueros.

CAPITULO XIX.

De cómo nos apartaron los indios.

Cuando fueron cumplidos los seis meses que yo estuve con los cristianos esperando á poner en efecto el concierto que teniamos hecho, los indios se fueron á las tunas, que habia de allí donde las habian de coger hasta treinta leguas; y ya que estábamos para huirnos, los indios con quien estábamos, unos con otros riñeron sobre una mujer, y se apuñearon y apalearon y descalabraron unos á otros; y con el grande enojo que hubieron, cada uno tomó su casa y se fué á su parte; de donde fué necesario que todos los cristianos que allí éramos tambien nos apartásemos, y en ninguna manera nos podimos juntar hasta otro año; y en este tiempo yo pasé

muy mala vida, ansí por la mucha hambre como por el mal tratamiento que de los indios rescebia, que fué tal, que yo me hube de huir tres veces de los amos que tenia, y todos me anduvieron á buscar y poniendo diligencia para matarme; y Dios nuestro Señor por su misericordia me quiso guardar y amparar de ellos; y cuando el tiempo de las tunas tornó, en aquel mismo lugar nos tornamos á juntar. Ya que teniamos concertado de huirnos, y señalado el dia, aquel mismo dia los indios nos apartaron, y fuimos cada uno por su parte; y yo les dije á los otros compañeros que yo los esperaria en las tunas hasta que la luna fuese llena, y este dia era 1.° de septiembre y primero dia de luna; y avisélos que si en este tiempo no viniesen al concierto, yo me iria solo y los dejaria; y ansí, nos apartamos y cada uno se fué con sus indios, y yo estuve con los mios hasta trece de luna, y yo tenia acordado de me huir á otros indios en siendo la luna llena; y á 13 dias del mes llegaron adonde yo estaba Andrés Dorantes y Estebanico, y dijéronme cómo dejaban á Castillo con otros indios que se llamaban anagados, y que estaban cerca de allí, y que habian mucho trabajo, y que habian andado perdidos, y que otro dia adelante nuestros indios se mudaron hácia donde Castillo estaba, y iban á juntarse con los que lo tenian, y hacerse amigos unos de otros, porque hasta allí habian tenido guerra, y de esta manera cobramos á Castillo. En todo el tiempo que comiamos las tunas teniamos sed, y para remedio de esto bebíamos el zumo de las tunas y sacábamoslo en un hoyo que en la tierra haciamos, y desque estaba lleno bebiamos de él hasta que nos hartábamos. Es dulce y de color de arrope; esto hacen por falta de otras vasijas. Hay muchas maneras de tunas, y entre ellas hay algunas muy buenas, aunque á mí todas me paresciau así, y nunca la hambre me dió espacio para escogerlas ni parar mientes en cuáles eran mejores. Todas las mas de gentes beben agua llovediza y recogida en algunas partes; porque, aunque hay rios, como nunca están de asiento, nunca tienen agua conoscida ni señalada. Por toda la tierra hay muy grandes y hermosas debesas, y de muy buenos pastos para ganados; y parésceme que seria tierra muy fructífera si fuese labrada y habitada de gente de razon. No vimos sierra en toda ella en tanto que en ella estuvimos. Aquellos indios nos dijeron que otros estaban mas adelante, llamados camones, que viven hácia la costa, y habian muerto toda la gente que venia en la barca de Peñalosa y Tellez, y que venian tan flacos, que aunque los mataban no se defendian; y así, los acabaron todos, y nos mostraron ropas y armas de ellos, y dijeron que la barca estaba allí al través. Esta es la quinta barca que faltaba, porque la del Gobernador ya dijimos cómo la mar la llevó, y la del contador y los frailes la habian visto echada al través en la costa, y Esquivél contó el fin de ellos. Las dos en que Castillo y yo y Dorantes íbamos, ya hemos contado cómo junto á la isla de Mal-Hado se hundieron.

CAPITULO XX.

De cómo nos huimos.

Después de habernos mudado, desde á dos dias nos encomendamos á Dios nuestro Señor y nos fuimos huyendo, confiando que, aunque era ya tarde y las tunas se acababan, con los frutos que quedarian en el campo podriamos andar buena parte de tierra. Yendo aquel dia nuestro camino con harto temor que los indios nos habian de seguir, vimos unos humos, y yendo á ellos, después de vísperas llegamos allá, do vimos un indio que, como vió que íbamos á él, huyó sin querernos aguardar; nosotros enviamos al negro tras de él, y como vió que iba solo, aguardólo. El negro le dijo que íbamos á buscar aquella gente que hacia aquellos humos. El respondió que cerca de allí estaban las casas, y que nos guiaria allá; y así, lo fuimos siguiendo; y él corrió á dar aviso de cómo íbamos, y á puesta del sol vimos las casas, y dos tiros de ballesta antes que llegásemos á ellas hallamos cuatro indios que nos esperaban, y nos rescebieron bien. Dijímosles en lengua de mariames que íbamos á buscallos, y ellos mostraron que se holgaban con nuestra compañía; y ansí, nos llevaron á sus casas, y á Dorantes y al negro aposentaron en casa de un físico, y á mí y á Castillo en casa de otro. Estos tienen otra lengua y llámanse avavares, y son aquellos que solian llevar los arcos á los nuestros y iban á contratar con ellos; y aunque son de otra nacion y lengua, entienden la lengua de aquellos con quien antes estábamos, y aquel mismo dia habian llegado allí con sus casas. Luego el pueblo nos ofresció muchas tunas, porque ya ellos tenian noticia de nosotros y cómo curábamos, y de las maravillas que nuestro Señor con nosotros obraba, que, aunque no hubiera otras, harto grandes eran abrirnos caminos por tierra tan despoblada, y darnos gente por donde muchos tiempos no la habia, y librarnos de tantos peligros, y no permitir que nos matasen, y sustentarnos con tanta hambre, y poner aquellas gentes en corazon que nos tratasen bien, como adelante dirémos.

CAPITULO XXI.

De cómo curamos aquí unos dolientes.

Aquella misma noche que llegamos vinieron unos indios á Castillo, y dijéronle que estaban muy malos de la cabeza, rogándole que los curase; y después que los hubo santiguado y encomendado á Dios, en aquel punto los indios dijeron que todo el mal se les habia quitado; y fueron á sus casas y trujeron muchas tunas y un pedazo de carne de venado; cosa que no sabiamos qué cosa era; y como esto entre ellos se publicó, vinieron otros muchos enfermos en aquella noche á que los sanase, y cada uno traia un pedazo de venado; y tantos eran, que no sabiamos adónde poner la carne. Dimos muchas gracias á Dios porque cada dia iba cresciendo su misericordia y mercedes; y después que se acabaron las curas comenzaron á bailar y hacer sus areitos y fiestas, hasta otro dia que el sol salió; y duró la fiesta tres dias por haber nosotros venido, y al cabo de ellos les preguntamos por la tierra de adelante, y por la gente que en ella hallariamos, y los mantenimientos que en ella habia. Respondiéronnos que por toda aquella tierra habia muchas tunas, mas que ya eran acabadas, y que ninguna gente habia, porque todos eran idos á sus casas, con haber ya cogido las tunas; y que la tierra era muy fria y en ella habia muy pocos cueros. Nosotros viendo esto, que ya el invierno y tiempo frio entraba, acordamos de pasarlo con estos. A cabo de cinco dias que allí habiamos lle-

gado, se partieron á buscar otras tunas adonde habia otra gente de otras naciones y lenguas; y andadas cinco jornadas con muy grande hambre, porque en el camino no habia tunas ni otra fruta ninguna, allegamos á un rio, donde asentamos nuestras casas, y después de asentadas, fuimos á buscar una fruta de unos árboles, que es como hieros; y como por toda esta tierra no hay caminos, yo me detuve mas en buscarla : la gente se volvió, y yo quedé solo, y viniendo á buscarlos aquella noche me perdí, y plugo á Dios que hallé un árbol ardiendo, y al fuego de él pasé aquel frio aquella noche, y á la mañana yo me cargué de leña y tomé dos tizones, y volví á buscarlos, y anduve de esta manera cinco dias, siempre con mi lumbre y carga de leña, porque si el fuego se me matase en parte donde no tuviese leña, como en muchas partes no la habia, tuviese de qué hacer otros tizones y no me quedase sin lumbre, porque para el frio yo no tenia otro remedio, por andar desnudo como nascí, y para las noches yo tenia este remedio, que me iba á las matas del monte, que estaba cerca de los rios, y paraba en ellas antes que el sol se pusiese, y en la tierra hacia un hoyo y en él echaba mucha leña, que se cria en muchos árboles, de que por allí hay muy gran cantidad, y juntaba mucha leña de la que estaba caida y seca de los árboles, y al derredor de aquel hoyo hacia cuatro fuegos en cruz, y yo tenia cargo y cuidado de rehacer el fuego de rato en rato, y hacia unas gavillas de paja larga que por allí hay, con que me cubria en aquel hoyo, y de esta manera me amparaba del frio de las noches; y una de ellas el fuego cayó en la paja con que yo estaba cubierto, y estando yo durmiendo en el hoyo comenzó á arder muy recio, y por mucha priesa que yo me dí á salir, todavía saqué señal en los cabellos del peligro en que habia estado. En todo este tiempo no comí bocado ni hallé cosa que pudiese comer; y como traia los piés descalzos, corrióme de ellos mucha sangre, y Dios usó conmigo de misericordia, que en todo este tiempo no ventó el norte, porque de otra manera ningun remedio habia de yo vivir; y á cabo de cinco dias llegué á una ribera de un rio, donde yo hallé á mis indios, que ellos y los cristianos me contaban ya por muerto, y siempre creian que alguna víbora me habia mordido. Todos hubieron gran placer de verme, principalmente los cristianos, y me dijeron que hasta entonces habian caminado con mucha hambre, que esta era la causa que no me habian buscado; y aquella noche me dieron de las tunas que tenian, y otro dia partimos de allí, y fuimos donde hallamos muchas tunas, con que todos satisfacieron su gran hambre, y nosotros dimos muchas gracias á nuestro Señor porque nunca nos faltaba su remedio.

CAPITULO XXII.

Cómo otro dia nos trujeron otros enfermos.

Otro dia de mañana vinieron allí muchos indios y traian cinco enfermos que estaban tollidos y muy malos, y venian en busca de Castillo que los curase, y cada uno de los enfermos ofresció sus arcos y flechas, y él los rescebió, y á puesta del sol los santiguó y encomendó á Dios nuestro Señor, y todos le suplicamos con la mejor manera que podiamos les enviase salud, pues él via que no habia otro remedio para que aquella gente nos ayudase, y saliésemos de tan miserable vida; y él lo hizo tan misericordiosamente, que venida la mañana, todos amanescieron tan buenos y sanos, y se fueron tan recios como si nunca hobieran tenido mal ninguno. Esto causó entre ellos muy gran admiracion, y á nosotros despertó que diésemos muchas gracias á nuestro Señor, á que mas enteramente conosciésemos su bondad, y tuviésemos firme esperanza que nos habia de librar y traer donde le pudiésemos servir; y de mí sé decir que siempre tuve esperanza en su misericordia que me habia de sacar de aquella captividad, y así yo lo hablé siempre á mis compañeros. Como los indios fueron idos y llevaron sus indios sanos, partimos donde estaban otros comiendo tunas, y estos se llaman cutalches y malicones, que son otras lenguas, y junto con ellos habia otros que se llamaban coayos y susolas, y de otra parte otros llamados atayos, y estos tenian guerra con los susolas, con quien se flechaban cada dia; y como por toda la tierra no se hablase sino en los misterios que Dios nuestro Señor con nosotros obraba, venian de muchas partes á buscarnos para que los curásemos; y á cabo de dos dias que allí llegaron, vinieron á nosotros unos indios de los susolas y rogaron á Castillo que fuese á curar un herido y otros enfermos, y dijeron que entre ellos quedaba uno que estaba muy al cabo. Castillo era médico muy temeroso, principalmente cuando las curas eran muy temerosas y peligrosas, y creia que sus pecados habian de estorbar que no todas veces suscediese bien el curar. Los indios me dijeron que yo fuese á curarlos, porque ellos me querian bien y se acordaban que les habia curado en las nueces, y por aquello nos habian dado nueces y cueros; y esto habia pasado cuando yo vine á juntarme con los cristianos; y así, hube de irme con ellos, y fueron conmigo Dorantes y Estebanico, y cuando llegué cerca de los ranchos que ellos tenian, yo vi el enfermo que íbamos á curar que estaba muerto, porque estaba mucha gente al derredor de él llorando y su casa deshecha, que es señal que el dueño estaba muerto; y ansí, cuando yo llegué hallé el indio los ojos vueltos y sin ningun pulso, y con todas señales de muerto, segun á mí me paresció, y lo mismo dijo Dorantes. Yo le quité una estera que tenia encima, con que estaba cubierto, y lo mejor que pude supliqué á nuestro Señor fuese servido de dar salud á aquel y á todos los otros que de ella tenian necesidad; y después de santiguado y soplado muchas veces, me trajeron su arco y me lo dieron, y una sera de tunas molidas, y lleváronme á curar otros muchos que estaban malos de modorra, y me dieron otras dos seras de tunas, las cuales dí á nuestros indios, que con nosotros habian venido; y hecho esto, nos volvimos á nuestro aposento, y nuestros indios, á quien dí las tunas, se quedaron allá; y á la noche se volvieron á sus casas, y dijeron que aquel que estaba muerto y yo habia curado en presencia de ellos, se habia levantado bueno y se habia paseado, y comido y hablado con ellos, y que todos cuantos habia curado quedaban sanos y muy alegres. Esto causó gran admiracion y espanto, y en toda la tierra no se hablaba en otra cosa. Todos aquellos á quien esta fama llegaba nos venian á buscar para que los curásemos y santiguásemos sus

hijos; y cuando los indios que estaban en compañía de los nuestros, que eran los cutalchiches, se hobieron de ir á su tierra, antes que se partiesen nos ofrescieron todas las tunas que para su camino tenian, sin que ninguna les quedase, y diéronnos pedernales tan largos como palmo y medio, con que ellos cortan, y es entre ellos cosa de muy gran estima. Rogáronnos que nos acordásemos de ellos y rogásemos á Dios que siempre estuviesen buenos, y nosotros se lo prometímos; y con esto partieron los mas contentos hombres del mundo, habiéndonos dado todo lo mejor que tenian. Nosotros estuvimos con aquellos indios avavares ocho meses, y esta cuenta haciamos por las lunas. En todo este tiempo nos venian de muchas partes á buscar, y decian que verdaderamente nosotros éramos hijos del sol. Dorantes y el negro hasta allí no habian curado; mas por la mucha importunidad qué teniamos, viniéndonos de muchas partes á buscar, venimos todos á ser médicos, aunque en atrevimiento y osar acometer cualquier cura era yo mas señalado entre ellos, y ninguno jamás curamos que no nos dijese que quedaba sano; y tanta confianza tenian que habian de sanar si nosotros los curásemos, que creian que en tanto que allí nosotros estuviésemos ninguno de ellos habia de morir. Estos y los de mas atrás nos contaron una cosa muy extraña, y por la cuenta que nos figuraron, parescia que habia quince ó diez y seis años que habia acontescido, que decian que por aquella tierra anduvo un hombre, que ellos llaman Mala-Cosa, y que era pequeño de cuerpo, y que tenia barbas, aunque nunca claramente le pudieron ver el rostro, y que cuando venia á la casa donde estaban se les levantaban los cabellos y temblaban, y luego parescia á la puerta de la casa un tizon ardiendo; y luego aquel hombre entraba y tomaba al que queria de ellos, y dábales tres cuchilladas grandes por las ijadas con un pedernal muy agudo, tan ancho como una mano y dos palmos en luengo, y metia la mano por aquellas cuchilladas y sacábales las tripas, y que cortaba de una tripa poco mas ó menos de un palmo, y aquello que cortaba echaba en las brasas; y luego le daba tres cuchilladas en un brazo, y la segunda daba por la sangradura y desconcertábaselo, y dende á poco se lo tornaba á concertar y poníale las manos sobre las heridas, y decíannos que luego quedaban sanos, y que muchas veces cuando bailaban aparescia entre ellos, en hábito de mujer unas veces, y otras como hombre; y cuando él queria, tomaba el buhío ó casa y subíala en alto, y dende á un poco caia con ella y daba muy gran golpe. Tambien nos contaron que muchas veces le dieron de comer y que nunca jamás comió; y que le preguntaban dónde venia y á qué parte tenia su casa, y que les mostró una hendedura de la tierra, y dijo que su casa era allá debajo. De estas cosas que ellos nos decian, nosotros nos reiamos mucho, burlando de ellas; y como ellos vieron qué no lo creiamos, trujeron muchos de aquellos que decian que él habia tomado, y vimos las señales de las cuchilladas que él habia dado en los lugares en la manera que ellos contaban. Nosotros les dijimos que aquel era un malo, y de la mejor manera que podimos les dábamos á entender que si ellos creyesen en Dios nuestro Señor y fuesen cristianos como nosotros, no ternian miedo de aquel, ni él osaria venir á hacelles aquellas cosas; y que tuviesen por cierto que en tanto que nosotros en la tierra estuviésemos él no osaria parescer en ella. De esto se holgaron ellos mucho y perdieron mucha parte del temor que tenian. Estos indios nos dijeron que habian visto al asturiano y á Figueroa con otros, que adelante en la costa estaban, á quien nosotros llamábamos de los higos. Toda esta gente no conoscian los tiempos por el sol ni la luna, ni tienen cuenta del mes y año, y mas entienden y saben las diferencias de los tiempos cuando las frutas vienen á madurar, y en tiempo que muere el pescado y el aparescer de las estrellas, en que son muy diestros y ejercitados. Con estos siempre fuimos bien tratados, aunque lo que habiamos de comer lo acabábamos, y traiamos nuestras cargas de agua y leña. Sus casas y mantenimientos son como las de los pasados, aunque tienen muy mayor hambre, porque no alcanzan maíz ni bellotas ni nueces. Anduvimos siempre en cueros como ellos, y de noche nos cubriamos con cueros de venado. De ocho meses que con ellos estuvimos, los seis padescimos mucha hambre; que tampoco alcanzan pescado. Y al cabo de este tiempo ya las tunas comenzaban á madurar, y sin que de ellos fuésemos sentidos nos fuimos á otros que adelante estaban, llamados maliacones; estos estaban una jornada de allí, donde yo y el negro llegamos. A cabo de los tres dias envié que trajese á Castillo y á Dorantes; y venidos, nos partimos todos juntos con los indios, que iban á comer una frutilla de unos árboles, de que se mantienen diez ó doce dias, entre tanto que las tunas vienen; y allí se juntaron con estos otros indios que se llaman arbadaos, y á estos hallamos muy enfermos y flacos y hinchados; tanto, que nos maravillamos mucho, y los indios con quien habiamos venido se volvieron por el mismo camino; y nosotros les dijimos que nos queriamos quedar con aquellos; de que ellos mostraron pesar; y así, nos quedamos en el campo con aquellos, cerca de aquellas casas, y cuando ellos nos vieron, juntáronse después de hablar entre sí, y cado uno de ellos tomó el suyo por la mano y nos llevaron á sus casas. Con estos padescimos mas hambre que con los otros, porque en todo el dia no comiamos mas de dos puños de aquella fruta, la cual estaba verde; tenia tanta leche, que nos quemaba las bocas; y con tener falta de agua, daba mucha sed á quien la comia; y como la hambre fuese tanta, nosotros comprámosles dos perros, y á trueco de ellos les dimos unas redes y otras cosas, y un cuero con que yo me cubria. Ya he dicho cómo por toda esta tierra anduvimos desnudos; y como no estábamos acostumbrados á ello, á manera de serpientes mudábamos los cueros dos veces en el año, y con el sol y el aire haciansenos en los pechos y en las espaldas unos empeines muy grandes, de que rescebiamos muy gran pena por razon de las muy grandes cargas que traiamos, que eran muy pesadas, y hacian que las cuerdas se nos metian por los brazos; y la tierra es tan áspera y tan cerrada, que muchas veces haciamos leña en montes, que cuando la acabábamos de sacar nos corria por muchas partes sangre, de las espinas y matas con que topábamos, que nos rompian por donde alcanzaban. A las veces me acontesció hacer leña donde, después de haberme costado mucha sangre, no la podia sa-

car ni á cuestas ni arrastrando. No tenia, cuando en estos trabajos me via, otro remedio ni consuelo sino pensar en la pasion de nuestro redemptor Jesucristo y en la sangre que por mí derramó, y considerar cuánto mas seria el tormento que de las espinas él padesció que no aquel que yo entonces sufria. Contrataba con estos indios haciéndoles peines, y con arcos y con flechas y con redes. Haciamos esteras, que son casas, de que ellos tienen mucha necesidad; y aunque lo saben hacer, no quieren ocuparse en nada, por buscar entre tanto qué comer, y cuando entienden en esto pasan muy gran hambre. Otras veces me mandaban raer cueros y ablandarlos; y la mayor prosperidad en que yo allí me vi era el dia que me daban á raer alguno, porque yo lo raia muy mucho y comia de aquellas raeduras, y aquello me bastaba para dos ó tres dias. Tambien nos acontesció con estos y con los que atrás habemos dejado, darnos un pedazo de carne y comérnoslo así crudo, porque si lo pusiéramos á asar, el primer indio que llegaba se lo llevaba y comia; parescíanos que no era bien ponerla en esta ventura, y tambien nosotros no estábamos tales, que nos dábamos pena comerlo asado, y no lo podiamos tan bien pasar como crudo. Esta es la vida que allí tuvimos, y aquel poco sustentamiento lo ganábamos con los rescates que por nuestras manos hecimos.

CAPITULO XXIII.

Cómo nos partimos después de haber comido los perros.

Después que comimos los perros, paresciéndonos que teniamos algun esfuerzo para poder ir adelante, encomendámonos á Dios nuestro Señor para que nos guiase, nos despedimos de aquellos indios, y ellos nos encaminaron á otros de su lengua que estaban cerca de allí. E yendo por nuestro camino llovió, y todo aquel dia anduvimos con agua, y allende de esto, perdimos el camino y fuimos á parar á un monte muy grande, y cogimos muchas hojas de tunas y asámoslas aquella noche en un horno que hecimos, y dímosles tanto fuego, que á la mañana estaban para comer; y después de haberlas comido encomendámonos á Dios y partímonos, y hallamos el camino que perdido habiamos; y pasado el monte, hallamos otras casas de indios; y llegados allá, vimos dos mujeres y muchachos, que se espantaron, que andaban por el monte, y en vernos huyeron de nosotros y fueron á llamar á los indios que andaban por el monte; y venidos, paráronse á mirarnos detrás de unos árboles, y llamámosles y allegáronse con mucho temor; y después de haberlos hablado, nos dijeron que tenian mucha hambre, y que cerca de allí estaban muchas casas de ellos proprios, y dijeron que nos llevarian á ellas; y aquella noche llegamos adonde habia cincuenta casas, y se espantaban de vernos y mostraban mucho temor; y después que estuvieron algo sosegados de nosotros, allegábannos con las manos al rostro y al cuerpo, y después traian ellos sus mismas manos por sus caras y sus cuerpos, y así estuvimos aquella noche; y venida la mañana, trajéronnos los enfermos que tenian, rogándonos que los santiguásemos, y nos dieron de lo que tenian para comer, que eran hojas de tunas y tunas verdes asadas; y por el buen tratamiento que nos hacian, y porque aquello que tenian nos lo daban de buena gana y voluntad, y holgaban de quedar sin comer por dárnoslo, estuvimos con ellos algunos dias; y estando allí, vinieron otros de mas adelante. Cuando se quisieron partir dijimos á los primeros que nos queriamos ir con aquellos. A ellos les pesó mucho, y rogáronnos muy ahincadamente que no nos fuésemos, y al fin nos despedimos de ellos, y los dejamos llorando por nuestra partida, porque les pesaba mucho en gran manera.

CAPITULO XXIV.

De las costumbres de los indios de aquella tierra.

Desde la isla de Mal-Hado, todos los indios que hasta esta tierra vimos, tienen por costumbre desde el dia que sus mujeres se sienten preñadas no dormir juntos hasta que pasen dos años que han criado los hijos, los cuales maman hasta que son de edad de doce años; que ya entonces están en edad que por sí saben buscar de comer. Preguntámosles que por qué los criaban así, y decian que por la mucha hambre que en la tierra habia, que acontescia muchas veces, como nosotros viamos, estar dos ó tres dias sin comer, y á las veces cuatro; y por esta causa los dejaban mamar, porque en los tiempos de hambre no muriesen; y ya que algunos escapasen, saldrian muy delicados y de pocas fuerzas; y si acaso acontesce caer enfermos algunos, déjanlos morir en aquellos campos si no es hijo, y todos los demás, si no pueden ir con ellos, se quedan; mas para llevar un hijo ó hermano, se cargan y lo llevan á cuestas. Todos estos acostumbran dejar sus mujeres cuando entre ellos no hay conformidad, y se tornan á casar con quien quieren; esto es entre los mancebos, mas los que tienen hijos permanescen con sus mujeres y no las dejan, y cuando en algunos pueblos riñen y traban cuestiones unos con otros, apuñéanse y apaléanse hasta que están muy cansados, y entonces se desparten; algunas veces los desparten mujeres, entrando entre ellos; que hombres no entran á despartirlos; y por ninguna pasion que tengan no meten en ella arcos ni flechas; y desque se han apuñeado y pasado su cuestion, toman sus casas y mujeres, y vanse á vivir por los campos y apartados de los otros, hasta que se les pasa el enojo; y cuando ya están desenojados y sin ira, tórnanse á su pueblo, y de allí adelante son amigos como si ninguna cosa hobiera pasado entre ellos, ni es menester que nadie haga las amistades, porque de esta manera se hacen; y si los que riñen no son casados, vanse á otros sus vecinos, y aunque sean sus enemigos, los resciben bien y se huelgan mucho con ellos, y les dan de lo que tienen; de suerte que cuando es pasado el enojo, vuelven á su pueblo y vienen ricos. Toda esta gente de guerra y tienen tanta astucia para guardarse de sus enemigos, como ternian si fuesen criados en Italia y en continua guerra. Cuando están en parte que sus enemigos los pueden ofender, asientan sus casas á la orilla del monte mas áspera y de mayor espesura que por allí hallan, y junto á él hacen un foso, y en este duermen. Toda la gente de guerra está cubierta con leña menuda, y hacen sus saeteras, y están tan cubiertos y disimulados, que aunque estén cabe ellos no los ven, y hacen un camino muy angosto y entra hasta en medio del monte, y allí hacen lugar para que duerman las mujeres y niños, y cuando

viene la noche encienden lumbres en sus casas para que si hobiere espías crean que están en ellas, y antes del alba tornan á encender los mismos fuegos; y si acaso los enemigos vienen á dar en las mismas casas, los que están en el foso salen á ellos y hacen desde las trincheas mucho daño, sin que los de fuera los vean ni los puedan hallar: y cuando no hay montes en que ellos puedan de esta manera esconderse y hacer sus celadas, asientan en llano en la parte que mejor les paresce, y cércanse de trincheas cubiertas de leña menuda, y hacen sus saeteras, con que flechan á los indios; y estos reparos hacen para de noche. Estando yo con los de aguenes, no estando avisados, vinieron sus enemigos á media noche, y dieron en ellos y mataron tres y hirieron otros muchos; de suerte que huyeron de sus casas por el monte adelante, y desque sintieron que los otros se habian ido, volvieron á ellas y recogieron todas las flechas que los otros les habian echado, y lo mas encubiertamente que pudieron los siguieron, y estuvieron aquella noche sobre sus casas sin que fuesen sentidos, y al cuarto del alba les acometieron y les mataron cinco, sin otros muchos que fueron heridos, y les hicieron huir y dejar sus casas y arcos, con toda su hacienda; y de ahí á poco tiempo vinieron las mujeres de los que se llamaban quevenes, y entendieron entre ellos y los hicieron amigos, aunque algunas veces ellas son principio de la guerra. Todas estas gentes, cuando tienen enemistades particulares, cuando no son de una familia, se matan de noche por asechanzas, y usan unos con otros grandes crueldades.

CAPITULO XXV.

Cómo los indios son prestos á un arma.

Esta es la mas presta gente para un arma de cuantas yo he visto en el mundo, porque si se temen de sus enemigos, toda la noche están despiertos con sus arcos á par de sí y una docena de flechas; y el que duerme tienta su arco, y si no le halla en cuerda, le da la vuelta que ha menester. Salen muchas veces fuera de las casas bajados por el suelo, de arte que no pueden ser vistos, y miran y atalayan por todas partes para sentir lo que hay; y si algo sienten, en un punto son todos en el campo con sus arcos y flechas, y así están hasta el dia, corriendo á unas partes y otras donde ven que es menester ó piensan que pueden estar sus enemigos. Cuando viene el dia tornan á aflojar sus arcos hasta que salen á caza. Las cuerdas de los arcos son niervos de venados. La manera que tienen de pelear es abajados por el suelo, y mientras se flechan andan hablando y saltando siempre de un cabo para otro, guardándose de las flechas de sus enemigos; tanto, que en semejantes partes pueden rescebir muy poco daño de ballestas y arcabuces; antes los indios burlan de ellos, porque estas armas no aprovechan para ellos en campos llanos, adonde ellos andan sueltos; son buenas para estrechos y lugares de agua; en todo lo demás, los caballos son los que han de sojuzgar, y lo que los indios universalmente temen. Quien contra ellos hobiere de pelear ha de estar muy avisado que no le sientan flaqueza ni codicia de lo que tienen, y mientras durare la guerra hanlos de tratar muy mal; porque si temor les conocen ó alguna codicia, ella es gente que saben conoscer tiempos en que vengarse, y toman esfuerzo del temor de los contrarios. Cuando se han flechado en la guerra y gastado su municion, vuélvense cada uno su camino, sin que los unos sigan á los otros, aunque los unos sean muchos y los otros pocos; y esta es costumbre suya. Muchas veces se pasan de parte á parte con las flechas, y no mueren de las heridas si no toca en las tripas ó en el corazon, antes sanan presto. Ven y oyen mas y tienen mas agudo sentido que cuantos hombres yo creo que hay en el mundo. Son grandes sufridores de hambre y de sed y de frio, como aquellos que están mas acostumbrados y hechos á ello que otros. Esto he querido contar aquí, porque allende que todos los hombres desean saber las costumbres y ejercicios de los otros, los que algunas veces se vinieren á ver con ellos estén avisados de sus costumbres y ardides, que suelen no poco aprovechar en semejantes casos.

CAPITULO XXVI.

De las naciones y lenguas.

Tambien quiero contar sus naciones y lenguas, que desde la isla de Mal-Hado hasta los últimos hay. En la isla de Mal-Hado hay dos lenguas; á los unos llaman de Caoques, y á los otros llaman de Han. En la Tierra-Firme enfrente de la isla hay otros que se llaman de Chorruco, y toman el nombre de los montes donde viven. Adelante, en la costa del mar, habitan otros que se llaman doguenes, y enfrente de ellos otros que tienen por nombre los de Mendica. Mas adelante en la costa están los guevenes, y enfrente de ellos, dentro en la Tierra-Firme, los mariames; y yendo por la costa adelante, están otros que se llaman guaycones, y enfrente de estos, dentro en la Tierra-firme, los iguaces. Cabo de estos están otros que se llaman atayos, y detrás de estos otros acubadaos, y de estos hay muchos por esta vereda adelante. En la costa viven otros llamados quitoles, y enfrente de estos, dentro en la Tierra-Firme, los avavares. Con estos se juntan los maliacones y otros cutalchiches, y otros que se llaman susolas, y otros que se llaman comos, y adelante en la costa están los camoles, y en la misma costa adelante otros á quien nosotros llamamos los de los higos. Todas estas gentes tienen habitaciones y pueblos y lenguas diversas. Entre estos hay una lengua en que llaman á los hombres por mira acá, arre acá, á los perros xó; en toda la tierra se emborrachan con un humo, y dan cuanto tienen por él. Beben tambien otra cosa que sacan de las hojas de los árboles, como de encina, y tuéstanla en unos botes al fuego, y después que la tienen tostada hinchen el bote de agua, y así lo tienen sobre el fuego, y cuando ha hervido dos veces, échanlo en una vasija y están enfriándola en media calabaza; y cuando está con mucha espuma bébenla tan caliente cuanto pueden sufrir, y desde que la sacan del bote hasta que la beben están dando voces, diciendo que quién quiere beber. Y cuando las mujeres oyen estas voces, luego se paran sin osarse mudar, y aunque estén mucho cargadas, no osan hacer otra cosa, y si acaso alguna de ellas se mueve, la deshonran y la dan de palos, y con muy gran enojo derraman el agua que tienen para beber, y la que han bebido la tornan á

lanzar, lo cual ellos hacen muy ligeramente y sin pena alguna. La razon de la costumbre dan ellos y dicen que si cuando ellos quieren beber aquella agua las mujeres se mueven de donde les toma la voz, que en aquella agua se les mete en el cuerpo una cosa mala, y que dende á poco les hace morir, y todo el tiempo que el agua está cociendo ha de estar el bote atapado; y si acaso está desatapado y alguna mujer pasa, lo derraman y no beben mas de aquella agua; es amarilla, y están bebiéndola tres dias sin comer, y cada dia bebe cada uno arroba y media de ella, y cuando las mujeres están con su costumbre no buscan de comer mas de para sí solas, porque ninguna otra persona come de lo que ellas traen. En el tiempo que así estaba, entre estos vi una diablura, y es, que vi un hombre casado con otro, y estos son unos hombres amarionados impotentes, y andan tapados como mujeres y hacen oficio de mujeres, y tiran arco y llevan muy gran carga, y entre estos vimos muchos de ellos así amarionados como digo, y son mas membrudos que los otros hombres, y mas altos; sufren muy grandes cargas.

CAPITULO XXVII.

De cómo nos mudamos y fuimos bien recebidos.

Después que nos partimos de los que dejamos llorando, fuímonos con los otros á sus casas, y de los que en ellas estaban fuimos bien rescebidos, y trujeron sus hijos para que les tocásemos las manos, y dábannos mucha harina de mezquiquez. Este mezquiquez es una fruta que cuando está en el árbol es muy amarga, y es de la manera de algarrobas, y cómese con tierra, y con ella está dulce y bueno de comer. La manera que tienen con ella es esta: que hacen un hoyo en el suelo, de la hondura que cada uno quiere; y después de echada la fruta en este hoyo, con un palo tan gordo como la pierna, y de braza y media en largo, la muelen hasta muy molida; y demás que se le pega de la tierra del hoyo, traen otros puños, y échanla en el hoyo y tornan otro rato á moler, y después échanla en una vasija de manera de una espuerta, y échanle tanta agua, que basta á cubrirla, de suerte que quede agua por cima, y el que la ha molido prúebala, y si le paresce que no está dulce, pide tierra y revuélvela con ella, y esto hace hasta que la halla dulce, y asiéntanse todos al rededor, y cada uno mete la mano y saca lo que puede, y las pepitas de ella tornan á echar sobre unos cueros, y las cáscaras; y el que lo ha molido las coge y las torna á echar en aquella espuerta, y echa agua como de primero, y tornan á expremir el zumo y agua que de ello sale, y las pepitas y cáscaras tornan á poner en el cuero, y de esta manera hacen tres ó cuatro veces cada moledura; y los que en este banquete, que para ellos es muy grande, se hallan, quedan las barrigas muy grandes, de la tierra y agua que han bebido; y de esto nos hicieron los indios muy gran fiesta, y hobo entre ellos muy grandes bailes y areitos en tanto que allí estuvimos. Y cuando de noche durmiamos, á la puerta del rancho donde estábamos nos velaban á cada uno de nosotros seis hombres con gran cuidado, sin que nadie nos osase entrar dentro hasta que el sol era salido. Cuando nosotros nos quisimos partir de ellos, llegaron allí unas mujeres de otros que vivian adelante; y informados de ellas dónde estaban aquellas casas, nos partimos para allá, aunque ellos nos rogaron mucho que por aquel dia nos detuviésemos, porque las casas adonde íbamos estaban léjos, y no habia camino para ellas, y que aquellas mujeres venian cansadas, y descansando, otro dia se irian con nosotros y nos guiarian; y ansí, nos despedimos; y dende á poco las mujeres que habian venido, con otras del mismo pueblo, se fueron tras nosotros; mas como por la tierra no habia caminos, luego nos perdimos, y ansí anduvimos cuatro leguas, y al cabo de ellas llegamos á beber á un agua adonde hallamos las mujeres que nos seguian, y nos dijeron el trabajo que habian pasado por alcanzarnos. Partimos de allí llevándolas por guia, y pasamos un rio cuando ya vino la tarde, que nos daba el agua á los pechos; seria tan ancho como el de Sevilla, y corria muy mucho, y á puesta del sol llegamos á cien casas de indios; y antes que llegásemos salió toda la gente que en ellas habia, á recebirnos con tanta grita, que era espanto, y dando en los muslos grandes palmadas; traian las calabazas horadadas, con piedras dentro, que es la cosa de mayor fiesta, y no las sacan sino á bailar ó para curar, ni las osa nadie tomar sino ellos; y dicen que aquellas calabazas tienen virtud, y que vienen del cielo, porque por aquella tierra no las hay, ni saben dónde las haya, sino que las traen los rios, cuando vienen de avenida. Era tanto el miedo y turbacion que estos tenian, que por llegar mas presto los unos que los otros á tocarnos, nos apretaron tanto, que por poco nos hobieran de matar; y sin dejarnos poner los piés en el suelo nos llevaron á sus casas, y tantos cargaban sobre nosotros y de tal manera nos apretaban, que nos metimos en las casas que nos tenian hechas, y nosotros, no consentimos en ninguna manera que aquella noche hiciesen mas fiesta con nosotros. Toda aquella noche pasaron entre sí, en areitos y bailes, y otro dia de mañana nos trajeron toda la gente de aquel pueblo, para que los tocásemos y santiguásemos, como habiamos hecho á los otros con quien habiamos estado. Y después de esto hecho, dieron muchas flechas á las mujeres del otro pueblo que habian venido con la suyas. Otro dia partimos de allí, y toda la gente del pueblo fué con nosotros; y como llegamos á otros indios, fuimos bien recebidos, como de los pasados; y ansí, nos dieron de lo que tenian, y los venados que aquel dia habian muerto; y entre estos vimos una nueva costumbre, y es, que los que venian á curarse, los que con nosotros estaban les tomaban el arco y las flechas, y zapatos y cuentas, si las traian, y después de haberlas tomado, nos las traian delante de nosotros para que los curásemos; y curados, se iban muy contentos, diciendo que estaban sanos. Así nos partimos de aquellos, y nos fuimos á otros, de quien fuimos muy bien recebidos, y nos trajeron sus enfermos, que santiguándolos decian que estaban sanos; y el que no sanaba, creia que podiamos sanarle; y con lo que los otros que curábamos les decian, hacian tantas alegrías y bailes, que no nos dejaban dormir.

CAPITULO XXVIII.

De otra nueva costumbre.

Partidos de estos, fuimos á otras muchas casas, y desde aquí comenzó otra nueva costumbre, y es, que rescibiéndonos muy bien, que los que iban con nosotros los comenzaron á hacer tanto mal, que les tomaban las haciendas y les saqueaban las casas, sin que otra cosa ninguna les dejasen; de esto nos pesó mucho, por ver el mal tratamiento que á aquellos que tan bien nos rescebian se hacia, y tambien porque temiamos que aquello seria ó causaria alguna alteracion y escándalo entre ellos; mas como no éramos parte para remediarlo, ni para osar castigar los que esto hacian, hobimos por entonces de sufrir, hasta que mas autoridad entre ellos tuviésemos; y tambien los indios mismos que perdian la hacienda, conosciendo nuestra tristeza, nos consolaron, diciendo que de aquello no rescibiésemos pena; que ellos estaban tan contentos de habernos visto, que daban por bien empleadas sus haciendas, y que adelante serian pagados de otros que estaban muy ricos. Por todo este camino teniamos muy gran trabajo, por la mucha gente que nos seguia; y no podiamos huir de ella, aunque lo procurábamos, porque era muy grande la priesa que tenian por llegar á tocarnos; y era tanta la importunidad de ellos sobre esto, que pasaban tres horas que no podiamos acabar con ellos que nos dejasen. Otro dia nos trajeron toda la gente del pueblo, y la mayor parte de ellos son tuertos de nubes, y otros de ellos son ciegos de ellas mismas, de que estábamos espantados. Son muy bien dispuestos y de muy buenos gestos, mas blancos que otros ningunos de cuantos hasta allí habiamos visto. Aquí empezamos á ver sierras, y parescia que venian seguidas de hácia el mar del Norte; y así, por la relacion que los indios de esto nos dieron, creemos que están quince leguas de la mar. De aquí nos partimos con estos indios hácia estas sierras que decimos, y llevéronnos por donde estaban unos parientes suyos, porque ellos no nos querian llevar sino por do habitaban sus parientes, y no querian que sus enemigos alcanzasen tanto bien, como les parescia que era vernos. Y cuando fuimos llegados, los que con nosotros iban saquearon á los otros; y como sabian la costumbre, primero que llegásemos escondieron algunas cosas; y después que nos hobieron rescebido con mucha fiesta y alegría, sacaron lo que habian escondido y viniéronnoslo á presentar, y esto era cuentas y almagra y algunas taleguillas de plata. Nosotros, segun la costumbre, dímoslo luego á los indios que con nos venian, y cuando nos lo hobieron dado, comenzaron sus bailes y fiestas, y enviaron á llamar otros de otro pueblo que estaba cerca de alli, para que nos viniesen á ver, y á la tarde vinieron todos, y nos trajeron cuentas y arcos, y otras cosillas, que tambien repartimos; y otro dia, queriéndonos partir, toda la gente nos queria llevar á otros amigos suyos que estaban á la punta de las sierras, y decian que allí habia muchas casas y gente, y que nos darian muchas cosas; mas por ser fuera de nuestro camino no quesimos ir á ellos, y tomamos por lo llano cerca de las sierras, las cuales creiamos que no estaban léjos de la costa. Toda la gente de ella es muy mala, y teniamos por mejor de atravesar la tierra, porque la gente que está mas metida adentro, es mas bien acondicionada, y tratábannos mejor, y teniamos por cierto que hallariamos la tierra mas poblada y de mejores mantenimientos. Lo último, haciamos esto porque, atravesando la tierra, viamos muchas particularidades de ella; porque si Dios nuestro Señor fuese servido de sacar alguno de nosotros, y traerlo á tierra de cristianos, pudiese dar nuevas y relacion de ella. Y como los indios vieron que estábamos determinados de no ir por donde ellos nos encaminaban, dijéronnos que por donde nos queriamos ir no habia gente, ni tunas ni otra cosa alguna que comer; y rogáronnos que estuviésemos allí aquel dia, y ansí lo hicimos. Luego ellos enviaron dos indios para que buscasen gente por aquel camino que queriamos ir; y otro dia nos partimos, llevando con nosotros muchos de ellos, y las mujeres iban cargadas de agua, y era tan grande entre ellos nuestra autoridad, que ninguno osaba beber sin nuestra licencia. Dos leguas de allí topamos los indios que habian ido á buscar la gente, y dijeron que no la hallaban; de lo que los indios mostraron pesar, y tornáronnos á rogar que nos fuésemos por la sierra. No lo quisimos hacer, y ellos, como vieron nuestra voluntad, aunque con mucha tristeza, se despidieron de nosotros, y se volvieron el rio abajo á sus casas, y nosotros caminamos por el rio arriba, y desde á un poco topamos dos mujeres cargadas, que como nos vieron, pararon, y descargáronse, y trajéronnos de lo que llevaban, que era harina de maíz, y nos dijeron que adelante en aquel rio hallariamos casas y muchas tunas y de aquella harina; y ansí, nos despedimos de ellas, porque iban á los otros donde habiamos partido, y anduvimos hasta puesta del sol, y llegamos á un pueblo de hasta de veinte casas, adonde nos recebieron llorando y con grande tristeza, porque sabian ya que adonde quiera que llegábamos eran todos saqueados y robados de los que nos acompañaban, y como nos vieron solos, perdieron el miedo, y diéronnos tunas, y no otra cosa ninguna. Estuvimos allí aquella noche, y al alba los indios que nos habian dejado el dia pasado dieron en sus casas, y como los tomaron descuidados y seguros, tomáronles cuanto tenian, sin que tuviesen lugar donde asconder ninguna cosa; de que ellos lloraron mucho; y los robadores para consolarles los decian que éramos hijos del sol, y que teniamos poder para sanar los enfermos y para matarlos, y otras mentiras aun mayores que estas, como ellos las saben mejor hacer cuando sienten que les conviene; y dijéronles que nos llevasen con mucho acatamiento, y tuviesen cuidado de no enojarnos en ninguna cosa, y que nos diesen todo cuanto tenian, y procurasen de llevarnos donde habia mucha gente, y que donde llegásemos robasen ellos y saqueasen lo que los otros tenian, porque así era costumbre.

CAPITULO XXIX.

De cómo se robaban los unos á los otros.

Después de haberlos informado y señalado bien lo que habian de hacer, se volvieron, y nos dejaron con aquellos; los cuales, teniendo en la memoria lo que los otros les habian dicho, nos comenzaron á tratar con

aquel mismo temor y reverencia que los otros, y fuimos con ellos tres jornadas, y lleváronnos adonde habia mucha gente; y antes que llegásemos á ellos avisaron cómo íbamos, y dijeron de nosotros todo lo que los otros les habian enseñado, y añadieron mucho mas, porque toda esta gente de indios son grandes amigos de novelas y muy mentirosos, mayormente donde pretenden algun interés. Y cuando llegamos cerca de las casas, salió toda la gente á recebirnos con mucho placer y fiesta, y entre otras cosas, dos físicos de ellos nos dieron dos calabazas, y de aquí comenzamos á llevar calabazas con nosotros, y añadimos á nuestra autoridad esta cerimonia, que para con ellos es muy grande. Los que nos habian acompañado saquearon las casas; mas, como eran muchas y ellos pocos, no pudieron llevar todo cuanto tomaron, y mas de la mitad dejaron perdido; y de aquí por la halda de la sierra nos fuimos metiendo por la tierra adentro mas de cincuenta leguas, y al cabo de ellas hallamos cuarenta casas, y entre otras cosas que nos dieron, hobo Andrés Dorantes un cascabel gordo, grande, de cobre, y en él figurado un rostro, y esto mostraban ellos, que lo tenian en mucho, y les dijeron que lo habian habido de otros sus vecinos; y preguntándoles, que dónde habian habido aquello, dijéronles que lo habian traido de hácia el norte, y que allí habia mucho, y era tenido en grande estima; y entendimos que do quiera que aquello habia venido, habia fundicion y se labraba de vaciado, y con esto nos partimos otro dia, y atravesamos una sierra de siete leguas, y las piedras de ella eran de escorias de hierro; y á la noche llegamos á muchas casas, que estaban asentadas á la ribera de un muy hermoso rio, y los señores de ellas salieron á medio camino á recebirnos con sus hijos á cuestas, y nos dieron muchas taleguillas de margarita y de alcohol molido; con esto se untan ellos la cara; y dieron muchas cuentas, y muchas mantas de vacas, y cargaron á todos los que venian con nosotros de todo cuanto ellos tenian. Comian tunas y piñones; hay por aquella tierra pinos chicos, y las piñas de ellas son como huevos pequeños, mas los piñones son mejores que los de Castilla, porque tienen las cáscaras muy delgadas; y cuando están verdes, muélenlos y hácenlos pellas, y ansí los comen; y si están secos, los muelen con cáscaras, y los comen hechos polvos. Y los que por allí nos recebian, desque nos habian tocado, volvian corriendo hasta sus casas, y luego daban vuelta á nosotros, y no cesaban de correr, yendo y viniendo. De esta manera traíannos muchas cosas para el camino. Aquí me trajeron un hombre, y me dijeron que habia mucho tiempo que le habian herido con una flecha por el espalda derecha, y tenia la punta de la flecha sobre el corazon; decia que le daba mucha pena, y que por aquella causa siempre estaba enfermo. Yo le toqué, y sentí la punta de la flecha, y vi que la tenia atravesada por la ternilla, y con un cuchillo que tenia, le abrí el pecho hasta aquel lugar, y vi que tenia la punta atravesada, y estaba muy mala de sacar; torné á cortar mas, y metí la punta del cuchillo, y con gran trabajo en fin la saqué. Era muy larga, y con un hueso de venado, usando de mi oficio de medicina, le dí dos puntos; y dados, se me desangraba, y con raspa de un cuero le estanqué la sangre; y cuando hube sacado la punta, pidiéronmela, y yo se la dí, y el pueblo todo vino á verla, y la enviaron por la tierra adentro, para que la viesen los que allá estaban, y por esto hicieron muchos bailes y fiestas, como ellos suelen hacer; y otro dia le corté los dos puntos al indio, y estaba sano; y no parescia la herida que le habia hecho sino como una raya de la palma de la mano, y dijo que no sentia dolor ni pena alguna; y esta cura nos dió entre ellos tanto crédito por toda la tierra, cuanto ellos podian y sabian estimar y encarescer. Mostrámosles aquel cascabel que traíamos, y dijéronnos, que en aquel lugar de donde aquel habia venido, habia muchas planchas de aquello enterradas, y que aquello era cosa que ellos tenian en mucho; y habia casas de asiento, y esto creemos nosotros que es la mar del Sur, que siempre tuvimos noticia que aquella mar es mas rica que la del Norte. De estos nos partimos, y anduvimos por tantas suertes de gentes y de tan diversas lenguas, que no basta memoria á poderlas contar, y siempre saqueaban los unos á los otros; y así los que perdian como los que ganaban quedaban muy contentos. Llevábamos tanta compañía, que en ninguna manera podiamos valernos con ellos. Por aquellos valles donde íbamos, cada uno de ellos llevaba un garrote tan largo como tres palmos, y todos iban en ala; y en saltando alguna liebre (que por allí habia hartas), cercábanla luego, y caian tantos garrotes sobre ella, que era cosa de maravilla, y de esta manera la hacian andar de unos para otros; que á mi ver era la mas hermosa caza que se podia pensar, porque muchas veces ellas se venian hasta las manos; y cuando á la noche parábamos, eran tantas las que nos habian dado, que traia cada uno de nosotros ocho ó diez cargas de ellas; y los que traian arcos no parecian delante de nosotros, antes se apartaban por la sierra á buscar venados; y á la noche cuando venian, traian para cada uno de nosotros cinco ó seis venados, y pájaros y codornices, y otras cazas; finalmente, todo cuanto aquella gente hallaban y mataban nos lo ponian delante, sin que ellos osasen tomar ninguna cosa, aunque muriesen de hambre; que así lo tenian ya por costumbre después que andaban con nosotros, y sin que primero lo santiguásemos; y las mujeres traian muchas esteras, de que ellos nos hacian casas, para cada uno la suya aparte, y con toda su gente conoscida; y cuando esto era hecho, mandábamos que asasen aquellos venados y liebres, y todo lo que habian tomado; y esto tambien se hacia muy presto en unos hornos que para esto ellos hacian; y de todo ello nosotros tomábamos un poco, y lo otro dábamos al principal de la gente que con nosotros venia, mandándole que lo repartiese entre todos. Cada uno con la parte que le cabia venian á nosotros para que la soplásemos y santiguásemos, que de otra manera no osaran comer de ella; y muchas veces traíamos con nosotros tres ó cuatro mil personas. Y era tan grande nuestro trabajo, que á cada uno habiamos de soplar y santiguar lo que habian de comer y beber, y para otras muchas cosas que querian hacer nos venian á pedir licencia, de que se puede ver qué tanta importunidad rescebiamos. Las mujeres nos traian las tunas y arañas y gusanos, y lo que podian haber.

porque aunque se muriesen de hambre, ninguna cosa habian de comer sin que nosotros la diésemos. E yendo con estos, pasamos un gran rio, que venia del norte; y pasados unos llanos de treinta leguas, hallamos mucha gente que de léjos de allí venia á recebirnos, y salian al camino por donde habiamos de ir, y nos recebieron de la manera de los pasados.

CAPITULO XXX.

De cómo se mudó la costumbre del recebirnos.

Desde aquí hobo otra manera de recebirnos, en cuanto toca al saquearse, porque los que salian de los caminos á traernos alguna cosa á los que con nosotros venian, no los robaban; mas después de entrados en sus casas, ellos mismos nos ofrescian cuanto tenian, y las casas con ello; nosotros las dábamos á los principales, para que entre ellos las partiesen, y siempre los que quedaban despojados nos seguian, de donde crescia mucha gente para satisfacerse de su pérdida; y decíanles que se guardasen y no escondiesen cosa alguna de cuantas tenian, porque no podia ser sin que nosotros lo supiésemos, y hariamos luego que todos muriesen, porque el sol nos lo decia. Tan grandes eran los temores que les ponian, que los primeros dias que con nosotros estaban, nunca estaban sino temblando y sin osar hablar ni alzar los ojos al cielo. Estos nos guiaron por mas de cincuenta leguas de despoblado de muy ásperas sierras, y por ser tan secas no habia caza en ellas, y por esto pasamos mucha hambre, y al cabo un rio muy grande, que el agua nos daba hasta los pechos; y desde aquí, nos comenzó mucha de la gente que traiamos á adolescer de la mucha hambre y trabajo que por aquellas sierras habian pasado, que por extremo eran agras y trabajosas. Estos mismos nos llevaron á unos llanos al cabo de las sierras, donde venian á recebirnos de muy léjos de allí, y nos recebieron como los pasados, y dieron tanta hacienda á los que con nosotros venian, que por no poderla llevar, dejaron la mitad; y dijimos á los indios que lo habian dado, que lo tornasen á tomar y lo llevasen, porque no quedase allí perdido; y respondieron que en ninguna manera lo harian, porque no era su costumbre, después de haber una vez ofrescido, tornarlo á tomar; y así, no lo teniendo en nada, lo dejaron todo perder. A estos dijimos que queriamos ir á la puesta del sol, y ellos respondiéronnos que por allí estaba la gente muy léjos, y nosotros les mandábamos que enviasen á hacerles saber cómo nosotros íbamos allá, y de esto se excusaron lo mejor que ellos podian, porque ellos eran sus enemigos, y no querian que fuésemos á ellos; mas no osaron hacer otra cosa; y así, enviaron dos mujeres, una suya, y otra que de ellos tenian captiva; y enviaron estas porque las mujeres pueden contratar aunque haya guerra; y nosotros las seguimos, y paramos en un lugar donde estaba concertado que las esperásemos; mas ellas tardaron cinco dias; y los indios decian que no debian de hallar gente. Dijímosles que nos llevasen hácia el norte; respondieron de la misma manera, diciendo que por allí no habia gente sino muy léjos, y que no habia qué comer ni se hallaba agua; y con todo esto, nosotros porfiamos y dijimos que por allí queriamos ir, y ellos todavía se excusaban de la mejor manera que podian, y por esto nos enojámos, y yo me salí una noche á dormir en el campo, apartado de ellos; mas luego fueron donde yo estaba, y toda la noche estuvieron sin dormir y con mucho miedo y hablándome y diciéndome cuán atemorizados estaban, rogándonos que no estuviésemos mas enojados, y que aunque ellos supiesen morir en el camino, nos llevarian por donde nosotros quisiésemos ir; y como nosotros todavía fingiamos estar enojados y porque su miedo no se quitase, suscedió una cosa extraña, y fué que este dia mesmo adolescieron muchos de ellos, y otro dia siguiente murieron ocho hombres. Por toda la tierra donde esto se supo hobieron tanto miedo de nosotros, que parescia en vernos que de temor habian de morir. Rogáronnos que no estuviésemos enojados, ni quisiésemos que mas de ellos muriesen, y tenian por muy cierto que nosotros los matábamos con solamente quererlo; y á la verdad, nosotros recebiamos tanta pena de esto, que no podia ser mayor; porque, allende de ver los que morian, temiamos que no muriesen todos ó nos dejasen solos, de miedo, y todas las otras gentes de ahí adelante hiciesen lo mismo, viendo lo que á estos habia acontecido. Rogamos á Dios nuestro Señor que lo remediase; y ansí, comenzaron á sanar todos aquellos que habian enfermado, y vimos una cosa que fué de grande admiracion, que los padres y hermanos y mujeres de los que murieron, de verlos en aquel estado tenian gran pena; y después de muertos, ningun sentimiento hicieron, ni los vimos llorar, ni hablar unos con otros, ni hacer otra ninguna muestra, ni osaban llegar á ellos, hasta que nosotros los mandábamos llevar á enterrar, y mas de quince dias que con aquellos estuvimos, á ninguno vimos hablar uno con otro, ni los vimos reir ni llorar á ninguna criatura; antes porque una lloró, la llevaron muy léjos de allí, y con unos dientes de raton agudos, la sajaron desde los hombros hasta casi todas las piernas. E yo viendo esta crueldad, y enojado de ello, les pregunté que por qué lo hacian, y respondieron que para castigarla porque habia llorado delante de mí. Todos estos temores que ellos tenian, ponian á todos los otros que nuevamente venian á conoscernos, á fin que nos diesen todo cuanto tenian, porque sabian que nosotros no tomábamos nada y lo habiamos de dar todo á ellos. Esta fué la mas obediente gente que hallamos por esta tierra, y de mejor condicion; y comunmente son muy dispuestos. Convalescidos los dolientes, y, ya que habia tres dias que estábamos allí, llegaron las mujeres que habiamos enviado, diciendo que habian hallado muy poca gente, y que todos habian ido á las vacas, que era en tiempo de ellas; y mandamos á los que habian estado enfermos, que se quedasen, y los que estuviesen buenos fuesen con nosotros, y que dos jornadas de allí, aquellas mismas dos mujeres irian con dos de nosotros á sacar gente y traerla al camino para que nos recebiesen, y con esto, otro dia de mañana todos los que mas rescios estaban partieron con nosotros, y á tres jornadas paramos, y el siguiente dia partió Alonso del Castillo con Estebanico el negro, llevando por guia las dos mujeres, y la que de ellas era captiva los llevó á un rio que corria entre unas sierras donde estaba un pue-

blo en que su padre vivia, y estas fueron las primeras casas que vimos que tuviesen parescer y manera de ello. Aquí llegaron Castillo y Estebanico; y después de haber hablado con los indios, á cabo de tres dias vino Castillo adonde nos habia dejado, y trajo cinco ó seis de aquellos indios, y dijo cómo habia hallado casas de gente y de asiento, y que aquella gente comia frísoles y calabazas, y que habia visto maíz. Esta fué la cosa del mundo que mas nos alegró, y por ello dimos infinitas gracias á nuestro Señor, y dijo que el negro vernia con toda la gente de las casas á esperar al camino, cerca de allí; y por esta causa partimos, y andada legua y media, topamos con el negro y la gente que venian á recebirnos, y nos dieron frísoles y muchas calabazas para comer y para traer agua, y mantas de vacas y otras cosas. Y como estas gentes y las que con nosotros venian eran enemigos y no se entendian, partímonos de los primeros, dándoles lo que nos habian dado, y fuímonos con estos, y á seis leguas de allí, ya que venia la noche, llegamos á sus casas, donde hicieron muchas fiestas con nosotros. Aquí estuvimos un dia, y el siguiente nos partimos, y llevámoslos con nosotros á otras casas de asiento, donde comian lo mismo que ellos, y de ahí adelante hobo otro nuevo uso, que los que sabian de nuestra vida, no salian á recebirnos á los caminos, como los otros hacian; antes los hallábamos en sus casas, y tenian hechas otras para nosotros, y estaban todos asentados, y todos tenian vueltas las caras hácia la pared y las cabezas bajas y los cabellos puestos delante de los ojos, y su hacienda puesta en monton en medio de la casa, y de aquí adelante comenzaron á darnos muchas mantas de cueros, y no tenian cosa que no nos diesen. Es la gente de mejores cuerpos que vimos, y de mayor viveza y habilidad y que mejor nos entendian y respondian en lo que preguntábamos; y llamámoslos de las Vacas, porque la mayor parte que de ellas mueren, es cerca de allí; y porque aquel rio arriba mas de cincuenta leguas, van matando muchas de ellas. Esta gente andan del todo desnudos, á la manera de los primeros que hallamos. Las mujeres andan cubiertas con unos cueros de venado, y algunos pocos de hombres, señaladamente los que son viejos, que no sirven para la guerra. Es tierra muy poblada. Preguntámosles cómo no sembraban maíz; respondiéronnos que lo hacian por no perder lo que sembrasen, porque dos años arreo les habian faltado las aguas, y habia sido el tiempo tan seco, que á todos les habian perdido los maíces los topos, y que no osarian tornar á sembrar sin que primero hobiese llovido mucho; y rogábannos que dijesemos al cielo que lloviese y se lo rogásemos, y nosotros se lo prometimos de hacerlo ansí. Tambien nosotros quesimos saber de dónde habian traido aquel maíz, y ellos nos dijeron que de donde el sol se ponia, y que lo habia por toda aquella tierra; mas que lo mas cerca de allí era por aquel camino. Preguntámosles por dónde iriamos bien, y que nos informasen del camino, porque no querian ir allá; dijéronnos que el camino era por aquel rio arriba hácia el norte, y que en diez y siete jornadas no hallariamos otra cosa ninguna que comer, sino una fruta que llaman chacan, y que la machucan entre unas piedras si aun después de hecha esta diligencia no se puede comer, de áspera y seca; y así era la verdad, porque allí nos lo mostraron y no lo podimos comer, y dijéronnos tambien que entre tanto que nosotros fuésemos por el rio arriba, iriamos siempre por gente que eran sus enemigos y hablaban su misma lengua, y que no tenian que darnos cosa á comer; mas que nos recebirian de muy buena voluntad, y que nos darian muchas mantas de algodon y cueros y otras cosas de las que ellos tenian, mas que todavía les parescia que en ninguna manera no debiamos tomar aquel camino. Dudando lo que hariamos, y cuál camino tomariamos que mas á nuestro propósito y provecho fuese, nosotros nos detuvimos con ellos dos dias. Dábannos á comer frísoles y calabazas; la manera de cocerlas es tan nueva, que por ser tal, yo la quise aquí poner, para que se vea y se conozca cuán diversos y extraños son los ingenios y industrias de los hombres humanos. Ellos no alcanzan ollas, y para cocer lo que ellos quieren comer, hinchen media calabaza grande de agua, y en el fuego echan muchas piedras de las que mas fácilmente ellos pueden encender, y toman el fuego; y cuando ven que están ardiendo tomanlas con unas tenazas de palo, y echanlas en aquella agua que está en la calabaza, hasta que la hacen hervir con el fuego que las piedras llevan; y cuando ven que el agua hierve, echan en ella lo que han de cocer, y en todo este tiempo no hacen sino sacar unas piedras y echar otras ardiendo para que el agua hierva para cocer lo que quieren, y así lo cuecen.

CAPITULO XXXI.

De cómo seguimos el camino del maíz.

Pasados dos dias que allí estuvimos, determinamos de ir á buscar el maíz, y no quesimos seguir el camino de las Vacas porque es hácia el norte, y esto era para nosotros muy gran rodeo, porque siempre tuvimos por cierto que yendo la puesta del sol, habiamos de hallar lo que deseábamos; y ansí, seguimos nuestro camino, y atravesamos toda la tierra hasta salir á la mar del Sur; y no bastó á estorbarnos esto el temor que nos ponian de la mucha hambre que habiamos de pasar (como á la verdad la pasamos) por todas las diez y siete jornadas que nos habian dicho. Por todas ellas el rio arriba nos dieron muchas mantas de vacas, y no comimos de aquella su fruta, mas nuestro mantenimiento era cada dia tanto como una mano de unto de venado, que para estas necesidades procurábamos siempre de guardar, y ansí pasamos todas las diez y siete jornadas, y al cabo de ellas atravesamos el rio, y caminamos otras diez y siete. A la puesta del sol, por unos llanos, y entre unas sierras muy grandes que allí se hacen, allí hallamos una gente que la tercera parte del año no comen sino unos polvos de paja; y por ser aquel tiempo cuando nosotros por allí caminamos, hobímoslo tambien de comer hasta que, acabadas éstas jornadas, hallamos casas de asiento, adonde habia mucho maíz allegado, y de ello y de su harina nos dieron mucha cantidad, y de calabazas y frísoles y mantas de algodon, y de todo cargamos á los que allí nos habian traido, y con esto se volvieron los mas contentos del mundo. Nosotros dimos muchas gracias á Dios nuestro Señor por habernos traido allí, adon-

de habiamos hallado tanto mantenimiento. Entre estas casas habia algunas de ellas que eran de tierra, y las otras todas son de estera de cañas; y de aquí pasamos mas de cien leguas de tierra, y siempre hallamos casas de asiento, y mucho mantenimiento de maíz, y frísoles y dábannos muchos venados y muchas mantas de algodon, mejores que las de la Nueva-España. Dábannos tambien muchas cuentas y de unos corales que hay en la mar del Sur, muchas turquesas muy buenas que tienen de hácia el norte; y finalmente, dieron aquí todo cuanto tenian, y á mí me dieron cinco esmeraldas hechas puntas de flechas, y con estas flechas hacen ellos sus areitos y bailes; y paresciéndome á mí que eran muy buenas, les pregunté que dónde las habian habido, y dijeron que las traian de unas sierras muy altas que están hácia el norte, y las compraban á trueco de penachos y plumas de papagayos, y decian que habia allí pueblos de mucha gente y casas muy grandes. Entre estos vimos las mujeres mas honestamente tratadas que á ninguna parte de Indias que hobiésemos visto. Traen unas camisas de algodon, que llegan hasta las rodillas, y unas medias-mangas encima de ellas, de unas faldillas de cuero de venado sin pelo, que tocan en el suelo, y enjabónanlas con unas raíces que alimpian mucho, y ansí las tienen muy bien tratadas; son abiertas por delante, y cerradas con unas correas; andan calzados con zapatos. Toda esta gente venia á nosotros á que les tocásemos y santiguásemos; y eran en esto tan importunos, que con gran trabajo lo sufriamos, porque dolientes y sanos, todos querian ir santiguados. Acontecia muchas veces que de las mujeres que con nosotros iban, parian algunas, y luego en nasciendo nos traian la criatura á que la santiguásemos y tocásemos. Acompañábannos siempre hasta dejarnos entregados á otros, y entre todas estas gentes se tenia por muy cierto que veniamos del cielo. Entre tanto que con estos anduvimos caminamos todo el dia sin comer hasta la noche, y comiamos tan poco, que ellos se espantaban de verlo. Nunca nos sintieron cansancio, y á la verdad nosotros estábamos tan hechos al trabajo, que tampoco lo sentiamos. Teniamos con ellos mucha autoridad y gravedad, y para conservar esto, les hablábamos pocas veces. El negro les hablaba siempre; se informaba de los caminos que queriamos ir y los pueblos que habia y de las cosas que queriamos saber. Pasamos por gran número y diversidades de lenguas; con todas ellas Dios nuestro Señor nos favoresció, porque siempre nos entendieron y les entendimos; y ansí, preguntábamos y respondian por señas, como si ellos hablaran nuestra lengua y nosotros la suya; porque, aunque sabiamos seis lenguas, no nos podiamos en todas partes aprovechar de ellas, porque hallamos mas de mil diferencias. Por todas estas tierras, los que tenian guerras con los otros se hacian luego amigos para venirnos á recebir y traernos todo cuanto tenian, y de esta manera dejamos toda la tierra en paz, y dijímosles por las señas que nos entendian, que en el cielo habia un hombre que llamábamos Dios, el cual habia criado el cielo y la tierra, y que este adorábamos nosotros y teniamos por Señor, y que haciamos lo que nos mandaba, y que de su mano venian todas las cosas buenas, y que si ansí ellos lo hiciesen, les iria muy bien de ello; y tan grande aparejo hallamos en ellos, que si lengua hobiera con que perfectamente nos entendiéramos, todos los dejáramos cristianos. Esto les dimos á entender lo mejor que podimos, y de ahí adelante cuando el sol salia, con muy gran grita abrian las manos juntas al cielo, y después las traian por todo su cuerpo, y otro tanto hacian cuando se ponia. Es gente bien acondicionada y aprovechada para seguir cualquiera cosa bien aparejada.

CAPITULO XXXII.

De cómo nos dieron los corazones de los venados.

En el pueblo donde nos dieron las esmeraldas, dieron á Dorantes mas de seiscientos corazones de venado abiertos, de que ellos tienen siempre mucha abundancia para su mantenimiento, y por esto le pusimos nombre el pueblo de los Corazones, y por él es la entrada para muchas provincias que están á la mar del Sur; y si los que la fueren á buscar por aquí no entraren, se perderán; porque la costa no tiene maíz, y comen polvo de bledo y de paja y de pescado que toman en la mar con balsas, porque no alcanzan canoas. Las mujeres cubren sus vergüenzas con yerba y paja. Es gente muy apocada y triste. Creemos que cerca de la costa, por la via de aquellos pueblos que nosotros trujimos, hay mas de mil leguas de tierra poblada, y tienen mucho mantenimiento, porque siembran tres veces en el año frísoles y maíz. Hay tres maneras de venados; los de la una de ellas son tamaños como novillos de Castilla; hay casas de asiento, que llaman buhíos, y tienen yerba, y esto es de unos árboles al tamaño de manzanos, y no es menester mas de coger la fruta y untar la flecha con ella; y si no tiene fruta, quiebran una rama, y con la leche que tienen hacen lo mesmo. Hay muchos de estos árboles que son tan ponzoñosos, que si majan las hojas de él y las lavan en alguna agua allegada, todos los venados y cualesquier otros animales que de ella beben, revientan luego. En este pueblo estuvimos tres dias, y á una jornada de allí estaba otro, en el cual nos tomaron tantas aguas, que porque un rio cresció mucho, no lo podimos pasar, y nos detuvimos allí quince dias. En este tiempo Castillo vió al cuello de un indio una evilleta de talabarte de espada, y en ella cosido un clavo de herrar; tomósela, y preguntámosle qué cosa era aquella, y dijéronnos que habian venido del cielo. Preguntámosle mas, que quién la habia traido de allá, y respondieron que unos hombres que traian barbas como nosotros, que habian venido del cielo, y llegado á aquel rio, y que traian caballos y lanzas y espadas, y que habian alanceado dos de ellos; y lo mas disimuladamente que podimos les preguntamos qué se habian hecho aquellos hombres, y respondiéronnos que se habian ido á la mar, y que metieron las lanzas por debajo del agua, y que ellos se habian tambien metido por debajo, y que después los vieron ir por cima hácia puesta del sol. Nosotros dimos muchas gracias á Dios nuestro Señor por aquello que oimos, porque estábamos desconfiados de saber nuevas de cristianos; y por otra parte nos vimos en gran confusion y tristeza, creyendo que aquella gente no seria sino algunos que habian venido por la mar á descubrir; mas al fin, como tuvimos tan cierta nueva de ellos, dímonos

mas priesa á nuestro camino, y siempre hallábamos mas nueva de cristianos, y nosotros les deciamos que les íbamos á buscar para decirles que no los matasen ni tomasen por esclavos, ni los sacasen de sus tierras, ni les hiciesen otro mal ninguno, y de esto ellos holgaban mucho. Anduvimos mucha tierra, y toda la hallamos despoblada, porque los moradores de ella andaban huyendo por las sierras, sin osar tener casas ni labrar, por miedo de los cristianos. Fué cosa de que tuvimos muy gran lástima, viendo la tierra muy fértil y muy hermosa y muy llena de aguas y de rios, y ver los lugares despoblados y quemados, y la gente tan flaca y enferma, huida y escondida toda; y como no sembraban, con tanta hambre, se mantenian con cortezas de árboles y raíces. De esta hambre á nosotros alcanzaba parte en todo este camino, porque mal nos podian ellos proveer estando tan desventurados, que parescia que se querian morir. Trujéronnos mantas de las que habian escondido por los cristianos, y diéronnoslas, y aun contáronnos cómo otras veces habian entrado los cristianos por la tierra, y habian destruido y quemado los pueblos, y llevado la mitad de los hombres y todas las mujeres y muchachos, y que los que de sus manos se habian podido escapar andaban huyendo. Como los viamos tan atemorizados, sin osar parar en ninguna parte, y que ni querian ni podian sembrar ni labrar la tierra, antes estaban determinados de dejarse morir, y que esto tenian por mejor que esperar y ser tratados con tanta crueldad como hasta allí, y mostraban grandísimo placer con nosotros, aunque temimos que llegados á los que tenian la frontera con los cristianos y guerra con ellos, nos habian de maltratar y hacer que pagásemos lo que los cristianos contra ellos hacian. Mas como Dios nuestro Señor fué servido de traernos hasta ellos, comenzáronnos á temer y acatar como los pasados y aun algo mas, de que no quedamos poco maravillados; por donde claramente se ve que estas gentes todas, para ser atraidas á ser cristianos y á obediencia de la imperial majestad, han de ser llevados con buen tratamiento, y que este es camino muy cierto, y otro no. Estos nos llevaron á un pueblo que está en un cuchillo de una sierra, y se ha de subir á él por grande aspereza; y aquí hallamos mucha gente que estaba junta, recogidos por miedo de los cristianos. Recebiéronnos muy bien, y diéronnos cuanto tenian, y diéronnos mas de dos mil cargas de maíz que dimos á aquellos miserables y hambrientos que hasta allí nos habian traido; y otro dia despachamos de allí cuatro mensajeros por la tierra como lo acostumbrábamos hacer, para que llamasen y convocasen toda la mas gente que pudiesen, á un pueblo que está tres jornadas de allí; y hecho esto, otro dia nos partimos con toda la gente que allí estaba, y siempre hallábamos rastro y señales adonde habian dormido cristianos; y á mediodía topamos nuestros mensajeros, que nos dijeron que no habian hallado gente, que toda andaba por los montes, escondidos huyendo, porque los cristianos no los matasen y hiciesen esclavos; y que la noche pasada habian visto á los cristianos estando ellos detrás de unos árboles mirando lo que hacian, y vieron cómo llevaban muchos indios en cadenas; y de esto se alteraron los que con nosotros venian, y algunos de ellos se volvieron para dar aviso por la tierra cómo venian cristianos, y muchos mas hicieran esto si nosotros no les dijéramos que no lo hiciesen ni tuviesen temor; y con esto se aseguraron y holgaron mucho. Venian entonces con nosotros indios de cien leguas de allí, y no podiamos acabar con ellos que se volviesen á sus casas; y por asegurarlos dormimos aquella noche allí, y otro dia caminamos y dormimos en el camino; y el siguiente dia, los que habiamos enviado por mensajeros nos guiaron adonde ellos habian visto los cristianos; y llegados á hora de vísperas, vimos claramente que habian dicho la verdad, y conoscimos la gente que era de á caballo, por las estacas en que los caballos habian estado atados. Desde aquí, que se llama el rio de Petutan, hasta el rio donde llegó Diego de Guzman, puede haber hasta él desde donde supimos de cristianos, ochenta leguas; y desde allí al pueblo donde nos tomaron las aguas, doce leguas; y desde allí hasta la mar del Sur habia doce leguas. Por toda esta tierra donde alcanzan sierras vimos grandes muestras de oro y alcohol, hierro, cobre y otros metales. Por donde están las casas de asiento es caliente; tanto, que por enero hace gran calor. Desde allí hácia el mediodía de la tierra, que es despoblada hasta la mar del Norte, es muy desastrada y pobre, donde pasamos grande y increible hambre; y los que por aquella tierra habitan y andan es gente crudelísima y de muy mala inclinacion y costumbres. Los indios que tienen casa de asiento y los de atrás, ningun caso hacen de oro y plata, ni hallan que pueda haber provecho de ello.

CAPITULO XXXIII.

Cómo vimos rastro de cristianos.

Después que vimos rastro claro de cristianos, y entendimos que tan cerca estábamos de ellos, dimos muchas gracias á Dios nuestro Señor por querernos sacar de tan triste y miserable captiverio; y el placer que de esto sentimos, júzguelo cada uno cuando pensare el tiempo que en aquella tierra estuvimos, y los peligros y trabajos por que pasamos. Aquella noche yo rogué á uno de mis compañeros que fuese tras los cristianos, que iban por donde nosotros dejábamos la tierra asegurada, y habia tres dias de camino. A ellos se les hizo de mal esto, excusándose por el cansancio y trabajo; y aunque cada uno de ellos lo pudiera hacer mejor que yo, por ser mas recios y mas mozos; mas, vista su voluntad, otro dia por la mañana tomé conmigo al negro y once indios, y por el rastro que hallaba siguiendo á los cristianos, pasé por tres lugares donde habian dormido; y este dia anduve diez leguas, y otro dia de mañana alcancé cuatro cristianos de caballo, que recebieron gran alteracion de verme tan extrañamente vestido y en compañía de indios. Estuviéronme mirando mucho espacio de tiempo, tan atónitos, que ni me hablaban ni acertaban á preguntarme nada. Yo les dije que me llevasen adonde estaba su capitan; y así, fuimos media legua de allí, donde estaba Diego de Alcaraz, que era el capitan; y después de haberlo hablado, me dijo que estaba muy perdido allí, porque habia muchos dias que no habia podido tomar indios, y que no habia por dónde ir, porque entre ellos comenzaba á haber necesidad y hambre; yo le dije cómo atrás quedaban Dorantes y Castillo.

que estában diez leguas de allí con muchas gentes que nos habian traido; y él envió luego tres de caballo y cincuenta indios de los que ellos traian; y el negro volvió con ellos para guiarlos, y yo quedé allí, y pedí que me diesen por testimonio el año y el mes y dia que allí habia llegado, y la manera en que venia, y ansí lo hicieron. De este rio hasta el pueblo de los cristianos, que se llama Sant Miguel, que es de la gobernacion de la provincia que dicen la Nueva-Galicia, hay treinta leguas.

CAPITULO XXXIV.

De cómo envié por los cristianos.

Pasados cinco dias, llegaron Andrés Dorantes y Alonso del Castillo con los que habian ido por ellos, y traian consigo mas de seiscientas personas, que eran de aquel pueblo que los cristianos habian hecho subir al monte, y andaban escondidos por la tierra, y los que hasta allí con nosotros habian venido los habian sacado de los montes y entregado á los cristianos, y ellos habian despedido todas las otras gentes que hasta allí habian traido; y venidos adonde yo estaba, Alcaraz me rogó que enviásemos á llamar la gente de los pueblos que están á vera del rio, que andaban ascondidos por los montes de la tierra, y que les mandásemos que trujesen de comer, aunque esto no era menester, porque ellos siempre tenian cuidado de traernos todo lo que podian, y enviamos luego nuestros mensajeros á que los llamasen, y vinieron seiscientas personas, que nos trujeron todo el maíz que alcanzaban, y traíanlo en unas ollas tapadas con barro, en que lo habian enterrado y escondido, y nos trujeron todo lo mas que tenian; mas nosotros no quisimos tomar de todo ello sino la comida, y dimos todo lo otro á los cristianos para que entre sí lo repartiesen; y después de esto, pasamos muchas y grandes pendencias con ellos, porque nos querian hacer los indios que traimos esclavos, y con este enojo, al partir, dejamos muchos arcos turquescos que traiamos, y muchos zurrones y flechas, y entre ellas las cinco de las esmeraldas, que no se nos acordó de ellas; y ansí las perdimos. Dimos á los cristianos muchas mantas de vaca y otras cosas que traiamos; vímonos con los indios en mucho trabajo porque se volviesen á sus casas y se asegurasen, y sembrasen su maíz. Ellos no querian sino ir con nosotros hasta dejarnos, como acostumbraban, con otros indios; porque si se volviesen sin hacer esto, temian que se moririan; que para ir con nosotros no temian á los cristianos ni á sus lanzas. A los cristianos les pesaba de esto, y hacian que su lengua les dijese que nosotros éramos de ellos mismos, y nos habiamos perdido muchos tiempos habia, y que éramos gente de poca suerte y valor, y que ellos eran los señores de aquella tierra, á quien habian de obedescer y servir. Mas todo esto los indios tenian en muy poco ó nonada de lo que les decian; antes unos con otros entre sí platicaban, diciendo que los cristianos mentian, porque nosotros veniamos de donde salia el sol, y ellos donde se pone; y que nosotros sanábamos los enfermos, y ellos mataban los que estaban sanos; y que nosotros veniamos desnudos y descalzos, y ellos vestidos y en caballos y con lanzas; y que nosotros no teniamos cobdicia de ninguna cosa, antes todo cuanto nos daban tornábamos luego á dar, y con nada nos quedábamos, y los otros no tenian otro fin sino robar todo cuanto hallaban, y nunca daban nada á nadie; y de esta manera relataban todas nuestras cosas, y las encarescian por el contrario de los otros; y así les respondieron á la lengua de los cristianos, y lo mismo hicieron saber á los otros por una lengua que entre ellos habia, con quien nos entendiamos, y aquellos que la usan llamamos propriamente primahaitu (que es como decir vascongados); la cual, mas de cuatrocientas leguas de las que anduvimos, hallamos usada entre ellos, sin haber otra por todas aquellas tierras. Finalmente, nunca pudo acabar con los indios creer que éramos de los otros cristianos, y con mucho trabajo y importunacion los hecimos volver á sus casas, y les mandamos que se asegurasen, y asentasen sus pueblos, y sembrasen y labrasen la tierra, que, de estar despoblada, estaba ya muy llena de monte; la cual sin dubda es la mejor de cuantas en estas Indias hay, y mas fértil y abundosa de mantenimientos, y siembran tres veces en el año. Tiene muchas frutas y muy hermosos rios, y otras muchas aguas muy buenas. Hay muestras grandes y señales de minas de oro y plata; la gente de ella es muy bien acondicionada; sirven á los cristianos (los que son amigos) de muy buena voluntad. Son muy dispuestos, mucho mas que los de Méjico; y finalmente, es tierra que ninguna cosa le falta para ser muy buena. Despedidos los indios, nos dijeron que harian lo que mandábamos, y asentarian sus pueblos si los cristianos los dejaban; y yo así lo digo y afirmo por muy cierto, que si no lo hicieren, será por culpa de los cristianos.

Después que hobimos enviado á los indios en paz, y regraciádoles el trabajo que con nosotros habian pasado, los cristianos nos enviaron (debajo de cautela) á un Cebreros, alcalde, y con él otros dos; los cuales nos llevaron por los montes y despoblados, por apartarnos de la conversacion de los indios, y porque no viésemos ni entendiésemos lo que de hecho hicieron; donde paresce cuánto se engañan los pensamientos de los hombres, que nosotros andábamos á les buscar libertad, y cuando pensábamos que la teniamos, sucedió tan al contrario, porque tenian acordado de ir á dar en los indios que enviábamos asegurados y de paz; y ansí como lo pensaron, lo hicieron; llevéronnos por aquellos montes dos dias, sin agua, perdidos y sin camino, y todos pensamos perescer de sed, y de ella se nos ahogaron siete hombres, y muchos amigos que los cristianos traian consigo no pudieron llegar hasta otro dia á mediodia adonde aquella noche hallamos nosotros el agua; y caminamos con ellos veinte y cinco leguas, poco mas ó menos, y al fin de ellas llegamos á un pueblo de indios de paz, y el alcalde que nos llevaba nos dejó allí, y él pasó adelante otras tres leguas, á un pueblo que se llamaba Culiazan, adonde estaba Melchior Diaz, alcalde mayor y capitan de aquella provincia.

CAPITULO XXXV.

De cómo el Alcalde mayor nos recebió bien la noche que llegamos.

Cómo el Alcalde mayor fué avisado de nuestra salida y venida, luego aquella noche partió, y vino adon-

de nosotros estábamos, y lloró mucho con nosotros, dando loores á Dios nuestro Señor por haber usado de tanta misericordia con nosotros; y nos habló y trató muy bien; y de parte del gobernador Nuño de Guzman y suya nos ofresció todo lo que tenia y podia; y mostró mucho sentimiento de la mala acogida y tratamiento que en Alcaraz y los otros habiamos hallado, y tuvimos por cierto que si él se hallara allí, se excusara lo que con nosotros y con los indios se hizo; y pasada aquella noche, otro dia nos partimos, y el Alcalde mayor nos rogó mucho que nos detuviésemos allí, y que en esto hariamos muy gran servicio á Dios y á vuestra majestad, porque la tierra estaba despoblada, sin labrarse, y toda muy destruida, y los indios andaban escondidos y huidos por los montes, sin querer venir á hacer asiento en sus pueblos, y que los enviásemos á llamar, y les mandásemos de parte de Dios y de vuestra majestad que viniesen y poblasen en lo llano, y labrasen la tierra. A nosotros nos pareció esto muy dificultoso de poner en efecto, porque no traiamos indio ninguno de los nuestros ni de los que nos solian acompañar y entender en estas cosas. En fin, aventuramos á esto dos indios de los que traian allí captivos, que eran de los mismos de la tierra, y estos se habian hallado con los cristianos; cuando primero llegamos á ellos, y vieron la gente que nos acompañaba, y supieron de ellos la mucha autoridad y dominio que por todas aquellas tierras habiamos traido y tenido, y las maravillas que habiamos hecho, y los enfermos que habiamos curado, y otras muchas cosas, y con estos indios mandamos á otros del pueblo, que juntamente fuesen y llamasen los indios que estaban por las sierras alzados, y los del rio de Petaan, donde habiamos hallado á los cristianos, y que les dijesen que viniesen á nosotros, porque les queriamos hablar; y para que fuesen seguros, y los otros viniesen, les dimos un calabazon de los que nosotros traiamos en las manos (que era nuestra principal insignia y muestra de gran estado), y con este ellos fueron y anduvieron por allí siete dias, y al fin de ellos vinieron, y trujeron consigo tres señores de los que estaban alzados por las sierras, que traian quince hombres, y nos trujeron cuentas y turquesas y plumas, y los mensajeros nos dijeron que no habian hallado á los naturales del rio donde habiamos salido, porque los cristianos los habian hecho otra vez huir á los montes; y el Melchior Diaz dijo á la lengua que de nuestra parte les hablase á aquellos indios, y les dijese cómo venia de parte de Dios, que está en el cielo, y que habiamos andado por el mundo muchos años, diciendo á toda la gente que habiamos hallado que creyesen en Dios y lo sirviesen, porque era señor de todas cuantas cosas habia en el mundo, y que él daba galardon y pagaba á los buenos, y pena perpetua de fuego á los malos; y que cuando los buenos morian, los llevaba al cielo, donde nunca nadie moria, ni tenian hambre ni frio ni sed, ni otra necesidad ninguna, sino la mayor gloria que se podria pensar; y que los que no le querian creer ni obedescer sus mandamientos, los echaba debajo la tierra en compañía de los demonios y en gran fuego, el cual nunca se habia de acabar, sino atormentarlos para siempre; y que allende de esto, si ellos quisiesen ser cristianos y servir á Dios de la manera que les mandásemos, que los cristianos ternian por hermanos y los tratarian muy bien, y nosotros les mandariamos que no les hiciesen ningun enojo ni los sacasen de sus tierras, sino que fuesen grandes amigos suyos; mas que si esto no quisiesen hacer, los cristianos los tratarian muy mal, y se los llevarian por esclavos á otras tierras. A esto respondieron á la lengua que ellos serian muy buenos cristianos, y servirian á Dios; y preguntados en qué adoraban y sacrificaban, y á quién pedian el agua para sus maizales y la salud para ellos, respondieron que á un hombre que estaba en el cielo. Preguntámosles cómo se llamaba, y dijeron que Aguar, y que creian que él habia criado todo el mundo y las cosas de él. Tornámosles á preguntar cómo sabian esto, y respondieron que sus padres y abuelos se lo habian dicho, que de muchos tiempos tenian noticia de esto, y sabian que el agua y todas las buenas cosas las enviaba aquel. Nosotros les dijimos que aquel que ellos decian, nosotros lo llamábamos Dios, y que ansí lo llamasen ellos, y lo sirviesen y adorasen como mandábamos, y ellos se hallarian muy bien de ello. Respondieron que todo lo tenian muy bien entendido, y que así lo harian; y mandámosles que bajasen de las sierras, y viniesen seguros y en paz, y poblasen toda la tierra, y hiciesen sus casas, y que entre ellas hiciesen una para Dios, y pusiesen á la entrada una cruz como la que allí teniamos, y que cuando viniesen allí los cristianos, los saliesen á recebir con las cruces en las manos, sin los arcos y sin armas, y los llevasen á sus casas, y les diesen de comer de lo que tenian, y por esta manera no les harian mal, antes serian sus amigos; y ellos dijeron que ansí lo harian como nosotros lo mandábamos; y el capitan les dió mantas y los trató muy bien; y así se volvieron, llevando los dos que estaban captivos y habian ido por mensajeros. Esto pasó en presencia del escribano que allí tenian y otros muchos testigos.

CAPITULO XXXIV.

De cómo hecimos hacer iglesias en aquella tierra.

Como los indios se volvieron, todos los de aquella provincia, que eran amigos de los cristianos, como tuvieron noticia de nosotros, nos vinieron á ver, y nos trujeron cuentas y plumas, y nosotros les mandamos que hiciesen iglesias, y pusiesen cruces en ellas, porque hasta entonces no las habian hecho; y hecimos traer los hijos de los principales señores y baptizarlos; y luego el capitan hizo pleito homenaje á Dios de no hacer ni consentir hacer entrada ninguna, ni tomar esclavo por la tierra y gente que nosotros habiamos asegurado, y que esto guardaria y cumpliria hasta que su majestad y el gobernador Nuño de Guzman, ó el Visorey en su nombre, proveyesen en lo que mas fuese servicio de Dios y de su majestad; y después de bautizados los niños, nos partimos para la villa de Sant Miguel, donde como fuimos llegados, vinieron indios que nos dijeron cómo mucha gente bajaba de las sierras y poblaban en lo llano, y hacian iglesias y cruces y todo lo que les habiamos mandado; y cada dia teniamos nuevas de cómo esto se iba haciendo y cumpliendo mas enteramente; y pasados quince dias que allí habiamos estado, llegó Alcaraz con los cristianos que habian

ido en aquella entrada, y contaron al capitan cómo eran bajados de las sierras los indios, y habian poblado en lo llano, y habian hallado pueblos con mucha gente, que de primero estaban despoblados y desiertos, y que los indios les salieron á recebir con cruces en las manos, y los llevaron á sus casas, y les dieron de lo que tenian, y durmieron con ellos allí aquella noche. Espantados de tal novedad, y de que los indios les dijeron cómo estaban ya asegurados, mandó que no les hiciesen mal; y ansí, se despidieron. Dios nuestro Señor por su infinita misericordia quiera que en los dias de vuestra majestad y debajo de vuestro poder y señorío, estas gentes vengan á ser verdaderamente y con entera voluntad sujetas al verdadero Señor, que las crió y redimió. Lo cual tenemos por cierto que así será, y que vuestra majestad ha de ser el que lo ha de poner en efecto (que no será tan difícil de hacer); porque dos mil leguas que anduvimos por tierra y por la mar en las barcas, y otros diez meses que después de salidos de captivos, sin parar anduvimos por la tierra, no hallamos sacrificios ni idolatría. En este tiempo travesamos de una mar á otra, y por la noticia que con mucha diligencia alcanzamos á entender, hay de una costa á la otra por lo mas ancho docientas leguas, y alcanzamos á entender que en la costa del sur hay perlas y mucha riqueza, y que todo lo mejor y mas rico está cerca de ella. En la villa de Sant Miguel estuvimos hasta 15 dias del mes de mayo, y la causa de detenernos allí tanto fué porque de allí hasta la ciudad de Compostela, donde el gobernador Nuño de Guzman residia, hay cien leguas y todas son despobladas y de enemigos, y hobieron de ir con nosotros gente, con que iban veinte de caballo, que nos acompañaron hasta cuarenta leguas; y de allí adelante vinieron con nosotros seis cristianos, que traian quinientos indios hechos esclavos, y llegados en Compostela, el Gobernador nos recebió muy bien, y de lo que tenia nos dió de vestir; lo cual yo por muchos dias no pude traer, ni podiamos dormir sino en el suelo; y pasados diez ó doce dias, partimos para Méjico, y por todo el camino fuimos bien tratados de los cristianos, y muchos nos salian á ver por los caminos, y daban gracias á Dios de habernos librado de tantos peligros. Llegamos á Méjico domingo, un dia antes de la víspera de Santiago, donde del Visorey y del marqués del Valle fuimos muy bien tratados y con mucho placer recebidos, y nos dieron de vestir, y ofrescieron todo lo que tenian, y el dia de Santiago hobo fiesta y juego de cañas y toros.

CAPITULO XXXVII.

De lo que acontesció cuando me quise venir.

Después que descansamos en Méjico dos meses, yo me quise venir en estos reinos; y yendo á embarcar en el mes de octubre, vino una tormenta que dió con el navío al través, y se perdió; y visto esto, acordé de dejar pasar el invierno, porque en aquellas partes es muy recio tiempo para navegar en él; y después de pasado el invierno, por cuaresma nos partimos de Méjico Andrés Dorantes y yo para la Veracruz, para nos embarcar, y allí estuvimos esperando tiempo hasta domingo de Ramos, que nos embarcamos, y estuvimos embarcados mas de quince dias por falta de tiempo, y el navío en que estábamos hacia mucha agua. Yo me salí de él, y me pasé á otros de los que estaban para venir, y Dorantes se quedó en aquel; y á 10 dias del mes de abril partimos del puerto tres navíos, y navegamos juntos ciento y cincuenta leguas, y por el camino los dos navíos hacian mucha agua, y una noche nos perdimos de su conserva, porque los pilotos y maestros, segun después paresció, no osaron pasar adelante con sus navíos, y volvieron otra vez al puerto do habian partido, sin darnos cuenta de ello ni saber mas de ellos, y nosotros seguimos nuestro viaje, y á 4 dias de mayo llegamos al puerto de la Habana, que es en la isla de Cuba, adonde estuvimos esperando los otros dos navíos, creyendo que vernian, hasta 2 dias de junio, que partimos de allí con mucho temor de topar con franceses, que habia pocos dias que habian tomado allí tres navíos nuestros; y llegados sobre la isla de la Bermuda, nos tomó una tormenta, que suele tomar á todos los que por allí pasan, la cual es conforme á la gente que dicen que en ella anda, y toda una noche nos tuvimos por perdidos, y plugo á Dios que, venida la mañana, cesó la tormenta, y seguimos nuestro camino. A cabo de veinte y nueve dias que partimos de la Habana habiamos andado mil y cien leguas, que dicen que hay de allí hasta el pueblo de los Azores; y pasando otro dia por la isla que dicen del Cuervo, dimos con un navío de franceses á hora de mediodía; nos comenzó á seguir con una carabela que traia tomada de portugueses, y nos dieron caza, y aquella tarde vimos otras nueve velas, y estaban tan léjos, que no podimos conocer si eran portugueses ó de aquellos mismos que nos seguian, y cuando anocheció estaba el francés á tiro de lombarda de nuestro navío; y después fué obscuro, hurtamos la derrota por desviarnos de él; y como iba tan junto de nosotros, nos vió, y tiró la via de nosotros, y esto hecimos tres ó cuatro veces; y él nos pudiera tomar si quisiera, sino que lo dejaba para la mañana. Plugo á Dios que cuando amaneció nos hallamos el francés y nosotros juntos, y cercados de las nueve velas que he dicho que á la tarde antes habiamos visto, las cuales conosciamos ser de la armada de Portugal, y dí gracias á nuestro Señor por haberme escapado de los trabajos de la tierra y peligros de la mar; y el francés, como conosció ser el armada de Portugal, soltó la carabela que traia tomada, que venia cargada de negros, la cual traian consigo para que creyésemos que eran portugueses y la esperásemos; y cuando la soltó dijo al maestre y piloto de ella que nosotros éramos franceses y de su conserva; y como dijo esto, metió sesenta remos en su navío, y ansí á remo y á vela se comenzó á ir, y andaba tanto, que no se puede creer; y la carabela que soltó se fué al Galeon, y dijo al capitan que el nuestro navío y el otro eran de franceses; y como nuestro navío arribó al galeon, y como toda la armada via que íbamos sobre ellos, teniendo por cierto que éramos franceses, se pusieron á punto de guerra y vinieron sobre nosotros; y llegados cerca, les salvamos. Conosció que éramos amigos; se hallaron burlados, por habérseles escapado aquel cosario con haber dicho que éramos franceses y de su compañía; y así, fueron cuatro carabelas tras él; y llegado á nosotros

el galeon, después de haberles saludado, nos preguntó el capitan Diego de Silveira que de dónde veniamos y qué mercadería traiamos; y le respondimos que veniamos de la Nueva-España y que traiamos plata y oro; y preguntónos qué tanto seria, el maestro le dijo que traeria trecientos mil castellanos. Respondió el capitan: *Boa fee que venis muito ricos, pero tracedes muy ruin navio y muito ruin artilleria, ò fi de puta can, à renegado frances, y que bon bocado perdeo, vota Deus. Ora sus pois vos abedes escapado, seguime, y non vos apartedes de mi, que con ayuda de Deus, eu vos porné en Castela.* Y dende á poco volvieron las carabelas que habian seguido tras el francés, porque les paresció que andaba mucho, y por no dejar el armada, que iba en guarda de tres naos que venian cargadas de especería; y así llegamos á la isla Tercera, donde estuvimos reposando quince dias, tomando refresco y esperando otra nao que venia cargada de la India, que era de la conserva de las tres naos que traia el armada; y pasados los quince dias, nos partimos de allí con el armada, y llegamos al puerto de Lisbona á 9 de agosto, víspera de señor sant Laurencio, año de 1537 años. Y porque es así la verdad, como arriba en esta *Relacion* digo, lo firmé de mi nombre, *Cabeza de Vaca*.—Estaba firmada de su nombre, y con el escudo de sus armas, la *Relacion* donde este se sacó.

CAPITULO XXXVIII.

De lo que suscedió á los demás que entraron en las Indias.

Pues he hecho relacion de todo lo susodicho en el viaje, y entrada y salida de la tierra, hasta volver á estos reinos, quiero asimismo hacer memoria y relacion de lo que hicieron los navíos y la gente que en ellos quedó, de lo cual no he hecho memoria en lo dicho atrás, porque nunca tuvimos noticia de ellos hasta después de salidos, que hallamos mucha gente de ellos en la Nueva-España, y otros acá en Castilla, de quien supimos el suceso y todo el fin de ello de qué manera pasó, después que dejamos los tres navíos, porque el otro era ya perdido en la costa Brava; los cuales quedaban á mucho peligro, y quedaban en ellos hasta cien personas con pocos mantenimientos, entre los cuales quedaban diez mujeres casadas, y una de ellas habia dicho al Gobernador muchas cosas que le acaecieron en el viaje, antes que le suscediesen; y esta le dijo, cuando entraba por la tierra, que no entrase, porque ella creia que él ni ninguno de los que con él iban no saldrian de la tierra; y que si alguno saliese, que haria Dios por él muy grandes milagros; pero creia que fuesen pocos los que escapasen ó no ningunos; y el Gobernador entonces le respondió que él y todos los que con él entraban, iban á pelear y conquistar muchas y muy extrañas gentes y tierras; y que tenia por muy cierto que conquistándolas habian de morir muchos; pero aquellos que quedasen serian de buena ventura y quedarian muy ricos, por la noticia que él tenia de la riqueza que en aquella tierra habia; y díjole mas, que le rogaba que ella le dijese las cosas que habia dicho pasadas y presentes, quién se las habia dicho. Ella le respondió, y dijo que en Castilla una mora de Hornachos se lo habia dicho, lo cual antes que partiésemos de Castilla nos lo habia á nosotros dicho, y nos habia suscedido todo el viaje de la misma manera que ella nos habia dicho. Y después de haber dejado el Gobernador por su teniente, y capitan de todos los navíos y gente que allí dejaba, á Carvallo, natural de Cuenca de Huete, nosotros nos partimos de ellos, dejándoles el Gobernador mandado que luego en todas maneras se recogiesen todos á los navíos, y siguiesen su viaje derecho la via del Pánuco, y yendo siempre costeando la costa y buscando lo mejor que ellos pudiesen el puerto, para que en hallándolo parasen en él y nos esperasen. En aquel tiempo que ellos se recogian en los navíos, dicen que aquellas personas que allí estaban vieron y oyeron todos muy claramente cómo aquella mujer dijo á las otras que, pues sus maridos entraban por la tierra adentro y ponian sus personas en tan gran peligro, no hiciesen en ninguna manera cuenta de ellos; y que luego mirasen con quién se habian de casar, porque ella así lo habia de hacer, y así lo hizo; que ella y las demás se casaron y amancebaron con los que quedaron en los navíos; y después de partidos de allí los navíos, hicieron vela y siguieron su viaje, y no hallaron el puerto adelante, y volvieron atrás; y cinco leguas mas abajo de donde habiamos desembarçado, hallaron el puerto, que entraba siete ó ocho leguas la tierra adentro, y era el mismo que nosotros habiamos descubierto, adonde hallamos las cajas de Castilla que atrás se ha dicho, á do estaban los cuerpos de los hombres muertos, los cuales eran cristianos; y en este puerto y esta costa anduvieron los tres navíos y el otro que vino de la Habana y el bergantin, buscándonos cerca de un año; y como no nos hallaron, fuéronse á la Nueva-España. Este puerto que decimos es el mejor del mundo, y entra la tierra adentro siete ó ocho leguas, y tiene seis brazas á la entrada y cerca de tierra tiene cinco, y es lama el suelo de él, y no hay mar dentro ni tormenta brava, que como los navíos que cabrán en él son muchos, tiene muy gran cantidad de pescado. Está cien leguas de la Habana, que es un pueblo de cristianos en Cuba, y está á norte sur con este pueblo, y aquí reinan las brisas siempre, y van y vienen de una parte á otra en cuatro dias, porque los navíos van y vienen á cuartel.

Y pues he dado relacion de los navíos, será bien que diga quién son, y de qué lugar de estos reinos, los que nuestro Señor fué servido de escapar de estos trabajos. El primero es Alonso del Castillo Maldonado, natural de Salamanca, hijo del doctor Castillo y de doña Aldonza Maldonado. El segundo es Andrés Dorantes, hijo de Pablo Dorantes, natural de Béjar y vecino de Gibraleon. El tercero es Alvar Núñez Cabeza de Vaca, hijo de Francisco de Vera y nieto de Pedro de Vera, el que ganó á Canaria, y su madre se llamaba doña Teresa Cabeza de Vaca, natural de Jerez de la Frontera. El cuarto se llama Estebanico; es negro alárabe, natural de Azamor.

COMENTARIOS

DE

ALVAR NUÑEZ CABEZA DE VACA,

ADELANTADO Y GOBERNADOR DEL RIO DE LA PLATA.

CAPITULO PRIMERO.

De los comentarios de Alvar Nuñez Cabeza de Vaca.

Después que Dios nuestro Señor fué servido de sacar á Alvar Nuñez Cabeza de Vaca del captiverio y trabajos que tuvo diez años en la Florida, vino á estos reinos en el año del Señor de 1537, donde estuvo hasta el año de 40, en el cual vinieron á esta corte de su majestad personas del rio de la Plata á dar cuenta á su majestad del suceso de la armada que allí habia enviado don Pedro de Mendoza, y de los trabajos en que estaban los que de ellos escaparon, y á le suplicar fuese servido de los proveer y socorrer, antes que todos peresciesen (porque ya quedaban pocos de ellos). Y sabido por su majestad, mandó que se tomase cierto asiento y capitulacion con Alvar Nuñez Cabeza de Vaca, para que fuese á socorrellos; el cual asiento y capitulacion se efectuó, mediante que el dicho Cabeza de Vaca se ofresció de los ir á socorrer, y que gastaria en la jornada y socorro que así habia de hacer en caballos, armas, ropas y bastimentos y otras cosas, ocho mil ducados, y por la capitulacion y asiento que con su majestad tomó, le hizo merced de la gobernacion y de la capitanía general de aquella tierra y provincia, con título de adelantado de ella; y asimesmo le hizo merced del dozavo de todo lo que en la tierra y provincia se hobiese y lo que en ella entrase y saliese, con tanto que el dicho Alvar Nuñez gastase en la jornada los dichos ocho mil ducados; y así, él, en cumplimiento del asiento que con su majestad se hizo, se partió luego á Sevilla, para poner en obra lo capitulado y proveerse para el dicho socorro y armada; y para ello mercó dos naos y una carabela para con otra que le esperaba en Canaria; la una nao de estas era nueva del primer viaje, y era de trecientos y cincuenta toneles, y la otra era de ciento y cincuenta; los cuales navíos aderezó muy bien y proveyó de muchos bastimentos y pilotos y marineros, y hizo cuatrocientos soldados bien aderezados, cual convenia para el socorro; y todos los que se ofrecieron á ir en la jornada llevaron las armas dobladas. Estuvo en mercar y proveer los navíos desde el mes de mayo hasta en fin de septiembre, y estuvieron prestos para poder navegar, y con tiempos contrarios estuvo detenido en la ciudad de Cádiz desde en fin de septiembre hasta 2 de noviembre, que se embarcó y hizo su viaje, y en nueve dias llegó á la isla de la Palma, á do desembarcó con toda la gente, y estuvo allí veinte y cinco dias esperando tiempo para seguir su camino, y al cabo de ellos se embarcó para Cabo-Verde, y en el camino la nao capitana hizo un agua muy grande, y fué tal, que subió dentro en el navío doce palmos en alto, y se mojaron y perdieron mas de quinientos quintales de bizcocho, y se perdió mucho aceite y otros bastimentos; lo cual los puso en mucho trabajo; y así, fueron con ella dando siempre á la bomba de dia y de noche, hasta que llegaron á la isla de Santiago (que es una de las islas de Cabo-Verde), y allí desembarcaron y sacaron los caballos en tierra, porque se refrescasen y descansasen del trabajo que hasta allí habian traido y tambien porque se habia de descargar la nao para remediar el agua que hacia; y descargada, el maestre de ella la estancó (porque era el mejor buzo que habia en España). Vinieron desde la Palma hasta esta isla de Cabo-Verde en diez dias; que hay de la una á la otra trecientas leguas. En esta isla hay muy mal puerto, porque á do surgen y echan las anclas hay abajo muchas peñas, las cuales roen los cabos que llevan atadas las anclas, y cuando las van á sacar quédanse allá las anclas; y por esto dicen los marineros que aquel puerto tiene muchos ratones, porque les roen los cabos que llevan las anclas; y por esto es muy peligroso puerto para los navíos que allí están, si les toma alguna tormenta. Esta isla es vi-

ciosa y muy enferma de verano; tanto, que la mayor parte de los que allí desembarcan se mueren en pocos dias que allí estén; y el armada estuvo allí veinte y cinco dias, en los cuales no se murió ningun hombre de ella, y de esto se espantaron los de la tierra, y lo tuvieron por gran maravilla; y los vecinos de aquella isla les hicieron muy buen acogimiento, y ella es muy rica y tiene muchos doblones mas que reales, los cuales les dan los que van á mercar los negros para las Indias, y les daban cada doblon por veinte reales.

CAPITULO II.

De cómo partimos de la isla de Cabo-Verde.

Remediada el agua de la nao capitana, y proveidas las cosas necesarias de agua y carne y otras cosas, nos embarcamos en seguimiento de nuestro viaje, y pasamos la línea Equinocial; y yendo navegando requerió el maestre el agua que llevaba la nao capitana, y de cien botas que metió no halló mas de tres, y habian de beber de ellas cuatrocientos hombres y treinta caballos. Y vista la necesidad tan grande, el Gobernador mandó que tomase la tierra, y fueron tres dias en demanda de ella; y al cuarto dia, un hora antes que amaneciese acaesció una cosa admirable, y porque no es fuera de propósito, la porné aquí, y es que yendo con los navíos á dar en tierra en unas peñas muy altas, sin que lo viese ni sintiese ninguna persona de los que venian en los navíos, comenzó á cantar un grillo, el cual metió en la nao en Cádiz un soldado que venia malo con deseo de oir la música del grillo, y habia dos meses y medio que navegábamos y no lo habiamos oido ni sentido, de lo cual el que lo metió venia muy enojado, y como aquella mañana sintió la tierra, comenzó á cantar, y á la música de él recordó toda la gente de la nao y vieron las peñas, que estaban un tiro de ballesta de la nao, y comenzaron á dar voces para que echasen anclas, porque íbamos al través á dar en las peñas; y así, las echaron, y fueron causa que no nos perdiésemos; que es cierto, si el grillo no cantara nos ahogáramos cuatrocientos hombres y treinta caballos; y entre todos se tuvo por milagro que Dios hizo por nosotros; y de ahí en adelante, yendo navegando por mas de cien leguas por luengo de costa, siempre todas las noches el grillo nos daba su música; y así, con ella llegó el armada á un puerto que se llamaba la Cananea, que está pasado el Cabo-Frio, que estará en veinte y cuatro grados de altura. Es buen puerto; tiene unas islas á la boca de él; es limpio, y tiene once brazas de hondo. Aquí tomó el Gobernador la posesion de él por su majestad; y despues de tomada, partió de allí, y pasó por el rio y bahía que dicen de San Francisco, el cual está veinte y cinco leguas de la Cananea, y de allí fué el armada á desembarcar en la isla de Santa Catalina, que está veinte y cinco leguas del rio de San Francisco, y llegó á la isla de Santa Catalina con hartos trabajos y fortunas que por el camino pasó, y llegó allí á 29 dias del mes de marzo de 1541. Está la isla de Santa Catalina en veinte y ocho grados de altura escasos.

CAPITULO III.

Que trata de cómo el Gobernador llegó con su armada á la isla de Santa Catalina, que es en el Brasil, y desembarcó allí con su armada.

Llegado que hobo el Gobernador con su armada á la isla de Santa Catalina, mandó desembarcar toda la gente que consigo llevaba, y veinte y seis caballos que escaparon de la mar, de los cuarenta y seis que en España embarcó, para que en tierra se reformasen de los trabajos que habian recebido con la larga navegacion, y para tomar lengua y informarse de los indios naturales de aquella tierra, porque por ventura acaso podrian saber del estado en que estaba la gente española que iban á socorrer, que residia en la provincia del Rio de la Plata; y dió á entender á los indios cómo iba por mandado de su majestad á hacer el socorro, y tomó posesion de ella en nombre y por su majestad, y asimismo del puerto que se dice de la Cananea, que está en la costa del Brasil, en veinte y cinco grados, poco mas ó menos. Está este puerto cincuenta leguas de la isla de Santa Catalina; y en todo el tiempo que el Gobernador estuvo en la isla, á los indios naturales de ella y de otras partes de la costa del Brasil (vasallos de su majestad) les hizo muy buenos tratamientos; y de estos indios tuvo aviso cómo catorce leguas de la isla, donde dicen el Biaza, estaban dos frailes franciscos, llamados el uno fray Bernaldo de Armenta, natural de Córdoba, y el otro fray Alonso Lebron, natural de la Gran Canaria; y dende á pocos dias estos frailes se vinieron donde el Gobernador y su gente estaban muy escandalizados y atemorizados de los indios de la tierra, que los querian matar, á causa de haberles quemado ciertas casas de indios, y por razon de ello habian muerto á dos cristianos que en aquella tierra vivian; y bien informado el Gobernador del caso, procuró sosegar y pacificar los indios, y recogió los frailes, y pusò paz entre ellos, y les encargó á los frailes tuviesen cargo de doctrinar los indios de aquella tierra y isla.

CAPITULO IV.

De cómo vinieron nueve cristianos á la isla.

Y prosiguiendo el Gobernador en el socorro de los españoles, por el mes de mayo del año de 1541 envió una carabela con Felipe de Cáceres, contador de vuestra majestad, para que entrase por el rio que dicen de la Plata á visitar el pueblo que don Pedro de Mendoza allí fundó, que se llama Buenos-Aires; y porque á aquella sazon era invierno y tiempo contrario para la navegacion del rio, no pudo entrar, y se volvió á la isla de Santa Catalina, donde estaba el Gobernador, y allí vinieron nueve cristianos españoles, los cuales vinieron en un batel huyendo del pueblo de Buenos-Aires, por los malos tratamientos que les hacian los capitanes que residian en la provincia, de los cuales se informó del estado en que estaban los españoles que en aquella tierra residian, y le dijeron que el pueblo de Buenos-Aires estaba poblado y reformado de gente y bastimentos, y que Juan de Ayolas, á quien don Pedro de Mendoza habia enviado á descubrir la tierra y poblaciones de aquella provincia, al tiempo que volvia del descubrimiento, viniéndose á recoger á ciertos bergantines

que habia dejado en el puerto que puso por nombre de la Candelaria, que es en el rio del Paraguay, de una generacion de indios que viven en el dicho rio, que se llaman payaguos, le mataron á él y á todos los cristianos, con otros muchos indios que traia de la tierra adentro con las cargas, de la generacion de unos indios que se llaman chameses; y que de todos los cristianos y indios habia escapado un mozo de la generacion de los chameses, á causa de no haber hallado en el dicho puerto de la Candelaria los bergantines que allí habia dejado que le aguardasen hasta el tiempo de su vuelta, segun lo habia mandado y encargado á un Domingo de Irala, vizcaíno, á quien dejó por capitan en ellos; el cual, antes de ser vuelto el dicho Juan de Ayolas, se habia retirado, y desamparado el puerto de la Candelaria; por manera que por no los hallar el dicho Juan de Ayolas para recogerse en él, los indios los habian desbaratado y muerto á todos, por culpa del dicho Domingo de Irala, vizcaíno, capitan de los bergantines; y asimismo le dijeron y hicieron saber cómo en la ribera del rio del Paraguay, ciento y veinte leguas mas bajo del puerto de la Candelaria, estaba hecho y asentado un pueblo, que se llama la ciudad de la Ascension, en amistad y concordia de una generacion de indios que se llaman carios, donde residia la mayor parte de la gente española que en la provincia estaba; y que en el pueblo y puerto de Buenos-Aires, que es en el rio del Paraná, estaban hasta setenta cristianos; dende el cual puerto hasta la ciudad de la Ascension, que es en el rio del Paraguay, habia trecientas y cincuenta leguas por el rio arriba, de muy trabajosa navegacion; y que estaba por teniente de gobernador en la tierra y provincia Domingo de Irala, vizcaíno, por quien suscedió la muerte y perdicion de Juan de Ayolas y de todos los cristianos que consigo llevó; y tambien le dijeron y informaron que Domingo de Irala dende la ciudad de la Ascension habia subido por el rio del Paraguay arriba con ciertos bergantines y gentes, diciendo que iba á buscar y dar socorro á Juan de Ayolas, y habia entrado por tierra muy trabajosa de aguas y ciénagas, á cuya causa no habia podido entrar por la tierra adentro, y se habia vuelto y habia tomado presos seis indios de la generacion de los payaguos, que fueron los que mataron á Juan de Ayolas y cristianos; de los cuales prisioneros se informó y certificó de la muerte de Juan de Ayolas y cristianos, y cómo al tiempo habia venido á su poder un indio chane, llamado Gonzalo, que escapó cuando mataron á los de su generacion y cristianos que venian con ellos con las cargas, el cual estaba en poder de los indios payaguos captivo; y Domingo de Irala se retiró de la entrada, en la cual se le murieron sesenta cristianos de enfermedad y malos tratamientos; y otrosi, que los oficiales de su majestad que en la tierra y provincia residian habian hecho y hacian muy grandes agravios á los españoles pobladores y conquistadores, y á los indios naturales de la dicha provincia, vasallos de su majestad; de que estaban muy descontentos y desasosegados; y que por esta causa, y porque asimismo los capitanes los maltrataban, ellos habian hurtado un batel en el puerto de Buenos-Aires, y se habian venido huyendo, con intencion y propósito de dar aviso á su majestad de todo lo que pasaba en la tierra y provincia; á los cuales nueve cristianos, porque venian desnudos, el Gobernador los vistió y recogió, para volverlos consigo á la provincia, por ser hombres provechosos y buenos marineros, y porque entre ellos habia un piloto para la navegacion del rio.

CAPITULO V.

De cómo el Gobernador dió priesa á su camino.

El Gobernador, habida relacion de los nueve cristianos, le paresció que para con mayor brevedad socorrer á los que estaban en la ciudad de la Ascension y á los que residian en el puerto de Buenos-Aires, debia buscar camino por la Tierra-Firme desde la isla, para poder entrar por él á las partes y lugares ya dichos, do estaban los cristianos, y que por la mar podrian ir los navíos al puerto de Buenos-Aires, y contra la voluntad y parescer del contador Felipe de Cáceres y del piloto Antonio Lopez, que querian que fuera con toda el armada al puerto de Buenos-Aires, dende la isla de Santa Catalina envió al factor Pedro Dorantes á descubrir y buscar camino por la Tierra-Firme y porque se descubriese aquella tierra; en el cual descubrimiento le mataron al rey de Portugal mucha gente los indios naturales; el cual dicho Pedro Dorantes, por mandado del Gobernador, partió con ciertos cristianos españoles y indios, que fueron con él para le guiar y acompañar en el descubrimiento. A cabo de tres meses y medio que el factor Pedro Dorantes hobo partido á descubrir la tierra, volvió á la isla de Santa Catalina, donde el Gobernador le quedaba esperando; y entre otras cosas de su relacion dijo que, habiendo atravesado grandes sierras y montañas y tierra muy despoblada, habia llegado á do dicen el Campo, que dende allí comienza la tierra poblada, y que los naturales de la isla dijeron que era mas segura y cercana la entrada para llegar á la tierra poblada por un rio arriba, que se dice Itabucu, que está en la punta de la isla, á diez y ocho ó veinte leguas del puerto. Sabido esto por el Gobernador, luego envió á ver y descubrir el rio y la tierra firme de él por donde habia de ir caminando; el cual visto y sabido, determinó de hacer por allí la entrada, así para descubrir aquella tierra que no se habia visto ni descubierto, como por socorrer mas brevemente á la gente española que estaba en la provincia; y así, acordado de hacer por allí la entrada, los frailes fray Bernardo de Armenta y fray Alonso Lebron, su compañero, habiéndoles dicho el Gobernador que se quedasen en la tierra y isla de Santa Catalina á enseñar y doctrinar los indios naturales y á reformar y sostener los que habian baptizado, no lo quisieron hacer, poniendo por excusa que se querian ir en su compañía del Gobernador, para residir en la ciudad de la Ascension, donde estaban los españoles que iba á socorrer.

CAPITULO VI.

De cómo el Gobernador y su gente comenzaron á caminar por la tierra adentro.

Estando bien informado el Gobernador por dó habia de hacer la entrada para descubrir la tierra y socorrer los españoles, bien pertrechado de cosas necesarias pa-

ra hacer la jornada, á 18 dias del mes de octubre del dicho año mandó embarcar la gente que con él habia de ir al descubrimiento, con los veinte y seis caballos y yeguas que habian escapado en la navegacion dicha; los cuales mandó pasar al rio de Itabucu, y lo sojuzgó, y tomó la posesion de él en nombre de su majestad, como tierra que nuevamente descubria, y dejó en la isla de Santa Catalina ciento y cuarenta personas para que se embarcasen y fuesen por la mar al rio de la Plata, donde estaba el puerto de Buenos-Aires, y mandó á Pedro Estopiñan Cabeza de Vaca, á quien dejó allí por capitan de la dicha gente, que antes que partiese de la isla forneciese y cargase la nao de bastimentos, ansí para la gente que llevaba como para la que estaba en el puerto de Buenos-Aires; y á los indios naturales de la isla, antes que de ella partiese, les dió muchas cosas porque quedasen contentos, y de su voluntad se ofrescieron cierta cantidad de ellos á ir en compañía del Gobernador y su gente, así para enseñar el camino como para otras cosas necesarias, en que aprovechó harto su ayuda; y ansí, á 2 dias del mes de noviembre del dicho año el Gobernador mandó á toda la gente que, demás del bastimento que los indios llevaban, cada uno tomase lo que pudiese llevar para el camino; y el mismo dia el Gobernador comenzó á caminar con docientos y cincuenta hombres arcabuceros y ballesteros, muy diestros en las armas, y veinte y seis de caballo y los dos frailes franciscos y los indios de la isla, y envió la nao á la isla de Santa Catalina para que Pedro de Estopiñan Cabeza de Vaca desembarcase, y fuesen con la gente al puerto de Buenos-Aires; y así, el Gobernador fué caminando por la tierra adentro, donde pasó grandes trabajos, y la gente que consigo llevaba, y en diez y nueve dias atravesaron grandes montañas, haciendo grandes talas y cortes en los montes y bosques, abriendo caminos por donde la gente y caballos pudiesen pasar, porque todo era tierra despoblada; y á cabo de los dichos diez y nueve dias, teniendo acabados los bastimentos que sacaron cuando empezaron á marchar, y no teniendo de comer, plugo á Dios que sin se perder ninguna persona de la hueste descubrieron las primeras poblaciones que dicen del Campo, donde hallaron ciertos lugares de indios, que el señor y principal habia por nombre Añiriri, y á una jornada de este pueblo estaba otro, donde habia otro señor y principal que habia por nombre Cipoyay, y adelante de este pueblo estaba otro pueblo de indios, cuyo señor y principal dijo llamarse Tocanguanzu; y como supieron los indios de estos pueblos de la venida del Gobernador y gente que consigo iba, lo salieron á recebir al camino, cargados con muchos bastimentos, muy alegres, mostrando gran placer con su venida; á los cuales el Gobernador recebió con gran placer y amor; y demás de pagarles el precio que valian, á los indios principales de los pueblos les dió graciosamente y hizo mercedes de muchas camisas y otros rescates, de que se tuvieron por contentos. Esta es una gente y generacion que se llaman guaranies; son labradores, que siembran dos veces en el año maiz, y asimismo siembran cazabi, crian gallinas á la manera de nuestra España, y patos; tienen en sus casas muchos papagayos, y tienen ocupada muy gran tierra, y todo es una legua; los cuales comen carne humana, así de indios sus enemigos, con quien tienen guerra, como de cristianos, y aun ellos mismos se comen unos á otros. Es gente muy amiga de guerras, y siempre las tienen y procuran, y es gente muy vengativa; de los cuales pueblos, en nombre de su majestad, el Gobernador tomó la posesion, como tierra nuevamente descubierta, y la intituló y puso por nombre la provincia de Vera, como paresce por los autos de la posesion que pasaron por ante Juan de Araoz, escribano de su majestad; y hecho esto, á los 29 de noviembre partió el Gobernador y su gente del lugar de Tocanguanzu, y caminando á dos jornadas, á 1.° dia del mes de diciembre llegó á un rio que los indios llaman Iguazu, que quiere decir agua grande: aquí tomaron los pilotos el altura.

CAPITULO VII.

Que trata de lo que pasó el Gobernador y su gente por el camino, y de la manera de la tierra.

De aqueste rio llamado Iguazu el Gobernador y su gente pasaron adelante descubriendo tierra, y á 3 dias del mes de diciembre llegaron á un rio que los indios llaman Tibagi. Es un rio enladrillado de losas grandes, solado, puestas en tanta órden y concierto como si á mano se hobieran puesto. En pasar de la otra parte de este rio se recebió gran trabajo, porque la gente y caballos resbalaban por las piedras y no se podian tener sobre los piés, y tomaron por remedio pasar asidos unos á otros; y aunque el rio no era muy hondable, corria el agua con gran furia y fuerza. De dos leguas cerca de este rio vinieron los indios con mucho placer á traer á la hueste bastimentos para la gente; por manera que nunca les faltaba de comer, y aun á veces lo dejaban sobrado por los caminos. Lo cual causó dar el Gobernador á los indios tanto y ser con ellos tan largo, especialmente con los principales, que, demás de pagarles los mantenimientos que le traian, les daba graciosamente muchos rescates, y les hacia muchas mercedes y todo buen tratamiento; en tal manera, que corria la fama por la tierra y provincia, y todos los naturales perdian el temor y venian á ver y traer todo lo que tenian, y se lo pagaban, segun es dicho. Este mismo dia, estando cerca de otro lugar de indios que su principal señor se dijo llamar Tapapirazu, llegó un indio natural de la costa del Brasil, que se llamaba Miguel, nuevamente convertido; el cual venia de la ciudad de la Ascension, dónde residian los españoles que iban á socorrer; el cual se venia á la costa del Brasil porque habia mucho tiempo que estaba con los españoles; con el cual se holgó mucho el Gobernador, porque de él fué bien informado del estado en que estaba la provincia y los españoles y naturales de ella, por el muy grande peligro en que estaban los españoles á causa de la muerte de Juan de Ayolas, como de otros capitanes y gente que los indios habian muerto; y habida relacion de este indio, de su propria voluntad quiso volverse en compañía del Gobernador á la ciudad de la Ascension, de donde él se venia, para guiar la gente y avisar del camino por donde habian de ir; y dende aquí el Gobernador mandó despedir y volver los indios que salieron de la isla de Santa Catalina en su compañía. Los cuales, así por

los buenos tratamientos que les hizo como por las muchas dádivas que les dió, se volvieron muy contentos y alegres.

Y porque la gente que en su compañía llevaba el Gobernador era falta de experiencia, porque no hiciesen daños ni agravios á los indios, mandóles que no contratasen ni comunicasen con ellos ni fuesen á sus casas y lugares, por ser tal su condicion de los indios, que de cualquier cosa se alteran y escandalizan, de donde podia resultar gran daño y desasosiego en toda la tierra; y asimesmo mandó que todas las personas que los entendian que traia en su compañía contratasen con los indios y les comprasen los bastimentos para toda la gente, todo á costa del Gobernador; y así, cada dia repartia entre la gente los bastimentos por su propria persona, y se los daba graciosamente sin interés alguno.

Era cosa muy de ver cuán temidos eran los caballos por todos los indios de aquella tierra y provincia, que del temor que les habian, les sacaban al camino para que comiesen muchos mantenimientos, gallinas y miel, diciendo que porque no se enojasen que ellos les darian muy bien de comer; y por los sosegar, que no desamparasen sus pueblos, asentaban el real muy apartado de ellos, y porque los cristianos no les hiciesen fuerzas ni agravios. Y con esta órden, y viendo que el Gobernador castigaba á quien en algo los enojaba, venian todos los indios tan seguros con sus mujeres y hijos, que era cosa de ver; y de muy léjos venian cargados con mantenimientos solo por ver los cristianos y los caballos, como gente que nunca tal habia visto pasar por sus tierras.

Yendo caminando por la tierra y provincia el Gobernador y su gente, llegó á un pueblo de indios de la generacion de los guaranies, y salió el señor principal de este pueblo al camino con toda su gente, muy alegre á recebillo, y traian miel, patos y gallinas, y harina y maíz; y por lengua de los intérpretes les mandaba hablar y sosegar, agradesciéndoles su venida, pagándoles lo que traian, de que recebia mucho contentamiento; y allende de esto, al principal de este pueblo, que se decia Pupebaje, mandó dar graciosamente algunos rescates de tijeras y cuchillos y otras cosas, y de allí pasaron prosiguiendo el camino, dejando los indios de este pueblo tan alegres y contentos, que de placer bailaban y cantaban por todo el pueblo.

A los 7 del mes de diciembre llegaron á un rio que los indios llaman Tacuari. Este es un rio que lleva buena cantidad de agua y tiene buena corriente; en la ribera del cual hallaron un pueblo de indios que su principal se llamaba Abangobi, y él y todos los indios de su pueblo, hasta las mujeres y niños, los salieron á recebir, mostrando grande placer con la venida del Gobernador y gente, y les trujeron al camino muchos bastimentos; los cuales se lo pagaron, segun lo acostumbraban. Toda esta gente es una generacion y hablan todos un lenguaje; y de este lugar pasaron adelante, dejando los naturales muy alegres y contentos; y así, iban luego de un lugar á otro á dar las nuevas del buen tratamiento que les hacian, y les enseñaban todo lo que les daban; de manera que todos los pueblos por donde habian de pasar los hallaban muy pacíficos, y los salian á recebir á los caminos antes que llegasen á sus pueblos, cargados de bastimentos; los cuales se les pagaban á su contento, segun es dicho. Prosiguiendo el camino, á los 14 dias del mes de diciembre, habiendo pasado por algunos pueblos de indios de la generacion de los guaranies, donde fué bien recebido y proveido de los bastimentos que tenian, llegado el Gobernador y su gente á un pueblo de indios de la generacion que su principal se dijo llamar Tocanguցir, aquí reposaron un dia porque la gente estaba fatigada, y el camino por do caminaron fué al oes norueste y á la cuarta del norueste; y en este lugar tómaron los pilotos el altura en veinte y cuatro grados y medio, apartados del Trópico un grado. Por todo el camino que se anduvo, después que entró en la provincia, en las poblaciones de ella es toda tierra muy alegre, de grandes campiñas, arboledas y muchas aguas de rios y fuentes, arroyos y muy buenas aguas delgadas; y en efecto es toda tierra muy aparejada para labrar y criar.

CAPITULO VIII.

De los trabajos què recebió en el camino el Gobernador y su gente, y la manera de los pinos y piñas de aquella tierra.

Dende el lugar de Tugui fué caminando el Gobernador con su gente hasta los 19 dias del mes de diciembre sin hallar poblado ninguno, donde recebió gran trabajo en el caminar á causa de los muchos rios y malos pasos que habia; que para pasar la gente y caballos hobo dia que se hicieron diez y ocho puentes, así para los rios como para las ciénagas, que habia muchas y muy malas; y asimismo se pasaron grandes sierras y montañas muy ásperas y cerradas de arboledas de cañas muy gruesas, que tenian unas puas muy agudas y recias, y de otros árboles, que para poderlos pasar iban siempre delante veinte hombres cortando y haciendo el camino, y estuvo muchos dias en pasarlas, que por la maleza de ellas no vian el cielo; y el dicho dia, á 19 del dicho mes, llegaron á un lugar de indios de la generacion de los guaranies, los cuales, con su principal, y hasta las mujeres y niños, mostrando mucho placer, los salieron á recebir al camino dos leguas del pueblo, donde trujeron muchos bastimentos de gallinas, patos y miel y batatas y otras frutas, y maíz y harina de piñones (que hacen muy gran cantidad de ella), porque hay en aquella tierra muy grandes pinares, y son tan grandes los pinos, que cuatro hombres juntos, tendidos los brazos, no pueden abrazar uno, y muy altos y derechos, y son muy buenos para mástiles de naos y para carracas, segun su grandeza; las piñas son grandes, los piñones del tamaño de bellotas, la cáscara grande de ellos es como de castañas, difieren en el sabor á los de España; los indios los cogen y de ellos hacen gran cantidad de harina para su mantenimiento. Por aquella tierra hay muchos puercos monteses y monos que comen estos piñones de esta manera: que los monos se suben encima de los pinos y se asen de la cola, y con las manos y piés derruecan muchas piñas en el suelo, y cuando tienen derribada mucha cantidad, abajan á comerlos; y muchas veces acontesce que los puercos monteses están aguardando que los monos derriben las piñas, y cuando las tienen derribadas, al tiempo que

abajan los monos de los pinos á comellos salen los puercos contra ellos, y quítanselas, y cómense los piñones, y mientras los puercos comian, los monos estaban dando grandes gritos sobre los árboles. Tambien hay otras muchas frutas de diversas maneras y sabor, que dos veces en el año se dan. En este lugar de Tugui se detuvo el Gobernador y su gente la pascua del Nascimiento, así por la honra de ella como porque la gente reposase y descansase; donde tuvieron qué comer, porque los indios lo dieron muy abundosamente de todos sus bastimentos; y así, los españoles, con la alegría de la Pascua y con el buen tratamiento de los indios, se regocijaron mucho, aunque el reposar era muy dañoso, porque como la gente estaba sin ejercitar el cuerpo y tenian tanto de comer, no digerian lo que comian, y luego les daban calenturas; lo que no hacia cuando caminaban, porque luego como comenzaban á caminar las dos jornadas primeras, desechaban el mal y andaban buenos; y al principio de la jornada la gente fatigaba al Gobernador que reposase algunos dias, y no lo queria permitir, porque ya tenia experiencia que habian de adolescer, y la gente creia que lo hacia por darlos mayor trabajo, hasta que por experiencia vinieron á conoscer que lo hacia por su bien, porque de comer mucho adolescian, y de esto el Gobernador tenia mucha experiencia.

CAPITULO IX.

De cómo el Gobernador y su gente se vieron con necesidad de hambre, y la remediaron con gusanos que sacaban de unas cañas.

A 28 dias de diciembre el Gobernador y su gente salieron del lugar de Tugui, donde quedaron los indios muy contentos; y yendo caminando por la tierra todo el dia sin hallar poblado alguno, llegaron á un rio muy caudaloso y ancho, y de grandes corrientes y hondables, por la ribera del cual habia muchas arboledas de acipreses y cedros y otros árboles; en pasar este rio se recebió muy gran trabajo aqueste dia y otros tres; caminaron por la tierra y pasaron por cinco lugares de indios de la generacion de los guaranies, y de todos ellos los salian á recebir al camino con sus mujeres y hijos, y traian muchos bastimentos, en tal manera, que la gente siempre fué muy proveida, y los indios quedaron muy pacíficos por el buen tratamiento y paga que el Gobernador les hizo. Toda esta tierra es muy alegre y de muchas aguas y arboledas; toda la gente de los pueblos siembran maíz y cazabi y otras semillas, y batatas de tres maneras, blancas y amarillas y coloradas, muy gruesas y sabrosas, y crian patos y gallinas, y sacan mucha miel de los árboles de lo hueco de ellos.

A 1.° dia del mes de enero del año del Señor de 1542, que el Gobernador y su gente partió de los pueblos de los indios, fué caminando por tierras de montañas y cañaverales muy espesos, donde la gente pasó harto trabajo, porque hasta los 5 dias del mes no hallaron poblado alguno; y demás del trabajo, pasaron mucha hambre y se sostuvo con mucho trabajo, abriendo caminos por los cañaverales. En los cañutos de estas cañas habia unos gusanos blancos, tan gruesos y largos como un dedo; los cuales la gente freian para comer, y salia de ellos tanta manteca, que bastaba para freirse muy bien, y los comian toda la gente, y los tenian por muy buena comida; y de los cañutos de otras cañas sacaban agua, que bebian y era muy buena, y se holgaban con ello. Esto andaban á buscar para comer en todo el camino; por manera que con ellos se sustentaron y remediaron su necesidad y hambre por aquel despoblado. En el camino se pasaron dos rios grandes y muy caudalosos con gran trabajo; su corriente es al norte. Otro dia, 6 de enero, yendo caminando por la tierra adentro sin hallar poblado alguno, vinieron á dormir á la ribera de otro rio caudaloso de grandes corrientes y de muchos cañaverales, donde la gente sacaba de los gusanos de las cañas para su comida, con que se sustentaron; y de allí partió el Gobernador con su gente. Otro dia siguiente fué caminando por tierra muy buena y de buenas aguas, y de mucha caza y puercos monteses y venados, y se mataban algunos y se repartian entre la gente: este dia pasaron dos rios pequeños. Plugo á Dios que no adolesció en este tiempo ningun cristiano, y todos iban caminando buenos con esperanza de llegar presto á la ciudad de la Ascension, donde estaban los españoles que iban á socorrer; desde 6 de enero hasta 10 del mes pasaron por muchos pueblos de indios de la generacion de los guaranies, y todos muy pacíficos y alegremente los salieron á recebir al camino de cada pueblo su principal, y los otros indios con sus mujeres y hijos cargados de bastimentos (de que se recebió grande ayuda y beneficio para los españoles), aunque los frailes fray Bernaldo de Armenta y fray Alonso, su compañero, se adelantaban á recoger y tomar los bastimentos, y cuando llegaba el Gobernador con la gente no tenian los indios qué dar; de lo cual la gente se querelló al Gobernador, por haberlo hecho muchas veces, habiendo sido apercebidos por el Gobernador que no lo hiciesen, y que no llevasen ciertas personas de indios, grandes y chicos, inútiles, á quien daban de comer; no lo quisieron hacer, de cuya causa toda la gente estuvo movida para los derramar, si el Gobernador no se lo estorbara, por lo que tocaba al servicio de Dios y de su majestad; y al cabo los frailes se fueron y apartaron de la gente, y contra la voluntad del Gobernador echaron por otro camino; y después de esto, los hizo traer y recoger de ciertos lugares de indios donde se habian recogido, y es cierto que si no los mandara recoger y traer, se vieran en muy gran trabajo. En el dia 10 de enero, yendo caminando, pasaron muchos rios y arroyos y otros malos pasos de grandes sierras y montañas de cañaverales de mucha agua; cada sierra de las que pasaron tenia un valle de tierra muy excelente, y un rio y otras fuentes y arboledas. En toda esta tierra hay muchas aguas, á causa de estar debajo del Trópico; el camino y derrota que hicieron estos dos dias fué al oeste.

CAPITULO X.

Del miedo que los indios tienen á los caballos.

A los 14 dias del mes de enero yendo caminando por entre lugares de indios de la generacion de los guaranies, todos los cuales los recebieron con mucho placer, y los venian á ver y traer maíz, gallinas y miel y de los otros mantenimientos; y como el Gobernador se lo pa-

gaba tanto á su voluntad, traíanle tanto, que lo dejaban sobrado por los caminos. Toda esta gente anda desnuda en cueros, así los hombres como las mujeres; tenian muy gran temor de los caballos, y rogaban al Gobernador que les dijese á los caballos que no se enojasen, y por los tener contentos los traian de comer; y así llegaron á un rio ancho y caudaloso que se llama Iguatu, el cual es muy bueno y de buen pescado y arboledas; en la ribera del cual está un pueblo de indios de la generacion de los guaranies, los cuales siembran su maíz y cazabi como en todas las otras partes por donde habian pasado, y los salieron á recebir como hombres que tenian noticia de su venida y del buen tratamiento que les hacian, y les trujeron muchos bastimentos, porque los tienen. En toda aquella tierra hay muy grandes piñales de muchas maneras, y tienen las piñas como ya está dicho atrás. En toda esta tierra los indios les servian, porque siempre el Gobernador les hacia buen tratamiento. Este Iguatu está de la banda del oeste en veinte y cinco grados; será tan ancho como Guadalquivir. En la ribera del cual (segun la relacion hobieron de los naturales y por lo que vió por vista de ojos) está muy poblado, y es la mas rica gente de toda aquella tierra y provincia, de labrar y criar, porque crian muchas gallinas, patos y otras aves, y tienen mucha caza de puercos y venados, y dantas y perdices, codornices y faisanes, y tienen en el rio gran pesquería, y siembran y cogen mucho maíz, batatas, cazabi, mandubies, y tienen otras muchas frutas, y de los árboles cogen gran cantidad de miel. Estando en este pueblo, el Gobernador acordó de escrebir á los oficiales de su majestad, y capitanes y gentes que residian en la ciudad de la Ascension, haciéndoles saber cómo por mandado de su majestad los iba á socorrer, y envió dos indios naturales de la tierra con la carta. Estando en este rio del Piqueri una noche mordió un perro en una pierna á un Francisco Orejon, vecino de Avila, y tambien allí le adolescieron otros catorce españoles, fatigados del largo camino; los cuales se quedaron con el Orejon que estaba mordido del perro, para venirse poco á poco; y el Gobernador los encargó á los indios de la tierra para que los favoresciesen y mirasen por ellos, y los encaminasen para que pudiesen venirse en su seguimiento estando buenos; y porque tuviesen voluntad de lo hacer dió al principal del pueblo y á otros indios naturales de la tierra y provincia, muchos rescates, con que quedaron muy contentos los indios y su principal. En todo este camino y tierra por donde iba el Gobernador y su gente haciendo el descubrimiento, hay grandes campiñas de tierras, y muy buenas aguas, rios, arroyos y fuentes, y arboledas y siembras, y la mas fértil tierra del mundo, muy aparejada para labrar y criar, y mucha parte de ella para ingenios de azúcar, y tierra de mucha caza, y la gente que vive en ella de la generacion de los guaranies: comen carne humana, y todos son labradores y criadores de patos y gallinas, y toda gente muy doméstica y amigos de cristianos, y que con poco trabajo vernán en conoscimiento de nuestra santa fe católica, como se ha visto por experiencia; y segun la manera de la tierra, se tiene por cierto que si minas de plata ha de haber, ha de ser allí.

CAPITULO XI.

De cómo el Gobernador caminó con canoas por el rio de Iguazu, y por salvar un mal paso de un salto que el rio hacia, llevó por tierra las canoas una legua á fuerza de brazos.

Habiendo dejado el Gobernador los indios del rio del Piqueri muy amigos y pacíficos, fué caminando con su gente por la tierra, pasando por muchos pueblos de indios de la generacion de los guaranies; todos los cuales les salian á recebir á los caminos con muchos bastimentos, mostrando grande placer y contentamiento con su venida, y á los indios principales señores de los pueblos les daba muchos rescates, y hasta las mujeres viejas y niños salian á ellos á los recebir, cargados de maíz y batatas, y asimismo de los otros pueblos de la tierra, que estaban á una jornada y á dos unos de otros, todos vinieron de la mesma forma á traer bastimentos; y antes de llegar con gran trecho á los pueblos por do habian de pasar, alimpiaban y desmontaban los caminos, y bailaban y hacian grandes regocijos de verlos; y lo que mas acrescienta su placer y de que mayor contento resciben, es cuando las viejas se alegran, porque se gobiernan con lo que estas les dicen y sonles muy obedientes, y no lo son tanto á los viejos. A postrero dia del dicho mes de enero, yendo caminando por la tierra y provincia, llegaron á un rio que se llama Iguazu, y antes de llegar al rio anduvieron ocho jornadas de tierra despoblada, sin hallar ningun lugar poblado de indios. Este rio Iguazu es el primer rio que pasaron al principio de la jornada cuando salieron de la costa del Brasil. Llámase tambien por aquella parte Iguazu; corre del este oeste; en él no hay poblado ninguno; tomóse el altura en veinte y cinco grados y medio. Llegados que fueron al rio de Iguazu, fué informado de los indios naturales que el dicho rio entra en el rio del Paraná, que asimismo se llama el rio de la Plata; y que entre este rio del Paraná y el rio de Iguazu mataron los indios á los portugueses que Martin Alfonso de Sosa envió á descubrir aquella tierra: al tiempo que pasaban el rio en canoas dieron los indios en ellos y los mataron. Algunos de estos indios de la ribera del rio Paraná, que así mataron á los portugueses, le avisaron al Gobernador que los indios del rio del Piqueri que era mala gente, enemigos nuestros, y que les estaban aguardando para acometerlos y matarlos en el paso del rio; y por esta causa acordó el Gobernador, sobre acuerdo, de tomar y asegurar por dos partes el rio, yendo él con parte de su gente en canoas por el rio de Iguazu abajo, y salirse á poner en el rio del Paraná, y por la otra parte fuese el resto de la gente y caballos por tierra, y se pusiesen y confrontasen con la otra parte del rio, para poner temor á los indios y pasar en las canoas toda la gente; lo cual fué así puesto en efecto; y en ciertas canoas que compró de los indios de la tierra se embarcó el Gobernador con hasta ochenta hombres, y así se partieron por el rio de Iguazu abajo, y el resto de la gente y caballos mandó que se fuesen por tierra (segun está dicho), y que todos se fuesen á juntar en el rio del Paraná. E yendo por el dicho rio de Iguazu abajo era la corriente de él tan grande, que corrian las canoas por él con mucha furia; y esto causólo que muy cerca de donde se embarcó da el rio un salto por unas peñas abajo muy altas, y da el

agua en lo bajo de la tierra tan grande golpe, que de muy léjos se oye; y la espuma del agua, como cae con tanta fuerza, sube en alto dos lanzas y mas, por manera que fué necesario salir de las canoas y sacallas del agua y llevarlas por tierra hasta pasar el salto, y á fuerza de brazos las llevaron mas de media legua, en que se pasaron muy grandes trabajos: salvado aquel mal paso, volvieron á meter en el agua las dichas canoas y proseguir su viaje, y fueron por el dicho rio abajo hasta que llegaron al rio del Paraná; y fué Dios servido que la gente y caballos que iban por tierra, y las canoas y gente, con el Gobernador que en ellas iban, llegaron todos á un tiempo, y en la ribera del rio estaba muy gran número de los indios de la misma generacion de los guaranies, todos muy emplumados con plumas de papagayos y almagrados, pintados de muchas maneras y colores, y con sus arcos y flechas en las manos hecho un escuadron de ellos, que era muy gran placer de los ver. Como llegó el Gobernador y su gente (de la forma ya dicha), pusieron mucho temor á los indios, y estuvieron muy confusos, y comenzó por lenguas de los intérpretes á les hablar, y á derramar entre los principales de ellos grandes rescates; y como fuese gente muy cobdiciosa y amiga de novedades, comenzáronse á sosegar y allegarse al Gobernador y su gente, y muchos de los indios les ayudaron á pasar de la otra parte del rio; y como hobieron pasado, mandó el Gobernador que de las canoas se hiciesen balsas juntándolas de dos en dos; las cuales hechas, en espacio de dos horas fue pasada toda la gente y caballos de la otra parte del rio, en concordia de los naturales, ayudándoles ellos proprios á los pasar. Este rio del Paraná, por la parte que lo pasaron, era de ancho un gran tiro de ballesta, es muy hondable y lleva muy gran corriente, y al pasar del rio se trastornó una canoa con ciertos cristianos, uno de los cuales se ahogó porque la corriente lo llevó, que nunca mas paresció. Hace este rio muy grandes remolinos, con la gran fuerza del agua y gran hondura de él.

CAPITULO XII.

Que trata de las balsas que se hicieron para llevar los dolientes.

Habiendo pasado el Gobernador y su gente el rio del Paraná, estuvo muy confuso de que no fuesen llegados dos bergantines que habia enviado á pedir á los capitanes que estaban en la ciudad de la Ascension, avisándoles por su carta que les escribió dende el rio del Paraná, para asegurar el paso por temor de los indios de él, como para recoger algunos enfermos y fatigados del largo camino que habian caminado; y porque tenian nueva de su venida y no haber llegado, púsole en mayor confusion, y porque los enfermos eran muchos y no podian caminar, ni era cosa segura detenerse allí donde tantos enemigos estaban, y estar entre ellos seria dar atrevimiento para hacer alguna traicion, como es su costumbre; por lo cual acordó de enviar los enfermos por el rio de Paraná abajo en las mismas balsas, encomendados á un indio principal del rio, que habia por nombre Iguaron, al cual dió rescates porque él se ofresció á ir con ellos hasta el lugar de Francisco, criado de Gonzalo de Acosta, en confianza de que en el camino encontrarian los bergantines, donde serian recebidos y recogidos, y entre tanto serian favorescidos por el indio llamado Francisco, que fué criado entre cristianos, que vive en la misma ribera del rio del Paraná, á cuatro jornadas de donde lo pasaron, segun fué informado por los naturales; y así, los mandó embarcar, que serian hasta treinta hombres, y con ellos envió otros cincuenta hombres arcabuceros y ballesteros para que les guardasen y defendiesen; y luego que los hobo enviado se partió el Gobernador con la otra gente por tierra para la ciudad de la Ascension, hasta la cual (segun le certificaron los indios del rio del Paraná) habria hasta nueve jornadas; y en el rio del Paraná se tomó la posesion en nombre y por su majestad, y los pilotos tomaron el altura en veinte y cuatro grados.

El Gobernador con su gente fueron caminando por la tierra y provincia, por entre lugares de indios de la generacion de los guaranies, donde por todos ellos fué muy bien recebido, saliendo, como solian, á los caminos, cargados de bastimentos, y en el camino pasaron unas ciénagas muy grandes y otros malos pasos y rios, donde en el hacer de las puentes para pasar la gente y caballos se pasaron grandes trabajos; y todos los indios de estos pueblos, pasado el rio del Paraná, les acompañaban de unos pueblos á otros, y les mostraban y tenian muy grande amor y voluntad, sirviéndoles y haciéndoles socorro en guiarles y darles de comer; todo lo cual pagaba y satisfacia muy bien el Gobernador; con que quedaban muy contentos. Y caminando por la tierra y provincia, aportó á ellos un cristiano español que venia de la ciudad de la Ascension á saber de la venida del Gobernador, y llevar el aviso de ello á los cristianos y gente que en la ciudad estaban; porque, segun la necesidad y deseo que tenian de verlo á él y su gente por ser socorridos, no podian creer que fuesen á hacerles tan gran beneficio hasta que lo viesen por vista de ojos, no embargante que habian recebido las cartas que el Gobernador les habia escripto. Este cristiano dijo y informó al Gobernador del estado y gran peligro en que estaba la gente, y las muertes que habian suscedido así en los que llevó Juan de Ayolas como otros muchos que los indios de la tierra habian muerto; por lo cual estaban muy atribulados y perdidos, mayormente por haber despoblado el puerto de Buenos-Aires, que está asentado en el rio del Paraná, donde habian de ser socorridos los navíos y gentes que de estos reinos de España fuesen á los socorrer; y por esta causa tenian perdida la esperanza de ser socorridos, pues el puerto se habia despoblado, y por otros muchos daños que les habia suscedido en la tierra.

CAPITULO XIII.

De cómo llegó el Gobernador á la ciudad de la Ascension, donde estaban los cristianos españoles que iba á socorrer.

Habiendo llegado (segun dicho es) el cristiano español, y siendo bien informado el Gobernador de la muerte de Juan de Ayolas y cristianos que consigo llevó á hacer la entrada y descubrimiento de tierra, y de las otras muertes de los otros cristianos, y la demasiada necesidad que tenian de su ayuda los que estaban en la ciudad de la Ascension, y asimismo del despoblamiento del puerto de Buenos-Aires, adonde el Gobernador ha-

bia mandado venir su nao capitana con las ciento y cuarenta personas dende la isla de Santa Catalina, donde los habia dejado para este efecto, considerando el gran peligro en que estarian por hallar yerma la tierra de cristianos, donde tantos enemigos indios habia, y por los enviar con toda brevedad á socorrer y dar contentamiento á los de la Ascension, y para sosegar los indios que tenian por amigos naturales de aquella tierra, vasallos de su majestad, con muy gran diligencia fué caminando por la tierra, pasando por muchos lugares de indios de la generacion de los guaranies, los cuales, y otros muy apartados de su camino, los venian á ver cargados de mantenimientos, porque corria la fama (segun está dicho) de los buenos tratamientos que les hacia el Gobernador y muchas dádivas que les daba, venian con tanta voluntad y amor á verlos y traerles bastimentos, y traian consigo las mujeres y niños, que era señal de gran confianza que de ellos tenian, y les limpiaban los caminos por dó habian de pasar. Todos los indios de los lugares por donde pasaron haciendo el descubrimiento, tienen sus casas de paja y madera; entre los cuales indios vinieron muy gran cantidad de indios de los naturales de la tierra y comarca de la ciudad de la Ascension, que todos, uno á uno, vinieron á hablar al Gobernador en nuestra lengua castellana, diciendo que en buena hora fuese venido, y lo mismo hicieron á todos los españoles, mostrando mucho placer con su llegada. Estos indios en su manera demostraron luego haber comunicado y estado entre cristianos, porque eran comarcanos de la ciudad de la Ascension; y como el Gobernador y su gente se iban acercando á ella, por los lugares por do pasaban antes de llegar á ellos, hacian lo mismo que los otros, teniendo los caminos limpios y barridos; los cuales indios y las mujeres viejas y niños se ponian en órden, como en procesion, esperando su venida con muchos bastimentos y vinos de maíz, y pan, y batatas, y gallinas, y pescados, y miel, y venados, todo aderezado; lo cual daban y repartian graciosamente entre la gente, y en señal de paz y amor alzaban las mános en alto, y en su lenguaje, y muchos en el nuestro, decian que fuesen bien venidos el Gobernador y su gente, y por el camino mostrándose grandes familiares y conversables, como si fueran naturales suyos, nascidos y criados en España. Y de esta manera caminando (segundo dicho es), fué nuestro Señor servido que á 11 dias del mes de marzo, sabádo, á las nueve de la mañana, del año de 1542, llegaron á la ciudad de la Ascension, donde hallaron residiendo los españoles que iban á socorrer, la cual está asentada en la ribera del rio del Paraguay, en veinte y cinco grados de la banda del Sur; y como llegaron cerca de la ciudad, salieron á recebirlos los capitanes y gentes que en la ciudad estaban, los cuales salieron con tanto placer y alegría, que era cosa increible, diciendo que jamás creyeron ni pensaron que pudieran ser socorridos, ansí por respecto de ser peligroso y tan dificultoso el camino, y no sè haber hallado ni descubierto, ni tener ninguna noticia de él, como porque el puerto de Buenos-Aires, por do tenian alguna esperanza de ser socorridos, lo habian despoblado, y que por esto los indios naturales habian tomado grande osadía y atrevimiento de los acometer para los matar, mayormente habiendo visto que habia pasado tanto tiempo sin que acudiese ninguna gente española á la provincia. Y por el consiguiente, el Gobernador se holgó con ellos, y les habló y recebió con mucho amor, haciéndole saber cómo iba á les dar socorro por mandado de su majestad; y luego presentó las provisiones y poderes que llevaba ante Domingo de Irala, teniente de gobernador en dicha provincia, y ante los oficiales, los cuales eran Alonso de Cabrera, veedor, natural de Loja; Felipe de Cáceres, contador, natural de Madrid; Pedro Dorantes, factor, natural de Béjar; y ante los otros capitanes y gente que en la provincia residian; las cuales fueron leidas en su presencia y de los otros clérigos y soldados que en ella estaban; por virtud de las cuales rescibieron al Gobernador y le dieron la obediencia como á tal capitan general de la provincia en nombre de su majestad, y le fueron dadas y entregadas las varas de la justicia; las cuales el Gobernador dió y proveyó de nuevo en personas que en nombre de su majestad administrasen la ejecucion de la justicia civil y criminal en la dicha provincia.

CAPITULO XIV.

De cómo llegaron á la ciudad de la Ascension los españoles que quedaron malos en el rio del Piqueri.

Estando el Gobernador en la ciudad de la Ascension (de la manera que he dicho), á cabo de treinta dias que hobo llegado á la ciudad, vinieron al puerto los cristianos que habia enviado en las balsas, así enfermos como sanos, dende el rio del Paraná, que allí adolescieron, y venian fatigados del camino; de los cuales no faltó sino solo uno, que lo mató un tigre, y de ellos supo el Gobernador y fué certificado que los indios naturales del rio habian hecho gran junta y llamamiento por toda la tierra, y por el rio en canoas, y por la ribera del rio habian salido á ellos, yendo por el rio abajo en sus balsas muy gran número y cantidad de los indios, y con grande grita y toque de atambores los habian acometido, tirándoles muchas flechas y muy espesas, juntándose á ellos con mas de docientas canoas por los entrar y tomar las balsas, para los matar, y que catorce dias con sus noches no habian cesado poco ni mucho de los dar el combate, y que los de tierra no dejaban de les tirar juntamente (segun que los de las canoas), y que traian unos garfios grandes, para en juntándose las balsas á tierra, echarles mano y sacarlas á tierra, y detenerlos para los tomar á manos; y con esto, era tan grande la vocería y alaridos que daban los indios, que parescia que se juntaba el cielo con la tierra; y como los de las canoas y los de la tierra se remudaban, y unos descansaban, y otros peleaban, con tanta órden, que no dejaban de les dar siempre mucho trabajo; donde hobo de los españoles hasta veinte heridos de heridas pequeñas, no peligrosas; y en todo este tiempo las balsas no dejaban de caminar por el rio abajo, así de dia como de noche, porque la corriente del rio, como era grande, los llevaba, sin que la gente trabajasen mas de en gobernar, para que no se llegasen á la tierra, donde estaba todo el peligro, aunque algunos remolinos que el rio hace les puso en gran peligro muchas veces, porque traia las

balsas á la redonda remolinando; y si no fuera por la buena maña que se dieron los que gobernaban, los remolinos los hicieran ir á tierra, donde fueran tomados y muertos. E yendo en esta forma, sin que tuviesen remedio de ser socorridos ni amparados, los siguieron catorce dias los indios con sus canoas, flechándolos y peleando de dia y de noche con ellos; se llegaron cerca de los lugares del dicho indio Francisco (que fué esclavo y criado de cristianos) el cual, con cierta gente suya, salió por el rio arriba á recebir y socorrer los cristianos, y los trajo á una isla cerca de su propio pueblo, donde los proveyó y socorrió de bastimentos, porque del trabajo de la guerra continua que les habian dado, venian fatigados y con mucha hambre, y allí se curaron y reformaron los heridos, y los enemigos se retiraron y no osaron tornarles acometer; y en este tiempo llegaron dos bergantines que en su socorro habian enviado, en los cuales fueron recogidos á la dicha ciudad de la Ascension.

CAPITULO XV.

De cómo el Gobernador envió á socorrer la gente que venia en su nao capitana á Buenos-Aires, y á que tornasen á poblar aquel puerto.

Con toda diligencia el Gobernador mandó aderezar bergantines, y cargados de bastimentos y cosas necesarias, con cierta gente de la que halló en la ciudad de la Ascension, que habian sido pobladores del puerto de Buenos-Aires, porque tenian experiencia del rio del Paraná, los envió á socorrer los ciento y cuarenta españoles que envió en la nao capitana dende la isla de Santa Catalina, por el gran peligro en que estarian por se haber despoblado el puerto de Buenos-Aires, y para que se tornase luego á poblar nuevamente el pueblo en la parte mas suficiente y aparejada que les paresciese á las personas á quien lo cometió y encargó, porque era cosa muy conveniente y necesaria hacerse la poblacion y puerto, sin el cual toda la gente española que residia en la provincia y conquista, y la que adelante viniese, estaba en gran peligro y se perderian, porque las naos que á la provincia fuesen de rota batida, han de ir á tomar puerto en el dicho rio, y allí hacer bergantines para subir trecientas y cincuenta leguas el rio arriba, que hay hasta la ciudad de la Ascension, de navegacion muy trabajosa y peligrosa; los cuales dos bergantines partieron á 16 dias del mes de abril del dicho año, y luego mandó hacer de nuevo otros dos, que fornescidos y cargados de bastimentos y gente, partieron á hacer el dicho socorro, y á efectuar la fundacion del puerto de Buenos-Aires, y á los capitanes que el Gobernador envió con los bergantines, les mandó y encargó que á los indios que habitaban en el rio del Paraná, por donde habian de navegar, les hiciesen buenos tratamientos, y los trujesen de paz á la obediencia de su majestad, trayendo de lo que en ello hiciesen la razon y relacion cierta, para avisar de todo á su majestad; y proveido que hobo lo susodicho, comenzó á entender en las cosas que convenian al servicio de Dios y de su majestad, y á la pacificacion y sosiego de los naturales de la dicha provincia. Y para mejor servir á Dios y á su majestad, el Gobernador mandó llamar y hizo juntar los religiosos y clérigos que en la provincia residian, y los que consigo habia llevado, y delante de los oficiales de su majestad, capitanes y gente que para tal efecto mandó llamar y juntar, les rogó con buenas y amorosas palabras tuviesen especial cuidado en la doctrina y enseñamiento de los indios naturales, vasallos de su majestad, y les mandó leer, y fueron leidos, ciertos capítulos de una carta acordada de su majestad, que habla sobre el tratamiento de los indios, y que los dichos frailes, clérigos y religiosos tuviesen especial cuidado en mirar que no fuesen maltratados, y que le avisasen de lo que en contrario se hiciese, para lo proveer y remediar, y que todas las cosas que fuesen necesarias para tan santa obra, el Gobernador se las daria y proveeria, y asimismo para administrar los santos sacramentos en las iglesias y monesterios les proveeria; y ansí, fueron proveidos de vino y harina, y les repartió los ornamentos que llevó, con que se servian las iglesias y el culto divino, y para ello les dió una bota de vino.

CAPITULO XVI.

De cómo matan á sus enemigos que captivan, y se los comen.

Luego dende á poco que hobo llegado el Gobernador á la dicha ciudad de la Ascension, los pobladores y conquistadores que en ella halló, le dieron grandes querellas y clamores contra los oficiales de su majestad, y mandó juntar todos los indios naturales, vasallos de su majestad; y así juntos, delante y en presencia de los religiosos y clérigos, les hizo su parlamento, diciéndoles cómo su majestad lo habia enviado á los favorescer y dar á entender cómo habian de venir en conoscimiento de Dios y ser cristianos, por la doctrina y enseñamiento de los religiosos y clérigos que para ello eran venidos, como ministros de Dios, y para que estuviesen debajo de la obediencia de su majestad, y fuesen sus vasallos, y que de esta manera serian mejor tratados y favorecidos que hasta allí lo habian sido; y allende de esto, les fué dicho y amonestado que se apartasen de comer carne humana, por el grave pecado y ofensa que en ello hacian á Dios, y los religiosos y clérigos se lo dijeron y amonestaron; y para les dar contentamiento, les dió y repartió muchos rescates, camisas, ropas, bonetes y otras cosas, con que se alegraron. Esta generacion de los guaranies es una gente que se entienden por su lenguaje todos los de las otras generaciones de la provincia, y comen carne humana de otras generaciones que tienen por enemigos, cuando tienen guerra unos con otros; y siendo de esta generacion, si los captivan en las guerras, tráenlos á sus pueblos, y con ellos hacen grandes placeres y regocijos, bailando y cantando; lo cual dura hasta que el captivo está gordo, porque luego que lo captivan lo ponen á engordar y le dan todo cuanto quiere á comer, y á sus mismas mujeres y hijas para que haya con ellas sus placeres, y de engordallo no toma ninguno el cargo y cuidado, sino las proprias mujeres de los indios, las mas principales de ellas; las cuales lo acuestan consigo y lo componen de muchas maneras, como es su costumbre, y le ponen mucha plumería y cuentas blancas, que hacen los indios de hueso y de piedra blanca, que son entre ellos muy estimadas, y en estando gordo, son los placeres, bailes y cantos muy ma-

yores, y juntos los indios, componen y aderezan tres mochachos de edad de seis años hasta siete, y danles en las manos unas hachetas de cobre, y un indio, el que es tenido por mas valiente entre ellos, toma una espada de palo en las manos, que la llaman los indios macana; y sácanlo en una plaza, y allí le hacen bailar una hora, y desque ha bailado, llega y le da en los lomos con ambas las manos un golpe, y otro en las espinillas para derribarle, y acontesce, de seis golpes que le dan en la cabeza, no poderlo derribar, y es cosa muy de maravillar el gran testor que tienen en la cabeza, porque la espada de palo con que les dan es de un palo muy recio y pesado, negro, y con ambas manos un hombre de fuerza basta á derribar un toro de un golpe, y al tal captivo no lo derriban sino de muchos, y en fin al cabo lo derriban, y luego los niños llegan con sus hachetas, y primero el mayor de ellos ó el hijo del principal, y danle con ellas en la cabeza tantos golpes, hasta que le hacen saltar la sangre, y estándoles dando, los indios les dicen á voces que sean valientes y se enseñen, y tengan ánimo para matar sus enemigos y para andar en las guerras, y que se acuerden que aquel ha muerto de los suyos, que se venguen de él; y luego como es muerto, el que le da el primer golpe toma el nombre del muerto, y de allí adelante se nombra del nombre del que así mataron, en señal que es valiente, y luego las viejas lo despedazan y cuecen en sus ollas y reparten entre sí, y lo comen, y tiénenlo por cosa muy buena comer dél, y de allí adelante tornan á sus bailes y placeres, los cuales duran por otros muchos dias, diciendo que ya es muerto por sus manos su enemigo que mató á sus parientes, que agora descansarán y tomarán por ello placer.

CAPITULO XVII.

De la paz que el Gobernador asentó con los indios agaces.

En la ribera de este rio del Paraguay está una nascion de indios que se llaman agaces; es una gente muy temida de todas las nasciones de aquella tierra; allende de ser valientes hombres y muy usados en la guerra, son muy grandes traidores, que debajo de palabra de paz han hecho grandes estragos y muertes en otras gentes, y aun en propios parientes suyos, por hacerse señores de toda la tierra; de manera que no se confian de ellos. Esta es una gente muy crescida, de grandes cuerpos, y miembros como gigantes; andan hechos cosarios por el rio en canoas; saltan en tierra á hacer robos y presas en los guaranies, que tienen por principales enemigos; mantiénense de caza y pesquería del rio y de la tierra, y no siembran, y tienen por costumbre de tomar captivos de los guaranies, y tráenlos maniatados dentro de sus canoas, y lléganse á la propria tierra donde son naturales, y salen sus parientes para rescatarlos, y delante de sus padres y hijos, mujeres y deudos, les dan crueles azotes y les dicen que les trayan de comer, si no, que los matarán. Luego les traen muchos mantenimientos, hasta que les cargan las canoas; y se vuelven á sus casas, y llévanse los prisioneros, y esto hacen muchas veces, y son pocos los que rescatan; porque después que están hartos de traerlos en sus canoas y de azotarlos, los cortan las cabezas y las ponen por la ribera del rio hincadas en unos palos altos. A estos indios, antes que fuese á la dicha provincia el Gobernador, les hicieron guerra los españoles que en ella residian, y habian muerto á muchos de ellos, y asentaron paz con los dichos indios; la cual quebrantaron, como lo acostumbran, haciendo daños á los guaranies muchas veces, llevando muchas provisiones; y cuando el Gobernador llegó á la ciudad de la Ascension habia pocos dias que los agaces habian rompido las paces y habian salteado y robado ciertos pueblos de los guaranies, y cada dia venian á desasosegar y dar rebato á la ciudad de la Ascension; y como los indios agaces supieron la venida del Gobernador, los hombres mas principales de ellos, que se llaman Abacoten y Tabor y Alabos, acompañados de otros muchos de su generacion, vinieron en sus canoas, y desembarcaron en el puerto de la ciudad, y salidos en tierra, se vinieron á poner en presencia del Gobernador, y dijeron que ellos venian á dar la obediencia á su majestad y á ser amigos de los españoles; y que si hasta allí no habian guardado la paz, habia sido por atrevimiento de algunos mancebos locos que sin su licencia salian, y daban causa á que se creyese que ellos quebraban y rompian la paz, y que los tales habian sido bien castigados; y rogaron al Gobernador los recebiese y hiciese paz con ellos y con los españoles, y que ellos la guardarian y conservarian estando presentes los religiosos y clérigos y oficiales de su majestad. Hecho su mensaje, el Gobernador los recebió con todo buen amor, y les dió por respuesta que era contento de los recebir por vasallos de su majestad y por amigos de los cristianos, con tanto que guardasen las condiciones de la paz y no la rompiesen como otras veces lo habian hecho, con apercebimiento que los tendrian por enemigos capitales y les harian la guerra; y de esta manera se asentó la paz, y quedaron por amigos de los españoles y de los naturales guaranies, y de allí adelante los mandó favorescer y socorrer de mantenimientos; y las condiciones y posturas de la paz, para que fuese guardada y conservada, fué que los dichos indios agaces principales, ni los otros de su generacion, todos juntos ni divididos, en manera alguna, cuando hobiesen de venir en sus canoas por la ribera del rio del Paraguay, entrando por tierra de los guaranies, ó hasta llegar al puerto de la ciudad de la Ascension, hobiese de ser y fuese de dia claro, y no de noche, y por la otra parte de la ribera del rio, no por donde los otros indios guaranies y españoles tienen sus pueblos y labranzas; y que no saltasen en tierra, y que cesase la guerra que tenian con los indios guaranies, y no les hiciesen ningun mal ni daño, por ser, como eran, vasallos de su majestad; que volviesen y restituyesen ciertos indios y indias de la dicha generacion, que habian captivado durante el tiempo de la paz, porque eran cristianos y se quejaban sus parientes, y que á los españoles y indios guaranies que anduviesen por el rio á pescar y por la tierra á cazar no les hiciesen daño ni les impidiesen la caza y pesquería, y que algunas mujeres, hijas y parientas de los agaces, que habian traido á las doctrinar, que las dejasen permanescer en la santa obra, y no las llevasen ni hiciesen ir ni ausentar; y que guardando las condiciones, los tenian por amigos; y donde no, por cualquier de ellas que así no guardasen, procederian contra ellos; y sien-

do por ellos bien entendidas las condiciones y apercebimientos, prometieron de las guardar; y de esta manera se asentó con ellos la paz y dieron la obediencia.

CAPITULO XVIII.

De las querellas que dieron al Gobernador los pobladores, de los oficiales de su majestad.

Luego dende á pocos dias que fué llegado á la ciudad de la Ascension el Gobernador, visto que habia en ella muchos pobres y necesitados, los proveyó de ropas, camisas, calzones y otras cosas, con que fueron remediados, y proveyó á muchos de armas, que no las tenian; todo á su costa, sin interese alguno; y rogó á los oficiales de su majestad que no les hiciesen los agravios y vejaciones que hasta allí les habian hecho y hacian; de que se querellarian de ellos gravemente todos los conquistadores y pobladores, así sobre la cobranza de deudas debidas á su majestad, como derechos de una nueva imposicion que inventaron y pusieron, de pescado y manteca, de la miel, maíz y otros mantenimientos, y pellejos de que se vestian, y que habian y compraban de los indios naturales; sobre lo cual los oficiales hicieron al Gobernador muchos requerimientos para proceder en la cobranza, y el Gobernador no se lo consintió; de donde le cobraron grande odio y enemistad, y por vias indirectas intentaron de hacerle todo el mal y daño que pudiesen, movidos con mal celo; de que resultó prenderlos y tenerlos presos por virtud de las informaciones que contra ellos se tomaron.

CAPITULO XIX.

Cómo se querellaron al Gobernador de los indios guaycurues.

Los indios principales de la ribera y comarca del rio del Paraguay, y mas cercanos á la ciudad de la Ascension, vasallos de su majestad, todos juntos parescieron ante el Gobernador y se querellaron de una generacion de indios que habitan cerca de sus confines; los cuales son muy guerreros y valientes, y se mantienen de la caza de los venados, mantecas y miel, y pescado del rio, y puercos que ellos matan, y no comen otra cosa ellos y sus mujeres y hijos, y estos cada dia la matan y andan á cazar con su puro trabajo; y son tan ligeros y recios, que corren tanto tras los venados, y tanto les dura el aliento, y sufren tanto el trabajo de correr, que los cansan y toman á mano, y otros muchos matan con las flechas, y matan muchos tigres y otros animales bravos. Son muy amigos de tratar bien á las mujeres, no tan solamente las suyas proprias, que entre ellos tienen muchas preeminencias, mas en las guerras que tienen, si captivan algunas mujeres, danles libertad y no les hacen daño ni mal; todas las otras generaciones les tienen gran temor; nunca están quedos de dos dias arriba en un lugar; luego levantan sus casas, que son de esteras, y se van una legua ó dos desviados de donde han tenido asiento; porque la caza, como es por ellos hostigada, huye y se va, y vanla siguiendo y matando. Esta generacion y otras que se mantienen de las pesquerías y de unas algarrobas que hay en la tierra, á las cuales acuden por los montes donde están estos árboles, á coger como puercos que andan á montanera, todos en un tiempo, porque es cuando está madura el algarroba por el mes de noviembre á la entrada de diciembre, y de ella hacen harina y vino, el cual sale tan fuerte y recio, que con ello se emborrachan.

CAPITULO XX.

Cómo el Gobernador pidió informacion de la querella.

Asimismo se querellaron los indios principales al Gobernador, de los indios guaycurues, que les habian desposeido de su propria tierra, y les habian muerto sus padres y hermanos y parientes; y pues ellos eran cristianos y vasallos de su majestad, los amparase y restituyese en las tierras que les tenian tomadas y ocupadas los indios, porque en los montes y en las lagunas y rios de ellas tenian sus cazas y pesquerías, y sacaban miel, con que se mantenian ellos y sus hijos y mujeres, y lo traian á los cristianos; porque después que á aquella tierra fué el Gobernador, se les habia hecho las dichas fuerzas y muertes. Vista por el Gobernador la querella de los indios principales, los nombres de los cuales son Pedro de Mendoza, y Juan de Salazar Cupirati, y Francisco Ruiz Mairaru, y Lorenzo Moquiraci, y Gonzalo Mairaru, y otros cristianos nuevamente convertidos, porque se supiese la verdad de lo contenido en su querella, y se hiciese y procediese conforme á derecho, por las lenguas intérpretes el Gobernador les dijo que trujesen informacion de lo que decian; la cual dieron y presentaron de muchos testigos cristianos españoles, que habian visto y se hallaron presentes en la tierra cuando los indios guaycurues les habian hecho los daños y les habian echado de la tierra, despoblando un pueblo que tenian, muy grande y cercado de fuerte palizada, que se llama Caguazu; y recebida la dicha informacion, el Gobernador mandó llamar y juntar los religiosos y clérigos que allí estaban, conviene á saber, el comisario fray Bernaldo de Armenta y fray Alonso Lebron, su compañero, y el bachiller Martin de Armenta y Francisco de Andrada, clérigos, para que viesen la informacion y diesen su parescer, si la guerra se les podia hacer á los indios guaycurues justamente. Y habiendo dado su parescer, firmado de sus nombres, que con mano armada podia ir contra los dichos indios, á les hacer la guerra, pues eran enemigos capitales, el Gobernador mandó que dos españoles que entendian la lengua de los indios guaycurues, con un clérigo llamado Martin de Armenta, acompañados de cincuenta españoles, fuesen á buscar los indios guaycurues, y á les requerir diesen la obediencia á su majestad, y se apartasen de la guerra que hacian á los indios guaranies, y los dejasen libres por sus tierras, gozando de las cazas y pesquerías de ellas; y que de esta manera los ternia por amigos y los favoresceria; y donde no, lo contrario haciendo, que les haria la guerra como á enemigos capitales. Y así, se partieron los susodichos, encargándoles tuviesen especial cuidado de les hacer los apercebimientos una, y dos, y tres veces con toda templanza. E idos, dende á ocho dias volvieron, y dijeron y dieron fe que hicieron el dicho apercibimiento á los indios, y que hecho, se pusieron en arma contra ellos, diciendo que no querian dar la obediencia ni ser amigos de los españoles ni de los indios guaranies, y que se fuesen luego de su tierra; y ansí, les tiraron muchas flechas,

vinieron de ellos heridos; y visto lo susodicho por el Gobernador, mandó apercebir hasta docientos hombres arcabuceros y ballesteros, y doce de caballo, y con ellos partió de la ciudad de la Ascension, juéves 12 dias del mes de julio de 1542 años. Y porque habia de pasar de la otra parte del rio del Paraguay, mandó que fuesen dos bergantines para pasar la gente y caballos, y que aguardasen en un lugar de indios que está en la ribera del dicho rio del Paraguay, de la generacion de los guaranies, que se llama Capua, que su principal se llama Mormocen, un indio muy valiente y temido en aquella tierra, que era ya cristiano, y se llamaba Lorenzo, cuyo era el lugar de Caguazu, que los guaycurues le habian tomado; y por tierra habia de ir toda la gente y caballos hasta allí, y estaba de la ciudad de la Ascension hasta cuatro leguas, y fueron caminando el dicho dia, y por el camino pasaban grandes escuadrones de indios de la generacion de los guaranies, que se habian de juntar en el lugar de Capua para ir en compañía del Gobernador. Era cosa muy de ver la órden que llevaban, y el aderezo de guerra, de muchas flechas, muy emplumados con plumas de papagayos, y sus arcos pintados de muchas maneras y con instrumentos de guerra, que usan entre ellos, de atabales y trompetas y cornetas, y de otras formas; y el dicho dia llegaron con toda la gente de caballo y de á pié al lugar de Capua, donde hallaron muy gran cantidad de los indios guaranies, que estaban aposentados, así en el pueblo como fuera, por las arboledas de la ribera del rio; y el Mormocen, indio principal, con otros principales indios que allí estaban, parientes suyos, y con todos los demás, los salieron á recebir al camino un tiro de arco de su lugar, y tenian muerta y traida mucha caza de venados y avestruces, que los indios habian muerto aquel dia y otro antes; y era tanta, que se dió á toda la gente, con que comieron y lo dejaban de sobra; y luego los indios principales, hecha su junta, dijeron que era necesario enviar indios y cristianos que fuesen á descubrir la tierra por donde habian de ir, y á ver el pueblo y asiento de los enemigos, para saber si habian tenido noticia de la ida de los españoles, y si se velaban de noche; luego, paresciéndole al Gobernador que convenia tomar los avisos, envió dos españoles con el mismo Mormocen, indio, y con otros indios valientes que sabian la tierra. E idos, volvieron otro dia siguiente, viérnes en la noche, y dijeron cómo los indios guaycurues habian andado por los campos y montes cazando, como es costumbre suya, y poniendo fuego por muchas partes; y que á lo que habian podido reconoscer, aquel dia mismo habian levantado su pueblo, y se iban cazando y caminando con sus hijos y mujeres, para asentar en otra parte, donde se pudiesen mantener de la caza y pesquerías, y que les parescia que no habian tenido hasta entonces noticia ni sentimiento de su ida, y que dende allí hasta donde los indios podian estar y asentar su pueblo habria cinco ó seis leguas, porque se parescian los fuegos por donde andaban cazando.

CAPITULO XXI.

Cómo el Gobernador y su gente pasaron el rio, y se ahogaron dos cristianos.

Este mismo dia viérnes llegaron los bergantines allí para pasar las gentes y caballos de la otra parte del rio, y los indios habian traido muchas canoas; y bien informado el Gobernador de lo que convenia hacerse, platicado con sus capitanes, fué acordado que luego el sábado siguiente por la mañana pasase la gente para proseguir la jornada y ir en demanda de los indios guaycurues, y mandó que se hiciesen balsas de las canoas para poder pasar los caballos; y en siendo de dia, toda la gente puesta en órden, comenzaron á embarcarse y pasar en los navíos y en las balsas, y los indios en las canoas; era tanta la priesa del pasar y la grita de los indios (como era tanta gente), que era cosa muy de ver; tardaron en pasar dende las seis de la mañana hasta las dos horas después de mediodía, no embargante que habia bien docientas canoas, en que pasaron. Allí suscedió un caso de mucha lástima, que como los españoles procuraban de embarcarse primero unos que otros, cargando en una barca mucha gente al un bordo, hizo balance y se trastornó de manera, que volvió la quilla arriba y tomó debajo toda la gente, y si no fueran tambien socorridos, todos se ahogaran; porque, como habia muchos indios en la ribera, echáronse al agua y volcaron el navío; y como en aquella parte habia mucha corriente, se llevó dos cristianos, que no pudieron ser socorridos, y los fueron á hallar el rio abajo ahogados; el uno se llamaba Diego de Isla, vecino de Málaga, y el otro Juan de Valdés, vecino de Palencia. Pasada toda la gente y caballos de la otra parte del rio, los indios principales vinieron á decir al Gobernador que era su costumbre que cuando iban á hacer alguna guerra hacian un presente al capitan suyo, y que así, ellos, guardando su costumbre, lo querian hacer; que le rogaban lo recebiese; y el Gobernador, por les hacer placer, lo aceptó; y todos los principales, uno á uno, le dieron una flecha y un arco pintado, muy galan, y tras de ellos, todos los indios, cada uno trujo una flecha pintada y emplumada con plumas de papagayos, y estuvieron en hacer los dichos presentes hasta que fué de noche, y fué necesario quedarse allí en la ribera del rio á dormir aquella noche, con buena guarda y centinela que hicieron.

CAPITULO XXII.

Cómo fueron las espías por mandado del Gobernador en seguimiento de los indios guaycurues.

El dicho dia sábado fué acordado por el Gobernador, con parescer de sus capitanes y religiosos, que, antes que comenzasen á marchar por la tierra, fuesen los adalides á descubrir y saber á qué parte los indios guaycurues habian pasado y asentado pueblo, y de la manera que estaban, para poderles acometer y echar de la tierra de los indios guaranies; y así, se partieron los indios, espías y cristianos, y al cuarto de la modorra vinieron, y dijeron que los indios habian todo el dia cazado, y que adelante iban caminando sus mujeres y hijos, y que no sabian adónde irian á tomar asiento; y sabido lo susodicho, en la misma hora fué acordado que

marchasen lo mas encubiertamente que pudiesen, caminando tras de los indios, y que no se hiciesen fuegos de dia, porque no fuese descubierto el ejército, ni se desmandasen los indios que allí iban, á cazar ni á otra cosa alguna; y acordado sobre esto, domingo de mañana partieron con buena órden, y fueron caminando por unos llanos y por entre arboledas, por ir mas encubiertos, y de esta manera fueron caminando, llevando siempre delante indios que descubrian la tierra, muy ligeros y corredores, escogidos para aquel efecto, los cuales siempre venian á dar aviso; y demás de esto, iban las espías con todo cuidado en seguimiento de los enemigos, para tener aviso cuando hobiesen asentado su pueblo; y la órden que el Gobernador dió para marchar el campo fué, que todos los indios que consigo llevaba iban hechos un escuadron, que duraba bien una legua, todos con sus plumajes y papagayos muy galanos y pintados, y con sus arcos y flechas, con mucha órden y concierto; los cuales llevaban el avanguardia, y tras de ellos, en el cuerpo de la batalla, iba el Gobernador con la gente de caballo, y luego la infantería de los españoles, arcabuceros y ballesteros, con el carruaje de las mujeres que llevaban la municion y bastimentos de los españoles, y los indios llevaban su carruaje en medio de ellos; y de esta forma y manera fueron caminando hasta el mediodía, que fueron á reposar debajo de unas grandes arboledas; y habiendo allí comido y reposado toda la gente y indios, tornaron á caminar por las veredas, que iban seguidas por vera de los montes y arboledas, por donde los indios, que sabian la tierra, los guiaban; y en todo el camino y campos que llevaron á su vista, habia tanta caza de venados y avestruces, que era cosa de ver; pero los indios ni los españoles no salian á la caza, por no ser descubiertos ni vistos por los enemigos; y con la órden iban caminando, llevando los indios guaranies la vanguardia (segun está dicho), todos hechos un escuadron, en buena órden, en que habria bien diez mil hombres, que era cosa muy de ver cómo iban todos pintados de almagra y otras colores, y con tantas cuentas blancas por los cuellos, y sus penachos, y con muchas planchas de cobre, que, como el sol reverberaba en ellas, daban de sí tanto resplandor, que era maravilla de ver; los cuales iban proveidos de muchas flechas y arcos.

CAPITULO XXIII.

Cómo, yendo siguiendo los enemigos, fué avisado el Gobernador cómo iban adelante.

Caminando el Gobernador y su gente por la órden ya dicha todo aquel dia, después de puesto el sol, á hora del Ave-María, sucedió un escándalo y alboroto entre los indios que iban en la hueste; y fué el caso que se vinieron apretar los unos con los otros, y se alborotaron con la venida de un espía que vino de los indios guaycurues, que los puso en sospecha que se querian retirar de miedo de ellos; la cual les dijo que iban adelante, y que los habia visto todo el dia cazar por toda la tierra, y que todavía iban adelante caminando sus mujeres y hijos, y que creian que aquella noche asentarian su pueblo, y que los indios guaranies habian sido avisados de unas esclavas que ellos habian captivado pocos dias habia, de otra generacion de indios que se llaman merchireses, y que ellos habian oido decir á los de su generacion que los guaycurues tenian guerra con la generacion de los indios que se llaman guatataes, y que creian que iban á hacerlos daño á sus pueblos, y que á esta causa iban caminando á tanta priesa por la tierra; y porque las espías iban tras de ellos caminando hasta los ver adónde hacian parada y asiento, para dar el aviso de ello; y sabido por el Gobernador lo que la espía dijo, visto que aquella noche hacia buena luna clara, mandó que por la misma órden fuesen todavía caminando todos adelante sobre aviso, los ballesteros con sus ballestas armadas, y los arcabuceros cargados los arcabuces y las mechas encendidas (segun que en tal caso convenia); porque, aunque los indios guaranies iban en su compañía y eran tambien sus amigos, tenian todo cuidado de recatarse y guardarse de ellos tanto como de los enemigos, porque suelen hacer mayores traiciones y maldades si con ellos se tiene algun descuido y confianza; y así, suelen hacer de las suyas.

CAPITULO XXIV.

De un escándalo que causó un tigre entre los españoles y los indios.

Caminando el Gobernador y su gente por vera de unas arboledas muy espesas, ya que queria anochecer, atravesóse un tigre por medio de los indios, de lo cual hobo entre ellos tan grande escándalo y alboroto, que hicieron á los españoles tocar al arma, y los españoles, creyendo que se querian volver contra ellos, dieron en los indios con apellido de Santiago, y de aquella refriega hirieron algunos indios; y visto por los indios, se metieron por el monte adentro huyendo, y hobieran herido con dos arcabuzazos al Gobernador, porque le pasaron las pelotas á raíz de la cara; los cuales se tuvo por cierto que le tiraron maliciosamente por lo matar, por complacer á Domingo de Irala, porque le habia quitado el mandar de la tierra, como solia. Y visto por el Gobernador que los indios se habian metido por los montes, y que convenia remediar y apaciguar tan grandes escándalos y alboroto, se apeó solo, y se lanzó en el monte con los indios, animándoles y diciéndoles que no era nada, sino que aquel tigre habia causado aquel alboroto, y que él y su gente española eran sus amigos y hermanos, y vasallos de su majestad, y que fuesen todos con él adelante á echar los enemigos de la tierra, pues que los tenian muy cerca. Y con ver los indios al Gobernador en persona entre ellos, y con las cosas que les dijo, ellos se asosegaron, y salieron del monte con él; y es cierto que en aquel trance estuvo la cosa en punto de perderse todo el campo, porque si los dichos indios huian y se volvian á sus casas, nunca se aseguraran ni fiarian de los españoles, ni sus amigos y parientes; y ansí, se salieron, llamando el Gobernador á todos los principales por sus nombres, que se habian metido en los montes con los otros; los cuales estaban muy atemorizados, y les dijo y aseguró que viniesen con él seguros, sin ningun miedo ni temor; y que si los españoles los habian querido matar, ellos habian sido la causa, porque se habian puesto en arma, dando á entender que los querian matar; porque bien entendido

tenian que habia sido la causa aquel tigre que pasó entre ellos, y que habia puesto el temor á todos; y que, pues eran amigos, se tornasen á juntar, pues sabian que la guerra que iban á hacer, era y tocaba á ellos mismos, y por su respeto se la hacia, porque los indios guaycurues nunca los habian visto ni conoscido los españoles, ni hecho ningun enojo ni daño, y que por los amparar y defender á ellos, y que no les fuesen hechos daños algunos, iban contra los dichos indios.

Siendo tan rogados y persuadidos por el Gobernador por buenas palabras, salieron todos á ponerse en su mano muy atemorizados, diciendo que ellos se habian escandalizado yendo caminando, pensando que del monte salian sus enemigos, los que iban á buscar; y que iban huyendo á se amparar con los españoles, y que no era otra la causa de su alteracion; y como fueron sosegados los indios principales, luego los otros de su generacion se juntaron, y sin que hobiese ningun muerto; y ansí juntos, el Gobernador mandó que todos los indios de allí adelante fuesen á la retaguardia, y los españoles en el avanguardia, y la gente de á caballo delante de toda la gente de los indios españoles; y mandó que todavía caminasen como iban en la órden, por dar mas contento á los indios, y viesen la voluntad con que iban contra sus enemigos, y perdiesen el temor de lo pasado; porque, si se rompiera con los indios, y no se pusiera remedio, todos los españoles que estaban en la provincia no se pudieran sustentar ni vivir en ella, y la habian de desamparar forzosamente; y así, fué caminando hasta dos horas de la noche, que paró con toda la gente, á do cenaron de lo que llevaban, debajo de unos árboles.

CAPITULO XXV.

De cómo el Gobernador y su gente alcanzaron á los enemigos.

A hora de las once de la noche, después de haber reposado los indios y españoles que estaban en el campo, sin consentir que hiciesen lumbre ni fuego ninguno, porque no fuesen sentidos de los enemigos, á la hora llegó una de las espías y descubridores que el Gobernador habia enviado para saber de los enemigos, y dijo que los dejaba asentando su pueblo; lo cual holgó mucho de oir el Gobernador, porque tenia temor que hobiesen oido los arcabuces al tiempo que los dispararon en el alboroto y escándalo de aquella noche; y haciéndole preguntar á la espía á dó quedaban los indios, le dijo que quedarian tres leguas de allí; y sabido esto por el Gobernador, mandó levantar el campo, y caminó luego toda la gente, yendo con ella poco á poco, por detenerse en el camino y llegar á dar en ellos al reir del alba, lo cual ansí convenia para seguridad de los indios amigos que consigo llevaban, y les dió por señal unas cruces de yeso, en los pechos puestas y señaladas, y en las espaldas tambien, porque fuesen conoscidos de los españoles, y no los matasen, pensando que eran los enemigos. Mas, aunque esto llevaban para remedio de su seguridad y peligro, entrando de noche en las casas, no bastaban para la fuga de las espadas, porque tambien se hieren y matan los amigos como los enemigos; y ansí caminaron hasta que el alba comenzó á romper, al tiempo que estaban cerca de las casas y pueblo de los enemigos esperando que aclarase el dia para darles la batalla. Y porque no fuesen entendidos ni sentidos de ellos, mandó que hinchesen á los caballos las bocas de yerba sobre los frenos, porque no pudiesen relinchar; y mandó á los indios que tuviesen cercado el pueblo de los enemigos, y les dejasen una salida por donde pudiesen huir al monte, por no hacer mucha carnecería en ellos. Y estando así esperando, los indios guaranies que consigo traia el Gobernador se morian de miedo de ellos, y nunca pudo acabar con ellos que acometiesen á los enemigos. Y estándoles el Gobernador rogando y persuadiendo á ello, oyeron los atambores que tañian los indios guaycurues; los cuales estaban cantando y llamando todas las nasciones, diciendo que viniesen á ellos, porque ellos eran pocos y mas valientes que todas las otras nasciones de la tierra, y eran señores de ella y de los venados y de todos los otros animales de los campos, y eran señores de los rios, y de los pesces que andaban en ellos; porque lo tal tienen de costumbre aquella nascion, que todas las noches del mundo se velan de esta manera; y al tiempo que ya se venia el dia, salieron un poco adelante, y echáronse en el suelo; y estando así, vieron el bulto de la gente y las mechas de los arcabuces; y como los enemigos reconoscieron tanto bulto de gentes y muchas lumbres de las mechas, hablaron alto, diciendo: «¿Quién sois vosotros, que osais venir á nuestras casas?» Y respondióles un cristiano que sabia su lengua, y díjoles: «Yo soy Héctor (que así se llamaba la lengua que lo dijo), y vengo con los mios á hacer el trueque (que en su lengua quiere decir venganza) de la muerte de los batates que vosotros matastes.» Entonces respondieron los enemigos: «Vengais mucho en mal hora; que tambien habrá para vosotros como hobo para ellos.» Y acabado de decir esto, arrojaron á los españoles los tizones de fuego que traian en las manos, y volvieron corriendo á sus casas, y tomaron sus arcos y flechas, y volvieron contra el Gobernador y su gente con tanto ímpetu y braveza, que parescia que no lo tenian en nada: los indios que llevaba consigo el Gobernador se retiraran y huyeran si osaran. Y visto esto por el Gobernador, encomendó el artillería de campo que llevaba, á don Diego de Barba, y al capitan Salazar la infantería de todos los españoles y indios, hechos dos escuadrones, y mandó echar los pretales de los cascabeles á los caballos, y puesta la gente en órden, arremetieron contra los enemigos con el apellido y nombre de Señor Santiago, el Gobernador delante en su caballo, tropellando cuantos hallaba delante; y como vieron los indios enemigos los caballos, que nunca los habian visto, fué tanto el espanto que tomaron de ellos, que huyeron para los montes cuanto pudieron, hasta meterse en ellos, y al pasar por su pueblo pusieron fuego á una casa; y como son de esteras, de juncos y de enea, comenzó á arder, y á esta causa se emprendió el fuego por todas las otras, que serian hasta veinte casas levadizas, y cada casa era de quinientos pasos. Habria en esta gente hasta cuatro mil hombres de guerra, los cuales se retiraron detrás del humo que los fuegos de las casas hacian; y estando así cubiertos con el humo mataron dos cristianos y descabezaron doce indios, de los que consigo llevaban, de esta manera, tomándolos por los cabellos, y con unos

tres ó cuatro dientes que traen en un palillo, que son de un pescado que se dice palometa. Este pescado corta los anzuelos con ellos, y teniendo á los prisioneros por los cabellos, con tres ó cuatro refregones que les dan, corriendo la mano por el pescuezo y torciéndola un poco, se lo cortan, y quitan la cabeza, y se la llevan en la mano, asida por los cabellos; y aunque van corriendo, muchas veces lo suelen hacer así tan fácilmente como si fuese otra cosa mas ligera.

CAPITULO XXVI.

Cómo el Gobernador rompió los enemigos.

Rompidos y desbaratados los indios, y yendo en su seguimiento el Gobernador y su gente, uno de á caballo que iba con el Gobernador, que se halló muy junto á un indio de los enemigos, el cual indio se abrazó al pescuezo de la yegua en que iba él caballero, y con tres flechas que llevaba en la mano dió por el pescuezo á la yegua, que se lo pasó por tres partes, y no lo pudieron quitar hasta que allí lo mataron; y si no se hallara presente el Gobernador, la victoria por nuestra parte estuviera dudosa. Esta gente de estos indios son muy grandes y muy ligeros, son muy valientes y de grandes fuerzas, viven gentílicamente, no tienen casas de asiento, mantiénense de montería y de pesquería; ninguna nacion los venció sino fueron españoles. Tienen por costumbre que si alguno los venciese, se les darian por esclavos. Las mujeres tienen por costumbre y libertad que si á cualquier hombre que los suyos hobieren prendido y captivado queriéndolo matar, la primera mujer que lo viera lo liberta, y no puede morir ni menos ser captivo; y queriendo estar entre ellos el tal captivo, lo tratan y quieren como si fuese de ellos mismos. Y es cierto que las mujeres tienen mas libertad que la que dió la reina doña Isabel, nuestra señora, á las mujeres de España; y cansado el Gobernador y su gente de seguir el enemigo, se volvió al real, y recogida la gente con buena órden, comenzó á caminar, volviéndose á la ciudad de la Ascension; é yendo por el camino, los indios guaycurues por muchas veces los siguieron y dieron arma, lo cual dió causa á que el Gobernador tuviese mucho trabajo en traer recogidos los indios que consigo llevó, porque no se los matasen los enemigos que habian escapado de la batalla; porque los indios guaranies que habian ido en su servicio tienen por costumbre que, en habiendo una pluma ó una flecha ó una estera de cualquiera de los enemigos, se vienen con ella para su tierra solos, sin aguardar otro ninguno; y así acontesció matar veinte guaycurues á mil guaranies, tomándolos solos y divididos; tomaron en aquella jornada el Gobernador y su gente hasta cuatrocientos prisioneros, entre hombres y mujeres y muchachos; y caminando por el camino, la gente de á caballo alancearon y mataron muchos venados; de que los indios se maravillaban mucho de ver que los caballos fuesen tan ligeros que los pudiesen alcanzar. Tambien los indios mataron con flechas y arcos muchos venados; y á hora de las cuatro de la tarde vinieron á reposar debajo de unas grandes arboledas, donde dormieron aquella noche, puestas centinelas y á buen recaudo.

CAPITULO XXVII.

De cómo el Gobernador volvió á la ciudad de la Ascension con toda su gente.

Otro dia siguiente, siendo de dia claro, partieron en buena órden, y fueron caminando y cazando, así los españoles de á caballo como los indios guaranies, y se mataron muchos venados y avestruces, y ansimismo la gente española con las espadas mataron algunos venados que venian á dar al escuadron huyendo de la gente de á caballo y de los indios, que era cosa de ver y de muy gran placer ver la caza que se hizo el dicho dia; y hora y media antes que anocheciese llegaron á la ribera del rio del Paraguay, donde habia dejado el Gobernador los dos bergantines y canoas, y este dia comenzó á pasar alguna de la gente y caballos; y otro dia siguiente, dende la mañana hasta el mediodía, se acabó todo de pasar; y caminando, llegó á la ciudad de la Ascension con su gente, donde habia dejado para su guarda docientos y cincuenta hombres, y por capitan á Gonzalo de Mendoza, el cual tenia presos seis indios de una generacion que se llaman yapirues, la cual es una gente crescida, de grandes estaturas, valientes hombres, guerreros y grandes corredores, y no labran ni crian: mantiénense de la caza y pesquería; son enemigos de los indios guaranies y de los guaycurues. Y habiendo hablado Gonzalo de Mendoza al Gobernador, le informó y dijo que el dia antes habian venido los indios y pasado el rio del Paraguay, diciendo que los de su generacion habian sabido de la guerra que habian ido á hacer y se habia hecho á los indios guaycurues, y que ellos y todas las otras generaciones estaban por ello atemorizados, y que su principal los enviaba á hacer saber cómo deseaban ser amigos de los cristianos; y que si ayuda fuese menester contra los guaycurues, que vernian; y que él habia sospechado que los indios venian á hacer alguna traicion y á ver su real, debajo de aquellos ofrescimientos, y que por esta razon los habia preso hasta tanto que se pudiese bien informar y saber la verdad; y sabido lo susodicho por el Gobernador, los mandó luego soltar y que fuesen traidos ante él; los cuales fueron luego traidos, y les mandó hablar con una lengua intérprete español que entendia su lengua, y les mandó preguntar la causa de su venida á cada uno por sí. Y entendido que de ello redundara provecho y servicio de su majestad, les hizo buen tratamiento, y les dió muchas cosas de rescates para ellos y para su principal, diciéndoles cómo él los recebia por amigos y por vasallos de su majestad, y que del Gobernador serian bien tratados y favorescidos; con tanto, que se apartasen de la guerra que solian tener con los guaranies, que eran vasallos de su majestad, y de hacerles daño; porque les hacia saber que esta habia sido la causa principal por que les habia hecho guerra á los indios guaycurues; y ansí los despidió, y se partieron muy alegres y contentos.

CAPITULO XXVIII.

De cómo los indios agaces rompieron las paces.

Demás de lo que Gonzalo de Mendoza dijo y avisó al Gobernador, de que se hace mencion en el capítulo antes que este, le dijo que los indios de la generacion de

los agaces, con quien se habian hecho y asentado las paces la noche del proprio dia que partió de la ciudad de la Ascension á hacer la guerra á los guaycurues, habian venido con mano armada á poner fuego á la ciudad y hacerles la guerra, y que habian sido sentidos por las centinelas, que tocaron al arma; y ellos, conosciendo que eran sentidos, se fueron huyendo, y dieron en las labranzas y caserías de los cristianos, de los cuales tomaron muchas mujeres de la generacion de los guaranies, de cristianas nuevamente convertidas, y que de allí adelante habian venido cada noche á saltear y robar la tierra, y habian hecho muchos daños á los naturales por haber rompido la paz; y las mujeres que habian dado en rehenes, que eran de su generacion, para que guardarian la paz, la misma noche que ellos vinieron habian huido, y les habian dado aviso cómo el pueblo quedaba con poca gente, y que era buen tiempo para matar los cristianos; y por aviso de ellas vinieron á quebrantar la paz y hacer la guerra, como lo acostumbraban; y habian robado las caserías de los españoles, donde tenian sus mantenimientos, y se los habian llevado, con mas de treinta mujeres de los guaranies. Y oido esto por el Gobernador, y tomada informacion de ello, mandó llamar los religiosos y clérigos, y á los oficiales de su majestad y á los capitanes, á los cuales dió cuenta de lo que los agaces habian hecho en rompimiento de las paces, y les rogó, y de parte de su majestad les mandó, que diesen su parescer (como su majestad lo mandó que lo tomase, y con él hiciese lo que conviniese), firmándolo todos ellos de sus nombres y mano, y siendo conformes á una cosa, hiciese lo que ellos le aconsejasen; y platicado el negocio entre todos ellos, y muy bien mirado, fueron de acuerdo y le dieron por parescer que les hiciese la guerra á fuego y á sangre, por castigarlos de los males y daños que continuo hacian en la tierra; y siendo este su parescer, estando conformes, lo firmaron de sus nombres. Y para mas justificacion de sus delitos, el Gobernador mandó hacer proceso contra ellos; y hechó, lo mandó juntar y acomular con otros cuatro procesos que habian hecho contra ellos antes que el Gobernador fuese. Los cristianos que antes en la tierra estaban habian muerto mas de mil de ellos por los males que en la tierra continuamente hacian.

CAPITULO XXIX.

De cómo el Gobernador soltó uno de los prisioneros guaycurues, y envió á llamar los otros.

Después de haber hecho lo que dicho es contra los agaces, mandó el Gobernador llamar á los indios principales guaranies que se hallaron en la guerra de los guaycurues, y les mandó que le trujesen todos los prisioneros que habian habido y traido de la guerra de los guaycurues, y les mandó que no consintiesen que los guaranies escondiesen ni traspusiesen ninguno de los dichos prisioneros, so pena que el que lo hiciese seria muy bien castigado; y así, trujeron los españoles los que habian habido, y á todos juntos les dijo que su majestad tenia mandado que ninguno de aquellos guaycurues no fuese esclavo, porque no se habian hecho con ellos las diligencias que se habian de hacer, y antes era mas servido que se les diese libertad; y entre los tales indios prisioneros estaba uno muy gentil hombre y de muy buena proporcion, y por ello el Gobernador lo mandó soltar y poner en libertad, y le mandó que fuese á llamar los otros todos de su generacion; que él queria hablarles de parte de su majestad y recebirlos en su nombre por sus vasallos, y que siéndolo ellos, él los ampararia y defenderia, y les daria siempre rescates y otras cosas; y dióle algunos rescates, con que se partió muy contento para los suyos, y ansí se fué, y dende á cuatro dias volvió y trujo consigo todos los de su generacion, los cuales muchos de ellos estaban mal heridos; y así como estaban vinieron todos, sin faltar ninguno.

CAPITULO XXX.

Cómo vinieron á dar la obediencia los indios guaycurues á su majestad.

Dende á cuatro dias que el prisionero se partió del real, un lúnes por la mañana llegó á la orilla del rio con toda la gente de su nacion, los cuales estaban debajo de una arboleda á la orilla del rio del Paraguay; y sabido por el Gobernador, mandó pasar muchas canoas con algunos cristianos y algunas lenguas con ellas, para que los pasasen á la ciudad, para saber y entender qué gente eran; y pasadas de la otra parte las canoas, y en ellas hasta veinte hombres de su nacion, vinieron ante el Gobernador, y en su presencia se sentaron sobre un pié como es costumbre, entre ellos, y dijeron por su lengua que ellos eran principales de su nacion de guaycurues, y que ellos y sus antepasados habian tenido guerras con todas las generaciones de aquella tierra, así de los guaranies como de los imperues y agaces y guatataes y naperues y mayaes, y otras muchas generaciones, y que siempre les habian vencido y maltratado, y ellos no habian sido vencidos de ninguna generacion ni lo pensaron ser; y que pues habian hallado otros mas valientes que ellos, que se venian á poner en su poder y á ser sus esclavos, para servir á los españoles; y pues el Gobernador, con quien hablaban, era el principal de ellos, que les mandase lo que habian de hacer como á tales sus sujetos y obedientes; y que bien sabian los indios guaranies que no bastaban ellos á hacerles la guerra, porque ellos no los temian ni tenian en nada, ni se atreverian á los ir á buscar y hacer la guerra si no fuera por los españoles; y que sus mujeres y hijos quedaban de la otra parte del rio, y venian á dar la obediencia y hacer lo mismo que ellos; y que por ellos, y en nombre de todos, se venian á ofrescer al servicio de su majestad.

CAPITULO XXXI.

De cómo el Gobernador, hechas las paces con los guaycurues, les entregó los prisioneros.

Y visto por el Gobernador lo que los indios guaycurues dijeron por su mensaje, y que una gente que tan temida era en toda la tierra venian con tanta humildad á ofrecerse y ponerse en su poder (lo cual puso grande espanto y temor en toda la tierra), les mandó decir por las lenguas intérpretes que él era allí venido por mandado de su majestad, y para que todos los naturales viniesen en conoscimiento de Dios nuestro Señor, y fue-

sen cristianos y vasallos de su majestad, y á ponerlos en paz y sosiego, y á favorescerlos y hacerlos buenos tratamientos; y que si ellos se apartaban de las guerras y daños que hacian á los indios guaranies, que él los ampararia y defenderia y tendria por amigos, y siempre serian mejor tratados que las otras generaciones, y que les darian y entregarian los prisioneros que en la guerra les habia tomado, así los que él tenia como los que tenian los cristianos en su poder, y los otros todos que tenian los guaranies que en su compañía habian llevado (que tenian muchos de ellos); y poniéndolo en efecto, los prisioneros que en su poder estaban y los que los dichos guaranies tenian, los trajeron todos ante el Gobernador, y se los dió y entregó; y como los hobieron recebido, dijeron y afirmaron otra vez que ellos querian ser vasallos de su majestad, y dende entonces daban la obediencia y vasallaje, y se apartaban de la guerra de los guaranies, y que dende en adelante vernian á traer en la ciudad todo lo que tomasen, para provision de los españoles; y el Gobernador se lo agradesció, y les repartió á los principales muchas joyas y rescates, y quedaron concertadas las paces, y de allí adelante siempre las guardaron, y vinieron todas las veces que el Gobernador los envió á llamar, y fueron muy obedientes en sus mandamientos, y su venida era de ocho á ocho dias á la ciudad, cargados de carne de venados y puercos monteses, asada en barbacoa. Esta barbacoa es como unas parrillas, y están dos palmos altas del suelo, y son de palos delgados, y echan la carne escalada encima, y así la asan; y traen mucho pescado y otros muchos mantenimientos, mantecas y otras cosas, y muchas mantas de lino que hacen de unos cardos, las cuales hacen muy pintadas; y asimismo muchos cueros de tigres y de dantas y de venados, y de otros animales que matan; y cuando así vienen, dura la contratacion de los tales mantenimientos dos dias y contratan los de la otra parte del rio que están con sus ranchos; la cual contratacion es muy grande, y son muy apacibles para los guaranies, los cuales les dan, en trueque de lo que traen, mucho maíz y mandioca y mandubis, que es una fruta como avellanas ó chufas, que se cria debajo de la tierra; tambien les dan y truecan arcos y flechas; y pasan el rio á esta contratacion docientas canoas juntas, cargadas de estas cosas, que es la mas hermosa cosa del mundo verlas ir; y como van con tanta priesa, algunas veces se encuentran las unas con las otras, de manera que toda la mercaduría y ellas van al agua; y los indios á quien acontesce lo tal, y los otros que están en tierra esperándoles, toman tan gran risa, que en dos dias no se apacigua entre ellos el regocijo; y para ir á contratar van muy pintados y empenachados, y toda la plumería va por el rio abajo, y mueren por llegar con sus canoas unos primero que otros, y esta es la causa por donde se encuentran muchas veces; y en la contratacion tienen tanta vocería, que no se oyen los unos á los otros, y todos están muy alegres y regocijados.

CAPITULO XXXII.

Cómo vinieron los indios aperues á hacer paz y dar la obediencia.

Dende á pocos dias que los seis indios aperues se volvieron para los suyos, después que los mandó soltar el Gobernador para que fuesen á asegurar á los otros indios de su generacion, un domingo de mañana llegaron á la ribera del Paraguay, de la otra parte, á vista de la ciudad de la Ascension, hechos un escuadron; los cuales hicieron seña á los de la ciudad, diciendo que querian pasar á ella; y sabido por el Gobernador, luego mandó ir canoas á saber qué gente eran; y como llegaron á tierra, los dichos indios se metieron en ellas y pasaron de esta otra parte hácia la ciudad; y venidos delante del Gobernador, dijeron cómo eran de aperues, y se sentaron sobre el pié, como gente de paz (segun su costumbre); y sentados, dijeron que eran los principales de aquella generacion llamada aperues, y que venian á conoscerse con el principal de los cristianos, y á lo tener por amigo y hacer lo que él les mandase; y que la guerra que se habia hecho á los indios guaycurues la habian sabido por toda la tierra, y que por razon de ello todas las generaciones estaban muy temerosas y espantadas de que los dichos indios (siendo los mas valientes y temidos) fuesen acometidos y vencidos y desbaratados por los cristianos; y que en señal de la paz y amistad que querian tener y conservar con los cristianos trujeron consigo ciertas hijas suyas, y rogaron al Gobernador que las recebiese, y para que ellos estuviesen mas ciertos y seguros y les tuviesen por amigos, las daban en rehenes; y estando presentes á ello los capitanes y religiosos que consigo traia el Gobernador, y ansimismo en presencia de los oficiales de su majestad, dijo que él era venido á aquella tierra á dar á entender á los naturales de ella cómo habian de ser cristianos y enseñados en la fe, y que diesen la obediencia á su majestad, y tuviesen paz y amistad con los indios guaranies, pues eran naturales de aquella tierra y vasallos de su majestad, y que guardando ellos el amistad y otras cosas que les mandó de parte de su majestad, los recebiria por sus vasallos, y como á tales los ampararia y defenderia de todos, guardando la paz y amistad con todos los naturales de aquella tierra, y mandaria á todos los indios que los favoresciesen y tuviesen por amigos; y dende allí los tuviesen por tales, y que cada y cuando que quisiesen pudiesen venir seguros á la ciudad de la Ascension á rescatar y contratar con los cristianos y indios que en ella residian, como lo hacian los guaycurues después que asentó la paz con ellos; y para tener seguro de ellos, el Gobernador recebió las mujeres y hijas que le dieron, y tambien porque no se enojasen, creyendo que, pues no las tomaba, no los admitia; las cuales mujeres y muchachos el Gobernador dió á los religiosos y clérigos para que las doctrinasen y enseñasen la doctrina cristiana, y las pusiesen en buenos usos y costumbres; y los indios se holgaron mucho de ello, y quedaron muy contentos y alegres por haber quedado por vasallos de su majestad, y dende luego como tales le obedescieron y propusieron de cumplir lo que por parte del Gobernador les fué mandado; y habiéndoles dado muchos rescates, con que se alegraron y contentaron mucho, se fueron muy alegres. Estos indios de que se ha tratado nunca están quedos de tres dias arriba en un asiento; siempre se mudan de tres á tres dias, y andan buscando la caza y monterías y

pesquerías para sustentarse, y traen consigo sus mujeres y hijos; y deseoso el Gobernador de atraerlos á nuestra santa fe católica, preguntó á los clérigos y religiosos si habia manera para poder industriar y doctrinar aquellos indios. Y le respondieron que no podia ser, por no tener los dichos indios asiento cierto, y porque se les pasaban los dias y gastaban el tiempo en buscar de comer; y que por ser la necesidad tan grande de los mantenimientos, que no podian dejar de andar todo el dia á buscarlos con sus mujeres y hijos; y si otra cosa en contrario quisiesen hacer, moririan de hambre; y que seria por demás el trabajo que en ello se pusiese, porque no podrian venir ellos ni sus mujeres y hijos á la doctrina, ni los religiosos estar entre ellos, porque habia poca seguridad y menos confianza.

CAPITULO XXXIII.

De la sentencia que se dió contra los agaces, con parescer de los religiosos y capitanes y oficiales de su majestad.

Después de haber recebido el Gobernador á la obediencia de su majestad los indios (como habeis oido), mandó que le mostrasen el proceso y probanza que se habia hecho contra los indios agaces; y visto por él y por los otros procesos que contra ellos se habia hecho, paresció por ellos ser culpados por los robos y muertes que por toda la tierra habian hecho, mostró el proceso de sus culpas y la instruccion que tenia de su majestad á los clérigos y religiosos, estando presentes los capitanes y oficiales de su majestad; y habiéndolo muy bien visto todos juntamente, sin discrepar en ninguna cosa, le dieron por parescer que les hiciese la guerra á fuego y á sangre, porque así convenia al servicio de Dios y de su majestad; y por lo que resultaba por el proceso de sus culpas, conforme á derecho, los condenó á muerte á trece ó á catorce de su generacion que tenia presos; y entrando en la cárcel su alcalde mayor á sacarlos, con unos cuchillos que tenian escondidos dieron ciertas puñaladas á personas que entraron con el Alcalde, y los mataran si no fuera por otra gente que con ellos iban, que los socorrieron; y defendiéndose de ellos, fuéles forzado meter mano á las espadas que llevaban; y metiéronles en tanta necesidad, que mataron dos de ellos y sacaron los otros á ahorcar en ejecucion de la sentencia.

CAPITULO XXXIV.

De cómo el Gobernador tornó á socorrer á los que estaban en Buenos-Aires.

Como las cosas estaban en paz y quietud, envió el Gobernador á socorrer la gente que estaba en Buenos-Aires, y al capitan Juan Romero, que habia enviado á hacer el mismo socorro con dos bergantines y gente; para el cual socorro acordó enviar al capitan Gonzalo de Mendoza con otros dos bergantines cargados de bastimentos y cien hombres; y esto hecho, mandó llamar los religiosos y clérigos y oficiales de vuestra majestad, á los cuales dijo que pues no habia cosa que impidiese el descubrimiento de aquella provincia, que se debia de buscar lumbre y camino por donde sin peligro y menos pérdida de gente se pusiese en efecto la entrada por tierra, por donde hubiese poblaciones de indios y que tuviesen bastimentos, apartándose de los despoblados y desiertos (porque habia muchos en la tierra), y que les rogaba y encomendaba de parte de su majestad mirasen lo que mas útil y provechoso fuese y les paresciese, y que sobre ello le diesen su parescer, los cuales religiosos y clérigos, y el comisario fray Bernaldo de Armenta, y fray Alonso Lebron, de la órden del señor sant Francisco; y fray Juan de Salazar, de la órden de la Merced; y fray Luis de Herrezuelo, de la órden de sant Hierónimo; y Francisco de Andrada, el bachiller Martin de Almenza, y el bachiller Martinez, y Juan Gabriel de Lezcano, clérigos y capellanes de la iglesia de la ciudad de la Ascension. Asimismo pidió parescer á los oficiales de su majestad y á los capitanes; y habiendo platicado entre todos sobre ello, todos conformes dijeron que su parecer era que luego con toda brevedad se enviase á buscar tierra poblada por donde se pudiese ir á hacer la entrada y descubrimiento, por las causas y razones que el Gobernador habia dicho y propuesto, y así quedó aquel dia asentado y concertado; y para que mejor se pudiese hacer el descubrimiento, y con mas brevedad, mandó el Gobernador llamar los indios mas principales de la tierra y mas antiguos de los guaranies, y les dijo cómo él queria ir á descubrir las poblaciones á aquella provincia, de las cuales ellos le habian dado relacion muchas veces; y que antes de lo poner en efecto queria enviar algunos cristianos á que por vista de ojos viesen el camino por donde habian de ir; y que pues ellos eran cristianos y vasallos de su majestad, tuviesen por bien de dar indios de su generacion que supiesen el camino para los llevar y guiar, de manera que se pudiese traer buena relacion, y á vuestra majestad harian servicio y á ellos mucho provecho, allende que les seria pagado y gratificado; y los indios principales dijeron que ellos se iban, y proveerian de la gente que fuese menester cuando se la pidiesen, y allí se ofrescieron muchos de ir con los cristianos; el primero fué un indio principal del rio arriba que se llamaba Aracare, y otros señalados que adelante se dirá; y vista la voluntad de los indios, se partieron con ellos tres cristianos lenguas, hombres pláticos en la tierra, y iban con ellos los indios que se le habian ofrescido muchas veces, de guaranies y otras generaciones, los cuales habian pedido les diesen la empresa del descubrimiento; á los cuales encomendó que con toda diligencia y fidelidad descubriesen aquel camino, adonde tanto servicio harian á Dios y á vuestra majestad; y entre tanto que los cristianos y indios ponian en efecto el camino, mandó aderezar tres bergantines y bastimentos y cosas necesarias, y con noventa cristianos envió al capitan Domingo de Irala, vizcaíno, por capitan de ellos, para que subiesen por el rio del Paraguay arriba todo lo que pudiesen navegar y descubrir en tiempo de tres meses y medio, y viesen si en la ribera del rio habia algunas poblaciones de indios, de los cuales se tomase relacion y aviso de las poblaciones y gente de la provincia. Partiéronse estos tres navíos de cristianos á 20 dias del mes de noviembre, año de 1542. En ellos iban los tres españoles con los indios que habian de descubrir por tierra, á do habian de hacer el descubrimiento por el puerto que dicen de las Piedras, setenta leguas de la ciudad de la

Ascension, yendo por el rio del Paraguay arriba. Partidos los navíos que iban á hacer el descubrimiento de la tierra, dende á ocho dias escribió una carta el capitan Vergara, cómo los tres españoles se habian partido con número de mas de ochocientos indios por el puerto de las Piedras, debajo del Trópico en veinte y cuatro grados, á proseguir su camino y descubrimiento, y que los indios iban muy alegres y deseosos de enseñar á los españoles el dicho camino; y habiéndolos encargado y encomendado á los indios, se partia para el rio arriba á hacer el descubrimiento.

CAPITULO XXXV.

Cómo se volvieron de la entrada los tres cristianos y indios que iban á descubrir.

Pasados veinte dias que los tres españoles hobieron partido de la ciudad de la Ascension á ver el camino que los indios se ofrescieron á les enseñar, volvieron á la ciudad, y dijeron que llevando por guia principal Aracare, indio principal de la tierra, habian entrado por el que dicen puerto de las Piedras, y con ellos hasta ochocientos indios, poco mas ó menos; y habiendo caminado cuatro jornadas por la tierra por donde los dichos indios iban, guiando el indio Aracare, principal, como hombre que los indios le temian y acataban con mucho respeto, les mandó, desde el principio de su entrada, fuesen poniendo fuego por los campos por donde iban caminando, que era dar grande aviso á los indios de aquella tierra, enemigos, para que saliesen á ellos al camino y los matasen; lo cual hacian contra la costumbre y órden que tienen los que van á entrar y á descubrir por semejantes tierras y entre los indios se acostumbraba; y allende de esto, el Aracare públicamente iba diciendo á los indios que se volviesen y no fuesen con ellos á les enseñar el camino de las poblaciones de la tierra, porque los cristianos eran malos, y otras palabras muy malas y ásperas, con las cuales escandalizó á los indios; y no embargante que por ellos fueron rogados y importunados siguiesen su camino y dejasen de quemar los campos, no lo quisieron hacer; antes al cabo de las cuatro jornadas se volvieron, dejándolos desamparados y perdidos en la tierra, y en muy gran peligro, por lo cual les fué forzado volverse, visto que todos los indios y las guias se habian vuelto.

CAPITULO XXXVI.

Cómo se hizo tablazon para los bergantines y una carabela.

En este tiempo el Gobernador mandó que se buscase madera para aserrar y hacer tablazon y ligazon, así para hacer bergantines para el descubrimiento de la tierra, como para hacer una carabela que tenia acordado de enviar á este reino para dar cuenta á su majestad de las cosas sucedidas en la provincia en el descubrimiento y conquista de ella; y el Gobernador personalmente fué por los montes y campos de la tierra con los oficiales y maestros de bergantines y aserradores; los cuales en tiempo de tres meses aserraron toda la madera que les paresció que bastaria para hacer la carabela y diez navíos de remos para la navegacion del rio y descubrimiento de él; la cual se trajo á la ciudad de la Ascension por los indios naturales, á los cuales mandó pagar sus trabajos, y de la madera con toda diligencia se comenzaron á hacer los dichos bergantines.

CAPITULO XXXVII.

De cómo los indios de la tierra se tornaron á ofrescer.

Y visto que los cristianos que habia enviado á descubrir y buscar camino para hacer la entrada y descubrimiento de la provincia se habian vuelto sin traer relacion ni aviso de lo que convenia, y que al presente se ofrescian ciertos indios principales naturales de esta ribera, algunos de los cristianos nuevamente convertidos y otros muchos indios, ir á descubrir las poblaciones de la tierra adentro, y que llevarian consigo algunos españoles que lo viesen, y trujesen relacion del camino que ansí descubriesen, habiendo hablado y platicado con los indios principales que á ello se ofrecieron, que se llamaban Juan de Salazar Cupirati, y Lorenzo Moquiraci, y Timbuay, y Gonzalo Mayrairu, y otros; y vista su voluntad y buen celo con que se movian á descubrir la tierra, se lo agradesció y ofresció que su majestad, y él en su real nombre, se lo pagarian y gratificarian; y á esta sazon le pidieron cuatro españoles, hombres pláticos en aquella tierra, les diese la empresa del descubrimiento, porque ellos irian con los indios y pornian en descubrir el camino toda la diligencia que para tal caso se requeria; y visto que de su voluntad se ofrescian, el Gobernador se lo concedió. Estos cristianos que se ofrescieron á descubrir este camino, y los indios principales con hasta mil y quinientos indios que llamaron y juntaron de la tierra, se partieron á 15 dias del mes de diciembre del año de 542 años, y fueron navegando con canoas por el rio del Paraguay arriba, y otros fueron por tierra hasta el puerto de las Piedras, por donde se habia de hacer la entrada al descubrimiento de la tierra, y habian de pasar por la tierra y lugares de Aracare, que estorbaba que no se descubriese el camino pasado á los indios, á que nuevamente iban, y que no fuesen induciéndoles con palabras de motin; y no lo queriendo hacer los indios, se lo quisieron hacer dejar descubrir por fuerza, y todavía pasaron delante; y llegados al puerto de las Piedras los españoles, llevando consigo los indios y algunos que dijeron que sabian el camino por guias, caminaron treinta dias contino por tierra despoblada, donde pasaron grandes hambres y sed; en tal manera, que murieron algunos indios, y los cristianos con ellos se vieron tan desatinados y perdidos de sed y hambre, que perdieron el tino y no sabian por dónde habian de caminar; y de esta causa se acordaron de volver y se volvieron, comiendo por todo el camino cardos salvajes, y para beber sacaban zumo de los cardos y de otras yerbas, y á cabo de cuarenta y cinco dias volvieron á la ciudad de la Ascension; y venido por el rio abajo, el dicho Aracare les salió al camino y les hizo mucho daño, mostrándose enemigo capital de los cristianos y de los indios que eran amigos, haciendo guerra á todos; y los indios y cristianos llegaron flacos y muy trabajados. Y vistos los daños tan notorios que el dicho Aracare indio habia hecho y hacia, y cómo estaba declarado por enemigo capital, con parescer de los oficiales de vuestra majestad y religiosos, mandó el Gobernador proceder contra él, y se hizo el proceso, y mandó

que á Aracare le fuesen notificados los autos, y así se lo notificaron, con gran peligro y trabajo de los españoles que para ello envió, porque Aracare los salió á matar con mano armada, levantando y apellidando todos sus parientes y amigos para ello; y hecho y fulminado el proceso conforme á derecho, fué sentenciado á pena dè muerte corporal, la cual fué ejecutada en el dicho Aracare indio, y á los indios naturales les fué dicho y dado á entender las razones y causas justas que para ello habia habido. A 20 dias del mes de diciembre viuieron á surgir al puerto de la ciudad de la Ascension los cuatro bergantines que el Gobernador habia enviado al rio del Paraná á socorrer los españoles que venian en la nao que envió dende la isla de Santa Catalina, y con ellos el batel de la nao, y en todos cinco navíos vino toda la gente, y luego todos desembarcaron. Pedro Destopiñan Cabeza de Vaca, á quien dejó por capitan de la nao y gente, el cual dijo que llegó con la nao al rio del Paraná, y que luego fué en demanda del puerto de Buenos-Aires; y en la entrada del puerto, junto donde estaba asentado el pueblo, halló un mastel enarbolado hincado en tierra, con unas letras cavadas que decian: «Aquí está una carta;» y fué hallada en unos barrenos que se dieron; la cual abierta, estaba firmada de Alonso Cabrera, veedor de fundiciones, y de Domingo de Irala, vizcaíno, que se decia y nombraba teniente de gobernador de la provincia; y decia dentro de ella cómo habian despoblado el pueblo del puerto de Buenos-Aires, y llevado la gente que en él residia á la ciudad de la Ascension por causas que en la carta se contenian; y que de causa de hallar el pueblo alzado y levantado, habia estado muy cerca de ser perdida toda la gente que en la nao venia, así de hambre como por guerra que los indios guaranies les daban; y que por tierra, en un esquife de la nao, se le habian ido veinte y cinco cristianos huyendo de hambre, y que iban á la costa del Brasil; y que si tan brevemente no fueran socorridos, y á tardarse el socorro un dia solo, á todos los mataran los indios; porque la propria noche que llegó el socorro, con haberles venido ciento y cincuenta españoles pláticos en la tierra á socorrerlos, los habian acometido los indios al cuarto del alba y puesto fuego á su real, y les mataron y hirieron cinco ó seis españoles; y con hallar tan gran resistencia de navíos y de gente, les pusieron los indios en muy gran peligro; y así, se tuvo por muy cierto que los indios mataran toda la gente española de la nao si no se hallara allí el socorro, con el cual se reformaron y esforzaron para salvar la gente; y que allende de esto, se puso grande diligencia á tornar á fundar y asentar de nuevo el pueblo y puerto de Buenos-Aires, en el rio del Panará, en un rio que se llama el rio de San Juan, y no se pudo asentar ni hacer á causa que era á la sazon invierno, tiempo trabajoso, y las tapias que se hacian las aguas las derribaban. Por manera que les fué forzado dejarlo de hacer, y fué acordado que toda la gente se subiese por el rio arriba, y traerla á esta ciudad de la Ascension. A este capitan Gonzalo de Mendoza, siempre la víspera ó dia de Todos Santos le acontescia un caso desastrado, y á la boca del rio, el mismo dia, se le perdió una nao cargada de bastimento y se le ahogó gente harta, y viniendo navegando acontesció un acaso extraño. Estando la víspera de Todos Santos surtos los navíos en la ribera del rio junto á unas barranqueras altas, y estando amarrada á un árbol la galera que traia Gonzalo de Mendoza, tembló la tierra, y levantada la misma tierra se vino arrollada como un golpe de mar hasta la barranca, y los árboles cayeron en el rio y la barranca dió sobre los bergantines, y el árbol do estaba amarrada la galera dió tan gran golpe sobre ella que la volvió de abajo arriba, y así la llevó mas de media legua llevando el mastel debajo y la quilla encima; y de esta tormenta se le ahogaron en la galera y otros navíos catorce personas entre hombres y mujeres; y segun lo dijeron los que se hallaron presentes, fué la cosa mas temerosa que jamás pasó; y con este trabajo llegaron á la ciudad de la Ascension, donde fueron bien aposentados y proveidos de todo lo necesario; y el Gobernador con toda la gente dieron gracias á Dios por haberlos traido á salvamiento y escapado de tantos peligros como por aquel rio hay y pasaron.

CAPITULO XXXVIII.

De cómo se quemó el pueblo de la Ascension.

A 4 dias del mes de hebrero del año siguiente de 543 años, un domingo de madrugada, tres horas antes que amaneciese, se puso fuego á una casa pajiza dentro de la ciudad de la Ascension, y de allí saltó á otras muchas casas; y como habia viento fresco, andaba el fuego con tanta fuerza, que era espanto de lo ver, y puso grande alteracion y desasosiego á los españoles, creyendo que los indios por les echar de la tierra lo habian hecho. El Gobernador á la sazon hizo dar al arma para que acudiesen á ella y sacasen sus armas, y quedasen armados para se defender y sustentar en la tierra; y por salir los cristianos con sus armas, las escaparon, y quemóseles toda su ropa, y quemáronse mas de docientas casas, y no les quedaron mas de cincuenta casas, las cuales escaparon por estar en medio un arroyo de agua, y quemáronseles mas de cuatro ó cinco mil hanegas de maíz en grano, que es el trigo de la tierra, y mucha harina de ello, y muchos otros manteuimientos de gallinas y puercos en gran cantidad, y quedaron los españoles tan perdidos y destruidos y tan desnudos, que no les quedó con que se cubrir las carnes; y fué tan grande el fuego, que duró cuatro dias; hasta una braza debajo de la tierra se quemó, y las paredes de las casas con la fortaleza de él se cayeron. Averiguóse que una india de un cristiano habia puesto el fuego; sacudiendo una hamaca que se le quemaba, dió una morcella en la paja de la casa; como las paredes son de paja, se quemó; y visto que los españoles quedaban perdidos y sus casas y haciendas asoladas, de lo que el Gobernador tenia de su propria hacienda los remedió, y daba de comer á los que no lo tenian, mercando de su hacienda los mantenimientos, y con toda diligencia les ayudó y les hizo hacer sus casas, haciéndolas de tapias, por quitar la ocasion que tan fácilmente no se quemasen cada dia; y puestos en ello, y con la gran necesidad que tenian de ellas, en pocos dias las hicieron.

CAPITULO XXXIX.

Cómo vino Domingo de Irala.

A 15 dias del mes de hebrero vino á surgir á este pueblo de la Ascension Domingo de Irala, con los tres bergantines que llevó al descubrimiento del rio del Paraguay; el cual salió en tierra á dar relacion al Gobernador de su descubrimiento; y dijo que dende 20 de octubre, que partió del puerto de la Ascension, hasta el de los Reyes, 6 dias del mes de enero, habia subido por el rio del Paraguay arriba, contratando y tomando aviso de los indios naturales que están en la ribera del rio hasta aquel dicho dia; que habia llegado á una tierra de una generacion de indios labradores y criadores de gallinas y patos, los cuales crian estos indios para defenderse con ellos de la importunidad y daño que les hacen los grillos, porque cuantas mantas tienen se las roen y comen; críanse estos grillos en la paja con que están cubiertas sus casas, y para guardar sus ropas tienen muchas tinajas, en las cuales meten sus mantas y cueros dentro, y tápanlas con unos tapaderos de barro, y de esta manera defienden sus ropas, porque de la cumbre de las casas caen muchos de ellos á buscar qué roer, y entonces dan los patos en ellos con tanta priesa, que se los comen todos; y esto hacen dos ó tres veces cada dia que ellos salen á comer, que es hermosa cosa de ver la montanera con ellos; y estos indios habitan y tienen sus casas dentro de unas lagunas y cercados de otras; llámanse cacocies chaneses; y que de los indios habia tenido aviso que por la tierra era el camino para ir á las poblaciones de la tierra adentro; y que él habia entrado tres jornadas, y que le habia parescido la tierra muy buena, y que la relacion de dentro de ella le habian dado los indios; y allende de esto, en estos pueblos de los indios de esta tierra habia grandes bastimentos, adonde se podian fornescer para poder hacer por allí la entrada de la tierra y conquista; y que habia visto entre los indios muestra de oro y plata, y se habian ofrescido á le guiar y enseñar el camino, y que en todo su descubrimiento que habia hecho por todo el rio, no habia hallado ni tenido nueva de tierra mas aparejada para hacer la entrada que determinaba hacer; y que teniéndola por tal, habia entrado por la tierra adentro por aquella parte, que por haber llegado en el mismo dia de los Reyes á ella, le habia puesto por nombre el puerto de los Reyes, y dejaba los naturales de él con gran deseo de ver los españoles, y que el Gobernador fuese á los conoscer; y luego como Domingo de Irala hobo dado la relacion al Gobernador de lo que habia hallado y traia, mandó llamar y juntar á los religiosos y clérigos y á los oficiales de su majestad y á los capitanes; y estando juntos, les mandó leer la relacion que habia traido Domingo de Irala, y les rogó que sobre ello hobiesen su acuerdo, y le diesen su parescer de lo que se habia de hacer para descubrir aquella tierra, como convenia al servicio de Dios y de su majestad (como otra vez lo tenia pedido y rogado); porque así convenia al servicio de su majestad, pues tenian camino cierto descubierto, y era el mejor que hasta entonces habian hallado; y todos juntos, sin discrepar ninguno, dieron su parescer, diciendo que convenia mucho al servicio de su majestad que con toda presteza se hiciese la entrada por el puerto de los Reyes, y que así convenia y lo daban por su parescer, y lo firmaban de sus nombres; y que luego sin dilacion ninguna se habia de poner en efecto la entrada, pues la tierra era poblada de mantenimientos y otras cosas necesarias para el descubrimiento de ello. Vistos los paresceres de los religiosos, clérigos y capitanes, y conformándose con ellos el Gobernador, paresciéndole ser así cumplidero al servicio de su majestad, mandó aderezar y poner á punto los diez bergantines que él tenia hechos para el mismo descubrimiento, y mandó á los indios guaranies que le vendiesen los bastimentos que tenian, para cargar y fornescer de ellos los bergantines y canoas que estaban prestos para el viaje y descubrimiento, porque el fuego que habia pasado antes le habia quemado todos los bastimentos que él tenia, y por esto le fué forzado comprar de su hacienda á los indios los bastimentos, y él les dió á los indios muchos rescates por ellos, por no aguardar á que viniesen otros frutos, para despachar y proveer con toda brevedad; y para que mas brevemente se hiciese, y le trajesen los bastimentos sin que los indios viniesen cargados con ellos, envió al capitan Gonzalo de Mendoza con tres bergantines por el Paraguay arriba á la tierra y lugares de los indios sus amigos y vasallos de su majestad, que les tomase los bastimentos, y mandó que los pagase á los indios y les hiciese muy buenos tratamientos, y que les contentase con rescates, que llevaba mucha copia de ellos; y que mandase y apercibiese á las lenguas que habian de pagar á los indios los bastimentos, los tratasen bien, y no les hiciesen agravios y fuerzas, so pena que serian castigados; y que así lo guardasen y cumpliesen.

CAPITULO XL.

De lo que escribió Gonzalo de Mendoza.

Dende á pocos dias que Gonzalo de Mendoza se hubo partido con los tres navíos escribió una carta al Gobernador, por la cual le hacia saber cómo él habia llegado al puerto que dicen de Giguy, y habia enviado por la tierra adentro á los lugares donde le habian de dar los bastimentos, y que muchos indios principales que le habian venido á ver y comenzado á traer los bastimentos y que las lenguas habian venido huyendo á se recoger á los bergantines porque los habian querido matar los amigos y parientes de un indio que andaba alzado, y andaba alborotando la tierra contra los cristianos y contra los indios que eran nuestros amigos; que decian que no les diesen bastimentos, y que muchos indios principales que habian venido á pedirle ayuda y socorro para defender y amparar sus pueblos de dos indios principales, que se decian Guacani y Atabare, con todos sus parientes y valedores, y les hacian la guerra crudamente á fuego y á sangre, y les quemaban sus pueblos, y les corrian la tierra, diciendo que los matarian y destruirian si no se juntaban con ellos para matar y destruir y echar de la tierra á los cristianos; y que él andaba entreteniendo y temporizando con los indios hasta le hacer saber lo que pasaba, para que proveyese en ello lo que conviniese; porque allende de lo susodicho, los indios no le traian ningun bastimento,

por tenerlos tomados los contrarios los pasos; y los españoles que estaban en los navíos padescian mucha hambre.

Y vista la carta de Gonzalo de Mendoza, mandó el Gobernador llamar á los frailes y clérigos y oficiales de su majestad y á los capitanes, los cuales fueron juntos, y les hizo leer la carta; y vista, les pidió que le diesen parescer lo que sobre ello les parescia que se debia de hacer, conformándose con la instruccion de su majestad, la cual les fué leida en su presencia; y que conformándose con ella, le diesen su parescer de lo que debia de hacer y qué mas conviniese al servicio de su majestad; los cuales dijeron que, pues los dichos indios hacian la guerra contra los cristianos y contra los naturales vasallos de su majestad, que su parescer de ellos era, y así lo daban, y dieron y firmaron de sus nombres, que debia mandar enviar gente de guerra contra ellos, y requerirles primero con la paz, apercibiéndolos que se volviesen á la obediencia de su majestad; que si no lo quisiesen hacer, se lo requiriesen una, y dos, y tres veces, y mas cuantas pudiesen, protestándoles que todas las muertes y quemas y daños que en la tierra se hiciesen fuesen á su cargo y cuenta de ellos; y cuando no quisiesen venir á dar la obediencia, que les hiciese la guerra como contra enemigos, y amparando y defendiendo á los indios amigos que estaban en la tierra.

Dende á pocos dias que los religiosos y clérigos y los demás dieron su parescer, el mismo capitan Gonzalo de Mendoza tornó á escrebir otra carta al Gobernador; en la cual le hacia saber cómo los indios Guacani y Atabare, principales, hacian cruel guerra á los indios amigos, corriéndoles la tierra, matándolos y robándolos, hasta llegar al puerto donde estaban los cristianos que habian venido defendiendo los bastimentos; y que los indios amigos estaban muy fatigados, pidiendo cada dia socorro á Gonzalo de Mendoza, y diciéndole que si brevemente no los socorria, todos los indios se alzarian, por excusar la guerra y daños que tan cruel guerra les hacia de contino.

CAPITULO XLI.

De cómo el Gobernador socorrió á los que estaban con Gonzalo de Mendoza.

Vista esta segunda carta, y las demás querellas que daban los naturales, el Gobernador tornó á comunicar con los religiosos, clérigos y oficiales, y con su parescer mandó que fuese el capitan Domingo de Irala á favorescer los indios amigos, y á poner en paz la guerra que se habia comenzado, favoresciendo los naturales que recebian daño de los enemigos; y para ello envió cuatro bergantines, con ciento y cincuenta hombres, demás de los que tenia el capitan Gonzalo de Mendoza allá; y mandó que Domingo de Irala con la gente, que fuesen derechos á los lugares y puertos de Guacani y Atabare, y les requiriese de parte de su majestad que dejasen la guerra y se apartasen de hacerla, y volviesen y diesen la obediencia á su majestad; que fuesen amigos de los españoles; y que cuando siendo así requeridos y amonestados una, y dos, y tres veces, y cuantas mas debiesen y pudiesen, con el menor daño que pudiesen les hiciesen guerra, excusando muertes y robos y otros males, y los constriñesen apretándoles para que dejasen la guerra y tornasen á la paz y amistad que antes solian tener, y lo procurase por todas las vias que pudiese.

CAPITULO XLII.

De cómo en la guerra murieron cuatro cristianos que hirieron.

Partido Domingo de Irala y llegado en la tierra y lugares de los indios, envió á requerir y amonestar á Atabare y á Guacani, indios principales de la guerra, y con ellos estaba gran copia de gente esperando la guerra; y como las lenguas llegaron á requerirles, no los habian querido oir, antes enviaron á desafiar á los indios amigos, y les robaban y les hacian muy grandes daños, que defendiéndoles y apartándoles habian habido con ellos muchas escaramuzas, de las cuales habian salido heridos algunos cristianos, los cuales envió para que fuesen curados en la ciudad de la Ascension, y cuatro ó cinco murieron de los que vinieron heridos, por culpa suya y por excesos que hicieron, porque las heridas eran muy pequeñas y no eran de muerte ni de peligro; porque el uno de ellos, de solo un rascuño que le hicieron con una flecha en la nariz en soslayo, murió, porque las flechas traian yerba; y cuando los que son heridos de ella no se guardan mucho de tener excesos con mujeres, porque en lo demás no hay de qué temer la yerba de aquella tierra. El Gobernador tornó á escrebir á Domingo de Irala, mandándole que por todas las vias y formas que él pudiese trabajase por hacer paz y amistad con los indios enemigos, porque así convenia al servicio de su majestad; porque entre tanto que la tierra estuviese en guerra, no podian dejar de haber alborotos y escándalos y muertes y robos y desasosiegos en ella, de los cuales Dios y su majestad serian deservidos; y con esto que le envió á mandar, le envió muchos rescates para que diese y repartiese entre los indios que habian servido, y con los demás que le paresciese que podrian asentar y perpetuar la paz; y estando las cosas en este estado, Domingo de Irala procuró de hacer las paces; y como ellos estuviesen muy fatigados y trabajados de la guerra tan brava como los cristianos les habian hecho y hacian, deseaban tener ya paz con ellos; y con las muchas dádivas que el Capitan General les envió, con muchos ofrescimientos nuevos que de su parte se les hizo, vinieron á asentar la paz y dieron de nuevo la obediencia á su majestad, y se conformaron con todos los indios de la tierra; y los indios principales Guacani y Atabare, y otros muchos juntamente en amistad y servicio de su majestad, fueron ante el Gobernador á confirmar las paces, y él dijo á los de la parte de Guacani y Atabare que en se apartar de la guerra habian hecho lo que debian, y que en nombre de su majestad les perdonaba el desacato y desobediencia pasada, y que si otra vez lo hiciesen que serian castigados con todo rigor, sin tener de ellos ninguna piedad; y tras de esto, les dió rescates, y se fueron muy alegres y contentos. Y viendo que aquella tierra y naturales de ella estaban en paz y concordia, mandó poner gran diligencia en traer los bastimentos y las otras cosas necesarias para fornescer y cargar los navíos que habian de ir á la entrada y des-

cubrimiento de la tierra por el puerto de los Reyes, por do estaba concertado y determinado que se prosiguiese; en pocos dias le trujeron los indios naturales mas de tres mil quintales de harina de mandioca y maíz, y con ellos acabó de cargar todos los navíos de bastimentos, los cuales les pagó mucho á su voluntad y contento, y proveyó de armas á los españoles que no las tenian, y de las otras cosas necesarias que eran menester.

CAPITULO XLIII.

De cómo los frailes se iban huidos.

Estando á punto apercebidos y aparejados los bergantines, y cargados los bastimentos y las otras cosas que convenian para la entrada y descubrimiento de la tierra, como estaba concertado, y los oficiales de su majestad y religiosos y clérigos lo habian dado por parescer, callada y encubiertamente inducieron y levantaron al comisario fray Bernaldo de Armenta y fray Alonso Lebron, su compañero, de la órden de san Francisco, que se fuesen por el camino que el Gobernador descubrió, dende la costa del Brasil por entre los lugares de los indios, y que se volviesen á la costa, y llevasen ciertas cartas para su majestad, dándole á entender por ellas que el Gobernador usaba mal de la gobernacion que su majestad le habia hecho merced, movidos con mal celo por el odio y enemistad que le tenian, por impedir y estorbar la entrada y descubrimiento de la tierra que iba á descubrir (como dicho tengo); lo cual hacian porque el Gobernador no sirviese á su majestad ni diese ser ni descubriese aquella tierra; y la causa de esto habia sido porque cuando el Gobernador llegó á la tierra la halló pobre, y desarmados los cristianos, y rotos los que en ella servian á su majestad; y los que en ella residian se le querellaron de los agravios y malos tratamientos que los oficiales de su majestad les hacian, y que por su proprio interese particular habian echado un tributo y nueva impusicion muy contra justicia y contra lo que se usa en España y en Indias, á la cual impusicion pusieron nombre de quinto, de lo cual está hecha memoria en esta relacion, y por esto querian impedir la entrada, y el secreto de esto de que se querian ir los frailes, andaba el uno de ellos con un Crucifijo debajo del manto, y hacian que pusiesen la mano en el Crucifijo y jurasen de guardar el secreto de su ida de la tierra para el Brasil; y como esto supieron los indios principales de la tierra, parescieron ante el Gobernador, y le pidieron que les mandase dar sus hijas, las cuales ellos habian dado á los dichos frailes para que se las industriasen en la doctrina cristiana; y que entonces habian oido decir que los frailes se querian ir á la costa del Brasil, y que les llevaban por fuerza sus hijas, y que antes que llegasen allá se solian morir todos los que allá iban; y porque las indias no querian ir y huian, que los frailes las tenian muy sujetas y aprisionadas. Cuando el Gobernador vino á saber esto, ya los frailes eran idos, y envió tras de ellos y los alcanzaron dos leguas de allí, y los hizo volver al pueblo. Las mozas que llevaban eran treinta y cinco; y ansimismo envió tras de otros cristianos que los frailes habian levantado, y los alcanzaron y trujeron, y esto causó grande alboroto y escándalo, así entre los españoles como en toda la tierra de los indios, y por ello los principales de toda la tierra dieron grandes querellas por llevalles sus hijas; y así, llevaron al Gobernador un indio de la costa del Brasil, que se llamaba Domingo, muy importante al servicio de su majestad en aquella tierra; y habida informacion contra los frailes y oficiales, mandó prender á los oficiales, y mandó proceder contra ellos por el delito que contra su majestad habian cometido; y por no detenerse el Gobernador con ellos, cometió la causa á un juez para que conociese de sus culpas y cargos, y sobre fianzas llevó los dos de ellos consigo, dejando los otros presos en la ciudad, y suspendidos los oficios, hasta tanto que su majestad proveyese en ello lo que mas fuese servido.

CAPITULO XLIV.

De cómo el Gobernador llevó á la entrada cuatrocientos hombres.

A esta sazon ya todas las cosas necesarias para seguir la entrada y descubrimiento estaban aparejadas y puestas á púnto, y los diez bergantines cargados de bastimentos y otras municiones; por lo cual el Gobernador mandó señalar y escoger cuatrocientos hombres arcabuceros y ballesteros, para que fuesen en el viaje, y la mitad de ellos se embarcaron en los bergantines, y los otros, con doce de caballo, fueron por tierra cerca del rio, hasta que fuesen en el puerto que dicen de Guaviaño, yendo siempre la gente por los pueblos y lugares de los indios guaranies, nuestros amigos, porque por allí era mejor; embarcaron los caballos, y porque no se detuviesen en los navíos esperándolos, los mandó partir ocho dias antes, porque fuesen manteniéndose por tierra y no gastasen tanto mantenimiento por el rio, y fué con ellos el factor Pedro Dorantes y el contador Felipe de Cáceres; y dende á ocho dias adelante el Gobernador se embarcó, después de haber dejado por su lugarteniente de capitan general á Juan de Salazar de Espinosa, para que en nombre de su majestad sustentase y gobernase en paz y en justicia aquella tierra y quedando en ella docientos y tantos hombres de guerra, arcabuceros y ballesteros, y todo lo necesario que era menester para la guarda de ella, y seis de caballo entre ellos; y dia de Nuestra Señora de Septiembre dejó hecha la iglesia, muy buena, que el gobernador trabajó con su persona en ella siempre, que se habia quemado. Partió del puerto con los diez bergantines y ciento y veinte canoas, y llevaban mil y docientos indios en ellas, todos hombres de guerra, que parecian extrañamente bien verlos ir navegando en ellas, con tanta municion de arcos y flechas; iban muy pintados, con muchos penachos y plumería, con muchas planchas de metal en la frente, muy lucias, que cuando les daba el sol resplandecian mucho, y dicen ellos que las traen porque aquel resplandor quita la vista á sus enemigos, y van con la mayor grita y placer del mundo; y cuando el Gobernador partió de la ciudad, dejó mandado al capitan Salazar que con la mayor diligencia que pudiese, hiciese dar priesa, y que se acabase de hacer la carabela que él mandó hacer porque estuviese hecha para cuando volviese de la entrada, y pudiese dar con ella aviso á su majestad de la entrada y de todo lo suscedido

en la tierra, y para ello dejó todo recaudo muy cumplidamente, y con buen tiempo llegó al puerto de Capua, á do vinieron los principales á recebir al Gobernador, y él les dijo cómo iba en descubrimiento de la tierra; por lo cual les rogaba, y de parte de su majestad les mandaba, que por su parte estuviesen siempre en paz, y así lo procurasen siempre estar con toda concordia y amistad, como siempre lo habian estado; y haciéndolo así, el Gobernador les prometia de les hacer siempre buenos tratamientos y les aprovechar, como siempre lo habia hecho; y luego les dió y repartió á ellos y á sus hijos y parientes muchos rescates de lo que llevaba, graciosamente, sin ningun interese; y ansí, quedaron contentos y alegres.

CAPITULO XLV.

De cómo el Gobernador dejó de los bastimentos que llevaba.

En este puerto de Capua, porque iban muy cargados de bastimentos los navíos, tanto, que no lo podian sufrir, por asegurar la carga, dejó allí mas de docientos quintales de bastimentos; y acabados de dejar, se hicieron á la vela, y fueron navegando prósperamente hasta que llegaron á un puerto que los indios llaman Inriquizaba, y llegó á él á un hora de la noche; y por hablar á los indios naturales de él estuvieron hasta tercero dia, en el cual tiempo le vinieron á ver muchos indios cargados de bastimentos, que dieron así entre los españoles que allí iban como entre los indios guaranies que llevaba en su compañía; y el Gobernador los recebió á todos con buenas palabras, porque siempre fueron estos amigos de los cristianos y guardaron amistad; y á los principales y á los demás que trujeron bastimentos les dió rescates, y les dijo cómo iba á hacer el descubrimiento de la tierra, lo cual era bien y provecho de todos ellos, y que entre tanto que el Gobernador tornaba, les rogaba siempre tuviesen paz, y guardasen paz á los españoles que quedaban en la ciudad de la Ascension, y así se lo prometieron de lo hacer; y dejándolos muy contentos y alegres, navegaron con buen tiempo rio arriba.

CAPITULO XLVI.

Cómo paró por hablar á los naturales de la tierra de aquel puerto.

A 12 dias del mes llegó á otro puerto que se dice Itaqui, en el cual hizo surgir y parar los bergantines, por hablar á los naturales del puerto, que son guaranies y vasallos de su majestad; y el mismo dia vinieron al puerto gran número de indios cargados de bastimentos para la gente, y con ellos sus principales, á los cuales el Gobernador dió cuenta, como á los pasados, cómo iba á hacer el descubrimiento de la tierra; y que en el entre tanto que volvia, les rogaba y mandaba que tuviesen mucha paz y concordia con los cristianos españoles que quedaban en la ciudad de la Ascension; y demás de pagarles los bastimentos que habian traido, dió y repartió entre los mas principales y los demás sus parientes, muchos rescates graciosos, de lo cual ellos quedaron muy contentos y bien pagados; estuvo con ellos aquí dos dias, y el mismo dia se partió, y llegó otro dia á otro puerto que llaman Itaqui, y pasó por él, y fué á surgir al puerto que dicen de Guacani, que es el que se habia levantado con Atabare para hacernos la guerra que he dicho; los cuales vivian en paz y concordia; y luego como supieron que estaba allí, vinieron á ver al Gobernador, con muchos indios, otros de su liga y parcialidad; los cuales el Gobernador recebió con mucho amor, porque cumplian las paces que habian hecho, y toda la gente que con ellos venia, venian alegres y seguros, porque estos dos, estando en nuestra paz y amistad, con tenerlos á ellos solos, toda la tierra estaba segura y quedaba pacífica; y otro dia que vinieron les mostró mucho amor y les dió muchos rescates graciosos, y lo mismo hizo con sus parientes y amigos, demás de pagar los bastimentos á todos aquellos que los trujeron; de manera que ellos quedaron contentos; y como ellos son la cabeza principal de los naturales de aquella tierra, el Gobernador les habló lo mas amorosamente que pudo, y les encomendó y rogó que se acordasen de tener en paz y concordia toda aquella tierra, y tuviesen cuidado de servir y visitar á los españoles cristianos que quedaban en la ciudad de la Ascension, y siempre obedeciesen los mandamientos que mandasen de nombre de su majestad; á lo cual respondieron que después que ellos habian hecho la paz y tornado á dar la obediencia á su majestad, estaban determinados de lo guardar y hacer ansí, como él lo veria; y para que mas se creyese de ellos, que el Atabare queria ir con él, como hombre mas usado en la guerra, y que el Guacani convenia que quedase en la tierra en guarda de ella, para que siempre estuviesen en paz y concordia; y al Gobernador le paresció bien, y tuvo en mucho su ofrescimiento, porque le paresció que era buena partida para que cumplieran lo que ofrescian, y la tierra quedaba muy pacífica y segura con ir Atabare en su compañía, y él se lo agradesció mucho, y aceptó su ida, y le dió mas rescates que á otro ninguno de los principales de aquel rio; y es cierto que teniendo á este contento, toda la tierra quedaria en paz, y no se osaria levantar ninguno, de miedo de él; y encomendó á Guacani mucho los cristianos, y él lo prometió de lo hacer y cumplir como se lo prometia; y así, estuvo allí cuatro dias hablándolos, contentándolos y dándoles de lo que llevaba; con que los dejó muy contentos. Estándose despachando en este puerto, se le murió el caballo al factor Pedro Dorantes, y dijo al Gobernador que no se hallaba en disposicion para seguir el descubrimiento y conquista de la dicha provincia sin caballo; por tanto, que él se queria volver á la ciudad de la Ascension, y que en su lugar dejaba y nombraba, para que sirviese en el oficio de factor, á su hijo Pedro Dorantes, el cual por el Gobernador y por el contador, que iba en su compañía, fué recebido y admitido al oficio de factor, para que se hallase en el descubrimiento y conquista en lugar de su padre; y así, se partió en su compañía el dicho Atabare (indio principal) con hasta treinta indios parientes y criados suyos, en tres canoas. El Gobernador se hizo á la vela del puerto de Guacani, fué navegando por el rio del Paraguay arriba, y viérnes 24 dias del mes de septiembre llegó al puerto que dicen de Ipananie, en el cual mandó surgir y parar los bergantines, así para hablar á los indios naturales de esta tierra, que son vasallos de su majestad,

como porque le informaron que entre los indios del puerto estaba uno de la generacion de los guaranies, que habia estado captivo mucho tiempo en poder de los indios payaguaes, y sabia su lengua, y sabia su tierra y asiento donde tenian sus pueblos, y por lo traer consigo para hablar con los indios payaguaes (que fueron los que mataron á Juan de Ayolas y cristianos), y por via de paz haber de ellos el oro y plata que le tomaron y robaron; y como llegó al puerto, luego salieron los naturales de él con mucho placer, cargados de muchos bastimentos, y el Gobernador los recebió y hizo buenos tratamientos, y les mandó pagar todo lo que trujeron, y á los indios principales les dió graciosamente muchos rescates; y habiendo hablado y platicado con ellos, les dijo la necesidad que tenia del indio que habia sido captivo de los indios payaguaes, para lo llevar por lengua y intérprete de los indios, para los atraer á paz y concordia, y para que encaminase el armada donde tenian asentados sus pueblos; los cuales indios luego enviaron por la tierra adentro á ciertos lugares de indios á llamar el indio con gran diligencia.

CAPITULO XLVII.

De cómo envió por una lengua para los payaguaes.

Dende á tres dias que los naturales del puerto de Ipananie enviaron á llamar el indio, vino donde estaba el Gobernador, y se ofresció á ir en su compañía y enseñarle la tierra de los indios payaguaes; y habiendo contentado los indios del puerto, se hizo á la vela por el rio del Paraguay arriba, y llegó dentro de cuatro dias al puerto que dicen de Guayviaño, que es donde acaba la poblacion de los indios guaranies; en el cual puerto mandó surgir, para hablar á los indios naturales; los cuales vinieron, y trujeron los principales muchos bastimentos, y alegremente los recebieron, y el Gobernador les hizo buenos tratamientos, y mandó pagar sus bastimentos, y les dió á los principales graciosamente muchos rescates y otras cosas; y luego le informaron que la gente de á caballo iba por la tierra adentro y habia llegado á sus pueblos, los cuales habian sido bien recebidos, y les habian proveido de las cosas necesarias, y les habian guiado y encaminado, y iban muy adelante cerca del puerto de Itabitan, donde decian que habian de esperar el armada de los bergantines. Sabida esta nueva, luego con mucha presteza mandó dar vela, y se partió del puerto Guayviaño, y fué navegando por el rio arriba con buen viento de vela; y el propio dia á las nueve de la mañana llegó al puerto de Itabitan, donde halló haber llegado la gente de caballo todos muy buenos, y le informaron haber pasado con mucha paz y concordia por todos los pueblos de la tierra, donde á todos habian dado muchas dádivas de los rescates que les dieron para el camino.

CAPITULO XLVIII.

De cómo en este puerto se embarcaron los caballos.

En este puerto de Itabitan estuvo dos dias, en los cuales se embarcaron los caballos y se pusieron todas las cosas del armada en la órden que convenia; y porque la tierra donde estaban y residian los indios payaguaes estaba muy cerca de allí adelante, mandó que el indio del puerto de Ipananie, que sabia la lengua de los indios payaguaes y su tierra, se embarcase en el bergantin que iba por capitan de los otros, para haber siempre aviso de lo que se habia de hacer, y con buen viento de vela partió del puerto; y porque los indios payaguaes no hiciesen ningun daño en los indios guaranies que llevaba en su compañía, les mandó que todos fuesen juntos hechos en un cuerpo, y no se apartasen de los bergantines, y por mucha órden fuesen siguiendo el viaje, y de noche mandó surgir por la ribera del rio á toda la gente, y con buena guarda durmió en tierra, y los indios guaranies ponian sus canoas junto á los bergantines, y los españoles y los indios tomaban y ocupaban una gran legua de tierra por el rio abajo, y eran tantas las lumbres y fuegos que hacian, que era gran placer de verlos; y en todo el tiempo de la navegacion el Gobernador daba de comer así á los españoles como á los indios, y iban tan proveidos y hartos, que era gran cosa de ver, y grande la abundancia de las pesquerías y caza que mataban, que lo dejaban sobrado, y en ello habia una montería de unos puercos que andan contínuo en el agua, mayores que los de España: estos tienen el hocico romo y mayor que estos otros de acá de España; llámanlos de agua; de noche se mantienen en la tierra, y de dia andan siempre en el agua, y en viendo la gente dan una zabullada por el rio, y métense en lo hondo, y están mucho debajo del agua, y cuando salen encima, están un tiro de ballesta de donde se zabulleron; y no pueden andar á caza y montería de estos puercos menos que media docena de canoas con indios, las cuales como ellos se zabullen, las tres van para arriba, y las tres para abajo, y están repartidas en tercios, y en los arcos puestas sus flechas, para que en saliendo que salen encima del agua, le dan tres ó cuatro flechazos con tanta presteza, antes que se torne á meter debajo, y de esta manera los siguen, hasta que ellos salen de bajo del agua, muertos con las heridas; tienen mucha carne de comer, la cual tienen por buena los cristianos, aunque no tenian necesidad de ella; y por muchos lugares de este rio hay muchos puercos de estos; iba toda la gente en este viaje tan gorda y recia, que parescia que salian entonces de España. Los caballos iban gordos, y muchos dias los sacaban en tierra á cazar y montear con ellos, porque habia muchos venados y dantas, y otros animales, y salvajinas, y muchas nutras.

CAPITULO XLIX.

Cómo por este puerto entró Juan de Ayolas cuando le mataron á él y á sus compañeros.

A 12 dias del mes de octubre llegó al puerto que dicen de la Candelaria, que es tierra de los indios payaguaes, y por este puerto entró con su gente el capitan Juan de Ayolas, y hizo su entrada con los españoles que llevaba, y en el mismo puerto cuando volvió de la entrada que hizo, y dejó allí que le esperase á Domingo de Irala con los bergantines que habian traido, y cuando volvió no halló á los bergantines; y estándolos esperando tardó allí mas de cuatro meses, y en este tiempo padesció muy grande hambre; y conoscido por los payaguaes su gran flaqueza y falta de sus armas, se co-

menzaron á tratar con ellos familiarmente, y como amigos los dijeron que los querian llevar á sus casas para mantenerlos en ellas; y atravesándolos por unos pajonales, cada dos indios se abrazaron con un cristiano, y salieron otros muchos con garrotes, y diéronles tantos palos en las cabezas, que de esta manera mataron al capitan Juan de Ayolas y á ochenta hombres que le habian quedado, de ciento y cincuenta que traia cuando entró la tierra adentro; y la culpa de la muerte de estos tuvo el que quedó con los bergantines y gente aguardando allí; el cual desamparó el puerto y se fué el rio abajo por do quiso. Y si Juan de Ayolas los hallara adonde los dejó, él se embarcara y los otros cristianos, y los indios no los mataran; lo cual hizo el Domingo de Irala con mala intencion, y porque los indios los matasen, como los mataron, por alzarse con la tierra, como después paresció que lo hizo contra Dios y contra su rey, y hasta hoy está alzado, y ha destruido y asolado toda aquella tierra, y há doce años que la tiene tiránicamente. Aquí tomaron los pilotos el altura, y dijeron que el puerto estaba en veinte y un grados menos un tercio.

Llegados á este puerto, toda la gente de la armada estaba recogida por ver si podrian haber plática con los indios payaguaes y saber de ellos dónde tenian sus pueblos; y otro dia siguiente á las ocho de la mañana parescieron á riberas del rio hasta siete indios de los payaguaes, y mandó el Gobernador que solamente les fuesen á hablar otros tantos españoles, con la lengua que traia para ellos (que para aquel efecto era muy buena); y ansí, llegaron adonde estaban, cerca de ellos, que se podian hablar y entender unos á otros, y la lengua les dijo que se llegasen mas, que se pudiesen platicar, porque querian hablarles y asentar la paz con ellos, y que aquel capitan de aquella gente no era venido á otra cosa; y habiendo platicado en esto, los indios preguntaron si los cristianos que agora nuevamente venian en los bergantines, si eran de los mismos que en el tiempo pasado solian andar por la tierra; y como estaban avisados los españoles, dijeron que no eran los que en el tiempo pasado andaban por la tierra, y que nuevamente venian; y por esto que oyeron, se juntó con los cristianos uno de los payaguaes y fué luego traido ante el Gobernador, y allí con las lenguas le preguntó por cúyo mandado era venido allí, y dijo que su principal habia sabido de la venida de los españoles, y le habia enviado á él y á los otros sus compañeros á saber si era verdad que eran los que anduvieron en el tiempo pasado, y les dijese de su parte que él deseaba ser su amigo, y que todo lo que habia tomado á Juan de Ayolas y los cristianos, él lo tenia recogido y guardado para darlo al principal de los cristianos porque hiciese paz y le perdonase la muerte de Juan de Ayolas y de los otros cristianos, pues que los habian muerto en la guerra; y el Gobernador le preguntó por la lengua qué tanta cantidad de oro y plata seria la que tomaron á Juan de Ayolas y cristianos, y señaló que seria hasta sesenta y seis cargas que traian los indios chaneses, y que todo venia en planchas y en braceletes, y coronas y hachetas, y vasijas pequeñas de oro y plata, y dijo al indio por la lengua que dijese á su principal que su majestad le habia mandado que fuese en aquella tierra á asentar la paz con ellos y con las otras gentes que la quisiesen, y que las guerras ya pasadas les fuesen perdonadas; y pues su principal queria ser amigo y restituir lo que habia tomado á los españoles, que viniese á verle y á hablarle, porque él tenia muy gran deseo de lo ver y hacer buen tratamiento, y asentarian la paz y le recebiria por vasallo de su majestad, y que dende luego viniese, que le seria hecho muy buen tratamiento, y para en señal de paz le envió muchos rescates y otras cosas para que le llevasen, y al mismo indio le dió muchos rescates y le preguntó cuándo volveria él y su principal. Este principal, aunque es pescador, y señor de esta captiva gente (porque todos son pescadores), es muy grave, y su gente le teme y le tienen en mucho; y si alguno de los suyos le enoja en algo, toma un arco y le da dos y tres flechazos, y muerto, envia á llamar su mujer (si la tiene), y dale una cuenta, y con esto le quita el enojo de la muerte. Si no tiene cuenta, dale dos plumas, y cuando este principal ha de escupir, el que mas cerca de él se halla pone las manos juntas, en que escupe. Estas borracherías y otras de esta manera tiene este principal, y en todo el rio no hay ningun indio que tenga las cosas que este tiene. La lengua de este le respondió que él y su principal serian allí otro dia de mañana, y en aquella parte le quedó esperando.

CAPITULO L.

Cómo no tornó la lengua ni los demás que habian de tornar.

Pasó aquel dia y otros cuatro, y visto que no volvian, mandó llamar la lengua que el Gobernador llevaba de ellos, y le preguntó qué le parescia de la tardanza del indio. Y dijo que él tenia por cierto que nunca mas volveria, porque los indios payaguaes eran muy mañosos y cautelosos, y que habian dicho que su principal queria paz y queria tentar y entretener los cristianos y indios guaranies que no pasasen adelante á buscarlos en sus pueblos, y porque entre tanto que esperaban á su principal, ellos alzasen sus pueblos, mujeres y hijos; y que así, creia que se habian ido huyendo á esconder por el rio arriba á alguna parte, y que le parescia que luego habia de partir en su seguimiento, que tenia por cierto que los alcanzaria, porque iban muy embarazados y cargados; y que lo que á él le parescia, como hombre que sabe aquella tierra, que los indios payaguaes no pararian hasta la laguna de una generacion que se llama los mataraes, á los cuales mataron y destruyeron estos indios payaguaes, y se habian apoderado en su tierra, por ser muy abundosa y de grandes pesquerías; y luego mandó el Gobernador alzar los bergantines con todas las canoas, y fué navegando por el rio arriba, y en las partes donde surgia parescia que por la ribera del rio iba gran rastro de la gente de los payaguaes que iban por tierra, y (segun la lengua dijo) que ellos y las mujeres y hijos iban por tierra por no caber en las canoas. A cabo de ocho dias que fueron navegando, llegó á la laguna de los mataraes, y entró por ella sin hallar allí los indios, y entró con la mitad de la gente por tierra para los buscar y tratar con ellos las paces; y otro dia siguiente, visto que no parescian, y por no gastar mas bastimentos en balde, mandó recoger todos los cristia-

nos y indios guaranies, los cuales habian hallado ciertas canoas y palas de ellas, que habian dejado debajo del agua escondidas, y vieron el rastro por donde iban; y por no detenerse, el Gobernador, recogida la gente, siguió su viaje llevando las canoas junto con los bergantines; fué navegando por el rio arriba, unas veces á la vela y otras al remo y otras á la sirga, á causa de las muchas vueltas del rio, hasta que llegó á la ribera, donde hay muchos árboles de cañafístola, los cuales son muy grandes y muy poderosos, y la cañafístola es de casi palmo y medio, y es tan gruesa como tres dedos. La gente comia mucho de ella, y de dentro es muy melosa; no hay diferencia nada á la que se trae de las otras partes á España, salvo ser mas gruesa, y algo áspera en el gusto, y cáusalo como no se labra; y de estos árboles hay mas de ochenta juntos en la ribera de este rio del Paraguay. Por do fué navegando hay muchas frutas salvajes que los españoles y indios comian, entre las cuales hay una como un limon ceuti muy pequeño, así en el color como cáscara; en el agrio y en el olor no difieren al limon ceuti de España, que será como un huevo de paloma; esta fruta es en la hoja como del limon. Hay gran diversidad de árboles y frutas, y en la diversidad y extrañeza de los pescados grandes diferencias, y los indios y españoles mataban en el rio cosa que no se puede creer de ellos, todos los dias que no hacia tiempo para navegar á la vela; y como las canoas son ligeras y andan mucho al remo, tenian lugar de andar en ellas cazando de aquellos puercos del agua y nutrias (que hay muy grande abundancia de ellas); lo cual era muy gran pasatiempo. Y porque le paresció al Gobernador que á pocas jornadas llegariamos á la tierra de una generacion de indios que se llaman guaxarapos, que están en la ribera del rio Paraguay, y estos son vecinos que contratan con los indios del puerto de los Reyes, donde íbamos, que para ir allí con tanta gente de navíos y canoas y indios, se escandalizarian y meterian por la tierra adentro; y por los pacificar y sosegar, partió la gente del armada en dos partes, y el Gobernador tomó cinco bergantines y la mitad de las canoas y indios que en ellas venian, y con ello acordó de se adelantar, y mandó al capitan Gonzalo de Mendoza que con los otros bergantines y las otras canoas y gente viniesen en su seguimiento poco á poco, y mandó al capitan que gobernase toda la gente, españoles y indios, mansa y graciosamente, y no consintiese que se desmandase ningun español ni indio; y así por el rio como por la tierra no consintiese á ningun natural hacer agravio ni fuerza, y hiciese pagar los mantenimientos y otras cosas que los indios naturales contratasen con los españoles y con los indios guaranies; por manera que se conservase toda la paz que convenia al servicio de su majestad y bien de la tierra. El Gobernador se partió con los cinco bergantines y las canoas que dicho tengo; y así fué navegando, hasta que un dia, á 18 de octubre, llegó á tierra de de los indios guaxarapos, y salieron hasta treinta indios, y pararon allí los bergantines y canoas hasta hablar aquellos indios y asegurarlos, y tomar de ellos aviso de las generaciones de adelante, y salieron en tierra algunos cristianos por su mandado, porque los indios de la tierra los llamaban y se venian para ellos; y llegados á los bergantines, entraron en ellos hasta seis de los mismos guaxarapos, á los cuales habló con la lengua y les dijo lo que habia dicho á los otros del rio abajo, para que diesen la obediencia á su majestad, y que dándola, él los ternia por amigos, y ansí la dieron todos, y entre ellos habia un principal, y por ello el Gobernador les dió de sus rescates y les ofreció que haria por ellos todo lo que pudiese; y cerca de estos indios, en aquel paraje do el Gobernador estaba con los indios, estaba otro rio que venia por la tierra adentro, que seria tan ancho como la mitad del rio Paraguay; mas corria con tanta fuerza el agua, que era espanto; y este rio desaguaba en el Paraguay, que venia de hácia el Brasil, y era por donde dicen los antiguos que vino García el portugués, y hizo guerra por aquella tierra, y habia entrado por ella con muchos indios, y le habian hecho muy gran guerra en ella y destruido muchas poblaciones, y no traia consigo mas de cinco cristianos, y toda la otra eran indios; y los indios dijeron que nunca mas lo habian visto volver; y traia consigo un mulato que se llamaba Pacheco, el cual volvió á la tierra de Guacani, y el mismo Guacani le mató allí, y el García se volvió al Brasil; y que de estos guaranies que fueron con García habian quedado muchos perdidos por la tierra adentro, y que por allí hallaria muchos de ellos, de quien podria ser informado de lo que García habia hecho, y de lo que era la tierra, y que por aquella tierra habitaban unos indios que se llamaban chaneses, los cuales habian venido huyendo y se habian juntado con los indios sococies y xaquetes, los cuales habitan cerca del puerto de los Reyes. Y vista esta relacion del indio, el Gobernador se pasó adelante á ver el rio por donde habia salido García, el cual estaba muy cerca donde los indios guaxarapos se le mostraron y hablaron; y llegado á la boca del rio que se llama Yapaneme, mandó sondar la boca, la cual halló muy honda, y así lo era dentro, y traia muy gran corriente, y de una banda y otra tenia muchas arboledas, y mandó subir por él una legua arriba un bergantin que iba siempre sondando, y siempre lo hallaba mas hondo, y los indios guaxarapos le dijeron que por la ribera del rio estaba todo muy poblado de muchas generaciones diversas, y eran todos indios que sembraban maíz y mandioca, y tenian muy grandes pesquerías del rio, y tenian tanto pescado cuanto querian comer, y que del pescado tienen mucha manteca, y mucha caza; y vueltos los que fueron á descubrir el rio, dijeron que habian visto muchos humos por la tierra en la ribera del rio, por do paresce estar la ribera del rio muy poblada; y porque era ya tarde, mandó surgir aquella noche frontero de la boca de este rio, á la falda de una sierra que se llama Santa Lucía, que es por donde habia atravesado García; y otro dia de mañana mandó á los pilotos que consigo llevaba, que tomasen el altura de la boca del rio, y está en diez y nueve grados y un tercio. Aquella noche tuvimos allí muy gran trabajo con un aguacero que vino de muy grande agua y viento muy recio, y la gente hicieron muy grandes fuegos, y durmieron muchos en tierra, y otros en los bergantines, que estaban bien toldados de esteras y cueros de venados y dantas.

CAPITULO LI.

De cómo hablaron los guaxarapos al Gobernador.

Otro dia por la mañana vinieron los indios guaxarapos que el dia antes habian estado con el Gobernador, y venian en dos canoas; trujeron pescado y carne, que dieron á la gente; y después que hobieron hablado con el Gobernador, les pagó de sus rescates y se despidió de ellos, diciéndoles que siempre los ternia por amigos y les favoresceria en todo lo que pudiese, y porque el Gobernador dejaba otros navíos con gente y muchas canoas con indios guaranies sus amigos, él los rogaba que cuando allí llegasen, fuesen de ellos bien recebidos y bien tratados, porque haciéndolo así, los cristianos y indios no les harian mal ni daño ninguno; y ellos se lo prometieron ansí (aunque no lo cumplieron). Y túvose por cierto que un cristiano dió la causa y tuvo la culpa (como diré adelante); y ansí, se partió de estos indios, y fué navegando por el rio arriba todo aquel dia con buen viento de vela, y á la puesta del sol llegóse á unos pueblos de indios de la misma generacion, que estaban asentados en la ribera junto al agua, y por no perder el tiempo, que era bueno, pasó por ellos sin se detener; son labradores y siembran maíz y otras raíces, y danse mucho á la pesquería y caza, porque hay mucha en grande abundancia; andan en cueros ellos y sus mujeres, excepto algunas, que andan tapadas sus vergüenzas; lábranse las caras con unas puas de rayas, y los bezos y las orejas traen horadados; andan por los rios en canoas, no caben en ellas mas de dos ó tres personas; son tan ligeras, y ellos tan diestros, y al remo andan tan recio rio abajo y rio arriba, que paresce que van volando, y un bergantin (aunque allá son hechos de cedro) al remo y á la vela, por ligero que sea y por buen tiempo que haga, aunque no lleve la canoa mas de dos remos y el bergantin lleve una docena, no la puede alcanzar; y hácense guerra por el rio en canoas, y por la tierra, y todavía entre ellos tienen sus contrataciones, y los guaxarapos les dan canoas, y los payaguaes se las dan tambien, porque ellos les dan arcos y flechas cuantos han menester, y todas las otras cosas que ellos tienen de contratacion; y ansí, en tiempos son amigos, y en otros tienen sus guerras y enemistades.

CAPITULO LII.

De cómo los indios de la tierra vienen á vivir en la costa del rio.

Cuando las aguas están bajas los naturales de la tierra adentro se vienen á vivir á la ribera con sus hijos y mujeres á gozar de las pesquerías, porque es mucho el pexe que matan, y está muy gordo; están en esta buena vida bailando y cantando todos los dias y las noches, como gentes que tienen seguro el comer; y como las aguas comienzan á crescer, que es por enero, vuélvense á recoger á partes seguras, porque las aguas crescen seis brazas en alto encima de las barrancas, y por aquella tierra se extienden por unos llanos adelante mas de cien leguas la tierra adentro, que paresce mar, y cubre los árboles y palmas que por la tierra están, y pasan los navíos por encima de ellos; y esto acontesce todos los años del mundo ordinariamente, y pasa esto en el tiempo y coyuntura cuando el sol parte del trópico de allá y viene para el trópico que está acá, que está sobre la boca del rio del Oro; y los naturales del rio, cuando el agua llega encima de las barrancas, ellos tienen aparejadas unas canoas muy grandes para este tiempo, y en medio de las canoas echan dos ó tres cargas de barro, y hacen un fogon; y hecho, métese el indio en ella con su mujer y hijos y casa, y vánse con la cresciente del agua donde quieren, y sobre aquel fogon hacen fuego y guisan de comer y se calientan, y ansí andan cuatro meses del año que tura esta cresciente de las aguas; y como las aguas andan crescidas, saltan en algunas tierras que quedan descubiertas, y allí matan venados y dantas, y otras salvajinas que van huyendo del agua; y como las aguas hacen repunta para volver á su curso, ellos se vuelven cazando y pescando como han ido, y no salen de sus canoas hasta que las barrancas están descubiertas, donde ellos suelen tener sus casas; y es cosa de ver, cuando las aguas vienen bajando, la gran cantidad de pescado que deja el agua por la tierra en seco; y cuando esto acaesce, que es en fin de marzo y abril, todo este tiempo hiede aquella tierra muy mal, por estar la tierra emponzoñada; en este tiempo todos los de la tierra, y nosotros con ellos, estuvimos malos, que pensamos morir; y como entonces es verano en aquella tierra, es incomportable de sufrir; y siendo el mes de abril comienzan á estar buenos todos los que han enfermado. Todos estos indios sacan el hilado que han menester para hacer sus redes, de unos cardos; machácanlos y échanlos en un ciénago, y después que está quince dias allí, ráenlos con unas conchas de almejones, y sale curado, y queda mas blanco que la nieve. Esta gente no tenian principal, puesto que en la tierra los hay entre todos ellos; mas estos son pescadores, salvajes y salteadores; es gente de frontera; todos los cuales, y otros pueblos que están á la lengua del agua, por do el Gobernador pasó, no consintió que ningun español ni indio guarani saliese en tierra, porque no se revolviesen con ellos, por los dejar en paz y contentos; y les repartió graciosamente muchos rescates, y les avisó que venian otros navíos de cristianos y de indios guaranies, amigos suyos; que los tuviesen por amigos y que tratasen bien. Yendo caminando un viérnes de mañana, llegóse á una muy gran corriente del rio, que pasa por entre unas peñas cortadas, y por aquella corriente pasan tan gran cantidad de pexes que se llaman dorados, que es infinito número de ellos los que continuo pasan, y aquí es la mejor corriente que hallaron en este rio, la cual pasamos con los navíos á la vela y al remo. Aquí mataron los españoles y indios en obra de una hora muy gran cantidad de dorados, que hobo cristiano que mató él solo cuarenta dorados; son tamaños, que pesan media arroba cada uno, y algunos pesan arroba; es muy hermoso pescado para comer, y el mejor bocado de él es la cabeza; es muy graso y sacan de él mucha manteca, y los que lo comen con ella, andan siempre muy gordos y lucios, y bebiendo el caldo de ellos, en un mes los que lo comen se despojan de cualquier sarna y lepra que tenga; de esta manera fué navegando con buen viento de vela que nos hizo. Un dia en la tarde, á 25 dias del mes de octubre, llegó á una division y apartamiento que el rio hacia, que se hacian tres brazos de rio: el

uno de los brazos era una grande laguna á la cual llaman los indios rio Negro, y este rio Negro corre hácia el norte por la tierra adentro, y los otros brazos el agua de ellos es de buena color, y un poco mas abajo se vienen á juntar; y ansí, fué siguiendo su navegacion hasta que llegó á la boca de un rio que entra por la tierra adentro, á la mano izquierda, á la parte del poniente, donde se pierde el remate del rio del Paraguay, á causa de otros muchos rios y grandes lagunas que en esta parte están divididos y apartados; de manera que son tantas las bocas y entradas de ellos, que aun los indios naturales que andan siempre en ellas con sus canoas, con dificultad las conoscen, y se pierden muchas veces por ellas; este rio por donde entró el Gobernador le llaman los indios naturales de aquella tierra Iguatu, que quiere decir agua buena, y corre á la laguna en nuestro favor; y como hasta entonces habiamos ido agua arriba, entrados en esta laguna íbamos agua abajo.

CAPITULO LIII.

Cómo á la boca de este rio pusieron tres cruces.

En la boca de este rio mandó el Gobernador poner muchas señales de árboles cortados, y hizo poner tres cruces altas, para que los navíos entrasen por allí tras él, y no errasen la entrada por este rio. Fuimos navegando á remo tres dias, á cabo de los cuales salió del rio, y fué navegando por otros dos brazos del rio que salen de la laguna, muy grandes; y á 8 dias del mes, una hora antes del dia, llegaron á dar en unas sierras que están en medio del rio, muy altas y redondas, que la hechura de ellas era como una campana, y siempre yendo para arriba ensangostándose. Estas sierras están peladas, y no crian yerba ni árbol ninguno, y son bermejas; creemos que tienen mucho metal, porque la otra tierra que está fuera del rio, en la comarca y paraje de las tierras, es muy montuosa, de grandes árboles y de mucha yerba; y porque las sierras que están en el rio no tienen nada de esto, paresce señal que tienen mucho metal, y ansí, donde lo hay, no cria árbol ni yerba; y los indios nos decian que en otros tiempos sus pasados sacaban de allí el metal blanco, y por no llevar aparejo de mineros ni fundidores, ni las herramientas que eran menester para catar y buscar la tierra, y por la gran enfermedad que dió en la gente, no hizo el Gobernador buscar el metal, y tambien lo dejó para cuando otra vez volviese por allí, porque estas sierras caen cerca del puerto de los Reyes, tomándolas por la tierra. Yendo caminando por el rio arriba, entramos por otra boca de otra laguna que tiene mas de una legua y media de ancho, y salimos por otra boca de la misma laguna; fuimos por un brazo de ella junto á la Tierra-Firme, y fuímonos á poner aquel dia, á las diez horas de la mañana, á la entrada de otra laguna donde tienen su asiento y pueblo los indios sacocies y xaqueses y chaneses; y no quiso el Gobernador pasar de allí adelante, porque le paresció que debia enviar á hacer saber á los indios su venida y les avisar; y luego envió en una canoa á una lengua con unos cristianos para que les hablasen de su parte, y les rogasen que le viniesen á ver y á hablar; y luego se partió la canoa con la lengua y cristianos, y á las cinco de la tarde volvieron, y dijeron que los indios de los pueblos los habian salido á recebir mostrando muy gran placer, y dijeron á la lengua cómo ya ellos sabian cómo venian, y que deseaban mucho ver al Gobernador y á los cristianos; y dijeron entonces que las aguas habian bajado mucho, y que por aquello la canoa habia llegado con mucho trabajo, y que era necesario que, para que los navíos pasasen aquellos bajos que habia hasta llegar al puerto de los Reyes, los descargasen y alijasen para pasar, porque de otra manera no podian pasar, porque no habia agua poco mas de un palmo, y cargados, pedian los navíos cinco y seis palmos de agua para poder navegar, y este banco y bajo estaba cerca del puerto de los Reyes. Otro dia de mañana el Gobernador mandó partir los navíos, gente, indios y cristianos, y que fuesen navegando al remo hasta llegar al bajo que habian de pasar los navíos, y mandó salir toda la gente, y que saltasen al agua, la cual no les daba á la rodilla; y puestos los indios y cristianos á los bordos y lados del bergantin que se llamaba Sant Márcos, toda la gente que podia caber por los lados del bergantin lo pasaron á hombro y casi en peso y fuerza de brazos, sin que lo descargase, y turó el bajo mas de tiro y medio de arcabuz; fué muy gran trabajo pasarlo á fuerza de brazos, y después de pasado, los mismos indios y cristianos pasaron los otros bergantines con menos trabajo que el primero, porque no eran tan grandes como el primero; y después de puestos en el hondo, nos fuimos á desembarcar al puerto de los Reyes, en el cual hallamos en la ribera muy gran copia de gente de los naturales, que sus mujeres y hijos y ellos estaban esperando; y así, salió el Gobernador con toda la gente, y todos ellos se vinieron á él, y él les informó cómo su majestad le enviaba para que les apercibiese y amonestase que fuesen cristianos, y recebiesen la doctrina cristiana, y creyesen en Dios, criador del cielo y de la tierra, y á ser vasallos de su majestad, y siéndolo, serian amparados y defendidos por el Gobernador y por los que traia, de sus enemigos y de quien les quisiese hacer mal, y que siempre serian bien tratados y mirados, como su majestad lo mandaba que lo hiciese, y siendo buenos, les daria siempre de sus rescates, como siempre lo hacia á todos los que lo eran; y luego mandó llamar los clérigos, y les dijo cómo queria luego hacer una iglesia donde les dijesen misa y los otros oficios divinos, para ejemplo y consolacion de los otros cristianos, y que ellos tuviesen especial cuidado de ellos. E hizo hacer una cruz de madera grande, la cual mandó hincar junto á la ribera, debajo de unas palmas altas, en presencia de los oficiales de su majestad y de otra mucha gente que allí se halló presente; y ante el escribano de la provincia tomó la posesion de la tierra en nombre de su majestad, como tierra que nuevamente se descubria; y habiendo pacificado los naturales, dándoles de sus rescates y otras cosas, mandó aposentar los españoles en la ribera de la laguna, y junto con ella los indios guaranies, á todos los cuales dijo y apercibió que no hiciesen daño ni fuerza ni otro mal ninguno á los indios y naturales de aquel puerto, pues eran amigos y vasallos de su majestad, y les mandó y defendió no fuesen á sus pueblos y casas, porque la cosa que los indios mas sienten y aborrescen, y por que se

alterno, es por ver que los indios y cristianos van á sus casas, y les revuelven y toman las cosillas que tienen en ellas; y que si tratasen y rescatasen con ellos, les pagasen lo que trujesen y tomasen de sus rescates; y si otra cosa hiciesen, serian castigados.

CAPITULO LIV.

De cómo los indios del puerto de los Reyes son labradores.

Los indios de este puerto de los Reyes son labradores; siembran maíz y mandioca (que es el cazabi de las Indias), siembran mandubiés (que son como avellanas), y de esta fruta hay gran abundancia; y siembran dos veces en el año; es tierra fértil y abundosa, así de mantenimientos de caza y pesquerías; crian los indios muchos patos, en gran cantidad, para defenderse de los grillos, como tengo dicho. Crian gallinas, las cuales encierran de noche, por miedo de los morciélagos, que les cortan las crestas, y cortadas, las gallinas se mueren luego. Estos morciélagos son una mala sabandija, y hay muchos por el rio que son tamaños y mayores que tórtolas de esta tierra, y cortan tan dulcemente con los dientes, que al que muerde, no lo siente; y nunca muerden al hombre sino es en las lumbres de los dedos de los piés ó de las manos, ó en el pico de la nariz, y el que una vez muerde, aunque haya otros muchos, no morderá sino al que comenzó á morder; y estos muerden de noche y no parescen de dia; tenemos que hacer en defenderles las orejas de los caballos; son muy amigos de ir á morder en ellas, y en entrando un morciélago donde están los caballos, se desasosiegan tanto, que despiertan á toda la gente que hay en la casa, y hasta que los matan ó echan de la caballeriza, nunca se sosiegan; y al Gobernador le mordió un morciélago, estando durmiendo en un bergantin, que tenia un pié descubierto, y le mordió en la lumbre de un dedo del pié, y toda la noche estaba corriendo sangre hasta la mañana, que recordó con el frio que sintió en la pierna, y la cama bañada en sangre, que creyó que le habian herido; y buscando dónde tenia la herida, los que estaban en el bergantin se reian de ello, porque conoscian y tenian experiencia de que era mordedura de morciélago, y el Gobernador halló que le habia llevado una rebanada de la lumbre del dedo del pié. Estos morciélagos no muerden sino adonde hay vena, y estos hicieron una muy mala obra, y fué que llevábamos á la entrada seis cochinas preñadas para que con ellas hiciésemos casta, y cuando vinieron á parir, los cochinos que parieron, cuando fueron á tomar las tetas, no hallaron pezones, que se las habian comido todos los morciélagos, y por esta causa se murieron los cochinos, y nos comimos las puercas por no poder criar lo que pariesen. Tambien hay en esta tierra otras malas sabandijas, y son unas hormigas muy grandes, las cuales son de dos maneras, las unas son bermejas, y las otras son muy negras; do quiera que muerden cualquiera de ellas, el que es mordido está veinte y cuatro horas dando voces y revolcándose por tierra, que es la mayor lástima del mundo de lo ver; hasta que pasan las veinte y cuatro horas no tienen remedio ninguno, y pasadas, se quita el dolor; y en este puerto de los Reyes, en las lagunas, hay muchas rayas, y muchas veces los que andan á pescar en el agua, como las ven, huéllanlas, y entonces vuelven con la cola, y hieren con una pua que tienen en la cola, la cual es mas larga que un dedo; y si la raya es grande, és como un geme, y la pua es como una sierra; y si da en el pié, lo pasa de parte á parte, y es tan grandísimo el dolor como el que pasa el que es mordido de hormigas, mas tiene un remedio para que luego se quite el dolor, y es, que los indios conoscen una yerba, que luego como el hombre es mordido, la toman, y majada, la ponen sobre la herida de la raya, y en poniéndola se quita el dolor, mas tiene mas de un mes qué curar en la herida. Los indios de esta tierra son medianos de cuerpo, andan desnudos en cueros, y sus vergüenzas de fuera; las orejas tienen horadadas, y tan grandes, que por los agujeros que tienen en ellas les cabe un puño cerrado, y traen metidas por ellas unas calabazuelas medianas, y contino van sacando aquellas y metiendo otras mayores; y ansí, las hacen tan grandes, que casi llegan cerca de los hombros, y por esto les llaman los otros indios comarcanos orejones, y se llaman como los ingas del Perú, que se llaman orejones. Estos cuando pelean se quitan las calabazas ó rodajas que traen en las orejas, y revuélvense en ellas mismas, de manera que las encogen allí, y si no quieren hacer esto, anúdanlas atrás, debajo del colodrillo. Las mujeres de estos no andan tapadas sus vergüenzas; vive cada uno por sí con su mujer y hijos; las mujeres tienen cargo de hilar algodon, y ellos van á sembrar sus heredades, y cuando viene la tarde, y vienen á sus casas, y hallan la comida aderezada, todo lo demás no tienen cuidado de trabajar en sus casas, sino solamente cuando están los maíces para coger; entonces ellas lo han de coger y acarrear á cuestas y traer á sus casas. Dende aquí comienzan estos indios á tener idolatría, y adoran ídolos que ellos hacen de madera, y segun informaron al Gobernador, adelante la tierra adentro tienen los indios ídolos de oro y de plata, y procuró con buenas palabras apartarles de la idolatría, diciéndoles que los quemasen y quitasen de sí, y creyesen en Dios verdadero, que era el que habia criado el cielo y la tierra, y á los hombres, y á la mar, y á los pesces, y á las otras cosas, y que lo que ellos adoraban era el diablo, que los traia engañados; y así, quemaron muchos de ellos, aunque los principales de los indios andaban atemorizados, diciendo que los mataria el diablo, que se mostraba muy enojado; y luego que se hizo la iglesia y se dijo misa, el diablo huyó de allí, y los indios andaban asegurados, sin temor. Estaba el primer pueblo del campo hasta poco mas de media legua, el cual era de ochocientas casas, y vecinos todos labradores.

CAPITULO LV.

Cómo poblaron aquí los indios de García.

A media legua estaba otro pueblo mas pequeño, de hasta setenta casas, de la misma generacion de los sacocies, y á cuatro leguas están otros dos pueblos de los chaneses que poblaron en aquella tierra, de los que atrás dije que trujo García de la tierra adentro; y tomaron mujeres en aquella tierra, que muchos de ellos vinieron á ver y conoscer, diciendo que ellos eran muy alegres y muy amigos de cristianos, por el buen trata-

miento que les habia hecho García cuando los trujo de su tierra. Algunos de estos indios traian cuentas, margaritas y otras cosas, que dijeron haberles dado García cuando con él vinieron. Todos estos indios son labradores, criadores de patos y gallinas; las gallinas son como las de España, y los patos tambien. El Gobernador hizo á estos indios muy buenos tratamientos, y les dió de sus rescates, y los recebió por vasallos de su majestad, y los rogó y apercibió, diciéndoles que fuesen buenos y leales á su majestad y á los cristianos; y que haciéndolo así, serian favorescidos y muy bien tratados, mejor que lo habian sido antes.

CAPITULO LVI.

De cómo habló con los chaneses.

De estos indios chaneses se quiso el Gobernador informar de las cosas de la tierra adentro, y de las poblaciones de ella, y cuántos dias habria de camino dende aquel puerto de los Reyes hasta llegar á la primera poblacion. El principal de los indios chaneses, que seria de cincuenta años de edad, dijo que cuando García los trujo de su tierra vinieron con él por tierras de los indios mayaes, y salieron á tierra de los guaranies, donde mataran los indios que traia, y que este indio chanés y otros de su generacion, que se escaparon, se vinieron huyendo por la ribera del Paraguay arriba, hasta llegar al pueblo de estos sacocies, donde fueron de ellos recogidos, y que no osaron ir por el proprio camino que habian venido con García, porque los guaranies los alcanzaran y mataran; y á esta causa no saben si están léjos ni cerca de las poblaciones de la tierra adentro, y que por no la saber, ni saber el camino, nunca mas se han vuelto á su tierra; y los indios guaranies que habitan en las montañas de esta tierra, saben el camino por donde van á la tierra; los cuales lo podian bien enseñar, porque van y vienen á la guerra contra los indios de la tierra adentro. Fue preguntado qué pueblos de indios hay en su tierra y de otras generaciones, y qué otros mantenimientos tienen, y que con qué armas pelean. Dijo que en su tierra los de su generacion tienen un solo principal que los manda á todos, y de todos es obedescido, y que hay muchos pueblos de muchas gentes de los de su generacion, que tienen guerra con los indios que se llaman chimeneos, y con otras generaciones de indios que se llaman carcaraes; y que otras muchas gentes hay en la tierra, que tienen grandes pueblos, que se llaman gorgotoquies y payzuñoes y estarapecocies y candirees, que tienen sus principales, y todos tienen guerra unos con otros, y pelean con arcos y flechas, y todos generalmente son labradores y criadores, que siembran maíz y mandiocas y batatas y mandubias en mucha abundancia, y crian patos y gallinas como los de España; crian ovejas grandes, y todas las generaciones tienen guerras unos con otros, y los indios contratan arcos y flechas y mantas, y otras cosas por arcos y flechas, y por mujeres que les dan por ellos. Habida esta relacion, los indios se fueron muy alegres y contentos, y el principal de ellos se ofresció irse con el Gobernador á la entrada y descubrimiento de la tierra, diciendo que se iria con su mujer y hijos á vivir á su tierra, que era lo que él mas deseaba.

CAPITULO LVII.

Cómo el Gobernador envió á buscar los indios de García.

Habida la relacion del indio, el Gobernador mandó luego que con algunos naturales de la tierra fuesen algunos españoles á buscar los indios guaranies que estaban en aquella tierra, para informarse de ellos, y llevarlos por guias del descubrimiento de la tierra, y tambien fueron con los españoles algunos indios guaranies de los que traia en su compañía, los cuales se partieron, y fueron por donde las guias los llevaron; y al cabo de seis dias volvieron, y dijeron que los indios guaranies se habian ido de la tierra, porque sus pueblos y casas estaban despoblados, y toda la tierra así lo parescia, porque diez leguas á la redonda lo habian mirado, y no habian hallado persona. Sabido lo susodicho, el Gobernador se informó de los indios chaneses si sabian á qué parte se podian haber ido los indios guaranies; los cuales le dijeron y avisaron que los indios naturales de aquel puerto con los de aquella isla se habian juntado, y les habian ido á hacer guerra, y habian muerto muchos de los indios guaranies, y los que quedaron se habian ido huyendo por la tierra adentro; y creian que se irian á juntar con otros pueblos de guaranies que estaban en frontera de una generacion de indios que se llaman xarayes; con los cuales y con otras generaciones tienen guerra, y que los indios xarayes es gente que tienen alguna plata y oro, que les dan los indios de la tierra adentro, y que por allí es todo tierra poblada, que puede ir á las poblaciones; y los xarayes son labradores, que siembran maíz y otras simientes en gran cantidad, y crian patos y gallinas como las de España. Fuéles preguntado qué tantas jornadas de aquel puerto estaba la tierra de los indios xarayes; dijo que por tierra podian ir, pero que era el camino muy malo y trabajoso, á causa de las muchas ciénagas que habia, y muy gran falta de agua, y que podian ir en cuatro ó cinco dias, y que si quisiesen ir por agua en canoas, por el rio arriba, ocho ó diez dias.

CAPITULO LVIII.

De cómo el Gobernador habló á los oficiales, y les dió aviso de lo que pasaba.

Luego el Gobernador mandó juntar los oficiales y clérigos, y siendo informados de la relacion de los indios xarayes y de los guaranies que están en su frontera, fué acordado que con algunos indios naturales de este puerto, para mas seguridad, fuesen dos españoles y dos indios guaranies á hablar los indios xarayes, y viesen la manera de su tierra y pueblos, y se informasen de ellos de los pueblos y gentes de la tierra adentro, y del camino que iba dende su tierra hasta llegar á ellos, y tuviesen manera cómo hablasen con los indios guaranies, porque de ellos mas abiertamente y con mas certeza podrian ser avisados y saber la verdad. Este mismo dia se partieron los dos españoles, que fueron Héctor de Acuña y Antonio Correa, lenguas y intérpretes de los guaranies, con hasta diez indios sacocies y dos indios guaranies, á los cuales el Gobernador mandó que hablasen al principal de los xarayes, y les dijesen cómo el Gobernador los enviaba para que de su parte le hablasen y conociesen

y tuviesen por amigo á él y á los suyos; y que le rogaba le viniesen á ver, porque le queria hablar y que á los españoles los informase de las poblaciones y gentes de la tierra adentro, y el camino que iba dende su tierra para llegar á ellas; y dió á los españoles muchos rescates y un bonete de grana, para que diesen al principal de los dichos xarayes, y otro tanto para el principal de los guaranies, que les dijesen lo mismo que enviaba á decir al principal de los xarayes. Otro dia después llegó al puerto el capitan Gonzalo de Mendoza con su gente y navíos, y le informaron que la víspera de Todos Santos, viniendo navegando por tierra de los guaxarapos, y habiéndoles hablado y dádose por amigos, diciendo haberlo hecho así con los navíos que primero habian subido, porque el tiempo de vela era contrario, habian salido á surgir los españoles que iban en los bergantines, y al doblar de un torno ó vuelta del rio, donde se pudo dar vela con los cinco que iban delanteros; el que quedó detrás, que fué un bergantin, donde venia por capitan Agustin de Campos, viniendo toda la gente de él por tierra sirgando, salieron los indios guaxarapos, y dieron en ellos, y mataron cinco cristianos, y se ahogó Juan de Bolaños por acogerse á un navío, viniendo salvos y seguros, teniendo los indios por amigos, fiándose y no se guardando de ellos; y que si no se recogieran los otros cristianos al bergantin, á todos los mataran, porque no tenian ningunas armas con que se defender ni ofender. La muerte de los cristianos fué muy gran daño para nuestra reputacion, porque los indios guaxarapos venian en sus canoas á hablar y comunicar con los indios del puerto de los Reyes, que tenian por amigos, y les dijeron cómo ellos habian muerto á los cristianos, y que no éramos valientes, y que teniamos las cabezas tiernas, y que nos procurasen de matar, y que ellos los ayudarian para ello; y de allí adelante los comenzaron á levantar, y poner malos pensamientos á los indios del puerto de los Reyes.

CAPITULO LIX.

Cómo el Gobernador envió á los xarayes.

Dende á ocho dias que Anton Correa y Héctor de Acuña, con los indios que llevaron por guias, hobieron partido (como dicho es) para la tierra y pueblos de los indios xarayes á les hablar de parte del Gobernador, vinieron al puerto á le dar aviso de lo que habian hecho, sabido y entendido de la tierra y naturales y del principal de los indios, y visto por vista de ojos; y trujeron consigo un indio que el principal de los xarayes enviaba porque fuese guia del descubrimiento de la tierra; y Anton Correa y Héctor de Acuña dijeron que el propio dia que partieron del puerto de los Reyes con las guias habian llegado á unos pueblos de unos indios que se llaman artaneses, que es una gente crecida de cuerpos y andan desnudos en cueros; son labradores, siembran poco á causa que alcanzan poca tierra que sea buena para sembrar, porque la mayor parte es anegadizos y arenales muy secos; son pobres, y mantiénense la mayor parte del año de pesquerías de las lagunas que tienen junto de sus pueblos; las mujeres de estos indios son muy feas de rostros, porque se los labran y hacen muchas rayas con sus puas de rayas que para aquello tienen, y traen cubiertas sus vergüenzas; estos indios son muy feos de rostros porque se horadan el labio bajo, y en él se ponen una cáscara de una fruta de unos árboles, que es tamaña y tan redonda como un gran tortero, y esta les apesga y hace alargar el labio tanto, que paresce una cosa muy fea; y que los indios artaneses les habian recebido muy bien en sus casas y dado de comer de lo que tenian; y otro dia habia salido con ellos un indio de la generacion á les guiar, y habian sacado agua para beber en el camino en calabazos, y que todo el dia habian caminado por ciénagas con grandísimo trabajo, en tal manera, que en poniendo el pié zabondaban hasta la rodilla, y luego metian el otro y con mucha premia los sacaban; y estaba el cieno tan caliente, y hervia con la fuerza del sol tanto, que les abrasaba las piernas y les hacia llagas en ellas, de que pasaban mucho dolor; y allende de esto, tuvieron por cierto de morir el dicho dia de sed, porque el agua que los indios llevaban en calabazos no les bastó para la mitad de la jornada del dia, y aquella noche durmieron en el campo entre aquellas ciénagas con mucho trabajo y sed y cansancio y hambre. Otro dia siguiente, á las ocho de la mañana, llegaron á una laguna pequeña de agua, donde bebieron el agua de ella, que era muy sucia, y hincheron los calabazos que los indios llevaban, y todo el dia caminaron por anegadizos, como el dia antes habian hecho, salvo que habian hallado en algunas partes agua de lagunas, donde se refrescaron, y un árbol que hacia una poca de sombra, donde sestearon y comieron lo que llevaban, sin les quedar cosa ninguna para adelante; y las guias les dijeron que les quedaba una jornada para llegar á los pueblos de los indios xarayes. Y la noche venida, reposaron hasta que venido el dia, comenzaron á caminar, y dieron luego en otras ciénagas, de las cuales no pensaron salir, segun el aspereza y dificultad que en ellas hallaron, que demás de abrasarles las piernas, porque metiendo el pié se hundian hasta la cinta y no lo podian tornar á sacar; pero que seria una legua poco mas lo que duraron las ciénagas, y luego hallaron el camino mejor y mas asentado; y el mismo dia, á la una hora después de mediodía, sin haber comido cosa ninguna ni tener qué, vieron por el camino por donde ellos iban que venian hácia ellos hasta veinte indios, los cuales llegaron con mucho placer y regocijo, cargados de pan de maíz, y de patos cocidos, y pescado, y vino de maíz, y les dijeron que su principal habia sabido cómo venian á su tierra por el camino, y les habia mandado que viniesen á les traer de comer y á les hablar de su parte, y llevarlos donde estaba él y todos los suyos muy alegres con su venida: con lo que estos indios les trujeron se remediaron de la falta que habian tenido de mantenimiento. Este dia, una hora antes que anocheciese, llegaron á los pueblos de los indios; y antes de llegar á ellos con un tiro de ballesta, salieron mas de quinientos indios de los xarayes á los recebir con mucho placer, todos muy galanes, compuestos con muchas plumas de papagayos y abantales de cuentas blancas, con que cubrian sus vergüenzas, y los tomaron en medio y los metieron en el pueblo, á la entrada del cual estaban muy gran número de mujeres y niños esperándolos, las mujeres todas cubier-

tas sus vergüenzas, y muchas cubiertas con unas ropas largas de algodon que usan entre ellos (que llaman tipoes); y entrando por el pueblo, llegaron donde estaba el principal de los xarayes, acompañado de hasta trecientos indios muy bien dispuestos, los mas de ellos hombres ancianos; el cual estaba asentado en una red de algodon en medio de una gran plaza, y todos los suyos estaban en pié y lo tenian en medio; y como llegaron todos, los indios hicieron una calle por donde pasasen, y llegando donde estaba el principal, le trujeron dos banquillos de palo, en que les dijo por señas que se sentasen; y habiéndose sentado, mandó venir allí un indio de la generacion de los guaranies que habia mucho tiempo que estaba entre ellos y estaba casado allí con una india de la generacion de los xarayes, y lo querian muy bien y lo tenian por natural. Con el cual el dicho indio principal les habia dicho que fuesen bien venidos y que se holgaba mucho de verlos, porque muchos tiempos habia que deseaba ver los cristianos, y que dende el tiempo que García habia andado por aquellas tierras tenia noticia de ellos, y que los tenia por sus parientes y amigos; y que ansimesmo deseaba mucho ver al principal de los cristianos, porque habia sabido que era bueno y muy amigo de los indios, y que les daba de sus cosas y no era escaso, y les dijesen, si les enviaba por alguna cosa de su tierra, que él se lo daria; y por lengua del intérprete le dijeron y declararon cómo el Gobernador los enviaba para que dijese y declarase el camino que habia dende allí hasta las poblaciones de la tierra, y los pueblos y gente que habia dende allí á ellos, y en qué tantos dias se podria llegar donde estaban los indios que tenian oro y plata; y allende de esto, para que supiese que lo queria conoscer y tener por amigo, con otras particularidades que el Gobernador les mandó que lea dijesen; á lo cual el indio respondió que él se holgaba de tenerles por amigos, y que él y los suyos le tenian por señor, y que los mandase; y que en lo que tocaba al camino para ir á las poblaciones de la tierra, que por allí no sabian ni tenian noticia que hobiese tal camino, ni ellos habian ido la tierra adentro, á causa que toda la tierra se anegába al tiempo de las avenidas, dende á dos lunas; y pasadas todas las aguas, toda la tierra quedaba tal, que no podian andar por ella; pero que el propio indio con quien les hablaba, que era de la generacion de los guaranies, habia ido á las poblaciones de la tierra adentro y sabia el camino por donde habian de ir, que por hacer placer al principal de los cristianos se lo enviaria para que fuese á enseñarle el camino; y luego en presencia de los españoles le mandó al indio guarani se viniese con ellos, y ansí lo hizo con mucha voluntad; y visto por los cristianos que el principal habia negado el camino con tan buenas cautelas y razones, paresciéndoles á ellos, por lo que de la tierra habian visto y andado, que podia ser ansí verdad, lo creyeron, y le rogaron que los mandase guiar á los pueblos de los guaranies, porque les querian ver y hablar; de lo cual el indio se alteró y escandalizó mucho; y que con buen semblante y disimulado continente habia respondido que los indios guaranies eran sus enemigos y tenian guerra con ellos, y cada dia se mataban unos á otros; que pues él era amigo de los cristianos, que no fuesen á buscar sus enemigos para tenerlos por amigos; y que si todavía quisiesen ir á ver los dichos indios guaranies, que otro dia de mañana los llevarian los suyos para que los hablasen. Ya, porque era noche, el mismo principal los llevó consigo á su casa, y allí les mandó dar de comer y sendas redes de algodon en que durmiesen, y les convidó que si quisiese cada uno su moza, que se la darian; pero no las quisieron, diciendo que venian cansados; y otro dia, una hora antes del alba, comienzan tan gran ruido de atambores y vocinas, que parescia que se hundia el pueblo, y en aquella plaza que estaba delante de la casa principal se juntaron todos los indios, muy emplumados y aderezados á punto de guerra, con sus arcos y muchas flechas, y luego el principal mandó abrir la puerta de su casa para que los viese, y habria bien seiscientos indios de guerra; y el principal les dijo: «Cristianos, mirá mi gente, que de esta manera van á los pueblos de los guaranies; id con ellos, que ellos os llevarán y os volverán; porque si fuésedes solos, mataros hian sabiendo que habeis estado en mi tierra y que sois mis amigos.» Y los españoles, visto que de aquella manera no podrian hablar al principal de los guaranies, y que seria ocasion de perder el amistad de los dichos xarayes, les dijeron que tenian determinado volverse á dar cuenta de todo á su principal, y que verian lo que les mandaria, y volverian á se lo decir; y de esta manera se sosegaron los indios; y aquel dia todo estuvieron en el pueblo de los xarayes, el cual seria de hasta mil vecinos; y á media legua y á una de allí habia otros cuatro pueblos de la generacion, que todos obedescian al dicho principal, el cual se llamaba Camire. Estos indios xarayes es gente crescida, de buena dispusicion; son labradores, y siembran y cogen dos veces en el año maíz y batatas y mandioca y mandubíes; crian patos en gran cantidad, y algunas gallinas como las de nuestra España; horádanse los labios como los artaneses; cada uno tiene su casa por sí, donde viven con su mujer y hijos; ellos labran y siembran, las mujeres lo cogen y lo traen á sus casas, y son grandes hilanderas de algodon: estos indios crian muchos patos para que maten y coman los grillos, como digo antes de esto.

CAPITULO LX.

De cómo volvieron las lenguas de los indios xarayes.

Estos indios xarayes alcanzan grandes pesquerías, así del rio como de lagunas, y mucha caza de venados. Habiendo estado los españoles con el indio principal todo el dia, le dieron los rescates y bonete de grana que el Gobernador enviaba, con lo cual se holgó mucho y lo recebió con tanto sosiego, que fué cosa de ver y maravillar; y luego el indio principal mandó traer allí muchos penachos de plumas de papagayos y otros penachos, y los dió á los cristianos para que los trujesen al Gobernador; los cuales eran muy galanes; y luego se despidieron del Camire para venirse, el cual mandó á veinte indios de los suyos que acompañasen á los cristianos; y así, se salieron y los acompañaron hasta los pueblos de los indios artaneses, y de allí se volvieron á su tierra, y quedó con ellos la guia que el principal les dió; el cual el Gobernador recebió y le mostró mucho cariño; y luego con intérpretes de la guia guarani qui-

so preguntar y interrogar al indio para saber si sabia el camino de las poblaciones de la tierra, y le preguntó de qué generacion era y de dónde era natural. Dijo que era de la generacion de los guaranies y natural de Itati, que es en el rio del Paraguay; y que siendo él muy mozo, los de su generacion hicieron gran llamamiento y junta de indios de toda la tierra, y pasaron á la tierra y poblacion de la tierra adentro, y él fué con su padre y parientes para hacer guerra á los naturales de ella, y les tomaron y robaron las planchas y joyas que tenian de oro y plata; y habiendo llegado á las primeras poblaciones, comenzaron luego á hacer guerra y matar muchos indios, y se despoblaron muchos pueblos y se fueron huyendo á recogerse á los pueblos de mas adentro; y luego se juntaron las generaciones de toda aquella tierra y vinieron contra los de su generacion, y desbarataron y mataron muchos de ellos, y otros se fueron huyendo por muchas partes, y los indios enemigos los siguieron y tomaron los pasos y mataron á todos, que no escaparon (á lo que señaló) docientos indios, de tantos como eran, que cubrian los campos, y que entre los que escaparon se salvó este indio, y que la mayor parte se quedaron en aquellas montañas por donde habian pasado, para vivir en ellas, porque no habian osado pasar por temor que los matarian los guaxarapos y guatos, y otras generaciones que estaban por donde habian de pasar, y que este indio no quiso quedar con estos, y se fué con los que quisieron pasar adelante, á su tierra, y que en el camino habian sido sentidos de las generaciones, y una noche habian dado en ellos y los habian muerto á todos, y que este indio se habia escapado por lo espeso de los montes, y caminando por ellos habia venido á tierra de los xarayes, los cuales lo habian tenido en su poder y lo habian criado mucho tiempo, hasta que, teniéndole mucho amor, y él á ellos, le habian casado con una mujer de su generacion. Fué preguntado que si sabia bien el camino por donde él y los de su generacion fueron á las poblaciones de la tierra adentro. Dijo que habia mucho tiempo que anduvo por el camino, y cuando los de su generacion pasaron, que iban abriendo camino y cortando árboles y desmontando la tierra, que estaba muy fragosa, y que ya aquellos caminos le paresce que serán tornados á cerrar del monte y yerba, porque nunca mas los tornó á ver, ni andar por ellos; pero que le paresce que comenzando á ir por el camino lo sabrá seguir y ir por él, y que dende una montaña alta, redonda, que esta á la vista de este puerto de los Reyes, se toma el camino. Fué preguntado en cuántos dias de camino podrán llegar á la primera poblacion. Dijo que, á lo que se acuerda, en cinco dias se llegará á la primera tierra poblada, donde tienen mantenimientos muchos; que son grandes labradores, aunque cuando los de su generacion fueron á la guerra los destruyeron, y despoblaron muchos pueblos; pero que ya estaban tornados á poblar. Y fuéle preguntado si en el camino hay rios caudalosos ó fuentes. Dijo que vió rios, pero que no son muy caudalosos; y que hay otros muy caudalosos, y fuentes, lagunas, y cazas de venados y dantas, mucha miel y fruta. Fué preguntado si al tiempo que los de su generacion hicieron guerra á los naturales de la tierra, si vió que tenian oro ó plata. Dijo que en los pueblos que saquearon habia habido muchas planchas de plata y oro, y barbotes, y orejeras, y brazaletes, y coronas, y hachuelas, y vasijas pequeñas, y que todo se lo tornaron á tomar cuando los desbarataron, y que los que se escaparon trujeron algunas planchas de plata, y cuentas y barbotes, y se lo robaron los guaxarapos cuando pasaron por su tierra, y los mataron, y los que quedaron en las montañas tenian, y les quedó asimismo alguna cantidad de ello, y que ha oido decir que lo tienen los xarayes; y cuando los xarayes van á la guerra contra los indios, les ha visto sacar planchas de plata de las que trujeron y les quedó de la tierra adentro. Fué preguntado si tiene voluntad de irse en su compañía y de los cristianos á enseñar el camino. Dijo que sí, que de buena voluntad lo quiere hacer, y que para lo hacer lo envió su principal. El Gobernador le apercibió y dijo que mirase que dijese la verdad de lo que sabia del camino, y no dijese otra cosa, porque de ello le podria venir mucho daño; y diciendo la verdad, mucho bien y provecho; el cual dijo que él habia dicho la verdad de lo que sabia del camino, y que para lo enseñar y descubrir á los cristianos queria irse con ellos.

CAPITULO LXI.

Cómo se determinó de hacer la entrada el Gobernador.

Habida esta relacion, con el parescer de los oficiales de su majestad y de los clérigos y capitanes, determinó el Gobernador de ir á hacer la entrada y descubrir las poblaciones de la tierra, y para ello señaló trecientos hombres arcabuceros y ballesteros, y para la tierra que se habia de pasar despoblada, hasta llegar al poblado, mandó que se proveyesen de bastimentos para veinte dias, y en el puerto mandó quedar cien hombres cristianos en guarda de los bergantines con hasta docientos indios guaranies, y por capitan de ellos un Juan Romero, por ser plático en la tierra; y partió del puerto de los Reyes á 26 dias del mes de noviembre del año de 43 años, y aquel dia todo, hasta las cuatro de la tarde, fuimos caminando por entre unas arboledas, tierra fresca y bien asombrada, por un camino poco seguido, por donde la guia nos llevó, y aquella noche reposamos junto á unos manantiales de agua, hasta que otro dia, una hora antes que amanesciese, comenzamos á caminar, llevando delante con la guia hasta veinte hombres que iban abriendo el camino, porque cuanto mas íbamos por él lo hallábamos mas cerrado de árboles y yerbas muy altas y espesas, y de esta causa se caminaba por la tierra con muy gran trabajo; y el dicho dia, á hora de las cinco de la tarde, junto á una gran laguna donde los indios y cristianos tomaron á manos pescado, reposamos aquella noche; y á la guia que traia para el descubrimiento le mandaban, cuando íbamos caminando, subir por los árboles y por las montañas para que reconociese y descubriese el camino y mirase no fuese errado, y certificó ser aquel camino para la tierra poblada. Los indios guaranies que llevaba el Gobernador en su compañía se mantenian de lo que él les mandaba dar del bastimento que llevaba de respeto, y de la miel que sacaban de los árboles, y de alguna caza que mataban de puercos y dantas y venados, de que parescia haber muy gran abundancia por aquella tierra; pero

como la gente que iba era mucha y iban haciendo gran ruido, huia la caza, y de esta causa no se mataba mucha; y tambien los indios y los españoles comian de la fruta de los árboles salvajes, que habia muchos; y de esta manera nunca les hizo mal ninguna fruta de las que comieron, sino fué una de unos árboles que naturalmente parescian arrayanes, y la fruta de la misma manera que la echa el arrayan en España (que se dice murta), excepto que esta era un poco mas gruesa y de muy buen sabor; la cual, á todos los que la comieron, les hizó á unos vomitar, á otros cámaras; y esto les duró muy poco y no les hizo otro daño: tambien se aprovechaban de fruta de las palmas, que hay gran cantidad de ellas en aquella tierra, y no se comen los dátiles, salvo partido el cuesco; lo de dentro (que es redondo) es casi como un almendra dulce, y de esto hacen los indios hariña para su mantenimiento, y es muy buena cosa; y tambien los palmitos de las palmas, que son muy buenos.

CAPITULO LXII.

De cómo llegó el Gobernador al rio Caliente.

Al quinto dia que fué caminando por la tierra por donde la guia nos llevaba, yendo siempre abriendo camino con harto trabajo, llegamos á un rio pequeño que sale de una montaña, y el agua de él venia muy caliente y clara y muy buena; y algunos de los españoles se pusieron á pescar en él y sacaron pexe de él: en este rio del agua caliente comenzó á desatinar la guia, diciéndoles que, como habia tanto tiempo que no habia andado el camino, lo desconocia, y no sabia por dónde habia de guiar, porque los caminos viejos no se parescian; y otro dia se partió el Gobernador del rio del agua caliente, y fué caminando por donde la guia les llevó con mucho trabajo, abriendo camino por los bosques y arboledas y malezas de la tierra; y el mismo dia, á las diez horas de la mañana, le salieron á hablar al Gobernador dos indios de la generacion de los guaranies, los cuales le dijeron ser de los que quedaron en aquellos desiertos cuando las guerras pasadas, que los de su generacion tuvieron con los indios de la poblacion de la tierra adentro, á do fueron desbaratados y muertos, y ellos sé habian quedado por allí; y que ellos y sus mujeres y hijos, por temor de los naturales de la tierra, se andaban por lo mas espeso y montuoso escondiéndose; y todos los que por allí andaban serian hasta catorce personas; y afirmaron lo mismo que los de atrás, que dos jornadas de allí estaba otra casilla de los mismos, y que habria hasta diez personas en ellas, y que allí habia un cuñado suyo, y que en la tierra de los indios xarayes habia otros indios guaranies de su generacion, y que estos tenian guerra con los indios xarayes; y porque los indios estaban temerosos de ver los cristianos y caballos, mandó el Gobernador á la lengua que los asegurase y asosegase, y que les preguntase dónde tenian su casa, los cuales respondieron que muy cerca de allí; y luego vinieron sus mujeres y hijos y otros sus parientes, que todos serian hasta catorce personas; á los cuales mandó que dijesen que de qué se mantenian en aquella tierra, y qué tanto habia que estaban en ella; y dijeron que ellos sembraban maíz, que comian, y tambien se mantenian de su caza y miel y frutas salvajes de los árboles, que habia por aquella tierra mucha cantidad, y que al tiempo que sus padres fueron muertos y desbaratados, ellos habian quedado muy pequeños; lo cual declararon los indios mas ancianos, que al parescer serian de edad de treinta y cinco años cada uno. Fueron preguntados si sabian el camino que habia de allí para ir á las poblaciones de la tierra adentro, y qué tiempo se podian tardar en llegar á la tierra poblada; dijeron que, como ellos eran muy pequeños cuando anduvieron el dicho camino, nunca mas anduvieron por él, ni lo han visto, ni saben ni se acuerdan de él, ni por dónde le han de tomar ni en qué tanto tiempo se llegará allá; mas que su cuñado (que vive y está en la otra casa, dos jornadas de esta suya) ha ido muchas veces por él, y lo sabe, y dirá por dónde han de ir por él; y visto que estos indios no sabian el camino para seguir el descubrimiento, los mandó el Gobernador volver á su casa; á todos les dió rescates, á ellos y á sus mujeres y hijos, y con ellos se volvieron á sus casas muy contentos.

CAPITULO LXIII.

De cómo el Gobernador envió á buscar la casa que estaba adelante.

Otro dia mandó el Gobernador á una lengua que fuese con dos españoles y con dos indios (de la casa que decian que estaban adelante) para que supiesen de ellos si sabian el camino y el tiempo que se podia tardar en llegar á la primera tierra poblada, y que con mucha presteza le avisasen de todo lo que se informase, para que, subido, se proveyese lo que mas conviniese; y partidos, otro dia mandó caminar la gente poco á poco por el mismo camino que llevaba la lengua y los otros. E yendo así caminando, al tercero dia que partieron llegó al Gobernador un indio que le enviaron, el cual le dió una carta de la lengua, por la cual le hacia saber cómo habian llegado á la casa de los dichos indios, y que habian hablado con el indio que sabia el camino de la tierra adentro; y decia que dende aquella su casa hasta la primera poblacion de adelante, que estaba cabe aquel cerro que llamaban Tapuaguazu (que es una peña alta), que subido en ella se paresce mucha tierra poblada; y que dende allí hasta llegar á Tapuaguazu habrá diez y seis jornadas de despoblados, y que era el camino muy trabajoso, por estar muy cerrado el camino de arboledas y yerbas muy altas, y muy grandes malezas, y que el camino por donde habian ido después que del Gobernador partieron, hasta llegar á la casa de este indio, estaba ansimismo tan cerrado y dificultoso, que en lo pasar habian llevado muy gran trabajo, y á gatas habian pasado la mayor parte del camino, y que el indio decia de él, que era muy peor el camino que habian de pasar que el que habian traido hasta allí, y que ellos traerian consigo el indio para que el Gobernador se informase de él; y vista esta carta, partió para do el indio venia, y halló los caminos tan espesos y montuosos, de tan grandes arboledas y malezas, que lo que iban cortando no podian cortar en todo un dia tanto camino como un tiro de ballesta; y porque á esta sazon vino muy grande agua, y porque la gente y municiones no se le mojasen y perdiesen, hizo retirar la gente para los ranchos que ha-

bian dejado á la mañana, en los cuales habia reparos de chozas.

CAPITULO LXIV.

De cómo vino la lengua de la casilla.

Otro dia, á las tres horas de la tarde, vino la lengua y trujo consigo el indio que dijo que sabia el camino, al cual recebió y habló muy alegremente, y le dió de sus rescates, con que él se contentó; y el Gobernador mandó á la lengua que de su parte le dijese y rogase que con toda verdad le descubriese el camino de la tierra poblada. El dijo que habia muchos dias que no habia ido por él, pero que él lo sabia y lo habia andado muchas veces yendo á Tapuaguazu, y que de allí se parescen los humos de toda la poblacion de la tierra; y que iba él á Tapua por flechas, que las hay en aquella parte, y que ha dejado muchos dias de ir por ellas, porque yendo á Tapua, vió antes de llegar humos que se hacian por los indios, por lo cual conosció que se comenzaban á venir á poblar aquella tierra los que solian vivir en ella, que la dejaron despoblada en tiempo de las guerras, y porque no lo matasen no habia osado ir por el camino, el cual está ya tan cerrado, que con muy gran trabajo se puede ir por él, y que le paresce que en diez y seis dias iban hasta Tapua yendo cortando los árboles y abriendo camino. Fué preguntado si queria ir con los cristianos á les enseñar el camino, y dijo que sí iria de buena voluntad, aunque tenia gran miedo á los indios de la tierra; y vista la relacion que dió el indio, y la dificultad y el inconveniente que decia del camino, mandó el Gobernador juntar los oficiales de su majestad y á los clérigos y capitanes, para tomar parescer con ellos de lo que se debia hacer sobre el descubrimiento platicado con ellos, lo que el indio decia; dijeron que ellos habian visto que á la mayor parte de los españoles les faltaba el bastimento, y que tres dias habia que no tenian qué comer, y que no lo osaban pedir por la desórden que en lo gastar habia habido y tenido, y viendo que la primera guia que habiamos traido, que habia certificado que al quinto dia hallarian de comer y tierra muy poblada y muchos bastimentos; y debajo de esta seguridad, y creyendo ser así verdad, habian puesto los cristianos y indios poco recaudo y menos guarda en los bastimentos que habian traido, porque cada cristiano traia para sí dos arrobas de harina; y que mirase que en el bastimento que quedaba no les bastaba para seis dias, y que pasados estos, la gente no ternia qué comer, y que les parescia que seria caso muy peligroso pasar adelante sin bastimentos con que se sustentar, mayormente que los indios nunca dicen cosa cierta; que podria ser que donde dice la guia que hay diez y seis jornadas, hobiese muchas mas, y que cuando la gente hobiese de dar la vuelta no pudiesen, y de hambre se muriesen todos, como ha acaescido muchas veces en los descubrimientos nuevos que en todas estas partes se han hecho, y que les parescia que por la seguridad y vida de estos cristianos y indios que traia, se debia de volver con ellos al puerto de los Reyes, donde habia salido y dejado los navíos, y que allí se podrian tornar á fornescer y proveer de mas bastimentos para proseguir la entrada; y que esto era su parecer, y que si necesario fuese, se lo requerian de parte de su majestad.

CAPITULO LXV.

De cómo el Gobernador y gente se volvió al puerto.

Y visto el parescer de los clérigos y oficiales y capitanes, y la necesidad de la gente, y la voluntad que todos tenian de dar la vuelta, aunque el Gobernador les puso delante el grande daño que de ello resultaba, y que en el puerto de los Reyes era imposible hallarse bastimentos para sustentar tanta gente y para fornecello de nuevo, y que los maíces no estaban para los coger, ni los indios tenian qué les dar, y que se acordasen que los naturales de la tierra les decian que presto vernia la cresciente de las aguas, las cuales pondrian en mucho trabajo á nosotros y á ellos; no bastó esto y otras cosas que les dijo, para que todavía no fuese persuadido que se volviese. Conoscida su demasiada voluntad, lo hobo de hacer, por no dar lugar á que hobiese algun desacato por do hobiese de castigar á algunos; y así, los hobo de complacer, y mandó apercebir para que otro dia se volviesen desde allí para el puerto de los Reyes; y otro dia de mañana envió dende allí al capitan Francisco de Ribera, que se le ofresció con seis cristianos y con la guia que sabia el camino, para que él y los seis cristianos y once indios principales fuesen con él, y los aguardasen y acompañasen, y no los dejasen hasta que los volviesen donde el Gobernador estaba, y les apercibió que si los dejaba que los mandaria castigar; y así, se partieron para Tapua, llevando consigo la guia que sabia el camino; y el Gobernador se partió tambien en aquel punto para el puerto de los Reyes con toda la gente; y así, se vino en ocho dias al puerto, bien descontento por no haber pasado adelante.

CAPITULO LXVI.

De cómo querian matar á los que quedaron en el puerto de los Reyes.

Vuelto al puerto de los Reyes, el capitan Juan Romero, que habia allí quedado por su teniente, le dijo y certificó que dende á poco que el Gobernador habia partido del puerto, los indios naturales de él y de la isla que está á una legua del puerto, trataban de matar todos los cristianos que allí habian quedado, y tomarles los bergantines, y que para ello hacian llamamiento de indios por toda la tierra, y estaban juntos ya los guaxarapos, que son nuestros enemigos, y con otras muchas generaciones de otros indios, y que tenian acordado de dar en ellos de noche, y que los habian venido á ver y á tentar so color de venir á rescatar, y no les traian bastimentos, como solian, y cuando venian con ellos era para espiarlos; y claramente le habian dicho que le habian de venir á matar y destruir los cristianos; y sabido esto, el Gobernador mandó juntar á los indios principales de la tierra, y les mandó hablar y amonestar, de parte de su majestad, que asosegasen y no quebrantasen la paz que ellos habian dado y asentado, pues el Gobernador y todos los cristianos le habian hecho y hacian buenas obras como amigos, y no les habian hecho ningun enojo ni desplacer, y el Gobernador les habia dado muchas cosas, y los defenderia de sus enemigos; y que si otra

cosa hiciesen, los ternian por enemigos y les haria guerra; lo cual les apercibió y dijo estando presentes los clérigos y oficiales, y luego les dió bonetes colorados y otras cosas, y prometieron de nuevo de tener por amigos á los cristianos, y echar de su tierra á los indios que habian venido contra ellos, que eran los guaxarapos y otras generaciones. Dende á dos dias que el Gobernador hobo llegado al puerto de los Reyes, como se halló con tanta gente de españoles y indios, y esperaba con ellos tener gran necesidad de hambre, porque á todos habia de dar de comer, y en toda la tierra no habia mas bastimento de lo que él tenia en los bergantines que estaban en el puerto, lo cual estaba muy tasado, y no habia para mas de diez ó doce dias para toda la gente, que eran, entre cristianos y indios, mas de veinte mil; y visto tan gran necesidad y peligro de morírsele toda la gente, mandó llamar todas las lenguas, y mandólas que por los lugares cercanos á ellos le fuesen á buscar algunos bastimentos mercados por sus rescates, y para ello les dió muchos; los cuales fueron, y no hallaron ningunos; y visto esto, mandó llamar á los indios principales de la tierra, y preguntóles adónde habrian, por sus rescates, bastimentos; los cuales dijeron que á nueve leguas de allí estaban en la ribera de unas grandes lagunas unos indios que se llaman arianicosies, y que estos tienen muchos bastimentos en gran abundancia, y que estos darian lo que fuese menester.

CAPITULO LXVII.

De cómo el Gobernador envió á buscar bastimentos al capitan Mendoza.

Luego que el Gobernador se informó de los indios principales del puerto, mandó juntar los oficiales, clérigos y capitanes y otras personas de experiencia, para tomar con ellos acuerdo y parecer de lo que debia hacer, porque toda la gente pedia de comer, y el Gobernador no tenia qué les dar, y estaban para se le derramar y ir por la tierra adentro á buscar de comer; y juntos los oficiales y clérigos, les dijo que ya vian la necesidad y hambre, que era tan general, que padescian, y que no esperaba menos que morir todos si brevemente no se daba órden para lo remediar, y que él era informado que los indios que se llaman arianicosies tenian bastimentos, y que diesen su parescer de lo que en ello debia de hacer; los cuales todos juntamente le dijeron que debia enviar á los pueblos de los indios la mayor parte de la gente, así para se mantener y sustentar como á comprar bastimento, para que enviasen luego á la gente que consigo quedaba en el puerto, y que si los indios no quisiesen dar los bastimentos comprándoselos, que se los tomasen por fuerza; y si se pusiesen en los defender, los hiciesen guerra hasta se los tomar; porque atenta la necesidad que habia, y que todos se morian de hambre, que del altar se podia tomar para comer; y este parecer dieron firmado de sus nombres; y así, se acordó de enviar á buscar los bastimentos al dicho capitan, con esta instruccion:

«Lo que vos el capitan Gonzalo de Mendoza habeis de hacer en los pueblos donde vais á buscar bastimentos para sustentar esta gente porque no se me muera de hambre, es, que los bastimentos que así mercáredes, habeislos de pagar muy á contento de los indios socorinos y sococies, y á los otros que por la comarca están poblados, y decirles heis de mi parte que estoy maravillado de ellos cómo no me han venido á ver, como lo han hecho todas las otras generaciones de la comarca; y que yo tengo relacion que ellos son buenos, y que por ello deseo verlos y tenerlos por amigos, y darles de mis cosas, y que vengan á dar la obediencia á su majestad (como lo han hecho todos los otros); y haciéndolo ansí, siempre los favoresceré y ayudaré contra los que los quisieren enojar; y habeis de tener gran vigilancia y cuidado que por los lugares que pasáredes de los indios nuestros amigos no consintais que ninguna de la gente que con vos llevais entren por sus lugares ni les hagan fuerza ni otro ningun mal tratamiento, sino que todo lo que rescatáredes y ellos os dieren, lo pagueis á su contento, y ellos no tengan causa de se quejar; y llegado á los pueblos, pediréis á los indios á do vais, que os dén de los mantenimientos que tuvieren, para sustentar las gentes que llevais, ofresciéndoles la paga y rogándoselo con amorosas palabras, y si no os lo quisieren dar, requerírselo heis una, y dos, y tres veces, y mas, cuantas de derecho pudiéredes y debiéredes, y ofresciéndoles primero la paga; y si todavía no os lo quisieren dar, tomarlo heis por fuerza; y si os lo defendieren con mano armada, hacerles heis la guerra, porque la hambre en que quedamos no sufre otra cosa; y en todo lo que sucediere adelante os habed tan templadamente, cuanto conviene al servicio de Dios y de su majestad; lo cual confio de vos, como de servidor de su majestad.»

CAPITULO LXVIII.

De cómo envió un bergantin á descubrir el rio de los xarayes, y y en él al capitan Ribera.

Con esta instruccion envió al capitan Gonzalo de Mendoza, con el parescer de los clérigos y oficiales y capitanes, y con ciento y veinte cristianos y seiscientos indios flecheros, que bastaban para mucha mas cosa, y partió á 15 dias del mes de diciembre del dicho año; y los indios naturales del puerto de los Reyes avisaron al Gobernador, y le informaron que por el rio del Igatu arriba podian ir gentes en los bergantines á tierra de los indios xarayes, porque ya comenzaban á crescer las aguas, y podian bien los navíos navegar; y que los indios xarayes y otros indios que están en la ribera tenian muchos bastimentos, y que asimesmo habia otros brazos de rios muy caudalosos que venian de la tierra adentro y se juntaban en el rio del Igatu, y habia grandes pueblos de indios, y que tenian muchos mantenimientos; y por saber todos los secretos del dicho rio, envió al capitan Hernando de Ribera en un bergantin, con cincuenta y dos hombres, para que fuesen por el rio arriba hasta los pueblos de los indios xarayes, y hablase con su principal y se informase de lo de adelante, y pasase á los ver y descubrir por vista de ojos; y no saliendo en tierra él ni ninguno de su compañía, excepto la lengua con otros dos, procurase ver y contratar con los indios de la costa del rio por donde iba, dándoles dádivas y asentando paces con ellos, para que volviese bien informado de lo que en la tierra habia, y para ello le dió una instruccion con muchos rescates, y por ella

y de palabra le informó de todo aquello que convenia al servicio de su majestad y al bien de la tierra; el cual partió y hizo vela á 20 dias del mes de diciembre del dicho año.

Dende algunos dias que el capitan Gonzalo de Mendoza habia partido con la gente á comprar los bastimentos, escribió una carta cómo al tiempo que llegó á los lugares de los indios arianicosies habia enviado con una lengua á decir cómo él iba á su tierra á les rogar le vendiesen de los bastimentos que tenian, y que se los pagaria en rescates muy á su contento, en cuentas y cuchillos y cuñas de hierro (lo cual ellos tenian en mucho), y les daria muchos anzuelos; los cuales rescates llevó la lengua para se los enseñar para que los viesen; y que no iban á hacerles mal ni daño ni tomalles nada por fuerza; y que la lengua habia ido, y habia vuelto huyendo de los indios, y que habian salido á él á lo matar, y que le habian tirado muchas flechas; y que decian que no fuesen los cristianos á su tierra, y que no les querian dar ninguna cosa; antes los habian de matar á todos, y que para ello les habian venido á ayudar los indios guaxarapos, que eran muy valientes; los cuales habian muerto cristianos, y decian que los cristianos tenian las cabezas tiernas, y que no eran recios, y que el dicho Gonzalo de Mendoza habia tornado á enviar la misma lengua á rogar y requerir los indios que les diesen los bastimentos, y con él envió algunos españoles que viesen lo que pasaba; todos los cuales habian vuelto huyendo de los indios, diciendo que habian salido con mano armada para los matar, y les habian tirado muchas flechas, diciendo que se saliesen de su tierra, que no les querian dar los bastimentos; y que visto esto, que él habia ido con toda la gente á les hablar y asegurar; y que llegados cerca de su lugar, habian salido contra él todos los indios de la tierra, tirándoles muchas flechas, y procurándoles de matar, sin les querer oir ni dar lugar á que les dijese alguna cosa de las que les querian hablar; por lo cual en su defensa habian derrocado dos de ellos con arcabuces, y como los otros los vieron muertos, todos se fueron huyendo por los montes. Los cristianos fueron á sus casas, adonde habian hallado muy gran abundancia de mantenimientos de maíz y de mandubíes, y otras yerbas y raíces y cosas de comer; y que luego con uno de los indios que habia tomado preso envió á decir á los indios que se viniesen á sus casas, porque él les prometia y aseguraba de los tener por amigos, y de no les hacer ningun daño, y que les pagaria los bastimentos que en sus casas les habian tomado cuando ellos huyeron; lo cual no habian querido hacer; antes habian venido á les dar guerra adonde tenian sentado el real, y habian puesto fuego á sus propias casas, y se habian quemado mucha parte de ellas, y que hacian llamamiento de otras muchas generaciones de indios para venir á matarlos, y que ansí lo decian, y no dejaban de venir á les hacer todo el daño que podian. El Gobernador le envió á mandar que trabajase y procurase de tornar los indios á sus casas, y no les consintiese hacer ningun mal ni daño ni guerra, antes les pagase todos los bastimentos que les habian tomado, y les dejasen en paz, y fuesen á buscar los bastimentos por otras partes; y luego le tornó á avisar el capitan cómo los habia enviado á llamar y asegurar para que se volviesen á sus casas, y que les tenia por amigos, y que no les haria mal, y los trataria bien; lo cual no quisieron hacer, antes continuo vinieron á hacerle guerra y todo el daño que podian con otras generaciones de indios que habian llamado para ello, así de los guaxarapos y guatos, enemigos nuestros, que se habian juntado con ellos.

CAPITULO LXIX.

De cómo vino de la entrada el capitan Francisco de Ribera.

A 20 dias del mes de enero del año de 544 años vino el capitan Francisco de Ribera con los seis españoles que con él envió el Gobernador y con la guia que consigo llevó, y con tres indios que le quedaron, de los once que con él envió de los guaranies; los cuales todos envió, como arriba he dicho, para que descubriese las poblaciones y las viese por vista de ojos dende la parte donde el Gobernador se volvió; y ellos fueron su camino adelante en busca de Tapuaguazu, donde la guia decia que comenzaban las poblaciones de los indios de toda la tierra; y llegado con los seis cristianos, los cuales venian heridos, toda la gente se alegró con ellos, y dieron gracias á Dios de verlos escapados de tan peligroso camino; porque en la verdad el Gobernador los tenia por perdidos, porque de los once indios que con ellos habian ido, se habian vuelto los ocho, y por ello el Gobernador hobo mucho enojo con ellos y los quiso castigar, y los indios principales sus parientes le rogaban que los mandase ahorcar luego como se volvieron, porque habian dejado y desamparado los cristianos, habiéndoles encomendado y mandado que los acompañasen y guardasen hasta volver en su presencia con ellos, y que pues no lo habian hecho, que ellos merescian que fuesen ahorcados, y el Gobernador se lo reprehendió, con apercibimiento que si otra vez lo hacian los castigaria, y por ser aquella la primera les perdonaba, por no alterar á todos los indios de su generacion.

CAPITULO LXX.

De cómo el capitan Francisco de Ribera dió cuenta de su descubrimiento.

Otro dia siguiente paresció ante el Gobernador el capitan Francisco de Ribera, trayendo consigo los seis españoles que con él habian ido, y le dió relacion de su descubrimiento, y dijo que después que dél partió en aquel bosque de do se habian apartado, que habian caminado por do la guia lo habia llevado veinte y un dia sin parar, yendo por tierra de muchas malezas, de arboledas tan cerradas, que no podian pasar sin ir desmontando y abriendo por do pudiesen pasar, y que algunos dias caminaban una legua, y otros dos dias que no caminaban media, por las grandes malezas y breñas de los montes, y que en todo el camino que llevaron fué la via del poniente; que en todo el tiempo que fueron por la dicha tierra comian venados y puercos y dantas que los indios mataban con las flechas, porque era tanta la caza que habia, que á palos mataban todo lo que querian para comer, y ansimismo habia infinita miel en lo hueco de los árboles, y frutas salvajes, que habia para mantener toda la gente que venia al dicho descubri-

miento, y que á los veinte y un dias llegaron á un rio que corria la via del poniente; y segun la guia les dijo, que pasaba por Tapuaguazu y por las poblaciones de los indios, en el cual pescaron los que él llevaba, y sacaron mucho pescado de unos que llaman los indios piraputanas, que son de la manera de los sábalos, que es muy excelente pescado; y pasaron el rio, y andando por donde la guia los llevaba, dieron en huella fresca de indios; que, como aquel dia habia llovido, estaba la tierra mojada, y parescia haber andado indios por allí á caza; y yendo siguiendo el rastro de la huella, dieron en unas grandes hazas de maíz que se comenzaba á coger, y luego sin se poder encubrir, salió á ellos un indio solo, cuyo lenguaje no entendieron, que traia un barbote grande en el labio bajo, de plata, y unas orejeras de oro, y tomó por la mano al Francisco de Ribera, y por señas les dijo que se fuesen con él, y así lo hicieron, y vieron cerca de allí una casa grande de paja y madera; y como llegaron cerca de ella, vieron que las mujeres y otros indios sacaban lo que dentro estaba de ropa de algodon y otras cosas, y se metian por las hazas adelante, y el indio los mandó entrar dentro de la casa, en la cual andaban mujeres y indios sacando todo lo que tenian dentro, y abrian la paja de la casa y por allí lo echaban fuera, por no pasarlo por donde él y los otros cristianos estaban, y que de unas tinajas grandes que estaban dentro de la casa llenas de maíz, vió sacar ciertas planchas y hachuelas y brazaletes de plata, y echarlos fuera de la casa por las paredes (que eran de paja); y como el indio que parescia el principal de aquella casa (por el respeto que los indios de ella le tenian) los tuvo dentro de la casa, por señas les dijo que se asentasen, y á dos indios orejones que tenian por esclavos, les mandó dar á beber de unas tinajas que tenian dentro de la casa metidas hasta el cuello debajo de tierra, llenas de vino de maíz; sacaron vino en unos calabazos grandes y les comenzaron á dar de beber; y los dos orejones le dijeron que á tres jornadas de allí, con unos indios que llaman payzunoes, estaban ciertos cristianos, y dende allí le enseñaron á Tapuaguazu (que es una peña muy alta y grande), y luego comenzaron á venir muchos indios muy pintados y emplumados, y con arcos y flechas á punto de guerra, y el dicho indio habló con ellos con mucha aceleracion, y tomó asimismo un arco y flechas, y enviaba indios que iban y venian con mensajes; de donde habian conoscido que hacia llamamiento del pueblo que debia estar cerca de allí, y se juntaban para los matar; y que habia dicho á los cristianos que con él iban, que saliesen todos juntos de la casa, y se volviesen por el mismo camino que habian traido, antes que se juntasen mas indios; á esta sazon estarian juntos mas de trecientos, dándolos á entender que iban á traer otros muchos cristianos que vivian allí cerca, y que ya que iban á salir, los indios se les ponian delante para los detener, y por miedo de ellos habian salido, y que obra de un tiro de piedra de la casa, visto por los indios que se iban, habian ido tras de ellos, y con grande grita, tirándoles muchas flechas, los habian seguido hasta los meter por el monte, donde se defendieron; y los indios, creyendo que allí habia mas cristianos, no osaron entrar tras de ellos, y los habian dejado ir, y escaparon todos heridos, y se tornaron por el propio camino que abrieron, y lo que habian caminado en veinte y un dias, dende donde el Gobernador los habia enviado hasta llegar al puerto de los Reyes, lo anduvieron en doce dias; que le paresció que dende aquel puerto hasta donde estaban los dichos indios habia setenta leguas de camino, y que una laguna que está á veinte leguas de este puerto, que se pasó el agua hasta la rodilla, venia entonces tan crescida y traia tanta agua, que se habia estendido y alargado mas de una legua por la tierra adentro, por donde ellos habian pasado, y mas de dos lanzas de hondo, y que con muy gran trabajo y peligro lo habian pasado con balsas; y que si se habian de entrar por la tierra, era necesario que abajase el agua de la laguna; y que los indios se llaman tarapecocies, los cuales tienen muchos bastimentos, y vió que crian patos y gallinas como las nuestras en mucha cantidad. Esta relacion dió Francisco de Ribera y los españoles que con él fueron y vinieron, y de la guia que con ellos fué; los cuales dijeron lo mismo que habia declarado Francisco de Ribera; y porque en este puerto de los Reyes estaban algunos indios de la generacion de los tarapecocies, donde llegó el Francisco de Ribera, los cuales vinieron con García, lengua, cuando fué por las poblaciones de la tierra, y volvió desbaratado por los indios guaranies en el rio del Paraguay, y se escaparon estos con los indios chaneses que huyeron, y vivian todos juntos en el puerto de los Reyes, y para informarse de ellos los mandó llamar el Gobernador, y luego conoscieron y se alegraron con unas flechas que Francisco de Ribera traia, de las que le tiraron los indios tarapecocies, y dijeron que aquellas eran de su tierra; y el Gobernador les preguntó que por qué los de su generacion habian querido matar aquellos que los habian ido á ver y hablar. Y dijeron que los de su generacion no eran enemigos de los cristianos, antes los tenian por amigos desde que García estuvo en la tierra y contrató con ellos; y que la causa por que los tarapecocies les querian matar seria por llevar en su compañía indios guaranies, que los tienen por enemigos, porque los tiempos pasados fueron hasta su tierra á los matar y destruir; porque los cristianos no habian llevado lengua que los hablasen y los entendiesen, para les decir y hacer entender á lo que iban; porque no acostumbran hacer guerra á los que no les hacen mal; y que si llevaran lengua que les hablara, les hicieran buenos tratamientos y les dieran de comer, y oro y plata que tienen, que traen de las poblaciones de la tierra adentro. Fueron preguntados qué generaciones son de los que han la plata y el oro, y cómo lo contratan y viene á su poder; dijeron que los payzunoes, que están tres jornadas de su tierra, lo dan á los suyos á trueco de arcos y flechas y esclavos que toman de otras generaciones, y que los payzunoes lo han de los chaneses y chimenoes y carcaraes y candirees, que son otras gentes de los indios, que lo tienen en mucha cantidad, y que los indios lo contratan, como dicho es. Fuéle mostrando un candelero de azófar muy limpio y claro, para que lo viese, y declarase si el oro que tenian en su tierra era de aquella manera; y dijeron que lo del candelero era duro y bellaco, y lo de su tierra era blando y no tenia mal olor y era mas amarillo;

y luego le fué mostrada una sortija de oro, y dijeron si era de aquello mesmo lo de su tierra, y dijo que si. Asimismo le mostraron un plato de estaño muy limpio y claro, y le preguntaron si la plata de su tierra era tal como aquella; y dijo que aquella de aquel plato hedia y era bellaca y blanda, y que la de su tierra era mas blanca y dura, y no hedia mal; y siéndole mostrada una copa de plata, con ella se alegraron mucho, y dijeron haber de aquello en su tierra muy gran cantidad en vasijas y otras cosas en casa de los indios, y planchas, y habia brazaletes y coronas y hachuelas, y otras piezas.

CAPITULO LXXI.

De cómo envió á llamar al capitan Gonzalo de Mendoza.

Luego envió el Gobernador á llamar á Gonzalo de Mendoza, que se viniese de la tierra de los arianicosies con la gente que con él estaba, para dar órden y proveer las cosas necesarias para seguir la entrada y descubrimiento de la tierra, porque así convenia al servicio de su majestad; y que antes que viniese á ellas, procurasen de tornar á los indios arianicosies á sus casas, y asentase las paces con ellos; y como fué venido Francisco de Ribera con los seis españoles que venian con él del descubrimiento de la tierra, toda la gente que estaba en el puerto de los Reyes comenzó á adolescer de calenturas, que no habia quien pudiese hacer la guarda en el campo, y asimesmo adolescieron todos los indios guaranies, y morian algunos de ellos; y de la gente que el capitan Gonzalo de Mendoza tenia consigo en la tierra de los indios arianicosies, avisó por carta suya que todos enfermaban de calenturas; y así, los enviaba con los bergantines, enfermos y flacos; y demás de esto, avisó que no habia podido con los indios hacer paz, aunque muchas veces les habia requerido que les darian muchos rescates, antes les venian cada dia á hacer la guerra, y que era tierra de muchos mantenimientos, así en el campo como en las lagunas, y que les habia dejado muchos mantenimientos con que se pudiesen mantener, demás y allende de los que habia enviado y llevaba en los bergantines; y la causa de aquella enfermedad en que habia caido toda la gente habia sido que se habian dañado las aguas de aquella tierra, y se habian hecho salobres con la cresciente de ella. A esta sazon los indios de la isla, que están cerca de una legua del puerto de los Reyes, que se llaman socorinos y xaqueses, como vieron á los cristianos enfermos y flacos, comenzaron á hacerles guerra, y dejaron de venir (como hasta allí lo habian hecho) á contratar y rescatar con los cristianos, y á darles aviso de los indios que hablaban mal de ellos, especialmente de los indios guaxarapos, con los cuales se juntaron y metieron en su tierra para dende allí hacerles guerra; y como los indios guaranies que habian traido en la armada salian en sus canoas, en compañía de algunos cristianos, á pescar en la laguna, á un tiro de piedra del real, una mañana, ya que amanescia, habian salido cinco cristianos, los cuatro de ellos mozos de poca edad, con los indios guaranies; yendo en sus canoas, salieron á ellos los indios xaqueses y socorinos y otros muchos de la isla, y captivaron los cinco cristianos, y mataron de los indios guaranies cristianos nuevamente convertidos, y se les pusieron en defensa, y á otros muchos llevaron con ellos á la isla, y los mataron, y despedazaron á los cinco cristianos y indios, y los repartieron entre ellos á pedazos entre los indios guaxarapos y guatos, y con los indios naturales de esta tierra y puerto del pueblo que dicen del Viejo, y con otras generaciones que para ello y para hacer la guerra, que tenian convocado; y después de repartidos, los comieron, así en la isla como en los otros lugares de las otras generaciones; y no contentos con esto, como la gente estaba enferma y flaca, con gran atrevimiento vinieron á acometer y á poner fuego en el pueblo adonde estaban, y llevaron algunos cristianos; los cuales comenzaron á dar voces, diciendo: «Al arma, ál arma; que matan los indios á los cristianos.» Y como todo el pueblo estaba puesto en arma, salieron á ellos; y así, llevaron ciertos cristianos, y entre ellos uno que se llamaba Pedro Mepen, y otros que tomaron ribera de la laguna, y asimismo mataron otros que estaban pescando en la laguna, y se los comieron como á los otros cinco; y después de hecho el salto de los indios, como amanesció, al punto se vieron muy gran número de canoas con mucha gente de guerra irse huyendo por la laguna adelante, dando grandes alaridos y enseñando los arcos y flechas, alzándolos en alto, para darnos á entender que ellos habian hecho el salto; y así, se metieron por la isla que está en la laguna del puerto de los Reyes; allí nos mataron cincuenta y ocho cristianos esta vez. Visto esto, el Gobernador habló con los indios del puerto de los Reyes, y les dijo que pidiesen á los indios de la isla los cristianos y indios que habian llevado; y habiéndoselos ido á pedir, respondieron que los indios guaxarapos se los habian llevado, y que no los tenian ellos; de allí adelante venian de noche á correr la laguna, por ver si podian captivar algunos de los cristianos y indios que pescasen en ella, y á estorbar que no pescasen en ella, diciendo que la tierra era suya, y que no habian de pescar en ella los cristianos y los indios; que nos fuésemos de su tierra, si no, que nos habian de matar. El Gobernador envió á decir que se sosegasen y guardasen la paz que con él habian asentado, y viniesen á traer los cristianos y indios que habian llevado, y que los ternia por amigos; donde no lo quisiesen hacer, que procederia contra ellos como contra enemigos; á los cuales se lo envió á decir y apercibir muchas veces, y no lo quisieron hacer, y no dejaban de hacer la guerra y daños que podian; y visto que no aprovechaba nada, el Gobernador mandó hacer informacion contra los dichos indios; y habida, con el parescer de los oficiales de su majestad y los clérigos, fueron dados y pronunciados por enemigos, para poderlos hacer la guerra; la cual se les hizo, y aseguró la tierra de los daños que cada dia hacian.

CAPITULO LXXII.

De cómo vino Hernando de Ribera de su entrada que hizo por el rio.

A 30 dias del mes de enero del año de 1543 vino el capitan Hernando de Ribera con el navío y gente con que lo envió el Gobernador á descubrir por el rio arriba; y porque cuando él vino le halló enfermo, y ansimismo toda la gente, de calenturas con frios, no le pudo

dar relacion dé su descubrimiento, y en este tiempo las aguas de los rios crescian de tal manera, que toda aquella tierra estaba cubierta y anegada de agua, y por esto no se podia tornar á hacer la entrada y descubrimiento, y los indios naturales de la tierra le dijeron y certificaron que allí duraba la cresciente de las aguas cuatro meses del año, tanto, que cubre la tierra cinco y seis brazas en alto, y hacen lo que atrás tengo dicho de andarse dentro en canoas con sus casas todo este tiempo buscando de comer, sin poder saltar en la tierra; y en toda esta tierra tienen por costumbre los naturales de ella de se matar y comer los unos á los otros; y cuando las aguas bajan, tornan á armar sus casas donde las tenian antes que cresciesen, y queda la tierra inficionada de pestilencia del mal olor y pescado que queda en seco en ella, y con el gran calor que hace, es muy trabajosa de sufrir.

CAPITULO LXXIII.

De lo que acontesció al Gobernador y gente en este puerto.

Tres meses estuvo el Gobernador en el puerto de los Reyes con toda la gente enferma de calenturas, y él con ellos, esperando que Dios fuese servido de darles salud y que las aguas bajasen, para poner en efecto la entrada y descubrimiento de la tierra, y de cada dia crescia la enfermedad, y lo mismo hacian las aguas; de manera que del puerto de los Reyes fué forzado retirarnos con harto trabajo, y demás de hacernos tanto daño, trujeron consigo tantos mosquitos de todas maneras, que de noche ni de dia no nos dejaban dormir ni reposar, con lo cual se pasaba un tormento intolerable, que era peor de sufrir que las calenturas; y visto esto, y porque habian requerido al Gobernador los oficiales de su majestad que se retirase y fuese del dicho puerto abajo á la ciudad de la Ascension, adonde la gente convaleciese, habido para ello informacion y parescer de los clérigos y oficiales, se retiró; pero no consintió que los cristianos trujesen obra de cien muchachas, que los naturales del puerto de los Reyes, al tiempo que allí llegó el Gobernador, habian ofrescido sus padres á capitanes y personas señaladas, para estar bien con ellos y para que hiciesen de ellas lo que solian de las otras que tenian; y por evitar la ofensa que en esto á Dios se hacia, el Gobernador mandó á sus padres que las tuviesen consigo en sus casas hasta tanto que se hobiesen de volver; y al tiempo que se embarcaron para volver, por no dejar á sus padres descontentos y la tierra escandalizada á causa de ello, lo hizo ansí; y para dar mas color á lo que hacia, publicó una instruccion de su majestad, en que manda «que ninguno sea osado de sacar á ningun indio de su tierra, so graves penas»; y de esto quedaron los naturales muy contentos, y los españoles muy quejosos y desesperados, y por esta causa le querian algunos mal, y dende entonces fué aborrescido de los mas de ellos, y con aquella color y razon hicieron lo que diré adelante; y embarcada la gente, así cristianos como indios, se vino al puerto y ciudad de la Ascension en doce dias, lo que habia andado en dos meses cuando subió; aunque la gente venia á la muerte enferma, sacaban fuerza de flaqueza con deseo de llegar á sus casas; y cierto no fué poco el trabajo (por venir como tengo dicho), porque no podian tomar armas para resistir á los enemigos, ni menos podian aprovechar con un remo para ayudar ni guiar los bergantines; y si no fuera por los versos que llevábamos en los bergantines, el trabajo y peligro fuera mayor; traiamos las canoas de los indios en medio de los navíos, por guardarlos y salvarlos de los enemigos hasta volverlos á sus tierras y casas; y para que mas seguros fuesen, repartió el Gobernador algunos cristianos en sus canoas, y con venir tan recatados, guardándonos de los enemigos, pasando por tierra de los indios guaxarapos, dieron un salto con muchas canoas en gran cantidad, y dieron en unas balsas que venian junto á nosotros, y arrojaron un dardo, y dieron á un cristiano por los pechos y pasáronlo de parte á parte, y cayó luego muerto, el cual se llamaba Miranda, natural de Valladolid, y hirieron algunos indios de los nuestros; y si no fueran socorridos con los versos, nos hicieran mucho daño. Todo ello causó la flaqueza grande que tenia la gente.

A 8 dias del mes de abril del dicho año llegamos á la ciudad de la Ascension con toda la gente y navíos y indios guaranies, y todos ellos y el Gobernador, con los cristianos que traia, venian enfermos y flacos; y llegado allí el Gobernador, halló al capitan Salazar, que tenia hecho llamamiento en toda la tierra, y tenia juntos mas de veinte mil indios y muchas canoas, y para ir por tierra otra gente á buscar y matar y destruir á los indios agaces, porque después que el Gobernador se habia partido del puerto no habian cesado de hacer la guerra á los cristianos que habian quedado en la ciudad, y á los naturales, robándolos y matándolos y tomándoles las mujeres y hijos, y salteándoles la tierra y quemándoles los pueblos, haciéndoles muy grandes males; y como llegó el Gobernador, cesó de ponerse en efecto, y hallamos la carabela que el Gobernador mandó hacer, que casi estaba ya hecha, porque en acabándose habia de dar aviso á su majestad de lo suscedido, de la entrada que se hizo de la tierra y otras cosas suscedidas en ella, y mandó el Gobernador que se acabase.

CAPITULO LXXIV.

Cómo el Gobernador llegó con su gente á la Ascension, y aquí le prendieron.

Dende á quince dias que hobo llegado el Gobernador á la ciudad de la Ascension, como los oficiales de su majestad le tenian odio por las causas que son dichas, que no les consentia, por ser, como eran, contra el servicio de Dios y de su majestad, así en haber despoblado el mejor y mas principal puerto de la provincia, con pretension de se alzar con la tierra (como al presente lo están), y viendo venir al Gobernador tan á la muerte y á todos los cristianos que con él traia, dia de Sant Márcos se juntaron y confederaron con otros amigos suyos, y conciertan de aquella noche prender al Gobernador; y para mejor lo poder hacer á su salvo, dicen á cien hombres que ellos saben que el Gobernador quiere tomarles sus haciendas y casas y indias, y darlas y repartirlas entre los que venian con él de la entrada perdidos, y que aquello era muy gran sinjusticia y contra el servicio de su majestad, y que ellos, como sus oficiales, querian aquella noche ir á requerir, en

nombre de su majestad, que no les quitase las casas ni ropas y indias; y porque se temian que el Gobernador les mandaria prender por ello, era menester que ellos fuesen armados y llevasen sus amigos, y pues ellos lo eran, y por esto se ponian en hacer el requerimiento, del cual se seguia muy gran servicio á su majestad, y á ellos mucho provecho, y que á hora del Ave-María viniesen con sus armas á dos casas que les señalaron, y que allí se metiesen hasta que ellos avisasen lo que habian de hacer; y ansí, entraron en la cámara donde el Gobernador estaba muy malo hasta diez ó doce de ellos, diciendo á voces: «¡Libertad, libertad; viva el Rey!» Eran el veedor Alonso Cabrera, el contador Felipe de Cáceres, Garci-Vanegas, teniente de tesorero, un criado del Gobernador, que se llamaba Pedro de Oñate, el cual tenia en su cámara, y este los metió y dió la puerta y fué principal en todo, y á don Francisco de Mendoza y á Jaime Rasquin, y este puso una ballesta con un arpon con yerba á los pechos al Gobernador; Diego de Acosta, lengua, portugués; Solorzano, natural de la Gran Canaria; y estos entraron á prender al Gobernador adelante con sus armas; y ansí, lo sacaron en camisa, diciendo: «¡Libertad, libertad!» Y llamándolo de tirano, poniéndole las ballestas á los pechos, diciendo estas y otras palabras: «Aquí pagaréis las injurias y daños que nos habeis hecho;» y salido á la calle, toparon con la otra gente que ellos habian traido para aguardalles; los cuales, como vieron traer preso al Gobernador de aquella manera, dijeron al factor Pedro Dorantes y á los demás: «Pese á tal, con los traidores traeisnos para que seamos testigos; que no nos tomen nuestras haciendas y casas y indias; y no le requeris, sino prendeislo; quereis hacernos á nosotros traidores contra el Rey, prendiendo á su Gobernador;» y echaron mano á las espadas, y hobo úna gran revuelta entre ellos porque le habian preso; y como estaban cerca de las casas de los oficiales, los unos de ellos se metieron con el Gobernador en las casas de Garci-Vanegas, y los otros quedaron á la puerta, diciéndoles que ellos los habian engañado; que no dijesen que no sabian lo que ellos habian hecho, sino que procurasen de ayudalles á que le sustentasen en la prision, porque les hacian saber que si soltasen al Gobernador, que los haria á todos cuartos, y á ellos les cortaria las cabezas; y pues les iba las vidas en ello, les ayudasen á llevar adelante lo que habian hecho, y que ellos partirian con ellos la hacienda y indias y ropa del Gobernador; y luego entraron los oficiales donde el Gobernador estaba (que era una pieza muy pequeña), y le echaron unos grillos y le pusieron guardas; y hecho esto, fueron luego á casa de Juan Pavon, alcalde mayor, y á casa de Francisco de Peralta, alguacil, y llegando adonde estaba el alcalde mayor, Martin de Ure, vizcaíno, se adelantó de todos y quitó por fuerza la vara al Alcalde mayor y al alguacil; y ansí presos, dando muchas puñadas al Alcalde mayor y al alguacil y dándole empujones y llamándolos de traidores, él y los que con él iban los llevaron á la cárcel pública y los echaron de cabeza en el cepo, y soltaron de él á los que estaban presos, que entre ellos estaba uno condenado á muerte porque habia muerto un Morales, hidalgo de Sevilla. Después de esto hecho, tomaron un atambor y fueron por las calles alborotando y desasosegando al pueblo, diciendo á grandes voces: «¡Libertad, libertad; viva el Rey!» Y después de haber dado una vuelta al pueblo, fueron los mismos á la casa de Pero Hernandez, escribano de la provincia (que á la sazon estaba enfermo), y le prendieron, y á Bartolomé Gonzalez, y le tomaron la hacienda y escrituras que allí tenia; y así, lo llevaron preso á la casa de Domingo de Irala, adonde le echaron dos pares de grillos; y después de habelle dicho muchas afrentas, le pusieron sus guardas, y tornan á pregonar: «Mandan los señores oficiales de su majestad que ninguno sea osado de andar por las calles, y todos se recojan á sus casas, so pena de muerte y de traidores;» y acabando de decir esto, tornaban, como de primero, á decir «¡Libertad, libertad!» Y cuando esto apregonaban, á los que topaban en las calles les daban muchos rempujones y espaldarazos, y los metian por fuerza en sus casas; y luego como esto acabaron de hacer, los oficiales fueron á las casas donde el Gobernador vivia y tenia su hacienda y escrituras y provisiones que su majestad le mandó despachar acerca de la gobernacion de la tierra, y los autos de cómo le habian recebido y obedecido en nombre de su majestad por gobernador y capitan general, y descerrajaron unas arcas, y tomaron todas las escripturas que en ellas estaban, y se apoderaron en todo ello, y abrieron asimismo un arca que estaba cerrada con tres llaves, donde estaban los procesos que se habian hecho contra los oficiales, de los delitos que habian cometido, los cuales estaban remitidos á su majestad; y tomaron todos sus bienes, ropas, bastimentos de vino y aceite, y acero y hierro, y otras muchas cosas, y la mayor parte de ellas desaparecieron, dando saco en todo, llamándole de tirano y otras palabras; y lo que dejaron de la hacienda del Gobernador lo pusieron en poder de quien mas sus amigos eran y los seguian, so color de depósito, y eran los mismos valedores que les ayudaban. Valia, á lo que dicen, mas de cien mil castellanos su hacienda, á los precios de allá, entre lo cual le tomaron diez bergantines.

CAPITULO LXXV.

De cómo juntaron la gente ante la casa de Domingo de Irala.

Y luego otro dia siguiente por la mañana los oficiales con atambor mandaron pregonar por las calles que todos se juntasen delante las casas del capitan Domingo de Irala, y allí juntos sus amigos y valedores con sus armas, con pregonero, á altas voces leyeron un libelo infamatorio; entre las otras cosas, dijeron que tenia el Gobernador ordenado de tomarles á todos sus haciendas y tenerlos por esclavos, y que ellos por la libertad de todos le habian prendido; y acabando de leer el dicho libelo, les dijeron: «Decid, señores: ¡Libertad, libertad; viva el Rey!» Y ansí, dando grandes voces, lo dijeron; y acabado de decir, la gente se indignó contra el Gobernador, y muchos decian: «Pese á tal, vámosle á matar á este tirano, que nos queria matar y destruir;» y amansada la ira y furor de la gente, luego los oficiales nombraron por teniente de gobernador y capitan general de la dicha provincia á Domingo de Irala. Este fué otra vez gobernador contra Francisco Ruiz,

que habia quedado en la tierra por teniente de don Pedro de Mendoza; y en la verdad fué buen teniente y buen gobernador, y por envidia y malicia le desposeyeron contra todo derecho, y nombraron por teniente á este Domingo de Irala; y diciendo uno al veedor Alonso Cabrera que lo habian hecho mal, porque habiendo poblado el Francisco Ruiz aquella tierra y sustentádola con tanto trabajo, se lo habian quitado, respondió que porque no queria hacer lo que él queria; y que porque Domingo de Irala era el de menos calidad de todos, y siempre haria lo que él le mandase y todos los oficiales, por esto lo habian nombrado; y así, pusieron al Domingo de Irala, y nombraron por alcalde mayor á un Pero Diaz del Valle, amigo de Domingo de Irala; dieron las varas de los alguaciles á un Bartolomé de la Marilla, natural de Trujillo, amigo de Nunfro de Chaves, y á un Sancho de Salinas, natural de Cazalla; y luego los oficiales y Domingo de Irala comenzaron á publicar que querian tornar á hacer entrada por la misma tierra que el Gobernador habia descubierto, con intento de buscar alguna plata y oro en la tierra, porque hallándola la enviasen á su majestad para que les perdonase, y con ello creian que les habia de perdonar el delito que habian cometido; y que si no lo hallasen, que se quedarian en la tierra adentro poblando, por no volver donde fuesen castigados; y que podria ser quo hallasen tanto, que por ello les hiciese merced de la tierra; y con esto andaban granjeando á la gente; y como ya hobiesen todos entendido las maldades que habian usado y usaban, no quiso ninguno dar consentimiento á la entrada; y dende allí en adelante toda la mayor parte de la gente comenzó á reclamar y á decir que soltasen al Gobernador; y de esta causa los oficiales y las justicias que tenian puestas comenzaron á molestar á los que se mostraban pesantes de la prision, echándoles prisiones y quitándoles sus haciendas y mantenimientos, y fatigándoles con otros malos tratamientos; y á los que se retraian por las iglesias, porque no los prendiesen, ponian guardas porque no los diesen de comer, y ponian pena sobre ello, y á otros les tiraban las armas y los traian aperreados y corridos, y decian públicamente que á los que mostrasen pesalles de la prision que los habian de destruir.

CAPITULO LXXVI.

De los alborotos y escándalos que hobo en la tierra.

De aquí adelante comenzaron los alborotos y escándalos entre la gente, porque públicamente decian los de la parte de su majestad á los oficiales y á sus valedores que todos ellos eran traidores, y siempre de dia y de noche, por el temor de la gente que se levantaba cada dia de nuevo contra ellos, estaban siempre con las armas en las manos, y se hacian cada dia mas fuertes de palizadas y otros aparejos para se defender, como si estuviera preso el Gobernador en Salsas; barrearon las calles y cercáronse en cinco ó seis casas. El Gobernador estaba en una cámara muy pequeña en que le metieron, de la casa de Garci-Vanegas, para tenerlo en medio de todos ellos; y tenian de costumbre cada dia el Alcalde y los alguaciles de buscar todas las casas que estaban al derredor de la casa adonde estaba preso si habia alguna tierra movida de ellas, para ver si minaban. En viendo los oficiales dos ó tres hombres de la parcialidad del Gobernador, y que estaban hablando juntos, luego daban voces diciendo: «¡Al arma, al arma!» Y entonces los oficiales entraban armados donde estaba el Gobernador, y decian (puesta la mano en los puñales): «Juro á Dios, que si la gente se pone en sacaros de nuestro poder, que os habemos de dar de puñaladas y cortaros la cabeza, y echalla á los que os vienen á sacar, para que se contenten con ella;» para lo cual nombraron cuatro hombres, los que tenian por mas valientes, para que con cuatro puñales estuviesen par de la primera guarda; y les tomaron pleito homenaje que en sintiendo que de la parte de su majestad le iban á sacar, luego entrasen y le cortasen la cabeza; y para estar apercebidos para aquel tiempo, amolaban los puñales, para cumplir lo que tenian jurado; y hacian esto en parte donde sintiese el Gobernador lo que hacian y hablaban; y los secutores de esto eran Garci-Vanegas y Andrés Hernandez el Romo, y otros. Sobre la prision del Gobernador, demás de los alborotos y escándalos que habia entre la gente, habia muchas pasiones y pendencias por los bandos que entre ellos habia, unos diciendo que los oficiales y sus amigos habian sido traidores y hecho gran maldad en lo prender, y que habian dado ocasion que se perdiese toda la tierra (como ha parescido y cada dia paresce), y los otros defendian el contrario; y sobre esto se mataron y hirieron y mancaron muchos españoles unos á otros; y los oficiales y sus amigos decian que los que le favorescian y deseaban su libertad eran traidores, y los habian de castigar por tales, y defendian que no hablase ninguno de los que tenian por sospechosos unos con otros; y en viendo hablar dos hombres juntos, hacian informacion y los prendian, hasta saber lo que hablaban; y si se juntaban tres ó cuatro, luego tocaban al arma, y se ponian á punto de pelear, y tenian puestas encima del aposento donde estaba preso el Gobernador centinelas en dos garitas que descubrian todo el pueblo y el campo; y allende de esto traian hombres que anduviesen espiando y mirando lo que se hacia y decia por el pueblo, y de noche andaban treinta hombres armados, y todos los que topaban en las calles los prendian y procuraban de saber dónde iban y de qué manera; y como los alborotos y escándalos eran tantos cada dia, y los oficiales y sus valedores andaban por ello tan cansados y desvelados, entraron á rogar al Gobernador que diese un mandamiento para la gente, en que les mandase que no se moviesen y estuviesen sosegados; y que para ello, si necesario fuese, se les pusiese pena, y los mismos oficiales le metieron hecho y ordenado, para que si quisiese hacer por ellos aquello, lo firmase; lo cual, después de firmado, no lo quisieron notificar á la gente, porque fueron aconsejados que no lo hiciesen, pues que pretendian y decian que todos habian dado parescer y sido en que le prendiesen; y por esto dejaron de notificallo.

CAPITULO LXXVII.

De cómo tenian preso al Gobernador en una prision muy áspera.

En el tiempo que estas cosas pasaban, el Gobernador

estaba malo en la cama, y muy flaco, y para la cura de su salud tenia unos muy buenos grillos á los piés, y á la cabecera una vela encendida, porque la prision estaba tan escura, que no se parescia el cielo, y era tan húmeda, que nascia la yerba debajo de la cama; tenia la vela consigo, porque cada hora pensaba tenella menester; y para su fin buscaron entre toda la gente el hombre de todos que mas mal le quisiese, y hallaron uno, que se llamaba Hernando de Sosa, al cual el Gobernador habia castigado porque habia dado un bofeton y palos á un indio principal, y este le pusieron por guarda en la misma cámara para que le guardase, y tenian dos puertas con candados cerradas sobre él; y los oficiales y todos sus aliados y confederados le guardaban de dia y de noche, armados con todas sus armas, que eran mas de ciento y cincuenta, á los cuales pagaban con la hacienda del Gobernador; y con toda esta guarda, cada noche ó tercera noche le metia la india que le llevaba de cenar una carta que le escrebian los de fuera, y por ella le daban relacion de todo lo que allá pasaba, y enviaban á decir que enviase á avisar qué era lo que mandaba que ellos hiciesen; porque las tres partes de la gente estaban determinados de morir todos, con los indios que les ayudaban para sacarle, y que lo habian dejado de hacer por el temor que les ponian, diciendo que si acometian á sacarle, que luego le habian de dar de puñaladas y cortarle la cabeza; y que por otra parte, mas de setenta hombres de los que estaban en guarda de la prision se habian confederado con ellos de se levantar con la puerta principal, adonde el Gobernador estaba preso, y le detener y defender hasta que ellos entrasen; lo cual el Gobernador les estorbó que no hiciesen; porque no podia ser tan ligeramente, sin que se matasen muchos cristianos, y que comenzada la cosa, los indios acabarian todos los que pudiesen, y así se acabaria de perder toda la tierra y vida de todos. Con esto les entretuvo que no lo hiciesen; y porque dije que la india que le traia una carta cada tercer noche, y llevaba otra, pasando por todas las guardas, desnudándola en cueros, catándole la boca y los oidos, y trasquilándola porque no la llevase entre los cabellos, y catándola todo lo posible, que por ser cosa vergonzosa no lo señalo, pasaba la india por todos en cueros, y llegada donde estaba, daba lo que traia á la guarda, y ella se sentaba par de la cama del Gobernador (como la pieza era chica); y sentada, se comenzaba á rascar el pié, y ansí rascándose quitaba la carta, y se la daba por detrás del otro. Traia ella esta carta (que era medio pliego de papel delgado) muy arrollada sotilmente, y cubierta con un poco de cera negra, metida en lo hueco de los dedos del pié hasta el pulgar, y venia atada con dos hilos de algodon negro, y de esta manera metia y sacaba todas las cartas y el papel que habia menester, y unos polvos que hay en aquella tierra de unas piedras, que con una poca de saliva ó de agua hacen tinta. Los oficiales y sus consortes lo sospecharon ó fueron avisados que el Gobernador sabia lo que fuera pasaba y ellos hacian; y para saber y asegurarse ellos de esto, buscaron cuatro mancebos de entre ellos, para que se envolviesen con la india (en lo cual no tuvieron mucho que hacer), porque de costumbre no son escasas de sus personas, y tienen por gran afrenta negallo á nadie que se lo pida, y dicen que para qué se lo dieron sino para aquello; y envueltos con ella y dándole muchas cosas, no pudieron saber ningun secreto de ella, durando el trato y conversacion once meses.

HA.

CAPITULO LXXVIII.

Cómo robaban la tierra los alzados, y tomaban por fuerza sus haciendas.

Estando el Gobernador de esta manera, los oficiales y Domingo de Irala, luego que le prendieron, dieron licencia abiertamente á todos sus amigos y valedores y criados para que fuesen por los pueblos y lugares de los indios, y les tomasen las mujeres y las hijas, y las hamacas y otras cosas que tenian, por fuerza, y sin pagárselo; cosa que no convenia al servicio de su majestad y á la pacificacion de aquella tierra; y haciendo esto, iban por toda la tierra dándoles muchos palos, trayéndoles por fuerza á sus casas para que labrasen sus heredades sin pagarles nada por ello, y los indios se venian á quejar á Domingo de Irala y á los oficiales. Ellos respondian que no eran parte para ello; de lo cual se contentaban algunos de los cristianos, porque sabian que les respondian aquello por les complacer, para que ellos les ayudasen y favoresciesen, y decíanles á los cristianos que ya ellos tenian libertad, que hiciesen lo que quisiesen; de manera que con estas respuestas y malos tratamientos, la tierra se comenzó á despoblar, y se iban los naturales á vivir á las montañas escondidos, donde no los pudiesen hallar los cristianos. Muchos de los indios y sus mujeres y hijos eran cristianos, y apartándose perdian la doctrina de los religiosos y clérigos, de la cual el Gobernador tuvo muy gran cuidado que fuesen enseñados. Luego, dende á pocos dias que le hobieron preso, desbarataron la carabela que el Gobernador habia mandado hacer para por ella dar aviso á su majestad de lo que en la provincia pasaba, porque tuvieron creido que pudieran atraer á la gente para hacer la entrada (la cual dejó descubierta el Gobernador), y que por ella pudieran sacar oro y plata, y á ellos se les atribuyera la honra y el servicio que pensaban que á su majestad hacian; y como la tierra estuviese sin justicia, los vecinos y pobladores de ella contino recebian tan grandes agravios, que los oficiales y justicia que ellos pusieron de su mano, hacian á los españoles, aprisionándoles y tomando sus haciendas, se fueron como aborridos y muy descontentos mas de cincuenta hombres españoles por la tierra adentro, en demanda de la costa del Brasil, y á buscar algun aparejo para venir á avisar á su majestad de los grandes males y daños y desasosiegos que en la tierra pasaban, y otros muchos estaban movidos para se ir perdidos por la tierra adentro, á los cuales prendieron y tuvieron presos mucho tiempo, y les quitaron las armas y lo que tenian; y todo lo que les quitaban, lo daban y repartian entre sus amigos y valedores, por los tener gratos y contentos.

CAPITULO LXXIX.

Cómo se fueron los frailes.

En este tiempo, que andaban las cosas tan recias y tan revueltas y de mala desistion, pareciendo á los frailes fray Bernaldo de Armenta, que era buena coyuntura y sazon para acabar de efectuar su propósito en quererse ir (como otra vez lo habian intentado), hablaron sobre ello á los oficiales, y á Domingo de Irala, para que les diese favor y ayuda para ir á la costa del Brasil; los cuales, por les dar contentamiento, y por ser, como eran, contrarios del Gobernador, por haberles impedido el camino que entonces querian hacer, ellos les dieron licencia y ayudaron en lo que pudieron, y que se fuesen á la costa del Brasil, y para ello llevaron consigo seis españoles y algunas indias de las que enseñaban doctrina. Estando el Gobernador en la prision, les dijo muchas veces que porque cesasen los alborotos que cada dia habia, y los males y daños que se hacian, le diesen lugar que en nombre de su majestad pudiese nombrar una persona que como teniente de gobernador los tuviese en paz y en justicia aquella tierra, y que el Gobernador tenia por bien, después de haberlo nombrado, venir ante su majestad á dar cuenta de todo lo pasado y presente; y los oficiales le respondieron que después que fué preso perdieron la fuerza las provisiones que tenia, y que no podia usar de ellas, y que bastaba la persona que ellos habian puesto; y cada dia entraban adonde estaba preso, amenazándole que le habian de dar de puñaladas y cortar la cabeza; y él les dijo que cuando determinasen de hacerlo, les rogaba, y si necesario era, les requeria de parte de Dios y de su majestad, le diesen un religioso ó clérigo que le confesase; y ellos respondieron que si le habian de dar confesor, habia de ser á Francisco de Andrada ó á otro vizcaíno, clérigos, que eran los principales de su comunidad, y que si no se queria confesar con ninguno de ellos, que no le habian de dar otro ninguno, porque á todos los tenian por sus enemigos, y muy amigos suyos; y así, habian tenido presos á Anton de Escalera y á Rodrigo de Herrera y á Luis de Miranda, clérigos, porque les habian dicho y decian que habia sido muy gran mal, y cosa muy mal hecha contra el servicio de Dios y de su majestad, y gran perdicion de la tierra prenderle; y á Luis de Miranda, clérigo, tuvieron preso con el Alcalde mayor mas de ocho meses donde no vió sol ni luna, y con sus guardas; y nunca quisieron ni consintieron que le entrasen á confesar otro religioso ninguno, sino los sobredichos; y porque un Anton Bravo, hombre hijodalgo y de edad de diez y ocho años, dijo un dia que él daria forma como el Gobernador fuese suelto de la prision, los oficiales y Domingo de Irala le prendieron y dieron luego tormento; y por tener ocasion de molestar y castigar á otros, á quien tenian odio, le dijeron que le soltarian libremente, con tanto que hiciese culpados á muchos que en su confesion le hicieron declarar; y ansí, los prendieron á todos y los desarmaron, y al Anton Bravo le dieron cien azotes públicamente por las calles, con voz de traidor, diciendo que lo habia sido contra su majestad porque queria soltar de la prision al Gobernador.

CAPITULO LXXX.

De cómo atormentaban á los que no eran de su opinion.

Sobre esta causa dieron tormentos muy crueles á otras muchas personas, para saber y descubrir si se daba órden y trataban entre ellos de sacar de la prision al Gobernador, y qué personas eran, y de qué manera lo concertaban, ó si se hacian minas debajo de tierra; y muchos quedaron lisiados de las piernas y brazos, de los tormentos; y porque en algunas partes por las paredes del pueblo escrebian letras que decian: «Por tu rey y por tu ley morirás,» los oficiales y Domingo de Irala y sus justicias hacian informaciones para saber quién lo habia escrito, y jurando y amenazando que si lo sabian que lo habian de castigar á quien tales palabras escribia; y sobre ello prendieron á muchos, y dieron tormentos.

CAPITULO LXXXI.

Cómo quisieron matar á un regidor porque les hizo un requerimiento.

Estando las cosas en el estado que dicho tengo, un Pedro de Molina, natural de Guadix y regidor de aquella ciudad, visto los grandes daños, alborotos y escándalos que en la tierra habia, se determinó por el servicio de su majestad de entrar dentro en la palizada, á do estaban los oficiales y Domingo de Irala; y en presencia de todos, quitado el bonete, dijo á Martin de Ure, escribano, que estaba presente, que leyese á los oficiales aquel requerimiento, para que cesasen los males y muertes y daños que en la tierra habia por la prision del Gobernador; que lo sacasen de ella y lo soltasen, porque con ello cesaria todo; y si no quisiesen sacarle, le diesen lugar á que diese poder á quien él quisiese, para que, en nombre de su majestad, gobernase la provincia, y la tuviese en paz y en justicia. Dando el requerimiento al escribano, rehusaba de tomallo, por estar delante todos aquellos; y al fin lo tomó, y dijo al Pedro de Molina que si queria que lo leyese, que le pagase sus derechos; y Pedro de Molina sacó la espada que tenia en la cinta, y diósela; la cual no quiso, diciendo que él no tomaba espada por prenda; el dicho Pedro de Molina se quitó una caperuza montera, y se la dió, y le dijo: «Leedlo; que no tengo otra mejor prenda.» El Martin de Ure tomó la caperuza y el requerimiento, y dió con ello en el suelo á sus piés, diciendo que no lo queria notificar á aquellos señores; y luego se levantó Garci-Venegas, teniente de tesorero, y dijo al Pedro de Molina muchas palabras afrentosas y vergonzosas, diciéndole que estaba por le hacer matar á palos, y que esto era lo que merescia, por osar decir aquellas palabras que decia; y con esto, Pedro de Molina se salió, quitándose su bonete (que no fué poco salir de entre ellos sin hacerle mucho mal).

CAPITULO LXXXII.

Cómo dieron licencia los alzados á los indios que comiesen carne humana.

Para valerse los oficiales y Domingo de Irala con los indios naturales de la tierra, les dieron licencia para que matasen y comiesen á los indios enemigos de ellos;

y á muchos de estos, á quien dieron licencia, eran cristianos nuevamente convertidos, y por hacellos que no se fuesen de la tierra y les ayudasen; cosa tan contra el servicio de Dios y de su majestad, y tan aborrecible á todos cuantos lo oyeren; y dijéronles mas, que el Gobernador era malo, y que por sello no les consentia matar y comer á sus enemigos, y que por esta causa le habian preso, y que agora, que ellos mandaban, les daban licencia para que lo hiciesen así como se lo mandaban; y visto los oficiales y Domingo de Irala que, con todo lo que ellos podian hacer y hacian, que no cesaban los alborotos y escándalos, y que de cada dia eran mayores, acordaron de sacar de la provincia al Gobernador, y los mismos que lo acordaron se quisieron quedar en ella y no venir en estos reinos, y que con solo echarle de la tierra con algunos de sus amigos se contentaron; lo cual, entendido por los que le favorescian, entre ellos hobo muy gran escándalo, diciendo que, pues los oficiales habian hecho entender que habian podido prenderle, y les habian dicho que vernian con el Gobernador á dar cuenta á su majestad, que habian de venir, aunque no quisiesen, á dar cuenta de lo que habian hecho; y ansí, se hobieron de concertar que los dos de los oficiales viniesen con él, y los otros dos se quedasen en la tierra; y para traerle alzaron uno de los bergantines que el Gobernador habia hecho para el descubrimiento de la tierra y conquista de la provincia, y de esta causa habia muy grandes alborotos y mayores alteraciones, por el gran descontento que la gente tenia de ver que le querian ausentar de la tierra. Los oficiales acordaron de prender á los mas principales y á quien la gente mas acudia; y sabido por ellos, andaban siempre sobre aviso; y no los osaban prender, y se concertaron por intercesion del Gobernador, porque los oficiales le rogaron qué se lo enviase á mandar, y cesasen los escándalos, y diesen su fe y palabra de no sacarle de la prision, y que los oficiales y la justicia que tenian puesta prometian de no prender á ninguna persona ni hacerle ningun agravio; y que soltarian los que tenian presos; y así lo juraron y prometieron, con tanto que, porque habia tanto tiempo que le tenian preso y ninguna persona le habia visto, y tenian sospecha y se recelaban que le habian muerto secretamente, dejasen entrar en la prision donde el Gobernador estaba dos religiosos y dos caballeros, para que le viesen y pudiesen certificar á la gente que estaba vivo; y los oficiales prometieron de lo cumplir dentro de tres ó cuatro dias antes que le embarcasen; lo cual no cumplieron.

CAPITULO LXXXIII.

De cómo habian de escrebir á su majestad y enviar la relacion.

Cuando esto pasó, dieron muchas minutas los oficiales para que por ellas escribiesen á estos reinos contra el Gobernador, para ponerle mal con todos, y ansí las escribieron; y para dar color á sus delitos, escribieron cosas que nunca pasaron ni fueron verdad; y al tiempo que se adobaba y fornescia el bergantin en que le habian de traer, los carpinteros y amigos hicieron con ellos que con todo el secreto del mundo cavasen un madero tan grueso como el muslo, que tenia tres palmos, y en este grueso le metieron un proceso de una informacion general que el Gobernador habia hecho para enviar á su majestad, y otras escrituras que sus amigos habian escapado cuando le prendieron, que le importaban; y ansí, las tomaron y envolvieron en un encerado, y le enclavaron el madero en la popa del bergantin con seis clavos en la cabeza y pié, y decian los carpinteros que habian puesto aquello allí para fortificar el bergantin, y venia tan secreto, que todo el mundo no lo podia alcanzar á saber, y dió el carpintero el aviso de esto á un marinero que venia en él, para que, en llegando á tierra de promision, se aprovechase de ello; y estando concertado que le habian de dejar ver antes que lo embarcasen, el capitan Salazar ni otros ningunos le vieron; antes una noche, á media noche, vinieron á la prision con mucha arcabucería, trayendo cada arcabucero tres mechas entre los dedos, porque paresciese que era mucha arcabucería, y ansí entraron en la cámara donde estaba preso el veedor Alonso Cabrera y el factor Pedro Dorantes, y le tomaron por los brazos y le levantaron de la cama con los grillos, como estaba muy malo, casi la candela en la mano, y así le sacaron hasta la puerta de la calle; y como vió el cielo (que hasta entonces no lo habia visto), rogóles que le dejasen dar gracias á Dios; y como se levantó, que estaba de rodillas, trujéronle allí dos soldados de buenas fuerzas para que lo llevasen en los brazos á le embarcar (porque estaba muy flaco y tollido); y como le tomaron, y se vió entre aquella gente, díjoles: «Señores, sed testigos que dejo por mi lugarteniente al capitan Juan de Salazar de Espinosa, para que por mí, y en nombre de su majestad, tenga esta tierra en paz y justicia hasta que su majestad provea lo que mas servido sea.» Y como acabó de decir esto, Garci-Vanegas, teniente de tesorero, arremetió con un puñal en la mano, diciendo: «No creo en tal, si al Rey mentais, si no os saco el alma;» y aunque el Gobernador estaba avisado que no lo dijese en aquel tiempo, porque estaban determinados de le matar, porque era palabra muy escandalosa para ellos y para los que de parte de su majestad le tirasen de sus manos, porque estaban todos en la calle; y apartándose Garci-Vanegas un poco, tornó á decir las mismas palabras; y entonces Garci-Vanegas arremetió al Gobernador con mucha furia, y púsole el puñal á la sien, diciendo: «No creo en tal (como de antes), si no os doy de puñaladas;» y dióle en la sien una herida pequeña; y dió con los que le llevaban en los brazos tal rempujon, que dieron con el Gobernador y con ellos en el suelo, y el uno de ellos perdió la gorra; y como pasó esto, le llevaron con toda priesa á embarcar al bergantin; y ansí, le cerraron con tablas la popa de él; y estando allí, le echaron dos candados que no le dejaban lugar para rodearse, y así se hicieron al largo el rio abajo. Dos dias después de embarcado el Gobernador, ido el rio abajo, Domingo de Irala y el contador Felipe de Cáceres y el factor Pedro Dorantes juntaron sus amigos y dieron en la casa del capitan Salazar, y lo prendieron á él y á Pedro de Estopiñan Cabeza de Vaca, y los echaron prisiones y metieron en un bergantin, y vinieron el rio abajo hasta que llegaron al bergantin á do venia el Gobernador, y con él vinieron presos á Castilla; y es cierto que si el capitan Salazar quisiera, el Gobernador no fuera

preso, ni menos pudieran sacallo de la tierra ni traello á Castilla; mas, como quedaba por teniente, disimuló lo todo; y viniendo así, rogó á los oficiales que le dejasen traer dos criados suyos para que le sirviesen por el camino y le hiciesen de comer; y así, metieron los dos criados, no para que le sirviesen, sino para que viniesen bogando cuatrocientas leguas el rio abajo, y no hallaban hombre que quisiese venir á traerle, y á unos traian por fuerza, y otros se venian huyendo por la tierra adentro, á los cuales tomaron sus haciendas, las cuales daban á los que traian por fuerza, y en este camino los oficiales hacian una maldad muy grande, y era que, al tiempo que le prendieron, otro dia y otros tres, andaban diciendo á la gente de su parcialidad y otros amigos suyos mil males del Gobernador, y al cabo les decian: «¿Qué os parece? ¿Hecimos bien por vuestro provecho y servicio de su majestad? Y pues así es, por amor de mí que echeis una firma aquí al cabo de este papel.» Y de esta manera hincheron cuatro manos de papel; y viniendo el rio abajo, ellos mesmos decian y escribian los dichos contra el Gobernador, y quedaban los que lo firmaron trecientas leguas el rio arriba en la ciudad de la Ascension; y de esta manera fueron las informaciones que enviaron contra el Gobernador.

CAPITULO LXXXIV.

Cómo dieron rejalgar tres veces al Gobernador viniendo en este camino.

Viniendo el rio abajo mandaron los oficiales á un Machin, vizcaíno, que le guisase de comer al Gobernador, y después de guisado lo diese á un Lope Duarte, aliados de los oficiales y de Domingo de Irala, y culpados como todos los otros que le prendieron, y venia por solicitador de Domingo de Irala y para hacer sus negocios acá; y viniendo así, debajo de la guarda y amparo de estos, le dieron tres veces rejalgar; y para remedio de esto traia consigo una botija de aceite y un pedazo de unicornio, y cuando sentia algo se aprovechaba de estos remedios de dia y de noche con muy gran trabajo y grandes vómitos, y plugo á Dios que escapó de ellos; y otro dia rogó á los oficiales que le traian, que eran Alonso Cabrera y Garci-Vanegas, que le dejasen guisar de comer á sus criados, porque de ninguna mano de otra persona no lo habia de tomar. Y ellos le respondieron que lo habia de tomar y de comer de la mano que se lo daba, porque de otra ninguna no habian de consentir que se lo diese, que á ellos no se les daba nada que se muriese; y ansí, estuvo de aquella vez algunos dias sin comer nada, hasta que la necesidad le constriñó que pasase por lo que ellos querian. Habian prometido á muchas personas de los traer en la carabela que deshicieron, á estos reinos, porque les favoreciesen en la prision del Gobernador y no fuesen contra ellos, especial á un Francisco de Paredes, de Búrgos, y fray Juan de Salazar, fraile de la órden de nuestra Señora de la Merced. Ansimesmo traian preso á Luis de Miranda, y á Pedro Hernandez, y al capitan Salazar de Espinosa y á Pedro Vaca. Y llegados el rio abajo á las islas de Sant Gabriel, no quisieron traer en el bergantin á Francisco de Paredes ni á fray Juan de Salazar, porque estos no favoreciesen al Gobernador acá y dijesen la verdad de lo que pasaba; y por miedo de esto los hicieron tornar á embarcar en los bergantines que volvian el rio arriba á la Ascension, habiendo vendido sus casas y haciendas por mucho menos de lo que valian cuando los hicieron embarcar; y decian y hacian tantas exclamaciones, que era la mayor lástima del mundo oillos. Aquí quitaron al Gobernador sus criados, que hasta allí le habian seguido y remado, que fué la cosa que él mas sintió ni que mas pena le diese en todo lo que habia pasado en su vida, y ellos no lo sintieron menos; y allí en la isla de Sant Gabriel estuvieron dos dias, y al cabo de ellos partieron para la Ascension los unos, y los otros para España; y después de vueltos los bergantines, en el que traian al Gobernador, que era de hasta once bancos, venian veinte y siete personas por todos; siguieron su viaje el rio abajo hasta que salieron á la mar; y dende que á ella salieron les tomó una tormenta que hinchó todo el bergantin de agua, y perdieron todos los bastimentos; que no pudieron escapar de ellos sino una poca de harina y una poca de manteca de puerco y de pescado, y una poca de agua, y estuvieron á punto de perescer ahogados. Los oficiales que traian preso al Gobernador les paresció que por el agravio y sinjusticia que le habian hecho y hacian en le traer preso y aherrojado era Dios servido de dalles aquella tormenta tan grande, determinaron de le soltar y quitar las prisiones, y con este presupuesto se las quitaron, y fué Alonso Cabrera, el veedor, el que se las limó, y él y Garci-Vanegas le besaron el pié, aunque él no quiso, y dijeron públicamente que ellos conoscian y confesaban que Dios les habia dado aquellos cuatro dias de tormenta por los agravios y sinjusticias que le habian hecho sin razon, y que ellos manifestaban que le habian hecho muchos agravios y sinjusticias, y que era mentira y falsedad todo lo que habian dicho y depuesto contra él, y que para ello habian hecho hacer dos mil juramentos falsos, por malicia y por envidia que de él tenian porque en tres dias habia descubierto la tierra y caminos de ella, lo que no habian podido hacer en doce años que ellos habia que estaban en ella; y que le rogaban y pedian por amor de Dios que les perdonase y les prometiese que no daria aviso á su majestad de cómo ellos le habian preso; y acabado de soltarle, cesó el agua y viento y tormenta, que habia cuatro dias que no habia escampado; y así, venimos en el bergantin dos mil y quinientas leguas por golfo, navegando sin ver tierra, mas del agua y el cielo, y no comiendo mas de una tortilla de harina frita con una poca de manteca y agua, y deshacian el bergantin á veces para hacer de comer aquella tortilla de harina que comian; y de esta manera venimos con mucho trabajo hasta llegar á las islas de los Azores, que son del serenísimo rey de Portugal, y tardamos en el viaje hasta venir allí tres meses; y no fuera tanta la hambre y necesidad que pasamos si los que traian preso al Gobernador osaran tocar en la costa del Brasil ó irse á la isla de Santo Domingo, que es en las Indias; lo cual no osaron hacer, como hombres culpados y que venian huyendo, y que temian que llegados á una de las tierras que dicho tengo los prendieran y hicieran justicia de ellos como hombres que iban alzados y habian sido aleves contra su rey; y temiendo esto, no habian querido

tomar tierra; y al tiempo que llegamos á los Azores, los oficiales que le traian, con pasiones que traian entre ellos, se dividieron y vinieron cada uno por su parte, y se embarcaron divididos, y primero que se embarcasen intentaban que la justicia de Angla prendiese al Gobernador y lo detuviese porque no viniese á dar cuenta á su majestad de los delitos y desacatos que en aquella tierra habian hecho, diciendo que al tiempo que pasó por las islas de Cabo-Verde habia robado la tierra y puerto. Oido por el Corregidor, les dijo que se fuesen, porque *su rey no era home que ninguen osase pensar en iso, ni tenia a tan mal recado suos portos para que ningun osase o facer*. Y visto que no bastó su malicia para le detener, ellos se embarcaron y se viniéron para estos reinos de Castilla, y llegaron á ella ocho ó diez dias primero que el Gobernador, porque con tiempos contrarios se detuvo en estos; y llegados ellos primero que el Gobernador á la corte llegase, publicaban que se habia ido al rey de Portugal para darle aviso de aquellas partes, y dende á pocos dias llegó á esta corte. Como fué llegado, la propria noche desaparecieron los delincuentes, y se fueron á Madrid, á do esperaron que la corte fuese allí, como fué; y en este tiempo murió el obispo de Cuenca, que presidia en el consejo de las Indias, el cual tenia deseo y voluntad de castigar aquel delito y desacato que contra su majestad se habia hecho en aquella tierra. Dende á pocos dias después de haber estado presos ellos, y el Gobernador igualmente, y sueltos sobre fianzas que no saldrian de la corte, Garci-Vanegas, que era el uno de los que le habian traido y preso, murió muerte desastrada y súpita, que le saltaron los ojos de la cara, sin poder manifestar ni declarar la verdad de lo pasado; y Alonso Cabrera, veedor, su compañero, perdió el juicio, y estando sin él mató á su mujer en Loja; murieron súpita y desastradamente los frailes que fueron en los escándalos y levantamientos contra el Gobernador; que paresce manifestarse la poca culpa que el Gobernador ha tenido en ello; y después de le haber tenido preso y detenido en la corte ocho años, le dieron por libre y quito; y por algunas causas que le movieron, le quitaron la gobernacion, porque sus contrarios decian que si volvia á la tierra, que por castigar á los culpados habria escándalos y alteraciones en la tierra; y así, se la quitaron, con todo lo demás, sin haberle dado recompensa de lo mucho que gastó en el servicio que hizo en la ir á socorrer y descubrir.

RELACION DE HERNANDO DE RIBERA.

En la ciudad de la Ascension (que es en el rio del Paraguay, de la provincia del rio de la Plata), á 3 dias del mes de marzo, año del nascimiento de nuestro salvador Jesucristo de 1545 años, en presencia de mí el escribano público y testigos de yuso escritos, estando dentro de la iglesia y monasterio de nuestra Señora de la Merced, redencion de captivos, paresció presente el capitan Hernando de Ribera, conquistador en esta provincia, y dijo: Que por cuanto al tiempo que el señor Alvar Nuñez Cabeza de Vaca, gobernador y adelantado y capitan general de esta provincia del rio de la Plata por su majestad, estando en el puerto de los Reyes por donde la entró á descubrir en el año pasado de 1543, le envió y fué por su mandado con un bergantin y cierta gente á descubrir por un rio arriba que llaman Igatu, que es un brazo de dos rios muy grandes, caudalosos, el uno de los cuales se llama Yacareati y el otro Yaiva, segun que por relacion de los indios naturales vienen por entre las poblaciones de la tierra adentro; y que habiendo llegado á los pueblos de los indios que se llaman los xarayes, por la relacion que de ello hobo, dejando el bergantin en el puerto á buen recaudo, se entró con cuarenta hombres por la tierra adentro á la ver y descubrir por vista de ojos. E yendo caminando por muchos pueblos de indios, hobo y tomó de los indios naturales de los dichos pueblos y de otros que de mas léjos le vinieron á ver y hablar, larga y copiosa relacion; la cual él examinó y procuró examinar y particularizar para saber de ellos la verdad, como hombre que sabe la lengua cario, por cuya interpretacion y declaracion comunicó y platicó con las dichas generaciones y se informó de la dicha tierra; y porque al dicho tiempo él llevó en su compañía á Juan Valderas, escribano de su majestad, el cual escribió y asentó algunas cosas del dicho descubrimiento; pero que la verdad de las cosas, riquezas y poblaciones y diversidades de gentes de la dicha tierra no las quiso decir al dicho Juan Valderas para que las asentase por su mano en la dicha relacion, ni clara y abiertamente las supo ni entendió, ni él las ha dicho ni declarado, porque al dicho tiempo fué y era su intencion de las comunicar y decir al dicho señor Gobernador, para que luego entrase personalmente á conquistar la tierra, porque así convenia al servicio de Dios y de su majestad; y que habiendo entrado por la tierra ciertas jornadas, por carta y mandamiento del señor Gobernador se volvió al puerto de los Reyes, y á causa de hallarle enfermo á él y á toda la gente no tuvo lugar de le poder informar del descubrimiento, y darle la relacion que de los naturales habia habido; y dende á pocos dias, constreñido por necesidad de la enfermedad, porque la gente no se le muriese se vino á esta ciudad y puerto de la Ascension, en la cual, estando enfermo, dende á pocos dias que fué llegado, los oficiales de su majestad le prendieron (como es á todos notorio), por manera que no le pudo manifestar la relacion; y porque agora al presente los oficiales de su majestad van con el señor Gobernador á los reinos de España, y porque podria ser que en el entre tanto á él le suscediese algun caso de muerte ó ausencia, ó ir á otras partes donde no pudiese ser habido, por donde se perdiese la relacion y avisos de la entrada y descubrimiento, que su majestad seria muy deservido, y al señor Gobernador le vernia mucho daño y pérdida; todo lo cual seria á su culpa y cargo; por tanto, y por el descargo de su conciencia, y por cumplir con el servicio de Dios y de su majestad, y del señor Gobernador en su nombre, ahora ante mí el escribano quiere hacer y hacia relacion del dicho su descubrimiento, para dar aviso á su majestad de él, y de la informacion y relacion que hobo de los indios naturales, y que pedia y requeria á mí el dicho escribano la tomase y recibiese; la cual dicha relacion hizo en la forma siguiente.

Dijo y declaró el dicho capitan Hernando de Ribera

que á 20 dias del mes de diciembre del año pasado de 1543 años partió del puerto de los Reyes en el bergantin nombrado el *Golondrino*, con cincuenta y dos hombres, por mandado del señor Gobernador, y fué navegando por el rio del Igatu, que es brazo de los dichos dos rios Yacareati y Yaiva; este brazo es muy grande y caudaloso, y á las seis jornadas entró en la madre de estos dos rios, segun relacion de los indios naturales por do fué tocando; estos dos rios señalaron que vienen por la tierra adentro, y este rio, que se dice Yaiva, debe proceder de las sierras de Santa Marta; es rio muy grande y poderoso, mayor que el rio Yacareati; el cual, segun las señales que los indios dan, viene de las sierras del Perú, y entre el un rio y el otro hay gran distancia de tierra y pueblos de infinitas gentes (segun los naturales dijeron), y vienen á juntarse estos dos rios Yaiva y Yacareati en tierra de los indios que se dicen perobazaes, y allí se tornan á dividir; y á setenta leguas el rio abajo se tornan á juntar, y habiendo navegado diez y siete jornadas por el dicho rio, pasó por tierra de los indios perobazaes, y llegó á otra tierra que se llaman los indios xarayes, gentes labradores de grandes mantenimientos y criadores de patos y gallinas y otras aves, pesquerías y cazas; gente de razon, y obedescen á su principal.

Llegado á esta generacion de los indios xarayes, estando en un pueblo de ellos de hasta mil casas, adonde su principal se llama Camire, el cual le hizo buen recebimiento, del cual se informó de las poblaciones de la tierra adentro; y por la relacion que aquí le dieron, dejando el bergantin con doce hombres de guarda y con una guia que llevó de los dichos xarayes, pasó adelante y caminó tres jornadas hasta llegar á los pueblos y tierra de una generacion de indios que se dicen urtueses, la cual es buena gente y labradores, á la manera de los xarayes; y de aquí fué caminando por tierra toda poblada, hasta ponerse en quince grados menos dos tercios, yendo la via del oeste.

Estando en estos pueblos de los urtueses y aburuñes, vinieron allí otros muchos indios principales de otros pueblos mas adentro comarcanos á hablar con él y traelle plumas, á manera de las del Perú, y planchas de metal chafalonia; de los cuales se informó, y tuvo plática y aviso de cada uno particularmente de las poblaciones y gentes de adelante; y los dichos indios, en conformidad, sin discrepar, le dijeron que á diez jornadas de allí, á la banda del oesnorueste, habitaban y tenian muy grandes pueblos unas mujeres que tenian mucho metal blanco y amarillo, y que los asientos y servicios de sus casas eran todos del dicho metal, y tenian por su principal una mujer de la misma generacion, y que es gente de guerra y temida de la generacion de los indios; y que antes de llegar á la generacion de las dichas mujeres estaba una generacion de los indios (que es gente muy pequeña); con los cuales y con la generacion de estos que le informaron, pelean las dichas mujeres y les hacen guerra, y que en cierto tiempo del año se juntan con estos indios comarcanos y tienen con ellos su comunicacion carnal; y si las que quedan preñadas paren hijas, tiénenselas consigo, y los hijos los crian hasta que dejan de mamar, y los envian á sus padres; y de aquella parte de los pueblos de las dichas mujeres habia muy grandes poblaciones y gente de indios que confinan con las dichas mujeres, que lo habian dicho sin preguntárselo, á lo que le señalaron esta parte de un lago de agua muy grande, que los indios nombraron la casa del sol; dicen que allí se encierra el sol; por manera que entre las espaldas de Santa Marta y el dicho lago habitan las dichas mujeres, á la banda del oesnorueste; y que adelante de las poblaciones que están pasados los pueblos de las mujeres, hay otras muy grandes poblaciones de gentes, los cuales son negros, y á lo que señalaron, tienen barbas como aguileñas, á manera de moros. Fueron preguntados cómo sabian que eran negros. Dijeron que porque los habian visto sus padres y se lo decian otras generaciones comarcanas á la dicha tierra, y que eran gente que andaban vestidos, y las casas y pueblos las tienen de piedra y tierra, y son muy grandes, y que es gente que poseen mucho metal blanco y amarillo, en tanta cantidad, que no se sirven con otras cosas en sus casas de vasijas y ollas y tinajas muy grandes y todo lo demás; y preguntó á los dichos indios á qué parte demoraban los pueblos y habitacion de la dicha gente negra, y señalaron que demoraban al norueste, y que si querian ir allá, en quince jornadas llegarian á las poblaciones vecinas y comarcanas á los pueblos de los dichos negros; y á lo que le paresce, segun y la parte donde señaló, los dichos pueblos están en doce grados á la banda del norueste, entre las sierras de Santa Marta y del Marañon, y que es gente guerrera y pelean con arcos y flechas; ansimismo señalaron los dichos indios que del oesnorueste hasta el norueste, cuarta al norte, hay otras muchas poblaciones y muy grandes de indios; hay pueblos tan grandes, que en un dia no pueden atravesar de un cabo á otro, y que toda es gente que posee mucho metal blanco y amarillo, y con ello se sirven en sus casas, y que toda es gente vestida; y para ir allá podian ir muy presto y todo por tierra muy poblada. Y que asimismo por la banda del oeste habia un lago de agua, muy grande, y que no se parescia tierra de la una banda á la otra; y á la ribera del dicho lago habia muy grandes poblaciones de gentes vestidas y que poseian mucho metal, y que tenian piedras, de que traian bordadas las ropas, y relumbraban mucho; las cuales sacaban los indios del dicho lago, y que tenian muy grandes pueblos, y toda era gente la de las dichas poblaciones labradores y que tenian muy grandes mantenimientos y criaban muchos patos y otras aves; y que dende aquí donde se halló podia ir al dicho lago y poblaciones de él, á lo que le señalaron, en quince jornadas, todo por tierra poblada, adonde habia mucho metal y buenos caminos en abajando las aguas, que á la sazon estaban crecidas, que ellos le llevarian; pero que eran pocos cristianos, y los pueblos por donde habian de pasar eran grandes y de muchas gentes; asimesmo dijo y declaró que le dijeron y informaron y señalaron á la banda del oeste, cuarta al sudueste, habia muy grandes poblaciones, que tenian las casas de tierra, y que era buena gente, vestida y muy rica, y que tenian mucho metal y criaban mucho ganado de ovejas muy grandes, con las cuales se sirven en sus rozas y labranzas,

y las cargan; y les preguntó si las dichas poblaciones de los dichos indios si estaban muy lejos; y que les respondieron que hasta ir á ellos era toda tierra poblada de muchas gentes, y que en poco tiempo podia llegar á ellas, y entre las dichas poblaciones hay otra gente de cristianos, y habia grandes desiertos de arenales, y no habia agua. Fueron preguntados cómo sabian que habia cristianos de aquella banda de las dichas poblaciones, y dijeron que en los tiempos pasados los indios comarcanos de las dichas poblaciones habian oido decir á los naturales de los dichos pueblos que, yendo los de su generacion por los dichos desiertos, habian visto venir mucha gente vestida, blanca, con barbas, y traian unos animales (segun señalaron eran caballos), diciendo que venian en ellos caballeros, y que á causa de no haber agua los habian visto volver, y que se habian muerto muchos de ellos; y que los indios de las dichas poblaciones creian que venia la dicha gente de aquella banda de los desiertos; y que asimismo le señalaron que á la banda del oeste, cuarta al sueste, habia muy grandes montañas y despoblado, y que los indios lo habian probado á pasar, por la noticia que de ello tenian que habia gentes de aquella banda, y que no habian podido pasar, porque se morian de hambre y sed. Fueron preguntados cómo lo sabian los susodichos. Dijeron que entre todos los indios de toda esta tierra se comunicaba y sabian que era muy cierto, porque habian visto y comunicado con ellos, y que habian visto los dichos cristianos y caballos que venian por los dichos desiertos, y que á la caida de las dichas sierras, á la parte del sudueste, habia muy grandes poblaciones y gente rica de mucho metal, y que los indios que decian lo susodicho decian que tenian ansimesmo noticia que en la otra banda, en el agua salada, andaban navíos muy grandes. Fué preguntado si en las dichas poblaciones hay entre las gentes de ellos principales hombres que los mandan. Dijeron que cada generacion y poblacion tiene solamente uno de la mesma generacion, á quien todos obedescen; declaró que para saber la verdad de los dichos indios y saber si discrepaban en su declaracion, en todo un dia y una noche á cada uno por sí les preguntó por diversas vias la dicha declaracion; en la cual, tornándola á decir y declarar, sin variar ni discrepar se conformaron.

La cual relacion de suso contenida el capitan Hernando de Ribera dijo y declaró haberle tomado y rescebido con toda claridad y fidelidad y lealtad, y sin engaño, fraude ni cautela; y porque á la dicha su relacion se pueda dar y dé toda fe y crédito, y no se pueda poner ni ponga ninguna duda en ello ni en parte de ello, dijo que juraba, y juró por Dios y por santa María y por las palabras de los santos cuatro Evangelios, donde corporalmente puso su mano derecha en un libro misal, que al presente en sus manos tenia el reverendo padre Francisco Gonzalez de Paniagua, abierto por parte do estaban escritos los santos Evangelios, y por la señal de la cruz, á tal como esta ✝, donde asimismo puso su mano derecha, que la relacion, segun de la forma y manera que la tiene dicha y declarada y de suso se contiene, le fué dada, dicha y denunciada y declarada por los dichos indios principales de la dicha tierra y de otros hombres ancianos, á los cuales con toda diligencia examinó y interrogó, para saber de ellos verdad y claridad de las cosas de la tierra adentro; y que habida la dicha relacion, asimismo le vinieron á ver otros indios de otros pueblos, principalmente de un pueblo muy grande que se dice Uretabere, y de una jornada de él se volvió; que de todos los dichos indios asimismo tomó aviso, y que todos se conformaron con la dicha relacion clara y abiertamente; y so cargo del dicho juramento, declaró que en ello ni en parte de ello no hobo ni hay cosa ninguna acrescentada ni fingida, salvo solamente la verdad de todo lo que le fué dicho y informado sin fraude ni cautela. Otrosí dijo y declaró que le informaron los dichos indios que el rio de Yacareati tiene un salto que hace unas grandes sierras, y que lo que dicho tiene es la verdad; y que si ansí es, Dios le ayude, y si es al contrario, Dios se lo demande mal y caramente en este mundo al cuerpo, y en el otro al ánima, donde mas ha de durar. A la confision del dicho juramento dijo: «Sí juro, amen;» y pidió y requirió á mí el dicho escribano se lo diese así por fe y testimonio al dicho señor Gobernador, para en guarda de su derecho; siendo presentes por testigos el dicho reverendo padre Paniagua, Sebastian de Valdivieso, camarero del dicho señor Gobernador, y Gaspar de Hortigosa, y Juan de Hoces, vecinos de la ciudad de Córdoba; los cuales todos lo firmaron así de sus nombres. — *Francisco Gonzalez Paniagua.— Sebastian de Valdivieso.— Juan de Hoces.— Hernando de Ribera.— Gaspar de Hortigosa.* — Pasó ante mí.— *Pedro Hernandez*, escribano.

FIN DEL TOMO PRIMERO DE HISTORIADORES PRIMITIVOS DE INDIAS.

INDICE.

	Pág.
Preliminares	v
Noticia de la vida y escritos de Francisco Lopez de Gómara.	xiii
—De Cortés y sus cartas	xv
Apuntes sobre la vida del adelantado Alvar Nuñez Cabeza de Vaca	xviii
Cartas de Relacion de Fernando Cortés.— Carta primera, enviada á la reina doña Juana y al emperador Cárlos V, su hijo, por la justicia y regimiento de la rica villa de la Veracruz, á 10 de julio de 1519	1
Carta segunda, enviada á su sacra majestad del Emperador nuestro señor por el capitan general de la nuestra España, llamado don Fernando Cortés	12
Carta tercera, enviada por Fernando Cortés, capitan y justicia mayor del Yucatan, llamado la Nueva-España del mar Océano, al muy alto y potentísimo César y invictísimo señor don Cárlos, emperador semper augusto y rey de España, nuestro señor	52
Carta cuarta, que don Fernando Cortés, gobernador y capitan general por su majestad en la Nueva-España del mar Océano, envió al muy alto y muy potentísimo, invictísimo señor don Cárlos, emperador siempre augusto y rey de España, nuestro señor	96
Carta quinta, dirigida á la sacra católica cesárea majestad del invictísimo emperador don Cárlos V, desde la ciudad de Temuxtitan, á 3 de setiembre de 1526 años	118
Hispania Victrix.— Primera y segunda parte de la historia general de las Indias, con todo el descubrimiento, y cosas notables que han acaecido desde que se ganaron hasta el año de 1551; con la conquista de Méjico y de la Nueva-España.—A los leyentes	155
A los trasladadores	156
Primera parte de la historia general de las Indias	157
Conquista de Méjico.—Al muy ilustre señor don Martin Cortés, marqués del Valle, Francisco Lopez de Gómara	295
Segunda parte de la crónica general de las Indias, que trata de la conquista de Méjico	296
Relacion hecha por Pedro de Albarado á Fernando Cortés, en que se refieren las guerras y batallas para pacificar las provincias de Chapotulan, Checialtenengo y Utlatan, la quema de su cacique, y nombramiento de sus hijos para sucederle, y de tres sierras de acije, azufre y alumbre	457
Otra relacion hecha por Pedro de Albarado á Hernando Cortés, en que se refiere la conquista de muchas ciudades, las guerras, batallas, traiciones y rebeliones, y la poblacion que hizo de una ciudad; de dos volcanes, uno que exhalaba fuego, y otro humo; de un rio hirviendo, y otro frio; y cómo quedó Albarado herido de un flechazo	460
Relacion hecha por Diego Godoy á Hernando Cortés, en que trata del descubrimiento de diversas ciudades y provincias, y guerra que tuvo con los indios; y su modo de pelear; de la provincia de Chamula, de los caminos difíciles y peligrosos, y repartimiento que hizo en los pueblos	465
Sumario de la natural historia de las Indias, por Gonzalo Hernandez de Oviedo y Valdés	471
Naufragios de Alvar Nuñez Cabeza de Vaca, y relacion de la jornada que hizo á la Florida con el adelantado Pánfilo de Narvaez	517
Comentarios de Alvar Nuñez Cabeza de Vaca, adelantado y gobernador del rio de la Plata	549

